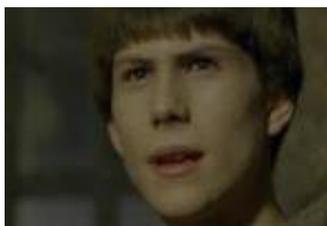


INDICE

Amar sin saber a quien	2
Amar, servir y esperar	107
El animal de Hungria	211
Arauco domado	320
David el perseguido y Montes de Gelboe	432
De los cantares	525
Del pan y del palo	561
El amor enamorado	597
El antecristo	692
El anzuelo de Fenisa	757
El arenal de Sevilla	850
El caballero de Olmedo	948
El castigo sin venganza	1074
El loco por la fuerza	1138
El mejor Alcalde el Rey	1225
El perro del hortelano	1253
El vellocino de oro	1368
El verdadero amante	1433
Fuenteovejuna	1543
La bella Aurora	1623
La bella malmaridada	1699
La buena guarda o encomienda bien guardada	1788
La dama boba	1827
La discreta enamorada	1991
La fianza satisfecha	2090
La gatomaquia	2159
La mayor hazaña de Alejandro Magno	2261
Las bizarrías de Belisa	2339
Las cortes de la muerte	2463
Las famosas Asturianas	2487
Los Guanches de Tenerife	2549
Noche de San Juan	2632
Peribañez y el Comendador de Ocaña	2693
Por la puente Juana	2775



Amar sin saber a quién
Lope de Vega

Amar sin
saber a quién
Lope
de Vega

PERSONAS

DON FERNANDO.

DON PEDRO.

DON JUAN DE AGUILAR.

DON LUIS DE RIBERA.

SANCHO.

CESPEDOSA.

ROSALES, *preso*

LISENA, *dama*.

LEONARDA, *dama*.

INÉS, *criada*.

LIMÓN, *criado*.

ALGUACIL.

ESCRIBANO.

Un ALCAIDE.

Presos.

[JUSTICIA.]

[DIONISIO.]

[*Criados.*]

Jornada I

Salen DON PEDRO y DON FERNANDO.

DON
FERNANDO Ya estamos en el castillo
 de San Cervantes.

DON PEDRO Y aquí
 diré lo que allí sentí,
 pues aquí puedo decillo.
 (Mete mano.)

DON
FERNANDO ¿Con la espada respondéis?

DON PEDRO Solo con acero puedo,
 que es la lengua de Toledo,
 a quien vós agravio hacéis.
 La brevedad es de sabios,
 la dilación siempre enoja;
 respondo en sola una hoja
 al libro de mis agravios.

DON
FERNANDO En agravios tan pequeños
 es resuelto el responder,
 y hay libros que suelen ser
 libelos para sus dueños.

DON PEDRO Sacad la espada.

DON
FERNANDO Mirad
 que estará la culpa en vós
 y que ya estamos los dos
 muy lejos de la ciudad.

(Sale DON JUAN DE AGUILAR, galán, de camino, como que se apea por haberlos visto.)

DON JUAN Aunque mal agüero sea,

¿cómo es posible escusarlo?,
pues no es justo que a caballo
reñir estos hombres vea,
que parecen caballeros.

DON
FERNANDO

A tanta resolución
ya responde la razón,
que se infaman los aceros.

(Riñen.)

DON PEDRO

¡Ay!

DON JUAN

¡Ténganse!

DON
FERNANDO

¿Para qué?

DON JUAN

Pasole todo el acero.

DON
FERNANDO

Esto es hecho.

(Vase DON FERNANDO.)

DON JUAN

¡Ah, caballero!
No habla, el otro se fue
y confuso me dejó.
¿Qué haré? Dios contigo sea.
¿Quién habrá que ya no crea
que yo le he muerto? Espiró.
Vengo de Sevilla aquí
a matar un caballero
y al entrar hallo este agüero.
No lo será para mí,
que si me avisa y humilla
Dios con ponerme este miedo
antes de entrar en Toledo...;
quiero volverme a Sevilla.
En llegando mi criado
doy la vuelta a Orgaz. ¿Qué es esto?
La mula en salvo se ha puesto.
¿Si el matador la ha llevado?
Crüel con entrambos fue
sobre pagar mal mi celo,
que al uno deja en el suelo
y al otro ha dejado a pie.

(Salen la JUSTICIA, ESCRIBANO y criados.)

ALGUACIL ¡Téngase al Rey!

DON JUAN Por fuerza he de tenerme,
y detenerme ya será forzoso,
pues el que dio la muerte cauteloso
la mula me ha llevado en que venía.

ESCRIBANO Bueno es hablar con esa gallardía.
¿Un hombre muerto en el Real camino
y nos quiere decir que ahora vino?

ALGUACIL ¡Por Dios, señor Mendoza, que el difunto

es Don Pedro Ramírez!

ESCRIBANO Es sin duda,
hasta el color del rostro se le muda.

DON JUAN En desdichado y desgraciado punto
vine a Toledo.

ALGUACIL ¡Asilde bien!

DON JUAN ¡Teneos!

ALGUACIL No nos venga a vender ricos trofeos.
¡Muestre la espada!

DON JUAN ¡Hidalgos, poco a poco!

(Sale LIMÓN, criado de DON JUAN, de camino.)

LIMÓN Desde que vi la gente vengo loco.
¿Qué es esto?

DON JUAN ¿Dónde, necio, te has quedado?

ALGUACIL ¿Quién es aqueste mozo?

DON JUAN Es mi criado.

LIMÓN Traigo una mula enjerta en dromedario,
que a puros sonsonetes me ha traído
sin ver todo mudado el calendario.

ALGUACIL Asid aqieste.

LIMÓN ¿A mí, que aún no he venido?

DON JUAN Señores, si probar es necesario
mi inocencia y no basta mi vestido,
mis plumas, mis espuelas y mis botas,
vamos a la ciudad.

LIMÓN ¿Qué te alborotas?
Toma tu mula y vamos, pues es llano
que eres un caballero sevillano.

DON JUAN Della bajé para sacar la espada
y ponerlos en paz, y una estocada
anticipó, Limón, mi buen deseo:
cayó el uno y el otro, a lo que creo,
subió en mi mula y epretó de suerte
que me dejó la culpa de su muerte.

LIMÓN Trocar alguna joya, alguna espada,
algún caballo a otro es buen concierto,
mas no trocar la mula por un muerto.

ALGUACIL Abrevien, vayan presos; no haya extremos,
que allá podrán hablar.

DON JUAN ¡Bien medraremos!
La maleta y la mula me ha llevado
y por él en la muerte voy culpado
de un hombre que le vi después de muerto.

LIMÓN ¿Voy preso yo también?

ESCRIBANO ¿Eso no es cierto?

LIMÓN Pues, señores, mi mula vaya presa,
que si matar delito se ha llamado,
delito cometió, que me ha matado.

(Vanse.)

(Sale LEONARDA y INÉS, criada.)

INÉS Escoge, así Dios te guarde.

LEONARDA No me mandes escoger,
que es presto para querer.

INÉS Para querer nunca es tarde.

LEONARDA Ya sé que la voluntad
por amorosos engaños
nunca roparó en los daños,
ni en mucha ni en poca edad.

INÉS Si te enternecen palabras,
aunque más lo disimules,
ponte a las rejas azules,
deja la manga que labras,
melancólica Jarifa,
verás al galán Audalla.

LEONARDA ¿Estudias romances?

INÉS Calla,
que ya la mora Jarifa
está diciendo a su hermana
que al moro bizarro vea,
que nuestra calle pasea
en una yegua alazana.

LEONARDA Después que das en leer,
Inés, en el romancero,
lo que aquel pobre escudero
te podría suceder.

INÉS Don Quijote de la Mancha,
perdone Dios a Cervantes,
fue de los extravagantes
que la coronica ensancha.
Yo leo en los romanceros,
y se me pega esta seta
tanto que de ser discreta
no tengo malos aceros.

Por la parte del amor
 he dado en imaginar
 a quién podría yo amar.

LEONARDA Ama, Inés,...

INÉS Dilo.

LEONARDA A un dotor
 que te cure esa locura.

INÉS Leonarda, mal de amores
 no lo curan los doctores.

LEONARDA ¿Pues quién?

INÉS El tiempo los cura.
 Yo no he llegado a querer.

LEONARDA ¿Pues por qué me persuades
 que quiera?

INÉS Las voluntades
 me dicen que han de nacer
 cuando nacen las personas.

LEONARDA No tienes qué me enseñar
 si en naciendo se ha de amar.

INÉS Sin ocasión me ocasiona;
 Don Luis de Ribera es hijo
 del Corregidor, señora,
 bien sabes tú que te adora.

LEONARDA A mí, Inés, él me lo dijo,
 que su alma no me habló;
 pero yerran las mujeres
 en querer, como tú quieres,
 quien de otra suerte nació.

INÉS ¿Pues no eres tú bien nacida?

LEONARDA Ninguna mejor, Inés;
 mas ya la soberbia ves
 de las cosas desta vida.
 Es del Duque de Alcalá
 deudo don Luis; tiene el pecho
 de aquella cruz satisfecho,
 que tan justo honor le da.

INÉS ¿Pues con quién te has de casar,
si tu tierno enamorado
de ti está más olvidado
que un gran señor de pagar
las deudas de alguna fiesta
que ha días que ya pasó?

LEONARDA Mi hermano se enamoró;
tú sabes lo que le cuesta.

(Sale DON FERNANDO.)

INÉS Él viene.

DON
FERNANDO Traigo un disgusto;

vengo a darte cuenta dél.

LEONARDA Déjanos, Inés.

INÉS Si en él
no soy de provecho, es justo.

(Vase.)

DON
FERNANDO Leonarda, hermana discreta,
y más que hermana, Leonarda
amiga, porque a ser necia,
fueras solamente hermana.
Oye con atentos ojos,
porque conoce quien habla
la atención de quien le escucha
en los dos quicios del alma.
No se advierte en los oídos
cuando se mira en la cara;
los ojos son el espejo
que el pensamiento retratan.

LEONARDA ¡Qué prólogos tan notables!
¡Qué turbación tan estraña!
¿Qué tienes?, que ya te escucho.

DON ¡Escucha por Dios, Leonarda!

FERNANDO Ya sabes que amé a Lisena.

LEONARDA Ya sé que a Lisena amabas.

DON
FERNANDO Que de noche la servía.

LEONARDA Ya recelo tu desgracia.

DON
FERNANDO En la nave San Cristóbal,
así creo que se llama
donde en la iglesia Mayor
los caballeros se embarcan
a tener conversación...

LEONARDA Ya sé, Fernando, que tratan
después de misa las cosas
que pasan y que no pasan.

DON
FERNANDO Estábamos yo y don Pedro,
tratábase de las damas
de Toledo a quien el cielo
dio tanta hermosura y gracia.
Dicen que una ley dispone
que si acaso se levanta
sobre un vocablo porfía
de la lengua castellana,
lo juzgue el que es de Toledo.
Y que otra ley promulgaba
que en hablando de hermosura,
que entendimiento acompaña,
solo juzgarlas pudiera
una dama toledana.
Aquí, pues, hablando dellas,
necio, don Pedro, se alaba
de que una dama le quiere,
le favorece y regala.
Celoso yo, que bien sabes
que aunque los nombres se callan,
bien se ve por las razones
a quién le tiran las cañas,
respondo que hay muchos necios
que presumen que los aman
de quien las damas se burlan
y quieren a los que callan.
Él replicó: «Nunca tuve
sin favores confianza,

pero la dama a quien sirvo
yo sé que me ha dado tanta
que prefiero a algún villano
que con necias esperanzas
pretende la posesión,
que me ha dado su palabra
y que en la Chancillería,
de amor ejecutoriada,
la tengo y he de tener
por vínculo de mi casa.»
Yo, haciendo donaire, digo:
«El mentir es cosa usada
desde el principio del mundo,
pues cuando Dios preguntaba
al homicida primero:
"¿qué es de tu hermano?", con saña
le responde: "¿Qué sé yo?"
cuando de matarle acaba.»

El «mentís», aunque iba envuelto,
Leonarda, en la historia sacra,
conocióse por «mentís»
entre cuantos allí estaban,
que fue como algunos hombres
hipócritas, que con capa
de santidad, cuantas honras
topan deslustran y infaman.
Calló y al partirse todos,
ya cuando las doce daban,
me hizo señas como quien
con algún secreto aguarda.
La puerta de los Leones
fue a salir porque no hallaba
otra dentro de la iglesia
el agravio a la venganza.
Pero él, más hecho león
que los que en las basas blancas
de las columnas sustentan
aquellas sagradas armas,
me dijo: «Oíd, don Fernando.»
Yo respondí con voz baja:
«¿Dónde?» «Si sois caballero»,

dijo, «en la puerta Bisagra,
o en lo alto del castillo
de San Cervantes.» La capa
tercio y digo: «Ese lugar
se cerca de peñas altas
y es más solo y más seguro
para sacar las espadas.»
Sigiome, paso la puente,
edificio del rey Bamba,
y al camino de Sevilla
subimos entre pizarras.
Metió mano valeroso,
debió de ser su desgracia,
llegó mi espada primero,
que saben ser las espadas
como las nuevas, que llegan
más presto las que son malas.
Cayó muerto al tiempo cuando
un caballero llegaba,
apeado de una mula
como San Telmo en la gavia,
acabada la tormenta.
Llegó a mirar si espiraba;
yo entretanto así el arzón
y sin afirmar la planta
en el estribo, que el miedo
tiene por estribos alas,
subí y piqué al monasterio
del santo, que como carta
hizo sello de una piedra
sobre nema colorada.
Paro en la silla, no veo
seguirme y por no dar causa
a más sospecha me vuelvo,
dejando en una posada
la mula del caballero,
que con seis hombres de guarda
iba a la cárcel real
diciendo el vulgo en voz alta
que era el que mató a Don Pedro.
Agora conviene, hermana,
hacer por el hombre preso,
que será bajeza ingrata

no ayudarle si por dicha
padeciese prisión larga.
Que yo aseguro que el hombre,
por su talle y por sus galas,
es persona principal
y de lindo aspecto y gracia.
Esto sin que él entendiese
quién le regala y ampara
de dineros y favor.
¿Parécete que yo vaya
disimulado a la cárcel?

LEONARDA ¡Yerras, Fernando, no hagas
desatino en que te pueda
conocer!

DON
FERNANDO ¿Pues por qué causa

ha de padecer por mí?

LEONARDA Oye una invención gallarda
para que acudirle puedas
sin que él conozca tu cara.
Yo le escribiré un papel
diciendo que es de una dama
que le vio pasando al tiempo
que a la cárcel le llevaban
y que piadosa le envía
joyas, regalos o plata.

DON
FERNANDO Dulce entendimiento tienes.

LEONARDO Pues espera, no te vayas
mientras escribo el papel;
pero di lo que me mandas
que ponga en él.

DON
FERNANDO No sea poco.

LEONARDA ¿Docientos escudos?

(Vase.)

DON
FERNANDO Bastan.
Casi arrepentido estoy

que padezca por mi causa
quien la culpa no ha tenido;
mas, pues estoy libre, vaya
adelante este suceso
hasta ver en lo que para.

(Sale la JUSTICIA.)

JUSTICIA Dese, señor don Fernando,
a prisión.

DON
FERNANDO ¿Pues por qué causa?

JUSTICIA Por la muerte de don Pedro
que os lleve preso me mandan,
pero no os dé pesadumbre,
que solamente es la causa
porque os reconozca el preso.

DON
FERNANDO Palabra doy.

JUSTICIA Yo no os pido
ni disculpa ni la espada.

DON
FERNANDO Vamos pues; ¡hola!, decid
que preso voy a mi hermana.

(Vanse.)

**(Entren LIMÓN en la cárcel, SANCHO, CESPEDOSA y ROSALES,
presos.)**

LIMÓN Ya digo que me han tomado
cuanto en la mula traía.

SANCHO Pague y haga cortesía.

ROSALES Cara tiene de hombre honrado.

LIMÓN ¿En qué lo ha visto?

ROSALES En que tiene
la nariz en su lugar.

LIMÓN ¿Pues adónde había de estar?

CESPEDOSA ¿En eso a reparar viene?
¿No la pudiera tener
a un lado o muy desigual?

LIMÓN Eso pareciera mal.

SANCHO Tan larga pudiera ser
que adivinaran por ella
de qué tribu descendía.

LIMÓN Largas hay con hidalguía
y muchas cortas sin ella.
Si narices lenguas hacen,
sospechas no dicen bien,
porque sepan que hay también
judíos que romos nacen.

CESPEDOSA ¿Cómo?

LIMÓN Tres veces cayó
aquella gente en el güerto,
que vino al traidor concierto
del que a su señor vendió.
Vulgo, al fin, cobarde y bajo
porque luego que le oyeron
con el espanto cayeron
boca arriba y boca abajo.
Si así las narices tomas
hallarás dellas a cargas
las que boca arriba, largas,
las que boca abajo, romas.

CESPEDOSA Bellaco me ha parecido.

LIMÓN Soy de Sevilla, señor.

SANCHO Acabe, pues, con valor;
haga lo que es tan debido.

LIMÓN Sele decir, por muy cierto,
que todo me lo han llevado.

SANCHO ¿No tiene en fin...?

LIMÓN No han dejado
un cuatrín.

SANCHO De noche, advierto,
que cuando oyere silbar
no se espante si requiebra
un culebro, una culebra.

LIMÓN Oyen, si quiero enviar,
que allá en Zamora la vieja
un rincón se me olvidaba,
esta coba que guardaba,
gasten.

SANCHO ¡Qué bien se aconseja!
¿Tiene destas?

LIMÓN No, señor,
no tengo destas.

ROSALES El cielo
le dé en su prisión consuelo.

LIMÓN Librarme será mejor.

(Vanse. Y sale INÉS, con manto.)

INÉS ¿Esto es cárcel? No sé quién
no es santo por no venir
a verla.

LIMÓN **(Aparte.)**
Quiero fingir
que soy muy hombre de bien,
que si no hay en la prisión
lo que es piedad de mujer,
todo será perecer.

INÉS **(Aparte.)**
Aquí viene un picarón,

¡qué cara! Preso estará
por dos muertes.

LIMÓN ¡Ah, doncella!,
 ¿qué busca en la cárcel ella?
 ¡Qué dichoso! En ella está.

INÉS Señor preso, un caballero...

LIMÓN Yo soy.

INÉS ¿Que ya le han sacado?

LIMÓN **([Aparte.]**
 ¡Por Dios, que me la ha pegado!
 Hablarla en mi lengua quiero.)
 ¡Toledana!, que hasta hoy
 no hubo necia toledana,
 ¡claro sol, linda mañana
 de aquesta noche en que estoy!
 Yo soy un cierto criado
 de un caballero, tan nuevo
 en la cárcel que me atrevo
 a decir que no ha llegado.
 Si te ayudase mi talle
 y te dolieses de mí,
 que no es el que traigo aquí
 el que suelo por la calle,
 errarías esta cara
 y este pecho acertarías.

INÉS Para las entrañas mías,
 menos ocasión bastara.
 En fin, ¿que no eres ladrón?

LIMÓN ¿Tengo yo cara de hurtar?

INÉS Vengo de prisa a buscar
 ese hidalgo a la prisión,
 que es un cierto sevillano
 que por una muerte está.

LIMÓN ¿Prendieronle hoy?

INÉS Sí.

LIMÓN Pues ya
le tienes como en la mano:
yo soy de ese sol lucero.

INÉS ¿Cómo?

LIMÓN Voy siempre adelante;
pero deja que me espante
de que siendo forastero
haya quien le busque aquí.
Si le quieres, aquel es.

INÉS Hablarle quiero, y después
te hablaré despacio a ti.

(Sale DON JUAN.)

DON JUAN ¡Escuro laberinto, cárcel fuerte,
sepultura de vivos afligidos;
leona, cuyos bufos, con bramidos
salen a luz para vivir sin verte;
sueño del tiempo, lazo de la muerte,
seso de locos, rienda de perdidos,
monstro sin pies, cabeza sin oídos,
dado donde el favor pinta la suerte!
No hay desdichas que puedan igualarte,
si bien de la justicia eres el peso,
y para bien vivir la mejor arte.
Tanto, que el sol, con ser con tanto exceso
libre, para salir de cualquier parte,
no quiere entrar en ti, por no estar preso.

LIMÓN Aquí, aguardándote está
una dama, dama en fin
de otra dama serafín.

DON JUAN ¿A mí, Limón? ¿Dónde está?

INÉS Aquí, señor; he venido
a ver vuestro talle y cara.

DON JUAN En mis desdichas repara,
pues sin culpa me han prendido.

INÉS No sin causa, mi señora
se ha enamorado de veros;
tanto, que intenta quereros
y serviros desde agora.
Desde la ventana os vio
y este papel os envía.

DON JUAN Si es tanta la dicha mía,
¡bien haya, quien me prendió!
¿Cómo se llama esta dama?

INÉS No os puedo decir quién es,
vós lo entenderéis después
que esté segura su fama.

DON JUAN ¿Que es de tanta calidad?

INÉS No os lo quiero encarecer.

DON JUAN ¿Pues qué la obliga a querer
usar de tanta piedad?

INÉS Leed el papel, que en él
sabréis mejor vuestra dicha.

DON JUAN De yerro fue mi desdicha,
y mi dicha de papel.
(Lee.)
«Al ruido de la gente que os llevaba preso, me puse a la ventana
y os vi, galán forastero y de tan gallardo talle, que me llevasteis los
ojos más presos que a vós los alguaciles. Dícenme, que lo quieren
estar mientras vós lo estéis, servíos dellos y de esos docientos
escudos, que en la cárcel que estamos los dos vós los habréis menester
y a mí me quedan muchos.»

DON JUAN Yo he leído este papel.

LIMÓN Y yo el papel he escuchado,

y es el papel muy honrado
y la que viene con él.
¿Adónde trae el dinero?

DON JUAN ¡Calla, necio, en hora mala,
que dicha a mi dicha iguala!

LIMÓN La dicha del forastero
que no sé lo que se tiene.

Diga, reina, ¿adónde está
este dinero, que ya,
como de los cielos, viene?

DON JUAN ¿Quieres callar?

LIMÓN No señor,
si la justicia nos quita
nuestro dinero, permita
tu nobleza ese favor.
Muestre por su vida y crea
que hoy no había qué comer.

INÉS ¿Podré darlo?

LIMÓN ¿Qué es poder?
Tengo poder, aunque sea
el tesoro veneciano.

DON JUAN Tómalo, que es necedad
ser ingrato a su piedad
y a su generosa mano.
¿Que no he de saber quién es?

INÉS Si vós sois agradecido,
vós lo sabréis.

DON JUAN Y nacido
de buena sangre.

LIMÓN No estés
deteniendo esta señora
en lo que no ha de decir.
Su merced se puede ir,
y vuelva dentro de un hora
con otro tanto dinero,
que bien será menester.

INÉS ¿Pues no quieres responder?

DON JUAN Ha dado este majadero
en no me dejar hablar.
Digo que escribir querría,
que no fuera cortesía
tomar su carta y callar.
Allí, en aquel aposento,
he visto tinta y papel.

INÉS Yo sé que tendrá con él,

mi dueño, tanto contento,
que os deberé las albricias.

DON JUAN Yo voy.

(Vase DON JUAN.)

LIMÓN Pues solos quedamos,
¿quieres que amistad hagamos,
si un hombre honrado codicias?

INÉS Temo mucho un bellacón;
páreceme que lo eres.

LIMÓN Siempre soléis las mujeres
tener esa condición.
Un lindísimo mancebo
destos que dicen: *acción*,
en substancia, *reducción*,
y todo vocablo nuevo,
que como manteo guarnece
hasta el cuello el chamelote,
y con guedeja y bigote
media máscara parece.
Destos que traen arquilla
con sus ciertos badulaques,
más morisco en los alfaques
que de Argel los ve la orilla.
¿Para qué puede ser bueno
si no un bellacón hombrón,
como río socarrón,
más hondo en lo más sereno?
Este sí, dime tu nombre,
y pues amas quieren amos,
los criados nos queramos.

INÉS ¡Lindo pícaro es el hombre!
Él me va poniendo lazos;
no es de la jaula el que canta.

LIMÓN Di tu nombre.

INÉS El de la santa
con el cordero en los brazos.

LIMÓN Como no crezca el cordero,
de tus brazos soy, Inés,

mas si ha de crecer después,

huir de tus brazos quiero.

INÉS ¿Tu nombre?

LIMÓN Suélese dar
en Castilla.

INÉS ¿Qué es?

LIMÓN Limón.

INÉS ¿Agrio?

LIMÓN Dulce, en ocasión.

(Entre DON JUAN, con un papel.)

DON JUAN Este le podréis llevar,
y este diamante con él
en fe de agradecimiento;
y decilde que no siento
más de lo que digo en él.
Tomad vós estos doblones
de los que traído habéis.

INÉS A mi señora pondréis
la mitad destas prisiones.
Tomo el diamante, por ser
prenda vuestra, y no el dinero.

DON JUAN ¡Por la fe de caballero!

INÉS No hay que hablar.

LIMÓN No ha de querer;
déjala, no seas cansado,
mal conoces su valor.
No lo tomará, señor,
si supiese.

INÉS Yo he tardado,
decidme el nombre y adiós.

DON JUAN Bien lo quisiera callar.
(**Aparte.**
Mas no lo puedo escusar
por el bien que hace a los dos.)
Don Juan de Aguilar me llamo.

INÉS Adiós, mi señor don Juan.

LIMÓN Adiós, reina.

INÉS Adiós, galán.

(**Vase.**)

LIMÓN Y entiende cómo me llamo.

DON JUAN ¿Qué es esto?

LIMÓN Ventura tuya.

DON JUAN Lindo papel.

LIMÓN Estremado.

DON JUAN Y yo estoy enamorado
desta mujer.

LIMÓN ¡Alleluya!
¿Pues sin verla?

DON JUAN Ya la vi.

LIMÓN ¿Dónde?

DON JUAN En la imaginación.

LIMÓN Siempre estas piedades son
sospechosas para mí:
dar dineros y callar
el nombre, ¡malo!

DON JUAN ¿Por qué?

LIMÓN ¿Cuánto va que es vieja?

DON JUAN ¿A fe?

LIMÓN Y que te quiere engañar.

DON JUAN ¡Buen lance habemos echado!
Volverele su dinero.

LIMÓN ¡Este lance a un forastero!

¿Si es embuste?

DON JUAN Eso he pensado.

LIMÓN Hay unas viejas en quien
no envejece el apetito.
¿Qué darán por un mocito,
cuerpo de tal?

DON JUAN Dices bien.

LIMÓN Una un tiempo me miraba
que ya cejas no tenía
y el color que se vestía
de ese mismo las pintaba.
Si de azul, azules eran,
si de nácar, nacaradas,
si de morado, moradas,
si de verde, verdes.

DON JUAN Fueran
cejas de sierpe, Limón.

LIMÓN Yo te digo la verdad.

DON JUAN ¿Y tuvistes amistad?

LIMÓN Dábame lindo doblón
y de aquí saco que a ti
te han de pescar cejas verdes.

DON JUAN ¡Por Dios que no me lo acuerdes!

LIMÓN Y ¡cómo!

DON JUAN Los ojos sí,
¿mas las cejas?

LIMÓN Ahora bien,
¿qué has de hacer en tu prisión?
Hoy te han de prensar, Limón.

DON JUAN Yo tengo favor.

LIMÓN ¿De quién?

DON JUAN De don Luis de Ribera, generoso,
que es el Corregidor algo pariente
del Duque de Alcalá, que fue dichoso

remedio en la ocasión deste accidente.
Si le escribo con ánimo piadoso
diciéndole que estoy tan inocente,
me ha de sacar de la prisión, remedio
que de todo mi mal se pone en medio.
Que puesto que el tener justicia importe,
es el favor la ejecución más breve
y justicia y favor está bien junto.

(Sale la JUSTICIA y DON FERNANDO.)

ALGUACIL Vuesa merced de réplicas acorte,
tenga por bien que la verdad se pruebe.

DON
FERNANDO Si me agraviaren, cerca está la Corte;
trátame la justicia como debe,
póngame en una torre.

DON JUAN ¿Qué es aquesto?

ESCRIBANO El suceso, señor, lo dirá presto.
El alcalde mayor, señor hidalgo,
mande que mire a este caballero
y reconozca si es el que dio muerte
a don Pedro en el campo.

DON JUAN Ocasión fuerte.
(Aparte.
Él es, por Dios, pero será bajeza
decir que él es, aunque padezca en tanto
que me disculpa la inocencia mía,
que he visto en él nobleza y gallardía,
y es lástima ponerle en tanto aprieto.)

DON
FERNANDO **[Aparte.]**
El hombre me conoce, soy perdido.

DON JUAN Yo le he mirado bien y atentamente.
El otro era más viejo y barbinegro,
quebrado de color, bien pueden darle
su libertad a aqueste caballero.

ALGUACIL Vamos de aquí, que ya me huelgo mucho
que el señor don Fernando esté inocente.

DON
FERNANDO

Dios os dé libertad, señor, y aumente

vuestra vida los años que deseo,
que como por cristal el alma os veo.

DON JUAN

Una palabra escuchad.

DON
FERNANDO

¿Qué es, señor, lo que queréis?

DON JUAN

Que allá fuera os acordéis
de aquesta hidalga amistad.
No tuve de mi piedad
para tenerla de vós,
que me lastimo, por Dios,
de que os haya sucedido,
como si hubiéramos sido
amigos siempre los dos.
Yo os vi, como ya sabéis,
y he fingido que no os vi
para padecer aquí
la culpa que vós tenéis.
Y pues negar no podéis
lo que allá me habéis llevado,
suplicoos tengáis cuidado
de unos papeles que había,
que con esta cortesía
me daré por obligado.

DON
FERNANDO

No fuera justo negar
la verdad a un caballero
como vós y a quien espero
tanta nobleza pagar,
y pues estoy en lugar
de poder satisfacer
no lo que llevo a deber,
diré a voces que yo he sido
quien mató.

DON JUAN

¡Callad os pido
que me echaréis a perder!
Porque diré que yo fui,
que es lo que negando estoy
y aunque vós digáis: «yo soy»,
diré que lo hacéis por mí.

No me deis la muerte así,
sino pues yo he de probar
no ser de aqueste lugar,
ni haber conocido el muerto.
Dejadme llegar al puerto,
porque no me anegue el mar.

DON
FERNANDO

¿Pues cómo podré sufrir
que padezcáis deste modo,
siendo yo culpa de todo?

DON JUAN

Porque yo podré salir
adonde os pueda servir,
y no vós que estáis culpado.

DON
FERNANDO

Tanto me habéis obligado
que os quiero besar los pies.

DON JUAN

Aquí, don Fernando, es
el cumplimiento escusado.
Id con Dios, que los que os ven
ya sospechosos están.

DON
FERNANDO

Noble soy, creed, don Juan,
que soy honrado también.

DON JUAN

Mi prisión se emplea bien
en un hombre como vós.

DON
FERNANDO

Yo espero en Dios que los dos
os habemos de pagar.

LIMÓN

No deis más que sospechar.

DON JUAN

Adiós, don Fernando.

DON
FERNANDO

Adiós.

(Vanse y sale LEONARDA y INÉS.)

LEONARDA

¿Que es tan gallardo?

INÉS

En mi vida
vi mancebo tan galán.
En fin, se llama don Juan,

su apellido se me olvida,
pienso que dijo Aguilar.
¡Válgame Dios, si le vieras!

LEONARDA ¿Hablas de veras?

INÉS Pudieras
darle en mil almas lugar.
¡Qué talle! ¡Qué bizzaría!

¡Qué limpieza!

LEONARDA ¿Vienes loca?

INÉS Pues por la parte que toca
a humildad y cortesía
no tengo yo entendimiento
para pintarte sus gracias.

LEONARDA ¿Que vengan tales desgracias
a tanto merecimiento?
¿Y a un hombre de tantas prendas
y viniendo de camino,
prenderle, no es desatino?

INÉS Para que mejor lo entiendas
toma este papel, que en él
verás si tengo razón,
pues no hay mayor discreción
que escribir bien un papel.

LEONARDA ¿Dos me das?

INÉS Viene aforrado
de un papel de don Luis
que me dio ahora Dionís,
su secretario y criado.

LEONARDA ¡Quita allá!

INÉS ¿Tanto desdén?

LEONARDA Cánsanme desigualdades.

INÉS Mujeres y voluntades
hablan mal y quieren bien.

LEONARDA ¿Yo a don Luis?

INÉS Pues no mirabas
mal a aqueste caballero.

LEONARDA Su nobleza considero,
si de ser noble le alabas;
a que se debe respeto.
¿Pero qué me importa a mí?

INÉS Lee los dos para que así
juzgues cuál es más discreto.

LEONARDA Por el que me importa menos
comienzo.

INÉS Muy bien, por Dios,
pues yo pienso que a los dos
los hemos de dar por buenos.

LEONOR

(Lea.) «Quien ofende con amores, ¿qué disculpa dará de su
atrevimiento? Que si amor la da a todos, y yo os ofendo con él, mal
podré dar la ofensa por disculpa. No es este daño, sino que yo porfío
contra los desengaños, pagándoles mal el hacerme bien; ¿pero cómo
los ha de creer quien tiene por bien el mal? No os pese de que os ame,
aunque os pese de que os escriba, que en lo primero no puedo más y
lo segundo nace de lo primero.»

INÉS Bien está dicho.

LEONARDA Muy bien;
galán cortés, en efeto
un caballero discreto.

INÉS No lo es poco tu desdén.

LEONARDA Leo a don Juan de Aguilar.

INÉS Con azúcar en la boca
le has nombrado.

LEONARDA ¡Calla, loca!
Sin conocer no hay amar.

(Lea.)

«Paréceme, señora, que vós sois quien me habéis preso, pues no hay cárcel como la obligación, y pruébase en que desta podré salir y de la otra es imposible. La justicia ha errado en esto, pues me prende a mí, que no he muerto a este hombre, y os deja libre a vós, que me habéis muerto a mí. Pues no se ha oído en el mundo que hayan dado a nadie docientos escudos de veneno.»

INÉS ¿No dice más?

LEONARDA ¿Qué pudiera
decir más siendo papel?

INÉS Donaire tiene.

LEONARDA Si en él
la gracia se considera,
don Juan ha mostrado bien
su divino entendimiento.
Ya vive en mi pensamiento,
ya empiezo a querelle bien.

INÉS Que es gallardo, fía de mí.

LEONARDA Mas parece desatino.
¿Qué tengo yo que me inclino
a lo que en mi vida vi?
Fuera me trae de mí
cosa que no sé lo que es.
¿Qué veneno es este, Inés,
que me da don Juan por ti?

INÉS ¿Alabarle qué importó?

LEONARDA ¡Oh, cielo!, tú me inquietas.
¡Oh, estrella que a amar sujetas
lo que nunca el alma vio!
Vuelve allá.

INÉS ¿Yo?

LEONARDA ¿Por qué no?

INÉS ¿A qué tengo de volver?

LEONARDA Como que le vas a ver

y lleva aqueste retrato
que desta cinta desato.

INÉS ¿Pues qué pretendes hacer?

LEONARDA Enamoralle de mí.
Busca industria con que puedas
mostrársele sin que excedas
de mi honor.

INÉS ¿Estás en ti?

LEONARDA Inés, sin verle le vi,
y pienso verme con él.
Si las partes que hay en él
por sola tu información
llenar la imaginación,
que es el más diestro pincel...
¿Qué me miras divertida?
Yo le tengo de querer.

INÉS Miraba que eras mujer
más fuerte, más resistida.
Tu serás de mí servida
y pues esto va adelante,
toma este rico diamante
que me dio.

LEONARDA ¿Para mí?

INÉS Sí.

-

LEONARDA ¿Esto más?

INÉS Él quiere así
mostrarte que es firme amante.

LEONARDA Parte, Inés, a la prisión,
porque este hombre ha de ser
mi bien y yo su mujer,
y de los dos perdición.

INÉS Hay allá cierto Limón,
agridulce sevillano.

LEONARDA ¿Criado?

INÉS Y gran cortesano.

LEONARDA Si me pierdo, considera
 que tú has sido la tercera
 y el primer papel mi hermano.

(Vanse.)

(Salen DON JUAN y DON LUIS con hábito de Santiago.)

DON LUIS A la casa de Alcalá
 tengo obligación y deudo,
 en recibiendo el papel
 vine a la cárcel a veros.
 Luego que os prendieron supe
 lo más de vuestro suceso
 y cuando fuera verdad,
 si se prueba, ni lo creo.
 Pero vós podéis creer
 que tengo de ser el preso
 hasta que vós estéis libre.

DON JUAN Beso mil veces el suelo
 adonde ponéis los pies.

DON LUIS ¡Don Juan de Aguilar, teneos!

DON JUAN Don Luis de Ribera ilustre,
 llamaros del cielo espero,
 que pues en el cielo hay agua,
 seréis ribera del cielo.
 A la ribera del mar
 de vuestro merecimiento
 llega mi humilde barquilla
 rota de velas y remos;
 dadle puerto en vuestros pies.

DON LUIS Cuando veáis que yo os llevo
 por la puerta de la cárcel,
 vendrá bien llamarme puerto.
 Alcaide.

ALCAIDE Señor.

DON LUIS ¿Don Juan
tiene igual el aposento
a su valor?

ALCAIDE El mejor
le he dado.

DON LUIS Está muy bien hecho.
Traigan cama de mi casa,
hablaré a mi padre luego
para que a los dos ayude,
pues los dos estamos presos.

DON JUAN Vuelvo otra vez a poner
la boca en el mismo sello
de la estampa de esos pies.

DON LUIS Vuestra libertad deseo.

(Vase. Y sale LIMÓN.)

LIMÓN Que ya se fuese deseaba.

DON JUAN ¿Cómo?

LIMÓN Otra dicha tenemos
La dicha Inés.

DON JUAN Bueno va.

(Sale INÉS.)

LIMÓN Llego, flor del mundo.

INÉS Llego
a esos pies.

DON JUAN ¿Cómo a esos pies?
Llega a estos brazos, al pecho,
al alma.

INÉS Paso, señor,
que en los botones enredo
una cinta de un retrato
que a cierto platero llevo.

DON JUAN ¿Retrato? ¿Cómo?, ¿de quién?
Mostrad.

INÉS De quien por lo menos
os quiere más en el alma.

DON JUAN ¿De vuestra señora?

INÉS Entiendo
que sois hechicero.

DON JUAN ¿Yo?

INÉS Sé que la tenéis sin seso.

DON JUAN Mostrad.

INÉS Eso no, don Juan,
que conoceréis al dueño.

DON JUAN ¿Yo, cómo? Pues si en mi vida
estuve, Inés, en Toledo.
Esta es la casa primera
que por mi desdicha veo;
las damas, los galeotes;
desta imagen del infierno,
los verdugados, sus grillos,
las pendencias, sus requiebros;
ámbares, sus calabozos,
melindres, sus juramentos.

INÉS Ahora bien, yo estoy de prisa,
miralde y pártome luego,
que pasando por aquí
fuera ingratitud no veros.

DON JUAN ¿Hay belleza semejante?
¿Hay ángel fuera del cielo
como este rostro?

LIMÓN A ver, muestra.
¿No tiene aquí más o menos
cuarenta años?

INÉS ¿Cómo; qué?
Si aun quince no tiene enteros.

LIMÓN ¡Oh, quién le hurtara este ángel!

INÉS Mucho, don Juan, me detengo.
Mostrad.

DON JUAN Eso no, mis ojos.

INÉS ¿Cómo no? ¿Vós hacéis esto?

DON JUAN Déjamele, que yo haré
que le aderece un platero
que está aquí preso en la cárcel.

INÉS ¿Y vós no veis que si vuelvo
sin él...?

DON JUAN No paséis de ahí;
decidle que yo le tengo.

INÉS Ahora bien, por vós me pongo
a peligro manifiesto
de enojar a mi señora.
Pero mirad que no puedo
dejarle más de por hoy.

DON JUAN Mañana os le vuelvo.

INÉS ¿Cierto?

LIMÓN Yo salgo por su fiador.

INÉS Pues adiós.

DON JUAN Decid al dueño
que lo es de toda mi vida.

LIMÓN ¿Y yo qué soy?

INÉS Si tenemos
amistad, serás, Limón,
de amor con agrio de celos.

LIMÓN Andújar.

INÉS ¡Qué gran bellaco!

(Vase.)

DON JUAN Lindo rostro.

LIMÓN Por extremo.

DON JUAN Aquí no hay cejas azules
ni disfrazados cabellos.
¡Bella boca!

LIMÓN Es sangre pura.
Pero sabes que sospecho
que todo aquesto es engaño.

DON JUAN ¿Engaño? ¡No! Yo estoy muerto.

LIMÓN ¿Sin verla?

DON JUAN ¿Pues por qué no?

LIMÓN Los filósofos dijeron
que no puede haber amor
donde no hay conocimiento.

DON JUAN ¿Tú has visto un monte de oro?

LIMÓN No, señor.

DON JUAN Probarte puedo
que le puedes amar.

LIMÓN ¿Cómo?

DON JUAN Pensando un monte de aquellos
que has pasado y luego el oro
que has visto, y formando en ellos
un monte de oro en tu idea.
Y así yo formada tengo
de mujer y de hermosura
el ángel que adoro y quiero.

(Sale DON FERNANDO.)

DON
FERNANDO No penséis, señor don Juan,
que puedo pasar sin veros.
¿Cómo va de prisión?

DON JUAN Bien,
pues en la prisión os veo.

DON ¿Hay necesidad?

FERNANDO

DON JUAN Ninguna,
que me ha socorrido el cielo
con un ángel que me vio

traer a la cárcel preso.

DON
FERNANDO

¿Ha os regalado?

DON JUAN

Y me ha dado
docientos escudos.

DON
FERNANDO

Bueno.

DON JUAN

Estoy muy favorecido
y lleno de mil deseos.

DON
FERNANDO

¿Sin verla?

DON JUAN

He visto un retrato.

DON
FERNANDO

Mostrad a ver.

DON JUAN

Eso quiero,
porque me digáis quién es;
tomad. ¿De qué estáis suspenso?

DON
FERNANDO

No conozco yo esta dama.

LIMÓN

¿Dígolo yo?

DON JUAN

Por lo menos
los escudos son verdad.

DON
FERNANDO

Vamos, que a colgaros vengo
un aposento.

(Vase DON FERNANDO.)

DON JUAN

Limón,
¿qué es esto?

LIMÓN

Pienso que has hecho
necesidad.

DON JUAN

¿Cómo?

LIMÓN En mostralle.

DON JUAN Descolorido se ha puesto.

LIMÓN ¿Cuánto va que es su mujer?

DON JUAN Ya le ha visto, no hay remedio.

LIMÓN ¡Qué presto se le enseñaste!

DON JUAN Las desdichas vienen presto.

LIMÓN Pero si lo hiciera mal,
diremos que al hombre ha muerto.

DON JUAN Pésame por la mujer.

LIMÓN Y a mí por Inés, que pierdo
una fregona palpable,
sin retrato, ni embelecós.

Jornada II

Sale DON JUAN y DON LUIS.

DON JUAN En tantas obligaciones,
 ¿quién os sabrá responder?

DON LUIS Si diferencia ha de haber,
 ha de ser en las prisiones,
 que vós habéis de tenellas
 en el cuerpo y yo en el alma.

DON JUAN Quien a Grecia dio la palma,
 no conoció las estrellas;
 ellas deben de infundir
 esta fuerza en la amistad.

DON LUIS Su mentira o su verdad
 suele el cielo prevenir.
 Cástor y Pólux, amigos,
 convertidos en estrellas,
 de las influencias dellas
 son los mayores testigos.
 La una se ve nacida
 donde la otra espiró,
 y así Virgilio pintó
 de las dos la muerte y vida.

DON JUAN Los ejemplos del amor

 muestran bien, con la experiencia
 celestial, correspondencia
 que les influye calor.
 Mas, como Fidas solía
 en mármoles que labraba
 poner el nombre que amaba
 del amigo que tenía,
 así en todas mis acciones
 a poneros me obligáis,
 porque se entienda que obráis

mis propias obligaciones.

DON LUIS
Don Juan, yo os tengo afición,
y en las obras la veréis.
No quiero que os obliguéis
donde es fuerza la prisión,
porque no valdría el contrato.
Della os sacaré bien presto,
que va el pleito bien dispuesto.

DON JUAN
Si os fuere, señor, ingrato,
que pierda el ilustre honor
que me ha dado el apellido
que tantos siglos ha sido
de inestimable valor.
Y así mismo la crianza
de la casa de Alcalá,
en cuya ribera está
el puerto de mi esperanza.

DON LUIS
Triste os tendrá la prisión.
Quiero esta noche sacaros
adonde podáis holgaros,
que tengo cierta ocasión
y quiero que la veáis,
o que la oigáis por lo menos.
Y porque en gustos ajenos
menos invidia tengáis,
no pienso que faltarán
donde os pueda entretener.

DON JUAN
Cierto será que han de ser
como de hombre tan galán.

DON LUIS
¡Alcaide!

ALCAIDE
Señor.

DON LUIS
Aquí
vendrá Dionís a las nueve
por don Juan.

ALCAIDE
Digo que lleve
Dionís la cárcel y a mí,
si de algún provecho soy.

DON LUIS
Bien me le podéis fiar;
que yo le sabré guardar,

pues yo por su guarda voy.

(Vase, y el ALCAIDE.)

DON JUAN Feroz león, la planta fiera en vano,
 atravesada de la dura espina,
 muestra al esclavo, y a curarle inclina,
 humilde el inhumano, al sabio humano.
 Veele después salir en el romano
 anfiteatro, que a morir camina
 y paga la piadosa medicina,
 rendido al pie que le curó la mano.
 Pues si humilla un león tanta fiereza,
 ¿quién hay que corresponda con mal trato
 a quien debe piedad, honra y nobleza?
 Siendo un león de la amistad retrato,
 corrida puede estar naturaleza
 el día que ha formado un hombre ingrato.

(Sale LIMÓN.)

LIMÓN Después que estás tan privado
 con el hijo del señor
 corregidor, el humor
 corre, don Juan, más templado.
 ¿Qué hay de aquella buena vieja
 que con retratos te engaña?

DON JUAN El alma me desengaña
 y de tu engaño se queja.
 No muestra aquí que ha cumplido
 quince años.

LIMÓN Si es así,
 puesto que decir oí
 que niñas huelen al nido,
 la sazón está gozando
 más dulce para querer,

ni debe de ser mujer
de tu amigo don Fernando,
que de quince años no fuera
casada y libre.

DON JUAN No sé,
yo me muero y no tendré
remedio.

LIMÓN ¡Estraña quimera!
¿Las cosas que no se ven,
se han de amar?

DON JUAN ¡No puedo más!

LIMÓN No se habrá visto jamás
amar sin saber a quién.

DON JUAN Ella, lo mismo me escribe.

LIMÓN ¿Cuántos papeles van ya?

DON JUAN Veinte.

LIMÓN ¿Pues no te dirá
su nombre ni adónde vive?

DON JUAN Si un amigo me contara,
pues al fin los que aman ven,
que amaba sin ver a quién,
por loco le confirmara.

LIMÓN A un portugués que lloraba,
preguntaron la ocasión,
respondió que era afición
y que enamorado estaba.
Por remediar su dolor,
le preguntaron de quién,
y respondió: «*De ninguém,
mais choro de puro amor.*»
Como este vienes a ser;
¡ea, llora!, aunque no sabes
por quién.

DON JUAN Las dulces y graves
palabras desta mujer
sirven de flechas crüeles
en los papeles que alabo.

LIMÓN
Basta, que eres como pavo,
que te asan entre papeles.
Si quiere enseñarse a amar
esta primeriza dama,
con un preso, ¿qué honra y fama
por fuerza le ha de guardar?
Enseñanse los bárbaros,
en los frailes, a rapar;
esta se quiere enseñar
entre presos caballeros.
Que esto que ves que te da
es treta de cazador
para pescarte mejor,
si después te coge allá.

DON JUAN
No lleva esa traza, no,
que los regalos son más
que podré pagar jamás.

LIMÓN
¿Pues qué es esto?

DON JUAN
¡Qué sé yo!

LIMÓN
Ahora bien, dete dineros
y nunca se deje ver.

DON JUAN
Tomarlos de una mujer
no es de honrados caballeros.

LIMÓN
¿Y ellas qué toman?

DON JUAN
Nacimos
para servir las.

LIMÓN
Porque
su carne primero fue
la costilla que les dimos,
y no fue la más angosta;
pero quien dio la costilla

no tengo por maravilla
que se obligase a la costa.
Con Adán se han disculpado
mil maridos.

DON JUAN
¿De qué suerte?

LIMÓN ¿No le dio por nuestra muerte
Eva aquel triste bocado?

DON JUAN Sí le dio.

LIMÓN ¿Y a ella quién?

DON JUAN La sierpe.

LIMÓN El diablo sería,
que esa figura tendría
para engañarlas más bien.
Pues cuando una mujer da
a su marido que coma,
como piensas que lo toma,
con que disculpado está;
que de Adán ejemplo fue,
diciendo, aunque el yerro vea:
«Coma yo», y siquiera sea
el diablo quien se lo dé.

DON JUAN Yo no soy marido aquí,
ni aun he visto la mujer.

LIMÓN Bien tendrás que agradecer.

DON JUAN De buena sangre nací.

(Sale el ALCAIDE.)

ALCAIDE Dos mujeres rebozadas
me han preguntado por vós.

DON JUAN ¡Dejaldas entrar, por Dios!

LIMÓN ¿Huelen bien?

ALCAIDE Huelen a honradas

LIMÓN Mal huelen.

ALCAIDE ¿Por qué?

LIMÓN Vendrán
con descuido si lo son,
que en no viniendo ocasión
sin la pastilla se van.

ALCAIDE Veislas aquí.

DON JUAN Pues cerrad.

(Vase el ALCAIDE y entran LEONARDA y INÉS, tapadas.)

LEONARDA ¡Qué lindo talle! ¡Qué hermoso!

INÉS Cuerpo bizarro y airoso.

LEONARDA Una palabra escuchad.

DON JUAN Señora, ¡quién la escuchara
desa boca!

LEONARDA No os turbéis,
pues que la boca no veis.

DON JUAN Perdonad si me turbare,
que me ha dicho el corazón
que me venís a matar.

LEONARDA ¿Vós sois don Juan de Aguilar?

LIMÓN Sí, reina, y yo soy Limón.

LEONARDA ¿Vós sois Limón?

LIMÓN En azúcar,
para serviros.

INÉS ¡Qué sal!

LIMÓN Créme en el Arenal,
y soy atún de Sanlúcar.

INÉS A fe que vós no os turbéis.

DON JUAN ¿Cómo, señora, no habláis?

LEONARDA Porque también me turbáis
y efeto del sol hacéis.
Mucho me había contado
Inés de vuestra persona.

LIMÓN Inés, ilustre amazona,
ninfa del Tajo dorado,
retírate aquí y descubre

la cenefa de tu faz;
déjalos hablar en paz.

DON JUAN

¿Por qué, señora, se encubre
ese sol con el nublado
de ese manto? Puede ser
que le pueda defender,
siendo cuerpo tan delgado,
pero del rayo tomáis
la condición que tenéis,
que lo fuerte deshacéis
y lo débil perdonáis.
Pues trayendo a ejecución
mi muerte lo delicado,
del manto no habéis tocado
y abrasaisme el corazón.
Con solo un sol me encendéis;
bien hacéis, bien presumís,
que si los dos descubrís

ceniza me volveréis.
Pero aunque me mate os ruego
que le descubráis también
para que veáis más bien
lo que puede vuestro fuego.
Mirad en esta ocasión
con dos ojos que abrasáis
a Roma, porque seáis
en dos ventanas Nerón.
Y aunque es verdad que me anuncia
la gloria que me provoca,
vea yo también la boca
que la sentencia pronuncia.
Abridla, porque podría
dar sospecha a mi cuidado,
que si está un nácar cerrado,
¿quién sabrá si perlas cría?

LEONARDA

Don Juan, aunque os engañé
con escribiros que os vi,
nunca os vi; mentí, que aquí
os vi, puesto que os amé.
Que la fama y la pintura

de dos personas han hecho
un retrato que ha deshecho
la libertad más segura.
Formé de vós un conceto
notable, pero diré
que menos imaginé
de lo que muestra el efeto.
Después que os miro y os trato
mejor me habéis parecido,
como mal pintor he sido
que agravia con el retrato.
Es como no tener nada,
si cobrar deuda procura
el que tiene una escritura
y no la tiene firmada.
Aunque a verdad obligados
los papeles que envié,
desde que os vi y os hablé
quiero que queden firmados;
ya tenéis con qué cobrar,
ya tenéis con qué pedir.

DON JUAN Pues que os queráis descubrir
solo os quiero suplicar.

LEONARDA Eso no es posible agora
y os doy palabra que sea
presto.

DON JUAN ¿Quién habrá que crea
tan grande crueldad, señora?
¿Posible es que no me dé
vuestro amor algún consuelo?
Bien parece que sois cielo,
que os he de creer por fe.
Pero esta noche me han dado
licencia para salir,
¿podré a vuestra casa ir?

LEONARDA Podréis, si vais disfrazado,
hablarme por una reja.

DON JUAN ¿Entrar no?

LEONARDA No puede ser.

DON JUAN La casa es fuerza saber.

LEONARDA ([**Aparte.**])
 ¿Qué necio amor me aconseja?)
 Junto a San Miguel el Alto,
 la de mayores balcones,
 porque quepan las razones
 y con mejor sobresalto.

DON JUAN Poned un lienzo.

LEONARDA Sí haré.

DON JUAN Oíd, que se me olvidaba,
 aunque cuidadoso estaba.

LEONARDA Y yo también me olvidé.

DON JUAN ¿Conocéis un don Fernando
 de Saavedra?

LEONARDA Yo no.

DON JUAN ¿Ni le oístes nombrar?

LEONARDA ¿Yo?
 Estaréis imaginando
 que soy muy libre.

DON JUAN No creo
 que sois libre, mas temía
 que érades casada.

LEONARDA El día
 que cumpla Dios mi deseo.
 Ahora sin dueño estoy,
 miento que vós lo sois mío
 y que lo seréis confío

 cuando vós sepáis quién soy.
 Tomad aquesta cadena,
 que era lo que me olvidaba.

DON JUAN Añadís al alma esclava
 la que por vós tiene en pena,
 pero no hay necesidad,
 volvelda, mi bien, y haced
 a mi amor otra merced
 que será mayor piedad.

LEONARDA ¿Cómo?

DON JUAN Sacando del guante
la mano, besarla quiero.

LEONARDA Aunque es estilo grosero,
mi recato no os espante,
con guante os la doy, señor.

DON JUAN ¿Con guante? Crüel estáis,
hasta la mano me dais
con manto. ¡Estraño rigor!
Mas bien es, aunque ventajas
de amor pueda merecerlas,
que quien es toda de perlas,
toda venga puesta en cajas.
Beso la mano diciendo,
salvo el guante.

LEONARDA Estad seguro
que el alma que dar procuro
esté el manto descubriendo,
dando el rostro con razón
más mano que la que he dado.

INÉS Sospecho que han acabado
la plática, seor Limón.

LIMÓN Así me parece.

LEONARDA Inés,
vamos de aquí.

INÉS Adiós.

LIMÓN Adiós.

(Vanse las dos.)

¿Qué habéis tratado los dos?
¿Es bella, es moza? ¿Quién es?

DON JUAN ¿Pues vila yo?

LIMÓN ¿Cómo no?

DON JUAN No se quiso descubrir.

LIMÓN ¿Eso un hombre ha de decir?
A fe que si fuera yo...

DON JUAN ¿Tengo de ser descortés?
Hasta la mano me ha dado
con guante.

LIMÓN No me he engañado;
todo lo que digo es.
¿La mano con escarpín?
¡Sarna tiene, vive Dios!
En fin, ¿qué tratáis los dos?

DON JUAN En fin, un amor sin fin.
Esta noche a verla voy.

LIMÓN ¿Dijo la casa?

DON JUAN Sí dijo.

LIMÓN Pues bailo de regocijo.
¡Oh, qué inesada me doy!

DON JUAN Inés nada podrá hacer,
que no podemos entrar.

LIMÓN Pues yo sabré negociar
si la casa acierto a ver.

DON JUAN Es a San Miguel el Alto,
y por señas dos balcones.

LIMÓN Pues si tan alto te pones,
guárdate de dar un salto.

DON JUAN ¿Dónde había de vivir
un ángel, sino en el cielo?

LIMÓN Que no bajemos recelo
donde pensamos subir.

DON JUAN Temor en quien ama es vicio.

LIMÓN Yo sé que no temo en vano,
que un ladrillo toledano
es espantoso edificio.

(Vanse. Salen LISENA, dama, y DON FERNANDO.)

LISENA ¿No he de perder la paciencia?

DON
FERNANDO ¿De qué la habéis de perder?

LISENA De ver que os oséis poner,
don Fernando, en mi presencia.

DON
FERNANDO Para haceros resistencia
otro mejor que yo fuera.

LISENA ¿Pues quién, si no vós, pudiera
verme en tanto desconcierto,
ni que habiendo el alma muerto
matar al alma quisiera?
En mí don Pedro vivía;
habeisle dado la muerte
y por dármele más fuerte
tenéis de verme osadía.
Mas no ser vida la mía
fue justa imaginación
y si en aquesta ocasión
por muerta me visitáis,
tenéis razón, pues honráis
a los que difuntos son.
Pasastes de una estocada
dos cuerpos, dos almas, dos
vidas y pluguiera a Dios
que os detuviera la espada,
la que estaba más culpada,
pues tengo justos recelos
que todos mis desconsuelos
nacieron deste rigor,
pues por teneros amor
le mataron vuestros celos.

DON
FERNANDO Lisena del alma mía,
no maté yo vuestro bien,
a mí sí vuestro desdén
y yo me maté aquel día.
Por eso tanta osadía
os dio pensamiento igual

y con desengaño tal
que lo estoy tengo por cierto,
que a quien no estuviera muerto
nadie le hablara tan mal.
Preso está quien le mató.
¿Pero quién ha de creer
que ya muerto puede ser
quien vive donde murió?
En fin, el muerto fui yo,
esto es cosa conocida
y que vós sois mi homicida
os puede dar vanagloria,
que quien lo está en la memoria,
más muerto está que en la vida.
Él murió para vivir
adonde vós le tenéis,
y yo, pues me aborrecéis,
viviré para morir.
Envidia puedo decir
que al muerto tener procuro,
pues que a morir me aventuro,
y es bien que la tenga un muerto,
quien tiene el bien tan incierto
y tiene el mal tan seguro.
¿De cuál desdicha se escribe,
ni estado de amor se vio,
que a un hombre que ya murió
envidia tenga quien vive?
Plegue al cielo que me prive
de vida en que os ofendéis,
que no es justo que os quejéis,
ya que aborrecido fui,
que esté tan dentro de mí
lo que vós aborrecéis.

LISENA

Fernando, tarde negáis
la muerte de un caballero
que después de muerto quiero,
mas, porque vós no viváis,
si es que de mí no os fiáis,
creed que saben mujeres
guardar secreto.

DON
FERNANDO

Tú eres

mujer y es bien que repares
que no callan sus pesares,
aunque encubren sus placeres.

LISENA
Si la lengua en el tormento
una mujer se cortó,
bastante ejemplo dejó
de su silencio argumento.

DON
FERNANDO
Don Pedro dio fundamento
con la suya no muy buena,

antes satírica y llena
de agravios; al noble impropia,
pues siempre la muerte propia
paga la deshonra ajena.
De mujeres y casados
habló mal en general.

LISENA
Ya está en uso el hablar mal
y siempre los más culpados.

DON
FERNANDO
Son pocos los castigados
y muchos los maldicientes.

LISENA
Por más, Fernando, que intentes
dar disculpa a mis enojos,
no volverás a mis ojos,
que ya se volvieron fuentes.

(Vase.)

DON
FERNANDO
Hoy el airado mar blancas arenas
escupe a los diamantes celestiales
y mañana a la tierra en sus umbrales
conduce naves y derriba antenas.
Las canas fieras, que hoy de nieve apenas
de las desnudas peñas dan señales,
mañana de jacintos orientales
bordan las capas de esmeraldas llenas.
Esto, Lisena, tu rigor resiste,
pues todo está sujeto a la mudanza
cuando en su mano ser frágil consiste.
Que lo que es hoy mortal desconfianza
y en desesperación el pecho viste,

puede vestir mañana de esperanza.

(Vase.)

(Salen DON LUIS, DON JUAN, LIMÓN, y DIONÍS, todos de noche galanes y con espadas y broqueles.)

DON LUIS Parece que no halláis gusto,
don Juan, entre tantas damas.

DON JUAN Quien tiene en prisión el cuerpo,
¿cómo tendrá libre el alma?

DON LUIS No hay acá las diferencias
que allá en la Corte se hallan,
aunque Toledo lo es
de las ciudades de España.

LIMÓN ¡Bendiga Dios a Madrid!
Todo se halla y se gasta,
tanta trucha y bacallaos
como perdices y ranas;
hay godeñas para ilustres,
para los de en medio marcas,
y un compuesto de las dos
para los de media talla.
Parece en esto Madrid
las hosterías de Italia,
que come puesto a la mesa
lo mejor quien mejor paga.
Viene un español después,
roto de bolsa y de bragas,
pónenle un ave a comer,
desta manera trazada
de los pedazos de otra,

que en la primera se alzan,
forman un ave no vista
en las Indias ni en la Mancha.
Una pechuga es de tordo,
otra pechuga de urraca,

una pata es de perdiz,
de palomino otra pata,
esto con hilo de pita
tan sutilmente lo hilvanan
que pasan plaza de venas
los hilos cuando los mascan.
Esto cubren lindamente
con dulce y picante salsa:
viene a su tierra el soldado
y a Italia de bella alaba,
que dan de comer a pasto
por tres reales mesa franca.
Hay cosa que imite más
del buen Madrid a las damas,
compuestas de más misturas
que un órgano y disfrazadas
con la salla del vestido;
mejor la llamaras falsa.
Cuitado del que manduca
hilos y aun hilas y masca
entre el ámbar y la seda,
solimán, azogue y zarza.

- DON LUIS Limón, en hacer discursos
 nadie en el mundo te iguala.
 Con esto se caen tan presto
 los cabellos y las barbas.
- DON JUAN No hagas cuenta dél, que es loco.
- DON LUIS Ahora bien, nada os agrada;
 yo os quiero llevar a ver
 una bellísima dama.
- LIMÓN Ver, dice; a oír muy bien, dice.
 ¿Pero, bastará si habla
 para que vuelvas contento?
- DON LUIS Guía, Dionís, al Alcázar
 hacia San Miguel el Alto.
- DON JUAN Rogaros, don Luis, pensaba
 que fuésemos hacia allá,
 que cierta dama me manda,
 que pues de la cárcel salgo,
 esta noche a verla vaya.

DIONÍS Por aquí saldremos bien
a Zocodover.

LIMÓN ¡Qué plaza
la de Madrid!

DON JUAN ¡Calla, loco!

LIMÓN ¿Por qué viene a ser honrada
una ciudad?

DON LUIS Por la gente
ilustre que la acompaña.

LIMÓN Ninguna iguala a Madrid,
pues salen cada mañana
a su plaza mil hidalgos.

DON JUAN ¿Pues a quién hidalgos llamas?

LIMÓN A dos mil esportilleros
hidalgos de la montaña
que pueden dar sangre y vino
a cien ciudades de España.

DON LUIS Por la variedad, hermosa
naturaleza se llama.

LIMÓN Por la novedad también,
que Madrid es nueva y varia.
Es gente tan novelera
que suele alquilar ventanas
solamente para ver
cómo se quema una casa.

DON LUIS ¿Estuviste mucho en él?

LIMÓN Poco, pero no me holgara
más si hubiera peregrino
visto cuanto pinta el mapa.
Tanto, señor, tanto grande
honra del mundo, que bastan,
pesia a tal, a hacer mil hombres
por las letras y las armas.
Tanta dama, tanto coche
donde eternamente andan
coche acá, coche acullá,
maldiciéndolos quien pasa.

A cual el cuello jaspean,

a cual un ojo le tapan
con lodos de perejil,
que fueron carnero y vaca.
Tanto letrado en los patios,
tanto pleitista en las salas,
tantas plumas en provincia
cercadas de tantas varas.
Pierdo de contento el seso.

DON JUAN

Y de caro no le alabas.

LIMÓN

¿Es porque no hay hosterías
que cosan como en Italia?
¿Hay cosa como un bodega,
albondiguilla, tajada,
estofado y picadillo,
casi entera la sustancia?
Común reparo a la vida,
remedio de toda falta,
si bien entre tantas sobras
vi una falta de importancia.
Detrás de la puerta en uno
vi un día una piedra parda
y pensando que sería
de recibir vino y agua,
oyó el ruido y me dijo
una gallega en voz alta:
«¿No ve que se muele ahí
el perejil y mostaza?»
Hágome Adán sin higuera
y digo: «Vuestra es la falta,
pues rétulos no ponéis
a las cosas desta casa.»

DON LUIS

Llegado habemos, don Juan,
esta es la casa, aquí aguarda.

DON JUAN

¿La de estos balcones?

DON LUIS

Sí.

DON JUAN

Yo llego, ¡extraña desgracia!

LIMÓN

¿Cómo, señor?

DON JUAN Esta es
 la casa que aquella dama
 me dijo, y tiene la seña
 en las primeras ventanas.

LIMÓN Linda burla

DON JUAN Para mí,
 ¡por Dios!, que ha sido pesada.

LIMÓN No importa, que su dinero
 le cuesta.

DON JUAN Cuéstame el alma.

LIMÓN ¿Quién será aquesta mujer?

DON JUAN Pues don Luis la sirve y habla,
 por lo menos será hermosa.

LIMÓN Mejor es si no te casan.

(Sale LEONARDA, en una ventana en lo bajo.)

DON JUAN ¡Ha de la reja!

LEONARDA ¿Sois vós?

DON LUIS Yo soy.

LEONARDA Mi bien, ¿quién pensara
 tanta dicha?

DON LUIS Antes es mía.

LEONARDA ¿Cómo estáis?

DON LUIS Como quien halla
 la vida en vuestro favor.

DON JUAN ¿Que don Luis, Limón, me traiga
 por la dama a quien yo sirvo
 a guardalle las espaldas?

LIMÓN Mira que puede ser otra.

DON JUAN ¿Cómo, si las señas claras
 están diciendo que es ella?

LIMÓN Consuélome en tu desgracia
 lo que he visto hablar un día
 por una ventana baja;
 que esto de alzar la cabeza
 y topar damas con barbas
 es desatinado agüero.

DON JUAN ¿Qué haré para que se vaya
 y pueda quedarme yo?

LIMÓN Daré voces que me matan
 y echaré a correr.

DON JUAN Bien dices.

(Da voces.)

LIMÓN ¡Que me matan!, ¡Fuera, aguarda!

DON LUIS ¿Qué es esto?

DON JUAN Alguna pendencia.

DON LUIS Voy a ver lo que es.

(Vase DON LUIS.)

DON JUAN Repara,
 ingrata, un poco en las rejas,
 don Juan de Aguilar te habla.

LEONARDA ¿No era don Juan aquel hombre
 que me hablaba?

DON JUAN El que te hablaba
 era don Luis de Ribera.

LEONARDA ¡Ay, mi señor!, que engañada
 le hable por ti.

DON JUAN ¿Cierto?

LEONARDA Cierto.

DON JUAN Vuelto me has al pecho el alma
 ¿Sírrete don Luis?

LEONARDA No sé
 si me sirve o si me cansa.

DON JUAN No le trates mal, mi bien,
que es puerto de mi esperanza.
¿Mas cuándo tengo de verte?

LEONARDA Yo pienso verte mañana.

DON JUAN ¿Que ame sin saber a quién?
Triste voy.

LEONARDA ¡Ya vuelven, calla!

(Salen DON LUIS, LIMÓN y DIONÍS.)

DON JUAN Pues, ¿cómo fue?

DON LUIS ¡Yo qué sé!
Yo vi que estas voces daba
y acudí a ver lo que era.

DIONÍS Sería en alguna casa.

DON LUIS ¿Qué hay, don Juan?

DON JUAN Desde la reja
me preguntó aquella dama
que dónde fuistes; yo dije.

DIONÍS Gente por la calle pasa.

(Sale DON FERNANDO de noche.)

DON
FERNANDO ¿Qué es esto? ¿A las propias puertas
de mi casa tantas armas?
¿Tanta rebozada gente?
¿Si para matarme aguardan...?
¿Si son deudos de don Pedro...?

DON LUIS ¿Quién va?

DON
FERNANDO Quien viene a su casa.

DON LUIS Pase adelante.

DON FERNANDO No puedo sin saber a qué se paran a estas rejas.

DON LUIS Ya conozco; don Juan.

DON JUAN ¿Qué es lo que mandas?

DON LUIS Vámonos de aquí.

DON JUAN ¿Por qué?

DON LUIS Porque es deste hidalgo hermana la dama destes balcones.

DON JUAN Justo respeto.

DON LUIS Esto basta.

(Vase.)

DON JUAN Limón, todo va perdido.

LIMÓN ¿Pues qué, dice nuestra daifa?

DON JUAN ¿Qué, que la sirve don Luis?

LIMÓN ¿Qué importa si no te trata materia de casamiento?
¿Mas no le has visto la cara?

DON JUAN No, porque con artificios no había luces en la sala.

LIMÓN ¿Y la quieres?

DON JUAN Y la quiero.

LIMÓN ¡Necedad!

DON JUAN Díselo al alma.

(Vanse los dos.)

DON FERNANDO Si no me engaño, con don Luis venía don Juan, cuya amistad le habrá traído a ver las damas o la hermana mía

de que por dicha yo la culpa he sido.
Mas toda es loca y vana fantasía,
que los celos parecen al rüido
que forma el agua en los arroyos llenos,

que adonde suena más, corre con menos.
Apenas entro y al encuentro sale,
cuando sale también la blanca aurora.
Aquí disculpa, con mi honor no vale.

(Sale LEONARDA.)

Leonarda, ¿tú por acostar ahora?

LEONARDA

Como no puede haber amor que iguale
al que te tiene el alma de hora en hora,
mirándole por esta celosía,
piadoso el cielo ha despertado el día.
¿Adónde vas tan solo, cuando tienen
los deudos de don Pedro tal sospecha?
¿O qué defensa, si a matarte vienen,
para tantas espadas aprovecha?
No son galanes, no, que se entretienen
los que el alba de aquí con rayos echa.
Traidores son, Fernando: por ti mira,
descuidos mueven la fortuna e ira.

DON
FERNANDO

Que vivas cuidadosa, a mi amor debes
y pues es necedad callar contigo,
en mis celos pretendo que lo pruebes.

LEONARDA

¿De quién los tienes?

DON
FERNANDO

De don Juan, mi amigo.

LEONARDA

¿Pues hele visto yo, cuando me lleves
por sospechas al bárbaro castigo
que suelen dar los celos?

DON
FERNANDO

No he querido
antes de ahora despertar tu olvido.
Bien sé que no le has visto, si quien ama
no puede amar sin ver ni dar despojos,

por los oídos mira amor; la fama
por ellos da deleite o causa enojos.
El deseo de ver, amor se llama.
Más miran los oídos que los ojos.
Quien sin mirar, interiormente mira,
ya tiene amor, pues por mirar suspira.
Preguntome don Juan si yo sabía
el dueño de un retrato, y era tuyo.
¿Qué quieres que presumas?

LEONARDA

Que podría
desear como mozo saber cómo.
Con otras joyas le envié aquel día,
por no tener dineros.

DON
FERNANDO

Bien arguyo

de tu piedad que sin malicia fuese,
y que un retrato algún valor tuviese.

LEONARDA

¿Pues no tiene valor un cerco de oro?

DON
FERNANDO

Quien pone cerco, conquistar querría.

LEONARDA

Yo sé lo que conviene a mi decoro.
Cercar con oro es poca valentía.

DON
FERNANDO

El sol tras de las Indias su tesoro;
en quicios de cristal, el alba al día
abrió la puerta. Vamos y perdona.

LEONARDA

Quien tiene celos ama.

DON
FERNANDO

Amor me abona.

(Vanse. Salen DON JUAN y LIMÓN.)

DON JUAN

Apenas, la blanca dama,
en el ajedrez del cielo,
la pieza negra que el velo
sobre la tierra derrama,
cautivo con tal destreza

y las estrellas ganó,
cuando el papel escribió
nuestra encubierta belleza.

LIMÓN

Habiéndote visto ya,
bien sé que te ha de querer,
pero querer tú sin ver,
mil pesadumbres me da.
Yo no entiendo si es el cielo,
señor, ajedrez de estrellas,
ni si va la noche entre ellas
en su coche ni en su velo,
porque no me persuado
que los días ni las noches
permitan los cielos coches
en su silencio sagrado.
Ni sé si es la blanca dama
el alba que al mundo alegra,
la noche la pieza negra
a quien cautiva y desama.
Pero apenas por el suelo,
con la voz comun canario,
pregonaba letüario
un redomado mozuelo.
Y apenas en estas eras
cantaron los negros grillos,
y orinales y jarrillos
salieron por sus troneras,
cuando vi la bella Inés,
que por la reja sacaba
tanta mano en que me daba
ese papel.

DON JUAN

¿Tú no ves
que no duerme bien quien ama?

LIMÓN

¿Y tú a quién amas?

DON JUAN

No sé.
Y amor es Dios, bien se ve.

LIMÓN

Suele quererse por fama;
pero tú, ni aun esta tienes.

DON JUAN

Quiero ir agradecido,
pero mayor mal ha sido,

si a considerarlo vienes,
el ser de don Luis la dama.

LIMÓN Pregúntale a él quién es.

DON JUAN ¿Y cómo podré después
de saber cómo se llama
disculparme con don Luis
de querer a quien él quiere
si su historia me refiere?

LIMÓN Ya que en un pecho vivís
por tan estrecha amistad,

fuera grande ingratitud
quitarle de su quietud.

(Salen el ALCAIDE, LEONARDA y INÉS.)

ALCAIDE Solo está don Juan, entrad.

LEONARDA Dadnos lugar y perdón.

ALCAIDE Vós os habéis empleado
con el galán más honrado
que ha entrado en esta prisión.

(Vase.)

DON JUAN ¿Qué es esto?

LIMÓN El duende de Inés.

DON JUAN Señora mía, ¿sois vós?

LEONARDA No hablar anoche los dos,
de veros la causa es.

DON JUAN ¡Descubríos, por mi vida!

LEONARDA Por vuestra vida lo haré.

LIMÓN ¡San Blas!

(Deténgale el manto.)

DON JUAN

Tened, porque esté
toda el alma apercebida,
y esmalte la blanca aurora
los balcones orientales.
La tierra en puros cristales
vuelva el aljófara que llora.
Canten las aves que mudas
tuvo la noche en su frente
y a los indios de occidente
huya con plantas desnudas.
Apercíbanse los prados
a producir nuevas flores;
los soñolientos pastores
saquen sus blancos ganados.
Rompan su rojo arrebol
las nubes del azul velo,
alégrense tierra y cielo.
¡Albricias, que sale el sol!

(Descúbrala él mismo.)

LEONARDA

Bien sé que os habréis burlado,
mal os habré parecido,
lo que se espera no ha sido
lo mismo que imaginado.
Ya sé que os queréis llamar
a engaño porque el amor
como es niño por menor
puede este pleito ganar,
páreceme que tenéis
desengaño y cortesía.

DON JUAN

Tengo el amor que tenía,
que es el mismo que sabéis
y luego el que fue forzoso
de veros, cuya hermosura
os hizo a vós tan segura
y a mí me hizo tan dichoso.
Con tan alta presunción
os levantastis al cielo
que se ha quedado en el suelo
mi propia imaginación.
No imaginé estrellas yo,
no sol, no rosas tan bellas,

y aquí hay sol, rosas y estrellas,
pero al fin me sucedió
como el mal pintor que copia
de perfeto original,
fui ignorante, copié mal,
vós sois la pintura propia.

LIMÓN Acabada esa oración,
¿podrá Limón ver tantito?

LEONARDA ¿Parecérete muy mal,
para las cosas que has visto
en aquella gran ciudad?

LIMÓN Perdón por el suelo os pido

de cometer contra vós,
señora, el mayor delito.

LEONARDA ¿Contra mí?

LIMÓN Sí, que pensé
que érades vieja; que ha sido
en el duelo de mujeres
una infamia de las cinco.
La primer palabra es boba,
que una boba, por Dios vivo,
que trae cuando ángel sea
un diablo por sobreescrito.
La segunda es sucia, cosa
que cuando yo la imagino,
lavo mi imaginación
y la jabono en el río.
La tercera, interesable;
la cuarta no se la digo,
porque si la quinta es vieja,
es de los tiempos castigo.

LEONARDA En fin, Limón, ¿presumiste
que engañar a don Juan quiso
mi amor con algún enredo?

LIMÓN Tu edad son lindos hechizos.
Dice allá en sus rimas Lope,
soneto sesenta y cinco,
por una medrosa dama

que consultaba adivinos,
que si amaneciese el alba
con los dos labios teñidos
en púrpura y las mejillas
en rosa o claveles finos,
que estuviese muy segura
de ser amada.

DON JUAN Yo he visto
todo el mundo en ese rostro.

LIMÓN Así dijo Velasquillo
y estaba por preguntarte
por un rocín que he perdido.

LEONARDA Cual soy, don Juan, ya soy vuestra.

LIMÓN ¡Qué lindo serafinito!
Ven acá, Inés, ¿no anduvieras
cubierta tú de un soplillo
para hacerme desear
ese ilustre frontispicio?
Bien haya quien hizo sayas.
Yo me entiendo.

INÉS Yo no he sido
dama, Limón, que ya sabes
que como tú sirves sirvo.

LIMÓN ¿Tienes dineros?

INÉS Ni un cuarto.

LIMÓN ¿Pues en qué he de hablar contigo,
mientras que juegan facciones
aquellos dos cupidillos?

INÉS En casamiento.

LIMÓN ¿Yo miento?

INÉS En que te cases conmigo.

LIMÓN No, no, que tomé liciones
de un cierto vecino mío,
que le daba a su mujer
por cualquier enojo niño
con un borceguí.

INÉS ¡Melindre!
LIMÓN No mucho, a lo que imagino,
 que tenía un canto dentro.
INÉS ¡Guarda!
LIMÓN Por eso lo digo.

(Salen DON LUIS, el ALCAIDE, un ESCRIBANO y DIONÍS.)

LEONARDA ¿Quién entra?
DON JUAN ¡Cúbrete presto!
LIMÓN Don Luis.
INÉS Mas, ¿a qué vino?
DON LUIS ¡Albricias!, señor don Juan.
DON JUAN Aunque preso, estoy corrido
 de no tener más que amor.
DON LUIS Bien os lo merece el mío.
 ¿Damas?
DON JUAN Sí, señor.
DON LUIS A ver.
DON JUAN Deteneos os suplico,
 que es gente de casamiento.
LIMÓN Eso se entiende contigo,
 pero haciacá no con miquis.
DON LUIS Buenos ojos.
DON JUAN No he podido
 hasta agora merecerlos.
LIMÓN ¿Y los de Inés no son lindos?
DON LUIS Ya, señora, que aquí os veo,
 a vós las albricias pido
 de que esté libre don Juan.

(Alargue la mano y dele una sortija sin hablar.)

¿Qué me dais? Bueno, un anillo
con un diamante, y callando,
pues yo le tomo ofendido
de que calláis por venganza.

(Vanse las dos.)

DON JUAN Basta, que por vós se han ido,
 debeislas de conocer.

DON LUIS Agravio me han hecho.

DON JUAN El mío
 no puede llamarse agravio,
 porque el mayor enemigo
 que tengo me saque el alma,
 si hasta agora las he visto,
 ni sé el nombre.

DON LUIS Así lo creo.
 Venid a comer conmigo,
 pues ya tenéis libertad.

DON JUAN ¡Antes, señor, la he perdido,
 pues vengo a ser vuestro esclavo!

DON LUIS Yo soy, don Juan, vuestro amigo,
 dalde vós el mandamiento
 al alcaide.

ESCRIBANO No he querido
 darle sin el parabién.

DON JUAN Con esto puedo serviros,
 (Dale un bolsillo.)
 y esta cadena al alcaide.

ALCAIDE Aunque preso os he servido,
 yo lo soy vuestro desde hoy.

LIMÓN El oro hace fuertes grillos.

DON JUAN ¿Qué te parece, Limón,
 puedo amar después que he visto?

LIMÓN

Agora sí, que sin verla
fue notable desatino.

Jornada III

Salen DON JUAN, DON FERNANDO y LIMÓN.

DON
FERNANDO

¡Así por la calle pasa
quien debe amor!

DON JUAN

Ya quería
partirme, que no sabía,
como extraño, vuestra casa.

DON
FERNANDO

Pues bien conocida es
por sus antiguos blasones.

DON JUAN

Conocer obligaciones
es la prisión de mis pies;
tan preso me estoy agora.

DON
FERNANDO

Mostradlo, en que preso estéis
en mi casa, pues sabéis
que toda os sirve y adora.
No habéis de salir de aquí;
aquí habéis de descansar,
que os quiero yo regalar.

DON JUAN

No le hay mayor para mí
que haberos servido.

DON
FERNANDO

Fuera
ingritud no serviros.

DON JUAN

Es fuerza el irme.

DON
FERNANDO

Aunque el iros
en vuestra mano estuviera,
no os dejara la prisión
de mi amor en que ya estáis,
pues por preso os confesáis.

DON JUAN

Conozco la obligación.

DON
FERNANDO

Los días que habéis estado
por mí en la cárcel, es justo

que aquí lo restaure el gusto
de haberos yo regalado.
Conoceréis una hermana
que tengo, que quiere veros
y la parte agradeceros
desta prisión.

LIMÓN

Cosa es llana
que tendréis guardada en casa
la mula en que os arrugastes
cuando al buen don Juan dejastes
con las manos en la masa.
Decidnos della, que hay hombre
que hasta de una mula parda
saber el suceso aguarda,
la color, el talle y nombre.
O si no, dirán que fue
olvido del escritor,
como el cuento de un pintor.

DON
FERNANDO

¿Cómo fue?

LIMÓN

Yo lo diré:
mandole pintar la cena
un hidalgo bachiller
y acabada fue la a ver
y hallola de gente llena.
Trece apóstoles contó
y dijo muy espantado:
«Todo este lienzo está errado;
no pienso pagarle yo.
Un apóstol aquí está
de más.» Y el sabio pintor
dijo: «Llevalda, señor,
que este en cenando se irá.»
Hombre de regla y compás,
ingenio de hilo de pita,
tu puntualidad permita
que haya un apóstol de más.

DON
FERNANDO

La mula, señor Limón,
la maleta y el cojín
están guardados.

LIMÓN

En fin,

hacemos della mención.

(Salen LEONARDA, LISENA y INÉS.)

LEONARDA Una huéspedea he traído
que nos honre, aunque a pesar
suyo.

DON
FERNANDO Quiero os la pagar
con el huésped que ha venido.

LEONARDA ¡Jesús! ¿Qué esto?

DON JUAN ¡Ay, Limón,
es hermana de Fernando!

LIMÓN Deso me estoy admirando.

DON JUAN ¡Qué notable confusión!

LISENA Cuando ya los enemigos
entran por discursos varios
en casa de sus contrarios,
cerca están de ser amigos.

DON
FERNANDO ¿Cómo mi dicha ha vencido
vuestra ingratitud, Lisena?

LISENA Por ser la ocasión tan buena
y haber Leonarda querido.
Yo no he estado mal con ella,

con vós sí, traidor sois vós.

DON JUAN ¿No es muy hermosa?

LIMÓN Por Dios
que es cristalina doncella.
En fin, tu misma fortuna
te trae de los cabellos.

DON JUAN Parecen sus ojos bellos
dos soles en una luna.

LEONARDA ¡Ay, Inés!, ¿qué mayor dicha?

¡Don Juan en casa!

INÉS
El amor
corresponde con favor;
la fortuna, con desdicha.

DON JUAN
¿Qué haré, Limón?

LIMÓN
Disimula.

DON JUAN
¡Estoy loco, estoy turbado!
¡Mírala bien!

LIMÓN
Heme holgado
que pareciese la mula,
tanto por cumplir con ella
alguna mular memoria
como que al fin de la historia
no nos pregunten por ella.

DON
FERNANDO
Hermana, este caballero
es el que estuvo en prisión,
ya sabes la obligación;
libre está, servirle quiero.
Háblale, muéstrate humana;
la vida le debo.

LEONARDA
En todo
le serviré.

DON
FERNANDO
Deste modo
cumple un hombre noble, hermana,
con tan justa obligación.

LEONARDA
¿Qué me dices de Lisena?

DON
FERNANDO
Que pienso que de mi pena
viene a dar satisfacción.

LEONARDA
Señor don Juan, obligados
mi hermano y yo, como veis...
([Aparte.]
No os digo lo que sabéis,
que hay testigos no abonados.)
os querríamos servir.
Entrad y reconoced
esta casa.

DON JUAN
Esta merced

no la puede recibir
menos amor que el que os debo;
y bien presumo que así
queréis que nazcan en mí
obligaciones de nuevo.
Ignorante me partía
deste favor, mi ventura
tantos juntos me procura,
que no parece que es mía
y estaré cuanto mandéis
como quien es vuestro esclavo.

LEONARDA El noble término alabo;
como quien sois procedéis.

DON
FERNANDO Venid, Lisena, a tomar
la posesión como dueño
desta casa.

LISENA Amor es sueño
del alma.

DON
FERNANDO Plaza, lugar.

LISENA **[Aparte.]**
Vine por paz, llevo enojos;
todo en guerra se ha trocado,
pues don Juan veneno ha dado
al corazón por los ojos.

(Vanse.)

LEONARDA Entra, mi bien, que también
hoy tomas la posesión.

DON JUAN El alma y los ojos son
de tus bellos pies, mi bien.

(Vase.)

LIMÓN ¿Vuesa merced no me dice
cualque cosa?

INÉS Suya soy.

LIMÓN Dentro de su casa estoy.

INÉS Por él lo que pude hice.

LIMÓN ¿Sabe de la mula?

INÉS No.

LIMÓN ¿Pues en qué la he de llevar
si nos vamos a casar
donde la mula nació?

INÉS Pierda al casamiento el miedo.

LIMÓN Ya sé la paz de Castilla.

INÉS ¡Ah, pícaro de Sevilla!

LIMÓN ¡Ah, fregona de Toledo!

(Vanse.)

(Entran DON LUIS y DIONÍS.)

DON LUIS No puedo más, que tiene amor licencia.

DIONÍS No es amor el que ofende, antes se llama
porfía.

DON LUIS Anda el deseo en competencia
del honor.

DIONÍS Ese suele amar quien ama.
No puede ser honesta diligencia
la que ofende la fama de su dama;
quien te viere en su calle dirá luego
que de hacerte favor nació tu fuego.

DON LUIS No fuera solo amor si solo obrara
por especulativo entendimiento
y honrosa la razón pone en la cara
libertad de conciencia al pensamiento.

DIONÍS Quien ama bien, en solo el bien repara
de lo que ama, que todo es fundamento,
que amor consiste en solo amor, ni ama
quien quiere más su gusto que a su dama.

DON LUIS Amor es un deseo.

DIONÍS No lo niego.

DON LUIS Solo pretende el fin.

DIONÍS Honestamente.

DON LUIS ¿El deleite es amor?

DIONÍS Natural fuego.

DON LUIS ¿Pues no lo siente el alma?

DIONÍS No le siente.

DON LUIS ¿Luego ama solo el cuerpo?

DIONÍS Su sosiego.

DON LUIS ¿Qué causa es la inquietud?

DIONÍS El bien ausente.

DON LUIS Mientras que vivo en él, mi cuerpo es vida.

DIONÍS El alma es cielo, la pensión vencida.

(Sale DON JUAN.)

DON JUAN Desde la ventana os vi,
don Luis, mi señor, ¿qué es esto?

DON LUIS ¿No me viste en este puesto?

DON JUAN No sé, por Dios, si fue aquí;
como en Sevilla nací
y nunca estuve en Toledo,
lo que no he visto no puedo
decir, señor, que lo sé.

DON LUIS Aquí, don Juan, aquí fue
mi amor.

DON JUAN

(Aparte.)

Y aquí fue mi miedo.

DON LUIS

Sabiendo que don Fernando
a su casa te ha traído,
a suplicarte he venido
que mires que muero amando.

Vida y honra aventurando
te saqué de la prisión,
no por otro galardón
mas de solo hacer por ti,
porque nunca presumí
que tuvieras ocasión.
Donde está Leonarda estás,
háblala de parte mía,
preso estuve desde el día
que lo estuviste y aun más.
Mi voluntad pagarás;
agora lo estás por mí,
preso de mi padre fui
por sacarte de prisión.
Dame tú, pues es razón,
la voluntad que te di.
Dile, don Juan, la verdad;
aunque Leonarda también
sabe que la quiero bien
y pagarás mi amistad.
Esto llamo libertad,
no porque no quiero ser
tu prisionero, hasta ver
de la suerte que me trata,
que si por ti fuere ingrata,
no es ángel sino mujer.

DON JUAN

Señor, yo estoy obligado
a servirte en cualquier cosa
y aunque esta es dificultosa
es fácil a mi cuidado.
¿Fuiste de Leonarda amado
y no eres ya tan dichoso?
¿Por qué su celo amoroso
te ha puesto en desconfianza?

Si es acaso por mudanza
o acaso desdén celoso
a mí me importa saber
el estado de tu amor,
que no quiero errar, señor,
lo que por ti puedo hacer.
Y pues que no he de poder
salir desta obligación,
haré en aquesta ocasión
que te parezca amistad
perder yo mi libertad
por sacarte de prisión.
Yo la aventuro por ti,
algún día lo sabrás,
porque con no poder más,
cumple el deseo por mí.
Como soy tu preso fui
y nunca más ni más preso
antes, señor, te confieso
que haciendo aquesto por ti
cuanto tu hiciste por mí
lo pago con grande exceso.

DON LUIS

Si no es de tu condición
no quiero yo que lo hagas
ni por fuerza satisfagas,
don Juan, a tu obligación.
Es regla sin excepción
la amistad.

DON JUAN

Así es verdad.
Vete, que en esta amistad
verás que después te admiras,
que traté a mi amor mentiras
y traté a tu amor verdad.

DON LUIS

Con tu ocasión bien podré
ver cada día a Leonarda.

DON JUAN

En mí tendrás una guarda
de obligación y de fe.

DON LUIS

Pues adviértela que iré
diciendo que a verte voy.

DON JUAN

Tu preso como antes soy.

DON LUIS Pues con esta confianza,
albricias de mi esperanza
a mis pensamientos doy.

(Vase.)

DON JUAN Aquí puso fin mi dicha

 a sus principios gloriosos.

LIMÓN ¿Qué piensas hacer?

DON JUAN Rendirme.

LIMÓN Rendirte.

DON JUAN Y dejarlo todo.
¿Hay nube que se haya opuesto
a los reinos luminosos
del Sol? ¿Hay fiera tormenta
que faltándole tan poco
del puerto a dichosa nave,
haya sumergido en golfo?
¿Hay tempestad que al villano
le haya llevado en agosto
las espigas ya en los trillos,
las haces en los rastrojos?
¿Hay agricultor que vea
llevar crecientes de arroyos
sus quietas flores y plantas,
como yo con tanto enojo?
¡Ay, esperanza mía! ¡Ay, amor loco,
en medio del favor ausencias lloro!

LIMÓN ¿Cómo ausencias?

DON JUAN Hoy me parto.

LIMÓN ¿Qué dices?

DON JUAN Que ya es forzoso.
Vamos a Madrid, Limón.

LIMÓN ¿A Madrid?

DON JUAN Pues dime, ¿cómo
seré de don Luis tercero

con Leonarda, a quien adoro?
Pues serle traidor advierte
cuanto desdice al decoro
de un hombre noble obligado.
Este es el remedio solo;
voy a despedirme della.

LIMÓN Pues entretanto que pongo
las maletas vaya. ¡Inés,
que no te verán mis ojos!

(Vanse. Salen LISENA y LEONARDA.)

LISENA No os pongo en obligación,
de buena gana me quedo.

LEONARDA Si vós me quitáis el miedo
entenderé la ocasión.

LISENA ¿Quién es aqueste don Juan?

LEONARDA Un amigo de mi hermano;
caballero sevillano.

LISENA Él es discreto y galán.
En mi vida juraré
que hombre tanto me agradó.

LEONARDA ¿Y el muerto?

LISENA Ya se olvidó
después que a don Juan hablé.
Leonarda, como los muertos
tienen la memoria fría,
los vivos andan de día
y con los ojos abiertos.
Si de sombra suelen ser,
por sombras no me gobierno,
que a la sombra y en invierno
no está bien una mujer.
¿Quieres saber qué es un muerto?
Mira un príncipe y verás
que dél no se acuerdan más
que de un roble en un desierto.

Todos al que muere olvidan,
todos al que hereda van.

LEONARDA ¿Y hereda acaso don Juan
a don Pedro?

LISENA A que despidan
mis memorias su locura.
Este caballero ha hecho
el cabo de año en mi pecho,
hoy cubro su sepultura.
¡Ay, Leonarda, qué dichosa
fuera la mujer que fuera
su mujer!

LEONARDA Desa manera
tú serás, Lisena hermosa,
la dichosa con don Juan.

LISENA ¿Quieres casarme con él?
¡Darete una joya!

LEONARDA ¿Con él?
Por gentilhombre y galán
muchas han puesto los ojos,
pero no es buena elección
casar con lindos.

LISENA No son

siempre ciertos los antojos.
Mate un hombre de buen talle
y no regale un grosero.

LEONARDA Hablalle en tu gusto quiero.
¿Mas qué dote piensas dalle?

LISENA Diez mil ducados.

LEONARDA Él viene;
retírate.

LISENA ¡Ay Dios, Leonarda,
si me casases!

LEONARDA Aguarda.

LISENA ¡Qué lindo talle que tiene!

(Vase y sale DON JUAN.)

DON JUAN Dicha, aunque desdicha, ha sido
hallarte en esta ocasión.

LEONARDA Dichas por desdichas son
las que por ti me han venido.

DON JUAN La mía no puede ser
mayor.

LEONARDA La mía es sin nombre.

DON JUAN Vengo a hablarte por un hombre.

LEONARDA Yo a ti por una mujer.

DON JUAN Don Luis me ha dicho, señora,
que yo te diga su pena.

LEONARDA Y a mí me ha dicho Lisena
que te diga que te adora.

DON JUAN Esto por otro camino;
ya sabes la obligación
de sacarme de prisión.

LEONARDA Ya con celos desatino.

DON JUAN No los tengas pues me voy.

LEONARDA ¿Adónde?

DON JUAN A Madrid.

LEONARDA ¡Ay, triste,
solo a matarme veniste!

DON JUAN Yo, Leonarda, el muerto soy,
pues no escuso la partida
habiéndose declarado
un hombre que me ha obligado.

LEONARDA ¡Vete y quítame la vida!

DON JUAN Escucha mi historia,
hermosa Leonarda,
así tengas dicha,

cuanta a mí me falta.
Y verás por ella,
en desdichas tantas,
que son los efetos
hijos de las causas.
Fue a Sevilla un mozo
de bizarra traza
que en esta ciudad
tuvo su crianza.
Barcos de Sevilla
pasan a Triana
porque da más gusto
la puente del agua.
En ellos un día
vio una hermosa dama,
mi hermana hasta entonces,
no después mi hermana.
Pero, ¿quién dijera,
aunque secas tablas,
que el agua de un río
tal fuego engendrara?
Pareciole bien;
díjole su casa,
viéronse mil veces,
que hay noche y ventanas.
Palabras de amantes
mucho viento gastan,
pasalas amor
por moneda falsa.
Y como es de noche
y mujeres que hablan
se ciegan con ellos,
fácilmente pasan.
Diola de ser suyo,
metiole una esclava,
basta que te diga
entre negra y blanca.
Estuvo en sus brazos
en tanto que el alba
en los de su esposo

dulcemente estaba.

Pero apenas hizo
sobre azul y nácar
a sus hebras de oro
peinador de plata,
cuando salió dellos
y con alma ingrata
se volvió a Toledo;
¡qué famosa hazaña!
Riñeron un día
la esclava y mi hermana,
mujeres reñidas
publican las faltas.
Supe todo el caso;
salgo de mi casa
con el nombre solo
a vengar mi infamia;
porque aqúeste hidalgo
en Toledo amaba
a cierta Lisena;
llamole con cartas.
Llegaba al castillo,
que entre peñas pardas
en el Tajo mira
sus almenas altas,
cuando veo dos hombres
con desnudas armas;
bajo de la mula
y cuando llegaba
para meter paz,
metiole la espada,
ya tú sabes quién,
al que yo buscaba,
porque este don Pedro
fue el dueño, Leonarda,
de la hazaña injusta
que infamó a Casandra.
Pero quiso Dios,
porque yo trataba
de darle la muerte
aunque justa causa,
que pagase preso
lo que imaginaba,
porque en Dios son obras

intenciones malas.
Sacome don Luis
con nobleza tanta
que su obligación
me escribió en el alma.
Dice que te diga,
viéndome en tu casa,
que le quieras bien;
la respuesta aguarda.
Quiérole, mis ojos,
y mátame airada;
cumpliremos todos
lo que el tiempo manda.
Don Luis con decirme
las obras pasadas,
que en tu posesión
ponga su esperanza.
Tú con escucharme
tan necia embajada,
y yo, con partirme
y dejarte el alma.

LEONARDA

Tente, ingrato, escucha.
Un instante espera,
que un rayo que mata,
aun aliento deja.
No hay veneno fuerte
que no se detenga,
de la boca al pecho,
en tanto que llega.
Pues, rayo y veneno,
detente siquiera
desde tus palabras
hasta mi inocencia.
Yo ni fui a Sevilla,
ni pasé la senda
que entre dos ciudades

hace dos riberas.
Barcos de Triana,
jamás se me acuerda
que a mis pies mostrasen
entrambas arenas.

Ni he visto a tu hermana
en balcón ni reja,
ni engañé su gusto
con palabras tiernas.
Si le dije amores,
los míos no tengan
el fin que deseo
si tú le deseas.
Si a matar veniste
por cobrar tu deuda
a don Pedro ingrato,
bien pagada queda.
Yo, que de ti estaba
sesenta y dos leguas,
¿qué culpa he tenido
que a matarle vengas?
Y si te prendieron
al punto que llegas,
por lo que otro hizo
y tú hacer quisieras,
¿díjete yo entonces
que entre aquellas peñas
dejases tu mula
para paz tan necia?
Y si Dios castiga
como si obras fueran
intenciones malas,
porque las penetra,
¿quieres tú que a Dios
la mano detenga
que a espantar coronas
envía cometas?
Tu prisión, ingrato,
no sin causa, era
que matar las almas
bien merece pena.
Pero estando preso,
hacerme tu presa,
regalar tu cárcel,
visitarte en ella,
darte lo que sabes,
joyas y cadenas,
engañar las partes

porque no lo fueran,
¿merece que agora
con achaques vengas
para no cumplir
tan justas promesas?
Con ajeno amor
escaparte piensas,
que no tiene culpa
don Luis de Ribera.
Las obligaciones
de pagarte precias,
no pagues las mías,
paga las ajenas.
Don Luis, por el Duque
te ha sacado della
hablando a su padre,
que no es cosa nueva.
Yo por ti, don Juan,
te di plata y prendas,
que son pies y manos
de las diligencias.
Entre tus papeles,
nunca yo los viera,
vi los de una dama
que te escribe tierna.
Esta vas a ver,
por esta me dejas,
que la adoras, falso,
los papeles muestran.
Si tanto la amabas,
más nobleza fuera
no haberme engañado

y estimarla a ella.
Dejar regalarte
no fuera bajeza
y es llevarme el alma
traición manifiesta.
Plega a Dios, ingrato,
que nunca la veas
o la veas casada
si llegas a verla.

Sin saber a quién,
te amaba contenta;
pero no te amara
si yo lo supiera.
Irás muy glorioso,
diraste que queda
una toledana,
por ti solo muerta.
Mas cuando se ría
dile, si te acuerdas,
que si fue dichosa
debe de ser fea.

(Sale LIMÓN de camino.)

LIMÓN ¿Habémonos de partir?
DON JUAN ¿Está todo aparejado?
LIMÓN Ya está.
DON JUAN Yo soy desdichado;
 pues partamos a morir.
 Adiós, hermosa Leonarda.
LEONARDA ¿Hay tal crueldad?
DON JUAN En mis ojos
 vengó el amor tus enojos.

(Vase.)

LEONARDA ¡Espera, villano, aguarda!
LIMÓN Fuese, que no puede más;
 llorando va.
LEONARDA Y tú, traidor
 por sombra de tu señor,
 que lamentándote estás,
 sigue el sol, vete tras él,
 pues se puso para mí.
LIMÓN Señora, con él nací
 y así me pongo con él.

Sabe Dios si me ha pesado
que don Luis diese ocasión
a la negra obligación,
que en blanco nos ha dejado.
A Madrid vamos, advierte
en qué te puedo servir.

LEONARDA Solo en dejarme morir,
pues eres mi media muerte.

(Sale INÉS.)

INÉS ¡Tu señor te está llamando
y tú muy despacio aquí!

LIMÓN ¿Quiere ya partirse?

INÉS Sí.

LIMÓN ¿No me lo dices llorando?

INÉS Soy dura de ojos.

LIMÓN Adiós.

INÉS ¿Así te vas?

LIMÓN ¿Pues qué quieres?,
soy duro de lengua.

INÉS ¿Infieres
que el apartarnos los dos
con aquesta brevedad
nace de mi poco amor?

LIMÓN Inés, hablando en rigor,
yo te tengo voluntad;
vase don Juan, ¿qué he de hacer?

INÉS A buen desierto, a Madrid.

LIMÓN Ten más lástima.

INÉS Decid
que os vais los dos a perder.

LIMÓN Bien segura quedarás,

no hay mujer en él.

Adiós.

INÉS ¡Partida crüel!

LIMÓN ¿Lágrimas?

INÉS No puedo más.
¿Qué me enviarás de Madrid?

LIMÓN Un coche.

(Vase LIMÓN.)

INÉS Y pues, ¡ah, señora!,
¿qué habemos de hacer agora?

-

LEONARDA Pensamientos, advertid
que la vida me quitáis
y que no os acabaréis,
que en el alma viviréis,
pues dentro en el alma estáis.
¡Ay, Inés, yo soy perdida!
¡Ya soy muerta!

INÉS Ten prudencia.

LEONARDA Es tan injusta la ausencia
que me ha de acortar la vida.
Don Luis fue causa, esto es cierto;
él a quien es corresponde.

(Entra LISENA.)

LISENA Pues, Leonarda, ¿qué responde
don Juan a mi casamiento?

LEONARDA Que para verle partir
te pongas a la ventana,
que estará en Madrid mañana
y le podrás escribir
tu pensamiento y la traza
con que os habéis de casar.

LISENA ¿Que se fue?

LEONARDA Por no esperar
 cierto mal que le amenaza.

LISENA Pésame que se haya ido
 sin abrazarme siquiera;
 no ha de volver.

LEONARDA No se fuera
 sin habérmelo advertido.

LISENA Mal hiciste en no avisarme.
 ¿Dijo dónde ha de posar?

LEONARDA Ya no tengo que esperar
 sino es en desesperarme.

(Entra DON LUIS y DIONÍS.)

DON LUIS Pregunta si está don Juan
 en casa.

DIONÍS Aquí está Leonarda.

DON LUIS ¡Ventura he tenido, aguarda!

DIONÍS Llega, que solas están.

DON LUIS A ver a don Juan venía,
 que después de la prisión
 no le he visto y es razón,
 amistad y cortesía,
 y sucediome tan bien,
 señora, que os hallo aquí.

LEONARDA Halláisme fuera de mí.

INÉS **[Aparte.]**
 Loca estás, habla más bien.

LEONARDA Lisena, danos lugar
 que tengo que hablar un poco
 al señor don Luis.

DON LUIS **[Aparte.]**
 No es loco

mi amor, pues me quiere hablar.

LISENA
Procura hacer diligencia
para saber dónde posa
don Juan, que es terrible cosa
sin cartas sufrir ausencia.

(Vase.)

LEONARDA
Yo lo haré, vete con Dios.

DON LUIS
[Aparte.]
Leonarda muere por mí;
vencí su desdén, vencí.
Ya estamos solos los dos.

LEONARDA
¿Podré hablaros?

DON LUIS
No hay aquí
de quien os podáis guardar.

LEONARDA
¿Puédese un hombre quejar
si nunca le amaron?

DON LUIS
Sí.

LEONARDA
¿De qué?

DON LUIS
De no haberle amado.

LEONARDA
Y si a otro quería bien,
¿no era más justo el desdén
que el no traerle engañado?

DON LUIS
Sin duda.

LEONARDA
Pues si yo quiero
un caballero, señor,
¿cómo he de tenerte amor?

DON LUIS
Si merece el caballero
querido más que el dejado
ninguna culpa os darán.

LEONARDO
Yo quiero bien a don Juan.

DON LUIS
Bien os habéis disculpado.

LEONARDA
No os parezca libertad,
que ya está fuera de aquí

por vuestra causa.

DON LUIS

¿Por mí?

LEONARDA

Por guardar a la amistad
el decoro que es razón
hoy a Madrid se ha partido.
Que obligado no ha querido
ofender la obligación.
Con todo encarecimiento
me ha pedido que os amase,
que sirviese y que mirase
vuestro gran merecimiento.
Llorando al fin se partió
por no estorbar vuestro gusto,
diciendo que era más justo
que dél me olvidase yo.
Y que no pudiendo ser
estando siempre presente
me daba lugar ausente,
que piensa que soy mujer.
Y aunque es verdad que lo soy,
ni soy de las que en ausencia
se mudan, que no en presencia
con menos firmeza estoy.
Yo le quiero y es de suerte
que no le podré olvidar
por mudanza de lugar,
aunque me mude la muerte.
Y creedme que quisiera
quereros, que merecéis
que os quieran, pero bien veis
que libre mudanza fuera.
Si en vós no hubiera valor,
Ribera ilustre y Guzmán,
por mandármelo don Juan
os tuviera eterno amor.
Y véngome a resolver
pues no es justo deteneros,
que es imposible quereros
ni dejarle de querer.

(Vase.)

DON LUIS ¿Hay tal resolución?

DIONÍS Bien comedida
te ha declarado aquí su pensamiento.

DON LUIS Si me hablara don Juan en su partida,
yo le escusara el justo atrevimiento;
pero en una esperanza tan perdida,
¿qué aguardo ya?, ¿qué espero ni qué intento?
Iré a Madrid, hoy tengo de alcanzalle.

DIONÍS Señor, ¿qué dices?

DON LUIS Que quien sirve calle.

(Vanse. Salen DON JUAN y LIMÓN de camino.)

DON JUAN El seso vengo perdiendo.

LIMÓN Nunca otra cosa se pierda.

DON JUAN ¿Pues qué mayor puede ser?

LIMÓN Fácilmente se consuela
quien pierde lo que no tiene.

DON JUAN Lo que no tengo, ¿qué fuera?
¡Ay, mi querida Leonarda!

LIMÓN ¡Ay, mi Inés!

DON JUAN ¿No se te acuerda
de aquellos hermosos ojos
y aquella boca de perlas?

LIMÓN ¿Dónde habrá estado esta mula?
¿Dónde la tuvieron presa
mientras los dos estuvimos,
que viene tan mal impuesta,
que no hay quien en ella suba?
Sin duda fue cabestreta,
que anda hacia atrás.

DON JUAN ¡Qué locuras!

LIMÓN No le ha tocado la espuela

cuando a un lado y al otro
hace estremadas floretas.
Pues si porfío, ¡mal año!,
cabriolas se le süeltan
que entre el colisco y la silla
siempre hay cabe de paleta.

DON JUAN ¿Quién llevará tus discursos
de aquí a Madrid?

LIMÓN O está enferma
de tolanos o ha sentido
de la posada la ausencia.
Viene tan contemplativa,
que la tuvo algún poeta
o algún astrólogo destos
que llaman a las estrellas
caballos, peces, carneros,
toros, vacas, monas, perras
y luego dicen que habrá
poco pan, muchas lentejas,
romadizo, mal de madre,
cámaras, dolor de muelas,
casamientos, guerras, muertes,
como si esto no lo hubiera
desde que Dios hizo el mundo.

DON JUAN ¿En qué esfera, en qué planeta
pusiera la Astrología
a Leonarda si la viera
con tan divina hermosura
y con tan discreta lengua?

LIMÓN En la esfera del amor
pero no que él la pusiera
lejos de Madrid.

DON JUAN ¿Por qué?

LIMÓN No hay amor en Madrid, reina
en Madrid solo interés,
novedad, galas, veletas,
comodidad, ¡qué sé yo!

DON JUAN Bueno voy desta manera
a despicarme a Madrid.

LIMÓN Los que antes galanes eran
 llevan de noche las caras
 en celadas de bayetas
 como capillas de frailes,
 que el sereno es bien que teman
 y no teman su salud
 tantas mujeres sin ella.

DON JUAN ¿Quién llega?

LIMÓN No sé, por Dios;
 luego que te vio se apea.

(Salen DON LUIS y DIONISIO de camino.)

DON LUIS ¿Es don Juan?

DON JUAN ¿Señor, qué es esto?

DON LUIS Correr la posta y buscar
 un ingrato y en lugar
 a satisfacción dispuesto.

DON JUAN Fue forzoso salir presto,
 no me pude despedir.

DON LUIS Quien así se puede ir,
 no diga que tiene amor.

DON JUAN Quise escusar el dolor
 entre el quedar y el partir.

DON LUIS No hay disculpa.

DON JUAN ¿No es disculpa
 querer guardar el respeto
 a la amistad?

DON LUIS A un discreto
 más la ingratitud le culpa.

DON JUAN El ser noble me disculpa.

DON LUIS No es nobleza el no creer
 que otro la puede tener,
 si el amigo se declara,

que es traición volver la cara
a quien no quiere ofender.

DON JUAN Yo con temor la volví.

DON LUIS Hombre que tiene temor
a su amigo ya es traidor.

DON JUAN Mas por no lo ser me fui.

DON LUIS Quien ha pensado de mí
que sabiéndolo no hiciera
lo que debo y ser Ribera
claro está que me agravió,

pues ser más noble pensó,
porque si no, no se fuera.
Quien piensa mal del valor
de su amigo es enemigo,
que el amigo de su amigo
siempre piensa lo mejor.
Crear es tener amor,
no creer, tener recelo;
para amigo de buen celo,
fe y obras son menester,
que por obras y creer
os da cuanto tiene el cielo.
Sin probarme no permito
que os intentéis ausentar,
porque es querer castigar
antes de hacer el delito.
Yo a mi valor me remito,
que declarados los dos
lo que hiciera sabe Dios;
pero en iros presumí
que no hiciéades por mí
lo que yo hiciera por vós.
Obligar teniendo en menos
no es amor, es presunción;
el tener satisfacción
es de pechos de honra llenos.
Quien juzga mal los ajenos
no diga que hace amistad.
Volvamos a la ciudad,

que preso quiero llevaros
y donde os prendí mostraros
lo que puede mi lealtad.

DON JUAN

Ribera ilustre, por quien
tiene España honor igual,
¿para qué tratáis tan mal
a quien os quiere tan bien?
Porque mejor el desdén
de una mujer se ablandase,
quiso amor que me ausentase
y no por imaginar
que Alejandro supo dar
lo que un Ribera negase.
Antes, seguro de quien
tiene tan alto valor,
no quise ser el pintor
por no quitaros el bien.
Y porque ausente también
diera a Leonarda lugar
para que os pudiera amar,
lo que presente no hiciera,
que puesto que sois Ribera
no lo fuistes de aquel mar.
No pensé que fuera culpa
dejaros mi posesión,
porque con buena intención
tienen los yerros disculpa.
Si daros lugar me culpa,
advertí que es gran castigo
decir que sois mi enemigo,
porque no es justo querer,
por daros una mujer,
quitarme el mayor amigo.

DON LUIS

Gusto que disculpa os den
los intentos que tuvistes,
como la esperanza fuistes,
que mata por hacer bien.
Yo no quiero que me den
lo que me pueden pedir.

DON JUAN

No sé qué decir, sufrir
será fuerza.

DON LUIS Puede ser
que quien no ha dejado hacer
aún no tenga qué decir.

DON JUAN Corrido, señor, estoy,
¿a mi amor dais este pago?

DON LUIS ¡Por esta Cruz de Santiago
que habéis de saber quién soy!
¡Venid preso!

DON JUAN ¿Preso voy?

LIMÓN ¿Presos vamos?

DON JUAN ¿No lo ves?
Ni aún sé lo que hará después.

LIMÓN Yo me huelgo.

DON JUAN Disimula.

LIMÓN Por vengarme de la mula
y volver a ver a Inés.

(Vanse, salen DON FERNANDO, LEONARDA y LISENA.)

LISENA Irse don Juan sin hablarme
no fue sin causa.

LEONARDA Yo creo
que le han obligado cartas
de Madrid, que tiene un pleito.

DON
FERNANDO ¿Qué cartas o pleitos pueden
dar tal prisa a un hombre cuerdo
para ser huésped ingrato?

LISENA No era cuerdo, sino necio;
hombre que sin despedirse
ni dar cuenta por lo menos
de su partida a su amigo
se fue con tanto desprecio.

LEONARDA Hablas, Lisena, picada.

LISENA ¿Yo, de qué?

LEONARDA Basta, yo creo
que si te amara don Juan
le alabaras de discreto.

DON
FERNANDO En tus razones, Leonarda,
que tienen algo de celos,
y en irse don Juan sin verme,
que entre amigos fue mal hecho;
como veo la ocasión,
aunque la ocasión no entiendo,
que los pleitos de Madrid...

LEONARDA ¿Qué sospechas?

DON
FERNANDO ¿Qué sospecho?
Que tu disgusto no ha sido
sin causa.

LEONARDA ¿Qué culpa tengo
de haber estimado un hombre
a quien tan poco discreto
me hiciste escribir papeles?

DON
FERNANDO Papeles y no requiebros.

LEONARDO Fernando, si se dan cartas
dos personas está cierto
que han de jugar.

DON
FERNANDO ¿Como qué?

LEONARDA Yo hablo con presupuesto
de unos amores honrados,
que solo se entiende el juego
para tirar voluntades
al resto del casamiento.
No creas que a dos papeles
hay mujer ni hombre tan cuerdo
que no pasen a las veras
desde las burlas.

DON
FERNANDO Bien creo
que tuve culpa, engañeme
en alabarle.

LEONARDA Está cierto,
 Fernando, que quien alaba
 es disfrazado tercero.

LISENA ¿Y tú tratabas amores
 con don Juan y en este tiempo
 mi casamiento tratabas?
 ¡Buena amistad!

DON
 FERNANDO ¿Cómo es eso?

LISENA No es nada, ya se pasó.

DON
 FERNANDO Tan agraviado me veo
 que no sé de quién quejarme,
 pues si a mi hermana me vuelvo,
 dice que quiere a don Juan
 y que yo la culpa tengo;
 y si a Lisena, del mismo
 a Leonarda pide celos.
 Mal me va de honor y amor.

LISENA Fernando, muerto don Pedro
 pensé casarme.

DON
 FERNANDO Lo mismo
 puedes hacer don Juan muerto.

LISENA ¿Muerto don Juan?

DON
 FERNANDO Si está ausente,
 ¿qué tiene más?

DON LUIS Entrad dentro.

(Salen [INÉS], DON JUAN, DON LUIS, LIMÓN y DIONISIO.)

DON JUAN ¿Aquí me traes, señor?

INÉS Don Luis y don Juan.

DON
 FERNANDO ¿Qué es esto?

DON LUIS Leonarda, aquí te quejaste
 de mi amor, que siendo honesto

pidió a don Juan obligase
a menos desdén tu pecho.

Y que por esta ocasión
salió de Toledo huyendo,
por dejarme libre el campo
o por ventura de celos.
A los tres ha sido ingrato,
a Fernando, pues ha hecho
agravio a un huésped tan noble;
a mí, pues pudo, diciendo
que te amaba, imaginar
que cediera mi derecho
en quien tú amabas, y a ti,
pues pagó con tal desprecio
lo que te debe. Yo airado
partí de Toledo haciendo
juramento de volverle
a la prisión que le he vuelto.
Y pues ya todos sabéis
que es prisión el casamiento
que sola la muerte rompe,
contigo le dejo preso.
Entre sus manos, don Juan,
haz pleito, homenaje luego,
que tendrás cárcel segura.
Y tú, de tenerle a tiempo
que gozándoos muchos años
fuere voluntad del cielo.

DON JUAN Yo le hago en vuestras manos,
señor, y las vuestras beso.

LEONARDA Por esta famosa hazaña
seréis Alejandro nuevo.

DON LUIS Fernando, sé tú el alcaide;
estos dos presos te entrego.

DON
FERNANDO ¿Y si hay otros dos?

DON LUIS También.

DON
FERNANDO ¿Quieres, Lisena?

LISENA El deseo,
aunque burlado, agradece
la dicha de mereceros.

LIMÓN Esperen, que hay otros dos;
que andan estos casamientos
a pares como perdices.

DON LUIS ¿Quién son?

LIMÓN Di si quieres.

INÉS Quiero.

LIMÓN Mas que nunca lo dijeras.

INÉS ¿Y la mula?

LIMÓN Con un necio
la casaremos también,
suplicando a los discretos.

DON LUIS No lo digas pues lo son,
que tan divinos ingenios
perdonaran nuestras faltas
para que alegre fin demos
a *Amar sin saber a quién*,
que a quien servimos sabemos.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE *Amar sin saber a quién*

Amar, servir y esperar
Lope de Vega

Amar, servir y esperar



Lope de Vega

PERSONAS

FELICIANO, *caballero*.

ANDRÉS, *criado*.

DOROTEA, *dama*.

JULIO, *criado*.

UN PASTOR.

UN VENTERO.

DON SANCHO TELLO.

CELIA, *dama*.

DON DIEGO, *caballero*.

FABIO, *criado*.

EL CAPITÁN BERNARDO.

ESPERANZA, *esclava*.

RUFINA, *moza de la venta*.

FÉLIX.

Cuatro² Salteadores.

Músicos.

Jornada I

Salen FELICIANO de camino, y ANDRÉS, con dos escopetas, tocan primero una caja como que es tempestad.

FELICIANO

¡Válgame el cielo Andrés, válgame el cielo!

ANDRÉS

El cielo pienso que se viene al suelo,
y hiciera mal, señor (si ser pudiera
que al suelo se viniera)
que no está el suelo ya para vivirle.

5

FELICIANO

Erramos el camino.

ANDRÉS

Más dicha fue, señor, que proseguirle.

FELICIANO

¡Jesús, qué oscuridad de torbellino!,
pienso que vienen dentro
todas las furias del oscuro centro.

10

La máquina del cielo se desata
de sus ejes de plata,
sus orbes de relámpagos vestidos
están más temerosos que lucidos.

Parece que una y otra ardiente llama
por el cristal rotpido arroja al suelo.
la tierra se estremece, el aire brama,
y en víboras de fuego escupe yelo;
si esto hace la tierra,
¿quién se fía del mar?

15

ANDRÉS

Cuando esta sierra
no fuera tan Morena,

20

hoy lo quedara como el nombre suena.
Pobres de los caballos,
apenas pude atallos,
mas no podrán moverse 25
que si llegan a verse
los animales en peligros tales,
¿no se apartan del hombre, aunque animales?

FELICIANO
Dices verdad, y no me maravillo,
que huyendo de un halcón un pajarillo, 30
sobre la mano se me puso un día,
y pienso que chillando me decía,
hombre deste tirano me defiende.

ANDRÉS
Ya parece que el cielo se suspende,
lástima es ver entapizado el suelo 35
de rotas verdes hojas
entre balas de yelo.

FELICIANO
Ya por las nubes cárdenas y rojas
acecha el sol la tierra,
como que no se atreve 40
a mirar los despojos de la guerra,
y revueltas las ramas y la nieve
precipitarse arroyos turbulentos
entre dientes de bárbaros acentos.
Pero escucha, ¿qué es esto 45
que entre aquellas encinas
parece voz humana?

ANDRÉS
El eco al son funesto
responde, ¿qué imaginas?

FELICIANO
Que no es sospecha vana. 50

(Dentro DOROTEA dama.)

DOROTEA
Ay de mí, que aun la muerte,

que suele ser remedio en desdichados,
huye de mí.

FELICIANO

En lo que dice advierte.

ANDRÉS

Los aires más templados
traen la voz de una mujer que llora.

55

FELICIANO

Aún no se ha puesto el sol, y ya el aurora
las yerbas humedece.

ANDRÉS

No lejos destos árboles parece
que suenan sus estremos.

DOROTEA ¡Ay Dios!

FELICIANO

¿Andrés qué haremos?,
que llanto de mujer obliga al hombre,
no más de por el nombre,
que fue escritura, que a naturaleza
hicieron la piedad y la nobleza.

60

ANDRÉS

¿Si estamos encantados?

65

DOROTEA

¿Para qué vivo yo, cielos airados?

FELICIANO

Otra vez se lamenta.

ANDRÉS

Aquí, señor, te asienta,
mientras que voy a ver de rama en rama
quien con tanto dolor la muerte llama.

70

(Vase.)

FELICIANO

Oye gemir la blanca tortolilla
el casto esposo en álamo frondoso,
y acudiendo al chillido, el vagaroso
viento con pico y plumas acuchilla.

Oye bramar la tímida novilla
el hosco toro, que se huyó celoso,
y arrojándose al río caudaloso
sacude el agua en la florida orilla.

75

¿Pues qué milagro que llorando asombre
una mujer, a quien las debe tanto,
pues para socorrerla, basta el nombre?
¿Qué fiera, qué león le causa espanto?
Todo lo puede el corazón del hombre,
mas no sufrir de una mujer el llanto.

80

(Vuelve ANDRÉS.)

ANDRÉS

¡Caso extraño!

FELICIANO

¿De qué suerte?

85

ANDRÉS

Al nudoso tronco atada
de un roble, por mejor fruta
que las doradas manzanas
de la güerta de Medea,
llora una afligida estampa
de aquella Andrómeda triste,
que en el mar de Tiro estaba
dando lágrimas, que fueron
perlas en conchas de nácar.

90

FELICIANO

A propósito del caso
pintas, Andrés, esa dama
con fábulas, pues lo son
decir, que en estas montañas
haya tales aventuras.

95

ANDRÉS

No lejos, toda la cara
bañada en sangre, está un hombre, 100
que con piadosas palabras
atado también a un roble,
solicita consolarla;

y cerca dél en la tierra 105
yacen tres cuerpos sin alma,
los dos mancebos y el otro
tiñendo en sangre las canas
de su venerable aspecto.

FELICIANO

Bien se conoce la causa 110
de esa desdicha; esta es gente
que a Sevilla caminaba
y dio en manos de ladrones,
que por estos montes andan.

Bien sé que fuera prudencia, 115
acabar nuestra jornada
en paz, pero no valor;
este mancebo desata,
y dale tu espada, Andrés,
que los tres....

ANDRÉS

No doy la espada, 120
de que me precio, a ninguno,
la escopeta sí, que es arma
que no ha menester valor.

FELICIANO

Siempre tuve confianza 125
de tus manos; si es cuadrilla,
aunque pedazos nos hagan,
habemos de acometerlos,
y si unos de otros se apartan,
no dudes de que tendremos
buen suceso.

ANDRÉS

Dios lo haga, 130
que a quien por justa piedad
emprende tan noble hazaña,
¿cómo es posible que falte?

FELICIANO

Mientras el hombre desatas 135
estaré, valiente Andrés,

con la escopeta de guarda.

(Retírase.)

(UN PASTOR y Cuatro Salteadores.)

[SALTEADOR] 1.º
Dale, quítale la vida.

PASTOR
¿No basta que me quitéis
el ganado?

[SALTEADOR] 2.º
¿Vos tenéis,
villano, lengua atrevida
con el señor capitán? 140

PASTOR
¿Pues no bastan seis carneros,
donde hay tantos ganaderos,
que en Sierra Morena están?
No lo pague todo yo,
quitad a todos su parte. 145

[SALTEADOR] 3.º
Vive Dios, que estoy por darte.

[SALTEADOR] 4.º No le matéis.

[SALTEADOR] 3.º
¿Cómo no?

[SALTEADOR] 4.º
¿No veis que es un ignorante?

PASTOR
¿En qué entiende la Hermandad, 150

que por esta soledad
sufre maldad semejante?
¿Seis carneros?

[SALTEADOR] 1.º
¿Quién sabrá
desollarlos?

[SALTEADOR] 2.º
¿Quién mejor
que el mismo dueño?

[SALTEADOR] 1.º
A pastor.

155

(Entran FELICIANO, ANDRÉS y JULIO con escopetas, y DOROTEA.)

FELICIANO
Aquí la cuadrilla está,
escondeos hasta ver
si son más.

DOROTEA
Ayude el cielo
la piedad de vuestro celo.

[SALTEADOR] 1.º
Pues si lo sabes hacer, 160
ven donde quedan atados
desollarás los dos dellos,
y ayudarás a comellos
como quien toma los dados,
que con eso los podremos 165
tomar con buena conciencia.

PASTOR
Vida, tengamos paciencia,
que en gran peligro nos vemos.

(Vanse.)

JULIO

Agora es tiempo, señor,
si habemos de acometer.

170

DOROTEA

Caballero, aunque mujer,
sabed que tengo valor.
Dadme una espada.

FELICIANO

Teneos,
que no os habéis de empeñar
donde podáis mal lograr
la fe de nuestros deseos.
Tras dellos habemos de ir,
esperad adonde estáis.

175

DOROTEA

Con más pena me dejáis
que allá me diera el morir.
Estos previniendo están
cena y fiesta, en que he de ser,
como ellos piensan, mujer
de su infame capitán.

180

Si os vencen, yo soy perdida,
y así es partido, señor,
que no pierda yo mi honor
y que vos perdáis la vida,
sino que muera con vos.

185

FELICIANO

No habéis de pasar de aquí.

190

ANDRÉS

¿Cómo vencer, pesia mí
si en disparando los dos,
queda con la hoja Andrés
como el mismo Rodamonte,
que los ladrones y el monte
ha de poner a tus pies?

195

(Vanse.)

DOROTEA

Ay soledades tristes,
si el alma de mis quejas lastimadas,
después que las oíste,
os hizo, siendo mudas, animadas 200
en tanto desconsuelo,
no vida para mí pedid al cielo
si no la que merece
el caballero ilustre y generoso
que aquí me favorece; 205
árboles deste valle temeroso
su vida le pidamos,
lenguas haced las hojas de los ramos.
Y tú manso arroyuelo,
que duermes por las márgenes amenas 210
deste pintado suelo,
en palabras convierte las arenas,
los cristales desata,
cohecha al cielo, pues le ofreces plata.
Oh sospechas inquietas 215
dejad el alma un átomo, un instante,
ya de las escopetas
respondiendo la pólvora tronante,

(Disparan dentro.)

dice que me consuele,
aunque en el humo mi esperanza vuele. 220
Si dos solas han sido,
las nuestras son y buen efeto hicieron;
¿si se habrán remitido
a las espadas los que no murieron?,
¿ha puesto la fortuna 225
en tanta confusión mujer ninguna?
De todo cuanto veo
muerto y perdido en la ocasión presente,
si vive quien deseo
me sabré consolar, que solo siente 230
mi alma en mal tan fiero
la vida deste ilustre caballero.

(Sale FELICIANO y los demás.)

FELICIANO

Oh buen pastor, que has sido

la causa con tus tiros acertados
de que hayamos vencido. 235

PASTOR
No cenarán a fe los convidados
de mis pobres carneros.

DOROTEA
¡Cielos, qué vitoriosos vengo a veros!
A vuestros pies rendida
la tierra besaré.

FELICIANO
Ya mi señora 240
tenéis honor y vida,
asegurarla es lo que importa agora,
¿cuánto hay de aquí a la venta?,
por si la gente que ha quedado intenta
seguirnos y vengarse. 245

PASTOR
Habrá dos leguas, pero son pequeñas.

ANDRÉS
Bien tienen que curarse,
sin los que piden confesión por señas,
que he dado cuchillada
como si fuera en un melón tajada. 250

FELICIANO
En mi caballo puede
ir esta dama y este mozo herido
irá en el tuyo.

DOROTEA
Excede
a mi desdicha tu piedad, ya pido
al cielo solamente 255
mi vida acabe y que la tuya aumente.

FELICIANO
Dale al pastor cien reales.

ANDRÉS
Primero ha de sacarnos al camino.

PASTOR
Muestran mercedes tales
que sois hombre de pro.

JULIO
Del cielo vino
aqueste caballero. 260

FELICIANO Linda mujer, Andrés.

ANDRÉS Envido.

FELICIANO
Quiero.

(Vanse y salen CELIA dama, DON SANCHO caballero viejo.)

CELIA
Para grandes fortunas
dispone grandes ánimos el cielo.

SANCHO
Ay Celia, son algunas
de tanto desconsuelo, 265
que ni el valor importa,
ni menos que la muerte el sentimiento
al corazón reporta.

CELIA
Señor, ¿para quien tiene entendimiento
cómo puede faltar el sufrimiento?, 270
siendo en todos los males la prudencia
remedio a quien jamás faltó paciencia.

SANCHO
Cuando a mi hermano don Fernando espero
que viene de Madrid con Dorotea 275
de casar concertada
con aquel caballero,
que llegará tan presto con la flota,
sino es que igual en las desdichas sea,

entra en Sevilla el mísero cochero,
y con tan tristes nuevas alborota
mi alma y la justicia, ¿y te parece
que puede haber paciencia y sufrimiento?

280

CELIA

No niego a la razón el sentimiento,
solo, señor, propongo la templanza
en males que no dejan esperanza.

285

SANCHO

Qué confusión, aún no saber el modo,
¿cómo dar a sus cuerpos sepultura?

CELIA

La justicia tendrá cuidado en todo.

SANCHO

Partirme es fuerza en ocasión tan dura.

290

CELIA

Pienso que si ejecutas la partida,
te ha de costar la vida.

SANCHO

Dicha es acompañar su triste suerte
con mi forzosa muerte,
pues no podrán mis ojos

295

sangrientos ver sus míseros despojos,
sin que el dolor, sirviéndome de espada
haga mayor efeto

que las balas de aquellos arcabuces.
¿Quién pudo, ay Dorotea desdichada,

300

adivinar discreto,
que te dieran los montes andaluces
sepultura en peñascos, luto en robles?

CELIA

La obligación de caballeros nobles
perdiste entre el dolor y el sentimiento.

305

SANCHO

Ni vida quiero ya, ni sufrimiento.

(Vanse y sale DOROTEA y JULIO.)

DOROTEA ¿Qué dices?

JULIO

Que estás agora
en mayor peligro.

DOROTEA

¡Ay cielos!,
¿no es esta venta segura?,
¿no hay en ella forasteros
de Madrid y de Sevilla? 310

JULIO

Como los tristes sucesos
de Sierra Morena han sido
tales, que no admiten sueño. 315

Oí, señora, que hablaban
bien cerca de tu aposento
dos hombres, a quien hacía
pobre cama el duro suelo.

No salgamos, dijo el uno,
sin que salga el sol primero, 320
y para pasar la sierra

diez o doce nos juntemos,
que está llena de ladrones.
Notable descuido veo
dijo el otro, en la justicia 325

de los convecinos pueblos,
¿pero qué podrá si son
hombres de talle y de pecho,
valientes desesperados
todos con armas de fuego? 330

Este que esta dama trae,
aunque solo está durmiendo
por disimular el hurto,
en diferente aposento,
yo sé que es el capitán, 335
y que la lleva sospecho

a lo que suelen los tales;
sino es que vienen huyendo
para pasarse a otra parte.
Pobres de los pasajeros 340
que llevaban los rocines.

Esto trataban y luego
partió la conversación
el sueño con el silencio.

Levanteme y como ves, 345
 llamé a tu aposento quedo,
 para que veas si tiene
 nuestra desdicha remedio.
 Que aunque aqueste te ha librado
 no fue sacarte de aquellos 350
 por tu bien, mas por quitar
 el hurto al primero dueño.
 Codicia de tu hermosura
 a sus mismos compañeros
 dio muerte, mira que estamos, 355
 señora, en peligro extremo.

DOROTEA

Julio, cuando las desdichas
 son tantas, los mismos pechos
 que las padecen se animan
 al remedio y al consejo. 360
 Así suelen los pilotos
 cuando ven el mar soberbio,
 acudir por partes varias
 a las jarcias y a los cielos.
 Ellos nos darán favor, 365
 saca los caballos luego
 y paga al huésped, pues él
 ha de pensar que son nuestros.
 Que cuando este salteador
 en forma de caballero 370
 despierte, habemos de estar
 tan seguros como lejos.
 ¿Quién pensara que aquel talle
 y aquel término discreto
 se inclinara a tal bajeza? 375
 Y agora, Julio, confieso
 que me llevó con los ojos
 gran parte del pensamiento.
 Oh ya fuese la desdicha
 en que me he visto y me veo, 380
 por donde entrase al amor
 el justo agradecimiento,
 que el favor en los peligros
 hace mayores efetos.
 Pero en sabiendo quien es, 385
 solo me queda en el pecho
 lástima, de que tal hombre,
 y de tal entendimiento
 se incline a cosas tan bajas.
 ¡Este es ladrón!, saca presto 390
 los caballos, no despierte.

JULIO

¿Piensas tú que caballeros

no suelen andar por bandos
o por venganzas en esto?
Pues sabe que en Aragón, 395
si hay agravio de por medio
no se tiene por deshonra.

(Vase.)

DOROTEA

Camina, rogando quedo
al cielo, temple el rigor,
pues sabe que no merezco 400
por obedecer mis padres
tantos males como tengo.

Si como la antigüedad
creyó que era Dios el sueño,
pudiera yo persuadirme 405
a que con humildes ruegos
a sus aras prometiera
ámbar en lugar de incienso.

Cubre sueño perezoso
de aqueste bárbaro fiero 410
los ojos, que si me dijo
en el camino requiebros,
no eran de hombre enamorado,
que si fueran verdaderos,
de lo que ya deseaba 415
le despertara el desvelo.

Piedad airados cielos,
que soy mujer y sola y sin remedio.
Los caballos suenan ya,
oh quién pudiera ponerlos 420
defensa en las herraduras
contra las piedras del suelo.

La puerta abrieron, ya salen;
¡ay Dios qué golpe tan necio!,
ya están fuera los caballos, 425
también la del cielo temo.

Aurora detente un poco,
pues dicen que estás durmiendo
en los brazos de quien amas,
que con amor verdadero, 430
por más que le llame el sol
nadie se levanta presto.

Y tú no saques los tuyos
padre de Faetón soberbio,
así te abrace laurel 435
quien te despreció mancebo.

Piedad airados cielos,
[que soy mujer y sola y sin remedio.]³

(JULIO y el VENTERO.)

VENTERO

Tanta liberalidad,
señor hidalgo, agradezco, 440
mirad no erréis el camino,
echad siempre al lado izquierdo.

JULIO

Ya vengo bien informado.

VENTERO

Pensé que ese caballero
con quien venistes anoche 445
era desta dama el dueño.

JULIO

Junto a esa fuente le hallamos
y robado cuando menos
de unos soldados fingidos.

VENTERO

No se atreven a prenderlos 450
estos lugares.

JULIO

Señora,
vamos de aquí.

DOROTEA

Tengo miedo
a lo que el huésped nos dice.

JULIO

va dando muestras del día.

No le tengáis, que el lucero

455

(Vanse.)

VENTERO

Si todos fueran como estos,
¿qué tienda de mercader
como esta venta?, hola, Pedro,
hola, Rufinilla, a moza.

(Sale RUFINA.)

RUFINA

Apenas por esos cerros
sale perezoso el día, 460
¿y ya quiere que saquemos
las caras de la almohada,
de los colchones los cuerpos?

VENTERO

Acaba, maldita seas, 465
¿qué hace ese mozo?

RUFINA

A los cueros
ha más de un hora que está
Pedro dándoles tormento.

VENTERO ¿Qué es tormento?

RUFINA

Jarros de agua.

VENTERO

¿Y qué está haciendo Lorenzo? 470

RUFINA

Echa en adobo el rocín,
que le ha de hacer por lo menos
pasar plaza de ternera.

VENTERO

Lo mismo en las damas vemos,
que cubren con el adobo
los años y los defetos. 475

(Entra ANDRÉS.)

ANDRÉS
Buenos días, señor huésped.

VENTERO
Dios le guarde caballero.

ANDRÉS
De su pajar y su casa,
que vive Cristo que vengo 480
hecho de pulgas un jaspe.

¿Si pensaron que era queso
los ratones del pajar,
que me han comido el pescuezo?,
y ella doncelliventera 485
¿no me diera en su aposento
dos dedos de su colchón?

RUFINA
Uñas arriba mancebo,
que le daré dos sopapos.

ANDRÉS
Ten la mano de mortero 490
lámpara deste hospital.

RUFINA
Pues visión de galgo enfermo,
¿con Rufinilla se toma?

ANDRÉS
Ea, no haya más requiebros,
toma morena un real. 495

RUFINA
¿Y yo para qué le quiero?

(**Entra FELICIANO.**)

FELICIANO

El cansancio me ha obligado
para vencer el desvelo,
Andrés, mira que es muy tarde,
huésped.

VENTERO

Señor.

FELICIANO

¿Qué debemos?,
llama Andrés esa señora.

500

ANDRÉS

Habrala rendido el sueño,
después de tantos cuidados;
¡Ah, señora!, abrid, que es tiempo
de caminar.

VENTERO

¿A quién llamas?

505

ANDRÉS

A esta dama que traemos
con no pequeño cuidado.

VENTERO ¿Qué dama?

ANDRÉS

Qué bueno es esto.
¡Ah, señora!

VENTERO

Si es la dama
de anoche, con el mancebo,
que pienso que estaba herido,
madrugaron y se fueron.

510

FELICIANO ¿Cómo que se fueron?

VENTERO

Yo

solo sé que mi dinero
me dieron y con el alba
en los caballos partieron.

515

FELICIANO

¿En mis caballos?

VENTERO

¿Pues cómo?,
¿los caballos eran vuestros?

ANDRÉS

¿Hay mayor ingratitud?

FELICIANO

¿Con este agradecimiento
se paga haberla librado
de tantos ladrones fieros?
¿Tenéis huésped en qué pueda
alcanzarlos?, pierdo el seso.

520

VENTERO

Tenía un rocín y ayer
se me murió sin remedio
de haber llevado a Granada
diez arrobas de procesos.

525

ANDRÉS ¿Todas de un pleito?

VENTERO

¿Y es mucho?
¿No sabéis que en treinta pliegos
son los veinte peticiones?

530

ANDRÉS

Que muera un rocín de pleitos,
¿qué harán los hombres?

FELICIANO

¿Que hubiese

mujer de tan duro pecho,
que así pagase un servicio
digno de tan alto premio? 535
¿Hase contado en el mundo,
donde es la piedad extremo
tal ingratitud? Andrés,
huésped.

VENTERO Señor.

FELICIANO
Id corriendo 540
y del primero lugar,
sin reparar en dinero,
me traed en que la siga.

VENTERO Voy volando.

RUFINA
Y yo riendo.

ANDRÉS
¿De qué te ríes picaña? 545

RUFINA
De la burla majadero.

(Vanse.)

FELICIANO Corrido estoy.

ANDRÉS
Con razón.

FELICIANO
Más mal que imaginas tengo.

ANDRÉS ¿Cómo?

FELICIANO
Que me lleva el alma,
que es el mayor sentimiento. 550

ANDRÉS
A mí me lleva el rocín.

FELICIANO
Vive el cielo que la tengo
de buscar en toda España.
¿Dejó la maleta?

ANDRÉS
Bueno,
si va asida en el cojín. 555

FELICIANO
También se lleva el dinero.
Ven, que donde pierdo el alma,
mil escudos es lo menos.

(Vanse y sale DON DIEGO y FABIO.)

DIEGO
Debo mi dicha, amigo Fabio, al viento,
que tantas presunciones desatina. 560

FABIO
Cuando es de presunción, no es elemento
sino pasión que a vanidad inclina.

DIEGO
Este es Sanlúcar, generoso asiento,
Fabio, de los Guzmanes de Medina,
cuya daga fue pluma de la hazaña, 565
que en inmortal papel escribe España.

Gracias a Dios que ya mi dicha anima
con tan feliz y próspera derrota,
a México primero desde Lima,
y de la Habana a Cádiz con la flota. 570
El buen viaje con razón se estima
(y más desde provincia tan remota)
por buen auspicio de futuros bienes.

FABIO

Ya de tu parte la fortuna tienes.

DIEGO

Qué manso que jugaba con las olas 575
el riguroso Norte, que otras veces
estampa al cielo gaviás y ventolas,
y mezcla las estrellas con los peces;
sin esto las riquezas españolas,
que tienen por la mar tantos jüeces, 580
ningún cosario han alentado al hurto
con darle sueño al agua el viento surto.
A Sevilla escribí cómo he llegado,
donde me espera ya don Sancho Tello,
si bien de mis intentos engañado, 585
que así de la ocasión todo el cabello.
Quedó robando a Elena disculpado
el Teucro Paris por su rostro bello,
y yo lo quedaré, cuando posea
por engaño la hermosa Dorotea. 590

FABIO

Nunca he sabido bien, señor don Diego,
por dónde hallaste intento de casarte,
no siendo tú don Juan, y así te ruego
me le digas y en qué puedo ayudarte.

DIEGO

En tu lealtad estriba mi sosiego; 595
y así tendrás de mis fortunas parte.
Oye Fabio leal, escucha atento
la dulce causa de mi loco intento.
Tiene don Sancho Tello, sevillano
generoso, en Madrid una sobrina, 600
que la naturaleza en velo humano
quiso esmaltar de perfección divina.
Tuvieron amistad él y su hermano
un tiempo con don Pedro de Medina,
que a las Indias después pasó mancebo 605
a la codicia del dorado cebo.
Casose en Lima y deste casamiento
nació don Juan, que se crio conmigo,
siendo a los dos un mismo pensamiento
de nuestro bien o mal, común testigo. 610
Prosiguiendo también el mismo intento
los dos hermanos Tellos con su amigo
tratan por cartas, que marido sea
don Juan de la divina Dorotea.
A cuyo casamiento concertado 615

nos embarcamos él y yo, que había
 tanto amor en los dos, que lo tratado
 en fe de acompañarle proseguía.
 Enfermando el mancebo desdichado
 (como lo viste Fabio) un triste día 620
 en estos brazos espiró, de suerte
 que soy su vida y se llevó mi muerte.
 Cuando le vi con música discorde
 del coro de pilotos destemplado,
 envuelto en pobre lienzo desde el borde 625
 de la nave arrojar al mar salado,
 y vi de nuestro amor siempre concorde
 el lazo de veinte años desatado,
 al dar el cuerpo el golpe entre las olas
 aun no le pude dar lágrimas solas. 630
 Mirando sus papeles y vestidos,
 después de cuatro días de tormento,
 leyendo con suspiros encendidos
 las cartas de su triste casamiento,
 hallé la perdición de mis sentidos 635
 en un retrato, a cuyo rostro atento
 le di, sin que pudiese remediarme,
 la vida que don Juan quiso dejarme.
 Y pienso que a sus ojos ofrecida
 no puede, oh Fabio, ser, que culpa sea, 640
 que el dejarme al morir don Juan con vida
 fue porque se la diese a Dorotea.
 No fue la prenda de su amor perdida,
 pues en la mía su hermosura emplea,
 que siendo de sus bienes heredero, 645
 serlo también de su belleza espero.
 Con nombre de don Juan voy a Sevilla
 a ver el ángel que adoré pintado,
 que cuando llegue a la florida orilla
 del Betis, pienso yo que habrá llegado. 650
 Si la imaginación te maravilla
 del engaño que llevo fabricado,
 poco sabes de amor, que en casos tales
 es la mayor pasión de los mortales.
 Si Júpiter amante de Alcumena 655
 en su marido ausente se transforma,
 bien puedo yo con más hermosa pena
 tomar agora de don Juan la forma,
 demás de no ser yo Paris de Elena,
 con la verdad de la amistad conforma, 660
 que el padre de don Juan piense que es vivo,
 quitándole dolor tan excesivo.
 El marido que doy a Dorotea,
 ¿qué le debe en nobleza y en persona?,
 si no ha visto a don Juan, que yo lo sea 665
 la buena dicha de los tres abona.
 Fabio, desde hoy mi nombre don Juan sea,
 que fuera de que amor yerros perdona,
 cuando se sepa, que don Diego he sido,

de todos ha de ser agradecido. 670

FABIO

Admirado me deja el pensamiento
con que vas a Sevilla, y el extraño
camino que has hallado al casamiento
de Dorotea con notable engaño.
Su hacienda, finalmente, no es tu intento, 675
que fuera efeto a tu valor extraño,
y siendo solo amor de su belleza,
queda calificada tu nobleza.
De hoy más te llamaré don Juan.

DIEGO

Secreto,
Fabio, y partamos en habiendo cartas. 680

FABIO

Resta, que de las galas del sujeto
que imitas, con el cómplice repartas.

DIEGO

Las que más te agradaren te prometo.

FABIO

Amanezca en el cielo, cuando partas,
Venus con tal favor, que tuya sea. 685

DIEGO

Di, Fabio, la divina Dorotea.

(Vanse y salen DON SANCHO, DOROTEA, CELIA y JULIO.)

SANCHO

No me canso de abrazarte
sobrina del alma mía,
que con tan justa alegría
la pena términos parte. 690

Tengo de mi muerto hermano
tan vivo retrato en ti,
que fuera de verle en mí
no hubiera consuelo humano,
que después de los enojos, 695

que era tan justo tener,
las lágrimas y el placer
juntos me bañan los ojos.

CELIA

Déjanos, señor, gozar
de Dorotea.

SANCHO

Este día 700
es para mí, Celia mía,
nadie le puede igualar.

Que cuanto mayor tormento,
donde sabéis padecí, 705
de vuestros brazos en mí
ha de ser más el contento.

DOROTEA

Hablad a Julio, a quien debo,
después de tanto dolor,
el librarme de un traidor 710
que fuera tormento nuevo.

Y aún mayor pudiera ser,
donde si el honor perdiera,
la mayor desdicha fuera
que me pudo suceder.

SANCHO

Julio, tú serás el dueño 715
desta casa.

JULIO

Ya, señor,
para mi lealtad y amor
fuera servicio pequeño
sacrificaros la vida.

CELIA

¿Cómo de la herida estás? 720

JULIO

Cuanto os ha pesado más,
tanto fue menor la herida.

SANCHO

Que descanséis será justo

del camino y del cuidado.

DOROTEA

Ya es descanso haber llegado
después de tanto disgusto. 725

Nunca por camino incierto
halló peregrino el día,
ni vio con más alegría
roto marinero el puerto; 730
ni pájaro en verde rama
tan dulce al alba cantó,
como en vuestro brazos yo.

¿De qué incendio, de qué llama
salió libre el que dormía, 735
cuando se aumentaba el fuego,
como yo, que a veros llego,
dulce señor, prima mía?

SANCHO

Mucho en mi hermano perdí,
pero ya me ha dado el cielo 740
a la medida el consuelo,
y para dártelo a ti,

quiero que sepas que está
en Cádiz don Juan tu esposo, 745
que en tiempo tan riguroso
tu padre y amparo es ya.

Hoy me ha escrito, aunque pensando,
que con tu padre eras muerta,
lloré mi desdicha cierta, 750
la respuesta dilatando;

que ya será de alegría,
para que de Cádiz parta
luego que llegue esa carta,
que a tardarte solo un día, 755
pudiera ser que perdieras
remedio en esta ocasión.

DOROTEA

Tantos mis cuidados son,
señor, que si no estuvieras
por tu palabra empeñado
y por tus firmas también, 760
hoy me estuviera más bien
tomar diferente estado.

SANCHO

Fuera desdicha cruel,
que de las Indias aquí
no es bien que venga por ti, 765

para que te burles dél.
Míralo bien, Dorotea.

CELIA

No te espantes, que el dolor
le quite el gusto.

DOROTEA

Señor,
lo que tú quisieres sea.

770

(Sale ESPERANZA esclava.)

ESPERANZA

Un forastero galán
está llamando a la puerta,
que dice que es de Madrid.

DOROTEA

¿De Madrid?, pues no me vea.
Vamos, prima

SANCHO

Dile que entre.

775

CELIA

¿Mas qué te ha dado sospecha
que es don Juan?

DOROTEA

Dices verdad,
y que me he turbado, Celia.

(Vanse las dos y salen FELICIANO y ANDRÉS.)

FELICIANO

Para besaros las manos

no era menester que fuera
por negocio propio el veros. 780

SANCHO
Califican la nobleza
los términos de la corte.

FELICIANO
Salí más apriesa della
que pensé, llegué a Sevilla 785
y fui con alguna pena,
señor don Sancho, al correo,
hallé esta carta y en ella
lo que os ruego que escuchéis.

SANCHO
Vos tenéis, señor, licencia 790
para leerla y mandarme
en lo que serviros pueda.

FELICIANO (Lee.)

El día que salió don Félix del peligro de la herida que le disteis, se vieron las informaciones de vuestro hábito en el Consejo de Órdenes, con esta os envió la licencia, para que don Sancho Tello os le dé, &c.

lo demás no importa aquí,
que es de mi casa y mi hacienda,
resta agora suplicaros 795
dos cosas: es la primera,
que tengáis a Feliciano
de Mendoza y de la Vega
por vuestro esclavo.

SANCHO
Teneos,
que en justa correspondencia 800
os quiero pedir lo mismo.

FELICIANO
Y la segunda, que sea
el darme el hábito en breve,
porque si allá se conciertan
amistades, será bien 805
que con este honor me vean.

SANCHO
para la primera fiesta,
que aguardo que un caballero
Indiano a Sevilla venga,
porque con más regocijo
daros el hábito sea.
Seréis ese día padrino
de una cortesana bella,
que se ha de casar con él,
para que yo a vos os tenga
por ahijado y vos a él.

Será, señor Feliciano,

810

815

FELICIANO
¿Tanta merced?, ¿quién pudiera
sino un generoso Tello
tan liberalmente hacella?,
yo vendré a veros mañana.

820

(Vase.)

ANDRÉS
Sin ser Mendoza, ni Vega,
de vuesa merced los pies,
y si no los pies, las suelas
al buen Andrés, que no viene
por hábito, aunque en su tierra
hábitos y escapularios
tienen sus deudos y deudas.

825

SANCHO
Parecéis hombre de bien.

ANDRÉS
Mejor fuera que lo fuera,
porque si yo no lo soy,
¿qué importa que lo parezca?

830

(Vase y sale DOROTEA.)

DOROTEA
Con el cuidado, señor,
y presunción que pudiera

ser este don Juan mi esposo, 835
detrás de aquella antepuerta
le vi y escuché.

SANCHO
Fue engaño
de tu sospecha.

DOROTEA
Y fue cierta
una cosa en que yo he sido
ingrata, engañada y necia. 840

SANCHO
Cosa que este caballero
en tu seguimiento venga
y que de aquellas heridas
que dio en Madrid, causa seas.

DOROTEA
Mayor ha sido tu engaño, 845
que por él quiero que sepas
que tengo vida y honor,
pues él en Sierra Morena
me libró de aquella gente
bárbara, cruel y fiera. 850

Pero diciéndome Julio
una noche en una venta,
que era el capitán de todos,
ingrata, como resuelta,
partí sin verle a Sevilla; 855
pero vista su nobleza
y que ha sido engaño, estoy
arrepentida y contenta.

SANCHO
¿En fin él no es cosa tuya?

DOROTEA
¿No ves tú que si lo fuera 860
no se hiciera la jornada?

SANCHO
¡Oh cuál era para Celia
un hombre de aquellas partes!,
pluguiera a Dios que se hicieran
los dos casamientos juntos. 865

DOROTEA

Habla bajo, que si llega
a escucharte, podrá ser
que piense lo que no piensa.

SANCHO

El caballero aficiona
con el talle y con la lengua; 870
¡cuál era para mí yerno!

DOROTEA

¿Mas qué has de hacer que por fuerza
le quiera Celia?

SANCHO

Si dura
nuestra amistad, la tercera
has de ser deste concierto, 875
que es oficio de discretas.

(Vase.)

DOROTEA

¿Hay suceso semejante?,
¿que este caballero era
Feliciano de Mendoza,
y que mi desdicha sea 880
tal que don Juan esté en Cádiz

a tiempo, que apenas pueda
agradecer lo que debo
a un hombre cuya nobleza
por darme vida se puso 885
a peligro de perderla?

¿Qué haré?, ¿qué será de mí,
si le quiere para Celia
don Sancho?, no sé quién dice
que amor los celos engendra, 890
si a los celos que me han dado

mi dormido amor despierta
del sueño en que le tenían
mi engaño y su breve ausencia.
Mas conténtese mi amor 895
solicitando que sepa

Feliciano mis desdichas,
cuando decírselas pueda,
porque no ser de don Juan

es imposible que sea,
y quererle es imposible,
aunque más méritos tenga,
porque no da el trato el gusto,
si la inclinación le niega.

900

Jornada II

Salen FELICIANO y ANDRÉS, FELICIANO con hábito.

FELICIANO

No será la maravilla,
la novedad será parte.

ANDRÉS

Das ocasión a mirarte
con el lagarto a Sevilla.
Y aunque es para el gasto empeño,
gran cosa en los pechos es.

5

FELICIANO

Fuera del honor, Andrés,
hace más galán al dueño.

ANDRÉS

Forastero y señalado,
a todas lleva los ojos.

10

FELICIANO

Aún me duran los enojos
de mi necio amor pasado.

ANDRÉS

Amar se pueden defetos,
si hay en el dueño virtud;
pero amar la ingratitud
nunca fue de hombres discretos.

15

FELICIANO

Conozco que la serví
y la vida aventuré,
y que fue cuando se fue,
tan ingrata para mí.
Pero con necia inquietud
tengo, y lo tengo a locura,

20

más presente la hermosura,
Andrés, que la ingratitud.
Que Andrómeda vio Perseo
atada al peñasco duro, 25
dando al mar aljófaro puro
y al joven dulce deseo.
¿Cómo a aquella dama vimos
descompuestos los cabellos, 30
dando de sus ojos bellos
aljófares a racimos?
No amaneció para rosa
como ella en tanta desgracia,
que llorar con buena gracia, 35
hace a una mujer hermosa.
¡Qué lágrimas!, ¡qué dolor!,
pienso que en tal desconsuelo
no cayó perla en el suelo,
que no se volviese flor. 40

ANDRÉS

Tienes razón, porque atada
en aquella dura encina
era una Venus divina
de Pablo Rubens pintada.
Pero, señor, ¿es Sevilla 45
alguna pequeña aldea?,
¿no habrá en el Betis quien sea
ninfa de su verde orilla?
Amor con amor se cura,
no con las cosas contrarias, 50
tantas hermosuras varias
tendrán alguna hermosura,
que con suceso feliz
alcance mayor vitoria;
no es de bronce la memoria, 55
sino tabla con barniz,
que se borra fácilmente,
y encima se sobrescribe.

FELICIANO

La que en el alma se escribe
dura, Andrés, eternamente. 60

ANDRÉS

Pues a fe que sé yo quién
me ha preguntado por ti.

(Llaman.)

FELICIANO ¿Llaman?

ANDRÉS
Parece que sí.

FELICIANO
Sal fuera y míralo bien.

ANDRÉS Voy.

(Vase.)

FELICIANO	
Ay necia pena mía,	65
¿por qué no queréis dejar	
a mi descanso lugar,	
ni de noche, ni de día?	
¿De qué sirve este cuidado	
por una ingrata mujer?,	70
lo que nunca habéis de ver,	
¿de qué sirve imaginado?	
Determinome olvidar,	
que apenas de lo que quiero	
supe el nombre, ¿pues qué espero?,	75
sin ver no se puede amar.	
¿De qué te vienes riendo?	

(Sale ANDRÉS.)

ANDRÉS	
Ea, ya tenemos dama,	
y debe de ser de fama,	
a lo que voy presumiendo.	80
Una esclava mulatilla,	
de semblante socarrón,	
que ya sabes, que estos son	
los lunares de Sevilla;	
sin envidiar el marfil,	85
la tez de ébano lustrosa,	

más limpia y más olorosa
que flor de almendro en abril.
Y más áspera que un rallo
al peligro inobediente, 90
con sombrerito en la frente
como antojo de caballo,
y su chinela briosa
que cubre el pie de nogal,
por dar higas al cristal 95
de alguna vaya enfadosa,
mostrando por los hocicos
unas blancas peladillas,
que pueden hacer cosquillas
a algunos manceborricos; 100
dice que te quiere hablar.

FELICIANO
Pues déjala entrar, Andrés.

ANDRÉS
Entra Pascuala o Inés.

(Entra ESPERANZA.)

ESPERANZA
Mucho os debéis de guardar
de enemigos de Madrid. 105

FELICIANO
No guardo, que no los tengo.

ESPERANZA
Sabed que a mataros vengo,
que soy en Sevilla el Cid.

FELICIANO
Creo de esa valentía
cuanto decís, si miráis, 110
mas si con gracias matáis,
dichosa muerte sería.

ESPERANZA
Aquí traigo una pistola,
con que os tengo de matar.

FELICIANO

Al papel se puede dar
esa preeminencia sola,
que una sentencia de muerte
cabe en cualquiera papel,
veré lo que dice en él.

115

(Ábrele.)

ANDRÉS

Ámbar de los pechos vierte
vuesa merced, reina mía,
cuando yo pensé gragea.

120

ESPERANZA

¿Oye?, quedito, y no sea
enfado la cortesía.

FELICIANO (Lee.)

Una mujer desea hablaros, señor Feliciano de Mendoza, no puede en su casa, y va esta tarde en un barco a San Juan de Alfarache, podéis ir en otro y acercaros a quién os hiciere señas con unos listones verdes.

Yo he leído, resta agora
que seáis más franca vos
del nombre.

125

ESPERANZA

Bueno por Dios,
matarame mi señora,
demás que la habéis de ver
tan presto, como esta tarde,
y con esto Dios os guarde,
que tengo mucho que hacer.

130

FELICIANO

Llevaos aquestos doblones,
que es fruta nueva.

ESPERANZA

No, no.

ANDRÉS

No no y el oro agarró 135
como puño de tostones.

No es manca su señoría,
ni baldada del tomar,
yo la pienso enamorar,
porque estas dan en un día 140
cuanto quitan en un año.

FELICIANO

Tres letras vienen aquí
por firma.

ANDRÉS ¿Tres letras?

FELICIANO

Sí.

ANDRÉS

Ellas serán desengaño.

FELICIANO

Dos dees son y una be, 145
la primera dirá el don,
¿la otra?

ANDRÉS

Don Golondrón,
eso bien claro se ve.

FELICIANO

¡Qué gracioso majadero!,
¿y la B?

ANDRÉS

La be, dirá 150
Bernabé, con que estará
claro todo el nombre entero.

FELICIANO ¿El don a la postre?

ANDRÉS

Sí,

que los más dones que ves
vienen agora después.

155

FELICIANO Necio estás.

ANDRÉS

Siempre lo fui.

FELICIANO

Válgame Dios, ¿qué diría
con dos dees y una B?

ANDRÉS

Agora sí que lo sé,
dátiles de Berbería.

160

FELICIANO

Qué bien el ingenio muestras.

ANDRÉS

Dos por dicha te querrán.

FELICIANO ¿Cómo?

ANDRÉS

Dos dees dirán,
y una B, dos dueñas vuestras.
Pero por vida del Cid
que agora lo entiendo bien,
las dees y be también
dando dinero venid.

165

FELICIANO

Venid se escribe con V,
necio, y esta letra es B.
Flétame un barco.

170

ANDRÉS

Eso haré,
porque allá lo sepas tú.

FELICIANO

Salga mi amor poco a poco,
busquemos cosas posibles.

ANDRÉS

Quien anda por imposibles
no está lejos de ser loco.

175

**(Asume un barco enramado por la puerta del vestuario y en él sentadas DOROTEA,
CELIA y ESPERANZA.)**

CELIA

¡Qué dormido pasa el río
en su cama de cristal!

DOROTEA

Es templanza desigual
para tanto fuego mío.

180

CELIA

Prosigue tu relación,
que estos árboles cortados
tienen los ojos cerrados,
si las hojas ojos son.

DOROTEA

Para descansos de amor
dulce instrumento es la lengua,
que siendo honesta, no es mengua,
Celia mía, del honor.

185

Dije a don Sancho el suceso,
reservando para ti
el amor que ha sido en mí
más obligación que exceso.

190

Quedará, Celia, ofendida
la razón y la piedad,
negando la voluntad
a quien le debo la vida.

195

Verdad es, que el accidente
cesó presumiendo dél,
que era capitán cruel
de aquella bárbara gente.

200

Pero después que le vi
con la insignia de Santiago,
cuanto le debo le pago,

si bien imposible en mí.
Que como sabes estoy
casada con un don Juan, 205
que imaginado me dan.
Finalmente suya soy.
Porque no puede ser menos,
como quien se ha de morir. 210

CELIA
¿Pues qué le quieres decir?

DOROTEA
Paso, que los barcos llenos
de gente se acercan ya.

CELIA
Dígolo, porque ignorante
de suceso semejante, 215
como mi padre lo está;
también yo me aficioné
de Feliciano y pensaba
quererle, que lo intentaba,
de lo que te digo en fe. 220
Pero ya por más que digas,
déjame mi pensamiento.

DOROTEA
En declararme tu intento
discretamente me obligas.
Celia yo te doy licencia 225
que le quieras, aunque tengo
envidia, pero prevengo
para mis celos paciencia.
Antes me darás la vida,
porque así le podré ver. 230

CELIA
¿Cómo le puedo querer
mientras tu amor no le olvida?

DOROTEA
Lisonja, Celia, me has hecho
en quererle, pues mi culpa
halla en tu amor la disculpa 235
de cuanto me abrasa el pecho.
Quiérole Celia (¡ay de mí!)
que soy tan mujer de bien,
que no he de ofender a quien

(Dentro música, guitarra, sonajas y bulla.)

[LOS PRIMEROS] **(Cantan.)**

Vienen de Sanlúcar
rompiendo el agua
a la torre del oro
barcos de plata.

(En otra parte del vestuario otro coro.)

[LOS SEGUNDOS] **(Cantan.)**

Galericas de España 245
sonad los remos,
que os espera en Sanlúcar
Guzmán el bueno.

LOS PRIMEROS
Barcos enramados 250
van a Triana,
el primero de todos
me lleva el alma.

LOS SEGUNDOS
A San Juan de Alfarache
va la morena
a trocar con la flota 255
plata por perlas.

(Asume a la otra parte del vestuario otro barco enramado y en él FELICIANO y ANDRÉS sentados.)

ANDRÉS

Boga arráez, que después
darás la sirga a la vuelta.

FELICIANO

Aquellas pienso que son.

ANDRÉS

Hasta que las señas veas
no te acerques, que estos barcos
me han dado alguna sospecha.

260

DOROTEA

Celia, aquel es Feliciano.

CELIA

Apenas Leandro viera
la lumbre sobre la torre,
como tu amor centinela
en su pecho la Cruz roja.

265

DOROTEA

Quiero, Celia, hacer las señas.
(Hace señas con listones verdes.)

FELICIANO

Ay, Andrés, ella es sin duda,
que ya la verde bandera
de paz tremola en la nieve
de la mano que la muestra.
¿Quién será aquesta mujer?,
¿será casada o doncella?,
¿será imposible o posible?,
¿será hermosa, será fea?

270

275

ANDRÉS

Alguna mujer medrosa
de fantasmas, que desea
tener al pecho de noche
esa cruz cuando se acuesta.
Picó el barco en levantando
los listones, ya se acerca
a la orilla.

280

(Voces dentro.)

FELICIANO

Oh infame arráez,
entre el agua y el arena
dio con la dama tapada,
voy, Andrés a socorrerla. 285

(Vase.)

ANDRÉS

Tente, ¿estás loco?, a las ligas
le da el agua, mas ya llega,
y la recibe en los brazos,
ya desmayada en las yerbas 290

parecen Céfalo y Pocres;
de ver el agua me tiembla
el corazón; o bien haya
quien por bodegas navega,
donde el peligro es dormir, 295
arrobándose con ellas.

Un astrólogo me dijo
(tal salud el Turco tenga
como yo se la deseo)
que del agua, o mala o buena, 300
me guardase, que tenía

notable peligro en ella;
por no estar la orilla enjuta
más adelante la lleva.
Cobarde he sido, no importa, 305
ya mi barco llega a tierra.

(Vase.)

(Saca FELICIANO en brazos a DOROTEA.)

FELICIANO

Pues que ya volvéis en vos,
aquí podréis, mi señora,
descansar y hablarme agora,
que estamos solos los dos. 310

DOROTEA

Yo os debo, después de Dios,
la vida dos veces ya.

FELICIANO

¿Qué es esto que viendo está
mi turbada fantasía?,
¿si sois vos ingrata mía?, 315
¿mas quién sino vos será?
Castigar la ingratitud
tan a mi costa ha de ser,
que yo vengo a padecer
más daño y más inquietud. 320
Pero si agora en virtud
de mi fe y amor ha sido
el haberos socorrido,
que ya imagináis entiendo
como me paguéis huyendo 325
tanto amor con tanto olvido.
Válgame Dios, ¿si por dicha
sueñan mis ojos que os veo?,
que suele un loco deseo
engañar una desdicha. 330
Sin dejarme cosa dicha
de vos, ¿cómo os fuistes?, ¿cuándo?,
¿por qué parte o senda, estando
nuestro aposento tan junto?,
mas como a un ángel pregunto 335
¿por dónde se fue volando?
De la suerte que he quedado,
mis desdichas os lo digan,
que a quien servicios no obligan
¿qué penas darán cuidado? 340
¿Mas cómo me habéis llamado?,
sin duda alguna queréis
pagar lo que me debéis,
o para mayor vitoria
volvéis a ver la memoria, 345
que el alma allá la tenéis.

DOROTEA

En aquella pobre choza,
donde pensé con decoro
honesto, haceros Medoro
Feliciano de Mendoza, 350
que también el alma goza
en su mismo entendimiento,
como más alto instrumento
las perfecciones de amor,
un engañado temor 355

asaltó mi pensamiento.
 Que érades el capitán
 de los ladrones oí,
 creí, temí, mujer fui,
 que esta disculpa nos dan. 360
 Pero viéndoos tan galán
 hablar con el dueño mío,
 que lo es don Sancho mi tío,
 el que ayer la cruz os dio,
 mi voluntad pretendió 365
 disculpar mi desvarío.
 Bien pudiera yo en su casa
 hablaros, pues sois su amigo;
 pero no quise testigo
 que entendiese lo que pasa; 370
 amor voluntades casa
 con gusto de las estrellas,
 que no hay ventura sin ellas
 para templar las desdichas;
 pero no casa las dichas 375
 que hay mucha desdicha en ellas
 a mostrarme agradecida
 ha sido aquesta jornada,
 por verme tan obligada
 de haberme dado la vida; 380
 del engaño arrepentida
 os traigo aquesta cadena,
 corta paga, pero ajena
 de ingratitud, pobre soy,
 que otra en la del alma os doy 385
 demás eslabones llena.
 Seré vuestra siempre, haciendo
 mil veces en la memoria
 nuevas penas, de la gloria
 que estoy mirando y perdiendo. 390
 Y porque yo sola entiendo
 la causa y la triste suerte,
 que mi bien en mal convierte,
 cuando viendo el bien estoy,
 estas lágrimas os doy 395
 por testigos de mi muerte.

FELICIANO

Disculpa, agradecimiento,
 vista y despedida juntas,
 con respuestas sin preguntas
 turbarán mi entendimiento. 400
 En la disculpa consiento
 y en que estéis agradecida,
 no en que vengáis persuadida
 de que pueda una cadena
 ser galardón de mi pena 405
 y remedio de mi vida.

Guardalda, que aunque es favor,
 se afrentará la que tengo,
 si a tomarla en premio vengo
 del vuestro y de mi valor. 410
 La vista es prenda de amor,
 pero verme y despedirme,
 ¿cómo podré persuadirme,
 que es amor pudiendo ver,
 pues sin ver, no puede haber, 415
 ni fe cierta, ni amor firme?
 En las cosas de los cielos
 se ve por contemplación,
 y como tan ciertas son,
 son muy justos los desvelos; 420
 mas donde puede haber celos
 y la fe no ser quien fue,
 ¿qué amor podrá sino ve,
 dar materia a la esperanza?,
 que donde cabe mudanza 425
 no se ha de querer por fe.
 Dejad los ojos, que ya
 el mando sin sol tenéis,
 y decidme (si podéis)
 ¿cuál imposible será 430
 el que de por medio está,
 para que no os hable y vea?,
 porque ¿quién habrá que crea,
 que si vos queréis querer
 ser mi mujer, pueda haber 435
 imposible que lo sea?

DOROTEA

Aunque no pensé tratar
 de aquestas cosas con vos,
 ya es forzoso, y que los dos
 no nos podemos hablar, 440
 yo me venía a casar
 en Sevilla, Feliciano,
 con un caballero indiano
 que ya está en Cádiz, de suerte,
 que viene a darme la muerte 445
 y vengo a darle la mano.
 Esto por fuerza ha de ser,
 aquí no hay más que sufrir.

FELICIANO

Donde el remedio es morir
 sufrimiento es menester. 450
 ¿Que ya sois de otro mujer?,
 ¿que fue mi desdicha tal?

DOROTEA

La mía ha sido mortal,
que en fin tengo de perderos.

FELICIANO

¿Que pude yo mereceros 455
y me sucedió tan mal?

¡Que antes de saber el nombre
que tenéis, os he perdido!,
estraña desdicha ha sido,
que pueda vivir me asombre, 460
piedra soy, que no soy hombre.

DOROTEA ¿Y queréis saberle?

FELICIANO

por saber a quién perdí.

Sí,

DOROTEA

Claro en la firma se ve
en dos dees y una B 465
del papel que os escribí.

FELICIANO

No pude acertarle bien.

DOROTEA

Doña Dorotea Bernarda.

FELICIANO

Ay Dorotea gallarda,
dulce Bernarda también. 470

Ya que habéis de ser de quien
merece lo que perdí,
solo un bien hacedme a mí,
que no más de hasta que venga,
licencia de hablaros tenga; 475
¿esto no es honesto?

DOROTEA

Sí.

Pero en viniendo mi esposo,
ni aun mirarme, Feliciano.

FELICIANO

¿Siendo tan honesto y llano?

DOROTEA

No hay trato honesto amoroso.

480

FELICIANO Eso es crueldad.

DOROTEA

Es forzoso.

FELICIANO ¡Qué desdicha!

DOROTEA

Yo la siento.

FELICIANO ¿Qué ofende al honor?

DOROTEA

El viento.

FELICIANO ¿Pues qué es el honor?

DOROTEA

Temor.

FELICIANO ¿De qué?

DOROTEA

De perder mi honor.

485

FELICIANO ¿Por hablar?

DOROTEA

Solo un momento.

FELICIANO

Morireme.

DOROTEA

Yo también.

FELICIANO

¿Pues no habrá remedio?

DOROTEA

No.

FELICIANO Yo le sé.

DOROTEA

No quiero yo.

FELICIANO ¿Eso es querer?

DOROTEA

Y muy bien.

490

FELICIANO Mas es desdén.

DOROTEA

No es desdén.

FELICIANO ¿Vos no amáis?

DOROTEA

A solo vos.

FELICIANO ¿Qué haremos?

DOROTEA

Morir los dos.

FELICIANO ¿Yo estoy loco?

DOROTEA

Yo estoy ciega.

FELICIANO Del barco llaman.

DOROTEA
Ya llega.

495

FELICIANO
Voyme.

DOROTEA ¡Ay cielo!

FELICIANO Adiós.

DOROTEA
Adiós.

(Vanse y salen DON DIEGO y FABIO.)

DIEGO
Aún es mayor que la fama
la rica y noble Sevilla.

FABIO
¡Qué apacible!, por su orilla
Betis la copia derrama
de sus fecundas olivas.

500

DIEGO
¡Oh generosa ciudad!,
del Fénix la eternidad
siglos pacíficos vivas.

FELICIANO ¡Qué hermosa!

DOROTEA
¡Qué fuerte y llana!

505

FABIO
Parece brazo la puente
de los barcos y que enfrente
tiene en la mano a Triana.

DIEGO
Siempre a sus reyes fiel,
tiene en sus cimientos graves 510
una corona de naves,
que le sirven de laurel,
y es justo que se la des,
Betis que a sus plantas corres;
corone de sol sus torres 515
y tú de cristal sus pies.
Ya, Fabio, mi pensamiento
llega a ser ejecución.

FABIO
Con medroso corazón
escucho tu atrevimiento. 520

DIEGO
Yo sé que seguro llego
donde esperándome están.

FABIO
Finalmente eres don Juan
y dejas de ser don Diego.

DIEGO
Ten cuenta en no errar el nombre. 525

FABIO
Está seguro de mí,
que no hay cosa que por ti
determinado me asombre.
Todas las juzgo pequeñas
cuantas el temor me ofrece. 530

DIEGO
Esta la casa parece
de don Sancho, por las señas.

FABIO
Las armas que nos dijeron
son las mismas.

DIEGO
Y el blasón

de los Tellos de León, 535
que de su rey descendieron.
Mas no perderán en mí,
que soy Guerra Montañés.

FABIO
¿Si es este don Sancho?

DOROTEA Él es.

(**Entran DON SANCHO, JULIO y FÉLIX, criados.**)

SANCHO 540
Desde estas rejas os vi
mirar esta puerta y creo,
que sois, sino me ha engañado,
caballero, mi cuidado,
quien espera mi deseo.

DIEGO 545
Ni a mí me ha engañado el mío
si sois don Sancho, señor.

JULIO
¡Gentil persona!

FELICIANO
El valor
muestra en el gallardo brío.

SANCHO 550
Conforma vuestra presencia
con quien sois, señor don Juan.

JULIO
Si él es discreto es galán.

DIEGO
No tuve, señor, paciencia
para no venir a veros
luego que en Sevilla entré.

SANCHO
Favor muy discreto fue
y que debo agradeceros. 555
Que esta es vuestra casa ya.

DIEGO
Gracias al cielo que veo
el centro de mi deseo
que en vuestras manos está. 560

SANCHO
Escusé de preguntaros
como venís, porque siento,
que era vano cumplimiento
después de veros y hablaros.
Mas no escuso preguntar 565
cómo vuestro padre queda
puesto que también se pueda
por la distancia escusar.

DIEGO
Señor bueno, aunque con pena
de mi partida, en efeto 570
soy hijo solo.

SANCHO
Y sujeto
digno de amor.

DIEGO
¿Está buena
Dorotea mi señora?,
que ya supe que llegó
por vuestra carta.

SANCHO
Aunque yo 575
soy parte y soy padre agora
a falta del que ha perdido,
puedo decir que es mujer,
que vuestra lo puede ser,
con que queda encarecido. 580

DIEGO
Añadid a ese favor,

si es posible, que la vea.

SANCHO

Fue con Celia Dorotea
a una visita.

JULIO

el coche ha llegado ya.

Señor,
585

DIEGO

Gran ventura para mí,
diga amor que vive y vi,
lo demás después será.

FÉLIX

No es muy necio.

JULIO

Aún no ha llegado
la novia, allí lo veremos.

590

(DOROTEA, CELIA y ESPERANZA.)

DOROTEA

No te espanten mis extremos,
si tales nuevas me han dado.

CELIA

¿Qué sirve el entendimiento,
si no le ayuda el valor?

595

DIEGO

Cuanto me sobra de amor
me falta de atrevimiento.

SANCHO

Ya vino el señor don Juan,
dame albricias.

DOROTEA

No las tengo
para nuevas.

SANCHO
que te turbes te agradezco.

No prosigas, 600

DIEGO
Llego, aunque indigno a besar
vuestras manos.

JULIO
Ya tenemos
la primera necesidad.

DOROTEA ¿Cómo venís?

DIEGO
Bueno vengo,
señora, a vuestro servicio
tan dichoso, tan contento,
que si fueran en la flota
barras de oro mis deseos,
quedara tan rica España,
que apenas tuvieran precio
las cosas, como se escribe
de Salomón en el tiempo.

605

610

JULIO
Bravo tonto es nuestro novio.
¿Quién en el primer requiebro
trujo lugar de Escritura?

615

FÉLIX
Lo que es bueno, siempre es bueno.

DIEGO
Dadme, Celia, vuestras manos.

CELIA
Y los brazos daros quiero,
señor don Juan, que es muy justo.

620

DIEGO
Con el silencio encarezco

tanto favor.

SANCHO
Sentaos hijos.

(Siéntanse.)

ESPERANZA
Diga, señor caballero,
¿viene de Lima también?

FABIO
De Lima, señora, vengo,
que sirvo al señor don Juan.

625

ESPERANZA
¿Traen muchas cosas?

FABIO
Traemos
mucho cansancio del mar,
muchas ansias del deseo.

ESPERANZA
No es eso lo que esperamos
los que estábamos sirviendo
a mi señora.

630

FABIO
Aunque digo,
que solo traemos esto,
no faltarán papagayos
de los Andes de aquel reino,
catalnicas, periquitos,
titíes blancos y negros,
camaleones y micos
de olor.

635

ESPERANZA
Todo eso por cierto
pudiera trocar don Juan
a barras de plata y tejos

640

de oro, que son animales
que en España conocemos.
Por el siglo de mi abuela,
que una mañana degüello 645
todas esas sabandijas,
¿micos de olor?, al infierno.
¿Era nuestra casa jaula?,
¿soñó acaso vuestro dueño,
que era el arca de Noé?, 650
¿titíes?

FABIO

Alegra el ceño
morena del bel donaire,
desenfada los ojuelos
de la funda del capote,
que aunque esto digo, traemos 655
más diamantes que en la China
ha visto el más lince Febo.
Doce perlas de Cubagua,
que fueran del Fénix güevos,
si hubiera casta de Fénix, 660
que oro y plata es lo de menos.
Y yo te daré un collar
de esmeraldas y berruecos,
que llamar puedas marfil
lo que hasta agora pescuezo. 665

ESPERANZA

Gran bellaco me pareces.

FABIO

Parece que te parezco.

DIEGO

Admirado estoy, señor,
de tan estraño suceso.

SANCHO

Que viniese Dorotea, 670
fue milagro y fue consuelo,
y antes hubiera venido,
a no tenerse por cierto
que érades muerto en la guerra
de Lima.

DIEGO

Causa tuvieron 675

la fama, el mar, la distancia,
 los peligros, los encuentros
 de la guerra al presumirse;
 pero guardábame el cielo
 para tan feliz jornada, 680
 para tan hermoso dueño
 y para que en ser su esclavo
 parasen mis pensamientos.
 Tuvo aviso de Felipe
 desde el otro al mundo nuevo 685
 Felipe Cuarto de España,
 hijo del Fénix Tercero,
 el marqués de Guadalcazar,
 que cansados y soberbios
 los de Gelandia y Holanda 690
 de saber que no les dieron
 libertad para seguir
 de Calvino y de Lutero
 la secta, que contradice
 la verdad del Evangelio. 695
 Poblaron de gente y armas
 una ciudad, que corriendo
 portátil el mar del sur
 pusiese a sus costas miedo.
 Reparó el Marqués la tierra 700
 como capitán discreto,
 para que hallase en llegando
 defensa su atrevimiento.
 A nueve de mayo el sol
 sobre las ondas del puerto 705
 descubrió las altas naves
 vestidas de acero y lienzo.
 Al defenderles la tierra
 un mozo holandés fue preso,
 que dijo al Marqués la causa 710
 de su venida instrumento.
 Nueve ciudades de Holanda
 se juntaron al concierto
 desta armada, haciendo alegres 715
 de sus haciendas empleo
 para saquear a Lima,
 y con dos mil y quinientos
 hombres, que bien lo serían
 soldados y marineros,
 aportaron al Callao; 720
 pero como yo no vengo
 a tratar cosas de guerras
 sino amorosos requiebros,
 y fuera locura en mí,
 Dorotea, entreteneros 725
 con crueldades de holandeses,
 y con valerosos hechos
 de españoles en las Indias,
 de quien finalmente huyeron

desesperados de ver mal logrados sus intentos. Y que Lima y su virrey vitoriosos parecieron, ella coronada de oro y con el árbol Peneo,	730 735
aquella amorosa junta de Marte y la hermosa Venus, y que el león de Felipe, dorado signo del cielo, bordó las guedejas de oro de estrellas en frente y cuello. Y que cuando tiene España en Castilla el pie derecho, a las más remotas Indias alcance con el izquierdo.	740 745
Como aquella maravilla del Faro, por cuyo medio iban pasando las naves. Basta decir que me hirieron, pero que vengo con vida, que estimo para ser vuestro.	750

(FELICIANO y ANDRÉS.)

FELICIANO

Como persona de casa
entro libremente, Andrés.

ANDRÉS

¿Qué gente es esta?, ¿si es
el que con ella se casa?

755

FELICIANO

Jesús, muerto me has dejado.

ANDRÉS

Pues, señor, ¿quién puede ser
el que llegue a merecer
estar con ella a su lado?

FELICIANO

¡Qué divertidos están!

760

ANDRÉS
Que te vuelvas te conviene.

FELICIANO
Qué buena persona tiene.

ANDRÉS
Por mi vida que es galán.

FELICIANO
¿Cuándo no fueron los celos
francos de galas ajenas? 765

ANDRÉS
Para aumento de tus penas
galán le hicieron los cielos.

FELICIANO ¿Oyes Esperanza?

ESPERANZA Ya
escucho a vuesa merced.

FELICIANO
Hazme, Esperanza, merced 770
de decirme, ¿quién está
con Dorotea?

ESPERANZA
Señor,
de quien ha de ser mujer,
que él solo pudiera ser
digno de tanto favor. 775
Don Juan se goza y le alcanza,
que es fuerza y no cortesía.

FELICIANO
Oh como parece mía
en ser negra y Esperanza.
Ay de mí, que la perdí. 780

ANDRÉS
¿Que aquesto vengas a ver?

FELICIANO

Pues Andrés, ¿qué puedo hacer
cuando estoy fuera de mí?

ANDRÉS Irte.

FELICIANO ¿Cómo?

ANDRÉS

Con los pies.

FELICIANO Ya me han visto.

ANDRÉS

Ya es en vano.

785

SANCHO

Celia, el señor Feliciano.

FELICIANO

Desmábase el alma, Andrés.

CELIA

Señor.

DOROTEA

¿Que esto llegue aquí?

DIEGO

¿Quién es ese caballero?

SANCHO

Aparte deciros quiero
quien es, porque importa así.

790

Codicioso para yerno
con Celia, haced amistad
con él, que si esta hermandad,
como yo pienso, gobierno;
no quiero mayor ventura
para mis años.

795

DIEGO

Tenéis
buena elección, pues la hacéis
sobre prenda tan segura.
¿Es de aquí?

SANCHO

De Madrid es, 800
y de los nobles Mendozas;
que bien tan gallardas mozas
podré yo decir después,
que se emplean en los dos,
pues ya no puede ser tarde. 805

DOROTEA

Voyle a hablar. El cielo os guarde.

FELICIANO

Y os guarde, señor, a vos
mil años con esta dama.

DIEGO

Y él mismo quiera que os den
con su prima el parabién 810
que me ha dicho quien os ama,
y que os le doy desde aquí.

ANDRÉS

Lindamente has negociado.

FELICIANO

¿Cómo?

ANDRÉS

El viejo aficionado
notablemente de ti, 815
con Celia quiere casarte.

FELICIANO

Calla, que es ventura mía,
porque podré cada día,
si al amor ayuda el arte,
visitar a Dorotea. 820

SANCHO

Dejémosles a los tres,

porque vuestra esposa es
la que esto también desea;
y porque os quiero enseñar,
sino es que os causa disgusto,
aderezado a mi gusto
el cuarto que habéis de estar. 825

DIEGO
Yo, señor, solo deseo
obedeceros en todo.

SANCHO
Voy, don Juan, trazando el modo
de hacer tan dichoso empleo. 830

(Vanse los dos y los criados.)

FELICIANO
¿Podrá mi desdicha hablarte
la víspera de mi muerte,
cuando mis propios contrarios
piadosos me favorecen?
¿Podrá, hermosa Dorotea,
mi imposible amor ponerte
en obligación de oírme? 835

DOROTEA
Feliciano ¿qué pretendes
de mi desdicha?

FELICIANO
Oye aparte. 840

DOROTEA ¿Aparte?

FELICIANO Sí.

DOROTEA
¿Que me quieres?

FELICIANO

¿Que te quiero me preguntas?,
es cuanto puedo quererte
lo que te quiero.

DOROTEA

En hablarme
te digo, que no en quererme. 845

FELICIANO

Para lo que dices quiero
preguntarte, si te dueles
de mí, que ya sé que es tarde
para que mi mal remedies. 850

¿Tienes lástima, señora,
de ver que viniendo a verte
con ánimo de servirte
hasta que don Juan viniese,

le hallé sentado contigo
como las palomas suelen
decir con tiernos arrullos
lo que ellas solas entienden? 855

¿No sientes que la promesa
de permitir que te viese,
fuese traición de mi dicha
para matarme en ser breve? 860

¿No sientes, señora mía,
que te he perdido dos veces
cuando pensaba obligarte
con tan graves accidentes? 865

¿Y no sientes que no tengo
paciencia para perderte,
y que me han de matar celos
de que don Juan te merece?

DOROTEA

Siento, lo que no te digo,
porque perderte, es perderme,
palabra que a un hombre noble
es justo que le consuele. 870

Yo no puedo más, bien sabes
que fue el concierto, que verme
pudieses, mientras don Juan
de Sanlúcar no viniese. 875

Él ha venido, si es justo
que cumpla con lo que debe
a sí misma una mujer
de mi calidad, ¿qué quieres? 880

Allí está Celia y su padre,
aficionado pretende
dártela, es rico y es sola,
casarte y matarme puedes. 885

¿Qué más venganza, señor,

que ver que tan cerca tienes
con quien amor por amor
y celos por celos trueques?
Advierte que ya te mira
como a su dueño y advierte
que voy a matarme. 890

FELICIANO
Aguarda.

DOROTEA ¿Cómo es posible?

FELICIANO
Detente.
Hasta venir tu marido
concertamos que te vieses,
¿no es verdad? 895

DOROTEA
Así es verdad.

FELICIANO
¿Pues por qué no me concedes
que te ame y sirva hasta tanto
que te cases, pues no pierdes
en que yo te quiera y sirva
de tu honor y de quien eres?
Yo me iré cuando te cases. 900

DOROTEA
Si honestamente procedes,
esa licencia te doy.

FELICIANO
Tú sabes que honestamente
te quiero y sirvo. 905

DOROTEA
Será
tan presto, que apenas puedes
lograr ese pensamiento.

FELICIANO
¿Qué se te da que me lleven
como suele la justicia 910

los sentenciados a muerte?,
que siempre va la esperanza
diciendo, que aun allí puede
venir perdón de la parte,
o quebrarse los cordeles. 915
Yo quiero amarte y servirte,
si yo esperanza tuviere,
no la tendré en que perdones,
sino en que el cordel se quiebre.
Llévame a Celia de aquí, 920
que no quiero yo que pienses
que me vengo en darte celos.

DOROTEA

Traidor pájaro pareces,
que cantas desde la jaula
para que a la liga llegue. 925
Ven, Celia, conmigo.

CELIA

Prima,
si mucho aquí te detienes,
o tú tendrás dos maridos,
o este galán dos mujeres.

(Vanse.)

FELICIANO Andrés.

ANDRÉS

No me digas nada, 930
que no puede ser que intentes
cosa de que salgas bien;
don Juan a casarse viene.

Si don Sancho le recibe
para primeros papeles 935
¿cómo quieres tú segundos
si la historia no los tiene?
La licencia se ha cumplido
de verla y servirla.

FELICIANO

Advierte,
que hasta que se desposase 940
le pedí que me la diese.

ANDRÉS ¿Y te la ha dado?

FELICIANO Sí.

ANDRÉS

Estraño

amante, ya me parece,

que después de estar casada

le pides que otros dos meses

945

prorroque el término y luego

por ver si don Juan se muere,

le pides ultramarino.

FELICIANO

Calla Andrés, que el tiempo suele

hacer de los valles montes

950

y de los mirtos lares.

Déjame amar y servir,

que cuando mi amor no premie,

de mis penas será gloria

perderme tan altamente.

955

Jornada III

Salen DOROTEA, DON DIEGO, CELIA, FELICIANO, ANDRÉS y ESPERANZA.

CELIA

Hizo amor a honesto fin
este amoroso teatro.

ANDRÉS

Aves parecéis los cuatro
deste esmaltado jardín,
diciendo dulces amores
al agua y flores süaves.

5

DIEGO

Mejor pudieran las aves
a los cristales y flores
de Celia y de Dorotea.

DOROTEA

No hay pena como fingir.

10

FELICIANO

Ni gloria como servir
a donde tan bien se emplea.

ESPERANZA

Plega a Dios que llegue el día
en que os caséis dos a dos.

CELIA

Quiera Dios.

FELICIANO

No quiera Dios.

15

DOROTEA
Sentémonos Celia mía.

ANDRÉS
Dicen que no hay un real,
y esta fuente se dilata
cantando en sonora plata
con pasajes de cristal, 20
pululando mirabeles,
que liban el verde bulito.

FELICIANO
¿Ya te deslizas en culto?

ANDRÉS
Por hablar con cascabeles,
que es linda cosa el ruido, 25
aunque no se diga nada,
esta lengua disparada,
que tan dilatada ha sido,
tabaco de ingenios es,
que los hace estornudar, 30
toman humo para hablar
y es todo viento después.
Esperanza de mis ojos,
mientras aquestos amantes 35
hablan en cosas tocantes
a sus cuidados y antojos,
escucha también los míos.

ESPERANZA
Aunque tan tiernos los ves,
tratan matrimonio, Andrés,
y tú dices desvaríos. 40

ANDRÉS
Haré con el mismo fin
mil sonetos a tu cara,
sacando por alquitara
la tinta de tu jazmín.

ESPERANZA
Como no juegues de manos, 45
escucharé tus razones.

DIEGO
Deben de ser ilusiones

de mis pensamientos vanos.
Pero no me ha parecido
que mira a Celia con gusto 50
Feliciano, y a ser justo
hubiera el alma temido
cuidados de Dorotea.
Dura condición de amor,
gigantes forma al temor 55
cualquier átomo que vea.

DOROTEA
Don Juan está cuidadoso
Esperanza.

ESPERANZA
Mi señora.

DOROTEA
Pues hay quien te ayude agora
por lo cortesano airoso, 60
baila un poco.

ANDRÉS
Aquí estoy yo
si le soy de algún provecho.

DIEGO
Todo se me abrasa el pecho.

ESPERANZA
¿Tú me ayudarás?

ANDRÉS
¿Pues no?

(Cantan y bailan esto.)

(Cantan.)

Río de Sevilla 65

quién te pasase,
sin que la mi servilla
se me mojase.
Salí de Sevilla
a buscar mi dueño, 70
puse al pie pequeño
dorada servilla.
Como estoy a la orilla
mi amor mirando,
digo suspirando 75
quién te pasase,
[sin que la mi servilla]
[se me mojase.]

CELIA
Mi padre ha venido, a verle
con vuestra licencia voy. 80

DOROTEA
Y yo que tan suya soy
como tú para quererle.

FELICIANO
Saldremos todos, señora,
a recibirle.

(Vanse.)

DIEGO
Yo no,
que conmigo mismo yo 85
quiero entrar en cuenta agora.
De la parte que el sol dora,
después que en el mar se baña,
de las columnas de España
con atrevido furor 90
vine a intentar por amor
una temeraria hazaña.
Imposible parecía,
pero tan bien la tracé,
que a la medida la hallé 95
de mi propia fantasía;
pero sin noche no hay día,
ni luz sin obscuridad.
Llegué a España y la beldad
mirando de Dorotea, 100

calificaron la idea
la imagen y la verdad.
La diferencia que veo
de lo vivo a lo pintado,
dio al alma nuevo cuidado 105

-fol. 59r-

y la presencia al deseo.
Previno amor el empleo
solicitando el favor,
al favor siguió el temor,
y por sendas tan estrechas, 110

que desataron sospechas
la venda a mi ciego amor.
Mientras vivió Dorotea
en Madrid, su gallardía
algún cuidado tendría, 115

no es su ofensa que lo crea,
ni que Feliciano sea,
si por su gusto la sigue;
mas que casada la obligue
a favor, toca al honor 120

que hasta casarse es amor
y deshonor si prosigue.
Ah, como me ha castigado
el cielo, porque he venido
con nombre ajeno fingido 125

a engañar quien me ha engañado.
Tanto hablar, tanto cuidado
en mirar y en reparar
cuando yo vuelvo a mirar
algún secreto hay aquí, 130

pero ya, sino es de mí,
¿de quién me puedo quejar?
Dilatar el casamiento
es fuerza y ver lo que pasa,
porque yerra quien se casa 135

mal seguro el pensamiento.
Son pasos que piden tiento,
que como a casarse van,
con mucho espacio se dan,
que enamorado un discreto 140
perdona cualquier defeto,
pero no tener galán.

(Entra ANDRÉS.)

ANDRÉS
Basta que Esperanza aprende

los desdenes de su ama,
lo que desama, desama, 145
lo que defiende, defiende.
Aquí está don Juan.

DIEGO
Andrés
¿dónde queda tu señor?

ANDRÉS
Solicitando su amor
con el cuidado que ves. 150

DIEGO
¿Cómo dilata el casarse?

ANDRÉS
Como a su padre escribió.

DIEGO
Fue muy justo.

ANDRÉS
Pienso yo,
que no podrá dilatarse
del ordinario que viene. 155

DIEGO
Tengo a dicha emparentar
con él.

ANDRÉS
Debeos obligar
el inmenso amor que os tiene.
Mejor tenga la salud
que le quiere Feliciano. 160

(Vase DON DIEGO y sale FELICIANO.)

FELICIANO
Yo me voy cansando en vano

de mi esperanza en virtud.
¿Pero cuál hombre se precia
de que por ser porfiada,
pase el término de honrada
y llegue al de ser tan necia?
Oh Andrés, hoy ha hecho fin,
iba a decir mi esperanza.

165

ANDRÉS
¿Hay nueva desconfianza
desde el favor del jardín?
¿Qué tenemos?

170

FELICIANO
Mayor mal,
don Sancho me ha dicho agora,
que esta ingrata, a quien adora
mi necio amor inmortal,
esta noche se desposa.

175

ANDRÉS Huélgome.

FELICIANO
Mal te haga Dios.

ANDRÉS
Porque acabemos los dos
con necedad tan forzosa.

-fol. 59v-

Vámonos de aquí, señor,
no aguardemos que haya aurora
desta noche, esta señora
salga dueña y no de honor.

180

¿Quién ha de tener paciencia
amando tan locamente,
para verla diferente
del estado de inocencia?

185

Tu mismo amor no permita
ver, que es vista rigurosa,
que anochezca fresca rosa
y que amanezca marchita.

190

Que es condición al revés,
pues sale al alba más fresca,
mira que es tema Tudesca
morir sin mover los pies.

FELICIANO

No puedo volver atrás.

195

ANDRÉS

Pues cómo, ¿esto quieres ver?,
¿esperanza puede haber
que obligue a que esperes más?

Cual eras para judío,
si el Consejo se informara
de mí, la cruz te quitara
por el juramento mío.

200

Esta noche esta mujer
se casa, ¿y esperas tú?
¡Jesús mil veces, Jesús!,
de piedra debes de ser.

205

FELICIANO

Desde la taza a los labios
¿no hay peligro?

ANDRÉS

Así se dice.

FELICIANO

Pues sino lo contradice
común opinión de sabios,
con más razón me provoca
pues queda para esperar
a la noche más lugar
que de la taza a la boca.

210

ANDRÉS

A su señora un villano
se atrevió necio una siesta,
y ella a matarle dispuesta
tomó una daga en la mano.

215

Creciendo más su porfía
el golpe no ejecutaba,
por ver en lo que paraba,
aunque la daga tenía.

220

Tanto esperó, que el villano
salió con lo que intentó,
pero vio en lo que paró
siempre la daga en la mano.

225

Señor, ¿adónde camina
tu loca imaginación?,
¿es tema o es afición
que el alma te desatina?

230

No se cuenta de hombre humano
tanto amar, tanto esperar,

mira que te has de quedar
con la esperanza en la mano.

(Sale DOROTEA.)

DOROTEA

Con justa desconfianza 235
de que a mis méritos niegues,
Feliciano de Mendoza,
lo que a mis cuidados debes,
a pedirte vengo humilde
un favor que me concede 240
tu valor si le imagino,
mi celo si le agradeces.
Halle yo gracia en tus ojos,
que quien pide cuando muere,
bien sabes tú que ninguno 245
le niega lo que pretende.
Para esta ocasión guardé
cuanto has dicho y encareces
que harás por mí; ¿qué respondes?

FELICIANO

Que tus méritos ofendes, 250
bellísima Dorotea,
y mi amor injustamente.
Dichoso yo que he llegado
(pues nunca en él pensé verme)
a tiempo que tú me pides, 255
tú que de mi alma tienes
la libertad que los cielos
nos dieron liberalmente.
Pésame que no podré
para servirte ofrecerte 260
los imperios de Alejandro,
los ejércitos de Jerjes,
riquezas de Cresos y Midas,
con las pinturas de Ceusis.
Porque si fuera posible 265
agotara el mar de Oriente
para darte cuanto nácar
al alba lágrimas bebe.
Ya las estrellas del cielo
fueran humildes laureles, 270
en vez de lirios y rosas
que coronaran tu frente.
En los olores de Arabia
no estaba seguro el Fénix;

pero llegando a tus manos 275
 fuera inmortal en su nieve.
 No importaran a Medea
 dragones, ni toros fuertes,
 porque sus manzanas de oro
 trujera en sus ramos verdes. 280
 No tuviera el minotauro
 en las oscuras paredes
 del laberinto defensa
 pues que le escusan las muertes.
 Pide, ¿qué dudas que aguardas? 285

DOROTEA

Pues ya si tan fácilmente
 te dispones a obligarme;
 en lo que te pido advierte,
 Don Sancho Tello mi tío
 me ha dicho agora que quiere 290
 que me despose esta noche
 por muchos inconvenientes,
 que con discreta prudencia
 destas dilaciones teme,
 Celia es mi prima, y a quien 295
 mi amor y mi sangre deben
 de su remedio deseos;
 fuera desto para verte
 ninguno más efectivo,
 porque si somos parientes 300
 casándote tú con ella
 podré hablarte y verte siempre.
 Que pues ha sido tu empresa
 honestamente quererme,
 ¿qué puede querer tu amor 305
 para serlo eternamente?
 ¿Qué estás pensando?

FELICIANO

No sé
 como pueda responderte,
 que pide tanta crueldad
 no, ingrata, palabras breves, 310
 sino lágrimas del alma,
 que tus impiedades siente.
 Yo te he amado y te he servido,
 no lo digo porque pienses,
 que de cuatro pobres joyas 315
 hago cargo a tus desdenes.
 En todos los elementos
 quiso amor que te sirviese,
 en la tierra, cuando estabas
 atada a un tronco silvestre 320
 expuesta a seis salteadores,

donde tanto honor me debes.
 En el agua, cuando el barco
 si no llego diligente,
 sepulta tus verdes años 325
 en las orillas del Betis.
 En el fuego, aquella noche,
 que por descuido se emprende
 en tu casa, habrá diez días,
 de cuyas llamas ardientes 330
 en estos brazos, en estos
 siempre a servirte fieles
 fuiste Penate de Troya,
 que siempre mis penas eres.
 Solo en el viento me falta, 335
 y para que no me quede
 sin que en él también te sirva,
 quiere el amor que me dejes
 en el aire, sin que tenga 340
 donde la esperanza asiente
 de mi pensamiento el vuelo,
 como pájaro celeste.
 ¿Cuál mujer a un hombre ha dado
 de dos maneras la muerte
 a un mismo tiempo?, esta noche 345
 dices que casarte quieres,
 ¿y que yo también me case?
 Dorotea, tú que puedes
 cástate, que aunque es crueldad,
 consiste en ti solamente; 350
 mas no me cases a mí,
 que no es bien que me desprecies
 tanto, que me des a otra;
 porque cuando las mujeres
 naturalmente celosas 355
 dan a otras lo que quieren,
 o es vestido que desechan,
 o persona que aborrecen.
 No pudiste imaginar
 invención para ponerme 360
 en mayor riesgo la vida,
 que cuando casarte quieres,
 darme a quien no ha de querer
 vestido que tú deseches,
 sobre si me tiene amor 365
 con un fingido accidente;
 pero porque ya cruel
 el ánimo desfallece,
 perdona, que en esta silla
 descanse, en tanto que duerme 370
 con este desmayo el alma.

(Siéntase y desmábase.)

DOROTEA ¡Ay triste!

ANDRÉS ¿Qué has hecho?

DOROTEA
En breve
Andrés trae agua.

ANDRÉS
¿Qué has dicho?,
¿qué Feliciano se muere?

DOROTEA Ve presto.

ANDRÉS
Será desmayo, 375
dale esas manos crueles.

(Vase y entra DON DIEGO.)

DIEGO
¿Qué es esto que estoy mirando?,
pero bien será esconderme,
ya que mis celos me traen
donde averiguados queden. 380
(Escóndese.)

DOROTEA
Llegando a tal ocasión
mi desventura encubierta,
abra el silencio la puerta
al fuego del corazón.
Declárese mi pasión, 385

porque estando sin sentido
te diga que te he querido
tan desatinadamente,
que no está mi honor presente
cuando está tu amor dormido. 390
Ay, Feliciano, yo soy

quien desde el primero día que debo a tu cortesía esto que viviendo estoy, no una, mil almas doy	395
a los méritos que quiero, del más noble caballero y más digno deste pago, que con la cruz de Santiago honró la del blanco acero.	400
Siempre, mi bien, te he querido y te querré eternamente, cuidado fue diligente fingir en tu amor olvido, danme un honrado marido	405
y debo corresponder a ser tan noble mujer, por esto callé, señor, que yo perdiera mi honor, el suyo no puede ser.	410
Y porque más no he de hablarte, y por ventura no verte, casarme, será mi muerte, con esto puedo obligarte.	415
La palabra quiero darte, mi bien, mi gloria perdida, de solo mi honor vencida de guardarte eterna fe, y de que jamás tendré gusto, si tuviere vida.	420
Pues no hay aquí quien me vea, tomo tu mano en señal de honesto amor natural, porque con lágrimas sea.	425
Mi dura estrella me emplea en don Juan, tú eres testigo de que solo el cuerpo obligo, que para tenerte amor, sin ofensa de su honor, el alma casó contigo.	430

(Vase.)

FELICIANO
¡Señora, señora mía!

DIEGO
Aquí no hay más que esperar.

(Vase y sale ANDRÉS.)

ANDRÉS

¿Que aún agua no puedo hallar,
en esta casa vacía?⁴

FELICIANO

Quedo, Andrés, que ya no importa.

435

ANDRÉS ¿Resucitaste?

FELICIANO

No sé.

ANDRÉS

Mas yo siempre imaginé,
que hacías la gata morta.

FELICIANO

Toda mi pena remedia
este bien trazado ensayo.

440

ANDRÉS

Imitación fue el desmayo
de pasito de comedia.

FELICIANO Lindo suceso.

ANDRÉS

¿En qué modo?

FELICIANO

En siguiendo a Dorotea,
que me adora y me desea,
pienso decírtelo todo.

445

(Vase.)

(Entra ESPERANZA con un búcaro en una salvilla y toalla.)

ESPERANZA Aquí está el agua.

ANDRÉS

Por Dios

que vienes a lindo tiempo,

¿agua falta en esta casa?,

¿o es porque no la bebemos?

450

ESPERANZA

El almacigar los barros,

o tazas al uso nuestro,

fue causa de no tener

la llave donde están puestos.

ANDRÉS

La limpieza de Sevilla

455

miro morena en tu cuello,

que le tienen otras muchas
como corteza de queso.

A ver.

ESPERANZA

Echarete el agua.

(Échase la o quiere.)

ANDRÉS

Jesús, desmá yome, muero,

460

una silla, tú serás

(Siéntase.)

causa de mi muerte presto.

Ay ingrata, que no miras,

que de los cuatro elementos

no te saqué de ninguno:

465

del agua, yo no la bebo,

de la tierra no sé nada,

porque no he sido conejo;

del aire, no soy poeta,

del fuego, no soy herrero.

470

ESPERANZA

Si te has desmayado, bebe.

ANDRÉS
Agua no, que es mal momento,
vino vino.

ESPERANZA
Cómo vino,
si es desmayo.

ANDRÉS
Porque entiendo
que procede de frialdad. 475

ESPERANZA
¿Cómo si el amor es fuego?

ANDRÉS
Porque las morenas son
frescas y hacen el efeto
del color en el amor,
que el blanco es caliente y seco. 480

(DON DIEGO y FABIO.)

DIEGO
Con la desdicha en que estoy,
todo es sombras cuanto veo.
¿Qué es esto?

ESPERANZA
Hase desmayado
Andrés, vile haciendo gestos,
y trújete un barro de agua, 485
que soy piadosa en extremo
de ver hombres desmayados.

DIEGO
¿También Andrés?, bueno es esto.

ESPERANZA
En viendo un diciplinante,
particularmente en viendo 490

estos de plegada alcorza,
que van con el contoneo
haciendo la zarabanda,
por darles agua me muero
y alguna calabazada.

495

FABIO

Hola, Andrés.

ANDRÉS

Jesús, ¿qué tengo?,
venga el padre del alma
y deme un remedio.

ESPERANZA

Mira que está aquí don Juan.

ANDRÉS

Señor, perdonad os ruego,
que me dan estos desmayos
en faltándome dinero.

500

Jesús, ¿qué tengo?

[venga el padre del alma]

[y deme un remedio.]

505

(Vase.)

FABIO

Como están de desposorio,
están alegres.

ESPERANZA

¿Yo llevo
este barro y esta salva
con vuestra licencia adentro?

DIEGO

Id con Dios.

ESPERANZA

Jesús, ¿qué tengo?
[venga el padre del alma]
[y deme un remedio.]

510

(Vase.)

FABIO

De lo que me has referido,
ya, señor, que estos se fueron,
estoy sin seso.

DIEGO

Y yo, Fabio, 515
¿cómo estaré cuando quedo
puesto en tanta confusión?

FABIO ¿Qué piensas hacer?

DIEGO

Si llego
a decir esto a don Sancho,
todo lo que sabes pierdo, 520

si me desposo esta noche
a fuerza de mi deseo,
será de mi honor infamia,
aunque estoy bien satisfecho
del respeto que ha tenido 525

Dorotea al honor nuestro.
¿Pero quién ha de fiarle
poco menos que del viento,
pues hubo sabio que dijo,
que eran las mujeres menos? 530

FABIO

Celia viene, no prosigas.

(Sale CELIA.)

CELIA

A buscar mi prima vengo,
pensé que estaba con vos.

DIEGO

Decís muy bien, en mi pecho,
porque como es imposible 535

vivir separado el cuerpo
de aquella divina lumbre
de sus tres potencias dueño,
así yo sin que me anime.

CELIA

No dice el entendimiento
que os desposáis esta noche.

540

DIEGO

Entonces podré ser necio.

(Vanse los dos.)

CELIA

Si Feliciano por amor suspira
y es alma de su pecho Dorotea,
¿qué intenta mi esperanza?, ¿qué desea?,
¿que al alba nace y a la noche espira?

545

En vano creo que mis ojos mira,
si el pensamiento en otra parte emplea,
pues no es razón que los engaños crea,
de donde el conocerlos me retira.

550

Como el que se ha mirado en un espejo,
no deja de su rostro más despojos,
ni queda en el cristal la imagen dellos;
así no quedo en él, si dél me alejo,
pues luego que me aparto de sus ojos,
huye la imagen que miraba en ellos.

555

(Salen el CAPITÁN BERNARDO y DON SANCHO.)

SANCHO

Ha sido felicísima jornada,
y esperada de España sumamente.

CAPITÁN

¿Cuándo no fue la plata deseada?,
¿y más don Sancho en la ocasión presente?

560

SANCHO

Don Juan, señor Bernardo, está en mi casa,
y mañana se casa,
no sé de quién decís.

CAPITÁN

De quien os digo
le vi espirar en brazos de un amigo 590
y arrojar a la mar, donde quedaron
sus esperanzas y él, cuando cerraron
círculos breves las heridas ondas
del cuerpo que dio en ellas.

SANCHO

Pues señor capitán.

CELIA

No le respondas. 595

SANCHO

Si os digo, que don Juan está en mi casa,
que el cielo, el viento, el mar y las estrellas
le trujeron a ser de Dorotea,
¿cómo queréis que crea
que es muerto, que le vistes arrojado 600
al mar y entre sus ondas sepultado?

CAPITÁN ¿Aquí don Juan?

SANCHO

Aquí, ¿de qué os admira?,
alguno os ha contado esa mentira.

CAPITÁN

Mas alguno os engaña
por la distancia desde Lima a España, 605
y yo palabra os doy de hacerlo cierto,
con que me voy para traer testigos.

(Vase.)

SANCHO

¿Don Juan vivo en mi casa y don Juan muerto?

CELIA

Son fábulas que siembran enemigos,
mal conoces a algunos, 610
que afirman importunos
las cosas que no vieron,
porque a otros mentirosos las oyeron.

Hay hombres que con lenguas de demonios
viven de testimonios 615
sembrando en la ciudad lo que desean,
porque sea verdad mientras lo crean.

SANCHO

Confuso estoy, que el capitán no es hombre
que esto afirmara, o le ha engañado el nombre.

(Sale DON DIEGO.)

DIEGO

Con los ojos en mi engaño 620
apenas quejarme puedo,
tanta es la fuerza del miedo
y el rigor del desengaño.

¿Qué quieres amor cruel?,
¿puedo negar lo que vi? 625

CELIA

Señor, don Juan está aquí.

(Vase.)

SANCHO

Vete y déjame con él.
Señor don Juan, no ha un instante,
que un capitán hombre honrado,
y amigo mío me ha dado 630
una nueva, que es bastante

a poner en confusión
mi casa y mi honor, de forma,
que si a la verdad conforma
la trágica relación, 635
no sé qué ha de ser de mí.

DIEGO ¿Pues qué os ha dicho?

SANCHO
Que vio
muerto a don Juan.

DIEGO
Si soy yo,
y vivo me veis aquí,
¿qué puede causaros pena? 640

SANCHO
El no saber si sois vos.

DIEGO ¿Eso decís?

SANCHO
Sí por Dios,
que es honra y no es honra ajena.

DIEGO
Buena ha sido la invención
de Feliciano, mas ya 645
que en tanto peligro está
mi honor y reputación,
sabed, que con pensamiento
de engañar a Dorotea
vino de Madrid, desea 650
dilatar mi casamiento,
y con ese capitán,
los dos han hecho concierto,
pues fingiendo que soy muerto,
mientras que vienen y van 655
a Lima para saber
la verdad, podrán seguros
gozar contra mí perjuros
lo que yo vengo a perder.
Mas yo le pondré en la boca 660
freno tan presto.

SANCHO
Teneos,
que de sus locos deseos
satisfaceros me toca
por camino más discreto.
Él viene, dejadme aquí. 665

DIEGO

Discretamente salí
de este peligroso aprieto,
pero no podrá durar
mi engaño. Confuso estoy.

(Vase y sale por otra parte FELICIANO y ANDRÉS.)

FELICIANO

Buscando esperanzas voy,
sin cansarme de esperar.

670

ANDRÉS

Ejemplos me faltan ya
para templar tu locura.

FELICIANO

Todo es vida mientras dura.

ANDRÉS

Aquí nuestro suegro está.

675

SANCHO

Señor Feliciano, el cielo
tan dichoso en todo os haga,
que deis envidia a la dicha
y dicha a quien tanto os ama.
Yo tengo que hablaros.

FELICIANO

Creo
que es de mi amor justa paga
ese favor.

680

SANCHO Oíd.

FELICIANO

Decid.

SANCHO

Direlo en breves palabras,
aunque pudiera con muchas.

Bañando su hermosa cara 685
 con lágrimas Dorotea,
 vivos afectos del alma,
 me ha dicho aquí, que os adora
 y que por fuerza se casa
 con este indiano don Juan. 690
 Si esto es así, mucho errara
 en daros a Celia yo,
 pues estaban encontradas
 aquí las dos voluntades
 y no era justo casarla 695
 con quien quiere a Dorotea,
 fuera de casar forzada
 con don Juan, a mi sobrina.
 ¿Qué hay en esto?, porque haga
 lo que debo a quien yo soy. 700

FELICIANO

Señor, las cosas llegadas
 a tan estrecho rigor,
 será forzoso que salga
 en público la verdad,
 que tuvo el secreto en guarda 705
 por vos y por Dorotea,
 mas pues ella se declara,
 ¿cómo puedo yo encubrir
 lo que ha de dar esperanza
 al remedio de los dos? 710
 El camino de la plata
 tomé viniendo a Sevilla
 siendo un amigo la causa,
 que pensaba hallar en él,
 y pasando una mañana 715
 la procesión de los montes,
 que Sierra Morena llaman,
 salió rebozado el sol
 y de su dorada cara
 paró el ceño, en que a la tarde 720
 anegó la tierra en agua,
 retirado a unas encinas,
 que me sirvieron de capa,
 haciendo fieltro a mis hombros
 la defensa de las ramas, 725
 hallé a Dorotea en una
 las tiernas manos atadas.
 No hay para qué referiros
 lo que sabéis, esta causa
 fue principio al grande amor, 730
 que justamente me paga.
 Bien que de volverla a ver,
 quedé con desconfianza,
 que el darme el hábito vos
 me trujo a saber su casa. 735

Saquela de otro peligro,
 que como el cielo la guarda
 para mí, la guardó a ella
 en tan justa confianza.
 En mis brazos la saqué 740
 entre la tierra y el agua
 del Betis, en cuya orilla
 me buscaba su desgracia.
 Apenas a la ciudad
 nos trujo una misma barca, 745
 cuando el indiano de Lima
 en vuestra puerta la aguarda.
 Él la recibe, yo muero,
 él la abraza, ella le engaña,
 él la gana, ella me pierde, 750
 él amoroso, ella ingrata,
 él adora, ella aborrece,
 él con gusto, ella forzada,
 él dichoso, los dos tristes,
 él con vida y yo sin alma, 755
 de cuyos brazos, si agora
 mis esperanzas la sacan,
 será más que con los míos
 del fuego de vuestra casa.
 Mucho os pudiera decir, 760
 mas donde las almas hablan
 y escuchan hombres discretos
 lo que ellos presumen basta.

SANCHO

Todo lo que aquí os he dicho
 ha sido invención trazada 765
 para saber vuestro pecho,
 que de cuanto aquí se trata
 está Dorotea inocente,
 y porque a mí no me espantan
 efetos de amor, no digo 770
 más de que solo me agravia,
 que para que no se case
 hagáis que venga a mi casa
 a darme tan malas nuevas
 un capitán de la armada, 775
 como decir, que don Juan
 es muerto y que a mí me engaña
 don Juan con nombre fingido.

FELICIANO

Por aquesta señal santa
 que si lo ha dicho ha mentido 780
 y yo le haré con la espada.

SANCHO

No haréis tal, porque no es él,
y pues por fuerza se casa
Dorotea, ella será,

que cuando de veras aman
las mujeres con ingenio
sutil, buscan tales trazas,
que consiguen imposibles.

785

Dadme aquí vuestra palabra
de no decir a don Juan
ninguna de lo que pasa,

790

que con una diligencia,
que solamente me falta
os la doy que será vuestra,
porque temo que me engañan.

795

(Vase DON SANCHO.)

ANDRÉS

¿Qué es esto en que andas señor?

FELICIANO

¿Ves como ya por el alba
se va descubriendo el sol?

ANDRÉS

¡Oh qué engañosa esperanza!

FELICIANO

Nunca venado mató
el montero que se cansa.
¿Qué no alcanza la porfía?,
servir y amar, ¿qué no alcanza?

800

ANDRÉS

A muchos ha vuelto locos
la porfía.

FELICIANO

¿Quién pensara
tanto amor en Dorotea?

805

ANDRÉS

Cuando las discretas callan,
más negocian de secreto

que cuando las necias hablan.
¡Oh cuáles son las mujeres! 810

FELICIANO

Ángeles, Andrés, las llaman,
porque parecen, sin serlo,
intelectivas sustancias.

ANDRÉS

Yo no entiendo esas razones,
mas lo que una vez agarran
dificilmente lo dejan 815
y fácil cuando se cansan.

Aquí vienen las dos primas
y mi morena Esperanza,
salve Esperanza de Andrés, 820
sálvete pulga del alma,
confite vivo, sálvete.

(Entran DOROTEA, CELIA y ESPERANZA.)

ESPERANZA

¿Vienes ya diciendo gracias?

FELICIANO

Déjame hablar majadero.

ANDRÉS

Señor, todo amante maja 825
con favor en perejil
y con celos en mostaza.

FELICIANO

Ya, gallarda Dorotea,
va descubriendo el deseo
por los celajes que veo, 830
el fin que el alma desea.

Y no es mucho que le vea,
pues tú por el mar de amar
al puerto quieres llevar
la nave de mi esperanza, 835
que tan justo premio alcanza
amar, servir y esperar.

Amé, serví y esperé,
amó, recibió y pagó
quien vio, quien sintió, quien dio 840
tanto premio a tanta fe;
partí, llegué, descansé,
dando a un justo porfiar
tiempo, ocasión y lugar,
que al fin vienen a tener 845
premio, descanso y placer,
amar, servir y esperar.
Gané tu favor amando
y tu voluntad sirviendo,
porque sirviendo y sufriendo 850
viví amando y esperando;
hallé esperando y amando
el término de obligar,
a quien me pudo pagar,
porque no fuera razón 855
quedarse sin galardón
amar, servir y esperar.

DOROTEA

¿Cómo o cuándo o quién ha sido,
Feliciano, el que ha pagado
lo que has servido y amado 860
con lo que me has referido?
Hoy he de ser de don Juan.

FELICIANO

No encubras por Celia aquí
lo que hoy has hecho por mí
hablando a aquel capitán. 865

DOROTEA ¿Qué capitán?

FELICIANO

Oye aparte.

(Salen DON SANCHO y el CAPITÁN.)

SANCHO

Era forzoso traeros
a averiguar la verdad.

CAPITÁN

¿Es este aquel caballero
que con nombre de don Juan
viene a hacer el casamiento?

870

SANCHO

Feliciano de Mendoza
es el que pensaba y pienso
dar a Celia, retiraos,
que don Juan llegará presto,
que ya fueron a llamarle.

875

CAPITÁN

Aquí retirarme quiero
para ver cómo se juntan,
don Juan vivo y don Juan muerto.

(Salen DON DIEGO y FABIO.)

DIEGO

¿Qué es señor lo que me mandas?

880

SANCHO

Dilatar los casamientos
siempre causa novedades,
siempre envidias, siempre celos.
Feliciano está presente,
que desengañar deseo
de pretensiones injustas.

885

DIEGO

De Feliciano sospecho
que me pagará el amor,
que justamente le tengo.

FELICIANO

¡Ay triste esperanza mía!
Andrés.

890

ANDRÉS Señor.

FELICIANO

Esto es hecho.

ANDRÉS

Ya por la escalera subes.

FELICIANO

Ya doy los pasos postreros.

SANCHO

Dad la mano a Dorotea
don Juan.

ANDRÉS

Ya dices el Credo.

895

SANCHO Dásela tú.

ANDRÉS

Ya el verdugo
dio tamborilada al pueblo.

(El CAPITÁN sale.)

CAPITÁN

Tened, señores, las manos.
¿Qué es esto, señor don Diego?,
¿pues vos os fingís don Juan
y sabiendo vos que es muerto
no menos que en vuestros brazos?

900

DIEGO

Mi error por amor confieso.

ANDRÉS

Albricias, perdonó el rey,
por muchos años y buenos
a vuesa merced le quiten
el nudo ciego del cuello.

905

SANCHO

¿Pues cómo, no sois don Juan,
y con tanto atrevimiento
habéis entrado en mi casa? 910

DIEGO

Dejome, don Juan, muriendo
el alma, con que he venido,
siendo de mi amor tercero,
un retrato desta dama. 915

Pero pues que soy tan bueno,
si no mejor que don Juan,
más rico y más caballero,
como el capitán lo sabe,
pues sabéis que la merezco
por desatinado amor 920
que dora mayores yerros,
os ruego que me la deis.

FELICIANO

Eso no, porque la tengo
ganada por más servicios
y por más justos deseos. 925

Fuera de estar la palabra
de don Sancho de por medio,
si no fuédes don Juan,
pues no siendo el verdadero,
¿por qué ha de ser vuestra acción 930
más justa contra derecho?,
pues aun después de casados,
siendo engañoso el concierto,
se pudieran descasar.

SANCHO

En tan confusos extremos 935
yo lo dejo a su elección.

DOROTEA

Pues a Feliciano quiero.

ANDRÉS Cerró la plana.

DIEGO

Señora
lo que era justo habéis hecho.
Y yo, pues el capitán 940
sabe quién soy, si merezco
a Celia, sus manos pido.

ANDRÉS
Yo a Esperanza solo un dedo.

CELIA
Yo soy dichosa en ser vuestra.

ANDRÉS
Y tú Cupido moreno, 945
¿qué dices?

ESPERANZA
Que soy retuya.

FELICIANO
Aquí senado discreto,
amar, servir y esperar
tuvieron tan justo premio,
Roque os ama, Lope os sirve, 950
y yo vuestro aplauso espero.

FIN

El animal de Hungría
Lope de Vega

El animal de Hungría

Lope de Vega



Hablan en ella las personas siguientes.

TEODOSIA, *reina*.
FAUSTINA.
LAURO.
EL REY DE HUNGRÍA.
UN MONTERO.
FULGENCIO, *español*.
ARFINDO, *español*.
PLÁCIDO, *español*.
FELIPE.
SELVAGIO.
LLORENTE.
BARTOLO.
BENITO.
PABLOS.
EL REY DE INGALATERRA.
PASCUAL.
ROSAURA.
VELARDO.
TIRSO.
RISELO.
SILVANA.
UN ALCALDE.
FENICIO.
UN EMBAJADOR DE BARCELONA.
LIDIO, *paje*.
CELIO, *paje*.
EL ALMIRANTE DE HUNGRÍA.
UN JUSTICIA.
UN ESCRIBANO.
EL PRÍNCIPE DE ESCOCIA.
[BARBERO.]
[PREGONERO.]
[FABIO.]
[ALCAIDE.]
[CRIADO.]
[ESCUADERO, *del rey de Ingalaterra*.]

Acto I

Sale TEODOSIA, vestida de pieles, y LAURO, tras ella, con un venablo.

TEODOSIA Valedme ligeros pies
que otras veces me habéis dado
la vida con interés
del fin con que la he guardado,
que no porque vida es.

LAURO ¡Detente, monstruo espantoso!

TEODOSIA ¡Oh, mancebo generoso!,

¿no te da, el verme, temor?

LAURO Es el natural valor
más que el temor poderoso:
soy noble, aunque humilde miras
mi traje.

TEODOSIA ¿A qué empresa aspiras?

LAURO A matarte o a prenderte.
(Descubre el rostro, apartando los cabellos.)

TEODOSIA ¿Matarasme desta suerte?

LAURO ¡Santo Dios!

TEODOSIA ¿De qué te admiras?

LAURO De ver tu rara belleza.
¿Es posible que ha criado
la varia naturaleza,
en este monte nevado,
tal rostro en tanta fiereza?
Tú, de quien los labradores
huyeron por tantos años:

más que para dar temores
eras para hacerte engaños
y para decirte amores.
Dame de ti misma nuevas
si es bien que este amor me debas;
que, en lo exterior que se mira,
o eres la hermosa Filira
o aquella sfinge de Tebas:
¿es posible que has robado
tanto pan, tanto ganado?

TEODOSIA

Mi sustento procuré.

LAURO

Temor de villanos fue...

TEODOSIA

Solo temor me ha guardado.

LAURO

Cuando con alas te viera,
pensara que eras harpía:
cielo en rostro, en cuerpo fiera,
y, en las armas y osadía,
con Hércules compitiera.
Y si te viera en la mar,
pensara que eras sirena
para cantar y encantar.

TEODOSIA

Lo que mi desdicha ordena,
no pudo el tiempo escusar.
Bien sé que no has de dejarme,
pues te atreviste a seguirme
y, siguiéndome, mirarme;
y así, quiero apercebirme
a obligarte y declararme.

LAURO

Hablas a mi pensamiento.

TEODOSIA

Estame, mancebo, atento.

LAURO

No solo yo lo estaré:
pero cuanto aquí se ve;
hasta las aves y el viento.

TEODOSIA

Yo soy la reina Teodosia,
mujer, ¡que nunca lo fuera!,
de Primislao, rey de Hungría.

LAURO

Señora, ¿tú eres la Reina?

TEODOSIA

Detente, por Dios, mancebo,
hasta que mi historia sepas;
que aunque es pública en el mundo,
quiero que de mí la entiendas.
Recién casada y venida
a Hungría, de Inglaterra,
sentí soledad notable
de mi tierra en tierra ajena.
Rogué al Rey que me trujese
una hermana más pequeña,
con licencia de mi padre,
por consolarme con ella.
Partió el Rey, trujo a Faustina,
y, por el camino, ciega
del valor de Primislao,
a envidiar mi bien comienza.
Llegó a Hungría y mi alegría
hizo a su venida fiestas,
aunque ella en su corazón
hacía a mi muerte exequias.
Entristeciose conmigo
cuanto me alegré con ella;
de su tristeza en mi casa
echaba culpa a la ausencia.
Creció la envidia y los celos
hasta que, cayendo enferma,
mi esposo la visitaba,

que era la salud más cierta.
Finalmente cierto día
le dijo que, en mi primera
edad, amé al rey de Escocia,
y que estaba descontenta
de tenerle por marido;
para lo cual, por mil letras,
le persuadía viniese
con dos personas secretas
donde, para que me hablase,
le daría entrada y puerta,
de noche, por un jardín;
y que si con gente inglesa
y suya venir quisiese,

le daría la cabeza
de Primislao, mi marido,
como de Scila se cuenta.
Creyolo el Rey, que era fácil,
y porque vio contrahechas
algunas cartas, o acaso
porque ya adoraba en ella,
avisando a dos criados
de confianza, a estas sierras
me trujeron para echarme
a las más feroces bestias.
Juntaron muchas y, en fin,
me dejaron en las presas
de sus dientes, una noche,
y entre sus uñas sangrientas.
Volvieron a Primislao
diciéndole que era muerta.
Pero mirando los cielos
mi desdicha y mi inocencia,
permitieron que, a mis pies
mansos y humildes, las fieras
me halagasen y me diesen
consuelo entre tantas penas.
Cobré aliento y con algunas
me fui, mancebo, a sus cuevas,
donde por sus propias manos
comí el fruto destas selvas.
Pasados algunos meses,
las pieles de las ovejas,
cabras y otros animales,
de mil que trujeron muertas,
curé al sol, y hice vestidos
con que bajé de la sierra
a ver gente y buscar pan
por las humildes aldeas.
Los pastores, que no habían
visto una fiera tan nueva,
dieron en huir de mí;
aunque, en las verdes riberas
deste arroyuelo que lava
los troncos desta alameda,
cogí un villano una tarde,
de quien supe, aunque por fuerza,

que se casó con mi hermana
el Rey: perdona que vengan
lágrimas a interrumpir
las palabras a la lengua.

LAURO

Con justa causa tus ojos,
como mar de tantas penas,
en el nácar de sus niñas
crían tan hermosas perlas.
Pero prosigue tu historia...

TEODOSIA

Parió Faustina contenta
dos o tres veces, y todos
sus hijos dicen que llegan
a cumplir un año el día
que me echaron a las fieras,
y que no pasan de allí;
y espero que también sea
en esta ocasión; que dicen
que el parto de un hijo espera
porque está pronosticado.

LAURO

No llores; que si te dejas
llevar, señora, del llanto
a tan profunda tristeza,
vendrás a acabar la vida
antes que venganza veas
de una hermana tan crüel;

. v-

que tan injustas ofensas
deben de cansar el cielo,
cuyas divinas orejas
sin duda están a tus voces
en esta ocasión abiertas,
pues permitió que saliese,
en tal ocasión como esta,
a caza por estos montes;
y que bastasen las fuerzas
de mi valor a seguirte,
pues no hay hombre en esta tierra
que de la cueva en que vives
ose acercarse una legua:
suplícote que a mi casa,
no lejos desta alameda,

vengas a vivir conmigo;
que, si por vivir secreta
en estos oscuros montes
sin humano trato albergas,
mejor podrás en mi casa,
donde solamente quedan
criados míos que labran
estos campos y estas huertas.
Estoy recién heredado
de mis padres, que Dios tenga:
podré servirte con joyas
y con vestidos de seda;
descansarás de los años
que entre esas pieles te acuestas,
bebiendo salobres aguas,
comiendo silvestres yerbas.
¿Qué respondes?

TEODOSIA

Que mi suerte,
que a tanto mal me condena,
descubrirá presto al Rey
y aquella tirana reina
que vive esta vida triste;
y aunque me está bien perderla,
por no perder lo esperado,
permíteme que la tenga,
donde ya por las costumbres
no siento tanto las penas,
y dame, pues eres noble,
palabra y fe verdadera
que no dirás a ninguno
que soy Teodosia.

LAURO

No creas
que seré tan inhumano:
sólo te pido licencia
para verte y regalarte.

TEODOSIA

Podrás venir a mi cueva
cuando quisieres; mas mira,
hidalgo, que solo vengas.
Y dime tu nombre.

LAURO

Lauro.

TEODOSIA

Y es muy justo que lo seas

para que, de tantos rayos,
segura la vida tenga
a la sombra de tus hojas.

LAURO Gente parece que suena:
echa por aqueste arroyo
y yo por estas acequias.

TEODOSIA Los cielos te guarden, Lauro.

LAURO Teodosia, el cielo te vuelva
a tu marido a tus brazos,
tu corona a tu cabeza.

TEODOSIA Quien deja a Dios sus venganzas,
tales esperanzas tenga;
que nunca sucede bien
a quien vengarse desea.

(Éntrense; y salen SELVAGIO y BARTOLO, alcaldes, LLORENTE y BENITO: todos villanos.)

SELVAGIO Siéntense todos primero
que el concejo se proponga.

BARTOLO Alto los asientos ponga,
por orden, el pregonero;
y no entiendan en la Corte
que nos ganen en saber
concejo y cabildo hacer
para lo que al pueblo importa.

SELVAGIO Siéntese, Llorente, aquí.

LLORENTE Téngolo a mucho favor.

. r-

SELVAGIO Demás de ser regidor,
podéis estar junto a mí,
porque os tengo voluntad.

BARTOLO Benito, sentaos también.

BENITO Donde quiera estaré bien:
el concejo escomenzad.

SELVAGIO Primeramente querría

que un médico se trujese,
y salario se le diese;
que no es bien que cada día
vayan con los orinales
las mujeres a la Corte;
que más se paga de porte
que acá costaran los males.
Y como el pulso no va
en la orina (y todo es nada
porque toda alborotada
es fuerza que llegue allá)
querría que aquí viviese
y cara a cara curase,
y que el pueblo se animase
a que salario se diese;
porque es sin ver el doliente
el pretendelle curar
lo mismo que sentenciar
en ausencia un delincuente.

BARTOLO

Tiene Selvagio razón:
médico se busque luego

LLORENTE

Lo mismo os ruego.

BENITO

Y yo os ruego
que no pongáis dilación:
que es el médico, aunque diga
el pueblo de su virtud,
alcalde de la salud
que sus delitos castiga.

BARTOLO

También a mí me parece
que haya en aqueste lugar
un maestro de danzar;
que por momentos se ofrece
con las danzas ocasión.

LLORENTE

A fe que en lo cierto dais;
y pues de danzas tratáis,
y con tanta devoción
celebráis el santo día
de Dios, ¿qué fiestas tenéis?

SELVAGIO

Los autos; que ya sabéis
que es la mayor alegría.

BENITO ¿Quién los compone?
SELVAGIO El barbero,
 que ha sido medio escolar.
LLORENTE ¡Váyanle luego a llamar!
BARTOLO Idlo a llamar, pregonero.
SELVAGIO Después que se hacen las fiestas
 de Dios con tal devoción,
 mejores los años son.
BENITO Pues háganse buenas estas;
 que yo quiero de mi parte
 ayudar al gasto bien.

(Entra el BARBERO.)

BARBERO ¿Los regidores también?
PREGONERO Todos me mandan llamarte.
BARTOLO Dios guarde a vuestras mercedes.
BENITO ¡Oh, Pablos, albéitar nuestro,
 que por acertado y diestro
 sangrar al Gran Turco puedes!,
 ¿cómo va de las sangrías
 de las ninfas del Parnaso?
BARBERO Trabajo en sangrarlos paso;
 que no hay vena los más días.
SELVAGIO ¿Cómo de los autos va?
BARBERO Yo no los hago.
SELVAGIO ¿Por qué?
BARBERO Porque no hacellos juré,
 y lo voy cumpliendo ya.
 Si queréis historia humana
 de la dama y el galán
 que peregrinando van
 por senda segura y llana:
 yo lo haré. Pero otra cosa

que, por ser alta y sutil,
ponga en confusión a mil:
hoy cesa en verso y en prosa;
y aun las humanas, muy presto,

. v-

también las pienso dejar,
por no me ver censurar
ni ser a nadie molesto.
Yo fui primero inventor
de la Comedia en Hungría;
que las que primero había
eran sin gracia y primor.
Y tras haber enseñado
el estilo que hoy se ve,
y corregido el que fue,
de Vega me he vuelto en Prado;
que cuando vengo a tener
fruto de mil escritores,
hay mil que dejan las flores
y andan buscando alcacer.
Es fuerte cosa que intente
dar gusto a toda el aldea,
y que un inorante sea
curioso y impertinente.
No quiero tener oficio
que a muchos ha de agradar
pudiéndome yo ocupar
en más seguro ejercicio;
que hay hombre que piensa aquí,
y más si entiende un soneto,
que no puede ser discreto,
y no dice mal de mí.
Comprar quiero unos antojos
para mirar a lo sabio,
torciendo a lo falso el labio
y encapotando los ojos.
A los que merced me han hecho
yo los sabré celebrar
dándoles justo lugar
en el papel y en el pecho.
A los demás que no agrada
mi intención, les digo, en suma,

que quiero colgar la pluma
como otros cuelgan la espada.

SELVAGIO ¡Pardiez que tiene razón!
Siempre la patria es ingrata.

BARTOLO Un tigre a sus hijos trata
con más piedad y afición.

LLORENTE Por muchos que os quieren bien,
perdonad con pecho igual
algunos que dicen mal
y querranos bien también.
A las costumbres del mundo
no tratéis de dar consejo,
que ha muchos años que es viejo.

BARBERO Saben las musas que fundo
en agradar mi intención
a los sabios y discretos.

BARTOLO ¿Quereisme hacer mil sonetos?

BARBERO ¿Mil?

BARTOLO Escuchad la razón:
al Rey los quiero enviar.

BARBERO Hay allá otros mejores;
y a tan pobres labradores
nunca los dejan entrar.
Pero yo los quiero hacer.

BARTOLO ¿Y cuándo?

BARBERO Dentro de un hora.

LLORENTE ¿Un hora?

BARBERO Y menos, y agora.

BENITO Callad, que no puede ser;
que a muchos oigo decir
que los que componen, sudan,
gruñen, gimen y trasudan
como quien quiere parir.
Y que, empezando un soneto
por Navidad, fin le dan
la víspera de San Juan,
y que no sale perfeto.

BARBERO Fáltales el natural
que da cielo a quien él quiere.

PASCUAL **(Dentro.)**
Aunque el concejo se altere
he de entrar.

PREGONERO. ¡Teneos, Pascual!

(Entra PASCUAL, villano.)

PASCUAL No hay que tener.

SELVAGIO ¿Quién es?

PASCUAL Yo,

que os traigo una buena nueva
para que albricias me deba
todo el lugar.

SELVAGIO Eso no;
que yo las haré pagar,
porque debellas es ley
de ingratos.

PASCUAL ¡Hoy viene el Rey
a nuestro monte a cazar!
Y pienso que, hoy también,
que aunque tan preñada estaba,
Faustina le acompañaba.

SELVAGIO Mal fuego la queme, amén;
que por ella dieron muerte

a la Reina sin razón.

PASCUAL Gozad la buena ocasión:
 habladle y haced de suerte
 que maten este animal,
 pues traen tantos monteros,
 perros y lebreles fieros,
 y cesará tanto mal
 como padece el aldea
 y toda la serranía.

BENITO Ayer Lorenza venía,
 que ya sabéis que no es fea,
 con una carga de pan,
 y al camino le salió:
 huyó y el pan le dejó.
 Volvió a la tarde Silván
 y anduvo todo el camino,
 y aun el pollino no halló:
 que todo el pan se comió,
 costal, albarda y pollino.

BARTOLO No es cosa para sufrir:
 háblese al Rey.

BENITO ¿Quién irá?

SELVAGIO ¿Viene cerca?

PASCUAL Cerca está.

SELVAGIO Pues los dos podemos ir,
 aunque yo temo turbarme.

LLORENTE ¿Y qué importa que os turbéis?

BARBERO Bien será que lo penséis.

SELVAGIO Con vós quiero aconsejarme,
 que sois hombre que ha estudiado.

BARBERO Vamos, que por el camino
 os diré lo que imagino:
 ni largo que cause enfado
 ni breve que no se entienda.

BARTOLO Hoy muere aqueste animal.

BENITO Por velle en este arenal
 tendido, daré mi hacienda.

(Éntrense; y salgan, con mucho acompañamiento, por un palenque, algunos cazadores con perros de trailla y otros con aves; y detrás, en un sillón, FAUSTINA, y el REY DE HUNGRÍA a caballo. Apéanse en el teatro.)

MONTERO Aquí, con dulce y agradable acento,
 bastante a deshacer todos los daños
 del cansancio y calor, refresca el viento
 una fuente que hiciera mil engaños
 a la hermosura loca de Narciso,
 y guarnécenla enebros y castaños.

FAUSTINA Es todo aqueste prado un paraíso
 donde parece que naturaleza
 mostrar su mano artificiosa quiso.

. v-

REY
DE HUNGRÍA Antes que de la sierra la aspereza
 subas, mi bien, en esta verde falda
 descansa; y honre el prado tu belleza.
 Mira cómo le sirve de guirnalda
 nieve escarchada como plata pura
 y se baña los pies en esmeralda.
 Mira por esa parte la espesura
 de mil sombrosas hayas, y estas fuentes
 que espejos quieren ser de tu hermosura.
 Y cómo tantas aves diferentes
 repiten en unísona armonía
 del dulce amor los tiernos accidentes.
 Y que, envidiosos de su melodía,
 cantan las aguas y responde el valle
 con los ecos que aprende todo el día.
 Mira esta verde y deleitosa calle
 de álamos negros; y, este prado, mira,
 donde apenas hay flor que no se halle:
 aquí divino olor el lirio espira,
 el jacinto oriental y la azucena,
 con granos de oro que la vista admira;
 la estrella mar y la violeta amena,
 con el jazmín y la purpúrea rosa
 teñida en sangre de su misma vena.

Descansa, pues, aquí, querida esposa,
porque subas mejor la inculta sierra
en cayendo la siesta calurosa.

FAUSTINA Ningún regalo ni contento encierra
toda aquesta hermosura que te iguale;
ni todos los tesoros de la tierra.
Sin el contento del amor no vale
el sitio ameno, el prado ni la fuente,
que en rayos de cristal del monte sale,
un átomo de bien. Pero presente
con que se goza todo el bien se aumenta.

REY
DE HUNGRÍA Tu vida el cielo, mi Faustina, aumente;
que a mí ninguna cosa me contenta
lejos de tu hermosura, en cuyos ojos
el cuerpo vive, el alma se alimenta,
la guerra es paz y gloria los enojos.

(Salen los alcaldes, SELVAGIO y BARTOLO, y LLORENTE con ellos.)

SELVAGIO Llegad con mucho cuidado.

BARTOLO ¿Traeislo bien aprendido?

SELVAGIO Muy bien lo traigo estodiado,
mas todo se me ha caído
en habiendo al Rey mirado.

REY
DE HUNGRÍA ¿Qué gente es esa?

MONTERO Señor,
labradores del aldea.

SELVAGIO ¿Hasnos de oír, por favor?

REY
DE HUNGRÍA Pues ese tu nombre sea.

FAUSTINA **[Aparte.]**
No lo merece mejor.

SELVAGIO ¿Hasnos de ayudar ahora
para matar una fiera
que nuestos campos devora?

¿Hasnos también, porque quiera,
de dar tu favor, señora?
Es un animal que anida
en este monte; tan fuerte
que nos roba la comida,
y, como le des la muerte,
darasnos señor, la vida.
Y si guerra hacer esperas:
llevarasnos donde quieras
y a servirte obligarasnos.

REY
DE HUNGRÍA

(**[Aparte.]**
Todo este lugar es asnos
y todo este monte fieras.)
Días ha que se decía
que deste monte en lo espeso
aqueste animal había.

BARTOLO

Ya su retrato anda impreso
y se cantan cada día
las coplas de sus traiciones.

REY
DE HUNGRÍA

¿Por qué en tantas ocasiones
no le salís a matar?

BARTOLO

Está muy pobre el lugar
de rocines y lanzones.
Y esta bestia no es de aquellas
que no se saben guardar;
que es como vós, no como ellas,
pues sabe correr y hablar,
y aun sabe forzar doncellas.

REY
DE HUNGRÍA

¿Doncellas?

BARTOLO

Si no es que el miedo
las ha obligado a mentir,
más de seis decirte puedo.

REY
DE HUNGRÍA

¿Qué forma tiene?

SELVAGIO

En decir
su forma, temblando quedo.
Él es como una persona,
poco más a menos.

REY
DE HUNGRÍA Bien
su simplicidad le abona.
¿Y hablara también?

BARTOLO También.

REY
DE HUNGRÍA ¿Es fuerte?

BARTOLO A nadie perdona.
Tiene el rostro hacia adelante,
las espaldas hacia atrás
y el cuerpo como un gigante.

REY
DE HUNGRÍA Calla, que ocasión darás
a que la Reina se espante.

FAUSTINA No me da la fiera espanto,
sino el sol y algún dolor.

MONTERO No es fresco este prado tanto
como aquel bosque, señor.

FAUSTINA ¡Ay, cielo piadoso y santo!
¡Que no sé qué siento en mí!

REY
DE HUNGRÍA Si el bosque es mejor lugar:
mejor, mi Faustina, allí,
podrás la siesta pasar.

SELVAGIO Echad, señor, por aquí,
que yo sé bien la espesura,
hasta el pie de las montañas:
veréis con cuánta hermosura,
entre lirios y espadañas,
un arroyuelo murmura.
Veréis zarzas intrincadas
donde las vides colgadas
hacen lazos de mil modos.

REY
DE HUNGRÍA Vayan a alojarse todos
por las sombras enramadas
mientras descansa mi esposa;
y, en cayendo el sol ardiente
desta siesta calurosa,
acudirán a la fuente

. v-

de aquesta arboleda hermosa.
Iremos a ver si, acaso,
hallamos este animal...

FAUSTINA Notables dolores paso...

REY
DE HUNGRÍA ... Que no se ha de ir si es igual,
en las alas, al Pegaso.

(Éntrense, y quede allí el labrador LLORENTE.)

LLORENTE Ya por el bosque se van
a buscar el arroyuelo
en cuya orilla podrán
pasar el sol; que, en el cielo,
altos, sus rayos, están.
Aunque mucho mejor fuera
que alguno dél te pasara,
¡oh, tirana, injusta y fiera,
más que la que el monte ampara
y asombra nuestra ribera!;
que esta, en fin, es animal
que baja a buscar sustento,
y tú mujer desigual
de cuyo tirano intento
nos resulta tanto mal:
hiciste matar la hermosa
Teodosia, del Rey esposa,
santa, honesta y adorada
de Hungría, y tu hermana amada,
solo en ser mártir dichosa.
Voces dan, mas es que allí
va corriendo un jabalí;
y ya el Rey y sus monteros
le van siguiendo ligeros.
Mas, ¡cielos!, ¡quién viene aquí!:
¿no es aqueste el animal
espanto de toda Hungría?

(Entra TEODOSIA.)

TEODOSIA ¡Detente!

LLORENTE ¡Hay desdicha igual!

TEODOSIA No temas, hombre, confía;
que no vengo a hacerte mal.

LLORENTE ¡Ay, señor, por Dios le ruego
que tenga piedad de mí!
[Aparte.]
¡Los ojos tiene de fuego!

TEODOSIA ¡Escúchame y vuelve en ti!

LLORENTE ¿Dejarme volver luego?

TEODOSIA En oyéndome te irás.

LLORENTE ¿Qué es lo que quiere?

TEODOSIA No más
de saber qué gente es esta.

LLORENTE Pienso que de la respuesta
conmigo te enojarás.

TEODOSIA ¿Yo?, ¿por qué?

LLORENTE Sepa que son
el Rey y aquella tirana
que fue de Teodosia hermana,
que quiere hacerle Anteón
en figura de Diana;
que de este monte han venido
villanos que le han contado
lo que ha robado y comido,
y darle muerte han jurado.

TEODOSIA Otra vez lo han pretendido;
no es aquesta la primera.

LLORENTE En verdad que no es tan fiera
como en la villa decían.

TEODOSIA Fiera soy, pues que me envían
a que entre ellas viva y muera.

LLORENTE Escóndase por su vida;
mire que matarla quieren...

TEODOSIA Del cielo estoy defendida.

LLORENTE Temo que al pasar la esperen
por esta margen florida.
Y después que la miré,
sin temor me aficioné
a su cara, que es tan bella
que de la tarde la estrella
no es tan hermosa, a la fe.
¿Dónde vive? Y llevarele
algún regalo de pan
y vino que la consuele.

TEODOSIA Casa los montes me dan,
la tierra alojarme suele.

Vete en buen hora, y no cuentes
a ninguno que me has visto.

LLORENTE No solamente a las gentes;
mas verá que me resisto
a estos olmos y a estas fuentes.
¡Dios le libre de traidores!

TEODOSIA Aun la sangre no es leal.

LLORENTE Campos, aguas, plantas, flores,
el que llamáis animal,
merece ser dios de amores.

(Vase el labrador.)

TEODOSIA Asperísimas sierras que en altura
sois ícaros del sol, pues a su llama
ambiciosa la tierra os encarama
para que deis asalto a su hermosura;
 las blancas alas de la nieve pura
derrite y como plumas las derrama
en este prado, a sus arroyos cama,
y en aquella laguna, sepultura:
 años he sido vuestra humana fiera;
yo pienso que en mi muerte se declaran
los mismos que intentaron la primera;
 mas, aunque cielo y suelo en vós me amparan,

¡qué fuera de los tristes si no hubiera
muerte en que todas las desdichas paran!

(Sale FAUSTINA con un niño en los brazos.)

FAUSTINA

¿Quién con tanta soledad
ha tenido tal suceso?
Pero no fuera por eso
mayor mi infelicidad;
que alguna oculta deidad
a este monte me ha traído,
donde, habiendo el Rey seguido
un jabalí, me dejó
donde solamente yo
todo mi remedio he sido;
que apenas decir oí
de aqueste animal, ¡oh, rayo
de Hungría!, cuando un desmayo
en el corazón sentí
tan mortal que me caí
en las yerbas de aquel prado;
donde, habiendo despertado,
hallé en juncos y espadañas
el fruto de mis entrañas,
como traidor, desdichado.
Envolvile como pude,
y del miedo de una voz
que dijo que aquel feroz
animal al agua acude,
para que no me le mude
de mi vientre al suyo fiero,
buscar a mi esposo quiero:
voces no me atrevo a dar,
porque sería llamar
al cruel monstruo primero.

TEODOSIA

([Aparte.]

Esta es mi enemiga hermana;
Faustina es esta, ¡ay de mí!
¿Es posible que te vi
en este monte, inhumana?
Mas tengo por cosa llana

. v-

que el cielo te trujo aquí
porque me vengue de ti
y de tu sangre no goces
el fruto, pues desconoces
la que tuviste de mí.
No te trujo en vano el cielo
a la aspereza en que vivo;
que, aunque traidora, recibo
con verte en mi mal consuelo.
Que me conozca recelo:
quiero encubrirme la cara
con el cabello.) Repara
en que me tienes aquí.

FAUSTINA

¡Cielos!, ¡la vida perdí!
¡Rey, señor, nadie me ampara!

TEODOSIA

Desmayose de mirarme
o el cielo a entender le dio
que la vida pretendió
con reino y honor quitarme.
¡Qué buen tiempo de vengarme
si en mi nobleza cupiera!
Pero si me han hecho fiera:
fiereza podré tener.
Pero no, que soy mujer
y he de ser lo que antes era:
solo será mi venganza,
pues el cielo lo ha querido,
quitarle este mal nacido
fruto en que está su esperanza;
no ha de ser todo bonanza.
Fiera, crüel, homicida,
no le quitaré la vida;
mas quitarele a tus ojos
para templar los enojos
de que me siento ofendida:
harele fiera conmigo
lo que durare la mía,
para tener compañía
y en mi pena algún testigo;
no lo verás más contigo,

ni los cielos más te den;
a quien ruego que también
saquen de ser animal
quien padece tanto mal
y se ha visto en tanto bien.

(Tome la criatura.)

Gente suena, bien será
subirme ese monte arriba;
que mi cueva, en peña viva,
segura del Rey está.
Ya dan voces.

MONTERO **(Dentro.)**
¡Por acá!
que no está la Reina aquí.

TEODOSIA ¡Cielos, valedme!

(Éntrese TEODOSIA.)

REY
DE HUNGRÍA ¡Ay de mí!
¡Corred el monte, vasallos!

MONTERO ¡No pueden subir caballos!

REY
DE HUNGRÍA ¡Toda mi gloria perdí!

(Salga el REY y su gente.)

MONTERO ¿Bulto es aquel o me engaño?

REY
DE HUNGRÍA Si es ella, sin duda es muerta.

MONTERO Ella es.

REY
DE HUNGRÍA Mi bien, despierta,
si no es que en verte me engaño;
mira que tu rostro baño
en lágrimas amorosas.

FAUSTINA ¿Quién es?

REY
DE HUNGRÍA Deidades piadosas:
dadle aliento, dadle vida.
¿Es desmayo o es herida?

MONTERO Yo pienso que entrambas cosas.

REY
DE HUNGRÍA ¡Mi Faustina!

FAUSTINA ¡Señor mío!

REY
DE HUNGRÍA ¿Qué tienes?

FAUSTINA Un grande mal:
aquel feroz animal...

REY
DE HUNGRÍA **[Aparte.]**
Dejalla fue desvarío.

FAUSTINA ... vino atravesando el río

y se me puso delante
con la altura de un gigante;
y el fruto de mis entrañas
se ha llevado a las montañas
de aqueste segundo atlante;
que luego que te partiste
salió a ver la luz del cielo;
mas puede darte consuelo
que es mujer.

REY
DE HUNGRÍA ¡Ay de mí, triste!
Cielo airado, ¿en qué consiste
que no se logren jamás?
Pero, pues con vida estás,
tratemos de tu reparo.

FAUSTINA **[Aparte.]**
De temor no le declaro
que aquesto merezco y más...

REY
DE HUNGRÍA Cazadores y monteros:
¡mi hija lleva una fiera!
Si acaso la ha muerto: muera.
Seguidla todos ligeros:
yo prometo a los primeros
que la vieren o mataren

todo aquello que alcanzaren
a ver desde el mismo puesto.

MONTERO Tú verás su muerte presto.

REY
DE HUNGRÍA Los cielos tu vida amparen.
 Anímate, esposa mía:
 muestra agora tu valor.

FAUSTINA Es tanto el grave dolor
 que la vida desconfía.

REY
DE HUNGRÍA Toda mortal alegría
 viene a parar en tristeza:
 al que la estraña fiereza
 del monstruo pueda vencer,
 hoy le prometo poner
 mi corona en la cabeza.

**(Váyanse; y entren con ruido de desembarcación tres caballeros, PLÁCIDO,
FULGENCIO, ARFINDO, y traigan un NIÑO de pocos años consigo.)**

PLÁCIDO **(Dentro.)**
 ¡A costa el barco, a costa!

FULGENCIO No permitas
 que salga a tierra algún piloto, Arfindo.

ARFINDO ¡Quédense todos en la nave!

PLÁCIDO ¡Ténganse!
 Que ninguno ha de ver la tierra.

FULGENCIO ¡A costa!

(Salgan.)

ARFINDO ¿Qué isla es esta?

PLÁCIDO Si verdad te digo,
 ni sé si es tierra firme ni si es isla.

FULGENCIO Pues estamos de España tan distantes,
 ¿qué nos importa?

ARFINDO De importancia fuera
saber dónde quedaba este inocente.

FULGENCIO Si ha de ser pasto de las fieras y aves
de este desierto, poco importa, Arfindo:
trátese de dejarle y quiera el cielo
que este grave delito nos perdone.

ARFINDO Yo hago lo que el Conde me ha mandado.
El Conde es mi señor; su hija ha sido
culpada, inobediente y atrevida,
en casarse, Fulgencio, de secreto.

. v-

Puesto que se casó con primo suyo,
yo pienso que a los dos dará la muerte,
pues a este niño y nieto suyo intenta
dársela tan estraña, o por lo menos
alejalle de España y Barcelona,
donde jamás se entienda que es su nieto,
si acaso le guardare la fortuna,
cosa que es imposible en este monte.

PLÁCIDO No hay imposible a lo que Dios ordena,
ni fortuna ni hado ni suceso;
que todo pende, vive y se conserva
de su divina voluntad.

ARFINDO El Conde
fue, en aquesto, más bárbaro que padre.
¿De qué sirvió prender a su sobrino,
siendo segundo hijo de tal príncipe
como es el rey de Nápoles?

FULGENCIO El día
que vence a la piedad, al deudo y sangre
el agravio que obliga a la venganza:
no tiene la razón su justo imperio;
pareciolet, y decía que si fuera
el delito de un mes, o un año, estaba
más de su parte la piedad; mas viendo
que ha tantos años que el agravio dura,
cuantos tiene este niño que traemos:
ellos quiere que mueran en prisiones
y el niño en tierra estraña.

PLÁCIDO

Yo sospecho
que es bien estraña tierra en la que estamos:
áspero monte y elevada tierra,
río pequeño, arroyos delicados,
sombrosas hayas y robustos robles,
castaños acopados, altos pinos,
cipreses tristes y intrincadas zarzas
se descubren aquí sin senda alguna.
Ea, Felipe, aquí esperad un poco;
que queremos cazar por este monte
algún venado o jabalí que pueda
darnos sustento en nuestra nave en tanto
que vamos a la patria: Barcelona.

NIÑO

¿Para qué queréis que espere?
¿No es mejor ir con vosotros?

ARFINDO

Vamos muy lejos nosotros,
y ir solo Plácido quiere.

Vós, mi bien, os cansaréis:
mejor es que en este prado,
porque no os canséis, sentado,
que volvamos, esperéis.
Jugad aquí con las flores
que aqueste arroyo guarnecen
mirando cómo os parecen
en la frescura y colores.
Sentaos en estas gamarzas,
coged lirios amarillos,
tirad a los pajarillos
piedras por aquellas zarzas.
Y si viéredes, mis ojos,
que tardamos, bien podéis
dormiros.

NIÑO

No me engañéis,
que es doblarme los enojos.
Decidme, amigos, verdad:
si os vais y el abuelo mío
quiere, con rigor impío,
matarme en tal soledad;
mejor es el desengaño
o mejor que me matéis,

porque allá le aseguréis
los recelos de su daño;
que mientras más presto muera,
más presto a Dios pediré
venganza.

FULGENCIO ¡Ay cielos! No sé
qué león, qué tigre, fiera
hiciera tanta crueldad;
los ojos me baña el llanto.

ARFINDO Mientras reparares tanto
en su inocencia y piedad,
no has de tener corazón
para que pongas el gusto
del Conde, justo o injusto,
en debida ejecución.

FULGENCIO Felipe, quedaos aquí
y, si merendar queréis,
en este lienzo hallaréis
lo que para vós pedí;
que es todo dulce y muy bueno.

NIÑO ¿Con ellos no fuera yo?

ARFINDO ¿Y si os cansáis?

NIÑO Antes no.

ARFINDO Sí haréis, que está el monte lleno
de peñascos y de asperezas:
¡quedaos con Dios, Dios os guarde!

NIÑO Miren que no vuelvan tarde...

FULGENCIO **[Aparte.]**
Podrá con estas ternezas
enternecer un diamante.

ARFINDO Vamos, señores, de aquí.

(Váyanse.)

NIÑO ¡Qué bueno quedo, ay de mí,
en soledad semejante!

Que se van estos sospecho
y me dejan a morir,
pues lloraban al partir
con enternecido pecho.
Quiero sobre aquesta peña
subirme y mirar el mar.

(Súbese el NIÑO en una peña.)

(Salen LAURO y LLORENTE y BENITO.)

LLORENTE Del que la pudiere hallar
no será dicha pequeña.

LAURO No hayas miedo, porque es grande
deste monte la aspereza,
aunque toda su riqueza
a los cazadores mande.
¡Oh cuánto me pesaría
que la Reina fuese hallada!
Aunque pienso que vengada
de Faustina moriría
sólo en haberle quitado
lo que dicen que parió.

NIÑO ¿Qué miro, mísero yo,
pues nací tan desdichado?
Ya se han entrado en la mar,
y desde el barco en la nave,
el viento corre süave,

. v-

las velas he visto izar.
Traza ha sido de mi abuelo,
pues a mis padres prendió:
¿qué haré, desdichado yo,
solo en este monte?

LAURO ¡Ay, cielo!
¿No escuchas una voz tierna

quejarse entre estos enebros?

BENITO ¿Si es ave y dice requiebros
al sol que el mundo gobierna?

NIÑO ¿Qué haré yo, triste de mí,
en tierra estraña?

LLORENTE Esta fuente
parece que tristemente
murmura y se queja así.

LAURO No es ave ni es fuente, no;
voz humana me parece:
¿no veis cómo el llanto crece?

NIÑO ¿Qué culpa he tenido yo
de la ofensa de mi abuelo?
¡Ay Dios! Entre estos jarales
oigo algunos animales.
¡Piedad, piedad, justo cielo,
que me vienen a comer!

LAURO Quedo, que ya he visto yo
quién se queja.

BENITO Pues yo no.

LAURO ¿Cómo no acabáis de ver
un niño, en aquella peña,
que está llorando?

BENITO ¡Es verdad!

LLORENTE Las piedras mueve a piedad.

BENITO Ricos vestidos enseña.

LAURO Niño que Dios guarde: ¡baja
y dinos qué mal te aqueja!

NIÑO ¡Ay, señores, no me maten,
que vengo de estrañas tierras!

LAURO Español habla, ¡por Dios!

LLORENTE Tú puede ser que le entiendas,
que has ido a España.

LAURO Yo sí:
tres años estuve en ella.

¡Deciende niño, deciende!;
 ¡baja del monte, no temas!

NIÑO ¿Son cristianos?

LAURO ¿No lo ves
 en el traje y en las señas?

NIÑO ¿Que no son moros?

LAURO ¡No, amores!

NIÑO ¿Haranme mal?

LAURO ¡No lo creas!

NIÑO ¡Pues ya bajo!

LAURO Estraño caso:
 ¿qué es esto que el cielo ordena?

NIÑO Señores, no me hagan mal.

LAURO ¿Cómo has venido a esta sierra
 en traje y lengua español?

NIÑO Sepa, señor...

LAURO Dilo.

NIÑO Sepa
 que el conde de Barcelona
 tiene una hija y que, della,
 soy hijo, y de un caballero,
 hijo de un rey de una tierra
 que está más allá del mar.
 No fue casado con ella,
 y mi abuelo, que lo supo,
 a mi madre tiene presa;
 y a mí me mandó traer
 en una nave, a que fuera
 lejos de España arrojado
 en alguna isla o selva,
 por no ensangrentar las manos
 en una cosa tan tierna.
 ¿Qué tierra es aquesta?

LAURO Hungría.

NIÑO Dígame: ¿matan en ella

a los niños que su abuelo
quiere muy mal?

LAURO ¡Qué inocencia!
No, mi señor; no, mis ojos:
antes comida, merienda,
juegos, vestidos, regalos,
cama, casa, almuerzo y cena;
yo os llevaré donde estéis
como con la madre vuestra;
que un nieto de un rey merece
que como a quien es le tengan;
podrá ser que Dios permita
que alguna vez se arrepienta
el conde de Barcelona,
y que os busque, estime y quiera
para señor de su estado.

NIÑO Ruegue a Dios que verdad sea;
que yo le daré mil cosas.

 ¿Está su casa aquí cerca?

LAURO Detrás de aquestos peñascos.

NIÑO ¿Y tiene niños en ella?

LAURO Uno como vós, mi bien.

NIÑO ¿Y ha mucho que anda a la escuela?

LAURO No, mi rey; que de mi casa
está la villa una legua.

NIÑO Yo le enseñaré a leer.

LAURO Aunque le importen las letras,
mejor es que le deis armas,
pues los reyes honran dellas
los hidalgos que los sirven.

NIÑO Es cuando los reyes reinan,
que no cuando desterrados
van por las tierras ajenas.

LAURO ¡Qué divina discreción!

LLORENTE ¿Qué te dice? Que su lengua

no le entendemos nosotros.

LAURO
Cosas estrañas y nuevas
que algún día las sabréis.
Vamos, mi bien, porque os vea
la que ya tendréis por madre
hasta que gocéis la vuestra.

NIÑO
Como a mi señora y tía
la serviré.

LAURO
El cielo quiera
que Nápoles y Aragón
os coronen la cabeza.
¿Qué nombre tenéis?

NIÑO
Felipe.

LAURO
Gran valor el nombre muestra.
Si sois como el macedonio
y otro Alejandro os hereda,
seréis señores del mundo.
¿Qué es aquesto?

NIÑO
La merienda
que me dejaron los hombres
que ya por el mar navegan.

LAURO
Acá le tendréis mejor:
salid, mi bien, de la selva;
que Dios que os trujo a mi casa
os hará rey en la vuestra.

Acto II

**Entra la reina TEODOSIA, de salvaje; y con las mismas pieles, ROSAURA, que es la
niña que quitó a su hermana.**

TEODOSIA
Siempre tengo de reñirte
sobre que de aquí no salgas
y tu peligro decirte;
que de mi amparo te valgas,
no es posible persuadirte.
¿Cómo, di, tan atrevida,

al peligro de la vida
osas del monte bajar
hasta que te vengo a hallar
en su maleza perdida?
Mira, Rosaura: que adviertas
que somos dos animales
que con armas encubiertas
busca el hombre, y que, si sales,
seremos presas o muertas.
¿Cómo te das a entender
que es cosa segura el ir
siendo imposible el volver?

ROSAURA

¿Quién podrá, madre, sufrir
el deseo de saber?

. V-

Cuando era niña pequeña
bien tomaba sus liciones,
sin pasar de aquella peña,
conociendo las razones
de que me advierte y enseña.
Ya grande, cual soy agora,
no las tomo bien, señora;
porque, a su mucha aspereza,
mi propia naturaleza
se rebela de hora en hora.
¿Qué es lo que arriba se ve?

TEODOSIA

Cielo en que vive el autor
de cuanto es, ha sido y fue.

ROSAURA

¿No dices que es el criador,
cuando me enseñas su fe,
de todas las criaturas?

TEODOSIA

Sí digo.

ROSAURA

¿Y que hizo un hombre,
madre, enseñarme procuras,
que fue Adán su propio nombre?

TEODOSIA

Como un escultor, figuras
o modelos suele hacer:
hizo al hombre.

ROSAURA

Y ya formado,

¿no dice que a la mujer
sacó del mismo costado,
y que los mandó querer
como en una carne a dos?

TEODOSIA Sí, porque los hizo Dios,
para aumento del humano
género.

ROSAURA Su eterna mano
quiso que, de dos en dos,
fuese colmando la tierra
de fruto de bendición:
lo demás que vivo encierra,
decís que animales son,
ya en el prado, ya en la sierra;
y que solo el hombre tiene
el rostro elevado al cielo,
porque es el centro a que viene.

TEODOSIA De cuanto vive en el suelo,
solo al hombre le conviene.

ROSAURA Pues siendo así, ¿cómo dice
que nosotras somos fieras
si a Dios alaba y bendice
en cosas tan verdaderas?,
¿no ve que se contradice?
Si a mí me llama animal,
¿para qué dice que el cielo
es mi patria natural,
y dice que deste velo
se cubre un alma inmortal?
Si alma tengo, y fue criada
para el cielo, no soy fiera.

TEODOSIA Eres fiera en ser tratada
como fiera, y, donde quiera,
del hombre crüel buscada.

ROSAURA Eso deseo saber;
que si al hombre la mujer
le dieron por compañía,
¿cómo perseguir podría
a quien debiese querer?

TEODOSIA No eres tú mujer.

ROSAURA ¿Pues qué?

TEODOSIA ¡Cosa que degeneró
del primero ser que fue!

ROSAURA ¿Pues a mí quién me engendró?
Porque, según vuestra fe,
yo no nací como planta,
pues alma tengo que al cielo
mis pensamientos levanta.

TEODOSIA Este monte, nieve y yelo.

ROSAURA Vuestra locura me espanta.
El monte puede engendrar
árboles, frutas y flores;
la nieve no más de helar.

TEODOSIA Y estos ciervos corredores
y aves que has visto volar,
¿no los engendra esta sierra?

ROSAURA No, que el ave por el viento
vuela, aunque nace en la tierra;
mira que tu entendimiento,
en cuanto me dices, yerra.
Que no soy ave se ve
en que no vuelo y que tengo

 lengua.

TEODOSIA Engañaste.

ROSAURA ¿Por qué?

TEODOSIA Porque en oír me entretengo
su canto; y su lengua sé.

ROSAURA ¿Tú?

TEODOSIA Yo.

ROSAURA Pues di lo que agora
ha dicho aquel ruiseñor.

TEODOSIA Dice que a su esposo adora.

ROSAURA No dice sino que amor
naturalmente enamora.

TEODOSIA ¿Pues eso cómo lo sabes
si tú no entiendes las aves?

ROSAURA ¿Y tú cómo lo defiendes,
pues que las aves no entiendes,
que aquellas quejas süaves
no son voz como la mía?
Y si tú entiendes la suya,
tú eres ave, y yo podría
no ser de la forma tuya.

TEODOSIA ¡Ea!, ya no más porfía.

ROSAURA Madre no te has de enojar
de que desee saber.

TEODOSIA Las fieras han de callar;
las fieras no han de entender
ni argüir ni preguntar.

ROSAURA Si soy fiera, a toda fiera
veo con su esposo al lado:
las ciervas desta ribera
de su esposo han engendrado;
no, madre, de otra manera.
Si es que yo soy animal,
¿con qué animal te juntaste
para que naciese igual
al ser que de ti imitaste,
que es ser con alma inmortal?
Enséñame el padre mío.

TEODOSIA Yo fui tu madre y tu padre.

ROSAURA Eso, madre, es desvarío.

TEODOSIA El nácar de perlas madre
hija engendra del rocío.
Ábrese la concha bella,
en el mar, por la mañana,
y entra el sol y el alba en ella.
La generación humana
forma el sol; y de la estrella
con que nace una persona,
toma aquella inclinación.

ROSAURA Que el sol engendra, no abona,

madre, tu fuerte razón;
el argumento perdona.
Porque si solo engendrara,
otro sol como él hiciera;
y que hay otro es cosa clara
que le ayuda y de quien fuera
la materia que tomara.
Que ayude el sol no lo niego,
mas para engendrar un yo,
otro yo es fuerza: que el fuego
dará calor al que obró
el ser que me forma luego.

TEODOSIA Pues eso mismo te digo:
que el sol que una vez llegó
a estar, Rosaura, conmigo,
en mí misma te engendró.

ROSAURA Al sol alabo y bendigo.
Pues, madre, tener querría,
por si vós os acabáis,
otro yo en mi compañía:
decidme cómo os juntáis
con ese sol y en qué día;
que quiero formar un yo
que viva sujeto a mí
como yo a vós.

TEODOSIA ¿Quién te dio
ese pensamiento?

ROSAURA Hoy vi,
si el aire no me engañó,
una cosa, madre mía,
que casi me parecía;
y este el sol debe de ser
con que vós soléis tener
alguna vez compañía.

TEODOSIA ¿Hombre has visto?

ROSAURA Luego son
hombres aquellos que vi:
pienso que tenéis razón.

TEODOSIA ¡Ay, Rosaura, que por ti

. v-

espero mi perdición!

ROSAURA
Por unas zarzas metida
vi que aquel se desnudaba
cierta cosa que, vestida,
todo su cuerpo adornaba;
y, a un ramo de un olmo asida,
en una fuente se echó
y se lavó y se enjugó;
y, volviéndose a vestir,
no me harté de bendecir
la madre que lo parió.
Aunque también me reí
de ver que vestirse pudo,
y dije, madre, entre mí:
«Mejor estabas desnudo;
¿por qué te vistes así?».

TEODOSIA
Calla, que me enojas tanto
que de mi furor me espanto
como te sufro.

ROSAURA
Pues, madre,
si era el sol, y si es mi padre,
¿qué testimonio os levanto?

TEODOSIA
Es porque pudo abrazarte;
que no por otra ocasión,
si el sol viniera a mirarte.

ROSAURA
¡Ay, madre! Tiene razón:
que desde verle a esta parte
toda me siento morir;
el sol debió de encenderme,
que ni comer ni dormir
he podido más, ni verme
conmigo en quietud vivir.
Digo, madre, ¿estaba así
aquel día que al sol vio?

TEODOSIA
¿Qué dices, triste de mí?
¿Hombres has visto?

ROSAURA
Hombres no,
pero al sol, desnudo, sí.

TEODOSIA Vive el cielo que te mate
si sales de aquesta cueva.
¿No temes que te maltrate
si te coge el sol o lleva
donde jamás te desate?

ROSAURA Sí temo; mas ¿qué he de hacer,
si acaso le acierto a ver?
Deme algún remedio.

TEODOSIA Advierte
que puede darte la muerte
si te acertase a coger.
Y para que huya de ti
haz la cruz que te enseñé.

ROSAURA ¿Con la cruz huirá de mí?

TEODOSIA Sí, Rosaura.

ROSAURA Pues a fe
que yo me defienda así.

TEODOSIA Ven por aquesta espesura,
que al pie desta fuente clara
es la caza más segura.

ROSAURA Madre, si el sol no abrasara
era linda criatura.

(Salga LAURO, ya viejo, con un gabán y báculo en la mano, y FELIPE, ya mancebo, con un venablo, y VELARDO, villano.)

LAURO Cosa me cuentas peregrina y rara.

VELARDO Yo no te la contara a no ser cierta.

FELIPE Pues, padre, ¿no era muerta aquella fiera
que a toda la ribera, selva y monte
deste nuestro horizonte daba espanto?

LAURO Veinte años ha que tanto fue buscada
que cueva ni emboscada, en bosque o sierra,
quedó por esta sierra, y yo creía
que difunta sería.

FELIPE Por muy cierto

. r-

contaba el viejo Alberto, las pesadas
noches de invierno heladas -que él sabía
del animal de Hungría las memorias-
al fuego las historias, afirmando
que le mataron cuando en esta encina
la princesa Faustina, venturosa,
parió una niña hermosa; pues la fiera,
viva, libre y entera como hoy vive,
y de su rey recibe mil favores,
se la dejó en las flores deste prado
y por el enriscado monte arriba
se llevó fugitiva la criatura.

LAURO Tuvo en eso ventura desdichada
y llegó de espantada al fin postrero.

FELIPE ¿No tienen heredero?

LAURO No, Felipe,
porque no participe de un engaño
que por ser tan extraño no le digo;
pero a solas contigo, que en efeto
eres hombre discreto, y procedido
de españoles, que han sido tan leales,
sabrás los grandes males que esta historia
conserva en mi memoria.

FELIPE En ese día,
a la crianza mía de que vivo
obligado y cautivo, das y pones
nuevas obligaciones.

LAURO Años hace
que donde agora nace aquella oliva,
o poco más arriba, que aún me enseña
señales esa peña, triste y solo
te hallé al ponerse Apolo.

FELIPE Dios os guarde,
que por vós vive y arde aquesta vela;
que con tanta cautela tantos vientos
contrastaban sedientos de mi muerte.

LAURO Di, amigo, ¿de qué suerte has visto agora
aquella fiera que estos campos mora?

VELARDO ¡Cómo una fiera no más!
 Digo, señor, que son dos.

LAURO Dos hizo el miedo.

VELARDO Por Dios,
 que aunque no me vi jamás
 con más temor que ayer tarde,
 que sé que eran dos muy bien.

LAURO ¿Llegaron cerca?

VELARDO También,
 así Dios tus años guarde,
 aunque no por valor mío;
 porque corriendo tras mí
 las vi cerca, y socorrí
 mi vida en medio del río,

 . v-
 donde fue cuento gallardo
 las piedras que me tiró
 la mayor.

LAURO Bien pienso yo
 que no fue temor, Velardo.
 Pero, en fin, ¿dices que viste
 dos?

VELARDO Sin duda fue, señor.

FELIPE Velardo, si fue temor,
 di la verdad.

VELARDO Si consiste
 en los ojos la verdad:
 dos vi; sin duda dos son
 de notable perfección
 y mayor velocidad.
 Ya sabéis que no es Velardo
 zagal que gusta en su aldea
 de decir lo que no sea;
 que de aqueste sayal pardo
 cubro un alma que se precia
 de tratar siempre verdad;
 que huyo de la ciudad
 porque la verdad desprecia.

Creed que hay aquí linajes
de salvajes; yo los vi.

FELIPE ¿Tú?

VELARDO Yo, digo, porque a mí
siempre me siguen salvajes.

FELIPE ¿Por qué?

VELARDO Porque quiso el cielo
que naciese a tanto mal.

LAURO Conocer este animal
me daba tanto recelo...
Sé que es la Reina, y pensé
que, como quien es, guardara
castidad; mas cosa es clara
que si parió, no lo fue;
porque esta no puede ser
la criatura que le hurtó
a Faustina, porque yo
al Rey se la vi traer
entonces hecha pedazos:
sin duda que algún pastor
trata de secreto amor
con poco honestos abrazos.
¡Oh terrible soledad!,
¿a qué desdichas no obligas?

FELIPE ¿Qué dices, Lauro?

LAURO No digas,
Velardo, por la ciudad,
que has visto aquestos salvajes.

VELARDO No haré por más que me importe,
porque tienen en la Corte
parientes en buenos trajes.
Harto he procurado a fe
verme libre de animales,
porque son perjudiciales
desde el cabello hasta el pie.
Lo que agora me conviene
es envolverme, si puedo,
porque tengo al agua miedo
por la calidad que tiene,

en dos sábanas de vino.

FELIPE ¿Bebértelo no es mejor?

VELARDO No, porque tengo temor
que digan que desatino.

(Vase VELARDO.)

LAURO Hijo, ya que estás solo te querría
preguntar una cosa que ha menguado
mi edad creciendo la desdicha mía.
Dime, Felipe, ¿no te da cuidado
ser sobrino de un rey, nieto de un conde
de Barcelona, y verte en este estado?
¿No te pregunta el alma cómo y dónde
naciste y te criaste? ¿Ni el deseo
que vayas a saberlo te responde?

¿Es posible que estés, como te veo,
contento en una choza, humilde y pobre,
más bárbaro que el indio adusto y feo?
¿Ni sientas que te falte o que te sobre
el vestido, el sustento y la grandeza
que ya es razón que tu cuidado cobre?
¿Es posible, Felipe, que la alteza
en que naciste no te mueve el alma
y fuerza a aborrecer tanta aspereza?
¿Cómo vives aquí, la mar en calma
de tantos generosos pensamientos,
debiendo a tu valor corona y palma?
¿Aún no te dan primeros movimientos
del bien perdido y de la patria amada,
no habiendo en medio más que mar y vientos?
Emprende, ¡oh, gran Felipe!, una jornada
a España antes que yo mi muerte vea
porque vea tu frente coronada.
Yo te crie; mi corazón desea
restitüirte a España: ¿qué respondes?

FELIPE Que no es posible, ¡oh, padre!, que amor sea.
Y si es mi bien, ¿por qué el amor escondes

en palabras tan ásperas y esquivas?
Yo no conozco príncipes ni condes:
solo le pido a Dios, Lauro, que vivas
y que te sirva yo como lo debo.
¿Por qué razón de ti, señor, me privas?

LAURO Como te veo próspero mancebo,
gallardo, generoso y tan valiente
que pueden envidiarte Marte y Febo;
y veo que mi casa pobrementemente
regala y sirve tu valor, Felipe,
quisiera verte en un lugar decente;
porque por más que Lauro se anticipe,
¿qué puede darte? Aquí todo es pobreza.

FELIPE ¿Decislo porque acaso no disipe
la hacienda vuestra, Lauro?

LAURO Esa aspereza
no la merece, hijo, el amor mío:
a lágrimas obligas mi ternura.
Nunca te he visto, ingrato, ese desvío:
me ha parecido mal en tantos bienes

. v-
como el cielo te dio.

FELIPE Fue desvarío:
deja, padre, las lágrimas, que vienes
muy viejo aquesta tarde y no querría
que pienses mal de quien por hijo tienes.
Ni el cetro, el reino ni la patria mía
me dan cuidado; porque más te quiero
que a todo el oro que el Oriente cría.
Las coronas, llegado el fin postrero,
vemos en calaveras descarnadas
con risa y ambición del heredero.
Yo precio, padre, más mirar colgadas
vuestras paredes de esos paños viejos
con figuras apenas divisadas
y, mientras esa Alcina dos conejos
muertos con mi arcabuz en ese monte,
escucharos un cuento y dos consejos,
que el palacio del sol que vio Faetonte.
Aunque en vez de aquel carro y los caballos

fuera donde el veloz Belorofonte,
¿qué criados, amigos y vasallos
como estos verdaderos labradores
que pueden muchos reyes envidiallos?
Aquí las aves y las varias flores
son músicas y alfombras de la mesa
que se suele cercar de aduladores.
Viva el señor que la ciudad profesa
entre solicitudes y cuidados
de la ambición que de inquietar no cesa;
yo entre aquestos robles y ganados,
donde solo murmuran arroyuelos,
y no envidiosos de sufrir cansados...

LAURO

Hijo, bien sé que tratas mis consuelos,
pero ninguno para mí tan grande
como que traten de tu bien los cielos.
Bien puedes ir, y bien es que te mande,
como padre, que a España des la vuelta
mientras la rueda en tus desdichas ande:
allá sabrás si acaso está revuelta
por la desgracia de tu hermosa madre,
que ya de la prisión estará suelta;
sabrás si reina el Conde o si tu padre,

-r-

y con lo que mejor te esté de todo
y a tus heroicos pensamientos cuadre,
podrás volverme a ver del propio modo,
y si es bonanza iré a vivir contigo,
porque no te podré perder del todo.

FELIPE

De esa manera, padre, yo me obligo
ir y volver: no llores de esa suerte.

LAURO

Sabe Dios la piedad con que lo digo.

FELIPE

No te vayas, aguarda.

LAURO

El trance es fuerte:
a la noche hablaremos, Dios te guarde;
y a mí también para volver a verte,
puesto que estoy con tanta edad cobarde.

(Vase LAURO.)

FELIPE

No niego el justo deseo
que de veros tengo, España,
puesto que en esta montaña
en mayor quietud me empleo;
más cuando imagino y veo
que nací en tanto valor:
él mismo obliga al honor
para que veros procure
y que la vida aventure
a todo trance y rigor.
Pero si la madre mía
murió a manos de mi abuelo,
y a mi padre quiso el cielo
castigar el mismo día
para ver la tiranía
de un hombre sin esperanza
de poder tomar venganza:
no me parece cordura;
que para más desventura
no es discreta la mudanza.

(Entre ROSAURA.)

ROSAURA

([Aparte.]
Sin licencia de mi madre,
el sol he venido a ver
como quien viene a saber
nuevas de su mismo padre;
que puesto que no me cuadre
según ella me aconseja,
su vista, porque me deja
de tanta luz abrasada,
el mismo fuego me agrada
y es mayor cuando se aleja.
No puedo sin él vivir;
sin él no acierto a comer:
gran cosa debe de ser,
pues no me deja dormir.
Pero tanto resistir

de Teodosia en que no vea
quien tanto el alma desea:
no puedo saber lo que es;
pero sabrelo después
que de experiencia lo crea.
Dice que haciendo los dedos
una cruz huirá de mí
como demonio; y que ansí
perderé todos mis miedos.
Los ángeles se están quedos
si este con la cruz lo está
y en viéndola no se va:
que es ángel es testimonio.
Y si se fuere, es demonio.
¡Vade! ¡Cruz: formela ya!
¡Por el cielo soberano!,
que se está quedo y compuesto

. v-

con haberle la cruz puesto
a los ojos con la mano:
él es ángel, esto es llano.
Mas no la debió de ver:
quiero llamalle y hacer
a un tiempo la cruz; veamos
si acaso nos engañamos,
que pienso que puede ser.)
¡Hola, hola!

FELIPE ¿Quién me llama?

ROSAURA ¡Cata la cruz!

FELIPE ¡Santo Dios!

ROSAURA ¿Hüis? Demonio sois vós.

FELIPE **[Aparte.]**
Mas, ¿dónde voy, si me infama
el verme sola una rama
deste monte? Sacar quiero
de la vaina el blanco acero.)
¡Aquí estoy, monstruo crüel!
[Aparte.]
Puesto que me espanto dél,
morir o matarle espero.

ROSAURA ¡Cata la cruz!

FELIPE Eso fuera
 justo decírtelo a ti.
 ¿Pero tú, demonio, a mí?

ROSAURA Ángeles, pues ¿qué me espera?

FELIPE ¿Quién eres, hermosa fiera,
 que, acercándome a tu cara,
 la mano y la espada para?
 ¿Eres demonio o mujer?
 Que todo lo puede ser
 una hermosura tan rara.

ROSAURA **[Aparte.]**
 Basta que habla como yo
 y bien lo que dice entiendo.

FELIPE **[Aparte.]**
 Si es aqueste el monstruo horrendo,
 el temor os engañó;
 que yo sé que no formó
 la sabia naturaleza
 monstruo de tanta belleza.

ROSAURA **[Aparte.]**
 Más cerca al sol he mirado
 y antes el fuego he templado
 en su hermosa gentileza.

FELIPE **[Aparte.]**
 ¿Este llaman en Hungría
 animal? O ellos son tales,
 o tú de los celestiales
 que pinta el astrología:
 que habiendo estrellas en ti
 eras animal del cielo.

ROSAURA **[Aparte.]**
 Ya su fuego y ya su yelo
 poco a poco siento en mí;
 pero es con una blandura
 que si de aquí se ausentara
 sospecho que me matara
 la falta de su hermosura.

FELIPE Desvía bien los cabellos,
pues no vengo a hacerte daño:
será el rostro desengaño
de lo que temo por ellos.
Déjate ver sin temor.

ROSAURA Sí haré, si te dejas ver.

FELIPE ¿Eres, por dicha, mujer?

ROSAURA Quien a ti te tiene amor,
¿cómo en el mundo se llama?

FELIPE Mujer.

ROSAURA Pues eso seré.

FELIPE ¿Pues tíenesme amor?

ROSAURA No sé
qué es lo que tiene quien ama.
Dímelo tú y, si conforma
con lo que siento en mi pecho,
sabré si es amor.

FELIPE Sospecho
que es el amor desta forma:
mirar por accidente y agradarse,
y al alma por los ojos imprimirse;
y tanto más a su memoria unirse
cuanto procura el alma desviarse.
En esto los sentidos conformarse
y no poder, queriendo, divertirse
y, hasta que vienen todos a rendirse,

en tales pensamientos regalarse.
Tener por centro, por descanso y gloria
la sujeción del alma a tanta pena,
y adorar por favores los desdenes.
Perder de todo punto la memoria,
colgar la vida en voluntad ajena:
esto es amor; tú sabes si le tienes.

ROSAURA ¡Notable cosa es amor
como aquí me lo has pintado!

FELIPE Esto llaman su cuidado,

su deseo y su temor.

ROSAURA Ya lo que siento prevengo.

FELIPE Tu pecho de aquí lo arguya.

ROSAURA ¡Óyeme, por vida tuya,
 porque sepas si le tengo!

 Yo vi, yo me admiré; mas de admirarme
 nació un regalo en que sentí perderme;
 los sentidos hallé como el que duerme
 sin poder la memoria despertarme.

 Sentí notable pena en ausentarme;
 y, ausente, sólo pudo entretenerme
 imaginando en la presencia verme
 que pudo entristecerme y alegrarme.

 Mil esperanzas a mi pena ofrezco:
 con todas estoy bien, y mal conmigo;
 en un punto me alegre y entristezco.

 Huyo de la razón y el gusto sigo:
 esto siento, esto tengo, esto padezco;
 si esto es lo más de amor, lo menos digo.

FELIPE No lo has pintado muy mal:
 tu traje encubre el valor.

ROSAURA ¿Quién pudiera sino amor
 enseñar un animal?

FELIPE ¿Dónde naciste?

ROSAURA ¿Yo? Aquí.

FELIPE ¿De quién?

ROSAURA De otra como yo.

FELIPE Sí, pero ¿quién te engendró?

ROSAURA El sol.

FELIPE ¿El sol?

ROSAURA Mi bien, sí.

FELIPE El sol y el hombre, dirás.

ROSAURA ¿Qué es 'hombre'?

FELIPE Yo.

ROSAURA ¿Tú eres hombre?

FELIPE Ese es mi ser y mi nombre.

ROSAURA Ya te voy queriendo más.
¿Luego mi madre no pudo
del sol engendrarme a mí?

FELIPE No; ni el sol ni ella sin mí.

ROSAURA Sin duda es verdad que dudo...
Y si yo quisiese hacer
otra yo que esté conmigo,
¿querrá el sol venir contigo?

FELIPE Si no llueve podrá ser.

ROSAURA Pues buscar un día claro.

FELIPE **([Aparte.]**
¡Oh, varia naturaleza!
¿Que dieses tanta belleza
a un monstruo? ¡Milagro raro!
Esta, sin duda, ha nacido
de aquel primero animal;

. v-

y amor, pasión natural,
la debe de haber rendido.)
Dime, ¿hasme visto otra vez?

ROSAURA Yo te vi una siesta ardiente
bañar en aquella fuente,
y todo el cielo es juez;
que fue mucho resistirme,
de no hablarte sin temor;
mas un no sé qué mayor
me tuvo dudosa y firme.
¿Sabes tú cómo se llama
lo que a la mujer detiene?

FELIPE Vergüenza, porque conviene
mucho a toda honesta dama.
En fin, ¿te parezco bien?

ROSAURA Me enloqueces.

FELIPE Pues reporta

ese amor; porque te importa
que yo te quiera también.

ROSAURA Luego, cuando una mujer
quiere a un hombre, ¿no sucede
lo mismo al hombre?

FELIPE Bien puede
el hombre no la querer.

ROSAURA ¿Cómo no? Di la razón.

FELIPE Querer otra.

ROSAURA ¿Y dónde está
esa otra?

FELIPE Él la tendrá
primero en el corazón.

ROSAURA Luego, ¿tú puedes querer
otra mujer?

FELIPE Bien podría.

ROSAURA Desdichada suerte mía...

FELIPE Ya no tienes que temer,
que yo te quiero en extremo.
Mas di: ¿dónde te he de hallar?

ROSAURA En este mismo lugar.

FELIPE Voces dan: tu vida temo.
Quédate escondida aquí.
Iré a ver lo que es; mas quiero
saber tu nombre primero.

ROSAURA Rosaura.

FELIPE ¿Rosaura?

ROSAURA Sí.
Dime el tuyo.

FELIPE Yo me llamo
Felipe.

ROSAURA ¿Vendrasme a ver?

FELIPE Pues no.

ROSAURA Y aquella mujer
otra que tanto desamo,
¿quiéresla bien?

FELIPE No, por Dios;
que por ti me abraso y ardo.

ROSAURA Pues, Felipe, aquí te aguardo.

FELIPE Ya nos veremos los dos.

(Vase FELIPE.)

ROSAURA Bellísimo animal parece el hombre;
ninguno he visto que me agrade tanto:
ya por su ausencia me provoco a llanto,
que no hay vergüenza que mi pecho asombre.
 Dame licencia que te llame y nombre,
Felipe mío; pues si a ver levanto
la vista al monte, todo causa espanto
si no es el eco de tu dulce nombre.
 ¡Felipe!, ¡hola Felipe! Por los cielos
que aquella otra le detiene y tiene
entre los brazos, y esto llaman celos.
 Pues otra: que le dejes te conviene;
que iré a matarte si me dan recelos
que por otra hermosura se detiene.

(Entra SILVANA, labradora.)

SILVANA Todas se fueron sin mí
por no querer esperarme:
pues a fe que he de vengarme.

 Temblando voy por aquí...
 Estaban cogiendo flores
 las zagalas del aldea:
 plega a Dios que mejor sea
 la siesta que mis temores.
 Contaban del animal

que ha vuelto al monte de nuevo,
y que ayer con un acebo
dejó tendido a Pascual.
Y que a no entrarse Velardo,
vestido, dentro del río,
pagara su desvarío
como Riselo y Pinardo.
Y con el miedo se huyeron;
y en el monte me dejaron,
tan a prisa, que dejaron
las más flores que cogieron.
Dios me libre de topar
con la fiera hasta el aldea.

ROSAURA No acabo de ver qué sea,
ni sé si acierto en llegar;
pues este animal no es hombre:
animal es diferente,
porque la barba y la frente
muestran su diverso nombre.
La que Felipe tenía
era con ciertos cabellos,
y en esta no hay señal dellos:
solo como yo los cría.
A mí tiene semejanza;
pues quiero llegar: ¿quién eres?

SILVANA ¡Ay, triste!

ROSAURA Ya no hay qué esperes
si no es morir tu esperanza.
Di presto el género tuyo:
¡dí qué animal!; ¡presto, acaba!

SILVANA Muerta soy, yo soy tu esclava:
aquí estoy, que no me huyo.
No soy la que te ofendí:
otra soy.

ROSAURA ¿Otra?

SILVANA Sí, a fe.

ROSAURA ([**Aparte.**]
Notable dicha, a otra hallé.)
¿Que tú eres otra?

SILVANA Yo sí.
[Aparte.]
Que no soy la que ella piensa:
otra soy muy diferente.

ROSAURA Mi muerte tengo presente
y la causa de mi ofensa.
¿Conoces al animal
más bello y hermoso aquí?

SILVANA ¿Qué nombre?

ROSAURA Felipe.

SILVANA Sí.

ROSAURA No lo niega, ¡hay cosa igual!
La vergüenza que decía
Felipe aquesta perdió
desde que le vio y habló:
más fue la vergüenza mía.
Dime, otra, desdichada:
¿quién es Felipe?

SILVANA Un mancebo,
hijo de Lauro y de Febo,
Dafne en laurel transformada;
vive en una casería
que no está lejos de aquí.

ROSAURA ¿Quiéresle tú bien?

SILVANA Yo sí;
que le ha criado mi tía.

ROSAURA ¿Quién dices?

SILVANA Otra mujer.

ROSAURA Luego, ¿hay más otras allá?

SILVANA Tan lleno el lugar está
que no se pueden valer.

ROSAURA Muerta soy, Felipe ingrato,
pues que tantas otras tienes:
poco haré, pues que no vienes,
si una de tantas te mato.
¿Cómo te juntas, traidora,
con Felipe?

SILVANA Eso es notorio...
Ánimas de Purgatorio:
¡libradme, valedme agora!

ROSAURA ¿Dime en qué tiempo?

SILVANA Las fiestas
en el baile.

ROSAURA ¿Qué es el baile?

SILVANA El corro.

ROSAURA Ve luego y traile.
(Dele unas castañuelas.)

SILVANA Mire con aquestas puestas...
Nos ajuntamos los dos
y nos hace el son Benito.

ROSAURA Muestra.

SILVANA San Antón bendito:
cegalda.

ROSAURA ¿Con esto?

SILVANA ¡Ay Dios!

. v-

Con aquestas en las manos
y andar de aquí para allí.

[Aparte.]

¡Oh si la engañase así!

ROSAURA Por los cielos soberanos,
Otra, que no has de vivir.
(Péguela.)

SILVANA ¡Ay, que me mata!

ROSAURA No quiero
que bailes cuando yo muero

con quien me obliga a morir.

(Entra TEODOSIA.)

TEODOSIA ¿Qué haces? ¿Por qué das muerte
a esta mujer?

SILVANA ¡Ay de mí!

ROSAURA Que no es mujer; otra sí.

SILVANA Desdichada fue mi suerte:
juntándose van salvajes.

TEODOSIA Vete, mujer.

SILVANA Cielo santo,
valedme.

(Vase SILVANA huyendo.)

ROSAURA No entiendo tanto
destos tan varios linajes
como tú. Mas yo sé bien
que, con dejarla ausentar,
das a Felipe lugar
para que juntos estén.

TEODOSIA ¿Qué Felipe?

ROSAURA Ansí se llama
el sol que contigo habló;
y que es hombre me contó,
y que adora, quiere y ama
a las otras de su aldea,
y esta es una.

TEODOSIA **([Aparte.]**
¡Triste yo!)
¿Hablaste con alguien?

ROSAURA No,
que no sé lo que 'alguien' sea.
Pero con Felipe sí,

que es bellísimo animal.

TEODOSIA ¿Qué Felipe?

ROSAURA ¡Hay cosa igual!
El que me engendró de ti.

TEODOSIA **[Aparte.]**
Esta habló con algún hombre.

ROSAURA Sí madre: el que vi en la fuente.
Habla en él, que estando ausente
solo me alienta su nombre.

TEODOSIA Si le hicieras apartada
la cruz...

ROSAURA No, no, madre mía;
ya hice cuantas podía,
mas no aprovechó de nada.
Es ángel, que no es demonio;
no ha de huir, estase quedo.

TEODOSIA ¿Que no le tuviste miedo?

ROSAURA ¿No ve claro el testimonio?
Hablele, hablome en amor;
dijome lo que sentía,
y es que, como en mí vivía,
sabe mis cosas mejor.
Que se juntase conmigo,
y con el sol, le rogué.

TEODOSIA ¿Juntose?

ROSAURA No, que se fue,
y con el alma le sigo.
Dijome que me quería
si otra no se lo estorbase;
y como sola quedase,
quiso la ventura mía
que viniese este animal;
y dijo que se llamaba
Otra y a Felipe amaba.
¿Viste atrevimiento igual?
Cogila de los cabellos,
y si no vienes...

TEODOSIA ¿Qué has hecho,
traidora?

ROSAURA ¡Ay madre!, en el pecho
tengo aquellos ojos bellos
como dos duras espinas:
o me los haga sacar
o mañana me ha de hallar
por fruta destas encinas.

TEODOSIA ¡Ay Rosaura!, que has de ser
mi ruina y perdición;
y pues ya tu inclinación
te dice que eres mujer:
advierte que ese animal
es hombre, y que ha de obligarte
a perder la mejor parte

de una mujer principal.
Mira que es gran deshonor
sujetarse a un hombre así.

ROSAURA Pues, madre, remedie en mí
esto que llaman amor
o dígame de qué modo
ella por hija me tiene.

TEODOSIA Eso por sus tiempos viene;
que el tiempo lo ordena todo.
Hay unos hombres que llaman
maridos, y este fue el mío;
que es deshonra y desvarío
en las que los otras aman.

ROSAURA Pues, madre, ¿no puede ser
marido aquel que yo vi?

TEODOSIA Cuando llegue el tiempo sí;
y tú serás su mujer.

ROSAURA Haga cuenta que es llegado.

TEODOSIA Sí, pero en mujer de honor
es bajeza y deshonor
mostrar amor declarado.
En las leyes del querer

es el hombre el que ha de amar;
porque es, llegar a rogar,
gran bajeza en la mujer.

ROSAURA Toda esa ley está errada.

TEODOSIA No digas tan gran locura.

ROSAURA Adonde está la hermosura
ha de ser solicitada.
Si no puede la mujer
sin el marido pasar:
claro está que ha de rogar
la que más ha menester.

TEODOSIA Ha dado naturaleza
al hombre más perfección;
y, por la misma razón,
a la mujer más belleza.
Y como proceden dellas
guárdanlas ese respeto.

ROSAURA Pues si el hombre es más perfeto,
¿cómo son ellas más bellas?
¿No es la beldad perfección?

TEODOSIA Gente siento: espera, iré
a verlo; y después daré
a tu pregunta razón.

(Vase TEODOSIA.)

ROSAURA Aunque más razón me deis,
seguiré mi natural
que me enseña a amar mi igual:
por eso no os descuidéis;
que es muy colérico amor
y no da espacio a la fe.

(Entre FELIPE.)

FELIPE Pienso que aquí la dejé,

entre esta retama en flor.

ROSAURA ¡Felipe!

FELIPE ¡Rosaura mía!
Mucho he sentido tu ausencia...

ROSAURA Y yo perdí la paciencia
de ver que te detenía
la crüel otra, tu dama;
mas una dellas cogí
y me ha vengado de ti.

FELIPE Verdad es que otra me ama;
mas no la quiero querer,
después, mi bien, que te vi.

ROSAURA Yo hablé con mi madre aquí,
y dice que soy mujer
y que puedo con mi honor
quererte como a marido:
¿dice verdad o ha mentido?

FELIPE Es el más perfeto amor
y sin ofensa del cielo:
en todo dice verdad.

ROSAURA Hoy veré tu voluntad.

FELIPE Di lo que quieres.

ROSAURA Direlo:
ruégame como que quieres
que me rinda si te escucho;
que dizque esto importa mucho
al honor de las mujeres.

. v-

Y seré yo tu mujer
y tú serás mi marido.

FELIPE Digo que muy justo ha sido;
que el servir, el pretender
y el rogar es para el hombre;
y así te ruego me quieras.

ROSAURA Y aunque tú no lo dijeras
y se infamara mi nombre,

me rindiera a ti: yo soy
tu mujer.

FELIPE Yo tu marido.

ROSAURA Mas una cosa te pido
ya que a tu servicio estoy.

FELIPE Dilo.

ROSAURA Que no has de querer
a otra más en tu vida.

FELIPE Tú sola serás querida
como mi propia mujer.
Mas también quiero avisarte
que a otro no quieras bien.

ROSAURA Luego, ¿hay más otros?

FELIPE También.

ROSAURA ¿Adónde?

FELIPE En cualquiera parte.

ROSAURA No hayas miedo que a otro quiera.

FELIPE **[Aparte.]**
No se usara por allá
esta llaneza.

[VOCES] **(Dentro.)**
Aquí está
aquella espantosa fiera:
prevenid las armas presto.

(Salen los villanos con diversas armas.)

VELARDO Ve tú delante, Silvana.

ROSAURA ¿Qué es esto?

FELIPE Gente aldeana
que armada ocupa este puesto:
¿si vienen en busca tuya?

TIRSO Llegad todos, que aquí está.

FELIPE Villanos, teneos allá.

GIL. Téngase él, por vida suya.

FELIPE Ponte aquí detrás de mí,
que temo que han de matarte.

ROSAURA ¿Subireme en alta parte?

FELIPE Sube y espérame allí.

RISELO Apártate, Felipe; que no es justo
que un animal tan pernicioso y malo
defiendas, con tu espada, de esa suerte.

FELIPE Yo sé que no es razón que le deis muerte.

TIRSO ¿Cómo que no es razón? Quítate digo
o vive Dios...

FELIPE Villano, ¿tú amenazas
un hombre como yo?

SILVANA Mientras defiendes
que lleguen con las armas, ya la fiera
entre las peñas se escondió ligera.

RISELO No has tenido razón; pero nosotros
la culpa hemos tenido por tenerte
respeto que en aquesto no mereces:
¡Afuera!, digo. Y tras la fiera vamos,
que quien defiende un monstruo no es cristiano.

FELIPE ¡Tente, Riselo!; y mira que la fiera
no es animal sino mujer.

RISELO ¡Aparta!,
que si fuera mujer no maltratara
a las mujeres con rigor tan fiero.

TIRSO Pasad todos por fuerza, aunque no quiera.

FELIPE ¡Tente, Riselo, digo!

RISELO ¡Pasar tengo!

¡Ay, muerto soy!

FELIPE ¡Ya te avisé primero!

VELARDO ¿Muerto Riselo?

SILVANA ¡Sí!

VELARDO ¡Fuera! ¡Dispara,
Tirso, aquesse arcabuz!

FELIPE ¡Teneos, villanos!

TIRSO ¡Que no hay «teneos»! ¡Date a prisión luego
o el arcabuz disparo!

FELIPE ¡Tente, espera!

SILVANA ¡O le prended o muera!

TIRSO ¡Muera, muera!

FELIPE Amigos, yo me doy por preso. En todo
fue Riselo culpado.

TIRSO ¡Rinde luego
las armas!

FELIPE Que se rinda un hijo de un hidalgo
a un tropel de villanos... ¡Gran bajeza!

TIRSO ¡Vaya preso a la cárcel!

VELARDO ¡Vaya preso!

SILVANA ¡Mal haya mi venganza!

FELIPE ¡Hay tal suceso!

(Vanse y llévanle preso; y baja ROSAURA.)

ROSAURA Preso dicen que le llevan:
sin duda a matarle van.
¿Mis fuerzas adónde están?
¿Estos dejo que se atrevan
a la muerte que le dan?
¿Esta es la dura fiereza
que me ha dado esta aspereza
y el nacer desta montaña?
¿Ansí el amor me acompaña
debido a tanta belleza?
Altos robles que me vistes,

aunque en fuerzas desiguales,
despedazar animales
entre estos cipreses tristes
que hoy muestran blancas señales:
¿no os avergoncéis de ver
que me llamase mujer
de un hombre que es mi marido,
y que le lleven rendido
a morir y a padecer?
Claras cristalinas fuentes,
a quien yo las vedrías
teñí de vuestras corrientes
con la sangre de las fieras,
destos montes eminentes,
¿cómo no me murmuráis
entre el agua que lleváis,
que dejé a cuatro villanos
llevar atadas las manos
del ángel por quien lloráis?
Afuera, vil corazón,
seguirle quiero, y libralle
o morir en la prisión;
la libertad quiero dalle,
que me dio en esta ocasión.
Aguarda, Felipe, espera,
no digas, ni Dios lo quiera,
que fui mujer en amarte,
cobarde amigo en dejarte
y en irme a los montes fiera.

(Váyase, y entren los villanos y un ALCALDE y LAURO.)

ALCALDE	¡Ponedle bien la cadena!
LAURO	Haced, señores, justicia: pero sea con templanza, si el ser quien soy os obliga.
TIRSO	Vós habéis criado un hijo, cual tenga el diablo la dicha, que por librar una fiera mató al mejor de la villa.

¿Qué templanza han de tener?

FELIPE Padre, dejad por mi vida

. v-

 que hagan lo que quisieren.

LAURO No hay rigor, furia y malicia
 como la de un vulgo airado.

SILVANA ¿Malicia es bien que se diga
 matar al pobre Riselo?

LAURO Silvana, si tú codicias
 la muerte del hijo mío
 que en los brazos de tu tía
 se ha criado tantos años,
 y es bien que tú le persigas:
 acaben, pues que tú quieres,
 su vida y la triste mía.

SILVANA Lauro, yo tengo razón;
 y, si tú la causa miras,
 verás que es poco el rigor.

FELIPE Padre, ¿tú a rogar te inclinas
 unos villanos como estos?

ALCALDE ¡Qué bien nos templa la ira!
 Pues voto al sol que ha de ir,
 encima de una pollina,
 con catorce arcabuceros
 y, de hierro, ochenta libras,
 a la Corte antes de un hora;
 que no ha de estar en la villa.

LAURO Hacienda tengo: no importa;
 y cuando no, el rey de Hungría
 sabrá quién es el mancebo:
 que es lo mejor de Castilla,
 que Felipe es español...

FELIPE Detente, padre; no digas
 cosa que me importa tanto:
 antes me quiten la vida.

(Entre ROSAURA con un bastón.)

ROSAURA Pasos cuyo atrevimiento
justamente el amor guía:
llevadme a librar el alma
entre bárbaros cautiva.
No diga jamás mi esposo
que fui cobarde y fingida,
pues su vida no defiende
cuando él defiende la mía.
¡Hombres, dejad a Felipe!

TIRSO Cielos, ¿no es la fiera misma
que buscamos en el monte?

ROSAURA Soy a lo menos su hija.
¡Dadme mi esposo, villanos!

ALCALDE ¡Cercadla, tenedla, asidla!
Muera, o si fuese posible,
cogedla para el Rey, viva.

VELARDO ¡Ay, que me ha descalabrado!

FELIPE Rosaura, señora, amiga,
esposa, ¡ay Dios!, ¿quién pudiera
favorecerla?

TIRSO ¡Desvía,
que con aqueste arcabuz
presto haré yo que se rinda!

FELIPE ¡Date, mi bien, date presto!
¡ríndete, Rosaura mía!

ROSAURA ¿Quieres que muera?

FELIPE Eso no.

ROSAURA Pues, ¿qué me mandas?

FELIPE Que vivas.

ROSAURA ¿Harete gusto en vivir?

FELIPE Tanto como en darme vida.

ROSAURA Pues yo me rindo.

ALCALDE ¡Prendedla!

LAURO ¡Cielos!, ¿qué nuevas enimas
son estas en que me veo?

FELIPE Padre y señor, no te aflijas.

LAURO ¿Dónde viste aquesta fiera?

ROSAURA Tú lo sabrás algún día.

ALCALDE ¡Gran ventura hemos tenido!
Desta vez a nuestra villa
hará el Rey grandes mercedes.

VELARDO ¿No ves que es la fiera chica
y que allá queda la grande?

ALCALDE No importa; yo sé que estriba
toda la paz desta tierra
en que a Dios y al Rey se sirva
con llevársela en prisión.

TIRSO Mas que quiere el Rey que viva
atada en los corredores.

VELARDO ¡Vendrá a verla toda Hungría!

ALCALDE ¡Vaya, Felipe, con ella!

VELARDO En un potro harán que diga
adónde queda su madre.

LAURO Felipe, ¿es esta tu hija?

FELIPE Mi hija, señor, pues ¿cómo?

LAURO ¡Ah, cielos! ¿Tantas fatigas
para mi vejez guardabas?

ROSAURA ¡Felipe!

FELIPE ¡Rosaura mía!

ROSAURA Por ti no temo la muerte.

FELIPE Por ti no estimo la vida.

Acto III

Salen el REY PRIMISLAO, FAUSTINA, FENICIO y acompañamiento.

REY
DE HUNGRÍA El monstruo es bello animal.

FAUSTINA Será monstruo de belleza...

REY
DE HUNGRÍA No ha hecho naturaleza
belleza tan desigual.

FAUSTINA ¿Dónde dice que le hallaron?

REY
DE HUNGRÍA Él propio vino al lugar
deseoso de librar
un hombre que le quitaron
con quien amistad tenía;
que no es nuevo, aunque te asombres,
haber hecho con los hombres
amistad y compañía.

FAUSTINA Ya sé, señor, que no es nuevo,
aunque prodigioso, en fin;
pues escriben que un delfín
amaba un bello mancebo
que siempre a nadar venía
a las orillas del mar,
donde alegralle y jugar
todas las tardes solía;
y que, faltando el invierno,
o porque el mozo murió,
del agua a tierra salió
buscando su amante tierno,
donde murió de dolor
sin querer volver al mar,
cosa en que quiso mostrar
su poder y fuerza amor.

REY
DE HUNGRÍA De perros, Faustina mía,
notables cosas se escriben;
pero ya en efeto viven
del hombre en su compañía.
También de los elefantes,
y de caballos también,
milagros raros se ven
a ese delfín semejantes.

Pero este monstruo de suerte
ama a este mozo aldeano
que pensó librarle en vano
con ofrecerse a la muerte.
Dicen que de agradecido,
de que por librarle a él,
mató dos hombres.

FAUSTINA

No es él
el primero que lo ha sido.
Y si el agradecimiento
se ve con ejemplos tales
en las fieras y animales:
mal de los ingratos siento.

REY
DE HUNGRÍA

Un león agradecido
a un esclavo se mostró
que una espina le sacó.

FAUSTINA

[Aparte.]
Más fiera y crüel he sido...
y así me castiga el cielo

. v-
en no me dar sucesión,
porque en malicia y traición
he sido monstruo en el suelo:
maté mi inocente hermana
y también su casto honor;
no sé si es disculpa amor,
que fue traición inhumana;
porque si Progne mató
su hijo por Filomena,
en venganza y por la pena
que de su fuerza tomó:
¿qué cuenta daré de mí,
que a mi hermana le quité
la vida cuando ella fue
tan liberal para mí?

REY
DE HUNGRÍA

¿En qué estáis tan divertida?

FAUSTINA

En la gran fuerza de amor,
que a ese monstruo dio valor
para no estimar la vida.

Pero, ¿dónde le queréis
tener porque visto sea?

REY
DE HUNGRÍA

Si fuera una cosa fea
y no hermosa como veis:
o jaula o cárcel le hiciera.
Pero siendo tan hermosa,
páreceme justa cosa;
y para que no se muera:
que atada en el corredor
de palacio esté de día,
porque teniendo alegría
podrá pasarlo mejor.

FAUSTINA

Sí, pero la misma gente
podrá ser hacerle mal;
ni pienso que es animal,
pues habla, discurre y siente,
y le matará la rabia.

REY
DE HUNGRÍA

Un ayo le quiero dar,
que no le deje agraviar
mientras a ninguno agravia.

FAUSTINA

Pues con eso estará bien:
búsquese quien esto entienda,
que le guarde y le defienda.

FENICIO

Entre muchos que le ven,
un Labrador ha llegado
que, en el monte en que vivía,
dicen que le conocía
y que fue dél regalado,
porque con frutas y pan
muchas veces le acudió.

REY
DE HUNGRÍA

Si le conoció y trató,
y los dos hablando están,
el ayo será mejor
que le podemos buscar:
váyanle luego a llamar.

(Entre un PAJE.)

PAJE Aquí está un embajador
del conde de Barcelona.

REY
DE HUNGRÍA Di que entre.

(Entra el EMBAJADOR.)

EMBAJADOR Dame tus pies.

REY
DE HUNGRÍA Cuando los brazos me des,
te igualaré a mi persona.
Siéntate, español, aquí.

EMBAJADOR Hacedme el honor que hiciera
el Conde invicto a cualquiera
que fuera a España por ti.

(Siéntense el REY y FAUSTINA y el EMBAJADOR.)

REY
DE HUNGRÍA ¿Está bueno el Conde?

EMBAJADOR Está
llo de congoja y pena.
Esta carta es solamente
de confianza y creencia;
remítese a mi embajada,
y así podrás saber della
lo que le mueve a enviarme
con tu licencia.

REY
DE HUNGRÍA Comienza.

EMBAJADOR Criaba el Conde pasado,
que Dios en el cielo tenga,
en su casa a su sobrino
que, si no lo sabes, era
hijo del rey de Aragón

y Nápoles, con la bella

Laura Moncada, su hija,
primos en sangre, en belleza,
en condiciones, en trato,
en edad, amor y estrellas;
porque ellas le concertaron
entre los dos con tal fuerza
que, de secreto casados,
si amando hay cosa secreta,
cuando el Conde, mi señor,
vino a entender que lo eran,
tenían un hijo hermoso
que en su casa y en su mesa
como ajeno se criaba,
y el Conde por prenda ajena
gustaba de oírle y verle;
tanto que, si alguna fiesta
en la mesa no le vía,
dicen, y es cosa muy cierta,
que hasta que viniese el niño
no se sentaba a la mesa.

REY
DE HUNGRÍA

¿Obligábale la sangre?

EMBAJADOR

No le obligó; que si fuera
por esa parte el amor
con menos ira y fiereza
procediera en sus desdichas
cuando conoció quién era.
Porque poniendo en prisión
su sobrino y yerno, encierra
en un monesterio a Laura,
y el niño a muerte condena.
Mas dicen que no mandó
que fuese con tal violencia
sino que tres caballeros
que en una nave le llevan
lejos de España, le dejen
en isla, montaña o selva.
Los tres lo hicieron así;
y fue tanta la entereza
del Conde que, en cuantos años
vivió, ni lágrimas tiernas
de su mujer, ni las cartas
del Príncipe de la Iglesia,

amenazas de los reyes
de Aragón con fieras guerras,
ruegos de Castilla y Francia,
pudieron hacer que diera
libertad a su sobrino.
Murió el Conde y al fin reina,
con dispensación, casado.
Pero porque enfermo queda
y quieren desposeer
del estado a la Condesa,
un caballero, de tres
que te dije que a las selvas
llevaron al niño, tiene
tal edad, salud y fuerzas
que solo por relación
puede ayudar a esta impresa.
Dice, señor, que en Hungría,
en una montaña yerma
que mira a España hacia el norte
y que el mar combate y cerca,
dejó a Felipe, que agora,
si acaso en ciudad o aldea
tiene vida, tendrá bien
veinte y nueve años o treinta.
Para que, invicto señor,
Tu Majestad se conduela
de aquel estado, y de Laura,
y mande que en esta tierra
se busque, si acaso vive,
con mayores diligencias
me envía el Conde, y también
lo mismo os suplica y ruega
por esta carta, señora,
nuestra afligida Condesa.

REY
DE HUNGRÍA

Del suceso me ha pesado
que ya noticia tenía;
aunque de que esté en Hungría
contento y placer me ha dado:
ojalá mi dicha sea

. v-

tal que halléis vuestro señor.

EMBAJADOR Ya con el gusto y favor
de ver, señor, que desea
Vuestra Majestad el bien
de aquella tierra afligida,
a la esperanza perdida
hace que fuerzas le den.

FAUSTINA Un consejo os quiero dar,
tal vez, sutil de mujer:
que a nadie deis a entender
lo que venís a buscar.
Porque con señas fingidas
os puede engañar cualquiera;
que habrá, si reinar espera,
quien aventure mil vidas.

REY
DE HUNGRÍA Es notable advertimiento:
yo os daré, en secreto, gente,
a la empresa, conveniente.

FAUSTINA **[Aparte.]**
Hablé con mi pensamiento,
porque lo que yo fingí
este aviso me enseñó.

EMBAJADOR Dadme los pies.

REY
DE HUNGRÍA Mientras yo
escribo al reino por ti,
y justicias y señores,
con secreta diligencia,
le buscan en competencia
de mi promesa y favores:
descansa, español, y el cielo
te dé ese bien aunque es tarde.

EMBAJADOR Él te prospere y te guarde,
por gloria y honra del cielo.

(Vase el EMBAJADOR.)

REY
DE HUNGRÍA Estraño caso, Faustina,
es este del catalán.

FAUSTINA Tristes memorias me dan.

REY
DE HUNGRÍA

A mí alegres, si imagina
el alma que ser pudiera,
en algún monte escondida,
aquella prenda querida
vivir de aquesta manera.

FAUSTINA

De suerte me ha refrescado
la memoria de aquel día
que, al pie de la fuente fría
y en la yerba de aquel prado,
el espantoso animal
me arrebató fieramente
aquel ángel inocente,
que ya es ángel celestial,
que pienso hacer diligencia
con esta fiera y saber
lo que pienso que ha de ser
consuelo de mi paciencia;
que aquella muerta criatura
que me trujeron, señor,
fue industria de algún pastor
que solo interés procura.
No me ha dado este deseo,
como agora, en tantos años;
que con los ajenos daños
mil males presentes veo;
de donde vengo a pensar
que tal imaginación
no viene sin ocasión.

REY
DE HUNGRÍA

¡Ay mi bien!, que es renovar
la historia de nuestros males
y dar fuerzas al dolor.

(Sale FABIO.)

FABIO

Aquí viene el labrador.

(Entre la reina TEODOSIA como villano tosco.)

TEODOSIA Dadme vuestros pies reales.

FAUSTINA Dime, amigo.

TEODOSIA **[Aparte.]**
«Dime, hermana»,
pudiera decir si fuera
menos rigurosa y fiera...

FAUSTINA ¿Es aquesta fiera humana?
¿Es criatura racional?
¿Dónde la viste y trataste?

¿Cómo a querer te obligaste
tan espantoso animal?
¿Hate dicho por ventura
que era su madre otra fiera
por quien, que nunca lo viera,
vivo en tanta desventura?

TEODOSIA Muerta la reina de Hungría,
Teodosia, señora nuestra,
y pienso que vuestra hermana,
por ciertas falsas sospechas
-que en esto, como villano,
no es justo ponga la lengua,
que las cosas de los reyes,
o justas o injustas sean,
se han de mirar del vasallo
con silencio y reverencia-
viose en aquestas montañas,
entre cosas estupendas,
este no visto animal
por la mar y por la tierra.
Hubo quien dijo, señora,
que era el alma de la Reina
que andaba a tomar venganza;
mas que esto mentira sea
nuestra religión lo dice,
fuera de que en estas selvas
hurtó pan, leche y ganado,
vino, queso y frutas secas;
y que las almas no comen
ya sabéis que es cosa cierta,

pues, donde cuerpo no hay,
sus pasiones no penetran.
Vivió los años que sabes
hasta que por las riberas
del mar saliste a cazar
y sobre la verde yerba
pariste una niña hermosa
a quien te llevó la fiera.
¿Lloras?

FAUSTINA

¿No quieres que lllore
tan espantosa tragedia?

TEODOSIA

¿Luego no paso adelante?

FAUSTINA

Di cómo: no te detengas.

TEODOSIA

Un pastor medio hechicero
que, por las varias estrellas,
adivinaba a los hombres
las futuras contingencias
dijo que el cielo criaba
esta nunca vista bestia
para que en esta ocasión
robase esta niña bella.
Pasados años que estaban
seguras nuestras aldeas
de aqueste nuevo animal,
de improviso, entre las selvas
aparecen dos: el grande
y esta fiera más pequeña;
porque dicen que es linaje
y que habita en estas sierras.
Llevome una niña un día
de mi cabaña y, tras ella,
subí con amor de padre
trepando por altas peñas;
alcancela y, de rodillas,
le pedí que en cambio della
bebiese mi triste sangre;
moviose, en fin, a clemencia
y yo le di por rescate
dos cabras y diez ovejas,
tres mantas de fina lana
y cuatro o cinco de jergas.

Desde aquel día, señora,
me cobró amor de manera
que de conversar conmigo
aprendí toda la lengua.
Preguntele lo que hacían
de aquellas criaturas tiernas
que robaban a sus padres;
y díjome, ¡oh gran fiereza!,
que a un ídolo que tenían
sacrificaban con ellas.
Si quieres que por la tuya
haga alguna diligencia

. v-

y sepa si es muerta o viva:
yo sabré si es viva o muerta.

REY
DE HUNGRÍA

No digas más ni le des
más fatiga con tu historia.

TEODOSIA

Si ofendí vuestra memoria
pido perdón a esos pies.

REY
DE HUNGRÍA

Teodosia con gran razón
es muerta; y si el vulgo vario
ha pensado lo contrario,
yo tengo satisfacción
de la justicia que tuve.

TEODOSIA

Del vulgo jamás cuidéis,
que lo que humilla veréis
cómo mañana lo sube.
Es imagen y retrato
de la fortuna: a los reyes
quiere oprimir con sus leyes;
es padre del desacato.
A nadie guarda respeto;
y así no os debe espantar
el verle en Teodosia hablar
con este piadoso afecto;
que como os casastes luego
con su hermana, fue ocasión
de aquella murmuración.

REY
DE HUNGRÍA

Ya conozco al vulgo ciego.

TEODOSIA Vós y Faustina tenéis
para con Dios la conciencia
segura.

FAUSTINA ¡Qué impertinencia!,
¡dejadle!, ¡no le escuchéis!

TEODOSIA Dígoles, porque he sabido
que tenéis dispensación:
el cielo os dé sucesión;
con lágrimas se la pido.

FAUSTINA Teodosia fue una traidora
al Rey, al Cielo y al suelo;
y así el Rey, con justo celo,
me quiere, estima y adora;
que fui quien le descubrió
la traición.

TEODOSIA Eso es muy cierto.

FAUSTINA Lo que yo, amigo, te advierto
-pues sabes que me quitó,
uno de estos animales,
el bien mayor que tenía-
es que sepas si aquel día
murió en sacrificios tales
o vive en alguna parte.

TEODOSIA Dejadme el cuidado a mí.

REY
DE HUNGRÍA Tú no le entiendes.

TEODOSIA Yo sí.

REY
DE HUNGRÍA Pues yo quiero el cargo darte
de este animal, y que seas,
con salario conveniente,
su ayo y guarda.

TEODOSIA El cielo aumente
tu vida para que veas
de tu sangre sucesión.

[VOCES] **(Dentro.)**
¡Guarda el monstruo, guarda, guarda!

FAUSTINA Él viene.

TEODOSIA ¿Qué te acobarda?

FAUSTINA Memorias, amigo, son
de aquel semejante suyo
que tanto bien me quitó.

[VOCES] **(Dentro.)**
¡Guarda el monstruo!

FAUSTINA ¿Podré yo
ver, fiera, ese rostro tuyo,
tan semejante al crüel
por quien tengo tanto mal?

(Algunos pajes, huyendo, y ROSAURA.)

CELIO ¡Guarda, Lidio, el animal!

LIDIO ¡El cielo me libre dél!

ROSAURA Si me hacéis mal, ¿no queréis
que me defienda?

TEODOSIA ¡Detente!

ROSAURA Madre, ¿quién es esta gente
que importa que me aviséis?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
¿Ya no te tengo advertida
que no me des ese nombre?

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
Decidme, ¿quién es este hombre?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
Es el que te dio la vida.

ROSAURA ¿Qué decís?

TEODOSIA Que este es el Rey.

ROSAURA ¿Qué es ‘rey’?

TEODOSIA El que a los demás
gobierna.

REY
DE HUNGRÍA Medrosa estás...

TEODOSIA Este es autor de la ley,

 . r-
este de nadie depende,
este representa a Dios.

ROSAURA ¿Por qué no lo fuistes vos,
pues que tanto se os entiende?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
Sí fui, pero la malicia
humana me lo impidió.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
Pues de eso apelara yo
a la divina justicia.

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
El apelar para Dios
es el sufrir las injurias.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
Tomando me están mil furias
por deshacer a los dos:
¿quién es aquella?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
La Reina.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
¿Qué es 'reina'?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
Mujer del rey.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
¿También da aquesta la ley
con que viven donde reina?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
No, Rosaura.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
¿Pues qué hace?
¿De qué sirve?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
De dar reyes
para que den esas leyes;

porque desta otro rey nace;
y de aquel, otro; y así
se va el gobierno aumentando.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
Ser reina voy deseando.

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
Más dichosa que yo fui.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
Paréceme lindo oficio
hacer reyes; por mi vida,
que me dejéis que al Rey pida,
pues es común beneficio,
haga que nazcan de mí
treinta reyes o cuarenta.

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
La Reina te escucha atenta
y tendrá celos de ti;
y mira que quien mató
su hermana para reinar,
su hija sabrá matar.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
Pues, ¿de quién soy hija yo?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
De alguna reina fingida.

CELIO ¡Ya el Almirante llegó!

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
Calla agora como yo.

(Sale el ALMIRANTE DE HUNGRÍA .)

ALMIRANTE Guarden los cielos tu vida.

REY
DE HUNGRÍA Pues, Almirante, ¿qué hay de Ingalaterra?

ALMIRANTE Correr por ella una fingida fama
que ha puesto en arma al Rey contra tu tierra.

FAUSTINA ¿A mi padre? ¿Por qué?

ALMIRANTE Porque difama
tu honor diciendo que le diste muerte
a la cosa del mundo que más ama.
Suénase por allá que por hacerte
reina de Hungría...

FAUSTINA Paso, no prosigas.

ALMIRANTE No fue con pensamiento de ofenderte.

REY
DE HUNGRÍA Si es cosa en su disgusto, no lo digas.

ALMIRANTE Quieren decir que fue, Teodosia, santa.

TEODOSIA **[Aparte.]**
Parécelo en sus penas y fatigas.

ALMIRANTE También por toda Escocia se levanta
gente en su ayuda, que su rey se queja
de que ofendiesen inocencia tanta.

REY
DE HUNGRÍA Las relaciones, Almirante, deja;
defiende nuestros puertos, Almirante,
y de pensar en lo que fue te aleja.

. v-

ALMIRANTE Cualquiera prevención será importante;
que pienso que el ejército camina
y que vienen sus príncipes delante.

REY
DE HUNGRÍA La gente de presidios y marina
le cuente luego que yo haré de suerte,
si la fama vulgar le desatina,
que conozca que fue justa su muerte.

ALMIRANTE Yo voy.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
¿Quién es aqueste?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
El Almirante.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
¿Qué es 'almirante'?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
Oficio preeminente;
tomose del ejército ese nombre,

y es en la mar lo mismo que en la tierra
el oficio que llaman condestable:
lleva en su nave, como el rey que imita,
estandarte real.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
Ya he visto naves;
y vos me declarases lo que hacían.
Mas, ¿qué guerra es aquesta que le mueve
el rey que dicen?

TEODOSIA **[Aparte, a ROSAURA.]**
Vive en otro reino,
y es padre de la Reina y de Teodosia,
la que yo te conté que por engaño
dieron la muerte, si te acuerdas.

ROSAURA **[Aparte, a TEODOSIA.]**
Creo
que la merece en lo que en ella veo.

(Salga el JUSTICIA con un papel, pluma y tinta.)

LIDIO ¿El Justicia está aquí?

REY
DE HUNGRÍA ¿Qué es lo que quieres?

JUSTICIA Que firmes de una muerte la sentencia.

REY
DE HUNGRÍA Informa.

JUSTICIA Yo presumo que el suceso
te es muy notorio.

REY
DE HUNGRÍA ¿Cómo?

JUSTICIA Es el mancebo
que, por dar libertad a aqueste monstruo,
mató aquel hombre.

REY
DE HUNGRÍA ¿A muerte le condenan?

JUSTICIA No lo ha negado, y es atroz delito.

REY Muestra.

DE HUNGRÍA

JUSTICIA Si quieres, puedes verlo escrito.

ROSAURA Cielos, ¿aquesto sufrís?
Ojos, ¿aquesto miráis?
Brazos, ¿esto consentís?
Pues Rey, ¿qué es lo que firmáis?,
¿vós sabéis lo que escribís?
Pensaldo mejor aquí;
noramala para vós
-aunque es toda para mí-
que una vida que da Dios
no se ha de quitar ansí.
Vós daréis oro y divisa
de honra al que queráis honrar;
vida no, porque eso es risa;
pues lo que no podéis dar,
no lo quitéis tan a prisa.

REY
DE HUNGRÍA Monstruo, el serlo te disculpa;

y, si esto sabes, advierte
que si delito le culpa,
Dios quiso que hubiese muerte
para castigar la culpa.
Yo firmo lo que es razón,
y el Rey, a la imitación
de Dios, da premio y castigo.

ROSAURA Yo no sé leyes; mas digo
que es injusta indignación.
Siguiendo mi natural
hallo que, aquel enemigo
que dio la causa del mal
ese, merece el castigo.

JUSTICIA Ley es esa: ¿hay cosa igual?
Lo mismo tiene el derecho,
porque dice que le ha hecho
quien da la causa del daño.

ROSAURA Siendo ansí, ¿no es claro engaño
pasar su inocente pecho?
Que si yo la causa di,

razón es matarme a mí:
¡viva un hombre, un monstruo muera!

FAUSTINA Toda me espanta y altera.

TEODOSIA **[Aparte.]**
¿Qué he de hacer, triste de mí,
puesta en tanta confusión,
pues decir quién es no puedo?

REY
DE HUNGRÍA Poned en ejecución
su muerte.

ROSAURA ¡No tengáis miedo!

REY
DE HUNGRÍA ¡Asilde, echalde en prisión!

ROSAURA ¿A mí perros?

REY
DE HUNGRÍA ¡Tente, fiera!

JUSTICIA Voy a hacerla ejecutar.

(Vase el JUSTICIA.)

ROSAURA ¿Cómo ejecutar? Espera,
primero me han de matar,
perros, que Felipe muera.

FAUSTINA Lástima me da notable:
las entrañas me enternece.

REY
DE HUNGRÍA A mí también me entristece.

(Vanse los reyes.)

TEODOSIA ¿A qué punto miserable
el cielo mi vida ofrece?
¡Tente, Rosaura, por Dios!

ROSAURA Mas, ¿qué digo?, ¿quién sois vós
si me apretáis?

CELIO ¡Lidio, llega!

LIDIO ¿Que llegue?

TEODOSIA ¡Que estés tan ciega!

CELIO Lleguemos juntos los dos.

LIDIO ¿Que se va?

TEODOSIA Rosaura, espera.

ROSAURA En librar mi bien me fundo.

CELIO ¡Gente de palacio!

ROSAURA ¡Afuera!

CELIO ¡A recoger todo el mundo!
¡Que se va suelta la fiera!

(Vanse, y entre FELIPE, preso, con LAURO.)

LAURO Hijo, bien fuera en la prisión que vives
 buscar algún remedio.

FELIPE Padre amado,
 pésame de la pena que recibes
 porque del tuyo nace mi cuidado;
 en lo demás, si agora te apercibes
 para decir quién soy, no es acertado.
 Respeto del peligro de mi tierra,
 si vive quien me ha dado tanta guerra,
 en sabiendo en España aquel tirano,
 que ansí quiero llamarle aunque es mi abuelo,

. v-

 o alguno que él ha puesto de su mano
 que vivo yo porque lo quiere el cielo,
 que ha de intentar segunda vez, es llano,
 mi muerte por mil partes, con recelo
 de que pueda cobrar lo que me debe.

LAURO A mí, Felipe, tu afición me mueve:
 veo el peligro y temo que suceda,
 que es condición de amor temer el daño;

que viene el mal y el bien atrás se queda
y en nuestra confianza está el engaño.

FELIPE ¿Pues qué han de hacer de mí?

LAURO No sé qué pueda
ser menos que tu muerte... El desengaño,
siendo un villano vil el que te pide...

(Entren un ESCRIBANO y ALCAIDE.)

ALCAIDE En esta parte, el que decís, reside.

ESCRIBANO ¿Sois vós, Felipe, natural del Prado
de Mirafior?

FELIPE Yo soy.

ESCRIBANO Yo os notifico
que estáis, señor, a muerte sentenciado.

LAURO ¿A muerte?

FELIPE Apelo y ante el Rey suplico.

ESCRIBANO Si ya del mismo Rey viene firmado,
no hay qué apelar ni a quién.

FELIPE Pues no replico.

LAURO ¿Cómo que no? Yo voy al Rey y creo
que no se cumplirá tan mal deseo.

FELIPE Padre, padre...

ALCAIDE Este viejo, ¿es padre vuestro?

FELIPE Sí, señor.

ALCAIDE ¡Qué dolor!

ESCRIBANO Lástima estraña.

[VOCES] **(Dentro.)**
¡Guarda el fiero animal, guarda la fiera!
¡Guarda, que está en la cárcel!

ESCRIBANO ¿Qué es aquello?

ALCAIDE Que el monstruo de palacio se ha soltado,

y dicen que a la cárcel se ha venido.

ESCRIBANO ¡Suceso extraño!

ALCAIDE ¡Bien notable ha sido!

(Entra ROSAURA con bastón.)

ROSAURA ¡Afuera digo, villanos!

ESCRIBANO Yo no me atrevo a esperar.

ALCAIDE Yo le pienso hacer atar
de los pies y de las manos.

ESCRIBANO No podréis.

ALCAIDE Cuando no pueda,
disparalle un arcabuz.

ROSAURA ¿Es sueño o verdad, mi luz,
que tanto bien me conceda
mi fortuna, que te ven
los ojos de mi deseo?

FELIPE ¿Y es posible que te veo
con los del cuerpo, mi bien?

ROSAURA ¡Ay, Felipe, qué molestas
horas ausente he pasado!

FELIPE ¡Ay, Rosaura, qué cuidado
en esta ausencia me cuestas!

. r-

ROSAURA ¿Cómo, mis ojos, te ha ido
en esta oscura prisión?

FELIPE ¿Cómo sin ti? Que estas son
las desdichas que he tenido.
¿Y a ti por allá sin mí,
en el Palacio Real?

ROSAURA Como quien es animal
el tiempo que está sin ti.

FELIPE ¿Tú, animal, si el sol que ofrece
tu vista, los ojos calma?

ROSAURA Pues la que vive sin alma,
 ¿cuál otro nombre merece?
El tiempo que estoy sin ti,
sin alma, Felipe, estoy:
si animal dicen que soy
bien dicen, no hay alma en mí.

FELIPE ¡Ay, Rosaura! No querría
 engañarte y ofenderte:
sentenciado estoy a muerte.

ROSAURA Ya yo lo sé, prenda mía;
 que por eso vengo ansí,
pero no tengas temor.

FELIPE Después que te tengo amor,
 Rosaura, hay temor en mí.
¿Qué has visto allá en el palacio?
De sus grandezas me avisa.

ROSAURA Vi pasar vidas a prisa,
 siendo tan corto el espacio.
Vi reyes, supremo oficio
de la justicia y gobierno.
Vi el diluvio y el infierno
y vi el día del juicio:
el diluvio en pretendientes
anegados y quejosos;
el infierno en ambiciosos
de lugares eminentes.
El juicio en la estrañeza
y multitud desigual
como junta universal
de nuestra naturaleza.
Vi riquezas en tropel
con pequeño beneficio,
y vi allí con artificio
lo que en el campo sin él.
Lisonjas y adulaciones
muy válidas conocí;
y a las ceremonias vi
con un libro de invenciones.
Vi grandeza en las coronas
y vi, por una escalera
que toda de vidros era,

subir y bajar personas.
Vi dignidades y cargos
a quien la envidia se atreve;
que para vida tan breve
me parecieron muy largos.
Vi unos hombres que decían
gracias sin habilidad,
y otros con ciencia y verdad
que apenas entrar podían.
Al fin, con dolor profundo,
dije a su máquina hermosa:
«Por cierto que es linda cosa,
a no haber muerte en el mundo».

FELIPE No te llamara animal
quien eso, mi bien, te oyera;
bien dicen que es vedriera
el ingenio natural
por quien el alma divina
mira con más atención.

ROSAURA Hoy saldrás desta prisión.

FELIPE Ansí el Rey lo determina;
pero dicen que a morir.

ROSAURA Eso no, viviendo yo.

(Un CRIADO con un arcabuz, y el ALCAIDE, y otros con una cadena.)

ALCAIDE ¡No le tires!

CRIADO ¿Cómo no,
si se quiere resistir?

ALCAIDE ¡Date, salvaje, a prisión!

ROSAURA ¿Estando Felipe preso,

. v-
necio, me preguntas eso?
Mal sabes tú mi afición.
Todo el mundo no bastara,
si defenderme quisiera;
pero ¿quién se defendiera,

donde a Felipe gozara?
Llega; ponme la cadena,
que si hoy se acaba mi historia
no quiero yo mayor gloria
que parecerle en la pena.

CRIADO **[Aparte.]**
¡Vive Dios que estoy temblando!

ROSAURA Acaba, no tengas miedo;
que con más prisiones quedo
adonde le estoy gozando.

CRIADO **[Aparte.]**
Ya le puse la cadena:
bellísimo rostro tiene.

ALCAIDE Que os recojáis me conviene
mientras de los dos ordena
el Rey lo que se ha de hacer.

FELIPE Mi bien, mucho me ha pesado
que este pesar te hayan dado.

ROSAURA Yo le tengo por placer,
aunque mil muertes me den.

FELIPE Y yo por mayor vitoria,
que no hay pena en tanta gloria
ni mal entre tanto bien.

(Vanse, y entre TEODOSIA.)

TEODOSIA Este mortal cuidado con que vivo
en el palacio donde fui estimada
me solicita a ver si al cielo esquivo
tiene mi triste vida lastimada:
el Rey se muestra con mi hermana altivo;
ella se aflige ya, como culpada;
los criados murmuran mi inocencia
y a los cielos obliga mi paciencia.
Acércase mi padre: el Rey, turbado,
que le vea de paz por cartas trata.
El príncipe de Escocia viene airado:
la muerte pide de mi hermana ingrata.

Ya promete ruina el mal fundado
edificio que al viento se dilata:
yo en forma de villano escucho y veo
hasta que llegue el fin de mi deseo.
Faustina es esta, aquí quiero esconderme;
que con el Almirante viene hablando.

(Sale FAUSTINA y el ALMIRANTE.)

FAUSTINA No repliques en tanta desventura
a cosa que te diga.

ALMIRANTE No te ciegues
y des por remediar un mal en muchos.

FAUSTINA Ya sabes que te puse en el estado

que tienes siendo un pobre caballero,
cuando, por medio tuyo y por las cartas
que fingimos los dos del rey de Escocia,
hice matar a mi inocente hermana.
El Rey, viendo que ya mi padre viene,
y que dice que yo culpada he sido,
y que solo ha venido a castigarme
y volver por la honra de Teodosia,
que por pensar que fuese al Rey adúltera
ha guardado silencio tantos años,
o movido del cielo y de la fuerza
que tiene la verdad, me mira airado.

ALMIRANTE Pues bien, ¿qué tienes contra el Rey pensado?

FAUSTINA Darle veneno y acabar con todo
poniéndote en lugar del Rey, de suerte
que me defiendas de mi padre airado.

ALMIRANTE A tanto prometer, a tanta gloria,
a tanto levantarme a tu grandeza
ríndanse mi lealtad y obligaciones.
Mas mira, que se acerca el Rey.

FAUSTINA No importa,
hoy le daré veneno en la bebida

que le quiero brindar con unas rosas
que llevo en el tocado; porque aquestas
del lado diestro están avенenadas,
y en estas del siniestro no hay engaño;
que esta lición es de Cleopatra bella.

ALMIRANTE No estamos bien aquí.

FAUSTINA Pues ven conmigo,
que en el jardín lo trataré contigo.

(Vanse los dos.)

TEODOSIA ¿Hay ventura semejante
como haber querido el cielo
que con aqueste recelo
que tuve del Almirante
aquí me escondiese a oír
lo que los dos han tratado?

(Entren el REY y el EMBAJADOR DE ESPAÑA y LAURO.)

LAURO Solo me hubiera obligado
verle a punto de morir.

REY
DE HUNGRÍA Él es estraño suceso.

EMBAJADOR Mándale traer, señor.

LAURO ¿Que vós sois, Embajador,
quien busca mi amado preso?

EMBAJADOR De España vengo; y si es él,
dichosa vejez la vuestra.

LAURO La misma os sirve de muestra
de que en todo soy fiel.
Los vestidos que traía,
y joyas, tengo guardadas;
que ya mis canas honradas

. v-

temen el último día.
No hubiera humano interés
porque yo al Rey engañara.

REY
DE HUNGRÍA

¡Vayan por él!

EMBAJADOR

Cosa es clara
que es él.

LAURO

Y como si es.

CELIO

Advierte que el animal
está en la cárcel.

REY
DE HUNGRÍA

¿Por qué?

CELIO

Porque oyó su muerte y fue
a libralle.

REY
DE HUNGRÍA

¿Hay cosa igual?
¡Juntos los traed aquí!

LAURO

Al pie de esa gran montaña
que la mar corona y baña,
a caza, español, salí
una tarde, en el rigor
que mi nueva sangre ardía,
cuando vi el llanto que hacía
Felipe, vuestro señor.
Llegué y bajele de un alto
peñasco; al fin me contó
quién era, quién le dejó
de todo remedio falto.
Los nombres de aquellos hombres
Fulgencio y Arfindo son.

EMBAJADOR

¡Ay, padre! Tienes razón:
¿qué más señas que sus nombres?
Dios quiere, por oraciones
de Laura, darle este bien.

(Entren FELIPE, ROSAURA y criados)

FELIPE

Tú serás reina también.

ROSAURA En gran tristeza me pones.

EMBAJADOR No es menester que me digas
quién es: este es el retrato
del Conde. ¡Oh, señor! ¡Qué ingrato
fue el tiempo a tantas fatigas!
Con lágrimas desos pies,
pido las manos, señor.

FELIPE ¿Quién eres?

EMBAJADOR Embajador
de vuestros padres.

REY
DE HUNGRÍA Él es
de presencia tan real
que obliga a crédito cierto:
dadme esos brazos.

FELIPE No acierto
a tal bien en tanto mal.
Las manos, señor, os pido.

REY
DE HUNGRÍA Los brazos, Felipe, quiero.

ROSAURA **[Aparte.]**
¿Que este es conde y caballero?
Todo mi bien he perdido.

REY
DE HUNGRÍA Venid, Felipe, que es justo
que el Embajador y vós
comáis conmigo.

FELIPE Los dos
iremos a hacer tu gusto
y a recibir tanto honor.

ROSAURA ¡Hola, Rey!

REY
DE HUNGRÍA Fiera crüel,
¿qué quieres?

ROSAURA Comer con él.

REY
DE HUNGRÍA **[Aparte.]**
Volverle quiere el furor.

ROSAURA Hola, Felipe: no os vais
ni me dejéis sola aquí.

FELIPE Calla y espera.

ROSAURA Eso sí:
ya como señor me habláis.
Pues por vida de los dos
que si la mesa arrebató,
que por la ventana, ingrato,
vuele con él y con vós.

REY
DE HUNGRÍA ¡Atalda en ese pilar!:
larga un poco la cadena
porque no le cause pena.

ROSAURA ¿Qué es atar?

CELIO ¡Déjate atar!

(Vanse el REY, el EMBAJADOR, FELIPE y LAURO.)

ROSAURA Perros, haré mil pedazos
la cadena y a vosotros:
no lo mandarán a otros.

(Entra TEODOSIA.)

TEODOSIA Dales, Rosaura, los brazos.
Que con que Felipe sea
quien dicen, serás su esposa.

ROSAURA ¿Cómo?

TEODOSIA ¿Es imposible cosa

que una reina le posea?

ROSAURA ¿Quién es reina?

TEODOSIA Deja atarte.

ROSAURA Por vós, madre, me sujeto.

LIDIO O por miedo o por respeto
ya queda en segura parte.

(Átanla con una cadena larga a un pilar.)

TEODOSIA Quédate, Rosaura, aquí,
mientras voy a tu remedio.

ROSAURA Buena me dejáis en medio
de tanto mal, ¡ay de mí!
(Quédese sola y pregúntese y respóndase.)

Alma cubierta desta vil corteza,
¿sientes, por dicha? ¿Ya no ves que siento?
¿Entiendes bien? En el entendimiento
parezco celestial naturaleza.

¿Tienes, tú, voluntad? ¿En la belleza
que adoro no lo ves, y en mi tormento?
¿Y memoria? También, que en un momento
doy tiempo volador en la presteza.

Pues si quieres, entiendes y te acuerdas,
quieres con voluntad lo que has buscado
con el entendimiento y la memoria:

no pierdas la razón, porque no pierdas
las tres potencias con que Dios te ha dado
saber qué es bien y mal; qué es pena y gloria.

(Dos o tres pajes con un plato de manjar blanco, y PABLOS, truhán.)

CELIO No lo llevo para ti,
bestia; que es para la fiera.

PABLOS ¿Y yo no me lo comiera
ya que tan bestia nací?
Dádmelo, por vuestra vida.

LIDIO No se lo des, que es mejor
que nos cobre y tenga amor
trayéndole la comida.
¿Quieres aquesto, animal?

PABLOS Diga que no, sino a mí;
que a fe que guisar lo vi
y que no le echaron sal.
Mire que es, el manjar blanco,

dañoso a la dentadura.

CELIO Sospecho que te la jura.

PABLOS Pues dárela con un banco.

ROSAURA ¡No estuviera desatada...!

CELIO Tome, tome; y no haga mal.

PABLOS ¡No lo comáis, animal,
que os daré una bofetada!

ROSAURA ¡Ah, perros! Que no estuviera
suelta...

PABLOS Pues soltaos aquí:
quizá el diablo...

ROSAURA ¿Perro a mí
que soy, hasta el alma, fiera?

PABLOS Soltaos y apostad conmigo
las pellas a tres caídas.

ROSAURA No, como cosas traídas
de mi mortal enemigo...

PABLOS Pues ¿qué come?

ROSAURA ¡Pies y manos!

. v-

PABLOS Y vientres también, ¡por Dios!;
que parecemos los dos,
en comer, vientres hermanos.

LIDIO Allega tú por detrás
y arrempújale.

CELIO Sí haré.

(Rempújale y cae donde le coge ROSAURA.)

PABLOS ¡Ay, ay!

CELIO ¡Oh qué bien le eché!

ROSAURA ¡Aquí me lo pagarás!

(Estándole pegando, entra TEODOSIA.)

TEODOSIA Deja, Rosaura querida,
en ocasión como esta
las burlas.

PABLOS ¡Ay, que me ha muerto!

TEODOSIA Huye, villano, y no temas.

PABLOS ¡Ah, borracha, borrachona!

ROSAURA Pues, madre, ¿qué me aconseja
en semejante desdicha?

TEODOSIA Toda la mesa se altera
porque le han dado una carta
al mismo Rey, en la mesa,
que decía que Faustina,
esa que llaman la Reina,
le quería dar veneno
en unas rosas; y quedan
haciendo con un lebril
y las rosas la experiencia
en un plato o fuente grande
llena de agua pura y fresca
donde han echado las rosas.

ROSAURA Pues, Teodosia, ¿qué remedia
mi desventura el delito
desa mujer?

TEODOSIA ¡Oye, espera!
Cajas suenan: el Rey viene;
tu bien, Rosaura, comienza.

ROSAURA ¿Cajas y rosas a mí,
cómo puede ser que sean,
sin Felipe, de importancia?

(Salen el REY DE INGALATERRA, y PRÍNCIPE DE ESCOCIA, y soldados.)

REY DE ¡Yo puedo entrar sin licencia!

INGALATERRA

ESCUDERO Reporta, señor, la ira
 hasta que la culpa sepas.

REY DE
INGALATERRA Si fuere de Primislao,
 no ha de quedar una almena
 en toda su tierra libre.

(EI REY PRIMISLAO, FAUSTINA, FELIPE, EMBAJADOR, LAURO y todos.)

REY
DE HUNGRÍA Señor, ¿qué venida es esta?
 ¿No te dije que sin armas
 tomases puerto en mi tierra?
 Que yo no te resistía
 las ciudades ni las fuerzas;
 que te batiese estandarte
 toda nave y fortaleza,
 en la tierra y la mar...

REY DE
INGALATERRA No tengo de ti la queja
 sino desta ingrata hija.

REY
DE HUNGRÍA Tan ingrata que quisiera
 que no hubiera sido tuya.
 Pero a tiempo, señor, llegas,
 que ha echado el sello y vencido
 las romanas y las griegas,
 de quien se escriben traiciones,
 de quien maldades se cuentan:
 Sabiendo que tú venías
 hoy que tenía a mi mesa
 a Felipe de Moncada,
 hijo de Laura la bella,
 condesa de Barcelona,
 que se ha criado en las selvas
 destos montes desde niño,
 quiso, como ingrata y fiera,
 darme veneno y casarse
 con Rugero de Liberia,
 Gran Almirante de Hungría.

Hice al veneno la prueba
y hallé ser todo verdad.

REY DE
INGALATERRA

¿En tan estrañas quimeras,
en desventuras tan grandes
que medio hallaran mis penas,
traidora, por qué mataste
la santidad, la inocencia
de aquel ángel? No respondas;
no me incite la respuesta
a que te quite la vida.

FELIPE

Señor, tu mucha prudencia
lleve el golpe de fortuna,
como de mujer y ciega,
considerando en su hija
casi la misma experiencia.
Laura, mi madre, que ya
a mi muerto abuelo hereda,
hizo un yerro por amor
que lo que sabes me cuesta.
Este ejemplo y otros muchos
te consuelen porque creas
que siempre en las torres altas
hiere el rayo con más fuerza.

REY DE
INGALATERRA

Estás bien desengañado,
que el de Escocia libre queda
del testimonio.

REY
DE HUNGRÍA

Ya estoy
llorando lágrimas tiernas
por mi difunta Teodosia.

REY DE
INGALATERRA

Encierra luego esta fiera;
que para que tengas hijos
que en el reino te sucedan
te da su hermana Eduardo.

TEODOSIA

Dadme, señores, licencia,
aunque pobre labrador,
para que deciros pueda
que si es por la sucesión
que el rey Primislao espera,
no es bien hecho que se case,
pues la tiene en su presencia.

REY DE HUNGRÍA ¿Yo? ¿Qué dices?

TEODOSIA Tú, señor.

REY DE HUNGRÍA Pues ¿quién es?

TEODOSIA Aquesta fiera
 llamada ‘animal de Hungría’
 que atáis en esta cadena,
 esta, es aquella criatura
 que Faustina entre la yerba
 parió aquel mísero día.

REY DE HUNGRÍA Esa es notable quimera
 que tú, villano ambicioso,
 de algún interés inventas.

FELIPE Oídle, señor, que creo
 que será verdad muy cierta,
 porque la quiero y la adoro
 desde que la vi en las selvas:
 tiene raro entendimiento,
 tiene no vista belleza
 y es vuestro mismo traslado.

REY DE INGALATERRA Aunque lo que dices sea:
 para dar un reino a un monstruo
 ha de haber mayores señas.
 ¡Den tormento a este villano!

TEODOSIA **[Aparte.]**
 ¡Hartos me han dado las penas
 de tantos años!

REY DE HUNGRÍA Bien dices.
 ¡Hola! ¡Algún tormento venga!

TEODOSIA Si dijese algún testigo
 de vista que es cosa cierta,
 ¿dareisle fe?

REY DE INGALATERRA No hay ninguno
 que de tanta fuerza sea.
 Y no lo pienso creer
 ni pienso que lo creyera
 quien tuviera entendimiento.

REY
DE HUNGRÍA Si en ocasión como aquesta
no viera resucitar
la reina Teodosia muerta,
y que ella propia a mí mismo,
y en vuestra misma presencia,
me dijera que es mi hija,
no pienso que lo creyera.

TEODOSIA Pues yo, señor, soy Teodosia.

REY
DE HUNGRÍA ¿Quién?

REY DE
INGALATERRA ¿Cómo?

TEODOSIA Yo soy la Reina
que en ese monte he vivido
en forma y traje de fiera:
yo le tomé la criatura.

. v-

REY
DE HUNGRÍA ¡Déjame, Teodosia, deja
ver tu rostro! Ella es, sin duda.

REY DE
INGALATERRA ¡Hija!

REY
DE HUNGRÍA ¡Esposa!

TEODOSIA Nadie crea
que ha de llegar a mis brazos
sin dos cosas: la primera,
dar a Felipe Rosaura,
pues él a España la lleva;
y perdonar a Faustina,
como en religión se meta.

REY
DE HUNGRÍA Yo doy mi hija a Felipe.

FELIPE Y yo, mi adorada fiera,
te quiero hacer de mis brazos
otra más fuerte cadena.

REY DE
INGALATERRA Yo doy perdón a Faustina.

FELIPE Y el autor, senado, os ruega
se le deis de sus errores,
pues que serviros profesa.

Verdades habéis oído
hasta el fin de la *Comedia*
del gran animal de Hungría
que las historias celebran.

Fin de la comedia de *El animal de Hungría*.

Arauco domado por el excelentísimo señor don García
Hurtado de Mendoza
Lope de Vega

Arauco domado por el excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza



Lope de Vega

PERSONAJES

TIPALCO, *indio*.
PILLARCO, *indio*.
TALGUENO¹, *indio*.
CAUPOLICÁN, *indio*.
TUCAPEL, *indio*.
RENGO, *indio*.
OROMPELLO, *indio*.
PILLALONCO, *indio*.
ENGOL, *indio*.
LAUTARO, *en sombra, indio*.
GALBARINO, *indio*.
PUQUELCO, *indio*.
[PURÉN, *indio*.]
QUIDORA, *india*.
FRESIA, *india*.
GUALEVA, *india*.
MILLAURA, *india*.
DON GARCÍA DE MENDOZA.
DON FELIPE DE MENDOZA.
DON ALONSO DE ERCILLA.
EL CAPITÁN BIEDMA².
EL CAPITÁN ALARCÓN.
REBOLLEDO, *soldado*.
AVENDAÑO, *soldado*.
EL DEMONIO EN UN ÍDOLO.
Músicos indios.

Acto I

Salen REBOLLEDO, soldado, [y] TIPALCO, indio yanacona.

TIPALCO

¿Que este soldado, amigo, es don García?

REBOLLEDO

Este es aquel Hurtado de Mendoza
que a gobernar su padre a Chile envía.

TIPALCO

La libertad que el rebelado goza
en el gobierno de la gente anciana
aumentarase con la gente moza. 5
Si toda la chilena y araucana,
con ser Aguirre y Villagrán dos viejos
de igual respeto y de experiencia cana,
previenen armas y hacen sus consejos, 10
y sacudiendo el yugo de Filipe,
su rey, que deste polo está tan lejos,
no quieren que de Chile participe
como ya del Pirú y de Nueva España,
¿quién duda que a las armas se anticipe 15
viendo que aqueste ejército acompaña
un mancebo tan tierno?

REBOLLEDO

Este mancebo
el César ha de ser de aquesta hazaña;
este Mendoza, este Alejandro nuevo,
este Hurtado que hurtó la excelsa llama 20
no solamente a Júpiter y a Febo,
sino a todos los Nueve de la Fama,
viene a domar a Chile y a la gente
bárbara que en Arauco se derrama.
Si Aguirre y Villagrán tan excelente 25
nombre de capitanes merecieron,
muerto Valdivia, general valiente,
las discordias de entrambos, pues quisieron
ser cada cual gobierno desta tierra,
de aqueste rebelión la causa fueron, 30

digo, de que creciese a tanta guerra,
que ya Caupolicán se llame y nombre
su general de cuanto Arauco encierra.
Y no hay por qué, Típalco, el ver te asombre,
siendo como eres indio yanacona, 35
que esto se cifre en el valor de un hombre,
pues, fuera del que has visto en su persona,
por solo lo que ha hecho en la Serena
de capitán merece la corona.

TIPALCO

Mucho me agrada el ver que en todo ordena 40
nuestra justicia y paz, pues nos alivia
a los indios de paz de tanta pena.
Allá a los que mataron a Valdivia
(y con Caupolicán y Tucapelo 45
están más fieros que áspides en Libia)
podrá mostrar la sangre de su abuelo,
que, pues su padre a tanto sol le envía,
ya habrá probado esta águila al del cielo.
Mas, dime: ¿qué es la fiesta deste día?

REBOLLEDO

Por la inquietud del indio rebelado 50
vuestra mayor iglesia no tenía
el santo sacramento en que, encerrado,
está el cuerpo santísimo de Cristo,
y que le tenga ha hecho y ordenado,
con muchas diligencias que habéis visto, 55
se ha de poner en la custodia agora,
que el llanto apenas de placer resisto,
este divino pan que el Cielo adora.
Acompaña el cristiano don García,
en tanto que la iglesia le atesora; 60
la guarda, armas y galas deste día
es esta procesión.

(Salen PILLARCO y TALGUENO, indios.)

TALGUENO

Anda, Pillarco,
que revientan las calles de alegría.

PILLARCO

Dejé por verla, aunque se pierda, el barco.

TALGUENO ¿Tipalco no es aquel?

PILLARCO

¡Oh, caro amigo!

¿Qué hay de fiesta?

65

TIPALCO

¡Por verla diera el arco!

TALGUENO Pues bien podrás.

PILLARCO

¿Quién viene aquí contigo?

TIPALCO Un soldado: mi huésped.

PILLARCO

Di, soldado:

¿cuál es el General?

REBOLLEDO

Si yo os lo digo,

correranse los Cielos que han formado

su talle y rostro tan gallardo en todo

y la fama que vuela al norte helado;

mas, si queréis mirarle de otro modo,

pues ya la procesión se acaba y pasa,

hecho: mirad el generoso godo,

umbral por donde Dios entra en su casa.

70

75

(Toquen chirimías y córrase una cortina, detrás de la cual se vea un arco de yerba y flores, y en una alombra debajo dél, tendido, DON GARCÍA en el suelo, y a los lados del arco los soldados que quedan muy galanes, uno con el bastón y otro con la espada y otro con el sombrero.)

PILLARCO ¿Qué es aquello?

TALGUENO

¿Hay cosa igual?

TIPALCO

¿Cómo vuestro General
está tendido en el suelo?

REBOLLEDO

Al pasar el Rey del Cielo, 80

le quiso servir de umbral,

que, para daros ejemplo,

indios, por él ha pasado,

en que su humildad contemplo,

el sacerdote sagrado 85

con la custodia a su templo.

Retiraos, que se levanta.

PILLARCO

A la iglesia voy.

TIPALCO

Entremos.

(Póngase en pie, y lleguen todos a darle sus insinias.)

DON FILIPE

Ella ha sido hazaña santa.

DON ALONSO

Divino ejemplo tenemos; 90

yo no he visto humildad tanta.

DON GARCÍA

Caballeros, siendo yo

polvo y nada, el que del suelo

me levantó y me formó

hoy me ha convertido en cielo, 95

pues, como veis, me pisó.

Oficio de ángeles es

este que agora he tenido,

pues fui trono de los pies

del mismo Dios.

DON FILIPE

Justo ha sido 100

que a todos ejemplo des:

al español, porque entienda

cómo se debe estimar

aquesta angélica prenda;
y al indio, porque al altar
llegar con respeto emprenda. 105

DON ALONSO

Capitán que ha comenzado
del culto de Dios no puede
ser, gran señor, desdichado.

DON FILIPE

Hoy el Cielo te concede 110
el título más honrado,
que es defensor de la fe.

DON GARCÍA

Dos cosas en Chile espero
que su gran piedad me dé,
porque con menos no quiero 115
que el alma contenta esté.

La primera es ensanchar
la fe de Dios; la segunda,
reducir y sujetar
de Carlos a la coyunda 120
esta tierra y este mar
para que Filipe tenga
en este Antártico Polo
vasallos que a mandar venga.

DON FILIPE

De cuanto alumbrare Apolo 125
rico imperio se prevenga,
que de más le harán señor
las muestras de tu valor,

que, pues con rayos tan grandes
en Rentin, en Sena, en Flandes 130
diste tanto resplandor
al aurora de tus años,
en llegando al mediodía
harás efetos estraños.

DON GARCÍA

Dar alomenos querría 135
de mi intento desengaños,

y para principio dél
traedme aquí a Villagrán
y venga Aguirre con él,
pues presos los dos están 140
y está aprestado el bajel,
que al Pirú se han de partir,

y desde allí luego a España.

DON ALONSO

¡Oh, cuánto lo han de sentir!

DON FILIPE

Pensaron verse en campaña.

145

DON GARCÍA

Pues cesen de competir,
que esta vez juntos irán
dentro de un mismo navío.

DON ALONSO

Sentíralo Villagrán.

DON GARCÍA

Viéndose juntos confío
que paz y amistad harán,
que a dos hombres, cuyo brío
no cupo en tal señorío
por ambición del poder,
los tengo de hacer caber
en la tabla de un navío.

150

155

DON FILIPE

¿Harás luego tu jornada?

DON GARCÍA

A la ciudad despoblada
de la Concepción iré,
adonde esperar podré
la demás gente embarcada,
que espero en Dios, y el valor
que en la sangre de Mendoza
me dio el Marqués mi señor,
que la libertad que goza
Chile rebelde y traidor
se reduzga a Carlos Quinto
y a Filipe, su heredero,
en término tan sucinto,
aunque le pese al mar fiero,
por quien se juzga distinto,
que todo el polo se espante
de que esta rebelde gente
venga a humildad semejante.

160

165

DON FILIPE
El Cielo tu vida aumente. 175

DON ALONSO
La Fama tu nombre cante.

(Vanse, y salen CAUPOLICÁN y FRESIA y PUQUELCO.)

CAUPOLICÁN
Deja el arco y las flechas,
hermosa Fresia mía,
mientras el sol con cintas de oro borda
torres de nubes hechas 180
y, declinando el día,
con los umbrales de la noche aborda.
A la mar siempre sorda
camina el agua mansa
de aquesta hermosa fuente 185
hasta que su corriente
en sus saladas márgenes descansa;
aquí bañarte puedes
tú, que a sus vidros en blancura excedes.
Desnuda el cuerpo hermoso 190
dando a la luna envidia
y cuajarase el agua por tenerte.
Baña el pie caluroso
si el tiempo te fastidia;
vendrán las flores a enjugarte y verte, 195
los árboles a hacerte
sombra con verdes hojas,
las aves armonía
y de la fuente fría
la agradecida arena, si el pie mojas, 200
a hacer con mil enredos
sortijas de diamantes a tus dedos.
De todo lo que miras
eres, Fresia, señora;
ya no es de Carlos ni Filipe Chile. 205
Ya vencimos las iras
del español, que llora,
por más que contra Arauco el hierro afile,
el ver que aún hoy distile
sangre esta roja arena 210
en que Valdivia yace,
del polo en que el sol nace,
adonde sus caballos desenfrena.
No hay poder que me asombre:

yo soy el Dios de Arauco, no soy hombre. 215
 Pídeme, Fresia hermosa,
 no conchas, no crisoles
 de perlas para alfombras, sino dime:
 «Caupolicán, enlosa
 de cascos de españoles 220
 todo este mar, que por tragarlos gime.
 La fuerte maza esgrime,
 hazme reina del mundo,
 pásame dando asombros
 sobre tus fuertes hombros 225
 desotra parte deste mar profundo;
 y adonde Carlos reina
 di que de Chile soy y Arauco reina».

FRESIA

Querido esposo mío
 a quien estas montañas 230
 humillan las cabezas presurosas,
 por quien de aqueste río,
 que en verdes espadañas
 se acuesta coronándose de rosas,
 las ninfas amorosas 235
 envidian mi ventura:
 ¿qué fuente, qué suaves
 sombras, qué voces de aves,
 qué mar, qué imperio, qué oro o plata pura
 como ver que me quieras, 240
 tú, que eres el señor de hombres y fieras?
 No quiero mayor gloria
 que haber rendido un pecho
 a quien se rinde España, coronada
 de la mayor vitoria, 245
 pues cupo en ella el hecho
 por quien la India yace conquistada.
 Ya la española espada,
 el arcabuz temido
 que truena como el cielo 250
 y rayos tira al suelo
 y el caballo arrogante en que, subido,
 el hombre parecía
 monstruosa fiera, que seis pies tenía,
 no causarán espanto 255
 al indio que rebelas,
 cuya libre cerviz del cuello sacas
 del español que tanto
 le oprimió con cautelas,
 cuya ambición de plata y oro aplacas; 260
 ya en tejidas hamacas
 de tronco a tronco asidas
 destos árboles altos,
 de inquieta guerra faltos,
 dormiremos en paz, y nuestras vidas 265

llegarán prolongadas
a aquel dichoso fin que las pasadas.

CAUPOLICÁN ¡Puquelco!

PUQUELCO ¿Señor...?

CAUPOLICÁN

Advierte
si alguien me viene a buscar;
no des a que entre lugar.

270

PUQUELCO

Bien puedes entretenerte,
que yo en esta orilla quedo,
donde os podéis desnudar.

FRESIA

Ven, mi bien.

CAUPOLICÁN

Que has de abrasar
su agua en tu sol tengo miedo.

275

(**Vanse CAUPOLICÁN y FRESIA y salen TUCAPEL, RENGO, TALGUENO,
OROMPELLO y PILLALONCO, viejo.**)

PILLALONCO

Llamad a Caupolicán.

RENGO

Aquí está Puquelco.

TUCAPEL

Amigo,
¿qué hace el General?

PUQUELCO

Yo os digo
que otros cuidados le dan
los recelos que traéis.

280

Con Fresia se está bañando.

TUCAPEL

¿Bañando cuando abrasando
de inquietud a Arauco veis?
Dejalde, que donde estoy
no es menester general.

285

RENGO

Ni donde yo, porque igual
con cuantos nacieron soy.
Haz tu oficio, Pillalongo:
consulta a nuestro Pillán.

PILLALONGO ¿Traéis la lana?

TALGUENO

Aquí están,
sacerdote: lana y tronco.

290

PILLALONGO

Retiraos todos allí
mientras comienzo el conjuro.

OROMPELLO

Pues presto, porque te juro
que el furor revienta en mí.

295

PILLALONGO

Yo daré prisa, Orompello;
no te fatigues, que ya
Pillán la verdad dirá.

OROMPELLO

Pues aquí aguardo a sabello.

(Retírense, y el viejo ponga un ramito en el suelo y una vedija de lana encima.)

[PILLALONGO]

Ya pongo el ramo y la vedija encima
de la lana más cándida apartada.
¿Qué aguardas, pues? ¿Que tu tiniebla oprima?

300

Ponte en ella, Pillán, y, la dorada
faz descubierta, dime lo que sabes
de este español y su vecina armada. 305
¿Para qué quieres que, con voces graves,
te importune, si amigo y dueño eres,
pudiendo responder a las suaves?

(Salga por el escotillón PILLÁN, demonio, con un medio rostro dorado y un cerco de rayos como sol en la cabeza y el medio cuerpo con un justillo de guadamací de oro.)

PILLÁN
¿Qué me oprimes, amigo? ¿Qué me quieres?

PILLALONCO 310
Cuéntame, Pillán divino,
quién es aqueste famoso
capitán que del Pirú
viene a Chile sobre el hombro
del mar Antártico dando
tanto miedo a nuestro polo 315
que los fieros araucanos,
de Valdivia vitoriosos,
los nunca vencidos pechos
bañan en cobarde asombro.

PILLÁN 320
Noble sacerdote mío,
generoso Pillalonco:
este capitán que viene,
puesto que le veis tan mozo,
en vuestros rebeldes cuellos
pondrá el yugo poderoso 325
de Carlos Quinto y Filipe
no más de en dos años solos.
Es el virrey del Pirú;
su padre, aquel generoso
marqués de Cañete, que él 330
le envía contra vosotros.
Muy bien sabe a quién envía,
que su brazo poderoso
vencerá nueve batallas,
al fin rindiéndoos a todos 335
en vuestro desierto suelo.
Ved si es hombre prodigioso:
fundará siete ciudades.

PILLALONCO

¿Qué me dices? ¿Cuándo? ¿Cómo?

PILLÁN

El cuándo, agora será; 340

el cómo, del presuroso

tiempo lo sabréis; mas creo

que, después destes enojos,

le habéis de querer de suerte

por tantos hechos heroicos 345

que le llaméis San García

y le hagáis estatuas de oro.

Yo solo seré el que pierda,

y no pienso perder poco,

pues, si entra la cruz de Cristo, 350

luego mis banderas rompo.

(Disparen un arcabuz y ciérrese o echen por allí una llama.)³

PILLALONCO

¿Vaste? ¡Espera! ¿Así me dejas?

¡Hola! ¡Llegad! ¡Llegad todos!

TUCAPEL ¿Qué es aquesto?

PILLALONCO

Grandes males

os pronostica este monstru. 355

Un hombre dice que viene

del Pirú que tendrá en poco

vuestros pechos araucanos

y de quien seréis despojos;

que os ha de vencer, me dijo, 360

y que estos montes y sotos

han de ser siete ciudades

de españoles vitoriosos.

TUCAPEL

Detén la cobarde lengua

o, ¡vive el Sol!, que si tomo 365

una flecha del carcaj

y por el aire la arrojo,

que, clavándola, con ella

pase tu cuello medroso

y vaya a dar al navío 370

adonde viene ese loco
para que, en viéndola, digan
que es del brazo riguroso
del soberbio Tucapel.

RENGO

Si errares, y yo la pongo, 375
tirarela al Sol, y el Sol,
con su diestra mano de oro,
la tomará y volverá
a la tierra tan furioso
que, como rayo, la clave 380
en ese español y, roto
su pecho, en su sangre escriba:
«Rengo soy; rayo me nombro».

TALGUENO

Para que sino que yo
tire aquesta tras vosotros 385
y en el cabo de la flecha
que hiriere su pecho un poco
dé tal golpe con la mía
que pasen de un cabo a otro
juntas y en sangre teñidas 390
las plumas, donde en un tronco
escriban: «Soy de Talgueno».

OROMPELLO

De veros hablar me corro.
No dejéis nada a Orompello,
pues yo he de hacer más que todos, 395
que si se arrima a algún muro
ese general tan mozo,
tengo de pasarle el pecho
con golpe tan espantoso
que, dando el hierro en el muro, 400
vuelva la flecha a nosotros
porque en la sangre que traiga
diga: «Este tiro famoso
es del brazo de Orompello».

PILLALONCO

Si a tanta furia os provoco 405
con las verdades que os digo,
de siempre mentir propongo.
Esto me ha dicho Pillán.

TUCAPEL

No hay Pillán; yo basto y sobro

contra el mundo.

PILLALONCO

Tucapel,
yo los de España conozco.

410

RENGO Déjale, que es viejo.

TUCAPEL

Rengo,
por sus canas me reporto.

RENGO

¿Miedo nos pones, villano?

TUCAPEL

¿Cómo miedo? Harele polvos.

415

(Sale[n] CAUPOLICÁN y FRESIA.)

CAUPOLICÁN

¡Fuego! ¡Fuego! ¡Que me abraso!
¡Déjame, Fresia!

FRESIA

¡Señor!

OROMPELLO

¿Qué es esto?

TALGUENO

¡Estraño rumor!

FRESIA

¿Dónde vas? ¡Detén el paso!

CAUPOLICÁN

¡Ay, Fresia! No me detengas.

420

TUCAPEL

¿Qué tienes, Caupolicán?

CAUPOLICÁN

Hame abrasado Pillán.

RENGO

¿No es mucho que ardiendo vengas?

CAUPOLICÁN

Bañábame, Rengo amigo,
con Fresia en aquesta fuente 425
cuando miro de repente
todo el infierno conmigo.
Del agua brotaban llamas,
y en medio dellas, Pillán
me dijo: «¡Oh, gran Capitán, 430
que tu heroico nombre infamas!
El español don García,
aunque la mar alteré
con tempestad que formé
que al cielo temor ponía, 435
ya llegó a la Concepción,
tomó puerto en Talcaguano,
pasó a tierra firme; en vano
intento su perdición,
que en Penco ha formado un fuerte 440
donde defenderse piensa
de vuestra araucana ofensa,
a quien promete la muerte.
Toma las armas, intenta
que antes que su gente llegue 445
mueran y el paso les niegue
que buscan con vuestra afrenta.
Arremete al fuerte luego,
no quede vivo español
antes que al valle de Engol 450
pongan los que vienen fuego.
Mirad que es para mí daño
la venida desta gente».
Dijo, y de alquitrán ardiente
quedó rechinando el baño. 455
Salí sintiendo en el pecho
mil víboras, de quien ya
a no ver lo que aquí está
fuera abrasado y deshecho.
¡Oh, valientes araucanos! 460
Agora es tiempo; mirad
que es gran bien la libertad
y que hoy está en vuestras manos.
¡Tocad a guerra! ¡Saquemos

las armas que dieron muerte a Valdivia y este fuerte de Penco por tierra echemos! Tengo una capa de grana que quiero dar al primero	465
que, con maza, arco o acero, sacare sangre cristiana. Picas tenemos, y espadas que ganamos en la guerra pasada, que desta tierra fueron ya tan estimadas.	470
¡Ea, Rengo y Tucapel! ¡Ea, Talguén y Orompello! La ocasión os da el cabello: poned las manos en él. ¡Al arma! ¡Al arma!	475
 TUCAPEL ¡Detente, general Caupolicán, que los que contigo van son muchos para esa gente! Déjame ir solo; no digan que fuimos dos araucanos para treinta mil cristianos.	480
 RENGO Oye, que a todos obligan. Ten paciencia, pues yo voy, que también pudiera solo hacer temblar este polo, pues todos sabéis quién soy.	485
 TALGUENO ¡Mueran! ¿En qué os detenéis? El que primero llegare los mate sin que repare en que uno por mil valéis. No imaginéis que esto es guerra, sino castigo.	490
 OROMPELLO Talgueno habla de arrogancia ajeno. Quede en libertad la tierra y cada cual, por su parte, muestre su heroico valor.	495
 CAUPOLICÁN	500

Sígueme, Fresia.

FRESIA

Mi amor
me esfuerza, esposo, a ayudarte.

PILLALONCO

Plega al Cielo que algún día,
araucanos, me creáis, 505
cuando el valor conozcáis
del español don García.

TUCAPEL

¡Calla, infame Pillalongo!
¡Huye! Empieza a retirarte,
o, ¡vive Dios!, de flecharte 510
con ese primero tronco.
Deja que Caupolicán
mate al español cruel.

PILLALONCO

Presto verás, Tucapel,
si dijo verdad Pillán. 515

(Vanse, y salen DON GARCÍA y DON FILIPE DE MENDOZA.)

DON FILIPE

El fuerte está bastante fuerte.
Bien podrás defenderte en cuanto lleguen⁴,
señor, los que navegan en tu ayuda.

DON GARCÍA

Mientras la gente acuda, don Filipe,
que temo se anticipe la contraria, 520
fue cosa necesaria a la defensa.

DON FILIPE

Ya sin alguna ofensa aficionados
de todos los estados indios bajan,
que las campañas cuajan, para verte.
No el temor de la muerte los provoca 525
ni el ser la fuerza poca de su gente;
tu persona excelente y la nobleza
alta y real grandeza con que has dado
perdón al rebelado los incita,

y a venir solícita, reducidos
a la paz y movidos de tus dones. 530

DON GARCÍA

Si las fieras naciones del Estado
de Arauco, no domado eternamente,
con rebelada frente se desvían;
si al Rey, a quien servían, la obediencia 535
niegan con tal violencia; si mataron
a Valdivia y llamaron a altas voces
a un bárbaro, feroces, rey y dueño,
¿qué importa que el isleño se nos rinda
que con Arauco alinda, pues se espera 540
guerra dudosa y fiera? Mas el Cielo
verá mi honesto celo, el rey de España
esta imposible hazaña y todo el mundo
aquel valor profundo del que ha dado
la sangre y nombre Hurtado a los Mendozas. 545

DON FILIPE

Si el fin dichoso gozas que pretendes
y el nombre Hurtado estiendes en el Polo
Antártico, tú solo decir puedes
que de Alejandro excedes las memorias,
que con tantas vitorias su bandera 550
pasó la India fiera, y este día
Alejandro sería justa cosa
que la Fama ambiciosa te llamase,
que aunque el Hurtado pase al mayor hombre,
no será Hurtado sino propio nombre. 555

(Sale DON ALONSO DE ERCILLA.)

DON ALONSO

Prevé, invicto Príncipe, las armas
y defiende tu vida en este fuerte
y la de aquestos pocos españoles,
que los rebeldes indios araucanos,
fiados en la muerte de Valdivia 560
y en que también a Villagrán vencieron,
vienen, como deciende en el verano
granizo en árbol de medrosos pájaros,
a no dejarte piedra sobre piedra,
que es ver la variedad de armas estrañas: 565
de pellejos de lobos y leones,
de conchas de pescados y de fieras,
las mazas, las espadas y alabardas
ganadas en batallas de españoles,

los instrumentos varios que ensordecen 570
el aire, las alegres y altas voces;
y que es de ver delante aquel membrudo
gigante fiero y general que traen,
que desde el hombro arriba excede a todos.
¡Ea, señor! ¿No escuchas ya los gritos 575
con que niegan a Carlos la obediencia?

DON GARCÍA
Hermano don Filipe de Mendoza,
hoy es el día de mostrar los pechos.
¡Ea, españoles fuertes...!

DON FILIPE
Don Alonso,
¿qué gente viene?

DON ALONSO 580
Un infinito número.

DON FILIPE ¿Y no se sabe el que es?

DON ALONSO
Veinte mil indios.

DON FILIPE
Para cada español habrá trecientos.

DON GARCÍA
¡Al fuerte, caballeros! ¡Armas! ¡Guerra!
Chile, yo vuelvo a conquistar tu tierra.

(Salen indios músicos delante con unos tamborillos y, por ser fuerza para cantar, con sus guitarras, y detrás CAUPOLICÁN con todos sus soldados, y pónganse arriba en el fuerte los españoles con sus armas.)

UNA VOZ 585
Pues tantas vitorias goza
de Valdivia y Villagrán,...

TODOS
¡Caupolicán!

UNA VOZ⁵
... también vencerá al Mendoza
y a los que con él están...

TODOS
¡Caupolicán! 590

UNA VOZ⁶
Si sabías el valor
de este valiente araucano
a quien Apón soberano
hizo de Arauco señor,
¿cómo no tienes temor? 595
Que si venció a Villagrán,...

TODOS
¡Caupolicán!

UNA VOZ⁷
... también vencerá al Mendoza
y a los que con él están...

TODOS
¡Caupolicán! 600

CAUPOLICÁN
Españoles desdichados,

en ese corral metidos
que es confesaros vencidos
y que estáis juntos atados,
¿adónde vais engañados? 605

UNA VOZ⁸
A que los dé muerte irán...

TODOS
¡Caupolicán!

UNA VOZ
También vencerá al Mendoza
y a los que con él están...

TODOS
¡Caupolicán! 610

TUCAPEL
Ladrones que a hurtar venís
el oro de nuestra tierra
y, disfrazando la guerra,
decís que a Carlos servís,
¿qué sujeción nos pedís? 615

UNA VOZ
Temblando de verte están...

TODOS
¡Caupolicán!

UNA VOZ
También vencerá al Mendoza
y a los que con él están...

TODOS
¡Caupolicán! 620

RENGO
¡Infames puesto que altivos!
Y tú, García: si tú
piensas que es Chile el Pirú,
¿por adónde saldréis vivos?
Hoy os llevará cautivos... 625

UNA VOZ
... al Cerro de Andalicán...

TODOS
¡Caupolicán!

UNA VOZ
También vencerá al Mendoza
y a los que con él están...

TODOS
¡Caupolicán! 630

(Sale DON GARCÍA en lo alto.)

DON GARCÍA

¡Con qué estraños instrumentos,
música, voces y grita
su general solicita

a sus soldados contentos!

Si de aquesta suerte fueran

635

los indios que vio Colón,

tarde en aquesta región

los españoles se vieran.

DON FILIPE

Permitió Dios que la entrada

fuese por tanta inocencia.

640

CAUPOLICÁN

Ya se han puesto en resistencia.

TUCAPEL

¡No se hiciera espada a espada,
flecha a flecha y pecho a pecho!

RENGO

Ya los tiros y arcabuces

entre banderas de cruces

coronan su cerco estrecho.

645

CAUPOLICÁN

¡Al arma, que en eso estriban!

¿Quién ha de saltar el fuerte?

TUCAPEL

Yo, que soy rayo y soy muerte.

DON GARCÍA

¡Carlos y Filipe vivan!

650

(Disparen los arcabuces de arriba y los de abajo acometan tirándoles flechazos y alcancías, y entren finalmente, bajando los de arriba a la defensa, y salgan RENGO y DON FILIPE batallando.)

DON FILIPE

¿Tú osaste entrar, araucano?

¿Tú en el fuerte has puesto el pie?

RENGO

Pues entré, yo buscaré
por dónde salir, cristiano.

DON FILIPE

Bárbaro, ¿sabes que soy
don Filipe de Mendoza?

655

RENGO

Español, mucho te goza
de que venciéndote estoy,
que soy Rengo, el que ha tenido
más despojos de vosotros
en Chile.

660

DON FILIPE

Venciste a otros
para ser de mí vencido.

(Vanse, y salen DON GARCÍA y CAUPOLICÁN.)

CAUPOLICÁN

¿Tú eres García?

DON GARCÍA

Yo soy,
que he de quitarte la vida.

CAUPOLICÁN

¿Sabes que está al Sol asida,
en cuyos rayos estoy?
¿Sabes que es mi padre y que es
suyo este cetro que rijo?

665

DON GARCÍA

¿Sabes tú que yo soy hijo
del gran virrey don Andrés?

670

CAUPOLICÁN

¡Lástima a tus años tengo!

DON GARCÍA

Tenla, bárbaro, de ti,
que yo Mendoza nací
y he de hacer a lo que vengo.

(Vanse, y salen algunos soldados sobre TUCAPEL y TALGUENO. [Aparecen] DON ALONSO y BIEDMA.)

TUCAPEL

Herido, Talguén, estoy.

675

TALGUENO

Yo defenderé tu vida.

DON ALONSO

¡Oh, espada en fieras teñida!
¡Ánimo! ¡Mirad quién soy!

BIEDMA

Ya van, Ercilla famoso,
saltando el fuerte. ¡Teneos!

680

DON ALONSO

Llevábanme los deseos
del ánimo generoso
que estos bárbaros saltasen
el fuerte.

BIEDMA

No hay onzas fieras,
que, sangrientas y ligeras,
en ganado humilde entrasen
que mayor estrago hiciesen;
mas no se irán alabando.
¿Qué voces dan?

685

DON FILIPE (**Dentro.**)¹⁴

¡Santo Cielo!
¡Nuestra vida vino al suelo! 690

DON ALONSO
¡Si van el fuerte ganando!

BIEDMA
Si los veinte arcabuceros
que ha ordenado don García
que tiren a puntería
a los bárbaros más fieros 695
no son muertos, no creáis
que pueda ganarse el fuerte.

(Salen DON FILIPE y soldados que traigan a DON GARCÍA en los brazos desmayado.)

DON FILIPE
Yo vengaré vuestra muerte,
hermano, si vos lo estáis.

DON ALONSO
¿Es el General?

BIEDMA
Él es. 700

DON ALONSO
¿Y es muerto?

DON FILIPE
¡El Cielo no quiera
que al Pirú nueva tan fiero
vaya tan presto al Marqués!
Una piedra disparada
de un bárbaro le arrojó 705
de la trinchea y cayó
sobre la tierra cuajada
de la sangre que ha sacado
su brazo.

DON ALONSO
¡Oh, gran confusión!

BIEDMA
Desatalde el morrión.

710

DON ALONSO
Él está todo abollado.
No tiene señal de herida;
del golpe ha sido el desmayo.

DON FILIPE
Si ha hecho efeto de rayo,
mi hermano estará sin vida.

715

DON GARCÍA ¡Jesús!

DON FILIPE ¿Habló?

DON ALONSO
¿No lo ves?

DON FILIPE
¡Pedid albricias, señor,
a vuestro mucho valor
y a nuestra pena después!

DON GARCÍA ¿Entraron el fuerte?

DON FILIPE
No,
que los que dentro han entrado,
o vida o sangre han dejado.

720

DON GARCÍA
Pues esas dos tengo yo.
Hoy se empleen hasta echarlos
del fuerte y de la campaña.
¡Cierra España!

725

TODOS
¡Cierra España!

DON GARCÍA ¡Viva Carlos!

TODOS
¡Viva Carlos!

(Vanse, y salen las indias GUALEVA, QUIDORA, FRESIA y MILLAURA con unas cestillas de fruta y unas botellas¹⁵ o barros de agua.)

GUALEVA
¡Triste de mí, que no salen
del fuerte!

FRESIA
Calla, Gualeva,
que no será cosa nueva 730
que el muro a la tierra igualen
y algo se han de detener
en pasarlos a cuchillo.

GUALEVA
Madi traigo en mi cestillo,
pérper traigo que beber; 735
mas no veo a mi querido
Tucapel.

MILLAURA
Yo traigo aquí
el ulpo mejor que vi
por si cansado o herido
de aquesta batalla sale, 740
Fresia, mi adorado Rengo.

QUIDORA
Yo aquí mi cocaví tengo,
que no hay cosa que le iguale;
y también truje muday
porque beba mi Talgueno, 745
aunque es de mi amor ajeno,
si sangre en mis venas hay.

GUALEVA
¿Cuánto me apuestas, Quidora,

que aquel mi amor temerario,
como es en él ordinario, 750
entra por el fuerte agora
y que sacarle de allí
hasta que vida no quede
ni Talguén su amigo puede
ni el amor que tiene en mí? 755

MILLAURA
Consuelo puedes tomar
conmigo.

GUALEVA
¡Ay, Millaura mía!
Cuando Tucapel porfía,
no es tan invencible el mar.
Bien sé que Rengo es un tigre, 760
mas mi esposo es un león
y temo en esta ocasión
que por su furia peligre.

FRESIA
Asentémonos aquí
mientras del asalto vienen. 765

(Asiéntense las cuatro indias, y en lo alto DON GARCÍA, DON FILIPE y los demás.)

DON FILIPE
Bien vistas las muestras tienen
del gran valor que hay en ti.

DON GARCÍA
Gracias a Dios, que nos dio
vitoria para que entiendan
cuando otra vez nos emprendan 770
qué gobernador soy yo.

DON ALONSO
¿Si llevarán ya creído
que por tu brazo ha de ser
domado Arauco?

DON GARCÍA
Hasta ver

a Caupolicán vencido
les parecerá imposible.
¡Notable bárbaro!

775

DON FILIPE
¡Fiero!

DON GARCÍA
Que vuelva esta noche espero,
y así será conveniente
poner velas en el fuerte
en tanto que descansamos.

780

DON FILIPE
Bien dices: guarda pongamos.

DON GARCÍA
Esos soldados advierte.

DON ALONSO
Aquí viene Rebolledo,
hombre a quien puedes fiar
el fuerte.

785

(Sale REBOLLEDO.)

REBOLLEDO
Seré en velar
un Argos.

DON GARCÍA
Luego, ¿bien puedo
dejarte este cuarto aquí?

REBOLLEDO
Está seguro, señor,
de mi lealtad y mi amor.

790

DON GARCÍA
Y del valor que hay en ti.
Vamos, y haz como soldado;
mira el peligro en que estoy.

(Vanse todos, y quede REBOLLEDO.)

REBOLLEDO

Ojos, advertid que soy
hombre de honor y cuidado; 795
alza las cejas, mirad
esa campaña muy bien.

QUIDORA

¡Cómo tarda mi Talguén!

FRESIA

Yo muero de soledad.

MILLAURA

Yo, de temor de la vida 800
de mi Rengo.

GUALEVA

Yo, de ver
que Tucapel ha de ser
de un inocente homicida.

REBOLLEDO

Señores ojos, ya veo
que han estado desvelados; 805
pero los ojos honrados
no por cumplir un deseo
ponen su dueño en el potro.

Adviertan, cuerpo de Dios,
que hay una vida y son dos; 810
duerma el uno y vele el otro.

Cierro el derecho a la fe,
que el otro empieza a plegarse.
¿No podrían concertarse
que duerma y despierto esté? 815
¿No se cuenta del león
que duerme abiertos los ojos?

(Salen RENGO y OROMPELLO.)

RENGO

Todos fuéramos despojos
suyos en esta ocasión
a no se haber divertido
cuando el General cayó.

820

OROMPELLO

¿Que Caupolicán entró
y salió del fuerte herido?

RENGO

Hiriole el gran español,
el gallardo don García,
porque herirle no podía
menos que un hijo del Sol.
Gente hay aquí.

825

GUALEVA

¡Ay, Cielo santo!

RENGO ¿Quién va?

MILLAURA

Tu voz conocí,
Rengo mío. ¿Vives?

RENGO

Sí. 830

GUALEVA

¡Quién escuchara otro tanto!

FRESIA

¿Adónde, Rengo, has dejado
a Caupolicán, mi esposo?

RENGO

Fresia, el Mendoza famoso
le ha vencido y retirado.

835

GUALEVA

¿Dónde queda Tucapel?
Dime, Rengo: ¿cómo queda?

RENGO

No sé, ¡por Dios!, cómo pueda
dar, Gualeva, nuevas dél;
pero sé que muy herido
de aquel asalto salió.

840

GUALEVA ¿Que le dejaste?

RENGO

Pues, ¿yo
qué pude hacer?

GUALEVA

Siempre has sido
de sus hechos envidioso.
Dejástele con cuidado
del desafío aplazado,
de su valor temeroso.
¡Ah, cobarde! Pues yo vivo;
y si Tucapel murió,
por él saldré al campo yo.

845

850

RENGO ¡Amor notable!

OROMPELLO

¡Excesivo!

GUALEVA

¿Ríeste? Dame, Orompello,
esa macana.
(Quítale la macana.)¹⁶

RENGO

¿Qué intentas?

GUALEVA

Hacer, infame, que sientas
que este femenil cabello
cubre un alma varonil.

855

RENGO

Perdono a tu loco amor,
mujer, que con mi valor

uses termino tan vil.

GUALEVA

¿No sales? ¿Qué estás mirando?

860

RENGO

¡Vete, Gualeva, de aquí!

GUALEVA

Pues diré que te vencí
y que te dejé temblando,
que por no me detener
en buscar mi dueño amado
no te mato, ¡afeminado!

865

RENGO

Eres, Gualeva, mujer.
Habla, di lo que quisieres;
que para hablar con dolor
ha días que dio el amor
gran licencia a las mujeres.

870

(Vase GUALEVA.)¹⁷

MILLAURA

Perdónala, esposo mío,
y escucha aparte.

(Sale DON GARCÍA en lo alto.)

DON GARCÍA

El cuidado
de un capitán desvelado,
a quien ni el invierno frío
ni el verano ardiente obliga
a descanso, me ha traído
a ver si mi vela ha sido
firme y cuidadosa amiga.

875

¡Válgame el Cielo! ¿Qué es esto?
Durmiose; durmiendo está.
Vela que se ha muerto ya,
volver a encenderla presto.

880

Mas quiero tener la espada,
considerando que ha sido 885
grande el trabajo sufrido
de nuestra larga jornada.
No desdice a capitán
dar la vida a quien la muerte
merece, si en este fuerte 890
pocos tan buenos están.
Haré que con el bastón
despierte y escondereme.
(Píquele y escóndase.)

REBOLLEDO

¡Dormí, por Dios! ¡Descuideme!
¡Ojos, no tenéis razón! 895
Mas si el sueño me obligó
a cerraros, él ha sido
el que abrirlos ha podido,
que él mismo me despertó.
Soñaba que era jumento 900
y mi amo un labrador,
que, después de su labor,
iba a su casa contento,
y que, en efeto, mi dueño,
para que anduviese más, 905
me picaba por detrás.
Desperté. ¡Qué extraño sueño!

RENGO

Ven conmigo, Fresia hermosa,
con Quidora y con Millaura
donde el General restaura 910
esta pérdida llorosa,
que de todos los estados
bajan cuarenta mil hombres
con caudillos cuyos nombres
tiene Arauco celebrados, 915
que presto verás por tierra
el fuerte, aunque este García
dicen que por gente envía
para continuar la guerra.

FRESIA

Vamos, y permita el Sol 920
que Chile se libre dél,
que deste asalto crüel
tembló el Mendoza español.

(Vanse RENGO, FRESIA, QUIDORA y MILLAURA.)

REBOLLEDO

Otra vez, ojos, tornáis
a vencerme. ¿Aquesto es vida? 925
¿Hay muerte más conocida
que la que sufriendo estáis?
¡No estuviera yo en España!
¿Quién me trujo por mil mares
a sufrir tantos pesares 930
en esta estéril campaña?
Yo como yerbas aquí
de nombres que indios les dan,
que ni se los puso Adán
ni en mi vida los oí. 935
¿Hay nombre como ‘jamón’?
¿Hay yerba como lunada?
¿Hay maíz como empanada
de una trucha o de un salmón?
Los que las Indias hallaron 940
vinieron por oro y plata;
halláronla tan barata
que por vidros la compraron.
No viene así don García
ni plata intenta buscar, 945
que viene a pacificar
su bárbara rebeldía,
pues es verdad que estos [no] son
de los indios desarmados
que hallaba en selvas y prados 950
como corderos Colón,
sino los hombres más fieros,
más valientes, más estraños
que vio este polo en mil años.
Ojos, no puedo venceros. 955
Dicen que en la Antigüedad
daban tormento de sueño;
no era tormento pequeño.
Pero en tanta soledad,
¿qué es lo que puedo temer? 960
Los indios, ya recogidos,
más curarán sus heridos
que cuidarán de volver.
Durmámonos un poquito.

(Sale DON GARCÍA en lo alto.)

DON GARCÍA

Mi vela vuelvo a buscar, 965

que para verle velar
sueño y descanso me quito.
¡Vive Dios que está durmiendo!
Esto es insolencia clara.
¿Quién de un hidalgo pensara
dos veces lo que estoy viendo?
Darele una cuchillada.
(Sacúdele.)

970

REBOLLEDO
¡Matome Caupolicán!

DON GARCÍA ¡Oh, infame!

REBOLLEDO
¡Oh, gran Capitán!

DON GARCÍA ¡Oh, perro!

REBOLLEDO
¡Detén la espada!

975

DON GARCÍA
¿Guárdase mi honor así
y de un general la vida?

REBOLLEDO
Basta, señor, esta herida,
que en verdad que no dormí.

DON GARCÍA
Pues, ¿qué hacías?

REBOLLEDO
Acechaba
si Caupolicán venía,
que así mejor descubriría
la campaña que miraba.

980

(Salen DON FILIPE, DON ALONSO y BIEDMA y soldados.)

DON FILIPE
Llegad presto, que sin duda
el indio vuelve al asalto. 985

DON ALONSO ¿Quién está aquí?

DON GARCÍA
Yo, bien falto
de descanso y aun de ayuda.

BIEDMA
¿Qué hacéis aquí, gran señor?

DON GARCÍA
A ver la vela he venido,
que dos veces se ha dormido. 990

DON FILIPE ¿Dormido? ¡Oh, perro!

DON ALONSO
¡Oh, traidor!

DON GARCÍA
Dejalde, que de otra suerte
lo ha de pagar.

BIEDMA
¿Cómo quieres?

DON GARCÍA
¡Ahorcalde!

REBOLLEDO
Mendoza eres,
a mis servicios advierte. 995
Mándame tú hasta morir
con mil indios pelear;
mas no me mandes velar,
que me tengo de dormir.

DON GARCÍA ¿Dormir, perro?

REBOLLEDO
¿Quién ignora
que tres santos se durmieron
puesto que de Dios oyeron
que le velasen un hora?
Si aquesto puede valerme,
no es milagro, gran señor,
que se duerma un pecador
que ha tres meses que no duerme.

1000

1005

DON GARCÍA ¡Por vida del Rey...!

DON FILIPE
No jures,
que por este buen humor
le has de perdonar.

REBOLLEDO
Señor,
¿así es razón que aventuras,
a donde tan pocos tienes,
un soldado?

1010

DON GARCÍA
Ese es tu abono.
Ahora bien: yo te perdono.

REBOLLEDO
De virrey y reyes vienes.

1015

DON ALONSO
Descansa, que ya encendida
el alba sale a mirarte.

DON GARCÍA
Chile, yo he de sujetarte
o tú quitarme la vida.

Acto II

Salen el CAPITÁN ALARCÓN y DON FILIPE DE MENDOZA.

DON FILIPE

Viose, señor Capitán,
en peligro don García
que él solo salir podía.

ALARCÓN

Tanto más nombre le dan
cuanto con menos soldados 5
ha ganado las victorias
que escurecerán las glorias
de muchos siglos pasados.
¡Dios sabe la mucha pena
que teníamos allá! 10

DON FILIPE

Buena gente junta está.

ALARCÓN

Buena, y con extremo buena.
Pero, ¿qué dijera España
si hubiera visto esta tarde
seiscientos hombres de alarde 15
para tan notable hazaña
y venir un escuadrón
de cuarenta mil indianos,
por lo menos, araucanos,
que es formidable nación? 20
Mas suplícoos, don Filipe,
prosigáis la relación
porque, en aquesta ocasión,
de tanto bien participe.

DON FILIPE

Resuelto ya don García 25
de acabar con gloria tanta
la empresa, el fuerte dejó
que fue su defensa y guarda;
y entrando la tierra adentro,
belicosa y rebelada, 30
al río de Bío-Bío

valerosamente marcha.
 Pero apenas ve su margen
 cuando mira en la otra banda
 más indios que arenas y hojas 35
 en sus aguas y en sus plantas.
 Para ver si se podía
 pasar sin peligro en balsas
 dejó su gente el Mendoza
 donde haciéndolas estaba 40
 y intentó la más notable
 y más prodigiosa hazaña
 que de general se cuenta,
 César perdone, en su barca,
 que en otra de árboles verdes 45
 con solos tres hombres pasa
 (Cano, Ramón y Bastida)
 a las riberas contrarias.
 Viendo, pues, disposición,
 vuelve a pasar sus escuadras, 50
 que fuera cosa imposible,
 pues apenas lo intentaran
 cuando los indios con flechas
 los dejaran en sus aguas
 como el cazador las aves 55
 que sobre sus ondas andan.
 Mas mira qué extraño ardid,
 que, en tanto que los miraban,
 hacía bajar cien hombres
 dos leguas por la campaña 60
 y en balsas, su poco a poco,
 secretamente pasaban,
 de suerte que, cuando el indio
 quiso conocer su falta,
 ya estaba de la otra parte 65
 la más parte puesta en armas.
 A Andalicán marchan todos,
 las banderas se levantan,
 los valles de Arauco atruenan
 las trompetas y las cajas. 70
 Reinoso a reconocer
 la campaña se adelanta;
 cargan sobre él dos mil indios
 diciendo tales palabras:
 «¿Adónde venís, ladrones, 75
 cobardes, por vuestra infamia?
 Con esta paz os recibe
 la tierra mal conquistada.
 Venid, que, como a Valdivia,
 os sacaremos las almas 80
 donde la codicia viene
 del oro antártico y plata».

Al retirarse Reinoso
 dos soldados se desmandan
 a comer alguna fruta, 85

a quien los indios asaltan. Guillén valerosamente se defiende con la espada; Orompello se aficiona y de los demás le guarda,	90
pero, al tiempo que le envía al General la arrogancia de Galbarino (indio fuerte, aunque de malas entrañas), pasó a Juan Guillén las flechas de un golpe por las espaldas.	95
Quiere matarle Orompello; defiéndenselo las canas y autoridad de otros indios; Román de Vega se escapa	100
y al General se lo cuenta; parte a saber lo que pasa; el capitán Juan Ramón halla los indios, disparan, pelean, dase principio	105
a tan sangrienta batalla que al mar de Chile corrían arroyos de sangre humana. Alabarte al General, encarecerte su espada,	110
lo que hizo, lo que dijo, era mi propia alabanza, porque soy hermano suyo, mas solo decirte «¡Basta!» que tembló Arauco su nombre y le llamó 'Sol de España'.	115

(Dentro toquen al arma.)

ALARCÓN
Señal, don Filipe, han hecho.

DON FILIPE
Al valle de Arauco marchan.
En el camino os diré
cierta aventura más blanda,
porque es de amor.

120

DON ALONSO
Suele amor
trocar con Marte las armas.

(Salen TUCAPEL y GUALEVA.)

TUCAPEL

Aunque de tantas heridas,
Gualeva, curaste el pecho,
donde es justo que residas, 125
mayor la del alma has hecho,
por quien te ofrezco mil vidas,
que el haber della curado
fuera no haberte pagado,
señora, con justo amor 130
aquel divino valor
que en mi remedio has mostrado.

GUALEVA

Tuviera tanta alegría
que, en mil siglos, aumentara,
Tucapel, la vida mía 135
si en tus ojos no mirara
tanta tristeza este día,
que el ver que no te merecen
los míos que me la digas
nuevas sospechas me ofrecen, 140
porque a imaginar me obligas
que otros, mi bien, te entristecen.
¿Quieres bien otra mujer
o acaso, que puede ser,
te aflige el ver que se goza 145
don Filipe de Mendoza
de que te pudo vencer?
¿Envidias a don García,
su famoso general,
el talle o la valentía, 150
que ninguno te es igual,
por tu vida y por la mía?
Los españoles, ¿qué son?
Pues yo con esta macana
te saqué de un escuadrón 155
aquella propia mañana
que te llevaba en prisión.
¡Alégrate, que ninguno
volverá con vida a España!

TUCAPEL

Ni amor ni español alguno 160
de aquesta tristeza estraña
hoy fuera dueño importuno
siendo, Gualeva, quien eres
y yo el que soy, cuyos nombres

haces mal si no prefieres 165
 el mío a infinitos hombres
 y el tuyo a muchas mujeres.
 Tuyo soy, como lo fui,
 que por belleza y valor
 no hay más, Gualeva, que en ti 170
 ni para lo que es amor
 hay más que penar que en mí.
 Si don Filipe me hirió,
 no digas que me venció,
 que si me arrojé en su fuerte 175
 fue en desprecio de la muerte,
 pero de mis armas no.
 Yo salí, que, pues salí,
 mayor mi vitoria fue,
 y aunque herido, yo vencí, 180
 pues basta decir que entré
 para estar con honra aquí.
 Envidiar a don García
 de qué manera podría,
 que si es Mendoza español, 185
 yo soy Tucapel, que al Sol
 en nobleza desafía.
 Mi tristeza es no saber
 de la vida de Talgueno.

GUALEVA
 Más causa debe de haber. 190

TUCAPEL
 De otra causa estoy ajeno,
 y qué mayor puede ser
 que la vida de un amigo
 a quien debo la que tengo.

GUALEVA Celos me has dado.

TUCAPEL
 Si digo 195
 por lo que suspenso vengo,
 ¿de qué te enojas conmigo?

(Salen PUQUELCO y otros indios con REBOLLEDO atado.)

PUQUELCO ¡Camina, español!

REBOLLEDO

Espera,
que no me habéis convidado
si no es a la muerte fiera.

200

GUALEVA

Con un español atado
viene Puquelco.

TUCAPEL

¡Quién viera
desta suerte al General!
¿Qué es esto?

PUQUELCO

A buscar su mal,
aunque sustento buscaba,
salió este español, que estaba
comiendo en un plantanal.
Flecharle quiso Leleco;
yo se le quité por ver
si vale para algún truco.

205

210

REBOLLEDO

Hoy tengo de perecer.

TUCAPEL

Algo me parece seco;
mas, mientras voy a la junta
que hace Caupolicán,
Puquelco, al pecho le apunta.

215

PUQUELCO

¿Qué parte dél asarán?

TUCAPEL

Graciosa está la pregunta.
Ásale entero, que quiero
comérmele todo entero
de rabia de don Filipe,
y Gualeva participe
si aquí me espera.

220

GUALEVA

Aquí espero,

(Vase TUCAPEL.)

REBOLLEDO

Acabose; hoy imitamos
al bendito San Lorenzo.

PUQUELCO

Arrímale a aquellos ramos.

225

INDIO

Comienza a flechar.

PUQUELCO

Comienzo.

REBOLLEDO

¿Comienzo?

PUQUELCO

Ya comenzamos.

REBOLLEDO

Pues, ¿qué música o qué historia?
Señora, doleos de mí.

GUALEVA

Cuando traigo a la memoria
que por Filipe me vi
cerca de perder mi gloria,
a todos juntos quisiera
flecharos desamano.
No le tiréis.

230

REBOLLEDO

Todo el Cielo
te guarde, que tal consuelo
me has dado en pena tan fiera.

235

GUALEVA

No le tiréis, porque quiero
que le aséis vivo.

REBOLLEDO

Pensé

que era piedad lo primero. 240

En lo que te dije erré;

ya que me tiréis espero.

Tiradme, que es menor mal

asarme muerto que vivo;

pero, ¿qué venganza igual 245

a vuestra crueldad recibo

como comerme sin sal?

Dejadme ir, que os prometo

de traérosla en un punto.

GUALEVA Acá la habrá.

REBOLLEDO

¡Bravo aprieto! 250

¡Pero si valgo difunto

más que vivo! Porque efeto

no sirvo al Rey, que es razón

a mi patria y mi nación.

GUALEVA

¿Muerto los puedes servir 255

más que vivo?

REBOLLEDO

Si a morir

me faltaba el corazón,

ya le tengo por vengarme

en mataros. ¡Ea, llegad!

¡Llegad! ¡Empezad a asarme! 260

¡Encended fuego! ¡Acabad!

¿Qué os detenéis en matarme?

GUALEVA

Pues, ¿muerto nos darás muerte?

¿No me dirás de qué suerte?

REBOLLEDO

Tengo cierta enfermedad 265

de tan mala calidad

que por mis venas se vierte

a manera de veneno,

y si algún ave en España

o animal della está lleno, 270

tanto al que le come daña

que muere de seso ajeno.
Asadme, porque dé muerte
a Tucapel desta suerte
y sirva a mi General 275
en quitaros hombre igual,
tan atrevido y tan fuerte.

PUQUELCO
¡Mira lo que haces, señora!

GUALEVA
¿Qué nombre ha puesto la Fama
a esa enfermedad traidora? 280

REBOLLEDO
‘Escapatoria’ se llama.

GUALEVA
Ahora bien, dejalde agora.

REBOLLEDO
¿Cómo dejar? ¡Eso no,
vive Dios, que me han de asar!

GUALEVA
¿No es mejor vivir, si yo
la vida te quiero dar? 285

REBOLLEDO
Quien desdichado nació,
¿en qué acertará a servir
a su Rey y a su nación?
¡Oh, qué mal hice en decir 290
mi enfermedad!

GUALEVA
La traición
aún no la supo encubrir.
¡Traedle preso!

REBOLLEDO
¡Oh, qué gloria
me quitáis!

GUALEVA

Toda la historia

a Tucapel contaréis,

y que está lleno diréis

de ponzoña escapatoria.

295

**(Vanse, y salen CAUPOLICÁN, TUCAPEL, RENGO, TALGUENO y OROMPELLO.
Siéntese CAUPOLICÁN en medio y los cuatro a los dos lados.)**

CAUPOLICÁN

Sentaos y oíd, pues sois los principales
destos estados, el acuerdo mío.

RENGO

¿Qué puedes tú decir en que no aciertes
con la experiencia y el ingenio tuyo?

300

TUCAPEL

Propón, Caupolicán, lo que te agrada,
que todos estaremos de tu voto.

CAUPOLICÁN

Ya veis, valientes chilenos

y gallardos araucanos,

cómo al español Filipe

nos habemos rebelado,

porque muchos de nosotros

éramos ya sus vasallos

y aun el bautismo de Cristo

no pocos indios tomaron.

Pareció famosa hazaña

al generoso Lautaro

y a otros sacar el cuello

de los españoles lazos.

Sucedió como sabéis:

murió Valdivia en Arauco,

vencimos a Villagrán;

libres entonces quedamos;

pero, sentido el virrey

del Pirú destos agravios

(que aquellos reinos gobierna

en nombre del Quinto Carlos),

a su hijo don García,

ese que llaman Hurtado

de Mendoza, envía a Chile.

Él dice a pacificarnos,

y, aunque es verdad que lo ha hecho

con piedad y ingenio tanto,

305

310

315

320

325

yo no sé determinarme 330
 si a su valor nos rindamos.
 Proseguir la guerra es cosa
 de gran duda, imaginando
 el valor deste mancebo
 y sus principios estraños, 335
 las batallas que ha vencido,
 los ardidés, los reparos
 que a nuestras ofensas hace,
 venciendo, hiriendo, matando;
 pues el rendirnos también, 340
 aunque él lo pretende tanto,
 grande infamia me parece,
 ni ser de nadie vasallos,
 que aunque es verdad que el Mendoza
 lo ha de ser en perdonarnos, 345
 ¿quién ha de poder sufrir
 que estos indomables brazos
 sujete el yugo español
 ni el imperio de hombre humano?
 Decid vuestro parecer, 350
 porque yo, indeciso, acabo
 con decir que os seguiré
 en el provecho y el daño.

TUCAPEL

Mi voto, General, si tiene fuerza
 entre pechos tan graves, voto mío 355
 es que jamás de la razón se tuerza,
 que siempre el bien en la razón confío.
 Si la vertida sangre no os esfuerza,
 de que ha llevado más que de agua el río,
 a pretender venganza destes hombres 360
 que aquí nos hacen conocer sus nombres,
 pueda el veros esclavos, araucanos,
 de estraños hombres a tan justa hazaña
 mover el pecho y levantar las manos
 hasta morir con honra en la campaña. 365
 ¿Por qué vienen a Chile los cristianos,
 pues que no vamos los de Chile a España?
 ¿Que vengan por mil mares no es bajeza
 a ponernos los pies en la cabeza?
 Si el soberano Apón juntar quisiera 370
 chilenos y cristianos españoles,
 no con tan largo mar nos dividiera.
 Un sol nos diera luz y no dos soles,
 acá y allá de un alba amaneciera;
 mas cuando aquí se ven sus arreboles, 375
 allá es de noche, luego quiere el Cielo
 que se sustenten en distinto suelo.
 Razón es que miréis que Dios se ofende
 que os sujetéis a un hombre, y hombre estraño,
 que enriquecerse del sudor pretende 380

de nuestra mina de oro y fértil año.
A lo menos si alguno lo pretende,
no haga a los demás agravio y daño.
Váyase luego y sirva como esclavo
al español, entre cobardes bravo. 385

RENGO

Yo no entiendo, Tucapel,
si en lo que dices aciertas,
siendo a tu patria crüel
cuando del Mendoza adviertas
las grandezas que hay en él. 390

Si el General, si tú y yo,
si Orompello, si Talgueno
y otros que Arauco crio
como a fieras con veneno
que este corazón nos dio 395

nós podemos eximir
de que nos pueda oprimir
la fuerza del español,
no todo Arauco y Engol,
que muchos han de morir. 400

La guerra, ¿qué puede hacer
sino robos, muertes, daños...?
Los grandes han de comer;
en los pequeños los daños
se vienen a resolver. 405

No es sujetarse a cristianos
bajeza, si ellos son tales
que han llegado por sus manos
desde sus setentrionales
montes a nuestros indianos. 410

La mejor luz en el cielo,
¿no es el sol? Pues si es el sol
que te causa desconsuelo,
que sea el hombre español
el mejor hombre del suelo. 415

Confesad su pulicía,
su lenguaje, su hidalguía,
su República, sus leyes;
pues, ¿por qué no han de ser reyes
de cuanto el sol mira y cría? 420

Soy de parecer que luego
esta tierra pertinaz
vaya con humilde ruego
a pedir paz, que la paz
será su bien y sosiego. 425

TUCAPEL

¿Téngote de responder
o ha de hablar Talgueno agora?

TALGUENO

No sé yo si es menester
que hable yo, pues no mejora
el mío tu parecer,
que cuando lo que has propuesto
no fuera justo y honesto,
ser tu amigo era ocasión
de sustentar tu opinión.

430

RENGO ¿Qué dices?

CAUPOLICÁN

¡Paso! ¿Qué es esto?
¿Es campo o consejo?

435

OROMPELLO

Tucapel, que muchas veces
no te da lugar la ira
a ver las causas que ofreces
a quien a la paz aspira.
Rengo propone muy bien
que no es hombre don García,
aunque es mancebo, con quien
burlarse Arauco podría,
sino perderse también.
Si habéis visto tanta hazaña,
¿por qué no se han de rendir
por él a Carlos de España?

Mira,

440

445

TUCAPEL

Gana tenéis de vivir.

OROMPELLO

El pensamiento te engaña;
ya conoces a Orompello.

450

RENGO

¿Para qué tratamos dello
si la guerra de allá fuera
nuestras entrañas altera
y se ha de asir de un cabello?
Antes, pues, que Tucapel
dé con su furia ocasión
a atravesarme con él,
digo que tiene razón
y que te rijas por él.
Acomete a don García,

455

460

no entienda que es cobardía
 la paz que propongo aquí,
 que entre amigos hablo así
 por bien de la patria mía; 465
 pero cuando esté en la guerra,
 yo solo al bravo español
 arrojaré donde cierra
 con llave la noche al sol
 porque no vuelva a esta tierra. 470
 ¿No es coronel de su campo
 don Luis, que con el blasón
 de los Toledos estampó?
 Y el capitán Juan Ramón,
 ¿no es su maestro de campo? 475
 ¿Don Pedro de Portugal
 no es el alférez mayor
 y el sargento principal,
 Pedro de Aguayo, en valor
 con los de Córdoba igual? 480
 ¿Los capitanes no son
 de a caballo en su escuadrón
 Rengifo, Ulloa, Reinoso,
 con el Quiroga famoso
 de la pasada ocasión? 485
 A don Filipe su hermano
 y a don Alonso Pacheco
 y a Vasco Suárez, indiano
 que hasta el Pirú trujo el eco
 del gran nombre lusitano, 490
 ¿no ha dado la infantería?
 ¿Para sargento no envía
 a Obregón, hombre de pecho?
 ¿Y a Berrio no le ha hecho
 capitán de artillería? 495
 Pues de cuantos he nombrado
 tengo de traer aquí
 la cabeza.

TUCAPEL

Estás airado;
 deja alguno para mí.

CAUPOLICÁN

Tucapel, ya estás pesado. 500
 Levántome, que no quiero
 que tengáis más ocasión.
 Antes que salga el lucero
 he de estar con mi escuadrón
 sobre el castellano fiero. 505
 De noche quiero marchar,
 que, cogidos de improviso,
 los pienso desbaratar,

y allí tendremos aviso,
pues aquí no dais lugar,
para saber si conviene
la guerra o la paz. 510

OROMPELLO
Quien tiene
culpa tu enojo merezca.

TALGUENO
Lo que más justo parezca:
eso es razón que se ordene. 515

OROMPELLO
¿Qué capitanes irán?

CAUPOLICÁN
Colocolo, Paycaruán,
Alomaca, Leocotón,
Tomé, Lincoya, Atilguón,
Pilloldo, Elpoma y Teguán;
los caciques Caniotaro
y Millalermo también. 520

TUCAPEL
Pues como antes del sol claro
en los españoles den,
¿adónde hallarán reparo?
Camina, que el santo Apón
valor inmortal te dio
para que nadie te dañe. 525

RENGO
Basta que yo le acompañe.

TUCAPEL
¿Para qué, donde estoy yo? 530

CAUPOLICÁN Bueno está.

OROMPELLO
¿No callarán?

RENGO

Yo puedo hablar, Tucapel.

CAUPOLICÁN ¡Callad ya,...

TALGUENO
¡Recios están!

CAUPOLICÁN
... que no va nadie con él
donde va Caupolicán! 535

(Vanse, y salen REBOLLEDO y GUALEVA.)

GUALEVA
Lejos vamos divertidos.
Cansancio siento, aunque es mengua
la que lleva de tu lengua
tan colgados los oídos. 540
Estrañas cosas refieres
de don Filipe si sabes
que unas señas tan suaves
son anzuelo en las mujeres.
Yo adoro mi Tucapel, 545
y con ser mi fe tan rara,
presumo que no contara
tantas maravillas dél.

REBOLLEDO
Estas tiene y muchas más,
porque dél lo menos digo. 550
¿Quieres, Gualeva, conmigo
irle a ver?

GUALEVA
¿Tan necio estás?
¿No ves que fuera en mi honor
gran delito?

REBOLLEDO
Si tuvieras
buen gusto, ¿cómo pudieras
llamar delito al amor? 555

GUALEVA

Luego, ¿fuera una mujer
a ver en España a un hombre
de buen talle, fama y nombre?

REBOLLEDO

Poco debes de saber
de las costumbres de allá, 560
porque van muchas mujeres
a los honestos placeres
donde el honor firme está.

Van a las fiestas y ocupan
ventanas, plazas y calles; 565
tal vez por montes y valles
de todo se desocupan
y, como cabras saltando,
meriendan aquí y allí.

GUALEVA

¿Y hablan con cualquiera?

REBOLLEDO

Sí, 570

con cualquiera van hablando.
Ellas no dejan jardín,
abejas son de sus flores,
tal vez por hablar de amores
y tal vez a honesto fin. 575

Unas toman el acero,
que más de seis yerros cubre,
y lo que han hecho en octubre
quieren curar por hebrero;
otras se van a pacer 580
apio y bredos mercuriales
antes que el sol los cristales
del alba salga a romper.

No hay cosa donde no estén;
ellas saben cuanto pasa. 585

Hasta quemarse una casa
tienen por fiesta, y lo ven.
Si entra un señor, allá van;
si ajustician algún reo,
con piedad o con deseo 590
de verle en la plaza están.

Ferian, compran, andan, trotan...,
porque todas son, en fin,
devotas de San Trotín;
hablan, piden, alborotan... 595
No digo, como encareces,
ir a ver una persona

famosa; pero una mona
la irán a ver treinta veces.

GUALEVA

¿Vuestro Mendoza, en efeto,
todos los indios recibe
que vienen de paz? 600

REBOLLEDO

No vive
aquí ninguno sujeto.
Dos mil veces los perdona
y los carga de regalos, 605
aunque algunos son tan malos
que los honra y aficiona
y ellos vuelven otro día
con las armas contra él.

GUALEVA

De miedo de Tucapel
nunca he visto a don García. 610

REBOLLEDO

Si le vas a ver y hablar,
pues ningún temor lo veda,
de cuanto en España queda
no tienes que desear. 615

Persona, virtud, valor,
gracia, ingenio, autoridad
y una real majestad
vestida de resplandor
verás en aqueste Hurtado 620

tan suya, en honor del suelo,
que de algún girón del Cielo
dirás que fue hurtado Hurtado.
Ven y vendrás de sus manos
cargada de ricos dones. 625

GUALEVA

Dulces deseos me pones
de ver y hablar los cristianos.

REBOLLEDO

Poco a poco te he traído
con engaño hasta el lugar
donde los puedes hablar. 630

GUALEVA

Engaño fue consentido:
yo me he dejado traer.
¿Son estos?

REBOLLEDO

Sí, aquestos son.

GUALEVA

¡Oh, siempre hermosa nación!

REBOLLEDO

Desde aquí los puedes ver.

635

(Salen DON GARCÍA, DON FILIPE, DON ALONSO y capitanes.)

DON GARCÍA

Pues es mañana, ¡oh, nobles caballeros!,
de aquel apóstol soberano el día
que, muriendo en la cruz con tanto gusto,
le dijo mil requiebros, como a esposa;

aquel que, siendo Lino para el cielo,

640

quiso pasar martirios como Lino
hasta morir aspado. La grandeza

del día por mil causas nos obliga

a celebrar su fiesta, y no es pequeña,

que el marqués, mi señor, Andrés se llama¹⁹.

645

Todos es justo que os halléis en misa

y que con regocijo nuestro ejército

le haga salva al apuntar el día

con las cajas, trompetas y clarines.

Podranse disparar algunas piezas

650

y a la tarde saldremos a caballo.

Tenga de todo el cargo don Filipe;

don Alonso de Ercilla le acompañe

y cada cual se esfuerce, como es justo,

a salir muy galán por darme gusto.

655

DON FILIPE

Estimo en gran favor que esto me mandes,

como quien devoción tan justa tiene

al nombre deste apóstol soberano

que fue cual dicen el primer cristiano.

DON ALONSO

Bien puedes recogerte, que, dos horas
antes que el alba muestre en el oriente
la cabeza de sándalos ceñida
ni se haya abierto flor a ver sus lágrimas,
habrán los instrumentos militares
hecho salva al apóstol y a los bajos
de las piezas llevado dulces tiples
las chirimías en alegre música.

660

665

DON GARCÍA

Pues yo me voy con esto, caballeros.
Mirad que Andrés es hoy el patrón mío
y que es mi padre Andrés.

DON FILIPE

Está seguro
que no le harán más fiestas en España
Carlos su rey y el príncipe Filipe,
celebrando el tusón que traen al cuello
por su patrón, Andrés, con aspas de oro.

670

DON GARCÍA ¡El Cielo os guarde!

DON FILIPE

A prevenirlo vamos.

675

(Al irse le ase REBOLLEDO a DON FILIPE.)

REBOLLEDO

Escucha una palabra.

DON FILIPE

¿Qué me quieres?

REBOLLEDO

¿No me conoces?

DON FILIPE

¿Rebolledo?

REBOLLEDO

El mismo.

DON FILIPE

¡Válate Dios! Dijeron que eras muerto.

REBOLLEDO

Allá estuve cautivo entre esos bárbaros,
que me engañó la hambre y unos plátanos, 680
adonde me asaltaron tres mil indios,
de los cuales maté... Ya me conoces:
no me quiero alabar.

DON FILIPE

Cuando te alabes,
puedes muy bien, porque haces lo que dices.
Mas, ¿cómo te has librado de sus manos, 685
que son crüeles estos araucanos?

REBOLLEDO

Sentenciado estuve a asar,
pero, al tiempo de espetarme,
yo supe, señor, librarme.

DON FILIPE

¿Que te pudiste escapar? 690
¿En qué gente diste?

REBOLLEDO

Creo
que te cause admiración:
¡de Tucapel!

DON FILIPE

¡Fieros son!

REBOLLEDO

¿Quieres cumplir un deseo
a cierta dama araucana 695
que, aunque anochece, es un sol
que, para verte, español,
hará la noche mañana?

DON FILIPE

¿Dama de Arauco? ¿Quién es?

REBOLLEDO

Mi ama.

DON FILIPE

¿Cómo tu ama?

700

REBOLLEDO

Es de Tucapel la dama.

DON FILIPE

¡Voces tendremos después!

Pero, ¿dónde está?

REBOLLEDO

Gualeva:

don Filipe, mi señor,

te habla.

GUALEVA

Tu gran valor

705

me da ocasión que me atreva

a buscarte desta suerte.

Gracias al Sol que te veo,

porque ha días que deseo,

español, hablarte y verte.

710

DON FILIPE

Este soldado decía

que el mismo sol me buscaba

y que de noche llegaba

para convertirla en día,

y que se engañó recelo,

715

porque, buscándome vós,

podemos decir los dos

que me busca todo el cielo,

que sol, estrellas, esferas,

luna y planetas también

720

en esta noche se ven.

GUALEVA

¡Qué palabras lisonjeras!

Yo pensé que los soldados

menos blandura tenían.

DON FILIPE

Cuando al campo los envían

725

de acero y de honor armados
muestran braveza a los hombres;
pero hablando con mujeres,
¿cómo, hermosa dama, quieres
ver su arrogancia y sus nombres? 730

Cuando hablo a Tucapel,
y él lo sabe ya de mí,
soy león; mas, para ti,
¿para qué he de ser crüel?
Allá deseo rendir; 735
aquí, estar siempre rendido.

GUALEVA

¿Que fue de tu mano herido?
¿Que tú le pudiste herir?

DON FILIPE

Si tú me has herido a mí,
¿qué te espantas? No es más nombre 740
que no herir un hombre a otro hombre.

GUALEVA

Luego, ¿yo te herido?

DON FILIPE

Sí.

GUALEVA

No me acuerdo.

DON FILIPE

Pues no ha tanto.

GUALEVA ¿Y es mucho?

DON FILIPE

¿No lo sospecha
si tienen tus ojos flechas? 745
¿Para qué preguntas cuánto?
Basta que a vengar veniste
la herida de Tucapel.

GUALEVA

Soy noble y no soy crüel.

DON FILIPE
Tal hermosura te viste. 750

GUALEVA
Ahora bien, ¿cómo veré
al General?

DON FILIPE
Bien podrás,
y de mí y dél llevarás
prendas de amistad.

GUALEVA
No sé
por qué os tiene nuestra gente
por crüeles. 755

DON FILIPE
Porque son
de indomable condición.

GUALEVA
Vamos, capitán valiente,
y veré tu General.
Honradme por Tucape. 760

DON FILIPE
Por ti, señora, y por él.

REBOLLEDO
¿Qué te ha parecido?

GUALEVA
Mal.

REBOLLEDO
¿Por qué?

GUALEVA
Porque me consuela
de lo que no ha de ser mío
decir mal.

REBOLLEDO

Mira aquel brío.

765

GUALEVA

Todo español me desvela.
Pero no quieras señal
de rendirse una mujer
como en lo que no ha de ser
mirar bien y decir mal.

770

**(Vanse, y salen con secreto CAUPOLICÁN, RENGO, TUCAPEL, OROMPELLO,
TALGUENO y indios soldados con armas.)**

CAUPOLICÁN

Pisad de suerte que la misma tierra
no sienta las pisadas, conocidas
del viento algunas veces en la guerra,
porque en la blanda yerba detenidas
apenas lleguen a estamparse en ella,
y no por el peligro de las vidas,
mas por la gloria desta empresa bella,
pues no siendo sentidos os prometo
que volveremos vitoriosos della.

775

TUCAPEL

Llegado habemos todos con secreto
al español alojamiento, y tanto,
que hará nuestra venida grande efeto.
Cubrió la noche de su oscuro manto
la esclarecida lámpara del día
y bañose la tierra en negro espanto.
Duerme seguro el español García,
cansado del cuidado de la guerra;
ni suena vela ni parece espía.
En tanto, pues, que el sueño ocupa y cierra
sus ojos de Argos, acomete, embiste
y libra de sus armas esta tierra.

780

785

790

RENGO

Toda la guerra en el ardid consiste.
Ellos duermen; ¿qué aguardas?, ¿prevenciones?

TALGUENO

Antes que el alba que los campos viste
declare al español tus escuadrones,
pasa a cuchillo al General dormido

795

con los demás que siguen sus pendones.

(Dispárense tres o cuatro arcabuces y tóquense las chirimías, altérense los indios y digan dentro luego los músicos.)

OROMPELLO

¡Válgame el Cielo! ¡Si nos han sentido!

MÚSICOS (Cantan.)

Al santo apóstol Andrés
hace salva con el alba 800
el general don García,
día de su fiesta santa,
que los veinte corazones
que pone Hurtado en sus armas
quisiera que fueran mil 805
para darle con el alma.

(Tornen a disparar, y luego las chirimías, tornando a alterarse los indios.)²¹

¡Suenen los tiros, toca las cajas,
dale fuego, dale fuego, hagamos salva
al apóstol Andrés y viva España!

CAUPOLICÁN

Vendidos habemos sido; 810
algunos nos acompañan
que nos deben de vender.

TUCAPEL ¡Esta es traición!

RENGO

Cosa es clara.

TALGUENO

Fuera de senda venimos;
hasta las plumas quitadas 815
porque no las viese el viento.

OROMPELLO

Sin duda que están en arma.

(Tornen a tocar cajas y disparar, y luego las chirimías.)

[MÚSICOS]

¡Suenen los tiros, toca las cajas,
dale fuego, dale fuego, hagamos salva
al apóstol Andrés y viva España!

820

[UNA VOZ] **(Dentro.)**

¡Notable alboroto suena!

DON ALONSO

¡Hola! Pase la palabra,
que hay en el campo alboroto.

DON FILIPE

Soldados, ¿es arma o salva?

DON ALONSO

Arma, señor don Filipe;
cubierta está la campaña
de indios que, con la noche,
los buenos días nos daban.

825

DON FILIPE

¡Ah, famoso General!

DON GARCÍA

¿Quién es?

DON FILIPE

Don Filipe os llama.

830

DON GARCÍA

¿Qué hay, hermano?

DON FILIPE

Indios de guerra,
que, aunque secretos llegaban,
los descubrió el santo Andrés,

porque su divina salva
pensaron que era la nuestra.

835

DON GARCÍA

¡Qué presto los buenos pagan!
¡Bien haya quien sirve a buenos!
¡Toca al arma!

DON FILIPE ¡Al arma!

DON ALONSO

¡Al arma!

(Toquen al arma y salgan todos a ellos, trabándose una gran batalla, acabada la cual salgan FRESIA y MILLAURA.)

MILLAURA

¿Dónde tan apriesa vas?

FRESIA

Millaura, no tiene amor
sosiego y quietud jamás, 840
porque es un dulce furor
que, oprimido, crece más.
Arco y flechas he tomado
con ansia de que mi esposo 845
habrá al español llegado.

MILLAURA

Ya el asalto riguroso
debe de estar acabado,
y no tienes que temer,
que, cogiéndolos dormidos, 850
vitorioso ha de volver.

FRESIA

No me dicen los sentidos,
Millaura, que ha de vencer.
Los ojos, si el campo miro,
todas las yerbas teñidas 855
de sangre ven; si respiro,
me están quitando mil vidas
y en lugar de hablar suspiro.
Solo escuchan los oídos

tristes aves agoreras 860
con cantos aborrecidos
y tal vez oigo las fieras
dar por este monte aullidos.
Si algo toco, me parece
que luego se desvanece; 865
si lo gusto, que es veneno,
todo está de sombras lleno;
sangriento el sol me parece.
Perlas, Millaura, he soñado;
lágrimas tendremos hoy. 870

MILLAURA

Los agujeros que has mirado
y los que mirando estoy
crecen más nuestro cuidado.
Agrádame en los cristianos
el no andar desvanecidos 875
en estos agujeros vanos.

FRESIA

Tenemos los recibidos
como por ley los indianos.
Iré al asalto sin duda.

MILLAURA

Calla, que vencido habrán 880
dándoles la noche ayuda.

FRESIA

Temo que este capitán
todos sus consejos muda.
Quidora fue con Talguén.

MILLAURA

Ya no tardará Quidora, 885
o Gualeva, que también,
como a Tucapel adora,
le fue siguiendo.

FRESIA

Hacen bien.
Yo sola vengo a mostrar
en tal tiempo cobardía. 890

(Sale ENGOL, indio muchacho, hijo de CAUPOLICÁN.)

ENGOL

¿Qué nos queda que esperar?

FRESIA ¿Es este Engol?

ENGOL

Ya que el día

ni el Sol nos quiere ayudar,

parece que le ha mandado

a la noche y a la luna

nos pongan en más cuidado.

895

FRESIA ¿Qué es esto, Engol?

ENGOL

La Fortuna

varía en el más firme estado.

FRESIA ¿Qué ha sucedido?

ENGOL

Llegó

mi padre, Caupolicán,

adonde ayer se alojó

ese español capitán

que con tal dicha nació,

y cuando pensó que había

de degollarlos a todos

y que el General dormía,

buscando tan varios modos

de hurtalle la cara al día,

hallolos todos de suerte

que, saliendo y dando en él,

ni Rengo su sangre vierte

ni es valiente Tucapel

ni Caupolicán es fuerte,

que todos huyendo van

desbaratados, vencidos,

sin orden, sin capitán,

con tantos muertos y heridos

que infamia a su nombre dan.

Desde que el alba la hermosa

risa a los montes mostró

hasta la tarde dudosa,

nuestra vitoria llegó

900

905

910

915

920

y la batalla famosa.
Mas fue tal la valentía
del heroico don García 925
que, para aumentar su gloria,
quedó por él la vitoria
y la desdicha por mía.

FRESIA
¡Cobarde! ¿Tú me refieres
que vuelve vivo y sin honra 930
tu padre, infame? ¿Tú eres
mi hijo y esa deshonra
nos cuentas a dos mujeres?
¿Yo te engendré? ¿Tú eres hijo
de Fresia?

ENGOL
Yo te he contado 935
lo que Pillolco me dijo;
y aunque a la edad no he llegado,
que esta macana que rijo
como mi padre la esgrima.
Tú verás que voy por él 940
si el mundo...

MILLAURA [A FRESIA.]

¡Su vida estima!
¡Detenle, que eres crüel!

FRESIA
Este deshonor me anima.
Parte, villano, y si vive,
dile que por qué es infame 945
y en su cara le apercibe
a que mujer no me llame
quien tal afrenta recibe,
y si es muerto, que es más cierto,
que entres a morir te advierto. 950
Muere y no quedes cautivo,
porque no te quiero vivo
si Caupolicán es muerto.

ENGOL
Pues la licencia me has dado
que otras veces te he pedido 955
y que siempre me has negado,
tú verás si me has parido

y él verá si me ha engendrado.
 Vive el soberano Apón,
 que, si respeto me tienen, 960
 como le merezco yo,
 que con los que huyendo vienen,
 y que el español venció,
 he de volver atrevido
 sobre el español Hurtado, 965
 pues que de hurtármelo ha sido
 el valor que tú me has dado
 y yo por mí he merecido,
 que bien sé que, aunque me dan
 por padre a Caupolicán, 970
 soy hijo del Sol, que el Sol
 solo pudo hacer a Engol
 donde sus rayos están;
 que al Mendoza, si me esperas,
 sacaré con manos fieras 975
 a la venganza dispuesto
 más corazones que ha puesto
 por armas en sus banderas.
 ¿Qué es para mí don Hurtado?
 Yo soy el sol de la tierra 980
 que al del cielo he sido hurtado.

FRESIA

Aguarda, que en esta guerra
 me has de llevar a tu lado.

MILLAURA

Mira que es muy niño Engol.
 ¿Estás loca?

FRESIA

Ven tras mí. 985

ENGOL

Guarda; y aguarda, español,
 que baja Engol sobre ti,
 hijo de Fresia y del Sol.

(Vanse.)

(Sale CAUPOLICÁN con sangre.)

CAUPOLICÁN

¡Oh, valor invencible de españoles!
¡Oh, generoso mozo don García, 990
sol que das resplandor a tantos soles!
Mas, ¿qué se ha hecho la arrogancia mía?
¿Cómo alabando voy a mi enemigo
en este de mi infamia último día?
Huélgome que tendrás justo castigo, 995
soberbio Tucapel, de tu arrogancia.
Mas, ¿dónde voy o qué camino sigo?
Mi tambo está de aquí larga distancia.
Sangre me falta, descansar es justo
si ya es mi vida a Chile de importancia. 1000
Quiérome echar al pie deste robusto
antiguo tronco para ver si el sueño
templase de mis penas el disgusto.
No volveré jamás, palabra empeño,
a Arauco, al Sol, a hacer a Hurtado guerra. 1005
Sea de Chile el rey de España dueño
y yo descanse en esta humilde tierra.

(Un árbol esté arrimado al vestuario y el tronco se abra en dos puertas, donde se vea LAUTARO.)

LAUTARO

¡Ah, fuerte Caupolicán!
¡Ah, noble amparo de Chile!
¡Ah, general generoso 1010
que en mi valor sucediste!

CAUPOLICÁN

¡Válgame el Sol! ¿Quién me llama?

LAUTARO

¿No me ves? No te retires.

CAUPOLICÁN

Pues, ¿no quieres que me espante
de ver que por alma vives 1015
de un árbol y que su centro
en forma de un hombre habites?
¿Quién eres? ¿Eres Pillán?

LAUTARO

Pues ya me desconociste.
¿No adviertes que soy Lautaro,
que ya de los lazos, libre
del cuerpo, tomé esta forma
para hablarte? 1020

CAUPOLICÁN
¿Puedo asirte?
¿Puedo abrazarte?

LAUTARO
¡Detente,
que el Cielo no lo permite!
Mas este poco lugar 1025
que tengo de persuadirte
escucha.

CAUPOLICÁN
¿Qué es lo que quieres?

LAUTARO
¿Por qué, Capitán, desdices
de quien eres? ¿Por qué juras 1030
que al español que persigues
no volverás a hacer guerra?

CAUPOLICÁN
Porque si el mundo le embiste
con la dicha de Alejandro
y con las armas de Aquiles, 1035
volverá como yo vuelvo.

LAUTARO
Advierte que en lo que dices
degeneras de tu nombre,
y que si agora no impides
los pasos de sus intentos, 1040
después te será imposible.

¿Al cerro de Tucapel
consientes que ya camine,
y que donde tuvo casa
Valdivia, a quien muerte diste, 1045
funde una ciudad que llama
Cañete, del nombre insigne
del estado de su padre?

CAUPOLICÁN ¿Ciudad funda?

LAUTARO
¿De qué sirve
la vida, Caupolicán, 1050
si es sujeta, esclava y triste?
¿No es mejor la muerte honrosa?
Esto he venido a decirte
para que libres la patria,
pues en tu valor consiste. 1055

(Ciérrense las puertas.)

CAUPOLICÁN ¡Detente!

LAUTARO
No puede ser.

CAUPOLICÁN
¡Escúchame!

LAUTARO
No es posible.

CAUPOLICÁN
¿Ciudad Mendoza en Arauco?
El Cielo... El Sol me castigue
si lo consintiere. ¿España 1060
ciudad? ¡Deshonor terrible!
Juré no tomar las armas,
mas, pues los Cielos me oprimen
con las voces de los muertos,
¡ánimo, pecho invencible! 1065
¡Al arma, araucanos fuertes!
¡Muera España, viva Chile!

Acto III

Salen DON GARCÍA y los españoles.

DON GARCÍA

Por tan prósperas victorias
doy muchas gracias al Cielo.

DON FILIPE

¡Qué de inmortales memorias
dejas para siempre al suelo
de tu nombre y de tus glorias!
¿A qué capitán romano
dan el nombre que tendrás,
heroico César cristiano?

5

DON GARCÍA

¡Paso, Filipe! No más,
no digan que sois mi hermano.

10

DON FILIPE

Cuando sangre no tuviera
de Mendoza, cuando fuera
indio de Chile o mirara
vuestros hechos con la cara
que suele la envidia fiera,
lo mismo dijera aquí.

15

DON GARCÍA Traed el preso.

DON ALONSO

Aquí está.

(Sale GALBARINO.)

DON GARCÍA ¿Eres Galbarino?

GALBARINO

Sí.

DON GARCÍA

¿Y qué es lo que dices, ya
que estás delante de mí? 20
¿Parézcote agora el hombre
que os ha de rendir?

GALBARINO

No creas,
Mendoza, que el verte asombre
a Galbarino, aunque seas 25
tan grande como tu nombre.

DON GARCÍA

Ya sé tus malas entrañas,
y que en esta rebelión
has hecho cosas estrañas.

GALBARINO

¿Estrañas dices que son
las que son propias hazañas? 30

DON GARCÍA

¿Fue hazaña dalle la muerte
a traición a Juan Guillén?

GALBARINO Todo es guerra.

DON GARCÍA

Pues advierte
que haré yo que te la den,
pues es guerra, de otra suerte. 35

Cortalde luego las manos
y envialde a Caupolicán
para que a sus araucanos
diga que este premio dan
a un rebelde los cristianos. 40

Tomen ejemplo y entiendan
de la suerte que castigo
para que otra vez no emprendan
tomar las armas conmigo
ni en su rincón se defiendan, 45
que, ¡vive Dios!, que han de ser
de Carlos de Austria o que a todos
así los he de poner.

GALBARINO

Tú has hallado justos modos
de castigar y vencer, 50

pero quedan tantas manos
por las que cortas en mí
en los demás araucanos
que espero que por aquí
saldrán tus intentos vanos. 55

Quítase el grano a la espiga
para que el maíz se aumente,
y así esta mano enemiga
que cortas deste valiente
brazo a lo mismo se obliga, 60

que en la tierra destes pies
donde con su sangre des
tantas manos nacerán
que las tuyas atarán
para cortallas después. 65

DON GARCÍA

¡Llevalde!

DON FILIPE

¡Notable fiera
fue siempre este Galbarino!

(Llévenle.)

DON GARCÍA

Todos son desta manera,
todos por este camino.
Filipe, hablaros quisiera. 70

DON FILIPE ¿Qué me mandas?

DON GARCÍA

¿Qué se ha hecho
la india de Tucapel?

DON FILIPE

Lo que presumes sospecho.

DON GARCÍA

No es porque el indio es crüel,

no es por temor de su pecho;
pero porque los soldados
de vuestro ejemplo movidos
no intenten... 75

DON FILIPE
Justos cuidados
y justamente advertidos;
pero ya están remediados, 80
porque, luego que la hablaste,
la honraste, la regalaste
con mayor honestidad
que el romano, cuya edad
con esta hazaña igualaste, 85
la envié con Rebolledo
a Tucapel, y allá está.

DON GARCÍA
Encareceros no puedo
lo que de tenerla acá
tuve a vuestros años miedo. 90
Filipe, si Cipión,
si Alejandro, aunque gentiles,
dignos de alabanza son,
no se manche en hechos viles
la cristiana estimación. 95
Su ejemplo merece un templo.

DON FILIPE
La Fama le dé a tu ejemplo.

(Sale DON ALONSO.)

DON ALONSO
Ya las manos le han cortado
al indio.

DON GARCÍA
¿Y cómo ha quedado?

DON ALONSO
Una piedra en él contemplo, 100
porque, apenas en la mano
sinistra del inhumano
cuchillo el golpe cayó,

cuando la diestra asentó
sobre el tronco el araucano. 105

DON GARCÍA
¡Caso por Dios peregrino!

DON ALONSO
Partiose al fin Galbarino
a ver los amigos pechos
dejando dos rastros hechos
de sangre en todo el camino. 110

Pero advierte que ha llegado
un yanacona de paz
que por muy cierto ha contado
que el indio más pertinaz
de todo Arauco ha trazado 115
una fiesta y borrachera
de las que suelen hacer
en Cayocupil.

DON GARCÍA
¡Espera!
¿Cuándo dicen que ha de ser?

DON ALONSO
Esta noche es la primera. 120
Hay instrumentos chilenos
y españoles para asarse:
soldados, y aun de los buenos.

Tienen para emborracharse
de chicha cántaros llenos. 125
Estorba este desatino.

DON GARCÍA
Vaya don Filipe luego.

DON FILIPE
Partir luego determino.

DON GARCÍA
Pues id en tanto que llego
a este cerro convecino 130
donde ruínas están
de la casa de Valdivia,
que presto ciudad verán.

DON FILIPE

En la más desierta Libia
poblará tal capitán.

135

(Vanse, y salen TUCAPEL y GUALEVA y REBOLLEDO.)

GUALEVA

Con todos aquestos dones
y mil honras que me han hecho,
con que traigo en alma y pecho
cadenas de obligaciones,
me envía, querido esposo,
a tus brazos don García.

140

TUCAPEL

Ya estaba, Gualeva mía,
de tu hermosura celoso.
¿Es posible que el Mendoza
desa manera te ha honrado?

145

GUALEVA

Es, Tucapel, el soldado
que más justamente goza
el laurel de capitán
en esta edad, y quisiera
que tu consejo pudiera
vencer a Caupolicán
para que al rey español,
antes que la espada afile,
se rindiera todo Chile,
Ancud, Arauco y Engol.

150

155

TUCAPEL

Como se gobierna el suelo
por estrellas de mil nombres,
así, Gualeva, los hombres
por las de tu hermoso cielo.
Lo que queréis, eso hacemos;
lo que mandáis intentamos,
porque, luego que os amamos,
de vuestro gusto pendemos.
Háblale a Caupolicán
agradecido a García.

160

165

GUALEVA

Pagarás la deuda mía

sirviendo a tal Capitán.

TUCAPEL

Dime, español: ¿que tan noble
es este Mendoza?

REBOLLEDO

Toma

veinte y tres generaciones 170
la prosapia de Mendoza.

No hay linaje en toda España,
Tucapel, de quien conozca
tan notable antigüedad;
de padre a hijos se nombran 175
sin interrumpir la línea

tan excelentes personas,
y de tanta calidad,
que fuera nombrarlas todas
contar estrellas al cielo 180
y a la mar arenas y ondas.

Desde el señor de Vizcaya,
llamado Zuria, consta
que tiene origen su sangre.

TUCAPEL

Yo no entiendo de esas cosas. 185
¿Qué es Vizcaya?

REBOLLEDO

Aquella parte
de España que, limpia y sola,
se libró del africano
en su pérdida llorosa.

TUCAPEL

Dime: ¿en la sangre del rey 190
de España y Castilla toca
este Mendoza?

REBOLLEDO

¡Pues no!

Juan Hurtado de Mendoza,
alférez mayor y ayo 195
del Rey, tuvo por esposa
a la gran doña María
de Castilla. Esta señora
fue hija del conde Tello,
hermano del Rey.

TUCAPEL
Sus obras
muestran bien su calidad, 200
porque estas la sangre adornan.
¿Cómo se llama ese Rey?

REBOLLEDO Enrique.

TUCAPEL
Pues como pongas
un rey de España en su sangre,
no le pidas mayor gloria. 205

Ahora bien, soldado amigo,
yo no tengo ricas joyas
que darte, que, como sabes,
Arauco produce pocas. 210

Este arco y estas flechas
te doy por prenda amorosa
de nuestra firme amistad,
y porque tengas memoria
de que si la guerra dura 215

y nuestras armas se tornan
a ver pecho a pecho, el día
que en sacallas te dispongas,
en viéndome, no las muevas,
que por los ojos que adoran
los míos de no ofenderte... 220

REBOLLEDO
Mucho yerra el que os provoca
a no rendiros en paz,
que si te dijese cosas
que estos Mendozas han hecho 225
con la gente alarbe y mora,
las batallas que han vencido,
las ciudades, las coronas
que han añadido a sus reyes

con tan ilustres vitorias,
echaríades de ver 230
que es imposible que agora
os libréis deste mancebo
de cuyo sol seréis sombra.

TUCAPEL
Ahora bien, yo quiero hablarlos.
Vete, soldado, en buenhora, 235
que aquí vienen a consejo.

REBOLLEDO

Presto veréis que os importa.

(Vase, y salen CAUPOLICÁN, FRESIA, RENGO, OROMPELLO y ENGOL, muchacho.)

CAUPOLICÁN

¿Español contigo estaba?

Tucapel, ¿andas de paz?

TUCAPEL

De la guerra pertinaz 240

que Rengo vituperaba

estoy de suerte cansado

viendo, General, las glorias

del español, que en vitorias

tan prósperas le han honrado; 245

y de ver que en nuestro suelo

funde fuertes y ciudades,

que le tendrán mil edades,

pienso, del airado Cielo.

Y así me sujeto a Rengo 250

en cuanto al rendirse toca.

RENGO

Tras tanta arrogancia loca,

Tucapel, ¿a escuchar vengo

de tu boca esa humildad?

TUCAPEL

Múdase el tiempo. ¿Qué quieres? 255

RENGO

¿Tú eres Tucapel? ¿Tú eres

de cuya ferocidad

tembló Valdivia?

ENGOL

No quiero,

Rengo, que hables tú con él.

CAUPOLICÁN

¡Calla, Engol!

ENGOL

Di, Tucapel: 260
¿eres tú el soberbio y fiero
que tantas veces bebiste
sangre de aquestos ladrones
que de remotas naciones
vienen donde libre fuiste 265
solamente a hacerte esclavo?
¿Eres el que por ver queda
de su fortuna la rueda
juraste ponerle un clavo?
¿Eres el que los asabas 270
y que, aún crudos, los comías?
¿Eres el que los decías
tantas arrogancias bravas?
¿Eres el que hiciste hacer
de las canillas famosas 275
de Valdivia dos hermosas
trompetas para tañer?
¿Eres el que las llevaba
a las batallas delante,
a cuyo son tu arrogante 280
pecho tanto se animaba?
¿Eres el que, puesto en oro
el casco de su cabeza,
hiciste una hermosa pieza
en que, por grande tesoro, 285
bebías chicha y perper
con los caciques de Chile?
Pues, ¿quién hay que te aniquile
de aquel tu insigne poder?
¿Paz quieres, volviendo atrás 290
del asunto comenzado?
¿De paz agora has tratado?

TUCAPEL

¡Engol, quedo! ¡No hables más!
No porque tu padre sea
Caupolicán es razón 295
que hables con presunción
donde ninguno lo vea,
que a no ser imagen suya,
como a pequeño conejo,
con pies, manos y pellejo, 300
tragara viva la tuya.

ENGOL

Por Dios que había de hacerte
muy mal estomago allá
y buscar por donde acá
saliera dándote muerte. 305
Mas, ¿cuándo conejo has visto

hijo de león cual yo?
Pues león fue el que me dio
el pellejo que me visto.
¡Vive Apón! ¡Si no estuviera
mi padre aquí...!

310

CAUPOLICÁN
¡Calla, Engol!

ENGOL
¡Sujetarse al español...!

FRESIA
¡Calla, Engol, por mí siquiera!
Y no crea Tucapel
que falta causa al rapaz 315
para no admitir la paz
de aqueste español crüel,
que si ya por pareceres
queréis rendir vuestros nombres,
dejad las armas los hombres 320
y daldas a las mujeres,
que yo seré capitán
de muchas a quien faltaron
sus maridos, que emplearon
mejor que los que aquí están, 325
que irán contra don García
y contra el mundo.

GUALEVA
No creo,
Fresia, que con mal deseo
mi esposo la paz quería,
mas por escusar el daño 330
que del Mendoza se espera.

CAUPOLICÁN
Fresia, Fresia, menos fiero
después de tal desengaño.
Ya no es justa la arrogancia;
tratemos de paz.

FRESIA
¡Cobarde! 335
¿Qué es paz?

ENGOL

Paz dicen que tarde
está infinita distancia.

(Sale GALBARINO con las manos en unos troncos de sangre.)

GALBARINO

Pues he llegado con vida,
nobles de Chile y Arauco,
donde hacéis vuestros consejos 340
que a la patria importan tanto,
volved los ojos a ver
un amigo desdichado
que os ayuda con la lengua,
ya que le faltan las manos. 345
Estas me han cortado agora
para que venga a avisaros
que, si venís a las suyas,
pasaréis el mismo daño.
Por embajador me envían, 350
mas si las manos hablando
ayudan tanto a la lengua,
¿cómo os hablaré sin manos?
Pienso que tratáis rendiros;
quisiera poder mostraros 355
a los que sois los caudillos
que es cobardía en el campo,
porque fundarlo en razón
todos sabéis que es engaño
y querer cubrir el miedo 360
con tan vil razón de estado,
porque, cuando confeséis
que este mancebo cristiano
os vence en tantas batallas,
os rinde en tantos asaltos, 365
¿cuánto mejor es morir
con las armas peleando
que vivir sirviendo un noble
como bestia y como esclavo?
Siendo forzosa la muerte 370
a todo lo que es humano,
¿cuál hombre, aunque nazca rey,
muere mejor que un soldado?
Morir de una enfermedad,
sin lengua, desnudo, flaco, 375
en una cama, es el fin
de los más dichosos años;
pero un soldado en la guerra
muere animoso y gallardo,
vestido y lleno de plumas, 380
con su lengua y con sus manos.

Desdichados de vosotros,
 araucanos engañados,
 si vendéis la libertad
 de vuestra patria a un extraño, 385
 pues que, pudiendo morir
 llenos de plumas y armados,
 queréis morir como bestias
 en poder destos tiranos.
 ¿Será mejor que esas plumas 390
 de que os miráis coronados,
 esas macanas famosas,
 esas flechas, hondas y arcos,
 llevar las cargas a cuestras
 destos españoles bravos 395
 y morir en los pesebres
 de sus galpones y tambos?
 ¿Será mejor que esos hijos
 vayan de leña cargados
 y que sus madres les den 400
 con vuestra afrenta y agravio,
 siendo amigas de españoles,
 otros mestizos hermanos
 que los maten y sujeten
 con afrentas y con palos? 405
 Mirad lo que hacéis, chilenos;
 morid con honra, araucanos,
 que yo, aunque manos no tengo,
 esta lengua con que os hablo
 haré que sirva en la guerra 410
 solo hablando y animando
 lo que hace el atambor,
 que anima al que tiene manos.
 Vaquetas serán mis voces,
 caja la boca, los labios 415
 parches, pífaro los dientes.
 ¡Toca! ¡Marcha! ¡Al arma! ¡Vamos!

(Vase GALBARINO.)

CAUPOLICÁN Indios, ¿qué decís?

TUCAPEL
 ¿Cuál hombre,
 Caupolicán, si es honrado,
 no se anima cuando tocan 420
 ¡al arma!, ¡al arma! en su campo?
 Pues yo que tocar he visto
 aquesta caja sin brazos
 ya los míos apercibo.

RENGO
Y yo, Tucapel, alargo
los que ves para abrazarte. 425

OROMPELLO
¿Que el español temerario
estos castigos promete
y de las paces tratamos?
¡Desdichados de vosotros 430
si los cuellos no domados
rendís una vez al yugo
de los fieros castellanos!

ENGOL
Toma ejemplo, padre mío,
en este sangriento caso. 435
¡Guerra! ¡Guerra!

TODOS
¡Guerra! ¡Guerra!

CAUPOLICÁN ¿Juraislo así?

TODOS
Sí, juramos.

CAUPOLICÁN
Las quebradas de Purén
para hacer cualquier contrato
son secretas y seguras; 440
allí podemos juntarnos.
Yo tengo engastado en oro
de Valdivia el mismo casco,
donde, con alegre fiesta,
quiero que todos bebamos 445
sangre de algún español,
y con música y aplauso
juremos morir o echar
los españoles de Arauco.

RENGO
García dicen que es ido 450
a Ancud con grandes trabajos,
donde la ciudad de Osorno

quieren decir que ha fundado
por un abuelo que tiene
conde de Osorno. Entre tanto,
nos podremos prevenir.

455

CAUPOLICÁN

Pues secretamente vamos.
¡Viva Arauco y Chile!

TODOS

¡Viva!

ENGOL

Padre, oíd: yo solo basto
a matar mil españoles.

460

CAUPOLICÁN

Logren los cielos tus años.

(Vanse, y salen DON GARCÍA y los españoles.)

DON FILIPE

En fin, ¿es rey el ínclito Filipe?

DON GARCÍA

Estas cartas lo dicen.

DON FILIPE

¡Grande hazaña!

DON GARCÍA

Bien es que el Quinto Carlos le anticipe
al Imperio ilustrísimo de España
y que este nuevo mundo participe
con el remoto mar que a Chile baña
del contento y placer que el otro tiene,
pues que tan gran corona le previene.

465

Cuando en todo el discurso de su vida
no hubiera Carlos otra hazaña hecho,
era esta sola tan esclarecida
que mostrara el valor de su alto pecho.

470

Si allá se muestra España agradecida,
no menos de su imperio satisfecho

475

se ha de mostrar Arauco, aunque arrogante

del yugo agora la cerviz levante.
¡Hagamos fiestas! ¡Levantemos arcos
al gran Filipe, fuertes españoles!
¡Tambos en tierra y en el agua barcos 480
se coronen de ramos y faroles!
Nosotros cañas y los indios arcos
jugaremos, lucidos como solos.
Salgan nuestros caballos dando al viento
envidia al son del bélico instrumento; 485
pase por nuestro campo la palabra,
que ya reina Filipe, y que apercibe
Júpiter rayos que en España labra
para que al indio bárbaro derribe.
Todo soldado los oídos abra: 490
¡Filipe reina ya! ¡Filipe vive!

DON FILIPE
¡Filipe vive y reina!

[VOCES] (Dentro.)

¡Viva! ¡Viva
Filipe!

DON GARCÍA
¡Y por su rey Chile reciba!

(Sale DON ALONSO en tocando una caja.)

DON ALONSO
En medio deste placer
de nueva tan deseada 495
más cuidado es menester.

DON GARCÍA
No pienso envainar la espada
hasta morir o vencer.

DON ALONSO
Caupolicán ha juntado
en Purén todo el senado 500
de sus caciques, que quiere,
según de aquesto se infiere,
salir en campo formado.

Están agora en la fiesta
donde el casco de Valdivia 505
sirve de copa, en que, puesta
sangre humana fresca y tibia,
quieren beber sobre apuesta.
Allí tienen instrumentos
para celebrar mejor 510
estos bárbaros intentos.
No les des lugar, señor,
a sus locos juramentos,
que es gente que, si lo jura
con esta solemnidad, 515
por la muerte más segura
entrará con libertad
o verá el fin que procura.

DON GARCÍA

Caso extraño en que conviene
diligencia, que gran daño 520
desta junta se previene.
El capitán Avendaño,
cuya compañía tiene
los famosos vizcaínos
que han honrado esta jornada, 525
vaya por varios caminos
para cercar la quebrada
entre sus robles y pinos,
que agora pienso que están
seguros.

DON FILIPE

Caupolicán 530
nunca vive sin defensa,
y en la quebrada, ¿qué ofensa
le ha de hacer el Capitán?

DON GARCÍA

No me llaman San García
los indios porque soy santo, 535
pero porque en profecía
adivino y digo cuanto
intenta su rebeldía.
Cuando me habló Elicura
de paz, envié tras él; 540
dijistes que era locura
y fue una guerra crüel
y una vitoria segura.
Cuando estaba en la imperial,
al fuerte gente envié 545
que llegó en ocasión tal
que a los cercados libré

de muerte y desdicha igual.
Vaya a Purén Avendaño.

DON ALONSO

Tú gran valor manifiestas.

550

DON GARCÍA

Yo sé bien que no me engaño;
soldado en convite y fiestas
muy cerca está de su daño.

(Vanse, y salen todas las indias y indios y los músicos con sus instrumentos.)

CAUPOLICÁN

Sentaos, pues el verde suelo
os da alfombras de colores
donde compiten las flores
con las estrellas del cielo.
Toma, Fresia, este lugar.

555

TUCAPEL

Ponte a mi lado, Gualeva.
Serás primavera nueva
del campo que has de mirar,
porque los ojos apenas
pondrás en cuanto divisas
sin salir mil manutisas,
clavellinas y azucenas.

560

565

RENGO

Aquí, Millaura, te asienta.

OROMPELLO

Y tú aquí, bella Quidora,
puesto que el ausencia agora
de Talgueno te atormenta.

ENGOL

Déjame, Orompello, estar
junto a Quidora.

570

OROMPELLO

No es justo.

ENGOL
Hazme por Dios este gusto.

OROMPELLO
Si da Quidora lugar...

QUIDORA
Por quitaros de quistión,
que celos es largo pleito, 575
daré principio al areito
si me ayuda Leocotón.

LEOCOTÓN
Ya estoy por servirte en pie,
Quidora bella.

QUIDORA
Pues toca.

LEOCOTÓN
Que tu hermosura provoca. 580
Ayuda, Purén.

PURÉN²⁴
Sí haré.

(Todos asentados, QUIDORA y LEOCOTÓN bailen cantando los músicos.)

MÚSICOS
Piraguamonte, piragua,
piragua, xevizarizagua.
En una piragua bella 585
(toda la popa dorada,
los remos de rojo y negro,
la proa de azul y plata)
iba la madre de Amor
y el dulce niño a sus plantas,
el arco en las manos lleva, 590
flechas al aire dispara.
El río se vuelve fuego,
de las ondas salen llamas.
¡A la tierra, hermosas indias,

que anda el amor en el agua! 595
 Piraguamonte, piragua,
 piragua, xevizarizagua,
 Bío-Bío,
 que mi tambo le tengo en el río.
 Yo me era niña pequeña 600
 y enviáronme un domingo
 a mariscar por la playa
 del río de Bío-Bío.
 Cestillo al brazo llevaba 605
 de plata y oro tejido.
 Hallárame yo una concha,
 abril a con mi cuchillo;
 dentro estaba el niño Amor
 entre unas perlas metido;
 asiome el dedo y mordiome; 610
 como era niña, di gritos.
 Bío-Bío,
 que mi tambo le tengo en el río.
 Piraguamonte, piragua,
 piragua, xevizarizagua. 615
 Entra, niña, en mi canoa
 y dareté una guirnalda,
 que lleve el sol que decir
 cuando amanezca en España.
 Iremos al tambo mío, 620
 cuyas paredes de plata
 cubrirán paños de plumas
 de pavos y guacamayas.
 No tengas miedo al Amor,
 porque ya dicen las damas 625
 que le quiebra el interés
 todos los rayos que fragua.
 Piraguamonte, piragua,
 piragua, xevizarizagua.
 Bío-Bío, 630
 que mi tambo le tengo en el río.
 La blanca niña en cabello
 salió una mañana al río,
 descalzó sus pies pequeños,
 comenzó a quebrar sus vidros. 635
 Andaba nadando Amor
 y, acercándose quedito,
 asióle dél uno dellos,
 a quien llorando le dijo:
 «Deja el pie, toma el cabello, 640
 pues que la ocasión he sido,
 y porque mejor la goces,
 vente a mi tambo conmigo,
 Bío-Bío,
 que mi tambo le tengo en el río. 645
 Piraguamonte, piragua,
 piragua, xevizarizagua».

CAUPOLICÁN

Bien habéis los dos bailado.
¡Hola, dadnos de beber!

RENGO

Aquí está el casco engastado
de Valdivia.

650

CAUPOLICÁN

Este ha de ser
el día más celebrado
que en Arauco se haya visto.

RENGO

Toma, y esa sangre bebe.

CAUPOLICÁN

Con ella la sed resisto,
que aunque está caliente, es nieve.

655

TUCAPEL

De ese regalo desisto,
que si esa sangre crüel
bebiese, estoy satisfecho
que, con la de Tucapel,
no tendré paz en mi pecho
mientras la tuviese en él.

660

(Toquen una caja de guerra dentro.)

AVENDAÑO

¡Santiago! ¡Santiago! ¡A ellos!

CAUPOLICÁN

¡Santo Apón!

DON FILIPE

La ocasión goza,
pues te ofrece los cabellos.

665

AVENDAÑO

¡España! ¡España! ¡Mendoza,

no se escape un hombre dellos!

RENGO

¡Vendidos habemos sido!

CAUPOLICÁN

Sin armas nos han cogido;
aviso al Mendoza han dado.

670

TUCAPEL

El galpón está tomado;
nuestro secreto ha sabido.

CAUPOLICÁN

¿Cómo encubrirse podía,
siendo profeta del Sol,
mi secreto a San García?

675

FRESIA

Hoy se venga el español
en tu vida y en la mía;
mas muere como quien eres.

CAUPOLICÁN

Dame, Engol, una alabarda.

ENGOL

Padre, si primero mueres,
solo un momento me aguarda.

680

OROMPELLO

¿Para qué dejarnos quieres?
Por esa puerta te escapa.

AVENDAÑO

¡Cierra España, que se van!

CAUPOLICÁN

La muerte la infamia tapa.

685

(Todos sobre él y cérquenle.)

DON ALONSO
Aquí está Caupolicán.

CAUPOLICÁN
¡Oh, noche, del mundo capa!
¿No me ayudarás aquí?

AVENDAÑO ¡Date, bárbaro!

CAUPOLICÁN
¿Tú sabes
quién soy, por ventura?

AVENDAÑO
Sí. 690

CAUPOLICÁN
Pues trata a los hombres graves
como te tratara a ti
si se trocara la suerte.

AVENDAÑO
Ya te digo que te des.

CAUPOLICÁN
Primero veréis mi muerte. 695

DON ALONSO
Ya no te valdrán los pies
ni el sitio, aunque estraño y fuerte;
Rengo, Tucapel y aquellos
de quien favor esperabas
ya serán muertos.

CAUPOLICÁN
Si en ellos 700
muriendo el valor alabas,
déjame morir con ellos.

DON FILIPE
El matarte justo fuera,
pues fuiste aquel insolente
que le diste muerte fiera 705

a Valdivia y, con tu gente,
alzaste infame bandera
contra tu rey y señor,
de quien eras ya vasallo;
pero, pues fuiste traidor 710
(sin otras cosas que callo
porque ofenden nuestro honor),
preso irás para que seas
ejemplo a Chile.

CAUPOLICÁN
No creas
que tengas tanto poder. 715

DON FILIPE
Pues eso pretendo ver.

CAUPOLICÁN
No quiera Apón que lo veas.

AVENDAÑO
¡Ea, soldados! ¿Qué hacéis?

CAUPOLICÁN Sois muchos.

AVENDAÑO
¡Acaba, loco!

(Batallando con él se entren todos.)

CAUPOLICÁN
Pero muriendo veréis 720
que tengo la vida en poco.

AVENDAÑO
Soldados, no le matéis.

(Sale DON GARCÍA.)

DON GARCÍA

Gracias os doy, gran señor,
que me habéis dejado ver
día de tanto placer 725

y a España de tanto honor.
Cuando el gran emperador
Carlos Quinto se retira
a Yuste y el mundo mira
que a Filipe le ha dejado 730
nuevo mundo conquistado,
su divina hazaña admira.

Si de aquel águila santa
quisiere el pollo que agora
corona España y adora 735
alzar el vuelo que espanta,
de donde el sol se levanta
adonde en oscuro olvido

se acuesta, verá que ha sido
señor absoluto y solo, 740
para que en cualquiera polo
tenga el águila su nido.

Pacífica tengo ya
la más indomable tierra;
sangre me cuesta su guerra, 745

mas bien empleada está,
pues Filipe, en fin, sabrá
que le doy nueve ciudades,
y entre estas ferocidades
mueve batallas vencidas, 750
aunque envidias atrevidas
escurezcan mis verdades.

(Salen los españoles con CAUPOLICÁN atado.)

AVENDAÑO

Yo pienso, heroico señor,
que hoy pacificas a Chile.

DON GARCÍA

¡Oh, nunca el tiempo aniquile
la fama de tu valor! 755

Dame los brazos, y al cuello
dé los míos; y de oro,
mientras de verde tesoro
ciñe el tiempo tu cabello, 760
toma, valiente Avendaño,
esta cadena.

AVENDAÑO

Señor,

del sol de tu gran valor,

aunque nace en polo estraño,

hurté la luz que he tomado,

765

que aqueste rayo español

es hurtado de tu sol,

porque tú eres sol, Hurtado.

Si algo hice, pues lo hurté

a ti como a dueño suyo,

770

lo vuelvo y lo restituyo.

DON GARCÍA

Más propio que hurtado fue.

¿Qué es esto, Caupolicán?

CAUPOLICÁN

Guerra, señor; y desdicha.

DON GARCÍA

No merecen tener dicha

775

los que contra el Cielo van.

¿No eras vasallo del rey

de España?

CAUPOLICÁN

Libre nací;

la libertad defendí

de mi patria y de mi ley.

780

La vuestra no la he tomado.

DON GARCÍA

Si por ti no hubiera sido,

Chile estuviera rendido.

CAUPOLICÁN

Ya lo está, si estoy atado.

DON GARCÍA

Mataste a Valdivia, echaste

785

muchas ciudades por tierra,

tú diste fuerza a la guerra,

tú la gente rebelaste,

tú venciste a Villagrán

y tú morirás por ello.

790

CAUPOLICÁN

Aun bien que tienes mi cuello
en tus manos, Capitán.
Venga a Filipe, derriba
a Chile, ponle a sus pies,
que en esta vida que ves
todo su poder estriba.

795

DON GARCÍA

Fuerza me será entregarte
a mi maese de campo,
que a vista de todo el campo
querrá también castigarte.
Pésame, Caupolicán,
que perdonarte no puedo.

800

CAUPOLICÁN

Agradecido te quedo,
generoso Capitán.
Ni te aconsejo me des
la vida, porque sería
conservar la rebeldía
que en estos bárbaros ves,
aunque por Dios que no he sido
quien más los ha rebelado,
que a todo acudí forzado
y de sus ruegos vencido.

805

810

(Sale FRESIA con un niño en los brazos en alto.)

FRESIA

¡Ah, españoles!
¡Ah, Mendoza!

DON GARCÍA

¿Qué es aquello?

FRESIA

En una peña
con un muchacho en los brazos
una india hablarte intenta.

815

DON GARCÍA

¿Qué quieres?

DON FILIPE
Que me llaméis
a Caupolicán.

DON GARCÍA
Ya espera
que le hables.

CAUPOLICÁN
¿Qué me quieres
en tantas desdichas, Fresia?

820

FRESIA
Cobarde marido mío
que el valor de Chile afrentas:
tú que prenderte dejaste
pudiendo morir sin ella,
¿cómo perdiste el sentido
al salir de aquella puerta,
que te han atado las manos
esos que temblaron dellas?
Manos de Caupolicán
ató la española fuerza;
mirando estoy si son tuyas:
no es posible que lo sean.
Yo pienso que Engol, tu hijo,
muerto en la campaña queda
entre los demás caciques;
pues, ¿hay infamia como esta,
que un niño tenga valor
para morir sin afrenta
y que a un gigante le falte?

825

830

835

CAUPOLICÁN
Mira lo que dices, Fresia,
porque esto no ha consistido
en mi valor ni en mis fuerzas,
sino en las de mi fortuna,
a quien estaban sujetas.

840

FRESIA
Calla, infame, y no me des
disculpa de tanta mengua,
que tan afrentada estoy
de que mi marido seas
que este hijo que de ti

845

entre los brazos me queda, 850
por no tener de un cobarde
a mis ojos tan vil prenda,
le estrello en estos peñascos.

CAUPOLICÁN ¡Tente!

DON GARCÍA ¡Matole!

DON FILIPE
¿Qué fiera
hiciera aquella crueldad? 855

DON GARCÍA ¡Terrible mujer!

AVENDAÑO
¡Soberbia!

FRESIA
Españoles, si no hubiere
alguno allá que se atreva
a ser de Caupolicán
verdugo, llamad a Fresia, 860
que yo misma iré a quitarle
la vida, porque con ella
vengue Chile sus agravios,
pues él su patria no venga.
(Vase.)

CAUPOLICÁN
Mal he hecho en no morir, 865
pues, para morir sin honra,
quise, españoles, vivir.

DON GARCÍA
No arguyes bien tu deshonra;
otra cosa has de decir.

CAUPOLICÁN ¿Cuál es?

DON GARCÍA
Del alma la muerte, 870
pues, muriendo desta suerte,
pierdes de gozar a Dios.

CAUPOLICÁN
Tratemos eso los dos,
y de la verdad me advierte.

DON GARCÍA
¿Tienesme por noble?

CAUPOLICÁN Sí. 875

DON GARCÍA ¿Por entendido?

CAUPOLICÁN
También.

DON GARCÍA
Pues, ¿cómo presumes, di,
que a no entender que voy bien
quisiese perderme a mí?

CAUPOLICÁN
Yo, García, te he tenido 880
en opinión de tan sabio,
tan noble y tan entendido,
que fuera notable agravio
pensar que fueses perdido;
y pues acertado vas 885
y yo errado, aunque enemigo,
muestra el lugar en que estás,
da muerte al cuerpo en castigo,
da vida al alma, que es más;
así baja y alza el vuelo 890
la fortuna de la guerra,
pues hoy me derriba al suelo.
Piérdase el cuerpo, que es tierra;
gánese el alma, que es Cielo.

DON GARCÍA
Conozco, Caupolicán, 895
tu valor y entendimiento.
Ven conmigo.

CAUPOLICÁN
Capitán,
aunque bárbaro, bien siento

los consejos que me dan.
Inmortal alma tenemos; 900
ya que la vida acabamos,
de darla al alma tratemos.
Serás mi padrino.

DON GARCÍA
Vamos,
y este parentesco haremos.
Echad un bando, Avendaño, 905
que cuantos indios quisieren
vengan a verle sin daño.

(Vanse, y salen GUALEVA y REBOLLEDO.)

GUALEVA
¿Que, en fin, castigarle quieren?

REBOLLEDO
Y lo demás es engaño.

GUALEVA
Si yo hablo al General, 910
¿no mostrará la real
sangre que tiene en el pecho?

(Tocan la caja.)

REBOLLEDO
Gualeva, en cuanto se ha hecho,
no se ha hecho ejemplo igual.

GUALEVA
¿Qué toca aquel atambor? 915

REBOLLEDO
Un bando en que, sin temor,
dice el maese de campo
que al indio asegura el campo
para verle.

GUALEVA
¡Qué rigor!

(Sale[n] ENGOL y QUIDORA.)

ENGOL ¿Mi padre preso?

QUIDORA
¡Detente! 920

ENGOL
¿Y a la muerte sentenciado?

QUIDORA
Dar quiere ejemplo a su gente.

ENGOL
¡Oh, cobarde afeminado!
¿Qué es del corazón valiente
que se dejase prender? 925

QUIDORA
¿Qué pudo entonces hacer,
cercado de cien cristianos?

ENGOL
¿Es posible que estas manos
no le pudieron valer?
Si hoy muere tal capitán, 930
cúbrase de luto el sol.

REBOLLEDO
¿Quién son los dos que allí están?

GUALEVA
Quidora bella y Engol,
hijo de Caupolicán.

(Sale[n] MILLAURA, OROMPELLO y FRESIA.)

MILLAURA

Con el bando llegar puedes, 935
pues que la vida asegura.

OROMPELLO

Con la paz que nos concedes,
para tanta desventura
a la mayor guerra excedes.

FRESIA

No me basta el corazón 940
para ver afrenta igual.

MILLAURA

¡Ay, Fresia, tienes razón!
¡Quita el amor natural
el discurso a la razón!

FRESIA

Dime, español, que Dios guarde: 945
¿hacen justicia esta tarde
del gran General de Chile?
¿Vístele por dicha?

REBOLLEDO

Vile
en triste y lloroso alarde.
A la plaza le han llevado, 950
donde en un palo verás
su cuerpo fuerte clavado.

ENGOL Señora...

FRESIA

Engol, ¿aquí estás?

ENGOL

¿Adónde está un desdichado,
sino en sangre y en tragedias? 955

FRESIA

Bien a tu padre remedias.

ENGOL

Voces no son de provecho
si enteras salen del pecho;
llévase el aire las medias.
¡Mísero yo, que nací
para verme en tanto mal!

960

REBOLLEDO

Pues habéis llegado aquí,
indios, con desdicha igual,
¿veisle allí?

ENGOL ¿Mi padre?

REBOLLEDO

Sí.

(Ábranse dos puertas y véase CAUPOLICÁN en un palo, diciendo así.)

CAUPOLICÁN

Señor, si yo era bárbaro, no tengo
tanta culpa en no haberos conocido,
ya que me han dicho lo que os he debido.
Sin pies a vuestros pies clavados vengo.

965

Yo confieso que tarde me prevengo,
pero dicen que, estando arrepentido,
debo creer que en este día he nacido.
Perdonadme, Señor, si me detengo.

970

Pasé adorando al Sol mis años tristes
contento de mirar sus rayos de oro,
pero ya sé que Vós al Sol hicistes.

975

Mi edad pasada arrepentido lloro.
¡Oh, Sol, autor del Sol! Pues luz me distes,
con esa misma vuestro rayo adoro.

(Tornen a cerrar.)

FRESIA

¿Hay ojos que aquesto vean
sin que se aneguen llorando?

980

ENGOL

Padre, yo te vengaré
si cubre el bozo mis labios.
Yo te juro por el Cielo
y el Sol que me está mirando
de no me llamar tu hijo, 985
de no dormir en tu tambo,
de no vestirme las armas
que a españoles has quitado,
de no mirar a mujer
y de no salir del campo 990
hasta que vengue tu muerte
pasando este mar a nado,
que de matar a García
pequeña venganza aguardo.
A España tengo de ir, 995
donde están Filipe y Carlos;
allí verás que en su trono
pongo mis dorados rayos,
que si soy el Sol, bien puedo
llegar al polo contrario. 1000
(Vase.)

FRESIA

¡Qué bien pareces mi hijo!

MILLAURA

¿Qué gente es esta, cristiano?

REBOLLEDO

Hoy celebra don García
el nuevo reino heredado
de Filipe.

MILLAURA

¡Tantas glorias! 1005
¡Huye, Quidora!

QUIDORA

Hoy quedamos
esclavas del español.

FRESIA

Si crece Engol, dél aguardo
la venganza de mi esposo,
muerto en la flor de sus años. 1010

(Salga toda la compañía, muy galanes, de soldados con música, con nueve banderas, y detrás DON GARCÍA. Vuélvase a descubrir aquel arco y, sobre una basa, se vea armado con un bastón el REY FILIPE SEGUNDO muy mozo, como que fuese estatua.)

DON GARCÍA

Invictísimo Filipe,
nuevamente coronado
por Rey de España y del mundo,
que a vuestros abuelos santos
halló Colón, y después 1015

tantos españoles brazos,
a costa de sangre suya,
os dieron y conquistaron:
veis aquí nueve banderas,
nueve batallas de Arauco 1020

que en vuestro nombre he vencido
pacificando su estado;
nueve ciudades también
os doy, ofrezco y consagro,
y todo aquesto, señor, 1025

en término de dos años.
Acetad la voluntad,
que, como estas nueve os traigo,
os trujera nueve mundos
si los hubiera criados. 1030

Vosotros, soldados míos,
llegad a besar su mano,
porque los repartimientos
que de los indios os hago
confirme en ausencia suya 1035

este famoso retrato.

DON FILIPE

Señor, mirad que os servimos
tiñendo estos verdes campos
de sangre de cien mil indios
por daros un reino estraño. 1040

Quien calla, señor, otorga.

DON GARCÍA

Pues con esto al templo vamos,
y decid en altas voces,
pues ya se retira Carlos,
¡viva el invicto Filipe, 1045

rey español, rey indiano!

TODOS

¡Viva el rey Filipe!

DON FILIPE
Aquí
da fin *Arauco domado*.

**DAVID EL PERSEGUIDIDO Y
MONTES DE GELBOE
LOPE DE VEGA**



Índice

David perseguido y montes de Gelboe

Jornada primera

Jornada segunda

Jornada tercera

Personas que hablan en ella

DAVID.

JONATÁS.

ABNER.

SAÚL, REY.

NAVAL CARMELO.

ABIGAIL.

MEROB.

ABISAÍ.

CÉFORA.

ZAQUEO.

VEJETE.

MÚSICOS.

Jornada primera

Salen ZAQUEO y el VEJETE, cada uno por su parte. Tocan dentro música, y clarines a la otra parte.

VEJETE. ¡Ah, gentil hombre!

ZAQUEO. Eso es,

llamarme gentil a mí,

y yo judío nací

de la cabeza a los pies.

VEJETE. ¿Y de qué tribu es, amigo,

si admite conversación?

ZAQUEO. Mi tribu es tribulación

en riñendo alguien conmigo.

VEJETE. Pues díganos sin reñir.

ZAQUEO. Cosa es que me está muy bien.

VEJETE. ¿Quién causa en Jerusalén

las fiestas que llevo a oír?

ZAQUEO. Sin duda eres peregrino,

pues la causa me preguntas

de haber tantas fiestas juntas.

VEJETE. Vengo ahora de camino.

ZAQUEO. Y vendrás muy bien cansado.

VEJETE. Y vengo muy bien curioso.

ZAQUEO. El vejezuelo es gracioso:

déjame muy obligado

a darte una relación,

pues mereces preguntar;

aunque esto del informar

nunca es bueno de ramplón;

es David, por gran ventura,

quien causa estas alegrías.

VEJETE. ¿No es el que mató a Golías?

ZAQUEO. Oigan, que sabe escritura:

viene ahora vencedor
de idólatras filisteos,
y así todos los hebreos,
y yo con ser el peor,
que le hemos hecho, verás,
mil honras por esta hazaña;
el rey Saúl le acompaña,
y el príncipe Jonatás
con su corte, y las más bellas
damas de Jerusalén,
pues le acompañan también
más de ochenta mil doncellas.

VEJETE. ¡Muchas son!

ZAQUEO. Pues no te asombres,
aunque admirarte podías,
porque como son judías,
tiénenles miedo a los hombres.
Ya a Palacio hemos llegado,
y verás la fiesta bien.

Música.

VEJETE. Pues vine a Jerusalén
en día tan celebrado,
que no me vuelva es razón
a nuestro Monte Carmelo,
sin ver al que guarda el cielo
para gloria de Sión.

Salen MEROB, hija del REY, JONATÁS, el rey SAÚL de barba, DAVID y las mujeres echando
flores y cantando la música.

Música.

Si Saúl triunfó de mil,
de diez mil triunfó David:
del tribu escogido
de Judá salió
David, que libró
al pueblo afligido:
pues ha merecido
sagrado laurel,
cántele Israel
la gala a David:
si Saúl triunfó de mil,
David mató a diez mil.
SAÚL. La aclamación popular,
en sus alabanzas ciega,
a tan grande extremo llega,
que aun yo la vengo a envidiar.
(¿Victorias pudo alcanzar Aparte.
de los que yo no vencí?
El pueblo lo canta así;
y aunque en mi servicio ha sido,
la envidia de que ha vencido
es la que me vence a mí.)
DAVID. No es esta victoria mía,
señor: el alma lo entiende,
no es la espada la que ofende;
sino el brazo que la guía:
el vuestro es el que vencía;
de vos procedió mi aliento;
porque el idólatra atento,
acabe de conocer,
que Dios le pudo vencer
con tan humilde instrumento.
JONATÁS.¿David?
DAVID. Jonatás, señor,

Príncipe a quien dan los cielos
las dichas que has merecido;
por hechura me confieso
del Rey mi señor, que viva,
aunque eres tú su heredero,
tan larga edad, que Israel
te dé la corona y cetro
de más edad que tu padre:
porque él gobierne su pueblo,
contando en los años siglos
coronado de trofeos.

JONATÁS. Alcánceme a mí la muerte
primero que deje el reino
mi padre; y tú, más famoso
que cuantos caudillos dieron
triumfos al pueblo de Dios,
dilata a par de los tiempos
tu dichosa edad, y veas,
por bien de los siglos nuestros,
que tu nombre se eterniza,
no en bronces, que se mintieron
firmes en la última línea
de los humanos sucesos;
no en mármoles, que caducan
con los resabios de térreos
en la rebelde tarea
de los días: en los cielos
mire el sol tu nombre escrito,
siendo caracteres bellos
esas imágenes puras
que diamantes compusieron;
porque lo eterno y luciente
sirva a su fama de espejo.
Ya sabes que soy tu amigo,

David, y siempre he de serlo
con fe inviolable, hasta que
se cubra en mortales velos
la vida.

SAÚL.(Si no lo estorban Aparte.
las venganzas que prevengo;
que si David no me ofende;
de sus victorias me ofendo,
que mezcladas con la envidia,
las juzga el alma venenos.)

DAVID. Si faltare a la lealtad,
que al Rey mi señor le debo,
si al amor con que me estimas
negare humildes respetos,
permita el Dios de Abraham,
que de los bárbaros hierros
de los mismos que he vencido
muera atravesado el pecho,
y el campo en mi sangre tinto
me dé infeliz monumento.

SAÚL. Lo que mereces conozco,
y lo mucho que te debo.

JONATÁS. Pues, señor, dale a Merob
mi hermana, pues la ofrecieron
tus promesas cuando estaba
tu corona en tanto riesgo,
y por David se confiesa
libre de opresión tu Imperio.

MEROB.(No seré yo tan feliz,
que le merezca por dueño.) Aparte.

SAÚL. Yo la prometí, es verdad;
mas, Jonatás, aún no es tiempo.

JONATÁS. Si es que por ser la mayor
te excusas, humildes ruegos

puedan contigo: Micol,
mi segunda hermana, es premio
de los triunfos de David.

SAÚL. Yo cumpliré sus deseos:
y ahora, Príncipe, basta
ver las honras que le he hecho.
Ya es capitán de mi guardia;
ya, como ves, le prefiero
a los Príncipes mayores
de mi corte, pues yo mismo,
para que el pueblo le aclame
con festivos instrumentos,
le he salido a recibir.

DAVID. Gran señor, tus plantas beso
por las honras que recibo.

ZAQUEO. Si faltan las de Zaqueo,
las del pueblo importa un higo.
Ya sabes que me entretengo
sirviendo al Rey en Palacio,
siendo mis chistes honestos,
porque la descompostura,
ni es donaire, ni es ingenio.

Clarín. Sale ABISAÍ.

ABISAÍ. Tu Capitán general
Abner, Príncipe supremo
de la Milicia, ha venido.

SAÚL. Llegue; que verle deseo.

VEJETE. Pues hemos visto la fiesta,
no es bien que perdamos tiempo,
ya que mi ama Abigail
se ha detenido, creyendo
llegar temprano.

Vase, y sale ABNER.

ABNER. Señor,
pues las honras que le has hecho
a David, sus glorias cantan,
solo te diré, que habiendo
marchado en socorro suyo
con los caballos ligeros,
llegué a las frescas orillas
del Jordán, cuyos revueltos
cristales habían trocado
en púrpura sus espejos;
y entre la manchada hierba
de su margen, tantos cuerpos,
que a ser todo sangre el río,
aun fuera el número menos.
Mas como en ellos se vían
heridas de tantos hierros,
eran de su misma sangre
vivas esponjas los muertos.
El socorro que llevaba,
vino a ser socorro nuestro,
pues dejó a mi gente rica
con lo que olvidaban ellos.
Solo David, solo él pudo
meter en batalla el riesgo,
y de ella sacó en despojos
la gloria del vencimiento;
que no ha habido capitán
de cuanto caudillo hebreo
triunfó en el pueblo de Dios,
aunque es la envidia su opuesto,
que igualar pueda a David,

asombro del Filisteo,
rayo del Amalecita,
como idólatra soberbio;
firme blasón de tus armas,
claro esplendor de tu Imperio,
fama inmortal de tu nombre,
pues deja tu nombre impreso
en láminas de los siglos
hasta que se pare el tiempo.
SAÚL. De todo es merecedor,
hasta Abner le aclama: ¡ah, cielos!
(Ya es más dueño de Israel Aparte.
que yo, pues que yo le temo.
David, entra a descansar,
pues por honrarte, prevengo
aposento en mi Palacio.)
DAVID. Te iré primero sirviendo
hasta dejarte en tu cuarto.
SAÚL. Este es mi gusto.
DAVID. Más precio
la obediencia, que alcanzar
de un Rey los mayores premios.
JONATÁS. ¡Qué valeroso!
ABNER. ¡Qué humilde!
En él juntaron los cielos,
para ser amable al mundo,
lo bizarro y lo modesto.
DAVID. Entra, Abisaí.
ABISAÍ. Señor,
como mandas te obedezco.
MEROB. Guarden los cielos su vida
al paso de mis deseos.
ZAQUEO. Yo le quiero acompañar,
que me dará por lo menos,

pues ya que no le aprovecha,
la honda del Filisteo.

Cantan.

Vanse MEROB y las mujeres por una parte, DAVID, ABISAÍ y ZAQUEO por otra, haciendo reverencia al REY, y quedan el REY, JONATÁS y ABNER.

SAÚL.(¡Qué monstruo cría Israel Aparte.

para infame vituperio
de la corona que ciño!

Ya está reventando el fuego,
pues desde el pecho a los labios
soy todo un mortal incendio.

¿Jonatás?)

JONATÁS. Señor, ¿qué mandas?

ABNER.Si me das licencia, quiero...

SAÚL.Espera, porque has de ser,
con valor y con secreto,
obediente ejecutor
de mi justo mandamiento.

Príncipe, la obligación
de ser tu padre, te quiero
presentar para testigo
de tu amor.

JONATÁS. Y que te debo
lo que soy.

SAÚL. ¿Qué harás por mí?

JONATÁS.Perder la vida es lo menos.

SAÚL.¿Y desearás que tu padre
se libre del grave peso
de un cuidado?

JONATÁS. Todo es poco
cuanto descubren los cielos
para que vivas con gusto,

si está en mi mano el tenerlo.

SAÚL. Pues yo, Jonatás, de todo humano gusto carezco.

ABNER. ¡Hay suspensión semejante!

Alguna desdicha temo.

SAÚL. Aquel profeta de Dios,

Samuel, me dijo severo:

«Si Dios te mandó por mí que al rey de Amalec, soberbio, con su reino destruyeras,

sin dejarle en todo el reino

pedra que cubrir pudiese

los más humildes cimientos,

¿cómo al Rey dejaste vivo?

¿Cómo con tan vil provecho

reservaste sus ganados?

Pues porque fuiste a los cielos

inobediente, te digo

que Dios le dará a su pueblo

un Rey, y varón tan justo,

que venga a ser, en sus hechos,

muy conforme al corazón

de Dios.» Turbado y resuelto,

detener quise al profeta,

si bien con poco respeto,

pues al cogerle del manto

le rompí por detenerlo,

quedándoseme un pedazo

en las manos; aun hoy tiemblo

de lo que el profeta dijo,

dejando al aire suspenso:

«Como tú me has dividido

el manto, quiere el eterno

Dios de Abraham dividir,

ingrato Saúl, tu reino.»

ABNER.(Y desde entonces el Rey
siente el espíritu fiero Aparte.

que le atormenta, y David
le restituye el sosiego,
cuando en sus melancolías
toca el músico instrumento.

Aquí hay misterios profundos,
mas son altos los misterios,
que no puede penetrarlos
el querubín más atento.)

SAÚL. Pues tú no has de ser el Rey,

aunque eres tú mi heredero,
Jonatás, que el varón justo
que dice el profeta, temo
que es David; ¿pues tú tendrás
tan cobarde sufrimiento,
siendo la corona tuya,
que un pastor (estoy ajeno
de todo discurso), un hombre
que si vive es por mi aliento,
si vive honrado es por mí,
y por mí le aclama el pueblo,
¿permitirás que sea Rey,
sin que te cueste primero
la vida, y también la mía?
Porque en tus ojos me alegro,
en tu vista me regalo,
y en tu salud me deleito.

Abrázanse.

JONATÁS.¿Pues qué puedo hacer, señor?

Ya su voz estoy temiendo.

SAÚL. Darle muerte a David.

ABNER. ¡Hubo más feroz intento!

JONATÁS. ¡Cielos, es esto posible!

¿Cómo yo escucharle puedo

sin morir de pena?

SAÚL. Hijo,

¿mi voz te deja suspenso?

¿Obedecerme no es

en ti doblado el precepto

por tu padre y por tu Rey?

JONATÁS. Y si es cruel mandamiento,

¿no será piedad también

templar su injusto deseo?

No ultrajes la Majestad

con tiranías; si el Cielo

quiere que reine David,

el poder humano es sueño,

es polvo, es ceniza fría

para estorbar sus decretos.

ABNER. Si a un hombre que caminase

por un áspero desierto,

y en la juventud del sol

se le turbasen los cielos,

muertas sus cambiantes luces

entre pabellones negros,

tocando al arma el asombro,

siendo las cajas los truenos,

formando rasgadas nubes

campal batalla en el viento,

y viese entre ardientes globos

los abrasados efectos

de los coronados montes

caducamente soberbios,

en cada peñasco un rayo,

en cada tronco un incendio,
y en el desierto que pisa
tan sin humano remedio
hallase un cedro oloroso,
que invencible a tanto fuego
supliese lo seguro
del laurel, en cuyo ameno
sitio a la sombra dichosa
se librase a tanto riesgo,
¿fuera bien que el hospedaje,
dándole la vida el cedro,
que se lo pagara ingrato,
después de sereno el cielo,
cortándole tronco y ramas
con tan lastimoso ejemplo?
SAÚL. ¡Vive el cielo, que mereces
mortal castigo, por necio,
pues lo inobediente encubres
con máscara de consejo!
ABNER. ¡Gran señor!
JONATÁS. Con su lealtad
disculpa su atrevimiento.
SAÚL. Pues ya los dos os mostráis
a mi gusto tan opuestos,
lícito será que un Rey,
sin que padezca defecto
su autoridad, mate él mismo
a un enemigo encubierto.
Quedaos; que mi justo enojo
llega ya hasta aborreceros.

Vase.

ABNER. Príncipe.

JONATÁS. Acompaña al Rey...

ABNER. Si mandó...

JONATÁS. Pierde el recelo,
que la lealtad es más noble
para vencer el precepto
de su enojo en la obediencia.

ABNER. Guarden la vida los cielos
a David, y yo peligro
en lo terrible y lo fiero
de las iras de tu padre.

JONATÁS. Y yo, aunque aventure el reino,
le he de avisar que se guarde;
que pues los cielos le han hecho
tan dichoso, quiero ser
el generoso instrumento
de los decretos divinos,
si tan alto bien merezco.

Vase cada uno por su parte.

Salen ABIGAIL, CÉFORA, de villanas, y ZAQUEO.

ABIGAIL. Esta es Jerusalén, este el dichoso
Alcázar de Sión, albergue hermoso
de tantos reyes; ¡oh ciudad bendita,
en los cielos escrita
con plumas de profetas!
El Cielo admire a tu poder sujetas
las provincias idólatras, que en tanto
que con respeto santo
en sagrados altares
al Dios de los Ejércitos llames,
así lo dicen tantas profecías,
cantarás alegrías,

reinando vencedora.

CÉFORA. Abigail, señora,
los triunfos de David, las glorias cantan
de Israel, que levantan
a los cielos su nombre soberano.

ZAQUEO. ¿Quién trajo a los palacios lo villano?

Pero bien puede ser tanta hermosura
dueño de otra mejor arquitectura;
el Palacio del Sol es un pobrete;
si no os da de aposento su retrete;
mas bien sabe su cuento,
que si os diera aposento,
la luz perdiera, que los cielos dora,
y la una fuera el Sol, la otra la Aurora.
Mas yo, por no abrasarme,
quisiera acomodarme
con los rayos menores,
porque son los templados los mejores;
y así, por más humildes arcaduces,
me acomodo a la Aurora entre dos luces.

CÉFORA. ¡Qué mal humor que gasta!

ZAQUEO. ¿Es malo?

CÉFORA. Es frío.

ZAQUEO. Pues deme uno caliente, y tome el mío.

¿Qué buscáis, serranitas?

ABIGAIL. Ver queremos
el Palacio Rëal, ya que tenemos
franca licencia en tan alegre día.

ZAQUEO. Falta en esa licencia...

CÉFORA. ¿Qué?

ZAQUEO. La mía;
si bien a luz tan pura
mal se resiste la mayor clausura.
Yo soy el Cancerbero de esas puertas,

y las tendréis abiertas
a fe de buen judío;
y si queréis que os abra el pecho mío,
por dejaros a entrambas obligadas,
me daré dos lanzadas.

CÉFORA. ¡Qué terrible fineza!

ZAQUEO. Todo es poco;
si me enamoro, préciome de loco.

CÉFORA. ¿Y cuántas se habrá dado en esta vida?

ZAQUEO. Una lanzada tengo prometida
a cierta judihuela,
que por verme difunto se desvela;
pero yo, por no errarme en el ensayo,
quiero informarme donde cae el soslayo.

CÉFORA. ¡Qué poco miedo tiene!

ZAQUEO. ¡Bueno fuera
que en los soldados como yo lo hubiera!
¿No tienen ya noticia de Golías,
que nos libró de tantas agonías?

ABIGAIL. Y que fue una victoria celebrada.

ZAQUEO. ¿Supieron que murió de una pedrada
en el feroz combate,
y luego le cortaron el gáznate?

ABIGAIL. Grande ignorancia el no saberlo fuera.

ZAQUEO. Pues yo no lo maté, ni Dios lo quiera.

ABIGAIL. ¿Cómo, si fue David?

ZAQUEO. Por eso digo;
porque soy enemigo
de que me achaquen muertes que no he hecho;
pero el valor del pecho,
con una envidia honrosa
me sacó a la campaña polvorosa;
llamé a batalla a un bárbaro gigante;
y púsoseme delante

esgrimiendo un alfanje de cien varas.

ABIGAIL. Fuerza es que peligraras
aunque estuvieras lejos.

ZAQUEO. ¡Lindo cuento!

No le alcanzaba yo con otras ciento.

ABIGAIL. Alientos son bizarros.

ZAQUEO. Escogí de un arroyo cien guijarros,
que pesaba el menor arroba y media.

CÉFORA. ¡Qué pesada tragedia!

Muy grandes piedras son.

ZAQUEO. Bien lo imaginas,
¿pues a un gigante han de tiralle chinas?

Esas son las victorias más honradas:

tiréle mil pedradas

con dichosa fortuna,

pero de todas no acerté ninguna;

y aquesto lo dirán dos mil testigos.

CÉFORA. ¿Y en qué paró?

ZAQUEO. Hiciéronnos amigos.

CÉFORA. Igual fue la victoria.

ZAQUEO. Ten memoria:

el escaparme yo, fue la victoria.

¿Y de qué tierra viene tanto cielo?

ABIGAIL. En el Monte Carmelo
es nuestra habitación, en cuyas faldas,
en cada Abril vestidas de esmeraldas,
tiene Naval, mi esposo,
esquilmo tan copioso
de ganados y mieses,
que parecen los meses
negarle su estación a otro horizonte,
viviendo todo el año en nuestro Monte.

CÉFORA. Mas viene a ser tu esposo tan escaso,
que en viendo a la piedad la cierra el paso;

tan miserable al desfrutar la tierra,
que aun los rayos del sol también encierra.
ZAQUEO. ¿Naval se llama? Linda desposada;
¿con batalla Naval estáis casada?
Y si sois liberal, y él avariento,
todo el año andará Naval sangriento:
retiraos, porque el Príncipe ha salido.
ABIGAIL. Pues ya que hemos venido,
veremos a David, pues nuestra suerte
nos trajo tarde, cuando el mundo advierte
públicas alegrías,
que en cuanto dure el sol, formando días,
vivirá su memoria
en los anales de la Sacra Historia.
ZAQUEO. No faltará ocasión.
ABIGAIL. Fuera esperamos.

Vase.

ZAQUEO. ¿Y en qué altura quedamos,
Villanica del Monte?

Detiene a CÉFORA.

CÉFORA. Yo en mi altura.
ZAQUEO. Y si fuese tan gruesa mi ventura,
que llegase a tu Monte de esmeraldas,
¿no te podré yo hablar desde las faldas?
CÉFORA. No escucho yo tan lejos.

Vase.

ZAQUEO. Sea por señas,
besando troncos y adorando peñas.

La morenilla es alma de un pimiento,
y puede revocar un testamento
aunque esté el otorgante en aquel punto
dando mil alegrones de difunto.

Sale JONATÁS.

JONATÁS. Llama a David, Zaqueo.

ZAQUEO. Mas presto le traeré que tu deseo.

Vase.

JONATÁS. ¡Suerte infeliz la mía!
Eclipsóse la luz, turbóse el día,
cuando la parda nube
sobre los hombros de los vientos sube,
y al sol empaña crespá, y licenciosa,
los rayos puros de su frente hermosa:
no tiene culpa el sol, porque es ajena
la sombra oscura de amenazas llena;
pero que el mismo sol cause desmayos
a la hermosa pureza de sus rayos,
y las nubes engendre helado y frío,
para negarse al monte, al valle, al río:
obstinada invención de otro Faetonte,
pues pierde el valle lo que llora el monte:
el Rey, el sol del mundo. ¿quién creyera
que la tirana envidia eclipse fuera
del luciente esplendor de su albedrío,
dejando oscuro el monte y seco el río?

Salen DAVID y ZAQUEO.

DAVID. ¿Qué me mandas, señor?

JONATÁS. Salte allá fuera.

ZAQUEO. Obedezco en la uña.

Vase.

JONATÁS. (¡Oh, quién pudiera! Aparte.

Con riesgos de su vida...)

DAVID.(Con la color perdida,
y turbada la voz, hablarme intenta.)

Aparte.

Si merezco, señor, que me des cuenta
de la pasión que turba tus sentidos...

JONATÁS. Tienen, David, oídos
el viento y las paredes, y mi aliento
tiembla de las paredes y del viento.

DAVID. Muy bien puedes hablar; que ellas son mudas
y escucharán leales.

JONATÁS. Con más dudas
estoy para temellas,
porque habla el viento lo que escuchan ellas.

DAVID. Pues el Palacio deja.

JONATÁS.¿No adviertes que conmigo ha de ir la queja
para mover los cielos,
y en tan duros desvelos

estará, aunque sin voces la despida,
el eco en asechanzas de homicida?

DAVID.¿De quién sabré tu pena?

JONATÁS. De mi pecho,
con un abrazo estrecho;
llégate a mí, David, porque quisiera,
que el alma de mi pecho se infundiera
en el tuyo, de modo,
que lo que temo lo supieras todo;
y al volverse después que te informara,
de cuanto te dijera se olvidara.

Matarte quiere el Rey.

Abrázanse.

DAVID. ¡Qué escucho, cielos!

JONATÁS. Llegarán a desdichas tus recelos
si en consultas los pones, porque llega
a ver la envidia más, cuanto más ciega.

DAVID. ¿Pues yo qué puedo hacer?

JONATÁS. Librarte.

DAVID. ¿A dónde?

JONATÁS. Donde el cielo te guíe.

DAVID. No se esconde
de las iras del Rey átomo breve
del mismo sol, porque en el sol se embebe
huyendo de su furia.

JONATÁS. Al cielo haces injuria
si no guardas la vida.

DAVID. Porque es de tus alientos defendida
la procuro guardar.

JONATÁS. Líbrete el Cielo.

DAVID. ¿En qué he ofendido al Rey?

JONATÁS. Ese desvelo
no suspenda tu prisa.

DAVID. En tus voces me avisa
nuestro Dios de Abraham.

JONATÁS. Él te defienda.

DAVID. Y muera yo cuando a mi Rey ofenda.

Sale ABNER por la parte que se quiere ir DAVID.

ABNER. David, en tu busca vengo.

DAVID. Abner, ¿vienes a matarme
por orden del Rey?

JONATAS. No fueras

de la ilustre y noble sangre
del tribu de Benjamín,
si turbaras las piedades
que en defensa de David
conmigo comunicaste.

ABNER. Antes, señor, he venido
a que la piedad, si cabe
en el pecho de David,
quiera mostrarla: tu padre
ha vuelto a sentir ahora
aquella furia indomable
de aquel espíritu fiero
que le atormenta; pues sabes,
gran capitán de Israel,
el remedio saludable
que Dios puso en tu instrumento,
ven ante el Rey a tocarle,
porque sus penas se templen,
porque su dolor se aplaque.

JONATÁS. David, mi padre es el Rey;
ven, por Dios, a remediarle.

DAVID. Si tú me has dicho ¡oh señor!
que determináis guardarme,
¿cómo, cuando os obedezco,
me fatigáis con el lance
más apretado y terrible
que ha visto en nuestras edades
el sol? Si excuso el remedio,
dejo en sus ansias mortales
al Rey mi señor que viva,
al paso que le acompañe
mi lealtad, que será eterna.
Pues si me pongo delante,
corre mi vida los riesgos

que sabéis, y soy culpable
si aguardo: señor, ¿qué haré?
Porque no sé aconsejarme
en dos extremos opuestos
de peligros y piedades.

ABNER. ¿Qué te aconsejas, David?

La vida del Rey no aguarde
tan mortales dilaciones;
que si el peligro llegare
de tu ofensa, por los cielos
te juro que no se escape
la vida que me sustenta,
y muera a manos infames
de un cobarde filisteo,
David, si no te guardare.

JONATÁS. Promesas son bien seguras,
y está en ellas de mi parte
mi palabra y mi amistad.

DAVID. Baste ya, Príncipe, baste;
basta ya, Abner, dos empeños
para mi abono tan grandes.

Viva mi Rey en mi riesgo;
en mí su dolor descanse;
porque es de vasallo infiel,
cuando tiene de su parte
remedios que el Rey le pide,
con temores excusarse,
aunque la muerte que teme
en su vista le amenace.

Vanse.

Sale SAÚL.

SAÚL. Dejadme todos, que el fiero

dolor que en mi pecho vive,
ningún consuelo recibe;
que solo la muerte espero.

Siéntase sin reposar, y sale MEROB.

MEROB. Señor, si pena tan grave
es de tu sentido ajena,
parte conmigo tu pena,
si es que en tu pecho no cabe;
será la muerte suave,
aunque yo llegue a morir;
mi alma viene a pedir,
que si la tienes amor,
la pongas junto al dolor,
te lo ayudará a sentir.

Dos almas en compañía
el dolor vendrá a temellas,
y pues no ha de conocellas,
podrá pasarse a la mía;
y si en la mortal porfía
de afligir y de matar,
el dolor llega a dudar
cuál alma le está mejor,
entre tanto tu dolor
te dejará descansar.

SAÚL. ¿No has visto soberbio un río,
que el vecino campo anega,

Levántanse.

y a quien el paso le niega
muestra más furioso el brío?
La presa es un desvarío,

aunque su corriente ignore;
antes, porque sienta y llore
el dueño tan loca empresa,
viene a pagarlo la presa,
sin que el campo se mejore.
No hay alma que no destruya
mi dolor con tal porfía;
que el que revienta en la mía,
pasará a anegar la tuya.
Mejor es que en mí se incluya
dolor que en mí se engendró:
tu amor el discurso erró
en quererle detener,
si la presa ha de romper
quedando anegado yo.
Ya siento otra vez ¡oh cielos!
repetida la inclemencia
del dolor: ya no es capaz
a tan poderosa fuerza
toda un alma, que parece
su hermosura descompuesta,
que lo mortal la apadrina
en caduco polvo envuelta.
MEROB. Señor, advierte...
SAÚL. Si quieres
que yo también te aborrezca,
asiste a las furias mías,
pues yo me aborrezco en ellas.
Déjame, que el ver que todos
sin padecer me consuelan,
dilata más mi dolor,
por ver que no hay quien lo sienta.
MEROB. ¡Oh, cuánto tarda David,
pues minutos de su ausencia

en lo sensible señalan
horas al dolor eternas!

Vase.

SAÚL. Si el cuerpo ayuda a sentir
tan inmortales violencias,
niéguese, pues es caduco
a jurisdicción ajena;
ocupe en sensible polvo,
pues se compone de tierra,
y no por pintarse eterno
entre a la parte en las penas;
sino es que piadoso quiere,
como tanto me atormentan,
que las penas se repartan,
aunque él participe de ellas.

Salen JONATÁS, ABNER y DAVID.

ABNER. Señor, aquí está David.

SAÚL. ¡Cuanto el nombre me consuela!
Es basilisco su vista,
que sin matar me atormenta.

ABNER. Pues sin verle te dará
el remedio que te niegas.

Ya ves lo que dice el Rey:
esos canceles le prestan
tregua a su enojo: no dudes,
que cuando libre le veas
has de volver a su gracia.

DAVID. Vuelva a su quietud primera,
aunque en su desgracia viva.

Vase.

SAÚL. Tu bárbara inobediencia
ha encendido más mi furia.

JONATÁS. Justo es que yo te obedezca;
pero en matar a David...

Tocan arpa.

SAÚL. Déjame, si no es que intentas
con tu muerte...

JONATÁS. Vive tú,
aunque yo tu reino pierda.

Vase.

Vuelve el REY a alentarse, y tocan dentro el arpa.

SAÚL. ¡Que a penas tan inmortales
conceda lo humano treguas
con tan descansado alivio!
¡Que las alternadas cuerdas
de este instrumento suave
arribaten la violencia
del dolor, y que lo arrojen
donde su memoria pierda!
¿Qué misterio es este, cielos,
si el instrumento que suena
trae la quietud que gozo?
¿Por qué mis rebeldes penas
no se han rendido jamás
a otras voces ni otras cuerdas?
¿Si está el misterio en David,
pues le señala el Profeta
por varón justo? En mis dudas

tan libre el alma sosiega,
que aun para pensar cuál es
de entrambos el que me templa,
le falta discurso al alma,
tan sosegada, suspensa,
que por trabajo despide
el uso de las potencias.

Vuelven a tocar, y sale ZAQUEO.

ZAQUEO. ¡Hay sosiego semejante!
¿Si duerme? Mas que se duerma
en las pajas de la arpa,
si son las pajas las cuerdas.
Demonio regocijado
tiene el Rey, no lo creyera
aunque me lo asegurasen
cuantos cursan las tinieblas.
Si ya no es que este demonio,
cuando se perdió en la guerra
que con los ángeles tuvo
(¡qué mal que le fue en la feria!),
era música de arpa,
y como cayó de priesa,
aún le dieron lugar
para traérsela a cuevas.
Dejóse la arpa arriba,
y quiere que le entretenga
David a costa del Rey;
mas por si acaso le deja,
y le ha parecido bien,
¿qué música será buena
que la toquen a un demonio
baladí, que se contenta

con el alma de un bufón,
que entristece cuanto alegre?
Por Dios que es muy buena gaita,
que es música de taberna,
y nos holgaremos ambos
cuando toque y cuando beba.
SAÚL.¿Qué ilusión es esta, cielos,
que estoy viendo?
¿El Rey despierta?
ZAQUEO. Pues a mi gaita me acojo,
que los demonios la templan.

Vase.

Levántase el REY.

SAÚL.¿David es Rey de Israel?
Primero a mis manos muera.

Aparece arriba DAVID con manto y corona, y el arpa a los pies, como le pintan.

SAÚL.¿Si sueña la fantasía?
Su imagen me representan
los ya turbados sentidos:
púrpura y corona muestran
su ambición en mis agravios,
sea soñada quimera
que fabrican mis temores,
o el alma juzgue evidencias:
morirá ahora a mis manos,
pues la obediencia me niegan
Jonatás y Abner: ¡Ah cuantas
veces blandiendo la diestra

Llega al vestuario, y toma una lanza.

esta lanza, me temblaron
las escuadras filisteas!
No es mucho que a mi enemigo
le pase el pecho con ella.

Al levantar la lanza se cubre la apariencia.

Desvaneci6se la sombra
que me turba, y que me ciega
¿David? ¿D6nde est6 David?
Si es que coronarte piensas
con mi muerte, ¿c6mo huyes,
y tan cobarde me tiembles?
El dolor vuelve a afligirme,
si no es que la envidia fiera
que la atizan beneficios,
y lealtades la despiertan.
David, ¿d6nde est6s?

Sale DAVID.

DAVID. Se6or:

¡V6lgame el Cielo! ¿Qu6 intentas,
Rey de Israel? Se6or mío.

SAÚL. Estorbar que no lo seas,
pues hoy muriendo a mis manos,
dar6 templanza a mis penas.

DAVID. El brazo de Dios me ampare.

Vase.

Tira SAÚL la lanza al vestuario.

SAÚL. Desmintió el golpe la diestra,

erré el tiro; pero en vano
a la ejecución te niegas
de mi furia. ¡Ah de mi guarda!
Quien mi descanso desea
mate a David no se escape
aunque el Cielo le defienda.

Vase.

Salen DAVID por una parte, y ABNER por otra.

DAVID. ¿Dónde podré estar seguro,
cielos?

ABNER. David, esta puerta
sale al campo; el Cielo guíe
tus pasos; que la obediencia
del Rey no es bien que me obligue
cuando sus furias le ciegan
en lo mismo que él conoce
que es injusticia.

DAVID. Tan cerca
siento, Abner, voces y pasos
de los que matarme intentan,
que es ya librarme imposible.

ABNER. Gana esa puerta, y no temas
pues dices fías en Dios.

DAVID. Dios me ayuda, y tú me alientas.

ABNER. Guarden los Cielos tu vida.

DAVID. Para defender con ella
al Rey de sus enemigos.

ABNER. Esa virtud es la prueba
de varón tan justo.

DAVID. ¡Oh, Saúl!
De ti mismo te defienda
el brazo de Dios.

ABNER. ¿Qué aguardas
donde riesgos se atropellan?

DAVID. Queda en paz, Abner.

ABNER. El Cielo
te guíe.

DAVID. Porque esta deuda
reconozca mientras viva.

ABNER. Con que te libres me premias.

Vanse cada uno por su parte.

Jornada segunda

Salen NAVAL CARMELO y ZAFAIN, vejete rústico, y otro zagal, ABIGAIL y CÉFORA.

ABIGAIL. Tan blanco ha dejado el suelo
el esquilmo del ganado,
que estando sereno el cielo,
parece que ha granizado
en las faldas del Carmelo.
La desperdiciada lana
que suelta, se desencoge,
vuela por el prado ufana,
y el clavel que la recoge
en su regazo de grana,
presume que le castiga;
pues como su roja espiga
la ve argentada, le cela,
que es escarcha que le hiela,
siendo armiño que le abriga.
El vellón que se desata

derramado en los caminos,
cuando el viento le arrebató
con cándidos remolinos,
es polvareda de plata.

Y la tierra, al verdor hecha,
viéndose blanquear, sospecha
que con ser, Naval amigo,
su sementera de trigo,
es de aljófara su cosecha.

NAVAL. ¿Ves lo que al clavel le nieva
y lo que es granizo helado,
porque el monte se lo beba,
lo que argenta el verde prado,
y lo que el viento se lleva?
Pues que me lo usurpen sienta,
que aunque no aprovecha, atento
juzgo que es caso cruel
dar yo mi hacienda al clavel,
al monte, al prado y al viento.

ABIGAIL. Hoy un convite has de hacer,
de esquilas tres mil cabezas,
y así es día de placer.

NAVAL. Abigail, tus franquezas
han de hacerme empobrecer;
y ¿a quién ha de ser?

ABIGAIL. Naval,
a todos nuestros zagales.

NAVAL. ¿No han ganado su jornal?

ABIGAIL. Esposo, agasajos tales,
son deudas del mayoral.

NAVAL. ¿A cuál de los tres más bien
podré esta llave fiar?

Sácala.

Y con menos desmán, ¿quién
traerá con que os regalar
de mi abundante almacén,
que todo el año tributa
el grano en hilos maduro,
la ceniza al viento enjuta,
miel en barro, en sal buturo,
queso en ollo, en paja fruta?

ZAFAIN. Verás como yo lo taso.

CÉFORA. No daré sin tu consejo
una pasa.

ZAFAIN. Ni yo un paso.

NAVAL. Yo se la entrego al más viejo,
que sabrá ser más escaso,
y a su elección se le fía
que escoja.

CÉFORA. Voy por tu espía.

Vanse los tres.

NAVAL. Abigail, no es exceso
ese para cada día.

ABIGAIL. Por fama, desde Farán,
tu riqueza es conocida,
adonde infante le están
meciendo en plata mullida
sus dos cunas al Jordán.

Y tú, avaro, allá en la cumbre
de tu adorado tesoro,
sin que el dictamen te alumbre,
vas envejeciendo el oro
al paso de la costumbre.

Vuelven a salir con algunas frutas en platos y pan, o lo que pareciere, y, extendiendo los manteles, se sientan.

NAVAL. Las riquezas se conservan guardando, que es largo el tiempo: ea, extended los manteles en este florido suelo.

ABIGAIL. Sentaos, pues, que mi esposo os convida.

ZAFAIN. Ya lo hacemos.

Salen ABISAÍ y ZAQUEO.

ABISAÍ.El Dios de Jacob os guarde.

ZAQUEO.Sí guardará, pues discretos nos tienen puesta la mesa aguardando a que lleguemos.

NAVAL.En mal hora hayáis venido, pues turbáis nuestro sosiego.

ABISAÍ.Con un ruego a ti, ¡oh Naval! de parte de David vengo.

ABIGAIL.A escucharle te levanta.

NAVAL.Antes no hacer caso de ellos es mejor, por no obligarlos a que mendigos y hambrientos se nos conviden: comamos, pues se volverán en viendo que no los oigo.

ABISAÍ. ¡Que el nombre de David estás oyendo, y no hagas caso!

ABIGAIL. Naval, que estás descortés confieso; pero yo en esta ocasión

ser más divertida quiero;
que en el que me envía David,
al mismo David contemplo.

NAVAL. Como te llaman prudente,
siempre estás dando consejos:
vos, a lo que habéis venido
referid, y sea presto.

ABISAÍ. Si por su mujer no fuera,
cuya fama reverencio,
yo vengara el desacato.

El que venció al Filisteo
me ha mandado que en su nombre...
te diga.

ZAQUEO. Aguarda; que quiero,
antes que quebrar el hilo,
sentarme a comer, que vengo
por entretenido acerca

Siéntase.

de esta embajada, y son estos
los provechos de mi oficio,
que han de entrarme en mal provecho.

Hablar puedes ya, y vosotros
podréis escucharle atentos;

Come.

que yo comeré por todos.
Naval, no comáis más queso,
que os haréis rudo en dos días,
ni tú, mayoral, de viejo,
cuya barba es más cerrada
que la bolsa de tu dueño.

Levántase NAVAL.

NAVAL. ¡Oh! ¿Habéis venido a enojarme,
o a referirme el intento
de David?

ABISAÍ. Ese es el mío.

NAVAL. Pues que le expliquéis espero.

ABISAÍ. Fugitivo de Saúl,
en ese estéril desierto
de Farán, David habita,
siguiéndole cuatrocientos
de la tribu de Judá,
entre aliados y deudos.
Y como no les dispensa
la sequedad del terreno,
fruto que parezca alivio,
ya que no sea alimento;
y en hondas cuevas se esconden,
que son calabozos ciegos
donde están, si no alojados,
de su mismo temor presos,
a ti, ¡oh Naval!, porque sabe
que eres rico y opulento
dueño de cuanto se juzga
verde atalaya el Carmelo,
que le socorras te ruega
con algunos bastimentos:
esto te suplica el hijo
de Isaí.

NAVAL. ¡Encarecimiento
notable! ¿Quién es el hijo
de Isaí? ¿No es un soberbio
capitán de foragidos?

Respondedle que no puedo
socorrer la sed ni el hambre
que padece; pues si tengo
frutos que me da mi hacienda,
para el preciso alimento
de mi mesa y mi familia,
los he menester.

ABISAÍ. ¿Resuelto
a no hacerle el beneficio
estás?

NAVAL. Bien podéis volveros;
que nada he de enviarle.

ZAQUEO. ¿Nada?

Que le envías mucho entiendo,
pues allá irá lo que yo
en el estómago llevo,
si no es que lo deje antes
en el camino.

ABISAÍ. Zaqueo,
volvámonos a Farán.

ZAQUEO. Volvámonos; que aunque tengo
satisfechas ya las ganas,
como a Naval estoy viendo
delante de mí, imitadas
en su miseria contemplo
la mendiguez, la abstinencia,
el ayuno, el cautiverio
de Egipto, el comer por onzas,
la dieta, el mucho concierto,
el mediodía, el pan caro,
y otra vez de hambre muero.

ABISAÍ. Temo que David se irrite
contra ti.

NAVAL. Yo no lo temo:

decid, ¿por qué ha de irritarse,
y más viendo que le niego
lo que es mío?

ABISAÍ. Él no lo pide
con rigor, sino con ruego
y humildad.

NAVAL. Yo no lo doy,
porque me lo ha dado el Cielo
para mí; mas de este modo
acabo de responderos.

Vase.

ABISAÍ. ¡Qué necio ha estado Naval!
Yo he de buscar algún medio
para aplacar la venganza
de David, pues ya la temo.
¡Ay de ti, mísero avaro,
si David llega al Carmelo!

Vase.

ZAQUEO. ¡Ay de ti, vejete rancio,
si a su lado entonces vengo!

Vanse cada uno por su parte, y sale JONATÁS.

JONATÁS. Ya por cumplir de mi amistad el voto,
piso el desierto de Farán remoto;
sin fuente en que, por más que se congoje,
los alacranes el caballo moje;
sin ramo, donde en métrica armonía
se ponga el ave a requebrar al día;
sin hierba, de la tierra honor primero,

cuyo inculto verdor rumia el cordero;
y por eso jamás aquí es oído,
ni relincho, ni canto, ni balido.
David, que la violencia huir procura
de mi indignado padre, se asegura
en estas cuevas; pero yo, que tengo
su riesgo a cargo, a prevenirle vengo.
¿Si estará en esta, que a la luz se niega?
Para llamarle, a la espelunca ciega
quiero acercarme; con furor me asombra:
encontré con la patria de la sombra.
¡Ah del abismo, donde el sol expira!
Centro es oscuro cuanto allá se mira.
¡Ah. de la cárcel, de peñascos huecos!
Que como es cárcel, prende hasta los ecos.
¡Ah del centro, con quien el día lucha!
Solo el silencio es el que se escucha.
O no me oye, o se engaña mi deseo:
valiente vencedor del Filisteo,
qué, ¿a la voz no respondes de tu fama?
David, señor, amigo.

Sale DAVID.

DAVID. ¿Quién me llama?

JONATÁS. Quien se aventura por venir a verte.

DAVID. ¡Ejemplo de amistad, Jonatás fuerte!

Aunque rota de tanta pena dura,
al hondo centro de esta cueva oscura
llegó tu voz; y aunque es su abierta boca
ancha portada que rasgó la roca,
tiene otra quiebra en el peñasco mismo,
que es postigo secreto de este abismo,
por donde salí a ver (quísolo el Cielo)

quién me llamaba; que el mortal recelo
que de tu padre tengo, le ha enseñado
todos estos rodeos al cuidado.

JONATÁS. En mayor daño el tuyo se conmuta.

DAVID. Mayor que el habitar aquesta gruta
adonde por sacar luz que me anime,
el eslabón al pedernal oprime,
que aunque duro, llorando de congoja,
son sus centellas lágrimas que arroja;
y porque salen en ardiente fuga,
lienzo la yesca es, que las enjuga;
que en esa ciega patria del espanto,
da en claridad lo que recoge en llanto,
pues como en ella nunca asoma el día,
solo es luz material la que me guía.

JONATÁS. Más crecido es tu mal (¡suerte penosa!)

DAVID. Más crecido que el hambre que me acosa,
víbora lenta, que aunque es corto el trecho
hasta que llegue a la región del pecho,
voraz por sendas de tristeza llenas,
va apurando la sangre de mis venas.

JONATÁS. Más fuerte el riesgo es, más se acrecienta.

DAVID. ¿Más fuerte que la sed que me atormenta?

Pues envidia en tan bárbara inclemencia
del bruto luchador la providencia,
que este alivio a sí mismo se le debe,
pues de sus manos el humor se bebe:
sediento imito en ese centro angosto,
latiendo al can en la estación de Agosto.

JONATÁS. Es más grande.

DAVID. ¿Excederle no procura
la sed, el hambre y la caverna obscura?

JONATÁS. No.

DAVID. Dilo, pues,

que decirlo el labio ordena.
JONATÁS. ¿Decirlo el labio ordena?
¡Sabe el Dios de Abraham y con qué pena!
Mas callarte el peligro es agraviarte,
puesto que es más terrible que el faltarte
en cueva, en sed, en infortunio hambriento,
la luz del sol, el agua y el sustento.
Tres mil de los escogidos
de Israel, para prenderte
ha conducido mi padre,
y desde Ramata viene,
adonde es su plaza de armas,
con esta tropa de gente,
para atajarte los pasos:
tú, que en lo incauto pareces
al irracional que habita
bruto montaraz albergue,
que acosado del estruendo
de bocinas y lebreles,
busca donde se asegure;
asegúrate, pues sientes
los pasos del cazador,
antes que en la red tropieces;
no le hagas rostro al peligro.
DAVID. Si es que matarme pretende
Saúl, como a mi noticia
ha llegado, que me ofrece
seguro para que vaya
a repetir, como siempre
se ha hecho, la preeminencia
de que a su mesa me sienta,
de las Calendas del día
que en nuestro idioma se entiende
el primero del mes, y hoy,

que ha llegado este solemne
día en el hebreo rito,
me llama, ¿qué enigma es este,
que lisonjea y castiga?
¿O cómo se compadece
prevenirme el agasajo
con desearme la muerte?

JONATÁS. Para interpretar mejor
su intento, ¿qué te parece
que podré hacer yo? Que en todo
que a tu elección me sujete
es justo, como al cincel
el dócil tronco obedece.

DAVID. Pues, Jonatás, quien sospecha
un peligro y no le teme,
desesperado se mata
a sí mismo; y pues comete
en su vida el homicidio
que prohíbe Dios, ya ofende
el Decálogo sagrado,
que con su dedo presente
nuestro gran legislador
grabó en mármoles rebeldes;
y así, el asistir rehúso
en el festivo banquete.

Y si acaso preguntare
por mí, podrás responderle
que me envió a pedir la ilustre
tribu de Judá, que fuese
a hallarme en los sacrificios
que hace Belén al Dios fuerte
de los ejércitos, donde
en la sangre de inocentes
víctimas se explica el cielo,

la fe en aromas trasciende.

Y por eso te rogué
que esta disculpa le dices
de mi parte; y si la admite
afable, es señal que miente
la negra nube, que densa
rayos contra mí promete.

Mas si de oírla se enoja,
es darme a entender que el vientre
del condensado vapor,
para fulminarme, ardientes
abortos encierra, hijos
de congeladas preñeces.

JONATÁS. Pues yo me prefiero a darte
el aviso.

DAVID.¿Y de qué suerte,
si para vernos los dos
hay tantos inconvenientes?

JONATÁS. Pues nos hemos acercado
a aqueste sitio eminente,
donde el pabellón del Rey
se ha de plantar, esconderte
podrás entre aquellas rocas.

Y si desde allí advirtieres,
que yo, como que en el blanco
me ejercito, un arpón leve
pongo en el arco, y le tiro,
volverte a la cueva puedes,
pues te servirá de aviso,
de que hallé indicios crueles
en mi padre; mas si el brazo
sobre la cuerda pusiere
la flecha, y al dispararla
la ejecución se suspende,

asegurado del riesgo,
te podrás llegar alegre
donde yo esté, pues con esto
te daré a entender que quiere
la suerte que tus trabajos
tengan fin.

DAVID. ¡Que resolverte
podrás a tan grande empeño!
Mira bien lo que prometes,
Jonatás.

JONATÁS. En este pacto
que hago con David, ponerte
quiero por testigo a ti,
gran Dios, que contra la plebe
incrédula un tronco basto
hiciste escamada sierpe;
porque permitas si yo,
engañoso no cumpliere
lo que ofrezco, que los mismos
peligros que David teme,
vengan sobre mí; y si acaso
es tu voluntad hacerle
Rey de Judá, en tu sagrada
presencia él también me ofrece
que usarán de piedad todos
sus heroicos descendientes
con los míos, así a ellos,
de tu mano ungido Rey,
para que aquesta amistad
hasta los hijos la hereden.

DAVID. Así lo ofrece David.

JONATÁS. Así Jonatás lo ofrece.

DAVID. Pues ya que el contrato hacemos,
firmarle los brazos pueden,

porque el tiempo no le anule,
ni el olvido le cancele.

Tocan cajas y trompetas.

JONATÁS. Este estruendo nos avisa
que el Rey llega.

DAVID. De su gente
veo ya el tropel, ¿qué haremos?
Pues mientras de afecto ardiente
llevados, nos divertimos,
se han acercado de suerte,
que parece que hacen alto
las escuadras.

JONATÁS. A ponerme
voy entre la armada tropa,
para que mi padre piense
que vine en la retaguardia:
tú, con paso diligente,
al puesto que he señalado
te retira.

DAVID. A lo que hicieres,
desde allí he de estar atento.

JONATÁS. Yo haré que presto interpretes
el aviso de la flecha.

Vase.

DAVID. Tu lealtad el cielo premia:
ya han armado el pabellón
del Rey sobre el campo estéril,
y para la ceremonia
del convite, puesta tienen
la mesa al Rey de Israel,

para que a comer se siente:
los Príncipes de las tribus
acompañándole vienen.
El príncipe Abner también,
que lugar, como yo, tiene
en este público acto,
ya se sienta, a quien sucede
Jonatás, mi firme amigo;
mas junto al Rey, me parece
que un lugar está vacío;
sin duda es el que previenen
para mí; con Jonatás
colérico se enfurece
Saúl, ¿qué será la causa?
Pues a levantarse vuelve
de la silla; todos hacen
lo mismo, el enojo crece,
y derribando la mesa,
fuego por los ojos vierte.

Ruedan desde el vestuario al tablado algunos platos con servilletas.

A esta parte se encamina:
ásperas rocas, valedme.

Éntrase a esconder entre unas peñas que hay en un monte, no parece hasta su tiempo, y sale
deteniendo ABNER a SAÚL, y delante, como que huye, JONATÁS.

ABNER. Aplaca el feroz semblante.

JONATÁS. Templa el airado poder.

SAÚL. Castigarle quiero, Abner;
no te me pongas delante.

ABNER. Señor, oye.

MEROB. Padre, espera.

JONATÁS. Porque su error reprendí
se indigna, y porque le di
la excusa de David.

SAÚL. ¡Muera
David! Pero satisfecho
de no encontrarle jamás
estoy, porque Jonatás
le esconde dentro del pecho.
Mas pues castiga igualmente
de nuestra justicia el rito
al que comete el delito
y al que encubre al delincuente,
apartaos, que aunque me arrojó
contra lo que amor discurre,
también Jonatás incurre
en la pena de mi enojo.

MEROB. Guardar a David, entiendo
que ha sido acierto, y no error.

ABNER. En dar a David favor,
más te obligo que te ofendo.

SAÚL. ¡Que a los dos a un tiempo os mueva
tan mal fundada opinión!

MEROB. Esto apoya mi atención.

ABNER. Esto mi discurso aprueba.

MEROB. Afírmelo un argumento.

ABNER. Otro argumento lo diga.

SAÚL. Pues decid, ¿en qué me obliga?

MEROB. Atento escucha.

ABNER. Oye atento.

MEROB. Un despeñado arroyo, que campea
desde el Tabor, en cuya cumbre mana,
lanza de plata es, que corre ufana
a quebrarse en el mar de Galilea.
Mas tuerce el curso en que morir desea,

topando acaso en una roca anciana,
y en vez de hundirse entre la espuma cana,
sierpe argentada por la playa ondea.

Si al risco, que le estorba el parasismo,
grato se muestra hasta un raudal escaso,
tú que te precipitas de ti mismo,
no culpes, cuando corres al fracaso,
que te amenaza el mar de un ciego abismo,
que se te ponga Jonatás al paso.

ABNER. Tiene el Líbano un árbol, planta rica
del saludable fruto trascendente,
cuya raíz, que en el sitio está pendiente,
echa fuera los lazos que rubrica.

Y una palma, que al fértil hombro aplica,
por no hacer su caída contingente,
le está besando el pie, que amargamente
de aromáticas lágrimas salpica.

Es el resabio en ti de un odio injusto,
la raíz que revienta mal sufrida;
Jonatás palma, si árbol tú, robusto;
pues a un tiempo aplicó con fe advertida
la boca del respeto a tu pie agosto,
pero el hombro del celo a tu caída.

SAÚL. Convencerme es vana empresa
cuando vengarme procuro,
pues teniendo mi seguro,
faltar David de mi mesa
en tal día, que es, confieso,
menosprecio declarado,
y el haberle disculpado
Jonatás, fue loco exceso;
y así, aunque raudal he sido,
que libre empieza a correr,
y árbol que se va a caer,

del terreno desasido;
no he de parar, si el tesón
de mis ondas no desmaya,
hasta entrarme por la playa
del mar de mi indignación.
Arrancaré mis raíces
rodando hasta el verde centro
del valle, que al duro encuentro
verá ajado sus matices.
Podrá ser, si el risco bronco,
o si la palma eminente
hace estorbo a mi corriente,
sirva de arrimo a mi tronco,
cuando despeñado baje,
o cuando arrancado llegue,
que uno su cerviz anegue,
y otro sus ramas desgaje.

Vase.

MEROB. Sigámosle.

ABNER. Gran desvelo.

Me da el ver su rostro airado.

MEROB. ¿A mi padre has enojado?

Vanse los dos.

JONATÁS. Hermana, quiérello el cielo.

Pues para guardar la vida
de David, me hace instrumento;
pero ya avisarle intento,
pues la flecha prevenida
tengo, y el arco, y culpaba
la tardanza a mi cuidado.

Hace que toma de adentro una flecha y arco, y DAVID se ve entre las peñas.

DAVID. Como estoy tan apartado,
no oí lo que el Rey hablaba;
mas ya mi atención acecha
de Jonatás el aviso.

JONATÁS. El disparar es preciso,
pues ya...

Al tirar, sale SAÚL por la misma parte.

SAÚL. ¿Tú con arco y flecha?

JONATÁS. Mi padre ha vuelto, cruel,
Aparte.

(cuando pienso que se aleja.

¿No son armas que maneja
la milicia de Israel?)

DAVID. El Rey volvió.

SAÚL. ¿Y con qué fin
tiras ese arpón veloz?

JONATÁS. Por si entras en la feroz
provincia de Filistín:

matar yo con valentía
mucho bárbaro tropel,
para ejercitarme en él,
blanco de aquel tronco hacía.

SAÚL. Cuando a encontrarte he querido
volver, por darte ocasión
de que me pidas perdón
de tu culpa convencido,
con juvenil ardimiento,
sin darte ningún cuidado
que yo me fuese enojado,

¿flechas disparas al viento?

Deja el tiro, y no presumas
con soberbia imitación,
por parecerte a ese arpón,
vestirte de vanas plumas.

Baja el arco.

JONATÁS. Ya
te obedezco: el riesgo miro,
pues ve que suspendo el tiro
David, y presumirá
que es darle a entender que puede
llegar seguro, aunque está
aquí el Rey.

DAVID. ¿Si llegaré?
Pues asegurarme puede
el ver que no ha disparado
Jonatás.

SAÚL. Más por mí hicieras
si adiestrándote estuvieras,
no contra el robusto airado
filisteo en fiera lid.

DAVID. Yo llego.

JONATÁS. Él viene: ¡hay mayor
mal! Pues ¿contra quién, señor?

SAÚL. Contra el pecho de David.

JONATÁS. Él mismo me ha dado asunto
por donde el remedio espero,
pues por no enojarte quiero,
ahora que al blanco apunto,
adiestrarme desde aquí,
para que no yerre el pecho
de David.

SAÚL. Muy satisfecho
me dejás.

JONATÁS. ¿Disparo?

SAÚL. Sí:

y aunque fingida la acción,
la flecha vaya derecha.

JONATÁS. Pues haz cuenta que esta flecha
le acierta en el corazón.

SAÚL. Eso sí.

DAVID. Lo que me empeña
a llegar, me vuelve atrás:
¿qué haré? Tiró Jonatás;
que huya me dice esta seña.

Dispara hacia dentro.

SAÚL. ¿Acertaste?

JONATÁS. Yo confío
que en David lo mismo haré.

Vase DAVID por donde estaba.

SAÚL. Ahora sí que podré
decir que eres hijo mío:
busquémosle entre los dos;
que uno ha de ser su homicida.

Vase.

JONATÁS. No es posible; que su vida
corre por cuenta de Dios.

Vase.

Salen ABISAÍ, ZAQUEO y soldados.

ABISAÍ. ¿Dónde David estará?

no rehuséis el decillo,
cielos: ¿dónde el gran caudillo
de la tribu de Judá?

Sale DAVID.

DAVID. A hallar abrigo tan cierto,
amigos, viene David.

Dentro ABNER.

ABNER. Esa senda, es muy fragosa.

Dentro SAÚL.

SAÚL. Aunque es áspera, la sigo
por buscar a mi enemigo.

DAVID. Mirad cómo ya me acosa.

SAÚL. Sígueme, Abner.

ABNER. La aspereza
los pasos me va cerrando.

DAVID. Mi riesgo se va acercando;

desta cueva fortaleza

haremos: denos sagrado

en su obscura lobreguez

ahora, pues otra vez

hospedaje nos ha dado.

Ea, todos los demás

entren delante de mí,

porque yo y Abisái

nos quedaremos atrás.

ABISAÍ. Entra tú.

ZAQUEO. Haga esas pruebas

otro, haga otro la guía;

que yo tengo antipatía
grandísima con las cuevas.

ABISAÍ. Pues yo entraré; que arrogante
llega el Rey en nuestro encuentro.

Ven, David.

DAVID. Ya busco el centro.

Entran en la cueva.

ZAQUEO. Entraré, pues van delante;
ya el encubrirnos os toca,
cueva hermana, en tal aprieto;
mas ¿cómo tendrá secreto
quien jamás cierra la boca?

Sale SAÚL con un capote rojo o manto.

SAÚL. Gente parece que ha entrado
en ese centro escondido;
y aunque Abner se me ha perdido,
y Jonatás ha marchado
por otra parte, rigiendo
otra escuadra de soldados,
por ver mis pasos logrados,
aquí solo entrar pretendo,
por ver si a David yo mismo
hallo. (¡Qué horrible es y fea
la gruta!) Entraré, aunque sea
un bosquejo del abismo.

Salen DAVID y ABISAÍ por la otra parte.

DAVID. Como tenemos la entrada
de la cueva tan enfrente,

y está oscuro, fácilmente
se ve que por la rasgada
quiebra entró Saúl.

ABISAÍ. Y ve mal,
que sin tino acá ha guiado
los pasos.

DAVID. Ponte a mi lado,
y en el Cielo confiemos.

Sale SAÚL, como que no ve.

SAÚL. Como de la claridad
vengo aquí, donde anochece,
deslumbrado me parece,
que es mayor la oscuridad;
ciego, solo horrores sigo.

Andando.

ABISAÍ. David, ya el día llegó
en que Dios te prometió
entregarte a tu enemigo,
porque a tu elección se entienda
que la venganza ha de ser.

DAVID. No permita su poder,
que yo al Rey ungido ofenda.

Antes tú, en peligro igual,
porque mi lealtad se crea,
tráeme encendida una tea.

ABISAÍ. Voy a herir el pedernal.

Vase.

DAVID. Llegaré, sin ser sentido,

al Rey.

SAÚL. ¡Que ya que desdeña
la vista darme una seña,
no se la deba al oído!

DAVID. Por fundar más lo que tanto
le bastaba a persuadir,
le voy procurando asir
la orla del regio manto,
cortándole parte poca,
aunque al decoro me atreva.

SAÚL. Como he torcido la cueva,
perdí de vista la boca.

Con un cuchillo le corta un pedazo de la capa.

DAVID. Logré mi mucha osadía:
toqué a Saúl: ¡qué conflicto!
Ya he cometido el delito:
vendré a pagarle algún día.

SAÚL. Hacia allí una antorcha luce,
norte inquieto, pues al paso
se mueve su ardor escaso
del mismo que le conduce:
¿si en prender este traidor
algún exceso se atreve?
¿Dónde estás, David aleve?

Sale ABISAÍ con la tea encendida, y al volver SAÚL halla a sus pies a DAVID.

DAVID. A tus pies, Rey y señor.

SAÚL. Tú junto a mí: ¿qué disculpa
tendrás, sino que matarme
quieres?

DAVID. Antes de escucharme,

no me adjudiquéis la culpa.

Levántase.

Pero en indecencia toca
que a Saúl, Rey de Israel,
le cubra en vez de dosel
el techo de aquesta roca.

Tómale la tea.

Sal de ese albergue, que en vano
el sol verle procuró;
que para alumbrarte, yo
la luz llevaré en la mano:
sígueme sin ir sujeto
al recelo; que en tal caso,
para asegurarte el paso
va delante tu respeto.

Andan.

SAÚL. Si viene lleno de enojos,
¿cómo mi furor sosiego?
DAVID. Es que entraste al venir ciego,
pero al salir ven tus ojos;
mas ¿no ves la claridad
que otra antorcha te previno,
que hasta oírme aún te imagino
dentro de tu ceguedad?

Entran por donde salieron, y dan vuelta al tablado, saliendo por la boca de la cueva.

SAÚL. Ya veo el zafir azul,

y ya el superior lucero,
y ya tu disculpa espero.
DAVID. Pues oye, invicto Saúl.
Supremo Rey de Israel,
ya que cruel tu castigo
tanto ha que pisa la senda,
nunca hollada del delito,
para obligarte a mis iras,
o darte menos motivos
de que en esta humilde garza,
real neblí, tiñas el pico:
desde el prólogo primero
de mi vida, determino
ir hojeando los sucesos,
por si los borró el olvido
de tu memoria, aunque en ella
era justo, era preciso,
rey y señor, que estuviese
encuadrado este libro.
Cuando de escuadras armadas,
de crespos blancos armiños,
en las floridas campañas
era rústico el caudillo,
siendo bengala el cayado,
y arnés cándido el pellico,
enviaste a Isaí a mi padre
con amorosos indicios,
a rogarle que enviase
a tu corte, y aunque he dicho
que le rogaste, esta vez
término impropio no ha sido;
que entonces fue el ruego en ti
lícito, pues aunque afirmo
que tiene en lo temporal

un rey superior dominio,
son tributos reservados
solo para Dios los hijos.
Mas mi padre a tu presencia
me envió, y los ásperos riscos
que antes pisaba en el monte,
troqué en los jaspes bruñidos
del Palacio, donde hallé
en la púrpura de Tyro
también escondido el áspid,
cuando engañoso y nocivo
presumí que le dejaba
emboscado en los tomillos.
Aquel espíritu impuro,
que en ti empezó, fue ministro
de la justicia de Dios,
por haber dejado vivo
al Rey de Amalech:
metió en tu pecho perfidio
su rabia infernal, haciendo
que airados y enfurecidos
tus ojos, vertiesen fuego,
y no llanto compasivo,
y en tu boca fuesen basicas
los que iban a ser suspiros.
Mas yo, cuando a tan ardiente
pasión estabas rendido,
manejaba el instrumento,
y tu intolerable abismo,
de aquel sonoro beleño
blandamente adormecido
se iba quedando, pues prontos
los dedos ya, y ya remisos,
al rebatir de las cuerdas,

lo que en ellas fue gemido,
sin dilación en tu pecho
se pasaba a ser alivio.
¿Quién creyera que una dulce
cadencia hubiera rendido
de tan pesada cadena
los eslabones prolijos?
¡Inescrutables secretos
de Dios! pues para este auxilio
ordenó su Providencia
que en tanto que a su albedrío
mi ganado hollaba el valle,
yo, entregado al ejercicio
sonoro, estuviera en él
tan diestro, que cuando herido
le sonaba el instrumento
en la quiebra de algún risco,
naturalmente ayudadas
allí de lo insensitivo,
era cada oveja un mármol,
suspensas al dulce hechizo
del arpa; y si alguna dellas
le interrumpía, medido
el acento de su voz,
con el contrapunto mío,
aunque a su madre llamaba
con amoroso cariño,
parecían, siendo quejas,
consonancias los balidos.
De las huestes filisteas
asustado, con las tribus
de Israel fuiste marchando
hacia el valle Terebintho.
Y estando tu campo a vista

del ejército enemigo,
vimos salir de sus reales
un corpulento prodigio
de estatura formidable;
vestía un arnés, que quiso,
por ser dragón de metal,
que la fragua y el martillo
se le grabasen de escamas,
con un escudo de limpio
acero cubierto el pecho,
un corvo alfanje ceñido,
y todo un árbol por lanza,
que sin fatiga o perjuicio
del brazo, de hojas desnudo,
como de estragos vestido,
nacido había en aquel
monte de miembros macizo.
Plantado entre los dos campos,
a singular desafío
llamaba a uno de los nuestros;
pero todos, escondidos
entre el temor y el silencio,
no se hallaban a sí mismos.
Y yo, viendo que un profano
idólatra, incircunciso,
cargado de infame duelo
dejaba el pueblo escogido
de Dios; para el duro encuentro,
licencia, Saúl, te pido;
y aunque dudoso a mi instancia,
me concedes que al peligro
me arroje, y para el combate
mandas que tu yelmo mismo
me pongan: dasme tu espada:

con respeto me la ciño.
Mas para ver si veloz
o torpe el acero esgrimo,
hago la prueba, y el brazo,
no acostumbrado al estilo
de tales armas, se halló
tan extraño en su ejercicio,
que por no ponerlo en duda,
quitándomelas, elijo
cinco piedras de un arroyo,
el cayado al brazo aplico,
la honda rodeo al cuerpo,
y armado del temple fino
de la fe, que es peto fuerte,
hecho a prueba de peligros,
a vista del filisteo
la verde palestra piso.
Desprecióme su arrogancia,
pero irritado y movido
de mis razones, dispuso
hacer batalla conmigo.
La honda tomo, y una piedra
tan cierta a su frente envió,
que juzgue que la sirvió
de precepto el estallido;
con que sus vitales basas
quebradas, al suelo vino
aquel de naturaleza
desmesurado edificio.
Y quitándole el alfanje,
la cabeza le divido
de los hombros, que en mi mano
pendió de sus bastos rizos.
Su gente huyó, y en su alcance

tus caballos impelidos
para que se detuviesen
los llamaban a relinchos.
Este fue mi primer triunfo,
este, Saúl, fue el principio
con que aseguré en tu mano
el cetro, sin otras cinco
victorias que en nombre tuyo
mi valor ha conseguido,
para establecerte el reino,
que goces felices siglos.
¿Pues por qué, señor, el odio
tanto ha de poder contigo,
que huyéndole a tu rigor
el rostro airado y esquivo,
me ha de tener siempre el monte
por su huésped foragido?
Cuando de Jerusalén
salí, y llegué peregrino
a Niobe; Ahimelech,
sacerdote, conmovido
de ver mi hambrienta miseria,
me dio los panes acimos,
aunque estaban reservados
para los sacros ministros
del templo, porque en la ley
dispensó allí lo preciso
de la piedad; y tú, airado,
después que te dio el aviso
Doeg Idumeo, que entonces
presente fue al beneficio
mandaste que Ahimelech
fuese pasado a cuchillo
porque alivió mis trabajos,

con otros ochenta y cinco
sacerdotes del Señor.
¿Qué constitución, qué rito
manda que la caridad
sea capaz del castigo?
¿Cuándo la piedad fue rea?
¿Cuándo se vio en el suplicio
el hacer bien? ¿Ni qué imperio,
sino el tuyo, ha establecido
que fuesen las buenas obras
confirmadas por delito?
¿Por qué, señor, me persigues,
cuando en lo leal imito
al can, que pisado acaso
del dueño, aunque sienta esquivo
dolor, mirándole al rostro,
le saluda con cariños,
lamiéndole el pie, que fue
instrumento fortuito
de su daño, en vez de dar,
colérico y vengativo,
al desenojo la presa,
y la querrela el ladrido?
¿En qué te ofendí? Si acaso
las finezas, los servicios
son crímenes contra ti,
muchos, Rey, he cometido.
El Señor entre los dos
sea Juez; y si el registro
de mis cargos fuere cierto,
recto pronuncie el castigo.
La muerte te pude dar
en la cueva, y para indicio
desta verdad, reconoce

este trozo dividido
de la orla de tu manto;
que la oscuridad y el sitio
permitió que le cortara,
cuando pudiera atrevido
matarte, y que este sea
el postrero beneficio,

Sale ABNER.

y el mayor; porque revoques,
Señor, el decreto impío
de tu indignación, en tanto
que el aire en su imperio limpio,
la tierra en su vasto seno,
el agua en su centro frío,
el fuego en su esfera ardiente,
son desta verdad testigos;
pues con leal vasallaje
a tus Reales pies me rindo.

SAÚL. Alza, David: (aquí es fuerza Aparte.

torcer el tesón remiso
de mi enojo, y más hallando
tan contingente el peligro,
por verme entre mis contrarios.)

Yo te otorgo cuanto has dicho.

Mas como tal vez el odio
en un pecho envejecido
reverdecir suele, es bien
que te apartes de mí: aplico
al tósigo de mi enojo
el antídoto preciso
de la distancia; David,
vete en paz.

DAVID. Tu gusto sigo.

SAÚL. ¡Que a dividir un pedazo
del regio manto que visto,
osara! ¡Ah, Samuel sagrado,
cómo acordarme has querido
de cuando te rasgué el tuyo!
Tristes presagios prolijos
de la división del reino
de Israel todos han sido.

¿No te vas?

DAVID. Ya te obedezco:
los que en la cueva conmigo
entraron, ¿a dónde están?

ABNER. Por la otra quiebra han salido,
que corresponde hacia el llano.

DAVID. Pues ven, que ya que me libro
por ahora de Saúl,
a los contornos floridos
del Carmelo marchar quiero,
a castigar el delito
del necio Naval.

SAÚL. David,
yo deseo ser tu amigo,
pero lejos de ti.

DAVID. Yo,
como a Rey por Dios ungido,
reverenciaré tu nombre
desde el más remoto sitio.

SAÚL. ¡Ah, Samuel santo! Tu mano
les deshereda a mis hijos.

Jornada tercera

Sale ABIGAIL por lo alto de un monte con muchos villanos, con cestas de presente; y por lo alto de otro monte DAVID, ABISAÍ y soldados tocando cajas.

ABIGAIL. Aquel es el Hermón, basa del cielo.

DAVID. Aquellas son las cumbres del Carmelo.

ABIGAIL. Pues publicad con rústicas canciones, que a David le llevamos estos dones.

DAVID. Pues ya que ir contra Naval pretendo, dígalo a voces el marcial estruendo.

ABIGAIL. Y al dulce son moved el paso ufano.

DAVID. Y al son del parche descendad al llano.

Empiezan a bajar, tocando a una parte clarines y cajas, y a otra cantando lo que se sigue, todo a un tiempo.

MÚSICOS. Porque David el fuerte
alegre las reciba,
pobres demostraciones
la Fe las hace ricas.

DAVID. ¿No oís lo dulce de uno y otro acento?

ABIGAIL. ¿No escucháis el rumor que asusta el viento?

DAVID. ¿No veis rústica tropa que desciende?

ABIGAIL. ¿No veis marcial tropel que el monte hiende?

ZAQUEO. Y es gente de Naval, según promete:
sácolo por el rastro del vejete.

ABISAÍ. Y escuadra es de David; ¿no ves con brío,
largo hasta en meter guerra aquel judío?

DAVID. Si me embiste con vanas esperanzas,
muera en nombre del Dios de las venganzas.

ABIGAIL. Si David viene a darnos el castigo,

mi humilde rendimiento va conmigo.

DAVID. Pues volved a tocar, porque marchemos.

ABIGAIL. Pues cantad otra vez, y caminemos.

Tocan, y vuelven a cantar, y bajan al teatro.

ABIGAIL. De rodillas.

Heroico caudillo hebreo,
la que está a tus pies rendida
es Abigail, que humilde
besa la tierra que pisas.

Juzga, que la inobediencia
de mi esposo ha sido mía,
y como culpada en ella,
a mí sola me castiga.

No arruines los contornos
del gran Carmelo, ni tiñas
de nuestra sangre las flores,
con que su falda matiza.

Ya muerto Naval, mi esposo,
a esta acción se determina
esta tu esclava, que ufana
conduce pobre familia,
para traerte, señor,
dones que, aunque no consigan
ser obras de la opulencia,
son del deseo primicias.

DAVID. Abigail la prudente,
¿para qué a mis pies te humillas,
cuando te sube tu nombre
sobre las estrellas mismas?

Bendito el Dios de Israel
sea, que con su divina
mano te trujo a mis ojos;

el lenguaje con que explicas
tu humildad, bendito sea;
pues tú, Abigail, bendita
delante del Señor eres,
como entre todas las hijas
de Sión; que sola tú
pudieras templar las iras
de David, pues tus palabras,
más que tus dones, me obligan.

Recibid agradecidos
esto que Dios nos envía:
Abigail, satisfecha
de tu virtud, la divina
providencia del gran Dios,
que sea tu esposo me avisa.

ABIGAIL. En mi humildad la obediencia,
mis aciertos acredita.

DAVID. Dichoso seré en tus ojos.

ABIGAIL. Contigo aumento mis dichas.

DAVID. Vete en paz; que el horizonte
que viene la noche avisa.

ABIGAIL. El Dios de Jacob te guíe.

ABISAÍ. Discreta y hermosa, admira.

DAVID. Una inclinación honesta
acá en la idea la pinta.

ABIGAIL. Un halagüeño respeto
a que le admire me obliga.

DAVID. A las demás aventaja,
como, de nácar vestida,
vence a las plebeyas flores
la rosa entre las espinas.

ABIGAIL. Bizarro a todos prefiere,
cual suele en selva florida
el árbol que lleva el fruto,

que grana y oro matizan.

DAVID. Cual bello espeso cabrió
del Galad, se precipita
su cabello por los hombros,
se despeña en ondas ricas.

ABIGAIL. En lo atractible, parece
que al fragante cedro imita,
que sobre el Líbano prueba
su incorruptible hidalguía.

DAVID. Toda es perfecta a los ojos.

ABIGAIL. Todo es amable a la vista.

DAVID. Bendígala siempre el Cielo.

ABIGAIL. Siempre el Cielo le bendiga.

DAVID. Hágala el clarín la salva.

ABIGAIL. Y vuestras voces repitan
de David las alabanzas.

DAVID. El sol su belleza envidia.

Tocan cajas y clarines, y éntanse ABIGAIL y sus pastores, cantando a un mismo tiempo, y
quédanse DAVID y ABISAÍ.

DAVID. ¿Quién de vosotros se atreve
a bajar a la campaña
conmigo? Porque a esta hazaña
nuestro Dios mis pasos mueve.
El Filisteo cercado
tiene a Saúl, y ha de ver
que no le quiere ofender
quien su vida ha asegurado,
ya viene el silencio mudo
de negras sombras cubierto,
y bajar quiero al desierto,
donde Dios librame pudo
de los sangrientos rigores

de Saúl.

ABISAÍ. Yo bajaré
contigo, que estimaré
tus peligros por favores.

DAVID. Imitas en el valor
a Joab tu hermano.

ABISAÍ. Intenta,
pues Dios tus pasos alienta,
un hecho heroico, señor.

DAVID. Al campo del Rey iremos.

ABISAÍ. Osaré morir contigo.

DAVID. Que quiero que seas testigo
de mi intento.

ABISAÍ. Pues lleguemos.

DAVID. Es menester una espía
para lograr mi deseo.

ABISAÍ. Soldados tienes, Zaqueo.

Aparécese ZAQUEO en lo alto del monte.

ZAQUEO. Solo a mí me llama el día,
y ha de salir sin nublado.

DAVID. El temor puedes perder.

ZAQUEO. Ya no tengo que temer;
que lo temí adelantado.

DAVID. Ven conmigo.

ZAQUEO. ¡Qué ligero
que lo pronunciáis!

DAVID. En vano
te excusas.

ZAQUEO. Es que en lo llano
me espera el sepulturero.

ABISAÍ. Ea, hemos bajado al llano.

ZAQUEO. No es muy llano el bajar yo.

DAVID. Aunque la noche formó
sombras de silencio vano,
en cuyos negros tapices
nuestro horizonte se encubre,
el pabellón se descubre
del Rey.

ABISAÍ. Pues, señor, ¿qué dices?

DAVID. Que he de entrar en él advierte;

que para este grave empeño
Dios les ha infundido un sueño,
que parece que la muerte
descansa en él tan segura,
que si el sol los alumbrara,
nuestra vista los juzgara
lienzos de vana pintura.

Postrados en tierra están
como flores que se hielan
al cierzo, hasta los que velan.

El campo todos me dan,
por divina permisión:
generoso aliento, llega,
que el sueño y la sombra ciega
dan a mi intento ocasión.

Una antorcha está encendida
en el pabellón Real.

Saúl duerme.

ABISAÍ. Sea fatal
noche de su ingrata vida.
Si es tu enemigo mayor,
que te amenaza y persigue,
tu seguridad te obligue;
dale la muerte, señor.

DAVID. ¿Qué dices? ¿Quién te privó
el seso? Es de Dios ungido

el Rey, y tú, inadvertido,
¿quieres que le mate yo?
Si solo porque atrevido
a su ropa osé cortar
la orla, para mostrar
mi inocencia, perseguido
de su tirana violencia,
en la mía no hallaré
abrigo algún tiempo, que
Dios me ha dado esta sentencia:
¡advierete si ahora osara
poner la mano ¡ay de mí!
violenta en el Rey aquí,
el castigo que esperara!
No pondré violenta mano
en el ungido de Dios.

ABISAÍ. ¿A qué venimos los dos?

DAVID. No a un hecho tan inhumano;
ya veo a la cabecera
su lanza.

ABISAÍ. Pues si me das
licencia, David, verás...,

DAVID. Si tu labio persevera
en su ofensa, ¡vive el Cielo...

ABISAÍ. Entra, y tu enojo reprime;
(¡que las piedades estime
más que su mismo recelo!) Aparte.

DAVID. Zaqueo se ha de quedar
fuera, por si algunas guardas...

ZAQUEO. Con tu ausencia me acobardas.

ABISAÍ. ¿Pues no sabrás avisar
si en el peligro nos ves?

ZAQUEO. Primero, si en él me veo,
he de avisar a Zaqueo,

que ponga en cobro los pies.

ABISAÍ. ¡Que tantas veces te fíes
de Saúl! ¡Qué gran simpleza!

DAVID. Yo he de vencer su dureza
a puras lealtades mías.

Vanse.

ZAQUEO. Pintan al sueño y la muerte
en todo muy parecidos,
pues yo soy de los dormidos
con un gato que despierte.

Cualquier estruendo importuno
me da asombros, me da espantos.

Si todos duermen, de tantos

¿no podrá roncar alguno?

Bien pudiérades, Dios mío,
también hacelles callar;

pero pienso que el roncar
entra en el libre albedrío.

Ningún remedio se aplica,
porque a estas muertes se ignora,

al cocodrilo si llora,

y a la víbora si pica;

el basilisco mirando,

fingiendo la voz la hiena,

engañando la sirena,

y los soldados roncando.

Con la voz terrible y bronca

hablan los que están riñendo;

¿pero que estando durmiendo

quieran echarme una ronca?

Dentro ABISAÍ y DAVID.

ABISAÍ. Déjame, Señor.

DAVID. Detente.

ABISAÍ. Yo excusaré tu peligro.

ZAQUEO. Ea, ya despierta el mundo,
y me han de matar a gritos;
que matar a un hombre a palos,
ni es novedad, ni es capricho.

Sale ABISAÍ con la lanza, y deteniéndole DAVID.

ABISAÍ. Déjame, David, que tome
venganza de tu enemigo;
que con la herida primera,
de mi heroico aliento fío
que se excuse la segunda.

DAVID. Para ser grave delito
basta tu imaginación,
pues te da traidores bríos;
muestra, Abisaí, su lanza;
que esta prueba me permito

Dásela.

para que conozca el mundo,
pues los cielos ya lo han visto,
que perseguido le guardo,
y le perdono ofendido.

Como es tan seco el desierto,
sin fuente, arroyo, ni río,
de otros campos traen el agua
al Rey; que en su tienda vimos
de agua un pequeño barril.

ABISAÍ. ¿Pues qué intentas?

DAVID. Determino
que sea la segunda prenda
que me sirva de testigo,
que no le maté pudiendo,
pues le tiene Dios dormido;
entra, Zaqueo, por él.

ZAQUEO. Eso no está muy bien dicho,
ni en su lugar, si los tres
a ser piadosos venimos,
¿cómo envías por el agua
a su mayor enemigo?
Que la hará dos mil afrentas,
permitiendo, vengativo,
que ande mientras viva en cueros,
con los pasos mal medidos.

DAVID. Acaba.

ZAQUEO. Vaya en mi ayuda
el que crió a los judíos.

Vase.

ABISAÍ. Pues, David, si nos volvemos
antes de ser conocidos,
¿cómo sabrán que eres tú
quien pudo en letargo frío
dar la muerte al Rey?

DAVID. Verás,
que me descubro y me libro.

Saca ZAQUEO un barril pequeño.

ZAQUEO. Calla, válate el diablo,
¿quieres que seamos sentidos?

DAVID. ¿Por qué no vienes callando?

ZAQUEO. Ese pleito no es conmigo;
viene cantando una rana
en el barril, y el ruido
nos puede echar a perder.

DAVID. Tus miedos te lo habrán dicho:
porque aunque en él estuviera,
es tan breve y corto el sitio,
que por ser tan poca el agua,
no cantará.

ZAQUEO. Pues yo he visto
no a una rana, sino a muchas,
cantar en medio cuartillo.

DAVID. Subamos al monte ahora.

ZAQUEO. Por ser tan breve el camino,
iré, si me das licencia,
al Carmelo.

DAVID. Este servicio
te premiará tu cuidado.
Di a Abigail que a los limpios
albores del sol iré
(pues son decretos divinos)
a ser dichoso en sus ojos.

ZAQUEO. La moza lo ha merecido
porque cuando no tuviera
más dulce y sabroso hechizo,
que ser liberal, bastaba
para casarla conmigo.

Vase.

Suben al monte DAVID y ABISAÍ.

DAVID. ¡Ah, soldados! los que al Rey
guardáis, ¿cómo en el peligro
dais al descuido el valor,

sabiendo que hay enemigos?

Sale ABNER.

ABNER.¿Quién da voces en el monte?

DAVID. Si eres de los que han tenido cuidado de la persona del Rey, en verdad te digo que mereces graves penas.

Sale SAÚL.

SAÚL.¿Quién turba el silencio frío con vanos acentos, cuando descansa el Rey?

DAVID. El mismo que pudo matarle dentro de su tienda.

SAÚL. ¡O es el oído quien se engaña ¡cielos! o esta es voz de David! Amigo, que me avisas tan piadoso, ¿eres David?

DAVID. Siervo indigno soy tuyo: yo soy David, invicto Rey, y te aviso, del peligro en que has estado, como fuera tu enemigo quien te halló durmiendo y solo; y serán fieles testigos tu lanza y barril del agua, que por fe de tu peligro tomé de tu misma tienda.

SAÚL.¿En qué entrañas han cabido

tantas piedades!, David,
ya te doy nombre de hijo,
pues me aguardas, cuando yo
tan severo te persigo:
baja a mis brazos.

DAVID. Los cielos,
en quien mis defensas libro,
no quieren que yo me fíe
de tu voz, cuando ya he visto
experiencias de tu enojo.

SAÚL. Con lealtades me has vencido;
baja, David.

DAVID. Mis temores
lo estorban.

SAÚL. Yo soy tu amigo.

DAVID. Tu corazón y tu voz
son contrapuestos distintos.

SAÚL. ¿No soy tu Rey?

DAVID. Sí, señor.

SAÚL. Pues obedece.

DAVID. ¿Es delito
la obediencia, cuando el Cielo
me enseña en ella el peligro?

SAÚL. ¿Pues qué intentas?

DAVID. Huir la muerte,
desterrado y peregrino.

SAÚL. ¿No es mejor que yo te ampare?

DAVID. Mi guarda a los montes fío.

SAÚL. ¿Por qué?

DAVID. Porque son más firmes.

SAÚL. Solo tu bien solicito.

DAVID. Queda en paz, señor.

SAÚL. Espera.

DAVID. Valedme, peñascos fríos:

¡ah, Saúl, guárdete el Cielo
de tus fieros enemigos!
SAÚL. ¡Ah, David! Tú reinarás;
que así el Profeta lo dijo.

Vanse.

Salen el VEJETE y ZAQUEO, cada uno por su parte.

ZAQUEO. Esté en buen hora el Vejete.

VEJETE. Y vos vengáis en mal hora.

ZAQUEO. Esa es intención traidora,
que está llamando un cachete;
mas por no desbaratar
esa estatua hecha de olvidos,
de los años carcomidos,
que en ti han venido a parar,
lo dejaré.

VEJETE. Quien me ultraja
con voz de tan viejo, miente.

ZAQUEO. Como conserva la gente
los nísperos entre paja,
así, por tener seguros
los siglos pasados, vi
que los guarda el tiempo en ti,
donde los tiene maduros.

Tu señora ya estará,
de lo serrano olvidada,
con galas de desposada.

VEJETE. ¡Y que el sol la envidiará!,
que su hermosura le ciega.

Siendo de David mujer:
galas de corte han de ser.

ZAQUEO. Mas ya sale y David llega.

Sale DAVID por una parte y ABIGAIL por otra.

DAVID. Quiere el gran Dios de Israel

que te elija por esposa,

y yo esta unión venturosa

hoy la debo a ti y a él.

Y haciendo con pecho fiel

una cuerda distinción,

acudo en esta ocasión,

entre amor y reverencia,

al Cielo con la obediencia,

y a ti con la estimación.

Viviendo, mísero y necio,

Naval no me socorrió,

y muriendo, en ti me dio

la prenda de mayor precio.

Trocó en favor el desprecio,

porque ocasionó en Naval

la muerte mudanza igual

que su avaro proceder;

solo dejando de ser,

pudiera ser liberal;

mas ya que a esa dicha llego,

darme tu mano es razón.

ABIGAIL. Con ella la posesión

del albedrío te entrego.

Tocan un clarín y caja.

DAVID. Turbó un clarín mi sosiego.

ABIGAIL. Si Saúl te sigue airado...

DAVID. Jonatás de este cuidado

nos sacará, pues ligero,

como ve que ya le espero,

en un caballo ha llegado.

Tocan, y sale JONATÁS a caballo.

JONATÁS. Si con fe de tantos días,
tu amor, David, merecí,
suspende ahora por mí
las festivas alegrías.

mi padre y yo... ¡ay penas mías!

DAVID.¿Volvéis a matarme?

JONATÁS. No,
que mi pesar no llegó
a ser de tanto desvelo;
defienda tu vida el Cielo,
y muera mil veces yo.
Ocupan los filisteos
los montes de Gelboé,
y Saúl, que siempre fue
ambicioso de trofeos,
marcha con pocos hebreos
en su busca, y su osadía
le sigue, que es deuda mía,
cuando una trágica muerte
a él y a mí nos advierte
de Samuel la profecía.

Yo, viendo breves los plazos,
antes que con noble fe
la vida al peligro dé,
vengo a darme a ti los brazos
y si quedo hecho pedazos
entre el polvo y el tropel,
como soy tu amigo fiel,
al sacarme el corazón
huirá el bárbaro escuadrón,

porque tú estarás en él.

DAVID. Pues con oírte me aliento
a seguirte: esto ha de ser.

ABIGAIL. Pues mi amor ¿no ha de poder
vencerte?

JONATÁS. Muda de intento.

ABIGAIL. Tu ausencia temo.

JONATÁS. Y yo siento
tu riesgo.

DAVID. ¡Ah, si mi atención
pudiera en esta ocasión
en los dos con fiel empleo,
ya que divide el deseo,
partir la demostración!

JONATÁS. Dios, que a los demás te excede,
que no te arriesgues querrá.

DAVID. Pues solo me detendrá
pensar que mi intento puede
ofender a Dios; mas quede
a solas con él mi fe
por si alcanzo que me dé
algún aviso.

JONATÁS. Tu celo
te obligue.

ABIGAIL. Propicio el Cielo
a tus aciertos esté.

JONATÁS. Y porque a mi padre sigo,
amigo, adiós, que ya espero
que este lance sea el postrero.

DAVID. Iré yo a morir contigo,
si el Cielo lo quiere, amigo.

Cajas.

JONATÁS. Ya marchan.

DAVID. ¡Alma, llorad!

JONATÁS. Adiós.

DAVID. De tu verde edad
se duela.

JONATÁS. ¡Aquí es el valor!

DAVID. ¡Qué tristeza!

JONATÁS. ¡Qué dolor!

ABIGAIL. ¡Y qué ejemplo de amistad!

Vanse, y queda DAVID solo de rodillas.

DAVID. Señor, de la indignación
de Saúl no me aseguro;

que no hay buril contra el duro
bronce de su obstinación.

Y entre los daños impíos
que temo, me aflige más
el riesgo de Jonatás,

que no los trabajos míos.
Guiadme porque le defienda,
si conviene, en trance igual,
y esa antorcha celestial
salga a enseñarme la senda.

Aunque es humilde y pequeño
mi ruego, habrále escuchado
el Cielo, pues ha tomado
ya por intérprete el sueño.

Recuéstase a dormir, y aparecen dos ángeles en lo alto, que van bajando, cantando estas coplas, hasta abajo, donde está un altar que, cubierto con una nube, tiene una imagen de Nuestra Señora y del Niño Jesús debajo de ella, y en llegando al altar sube todo arriba, quedando DAVID por tronco del árbol, de donde van subiendo los ángeles y el altar hasta lo alto.

ÁNGEL 1.ºDavid, prevénate a las dichas,
pues con repetidas glorias,
forma de felicidades
desde hoy tus trabajos toman.

ÁNGEL 2.ºQue te reserves del riesgo
quiere Dios, ya que te nombra
por basa fundamental
de fábricas misteriosas.

ÁNGEL 1.ºSerás el fértil terreno
que brote en distinta copia
flores bellas, con que el cielo
un ramillete componga.

ÁNGEL 2.ºMaría, pura azucena,
abrirá cándidas hojas;
y Jesús, clavel divino,
teñido en su sangre propia.

LOS DOS. Y la tierra, con voz de aplauso heroica,
y el cielo a un mismo tiempo
con música sonora,
den el cetro a David. y a Dios la gloria.

Cúbrese con música y levántese DAVID.

DAVID. Lo que a mis padres Jacob
y Abraham, con prodigiosas
señales distes a entender,
segunda vez me lo informas:
señor, tu grandeza alabo;

Cajas.

pero ya las cajas roncadas,
aunque lejos, dan aviso,
de que se embisten las tropas.

Dios manda que no me arriesgue,
y así es fuerza que no rompa
sus preceptos, aunque veo
que esta obediencia es costosa,
pues no ayudo a Jonatás.
Pero mucho más me importa
guardar el orden del Cielo:
voy a juntar, aunque es poca,
mi gente, y ya que no puedo
ir a entrar en la remota
batalla, estaré a la mira,
por si la ley rigurosa
que contra Israel pronuncia,
piadoso Dios la deroga.

Arma.

Vase, y vuelven a tocar, y sale ABNER con la espada desnuda.

ABNER. Ya los filisteos vencen,
y con miserable rota
el pueblo de Dios padece
crueldades que el rigor forma.
Cayó el Rey del carro, y como
sangriento espín de copiosas
flechas cubierto, sañudo
se revuelve entre las tropas.
Subiré a la cumbre, adonde
él y Jonatás ahora
llegan; que el morir con ellos
en mí es deuda, y no lisonja.

Éntrase ABNER, y tocan, y bajan despeñándose hasta el tablado SAÚL y JONATÁS, con flechas
en las rodela sangrientas.

SAÚL. Filisteos, ya os vengasteis
de Saúl.

JONATÁS. ¡Qué bien se logran,
Samuel santo, tus avisos!

SAÚL. ¡Ah, David, veráste ahora
seguro de tu peligro!

¡Que sus piedades esconda
Dios para el Rey de Israel!

¿Dónde sus misericordias
están? Mas pues me las niega,
con voces que el aire rompan,
quiero quejarme del Cielo.

JONATÁS. ¿Quién es el que al Cielo enoja?

SAÚL. ¡Hijo!

JONATÁS. Señor.

SAÚL. ¡Otra pena!

¡El divino brazo toma
también en ti la venganza!
Si el delito no te toca,
¿cómo te ha comprendido
a ti la ley rigurosa?

JONATÁS. Justo es el Juez, y será
culparle imprudencia loca.

SAÚL. Porque en las últimas ansias,
que por puntos nos congojan,
los dos acabemos juntos,
aunque mortales lo estorban
las heridas, uno a otro
nos acerquemos.

JONATÁS. Ahora
llegaré arrastrando a darte
los brazos.

SAÚL. Los míos toma;
aunque es el dolor de verte

la flecha más venenosa,
que ha llegado a concluir
lo que empezaron las otras:
Jonatás, yo muero.

JONATÁS. Y yo
entre mortales congojas
de ti me aparto.

Vase cayendo.

SAÚL. Detén
sentencia tan rigurosa,
muerte, pues poco te cuesta,
dilata mi vida un hora,
hasta que mate a David.
No le permitas la gloria
de que viva, pues yo muero;
¿no quieres? Pues poco importa;
que en sabiendo que yo he muerto,
le ha de matar mi memoria.

Dentro soldados.

SOLDADO 1.º ¡Ea, soldados, huyamos
todos al Cedrón!

SOLDADO 2.º ¡Victoria!

Entra cayendo SAÚL, y salen todos.

DAVID. A ese que me trae alegre
el aviso de que rotas
las escuadras de Israel
quedaban, y la persona
de Saúl luchando ya

con la muerte y la congoja,
cuelguen de un tronco.

ZAQUEO. ¿Así premias
el venir con presurosa
diligencia, y darte nuevas,
creyendo hacerte lisonja,
del peligro en que se halla
tu enemigo?

DAVID. Más me enoja
que me sirve: ejecutad
el castigo.

ZAQUEO. Ya le ahorcan:
mensajero sois, amigo,
mas con albricias de sogas.

DAVID. Las desdichas de su Rey
las juzga David por propias.

Sale ABNER.

ABNER. Librarme ha querido el cielo,
porque puesto a tus heroicas
plantas, del triste suceso
te informe.

DAVID. Ya llega ociosa
tu noticia: ¿murió el Rey?

ABNER. Y con él, en edad corta,
Jonatás, tu grande amigo.

DAVID. Eso entristece mis glorias:
montañas de Gelboé,
que de aquesta lastimosa
tragedia fuisteis teatro,
jamás caiga en vuestras rocas,
m la lluvia de las nubes,
m el rocío de la aurora.

ABNER. Con los despojos huyeron
los filisteos, y todas
las reliquias de las tribus
que quedaron, se conforman
en marchar hacia el Cedrón,
donde con aplauso y pompa
te están, David, aguardando
para darte la corona.

ABISAÍ. Ya que su palabra cumple
Dios, es bien te dispongas
a obedecerle.

DAVID. Marchemos.
al Cedrón.

ABISAÍ. Hoy te coronan
tus méritos.

TODOS. ¡David viva,
Rey de Judá!

DAVID. Y aquí ponga
fin a las persecuciones
de David su heroica historia,
y solicite el perdón
el asunto de sus glorias.

DE LOS CANTARES

LOPE DE VEGA



PERSONAS

EL ESPOSO

LA ESPOSA

EL CUIDADO

LA ENVIDIA

LA GRACIA

LA ALEGRÍA

EL COMPETIDOR

Valle, con montañas.- Sobre una de ellas, una cabaña dentro de un jardín,
dispuesto como se dirá en su lugar.- A otro lado, una ciudad murada.

(Salen LA ESPOSA y LA GRACIA en hábito de aldeanas, con sus capirotos,
sayuelos y basquiñas, y delantales y cayados.)

ESPOSA(En actitud de orar.)

Esposo del alma mía,
pues todos vuestros pastores
me prometen cada día
ley, gracia, bodas, amores,
paz, vida, unión y alegría;
ya no es tiempo, gran Señor,
que me habléis y hagáis favor
por ángeles y profetas,
ni que en enigmas secretas
cifréis vuestro dulce amor.
Y vos, Mayoral Eterno,
del santo Pastor que adoro,
Padre, por cuyo gobierno
se rige el celeste coro,
para el mar, tiembla el infierno,
vive y se sustenta el suelo,
enviadme el soberano
Verbo vuestro desde el cielo,
para que a mi ser humano
se junte en humano velo;
para que me dé su boca,
si es que mi amor le provoca,
besos de paz, y a la mía
llegue desta gloria el día,
si es que ya mi amor le toca.
No venga ángel, ni legado;
Cristo en carne evangelice;

descienda Dios humanado,
como Isaías lo dice,
desde su monte a este prado.

Negra soy, mas soy hermosa,
hijas de Jerusalén.

GRACIA ¿Negra te llamas, Esposa?

ESPOSA Aunque este nombre me den,
por no ser tan generosa
y decender de Ismael,
que no alcanzó bendición,
y es mi color de la piel
del templo de Salomón
y del Cedar infiel.

(Que por eso mi figura
fue la etiopesa hermosura,
con quien se casó Moisés.)

Ven, Señor, seré después
más que nieve intacta y pura.

Ven, Pastor; ven, Cristo hermoso,
a los brazos de tu Esposa;
ven a mi pecho amoroso.

GRACIA Serrana de nieve y rosa,
presto gozarás tu Esposo.

Sin duda, Iglesia, ha venido
a tu cabaña el Pastor,
que he visto el prado florido,
y el cielo de resplandor
muy diferente vestido.

ESPOSA Yo he visto alegres saltar
los montes, como corderos,
mejor que al pasar el mar
Israel, que a tantos fieros
egipcios pudo acabar.

Yo he visto alzarse sus frentes
a ver los pies eminentes
del Rey, que ya es bien que toques,
sudar miel los alcornoques
y correr leche las fuentes.

GRACIA Yo en una piel sacrosanta
de una aurora, de una infanta,
dando los cielos rocío,
vi llover el justo mío,
lleno de hermosura tanta.

La zarza vi de Moisés,
que a Dios tuvo sin quemarse,
y el arca santa, por quien
el mundo pudo salvarse;
y la del templo también,
de madera de Setín,
en cuyo Propiciatorio
hubo mayor serafín.

ESPOSA Y aquel templo tan notorio,
donde tuvo el arte fin;
la vara de Arón, que vino
a dar de sus yerbas flores
de almendro tan peregrino,
con encarnados colores
sobre su blanco divino;
la puerta de Ezequiel:
el trono de oro y marfil;
la hermosa Esther; a la fiel
Abisac y Abigaíl;
la siempre amada Raquel;
de María, finalmente,
madre de tu bien presente,
vi la humildad, la belleza,

por quien la naturaleza
corona la humana frente.

GRACIA Espera, que ha decendido
al valle, amiga, un pastor,
con extranjero vestido.

Retírate, que es mejor:
no darás al llanto oído;
que de amor viene quejoso,
y se agraviará tu Esposo
de que te dejas hablar,
porque es Argos en velar
Dios de amor y Dios celoso.

(Apártanse. Sale EL COMPETIDOR con LA ENVIDIA.)

COMPETIDOR Con los amigos descansa
el dolor del corazón,
que comunicado amansa.

ENVIDIA Templa un poco la pasión
que te desespera y cansa,
infernial Competidor
del Esposo celestial.

COMPETIDOR Envidia, no es sólo amor
quien me causa tanto mal
y pone en tanto rigor.

Tú, que de mis celos naces,
estrageo en mis venas haces:
tú me abrasas, tú me enciendes,
tú me castigas y ofendes,
tú me apremias y deshaces.

ENVIDIA Si este mal vengo a causarte,
¿para qué me traes contigo?
Otro venga a acompañarte.

COMPETIDOR Bien sabe el infierno, amigo,
que no es posible dejarte.

Sospecho que descansara,

Envidia, si te dejara.

GRACIA(Aparte a LA ESPOSA.)

¿No ves en su hablar furioso
que no es gente de tu Esposo?

ESPOSA(Aparte a LA GRACIA.)

La lengua el alma declara.

Al jardín me quiero entrar,
donde tantas verdes plantas
de esperar y de llorar

desean las aguas santas
que las han de trasplantar.

La flor Adán, la flor Eva,
lágrimas por hojas lleva:

Abraham, Jacob, Noé,
vara de Arón, raíz Jesé,
aguardan que el cielo llueva.

(Vanse por el lado del jardín.)

ENVIDIA ¿Tan bella es esta Pastora,
que a tanta pena te obligas?

COMPETIDOR Contara primero ahora
deste campo las espigas,

las lágrimas del aurora,
las ondas del mar que sigo,

que las partes y las gracias
de la Esposa, Envidia amigo,
y contara mis desgracias,
que es más que cuanto te digo.

No la quiero por querella
tanto, como por quitalla
al que ha venido por ella,
que como es fuerza envidialla,
es fuerza andarme tras ella.

Quiere Cristo hacer triunfante
esta Esposa militante,
y este triunfo considero
a donde vi mi lucero
resplandecer arrogante.
Mira si tengo razón
de que ésta ocupe el lugar
que perdí por ambición.
ENVIDIA ¿Dónde suele apacentar?
COMPETIDOR En el monte de Sión
anda ya tan recatada
(más que guardando, guardada
de un Cordero que está en él),
que con celos della y d'el
el alma traigo abrasada.
Bajó este santo Pastor,
o Cordero del Jordán,
a la tierra por su amor,
con una capa o gabán
de su encarnado color.
Desconocido en efeto
con este rústico traje,
trata su amor de secreto
en su pastoril lenguaje,
siendo, como Dios, discreto.
Y no pienses que es hurtado
el ser de Dios; que es igual
a Dios, de Dios engendrado,
puesto que es hombre mortal
por el pellico encarnado.
Éste le hizo María
en el telar de su pecho,
donde el Espíritu había

de Dios las labores hecho
que él solamente sabía.
Mas, como está enamorado
de las partes peregrinas
de la Esposa que ha buscado,
por huertos, zarzas y espinas,
todo quedará rasgado.

Mas, como es Dios poderoso,
sacarále tan glorioso
de su misma sepultura,
que con mayor hermosura
parezca en forma de Esposo.

ENVIDIA Todas son cosas extrañas;
mas ella, dime, ¿no viene
sola por estas montañas?

COMPETIDOR Sola no; que siempre tiene
de mil diversas cabañas
mil pastoras almas bellas,
pretensoras del Pastor.

ENVIDIA Pues ¿no tiene celos dellas?

COMPETIDOR No, porque es todo un amor
y una comunión entre ellas.

Las del Oriente y Poniente,
del Austro y Setentrion,
aunque en traje diferente,
de una fe y bautismo son;
como el sol resplandeciente,
que, aunque es uno, mil regiones
desde su epiciclo alumbra;
y así por varias naciones
una verdad se acostumbra.

ENVIDIA ¡En qué confusión me pones!

Pero dime, ¿no podrás

atreverte a pretender

turbar su quietud no más?

COMPETIDOR No podré prevalecer

contra sus fuerzas jamás.

Verdad es que he de servilla,

molestalla y perseguilla

con opiniones y errores,

aunque Cristo y sus amores

forman de piedra la silla.

ENVIDIA ¿No se ausentará el Pastor

desta su Iglesia algún día?

COMPETIDOR Tiénela tan grande amor,

para más envidia mía

(que soy su competidor),

que cuando quiera partirse,

quiere con ella quedarse.

ENVIDIA Pues ¿puede quedarse y irse?

COMPETIDOR Supo Dios irse y estarse.

Para jamás despedirse,

amor le dio la invención

del velo de un blanco Pan.

ENVIDIA Cosas de Dios.

COMPETIDOR

De Dios son.

ENVIDIA Si puerta acaso te dan,

dile una vez tu afición;

que, aunque el Esposo presente,

adúltera puede ser.

COMPETIDOR ¿Cómo quieres que lo intente?

Que todo me siento arder.

ENVIDIA Con vestido diferente,

¿Cristo no viene galán

con esa capa encarnada

y el velo del blanco Pan?

Pues toma alguna, imitada
de las penas que te dan.

COMPETIDOR Bien dices: fingirme quiero
ángel de luz, y a la Esposa
decir que por ella muero.

(Sale EL ALEGRÍA, de pastor.)

ALEGRÍA ¡Qué nueva tan venturosa!

¡Qué albricias, qué premio espero!

ENVIDIA Un pastor del monte baja
con su instrumento, que a Orfeo
presume hacerle ventaja.

COMPETIDOR ¿Viene hacia nosotros?

ENVIDIA Creo
que estos romeros ataja.

COMPETIDOR ¡Hola, tú, cualquier que seas!

¿En qué majada te alojas?

ALEGRÍA ¡Qué dos figuras tan feas!

¡Qué dos higueras sin hojas
de las montañas leteas!

Yo, pues nunca me habéis visto,
soy del rebaño, de Cristo.

COMPETIDOR Di tu nombre.

ALEGRÍA El Alegría
me llamo.

COMPETIDOR Desde aquel día
que de tu color me visto,
nunca, Envidia, la he tenido.

ENVIDIA ¿De qué al Pastor le has servido?

ALEGRÍA De alegrar su santa Esposa,
que en estas montañas posa
de aqueste monte florido.

Canto, bailo, salto, danzo,
y en sus fiestas, de las huertas

flores y ramos alcanzo:
 coronó sus santas puertas
 de lirio, junco y mastranzo,
 Siempre que el Esposo viene,
 yo le salgo a recibir
 cantando, que, aunque allá tiene
 a tantos coros que oír,
 esto a veces le entretiene.
 David dice que se alabe
 con las cuerdas, y es tan cuerda
 su Esposa, que hacerlo sabe.
 Pero ya que se me acuerda,
 ¿quién sois, tan soberbio y grave?
 ¿Tenéis alguna heredad
 por estos pastos de Cristo?
 COMPETIDOR Esta Esposa, esta ciudad,
 esta Pastora conquisto.

ALEGRÍA ¿Vos?

COMPETIDOR Yo.

ALEGRÍA ¡Gentil necesidad!

Con pellico tan grosero,
 con áspides por guirnalda,
 ¿pensáis agradalla?

COMPETIDOR Espero
 que pueda Amor.

ALEGRÍA Respetadla,
 por pastora de un Cordero
 que vale más que la tierra
 y que el cielo, porque es Dios.

COMPETIDOR ¡Que ya sé el valor que encierra!

ALEGRÍA Mentís.

COMPETIDOR ¿Yo?

ALEGRÍA Pues ¿quien sois vos?

COMPETIDOR Quien hizo a Dios tanta guerra,
sobre el serlo como Él.

Llamóme Competidor.

ALEGRÍA Pues no compitáis con Él,
ni en cielos, celos y amor,
si os acordáis de Miguel;
que os pondrá por la mejilla
el freno de Leviatán.

COMPETIDOR Ahora bien, voyme a la villa
de donde vendré galán
a pretendella y servilla.

Ven conmigo, Envidia.

ENVIDIA Ven,
Competidor infernal,
donde te disfraces bien.

(Vanse.)

ALEGRÍA ¿Qué bien cubrirá tu mal,
por más color que te den,
infernal Competidor?

Sobre negro no hay tintura;
aunque os vistáis de color,
no gozaréis la hermosura
que a Cristo mata de amor.

(Sale EL ESPOSO, que es Cristo, con un baquero de tela y EL CUIDADO, de
labrador.)

CRISTO ¿Eso me cuentas, Cuidado?

CUIDADO Aunque como Dios lo ves,
te digo lo que ha pasado,
para que, como hombre, estés
de los hombres recatado.

Al ganadero Bautista,
tu primero coronista,
que guardaba en el Jordán

aquel Cordero de Pan,
como testigo de vista
que al Mayoral sempiterno
confirmarte entonces vio
por su Hijo amado y tierno,
y al Espíritu que dio
fe de que era el Verbo eterno,
degolló Herodes cruel,
porque se Puso con él
sobre una oveja en cuestión,
que hurtó a su hermano, en razón
de serte, Pastor, fiel.

CRISTO Yo he menester advertir
a las cosas de mi Esposa:

Juan ha mostrado en morir
su voluntad amorosa
y su lealtad en servir.

Dadme mi capa encarnada:
iréla a ver, que es ya tiempo.

ALEGRÍA Vuestra Esposa regalada,
Esposo, ha llegado a tiempo
de tierna y enamorada,
que, si no la visitáis,
morirá de puro amor;
y mirad cómo miráis,
que tenéis competidor,
aunque absoluto os llamáis.

CRISTO ¿Anda acaso por aquí
el ingrato que en el monte
se quiso alzar contra mí?

ALEGRÍA No deja en este horizonte,
donde blasonar le vi,
serrana de las amigas

de la Esposa, que no emprenda.

CRISTO Vanas serán sus fatigas.

CUIDADO No le sufras que pretenda,
pues a tanto amor te obligas,
a quien te baja tan tierno
de tu monte y trono eterno.

CRISTO Dadme la capa y cayado.

(Vase EL CUIDADO.)

que yo le echaré del prado
a los valles del infierno.

(Vuelve a salir EL CUIDADO.- Tráenle una capa aguadera, de tafetán encarnado,
aforrada en un velo de Plata y oro y un cayado en forma de cruz.)

CUIDADO Esta, Señor, es la capa
que al ingrato mundo tapa
tu grandeza, donde el cielo,
que es aforro deste velo,
se cifra en tan corto mapa.
Lo encarnado está de fuera,
porque es la seda mortal;
y en el centro desta esfera
aquel oro celestial
que Dios, cerca de Dios era;
Aquel que al principio fue,
con su Padre, Verbo eterno.

ALEGRÍA ¿Qué significa esta E?

CUIDADO De su Esposa el nombre tierno;
ley de Gracia, Iglesia y Fe.

CRISTO ¿Veis este fuerte cayado?

Pues os juro que, clavado
en él, tengo de vencer
al Competidor, y ser
por vencedor coronado.

Sal, hermosísima Esposa:

si ignoras lo que mereces,
las huellas sigue animosa
de tus ganados que creces
con sólo tu vista hermosa.

Apacienta tus corderos
junto a las chozas que son
de mis ricos ganaderos:

al carro de Faraón
y sus caballos ligeros,
en que a la ciudad venía,
te comparo, Esposa mía;
que varias gentes en ti
vendrán a buscarme a Mí
desde este dichoso día.

Tus mejillas son hermosas
como tórtola, por ser
casta, y ellas vergonzosas
tu cuello resplandecer
veo con piedras preciosas.

Ven, que, en pago desta fe,
collar rico te daré
argentado en blanca plata.

CUIDADO ¡Qué bien la viste y retrata!

ALEGRÍA Como quien tan bien la ve.

(Sale EL ALMA, que es LA ESPOSA, y con ella LA GRACIA.)

ESPOSA(Saliendo del jardín.)

Mientras el Rey soberano
estaba en su eterna silla
mirando humilde y humano,
tendió su divina mano
y dio olor mi florecilla.

Dime, Esposo, ¿dónde estás?

¿Dónde duermes y apacientas

cuando el sol se enciende más?

GRACIA ¿Adónde buscarle intentas?

Si estás con Él, ¿dónde vas?

ESPOSA ¡Dulce Esposo!

CRISTO ¡Esposa amada!

ESPOSA ¿Quién oyó tan dulce nombre?

¡Qué linda capa encarnada!

¡Oh, cómo estáis, gentil hombre!

CRISTO El gentil hombre me agrada.

ESPOSA ¡Qué ramillete de tanta
fragancia sois para mí!

Para mi pecho y garganta,
más que viña de Engaddí,
que de Chipre se trasplanta.

CRISTO Mira qué hermosa que estás
con tus ojos de paloma.

ESPOSA Tú, mi amado, mucho más.

Asiento, mi Esposo, toma:

no te me apartes jamás.

(Siéntanse.)

Mira qué florido lecho,
de cedro labrado, y hecho
de odorífero ciprés;
aunque otro tengo en que estés,
hecho del alma, en el pecho.

CRISTO Yo soy de los campos flor,
y lirio del valle.

ESPOSA Inclinas
el alma a divino amor.

CRISTO Como azucena entre espinas,
das entre todas olor.

ESPOSA Tú, como árbol frutoso
entre las silvestres ramas.

CRISTO Duerme, Esposa.

ESPOSA Dulce Esposo,

a tu sombra, pues me amas,

tendré seguro reposo;

que su fruto a mi garganta

es dulce, porque es la planta

de tu amor y fortaleza.

Debajo de mi cabeza

me pon esa mano santa.

Cubridme todos con flores,

y de manzanas también,

porque me muero de amores.

(Duérmese la ESPOSA.)

CRISTO Hijas de Jerusalén,

por los ciervos corredores,

por las cabras os conjuro

no despertéis a mi Esposa:

goce este sueño seguro;

cantadle, mientras reposa,

que regalarla procuro.

(Duerme LA ESPOSA, y los tres, EL CUIDADO, LA GRACIA y EL ALEGRÍA,

cantan, y los dos danzan esta españoleta, mudando los bailes conforme fueren las coplas.)

MÚSICA Estaba María Santa

contemplando las grandezas

de la que Dios sería

madre santa y virgen bella.

El libro en la mano hermosa,

que escribieron los profetas,

cuando dicen de la Virgen:

¡Oh, cuán bien que lo contempla!

Madre de Dios y Virgen entera,

Madre de Dios, divina doncella.

Bajó del cielo un arcángel,
y haciéndole reverencia,
«Dios te salve, le decía,
María, de gracia llena».
Admirada está la Virgen,
cuando al sí de su respuesta
tomó el Verbo carne humana,
y salió el Sol de la Estrella.
Madre de Dios y Virgen entera,
Madre de Dios, divina doncella.
(Mudan aquí el baile y dicen el de la zarzuela.)
Yo me iba, Madre,
al monte una tarde,
dentro de vos misma,
aunque soy tan grande.
Nueve horas anduve
virgen después y antes,
y pariendo virgen,
hasta que llegastes
a ver a Isabel,
que preñada sale
del Bautista a veros,
entre unos jarales.
Viérame Juanico,
y con gozo y bailes
se alegró de verme,
dentro de su madre.
(Tornan a mudar el baile y la letra, y cantan.)
Juan resplandece este día
en el vientre de Isabel;
que Cristo es sol, y da en él
por el cristal de María.
Luego que los dos se han visto

y abrazos tiernos se dan,
Cristo resplandece en Juan,
y Juan reverbera en Cristo.
Quedaron desde aquel día
ángel Juan, cielo Isabel;
que Cristo es sol y da en él
por el cristal de María.

CRISTO Esposa del alma mía,
ésta fue mi Encarnación,
y en la montaña, aquel día,
la santa Visitación
de Isabel y de María.

MÚSICA Por cumplir con el edito
María y Josef, del César,
llegó la hora del parto,
y en Belén, pequeña aldea,
nace de una Estrella el Sol,
mas no tiene en qué le envuelva.
De ver hombre a Dios se admira
la misma naturaleza.

Madre de Dios y Virgen entera,
Madre de Dios, divina doncella.
(Baile.)

Pascual, si el muchacho ves,
baila, salta, y hagámonos rajas;
que aquí llevo las sonajas,
y el salterio para después.

(Cantan.)

Caminad a Egipto
con el Niño, Madre,
que ha mandado Herodes
buscarle y matarle.

Pero ya que es hombre,

dad lugar que pase,
para nuestra vida,
de su muerte el cáliz;
pues que ya nos deja
su cuerpo y su sangre
en el pan y en vino,
que a todos reparte.
Ya en la cruz le enclavan,
y a su Eterno Padre
su espíritu envía,
y el cielo nos abre.
Que de noche le mataron
al caballero,
a la gala de María,
la flor del cielo
Como el sol que arde
tanto se encubría,
noche parecía,
aunque era la tarde.
La muerte cobarde
mató, aunque ella ha muerto,
al caballero,
a la gala de María,
la flor del cielo.
CRISTO Éste fue mi nacimiento,
Alma mía; pero advierte
que, después deste contento,
de los pasos de mi muerte
sigue a mi vida el tormento.
Alma, ésta fue mi pasión
y la sangre que aquel día
me costó la Redención;
mas escucha el de alegría:

oye mi Resurrección.

MÚSICA(Esto es por la gallarda.)

Mas luego al tercero día

resucitó glorioso,

resplandeciente y fermoso,

alegando cielo y tierra.

Ya la noche se destierra,

ya triunfa el Esposo eterno

de la muerte y del infierno

todos quedan por esclavos;

ya su cruz, corona y clavos

nos prometen vida y gloria.

¡Vitoria, vitoria!

¡Paz, contento y risa!

Corten caballos aprisa.

¡Tápala, tápala, tápala, tapa!

Corrido va el toro,

el hombre se escapa,

porque a Dios, que le mira,

le echó la capa.

¡Tápala, tápala, tápala, tapa!

CRISTO Levántate, amiga mía;

camina, paloma hermosa:

ya pasó la noche fría

del invierno rigurosa,

y vino el alegre día.

Las flores aparecieron

en nuestra tierra, y se oyeron

las tórtolas sin el luto;

las higueras dieron fruto

y las viñas florecieron.

Ea, Esposa, ven siguiendo

mis pasos, que quiero ver

tu amor.

(Vase EL ESPOSO; síguele el acompañamiento.)

GRACIA Quedóse durmiendo.

ALEGRÍA Gracia, ¿qué quieres hacer?

GRACIA Irme a la ciudad subiendo,
y velar, con el Cuidado,
las almenas.

ALEGRÍA Yo también
quiero estar a vuestro lado.

CUIDADO Si ausente el Esposo ven,
querrán abrasar el prado.

(Súbense EL ALEGRÍA, LA GRACIA y EL CUIDADO a la ciudad, y pónganse con los instrumentos en las almenas, y despierta LA ESPOSA.)

ESPOSA ¡Oh sueño pesado y grave!

Esposo dulce y suave,
¿dónde estás? ¿Cómo te fuiste?

Mas eres Dios, y tuviste
del cielo y tierra la llave.

Descuidéme, no está aquí.

Fuese. Tentaré la cama...

¿Dónde le hallaré? ¡Ay de mí!

Si me quiere, si me ama,
¿cómo me ha dejado así?

Por las calles con mil penas
le buscaré; iré tras él.

Guardas hay en las almenas:
quiero preguntar por él,
que albricias daré muy buenas.

(Habla LA ESPOSA con las guardas, y responden con música, haciendo eco.)

ESPOSA ¿Dónde está, guardas, mi querido?

MÚSICA Ido.

ESPOSA ¿Ido? Pues ¿ya soy desamada?

MÚSICA Amada.

ESPOSA Sin Él, ¿qué fuera, desterrada?

MÚSICA Errada.

ESPOSA ¿Ha sido error no haberte asido?

MÚSICA Ha sido.

ESPOSA ¿Qué haré, si está conmigo unido?

MÚSICA Un nido.

ESPOSA ¿Qué seré, desposada?

MÚSICA Su posada.

ESPOSA ¿Agrádale mi fe sagrada?

MÚSICA Agrada.

ESPOSA ¿Va huido de mi amor o herido?

MÚSICA Herido.

ESPOSA Pues ¿qué haré para hallarle agora?

MÚSICA Ora.

ESPOSA Temo que envidia aquí resida.

MÚSICA Es ida.

ESPOSA ¿Hele de hallar aquí o aparte?

MÚSICA Aparte.

ESPOSA ¿Mora en la fe que le enamora?

MÚSICA Mora.

ESPOSA ¿Qué da mi Esposo a quien convida?

MÚSICA Vida.

ESPOSA Pues voy tras él por esta parte.

MÚSICA Parte.

(Retírense EL CUIDADO, LA GRACIA y EL ALEGRÍA. Sale EL ESPOSO.)

CRISTO Detente.

ESPOSA ¿Eres tú, mi bien?

CRISTO Yo soy.

ESPOSA Pues no he de soltarte

aunque mil muertes me den:

quiero a mi casa llevarte,

y a todo el cielo, también.

Ven, mi dulce Esposo amado,

a tu huerto: ya te espera
 su fruta, pues has quitado
 el daño de la primera
 en aquel árbol sagrado.

(Muestra una cruz que hay en el jardín.)

Sube, sube.

CRISTO A subir pruebo.

La mirra, el tormento nuevo,
 ya con mis aromas tomo;
 mi panal con mi miel como;
 vino y leche junto bebo.

Comed, amigos, comed
 desta fruta y árbol santo:
 su licor santo bebed.

Esté en lo alto un jardín con su encañado, y en medio una cruz a modo de árbol, entre otras plantas que tengan por flores los pasos de la Pasión del Señor; y salgan detrás tres fuentes, con ramos con hojas que estén en ellas, do se vean algunas hostias, como si fueran las frutas de los ramos, y una parra con racimos revuelta. Junto a este jardín ha de haber una cabaña.

CRISTO Llega, Esposa.

ESPOSA ¡Favor tanto!

¡Tan soberana merced!...

(Éntranse en el jardín. Sale EL COMPETIDOR, con una capa aguadera de tafetán negro, aforrada con velo de plata, con unas muertes sembradas por ella, y LA ENVIDIA con él.)

COMPETIDOR ¿No te parece que vengo
 por todo extremo galán?

ENVIDIA De mirarte envidia tengo.

COMPETIDOR Al favor que me darán
 mi vanagloria prevengo.

¿No parezco así al Esposo?

ENVIDIA Siendo Dios, será forzoso
 que no os parezcáis los dos.

COMPETIDOR Luego, ¿no hay como Dios,
tan alto y tan poderoso?

ENVIDIA Si te costó tal tormento
tener este pensamiento,
¿de qué sirve hablar en él?

COMPETIDOR Porque es tan grande, que dél
nunca, Envidia, me arrepiento.

¿En qué está diferenciada
esta capa a la de Cristo?
¿No está de cifras sembrada?

ENVIDIA En que la de Cristo he visto
del ser de Dios aforrada.

Es todo Divinidad
el oro que tiene dentro:
la encarnada Humanidad
es la tela, pero el centro
es impasible deidad.

La tuya es negro, en memoria
de tu desgracia notoria;
tus cifras de muerte son,
porque es de Dios privación
de su gracia y de su gloria.

COMPETIDOR De negro color me visto
porque no quise adorar
eso que encarnado has visto,
ni ver al Verbo exaltar
en la humanidad de Cristo.

Yo que tuve tal belleza,
tal luz, tal sabiduría,
¿sufiré que en mi cabeza
ponga el pie con fantasía
la humana naturaleza?

Dios, en María encarnado

(capa en que está disfrazado),
de un ángel, como yo fui,
que al lado de Dios me vi,
¿quieres que fuese adorado?

Mi capa negra me quiero
de tiniebla y confusión.

(Aparecen en el huerto EL ESPOSO Y LA ESPOSA.)

ENVIDIA ¿Es la Esposa?

COMPETIDOR Espera.

ENVIDIA Espero.

COMPETIDOR ¡Ay, Envidia! Los, dos son:
de celos me abraso y muero.

ENVIDIA ¿Qué hace el Esposo allí?

COMPETIDOR ¿No ves aquel fuerte leño,
cargado de fruto?

ENVIDIA Sí.

COMPETIDOR Pues ése, Envidia, fue el dueño
de cuanto mal hay en mí.

Mira los racimos bellos
que sólo Cristo pisó,
y, teñido el lagar dellos,
esta viña le dejó,
que es tan preciosa por ellos.

ENVIDIA Sí; mas dime, ¿cómo dan
panes y espigas las ramas
que con racimos están?

¿Cómo estos árboles llamas?

COMPETIDOR Árboles de Vino y Pan.

CRISTO(A la ESPOSA.)

Toda la heredad que has visto,
Iglesia, dejarte quiero,
y, en los frutos que conquisto
la eterna, que darte espero;

que éstas son flores de Cristo.
Estos clavos son claveles;
estos azotes crüeles,
alhelíes jaspeados;
destos espinos bañados
de sangre no te receles;
corona de Rey se llaman:
esta escala llega al cielo
con los que mis pasos aman.
Las almas su santo celo
con aquesta caña enraman.
Y aunque esparto ves (que al fin
no es yerba para jardín),
tras de las hojas del huerto
que la estimes más te advierto
que al más cándido jazmín.
Esta lanza es árbol santo
que cura heridas del pecho,
aunque abrió el que miras tanto:
si ya el ramillete has hecho,
ven conmigo, deja el llanto.
ESPOSA ¿Dónde, Señor?

CRISTO A fundar
tu cabaña, que esta hiedra
divina quiere adornar:
ya Pedro me ha dado piedra,
piedra aquí, nave en el mar;
que deste golfo es la nave,
que entre sus ondas limita.
ESPOSA Seguiré, Esposo suave,
tus pasos.

ESPOSO Mi amor imita:
ven y daréte la llave.

(Llegados a la puerta de la cabaña, ábrela EL ESPOSO y entrega la llave a LA ESPOSA, la cual entra y cierra, retirándose él fuera del jardín.- Vase EL ESPOSO y LA ESPOSA.)

ENVIDIA Sospecho, Competidor,

que vas de mal en peor:

Cristo heredad ha fundado,

y a la Iglesia la ha dejado

en dote y arras de amor.

COMPETIDOR Ya lo veo; pese al día

que del Líbano caí,

donde cedro ser solía,

y la esperanza perdí,

mas no perdí la osadía.

Heredad del Vino y Pan

a su Iglesia Cristo deja,

y, un árbol que no tendrán

de sed, ni de hambre, queja

desde hoy los hijos de Adán.

ENVIDIA Las plantas mis ojos ciegan.

COMPETIDOR Darán fruto varias gentes

y hacen bien si no le niegan,

pues tiene el árbol tres fuentes

que toda la Iglesia riegan.

ENVIDIA Árbol de Pan, Agua y Vino,

dime, ¿de qué Indias vino?

COMPETIDOR Del Nombre de Dios vendrá,

Puerto-Rico, donde está

aquel Árbol Uno y Trino.

ENVIDIA Deshagamos esta huerta.

COMPETIDOR Pues tenlo por cosa cierta,

amigo: voy a llamar,

que cosa no ha de quedar,

aunque Dios guarde la puerta.

ENVIDIA ¿Quién vendrá?

COMPETIDOR El judío, Calvino,
Atrio, Melanctón, Lutero
y otros mil.

ENVIDIA Ten, que imagino
que viene a guardarla.

COMPETIDOR Hoy quiero
intentar un desatino.

(Sale EL ESPOSO y los tres músicos. CRISTO sale embozado, y EL COMPETIDOR se emboza también.)

CRISTO Cantad, mientras por aquí
rondo a mi querida Esposa.

CUIDADO Gran cuidado vive en ti.

CRISTO Tengo condición celosa.

COMPETIDOR(Aparte.)

Celoso vive de mí.

(Cantan los músicos.)

MÚSICA Si queréis que os ronde la puerta,

alma mía de mi corazón,

seguidme despierta,

tenedme afición:

veréis cómo arranco

un álamo blanco,

y en vuestro servicio

le pongo en el quicio;

que vuestros amores míos son.

Si queréis que os enrame de Gracia,

alma mía de mi corazón,

tened afición

en vuestra oración

veréis que un espino

sangriento y divino

os pongo por palma

al quicio del alma;
que vuestros amores míos son.
Si queréis que os enrame de Gloria,
alma mía de mi corazón,
tened en memoria
mi muerte y pasión
veréis que os da luz
un árbol de cruz;
veréis que os da vida
con fruta y comida;
que vuestros amores míos son.

CRISTO Ábreme, querida Esposa;
mira, paloma amorosa,
que traigo el cabello mío
todo lleno de rocío
de la noche rigurosa.

ESPOSA(Dentro de la cabaña.)

Estoy desnuda, Señor,
y vestirme agora es
con este tiempo rigor:
lavéme también los pies:
tengo a ensuciarlos temor.

CRISTO Echada tiene el aldaba
la puerta del corazón.

Quiérola alzar... Fuerte estaba.

(Intenta quitar la aldaba, y no se abre la puerta.)

ESPOSA(Dentro.)

¡Qué temor! ¡Qué confusión!

CRISTO Abre, dulce Esposa, acaba;
que tengo al Competidor
en la calle.

ESPOSA(Dentro.)

Ya, Señor,

me visto y levanto a abrir.

CRISTO Agora me quiero ir.

ALEGRÍA ¡Qué de regalos de amor!

(Vanse LOS MÚSICOS y CRISTO.)

COMPETIDOR ¿Fuese?

ENVIDIA ¿No lo ves?

COMPETIDOR ¡Que Cristo

tan enamorado ande!

Aquí por mi daño asisto.

¡Que se enoje y que se ablande!

Nunca tan niño le he visto.

¿Esto con las almas hace?

¿Hay tal ternura de amor?

Ya se enoja y satisface.

ENVIDIA De ver al Competidor,

cerca de sus puertas, nace.

COMPETIDOR ¡Qué de veces viene y va!

ENVIDIA Algo tiene que le duele.

COMPETIDOR Lo que le cuesta será;

que a lo que más costar suele

mayor estima se da.

ENVIDIA ¿Qué le cuesta?

COMPETIDOR Sangre y vida,

muerte, Pasión y estos pasos.

(Sale LA ESPOSA, cubierta con un rebozo.)

ESPOSA Entra, Esposo.

COMPETIDOR ¡Qué pérdida

sale a buscarle!

ENVIDIA En mil casos

la prueba.

ESPOSA ¡Ay, prenda querida!

Enojado te has partido.

¡Cristo mío, Esposo amado!

No responde: yo he tenido
la culpa, que vino helado;
ingrata a su amor he sido,
llamóme su inspiración
con música, y Él después;
pero buscarte es razón,
que dondequiera que estés
te ha de hallar mi corazón.

COMPETIDOR Teneos a la justicia.

ESPOSA ¿Sois guardas de la ciudad?

COMPETIDOR Somos la Envidia y Malicia.

ESPOSA Pues mi libre voluntad
hallar su Esposo codicia.

Dejadme pasar.

COMPETIDOR ¿Quién es
tu Esposo?

ESPOSA Cristo es mi Esposo.

ENVIDIA ¡Dale! ¡Mátala!

COMPETIDOR ¿No ves
que se fue de aquí celoso,
heladas manos y pies
de esperar a que le abrieses?

ESPOSA ¿En manos tan abrasadas
pudo haber hielo?

COMPETIDOR Si fueses,
serrana, a mis enramadas
chozas, y sus huertos vieses;
si vieses a mis ganados,
aunque negros y manchados,
cubrir gordos y contentos
los campos, libres y exentos,
y los anchurosos prados,
no querrías más tu Esposo.

ESPOSA Dejadme pasar, villanos.

ENVIDIA ¡Mátala!

COMPETIDOR Será forzoso

poner en ella las manos.

(Danla de golpes.)

ESPOSA ¡Ay, Dios! ¡Ay, Padre piadoso!

COMPETIDOR Estos golpes llevaréis,

puesto que a Dios os quejéis;

y el manto os quiero quitar,

por que le venga a cobrar.

ESPOSA ¡Ay, Señor! ¿No me valéis?

COMPETIDOR Decid que yo os le quite,

y que en el infierno vivo:

que me busque.

ESPOSA Sí diré.

COMPETIDOR ¡Oh, qué venganza recibo!

ENVIDIA No has derribado su fe.

(Vanse EL COMPETIDOR y LA ENVIDIA y sale EL ESPOSO y LA MÚSICA.)

CRISTO ¿Qué es esto?

ESPOSA ¡Ay, Esposo mío!

Que no quise abrir la puerta,

temiendo el hielo y el frío,

viendo mi puerta cubierta

de escarcha, nieve y rocío;

mas, saliéndote a buscar,

topé tu Competidor:

mil golpes me pudo dar,

pero la fe de mi amor

no la pudo derribar.

El manto que me cubría

me ha quitado, y me decía

que tú, mi Pastor eterno

le cobres; que en el infierno

le busques, que allí vivía,
CRISTO ¿Él no sabe que podré?

¿Y que de mí se escondió
una vez que le encontré,
donde cuanto quise yo
de sus entrañas saqué?

¿No sabe que le mordí,
y que un bocado le di
con que le dejé sin brío?

ESPOSA Cúbreme tú, Esposo mío,
pues a buscarte salí.

CRISTO Contigo, Pastora, iré;
tú, serrana, irás conmigo
contigo me quedaré,
porque aquí a quedar me obligo
en los brazos de tu fe.

En cuerpo quiero quedarme:
mi capa te doy.

(Quítase EL ESPOSO la capa, y queda en cuerpo con una tunicela blanca llena
de estrellas.)

ESPOSA ¡Qué franco
te has mostrado para honrarme!

ALEGRÍA Quedóse el Esposo en blanco.

ESPOSA Ya no tienes más que darme,
pues en cuerpo te has quedado.

GRACIA ¡Oh, cómo estás gentil hombre!

CRISTO Gracia, cuanto tengo he dado:
en este blanco, Dios-Hombre,
Esposa queda a tu lado.

Haz cuenta que ves el Pan:
debajo de sus especies
mi Cuerpo y mi Sangre están,
para que el tesoro precies

que hoy mis amores te dan.

Vosotros, que esta vitoria
visteis, con santa eficacia
celebraréis su memoria,
pues aquí le doy mi gracia,
y allá en el ciclo la gloria.

(Cantan.)

MÚSICA ¡Qué bien os quedasteis,
galán del cielo!

Que es muy de galanes
quedarse en cuerpo;
aquel cuerpo humano
tan hermoso y bello
con que el Ser divino
tenéis encubierto.

Hoy dejáis al Alma
el maná del cielo;
que es muy de galanes
quedarse en cuerpo.

DEL PAN Y DEL PALO

LOPE DE VEGA



PERSONAS

EL REY ETERNO

EL REGOCIJO

LA ESPOSA

PERSECUCIÓN

DOS CRIADOS

EL BUEN AÑO

EL CUIDADO

UN NIÑO JESÚS

FALSEDAD

MÚSICOS

Entrada en una aldea.- Al frente una morada real.

(Sale EL REGOCIJO y BUEN AÑO.)

BUEN AÑO Espérate, Regocijo,
que el viento en las plantas llevas.

REGOCIJO Engéndrame buenas nuevas:
si sabes que soy su hijo,
¿qué me mandas esperar?
Mi Padre, el común Placer,
me ha mandado revolver
con fiestas este lugar.

BUEN AÑO ¿Y será malo el Buen Año,
para acompañarte?

REGOCIJO No;
que estoy bien contigo yo,
cuando no tratas engaño.

BUEN AÑO Formóme el sol con sus rayos.

REGOCIJO ¿Tú eres el Buen Año?

BUEN AÑO Sí.

REGOCIJO ¡Oh, qué habrá llovido en ti,
los abriles y los mayos!,
que de estas estrechas leyes
serás malo, si no usas.

Por lo menos no te excusas
de casamientos de reyes.

BUEN AÑO Tengo de eso cuanto quiero,
porque se han casado en mí
el sol y la luna.

REGOCIJO ¿Así?

BUEN AÑO Como esas dichas espero.

REGOCIJO Pues si en ti casados vieses
luna y sol, haz regocijos

como si vieses sus hijos.

BUEN AÑO ¿Quién son sus hijos?

REGOCIJO Los mozos.

BUEN AÑO ¿Doce, por lo menos?

REGOCIJO Antes

son pocos. Pero si tienes
nombre de bueno y previenes
trigo y bodas semejantes,
sabe, Buen Año, que yo
de otras bodas vengo así.

BUEN AÑO Cuéntamelas.

REGOCIJO Oye.

BUEN AÑO Di.

REGOCIJO Luego, ¿no las sabes?

BUEN AÑO No.

REGOCIJO La señora de esta aldea
que llaman en este reino
su Cuerpo, que es otro mundo,
aunque le ves tan pequeño;
la noble señora suya,
semejanza por lo menos,
aunque es mujer, de Dios mismo
pues a su imagen ha hecho
su hermosura celestial
con tres potencias, que entiendo
por el Padre, que a su Hijo
en su entendimiento eterno
eternamente lo engendra;
y por la memoria, el Verbo,
aquel que era en el principio,
cerca de Dios y en su pecho;
y el Espíritu amoroso
que está procediendo dellos,

por la voluntad aquel
que es luz, aire puro y fuego,
finalmente, regocijo,
la que vive en ese Cuerpo,
la señora desta aldea
y deste mundo pequeño
hoy se casa (y norabuena
se case) con un requiebro,
con un galán que ha venido,
más que los ángeles bello.
Es tan grande como Dios,
tan sabio, hermoso y tan bueno,
tan rico; y aunque (esto aparte),
Buen Año, se los da eternos,
no es viejo; que David dijo
que como vestidos vicios
todo se acababa, y Dios,
increado y sempiterno,
era Él mismo; que sus años
como infinitos y inmensos
jamás podían faltar.
Esto es en cuanto a Dios; luego,
por la parte de ser hombre,
es la belleza del cielo,
el resplandor de su Padre,
imagen, sustancia y Verbo;
y nació mil y seiscientos
y doce años ha.
BUEN AÑO ¿Qué dices?
REGOCIJO Que tiene el esposo bello
mil y seiscientos y doce
años.
BUEN AÑO ¿Y es mozo?

REGOCIJO(Sigue.)

Tras esto,
no tuvo, ni ha de tener
más de treinta y tres, que luego
que los cumplió le mataron.

¿No has oído aquellos versos:

Que de noche le mataron
al divino Caballero,
que era la gala del Padre
y la flor de tierra y cielo?

Pues, aunque fue muy de día,
por él mismo se escribieron;
porque eclipsándose el sol,
fue noche, y no con silencio.

Porque hasta las piedras, dicen
que unas con otras se dieron.

Mas ¿quién mete al Regocijo
en que agora trate desto,
sino en su Resurrección,
que fue en el día tercero,
como prometido había?

Mas puedes tener por cierto
que el regocijo mayor
deste Príncipe del cielo
es el tratar de su muerte,
de su pasión y tormento.

BUEN AÑO ¿En bodas se ha de tratar
de pasión?

REGOCIJO Tan justo es eso,
que en el mundo cada día
un infinito, un inmenso
número de sacerdotes
la representan al pueblo;

si bien es en sacrificio
que ellos llaman Sacramento
porque Cristo está glorioso
e impasible.

BUEN AÑO Absorto quedo
de las cosas que me cuentas.

REGOCIJO Ya el aldea por sus dueños
se alborota, que hay hidalgos.

BUEN AÑO ¿Quién?

REGOCIJO Memoria, Entendimiento
y la Voluntad, tres casas
que sólo a Dios pagan pecho,
y aun, si quiere el Albedrío
(aunque hará mal en hacerlo),
al mismo no pagarán,
que son de alcabala exentos.

Los Sentidos Corporales
son labradores groseros:
el Tacto acude al trabajo
(que ha días que le dijeron
que en el sudor de su rostro
comiese el pan), y no menos
los demás a sus oficios,
con que ha quedado compuesto
el cuerpo de aquesta aldea.

Gente suena. ¿Si son ellos?

(Entran LOS MÚSICOS y algunos labradores; traiga el uno una cruz delante llena de flores, y LOS SENTIDOS son los labradores; venga detrás EL REY ETERNO y LA ESPOSA, de las manos.)

MÚSICOS Pues con el Rey se ha casado
la señora de la aldea,
muy en hora buena sea.

SENTIDOS Con la cruz os recibimos

como a señor del lugar,
no para datos pesar,
que a datos placer venimos.
Demás, Señor celestial,
que vuestra cruz nos le ha dado,
que, puesto que os ha pesado,
no os ha parecido mal;
que en ella dijisteis vos:
«Sed tengo»; se ha de entender
que era sed de padecer
más penas, mi Rey, mi Dios.

REY Sentidos, que desta aldea
de mi Esposa sois vasallos;
mis tormentos, por pasallos
por quien en mi amor se emplea,
siempre los tuve por buenos,
y ansí mi cruz es mi gloria;
que de armas desta vitoria
están mis palacios llenos,
mis timbres, mis coroneles,
mis torres, mis edificios,
mis puertas, mis frontispicios,
mis naves y mis bajeles;
ésta es la primer señal
del que ha de ser mi soldado:
muy bien lo habéis acordado,
que es mi estandarte real.

SENTIDOS Como pan blanco sois vos,
trujimos el leño santo
en que el pueblo ingrato tanto
os atravesó, mi Dios.

REY Ya, Potencias y Sentidos,
hidalgos y Labradores,

celebrad gloria y amores.

ESPOSA Todos están encendidos
en vuestro divino amor.

REY Esposa, bien me lo deben.

REGOCIJO(AI BUEN AÑO.)

Habla, pues todos se atreven.

BUEN AÑO El Buen Año soy, Señor;

y así vengo de rodillas

a deciros: «Padre nuestro,

»luz, guía, amparo y maestro,

»Rey de inmensas maravillas;

»Vos que en los cielos estáis,

»santifique siempre el hombre

»vuestro soberano nombre

»y obedecido seáis.

»Como en el cielo, en la tierra

»vuestra voluntad se haga,

»pues que tan divina paga

»tal premio y tal gloria encierra.

»Si yo he de ser el Buen Año,

»dadme vuestro pan, Señor,

»por que no tenga temor

»a ningún futuro daño.

»Dadme aquel divino Pan,

»maná de más alta esfera,

»que nos quite la dentera

»de las manzanas de Adán.

»Y perdónanos, Señor,

»muchas deudas que tenemos

»de años caros, con que habemos

»empeñado nuestro error;

»que, puesto que esto ha de ser

»perdonado a los deudores,

»daremos de mil amores
»el perdón que es menester;
»que a fe que está bien trazado,
»para que el hombre repare
»que, cuando no perdonare,
»no puede ser perdonado,
»Pero líbranos de mal,
»ya que venís al aldea,
»que muy norabuena sea,
»pues sois bien tan celestial».

REGOCIJO ¡Válgate Dios por Buen Año!

No dijera Cicerón
tan elegante oración.

A la fe, si no me engaño,
que os habemos de crear
otra vez embajador.

BUEN AÑO Regocijo, labrador,
deste dichoso lugar,
¿no ves que aquella oración
la escribió el Esposo mismo,
que es profundísimo abismo
de divina erudición?

REGOCIJO ¿Luego has aprendido dél?

BUEN AÑO Él la dijo.

REGOCIJO Pues, si es suya,
al mismo Dios se atribuya.

¿Y en qué la escribió? ¿En papel?

BUEN AÑO Y en los mismos corazones.

REGOCIJO Pues lo que es de Dios, Buen Año,
dadlo a Dios.

BUEN AÑO No ha sido engaño,
porque tales oraciones
las hizo Dios por el hombre,

que con ellas pide a Dios.

REGOCIJO Pues alabemos los dos
eternamente su nombre.

ESPOSA Señor mío, y mi querido
Padre y dulcísimo Esposo,
dadnos este Pan glorioso,
que yo también os lo pido;
este Pan de eterna vida,
de tierra y cielo sustento,
este divino alimento,
donde Dios a Dios convida.

Hoy que venís al aldea,
haced a todos merced.

REY El hacéroslo, creed
que es lo más que el Rey desea.

Daré pan a los Sentidos,
aunque tan groseros son
que los pone en confusión;
y a no ser por los oídos,
a quien deben esta fe,
pensarán que el Pan es Pan,
donde accidentes están,
supuesto que el Pan se ve.

Yo tenga palabra dada
que este Pan no ha de faltar
en las bodas de mi altar.

REGOCIJO ¿Qué más queréis, desposada?

¿Ni vos, amigo Buen Año?

ESPOSA Inmensas gracias os doy.

BUEN AÑO A la fe, contento estoy;
ya, ¿qué puede hacerme daño?

Pan tengo para años mil,
llueva o no llueva.

REY Bastó

aquella vez que llovió
sangre de Cristo en abril.

BUEN AÑO Desde entonces, a la fe
soy Buen Año por mil años.

REGOCIJO Hoy, que cesan nuestros daños,
contenta la tierra esté,
mas pedid vino también.

BUEN AÑO El que dio pan, dará vino,
mejor que el de Architriclino;
que sabe pisarlo bien.

ESPOSA Sí, porque sobre el lagar
dice que pisó el Profeta.

REY Sí, Esposa hermosa y discreta:
vamos a mi sacro altar,
que es tálamo desta boda.

ESPOSA Indigna soy.

BUEN AÑO Caminad,
la aldea regocijad;
baile, salte y brinque toda.

(Cantan.)

MÚSICOS A las bodas del Cordero
venid, alma, pues os dan

Esposo, y galán,
y un pan en la boda;
con que seréis cielo toda,
y cielo y tierra dirán:

¡viva la gloria del blanco Pan!

(Vase todo el acompañamiento.)

ESPOSA Pues, Señor, ¿cómo te quedas?

REY Esposa, contigo voy,
porque dondequiera estoy.

ESPOSA Suplícote me concedas

que te vea en esta boda.

REY Cuando en pan me doy, la fe,
que no la vista, me ve,
y en esto consiste toda;
porque es la fe una sustancia
de las cosas que se esperan,
no siéndolo si se vieran;
que en eso está la importancia.
Ve, Esposa, que, si me ves,
el mérito perderás.

ESPOSA Creo que en el Pan estás.

REY Pues tú me verás después.
En tantas partes estoy
cuantas veces soy llamado
cual me he dado, me he quedado,
y siempre aquel mismo soy.
Allí estoy sin exceder
los términos de la forma,
y la cantidad conforma
de mi divino poder
con la que tuve en la cruz
y como estoy en el cielo;
y puesto que en todo el suelo
este Pan de vida y luz
se consagre en tantas partes,
no se aumenta el cuerpo mío.

ESPOSA Adoro, creo y confío;
pero, Señor, no te apartes
sólo un instante de mí.

REY Alma hermosa, está segura
que el amor de tu hermosura
jamás me aparte de ti.

ESPOSA Eres tú mi solo bien

ningún bien sin ti poseo,
Esposo; que no deseo
que, sin ti, cielo me den.
En ti mi gloria consiste,
en ti mi centro y descanso:
eres dulce, tierno, manso,
sol que de su luz me viste.

No quiero vida sin ti.

REY Bien hacer de enamorarme,
que sólo puede obligarme
amor de mi Esposa a mí.

Y por el requiebro, quiero
darte nuevas joyas hoy.

ESPOSA Tu esclava y tu hechura soy.

REY Decid al sol, mi platero,
ángeles, que críe el oro,
y las piedras en las minas,
más raras y peregrinas:
hoy quiero darle un tesoro.
Decid que en conchas del mar
engendre perlas la luna,
que no habrá en sus aguas una
con que se pueda igualar
(que es margarita preciosa)
mi bella Esposa.

ESPOSA Señor,
¿quién tanto debe a tu amor?

REY Hoy estarás muy hermosa.

¡Hola!

(Salen del palacio criados del REY.)

Traed los anillos
de aquel mi amor soberano:
enriqueceré su mano.

(Vanse los criados.)

ESPOSA Hierros, cadenas y grillos,
en rostro, manos y pies,
me pones, divino Esposo,
dulce, blando y amoroso.

REY Hoy quiero que hermosa estés.

(Vuelven a salir los criados. Saquen en una salvilla siete sortijas.)

Muestra la mano, que quiero
ponértelos.

ESPOSA Es indigna.

REY De Sabiduría divina
te pongo, Esposa, el primero.

Con este hermoso rubí:

de Entendimiento, el segundo,

con que te alejes del mundo

y entiendas mucho de mí;

que tiene este girasol

de tanto matiz diverso,

y del que no alcanza el sol.

Este anillo es de Consejo:

tiene un hermoso topacio,

en cuyo divino espacio

verás lo que te aconsejo.

El cuarto, de Fortaleza,

tiene un hermoso diamante;

que ser en mi fe constante

aumentará tu belleza.

Con esta esmeralda bella

de Ciencia te doy el quinto;

de Piedad este jacinto.

Por que te ejercite en ella;

y este zafir, de Temor.

ESPOSA Tan enriquecida quedo,

que responderte no puedo:

tú mismo, Rey y Señor,

te da las gracias por mí.

REY Por estos anillos siete,

siete veces me promete,

Esposa, de serlo ansí.

ESPOSA Siete y siete mil, Señor.

REY Pues vete al altar, mis ojos.

ESPOSA ¿Yo tus ojos?

REY Y despojos

de las vitorias de amor.

(Salen EL BUEN AÑO y EL REGOCIJO.)

BUEN AÑO ¡Qué tiernos están los dos!

REGOCIJO ¡Que pueda un alma tener

tal gracia, que venga a ser

los mismos ojos de Dios!

BUEN AÑO Señora de nuestra aldea,

vamos, vamos al altar.

ESPOSA Buen Año, hoy has de quedar
seguro.

BUEN AÑO Para bien sea.

(Vanse; quede el REY solo.)

REY Contenta se va mi Esposa,

y con razón va contenta,

a buena mesa se asienta:

llámela el cielo dichosa.

De señora de una aldea

con el Rey casada está:

por ella no se dirá:

«la ventura de la fea»,

que, sólo por su hermosura,

tanto conmigo alcanzó;

que no doy mi gracia yo

a menos gracia y blancura.

Aborrezco la fealdad:

toda se opone a mi gusto,
pero ya probarla es justo;
quiero saber su verdad;
que puesto que yo la sé,
a los que quiero castigo,
porque del mayor amigo
gusto de probar la fe.

Alce el cuchillo Abraham,
que ángeles hay en mi cielo
que, en conociendo su celo,
el golpe defenderán.

¿Cuidado?

(Sale EL CUIDADO.)

CUIDADO ¿Señor?

REY Si aquí

viniere mi Esposa agora,
no como a Esposa y señora
que habéis servido por mí
la tratéis de aquí adelante,
sino con mucha aspereza.

Desnudadle la riqueza,
no la del alma importante,
sino sola la exterior;
que la interior sólo ella
puede aumentarla o perdella.

CUIDADO Pues dime, eterno Señor:

¿La Esposa que regalabas,
la que amabas y querías,
a quien requiebros decías,
a quien tus ojos llamabas,
habemos de tratar mal?

REY Tiene misterio esta prueba.
Cuando era en principios nueva,
la daba pan celestial,
tratábala con regalo;
pero ya, que sabe amarme,
por mi cruz vaya a buscarme:
sepa del pan y del palo.

(Vase. Entra en su palacio.)

CUIDADO ¡Extraños amores son
los deste Señor eterno!
¡Cuando más dulce y más tierno,
cuando con más afición,
entonces más riguroso!
Más bien se deja entender,
que consiste en padecer
todo el amor del Esposo.
Él llama con su regalo
y con su pan; mas después
quiere, pues su cruz lo es,
que haya del pan y del palo.

(Entra LA ESPOSA.)

ESPOSA ¡Esposo del alma mía,
mi bien, mi Señor, mi Dios!
¿Cuándo veremos los dos
llegar aquel dulce día,
aquel día en que yo os vea
en trono de majestad,
cuando por vuestra ciudad
trueque mi grosera aldea?
Buenas prendas me habéis dado
de vuestra Pasión memoria,
en tanto que a vuestra gloria
llegue. ¡Oh amigo Cuidado!

¿Qué hace el Rey? Quiérole ver.

CUIDADO (Oponiéndose a su paso.)

Detente, que no hay lugar
de entrar.

ESPOSA ¿Yo no puedo entrar?

CUIDADO Digo que no puede ser.

ESPOSA ¿Qué dices? ¿No soy su Esposa?

¿A mí me cierras la puerta?

CUIDADO Cree que, no estando abierta,
o está ocupado o reposa.

ESPOSA Él tiene dicho que vela
su corazón cuando duerme,
y sé que gusta de verme.

CUIDADO De no verle te consuela,
si te puedes consolar.

¡Hola!

(Entran DOS CRIADOS.)

CRIADOS ¿Qué mandas?

CUIDADO Aquí
traed la ropa que os di.

(Vanse LOS CRIADOS.)

Bien te puedes desnudar.

ESPOSA No me quitéis el vestido
que el Rey, mi Señor, me dio.

(Vuelven a Salir LOS CRIADOS. Saquen en una fuente una ropa de jerga, cordón
y disciplinas. Deben también sacar una cruz, y dejarla en el escenario hincada en
el suelo.)

CUIDADO Este vestirte mandó
sobre el que tienes vestido.

ESPOSA ¡Cómo! ¿Ropa de sayal?

¿Y cilicio a una mujer
novia y casada de ayer?

CUIDADO ¿Ésta te parece mal?

Cíñete a questo cordón,
y, esta disciplina toma.

ESPOSA ¿Aun no me dejas que coma
deste pan de bendición,
deste pan de aquellas bodas?

CUIDADO Soy mandado: esto ha de ser.
(Obedece LA ESPOSA.)

ESPOSA Como le pudiera ver,
son pocas mis penas todas.
¡No es hábito desconforme
a la profesión que llevo,
que, aunque me parece nuevo,
es a mi intento conforme.

CUIDADO Con éste, Esposa, te queda.

ESPOSA ¿A su Esposa trata así?

CUIDADO Querrá ver lo que hay en ti.
(Vase.)

ESPOSA ¿Cómo haré para que pueda
verlo? Que por él me muero,
y mucho más me enamoro,
le quiero, estimo y adoro,
cuanto más le considero
desdeñoso para mí.

Por la llave de la puerta
quiero mirar, aunque abierta
la tuvo el Rey para mí.

Yo me acuerdo que algún día
por los cancelos miraba
si yo en mi aposento estaba,
y lo que en mi estrado hacía.

¡Ay mi gloria! ¿Dónde estáis?

¿En qué os ofendió mi amor?

Si no hay venganza, Señor,

en quien ama, ¿vos me amáis?
Si cuando me había lavado
los pies no me levanté,
no os venguéis, que ya os busqué
con mucho amor y cuidado.
De amor eran mis querellas;
y almas que os saben amar
no pueden, Señor, llorar,
mientras vos estáis con ellas;
luego infiérese de aquí
que si os vais, Esposo santo,
es fuerza que venga el llanto,
como me sucede a mí.
¡Ay, Señor!, ¿adónde estáis?
¿Dónde hacéis siesta, Señor,
al mediodía? ¿Al calor,
donde, mi bien, reposáis?
Damas de Jerusalén,
¿dónde está el Esposo mío?
(Salen LA PERSECUCIÓN y LA FALSEDAD.)
PERSECUCIÓN(Hablando aparte con LA FALSEDAD.)
Yo le haré que pierda el brío,
Falsedad.
FALSEDAD Y yo también,
que muchas veces he dado
causa al mal, Persecución.
PERSECUCIÓN Estos pensamientos son
de su Rey y Esposo amado.
Aquí esta.
FALSEDAD Mas ¡cuál la tiene!
PERSECUCIÓN Así trata a sus amigos:
después de amores, castigos.
FALSEDAD Tal vez en castigos viene

del mismo Dios el regalo.

¿Qué es, Esposa? ¿Cómo va?

ESPOSA No sé; mi Esposo me da
tal vez del pan y del palo.

No pensé que me pusiera
en este traje.

FALSEDAD Tú eres
afrenta de las mujeres
por obras, por lengua fiera,
por pensamiento.

ESPOSA ¿Yo?

FALSEDAD Sí.

ESPOSA ¿Quién eres?

FALSEDAD La Falsedad.

ESPOSA Luego, ¿no será verdad
eso que dices de mí?

FALSEDAD Pues, con eso te consuelas,
si el mundo cree tu error,
y vives con deshonor?

ESPOSA Las mentiras y cautelas
no ofenden para con Dios;
antes al que las padece
dan méritos.

FALSEDAD Mientras crece,
por opinión de los dos,
la mala opinión, Esposa,
pocos saben resistir.

PERSECUCIÓN Yo te vengo a perseguir.

ESPOSA ¿Quién eres, furia enojosa?

PERSECUCIÓN La Persecución.

ESPOSA Contigo
y la Falsedad, ¿qué haré?

PERSECUCIÓN Tú lo sabes.

FALSEDAD Ya yo sé
que ha de haber más de un testigo
de tus maldades.

ESPOSA ¿Qué dices?

FALSEDAD Que has sido a tu dulce Esposo
adúltera, aunque el hermoso
rostro callando autorices.

ESPOSA ¿Yo adúltera? ¿Yo traidora
a mi Esposo?

PERSECUCIÓN No des voces.

ESPOSA Tú, que Sabes y conoces
lo que tu Esposa te adora;
tú, que penetras las almas,
¿no sabes que esto es maldad,
testimonio y falsedad?

Pero así merecen palmas,
gran Señor, las aflicciones:
vengan más, que pocas son.

FALSEDAD ¡La santa, la de opinión
entre perfectos varones!
¡La que miran por la calle,
para cortarle la ropa;
que ningún mancebo topa
que no le contemple el talle,
que no le mire y le haga
mil fuerzas en el deseo!

ESPOSA Señor, cercada me veo.
¡No permitas que deshaga
mi quietud la Falsedad
con tanta Persecución!

FALSEDAD(A LA PERSECUCIÓN.)

Pienso que en esta ocasión
no importa nuestra maldad.

(Vase.)

ESPOSA ¡Dulce Esposo de mi vida!
¡Gloria y amor de las almas!
¡Jesús mío, Rey del cielo,
último fin de mis ansias,
a quien herida de amor
voy, como cierva a las aguas,
perseguida de las flechas
y abrasadas las entrañas,
dadme esa mano santa,
que yo sé que castiga y que regala!
Gloria de mis pensamientos,
hermosura que me abrasa,
fortaleza que me anima,
consuelo que me levanta,
¿por qué me tratáis así,
mi amor, mi bien, mi esperanza,
centro mío, esfera mía,
donde todo mi bien para?
¿Por qué dejáis una alma
que os quiere, busca, sigue, estima y ama?
¡Ayer bodas y hoy tragedias!
¡Ayer con tan ricas galas,
joyas, diamantes, cadenas,
y hoy persecuciones tantas!
¡Ayer gustos y hoy disgustos!
Pues yo os doy mil alabanzas,
que yo sé que quien ama
favores dulces los desdenes llama.

(Entra UN NIÑO JESÚS, descalzo, con una cruz al hombro, con tunicela de rosas
de
oro.)

JESÚS Quien me quisiere seguir

tome su cruz en el hombro;
que no le ha de dar asombro,
ni el padecer, ni el morir.
Venga, mis estampas siga:
sepa que no padeció
nadie más penas que yo,
Por muchas que sienta y diga.
Si no, mire mis heridas,
y verá echado el compás,
que nadie ha sufrido más,
ni menos agradecidas.
No estime su vida tanto,
porque perderla podría.
¡Cómo cogerá alegría
el que sembrare con llanto!
Quien pone su vista en mí
todo lo hallará: no hay cosa,
viéndome, dificultosa,
ni breve y fácil sin Mí.
Venid, los que estáis cansados,
y en mis brazos descansad;
los que tenéis sed, llegad,
por más que estéis abrasados.
¡Bienaventurados son
los que fueron perseguidos
ESPOSA ¿Qué voz suena a mis oídos,
que me enciende el corazón?
¿Si es mi Esposo? ¡Ay Dios! ¡Él es!
Pues ¿cómo niño pequeño,
Rey mío? ¡Mi bien, mi dueño,
mi Esposo, dadme esos pies!
JESÚS ¡Alma mía, Esposa amada!
ESPOSA Señor, ¿cómo vais así?

JESÚS Esposa, como te vi
tan perseguida y turbada,
quise mostrarte y guiarte
por la senda que has de ir,
enseñándote a sufrir
y queriendo consolarte.

ESPOSA Pues ¿por qué niño, Señor?

JESÚSPara darte mayor luz,
que es niño amor, y la cruz
quiere, Esposa, mucho amor;
y aunque quiere fortaleza,
quiere ternura también.

ESPOSA Dejadla, mi amor, mi bien,
que no es tanta mi flaqueza
que no os la ayude a llevar.

JESÚS La mía no, que es pesada,
aunque della, Esposa amada,
en ti vengo a descansar.

Pero si de falsedades,
de agravios, persecuciones,
testimonios, aflicciones,
envidias, enemistades,
y otras cosas que te envía
mi amor, por que el tuyo arguya,
no puedes llevar la tuya,
¿cómo has de llevar la mía?

Pues, Esposa, del regalo
sólo no habéis de querer,
porque también ha de haber
tal vez del pan y del palo.

Ya comistes el pan mío;
pues éste es el palo, Esposa.

ESPOSA Señor, no estoy yo quejosa,

más espero y más confío;
sino que me entristecí
de verme ayer regalar,
y no me dejar entrar
hoy, cuando a buscaros fui.
Pensaba yo que ser vuestra
me reservara de ver
persecuciones.

JESÚS Si ayer
regalos mi amor os muestra,
no los tengáis por menores
si os doy aquestos castigos;
porque yo a los más amigos
los doy por grandes favores.
Cuando quito la salud,
los hijos, la hacienda, el gusto;
doy el pleito y el disgusto,
el agravio, la inquietud,
y otras cosas deste modo,
sabed, Alma, y tened luz
que son palos desta cruz,
y que es de mi mano todo;
que mil veces a los malos
doy regalos y contentos,
porque han de ir a los tormentos,
donde no hallarán regalos;
mas a los buenos, que están
en la gloria que les di,
doyles de mi palo aquí,
y en el cielo de mi pan.

ESPOSA Tu cruz quiero que me des:
la tuya será la mía.

JESÚS ¿No ves tú cómo decía,

Esposa, el Eclesiastés
que el que llegare a servirme
se prepare a ser tentado;
y David, mi abuelo amado,
dijo, para que estés firme,
que eran las tribulaciones
muchas, que el justo tenía,
y yo quien librar sabía
de todas persecuciones?

¿No dije por Juan, mi primo,
que si a mí me perseguían,
lo mismo a todos harían
cuantos yo quiero y estimo?

Mira a Job cómo aconseja
que ningún cuerdo varón
repruebe la tentación.

ESPOSA Mi bien, mi amor, la cruz deja:
yo la llevaré.

JESÚS(Mostrándole la otra cruz que quedó clavada en el suelo.)

Aquí tienes
otra con que me seguir.

ESPOSA Pues contigo quiero ir.

JESÚS Bien haces: segura vienes.

(Toma LA ESPOSA la otra cruz y síguele.)

ESPOSA Iré a donde tú me mandes.

JESÚS Mi yugo es fácil; camina.

(Caminan los dos; LA ESPOSA detrás de JESÚS.)

ESPOSA ¡Sufre tu espalda divina,
mi Jesús, pesos tan grandes

¿Y no los sufriré yo,
vos sin culpa y yo culpada?

JESÚS Ponla aquí, si estás cansada.

ESPOSA Nadie con vos se cansó.

(Pone la cruz en un pie, que estará hecho firme.)

JESÚS Por este palo, mi Esposa,
se ha de subir a mi pan;
porque sin cruz no le dan.

ESPOSA Ya subo, joya preciosa.

(Con música aparecerá un cordero pequeño encima de la cruz; e irá subiendo LA ESPOSA, hasta llegar donde está el cordero.)

JESÚS Come, come, Esposa mía,
pues que subes por mi cruz,
que ese pan es vida y luz,
es Cordero, es senda, es guía.

Come el Cordero de Pan,
el que los pecados quita:
¡come, vuelve, resucita!

(Entre EL REGOCIJO y BUEN AÑO.)

REGOCIJO ¡Ved de la suerte que están!

JESÚS ¡Come, Esposa, que yo soy!

¡Venga a la pena el regalo,
esto es del pan y del palo,
que por cruz descanso doy!
(Vuelve a bajar LA ESPOSA.)

Por pena y tormento, gloria;
por muerte, vida; por llanto,
gusto.

BUEN AÑO Aunque la quiere tanto,
estima que su vitoria
en llevar la cruz consista.

REGOCIJO ¿Qué hay, señora de la aldea?

¿No será tiempo que os vea

¡Cara vendéis vuestra vista!

¿Cómo no tratáis de mí?

¿Qué vestidos, qué aspereza
es ésta en vuestra belleza?

¿Dónde camináis así?

¿Dónde vais, de ayer casada?

¿Qué es de las galas?

ESPOSA No sé;

sé que mi Esposo se fue,

y que estoy bien empleada.

BUEN AÑO ¿Habéis reñido con él?

¿Cómo os ha tratado así?

ESPOSA Desta suerte vive en mí;

desta suerte vivo en Él.

REGOCIJO Que viene a bodas me dijo

el Buen Año, Esposa, hoy:

si de veros triste estoy,

¿para qué soy Regocijo?

¿Recién casada dejáis

las galas por los trabajos,

y andáis con los ojos bajos?

Zagala, no me agradáis.

La mujer que bien se emplea,

boca y ojos baña en risa:

¿Qué tenéis, que tan aprisa

vais y venís a la aldea?

Defectos en vuestro Esposo

nadie los puede poner,

porque en Dios no puede haber

defectos: esto es forzoso.

Pues en vos, nadie que os vea

los pondrá.

ESPOSA Muchos podrá.

REGOCIJO Eso no, pero dirá

que andáis triste y no sois fea.

Pues, si después que os casáis

con vuestro mismo Señor

tenéis tristezas de amor...,
dome a Dios, si vos no amáis.
BUEN AÑO Vuestros hidalgos vasallos,
que vuestras potencias son,
andan en esta ocasión
que es lástima de mirallos.
Los Labradores, sentidos,
que conmigo esperan pan,
viendo que esta cruz os dan,
andan tristes y afligidos.
A fe que debe de ser
el estar, Esposa, así,
por los que os sirven aquí.
(Salen LA FALSEDAD y LA PERSECUCIÓN.)
PERSECUCIÓN Aquí habemos de volver.
FALSEDAD No la habemos de dejar.
¿Qué hay, señora de la aldea?
ESPOSA Que la que tan bien se emplea
sólo se ocupa en amar:
Bien vengáis, persecuciones,
falsedades y mentiras,
agravios, envidias, iras,
castigos, tribulaciones.
Bien vengáis: dadme esos brazos.
PERSECUCIÓN Pues ¿tú nos muestras amor?
¿No sabes nuestro rigor?
ESPOSA Daros quiero mil abrazos.
Esto me enseña mi Esposo,
esto quiere, esto desea
ninguno conmigo sea
templado, corto o piadoso.
¡Ea! Heridme, lastimad
mi pecho; que yo le vi

llevar otra cruz por mí
de mayor riguridad.
Yo le vi, las sienes bellas
todas pasadas de espinas,
llamándolas clavellinas,
y éranlo de sangre en ellas.

Descalzo le vi pasar,
en forma de delincuente,
siendo Cordero inocente,
mudo al cuchillo y altar.

Aquella cruz me dejó
para que alcanzase el pan
con los trabajos le dan,
que con los descansos, no.

REGOCIJO ¡Pardiez, Buen Año, no sé
para qué estamos aquí!

Si Regocijo nací,
¿cómo tristeza seré?

En casa de penitencia,
de ayunos y de trabajos,
de cilicios y ojos bajos,
de humildad y de abstinencia,
¿qué regocijo ha de haber?

Vámonos, Buen Año, luego,
de rodillas te lo ruego,
donde haya bien que comer;
vámonos donde en invierno
coman con ropa de martas
y sobren perdices hartas,
vino oloroso y pan tierno;
y en el verano, Buen Año,
suenen cantimploras, frascos,
vistan telas y damascos...

¿Yo sayal? ¿Soy ermitaño?
¿Yo pan con cruz? ¿Quién tal dijo
que estemos aquí los dos?
BUEN AÑO Necio, donde vive Dios,
allí ha de haber Regocijo;
quien le tiene en su presencia
sólo ése tiene placer,
porque no lo puede haber
a donde hay mala conciencia.
Son falsas las alegrías
de los placeres mundanos:
todos son contentos vanos
sus glorias, casas vacías.
No vayas donde pretenden,
no sirven, temen y esperan,
aunque te llamen y quieran;
que antes éstos no te entienden.
No vayas donde hay riqueza,
gustos y delitos locos,
que hay, de éstos, alegres pocos,
y es forzosa su tristeza;
porque siempre los verás
que están temiendo la muerte:
aquí te queda, y advierte
que aquí más seguro estás.
Ese es consejo de amigo:
no hay regocijo sin Dios.
REGOCIJO Pues quedémonos los dos,
yo contigo y tú conmigo,
que aquí nos regalarán,
y tu consejo me agrada;
que no puede faltar nada
en casa que sobra el pan.

Más quiero esta desnudez
con la conciencia segura;
que de aquí a la sepultura
hay poco, y es el juez
no menos que Dios, y Dios
poquísimas veces da
descansos allá y acá.

(Entra EL REY ETERNO, muy galán, y EL CUIDADO.)

CUIDADO Con ella estaban los dos.

REY ¿Esposa querida mía?

ESPOSA Dulce Esposo regalado,
¿cómo venís de esa suerte?

REY Vengo a la aldea a buscaros,
con el hábito de Esposo,
que con más serenos rayos
sale coronado el sol,
entre los nublados pardos.

Afuera, persecuciones,
iras, mentiras, agravios,
falsedades, testimonios,
que ya es tiempo de regalos.

No quede ninguno aquí.

¡Afuera!

PERSECUCIÓN Falsedad, vamos,
que tengo que perseguir
ciertos religiosos castos.

FALSEDAD Y yo a ciertos sacerdotes,
para más mortificarlos,
téngoles que levantar
cuatro testimonios falsos.

(Vanse.)

BUEN AÑO Seáis, Señor, bien venido.

¿No conocéis el Buen Año?

REGOCIJO Luego al Regocijo menos,
porque de vos me contaron
que llorastes, siendo Niño,
en la cueva de un peñasco,
y, siendo grande, tres veces
por los pecados humanos,
pero que nunca os reísteis;
y aun era muy justo caso,
viniendo Vos a morir
y a sufrir tormentos tantos;
que, con ser el Regocijo,
de solamente pensarlo,
las lágrimas se me vienen
a los ojos. Más lloraron
los ángeles; no era mucho,
pues ellos son ciudadanos
del reino de la alegría,
que yo, el Regocijo humano,
llorase tanto dolor.

REY Desnuda luego, Cuidado,
esas ropas a mi Esposa,
que desta manera pago
las persecuciones yo;
hoy quiero hacer franco plato.

(Quítanle el saco de penitencia. Quede debajo muy galana, con muchas joyas.)

Hoy me quiero dar a mí
en el Pan sacramentado.
¡Ea! Ponedle las joyas,
que quiero que juntos vamos
con grande fiesta al aldea.
Vengan todos sus vasallos:
los Sentidos, Labradores
y las Potencias; hidalgos

regocijen a mi Esposa.

ESPOSA Mi Rey, mi Cordero santo,

¿cúyo fuera este favor

sino de esas santas manos?

BUEN AÑO ¡Qué buen año me promete!

Porque, en estando enojado,

no llueve, y se sube el pan.

REY Yo te daré Pan, Buen Año.

REGOCIJO Y yo, de puro placer,

salto, canto, bailo y danzo.

(Salga la música, de LABRADORES, como primero, con fiesta.)

CUIDADO Ya, con gusto y regocijo,

viene el aldea cantando

a recibiros, Señor.

SENTIDOS Seáis, Señor, bien llegado;

que esa divina presencia,

que alegra los cielos claros,

hará corte nuestra aldea,

hará cielos nuestros campos.

REY Vasallos, hoy a mi Esposa

desta manera regalo:

tras tantas persecuciones

así la visto y la trato:

que, hasta que de esta aldea

la lleve a mi reino santo,

ha de haber regalo y cruz;

que esto es del pan y del palo,

MÚSICOS Del pan y del palo

me da mi Esposo:

váyase norabuena

uno por otro.

El amor enamorado

Lope de Vega



Hablan en ella las personas siguientes:

Sirena, nympa.

Alcino, labrador.

Daphne, nympa.

Silvia, labradora.

Bato, villano.

Phebo.

Aristeo, Príncipe de Thesalia.

Peneo, río.

Corebo, criado.

Venus, diosa.

CUPIDO,

La Luna.

Diana, diosa.

Júpiter.

Liseno, padre de Sirena.

Jornada primera

Sale Sirena, ninfa, huyendo.

SIRENA Júpiter, sacra deidad,
piedad si no falta en vos,
que dejarais de ser dios
si os faltase la piedad:
blasón de la majestad
es tenerla aunque castigue,
y a que la espere me obligue;
que no me hubiérades hecho
para ser alma del pecho
de una fiera que me sigue.

No sé por dónde dilate
el pecho, de temor lleno;
¡cielos, volvedme veneno
porque al comerme le mate!
Cuando esta venganza trate,
justo fue si muero ansí;
pero, ¡qué necia, ¡ay de mí!,
a tal remedio os provoco;
que fuera veneno poco
para el que ella tiene en sí!

Ya, Silvia, pues no hay favor
en los dioses, montes, dadme
socorro, o precipitadme:
será piadoso rigor;
no hay muerte como el temor,
aunque después me la den;
peñas, encubridme bien,
creced, robles, aumentad
las ramas; ¡cielos, piedad,

mis padres matáis también!

Sale Alcino, labrador, galán.

ALCINO Por aquí pienso que fue;

éstas son, ¡ay suerte mía!,

de las flores que cogía,

y debe el prado a su pie.

¿Si la hallaré? ¿Si podré?...

¡Oh, esperanzas! ¡Oh, temores!

Pero ¿qué señas mejores

que pies de tal perfección?

aunque no sé cuáles son

las estampas o las flores.

¡Oh, prado, que no me des
nuevas della en tantas penas,
por donde van azucenas

las de sus hermosos pies!

Jazmín, pues morir me ves,

¿por dónde va mi jazmín?

Poned a su curso fin,

tenedla, campos helados,

si os queréis volver en prados,

que va corriendo un jardín.

Aquí cayeron ahora,
y aún con lágrimas también,

que como perlas se ven

sí pasó como la aurora;

pues si en vuestras hojas llora,

habla, azahar; habla, clavel;

pero ¿qué bulto es aquel

que detrás de aquella peña

más temor que cuerpo enseña,

si está mi esperanza en él?

¿Eres tú, Sirena mía?

¿Eres tú, mi bien?

SIRENA ¿Quién es?

ALCINO Quien te ha llorado después
que tu muerte presumía:
creí que muerto te había
el fiero animal impío;
pero fue gran desvarío,
pues ningún cuerpo vivió
después que el alma faltó;
que eres tú el alma del mío.

Desciende, mi luz, desciende.

SIRENA Estoy temblando.

ALCINO No impida
temor tus pies; que mi vida
es quien la tuya defiende.

SIRENA Temor, Alcino, me ofende,
de nieve mi vuelve el pie.

ALCINO Antes, señora, lo fue.

SIRENA Desciendo en tu confianza.

ALCINO Ven a alentar mi esperanza,
ya que no puedes la fe.

Ella baja.

SIRENA ¿Cómo me hallaste?

ALCINO Seguí
las flores que habías perdido,
lenguas por donde he venido,
que me dijeron de ti.

SIRENA ¿Las flores te hablaron?

ALCINO Sí;
y no fue la vez primera,
ni fuera error, aunque fuera
para peligros mayores,
el preguntar a las flores

por la misma primavera.

SIRENA Sólo tú pudieras ser
de mi corazón sosiego.

ALCINO Pagado me has todo el fuego
en que el mío siento arder;
en la sangre puede hacer
esa inquietud algún mal.

¿En qué te traeré el cristal
desta fuente, que algún día
en mis ojos le traía,
del alma fuente inmortal?

SIRENA Esos eran los cristales
que la mía estima en más:
voy a beber.

ALCINO Beberás
en búcaro de corales:
ya que a recibirla sales
para ser cristal en rosa,
no heredes, fuente dichosa,
la lisonja de Narciso:
pero ya tarde te aviso;
que es la causa más hermosa.

Ya que su boca a tus hielos
hizo tan alto favor,
no dejes beber, pastor,
que me matarás de celos;
luego te convierte en hielos;
siendo en tu campo sereno
copa de ardiente veneno,
y agua de ámbar para mí.

SIRENA Yo bebí, Alcino.

ALCINO Y yo vi
el clavel de perlas lleno;

pero en esta envidia loca,
tu boca fue el instrumento,
y el agua mi pensamiento,
que se acercaba a tu boca.

SIRENA Galán estás y discreto.

ALCINO ¡Qué cosas hace el pensar,
si fuese en todo lugar
la imaginación efeto!

SIRENA Puesto que me has obligado
con tal fácil desatino,
más que discreto, mi Alcino,
te quisiera enamorado.

Salen Dafne, ninfa, Silvia y Bato, villanos rústicos.

DAFNE ¿Que tú la viste?

BATO Alahé,
que la vi subido en somo
de un cerro, y que tiene el lomo,
que de conchas no se ve.

¿No habéis visto la corteza
de un jaspe? Tal es la piel
como que arrojó el pincel
sobre la naturaleza;
como murciélago son
las alas, y llenas de ojos
verdes, dorados y rojos,
sin ser ruedas de pavón;

en lo que es dellas más tierno,
estrellas se dejan ver
de plata, si puede haber
estrellas en el infierno;

en la reverenda cola,
bien puede, Dafne, caber
la tienda de un mercader:

¿qué digo una tienda sola?

¡Voto al sol, toda una praza!

SILVIA Entre las gracias de Bato,
como le cuesta barato,
es mentir con linda traza.

BATO Luego ¿tampoco creerás
que tien la barriga verde
en redondo, Dios me acuerde,
cuarenta varas y más?

SILVIA ¡Qué graciosa impertinencia!
¿Cómo se puede saber?

BATO Un sastre lo dijo ayer,
hombre de buena conciencia,
que le tomó la medida
para hacelle mi verdugado.

DAFNE Silvia, a mí me da cuidado
o verdadera o fingida:
y la cara ¿cómo es?

BATO Eso no es cosa tan fea;
mas no hay hombre que la vea
que pueda vivir después;
un reinoceronte es nada,
es un peñasco de hielos,
es una mujer con celos,
es una suegra enojada;
un pedregoso barranco
es la frente, y tien por crin
las cerdas de un puerco espín
labradas de negro y branco;
la nariz como guadaña,
y los ojos dos incendios
cercados de escolopendrios
en vez de ceja y pestaña.

SILVIA Dafnes, el miedo sería
quien a mentir le provoca.

BATO Tres varas tiene de boca.

SILVIA ¿Tres varas?

BATO Si cada día,
como a los ganados venga,
se almuerza cuatro cochinos
y diez corderos añinos,
¿qué boca quieres que tenga?

Ayer se comió un pastor,
que le alcanzó de una encina.

DAFNE ¡Ay dioses, tanta rüina
tanto mal, tanto rigor!

¿Es Sirena aquélla?

SILVIA Sí,
y Alcino el que está con ella.

DAFNE ¡Mi Sirena!

SIRENA Dafne bella,
¿adónde vais por aquí?

DAFNE Amaneció con el día
esta serpiente cruel
en el prado; y como en él
tan poco reparo había,
venimos al monte huyendo
Bato, Silvia y yo.

ALCINO La tierra
se despuebla, y en la sierra
van las aldeas haciendo
una ciudad populosa.

DAFNE Pues tanto sabes, Alcino,
¿por qué culpa o qué destino
esta sierpe venenosa
vino a Tesalia?

ALCINO Anteayer

contaba un sabio pastor

la causa deste rigor.

DAFNEA todos harás placer

en referir lo que sabes.

ALCINO Diré. Dafne, lo que sé,

que de Doristo escuché

y de otros pastores graves.

Después que el alto Jove omnipotente,
de aquel abismo en sombras sumergido
sacó el mundo invisible, y el presente
por tantos siglos en eterno olvido,
dos causas, la materia y la eficiente,
estaban para ser, no habiendo sido,
en acto aquésta y en potencia aquélla,
y entre las dos naturaleza bella.

Una era cielo en altos movimientos,
y otra era tierra en firme compostura;
mas como dividió los elementos,
salió la luz resplandeciente y pura:
fúlgida antorcha obscureció los vientos,
globo de plata la tiniebla obscura,
bordaron el zafir diamantes claros,
del siempre cano mar brillantes faros.

La verde tierra, ya del fruto amago,
se entapizó de hierbas y de ramas,
cubriendo en agua el ara y viento vago,
al fénix plumas y al delfín escamas;
no conocían el horrible estrago
de Marte fiero, y sus ardientes llamas,
los hombres que en la edad de oro vivían,
ni en los comunes términos partían.

Tras ésta, la de plata y la de cobre,

en que va comenzaba la malicia
y molestar con fuerza el rico al pobre,
volviéndose a los cielos la justicia:
no permiten, airados, que la cobre,
creciendo la maldad y la codicia,
en la de hierro, con que vio la tierra
hurto, traición, mentira, incendio y guerra.

De los gigantes, el mayor, Tifonte,
subir intenta a la región divina,
poniendo un monte encima de otro monte,
a quien airado Júpiter fulmina;
después, con más rigor, todo horizonte
cubrir de tantas aguas determina,
que el alto extremo, exento al aire y hielo,
apenas viese del Olimpo el cielo.

Soberbia tempestad la tierra inunda;
las nubes ríos, las estrellas fuentes;
témplase el cielo, y su piedad redunda
en dar nuevos al sol rayos lucientes:
volvió la tierra a ser la vez segunda,
y se dejó pisar de sus vivientes,
produciendo más fértiles al hombre
cuantas naturalezas tienen nombre.

Entre las fieras hórridas famosa,
que entre los partos de la tierra estimo
por la más estupenda y prodigiosa,
tanto, que aun a pintarla no me animo,
nació Fitón, serpiente venenosa,
del gran calor del sol y húmido limo,
tanto, que por la parte se corría
que en su disforme producción tenía.

Esta destruye la Tesalia ahora,
cuya fama cruel el mundo admira

por cuanto ilustra la oriental aurora,
y donde el sol en negra sombra expira:
ganados despedaza, hombres devora,
y Júpiter airado, que los mira,
mientras que más sus aras vuelven jaspe,
más duro está que bárbaro arimaspe.
Dentro gran ruido de silbos y hondas, diciendo:

¡Huid, pastores, huid,
que desciende de la cumbre
del monte la sierpe al valle!
¡Todo lo tala y destruye!
¡Huid!

DAFNE ¡Ay, Júpiter santo!

BATO De esta vez, Silvia, me sume
Fitón en su oscuro vientre.

SILVIA ¡Huye, Bato!

SIRENA ¡Dafne, huye!

ALCINO ¡Por aquí, Sirena!

SIRENA ¡Ay, triste!

Tropezando los unos en los otros huyen, quedando Bato en
el suelo.

BATO No hay cosa que no me ocupe
frío temor: ¡muerto soy!
Ceres y Baco me ayuden.

Sale Febo con su arco y flechas.

FEBO De mi cuarta esfera al suelo
bajo, penetrando nubes,
a los montes de Tesalia,
que tristes voces confunden;
quejas de un fiero animal,
envueltas en llanto suben
a mis dorados palacios;
su luz eclipsan y cubren.

Dejé el carro a discreción
de Flegón y Etonte; alumbren
el mundo, y las ruedas de oro
la región etérea sulquen;
que basta que el primer móvil,
que tantos Cielos incluye.
desde la aurora los lleve
donde su término cumplen,
hasta que en sueño y silencio
la obscura noche sepulte,
a las sierras, soledades,
y a los hombres, pesadumbres.
Tomé el arco, y las saetas
pintadas al hombro puse,
antes que otro de los dioses
tan alta hazaña me usurpe;
que la envidia y la ambición
no hay cosa que no perturben,
así en imperiales solios,
como, en pajizas techumbres.
Voy en busca de la fiera;
mas ya la tierra descubre
uno de los hombres muertos,
por donde le siga y busque;
pero no lo está del todo.
¿Vives, hombre?
BATO ¡Venus dulce,
Febo dorado, favor!
FEBO Alza el rostro, no te turbes.
BATO ¿Qué quieres, señora sierpe?
FEBO Hombre, escucha.
BATO ¿Que la escuche?
Esta vez, por el pescuezo

al estómago me engulle.

FEBO ¿Estás herido?

BATO ¿No ve

la sangre que se me escurre

qué aromadizada viene?

FEBO Oye, necio.

BATO No me hurgue;

que cosquillas de una sierpe

no hay hueso que no machuquen;

cómame junto, por Dios,

pero no me despachurre;

manido estoy, no haya miedo

que la haga mal en el buche.

FEBO Si estás herido, yo soy

el primero que compuse

aforismos medicables;

muestra el pecho, ¿qué rehuyes?

BATO ¡Ay, que me muque, señores!

¡Ay, señores, que me muque!

FEBO Levanta, bestia.

BATO ¿No es sierpe?

FEBO ¿Aun no dejas que te cure?

Médico soy.

BATO Tarde viene:

no he menester que me purgue.

FEBO ¿No estás herido?

BATO Yo no;

que estas verdes alegustres

donde huyendo tropecé,

de no le ver me disculpen.

FEBO ¿Por adónde va Fitón?

BATO Señor, no me lo pregunte:

así Dios le dé salud.

FEBO Villano vil, no te excuses,
que tú me la has de enseñar.

BATO ¿Yo cómo, si nunca supe
por adónde van las sierpes?

FEBO No hayas miedo que te injurie
yendo conmigo; que soy
Febo, el autor de la lumbre
celestial; yo soy Apolo.

BATO Señor Pollo, el que nos hunde
a rayos en el verano,
y en el invierno se escurre;
por acá los labradores
se quejan que no madure
las cosas cuando es sazón,
que unas cría y otras pudre;
y también los segadores,
que dicen que los aturde,
porque no hay vino que beban,
que al momento no le suden.

FEBO Camina, ignorante, y dime,
antes que Fitón se oculte,
dónde le tengo de hallar.

BATO Mire, señor, que se aburre,
porque se le ha de mamar
como a higo por Octubre;
tenga lástima a sus años,
porque dan las juventudes
dolor si en agraz se van.

FEBO Camina.

BATO A mí no me culpe,
pues él por fuerza me lleva;
pero diga, así se enjague
de las aguas del invierno

entre sus martas azules,
si es sol que todo lo ve,
¿no es necesidad que procure
que yo le enseñe la sierpe?
FEBO ¡Villano, no me disgustes!
Ahora soy cazador;
saetas llevo, y no luces,
con que deste al otro polo
no hay cosa que dificulte.
Ven sin temor; que me aflige
ver lo que esta tierra sufre:
que sólo es digna de Febo
una hazaña tan ilustre.
Salen Aristeo, Príncipe de Tesalia, y Corebo, criado.
COREBO No está lejos Vuestra Alteza
de la gruta donde vive.
ARISTEO Ya mi pecho se apercibe,
Dafne hermosa, a tu belleza,
honor de naturaleza
y gloria de mi deseo;
que no ha de negar Peneo,
aunque tan ilustre río,
su hija a mi amor, por mío,
y a mi ser por Aristeo.
Príncipe heredero soy
de Tesalia. ¿A quién pudiera
dar su hija que fe diera
la nobleza que le doy?
¡Perdido por ella estoy!
COREBO Bien, señor, lo manifiestas.
ARISTEO Vi, Corebo, en unas fiestas
a Dafne, donde excedía
cuantas damas aquel día

las adornaron compuestas;
 como el diamante al rubí,
como la rosa a la flor,
y el ámbar a todo olor,
vencer a todas la vi:
todos los sentidos di
al primero movimiento;
y viendo mi entendimiento
tan dulce imaginación
solicitó su atención
por la vista el pensamiento.

 Rendíle, en fin, por los ojos
cuanto supo y pudo amor,
como suele al vencedor
el rendido los despojos;
mas creciendo los enojos
de una pena tan suave,
rompió el secreto la llave.

COREBO Esta es la cueva, señor.

ARISTEO La esperanza de mi amor,
Hoy, en posesión acabe.

Descúbrese el río Peneo en su gruta.

 ¡Oh! Tú, famoso e ínclito Peneo,
que entre el Olimpo y Osa
riegas el Tempe, que con pies de rosa
recibe tu cristal en su deseo:
escucha atento al Príncipe Aristeo,
si no perturba el aire hasta tu oído
de las sonoras aguas el rüido;

 levanta la cabeza, coronada
de tantas varias flores, y la copia
de fructíferas ramas esmaltada,
digno blasón de tu grandeza propia.

El Nilo por Egipto y Etiopía,
el Gange por la India, y cuantos sorbe
el mar por todo el orbe,
te rindan vasallaje.

PENEO Mi Aristeo,
ese te debe sólo a ti Peneo.

ARISTEO Ya sabes, claro río,
a que me trae el pensamiento mío.

PENEO Tendréme por dichoso
en que mi yerno seas,
pues de Dafne deseas,
príncipe, ser esposo,
y ella también será con estas bodas
hermosa reina de las ninfas todas
que habitan mi ribera;
vuelve a tu casa y confiado espera.
que en sabiendo su gusto, pues es justo,
te la dará mi amor con mayor gusto.

ARISTEO De la nobleza de tu heroico pecho
partiré satisfecho;
que no es razón que un río semideo
pueda volver atrás.

PENEO Parte, Aristeo;
porque, entre cuantas cosas tienen nombre,
los ríos solamente
nunca vuelven atrás de su corriente;
ejemplo para el hombre,

si es hombre el que no cumple lo que dice

ARISTEO El cielo te prospere de aguas puras.
¡Oh dulce auspicio de mi amor felice!
¡Oh tiempo, pues por todo te apresuras,
pasa por mí veloz con alas nuevas,
pero en dándome a Dafne no te muevas!

Él se va por una parte, y Dafne entra por otra, y Silvia.

DAFNE Gente de la ciudad, Silvia: ¿qué es esto? ¿y con mi padre hablando?

SILVIA Estarán por ventura consultando tu casamiento.

DAFNE Siempre fue molesto ese cansado nombre a mis oídos.

SILVIA Pues ¿qué galanes?

DAFNE Menos que maridos.

SILVIA No parece mujer, pues en naciendo, ese nombre les abre los sentidos, ni viven otra cosa persuadiendo a sus, padres jamás.

DAFNE Pues yo no entiendo darle, esa pesadumbre.

PENEO ¡Dafne mía, escucha!

DAFNE ¡Oh padre mío!

PENEO ¿Vienes a lo que el Príncipe venía? Merece amor, cuidado ha sido justo, puesto que más en esta parte fío de tu elección que de mi propio gusto.

Él es el heredero de Tesalia y de Marte, en cuya militar doctrina y arte al mas ejercitado le prefiero. ¿Qué respondes?

DAFNE Amado padre mío, bien sabes que a las selvas me desvío, huyendo, así de dioses como de hombres, no sólo las personas, mas los nombres. Yo soy ninfa del coro de la casta Diana;

perdona si el respeto, si el decoro
por ley divina y obediencia humana
debido a obligaciones naturales,
fuera de prendas tales,
te pierdo, pues no puedo obedecerte.
PENELOPE ¿Cuando esperaba de Tesalia verte,
Dafne, reina y señora, y que me dieras
nietos que en mis riberas
los viera yo mancebos,
ya Martes, y ya Febos,
correr gallardos persiguiendo fieras,
inobediente y loca me respondes?
¡Qué bien al grande amor que me has debido,
y a tus obligaciones, correspondes!
Pues no me verás más.
DAFNE ¡Padre querido!
Metióse entre las ondas, y cubrióse
de un pabellón de plata.
SILVIA Entre las aguas va diciendo: «¡Ingrata!»
con murmurar sonoro.
DAFNE ¿Permitióse,
Silvia, jamás a ninfa de Diana
que se casase?
SILVIA Que es locura vana
esto de ninfas: la naturaleza
hizo para los hombres la belleza
por aumentar el mundo.
DAFNE Si un hombre fuera Júpiter segundo,
rey del supremo imperio,
o por este hemisferio
tuviera la belleza de Narciso,
le tuviera en los céspedes que piso:
aborrezco los hombres, esto es cierto.

SILVIA Enojarás a Venus.

DAFNE Yo te advierto
que della, y de su hijo mal nacido
no se me da...

SILVIA Detente, que CUPIDO
es un dios que a los dioses inmortales
hace temblar.

DAFNE Sus bienes y sus males
son para gente loca, ociosa y vana:
yo soy ninfa del coro de Diana.

SILVIA ¡Oh, tanto coro y tanto dianizarte!

DAFNE ¡Váyase Venus a casar con Marte!
Baje Venus.

VENUS Dafne, entre cuantas ninfas

viven estas verdes selvas,
tan soberbia como hermosa,
y como hermosa soberbia:
¿qué blasonas, qué presumes,
ingrata a naturaleza,

que no crió a la hermosura
para vivir entre fieras?

¿Sabes que soy de quien hablas?

¿Sabes que los dioses tiemblan
del menor rayo que influya
mi dulce amorosa estrella?

¿Sabes que es mi hijo Amor?

¿Sabes que en las almas reina?

¿Sabes que no se resiste
pecho mortal de sus flechas?

¿Sabes que aquella armonía
que el cielo y tierra gobierna
es Amor? ¿Sabes que están

pendientes de su cadena

los elementos que pone
en paz de su eterna guerra?
¿Sabes que es concordia Amor,
y que el cielo se sustenta
en paz, moviendo sus orbes
concertada inteligencia?
¿Por qué el matrimonio huyes,
pues tu mismo ser te enseña
que alma y cuerpo están casados
como el agua con la tierra?
¿Qué fiera corre este campo,
qué ave en el aire vuela,
que hasta tener compañía
viva contenta y quieta?
¿Burlas mis razones, Dafne?
¿Risa en mi propia presencia?
Pues ¡por Júpiter sagrado...
DAFNE No prosigas, aunque sea
atrevimiento al respeto
debido por ley eterna
a las celestes deidades,
porque no has de hacer que tema
ni de tu estrella los rayos,
ni de tu hijo las flechas.
Yo sirvo y amo a Diana;
si eres diosa, diosa es ella
que templará como luna
cuanto abrasares cometa,
voyme a buscar, sin temerte,
la soledad de las selvas;
que más que escuchar los hombres,
estimo el tratar con fieras.
Vase.

VENUS ¿Hay atrevimiento igual?

SILVIA Señora, aunque voy con ella,

no soy tan bárbara y loca;

suplícole que me tenga

en posesión de mujer

para cuanto me acontezca;

y sepa Su Majestad

que ninguna cosa llega

a ser más mal empleada

que hermosura en mujer necia.

¿A los hombres quiere mal?

Que la imite no lo creas.

¿Qué me han hecho a mí los hombres

porque yo los aborrezca?

Vase.

VENUS Con razón quedo corrida. ¡Amor, amor!

Sale CUPIDO con arco y flechas: harále mujer, en hábito

corto y bizarro.

CUPIDO Dulce reina,

dulce madre, dulce diosa,

dulce llama, dulce estrella.

¿Qué me mandas?

VENUS No estoy yo

para que tan tierno vengas,

puesto que te doy los brazos.

CUPIDO Soy amor, hablo en mi lengua:

mas ¿quién te ha dado ocasión

para el enojo que muestras?

VENUS Una ninfa de Diana,

un hielo, un alma de piedra,

aquí con mil libertades,

de nuestra deidad blasfema,

de nuestro poder se ríe,

de amar los hombres se afrenta.

No eres mi hijo, CUPIDO,

ni permito que me debas

las alas de que formaste

las plumas de tus saetas;

pondré el amor en tu hermano,

no dejaré que me veas

eternamente la cara,

si de Dafne no me vengas.

CUPIDO Conozco a Dafne; hoy haré

que de amores enloquezca;

haréla llorar de celos, haré que con tristes quejas

y lágrimas rompa el aire,

y el seco prado humedezca;

no ha de vivir sólo un punto

con quietud.

VENUS Venganza fuera

fácil; mas temo a Diana,

que luego me dice afrentas,

mis adulterios infama,

y la red de hierro alega

con la risa de los dioses

cuando me vieron en ella

con el dios de las batallas;

también dice que en la tierra

quise a Adonis, que hoy es flor,

y que lloré la tragedia

del sangriento jabalí

entre las mirras sabeas

de los campos orientales.

CUPIDO Pues ¿cómo quieres que emprenda

tu venganza?

VENUS Enamorando

della a quien ella no quiera.

CUPIDO Ya sabes, madre y señora,
que el Amor tiene dos flechas:

una de plomo, otra de oro;

la de plomo es cosa cierta

que causa aborrecimiento;

hiriendo a Dafne con ella,

y con la de oro algún dios,

ten por segura la fuerza,

porque al supremo poder

no puede haber resistencia.

VENUS Será discreta venganza.

CUPIDO Pues si es venganza discreta,

ata con cintas de nácar

el carro de oro las bellas

palomas de jazmín puro;

vuelve a tu luciente esfera,

que yo la pondré por obra.

VENUS De aquellas rosas que engendra

el sacro monte Pangeo,

producidas de mis venas,

te prometo una guirnalda.

CUPIDO Si Juno, si Palas fuera,

te han de rendir vasallaje.

VENUS Guardaos, mujeres soberbias;

que anda enojado el Amor:

amad, o temed sus flechas.

Salen Febo y Bato.

BATO ¿Viste la sierpe?

FEBO Ya vi

el fiero animal gigante.

BATO Pues si le tienes delante,

déjame volver a mí.

FEBO Quiero que seas testigo
de que la sierpe maté.

BATO Sin verlo lo juraré
y sin que vaya contigo,
al uso, de la ciudad,
adonde hay tantos que juran,
que escriben y que procuran
lo que nunca fue verdad.

FEBO Júpiter, que mira el suelo,
les dará justo castigo.

BATO No teme el falso testigo
a Júpiter ni a su cielo.

FEBO Súbete a ese monte, Bato,
y estarás seguro en él.

BATO Ya silba el monstruo cruel,
del mismo infierno retrato.

Huid las sangrientas garras
de Fitón, ninfas, huid;
pastores, trepad, subid
por esas pardas pizarras;
ya se acerca.

FEBO Extraño horror
me pone el fiero vestiglo,
que desde el primero siglo
no le vio el mundo mayor.
Sale la sierpe echando fuego.

Vertiendo fuego me espera:
¡Júpiter, dame favor!

BATO Mátale presto, señor.

FEBO Yo haré que a mis manos muera;
cumplió el cielo mi esperanza;
bizarro tiro: cayó.

BATO ¡Voto al sol, que le acertó

por la mitad de la panza!

FEBO Baja, Bato; que ya está
vertiendo sangre en el prado.

BATO Aun no estoy asegurado
hacia la cueva se va.

FEBO Cortaréle la cabeza
para ponella en el templo
de Diana.

BATO Sois ejemplo
de valor y fortaleza.

Ninfas, pastores, bajad
de los montes a los prados:
los escondidos ganados
por el valle apacentad;

ya puede el rojo arrebol
dorar la cándida lana
desde la fresca mañana
hasta que se ponga el sol;

ya con las flechas felices
rompió sus manos feroces.

Salen Dafne, Sirena, Silvia y Alcino.

DAFNE Bato, ¿de qué son las voces?

SIRENA Bato, ¿qué victoria dices?

ALCINO ¿Tú alegre en esta ocasión?

SILVIA ¿Tú sin miedo?

BATO Sí, alahé;
pues ¿no queréis que lo esté?,
si Febo ha muerto a Fitón?

DAFNE ¿Muerto?

BATO Y cortándole está
la cabeza.

ALCINO Digna hazaña
de un dios.

SIRENA De la montaña
bajan los pastores ya.
DAFNE La fama, desde nosotras,
con mil lenguas importunas,
quita los ecos de unas
para ponerlos en otras;
ya se junta todo el valle
para dalle el parabién.
BATO Ya vuestros ojos le ven.
SILVIA ¡Lindo aspecto!
ALCINO ¡Hermoso talle!
Sale Febo con la cabeza.
Hincaos de rodillas todos.
SILVIA Bato, de rodillas ponte.
BATO Desde lejos, que aún la temo;
verá qué hocico y cogote
que tenía el buen Fitón.
FEBO Venid seguros, pastores,
que el arco de Febo ha muerto
la destrucción de los montes,
el incendio de los valles
y el veneno de los bosques,
para que su protector
de hoy más Tesalia me nombre.
ALCINO Libertador de la patria,
por eternos siglos goces
la gloria de tanta hazaña.
DAFNE Tú solo mereces nombre
de vencedor inmortal.
SIRENAA tus pies, Febo, se postre
cuanto por el cielo ilustras,
cuanto alumbras por el orbe.
SILVIA A tus sacras aras, Febo,

ofrezcan mirras y aloes
los más apartados indios.
BATO En grandes obligaciones
nos ha puesto su mercé;
Dios se lo pague y le torne
con bien de cualquier camino
que vaya del Sur al Norte;
que cierto que mos comía
ese maldito serpoche
en montañas y en aldeas,
los ganados y los hombres,
ni mos quedaba cochino,
aunque su mercé perdone,
que en verdad que los perniles
bien merecen que se nombren;
ni cabritos, ni terneras,
ni conejos, ni pichones,
ni mondonguinos, ni gansos;
pues gallinas, diez o doce,
sin pedir una toalla
ni un panecillo, zampóse
de un espetón muchas veces,
sin que las plumas lo estorben:
pues lo que es leche no es nada
aunque lo cuente a la postre:
de veinte o treinta calderas,
apenas dejaba el cobre.
Dentro relinchos; pastores y pastoras, con instrumentos,
cantando y bailando, y CUPIDO detrás de ellos.
A la gala de Febo
cantad, pastores,
y coronen sus aras
rosas y flores.

UNA VOZ Del claro Peneo
las verdes riberas,
de Arcadia los bosques,
de Tempe las selvas,
a ofrecerle vengan
precisos dones,
y coronen sus aras
rosas y flores.

CUPIDO Invisible entre esa gente
rústica, bárbara y pobre,
me trae una noble envidia
de ver que a Febo coronen
por disparar una flecha,
pues de todo su horizonte
no queda pastor o ninfa
que no le celebre y loe.
¡Qué vanaglorioso está!
¡Qué soberbio se antepone
a las deidades celestes!

FEBO Entre estas peñas y robles
un templo tiene mi hermana,
la hermosa Diana, adonde
descansa cuando en las selvas,
fieras sigue, ciervos corre;
porque es Diosa de la caza,
y porque Arcadia la invoque,
la cabeza de Fitón
quiero que su templo adorne.

ALCINO Ya, de tu victoria alegre,
los blancos velos descoge.

El templo se abra, y se vea Diana en altar con un
venablo y un perro al lado, como la pintan.

FEBO Entre tus sacros trofeos

permite, Diosa triforme,
que a tu noble templo ofrezcan
pastores y cazadores,
tenga lugar esta fiera,
porque no es justo que honre
otro altar victoria mía.

DIANA Febo, tan grandes favores
sólo mi amor los merece;
cuantos tigres y leones
tiene el Asia, cuantas fieras
y armados rinocerontes,
no pudieran ser despojos,
ni en todo el mundo mayores,
que de Fitón la cabeza;
esta ilustre y sobredore
los demás triunfos y ofrendas
con que mis aras componen;
cuando en las selvas Diana,
y cuando Luna en la noche,
a honrarme vendré con gusto
de una fiera tan disforme.

FEBO No por lustros y olimpiadas,
pastores, de hoy más se note
mi triunfo, sino por años;
mirad que esta ley impone
Febo en premio desta hazaña
porque mi victoria logre
la memoria que merece;
y quiero que nombre tomen,
estas fiestas que instituyo
de Fitón, juegos fitones.
Daré premio a los que fueren
ya en la lucha los mejores,

ya en correr, ya en hacer versos,
en otras gracias conformes
la fiesta de aquel día.

ALCINO ¡Viva Febo!

BATO A Marte asombre
este triunfo.

SIRENA ¡Víctor, Febo!

DAFNE Cantad y ofrecedle flores.
Cantan.

A la gala de Febo
cantad, pastores, etc.

Todos se van cantando; quedan Febo y CUPIDO.

FEBO ¿Ha llegado ningún dios,
de cuantos sobre las torres
cristalinas de los cielos
tienen asiento en sus orbes,
a tanta fama, a tal gloria,
a tal triunfo, a tanto nombre?

Vulcano es un vil herrero,
¿qué importa que rayos forje?
Mercurio un tratante humilde,
estafeta de la corte
de los dioses celestiales;
pues Marte, de que interrumpe
la paz del mundo se alabe,
y de formar escuadrones,
rizar plumas, limpiar armas,
lanzas, espadas y estoques;
pues Neptuno, con sus vientos
y sus delfines veloces,
¿quién puede ser?

CUPIDO Yo no puedo,
Febo, sufrir que blasones,

afrentando las deidades,
ni que a presumir te arrojes
por una hazaña tan vil,
que cuando a esta tierra importe,
más fue acierto que valor.
¿Quieres que todos te adoren
cuantos en Tesalia viven
con dioses, que protectores
tuvieron por tantos siglos,
y no es bien que los provoques?
Vete a matar liebres viles,
si cazador te dispones,
y si sol, a ver hazañas
que de mi valor te informen;
que yo, de los dioses todos
el menor, si a mí me escogen,
humillaré tus soberbias,
vengaré tus sinrazones,
haré...
FEBO Detente, rapaz,
si no quieres que de un golpe
deje sin Amor el mundo.
CUPIDO ¿Tú a mí? Mal me conoces.
FEBO Sí conozco: ¿no eres tú
el que inventó las traiciones,
los agravios, las bajezas,
las guerras, los tratos dobles,
los adulterios, los celos,
y otras tantas invenciones,
con que no hay cielo que dejes,
ni tierra que no alborotes?
¿No eres tú el hijo de Venus,
dama que vivió sin orden

en Chipre por tantos años?
No dudes de que te sobren
padres nobles y plebeyos:
el que quisieres escoge.
CUPIDO ¿Fue la tuya más horrenda,
cuyas peregrinaciones
sabe Delfos, y las cantan
las ranas con roncadas voces,
trocando en pellejos verdes
sus labradores capotes?
¿Qué respondes?
FEBO Por muchacho
no te arrojé, niño enorme,
desotra parte del cielo.
CUPIDO Poco a poco y no me apoques:
¿qué gigantes fulminaste?
¿Qué rayos tiraste entonces,
que tales soberbias dices?
Si matar fieras feroces
es gloria, mayor será
matar las almas de amores.
¿Es blasón rendir las fieras,
más que herir los corazones?
Tú flechas visibles tiras,
yo invisibles, tan veloces
que no hay resistencia humana
que su ejecución estorbe.
Mira tú: del arco y flechas,
¿quién puede con más razones
blasonar?
FEBO Mira, CUPIDO:
dejando aparte que pones
fuego al mundo, que disculpa

neciamente tus errores,
tus tragedias y venganzas,
de que a los hombres despojes
de su libertad, no arguyo
tu valor.

CUPIDO Eso respondes:
pues ¿qué animal es igual
al hombre?

FEBO Los que te acogen
son hombres desocupados
que viven en ocio torpe:
¿qué virtudes has vencido?

CUPIDO No quiero afrentar los dioses
ni cansarte con ejemplos.
¿Tú no te precias de noble,
de sabio y valiente?

FEBO Sí.

CUPIDOY si te hiciese que llores
de amor, ¿qué dirás?

FEBO ¿Yo?

CUPIDO Tú.

FEBO Vete, infame, y no me enojas.

CUPIDOA la prueba, y sean testigos
esos cielos que nos oyen.

FEBO Tengo impenetrable el alma.

CUPIDO Yo soy rayo.

FEBO Yo soy bronce.

CUPIDO Yo te haré, cera.

FEBO Soy sol.

CUPIDO Si eres sol, serás Faetonte;
que para fuerzas de amor,
ni valen hielos ni soles.

Jornada segunda

Salen Venus y CUPIDO.

VENUS ¡Oh, qué bien me obedeciste!
En obligación te estoy;
gracias, CUPIDO, te doy
del cuidado que tuviste:
alta venganza me diste
si, después que me partí,
Dafne se burla de mí,
y a su Diana siguiendo,
por las selvas anda huyendo
de los hombres y de ti.

Gustarás de que me afrente
con soberbia presunción,
y te haya dado ocasión
para ser inobediente.
¿En qué estrella, en qué accidente
consiste que, sin temor,
sea para mí rigor,
ira, desdén y aspereza,
el que por naturaleza
es para todos Amor?

Quien tantas almas enciende
de mi hijo no se alabe,
pues que vengarme no sabe
de una mujer que me ofende.
Por toda Arcadia se extiende,
de Febo la ilustre fama,
que lo que sabes te llama,

porque dio muerte a una fiera;
y tú, como si lo fuera,
tiemblas de ver una dama.

¡Vive Júpiter sagrado,
que estoy de pura tristeza
por quebrarte en la cabeza
el arco mal empleado!
Dime, cobarde y armado,
dime, desnudo y valiente,
¿cómo aquel valor consiente,
que con tu sangre te di,
que Febo te venza a ti,
y que a mí Dafne me afrente?

CUPIDO Infamas sin ocasión
mi cuidado, madre mía;
que no ha sido cobardía
sino aguardar ocasión:
yo daré satisfacción
a mi agravio y tus enojos,
y por esos bellos ojos,
dulce estrella del aurora,
que ha de ser antes de un hora
Dafne de tus pies despojos:

yo, que sin guardar decoro,
a Júpiter transformé,
por Leda, en cisne, y mudé,
por la bella Europa, en toro:
vete, que el plomo y el oro
hoy te dirán si me atrevo;
que por lo que a ti te debo,
y la parte que me alcanza,
tendrás de Dafne venganza
y yo la tendré de Febo.

VENUS ¿Dasme la palabra?

CUPIDO Doy

a tus ojos celestiales.

VENUS Pues por humildades tales

mis brazos te doy, y estoy

tan satisfecha, que voy,

como pudiera vengada,

contenta y desenojada.

Vase.

CUPIDO Tú, principio de mi vida,

como me mandas servida,

como mereces amada.

Selvas de Arcadia, montes y riberas,

yo soy Amor; mi madre me ha reñido;

de hoy más, todo mortal guarde el sentido;

que no he de perdonar aves ni fieras.

Tú, que las plantas, al correr ligeras,

por las sendas estampas del olvido,

presto verás, habiéndome ofendido,

lo que va de las burlas a las veras.

Hoy has de aborrecer, y ser querida;

y tú, vanaglorioso Febo, advierte

que no te importa ser fitonicida.

No pienses libre de mis flechas verte,

porque de cuantas cosas tienen vida,

sólo no supo qué es amor la muerte.

Dentro ruido de pastores, y sale Bato.

BATO Desgraciado en premios soy:

si el cielo premios lloviera,

ninguno a mí me cupiera;

por desesperarme estoy.

¡Oh, tiempo, no sé por quién

eres a mi premio ingrato!

Todos alaban a Bato,
pero nadie le hace bien.

¿De cuál peñasco arrojado
me dará fin este río,
que aun de morir desconfío,
según nací desdichado?

Este es bajo, éste eminente,
éste aún no me da lugar;
tal estoy, que no he de hallar
peñasco que me contente.

Un mancebo viene allí.

CUPIDO Dime, que el cielo te guarde,
pastor, ¿qué fiesta esta tarde
celebra el Arcadia aquí,

que tanta gente se junta?

BATO Deciros la causa quiero;
que parecéis forastero
en el traje y la pregunta:

dio Febo muerte a Fitón.

CUPIDO ¿Qué Febo?

BATO El nacido Delo,
el que lleva por el cielo
el dorado cherrión.

CUPIDOY Fitón, ¿quién fue?

BATO Una fiera
serpiente, que se comía
los ganados, y este día
celebran monte y ribera

con juegos, que él ordenó,
de cantar, saltar, bailar,
hacer versos y luchar,
y todos los pierdo yo.

CUPIDO ¿Cantáis vos?

BATO Muy mal.

CUPIDO ¿Saltáis?

BATO Mucho peor.

CUPIDO ¿Hacéis versos?

BATO Sí, señor; mas son perversos.

CUPIDO Pues ¿cómo queréis ganar?

BATO Porque como yo sabía

que lo peor se premiaba,

por lo mismo imaginaba que el premio merecería.

CUPIDO ¡Oh, qué cosa tan mal dicha!

BATO Yo la he dicho muchas veces.

CUPIDO Donde son dioses jüeces,

culpád a vuestra desdicha;

que los dioses saben bien

quién merece premio o no.

Decid los versos, que yo

quiero ser jüez también.

BATO ¿Es dios su merced acaso?

CUPIDO Decid, que yo os lo diré

después.

BATO Ya van alahé,

pero quítese del paso:

en tomando su arco y flechas

Febo de un espetón

mató a la Sierpe Fitón,

y todos estos montes y riberas;

le hacen fiestas

saltando y bailando,

jugando y andando;

y dicen que el dios CUPIDO

nunca hizo tiro tan llocido,

porque es herrero su padre,

y su madre, por desastre,

le hubo en un sastre,
y nadie se asombre,
que era mujer, y no hombre,
y esto lo puedo jurar,
aunque nunca la vi nadar.

CUPIDO ¿Hay más?

BATO ¿Poco le parece?

CUPIDO Si vos escribís así,
¿qué premio esperáis?

BATO A mí

me han dicho que le merece.

CUPIDO Pues porque jamás culpéis los dioses, con este
anillo
os premio.

BATO Me maravillo,
si es fino, que me lo déis.

CUPIDO Mirad que tiene virtud
esa piedra para hacer
que os quiera cualquier mujer.

BATO Dios le dé vida y salud:

Silvia me burló mil veces,
hoy me tengo de vengar.

CUPIDO Ya no podréis murmurar
siendo los dioses jüeces.

Finalmente. ¿a quién premiaron
de las ninfas?

BATO Por mejores
en todas gracias de flores,
los cabellos coronaron

de Dafne y de Sirena,
que cantando las dos, creo
que pudieran, como Orfeo,
suspender la eterna pena.

CUPIDO ¿Dafne premiada?

BATO ¡Pues no!

Tanto, que con dulce guerra
la miró Febo en la tierra,
y en el cielo se paró.

CUPIDO ¿Febo la miró?

BATO Es mujer
que se la pide a Peneo
mueso príncipe Aristeo.

CUPIDO Desde aquí la pienso ver.

Todos los pastores de fiesta, con instrumentos, y Febo
detrás coronado de roble, y Dafne y Sirena, de flores.

ALCINO En grandes obligaciones
nos pone tu majestad,
con hallarte, ¡oh, gran deidad!,
en nuestros juegos fitones;
con esto serán más claros.

tú con más amor servido.

FEBO Mi propio interés ha sido,
pastores, venid a honraros.

Habla Bato con el Amor, y no le ve.

BATO Ahora, ilustre mancebo,
pues que no la conocéis,
la bella Dafne veréis,
veréis al valiente Febo;

mas ¿por adónde se fue?
que sin verle no es posible.

CUPIDO Aquí estoy, pero invisible,
donde ninguno me ve;

desde aquí la flecha de oro
a Febo quiero tirar;
Diana ha de perdonar,
pues no ofendo su decoro;

por enamorar a Febo,
la de plomo a Dafne tiro.
Tira dos flechas a Dafne y a Febo.
FEBO Parece que en Dafne miro
nuevo ser, semblante nuevo;
nunca tanto en su belleza,
como ahora reparé.
DAFNE ¡Qué diferente miré,
de Febo la gentileza
de lo que la miro ahora!
Gallardo me parecía,
como al tiempo que salía
de los brazos del Aurora:
¡qué pena de verle tomo! ¡Qué mal talle! No merece
ser deidad.
CUPIDO Ya le aborrece,
ya va haciendo efecto el plomo, y el oro en Febo.
ALCINO Pastores,
Febo querrá descansar;
volvamos a coronar
su templo de almas y flores.
Éntrense todos cantando, y Febo detenga a Dafne.
FEBO Espera, Dafne, espera.
DAFNE ¿Qué quieres?
FEBO Hazme un favor.
DAFNE ¿En qué te sirvo?
FEBO Una flor
desa guirnalda quisiera;
ni es mucho a la primavera
pedir flores por favores,
que es propio tiempo de amores.
DAFNE ¿Flores me pides a mí,
cuando al Aurora y a ti

deben los prados las flores?

FEBO Lo que se puede tomar

no puede favor llamarse,

porque es cosa que ha de darse

si favor se ha de llamar.

DAFNE El que a otro puede dar,

es forzoso conceder

que superior viene a ser,

y tu deidad perdería

si yo, de cosa que es mía, le puedo favorecer.

FEBO Dafne hermosa, la deidad

celestial naturaleza,

de cuanto es mortal riqueza

no tiene necesidad: lo que pide es voluntad;

las demás cosas son vanas

para prendas soberanas,

y ésta falta entre las dos;

que siempre está pobre Dios

de voluntades humanas.

El olor del sacrificio,

desde la ardiente ceniza

los aires aromatiza,

porque en su piadoso oficio

es del corazón indicio,

y por eso juzgas mal

en llamarte desigual;

que es tal la fuerza de amor,

que puede hacer inferior

lo inmortal a lo mortal.

La violencia más segura

para hacer desde la tierra

a los mismos dioses guerra,

es la perfecta hermosura.

El oro y la plata pura,
las piedras, los minerales
y las perlas orientales,
las crío y engendro yo;
pero nunca el sol crió
esos ojos celestiales.

Que si pudiera mi mano
dar a tu belleza ser,
¿qué le quedaba que hacer
a Júpiter soberano?
Y aún pienso, y tengo por llano,
que tan perfecta y tan pura
belleza y rara pintura
ella misma se hizo a sí,
porque de otra que de ti
no fuera tanta hermosura.

Yo puedo hacer en la mina
el diamante y el rubí,
no engastar en carmesí
clavel tu boca divina:
con esto, Dafne, imagina,
si te parece extrañeza que conquiste tu belleza,
que hasta un dios pudo rogar
por lo que le puede dar
la mortal naturaleza.

DAFNE Febo ilustre, yo nací del claro río Peneo,
como sabes, semideo,
en cuya orilla crecí
hasta que las ninfas vi
de la triforme Diana,
a quien dediqué lozana
verde edad, que no hermosura,
y a su casta imagen pura

la parte que tengo humana.

Aristeo me pidió
por mujer, que de Tesalia
es Príncipe, y la acidalia
Venus tanto se enojó
de que le dejase yo
por seguir su casto coro,
que contra el justo decoro
a que me quieras te obliga,
porque, queriéndote, siga
las leyes de Amor, que ignoro.

Yo no quiero, ni he querido,
ni pienso querer jamás,
si todo el oro me das
de tus rayos producido:
muda el amor en olvido;
que aunque eres deidad, yo humana,
será tu esperanza vana
mientras más loca pretenda,
pues cuanto Venus me ofenda,
sabrá guardarme Diana.

Vase.

FEBO ¡Al autor de la luz tanto desvelo,
tanto desdén y desigual porfía!
Estoy por no salir, ni formar día,
aunque la Tierra se lamente al Cielo.

Caiga la noche de sí misma al suelo,
sin esperanza de la lumbre mía,
porque la caza que estas selvas cría
se envuelva en sombra de su eterno velo.
Suspende el arco al hombro, que profana
la ley de Amor, y si es buscar severa
fieras tu condición, dulce tirana, ¿qué fiera más

cruel hallar espera
que la que tiene con belleza humana,
de piedra el alma, el corazón de fiera?
CUPIDO se le pone delante.
CUPIDO ¿Adónde bueno, gallardoFebo, el del famoso
tiro?
Vienes de ver, por ventura,
las fiestas y regocijos
que a la muerte de Fitón
las riberas deste río
celebran con tanto aplauso
de juegos y sacrificios?
¿O, codicioso de hacer
suerte igual entre estos riscos,
buscas otra sierpe fiera
que derribe excelsos pinos,
que devore los ganados,
y rompa los edificios?
¿Adónde la dejas muerta?
Que yo confieso que envidio
las honras que estos serranos
hacen a tu nombre invicto.
¿Qué dicha mayor que ver
cómo eres dellos tenido
por el mayor de los dioses
que tiene el sagrado Olimpo?
Adórrante cuantas ninfas
habitan los extendidos
campos que riega Peneo
en círculo cristalino,
y más entre todas Dafne,
su hija, con quien he visto,
de la florida ribera

entre los verdes alisos,
tan tierna y enamorada,
que parece que yo mismo
la enseñaba los amores
que a tus requiebros ha dicho.
¿Cómo la dejaste ir?
FEBO Mal nacido basilisco,
dulce afrenta de las almas,
grave error de los sentidos,
engaño de la esperanza,
tirano del albedrío,
sinrazón de la razón
y de la memoria olvido;pasión del entendimiento,
de la voluntad hechizo,
suspensión de las acciones,
humano con lo divino,
y divino con lo humano;
el más traidor que ofendido,por envidia y por venganza
te burlas, rapaz, conmigo:
¿Parécete que es victoria
haberme Dafne rendido?
¿Lo que su hermosura ha hecho
atribuyes a tu oficio?
Sus ojos, y no tus flechas,
sus donaires, no tus tiros;
que la hermosura perfecta
no mata con artificio.
Plega al cielo que te veas,
siendo Amor, aborrecido,
y que te deje, a quien ames,
por hombre mortal e indigno,
y que por tus ojos veas,
abrasado en celos vivos,

sus dos almas, sus dos vidas,
en un cuerpo hermafrodito.
Oigan los dioses mis ruegos,
en cuya piedad confío
venganza de tus agravios,
y piedad de mis suspiros.
Vase.

CUPIDO No sé cómo, viendo a Febo
tan triste, el placer resisto;
pero sin comunicarse,
¿qué gusto jamás lo ha sido?
Voy a referir a Venus
sus trofeos y los míos.
Dafne huye, Febo adora,
yo triunfo. ¡CUPIDO, v́ctor!
Salen Dafne y Sirena.

SIRENA ¿De eso vienes victoriosa?

DAFNE ¿De qué quieres que lo esté
con más razón?

SIRENA Desdén fue de mujer loca y
hermosa;

¿dirás que de virtuosa
el desdén ha procedido?

DAFNE Valor y virtud ha sido.

SIRENA Yo no le doy ese nombre,
pues al que es dios y al que es hombre
tratas con un mismo olvido.

Que desechos a Aristeo
me parece necesidad,
y de Febo la deidad,
vanaglorioso trofeo:
¡Que ningún amor ni empleo
tu condición te permita!

¡Qué nación el mundo habita,
que haya despreciado al sol,
desde el indio al español,
y del alemán al scita?

¡Ah, Dafne! Júpiter quiera
que no pague la locura
de emplear tanta hermosura
en ir siguiendo una fiera.

DAFNE Yo sé qué premio me espera,
y no es esperanza vana,
cuando lo sepa Diana,
de cuyo coro me precio,
y por cuyo honor desprecio
toda la riqueza humana.

Mas cuando su celestial
compañía no siguiera,
menos a Febo quisiera,
porque me parece mal;
tanto, que en odio mortal
el respeto he convertido.

SIRENA Si es gallardo y entendido
un hombre, ¿qué ha de tener
para quererte?

DAFNE Nacer
con dicha de ser querido;
tanto sol no me conviene,
ni hay tan rudo labrador
que me parezca peor de cuantos Arcadia tiene.

SIRENA Venus le ama y le entretiene,
y día y noche le sigue.

DAFNE Mal gusto.

SIRENA El cielo te obligue
a hacer presto un necio empleo

en el sátiro más feo,
que tus melindres castigue.

Todas las que sois así,
arrepentidas lloráis
después que a todos vengáis,
como lo espero de ti.

DAFNE Vete. Sirena, de aquí,
y no culpes mi desdén;
que como tú quieres bien,
hablas mal contra el decoro
de Diana.

SIRENA De su coro
me río, y de ti también.

Nace al aurora la flor
vanagloriosa de sí,
y si pasa por allí
el gallardo cazador,
parece que de temor
de que la toque su mano,
aunque fue melindre en vano,
a las hojas se retira,
y cuando ya el sol expira,
la pisa el rudo villano.

Tu aspereza no es virtud,
sino necia vanagloria;
en tanto intenta victoria
tu loca solicitud:
yo culpo tu ingratitud,
de vana arrogancia llena.

DAFNE Vete y déjame, Sirena;
que viciosa compañía
hará que juzguen la mía
por la libertad ajena.

SIRENA Si es porque de Alcino soy,
yo estoy tan bien empleada
como tú estás engañada.

DAFNE En mi daño si lo estoy:
vete con Dios.

SIRENA Yo me voy;
todo el tiempo lo sujeta:
tú verás si eres discreta,
y si yo la necia soy.

Vase.

DAFNE No hay cosa más importuna
que la persuasión de un necio,
cuando presume que sabe
y que enseña al que es discreto.

No de otra suerte combate
la roca en la mar al viento
las ondas de las aguas
una tras otra soberbio,
que como quien burla dél,
firme en su nativo asiento,
vuelve en espumas los golpes,
y en blanda risa los ecos:
así se cansa quien piensa
reducir mi entendimiento
a no seguir de Diana
limpia vida y trato honesto.
Por más imposible juzgo
que pueda querer a Febo,
que hacer solsticio sus rayos
un año en medio del cielo.
Sale un ciervo por una puerta del teatro.
¡Oh, qué valiente animal!
Tan alto y hermoso ciervo

no le ha criado el Arcadia:
seguirle y tirarle quiero.
¿Huyes? Yo sabré seguirte.
Yo mate este ciervo, y Febo
mate serpientes Fitones.
Va tras él, y vuelve a salir por la otra parte.
No pareces muy ligero,
ciervo gentil, por Diana,
a quien humilde prometo
de tu pardo morrión
las plumas para trofeo, más que penacho marcial,
cobarde muestra del pecho,
de honrar su templo contigo:
pero ¡ay, Júpiter! ¿Qué es esto?
Burla ha sido de los ojos,
cual suele pintar el sueño en el interior sentido
formas de vanos efectos.
¡Ay Dios, ay triste, ay de mí!
Por donde el ciervo se desaparece, sale Febo.
FEBO Sosiega, Dafne.
DAFNE ¡Ay, cielos!
FEBO Febo soy.
DAFNE Pues ¿qué me quieres?
FEBO Que me escuches.
DAFNE ¡Muerta quedo!
FEBO Yo te truje con engaño
entre estos olmos y fresnos,
adonde apenas las aves
rompen el mudo silencio:
fingí el ciervo que seguiste;
hoy quedarán mis deseos
de tu desdén victoriosos,
pues aún apenas el cielo

nos puede ver, que las ramas
edifican verdes techos
para defender los troncos,
en que estriba su alimento,
contra las estrellas sirias,
que ladran por ofendellos.
Sosiégate, vuelve el rostro;
qué, ¿te turbas? ¿Tan grosero
villano me consideras?

DAFNE Mi desdicha consideroy tu traición. ¿Esto hacen
dioses? ¡Qué gentil ejemplo
para los hombres mortales!

FEBO Si lo fuera yo, sospecho
que me tuvieras amor;tú estás sin mayor remedio
que trocar en voluntad
la fuerza.

DAFNE ¿Fuerza? Primero
se harán pedazos los polos
en que estriba el firmamento,
y la rueda celestial
caerá desasida de ellos;
primero verán los hombres
trocados los elementos,
ligera el agua y la tierra,
pesados el aire y fuego;
primero aquellos diamantes
del cielo...

FEBO ¡Oh, tanto primero!
Dafne, yo te adoro; yo
soy el que tengo el gobierno
del mundo; ya no es posible
que puedan mis brazos menos
que tus desdenes.

DAFNE ¡Ay, triste!

¡Ay, infeliz!

FEBO Cuando huyendo
fueras a aquellas regiones
que eternamente me vieron,
tengo de alcanzarte: Dafne,
espera.

DAFNE ¡Valedme, cielos!

Salen Bato y Silvia.

SILVIA ¿Con ese talle querías, Bato, que yo te
quisiese?

BATO Sí querrás, aunque te pese.

SILVIA ¡Qué neciamente porñas!

BATO Con la boca bien podrás
decir sí; que dices no.

SILVIA En diciendo nones yo,
no diré pares jamás;

 estos son nuestros azares,
estas nuestras condiciones.

BATO Como ésas han dicho nones,
que después paran en pares;

 pues a fe que tengo aquí...

SILVIA ¿A ver, por tu vida, a ver?

BATO Dime si me has de querer.

SILVIA Sí, resí, tatarasí.

BATO Por ver, ¿qué no harán mujeres?

SILVIA Si también tú dices no,

¿cómo es posible que yo
pueda pensar que me quieres?

BATO Mira qué anillo.

SILVIA Soy corta
de vista, en mi mano quiero
verle.

BATO Pues jura primero.

SILVIAY mi palabra, ¿no importa?

BATO La mujer no está obligada;

que por esto viene a ser

quien no la cumple mujer,

y es ruela la que era espada.

SILVIA Plegue a Dios que, si lloviere,

ni pie ni mano me moje,

y que en la cama me arroje

cuando más sueño tuviere;

ni coma ni beba másde lo que tuviere gana,

y si fuere de mañana,

no me levante jamás.

¡Mira qué gran juramento!

BATO Alahé, que has de comprir

lo que dices, o morir

por ello.

SILVIA Muestra, jumento.

BATO Toma.

SILVIA Mi Bato querido,

dámele.

BATO ¿Quiéresme?

SILVIA Pues.

BATO¡Verá el diablo! Verdad es;

sacudióla el dios Copido;

pero el hombre fue discreto

que aquel anillo me dio,

si por el dar entendió

la virtud de este secreto.

Ahora bien, dame un abrazo.

SILVIA ¡Malos años para ti!

BATO ¿Y el juramento?

SILVIA ¿Yo?

BATO Sí;
tú verás, llegado el plazo,
 cómo llueve y no te mojas, ni eres la mañana dueño
de tus pies, y que con sueño
sobre la cama te arrojas.
 Ésta me ha engañado,
soy un tonto; engañarla quiero:
¿Silvia?
SILVIA ¿Qué quiere el grosero?
por que sepa que me voy.
BATO ¿No sabes como el Fitón
que mató Febo dorado
preñado estaba?
SILVIA ¿Preñado?
¿De quién?
BATO De otro serpentón
que salió de la barriga
aquella noche.
SILVIA ¡Mal año!
BATO Tanto, que, temiendo el daño,
a que consulten obliga
 la diosa Temis, y dice
que ha de comer solamente
toda mujer que no siente
qué es amor.
SILVIA ¡Ay, infelice!
BATO Las que engañan, y después
lo que prometen defienden,
las que piden, las que venden el amor por interés,
 las ingrata, las crueles.
las tontas, las bachilleras,
las que engañan con chimeras
a los amantes noveles,

las que toman los anillos.

SILVIA ¡Ay, Bato, no digas más;
que esta noche me verás
al volver mis corderillos!

Pero porque no te vean
busca un pellejo de lobo,
y por uno y otro escobo
haz de suerte que lo crean,
porque me hables entretanto
que anda el prado temeroso.

BATO Ser lobo es dificultoso:
tomalle no lo era tanto;
pero yo lo haré por ti
e iré a buscar el pellejo,
que lobo, zorra y conejo
me quiero volver; mas di:

¿quiéresme ahora abrazar?

SILVIA Y ¡cómo si abrazaré!

BATO ¡Oh, qué bien que la engañé!

SILVIA ¡Oh, qué, palos le he de dar!

Vanse.

Sale Dafne huyendo.

DAFNE ¡Tened lástima de mí!

¡Favor, dioses inmortales,
no pueden desdichas mías
desacreditar deidades!

Si la virtud no os obliga,
¿cómo podrán los mortales,
temiendo vuestra justicia,
reprimir sus libertades?

¡Favor, piedad!

Febo dentro, como que viene de lejos.

FEBO ¿Dónde huyes

y de quién, hermosa Dafne?
Para, de piedad de ti,
ya que no de mí, a escucharme:
mira que de ti la tengo;
pues para que no te canses,
voy rogando a mis deseos
que se detengan y paren.
DAFNE ¡Cielos, ya suena más cerca!
¡Árboles, cubridme, dadme
favor, pues falta a los dioses!
FEBO No soy yo rústico amante,
no soy villano grosero;
tú verás, como me aguardes,
que sólo me manda Amor
que te mire, que te hable
con aquel cortés respeto
que es tan justo que te guarde.
DAFNE Parecéis malos jüeces,
deidades inexorables,
que en los reos no castigan
los delitos que ellos hacen.
¡Oh, Júpiter! Si tú fuerzas
a Egina, a Leda y Danae,
¿cómo detendrás a Febo?
FEBO ¡Detente, Dafne, un instante!
¿Cómo sufres que tus pies
tantas espinas maltraten?
¿Quieres, por dicha, cruel,
que, como a la hermosa madre
de Amor, produzca la tierra
nuevas rosas de tu sangre?
DAFNE ¡Ya le veo, yo soy muerta!
Peneo, mi dulce padre,

¡favor!

Sale Febo.

FEBO No dirás que he sido
tan veloz para alcanzarte
como corriendo los cielos,
aunque eres más bella imagen,
que por mi eclíptica de oro
forman eternos diamantes.

Váyase Dafne arrimando a la transformación.

Ya no tienes dónde huir;
si quieres asegurarte,
en estos brazos te esconde.

DAFNE Tierra, tus entrañas abre,
y en tu centro me sepulta.

Transformándose en laurel.

FEBO Tente, espera; celestiales
dioses, ¿qué crueldad es ésta?

¿Un árbol queréis que abrace?

¿Qué lo dudo? Ramos son
que del duro tronco salen,
alma de aquella cruel:

venganzas son desiguales
de mis ofensas, Amor.

Dafne en el árbol.

DAFNE ¡Ay!

FEBO Con qué voz lamentable,
temblando el árbol se queja
piadosamente suave:

¿Qué haré, que pierdo el sentido?

¡Que todo el cielo vengase
a Venus! ¡Ah falsos, dioses!

Produce, tierra, gigantes,
que intrépidos otra vez

intenten aposentarse
en el alcázar eterno,
de donde arrojados bajen:
poned montes sobre montes,
¡oh terrígenas titanes!
Y matadme a mí el primero,
si hay hombres que dioses maten:
¡oh, cielos, quién ahora, en tantos males,
pudiera ser mortal para matarse!
Árbol, aunque ingrato fuiste,
quiero en la muerte mostrarte
que fue mi amor verdadero,
porque no hay prueba que iguale
como, después de la muerte,
firmezas de voluntades.
Tú serás el árbol mío,
laurel quiero que te llamen,
aunque en tu dura corteza
su condición se retrate,
cubriendo un alma de bronce
y unas entrañas de jaspe.
Arrojo el roble, y desde hoy
quiero de ti coronarme:
desta rama haré a mi frente...
DAFNE ¡Ay!
FEBO Perdona; para honrarte,
corona que también sea,
para ilustres capitanes,
triunfo de insignes victorias
y premio de hazañas grandes.
Tú serás la verde insignia
de Césares imperiales,
lauréola de ingenios

en las científicas artes,
tú de poetas honor,
que de siglo a siglo nacen.
Pero ¿qué puede haber, Dafne, que baste,
si no tengo de verte, a consolarme?
DAFNE Febo, el favor agradezco,
aunque arrepentida tarde;
que para ejemplo de ingratas
quiso el cielo transformarme
en el que llamas laurel.
Vengado estás; ya no aguardes
oír más mi voz.

FEBO Temblaron
las ramas: ya el alma parte
a los Elisios. Permite,
si no he de oírte, abrazarte,
aunque es tanta tu dureza
que, para que no te abrace,
volverás a ser mujer
y volverás a matarme,
para que en vida y muerte no me falte
desdén que huya, ni beldad que mate.
Sale Bato.

BATO Cosas mandan las mujeres
a los hombres, que es un necio
el que por tan caro precio
quiere, comprar sus placeres.

¿Adónde hallaré, en efeto,
este pellejo de lobo?
Silvia me tiene por bobo;
pues a fe que soy discreto.

Lo que para no envidiado
dicen algunos que basta,

y más no habiendo en mi casta
ni dichoso ni letrado.

Si ésta me cumple el concierto,
todos somos vengativos;
muchos lobos topo vivos,
y ninguno topo muerto.

Allí está Febo, a la fe;
él del pellejo dirá,
pues por esos mundos va
y cuanto hay en ellos ve.

¡Ah, señor FEBO!

FEBO ¿Quién llama?

BATO Bato soy, aquel zagal
que le enseñó el animal
que le ha dado tanta fama.

FEBO ¿Qué me quieres? Que recelo
que para tu daño sea.

BATO Hanme dicho que voltea
por la maroma del cielo,
y véngole a pescudar
si en el mundo, nuevo o viejo
ha topado algún pellejo
de lobo que me enseñar;

que esta noche Silvia y yo...

FEBO Villano, ¿burlas a mí?

BATO Pues ¿con eso le ofendí?
¿De un pellejo se enojó?

FEBO Mataréte.

BATO ¡Cielo santo,
favor! Al monte me subo.

FEBO Aguarda.

BATO ¡En qué poco estuvo
que me diese con un canto!

Vase subiendo por el monte.

FEBO La Luna, mi blanca hermana,
está de creciente ahora,
ya de salir es la hora;
escucha, hermosa Diana.

BATO ¿Si acaso me llama a mí?
¡Ah, señor! ¿Topó el pellejo?

FEBO Si tú no, me das consejo,
Luna, ¿qué ha de ser de mí?

Ven, Diana, ven hermana.

BATO Ya no me puede faltar:
¿Qué dice? ¿Que le he de hallar
en el templo de Diana?

Dios se lo pague, señor;
que ya voy por el pellejo.

Vase.

FEBO Luna, de la tierra espejo,
y del cielo resplandor,
en quien la noche se toca,
y se miran las estrellas,
si la luz que en ti y en ellas
infundo sol te provoca,

óyeme en la tierra Febo.

Por lo alto un carro de plata; Diana sentada en él con
una media luna en el tocado.

DIANA Ya te escucho, hermano mío;
¿qué tienes? ¿De quién te quejas?

FEBO De dos monstruos, madre e hijo,
incendios de tierra y cielo,
que a tu frígido epiciclo
solamente han perdonado.

DIANA ¿Qué te han hecho?

FEBO Ese CUPIDO,

ese hermano de la muerte,
ese decrepito niño,
envidioso de que hiciese
aquel celebrado tiro
con que di muerte a Fitón,
de Tesalia basilisco,
me hirió de amor de la hija
de Peneo, ilustre río,
que huyendo de mí, transforman,
airados siempre conmigo,
los dioses en árbol; mira
si me quejo, si suspiro,
si lloro con justa causa;
como a mi hermana, te pido,
si no remedio, venganza.
DIANA Por esta luz que recibo,
Febo, de tus claros rayos,
y que doy por tantos siglos
doce veces a los años,
que ha de hacer que el mal nacido
rapaz, por quien le aborrezca,
de amor se abraza a sí mismo.
Tú verás enamorado
al Amor, nuevo prodigio
al mundo; que esta venganza
será por los mismos filos.
No hay dios que esté bien con él,
todos le han aborrecido;
tú verás como le doy
con mi castidad castigo.
¿No sabe Venus, no sabe
que sus lascivos delitos
descubren mis castos rayos?

Conmigo, Venus, conmigo.
FEBO Pues prosigue tu carrera,
luna de los ojos míos;
pisen tus ruedas de plata
los celestiales zafiros;
que ya se mira el Aurora
coronada de jacintos,
y las flores en los prados,
y las aves en los nidos,
hacen salva a su lucero
con las hojas y los picos,
para que mi carro de oro
trueque por el griego el indio.
Pasa el carro lo demás del teatro por lo alto, y acabe
la jornada segunda.

Jornada tercera

Sale CUPIDO.

CUPIDO ¿Qué venganza del cielo,
qué ira de sus dioses soberanos,
con envidioso celo
del imperio que tengo en los humanos,
pena me dio tan nuevamente fiera,
que siendo el mismo Amor, de amores muera?
Aves enamoradas,
que destas selvas en el Buen Retiro,
o solas, o casadas,
no cantáis versos sin final suspiro,

y con ecos dulcísimos sonoros
amor y celos alternáis a coros;
 fieras que las montañas
vivís en soledad, tal vez quejosas
de serlo mis hazañas,
faunos lascivos y silvestres diosas,
humor vital, vegetativas almas
de tantos cedros, plátanos y palmas;
 Pastores deste prado,
que tantas veces abrasé de amores:
si hubiera yo pensado
lo que era yo, mis penas y rigores,
con más piadoso afecto hubieran sido
en mataros de amor temiendo olvido.

 Tiré sin experiencia
de mi mismo dolor, que no sabía
de celos ni de ausencia;
maté sin ver que se acercaba el día
de dar a todos tan cruel venganza,
que me abrasa de amor sin esperanza;
 cual suele en blanda cera
arder la luz y consumirse luego,
en mi abrasada esfera
soy alimento de mi propio fuego,
siendo en la cera, que mi fin recela,
mi propio ardor el alma de la vela.

 Aves, fieras, pastores,
una ninfa cruel, una pastora,
mata al Amor de amores;
ya no hay amor, ni mata, ni enamora:
Sirena es ya, Sirena prende y mata,
y siendo Amor con el amor ingrata.

 Quebrar el arco quiero

en este tronco de mi mal testigo,
pues de mí propio muero:
yo me maté, yo fui traidor conmigo:
que en tanta confusión, en tanto abismo,
yo mismo soy veneno de mí mismo.

Sale Febo.

FEBO Quedo, señor Amor, blanda la mano;
que este laurel es mío,
que tiene vida y sentimiento humano;
¿no ve que maltratarle es desvarío?

Si quiere enamorarle,
desde lejos podrá mejor tirarle;
 que darle con el arco es bajo modo
para el alma que cubre esa corteza,
que tuvo en vida celestial belleza,
si con las flechas mata el mundo todo,
no mate con el arco bajamente;
abrasc, tire, prenda, mas no afrente.

 Si no le supo herir cuando vivía,
¿por qué le hiere muerto?
o le castiga porque no quería
ser más necia que fue.

CUPIDO ¡Desdicha mía!

Vete, Febo, con Dios.

FEBO Esto le advierto:
respete mi laurel, que ya corona
césares, capitanes y poetas.
¿Cómo no habla? ¿Cómo no blasona?

CUPIDO Vete, Febo, por Dios, que mis saetas
te han vengado de mí; las que tiraba
se vuelven a mi pecho.

FEBO ¿Cómo ha sido?
O ¿quién te hurtó las flechas del aljaba?

Ya soy tu amigo: cuéntame, CUPIDO,
tan grande novedad, que te prometo
sentir tus penas y guardar secreto.

CUPIDO ¿Piensas, Febo, que el alma no te miro?

¿Ahora vienes a engañarme, Febo?

Febo

De verte amar me admiro:

¿no eres tú Amor? ¡Qué prodigioso y nuevo
portento, amar Amor quien no le quiere!
¡Llorad, pastores, que el Amor se muere!

CUPIDO ¡Basta, Febo, no más; ya estás vengado!

FEBO Cuantos males me has hecho, me has pagado.

Ahora, ingrato Amor, verás quién eres,
pues que, siendo el Amor, de amores mueres.

¡Con qué traición mirabas,
con qué crueldad herías!

¡Paga, villano Amor, el mal que has hecho!

Las saetas trocabas,
y a Dafne me rendías,
en cuya nieve se abrasó mi pecho;
ya quedo satisfecho
de todos mis agravios
con verte, Amor, rendido;
mira de hoy más, CUPIDO,
cómo hieres los dioses y los sabios,
que tantas maldiciones
alcanzaron castigo a tus traiciones.

Vase.

CUPIDO ¿Qué tal venganza he dado?

Aves, fieras, pastores,
venid a ver a Amor enamorado;
y dí los pasadores,
el arco y la cadena,

a la bella Sirena;
ella mata de amores,
ella sola es amor, ella enamora;
della os guardad, pastores, desde ahora;
que ya no soy CUPIDO,
sino el Amor, que fue de amor vencido.
Sale Venus.

VENUS Amor, ¿de qué te lamentas?
CUPIDO De mí mismo, aunque acertara
cuando de ti me quejara,
que verme sin honra intentas.
¿Vienes a ver mis afrentas,
por dicha?

VENUS Debes de estar
loco.

CUPIDO Pudiera el pesar
enloquecerme de triste,
porque tú sola pudiste
al Amor enamorar.

Venus

Pues ¿estáslo, Amor, de mí?

CUPIDO Yo siempre de ti lo estoy,
mas hoy que venganza doy
al mundo, no fue por ti.

VENUS ¿Quieres bien?

CUPIDO Señora, sí;
y tú lo sabes mejor.

VENUS Mientes, Amor, que en rigor,
por tus ardientes castigos
¿quién tiene más enemigos
en cielo y tierra que Amor?

¿Nunca has visto en una voz
la gente de algún lugar

juntarse para matar
un fiero animal feroz,
que contra su furia atroz,
de que a todos parte alcanza,
cuál con dardo, cuál con lanza,
cuál con alabarda sale,
porque entre todos iguale
al agravio la venganza?

Pues esto han hecho, contigo
los dioses, y yo pudiera,
pues no hay en Tesalia fiera
como tú fuiste conmigo;
Marte en el cielo testigo,
como Adonis en el suelo:
pero puesto que recelo
la causa, dime quién es,
para ayudarte después
a pedir piedad al cielo.

CUPIDO Dulce madre mía,
Lucero el mayor,
que del cielo esmalta
su azul pabellón;
divino planeta,
celeste esplendor,
prólogo del día,
preludio del sol,
a quien por benigna,
Júpiter le dio
del tercero cielo
la jurisdicción:
yo tuve con Febo,
cuando, cazador,
con valiente brazo

dio muerte a Fitón,
la cuestión que sabes,
de que procedió
el laurel de Dafne
con alma y sin voz,
quejóse a los dioses,
llamóme traidor;
no sé cuál de todos
a todos vengó.

Hay una serrana,
destos valles flor,
gloria de su aldea,
de su prado honor,
basilisco en vista,
humano y feroz,
ángel en belleza,
fiera en condición.
Nunca con tal risa
las hojas abrió
la rosa al rocío
del primero albor,
cuando Abril la esmalta
del rojo arrebol,
que ocultaba el Marzo
en verde botón:
parece que el cielo
jazmines tomó
para hacer al rostro
cándido color.

Si pintar quisiera
tanta perfección,
recibiera agravio
su eterno pintor.

Quien mira su brío,
dice con razón
que la primavera
por allí pasó.
Yo la vi una fiesta
que al valle salió;
no sé qué me dijo,
prestéla atención;
que el oír al ver
siempre fue veloz.
Miróme al descuido,
cuidado me dio;
que en viendo los ojos,
¡ay del corazón!
Reparando en ella,
un helado ardor
discurrió mis venas
y la alma llegó.
Pregunté la causa
del nuevo vigor,
respondióme el alma,
madre, que era yo;
de suerte, señora,
que yo mismo soy
el amor que tengo,
pues muero de amor.
Nunca su ponzoña
al áspid mató,
como a mí me mata
mi propio dolor;
del aljaba pienso
que se me cayó,
yendo a recostarme,

algún pasador,
y por este lado
de suerte me hirió,
que Amor, que era uno,
se ha partido en dos,
a cuanto le digo,
me responde: «No»,
porque todos dicen
que quiere un pastor;
como es igual suyo
presto se rindió,
que amores iguales
verdaderos son;
tales partes tiene,
que celoso estoy;
que hay gustos que dejan
por un hombre, un dios.
Ella viene, madre,
voyme de temor;
dile que me quiera
si tu hijo soy,
de mí no se queje
ningún amador,
yo renuncio el arco,
madre, desde hoy;
Sirena le tenga,
que al Amor venció;
madre, ya soy celos,
ya no soy Amor.

Vase.

Salen Sirena y Silvia.

VENUS Con justa razón se queja
Amor. ¡Qué gentil mujer!

Mas necia debe de ser
si un dios por un hombre deja,
 que implica contradicción
ser amor y no le amar.

SILVIA De hoy más te puedes llamar
vengadora, y con razón,
 de las mujeres que amaron
y que mal pagadas fueron
pues que tus ojos rindieron
a quien a tantos negaron:
notable dicha has tenido.

SIRENA Silvia, yo no estoy contenta,
porque, cuando el Amor sienta
que por Alcino le olvido,
 querrá, con desconfianza,
vengarse en los dos celoso.

SILVIA No hará; que en un poderoso
es bajeza la venganza.

 Si un hombre de gran fortuna
dos mil virtudes tuviese,
como vengativo fuese,
no tiene virtud ninguna;
 que es ofensa del valor
el no saber perdonar.

SIRENA Dirá Amor que es castigar
mi amor porque es dios de amor.

 Ve, Silvia, y llámame a Alcino,
hable con mi padre luego,
que Amor, de sí mismo ciego,
podrá hacer un desatino;
 casémonos, que después
él me guardará mejor.

SILVIA Yo voy.

SIRENA ¿Qué me quiere Amor?

Si es amor, lo mismo es
querer a quien he querido.

VENUS A verte sola esperaba,
menos arrogante y brava,
más amor, menos olvido;
la madre del Amor soy,
Sirena, a quien tratas mal.

SIRENA Yo, planeta celestial,
en tu misma esfera estoy;
no soy ninfa de Diana,
ni sus ejercicios sigo
por estas selvas.

VENUS No digo
que no procedes humana
en querer a quien te quiere,
pero no de mejorarte,
pudiendo en más alta parte,
tu injusto desdén se infiere;
si mi CUPIDO te adora,
¿cómo ofendes su deidad
con ajena voluntad?

SIRENA Antes presumo, señora,
que le ofendiera en mudarme,
pues siendo amor verdadero,
en sabiendo que a otro quiero,
podrá su ley castigarme.

VENUS ¿Serás la primer mujer
que a dos en un tiempo quiera?

SIRENA Seré la mujer primera
que a entrambos pueda querer;
el amor ha de ser uno,
esto bien lo sabéis vos,

porque la que quiere a dos,
no quiere bien a ninguno.

VENUS Poco sabes del papel
del amoroso teatro,
porque a dos, a tres y a cuatro
puede entretenerse en él.

SIRENA Entretener no es amar.

VENUS Pues no ames y entretén.

SIRENA Quiero bien, y querer bien
nunca dio tanto lugar;

que a la mujer que es dichosa
en querer quien la ha querido,
no le ha de quedar sentido
para querer otra cosa.

VENUS Muchos galanes, señora,
acreditan la hermosura.

SIRENA La mujer que honor procura
sin buena fama, no es buena.

VENUS Nunca la verdad se infama;
la virtud ha de vencer.

SIRENA ¿Qué virtud puede tener
quien no tiene buena fama?

VENUS A la virtud que es segura,
no ofenden injustos nombres.

SIRENA En habiendo muchos hombres,
es oficio la hermosura.

VENUS ¡Qué bachillera cansada!

SIRENA Obrar bien no es hablar mal.

VENUS Métete monja vestal.

SIRENA ¿Para qué si estoy casada?

VENUS No has de gozar lo que quieres.

Vase.

SIRENA Será injusto tu rigor,

o enemigos del honor,
mujeres para mujeres:

¡Qué consejos de una diosa!

¡Cuántas se pierden así!

Voces de pastores, con silbos y estallidos de hondas.

Dentro.

¡Aquí, pastores, aquí!

SIRENA De todo estoy temerosa.

Dentro.

¡Al lobo, al lobo, pastores!

Salga Bato con pellejo de lobo atado al pescuezo, que le cubre las espaldas, y la cabeza metida por la suya.

BATO ¡Qué desdicha! ¡Muerto vengo!

¿Adónde podré esconderme?

SIRENA ¡Ay, triste! Una fiera veo:

¿Por adónde podré huir?

BATO Por Dios, Sirena, te ruego
que me defiendas.

SIRENA Él habla:

¡cielos, qué animal tan fiero!

Sátiro o fauno, ¿qué quieres?

¿Tan presto te vengas, Venus?

BATO Que no soy sastre ni macho.

SIRENA ¿Eres centauro?

BATO ¡Eso es bueno!

¿Yo cigarro?

SIRENA Pues ¿quién eres?

¡Ay, Dios!

BATO Un lobo moderno,
que aun no estoy examinado.

SIRENA ¿Lobo? ¡Socorredme, cielos!

Venus le envía a matarme.

BATO ¿Qué viernes o qué embeleco?

Mírame bien, que yo soy;
¿tengo, por dicha, otro gesto
del que tuve siendo Bato?
SIRENA ¡Ay, Bato! Perdona el miedo:
¿Podré tentarte la cara?
Él es, ¿qué dudo?
BATO ¿Tan presto
me desconoces, Sirena?
SIRENA El temor, Bato, es tan ciego,
que cree lo que imagina;
pero dime, ¿quién te ha puesto
desta suerte?
BATO Amor, Sirena.
SIRENA ¿Tú tienes amor?
BATO ¿No tengo
mis diez y nueve sentidos,
sin los demás movimientos?
¿No sabes que quiero a Silvia?
Díjome que por secreto
viniese en forma de lobo;
que hay vecino que del sueño
se quitan por acechar
si hay en la calle requiebro.
Yo, Sirena, que no estaba
ducho a ser lobo, el pellejo
que ves le quité a Diana,
porque me lo dijo Febo.
La Diosa, con el enojo,
cuando las cabañas entro,
solicitó los pastores
de valles, montes y cerros:
juntáronse contra mí;
yo, como era lobo nuevo

y no sabía el oficio,
en cuatro pies iba huyendo;
pero como no sabía,
apenas en pie me vieron,
huyeron, imaginando
que fuese algún dios mostrenco;
porque hay en Arcadia tantos
que ya nos damos con ellos,
pues solamente no es dios
el que no tiene dinero.
De pedradas, finalmente,
y mordeduras de perros,
que por poco me mataran,
tal he quedado, que creo
que soy lobo, y así voy
a llevarle su pellejo
y pedir que me perdone;
que Amor, autor de embelecocos,
tuvo la culpa de todo.
SIRENA Él viene, y viene a buen tiempo:
pídele, Bato, justicia
de Silvia.
BATO Ya no me atrevo;
que como andan estos dioses
con tantos enojos, temo
que me convierta en gazapo,
o por ventura en vencejo;
y conozco un arcabuz
que está en tirallos tan diestro,
que ha despoblado los aires,
y no se halla uno dellos
por un ojo de la cara:
pues si en toro me convierto,

sin que lo sepa la muerte,
dará conmigo en el suelo.

Vase.

Sale CUPIDO.

CUPIDO ¡Oh, bellísima Sirena!

No sin causa tan amenos
hallé los prados de Arcadia,
que obedientes florecieron
a la estampa de tus pies.

Pienso que mi madre Venus
habló ya contigo.

SIRENA Aquí

me dijo tu pensamiento;
yo le respondí que amaba
y que, amando, fuera yerro
culpable amar otro amor.

Dilo tú como maestro
de amar, y como quien es
el legislador y dueño
desta universal razón;
di que sin culpa me siento,
pues tú fuiste quien de Alcino
me enamoró; mas yo quiero
quererte si tú me das
la libertad para hacerlo.

Desenamórame, Amor.

CUPIDO Si soy Amor, cómo puedo
ser desamor? Ese oficio
hace la ausencia, los celos
o la ingratitud.

SIRENA Pues todo
te ofrece el mismo remedio;
cánsate de verme ingrata,

y pues celoso te veo
de Alcino, auséntate, Amor;
mas ¿cómo ignoras, con serlo,
que amor con amor se cura?
Quiere bien otro sujeto:
podrá desenamorarte.
CUPIDO Toma tú el mismo consejo,
y enamórate de mí:
verás cómo olvidas luego
a Alcino.

SIRENA No puede ser,
si no me quitas primero
el amor que tú me diste.

Salen Silvia y Alcino.

ALCINO Mucho, Silvia, le agradezco
que quiera que hable a su padre;
que temo algún mal suceso
como el de Dafne, que hoy lloran
con turbias aguas Peneo
y el Príncipe de Tesalia,
que emprendió su casamiento.

SILVIA Ella, que te adora, Alcino,
quiere poner tierra en medio
con casarse; que este Amor
anda en perseguirla necio,
cuanto ella en aborrecerle
discreta.

ALCINO Detente. ¡Ay, cielo!
¿No es CUPIDO aquel? ¡Ay, Silvia,
qué buen aborrecimiento!
Amor y Sirena juntos.

SILVIA Sí, pero yo diferencio
el hablar por accidente

de haber sido por conciertos.

ALCINO No, Silvia, en la selva solos;

si del mismo Amor no tengo
celos, ¿de quién quieres, Silvia,
que tenga en el mundo celos?

SIRENA Amor, Alcino está allí;

que no le demos, te ruego,
celos; que te doy palabra
de amarte en llegando el tiempo
de llevar a la montaña
el ganado, pues con esto
y su ausencia habrá lugar.

CUPIDO El capítulo primero
de amar, es obedecer;
yo me voy, y te obedezco.

Vase.

ALCINO No sé cómo acierte a hablarla.

SIRENA Nunca tuve más deseo
de verte, mi Alcino.

ALCINO Aparta
los brazos, detén el pecho;
que si en él ha entrado amor,
¿cómo podrán estar dentro
dos amores? Muchos años
le goce; que yo no emprendo
competencia con los dioses:
ni soy Tifón ni Japeto.

SIRENA ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

ALCINO En ti no estoy, que es lo cierto;
ni en mí, que, si en mí estuviera,
nunca viera lo que veo,
con los ojos no hay engaño;
adiós, que al monte me vuelvo:

si bajare al prado, plega...

SIRENA Bueno está sin juramento;

vete, pues gustas, Alcino,

de tratar con tal desprecio

a quien deja un dios por ti.

ALCINO ¿Tú le dejas?

SIRENA Yo le dejo.

ALCINO ¿Cómo, si le tienes?

SIRENA ¿Yo?

SILVIA Buenos andáis de conceptos;

ea, Alcino, habla a Sirena.

ALCINO ¿Que la hable yo primero?

SILVIA Quédate ahí como él plega;

que se está el cielo riendo

de los amantes perjuros:

Sirena, no des con esto

venganza a Amor, da los brazos

a Alcino.

SIRENA ¿Quién, yo primero?

SILVIA ¡Que venganzas tiene Amor

tan tiernas!

SIRENA Yo no me vengo.

ALCINO Pues si yo también me enojo.

SIRENA Pues confiese, como es cierto,

que yo no he tenido culpa.

ALCINO Que soy tu esclavo confieso,

y que mis brazos te doy.

SIRENA ¡Ay, Alcino! ¡Ay, Dios! ¡Ay, muero!

Estará de pies Sirena en la trampa del teatro, y al

abrazarse los dos, se hundirá Sirena.

ALCINO ¡Oh, Júpiter soberano!

Sirena, Sirena, ¿quién

te lleva?

Dentro Sirena.

SIRENA ¡Alcino!

ALCINO ¡Mi bien!

Pero ¿qué te llamo en vano?

SILVIA ¡Qué desdicha! Por aquí
se entró.

ALCINO Seguiréla yo.

Salga una fuente de agua hacia arriba.

SILVIA En agua se convirtió.

ALCINO Lo mismo será de mí,

Sirena del alma mía;

agua son ya tus despojos,

pues hechos fuentes mis ojos,

te harán, de hoy más, compañía;

heroica hazaña de amor

convertir en agua el fuego,

por ver si en ella me anego;

más fue industria que valor:

vuélveme en agua, y tendremos

un mismo fin; vengarás

tu pecho; mas no, querrás

para que no nos juntemos.

¡Triste padre cuando oyere

el suceso, y triste yo:

selvas, Sirena murió;

selvas, Alcino se muere!

Vase.

SILVIA Airados están los dioses,

Arcadio, contra tus selvas.

Sale Bato.

BATO Aquí está Silvia, alahé;

que, aunque nunca Amor se venga,

me lo ha de pagar ahora.

Pues Silvia, ¿es buena conciencia
que me pongas por quererte
en hábitos que me muerdan
cuantos perros tiene el monte,
que los hay de mil maneras,
invisibles y visibles?

SILVIA ¡Ay, Bato, que desas quejas
no es tiempo ahora! CUPIDO,
viendo inútiles sus flechas,
convirtió a Sirena en agua.

BATO ¿Tenemos otra lobera?

SILVIA Pluguiera a Dios: por aquí,
Bato, asoma la cabeza;
verás qué fuente tan linda.

BATO Mas qué, ¿me arrojas en ella?

SILVIA ¿Estas lágrimas son burla?
Sale una llama de fuego.

BATO Voy a verla. ¡Que me queman,
que me abrasan!

SILVIA ¿No era fuente?

BATO Chamuscóme las guedejas.

Cae un lienzo de lo alto en forma de palacio, que
dejándolos en el teatro a los dos, cubre todo el monte.

SILVIA ¡Ay, Bato! ¿Quién por el aire,
sin que los cuerpos lo sientan,
nos ha traído a esta casa?

BATO Silvia, tú eres hechicera;
que desde aquello del lobo,
no es posible que no seas
o la hija del Sil, Circe,
o la de Colchos, Medea.

SILVIA ¿Yo? ¿Cómo si estoy sin mí?
Ni ¿qué encantadora hubiera

que formara este palacio?

BATO Las columnas que sustentan
la machina son de jaspe
y de mil preciosas piedras.

SILVIA Locos debemos de estar,
porque por aquella puerta,
si no es engaño o es sueño,
salen CUPIDO y Sirena.

BATO ¡Sirena está viva! Júpiter
con bien me vuelva a mi tierra,
que desde lo del pellejo
ande, como ánima en pena.

Salen CUPIDO y Sirena, y criados que les ponen sillas.

CUPIDO Sirena, yo soy Amor;
no temas, yo vivo aquí,
todo lo que ves, fingí
de celos de tu pastor.

SIRENA Justo ha sido mi temor,
dulce CUPIDO, hasta verte;
que fuera venganza fuerte
e indigna de tu poder,
por querer y no querer
darme tan injusta muerte.

CUPIDO Siéntate.

SIRENA Dime quién son
los que te sirven aquí.

CUPIDO Los celos, que van tras mí,
linces en toda traición,
la fineza, la ocasión,
la esperanza y la mudanza.

SIRENA Buen criado la esperanza.

CUPIDOY entre éstos, con plaza igual,
los que siempre sirven mal.

SIRENA ¿Quién?

CUPIDO La ausencia y la venganza;
mas por que segura estés,
llega, Silvia; llega, Bato.

SIRENA Serán los dos en retrato.

CUPIDO Serán los mismos que ves.

BATO Danos, señora, los pies.

SILVIA Y en albricias de tu vida,
que yo los brazos te pida.

BATO Estoy de contento loco.

CUPIDO ¡Hola! ¡Mientras duermo un poco,
aperciban la comida.

BATO Esta sí que es buena casa;
que sin comer no hay placer,
porque hay dios que sin comer
toda la vida se pasa.

SILVIA Nunca del Amor fue escasa
la mano; aquí comerás
ambrosía.

BATO Por jamás
supe yo que era ambrosía:
di que me den ollería,
que de eso conozco más.

SIRENA Quedóse dormido Amor.

SILVIA Debe de andar desvelado:
cuando tiene el bien hallado,
duerme un amante mejor.

BATO Por allí suena rumor.
Baja Diana por el aire.

DIANA De esta suerte, mi venganza
a Venus y a Amor alcanza.

SIRENA ¡Ay, Dios! ¿Quién me lleva?

DIANA Yo.

Asiendo Diana a Sirena, vuelan juntas.

BATO Silvia, todo se mudó.

SILVIA Todo es venganza y mudanza.

El palacio se sube arriba, y queda descubierto el monte.

CUPIDO ¿Qué es eso, Sirena mía?

BATO ¿Cuál Sirena? Aquí bajó

quien volando la llevó

por adonde nace el día.

SILVIA En la cabeza traía

una luna plateada.

CUPIDO ¿Qué es esto, Diana airada?

¿En fe de tu castidad

te atreves a mi deidad?

¿Ya no estabas bien vengada?

¡Vive el cielo, que has de arder

de amores de Endimión,

si tanta contemplación

poderosa puede ser!

Estos deben de tener

la culpa por no avisarme.

¡Matarlos quiero y matarme!

BATO ¡Huye, Silvia, que está loco!

SILVIA ¡Muerta soy!

Huyen los dos.

CUPIDO ¡No lo estoy poco

de amor y de no vengarme!

Bien se conoce que ha sido

venganza de cielo y tierra

este rigor, esta guerra,

este desdén, este olvido:

¿Yo rendido, yo vencido,

yo celoso y despreciado?

¿Quién hubiera imaginado?

O ¿cómo pudiera ser
que el mundo llegara a ver
el Amor enamorado?

Conjurados contra mí
los dioses, dieron lugar
que se pudiese vengar
Diana y Febo de mí:
poder y nombre perdí;
veneno tan abrasado;
mas fuerte fue quien me ha dado
que Amor de mi propio amor,
soy, para pena mayor,
el Amor enamorado.

Montes, la locura mía
crece en venganza de Febo
y aunque en el amor no es nuevo,
no era yo quien le tenía:
yo le daba y repartía,
quedándome descuidado,
y hoy tengo, sin ser amado,
el amor que a todos di,
para que se viese en mí
el Amor enamorado.

Si de la muerte el rigor
mata, la muerte no muere,
lo mismo de amor se infiere
¿cómo muere Amor de amor?
Mas ¿de qué sirve el furor,
si no voy desesperado
a vengarme del cuidado
que mi propio amor me da?
guardaos, mortales, que va
el Amor enamorado.

Vase.

Salen Febo y Diana.

FEBO Estoy agradecido,
bellísima Diana,
del castigo que has dado justamente
al bárbaro CUPIDO,
no sólo yo, mas cuanto de la humana
historia el mundo reconoce y siente.

DIANA Febo, la novedad del accidente
de amor le vuelve loco.

FEBO Para lo que merece, todo es poco.

DIANA Lo que importa es casar los dos amantes,
que puede ser que intente un desvarío
en los que menos pueden.

Salen Liseno, viejo, padre de Sirena, y Alcino.

LISENO Mis lágrimas, Alcino, son bastantes
a vencer la corriente deste río
cuando las tuyas por su Dafne exceden
las ondas de la mar.

ALCINO Si de Sirena,
Liseno, hubieras visto la desdicha,
más fuera tu dolor, mayor tu pena.

LISENO ¿Soy fiero yo, por dicha,
de los montes rifeos?

¿Serán más eficaces tus deseos
que la naturaleza?

Yo lamento, mi ser, tú su belleza:

¿qué amor, que sentimiento
puede igualar a un padre?

ALCINO El de su
esposo,

pues concertado ya mi casamiento,
la pierdo con un fin tan lastimoso.

LISENO Piadoso el cielo fuera,
si el cuerpo de Sirena me dejara,
que a un mármol consagrara,
donde sus honras fúnebres hiciera
con llanto del Arcadia; mas el cielo
aun no me quiso dar este consuelo.

DIANA El viejo padre me enternece, Febo.

FEBO Diana, pues con él viene su esposo,
antes que algún engaño intente nuevo
el ofendido Amor, será forzoso
que llegue el desengaño.

DIANA Lo que es razón intentas.

FEBO Liseno.

LISENO Febo ilustre.

FEBO ¿Qué lamentas?

LISENO A Sirena, mi hija, que me ha muerto
con un traidor engaño,
por tu venganza, Amor.

FEBO Sirena vive.

ALCINO ¿Cómo, si yo la vi morir?

FEBO Sí es cierto
los brazos le apercibe,
y tú de esposo la dichosa mano,
que fue de Amor el pensamiento vano.

Abriéndose el templo de Diana, se ve a Sirena en él.

LISENO Pastores destas riberas
que visteis mi tierno llanto,
venid a ver mi alegría:

¡Sirena vive!

SILVIA Lisardo,

Jacinta, ¡corred, llegad!

Los pastores y pastoras salen con instrumentos, y Silvia
y Bato.

BATO ¿De quién ha sido el milagro?

LISENO De Febo y Diana.

BATO Quisiera

echarme a los pies de entrambos,

ya que ayer se me perdió

una borrica en el prado:

por ventura sabrán della,

y yo les daré su hallazgo.

Cantan los músicos.

MÚSICOS Vivan Febo y Diana,

gocen sus rayos,

y Sirena y Alcino

se den las manos.

En este baile y relinchos entren Venus y CUPIDO, y los aparten.

CUPIDO Eso no, mientras yo tengo

imperio de los humanos

corazones: Amor soy,

que vengo a vengar mi agravio.

VENUSY yo soy Venus, Diana;

que si los dos sois hermanos,

CUPIDO es mi hijo.

DIANA Venus,

los dos quedarán casados

porque es justo; vete a Chipre,

que son intentos bastardos

de la autoridad de dioses.

VENUS ¿Tú conmigo?

FEBO ¡Venus, paso!

¡Mi hermana es Luna en el cielo!

VENUS ¿Qué importa, si es el más bajo?

FEBO En el centro Proserpina,

Diana en selvas y campos.

BATO Temo que se han de matar,
que ya aperciben los arcos.

SILVIA ¡Ay, Bato! ¡El cielo se rompe!
¡Todo es trueno, todo es rayos!

En este ruido baje en un águila Júpiter.

JÚPITER Dioses, ¿queréis, por ventura,
con tan recios desagravios,

desconcertar la armonía
de los cielos soberanos?

Tú, Venus, ¿desde el tercero
quieres oponerte al cuarto

Príncipe y Rey de la luz
del estrellado teatro?

VENUS Yo, señor, desde aquí digo
que mi hijo y yo dejamos
a tu arbitrio la sentencia.

JÚPITER Si Febo por tus engaños,
Amor, a Dafne perdió,
la razón, a quien han dado
nombre de alma de la ley,
dice que es derecho llano
que Amor no goce a Sirena.

ALCINO Como de Júpiter santo
es la sentencia.

CUPIDO No importa;
de él y de todos aguardo
vengarme presto.

ALCINO Yo sea,
Sirena mía, entretanto
tu esposo, y vénguese Amor.

BATO Señor Jopiter sagrado,
antes que se vuelva al cielo
en ese buitre volando,

mande a Silvia que me quiera.

JÚPITER ¡Silvia!

SILVIA ¡Señor!

JÚPITER ¡Quiere a Bato!

SILVIA Yo te obedezco.

FEBO Y aquí,

divino planeta cuarto,

Luna, madre de otro sol,

que gocéis por muchos años,

dé fin en vuestro servicio

El Amor enamorado.

El antecristo

Lope de Vega



PERSONAS

TITÁN.

LUNA, *dama*.

BAULÍN, *labrador tosco*.

EL PRÍNCIPE DE BABILONIA.

UN NIÑO O ÁNGEL.

EL PERSA.

EL ALEMÁN.

EL ROMANO.

EL ETÍOPE.

RUFINO.

LIDORO.

ELÍAS.

ENOC.

RISELO.

FABIO.

EL FRANCÉS.

EL ESPAÑOL.

Jornada primera

Sale TITÁN solo, vestido de pieles, haciendo admiración.

TITÁN.

¿En qué interno lugar, en qué caverna
del centro obscuro he yo vivido oculto,
que ignoro el ser que me acompaña y rige?
¡Cielos! ¿Quién soy? ¿quién me gobierna y manda?
¿En qué regiones del abismo inmenso
he tenido lugar, o de qué suerte
he sido alimentado ¡oh etéreo solio!
que en cumbres; de zafir tienes asiento?
Declárame la duda de mi vida
para que deste laberinto salga:
yo conozco las causas más ocultas;
infiero el movimiento de los cielos,
los astros, los planetas; y en la tierra
hago parar los aires, y del fuego
mudar el natural; los elementos
admiran el principio de mi aliento;
el planeta mayor, que las celestes
cumbres esmalta con doradas lumbres,
hago que se suspenda en su carrera,
y en la primera esfera haré a la luna
su natural mudanza se detenga.
Yo, que tengo noticia de las ciencias,
con tantas experiencias lo sé todo.
mas no he sabido el modo cómo pueda
saber quién soy: excede mi tormento
el fabuloso cuento del que al cielo
lleva el peñasco loco en su desvelo:
que pues es la verdad lo que en mí veo,
en vano es mi deseo; que sin duda
yo soy el mismo Dios, pues una causa
reconocen las causas más remotas,
y esta causa he de ser, pues no hay alguna
que se iguale al valer de mi fortuna.
¡Oh mar, oh fuego, oh aire, oh madre tierra!
Si no soy su hacedor, ¿por qué me niega
que ignore el ser que su ser me ha dado,
porque pueda salir deste cuidado?

Parece en tramoya la LUNA en un caballo, y desciende de lo alto a lo bajo.

LUNA. Escucha, bestia feroz,
opuesto del mismo cielo;
que movida de tus voces
a satisfacerte vengo.
Escuchen lo que te digo
todos los cuatro elementos,
porque no ignoren la causa
de aqueste nuevo portento.
Tú naciste en Babilonia
de tan bajo nacimiento,
pues que del tribu de Dan
desciende tu ser primero.
No del tribu de Judá
naciste, en que otro sujeto
superior a los humanos
tomó carne siendo Verbo.
Que como has de ser tirano,
contrario al Criador inmenso,
porque en todo lo parezcas
es tu sangre un contrapuesto.
Yo en mis más floridos años
cometí un infame incesto
con mi padre, porque entro
viste la luz de los cielos.
Por cuanto María, Madre
de Cristo fue raro ejemplo
de castidad, la que es tuya
será de amor deshonesto.
Fuiste por monstruo arrojado
al mundo, y en ti se vieron
unirse las ciencias todas
con el poder del infierno.
Tienes un ángel de guarda
que en saludables preceptos
te aconseja lo que es justo,
díputado para esto.
Mas ¡ay de ti en aquel día
que con loco atrevimiento
el ángel que te acompaña
le despreciarás soberbio!
Desde el día en que naciste,

un espíritu perverso,
de los expulsos de Dios,
se apodera de tu cuerpo.
Que así como en Dios habrá
dos naturalezas, siendo
hombre y Dios, en ti se han visto,
por ser contrario sujeto,
ser de hombre y ser de demonio
y de mil demonios lleno,
como lo afirman los santos
y en los profetas lo vemos.
Así lo escribe Daniel:
tú, monstruo del universo,
nacido para castigo
del mundo engañado y ciego;
te concede Dios de vida
solo tres años y medio;
que tus delitos atroces
tienen limitado tiempo,
han de seguir tus pisadas
grande infinidad de reinos,
desde el fiero troglodita
al partho, al scita al hebreo.
Tus delitos serán tantos,
que, conmovidos los cielos,
en el luto de la noche
se cubrirán por no verlos.
Temblará de ti la tierra,
y ella quisiera en su centro
recogerse y encubrirse
por no ver hombre tan fiero.
Viendo en ti disposición,
el concurso del infierno
apoyará tus engaños
para que parezcan ciertos.
Esto ha permitido Dios:
mas de tan grandes secretos,
¿cómo se sabrá la causa
si en su mente están dispuestos?
Así en el Apocalipsis
se halla escrito. Mas yo vengo
para que sepas quién eres
y a explicar tu nacimiento:
tu nombre es Titán; tu patria,

la que sabes que su suelo
desde el principio del mundo
quiso oponerse a los cielos;
y porque antes que venga
Cristo en el día postrero
al universal juicio
que esperan vivos y muertos,
has de dar principio tú
a tus maldades y enredos,
te llamarán Antecristo,
hijo propio del Averno;
quédate, bestia espantosa;
apártate, monstruo horrendo;
y ¡ay de la tierra; que siembras
en ella mortal incendio!

Vuelve el caballo y la tramoya y vuélvese a subir.

TITÁN.

No te vayas de esa suerte;
espera, aguarda un momento;
satisface a mis preguntas
y no me dejes suspenso.
En las plantas de los aires
sube, regiones rompiendo,
y entre esferas cristalinas
oculta el hermoso cuerpo.
Fuese y dejóme confuso;
¡ay de mí! Pero ¿qué temo,
si soy quien gobierna y manda
todo el poder del infierno?
Yo soy Dios, esto es sin duda;
que este valor, este aliento,
si de Dios no fuera, ¿cómo
fuera de tan alto precio?
Y cuando no fuese Dios,
diré que lo soy, haciendo,
para ganar opinión,
prodigios al mundo nuevos.
Espíritu que en mí habitas,
legiones que desde el centro
del abismo a mi defensa
estáis agora dispuestos,
vuestro favor me prestad;
que apoyando en él mi intento,

daré a vuestro caos oscuro
más almas que desde el cielo
angélicas jerarquías
de pensamientos soberbios
arrojó desde las cumbres
aquella espada de fuego.

Sale BAULÍN, labrador tosco, con dos cabestros.

BAULÍN.

¿A quién le habrá sucedido
desgracia como la mía,
que dos asnos que tenía
entrambos se me han morido?

Que pierda un emperador
un ejército de gente,
llevarálo fácilmente
y no parece rigor;

que con su grande poder
será muy fácil suplirse;
mas mis borricos morirse...
¡triste! ¿qué tengo de hacer?

Para aliviar mi cuidado
y afligir más mi memoria,
solo de mi triste historia
los cabestros me han quedado.

¡Ay! ¡Borricos de mi alma!
¿Qué he de hacer yo sin vosotros?
Tan grandes como unos potros,
y aun destos llevan la palma.

Si mi mujer se me ahorcara
del cabestro, bueno fuera,
que también por ella hiciera
lo que otra vez me mandara.

Pero un hombre veo allí:
a hablarle quiero llegarme;
que por dicha podrá darme
lo que sin dicha perdí.

¡Ah! ¡Buen hombre!

TITÁN.

¿Quién me llama?

BAULÍN.

Yo soy: ¿qué hacéis tan suspenso?

TITÁN.

En mi omnipotencia pienso,
en mi crédito, en mi fama;
en mi ser, en mi sustancia,
en la gloria que poseo,

en las virtudes que veo.

BAULÍN. ¡Qué grande es vuestra arrogancia!
 ¿Quién sois y cómo me habláis
de esa manera?

TITÁN. Yo soy
quien al mundo vida doy,
a quien la gente esperáis.

BAULÍN. ¡Oh, qué blasfemia!

TITÁN. Acabad:
yo soy supremo hacedor
del universo; mi amor
obligó a mi majestad
a que descienda del cielo
para ahuyentar los engaños
que padecéis tantos años.

BAULÍN. Que seréis loco recelo.
 ¿Qué dios sois, el sol, la luna?

TITÁN. El dios miércoles o martes,
el que asiste en todas partes
sin diferencia ninguna.
De los ejércitos dios
me llaman en las alturas;
yo crié las criaturas.

BAULÍN. No vi tal dios como vos.

TITÁN. Principio pretendo dar
al engaño que fabrico;
¿cómo te llamas?

BAULÍN. Pasico.
A Baulín no es de engañar;
si vos sois dios, como aquí
decís, ¿no es bien que me asombre
de que no sepáis mi nombre?

TITÁN. Quíselo saber de ti.

BAULÍN. Pues decid, ¿cómo se llama
María, que es mi mujer?
Si lo acertáis quiero ver,
y el crédito de su fama.

TITÁN. Necio, María es su nombre.

BAULÍN. ¡Voto al sol. que lo acertó!

TITÁN. Sí: pero no quiero yo
que de ese nombre se nombre.

BAULÍN. Pero Baulín me han llamado,
y mi nombre ha resurtido
de un caso que ha sucedido,

que es un suceso extremado.

De mi madre, Inés de Huerta,
el barbero, enamorado,
estaba en casa acostado:
llamó mi padre a la puerta;
temióle mi madre en fin,
y en un barril le metió;
nacé a nueve meses yo,
y así me llaman Baulín.

TITÁN. ¿Que es posible que esto veo?

BAULÍN. Pues ¿qué os espanta?

TITÁN. ¡Qué cosas
para un dios tan prodigiosas!

BAULÍN. Y malogro mi deseo.

Dígame, dios, o quien es,
del borrico que es perdido,
si reducirte han podido
estas lágrimas que ves.

Las señas le quiero dar
de ellos, y sepa, señor,
que es un burro de valor
que le pueden envidiar.

En toda la burrería
ninguno como él encuentro:
pues rebuznar hacia dentro
ninguno como él lo hacía.

Es notable mi desgracia,
y tiene, pues lo publico,
un lunar en el hocico
que le da notable gracia.

TITÁN. ¡Mire qué señas tan buenas!

Porque pueda parecer,
grandes cosas has de ver;
suspende, necio, tus penas.

Con tu dicha has encontrado;
feliz te puedes llamar,
pues has podido mirar
al mismo que te ha formado.

Ya tu suerte se mejora:
solo a servirte me aplico.

BAULÍN. Y vuélveme mi borrico,
que es lo que te pido ahora.

Por una parte el PRÍNCIPE de Babilonia con gran acompañamiento, y por otra, LUNA, con

PRÍNCIPE. A tus pies humillado,
glorioso de la dicha merecida,
dueño de mi cuidado,
¡oh Luna hermosa, autora de mi vida,
vuelvo de nuevo a verte,
ufano porque llego a merecerte!

LUNA. Príncipe generoso,
cuyo valor y cuyo esfuerzo es tanto,
que ha dejado envidioso
el mundo, y a los orbes con espanto:
no me niegues tus brazos.

PRÍNCIPE. ¡Dichoso quien merece tus abrazos!
Cuando en el mar tirreno
el Neptuno valor tomó el tridente,
de espanto y perlas lleno,
al nuevo imperio serenó la frente,
y sus inquietas olas
huyeron las riberas españolas.

Las aguas y los vientos
treguas hicieron, y en la paz serena
de acordes elementos,
en perlas transformó Doris la arena
del Calpe al Lilibeo:
presagio de marítimo trofeo.

Los mares del Oriente
a tal serenidad no concurrieron,
y el cristal transparente
turbaron con asombro, cuando oyeron,
que al mal que me importuna
se opone la hermosura de mi Luna.

Y aquellos que preñados
de soberbia, que al límite profundo
aquí viven atados,
romper osaban y anegar el mundo,
cobardes y sin bríos,
el manso curso envidian de los ríos:

fugitivos desean
con alas de cristal correr violentos,
primero que se vean
en sendas divididos, y sangrientos,
cubrir a Asia de espanto,
como otra vez se, vio el mar de Lepanto.

Todo, bella señora,
efecto ha sido de tu bella mano,
que te envidia la aurora
los matices del rostro soberano;
ya me han rendido lauro
desde mi patria al monte de Antitauro.

Esta ciudad famosa
y habitada primero del gran Nino,
Semíramis hermosa,
hace morada de tu ser divino;
triunfa del que delante
si es vencedor, será rendido amante.

LUNA.

¡Oh tú, que en verdes días,
como es la caza imagen de la guerra,
en las espaldas frías
de la difícil y nevada sierra
las fieras fatigaste,
y Adonis de las almas te llamaste!

Si a las selvas amenas,
que del Ganges por montes despreciadas
de flores mira llenas,
ni de este ocio su paz, antes ha dado
tu diestra soberana
envidia a Apolo, amores a su hermana.

Pues ya en selvas desnudas
de flores, y de lienzos coronadas,
el ejercicio mudas,
y rústicas victorias y ensayadas
acciones militares
te llevan de los montes a los mares:

Las montañas hermosas
mira de Babilonia citerea;
fragancia da a las flores:
reino de Adonis fue: Adonis te vea
reinar entre las rosas;
como vio coronadas tus mayores.

El que gozo felice
en los mares del Asia, imperio breve,
a quien el mundo dice
que las nubes dan oro en vez de nieve
y al sol ha dedicado
la estatua que los orbes ha admirado.

de navales trofeos
me prometió tres leños coronados,

y de dulces trofeos
himnos escucho ya en tu honor cantados
del mundo, para darte
intrépido valor al son de Marte.

Los aplausos romanos
renazcan a esta ciudad muerta, y laureles
en tus sienes y manos,
coronen la ruina de infieles,
y rindan a tu pompa
miel Asia, África trigo, armas Europa.

PRÍNCIPE.

¡Oh mudable fortuna!
Suspende ahora tu voltario curso
porque goce a mi Luna;
que tal favor me priva de discurso.

LUNA.

¡Dichosa yo que puedo
gozar mi bien y suspender el miedo!

Digan dentro, y ellos se suspendan como por los aires.

Humanos, oíd, oíd:
ya vino el Dios verdadero.

PRÍNCIPE.

¿Qué voces son las que escucho,
que el silencio de los ecos
rompen, y en voz concertada,
suenan dulces instrumentos,
por los aires divididos?
¿O me ha engañado el deseo?

LUNA.

Miro luces luminosas,
y que en aplausos divinos
están sus cursos suspensos
.....
sacro en los aires.

RUFINO.

Se oyen dulces acentos;
que un Dios ha venido, dicen,
no fingido, sino cierto,
restaurador de los hombres.

PRÍNCIPE.

¿Qué Dios puede ser? No creo
sino en Júpiter y Marte:
estos mis padres creyeron.
Solo lo que ellos me dicen
es lo que adoro y confieso.

LUNA.

Yo no, porque siendo hebrea,
que ha de venir Dios espero,
a quien llamamos Mesías,

y él será remedio nuestro.

Dentro.

Hermanos, oíd, oíd,
ya vino el Dios verdadero.

En diciendo esto, se descubre una cortina, adonde estará TITÁN sentado en una silla, muy galán, con corona y cetro; al lado derecho un niño vestido de ángel, y al otro, BAULÍN de rodillas.

TITÁN. Hombres, sabed que ha venido
el que es autor supremo
de las célicas moradas
de los ángeles eternos.
Alegraos, pues ha llegado
el tiempo en que podáis veros
libres de tantos engaños
en que habéis vivido ciegos.
Dejad la idolatría:
ya viene Dios verdadero:
no soy Dios de crueldad,
no de tremendos preceptos:
el Dios de piedad me llamo,
que perdonando los yerros
cometidos, a mis brazos
con misericordia llevo.

ÁNGEL. ¿Qué dices, monstruo espantable?
¿Dios te llamas, Dios te has hecho?

TITÁN. ¿Qué mucho, si yo lo soy?

ÁNGEL. ¿Qué dices, hombre blasfemo?
¡Tú Dios, siendo un hombre bajo,
de tan bajo nacimiento,
que es el pecado tu padre
y la envidia tus abuelos!
Mira qué dices, y advierte
que solo licencia tengo
de acompañarte hasta tanto
que con loco devaneo,
digas que eres Dios, ingrato.

TITÁN. ¿Pues yo para qué te quiero?
Vete.

ÁNGEL. ¡Ay de ti, pues dejas
de tu guarda el ángel bueno!

Desaparece el ÁNGEL por tramoya.

TITÁN. Humanos, el mismo Dios
que al mundo represento
tengo para dar la vida
a los afligidos pechos.
Pedid, pedidme riquezas;
mirad lo que el pensamiento
apetece, y lo que el gusto;
que a satisfacerle vengo.
Dios me ha enviado a la tierra;
hijo soy del Padre Eterno;
que tanto puede su amor,
que le obliga a estos extremos.
Yo doy hermosura a todos,
yo comunico el ingenio,
a los viejos hago mozos,
satisfago los deseos.
La juventud os daré,
a la vejez la suspendo,
porque todo de mi mano
está rendido y sujeto.

BAULÍN. ¿Hermosura dais, señor?
Mucho me huelgo en extremo
de haber sabido estas cosas,
por ser de ellas mensajero.
No habrá viejo que no quiera
desde este punto creeros,
pues renováis su vejez
y lográis sus pensamientos.
¡Oh cuerpo de tal, conmigo
y qué milagro tan nuevo!
¡Lo que ahorras de cabelleras
y pantorrillas a necios!
No habrá moños en el mundo
aunque se diesen por ellos
un ojo, pesar de mí;
aqueste sí que es Dios bueno.

TITÁN. Ofrecedme sacrificios,
y en holocaustos incienso,
como al dueño universal,
como artífice supremo.

BAULÍN. Tenedle todos por Dios;

que yo afirmo, por lo menos,
que me ha traído estos días
por los desvanes del cielo;
llevándome a aquella sierra,
poniéndome en este cerro,
temiendo ¡pardiez! de dar
en el suelo de cerebro.

Dos borricos que tenía,
uno perdí y otro muerto;
medio vivos ahora están
comiendo que es un contento.

TITÁN. Yo bajo, humanos, al mundo
a satisfacer deseos;
prevenid fiestas, pues vino
quien es el Dios verdadero.

Cúbrese el apariencia.

PRÍNCIPE. ¿Qué extrañas cosas son estas?

¿Qué prodigiosos sucesos?

LUNA. Sin duda que es el Mesías,
¡o felices estos tiempos
que tanta dicha alcanzasen!

Cristianos LIDORO y RUFINO.

LIDORO. Rufino, ¿qué dices desto?

RUFINO. ¿No sabes que los cristianos
que ha de venir entendemos
el Antecristo? Pues este,
con mágicos embelecocos
se hace Dios, sin duda que es
el Antecristo.

LIDORO. Y es cierto;
yo en Cristo adoro, Rufino.

RUFINO. Lidoro, su ley profeso.

Viene MÚSICA cantando y salen TITÁN y BAULÍN.

Música.

Hoy, mortales, que ha venido
el gran Dios de las alturas,
hagan fiestas las criaturas
a tanto bien recibido.

TITÁN.

Pueblos que juntos estáis,
a vuestro Dios recibid,
y mis razones oíd
para que quien soy sepáis.

Yo soy Dios, que piadoso
de los engaños pasados,
para aliviar los cuidados
vengo a la tierra amoroso.

De las cumbres superiores
desciendo para aumentar
vuestro bien, para estorbar
del mundo tantos errores.

Y a los dioses que hasta aquí
adorasteis, los dejad;
que solo a mi majestad
habéis de adorar así.

De circuncidarme vengo
de la gran Jerusalén;
tengo apóstoles también,
con que solo me entretengo.

Amó Cristo la pobreza:
opuesto a Dios es el pobre;
riqueza os daré que os sobre,
yo soy la misma riqueza.

No ha de saber ya senetud:
todo deleite ha de ser;
público haré mi poder,
conocida mi virtud.

Cese el pesar, la tristeza:
solo se aumente el contento:
lógrese cualquiera intento,
gócese toda belleza.
Yo que los cielos crié,
yo que la tierra he formado,
no he de estar más limitado;
que para los hombres fue.

El oro en su vena rica,
la plata, perlas, corales,
la esmeralda, los cristales,
todo a mi gusto se aplica.

Comunicar quiero, humanos,
mis bienes nada avariento;
pedid cualquiera elemento:
reducirse ha a vuestras manos.

Tan grandes mis fuerzas son,
tanto mi poder alcanza;
porque en mí no hay esperanza,
que es todo ya posesión.

No limitaré a ninguno
su gusto, su voluntad;
no hay en mí severidad,
ni a nadie seré importuno.

Mas ¡miserable de aquel
que, rebelde a lo que digo,
pretende ser mi enemigo!
Que no hay tormento cruel
que no le esté aparejado
en pago de su malicia,
porque al rigor de justicia
me verá siempre inclinado.

De rodillas.

PRÍNCIPE. Señor, yo he vivido ciego
ignorando tu valor,
mas ya conozco mi error
y que me perdones ruego.

Si en Babilonia has nacido,
yo soy el Príncipe della,
y en su nombre, a mí y a ella,
que nos disculpes te pido.

TITÁN. Alza, Príncipe, del suelo,
que hasta aquesa humildad
para que tu voluntad
admita.

PRÍNCIPE. Justo es mi celo;
la infanta Luna es aquesta.

LUNA. Humilde llego a tus pies;
justo es, señor, los des
a quien ya se manifiesta
por tu esclava.

TITÁN. Alzad, señora,
y no estéis de aquesa suerte;
la vida me da y la muerte
su vista: el alma la adora.

¡Baulín!

BAULÍN. ¡Señor!

TITÁN. ¿No es hermosa

la Infanta?

BAULÍN. ¡Qué bueno es eso!

Pues un Dios hace ese exceso,
llama tienes amorosa.

TITÁN. ¿Pues quién como yo, Baulín,
puede amar con más razón?

Que pasiones de Dios son
amar, y ama Dios, en fin;
abrasado amor es Dios,
y amo así a la infanta Luna.

BAULÍN. ¿Pues qué pasión importuna
os dará cuidado a vos?

Pero vos queréis hacer
como hacen los señores,
que, hartos de platos mayores,
pasteles suelen comer;

dejad cualquiera recelo,
y sin tantos ademanes,
enviad dos ganapanes
de los ángeles del cielo,
y subid a Luna arriba
y así la podéis gozar.

TITÁN. No es este tiempo y lugar;

cuando mi ley se reciba
y esté por dios adorado,
entonces habrá mujeres,
juegos, deleites, placeres
y el apetito logrado;

pero aún no ha llegado el día:
todo el tiempo lo dispuso.

BAULÍN. A fe que sois dios al uso,
que entráis por hipocresía.

TITÁN. Amigos, agora es tiempo
de que cumpla mis promesas.

Pedid porque los deseos
satisfacción justa tengan;
el crédito de mis obras
ya remito a la experiencia.

PRÍNCIPE. Señor, sucesión pretendo:

dame sucesión que pueda
heredarme.

TITÁN. Hijos tendrás.

LUNA. ¿Podré hacer que mi belleza
se conserve y que de un modo

TITÁN. todas las gentes se vean?
 Sí podrás, yo lo concedo,
(y podrás darme mil penas, *Aparte.*
 que las niñas de tus ojos
 son de mi vida centellas.)

UNO. Yo fui casado, señor,
 con mujer discreta y bella;
 dala vida porque goce
 de sus adoradas prendas.

BAULÍN. ¡Pues lo que has pedido, necio!
 Mujer pides, ¡linda flema!
 Tantos deseos perder
 por una locura es esa;
 ¿qué pretendes? muda intento.

UNO. No puedo, que adoro en ella.

BAULÍN. Pues no la podrás sufrir
 si sabes que cuando quiera
 resucitará.

TITÁN. A tu casa
 te parte; que con inmensa
 riqueza y adornos ricos,
 hallarás tu amada prenda.

UNO. Yo parto luego a buscarla.

Vase.

BAULÍN. Aténgome a la riqueza.
OTRO. Yo, señor, soy jugador;
 dicha quiero con que pueda
 ganar.

TITÁN. Siempre ganarás;
 seguro en tu dicha juega.

Vase.

FABIO. Señor, un hombre me enfada
 que es ignorante, y quisiera
 verle en asno convertido.

BAULÍN. Si es ignorante, ¿qué espera?

FABIO. Deseo verle...

BAULÍN. Ya entiendo;
 que tenga cola y orejas.

TITÁN. Desde luego le verás;
 que está hecho un asno a tu puerta.

*Vase.
Sale una mujer.*

MUJER. Señor, yo en cosas de amor
trato mi gusto, desea
que me amen, y así pido
que todos por mí se mueran.

TITÁN. Desde hoy todos te querrán.

Sale otra mujer.

MUJER. Señor, porque mi belleza
y mi cara se conserve,
deseo tener hacienda;
dame, con que viva honrada,
diez mil ducados de renta.

TITÁN. Yo concedo lo que pides;
ve a tu casa, y en la cueva
cuatrocientos tejos de oro,
cada uno de arroba y media,
hallarás para que vivas
gustosa. alegre y contenta.

Vase.

BAULÍN. ¡Cuerpo de tal! con los tejos
allegarán a las tejas.

¡Bien haya un Dios por arrobas!

LIDORO. Rufino, estas quimeras
son las de aqueste tirano.

RUFINO. Asombro ponen en verlas
engañar pretende al mundo
con industriosas cautelas.

Aparte los dos.

TITÁN. ¿Qué estáis los dos murmurando?
¿En qué aquestos necios piensan?
¿Cómo no me habéis pedido
mercedes, pues se dispensan
para todos?

LIDORO. Los cristianos,
a solo Cristo confiesan.

TITÁN. ¡Que esto sufro, santo cielo,
y que aquestos que blasfeman
no sepulto en el abismo,
ignorante gente ciega!
¿Cómo rebelde a mi amor,
me habláis de aquesa manera?
Entrad luego donde todos
los que me sirven se llegan;
en la mano y en el rostro
sé que me dejan en prendas
de que han de seguir mis pasos;
mas si contumaces niegan
lo que pido, ¡tristes de ellos!
Que están dispuestas mil penas,
mil martirios y tormentos
que a los de Nerón excedan.
Mirad bien lo que decís
y no probéis mi paciencia,
que en castigo convertido
no hay quien remediaros pueda.

Vanse.

Quedan RUFINO y LIDORO.

RUFINO. ¿Qué te parece, Lidoro?
Extraña desdicha es esta:
¿qué habemos de hacer?

LIDORO. ¿No ves
que nadie al martirio llega
menos que por estos pasos?
En tu intento persevera;
que Dios, piadoso señor,
no querrá que aquesta bestia
así devore su pueblo,
así haga guerra a su Iglesia;

RUFINO. Piedad, Señor, y advertid
nuestra mísera flaqueza;
pero los cielos se rasgan.

LIDORO. ¿Qué dulce música es esta?

Descúbrense en dos tramoyas ELÍAS y ENOC.

ELÍAS. Mortales, oíd mis voces:
oiga el mundo su defensa;

no quede el mundo engañado;
que este que por Dios venera
el hombre; cuyas maldades
ya la tierra amedrentan,
tiene por antigua estirpe
a la envidia y la soberbia,
y los efectos que hará
explica su descendencia.
Aquella bestia feroz
que el Apocalipsis enseña,
es este hombre que viene
contra la divina Iglesia.
A mí me llaman Elías
o el celador; no os suspenda
el verme, pues he venido
a la defensa que espera.
Yo soy aquel que a Eliseo
dejé el manto, y en esferas
de volcanes fulminantes
me arrebaté a las estrellas.
Ya se dispone el castigo
del que los orbes inquieta,
porque el justiciero Dios
satisface sus ofensas.
Valor cobrad, y advertid
que el hacedor de la tierra
no se olvida de la culpa
por dilatarse la pena.
Años ha pasé esta vida,
que la voluntad inmensa
dispuso que yo viviese
guardado para esta empresa.
No temáis, que ya he venido
contra esta serpiente horrenda
que nos muestra Daniel,
y Juan en Patmos enseña.
Perseverad en la fe
de Cristo, que es verdadera;
que ya viene el desengaño.
Cristo vive.
Cristo reina.

RUFINO.
LIDORO.

Vuélvese la tramoya y dase fin a la primera jornada.

Jornada segunda

Salen RISELO y FABIO solos.

RISELO. Tan extrañas son las cosas
del nuevo Dios que tenemos,
que todo parece extremos
y sus obras prodigiosas.

FABIO. Yo quedo tan admirado,
que la propia admiración
no tiene comparación
en el modo que en mí he hallado.

 Aqueste hombre que has visto
a quien Titán el gentil,
llaman por nombre sutil,
los cristianos Antecristo,
y los judíos Mesías,
hace prodigios de suerte,
que vence la misma muerte
que da terror a los días.

 Promete a todas y a todos,
cumple lo que ha prometido,
y a aquellos que le han servido
satisface por mil modos.

RISELO. No se halla región remota
que obligada a su favor,
con respeto y con amor
no se le ofrezca devota.

 ¿Qué mucho, si prodigioso
es en sus cosas, Lidoro?

FABIO. Yo confieso que le adoro
por divino y milagroso;
pero advierte que parece
que viene Titán.

RISELO. Él es.
¡Qué furioso está!

FABIO. ¿No ves
que con miralle enmudece?

Sale TITÁN.

TITÁN. ¡Ay de mí, que mi pasión
tanto aviva mi deseo,
que si no gozo de Luna
que he de darme muerte temo!
¿Cómo es posible que yo
esté rendido y sujeto
a una mujer?

RISELO. ¿No reparas
que vierte su vista fuego?
Asombro pone el miralle.

FABIO. Es Dios; no te espantes desto,
y un Dios enojado es cosa
que a los humanos da miedo.

RISELO. Vámonos, Fabio, de aquí,
que con su enojo recelo
que hechos ceniza nos deje.

FABIO. Tu disposición apruebo.

Vanse.

TITÁN. Que este espíritu furioso
que tengo dentro del pecho,
me impide ahora que goce
de aqueste bien que apetezco.
¿Qué importa ser poderoso
y que los cuatro elementos,
a mis goces reducidos,
obedezcan mis incendios?
¿Qué importa que de las nubes
expela mortal incendio,
que envuelto en horror de lumbre,
dé terror al hemisferio?
¿Qué importa que a mi gusto,
a mi altivo pensamiento
sea fácil volver en caos
los estatutos del tiempo?
¿Qué importará que me teman
la tierra, la mar, el fuego
el aire y lo que habita
en los más ocultos senos;
si una pasión amorosa
a quien asisto sujeto,
me vence, y a su rigor
no puedo hallar el remedio?

Si mi ley, si mis mandatos
admitiera el universo,
a la fuerza remitiera
mis atrevidos intentos.
Mas no es esta la ocasión,
aunque sea llegado el tiempo
en que mi ley admitida
consiga así mis deseos.
Pero ¿no soy poderoso?
¿No soy de las ciencias dueño?
Pues remítase a la industria
lo que sin ella no puedo.
La forma quiero tomar
del Príncipe, y con perfecto
rostro y figura engañar
al dueño de quien me quejo.
La industria ha sido famosa;
no tenga el atrevimiento
suspensión, pues el cobarde
pierde su dicha por serlo.
Denme al favor que le pido
las legiones del infierno,
para que pueda con ellas
gozar del bien que pretendo.

Da vuelta una tramoya, a donde estará otro con vestidos parecidos al PRÍNCIPE en todo.

IMAGEN.

Ya en su forma transformado,
gozar de mi Luna pienso,
pues que del Príncipe yo
en nada me diferencio.
¡Oh Luna hermosa y divina!
Yo he llegado a tal extremo,
que vencido de tus ojos
por ellos vivo muriendo.
Suspéndanse mis pasiones,
no corra veloz el tiempo,
que en los cursos de la vida
va arrebatado y ligero.
Que si este bien me concede,
harán un prodigio nuevo,
pues vida me da quien suele
triunfar de altivos trofeos.
Pero aquí viene mi Luna,

que ya he sentido sus ecos.

Sale LUNA.

LUNA.

No venga nadie conmigo,
dejadme sola un momento.
¡En qué felice estado
podré decir que me conduce el cielo!
Pues que ya sin cuidado
y ajena de temor y de recelo,
el Príncipe famoso
me ha concedido el cielo por esposo!

¿Qué bien podrá igualarse
al de gozar su amante aquella prenda
que es tan digna de amarse,
sin que pasión celosa la suspenda,
sino que a la memoria
todo se manifieste de tu gloria?

¡Ay de las horas breves
que así ligeras pasan de corrida!
¡Cielo eterno, no llesves
con paso acelerado nuestra vida;
que en la de los amantes
los días se juzgan por instantes!

Si en el bien que deseo
no puedo tener gusto, ni mis ojos
hacen algún empleo
todo me ofende, todo causa enojos,

.....

pues que siempre a su sol llama el aurora.

¿Dónde está el Príncipe?

IMAGEN.

Aquí,

que como sé de la suerte
que debo, Luna, quererte,
siempre asisto junto a ti.

LUNA.

¡Oh, mi bien!

IMAGEN.

Señora Luna,

muy bien puedo asegurarte
que solo el bien de amarte
da valor a mi fortuna.

Todo el tiempo que viví
sin adorarte, he juzgado
que injustamente ha pasado,
y temo que te ofendí.

Y así que decir podré
que soy amante dichoso,
pues que gozo como esposo
el bien que siempre adoré.

Los que supieren, señora,
este bien, han de envidiar
la gloria de conquistar
prenda a quien el alma adora.

A mí el alma tema y arda,
aunque como os quiero tanto,
su envidia me pone espanto,
su deseo me acobarda;

y es justa razón temer
perder el bien que adquirí.

LUNA.

Si fuera tu dama, sí,
mas no siendo tu mujer;

Príncipe, de modo estimo
este favor que me has hecho,
que ha de quedar satisfecho
tu amor que en el alma imprimo.

Quisiera para quererte
mil almas con que adorarte,
nueva vida que entregarte,
y nuevo ser que ofrecerte.

Deja ese vano recelo
pues conoces mi afición.

IMAGEN.

Si aquesas verdades son,
querré sin querer mi desvelo,
porque mi desconfianza
es tal, que libra un favor
los méritos de su amor,
y mi segura esperanza.

LUNA.

OTRO.

Dame tu mano.

Y con ella,
el alma misma te doy,
que yo tan dichoso soy;
mano hermosa, mano bella,
tanto en adorarte gano,
que con libertad segura,
verán mi buena ventura
en las rayas de tu mano.

Sale el PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.

Famosas flores, que hacéis
la beldad del cielo triste,
donde aquella Luna asiste,
a quien más que al sol debéis.

En vuestras bellas colores
busco su nuevo arrebol;
que jurándola por sol
la hacéis reina de las flores.

Contemplando su belleza,
hallo en aqueste jardín
su blancura en el jazmín,
y en la rosa la pureza.

En la azucena... Mas ¡cielos!
¿Qué es lo que miro? ¡Ay de mí!
¿No soy yo mismo el que allí
me doy a mí mismo celos?

Luna amorosa e ingrata
me aguarda y me favorece.
¿Qué es esto? ¿Mi forma ofrece,
o qué fuente me retrata?

Confuso al discurso dejo
con pena lumbre importuna,
pero si es discreta Luna,
¿qué mucho sirva de espejo?

Ya considero dudoso
que ha habido quien haya estado
de sí mismo enamorado,
no de sí mismo celoso.

OTRO.

Vuelve a decir otra vez,
mi bien, tan dulces amores,
repite, pues, los favores
de que al cielo haces júez.

LUNA.

Solo el Príncipe es aquel
que en mi gracia mereció
lugar.

OTRO.

Goce este bien yo
aunque lo merezca él.

LUNA.

Tú eres, Príncipe, mi dueño.

PRÍNCIPE.

Conmigo está hablando aquí
y ella responde por mí;
esta es ilusión de sueño.

El que al espejo se vio
miráis en transformaciones,
imitadas sus facciones,

pero sus palabras, no.

¡Quién creyera que en el viento
mi pensamiento tenía!
Formar más noche podía,
hallóla mi pensamiento.

Yo fui el mismo, yo que estoy
llorando lo que deseo;
si soy el que allí me veo,
¿cómo el que está allí no soy?

Si es Júpiter que me asombra
con mi sombra, mi furor
sepa el fin de mi rigor,
retrato, apariencia o sombra,
que en este confuso abismo
a mí mismo te prefieres;
dime quién fui o quién eres;
si soy tú, si eres tú mismo.

OTRO.

Fantasma que se transforma
en mi ser sin diferencia,
y Luzbel con apariencia
imagino que conforma.

Qué me quieres? ¿Qué me sigues?
¿Por qué de mí no te alejas?

PRÍNCIPE.

¿Y por qué tanto hoy me dejas
que me buscas y persigues?

LUNA.

Si el pensamiento veloz
puede hacer una figura,
¿como pasa a la figura
ser afecto de la voz?

Discurso la pon, ingratos
de desdenes, que son tales,
que ambos son originales
y ambos parecen retratos.

Pierdan los dos la belleza,
que naturaleza varia,
pues aquí, a su ser contraria,
no varió naturaleza.

Príncipes, si en casos vanos
os forman, sedme piadosos,
aunque para dos esposos
el cielo me dio dos manos.

PRÍNCIPE.

Sombra con cuerpo fingido
que así a castigarme vienes,
humilde a tus pies me tienes:

si no probemos los dos (*sic*)
quién es el más verdadero;
llega a mis brazos, verás
quién de los dos puede más.
Ven, que ofendido te espero,
verás qué venganza doy
al agravio que escuché,
y así quien eres sabré.

OTRO. Con esto sabrás quién soy.

Desaparece solo.

PRÍNCIPE. ¡Oh forma rigurosa,
siempre en mi daño importuna!
¿Por qué invocas la fortuna
tan ingrata como hermosa,
que ya por tanta fortuna
favores, desconfianzas,
frenético en sus mudanzas
las aprendas de la luna?

¿Qué favorecido amante
es este, que convertido
en mi ser ha merecido
tu amor, y porque me espante
de su poder, parte el viento
en arrebatada nube?
Parece que al cielo sube
donde tiene eterno asiento.

LUNA. Siempre el alma imaginó
que eras tú, y fue fuerza aquí
que se pareciese a ti
para que le hablase yo.

¿En qué ocasiones creíste
de mí sospecha celosa?
Pues si me viste amorosa,
contigo mismo me viste.

De su celosa porfía
se ve la ignorancia clara,
que era fuerza que le amara
a quien a ti parecía.

Contigo, Príncipe, hablé,
¿para qué tantos enojos?
Que solo pueden los ojos
engañarse, el alma no.

PRÍNCIPE.

Tanto he temido mi muerte
en fortunas tan extrañas,
que con sabor que me engañas
estoy, Luna, por creerte.

Este es Júpiter, que viene
de tu fama enamorado
y en mí mismo transformado,
que solo el tiempo detiene.

Bien le habías conocido,
y así tu pasión celosa
deslumbras; que es fácil cosa
el engañar un marido.

Yo hasta ahora no lo soy,
mas puesto que el hombre alcanza
el agravio, la venganza
dare a mis desdichas hoy.

LUNA.

¡Dios de Moisés!

PRÍNCIPE.

Quien ofende
con infamia su honor, muera
entre mis brazos.

Sale el ANTECRISTO y le detiene.

TITÁN.

Espera.

PRÍNCIPE.

¿Cómo tu poder defiende,
si es como dices, divino,
tan permitida violencia?

TITÁN.

Vuelvo así por la inocencia:
Príncipe, tu furia vino.

Quien con horribles portentos
admira, acciones previene
quien hizo el cielo, que tiene
para empeño (*sic*) los elementos.

Con fuego hago al cielo guerra,
con viento alboroto el mar,
con agua puedo anegar
con triste espanto la tierra.

¿Nunca el luciente arbol
del cielo turbado viste?
¿No has visto a la luna triste?
¿No has visto sangriento el sol?

¿Vivir los helados muertos
contra leyes naturales?
Pues si con prodigios tales,

si con milagros tan ciertos
mi divino ser ignoras,
tú que idolatras gentil
a Júpiter, y a otros mil
mentidos dioses adoras,
si tú con locas porfías
llamas al Dios de Moisés,
y no crees que este es
su prometido Mesías,
que conozca cuando alcanza
el poder que así me niega,
viendo como a un tiempo llega
el milagro y la venganza.

Yo tu figura tomé
para que veas que puedo
en varias formas dar miedo:
al mundo castigo fue
del honor con que negaste
la rendida adoración,
que pretendo: aquestos son
los milagros que dudaste.

Para que en esta acción veas
siendo tu imagen testigo,
el milagro y el castigo
porque me adoras le creas,
que yo solamente soy
el autor de tierra y cielo.

PRÍNCIPE.

Y rendido por el suelo
santa adoración te doy.

LUNA.

Y ya las lágrimas mías
por Dios te publicarán.

PRÍNCIPE.

Sin duda este es el Titán.

LUNA.

Sin duda este es el Mesías.

Vanse todos y quédase TITÁN.

TITÁN.

Si de haberme transformado
la intención no se ha seguido
por lo menos ha servido
de que me hayan adorado.

No sé qué nuevo furor
ahora el pecho recibe;
mientras el Príncipe vive
no puedo gozar su amor.

Pues muera el alma cruel;
dos gustos rinde a mi estrella:
uno es el gozarla a ella,
y otro es el matarle a él.

Y llegado a ponderar,
aunque se ofenda el amor,
en mí fue el gusto mayor,
no sé cuál se ha de estimar.

En estas crueldades fundo
la gloria en que puedo verme,
mas aguardaré hasta verme
dueño absoluto del mundo.

Que entonces a mi albedrío
no habrá con qué resistille;
que yo, para destruille,
de una vez le he de hacer mío.

Con nuevas admiraciones
Babilonia está asombrada,
viéndose otra vez poblada
de trajes y de naciones.

En tan varias lenguas corre
su nombre, que se estremece
la tierra, porque parece
que sube otra vez la torre.

A voces el bien suspenden,
y porque más te eternicen,
con saber lo que te dicen
el mismo nombre te den.

Desde donde el Norte enfría
las aguas que el sol ignora,
y la memoria que dora (*sic*)
asistiendo eterno el día,
vienen a dar a millares
sacrificios a tus plantas,
labrando imágenes santas
en suntuosos altares.

Con tu licencia entrarán
de todos embajadores,
esos divinos honores
justamente se me dan.

Los que a verme han alcanzado
y la gloria de mirarme;
que todos han de adorarme
en éxtasis elevado.

Salen el PERSA y el ALEMÁN.

PERSA.

La fama de tus milagros
y tu prodigiosa vida
llegó, nuevo Dios, a Persia,
donde, siendo conocida
tu santidad, te adoraron,
y a mí en su nombre me envía
con una estatua de oro
para que el alma ilustra (*sic*)
a tu adoración y tal,
que llaman los alquimistas
alma en el oro le hallara,
en este por esta vía.

ALEMÁN.

Alemania, que suspensa
por tal noticia admirable,
fama inmortal te venera
y nuevo Dios te publica.
De tus milagros te adora
tu majestad por divina,
de tu virtud obligada
ya de sus armas vencida,
y en las minas de marfil
sus perfecciones imita
tales de pincel, que tuvo
la naturaleza envidia.

Sale el ROMANO.

ROMANO.

Roma es cabeza del mundo;
temerosa de las iras
de tu vengadora mano,
hoy a tus plantas se humilla,
y por feudo conyugal
una lámpara, que quita
la luz al mundo, pues con ella
desmiente la noche el día.
Esta envía y un tesoro
dotada, para que asista
por obligación en tu altar
eternamente encendida.

Sale ETIOPÍA.

ETIOPÍA.

Etiopía, cuya fe
en estatuas eterniza,
porque inmortal en sus cultos
como en sus imperios vivas,
en aroma te presenta
de Sabá olores que impriman
en caracteres de humo
tu nombre en muertas cenizas.

Francia.

FRANCIA.

Francia, cabeza de Europa,
en tu alabanza ufana
un rico templo levanta,
cuya majestad altiva
para a sí hacerse lugar,
nubes y vientos retira,
y de mármoles y jaspes,
bases y columnas lisas,
para que puedan fundar
máquinas que arruinan
la tierra, que el cielo asalta,
y en él se pierden de vista.

Sale ESPAÑA.

ESPAÑA.

Ya te adora y te conoce
España, fértil provincia,
por Dios de todas las lenguas,
por Dios de las maravillas,
a donde te sacrifica
con inmortales aplausos,
y ahora a tus pies rendida,
bordadas de varias sedas
por colgaduras te envía,
donde la curiosidad
suple el oro a la codicia.

Salen la INDIA y EXICIA.

INDIA.

Sal, hermosa emperatriz
del Oriente, donde el día,
con la asistencia del sol

más bello, se comunica:
de tu deidad obligada,
queda de tu poder rica;
humildemente te adora,
y santamente te estima
por hombre, por rey, por Dios:
con divinos sacrificios,
manchó las aras más limpias,
y de sus fértiles cedros
desciende, quiere que conciba (*sic*)
el sol claro que engendra
parto feraz de sus minas
.....
que el mismo sol imagina,
que en su ausencia se pasaron
a Babilonia las Indias;
no por minero [?] te ofrece
las perlas y piedras ricas,
que para poder contarlas
no tiene el tiempo medida.

EXICIA (*sic*).

Santo Dios de Babilonia,
cuyas grandezas publica
en mudas lenguas la mar,
con sordas voces el día;
tú que los cielos asombras,
tú que a los hombres admiras,
y dando espanto a los vivos,
tú que en tenebrosa noche sepultas,
tú que diversos lugares (*sic*)
el claro sol y día ocupas
a una hora misma por palabra
el sol en varias formas parece,
y la luna y diosas,
porque en todo asistas,
hoy a tus plantas por mí
se mira mi reina Exicia,
y por humildes primicias
a tus altares ofrece,
para su adorno, las finas
púrpuras que en fitaros [?]
tejen en Alejandría.
Ella quisiera que fueran
las estatuas de oro ricas,
las ánimas de marfil,

lámparas que siempre vivan.
Los aromas de Sabá (*sic*)
para que en el fuego sirvan,
los pórfidos de alabastros,
jaspes y columnas lisas;
los diamantes en sus ruinas,
y corales, plata y oro,
no arrancados de sus minas;
mas con humilde deseo
todos juntos te suplican
que como Dios solamente
las voluntades recibas.

TITÁN.

Persia, Francia, Alemania bella (*sic*),
gallardo español y Exicia
hermosa, Roma altiva,
Etiopía, Adasto (*sic*), India,
yo soy vuestro Dios supremo,
a quien ya se sacrifican
aroma, incienso y saúco,
pues a mi deidad se debe
como autor de la vida (*sic*)
tan agradecido estoy
a la ofrenda recibida,
que satisfacer pretendo
su memoria; hoy se eterniza
su nombre; pedid, naciones,
porque con ofrendas ricas
os satisfaga; adoradme,
cantad versos, haced rimas.

UNO.

¡Viva el gran Titán!

TODOS.

¡Viva!

Suena música, y desciende del trono con gran majestad; estando todos de rodillas, entra TITÁN y los embajadores tras él. Y por otro lado sale LUNA y detiene a la INDIA y a EXICIA, y quédanse las tres solas.

LUNA.

Exicia, espérate un poco;
que tu hermosura divina
a ociosidad me mueve,
por ver prenda que es tan linda;
y tú también no te vayas,
detén el paso, bella India,
déjame ver tu belleza
quien tiene partes que admira.

EXICIA. ¿Qué puede haber en Egipto
que a tu hermosura no rinda
sus trofeos?

INDIA. Luna hermosa,
yo soy de ese bien indigna,
porque tu hermosura hiere
a las estrellas que miran
los efectos de tu voz;
hasta en el traje se explican
vuestras partes soberanas.

EXICIA. ¡Qué favores!

INDIA. ¡Qué caricias!

Sale BAULÍN.

BAULÍN. Luna hermosa, pues a tantos
Titán da satisfacción,
yo quiero en esta ocasión,
sin ser nadie de sus santos,
ser del cielo alguna cosa.

LUNA. ¡Oh, Baulín! Seas bien venido;
yo de Titán he sabido
que su mano poderosa
ha de ser muy liberal
contigo, y que ha de hacer
signo del cielo.

BAULÍN. Y de ser,
si es cosa que no está mal (*sic*).

LUNA. Pues dime a lo que te inclinas:
¿quieres ser planeta o astro?

BAULÍN. Yo no pretendo ser rastro.

LUNA. Pues cosas hay peregrinas.

BAULÍN. Y fuera bellaquería,
pues dirás cuando me encuentres,
ser purgatorio de vientres
o cambio de tripería.

LUNA. Ahora bien: allá en el cielo
hay doce signos ahora;
puedes escoger.

BAULÍN. Señora,
para tu favor apelo;
nómbralos tú.

LUNA. Serás león.

BAULÍN. Serélo de mala gana,

que tiene el león cuartana,
y así no será razón
que eso escoja, que en el cielo
no hay doctores.

LUNA. Serás Libra.

BAULÍN. De eso, señora, me libra;
otros senos hay mejores.

LUNA. Serás Tauro.

BAULÍN. ¿Yo?

¿Qué es Tauro?

LUNA. Toro.

BAULÍN. Eso no.

¿Toro quieres que sea yo?

¿No ves que me perderé?

En aquel tiempo pasado
era muy bueno ser toro,
porque valía un tesoro;
mas ya hay toros al fiado.

LUNA. Pues Escorpión podrás ser.

BAULÍN. Eso no, murmurador
guarda afuera.

LUNA. ¡Lindo humor!

Cáncer podrás escoger.

BAULÍN. Y de ser enfermedad
no me agrada.

LUNA. Acuario, sí.

BAULÍN. ¿Eso me dices a mí?

No me tienes voluntad.

Dáselo a un laberinto.

LUNA. ¿Y Aries?

BAULÍN. Aries tampoco.

LUNA. ¿Capricornio?

BAULÍN. Estoy loco.

LUNA. Pues sí quieres [?].

BAULÍN. Pues no quiero.

LUNA. Sagitario es bueno.

BAULÍN. Yo

ser Sagitario no quiero.

LUNA. Quieres Géminis, espero.

BAULÍN. Ser Géminis, eso no;
no soy yo común de dos,
no quiero estar dividido.

LUNA. Pues ¿qué ha de ser?

BAULÍN. Eso pido;

decidlo, señora, vos.

LUNA. Pues solo Virgo ha quedado.

BAULÍN. Aun sirgo bien puede ser;
mas ¿cómo lo han de creer,
si ningún sirgo han hallado
él y el fénix? Dicen todos
que lo hay. ¿Cómo podré
ser sirgo?

LUNA. Yo no lo sé;
mas a Dios no faltan modos.

BAULÍN. Ya de mi ser me despojo.

LUNA. Tú mudarás tu fortuna.

BAULÍN. Ahora bien, señora Luna;
digo que ser sirgo quiero,
hoy he de ser inmortal
Dios.

LUNA. ¿Vaste?

BAULÍN. ¿Qué he de ir?
Voy a decir a mi mujer
que soy sirgo virginal.

Vase.

LUNA. Gracioso Baulín ha estado.

EXICIA. A mí risa me ha movido.

Oye, que siento ruido:
el Dios se ha manifestado.

Salen TITÁN y el PRÍNCIPE.

TITÁN. Yo no puedo sufrir que mis pasiones
me aflijan tanto; ya estoy adorado,
ya desde el uno al otro contrapuesto polo (*sic*)
respetan mi poder, todos me temen;
agora es tiempo de gozar mi Luna,
pues no puede mi crédito perderse;
pero ella está aquí. ¡Oh Luna hermosa!
Ya se ha llegado el día en que tu suerte (*sic*)
ha de gozar de estado más felice,
que obligado al amor con que me tratas
me he de casar contigo.

LUNA. ¡Dios inmenso!

¿No ves que soy casada?

TITÁN. Eso ¿qué importa?

Mataré a tu marido.

LUNA. No permitas

PRÍNCIPE. tanto rigor con mi adorado esposo.
 Señor, pues sabes tú que fui el primero
que te adoré, agora es bien me hagas
favor.

TITÁN. De modo estoy dispuesto a hacerlo,
que vida eterna solicito darte
quitándote la vida. Hoy ha llegado
el día de tu muerte.

Mátale.

PRÍNCIPE. ¡Santo cielo!
 ¡De este rigor a tu clemencia apelo!

Vase.

LUNA. Señor, ¿qué has hecho?

TITÁN. ¡Luna de mi vida!
di la muerte a tu esposo, porque quiero
eternizar tu vida de esta suerte.
¿No ves que así le libro de la muerte?
Sentémonos aquí.

EXICIA. No lo consientas,
que no parece bien estar sentado
con tres mujeres.

TITÁN. Todo es permitido
a Dios; sentaos, sentaos las tres al punto;
yo lo consienta agora, éste es mi gusto;
no os dé nada cuidado, que cercado
estoy todo de ángeles; ninguno
podrá entrar; acá dentro todo es gloria;
la omnipotencia de mi ser divino,
de amantes jerarquías serafines
eternamente asisto circundado;
invisibles estamos, y a la puerta
está Valin (*sic*); dejad el temor vano,
pues todo está pendiente de mi mano.

Hace que habla y se entretiene con ellas, y sale ELÍAS con hábito y con saco.

ELÍAS. Suspended, suspended los ciegos gustos;
que ya ha llegado el tiempo de advertiros
que se han de convertir en más disgustos
que aliento humano puede preveniros.
Las torpezas injustas, los injustos
términos expeled, y con suspiros

los pecados llorad, y el mundo advierta
que hay Dios, que hay muerte cierta.

¡Oh ceguedad extraña de la gente,
que en quinientas aflicciones engañadas,
olvidan al Autor Omnipotente
por quien es el autor de los pecados!
¡Oh! ¡Cuán piadoso es Dios, pues que consiente
apetitos que son desenfrenados,
teniendo siempre abiertos para el hombre
pecho amoroso y atractivo nombre!

¿Qué encantos, qué palabras, qué aflicciones
así os tiene ocultados los sentidos?
¿Que crédito no dais a mis razones?
¿Que estáis como los áspides dormidos?
Babilonia, que siempre a confusiones
aspirando sus hijos pervertidos,
vuelve a Dios, no quieras que con tu llanto
tenga la tierra universal espanto.

Y tú, bestia feroz, que así engolfado
en tus vicios estás, teme la muerte,
si en la piadosa mano confiado,
te atreves a ofendelle desta suerte,
no del sulpicio (*sic*) estás enajenado:
a tu fatal destino atento, advierte
que el aire se dispone a hacerte guerra,
el fuego con las aguas y la tierra;

¡qué vida para Dios con tres mujeres
en tus brazos, te pones y te aplicas!
Tú sí que del pecado único eres
hijo voraz que a él te sacrificas.
¿Qué bárbaros deleites, qué placeres
son los que gozas, que tu ser explicas,
que por los gustos a que estás rendido
se puede conocer cómo has vivido?

Descienda el fuego, el aire se suspenda,
altérese la mar, la tierra gima,
de Jezabel los perros sean su tienda,
y su hambre rabiosa en él se imprima;
el polo superior mi voz atienda,
que la celeste cumbre en él arrima,
pues que se opone al sempiterno Cristo
esta bestia, este monstruo, este Antecristo.

Levántase TITÁN de donde está sentado, y dice:

TITÁN.

¡Que estos entrasen aquí,
que me hablen desta manera,
siendo soberano autor
de las lúcidas estrellas!
¡Rayos destruyan las nubes
en espantosa violencia,
que en el ánimo sepultan,
pues de mi nombre no tiemblan!
La estrella mayor del cielo
de su eclíptica descienda,
desencájese la luna,
teman todo los planetas,
pues los hombres a su Dios
desta manera blasfeman,
que con loco atrevimiento
se oponen a mi potencia.
¿Sabéis quién soy, gente vil?

ELÍAS.

Del autor de las tinieblas
un traslado, que a su Dios
la veneración le niega.
Tú, que mataste a tu madre,
y con extraña violencia
hiciste el cuerpo sepulcro
de su mísera tragedia,
el demonio que en ti habita
te da atrevimiento y fuerza;
porque como en Cristo estaban
juntas dos naturalezas,
de hombre y Dios, ¿por qué herejía
un opuesto a su clemencia,
de hombre y demonio también
otras dos en ti se encierran?

TITÁN.

Yo soy Dios.

ELÍAS.

¡Calla, atrevido!
Que es Cristo solo el que reina,
el que nació y murió,
el que vive vida eterna.

TITÁN.

Hombre fue el que nació
en un pesebre entre bestias.

ELÍAS.

Dios es, pues, que las alturas
de su venida dan nuevas.

TITÁN.

Hombre fue, pues que ha nacido
con tan inmensa pobreza.

ELÍAS. Dios es, pues reyes de Oriente
le adoran y le veneran.

TITÁN. Hombre fue, pues le dan mirra,
de la tierra propia ofrenda.

ELÍAS. Dios, es, que incienso le ofrecen,
de Dios aroma sabea.

TITÁN. Hombre fue, pues se perdió,
y llora su Madre tierna.

ELÍAS. Dios es, pues dentro del templo
hallan que sabe y enseña.

TITÁN. Hombre fue, pues que en el huerto
la muerte temió que llega.

ELÍAS. Dios es, pues ángeles santos
le confortan y celebran.

TITÁN. Hombre fue, pues le faltó
lo que la vida sustenta.

ELÍAS. Dios es, pues hace milagros
y gentes varias sustenta.

TITÁN. Hombre fue, pues en el templo
le maldicen y apedrean.

ELÍAS. Dios es, pues siendo ofendido,
por el que le ofende ruega.

TITÁN. Hombre fue, pues le prendieron
y a la muerte le condenan.

ELÍAS. Dios es, pues estando preso,
maravillas hace inmensas.

TITÁN. Hombre fue, pues le dan muerte,
y se cumple la sentencia.

ELÍAS. Dios es, pues que resucita
con inmortal excelencia.

TITÁN. Hombre fue, pues la nación
no cree, no le sigue y deja.

ELÍAS. Dios es, pues el universo
su majestad reverencia.

TITÁN. Hombre, pues en pecadores (*sic*)
tiene fundada su Iglesia.

ELÍAS. Dios es, pues ensalza humildes
y derriba la soberbia.

TITÁN. Hombre fue, pues en el mundo
padebió tantas miserias.

ELÍAS. Dios es, pues que le redime
y al lado de Dios se asienta.

TITÁN. Hombre es, pues hace milagros
opuestos a mi grandeza.

ELÍAS. Hombre es, pues que en su nombre
castigaré tu insolencia.

ENOC. Advierte, monstruo del mundo,
que aquesta es la vez primera
que dices verdad, aunque eres
padre de mentira horrenda;
porque como Cristo tuvo
entrambas naturalezas,
fue Dios y hombre también.

TITÁN. Hombre puro fue.

ENOC. Es blasfemia.

TITÁN. No puedo sufrir ya más
tan atrevidas respuestas,
que fiado en mi piedad
me incitan desta manera.
Acrediten mis milagros
las verdades que se muestran,
o con (*sic*) mis obras.

ELÍAS. En virtud
de Satanás que en ti reina,
con engaños y traiciones
a esta gente loca y ciega
engañas, mas yo, fiado
en esta insignia. que llena

Saca una cruz.

está de inmensas virtudes,
a tu mágica, a tu ciencia,
he de vencer; que esta cruz
ha de aniquilar tus fuerzas.

TITÁN. ¡Qué miro, que en este palo
hallo oposición tan nueva!
Y temo que aquesta gente
que los he engañado infieran.
La industria podrá valerme,
Luna hermosa, Luna bella;
espera, ¿dónde te vas?
¡No te acobardes, no temas,
que aquel palo que allí ves
las mágicas excelencias
del antiguo Egipto incluye;
pero yo haré, porque veas,
que estos quieren engañarnos,

que ahora el Príncipe venga
resucitado, y que diga
que es mi potestad inmensa;
y aunque veáis que me espanto,
no os admiréis porque vean
que sufro sus liviandades,
porque admiren mi paciencia.
Príncipe, de donde asistes
te mando que hoy a la tierra
vuelvas y digas quién soy.

Sale por debajo del tablado la imagen del PRÍNCIPE.

IMAGEN. Supremo autor ¿quién te niega,
siendo Artífice divino
de soberana excelencia?

LUNA. Este es mi perdido esposo.

ELÍAS. Espíritu que en tinieblas
asistes y en sombra vana,
y con fingida apariencia,
vienes a engañar al mundo,
que le has engañado vea;
y en nombre de Jesucristo,
el muerto Príncipe vuelva,
y la verdad se declare.

Sale el PRÍNCIPE, y en diciendo estos versos, se entre.

PRÍNCIPE. Divino y santo Profeta,
tú predicas la verdad.

Vase.

ELÍAS. Pues ahora, porque entiendan
los que presentes se hallan
su engaño, a la eterna pena
vuelva esta sombra al instante.

IMAGEN. Voy a mi obscura caverna.

Húndese.

TITÁN. Perdido soy si prosigue;
aprovéchenme mis fuerzas:
ministros, matad aquestos

ELÍAS.

hoy; Elías, Enoc, mueran.

Moiremos porque el mundo
resucitados nos vea.

Llévanlos y vanse por su orden.

Jornada tercera

Salen CAMILO y FABIO y los dos gentiles.

FABIO. Hoy se cumplen los tres días
en que prometió Titán
que todos los que aquí están
verán que sus profecías
tendrán efecto debido,
porque ha de resucitar
después de muerto.

CAMILO. Dudar
deste suceso he podido;
pero él lo certificó
de tal suerte, que imagino
que ha de cumplirlo.

FABIO. Es divino,
y así no lo dudo yo,
porque maravillas tantas
como hemos visto, acredita
su opinión.

CAMILO. Gente infinita
adoraron a sus plantas.

FABIO. Resucite si pretende
que crean todos en él.

Salen LIDORO y RUFINO.

LIDORO. Hoy prometió aquel infiel,
que a Dios atrevido ofende,
que había de volver al mundo.
¡No lo permitáis, mi Dios!

RUFINO. Y aunque sois piadoso vos,
hoy le sepulte el profundo.
Sacro Señor, que por mí
tantas penas padeciste
desde el día que naciste,
y la causa dellas fui,
¡no permitáis que hoy así
este segundo Luzbel
cumpla lo que dicen dél!

Antes, para vuestra gloria,
no haya en el mundo memoria:
todo se oculte con él.

Bastan, Señor, tantos males
como el mundo ha padecido,
que este tirano ha tenido
engañando los mortales;
a vuestras plantas reales
llegan, Señor, los cristianos,
que esperan de vuestras manos,
como prometido habéis,
los favores que soléis
dar con liberales manos.

RUFINO. Piadoso padre y pastor
de las ovejas perdidas,
hoy aclaman nuestras vidas
a vuestro inmenso valor:
cese, Señor, el rigor;
y pues sois padre piadoso,
aqueste monstruo espantoso
oculte la triste tierra,
porque no haga más la guerra
al lucido Sol hermoso.

FABIO. Música pienso, Lidoro,
que suena, y si resucita...

LIDORO. Entre la gloria infinita,
solo digo que le adoro.

Suena música.

Dentro:

Hoy resucita Titán,
si anteayer muerto le visteis.

Aparece TITÁN arriba, en una media nube, como resucitado, y suena música.

TITÁN. Estad todos atentos
y mi nombre reverencien
los reinos distintos
y las más remotas gentes;
tres días ha que dije
que de la tierra ausente
y muerto por tres días
en las cumbres celestes

había de asistir,
y que glorioso vieses
a la parte humana
triunfando de la muerte.
Muerto y resucitado,
¿qué esperáis ofrecerme
ovación y holocausto,
pues a mí se me debe?
Yo descendí al infierno,
donde perpetuamente
han de ser castigados
los que han sido rebeldes.
Saqué de allí las almas
que han asistido siempre
con la justa esperanza
que han tenido de verme.
Comuniqué mi gloria
haciendo que ascendiesen
con mi propia virtud
al lugar eminente.
De allí, con ellos, luego
los cielos se suspenden,
porque pisan mis plantas
sus adornados tapetes;
gozándome a mí mismo
con himnos y motetes,
celebrando mis hazañas
y mis obras excelentes.
A la gloria di la gloria,
porque solo con verme,
sus delectables gustos
he querido que aumenten.
Los ángeles suspensos
que me acompañan siempre,
con incesables voces
me aclaman como agente.
Nací, como Cristo,
en un pobre pesebre
propio para animales
y propio para reyes.
La verdad y el engaño
¡cuan mal se compadecen!
Y en nacer y en morir,
es bien se diferencien.

Yo he cumplido, mortales:
resucité igualmente
el día señalado,
para gozarme y verme.
No me fiáis glorioso [?]
de luz resplandeciente,
todo recreado, ahora
sí que podéis creerme.
A la tierra desciendo
a signarse (*sic*) la gente,
pues su hacedor inmenso
rayos de vida vierte.
Satisfaced las dudas;
que milagros solemnes
han siempre conmovido
los pechos más rebeldes.
Gocen ya los humanos
al que piadosamente
para vida del hombre
a la tierra descende.

RUFINO. Todos a Titán
por omnipotente
tienen.

FABIO. Y mueran (*sic*)
los que en la Cruz creen.

Desciende por un artificio al tablado e híncanse de rodillas todos, y sale BAULÍN.

BAULÍN. ¡Oh, señor Tristrás!
Mucho huelgo verle,
que entre los desvanes
ya se va y se viene.
Diga dónde ha estado;
qué fiesta solemne
ha visto en los cielos,
qué talles de gente;
que lleno de gloria
de arriba descende.
Si anda trastejando
¿qué quiere que espere?
Guárdese, no caiga;
porque siempre suelen
los de aqueste oficio
quebrarse las sienas.

¿Ha visto a mi sirgo?
¡Quién pudiera verle!
Que hay heredos [?] de ellos
como de inocentes.
¿Qué hay de taberneros,
que he pensado siempre
que andan en las nubes
porque llueven siempre?
¡Señor, castigadlos!
que ya no hay quien pruebe
moza o vino puro.
y dan gato por liebre.

TITÁN. Ya vuestras desgracias
es razón que cesen,
pues siendo el ungido
me tienes presente.

Sale FABIO.

FABIO. Señor, tus criados,
por agradecerte
tantos beneficios,
tan inmensos bienes,
deseosos todos
de servirte, ofrecen
a Elías y a Enoc
a tu mano fuerte.
A la puerta esperan;
tu licencia quieren
si entrar les permites.

TITÁN. Diles luego que entren:
veránme mudado;
rigores crueles
harán sinrazones;
de poder carecen.

Sale gente que trae a ELÍAS y a ENOC presos, y dos niños.

CAMILO. Aquestos tiranos;
por inobedientes;
porque han despreciado
tus mandatos, vienen,
a tus pies rendidos.

TITÁN. ¿No miráis, vil gente,

que de mi poder
ninguno os defiende?
¿No miráis que Cristo,
que engañado os tiene,
no viene a ayudaros?
¡Qué engaños crueles!
Os quita el sentido,
recordad no esperen
mi rigor las almas,
pues a ellas se extiende
mi poder inmenso.
¿No miráis, rebeldes,
que morí y que vivo
puede el mundo verme?
Pues este milagro,
¿no miráis que excede
al que en el Tabor
fantásticamente
quiso, con engaños,
que algunos le viesen?
Yo soy vuestro Dios
tan omnipotente,
que tengo en mi mano
la vida y la muerte:
escoged y gozad
la vida que ofrece
mi piadosa mano.

ENOC.

¡Bárbaro, insolente,
qué ciego te traen
tus vanos deleites!
No cierres los ojos,
que el tiempo es tan breve
que tienes de vida,
que presto has de verte
en el hondo abismo,
conforme tu vida,
pues a Dios te atreves (*sic*).
Tú eres aquel monstruo
que tiene en la frente
diez cuernos que Juan
de vista excelente,
vio salir del mar.
¿Por qué pretendes
ser Dios, pues que sabes

como en todo mientes?
TITÁN. Pertinaces viejos,
indignos de verme
y hablaros piadoso,
¿cómo ya no viene
ese Cristo vuestro
que en pobres pesebres
nació, y que murió?
Hoy veréis si puede
de mi gran poder
libraros, infieles.
¿De qué os aprovecha
que así, ciegamente,
rebeldes y locos
estéis de esa suerte?

ELÍAS. ¿No miras, tirano,
que mi Dios nos tiene
prevenido el lauro
del martirio, y quiere
que tú el instrumento,
seas de la muerte?
A muchos cristianos
tus mágicos viendo
que al mundo suspendes
reducido habemos,
pero ya que pueden,
firmes en su ley,
contra ti oponerse,
Dios nos ha llamado,
y mártires quiere
conducir al Cielo,
a donde nos premie
con eterna gloria,
con eternos bienes.

ENOC. A Elías y a Enoc
escuadras celestes
están aguardando.

TITÁN. ¿Cómo estos no mueren?
Maldos al punto,
tormentos crueles,
padezcan, y vean
que el que a mí se atreve,
con penas terribles
muere desta suerte.

NIÑO 1º. Elías divino,
 santo Enoc fuerte,
 no nos dejen, padres,
 en años tan breves,
 que si de su amparo
 las gentes carecen,
 no es mucho que a Dios
 los cristianos dejen.

NIÑO 2º. No se vayan, padres;
 a mi Dios le rueguen
 que aqueste tirano
 castigue, pues puede.

ELÍAS. Mis hijos amados,
 hoy los cielos quieren
 a nuestros trabajos
 dar descanso alegre;
 enjugad los ojos
 que lágrimas vierten;
 que el piadoso Dios
 mira por sus fieles;
 Él os acompañe,
 rogalde, ofrecelde
 la vida, que Él mira
 por los suyos siempre.

TITÁN. Llevados, ministros,
 y con fiera muerte
 paguen su delito.

ELÍAS. Cuando el cuerpo pene
 no importa; ¡ay del alma,
 porque siempre muere!

TITÁN. Pues no me adoraron,
 mis castigos prueben.
 A los que atrevidos
 a mis sacras leyes
 rebeldes desprecian,
 y no me obedecen,
 su infame osadía
 castigo con muerte:
 horcas se levanten,
 cuchillos se templen,
 prepárense luego
 resinas y aceites,
 patíbulos crueles;
 ninguno se perdone,

a nadie reserven,
pues ya mi piedad
en rigor se convierte;
solo soy dios supremo,
solo a mí se me deben
en supremos altares
sacrificios solemnes.

NIÑO 1º. Pues ven acá, hipocritón,
que al Cielo te has atrevido,
¿piensas que no hemos sabido
tu infame generación?

NIÑO 2º. ¿Pues cómo te has hecho dios,
bellaco, embelecador,
contra el divino Señor
que nos da lengua a los dos?

¿No ignoran los que aquí están
tu villano nacimiento,
y que eres vil instrumento
de aquella tribu de Dan?

NIÑO 1º. Pues tu madre ya sabemos,
como cosa manifiesta,
que fue mujer deshonesto
y de tan viles extremos,
que con tu padre trató,
de quien fuiste concebido,
y siendo padre y marido,
un monstruo cual tú formó;
y no contento tampoco
del delito de tu padre,
has gozado de tu madre,
negando a Dios como loco.

NIÑO 2º. Miren aquí quien quería (*sic*),
que si Dios ha permitido
que vivas como has vivido,
que no siempre lo consiente.

Ya los tres años y medio
que Dios te ha dado de vida,
se cumplen, fiero homicida,
y así no tendrás remedio.

NIÑO 1º. Tú eres de quien Daniel
habla y dice tus maldades,
que envuelto en tus liviandades
asistes, monstruo cruel.

Cumplióse la profecía

del justo y santo Profeta,
y la que Juan interpreta
cuando en Patmos asistía.

Al infierno bajarás,
donde *in aeterno* te quejes.

NIÑO 2º.

Monstruo de los herejes,
aquí, aquí, te anegarás.

TITÁN.

Matad luego estos villanos,
¡oh bárbaros atrevidos!
¿Cómo, ajenos de sentidos,
con pensamientos tiranos,
os atrevéis a mi ser?
¿En qué tenéis confianza?
¿En qué libráis la esperanza,
si no fuera en mi poder?

Dejad todas vuestras leyes,
cese todo el cristianismo,
ya no ha de haber más abismo,
yo soy el rey de los reyes;
no haya más circuncisión,
y el fuego que se alimenta
se apague, que solo intenta
mi ser justa adoración;
no ha de haber más ley que una,
y esa en adorarme estriba;
aquesta aumento reciba,
no pende de otra ninguna.

Ya toda ley se deroga,
solo me adoren a mí;
igualmente aborrecí
la Iglesia y la Sinagoga.

UNO.

Pues, señor, ¿no prometiste
que no se había de entender
lo que nos mandas hacer
cuando ley estableciste
de adorarte? Con nosotros,
¿cómo haces lo que no es justo?

TITÁN.

Porque quiero, porque gusto.
¿Pues quién os mete a vosotros
con lo que hago? ¡Callad,
cumplid todo lo que digo!

OTRO.

El cielo será testigo
de tan extraña maldad.

Vanse todos, y queda BAULÍN solo.

BAULÍN.

Desde hoy me acojo a un jamón,
pues ya no hay ley que me obligue.

Al vino no se persigue,
esta es famosa invención:

no consentía Moisés
que comiésemos tocino,
y quien da tocino y vino,
sin duda que buen dios es.

Yo no me quiero meter
en porfiar y argüir;
beber quiero por vivir,
y vivir para beber;

en tantas dudas, que son
las que afligen a Baulín,
adorar pretendo, en fin,
a mi vino y mi jamón;

pues tantos han inventado
dioses a quien adorar,
otro pretendo buscar,
que será más acertado,

que parecerá imprudencia
cuando se aprueba por justo,
no adorar dios a mi gusto
si hay libertad de conciencia.

Sale la mujer de BAULÍN.

MUJER.

Divino Señor, que vos,
para redención del hombre,
tomando de humano nombre
y carne, os quedasteis Dios;
hoy, pues es justa ocasión,
contra este monstruo cruel
vibre el divino Luzbel
la espada de indignación.

¡No permitáis, gran Señor,
que esta ciega gente errada,
como perdida manada,
nieguen a su Criador;

que si la defendéis vos,
este, que negó el bautismo,
en las ondas del abismo

BAULÍN.
MUJER.

conocerá que no es dios!
¿A dónde bueno, mujer?
¡Oh, Baulín! ¿Tú estás aquí?
El bien busco que perdí;
quíerole hallar, no perder.

Entre tantos desengaños
que me va poniendo el Cielo,
con justa causa recelo
deste Titán los engaños.

¿Quién no conoce que Cristo
es Dios y el cierto Mesías,
y quién con locas porfías
obedece a este Antecristo?

Baulín, bien se puede errar,
que propio en los hombres es;
mas la porfía, ¿no ves
que es el camino de errar?

Dejemos nuestros errores
y a Dios pidamos perdón,
pues su humana condición
siempre oye a los pecadores.

BAULÍN.

Mujer, ¿quién os mete a vos
en aquestas teologías (*sic*),
si son buenas las porfías,
o si este o aquel es Dios?

A vos os toca callar
y obedecer al marido;
en paz y quietud os pido
que lo dejemos estar.

Un pedazo de jamón
puesto entre dos rebanadas,
han de ser de mí estimadas,
y aquestas mis dioses son.

Quien primero dijo vino,
divino quiso nombrar,
y así pretendo adorar
lo que es próximo a divino.

Venid, aderezad la burra,
que yo iré con vos también;
pero atad la bota bien,
porque el vino no se escurra.

Y si replicáis palabra
en si este es buen dios o no,
la cabeza, juro yo,

que con una estaca os abra.

Venid, que estoy esperando.

MUJER.

Mi Dios, vuestro amparo os pido,
pues vuestro favor ha sido
el que está la vida dando;
en vuestra clemencia espero,
a ella acudo triste y sola,
para que lave mi estola
en la sangre del Cordero.

Vanse.

Salen CAMILO, FABIO y RUFINO, y LIDORO a otra parte.

CAMILO.

Aquí fue adonde a Elías
y a Enoc, el fiero tirano
mandó el precepto inhumano
de que acortasen sus días;
y aquí, siendo obedecido,
les dieron muerte cruel.

FABIO.

¡Cielos! ¡Que viva este infiel
en sus vicios sumergido!
¡Cuán incomprensibles son
vuestros juicios ocultos,
pues entre tantos insultos,
muerta vive la razón!

Pero ¿quién desconfiará
de vuestro heroico saber?

RUFINO.

El porfiar no es vencer,
y donde el poder está,
locuras son las porfías.
Testigo sin excepción
serán en esta ocasión
los muertos Enoc y Elías,
pues opuestos a Titán,
Dios eterno y soberano,
el castigo de su mano
por su inocencia les dan.

LIDORO.

Con la suma omnipotencia
no es razón nadie oponerse,
ni es fortaleza atreverse
donde es cierta la sentencia
de muerte. Solo pretendo
dar gusto a Titán, que es Dios.

FABIO.

Alleguémonos los dos

hacia esta gente, que entiendo
que están los cuerpos allí.
Vamos a tomar lugar,
pues han de resucitar,
como dijeron aquí
cuando les dieron la muerte.
Gran gente acude por ver
el milagro que han de hacer.

LIDORO.

Vamos allá.

CAMILO.

Obedecerte

es bien, y más que Titán,
con grande acompañamiento,
con el mismo pensamiento
a ver los cuerpos vendrán
y a ver el modo que Elías
y Enoc resucitan.

LIDORO.

Ven;

que en este lugar más bien
verás sus locas porfías.

FABIO.

Todo el mundo se apercibe.

CAMILO.

Ya sale este monstruo aleve.

FABIO.

El que contra Dios se atreve,
violento en la vida vive.

Pónense a un lado; salen TITÁN, LUNA, BAULÍN y la mujer y acompañamiento.

TITÁN.

Luna mía, mi deidad,
es una cifra del cielo
que en mí la mayor belleza
se mira como en espejo:
¿dudas tú que es mi poder
tan soberano y excelso,
que abarco de un polo al otro
y deste al otro hemisferio?
¿Ves el mayor imposible?
Pues facilitallo puedo,
y que la celeste cumbre
baje a pedazos al suelo.
¡A mí los hombres, a mí!
Por el gran poder que tengo
por mí mismo, que han de ver
en mí tan fieros efectos,
que en su castigo me aclamen
por la piedad de mi pecho,

y yo, sordo a sus querellas,
daré a sus penas aumento.

BAULÍN. (Este pulo [?] guarda fuera) *Aparte.*
Mujer ¿habéis oído este
Titán? El jamón y el vino,
son los dioses en quien creo.

MUJER. Calla, Baulín, que verás
que, más piadosos los cielos,
deshacen la confusión
en que este la tierra ha puesto.

LUNA. ¡Mi Dios! Por ser vos quien sois
y por el amor que os tengo,
os suplico no vibréis
la eterna espada de fuego
contra esta gente ignorante
de los piadosos afectos
de vuestra misericordia,
porque el riguroso aspecto
con que hoy os mostráis al mundo,
amenaza el universo
y a su ruina se aplica.
Cese vuestro enojo fiero,
que ya los hombres humildes
piden perdón de su yerro.

TITÁN. No sé qué miro en tus ojos,
envidias del sol supremo,
que así aprisionan las almas,
que así mueven pensamientos;
yo perdonaré sus culpas
si es el arrepentimiento
como dicen.

LUNA. Yo lo fío,
y humildemente te beso
los pies por este favor.

TITÁN. Su duración debe el tiempo
a sus ruegos; mas ¿no han dado
la muerte para escarmiento
del mundo, a Elías y Enoc?

LIDORO. Tu mandato obedecieron,
y aquí están muertos.

TITÁN. Alzad;
veré los difuntos cuerpos,
cuyas almas por sus culpas
siempre estarán padeciendo.

Pueblo, que presente estás
al espectáculo horrendo,
de aquesta suerte castigo
al que quiebra mis preceptos.
Hoy os perdono por Luna;
pero no os valdrán sus ruegos
otra vez: mi indignación
verá todo el universo,
y vosotros, vicios locos,
hombres engañados,

Llégase a un lado, donde habrá una cortina, que se descubre, y veránse muertos ELÍAS y ENOC.

que a los rayos de mi gloria
habéis querido oponeros,
estas son vuestras porfías
v el fin de vuestros intentos:
la brevedad de la vida
y el mal que estáis padeciendo.
Así pagáis, gente infame,
vuestro loco atrevimiento,
que rayos por favor saca
la oposición a los cielos:
estos son vuestros milagros,
vuestros engaños son estos:
esta la resurrección
que espera el cristiano pueblo.
Cumplid, cumplid la palabra
de que con prodigio nuevo,
a vista de todo el mundo,
habéis de animar los cuerpos.
¿Por qué no cumplís agora
vuestras promesas y enredos,
y ese Cristo que adoráis
no viene a favoreceros?
Yo muerto resucité,
porque soy Dios verdadero;
mas vosotros, viejos locos,
ved la burla que habéis hecho;
confesad que soy Dios justo,
y haré otro nuevo portento,
infundiendo otra vez vida
a cadáveres funestos.

Ea, Elías, y tú, Enoc,
pedid a Dios otro aliento,
o acudid a mi piedad;
daré a vuestro mal remedio.

Levántanse.

ELÍAS. Pueblo, la palabra cumplo:
hoy resucitamos, veldo,
y que en celestes esferas
nos llama glorioso asiento.
Perseverad en la ley
de Cristo, que es Dios inmenso.

ENOC. Titán es falso Antecristo,
Cristo es el Dios verdadero.

La tramoya sube a los dos arriba, Y en cerrándose la cortina, suena ruido dentro.

Dentro:

Milagro es este, milagro:
hoy se ven los embelecocos
del Antecristo.

FABIO. Matalde:
no admita nadie sus ruegos.

LIDORO. Cristo es Dios: ¡muera Titán,
falso Antecristo! blasfemo.

TODOS. ¡Muera Titán!

BAULÍN. ¡Hay tal cosa!
¡Muera este perro zorrero!

TITÁN. Oye, atrevida gente:
escucha, bárbaro pueblo,
indigno de la piedad
que para vosotros tengo:
estos son falsos hechizos,
fuerza es de un encantamiento (*sic*)
con que han Elías y Enoc
alterado vuestros pechos;
pero para que veáis
un testimonio más cierto,
romper quiero las celestes
esferas del firmamento,
y ascendiendo al regio trono,
vibrar la espada de fuego
y fulminar a la tierra

esos atrevidos viejos.
Yo subo a mi patria amada;
mas ¡ay de ti, triste pueblo!
Que tu ruina fatal
llegó por ser tan soberbio.

Bajará una nube, en que irá volando, y por otra parte saldrá un ángel con una espada de fuego, dará con ella al Antecristo, que parecerá que se hunde en la tierra, y el ángel se vuela.

ÁNGEL. ¡Fiero monstruo de la tierra,
el plazo ha llegado! El cielo
al abismo te condena.

TITÁN. Hoy me da sepulcro el centro.

Húndese: haya gran ruido.

LUNA. Extraño prodigio ha sido:
entre los aires serenos
un ángel en forma humana,
con una espada de fuego
ha herido a Titán, y él baja
hecho piezas por los vientos
al abismo. ¡Cielo santo,
misericordia!

FABIO. ¿Qué espero?
¡Santo Dios, misericordia!

MUJER. ¡A vos solo reverencio
por Dios!

CAMILO. A Cristo adoremos:
Titán fue el falso Antecristo,
Cristo es el Dios verdadero.

LIDORO. Y aquí tiene fin, senado,
este verdadero ejemplo
del suceso que esperamos:
perdonad sus muchos yerros.

El anzuelo De Fenisa

**Comedia
En tres actos**

Lope de Vega

Índice
El anzuelo de Fenisa

EN TRES ACTOS

PERSONAJES

FENISA
DINARDA
CELIA
LUCINDO
OSORIO
TRISTAN
ALBANO
CAMILO
DON FELIX
FABIO
BERNARDO
MICER JACOBO
CAMPUZANO
TRIVIÑO
OROZCO
FABRICIO
ESTACIO
UN ESCUDER
OTRO ESCUDERO

Damas, marineros, niños, pajes, soldados y acompañamiento.

La acción en Sicilia. Siglo XVII

Acto primero

Cuadro primero

La playa de Palermo, en semicírculo, bordeando la bahía. A la derecha é izquierda, y en el foro, naves fondeadas. Es por la tarde, y al alzarse el telón aparecen ALBANO y CAMILO, conversando. Cruzan la escena marineros, mujeres, niños, algunas damas y galanes, que pasean.

Escena primera

CAMILO, ALBANO

CAMILO:-¿En la arena del mar miras, Albano, las estampas que deja tu Fenisa?

ALBANO:-Por ellas sigo su desdén en vano, por besar las arenas donde pisa.

CAMILO:-¿Es tan lejano va el amor lejano que de Sevilla te impulsó á Palermo?

ALBANO:-¡Campo es aquel amor tan duro y yermo que da no más la flor del desvarío!
¡En otros ojos mi esperanza duermo!... ¡Hacia otros cielos mi oración envío!...

CAMILO: _ ¿Puede el amor sustituirse?

ALBANO:- ¡Puede, Camilo, que el amor lo puede todo!

CAMILO:-Todo si á todo cede.

ALBANO:-¿Y quién no cede?

CAMILO:-No ceden, ni el discreto, ni el altivo, ni el prudente...

ALBANO: _ Pues yo no me acomodo si no es cediendo en todo por Fenisa, de cuyas gentilezas voy cautivo.

CAMILO.-Aprisa vas en el amor!

ALBANO:-(Triste).Aprisa, cuando no en el amor, en los desvelos!

CAMILO:-¡Desvelos por la gran sacerdotisa que Palermo sembró de liviandades!

ALBANO:_¡Ellas son los motivos de mis celos! (Vergonzoso).

CAMILO: _ (Grave). Las virtudes, Albano, y calidades de una mujer son justo fundamento de amor, si la mujer es fiel y honesta y cumple, del amor el mandamiento.
Mas donde sale una mujer como esta, sintiendo del amor los escuadrones en tal manera que, con menos gente Alejandro ganó dos mil naciones; donde hay un galán dentro y otro enfrente,

doce de á pie, cuarenta de á caballo, tal en la posesión, tal pretendiente, este de arnés, aquel de capisayo, hoy de cuartel, mañana de trascoro... ¿Qué pides? ¿Que me calle? Pues me callo...

ALBANO:- ¡Qué manso que parece siempre el toro al que está en la ventana! Y al letrado ¡qué cobarde el flamenco y tibio el moro! El escribir un libro concertado ¡que fácil le parece al ignorante!

¡Qué sencilla la cátedra al soldado!

¡Qué fácil se le antoja al estudiante

el conducir la nave al Occidente!

¡Y qué ligero el claustro al comerciante!

¡Qué sin valor un alto y elocuente

discurso, juzga el labrador grosero!...

¡Qué bien niega el amor quien no lo siente!

¡Amor no es calidad, gusto ni fuero!

Amor no es honra ni es mercadería.

Amor no es regidor ni caballero.

Amor es consonancia y armonía

luego de ser infierno de disgusto.

¡que por la noche es tan hermoso día!

Si eso es amor, seguid con vuestro gusto.

Yo solamente os digo que Fenisa

tal vez llegue en amor más de lo justo.

(Asoman por la izquierda FENISA y CELIA con mantos.)

Escena II

DICHOS, FELISA y CELIA.

CELIA: _Admirada y con razón, Fenisa, de tu salida, estoy en gran confusión.

FENISA:- Sospecho que se te olvida, Celia...

CELIA:- ¿Qué?

FENISA:_ Mi condición.

CELIA: _No sé que tenga que ver el venir a la Aduana no siendo tu mercader.

Pues no eres tú muy liviana, aunque eres libre mujer.

FENISA: _Eso te ha de dar aviso de que, sin causa, no vengo.

CELIA: _ ¿Es amor?

FENISA: _ ¡Tan de improviso!

Pero yo ¿cuándo lo tengo,

aunque me adore Narciso?...

Desde el primero que amé

y que á olvidar me enseñó,

tan diestra en no amar quedé

que de uno que me burló
en los demás me vengué.
Notablemente se arroja
una mujer á querer
cuando un gusto se le antoja,
pero más á aborrecer
cuando se cansa y se enoja.
Según corre entre los hombres
esto de amar con engaño,
de mi desdén no te asombres,
basta al cuerdo un desengaño.
¿Amor? No. ¡No me lo nombres!
No porque yo no perciba
sus regalos y su bien:
pero no es razón que viva
quien nació libre también
de un hombre libre cautiva.
Yo he dado en esta flaqueza
de burlar cuantos engaña
esto que llaman belleza

CAMILO: (A ALBANO.) (Celia sola la acompaña.)

ALBANO: (A CAMILO.) ¿Celia?

CAMILO: _ No más...

ALBANO:- ¡Linda pieza! Extraña imaginación, es venir á la Aduana las dos solas.

CAMILO:- Cosas son de su condición liviana.

ALBANO: ¡Conozco su condición! Palermo es famoso puerto de extranjeros y de tratos...
Algún lance ha descubierto.

CAMILO: Ella es de Circe un retrato... De que te ha visto te advierto.

ALBANO: Háblala será mejor.
(A FENISA.) ¿Dónde bueno?

FENISA: A ver el mar que me agrada su furor.

ALBANO: Todo te suele agradar
cuando carece de amor.
Este desdén de las ondas,
esta perpetua contienda
te agrada... Más no respondas...
¡Por lo que tiene de hacienda
pienso que su margen rondas!
¿En qué rico forastero,

en qué mercader famoso,
en qué extraño marinero
echas el anzuelo hermoso
para buscar su dinero?...
¿Qué es lo que buscas aquí,
en el puerto de este mar?

FENISA.-Seguro estarás de mí que no te vengo á buscar.

ALBANO.-Yo, en cambio, te busco á tí.

FENISA.- ¿Qué me quieres?

ALBANO: Solo verte, para alivio de una vida que has condenado á la muerte.

FENISA:¿Me tomas por homicida?

ALBANO: No es poco bien conocerte.

FENISA:_ Albano, si no has sabido
esta condición que el cielo
me ha dado, que oigas te pido
porque cese tu desvelo
de competir con mi olvido.
Yo tuve en mi nacimiento
una estrella que me obliga
á que en este mar violento
peces busque, peces siga,
hasta que logre mi intento.
¿No has visto que un gran señor
va por los valles y cerros,
despeñado cazador,
ya con aves, ya con perros,
sin temer nieve ó calor?
Pues eso mesmo hay en mí;
pero aplíqueme á pescar
y á eso vengo por aquí:
tiendo la red en el mar,
que es la estrella en que nací.
Ojos y boca son cebo
del anzuelo de este amor;
si pica y es simple y nuevo
dóile cuerda, y del favor
asido un año le llevo.
Si es ladino y está diestro,
aunque caiga, vuelve al mar,
porque ofendida me muestro
de que al no me aprovechar
ocupe el anzuelo nuestro.

Si yo viere la hermosura
mayor que naturaleza
ha dado á mortal criatura;
si viere más gentileza,
más tierno amor, más blandura;
si viere por mí llorar;
si me viere eternizar
más que Laura y que Beatriz;
si viere un mozo infeliz
de mis balcones colgar;
si viere que por Fenisa
Píramo se pasa el pecho
y Leandro nada aprisa...
¡mientras no viese provecho
todo era cosa de risa!...

CAMILO(A ALBANO.) ¿Oístela?)

ALBANO (Ya lo oí.) Escucha, Fenisa.

FENISA: Di.

ALBANO: Si hubiese quien te llorase, te amase... y te regalase, ¿diérasle amor?

FENISA: _ Eso sí.

ALBANO:_¿Con qué te contentarás para prueba de este amor,

FENISA: Necio por extremo estás... ¿Quieres entender mejor?

ALBANO: Sí.

FENISA._Pues declárome más.
Quien tiene un jardín ¿qué hace?
Riega, regala, cultiva
la planta o árbol que nace,
para que después reciba
el fruto que satisface.
Quien tiene un caballo hermoso
asiste á verle comer
de su estancia cuidadoso;
¡hasta el herrar quiere ver
de sus estampas curioso!
Mira el freno y el bocado
que lengua y boca no ofenda,
tráele bien enjaezado
y por puntos le encomienda
al solícito criado.
Frontales le manda hacer

y rizar y componer
con batidas de bizarría,
¡y todo esto para un día
en que le quiere correr!...
¿Hazme entendido?

ALBANO: _ Bien creo que te entiendo.

FENISA: _ Pues ¿qué, aguardas á conocer mi deseo?...
(Hablan bajo ALBANO y FENISA. Por la izquierda. LUCINDO, en traje de mercader rico y TRISTÁN, su criado.)

Escena III

DICHOS, LUCINDO y TRISTÁN

LUCINDO: _ ¿Has contentado a los guardas de la Aduana?

TRISTÁN: _ Tal creo. Toda la carga está fuera. No queda cosa en la nave.

LUCINDO.- ¡Oh, Palermo!

TRISTÁN: _ ¿Qué te altera?

LUCINDO: _ ¡Qué bien, tras navegar, sabe, Tristán, la verde ribera!...

TRISTÁN.- ¿Lo dices por las mujeres que pasean por la playa?

LUCINDO: _ ¿Yo?

TRISTÁN: _ Como tanto las quieres, recelo que tu amor vaya por el mar de los placeres.

LUCINDO: _ Ya conozco el desengaño.

TRISTÁN:- Ya mil veces esto has dicho y has vuelto siempre al engaño.

LUCINDO:- Sastre que conoce el paño está libre de entredicho.

TRISTÁN:- Dios te oiga y á mi también, pues que sobre faldas vuelas.

LUCINDO: _ Dírame el turco su harén y escapara... ¿A qué recelas?

TRISTÁN: _ Dios te oiga, repito, amén.

LUCINDO: _ Si mi padre aquí me envía
desde Valencia, Tristán,
con esta mercadería;
si mis deudos, que allá están,
con mi hacienda suya y mía,

y de lo que he de vender
tengo que cargar de trigo...
¿qué espacio para mujer
quedará, Tristán amigo?

TRISTÁN: _Ni el fiar ni el porfiar,
ni el alzarse ni el quebrar,
ni el no pagar los señores,
ni el morirse los deudores,
ni la inclemencia del mar,
igualan á que se arroje
un mercader á querer,
ni hay pirata que despoje
como una hermosa mujer
que entre los brazos le coge.
¡Plegue al cielo, que te dure
aqueste conocimiento!...

LBANO: _*(A FENISA)* ¿Me dices, pues, que procure regalarte?

FENISA: _Así lo intento, porque el amor se asegure.
Que no puede amor durar sin fundamento y estribo.

ALBANO: _¿Y qué es el estribo?

FENISA: _El dar. porque, no habiendo dativo, todo es vano porfiar.

ALBANO: _Voy á tratar de tu gusto. Dame esta noche licencia.

FENISA: _Si me regalas, ¿no es justo? *(Vase retirando ALBANO y dice á CAMILO.)*

ALBANO: -*(Perdiendo voy la paciencia.)* ¿No os desapasiona aquí verla interesada?)

ALBANO: _*(Es bella y más me enloquece así. Este interés y desdén me obliga á ver si la venzo.)*

(Salen ALBANO y CAMILO por la derecha.)

Escena IV

FENISA, CELIA, LUCINDO, TRISTÁN

FENISA: _*(A CELIA.)* (El hombre parece bien,)

CELIA: _*(A FENISA.)* (Pues llega á háblale.)

FENISA: _ Comienzo. *(Mirando á la derecha.)* ¿Fuéronse?

CELIA: _*(Mirando á la derecha.)* Ya no se ven.

CELIA: _ (Llega y pregúntale el nombre.)

FENISA: _ (Por mi vida, que es bien hecho.) (A LUCINDO.) Dios os guarde, gentil hombre.

LUCINDO: _ Y á vos os dé un rico esposo si sois libre, y si tenéis marido, pues fue dichoso en ser vuestro, le gocéis sin pensamiento celoso. ¿Qué es lo que queréis de mí?

FENISA: _ ¿Cuándo llegasteis aquí?

LUCINDO: _ Hoy vi la tierra y la aurora juntas, mas el sol, señora, hasta veros no lo vi.

FENISA: _ Con poética licencia me habéis hecho vuestro sol.

LUCINDO: _ Diómela vuestra presencia.

FENISA: _ ¿Qué nación?

LUCINDO: _ Soy español.

FENISA: _ ¿De qué parte?

LUCINDO: _ De Valencia.

FENISA: _ Si fuera de Toledo tenía que preguntaros...

LUCINDO: _ Solo de Valencia puedo... (Hablan bajo FENISA y LUCINDA.)

TRISTÁN: _ (A CELIA). ¿Puedo yo también hablaros?

CELIA: _ Bien podéis estando quedo.

TRISTÁN: _ Va de quedo y digo así. ¿Quién es aquesta su dama?

CELIA: _ Una dama.

TRISTÁN: _ ¿Dama?

CELIA: _ Sí.

TRISTÁN: _ Y ¿de qué manera es dama?

CELIA: _ ¿Eso me pregunta á mí?

TRISTÁN: _ ¿Pues está mal preguntado?

CELIA: _ El ¿cómo es hombre?

TRISTÁN: _ Formado

de cuatro elementos soy;
tengo alma y cuerpo y estoy
de potencias adornado.
Diferénciome á mujer
en las barbas y el valor.
No me mande proceder,
sino advierta que, en rigor,
dama es oficio y no es ser.
Doncellas suelen decir
á muchas, sin advertir
que se han de diferenciar:
que hay doncellas de casar
y doncellas de servir.
Así, dama, ha de tener
su diferencia forzosa.

CELIA: _ Por lo menos, es mujer discreta, gallarda, hermosa y de honrado proceder

TRISTÁN: _ ¿Y qué busca por aquí?

CELIA: _ Nuevas de un perdido hermano.

TRISTÁN: _ Peligro corréis así.

CELIA: _ ¿Peligro?

TRISTÁN: _ Peligro. Es llano.

CELIA: _ ¿No es tierra segura?

TRISTÁN: _ Sí.

Pero el mar, que estos altivos
peñascos quiere exceder
de sus límites nativos,
sin duda os quiere prender...
por pescados fugitivos.

CELIA: _ ¡Lindo. bellaco!

TRISTÁN: _ ¿Yo lindo?

CELIA: _ ¡Tú conmigo españolizas!

FENISA: _ (A LUCINDO.) Digo, mi bien, que me rindo.

LUCINDO: _ ¡Renazco de mis cenizas!

FENISA: _ ¿Cómo es tu nombre?

LUCINDO: _ Lucindo.

FENISA: _ Si nombre de luz tenías ¿qué mucho que me encendieses?

LUCINDO: _ Las desconfianzas mías
querría que conocieses

FENISA: _ ¿Español y desconfías?

LUCINDO: _ ¿Pues no ha de desconfiar
un forastero?

FENISA: _ (Fingiendo arrebató.) No sé...
¡Nunca yo viniera al mar,
pues otro en su playa hallé
donde me pienso anegar!

LUCINDO: _ (Sorprendido.) ¿Que te he parecido bien?

FENISA: _ Tanto bien me has parecido,
que en lo que mis ojos ven,
no hay más que tú. ¿Qué has traído
en tus ojos? ¡Ay no más!...
¡No más me mires! ¿Qué es esto?
¡Jesús, qué hechizos me dás!

LUCINDO: _ (Pasmado) ¡Tan presto!

FENISA: _ ¡Ay, Dios, vete presto!...
Mas espera... ¿Dónde vas?

LUCINDO A la posada...

FENISA: _ ¿Posada?
Si por mis deudos no fuera,
según me siento inclinada
en mi casa te la diera.
Pero... escúchame. Entrarás
diciendo que de mi hermano
sabes nuevas.

LUCINDO: _ (Perplejo.) ¿Nada más?

FENISA: _ Sígueme.

LUCINDO: _ (Fogoso.) Dame la mano
que te la quiero besar...

FENISA: _ Coqueta.) Quedos... A Celia hablaré

para que avisada esté.

LUCINDO: _ Y yo á este criado mío.

FENISA: _ Celia...

CELIA : _ Señora...

FENISA: _ : _ (Pero, señor, por Jesús...

¡A mí con ese tús tús,

que soy más viejo que Adán!)

FENISA: _ (A CELIA.) (Tápate y vamos de aquí,

que ya nos vendrán siguiendo.)

(Sale con CELIA, izquierda.)

Escena V

LUCINDO y TRISTÁN

TRISTÁN: _ ¿Así te lo dijo?

LUCINDO: _ Así

TRISTÁN: _ (Confuso.) Pues juro que no lo entiendo...
si no se burla de ti.

LUCINDO: _ ¿De mí?... Pero, ¿qué la he dado?

TRISTÁN: _ ¿Qué piensas tú que es mirar
y hablar tierno y regalado?
¡Escrituras de pagar
el amor hipotecado!

LUCINDO: _ Yo, Tristán, iré tras de ella,
no sólo por ser tan bella
sino porque puede ser
una principal mujer
ó alguna ilustre doncella.

TRISTÁN: _ ¿Ilustre doncella? No.
Que mujer que tiene lustre
con alguno se lo dio.

LUCINDO: _ Pues siendo una dama ilustre,
¿qué pierdo en servirla yo?

TRISTÁN: _ ¡Dama ilustre junto al mar!

LUCINDO: _¿No pudo salir á ver?...

TRISTÁN: _A ver si puede pescar.
Pescadora debe ser,
pues que te quiere enredar.

LUCINDO: _¿Enredarme en mi dinero?

TRISTÁN: _Sí tal.

LUCINDO: _Mas si no he vendido,
puesto que vender espero
lo que á Sicilia he traído...
¡Que sea yo tu escudero!
¿No se lo darás después?
¡Bah!... Después que nos partamos...
Pero, vamos... que los pies
no mueve, porque vayamos.
(Porfiando.) Es, que temo que les des
el dinerillo que llevas.
(Dándole la bolsa.) Guarda tú la bolsa allá
Daca. Y temo que te atrevas
á dar la cadena.
Está
segura, con guardas nuevas.
Quítatela por mi vida.
(Quitándose y dándole la cadena.)
Toma, guárdala también.
No te enfades que te pida
esas dos sortijas.
(Dándole las sortijas.) Bien.
Sin sortijas, sin dinero
y sin cadena voy.
Vamos,
que esta mujer es mar fiero
y en razón nos desnudamos
para pasarlo primero. (Salen tras CELIA y FENISA.)

Escena VI

DINARDA, de camino, en traje de hombre, y BERNARDO y FABIO, detrás

DINARDA: _Parece que escupe el mar
náufragos á la ribera.

BERNARDO: _La tierra sé que me espera;
la tierra quiero besar.

FABIO: -Madre es la tierra que alabo,

y como madre sustenta.

DINARDA: _¡Oh, qué terrible tormenta!

BERNARDO: _Por fin, doblamos el cabo
y tierra pudimos dar
sin ser pasto de un delfín.

FABIO: _En tierra estamos, en fin...
camino de naufragar.

DINARDA: _¿Qué habremos de hacer los tres,
ya que á Sicilia llegamos,
sin dineros y sin amos?

BERNARDO: _Servir.

DINARDA : _¿Servir?

FABIO: _Servir, pues.

DINARDA: _Yo pienso hacerme soldado
y con el sueldo tirar.

FABIO: _Yo no me pienso soldar,
porque jamás fui quebrado;
pero si hay un capitán
le llevaré la jineta.

DINARDA: _¿Una persona sujeta?

FABIO: _Cuantas nacieron lo están,

BERNARDO: _¿Cuantas nacieron?

FABIO: _Sí.

BERNARDO: _¿Cómo?

FABIO: _El rey, sirve de ser rey
de hacer justicia, y dar ley;
el señor de mayordomo,
de camarero, de ser
gentil hombre ó de la boca,
ó el oficio que le toca
a su pesar ó placer.
El prelado, de acudir
a su iglesia reverente,
al gobierno el Presidente,

el oidor también á oír;
el alguacil, á prender;
el alcalde, á castigar;
el que es letrado á abogar.
a defender ú ofender;
al proceso el escribano,
al enfermo el que es doctor,
el oficial al señor,
al hidalgo el que es villano.
La casada á su marido;
á su padre la doncella,
y el padre le sirve á ella
con la comida y vestido.
Mas, ¿de qué sirve alargarse?
¿Quién hay que no sirva aquí
en darse á comer así,
en vestirse y desnudarse?
Diógenes por su ventaja
solamente no sirvió...
porque la vida pasó
metido en una tinaja.

BERNARDO: _Verdad es que á sí ó alguno
todos sirven; mas quisiera
que entre los tres no sirviera
ninguno, Fabio, á ninguno.
Los tres somos españoles
que en saliendo de su tierra
ó sea en paz ó sea en guerra
se hacen príncipes ó soles.
Háganlos lo mismo acá,
y pues de España vinimos,
parezcamos lo que fuimos.

DINARDA: _Bien dice.

FABIO: _Bien dicho está.
Oíd. Echemos los tres
suertes quién será el señor,
y al que saliere, en rigor
sirvan los dos.

DINARDA: _Justo es.

BERNARDO: _Añadiremos un don.
Diremos que es caballero,
y aunque con poco dinero
tendrá mucha presunción.
Acudirá á los soldados,

acompañará al Virrey,
dará encomienda el Rey
y lucirá los criados
conque alguna principal
dama le avise y prevenga
de una aventura que tenga
ventura sin otra igual.
¿Qué os parece?

DINARDA: _Que pareces
hombre despejado, en fin.

BERNARDO: _¿No es mejor que un amo ruin?

DINARDA: _Digo que sí treinta veces.
Porque es terrible servir
á un bellaco mentecato
que á tres gestos tire un plato.

FABIO: _Sí, pero habéis de advertir
que en entrando en la posada
juntos hemos de comer,
porque señor no ha de haber
si está la puerta cerrada-

DINARDA: _Bien dicho.
Pues va de suerte.
Tres reales tengo aquí.

FABIO: _¿Son de España todos?
Sí.
Pues bien, ¿de qué nos advierte?

BERNARDO: _Ponlos en este sombrero;
el uno es real castellano,
el segundo valenciano
de Navarra el tercero.
Quien sacáre el de Castilla
es señor.

FABIO: _Meto la mano.
He sacado el valenciano.

BERNARDO: _Perdiste.

FABIO: _No es maravilla.

BERNARDO: _Saca tú.

DINARDA: _ Saco.
El que queda
me toca.

DINARDA: _ ¡Y ser dueño á mí!

FABIO: _ ¿Es el de Castilla?

DINARDA: - Sí.

FABIO: _ El premio se te conceda.

BERNARDO: _ Por muchos años y buenos
seas dueño de los dos.

DINARDA: _ Para serviros y á Dios
puedo decir á lo menos.

FABIO: _ Con mil razones la suerte
cayó en tu gentil persona.

DINARDA: _ Quita el gentil y perdona.

BERNARDO: _ Va de nombre.

DINARDA: _ Venga.

BERNARDO: _ Advierte
que has de llamarte don Juan.

DINARDA: _ ¿De qué?

BERNARDO: _ Escoge.

DINARDA: _ Escoger quiero,
que no seré yo el primero.

FABIO: _ Famoso nombre es Guzmán.

DINARDA: _ Usale ya cualesquiera.

FABIO: _ Coge el Mendoza.

DINARDA: _ Peor,
que no hay morisco aguador
que no se enmendase.

DINARDA: _ Espera.
El Lara escojo y no más.

Don Juan de Lara es mi nombre.

BERNARDO: _Por Dios, que vas gentil-hombre

DINARDA: _¿Habéis de venir detrás?

BERNARDO: _Pues, ¿eso dudas?

DINARDA: _ (Pavoneándose.) Aquí se ve la industria española.
¡Hola, pajes!

BERNARDO: _¡Señor!

DINARDA : _¡Hola!

FABIO: _¡Señor!

DINARDA: _¡Venid por aquí!...
(Salen los tres contoneándose cómicamente.)

Telón

Cuadro segundo

Sala en casa de FENISA. Estrado más vistoso que rico. Espejos, cuadros con asuntos de amantes célebres, tapices en las puertas, lámparas. Al alzarse el telón, LUCINDO, en pie, examina los cuadros complacido. FENISA está sentada indolentemente enredándole con sus artes de coqueta. En un rincón TRISTÁN habla con CELIA, sin perder de vista á su amo.

Escena VII

FENISA, CELIA, LUCINDO y TRISTÁN

FENISA: _¿No te sientas, vida mía?

LUCINDO: _No, que se va haciendo tarde.

FENISA: _Ya que por amor no alarde,
alarde por cortesía...

LUCINDO: _Alégrame tanto el ver
tu casa también compuesta,
que he tenido una gran fiesta
mirándola.

FENISA: _Hazme un placer.

LUCINDO: _¿Cuál?

FENISA: _Que aquello de tu gusto lo lleves á tu posada.

LUCINDO: _¿Cómo he de llevarme nada?

FENISA: _¿No? ¡pues me das un disgusto!... (pausa.)

LUCINDO: _ (Viendo un cuadro.) ¡Qué bella Cleopatra!

FENISA: _Bella porque amando se mató...

(Fingiendo tristeza.)

¡Quién me dijera que yo tal vez acabe como ella!

LUCINDO: _ (Suspira.) ¿Con áspides en el seno?

FENISA: _ (Arrebatada.) Con tus ojos tentadores, áspides que entre las flores de tu mirar dan veneno.

TRISTÁN: _ (Sabe Dios qué, retahíla de embustes le va ensartando!...)

FENISA: _ (Acércase á LUCINDO.) Así voy me envenenando mirándome en tus pupilas

TRISTÁN: _ (Dando en la mesa un puñetazo.) ¡Fuego de Dios!

(FENISA y LUCINDO, sobresaltados se separan.)

FENISA: _ ¡Ay!

LUCINDO: _ (Severo a TRISTÁN.) ¿Qué fué el gritar, ni cómo osaste?

Fué que como me avisaste que te avisara, avisé.

Que se hace tarde, señor, y que la Aduana espera.

LUCINDO: _Tuvieses otra manera de aviso, que no el furor de gritar, como en la calle, en casa tan principal.

TRISTÁN: _ (Agora es otro costal tener que desenójale.)

FENISA: _Ve, Lucindo, que por mí
no has de dejar tu quehacer.

LUCINDO: _Ni Aduana ni mercader
han de moverme de aquí.

TRISTÁN: _(!Buena la hicimos, Tristán!)

CELIA: _(!Quién te mete á redentor?)

TRISTÁN: _(!Yo, que veo á mi señor
con menos ropa que Adán.
¡Que sois todas!...

CELIA: _(!Coqueteando.) (!Yo también,
cuando apenas abro el pico?)

TRISTÁN: _(!Dándose cuenta del intento.)
¡Así? Pues haré el borrico, á quién.)
por ver quién engaña á quién.)
Dije todas, por decir;
que si voy á la verdad,
(suspira.) ¡Ay, mocedad, mocedad!

CELIA: _(!Fingiendo enfado.) Esto me queda que oír:
¡tú viejo! ¡tú!...

TRISTÁN: _(!Amartelado.) (!Habrá ladrona?)
Mujer, viejo, carcamal,
tal vez no;. mas digo tal
en tocante á tu persona....

FENISA: _(!A LUCINDO.) Mas, ¡cómo se me olvidó
regalarte? ¡En qué he pensado?
Celia...

CELIA: _Señora...

FENISA: _(!A CELIA.) (!El criado
se resiste?)

CELIA: _(!Al fin, cayó.)

FENISA: _(!¿Qué piensas del amo?)

CELIA: _(!Que
no te fíes, que no es tonto.)

FENISA: _(!¿Lo echaste de ver tan pronto?)

CELIA:_(La cadena. ¡se nos fué!)

FENISA:_(Mirando á LUCINDO disimuladamente.)
(Verdad que no trae, cadena
el muy bellaco)

CELIA:-(¡Qué tal?
¡A ver si nos sale mal
el paso!)

FENISA:_(No te dé pena
del amo, que es cuenta mía.
Más ruin y solapado
es el criado...)

CELIA:_(¡El criado está ya para sangría!)
(Siguen hablando.)

TRISTÁN:_(¡Señor., por todos los santos!...)
LUCINDO:_(Tristán, que no y no te digo...)
Tal. (Señor, vendamos el trigo
y huyamos de estos encantos.)

LUCINDO:_(Vendamos el trigo, pero
volvamos como centellas...)

TRISTÁN:_(¡Si hay dinero y están ellas
es como si no hay dinero!)

LUCINDO:_(Tranquilo aguarda, Tristán.)

TRISTÁN:_(Mis dudas tengo, señor.)

FENISA:_(De la hostería es mejor...)

CELIA:_(De la hostería vendrán.)

(CELIA, tras de cuchichear con TRISTÁN, sale.)

Escena VIII

FENISA, LUCINDO, TRISTÁN

FENISA:_(Por la merienda envié,

TRISTÁN:_(¡Dios nos coja confesados!)

FENISA:_(¿Gustas de dulces y helados?)

LUCINDO: _Gusto de mi dulce bien.

FENISA: _Hablemos, Lucindo, un poco,
que, está en tu mano alegrarme.

TRISTÁN: _ (A LUCINDO). (¿Qué vas á hacer?)

LUCINDO: _ (A sentarme).

TRISTÁN: _ (¡No te sientes!)

LUCINDO: _ (Sentándose.) (¿Estás loco?) (A FENISA.)
¿Qué te diré?

FENISA: _Que me quieres
aunque mientas en tu aserto.

LUCINDO: _Que te adoro ten por cierto.
FENISA: ¿»Por cierto?» ¡Qué lindo eres!
¿Qué es «por cierto?», ¿No eres, di, español?
¿Pues no, lo ves,?

FENISA: _El «por cierto» no lo es.
El talle y la lengua, sí.
Yo aseguro que en mil años
no ha pasado otro «por cierto»
á Italia.

LUCINDO: _Que soy, te advierto,
nuevo por reinos extraños.

FENISA: _¿Nunca dejaste Valencia?

LUCINDO: _Siempre anduve por allá.

FENISA: _El «por cierto» lo dirá.
Vale más en mi «conciencia»
ó por «mi honor» ó por «vida»
de «mi madre» á poder ser,
que de todo ha menester
quien como yo está afligida...
¿Vesme estar desatinada
de amor, y cuando te advierto,
me respondes un «por cierto,»
envuelto en agua rosada?
No, español; yo no te agrado
ó tú quieres bien allá.
¡Si ausencia penas te da

es que estás enamorado!
Por mis ojos, por los tuyos,
por los de amor, aunque ciegos,
que te muevas á mis ruegos
y me encarezcas los suyos.
¿Son negros, garzos ó azules?
¿Qué pelo, qué humor, qué talle?
¿Pensaste agora en su talle?
¡Ea, no lo disimules!
En Valencia estás agora...
¿Y qué hay por Valencia, diga?

TRISTÁN:_(¿Qué socarrona!)

LUCINDO:_ Hay, amiga,
que en Valencia se os adora.
Esto hay de nuevo; y si allá
algún gusto me entretuvo,
hasta veros vida tuvo
y porque os vi, muerto está.
Una mujer me quería
entre blanca y pelinegra,
con dineros en la suegra
y el ingenio en la alquería.
Enviémonos las almas
en papeles, cuatro meses,
con requiebros portugueses
trayendo este amor en palmas.
Víla en una huerta un día,
más cerca y menos hermosa;
habléla y me supo á sosa;
toquéla y estaba fría.
Enfrióse el corazón
y ofreciéndose esta ausencia.
no deje cosa en Valencia
fuera de la obligación.

FENISA:_ ¡Ay de mí, que adiviné!
¡Que hombre en quien yo puse tanto
á otra amase!... ¡Si me espanto
de mí!...

LUCINDO:_ Escucha.

FENISA:_ (Sollozando.) ¡Déjame!

LUCINDO:_ ¿Lloras? El lienzo desvía

TRISTÁN:_ (¿Hay semejante bellaca?)

LUCINDO: _El sol de entre nieblas saca,
regalada prenda mía.

FENISA: _No celos, humillación...
(Furiosa.) ¡A fe que tienes aquí
pruebas que ella te dio allí!

TRISTÁN: _¿En qué parará el turbión?)

FENISA: _¡A fe que fué la cadena!
¡Por eso no la has traído!

LUCINDO: _Que no llores más te pido.
¿La cadena te dá pena?

TRISTÁN: _ (Ya se ablanda... ¡Vive Dios!)

FENISA: _Me apena, ofende y humilla.

LUCINDO: _Caso es que habrá que decilla... (Incierto.)

TRISTÁN: _ (Cadena, volved por vos.)

LUCINDO: _Como no traigo dinero,
hasta vender, la envié...
Tristán... La cadena.

TRISTÁN: _Fué á casa de un usurero.

FENISA: _¿Y qué dinero le dió?

TRISTÁN: _No estaba y dejéla allí
quedando en volver.

FENISA: _ (Aquí es donde me arriesgo yo.)

TRISTÁN: _¿El dinero te ha faltado?
(Impetuosa.) ¡Celia!

CELIA: _ (Dentro.) Señora

FENISA : _¿No vienes?

Escena IX

DICHOS, CELIA, LISEO, ESTACIO y dos escuderos

CELIA: _ (Seguida de criados, con paño al hombro, tazas y confituras que disponen en una mesa)

Aquí la merienda tienes.

FENISA: _No probaré ni bocado.

(A CELIA áspera.)

Ve, Celia, y tráeme aquí
el escritorio pequeño. (Sale CELIA.)

(A LUCINDO, sonriente.)

Aquí está el dulce y el dueño,
pues que ya lo eres de mí

TRISTÁN: _ (En esto de merendar
son ya palabras mayores.
¡Qué criados tan señores!)

LUCINDO: _Se te debe amonestar.
(A FENISA por TRISTÁN.) ¡Tristán!

TRISTÁN: _Señor...

LUCINDO: _:(¿Y ahora? ¿Es dama
ó no es dama? ¡Estos criados!)

TRISTÁN: _ (Muy bien puestos y adiestrados,
señor; pero á mí me escama...)

FENISA: _ (A LUCINDO.) ¿No bebes?

LUCINDO: _ Dame á beber.
(Sírvele, un criado.)

TRISTÁN: _ (¡No bebas!)

LUCINDO: _ (Confuso.) (¿Y por qué así?)

TRISTÁN: _ (¡No bebas!)

FENISA: _ ¿No bebes?

LUCINDO : _ Sí...

LUCINDO: _ (Viendo las señas de TRISTÁN.)
Estaba esperando, á ver
si me pasa este dolor
de cabeza...

FENISA (Es cosa hecha.
Este el engaño sospecha
y he de engañarle mejor.)

Escena X

DICHOS y CELIA, con un escritorio pequeño

CELIA:_(Malhumorada.)
El escritorio pequeño.

FENISA:_.Acerca.

CELIA:_.Acerco.

FENISA:_.Estos días
tiene cuatro fruslerías.
Ven, Lucindo, gentil dueño.
(Registrando en el escritorio.)
Estos son guantes. Bien puedes
tomar estos cuatro pares.

LUCINDO_:¡Son de ámbar!...

FENISA :-Sí. No repares.

LUCINDO:_.Fenisa, tantas mercedes.

FENISA:_.Pastillas has menester,
no son limpias las posadas
Seis docenas perfumadas
me envió una monja ayer.
Toma, en este papel van.
¿Que tendré aquí más que darte? (Registrando.)

TRISTÁN:_.(O es gran necia, ó es gran arte.)

LUCINDO:_.(Perdidos somos, Tristán.)

TRISTÁN:_.(En extraña confusión
te coloca esta mujer.)

FENISA:_.(Sspechando de TRISTÁN.)
Medias solía tener
de Nápoles... Y ocasión...
Tristán...

TRISTÁN:_.Señora...

FENISA:_.Aquí van
dos pares.

TRISTAN:_.(Nos libre Dios.)

FENISA: _También los hay para vos;
tomad...

LUCINDO: _ (¿Qué es esto, Tristán?)

TRISTÁN: _ (¿Qué ha de ser? Indias cifradas
en escritorios de amor.)

LUCINDO: _ Con tanto y tanto favor.
Las manos son ocupadas.

FENISA: _ Toma este bolsillo.

LUCINDO: _ Eso no

FENISA: _ Toma.

LUCINDO: _ No. Escucha.

FENISA: _ Dí.

LUCINDO: _ Dineros suenan aquí
y lo mismo dice el peso.

FENISA: _ Cien escudos hallarás
mientras no tienes dinero,
y por lo que yo te quiero
te pido que pidas más;
que cuando muchos te sobren
me los pagarás si quieres

LUCINDO: _ ¡Bendita entre las mujeres!...

TRISTÁN: - (¡Verás cualido te los cobren
con réditos!)

LISEO: _ (A ESTACIO.) (¿Qué pez es
este?)

ESTACIO: _ (Un rico valenciano.)

LISEO: _ (Ganando va por la mano.)

ESTACIO: _ (Atado va por los pies.
Cuando Fenisa le fía
hipotecado estará.)

LUCINDO: _ Fenisa, muy tarde es ya,
y también la hacienda mía

ha menester de cuidado.

FENISA: _El cielo vaya contigo.
Con toda el alma te sigo,
pues el alma te has llevado.

LUCINDO: _Cadenas de obligaciones
me ataron á la ventura,
pues sin la de tu hermosura
en las que llevo me pones.

LUCINDO: _El mercader español
no podrá nunca pagarte
aun cuando pudiera darte
mar y tierra, luna y sol.

FENISA: _Guárdeteme Dios mil años.
¡Hola! Acompañadle todos...

LUCINDO: _ (A TRISTÁN.) (¿Qué esto?)

TRISTÁN: _ (Notables modos...)

LUCINDO: _ (¿De qué?)

TRISTÁN: _ (De amor ó de engaños.)

(Salen LUCINDO, TRISTÁN y los que acompañan, criados y escuderos.)

Escena XI

FENISA y CELIA

CELIA: _A mucho te has atrevido...

FENISA: _ ¡Esta es ganancia segura!

CELIA: _ Así Dios me dé ventura,
que pienso que lo han olido.

FEN: _ ¿Pues qué gusto puede haber
como avisar y engañar?

Escena XII

DICHAS, el CAPITÁN OSORIO, DINARDA (de hombre), FABIO y BERNARDO

OSORIO: _ ¿Puedo entrar?

FENISA: _Puedes entrar.

OSORIO: _Un huésped traigo á comer.

DINARDA: _Vuesa merced, mi señora,
me tenga por su criado.

FENISA:_(A OSORIO.):_ Seáis, señor, bien llegado.
¿Es de España?

OSORIO: _Y llega ahora.

FENISA:_(A OSORIO.)_ ¿Caballero?

OSORIO: _¿No lo ves?

FENISA: _¿Qué nombre?

OSORIO: _Don Juan de Lara.

FENISA: _:Buena cara...

OSORIO: _ ¡Linda cara!

FENISA:_(Cara, manos, talle y pies.)

DINARDA:_(Empujada por BERNARDO y FABIO hacia FENISA.)
Llegue á Sicilia en el día
de mi vida más dichoso,
pues vi el rostro más hermoso.

FENISA: _Estimo la cortesía...
¿Y á qué venís?

DINARDA:_(Mirando á sus pajes.)_ ¡Psé!... A servir
al Rey, con los alimentos
de padre y madre avarientos
en España, hasta morir.
¡Pajes!

BERNARDO: _ Señor...

DINARDA: _ Ofreced
vuestros respetos ahora.

BERNARDO:_(Saludando extremadamente)._Señora mía...

FENISA: _Señora...

FENISA: _Agradezco la merced.

DINARDA: _Llegué á un corro de soldados,
hallé al señor Capitán
que es de mi tierra, do están
deudos con deudas casados,
y ofreció me su posada,
y para mayor favor
me trajo aquí.

FENISA: _Es gran honor
y quedo muy obligada...
Persona tan principal
(A CELIA.) (¡Dos pajes y talle lindo!
Celia, Celia... yo me rindo.)
(A DINARDA.) (No le has parecido mal
y hay que seguir adelante.)

OSORIO: _ (A CELIA.)
¿Comemos, ó es que no hay modo?

CELIA: _Ya está prevenido todo.
Comemos en el instante.
(A FABIO por FENISA y DINARDA.)
(Parece que hemos caído
de pie, Fabio.)
FABIO: _ (La picaña
se inclina al amor de España.)

BERNARDO: _ (Hablándose están de oído.)
En cuanto se entren me llevo.

FABIO: _¿A quién?

BERNARDO: _ Pues á la criada.

FABIO: _Aquesa ya está tomada.

BERNARDO: _Aqueso, niego y reniego,
que yo sé que está por mí
desde que el umbral pisé.

OSORIO: _ (A FENISA) ¿Ya me dais celos?

FENISA: _¿De qué?
¿No me enseñáis cortesía?

OSORIO: _Sí, tal, que yo gusto mucho
que honréis al señor don Juan.

DINARDA: _ (A FABIO y BERNARDO)
(¡Tiernas las hembras están!)

FENISA: _ (Escucha, Celia.)

CELIA: _ (Ya escucho.)

FENISA: _ ¡Viste qué gallardo?

CELIA: _ ¡Sí!

FENISA: _ En mi vida tuve amor,
pero ya fuera mejor
no haber visto lo que ví.
De Sevilla dicen que, es,

CELIA: _ (De Sevilla y con buen nombre,
donde diz que cada hombre
acomete lo que tres...)

FENISA: _ (¡Ay, Celia, que estoy que fino
de mirarle!)

CELIA: _ (¡Es guapo mozo!...)

DINARDA: _ (A sus pajes.)
(¡En llegando el alborozo
habéis de andar con más tino!)

OSORIO: _ Venid, don Juan, á la mesa.

DINARDA: _ Pajes...

BERNARDO: _ Señor...

FABIO: _ (¡Bueno va!)

DINARDA: _ (A los pajes.) (¡Ya pica!)

OSORIO: _ (A FENISA.) ¿Qué, picó ya?

DINARDA: _ (Ya me pesa)

FENISA: _ (¡Ya me pesa!)

Telón

Acto segundo

Cuadro primero

Habitación de LUCINDO en la posada. Mesa, cama, sillas, equipaje, etc

Escena primera

LUCINDO, TRISTÁN

LUCINDO: _No le congoje, Tristán,
que entre y salga quien quisiere.
Parientes suyos serán.

TRISTÁN: _Por mí, sea lo que fuere
ese señor capitán.
Bien sé que en un mes y más
que ninguna cosa das
y mil regalos recibes,
seguro de engaños vives,
pero de amor no lo estás.
Quien no dá, no tiene acción
á pedir celos, ni hacer
de agravios demostración;
solo el dar en la mujer
alcanza jurisdicción.
Pero si al fin la desvía
de tu gusto, otro interés
que enriquecerla porfía,
¡lo que no has dado en un mes
vendrás á darlo en un día!...

LUCINDO: _No pienso yo que Fenisa,
Tristán, por otro me deje,
que eso de interés es risa.

TRISTÁN: _Amor, obstinado hereje,
las mismas verdades pisa.

El que en mujer se confía
lejos está de discreto.

LUCINDO: No ha sido la culpa mía,
sino de que no pedía
ni pide...

TRISTÁN :_ Así es, en efecto.
No te echo en cara el entrar
en su casa, pues no hay dar
el valor de un alfiler...

LUCINDO: _Pues, ¿qué entonces?

TRISTÁN:_ El querer.

LUCINDO: _No lo puedo remediar.
Yo la adoro porque sé
que es verdadero su amor,
que sólo yo lo alcancé,
que no hay más competidor
que yo, desde que la hablé.
Ese español capitán
y otros que entran en su casa,
ninguna pena me dan,
porque es cosa que no pasa
de conversación, Tristán.
Fuera de que yo he venido
y me iré cuando quisiere
gustoso y entretenido,
á donde verla no espere
y me la borre el olvido.
Contaré en Valencia el cuento
á los amigos y damas
con grande gusto y contento...

TRISTÁN:_ Con razón cuento le llamas... (Llaman a la puerta.)

LUCINDO: _¿Llamaron?

TRISTÁN :_ Sí, gente sienta

(Entran CELIA, con manto, y el Escudero con un tabaque cubierto por el tafetán.)

Escena II

DICHOS: CELIA con Escudero

CELIA: _¡Qué, descuidado estarás
de esta visita!

LUCINDO: _ Jamás,
Celia, lo estoy de mi dueño.

CELIA: _Allá nos quitas el sueño,
Y aquí sin memoria estás.
Mas, ¿qué, agora te levantas?

LUCINDO: _No duermen los mercaderes
tanto, y más con penas tantas.

CELIA: _¿Penas, si adorado eres?

LUCINDO: -¿De que las tenga te espantas?

CELIA: _Quisiera, para un presente
que traigo, hallarte acostado;
y este viejo impertinente
tan tarde se ha levantado
-como ya ni ve ni siente-
que á mediodía he venido.

ESCUADERO: _Siempre me culpas á mí...

CELIA: _A no haber ese descuido...

LUCINDO: _¿Que te trae por aquí?

CELIA: _Seis camisas he traído,
¡Mira qué suave holanda!
Pues no pienses que esto es randa;
todo es fina cadeneta
de la aguja más perfecta
y de la mano más blanda.
Así, espera el enviado
que las tomes sin orgullo
de corazón regalado,
que más puntos que ha labrado
le quedan pasando el suyo.
Mandóme que te vistiese
la mejor, y te dijese
que ¡ojalá que ella pudiera
servirte de camarera!...
y que mi abrazo te diese.

LUCINDO: _Venga ese abrazo en buen hora.

TRISTÁN:_(No desaprovecha un clavo.)

LUCINDO: _Bien, dirás á tu señora
que soy su rendido esclavo
desde la noche á la aurora.
Dáme, Tristán, esa pieza
de tela, que se la lleve
á la celestial belleza,
que es encarnada y su nieve
tendrá mayor gentileza.

TRISTÁN: _Voy por ella.

CELIA: _No, Tristán,
que sé que me matarán
si la llevo... Que es mujer
que no admitirá en su afán
lo negro de un alfiler.

LUCINDO: _Ya que ella es de condición
tan esquiva, tú bien puedes
tomar en esta ocasión
estos escudos.

CELIA :-Mercedes
como de tu mano son,
mas no los puedo admitir.

LUCINDO: _¿Quién vió tal obstinación?

CELIA: _Aquesta es la condición
que me imponen al venir

TRISTÁN: _Escribir en el mar quiero
y en la nieve quiero arder,
puesto qué á fe de escudero,
¡hoy he visto una mujer
enemiga del dinero! (Llaman á la puerta.)

LUCINDO: _¿Llaman, Tristán?

TRISTÁN:_(Incierto.) Sí... Llamaron.

CELIA: _¿No estorbaré?

LUCINDO: _Aguarda aquí... (Vuelven a llamar.)
¿Será?

TRISTÁN: _Sin duda avisaron
de la Aduana, y así
á verte lo encaminaron.

LUCINDO: _Hazte pasar. (Tristán abre la puerta.)

*(Entra micer JACOBO, mercader judío, avaro, receloso y adulador;
trae una bolsa con escudos y un pliego de contrato.)*

Escena III

DICHOS: micer JACOBO.

JACOBO: _ (Con reverencia.) Excelencia...

LUCINDO: _Podéis tratar sin recelo
y dejad la reverencia,
que estas cosas de «coincidencia»
han de tratarse en un vuelo.

CELIA: _ (A TRISTÁN.) (Yo me voy.)

TRISTÁN: _ (¡Qué te has de ir
si á esto has venido, á husmear!)

JACOBO: _¿Queréis tratar?

LUCINDO: _A tratar vamos.

JACOB: _ (Por los demás.) Os debo advertir,
excelencia, á mi pesar

LUCINDO: _¿El documento está listo?

JACOBO: _Sí.

LUCINDO: _¿Y el dinero también?

JACOBO: _También, excelencia.

LUCINDO: _¿El «visto»
de la Aduana está bien?
Pues terminemos, por Cristo!

JACOBO: _ (Sacando del jubón la bolsa,
un pliego, tintero atornillado y pluma.)
Ved el contrato legal,
los sellos... la tasa...

LUCINDO: _ (Leyendo con asombro.) ¿Qué?

TRISTÁN:_(Ya va sintiendo el dogal que le aprieta.)

LUCINDO: _ ¡No podré con una humillación tal! Sanas son mis mercancías en buen estado han llegado...

JACOBO: _ ¡Excelencia!...

LUCINDO: _ Y se han sellado un la Aduana, y los guías testimoniaron ayer que telas y frutas son de excelente condición.

JACOBO: _ No hay, excelencia, poder que no sufra alteración; por medianas me las dan y por medianas las tomo.

LUCINDO: _ ¿Pero no escuchas, Tristán?

TRISTÁN: _ Escucho y reniego.

LUCINDO: _ ¿Cómo los de la Aduana están?

JACOBO: _ (Levantándose y recogiendo el tintero y los documentos.) Yo imaginaba, excelencia, que era asunto terminado, y como tal, pedí audiencia; que a habérmelo imaginado dudoso...

TRISTÁN: _ ¿Y habrá paciencia para no darle al rufián?

LUCINDO: _ (A TRISTÁN.) ¡Tente!

JACOBO: _ (Irónico.) ¡Excelencia!

LUCINDO: _ ¡Tristán! ¿No ves que pierdes razón? El vino por mí llamado Está en mi casa, ¡es sagrado!

JACOBO: _ ¡Excelencia!

LUCINDO Es ocasión
de admitir ó rechazar,
supuesto que es un anciano
que aquí viene á negociar,
¡pero no de alzar la mano
y tenerla que bajar!

TRISTÁN: _Señor...

JACOBO: _Excelencia

LUCINDO: _Agora
te digo que es gran falsía
darme por la mercancía
tres mil escudos...

CELIA: _¡Señora
de mi alma, qué alegría!

JACOBO: _(Acariciando la bolsa.)
¡Tres mil escudos! ¡tres mil!

LUCINDO: _¡Una fortuna!

TRISTÁN: _¡Un tesoro!

LUCINDO: _(A TRISTÁN) ¡Y yo sin blanca!

TRISTÁN: _¡Y yo moro.!

JACOBO: _(Ponderando.)
¡Tres mil escudos en oro!

TRISTÁN: _¡Agora el golpe gentil!

CELIA: _¡Señor!
LUCINDO: _Celia.

CELIA: _Perdonad;
mas yo debo retornar
con mi señora, que es tarde...

LUCINDA: _Decidla que allá me aguarde
esta noche, y agregad,
Celia, que por sus amantes
regalos y sus constantes
desvelos, no me reproche
si yo la ofrezco á la noche

un cintillo de brillantes. (A JACOBO.)
 Y vos, en quien el recelo
 halló la triste figura,
 traed que triste en mi vuelo
 y desataos el cielo
 de escudos, de la cintura.

(Va á la mesa, donde micer JACOB y TRISTÁN disponen la firma. Agrúpanse los tres; el mercader, luego de ver la firma de LUCINDO, comienza a recontar escudos; CELIA, al verlos de espaldas queda un instante el umbral, escuchando la música del oro.)

CELIA: _Sonad, escudos, sonad
 vuestra canción de oro y risa,
 que presto os vais á enredad
 al anzuelo de Fenisa.
 Telón

Cuadro segundo

Patio en casa de FENISA. Al foro izquierda, escalera de balaustrada que sube al corredor, de arcos y columnas renacimiento. A la derecha y en segundo término, arco de entrada. En primer término, puertas laterales que dan á las habitaciones de planta baja. Una mesa, y algunos taburetes y sillones. Al alzarse el telón sale por el primer término izquierda ALBANO y CAMILO.

Escena primera

ALBANO y CAMILO

CAMILO: _ ¿De qué os hacéis tantas cruces?

ALBANO: _ ¿No me tengo de espantar?
 ¿A qué más pueden llegar
 unos bríos andaluces?

CAMILO: _ Luego, ¿dais en que es mujer?

ALBANO: _ Tan cierto como hombre yo.
 No más verla y se inmutó.

CAMILO: _ Nada de esto eché de ver.
 Mas, ¿no véis que es desatino
 ver un mancebo y decir
 que es mujer?

ALBANO: _ Falta saber
 y averiguar su destino.
 Oíd, que os quiero contar
 tocante al caso, una historia,

que por ser mía y ser de ella
á entrambos nos mide y honra.
En la más bella ciudad
que mira el sol en Europa,
pues todo el oro del mundo
es para hacelle corona;
en Sevilla y en la calle
«Baños de la Reina mora».
nació Dinarda, y ya visteis
por los ojos, si es hermosa.
Servila, y después de un año
de paseos y de rondas,
papeles y diligencias
de terceras cautelosas,
rindióse solo á escribirme,
que si dijera otra cosa,
á mi verdad y á su sangre
haría ofensa notoria.
Tiene el Duque de Medina
ya entenderás que es Sidonia
á espaldas de su palacio
un corredor de pelota,
y tiene este corredor
empenachadas de hojas
las armas de los Guzmanes,
que en Tarifa se acrisolan,
y debajo de las armas
aquella fiera espantosa
que mató Guzmán el Bueno
en las africanas costas.
Entra por la boca el asta,
sale entre la crín cerdosa
el hierro bañado en sangre
que cíñele escudo y cola...
Estas armas, timbre y cerco,
que aquel corredor adorman,
un día estaba mirando
grande juventud ociosa,
porque acabado un partido
Y desde una parte á otra
peloteándose andaban
por ser la tarde lluviosa.
Dió un caballero al león
un pelotazo en la boca
y dijo: -«En África había
una contienda dudosa
sobre quién mató al león;
pero sepan desde agora
que yo le maté, pues hay

testigos de la pelota...»

Respondí, aunque era de burlas,
por la afición que me toca
á la casa de Medina:

-«Necio es quien así se mofa
de la hazaña de un Guzmán.»

-«Necio y vil es quien provoca
escondido entre la gente,
me replicó. -Yo, la cólera
revuelta, asíle de un brazo;
él requirió la tizona,
alcé yo la pala entonces
y antes de él sacar la hoja
dí con mi pala en su frente,
dejándole entre las losas
del corredor, moribundo,
á tiempo que la discordia
encendida entre los bandos
de las palas y tizonas,
desgarradas las gorgueras
y las plumas más airosas,
con sombreros y birretes
iban formando una alfombra.

Aquel grita por Guzmán,
el otro contra Sidonia;
el barrio entero se mueve,
se agita Sevilla toda.

Odores y chancilleres
apréstanse con las rondas
y un veinticuatro que acude
seguido de gran escolta,
logra prender á los menos
y hace que los más se escondan.

Yo, entre los más evadíme,
y al saber que la victoria
había determinado
mi vergüenza y mi derrota
-que el hermano de Dinarda
fué aquel que dejé en las losas
tan mal herido, - mis padres
el discreto acuerdo toman
que embarcase al otro día,
y con cartas me acomodan
para el de Osuna, virrey
que ha dos meses que me honra.
Dos meses aquí he llevado
que los recuerdos transforman,
mudándome de Dinarda
por Fenisa, cuando agora,

en la casa de Fenisa
ví este capitán, que es copia
de Dinarda tan pareja,
tan segura y asombrosa,
que ella es Dinarda y el traje
un disfraz que le acomoda.

CAMILO: _ Pues, ¿cómo la que en Sevilla
doncella es de fama y nota,
ha de venir á Palermo
de capitán y á la ronda
de una Doña « Aquí me tienes
según en lo que me compras?
¿Estáis en vuestro juicio?

ALBANO: _ (Pensativo.)
Siento que ya se alborotan
recuerdos de mi Dinarda
contra Fenisa, y es cosa
de meditar y volver
esta noche.

CAMILO: _ Luego ahora
dejáis á Fenisa cierta
por Dinarda, que es dudosa?
¿Tan mudable es vuestro amor?
¿Tan liviana vuestra gloria,
que cambia por el vestido
lo que otros por la persona?... (Salen derecha.)

(Por la izquierda, FENISA y DINARDA, y detrás BERNARDO y FABIO.)

Escena IV

FENISA, DINARDA, BERNARDO, FABIO.

FABIO: _ (Hagamos entre los dos
que se muestre más amante.)

(Procuran hacer señas a DINARDA, avisándole de que acepte los rendidos amores de FENISA.)

FENISA: _ (A DINARDA.)
¿No quieres tú que me espante
de tu desdén?

DINARDA: _ No, por Dios,
sino estar agradecida

á la lealtad que he mostrado
al capitán.

FENISA: _ ¡Tú has vengado
muchos de quien fué homicida!
Mas piensa que pensaré
que es miedo y no lealtad,

DINARDA: _ Amor sabe que es verdad.
Con Osorio aquí llegué;
él me trujo, él te ha servido,
¿no ves tú que no es razón
hacerle tan vil traición
á un hombre, tan bien nacido?
Si solo y por mí te viera,
¿sabes cómo me portara?
¡Qué de veces te abrazara!
Qué de amores te dijera!
Mi ventura sólo quiso
que en tan ingrato accidente
tus ojos sean la fuente
y yo tu loco Narciso.
Tántalo soy; no me toca
amor, sino enloquecedor,
pues no te puedo beber
teniendo el agua en la boca...

BERNARDO: _ (A FABIO.)
(¿Quédate ya alguna duda?)

FABIO: _ (A BERNARDO.)
(Ninguna me queda ya.
Es tan hombre como acá
y más gentil por la muda.)

BERNARDO: _ (La enredará y medraremos
los tres, que es rica sin tasa
esta Fenisa.)

FABIO: _ (¡Qué casa!)

BERNARDO: _ (¡Mejor puesta la pondremos!)

FENISA: _ Bien podías, en secreto,
ser dueño de quien te adora.

DINARDA: _ ¿Qué más quiero?... Mas agora
la amistad me trae sujeto.
Osorio me trujo aquí.

Débole ya... hasta dinero.

FENISA: _ (Con arrebató)
¡Pagarte las deudas quiero!

DINARDA: _ (Como ofendido.)
¡Las deudas!

BERNARDO: _ (Con señas á DINARDA.) (¡Díle que sí!)

FABIO: _ (Con señas á DINARDA.)
(¡Díle que sí! ¡Voto va!)
(¡Agora calla el ladrón!)

FENISA: _ ¿Cuándo, di, tu corazón
sus deudas me pagará?

BERNARDO: _ (Haciendo señas.)
(¡Cuerpo de tal!)

FENISA: _ ¿Te resuelves
á no pagar este amor?

DINARDA: _ Conociéndome, en mi honor,
Fenisa, ¿á probarme vuelves?
Haz una cosa: da traza
de que el capitán se ausente,
-pues tú podrás fácilmente
hacer que cambie de plaza -
y en su ausencia te prometo
dar rienda suelta a mi amor.

FENISA: _ En tu promesa y honor
fío, y la palabra acepto.

(Sale CELIA, azorada, por la izquierda primer término.)

Escena VI

DICHOS, CELIA

CELI: _ (Alarmada.) ¡Que aquí está Lucindo!
FENISA: _ Inalterable.) ¿Quién?

CELIA: _ El mercader de Valencia.

FENISA: _ ¡Ah, sí! (A DINARDA.) Me das tu licencia?

DINARDA: _ Licencia tienes, mi bien.

(*Entranse FENISA y CELIA por la izquierda.*)

Escena VII

DINARDA, BERNARDO y FABIO

(*BERNARDO y FABIO acuden á DINARDA, cada cual cogiéndola de un brazo.*)

BERNARDO: _ (A DINARDA.) ¿Cómo das en remolón de amar tan gentil creatura?

FABIO: _ No sabes nuestra premura de dineros?

BERNARDO: _ ¿Qué ocasión mejor aguardas?

FABIO: _ ¿Qué mar donde bogar más ligero?

BERNARDO: _ ¿Cómo no aceptas dinero?

FABIO: _ ¿Cómo te haces de rogar?

DINARDA: _ Bien en vuestra condición de villanos os mostráis, cuando en la priesa buscáis lo que es de la discreción. ¿Pues cómo pedís, mostrencos, sin diferenciar razones, cazar fieras con halcones, rendir garzas con podencos? ¿Pensáis que los menesteres de amor no se han de estudiar, y que se pueden juzgar unas, todas las mujeres? ¿Merecerán trato igual la altiva y la delicada, panes de la misma jornada, rosas del mismo rosal? ¿No distinguís los antojos del amor que reverencia? Pues qué, ¿es hermana la ciencia de unos ojos y otros ojos? No es este amor de posada ni Fenisa tan cerril, sino dama a lo gentil de condición avisada, y mal puedo, en unos ratos de dama con caballero, portarme, como arriero

con un atropella-platos...

BERNARDO: _ (Perplejo.)
¡Por Dios, que si bien se advierte!

FABIO: _ ¡Por Dios, qué claro razona!

DINARDA.- (Contoneándose.)
¿Pensáis que aquesta persona
no sabe de amor la suerte?...
Pues cuántas damas de pro
no cayeron en mis lazos!
¡A cuántas en estos brazos
tan diestros, no dormí yo!
¡Ni quién como yo ha sabido
de todo cuanto á amor toca!
¡De confituras de boca
y de regalos de oído!

BERNARDO: _ (¡Pensar que la sospechamos
de mujer!)

FABIO: _ (¡El más galán
no llega donde el Don Juan
que por suerte disfrutamos!)
(Asoman LUCINDO y TRISTÁN por la derecha.)

Escena VIII

DICHOS, LUCINDO y TRISTÁN.

LUCINDO: _ (A TRISTÁN.) ¿No le dió Celia mi recado?

TRISTÁN: _ Pienso que tiene algunos huéspedes Fenisa...

LUCINDO: _ ¿Es caballo de Troya aquesta casa,
que siempre está preñada de armas y hombres?

TRISTÁN: _ ¿Pues cuál audiencia pública, Lucindo,
igual al patio de una mujer de estas?
Aquí tiene sus horas y aquí juzga,
entre los pretendientes y abogados
que le envían presentes y procesos,
y el memorial de ayudas y el soborno.

LUCINDO: _ (Por DINARDA.)
¿Quién es este español que tan solícito
frecuenta así esta casa?

TRISTÁN: _ ¿Este?... Imagino

que es el del alma.

LUCINDO: _ Y yo ¿soy el del cuerpo?
Donaire tienes. Si Fenisa vive
en el cuidado que la ves conmigo
y le cuesto regalos y dineros,
¿cuál otro puede haber que sea del alma?

TRISTÁN: _ ¿No sabes tú que hay almas en que caben
como en costal, los tres y los trescientos?
Cuando ves escribir á una señora
treinta papeles para treinta amantes;
que á uno le pide el coche y á otros celos,
y á este le habla en su alcoba y á otro en misa,
¿has de pensar que sólo quiere á uno?

LUCINDA: _ (Por DINARDA.) Hablarle intento...

TRISTÁN: _ Sin cuidado puedes.

LUCINDO: _ Hablaros, caballero, he deseado.

DINARDA: _ No menos yo, que os hablaré gustoso;
mas si es por celos de Fenisa, os pido
no los tengáis de mí, porque á su casa
me han traído cuidados diferentes...
¿Cuándo os volvéis á España?

LUCINDO: _ Ya he resuelto
de que en todo este mes, porque á mi gusto
he despachado cuanto della truje;
más tiéneme Fenisa cautivado...(Hablan aparte.)

BERNARDO: _ (A TRISTÁN, con reverencia.)
Señor lacayo...

TRISTÁN: _ Señor Duque...

BERNARDO: _ ¡Oiga
la chanza! ¿Es español de tal alcurnia,
que el «lacayo» le enfada?

TRISTÁN: _ Sus altezas
perdonen, que mi facha, á lo que entiendo,
no es para contentar á dos virreyes...

BERNARDO: _ (Ladillo es el bellaco.)

FABIO: _ (Y pajarote.)

LUCINDO: _ (A DINARDA.)
Pues tendré gran merced que nos hablemos.

DINARDA: _A donde os dije estoy.

LUCINDO: _Yo iré á buscaros...

BERNARDO: _Fabio, don Juan se va...

FABIO: _ (Reverencia cómica) Señor lacayo...

TRISTÁN: _ (Reverencia cómica.)
¡Alteza!, perdonad... ¡Perdón, alteza!.

DINARDA: _ ¡Pajes!

BERNARDA: _ Señor.

DINARDA: _ ¡Hacia palacio vamos! (Sale con los pajes.)

Escena IX

LUCINDO, TRISTÁN, CELIA, por la izquierda.

CELIA: _ Ni señora te suplica,
Lucindo, que la perdone,
ya que por ciertas razones
que aquí no te significa
no puede salir á verte.

LUCINDO: _ Cierta visita que ví
y ha poco salió de aquí
avisóme de esta suerte.
Es Fenisa flor de corte,
es lindo don Juan de Lara;
cuando ella no me avisara
él me avisara en su porte
vencedor...

CELIA: _ No digas tal,
Lucindo, de mi señora...

LUCINDO: _ ¿Y el no recibirme agora
con pretexto desleal?

¿Es que hay adentro...?

CELIA: _ No sigas
ofendiéndola de ausente...
que enferma saldrá, y presente

ha de estar á cuanto digas... (Sale izquierda.)

Escena X

LUCINDO, TRISTÁN

LUCINDO: _Escucha...

TRISTÁN: _ Enojada fué

LUCINDO: _ ¿Por lo que dije?

TRISTÁN: _ Fué error
llamar fingido su amor.

(Salen CELIA y FENISA, ésta enlutada y con una carta y llorando.)

Escena XI

DICHOS, FENISA y CELIA

LUCINDO: _ (Sorprendido al ver a FENISA.)
(¿Qué es esto, Tristán?)

TRISTÁN: _ (Ídem.) (No sé.)

LUCINDO: _ (A FENISA.) ¿Luto vos, señora mía?
¿Qué duelo es ese y qué llanto?

FENISA: _Para no afligiros tanto
no veros, mi bien, quería.
Mas como allá dentro oí
ofender mi gran amor,
aun á trueque del dolor
á defenderlo salí.
Quiero ver si se asegura
en tu hidalguía española
herir á una mujer sola
(Sollozando.)
y en tan recia desventura...

TRISTÁN: _ (¿Puchericos al salir?)
(¡El señor nos libre, amén!)

LUCINDO: _ Sosiégate ya, mi bien;
celos me hicieron decir...

FENISA: _:(Con estupor.)
¿Celos de mí, á quien tu amor

tiene como emparedada?...
¿Hay suerte tan desdichada?

TRISTÁN: _ (¡Hay embustera mayor!)

LUCINDO: _ ¿Qué, puede haber sucedido,
alegría de mis ojos,
que en nubes de agua y enojos
este sol tiene escondido?
¿Qué es este luto que enluta
tus adornos y primores?
¿Qué dolor de los dolores
tu corazón ejecuta?

FENISA. _ ¡Ay! mi español adorado,
si acaso el caso sabéis,
pienso que disculparéis
las lágrimas que he llorado,
porque, al fin, de sangre son.

LUCINDO: _ ¿Cómo de sangre?

FENISA: _ Pues ya
desearlo sabéis todo,
esta carta dice el modo, (Dale la carta.)
la pena y quién me la dá.

LUCINDO: _ (Lee.) «Hermana mía, y la postrera vez que podré llamaros hermana: á mí me han sentenciado á muerte en vista y revista. La, parte, por mediación del príncipe de Butera, perdona por tres mil ducados. No tengo, hermana, medio de pagar; si los tenéis, vuestra, sangre soy y anduve en las entrañas mismas donde anduvísteis. De Mesina, etc. -Camilo Fénix.» ¡Extraña carta! (FENISA se desmaya.)

CELIA: _ ¡Ay de mí,
que se cayó desmayada!

LUCINDO: _ (Acudiendo.) ¡Fenisa! ¡Fenisa amada!

CELIA: _ Respira.

LUCINDO: _ ¿Respira?

CELIA: _ Sí.

LUCINDO: _ Volved en vos, que habrá medio
de remediar...

FENISA: _ (Abriendo los ojos.) ¡Ay, mi hermano!

LUCINDO: _ ¿Habla?

CELIA: _ Sí.

LUCINDO: _ ¡Amor soberano,
de tu mano fué el remedio!...
¿Qué puedo yo hacer por vos
y ese hermano sentenciado?

FENISA: _ ¡No hay remedio en lo creado!

LUCINDO: _ Busquémoslo entre los dos.

FENISA: _El solo que haber podría
es que pues habéis vendido
la hacienda que habéis traído,
según Celia me decía,
sobre mis joyas y hacienda
me prestéis dos mil ducados,
que estos rigores pasados...
yo os fío...

LUCINDO: _ No habléis de prenda
que harta prenda es el amor
y que yo os debo.

FENISA: _ ¿Queréis honrarme de nuevo?

LUCINDO: _Antes es gusto que honor.
Pero advertid, alma mía,
que un mercader sin dinero
es como amor sin tercero
ó como sin luz el día...
Habéisme de prometer
pagar en breve, que ya
mi partida cerca está
y será echarme á perder

FENISA: _ Apenas libre mi hermano,
unas casas venderemos
que cerca de aquí tenemos,
y os pagaré de mi mano...
Pero tomad, por mi vida,
mis joyas, yo gusto de esto.

LUCINDO: _ Tristán, parte, á casa presto
y en el arca guarnecida
un gato hallarás que encierra
en oro dos mil ducados.
Toma la llave.

TRISTÁN: _ (Sitiados
nos vemos, como en la guerra.)

LUCINDI: _ ¿No vas, Tristán?

TRISTÁN: _ Sí, señor.

LUCINDO: _ Pues, ¿qué miras?

TRISTÁN: _ (Aparte a LUCINDO.) (¿Estás loco?)

LUCINDO: _ (Déjame ser noble un poco
y no ingrato á tanto amor;
yo conozco esta mujer
y sé que lo he de cobrar.)

TRISTÁN: _ (Las joyas debes tomar
ó todo lo has de perder.)

LUCINDO: _ (Asperamente.)
(Ve, digo, y ya estás aquí.)

TRISTÁN(Me estoy viendo como Adán.) (Sale por la izquierda.)

Escena XII

FENISA, LUCINDO, CELIA

FENISA: _ ¿Qué te decía Tristán?

LUCINDO: _ Es bueno y mira por mí...
Rústicamente quería
que vuestras joyas tomara
Es mercader y repara
en prendas.

FENISA: _ (Altivamente.) ¡Por vida mía!

LUCINDO: _ Por vida vuestra, mi bien,
que basta un cabello en prenda
si es tuyo, y ninguno entienda
que más quiero que me den.
Las almas, ¿tienen valor?

FENISA: _ ¿Qué mayor?

LUCINDO: _ Si se celebra,
que de cada sutil hebra
cuelga mil almas amor,

¿qué más prenda que un cabello
donde mil almas están?
Mas qué, ¿no viene Tristán
si va inquietándome en ello?
Está la posada junto
de vecindad tan amada
Voy yo mesmo á la posada
y haré que los traiga al punto.

FENISA: _ Ven á comer hoy conmigo.

LUCINDO: _ Me das un bien soberano.

CELIA: _ (A FENISA.) (¡Vuestro hermano!)

FENISA: _ Y de mi hermano
por mí y por él te bendigo,
que así han de ser á compás
tus acciones de benditas,
pues si á él la muerte lo quitas
á mí la vida me das.
La premura te prevengo.
Ven, Lucindo, y encamina
ese dinero á Mesina.

LUCINDO: _ Espérame, que ya vengo. (Sale derecha.)

Escena XIII

FENISA y CELIA.

FENISA: _ ¿Vendrá, Celia? ¿Qué imaginas?

CELIA: _ Que volverá á la querencia,
pues no hay cuasi diferencia
del hombre y las golondrinas.

FENISA: _ ¡Mira que si no volviera!,
¡Solo el decillo me espanta!
¡Calla, que se me atraganta
la saliva tragadera!
(Pausa.)
¡Después de lo que has gastado
en regalar á don Juan!
Si se torciese este plan
que por don Juan he fraguado,
antes que á la vida errante
de mujer mercadería
en los brazos me echaría

del mar, mi postrer amante.

(Pausa.)

Mas no sé cómo me rindo
á pensamientos livianos
cuando ya tengo en mis manos
todo el oro de Lucindo.

(Arrebatada.)

Ducados así, á puñados.

CELIA: _ Ducados así, á montones...

FENISA: _ Terciopelos.

CELIA: _ ¡Y brocados!

FENISA: _ Y cintillos.

CELIA: _ ¡Y doblones!

FENISA: _ Y un tocador de oro y plata,

CELIA: _ Y un esclavo, siempre alerta.

FENISA: _ Y el coche siempre á la puerta.

CELIA: _ Y luego la caminata
por el puerto.

FENISA: _ ¡Y el reír
tendida en el almohadón
abanicándose al son
de las olas... ¡y morir! (Ríe mucho.)

CELIA: _ Nota que has muerto, sin que
don Juan, por quien vives loca,
se haya posado en tu boca

FENISA: _ Dices bien, que lo olvidé...

(Tornándose triste.)

¿De qué ruin condición
somos hechas las mujeres,
atentas á los placeres
y ajenas al corazón?

¿Cómo, si teniendo en mí
tan mío á don Juan de Lara,
pudo ser que lo olvidara
si estaba conmigo, dí?

CELIA: _ Venturas de tu don Juan

que paseabas en coche
de la mañana á la noche
mas aquí viene Tristán...
¿Si maullará el gato aquél?

Escena XIV

Dichas y TRISTÁN con una bolsa de piel de gato con dinero.

TRISTÁN: _ Aquí llega un mentecato
con dineros en un gato
y ninguno para él.

CELIA: _ Señora, aquí está el dinero.

FENISA: _ Muestra á ver. ¡Escudos son!
Tristán, toma ese doblón
y dí á tu señor que espero
que venga luego á comer,
que lo aguardo agradecida,
y vuélvete, por mi vida,
que tengo mucho quehacer.

TRISTÁN: _ (Ya sé el quehacer que tendrás,
ladrona de mi señor
¡Un doblón por el favor!
¿Cuándo el cuello doblarás? (Sale derecha.)

Escena XV

FENISA y CELIA.

FENISA: _ ¿Fuese ya?

CELIA Va murmurando.

FENISA: _ También murmuran los ríos
y de oír y ver sus bríos
se están los peces holgando.
(Mirando el bolso.)
¿Será gran descompostura
besar este gato?

CELIA: _ No, que es de algalia y pienso yo
que su perfume es ventura.

FENISA: _ Ves aquí, Celia, á Lucindo
besado en forma de gato.

CELIA: _ ¿No, hay mujer que sin recato
quiere y besa a un perro lindo?
¿Pues por qué nos has de besar
un gato lleno de oro?

FENISA: _ Yo lo diera á quien adoro

CELIA: _ No digas, loca de atar...

FENISA: _ Quiero á don Juan, que me muero.

CELIA: _ Llama á tu gato «don Juan».

FENISA: _ (Oyese gente.) ¿Quién?

CELIA: _ Que llega el capitán...

FENISA Esconde pronto el dinero...

(Asoma el capitán OSORIO, chafarote, galán y jugador, facundioso y perdonavidas. CELIA, llevando el bolso, se entra á prisa por la izquierda.)

Escena XV

FENISA, el capitán OSORIO.

OSORIO: _ Después que vives ya tan recogida,
Fenisa, que á tu puerta y tu ventana
apenas hay un hombre que resida
una hora de la tarde ó la mañana.
Después que has dado en reducir tu vida
al estilo y manera «valenciana»,
no admites juego ni conversa quieres
¡Qué bien medran con esto las mujeres
Yo ser solía tu galán de esquina,
el bravo de tu puerta y el matante,
el que echaba los hombres en cecina
y de tu encantamiento era el gigante.
Ya duermes, como tímida gallina,
debajo de las alas de tu amante,
y antes que el sol acabe su carrera
no hay una mosca de tu puerta á fuera.
Estás enamorada, que parece
cosa imposible en condición tan loca...
¿Qué luto es este y qué desdén ofrece
tu vista y el pergeño de tu boca?
¿Es don Juan por ventura el que merece
volver en agua tu cristal de roca?

Dáme parte de todo como amigo,
que bien sabes que siempre estoy contigo...

FENISA: _ Siempre al favor de tu española espada
en Sicilia viví, gallardo Osorio;
siempre, con libertad ó enamorada,
has presidido en este consistorio.

OSORIO: _ Mira que traigo aquí una camarada,
no para alfeñicarse en lo ilusorio,
sino para provecho de tu casa

FENISA: _ Lleguen todos, si nadie se propasa

OSORIO: _ Albricias, camaradas... ¡ya hay licencia!...

(Entran por la derecha TRIVIÑO, CAMPUZANO y OROZCO.)

Escena XVII

DICHOS, TRIVIÑO, CAMPUZANO y OROZCO
CAMPUZANO(A FENISA.)
Beso á vuestra merced las manos.

TRIVIÑO: _ Todos
nos remitimos hoy á su elocuencia.

FENISA: _ (¿Españoles? ¡Haránse de los godos!)

OROZCO: _ ¿Hay sillas?

FENISA: _ ¡Celia!

CAMPUZANO: _ Gente es de conciencia.

Escena XVIII

DICHOS y CELIA.

FENISA: _:(A Celia.) ¿Guardaste aquello?

CELIA: _ (Está cuarenta codos
debajo de la tierra).

FENISA: _ (Bien has hecho.)

CELIA: _ (¿Qué chusma es esta?) (¿Es gente de provecho?)

FENISA: _ (Soldados españoles, plumas, galas, palabras, remoquetes, Bernardina, arrogancias, fachendas y obras malas.)

TRIVIÑO: _ (A OROZCO, por CELIA.)
Siempre me agradan estas francisquitas.

OROZCO: _ ¡Que siempre en agua de fregar resbalas!

TRIVIÑO: _ Vos, sois poeta... ¡Allá cosas divinas!

OROZCO: _ No sé, á fe de soldado, de esta seta...
Verdad es que en España fui poeta.

CAMPUZAN: _ ¿Y órades vos de aquellos impecables
cuyos versos destila en alambique
la culta mesa?

OROZCO: _ Fui de los palpables;
imitador de Laso y de Manrique.

OSORIO: _ Juguemos.

TRIVIÑO: _ Vengan dados...

OSORIO: _ (A FENISA.) Como entables
juego en tu casa y esta grey se pique,
habrá día que valga cien ducados
y aún doscientos es poco.

CAMPUZANO: _ Traigan dados.

(Traen dos escuderos una mesa, meten los dados en un cubilete y pónense á jugar. Aparece TRISTÁN por la derecha. FENISA y CELIA, al verlo, cuchichean.)

Escena XIX

DICHOS y TRISTÁN

TRISTÁN: _ (Al ver los soldados,) (¿No lo dije?) Ya se están
empleando los ducados.
¡Tirando están á los dados
con tus escudos, Tristán!

CELIA: _ (A TRISTÁN.) ¿Qué nos traéis?

TRISTÁN: _ Ya no
queda
que traer, pues cuanto había
se trujo; ¡y por vida mía

que se reparte por rueda!
(FENISA habla aparte con OSORIO, mostrándole a TRISTÁN.)

CELIA: _ Amigos son de la casa
que juegan honestamente
lo suyo... Y á más es gente
que al gasto no pone tasa.
¿Qué os trae por acá?

TRIVIÑO: _ El envite
de esta gente pendenciera
tiene á mi señor á fuera
esperando su convite.

CELIA: _ ¿Su convite decís? ¿Cuál?

TRIVIÑO: _ ¿Que cuál? ¡El de tu señora
á mi señor!

CELIA: _ ¿Pues ya es hora?

TRIVIÑO: _ ¿Si es hora? ¡Cuerpo de tal!

CAMPUZANO: _ (Jugando.) Más á trece.

TRIVIÑO: _ (Jugando.) Más por mí

CAMPUZANO: _ (Gritando.) ¿Aquesto es más?

TRIVIÑO: _ (Gritando.) ¡Topo y tengo!

TRISTÁN: _ (En mal hora y sazón vengo,
que estoy por demás aquí.)

OSORIO: _ (A TRISTÁN.) Señor hidalgo... ¿Jugáis?

TRISTÁN: _ No, que á otra cosa he venido...

OSORIO: _ ¡Agora habéisme ofendido!...
Aquesto es que sospecháis
que son dados apañados...

TRISTÁN: _ ¡No sospecho...!

OSORIO: _ (Echando mano á la espada.) ¡Vive Dios
que hemos de jugar los dos
la vida, si no los dados!...

CELIA: _ ¿Cómo venís á mover

guerra al capitán?

FENISA: _ ¿Qué ha sido?

OSORIO: _ Insultos me ha dirigido...

¡Cuerpo de tal! ¡Lo he de hacer
tajadas! ¡Ira de Dios!

FENISA: _ (A OSORIO.) Ved que os lo pide Fenisa...

(A TRISTÁN.) ¡Escápate más que aprisa!

(TRISTÁN escapa.)

OSORIO: _ (Trás él.) ¡Voto va!... (Envaina la espada.)

á no ser por vos,

Fenisa, tajadas es,

que ya conocéis mi brazo.

(Después que cayó en el lazo,
los otros.)

FENISA: _ Comamos, pues,

en albricias, capitán.

OSORIO: _ A estos huéspedes honremos.

¡Alto en los dados!

TRISTÁN: _ Dejemos dados.

CAMPUZANO: _ Dejados están.

OSORIO: _ ¿Qué hay, pues, de comer?

CELIA: _ No falta.

OSORI: _ ¡Escuderos!

CELIA: _ Aquí hay dos.

FENISA: _ Celia, disponedlo vos.

OSORIO: _ Vayan Robledo y Peralta,

y traigan cuatro capones,

seis perdices, tres conejos...

TRIVIÑO: _ ¿Y el vino?

OSORIO: _ Cuatro pellejos.

CAMPUZANO: _ ¿Y fruta?

OSORIO: _ Uvas y melones.

FENISA: _ (A CELIA.) Echa una pastilla aquí.

OSORIO: _ A los soldados.)
¿No habéis visto la limpieza
de Fenisa?

OROZCO: _ De esta pieza
ya lo demás presumí.

CAMPUZANO: _ Venid y veréis qué aseo
en suelos, estrado y cama.

TRIVIÑO: _ No más miro, que es gran dama.

OROZCO: _ (A OSORIO.) Días ha que la deseo.
¡Habladla!

OSORIO: _ (Tened paciencia,
que de ello me encargo yo.)
(Sale con los soldados por la izquierda.)

CELIA: _ (Riéndose.) ¿Y Lucindo?

FENISA: _ (Riéndose.) ¡Se quedó
á la luna de Valencia!

Escena XX

FENISA y CELIA

CELIA: _ ¿Dará parte al tribunal?

FENISA: _ ¿De qué, si no hay documento?

CELIA: _ ¡Hará á lo menos intento
de venir!

FENISA: _ Será en su mal
y daño, que pues no tiene
ni documento ni prenda,
no habrá quien favor le venda.
Cuando Fenisa previene
un golpe de estos, jamás
hay de qué sobresaltarse.

CELIA: _ Más conviene prepararse
por si vuelve.

FENISA: _ Quedarás
aquí, alerta, mientras yo
recuento nuestro tesoro.
(Sube por la escalera.)
¡Tres mil ducados en oro!

CELIA: _ (Burlona.)
¡Don Juan, que se te borró
nuevamente!

FENISA: _ (Saliendo á la galería.)
En tal instante
dentro el corazón saltaba,
que cuando el oro mentaba
iba don Juan por delante.
¿Te prometió que vendría?

CELIA: _ Lo prometió con tal fuego
que tuve que escapar luego
por no ver cómo se ardía

FENISA: _ (Desde la baranda.)
Al tocador voy un rato;
entretenme tú á esa tropa...
Que el gato es como la estopa,
y voy á esconder el «gato»...

Escena XXI

CELIA, LUCINDO y TRISTÁN

LUCINDO: _ (Furioso, dentro.)
¡O entras, ó te hundo la daga
en el pecho!

TRISTÁN: _ (Furioso, dentro.) Mas, señor,
¿qué culpa tengo en rigor?
¿Qué queréis que yo lo haga?
Si está lleno de soldados
y matones...

LUCINDO: _ (Dentro.) ¡Entra ó mueres!

TRISTÁN: _ (Asomándose resuelto.)
Pues qué, ¿mi muerte prefieres?
(Con los ojos cerrados.)
¡No me matéis, desalmados!
(Como ante un peligro de muerte.)
¡No! (Abriendo los ojos.) ¡No están! ¡No están!

(Avisando.) ¡No están!

LUCINDO: _ Vil eres, que me has mentido.

TRISTÁN: _ Cierto, señor, que se han ido...

CELIA: _ ¿Qué buscan y á dónde van?

LUCINDO: _ Celia ó infierno, ¿qué es esto que conmigo hace tu ama?

CELIA: _ ¿Y viene á ver una dama gritando tan descompuesto?
¡Jesús! ¿Infierno soy yo?

LUCINDO: _ ¡Llama, Celia, á tu señora que el recelo siento agora que otras veces me engañó!

CELIA: _ Está comiendo y será mal el pasalle recado.

LUCINDO: _ (Furioso.)
¿Pues no era yo el convidado?
No más burlas ¡voto va!
(Sale FENISA, en peinador, como de quien se está haciendo el tocado, y asomase á la galería.)

Escena XXIII

DICHOS, FENISA

FENISA: _ (A CELIA, desde la baranda.)
¿Con quién hablas? ¿Qué es aquesto?

LUCINDO: _ (Encantado al verla.)
(¡Qué hermosa!) Soy yo.

FENISA: _ ¿Quién es?

LUCINDO: _ Lucindo, ¿pues no me ves, ó me olvidaste tan presto?
¿No me reconoces ya,
ó tienes vista tan corta?

FENISA: _ Cólera y gritos reporta y ven esta noche acá.
Que agora ni es ocasión ni discreto, ni prudente,

ya que está llena de gente
la casa, por la razón
que conoces. Te pedí
el dinero que ya sabes
para aquellas cosas graves,
y aunque dijiste que sí,
como lo estoy esperando
me valgo de lo que puedo.
(Se entra y hace señas á CELIA.)

TRISTÁN: _ (Agora sudo de miedo.)

LUCINDO: _ ¿Qué dices, que estoy temblando?
Tristán, ¿pues no lo trajiste?

TRISTÁN: _ ¿Cómo no lo he de traer?
¡Si es que esta mala mujer!...

LUCINDO: _ ¿Pero tú á quién se lo diste?

TRISTÁN: _ A ella mesma y en sus manos,
¡que á poco no me desgarrá
al ir á echarle la garra!

LUCINDO: _ Más, ¿qué es esto? ¿Qué villanos
procederes eslabona
esta hermosura de lobo?

TRISTÁN: _ No más que el del robo...

LUCINDO: _ ¡El robo!

TRISTÁN: _ (Gritando.) ¡Ladrona!

LUCINDO: _ Sí, tal. ¡Ladrona!

(Guiados de CELIA, asoman por la izquierda, desnudas las espadas y amenazadores, OSORIO, TRIVIÑO, CAMPUZANO, OROZCO y escuderos.)

TRISTÁN: _ al verlos, queda mudo de terror. LUCINDO, aunque con más entereza, se sobrecoge también.)

Escena XXIV

*Dichos: CELIA, OSORIO, TRIVIÑO, OROZCO y CAMPUZANO, por izquierda.
Luego, FENISA á la baranda.*

OSORIO: _ ¿Quién abona al mal nacido
que estando aquí honrada gente

grita temerariamente?

CELIA: _ (Por TRISTÁN.) Él ha sido.

TRISTÁN: _ (Aterrado.) ¡Yo no he sido!

OSORIO: _ ¿Pues quién de los dos?

LUCINDO: _ (Tímidamente.) ¡Yo fui!

OSORIO: _ ¡Pues vais á otro mundo vos!

FENISA: _ (Corre despavorida á la baranda.)
¡Por Dios, capitán! ¡Por Dios!
Por Dios os ruego y por mí!...

OSORIO: _ (A FENISA.)
Ya por dos veces, Fenisa,
a vuestra voz y mirada
quedó suspensa mi espada...
(A TRISTÁN y LUCINDO.)
¡Cuerpo de tal! ¡Más aprisa
despejad de aquí!

TRISTÁN: _ (A LUCINDO.) (¿Estáis viendo
como es cierta la encerrona?)

LUCINDO: _ (¡Ya me pagarás, ladrona!)
(Salen cabizbajos.)

OSORIO: _ A tí, Fenisa, encomiendo
que luego que estés dispuesta,
hermoseada y pulida,
que descieras, por tu vida,
á presidir nuestra fiesta.
Tu guante en el cerco arroja
de reina aquí proclamada
para reñir la cruzada
el bravo que lo recoja.

FENISA: _ El guante os va del honor,
según es vuestro deseo
Comience, pues, el torneo
y acójalo el vencedor.
(FENISA arroja el guante; los rufianes forman «cruzada» y riñen.)

Telón

Acto tercero

Cuadro primero

Hostería, hospedaje de DINARDA. Estancia donde comen, beben y juegan soldados y mujeres de la aventura. Puertas al fondo y laterales.

Mesas y taburetes. CELIA y ALBANO en una mesa de la izquierda.

Escena primera

CELIA y ALBANO, soldados y mujeres que no hablan.

CELIA: _ Unos tras de otros, sogas y calderos,
al fin en la hostería habemos dado.
Fenisa por don Juan, que de acá es huésped;
vos por Fenisa, que aún os quita el sueño,
y yo por mis oficios de doncella.

ALBANO: _ Yo vine acá, según es mi costumbre,
ignorando encontrarte; y aun sospecho
que cuanto de Fenisa me has contado
es chanza y buen humor.

CELIA: _ Ha más de una hora
que por aquella puerta de allá enfrente,
de don Juan á la estancia se acogieron.

ALBANO: _ ¿Fenisa y don Juan dices? ¿Luego es claro?
¿Tú los has visto juntos?

CELIA: _ Los he visto
y aun tú los puedes ver... Los celos deja
del capitán, que no es sino su cebo,
y atiende á que don Juan la trae loca.

ALBANO: _ ¿Y de él?

CELIA: _ No te diría yo otro tanto.
Un galán tan galán y gentilhombre
que entro las bellas damas de Sevilla...

ALBANO: _ ¿De Sevilla es don Juan?

CELIA: _ ¿Qué te sorprende?
Es de Sevilla, noble y generoso,
tiene gentil figura y veinte años...

ALBANO: _ ¿Y tú lo has visto junto con Dinarda?

CELIA: _ Como estamos tú y yo... pero más tiernos.

ALBANO: _ (Es mi Dinarda. ¡Agora ya no dudo!
¡Dinarda es que me ha visto amar á otra!)

CELIA: _ ¿Conoces á don Juan tú por ventura?
Je robó alguna dama? ¿Le aborreces?
¿Cómo á su nombre estás descolorido?

ALBANO: _ Jamás le vi ni aún escuché tal nombre...(Pausa.)

CELIA: _ Duro oficio es aqueste de doncella
de una señora tal como Fenisa.
Cuando no el esperar en este modo,
es algo más peor... Somos abejas,
labramos el panal ¡y otros lo comen!...

(Entra CAMILO y va derecho y con agitación á ALBANO. CELIA se aparta y luego váse derecha.)

Escena II

CAMILO, ALBANO

CAMILO: En vuestra busca he venido
por la ciudad descompuesto
y á gran ventura he tenido
hallaros

ALBANO: _ Pues ¿cómo es esto
que venís despavorido?

CAMILO: _ Un caballero portado,
español recién llegado,
solícito preguntaba
á dónde Albano paraba,
de un soldado á otro soldado.
Llegué, díjeselo, y luego
le pregunté qué os quería,
mostró algún desasosiego
y dijo que volvería,
sin que-bastase mi ruego.
Seguíle y en su posada
pregunté quién era...

ALBANO: _ ¿Quién?

CAMILO: _ Ninguno me supo nada.
Fuíme al puerto, que también
fué indicación extremada,
y me dijeron allí
que un hombre como el que ví,
apenas desembarcado
de Sevilla, ha preguntado
con gran extremo por tí.

ALBANO: _ Y ese hombre ¿quién es?

CAMILO: _ Su nombre
un gran peligro te guarda:
don Félix es ese hombre...

ALBANO: _ ¡El hermano de Dinarda!
Vamos, Camilo, que sé
que es hombre de corazón,
y pues tan mal le agravié
hiriéndole en la ocasión
aquella que te conté,
y está por medio el amor
que por su hermana hay en mí,
prudencia será valor,
que agora en mí dá el dolor
de la herida que le abrí... (Salen izquierda.)

Escena III

CELIA: _ , por la derecha, y los que no hablan.
Tienen que ver estas damas
que pasan de Enero á Enero,
más amores en sus tramas
que barcajes el barquero,
y cuando algún caballero
las trae á mal traer...
¡tienen que ver!
Tienen que ver en lo altivas
que son con los pretendientes,
blandas sólo á los presentes
y en lo demás pañas vivas,
y cuando caen cautivas
de un amor-anocheecer
¡tienen que ver!

(Asoman por la izquierda FÉLIX, LUCINDO y TRISTÁN. CELIA, al verlos, da un grito, y se entra por donde salió.)

CELIA: _ ¡Amo y criado aquí están! (Se entra.)

Escena IV

DON FÉLIX, LUCINDO y TRISTÁN, con vestidos más ricos y lujosos.

LUCINDO<<<<<<<<<<<<<<<<<<<. - Por acá suelen caer
españoles á beber
en compañía de Tristán.

TRISTÁN<. - Por acá suelo acudir.
la grandísima señora
que se llevó en una hora
un siglo de bien vivir.

LUCINDO<. - (A DON FÉLIX.)
Gracias que vos al llegar
nos disteis prendas mejores.

D. FÉLIX: _ En un cambio de favores
no hay favor, sino cambiar.
(A LUCINDO.)
Vos de Fenisa agraviado,
yo de Albano con afrentas,
hemos reunido las cuentas
para cobrar al contado.
Ella y él amigos; vos
y yo, deudos y allegados,
en tierra extraña juntados
por la venganza los dos.
Dios hará que nos cobremos
debidamente y por junto.

LUCINDO: _ Tristán, aún nos queda el punto
de la Aduana. ¿Qué haremos?

TRISTÁN: _ No hay sino disimular
y hacerse nuevas, señor.

D. FÉLIX: _ Sospecho que lo mejor
con mujeres, es no dar.

LUCINDO: _ No dar, mas sí prometer
cuanto su afán nos indique;
que no hay mujer que no pique
en promesas, si es mujer.

TRISTÁN: _ Mira bien si te has lucido
prometiendo...

LUCINDO: _ ¡Ya soy diestro!

TRISTÁN: _ ¡A buen hora eres maestro,
después que te han exprimido!

LUCINDO: _ Pues, ¿cómo quieres que aprenda
el hombre, sin el agravio?
¡De amor y hacienda, el más sabio
es quien perdió amor y hacienda!
De ambas cosas sabio soy,
pues que ambas cosas perdí,
y lo que sembrando fuí
ahora cosechando voy.

TRISTÁN: _ (¡Señor, que pasa el umbral
Fenisa, prepárate!)

(Por la derecha, FENISA y CELIA con mantos; al ver á LUCINDO y
TRISTÁN, fingen sorpresa.)

Escena V

DICHOS, FENISA y CELIA

LUCINDO: _ (Fingiendo un gran dolor.)
¡Fenisa!

FENISA: _ (Ídem.) ¡Lucindo!

TRISTÁN: _ (¡A fe
que valen tal para cual!)

FENISA: _ (A CELIA.)
(¡Viene más engalanado!)
(Con ternura.) ¡Lucindo!

LUCINDO: _ ¡Fenisa!

TRISTÁN: _ (A LUCINDO, interponiéndose.) ¡No!
¡No más, no más! Ya bastó
y sobró con lo pasado...

LUCINDO: _ (A TRISTÁN, suplicando.)
Tristán...

FENISA: _ (Irritada.) ¡Tristán!...

TRISTÁN: _ Agrio ó miel
el demonio que os entienda,

que esta segunda contienda
será un segundo Montiel.

Una ley tiene el amor,
mas el negocio otra ley:
«ni quito ni pongo rey,
pero ayudo á mi señor.»

(A LUCINDO.)

Sigue en tu locura vana
de amar quien burló tu fe,
que ya á tiempo me cuidé
de avisar en la Aduana,
y de allí no has de sacar
aceite, frutas ni sedas,
en tanto que no te quedas
libre de tan loco atar.

FENISA: _ (A CELIA, por TRISTÁN.)
(Ve y ofrécele y procura
contentalle.) (A LUCINDO.) La opinión
de un criado socarrón
más en mi honor me asegura.

LUCINDO: _ (Disculpando á TRISTÁN.)
Como viejo, es descortés
mas no escuches sus enojos.

FENISA: _ (Acercándose tiernamente á LUCINDO.)
¿Sabes algo de estos ojos?
¿Qué es lo que en sus niñas ves?

LUCINDO: _ Sé que estas niñas lo son
de tal forma en las mudanzas,
que dan nuevas esperanzas
después de la posesión
(Siguen hablando.)

TRISTÁN: _ (Fingiéndose convencido.)
(¿Aqueso habré de creer?
¿Piensas que me mamo el dedo?
Lo del vestido, concedo,
mas lo otro...)

CELIA: _ (Si lo has de ver
por tus ojos; allá están
los cuatrocientos ducados
en un bolsillo apartados,
con un rótulo: «A Tristán...»
Luego que cesó la broma
y dimos mano á la risa,

por encargo de Fenisa
fui á la posada...

TRISTÁN: _ ¡Toma!
¡Agora me convenció!
Cierto, que fué una tapada
preguntando en la posada
por mi señor.

CELIA: _ ¡Si era yo!
(¡Necio es!)

TRISTÁN: _ (¡Tonto me ha ercido!)

CELIA: _ Yo, que llevaba apartados
los cuatrocientos ducados.
(Siguen hablando.)

LUCINDO: _ (A FENISA.)
Sabe Dios que no he sentido
perder, Fenisa, el dinero,
sino el ver, como lo ví,
de tí burlado...

FENISA: _ De mí?

LUCINDO: _ Un amor tan verdadero.

FENISA :_ Yo solo quise probarte;
aquella excusa tracé
del dinero, con la fe
de una ruina evitarte,
pues viéndote generoso,
galán, cortés y sencillo,
quise poner tu bolsillo
en seguro cauteloso.
A poco que te partiste
mandé con Celia á buscarte...
y acababas de mudarte
(Sollozando.)
¡Qué buena noche me diste!
¡Qué caro me costó
haber querido y querer
probarte así.

LUCINDO: _ (¡Qué mujer!)
¿Luego aquella noche?

FENISA: _ ¡Oh!

No sé cómo te refiero
aquel dolor sin igual
y aquel tanto y tanto mal
que me trujo tu dinero.
El bolso tuyo tomaba
en mis manos, y decía
cosas que, quien las oía,
enternecido quedaba.

LUCINDO: _ ¿Es posible, mi señora,
que merezca con mi ausencia
lágrimas tuyas? ¡Oh, ciencia
del adivinar, traidora!
Bendito el llanto, mi bien.
Mas no es justo estar aquí.
Si tú me quieres así,
yo te quiero así también,
Con Tristán á la Aduana
iré á disponerlo todo
para vender en buen modo
mercancía valenciana,
porque al venderla te entregues
en la plata y en el oro,
pues me basta por tesoro
que tus ojos no me niegues.
¿Puédote agora abrazar?

FENISA: _ Agora y siempre, mi bien.

LUCINDO: _ Vete con Dios y prevén
para esta noche cenar.
Que voy con aqueste hidalgo
en casa de un mercader
que merced me quiere hacer
por él, no por lo que valgo;
de que contra mercancías
tres mil ducados avance...

FENISA: _ ¡Agora es bueno el percance!
Pues, ¿y yo?

LUCINDO: _ ¿Que tú hallarías
quien me lo diese?

FENISA: _ Tal vez.
¿Para qué son?

LUCINDO: _ Para trigo,
que hay falta en Valencia.

FENISA: _ Digo que sí, por segunda vez...

Sé por cierto caballero
que una dama de opinión
anda buscando ocasión
de colocar un dinero.

LUCINDO: _ Con trigo habrá gran ganancia,
pues no hay allá.

FENISA: _ Dices bien,
y yo haré que te lo den.
Pero, ¿será de importancia
el resguardo de tu hacienda?

LUCINDO: _ Del almacén donde está
daré las llaves.

FENISA: _ Será, Lucindo, bastante prenda.
(Pausa.)
Advierte que han de querer
un treinta por ciento.

LUCINDO: _ Es cosa cruel...

FENISA: _ Pues será forzosa.

LUCINDO: _ No es razón

FENISA: _ ¡Pues lo ha de ser!

LUCINDO: _ (Risueño.)
Negocia en veinte, si tratan,
¡por vida de aquesos ojos!

FENISA: _ Veré de no darte enojos
por los tuyos, que me matan...
Allana lo de Tristán
y vete á la noche allí.
¿Celia?

CELIA: _ Señora.

FENISA: _ (A LUCINDO.) De mí
fía, que te los darán.
(A CELIA.) (¿Y el criado,)

CELIA: _ (Convencido.)
¿Y el amo?)

FENISA: _ (Trae más caudal y es mío.)

(Sale entre miradas tiernas á LUCINDO, por la izquierda, con CELIA.)

TRISTÁN: _ ¡Cuerpo de tal,
que van que se lo han creído!...

Escena VI

DON FÉLIX, LUCINDO y TRISTÁN

D. FÉLIX: _ Jamás supe de mujer
tan ágil, mañosa y diestra...
si por los ojos maestra
más por el decir y hacer.

TRISTÁN: _ Aun viniendo preparados
tan astuta es y liviana,
que sospecho que esta lana
nos cuesta el ir trasquilados.

LUCINDO: _ De esta no escapa Tristán.

TRISTÁN: _ No sé qué diga, señor.

LUCINDO: _ Agora ya no hay amor,
agora sólo es afán
de venganza, cada instante
más celerado y más fiero

TRISTÁN: _ ¡Con recobrar el dinero
es ya venganza bastante!

LUCINDO: _ Perdonad, don Félix; vos
por la vuestra que olvidamos,
y tras Albano vayamos
hasta que disponga Dios
que le encontremos.

D. FÉLIX: _ Sí tal, que no por mostrar
Templanza está fría mi venganza
del agravio fraternal.

TRISTÁN: _ Vengüemos, Tristán, vengüemos,
con Fenisa y con Albano,
y en viendo dinero á mano,
¡cobremos, Tristán, cobremos!

(Salen los tres por la izquierda.)

Escena VII

DINARDA, OSORIO

OSORIO: _ No hay para qué satisfacerme en nada.
Ya sé que sois honrado caballero,
mas al venir Fenisa á la posada
sin darme aviso, agravio considero.
Jamás neguéme cuando acongojada
solicitó el apoyo de mi acero
y harto reñí, por verla de señora,
para sufrir que así me pague agora.

DINARDA: _ Que estuviese Fenisa en mi aposento
no os niego, Osorio; mas también es llano que os vino á ver.

OSORIO: _ Yo sé su pensamiento
y sé también su proceder liviano;
encarcelar al sol, prender el viento,
y hasta coger la luna con la mano,
cosas son más posibles y seguras
que gratitud de ciertas creaturas.
Yo sé que ha conservado el artificio
de pescar las haciendas extranjeras,
porque amor en mujeres de ese oficio
es cimbe de ambiciones y quimeras;
mas como el más espléndido edificio
que inmortal á los tiempos consideras
está sujeto al rayo, tú lo fuiste,
que con Fenisa, al fin, en tierra diste.
Ella te adora, yo lo sé, ¿qué dudas?

DINARDA: _ ¿Y oféndote, por dicha, en que me adore?

OSORIO: _ Están las piedras, al milagro, mudas;
no dudes que tu ingenio se mejore;
pues al vencer astucia, mal y daño,
alcanzaste á engañar el mismo engaño.
Mira: ninguna cosa estas mujeres
buscan ni intentan más que el casamiento.
Toca esta tecla si engañallas quieres;
haz con esta promesa un escarmiento.
A sus livianos gustos y placeres
debes con el casorio estar atento
y fiar en mi ciencia. ¿Hazme entendido?

DINARDA: _ ¿Tú quieres que me finja su marido?

OSORIO: _ Don Juan, estas mujeres se previenen
viendo que se les corre la hermosura
y que si arrugas ó si canas tienen
no tienen casa ni pensión segura.
Si alcanzas tú que sus escudos suenen
músicas de oro por llamar al cura,
les mismos que hoy tal vez estén desnudos
tal vez mañana estén llenos de escudos.

Telón

Cuadro segundo

El salón de FENISA en el primer acto. Al alzarse el telón, FENISA y CELIA examinan dos cofrecillos, dos llaves y varios papeles que habrá sobre una mesa de la estancia.

Escena primera

FENISA, CELIA

FENISA: _ ¿Qué me dices agora de sospechas?
¿Es negocio seguro? ¿Está en la mano?
Mira bien: documentos, testimonios,
sellos, tasa, licencia, las dos llaves
del almacén...

CELIA: _ Seguro es todo agora.
Mas siendo tan enorme la ganancia...
hasta vella en tus manos no sosiego.

FENISA: _ ¿Vendrá Tristán?

CELIA: _ Vendrá; Lucindo queda
en la Aduana.

FENISA: _ ¡Ay, Celia, de pensallo
me fino y muero! ¡Mi don Juan y el oro!
¡Mis dos venturas y mis dos amantes!

CELIA: _ Mira si son los hombres rematados,
que una vez y otra y otra se les burla
y ciento y mil ¡y no abrirán los ojos!

FENISA: _ Los abren, sí, mas se les burla. ¡Mira
que el tal Lucindo! ¿Cuándo ni por pienso
pude yo imaginar que tras el lance
de los soldados, por acá volviera?

ELIA: _ ¡Y agora vuelve y me lo dejas limpio
segunda vez! ¡Asina son los hombres!

FENISA: _ Todo está pronto, por si Tristán llega?

CELIA: _ Todo: los cofrecillos del dinero,
las llaves de la guarda, los papeles...
¿Iremos yo y Estacio en tu compañía?

FENISA: _ Y Fabricio que cargue con los cofres.

CELIA: _ Don Juan y Osorio vienen. ¿Vóyme?

FENISA. -Queda;
que el padre de este amor es el negocio.

OSORIO. - (Dentro.) ¡Já, já! No os dé rubor don Juan.

FENISA: _ ¿Qué burlas?

(*Entran por la izquierda OSORIO y DINARDA.*)

Escena II

DICHOS: OSORIO y DINARDA

DINARDA: _ Salud, bella Fenisa

OSORIO: _ ¡Dios te guarde!

FENISA: _ ¿Qué risas eran?

OSORIO: _ ¡Chanzas inocentes!

FENISA: _ (Aparte á OSORIO.)
(Cierta dinero doy de avance á un rico
mercader, que me espera en la Aduana.
Dí que el dinero es tuyo y lo administras
de una noble señora de Palermo.)

OSORIO: _ (¡Negocio hecho! ¿A qué interés lo damos?)

FENISA: _ (¡Treinta por ciento!)

OSORIO: _ (¿Y qué resguardo en prenda?)

FENISA: _ (Sedas y paños de Valencia ricos
y cien pipas de aceite registradas.
De esto tengo las llaves y el seguro
de las guardas del rey, que sin mi orden
ni su dueño ni nadie tocar puede.)

OSORIO: _ (Bien va.) (Por don JUAN.) (Que no sospeche.)

(Durante esta escena el personaje se distraerá de manera que pueda hacer señas sin ser visto de ninguno de los otros dos.)

FENISA: _ ¿Cómo callas, don Juan?

OSORIO: _ (Guiñando a don JUAN.)
Porque está agora vergonzoso
de cierta pretensión

FENISA: _ ¿Vuelven las chanzas?

OSORIO: _ ¡Cómo que chanzas! Vive Dios que quise
sabiendo que has estado en su aposento
pasarle el corazón de parte á parte,
(Guiñando á FENISA.)
y vive Dios que me dejó sin cólera
cuando me habló de vuestro casamiento...

FENISA: _ (Con arrebató.) ¿Connmigo casamiento?

OSORIO: _ (Guiñando á don JUAN.) Sí, contigo.
Yo viendo la ocasión de tu fortuna
(Guiñando á don JUAN.)
y que con él casada, si te lleva
á España, allí serás lo que quisieres,
quiero perder de mi derecho y gusto
(Guiñando á FENISA.)
con tal que ganes tú. ¡Don Juan de Lara
te demanda de esposa y señoría!

FENISA: _ ¿Burlas?

OSORIO: _ Hablad, don Juan...

DINARDA: _ Es cierto.

FENISA: _ ¡¡Cierto!!

OSORIO: _ (Guiñando alternativamente á una y a otra.)
¿Ves lo que te decía? Cierto era.

FENISA: _ (A OSORIO.) Agora sé noblezas españolas.
Te daré el mismo día de las bodas
una cadena de á dos mil ducados.

OSORIO: _ (Ya lo he dicho á don Juan que tienes oro.)

FENISA: _ Si él noblezas me dá, yo aporto un dote
que no baja de treinta mil escudos.

(Entra por la izquierda TRISTÁN.)

Escena III

DICHOS y TRISTÁN

TRISTÁN: _ Lucindo, mi señor, queda esperándote
con los de la Aduana.

FENISA: _ (Rápida.) Osorio, vamos.
(A don JUAN.)
Perdóname... Un negocio á andar me fuerza,
mas es cosa de instantes...

OSORIO: _ Tornaremos
presto, don Juan. En tanto, no os mováis.

FENISA: _ (Acercándose enamorada.)
Queda en tu casa, que tratar precisa
de este amor sin igual ¡Don Juan!

D. JUAN: _ (Acercándose enamorado.) ¡Fenisa!
¿Presto vuelves?

FENISA: _ Sí, presto...

OSORIO: _ (Interponiéndose.) ¡Vamos, vamos.

FENISA: _ Tú, Celia, díle á Estacio y á Fabricio
carguen ese dinero y que nos sigan.

OSORIO: _ (Cogiendo los cofres.)
No hacen falta, que yo cargo los cofres.

FENISA: _ Vamos, Tristán, Adiós... (A DINARDA.)

DINARDA: _ ¡Adiós, sol mío!

OSORIO: _ (Desde el dintel guiñando á DINARDA.)

¡Por Dios, don Juan, que son diez mil ducados!

(*Salen todos menos DINARDA.*)

Escena IV

DINARDA: _ (Sonriendo.)

Cuenten luego novelas y ocasiones
de la imaginación más divertida,
que allá saldrá el romance de la vida
alegando mezquinas invenciones.
Por el amor de Albano y sus pasiones
cruzo el mar, me disfrazo decidida
y á la mujer que es más aborrecida,
fingiéndome don Juan, canto ilusiones.
Romper trató esta farsa y burda treta
y cien veces de Albano el pensamiento
á sus grillos me amarra y me sujeta.
¡Cumple, Amor, tu decreto soberano,
que he de seguir en el primer intento
hasta que de Fenisa libre á Albano!
(Sale ALBANO por la izquierda.)

Escena V

DINARDA, ALBANO

ALBANO: _ Mucho me huelgo de hallaros,
don Juan, solo y en tal puesto.

DINARDA: _ Y yo de veros y hablaros,
que también estoy dispuesto
á informarme y á informaros.

ALBANO: _ (¡Cuerpo de tal! ¡Que este sea
don Juan, y que no es Dinarda!
¿Quién ha de haber que lo crea?)
DIN(Mucho el temor me acobarda,
pues conocerme desea.
Mas téngolo de negar
aunque supiese morir.)
Ya que me venís á hablar,
ó comenzar á decir
ó comenzar á escuchar.

ALBANO: _ Cuando en esta casa entrastes,
sabíades mi afición
por Fenisa; ¿á qué llegastes?

DINARDA: _ Porque tengo corazón,
cosa con que no contastes.
Cuando un hombre se aficiona
y una mujer se le encara
¿no es el amor quien le abona?

ALBANO: _ (¡La voz, el talle, la cara!
Es mi Dinarda en persona...)
(Con arrebató.) Dí...

DINARDA: _ (Fríamente.) ¿Qué?

ALBANO: _ (Loco he de parar
con esta duda!)

DINARDA: _ ¿Por qué
la pregunta començar
diciendo: dí?

ALBANO: _ Preguntar
vuestra patria y nombre fué...

DIN: _ ¿Mi patria y mi nombre?

ALBANO: _ Sí,

DINARDA: _ ¿Por qué?

ALBANO: _ No porque me asombre
el veros venir aquí
tan gallardo y gentilhombre,
que de ello no soy celoso,
mas para sólo saber
si sois hombre generoso,
porque con esta mujer
procedáis más cauteloso.

DINARDA: _ (Burlona.)
¡Qué gracia en eso tenéis!
¿De cautelas me advertís?
¡Sin duda que lo sabéis!

ALBANO: _ Vos, ¿para qué la servís?

DINARDA: _ Vos, ¿para qué la queréis?

ALBANO: _ Yo, por sólo entretener
la ausencia de una mujer

de quien desdichas me apartan,
¡desdichas que no se hartan
de mi duro padecer!

DINARDA: _ ¿Sufrís por mujer ausente
y estáis por Fenisa loco?
¡Dejad que pasarme intente
de caso tan sorprendente,
que el decir milagro es poco!

ALBANO: _ Como imagen la tenía
en el altar del respeto
donde el alma le ofrecía,
cuyo retrato perfecto,
aunque extraño, en vos vería...

DINARDA: _ Quisiera saber quién era
para escribille el engaño
que vuestra fe vitupera,
porque viendo el desengaño,
ausente, os aborreciera.
Que á una piedra mueve á risa
que aquí finjáis adorar
de pronto y con tanta prisa
y me vengáis á retar
por los celos de Fenisa.
Pues Albano, estad atento
á lo que os voy á decir:
De ese antiguo pensamiento
ni tengo que dirimir
ni vuestros engaños siento.
De esto que agora teméis
os digo que no intentéis
entrar más en esta casa,
porque Fenisa se casa

ALBANO: _ ¿Con quién?

DINARDA: _ Con... ¡Ya lo sabréis!
¿De qué os sirve preguntar
cuándo se casa esta dama?
¿No amáis otra... hasta matar?
¿No véis que en ello se infanta
la ausente, sin protestar?

ALBANO: _ (Agora que es ella creo,
sin más dudas. ¡Es Dinarda!)
(De repente.)
Pues que Fenisa se tarda,

Avenís á dar un paseo?
(Sorprendida, mas reponiéndose.)
¿Un paseo?

ALBANO: _ ¿Os acobarda
no ver á Fenisa agora?

DINARDA: _ (Naturalmente.)
(No, que más tarde la veo.

ALBANO: _ ¿Se casa pronto?

DINARDA: _ Tal creo.

ALBANO: _ ¿Con quién me será traidora?

DINARDA: _ Ya os lo diré en el paseo.

(Salen DINARDA y ALBANO por la izquierda. Por la derecha entran CELIA y Fenisa con mantos y algunas cajitas con regalos y joyas.)

Escena VI

CELIA, FENISA

CELIA: _ ¿Estás contenta?

FENISA: _ No estuve en mi vida más contenta,
pues que el amor me frecuente
y la fortuna me sube.
Vuelvo acá con más dinero
camino de enriquecer,
y voy á ser la mujer
de mi don Juan, por quien muero...
¡Treinta por ciento he ganado
sin mas que ir á la Aduana!

CELIA: _ ¡Treinta por ciento! ¡Qué ufana
á las guardas has dejado!
¿Y cómo Lucindo queda
de agradecido al favor?
Pues, ¿y Tristán? ¡Qué furor
de bendiciones en rueda!
¡A tí, á mí, nos bendecía
con una unción de beato!
¿Hay hombre tan mentecato?

FENISA: _ (Dándole unas llaves.)
De gran provecho es el día.

Las llaves del almacén
encierra en el escritorio.
¿A dónde fué Osorio?

CELIA: _ Osorio fué por don Juan y tu bien.

FENISA: _ ¡Ay, Celia, Celia!... Me muero
de gusto en imaginar
que he de venir á casar
con un noble caballero.

CELIA: _ Don Juan, ¿es conde ó marqués?

FENISA: _ No camines tan apriesa.

CELIA: _ Serás condesa ó marquesa
de la cabeza á los pies
(Burlona.)
Señora condesa, ¿da
vuestra excelencia licencia?
Un mercader de Valencia...

FENISA: _ ¿Mercader? ¡Uf! ¡Quita allá!
Una dama no recibe
gentes de tan baja grey.

CELIA: _ (A la puerta.)
Señora... el señor Virrey
que por vuestros ojos vive...
FENISA: _ (Como si se preparase á recibir al virrey.)
Pase su alteza al estrado.
Señor, tan alto favor
tantas mercedes, señor...
CELIA: _ (A gritos.)
El señor conde es llegado
(Ríen las dos.)

Escena VIII

DICHAS Y OSORIO

OSORIO: _ (Desde el umbral.)
¡Cuerpo de tal! Bien gozamos
de nuestra famosa empresa.

CELIA: _ Mi señora la condesa
OSORIO(Suspira tristemente.)
¿Cómo? ¿Ya condeseamos?
A decirte que lo esperes

me envía el señor don Juan...

FENISA: _ ¡Oh, bravo Osorio galán,
que mi padre y dueño eres!
(Saca una cadena.)
Pues que me traes noticias
que son mi mayor tesoro,
esta cadena de oro
has de llevar en albricias.

OSORIO: _ Dejad dádivas agora,
(Con dignidad, cómicamente triste.)
Fenisa, que en tan solemne
día, la dádiva tiene
yo no sé qué de traidora

FENISA: _ ¿Qué decís?

OSORIO: _ Digo, Fenisa,
que si entendéis que un hidalgo
como yo, os sirvió de algo
mientras subísteis aprisa...
¡cuerpo de tal! ¿Pues no dudo
en hablaros?

FENISA: _ (Desconcertada.) No os entiendo,
Osorio.

OSORIO: _ ¿Qué voy sintiendo,
que voz y semblante mudo?
¿Que no me entendéis ¿Que no?
¿Y en un tan solemne día
con esta cadena fría
queréis maniatarme? ¡Oh,
vuestra cadena guardad,
Fenisa, que mi decoro
harto más vale que el oro!...

FENISA: _ ¿Cuál decoro? Hablad, hablad.

OSORIO: _ (Enfático.)
Fenisa, en aquestos ojos
terror de los extranjeros
que te daban sus dineros
¿nunca has visto más que enojos?
¿No ves, Fenisa, notorio
y tan claro como el sol
que mi desdén español
y que mi orgullo de Osorio

emprendieron peregrinos
 los caminos soberanos
 de tus ojos italianos
 en lo bellos y asesinos?

FENISA: _ Tened, Osorio, tened
 que á don Juan soy prometida.

OSORIO: _ Lo pagará con la vida
 ¡cuerpo de tal! ¡Tengo sed
 de sangre y de muerte y

FENISA: _ Vos me lo habéis presentado,
 hacia él me habéis inclinado,
 ¿quién es el culpable aquí?
 ¿Supe yo de vuestro amor
 jamás? ¿Fuisteis galán mío?
 (Osorio afirma ó niega secándose el llanto.)
 ¿He dado yo mi albedrío
 por prenda á vuestro favor?
 Vos mesmo me autorizáis
 con don Juan, y en un momento,
 sin medir el pensamiento,
 de pensamiento mudáis...
 (Suplicante.)
 Ved, bravo Osorio, si pesa
 en vos detenerme el paso;
 ved que, si con don Juan caso,
 de Fenisa iré á condesa,
 y advertir que si mis rudos
 (Intencionado.)
 conceptos amor no alcanzan,
 mis manos sobre vos lanzan
 tal lluvia de oro en escudos
 que, al librar vuestro decoro
 apaguen vuestro furor,
 y de ser ciego de amor
 paséis á ser ciego de oro...
 Dejad, Osorio, que os diga
 este bolso de doblones
 con las buenas bendiciones
 de vuestra mejor amiga...
 (Finge llorar de rabia, toma el bolso.)
 ¡Cuerpo de tal! A no ser
 por ser vos ¡ira de Dios!
 (¿Serán buenos?) ¡Por ser vos,
 Fenisa! ¡Podéis creer!

(DINARDA por la derecha, con sus pajes, que traen flores.)

Escena VIII

DICHOS, DINARDA, BERNARDO y FABIO.

DINARDA: _ (A Fenisa.)
Perdona si me he tardado.

FENISA: _ Al fin, don Juan, has venido.

DINARDA: _ Quien viene á ser tu marido
las flores le han retardado.
¡Finezas de un fino amor!

DINARDA: _ ¡Pajes! Los ramos traed
FENISA(Toma las flores.)
Celia, dad por la merced
á estos pajes.
(A DINARDA, quitándose un anillo de brillantes.)
Y al señor
doy este rico diamante,
prenda de amor fino y fuerte

DINARDA: _ Hasta el día de mi muerte
seré, Fenisa, constante...
(Dale una joya.)
Celia, toma, ¡que hay espacio
para todos en Fenisa...!

OSORIO: _ (¡Por Dios, que reparte aprisa
lo que juntó tan despacio.)
(Sale Albano por la derecha.)

Escena IX

DICHOS, ALBANO, con una carta, y CAMILO

ALBANO: _ Después de que por mil años
goces, hermosa Fenisa,
al señor don Juan de Lara,
honra y valor de Sevilla,
sabe que, llegando al puerto
para saber si venía
á un cierto español, por quien
se me amenaza la vida,
ví una nave valenciana

que con su zalema y grita
izaba las blancas velas,
palomas que el viento henchía,
cuando un hombre en una barca
á grandes voces decía:
-«Albano, la carta esa
daréis mañana á Fenisa.»
En esto otro hombre que al puerto
la carta ya me traía,
me la dió; volviendo el rostro
á la nave que se iba
dije: -¡Yo se la daré!-
Y entonces, con mucha risa,
él y otro que gateaban
por los cordajes arriba,
agitando los sombreros
saludaron á Fenisa.
La nave, izando el trinquete,
se alejó de las orillas
y yo vine, cuidadoso
de saber lo que sería.

FENISA: _ ¿Y la carta?

ALBANO: _ (Dale una carta.) Esta es la carta.

FENISA: _ (La color tengo perdida.)

Abre, Osorio.

OSORIO(Leyendo.) Dice así;

«Pues con lágrimas fingidas
dos mil ducados sacaste»

FENISA: _ ¡Ah, Lucindo!

DINARDA: _ ¿Qué suspiras?

FENISA: _ (¡Válgame Dios! ¿Qué me pasa?)

OSORIO: _ (Leyendo.)

«Con industria vengativa
los has devuelto y mil más...

Porque la caja tenía

-para poder engañarte-

diez varas todas son agua,

aunque en la primera había

solo diez libras de aceite

por engañarte.»

FENISA: _ (Reponiéndose.) No sigas...

No sé a qué viene esa carta

ni quien habla de Fenisa
en tal pleito de villanos,
embaucadores... rapiñas.
El caso, don Juan, no importa,
que para la hacienda mía
tres mil ducados son humo...

DINARDA: _ Tu amor es el que me obliga,
que no tu hacienda.

ALBANO: _ (A CAMILO.) (En probarme
se delata y acaricia.)
(A FENISA.)
Luego, ¿casas con don Juan?

FENISA: _ Albano, celos no pidas...

ALBANO: _ ¿Celos de tí? Heridas grandes
cierran pequeñas heridas.

ALBANO: _ (Mirando á DINARDA.)
Donde hay sol, ya no hay estrellas,
que si él sale, ellas no brillan.

CELIA: _ (A la puerta, gritando.)
¡Fenisa! Dos embozados.

(Salen cubiertos del embozo DON FÉLIX y su paje DONATO.)

Escena última

DICHOS, DON FÉLIX y DONATO

D. FÉLIX: _ Vuestas mercedes prosigan,
que somos gente de paz.

ALBANO: _ Antes parece enemiga.
Desembocen, ó por Dios
que los eche con más prisa
que entraron.

D. FÉLIX: _ (Desembozándose.)
¡Con prisa vengo
en arrancaros la vida!

ALBANO: _ ¡Don Félix!

DINARDA: _ (Interponiéndose.)
¡Tened! (¡Mi hermano!)

FENISA(A OSORIO.) ¿Osorio, no véis?

OSORIO: _ Fenisa, veo y callo.

DINARDA: _ ¿Por qué causa
esta reyerta? Decilla,
y antes que hablen las espadas
hablen las lenguas justicia.

ALBANO: _ Que en Sevilla hice á don Félix
peleando cierta herida...

DINARDA: _ No reclamo de esa ofensa,
sino de otra que es más mía.

ALBANO: _ ¿Qué me reclamáis?

D. FÉLIX: _ Mi hermana
me daréis, ó vuestra vida.

ALBANO: _ Yo no sé de vuestra hermana.

DINARDA: _ Yo sí sé, por ser mi amiga.
Y si las manos os dáis
y á Dinarda Albano estima
por esposa, en este punto
haré que venga ella misma
á confirmar vuestras paces.

ALBANO: _ Esta es mi mano.

D. FÉLIX: _ Y la mía.

DINARDA: _ Pues esta que habla es Dinarda.

FENISA: _ ¡Don Juan!

D. FÉLIX: _ ¡Dinarda!

OSORIO: _ (Fenisa,
veo y callo, como os dije,
que esto y más lo presentía.)

FENISA: _ ¿Y he de quedar tras de pobre,
burlada y escarnecida?

D. FÉLIX: _ Pobre no, que yo os acojo...

OSORIO: _ ¡Volveremos á las mismas!

Mujeres de esta calaña
teniendo bolsas vecinas,
tenderán siempre á las bolsas
EL ANZUELO DE FENISA.

Telón

El arenal de Sevilla
Lope de Vega

El arenal de Sevilla Lope de Vega

Hablan en ella las personas siguientes.

DOÑA LAURA, *dama*.

URBANA, *su tía*.

DON LOPE, *caballero*.

TOLEDO, *criado*.

TRES ARRAECES.

UNA MULATA.

SERVANDO, *criado*.

FELICIO, *criado*.

GARRIDO, *bravo*.

UN FORASTERO.

UN SARGENTO.

CARREÑO, *soldado*.

ORTIZ, *soldado*.

ALVARADO, *soldado*.

GUILLÉN, *soldado*.

DOS MOROS DE GALERA.

UN AGUADOR.

CUATRO EMBOZADOS.

FAJARDO, *capitán*.

CASTELLANOS, *capitán*.

UN LADRÓN.

UN ALGUACIL.

OTRO SOLDADO.

LUCINDA.

FLORELO.

ALBERTO.

Acto I

DOÑA LAURA y URBANA, su tía, con mantos.

LAURA Famoso está el arenal.

URBANA ¿Cuándo lo dejó de ser?

LAURA No tiene, a mi parecer,
todo el mundo vista igual;

tanta galera y navío
mucho al Betis engrandece.

URBANA Otra Sevilla parece
que está fundada en el río.

LAURA Como llegan a Trïana,
pudieran servir de puentes.

URBANA No le he visto con más gente.

LAURA ¿Quieres que me sienta, Urbana?

URBANA Mejor será que lleguemos
hasta la Torre del Oro,
y todo ese gran tesoro
que va a las Indias veremos.

LAURA Como cubierto se embarca,
no mueve mis pasos tardos.
¿De qué sirve el ver en fardos
tanta cifra y tanta marca?

URBANA Notable es la confusión.

LAURA Lo que es más razón que alabes
es ver salir destas naves
tanta diversa nación;
las cosas que desembarcan,
el salir y entrar en ellas
y el volver después a ellas
con otras muchas que embarcan.
Por cuchillos, el francés,

mercerías y ruán,
lleva aceite; el alemán
trae lienzo, fustán, llantés...,
carga vino de Alanís;
hierro trae el vizcaíno,
el cuartón, el tiro, el pino;
el indiano, el ámbar gris,
la perla, el oro, la plata,
palo de Campeche, cueros...;
toda esta arena es dineros.

URBANA Un mundo en cifra retrata.

LAURA Los barcos de Gibraltar
traen pescado cada día,
aunque suele Berbería
algunos dellos pescar.

URBANA Es cosa de admiración
ver los que vienen y van.

LAURA Los que en el pasaje están
en grande número son.

URBANA Por aquí viene la fruta,
la cal, el trigo, hasta el barro.

(Sale DON LOPE, forastero, y TOLEDO, criado.)

LAURA ¡Gallardo mozo!

URBANA ¡Bizarro!
Echa el manto, el rostro enluta.

LAURA ¿Qué importa, cuando me vea
un forastero?

URBANA Es galán.

TOLEDO [A DON LOPE.]
Ya, señor, todos se van.

LAURA [A URBANA.]
Gallardamente pasea.

DON LOPE [A TOLEDO.]
Dícenme que está el piloto

en Triana; hablarle quiero.

TOLEDO
Fletemos barco primero,
que, con el mucho alboroto
de que se parte la flota,
podrá ser que no le hallemos.

DON LOPE
Busca un barco que fletemos.

TOLEDO
Allí te mira una sota.

DON LOPE
No es tiempo de eso, Toledo.
Embarquemos nuestra ropa.
Ruega a Dios por viento en popa.

TOLEDO
En viendo carne, no puedo
dejar de pedir un cuarto
al precio que sale el todo.

DON LOPE
Toledo, ya voy de modo
que de ocasiones me aparto.
Salí de mi tierra, en fin,
por causa de una mujer;
yo las debo aborrecer.

TOLEDO
¡Por Dios que es un serafín!

DON LOPE
Taparme quiero los ojos;
hago mil veces la cruz.

TOLEDO
Dándote en ellos su luz,
debe de causarte enojos.

DON LOPE
No quiero luz de mujer,
que es la misma oscuridad.

TOLEDO
¿Tan presto el sol de tu edad,

señor, se quiere poner?
¿No estás en la primavera
y ya tratas del estío?

DON LOPE
Pierden mis años el brío
a manos de aquella fiera.
Púsome en tal ocasión
que tengo por mí que Alberto
ya será muerto.

TOLEDO Si es muerto,
Dios le haya dado perdón.
Ya estás en salvo y te vas
a las Indias.

DON LOPE ¿Y eso es poco?

TOLEDO Ella fue libre y él loco;
tú no pudiste hacer más.

DON LOPE Abreviar es menester,
que ya se quieren partir.
¡Oh, qué vitoria es huir
las armas de una mujer!
Dícenme que el General,
un mancebo a quien la fama
don Jerónimo le llama
de Córdoba y Portugal,
es ido a embarcarse ya,
que don Francisco Duarte
le llama aprisa.

TOLEDO ¿En qué parte?

DON LOPE ¡Necio! En Sanlúcar está.

TOLEDO ¿Y la flota?

DON LOPE Está en bonanza.

TOLEDO ¿Qué es 'bonanza'?

DON LOPE Donde el río
entra en el mar.

TOLEDO Señor mío,
mucho la experiencia alcanza.
Desta vez soy marinero.

DON LOPE Yo he de ir en la capitana,
si es que el pasaje me allana
por cartas de un caballero,
que es muy cercano pariente
del padre del General.

TOLEDO Un hombre tan principal
haralo famosamente.
¿Quién es su padre, don Lope?

DON LOPE Es el Conde de Villar.
 Ojalá que, al embarcar,
 si no es partido, le tope,
 porque las cartas le dé.

TOLEDO ¿Darate su mesa?

DON LOPE Es llano,
 que es un Alejandro Magno.

TOLEDO Toda su vida lo fue,
 según en este arenal
 me dijo ayer un criado
 que con su ropa ha quedado
 y es el alguacil real.

DON LOPE Ya le conozco.

TOLEDO Sirvió
 don Jerónimo este oficio
 otra vez.

DON LOPE Por este indicio
 su Majestad se le dio.
 En Indias fue general.

TOLEDO Todavía estas mujeres
 te miran.

DON LOPE ¡Qué necio eres!

TOLEDO No he visto mudanza igual.
 Míralas, que no es veneno.

DON LOPE De pensarlo me desmayo.
 He sido herido de rayo
 y espántame cualquier trueno.
 Entra en un barco y pasemos
 a hablar a questo piloto
 a Triana.

TOLEDO De mi voto,
 primero el barco fletemos.

DON LOPE Tanta ropa nos ahoga;
 que en los barcos del alijo
 no podrá ir.

LAURA [A URBANA.]
¿Qué le dijo?

TOLEDO [A DON LOPE.]
Entra en este, que ya boga.

URBANA [A LAURA.]
No sé; de embarcarse tratan.
Sin duda a las Indias va.

(Véanse unas proas de barcos con ramos y dos o tres Arraeces con remos.)

[ARRÁEZ] .º Entren en este.

[ARRÁEZ] .º Llegue acá.

LAURA Si un día el irse dilatan,
he de hablar este mancebo.

[ARRÁEZ] .º Aquí, que nos vamos; entre.

URBANA ¿Quién ha de haber que le encuentre?

LAURA Yo sabré ponerle un cebo
con que él me vaya a buscar.

Entra en el barco con él,
que, estando tan cerca dél,
le daré ocasión de hablar.

[ARRÁEZ] .º ¡Aquí, señoras, aquí!

LAURA ¡Arráez!

[ARRÁEZ] .º Señora...

LAURA Quedo,
tened la plancha.

DON LOPE Toledo,
estas se vienen tras mí.

TOLEDO Piensan que eres moscatel.

DON LOPE Tendranme por perulero.

TOLEDO ¡Bueno...!

DON LOPE Santiguarme quiero,
que va el diablo en el batel.

TOLEDO ¿Un ángel te lo parece?

DON LOPE Sí, que del cielo cayó
cuando la ocasión me dio;
con que este nombre merece.
Pasa y salgámonos luego,
que esperar es desvarío.

TOLEDO Calla, que dentro del río
no puede quemar el fuego.

(Salen una MULATA con una merienda y dos criados: SERVANDO y FELICIO.)

SERVANDO Di que vienes muy cansada.

MULATA ¿No es nada hasta el arenal?

FELICIO ¡Perra! En la Puerta Real
estuvo un hora asentada.

MULATA Y hasta allí desde la Feria,
¿también es poco el camino?

SERVANDO ¡Mal haya un hacha y tocino!

MULATA ¡Quite allá! Que, de miseria
de no lo querer gastar,
el amo que Dios nos dio,
como he de morir, sé yo
que no me querrá pringar.

FELICIO Siéntese a aguardar aquí
mientras vienen, y yo voy
por una guitarra.

MULATA ¡Estoy
de rabia fuera de mí!

SERVANDO ¡Quedo, señora mulata!

MULATA ¡Con mil honras, feo bergante!
¿No venga quien le quebrante
los huesos...?

SERVANDO Diga, patata:
 ¿será el membrillo cocido
 lacayo del Veinticuatro?
 Porque desos no hay en cuatro,
 si le desnudo el vestido
 a la de *me fecit Joanes*,
 para hacer cribas.

MULATA ¡Qué bien!
 Menester será que den
 aviso a los sacristanes.

FELICIO Déjala, que es una loca.
 ¡Hola, arráez! A San Juan
 de Alfarache [a] cenar van
 mis amos.

[ARRÁEZ] .º ¡Calle la boca
 y en este barco se meta!

FELICIO ¿Qué he de dar?

[ARRÁEZ] .º Doce reales.
 No es mucho, que en tiempos tales
 los dan hasta la Barqueta.

FELICIO Ocho está bien.

[ARRÁEZ] .º Con la flota
 no se va por eso.

[ARRÁEZ] .º Aquí
 tenéis quien vaya.

[ARRÁEZ] .º Eso sí.
 ¡Qué presto que os alborota,
 Cristóbal, cualquier ganancia!
 ¡Voto al hijo de mi abuelo
 que dais ocasión...! ¿Direlo?

[ARRÁEZ] .º El hablar no es de importancia,
 sino el her lo que han de her
 los hombres.

SERVANDO ¡Téngase allá!

[ARRÁEZ] .º ¡Por vida de...!

FELICIO Bueno está.

Y no hay más que responder,
que está enmedio gente honrada.

[ARRÁEZ] .º ¿Por un real tengo de ir?

SERVANDO Bien os podéis prevenir.

[ARRÁEZ] .º Hablar y hablar, todo es nada.

SERVANDO Compadre, bueno está ya.
Mientras venimos, poned
arco y toldo a punto.

FELICIO Haced
lo que importa.

[ARRÁEZ] .º A punto está.

(Váyanse, y salga un rebozado con la espada a lo valiente.)

GARRIDO ¿De qué está triste?

MULATA No sé.

GARRIDO ¡Habla, digo!

MULATA Hablar quisiera.

GARRIDO ¿Cómo está desa manera?
¿Es porque el galán se fue?

MULATA Dejadme estar en buen hora,
Garrido, pues no sois hombre
más que en las barbas y el nombre.

GARRIDO Habla bajo. ¿Por qué llora?

MULATA Saben el hombre que trato;
cualquiera me trata así.

GARRIDO Si en ausencia hablan de mí,
no me ofende en el zapato;
y ella, por su mala lengua,
había de estar no más...

MULATA Con tales hombres, jamás
saldrá una mujer de mengua.

Estos que de aquí se van
no me han ofendido a mí;
mas de porque él... ¡Basta así!

GARRIDO Dilo, Juana.

MULATA Es mi galán.

GARRIDO Yo buscaré esos dos hombres,
y no más.

MULATA ¡Quién te fiara
cosas de su gusto!

GARRIDO ¡Para!
O ensartarete más nombres
que caben en tus virtudes,
que ya digo que yo iré
y que a esos hombres veré,
y no más.

MULATA Siempre me acudes
como Santelmo en la gavia.

GARRIDO Pues, mulata historiadora,
¿es porque la sufra agora
que me muerda con la rabia?
¡Por vida de...!

MULATA ¡Ten la mano!

GARRIDO Ya sabe que soy Garrido,
y no más.

MULATA Quien me ha ofendido
merece esa furia, hermano.

GARRIDO Yo le toparé, y no más.

MULATA Mis amos vienen.

GARRIDO Adiós.
¿Cuándo te veré?

MULATA A las dos;
por donde sueles vendrás.

GARRIDO Pues no me dé más enojos.

MULATA Digo que tuya seré.

GARRIDO Mire que la mataré,
y no más.

MULATA Adiós, mis ojos.

(Salen dos Turcos de galera con sus almillas y grillos y una tienda de lienzo, un SARGENTO y cuatro Soldados con arcabuces.)

SARGENTO ¡Poned, moros, esa tienda!

MORO [.] Ya al armar no damos prisa.

CARREÑO ¡Bien haya el que tierra pisa
con cuatro blancas de hacienda!

GUILLÉN No sé a quién parece bien
la vida de la galera.

ALVARADO Como si en ella naciera
me agrada, ¡por Dios!, Guillén.

MORO .º Ya el tenda estamos armada.

SARGENTO Pues pon esa mesa, moro.

ORTIZ Pues, señor Carreño, ¿hay oro?

CARREÑO Oro, Ortiz, a la trocada.

SARGENTO Arrimen los arcabuces.

ORTIZ ¡Qué gentil cuerpo de guarda!

MORO .º Tomar, Mostafá, el albarda,
que ser diablos andaluces.

GUILLÉN ¿No jugamos, Alvarado?

ALVARADO Tiendan los huesos ahí,
y lo que me come aquí
lo lleve el primer soldado.

CARREÑO ¿Y en perdiendo?

ALVARADO Echar al cuello
la cuerda de la pretina.

GUILLÉN A diez.

ALVARADO Estoy con mohína.

CARREÑO No juguéis.

ALVARADO Quiero perdello.

MORO .º El calza que haber acabado
 en el talega meter.

MORO .º E vós, ¿qué pensalde hacer?

MORO .º Saber que tener pensado
 enganiar un bacarilio
 destos que andar por el playa;
 despos decelde que vaya
 a cobrar el dinerilio.

MORO .º ¿Cómo hacer?

MORO .º Merá: metemus
 el calza en este talega
 e enseñamus cuando llega,
 e logo aquel escondemus,
 e sacando el parecido
 lleno de trapos, hacer
 que lievar, pensando ser
 el que tenelde vendido.

(Sale un FORASTERO.)

FORASTERO Después que en Sevilla estoy
 no he visto máquina igual.
 ¡Tiendas en el arenal!
 Sin duda hay juego: allá voy.
 No han llegado las galeras
 de Nápoles más gallardas.

MORO .º Salir al contro. ¿Qué tardas?

MORO .º ¡Ah, hedalgo! ¿Comprar tejeras,
 navajas, peines, cochilios,
 medias bonas...?

FORASTERO ¡Tened paso!
 ¿Hay buenas medias acaso?

MORO .º Coger este, picarilios;

abrir el ojo e merar
qué media estar estas dos.
La lana estar, ¡joro a Dios!,
de ovejas.

- FORASTERO No hay qué dudar.
- MORO .º ¿No poder ser de carneros?
- FORASTERO Pudiera.
- MORO .º Merarla ben.
Este cuadrado tan ben
estar vara caballeros.
- FORASTERO ¿Cuánto quieres?
- MORO .º Doce reales.
- FORASTERO ¿Quieres ocho?
- MORO .º Dar acá.
¿No ver el férez que está
debajo aquellos tendales?
Que quitar logo el dinero
e, si replicar, mandar
zotar al cómitre.
- FORASTERO **[Aparte.]**
Es dar
una blanca; darlos quiero.
[Al MORO .º.]
Toma.
- MORO .º Mostralde y adiós.
Hüir, Mostafá, a galera.
- FORASTERO Quiero ver la media afuera.
¡Oh, si comprara otras dos!
¡Ay de mí! ¿Qué es lo que saco?
Trapos y papeles son.
¿Hay tan estraña invención?

(Los Moros de lejos.)

MORO ¡Ah, cristianilio! ¡Ah, beliacó!

 ¿Qué te parecer el media?

FORASTERO ¡Perros! ¡A galera iré!

MORO Entrar acá, bona fe.

FORASTERO ¡Si el capitán no remedia
tan grande bellaquería...!

CARREÑO ¡Quedo! Gatazo le han dado.

ORTIZ ¿Qué es esto, señor soldado?
¡No haya más, por vida mía!

FORASTERO Compré unas medias a un moro
y el bellaco, en un momento,
me las voló por el viento.

ALVARADO Eso sábenlo de coro.

FORASTERO Y en otra talega igual
me dio los trapos que veis.

ORTIZ Muy buen recado tenéis.

CARREÑO El hombre es algo pardal.

ALVARADO ¿Esta treta no entendistes?

FORASTERO Soy de Castilla, señor.
Entrar quiero allá.

ORTIZ Es peor,
que os matarán.

CARREÑO ¿Qué le distes?

FORASTERO Ocho reales.

CARREÑO De importancia
os habrá de ser sufrir.

ORTIZ Ojos que los vieron ir
no los verán más en Francia.
Y no entréis en la galera,
que habrá culebra espantosa.

FORASTERO Ya viene.

ALVARADO Es segura cosa
que le miréis desde afuera.

(Salgan los MOROS de galera que puedan con sus berradas a hacer agua, sus capas y grillos, y un SOLDADO detrás con un arcabuz.)

FORASTERO ¿Dónde van estos así?

CARREÑO A hacer agua a San Francisco.

FORASTERO Él es un gentil aprisco.

MORO El gatazo estar allí.

SOLDADO Vayan, señores perrazos,
sin hurtar cosa ninguna.

MORO Al porta hortamos cetuna
aunque romper corpo e brazos.

FORASTERO ¿Esto hay en el arenal?
¡Oh, gran máquina Sevilla!

ALVARADO ¿Esto solo os maravilla?

FORASTERO Es a Babilonia igual.

ALVARADO Pues aguardad una flota
y veréis toda esta arena
de carros de plata llena,
que imaginarlo alborota.

FORASTERO Préciese de su edificio
Zaragoza eternamente,
Segovia de su gran puente,
Toledo de su artificio;
Barcelona del tesoro,
Valencia de su hermosura,
la Corte de su ventura
y de sus almenas Toro;
Burgos, del antigua espada
del Cid, por tantos escrita;
Córdoba de su Mezquita
y de su Alhambra Granada;
de sus sepulcros León,
Ávila del fuerte suelo,
Madrid de su hermoso cielo,
salud y buena opinión;

y de su hermoso Arenal
solo se precia Sevilla,
que es otava maravilla
y una plaza universal.
(Váyase.)

ALVARADO Fuese el hombre, y de manera
que va de contento loco.

ORTIZ Cuanto ha encarecido es poco:
no tiene el mar tal ribera.
Esta es una puerta indiana
que pare tantos millones,
puerto de varias naciones,
puerta para todos llana.
Toda España, Italia y Francia
vive por este arenal,
porque es plaza general
de todo trato y ganancia.

CARREÑO ¿Cuchilladas son aquellas?

GUILLÉN Soldados son que pelean
con los corchetes.

ALVARADO Que sean;
no nos metamos en ellas.

GUILLÉN Nunca esta contienda fiera
acaban de reducirilla
los corchetes de Sevilla
y soldados de galera.

CARREÑO Es, como en los animales,
secreta naturaleza.

(Sale un HOMBRE huyendo y un ALGUACIL tras él.)

HOMBRE Echareme de cabeza
en estos blandos cristales.

ALGUACIL ¡Tengan al ladrón!

ALVARADO Yo fío
que no le coja esta vez.

GUILLÉN ¡Qué salto dio!
ORTIZ Como un pez
 se arrojó dentro del río.
CARREÑO Ya le acogen en galera.
ALVARADO No le sacarán de allí.

(Sale un AGUADOR con un cántaro y su cestilla de anís.)

AGUADOR ¡Agua y anís!
GUILLÉN Eso sí.
 ¿Queréis beber?
ALVARADO ¡Bien quisiera!
GUILLÉN Echad, buen hombre, una jarra.
ALVARADO Si fuera en esta ocasión
 el anís que dice, ¡ostión!,
 y el agua zumo de parra...
 No la echéis.
AGUADOR ¡Agua y anís!

(Salen dos capitanes: FAJARDO y CASTELLANOS.)

FAJARDO ¿Eso pasa?
CASTELLANOS Esto se escribe,

 y que venir se apercibe
 al puerto.
FAJARDO ¿Qué me decís?
CASTELLANOS Digo que es nueva muy cierta
 que al Conde de Niebla han hecho
 general, y que sospecho
 que jornada se concierta.
FAJARDO Sucede al Adelantado

como nuevo sol que viene,
que de su puesto sol tiene
de ser el conde sol dado.
La noche de la tiniebla
que su ausencia nos dejó,
cuando su sol se eclipsó,
deshace el Conde de Niebla.
Partiose el Adelantado,
y el Conde se adelantó
por llegar donde llegó
el sol de tan gran soldado.
De tal Niebla sale el sol,
que el África, aunque abrasada,
teme el rayo de la espada
del nuevo conde español;
que la espada del Padilla
que la solía allanar
dio al pez espada del mar
en herencia esta cuchilla.
¡Contento estará su padre,
Guzmán Bueno entre los buenos!

CASTELLANOS No pienso que lo está menos
su excelentísima madre.
Agora podrá mirar,
pues con sus ventanas rifa,
que la daga de Tarifa
se ha vuelto espada en el mar.

FAJARDO En fin, las de España tiene
el Conde.

CASTELLANOS Suspenso quedo
de no ver al gran Toledo.

FAJARDO ¿Quién a las de Italia viene?

CASTELLANOS No sé, mas tengo entendido
que vendrá el de Santa Cruz,
que tal rayo de la luz
de su muerto padre ha sido.
Aquel heroico Bazán
que, en la gran casa del Viso,
que hablen las paredes quiso
con historias que allí están.

FAJARDO Bien lo dirán los fanales
de Francia, de Ingalaterra
y Berbería.

CASTELLANOS La guerra
no ha tenido hombres iguales;
de mil banderas se ve
toda su iglesia entoldada.

FAJARDO Del Duque de Alba la espada
en tierra otro rayo fue,
y así en San Leonardo de Alba
muestran trofeos, que el sol
deste Alejandro español
fue de la milicia el alba.

CASTELLANOS ¿Vós iréis esta jornada?

FAJARDO Si tal soldado comienza,
paréceme que es vergüenza
tener la espada envainada.
Hoy quiero dormir en tierra;
la galera me perdone.

CASTELLANOS Quedo, que enmedio se pone
quien ese camino os cierra.

(Disparen una pieza.)

Una pieza han disparado.

FAJARDO ¿Si es salva?

CASTELLANOS No, sino leva.

FAJARDO Entre sus ecos me lleva
un pensamiento burlado.

CASTELLANOS Avisados nos tenía
la bandera en el garcés.

FAJARDO Esa pusieron después
que fue la esperanza mía
donde vós sabéis que está.

(Sale[n] el SARGENTO y dos Moros.)

SARGENTO Ea, señores soldados,
¿cómo no están aprestados?
La capitana se va.
¡Leva tienda! ¡Leva, perros!

¿He de doblar una sogá?
¿No ven que la chusma boga?,
¿no ven que zarpan los ferros?
¡Acosta, moro, el batel!
¡Llega tú el hombro!

ORTIZ Alvarado,
esto es hecho.

ALVARADO Hame pesado.

ORTIZ Dicen que hemos de ir a Argel.

(Váyanse los Soldados y queden los Capitanes.)

CASTELLANOS En fin, ¿os queréis quedar?

FAJARDO Es fuerza quedarme en tierra;
que también en tierra hay guerra,
más que la guerra del mar.
Adoro aquella mujer;
no escuso esta noche el vella.

CASTELLANOS Hacéis muy poco en querella.

FAJARDO Ella se deja querer.
¡Ah, desdicha el ser soldado!
En habiendo pensamiento
que haya de tener contento,
no le falta algún nublado.
Luego hay leva, luego hay salva,
luego hay señal de partenza;
ya jornada se comienza,
ya es a la noche, ya al alba,
ya suena el pito, ya parte.
¡Oh, soldados de la mar!
¡Quién pudiera imaginar

que andaba en el agua Marte!

CASTELLANOS Estraño monstro de guerra
es el que en la mar seguimos.
Como las nutras vivimos,
ya en el agua, ya en la tierra;
mas, siendo del mar soldados,
puesto en razón ha de estar
que los soldados del mar
tengan los gustos aguados.

FAJARDO ¡Vayan con Dios las galeras!
Yo me iré mañana al puerto,
o el lunes, a lo más cierto.

CASTELLANOS ¿Que la queréis tan de veras?

FAJARDO Estoy loco; estoy de suerte,
¡oh, capitán Castellanos!,
que, entre pensamientos vanos,
voy caminando a la muerte.
Debajo de que los dos
estamos ya reformados,
dejemos de ser soldados
y quedaos aquí, ¡por Dios!
Pasemos este verano
en esta hermosa ciudad
que compite en majestad
con el aplauso troyano;
que si el Conde viene y sale
a jornada, tiempo habrá.
Todos iremos allá,
aunque a ninguno señale.
Si don Pedro de Toledo
volviere, ya vós sabéis
que nos honra. ¿Qué teméis?

CASTELLANOS A la opinión tengo miedo.
Don Pedro no ha de volver,
que dicen que va a Milán,
pero el Toledo o Bazán
nos han de favorecer.
Quiéroos servir y quedarme;
y creed, Fajardo, en esto,
que a gran peligro me he puesto
por serviros.

FAJARDO Por honrarme.
 Pero, ¡pesia tal! ¡Teneos!
 Doña Laura viene aquí.
 ¿Es forastero aquel?

CASTELLANOS Sí.

FAJARDO ¡Oh, infierno de mis deseos!
 ¡Siempre celos, siempre enojos!

CASTELLANOS Del río salen.

FAJARDO Vendrán
 de Triana, que no están
 un hora libres tus ojos.
 ¿Llegaré?

(**Salen DOÑA LAURA, URBANA, DON LOPE y TOLEDO.**)

CASTELLANOS No me parece
 que estará puesto en razón,

 que el barco dio la ocasión
 y su talle lo merece.
 ¿Qué importa que la haya hablado
 y que agora la acompañe?

DON LOPE Siempre he visto que, al fin, dañe
 no estorbar lo comenzado.

LAURA Tengo a mucha cortesía
 que me hagáis este favor.

DON LOPE El vuestro es tanto mayor
 cuanto hay de la noche al día.
 Solo pensé que era llana
 vuestra gente de Castilla.

LAURA Todo el cuerpo de Sevilla
 es un alma castellana.
 También hay blandura acá.

DON LOPE Adonde hay tanta hermosura,
 por fuerza ha de haber blandura.

LAURA Enterneciéndose va.

DON LOPE Desde que en el barco os vi,
siento con vuestra belleza
aliviada una tristeza
que me dio cuando partí,
y deste dichoso efeto
tengo ya tal esperanza
que, si el pensamiento alcanza,
un alto bien me prometo.

LAURA Que en algo os haya servido
tengo a notable ventura.

DON LOPE De hoy más a vuestra hermosura
llamaré 'río de olvido',
pues en su serena calma
dejaré desde este día
una memoria baldía
que me mataba en el alma.

LAURA ¿Dejaréis en vuestra tierra
alguna prenda?

DON LOPE Dejé
una prenda que empeñé
a un tirano que la encierra.
Costome algunos suspiros
seguir sus vanos placeres,
que las más de las mujeres
al mejor tiempo hacen tiros;
y como estaba engañada
el alma que satisfizo
de los tiros que me hizo,
hube de sacar la espada.
Saquela para un hidalgo,
noble por cierto, que es justo
honrar al que da disgusto
si un hombre se tiene en algo,
que afrentar, aunque sea un loco
ausente, al que se atrevió
a ofenderos pienso yo
que es tenerse un hombre en poco.
Digo, en fin, que la saqué,
y que con ella le herí,
y, por lo que toca a mí,

bien satisfecho quedé.
Mis padres (gracias a Dios,
que aún los tengo y que Él los guarde)
quisieranme más cobarde.
Sospecho que os canso a vós;
hablemos en otra cosa.

LAURA

Proseguid, que gusto deso.

DON LOPE

Sintieron con grande exceso
el ver mi ausencia forzosa;
pero, por librar mi vida
de deudos que, al fin, lo son
y mi cuerpo de prisión,
ordenaron mi partida.
Quieren que a las Indias pase
(porque tengo un deudo en Lima,
que es lo más que los anima),
y que allá me muera o case,
que todo pienso que es uno
si no acierto. Aquí he llegado
a tiempo que no ha quedado
piloto o soldado alguno
de los que en la flota van;
ya están en Sanlúcar todos,
donde, por diversos modos,
o se embarcan o lo están.

Fuese el General también,
y don Francisco Duarte
da prisa, y dicen que parte
la flota (y parta con bien)
dentro de dos o tres días.
Vine esta tarde a fletar
un barco para alijar
algunas cosillas mías.
Pasé por Triana, en quien vive
un piloto, y mi cuidado,
como quien sobre borrado
nuevo pensamiento escribe,
ha quedado tan oscuro
que, siendo el alma el papel,
vós sola escribís en él

cifras que saber procuro.
¡Mirad vós qué confusión:
estar yo tan de partida
y llevarme vós la vida!

LAURA Cosas diferentes son.

FAJARDO Mucho se alargan. Presumo
que tarde al remedio llego;
sin duda se enciende el fuego,
pues acá me ha dado el humo.

CASTELLANOS De llegar, podría ser
que resultase disgusto.
No pongáis riendas al gusto
de la más cuerda mujer,
porque no saben de freno
y, en queriéndosele echar,
o siempre habéis de trocar
o quedaros al sereno.

LAURA Si vós os vais, mi señor,
a una tan larga jornada,
no tenéis que temer nada
de un recién nacido amor.
Cuando salgáis de Triana,
el río abajo veréis
un templo donde tendréis
cierta vista y salud llana;
los Remedios es su nombre.
Remediad ese rigor
y creed que, con amor,
no pasa a las Indias hombre.

DON LOPE Decís bien, que no es posible
que, quien tiene amor presente,
jornada tan larga intente,
porque es ánimo terrible.

LAURA Lo que puede hacer por vós,
caballero, una mujer
que hoy os vio y no os ha de ver
es rogar por vós a Dios.
Este os guarde, y solo os digo
que me pesa de que os vais.

DON LOPE No me iré si vós gustáis

que me quede.

LAURA No me obligo
a poder tanto con vós.

DON LOPE Vós sola podréis, señora,
detenerme.

FAJARDO ¿Ves agora
cómo se acercan los dos?

DON LOPE Esperad. ¿Dónde vivís?

LAURA ¡Jesús! ¡Decir no lo quiero!

DON LOPE Mirad, mi bien, que me muero.

LAURA Sin duda alguna os morís,
y en una razón lo fundo:...

DON LOPE Vuestra hermosura será.

LAURA ...que quien a las Indias va,
dicen que va al otro mundo.

DON LOPE ¿Queréis saber mi afición,
aunque sea liviandad?
Alguna prenda me dad
y, en prenda de obligación,
os daré cuantas traía
de mis pasados deseos
porque gocéis los trofeos
de vitoria que fue mía.

LAURA ¿Qué os daré?

DON LOPE Una cinta en prenda.

LAURA De valor no la pidáis,
que, si al otro mundo os vais,
no es bien que llevéis mi hacienda,
que pues con hacienda ajena
os morís, como decís,

si no la restituís,
andaré vuestra alma en pena.

DON LOPE Por fuerza lo habrá de andar.

LAURA Esta es la cinta; tened.

DON LOPE En pago desta merced
os quiero un retrato dar,
que os juro que no ha podido
sacármele un padre viejo.

LAURA La carta de San Alejo
habrá este retrato sido.
¡Oh, qué divina mujer!
¿Es viva como pintada?

DON LOPE Para mí pintada es nada,
y viva no tiene ser.

LAURA ¿Y téngole de guardar
hasta que volváis?

DON LOPE Pues, ¿no
si llevo esta cinta yo
para reliquia en la mar?

LAURA Adiós, señor.

DON LOPE Él os guarde.
[Aparte.]
¡Que esto me suceda agora...!

URBANA Vamos, que es tarde, señora.

LAURA Vamos, Urbana, que es tarde.

(Llegue FAJARDO.)

FAJARDO ¿No tendrá necesidad
vuesa merced de escudero?

LAURA Antes es noche, y le espero.

FAJARDO Segura está la ciudad,
que ya se van las galeras.

LAURA ¿Y vos no os vais?

FAJARDO Quedo aquí
en otra mayor.

LAURA ¿Por mí

lo decís?

FAJARDO Sí, a fe.

LAURA ¿De veras?

FAJARDO Tan de veras, que el respeto
que os guardo me ha detenido.
Bien os habrá entretenido
si es, como galán, discreto.

LAURA Hasta en casa de una amiga
quiero que me acompañéis.

FAJARDO Pues que no me respondéis,
alguna causa os obliga.

(Vayan delante.)

LAURA **(Aparte.**
No lo conozco, ¡por Dios!
En ese barco le hallé.)
¿Fuese, Urbana?

URBANA No se fue;
parados están los dos.

[LAURA] No le pregunté, turbada,
dónde posaba.

URBANA ¿Qué importa?

[LAURA] ¡Ay, Urbana! ¡Que no corta
en todos brazos la espada!
Este hombre sabe una treta
con que ha podido matarme;
mal hice en no declararme.

URBANA Antes has sido discreta;
que parece hombre de bien
y de muy poco dinero.

(Váyanse las dos.)

DON LOPE Digo que por ella muero
aunque mil muertes me den.

TOLEDO Vamos, don Lope, de aquí;
lleve el diablo la mujer.
¿Quiéreste echar a perder?

DON LOPE Cuando la vi, me perdí.
(Fisque.)

TOLEDO Taparme quiero los ojos;
hago mil veces la cruz.

DON LOPE Aquel donaire andaluz,
¿a quién no causara antojos?
Pienso que me he de perder.
Toledo, vela a seguir.
(Fisque.)

TOLEDO ¡Oh, qué vitoria es huir
las armas de una mujer!

DON LOPE No te burles; ve corriendo.

TOLEDO ¿Para qué? Si a tercer alba
hacen en la flota salva,
ya de la barra saliendo.

DON LOPE ¡Bestia! Si no vas tras ella,
¡vive el cielo que te mate!

TOLEDO ¿Tú no ves que es disparate?

DON LOPE No es elección, que es estrella;

 esto es amor, no es antojo;
 amor es correspondencia,
 esto es fuerza de influencia
 y sangre dulce en los ojos.
 Espíritus son, Toledo;
 Toledo, ¡espíritus son!

TOLEDO Sean con la maldición,
que bien se ve en el enredo.
Si aquellos dos capitanes
no me dan dos cintarazos,
mis pies burlarán sus brazos.
¿Son deudos o son galanes?

DON LOPE ¡Son el diablo que te lleve!

TOLEDO La puerta del arenal
no han pasado.

DON LOPE ¿Hay cosa igual?

TOLEDO Alguna furia le mueve.
(Váyase.)

DON LOPE Sembrando en tu arenal mis esperanzas,
¡oh, Sevilla!, ¿qué fruto será el mío,
que ni del llanto bastará el rocío
ni del ligero tiempo las mudanzas?
¡Oh, tú, que del ocaso al norte alcanzas
pensamiento menor que el desvarío!,
si en el arena siembras deste río,
tu cosecha será desconfianzas.
Si comparas tu arena con mis males,
tú ni la Libia de montañas llena
tenéis bastante copia de arenales.
¡Oh, principio terrible de mi pena!
Si en él son las arenas desiguales,
¿qué fin espero de sembrar tu arena?

(Salen Cuatro Embozados.)

[EMBOZADO] .º ¡Ah, gentil hombre!

DON LOPE ¿Quién llama?

[EMBOZADO] .º ¿No lo ve? Cuatro hombres son.

DON LOPE Pues, ¿a mí por qué razón?
([Aparte.]
Deudos son de aquella dama;
sin duda se han ofendido.)
¿Qué quieren?

[EMBOZADO] .º Comer.

DON LOPE ¿Comer?
Pues, ¿yo qué tengo que ver
con hombres que no han comido?
¿Querranme comer a mí?
¿Son Caribes, por ventura?
([Aparte.]
Arenal y noche oscura,
¡por mi mal, Sevilla, os vi!)
Si acaso basta un doblón;
que ese tengo les confieso.

[EMBOZADO] .º No hacemos nada con eso,
y tiene poca razón:
que somos los cuatro honrados
y no lo habemos de hurtar.

DON LOPE Por serlo, yo quise dar
esos dineros prestados.
Llévenle, que en un doblón
bien hay para vino y pan.

[EMBOZADO] .º Eso a pobretos lo dan,
y tiene poca razón.

DON LOPE Según estoy obligado
a la merced que me han hecho,
que lo pago mal sospecho.

[EMBOZADO] .º Vuarced es hidalgo honrado.
Mire que es corta ración.

Cuando añadiera otros nueve...

[EMBOZADO] .º Yo sé que hará lo que debe,
y tiene poca razón.

DON LOPE Deben de pensar que yo
nacé con hora menguada.

[EMBOZADO] .º ¡Suelte la capa y la espada!

(Acuchíllenle.)

DON LOPE ¡Oh, perros!
[EMBOZADO] .º ¡Dale!
[EMBOZADO] .º ¡Cayó!
DON LOPE ¡Muerto me han, que cuatro a uno
tiene imposible defensa!

(Salen TOLEDO, DOÑA LAURA y URBANA.)

TOLEDO Está de suerte que piensa
que no habrá remedio alguno.

LAURA Si él quedó desconsolado,
Toledo, más lo fui yo.

TOLEDO ¿Cómo el soldado os dejó?

LAURA Porque yo engañé al soldado.

TOLEDO Aquí quedó; mal lo ha hecho,
que por mi fe que se ha ido.

DON LOPE ¡Ay, Dios!

LAURA ¿No sientes ruido?

TOLEDO Mayor desdicha sospecho.

DON LOPE ¿Si me podré levantar?

TOLEDO La voz es de mi señor.
¡Señor!

DON LOPE ¡Espera, traidor,
si me vienes a matar!

LAURA ¡Triste de mí! ¡Si está herido!

TOLEDO ¿Qué tienes, señor?

DON LOPE Toledo,
¿eres tú?

TOLEDO Ya de mi miedo
miro el agujero cumplido.
Doña Laura viene aquí.

LAURA Señor, ¿qué desdicha es esta?

DON LOPE Es lo que el veros me cuesta,
y aun es poco, pues os ví.
Cuatro embozados han hecho
esta hazaña.

LAURA ¡Muerta soy!

DON LOPE No, mi bien, que vivo estoy
solo en tocando ese pecho.

URBANA ¡Ah, señora! ¡Vuelve en ti!

LAURA Urbana, quieras o no
este hombre he de curar yo,
pues le han herido por mí.

URBANA ¿Por ti, siendo unos ladrones?

LAURA Sí, por esperarme ha sido;
por mí está don Lope herido.

URBANA A gran peligro te pones.

DON LOPE No presumo que es mortal
la herida.

LAURA ¿No? Pues yo vivo;
que en el alma la recibo
y tiene vida inmortal.
Entre los dos poco a poco
a mi casa le llevad.

DON LOPE Señora, ¿tanta piedad?

TOLEDO ¡Estoy de coraje loco!
¡Que no llegara a ocasión...!

DON LOPE Ya nuestra indiana jornada
paró en el eco, que es nada.

TOLEDO Mira por ti, que es razón,
y déjate de pensar
en las Indias, que la vida
es temerosa partida
y la muerte el mayor mar.

URBANA Mira que es libertad esta
contra tu honor y quietud.

LAURA Procuraré su salud
 si dos mil vidas me cuesta.

URBANA ¿Quieres que en casa le tope
 el Capitán?

LAURA Solo estimo
 mi gusto. Di que es mi primo.

DON LOPE ¡Ay, doña Laura!

LAURA ¡Ay, don Lope!

Acto II

Salen LUCINDA en hábito de gitana, muy bizarra, y FLORELO.

FLORELO Este es el gran arenal
de Sevilla.

LUCINDA ¿Si está en ella
don Lope?

FLORELO Lucinda bella,
no hay parte más principal
para hallarle brevemente,
porque a ver tantas galeras
cubre sus blancas riberas
agora infinita gente.
Que no hay hombre, no hay mujer,
que no salga al arenal
a mirar grandeza tal
cual nunca se espera ver,
porque han bajado galeras
de toda Italia y venido
a la ocasión que has oído
mil naciones extranjeras.
Por la carta de su padre
en Medina se decía,
y por el llanto que hacía
su afligida y triste madre,
que estaba en Sevilla herido
de cuatro ladrones fieros,
quedando de sus aceros
en esta arenal tendido.
Y pues no fue con la flota
de Tierrafirme, y Alberto
tiene salud, ten por cierto
que ha tomado otra derrota,
y que aquí se habrá quedado
a lo fértil de la tierra,
o que para aquesta guerra
debe de estar alistado.

LUCINDA

La contraria estrella mía,
Florelo, con que nací
no querrá que para mí
dichoso amanezca un día.
Desde Medina he venido
por este honroso interés
en el hábito que ves
a buscar mi bien perdido,
porque, conforme a quien soy,
como tuviera licencia,
no llegara a su presencia
menos oculta que voy.
En esta tierra jamás
echará mi amor raíces,
porque esa carta que dices
ha cuatro meses y más
que don Lope la escribió
a sus padres, y es muy cierto
que estará ya ausente o muerto,
que es lo mismo.

FLORELO

Pienso yo,
Lucinda, que el sentimiento
de sus padres en Medina
lo hubiera dicho. Imagina
que te engaña el pensamiento
y que a mí me dice el mío
que, para fin de tu mal,
le has de ver en su arenal
de aqueste famoso río.

LUCINDA

Cuando sus blancas arenas
se vuelvan perlas, Florelo,
minas el centro del suelo,
corriendo plata sus venas,
y no digo que este río
se vuelva primero atrás,
pues el mar, que puede más,

le vuelve atrás con tal brío;
mas que cuando por él veas
casas y edificios graves
o vueltas ninfas sus naves,

como las de Troya a Eneas;
y destas galeras grandes,
enmedio de la corriente,
veas hacer una puente
sobre los bancos de Flandes;
y que en todas sus entenas,
que cubre alquitrán enjuto,
nace y cuelga el verde fruto
de ramas y de hojas llenas;
y que de la quilla al tope
se vuelvan oro y coral,
que pueda en este arenal
ver en mi vida a don Lope.

FLORELO Estraña desconfianza,
y esa es la esperanza mía:
que siempre, quien desconfía,
lo que no esperaba alcanza.
Mira que en este arenal
se vieron los que en su vida
se pensaron ver.

LUCINDA Perdida
ya la esperanza en mi mal,
solo mi fortuna sigo
como el que en el mar incierto,
no tomando el propio puerto,
tomara el puerto enemigo.

FLORELO ¿Y este traje ha de durar?

LUCINDA Lo que fuere menester.

FLORELO ¿Sabrás hablar?

LUCINDA Sabré hacer
las piedras llorando hablar.
Si los que aman por momentos
a los campos donde lloran
les ruegan que a quien adoran
les digan sus pensamientos,
si a los árboles y ríos
que los vayan a contar,
¿por qué no sabré yo hablar,
Florelo, en los males míos?

FLORELO La lengua de las gitanas

nunca la habrás menester,
sino el modo de romper
las dicciones castellanas;
que con eso y que zacees
a quien no te vio jamás
gitana parecerás.

LUCINDA Y aun tú pienso que lo crees
que no me he vestido mal.

FLORELO Estás mucho más hermosa.
A ver: di.

LUCINDA Cara de rosa...

FLORELO Es su lengua natural;
no he visto tal en mi vida.

LUCINDA Vete a Gradas mientras yo
comienzo lo que intentó
una esperanza perdida,
que allí podrá ser que esté
y no es bien que estés conmigo.

FLORELO Pues voyme.

(Váyase FLORELO.)

LUCINDA Adiós. ¡Oh, enemigo
don Lope! ¡Oh, traidor sin fe!
Nace en Egipto el fiero cocodrilo
que al peregrino llama en voz humana
con que a su cueva y boca el paso allana
del que ha seguido su engañoso estilo.
No lo es el llanto que por ti destilo
ni porque de tu vida soy tirana,
que, aunque traigo vestidos de gitana,
nacé en Medina y no ribera el Nilo.
Peregrino del alma que te adora,

Lucinda soy, que sin ventura vengo
a decir a los hombres la ventura.
Dame, dame esa mano vencedora,

que, si ventura de tomarla tengo,
su palma la vitoria me asegura.

(Salen el CAPITÁN FAJARDO y CASTELLANOS.)

- FAJARDO Lejos estoy de sufrir,
 capitán, tantos enredos.
- CASTELLANOS Fajardo, amor todo es miedos;
 no hay sino callar y oír.
- FAJARDO No sé de dónde nos vino
 este primo tan pesado.
- CASTELLANOS Notable asiento ha tomado
 para venir de camino.
- FAJARDO Mientras la herida duró,
 que le regalase estimo;
 mas, ¿qué quiere aqueste primo
 si ha tres meses que sanó?
- CASTELLANOS Ese parentesco ignoro;
 mas, para mí, a fe de honrado,
 que pienso que le ha curado
 como Angélica a Medoro.
- FAJARDO No quiera Dios tal suceso,
 aunque dél estoy temblando,
 porque vendré a ser Orlando
 en la venganza y el seso.
 Díjome que el mismo día
 que en este arenal le halló
 una cuadrilla le hirió
 que la capa le pedía.
 Dos meses tardó en estar
 don Lope del todo sano;
 después dijo que el verano
 no era razón caminar,
 y otros tres le tiene en casa
 a pesar de mis enojos.
- CASTELLANOS Ella os engaña a los ojos
 y vós no veis lo que pasa.

FAJARDO No me puedo persuadir;
que quien de mí se defiende,
más honra y virtud pretende.

LUCINDA A estos dos quiero pedir;
mas primero será bien
estudiar el parlamento,
no entiendan mi pensamiento
y otra limosna me den.

CASTELLANOS Debajo de que no os ama,
capitán, esta señora,
y que, en fin, teméis [si] agora
deste caballero es dama,
y que os pide casamiento,
o no hay hablar sin desdén;
yo pienso que os está bien
mudar de tierra y de intento.
El río cubren galeras
que esperan su general;
este famoso arenal,
mil naciones extranjeras.
Vinieron los galeones
que descansan en horcadas;
ya no hay tratar de jornadas
a más remotas regiones.
Esta dicen que es Argel,
y, aunque no es nueva, es honrosa.

FAJARDO ¡Plega a Dios que sea dichosa!

CASTELLANOS Yo tengo esperanza en él.

FAJARDO Trágica llama la Historia
esta misma en Carlos Quinto.

CASTELLANOS El tiempo, en tiempo sucinto,
le quitó la palma y gloria.

FAJARDO Que diera fin a esa guerra

nadie lo debe dudar
si fuera Augusto en la mar
como César por la tierra.

CASTELLANOS Van en tan buena ocasión

que al tiempo no hay que temer.

FAJARDO Yo pienso que quiere hacer
una gran demostración
Filipo, que guarde el cielo
muchos años para bien
de España.

CASTELLANOS Querrá también
poner al bárbaro suelo
del África algún espanto;
y que esto o que aquello sea,
¿cuál hombre en servir no emplea
su espada a tal rey?

FAJARDO Es tanto
lo que a doña Laura estimo
que, con ser quien veis que soy,
remiso en partirme estoy.

CASTELLANOS No es mala espuela este primo.

FAJARDO Parézcome a Masinisa
en aquesta remisión.

CASTELLANOS Yo, al romano Cipión,
que deste error os avisa.
Y pues veis que desta suerte
vuestra opinión se restaura,
sea Sofonisba Laura
y vuestra ausencia su muerte.

LUCINDA **[Aparte.]**
Estos hombres son soldados;
mal hago en no me atrever,
porque podrían saber
del dueño de mis cuidados.
No soy pobre, que, en efeto,
si en esta ocasión lo fuera,
su conversación rompiera
aunque hablaran más secreto.
¡Oh, quién le pudiera hurtar,
por lograr mi pensamiento,
a un pobre el atrevimiento
con que entra en cualquier lugar!
Pero es justo que se aparte
la diferencia en los dos,

porque, como el pobre es Dios,
entra por cualquiera parte,
que, aunque dos quieran hablarse
por el más secreto modo,
como Dios lo entiende todo,
es imposible guardarse.

CASTELLANOS Aguarda en este arenal
la gente que le corona
solo a don Juan de Cardona,
que es capitán general,
porque quieren las galeras
hacerle gran fiesta y salva,
que le aguardan desde el alba
con mil diversas banderas,
flámulas y gallardetes,
llenos de armas, cifras, soles,
que de los altos penoles
tocan a los filaretos;
clarines y chirimías
hacen bailar en el centro
las ninfas que viven dentro
del agua en alcobas frías,
a quien el aire importuno,
oyendo voces tan nuevas,
da con eco en las Cuevas,
Monasterio de San Bruno.

FAJARDO En la batalla naval
se halló don Juan de Cardona.

CASTELLANOS Estimaba su persona
el de Austria a la suya igual;
él fue a descubrir la armada
del turco sobre Lepanto.

LUCINDA **([Aparte.]**
Si a todos espero tanto,
si estoy con todos turbada,
¿de qué sirve la invención?
Ahora bien...)
Cara de rosa,
ansí Dios haga dichosa
tu vida y tu pretensión;
me des una cosa buena
desa generosa mano.

FAJARDO ¡Vive Dios, ángel gitano,

que estoy rico de harta pena!
Si esta queréis y desgracias,
tengo mil que daros pueda

LUCINDA No, señor; desa moneda
harta tengo yo, ¡a Dios gracia!

CASTELLANOS Bella mujer.

FAJARDO Hay de aquestas
algunas limpias y hermosas.

FAJARDO Sí, pero muy desdeñosas
y notablemente honestas,
que tienen estraña ley
con sus maridos.

LUCINDA Tenemos
hartos trabajos.

CASTELLANOS ¡Qué extremos!

LUCINDA Dame, señor; ansí el rey
te haga comendador.
Dame, capitán honrado.

FAJARDO ¡Qué buen brío!

CASTELLANOS No he topado
entre estas otro mejor.
¿Quieres ir a mi posada?
Dirasme allá la ventura.

LUCINDA ¿Y cómo estaré segura

de esa tu presencia honrada?
¡Honrados días vivas!

CASTELLANOS Yo
te haré un juramento aquí.

LUCINDA ¡Quién se fiara de ti,
ojos falsos!

CASTELLANOS ¿Por qué no?

LUCINDA Juntar la estopa y el ascua
nunca llames discreción.
Dame una consolación
tú, cara de pan de Pascua.

FAJARDO ¿Dónde tienes tu marido?

LUCINDA ¡Dale a Dios! Bien cerca está.

FAJARDO En las galeras irá
preso y jamás ofendido.
Estas son mujeres solas.
¡Con qué lealtad van al puerto,
en siendo que arriban cierto
las galeras españolas!
Allí les llevan dinero,
regalos, ropa, calzado...;
tanto, que fuera forzado
por ver amor verdadero.

CASTELLANOS Haceos gitano.

FAJARDO Sí haré.

CASTELLANOS No hay camino de galeras
más seguro.

FAJARDO Si tú fueras
la gitana de mi fee...

LUCINDA Muestra, dame acá esa mano,
ya que no me das dinero.
¡Qué mano de caballero!
¡Qué largo Alejandro Magno!

(Sale un LADRÓN.)

LADRÓN
Mientras aquesta gitana
dice a aquestos la ventura,
haré mi herida segura.

(El LADRÓN va alzando la capa a FAJARDO.)

FAJARDO
Toma; y no mientas, hermana.

LUCINDA
¡Larga te dé Dios la vida!
Tú estás con un gran desdén
de una dama.

FAJARDO
Dice bien.

LUCINDA
¿Por qué piensas que te olvida?

FAJARDO
Todo es verdad.

LUCINDA
Un traidor
te quiere mal y lo encubre.

(Meta la mano.)

FAJARDO
¡Vive el cielo que descubre
todo el libro de mi amor!

LUCINDA
Has servido, y no te paga
quien debiera conocerte.

(Saque la bolsa.)

LADRÓN
Yo hice muy bien mi suerte;
así Dios tus cosas haga,
gitana, y quiera que tope
contigo solo algún día.
(Váyase.)

LUCINDA
Así, por cierto, tenía
la mano el señor don Lope.
¿Conoceisle?

FAJARDO No quisiera.
LUCINDA ¡Ay, cielo!
FAJARDO ¡Ay, suerte crüel!

Porque no me hables en él
te daré limosna. Espera,
espera.

CASTELLANOS ¿Qué buscáis?

FAJARDO ¡Bueno!

CASTELLANOS Yo tengo dinero.

FAJARDO Aquí
cincuenta escudos metí
en un bolsillo, y bien lleno,
y bien lleno, y solo hallo
el lienzo y estos papeles.
¡Vil gitanilla! Si sueles,
para sustentar el gallo,
entretener desta suerte
al que dices la ventura
mientras hacerla procura
en el que se ocupa en verte
el ladrón que traes contigo,
mi dinero me has de dar
o te tengo de matar.

LUCINDA ¿Qué es esto, cielo enemigo?

CASTELLANOS ¿Hay semejante maldad?
La misma la habrá tomado.

LUCINDA Si entre tanto os la han hurtado,
yo no lo sé, en mi verdad.

CASTELLANOS Que la misma la hurtaría,
y este es negocio muy llano,
porque os tomaba una mano
y otra en la bolsa metía.

LUCINDA Hurtáros la fuera error,
pues, habiéndome de dar
limosna, era cierto echar

menos la bolsa, señor.
¿Veis cómo estáis engañado?

CASTELLANOS Mientras llamo un alguacil,
desnudalda.

FAJARDO ¡Qué sutil
me la asió por este lado!
¡Desnúdate!

LUCINDA No toquéis,
capitán, a mi persona,
que si el talle no la abona,
la abonará lo que veis.
¡Desviaos!

FAJARDO ¿No eres gitana?

CASTELLANOS ¿No lo veis? Habla muy bien.

LUCINDA Yo haré que el dinero os den.

FAJARDO ¿Cómo?

LUCINDA Mujer castellana
soy, y mujer principal,
y si alguno os lo tomó,
como eso he creído yo
que pase en este arenal,
no soy tan pobre que aquí
no os dé lo que han hurtado.

FAJARDO Con eso me he despicado,
que fue como juego en mí;
y creed que soy persona
que os puedo servir en algo.

LUCINDA Talle tenéis de hombre hidalgo,
y el término lo pregona.
Solo porque soy mujer
merezco vuestro favor.

FAJARDO ¡Estraño enredo!

LUCINDA Es de amor,
que él solo le supo hacer.

CASTELLANOS Es el capitán Fajardo,
señora, muy caballero.

No le abono, lisonjero,
por premio que dél aguardo,
sino porque dél fiéis
cualquiera cosa en razón
de su fama y opinión,
que yo sé bien que podéis.
Decilde a qué habéis venido
y en lo que os puede servir,
que esto es más razón sentir
que no el dinero perdido,
que yo sé que de su hacienda
en menores ocasiones
ha dado satisfacciones.

LUCINDA Pues debajo de esa prenda
diré quién soy y a qué vengo
disfrazada en el vestido
que veis.

FAJARDO ¡Caso extraño ha sido!

LUCINDA Pues tan buen amparo tengo,
oíd mi historia, si oílla
no os cansa.

FAJARDO El pecho descubre.

CASTELLANOS ¡Válame Dios lo que cubre
el arenal de Sevilla!

LUCINDA De nobles padres y abuelos,
noble capitán Fajardo,
para campo de desdichas
nacé en Medina del Campo.
Mudó el Tercero Filipo
su corte, casa y criados
a Valladolid, y fue
mudar también necesario
de allí la cancillería,
con quien también se mudaron
mi ventura y muchos pleitos,
de que me resultan tantos.
Ennobleciose la villa
y, como en tiempos pasados,
vino a estar con mayor lustre,

que, floreciendo sus pagos,
poblose con extranjeros
venidos por varios casos,
no habiendo casa sin huésped,
causa de todo mi daño
porque le cupo a la mía
un noble mancebo hidalgo
de buena presencia y rostro,
y en la mitad de sus años
puso los ojos en mí,
que es nuestro pleito ordinario
y muy propio a forasteros
dar a su huésped tal pago.
¡Bien sabe el cielo mi intento,
y que, con justo recato,
mientras más altos sus ojos,
miré con ojos más bajos!
No porque yo despreciara
las partes de un cortesano
tan galán y caballero,
siendo el pensamiento casto,
mas porque el mío vivía
en otro pecho ocupado
de un caballero a quien yo
debía de amor seis años.
Era su nombre don Lope;
sus partes no las alabo,
que mal las dirá quien es
parte en adorarle tanto.
Cayole, de ver [a] Alberto
(que es el nombre del contrario),
a don Lope una tristeza
que su vida puso al cabo,
y al cabo de algunos días
pudieron los celos tanto
que, en el campo de Medina,
salieron los dos al campo.
Díjole que, de secreto,
conmigo estaba casado,
y que en pretender servirme
le hacía notable agravio;
que la palabra le diese,
como caballero honrado,

de no mirarme en su vida,
y diola para su daño,
que, aunque es verdad que después
sus ojos se moderaron,
sus palabras se midieron
y se enfrenaron sus pasos,
de suerte que yo le vía
algunas veces mirando
morírsele los suspiros
entre la lengua y los labios.
No sé dónde a sus amigos
enseñó Alberto un retrato
que un cierto pintor famoso,
pienso que Guzmán llamado,
de solo verme una fiesta
hizo con divina mano,
que, como naturaleza,
hace su pincel milagros;
y fue tanta su desdicha
y los amigos tan falsos,
que contaron a don Lope,
aunque Alberto estaba salvo,
que se alabó que era dueño
del dueño de aquel retrato;

con que, incitando su ira,
dieron principio a este caso.
Buscole y hallole un viernes,
siempre en amor desdichado,
junto a la Chancillería,
y otra vez le sacó al campo,
donde, afeando el haber
la fe y palabra quebrado,
metió mano y le dejó
por muerto, y quitó el retrato.
Vínose huyendo a Sevilla
dejándome mil trabajos
entre deudos de un herido
y padres de un agraviado.
Quiso pasarse a las Indias,
y el cielo, viendo mi agravio,
le detuvo en esta arena

con tres heridas o cuatro.
Escribe que está muy bueno
quien fue para mí tan malo,
a quien busco en este traje,
que me dicen que es soldado.
Si sabéis dél, caballeros,
¡por Dios que os muevan mis daños!,
porque no se vaya a Argel
hombre que me cuesta tanto.

FAJARDO ¡Estraña lealtad!

CASTELLANOS Merece
justo lugar en el templo
de la Fama.

FAJARDO Tal ejemplo
su flaco ser engrandece.
Pena me ha dado la vuestra,
y, en fe de que esto es verdad,
tendrá vuestra voluntad
para su amparo la nuestra.
Y porque tengáis consuelo,
ese don Lope está aquí,
porque cayó para mí
como otro rayo del cielo.
En una casa en que adoro
una mujer se ha curado,
donde ha sido regalado,
y dicen que fue Medoro.
'Prima' la llama; no sé
si esta prima es verdadera,
mas no es la cuerda primera
que por prima falsa esté.
Hacemos un instrumento,
cinco en esta misma casa,
que donde el infierno abrasa
no habrá tan discorde acento.
Es la prima quien te digo,
que doña Laura se llama,
falsa hasta agora en la fama
y siempre falsa conmigo.
La segunda y la tercera
hacen Toledo y Urbana,
un criado y una anciana

que suenan mal donde quiera.
La cuarta y requinta ha sido
don Lope, porque sospecho
que de la prima se ha hecho
y tiene el mismo sonido.
Yo vengo a ser el bordón
en quien la música estriba,
que no quiere amor que viva
sin bordón tanta pasión.
Mira tú si este instrumento
será dulce a tus oídos,
que, por lo que es mis sentidos,
yo estoy tal que ya no siento.

LUCINDA

¡Bien echaba yo de ver
que, cuando mi bien hallara,
no menos mal me costara
que es el venirle a perder!
¡Pluguiera al cielo, señores,
que con la flota se fuera,
porque Laura no le hiciera
Medoro de sus amores!
¡Allá se quedara en Lima,
o en otra mayor distancia,
antes que hacer consonancia
con esta fingida prima!

Ya no hay remedio en mi mal,
aunque más lágrimas vierta,
que tiene desde su puerta
granos a queste arenal.
Cinco meses de su casa
terribles hábitos son.

FAJARDO

Quedo, que en esta ocasión
la misma que os digo pasa.
Fingid lo que habéis fingido
y podéis llegarla a hablar,
que el dueño no ha de tardar
de su amor y vuestro olvido.
Ya nuestros nombres sabéis;
idos a Gradás mañana,
adonde, hermosa gitana,

a los dos nos hallaréis,
que para todo suceso
es nuestro propio interés
serviros.

(Salen LAURA y URBANA.)

LUCINDA ¿Que aquesta es?
Justamente pierde el seso,
y yo he de perder el mío.

FAJARDO Adiós, porque no nos vea.

CASTELLANOS ¡Estrañas cosas rodea
amor!

FAJARDO Apartaos del río.

LAURA Apenas habrá lugar
de donde se pueda ver.

URBANA Jamás estimé placer
que costase tal pesar.
Hase cifrado Sevilla
como todo el mundo en mapa,
tanto, que el arena tapa
en esta trillada orilla.
Hoy bravas galas se han puesto.
Tiende los ojos.

LAURA No hay cosa
para sus luces hermosa
estando mi sol traspuesto.

URBANA Anda agora, que aunque esté
una mujer obligada,
no puede estar tan atada
que no alcance a lo que ve.
¿No has visto en el campo acaso
atado un buey o un jumento
que no tiene más sustento
ni puede alargar el paso
de lo que la sogá alcanza?
Pues eso mismo ha de hacer
la cautelosa mujer

mientras no intenta mudanza.
Si don Lope te guardare
y, en fin, tienes amor,
pace todo alrededor
lo que la sogá alcanzare.

LAURA Reír me has hecho.

URBANA Pues, mira
qué yerba destas te agrada.

LUCINDA **[Aparte.]**
Quiero llegar y, turbada,
el mismo amor me retira.
¡Ello ha de ser!
[A LAURA y URBANA.]
Dad, ¡por Dios!,
cara buena, cara hermosa,
noble, honesta, vergonzosa,
que el cielo os guarde a las dos,
algo a esta pobre gitana.

LAURA ¡Gracioso talle!

URBANA ¡Estremado!

LAURA ¡Buen vestido!

URBANA ¡Buen tocado!

LUCINDA Así la hermosa mañana
de tu edad logren los cielos
y hasta la serena tarde
con mucho gusto la guarde.

(Aparte.)

Ardiéndome estoy de celos.

[A LAURA.]

Que des a la gitanica
algo con aquesas manos.

LAURA ¿Qué me dirás?

URBANA ¡Cuentos vanos!

LUCINDA Da, pues, una limosnica.
Quita el guante, quita presto,
que la mano ha de mostrar
lo que quiero adivinar.

(Aparte.)

No se lo digo por esto.

LAURA Toma; di lo que quisieres,

que, en creeros su amor loco,
se conoce bien que es poco
lo que saben las mujeres.
¿Qué me puedes tú decir
que me pueda suceder?

LUCINDA **(Aparte.)**
¿Y tú qué puedes hacer
que no me cueste el vivir?
Ahora bien...

[A LAURA.]
¡Qué linda mano
que tienes!

[Aparte.]
Besalla quiero
por si la besó primero
aquel mi amado tirano.

LAURA Di, pues.

LUCINDA En nombre de Dios
esta cruz hago sobre ella.
Mas, ¿no me das con qué hacella?

LAURA Toma aquesa real de a dos.

LUCINDA Vivas lo que yo deseo.
(Aparte.)
Que si no más de eso vives,
por gran milagro recibes
la vida con que te veo.
[A LAURA.]
Torno a hacer la cruz. Permite
que otra vez tu mano hermosa
bese, porque cierta cosa
que en ella tienes te quite.
¿Hoy acaso hala tocado
algún hombre?

LAURA ¿Importa?

LUCINDA Sí.

LAURA Pues sí han tocado.

LUCINDA ¡Ay de mí!
¿Besado no?

LAURA Y aun besado.

LUCINDA Quisiératela morder
por eso que estás diciendo.

LAURA ¡Quedo! ¡Paso!

LUCINDA Voy haciendo
todo lo que es menester.

URBANA Sin duda que es hechicera.

LUCINDA Mal conoces la gitana,
mas que te llamas Urbana.

URBANA ¿Hay tal cosa?

LUCINDA ¿Esto te altera?

LAURA Alguien le ha dicho tu nombre.

LUCINDA Un cardillo corredor.

LAURA ¿Sabrás el mío?

LUCINDA Mejor.
Laura, tú quieres un hombre.

LAURA Si no hiciera cruz, creyera,
oyendo cosas tan graves,
que era demonio.

LUCINDA **[Aparte.]**
Aún no sabes
los tormentos que te diera.

LAURA ¿Hombre yo?

LUCINDA Y a entender das
a tus deudos y a otra gente
que es este hombre tu pariente.

LAURA ¡Jesús! ¡No me digas más!

LUCINDA Y más, que es medio casado
este hombre.

LAURA ¡Triste de mí!

LUCINDA Esta raya dice aquí
que engañas cierto soldado.

URBANA No prosigas. ¡Anda, vete!

LUCINDA ¡Calla tú, que yo sé bien
que te sirven!

URBANA Dime quién.

LUCINDA Dos sombreros y un bonete.

URBANA Laura, lleva esta mujer
a casa, porque es, sin duda,
que hará que don Lope acuda,
y el mundo si es menester,
a cuanto fuere tu gusto.

LAURA ¿Quieres ir a mi posada?

LUCINDA Sí, ¡por Dios!, que eres honrada
y darte contento es justo.
¿Dónde vives?

LAURA A los Baños
de la Reina Mora.

LUCINDA Iré,
sin duda, y allá os diré
untos y aceites estraños
para el rostro, para dientes,
para el cabello y las manos,
y hechizos que veréis llanos
para enloquecer las gentes.
Tengo piedras, yerbas, flores,
oraciones y palabras:
nóminas que quiero que abras
para secretos de amores
que te quitarán el seso.
(Aparte.)

 ¡Qué les digo de mentiras...!

LAURA Cosas dices que me admiras.

LUCINDA Veréis el fin del suceso.

(Salen DON LOPE y TOLEDO.)

LAURA Este hombre que viene aquí
 es el que has adivinado.

LUCINDA **[Aparte.]**
 ¡Cielos! Aunque os he llamado
 para que os doláis de mí,
 nunca en mayor ocasión.
 Dadme esfuerzo o morireme,
 que viene a quien solo teme
 mi afligido corazón.

DON LOPE ¡Laura mía!

LAURA ¡Señor mío!

DON LOPE ¿Qué puesto es este?

LAURA ¿No es bueno?

URBANA Todo está de gente lleno.

DON LOPE Hoy no habrá lugar vacío,
 que no ha quedado persona
 en Sevilla desde el alba
 que no salga a ver la salva
 y al gran don Juan de Cardona.
 ¿En qué te has entretenido?

LAURA Con esta gitana estaba.

DON LOPE ¡Brava, por mi vida!

LAURA Brava
 de talle, rostro y vestido.
 Dile, amiga, a este galán
 la ventura.

TOLEDO Y luego a mí,
 que soy medio zahorí,
 aunque no me llamo Juan.
 Y sepa que me parió
 mi madre en gran puridad
 la noche de Navidad.

DON LOPE **[Aparte.]**

¿Duermo? ¿Qué es esto? ¿Soy yo?
¿Esta es gitana?
[Aparte a TOLEDO.]
¡Toledo!

TOLEDO

Señor...

DON LOPE

Mira esta mujer.

TOLEDO

Aire tiene y parecer
de aquel tu pasado enredo.

DON LOPE

No vi cosa semejante.

TOLEDO

Suele hacer naturaleza
tal vez igual la belleza
de un cristal y de un diamante.

DON LOPE

Si en ser posible cupiera
el venir a este lugar,
¿cómo pudiera dudar
que aquesta Lucinda fuera?
¡Cosas son de admiración
que hace por milagro el cielo!

LUCINDA

De verle tengo en un yelo
engastado el corazón.

LAURA

(Aparte [a LOPE].)
Lope, ¿no le dais la mano?

LUCINDA

[Aparte.]
¿Cómo me la puede dar
quien me la pudo negar?

DON LOPE

[Aparte a TOLEDO.]
¡Hola!

TOLEDO

Señor...

DON LOPE

Esto es llano:
Lucinda con el disfraz
que miras. Oye la voz.

TOLEDO

No hay animal tan feroz
para impedir nuestra paz
como una mujer celosa.
Ella ha sabido tu gusto.

DON LOPE

¿Hay tan extraño disgusto?

¿Hay tan atrevida cosa?
¿Hay desatino mayor
como tan largo camino?

TOLEDO
No le llames desatino
si sabes lo que [es] amor.
Disimula: no lo entienda
Laura.

DON LOPE
Eso solo querría.

LAURA
¿Algo habéis hecho este día,
mi bien, mi querida prenda,
pues que le negáis la mano
a quien teméis que lo diga?

DON LOPE
Diversa causa me obliga,
y habéis sospechado en vano.

LAURA
Pues, ¿por qué?

DON LOPE
Nunca he creído
lo que dice esta mujer.

LAURA
Debeisla de conocer.

LUCINDA
Antes no me ha conocido.

DON LOPE
Tan mala ventura un día
me pronosticó, señora,

que desde la misma hora
dejé lo que pretendía
y estuve tan mal con ella,
porque verdad no trató,
que juré, y pienso que yo
lo cumplo, de aborrecella.

LUCINDA
Como Dios es sobre todo
y está sujeto a su mano,
no puede el ingenio humano
prevenir el cierto modo.
Él no entendió la verdad
que yo en todo la decía.

DON LOPE
Luego, ¿fue la culpa mía?

LUCINDA
De tu libre voluntad,

que intentaste injustamente
tu deshonor con el mío.

LAURA ¿Qué fue el caso?

DON LOPE El desafío
que os dije.

LUCINDA Decid que os cuente
cuál tuvo peor suceso.

LAURA ¿Sin duda te preguntó
si saldría?

LUCINDA Allá salió,
con menos razón que seso,
sin entender la verdad
o sin quererla entender.

LAURA Pues, ¿cómo puede tener
culpa?

DON LOPE Yo sé su maldad.

TOLEDO Anda, señor, no la culpes,
que es una gitana honrada.

LUCINDA No niego que estoy culpada,
como tú mi honor disculpes.
Muestra esa mano, que quiero
decirte verdad agora.

DON LOPE ¿Quieres que la dé, señora?

LAURA Por ver lo que dice muero.

LUCINDA **[Aparte.]**
Y yo por tomar la mano.
[A DON LOPE.]
Dame un dinero y haré
la cruz.

DON LOPE **[Aparte.]**
Quien aquesto ve
no diga que vive en vano.
[A LUCINDA.]
¿Ves aquí aqueste real?

LUCINDA Tan justamente he vivido
que aquesta moneda ha sido

de mi venta desleal.

DON LOPE

Di...

[Aparte a LUCINDA.]
y advierte que te escucha
Laura.

LUCINDA

[Aparte a DON LOPE.]
Ya estoy advertida.

DON LOPE

¿Qué me dices de la vida?

LUCINDA

[Aparte a DON LOPE.]
Pésame que tengas mucha,
aunque ruego a Dios por ella
por ver si mi honor restaura;
pero si te goza Laura,
muera en llegando a ella.

DON LOPE

[Aparte a LUCINDA.]
Habla bajo.

LUCINDA

[Aparte a DON LOPE.]
¿Cómo puedo?

DON LOPE

[Aparte a LUCINDA.]
Callando.

LUCINDA

[Aparte a DON LOPE.]
Hay grande pasión.

DON LOPE

[Aparte a LUCINDA.]
Enfrénala.

LUCINDA

[Aparte a DON LOPE.]
No hay razón.

DON LOPE

[Aparte a LUCINDA.]
Quedo, Lucinda.

LUCINDA

[Aparte a DON LOPE.]
No hay quedo.

DON LOPE

[Aparte a LUCINDA.]
No seas loca.

LUCINDA

[Aparte a DON LOPE.]
Estoy perdida.

DON LOPE **[Aparte a LUCINDA.]**
Tiempo habrá.

LUCINDA **[Aparte a DON LOPE.]**
El dolor es fuerte.

DON LOPE **[Aparte a LUCINDA.]**
¡Calla!

LUCINDA **[Aparte a DON LOPE.]**
No temo la muerte.

DON LOPE **[Aparte a LUCINDA.]**
¿Darétela?

LUCINDA **[Aparte a DON LOPE.]**
Estoy sin vida.

LAURA ¿Qué es eso? ¿Qué habláis?

LUCINDA Pretende
que no diga las verdades.

LAURA Pues, ¿esto le persuades?

DON LOPE ¿Piensas tú que ella me entiende?
Todas estas ignorantes
viven con esta flor.

LAURA Pregunto: ¿tíeneme amor?

LUCINDA Sois en amor semejantes.
Para esto no es menester
mirar rayas de su mano,
que este rostro soberano
lo da mejor a entender.
Él te quiere y tú le quieres.

LAURA En secreto te ha pedido
que lo digas. ¿No ha querido
o ahora quiere otras mujeres?

LUCINDA Que ha querido fue verdad;
solo a ti te quiere agora.

TOLEDO **[Aparte.]**
Poner quiero paz.
[A LUCINDA.]
Señora,
mira esta mano y callad.

LUCINDA Mírola en nombre de Dios.
Cara de pocos amigos
tienes.

TOLEDO **[Aparte a LUCINDA.]**
Lucinda, testigos
tengo honrados más de dos

de que fui siempre y seré
tu amigo, y tú lo verás.
No quiero que digas más
en la raya de mi fe.

LUCINDA Tú fuiste siempre chismoso:
esta raya lo publica.

TOLEDO Mi lealtad te significa,
astrólogo mentiroso,
sino que tú no lo entiendes.

LUCINDA Esta dice que, después,
por gusto de tu interés,
a cierta inocente vendes.

TOLEDO No dices cosa acertada;
gobiérnate la pasión.

LUCINDA Si me informa la razón,
¿cómo puedo errar en nada?
Niega aquí que aquesta raya
no te hace grande alcahuete.

TOLEDO ¡Suelte, gitana! ¡No apriete
tanto a un hombre! ¡Antes se vaya,
que dice dos mil mentiras!

(Tiren unos arcabuces.)

DON LOPE Ya la salva han comenzado.
Mira el Betis coronado,
Laura...

LUCINDA **[Aparte.]**
¿Y tú, Cielo, no miras

esta maldad?

DON LOPE

... de mil gentes,
que, por ver y por oír,
parece que han de servir
de fajina a sus corrientes.
¡Oh, famosa capitana
de España! ¡Qué piezas tiras!

LUCINDA

[Aparte.]
Más balas, cuando la miras,
tira tu mano inhumana.

DON LOPE

La de Nápoles, gallarda,
responde agora primero.
Acércate, Laura.

LUCINDA

Hoy muero.
¡Aguarda, don Lope! ¡Aguarda!

Acto III

Salen FAJARDO y CASTELLANOS.

- FAJARDO No ha tenido efeto nada
de cuanto se imaginó.
- CASTELLANOS Justamente se llamó,
señor capitán, jornada.
- FAJARDO Tan lucida infantería
y tantos aventureros
bien mostrarán los aceros
a Francia y a Berbería.
Los secretos de los reyes
algo a los del cielo imitan.
- CASTELLANOS Dueños son de todo: quitan,
ponen y introducen leyes.
- FAJARDO Con todo, a mi parecer
se ha hecho una gran facción,
que siempre fui de opinión
que se ha de dar que temer.
- CASTELLANOS Es alta razón de estado
mostrar valor y defensa,
porque el enemigo piensa
que hay dineros y cuidado.
Es el nervio de la guerra
el dinero, y esta obra
muestra que el dinero sobra.
Ya, en fin, estamos en tierra,
y tierra de la mejor,
que el sol mira.
- FAJARDO ¡Oh, gran Sevilla,

que sola tu maravilla
de todas tiene el valor!
Colosos, anfiteatros,
faros, piras, mauseolos

únicos al mundo y solos,
estatuas, templos, teatros...
no se pueden alabar
de que tuvieron grandeza
en llegando a la belleza
de este famoso lugar.

CASTELLANOS México y Venecia son
dos ciudades celebradas,
porque, sobre el mar fundadas
con notable perfección,
son ciudades y son naves;
pero en tierra nadie quite
lauro a Sevilla.

FAJARDO Compite
con las ciudades más graves.
Dejemos la preeminencia,
la nobleza y esencia
en el Reino de Aragón,
de Zaragoza y Valencia,
que esas dos en su corona
de España lo pueden ser.

CASTELLANOS ¿Qué hay de deseos de ver,
Fajardo, aquella persona?
¿Cuánto va que deseáis
que os lo pregunte?

FAJARDO No sé.
Con su primo la dejé.

CASTELLANOS Y con su primo la halláis.

FAJARDO No sé yo si su firmeza
durará tanto en un ser,
que es Laura en obras mujer,
aunque es ángel en belleza.
Como quiera, yo me siento
razonable de mi mal:
sembré amor en arenal,
vino agosto y cogí viento.
El mar debió de lavarme
la mancha que me quedó,
o el fuego en ella cesó
de abrasar y de matarme.

CASTELLANOS No hay duda. Si desatina
el alba desta dolencia,
récipe meses de ausencia,
que es la mejor medecina.
Suele una purga de celos
revolver en vez de obrar,
y a veces suele imitar
en ser milagro a los cielos.
Verémosla.

FAJARDO Con vergüenza,
estoy por decir que sí,
que amor, en viéndome aquí,
donde se acaba comienza.

(Sale ALBERTO con un capotillo y su espada ceñida.)

ALBERTO Quiero informarme. ¿Qué aguardo?

CASTELLANOS De lo que es razón excedes.

ALBERTO ¿Quién es de vuestras mercedes...?

FAJARDO ¿Cómo?

ALBERTO El capitán Fajardo.

FAJARDO **[Aparte a CASTELLANOS.]**
¿Qué será esta novedad?
Castellanos, ¿diré el nombre?

CASTELLANOS **[Aparte a FAJARDO.]**
¿Es este hombre más de un hombre?

FAJARDO **([Aparte a CASTELLANOS.]**
Ni esto es más de una ciudad,
pero hay muchos dentro della.)
Yo soy. ¿Qué es lo que mandáis?

ALBERTO Que aquesta carta leáis;
veréis lo que quiero en ella.

CASTELLANOS Leelda, y no os alborote.

FAJARDO ¡Armas no me dan cuidado!

CASTELLANOS Pues parece que está armado

debajo de aquel capote;
mas que venga un escuadrón.

(Ábrala.)

FAJARDO Paces la firma confirma.

CASTELLANOS ¡Por Dios!

FAJARDO Sí.

CASTELLANOS ¿Cúya es la firma?

FAJARDO De Fabricio de León.

CASTELLANOS ¿Dónde está?

FAJARDO En Medina es fecha.

CASTELLANOS Cansose de pretender.

FAJARDO Oíd, que empiezo a leer.

CASTELLANOS Sin favor poco aprovecha.

FAJARDO **(Lea.**

«A los grandes amigos se han de pedir grandes amistades. El que os dará esta es un caballero a quien tengo las obligaciones que a vós, que no hay mayor encarecimiento. Tiene en Sevilla un enemigo que le ha agraviado; va a lo que podéis entender. Haced cuenta que soy yo mismo. De Medina, el capitán Fabricio de León».)

Vuestra merced sea venido
en buen hora a esta ciudad,

que con toda voluntad
en esto será servido.

Y en lo demás que se ofrezca,
lléguese más. ¿Cómo está
Fabricio?

ALBERTO Cansado ya
de sentir que no merezca
lo que otros muchos que ayer
comenzaron a servir.

Y en que no pudo venir
conmigo se echa de ver.

FAJARDO ¿Cómo ha sido este suceso?

ALBERTO Reñí en el campo y hiriome
un hombre.

FAJARDO ¿Quién hay que tome
por agravio solo eso?
¿Hubo armas aventajadas?
¿Hubo algún hombre escondido?
¿Fue, por dicha, antes herido
que sacasen las espadas?
Que con ellas, aunque hubiese
palabras muy afrentosas,
no importa.

ALBERTO Hubo muchas cosas
de que es razón que me pese.

FAJARDO ¿Cómo?

ALBERTO Que herido caí,
y entonces a mí llegó.

FAJARDO Apostaré que os tomó
prenda alguna.

ALBERTO Señor, sí.

CASTELLANOS ¿Era en batalla campal,
y vos, acaso, francés?
No es eso agravio.

ALBERTO Sí es.

CASTELLANOS Si vos le tenéis por tal,
vos os habéis agraviado,
porque, donde no se halló
agravio, ese lo quedó
que piensa que está agraviado.

ALBERTO Oíd por lo que lo digo.

FAJARDO ¿Cómo fue?

ALBERTO La quistión fue
porque un retrato mostré
de una dama a un cierto amigo
habiendo palabra dado
de no la hablar, y sabía
este hombre que yo tenía
este retrato guardado

en el pecho; este me abrió,
y habiendo tenido en nada
que le abriese con la espada,
con la mano me pesó.

FAJARDO ¿Llevósele?

ALBERTO Sí.

FAJARDO No estáis
agraviado, que riñendo
no hay agravio, y más siguiendo
la causa que me contáis.
Sean espadas o sean manos,
esto alcanzo yo a entender,
debajo del parecer
del capitán Castellanos,
a que me remito en todo.

CASTELLANOS Vós lo habéis tan bien tratado
que el duelo más acertado
no lo escribe de otro modo.
Ni hay agravio ni hay aleve,
y lo firmaré.

FAJARDO Señor,
si algún amigo traidor
a que os inquietéis os mueve
(de muchos que revolver
el agua clara es su oficio,
dejando aparte a Fabricio,
que esto no pudo saber),
una cédula firmada

de cinco o seis capitanes
os daré (los más guzmanes
que vio Flandes con la espada,
y aun del gran don Bernardino
de Avellaneda, por quien
tiembla el mar Indio y también
teme el inglés su camino,
pues agora está en Sevilla)
de que no estáis agraviado.
Solo hay, pues sois tan honrado,
que a este arenal, a esta orilla,

os sacaremos ese hombre
para que quedéis mejor,
y hablalde.

ALBERTO Digo, señor,
que eso quiero.

CASTELLANOS Diga el nombre,
que se me ha puesto en la frente
que en cierta persona tope.

ALBERTO Llámase este hombre don Lope.

CASTELLANOS ¡Válete Dios por pariente!

ALBERTO ¿Es vuestro pariente, por dicha?

FAJARDO Por mi desdicha lo ha sido.

ALBERTO ¿Cómo? Que lo habré tenido
por azar de mi desdicha.

FAJARDO No os alteréis; mas sabed
que es el mayor enemigo
que tengo.

ALBERTO Dios me es testigo
que me habéis hecho merced
en desengañarme aprisa.

FAJARDO Yo sé todo vuestro cuento
desde el primer fundamento,
porque estas arenas pisa
la causa desa quistión,
que a los dos nos la ha contado...

ALBERTO ¿Lucinda?

FAJARDO Sí, que ha llegado
siguiendo su pretensión
a esta ciudad disfrazada.

ALBERTO Tendrala don Lope.

FAJARDO Creo
que ya para su deseo
es esa historia pasada.
Goza don Lope una dama
que es la flor desta ciudad,
y me cuesta voluntad.

ALBERTO ¿El nombre...?

FAJARDO Laura se llama.

ALBERTO Según eso, bien podré
ver a Lucinda.

FAJARDO Decid
que desde Valladolid
ese vuestro intento fue,
y no tratéis de pendencia.

ALBERTO ¡Muero por ella, por Dios!

FAJARDO Buenos venimos los dos
tras tantos meses de ausencia.
Ahora bien, venid conmigo.

ALBERTO ¡Ay, Lucinda! ¡Que tú eres
mi agravio! Espera si quieres,
que vengo a reñir contigo.

(Váyanse, y salgan DON LOPE y LUCINDA.)

DON LOPE Déjame de importunar,
porque no te puedo ver.

LUCINDA ¡Que esto escuche una mujer...!

DON LOPE Como eso habrás de escuchar.

LUCINDA ¿Piensas que te tengo amor
porque aquí me ves venir?

DON LOPE Pienso que sabrás fingir,
porque lo sabéis mejor;
pero si amor no me tienes,
mucho de tu honor desdoras.
¿Qué me buscas? ¿Qué me lloras?
¿Qué te cansas? ¿A qué vienes?
Meses ha que estás aquí
con estos hábitos locos
y a ti te parecen pocos,
mil siglos son para mí.
¿A qué vienes a esta casa?
¿Qué te debo yo? ¿Qué quieres?

¡Demonios sois las mujeres!
Solo el desprecio os abrasa.
Mira que das ocasión
a que Laura, a quien adoro,
piense que soy el tesoro
que busca tu amor ladrón.

No me inquietes ni consumas
esa belleza, Lucinda;
no hay cosa que más se rinda
al viento que polvo y plumas
y hermosura de mujer;
empléala en quien te adora,
porque yo, Lucinda, agora
ya tengo quien lo ha de ser.
Mira que el Sol, aunque tema
que eres dama cortesana,
como te mira gitana,
la tez del rostro te quema.
Tiempo fue que, resistiendo
tu sol, al otro se viera
más fuerza y fuego en su esfera,
quedando el del cielo ardiendo.
Mas ya que tú misma has dado
en andar aquí sin dueño,
vence el Sol al sol pequeño
que vi en tu rostro cifrado
y dame lástima el verte.
Di a Florelo que te adorne
de tu traje y que te torne
a Medina de otra suerte,
que yo me quiero casar,
y escusarás esta pena.

LUCINDA

No tiene granos de arena
la Libia, peces el mar,
aves el aire ni estrellas
el cielo que a tus maldades
igualen.

DON LOPE

¿Tales verdades
te cansan?

LUCINDA

Matas con ellas.

¿Esto me has dicho? ¿Esto vengo
a tener en galardón
de mi profunda pasión
y los trabajos que tengo?
¿Esto merece venir
por ti en este humilde traje,
a pesar de mi linaje,
que no lo pudo impedir?
¡Sufrir que estés con tu dama
sin decille mi deseo
los meses que ha que te veo
en la mesa y en la cama!
¡Oh, grande fuerza de honor!
Créeme que amor no ha sido,
que, pagado con olvido,
nunca es verdadero amor.
Honor es el cierto nombre,
que es donde más se echa el resto,
cuando una mujer ha puesto
su esperanza en solo un hombre.
El tenerla solo en ti
me ha dado este sufrimiento,
pensando que mi tormento
te hiciera doler de mí.
Verte al principio con Laura
celos me dio, y me abrasé;
pero ese veneno fue
el que mi vida restaura.
Ya no hay rastro en mí de amor.
El honor fue el que quería
que venciese mi porfía,
que es siempre necio el honor;
porque el querer remedialle
resulta en mayor deshonra,
que las voces de la honra
no se han de dar en la calle.
Por ellas, don Lope, anduve;
limosna pedí por ellas,
porque pensé hallar en ellas
prendas que en mi casa tuve.
Mira mi honor a qué viene,
y si es justo remedialle,
que buscasse yo en la calle

lo que Laura en casa tiene.
Todo esto, que te obligara
si piedra no hubieras sido,
es con lo que te he ofendido.
Vuelve a mirarme, repara.
Yo soy, yo me vi algún día
libre, y como estoy te vi.

DON LOPE

Si como me pintas fui,
ya no soy el que solía.
Todo en mudanzas consiste,
no te cause maravilla,
que yo me mudé en Sevilla
del que en Medina me viste.
(Váyase.)

LUCINDA

Baste, en fin, porque, sin duda,
te vencieran mis razones.
Romped el freno pasiones,
desatad la lengua muda,
decid a voces feroces
mi desventura inmortal,
que, quien tiene un grande mal,
bien puede dar grandes voces.
¡Oh, puertas! ¡Oh, casa, infierno
donde no puedo sacar,
con cantar ni con llorar,
aquel mi tirano eterno!
¿Qué haré, que estoy como loca?
La paciencia vuelva en furia
la venganza de la injuria,
que hasta las piedras provoca.
¡Oh, si viniera Florelo
y el intento ejecutara
que tengo!

(Sale FLORELO con una vara de alguacil.)

FLORELO

¡Señora!

LUCINDA

Para,
Florelo, para; que el cielo,

por milagro, te ha traído.
¿Es esa la vara?

FLORELO Sí.
Hoy la compré y hasta aquí
con poco miedo he venido,
porque hay tantas en Sevilla
de guardas, de comisiones,
que a distintas ocasiones
suelen venir de Castilla,
que un año puedo traella
sin que se sepa quién soy.

LUCINDA Pues determinada estoy
a lo que has de hacer con ella.
Yo me entro en casa; tú llama
como concertado está.

FLORELO Entra.

LUCINDA Adiós.

FLORELO ¿Quién está acá?

URBANA **(Dentro.)**
¿Quién llama?

FLORELO **([Aparte.]**
Invención de fama.)
Diga, reina, a su señora
que un alguacil está aquí.

(Salen LAURA y URBANA.)

LAURA ¿Alguacil?

URBANA Señora, sí.

LAURA ¿Qué quiere en mi casa agora?

FLORELO Serviros, no os alteréis.
Esta es una provisión
real; yo, a su comisión
he venido, como veis.
Pensé pasar hasta el puerto,
y dícenme que está aquí

lo que busco.

LAURA ¿Cómo así?

FLORELO Cierto ladrón encubierto.

LAURA ¿Ladrón en mi casa?

FLORELO Creo
que vós estáis descuidada
y por ventura engañada.

LAURA Saber el ladrón deseo.

FLORELO Que si yo culpada os viera,
bien veis que trajera gente,
y cuanto hallara presente
dentro en la cárcel pusiera.
Es el ladrón un don Lope
que tenéis en vuestra casa.

LAURA ¿Cómo ladrón?

FLORELO Esto pasa,
y quiera Dios que le tope,
que él volverá a las galeras
de donde se fue.

LAURA ¿Qué es esto?

FLORELO Esta provisión dice esto;
mal conocéis sus quimeras.
Hase hecho caballero

y es gitano conocido.

URBANA ¿Gitano?

FLORELO Gitano ha sido.

LAURA ¿Qué escucho?

URBANA ¿Qué oigo?

LAURA ¿Qué espero?

FLORELO Trae una cruz que descubre
cuando quiere. Si aquí viene,
mirar muy bien os conviene
las uñas que el ladrón cubre,

porque el día que se vaya
os ha de dejar en cueros.
A este, otros compañeros
hirieron en esa playa
por un hurto que partían,
y él dicen que le ha escondido
en una casa, y que ha sido
esta algunos me decían,
mas no lo quiero creer,
que esa cara, esas faciones,
no son de encubrir ladrones.
Voy a buscar su mujer,
que dicen que agora vino,
aunque este desvergonzado
cuatro veces se ha casado.

- LAURA De congoja desatino.
Urbana, aún no puedo hablar.
- URBANA Yo estoy temblando.
- FLORELO Señora,
yo voy a buscar agora
esta mujer, que ha de estar,
según me han dicho, en Triana.
Si algo deste hombre sabéis,
a la puerta me hallaréis
de la Lonja o a la Aduana.
(Váyase.)
- LAURA Desdichado fue aquel día
que fuimos al arenal.
- URBANA ¿Habrá desventura igual?
- LAURA ¿Hay pena como la mía?
Desventurada, ¿qué haré?
¿Con este hombre me casaba?
¿Este amaba y regalaba?
- URBANA No pienses en lo que fue;
remedia lo por venir.
- LAURA ¿Está, por ventura, Urbana,
en casa aquella gitana?
- URBANA Denantes la vi salir;
no sé si por dicha ha vuelto.

LAURA Dale una voz.

URBANA ¡Maldonada!

(Sale LUCINDA.)

LUCINDA Es la mujer enojada
lo mismo que el diablo suelto.
Presto don Lope ha de ver
lo que ha hecho.

LAURA ¡Perra infame!
Que es justo que así te llame
por ser de un ladrón mujer.
Tú y el infame gitano
de tu marido habéis hecho
cueva mi casa y mi pecho
de ladrones.

LUCINDA Ten la mano,
si la verdad has sabido;
que yo, una pobre mujer,
debo encubrir y querer
lo que quiere mi marido.
Hartas veces le decía,
que tú me vías con él
en contienda tan crüel,
que tu amor no merecía
que te hiciese tanto engaño.
Y por mí, que agora lo digo,
no está casado contigo,
que fuera mayor el daño.
¿Hale buscado justicia?
¿Es alguacil de galera?

LAURA Todo es verdad.

LUCINDA Considera
que no pequé de malicia.
Mi marido me mandó
que callase lo que viese
de que esto contigo hiciese.
¡Dios sabe que me pesó!
Y porque anoche quería

robarte con seis gitanos
ligeros de pies y manos

que andan en su compañía,
reñimos, y en el portal
me puso toda esta cara
como veis.

LAURA ¡Oye y repara
si has visto maldad igual!

LUCINDA Esta noche han de robarte,
que, como ve que ha venido
el alguacil, ha querido,
llorando por él, dejarte,
que ya no le cumple estar
en Sevilla sola un hora.
Mira tú, hermosa señora,
en qué me puedes culpar.

LAURA ¿Cómo un hombre semejante
es gitano?

LUCINDA ¿Luego no?
Tan gitano como yo,
y se llama Bustamante.

URBANA No hay que aguardar.

LAURA Entra luego.
Cierra esa puerta muy bien.
Pon con la loba también
la aldaba.

LUCINDA Emprendiose el fuego.

LAURA Mañana busco una casa;
no se sepa que yo he sido
la que a un gitano ha querido.

(Váyase LAURA.)

LUCINDA Ved lo que en el mundo pasa.

URBANA Di, Maldonada: ¿y Toledo?,

¿era gitano también?

LUCINDA Baila y voltea muy bien;
dos veces ha dicho el Credo
y del cordel se ha librado.

URBANA ¡Oh, bellaco! ¡Y me decía
que también se casaría
conmigo!

LUCINDA Es también casado.

URBANA ¡Dios me libre! A cerrar voy.

(Váyase URBANA.)

LUCINDA Esto se ha hecho a mi gusto,
porque gusto del disgusto
que hoy a don Lope le doy.

(Salen DON LOPE y TOLEDO.)

DON LOPE Aquí se está todavía.

LUCINDA ¿Es don Lope?

DON LOPE ¿Qué me quieres?

LUCINDA ¡Ay, hombres! Sin las mujeres
de vosotros, ¿qué sería?
Aquí han llegado seis hombres,
que pienso que son soldados,
todos a matarme armados.

TOLEDO ¿A matarle?

DON LOPE No te asombres.

TOLEDO ¿Cómo no, ¡pese a mi abuelo!,
si es el capitán Fajardo?

LUCINDA Así le llamó un gallardo
que hundía de bravo el suelo
y traía dos pistolas.

TOLEDO ¿Pistolas?

DON LOPE No hayas temor,
Toledo.

TOLEDO ¿Quieres, señor,
morir dando cabriolas?
Vamos luego de aquí.

LUCINDA Si entras, te han de matar.

DON LOPE Pues, ¿he de dejar de entrar?

TOLEDO Entra, y Dios me guarde a mí.

LUCINDA Solo a mí me preguntaron
quién más con Laura vivía.

DON LOPE ¿Dijiste que yo?

LUCINDA Quería,
que tus obras me animaron;
y después dije que yo
y dos gitanos que hacían
barrenos y que vivían
de sus manos.

TOLEDO Bien fabló.

LUCINDA Preguntáronme que dónde,
y dije que en el corral.

TOLEDO No anduvo Lucinda mal.

DON LOPE A su nobleza responde.

LUCINDA Como os vistáis de gitanos,
podéis entrar y salir,
porque estos han de venir
con las armas en las manos
y no os han de conocer;
que avisando a Laura yo,
abrirá Urbana.

DON LOPE Ella dio

 en lo que habemos de hacer.
 Pero, ¿cómo por Sevilla
 iré yo desamano?

TOLEDO ¿No andan otros?
DON LOPE No quisiera.
TOLEDO ¿Es alguna aldea o villa,
 que han de mirar dos gitanos?
DON LOPE Ahora bien; vamos de aquí.
TOLEDO Sálvate y vuélveme a mí
 sacristán de luteranos.

(Váyanse.)

LUCINDA Alarga riendas, pensamiento loco,
 si descansa el amor con la venganza,
 que, cuando entre los males hay mudanza,
 yo pienso que los males duran poco.
 Si con tus alas el remedio toco,
 no se anegue en la pena la esperanza;
 logre su pretensión la confianza
 si al cielo con mis lágrimas provoco.
 Mitigad, corazón, vuestros desvelos,
 esforzad el valor de mis profías
 mientras os miran los piadosos cielos,
 porque, con celos, estorbar dos días
 que no se gocen los que dan celos
 basta para templar las penas mías.

**(Váyase, y salen ALBERTO, FAJARDO, CASTELLANOS y un SARGENTO con
rodela y capas.)**

FAJARDO Esta es la casa de Laura;
 aquí don Lope reside.
CASTELLANOS Todas estas calles mide
 a pasos, bebiendo el aura
 que en aquellos marcos toca.
ALBERTO Tomad esas dos esquinas.
FAJARDO ¿Qué es lo que hacer imaginas,
 siendo la razón tan poca?

ALBERTO No haré cosa que os quejéis
de mi término.

FAJARDO Eso creo.

ALBERTO Volver por mi honor deseo,
y que presentes estéis.
Vós y el señor Castellanos
en esta esquina os poned.

FAJARDO Lo que os aconsejo haced
y quedad amigos llanos,
no diga Laura que yo
ando en esto.

ALBERTO No dirá,
que Laura os conoce ya.

FAJARDO Laura no me conoció,
porque, si me conociera,
yo pienso que me estimara.

ALBERTO ¿Quién de mujer se quejara
si buena elección tuviera?
El sargento Carpio y yo
en esta esquina estaremos.

CASTELLANOS El orden obedecemos
que vuestro gusto nos dio.
Pero, ¿qué pensáis hacer
si don Lope sale o entra?

ALBERTO Si no es que de azar me encuentra,
muy presto lo habéis de ver.

(Salen DON LOPE y TOLEDO vestidos de gitanos.)

DON LOPE Ve, Toledo, poco a poco

reparando en las entradas
de las calles.

TOLEDO ¿No te agradas
de verme en forma de loco?
En mi vida he visto así,

si no es en danzas, gitanos.

DON LOPE A venir vestidos llanos,
 como esta tarde los vi,
 ¿qué diferencia se hallara
 para entrar desconocidos?

TOLEDO Bien dices, que en los vestidos
 solamente se repara,
 señor.

DON LOPE ¿Qué dices?

TOLEDO Advierte
 cuáles están las esquinas.

DON LOPE ¡Que vengan treinta gallinas
 para un hombre desta suerte!

TOLEDO Cuando se viene a matar,
 está muy puesto en razón
 armar todo un escuadrón,
 y todo junto esperar;
 cuando se viene a reñir,
 es cosa muy diferente.

DON LOPE Llama a Urbana prestamente
 y di que me salga a abrir.

TOLEDO ¡Ce, Urbana! ¡Qué digo, Urbana!

DON LOPE Llama más recio, Toledo.

TOLEDO ¡Urbana! ¡Ce, Urbana!

DON LOPE Quedo;
 ya se asoma a la ventana.

URBANA **(En alto.)**
 ¿Quién es?

TOLEDO ¿No me has conocido?
 Un gitano.

URBANA ¡Bien, por Dios!

TOLEDO Bien puedes decir que dos.

URBANA ¡Laura! ¡Laura! ¡Ya han venido!
 ¡Llega, por tu vida, y mira
 en el hábito que están!

DON LOPE Yo soy, mi bien.

LAURA **(En alto.)**
 ¡Ganapán!
 ¡Tu desvergüenza me admira!
 ¿Aquí has osado venir?

DON LOPE ¿Qué dices, Laura?

LAURA ¿Qué digo?
 ¡Ladrón! ¡Infame! ¿Conmigo?

TOLEDO Esto debe de fingir
 porque estos no te conozcan.

DON LOPE Laura, ¿eres tú la que hablas,
 si no es que por dicha entablas
 que aquestos me desconozcan?

LAURA Yo soy, ¡infame gitano!
 Yo soy; ya sé todo el cuento.

TOLEDO ¿No entiendes su pensamiento?

DON LOPE ‘Gitano’ dijo; es muy llano:
 ella debe de saber
 que yo he de venir así
 y que estos están aquí.
 Pues no me han de conocer,
 que yo me he de aprovechar
 de la industria que he fingido
 y dar su lengua al vestido.

TOLEDO Prueba a hablar.

DON LOPE Ya empiezo a hablar.
(Hable gitano.)
 Laura, con la bendición
 de Dios, ábreme la puerta;
 verás que, después de abierta,
 te digo cierta invención.
 Ábreme, cara de plata;
 abre, que vengo cansado
 de trabajar.

LAURA ¡Maldonado!
 Si yo fuera tan ingrata
 a mi propio gusto y ser

como en la flaqueza cabe
de mujer maldad tan grave,
vengara como mujer;
mas respeto de que soy
noble y que erré como noble
(que esto, más que el trato doble
tuyo, en disculpa te doy),
quiero ponerme la culpa,
no quiero hacer castigarte
ni que en esta o otra parte

se publique mi disculpa.
Bien pudiera abrirte agora
y que en mi casa te hallara
la justicia, si bastara
a quien tal deshonra llora;
pero, porque no se entienda
que tu bajeza he querido
y que en ningún tiempo he sido
de un gitano infame prenda,
te ruego que no parezcas
en Sevilla.

DON LOPE

¿Hablas de veras?

LAURA

Si quiera porque en galeras
otro tanto no padezcas
o porque no sea mi dicha
que te ahorquen.

TOLEDO

¿Qué te altera?
¿No ves que, desta manera,
te estorba una gran desdicha?

DON LOPE

¡Calla, Toledo, por Dios!,
que es mucho para fingido.

ALBERTO

El gitano la ha ofendido
y están riñendo los dos.

FAJARDO

¡En su casa estos villanos
de Laura! ¡Gracioso estilo
de vivir!

CASTELLANOS

Si hay cocodrilo,
¿no quieres que haya gitanos?

ALBERTO Es corral de vecindad,
como se usan en Sevilla.

FAJARDO No sé, ¡por Dios! Maravilla
en Laura esta novedad.

DON LOPE Bien puedes agora abrir,
que estos no me han conocido;
que, con aqueste vestido,
bien puedo entrar y salir.

URBANA ¿Tienes vergüenza, ladrón?
¡Que no le conocen, dice!

DON LOPE Mucho aquesto contradice,
Toledo, a nuestra invención.
Laura, Laura, bueno está;
no me han conocido, no.

LAURA Pues que te conozco yo,
¿qué más mal puede ser ya?
Si, mereciendo la muerte,
te perdono con piedad,
¿qué aguardas en la ciudad,
gitano vil, desafortunado?
¿Piensas que los embozados
no sé también que lo son?
No lograrás la traición;
en la puerta hay dos candados.
No entrarán, no robarán
la casa, como imaginas.

DON LOPE ¡Gitanos por las esquinas!
Loco estoy o ellas lo están.
Laura, tú has perdido el seso;
si es por los que están allí
el quererme hablar así,
baja y cuéntame el suceso,
que entre la puerta hablaré
de lo que pasa contigo.

LAURA Bien te conozco, ¡enemigo!,
y lo que pretendes sé.
Matarme quieres, ¡traidor!,
y, quedando sola Urbana,
entrarte por la ventana.

TOLEDO
Esto es de veras, señor.
Apostaré que Lucinda
debe de andar por aquí;
si esto le ha dicho de ti,
¡por Dios que la industria es linda!,
y que nos hizo vestir
para fingir lo que ves.

DON LOPE
Suya esta máquina es.
¡Oh, lo que sabe fingir!
¿Crees, Laura, por ventura,
que soy gitano?

LAURA
Pues, ¿no
si tu mujer me contó
lo que tu engaño procura?
Y vino aquí un alguacil
para llevarte a galeras.

DON LOPE
Todas han sido quimeras
de aquel ingenio sutil.
¿Mi mujer?

LAURA
Y te has casado

cuatro veces.

DON LOPE
¡Oye aquello!
¡Que así pudiese creello
quien me ha visto y me ha tratado!
¿Yo gitano? ¿Yo ladrón?
¡Oh, flaqueza de mujer,
fáciles para creer
cualquiera superstición!
Si creéis cosas como estas,
no es engañaros hazaña,
que si el demonio os engaña,
es porque os halla dispuestas.
¿Quién cree la astrología
judiciaria? La mujer.
¿Quién es fácil de creer
la engañosa geomancia?
La mujer. ¿Quién en las suertes?
La mujer. ¿Quién el hechizo?
La mujer, que dellos hizo,

con ignorancia, mil muertes,
siendo todo loco engaño
y contrario a nuestra fe.
Abre, Laura, que no fue
jamás don Lope gitano
y, aunque me viene a matar
toda esta gente y estoy
en tal peligro, yo soy
a quien venís a buscar:
don Lope soy de Agramonte,
de Navarra decendí,
en Valladolid nací,
que no gitano en el monte;
don Lope soy.

(Sale ALBERTO.)

ALBERTO Pues, don Lope,
 oye a un hombre que te espera
 sin traición, ni Dios lo quiera,
 aunque durmiendo te tope.

DON LOPE ¿Quién eres?

ALBERTO Yo soy Alberto.

DON LOPE ¿En qué estás de mí agraviado?

ALBERTO En que, herido, me has tomado
 un retrato, el pecho abierto;
 y me he de matar contigo,
 porque tu amigo no soy.

DON LOPE Si del retrato te doy
 el dueño, ¿serás mi amigo?

ALBERTO No me le puedes tú dar
 de suerte que me esté bien
 acetarle.

LAURA Urbana, ven
 a abrir, que se han de matar.
 La gitana me ha engañado,
 que don Lope es caballero.

URBANA ¡Oh, traidor!

(Bájense de la ventana.)

DON LOPE Espera.

ALBERTO Espero.

DON LOPE Bien ves que estoy desarmado.
Satisfecho estás de mí
que sabré reñir contigo.

ALBERTO Por eso no soy tu amigo,
que tú no lo estás de mí.

DON LOPE Sí estoy, que quien esperó
tan honrado a quien lo fue
siempre, yo le imaginé
por tan hombre como yo.

FAJARDO ¡Quedo! No pase adelante
la plática.

ALBERTO ¿De qué modo?

FAJARDO Porque ha satisfecho a todo
con respuesta semejante,
la cual tan honrada ha sido
que quien la contradijere,
y lo contrario tuviere,
queda por mí desmentido.
Reñir dos y herir el uno
es suceso; imaginar
que es más hombre es agraviar,
y no lo ha de hacer ninguno.
Pero cuando yo herí,
y al herido que esperó
tengo en tanto como yo,
no está agraviado de mí.

ALBERTO Los brazos os quiero dar,

don Lope.

FAJARDO Vós habéis hecho

lo que de ese honrado pecho
fue justo siempre esperar.
Las amistades confirmo.
A Fabricio de León
escribiré la razón.

CASTELLANOS Yo lo afirmo.

SARGENTO Y yo lo firmo.

(Salen LAURA y URBANA.)

LAURA ¿Han parado, capitán,
tus celos en este enredo?

FAJARDO Hice lo que debo y puedo;
los presentes lo dirán.
Don Lope y Alberto son
amigos.

DON LOPE Así es verdad.
Mas fáltale a esta amistad
la justa confirmación.

(Salen LUCINDA y FLORELO.)

LUCINDA Quiero ver en qué ha parado.

FLORELO Juntos a la puerta están
don Lope y el capitán.

LUCINDA Don Lope está disfrazado;
sin duda que mi invención
está descubierta ya.

URBANA Aquí la gitana está.

DON LOPE Lucinda, ¿yo soy ladrón?
¿A mí me haces tomar
este enredo por tu mano
y a Laura me haces gitano?

ALBERTO ¿Lucinda en este lugar?

DON LOPE Alberto, ¿yo no decía,
aunque lo tuviste a sueño,
que, si quisieses, el dueño
del retrato te daría?
Vesle aquí.

ALBERTO Déjame ver,
Lucinda, esos bellos ojos,
si tantas penas y enojos
lo bastan a merecer.
Déjame ver las estrellas
que a su cielo me han guiado,
aunque, como está nublado,
Lucinda, no hay luz en ellas.
Vesme aquí: resucité
para buscarte, salí
de mi patria y aun de mí
por tanta firmeza y fe.
¿Qué traje es este que intentas?
¿En qué te puedo servir?

LUCINDA ¡Oh, Alberto! En solo impedir
el curso de mis afrentas
los dos habemos venido
solo a procurar honor.
¿Tienes tú el tuyo?

ALBERTO En rigor,
yo cobré mi honor perdido.
Pero, ¿qué te falta a ti?

LUCINDA Solo en público saber
si es de don Lope mujer
Laura.

DON LOPE Yo digo que sí.

LAURA Y yo también.

DON LOPE Esta mano
te doy.

LAURA Yo tomo la tuya.

LUCINDA Pues con esto es bien que huya
del mundo.

ALBERTO Es intento vano.

¡Detente! Que si yo valgo
para amparo de tu honor,
conmigo estarás mejor,
aunque soy un pobre hidalgo;
que te volveré a Medina
y irás a tu patria honrada.

FLORELO A hacerlo estás obligada.

DON LOPE Padrino soy.

LAURA Yo madrina.

FAJARDO Ea, Lucinda...

LUCINDA No estoy
dudosa por lo que él vale,
sino porque no le iguale
esta mano que le doy.

ALBERTO Mil veces las tuyas beso.

TOLEDO Urbana, la tuya aguardo.

URBANA Vesla aquí.

CAPITÁN Señor Fajardo,
¿qué os parece del suceso?

FAJARDO Que de todo estoy contento,

y de suerte que, ¡por Dios!,
que, a ser posible, yo y vos
tratáramos casamiento.

(Disparen arcabuces.)

CASTELLANOS A mí la espada me salva.

ALBERTO ¡Bravos truenos!

DON LOPE ¡Gran tiniebla!

FAJARDO Es que entra el Conde de Niebla
haciendo a Sevilla salva.

DON LOPE Vamos juntos a la orilla

a ver el gran General,
dando fin en su arenal
al *arenal de Sevilla*.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DEL ARENAL DE SEVILLA

El caballero de Olmedo

Lope de Vega

Personas que hablan en ella:

Don ALONSO, caballero
Don RODRIGO
Don FERNANDO
Don PEDRO
El REY don Juan, el II
El CONDESTABLE
TELLO, criado gracioso
Doña INÉS, dama
Doña LEONOR
ANA, criada
FABIA, vieja hechicera y alcahueta
MENDO
Un LABRADOR
Una SOMBRA
CRIADOS
ACOMPAÑAMIENTO
GENTE

Acto primero

Sale don ALONSO

ALONSO:

Amor, no te llame amor
el que no te corresponde,
pues que no hay materia adonde
no imprima forma el favor.

Naturaleza, en rigor,
conservó tantas edades
correspondiendo amistades;
que no hay animal perfeto
si no asiste a su conceto
la unión de dos voluntades.

De los espíritus vivos
de unos ojos procedió
este amor, que me encendió
con fuegos tan excesivos.

No me miraron altivos,
antes, con dulce mudanza,
me dieron tal confianza,
que, con poca diferencia,
pensando correspondencia,
engendra amor esperanza.

Ojos, si ha quedado en vos
de la vista el mismo efeto,
amor vivirá perfeto,
pues fue engendrado de dos;
pero si tú, ciego dios,
diversas flechas tomaste,
no te alabes que alcanzaste
la victoria que perdiste
si de mí solo naciste,
pues imperfeto quedaste.

Salen TELLO, criado, y FABIA

FABIA:

¿A mí, forastero?

TELLO:

A ti.

FABIA:

Debe pensar que yo
soy perro de muestra.

TELLO:

No.

FABIA:

¿Tiene alguna achaque?

TELLO:

Sí.

FABIA:

¿Qué enfermedad tiene?

TELLO:

Amor.

FABIA:

Amor, ¿de quién?

TELLO:

Allí está,
y él, Fabia, te informará
de lo que quiere mejor.

FABIA:

Dios guarde tal gentileza.

ALONSO:
Tello, ¿es la madre?

TELLO:
La propia.

ALONSO:
¡Oh, Fabia! ¡Oh, retrato! ¡Oh, copia
de cuanto naturaleza
puso en ingenio mortal!
¡Oh, peregrino doctor,
y para enfermos de amor
Hipócrates celestial!
Dame a besar la mano,
honor de las tocas, gloria
del monjil.

FABIA:
La nueva historia
de tu amor cubriera en vano
vergüenza o respeto mío;
que ya en tus caricias veo
tu enfermedad.

ALONSO:
Un deseo
es dueño de mi albedrío.

FABIA:
El pulso de los amantes
es el rostro. Aojado estás.
¿Qué has visto?

ALONSO:
Un ángel.

FABIA:
¿Qué más?

ALONSO:

Dos imposibles bastantes,
Fabia, a quitarme el sentido;
que es dejarla de querer
y que ella me quiera.

FABIA:

Ayer
te vi en la feria perdido
tras una cierta doncella,
que en forma de labradora
encubría el ser señora,
no el ser tan hermosa y bella;
que pienso que doña Inés
es de Medina la flor.

ALONSO:

Acertaste con mi amor;
esa labradora es
fuego que me abrasa y arde.

FABIA:

Alto has picado.

ALONSO:

Es deseo
de su honor.

FABIA:

Así lo creo.

ALONSO:

Escucha, así Dios te guarde.
Por la tarde salió Inés
a la feria de Medina,
tan hermosa que la gente
pensaba que amanecía;
rizado el cabello en lazos,
que quiso encubrir la liga,

porque mal caerán las almas
si ven las redes tendidas.
Los ojos, a lo valiente,
iban perdonando vidas,
aunque dicen los que deja
que es dichoso a quien la quita.
Las manos haciendo tretas,
que como juego de esgrima
tiene tanta gracia en ellas,
que señala las heridas.
Las valonas esquinadas
en manos de nieve viva;
que muñecas de papel
se han de poner en esquinas.
Con la caja de la boca
allegaba infantería,
porque sin ser capitán,
hizo gente por la villa.
Los corales y las perlas
dejó Inés, porque sabía
que las llevaban mejores
los dientes y las mejillas.
Sobre un manteo francés
una verdemar basquiña,
porque tenga en otra lengua
de su secreto la cifra.
No pensaron las chinelas
llevar de cuantos la miran
los ojos en los listones,
las almas en las virillas.
No se vio florido almendro
como toda parecía;
que del color natural
son las mejores pastillas.
Invisible fue con ella
el amor, muerto de risa
de ver, como pescador,
los simples peces que pican.
Unos le ofrecieron sartas,

y otros arracadas ricas;
pero en oídos de áspid
no hay arracadas que sirvan.
Cuál da a su garganta hermosa
el collar de perlas finas;
pero como toda es perla,
poco las perlas estima;
yo, haciendo lengua los ojos,
solamente le ofrecía
a cada cabello un alma,
a cada paso una vida.
Mirándome sin hablarme,
parece que me decía,
“No os vais, don Alonso, a Olmedo,
quedaos agora en Medina.”
Creí me esperanza, Fabia;
salió esta mañana a misa,
ya con galas de señora,
no labradora fingida.
Si has oído que el marfil
del unicornio santigua
las aguas, así el cristal
de un dedo puso en la pila.
Llegó mi amor basilisco,
y salió del agua misma
templado el veneno ardiente
que procedió de su vista.
Miró a su hermana, y entrambas
se encontraron en la risa,
acompañando mi amor
su hermosura y mi porfía.
En una capilla entraron;
yo, que siguiéndolas iba,
entré imaginando bodas.
¡Tanto quien ama imagina!
Vime sentenciado a muerte,
porque el amor me decía,
“Mañana mueres, pues hoy
te meten en la capilla.”

En ella estuve turbado;
ya el guante se me caía,
ya el rosario, que los ojos
a Inés iban y venías.
No me pagó mal. Sospecho
que bien conoció que había
amor y nobleza en mí;
que quien no piensa no mira,
y mirar sin pensar, Fabia,
es de ignorantes, y implica
contradicción que en un ángel
faltase ciencia divina.
Con este engaño, es efecto,
le dije a mi amor que escriba
este papel; que si quieres
ser dichosa y atrevida
hasta ponerle en sus manos,
para que mi fe consiga
esperanzas de casarme,
tan en esto amor me inclina,
el premio será un esclavo
con una cadena rica,
encomienda de esas tocas,
de mal casadas envidia.

FABIA:
Yo te he escuchado.

ALONSO:
¿Y qué sientas?

FABIA:
Que a gran peligro te pones.

TELLO:
Excusa, Fabia, razones,
si no es que por dicha intentes
como diestro cirujano,
hacer la herida mortal.

FABIA:

Tello, con industria igual
pondré el papel en su mano,
aunque me cueste la vida,
sin interés, porque entiendas
que, donde hay tan altas prendas,
sola yo fuera atrevida.
Muestra el papel. (Que primero Aparte
lo tengo de aderezar.)

ALONSO:

¿Con qué te podré pagar
la vida, el alma que espero,
Fabia, de esas santas manos?

TELLO:

¿Santas?

ALONSO:

¿Pues, no, si han de hacer
milagros?

TELLO:

De Lucifer.

FABIA:

Todos los medios humanos
tengo de intentar por ti,
porque el darme esa cadena
no es cosa que me da pena,
con confiada nací.

TELLO:

¿Qué te dice el memorial?

ALONSO:

Ven, Fabia, ven, madre honrada,
porque sepas mi posada.

FABIA:

Tello...

TELLO:

Fabia...

FABIA:

No hables mal;
que tengo cierta morena
de extremado talle y cara.

TELLO:

Contigo me contentara
si me dieras la cadena.

Vanse. Salen doña INÉS y doña LEONOR

INÉS:

Y todos dicen, Leonor
que nace de las estrellas.

LEONOR:

De manera que sin ellas
¿no hubiera en el mundo amor?

INÉS:

Dime tú; si don Rodrigo
ha que me sirve dos años,
y su talle y sus engaños
son nieve helada conmigo,
y en el instante que vi
este galán forastero,
me dijo el alma, "Éste quiero."
Y yo lo dije, "Sea así."
¿Quién conierta y desconierta
este amor y desamor?

LEONOR:

Tira como ciego Amor,
yerra mucho, y poco acierta.
Demás, que negar no puedo,
aunque es de Fernando amigo
tu aborrecido Rodrigo,
por quien obligada quedo
a intercederte por él,
que el forastero es galán.

INÉS:

Sus ojos causa me dan
para ponerlos en él,
pues pienso que en ellos vi
el cuidado que me dio,
para que mirase yo
con el que también le di.
Pero ya se habrá partido.

LEONOR:

No le miro yo de suerte
que pueda vivir sin verte.

Sale ANA, criada

ANA:

Aquí, señora, ha venido
la Fabia... o la Fabiana.

INÉS:

¿Pues quién es esa mujer?

ANA:

Una que suele vender
para las mejillas grana,
y para la cara nieve.

INÉS:

¿Quieres tú que entre, Leonor?

LEONOR:

En casas de tanto honor
no sé yo cómo se atreve;
que no tiene buena fama;
mas, ¿quién no desea ver?

INÉS:

Ana, llama esa mujer.

ANA:

Fabia, mi señora os llama.

Vase. Sale FABIA, con una canastilla

FABIA:

(¡Y cómo si yo sabía
Aparte
que me habías de llamar!)
¡Ay! Dios os deje gozar
tanta gracia y bizarría,
tanta hermosura y donaire;
que cada día que os veo
con tanta gala y aseo,
y pisar de tan buen aire,
os echo mil bendiciones;
y me acuerdo como agora
de aquella ilustre señora
que con tantas perfecciones
fue la fénix de Medina,
fue el ejemplo de lealtad.
¡Qué generosa piedad
de eterna memoria digna!
¡Qué de pobres la lloramos!
¿A quién no hizo mil bienes?

INÉS:

Dinos, madre, a lo que vienes.

FABIA:

¡Qué de huérfanas quedamos
por su muerte malograda!

La flor de las Catalinas
hoy la lloran mis vecinas;
no la tienen olvidada.

Y a mí, ¿qué bien no me hacía?

¡Qué en agraz se la llevó
la muerte! No se logró.

Aun cincuenta no tenía.

INÉS:

No llores, madre, no llores.

FABIA:

No me puedo consolar
cuando le veo llevar
a la muerte las mejores,
y que yo me quedo acá.
Vuestro padre, Dios le guarde,
¿está en casa?

LEONOR:

Fue esta tarde
al campo.

FABIA:

Tarde vendrá.
Si va a deciros verdades,
mozas sois, vieja soy yo...
Más de una vez me fió
don Pedro sus mocedades;
pero teniendo respeto
a la que pudre, yo hacía,
como quien se lo debía,

mi obligación. En efeto,
de diez mozas, no le daba
cinco.

INÉS:
¡Que virtud!

FABIA:
No es poco,
que era vuestro padre un loco;
cuanto veía, tanto amaba.
Si sois de su condición,
no admiro de que no estéis
enamoradas. ¿No hacéis,
niñas, alguna oración
para casaros?

INÉS:
No, Fabia.
Eso siempre será presto.

FABIA:
Padre que se duerme en esto,
mucho a sí mismo se agravia.
La fruta fresca, hijas mías,
es gran cosa, y no aguardar
a que la venga a arrugar
la brevedad de los días.
Cuantas cosas imagino,
dos solas, en mi opinión,
son buenas, viejas.

LEONOR:
¿Y son?

FABIA:
Hija, el amigo y el vino.
¿Veisme aquí? Pues yo os prometo
que fue tiempo en que tenía

mi hermosura y bizarría
más de algún galán sujeto.
¿Quién no alababa mi brío?
¡Dichoso a quien yo miraba!
Pues, ¿qué seda no arrastraba?
¡Qué gasto, qué plato el mío!
Andaba en palmas, en andas.
Pues, ¡ay Dios!, si yo quería,
¿qué regalos no tenía
de esta gente de hopalandas?
Pasó aquella primavera,
no entra un hombre por mi casa;
que como el tiempo se pasa,
pasa la hermosura.

INÉS:
Espera.
¿Qué es lo que traes aquí?

FABIA:
Niñerías que vender
para comer, por no hacer
cosas malas.

LEONOR:
Hazlo así,
madre, y Dios te ayudará.

FABIA:
Hija, mi rosario y misa:
esto cuando estoy de prisa,
que si no...

INÉS:
Vuélvete acá.
¿Qué es esto?

FABIA:
Papeles son

de alcanfor y solimán.
Aquí secretos están
de gran consideración
para nuestra enfermedad
ordinaria.

LEONOR:
Y esto, ¿qué es?

FABIA:
No lo mires, aunque estés
con tanta curiosidad.

LEONOR:
¿Qué es, por tu vida?

FABIA:
Una moza,
se quiere, niñas, casar;
mas acertóla a engañar
un hombre de Zaragoza.
Hase encomendado a mí...
Soy piadosa... y en fin es
limosna, porque después
vivan en paz.

INÉS:
¿Qué hay aquí?

FABIA:
Polvos de dientes, jabones
de manos, pastillas, cosas
curiosas y provechosas.

INÉS:
¿Y esto?

FABIA:
Algunas oraciones.

¡Qué no me deben a mí
las ánimas!

INÉS:
Un papel
hay aquí.

FABIA:
Diste con él
cual si fuera para ti.
Suéltale. No le has de ver,
bellaquilla, curiosilla.

INÉS:
Deja, madre...

FABIA:
Hay en la villa
cierto galán bachiller
que quiere bien una dama;
prométeme una cadena
porque le dé yo, con pena
de su honor, recato y fama.
Aunque es para casamiento,
no me atrevo. Haz una cosa
por mí, doña Inés hermosa,
que es discreto pensamiento.
Respóndeme a este papel,
y diré que me la ha dado
su dama.

INÉS:
Bien lo has pensado
si pescas, Fabia, con él
la cadena prometida.
Yo quiero hacerte este bien.

FABIA:
Tantos los cielos te den,

que un siglo alarguen tu vida.
Lee el papel.

INÉS:
Allá dentro,
y te traeré respuesta.

Vase

LEONOR:
(¡Que buena invención!) Aparte

FABIA:
(Apresta, Aparte
fiero habitador del centro,
fuego accidental que abraza
el pecho de esta doncella.)

Salen don RODRIGO y don FERNANDO

RODRIGO:
Hasta casarme con ella,
será forzoso que pase
por estos inconvenientes.

FERNANDO:
Mucho ha de sufrir quien ama.

RODRIGO:
Aquí tenéis vuestra dama.

FABIA:
(¡Oh necios impertinentes! Aparte
¿Quién os ha traído aquí?)

RODRIGO:
Pero, ¡en lugar de la mía

aquella sombra!

FABIA:

Sería
gran limosna para mí;
que tengo necesidad.

LEONOR:

Yo haré que os pague mi hermana.

FERNANDO:

Si habéis tomado, señora,
o por ventura os agrada
algo de lo que hay aquí,
si bien serán cosas bajas
la que aquí puede traer
esta venerable anciana,
pues no serán ricas joyas
para ofrecer os la paga,
mandadme que os sirva yo.

LEONOR:

No habemos comprado nada;
que es esta buena mujer
quien suele lavar en casa
la ropa.

RODRIGO:

¿Qué hace don Pedro?

LEONOR:

Fue al campo; pero ya tarda.

RODRIGO:

Mi señora, doña Inés...

LEONOR:

Aquí estaba... Pienso que anda
despachando esta mujer.

RODRIGO:

(Si me vio por la ventana Aparte
¿quién duda que huyó por mí?
¿Tanto de ver se recata
quien más servirla desea?)

FERNANDO:

Ya sale.

Salga doña INÉS con un papel en la mano. [LEONOR le habla a ella]

LEONOR:

Mira que aguarda
por la cuenta de la ropa,
Fabia.

INÉS:

Aquí la traigo, hermana.
Tomad, y haced que ese mozo
la lleve.

FABIA:

¡Dichosa el agua
que ha de lavar, doña Inés,
las reliquias de la holanda
que tales cristales cubre!

[Finja que lee]

Seis camisas, diez toalla,
cuatro tablas de manteles,
dos cosidos de almohadas,
seis camisas del señor,
ocho sábanas. Mas basta;
que todo vendrá más limpio
que los ojos de la cara.

RODRIGO:

Amiga, ¿queréis ferirme
ese papel, y la paga
fiad de mí, por tener
de aquellas manos ingratas
letra siquiera en las mías?

FABIA:

¡En verdad que negociara
muy bien si os diera el papel!
Adiós hijas de mi alma.

Vase

RODRIGO:

Esta memoria aquí había
de quedar, que no llevarla.

LEONOR:

Llévala y vuélvela, a efeto
de saber si algo le falta.

INÉS:

Mi padre ha venido ya.
Vuestas mercedes se vayan
o le visiten; que siente
que nos hablen, aunque calla.

RODRIGO:

Para sufrir el desdén
que me trata de esta suerte,
pido al Amor y a la Muerte
que algún remedio me den.
Al Amor, porque tan bien
puede templar tu rigor
con hacerme algún favor;
a la Muerte, porque acabe
mi vida; pero no sabe

la Muerte, ni quiere Amor.
Entre la vida y la muerte
no sé qué medio tener,
pues Amor no ha de querer
que con tu favor acierte;
y siendo fuerza quererte,
quiere el Amor que te pida
que seas tú mi homicida.
Mata, ingrata, a quien te adora;
serás mi muerte, señora,
pues no quieres ser mi vida.
Cuanto vive de amor nace,
y se sustenta; de amor,
cuanto muere. Es un rigor
que nuestras vidas deshace.
Si al amor no satisface
mi pena, ni la hay tan fuerte
con que la muerte me acierte,
debo de ser inmortal,
pues no me hacen bien ni mal
ni la vida ni la muerte.

Vanse los dos

INÉS:
¡Qué de necedades juntas!

LEONOR:
¿No fue la tuya menor?

INÉS:
¿Cuándo fue discreto amor
si del papel me preguntas?

LEONOR:
¿Amor te obliga a escribir
sin saber a quién?

INÉS:

Sospecho

que es invención que se ha hecho
para probarme a rendir
de parte del forastero.

LEONOR:

Yo también lo imaginé.

INÉS:

Si fue así, discreto fue.

Leerle unos versos quiero.

“Yo vi la más hermosa labradora,
en la famosa feria de Medina,
que ha visto el sol adonde más se inclina
desde la risa de la blanca aurora.

Una chinela de color, que dora
de una columna hermosa y cristalina
la breve basa, fue la ardiente mina
que vuela el alma a la región que adora.

Que una chinela fue victoriosa,
siendo los ojos del amor enojos,
confesé por hazaña milagrosa.

Pero díjele dando los despojos:

“Si matas con los pies, Inés hermosa,
¿qué dejas para el fuego de tus ojos?”

LEONOR:

Este galán, doña Inés,
te quiere para danzar.

INÉS:

Quiere en los pies comenzar,
y pedir manos después.

LEONOR:

¿Que respondiste?

INÉS:
Que fuese
esta noche por la reja
del huerto.

LEONOR:
¿Quién te aconseja,
o qué desatino es éste?

INÉS:
No es para hablarle.

LEONOR:
Pues, ¿qué?

INÉS:
Ven conmigo y lo sabrás.

LEONOR:
Necia y atrevida estás.

INÉS:
¿Cuándo el amor no lo fue?

LEONOR:
Huír de amor cuando empieza.

INÉS:
Nadie del primero huye,
porque dicen que le influye
la misma naturaleza.

Vanse. Salen don ALONSO, TELLO y FABIA

FABIA:
Cuatro mil palos me han dado.

TELLO:

¡Lindamente negociaste!

FABIA:

Si tú llevaras los medios...

ALONSO:

Ello ha sido disparate
que yo me atreviese al cielo.

TELLO:

Y que Fabia fuese el ángel
que al infierno de los palos
cayese por levantarte.

FABIA:

¡Ay, pobre Fabia!

TELLO:

¿Quién fueron
los crüeles sacristanes
del facistol de tu espalda?

FABIA:

Dos lacayos y tres pajes.
Allá he dejado las tocas
y el monjil hecho seis partes.

ALONSO:

Eso, madre, no importara,
si a tu rostro venerable
no se hubieran atrevido.
¡Oh, qué necio fui en fiarme
de aquellos ojos traidores,
de aquellos falsos diamantes,
niñas que me hicieron señas
para engañarme y matarme!
Yo tengo justo castigo.
Toma este bolsillo, madre...

y ensilla, Tello; que a Olmedo
nos hemos de ir esta tarde.

TELLO:
¿Cómo, si anochece ya?

ALONSO:
Pues, ¿qué? ¿Quieres que me mate?

FABIA:
No te aflijas, moscatel,
ten ánimo; que aquí trae
Fabia tu remedio. Toma.

ALONSO:
¿Papel?

FABIA:
¡Papel!

ALONSO:
No me engañes.

FABIA:
Digo que es suyo, en respuesta
de tu amoroso romance.

ALONSO:
Hinca, Tello, la rodilla.

TELLO:
Sin leer no me lo mandes;
que aun temo que hay palos dentro,
pues en mondadientes caben.

Lee

ALONSO:
“Cuidados de saber si sois quien presumo,

y deseando que lo seáis, os suplico que vais esta noche a la reja del jardín de esta casa, donde hallaréis atado el listón verde de las chinelas, y ponéoslo mañana en el sombrero para que os conozca.”

FABIA:

¿Qué te dice?

ALONSO:

Que no puedo
pagarte ni encarecerte
tanto bien.

TELLO:

De esta suerte
no hay que ensillar para Olmedo.
¿Oyen, señores rocines?
Sosiéguese, que en Medina
nos quedamos.

ALONSO:

La vecina
noche, en los últimos fines
con que va expirando el día,
pone los helado pies.
Para la reja de Inés
aun importa bizarría;
que podrá ser que el amor
la llevase a ver tomar
la cinta. Voyme a mudar.

Vase

TELLO:

Y yo a dar a mi señor,
Fabia, con licencia tuya,
aderezo de sereno.

FABIA:

Detente.

TELLO:

Eso fuera bueno
a ser la condición suya
para vestirse sin mí.

FABIA:

Pues bien le puedes dejar,
porque me has de acompañar.

TELLO:

¿A ti, Fabia?

FABIA:

A mí.

TELLO:

¿Yo?

FABIA:

Sí;
que importa a la brevedad
de este amor.

TELLO:

¿Qué es lo que quieres?

FABIA:

Con los hombres, las mujeres
llevamos seguridad.
Una muela he menester
del salteador que ahorcaron
ayer.

TELLO:

Pues, ¿no le enterraron?

FABIA:

No.

TELLO:

Pues, ¿qué quieres hacer?

FABIA:

Ir por ella, y que conmigo
vayas solo a acompañarme.

TELLO:

Yo sabré muy bien guardarme
de ir a esos pasos contigo.
¿Tienes seso?

FABIA:

Pues, gallina,
adonde voy yo, ¿no irás?

TELLO:

Tú, Fabia, enseñada estás
a hablar al diablo.

FABIA:

Camina.

TELLO:

Mándame a diez hombres juntos
temerario acuchillar,
y no me mandes tratar
en materia de difuntos.

FABIA:

Si no vas, tengo de hacer
que él propio venga a buscarte.

TELLO:

¿Que tengo de acompañarte?
¿Eres demonio o mujer?

FABIA:

Ven, llevarás la escalera;
que no entiendes de estos casos.

TELLO:

Quien sube por tales pasos,
Fabia, el mismo fin espera.

Vanse. Salen don RODRIGO y don FERNANDO, en hábito de noche

FERNANDO:

¿De qué sirve inútilmente
venir a ver esa casa?

RODRIGO:

Consuélese entre estas rejas,
don Fernando, mi esperanza.
Tal vez sus hierros guarnece
cristal de sus manos blancas;
donde las pone de día,
pongo yo de noche el alma;
que cuanto más doña Inés
con sus desdenes me mata,
tanto más me enciende el pecho,
así su nieve me abrasa.
¡Oh rejas, enternecidas
de mi llanto, quién pensara
que un ángel endureciera
quien vuestros hierros ablanda!
¡Oíd! ¿Qué es lo que está
aquí?

FERNANDO:

En ellos mismos atada
está una cinta o listón.

RODRIGO:

Sin duda las almas atan
a estos hierros, por castigo
de los que su amor declaran.

FERNANDO:

Favor fue de mi Leonor.
Tal vez por aquí me habla.

RODRIGO:

Que no lo será de Inés
dice mi desconfianza;
pero en duda de que es suyo,
porque sus manos ingratas
pudieron ponerle acaso,
basta que la fe me valga.
Dadme el listón.

FERNANDO:

No es razón,
si acaso Leonor pensaba
saber mi cuidado así,
y no me le ve mañana.

RODRIGO:

Un remedio se me ofrece.

FERNANDO:

¿Cómo?

RODRIGO:

Partirle.

FERNANDO:

¿A qué causa?

RODRIGO:

A que las dos le vean,
y sabrán con esta traza

que habemos venido juntos.

Dividen el listón. Salen don ALONSO y TELLO, de noche

FERNANDO:

Gente por la calle pasa.

TELLO:

Llega de presto a la reja;
mira que Fabia me aguarda
para un negocio que tiene
de grandísima importancia.

ALONSO:

¿Negocio Fabia esta noche
contigo?

TELLO:

Es cosa muy alta.

ALONSO:

¿Cómo?

TELLO:

Yo llevo escalera,
y ella...

ALONSO:

¿Qué lleva?

TELLO:

Tenazas.

ALONSO:

Pues, ¿qué habéis de hacer?

TELLO:

Sacar

una dama de su casa.

ALONSO:

Mira lo que haces, Tello;

no entres adonde no salgas.

TELLO:

No es nada, por vida tuya.

ALONSO:

Una doncella, ¿no es nada?

TELLO:

Es la muela del ladrón

que ahorcaron ayer.

ALONSO:

Repara

en que acompañan la reja

dos hombre.

TELLO:

¿Si están de guarda?

ALONSO:

¡Qué buen listón!

TELLO:

Ella quiso

castigarte.

ALONSO:

¿No buscara,

si fui atrevido, otro estilo?

Pues advierta que se engaña.

Mal conoce a don Alonso,

que por excelencia llaman

“el caballero de Olmedo.”
¡Vive Dios, que he de mostrarla
a castigar de otra suerte
a quien la sirve!

TELLO:
No hagas
algún disparate.

ALONSO:
Hidalgos,
en las rejas de esa casa
nadie se arrima.

RODRIGO:
¿Qué es esto?

FERNANDO:
Ni en el talle ni en el habla
conozco este hombre.

RODRIGO:
¿Quién es
el que con tanta arrogancia
se atreve a hablar?

ALONSO:
El que tiene
por lengua, hidalgos, la espada.

RODRIGO:
Pues hallará quien castigue
su locura temeraria.

TELLO:
Cierra, señor; que no son
muelas que a difuntos sacan.

Retírenlos

ALONSO:

No los sigas. Bueno está.

TELLO:

Aquí se quedó una capa.

ALONSO:

Cógela y ven por aquí;
que hay luces en las ventanas.

Vanse. Salen doña LEONOR, y doña INÉS

INÉS:

Apenas la blanca aurora,
Leonor, el pie de marfil
puso en las flores de abril,
que pinta, esmalta y colora,
cuando a mirar el listón
salí, de amor desvelada,
y con la mano turbada
di sosiego al corazón.
En fin, él no estaba allí.

LEONOR:

Cuidado tuvo el galán.

INÉS:

No tendrá los que me dan
sus pensamientos a mí.

LEONOR:

Tú, que fuiste el mismo hielo,
¡en tan breve tiempo estás
de esa suerte!

INÉS:

No sé más
de que me castiga el cielo.
O es venganza o es victoria
de amor en mi condición.
Parece que el corazón
se me abrasa en su memoria.
Un punto solo no puedo
apartarla dél. ¿Qué haré?

Sale don RODRIGO, con el listón verde en el sombrero

RODRIGO:

(Nunca, amor, imaginé Aparte
que te sujetara el miedo.
Animo para vivir;
que aquí está Inés.) Al señor
don Pedro busco.

INÉS:

Es error
tan de mañana acudir;
que no estará levantado.

RODRIGO:

Es un negocio importante.

[Doña INÉS y doña LEONOR hablan aparte]

INÉS:

(No he visto tan necio amante.

LEONOR:

Siempre es discreto lo amado,
y necio lo aborrecido.)

RODRIGO:

(¿Que de ninguna manera Aparte
puedo agradar una fiera
ni dar memoria a su olvido?)

INÉS:

(¡Ay, Leonor! No sin razón
viene don Rodrigo aquí,
si yo misma le escribí
que fuese por el listón.

LEONOR:

Fabia este engaño te ha hecho.

INÉS:

Presto romperé el papel;
que quiero vengarme en él
de haber dormido en mi pecho.)

Salen don PEDRO, su padre, y don FERNANDO con el listón verde en el sombrero

FERNANDO:

Hame puesto por tercero
para tratarlo con vos.

PEDRO:

Pues hablaremos los dos
en el concierto primero.

FERNANDO:

Aquí está; que siempre amor
es reloj anticipado.

PEDRO:

Habrále Inés concertado

con la llave del favor.

FERNANDO:
De lo contrario, se agravia.

PEDRO:
Señor, don Rodrigo...

RODRIGO:
Aquí
vengo a que os sirváis de mí.

Hablan bajo don PEDRO y los dos galanes. [Doña INÉS y doña LEONOR hablan aparte]

INÉS:
(Todo fue enredo de Fabia.

LEONOR:
¿Cómo?

INÉS:
¿No ves que también
trae el listón don Fernando?

LEONOR:
Si en los dos le estoy mirando,
entrambos te quieren bien.

INÉS:
Sólo falta que me pidas
celos, cuando estoy sin mí.

LEONOR:
¿Qué quieren tratar aquí?

INÉS:

¿Ya las palabras olvidas
que dijo mi padre ayer
en materia de casarme?

LEONOR:

Luego bien puede olvidarme
Fernando, si él viene a ser.

INÉS:

Antes presumo que son
entrambos los que han querido
casarse, pues han partido
entre los dos el listón.)

PEDRO:

Ésta es materia que quiere
secreto y espacio. Entremos
donde mejor la tratemos.

RODRIGO:

Como yo ser vuestro espere,
no tengo más que tratar.

PEDRO:

Aunque os quiero enamorado
de Inés, para el nuevo estado,
quien soy os ha de obligar.

Vanse los tres [hombres]

INÉS:

¡Qué vana fue mi esperanza!
¡Qué loco mi pensamiento!
¡Yo papel a don Rodrigo!
¿Y tú de Fernando celos!
¡Oh forastero enemigo!
¡Oh Fabia embustera!

Sale FABIA

FABIA:

Quedo;
que lo está escuchando Fabia.

INÉS:

Pues, ¿cómo, enemiga, has hecho
un enredo semejante?

FABIA:

Antes fue tuyo el enredo,
si en aquel papel escribes
que fuese aquel caballero
por un listón de esperanza
a las rejas de tu huerto,
y el ella pones dos hombres
que le maten, aunque pienso
que a no se haber retirado
pagaran su loco intento.

INÉS:

¡Ay, Fabia! Ya que contigo
llego a declarar mi pecho,
ya que a mi padre, a mi estado
y a mi honor pierdo el respeto,
dime, ¿es verdad lo que dices?
Que siendo así, los que fueron
a la reja le tomaron,
y por favor se le han puesto.
De suerte estoy, madre mía,
que no puedo hallar sosiego
si no es pensando en quien sabes.

FABIA:

(¡Oh, qué bravo efecto hicieron Aparte
los hechizos y conjuros!

La victoria me prometo.)
No te desconsueles, hija;
vuelve en ti, que tendrás presto
estado con el mejor
y más noble caballero
que agora tiene Castilla;
porque será por lo menos
el que por único llaman
“el caballero de Olmedo.”
Don Alonso en un feria
te vio, labradora Venus,
haciendo las cejas arco
y flechas los ojos bellos.
Disculpa tuvo en seguirte,
porque dicen los discretos
que consiste la hermosura
en ojos y entendimiento.
En fin, en las verdes cintas
de tus pies llevastes presos
los suyos; que ya el amor
no prende por los cabellos.
Él te sirve, tú le estimas;
él te adora, tú le has muerto;
él te escribe, tú respondes;
¿quién culpa amor tan honesto?
Para él tienen sus padres,
porque es único heredero,
diez mil ducados de renta;
y aunque es tan mozo, son viejos.
Déjate amar y servir
del más noble, del más cuerdo
caballero de Castilla,
lindo talle, lindo ingenio.
El rey en Valladolid
grandes mercedes le ha hecho,
porque él solo honró las fiestas
de su real casamiento,
Cuchilladas y lanzadas
dio en los toros como un Héctor;

treinta precios dio a las damas
en sortijas y torneos.
Armado parece Aquiles
mirando de Troya el cerco;
con galas parece Adonis...
¡Mejor fin le den los cielos!
Vivirás bien empleada
en un marido discreto.
¡Desdichada de la dama
que tiene marido necio!

INÉS:
¡Ay, madre! Vuévesme loca.
Pero, ¡triste!, ¿cómo puedo
ser suya, si a don Rodrigo
me da mi padre don Pedro?
Él y don Fernando están
tratando mi casamiento.

FABIA:
Los dos haréis nulidad
la sentencia de ese pleito.

INÉS:
Está don Rodrigo allí.

FABIA:
Esto no te cause miedo,
pues es parte y no jüez.

INÉS:
Leonor, ¡no me das consejo?

LEONOR:
¿Y estás tú para tomarle?

INÉS:
No sé; pero no tratemos
en público de estas cosas.

FABIA:

Déjame a mí tu suceso.
Don Alonso ha de ser tuyo;
que serás dichosa espero
con hombre que es en Castilla
“la gala de Medina,
la flor de Olmedo.”

Acto segundo

Salen TELLO y don ALONSO

ALONSO:

Tengo el morir por mejor,
Tello, que vivir sin ver

TELLO:

Temo que se ha de saber
este tu secreto amor;
que con tanto ir y venir
de Olmedo a Medina, creo
que a los dos da tu deseo
que sentir, y aun que decir.

ALONSO:

¿Cómo puedo yo dejar
de ver a Inés, si la adoro?

TELLO:

Guardándole más decoro
en el venir y el hablar;
que en ser a tercero día,
pienso que te dan, señor,

tercianas de amor.

ALONSO:

Mi amor
ni está ocioso, ni ese enfría.
Siempre abrasa, y no permite
que esfuerce naturaleza
un instante su flaqueza,
porque jamás se remite.
Mas bien se ve que es león
amor; su fuerza, tirana;
pues que con esta quartana
se amansa mi corazón.
Es esta ausencia una calma
de amor, porque si estuviera
adonde siempre a Inés viera,
fuera salamandra el alma.

TELLO:

¿No te cansa y te amohina
tanto entrar, tanto partir?

ALONSO:

Pues yo, ¿qué hago en venir,
Tello, de Olmedo a Medina?
Leandro pasaba un mar
todas las noches, por ver
si le podía beber
para poderse templar;
pues si entre Olmedo y Medina
no hay, Tello, un mar, ¿qué me debe
Inés?

TELLO:

A otro mar se atreve
quien al peligro camina
en que Leandro se vio,
pues a don Rodrigo veo
tan cierto de tu deseo

como puedo estarlo yo;
que como yo no sabía
cuya aquella capa fue
un día que la saqué...

ALONSO:
¡Gran necesidad!

TELLO:
...como mía,
me preguntó, “Diga, hidalgo,
¿quién esta capa le dio?
porque la conozco yo.”
Respondí, “Si os sirve en algo,
daréla a un criado vuestro.”
Con esto, descolorido,
dijo, “Habíale perdido
de noche un lacayo nuestro;
pero mejor empleada
está en vos. Guardadla bien.”
Y fuése a medio desdén,
puesta la mano en la espada.
Sabe que te sirvo, y sabe
que la perdió con los dos.
Advierte, señor, por Dios,
que toda esta gente es grave,
y que están en su lugar,
donde todo gallo canta.
Sin esto, también me espanta
ver este amor comenzar
por tantas hechicerías,
y que cercos y conjuros
no son remedios seguros
si honestamente porfías.
Fui con ella, que no fuera,
a sacar de un ahorcado
una muela; puse a un lado,
como Arlequín, la escalera.
Subió Fabia, quedé al pie,

y díjome el salteador;
“Sube, Tello, sin temor,
o si no, yo bajaré.”
¡San Pablo! Allí me caí.
Tan sin alma vine al suelo,
que fue milagro del cielo
el poder volver en mí.
Bajó, desperté turbado
y de mirarme afligido,
porque, sin haber llovido
estaba todo mojado.

ALONSO:

Tello, un verdadero amor
en ningún peligro advierte.
Quiso mi contraria suerte
que hubiese competidor,
y que trate, enamorado,
casarse con doña Inés;
pues, ¿qué he de hacer, si me ves
celoso y desesperado?
No creo en hechicerías,
que todas son vanidades;
quien concierta voluntades
son méritos y porfías.
Inés me quiere, yo adoro
a Inés, yo vivo en Inés;
todo lo que Inés no es
desprecio, aborrezco, ignoro.
Inés es mi bien; yo soy
esclavo de Inés; no puedo
vivir sin Inés; de Olmedo
a Medina vengo y voy.
porque Inés mi dueña es
para vivir o morir.

TELLO:

Sólo te falta decir,
“Un poco te quiero Inés.”

¡Plega a Dios que por bien sea!

ALONSO:
Llama, que es hora.

TELLO:
Ya voy.

Llama en casa de don PEDRO. ANA y doña INÉS, dentro de la casa

ALONSO:
¿Quién es?

TELLO:
¡Tan presto! Yo soy.
¿Está en casa Melibea?
Que viene Calisto aquí.

ANA:
Aguarda un poco Sempronio.

TELLO:
¿Si haré falso testimonio?

INÉS:
¿Él mismo?

ANA:
Señora, sí.

Abrase la puerta y entran don ALONSO y TELLO en casa de don PEDRO

INÉS:
¡Señor mío!

ALONSO:
Bella Inés,
esto es venir a vivir.

TELLO:
Agora no hay que decir,
“Yo te lo diré después.”

INÉS:
¡Tello, amigo!

TELLO:
¡Reina mía!

INÉS:
Nunca, Alonso de mis ojos,
por haberme dado enojos
esta ignorante porfía
de don Rodrigo esta tarde
he estimado que me vieses.
[...]

ALONSO:
Aunque fuerza de obediencia
te hiciese tomar estado
no he de estar desengañado
hasta escuchar la sentencia.
Bien el alma me decía,
y a Tello se lo contaba
cuando el caballo sacaba,
y el sol los que aguarda el día,
que de alguna novedad
procedía mi tristeza,
viniendo a ver tu belleza,
pues me dices que es verdad.
¡Ay de mí si ha sido así!

INÉS:
No lo creas, porque yo

diré a todo el mundo no,
después que te dije sí.
Tú solo dueño has de ser
de mi libertad y vida;
no hay fuerza que el ser impida,
don Alonso, tu mujer.
Bajaba al jardín ayer,
y como por don Fernando
me voy de Leonor guardando,
a las fuentes, a las flores
estuve diciendo amores,
y estuve también llorando.
“Flores y aguas, les decía,
dichosa vida gozáis,
pues aunque noche pasáis,
veis vuestro sol cada día.”
Pensé que me respondía
la lengua de una azucena
—¡qué engaños amor ordena!—
“Si el sol que adorando estás
viene de noche, que es más,
Inés, ¿de qué tienes pena?”

TELLO:

Así dijo a un ciego un griego
que le contó mil disgustos,
“Pues tiene la noche gustos,
para qué te quejas, ciego?”

INÉS:

Como mariposa llevo
a estas horas, deseosa
de tu luz... no mariposa,
fénix ya, pues de una suerte
me da vida y me da muerte
llama tan dulce y hermosa.

ALONSO:

¡Bien haya el coral, amén,

de cuyas hojas de rosas,
palabras tan amorosas
salen a buscar mi bien!
Y advierte que yo también,
cuando con Tello no puedo,
mis celos, mi amor, mi miedo
digo en tu ausencia a la flores.

TELLO:

Yo le vi decir amores
a los rábanos de Olmedo;
que un amante suele hablar
con las piedras, con el viento.

ALONSO:

No puede mi pensamiento
ni estar solo ni callar;
contigo, Inés, ha de estar,
contigo hablar y sentir.
¡Oh, quién supiera decir
lo que te digo en ausencia!
Pero estando en tu presencia
aun se me olvida el vivir.
Por el camino le cuento
tus gracias a Tello, Inés,
y celebramos después
tu divino entendimiento.
Tal gloria en tu nombre siento,
que una mujer recibí
de tu nombre, porque así,
llamándola todo el día,
pienso, Inés, señora mía,
que te estoy llamando a ti.

TELLO:

Pues advierte, Inés discreta,
de los dos tan nuevo efeto,
que a él le has hecho discreto,
y a mí me has hecho poeta.

Oye una glosa a un estribo
que compuso don Alonso
a manera de responso,
si los hay en muerto vivo.
“En el valle a Inés
le dejé riendo.
Si la ves, Andrés,
dile cuál me ves
por ella muriendo.”

INÉS:
¿Don Alonso la compuso?

TELLO:
Que es buena, jurarte puedo,
para poeta de Olmedo.
Escucha.

ALONSO:
Amor lo dispuso.

TELLO:
Andrés, después que las bellas
plantas de Inés goza el valle,
tanto florece con ellas
que quiso el cielo trocalle
por sus flores sus estrellas.
Ya el valle es cielo, después
que su primavera es,
pues verá el cielo en el suelo
quien vio, pues, Inés es cielo,
“en el valle a Inés.”
Con miedo y respeto estampo
el pie donde el suyo huella.
Que ya Medina del Campo
no quiere aurora más bella
para florecer su campo.
Yo la vi de amor huyendo,
cuanto miraba matando,

su mismo desdén venciendo
y aunque me partí llorando,
“la dejé riendo.”

Dile, Andrés, que ya me veo
muerto por volverla a ver,
aunque cuando llegues, creo
que no será menester;
que me habrá muerto el deseo.
No tendrás que hacer después
que a sus manos vengativas
llegues, si una vez la ves,
ni aun es posible que vivas
“si la ves, Andrés.”

Pero si matarte olvida
por no hacer caso de ti,
dile a mi hermosa homicida
que por qué se mata en mí,
pues que sabe que es mi vida.
Dile, “Crüel, no le des
muerte si vengada estás,
y te ha de pesar después.”
Y pues no me has de ver más,
“dile cuál me ves.”

Verdad es que se dilata
el morir, pues con mirar
vuelve a dar vida la ingrata,
y así se cansa en matar,
pues da vida a cuantos mata;
pero muriendo o viviendo,
no me pienso arrepentir
de estarla amando y sirviendo;
que no hay bien como vivir
“por ella muriendo.”

INÉS:

Si es tuya, notablemente
te has alargado en mentir
por don Alonso.

ALONSO:

Es decir,
que mi amor en versos miente.
Pues, señora, ¿qué poesía
llegará a significar
mi amor?

INÉS:

¡Mi padre!

ALONSO:

¿Ha de entrar?

INÉS:

Escondéos.

ALONSO:

¿Dónde?

Ellos se entran, y sale don PEDRO

PEDRO:

Inés mía,
¡ahora por recoger!
¿Cómo no te has acostado?

INÉS:

Rezando, señor, he estado,
por lo que dijiste ayer,
rogando a Dios que me incline
a lo que fuere mejor.

PEDRO:

Cuando para ti mi amor
imposible imagine,
no pudiera hallar un hombre
como don Rodrigo, Inés.

INÉS:

Ansí dicen todos que es
de su buena fama el nombre;
y habiéndome de casar,
ninguno en Medina hubiera,
ni en Castilla, que pudiera
sus méritos igualar.

PEDRO:

¿Cómo habiendo de casarte?

INÉS:

Señor, hasta ser forzoso
decir que ya tengo esposo,
no he querido disgustarte.

PEDRO:

¡Esposo! ¿Qué novedad
es ésta, Inés?

INÉS:

Para ti
será novedad; que en mí
siempre fue mi voluntad.
Y ya, que estoy declarada,
hazme mañana cortar
un hábito, para dar
fin a esta gala excusada;
que así quiero andar, señor,
mientras me enseñan latín.
Leonor te queda, que al fin
te dará nieto Leonor.
Y por mi madre te ruego
que en esto no me repliques,
sino que medios apliques
e mi elección y sosiego.
Haz buscar una mujer
de buena y santa opinión,

que me dé alguna lición
de lo que tengo de ser,
y un maestro de cantar,
que de latín sea también.

PEDRO:
¿Eres tú quien habla, o quién?

INÉS:
Esto es hacer, no es hablar.

PEDRO:
Por una parte, mi pecho
se entenece de escucharte,
Inés, y por otra parte,
de duro mármol le has hecho.
En tu verdad edad mi vida
esperaba sucesión;
pero si esto es vocación,
no quiera Dios que lo impida.
Haz tu gusto, aunque tu celo
en esto no intenta el mío;
que ya sé que el albedrío
no presta obediencia al cielo.
Pero porque suele ser
nuestro pensamiento humano
tan vez inconstante y vano,
y en condición de mujer,
que es fácil de persuadir,
tan poca firmeza alcanza,
que hay de mujer a mudanza
lo que de hacer a decir,
mudar las galas no es justo,
pues no pueden estorbar
a leer latín o cantar,
ni a cuanto fuere tu gusto.
Viste alegre y cortesana;
que no quiero que Medina,
si hoy te admirare divina,

mañana te burle humana.
Yo haré buscar la mujer
y quien te enseñe latín,
pues a mejor padre, en fin,
es más justo obedecer.
Y con esto, adiós te queda;
que para no darte enojos,
van a esconderse mis ojos
adonde llorarte pueda.

Vase, y salgan don ALONSO y TELLO

INÉS:
Pésame de haberte dado
disgusto.

ALONSO:
A mí no me pesa,
por el que me ha dado el ver
que nuestra muerte conciertas.
¡Ay, Inés! ¿Adónde hallaste
en tal desdicha, en tal pena,
tan breve remedio?

INÉS:
Amor
en los peligros enseña
una luz por donde el alma
posibles remedio vea.

ALONSO:
Éste, ¿es remedio posible?

INÉS:
Como yo agora le tenga
para que este don Rodrigo
no llegue al fin que desea

bien sabes que breves males
la dilación los remedia;
que no dejan esperanza
si no hay segunda sentencia.

TELLO:

Dice bien, señor; que en tanto
que doña Inés cante y lea,
podéis dar orden los dos
para que os valga la Iglesia.
Sin esto, desconfiado
don Rodrigo, no hará fuerza
a don Pedro en la palabra,
pues no tendrá por ofensa
que le deje doña Inés
por quien dice que le deja.
También es linda ocasión
para que yo vaya en vengas
con libertad a esta casa.

ALONSO:

¡Libertad! ¿De qué manera?

TELLO:

Pues ha de leer latín,
¿no será fácil que pueda
ser yo quien venga a enseñarla?
Y verás, ¡con qué destreza
le enseñe a leer tus cartas!

ALONSO:

¡Qué bien me remedio piensas!

TELLO:

Y aún pienso que podrá Fabia
servirte en forma de dueña,
siendo al santa mujer
que con su falsa apariencia
venga a enseñarla.

INÉS:

Bien dices;
Fabia será mi maestra
de virtudes y costumbres.

TELLO:

¡Y qué tales serán ellas!

ALONSO:

Mi bien, yo temo que el día,
que es amor dulce materia
para no sentir las horas,
que por los amantes vuelan,
nos halle tan descuidados,
que al salir de aquí me vean,
o que sea fuerza quedarme.
¡Ay Dios! ¿Qué dichosa fuerza!
Medina a la Cruz de Mayo
hace sus mayores fiestas.
Yo tengo que prevenir,
que, como sabes, se acercan;
que, fuera de que en la plaza
quiero que galán me veas,
de Valladolid me escriben
que el rey don Juan viene a verlas;
que en los montes de Toledo
le pide que se entretenga
el condestable estos días,
porque en ellos convalezca,
y de camino, señora,
que honre esta villa le ruega;
y así, es razón que le sirva
la nobleza de esta tierra.
Guárdete el cielo, mi bien.

INÉS:

Espera; que a abrir la puerta
es forzoso que yo vaya.

ALONSO:

¡Ay, luz! ¡Ay, aurora necia,
de todo amante envidiosa!

TELLO:

Ya no aguardéis que amanezca.

ALONSO:

¿Cómo?

TELLO:

Porque ya es de día.

ALONSO:

Bien dices, si a Inés me muestras.
Pero, ¿cómo puede ser,
Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO:

Tú vas despacio, él aprisa;
apostaré que te quedas.

Vanse. Salen don RODRIGO y don FERNANDO

RODRIGO:

Muchas veces había reparado,
don Fernando, en aqueste caballero,
del corazón solícito avisado.
El talle, el grave rostro, lo severo,
celoso me obligaban a miralle.

FERNANDO:

Efetos son de amante verdadero;
que en viendo otra persona de buen talle,
tiene temor que si le ve su dama,
será posible o fuerza codicialle.

RODRIGO:

Bien es verdad que él tiene tanta fama,
que por más que en Medina se encubría,
el mismo aplauso popular le aclama.
Vi, como os dije, aquel mancebo un día
que la capa perdida en la pendencia
contra el valor de mi opinión traía.
Hice secretamente diligencia
después de hablarle, y satisfecho quedo,
que tiene esta amistad correspondencia.
Su dueño es don Alonso, aquel de Olmedo,
alanceador galán y cortesano,
de quien hombres y toros tienen miedo.
Pues si éste sirve a Inés, ¿qué
intento en vano?
O cómo quiero yo, si ya le adora,
que Inés me mire con semblante humano?

FERNANDO:

¿Por fuerza ha de quererle?

RODRIGO:

Él la enamora,
y merece, Fernando, que le quiera.
¿Qué he de pensar, si me aborrece agora?

FERNANDO:

Son celos, don Rodrigo, una quimera
que se forma de envidia, viento y sombra,
con que lo incierto imaginado altera,
una fantasma que de noche asombra,
un pensamiento que a locura inclina,
y una mentira que verdad se nombra.

RODRIGO:

Pues, ¿cómo tantas veces a Medina
viene y va don Alonso? ¿Y a qué efeto
es cédula de noche en una esquina?

Yo me quiero casar; vos sois discreto;
¿qué consejo me dais, si no es matalle?

FERNANDO:

Yo hago diferente mi conceto;
que ¿cómo puede doña Inés amalle,
si nunca os quiso a vos?

RODRIGO:

Porque es respuesta
que tiene mayor dicha y mejor talle.

FERNANDO:

Mas porque doña Inés es tan honesta,
que aun la ofendéis con nombre de marido.

RODRIGO:

Yo he de matar a quien vivir me cuesta
en su desgracia, porque tanto olvido
no puede proceder de honesto intento.
Perdí la capa y perderé el sentido.

FERNANDO:

Antes, dejarla a don Alonso, siento
que ha sido como echársela en los ojos.
Ejecutad, Rodrigo, el casamiento,
llévese don Alonso los despojos
y la victoria vos.

RODRIGO:

Mortal desmayo
cubre mi amor de celos y de enojos.

FERNANDO:

Salid galán para la Cruz de Mayo,
que yo saldré con vos; pues el rey viene,
las sillas piden el castaño y bayo.
Menos aflige el mal que se entretiene.

RODRIGO:

Si viene don Alonso, ya Medina
¿qué competencia con Olmedo tiene?

FERNANDO:

¿Qué loco estáis!

RODRIGO:

Amor me desatina.

Vanse. Salen don PEDRO, doña INÉS [vestida en hábito], y doña LEONOR

PEDRO:

No porfíes.

INÉS:

No podrás
mi propósito vencer.

PEDRO:

Hija, ¿qué quieres hacer,
que tal veneno me das?
Tiempo te queda...

INÉS:

Señor,
¿que importa el hábito pardo
si para siempre le aguardo?

LEONOR:

Necia estás.

INÉS:

Calla, Leonor.

LEONOR:

Por lo menos estas fiestas
has de ver con galas.

INÉS:

Mira
que quien por otras suspira,
ya no tiene el gusto en éstas.
Galas celestiales son
las que ya mi vida espera.

PEDRO:

¿No basta que yo lo quiera?

INES:

Obedecerte es razón.

Sale FABIA, con rosario y báculo y antojos

FABIA:

Paz sea en aquesta casa.

PEDRO:

Y venga con vos.

FABIA:

¿Quién es
la señora doña Inés,
que con el Señor se casa?
¿Quién es aquella que ya
tiene su esposo elegida,
y como a prenda querida
esos impulsos le da?

PEDRO:

Madre honrada, ésta que ves,
y yo su padre.

FABIA:

Que sea
muchos años, y ella vea
el dueño que vos no veis.
Aunque en el Señor espero
que os ha de obligar piadoso
a que aceptéis tal esposo,
que es muy noble caballero.

PEDRO:

¡Y cómo, madre, si lo es!

FABIA:

Sabiendo que anda a buscar
quien venga a morigerar
los verdes años de Inés,
quien la guíe, quien la muestre
las sémitas del Señor,
y al camino del amor
como a principianta adiestre,
hice oración en verdad,
y tal impulso me dio,
que vengo a ofrecerme yo
para esta necesidad,
aunque soy gran pecadora.

PEDRO:

¿Ésta es la mujer, Inés,
que has menester?

INÉS:

Ésta es
la que he menester agora.
Madre, abrázame.

FABIA:

Quedito,
que el cilicio me hace mal.

PEDRO:

No he visto humildad igual.

LEONOR:

En el rostro trae escrito
lo que tiene el corazón.

FABIA:

¡Oh, qué gracia! ¡Oh, qué belleza!
Alcance tu gentileza
mi deseo y bendición.
¿Tienes oratorio?

INÉS:

Madre,
comienzo a ser buena agora.

FABIA:

Como yo soy pecadora,
estoy temiendo a tu padre.

PEDRO:

No le pienso yo estorbar
tan divina pecadora.

FABIA:

En vano, infernal dragón,
la pensabas devorar.
No ha de casarse en Medina;
monasterio tiene Olmedo;
Domine, si tanto puedo,
ad juvandum me festina.

PEDRO:

Un ángel es la mujer.

TELLO, de gorrón, [habla dentro]

TELLO:

Si con sus hijas está,
yo sé que agradecerá
que yo me venga a ofrecer.

Sale [TELLO]

El maestro que buscáis
está aquí, señor don Pedro,
para latín y otras cosas,
que dirán después su efecto.
Que buscáis un estudiante
en la iglesia me dijeron,
porque ya de esta señora
se sabe el honesto intento.
Aquí he venido a serviros,
puesto que soy forastero,
si valgo para enseñarla.

PEDRO:

Ya creo y tengo por cierto,
viendo que todo se junta,
que fue voluntad del cielo.
En casa puede quedarse
la madre, y este mancebo
venir a darte lición.
Concertadlo, mientras vuelvo,
las dos..

A TELLO

¿De dónde es, galán?

TELLO:

Señor, soy calahorreño.

PEDRO:
¿Su nombre?

TELLO:
Martín Pelaez.

PEDRO:
Del Cid debe de ser deudo.
¿Dónde estudió?

TELLO:
En la Coruña,
y soy por ella maestro.

PEDRO:
¿Ordenóse?

TELLO:
Sí, señor,
de vísperas.

PEDRO:
Luego vengo.

Vase

TELLO:
¿Eres Fabia?

FABIA:
¿No lo ves?

LEONOR:
¿Y tú Tello?

INÉS:
¡Amigo Tello!

LEONOR:

¿Hay mayor bellaquería?

INÉS:

¿Qué hay de don Alonso?

TELLO:

¿Puedo
fiar de Leonor?

INÉS:

Bien puedes.

LEONOR:

Agraviara Inés mi pecho
y mi amor, si me tuviera
su pensamiento encubierto.

TELLO:

Señora, para servirte
está don Alonso bueno,
para las fiestas de mayo,
tan cerca ya, previniendo
galas, caballos, jaeces,
lanza y rejonos; que pienso
que ya le tiemblan los toros.
Una adarga habemos hecho,
si se concertan las cañas,
como de mi raro ingenio.
Allá le verás, en fin.

INÉS:

¿No me ha escrito?

TELLO:

Soy un necio.
Ésta, señora es la carta.

INÉS:
Bésola de porte y leo.

Don PEDRO [habla dentro]

PEDRO:
Pues por el coche, si está
malo el alazán.

Sale

¿Qué es esto?

[Tello habla] aparte a doña INÉS

TELLO:
(¡Tu padre! Haz que lees, y yo
haré que latín te enseño.)
Dominus...

INÉS:
Dominus...

TELLO:
Diga.

INÉS:
¿Cómo más?

TELLO:
Dominus meus.

INÉS:
Dominus meus.

TELLO:

Ansí,
poco a poco irá leyendo.

PEDRO:

¿Tan presto tomas lición?

INÉS:

Tengo notable deseo.

PEDRO:

Basta; que a decir, Inés,
me envía el ayuntamiento
que salga a las fiestas yo.

INÉS:

Muy discretamente han hecho,
pues viene a la fiesta el rey.

PEDRO:

Pues sea con un concierto
que has de verlas con Leonor.

INÉS:

Madre, dígame si puedo
verlas sin pecar.

FABIA:

¿Pues no?
No escrupulices en eso
como algunos tan mirlados,
que piensan, de circunspectos,
que en todo ofenden a Dios,
y olvidados de que fueron
hijos de otros como todos,
cualquiera entretenimiento
que los trabajos olvide
tienen por notable exceso.
Y aunque es justo moderarlos,

doy licencia, por lo menos
para estas fiestas, por ser
jugatoribus paternos.

PEDRO:

Pues vamos; que quiero dar
dineros a tu maestro,
y a la madre para un manto.

FABIA:

A todas cubra el del cielo,
y vos, Leonor, ¿no seréis
como vuestra hermana presto?

LEONOR:

Sí, madre, porque es muy justo
que tome tan santo ejemplo.

Vanse. Sale el REY don Juan, con acompañamiento, y el CONDESTABLE

REY:

No me traigáis al partir
negocios que despachar.

CONDESTABLE:

Contienen sólo firmar;
no has de ocuparte en oír.

REY:

Decid con mucha presteza.

CONDESTABLE:

¿Han de entrar?

REY:

Agora no.

CONDESTABLE:

Su santidad concedió
lo que pidió vuestra alteza
por Alcántara, señor.

REY:

Que mudase le pedí
el hábito porque así
pienso que estará mejor.

CONDESTABLE:

Era aquel traje muy feo.

REY:

Cruz verde pueden traer.
Mucho debo agradecer
al pontífice el deseo
que de nuestro aumento muestra,
con que irán siempre adelante
estas cosas del infante
en cuanto es de parte nuestra.

CONDESTABLE:

Éstas son dos provisiones,
y entrambas notables son.

REY:

¿Qué contienen?

CONDESTABLE:

La razón
de diferencia que pones
entre los moros y hebreos
que en Castilla han de vivir.

REY:

Quiero con esto cumplir,
Condestable, los deseos
de fray Vicente Ferrer,

que lo ha deseado tanto.

CONDESTABLE:

Es un hombre docto y santo.

REY:

Resolví con él ayer
que en cualquiera reino mío
donde mezclados están,
a manera de gabán
traiga un tabardo el judío
con una señal en él,
y un verde capuz el moro.
Tenga el cristiano el decoro
que es justo; apártese dél;
que con esto tendrán miedo
los que su nobleza infaman.

CONDESTABLE:

A don Alonso, que llaman
“el caballero de Olmedo.”
hace vuestra alteza aquí
merced de un hábito.

REY:

Es hombre
de notable fama y nombre.
En esta villa le vi
cuando se casó mi hermana.

CONDESTABLE:

Pues pienso que determina,
por servirte, ir a Medina
a las fiestas de mañana.

REY:

Decidle que fama emprenda
en el arte militar,
porque yo le pienso honrar

con la primera encomienda.

Vanse. Sale don ALONSO

ALONSO:

¡Ay, riguroso estado,
ausencia mi enemiga,
que dividiendo el alma,
puedes dejar la vida!
¡Cuán bien por tus efectos
te llaman muerte viva,
pues das vida al deseo,
y matas a la vista!
¡Oh, cuán piadosa fueras,
si al partir de Medina
la vida me quitaras
como el alma me quitas!
En ti, Medina, vive
aquella Inés divina,
que es honra de la corte
y gloria de la villa.
Sus alabanzas cantan
las aguas fugitivas,
las aves que la escuchan,
las flores que la imitan.
Es tan bella, que tiene
envidia de sí misma,
pudiendo estar segura
que el mismo sol la envidia,
pues no la ve más vella
por su dorada cinta,
ni cuando viene a España,
ni cuando va a las Indias.
Yo merecí quererla.
¡Dichosa mi osadía!
Que es merecer sus penas
calificar mis dichas.

Cuando pudiera verla,
adorarla y servirla,
la fuerza del secreto
de tanto bien me priva.
Cuando mi amor no fuera
de fe tan pura y limpia,
las perlas de sus ojos
mi muerte solicitan.
Llorando por mi ausencia
Inés quedó aquel día,
que sus lágrimas fueron
de sus palabras firma.
Bien sabe aquella noche
que pudiera ser mía.
Cobarde amor, ¿qué aguardas,
cuando respetos miras?
¡Ay, Dios, qué gran desdicha,
partir el alma y dividir la vida!

Sale TELLO

TELLO:
¿Merezco ser bien llegado?

ALONSO:
No sé si diga que sí;
que me has tenido sin mí
con lo mucho que has tardado.

TELLO:
Si por tu remedio ha sido,
¿en qué me puedes culpar?

ALONSO:
¿Quién me puede remediar,
si no es a quien yo le pido?
¿No me escribe Inés?

TELLO:

Aquí
te traigo cartas de Inés.

ALONSO:

Pues hablarásme después
en lo que has hecho por mí.

Lea

“Señor mío, después que os partistes no
he vivido; que sois tan cruel, que aun
no me dejáis vida cuando os vais.”

TELLO:

¿No lees más?

ALONSO:

No.

TELLO:

¿Por qué?

ALONSO:

Porque manjar tan süave
de una vez no se me acabe.
Hablemos de Inés.

TELLO:

Llegué
con media sotana y guantes;
que parecía de aquellos
que hacen en solos los cuellos
ostentación de estudiantes.
Encajé salutación,
verbosa filatería,
dando a la bachillería
dos piensos de discreción;

y volviendo el rostro, vi
a Fabia...

ALONSO:

Espera, que leo
otro poco; que el deseo
me tiene fuera de mí.

Lea

“Todo lo que dejastes ordenado se hizo;
sólo no se hizo que viviese yo sin vos,
porque no lo dejastes ordenado.”

TELLO:

¿Es aquí contemplación?

ALONSO:

Dime cómo hizo Fabia
lo que dice Inés.

TELLO:

Tan sabia
y con tanta discreción,
melindre e hipocresía,
que me dieron que temer
algunos que suelo ver
cabizbajo todo el día.
De hoy más quedaré advertido
de lo que se ha de creer
de una hipócrita mujer
y un ermitaño fingido.
Pues si me vieras a mí
con el semblante mirlado,
dijeras que era traslado
de un reverendo alfaquí.
Creyóme el viejo, aunque en él
se ve de un Catón retrato.

ALONSO:

Espera; que ha mucho rato
que no he mirado el papel.

Lea

“Daos prisa a venir, para que sepáis cómo
quedo cuando os partís, y cómo estoy
cuando volvéis.”

TELLO:

¿Hay otra estación aquí?

ALONSO:

En fin, ¿tú hallaste lugar
para entrar y para hablar?

TELLO:

Estudiaba Inés en ti;
que eras el latín, señor,
y la lección que aprendía.

ALONSO:

Leonor, ¿qué hacía?

TELLO:

Tenía
envidia de tanto amor,
porque se daba a entender
que de ser amado eres
digno; que muchas mujeres
quieren porque ven querer.
Que en siendo un hombre querido
de alguna con grande afeto,
piensan que hay algún secreto
en aquel hombre escondido.
Y engañanse, porque son
correspondencias de estrellas.

ALONSO:

Perdonadme, manos bellas,
que leo el postrer renglón.

Lea

“Dicen que viene el rey a Medina, y dicen
verdad, pues habéis de venir vos, que
sois rey mío.”
Acabóse el papel.

TELLO:

Todo en el mundo se acaba.

ALONSO:

Poco dura el bien.

TELLO:

En fin,
le has leído por jornadas.

ALONSO:

Espera, que aquí a la margen
vienen dos o tres palabras.

Lea

“Poneos esa banda al cuello,
¡Ay, si yo fuera la banda!”

TELLO:

¡Bien dicho, por Dios, y entrar
con doña Inés en la plaza!

ALONSO:

¿Dónde está la banda, Tello?

TELLO:

A mí no me han dado nada.

ALONSO:
¿Cómo no?

TELLO:
Pues, ¿qué me has dado?

ALONSO:
Ya te entiendo; luego saca
a tu elección un vestido.

TELLO:
Ésta es la banda.

ALONSO:
Extremada.

TELLO:
Tales manos la bordaron.

ALONSO:
Demos orden que me parta.
Pero, ¿ay, Tello!

TELLO:
¿Qué tenemos?

ALONSO:
De decirte me olvidaba
unos sueños que he tenido.

TELLO:
¿Agora en sueños reparas?

ALONSO:
No los creo, claro está;
pero dan pena.

TELLO:

Eso basta.

ALONSO:

No falta quien llama a algunos
revelaciones del alma.

TELLO:

¿Qué te puede suceder
en una cosa tan llana
como quererte casar?

ALONSO:

Hoy, tello, al salir el alba,
con la inquietud de la noche,
me levanté de la cama,
abrí la ventana aprisa,
y mirando flores y aguas
que adornan nuestro jardín,
sobre una verde retama
veo ponerse un jilguero,
cuyas esmaltadas alas
con lo amarillo añadían
flores a las verdes ramas.
Y estando al aire trinando
de la pequeña garganta
con naturales pasajes
las quejas enamoradas,
sale un azor de un almendro,
adonde escondido estaba,
y como eran en los dos
tan desiguales las armas,
tiñó de sangre las flores,
plumas al aire derrama.
Al triste chillido, Tello,
débiles ecos del aura
respondieron, y, no lejos,
lamentando su desgracia,
su esposa, que en un jazmín

la tragedia viendo estaba.
Yo, midiendo con los sueños
estos avisos del alma,
apenas puedo alentarme;
que con saber que son falsas
todas estas cosas, tengo
tan perdida la esperanza,
que no me aliento a vivir.

TELLO:

Mal a doña Inés le pagas
aquella heroica firmeza
con que atrevida contrasta
los golpes de la fortuna.
Ven a Medina, y no hagas
caso de sueños ni agüeros,
cosas a la fe contrarias.
Lleva el ánimo que sueles,
caballos, lanzas y galas,
mata de envidia los hombres,
mata de amores las damas.
Doña Inés ha de ser tuya
a pesar de cuantos tratan
dividiros a los dos.

ALONSO:

Bien dices. Inés me aguarda;
vamos a Medina alegres.
Las penas anticipadas
dicen que matan dos veces,
y a mí sola Inés me mata,
no como pena, que es gloria.

TELLO:

Tú me verás en la plaza
hincar de rodillas toros
delante de sus ventanas.

Acto tercero

Suenan atabales y entran con lacayos y rejonos don RODRIGO y don FERNANDO

RODRIGO:
Poca dicha.

FERNANDO:
Malas suertes.

RODRIGO:
¡Qué pesar!

FERNANDO:
¿Qué se ha de hacer?

RODRIGO:
Brazo, ya no puede ser
que en servir a Inés aciertes.

FERNANDO:
Corrido estoy.

RODRIGO:
Yo, turbado.

FERNANDO:
Volvamos a porfiar.

RODRIGO:
Es imposible acertar
un hombre tan desdichado.
Para él de Olmedo, en efeto,
guardó suertes la Fortuna.

FERNANDO:

No ha errado el hombre ninguna.

RODRIGO:

Que la ha de errar os prometo.

FERNANDO:

Un hombre favorecido,
Rodrigo, todo lo acierta.

RODRIGO:

Abrióle el amor la puerta,
y a mí, Fernando, el olvido.
Fuera de esto, un forastero
luego se lleva los ojos.

FERNANDO:

Vos tenéis justos enojos.
Él es galán caballero,
mas no para escurecer
los hombres que hay en Medina.

RODRIGO:

La patria me desatina;
mucho parece mujer
en que lo propio desprecia,
y de lo ajeno se agrada.

FERNANDO:

De ser de ingrata culpada
son ejemplos Roma y Grecia.

Dentro ruido de pretales y voces

VOZ 1:

¡Brava suerte!

VOZ 2:

¡Con qué gala
quebró el rejón!

FERNANDO:

¿Qué aguardamos?
Tomemos caballos.

RODRIGO:

Vamos.

VOZ 1:

Nadie en el mundo le iguala.

FERNANDO:

¿Oyes esa voz?

RODRIGO:

No puedo
sufrirlo.

FERNANDO:

Aun no lo encareces.

VOZ 2:

¡Vítor setecientas veces
el caballero de Olmedo!

RODRIGO:

¿Qué suerte quieres que aguarde,
Fernando, con estas voces?

FERNANDO:

Es vulgo, ¿no le conoces?

VOZ 1:

Dios te guarde, Dios te guarde.

RODRIGO:

¿Qué más dijeran al rey?
Mas bien hacen; digan, rueguen
que hasta el fin sus dichas lleguen.

FERNANDO:

Fue siempre bárbara ley
seguir aplauso vulgar
las novedades.

RODRIGO:

Él viene
a mudar caballo.

FERNANDO:

Hoy tiene
la Fortuna en su lugar.

Sale TELLO con rejón y librea, y don ALONSO

TELLO:

¡Valientes suertes, por Dios!

ALONSO:

Dame, Tello, el alazán.

TELLO:

Todos el lauro nos dan.

ALONSO:

¿A los dos, Tello?

TELLO:

A los dos;
que tú a caballo y yo a pie,
nos habemos igualado.

ALONSO:

¡Qué bravo, Tello, has andado!

TELLO:

Seis todo desjarreté,
como si sus piernas fueran
rábanos de mi lugar.

FERNANDO:

Volvamos, Rodrigo, a entrar,
que por dicha nos esperan,
aunque os parece que no.

RODRIGO:

A vos, don Fernando, sí;
a mí no, si no es que a mí
me esperan para que yo
haga suertes que me afrenten,
o que algún toro me mate,
o me arrastre o me maltrate
donde con risa lo cuenten.

Vanse los dos

TELLO:

Aquéllos te están mirando.

ALONSO:

Ya los he visto envidiosos
de mis dichas y aun celosos
de mirarme a Inés mirando.

TELLO:

¡Bravos favores te ha hecho
con la risa! Que la risa
es lengua muda que avisa
de lo que pasa en el pecho.
No pasabas vez ninguna
que arrojar no se quería

del balcón.

ALONSO:

¡Ay, Inés mía!
¡Si quisiese la Fortuna
que a mis padres les llevase
tal prenda de sucesión!

TELLO:

Sí harás, como la ocasión
de este don Rodrigo pase;
porque satisfecho estoy
de que Inés por ti se abrasa.

ALONSO:

Fabia se ha quedado en casa;
mientras una vuelta doy
a la plaza, ve corriendo,
y di que esté prevenida
Inés, porque en mi partida
la pueda hablar; advirtiéndole
que se esta noche no fuese
a Olmedo, me han de contar
mis padres por muerto, y dar
ocasión, si no los viese,
a esta pena, no es razón;
tengan buen sueño, que es justo.

TELLO:

Bien dices; duerman con gusto,
pues es forzosa ocasión
de temer y de esperar.

ALONSO:

Yo entro.

TELLO:

Guárdete el cielo.

Vase don ALONSO

Pues puedo hablar sin recelo
a Fabia, quiero llegar.
Traigo cierto pensamiento
para coger la cadena
a esta vieja, aunque con pena
de su astuto entendimiento.
No supo Circe, Medea,
ni Hécate lo que ella sabe;
tendrá en el alma una llave
que de treinta vueltas sea.
Mas no hay maestra mejor
que decirle que la quiero,
que es el remedio primero
para una mujer mayor;
que con dos razones tiernas
de amores y voluntad,
presumen de mocedad,
y piensan que son eternas.
Acabóse. Llego, llamo.
Fabia... Pero soy un necio;
que sabrá que el oro precio,
y que los años desamo,
porque se lo ha de decir
el de las patas de gallo.

Sale FABIA

FABIA:

¡Jesús, Tello! ¿Aquí te hallo?
¡Qué buen modo de servir
a don Alonso! ¿Qué es esto?
¿Qué ha sucedido?

TELLO:

No alteres
lo venerable, pues eres
causa de venir tan presto;

que por verte anticipé
de don Alonso un recado.

FABIA:
¿Cómo ha andado?

TELLO:
Bien ha andado,
porque yo le acompañé.

FABIA:
¡Extremado fanfarrón!

TELLO:
Pregúntalo al rey, verás
cuál de los dos hizo más;
que se echaba del balcón
cada vez que yo pasaba.

FABIA:
¡Bravo favor!

TELLO:
Más quisiera
los tuyos.

FABIA:
¡Oh, quién te viera!

TELLO:
Esa hermosura bastaba
para que yo fuera Orlando.
¿Toros de Medina a mí?
¡Vive el cielo! Que les di
reveses, desjarretando,
de tal aire, de tal casta,
en medio de regocijo,
que hubo toro que me dijo,
“Basta, señor Tello, basta.”

“No basta,” le dije yo,
y eché de un tajo volado
una pierna en un tejado.

FABIA:
¿Y cuántas tejas quebró?

TELLO:
Eso al dueño, que no a mí.
Dile, Fabia, a tu señora,
que ese mozo que la adora
vendrá a despedirse aquí;
que es fuerza volverse a casa,
porque no piensen que es muerto
sus padres. Esto te advierto.
Y porque la fiesta pasa
sin mí, y el rey me ha de echar
menos, que en efeto soy
su toricida, me voy
a dar materia al lugar
de vítores y de aplauso,
si me das algún favor.

FABIA:
¿Yo favor?

TELLO:
Paga mi amor.

FABIA:
¿Que yo tus hazañas cause?
Basta, que no lo sabía.
¿Qué te agrada más?

TELLO:
Tus ojos.

FABIA:
Pues daréte mis antojos.

TELLO:

Por caballo, Fabia mía,
quedo confirmado ya.

FABIA:

Propio favor de lacayo.

TELLO:

Más castaño soy que bayo.

FABIA:

Mira cómo andas allá,
que esto de ne nos inducas
suelen causar los refrescos;
no te quite los gregüescos
algún mozo de San Lucas;
que será notable risa,
Tello, que donde lo vea
todo el mundo, un toro sea
sumiller de tu camisa.

TELLO:

Lo atacado y el cuidado
volverán por mi decoro.

FABIA:

Para un desgarró de un toro,
¿qué importa estar atacado?

TELLO:

Que no tengo a toros miedo.

FABIA:

Los de Medina hacen riza,
porque tiene ojeriza
con los lacayos de Olmedo.

TELLO:

Como éstos ha derribado,
Fabia, este brazo español.

FABIA:

Mas, ¿qué? ¿Te ha de dar el sol
adonde nunca te ha dado?

Vanse. Ruido de plaza y grito, y digan dentro

VOZ 1:

¡Cayó don Rodrigo!

ALONSO:

¡Fuera!

VOZ 2:

¡Qué gallardo, qué animoso
don Alonso le socorre!

VOZ 1:

Ya se apea don Alonso.

VOZ 2:

¡Qué valientes cuchilladas!

VOZ 1:

Hizo pedazos el toro.

Salgan los dos; y don ALONSO teniéndole

ALONSO:

Aquí tengo yo caballo;
que los nuestros van furiosos
discurriendo por la plaza.

Ánimo.

RODRIGO:

Con vos le cobro.

La caída ha sido grande.

ALONSO:

Pues no será bien que al coso
volváis; aquí habrá criados
que os sirvan, porque yo torno
a la plaza. Perdonadme,
porque cobrar es forzoso
el caballo que dejé.

Vase y sale don FERNANDO

FERNANDO:

¿Qué es esto? ¡Rodrigo y solo!
¿Cómo estáis?

RODRIGO:

Mala caída,
mal suceso, malo todo;
pero más deber la vida
a quien me tiene celoso
y a quien la muerte deseo.

FERNANDO:

¡Que sucediese a los ojos
del rey y que viese Inés
que aquel su galán dichoso
hiciese el toro pedazos
por libraros!

RODRIGO:

Estoy loco.
No hay hombre tan desdichado,

Fernando, de polo a polo.
¡Qué de afrentas, qué de penas,
qué de agravios, qué de enojos,
qué de injurias, qué de celos,
qué de agüeros, qué de asombros!
Alcé los ojos a ver
a Inés, por ver si piadoso
mostraba el semblante entonces,
que, aunque ingrato, necio adoro;
y veo que no pudiera
mirar Nerón riguroso
desde la torre Tarpeya
de Roma el incendio, como
desde el balcón me miraba;
y que luego, en vergonzoso
clavel de púrpura fina
bañado el jazmín del rostro,
a don Alonso miraba;
y que por los labios rojos
pagaba en perlas el gusto
de ver que a sus pies me potro,
de la Fortuna arrojado
y de la suya envidioso.
Mas, ¡vive Dios!, que la risa,
primero que la de Apolo
alegre el oriente y bañe
el aire de átomos de oro,
se le ha de trocar en llanto,
si hallo al hidaguillo loco
entre Medina y Olmedo.

FERNANDO:
Él sabrá ponerse en cobro.

RODRIGO:
Mal conocéis a los celos.

FERNANDO:
¿Quién sabe que no son monstruos?

Mas lo que ha de importar mucho
no se ha pensar tan poco.

Vanse. Salen el REY, el CONDESTABLE y criados

REY:
Tarde acabaron las fiestas;
pero ellas han sido tales
que no las he visto iguales.

CONDESTABLE:
Dije a Medina que aprestas
para mañana partir;
mas tiene tanto deseo
de que veas el torneo
con que te quiere servir,
que me ha pedido, señor,
que dos días se detenga
vuestra alteza.

REY:
Cuando venga,
pienso que será mejor.

CONDESTABLE:
Haga este gusto a Medina
vuestra alteza.

REY:
Por vos sea,
aunque el infante desea,
con tanta prisa camina,
estas visitas de Toledo
para el día concertado.

CONDESTABLE:
Galán y bizarro ha estado

el caballero de Olmedo.

REY:
¡Buenas suertes, condestable!

CONDESTABLE:
No sé en él cuál es mayor,
la ventura o el valor,
aunque es el valor notable.

REY:
Cualquiera cosa hace bien.

CONDESTABLE:
Con razón le favorece
vuestra alteza.

REY:
Él lo merece
y que vos le honréis también.

Vanse. Salen don ALONSO y TELLO, de noche

TELLO:
Mucho habemos esperado,
ya no puedes caminar.

ALONSO:
Deseo, Tello, excusar
a mis padres el cuidado.
A cualquier hora es forzoso
partirme.

TELLO:
Si hablas a Inés,
¿qué importa, señor, que estés
de tus padres cuidadoso?

Porque os ha de hallar el día
en esas rejas.

ALONSO:
No hará;
que el alma me avisará
como si no fuera mía.

TELLO:
Parece que hablan en ellas,
y que es en la voz Leonor.

ALONSO:
Y lo dice el resplandor
que da el sol a las estrellas.

LEONOR en la reja

LEONOR:
¿Es don Alonso?

ALONSO:
Yo soy.

LEONOR:
Luego mi hermana saldrá,
porque con mi padre está
hablando en las fiestas de hoy.
Tello puede entrar; que quiere
daros un regalo Inés.

Quítase de la reja

ALONSO:
Entra, Tello.

TELLO:
Si después
cerraren y no saliere,

bien puedes partir sin mí;
que yo te sabré alcanzar.

Ábrese la puerta de casa de don PEDRO, entra TELLO, y vuelve doña LEONOR a la reja

ALONSO:
¿Cuándo, Leonor, podré entrar
con tal libertad aquí?

LEONOR:
Pienso que ha de ser muy presto,
porque mi padre de suerte
te encarece, que a quererte
tiene el corazón dispuesto.
Y porque se case Inés,
en sabiendo vuestro amor,
sabrás escoger lo mejor,
como estimarlo después.

Sale doña INÉS a la reja

INÉS:
¿Con quién hablas?

LEONOR:
Con Rodrigo.

INÉS:
Mientes, que mi dueño es.

ALONSO:
Que soy esclavo de Inés,
al cielo doy por testigo.

INÉS:

No sois sino mi señor.

LEONOR:

Ahora bien, quiéroos dejar;
que es necedad estorbar
sin celos quien tiene amor.

Retírase

INÉS:

¿Cómo estáis?

ALONSO:

Como sin vida.
Por vivir os vengo a ver.

INÉS:

Bien había menester
la pena de esta partida
para templar el contento
que hoy he tenido de veros,
ejemplo de caballeros,
y de las damas tormento.
De todas estoy celosa;
que os alabasen quería,
y después me arrepentía,
de perderos temerosa.
¡Qué de varios pareceres!
¡Qué de títulos y nombres
os dio la envidia en los hombres,
y el amor en las mujeres!
Mi padre os ha codiciado
por yerno para Leonor,
y agradecióle mi amor,
aunque celosa, el cuidado;
que habéis de ser para mí
y así se lo dije yo,
aunque con la lengua no,

pero con el alma sí.
Mas, ¡ay! ¿Cómo estoy contenta
si os partís?

ALONSO:
Mis padres son
la causa.

INÉS:
Tenéis razón;
mas dejadme que lo sienta.

ALONSO:
Yo lo siento, y voy a Olmedo,
dejando el alma en Medina.
No sé cómo parto y quedo.
Amor la ausencia imagina,
los celos, señora, el miedo.
Así parto muerto y vivo,
que vida y muerte recibo.
Mas, ¿qué te puedo decir,
cuando estoy para partir,
puesto ya el pie en el estribo?
Ando, señoras, estos días,
entre tantas asperezas
de imaginaciones mías,
consolado en mis tristezas
y triste en mis alegrías.
Tengo, pensando perderte,
imaginación tan fuerte,
y así en ella vengo y voy,
que me parece que estoy
con las ansias de la muerte.
La envidia de mis contrarios
temo tanto, que aunque puedo
poner medios necesarios,
estoy entre amor y miedo
haciendo discursos varios.
Ya para siempre me privo

de verte, y de suerte vivo,
que mi muerte presumiendo,
parece que estoy diciendo,
“Señora, aquésta te escribo.”
Tener de tu esposo el nombre
amor y favor ha sido;
pero es justo que me asombre,
que amado y favorecido
tenga tal tristeza un hombre.
Parto a morir, y te escribo
mi muerte, si ausente vivo,
porque tengo, Inés, por cierto
que si vuelvo será muerto,
pues partir no puedo vivo.
Bien sé que tristeza es;
pero puede tanto en mí,
que me dice, hermosa Inés;
“Si partes muerto de aquí,
¿cómo volverás después?
Yo parto, y parto a la muerte,
aunque morir no es perderte;
que si el alma no se parte,
¿cómo es posible dejarte,
cuanto más volver a verte?”

INÉS:

Pena me has dado y temor
con tus miedos y recelos;
si tus tristezas son celos,
ingrato ha sido tu amor.
Bien entiendo tus razones;
pero tú no has entendido
mi amor.

ALONSO:

Ni tú, que han sido
estas imaginaciones
sólo un ejercicio triste
del alma, que me atormenta,

no celos; que fuera afrenta
del hombre, Inés, que me diste.
De sueños y fantasías,
si bien falsas ilusiones,
han nacido estas razones,
que no de sospechas mías.

INÉS:
Leonor vuelve.

LEONOR sale a la reja

¿Hay algo?

LEONOR:
Sí...

ALONSO:
¿Es partirme?

A doña INÉS

LEONOR:
Claro está.
Mi padre se acuesta ya,
y me preguntó por ti.

INÉS:
Vete, Alonso, vete. Adiós.
No te quejes, fuerza es.

ALONSO:
¿Cuándo querrá Dios, Inés,
que estemos juntos los dos?

Retíranse doña INÉS [y doña LEONOR]

Aquí se acabó mi vida,
que es lo mismo que partirme.

Tello no sale, o no puede
acabar de despedirse.
Voyme; que él me alcanzará.

Al entrar don ALONSO, una SOMBRA con una máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el puño de la espada, se le ponga delante

ALONSO:
¿Qué es esto? ¿Quién va? De
oírme
no hace caso. ¿Quién es? Hable.
¡Que un hombre me atemorice
no habiendo temido a tantos!
¿Es don Rodrigo? ¿No dice
quién es?

SOMBRA:
Don Alonso.

ALONSO:
¿Cómo?

SOMBRA:
Don Alonso.

ALONSO:
No es posible.
Mas otro será, que yo
soy don Alonso Manrique.
Si es invención, meta mano.
Volvió la espalda.

Vase la SOMBRA

Seguirle
desatino me parece.
¡Oh, imaginación terrible!
Mi sombra debió de ser,
mas no; que en forma visible

dijo que era don Alonso.
Todas son cosas que finge
la fuera de la tristeza,
la imaginación de un triste.
¿Qué me quieres, pensamiento,
que con mi sombra me afliges?
Mira que temer sin causa
es de sujetos humildes.
O embustes de Fabia son,
que pretende persuadirme
porque no me vaya a Olmedo,
sabiendo que es imposible.
Siempre dice que me guarde,
y siempre que no camine
de noche, sin más razón
de que la envidia me sigue.
Pero ya no puede ser
que don Rodrigo me envidie,
pues hoy la vida me debe;
que esta deuda no permite
que un caballero tan noble
en ningún tiempo la olvida.
Antes pienso que ha de ser
para que amistad confirme
desde hoy conmigo en Medina;
que la ingratitud no vive
en buena sangre, que siempre
entre villanos reside.
En fin, es la quinta esencia
de cuantas acciones viles
tiene la bajeza humana
pagar mal quien bien recibe.

Vase. Salen don RODRIGO, don FERNANDO, MENDO y LAÍN

RODRIGO:
Hoy tendrán fin mis celos y su vida.

FERNANDO:

Finalmente, ¿venís determinado?

RODRIGO:

No habrá consejo que su muerte impida,
después que la palabra me han quebrado.

Ya se entendió la devoción fingida,
ya supe que era Tello, su criado,
quien le enseñaba aquel latín que ha sido
en cartas de romance traducido.

¡Qué honrada dueña recibió en su
casa

don Pedro en Fabia! ¡Oh, mísera doncella!

Disculpo tu inocencia, si te abrasa
fuego infernal de los hechizos de ella.

No sabe, aunque es discreta, lo que pasa
y así el honor de entrambos atropella.

¡Cuántas casas de nobles caballeros
han infamado hechizos y terceros!

Fabia, que puede transponer un monte;

Fabia, que puede detener un río,

y en los negros ministros de Aqueronte
tiene, como en vasallos, señorío;

Fabia, que de este mar, de este horizonte,
al abrasado clima, al norte frío

puede llevar a un hombre por el aire,
le da liciones. ¿Hay mayor donaire?

FERNANDO:

Por la misma razón yo no tratara
de más venganza.

RODRIGO:

¡Vive Dios, Fernando,
que fuera de los dos bajeza clara!

FERNANDO:

No la hay mayor que despreciar amando.

RODRIGO:

Si vos podéis, yo no.

MENDO:

Señor, repara
en que vienen los ecos avisando
de que a caballo alguna gente viene.

RODRIGO:

Si viene acompañado, miedo tiene.

FERNANDO:

No lo creas, que es mozo temerario.

RODRIGO:

Todo hombre con silencio esté escondido.
Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,
tendrás detrás de un árbol prevenido.

FERNANDO:

¡Qué inconstante es el bien, qué loco y
vario!
Hoy a vista de un rey salió lucido,
admirado de todos a la plaza,
y, ¡ya tan fiera muerte le amenaza!

Escóndense y salga don ALONSO

ALONSO:

Lo que jamás he tenido,
que es algún recelo o miedo,
llevo caminando a Olmedo.
Pero tristezas han sido.
Del agua el manso rüido
y el ligero movimiento
de estas ramas con el viento,

mi tristeza aumentan más.
Yo camino, y vuelve atrás
mi confuso pensamiento.
De mis padres el amor
y la obediencia me lleva,
aunque ésta es pequeña prueba
del alma de mi valor.
Conozco que fue rigor
el dejar tan presto a Inés...
¡Qué escuridad! Todo es
horror, hasta que el aurora
en las alfombras de Flora
ponga los dorados pies.
Allí cantan. ¿Quién será?
Mas será algún labrador
que camina a su labor.
Lejos parece que está.
Pero acercándose va.
Pues, ¡cómo! ¡Lleva instrumento,
y no es rústico el acento,
sino sonoro y süave!
¡Qué mal la música sabe,
si está triste el pensamiento!

Canten desde lejos en el vestuario y véngase acercando la voz como que camina

VOZ:

“Que de noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.”

ALONSO:

¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?
Si es que avisos vuestros son,
ya que estoy en la ocasión,

¿de qué me estás informando?
Volver atrás, ¿cómo puedo?
Invención de Fabia es,
que quiere, a ruego de Inés,
hacer que no vaya a Olmedo.

VOZ:

“Sombras le avisaron
que no saliese,
y le aconsejaron
que no se fuese
el caballero
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.”

Sale un LABRADOR

ALONSO:

¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR:

¿Quién me llama?

ALONSO:

Un hombre soy
que va perdido.

LABRADOR:

Ya voy.

ALONSO:

([Agora] todo me espanta.) Aparte
¿Dónde vas?

LABRADOR:

A mi labor.

ALONSO:

¿Quién esa canción te ha dado,
que tristemente has cantado?

LABRADOR:

Allá en Medina, señor.

ALONSO:

A mí me suelen llamar
el caballero de Olmedo,
y yo estoy vivo.

LABRADOR:

No puedo
deciros de este cantar
más historia ni ocasión,
de que a una Fabia la oí.
Si os importa, ya cumplí
con deciros la canción.
Volved atrás. No paséis
de este arroyo.

ALONSO:

En mi nobleza,
fuera ese temor bajeza.

LABRADOR:

Muy necio valor tenéis.
Volved, volved a Medina.

ALONSO:

Ven tú conmigo.

LABRADOR:

No puedo.

Vase

ALONSO:

¡Qué de sombras finge el miedo!
¡Qué de engaños imagina!
Oye, escucha. ¿Dónde fue,
que apenas sus pasos siento?
¡Ah, Labrador! Oye, aguarda.
“Aguarda,” responde el eco.
¡Muerto yo! Pero es canción
que por algún hombre hicieron
de Olmedo, y los de Medina
en este camino han muerto.
A la mitad dél estoy.
¿Qué han de decir si me vuelvo?
Gente viene... No me pesa;
si allá van, iré con ellos.

Salgan don RODRIGO y don FERNANDO y su gente

RODRIGO:

¿Quién va?

ALONSO:

Un hombre. ¿No me ves?

FERNANDO:

Deténgase.

ALONSO:

Caballeros,
si acaso necesidad
los fuerza a pasos como éstos,
desde aquí a mi casa hay poco;
no habré menester dineros
que de día y en la calle
se los doy a cuantos veo
que me hacen honra en pedirlos.

RODRIGO:
Quítase las armas luego.

ALONSO:
¿Para qué?

RODRIGO:
Para rendillas.

ALONSO:
¿Saben quién soy?

FERNANDO:
El de Olmedo,
el matador de los toros,
que viene arrogante y necio
a afrentar los de Medina,
el que deshonra a don Pedro
con alcahuetes infames.

ALONSO:
Si fuérades a lo menos
nobles vosotros, allá,
pues tuvistes tanto tiempo,
me hablarades, y no agora,
que solo a mi casa vuelvo.
Allá en las rejas adonde
dejastes la capa huyendo,
fuera bien, y no en cuadrilla
a media noche, soberbios.
Pero confieso, villanos,
que la estimación os debo,
que aun siendo tantos, sois pocos.

Riñan

RODRIGO:
Yo vengo a matar, no vengo
a desafíos; que entonces

te matara cuerpo a cuerpo.

A MENDO

Tírale.

Disparen dentro

ALONSO:

Traidores sois;
pero sin armas de fuego
no pudiérades matarme.
¡Jesús!

Cae

FERNANDO:

¡Bien lo has hecho, Mendo!

Vanse don RODRIGO, don FERNANDO y su gente

ALONSO:

¡Qué poco crédito di
a los avisos del cielo!
Valor propio me ha engañado,
y muerto envidias y celos.
¡Ay de mí! ¿Qué haré en un campo
tan solo?

Sale TELLO

TELLO:

Pena me dieron
estos hombres que a caballo
van hacia Medina huyendo.
Si a don Alonso habían visto
pregunté; no respondieron.

¡Mala señal! Voy temblando.

ALONSO:

¡Dios mío, piedad! ¡Yo muero!
Vos sabéis que fue mi amor
dirigido a casamiento.
¡Ay, Inés!

TELLO:

De lastimosas
quejas siento tristes ecos.
Hacia aquella parte suenan.
No está del camino lejos
quien las da. No me ha quedado
sangre. Pienso que el sombrero
puede tenerse en el aire
solo en cualquiera cabello.
¡Ah, hidalgo!

ALONSO:

¿Quién es?

TELLO:

¡Ay, Dios!
¿Por qué dudo lo que veo?
Es mi señor. ¡Don Alonso!

ALONSO:

Seas bien venido, Tello.

TELLO:

¿Cómo, señor, si he tardado?
¿Cómo, si a mirarte llego
hecho una fiera de sangre?
¡Traidores, villanos, perros;
volved, volved a matarme;
pues habéis, infames, muerto
el más noble, el más valiente,
el más galán caballero

que ciñó espada en Castilla!

ALONSO:

Tello, Tello, ya no es tiempo
más que de tratar del alma.
Ponme en tu caballo presto
y llévame a ver mis padres.

TELLO:

¡Qué buenas nuevas les llevo
de las fiestas de Medina!
¿Qué dirá aquel noble viejo?
¿Qué hará tu madre y tu patria?
¡Venganza, piadosos cielos!

Llévase a don ALONSO. Salen don PEDRO, doña INÉS, doña LEONOR,
y FABIA

INÉS:

¿Tantas mercedes ha hecho?

PEDRO:

Hoy mostró con su real
mano, heroica y liberal,
la grandeza de su pecho.
Medina está agradecida,
y por la que he recibido
a besarla os he traído.

LEONOR:

¿Previene ya su partida?

PEDRO:

Sí, Leonor, por el infante,
que aguarda al rey en Toledo.
En fin, obligado quedo;
que por merced semejante

más por vosotras lo estoy,
pues ha de ser vuestro aumento.

LEONOR:
Con razón estás contento.

PEDRO:
Alcaide de Burgos soy.
Besad la mano a su alteza.

Aparte a FABIA

INÉS:
(¡Ha de haber ausencia, Fabia!

FABIA:
Más la Fortuna te agravia.

INÉS:
No en vano tanta tristeza
he tenido desde ayer.

FABIA:
Yo pienso que mayor daño
te espera, si no me engaño,
como suele suceder;
que en las cosas por venir
no puede haber cierta ciencia.

INÉS:
¿Qué mayor mal que la ausencia,
pues es mayor que morir?)

PEDRO:
Ya, Inés, ¿qué mayores bienes
pudiera yo desear,
si tú quisieras dejar
el propósito que tienes?
No porque yo le hago fuerza;

pero quisiera casarte.

INÉS:

Pues tu obediencia no es parte
que mi propósito tuerza.
Me admiro de que no entiendas
la ocasión.

PEDRO:

Yo no la sé.

LEONOR:

Pues yo por ti la diré,
Inés, como no te ofendas.
No la casas a su gusto.
¡Mira qué presto!

PEDRO:

Mi amor
se queja de tu rigor,
porque, a saber tu disgusto,
no la hubiera imaginado.

LEONOR:

Tiene inclinación Inés
a un caballero, después
que el rey de una cruz le ha honrado;
que esto es deseo de honor,
y no poca honestidad.

PEDRO:

Pues si él tiene calidad
y tú le tienes amor,
¿quién ha de haber que replique?
Cásate en buen hora, Inés.
Pero, ¿no sabré quién es?

LEONOR:

Es don Alonso Manrique.

PEDRO:

Albricias hubiera dado.
¿El de Olmedo?

LEONOR:

Sí, señor.

PEDRO:

Es hombre de gran valor
y desde agora me agrado
de tan discreta elección;
que si el hábito rehusaba,
era porque imaginaba
diferente vocación.
Habla, Inés, no estés ansí.

INÉS:

Señor, Leonor se adelanta;
que la inclinación no es tanta
como ella te ha dicho aquí.

PEDRO:

Yo no quiero examinarte,
sino estar con mucho gusto
de pensamiento tan justo
y de que quieras casarte.
Desde agora es tu marido;
que me tendré por honrado
de un yerno tan estimado,
tan rico y tan bien nacido.

INÉS:

Beso mil veces tus pies.
Loca de contento estoy.
Fabia.

FABIA:

(El parabién te doy, Aparte

si no es pésame después.)

Salen el REY, el CONDESTABLE y gente, don RODRIGO, y don FERNANDO

LEONOR:

¡El rey!

PEDRO:

Llegad a besar
su mano.

INÉS:

¡Qué alegre lleigo!

PEDRO:

Dé vuestra alteza los pies,
por la merced que me ha hecho
del alcaidía de Burgos,
a mí y a mis hijas.

REY:

Tengo
bastante satisfacción
de vuestro valor, don Pedro,
y de que me habéis servido.

PEDRO:

Por lo menos lo deseo.

REY:

¿Sois casadas?

INÉS:

No, señor.

REY:

¿Vuestro nombre?

INÉS:

Inés.

REY:

¿Y el vuestro?

LEONOR:

Leonor.

CONDESTABLE:

Don Pedro merece
tener dos gallardos yernos,
que están presentes, señor,
y que yo os pido por ellos
los caséis de vuestra mano.

REY:

¿Quién son?

RODRIGO:

Yo, señor, pretendo
con vuestra licencia, a Inés.

FERNANDO:

Y yo a su hermana le ofrezco
la mano y la voluntad.

REY:

En gallardos caballeros
emplearéis vuestras dos hijas,
don Pedro.

PEDRO:

Señor, no puedo
dar a Inés a don Rodrigo,
porque casada la tengo

con don Alonso Manrique,
el caballero de Olmedo,
a quien hicistes merced
de un hábito.

REY:
Yo os prometo
que la primera encomienda
sea suya.

Aparte los dos

RODRIGO:
(¡Extraño suceso!

FERNANDO:
Ten prudencia.)

REY:
Porque es hombre
de grandes merecimientos.

Dentro

TELLO:
Dejadme entrar.

REY:
¿Quién da voces?

CONDESTABLE:
Con la guarda un escudero
que quiere hablarte.

REY:
Dejadle.

CONDESTABLE:
Viene llorando y pidiendo

justicia.

REY:

Hacerla es mi oficio.

Eso significa el cetro.

Sale TELLO

TELLO:

Invictísimo don Juan,
que del castellano reino,
a pesar de tanta envidia,
gozas el dichoso imperio;
con un caballero anciano
vine a Medina, pidiendo
justicia de dos traidores;
pero el doloroso exceso
en tus puertas le ha dejado,
si no desmayado, muerto.
Con esto yo, que le sirvo,
rompí con atrevimiento
tus guardas y tus oídos;
oye, pues te puso el cielo
la vara de la justicia
en tu libre entendimiento,
para castigar los malos
y para premiar los buenos;
la noche de aquellas fiestas
que a la Cruz de Mayo hicieron
caballeros de Medina,
para que fuese tan cierto
que donde hay cruz hay pasión,
por dar a sus padres viejos
contento de verle libre
de los toros, menos fieros
que fueron sus enemigos,
partió de Medina a Olmedo,

don Alonso, mi señor,
aquel ilustre mancebo
que mereció tu alabanza,
que es raro encarecimiento.
Quedéme en Medina yo,
como a mi cargo estuvieron
los jaeces y caballos,
para tener cuenta de ellos.
Ya la destocada noche,
de los dos polos en medio,
daba a la traición espada,
mano al hurto, pies al miedo,
cuando partí de Medina;
y al pasar un arroyuelo,
puente y señal del camino,
veo seis hombres corriendo
hacia Medina, turbados,
y, aunque juntos, descompuestos.
La luna, que salió tarde,
menguado el rostro sangriento,
me dio a conocer los dos;
que tal vez alumbró el cielo
con las hachas de sus luces
el más oscuro silencio,
para que vean los hombres,
de las maldades los dueños,
porque a los ojos divinos
no hubiese humanos secretos.
Paso adelante, ¡ay de mí!,
y envuelto en su sangre veo
a don Alonso expirando.
Aquí, gran señor, no puedo
ni hacer resistencia al llanto,
ni decir el sentimiento.
En el caballo le puse
tan animoso, que creo
que pensaban sus contrarios
que no le dejaban muerto.
A Olmedo llegó con vida

cuanto fue bastante, ¡ay cielo!,
para oír la bendición
de dos miserables viejos,
que enjugaban las heridas
con lágrimas y con besos.
Cubrió de luto su casa
y su patria, cuyo entierro
será el del fénix, señor;
después de muerto viviendo
en las lenguas de la fama,
a quien conserven respeto
la mudanza de los hombres
y los olvidos del tiempo.

REY:

¡Extraño caso!

INÉS:

¡Ay de mí!

PEDRO:

Guarda lágrimas y extremos,
Inés, para nuestra casa.

...

INES:

Lo que de burlas te dije,
señor, de veras te ruego.
Y a vos, generoso rey,
de esos viles caballeros
os pido justicia.

A TELLO

REY:

Dime,
pues pudiste conocerlos,
¿quién son esos dos traidores?
¿Dónde están? ¡Que vive el cielo,

de no me partir de aquí
hasta que los deje presos!

TELLO:

Presentes están, señor;
don Rodrigo es el primero,
y don Fernando el segundo.

CONDESTABLE:

El delito es manifiesto,
su turbación lo confiesa.

RODRIGO:

Señor, escucha...

REY:

¡Prendedlos!
Y en un teatro mañana
cortad sus infames cuellos;
fin de la trágica historia
del caballero de Olmedo.

EL CASTIGO SIN VENGANZA

Lope de Vega

Personas que hablan en ella:

El DUQUE de Ferrara

FEBO, criado del Duque

RICARDO, criado del Duque

El conde FEDERICO, su hijo ilegítimo

BATÍN, lacayo del Conde Federico

El MARQUÉS Gonzaga, de Mantua

RUTILIO, criado del Marqués

AURORA, sobrina del Duque de Ferrara

CASANDRA, la Duquesa de Ferrara

LUCRECIA, criada de la Duquesa

FLORO, criado

LUCINDO, criado

ALBANO, criado

CINTIA, mujer del pueblo

PRIMER ACTO

Salen el DUQUE, FEBO y RICARDO

RICARDO: ¡Linda burla!
 FEBO: ¡Por extremo!
 Pero, ¿quién imaginara
 que era el duque de Ferrara?
 DUQUE: Que no me conozcan temo.
 RICARDO: Debajo de ser disfraz,
 hay licencia para todo;
 que aun el cielo en algún modo
 es de disfraces capaz.
 ¿Qué piensas tú que es el velo
 con que la noche le tapa?
 Una guarnecida capa
 con que se disfraza el cielo.
 Y para dar luz alguna,
 las estrellas que dilata
 son pasamanos de plata,
 y una encomienda la luna.
 DUQUE: ¿Ya comienzas desatinos?
 FEBO: No lo ha pensado poeta
 de estos de la nueva seta,
 que se imaginan divinos.
 RICARDO: Si a sus licencias apelo,
 no me darás culpa alguna;
 que yo sé quien a la luna
 llamó requesón del cielo.
 DUQUE: Pues no te parezca error;
 que la poesía ha llegado
 a tan miserable estado,
 que es ya como jugador
 de aquellos transformadores,
 muchas manos, ciencia poca,
 que echan cintas por la boca,
 de diferentes colores.
 Pero dejando a otro fin
 esta materia cansada,
 no es mala aquella casada.
 RICARDO: ¿Cómo mala? ¡Un serafín!
 Pero tiene un bravo azar,
 que es imposible sufrillo.
 DUQUE: ¿Cómo?
 RICARDO: Un cierto maridillo
 que toma y no da lugar.
 FEBO: Guarda la cara.
 DUQUE: Ése ha sido
 siempre el más crüel linaje
 de gente de este paraje.

FEBO: El que la gala, el vestido
y el oro deja traer
tenga, pues él no lo ha dado,
lástima al que lo ha comprado;
pues si muere su mujer,
ha de gozar la mitad
como bienes gananciales.

RICARDO: Cierto que personas tales
poca tiene caridad,
hablando cultidiablesco,
por no juntar las dicciones.

DUQUE: Tienen esos socarrones
con el diablo parentesco;
que, obligando a consentir,
después estorba el obrar.

RICARDO: Aquí pudiera llamar;
pero hay mucho que decir.

DUQUE: ¿Cómo?

RICARDO: Una madre beata
que reza y riñe a dos niñas
entre majuelos y viñas,
una perla y otra plata.

DUQUE: Nunca de exteriores fío.

RICARDO: No lejos vive una dama,
como azúcar de retama:
dulce y morena.

DUQUE: ¿Qué brío?

RICARDO: El que pide la color;
mas el que con ella habita
es de cualquiera visita
cabizbajo rumiador.

FEBO: Rumiar siempre fue de bueyes.

RICARDO: Cerca habita una mujer,
que diera buen parecer
si hubiera estudiado leyes.

DUQUE: Vamos allá.

RICARDO: No querrá
abrir a estas horas.

DUQUE: ¿No?
¿Y si digo quien soy yo?

RICARDO: Si lo dices, claro está.

DUQUE: Llame pues.

RICARDO: Algo esperaba,
que a dos patadas salió.

CINTIA en alto

CINTIA: ¿Quién es?

RICARDO: Yo soy.

CINTIA: ¿Quién es yo?

RICARDO: Amigos, Cintia; abre, acaba,
que viene el duque conmigo.
Tanto mi alabanza pudo.

CINTIA: ¿El duque?

RICARDO: ¿Eso dudas?

CINTIA: Dudo,
no digo el venir contigo,
mas el visitarme a mí
tan gran señor y a tal hora.

RICARDO: Por hacerte gran señora
viene disfrazado así.

CINTIA: Ricardo, si el mes pasado
lo que agora me dijeras
del duque, me persuadieras
que a mis puertas ha llegado;
pues toda su mocedad
ha vivido indignamente,
fábula siendo a la gente
su viciosa libertad.
Y como no se ha casado
por vivir más a su gusto,
sin mirar que fuera injusto
ser de un bastardo heredado,
aunque es mozo de valor
Federico, yo creyera
que el duque a verme viniera.
Mas ya que como señor
se ha venido a recoger,
y de casar concertado,
su hijo a Mantua ha enviado
por Casandra, su mujer,
no es posible que ande haciendo
locuras de noche ya,
cuando esperándola está
y su entrada previniendo;
que si en Federico fuera
libertad, ¿qué fuera en él?
Y si tú fueras fiel,
aunque él ocasión te diera,
no anduvieras atrevido
desilustrando su valor;
que ya el duque, tu señor,
está acostado y dormido
y así cierro la ventana;
que ya sé que fue invención
para hallar conversación.
Adiós, y vuelve mañana.

DUQUE: ¡A buena casa de gusto
me has traído!

RICARDO: Yo, señor,
¿qué culpa tengo?

DUQUE: Fue error
fiarle tanto disgusto
para la noche que viene.

FEBO: Si quieres yo romperé
la puerta.

DUQUE: ¡Que esto escuché!

FEBO: Ricardo la culpa tiene.
Pero, señor, quien gobierna,
si quiere saber su estado,
como es temido o amado,
deje la lisonja tierna
del criado adulador,
y disfrazado de noche,
en traje humilde, os en coche,

salga a saber su valor;
 que algunos emperadores
 se valieron de este engaño.

DUQUE: Quien escucha, oye su daño;
 y fueron, aunque los dores,
 filósofos majaderos,
 porque el vulgo no es censor
 de la verdad, y es error
 de entendimientos groseros
 fiar la buena opinión
 de quien, inconstante y vario,
 todo lo juzga al contrario
 de la ley de la razón.

Un quejoso, un descontento
 echa, por vengar su ira,
 en el vulgo una mentira,
 a la novedad atento.

Y como por su bajeza
 no la puede averiguar
 ni en los palacios entrar,
 murmura de la grandeza.

Yo confieso que he vivido
 libremente y sin casarme,
 por no querer sujetarme,
 y que también parte ha sido
 pensar que me heredaría
 Federico, aunque bastardo;
 mas ya que a Casandra aguardo,
 que Mantua con él me envía
 todo lo pondré en olvido.

FEBO: Será remedio casarte.

RICARDO: Si quieres desenfadarte
 pon a esta puerta el oído.

DUQUE: ¿Cantan?

RICARDO: ¿No lo ves?

DUQUE: ¿Pues, quién
 vive aquí?

RICARDO: Vive un autor
 de comedias.

FABIO: Y el mejor
 de Italia.

DUQUE: Ellos cantan bien.
 ¿Tiénelas buenas?

RICARDO: Están
 entre amigos y enemigos:
 buenas las hacen amigos
 con los aplausos que dan
 y los enemigos malas.

FEBO: No pueden ser buenas todas.

DUQUE: Febo, para nuestras bodas
 prevén las mejores salas
 y las comedias mejores,
 que no quiero que repares
 en las que fueren vulgares.

FEBO: Las que ingenios y señores
 aprobaren, llevaremos.

DUQUE: ¿Ensayan?

RICARDO: Y habla una dama.

DUQUE: Si es Andrelina, es de fama.
 ¡Qué acción! ¡Qué afectos! ¡Qué extremos!

Habla dentro la voz de una MUJER

MUJER: Déjame, pensamiento.
 No más, no más, memoria,
 que mi pasada gloria
 conviertes en tormento,
 y de este sentimiento
 ya no quiero memoria, sino olvido;
 que son de un bien perdido,
 --aunque presumes que mi mal mejoras--
 discursos tristes para alegres horas.

DUQUE: ¡Valiente acción!
 FEBO: ¡Extremada!
 DUQUE: Más oyera; pero estoy
 sin gusto. A acostarme voy.
 RICARDO: ¿A las diez?
 DUQUE: Todo me enfada.
 RICARDO: Mira que es esta mujer
 única.
 DUQUE: Temo que hable
 alguna cosa notable.
 RICARDO: De ti, ¿cómo puede ser?
 DUQUE: ¿Agora sabes, Ricardo,
 que es la comedia un espejo,
 en que el necio, el sabio, el viejo,
 el mozo, el fuerte, el gallardo,
 el rey, el gobernador,
 la doncella, la casada,
 siendo al ejemplo escuchada
 de la vida y del honor,
 retrata nuestras costumbres,
 o livianas o severas,
 mezclando burlas y veras,
 donaires y pesadumbres?
 Basta, que oí del papel
 de aquella primera dama
 el estado de mi fama;
 bien claro me hablaba en él.
 ¿Que escuche me persuades
 la segunda? Pues no ignores
 que no quieren los señores
 oír tan claras verdades.

***Salen FEDERICO, de camino, muy galán,
 y BATÍN***

BATÍN: Desconozco el estilo de tu gusto.

¿Agora en cuatro sauces te detienes,
cuando a negocio, Federico, vienes
de tan grande importancia?

FEDERICO: Mi disgusto
no me permite, como fuera justo,
más prisa y más cuidado;
antes la gente dejo, fatigado
de varios pensamientos,
y al dosel de estos árboles, que, atentos
a las dormidas ondas de este río,
en su puro cristal, sonoro y frío,
mirando están sus copas,
después que los vistió de verdes ropas,
de mí mismo quisiera retirarme;
que me cansa el hablarme,
del casamiento de mi padre, cuando
pensé heredarle; que si voy mostrando
a nuestra gente gusto, como es justo,
el alma llena de mortal disgusto,
camino a Mantua, de sentido ajeno;
que voy por mi veneno
en ir por mi madrastra, aunque es forzoso.

BATÍN: Ya de tu padre el proceder vicioso,
de propios y de extraños reprendido,
quedó a los pies de la virtud vencido;
ya quiero sosegarse;
que no hay freno, señor, como casarse.
Presentóle un vasallo
al rey francés un bárbaro caballo
de notable hermosura,
cisne en el nombre y por la nieve pura
de la piel que cubrían
las rizas canas, que los pies caían
de la cumbre del cuello, en levantando
la pequeña cabeza.
Finalmente le dio naturaleza,
que alguna dama estaba imaginando,
hermosura y desdén, porque su furia
tenía por injuria
sufrir al picador más fuerte y diestro.
Viendo tal hermosura y tal siniestro,
mandóle el rey echar en una cava
a un soberbio león que en ella estaba
y en viéndole feroz, apenas viva
el alma sensitiva,
hizo que el cuerpo alrededor se entolde
de las cirnes, que ya crespas sin molde,
si el miedo no lo era,
formaron como lanzas blanca esfera,
y en espín erizado
de orgulloso caballo transformado,
sudó por cada pelo
una gota de hielo,
y quedó tan pacífico y humilde,
que fue un enano en sus arzones tilde;
y el que a los picadores no sufría,
los pícaros sufrió desde aquel día.

FEDERICO: Batín, ya sé que mi vicioso padre
no pudo haber remedio que le cuadre
como es el casamiento;

pero, ¿no ha de sentir mi pensamiento
haber vivido con tan loco engaño?
Ya sé que al más altivo, al más extraño,
le doma una mujer, y que delante
de este león, el bravo, el arrogante
se deja sujetar del primer niño,
que con dulce cariño
y media lengua, o muda o balbuciente,
teniéndole en los brazos le consiente
que le tome la barba.
Ni rudo labrador la roja parva,
como un casado la familia mira,
y de todos los vicios se retira.
Mas, ¿qué me importa a mí que se sosiegue
mi padre, y que se niegue
a los vicios pasados,
si han de heredar sus hijos sus estados,
y yo, escudero vil, traer en brazos
algún león que me ha de hacer pedazos?

BATÍN: Señor, los hombres cuerdos y discretos,
cuando se ven sujetos
a males sin remedio
poniendo a la paciencia de por medio,
fingen contento, gusto y confianza.
por no mostrar envidia y dar venganza.

FEDERICO: ¿Yo sufriré madrastra?

BATÍN: ¿No sufrías
las muchas que tenías
con los vicios del duque? Pues agora
sufre una sola que es tan gran señora.

FEDERICO: ¿Qué voces son aquéllas?

BATÍN: En el vado del río suena gente.

FEDERICO: Mujeres son; a verlas voy.

BATÍN: Detente.

FEDERICO: Cobarde, ¿no es razón favorecellas?

Vase FEDERICO

BATÍN: Excusar el peligro es ser valiente.
¡Lucindo! ¡Albano! ¡Floro!

Salen los tres

LUCINDO: ¡El conde llama!

ALBANO: ¿Dónde está Federico?

FLORO: ¿Pide acaso
los caballos?

BATÍN: Las voces de una dama,
con poco seso y con valiente paso
le llevaron de aquí. Mientras le sigo,

llamad la gente.

Vase BATÍN

LUCINDO: ¿Dónde vas? Espera.
 ALBANO: Pienso que es burla.
 FLORO: Y yo mismo digo,
 aunque suena rumor en la ribera
 de gente que camina.
 LUCINDO: Mal Federico a obedecer se inclina
 el nuevo dueño, aunque por ella viene.
 ALBANO: Sale a los ojos el pesar que tiene.

Sale FEDERICO con CASANDRA en los brazos

FEDERICO: Hasta poneros aquí
 los brazos me dan licencia.
 CASANDRA: Agradezco, caballero,
 vuestra mucha gentileza.
 FEDERICO: Y yo a mi buena fortuna
 traerme por esta selva,
 casi fuera de camino.
 CASANDRA: ¿Qué gente, señor, es ésta?
 FEDERICO: Criados que me acompañan.
 No tengáis, señora, pena.
 Todos viene a servirlos.

Sale BATÍN con LUCRECIA, criada, en los brazos

BATÍN: Mujer, dime, ¿cómo pesas,
 si dicen que sois livianas?
 LUCRECIA: Hidalgo, ¿dónde me llevas?
 BATÍN: A sacarte por lo menos
 de tanta enfadosa arena,
 como la falta del río
 en estas orillas deja.
 Pienso que fue treta suya,
 por tener ninfas tan bellas,
 volverse el coche al salir;
 que si no fuera tan cerca,
 corriérades gran peligro.
 FEDERICO: Señora, porque yo pueda
 hablaros con el respeto
 que vuestra persona muestra,

decidme quién sois.

CASANDRA: Señor,
no hay causa por que no deba
decirlo. Yo soy Casandra,
ya de Ferrara duquesa,
hija del duque de Mantua.

FEDERICO: ¿Cómo puede ser que sea
vuestra alteza y venir sola?

CASANDRA: No vengo sola; que fuera
cosa imposible; no lejos
el marqués Gonzaga queda,
a quien pedí me dejase,
atravesando una senda,
pasar sola en este río
parte de esta ardiente siesta;
y por llegar a la orilla,
que me pareció cubierta
de más árboles y sombras,
había más agua en ella,
tanto, que pude correr,
sin ser mar, fortuna adversa;
mas no pudo ser Fortuna,
pues se pararon las ruedas.
Decidme, señor, quién sois,
aunque ya vuestra presencia
lo generoso asegura
y lo valeroso muestra
que es razón que este favor,
no sólo yo le agradezca,
pero el marqués y mi padre,
que tan obligados quedan.

FEDERICO: Después que me dé la mano,
sabrás quién soy vuestra alteza.

CASANDRA: ¡De rodillas! Es exceso.
No es justo que lo consienta
la mayor obligación.

FEDERICO: Señora, es justo y es fuerza.
Mirad que soy vuestro hijo.

CASANDRA: Confieso que he sido necia
en no haberos conocido.
¿Quién, sino quien sois, pudiera
valerme en tanto peligro?
Dadme los brazos.

FEDERICO: Merezca
vuestra mano.

CASANDRA: No es razón.
Dejadles pagar la deuda,
señor conde Federico.

FEDERICO: El alma os dé la respuesta.

Hablen quedo y diga BATÍN

BATÍN: Ya que ha sido nuestra dicha
que esta gran señora sea
por quien íbamos a Mantua,

sólo resta que yo sepa
si eres tú vuesa merced,
señoría o excelencia,
para que pueda medir
lo razonado a las prendas.

LUCRECIA: Desde mis primeros años
sirvo, amigo, a la duquesa.
Soy doméstica criada,
visto y desnudo a su alteza.

BATÍN: ¿Eres camarera?

LUCRECIA: No.

BATÍN: Serás hacia camarera,
como que lo fuiste a ser,
y te quedaste a la puerta.
Tal vez tienen los señores,
como lo que tú me cuentas,
unas criadas malillas,
entre doncellas y dueñas,
que son todo y no son nada.
¿Cómo te llamas?

LUCRECIA: Lucrecia.

BATÍN: ¿La de Roma?

LUCRECIA: Más acá.

BATÍN: ¡Gracias a Dios que con ella
tope! Que desde su historia
traigo llena la cabeza
de castidades forzadas
y de diligencias necias.
¿Tú viste a Tarquino?

LUCRECIA: ¿Yo?

BATÍN: ¿Y qué hicieras si le vieras?

LUCRECIA: ¿Tienes mujer?

BATÍN: ¿Por qué causa
lo preguntas?

LUCRECIA: Porque pueda
ir a tomar su consejo.

BATÍN: Herísteme por la treta.
¿Tú sabes quién soy?

LUCRECIA: ¿De qué?

BATÍN: ¿Es posible que no llega
aún hasta Mantua la fama
de Batín?

LUCRECIA: ¿Por qué excelencias?
Pero tú debes de ser
como unos necios, que piensan
que en todo el mundo su nombre
por único se celebra,
y apenas lo sabe nadie.

BATÍN: No quiera Dios que tal sea,
ni que murmure envidioso
de las virtudes ajenas.
Esto dije por donaire;
que no porque piense o tenga
satisfacción y arrogancia.
Verdad es que yo quisiera
tener fama entre hombres sabios,
que ciencia y letras profesas;
que en la ignorancia común
no es fama, sino cosecha,
que sembrando disparates

coge los mismo que siembra.

CASANDRA: Aun no acierto a encarecer
el haberos conocido;
poco es lo que había oído
para lo que vengo a ver.
El hablar, el proceder
a la persona conforma,
hijo y mi señor, de forma
que muestra en lo que habéis hecho
cuál es el alma del pecho
que tan gran sujeto informa.

Dicha ha sido haber errado
el camino que seguí,
pues más presto os conocí
por yerro tan acertado.
Cual suele en el mar airado
la tempestad, después de ella
ver aquella lumbre bella,
así fue mi error la noche,
mar el río, nave el coche,
yo el piloto, y vos mi estrella.

Madre os seré desde hoy,
señor conde Federico,
y de este nombre os suplico
que me honréis, pues ya lo soy.
De vos tan contenta estoy,
y tanto el alma repara
en prenda tan dulce y cara,
que me da más regocijo
teneros a vos por hijo,
que ser duquesa en Ferrara.

FEDERICO: Basta que me dé temor,
hermosa señora, el veros;
no me impida el responderos
turbarme tanto favor.
Hoy el duque mi señor
en dos divide mi ser,
que del cuerpo pudo hacer
que mi ser primero fuese,
para que el alma debiese
a mi segundo nacer.

De estos nacimientos dos
lleváis, señora, la palma;
que para nacer con alma,
hoy quiero nacer de vos.
Que, aunque quien la infunde es Dios,
hasta que os vi, no sentía
en qué parte la tenía;
pues, si conocerlo os debo,
vos me habéis hecho de nuevo;
que yo sin alma vivía.

Y de esto se considera,
pues que de vos nacer quiero,
que soy el hijo primero
que el duque de vos espera.
Y de que tan hombre quiera
nacer, no son fantasías;
que para disculpas mías,

aquel divino crisol
 ha seis mil años que es sol,
 y nace todos los días.

**Salen el MARQUÉS Gonzaga y RUTILIO,
 criado**

RUTILIO: Aquí, señor, los dejé.

MARQUÉS: ¡Extraña desdicha fuera,
 si el caballero que dices
 no llegara a socorrerla!

RUTILIO: Mandóme alejar, pensando
 dar nieve al agua risueña,
 bañando en ella los pies
 para que corriese perlas;
 y así no pudo llegar
 tan presto mi diligencia,
 y en brazos de aquel hidalgo
 salió, señor, la duquesa;
 pero como vi que estaban
 seguros en la ribera,
 corrí a llamarte.

MARQUÉS: Allí está
 entre el agua y el arena
 el coche solo.

RUTILIO: Estos sauces
 no estorbaron el verla.
 Allí está con los criados
 del caballero.

CASANDRA: Ya llega
 mi gente.

MARQUÉS: ¡Señora mía!

CASANDRA: ¡Marqués!

MARQUÉS: Con notable pena
 a todos nos ha tenido
 hasta agora vuestra alteza.
 ¡Gracias a Dios, que os hallamos
 sin peligro!

CASANDRA: Después de ellas,
 las dad a este caballero.
 Su piadosa gentileza
 me sacó libre en los brazos.

MARQUÉS: Señor conde, ¿quién pudiera,
 sino vos, favorecer
 a quien ya es justo que tenga
 el nombre de vuestra madre?

FEDERICO: Señor marqués, yo quisiera
 ser un Júpiter entonces,
 que tranformándose cerca
 en aquel ave imperial,
 aunque las plumas pusiera
 a la luz de tanto sol,
 ya de Faetonte soberbia,
 entre las doradas uñas,
 tusón del pecho la hiciera,

y por el aire en los brazos,
 por mi cuidado la vieran
 los del duque, mi señor.
 MARQUÉS: El cielo, señor, ordena
 estos sucesos que veis,
 para que Casandra os deba
 un beneficio tan grande,
 que desde este punto pueda
 confirmar las voluntades,
 y en toda Italia se vea
 amarse tales contrarios,
 y que en un sujeto quepan.

Hablan los dos, y aparte CASANDRA y LUCRECIA

CASANDRA: Mientras los dos hablan, dime,
 ¿qué te parece, Lucrecia,
 de Federico?

LUCRECIA: Señora,
 si tú me dieses licencia,
 mi parecer te diría.

CASANDRA: Aunque ya no sin sospecha,
 yo te la doy.

LUCRECIA: Pues yo digo...

CASANDRA: Di.

LUCRECIA: Que más dichosa fueras
 si se trocara la suerte.

CASANDRA: Aciertas, Lucrecia, y yerra
 mi fortuna; mas ya es hecho,
 porque cuando yo quisiera,
 fingiendo alguna invención
 volver a Mantua, estoy cierta
 que me matara mi padre,
 y por toda Italia fuera
 fábula mi desatino;
 fuera de que no pudiera
 casarme con Federico;
 y así, no es justo que vuelva
 a Mantua, sino que vaya
 a Ferrara, en que me espera
 el duque, de cuya libre
 vida y condición me llevan
 las nuevas con gran cuidado.

MARQUÉS: Ea, nuestra gente venga,
 y alegremente salgamos
 del peligro de esta selva.
 Parte delante a Ferrara,
 Rutilio, y lleva las nuevas
 al duque del buen suceso;
 si por ventura no llega
 anticipada la fama,
 que se detiene en las buenas
 cuanto corre en siendo malas.
 Vamos, señora, y prevengan
 caballo al conde.

FLORO: El caballo
del conde.
CASANDRA: Vuestra excelencia
irá mejor en mi coche.
FEDERICO: Como mande vuestra alteza
que vaya, la iré sirviendo.

***El MARQUÉS lleve de la mano a CASANDRA y queden
FEDERICO y BATÍN***

BATÍN: ¡Qué bizarra es la duquesa!
FEDERICO: ¿Parécete bien, Batín?
BATÍN: Paréceme una azucena
que está pidiendo al aurora
en cuatro cándidas lenguas
que le trueque en cortesía
los granos de oro a sus perlas.
No he visto mujer tan linda.
¡Por Dios, señor, que si hubiera
lugar, porque suben ya,
y no es bien que la detengas,
que te dijera...
FEDERICO: No digas
nada; que con tu agudeza
me has visto el alma en los ojos,
y el gusto me lisonjeas.
BATÍN: ¿No era mejor para ti
esta clavellina fresca,
esta naranja en azahar,
toda de pimpollos hecha,
esta alcorza de ámbar y oro,
esta Venus, esta Elena?
¡Pese a las leyes del mundo!
FEDERICO: Ven, no les demos sospecha;
y seré el primer alnado
a quien hermosa parezca
su madrastra.
BATÍN: Pues, señor,
no hay más de tener paciencia;
que a fe que a dos pesadumbres,
ella te parezca fea.

***Vanse. Salen el DUQUE de Ferrara y AURORA, su
sobrina***

DUQUE: Hallarála en el camino
Federico, si partió
cuando dicen.
AURORA: Mucho erró,

pues cuando el aviso vino
era forzoso el partir
a acompañar a su alteza.

DUQUE: Pienso que alguna tristeza
pudo el partir diferir,
que en fin, Federico estaba
seguro en su pensamiento
de heredarme, cuyo intento,
que con mi amor consultaba,
fundaba bien su intención,
porque es Federico, Aurora,
lo que más mi alma adora,
y fue casarme traición
que hago a mi propio gusto;
que mis vasallos han sido
quien me ha forzado y vencido
a darle tanto disgusto;
si bien dicen que esperaban
tenerle por su señor,
o por conocer mi amor,
o porque también le amaban;
más que los deudos que tienen
derecho a mi sucesión,
pondrán pleito con razón;
o que si a las armas vienen,
no pudiendo concertallos,
abrasarán estas tierras,
porque siempre son las guerras
a costa de los vasallos.
Con esto determiné
casarme. No pude más.

AURORA: Señor, disculpado estás.
Yerro de Fortuna fue.
Pero la grave prudencia
del conde hallará templanza,
para que su confianza
tenga consuelo y paciencia.
Aunque en esta confusión
un consejo quiero darte,
que será remedio en parte
de su engaño y tu afición.
Perdona el atrevimiento;
que fiada en el amor
que me muestras, con valor
te diré mi pensamiento.

Yo soy, invicto duque, tu sobrina;
hija soy de tu hermano,
que en su primera edad, como temprano
almendro que la flor al cierzo inclina,
cinco lustros, ¡ay suerte
crüel!, rindió a la inexorable muerte.
Criásteme en tu casa, porque luego
quedé también sin madre.
Tú sólo fuiste mi querido padre,
y en el confuso laberinto ciego
de mis fortunas tristes
el hilo de oro que de luz me vistes.
Dísteme por hermano a Federico,

mi primo en la crianza,
 a cuya siempre honesta confianza
 con dulce trato honesto amor aplico,
 no menos de él querida,
 viviendo entrambos una misma vida.
 Una ley, un amor, un albedrío,
 una fe nos gobierna,
 que con el matrimonio será eterna,
 siendo yo suya, y Federico mío;
 que aun apenas la muerte
 osara dividir lazo tan fuerte.
 Desde la muerte de mi padre amado,
 tiene mi hacienda aumento;
 no hay en Italia agora casamiento
 más igual a sus prendas y a su estado;
 que yo, entre muchos grandes,
 ni miro a España, ni me aplico a Flandes.
 Si le casas conmigo, estás seguro
 de que no se entristezca
 de que Casandra sucesión te ofrezca,
 sirviendo yo de su defensa y muro.
 Mira si en este medio
 promete mi consejo tu remedio.

DUQUE: Dame tus brazos, Aurora,
 que en mi sospecha y recelo,
 eres la misma del cielo
 que mi noche ilustra y dora.

Hoy mi remedio amaneces,
 y en el sol de tu consejo
 miro, como en claro espejo,
 el que a mi sospecha ofreces.

Mi vida y honra aseguras;
 y así, te prometo al conde,
 si a tu honesto amor responde
 la fe con que le procuras;
 que bien creo que estará
 cierta de su justo amor,
 como yo, que tu valor,
 Aurora, merece más.

Y así, pues vuestros intentos
 conformes vienen a ser,
 palabra te doy de hacer
 juntos los dos casamientos.

Venga el conde, y tú verás
 qué día a Ferrara doy.

AURORA: Tu hija y tu esclava soy.
 No puedo decirte más.

Sale BATÍN

BATÍN: Vuestra alteza, gran señor,
 reparta entre mí y el viento
 las albricias, porque a entrambos

se las debe de derecho;
 que no sé cual de los dos
 vino en el otro corriendo;
 yo en el viento, o él en mí,
 él en mis pies, yo en su vuelo.
 La duquesa, mi señora,
 viene buena, y si primero
 dijo la fama que el río,
 con atrevimiento necio,
 volvió el coche, no fue nada;
 porque el conde al mismo tiempo
 llegó y la sacó en los brazos,
 con que las paces se han hecho
 de aquella opinión vulgar:
 que nunca bien se quisieron
 los alnados y madrastras;
 porque con tanto contento
 vienen juntos, que parecen
 hijo y madre verdaderos.

DUQUE: Esa paz, Batín amigo,
 es la nueva que agradezco;
 y que traiga gusto el conde,
 fuera de ser nueva es nuevo.
 Querrá Dios que Federico
 con su buen entendimiento
 se lleve bien con Casandra.
 En fin, ¿ya los dos se vieron,
 y en tiempo que pudo hacerle
 ese servicio?

BATÍN: Prometo
 a vuestra alteza que fue
 dicha de los dos.

AURORA: Yo quiero
 que me des nuevas también.

BATÍN: ¡Oh, Aurora, que a la del cielo
 das ocasión con el nombre
 para decirte conceptos!
 ¿Qué me quieres preguntar?

AURORA: Deseo de saber tengo
 si es muy hermosa Casandra.

BATÍN: Esa pregunta y deseo
 no era de vuestra excelencia,
 sino del duque; mas pienso
 que entrambos sabéis por fama
 lo que repetir no puedo,
 porque ya llegan.

DUQUE: Batín,
 ponte esta cadena al cuello.

**Salen con gran acompañamiento y bizarría RUTILIO,
 FLORO, ALBANO, LUCINDO, el MARQUÉS Gonzaga, FEDERICO,
 CASANDRA y
 LUCRECIA**

FEDERICO: En esta huerta, señora,

os tienen hecho aposento
para que el duque os reciba,
en tanto que disponiendo
queda Ferrara la entrada,
que a vuestros merecimientos
será corta, aunque será
la mayor que en estos tiempos
en Italia se haya visto.

CASANDRA: Ya, Federico, el silencio
me provocaba a tristeza.

FEDERICO: Fue de aquesta causa efecto.
Ya salen a recibiros
el Duque y Aurora.

DUQUE: El cielo,
hermosa Casandra, a quien
con toda el alma os ofrezco
estos estados, os guarde,
para su señora y dueño,
para su aumento y su honor,
los años de mi deseo.

CASANDRA: Para ser de vuestra alteza
esclava, gran señor, vengo,
que de este título sólo
recibe mi casa aumento,
mi padre honor y mi patria
gloria, en cuya fe poseo
los méritos de llegar
a ser digna de los vuestros.

DUQUE: Dadme vos, señor Marqués,
los brazos, a quien hoy debo
prenda de tanto valor.

MARQUÉS: En su nombre los merezco,
y por la parte que tuve
en este alegre himeneo,
pues hasta la ejecución
me sois deudor del concierto,

AURORA: Conoced, Casandra, a Aurora.

CASANDRA: Entre los bienes que espero
de tanta ventura mía,
es ver, Aurora, que os tengo
por amiga y por señora.

AURORA: Con serviros, con quereros
por dueño de cuanto soy,
sólo responderos puedo.
Dichosa Ferrara ha sido,
¡oh Casandra!, en mereceros
para gloria de su nombre.

CASANDRA: Con tales favores entro,
que ya en todas mis acciones
próspero fin me prometo.

DUQUE: Sentaos, porque os reconozcan
con debido amor mis deudos
y mi casa.

CASANDRA: No replico;
cuanto mandáis obedezco.

***Siéntense debajo del dosel el DUQUE y CASANDRA y el
MARQUÉS y AURORA***

CASANDRA: ¿No se sienta el conde?

DUQUE: No;
 porque ha de ser el primero
 que os ha de besar la mano.

CASANDRA: Perdonad; que no consiento
 esa humildad.

FEDERICO: Es agravio
 de mi amor; fuera de serlo,
 es ir contra mi obediencia.

CASANDRA: Eso no.

FEDERICO: (Temblando luego).

Aparte

CASANDRA: Teneos.

FEDERICO: No lo mandéis.
 Tres veces, señora, beso
 vuestra mano: una por vos,
 con que humilde me sujeto
 a ser vuestro mientras viva,
 de estos vasallos ejemplo;
 la segunda por el duque,
 mi señor, a quien respeto
 obediente; y la tercera
 por mí, porque no teniendo
 más por vuestra obligación
 ni menos por su precepto,
 sea de mi voluntad,
 señora, reconoceros;
 que la que sale del alma
 sin fuerza de gusto ajeno,
 es verdadera obediencia.

CASANDRA: De tan obediente cuello
 sean cadena mis brazos.

DUQUE: Es Federico discreto.

MARQUÉS: Días ha, gallarda Aurora,
 que los deseos de veros
 nacieron de vuestra fama,
 y a mi fortuna le debo
 que tan cerca me pusiese
 de vos, aunque no sin miedo,
 para que sepáis de mí
 que, puesto que se cumplieron,
 son mayores de serviros
 cuando tan hermosa os veo.

AURORA: Yo, señor marqués, estimo
 ese favor como vuestro,
 porque ya de vuestro nombre,
 que por las armas eterno
 será en Italia, tenía
 noticia por tantos hechos.
 Lo de galán ignoraba,
 y fue ignorancia os confieso,
 porque soldado y galán
 es fuerza, y más en sujeto
 de tal sangre y tal valor.

MARQUÉS: Pues haciendo fundamento
 de ese favor, desde hoy
 me nombro vuestro, y prometo

mantener en estas fiestas
a todos los caballeros
de Ferrara, que ninguno
tiene tan hermoso dueño.

DUQUE: Que descanséis es razón;
que pienso que entreteneros
es hacer la necedad
que otros casados dijeron.
No diga el largo camino
que he sido dos veces necio,
y amor que no estimo el bien,
pues no le agradezco el tiempo.

***Todos se van con grandes cumplimientos y quedan FEDERICO
y BATÍN***

FEDERICO: ¡Qué necia imaginación!

BATÍN: ¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?

FEDERICO: Bien dicen que nuestra vida
es sueño, y toda es sueño,
pues que no sólo dormidos,
pero aun estando despiertos,
cosas imagina un hombre
que al más abrasado enfermo
con frenesí no pudieran
llegar a su entendimiento.

BATÍN: Dices bien; que alguna vez
entre muchos caballeros
suelo estar, y sin querer
se me viene al pensamiento
dar un bofetón a uno
y morderle del pezcuezo.
Si estoy en algún balcón,
estoy pensando y temiendo
echarme de él, y matarme.
Si estoy en la iglesia oyendo
algún sermón, imagino
que le digo que está impreso.
Dame ganas de reír
si voy en algún entierro;
y si dos están jugando
que les tiro el candelero.
Si cantan, quiero cantar,
y si alguna dama veo,
en mi necia fantasía
asirla del moño intento,
y me salen mil colores,
como si lo hubiera hecho.

FEDERICO: ¡Jesús! ¡Dios me valga! ¡Afuera,
desatinados conceptos
de sueños despiertos! ¿Yo
tal imagino, tal pienso?
¡Tal me prometo, tal digo!
¡Tal fabrico, tal emprendo!
¡No más! ¡Extraña locura!

BATÍN: Pues, ¿Tú para mí secreto?
 FEDERICO: Batín, no es cosa que hice,
 y así nada te reservo;
 que las imaginaciones
 son espíritus sin cuerpo.
 Lo que no es ni ha de ser,
 no es esconderte mi pecho.

BATÍN: Y si te lo digo yo,
 ¿negarásme lo?

FEDERICO: Primero
 que puedas adivinarlo,
 habrá flores en el cielo,
 y en este jardín estrellas.

BATÍN: Pues mira como lo acierto;
 que te agrada tu madrastra
 y estás entre ti diciendo...

FEDERICO: ¡No lo digas! Es verdad.
 Pero yo, ¿qué culpa tengo,
 pues el pensamiento es libre?

BATÍN: Y tanto, que por su vuelo
 la inmortalidad del alma
 se mira como en espejo.

FEDERICO: Dichoso es el duque.

BATÍN: ¡Y mucho!

FEDERICO: Con ser imposible, llevo
 a estar envidioso de él.

BATÍN: Bien puedes, con presupuesto
 de que era mejor Casandra
 para ti.

FEDERICO: Con eso puedo
 morir de imposible amor
 y tener posibles celos.

Vanse los dos

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen CASANDRA y LUCRECIA

LUCRECIA: Con notable admiración
me ha dejado vuestra alteza.

CASANDRA: No hay altezas con tristeza,
y más si bajezas son.

Más quisiera, y con razón,
ser una ruda villana
que me hallara la mañana
al lado de un labrador,
que desprecio de un señor
en oro, púrpura y grana.

¡Pluguiera a Dios que naciera
bajamente, pues hallara
quien lo que soy estimara
y a mi amor correspondiera!
En aquella humilde esfera,
como en las camas reales,
se gozan contentos tales,
que no los crece el valor,
si los efectos de amor
son en las noches iguales.

No los halla a dos casados
el sol por las vidrieras
de cristal, a la primeras
luces del alba, abrazados
con más gusto, ni en dorados
techos más descanso halló
que tal vez su rayo entró,
del aurora a los principios,
por mal ajustados ripios,
y un alma en dos cuerpos vio.

¡Dichosa la que no siente
un desprecio autorizado,
y se levanta del lado
de su esposo alegremente!
La que en la primera fuente
mira y lava, ¡oh cosa rara!,
con las dos manos la cara,
y no en llanto cuando fue
con ser duque de Ferrara.

Sola una noche le vi
en mis brazos en un mes,
y muchas le vi después
que no quiso verme a mí.
Pero de que viva así
¿cómo me puedo quejar,
pues que me pudo enseñar
la fama que quien vivía
tan mal, no se enmendaría
aunque mudase lugar?

Que venga un hombre a su casa
cuando viene al mundo el día,
que viva a su fantasía,
por libertad de hombre pasa.
¿Quién puede ponerle tasa?
Pero que con tal desprecio
trate una mujer de precio,
de que es casado olvidado,

o quiere ser desdichado,
o tiene mucho de necio.

El duque debe de ser
de aquéllos cuya opinión
en tomando posesión,
quieren en casa tener
como alhaja la mujer,
para adorno, lustre y gala,
silla o escritorio en sala;
y es término que condeno,
porque con marido bueno,
¿cuándo se vio mujer mala?

La mujer de honesto trato
viene para ser mujer
a su casa; que no a ser
silla, escritorio o retrato.
Basta ser un hombre ingrato,
sin que sea descortés;
y es mejor, si causa es
de algún pensamiento extraño,
no dar ocasión al daño,
que remediarle después.

LUCRECIA: Tu discurso me ha causado
lástima y admiración;
que tan grande sinrazón
puede ponerte en cuidado.
¿Quién pensara que casado
fuera el duque tan vicioso,
o que no siendo amoroso,
cortés, como dices, fuera,
con que tu pecho estuviera
para el agravio animoso?
En materia de galán
puédese picar en celos,
y dar algunos desvelos,
cuando dormidos están
el desdén, el ademán,
la risa con quien pasó,
alabar al que la habló,
con que despierta el dormido;
pero celos a marido,
¿quién en el mundo los dio?
¿Hale escrito vuestra alteza
a su padre estos enojos?

CASANDRA: No, Lucrecia; que mis ojos
sólo saben mi tristeza.

LUCRECIA: Conforme a la naturaleza
y a la razón, mejor fuera
que el conde te mereciera
y que contigo casado,
asegurado su estado,
su nieto le sucediera.

Que aquestas melancolías
que trae el conde, no son,
señora, sin ocasión.

CASANDRA: No serán sus fantasías,
Lucrecia, de envidias mías,
ni yo hermanos le daré;
con que Federico esté
seguro que no soy yo

la que la causa le dio.
Desdicha de entrambos fue.

Salen el DUQUE, FEDERICO y BATÍN

DUQUE: Si yo pensara, conde, que te diera
tanta tristeza el casamiento mío,
antes de imaginarlo me muriera.

FEDERICO: Señor, fuera notable desvarío
entristecerme a mí tu casamiento.
Ni de tu amor por eso desconfío.

Advierta pues tu claro entendimiento
que si del casamiento me pesara,
disimular supiera el descontento.

La falta de salud se ve en mi cara,
pero no la ocasión.

DUQUE: Mucho presumen
los médicos de Mantua y de Ferrara,
y todos finalmente se resumen
en que casarte es el mejor remedio,
en que tales tristezas se consumen.

FEDERICO: Para doncellas era mejor medio,
señor, que para un hombre de mi estado
que no por esos medios me remedio.

CASANDRA: Aun apenas el duque me ha mirado.
¡Desprecio extraño y vil descortesía!

LUCRECIA: Si no te ha visto, no será culpado.

CASANDRA: Fingir descuido es brava tiranía.
Vamos, Lucrecia; que, si no me engaño,
de este desdén le pesará algún día.

Vanse las dos

DUQUE: Si bien de la verdad me desengaño,
yo quiero proponerte un casamiento,
ni lejos de tu amor, ni en reino extraño.

FEDERICO: Es por ventura Aurora?

DUQUE: El pensamiento
me hurtaste al producirla por los labios,
como quien tuvo el mismo sentimiento.

Yo consulté los más ancianos sabios
del magistrado nuestro, y todos vienen
en que esto sobredora tus agravios.

FEDERICO: Poca experiencia de mi pecho tienen;
neciamente me juzgan agraviado,
pues sin causa ofendido me previenen.

Ellos saben que nunca reprobado
tu casamiento de mi voto ha sido;
antes por tu sosiego deseado.

DUQUE: Así lo creo y siempre lo he creído;

y esa obediencia, Federico, pago
con estar de casarme arrepentido.

FEDERICO: Señor, porque no entiendas que yo hago
sentimiento de cosa que es tan justa,
y el amor que me muestras satisfago,
sabré primero si mi prima gusta;
y luego disponiendo mi obediencia
pues lo contrario fuera cosa injusta,
haré lo que me mandas.

DUQUE: Su licencia
tengo firmada de su misma boca.

FEDERICO: Yo sé que hay novedad, de cierta ciencia,
y que porque a servirle le provoca,
el marqués en Ferrara se ha quedado.

DUQUE: Pues eso, Federico, ¿qué te toca?

FEDERICO: Al que se ha de casar le da cuidado
el galán que ha servido y aún enojos;
que es escribir sobre papel borrado.

DUQUE: Si andan los hombres a mirar antojos,
encierren en castillos las mujeres
desde que nacen, contra tantos ojos;
que el más puro cristal, si verte quieres,
se mancha del aliento; mas, ¿qué importa
si del mirar escrupuloso eres?

Pues luego que se limpia y se reporta,
tan claro queda como estaba antes.

FEDERICO: Muy bien tu ingenio y tu valor me exhorta.

Señor, cuando centellas rutilantes
escupe alguna fragua, y el que fragua
quiere apagar las llamas resonantes,
moja las brasas de la ardiente fragua;
pero rebeldes ellas, crecen luego,
y arde el fuego voraz lamiendo el agua.

Así un marido del amante ciego
templa el deseo y la primera llama;
pero puede volver más vivo el fuego;
y así, debo temerme de quien ama;
que no quiero ser agua que le aumente,
dando fuego a mi honor y humo a mi fama.

DUQUE: Muy necio, conde, estás e impertinente.
Hablas de Aurora, cual si noche fuera,
con bárbaro lenguaje e indecente.

FEDERICO: Espera.

DUQUE: ¿Para qué?

FEDERICO: Señor, espera.

Vase el DUQUE

BATÍN: ¡Oh qué bien has negociado
la gracia del duque!

FEDERICO: Espero
su desgracia, porque quiero
ser en todo desdichado;
que mi desesperación
ha llegado a ser de suerte

que sólo para la muerte
me permite apelación.

Y si muriera quisiera
poder volver a vivir
mil veces, para morir
cuantas a vivir volviera.

Tal estoy, que no me atrevo
ni a vivir ni a morir ya,
por ver que el vivir será
volver a morir de nuevo.

Y si no soy mi homicida,
es por ser mi mal tan fuerte,
que porque es menos la muerte,
me dejo estar con la vida.

BATÍN: Según eso, ni tú quieres
vivir, conde, ni morir;
que entre morir y vivir
como hermafrodita eres;
que como aquél se compone
de hombre y mujer, tú de muerte
y vida; que de tal suerte
la tristeza te dispone,
que ni eres muerte ni vida.
Pero ¡por Dios! que, mirado
tu desesperado estado,
me obligas a que te pida
o la razón de tu mal
o la licencia de irme
adonde que fui confirme
desdichado por leal.

Dame tu mano.

FEDERICO: Batín,
si yo decirte pudiera
mi mal, mal posible fuera,
y mal que tuviera fin.
Pero la desdicha ha sido
que es mi mal de condición
que no cabe en mi razón
sino sólo en mi sentido;
que cuando por mi consuelo
voy a hablar, me pone en calma
ver que de la lengua al alma
hay más que del suelo al cielo.
Vete, si quieres, también,
y déjame solo aquí,
porque no haya cosa en mí
que aun tenga sombra de bien.

Salen CASANDRA y AURORA

CASANDRA: ¿De eso lloras?

AURORA: ¿Le parece
a vuestra alteza, señora,
sin razón, si el conde agora
me desprecia y aborrece?

Dice que quiero al marqués
Gonzaga. ¿Yo a Carlos, yo?
¿Cuándo? ¿Cómo? Pero no;
que ya sé lo que esto es.

Él tiene en su pensamiento
irse a España, despechado
de ver su padre casado;
que antes de su casamiento
la misma luz de sus ojos
era yo; pero ya soy
quien en los ojos le doy,
y mis ojos sus enojos.

¿Qué aurora nuevas del día
trajo al mundo sin hallar
al conde donde a buscar
la de sus ojos venía?

¿En qué jardín, en qué fuente
no me dijo el conde amores?
¿Qué jazmines o qué flores
no fueron mi boca y frente?

Cuando de mí se apartó,
¿qué instante vivió sin mí?,
o, ¿cómo viviera en sí,
si no le animara yo?

Que tanto el trato acrisola
la fe de amor, que de dos
almas que nos puso Dios,
hicimos un alma sola.

Esto desde tiernos años,
porque con los dos nació
este amor, que hoy acabó
a manos de sus engaños.

Tanto pudo la ambición
del estado que ha perdido.

CASANDRA: Pésame de que haya sido,
Aurora, por mi ocasión.

Pero temple tus desvelos
mientras voy a hablar con él,
si bien es cosa crüel
poner en razón los celos.

AURORA: ¿Yo celos?

CASANDRA: Con el marqués
dice el duque.

AURORA: Vuestra alteza
crea que aquella tristeza
ni es amor, ni celos es.

Vase AURORA

CASANDRA: Federico.

FEDERICO: Mi señor,
dé vuestra alteza la mano
a su esclavo.

CASANDRA: ¿Tú en el suelo?
Conde, no te humilles tanto;

que te llamaré "excelencia."
 FEDERICO: Será de mi honor agravio.
 Ni me pienso levantar
 sin ella.
 CASANDRA: Aquí están mis brazos.
 ¿Qué tienes? ¿Qué has visto en mí?
 Parece que estás temblando.
 ¿Sabes ya lo que te quiero?
 FEDERICO: El haberlo adivinado,
 el alma lo dijo al pecho,
 el pecho al rostro, causando
 el sentimiento que miras.
 CASANDRA: Déjanos solos un rato,
 Batín; que tengo que hablar
 al conde.
 BATÍN: (¡El conde turbado, **Aparte**
 a hablarle Casandra a solas!
 No lo entiendo).

Vase BATÍN

FEDERICO: (¡Ay cielo!, en tanto **Aparte**
 que muero Fénix, poned
 a tanta llama descanso,
 pues otra vida me espera).
 CASANDRA: Federico, aunque reparo
 en lo que me ha dicho Aurora
 de tus celosos cuidados
 después que vino conmigo
 a Ferrara el marqués Carlos,
 por quien de casarte dejas,
 apenas me persuado
 que tus méritos desprecies,
 siendo, como dicen sabios
 desconfianza y envidia;
 que más tiene de soldado,
 aunque es gallardo el marqués,
 que de galán cortesano.
 De suerte que lo que pienso
 de tu tristeza y recato
 es porque el duque, tu padre,
 se casó conmigo, dando
 por ya perdida tu acción,
 a la luz del primero parto,
 que a sus estados tenías.
 Y siendo así que yo causo
 tu desasosiego y pena,
 desde aquí te desengaño,
 que puedes estar seguro
 de que no tendrás hermanos,
 porque el duque, solamente
 por cumplir con sus vasallos,
 este casamiento ha hecho;
 que sus viciosos regalos,
 por no les dar otro nombre,
 apenas el breve espacio

de una noche, que su cuenta
 fue cifra de muchos años,
 mis brazos le permitieron;
 que a los deleites pasados
 ha vuelto con mayor furia,
 roto el freno de mis brazos.
 Como se suelta al estruendo
 un arrogante caballo
 del atambor, porque quiero
 usar de término casto,
 que del bordado jaez
 va sembrando los pedazos,
 allí las piezas del freno
 vertiendo espumosos rayos,
 allí la barba y la rienda,
 allí las cintas y lazos.
 Así el duque, la obediencia
 rota al matrimonio santo,
 va por mujercillas viles
 pedazos de honor sembrando.
 Allí se deja la fama,
 allí los laureles y arcos,
 los títulos y los nombres
 de sus ascendientes claros,
 allí el valor, la salud
 y el tiempo tan mal gastado,
 haciendo las noches días
 en estos indignos pasos;
 con que sabrás cuán seguro
 estás de heredar su estado;
 o escribiendo yo a mi padre
 que es, más que esposo, tirano,
 para que me saque libre
 del Argel de su palacio,
 si no anticipa la muerte
 breve fin a tantos daños.

FEDERICO: Comenzando vuestra alteza
 riñéndome, acaba en llanto
 su discurso, que pudiera
 en el más duro peñasco
 imprimir dolor. (¿Qué es esto? **Aparte**
 Sin duda que me ha mirado
 por hijos de quien la ofende;
 pero yo la desengaño
 que no parezca hijo suyo
 para tan injustos casos).
 Esto persuadido así,
 de mi tristeza, me espanto
 que la atribuyas, señora,
 a pensamientos tan bajos.
 ¿Ha menester Federico,
 para ser quien es, estado?
 ¿No lo son los de mi prima,
 si yo con ella me caso,
 o si la espada por dicha
 contra algún príncipe saco
 de estos confinantes nuestros,
 los que me quitan restauro?
 No procede mi tristeza
 de interés; y aunque me alargo

a más de lo que es razón,
 sabe, señora, que paso
 una vida la más triste
 que se cuenta de hombre humano
 desde que Amor en el mundo
 puso las flechas al arco.
 Yo me muero sin remedio,
 mi vida se va acabando,
 como vela, poco a poco,
 y ruego a la muerte en vano
 que no aguarde a que la cera
 llegue al último desmayo,
 sino que con breve soplo
 cubra de noche mis años.

CASANDRA: Detén, Federico ilustre,
 las lágrimas; que no ha dado
 el cielo el llanto a los hombres,
 sino el ánimo gallardo.
 Naturaleza el llorar
 vinculó por mayorazgo
 en las mujeres, a quien,
 aunque hay valor, faltan manos.
 No en los hombres, que una vez
 sólo pueden, y es en caso
 de haber perdido el honor,
 mientras vengan el agravio.
 ¡Mal haya Aurora, y sus celos,
 que un caballero bizarro,
 discreto, dulce y tan digno
 de ser querido, a una estado
 ha reducido tan triste!

FEDERICO: No es Aurora; que es engaño.

CASANDRA: Pues, ¿quién es?

FEDERICO: El mismo sol;
 que de esas auroras hallo
 muchas siempre que amanece.

CASANDRA: ¿Que no es Aurora?

FEDERICO: Más alto
 vuela el pensamiento mío.

CASANDRA: ¿Mujer te ha visto y hablado,
 y tú le has dicho tu amor,
 que puede con pecho ingrato
 corresponderte? ¿No miras
 que son efectos contrarios,
 y proceder de una causa
 parece imposible?

FEDERICO: Cuando
 supieras tú el imposible,
 dijeras que soy de mármol,
 pues no me matan mis penas,
 o que vivo de milagro.
 ¿Qué Faetonte se atrevió
 del sol al dorado carro,
 aquél que juntó con cera,
 débiles plumas infausto,
 que sembradas por los vientos,
 pájaros que van volando
 las creyó el mar, hasta verlas
 en sus cristales salados?
 ¿Qué Belerofonte vio

en el caballo Pegaso
 parecer el mundo un punto
 del círculo de los astros?
 ¿Qué griego Sinón metió
 aquel caballo preñado
 de armado hombres en Troya,
 fatal de su incendio parto?
 ¿Qué Jasón tentó primero
 pasar el mar temerario,
 poniendo yugo a su cuello
 los pinos y lienzos de Argos,
 que se iguale a mi locura?

CASANDRA: ¿Estás, conde, enamorado
 de alguna imagen de bronce,
 ninfa o diosa de alabastro?
 Las almas de las mujeres
 no las viste jaspe helado;
 ligera cortina cubre
 todo pensamiento humano.
 Jamás Amor llamó al pecho,
 siendo con méritos tantos,
 que no respondiese el alma;
 "Aquí estoy; pero entrad paso."
 Dile tu amor, sea quien quiere;
 que no sin causa pintaron
 a Venus tal vez los griegos
 rendida a un sátiro y fauno.
 Más alta será la luna,
 y de su cerco argentado
 bajó por Endimión
 mil veces al monte Latmo.
 Toma mi consejo, conde;
 que el edificio más casto
 tiene la puerta de cera.
 Habla, y no mueras callando.

FEDERICO: El cazador con industria
 pone al pelícano indiano
 fuego alrededor del nido;
 y él, descendiendo de un árbol,
 para librar a sus hijos
 bate las alas turbado,
 con que más enciende el fuego
 que piensa que está matando.
 Finalmente se le queman,
 y sin alas, en el campo
 se deja coger, no viendo
 que era imposible volando.
 Mis pensamientos, que son
 hijos de mi amor, que guardo
 en el nido del silencio,
 se están, señora, abrasando.
 Bate las alas amor,
 y enciéndelos por librarlos.
 Crece el fuego, y él se quema.
 Tú me engañas, yo me abraso;
 tú me incitas, yo me pierdo;
 tú me animas, yo me espanto;
 tú me esfuerzas, yo me turbo;
 tú me libras, yo me enlazo;
 tú me llevas, yo me quedo;

tú me enseñas, yo me atajo;
 porque es tanto mi peligro,
 que juzgo por menos daños,
 pues todos ha de ser morir,
 morir sufriendo y callando.

Vase FEDERICO

CASANDRA: No ha hecho en la tierra el cielo
 cosa de más confusión
 que fue la imaginación
 para el humano desvelo.
 Ella vuelve el fuego en hielo,
 y en el color se transforma
 del deseo, donde forma
 guerra, paz, tormenta y calma;
 y es una manera de alma
 que más engaña que informa.

Estos oscuros intentos,
 estas clara confusiones,
 más que me han dicho razones,
 me han dejado pensamientos.
 ¿Qué tempestades los vientos
 mueven de más variedades
 que estas confusas verdades
 en una imaginación?
 Porque las del alma son
 las mayores tempestades.

Cuando a imaginar me inclino
 que soy lo que quiere el conde,
 el mismo engaño responde
 que lo imposible imagino.
 Luego mi fatal destino
 me ofrece mi casamiento,
 y en lo que siento, consiento;
 que no hay tan grande imposible
 que no le juzguen visible
 los ojos del pensamiento.

Tantas cosas se me ofrecen
 juntas, como esto ha caído
 sobre un bárbaro marido,
 que pienso que me enloquecen.
 Los imposibles parecen
 fáciles, y yo, engañada,
 ya pienso que estoy vengada;
 mas siendo error tan injusto,
 a la sombra de mi gusto
 estoy mirando su espada.

Las partes del conde son
 grandes; pero mayor fuera
 mi desatino, si diera
 puerta a tan loca pasión.
 No más, necia confusión.
 Salid, cielo, a la defensa
 aunque no yerra quien piensa;

porque en el mundo no hubiera
hombre con honra si fuera
ofensa pensar la ofensa.

Hasta agora no han errado
ni mi honor ni mi sentido,
porque lo que he consentido,
ha sido un error pintado.
Consentir lo imaginado,
para con Dios es error,
mas no para el deshonor;
que diferencian intentos
el ver Dios los pensamientos
y no los ver el honor.

Sale AURORA

AURORA: Larga plática ha tenido
vuestra alteza con el conde.
¿Qué responde?

CASANDRA: Que responde
a tu amor agradecido.
Sosiega, Aurora, sus celos;
que esto pretende, no más.

Vase CASANDRA

AURORA: ¡Qué tibio consuelo das
a mis ardientes celos!
¡Que pueda tanto en un hombre
que adoró mis pensamientos,
ver burlados los intentos
de aquel ambicioso nombre
con que heredaba a Ferrara!
Tú eres poderoso, Amor.
Por ti ni en vida, ni honor,
ni aun en alma se repara.
Y Federico se muere
que me solía querer,
con la tristeza de ver
lo que de Casandra infiere.
Pero, pues él ha fingido
celos por disimular
la ocasión, y despertar
suelen el amor dormido,
quiero dárselos de veras,
favoreciendo al marqués.

Salen RUTILIO y el MARQUÉS

RUTILIO: Con el contrario que ves,
 en vano remedio esperas
 de tus locas esperanzas.

MARQUÉS: Calla, Rutilio, que aquí
 está Aurora.

RUTILIO: Y tú sin ti,
 firme entre tantas mudanzas.

MARQUÉS: Aurora del claro día
 en que te dieron mis ojos,
 con toda el alma en despojos,
 la libertad que tenía;
 Aurora, que el sol envía
 cuando en mi pena anochece,
 por quien ya cuanto florece
 viste colores hermosas,
 pues entre perlas y rosas
 de tus labios amanece;
 Desde que de Mantua vine,
 hice con poca ventura
 elección de tu hermosura,
 que no hay alma que no incline.
 ¡Qué mal mi engaño previne,
 puesto que el alma te adora,
 pues sólo sirve, señora,
 de que te canses de mí,
 hallando mi noche en ti,
 cuando te suspiro Aurora!
 No el verte desdicha ha sido;
 que ver luz nunca lo fue,
 sino que mi amor te dé
 causa para tanto olvido.
 Mi partida he prevenido,
 que es el remedio mejor:
 fugitivo a tu rigor,
 voy a buscar resistencia
 en los milagros de ausencia
 y en las venganzas de amor.

Dame licencia y la mano.
 AURORA: No se morirá de triste
 el que tan poco resiste,
 ni galán ni cortesano,
 marqués, el primer desdén;
 que no están hechos favores
 para primeros amores
 antes que se quiera bien.

Poco amáis, poco sufrís,
 pero en tal desigualdad,
 con la misma libertad
 que licencia me pedís,
 os mando que no os partáis.
 MARQUÉS: Señora, a tan gran favor,
 aunque parece rigor,
 con que esperar me mandáis,

no los diez años que a Troya
 cercó el griego, ni los siete
 del pastor, a quien promete
 Labán su divina joya,
 pero siglos inmortales,
 como Tántalo estaré
 entre la duda y la fe
 de vuestros bienes y males.

Albricias quiero pedir
 a mi amor de mi esperanza.

AURORA: Mientras el bien no se alcanza
 méritos tiene el sufrir.

Salen el DUQUE, FEDERICO y BATÍN

DUQUE: Escíbeme el Pontífice por ésta
 que luego a Roma parta.

FEDERICO: ¿Y no dice la causa en esa carta?

DUQUE: Que sea la respuesta,

conde, partirme al punto.

FEDERICO: Si lo encubres, señor, no lo pregunto.

DUQUE: ¿Cuándo te encubro yo, conde, mi pecho?

Sólo puedo decirte que sospecho
 que con las guerras que en Italia tiene,
 si numeroso ejército previene,
 podemos presumir que hacerme intenta
 general de la Iglesia; que a mi cuenta
 también querrá que con dinero ayude,
 si no es que en la elección de intento mude.

FEDERICO: No en vano lo que piensas me encubrás,
 si solo te partías;

que ya será conmigo; que a tu lado
 no pienso que tendrás mejor soldado.

DUQUE: Eso no podrá ser porque no es justo,
 conde, que sin los dos mi casa quede.

Ninguno como tú regirla puede.

Esto es razón y basta ser mi gusto.

FEDERICO: No quiero darte, gran señor, disgusto;
 pero en Italia, ¿qué dirán si quedo?

DUQUE: Que esto es gobierno, y que sufrir no puedo
 aun de mi propio hijo compañía.

FEDERICO: Notable prueba en la obediencia mía.

Vase el DUQUE

BATÍN: Mientras con el duque hablaste
 he reparado en que Aurora,
 sin hacer caso de ti,
 con el marqués habla a solas.

FEDERICO: ¿Con el marqués?
 BATÍN: Sí, señor.
 FEDERICO: ¿Y qué piensas tú que importa?

AURORA, aparte con el MARQUÉS y RUTILIO

AURORA: Esta banda prenda sea
 del primer favor.

MARQUÉS: Señora,
 será cadena en mi cuello,
 será de mi mano esposa,
 para no darla en mi vida.
 Si queréis que me la ponga,
 será doblado el favor.

AURORA: (Aunque es venganza amorosa
 parece a mi amor agravio).
 Porque de dueño mejora
 os ruego que os la pongáis.

Aparte

BATÍN: Ser las mujeres traidoras
 fue de la naturaleza
 invención maravillosa;
 porque, si no fueran falsas,
 algunas digo, no todas,
 idolatrarán en ellas
 los hombres que las adoran.
 ¿No ves la banda?

FEDERICO: ¿Qué banda?

BATÍN: ¿Qué banda? ¡Graciosa cosa!

Una que lo fue del sol,
 cuando lo fue de una sola
 en la gracia y la hermosura,
 planetas con que se adorna,
 y agora, como en eclipse,
 del dragón lo extremo toca.
 Yo me acuerdo cuando fuera
 la banda de la discordia,
 como la manzana de oro
 de Paris y las tres diosas.

FEDERICO: Eso fue entonces, Batín,
 pero es otro tiempo agora.

AURORA: Venid al jardín conmigo.

Vanse AURORA, el MARQUÉS y RUTILIO

BATÍN: ¡Con qué libertad la toma
 de la mano y se van juntos!

FEDERICO: ¿Qué quieres, si se conforman
 las almas?

BATÍN: ¿Eso respondes?

FEDERICO: ¿Qué quieres que te responda?

BATÍN: Si un cisne no sufre al lado
 otro cisne y se remonta
 con su prenda muchas veces
 a las extranjeras ondas;
 y un gallo, si al de otra casa
 con sus gallinas le topa,
 con el suyo le deshace
 los picos de la corona;
 y encrespando su turbante,
 turco por la barba roja,
 celoso vencerle intenta
 hasta en la nocturna solfa;
 ¿cómo sufres que el marqués
 a quitarte se disponga
 prenda que tanto quisiste?

FEDERICO: Porque la venganza propia
 para castigar las damas,
 que a los hombres ocasionan,
 es dejarlas con su gusto;
 porque aventura la honra
 quien la pone en sus mudanzas.

BATÍN: Dame, por Dios, una copia
 de ese arancel de galanes,
 tomaréle de memoria.
 No, conde. Misterio tiene
 tu sufrimiento, perdona;
 que pensamientos de amor
 son arcaduces de noria:
 ya deja el agua primera
 el que la segunda toma.
 Por nuevo cuidado dejas
 el de Aurora; que si sobra
 el agua, ¿cómo es posible
 que pueda ocuparse de otra?

FEDERICO: Bachiller estás, Batín,
 pues con fuerza cautelosa
 lo que no entiendo de mí
 a presumir te provocas.
 Entra, y mira qué hace el duque,
 y de partida te informa
 porque vaya acompañarle.

BATÍN: Sin causa necio me nombras,
 porque abonar tus tristezas
 fuera más necia lisonja.

Vase BATÍN

FEDERICO: ¿Qué buscas, imposible pensamiento?
 Bárbaro, ¿qué me quieres? ¡Qué me incitas?
 ¿Por qué la vida sin razón me quitas,
 donde volando aun no te quiere el viento?
 Detén el vagaroso movimiento;
 que la muerte de entrambos solicitas.
 Déjame descansar, y no permitas
 tan triste fin a tan glorioso intento.

No hay pensamiento, si rindió despojos,
 que sin determinado fin se aumente,
 pues dándole esperanzas, sufre enojos.
 Todo es posible a quien amando intente;
 y sólo tú naciste de mis ojos,
 para ser imposible eternamente.

Sale CASANDRA

CASANDRA: Entre agravios y venganzas
 anda solícito Amor
 después de tantas mudanzas,
 sembrando contra mi honor
 mal nacidas esperanzas.

En cosas inaccesibles
 quiere poner fundamentos,
 como si fuesen visibles;
 que no puede haber contentos
 fundado en imposibles.

En el ánimo que inclino
 al mal, por tantos disgustos
 del duque, loca imagino
 hallar venganzas y gustos
 en el mayor desatino.

Al galán conde y discreto,
 y su hijo, ya permito
 para mi venganza efeto,
 pues para tanto delito
 conviene tanto secreto.

Vile turbado, llegando
 a decir su pensamiento,
 y desmayarse temblando,
 aunque es más atrevimiento
 hablar un hombre callando.

Pues de aquella turbación
 tanto el alma satisface
 dándome el duque ocasión,
 que hay dentro de mí quien dice
 que si es amor, no es traición.

Y que cuando ser pudiera
 rendirme desesperada
 a tanto valor, no fuera
 la postrera enamorada,
 ni la traidora primera.

A sus padres han querido
 sus hijas, y a sus hermanos
 algunas. Luego no han sido
 mis sucesos inhumanos,
 ni mi propia sangre olvido.

Pero no es disculpa igual
 que haya otros males, de quien
 me valga en peligro tal;
 que para pecar no es bien
 tomar ejemplo del mal.

Éste es el conde. ¡Ay de mí!

Pero ya determinada,
¿qué temo?

FEDERICO: Ya viene aquí
desnuda la dulce espada
por quien la vida perdí.
¡Oh, hermosura celestial!

CASANDRA: ¿Cómo te va de tristeza
Federico?

FEDERICO: En tanto mal,
responderé a vuestra alteza
que es mi tristeza inmortal.

CASANDRA: Destemplan melancolías
la salud. Enfermo estás.

FEDERICO: Traigo unas necias porfías,
sin que pueda decir más,
señora, de que son más.

CASANDRA: Si es cosa que yo la puedo
remediar, fía de mí,
que en amor tu amor excedo.

FEDERICO: Mucho fíara de ti,
pero no me deja el miedo.

CASANDRA: Dijíste me que era amor
tu mal.

FEDERICO: Mi pena y mi gloria
nacieron de su rigor.

CASANDRA: Pues oye una antigua historia;
que el amor quiere valor:
Antífoco, enamorado
de su madrastra, enfermó
de tristeza y de cuidado.

FEDERICO: Bien hizo si se murió;
que yo soy más desdichado.

CASANDRA: El rey su padre, afligido,
cuantos médicos tenía
juntó, y fue tiempo perdido;
que la causa no sufría
que fuese amor conocido.
Mas Eróstrato, más sabio
que Hipócrates y Galeno,
conoció luego su agravio;
pero que estaba el veneno
entre el corazón y el labio.
Tomóle el pulso y mandó
que cuantas damas había
en palacio entrasen.

FEDERICO: Yo
presumo, señora mía,
que algún espíritu habló.

CASANDRA: Cuando su madrastra entraba,
conoció en la alteración
del pulso, que ella causaba
su mal.

FEDERICO: ¡Extraña invención!

CASANDRA: Tal en el mundo se alaba.

FEDERICO: ¿Y tuvo remedio así?

CASANDRA: No niegues, conde, que yo
he visto lo mismo en ti.

FEDERICO: Pues, ¿enojaráste?

CASANDRA: No.

FEDERICO: ¿Y tendrás lástima?

CASANDRA: Sí.

FEDERICO: Pues, señora, yo he llegado
perdido a Dios el temor
y al duque, a tan triste estado,
que éste mi imposible amor
me tiene desesperado.

En fin, señora, me veo
sin mí, sin vos, y sin Dios.
Sin Dios, por lo que os deseo;
sin mí, porque estoy sin vos;
sin vos, porque no os poseo.

Y por si no lo entendéis,
haré sobre estas razones
un discurso, en que podréis
conocer de mis pasiones
la culpa que vos tenéis.

Aunque dicen que el no ser
es, señora, el mayor mal,
tal por vos me vengo a ver,
que para no verme tal,
quisiera dejar de ser.

En tantos males me empleo,
después que mi ser perdí,
que aunque no verme deseo,
para ver si soy quien fui,
en fin, señora, me veo.

A decir que soy quien soy,
tal estoy, que no me atrevo,
y por tales pasos voy,
que aun no me acuerdo que debo
a Dios la vida que os doy.

Culpa tenemos los dos,
del no ser que soy agora,
pues olvidado por vos
de mí mismo, estoy, señora,
sin mí, sin vos y sin Dios.

Sin mí no es mucho, pues ya
no hay vida sin vos, que pida
al mismo que me la da;
pero sin Dios, con ser vida,
¿quién si no mi amor está?

Si en desearos me empleo,
y él manda no desear
la hermosura que en vos veo,
claro está que vengo a estar
sin Dios, por lo que os deseo.

¡Oh, qué loco barbarismo
es presumir conservar
la vida en tan ciego abismo
hombre que no puede estar
ni en vos, ni en Dios, ni en sí mismo.

¿Qué habemos de hacer los dos,
pues a Dios por vos perdí,
después que os tengo por dios,
sin Dios, porque estáis en mí,
sin mí, porque estoy sin vos?

Por haceros sólo bien,
mil males vengo a sufrir;
yo tengo amor, vos desdén,
tanto, que puedo decir:

¡mirad con quién y sin quién!

Sin vos y sin mí peleo
con tanta desconfianza.
Sin mí porque en vos ya veo
imposible mi esperanza;
sin vos, porque no os poseo

CASANDRA: Conde, cuando yo imagino
a Dios y al duque, confieso
que tiemblo, porque adivino
juntos para tanto exceso
poder humano y divino.

Pero viendo que el amor
halló en el mundo disculpa,
hallo mi culpa menor,
porque hace menor la culpa
ser la disculpa mayor.

Muchas ejemplo me dieron,
que a errar se determinaron;
porque los que errar quisieron
siempre miran los que erraron,
no los que se arrepintieron.

Si remedio puede haber,
es huir de ver y hablar;
porque con no hablar ni ver,
o el vivir se ha de acabar,
o el amor se ha de vencer.

Huye de mí; que de ti
yo no sé si huír podré,
o me mataré por ti.

FEDERICO: Yo, señora moriré;
que es lo más que haré por mí.

No quiero vida. Ya soy
cuerpo sin alma, y de suerte
a buscar mi muerte voy,
que aun no pienso hallar mi muerte,
por el placer que me doy.

Sola una mano suplico
que me des; dame el veneno
que me ha muerto.

CASANDRA: Federico,
todo principio condeno,
si pólvora al fuego aplico.

Vete con Dios.

FEDERICO: ¡Qué traición!

CASANDRA: Ya determinada estuve;
pero advertir es razón
que por una mano sube
el veneno al corazón.

FEDERICO: Sirena, Casandra, fuiste.

Cantaste para meterme
en el mar, donde me diste
la muerte.

CASANDRA: Yo he de perderme.

Tente, honor. Fama, resiste.

FEDERICO: Apenas a andar acierto.

CASANDRA: Alma y sentidos perdí.

FEDERICO: ¡Oh, qué extraño desconcierto!

CASANDRA: Yo voy muriendo por ti.

FEDERICO: Yo no, porque ya voy muerto.

CASANDRA: Conde, tú serás mi muerte.

FEDERICO: Y yo aunque muerto, estoy tal,
que me alegro, con perderte,
que sea el alma inmortal,
por no dejar de quererte.

Vanse los dos

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen AURORA y el MARQUÉS

AURORA: Yo te he dicho la verdad.

MARQUÉS: No es posible persuadirme.
Mira si nos oye alguno,
y mira bien lo que dices.

AURORA: Para pedirte consejo,
quise, Marqués, descubrirte
esta maldad.

MARQUÉS: ¿De qué suerte
ver a Casandra pudiste
con Federico?

AURORA: Esté atento.
Yo te confieso que quise
al conde, de quien lo fue,
más traidor que el griego Ulises.
Creció nuestro amor el tiempo;
mi casamiento previne,
cuando fueron por Casandra
en fe de palabras firmes,
si lo son las de los hombres,
cuando sus iguales sirven.
Fue Federico por ella,
de donde vino tan triste,
que en proponiéndole el duque
lo que de los dos le dije,
se disculpó con tus celos.
Y como el Amor permite,
que, cuando camina poco,
fingidos celos le piquen,
díselos contigo, Carlos;

pero el mismo efecto hice
 que en un diamante; que celos
 donde no hay amor, no imprimen.
 Pues viéndome despreciada
 y a Federico tan libre,
 di en inquirir la ocasión;
 y como celos son linceos
 que las paredes penetran,
 a saber la causa vine.
 En correspondencia tiene,
 sirviéndole de tapices
 retratos, vidrios y espejos,
 dos iguales camarines
 el tocador de Casandra;
 y como sospechas pisen
 tan quedo, dos cuerdas antes
 miré y vi, ¡caso terrible!
 en el cristal de un espejo
 que el conde las rosas mide
 de Casandra con los labios.
 Con esto, y sin alma, fuime,
 donde lloré mi desdicha
 y la de los dos; que viven,
 ausente el duque, tan ciegos,
 que parece que compiten
 en el amor y el desprecio,
 y gustan que se publique
 el mayor atrevimiento
 que pasara entre gentiles,
 o entre los desnudos cafres
 que lobos marinos visten.
 Parecióme que el espejo
 que los abrazos repite,
 por no ver tan gran fealdad
 oscureció los alindes;
 pero, más curioso Amor,
 la infame empresa prosigue,
 donde no ha quedado agravio
 de que no me certifique.
 El duque dicen que viene
 victorioso, y que le ciñen
 sacros laureles la frente
 por las hazañas felices
 con que del Pastor de Roma
 los enemigos reprime.
 Dime. ¿Qué tengo de hacer
 en tanto mal? Que me afligen
 sospechas de mayor daño,
 si es verdad que me dijiste
 tantos amores con alma;
 aunque soy tan infelice,
 que parecerás al conde
 en engañarme o en irte.

MARQUÉS: Aurora, la muerte sola
 es sin remedio, invencible,
 y aun a muchos hace el tiempo
 en el túmulo fenixes;
 porque dicen que no mueren
 los que por su fama viven.
 Dile que te case al duque;

que, como el sí me confirmes,
 con irnos los dos a Mantua,
 no hayas miedo que peligros.
 Que si se arroja en el mar,
 con el dolor insufrible
 de los hijos que le quitan
 los cazadores, el tigre,
 cuando no puede alcanzarlos,
 ¿qué hará el ferrarés Aquiles
 por el honor y la fama?
 ¿Cómo quieres que se limpie
 tan fea mancha sin sangre,
 para que jamás se olvide,
 si no es que primero el cielo
 sus libertades castigue,
 y por gigantes de infamia
 con vivos rayos fulmine?
 Este consejo te doy.

AURORA: Y de tu mano le admite
 mi turbado pensamiento.

MARQUÉS: Será de la nueva Circe
 el espejo de Medusa,
 el cristal en que la viste.

Salen FEDERICO y BATIN

FEDERICO: ¿Que no ha querido esperar
 que salgan a recibirle?

BATIN: Apenas de Mantua vio
 los deseados confines,
 cuando dejando la gente,
 y aun sin querer que te avisen,
 tomó caballos y parte.
 Tan mal el amor resiste,
 y los deseos de verte;
 que aunque es justo que le obligue
 la duquesa, no hay amor
 a quien el tuyo no prive.
 Eres el sol de sus ojos,
 y cuatro meses de eclipse
 le han tenido sin paciencia.
 Tú, conde, el triunfo apercibe
 para cuando todos vengan;
 que las escuadras que rige
 han de entrar con mil trofeos,
 llenos de dorados timbres.

FEDERICO: Aurora, ¿siempre a mis ojos
 con el Marqués?

AURORA: ¡Qué donaire!

FEDERICO: ¿Con ese tibio desaire
 respondes a mis enojos?

AURORA: Pues, ¿qué maravilla ha sido
 el darte el marqués cuidado?

Parece que has despertado
de cuatro meses dormido.

MARQUÉS: Yo, señor conde, no sé
ni he sabido que sentís
lo que agora me decís;
que a Aurora he servido en fe
de no haber competidor,
y más como vos lo fuera,
a quien humilde rindiera
cuanto no fuera mi amor.
Bien sabéis que nunca os vi
servirla; mas siendo gusto
vuestro que la deje es justo,
que mucho mejor que en mí
se emplea en vos su valor.

Vase el MARQUÉS

AURORA: ¿Qué es esto que has intentado?
O, ¿qué frenesí te ha dado
sin pensamiento de amor?
¿Cuántas veces al marqués
hablando conmigo viste,
desde que diste en ser triste,
y mucho tiempo después?
Y aun no volviste a mirarme,
cuanto más a divertirme.
¿Agora celoso y firme,
cuando pretendo casarme?
Conde, ya estás entendido.
Déjame casar, y advierte
que antes me daré la muerte,
que ayudar lo que has fingido.
Vuélvete, conde, a estar triste,
vuelve a tu suspensa calma;
que tengo muy en el alma
los desprecios que me hiciste.
Ya no me acuerdo de ti.
¿Invenciones? Dios me guarde.
Por tu vida, que es muy tarde
para valerte de mí.

Vase AURORA

BATIN: ¿Qué has hecho?
FEDERICO: No sé, por Dios.
BATIN: Al emperador Tiberio
pareces, si no hay misterio
en dividir a los dos.
Hizo matar su mujer,

y habiéndose ejecutado,
mandó, a la mesa sentado,
llamarla para comer.

Y Mesala fue un romano
que se le olvidó su nombre.

FEDERICO: Yo me olvido de ser hombre.

BATIN: O eres como aquel villano
que dijo a su labradora,
después que de estar casados
eran dos años pasados:
"¡Ojinegra es la señora!"

FEDERICO: ¡Ay, Batín, que estoy turbado
y olvidado desatino!

BATIN: Eres como el vizcaíno
que dejó el macho enfrenado,
y viendo que no comía,
regalándole las crines,
un Galeno de rocines
trajo a ver lo que tenía;
el cual, viéndole con freno,
fuera al vizcaíno echó;
quitóle, y cuando volvió,
de todo el pesebre lleno
apenas un grano había,
porque con gentil despacho,
después de la paja el macho
hasta el pesebre comía.

"Albéitar, juras a Dios,"
dijo, "es mejor que dotora,
y yo y macho desde agora
queremos curar con vos."

¿Qué freno es éste que tienes,
que no te deja comer,
si médico puedo ser?

¿Qué aguardas? ¿Qué te detienes?

FEDERICO: ¡Ay, Batín, no sé de mí!

BATIN: Pues estése la cebada
queda, y no me digas nada.

Salen CASANDRA y LUCRECIA

CASANDRA: ¿Ya viene?

LUCRECIA: Señora, sí.

CASANDRA: ¿Tan brevemente?

LUCRECIA: Por verte
toda la gente dejó.

CASANDRA: No lo creas; pero yo
más quisiera ver mi muerte.

En fin, señor conde, ¿viene
el duque mi señor?

FEDERICO: Ya
dicen que muy cerca está;
bien muestra el amor que os tiene.

CASANDRA: Muriendo estoy de pesar
de que ya no podré verte

como solía.
 FEDERICO: ¿Qué muerte
 pudo mi amor esperar,
 como su cierta venida?
 CASANDRA: Yo pierdo, conde, el sentido.
 FEDERICO: Yo no, porque le he perdido.
 CASANDRA: Sin alma estoy.
 FEDERICO: Yo sin vida.
 CASANDRA: ¿Qué habemos de hacer?
 FEDERICO: Morir.
 CASANDRA: ¿No hay otro remedio?
 FEDERICO: No;
 porque en perdiéndote yo,
 ¿para qué quiero vivir?
 CASANDRA: ¿Por eso me has de perder?
 FEDERICO: Quiero fingir desde agora
 que sirvo y que quiero a Aurora
 y aun pedirla por mujer
 al duque, para desvelos
 de él y de palacio, en quien
 yo sé que no se habla bien.
 CASANDRA: ¡Agraviados! ¿No bastan celos?
 ¿Casarte? ¿Estás, conde, en ti?
 FEDERICO: El peligro de los dos
 me obliga.
 CASANDRA: ¿Qué? ¡Vive Dios!,
 que si te burlas de mí,
 después que has sido ocasión
 de esta desdicha, que a voces
 diga, --¡oh, qué mal me conoces!--
 tu maldad y mi traición.
 FEDERICO: ¡Señora!
 CASANDRA: No hay qué tratar.
 FEDERICO: ¡Que te oirán!
 CASANDRA: Que no me impidas.
 Quíteme el duque mil vidas,
 pero no te has de casar.

***Salen FLORO, FEBO, RICARDO, ALBANO, LUCINDO, y el DUQUE detrás,
 galán, de soldado***

RICARDO: Ya estaban disponiendo recibirte.
 DUQUE: Mejor sabe mi amor adelantarse.
 CASANDRA: ¿Es posible, señor, que persuadirte
 pudiste a tal agravio?
 FEDERICO: ¿Y de agraviarse
 quejosa mi señora la duquesa,
 parece que mi amor puede culparse?
 DUQUE: Hijo, el paterno amor, que nunca cesa
 de amar su propia sangre y semejanza,
 para venir facilitó la empresa;
 que ni cansancio ni trabajo alcanza
 a quien de ver a sus queridas prendas
 mal hiciera en sufrir larga esperanza.
 Y tú, señora, así es razón que entiendas

el mismo amor, y en igualarte al conde
por encarecimiento, no te ofendas.

CASANDRA: Tu sangre y su virtud, señor, responde
que merece el favor. Yo le agradezco,
pues tu valor al suyo corresponde.

DUQUE: Bien sé que a entrambos ese amor merezco,
y que estoy de los dos tan obligado,
cuanto mostrar en la ocasión me ofrezco.

Que Federico gobernó mi estado
en mi ausencia, he sabido, tan discreto,
que vasallo ninguno se ha quejado.

En medio de las armas, os prometo
que imaginaba yo con la prudencia
que se mostraba senador perfecto.

¡Gracias a Dios, que con infame ausencia
los enemigos del Pastor romano
respetan en mi espada su presencia!

Ceñido de laurel besé su mano,
después que me miró Roma triunfante,
como si fuera el español Trajano.

Y así, pienso trocar de aquí adelante
la inquietud en virtud, porque mi nombre
como le aplaude aquí, después le cante,
que cuando llega a tal estado un hombre,
no es bien que ya que de valor mejora,
el vicio más que la virtud le nombre.

RICARDO: Aquí vienen, señor, Carlos y Aurora.

Entren AURORA y el MARQUÉS

AURORA: Tan bien venido vuestra alteza sea,
como le está esperando quien le adora.

MARQUÉS: Dad las manos a Carlos, que desea
que conozcáis su amor.

DUQUE: Paguen los brazos
deudas del alma, en quien tan bien se emplea.

Aunque siente el amor los largos plazos,
todo lo goza el venturoso día
que llega a merecer tan dulces lazos.

Con esto, amadas prendas, yo querría
descansar del camino, y porque es tarde,
después celebraréis tanta alegría.

FEDERICO: Un siglo el cielo, gran señor, te guarde.

Todos se van con el DUQUE, y quedan BATÍN y RICARDO

BATIN: ¡Ricardo amigo!

RICARDO: ¡Batín!

BATIN: ¿Cómo fue por esas guerras?

RICARDO: Como quiso la justicia,
siendo el cielo su defensa.

Llana queda Lombardía,
 y los enemigos quedan
 puesto en fuga afrentosa,
 porque el león de la Iglesia
 pudo con sólo un bramido
 dar con sus armas en tierra.
 El duque ha ganado un nombre
 que por toda Italia suena;
 que si mil mató Saúl,
 cantan por él las doncellas,
 que David mató cien mil;
 con que ha sido tal la enmienda,
 que traemos otro duque.
 Ya no hay damas, ya no hay cenas,
 ya no hay broqueles, ni espadas,
 ya solamente se acuerda
 de Casandra, ni hay amor
 más que el conde y la duquesa.
 El duque es un santo ya.

BATIN: ¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?

RICARDO: Que, como otros con las dichas
 dan en vicios, y en soberbias,
 tienen a todos en poco
 tan inmortales se sueñan,
 el duque se ha vuelto humilde,
 y parece que desprecia
 los laureles de su triunfo;
 que el aire de las banderas
 no le ha dado vanagloria.

BATIN: ¡Plega al cielo que no sea,
 después de estas humildades,
 como aquel hombre de Atenas,
 que pidió a Venus le hiciese
 mujer, con ruegos y ofrendas,
 una gata dominica,
 quiero decir, blanca y negra!
 Estando en su estrado un día
 con moño y naguas de tela,
 vio pasar un animal
 de aquestos, como poetas,
 que andan royendo papeles;
 y dando un salto ligera
 de la tarima al ratón,
 mostró que en naturaleza
 la que es gata, será gata,
 la que es perra, será perra,
 in secula seculorum.

RICARDO: No hayas miedo tú que vuelva
 el duque a sus mocedades;
 y más si a los hijos llega,
 que con las manillas blandas
 las barbas más graves peinan
 de los más fieros leones.

BATIN: Yo me holgaré de que sea
 verdad.

RICARDO: Pues, Batín, adiós.

BATIN: ¿Dónde vas?

RICARDO: Fabia me espera.

Vase RICARDO y entre el DUQUE con algunos memoriales

DUQUE: ¿Está algún criado aquí?

BATIN: Aquí tiene vuestra alteza
el más humilde.

DUQUE: ¡Batín!

BATIN: Dios te guarde. Bueno llegas.
Dame la mano.

DUQUE: ¿Qué hacías?

BATIN: Estaba escuchando nuevas
de tu valor a Ricardo,
que, gran coronista de ellas,
Héctor de Italia te hacía.

DUQUE: ¿Cómo ha pasado en mi ausencia
el gobierno con el conde?

BATIN: Cierto, señor, que pudiera
decir que igualó en la paz
tus hazañas en la guerra.

DUQUE: ¿Llevóse bien con Casandra?

BATIN: No se ha visto, que yo sepa,
tan pacífica madrastra
con su alnado. Es muy discreta
y muy virtuosa y santa.

DUQUE: No hay cosa que la agradezca
como estar bien con el conde;
que, como el conde es la prenda
que más quiero, y más estimo
y conocí su tristeza
cuando a la guerra partí,
notablemente me alegra
que Casandra se portase
con él con tanta prudencia,
que estén en paz y amistad,
que es la cosa que desea
mi alma con más afecto
de cuantas pedir pudiera
al cielo; y así, en mi casa
hoy dos victorias se cuentan:
la que de la guerra traigo,
y la de Casandra bella,
conquistando a Federico.
Yo pienso de hoy más quererla
sola en el mundo, obligado
de esta discreta fineza
y cansado juntamente
de mis mocedades necias.

BATIN: Milagro ha sido del Papa
llevar, señor, a la guerra
al duque Luis de Ferrara.
y que un ermitaño vuelva.
Por Dios, que puedes fundar
otra Camáldula.

DUQUE: Sepan
mis vasallos que otro soy.

BATIN: Mas, dígame vuestra alteza,
¿cómo descansó tan poco?

DUQUE: Porque al subir la escalera
de palacio, algunos hombres
que aguardaban mi presencia,
me dieron estos papeles;
y temiendo que son quejas,
quise descansar en verlos,
y no descansar con ellas.
Vete, y déjame aquí solo;
que deben los que gobiernan
esta atención a su oficio.

BATIN: El cielo que remunera
el cuidado de quien mira
el bien público, prevenga
laureles a tus victorias,
siglos a tu fama eterna.

Vase BATIN

DUQUE: Éste dice: "Señor, yo soy Estacio,
que estoy en los jardines de palacio,
y, enseñado a plantar hierbas y flores,
planté seis hijos. A los dos mayores
suplico que les deis..." Basta, ya entiendo.
Con m s cuidado ya premiar pretendo
[al que con tales trabajos me ayuda].
"Lucinda dice que quedó viuda
del capitán Arnaldo..." También pide.
"Albano, que ha seis años que reside..."
Éste pide también. "Julio Camilo,
preso porque sacó..." Del mismo estilo.
"Paula de San Germán, doncella honrada..."
Pues si es honrada, no le falta nada,
si no quiere que yo le dé marido.
Éste viene cerrado, y mal vestido
un hombre me lo dio, todo turbado,
que quise detenerle con cuidado.

"Señor, mirad por vuestra casa atento;
que el conde y la duquesa en vuestra ausencia..."
No me ha sido traidor el pensamiento.
Habrán regido mal, tendré paciencia.
"...ofenden con infame atrevimiento
vuestra cama y honor." ¿Qué resistencia
harán a tal desdicha mis enojos?
"Si sois discreto, os lo dirán los ojos."

¿Qué es esto que estoy mirando?
Letras, ¿decís esto o no?
¿Sabéis que soy padre yo
de quien me estáis informando
que el honor me está quitando?
Mentís; que no puede ser.
¿Cassandra me ha de ofender?

¿No veis que es mi hijo el conde?
 Pero ya el papel responde
 que es hombre y ella mujer.

¡Oh, fieras letras villanas!
 Pero diréisme que sepa
 que no hay maldad que no quepa
 en las flaquezas humanas.
 De las iras soberanas
 debe de ser permisión.
 Ésta fue la maldición
 que a David le dio Natán.
 La misma pena me dan,
 y es Federico Absalón.

Pero mayor viene a ser,
 cielo, si así me castigas;
 que aquéllas eran amigas,
 y Casandra es mi mujer.
 El vicioso proceder
 de las mocedades mías
 trajo el castigo, y los días
 de mi tormento, aunque fue
 sin gozar a Bersabé
 ni quitar la vida a Urías.

¡Oh, traidor hijo! ¿Si ha sido
 verdad? Porque yo no creo
 que emprenda caso tan feo
 hombre de otro hombre nacido.
 Pero si me has ofendido,
 ¡oh, si el cielo me otorgara,
 que, después que te matara,
 de nuevo a hacerte volviera,
 pues tantas muertes te diera,
 cuantas veces te engendrara!

¡Qué deslealtad! ¡Qué violencia!
 ¡Oh, ausencia, qué bien se dijo
 que aun un padre de su hijo
 no tiene segura ausencia!
 ¿Cómo sabré con prudencia
 verdad que no me disfame
 con los testigos que llame?
 No así la podré saber;
 porque, ¿quién ha de querer
 decir verdad tan infame?

Mas, ¿de qué sirve informarme?.
 pues esto no se dijera
 de un hijo, cuando no fuera
 verdad que pudo infamarme.
 Castigarle no es vengarme,
 ni se venga el que castiga,
 ni esto a información me obliga;
 que mal que el honor estraga,
 no es menester que se haga,
 porque basta que se diga.

Sale FEDERICO

FEDERICO: Sabiendo que no descansas,
vengo a verte.

DUQUE: Dios te guarde.

FEDERICO: Y a pedirte una merced.

DUQUE: Antes que la pidas, sabes
que mi amor te la concede.

FEDERICO: Señor, cuando me mandaste
que con Aurora, mi prima,
por tu gusto me casase,
lo fuera notable mío;
pero fueron más notables
los celos de Carlos, y ellos
entonces causa bastante
para no darte obediencia.
Mas después que te ausentaste,
supe que mi grande amor
hizo que ilusiones tales
me trajesen divertido.
En efecto, hicimos paces,
y le prometí, señor,
en satisfacción, casarme,
como me dieses licencia,
luego que el bastón dejastes.
Ésta te pido y suplico.

DUQUE: No pudieras, conde, darme
mayor gusto. Vete agora,
porque trate con tu madre,
pues es justo darle cuenta;
que no es razón que te cases
sin que lo sepa, y le pidas
licencia, como a tu padre.

FEDERICO: No siendo su sangre yo,
¿para qué quiere dar parte
vuestra alteza a mi señora?

DUQUE: ¿Qué importa no ser su sangre,
siendo tu madre Casandra?

FEDERICO: Mi madre Laurencia yace
muchos años ha difunta.

DUQUE: ¿Sientes que madre la llame?
Pues dícenme que en mi ausencia,
de que tengo gusto grande,
estuvisteis muy conformes.

FEDERICO: Eso, señor, Dios lo sabe;
que prometo a vuestra alteza,
aunque no acierto en quejarme,
pues la adora, y es razón,
que aunque es para todos ángel,
que no lo ha sido conmigo.

DUQUE: Pésame de que me engañes;
que me dicen que no hay cosa
que más Casandra regale.

FEDERICO: A veces me favorece,
y a veces quiere mostrarme
que no es posible ser hijos
los que otras mujeres paren.

DUQUE: Dices bien, y yo lo creo;
y ella pudiera obligarme
más que en quererme en quererte,
pues con estas amistades

aseguraba la paz.
 Vete con Dios.
 FEDERICO: Él te guarde.

Vase FEDERICO

DUQUE: No sé cómo he podido
 mirar, conde traidor, tu infame cara.
 ¡Qué libre! ¡Qué fingido
 con la invención de Aurora se repara.
 para que yo no entienda
 que puede ser posible que me ofenda!
 Lo que más me asegura
 es ver con el cuidado y diligencia
 que a Casandra murmura
 que le ha tratado mal en esta ausencia;
 que piensan los delitos
 que callan cuando están hablando a gritos.
 De que la llame madre
 se corre, y dice bien, pues es su amiga
 la mujer de su padre,
 y no es justo que ya madre se diga.
 Pero yo, ¿cómo creo
 con tal facilidad caso tan feo?
 ¿No puede un enemigo
 del conde haber tan gran traición forjado,
 porque con su castigo,
 sabiendo mi valor, quede vengado?
 Ya de haberlo creído
 si no estoy castigado, estoy corrido.

Salen CASANDRA y AURORA

AURORA: De vos espero, señora,
 mi vida en esta ocasión.
 CASANDRA: Ha sido digna elección
 de tu entendimiento, Aurora.
 AURORA: Aquí está el duque.
 CASANDRA: Señor,
 ¡tanto desvelo!
 DUQUE: A mi estado
 debo, por lo que he faltado,
 estos indicios de amor.
 Si bien del conde y de vos
 ha sido tan bien regido,
 como muestra, agradecido
 este papel, de los dos.
 Todos alaban aquí
 lo que los dos merecéis.
 CASANDRA: Al conde, señor, debéis
 ese cuidado, no a mí.

Que sin lisonja os prometo
 que tiene heroico valor,
 en toda acción superior,
 gallardo como discreto.
 Un retrato vuestro ha sido.
 DUQUE: Ya sé que me ha retratado
 tan igual en todo estado,
 que por mí le habéis tenido;
 de que os prometo, señora,
 debida satisfacción.
 CASANDRA: Una nueva petición
 os traigo, señor, de Aurora.
 Carlos la pide, ella quiere,
 y yo os lo suplico.
 DUQUE: Creo
 que le ha ganado el deseo
 quien en todo le prefiere.
 El conde se va de aquí,
 y me la ha pedido agora.
 CASANDRA: ¿El conde ha pedido a Aurora?
 DUQUE: Sí, Casandra.
 CASANDRA: ¿El conde?
 DUQUE: Sí.
 CASANDRA: Sólo de vos lo creyera.
 DUQUE: Y así, se la pienso dar;
 mañana se han de casar.
 CASANDRA: Será como Aurora quiera.
 AURORA: Perdóneme vuestra alteza;
 que el conde no será mío.
 DUQUE: (¿Qué espero más? ¿Qué porfío?) **Aparte**
 Pues, Aurora, en gentileza
 entendimiento y valor,
 ¿no vence al marqués?
 AURORA: No sé.
 Cuando quise y le rogué
 él me despreció, señor.
 Y agora que él quiere, es justo
 que yo le desprecie a él.
 DUQUE: Hazlo por mí, no por él.
 AURORA: El casarse ha de ser gusto;
 yo no le tengo del conde.

Vase AURORA

DUQUE: ¡Extraña resolución!
 CASANDRA: Aurora tiene razón,
 aunque atrevida responde.
 DUQUE: No tiene, y ha de casarse,
 aunque le pese.
 CASANDRA: Señor,
 no uséis del poder; que amor
 es gusto, y no ha de forzarse.

Vase el DUQUE

¡Ay de mí, que se ha cansado
el traidor conde de mí!

Sale FEDERICO

FEDERICO: ¿No estaba mi padre aquí?
CASANDRA: ¿Con qué infame desenfado,
traidor Federico, vienes,
habiendo pedido a Aurora
al duque?
FEDERICO: Paso, señora;
mira el peligro que tienes.
CASANDRA: ¿Qué peligro, cuando estoy,
villano, fuera de mí?
FEDERICO: ¿Pues tú das voces así?

Sale el DUQUE, y habla aparte

DUQUE: Buscando testigos voy.
Desde aquí quiero escuchar;
que aunque mal tengo de oír,
lo que no puedo sufrir
es lo que vengo a buscar.
FEDERICO: Oye, señor, y repara
en tu grandeza siquiera.
CASANDRA: ¿Cuál hombre en el mundo hubiera
que cobarde me dejara,
después de haber obligado
con tantas ansias de amor
a su gusto mi valor?
FEDERICO: Señora, aún no estoy casado.
Asegurar pretendí
al duque, y asegurar
nuestra vida, que durar
no puede, Casandra, así.
Que no es el duque algún hombre
de tan baja condición,
que a sus ojos, ni es razón,
se infame su ilustre nombre.
Basta el tiempo que tan ciegos
el amor nos ha tenido.
CASANDRA: ¡Oh, cobarde, mal nacido!
Las lágrimas y los ruegos
hasta hacernos volver locas,
robando las honras nuestras,

que, de las traiciones vuestras,
 cuerdas se libraron pocas,
 ¿agora son cobardías?
 Pues, perro, sin alma estoy.
 Si aguardo, de mármol soy.
 ¿Qué esperáis, desdichas más?
 Sin tormento han confesado...
 pero sin tormento no;
 que claro está que soy yo
 a quien el tormento han dado.
 No es menester más testigo.
 Confesaron de una vez.
 Prevenid, pues sois jüez,
 honra, sentencia y castigo.
 Pero de tal suerte sea
 que no se infame mi nombre;
 que en público siempre a un hombre
 queda alguna cosa fea.
 Y no es bien que hombre nacido
 sepa que yo estoy sin honra,
 siendo enterrar la deshonra
 como no haberla tenido.
 Que aunque parece defensa
 de la honra el desagravio,
 no deja de ser agravio
 cuando se sabe la ofensa.

Vase el DUQUE

CASANDRA: ¡Ay, desdichadas mujeres!
 ¡Ay, hombres falsos sin fe!
 FEDERICO: Digo, señora, que haré
 todo lo que tú quisieras,
 y esta palabra te doy.
 CASANDRA: ¿Será verdad?
 FEDERICO: Infalible.
 CASANDRA: Pues no hay a amor imposible.
 Tuya he sido y tuya soy.
 No ha de faltar invención
 para vernos cada día.
 FEDERICO: Pues vete, señora mía,
 y pues tienes discreción,
 finge gusto, pues es justo,
 con el duque.
 CASANDRA: Así lo haré
 sin tu ofensa; que yo sé
 que el que es fingido no es gusto.

Vanse los dos y salen AURORA y BATÍN

BATÍN: Ya he sabido, hermosa Aurora,
que ha de ser, o ya lo es,
tu dueño el señor marqués,
y que a Mantua os vais, señora.
Y así os vengo a suplicar
que allá me llevéis.

AURORA: Batín,
mucho me admiro. ¿A qué fin
al conde quieres dejar?

BATÍN: Servir mucho y medrar poco
es un linaje de agravio
que al más cuerdo, que al más sabio
o le mata, o vuelve loco.
Hoy te doy, mañana no,
quizá te daré después...
Yo no sé quizá quién es;
mas sé que nunca quizó.
Fuera de esto, está endiablado
el conde. No sé qué tiene.
Ya triste, ya alegre viene,
ya cuerdo, ya destemplado.
La duquesa, pues, también
insufrible y desigual;
pues donde va a todos mal,
¿quieres que me vaya bien?
El duque, santo fingido,
consigo a solas hablando,
como hombre que anda buscando
algo que se le ha perdido.
Toda la casa lo está;
contigo a Mantua me voy.

AURORA: Si yo tan dichosa soy
que el duque a Carlos me da,
yo te llevaré conmigo.

BATÍN: Beso mil veces tu pies,
y voy a hablar al marqués.

Vase BATÍN y sale el DUQUE

DUQUE: (¡Ay, honor, fiero enemigo! **Aparte**
¿Quién fue el primero que dio
tu ley al mundo, y que fuese
mujer quien en sí tuviese
tu valor, y el hombre no?
Pues sin culpa el más honrado
te puede perder, honor.
Bárbaro legislador
fue tu inventor, no letrado.
Mas dejarla entre nosotros
muestra que fuiste ofendido,
pues ésta invención ha sido
para que lo fuesen otros.

¡Aurora!

muere en las venas heladas,
 el pecho se desalienta,
 el entendimiento falta,
 la memoria está corrida
 y la voluntad turbada.
 Como arroyo que detiene
 el hielo de noche larga,
 del corazón a la boca
 prende el dolor las palabras.
 ¿Qué quieres, Amor? ¿No ves
 que Dios a los hijos manda
 honrar los padres, y el conde
 su mandamiento quebranta?
 Déjame, Amor, que castigue
 a quien las leyes sagradas
 contra su padre desprecia,
 pues tengo por cosa clara
 que si hoy me quita la honra,
 la vida podrá mañana.
 Cincuenta mató Artaxerxes
 con menos causa, y la espada
 de Dario, Torcuato y Bruto
 ejecutó sin venganza
 las leyes de la justicia.
 Perdona, Amor; no deshagas
 el derecho del castigo,
 cuando el honor, en la sala
 de la razón presidiendo,
 quiere sentenciar la causa.
 El fiscal verdad le ha puesto
 la acusación, y está clara
 la culpa; que ojos y oídos
 juraron en la probanza.
 Amor y sangre, abogados
 le defienden; mas no basta;
 que la infamia y la vergüenza
 son de la parte contraria.
 La ley de Dios, cuando menos,
 es quien la culpa relata,
 su conciencia quien la escribe.
 ¿Pues para qué me acobardas?
 Él viene, ¡Ay, cielos, favor!

Sale FEDERICO

FEDERICO: Basta que en palacio anda
 pública la fama, señor,
 que con el marqués Gonzaga
 casa a Aurora, y que luego
 se parte con ella a Mantua.
 ¿Mándasme que yo lo crea?

DUQUE: Conde, ni sé lo que tratan,
 ni he dado al marqués licencia;
 que traigo en cosas más altas
 puesta la imaginación.

FEDERICO: Quien gobierna, mal descansa.
 ¿Qué es lo que te da cuidado?

DUQUE: Hijo, un noble de Ferrara
 se conjura contra mí
 con otros que le acompañan.
 Fióse de una mujer,
 que el secreto me declara.
 ¡Necio quien de ellas se fía,
 discreto quien las alaba!
 Llamé al traidor, finalmente;
 que un negocio de importancia
 dije que con él tenía;
 y cerrado en esa cuadra
 le dije el caso, y apenas
 le oyó, cuando se desmaya.
 Con que pude fácilmente
 en la silla donde estaba
 atarle, y cubrir el cuerpo,
 por que no viese la cara
 quien a matarle viniese,
 por no alborotar a Italia.
 Tú has venido, y es más justo
 hacer de ti confianza,
 para que nadie lo sepa.
 Saca animoso la espada,
 conde, y la vida le quita;
 que a la puerta de la cuadra
 quiero mirar el valor
 con que mi enemigo matas.

FEDERICO: ¿Pruébasme acaso, o es cierto
 que conspirar intentaban
 contra ti los dos que dices?

DUQUE: Cuando un padre a un hijo manda
 una cosa, injusta o justa,
 ¿con él se pone a palabras?
 Vete, cobarde; que yo...

FEDERICO: Ten la espada, y aquí aguarda;
 que no es temor, pues que dices
 que es una persona atada,
 pero no sé qué me ha dado,
 que me está temblando el alma.

DUQUE: Quédate, infame...

FEDERICO: Ya voy;
 que pues tú lo mandas, basta.
 Pero, ¡vive Dios!

DUQUE: ¡Oh, perro!

FEDERICO: Ya voy, detente; y si hallara
 el mismo César le diera
 por ti, ¡ay Dios!, mil estocadas.

Vase FEDERICO

DUQUE: Aquí lo veré; ya llega;
 ya con la punta la pasa.
 Ejecute mi justicia

quien ejecutó mi infamia.
 ¡Capitanes! ¡Hola, gente!
 ¡Venid los que estáis de guarda!
 ¡Ah, caballeros, criados!
 Presto.

Salen el MARQUÉS, AURORA, BATACUTEIN, RICARDO y todos los demás que se han introducido

MARQUÉS: ¿Para qué nos llamas,
 señor, con tan altas voces?
 DUQUE: ¿Hay tal maldad? A Casandra
 ha muerto el conde, no más
 de porque fue su madrastra,
 y le dijo que tenía
 mejor hijo en sus entrañas
 para heredarme. ¡Matadle,
 matadle! El duque lo manda.
 MARQUÉS: ¿A Casandra?
 DUQUE: Sí, marqués.
 MARQUÉS: Pues no volveré yo a Mantua
 sin que la vida le quite.
 DUQUE: Ya con la sangrienta espada
 sale el traidor.

Sale FEDERICO con la espada desnuda, va tras él el MARQUÉS

FEDERICO: ¿Qué es aquesto?
 Voy a descubrir la cara
 del traidor que me decías,
 y hallo...
 DUQUE: No prosigas, calla.
 ¡Matadle, matadle!
 MARQUÉS: ¡Muera!

Vanse FEDERICO y el MARQUÉS

FEDERICO: ¡Oh, padre! ¿Por qué me matan?
 DUQUE: En el tribunal de Dios,
 traidor, te dirán la causa.
 Tú, Aurora, con este ejemplo
 parte con Carlos a Mantua,
 que él te merece, y yo gusto.
 AURORA: Estoy, señor, tan turbada,

que no sé lo que responda.
 BATÍN: Di que sí; que no es sin causa
 todo lo que ves, Aurora.
 AURORA: Señor, desde aquí a mañana
 te daré respuesta.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: Ya
 queda muerto el conde.
 DUQUE: En tanta
 desdicha, aun quieren los ojos
 verle muerto con Casandra.

Descúbrese a FEDERICO y CASANDRA

MARQUÉS: Vuelve a mirar el castigo
 sin venganza.
 DUQUE: No es tomarla
 el castigar la justicia.
 Llanto sobra, y valor falta.
 Pagó la maldad que hizo
 por heredarme.
 BATÍN: Aquí acaba,
 senado, aquella tragedia
 del castigo sin venganza
 que, siendo en Italia asombro,
 hoy es ejemplo en España.

FIN DE LA COMEDIA

EL LOCO POR FUERZA

de

Lope Félix de Vega Carpio

PERSONAS:

LEONARDO, caballero

CLARINDA, dama

FELICIANO

Un ESCRIBANO

El JUSTICIA de Aragón

GONZALO, loco

BARTOLOMÉ, loco

NICOLÁS, loco

MARTÍN, loco

ALBANO, caballero

ROSELA, dama

ALGUACIL 1

ALGUACIL 2

CRIADO 1 del Justicia

CRIADO 2

Un MAESTRO de locos

OSUNA, retraído

LISARDO

CELIO

FULGENCIA

Una GUARDA de locos

Un MUCHACHO

Una FRUTERA

TORCATO

MARÍN FÉLIX, capitán de bandoleros

BERNAL

ATIÁN

TURÍN

FENICIO, galán

SOLDADO 1

JORNADA PRIMERA

Salen FELICIANO, sin espada, asido de ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2, con varas cortas, como se usa en Aragón, y un ESCRIBANO, CRIADO 1 y CRIADO 2

FELICIANO:	¿A un hidalgo como yo llevan de esta suerte asido?	[quintillas]
ALGUACIL 1:	Culpad a quien lo mandó.	
FELICIANO:	Qué delito he cometido? ¿Soy ladrón, señores?	
ALGUACIL 2:	No.	5
FELICIANO:	Soy homicida?	
ESCRIBANO:	Tampoco.	
FELICIANO:	Pues ¿qué soy? ¿Loco?	
ALGUACIL 1:	Ni loco.	
FELICIANO:	Pues ¿qué soy?... Mas bien lo sé.	
ALGUACIL 2:	Causa la que distes fue.	
FELICIANO:	A más furor me provoco. ¿Fue causa volver por mí? ¿O eslo el ser forastero en esta ciudad? No creí el que un noble caballero tratara a un hidalgo así.	10 15
	Yo paso a Italia, y llegué a Zaragoza esta noche. ¿Por qué me prende? ¿Por qué? A aquella dama en un coche a medio camino hallé.	20
	Verdad es que la he servido, regalado y pretendido; soy hombre; no es ocasión para ponerme en prisión decir que soy su marido.	25
ESCRIBANO:	Aquí no hay, señor hidalgo, que informar ni que decir; por vuestra fianza salgo; mirad si os puedo servir con lo que yo valgo en algo.	30
	Pero dejarse de hacer lo que el Justicia ha mandado ya veis que no puede ser, porque no está averiguado quién es aquella mujer; 35 y, cuanto más principal	

parece a los que la ven,
tanto más sospechan mal.

FELICIANO: ¿Pudieran sospechar bien
si fuera el intento mal? 40

Yo sé bien de qué ha nacido,
que es haberle parecido
a Leonardo como a mí,
y querer...

ALGUACIL 1: No habléis ansí.

FELICIANO: Que me deis lugar os pido 45
y entre los tres repartáis
esta bolsa, en que lleváis
cien escudos, si queréis.

ALGUACIL 2: De suerte que nos ponéis 50
más sospecha que pensáis.

Cuando fuera esta prisión
por orden nuestra, pudiera
dar el oro tentación,
que es un son que el alma altera,
y no hay quien pierda ese son. 55

Mas ¿qué disculpa tendría
quien os soltase, mandado
del que a los tres os confía?

FELICIANO: (Pues el oro no ha bastado,
basta la industria mía.) 60

¿Que, en fin, no hay remedio?

ALGUACIL 1: No.

FELICIANO: Pues ¿para qué quiero yo
este cuchillo encubierto?

Finge dar a los alguaciles y huye FELICIANO

ALGUACIL 2: ¡Muerto soy!

ALGUACIL 1: ¡Ay, que me ha muerto!

ESCRIBANO: ¡A los dos juntos mató! 65
¡Seguidle!

CRIADO 1: Vamos tras él.

ALGUACIL 1: ¡Terrible golpe me ha dado!

ALGUACIL 2: ¡Y a mí terrible y crüel!

ESCRIBANO: ¡Estoy del suceso helado!
¡No lo imaginara de él! 70
¿Mirástele?

ALGUACIL 1: El cuerpo todo.

ESCRIBANO:	¿Dónde el cuchillo traía, que le encubrió de este modo?	
ALGUACIL 2:	No sé; a la desdicha mía este artificio acomodó. El brazo no le miré.	75
ALGUACIL 1:	Sin duda allí le escondió.	
ESCRIBANO:	¡Extraño descuido fue! Yo no os veo sangre.	
ALGUACIL 2:	¿No?	
ESCRIBANO:	¡No, por Dios!—Ni a vos se os ve.	80
ALGUACIL 1:	¿A mí tampoco?	
ESCRIBANO:	Ni a vos. Abrid el pecho.	
ALGUACIL 1:	¡Por Dios, que apenas tengo señal!	
ALGUACIL 2:	¡Yo, menos!	
ESCRIBANO:	¿Hay cosa igual? Pues yo vi dar a los dos.	85
ALGUACIL 2:	¡Vive el Cielo, que he caído en que cuchillo ha fingido el dedo con que nos dio!	
ESCRIBANO:	¡Lindamente os engañó!	
ALGUACIL 1:	Yo le estoy agradecido.	90
ALGUACIL 2:	Esos engaños me haga.	
ESCRIBANO:	Mejor fuera haber tomado los cien escudos.	
ALGUACIL 1:	No hay paga que como haber escapado de un traidor me satisfaga.	95
ALGUACIL 2:	Yo llevo sano el pellejo, y voy contento.	
ESCRIBANO:	Si a mí me pidiéradéis consejo, el oro estuviera aquí.	
ALGUACIL 1:	Ahora bien, mi parte os dejo.	100
ESCRIBANO:	¿No miráis que os desangráis?	
ALGUACIL 2:	Yo me huelgo que os burléis.	
ESCRIBANO:	Mucho sin curar estáis.	
ALGUACIL 1:	A fe que no le alcancéis con la pluma que voláis.	105
ESCRIBANO:	Todos corridos estamos.	
ALGUACIL 2:	Los escudillos os comen.	
ESCRIBANO:	Mí parte siento; mas vamos	

adonde la sangre os tomen.

ALGUACIL 1: ¡Lindamente la tragamos!

110

Vanse ALGUALCIL 1, ALGUACIL 2, el ESCRIBANO, CRIADO 1 y CRIADO 2. Salen LEONARDO, el JUSTICIA con criados y CLARINDA con capotillo y sombrero

JUSTICIA: Yo os quiero depositar, [redondillas]

señor Leonardo, esta dama..

LEONARDO: Aunque ofendida en la fama,
con mi hermana puede estar,

porque no puedo creer
defecto de tal persona. 115

JUSTICIA: Su talle honesto la abona.

CLARINDA: Abóneme el ser mujer;
y, para ser amparada
de vuestros nobles aceros,
más pueda el ser caballeros
que el ser yo tan desdichada.

120

JUSTICIA: Que sois mujer principal
se mira muy bien en vos,
porque parece que Dios
pone a los nobles señal.

125

Al oro no permitió
que jamás se corrompiese,
sino que permaneciese
en el valor que le dio.

130

Por excelencia al diamante
tal firmeza quiso dar,
que no le pueda labrar
menos que su semejante.

Y como aquesta excelencia
a una piedra, a un metal dio,
parece que señaló
los nobles en la presencia;

135

porque a respetarlos mueve,
al que en su vista repara,
un cierto honor, en la cara,
diferente de la plebe.

140

LEONARDO: (*Ap. al JUST.* No sólo tiene ese honor,

señor Justicia, esta dama,

con que asegura su fama

y informa de su valor,

mas tiénele acreditado

145

	de la gracia y hermosura, que honestamente asegura su no conocido estado.	150
	Preguntadle cómo viene con un hombre y dónde va.) (¡Triste por extremo está!)	
JUSTICIA:	(No dudo que amor le tiene.)	
LEONARDO:	De vos deseo saber	155
JUSTICIA:	de dónde sois y a qué vais.	
CLARINDA:	Todo cuanto preguntáis os responde el ser mujer. Mi tierra no importa nada que la sepáis, y quién soy menos, pues que presa estoy.	160
LEONARDO:	Presa no; depositada conmigo; a mi casa vais. Una hermana tengo allí para que de ella y de mí en esta tierra os sirváis.	165
	Si os importa el encubrir quién sois, al Justicia ruego que no os lo pregunte. (Hoy llego poco menos que a morir.	170
	Notable es la gentileza de esta bella castellana. ¿Qué sol, qué fresca mañana compite con su belleza?	
	Bien se ha trazado mi gusto. A mi casa, en fin, la llevo, pues, sirviéndola, me atrevo a suspender su disgusto.	175
	Sabré quién es, y de mí sabrás mi amor.)	

Salen ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2

ALGUACIL 1:	Con cuidado a tu presencia he llegado.	180
ALGUACIL 2:	Y yo temblando de ti.	
JUSTICIA:	¿Por qué razón?	
ALGUACIL 1:	Aquel preso se nos fue.	
JUSTICIA:	¿Cómo?	

ALGUACIL 2:	Señor, la industria vence al valor.	185
ALGUACIL 1:	Él fue un extraño suceso. Tirónos dos puñaladas con un cuchillo encubierto y está en sagrado.	
JUSTICIA:	¡Por cierto que sois dos varas honradas! ¡Qué bien empleara el rey dos castillos en los dos!	190
ALGUACIL 1:	A fuerza o traición, ¡por Dios!, que no hay espada de ley. Él las tiró de manera que nos contamos por muertos.	195
ALGUACIL 2:	Al dar el golpe soltamos y él comenzó la carrera, de suerte que, como el viento, en la iglesia se metió.	200
JUSTICIA:	Pues iré a sacarle yo, que de esta burla me afrento. ¡Villanos, gente cobarde! ¿Con amenazas se os va un preso?	
LEONARDO:	Si es ido ya llegaréis, don Pedro, tarde. Dejadle, que lo más cierto será ponelle dos guardas.	205
JUSTICIA:	¿Tú, Leonardo, me acobardas?	
LEONARDO:	No te acobardo; te advierto.	210
JUSTICIA:	Ahora bien, venid conmigo, que si os ha burlado así, no me ha de burlar a mí ni escaparse del castigo.	

Vanse el JUSTICIA, ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2

LEONARDO:	Parece que os alegráis del suceso de aquel hombre.	215
CLARINDA:	De Feliciano, que es nombre del que vos “hombre” llamáis, tengo justa obligación para alegrarme en su bien.	220
LEONARDO:	Y bien lo dicen también	

	las lenguas del corazón, porque en los hermosos ojos se ve lo que le queréis. Mas ¿qué obligación tenéis para sentir sus enojos y alegraros de su bien?	225
CLARINDA:	Cuando el Justicia, señor, os nombre por asesor, os lo diré yo también. Dejad los nuevos desvelos; no uséis de tanto rigor, ni a quien confiesa el amor le deis tormentos con celos.	230
LEONARDO:	Quien de vos no los tuviese luego que ajena os mirase, era justo que cesase para que otra vez no os viese. No os quiero dar pena aquí, sino serviros allá. Por dicha os obligará, para valeros de mí, que soy noble, como veis, y a quien el Justicia fía que os tenga en mi compañía.	35 240 245
CLARINDA:	Creo que merced me hacéis, pero advertid que el amor no se rinde a la violencia.	
LEONARDO:	Ya sé yo que es la paciencia fundamento del favor.	250
CLARINDA:	Amor es niño, y se ablanda regalado.	
LEONARDO:	A Amor, señora, llevo por huésped ahora. Yo haré lo que Amor me manda.	

Vanse. Salen FELICIANO y OSUNA

OSUNA:	Si valiera la hoja mil ducados, la presentara de la misma suerte.	[octavas] 255
FELICIANO:	Conozco de esos términos honrados lo que también vuestra persona advierte; y pues que los hidalgos obligados sirven el beneficio hasta la muerte,	260

	la espada que a mi lado habéis ceñido tendréis al vuestro.	
OSUNA:	Vuestras manos pido.	
FELICIANO:	Dadme los brazos y tocad, que os juro, por el templo en que estamos, y así el cielo me libre y a la prenda que procuro, de agradeceros este hidalgo celo.	265
OSUNA:	En esa hoja os doy un monte, un muro. Merece ¡vive Dios! de terciopelo camisa o vaina, y de diamante y oro pomo y contera.	
FELICIANO:	Puede abrir un toro.	270
OSUNA:	Tenedla en algo, que podéis, sin duda, con ella y una cuenta de perdones, sacar un alma, aunque de andar desnuda se ha resfriado en ciertas ocasiones. Contra los turcos la he tenido en Buda, y entre los indios. Contra mil naciones he sido en tierra y mar soldado. El dado y una mujer me han roto, y soy quebrado.	75
	No digo que yo tenga acción ninguna ni que quisiera presumir tenella, a cantar, sin ser gallo, en la tribuna; pero que estoy como me veis por ella.	80
FELICIANO:	¿Cómo os llamáis?	
OSUNA:	Es mi apellido Osuna; soy de la Andalucía, patria bella; vasallo del marqués de Barcarrota, cerca del mar que a Portugal azota.	285
	A los Portocarreros generosos, príncipes del valor que el mundo sabe, sirvieron mis abuelos valerosos.	
FELICIANO:	¿Y con qué puesto?	
OSUNA:	Fueron de su llave.	290
FELICIANO:	¿De su cámara?	
OSUNA:	No, que los famosos marqueses, por honrar gente tan grave, aunque las llaves, como veis, les dieron, de su despensa solamente fueron.	
FELICIANO:	Queréis decir que fueron despenseros de los marqueses.	295
OSUNA:	Eso mismo digo.	
FELICIANO:	Quien mereció servir Portocarreros	

	merece ser de todo hidalgo amigo. Mas porque quiero un rato entreteneros y descansar con vos, cual vos conmigo, oíd mi historia, y el secreto encargo.	00
OSUNA:	Palabra os doy.	
FELICIANO:	Yo haré por no ser largo.	
	Primero día del mes en que los perros del cielo, que llaman la estrella Siria, ladran con mayor denuedo; cuando la Doncella o Signo tiene con calor soberbio todo el sol en las espigas y todo el fuego en el pecho, cae, Osuna valeroso, la Víncula de San Pedro, prisión del divino apóstol, o libertad de estar preso. Cae San Félix también aqueste día, y sospecho que por el Pedro y el Félix llama a esta fiesta Toledo San Pedro de Sahelices, porque de este nombre un templo de esotra parte del Tajo tiene un monte por cimientto. Es tanta su antigüedad de esta ermita que refiero, que al pontífice de Roma suele llamar cura el pueblo, sacristán al arzobispo y al rey patrón, y yo creo que estas cosas tan antiguas no carecen de misterio. Como el Tajo cristalino lava con su curso eterno los pies de esta santa ermita, es toda la fiesta en ellos. Desde las soberbias peñas, desnudos fuertes mancebos saltan al agua atrevidos, círculos de plata haciendo. Cuál va en ella disfrazado	[romance] 305 310 15 320 325 330 335

con mil vestidos diversos; 340
cuál va como blanco cisne
los cristales dividiendo;
cuál se zabelle en las ondas
y, reprimiendo el aliento,
como el ánade pintado 345
sale sacudiendo el cuello;
cuál, azotando las aguas,
alterna los brazos diestros
y en ella, escribiendo ceas,
forma un círculo perfecto; 350
cuál, puesto en forma de barco,
las manos haciendo remos,
como madeja de seda
devana el agua en su pecho;
cuál, a lo largo tendido, 355
enseña los pies ligeros,
sustentando con las manos
la pesadumbre del cuerpo.
Muchos van por las orillas
en mil danzas, pareciendo 360
los mexicanos desnudos
cuando bailaban aceitos.
Cuáles trepan por las peñas
y parecen, desde lejos,
un retrato del diluvio, 365
de arena y agua cubiertos.
Cuáles, corriendo algún toro,
de su feroz vista huyendo,
se arrojan al agua y burlan,
entre las ondas, sus cuernos. 370
Cuáles a los labradores,
que están estas fiestas viendo,
meten al agua vestidos
por memoria de San Pedro,
aunque no salen enjutos, 375
mas de arena y agua llenos,
para que en sus tierras cuenten
qué barbos lleva Toledo.
Las luminarias de monte,
los cohetes y los fuegos, 380
doblan el campo del agua
las estrellas de los cielos.

En esta fiesta –¡ay de mí,
 qué principios tan diversos,
 pues siendo comedias de agua, 385
 fueron principios de fuego!—
 vi una dama, vi a Clarinda,
 clara como el sol que vemos,
 linda como el cielo mismo
 cuando está claro y sereno. 390
 No la vi vestido, Osuna,
 que me resistiera, creo.
 Vila desnudo, abrasóme;
 pero trocamos efectos,
 aunque no se fue tan libre 395
 que no llevó pensamientos
 que pararon en hacer
 rostro a mis locos deseos.
 Escribíla, respondiíme,
 y, al pedirla en casamiento, 400
 tenía prometida
 su padre a cierto heredero.
 Turbóse, vióme y, turbado,
 vila muerta, vióme muerto.
 Las bodas se concertaron. 405
 Íbase acercando el tiempo,
 víspera del mismo santo
 y en la fiesta que refiero,
 pero pasados dos años
 de aquel primero suceso, 410
 vino con toda su casa
 de noche al Tajo y, fingiendo
 que a sus peñas se llegaba,
 hallóme echado en el suelo.
 Tanto pude con llorar 415
 -- ¡oh, lágrimas, gran veneno!—
 que hasta una pequeña aldea
 a pie la truje y, volviendo
 a la ciudad por amigos
 --quiero decir por dineros— 420
 la truje a Zaragoza,
 puesto que sin casamiento
 no le he tomado una mano.
 Aquí nos vio un caballero
 que ha dado parte al Justicia, 425

que me mandó llevar preso;
 mas, fingiendo ser cuchillo,
 con la punta de este dedo
 a los alguaciles di
 dos golpes en los dos pechos. 430
 Con que a un golpe me soltaron
 y yo, no perdiendo el tiempo,
 a esta iglesia me retruje,
 donde rezo, de amor ciego,
 y donde le ruego a Dios, 435
 con justo arrepentimiento,
 que a mí me dé libertad
 y dé a Clarinda remedio.

OSUNA: Vuestra historia me ha llegado **[redondillas]**
 al alma; pero creed 440
 que he estimado la merced
 del habérmelo fiado;
 Pensé deciros la mía,
 mas no faltará ocasión,
 porque siento un escuadrón 445
 de agarrante infantería
 que con el Justicia viene.

FELICIANO: Pienso que se acercan ya.
 OSUNA: Tomar la puerta conviene, [Le falta un verso a la redondilla.]
 porque no andemos después 450
 en si estaba dentro o no.

Salen el JUSTICIA, ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2

JUSTICIA: ¿Aquí decís que se entró?
 ALGUACIL 1: Y es el que en la puerta ves.
 JUSTICIA: ¡Ah, hidalgo, hidalgo!
 FELICIANO: ¿Señor?
 JUSTICIA: No os entréis, seguro estáis. 455
 FELICIANO: Saldré, pues vos me llamáis,
 fiado en vuestro valor;
 pero pasar del umbral
 ya veis que no será justo.
 JUSTICIA: Ni yo os quiero dar disgusto, 460
 ni vengo por vuestro mal.
 ¿Qué delito tenéis vos
 que os obligue a retraeros?
 FELICIANO: Señor Justicia, temeros,

	que sois retrato de Dios.	465
	Soy un pobre forastero, como veis; no tengo amparo, pues dondequiera, está claro que suele serlo el dinero.	
	Si me mandasteis prender porque una mujer quería, que vine en su compañía poco más que desde ayer, y se os antoja pensar que vivimos mal los dos, que está en razón, sabéis vos, temer y mudar lugar.	470
JUSTICIA:	¿Quién es aquella mujer?	
FELICIANO:	¿Ella no lo ha dicho allá?	
JUSTICIA:	Sí ha dicho.	
FELICIANO:	Pues claro está que lo debe de saber.	480
JUSTICIA:	Dice que sois su marido.	
FELICIANO:	Dirá que yo lo deseo; pero en peligro la veo que no será lo que ha sido.	485
JUSTICIA:	¿Qué peligro?	
FELICIANO:	El del honor.	
JUSTICIA:	Pues ¿cómo le ha de perder?	
FELICIANO:	No más de siendo mujer, que se le olvide el valor.	
JUSTICIA:	Pues ¿danle ocasión por dicha?	490
FELICIANO:	Vos sabéis si se la dan, pues contra su honor están vuestra fuerza y mi desdicha.	
JUSTICIA:	Luego ¿a mí me hacéis culpado?	
FELICIANO:	No digo yo que lo estéis; pero ¿qué es lo que queréis a un hombre que está en sagrado?	495
JUSTICIA:	Quiero, por ser forastero, que no se vaya a quejar al suyo ni otro lugar, mas con justicia primero.	500
FELICIANO:	Pues la que podéis hacer es darme esa prenda mía, que mañana en todo el día sabréis como es mi mujer.	505

JUSTICIA:	Eso no es ejercitar su justa justicia el rey. Si tenéis culpa, ¿qué ley me obliga a no os castigar? ¿Vinisteis embajador a este reino?	510
FELICIANO:	Si no tengo culpa, con más leyes vengo a vuestro reino, señor.	
JUSTICIA:	Pues si culpa no tenéis, ¿por qué en sagrado os guardáis? Pues guardándoos confesáis que mi castigo teméis. Pero salid, que os prometo de mirar vuestra justicia.	515
FELICIANO:	Seguro estoy que malicia no cupiese en tal sujeto; pero una vez en prisión mal negocia el inocente.	520
JUSTICIA:	Mal de la justicia siente quien pone en ella pasión. Es la justicia una bella virgen que con peso igual premia el bien, castiga el mal.	525
FELICIANO:	Muy bien, mientras es doncella; mas cuando da libertad al miedo, interés y amor, ya no es doncella, señor; adúltera la llamad.	530
JUSTICIA:	Confieso que estoy corrido que un forastero se queje sin causa, y que nos la deje de no le haber conocido. Pesadas palabras son, hidalgo, las que tratáis; pero para que salgáis con mucha satisfacción, juro, a fe de caballero y por la vida de un hijo que tengo, aunque mucho dijo quien os juró lo primero, haciendo pleito homenaje, pena de traidor al rey,	535 540 545

	al cielo, a mi fe, a mi ley, a mi honor, a mi linaje, de no llevaros, hidalgo, a la cárcel.	550
FELICIANO:	Satisfecho de vuestra nobleza y pecho, de esta santa iglesia salgo.	
OSUNA:	¡Tente! ¿Qué haces?	
FELICIANO:	Creer a un noble lo que ha jurado.	555
OSUNA:	Mira que te han engañado.	
FELICIANO:	Eso ¿cómo puede ser?	
OSUNA:	No salgas de estos umbrales; tente en buenas.	
FELICIANO:	Noble soy, y así, crédito les doy, Osuna, a los que son tales.	560
OSUNA:	¿Adónde vas -- ¡pesa a tal!— a esta santa casa ingrato? Mira que es éste un retrato del Acates celestial.	565
	Aquí está Dios, aquí hay santos, aquí hay gran seguridad, aquí se trata verdad, no hay plumas, no hay “sepan cuantos”.	
	¿Dónde vas, que has de perderte?	570
JUSTICIA:	¿Quién es ese hombre?	
FELICIANO:	Señor, un retraído.	
OSUNA:	Su amor me obliga a hablar de esta suerte.	
JUSTICIA:	¡Andá, que sois ignorante!	
FELICIANO:	Señor, yo fío de vos.	575
JUSTICIA:	Pues mano a mano, los dos nos podemos ir delante.	
FELICIANO:	Veis aquí, señor, la espada.	
JUSTICIA:	Eso no, que no vais preso.	
FELICIANO:	(¿Hay más extraño suceso?)	580
JUSTICIA:	(Amor, la mujer me agrada, y aunque a Leonardo no digo el pensamiento en que estoy, esta prenda que le doy es a guardar como amigo,	585

que, llegada la ocasión,
yo le diré que la quiero.)
Vamos.

FELICIANO: Ya, señor, espero.
JUSTICIA: En mi casa no hay prisión.

Vanse FELICIANO y el JUSTICIA y queda OSUNA

OSUNA: Aficionado he quedado 590
con extremo a este mancebo,
y es muy justo, pues le debo
la afición que me ha mostrado.
Por ver lo que le sucede,
desde lejos voy tras de él, 595
y iréme a Italia con él
luego como libre quede.
¡Qué bien irá, mil veía, [sic]
adonde su dama fuere!
Mas mejor será que espere 600
a que se oscurezca el día.
Mas ¿dónde está tu valor,
Osuna? ¿Tú eres el hombre
que ha dado, con solo el nombre,
a todo el mundo temor? 605
Voy, que no hay suerte infeliz
conmigo cuando me atrevo.
Osuna soy, y aquí llevo
la de Francisco Rüz.

Vase. Salen CLARINDA y ROSELA

ROSELA: A lástima me ha movido, [quintillas] 610
Clarinda bella, la historia
que aquí me habéis referido.
CLARINDA: ¡Mirad si es esta memoria
para que la cubra olvido!
¡Mirad si me quejo en vano 615
y si he de sentir perder
el último bien humano,
que es el hombre a la mujer!
ROSELA: Mucho os debe Feliciano,
cuyas partes considero 620
y le estoy aficionada.

CLARINDA: Lo menos de él os refiero;
 porque diréis que, engañada,
 encarezco lo que quiero.

Después de ser bien nacido, 625
 que es primero fundamento
 del amor que le he tenido,
 tiene un rico entendimiento,
 que éste es del alma el vestido.

Tiene un término galán, 630
 que a cuantas trata aficiona;
 mil bendiciones le dan;
 tras su lengua y su persona
 los pensamientos se van.

Pero para que se arguya 635
 su talle y gusto y concluya,
 la gala y la discreción
 vienen a tomar lición
 del ejemplo de la suya.

ROSELA: Por pagarte en otro tanto, 640
 Clarinda, quiero que entiendas
 que adoro en un hombre cuanto
 merecen las altas prendas
 que ha conquistado mi llanto.

Es legítimo este amor; 645
 nació de su gran valor
 y mi honesto pensamiento,
 será el fin el casamiento,
 que es, Clarinda, el fin mejor.

No digo que ha de tener 650
 fin el amor, que ha de ser
 mayor entonces; mas creo
 que le tendrá mi deseo
 siendo su propia mujer.

¡Quiera el cielo que te veas 655
 con tu amado Feliciano
 con la quietud que deseas!
 ¿Este, señora, es tu hermano?

CLARINDA: Y porque mis dichas creas,
 ROSELA: viene mi Albano con él, 660
 que es la prenda que te digo.
 Repara, Clarinda, en él.

Salen ALBANO y LEONARDO

LEONARDO: Quíseos tratar como amigo
secreto, noble y fiel.

ALBANO: Al fin, ¿la tenéis aquí? 665

LEONARDO: Sí, Albano.

ALBANO: Y ¿es castellana?

LEONARDO: Y de Toledo, entendí.
Pero aquí está con mi hermana.
¿Qué decís?

ALBANO: Que un ángel vi.
¡Qué gala! ¡Qué bizzaría! 670

LEONARDO: Que Rosela me ayudase
a conquistarla quería,
o que su desdén templase
contra tanta humildad mía.

ALBANO: ¿No le habéis dicho ese intento? 675

LEONARDO: No he tenido atrevimiento,
que es, en efecto, mi hermana;
mas ya Amor el paso allana
y [esfuerza] mi pensamiento.
Licencia os doy para hablar
a Clarinda. 680

ALBANO: Y la agradezco.
(Más que éste puede pensar.)

LEONARDO: Hoy a tus aras me ofrezco
como quien sale del mar.—
Escúchame aparte, hermana. 685

ALBANO: El depositario vuestro,
bellísima castellana,
por ser tanto el amor nuestro
y nuestra amistad tan llana,
me da licencia de hablaros. 690

CLARINDA: Aquí estoy para serviros,
Albano, y para escucharos;
no sólo obligada a oíros,
pero forzada a estimaros.
De esta breve junta nuestra 695
habemos hecho amistad,
como el ejemplo lo muestra;
díjele mi voluntad
y refirióme la vuestra.
Creedla, que la debéis 700
un incomparable amor.

ALBANO:	Muy buena tercera hacéis; mas merecéisle mayor por las prendas que tenéis. ¡Bien haya Toledo, amén, que tales bellezas cría! Mil almas todos os den, para que vaya la mía a vuestros ojos también; que más quisiera, en razón de haberlos visto tan bellos y de tanta perfección, que se me abrasara en ellos que ser señor de Aragón. A Leonardo había culpado, viniendo con él, señora, del enojo que os ha dado; pero discúlpole ahora, porque me habéis abrasado; que esa bella luz serena, donde el mismo sol se goza, pienso que por nuestra pena ha venido a Zaragoza como vino a Troya Elena.	705
		710
		715
		720
CLARINDA:	Si pasa vuestra razón el límite que podría tener en esta ocasión el hablar por cortesía y el burlar por discreción, mostraré con enojarme que desobligáis mi celo.	725
		730
ALBANO:	Mostraréis con despreciarme que desestimáis el cielo, de donde queréis echarme.	
CLARINDA:	Poca cordura es decir a una mujer luego amores.	735
ALBANO:	Mayor locura es huir de pretender los favores cuando se pueden decir. Quien comienza a pretender luego se ha de declarar, porque ayuda al merecer, pues más obliga a pagar el ser antiguo el deber.	740

CLARINDA: Dos cosas hacéis mal hechas 745
en tan loco atrevimiento,
que es tirar al viento flechas,
dejando mi pensamiento
de vuestro honor con sospechas.

La una es ser desleal 750
a un amigo que tenéis,
y la otra pagar mal
la voluntad que debéis
a mujer tan principal.

Con esto y vuestra licencia, 755
me voy de vuestra presencia;
porque un término atrevido,
no sólo ofende al oído,
pero gasta la paciencia.

Vase

Paréceme que se va 760
Clarinda.

ALBANO: Enojada está
de la prisión de su amante.

ROSELA: Ve, hermano, y ponte delante;
que es cortés y volverá.

Voy temblando su desdén. 765

ROSELA: No temas mujer jamás.

Vase LEONARDO

ALBANO: ¿Fuéronse?

ROSELA: ¿Pues no?

ALBANO: (Y también
se fue mi luz.)

ROSELA: ¿Cómo estás,
desde ayer tarde, mi bien?

ALBANO: Ayer me partí de ti, 770
Rosela, bueno y contento;
hoy no sé qué me sentí.

ROSELA: Mataráme el sentimiento
si falta salud en ti.

¿Qué tienes en esos ojos, 775
que me miran con disgusto?
¿Andan con nuevos antojos

o, celosos de mi gusto,
 tienen sus niñas enojos?
 Declárame el mal que tienes; 780
 partamos esa inquietud;
 que, si a ser mi esposo vienes,
 también entra la salud
 en los gananciales bienes.
 ¡Qué mudo y qué pensativo, 785
 mi bien, estás!

ALBANO: Gran tristeza
 me ha dado.

ROSELA: ¡Oh, mal excesivo!
 ALBANO: ¡Oh, peregrina belleza,
 por quien muero y por quien vivo!

ROSELA: ¿No soy tu belleza? ¡Oh, no! 790
 Si por mí vives y mueres,
 efectos que Amor causó,
 ¿cómo alegrarte no quieres
 cuando te lo ruego yo?

ALBANO: Dulcísimo pensamiento, 795
 mirad dónde os empleáis.

ROSELA: Más en la dicha que siento
 de saber que vos me amáis
 que no en mi merecimiento.

ALBANO: ¿Qué he de hacer, que estoy perdido? 800
 ROSELA: Amarme como yo os amo.
 ALBANO: Perdíme por atrevido.
 ROSELA: No perdisteis, que yo os llamo,
 en fe de ser mi marido.

ALBANO: Mal hice en rendirme luego. 805
 ROSELA: ¿Por qué, si os quiero y adoro?
 ALBANO: ¡Qué extraño desasosiego!
 Si eres luz o muerte ignoro,
 como mariposa el fuego.

ROSELA: No soy sino vuestra vida. 810
 Dejad, mi bien, la tristeza,
 que estoy de verlo ofendida. [sic]

ALBANO: Una celestial belleza
 no puede ser resistida.
 Grande mal se me aperece. 815
 ROSELA: Háblame, mi bien; ¿qué tienes?
 ALBANO: ¿En los ojos no lo escribe
 Amor?

ROSELA: Si celoso vienes,
la satisfacción recibe.

ALBANO: Ninguna cosa me agrada; 820
que quien da satisfacción
ya muestra que está culpada.
(Ella me dio la invención
con que ha de quedar burlada.)

Vase

ROSELA: Aguarda, escucha, señor. 825
¡Ah, celos, fiero rigor!
Al fin sois ángeles malos,
que os echa la honra a palos
de los cielos del amor.

*Vase, y salen ALGUACIL 1, ALGUACIL 2, FELICIANO y un MAESTRO del hospital
de los locos con un papel*

MAESTRO: Leeré el papel, poniéndole en mis ojos, [endeca. sueltos] 830
porque al señor Justicia se le debe
este respeto, y más en esta casa.

FELICIANO: ¿A qué me traen, si sabéis, señores,
a este hospital a mí? Gracias al cielo,
salud me sobra ahora y, aunque pobre, 835
me pudiera curar si me faltara.

ALGUACIL 1: Feliciano, nosotros sólo hacemos
lo que nos mandan.

FELICIANO: ¿Qué me mira este hombre,
y con cada renglón de los que lee
se admira de mirarme? [heptasílabo] 840
¿Qué oficio tiene este hombre en esta casa?

ALGUACIL 1: Pienso que es el maestro de los locos.

FELICIANO: ¿De los locos? Pues ¿cómo o a qué efecto
el Justicia me envía entre los locos?
¿Es ésa la palabra que me ha dado? 845

ALGUACIL 2: La palabra que os dio ya la ha cumplido
de no llevaros a la cárcel pública,
que ésta no es cárcel --aunque lo es del seso--
donde castiga el rey ni su Justicia,
porque es jurisdicción muy diferente. 850

MAESTRO: El papel he leído; bien se pueden
vuesas mercedes ir, y de mi parte

le dirán al Justicia que a mi cargo
queda el remedio de este gentilhombre,
y que, como me manda, a cuantos vengan
a buscarle tendré del mismo modo
y con igual cuidado. 855

ALGUACIL 2: ¡Dios os guarde!

ALGUACIL 1: Bien nos podemos ir.

ALGUACIL 2: Vámonos presto.

Vanse ALGUACIL 1 y ALGUACIL 2

MAESTRO: Teneos vos. ¿Adónde vais? [redondillas]

FELICIANO: Con estos hombres me voy. 860

MAESTRO: ¡Oh, qué bien!

FELICIANO: ¿Sabéis quién soy?

MAESTRO: Y vos, ¿sabéis dónde estáis?

FELICIANO: El Justicia me envió
con estos hombres aquí;
pero no me dijo a mí 865
lo que a vos os escribió.

Dadme licencia, que quiero
irme, porque es tarde ya;
lejos mi posada está;
sin esto, soy forastero, 870

y no sé de esta ciudad
más de la calle del Coso,
donde, cual toro furioso,
corro tanta adversidad.

MAESTRO: ¡Quién ve aquestos desdichados 875
hablar a veces tan bien!
Dadme esa espada.

FELICIANO: ¡Harto bien...!

MAESTRO: Cumplimientos excusados.

¿He de llamar quien la quite?

FELICIANO: Hombre, ¿estáis en vos?

MAESTRO: Así 880

lo estuviéades vos.

FELICIANO Di:

¿dónde o cómo se permite
tratarme de esa manera?

MAESTRO: Hermano, por vuestro bien
os ponen aquí.

FELICIANO: ¿De quién 885

tal desdicha se creyera?
 ¡Bien la palabra ha cumplido
 aquel falso caballero!

MAESTRO: Desceñid presto el acero.
 FELICIANO: Ya le veréis desceñido 890
 y aun teñido le veréis
 en vuestra sangre villana.

MAESTRO: ¡Cierra esa puerta, Quintana!
 FELICIANO: Paso, señor; no cerréis.
 MAESTRO: ¡Suelta la espada, borracho! 895
 FELICIANO: ¿Esto sufro?
 MAESTRO: ¡Acaba, loco!

Salen cuatro locos, GONZALO, MARTÍN, NICOLÁS y BARTOLOMÉ, con cuatro palos

GONZALO: ¿Qué es esto?
 MAESTRO: ¡A tardar un poco,
 yo tengo gentil despacho!

MARTÍN: Padre: ¿quién te ha hecho mal?
 MAESTRO: Quitadle la espada a aquél. 900
 FELICIANO: ¿Hay desdicha más críel?
 ¿Puede haber desdicha igual?

BARTOLOMÉ: ¡Suelta, loco!
 FELICIANO: (¿Qué he de hacer?
 Sin duda me han de matar
 si no se la quiero dar. 905
 ¡Ah, fementida mujer!
 ¡Ah, traidora; que tú has sido
 quien les ha dado ocasión
 para hacer esta invención!)
 ¡Ríndete!

NICOLÁS:
 FELICIANO: Ya estoy rendido. 910
 NICOLÁS: ¡Ríndete, Luzbel, que soy
 el ángel San Nicolás!

FELICIANO: Rendido estoy; ¿queréis más?
 ¿No veis que la espada os doy?

GONZALO: Padre, ves aquí la espada. 915
 MAESTRO: Quitadle capa y sombrero.
 FELICIANO: ¿Esto hace un caballero
 tras la palabra jurada?

GONZALO: ¡Ea, desnúdate, loco!
 Daca el sombrero y la capa,
 que estás en tierra del papa. 920

FELICIANO:	Nunca viene el mal por poco. Ya, hermanos, estoy desnudo.	
BARTOLOMÉ:	¿Hermanos? ¿Es cofradía? Pero su madre o la mía hermanos hacernos pudo.	925
MAESTRO:	Traed un vestido aquí.	
FELICIANO:	¿Aún eso me falta más? ¿Cuándo, fortuna, tendrás tu mudable rueda en mí?	930
GONZALO:	¡Oh, qué sabio tan profundo!	
MARTÍN:	¿Cómo por locos no vienen más de cuatro, que se tienen por los más cuerdos del mundo?	
BARTOLOMÉ:	Loco, los que están acá vístense de esta manera; porque ¿dónde paño hubiera para vestir los de allá?	935
NICOLÁS:	Muele el mundo en su tahona los juicios de la gente; el que calla, sufre y miente de grave y cuerdo blasona; pero cuando el pan se afina, nosotros, como más pocos, somos salvado de locos, pero allá queda la harina.	940
	Viste, borracho, este sayo.	
GONZALO:	No ha trocado mal la capa, pues yo dije que era papa y él viene a ser papagayo.	950
BARTOLOMÉ:	Quitadle el cuello.	
MARTÍN:	¿Con qué?	
BARTOLOMÉ:	Con la mano.	
MARTÍN:	¿Es palomino?	
BARTOLOMÉ:	Esotro digo, sobrino.	
MARTÍN:	¿Este es cuello?	
BARTOLOMÉ:	Sí, a la fe.	
MARTÍN:	Como el estudio mayor de los hombres suele ser siempre niños parecer, pensé que era babador. Ved qué de casillas tiene. ¿Es pañal?	955
BARTOLOMÉ:	Creo que sí,	960

o fuelle, que el aire aquí
entrando y saliendo viene.
¿Quién diablos encuadernó
este libro de despensa?

Sale OSUNA

OSUNA: ¿Qué es lo que el Justicia piensa,
que al hospital le envió? 965
Desde lejos le he seguido,
mas con libertad he entrado,
viendo que estoy en sagrado
y donde lo está el sentido. 970
Locos andan por aquí;
al maestro quiero hablar.

MAESTRO: ¿Quién va?
OSUNA: Vengo a preguntar
por un hombre.

MAESTRO: El nombre di.
OSUNA: Es, señor, un forastero 975
que se llama Feliciano,
que entró ahora aquí.

MAESTRO: Ya, hermano,
daros la respuesta quiero;
que ya os conozco.

OSUNA: ¿Él a mí?
MAESTRO: Yo a vos.
OSUNA: Pues ¿de cuándo acá? 980
MAESTRO: Bien se ve que loco está:
luego en los ojos lo vi.
¡Ministros!

GONZALO: ¿Padre?
MAESTRO: Al momento
ese loco desnudad.

FELICIANO: ¿Hay mayor temeridad? 985
OSUNA: ¿Hay tal desconocimiento?
Hombre, ¿qué dices?

MAESTRO: Aplico
remedio a tu mal.

NICOLÁS: ¡Ea, presto!
OSUNA: Yo tengo la culpa de esto.
BARTOLOMÉ: ¡Estáte quedo, borrico! 990
OSUNA: Sacaré, por Dios, la espada.

	¡Fuera, perros!	
NICOLÁS:	¡Oh, qué bien!	
MARTÍN:	¡Ríndete, envés de sartén! La defensa es excusada.	
OSUNA:	(¡Vive Dios, que han de matarme! ¡El diablo me trujo aquí!) Tomad la espada.	995
GONZALO:	Eso sí.	
NICOLÁS:	Desnúdate.	
OSUNA:	¿Desnudarme?	
BARTOLOMÉ:	Échale ese sayo presto.	
OSUNA:	¡Muy bueno, por Dios, estoy! ¿Sabes, villano, quién soy, que desta suerte me has puesto?	1000
MARTÍN:	¿Sabes tú mi calidad, mis costumbres y mis tratos? Pues yo soy Poncio Pilatos, no más de hasta la mitad; que de medio abajo soy el rocín de San Martín.	1005
BARTOLOMÉ:	Vos mentís, que ese rocín...	
GONZALO:	Yo soy, aunque en pelo estoy como vos; pues ¿tú no ves que yo soy?	1010
MARTÍN:	Con menos voces.	
GONZALO:	Pues tiremos todos coces y el padre diga quién es.	
OSUNA:	Es cierto; yo se lo creo.	1015
MAESTRO:	Bueno está; todos lo son.	
FELICIANO:	Perdiendo voy la razón con las desdichas que veo.	

Tocan

MAESTRO:	Hijos, a cenar tocaron.	
NICOLÁS:	¡Ea, locos, a cenar!	1020
MARTÍN:	Yo voy a tomar lugar.	

Vanse GONZALO, MARTÍN, NICOLÁS, BARTOLOMÉ y el MAESTRO

OSUNA:	¡Bueno, por Dios, me dejaron! Mas ¿quién ha quedado allí?
FELICIANO:	¿Quién puede ser sino yo?

OSUNA: ¿Es Feliciano?
FELICIANO: Es quien vio 1025
todo el cielo contra sí.
OSUNA: En medio de mi tristeza
a reír me has obligado.
FELICIANO: Sí, que ves desde el tablado
destos toros la fiereza. 1030
¡Por Dios, que estás de manera
que, a no ser tal mi pasión,
me habías dado ocasión
para que lo mismo hiciera!
¿Por qué te han vestido así, 1035
Osuna, teniendo seso?
OSUNA: ¡Por Dios, que el mismo suceso
iba a preguntarte a ti!
Que debe de ser, sospecho,
costumbre de esta ciudad. 1040
FELICIANO: ¡Extraña riguridad
hoy con mi inocencia han hecho!
OSUNA: ¿Con la tuya?
FELICIANO: Con la mía.
OSUNA: ¿Quédome yo en la posada?
FELICIANO: ¿Qué hará mi Clarina amada? 1045
OSUNA: ¿Qué hará también mi Lucía?
Mas, mira que no he comido,
y que acaban de tañer.
FELICIANO: Luego, ¿tú piensas comer?
OSUNA: Pues ¿de qué sirve el vestido? 1050
¡Vive Dios, que me han de dar
mi ración como a cualquiera!
FELICIANO: Espera.
OSUNA: Que no hay espera.
¿Soy yo loco de ayunar?
¡Por vida de mis cuidados, 1055
que aquesta locura mía
no la han de hacer cada día
con más de cuatro ducados!
Pues ¿bofetadas? Es cosa
sin remedio.
FELICIANO: Ya el humor 1060
se te pega.
OSUNA: Esto es mejor
en desdicha tan forzosa;

FELICIANO:

por eso al daño te esfuerza
y toma ejemplo de mí.
¡Ay, Clarinda, que por ti
vengo a ser *loco por fuerza*.

1065

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

Salen CLARINDA y ROSELA

ROSELA: Perdió, como digo, el seso [quintillas]
y el Justicia le envió
donde se aumenta en exceso
la tristeza que le dio 1070
la nueva de tu suceso.

CLARINDA: El queda en el hospital.
No me digas tanto mal,
que no me basta paciencia.

ROSELA: Clarinda, una injusta ausencia 1075
obliga a desdicha igual.
Él está sin seso.

CLARINDA: ¡Ay, cielo!
¿Cómo le podrá tener
quien vive en tal desconsuelo?
Hoy me he de matar y ver 1080
al mejor hombre del suelo.

Haz, Rosela, de manera
que salgamos las dos fuera;
vamos a ver a mi bien,
o permíteme también 1085
que me vuelva loca y muera.

¡Terrible es este rigor!
¿Qué me quiere la Justicia?
En vez de hacerme favor,
¿quién vio, con tanta malicia, 1090
castigar un justo amor?

Feliciano es mi marido.
Confieso que me ha sacado
del lugar en que he nacido;
pero, si no me ha forzado, 1095
¿qué delito ha cometido?

Y si esto delito fue,
castígueme sola a mí;
pues para que libre esté
yo juraré que yo fui 1100
la que le saqué y forcé.

Todos andan en mi daño,
porque todos me procuran;

porque a todos desengaño,
porque todos se aventuran
por su gusto a un mismo engaño. 1105

El Justicia no la tiene
en su injusta pretensión;
tu hermano a engañarle viene;
pues, teniéndome afición,
en su casa me entretiene. 1110

Albano me ha dicho amores,
cansado de tus favores,
y tú, como ingrata amiga,
porque la sangre te obliga,
encubres a tres traidores. 1115

Pues si habéis dado ocasión
para enloquecer mi bien
y le tenéis en prisión,
yo seré loca también;
que cuantas aman lo son. 1120

A ser locos nos esfuerza
un amor, una verdad,
que no hay rigor que la tuerza,
Clarinda por voluntad, 1125
y Feliciano por fuerza.

Vase

ROSELA: ¡Bien hemos negociado!

Sale LEONARDO

LEONARDO: Pues, hermana, ¿hasle contado
lo que te dije a Clarinda,
para que se ablande y rinda? 1130

ROSELA: Cuerdo consejo has tomado;
 contéle todo el suceso,
y cómo sin seso estaba
su querido amante preso.

LEONARDO: ¿Cómo te escuchó? ¿Lloraba? 1135

ROSELA: No; pero ha perdido el seso.

LEONARDO: ¡Válgame el cielo!

ROSELA: Esto pasa;
y sácala de esta casa,
porque dice mil locuras

que mal estarán seguras
de lengua que tanto abrasa. 1140

No ha de estar un punto aquí,
o yo no he de estar en ella.

LEONARDO: Duélete, hermana, de mí.

ROSELA: ¿Quieres tú que una centella 1145
levante un incendio en ti?

LEONARDO: Súfrela, que tiene amor,
y no es mucho que el rigor
de la nueva de su amante
haga efecto semejante, 1150
que es el primero dolor.

Yo te digo que mañana
tenga menos sentimiento.

Sale el JUSTICIA, ALBANO y criados

ALBANO: Tened por cosa muy llana
que tiene este pensamiento. 1155

JUSTICIA: ¿Quién os lo ha dicho?

ALBANO: Su hermana.

JUSTICIA: ¿Que Leonardo quiere bien
a Clarinda?

ALBANO: Esto he sabido.

JUSTICIA: Quitarésela también.

ALBANO: Mejor la hubiera tenido 1160
no quiero decirte quién.

JUSTICIA: Erré en no dártela, Albano,
que eres hombre más seguro.—
¿Leonardo?

LEONARDO: ¿Señor?

JUSTICIA: (En vano
vencer el rigor procuro 1165
de este desdén castellano.)
No hay averiguar verdad;
a Clarinda me entregad.

LEONARDO: (Estos vienen de malicia;
la capa de la justicia 1170
encubre la voluntad.)

Señor, en aqueste instante
a mi hermana le reñía,
lo que no es bien que te espante;
que prenda que andar podía, 1175

bien pudo buscar su amante.
Ella no parece en casa.

JUSTICIA: ¿Qué decís?

LEONARDO: Que se nos fue.

JUSTICIA: ¡Justa cólera me abrasa!

LEONARDO: ¿Quieres que por guarda esté del mismo viento que pasa? 1180

¿Quieres tú que al movimiento del cielo le ponga un clavo?

¿Quieres que un rayo violento detenga cuando más bravo baja estremeciendo el viento? 1185

¿Quieres que tenga en un ser las mudanzas de la luna?

Porque eso mismo es hacer que se pare la fortuna y se encierre una mujer. 1190

JUSTICIA: Si no fuera el amistad tanta, Leonardo...

LEONARDO: No creo que por una liviandad pueda más tu mal deseo que mi honrada voluntad. 1195

JUSTICIA: ¿No basta haberme enojado sino hablar tan libremente?

ROSELA: Si tú te muestras airado, pagaré yo injustamente 1200 el enojo que te ha dado.

Hazme más merced a mí.

JUSTICIA: Por tu respeto, Rosela, me voy sin vengarme aquí.

Vase

ALBANO: (Mal se trazó mi cautela.) 1205

LEONARDO: Albano, escúchame.

ALBANO: Di.

LEONARDO: El Justicia quiere bien a Clarinda.

ALBANO: Así es verdad.

LEONARDO: Ya tú conoces también que la tengo voluntad. 1210

ALBANO: Sé tu amor y su desdén.

LEONARDO: Como amigo te diré
un secreto.

ALBANO: Yo seré
un archivo de tres llaves.

LEONARDO: Sé tu pecho.

ALBANO: (Aún no le sabes; 1215
que hoy me ha faltado la fe.)

LEONARDO: A Clarinda tengo aquí.

ALBANO: Luego ¿no está ausente?

LEONARDO: No.

ALBANO: Pues ¿qué has pretendido así?

LEONARDO: Quedarme con ella.

ALBANO: (Y yo 1220
pienso quitártela a ti.)

LEONARDO: Quiero que en tu casa esté;
llévala, Albano, contigo.

ALBANO: Seguramente podré,
que soy, Leonardo, tu amigo. 1225

ROSELA: Muy necio estás hoy.

LEONARDO: ¿Por qué?

ROSELA: Si el Justicia te ha fiado
a Clarinda, como amigo,
y a Clarinda le has quitado,
¿no hará lo mismo contigo,
si está Albano enamorado? 1230

LEONARDO: ¿Enamorado estás de ella?

ALBANO: ¿Yo enamorado? No creas
que es mi prenda menos bella;
que si a Clarinda deseas,
yo sirvo a una clara estrella.— 1235

(Rosela, no pensé yo
que en vos sin honra vivía
el que con tanta nació.)

ROSELA: (Perdonad la ofensa mía,
que la sangre me engañó. 1240
Deseo el bien de mi hermano
y, junto con esto, Albano,
el quitaros la ocasión
de aventurar la opinión 1245
con algún hecho liviano.)

Vase

LEONARDO: Fuese, y con vergüenza fue.
 ALBANO: Dadme, Leonardo, lugar
 que satisfacción la dé.
 LEONARDO: A Clarinda os quiero dar; 1250
 con vos es mejor que esté.—
 ¿Fabio?

Sale FABIO

FABIO: ¿Señor?
 LEONARDO: Llama luego
 a Clarinda.
 FABIO: Antes que entraras
 la dio un gran desasosiego,
 [con que] sus mejillas claras *[en el original "que con"]* 1255
 convirtió de rosa en fuego;
 y creciendo el fuego tanto,
 dieron los ojos un llanto
 de tanta fuerza sobre él,
 que no fue engendrarse de él 1260
 alguna cometa espanto.
 Dijo a Lisardo, en efeto,
 dos palabras al oído,
 y con el mismo secreto
 los dos se han ido.
 LEONARDO: ¿Se han ido? 1265
 FABIO: Se han ido.
 LEONARDO: ¿Tú eres discreto?
 ¡Bestia! Pues ¿vístela ir
 y la dejabas salir?
 FABIO: Pues yo, señor, ¿qué sabía?
 Lo que a don Pedro fingía 1270
 vengo a ver.
 ALBANO: (¡Y yo a morir!)
 LEONARDO: No puedo, Albano, creer
 que la llevase Lisardo
 donde se pueda perder.
 ALBANO: Siempre es de temer, Leonardo, 1275
 la industria de la mujer.
 LEONARDO: Sigámosla; por ventura,
 no habrán salido del Coso.
 ALBANO: (¡Qué poco el contento dura!)
 LEONARDO: Del mismo sol voy celoso. 1280

ALBANO: (Yo, loco por su hermosura.)

Vanse. Sale FELICIANO con vestido de loco

FELICIANO: Justas quejas derramaba al viento, [soneto]
en ofensa de Amor, Clarinda mía,
sin ver que padecer por vos corría
a cuenta de tan gran merecimiento. 1285

De haberos agraviado me arrepiento
en no estimar el mal que padecía;
que como vuelve el sol la noche en día,
vuelve vuestro valor gloria el tormento.

Quejábame de ver, contra mi fama, 1290
preso por loco el seso y, en efeto,
conozco que a su premio Amor me llama.

Prisión es justa; que ningún discreto
puede probar que es cuerdo mientras ama
o confesar que no es su amor perfeto. 1295

Sale OSUNA

OSUNA: Si estás, Locía, a sombra de algún chopo [soneto]
de verdes hojas y cortezas lisas,
jabonando en el Ebro tus camisas
o hilando, para hacellas, algún copo;
si con algún galán de los que topo 1300
de noche en sombras, sus arenas pisas;
entre tus Juanas, Mengas y Belisas
estás contando fábulas de Esopo;
duélete de este preso desdichado
y perdona al dolor si te importuno; 1305
son las quejas del preso lastimado.

Y por loco me tienen, y ninguno
me ha visto eternamente confiado,
ni le dije a mujer secreto alguno.

FELICIANO: ¿Cómo te va de prisión, [redondillas] 1310
Osuna, en desdicha tanta?

OSUNA: Que el sufrimiento se espanta
y se acaba la razón.

Anda ya el entendimiento
por dar al traste con todo; 1315
porque apenas hallo modo
de sentir el mal que siento.

	Trújome Amor a seguir tus desdichas, mas de suerte que, dando en la misma muerte, nunca acabo de morir.	1320
	Cuando, por el rey de España, algún cosario crüel me llevara preso a Argel, fuera por honrosa hazaña; pero que en una ciudad de cristianos esté preso por el seso, siendo el seso tan común enfermedad, no puedo tener paciencia.	1325
FELICIANO:	Pues ¿qué te diré de mí, que, entrando con seso aquí, me le ha quitado el ausencia? Estoy, Osuna, de suerte, en males tan inhumanos, que mil veces con mis manos me he querido dar la muerte; porque no puedo creer que este mal me haya venido sin que ocasión haya sido aquella ingrata mujer.	1330
	¿Quién duda que dio ocasión, pues ha sido tan crüel que un recado ni un papel ha entrado en esta prisión? ¡Con qué famosa experiencia y justa desconfianza pintaron a la mudanza una mujer en ausencia! ¡Triste de mí, que el suceso que ahora pasa por mí [.....-í] y me ha de sacar sin seso.	1335
		1340
		1345

Salen el JUSTICIA y el MAESTRO

JUSTICIA:	No quiero más de saber si está Feliciano acá.	1355
MAESTRO:	A muy buen recado está.	
FELICIANO:	¿Qué es esto que vengo a ver?	

JUSTICIA: ¿Es aquéste?

MAESTRO: SÍ, señor.

JUSTICIA: Pues ¿cómo va, Feliciano?
¿Qué hay de pleito?

FELICIANO: Que está llano 1360
de mi sentencia el favor,
pues el jüez me visita;
pero jüez con pasión
mal juzgará la razón
si la vida no se quita. 1365

JUSTICIA: ¿Yo, jüez apasionado?

FELICIANO: Pues ¿no lo dirá el efeto,
si has hecho loco un discreto
y un inocente culpado?

JUSTICIA: ¿Tú inocente? Mira bien 1370
que una casa quebrantaste
y una doncella sacaste
de entre sus padres también.

FELICIANO: ¿Qué te debo, si es mi esposa?

JUSTICIA: No saber la voluntad 1375
de sus padres.

FELICIANO: La verdad
está corrida y quejosa.
También lo está la nobleza
de que rompa un caballero
la palabra, pues primero 1380
ha de perder la cabeza.
¿No me la diste, señor,
de no prenderme?

JUSTICIA: Es así;
pero la que yo te di
cumplíla en todo rigor. 1385
A la cárcel en que tengo
jurisdicción te juré
de no llevarte.

FELICIANO: Ya fue
cautela, pues a ésta vengo;
y cualquier trato jurado 1390
así a los cielos ofende
como el juramento entiende
el hombre que es engañado.

JUSTICIA: Yo sé que con discreción
averiguo tu delito; 1395

	que hay más que piensas escrito después que estás en prisión. Ni pienses que vengo aquí menos que a saber qué has hecho a Clarinda.	
FELICIANO:	Ya del pecho hasta la imagen rompí. Ya quité de la memoria el altar en que tenía el ídolo que solía darme su infierno por gloria.	1400
	Pero ¡bueno es preguntarme por lo que tienes allá!, pues cuando contigo está vienes de nuevo a engañarme.	1405
JUSTICIA:	No disimules, que falta del depósito Clarinda.	1410
FELICIANO:	¡A fe que la industria es linda! ¡A fe que la prueba es alta! Faltará porque habrás sido quien de allí la habrás sacado.	1415
JUSTICIA:	¡Qué bien has disimulado la culpa que habrás tenido! ¿Quién duda que la avisaste y por tu orden se fue?	
FELICIANO:	Si ella falta, yo no sé más de que aquí me encerraste; y como allá competís sobre quién ha de gozalla, todos andáis a buscalla y todos me perseguís.	1420
JUSTICIA:	(Si Leonardo me ha engañado, yo sabré presto el suceso.) Maestro, mirad que el preso no es loco, sino culpado.	1425
MAESTRO:	Yo tendré cuenta con él.	1430
<i>Vase el JUSTICIA</i>		
OSUNA:	(Que no me haya conocido debo al cielo.)	
FELICIANO:	¡Que haya sido mi desdicha tan crüel!	

	<p>¡Que ande en tanta perdición una mujer que es tan bella, que le pregunten por ella a un hombre que está en prisión!</p>	1435
	<p>Mas no son efectos pocos para saber que está loca, pues a buscarla provoca en un hospital de locos.</p>	1440
	<p>Pues, alto; si ya perdida Clarinda, su honor perdió, ¿qué seso definiendo yo, donde he de perder la vida?</p>	1445
	<p>¡Afuera, vana esperanza! ¡Afuera, necio valor; que quien danza con Amor ha de entender la mudanza!</p>	
	<p>Hasta aquí, si cuerdo he sido, sabed que ya no lo soy; porque, si perdido estoy, también lo estará el sentido.</p>	1450
	<p>Desharé puertas y rejas que mi venganza estorbaron y porque no se ablandaron a mis suspiros y quejas.</p>	1455
	<p>No ha de quedar cosa en pie, pues la esperanza cayó; que al cielo, donde subió, no fue menester la fe.</p>	1460
	<p>Sombras que me estáis mirando, quitaos delante de mí. Feliciano, vuelve en ti.</p>	
OSUNA: FELICIANO:	<p>¿Que vuelva en mí? ¿Cómo, cuándo, si salí para ser vida del alma de una mujer que se comienza a perder o que se acaba perdida?</p>	1465
	<p>Si ninguno sabe de ella, ¿cómo volveré yo en mí, mientras que no vuelva en sí para que vuelva a querella?</p>	1470
MAESTRO:	<p>¿Este dicen que no es loco?</p>	
FELICIANO:	<p>Sus lunas tiene, ¡por Dios! Pues si no tuviera dos,</p>	1475

¿tuviérame nadie en poco?
 Mientras fui presente amante,
 tuve una luna creciente;
 y mientras fui amante ausente, 1480
 tuve una luna menguante;
 estas dos lunas han sido
 las que me han traído aquí.
 OSUNA: Furioso está.
 FELICIANO: Nunca vi
 furioso un hombre rendido. 1485
 Pero si crece la injuria,
 ¿qué mucho que el furor crezca
 y que quien tanto padezca
 vuelva la paciencia en furia?
 1490
 Pues furioso estoy de veras,
 mataros tengo a los dos.
 MAESTRO: ¡Hola, ministros!
 OSUNA: ¡Por Dios,
 que das en lindas quimeras!
 Mira, amigo Feliciano,
 que te echarán en prisión. 1495
 FELICIANO: Vanos tus consejos son;
 mataréme con mi mano.

Salen los locos NICOLÁS, GONZALO, BARTOLOMÉ, y MARTÍN

NICOLÁS: Pues, padre, ¿quién le hace mal?
 GONZALO: ¿Quién le fuerza, padre mío?
 BARTOLOMÉ: ¿Quién le enoja, señor tío? 1500
 MAESTRO: Nunca he visto furia igual.
 Asidle, atadle, que tiene
 un demonio revestido.
 BARTOLOMÉ: Pues ¿tú te has descomedido
 en un día tan solene? 1505
 Con el *Ite, missa est*,
 ¡vive Dios!, que has de llevar
 calabazate y azar.
 MAESTRO: Atadle manos y pies.
 FELICIANO: Llegad, abejas infames, 1510
 a esta colmena de penas;
 llevaréis a manos llenas.
 GONZALO: Detente y no la derrames,
 que habemos de hacer hojuelas.

BARTOLOMÉ: ¡Oh, villano! ¿A mi persona? 1515
 ¿No ves que soy de corona?
FELICIANO: Pues llega, ¿qué te recelas?
MAESTRO: Asidle juntos.
FELICIANO: Aquí
 veréis lo que es el furor
 de un hombre que tiene amor. 1520
NICOLÁS: ¡Ay, que me ha muerto!
GONZALO: ¡Ay de mí!

Vase FELICIANO tras NICOLÁS, GONZALO, BARTOLOMÉ y MARTÍN

MAESTRO: Tras ellos entra furioso.
 O todos le han de acabar,
 o él alguno ha de matar.
OSUNA: Id, que es amante y celoso; 1525
 encerradle si podéis.
MAESTRO: Como esas furias amansa
 el castigo.
OSUNA: Si descansa,
 suplícocos que le dejéis.
 Disculpa puede tener 1530
 de este hidalgo la locura,
 pues es causa la hermosura
 y engaño de una mujer.
 Pero yo, ¿por qué razón
 he venido a tanto mal? 1535

Salen LISARDO y CLARINDA

LISARDO: ¿No es famoso el hospital?
CLARINDA: Todas las cosas lo son
 de esta ciudad generosa,
 y mi desdicha también,
 que la historia de mi bien 1540
 será en el mundo famosa.
LISARDO: ¿No es octava maravilla?
OSUNA: (¿Quién será tan bella dama?)
CLARINDA: Muy bien cumple con la fama
 que tiene en toda Castilla. 1545
LISARDO: Aquí hay un loco.
CLARINDA: Pregunta
 si es furioso.

OSUNA: No temáis,
supuesto que en mí veáis
toda la desdicha junta.

CLARINDA: ¿Estáis furioso?

OSUNA: Pudiera, 1550
según es la sinrazón
de verme en esta prisión,
teniendo seso allá fuera;
que ¡vive Dios! que en mi vida
hice coplas, ni serví 1555
a señor necio, ni di
mi hacienda a dita perdida;
ni saqué al campo ninguno
por negocios de mujer,
ni lo que yo pude hacer 1560
quise que hiciese ninguno.
Ni me acompañé de bobos,
ni subí, aunque me importase,
caballo que se empinase,
mula que diese corcovos; 1565
ni hice mal a cordero,
ni tuve en Lod esperanza,
ni quise tomar venganza
sin pasar noche primero.
Ni desprecié a mis iguales, 1570
ni perdí el respeto y ley
a cosa alguna del rey,
aunque fuesen sus reales.
Ni fui de vidas fiscal,
ni al fuerte mostré desdén, 1575
ni dejé de hacer el bien,
ni de guardarme del mal.
Jamás fié de pariente
ni amigo reconciliado,
ni lloré por lo pasado, 1580
ni perdí el tiempo presente,
ni traté amor con doncella
indigna de ser mujer,
ni tomé purga sin ver
que el médico viese hacella. 1585
Ni entré en vado que primero
otro no fuese delante,
ni hice burla a estudiante,

ni di al Banco mi dinero.
Nunca papel he firmado 1590
que primero no leyese,
tiré arcabuz que estuviese
de mucho tiempo cargado,
ni jugué mucho ni poco
con hombre pobre jamás, 1595
y con esto, adonde estás,
me tienen preso por loco.

CLARINDA: ¡Qué propio, Lisardo, es
de un loco decir que es cuerdo!

OSUNA: Basta, que el crédito pierdo; 1600
pero, porque me le des,
pregúntame alguna parte
que toque al entendimiento.

CLARINDA: Los locos hablan a tienta;
pero quiero preguntarte: 1605
¿cuál es la cosa más loca?

OSUNA: Eso es fácil de saber.

CLARINDA: Pues ¿cuál es?

OSUNA: ¿Cuál? La mujer.

CLARINDA: Volver por ellas me toca.

OSUNA: ¿Puede ser mayor locura 1610
que lavar un negro?

CLARINDA: No.

OSUNA: Pues mujer he visto yo
que hacer lo mismo procura.
La morena que se afeita
¿blanca no se intenta hacer, 1615
y sólo en que da a entender
que es blanca no se deleita?

Los cimientos de hermosura
en tez y dientes están;
si esto acaba el solimán, 1620
¿puede haber mayor locura?

Una pequeña ¿no intenta
parecer grande en chapines,
y desde misa a maitines
por ventura no se asienta? 1625

Pues fiar la autoridad,
que es de la virtud primero,
de un corcho, que es tan ligero,
¿no es locura y liviandad?

	Si mira en una doncella que la tratan de marido, mal hecho y peor nacido, dice que es ángel y estrella; y siendo cosa que dura un siglo, como si fuese 1635 para que una hora viviese, le quiere, admite y procura.	1630
	La casada que mandar quiere a su marido a coces, y hay sobre esto sangre y voces, ¿puédese cuerda llamar?	1640
	Y la viuda que tenía que comer y se casó con el que se lo jugó, por dicha, al segundo día, ¿tiene seso?	1645
CLARINDA:	Todas éstas que tú dices locas son. Muchas hay con discreción, honestamente compuestas; que es la honesta compostura de una mujer adornada una moldura dorada en un marco de pintura.	1650
	Que doncellas o solteras hayan hecho algún error, de los hombres es mayor, que dan las causas primeras.	1655
OSUNA:	Ahora vuestra locura no se ha confirmado poco.	
CLARINDA:	Sí, pues satisfago a un loco de una cosa tan segura.	1660
	Colgar al rey su aposento, un caballo enjaezar, dar a las naves del mar velas en que juegue el viento, bordarse el cielo de estrellas, la primavera de flores; dar al soldado colores y engaste a las piedras bellas, es la mujer componerse.	1665
	Y si es loca, el hombre es más,	1670

pues el más cuerdo verás
por la más loca perderse.

OSUNA: Pero dime, cuerdo o loco,
¿conoces un castellano 1675
que se llama Feliciano?
Y no le conozco poco.
Por él estoy de esta suerte;
mas si de burlas entró,
hoy, de una nueva, quedó 1680
todo su seso a la muerte.

CLARINDA: Que un Justicia, o sin-justicia,
de este reino de Aragón
le dijo cierta razón,
fuese verdad o malicia, 1685
con que, por furioso, creo
que le tendrán bien atado.

OSUNA: ¿De quién la nueva le han dado?
De su mal logrado empleo;
que dicen que se le ha ido 1690
por ese mundo adelante
con otro segundo amante.
Y aunque a mal tiempo has venido,
yo iré a ver si está encerrado
para que le entres a ver. 1695

CLARINDA: Merced me puedes hacer.
OSUNA: Cierta sospecha me has dado.

Vase

CLARINDA: No comienzan mis desdichas,
Lisardo amigo, por poco.
¿Fuerza para hacer un loco 1700
tienen las nuevas mal dichas?

Mas una reja han abierto
y un gentil mancebo suena
sobre el hierro una cadena.

Estése una reja hacia fuera del vestuario porque se oiga y vea a FELICIANO, que estará por dentro

FELICIANO: ¿Quién es la que busca a un muerto? 1705
CLARINDA: ¿Eres tú, solo bien mío?
¿Eres tú, loco adorado?

¿Eres tú, sol eclipsado,
 cielo a quien el alma envió,
 dulce señor de esta vida 1710
 y de este espíritu aliento?
 ¿Eres tú aquel pensamiento
 de mi verdad combatida?
 ¿Eres tú, columna fuerte,
 cuyo amparo me faltó, 1715
 porque más pareces yo,
 presa y loca por quererte?
 ¿Cómo es esto, dueño hermoso
 de esta esclava? ¿Quién te impide
 mis brazos? ¿Tanto divide 1720
 la envidia de un poderoso?
 ¿Tanto puede un gusto injusto?
 Dame esa mano, señor.
 ¡Ay, cocodrilo traidor,
 que bañas en llanto el gusto! 1725
 ¿Para qué, serpiente fiera,
 la voz del partir, fingida,
 vienes a engañar mi vida
 para que a tus manos muera?
 ¿Cómo, tras tantas maldades, 1730
 te ha venido a la memoria
 aquella amorosa historia
 de mis antiguas verdades?
 ¿De dónde saliste aquí
 para aumentar mi dolor, 1735
 que no es posible que amor
 te diese nuevas de mí?
 ¿Por dicha te arrepentiste
 de haberme tenido en poco,
 porque me prendes por loco 1740
 después que me enloqueciste?
 ¿Por dicha el que te ha gozado
 se cansó, porque gozó
 lo que poco le costó,
 que poco es poco estimado? 1745
 ¿Cómo ha llegado el ruido,
 siendo tú ausente y mujer,
 de esta cadena a romper
 los candados de tu oído?
 ¿Por dónde entró mi dolor 1750

FELICIANO:

a decirte, ingrata, “Advierte
que queda un hombre a la muerte,
loco de tu poco amor”?

Y si tu amor es tan poco,
¿por qué nos permite ver, 1755
yo a ti de burlas mujer,
y tú a mí de veras loco?

Pero ya sé que has venido,
siendo tan poco tu amor,
como viene el vencedor 1760
a ver atado al vencido.

Pero si ese nombre tuve,
que estoy desde ahora, advierte,
más loco de aborrecerte
que de quererte lo estuve. 1765

CLARINDA:

No pensé, ya que te veo,
del tiempo y del cielo airado,
que éste te hubiera guardado
a las ansias del deseo.

No pensé que la fortuna, 1770
común a los dos, te diera
ocasión para que fuera
causa de sospecha alguna.

No pensé que, visto el bien,
ya que a los brazos faltara,
al alma se le escapara 1775
por los pies de tal desdén.

Ni pensé, dulce bien mío,
que creyeras de mi honor,
ya que te faltara amor, 1780
tan notable desvarío.

Pero si entonces pensara
que eras hombre, por ventura
no estuviera tan segura
de que tu fe me faltara. 1785

¿Yo descuidada de ti?
¿Yo ausente de tu prisión?
¿Yo, mi bien, di la ocasión?
¿Yo con quien dices me fui?

¿Yo que, presa y muerta ahora, 1790
he sido roca en el mar?
¿Yo, sin cesar de llorar,
desde la noche al aurora?

FELICIANO: ¡Ah, Feliciano, mal pagas
 mi amor con tratarme así! 1795
 Date cuenta a ti de ti,
 y a mí no me satisfagas.
 ¡Ved qué razones aquéllas!
 ¡Ved que Alsernico al cercado! [así en el original]
 ¡Ved qué diamante limado 1800
 que me está dando con ellas!
 ¡Ay de mí! Cuando en Toledo
 en una reja te vi
 estar llorando por mí
 de amor, de celos, de miedo, 1805
 ¡cuán diferente rocío
 reverdeció mi esperanza,
 que, seguro de mudanza,
 bajó de tu rostro al mío!
 Pues, Clarinda, si desnudo 1810
 en Tajo me halló tu amor,
 desnudo quedo en rigor;
 lo mismo puedes que pudo.
 Si justa mi queja es,
 dígalo tu pecho bajo; 1815
 allí me diste de tajo
 y aquí me das de revés.
 Loco por fuerza me has hecho,
 siendo yo de voluntad;
 pues ten por cierta verdad 1820
 que no hay fuerza de provecho.
 Como eres ya gran señora,
 quieres locos en tu casa;
 pues, Clarinda, el tiempo pasa,
 huye la edad voladora. 1825
 Si vivo, te espero ver
 donde me vengue de ti.
 CLARINDA: ¡Mi bien, mi bien, oye!
 FELICIANO: Di.
 CLARINDA: Mira que soy tu mujer.
 FELICIANO: ¡Fuego en mí que tal pensé! 1830
 ¡Fuego en ti que tal dijiste!
 ¡Fuego, fuego!

Vase

CLARINDA:	¿Al fin te fuiste?	
LISARDO:	Con grande enojo se fue.	
CLARINDA:	¿Es posible que he llegado a desventura como ésta?	[romance] 1835
	¿Es posible, Feliciano, que aquí llorando me dejas?	
	¿Es posible que mi honor, conociendo tú mis prendas, haya dado, injustamente, ocasión a tus sospechas?	1840
	¿Qué, no merecí llorando hacer mis lágrimas hierba que deshiciera estos yerros y que tu error deshiciera?	1845
	¡Oh, cuánto pueden los brazos más que las palabras tiernas, pues que le concede el hombre lo que a las lágrimas niega!	
	¡A fe que, si al cuello tuyo hiciese de ellos cadena, que el desdén no se alabara de la victoria que llevas!	1850
	Si eres loco por fuerza, yo lo seré por ti, de amor, sin ella.	1855
	Mátame, y abre un poco, que no te matarán, pues estás loco.	
LISARDO:	Señora, advierte que es tarde, y que es ya mucha licencia, que se enojará Leonardo si no vas antes que vuelva.	1860
	Ven a casa, y desde allí haz alguna diligencia para que te den tu esposo.	
CLARINDA:	¿Qué diligencia me queda, pues, aunque de ver mi llanto cuantos me escuchen se muevan, dice mi amante crüel que hice a mi honor afrenta?	1865
	Déjame darle una voz por los huecos de estas rejas.-- ¡Feliciano! “-no,” responde. “No,” dice el eco en respuesta. Estoy por volverme loca;	1870

pero será cosa fea 1875
 que esto se diga de mí
 cuando a ser su mujer venga;
 que si no, ¡viven los cielos!,
 que todo el mundo no fuera
 parte a sacarme de aquí. 1880
 LISARDO: Vamos, señora, que cierran.
 CLARINDA: ¡Ay, mi loco por fuerza,
 más loca voy sin ti que tú lo quedas;
 aunque es quererte poco
 partir con vida donde quedas loco. 1885

Sale OSUNA

OSUNA: ¡Ce! ¿Qué digo, hermosa dama?
 Permitid que hablaros pueda
 de parte de un hombre loco,
 pienso que por causa vuestra.
 CLARINDA: Di que es tarde, [verso defectuoso] 1890
 y temprano a sus afrentas;
 que éstas que me ha dicho llevo
 en medio del alma impresas.
 Que no quiero que los locos
 digan en mi honor sentencias, 1895
 que no tome en su locura
 a mi deshonra por tema;
 que no soy, aunque mujer,
 de las mujeres que piensa. 1900
 Que si es loco por fuerza,
 desde hoy seré por desengaño cuerda;
 pues ha tenido en poco
 lo que cuerdo estimó cuando está loco.

Vase

OSUNA: No suele a los pies volver, [redondillas] 1905
 pisado, con mayor furia
 el áspid que con la injuria
 vuelve al hombre la mujer.
 ¡Con qué notable mudanza
 se parte de esta prisión! 1910

Sale FELICIANO

FELICIANO:	<p>¡Aguarda, dulce ocasión de mi perdida esperanza! ¡Aguarda, Clarinda mía, que me han dado libertad para ver si tu verdad vive el lugar que solía.</p>	1915
OSUNA:	<p style="text-align: right;">Era tarde y por eso no esperó.</p>	
FELICIANO:	<p>¿Qué, tan presto anochebió tu sol, que me abrasa y arde? ¡Ay, amigo y compañero de este miserable estado, qué de cosas he pasado con este viento ligero, con esta luna mudable, con esta ausente y mujer! No sé qué tengo de hacer en mal tan irreparable; que, si no es perder la vida, no tengo qué aventurar. 1930</p>	1920
OSUNA:	<p>Aquí la he visto quejar de tu crédito ofendida. La mujer, aunque esté clara su afrenta y vil deshonor, siente mucho que su error le diga nadie en la cara. Y de Clarinda no creo que te haya ofendido a ti, pues que viene a verte aquí con tan notable deseo.</p>	1925
	<p> Da lugar a tus pasiones; da tiempo a tus desatinos; busca mejores caminos de remediar ocasiones. Procura salir de aquí, y deja engaños de amor; que no es hombre de valor el que se desmaya así.</p>	1935
	<p> ¿Hombre y de bien, es razón que llore -- ¡por mil canastas!— de mujeres que, de castas,</p>	1940
	<p> Procura salir de aquí, y deja engaños de amor; que no es hombre de valor el que se desmaya así.</p>	1945
	<p> ¿Hombre y de bien, es razón que llore -- ¡por mil canastas!— de mujeres que, de castas,</p>	1950

	buenas para casta son? ¡Vive Dios! Si de cristal hiciera una mujer bella el cielo, y vieras en ella 1955 lo que es bien y lo que es mal, que huyeras al fin del mundo. Y por eso has de pensar, si eres cuerdo, que es el mar, que nunca se ve el profundo.	1960
	Verás el agua que forma campos de cristal amenos cuando a los cielos serenos en su manto azul conforma. Pero si Dios le secase, verías, mirando el centro, tantas sabandijas dentro que entiendo que te espantase.	1965
	El engaño de un mancebo: ése piensa en la mujer como ella se deja ver cuando le sirve de cebo; vestida, rica, adornada, llena de oro, afeite y seda, pero no cuando ella queda... No quiero decirte nada; si eres discreto, adivina y procura libertad.	1970
	Sin duda tu voluntad a mi remedio camina; no soy tan rebelde, Osuna, al consejo y la razón que dé mayor ocasión al rigor de mi fortuna.	1975
FELICIANO:	Poner quiero en libertad de este Argel en que he vivido la razón, pues al sentido abre puerta la verdad. Pero ¿cómo podré yo salir de aquí?	1980
	Buen remedio; industria habrá de por medio, que a ningún preso faltó. Dos locos van cada día	1985
OSUNA:		1990

	a pedir por la ciudad con una guarda.	
FELICIANO:	Es verdad, y que el rector los envía.	1995
OSUNA:	Pues no somos conocidos, negociemos ir los dos y pediremos por Dios con estos mismos vestidos, donde alguna vez daremos gatazo al que nos llevare y, buscando quien te ampare, a Castilla volveremos.	2000
FELICIANO:	Si en Toledo se supiese que loco público fui, ¿qué dirán todos de mí?	2005
OSUNA:	¡Lindo pensamiento es ése! Mira en qué razón me fundo --aunque es paradoja de honra--, que si el ser loco es deshonra no hay hombre honrado en el mundo.	2010
	Dame alguno que, en efeto, no haya hecho un disparate. ¿No ves que sobre el remate de un pilar puso un discreto, “Si en su linaje algún hombre dice que no puede haber o pobre o libre mujer, ponga aquí luego su nombre” y que pasó Cicerón por allí y, mirando un poco, puso encima, “o algún loco”, y es porque los más lo son?	2015
FELICIANO:	¡Extrañas cosas penetras! Y yo también he leído que anduvo loco fingido David, en las sacras letras. ¡Gran cosa es la libertad; procurémosla, que es justo! Clarinda tiene su gusto, fácil fue su voluntad.	2020
	Tomemos su mismo ejemplo, que Amor, por cosa muy cierta, dicen que tiene una Puerta	2025
		2030
		2035

de Ausencia en su mismo templo.

Por la del deseo vienen
a entrar los que amando valen
y por la de ausencia salen
los que remedio no tienen.

2040

Vamos a buscar la puerta
adonde el remedio está,
que yo sé que la tendrá
este desengaño abierta.

OSUNA: Eso sí, vamos; ¿qué esperas?

2045

FELICIANO: Sígueme.

FELICIANO: Verás qué estrago
en los pasteleros hago,
confiteros y fruteras.

Vanse, y salen ALBANO con una carta, CELIO y FULGENCIA, de camino

ALBANO: Yo he leído la carta de don Diego [endecasílabos sueltos]
y es la persona, hidalgo, que en el mundo 2050
más quiero, más respeto y más estimo,
y a quien la vida y aun la honra debo.

Es la ocasión que, estando yo en Castilla,
tuve cierta cuestión sobre palabras
allá, en el corredor de la pelota
de esa ciudad y, como forastero,
vi sobre mí gran cantidad de espadas,
pero libróme su valor de todas.
¿Es aquésta la dama que me escribe?

2055

CELIO: Esta es la dama.

ALBANO: Dadme vuestros brazos; 2060
que vos seáis mil veces bien venida,
aunque con las desdichas que me cuentan,
que en esta casa os serviremos todos.

FULGENCIA: Para que más a compasión os mueva,
ilustre Albano, oíd mi cruel desdicha 2065
y la ocasión de verme en Zaragoza,
pues no puede decir tanto esta carta.
Estadme un rato atento.

ALBANO: Que me place.

FULGENCIA: Sabréis de dónde mi desdicha nace.

Yo soy, caballero noble,
de aquella ciudad famosa
donde la reina del cielo,

[romance] 2070

desde el trono de su gloria
 bajó a darle mayor nombre
 que tuvieron Menfis, Rodas, 2075
 Caria, Éfeso, Olimpo, Faro
 y la insigne Babilonia,
 que a todas sus maravillas
 hace ventaja esta sola,
 sin otras cosas ilustres 2080
 que su bello sitio adornan.
 Allí tuve yo un hermano
 que Feliciano se nombra,
 aunque infeliz para mí
 y para su sangre toda. 2085
 Éste sirvió a una doncella
 discreta, gallarda, hermosa,
 mas, como yo, desdichada
 en no menos triste historia.
 Tuvieron gusto sus padres 2090
 en dársela por esposa
 a un hidalgo que tenía
 igual hacienda y persona,
 pero sintiendo los dos
 tragedia tan lastimosa, 2095
 dando una noche lugar,
 manto de las buenas obras,
 se huyeron, según se dijo,
 a Valencia o Zaragoza,
 sin que alcanzarles pudiesen 2100
 ni cuadrilleros ni postas.
 El hidalgo que esperaba
 de aquesta dama las bodas,
 quedó corrido, de suerte
 que enfermó de esta congoja. 2105
 Pero pensando en venganzas,
 le pareció la más corta
 servirme a mí con engaños.
 ¿Quién vio tan injusta cosa?
 Yo, triste, mujer al fin, 2110
 que para disculpa sobra,
 no sabiendo que era a quien
 mi hermano agravió en la honra,
 di crédito a sus palabras,
 que hay muchos hombres que lloran 2115

de tema, como de amor
hasta que venganza toman.
Con cédulas y con firmas
de tal manera negocia
que, en ausencia de mis padres, 2120
una noche temerosa
de relámpagos y truenos
y rayos, a mi deshonra,
de lástima abrí la puerta.
Mira si hay de hombre memoria, 2125
que para tal tempestad
buscase imagen tan loca.
No pensé yo que los truenos
a sus manos engañosas
dieran lugar, pero fueron 2130
trompetas de su victoria.
Porque, como las ovejas
se meten unas en otras
cuando granizo desnuda
de los árboles las hojas, 2135
así en mis brazos se guarda
de la inclemencia furiosa
con que el cielo amenazaba
pueblos en tierra, en mar flotas.
Al tiempo, pues, que vestida 2140
de azucenas y de rosas,
en los hombros de la noche
puso los pies el Aurora,
serenóse, Albano, el cielo
y oscurecióse mi honra. 2145
Fuese a su casa Fenicio,
y dentro de pocas horas
me escribió un papel diciendo
que a Aragón tomaba postas
a matar a Feliciano, 2150
que le llevaba su esposa,
y que, en habiéndole muerto,
debe de ser que la adora,
me cumplirá la palabra.
¡Mirá qué bien se conforma! 2155
Celio, que aquí esta presente,
vióme una tarde llorosa;
era amigo de mi hermano

--y no de los que hay ahora--.
 Contéle el caso y, creyendo
 que no era la causa poca
 para que yo me matara,
 cartas de don Diego cobra
 y a Zaragoza me trae,
 donde juntamente estorba
 mi muerte y la de mi hermano.
 Ésta es, Albano, mi historia.

ALBANO: No hubiera piedra, jaspe o bronce duro [endecasílabos sueltos]
 que no se enterneciera de escucharla.
 Pero porque tengáis algún consuelo,
 yo sé dónde veréis hoy a Clarinda,
 y sabed que está preso vuestro hermano,
 conque de esa traición está seguro.

FULGENCIA: ¿Dónde pudiera yo tener remedio
 si no es en vos, aragonés ilustre?

ALBANO: Seguidme, porque se haga diligencia
 para hallar el ingrato que os deshonra.

FULGENCIA: Vos sois el dueño de mi vida y honra.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

	que, por mecha, en la cabeza puedan ponerle un colchón.	2210
GUARDA:	¿A mí, perro, tragaperas?	
OSUNA:	Hago bien. ¿Compráislas vos?	
FELICIANO:	Dejadle ya, que ¡por Dios! que hablemos todos de veras.	
GUARDA:	¿Tú también?	
FELICIANO:	¡Teneos allá!	2215
GUARDA:	No saldréis más.	
OSUNA:	¡Malos años!	
GUARDA:	Que yo diré allá los daños que habéis hecho por acá.	
OSUNA:	¿Qué he hecho yo?	
GUARDA:	Derramado	
	una olla de menudo	2220
	que un asno hacer no lo pudo.	
OSUNA:	¿No ve que soy yo jurado y que era puerco y mal hecho?	
GUARDA:	¿Y el confitero, ladrón?	
OSUNA:	¿Él no ve que el diacitrón es caliente para el pecho?	2225
	Cuanto y más que no quebré sino un bote de aceitunas, porque, por el vidrio, algunas son grandes a quien las ve.	2230
	De suerte que para vellas saben muy bien destrazallas, agrándanlas al comprallas y achícanlas al comellas.	
FELICIANO:	De las cosas de la plaza es lindo fiel un loco.	2235
OSUNA:	Gente viene. Espera un poco.	
FELICIANO:	¡Gran desdicha me amenaza!	

Salen FENICIO, TORCATO, viejo, y el JUSTICIA

JUSTICIA:	¿Que de Clarinda sois padre?	
TORCATO:	¡Pluguiera a Dios no lo fuera o, ya que fui, pareciera en la virtud de su madre!	2240
	Aqueste hidalgo es a quien yo la daba por marido.	
FELICIANO:	(A mal tiempo hemos salido.)	2245

OSUNA: (Si hay algo, encúbrete bien.)
FELICIANO: (Éste es padre de la dama que te dije.)

OSUNA: (¿Y el galán?)
FELICIANO: (Su esposo.)
OSUNA: (Tras ti vendrán.)
FELICIANO: (Torcato el viejo se llama y el mozo Fenicio.) 2250

OSUNA: (Aquí has de ser loco por fuerza.)
FELICIANO: (La necesidad me esfuerza.)
JUSTICIA: Ya os dije que los prendí.
Él está en cierta prisión y ella está depositada. 2255

FELICIANO: ¡Qué buena está la empanada! [Le falta un verso a la redond.]
“Mi ganado y mi cayado y mi zurrón, tres enemigos son.” [estribillo fuera del metro]

FENICIO: Señor, este es Feliciano. 2260
¡Traidor, de mi honra tirano!
¿Quién de esta suerte te ha puesto? [Le falta un verso a la redond.]
¡Crüel enemigo mío!

TORCATO: ¿Qué has hecho a mi prenda amada?
¿Cómo ha de cortar mi espada en tu loco desvarío? 2265
¿Cómo estás en esa suerte?

FENICIO: ¿Dónde tienes a mi esposa?
FELICIANO: ¡Oh, qué pregunta donosa para quien está a la muerte! 2270

JUSTICIA: Feliciano, ¿qué quimeras son éstas con que te burlas?
¿Cómo? ¿De loco de burlas viniste a serlo de veras?

FELICIANO: Viejo, vos sois mi ganado, 2275
pues, en fin, padre habéis sido de aquel ganado perdido por quien perdido he quedado.
Mi cayado fuisteis vos, Justicia, mal informado, 2280
aunque en torcer el cayado no parecisteis a Dios.
Mi zurrón vos, mentecato; porque venir este día por cosa que ha sido mía 2285

y que hacéis que la trado [*sic*].
Sin honra, sin ocasión,
sin justicia, me han buscado
júez, padre y desposado,
de donde es clara razón 2290
que “mi ganado, mi cayado
y mi zurrón...”

OSUNA: “...tres enemigos son”. [estribillo fuera del metro]
TORCATO: ¡Bien cobraré yo mi honra
de un loco público!

FENICIO: Y yo,
de un hombre que me ofendió, 2295
satisfaré mi deshonra.

JUSTICIA: Feliciano, del mesón
donde estabas, has pasado.
Lo limpio se te ha pegado.

FELICIANO: Mis tres enemigos son. 2300
Yo soy cuerpo en que vivía
Clarinda.

OSUNA: Es mucha verdad.
FELICIANO: Esta alma, por su beldad,
tres enemigos tenía;
aqueste viejo era el mundo, 2305
que es quien al mundo la dio;
la carne éste, que pensó
llevar la suya al profundo;
el diablo fue este ladrón,
que la llevó al reino eterno, 2310
donde, como en el infierno,
ya no espero redención.

Zurrón de carne crüel,
ganado del mundo ingrato,
cayado de garabato 2315
que la llevaste con él,
mirá que en esta prisión,
como por fuerza y forzado
de mi pasión y cuidado,
dije, con mucha razón, 2320
que “mi ganado, mi cayado
y mi zurrón...:

OSUNA: “...tres enemigos son”. [estribillo]
TORCATO: Señor, no me mandes ver
desventura semejante.

FELICIANO:	(¡A fe que ha sido importante el fingido enloquecer!)	2325
OSUNA:	(Y aun a mí, que tengo aquí dos muertes y estoy temblando.)	
JUSTICIA:	¿Creeré lo que estoy mirando, siendo el que la causa di?	2330
	¡Pobre mancebo! El más loco en la prisión cobra el seso y tú le has perdido preso.	
FELICIANO:	Pues ¿qué queréis? Si era poco viendo, mi señor, Justicia, a jugar a la primera con amor, sospecho que era fullero y de gran codicia.	2335
	Hizo a Clarinda de resto amor con sus diligencias; y mi sentido y potencias, que es lo más que paso en esto.	2340
	Porque lo viese el Crineno; un siete copas me dio y un seis envidé, y metió un tanto de engaños lleno.	2345
	Diómelas, y mil tesoros de mi memoria envidé; quiso, y de mi firme fe le entró junto un flux de oros.	2350
	Como me vi sin memoria, hice de resto mi fe, barato mi buen jüicio, y dio cartas de mi historia.	
	Dos caballos que me entraron hasta a Zaragoza fueron; quiso, y luego me vinieron figuras que me engañaron.	2355
	Como estaba sin memoria, envidé de falso el resto, 2360 y él, como estaba dispuesto, quiso hasta el fin de la historia.	
	Caballos y caballeros y figuras me engañaron, que, como [...aron?] andaban todos ligeros, y el as de bastos le entró	2365

a Amor, que fue vuestro palo,
y fue para mí tan malo,
que al de Olías pareció. 2370

En más locos estoy preso,
aunque me veis libre aquí,
pues todo el resto perdí
y estoy sin blanca de seso.

TORCATO: No me mandéis esperar 2375
a ver tan grande dolor.

FENICIO: Esto no importa, señor,
sino a Clarinda buscar.

JUSTICIA: Venid, que yo sé que ha vuelto
al depósito en que estaba. 2380

TORCATO: ¡Qué brava locura!

FELICIANO: ¡Brava!

Vanse el JUSTICIA, TORCATO y FENICIO

OSUNA: Notable historia has revuelto.

FELICIANO: Todo ha sido menester,
pues, en efecto, se irán.

OSUNA: ¿Que este tonto es el galán 2385
de aquella hermosa mujer?

FELICIANO: Éste es Fenicio.

OSUNA: Él parece
un fénix de necesidad.

FELICIANO: Ya estamos en la ciudad.
Dime lo que se te ofrece, 2390
para dejar esta guarda
y volver a nuestro ser.

OSUNA: Procuremos ir a ver
aquesta dama gallarda,
que parece forastera. 2395

Salen ALBANO, FULGENCIA y LISARDO

ALBANO: Lisardo, Rosela es loca,
pues por fuerza me provoca
a que le requiebre y quiera.

LISARDO: ¡Ah, señor! Tu condición,
que a cuantas ve quiere bien, 2400
te obliga a tanto desdén
con quien te tiene afición.

Luego que a Clarinda viste
de amores la requebraste
y, cuando a Fulgencia hablaste, 2405
eso mismo le dijiste.
(Yo se lo diré a Rosela.)

FULGENCIA: Esta dama esté segura,
que ni él a mí me procura
ni hay en este amor cautela. 2410
Yo busco al esposo mío,
y Albano sólo me ampara.
OSUNA: (¿Qué miras tanto a su cara?)
FELICIANO: (¿Duermo, sueño, desvarío?)
Ahora sí que estoy loco. 2415
¡Traidora hermana! ¿Qué es esto?
[.....-esto?]
¿Cómo así tuviste en poco
de tus padres el honor?

GUARDA: Hermana, quítate allá. 2420
ALBANO: Quita de este loco allá.
GUARDA: Teme su furia, señor.
ALBANO: ¿De qué sirve ese castigo?
FELICIANO: Aquí tengo de matarte.
FULGENCIA: Esto, hermano, escucha aparte, 2425
que tengo que hablar contigo.

FELICIANO: No hay que hablar -- ¡viven los cielos!—
que has de morir en mis manos.
ALBANO: Estos locos castellanos
todos son envidia y celos. 2430
¿Por qué, guarda, los traéis
sin esposas?

GUARDA: No tenían
furia al tiempo que salían.
ALBANO: Pues, por Dios, que me obligáis
a que desnude la espada. 2435
¡Fuera, villanos, de aquí!

FELICIANO: Agradéceme tú a mí
que en aquesta mano honrada
no tengo otro tanto acero. 2440
Osuna, ven a buscar
con que me pueda vengar.

OSUNA: Si eres noble y caballero,
espera, con el que viene
a tu lado, un poco aquí.

GUARDA: ¿Que esto[s?] me diesen a mí? 2445
 FULGENCIA: ¡Ay, cielos, qué razón tiene!
 GUARDA: No he de pedir más con ellos
 si no me los dan atados.

Vanse FELICIANO, OSUNA y la GUARDA

LISARDO: ¡Qué locos desatinados!
 ALBANO: Sosiega los ojos bellos, 2450
 que ya se han ido de aquí.
 FULGENCIA: ¡Ay! No es vano mi temor.
 ALBANO: ¿Cómo?
 FULGENCIA: Es mi hermano, señor.
 ALBANO: ¿Vuestro hermano?
 FULGENCIA: Señor, sí.
 ALBANO: Pues ¿cómo está de esta suerte? 2455
 LISARDO: Fue de Clarinda galán.
 FULGENCIA: Mis esperanzas están,
 si él está loco, a la muerte.
 Tras esto, que ha de matarme
 es sin duda.
 ALBANO: No hayas miedo, 2460
 porque remediarlo puedo
 no más de con informarme
 del estado de su mal,
 hasta hacer paces con vos.
 Y paréceme, ¡por Dios! 2465
 que una mujer principal
 estará bien retirada
 hasta que aquí se procure
 que su remedio asegure
 la diligencia y la espada. 2470
 Tengo seis leguas de aquí
 una hacienda en que estaréis.
 FULGENCIA: Gran merced, señor, me hacéis,
 que tiemblo de verme así.
 ALBANO: Pues vamos donde, después 2475
 que estéis con seguridad,
 vuelva solo a la ciudad.
 FULGENCIA: Mil veces beso esos pies.
 ALBANO: Lisardo conoció en esto,
 pues no es caso sospechoso. 2480
 FULGENCIA: En trance muy riguroso,

Fenicio injusto, me has puesto.

Vanse FULGENCIA y ALBANO

LISARDO: ¿Tan cerca de los balcones
de Rosela, mi señora,
pasas con Fulgencia ahora? 2485
Todo, Albano, eres traiciones,
todo palabras fingidas,
todo gallardos paseos,
todo novedad de empleos,
todo esperanzas perdidas, 2490
todo enojos y desdenes
contra quien adora en ti.

Sale ROSELA

ROSELA: ¿Con quién das voces aquí?
LISARDO: Con la desdicha que tengo. [rima defectuosa]
Con este Albano, que en vano 2495
te han hecho querer los cielos.
ROSELA: ¿Tenemos algo de celos?
¿Mira otra mujer Albano?
¿Qué hay de nuevo contra mí?
LISARDO: Ha llegado a Zaragoza 2500
ahora una hermosa moza...
ROSELA: Perdonadle si es así.
LISARDO: ...y porque es de Feliciano
hermana, y en busca viene
de cierto galán que tiene, 2505
la lleva a su hacienda Albano;
pero es todo con cautela,
que quiere gozarla allí.
ROSELA: ¡Triste de mí!
LISARDO: Por aquí
pasó a su casa, Rosela, 2510
donde, en caballos o coche,
saldrán al punto.
ROSELA: ¿Qué haré?
¿Cómo, Lisardo, podré
seguir mi sol esta noche?
Antípoda quiere hacella 2515
de mi mundo por matarme,

pues sólo para olvidarme
hace sus Indias en ella.

Celos es todo furor.

LISARDO: Quedo, que tu hermano viene. 2520

ROSELA: ¿No sabes tú que no tiene
freno el mar, rienda el amor?

Salen LEONARDO y CLARINDA

LEONARDO: Digo que vi a tu padre, y que venía [octavas]
con él Fenicio, tu primer esposo, 2525
y que propuesto su querella había.

CLARINDA: Huir de su rigor será forzoso.
Primero que tener su compañía
y a mi primero amor dejar quejoso,
me falte el cielo y me consuman luego
mis lágrimas con agua, amor con fuego. 2530

LEONARDO: Pues ¿qué piensas hacer?

CLARINDA: Huir.

LEONARDO: ¿Adónde?

CLARINDA: Adonde mi fortuna me llevare.

LEONARDO: Tu valor a mi lealtad responde;
no hay en el mundo quien mejor te ampare.
Esta montaña de Moncayo esconde, 2535
sin que poder humano le repare,
del gran Lupercio de Latrás la gente,
por que él está de esta corona ausente.

Hale llamado el rey sobre seguro,
y que está en Portugal tiene por cierto, 2540
por cuya ausencia manda, pues es muerto,
Marín de Félix, en la guerra experto.

Si te aventuras, como yo procuro,
tendrán en él tus esperanzas puerto,
que te prometo por mi propia mano 2545
sacar de la prisión a Feliciano.

Pues si te llevo donde estés segura
y luego vuelvo por tu amado esposo,
sin que Justicia en otra suerte dura
pueda impedirte tu fortuna honrosa, 2550
¿qué tienes que temer de tu ventura?

CLARINDA: Fiada en creeros, hombre generoso,
iré contigo al más remoto suelo

que mira el sol en cuanto encubre el cielo.
 Conozco las mercedes que me has hecho, 2555
 y, fiando mi honor de tu nobleza,
 a la mayor empresa pondré el pecho
 que haya cabido en femenil flaqueza.—
 Rosela, mi amor, no satisfecho
 de probar nuevamente mi firmeza, 2560
 me lleva a las montañas con tu hermano,
 huyendo de mi padre y de un tirano.
 Queda con Dios, y logre el cielo santo
 tus años, tu valor y tu hermosura.
 ROSELA: Y a ti, Clarinda, te conceda cuanto 2565
 pides; tu deseo y tu ventura.
 LEONARDO: Antes que envuelva de la noche el manto
 la claridad del sol en sombra oscura,
 de la ciudad salgamos.
 CLARINDA: ¿En qué iremos?
 LEONARDO: En caballo podrás.
 CLARINDA: Marcha.
 LEONARDO: Marchemos. 2570

Vanse LEONARDO y CLARINDA

ROSELA: Parece que traza Amor, [quintillas]
 Lisardo, mi libertad,
 pues que con tanto furor
 se aparta de la ciudad
 el que es guarda de mi honor. 2575
 Sola quedo y tengo miedo
 de mí, que si sola quedo,
 seguiré mi loco amante.
 LISARDO: Otro mesón de Atalante
 es este amoroso enredo. 2580
 ¿Cómo seguirle podrás?
 FELICIANO (dent.): ¿Dan por Dios?
 ROSELA: ¿Quién está allí?
 OSUNA (dentro): ¿Dan por Dios?
 GUARDA (dent.): ¿Qué golpes da[s]?
 LISARDO: Los locos están aquí.
 ROSELA: Entren, pues yo lo soy más. 2585

Salen FELICIANO y OSUNA [y el GUARDA]

FELICIANO: Esté en buen hora, señora.
OSUNA: ¿Hay para los locos algo?
GUARDA: ¿No estaréis con seso ahora?
OSUNA: De donde le venden salgo.
Mas ¿no es aquí donde mora
la encandiladora? 2590
[El verso sobra a la quintilla.]

FELICIANO: ¿Queréis dos palabras?
ROSELA: ¿Yo?
FELICIANO: Vos, pues.
ROSELA: Habla, y ten la mano.
FELICIANO: No soy loco.
ROSELA: ¿Cómo no?
FELICIANO: Sabed que soy Feliciano, 2595
aquel que infeliz nació.
Esta guarda echad de aquí,
que vengo a lo que os diré.
¡Guarda!

ROSELA:
GUARDA: ¿Señora?
ROSELA: Oye.
GUARDA: Di.
ROSELA: Al hospital envié, 2600
porque ayer sus pobres vi,
cierta ropa; ve al rector
y pregunta si la dieron.
GUARDA: ¿Y estos locos?
ROSELA: Su furor
templaron cuando me vieron; 2605
ir sin ellos es mejor.
Yo me entenderé con ellos
hasta que vuelvas por ellos.
GUARDA: Voy a sabello.
ROSELA: Camina.

Vase el GUARDA

FELICIANO: Danos, Rosela divina, 2610
capas, espadas y cuellos.
Has de saber que me lleva
un caballero una hermana.
Haz de tu nobleza prueba;
no es la piedad soberana
en nobles mujeres nueva. 2615

ROSELA: (No hayas miedo, porque creo
que nadie os conozca así.)
JUSTICIA: Aunque serviros deseo, 2650
tráeme por fuerza aquí.
¿Dónde está Clarinda?
ROSELA: Fuese [rima defectuosa]
con mi hermano a una heredad.
JUSTICIA: Buscad la casa.

Vase CRIADO 1

ROSELA: Yo sé
que aprendí a decir verdad 2655
de la sangre que heredé.
JUSTICIA: ¿Quién son esos gentilhombres?
ROSELA: Dos hidalgos catalanes
deudos míos.
JUSTICIA: ¿Y sus nombres?
FELICIANO: Yo me llamo Martín Juanes. 2660
(Habla, Osuna, y no te asombres.)
OSUNA: Y yo, señor, Juan Martín.
JUSTICIA: ¿De dónde?
OSUNA: De Monserrate.
Nieto de fray Juan Guarín.

Sale CRIADO 1

CRIADO 1: No parece.
JUSTICIA: Ni se trate 2665
de buscalla. Fuése, en fin.
CRIADO 1: Que bala dio a la campaña, [¿faltan versos?]
y trujo por grande hazaña
esta carta del correo.
JUSTICIA: Y aun es la firma que veo 2670
del mejor hombre de España.
En los ojos, en la frente
la pongo.
FELICIANO: ¿Qué puede ser?
OSUNA: Temblando estoy.
FELICIANO: Claramente
me debe de conocer, 2675
y no dice lo que siente.

Lee el JUSTICIA

“Habiendo muerto Lupercio de Latrás en mi servicio en Portugal, y habiendo sabido de Marino Félix que sus soldados, reducidos de él, quieren servirme en Italia y en Flandes, haréis un bando con mi palabra real de que los perdono, y de que conforme a sus calidades los señalaré ventajas, y asimismo daréis orden que marchen a Vinaroz, donde se puedan embarcar en las galeras de don Pedro de Toledo.”

OSUNA: ¡No más, oh piadoso intento!
 ¿Para qué tanto mal día?
 ¿Echaste el bando?

FELICIANO: Está atento.

OSUNA: ¡Oh, si con esto se fuese! [rima defectuosa] 2680

JUSTICIA: Señora, este atrevimiento
 perdonad, si sois temida.

ROSELA: El cielo os guarde, señor,
 y os conceda larga vida.

JUSTICIA: En persona iré mejor; 2685
 luego ha de ser mi partida.

Vase el JUSTICIA con los criados

OSUNA: ¿Fuese?

FELICIANO: ¿No lo ves? Señora,
 partamos si has de venir.

ROSELA: Tanto su desdén adora
 mi amor, que le he de seguir 2690
 como a la noche el aurora.
 Ven, Lisardo.

OSUNA: Feliciano,
 mucho tu amistad me cuesta.
 ¿He de ir allá?

FELICIANO: ¿No está llano?

OSUNA: ¡Terrible locura es ésta! 2695
 Ando tras el viento vano.
 Mil malas noches y días
 por tu causa voy sufriendo.

FELICIANO: Fía de las prendas mías.

OSUNA: Basta, que te voy siguiendo 2700
 como su perro a Tobías.

Vanse. Salen LEONARDO y CLARINDA de bandoleros, ella con una gorra o bonete con

piezas y una pluma grande, de capa de sayal con aforro de tela o primavera, con vuelo de punta, con tahalí, con muchas lazadas de cintas de colores y dos o tres pistoletas

- LEONARDO: Gallardamente has corrido. **[redondillas]**
- CLARINDA: Vine en las alas de amor,
ayudándome el valor
de aqueste marcial vestido. 2705
- LEONARDO: La divina compostura
de tus partes celestiales
con esas galas marciales
hace mayor tu hermosura.
Ahora sí que es muy cierto 2710
lo que el Petrarca decía:
“A los caminos salía
armado Amor encubierto”.
Aunque desos pedernales
el fuego, el plomo, el poder 2715
mejor se puede temer
que de los ojos Laxales
porque mataría más bien
la libertad más segura
el fuego de la hermosura 2720
y el plomo de tu desdén.
Con flecha y arco mil palmas
Amor, pero ya se vale
de escopetas, con que sale
a ser ladrón de las almas. 2725
- CLARINDA: Hácesme merced, Leonardo,
en encarecer mi brío.
¡Ojalá que el dueño mío
que en esta montaña aguardo,
viniese donde pudiera 2730
saltar su libertad!
- LEONARDO: ¡Ay de aquella voluntad
que a tu padre resistiera!

Salen MARÍN FÉLIX, capitán de los bandoleros, con otros cuatro, todos bizarros, BERNAL, ATIÁN, TURÍN

- MARÍN FÉLIX: Mientras que no viniese carta expresa **[endecasílabos sueltos]**
del mismo rey, ninguno de vosotros 2735
se atreva [a] entrar en Zaragoza, amigos.
- LEONARDO: Éste es Marín Félix.

BERNAL: Gente pasa.
 MARÍN FÉLIX: Prevenid las pistolas; mas, teneos,
 que me parece nuestra gente misma.
 ¿Quién va?

LEONARDO: De paz, amigos.
 MARÍN FÉLIX: ¿Es Leonardo? 2740
 LEONARDO: Yo soy, valiente aragonés.
 MARÍN FÉLIX: ¿Qué es esto?
 LEONARDO: Venirte a ver, lo primero, y luego
 asegurar a este galán hidalgo
 que busca en Zaragoza su justicia.
 Pon en tu lista aquestos dos soldados. 2745
 MARÍN FÉLIX: Cualquiera de ellos puede serlo mío.
 CLARINDA: Yo tengo [a] gran ventura el serlo vuestro,
 a cuyo lado, capitán famoso,
 no hay humano poder que temer pueda.

MARÍN FÉLIX: A lo que yo he mirado de esos bríos, 2750
 más dejáis que temer a quien os mira.
 ¿Qué es esto?

LEONARDO: (Escucha aparte.)

Se apartan MARÍN FÉLIX y LEONARDO

CLARINDA: (¿Dónde
 llevas mis locos pensamientos, [verso defectuoso]
 perdidos por tan ásperos caminos?
 ¿Qué fianza me das entre soldados 2755
 sin Dios y ajena de virtud alguna
 para defensa del honor que guardo
 a quien por mí padece tantas penas?)

MARÍN FÉLIX: Ya he entendido el caso, y en mayores cosas
 os debo yo servir, señor Leonardo. 2760
 Nuestra enramada es ésta. Yo os prometo
 que para alojamiento de campaña
 no hay más que desear, porque el regalo
 de limpias camas y de iguales mesas
 no falta, el jabalí, conejos, liebres, 2765
 venados, aves, frutas y pan fresco,
 con vino que sus dueños nos presentan
 donde toméis algún refresco.

LEONARDO: Vamos,
 Clarinda bella, porque demos orden
 en descansar un poco.

CLARINDA: Los caballos 2770
me dan cuidado.
FELICIANO: Dejadlos paseando.

Dentro ALBANO y FULGENCIA

ALBANO: Si hoy no te gozo, en vano te pretendo.
FULGENCIA: ¿Tan infame hazaña intenta [redondillas]
un caballero tan noble?
MARÍN FÉLIX: Voces hay junto [a] aquel roble. 2775
FULGENCIA: ¡El cielo vengue mi afrenta!
MARÍN FÉLIX: Id dos de vosotros, presto.
TURÍN: Por aquí fueron las voces. [Falta una verso a la redondilla.]
[.....-oces?]
si en tal ocasión le han puesto; 2780
porque después han tratado
de reducir al servicio
del rey, dan prisa al oficio
en desierto y en poblado.

Vanse BERNAL y TURÍN

MARÍN FÉLIX: Pues bien se la pueden dar, 2785
porque pienso que tenemos
nuevas de que a Italia iremos.
BERNAL (dentro): ¿Qué viento le ha de alcanzar?
Déjale huir, pues la presa
deja.
FULGENCIA (dent.): De mal en mal, [verso defectuoso] 2790
hay un peligro mortal.

Salen FULGENCIA, BERNAL y TURÍN

BERNAL: En esa arboleda espesa
que al sol con ramas se opone [Sobra el verso a la redondilla.]
hallamos aquesta dama
y un caballero que huyó 2795
luego que estas armas vio.
MARÍN FÉLIX: ¡Tal miedo engendra la fama!
Ella es bella.
FULGENCIA: Si lo fuera
como he sido desdichada,
no fuera gracia alabada 2800

ni Elena fama tuviera.
 MARÍN FÉLIX: ¿Quién eres?
 FULGENCIA: Una mujer
 que de Castilla he venido
 siguiendo un traidor marido,
 ido para no volver. 2805
 Este que aquí me traía
 era mi amparo, y faltó,
 que de mucho me guardó
 pero de sí no podía,
 pues por milagro escapé 2810
 de sus manos.

MARÍN FÉLIX: Bien podrías
 decir que, dando en las mías,
 mayor el peligro fue.
 Pues cuando el cielo te saca
 de un atrevido galán, 2815
 has dado en un capitán
 de bandoleros de saca
 [.....-ento?]
 de no perder ocasión.
 Él comenzó la traición, 2820
 yo acabo el atrevimiento.

FULGENCIA: Metedla en esa enramada.
 Poco importa ese rigor,
 que también mata el dolor
 donde hace falta la espada. 2825
 Cleopatra halló un áspid fiero,
 Porcia brasas, Julia espanto;
 pues si un temor puede tanto,
 morir del espanto quiero.
 Si falta espada, por ella 2830
 el miedo a matarme viene,
 que, para quien honra tiene,
 basta el temor de perdella.

Llévala un soldado

MARÍN FÉLIX: Pasó el tiempo de grecias y romanas; [octavas]
 es otra edad aquíta diferente; 2835
 que ya no hay coroneles castellanos
 con laurel en las armas y en la frente.
 Tú rendirás las amenazas vanas.—

Al capitán dejad, robusta gente,
que si escapas de mí, más mal te queda. 2840
BERNAL: Es imposible que escaparse pueda.

Salen ROSELA, de camino, FELICIANO y OSUNA

FELICIANO: Sin duda que temió nuestra venida,
pues no ha llegado a la guarida Albano.
ROSELA: Allá le vio Lisardo de partida.
MARÍN FÉLIX: ¿Qué gente?
OSUNA: (¡Esto es muy bueno, Feliciano!) 2845
MARÍN FÉLIX: Rendid las armas o rendid la vida.
FELICIANO: Sed, capitán, con esta dama humano.
BERNAL: Dad las espadas.
OSUNA: Detened el fuego.
MARÍN FÉLIX: A tres robles atad a los tres luego.

Atan a ROSELA, FELICIANO y OSUNA

¿Sois castellanos?
FELICIANO: Somos castellanos. 2850
OSUNA: Yo no soy castellano, caballero.
MARÍN FÉLIX: Decid quién sois mientras les dais las manos.
OSUNA: Yo soy un excelente majadero;
que, sin ser yo y este hidalgo hermanos,
ni aun amigo[s], que así decirlo quiero, 2855
porque le vi no fue media hora apenas,
soy mulo de la noria de sus penas.
BERNAL: Ya están atados.
MARÍN FÉLIX: A comer nos vamos.
OSUNA: Oye, galán.
BERNAL: ¿Qué quiere?
OSUNA: Aquesta hermosa
y yo en ayunas desde anoche estamos. 2860
Traíganos, si sobrare, alguna cosa.
BERNAL: Perdígonos habrá, cuando volvamos,
asados a la lumbre polvorosa
en aqueste cañón de chimenea.
OSUNA: Pues sin cenar me acuesto.
BERNAL: No lo crea. 2865

Vanse MARÍN FÉLIX, BERNAL, TURÍN y los demás bandoleros

FELICIANO: ¿Qué te parece de esta desventura,
atada en medio de los dos, Rosela?

ROSELA: Que ya de mayor mal estoy segura,
y que vuestra desdicha me consuela.

FELICIANO: Amigo Osuna, [el] cielo se conjura. 2870

OSUNA: ¿Hay bestia ni de albarda ni de espuela
que se iguale conmigo y yo con ella?
¿Por qué te sigo yo?

FELICIANO: Porque es tu estrella.

OSUNA: ¡Oh, pesar de la estrella! Si en mi vida
comiese güevos estrellados!

FELICIANO: Creo 2875

OSUNA: que no será este bárbaro homicida.
¿Oísteis contar de un hombre --y yo lo veo--
que, en viniendo algunas mulas de partida, [verso dodecasilábico]
aunque fuesen al monte Pirineo,
si estaban de torno las tomaba 2880
y hasta donde ellas iban caminaba?
Costábale después trabajo inmenso
y dinero el volver; a decir torno
que así fue contigo, y así pienso
que te quise por mula de retorno. 2885
La vuelta Dios la sabe.

FELICIANO: Por extenso

OSUNA: me cuenta tu intención.

OSUNA: ¡Con lindo adorno
están aquestas salas para cuentos,
esperando la muerte por momentos!

Sale CLARINDA

CLARINDA: (Pienso que me va engañando [quintillas] 2890
Leonardo, poco fiel
a lo que va procurando.
¿Qué gente?

ROSELA: Cruel. [verso incompleto]

OSUNA: (Éste no va apuntando.)

OSUNA: Si al blanco habéis de tirar, 2895
caballero, no soy yo.

CLARINDA: ¿Qué es lo que llevo a mirar?

FELICIANO: O la vida me engañó,
o Amor me quiere burlar.

CLARINDA: ¡Válgame Dios! ¿No es aquél 2900
Feliciano? Sí. Y con él
Rosela está.

FELICIANO: (Aunque en el vestido
diferencie lo que ha sido,
ésta es Clarinda crüel.)

CLARINDA: ¿Eres Feliciano, di, 2905
y Rosela esta mujer?

FELICIANO: ¿Y eres tú Clarinda?

CLARINDA: Sí,
que perdí el seso y el ser,
mas nunca el honor perdí.

FELICIANO: ¿Que no has perdido el honor? 2910
Es imposible, enemiga;
cuando no, por tanto error,
el mismo traje lo diga.
¿Bandolero salteador

CLARINDA: de esta suerte vengo a hallarte? 2915
¿Yo cómo te hallo a ti?
Pues cuando vengo a esperarte,
dice esa dama que fui
tan desdichada en amarte.

 Esto debían de ser 2920
tus locuras e invenciones;
querías a otra mujer,
dejándome en ocasiones
que me pudiera perder.

 Loco, infame, te fingías 2925
en el hospital los días;
mas las noches, con cuidado,
cuerdo y galán disfrazado,
para gozarla, salías.

 ¡Mal haya la que por ti, 2930
y por no te hacer ofensa,
se ha visto como me vi!
Pero ya, villano, piensa
que no he de ser la que fui.

 ¡Vive el cielo, que a tus ojos 2935
Leonardo me ha de gozar!
Pero no te dará enojos
mientras te dejen mirar
esos divinos despojos.

 Que cuando me hayas amado 2940

	y no estés del todo ajeno de algún deseo y cuidado, ¿qué se te da del veneno con la contrahierba al lado?	
FELICIANO:	Las veces, fiera mujer, que me has visto y me has hablado --mi estrella debe de ser--, han sido estando yo atado y sin poderte ofender.	2945
	En una reja me viste loco por ti, y aquí ahora atado por ti, que fuiste a las palabras traidora, que con lágrimas me diste.	2950
	Dos veces muerto te hubiera si el cielo lugar me diera; entrambas me le ha quitado; mas si me afrentas atado, que es poco honor considera.	2955
	Desde que empezaste a ser libre en querer a Leonardo, yo comencé a padecer hasta la muerte, que aguardo de manos de una mujer.	2960
	Dices que ha sido invención para querer a Rosela mi locura y mi prisión. Por disfrazar la cautela de tu loca perdición,	2965
	lo que invención se apellida es mudar traje y hacer alguna cosa fingida. Tú no me hallas de mujer, yo te hallo de hombre vestida.	2970
	Está sí que es invención, que no un preso que, ignorando tu loca transformación, va con Rosela buscando su deshonor y tu traición.	2975
	Tras mi hermana vine aquí, que trae engañada Albano; pero, pues te hallo así, el pedernal de la mano	2980

puedes volver contra mí.
 Da fuego, pues fuego das; 2985
 apunta al pecho fiel,
 donde, a mi pesar, estás;
 que yo sé que, dando en él,
 tú misma te matarás.

ROSELA: Clarinda, ¿de mí has creído 2990
 que cosa menos que Albano
 que me hubiera aquí traído?

Salen MARÍN FÉLIX, LEONARDO y FULGENCIA

LEONARDO: Conocer a Feliciano
 a lo que ves me ha movido.
 Deja, capitán famoso, 2995
 de ofender tu gran valor
 con hecho tan poco honroso.

FULGENCIA: Volved, señor, por mi honor,
 de mi hermano y de mi esposo.

MARÍN FÉLIX: Leonardo, el ser yo tu amigo 3000
 me mueve a tener respeto.

LEONARDO: Yo lo que es razón te digo.
 FELICIANO: (¡Cielos! ¿Qué es esto?)

MARÍN FÉLIX: En el sexto [rima defectuosa]
 usas de rigor conmigo.
 Lo que para ti no quieres 3005
 me aconsejas.

LEONARDO: ¿De qué modo?
 MARÍN FÉLIX: Porque, amando a dos mujeres,
 no soy el culpado en todo;
 y si lo soy, tú lo eres.

LEONARDO: ¿Cómo?
 MARÍN FÉLIX: Clarinda aborrece 3010
 tu gusto, y la persüades;
 lo mismo a mí me acontece.

FELICIANO: (Ojos, aquellas verdades
 mil desengaños me ofrece.)

OSUNA: (Pero advierte que Fulgencia 3015
 es dama del capitán
 y toca en la resistencia.)

LEONARDO: ¿Quién son aquéstos que están
 atados en tu presencia?

FELICIANO: Yo, Leonardo, Feliciano. 3020

ROSELA: Yo, tu hermana.

LEONARDO: ¿De qué suerte
te trujo el tiempo inhumano
a tanto mal?

ROSELA: Vine a verte
y seguí a mi esposo Albano,
que con Fulgencia venía, 3025
siendo aqueste atrevimiento
--¡cielos!—la disculpa mía.

LEONARDO: Mi amoroso pensamiento
ese ejemplo te daría.
Desata, hermana crüel, 3030
las manos de mi deshonra.

ROSELA: Pues ponme al cuello el cordel.

LEONARDO: Si Albano ofende tu honra,
yo sabré vengarme de él.

MARÍN FÉLIX: Fulgencia, quita a tu hermano 3035
el cordel.

FELICIANO: Mis manos sueltas,
te van a besar las manos.

OSUNA: Yo, que remedo las vueltas,
que soy can de Feliciano,
¿téngome de estar así? 3040

MARÍN FÉLIX: Desatad ese hombre luego.

Sale BANDOLERO 1

BANDOLERO 1: ¿Con tanto descuido aquí
cuando abrasa el monte fuego?

MARÍN FÉLIX: ¿Fuego?

BERNAL: Y que viene tras ti.

MARÍN FÉLIX: Dime presto la ocasión. 3045

BERNAL: El Justicia de Aragón
pienso que viene a prenderte.

MARÍN FÉLIX: ¿A prenderme? ¿De qué suerte?

BERNAL: Con un armado escuadrón.

MARÍN FÉLIX: Caballeros, éste es día, [romance] 3050
por amistad o por fuerza,
que todos toméis las armas
y que os pongáis en defensa.
Levanta[d] la munición;
tomad pistolas francesas 3055
vosotras, que en el peligro

también las damas pelean;
aquí os retirad conmigo,
porque desde aquestas peñas
podréis resistir sus fuerzas 3060
sin que recibáis ofensa.
Todos sois ya mis soldados.
¡Ea, castellanos, ea!
Pues que libertad os di,
pagadme así por ella. 3065
Aquí tienes, Feliciano,
tu Clarinda, tu Fulgencia.—
Aquí, Leonardo, tu hermana.
Mi gente y yo a la refriega;
bajarán ducientos hombres 3070
mientras hacéis resistencia,
que a venir España ahora
vencieran a Augusto César.

Pónense todos a una parte con armas

FELICIANO: No tengas pena, señor,
que en sus prisiones te veas, 3075
que yo perderé la vida.

OSUNA: ¿Hay más desdicha que aquésta?
Señores, ¿quién me ha traído,
en cuatro palmos de tierra,
a ser loco, a ser cautivo 3080
y a ser ladrón, a ser bestia?
¿En mi iglesia no me estaba
donde, por mi lavandera,
oía todas las tardes
mis vísperas y completas? 3085
¿Quién me trujo a tanto mal
por una amistad ligera?
Pero ¿qué mal no merece
quien se sale de la iglesia?
Venía a vos, iglesia santa, 3090
que si otra vez entro en ella,
que del claustro a la tribuna
no me saquen con seis piezas.

***Salen el JUSTICIA, FENICIO, vestido de monte, ALBANO, TORCATO y gente, y tocan una
caja***

ALBANO: En resistencia se han puesto;
mira, señor, cómo llegas. 3095

JUSTICIA: Echa el bando, que no importa.

Suena la caja y echa el bando el SOLDADO 1

SOLDADO 1: Pues digo con tu licencia:
“Su Majestad, que Dios guarde,
con su valor y clemencia,
a toda la compañía, 3100
esparcida en estas tierras,
de Lupercio de Latrás,
que en Portugal muerto queda,
hace perdón general
como todos lo prometan 3105
servirle en Flandes o Italia;
y dará ventajas nuevas,
conforme a las calidades
de las personas propuestas,
con su palabra real 3110
y lo confirma y lo sella
de su sello y de su nombre,
para que a embarcarse vengan
a Vinaroz, donde aguardan
de Nápoles las galeras.” 3115

Tornan a tocar [la caja]

MARÍN FÉLIX: Bajad las armas, soldados,
y rendid las escopetas
al Justicia, como yo.

BERNAL: Llegaremos, pues tú llegas.

JUSTICIA: ¿Quién sois vos?

MARÍN FÉLIX: Marín Félix, [verso defecutoso] 3120
que de aquesta soldadesca
fui seis meses capitán,
del gran Lupercio en ausencia.

JUSTICIA: Yo os recibo.

MARÍN FÉLIX: Estos soldados
quiero que por tuyos tengas. 3125

JUSTICIA: A todos les doy los brazos.

OSUNA: Por cuenta van, como ovejas.

JUSTICIA:	¿Quién eres tú, castellano?	
TORCATO:	Señor, [a] aquéste se prenda, que es el que robó a mi hija.	3130
FELICIANO:	Tu hija está en tu presencia, y yo no puedo ser preso porque soy de la bandera de Lupercio de Latrás.	
OSUNA:	Pues ésa es cosa muy cierta, y que ha más de un cuarto de hora que estamos los dos en ella. El rey cumpla su palabra, pues para cumplirla reina.	3135
JUSTICIA:	El hombre tiene razón; el rey sale a la defensa. [Aquí faltarán versos que aclaren la	3140
FULGENCIA:	Eso no, que Fenicio es mi marido.	nueva situación de Fulg.]
JUSTICIA:	Con un coche y mis criados quiero que a Castilla vuelvas.	
OSUNA:	Y yo ¿dónde he de volver? Será lo de adentro afuera, pues sin qué ni para qué he pasado tantas penas.	3145
FELICIANO:	¿Con qué quedarás contento?	
OSUNA:	Con que agrade la comedia, a lo menos el deseo, que es éste <i>El loco por fuerza</i> .	3150

FIN DE LA COMEDIA

COMEDIA FAMOSA.

EL MEJOR ALCALDE EL REY.

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

*El Rey de Leon.**Elvira.**Sancho.**Brito.**El Conde Don Pedro.**Leonor.**Celio.**Fileno.**Enrique.**Feliciana.**Julio.**Pelayo.**Don Tello.**Juana.**Nuño.**Musica, y acompañamiento.*

NA 1091559

NEA 1616255

JORNADA PRIMERA.

Sale Sancho solo.

Sanch. **N**Obles campos de Galicia,
que à sombras destas montañas,
que el Sil entre verdes cañas
llevar la falda codicia,
dais sustento à la milicia
de flores de mil colores:
Aves, que cantais amores,
fieras, que andais sin gobierno,
aveis visto amor mas tierno
en aves, fieras, y flores?
Mas como no podeis ver
otra cosa en quanto mira
el Sol, mas bella, que Elvira,
ni otra cosa puede aver,
porque aviendose de hacer
de su hermosura, en rigor,
mi amor, que de su favor
tan alta gloria procura,
no aviendo mas hermosura,
no puede aver mas amor.
Ojalà, dulce señora,

que tu hermosura pudiera
crecer, porque en mi creciera
el amor que tengo aora;
pero hermosa Labradora,
si en ti no puede crecer
la hermosura, ni el querer,
en mi, quanto eres hermosa,
te quiero, porque no ay cosa,
que mas pueda encarecer.
Ayer las blancas arenas
deste arroyuelo bolviste
perlas, quando en el pusiste
tus pies, tus dos azucenas;
y porque verlos apenas
pude, porque nunca para,
la dixè: Al sol de tu cara,
con que tanta luz le dàs,
que mirasse el agua mas,
porque se viesse mas clara.
Lavaste, Elvira, unos paños,
que nunca blancos bolvias,
que las manos que ponias
causaban estos engaños.

El mejor Alcalde el Rey.

Yo detrás de estos castaños
te miraba con temor,
y vi , que Amor , por favor,
te daba à lavar su venda:
el Cielo el mundo defienda,
que anda sin venda el Amor.
Ay Dios , quando serà el dia,
que me tengo de morir!
que te pueda yo decir,
Èlvira , toda eres mia!
què regalos te darìa!
porque yo no soy tan necio,
que no te tuviesse en precio
siempre con mas aficion,
que en tan rica posesion
no puede haber desprecio.

Sale Èlvira.

Èlv. Por aqui Sancho baxaba,
ò me ha buclado el deseo:
à la fé , que alli te veo,
que el alma me lo mostraba:
el arroyuelo miraba,
adondè ayer me mirò;
si piensa que alli quedò
alguna sombra de mi,
que me enojè quando vi,
que entre las aguas me viò?
Què buscas por los cristales
destos libres arroyuelos,
Sancho , que guarden los Cielos,
cada vez que al campo sales?
Has hallado unos corales,
que en esta margen perdi?

Sanch. Hallarme quisiera à mi,
que me perdi desde ayer;
pero yà me vengo à vèr,
pues me vengo hallar en ti.

Èlv. Pienso que ayudarme vienes
à vèr si los puedo hallar.

Sanch. Bueno es venir à buscar
lo que en las mexillas tienes:
son achaques , ò desdenes?
Albricias , yà los hallè.

Èlv. Donde?

Sanch. En tu boca , à la he,
y con estremos de plata.

Èlv. Desviate. *San.* Siempre ingrata
à la lealtad de mi fé!

Èlv. Sancho , estàs muy atrevido:
dime tu , què mas hicieras,
si por ventura estuvieras
en visperas de marido?

Sanch. Èsto cuya culpa ha sido?

Èlv. Tuya à la fé.

Sanch. Mia no,

yà te lo dixè , y te hablò
el alma , y no respondiste.

Èlv. Què mas respuesta quisiste;
que no responderte yo?

Sanch. Los dos culpados estamos.

Èlv. Sancho , pues tan cuerdo eres,
advierte , que las mugeres
hablamos quando callamos,
concedèmos si negamos:
por esto , y por lo que vès,
nunca credito nos dës,
ni crueles , ni amorosas,
porque todas nuestras cosas
se han de entender al revès.

Sanch. Segun esto , dás licencia,
que à Nuño te pida aqui:
callas ? luego dices si;
basta , yà entiendo la ciencia.

Èlv. Sì , pero tèn advertencia,
que no digas que yo quiero.

Sanch. El viene.

Èlv. El suceso espero
detràs de aquel olmo.

Sanch. A Dios,
y que èl nos junte à los dos,
porque si no , yo me muero.

Escondese Èlvira al paño , y salen Nuño , y Pelayo.

Nuñ. Tu firves de tal manera,
que serà mejor buscar,
Pelayo , quien sepa andar
mas despierto en la ribera:
tienes algun descontento
en mi casa?

Pelay. Dios lo sabe.

Nuñ. Pues oy tu servicio acabe,
que el servir no es casamiento.

Pelay. Antes lo debe de ser.

Nuñ. Los puercos traes perdidos.

Pelay. Donde lo estàn los sentidos,
què otra cosa puede aver?

De Lope de Vega Carpio.

- Escucheme : Yo quixera
emparentarme::
Nuñ. Profigue
de fuerte, que no me obligue
tu ignorancia::
Pelay. Un poco espera,
que no es facil de decir.
Nuñ. De esta manera, de hacer
serà dificil.
Pelay. Ayer
me dixo Elvira al salir:
A fé, Pelayo, que están
gordos los puercos.
Nuñ. Pues bien,
què la respondistes?
Pelay. Amen,
como dice el Sacristan.
Nuñ. Pues què se faca de ai?
Pelay. No lo entiende?
Nuñ. Como puedo?
Pelay. Estò por perder el miedo.
Sanch. O si se fuesse de aqui!
Pelay. No vè que es requiebro, y muestra
querer casarse conmigo?
Nuñ. Vive Dios.
Pelay. No te lo digo
para que tomes collera.
Nuñ. Sancho, tu estabas aqui?
Sanch. Quisiera hablarte.
Nuñ. Di:
Pelayo, un instante espera.
Sanch. Nuño, mis padres fueron, como sabes,
y supuelto que pobres Labradores,
de honrado estilo, y de costumbres graves.
Pelay. Sancho, vos q̄ sabeis cosas de amores,
decid, una muger hermosa, y rica,
à un hombre que es galan como unas fiores,
gordos están los puercos, no inifica,
que se quiere casar con aquel hombre?
Sanch. Bien el requiebro al casamiento aplica.
Nuñ. Bestia, vete de aqui.
Sanch. Pues yà su nombre
supiste, y su nobleza, no presumo,
que tan honesto amor la tuya assombre.
Por Elvira me abraço, y me consumo.
Pel. Ay hombre que el ganado trae tan fraco,
que parece tassajo puesto al humo.
Yo quando al campo los cochinos sacó::
- Nuñ.* Aqui te estás, villano? vive el Cielo::
Pelay. Hablo de Elvira yo, son del barraco.
Sanch. Sabido, pues, señor, mi justo zelo::
Pel. Sabiendo, pues, señor, que me resquebra:
Nuñ. Tiene mayor salvage el Indio suelo?
Sanch. El matrimonio de los dos celebra.
Pelay. Cochino traygo yo por esta orilla.
Nuñ. Yà la cabeza el barbaro me quiebra.
Pelay. Que puede ser Macisso de Capilla,
si bien tiene la voz defentonada,
y mas quando entra, y sale de la Villa.
Nuñ. Quierelo, Elvira.
Sanch. De mi amor pagada,
me diò licencia para hablarte aora.
Nuñ. Ella serà dichosamente honrada,
pues sabe las virtudes que atefora,
Sancho, tu gran valor, y que pudiera
llegar à merecer qualquier señora.
Pel. Con quatro, ò seis cochinos que toviera,
que estos parirán otros, en seis años
pudiera yo labrar una cochera.
Nuñ. Tu sirves à Don Tello en sus rebaños,
es Señor de esta tierra, y poderoso
en Galicia, y en Reynos mas estraños.
Decirle tu intencion serà forzoso,
así porque eres, Sancho, su criado,
como por ser tan rico, y dadivoso.
Daràte alguna parte del ganado,
porque es tan poco el dote de mi Elvira,
que has menester estar enamorado.
Esta casilla, mal labrada, mira
en medio de estos campos, cuyos techos
el humo tiñe, porque no respira.
Están lexos de aqui quatro barbechos,
diez, ò doce castaños, todo es nada,
si el señor de esta tierra no te ayuda
con un vestido, ò con alguna espada.
Sanch. Pésame que mi amor pongas en duda.
Pel. Voto al Sol, que se casa con Elvira;
aqui la dexo yo, mi amor se muda.
Sanch. Què mayor interès, que al que suspira,
por su belleza darle su belleza?
Milagro celestial, que al mundo admira?
no es tanto de mi ingenio la rudeza,
que mas que la virtud, me mueva el dote.
Nuñ. Hablar con tus señores no es baxeza,
ni el pedirles que te honren te alborote,
que èl, y su hermana pueden facilmente,

El mejor Alcalde el Rey.

fin que esto, Sancho, à mas è amor se note.

Sanch. Yo voy de mala gana; finalmente irè, pues tu lo mandas.

Nuñ. Pues el Cielo,
Sancho, tu vida, y sucesion aumente:
vèn, Pelayo, conmigo.

Pelay. Pues tan presto
le diste à Elvira, estando yo delante?

Nuñ. No es Sancho mozo noble, y entendido?

Pelay. No le tiene el Aldea semejante,
si vâ à decir verdad, pero enefecto
fuera en tu casa yo mas importante,
porque te diera cada mes un nieto.

Vanse Nuño, y Pelayo.

Sanch. Sal, hermosa prenda mia,
sal, Elvira de mis ojos.

Sale Elvira.

Elvir. Ay Dios! con quantos enojos
teme Amor, y desconfia,
que la esperanza prendada
presa de un cabello esta!

Sanch. Tu padre dice, que yâ
tiene la palabra dada
à un criado de Don Tello:
mira què estrañas mudanzas!

Elvir. No en valde mis esperanzas
colgaba Amor de un cabello,
que mi padre me ha casado,
Sancho, con hombre escudero!
Oy pierdo la vida, oy muero:
vivid mi dulce cuidado,
que yo me darè la muerte.

Sanch. Passo, que me burlo, Elvira,
el alma en los ojos mira,
de ellos la verdad advierte,
que sin admitir espacio,
dixo mil veces, que si.

Elvir. Sancho, no llero por ti,
fino por ir a Palacio,
que el criarme en la llaneza
desta humilde Caferia,
era cosa que podia
causarme mayor tristeza,
y que es causa justa advierte.

Sanch. Què necio amor me ha engañado:
vivid mi necio cuidado,
que yo me darè la muerte.
Engaños fueron de Elvira,

en cuya nieve me abrafo.

Elvir. Sancho, que me burlo, passo;
el alma en los ojos mira,
que Amor, y sus esperanzas
me han dado aquesta leccion,
su propria difnicion
es, que Amor todo es venganzas;

Sanch. Luego yâ soy tu marido?

Elvir. No dices que està tratado?

Sanch. Tu padre, Elvira, me ha dado
consejo, aunque no le pido,
que à Don Tello mi señor,
y señor de aquesta tierra,
poderoso en paz, y en guerra,
quiere que pida favor:
y aunque yo contigo, Elvira,
tengo toda la riqueza
del mundo (que en tu belleza
el Sol las dos Indias mira)
dice Nuño, que es razon,
por ser mi dueño: en efecto
es viejo, y hombre discreto,
y que merece opinion
por ser tu padre tambien:
mis ojos, à hablarle voy.

Elvir. Y yo esperandote estoy.

Sanch. Plegue al Cielo que me den
èl, y su hermana mil cosas.

Elvir. Basta darle cuenta de esto.

Sanch. La vida, y el alma he puesto
en essas manos hermosas:
dadme siquiera la una.

Elvir. Tuya ha de ser, vesla aqui.

Sanch. Què puede hacer contra mi,
si la tengo, la fortuna?
Tu veràs mi sentimiento
despues de tanto favor,
que me ha enseñado el Amor
à tener entendimiento.

*Vase, y salen Tello de caza, Celio, y
Julio, criados.*

Tell. Tomad el venablo allâ.

Cel. Què bien te has entretenido!

Jul. Famosa la caza ha sido.

Tell. Tan alegre el campo està,
que solo vèr sus colores
es fiesta.

Cel.

De Lope de Vega Carpio:

Cel. Con què desvelos
procuran los arroyuelos
besar los pies à las flores!
Tell. Dad de comer à esos perros;
Cielio, así te ayude Dios.
Cel. Bien escalaron los dos
las puntas de aquellos cerros.
Jul. Son famosos.
Cel. Florisel
es de este campo la flor.
Tell. No lo hace mal can Amor.
Jul. Es un famoso lebrél.
Cel. Yà mi señora, y tu hermana
te han sentido.
Tell. Què cuidados
de Amor, y què bien pagados
Sale Feliciano.
de mis ojos! Feliciano,
tantos desvelos por vos?
Felic. Yo lo estoy de tal manera,
mi señor, quando estais fuera,
por vos, como sabe Dios.
No ay cosa que no me enoje,
el sueño, el descanso dexo,
no ay liebre, no ay vil conejo;
que fiera no se me antoje.
Tell. En los montes de Galicia,
hermana, no fuele aver
fieras, puesto que el tener
poca edad, fieras codicia.
Salir fuele un javalì
de entre esos montes espessos,
cuyos dichosos successos
tal vez celebrar les ví,
fieras son, que junto alcanza
del cavallo mas valiente,
al sabueso con el diente
suelen abrir la carlana.
Y tan mal la furia aplacan,
que para decirlo en suma,
truecan la caliente espuma
en la sangre que le facan.
Tambien el Oso, que en pie
acomete al Cazador
con tan extraño furor,
que muchas veces se ve
dar con el hombre en el suelo,
Pero la caza ordinaria

es humilde, quanto varia,
para no tentar al Cielo,
es digna de Cavalleros,
y Principes, porque encierra
los preceptos de la guerra,
y exercita los azeros,
y la persona habilita.
Felic. Como yo os viera casado,
no me diera esse cuidado,
que tantos sueños me quita.
Tell. El ser aqui poderoso
no me dà tan cerca igual.
Felic. No os estaba aqui tan mal
de algun señor poderoso
la hija.
Tell. Pienso que quieres
reprehender no aver pensado
en casarte, que es cuidado,
que nace con las mugeres.
Felic. Engañaste por tu vida,
que solo tu bien deseo.
Salen Sancho, y Pelayo.
Pelayo. Entra, que solos los veo,
no ay persona que lo impida.
Sancho. Bien dices, descafa son
los que con ellos están.
Pelayo. Tu verás lo que te dan.
Sancho. Yo cumplo mi obligacion;
Noble ilustrissimo Tello,
y tu, hermosa Feliciano,
Señores de aquesta tierra,
que os ama por tantas causas,
dad vuestros pies generosos
à Sancho, Sancho el que guarda
vuestros ganados, y huerta,
oficio humilde en tal casa.
Pero en Galicia, señores,
es la gente tan hidalga,
que solo en servir al rico,
el que es pobre no le iguala.
Pobre soy, y en este oficio,
que os he dicho, cosa es clara,
que no me conocereis,
porque los criados passan
de ciento y treinta personas,
que vuestra racion aguardan,
y vuestro salario esperan;
pero tal vez en la caza

El mejor Alcalde el Rey.

presumo que me avreis visto.

Tell. Si he visto , y siempre me agrada
vuestra persona, y os quiero
bien.

Sanch. Aqui por merced tanta
os beso los pies mil veces.

Tell. Qué quieres?

Sanch. Gran Señor, pasan
los años con tanta furia,
que parece que con cartas
van por la posta à la muerte,
y que una breve posada
tiene la vida à la mañana,
y la muerte à la mañana.
Vivo solo ; fue mi padre
hombre de bien , que passaba
sin servir ; acaba en mi
la succesion de mi Casa.
He tratado de casarme
con una Doncella honrada,
hija de Nuño de Aybar,
hombre que à sus campos labra;
pero aun le duran pabefes
en las yá borradas Armas
de su portal, y con ellas
de aquel tiempo algunas lanzas.
Esto, y la virtud de Elvira
(que así la novia se llama)
me han obligado , ella quiere,
su padre tambien se agrada;
mas no sin licencia vuestra,
que me dixo esta mañana,
que el señor ha de saber
quanto se hace, y quanto passa,
desde el vassallo menor
à la persona mas alta,
que de su salario vive;
y que los Reyes se engañan
si no reparan en esto,
que pocas veces reparan.
Yo, señor, tomè el consejo,
y vengo, como èl lo manda,
à decirlos que me caso.

Tell. Nuño es discreto, y no basta
razon à tan buen consejo.

Celio. *Cel.* Señor.

Tell. Veinte bacas,
y cien ovejas daràs

à Sancho , à quien yo, y mi hermana
avemos de honrar la boda.

Sanch. Tanta merced !

Pelay. Merced tanta!

Sanch. Tan grande bien !

Pelay. Bien tan grande!

Sanch. Rara virtud !

Pelay. Virtud rara!

Sanch. Alto valor!

Pelay. Valor alto!

Sanch. Santa piedad !

Pelay. Piedad santa!

Tell. Quien es este Labrador,
que os responde, y acompaña?

Pelay. Soy el que dice al rebès
todas las cosas que habra.

Sanch. Señor, de Nuño es criado.

Pelay. Señor, en una palabra,
el pródigo soy de Nuño.

Tell. Quien?

Pelay. Èl que sus puercos guarda,
vengo tambien à pedirlos
mercedes.

Tell. Con quien te casas?

Pelay. Señor, no me caso aoras;
mas porque el diablo me engaña,
os vengo à pedir carneros,
para si despues me faltan,
que un Astrologo me dixo
una vez en Masalanca,
que tenia peligro en toros,
y en agua tanta desgracia,
que desde entonces no quiero
casarme, ni beber agua,
por escusar el peligro.

Felic. Buen Labrador!

Tell. Humor gasta.

Felic. Id, Sancho, en buen hora, y tu
haz que à su cortijo vayan
las bacas, y las ovejas.

Sanch. Mi corta lengua no alaba
tu grandeza.

Tell. Quando quieres desposarte?

Sanch. Amor me manda,
que sea esta misma noche.

Tell. Pues yà los rayos desmaya
el Sol , y entre nubes de oro
veloz al Poniente baxa,

De Lope de Vega Carpio.

vele á prevenir la boda,
que allá irèmos yo , y mi hermana:
Ola , pongan la carroza.

Sanch. Obligada llevo el alma,
y la lengua , gran señor,
para tu eterna alabanza. *vase.*

Felic. En fin , vos no os casareis?

Pelay. Yo , señora , me casaba
con la novia de este mozo,
que es una limpia Zagala,
si la ay en toda Galicia:
supo , que puercos guardaba,
y desechòme por puerco.

Felic. Id con Dios, que no se engaña.

Pelay. Todos guardamos , señora,
lo que: :: *Felic.* Qué?

Pelay. Lo que nos mandan
nuestros padres, que guardèmos. *vaf.*

Felic. El mentecato me agrada.

Cel. Yá que es ido el Labrador,
que no es necio en lo que habla,
prometo à V. Señoria,
que es la moza mas gallarda,
que ay en toda la Galicia,
y que por su talle , y cara,
discrecion , y honestidad,
y otras infinitas gracias,
pudiera honrar el hidalgo
mas noble de toda España.

Felic. Qué es tan hermosa?

Cel. Es un Angel.

Tell. Bien se ve , Celio , que hablas
con pasión.

Cel. Alguna tuve,
mas cierto , que no me engaña.

Tell. Ay algunas Labradoras,
que sin afeytes , ni galas
fucen llevarse los ojos,
y à buelta de ellos el alma;
pero son tan desdenosas,
que sus melindres me cansan.

Felic. Antes las que se defienden
fucen ser mas estimadas.

Vanse , y salen Nuño , y Sancho.

Nuñ. Esto Don Tello responde?

Sanch. Esto responde , señor.

Nuñ. Por cierto , que à su valor
dignamente corresponde.

Sanch. Mandòme dár el ganado,
que os digo.

Nuñ. Mil años viva.

Sanch. Yo , aunque es dadiya excesiva,
mas estimo averme honrado
con venir à ser padrino.

Nuñ. Y vendrà tambien su hermana?

Sanch. Tambien.

Nuñ. Condicion tan llana,
del Cielo à los hombres vino.

Sanch. Son señores generosos.

Nuñ. O si aquesta casa fuera,
pues los huespedes espera
mas ricos , y poderosos
deste Reyno , un gran Palaciol

Sanch. Esta no es dificultad:
cabrán en la voluntad,
que tiene infinito espacio:
Ellos vienen en efecto.

Nuñ. Qué buen consejo te di!

Sanch. Cierto, que en Don Tello và
un señor todo perfecto,
porque en quitandole el dár,
con que à Dios es parecido,
no es señor , que averlo sido
se muestra en dár , y en honrar:
y pues Dios su gran valor
quiere que dando se entienda,
sin dár , ni honrar , no pretenda
ningun señor ser señor.

Nuñ. Cien ovejas , veinte vacas,
serà una hacienda gentil,
si por los prados del Sil
la Primavera los sacas:
Paguele Dios à Don Tello
tanto bien , tanto favor.

Sanch. Donde está Elvira , señor?

Nuñ. Ocuparà el cabello,
ò algun tocado de boda.

Sanch. Como ella trayga su cara,
rizos , y gala escusàra,
que es de rayos del Sol toda.

Nuñ. No tienes amor villano.

Sanch. Con ella tendrè , señor,
firmezas de Labrador,
y amores de Cortesano.

Nuñ. No puede amar altamente
quien no tiene entendimiento,

El mejor Alcalde el Rey.

porque està su sentimiento
en que sienta lo que siente:
huelgome de verte así:
llama ellos mozos , que quiero,
que entienda este Cavallero,
que soy algo , ò que lo fui.
Sanch. Pienso que mis dos señores
vienen , y vendrán con ellos:
Dexe Elvira los cabellos,
y reciba sus favores.
Salen Don Tello , Juana , Leonor,
y criados.
Tell. Donde fue mi hermana?
Juan. Entrò
por la novia.
Sanch. Señor mio?
Tell. Sancho?
Sanch. Fuera desvario
querer daros gracias yo
con mi rudo entendimiento
de esta merced.
Tell. Donde està
vuestro suegro?
Nuñ. Donde yà
tendrán sus años aumento
con tan immenso favor.
Tell. Dadme los brazos.
Nuñ. Quisiera,
que esta casa un mundo fuera,
y vos del mundo señor.
Tell. Como os llamais vos, Serrana?
Pelay. Pelayo , señor.
Tell. No digo
á vos.
Pelay. No habraba conmigo?
Juan. A vuestro servicio , Juana.
Tell. Buena gracia.
Pelay. Aun no las sabe
bien , que con un encharon,
si la pellizca un garzon,
le suele pegar un cabe,
que le aturde los sentidos:
una vez que yo lleguè
á la olla , los saquè
por dos meses atordidos.
Tell. Y vos?
Pelay. Pelayo , señor.
Tell. No hablo con vos,

Pel. Yo pensaba,
señor , que conmigo habraba:
Tell. Como os llamais?
Leon. Yo Leonor.
Pelay. Como pascuda por ella,
y por los Zagales no?
Pelayo , señor , soy yo.
Tell. Sois algo de alguna de ellas?
Pel. Si señor , el Porquerizo.
Tell. Marido digo , ò hermano.
Nuñ. Què necio estàs!
Sanch. Què villano!
Pelay. Así mi madre me hizo.
Sanch. La nobia , y madrina vienen:
Salen Feliciana , y Elvira.
Felic. Hermano , hacedles favores,
y dichosos los señores,
que tales vassallos tienen.
Tell. Por Dios , que teneis razon:
hermosa moza!
Felic. Y gallarda.
Elo. La verguenza me acobarda,
por ser primera ocasion
en que vi vuestra grandeza.
Nuñ. Sientense sus Señorías:
las fillas son como mias.
Tell. No he visto mayor belleza: *ap.*
què divina perfeccion!
corta ha sido su alabanza:
dichosa aquella esperanza,
que espera tal posesion.
Felic. Dad licencia , que se siente
Sancho.
Tell. Sentaos.
San b. No señor.
Tell. Sentaos.
Sanch. Yo tanto favor,
y mi señora presente?
Felic. Junto á la novia os sentad,
no ay quien el puesto os impida:
Tell. No espero ver en mi vida *ap.*
tan peregrina beldad.
Pelay. Y yo donde he de sentarme?
Nuñ. Allá en la cavalleriza
tu la fiesta solemniza.
Tell. Por Dios , que siento abrazarme:
como la novia se llama?
Pelay. Pelayo , señor.

De Lope de Vega Carpio.

Nuño. No quieres
callar? habla à las mugeres,
y cuentaste tu por dama?
Elvira es, señor, su nombre.
Tell. Por Dios, que es hermosa Elvira,
y digna, aunque serlo admira
de novio tan gentil hombre.
Nuño. Zagales, regocijad
la boda.

Tell. Rara hermosura!
Nuño. En tanto que viene el Cura,
à vuestra usanza baylad.
Juan. El Cura ha venido ya.
Tell. Pues decid, que no entre el Cura,
que tan divina hermosura,
robandome el alma està.

Sanch. Por què, señor?
Tell. Porque quiero,
despues que os he conocido,
honraros mas.

Sanch. Yo no pido
mas honras, ni las espero,
que casarme con mi Elvira.

Tell. Mañana será mejor.

Sanch. No me dilates, señor,
tanto bien: mis ansias miras;
y que desde aqui à mañana
puede un pequeño accidente
quitarme el bien, que presente
la possession tiene llana.
Si Sabios dicen verdades,
bien dixo aquel que decia,
que era el Sol el que traia
al mundo las novedades:
Què sè yo lo que traerá
del otro mundo mañana.

Tell. Què condicion tan villana! ap.
què puesto en su gusto està!
quierole honrar, y hacer fiesta:
y el muy necio, hermana mia,
en tu presencia porfia-
con voluntad poco honesta:
llevala, Nuño, y descansa
esta noche.

Vanse Tello, Feliciano, y Celio.

Nuño. Harè tu gusto:
esto no parece justo
de que Don Tello se cansa.

Elv. Yo no quise responder,
por no mostrar liviandad.

Nuño. No entiendo su voluntad,
ni lo que pretende hacer:
es, señor: Ya me ha pasado
de que aya venido aqui.

Sanch. Harto mas me pesa à mi,
aunque lo he disimulado. *Vase.*

Pelay. No ay boda esta noche?

Juan. No.

Pelay. Por què?

Juan. No quiere Don Tello.

Pelay. Pues Don Tello puede hacerlo?

Juan. Claro està, pues lo mandò. *Vas.*

Pel. Pues antes que entrasse el Cura
nos ha puesto impedimento. *Vase.*

Sanch. Oye, Elvira.

Elv. Ay, Sancho! siento
que tengo poca ventura.

Sanch. Què quiere el señor hacer,
que à mañana lo difiere?

Elv. Yo no entiendo lo que quiere,
pero debe de querer.

Sanch. Es posible que me quita
esta noche, (ay bellos ojos!)
tuviesen paz los enojos,
que ayrado me solicita!

Elv. Yà eres, Sancho, mi marido;
vèn esta noche à mi puerta.

Sanch. Tendrásla, mi bien, abierta!

Elv. Pues no?

Sanch. Mi remedio ha sido,
que si no, yo me matará.

Elv. Tambien me matará yo.

Sanch. El Cura llegó, y no entrò.

Elv. No quiso que el Cura entrara.

Sanch. Pero si te persuades
à abrirme, será mejor,
que no es mal Cura el amor
para sanar voluntades.

*Vanse, y salen Tello, y Criados con
mascarillas.*

Tello. Muy bien me avéis entendido.

Cel. Para entenderte no creo,
que es menester, gran señor,
muy sutil entendimiento.

Tell. Entrad, pues que estarán solos
la hermosa Elvira, y el Viejo.

El mejor Alcalde el Rey.

Cel. Toda la gente se fue
con notable descontento
de ver dilatar la boda.

Tell. Yo tomè, Celio, el consejo
primero, que amor me diò,
que era infamia de mis zelos
dexar gozar á un villano
la hermosura que deseò.
Despues que de ella me canse,
podrá esse rustico necio
casarse, que yo daré
ganado, hacienda, y dinero
con que viva, que es arbitrio
de muchos, como lo vemos
en el mundo; finalmente
yo soy poderoso, y quiero,
pues esse hombre no es casado,
valerme de lo que puedo:
las mascararas os poned.

Cel. Llamaremos?

Tell. Si.

Llaman.

Cel. Yá abrieron.

Sale Eto. Entra Sancho de mi vida.

Cel. Elvira?

Eto. Si.

Cel. Buen encuentro.

Eto. No eres tu Sancho? Ay de mi
padre, señor, Nuño, Cielos,
que me roban, que me llevan.

Tell. Caminad yá.

Nuño dentro. Qué es aquello?

Eto. Padre.

Tell. Tapala essa boca.

Llevanse á Elvira, y sale Nuño.

Nuño. Hija, yá te oygo, y te veos
pero mis caducos años,
y mi desmayado esfuerzo,
què podrán contra la fuerza
de un poderoso mancebo?
que yá presumo quien es.

Salen Sancho, y Pelayo de noche.

Sanch. Voces parece que siento
en el Valle, ázia la casa
del señor.

Pelay. Hablemos quedo,
no nos sientan los Criados.

Sanch. Advierte, que estando dentro,
no te has de dor mir. *Pel.* No harè,

que yá me conoce el sueño.

Sanch. Yo saldrè, quando del Alva
pida albricias el Lucero;
mas no me las pida á mi,
si me ha de quitar mi cielo.

Pel. Sabes que parecerè
mientras estàs allà dentro,
mula de Doctor, que està
tascando á la puerta el freno.

Sanch. Llama, pues.

Pel. Apostaré,
que està por el abugero
de la llave Elvira atenta.

Sanch. Llego, y llamo.

Nuño. Pierdo el sessò!

Sanch. Quien vâ?

Nuño. Un hombre.

Sanch. Es Nuño?

Nuño. Es Sancho?

Sanch. Pues tu en la calle? què es esto?

Nuño. Qué es esto dices?

Sanch. Pues bien,
què ha sucedido? que temo
algun mal.

Nuño. Y aun el mayor,
que alguno yá fuera menos.

Sanch. Como?

Nuño. Un esquadron de armados
aquestas puertas rompieron,
y se han llevado:::

Sanch. No mas,
que aqui diò fin mi deseo.

Nuño. Reconocer con la Luna
los quise, mas no me dieron
lugar á que los mirasse,
porque luego se cubrieron
con mascarillas las caras,
y no pude conocerlos.

Sanch. Para què, Nuño? què importa?
Criados son de Don Tello,
à quien me mandaste hablar.
Mal aya amen el consejo!
en este Valle ay diez casas,
y todas diez de Pecheros,
que se juntan á essa Hermita,
no ha de fer ninguno de ellos.
Claro està, que es el Señor,
que la ha llevado á su Pueblo:

que

De Lope de Vega Carpio.

que el no dexarme casar,
es el indicio mas cierto,
pues es verdad que hallaré
justicia fuera del Cielo,
siendo un hombre poderoso,
y el mas rico de este Reyno.
Vive Dios, que estoy por ir
á morir, que no sospecho
que otra cosa::

Nuño. Espera, Sancho.

Pelay. Voto al Soto, que si encuentro
seis cochinos en el prado,
que aunque aya guarda con ellos,
que los he de apedrear.

Nuño. Hijo, de tu entendimiento
procura valerte aora.

Sancho. Padre, y señor, como puedo?
tu me aconsejaste el daño,
aconsejame el remedio.

Nuño. Vamos á hablar al Señor
mañana, que yo sospecho,
que como fue mocedad,
yá tendrá arrepentimiento.
Yo fio, Sancho, de Elvira;
que no aya fuerza, ni ruego,
que la puedan conquistar.

Sancho. Yo lo conozco, y lo creo.

Ay, que me muero de amor!
Ay, que me abraço de zelos!
A qual hombre ha sucedido
tan lastimoso suceso?

Que traxesse yo á mi casa
el fiero Leon sangriento,
que mi candida Cordera
me robára! Estaba ciego?

Si estaba, que no entran bien
poderosos Cavalleros
en la casas de los pobres,
que tienen ricos empleos.

Pareceme que su rostro
lleno de aljofares veo
por las mexillas de grana,
su honestidad defendiendo.

Pareceme, que la escucho
lastimoso pensamiento,
y que el tyrano la dice
mal escuchados requiebros.

Pareceme, que á sus ojos

los descogidos cabellos,
haciendo están celosias
para no ver sus deseos.
Dexame, Nuño, matar,
que todo el sentido pierdo.

Ay, que me muero de amor!

Ay, que me abraço de zelos!

Nuño. Tu eres, Sancho, bien nacido:
què es de tu valor?

Sancho. Recelo

cosas, que de imaginarlas,
loco hasta el alma me buelvo,
sin poderlas remediar.
Enseñame el aposento
de Elvira.

Pel. Y á mi, señor, la cocina,
porque muerto de hambre estoy,
como á noche no cené,
como enojados se fueron.

Nuño. Entra, y descansa hasta el día,
que no es barbaro Don Tello.

Sancho. Ay, que me muero de amor,
y estoy rabiando de zelos!

Pel. Ay, que me muero de hambre!
Ay, que de hambre me muero!

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Tello, y Elvira.

Elv. De que sirve atormentarme,
Tello, con tanto rigor?
Tu no ves, que tengo honor,
y que es cansarte, y cansarme?

Tello. Basta, que dás en matarme,
con ser tan aspera, y dura.

Elv. Bolverme, Tello, procura
á mi esposo.

Tell. No es tu esposo,
ni un villano, aunque dichofo,
digno de tanta hermosura.

Mas quando yo Sancho fuera,
y el fuera yo, dime, Elvira,
como el rigor de tu ira
tratarme tan mal pudiera?
tu crueldad no considera,
que esto es amor?

Elv. No señor,



El mejor Alcalde el Rey.

que amor que pierde al honor
el respeto, es vil deseo,
y siendo apcítico feo,
no puede llamarse amor.
Amor se funda en querer
lo que quiere quien desea,
que amor, que casto no sea,
ni es amor, ni puede ser.

Tell. Como no?

Elv. Quiereslo vèr?

A noche, Tello, me viste,
y tan presto me quisiste,
que apenas consideraste:
què fue lo que deseaste,
que es en lo que amor consiste.
Nace amor de un gran deseo,
luego vá creciendo amor
por los pasios del favor
al fin de su mismo empleo;
y en ti, segun lo que veo,
no es amor, sino querer
quitarme à mi todo el sèr;
que me dió el Cielo en la honra:
tu procuras mi deshonra,
y yo me he de defender.

Tell. Pues hallo en tu entendimiento,
como en tus brazos defenfa,
oye un argumento.

Elv. Pienfa,
que no ha de aver argumento,
que venza mi firme intento.

Tell. Dices, que no puede ser
vèr, desear, y querer?

Elv. Es verdad.

Tell. Pues dime, ingrata,
como el basilisco mata
con solo llegar à vèr?

Elv. Esse solo es animal.

Tell. Pues esse fue tu hermosura:

Elv. Mal pruebas lo que procura
tu ingenio.

Tell. Yo pruebo mal?

Elv. El basilisco mortal
mata, teniendo intencion
de matar; y es la razon
tan clara, que mal podia
matarte, quando debia,
para ponerte aficion:

y no traygamos aqui
mas argumentos, señor,
soy muger, y tengo amor,
nada has de alcanzar de mi.

Tell. Puedese creer, que así
responda una Labradorá?
pero confiesame aora,
que eres necia en ser discreta;
pues viendote tan perfecta,
quanto mas, mas enamora,
y ojalà fueras mi igual,
mas bien vès que tu baxeza
afrentára mi nobleza,
y que pareciera mal
juntar brocado, y sayal:
sabe Dios si amor me esfuerza;
que mi buen intento tuerza;
pero yá el mundo trazò
estas leyes, á quien yo
he de obedecer por fuerza.

Sale Fel. Perdona, hermano, si soy,
mas piadosa que quisieras:
espera, de què te alteras?

Tell. Què necia estás!

Fel. Necia estoy,
pero soy, Tello, muger,
y es terrible tu porfia,
hermano, por vida mia:
dexa que passè algun dia,
que llegar, vèr, y vencer,
no se entienda con amor,
aunque Cesar de amor seas.

Tell. Es posible que tu seas
mi hermana!

Fel. Tanto rigor
con una pobre aldeana!

Elv. Señora, doleos de mi! *Llaman.*

Fel. Tello, si soy no dixo, que si,
podrá decirlo mañana:
tèn paciencia, que es crueldad,
que los dos no descanseis:
descansad, y bolvereis á la batalla.

Tell. Es piedad
quitarme la vida à mi?

Llaman.

Fel. Calla, que estás enojado.
Elvira, no te ha tratado,
tiene verguenza de ti:
dexala estar unos dias.

De Lope de Vega de Carpio.

contigo en conversacion,
y conmigo, que es razon.
Elv. Puedan las lagrimas mias
moveros, noble señora,
à interceder por mi honor. *Llaman.*

Fel. Sin esto, advierte señor,
que debe de aver un hora,
que estàn llamando á la puerta
tu viejo padre, y su esposo,
y que es justo, y aun forzoso,
que la hallen los dos abierta,
porque sino entran aqui,
dirán que tienes à Elvira.

Tell. Todos me mueven à ira:
Elvira, escondete ahí,
y entren effos dos villanos.

Elv. Gracias à Dios, que me dexas
descansar. *Escondese.*

Tell. De que te quejas,
si me has atado las manos?

Fel. Ola.

Dentro Celio. Señora.

Fel. Llamad.

effos pobres Labradores,
tratalos bien, y no ignores;
que importa à tu calidad.

Sale Nuño, y Sancho.

Nuño. Besando el suelo de tu noble casa,
que de besar tus pies somos indignos,
venimos à decirte lo que passa,
si bien con mal formados defatinos:
Sancho, señor, que con mi Elvira casa,
de quien los dos aviais de ser padrinos,
viene à quejarse del mayor agravio,
que referirte puede humano labio.

Sancho. Magnanimo señor, à quien las frentes
humillan estos montes coronados
de nieve, que baxando en puras fuentes,
befan tus pies en estos verdes prados.
Por consejo de Nuño, y sus parientes,
en tu valor divino confiados,
te vine à hablar, y te pedí licencia,
y honraste mi humildad con tu presencia.
Aver estado en esta casa creo,
que obligue tu valor à la venganza
de caso tan atroz, enorme, y feo,
que la nobleza de tu nombre alcanza.
Si alguna vez amor algun deseo

traxo la possession à tu esperanza,
y al tiempo de gozarla la perdieras,
considera, señor, lo que sintieras.
Yo solo Labrador en la campaña,
y en el gusto del alma, Cavallero,
y no tan enseñado à la montaña,
que alguna vez no juegue el limpio azero:
Oyendo nueva tan feròz, y estraña,
no fui, ni pude, Labrador grossero,
suntì el honor, con no averle tocado,
que quien dixo de si, yà era casado:
salì à los campos, y à la luz que excede
à las estrellas, que miraba en vano
à la Luna velòz, que retrocede
las aguas, y las crece al Oceano:
dichosa (dixe) tu, que no te puede
quitar el sol ningun poder humano,
con subir cada noche donde subes,
aunque vengan con mascarar las nubes.
salì, señor, bolviendo à los desertos prados,
adonde con los alamos de Alcides,
las yedras vi con lazos apretados,
y con los verdes pampanos las vides,
ay, dixes, como estais tan descuydados?
y tu grossero, como no divides,
villano Labrador, estos amores,
cortando ramas, y rompiendo flores,
todo duerme seguro: finalmente
me robaron à mi prenda amada,
y alli me pareció, que alguna fuente
llorò tambien, y murmurò turbada,
llevaba yo quan lexos de valiente,
con rota bayna una mohosa espada,
llegué al arbol mas alto, y à reveses,
y tajos, igualè sus blancas mieffes;
no porque el arbol me robasse à Elvira,
mas porque fue tan alto, y arrogante,
que à los demás como à pequeños mira:
tal es la fuerza de un feròz gigante,
dicen en el lugar (pero es mentira,
siendo quien eres tu) que ciego amante,
de mi muger autor del robo fuiste,
y que en tu misma casa la escondiste.
Villanos, dixes yo, tened respeto,
Don Tello, mi señor, es gloria, y honra
de la Casa de Neyra, y en efecto
es mi padrino, y quien mis bodas honra.
Con esto, tu piadoso, tu discreto,

El mejor Alcalde el Rey.

no sufrirás la tuya , y mi deshonor,
antes harás bolver , la espada en puño,
à Sancho la muger , su hija à Nuño.

Tell. Pelame gravemente, Sancho , amigo,
del tal atrevimiento , y en mi tierra
no quedará el villano sin castigo,
que la ha robado , y en su casa encierra.
Sanch. Solicita tu , y sabe , què enemigo,
con loco amor , con encubierta guerra,
nos ofende à los dos con tal malicia,
que si se sabe , yo te harè justicia,
y à los villanos , que de mi murmurang,
castigarè por tal atrevimiento.
Idos con Dios.

Sanch. Mis zelos se aventuran.

Nuño. Sancho , tente por Dios.

Sanch. Mi muerte intento.

Tell. Sabedme por allà los que procuran
mi deshonor.

Sanch. Extraño pensamiento!

Tell. Yo no sè donde està , porque à fabello,
os la diera, por vida de Don Tello.

Sale Elvira , y ponefe en medio Don Tello.

Elv. Si sabe, esposo , que aqui
me tiene Tello escondida.

Sanch. Esposa , mi bien, mi vida.

Tell. Esto has hecho contra mi?

Sanch. Ay , qual estuve por til!

Nuño. Ay , hija , qual me has tenido,
el juicio tuve perdido!

Tell. Teneos , apartaos , villanos.

Sanch. Dexame tocar sus manos,
mira que soy su marido.

Tell. Celio , Julio , ola , Criados,
estos villanos matad.

Fel. Hermano , con mas piedad,
mira que no son culpados.

Tell. Quando estuvieran casados
fuera mucho atrevimiento:
matadlos.

Sanch. Yo soy contento
de morir , y no vivir,
aunque es tan fuerte el morir.

Elv. Ni vida , ni muerte siento.

Sanch. Escucha , Elvira , mi bien,
yo me dexarè matar.

Elv. Yo yà me sabrè guardar,
aunque mil muertes me den.

Tell. Es posible que se estèn
requebrando? Ay tal rigor!
Ha , Celio , Julio.

Salen Celio , y Julio.

Jul. Señor.

Tell. Matadlos à palos. Echanlos à palos.

Celio. Mueran.

Tell. En vano remedio esperan
tus quejas de mi furor.
Yà pensamiento tenia
de bolverte , y tan ayrado
estoy de vèr que has hablado
con tan notable ofiada,
que por fuerza has de ser mia,
ò no he de ser yo quien soy.

Fel. Hermano , que estoy aqui.

Tell. He de forzalla , ò matalla.

Fel. Como es posible libralla
de un hombre fuera de si?

*Vanse , y salen Celio , y Julio tràs Sancho , y
Nuño.*

Jul. Ansi pagan los villanos
tan grandes atrevimientos.

Cel. Salgan fuera de Palacio.

Los dos. Salgan. *Vanse.*

Sanch. Matadme , Escuderos:
no tuviera yo una espada!

Nuño. Hijo , mira que sospecho,
que este hombre te ha de matar,
atrevido , y descompuesto.

Sanch. Pues serà bueno vivir?

Nuño. Mucho se alcanza viviendo.

Sanch. Vive Dios , de no quitarme
de los umbrales que veo,
aunque me maten , que vida
sin Elvira , no la quiero.

Nuño. Vive , y pedirás justicia,
que Rey tienen estos Reynos,
ò en grado de apelacion
la podràs pedir al Cielo.

Sale Pel. Aqui estàn.

Sanch. Quien es?

Pel. Pelayo,
todo lleno de contento,
que os viene à pedir albricias.

Sancho. Como albricias à este tiempo?

Pelay. Albricias digo.

Sanch. De què,

De Lope de Vega Carpio.

Pelayo? quando estoy muerto,
y Nuño espirando?
Pelay. Albricias.
Nuño. No conoces à este necio?
Pel. Elvira pareció yà.
Sanch. Ay, padre, si la avrán buelto.
Què dices, Pelayo mio?
Pelay. Señor, dice todo el Pueblo,
que desde à noche à las doce
està en casa de Don Tello.
Sanch. Maldito seas, amen.
Pelay. Y que tienen por muy cierto,
que no la quiere bolver.
Nuño. Hijo, vamos al remedio.
El Rey de Castilla Alfonso,
por sus valerosos hechos,
reside aora en Leon:
pues es recto, y justiciero,
parte allà, y informaràse
deste agravio, que sospecho,
que nos ha de hacer justicia.
Sanch. Ay, Nuño! tengo por cierto,
que el Rey de Castilla Alfonso
es un Principe perfecto;
mas por donde quieres que entre
un Labrador tan grosso?
Què corredor de Palacio
osará mi atrevimiento
pisar? Què Portero, Nuño,
permitirá, que entre dentro?
Alli à la tela, al brocado,
al grave acompañamiento
abren las puertas, y tienen
razon, que yo lo confieso.
Pero à la pobreza, Nuño,
solo dexan los Porteros,
que mire las puertas, y armas,
y esto ha de ser desde lexos.
Irè à Leon, y entrarè
en Palacio, y veràs luego
como imprimen en mis hombros
de las cachillas los quentos.
Pues andar con memoriales,
que toma el Rey santo, y bueno,
has cuenta, que de sus manos
en el olvido cayeron.
Bolverè me haviendo visto
las Damas, y Cavalleros,

la Iglesia, el Palacio, el Parque,
los Edificios, y pienso,
que traerè de allà mal gusto
para vivir entre texos,
robles, y encinas, adonde
canta el ave, y ladra el perro:
no, Nuño, no aciertas bien.
Nuño. Sanchó, yo sè bien si acierto,
vete à hablar al Rey Alfonso,
que si aqui te quedas, pienso
que te han de quitar la vida.
Sanch. Pues esso, Nuño, desseo.
Nuño. Yo tengo un rocin castaño,
que apostará con el viento,
sus crines contra sus alas,
sus clavos contra su freno:
ponte en èl, irà Pelayo
en aquel pequeño obero,
que fuele llevar al campo.
Sanch. Por tu gusto te obedezco:
Pelayo, iràs tu conmigo
à la Corte? *Pelay.* Y tan contento
de ver lo que nunca he visto,
Sanchó, que los pies te beso.
Dicenme acà de la Corte,
que con huevos, y torreznos
empiedran todas las Calles,
y tratan los Forasteros
como si fueran de Italia,
de Flandes, ò de Marruecos:
Dicen, que es una talega
donde junta los trebejos
para jugar la fortuna,
tantos blancos, como negros.
Vamos por Dios à la Corte.
Sanch. Padre, à Dios, partirme quiero
echame tu bendicion.
Nuño. Hijo, pues eres discreto,
habla con animo al Rey.
Sanch. Tu sabràs mi atrevimiento:
partamos.
Nuño. A Dios, mi Sanchó.
Sanch. A Dios, Elvira.
Pelay. A Dios, puercos.
Vanse, y salen Tello, y Felicianà.
Tell. Què no pueda conquistar
desta muger la belleza!
Fel. Tello, no ay que porfiar,

El mejor Alcalde el Rey.

porque es tanta su tristeza,
que no dexa de llorar.

Si en esta torre la tienes,
es posible que no vienes
à considerar mejor,
que aunque te tuviera amor,
te avia de dár desdenes.

Si la tratas con crueldad,
como ha de quererte bien?
Advierte, que es necedad
tratar con rigor à quien
se llega à pedir piedad.

Tell. Que sea tan desgraciado,
que me vea despreciado,
siendo aqui el mas poderoso,
el mas rico, y dadivoso!

Fel. No te dè tanto cuydado,
ni estès por una villana
tan perdido.

Tell. Ay, Feliciana,
que no sabes que es amor,
ni has probado su rigor!

Fel. Tèn paciencia hasta mañana,
que yo la tengo de hablar,
à ver si puedo ablandar
esta muger.

Tell. Considera,
que no es muger, sino fiera,
pues me hace tanto penar.
Prometela plata, y oro,
joyas, y quanto quisieres:
dì, que la darè un thesoro,
que à dadivas las mugeres
fuelen guardar mas decoro:
dì, que la regalarè,
y dila, que la darè
un vestido tan galàn,
que gaste el oro à Milàn
desde su cabello al pie:
que si remedia mi mal,
la darè hacienda, y ganados;
y que si fuera mi igual,
que yá me huviera casado.

Fel. Posible es que digas tal?

Tell. Si, hermana, que estoy de suerte,
que me tengo de dár muerte,
ò la tengo de gozar,
y de una vez acabar

con dolor tan grave, y fuertè.

Fel. Voy à hablarla, aunque es en vano.

Tell. Por què?

Fel. Porque una muger,
que es honrada, es caso llano,
que no la podrá vencer
ningun interès humano.

Tell. Vè presto, y dà à mi esperanza
algun alivio. Si alcanza mi fé *ap.*
lo que ha pretendido,
el amor que la he tenido,
se ha de trocar en venganza. *Vanf.*

*Salen el Rey, el Conde, Don Enrique
y acompañamiento.*

Rey. Mientras que se apercibe
mi partida à Toledo, y me responde
el de Aragón, que vive
aora en Zaragoza, sabed, Conde,
si estàn yá despachados
todos los pretendientes, y soldados,
y mirad si ay alguno
tambien, que quiera hablarme.

Cond. No ha quedado
por despachar ninguno.

Enr. Un Labrador gallego he visto echado
à esta puerta, y bien triste.

Rey. Pues quien à ningun pobre la resiste?
Id, Enrique de Lara,
y traedle vos mismo à mi presencia.

Vase Enrique.

Cond. Virtud heroyca, y rara!
compasiva piedad! suma clemencia!
ò exemplo de los Reyes,
y divina observacion de sus leyes!

Salen Enrique, Sancho, y Pelayo.

Enr. Dexad, las azagayas.

Sanch. A la pared, Pelayo, las arrima.

Pel. Con pie derecho vayas.

Sanch. Qual es el Rey, señor?

Enr. Aquel que arrima
la mano agora al pecho.

Sanc. Bien puede, de sus obras satisfecho:
Pelayo, no te affombres.

Pel. Mucho tienen los Reyes del Invierno,
que hacen temblar los hombres.

Sanch. Señor::

Rey. Habla, sossiega.

Sanch. Que el gobierno

De Lope de Vega Carpio.

de España agora tienes.
Rey. Dime quien eres , y de donde vienes .
Sanch. Dame à besar tu mano ,
porque en nobleza mi grossera boca ,
Principe soberano ,
que si mis labios , aunque indignos toca ,
yo quedarè discreto .
Rey. Con lagrimas la bañas ? à què efecto ?
Sanch. Mal hicieron mis ojos ,
pues propuso à la boca su querella ,
y quieren darla en ojos ,
para que puesta vuestra mano en ella ,
diera justo castigo
à un hombre poderoso mi enemigo .
Rey. Esfuerzate , y no liores ,
que aunq̃ en mi la piedad es muy propicia ,
para que no lo ignores ,
tambien doy atributo à la justicia :
di quien te hizo agravio ,
que quien al pobre ofende , nunca es sabio .
Sanch. Son niños los agravios ,
y son padres los Reyes , no te espantes ,
que hagan con los labios ,
en viendolos , pucheros semejantes .
Rey. Discreto me parece :
primero que se quexa me entenece .
Sanch. Señor , yo soy hidalgo ,
si bien pobre en mudanzas de fortuna ,
porque con ellas salgo
deste el calor de mi primera cuna .
Con este pensamiento
quise mi igual en justo casamiento ;
mas como siempre yerra
quien de su justa obligacion se olvida ,
al Señor desta tierra ,
que Don Tello de Neyra se apellida ,
con mas llaneza , que arte ,
pidiendole licencia , le di parte :
liberal la concede ,
y en las bodas me sirve de padrino ;
mas el amor , que puede
obligar al más cuerdo à un desatino ,
le ciega , y enamora ,
señor , de mi querida Labradoras :
no dexa desposarme ,
y aquella noche , con armada gente ,
la robò , sin dexarme
vida , que viva proteccion intente ,

fuera de vos , y el Cielo ,
à cuyo tribunal sagrado apelo ,
que aviendola pedido
con lagrimas su padre , y yo , tan fiero ,
señor , ha respondido ,
que vieron nuestros pechos el azero ;
y siendo hidalgos nobles ,
los troncos se enternecen de los robles .
Rey. Conde . Cond. Señor .
Rey. Al punto
tinta , y papel , llegadme aqui una filla ;
Cond. Aqui està todo junto .
*Sacan un bufete , y filla , y ponesse el Rey
à escribir .*
Sanch. Su gran valor espanta , y maravilla ;
al Rey hablè , Pelayo .
Pel. El es hombre de bien , voto à mi sayo ;
Sanch. Què entrañas ay crueles
para el pobre ?
Pelay. Los Reyes Castellanos
deben de ser Angeles .
San. Vestidos no los vès como hóbres llanos ;
Pelay. De otra manera avia
un Rey , que Tello en un tapiz tenia ,
la cara avigarrada ,
y la calza caída en media pierna ,
y en la mano una vara ,
y un tocado à manera de linterna ,
con su corona de oro ,
y los vigotes como Turco , ò Moro ;
Yo preguntèle à un Page
quien era aquel señor de tanta fama ,
que me admiraba el traje ,
y respondiòme : El Rey Baül se llama .
Sanch. Necio , Saül diria .
Pel. Baül , quando al Badil matar queria .
Sanch. David su yerno era .
Pel. Si , que en la Igreja predicaba el Cura ;
que le diò en la mollera
con una de Moysèn lagrima dura
à un Gigante , que olia .
Sanch. Goliat , bestia .
Pel. El Cura lo decia .
Acaba de escribir el Rey .
Rey. Conde , essa carta cerrad :
como es tu nombre , buen hombre ;
Sanch. Sancho , señor , es mi nombre ,
que à los pies de tu piedad

El mejor Alcalde el Rey.

pido Justicia de quien,
en su poder confiado,
à mi muger me ha quitado,
y me quitara tambien
la vida, si no le huiera.

Rey. Què es hombre tan poderoso
en Galicia? *Sanc.* Es tan famoso,
que desde aquella Rivera,
hasta la Romana Torre
de Ercules es respetado:
si està con un hombre ayrado,
solo el Cielo le socorre:
èl pone, y èl quita leyes,
que estas son las condiciones
de sobervios Infanzones,
que estàn lexos de los Reyes.

Cond. La carta està ya cerrada.

Rey. Sobrescrividla à Don Tello
de Neyra. *Sanc.* Del mismo cuello
me quitas, señor, la espada.

Rey. Esta carta le daràs,
con que te darà tu esposa.

Sanch. De tu mano generosa
ay favor que llegue à mas?

Rey. Veniste à pie?

Sanch. No señor,
que en dos rocines venimos
Pelayo, y yo.

Pelay. Y los corrimos
como el viento, y aun mejora:
verdad es, que tiene el mio
unas mañas no muy buenas,
dexasse lubir apenas,
echase en arena, ò rio,
corre como un maldiciente,
come mas, que un Estudiante;
y en viendo un meson delante,
ò se entra, ò se para enfrente.

Rey. Buen hombre fois.

Pelay. Soy en fin
quien por vos su patria dexa.

Rey. Teneis vos alguna quexa?

Pelay. Si señor, de este rocin.

Rey. Digo, que os cause cuidado.

Pelay. Hambre tengo, si ay cocina
por acá:

Rey. Nada os inclina
de quanto aqui veis colgado,

que à vuestra casa lleveis?

Pelay. No ay allà donde ponello:
embiadsele à Don Tello,
que tiene desto quatro, ò seis:

Rey. Què gracioso Labrador!
Què lois allà en vuestra tierra?

Pel. Señor, ando por la Sierra:
Cochero soy del señor.

Rey. Cocheros ay allà?

Pel. Que no:
soy quien guarda los cochinos.

Rey. Què dos hombres peregrinos
aquella tierra juntò!
aquel con tal discrecion,
y este con tanta ignorancia:
tomad vos.

*Saca el Rey un bolsillo, y se le dà
à Pelayo.*

Pelay. No es de importancia.

Rey. Tomadlos, doblones son;
y vos la carta tomad,
y id en buen hora.

*Dàle el Rey la carta à Sancha, y vase
con los Cavalleros.*

Sanch. Los Cielos
te guarden.

Pelay. Ola, tomèlos.

Sanch. Dineros?

Pelay. Y en cantidad.

Sanch. Ay mi Elvira! mi ventura
se cifra en este papel,
que pienso que llevo en èl
libranza de tu hermosura.

Vanse, y salen Don Tello, y Celio.

Cel. Como me mandaste fui
à saber de aquel Villano,
y aunque lo negaba Nuño,
me lo dixo amenazado,
no està en el Valle, que ha dias
que anda ausente.

Tell. Extraño caso!

Cel. Dice, que es ido à Leon;

Tell. A Leon?

Cel. Y que Pelayo
le acompañaba.

Tell. A què efecto?

Cel. A hablar al Rey.

Tell. En què caso?

De Lope de Vega Carpio.

El no es de Elvira marido,
para que yo le haga agravio:
quando se quejare Nuño,
estuviera disculpado;
pero Sancho!

Cel. Esto me han dicho.
Pastores de tus ganados;
y como el mozo es discreto,
y tiene amor, no me espanto,
señor, que se aya atrevido.

Tell. Y no avrà mas de en llegando
hablar à un Rey de Castilla?

Cel. Como Alfonso se ha criado
en Galicia con el Conde
Don Pedro de Andrada y Castro,
no le negará la puerta,
por mas que sea hombre baxo,
à ningun Gallego.

Llaman dentro.

Tell. Celio,
mira quien està llamando:
no ay Pages en esta sala?

Cel. Vive Dios, señor, que es Sancho
este mismo Labrador
de quien estamos hablando.

Tell. Ay mayor atrevimiento!

Cel. Así vivas muchos años,
que veas lo que te quiere.

Tell. Di que entre, que aqui le aguardo.

Sale Sancho.

Sanch. Dame, gran señor, los pies.

Tell. Adonde, Sancho, has estado?
que ha días que no te he visto.

Sanch. A mi me parecen años.
Señor, viendo que tenias,
sea porfia en que has dado,
ò sea amor à mi Elvira,
fui à hablar al Rey Castellano,
como Supremo Juez,
para deshacer agravios.

Tell. Pues què dixiste de mi?

Sanch. Que aviendome yo casado,
me quitaste mi muger.

Tell. Tu muger? mientes, villano;
entrò el Cura aquella noche?

Sanch. No señor, pero de entrambos
sabia las voluntades.

Tell. Si nunca os tomò las manos,

como puede ser que sea
matrimonio?

Sanch. Yo no trato
de si es matrimonio, ò no:
aquesta carta me ha dado,
toda escrita de su letra.

Tell. De coiera estoy temblando.

Lee. En recibiendo esta dareis à es-
te pobre Labrador la muger que le
has quitado, sin réplica ninguna;
y advertid, que los buenos vassallos
se conocen lexos de los Reyes, y que
los Reyes nunca están lexos para
castigar los malos. El Rey.

Hombre, què has traído aqui?

Sanch. Señor, essa carta traygo,
que me diò el Rey.

Tell. Vive Dios,
que de mi piedad me espanto:
piensas, villano, que temo
tu atrevimiento en mi daño?
Sabes quien soy?

Sanch. Si señor,
y en tu valor confiado,
traygo esta carta, que fue,
no qual piensas en tu agravio,
fino carta de favor
del señor Rey Castellano,
para que me des mi esposa.

Tell. Advierte, que respetando
la carta, à ti, y al que viene
contigo::

Pelay. San Biàs, San Pablo.

Tell. No os cuelgo de dos almenas:

Pelay. Sin ser dia de mi Santo,
es muy bellaca señal.

Tell. Salid luego de Palacio,
y no pareis en mi tierra,
que os harè matar à palos:
picaros, villanos, gente
de solar humilde, y baxo,
conmigo:::

Pelay. Tiene razon,
que es mal hecho averle dado
aora essa pesadumbre.

Tell. Villanos, si os he quitado

El mejor Alcalde el Rey.

esta muger, soy quien soy,
y aqui reyno en lo que mando,
como el Rey en su Castilla,
que no deben mis passados
à los suyos esta tierra,
que à los Moros la ganaron.
Pelay. Ganaronfela à los Moros,
y tambien à los Christianos,
y no debe nada al Rey.
Tell. Yo soy quien soy.
Pelay. San Macariol
què es aquesto?
Tell. Si no tomo yo venganza
con mis proprias manos:::
dar à Elvira? què es à Elvira?
matadlos; pero dexadlos,
que en villanos es afrenta
manchar el azero hidalgo. *vase.*
Pelay. No le manche por su vida.
Sanch. Què te parece?
Pelay. Que estamos
desterrados de Galicia.
Sanch. Pierdo el sesto, imaginando,
que este no obedezca al Rey
por tener quatro vassallos;
pues vive Dios:::
Pelay. Sancho, tente,
que siempre es consejo sabio,
ni pleytos con poderosos,
ni amistades con criados.
Sanch. Bolvamonos à Leon.
Pelay. Aqui los doblones traygo,
que me diò el Rey; vamos luego.
Sanch. Dirèle lo que ha passado:
Ay mi Elvira, quien te vieral
Salid, suspiros, y en tanto
que buelvo, decid que muero
de amores.
Pelay. Camina, Sancho,
que este no ha gozado à Elvira:
Sanch. De què lo sabes, Pelayo?
Pelay. De que nos la huviera buelte
quando la huviera gozado.

JORNADA TERCERA.

Sale el Rey, el Conde, y D. Enrique.
Rey. El Cielo sabe quanto estimo

la amistad de mi madre.
Cond. Yo agradezco
estas razones, gran señor, que en todo
muestras valor divino, y soberano.
Rey. Mi madre gravemente me ha ofendido;
mas confidero que mi madre ha sido.
Salen Sancho, y Pelayo.
Pelay. Digo, que puedes llegar.
Sanch. Yà, Pelayo, viendo estoy
à quien toda el alma doy,
que no tengo mas que dar.
Aquel Castellano soy,
aquel piadoso Trajano,
aquel Alcides Christiano,
y aquel Cesar Español.
Pelay. Yo, que no entiendo de historia;
de Kyries, son de marranos,
estò mirando en sus manos
mas que tien rayas victorias:
llega, y à sus pies te humilla,
besa aquella huerte mano.
Sanch. Emperador Soberano,
invicto Rey de Castilla,
dexame besar el suelo
de tus pies, que por almohada
han de tener a Granada
presto, con favor del Cielo,
y por alfombra à Sevilla,
sirviendoles de colores
las naves, y varias flores
de su siempre hermosa orilla:
Conocesme?
Rey. Pienso que eres
un Gallego Labrador,
que aqui me pidió favor.
Sanch. Yo soy, señor.
Rey. No te alteres.
Sanch. Señor, mucho me ha pesadò
de bolver tan atrevido
à darte enojos, no ha sido
posible averlo escusado;
pero si yo soy villano
en la porfia, señor,
tu seràs Emperador,
tu seràs Cesar Romano;
para perdonar à quien
pide à tu clemencia Real
justicia.

Roy:

De Lope de Vega Carpio:

Rey. Dime tu mal,
y advierte, que te oyo bien,
porque el pobre para mi
tiene cartas de favor.

Sanch. La tuya, invisto señor,
à Tello en Galicia di,
para que, como era justo,
me diessè mi prenda amada.
Leida, y no respetada,
causòle mortal disgusto,
y no solo no bolviò,
señor, la prenda que digo,
pero con nuevo castigo
el porte de ella me diòs
que à mi, y à este Labrador
nos trataron de tal fuerte,
que fue escapar de la muerte
dicha, y milagro, señor.
Hice algunas diligencias,
por no bolver à canfarte,
pero ninguna fue parte
à mover sus resistencias.
Hablòle el Cura, que allí
tiene mucha autoridad,
y un santo, y bendito Abad,
que tuvo piedad de mi,
y en San Pelayo de Samos
reside, pero mover
su pecho no pudo ser,
ni todos juntos bastamos.
No me dexò que la viera,
que aun esto me consolàra,
y así vine à vèr tu cara,
y à que justicia me hiciera
la imagen de Dios, que en ella
resplandece, pues la imita.

Rey. Carta de mi mano escrita
mas que debiò de rompella?

Sanch. Aunque por moverte à ira
dixera de sì otro labio,
no quiera Dios que mi agravio
te indignè con la mentira.
Leyòla, y no la rompiòs
mas miento, que fue rompella
lella, y no hacer por ella
lo que su Rey le mandò.
En una tabla su Ley
escriviò Dios, no es quebrag

la tabla, el no la guardar,
asì el mandato del Rey;
porque para que se crea,
que es infiel, se entienda asì;
que lo que se rompe allí,
basta que el respeto sea.

Rey. No es posible que no tengas
buena sangre, aunque te afigen
trabajos, y que de origen
de nobles personas vengas,
como muestra tu buen modo
de hablar, y de proceder.
Aora bien, yo he de poner
de una vez remedio en todo:
Conde. Cond. Gran señor.

Rey. Enrique.

Enriq. Señor.

Rey. Yo he de ir à Galicia,
que me importa hacer justicia;
y aquesto no se publique.

Cond. Señor:::

Rey. Què me replicais?
poned del Parque à las puertas
las Postas.

Cond. Pienso que abiertas
al vulgo se las dexais.

Rey. Pues como lo han de saber;
si enfermo dicen que esloy
los de mi Camara?

Enriq. Soy
de contrario parecer.

Rey. Esta es yà resolucion;
no me repliqueis.

Cond. Pues sea
de aqui à dos dias, y vea
Castilla la prevencion
de vuestra melancolia.

Rey. Labradores.

Sanch. Gran señor.

Rey. Ofendido del rigor
de la violencia, y porfia
de Don Tello, yo en persona
le tengo de castigar.

Sanch. Vos, señor? serìa humillar
al suelo vuestra Corona.

Rey. Id delante, y prevenid
de vuestro fuego la casa,
sin decirle lo que passa

El mejor Alcalde el Rey.

ni à hombre humano, y advertid,
que esto es pena de la vida.

Sanch. Pues quien ha de hablar, señor?

Rey. Escuchad vos, Labrador:

Aunque todo el mundo os pida,
que digais quien soy, decid,
que un hidalgo Castellano,
puesta en la boca la mano
de esta manera, advertid,
porque no aveis de quitar
de los labios los dos dedos.

Pelay. Señor, los tendré tan quedos,
que no osarè bostezar;
pero su merced, mirando
con piedad mi suficiencia,
me ha de dar una licencia
de comer de quando en quando.

Sanch. No se entiende que has de estàr
siempre la mano en la boca:

Señor, mirad que no es toca
tanto mi baxeza honrar.
Embiad, que es justa ley,
para que haga justicia,
algun Alcalde à Galicia.

Rey. El mejor Alcalde el Rey.

Vanse todos, y sale Nuño, y Celio.

Nuño. En fin, que podrè verla?

Cel. Podreis verla:

Don Tello mi señor licencia ha dado.

Nuño. Què importa, quãdo soy tan desdichado?

Cel. No teneis que temer, que ella resiste
con gallardo valor, y valentia
de muger, que es mayor quando porfia.

Nuño. Y podrè yo creer, que honor mantiene
muger que en su poder un hombre tiene?

Cel. Pues es tanta verdad, que si quisiera
Elvira que su esposo Celio fuera,
tan seguro con ella me casàra,
como si en vuestra casa la tuviera.

Nuño. Qual decis que es la rexa?

Cel. Azia esta parte

de la torre se mira una ventana,
donde se ha de poner, como me ha dicho.

Nuño. Parece que alli veo un blanco bulco,
si bien yà con la edad lo dificulto.

Cel. Llegad, que yo me voy, porq̃ si os viere,
no me vean à mi, que lo he trazado,
de vuestro justo amor importunado. *vaf.*

Sale Elvira à una rexa:

Nuño. Eres tu mi desdichada
hija?

Elvir. Quien si no yo fuera?

Nuño. Yà no pensè que te viera,
no por presa, y encerrada,
fino porque deshonorada
te juzguè siempre en mi idèas;
y es cosa tan torpe, y fea
la deshonra en el honrado,
que aun à mi, que el sèr te he dado,
me obliga à que no te vea.
Bien el hōnor heredado
de tus passados guardaste,
pues que tan presto quebraste
su crystal tan estimado.
Quien tan mala cuenta ha dado
de sí, padre no me llame,
porque hija tan infame
(y no es mucho que esto diga)
solamente à un padre obliga
à que su sangre derrame.

Elvir. Padre, si en desdichas tales,
y en tan continuos desvelos,
los que han de dar los consuelos
vienen à aumentar los males;
los mios seràn iguales
à la desdicha en que estoy,
porque si tu hija soy,
y el sèr que tengo me has dado;
es fuerza aver heredado
la nobleza que te doy.
Verdad es, que este tyrano
ha procurado vencerme,
yo he sabido defenderme
con un valor mas que humano;
y puedes estar ufano
de que he de perder la vida
primero que este homicida
llegue à triunfar de mi honor,
aunque con tanto rigor
aqui me tiene escondida.

Nuño. Yà del estrecho zeloso,
hija, el corazon ensancho.

Elvir. Què se ha hecho el pobre Sancho;
que solia ser mi esposo?

Nuño. Bolviò à ver aquèl famoso
Alfonso Rey de Castilla.

Elvir.

De Lope de Vega Carpio.

Elv. Luego no ha estado en la Villa?

Nuñ. Oy esperandole estoy.

Elv. Y yo , que le maten oy.

Nuñ. Tal crueldad me maravilla.

Elv. Jira de hacerle pedazos.

Nuñ. Sancho se sabrá guardar.

Elv. O quien se pudiera echar
de aquesta Torre à tus brazos!

Nuñ. Desde aqui con mil abrazos
te quisiera recibir.

Elv. Padre , yo me quiero ir,
que me buscan : padre , à Dios.

Nuñ. No nos verèmos los dos,
que yo me voy à morir.

Quitase Elvira , y sale Don Tello.

Tell. Què es esto? con quien hablais?

Nuñ. Señor , à estas piedras digo
mi dolor , y ellas conmigo
sienten quan mal me tratais,
que aunque vos las imitais
en dureza , mi desvelo
huye siempre del consuelo,
que anda à buscar mi tristeza,
y aunque es tanta su dureza,
piedad les ha dado el Cielo.

Tell. Aunque mas formeis, villanos,
queexas , llantos , è invenciones,
la causa de mis passiones
no ha de salir de mis manos.

Vosotros sois los tyranos,
que no la quereis rogar,
que dè à mi intento lugar,
que yo , que la adoro , y quiero,
como puede ser , si muero,
que pueda à Elvira entregar?

Què señora presumis
que es Elvira? Es mas aora
de una pobre Labradorà?

Todos del campo vivis;
mas pienso que bien decis,
mirando la sujecion
del humano corazon,
que no ay mayor señorio,
que pocos años , y brio,
hermosura , y discrecion.

Nuñ. Señor , vos decis muy bien:
el Cielo os guarde.

Tell. Sì harà,

y à vosotros os darà
el justo pago tambien.

Nuñ. Que sufra el mundo , que estèn
sus leyes en tal lugar,
que el pobre al rico ha de dár
su honor , y decir , que es justo!
mas tiene por ley su gusto,
y poder para matar. *vase.*

Tell. Celio. Cel. Señor. Sale Celio.

Tell. Lleva luego
donde te he mandado à Elvira.

Cel. Señor , lo que intentas mira.

Tell. No mira quien està ciego.

Cel. Que repares bien te ruego,
que violentarla es crueldad.

Tell. Tuviera de mi piedad,
Celio , y no la violentara.

Cel. Estima por cosa rara
su defensa , y castidad.

Tell. No repliques à mi gusto,
pensar de mi sufrimiento,
que yà es bastante pensamiento
el sufrir tanto disgusto.

Tarquino tuvo por gusto
no esperar tan sola un hora,
y quando vino el Aurora,
yà cessaban sus porfias:
pues es bien , que tantos dias
espere à una Labradorà?

Cel. Y esperaras tu tambien,
que te dèn castigo igual:
tomar exemplo del mal
no es justo , sino del bien.

Tell. Mal , ó bien , oy su desdèn,
Celio , ha de quedar vencido:
yà es tema , si amor ha sido,
que aunque Elvira no es Tamar,
à ella le ha de pesar,
y à mi vengarme su olvido.

Vanse , y salen Sancho , Pelayo , y Juana.

Juan. Los dos seais bien venidos.

Sanch. No sè como lo serèmos;
pero bien sucederà,
Juana , si lo quiere el Cielo.

Pelay. Si lo quiere el Cielo , Juana;
sucederà por lo menos,
que avrèmos llegado à casa.

El mejor Alcalde el Rey.

y pues que tienen sus pienfos
los rocines , no es razon,
que embidia tengamos dellos.

Juan. Yà nos vienes à matar?

Sanc. Donde està señor? *Juan.* Yo creo,
que es ido hablar con Elvira.

Sanch. Pues dexala hablar *D. Tello?*

Juan. Allà por una ventana
de una Torre , dixo Celio.

Sanch. En Torre està todavia?

Pel. No importa, que vendrà presto
quien le haga: *Sanc.* Advierte, *Pelayo::*

Pelay. Olvidème de los dedos.

Juan. Nuño viene. *Sale Nuño.*

Sanch. Señor mio?

Nuñ. Hijo, como vienes? *Sanch.* Vengo
mas contento , à tu servicio.

Nuñ. De què vienes mas contento?

Sanch. Traygo un gran Pefquisidor.

Pel. Un Pefquisidor traemos,
que tienen: *Sanch.* Advierte, *Pelayo:::*

Pelay. Olvidème de los dedos.

Nuñ. Viene gran gente con èl?

Sanch. Dos hombres.

Nuñ. Pues yo te ruego,

hijo , que no intentes nada,
que serà vano tu intento,
que un poderoso en su tierra,
con armas , gente , y dinero,
ò ha de torcer la justicia,
ò alguna noche durmiendo
nos matarà en nuestra casa.

Pelay. Matar ? ò què bueno es esto!

nunca aveis jugado al triunfo?
haced cuenta , que Don Tello
ha metido la malilla,
pues la espadilla traemos.

Sanch. Pelayo , tienes juicio?

Pelay. Olvidème de los dedos.

Sanch. Lo que aveis de hacer , señor,
es prevenir aposento,
porque es hombre muy honrado.

Pel. Y tan honrado , que puedo

decir: *Sanch.* Vive Dios , villano:::

Pel. Olvidème de los dedos,
que no habrarè mas palabra.

Nuñ. Hijo , descansa , que pienso,
que te ha de costar la vida

tu amoroso pensamiento.

Sanch. Antes voy à vèr la Torre
donde mi Elvira se ha puesto,
que como el Sol dexa sombra;
podrà ser , que de su cuer po
aya quedado en la rexa;
y si como el Sol traspuesto
no la ha dexado , yo sè,
que podrá formarla luego
mi propia imaginacion. *vase.*

Nuñ. Què extraño amor! *Juan.* Yo no creo,
que se aya visto en el mundo.

Nuñ. Vèn acà , Pelayo. *Pelay.* Tengo
que decir à la cocina.

Nuñ. Vèn acà, pues. *Pel.* Luego buelvo.

Nuñ. Vèn acà. *Pel.* Què es lo que quiere?

Nuñ. Quien es este Cavallero
Pefquisidor , que trae Sancho?

Pelay. El pecador que traemos
es un (Dios me tenga en buenas)
es un hombre de buen sesso,
descolorido , encendido,
alto , pequeño de cuerpo,
la boca por donde come
barbi-rubio , y barbi-negro;
y si no lo mirè mal,
es Medico , ò quiere serlo,
porque en mandandolo , sangran;
aunque sea del pescuezo.

Nuñ. Ay bestia como este , Juana?

Sale Brit. Señor Nuño , corra presto;
porque à la puerta de casa
se apean tres Cavalleros,
y el uno de ellos trae plumas.

Nuñ. Valgame Dios ! si son ellos
mas Pefquisidor con plumas?

Pelay. Señor , vendrán mas ligeros,
porque la recta justicia,
quando no atiende á cohechos,
tan presto al Consejo buelve,
como sale del Consejo.

Nuñ. Quien le ha enseñado à la bestia
estas malicias? *Pel.* No vengo
de la Corte , què se espanta?

*Vanse Brito , y Juana , y salen el Rey , y los
Cavalleros con botas , y Sancho.*

Sanch. Luego que os vi desde lexos
os conoci. *Rey.* Cuenta , Sancho,

que

De Lope de Vega Carpio.

que aqui no han de conocernos.

Nuñ. Seais , señor , bien venido.

Rey. Quien sois? *Sanc.* Es Nuño mi suegro.

Rey. Elteis en buen hora , Nuño.

Nuñ. Mil veces los pies os beso.

Rey. Avisad los Labradores,
que no digan á Don Tello,
que viene Pesquisador.

Nuñ. Cerrados pienso tenerlos,
para que ninguno salga;
pero , señor , tengo miedo,
que traygas dos hombres solos,
pues no ay en todo este Reyno
mas poderoso señor,
mas rico , ni mas sobervio.

Rey. Nuño , la vara del Rey
hace el oficio de trueno,
que avitá que viene el rayo:
solo , como veis , pretendo
hacer por el Rey justicia.

Nuñ. En vuestra presencia veo
tan maguanimo valor,
que siendo agraviado tiemblo.

Rey. La informacion quiero hacer.

Nuñ. Descansad , señor , primero,
que tiempo os sobra de hacerla.

Rey. Nunca à mi me sobra tiempo:
llegaste bueno , Pelayo?

Pelay. Sí señor , llegué muy bueno,
sepa vuestra señoría.

Rey. Què os dixè? *Pel.* Pongome el freno:
viene bueno su merced?

Rey. Gracias á Dios , vengo bueno.

Pel. A fé que he de presentalle,
si la limos con el pleyto,
un puerco de su tamaño.

San. Calla, bestia. *Pel.* Pues què un puerco
como yo , que soy chiquito?

Rey. Llamad esta gente presto.

Salen Brito, Fileno, Juana, y Leonor.

Los 4. Què es , señor , lo que mandais?

Nuñ. Si de los valles , y cerros
han de venir los Zagales,
esperareis mucho tiempo.

Rey. Estos bastan que ay aqui:
quien sois vos? *Brit.* Yo, señor bueno,
so Brito , un Zagal del campo.

Rey. Què sabeis vos de Don Tello,
y del suceso de Elvira?

Brit. La noche del casamiento

la llevaron unos hombres,
que aquellas puertas rompieron:

Rey. Y vos quien sois?

Juan. Señor , Juana
su criada , que sirviendo
estaba à Elvira , à quien yà
sin honra , y sin vida veo.

Rey. Y quien es aquel buen hombre?

Pel. Señor , Fileno el Gaytero:
toca de noche à las brujas,
que andan por estos barbechos,
y una noche le llevaron,
de donde truxo el asiento
como ruedas de salmòn.

Rey. Diga lo que sabe desto.

Filen. Señor , yo vine à tañer,
y ví , que mandò Don Tello,
que no entrara el señor Cura,
el matrimonio desecho,
se llevó à su casa à Elvira,
donde su padre , y sus deudos
la han visto. *Rey.* Vos , Labradoras?

Pel. Esta es Antona de Cueto,
hija de Pero Miguel
de Caeto , de quien fue abuelo
Nuño de Cueto , y su tio
Martin Cueto , Morganero
del Lugar , gente muy noble:
tuvo dos tias , que fueron
brujas , pero ha muchos años,
y tuvo un sobrino tuerto,
el primero que sembrò
nabos en Galicia. *Rey.* Bueno
está esto por aora:

Cavalleros , descansemos,
para que à la tarde vamos
à visitar à Don Tello.

Cond. Con menos informacion
pudieras tener por cierto,
què no te ha engañado Sancho;
porque la inocencia de estos
es la prueba mas bastante.

Rey. Haced traer de secreto
un Clerigo , y un Verdugo.

Vanse el Rey , y los Cavalleros.

Nuñ. Sancho. *Sanch.* Señor.

Nuñ. Yo no entiendo
este modo de Juez,

El mejor Alcalde el Rey.

fin cabeza de processo
pide Clerigo , y Verdugo?
Sanch. Nuño , yo no sè su intento.
Nuñ. Con un esquadron armado
aun no pudiera prenderlo,
quando mas con dos personas.
Sanch. Demosle à comer , que luego
se farà si puede , ò no.
Nuñ. Comeràn juntos? *Sanch.* Yo creo,
que el Juez comerà solo,
y despues comeràn ellos.
Nuñ. Escrivano , y Alguacil
deben de ser. *Sanch.* Esto pienso. *vase.*
Nuñ. Juana. *Juan.* Señor. *Nuñ.* Adereza
ropa limpia , y al momento
mataràs quatro gallinas,
y assaràs un buen torrezno,
y pues estaba pelado,
pon aquel pabillo nuevo
à que se asse tambien,
mientras que baxa Fileno
à la bodega por vino.
Pel. Voto al Sol , Nuño , que tengo
de comer oy con el Juez.
Nuñ. Este yà no tiene seso. *vase.*
Pel. Solo es desdicha en los Reyes
comer solos , y por esso
tienen siempre al rededor
los bufones , y los perros. *vase.*
*Salen Elvira buyendo por una puerta , y se
entra por otra , y Feliciano detiendo
à Don Tello.*
Elv. Favor , Cielo soberano,
pues en la tierra no espero
remedio. *vase.*
Tell. Matarla quiero.
Felic. Detèn la furiosa mano.
Tell. Mira que te he de perder
el respeto , Feliciano.
Felic. Marezca por ser tu hermana,
lo que no por ser muger.
Tell. Pese à la loca villana!
que por un villano amor
no respete à su señor,
de puro sobervia , y vanal
Pues no se canse en pensar,
que se podrá resistir,
que la tengo de rendir,
ò la tengo de matar. *vase.*

Salen Cel. No sè si es vano temor,
señora , el que me ha engañado;
à Nuño he visto en cuidado
de huespedes de valor,
Sancho ha venido à la Villa,
todos andan con recato,
con algun fingido trato
le han despachado en Castilla:
no los he visto jamàs
andar con tanto secreto.
Fel. No fuiste , Celso , discreto:
si en essa sospecha estàs,
que ocasion no te faltàra
para entrar , y ver lo que es.
Cel. Temi , que Nuño despues
de verme entrar se enojàra,
que à todos nos quiere mal.
Felic. Quiero avisar à mi hermano;
porque tiene este villano
raro ingenio , y natural:
tu , Celso , quedate aqui,
para ver si alguno viene. *vase.*
Cel. Siempre la conciencia tiene
este temor contra si:
demàs , que tanta crueldad
al Cielo pide castigo.
Salen el Rey , los Cavalleros , y Sancho.
Rey. Entrad , y haced lo que os digo.
Cel. Què gente es esta? *Rey.* Llamad.
Sanch. Este , señor , es criado
de Don Tello. *Rey.* Ha hidalgo , oid.
Cel. Què me quereis? *Rey.* Advertid
à Don Tello , que he llegado
de Castilla , y quiero hablarle.
Cel. Y quien dirè que fois? *Rey.* Yo.
Cel. No teneis mas nombre? *Rey.* No.
Cel. Yo no mas , y con buen talle?
puesto me aveis en cuidado:
yo voy à decir , que Yo. *vase.*
Cond. Temo que responda ayrado,
y era mejor declararle.
Rey. No lo harà , porque su miedo
le dirà , que solo puedo
llamarme Yo en esta parte.
Salen Cel. A Don Tello mi señor
dixe como Yo os llamais,
y me dice , que os bolvais.
que èl solo es Yo por rigor,
que quien dixo Yo por ley

De Lope de Vega Carpio.

justa del Cielo, y del suelo,
es solo Dios en el Cielo,
y en el suelo solo el Rey.
Rey. Pues un Alcalde decid
de su Casa, y Corte. *Cel.* Irè,
y esse nombre le dirè. *turbase, y vase.*
Rey. En lo que os digo advertid.
Cond. Parece que el Escudero
se ha turbado. *Enr.* El nombre ha sido
la causa. *Sanch.* Nuño ha venido:
licencia, señor, espero
para que llegue, si es gusto
vuestro. *Rey.* Llegue, porque sea,
en todo lo que aquí vea,
parte de lo que es tan justo,
como del pesar lo ha sido.
Sanch. Llegad, Nuño, y deste afuera
mirad. *Al paño Nuño, y los villanos.*
Nuñ. Solo ver me altera
la casa deste atrevido:
estad todos con silencio.
Juan. Habla Pelayo, que es loco.
Pel. Vosotros vereis quan poco
de un marmol me diferencio.
Nuño. Que con dos hombres no mas
viniese! estraño valor!
Dent. Felic. Mira lo que haces, señor,
tente, hermano, donde vás?
Salen Don Tello, y Feliciano.
Tell. Sois, por dicha, hidalgo, vos
el Alcalde de Castilla,
que me busca? *Rey.* Es maravilla?
Tell. Y no pequeña, por Dios,
si sabeis quien soy aquí.
Rey. Pues qué diferencia tiene
del Rey, quien en nombre viene
fuyo? *Tell.* Mucha contra mi:
y vos adonde traeis
la vara? *Rey.* En la vayna está,
de donde presto saldrá,
y lo que passa vereis.
Tell. Vara en la vayna? ò qué bien!
no debeis de conocerme:
si el Rey no viene à prenderme,
no ay en todo el mundo quien.
Rey. Pues yo soy el Rey, villano.
Pelay. Santo Domingo de Silos.
Tell. Pues señor, tales estilos
tiene el poder Castellano?

vos mismo? vos en persona?
que me perdoneis os ruego.
Rey. Quitarle las armas luego:
villano, por mi Corona,
que os he de hacer respetar
las cartas del Rey. *Felic.* Señor,
que cesse tanto rigor.
os ruego. *Rey.* No ay que rogar:
venga luego la muger
de este pobre Labrador.
Tell. No fue su muger, señor.
Rey. Basta que lo quiso ser,
y que está su padre aquí,
que ante mi se ha querellado:
Tell. Mi justa muerte ha llegado:
à Dios, y al Rey ofendí.
Sale Eln. Luego que tu nombre
oyeron mis queexas,
Castellano Alfonso,
que à España gobiernas,
fali de la carcel,
donde estaba presa,
à pedir justicia
à tu Real clemencia.
Hija soy de Nuño
de Alvar, cuyas prendas
son bien conocidas
por toda esta tierra.
Amor me tenia
Sancho de Roelas,
supolo mi padre,
cafarnos intenta.
Sancho, que servia
à Tello de Neyra,
para hacer la boda
le pidió licencia.
Vino con su hermana,
los padrinos eran:
viòme, y codiciòme,
la traycion concierta:
detiene la boda,
y vino à mi puerta
con hombres armados,
y mascarar negras.
Llevòme à su casa,
donde con violencia
derribò tyrano
mi casta firmeza.
Las defensas que hice

El mejor Alcalde el Rey.

contra sus ofensas,
mis ojos las digan,
que en lagrimas tiernas
viviré llorando,
pues no es bien que tenga
contento, ni gusto
quien sin honra queda.
Solo soy dichosa
en que pedir pueda
al mejor Alcalde,
que gobierna, y reyna,
justicia, y piedad
de maldad tan fiera.
Esta pido, Alfonso,
à tus pies, que besan
mis humildes labios,
ansi libres vean
descendientes tuyos
las partes sujetas
de los fieros Moros,
con felice guerra:
que si no te alaba
mi turbada lengua,
famas ay, y historias,
que la haràn eterna.

Rey. Pesame de llegar tarde;
llegar à tiempo quisiera,
que pudiera remediar
de Sancho, y Nuño las quejas;
pero puedo hacer justicia,
cortandole la cabeza
à Tello: venga el Verdugo.

Fel. Señor, tu Real clemencia
tenga piedad de mi hermano.

Rey. Quando esta causa no huviera,
el desprecio de mi carta,
mi firma, y mi propia letra,
no era bastante delito?
Oy verè yo tu sobervia,
Don Tello, puesta à mis pies.

Tell. Quando huviera mayor pena,
invictissimo señor,
que la muerte que me espera,
confieso que la merezco,
si puedo en presencia vuestra.

Cond. Señor, muevaos à piedad,
que os criè en aquesta tierra.

Felic. Señor, el Conde Don Pedro
de vos por merced merezca
la vida de Tello. *Rey.* El Conde
merece, que yo le tenga
por padre; pero tambien
es justo, que el Conde advierta,
que ha de estàr à mi justicia
obligado, de manera,
que no me ha de replicar.

Cond. Pues la piedad es baxeza?

Rey. Quando pierde de su punto
la justicia, no se acierta
en admitir la piedad:
divinas, y humanas letras
dàn exemplos: es traydor
todo hombre, que no respeta
à su Rey, y que habla mal
de su persona en ausencia.

Dà, Tello, à Elvira la mano;
para que pagues la ofensa
con ser tu esposo, y despues
que te corte la cabeza,
podrà casarse con Sancho,
con la mitad de tu hacienda
en dote; y vos, Feliciana,
fereis Dama de la Reyna,
en tanto que os doy marido
conforme à vuestra nobleza.

Nuñ. Temblando estoy!

Peñay. Bravo Rey!

Sancho. Y aqui acaba la Comedia
del mejor Alcalde el Rey:
perdonad las faltas nuestras.

F I N.

Hallaráse esta Comedia, y otras de diferentes Titulos en Madrid en la
Imprenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la calle de la
Paz. Año de 1741.

LOPE DE VEGA
EL PERRO DEL HORTELANO

Personas que hablan en ella:

DIANA, condesa de Belflor
TEODORO, su secretario
OTAVIO, su mayordomo
FABIO, su gentilhomme
TRISTÁN, lacayo
ANARDA, dama
MARCELA, dama
DOROTEA, dama
FEDERICO, conde
LUDOVICO, conde
RICARDO, marqués
LEONIDO, criado
ANTONELO, lacayo
FURIO
LIRANO
CELIO, criado
CAMILO
Un PAJE
El perro del hortelano

Acto primero

Salen TEODORO y TRISTÁN; vienen huyendo

TEODORO:

Huye, Tristán, por aquí.

TRISTÁN:

Notable desdicha ha sido.

TEODORO:

¿Si nos habrá conocido?

TRISTÁN:

No sé; presumo que sí.

Vanse. Sale DIANA

DIANA:

¡Ah gentilhombre!, esperad.

¡Teneos, oíd! ¿qué digo?

¿Esto se ha de usar conmigo?

Volved, mirad, escuchad.

¡Hola! ¿No hay aquí un criado?

¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?

Pues no es sombra lo que vi,

ni sueño que me ha burlado.

¡Hola! ¿Todos duermen ya?

Sale FABIO

FABIO:

¿Llama vuestra señoría?

El perro del hortelano

3

DIANA:

Para la cólera mía

gusto esa flema me da.

Corred, necio, enhoramala,

pues merecéis este nombre,

y mirad quién es un hombre

que salió de aquesta sala.

FABIO:

¿De esta sala?

DIANA:

Caminad,

y responded con los pies.

FABIO:

Voy tras él.

DIANA:

Sabed quién es.

FABIO:

¿Hay tal traición, tal maldad?

Vase. Sale OTAVIO

OTAVIO:

Aunque su voz escuchaba,
a tal hora no creía
que era vuestra señoría
quien tan aprisa llamaba.

DIANA:

¡Muy lindo Santelmo hacéis!
¡Bien temprano os acostáis!
¡Con la flema que llegáis!
¡Qué despacio que os movéis!

El perro del hortelano

4

Andan hombres en mi casa
a tal hora, y aún los siento
casi en mi propio aposento;
que no sé yo dónde pasa
tan grande insolencia, Otavio.

Y vos, muy a lo escudero,
cuando yo me desespero,
¿así remediáis mi agravio?

OTAVIO:

Aunque su voz escuchaba,
a tal hora no creía
que era vuestra señoría
quien tan aprisa llamaba.

DIANA:

Volveos; que no soy yo;
acostaos; que os hará mal.

OTAVIO:

Señora...

Sale FABIO

FABIO:

No he visto tal.

Como un gavilán partió.

DIANA:

¿Viste las señas?

FABIO:

¿Qué señas?

DIANA:

¿Una capa no llevaba
con oro?

El perro del hortelano

5

FABIO:

Cuando bajaba
la escalera...

DIANA:

¡Hermosas dueñas
sois los hombres de mi casa!

FABIO:

A la lámpara tiró
el sombrero y la mató.
Con esto los patios pasa,
y en lo oscuro del portal
saca la espada y camina.

DIANA:

Vos sois muy lindo gallina.

FABIO:

¿Qué querías?

DIANA:

¡Pesia tal!
Cerrar con él y matalle.

OTAVIO:

Si era hombre de valor,
¿fuera bien echar tu honor
desde el portal a la calle?

DIANA:

¡De valor aquí! ¿Por qué?

OTAVIO:

¿Nadie en Nápoles te quiere,
que mientras casarse espere,
por dónde puede te ve?
¿No hay mil señores que están,
El perro del hortelano

6

para casarse contigo,
ciegos de amor? Pues bien digo,
si tú le viste galán,
y Fabio tirar bajando
a la lámpara el sombrero.

DIANA:

Sin duda fue caballero
que, amando y solicitando,
vencerá con interés
mis criados; que criados
tengo, Otavio, tan honrados.
Pero yo sabré quién es.
Plumas llevaba el sombrero,
y en la escalera ha de estar.

A Fabio

Ve por él.

FABIO:

¿Si le he de hallar?

DIANA:

Pues claro está, majadero;
que no había de bajarse
por él cuando huyendo fue.

FABIO:

Luz, señora, llevaré.

Vase

DIANA:

Si ello viene a averiguarse,
no me ha de quedar culpado
en casa.

El perro del hortelano

7

OTAVIO:

Muy bien harás;
pues cuando segura estás,
te han puesto en este cuidado.
Pero aunque es bachillería,
y más estando enojada,
hablarte en lo que te enfada,
ésta tu injusta porfía
de no te querer casar
causa tantos desatinos,
solicitando caminos
que te obligasen a amar.

DIANA:

¿Sabéis vos alguna cosa?

OTAVIO:

Yo, señora, no sé más
de que en opinión estás
de incansable cuanto hermosa.
El condado de Belflor
pone a muchos en cuidado.

Sale FABIO

FABIO:

Con el sombrero he topado;
mas no puede ser peor.

DIANA:

Muestra. ¿Qué es esto?

FABIO:

No sé.

Éste aquel galán tiró.

El perro del hortelano

8

DIANA:

¿Éste?

OTAVIO:

No le he visto yo
más sucio.

FABIO:

Pues éste fue.

DIANA:

¿Éste hallaste?

FABIO:

Pues ¿yo había
de engañarte?

OTAVIO:

¡Buenas son
las plumas!

FABIO:

El es ladrón.

OTAVIO:

Sin duda a robar venía.

DIANA:

Haréisme perder el seso.

FABIO:

Este sombrero tiró.

DIANA:

Pues las plumas que vi yo,
y tantas, que aun era exceso,
¿en esto se resolvieron?

El perro del hortelano

9

FABIO:

Como en la lámpara dio,
sin duda se las quemó,
y como estopas ardieron.
Ícaro, ¿al sol no subía,
y abrasándose las plumas,
cayó en las blancas espumas
del mar? Pues esto sería.

El sol la lámpara fue,
Ícaro el sombrero; y luego
las plumas deshizo el fuego,
y en la escalera le hallé.

DIANA:

No estoy para burlas, Fabio.
Hay aquí mucho que hacer.

OTAVIO:

Tiempo habrá para saber
la verdad.

DIANA:

¿Qué tiempo, Otavio?

OTAVIO:

Duerme agora; que mañana
lo puedes averiguar.

DIANA:

No me tengo de acostar,
no, por vida de Dïana,
hasta saber lo que ha sido.
Llama esas mujeres todas.

Vase FABIO

OTAVIO:

Muy bien la noche acomodas.
El perro del hortelano
10

DIANA:

Del sueño, Otavio, me olvido
con el cuidado de ver
un hombre dentro en mi casa.

OTAVIO:

Saber después lo que pasa
fuera discreción, y hacer
secreta averiguación.

DIANA:

Sois, Otavio, muy discreto;
que dormir sobre un secreto
es notable discreción.

Salen FABIO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA

FABIO:

Las que importan he traído;
que las demás no sabrán
lo que deseas, y están
rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
estaban por acostar.

ANARDA:

(De noche se altera el mar, Aparte
y se enfurecen las olas.)

FABIO:

¿Quieres quedar sola?

DIANA:

Sí.

Salíos los dos allá.

El perro del hortelano

11

[FABIO habla] aparte a OTAVIO

FABIO:

(¡Bravo examen!

OTAVIO:

Loca está.

FABIO:

Y sospechosa de mí.)

Vanse OTAVIO y FABIO

DIANA:

Llégate aquí, Dorotea.

DOROTEA:

¿Qué manda vuseñoría?

DIANA:

Que me dijese querría

quién esta calle pasea.

DOROTEA:

Señora, el marqués Ricardo,

y algunas veces el conde

Paris.

DIANA:

La verdad responde

de lo que decirte aguardo,

si quieres tener remedio.

DOROTEA:

¿Qué te puedo yo negar?

El perro del hortelano

12

DIANA:

¿Con quién los has visto hablar?

DOROTEA:

Si me pusieses en medio

de mil llamas, no podré

decir que, fuera de ti,

hablar con nadie los vi

que en aquesta casa esté.

DIANA:

¿No te han dado algún papel?

¿Ningún paje ha entrado aquí?

DOROTEA:

Jamás.

DIANA:

Apártate allí.

[MARCELA habla] aparte a ANARDA

MARCELA:

(¡Brava inquisición!

ANARDA:

Crüel.)

DIANA:

Oye, Anarda.

ANARDA:

¿Qué me mandas?

DIANA:

¿Qué hombre es éste que salió?

El perro del hortelano

13

ANARDA:

¿Hombre?

DIANA:

Desta sala; y yo

sé los pasos en que andas.

¿Quién le trajo a que me viese?

¿Con quién habla de vosotras?

ANARDA:

No creas tú que en nosotras

tal atrevimiento hubiese.

¡Hombre, para verte a ti,

había de osar traer

criada tuya, ni hacer

esa traición contra ti!

No, señora, no lo entiendes.

DIANA:

Espera, apártate más;

porque a sospechar me das,

si engañarme no pretendes,

que por alguna criada

este hombre ha entrado aquí.

ANARDA:

El verte, señora, así,

y justamente enojada,

dejada toda cautela,

me obliga a decir verdad,

aunque contra la amistad

que profeso con Marcela.

Ella tiene a un hombre amor,

y él se le tiene también;

mas nunca he sabido quién.

DIANA:

Negarlo, Anarda, es error.

Ya que confiesas lo más,

El perro del hortelano

14

¿para qué niegas lo menos?

ANARDA:

Para secretos ajenos

mucho tormento me das,

sabiendo que soy mujer;

mas basta que hayas sabido

que por Marcela ha venido.

Bien te puedes recoger;

que es sólo conversación,
y ha poco que se comienza.

DIANA:

¡Hay tan crüel desvergüenza!
¡Buena andará la opinión
de una mujer por casar!
¡Por el siglo, infame gente,
del conde mi señor!

ANARDA:

Tente,
y déjame disculpar;
que no es de fuera de casa
el hombre que habla con ella,
ni para venir a vella
por esos peligros pasa.

DIANA:

En efeto, ¿es mi criado?

ANARDA:

Sí, señora.

DIANA:

¿Quién?

ANARDA:

Teodoro.

El perro del hortelano

15

DIANA:

¿El secretario?

ANARDA:

Yo ignoro

lo demás; sé que han hablado.

DIANA:

Retírate, Anarda, allí.

ANARDA:

Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA:

(Con más templanza me siento, Aparte
sabiendo que no es por mí.)

Marcela...

MARCELA:

Señora...

DIANA:

Escucha.

MARCELA:

¿Qué mandas? (Temblando llevo.) Aparte

DIANA:

¿Eres tú de quien fiaba
mi honor y mis pensamientos?

MARCELA:

Pues ¿qué te han dicho de mí,
sabiendo tú que profeso
la lealtad que tú mereces?

DIANA:

¿Tú, lealtad?
El perro del hortelano
16

MARCELA:

¿En qué te ofendo?

DIANA:

¿No es ofensa que en mi casa,
y dentro de mi aposento,
entre un hombre a hablar contigo ?

MARCELA:

Está Teodoro tan necio
que donde quiera me dice
dos docenas de requiebros.

DIANA:

¿Dos docenas? ¡Bueno a fe!
Bendiga el buen año el cielo,
pues se venden por docenas.

MARCELA:

Quiero decir que, en saliendo
o entrando, luego a la boca
traslada sus pensamientos.

DIANA:

¿Traslada? Término extraño.
¿Y qué te dice?

MARCELA:

No creo
que se me acuerde.

DIANA:

Sí hará.

MARCELA:

Una vez dice, “Yo pierdo
el alma por esos ojos.”

Otra, “Yo vivo por ellos;
esta noche no he dormido,
El perro del hortelano

17

desvelando mis deseos
en tu hermosura.” Otra vez
me pide sólo un cabello
para atarlos, porque estén
en su pensamiento quedos.
Mas ¿para qué me preguntas

niñerías?

DIANA:

Tú a lo menos
bien te huelgas.

MARCELA:

No me pesa;
porque de Teodoro entiendo
que estos amores dirige
a fin tan justo y honesto,
como el casarse conmigo.

DIANA:

Es el fin del casamiento
honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate desto?

MARCELA:

¡Qué mayor bien para mi!
Pues ya, señora, que veo
tanta blandura en tu enojo
y tal nobleza en tu pecho,
te aseguro que le adoro,
porque es el mozo más cuerdo,
más prudente y entendido,
más amoroso y discreto,
que tiene aquesta ciudad.

DIANA:

Ya sé yo su entendimiento
del oficio en que me sirve.
El perro del hortelano

18

MARCELA:

Es diferente el sujeto
de una carta, en que les pruebas
a dos títulos tu deudo,
de verle hablar más de cerca,
en estilo dulce y tierno,
razones enamoradas.

DIANA:

Marcela, aunque me resuelvo
a que os caséis, cuando sea
para ejecutarlo tiempo,
no puedo dejar de ser
quien soy, como ves que debo
a mi generoso nombre;
porque no fuera bien hecho
daros lugar en mi casa.
(Sustentar mi enojo quiero.) Aparte
Pues ya que todos lo saben,

tú podrás con más secreto
proseguir ese tu amor;
que en la ocasión yo me ofrezco
a ayudaros a los dos;
que Teodoro es hombre cuerdo,
y se ha criado en mi casa;
y a ti, Marcela, te tengo
la obligación que tú sabes,
y no poco parentesco.

MARCELA:

A tus pies tienes tu hechura.

DIANA:

Vete.

MARCELA:

Mil veces los beso.

El perro del hortelano

19

DIANA:

Dejadme sola.

[ANARDA habla] aparte a MARCELA

ANARDA:

(¿Qué ha sido?)

MARCELA:

Enojos en mi provecho.

DOROTEA:

¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA:

Sí sabe, y que son honestos.)

MARCELA, DOROTEA y ANARDA hacen tres reverencias a la condesa,

y se van

DIANA:

Mil veces he advertido en la belleza,

gracia y entendimiento de Teodoro,

que a no ser desigual a mi decoro,

estimara su ingenio y gentileza.

Es el amor común naturaleza;

mas yo tengo mi honor por más tesoro,

que los respetos de quien soy adoro,

y aun el pensarlo tengo por bajeza.

La envidia bien sé yo que ha de quedarme;

que si la suelen dar bienes ajenos,

bien tengo de que pueda lamentarme,

porque quisiera yo que, por lo menos,

Teodoro fuera más, para igualarme,

o yo, para igualarle, fuera menos.

El perro del hortelano

20

Vase DIANA. Salen TEODORO Y TRISTÁN

TEODORO:

No he podido sosegar.

TRISTÁN:

Y aun es con mucha razón;

que ha de ser tu perdición

si lo llega a averiguar.

Dijete que la dejaras

acostar, y no quisiste.

TEODORO:

Nunca el amor se resiste.

TRISTÁN:

Tiras, pero no reparas.

TEODORO:

Los diestros lo hacen así.

TRISTÁN:

Bien sé yo que si lo fueras,

el peligro conocieras.

TEODORO:

¿Si me conoció?

TRISTÁN:

No y sí;

que no conoció quién eras,

y sospecha le quedó.

TEODORO:

Cuando Fabio me siguió

bajando las escaleras,

El perro del hortelano

21

fue milagro no matalle.

TRISTÁN:

¡Qué lindamente tiré

mi sombrero a la luz!

TEODORO:

Fue

detenelle y deslumbrale,

porque si adelante pasa,

no le dejara pasar.

TRISTÁN:

Dije a la luz al bajar,

“Di que no somos de casa”;

y respondiome: “Mentís.”

Alcé y tiréle el sombrero;

¿quedé agraviado?

TEODORO:

Hoy espero

mi muerte.

TRISTÁN:

Siempre decís
esas cosas los amantes
cuando menos pena os dan.

TEODORO:

Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,
en peligros semejantes?

TRISTÁN:

Dejar de amar a Marcela,
pues la condesa es mujer
que si lo llega a saber,
no te ha de valer cautela
para no perder su casa.

El perro del hortelano

22

TEODORO:

Y ¿no hay más sino olvidar?

TRISTÁN:

Liciones te quiero dar
de cómo el amor se pasa.

TEODORO:

¿Ya comienzas desatinos?

TRISTÁN:

Con arte se vence todo:
oye, por tu vida, el modo
por tan fáciles caminos.
Primeramente has de hacer
resolución de olvidar,
sin pensar que has de tornar
eternamente a querer;
que si te queda esperanza
de volver, no habrá remedio
de olvidar; que si está en medio
la esperanza, no hay mudanza.

¿Por qué piensas que no olvida
luego un hombre a una mujer?

Porque, pensando volver,
va entreteniéndola vida.

Ha de haber resolución
dentro del entendimiento,
con que cesa el movimiento
de aquella imaginación.

¿No has visto faltar la cuerda
de un reloj, y estarse quedas
sin movimiento las ruedas?

Pues desafortunada se acuerda
el que tienen las potencias,

cuando la esperanza falta.

TEODORO:

Y la memoria, ¿no salta

El perro del hortelano

23

luego a hacer mil diligencias,

despertando el sentimiento

a que del bien no se prive?

TRISTÁN:

Es enemigo que vive

asido al entendimiento,

como dijo la canción

de aquel español poeta;

mas por eso es linda treta

vencer la imaginación.

TEODORO:

¿Cómo?

TRISTÁN:

Pensando defetos,

y no gracias; que olvidando,

defetos están pensando,

que no gracias, los discretos.

No la imagines vestida

con tan linda proporción

de cintura, en el balcón

de unos chapines subida.

Toda es vana arquitectura;

porque dijo un sabio un día

que a los sastres se debía

la mitad de la hermosura.

Como se ha de imaginar

una mujer semejante,

es como un disciplinante

que le llevan a curar.

Esto sí; que no adornada

del costoso faldellín.

Pensar defetos, en fin,

es medicina aprobada.

Si de acordarte que veías

alguna vez una cosa

que te pareció asquerosa,

El perro del hortelano

24

no comes en treinta días;

acordándote, señor,

de los defetos que tiene,

si a la memoria te viene,

se te quitará el amor.

TEODORO:

¡Qué grosero cirujano!

¡Qué rústica curación!

Los remedios al fin son
como de tu tosca mano.

Médico empírico eres;
no has estudiado, Tristán.

Yo no imagino que están
desa suerte las mujeres,
sino todas cristalinas,
como un vidrio transparentes.

TRISTÁN:

¡Vidrio! Sí, muy bien lo sientes,
si a verlas quebrar caminas;
mas si no piensas pensar
defetos, pensarte puedo,
porque ya he perdido el miedo
de que podrás olvidar.

Pardiez, yo quise una vez,
con esta cara que miras,
a una alforja de mentiras,
años cinco veces diez;
y entre otros dos mil defetos,
cierta barriga tenía,
que encerrar dentro podía,
sin otros mil parapetos,
cuantos legajos de pliegos
algún escritorio apoya,
pues como el caballo en Troya
pudiera meter cien griegos.

¿No has oído que tenía
cierto lugar un nogal,

El perro del hortelano
25

que en el tronco un oficial
con mujer y hijos cabía,
y aun no era la casa escasa?

Pues de esa misma manera,
en esta panza cupiera
un tejedor y su casa.

Y queriéndola olvidar
—que debió de convenirme—,
dio la memoria en decirme
que pensase en blanco azar,
en azucena y jazmín,
en marfil, en plata, en nieve,

y en la cortina, que debe
de llamarse el faldellín,
con que yo me deshacía.
Mas tomé más cuerdo acuerdo,
y di en pensar, como cuerdo,
lo que más le parecía;
cestos de calabazones,
baúles viejos, maletas
de cartas para estafetas,
almofrejes y jergones;
con que se trocó en desdén
el amor y la esperanza,
y olvidé la dicha panza
por siempre jamás amén;
que era tal, que en los dobleces,
y no es mucho encarecer,
se pudieran esconder
cuatro manos de almireces.

TEODORO:

En las gracias de Marcela
no hay defetos que pensar.
Yo no la pienso olvidar.

TRISTÁN:

Pues a tu desgracia apela,
y sigue tan loca empresa.
El perro del hortelano
26

TEODORO:

Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRISTÁN:

Pensarlas hasta perder
la gracia de la condesa.

Sale DIANA

DIANA:

Teodoro

TEODORO:

(La misma es.) Aparte

DIANA:

Escucha.

TEODORO:

A tu hechura manda.

TRISTÁN:

(Si en averiguarlo anda, Aparte
de casa volamos tres.)

DIANA:

Hame dicho cierta amiga
que desconfía de sí

que el papel que traigo aquí
le escriba. A hacerlo me obliga
la amistad, aunque yo ignoro,
Teodoro, cosas de amor;
y que le escribas mejor
vengo a decirte, Teodoro.
Toma y léele.

El perro del hortelano

27

TEODORO:

Si aquí,
señora, has puesto la mano,
igualarle fuera en vano,
y fuera soberbia en mí.
Sin verle, pedirte quiero
que a esa señora le envíes.

DIANA:

Léele.

TEODORO:

Que desconfíes
me espanto: aprender espero
estilo que yo no sé;
que jamás traté de amor.

DIANA:

¿Jamás, jamás?

TEODORO:

Con temor
de mis defetos, no amé;
que soy muy desconfiado.

DIANA:

Y se puede conocer
de que no te dejas ver,
pues que te vas rebozado.

TEODORO:

¡Yo, señora! ¿Cuándo o cómo?

DIANA:

Dijéronme que salió
anoche acaso, y te vio
rebozado el mayordomo.

El perro del hortelano

28

TEODORO:

Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solemos,
que mil burlas nos hacemos.

DIANA:

Lee, lee.

TEODORO:

Estoy pensando
que tengo algún envidioso.

DIANA:

Celoso podría ser.

Lee, lee.

TEODORO:

Quiero ver
ese ingenio milagroso.

Lee

“Amar por ver amar, envidia ha sido;
y primero que amar estar celosa
es invención de amor maravillosa,
y que por imposible se ha tenido.
De los celos mi amor ha procedido
por pesarme que, siendo más hermosa,
no fuese en ser amada tan dichosa,
que hubiese lo que envidio merecido.
Estoy sin ocasión desconfiada,
celosa sin amor, aunque sintiendo:
debo de amar, pues quiero ser amada.
Ni me dejo forzar ni me defiendo;
darme quiero a entender sin decir nada:
entiéndame quien puede; yo me entiendo.”

DIANA:

¿Qué dices?

El perro del hortelano

29

TEODORO:

Que si esto es
a propósito del dueño,
no he visto cosa mejor;
mas confieso que no entiendo
cómo puede ser que amor
venga a nacer de los celos,
pues que siempre fue su padre.

DIANA:

Porque esta dama, sospecho
que se agradaba de ver
este galán, sin deseo;
y viéndole ya empleado
en otro amor, con los celos
vino a amar y a desear.

¿Puede ser?

TEODORO:

Yo lo concedo;
mas ya esos celos, señora,

de algún principio nacieron,
y ése fue amor; que la causa
no nace de los efetos,
sino los efetos de ella.

DIANA:

No sé, Teodoro: esto siento
de esta dama, pues me dijo
que nunca al tal caballero
tuvo más que inclinación,
y en viéndole amar, salieron
al camino de su honor
mil salteadores deseos,
que le han desnudado el alma
del honesto pensamiento
con que pensaba vivir.

El perro del hortelano

30

TEODORO:

Muy lindo papel has hecho:
yo no me atrevo a igualarle.

DIANA:

Entra y prueba.

TEODORO:

No me atrevo.

DIANA:

Haz esto, por vida mía.

TEODORO:

Vuseñoría con esto
quiere probar mi ignorancia.

DIANA:

Aquí aguardo: vuelve luego.

TEODORO:

Yo voy.

Vase [TEODORO]

DIANA:

Escucha, Tristán.

TRISTÁN:

A ver lo que mandas vuelvo,
con vergüenza destas calzas;
que el secretario, mi dueño,
anda salido estos días;
y hace mal un caballero,
sabiendo que su lacayo
le va sirviendo de espejo,
de lucero y de cortina,
en no traerle bien puesto.

Escalera del señor,

El perro del hortelano

31

si va a caballo, un discreto,
nos llamó, pues a su cara
se sube por nuestros cuerpos.
No debe de poder más.

DIANA:

¿Juega?

TRISTÁN:

¡Pluguiera a los cielos!
Que a quien juega, nunca faltan,
de esto o de aquello, dineros.
Antiguamente los reyes
algún oficio aprendieron,
por, si en la guerra o la mar
perdían su patria y reino,
saber con qué sustentarse:
¡dichosos los que pequeños
aprendieron a jugar!
Pues en faltando, es el juego
un arte noble que gana
con poca pena el sustento.
Verás un grande pintor,
acrisolando el ingenio,
hacer una imagen viva,
y decir el otro necio
que no vale diez escudos;
y que el que juega, en diciendo
“paro,” con salir la suerte,
le sale a ciento por ciento.

DIANA:

En fin, ¿no juega?

TRISTÁN:

Es cuitado.

DIANA:

A la cuenta será cierto
El perro del hortelano

32

tener amores.

TRISTÁN:

¡Amores!

¡Oh qué donaire! Es un hielo.

DIANA:

Pues un hombre de su talle,
galán, discreto y mancebo,
¿no tiene algunos amores
de honesto entretenimiento?

TRISTÁN:

Yo trato en paja y cebada,
no en papeles y requiebros.
De día te sirve aquí;
que está ocupado sospecho.

DIANA:

Pues ¿nunca sale de noche?

TRISTÁN:

No le acompaño; que tengo
una cadera quebrada.

DIANA:

¿De qué, Tristán?

TRISTÁN:

Bien te puedo
responder lo que responden
las malcasadas, en viendo
cardenales en su cara
del mojicón de los celos:
“Rodé por las escaleras.”

DIANA:

¿Rodaste?

El perro del hortelano

33

TRISTÁN:

Por largo trecho.
Con las costillas conté
los pasos.

DIANA:

Forzoso es eso,
si a la lámpara, Tristán,
le tirabas el sombrero.

TRISTÁN:

(¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,
Aparte
que se sabe todo el cuento!)

DIANA:

¿No respondes?

TRISTÁN:

Por pensar
cuándo..., pero ya me acuerdo:
Anoche andaban en casa
unos murciélagos negros;
el sombrero les tiraba,
fuese a la luz uno de ellos,
y acerté, por dar en el,
en la lámpara, y tan presto
por la escalera rodé,

que los dos pies se me fueron.

DIANA:

Todo está muy bien pensado;
pero un libro de secretos
dice que es buena la sangre
para quitar el cabello,
de esos murciélagos digo;
y haré yo sacarla luego,
si es cabello la ocasión,
para quitarla con ellos.

El perro del hortelano

34

TRISTÁN:

(¡Vive Dios, que hay chamusquina, Aparte
y que por murciegalero
me pone en una galera!)

DIANA:

(¡Qué traigo de pensamientos!)

Sale FABIO

FABIO:

Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA:

Poned esas sillas luego.

Salen RICARDO y CELIO, y vanse FABIO y TRISTÁN

RICARDO:

Con el cuidado que el amor, Diana,
pone en un pecho que aquel fin desea
que la mayor dificultad allana,
el mismo quiere que te adore y vea:
solicito mi causa, aunque por vana
esta ambición algún contrario crea,
que dando más lugar a su esperanza,
tendrá menos amor que confianza.

Está vuseñoría tan hermosa,
que estar buena el mirarla me asegura;
que en la mujer—y es bien pensada cosa—
la más cierta salud es la hermosura;
que en estando gallarda, alegre, airosa,
es necedad, es ignorancia pura,
llegar a preguntarle si está buena,

El perro del hortelano

35

que todo entendimiento la condena.

Sabiendo que lo estáis, como lo dice
la hermosura, Diana, y la alegría,
de mí, si a la razón no contradice,
saber, señora, cómo estoy querría.

DIANA:

Que vuestra señoría solemnice
lo que en Italia llaman gallardía
por hermosura, es digno pensamiento
de su buen gusto y claro entendimiento.
Que me pregunte cómo está, no creo
que soy tan dueño suyo que lo diga.

RICARDO:

Quien sabe de mi amor y mi deseo
el fin honesto a este favor se obliga.
A vuestros deudos inclinados veo
para que en lo tratado se prosiga;
sólo falta, señora, vuestro acuerdo,
porque sin él las esperanzas pierdo.
Si, como soy señor de aquel estado
que con igual nobleza heredé agora,
lo fuera desde el sur más abrasado
a los primeros paños del aurora;
si el oro, de los hombres adorado,
las congeladas lágrimas que llora
el cielo, o los diamantes orientales
que abrieron por el mar caminos tales
tuviera yo, lo mismo os ofreciera;
y no dudéis, señora, que pasara
adonde el sol apenas luz me diera,
como a sólo serviros importara:
en campañas de sal pies de madera
por las remotas aguas estampara,
hasta llegar a las australes playas,
del humano poder últimas rayas.

El perro del hortelano

36

DIANA:

Creo, señor marqués, el amor vuestro;
y satisfecha de nobleza tanta,
haré tratar el pensamiento nuestro,
si al conde Federico no le espanta.

RICARDO:

Bien sé que en trazas es el conde diestro,
porque en ninguna cosa me adelanta;
mas yo fío de vos que mi justicia
los ojos cegará de su malicia.

Sale TEODORO

TEODORO:

Ya lo que mandas hice.

RICARDO:

Si ocupada

vuseñoría está, no será justo
hurtarle el tiempo.

DIANA:

No importara nada,
puesto que a Roma escribo.

RICARDO:

No hay disgusto
como en día de cartas dilatada
visita.

DIANA:

Sois discreto.

RICARDO:

En daros gusto.

El perro del hortelano

37

[RICARDO habla] aparte [a CELIO]

(Celio, ¿qué te parece?)

CELIO:

Que quisiera
que ya tu justo amor premio tuviera.)

Vanse RICARDO y CELIO

DIANA:

¿Escribiste?

TEODORO:

Ya escribí,
aunque bien desconfiado;
mas soy mandado y forzado.

DIANA:

Muestra.

TEODORO:

Lee.

DIANA:

Dice así:

Lee

“Querer por ver querer envidia fuera,
si quien lo vio sin ver amar no amara,
porque si antes de ver, no amar pensara,
después no amara, puesto que amar viera.

Amor, que lo que agrada considera
en ajeno poder, su amor declara;
que como la color sale a la cara,
sale a la lengua lo que al alma altera.

El perro del hortelano

38

No digo más, porque lo mis ofendo
desde lo menos, si es que desmerezco
porque del ser dichoso me defiendo.

Esto que entiendo solamente ofrezco;
que lo que no merezco no lo entiendo,
por no dar a entender que lo merezco.”

DIANA:

Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO:

¿Búrlaste?

DIANA:

¡Pluguiera a Dios!

TEODORO:

¿Qué dices?

DIANA:

Que de los dos,
el tuyo vence, Teodoro.

TEODORO:

Pésame, pues no es pequeño
principio de aborrecer
un criado, el entender
que sabe más que su dueño.
De cierto rey se contó
que le dijo a un gran privado:
“Un papel me da cuidado,
y si bien le he escrito yo,
quiero ver otro de vos,
y el mejor escoger quiero.”
Escribióle el caballero,
y fue el mejor de los dos.
Como vio que el rey decía
que era su papel mejor,
y díjole al mayor
El perro del hortelano
39

hijo, de tres que tenía:

“Vámonos del reino luego;
que en gran peligro estoy yo.”

El mozo le preguntó
la causa, turbado y ciego;
y respondióle: “Ha sabido
el rey que yo sé más que él;
—que es lo que en este papel
me puede haber sucedido.

DIANA:

No, Teodoro; que aunque digo
que es el tuyo más discreto,
es porque sigue el conceto
de la materia que sigo;
y no para que presuma

tu pluma que, si me agrada,
pierdo el estar confiada
de los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy mujer
a cualquier error sujeta,
y no sé si muy discreta,
como se me echa de ver.
Desde lo menos, aquí
dices que ofendes lo más;
y amando, engañado estás,
porque en amor no es así;
que no ofende un desigual
amando, pues sólo entiendo
que se ofende aborreciendo.

TEODORO:

Ésa es razón natural;
mas pintaron a Faetonte
y a Ícaro despeñados,
uno en caballos dorados,
precipitado en un monte;
y otro, con alas de cera,
derretido en el crisol

El perro del hortelano

40

del sol.

DIANA:

No lo hiciera el sol
si, como es sol, mujer fuera.
Si alguna dama quisieres
alta, sírvela y confía;
que amor no es más que porfía:
no son piedras las mujeres.
Yo me llevo este papel;
que despacio me conviene
verle.

TEODORO:

Mil errores tiene.

DIANA:

No hay error ninguno en él.

TEODORO:

Honras mi deseo; aquí
traigo el tuyo.

DIANA:

Pues allá
le guarda..., aunque bien será
rasgarle.

TEODORO:

¿Rasgarle?

DIANA:

Sí;

que no importa. ¿Que se pierda,
si se puede perder más?

Vase [DIANA]

El perro del hortelano

41

TEODORO:

Fuése. ¿Quién pensó jamás
de mujer tan noble y cuerda
este arrojarse tan presto
a dar su amor a entender?

Pero también puede ser
que yo me engañase en esto.

Mas, ¿no me ha dicho jamás,
ni a lo menos se me acuerda?

“Pues ¿qué importa que se pierda,
si se puede perder más?”

“Perder más”, bien puede ser
por la mujer que decía...

—Mas todo es bachillería,
y ella es la misma mujer.

Aunque no; que la condesa
es tan discreta y tan varia,
que es la cosa más contraria
de la ambición que profesa.

Sírvenla príncipes hoy
en Nápoles, que no puedo
ser su esclavo. Tengo miedo,
que en grande peligro estoy.

Ella sabe que a Marcela
sirvo, pues aquí ha fundado
el engaño y me ha burlado...

Pero en vano se recela
mi temor, porque jamás
burlando salen colores.

¿Y el decir con mil temores
que se puede perder más?

¿Qué rosa, al llorar la aurora,
hizo de las hojas ojos,
abriendo los labios rojos
con risa a ver cómo llora,
como ella los puso en mí,
bañada en púrpura y grana;
o qué pálida manzana
se esmaltó de carmesí?

El perro del hortelano

42

Lo que veo y lo que escucho,
yo lo juzgo (o estoy loco)
para ser de veras poco,
y para de burlas mucho.
Mas teneos, pensamiento,
que os vais ya tras la grandeza,
aunque si digo belleza,
bien sabéis vos que no miento;
que es bellissima Dïana,
y en discreci3n sin igual.

Sale MARCELA

MARCELA:

¿Puedo hablarte?

TEODORO:

Ocasión tal
mil imposibles allana;
que por ti, Marcela mía,
la muerte me es agradable.

MARCELA:

Como yo te vea y hable
dos mil vidas perdería.
Estuve esperando el día.
como el pajarillo solo;
y cuando vi que en el polo
que Apolo más presto dora,
le despertaba la aurora,
dije: “Yo veré mi Apolo.”
Grandes cosas han pasado;
que no se quiso acostar
la condesa hasta dejar
satisfecho su cuidado.
Amigas que han envidiado
mi dicha con deslealtad,
El perro del hortelano

43

le han contado la verdad;
que entre quien sirve, aunque veas
que hay amistad, no lo creas,
porque es fingida amistad.
Todo lo sabe en efeto;
que si es Dïana la luna,
siempre a quien ama importuna,
salió y vio nuestro secreto.
Pero será, te prometo,
para mayor bien, Teodoro;

que del honesto decoro
con que tratas de casarte
le di parte, y dije aparte
cuán tiernamente te adoro.
Tus prendas le encarecí
tu estilo, tu gentileza;
y ella entonces su grandeza
mostró tan piadosa en mí,
que se alegró de que en ti
hubiese los ojos puesto,
y de casarnos muy presto
palabra también me dio,
luego que de mi entendió
que era tu amor tan honesto.
Yo pensé que se enojara
y la casa revolviere,
que a los dos nos despidiera
y a los demás castigara;
mas su sangre ilustre y clara,
y aquel ingenio en efeto
tan prudente y tan perfeto,
conoció lo que mereces.
¡Oh, bien haya amén mil veces
quien sirve a señor discreto!

TEODORO:

¿Que casarme prometió
contigo?

El perro del hortelano
44

MARCELA:

Pues ¿pones duda
que a su ilustre sangre acuda?

TEODORO:

(Mi ignorancia me engañó. Aparte
¡Qué necio pensaba yo
que hablaba en mí la condesa!
De haber pensado me pesa
que pudo tenerme amor;
que nunca tan alto azor
se humilla a tan baja presa.)

MARCELA:

¿Qué murmuras entre ti?

TEODORO:

Marcela, conmigo habló;
pero no se declaró
en darme a entender que fui
el que embozado salí

anoche de su aposento.

MARCELA:

Fue discreto pensamiento,
por no obligarse al castigo
de saber que hablé contigo,
si no lo es el casamiento;
que el castigo más piadoso
de dos que se quieren bien
es casarlos.

TEODORO:

Dices bien,
y el remedio más honroso.

MARCELA:

¿Querrás tú?

El perro del hortelano

45

TEODORO:

Seré dichoso.

MARCELA:

Confírmalo.

TEODORO:

Con los brazos,
que son los rasgos y lazos,
de la pluma del amor,
pues no hay rúbrica mejor
que la que firman los brazos.

Sale DIANA

DIANA:

Esto se ha enmendado bien.
Agora estoy muy contenta;
que siempre a quien reprehende
da gran gusto ver la enmienda.
No os turbéis ni os alteréis.

TEODORO:

Dije, señora, a Marcela
que anoche salí de aquí
con tanto disgusto y pena
de que vuestra señoría
imaginase en su ofensa
este pensamiento honesto
para casarme con ella
que me he pensado morir;
y dándome por respuesta
que mostrabas en casarnos
tu piedad y tu grandeza,
dile mis brazos; y advierte
que si mentirte quisiera,

no me faltara un engaño;
El perro del hortelano
46

pero no hay cosa que venza,
como decir la verdad,
a una persona discreta.

DIANA:

Teodoro, justo castigo
la deslealtad mereciera
de haber perdido el respeto
a mi casa; y la nobleza
que usé anoche con los dos
no es justo que parte sea
a que os atreváis así;
que en llegando a desvergüenza
el amor, no hay privilegio
que al castigo le defienda.

Mientras no os casáis los dos,
mejor estará Marcela
cerrada en un aposento;
que no quiero yo que os vean
juntos las demás criadas,
y que por ejemplo os tengan
para casárseme todas.

¡Dorotea! ¡Ah Dorotea!

Sale DOROTEA

DOROTEA:

Señora...

DIANA:

Toma esta llave,
y en mi propia cuadra encierra
a Marcela; que estos días
podrá hacer labor en ella.

No diréis que esto es enojo.

[DOROTEA habla] aparte a [MARCELA]

El perro del hortelano

47

DOROTEA:

(¿Qué es esto, Marcela?)

MARCELA:

Fuerza

de un poderoso tirano
y una rigurosa estrella.

Enciérrame por Teodoro.

DOROTEA:

Cárcel aquí no la temas,
y para puertas de celos

tiene amor llave maestra.)

Vanse MARCELA y DOROTEA

DIANA:

En fin, Teodoro, ¿tú quieres casarte?

TEODORO:

Yo no quisiera
hacer cosa sin tu gusto;
y créeme, que mi ofensa
no es tanta como te han dicho;
que bien sabes que con lengua
de escorpión pintan la envidia;
y que si Ovidio supiera
qué era servir no en los campos,
no en las montañas desiertas
pintara su oscura casa;
que aquí habita y aquí reina.

DIANA:

Luego ¿no es verdad que quieres a Marcela?

El perro del hortelano

48

TEODORO:

Bien pudiera
vivir sin Marcela yo.

DIANA:

Pues dime que por ella
pierdes el seso.

TEODORO:

Es tan poco,
que no es mucho que le pierda;
mas crea vuseñoría
que, aunque Marcela merezca
esas finezas en mí,
no ha habido tantas finezas.

DIANA:

Pues ¿no le has dicho requiebros
tales que engañar pudieran
a mujer de más valor?

TEODORO:

Las palabras poco cuestan.

DIANA:

¿Qué le has dicho, por mi vida?
¿Cómo, Teodoro, requiebran
los hombres a las mujeres?

TEODORO:

Como quien ama y quien ruega,

vistiendo de mil mentiras
una verdad, y ésa apenas.

DIANA:

Sí; pero ¿con qué palabras?

TEODORO:

Extrañamente me aprieta
El perro del hortelano
49

vuseñoría. “Esos ojos,
le dije, esas niñas bellas,
son luz con que ven los míos;
y los corales y perlas
de esa boca celestial...”

DIANA:

¿Celestial?

TEODORO:

Cosas como éstas
son la cartilla, señora,
de quien ama y quien desea.

DIANA:

Mal gusto tienes, Teodoro.
No te espantes de que pierdas
hoy el crédito conmigo,
porque sé yo que en Marcela
hay mis defetos que gracias,
como la miro más cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
no tengo pocas pependencias
con ella... Pero no quiero
desenamorate de ella;
que bien pudiera decirte
cosas... Pero aquí se quedan
sus gracias o sus desgracias;
que yo quiero que la quieras,
y que os caséis en buen hora.
Mas pues de amador te precias,
dame consejo, Teodoro,
ansí a Marcela poseas,
para aquella amiga mía,
que ha días que no sosiega
de amores de un hombre humilde.
Porque si en quererle piensa,
ofende su autoridad;
y si de quererle deja,
El perro del hortelano
50
pierde el jüicio de celos;

que el hombre, que no sospecha
tanto amor, anda cobarde,
aunque es discreto, con ella.

TEODORO:

Yo, señora, ¿sé de amor?
No sé, por Dios, cómo pueda
aconsejarte.

DIANA:

¿No quieres,
como dices, a Marcela?
¿No le has dicho esos requiebros?
Tuvieran lenguas las puertas,
que ellas dijieran...

TEODORO:

No hay cosa
que decir las puertas puedan.

DIANA:

Ea, que ya te sonrojas,
y lo que niega la lengua,
confiesas con las colores.

TEODORO:

Si ella te lo ha dicho, es necia.
Una mano le tomé,
y no me quedé con ella,
que luego se la volví;
no sé yo de qué se queja.

DIANA:

Sí, pero hay manos que son
como la paz de la Iglesia,
que siempre vuelven besadas.
El perro del hortelano

51

TEODORO:

Es necísima Marcela.
Es verdad que me atreví
pero con mucha vergüenza,
a que templase la boca
con nieve y con azucenas.

DIANA:

¿Con azucenas y nieve?
Huelgo de saber que templa
ese emplasto el corazón.
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEODORO:

Que si esa dama que dices
hombre tan bajo desea,
y de quererle resulta

a su honor tanta bajeza,
haga que con un engaño,
sin que la conozca, pueda
gozarle.

DIANA:

Queda el peligro
de presumir que lo entienda.

¿No será mejor matarle?

TEODORO:

De Marco Aurelio se cuenta
que dio a su mujer Faustina,
para quitarle la pena,
sangre de un esgrimidor;
pero estas romanas pruebas
son buenas entre gentiles.

DIANA:

Bien dices; que no hay Lucrecias;
ni Torcatos ni Virginios
en esta edad; y en aquélla
El perro del hortelano
52

hubo Faustinas, Teodoro,
Mesalinas y Popeas.

Escribeme algún papel
que a este propósito sea,
y queda con Dios.

[Se] cae [DIANA]

¡Ay Dios!

Caí. ¿Qué me miras? Llega,
dame la mano.

TEODORO:

El respeto
me detuvo de ofrecella.

DIANA:

¡Qué graciosa grosería!
¡Que con la capa la ofrezcas!

TEODORO:

Así cuando vas a misa
te la da Otavio.

DIANA:

Es aquella
mano que yo no le pido,
y debe de haber setenta
años que fue mano, y viene
amortajada por muerta.
Aguardar quien ha caído
a que se vista de seda,

es como ponerse un jaco
quien ve al amigo en pendencia;
que mientras baja, le han muerto.
Demás que no es bien que tenga
nadie por más cortesía,
aunque melindres lo aprueban,
que una mano, si es honrada,
El perro del hortelano
53

traiga la cara cubierta.

TEODORO:

Quiero estimar la merced
que me has hecho.

DIANA:

Cuando seas
escudero, la darás
en el ferreruelo envuelta;
que agora eres secretario:
con que te he dicho que tengas
secreta aquesta caída,
si levantarte deseas.

Vase

TEODORO:

¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,
si miro que es mujer Diana hermosa.
Pidió mi mano, y la color de rosa,
al dársela, robó del rostro el miedo.
Tembló, yo lo sentí: dudoso quedo.
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;
si bien, por ser la empresa tan dudosa,
niego al temor lo que al valor concedo.
Mas dejar a Marcela es caso injusto;
que las mujeres no es razón que esperen
de nuestra obligación tanto disgusto.
Pero si ellas nos dejan cuando quieren
por cualquiera interés o nuevo gusto,
mueran también como los hombres mueren.
El perro del hortelano

54

Acto segundo

Salen El Conde FEDERICO y LEONIDO

FEDERICO:

¿Aquí la viste?

LEONIDO:

Aquí entró,
como el alba por un prado,
que a su tapete bordado

la primera luz le dio;
y según la devoción,
no pienso que tardarán;
que conozco al capellán
y es más breve que es razón.

FEDERICO:

¡Ay si la pudiese hablar!

LEONIDO:

Siendo tú su primo, es cosa
acompañarla forzosa.

FEDERICO:

El pretenderme casar
ha hecho ya sospechoso
mi parentesco, Leonido;
que antes de haberla querido
nunca estuve temeroso.

Verás que un hombre visita
una dama libremente
por conocido o pariente,
mientras no la solicita;
pero en llegando a querella,
aunque de todos se guarde,
menos entra, y más cobarde,
El perro del hortelano

55

y apenas habla con ella.
Tal me ha sucedido a mí
con mi prima la condesa;
tanto, que de amar me pesa,
pues lo más del bien perdí,
pues me estaba mejor vella
tan libre como solía.

Salen RICARDO y CELIO, que se quedan lejos de FEDERICO y
LEONIDO

CELIO:

A pie digo que salía,
y alguna gente con ella.

RICARDO:

Por estar la iglesia enfrente,
y por preciarse del talle,
ha querido honrar la calle.

CELIO:

¿No has visto por el oriente
salir serena mañana
el sol con mil rayos de oro,
cuando dora el blanco Toro
que pace campos de grana,

que así llamaba un poeta
los primeros arreboles?
Pues tal salió con dos soles,
más hermosa y más perfeta,
la bellísima Dïana,
la condesa de Belflor.

RICARDO:

Mi amor te ha vuelto pintor
de tan serena mañana;
y hácesla sol con razón,
El perro del hortelano

56

porque el sol en sus caminos
va pasando varios sinos,
que sus pretendientes son.
Mira que allí Federico
aguarda sus rayos de oro.

CELIO:

¿Cuál de los dos será el toro
a quien hoy al sol aplico ?

RICARDO:

Él, por primera aflicción,
aunque del nombre se guarde,
que yo, por entrar más tarde,
seré el signo del león.

FEDERICO:

¿Es aquél Ricardo?

LEONIDO:

Él es.

FEDERICO:

Fuera maravilla rara
que de este puesto faltara.

LEONIDO:

Gallardo viene el marqués.

FEDERICO:

No pudieras decir más,
si tú fueras el celoso.

LEONIDO:

¿Celos tienes?

FEDERICO:

¿No es forzoso?

De alabarle me los das.

El perro del hortelano

57

LEONIDO:

Si a nadie quiere Dïana,
¿de qué los puedes tener?

FEDERICO:

De que le puede querer;
que es mujer.

LEONIDO:

Sí, mas tan vana,
tan altiva y desdeñosa,
que a todos os asegura.

FEDERICO:

Es soberbia la hermosura.

LEONIDO:

No hay ingratitud hermosa.

CELIO:

Diana sale, señor.

RICARDO:

Pues tendrá mi noche día.

CELIO:

¿Hablarásla?

RICARDO:

Eso querría,
si quiere el competidor.

Salen DIANA, OTAVIO, FABIO; y detrás, MARCELA, DOROTEA y
ANARDA, con mantos. [FEDERICO habla] a DIANA

El perro del hortelano

58

FEDERICO:

Aquí aguardaba con deseo de veros

DIANA:

Señor conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO:

Y yo, señora, con el mismo agora
a acompañaros vengo y a servirlos.

DIANA:

Señor marqués, ¿qué dicha es esta
mía?

¡Tanta merced!

RICARDO:

Bien debe a mi deseo
vuseñoría este cuidado.

[FEDERICO habla] a su criado [LEONIDO]

FEDERICO:

Creo

que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO:

Háblala; no te turbes.

FEDERICO:

¡Ay Leonido!

Quien sabe que no gustan de escuchalle,

¿de qué te admiras que se turbe y calle?

Vanse. Sale TEODORO

TEODORO:

Nuevo pensamiento mío,

El perro del hortelano

59

desvanecido en el viento,

que con ser mi pensamiento,

de veros volar me río,

parad, detened el brío,

que os detengo y os provoco;

porque si el intento es loco,

de los dos lo mismo escucho,

aunque donde el premio es mucho,

el atrevimiento es poco.

Y si por disculpa dais

que es infinito el que espero,

averigüemos primero,

pensamiento, en qué os fundáis.

Vos a quien servís amáis;

diréis que ocasión tenéis,

si a vuestros ojos creéis;

pues, pensamiento, decildes

que sobre pajas humildes

torres de diamante hacéis.

Si no me sucede bien,

quiero culparos a vos;

mas teniéndola los dos,

no es justo que culpa os den;

que podréis decir también

cuando del alma os levanto,

y de la altura me espanto

donde el amor os subió,

que el estar tan bajo yo

os hace a vos subir tanto.

Cuando algún hombre ofendido,

al que le ofende defiende,

que dio la ocasión se entiende.

Del daño que os ha venido,

sed en buen hora atrevido;

que aunque los dos nos perdamos,

esta disculpa llevamos:

que vos os perdéis por mí

y que yo tras vos me fui,

sin saber adónde vamos.

El perro del hortelano

60

Id en buen hora, aunque os den
mil muertes por atrevido;
que no se llama perdido
el que se pierde tan bien.
Como a otros dan parabién
de lo que hallan, estoy tal,
que de perdición igual
os le doy; porque es perderse
tan bien, que puede tenerse
envidia del mismo mal.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN:

Si en tantas lamentaciones
cabe un papel de Marcela,
que contigo se consuela
de sus pasadas prisiones,
bien te le daré sin porte,
porque a quien no ha menester
nadie le procura ver,
a la usanza de la corte.
Cuando está en alto lugar
un hombre (y ¡qué bien lo imitas!),
¡qué le vienen de visitas
a molestar y a enfadar!
Pero si mudó de estado,
como es la fortuna incierta,
todos huyen de su puerta
como si fuese apestado.
¿Parécete que lavemos
en vinagre este papel?

TEODORO:

Contigo, necio, y con él
entr ambas cosas tenemos.
Muestra; que vendrá lavado,
El perro del hortelano
61
si en tus manos ha venido.

Lee

“A Teodoro, mi marido.”
¿Marido? ¡Qué necio enfado!
¡Qué necia cosa!

TRISTÁN:

Es muy necia.

TEODORO:

Pregúntale a mi ventura
si, subida a tanta altura,
esas mariposas precia.

TRISTÁN:

Léele, por vida mía,
aunque ya estés tan divino;
que no hace desprecio el vino
de los mosquitos que cría;
que yo sé cuando Marcela,
que llamas ya mariposa,
era águila caudalosa.

TEODORO:

El pensamiento, que vuela
a los mismos cercos de oro
del sol, tan baja la mira,
que aun de que la ve se admira.

TRISTÁN:

Hablas con justo decoro
mas ¿qué haremos del papel?

TEODORO:

Esto.

El perro del hortelano

62

TRISTÁN:

¿Rasgástele?

TEODORO:

Sí.

TRISTÁN:

¿Por qué, señor?

TEODORO:

Porque así
respondí más presto a él.

TRISTÁN:

Ése es injusto rigor.

TEODORO:

Ya soy otro; no te espantes.

TRISTÁN:

Basta; que sois los amantes
boticarios del amor;

que, como ellos las recetas,
vais ensartando papeles.

Récipe celos crueles,
agua de azules violetas.

Récipe un desdén extraño,

Sirupi del borraiorum,
con que la sangre templorum,
para asegurar el daño.

Récipe ausencia: tomad
un emplasto para el pecho;
que os hiciera más provecho

estáros en la ciudad.
Récipe de matrimonio:
allí es menester jarabes,
y tras diez días süaves
purgalle con antimonio.
Récipe signum celeste,
El perro del hortelano
63

que Capricornio dicetur:
ese enfermo morietur,
si no es que paciencia preste.
Récipe que de una tienda
joya o vestido sacabis:
con tabletas confortabis
la bolsa que tal emprenda.
A esta traza, finalmente,
van todo el año ensartando.
Llega la paga: en pagando,
o viva o muera el doliente,
se rasga todo papel.
Tú la cuenta has acabado,
y el de Marcela has rasgado
sin saber lo que hay en él.

TEODORO:
Ya tú debes de venir
con el vino que otras veces.

TRISTÁN:
Pienso que te desvaneces
con lo que intentas subir.

TEODORO:
Tristán, cuantos han nacido
su ventura han de tener;
no saberla conocer
es el no haberla tenido.
O morir en la porfía,
o ser conde de Belflor.

TRISTÁN:
César llamaron, señor,
a aquel duque que traía
escrito por gran blasón:
“César o nada”; y en fin
tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su pretensión
El perro del hortelano

64
escribió una pluma airada:
“César o nada, dijiste,

y todo, César, lo fuiste,
pues fuiste César y nada.”

TEODORO:

Pues tomo, Tristán, la empresa,
y haga después la fortuna
lo que quisiere.

Salen MARCELA y DOROTEA, sin reparar en TEODORO y TRISTÁN

DOROTEA:

Si a alguna,
de tus desdichas le pesa,
de todas las que servimos
a la condesa, soy yo.

MARCELA:

En la prisión que me dio,
tan justa amistad hicimos,
y yo me siento obligada
de suerte, mi Dorotea,
que no habrá amiga que sea
más de Marcela estimada.

Anarda piensa que yo
no sé cómo quiere a Fabio.
Pues della nació mi agravio;
que a la condesa contó
los amores de Teodoro.

DOROTEA:

Teodoro está aquí.

MARCELA:

¡Mi bien!...

El perro del hortelano

65

TEODORO:

Marcela, el paso detén.

MARCELA:

¿Cómo, mi bien, si te adoro,
cuando a mi ojos te ofreces?

TEODORO:

Mira lo que haces y dices;
que en palacio los tapices
han hablado muchas veces.

¿De qué piensas que nació
hacer figuras en ellos?

De avisar que detrás dellos
siempre algún vivo escuchó.

Si un mudo viendo matar
a un rey, su padre, dio voces,
figuras que no conoces
pintadas sabrán hablar.

MARCELA:

¿Has leído mi papel?

TEODORO:

Sin leerle le he rasgado;
que estoy tan escarmentado,
que rasgué mi amor con él.

MARCELA:

¿Son los pedazos aquéstos?

TEODORO:

Sí, Marcela.

MARCELA:

Y ya ¿mi amor
has rasgado?

El perro del hortelano

66

TEODORO:

¿No es mejor
que vernos por puntos puestos
en peligros tan extraños?
Si tú de mi intento estás,
no tratemos desto más
para excusar tantos daños.

MARCELA:

¿Qué dices?

TEODORO:

Que estoy dispuesto
a no darle más enojos
a la condesa.

MARCELA:

En los ojos
tuve muchas veces puesto
el temor desta verdad.

TEODORO:

Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
el amor, no el amistad.

MARCELA:

¡Tú dices eso, Teodoro,
a Marcela!

TEODORO:

Yo lo digo;
que soy de quietud amigo,
y de guardar el decoro
a la casa que me ha dado
el ser que tengo.

MARCELA:

Oye, advierte.

El perro del hortelano

67

TEODORO:

Déjame.

MARCELA:

¿De aquesta suerte
me tratas?

TEODORO:

¡Qué necio enfado!

Vase

MARCELA:

¡Ah, Tristán, Tristán!

TRISTÁN:

¿Qué quieres?

MARCELA:

¿Qué es esto?

TRISTÁN:

Una mudancita

que a las mujeres imita

Teodoro.

MARCELA:

¿Cuáles mujeres?

TRISTÁN:

Unas de azúcar y miel.

MARCELA:

Dile...

TRISTÁN:

No me digas nada;

que soy vaina desta espada,

El perro del hortelano

68

nema de aqueste papel,

caja de aqueste sombrero,

fieltro deste caminante,

mudanza deste danzante,

día deste vario hebrero,

sombra deste cuerpo vano,

posta de aquesta estafeta,

rastro de aquesta cometa,

tempestad deste verano;

y finalmente, yo soy

la uña de aqueste dedo,

que en cortándome, no puedo

decir que con él estoy.

Vase

MARCELA:

¿Qué sientes desto?

DOROTEA:

No sé;
que a hablar no me atrevo.

MARCELA:

¿No?
Pues yo hablaré.

DOROTEA:

Pues yo no.

MARCELA:

Pues yo sí.

DOROTEA:

Mira que fue
bueno el aviso, Marcela,
de los tapices que miras.
El perro del hortelano
69

MARCELA:

Amor en celosas iras
ningún peligro recela.
A no saber cuán altiva
es la condesa, dijera
que Teodoro en algo espera,
porque no sin causa priva
tanto estos días Teodoro...

DOROTEA:

Calla; que estás enojada.

MARCELA:

...mas yo me veré vengada.
Ni soy tan necia, que ignoro
las tretas de hacer pesar.

Sale FABIO

FABIO:

¿Está el secretario aquí?

MARCELA:

¿Es por burlarte de mí?

FABIO:

Por Dios, que le ando a buscar;
que le llama mi señora.

MARCELA:

Fabio, que sea o no sea,
pregúntale a Dorotea
cuál puse a Teodoro agora.

¿No es majadero cansado
este secretario nuestro?

El perro del hortelano

70

FABIO:

¡Qué engaño tan necio el vuestro!

¿Querréis que esté deslumbrado
de lo que los dos tratáis?

¿Es concierto de los dos?

MARCELA:

¿Concierto? ¡Bueno!

FABIO:

Por Dios,

que pienso que me engañáis.

MARCELA:

Confieso, Fabio, que oí

las locuras de Teodoro;

mas yo sé que a un hombre adoro,

harto parecido a ti.

FABIO:

A mí?

MARCELA:

Pues ¿no te pareces

a ti?

FABIO:

Pues, ¿a mí Marcela?

MARCELA:

Si te hablo con cautela,

Fabio, si no me enloqueces,

si tu talle no me agrada,

si no soy tuya, mi Fabio,

mátame el mayor agravio,

que es el querer despreciada.

FABIO:

Es engaño conocido,

El perro del hortelano

71

o tú te quieres morir,

pues quieres restituir

el alma que me has debido.

Si es burla o es invención,

¿a qué camina tu intento?

DOROTEA:

Fabio, ten atrevimiento

y aprovecha la ocasión;

que hoy te ha de querer Marcela

por fuerza.

FABIO:

Por voluntad

fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA:

Teodoro mis alto vuela;

de Marcela se descarta.

FABIO:

Marcela, a buscarle voy.
Bueno en sus desdenes soy,
si amor te convierte en carta,
el sobrescrito a Teodoro,
y en su ausencia denla a Fabio.
Mas yo perdono el agravio,
aunque ofenda mi decoro,
y de espacio te hablaré,
siempre tuyo en bien o en mal.

Vase

DOROTEA:

¿Qué has hecho?

MARCELA:

No sé ; estoy tal
que de mi misma no sé.
El perro del hortelano

72

Anarda ¿no quiere a Fabio?

DOROTEA:

Sí quiere.

MARCELA:

Pues de los dos
me vengo; que amor es dios
de la envidia y del agravio.
Salen DIANA y ANARDA. [Hablan aparte]

DIANA:

(Ésta ha sido la ocasión;
no me reprehendas más.

ANARDA:

La disculpa que me das
me ha puesto en más confusión.

Marcela está aquí, señora,
hablando con Dorotea.

DIANA:

Pues no hay disgusto que sea
para mi mayor agora.)

Salte allá fuera, Marcela.

MARCELA:

Vamos, Dorotea, de aquí.
(Bien digo yo que de mí
o se enfada o se recela.)

Vanse MARCELA y DOROTEA

El perro del hortelano

73

ANARDA:

¿Puedote hablar?

DIANA:

Ya bien puedes.

ANARDA:

Los dos que de aquí se van
ciegos de tu amor están;
tú en desdeñarlos, excedes
la condición de Anajarte,
la castidad de Lucrecia;
y quien a tantos desprecia.

DIANA:

Ya me canso de escucharte.

ANARDA:

¿Con quién se piensa casar?
¿No puede el marqués Ricardo,
por generoso y gallardo,
si no exceder, igualar
al más poderoso y rico?
Y la más noble mujer,
¿también no lo puede ser
de tu primo Federico?
¿Por qué los has despedido
con tan extraño desprecio?

DIANA:

Porque uno es loco, otro necio,
y tú, en no haberme entendido,
más, Anarda, que los dos.
No los quiero, porque quiero,
y quiero porque no espero
remedio.

ANARDA:

¡Válame Dios!

El perro del hortelano

74

¿Tú quieres?

DIANA:

¿No soy mujer?

ANARDA:

Sí, pero imagen de hielo,
donde el mismo sol del cielo
podrá tocar y no arder.

DIANA:

Pues esos hielos, Anarda,
dieron todos a los pies
de un hombre humilde.

ANARDA:

¿Quién es?

DIANA:

La vergüenza me acobarda,
que de mi propio valor
tengo: no diré su nombre;
basta que sepas que es hombre
que puede infamar mi honor.

ANARDA:

Si Pasifé quiso un toro,
Semíramis un caballo,
y otras los monstruos que callo
por no infamar su decoro,
¿qué ofensa te puede hacer
querer hombre, sea quien fuere?

DIANA:

Quien quiere puede, si quiere,
como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor: yo quiero
no querer.

El perro del hortelano

75

ANARDA:

¿Podrás?

DIANA:

Podré;
que si cuando quise amé,
no amar en queriendo espero.

Tocan dentro

¿Quién canta?

ANARDA:

Fabio con Clara.

DIANA:

¡Ojalá que me diviertan!

ANARDA:

Música y amor conciertan
bien; en la canción repara.

Cantan dentro

MUSICA:

“Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese
que en no queriendo amar aborreciese!
¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera
que en no queriendo amar aborreciera!”

ANARDA:

¿Qué te dice la canción?
¿No ves que te contradice?

DIANA:

Bien entiendo lo que dice;
mas yo sé mi condición,

El perro del hortelano

76

y sé que estará en mi mano,
como amar, aborrecer.

ANARDA:

Quien tiene tanto poder
pasa del límite humano.

Sale TEODORO

TEODORO:

Fabio me ha dicho, señora,
que le mandaste buscarme.

DIANA:

Horas ha que te deseo.

TEODORO:

Pues ya vengo a que me mandes,
y perdona si he faltado.

DIANA:

Ya has visto a estos dos amantes...
estos dos mis pretendientes.

TEODORO:

Sí, señora.

DIANA:

Buenos talles
tienen los dos.

TEODORO:

Y muy buenos.

DIANA:

No quiero determinarme
sin tu consejo. ¿Con cuál
El perro del hortelano

77

te parece que me case?

TEODORO:

Pues ¿qué consejo, señora,
puedo yo en las cosas darte
que consisten en tu gusto?
Cualquiera que quieras darme
por dueño, será el mejor.

DIANA:

Mal pagas el estimarte
por consejero, Teodoro,
en caso tan importante.

TEODORO:

Señora, en casa, ¿no hay viejos
que entienden de casos tales ?

Otavio, tu mayordomo,
con experiencia lo sabe,

fuera de su larga edad.

DIANA:

Quiero yo que a ti te agrade
el dueño que has de tener.
¿Tiene el marqués mejor talle
que mi primo?

TEODORO:

Sí, señora.

DIANA:

Pues elijo al marqués: parte,
y pídele las albricias.
Vanse la condesa [DIANA] y ANARDA
El perro del hortelano

78

TEODORO:

¿Hay desdicha semejante?
¿Hay resolución tan breve?
¿Hay mudanza tan notable?
¿Estos eran los intentos
que tuve? ¡Oh, sol abrasadme
las alas con que subí,
pues vuestro rayo deshace
las más atrevidas plumas
a la belleza de un ángel!
Cayó Diana en su error.
¡Oh, qué mal hice en fiarme
de una palabra amorosa!
¡Ay! ¿Cómo entre desiguales
mal se concierta el amor!
Pero ¿es mucho que me engañen
aquellos ojos a mí,
si pudieran ser bastantes
a hacer engaños a Ulises?
De nadie puedo quejarme,
sino de mí. Pero en fin,
¿qué pierdo cuando me falte?
Haré cuenta que he tenido
algún accidente grave,
y que mientras me duró,
imaginé disparates.
No más; despedíos de ser,
oh pensamiento arrogante,
conde de Belflor; volved
la proa a la antigua margen;
queramos nuestra Marcela;
para vos Marcela baste.
Señoras busquen señores;

que amor se engendra de iguales;
y pues en aire nacistes,
quedad convertido en aire;
que donde méritos faltan,
los que piensan subir, caen.

El perro del hortelano

79

Sale FABIO

FABIO:

¿Hablaste ya con mi señora?

TEODORO:

Ahora,

Fabio, la hablé, y estoy con gran contento,
porque ya la condesa mi señora
rinde su condición al casamiento.

Los dos que viste, cada cual la adora;
mas ella, con su raro entendimiento,
al marqués escogió.

FABIO:

Discreta ha sido.

TEODORO:

Que gane las albricias me ha pedido;
mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,
Fabio, aqueste provecho: parte presto,
y pídelas por mí.

FABIO:

Si debo amarte,
muestra la obligación en que me has puesto.
Voy como un rayo, y volveré a buscarte,
satisfecho de ti, contento desto.

Y alábese el marqués; que ha sido empresa
de gran valor rendirse la condesa.

Vase. Sale TRISTÁN

TRISTÁN:

Turbado a buscarte vengo.

¿Es verdad lo que me han dicho?

El perro del hortelano

80

TEODORO:

¡Ay, Tristán! Verdad será,
si son desengaños míos.

TRISTÁN:

Ya, Teodoro, en las dos sillas
los dos batanes he visto
que molieron a Diana;
pero que hubiese elegido,
hasta agora no lo sé.

TEODORO:

Pues, Tristán, agora vino
ese tornasol mudable,
esa veleta, ese vidrio,
ese río junto al mar,
que vuelve atrás, aunque es río;
esa Diana, esa luna,
esa mujer, ese hechizo,
ese monstruo de mudanzas,
que sólo perderme quiso
por afrentar sus vitorias;
y que dijese me dijo
cuál de los dos me agradaba;
porque sin consejo mío
no se pensaba casar.

Quedé muerto, y tan perdido,
que no responder locuras
fue de mi locura indicio.
Dijome, en fin, que el marqués
le agradaba, y que yo mismo
fuese a pedir las albricias.

TRISTÁN:

Ella, en fin, ¿tiene marido?

TEODORO:

El marqués Ricardo.
El perro del hortelano
81

TRISTÁN:

Pienso
que, a no verte sin juicio,
y porque dar aflicción
no es justo a los afligidos,
que agora te diera vaya
de aquel pensamiento altivo
con que a ser conde aspirabas.

TEODORO:

Si aspiré, Tristán, ya expiro.

TRISTÁN:

La culpa tienes de todo.

TEODORO:

No lo niego; que yo he sido
fácil en creer los ojos
de una mujer.

TRISTÁN:

Yo te digo
que no hay vasos de veneno
a los mortales sentidos,

Teodoro, como los ojos
de una mujer.

TEODORO:

De corrido,
te juro, Tristán, que apenas
puedo levantar los míos.
Esto pasó, y el remedio
es sepultar en olvido
el suceso y el amor.

TRISTÁN:

¿Que arrepentido y contrito
has de volver a Marcela?
El perro del hortelano

82

TEODORO:

Presto seremos amigos.
Sale MARCELA, sin reparar en TEODORO y TRISTÁN

MARCELA:

¡Qué mal que finge amor quien no la tiene!
¡qué mal puede olvidarse amor de un año,
pues mientras más el pensamiento engaño,
más atrevido a la memoria viene!
Pero si es fuerza y al honor conviene,
remedio suele ser del desengaño
curar el propio amor amor extraño;
que no es poco remedio el que entretiene.
Mas ¡ay! que imaginar que puede amarse
en medio de otro amor, es atreverse
a dar mayor venganza por vengarse.
Mejor es esperar que no perderse;
que suelen alguna vez, pensando helarse
amor, con los remedios encenderse.

TEODORO:

Marcela...

MARCELA:

¿Quién es?

TEODORO:

Yo soy.

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA:

Y tan olvidada estoy,
que a no imaginar en ti
fuera de mí misma voy.
Porque si en mí misma fuera,
te imaginara y te viera;
El perro del hortelano

83

que para no imaginarte,
tengo el alma en otra parte,
aunque olvidarte no quiera.

¿Cómo me osaste nombrar?

¿Cómo cupo en esa boca
mi nombre?

TEODORO:

Quise probar
tu firmeza, y es tan poca,
que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
tu cuidado en un sujeto
que mi amor sustituyó.

MARCELA:

Nunca, Teodoro, el discreto
mujer ni vidrio probó.

Mas no me des a entender
que prueba quisiste hacer;
yo te conozco, Teodoro:
unos pensamientos de oro
te hicieron enloquecer.

¿Cómo te va? ¿No te salen
como tú los imaginas?

¿No te cuestan lo que valen?

¿No hay dichas que las divinas
partes de tu dueño igualen?

¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?

Turbado, Teodoro, vienes.

¿Mudóse aquel vendaval?

¿Vuelves a buscar tu igual,
o te burlas y entretienes?

Confieso que me holgaría
que dieses a mi esperanza,
Teodoro, un alegre día.

TEODORO:

Si le quieres con venganza,
El perro del hortelano

84

¿qué mayor, Marcela mía?

Pero mira que el amor
es hijo de la nobleza;
no muestres tanto rigor;
que es la venganza bajeza
indigna del vencedor.

Venciste: yo vuelvo a ti,
Marcela; que no salí
con aquel mi pensamiento.

Perdona el atrevimiento,
si ha quedado amor en ti.
No porque no puede ser
proseguir las esperanzas
con que te pude ofender
mas porque en estas mudanzas
memorias me hacen volver.
Sean, pues, estas memorias
parte a despertar la tuya,
pues confieso tus vitorias.

MARCELA:

No quiera Dios que destruya
los principios de tus glorias.
Sirve, bien haces, porfía,
no te rindas; que dirá
tu dueño que es cobardía.
Sigue tu dicha; que ya
voy prosiguiendo la mía.
No es agravio amar a Fabio,
pues me dejaste, Teodoro,
sino el remedio más sabio;
que aunque el dueño no mejoro,
basta vengar el agravio.
Y quédate a Dios; que ya
me cansa el hablar contigo;
no venga Fabio, que está
medio casado conmigo.

El perro del hortelano

85

TEODORO:

Tenla, Tristán; que se va.

TRISTÁN:

Señora, señora, advierte
que no es volver a quererte
dejar de haberte querido.
Disculpa el buscarte ha sido,
si ha sido culpa ofenderte.
Oyeme, Marcela, a mí.

MARCELA:

¿Qué quieres, Tristán?

TRISTÁN:

Espera.

Salen DIANA y ANARDA

DIANA:

(Teodoro y Marcela aquí?) Aparte

ANARDA:

Parece que el ver te altera

que estos dos se hablen así.

DIANA:

Toma, Anarda, esa antepuerta,
y cubrámonos las dos.

(Amor con celos despierta.) Aparte

Ocúltanse DIANA y ANARDA

MARCELA:

Déjame, Tristán, por Dios.

El perro del hortelano

86

ANARDA:

Tristán a los dos concierta,
que deben estar reñidos.

DIANA:

(El alcahuete lacayo Aparte
me ha quitado los sentidos.)

TRISTÁN:

No pasó más presto el rayo,

que por sus ojos y oídos

pasó la necia belleza

desa mujer que le adora.

Ya desprecia su riqueza;

que más riqueza atesora

tu gallarda gentileza.

Haz cuenta que fue cometa

aquel amor. Ven acá,

Teodoro.

DIANA:

(¡Brava estafeta Aparte
es el lacayo!)

TEODORO:

Si ya

Marcela, a Fabio sujeta,

dice que le tiene amor,

¿por qué me llamas, Tristán?

TRISTÁN:

¡Otro enojado!

TEODORO:

Mejor

los dos casarse podrán.

El perro del hortelano

87

TRISTÁN:

¿Tú también? ¡Bravo rigor!

Ea, acaba, llega, pues,

dame esa mano, y después

que se hagan las amistades.

TEODORO:

Necio, ¿tú me persuades?

TRISTÁN:

Por mi quiero que le des
la mano esta vez, señor.

TEODORO:

¿Cuándo he dicho yo a Marcela
que he tenido a nadie amor?

Y ella me ha dicho...

TRISTÁN:

Es cautela
para vengar tu rigor.

MARCELA:

No es cautela; que es verdad.

TRISTÁN:

Calla, boba. ¡Ea, llegad!
¡Qué necios estáis los dos!

TEODORO:

Yo rogaba mas, ¡por Dios,
que no he de hacer amistad!

MARCELA:

Pues a mi me pase un rayo.

TRISTÁN:

No jures.

El perro del hortelano

88

[MARCELA habla aparte a TRISTÁN]

MARCELA:

(Aunque le muestro
enojo, ya me desmayo.

TRISTÁN:

Pues tente firme.)

DIANA:

(¡Qué diestro Aparte
está el bellaco lacayo!)

MARCELA:

Déjame, Tristán; que tengo
que hacer.

TEODORO:

Déjala, Tristán.

TRISTÁN:

Por mi, vaya.

TEODORO:

Tenla.

MARCELA:

Vengo
mi amor.

TRISTÁN:

¿Cómo no se van
ya? Que a ninguno detengo.

MARCELA:

¡Ay, mi bien!, no puedo irme.

El perro del hortelano

89

TEODORO:

Ni yo, porque no es tan firme
ninguna roca en la mar.

MARCELA:

Los brazos te quiero dar.

TEODORO:

Y yo a los tuyos asirme.

TRISTÁN:

Si yo no era menester,
¿por qué me hiciste cansar?

[Desde el paño ANARDA y DIANA]

ANARDA:

(¿Desto gustas?)

DIANA:

Vengo a ver

lo poco que hay que fiar
de un hombre y una mujer.)

TEODORO:

¡Ay! ¡Qué me has dicho de afrentas!

TRISTÁN:

Yo he salido ya, con veros
juntar las almas contentas;
que es desgracia de terceros
no se concertar las ventas.

MARCELA:

Si te trocare, mi bien,
por Fabio ni por el mundo,
que tus agravios me den
El perro del hortelano

90

la muerte.

TEODORO:

Hoy de nuevo fundo,
Marcela, mi amor también;
y si te olvidare, digo
me dé el cielo en castigo
el verte en brazos de Fabio.

MARCELA:

¿Quieres deshacer mi agravio?

TEODORO:

¿Qué no haré por ti y contigo?

MARCELA:

Di que todas las mujeres
son feas.

TEODORO:

Contigo, es claro.

Mira qué otra cosa quieres.

MARCELA:

En ciertos celos reparo,
ya que tan mi amigo eres;
que no importa que está aquí
Tristán.

TRISTÁN:

Bien podéis por mí,
aunque de mí mismo sea.

MARCELA:

Di que la condesa es fea.

TEODORO:

Y un demonio para mí.

El perro del hortelano

91

MARCELA:

¿No es necia?

TEODORO:

Por todo extremo.

MARCELA:

¿No es bachillera?

TEODORO:

Es cuitada.

[Aparte las dos desde el paño]

DIANA:

(Quiero estorbarlos; que temo
que no reparen en nada,
y aunque me hielo, me quemo.

ANARDA:

¡Ay señora! No hagas tal.)

TRISTÁN:

Cuando queráis decir mal
de la condesa y su talle,
a mí me oíd.

DIANA:

(¡Escúchalle!

¿Podré desvergüenza igual?)

TRISTÁN:

Lo primero...

DIANA:

(Yo no aguardo

a lo segundo; que fuera

El perro del hortelano

92

necedad.)

MARCELA:

Voyme, Teodoro.

Adelántanse DIANA y ANARDA. MARCELA hace una reverencia a la condesa [DIANA] y se va

TRISTÁN:

¡La condesa!

TEODORO:

(¡La condesa!) Aparte

DIANA:

Teodoro...

TEODORO:

Señora, advierte...

TRISTÁN:

(El cielo a tronar comienza:

Aparte

no pienso aguardar los rayos.)

Vase

DIANA:

Anarda, un bufete llega.

Escribiráme Teodoro

una carta de su letra,

pero notándola yo.

TEODORO:

(Todo el corazón me tiembla. Aparte

¿Si oyó lo que hablado habemos?)

El perro del hortelano

93

DIANA:

(Bravamente amor despierta Aparte
con los celos a los ojos.

¡Que aquéste amase a Marcela,

y que yo no tenga partes

para que también me quiera!

¡Que se burlasen de mí!)

TEODORO:

(Ella murmura y se queja; Aparte

bien digo yo que en palacio,

para que a callar aprenda,

tapices tienen oídos,

y paredes tienen lenguas.)

ANARDA:

Este pequeño he traído,

y tu escribanía.

DIANA:

Llega,

Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO:

(Hoy me mata o me destierra.) Aparte

DIANA:

Escribe.

TEODORO:

Di.

DIANA:

No estás bien

con la rodilla en la tierra;

ponle, Anarda, una almohada.

TEODORO:

Yo estoy bien.

El perro del hortelano

94

DIANA:

Pónsela, necia.

TEODORO:

(No me agrada este favor Aparte

sobre enojos y sospechas;

con quien honra las rodillas,

cortar quiere la cabeza.)

Yo aguardo.

DIANA:

Yo digo así.

TEODORO:

(Mil cruces hacer quisiera.) Aparte

Siéntase la condesa en una silla alta. Ella dicta y él va escribiendo

DIANA:

“Cuando una mujer principal se ha
declarado con un hombre humilde, es
lo mucho el término de volver a hablar
con otra; mas quien no estima su fortuna,
quédese para necio.”

TEODORO:

¿No dices más?

DIANA:

Pues, ¿qué más?

El papel, Teodoro, cierra.

[ANARDA habla aparte con DIANA]

ANARDA:

(¿Qué es esto que haces, señora?

El perro del hortelano

95

DIANA:

Necesades de amor llenas.

ANARDA:

Pues, ¿a quién tienes amor?

DIANA:

¿Aún no le conoces, bestia?

Pues yo sé que le murmuran
de mi casa hasta las piedras.)

TEODORO:

Ya el papel está cerrado;
sólo el sobreescrito resta.

DIANA:

Pon, Teodoro, para ti;
y no lo entienda Marcela;
que quizá le entenderás
cuando de espacio le leas.

Vanse la condesa [DIANA] y ANARDA

TEODORO:

¡Hay confusión tan extraña!
¡Que aquesta mujer me quiera
con pausas, como sangría,
y que tenga intercadencias
el pulso de amor tan grandes!

Sale MARCELA

MARCELA:

¿Qué te ha dicho la condesa,
mi bien?, que he estado temblando
El perro del hortelano

96

detrás de aquella antepuerta.

TEODORO:

Díjome que te quería
casar con Fabio, Marcela;
y este papel que escribí
es que despacha a su tierra
por los dineros del dote.

MARCELA:

¿Qué dices?

TEODORO:

Sólo que sea
para bien, y pues te casas,
que de burlas ni de veras
tomes mi nombre en tu boca.

MARCELA:

Oye.

TEODORO:

Es tarde para quejas.

Vase

MARCELA:

No, no puedo yo creer
que aquésta la ocasión sea.
Favores de aquesta loca
le han hecho dar esta vuelta;
que él está como arcaduz,
que cuando baja, le llena
del agua de su favor,
y cuando sube, le mengua.
¡Ay de mí, Teodoro ingrato,
que luego que su grandeza
te toca al arma, me olvidas!
Cuando te quiere me dejas,
El perro del hortelano
97

cuando te deja me quieres.
¿Quién ha de tener paciencia?
Salen RICARDO y FABIO

RICARDO:

No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.

FABIO:

Dile presto, Marcela, a mi señora
que está el marqués aquí.

MARCELA:

(Celos tiranos, Aparte
celos crüeles, ¿qué queréis agora,
tras tantos locos pensamientos vanos?)

FABIO:

¿No vas?

MARCELA:

Ya voy.

FABIO:

Pues dile que ha venido
nuestro nuevo señor y su marido.

Vase MARCELA

RICARDO:

Id, Fabio, a mi posada; que mañana
os daré mil escudos y un caballo
de la casta mejor napolitana.

FABIO:

Sabré, si no servillo, celebrallo.

El perro del hortelano

98

RICARDO:

Éste es principio solo; que Diana
os tiene por crüado y por vasallo,

y yo por solo amigo.

FABIO:

Esos pies beso.

RICARDO:

No pago así; la obligación confieso.

Sale DIANA

DIANA:

¡Vuseñoria aquí!

RICARDO:

Pues, ¿no era justo,

si me enviáis con Fabio tal recado,

y que después de aquel mortal disgusto,

me elegís por marido y por criado?

Dadme esos pies; que de manera el gusto

de ver mi amor en tan dichoso estado

me vuelve loco, que le tengo en poco,

si me contento con volverme loco.

¿Cuándo pensé, señora, mereceros,

ni llegar a más bien que deseáros?

DIANA:

No acierto, aunque lo intento, a responderos.

¡Yo he enviado a llamaros! ¿O es burlaros?

RICARDO:

Fabio, ¿qué es esto?

El perro del hortelano

99

FABIO:

¿Pude yo traerlos

sin ocasión agora, ni llamaros,

menos que de Teodoro prevenido?

DIANA:

Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.

Oyóme anteponer a Federico

vuestra persona, como primo hermano

y caballero generoso y rico,

y presumió que os daba ya la mano.

A vuestra señoría le suplico

perdone aquestos necios.

RICARDO:

Fuera en vano

dar a Fabio perdón, si no estuviera

donde vuestra imagen le valiera.

Bésoos los pies por el favor, y espero

que ha de vencer mi amor esta porfía.

Vase

DIANA:

¿Paréceos bien aquesto, majadero?

FABIO:

¿Por qué me culpa a mí,
vuseñoría?

DIANA:

Llamad luego a Teodoro. (¡Qué ligero
Aparte

este cansado pretensor venía,
cuando me matan celos de Teodoro!)

FABIO:

(Perdí el caballo y mil escudos de oro.)

El perro del hortelano

100

Vase

DIANA:

¿Qué me quieres, Amor? Ya, ¿no tenía
olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres?

Pero responderás que tú no eres,
sino tu sombra, que detrás venía.

¡Oh celos! ¿Qué no hará vuestra
porfía?

Malos letrados sois con las mujeres,

pues jamás os pidieron pareceres

que pudiese el honor guardarse un día.

Yo quiero a un hombre bien; mas se me acuerda

que yo soy mar y que es humilde barco,

y que es contra razón que el mar se pierda.

En gran peligro, Amor, el alma embarco;

mas si tanto el honor tira la cuerda,

por Dios, que temo que se rompa el arco.

Salen TEODORO y FABIO. [Hablan aparte]

FABIO:

(Pensó matarme el marqués;

pero, la verdad diciendo,

más sentí los mil escudos.

TEODORO:

Yo quiero darte un consejo.

FABIO:

¿Cómo?

TEODORO:

El conde Federico

estaba perdiendo el seso

porque el marqués se casaba.

Parte, y di que el casamiento

El perro del hortelano

101

se ha deshecho, y te dará

esos mil escudos luego.

FABIO:

Voy como un rayo.

TEODORO:

¡Camina!

Vase FABIO

TEODORO:

¿Llamábasme?

DIANA:

Bien ha hecho

ese necio en irse agora.

TEODORO:

Un hora he estado leyendo

tu papel, y bien mirado,

señora, tu pensamiento,

hallo que mi cobardía

procede de tu respeto;

pero que ya soy culpado

en tenerle, como necio,

a tus muchas diligencias;

y así, a decir me resuelvo

que te quiero, y que es disculpa

que con respeto te quiero.

Temblando estoy, no te espantes.

DIANA:

Teodoro, yo te lo creo.

¿Por qué no me has de querer

si soy tu señora y tengo

tu voluntad obligada,

pues te estimo y favorezco

más que a los otros criados?

El perro del hortelano

102

TEODORO:

Ese lenguaje no entiendo.

DIANA:

No hay más que entender, Teodoro,

ni pasar el pensamiento

un átomo desta raya.

Enfrena cualquier deseo;

que de una mujer, Teodoro,

tan principal, y más siendo

tus méritos tan humildes,

basta un favor muy pequeño

para que toda la vida

vivas honrado y contento.

TEODORO:

Cierto que vuseñoría

—perdóneme si me atrevo—
tiene en el jüicio a veces,
que no en el entendimiento,
mil lúcidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
haberme dado esperanzas
que en tal estado me han puesto,
pues del peso de mis dichas
caí, como sabe, enfermo
casi un mes en una cama.
Luego, ¿qué tratamos desto
si cuando ve que me enfrío
se abrasa de vivo fuego,
y cuando ve que me abraso
se hiela de puro hielo?
Dejáme con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
del perro del hortelano.
No quiere, abrasada en celos,
que me case con Marcela;
y en viendo que no la quiero,
El perro del hortelano

103

vuelve a quitarme el jüicio,
y a despertarme si duermo.
Pues coma o deje comer;
porque yo no me sustento
de esperanzas tan cansadas;
que si no, desde aquí vuelvo
a querer donde me quieren.

DIANA:

Eso no, Teodoro: advierto
que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sujeto
pon los ojos; que en Marcela
no hay remedio.

TEODORO:

¿No hay remedio?
Pues, ¿quiere vuseñoría
que, si me quiere y la quiero,
ande a probar voluntades?
¿Tengo yo de tener puesto,
adonde no tengo gusto,
mi gusto por el ajeno?
Yo adoro a Marcela, y ella
me adora, y es muy honesto
este amor.

DIANA:

¡Pícaro, infame!

Haré yo que os maten luego.

TEODORO:

¿Qué hace vuseñoría?

DIANA:

Daros, por sucio y grosero,
estos bofetones.

El perro del hortelano

104

Salen FEDERICO y FABIO. [Hablan aparte]

FABIO:

(Tente.

FEDERICO:

Bien dices, Fabio; no entremos.

Pero mejor es llegar.)

Señora mía, ¿qué es esto?

DIANA:

No es nada: enojos que pasan
entre criados y dueños.

FEDERICO:

¿Quiere vuestra señoría
alguna cosa?

DIANA:

No quiero
más de hablaros en las mías.

FEDERICO:

Quisiera venir a tiempo
que os hallara con más gusto.

DIANA:

Gusto, Federico, tengo;
que aquí estas son niñerías.

Entrad y sabréis mi intento
en lo que toca al marqués.

Vase. [FEDERICO y FABIO] hablan aparte

FEDERICO:

(Fabio...

El perro del hortelano

105

FABIO:

¿Señor...

FEDERICO:

Yo sospecho
que en estos disgustos hay
algunos gustos secretos.

FABIO:

No sé, por Dios; admirado

de ver, señor conde, quedo
tratar tan mal a Teodoro;
cosa que jamás ha hecho
la condesa, mi señora.

FEDERICO:

¡Bañóle de sangre el lienzo!)
Vanse FEDERICO y FABIO

TEODORO:

Si a questo no es amor, ¿qué nombre quieres
Amor, que tengan desatinos tales?
Si así quieren mujeres principales,
furias las llamo yo, que no mujeres.
Si la grandeza excusa los placeres
que iguales pueden ser en desiguales,
¿por qué, enemiga, de crueldad te vales,
y por matar a quien adoras, mueres?
¡Oh mano poderosa de matarme!
¡Quién te besara entonces, mano hermosa,
agradecido al dulce castigarme!
No te esperaba yo tan rigurosa;
pero si me castigas por tocarme,
tú sola hallaste gusto en ser celosa.

Sale TRISTÁN

El perro del hortelano

106

TRISTÁN:

Siempre tengo de venir
acabados los sucesos.
Parezco espada cobarde.

TEODORO:

¡Ay Tristán!

TRISTÁN:

Señor, ¿qué es esto?

¡Sangre en el lienzo!

TEODORO:

Con sangre
quiere Amor que de los celos
entre la letra.

TRISTÁN:

Por Dios,
que han sido celos muy necios.

TEODORO:

No te espantes; que está loca
de un amoroso deseo,
y como el ejecutarle
tiene su honor por desprecio,
quiere deshacer mi rostro,

porque es mi rostro el espejo
adonde mira su honor,
y véngase en verle feo.

TRISTÁN:

Señor, que Juana o Lucía
cierren conmigo por celos,
y me rompan con las uñas
el cuello que ellas me dieron;
que me repelen y arañen
sobre averiguar por cierto

El perro del hortelano

107

que les hice un peso falso,
¡vaya! Es gente de pandero,
de media de cordellate
y de zapato fraileSCO;
pero que tan gran señora
se pierda tanto el respeto
a sí misma, es vil acción.

TEODORO:

No sé, Tristán; pierdo el seso
de ver que me está adorando,
y que me aborrece luego.

No quiere que sea suyo
ni de Marcela; y si dejo
de mirarla, luego busca
por hablarme algún enredo.

No dudes: naturalmente
es del hortelano el perro.

Ni come ni comer deja,
ni está fuera ni está dentro.

TRISTÁN:

Contáronme que un doctor,
catedrático y maestro,
tenía un ama y un mozo
que siempre andaban riñendo.

Reñían a la comida,
a la cena, y hasta el sueño
le quitaban con sus voces;
que estudiar, no había remedio.

Estando en lición un día,
fuéle forzoso corriendo
volver a casa, y entrando
de improviso en su aposento,
vio el ama y mozo acostados
con amorosos requiebros,
y dijo: “¡Gracias a Dios,

que una vez en paz os veo!”

Y esto imagino de entrambos,

El perro del hortelano

108

aunque siempre andáis riñendo.

Sale DIANA

DIANA:

Teodoro...

TEODORO:

¿Señora...

TRISTÁN:

(¿Es duende Aparte
esta mujer?)

DIANA:

Sólo vengo

a saber cómo te hallas.

TEODORO:

¿Ya no lo ves?

DIANA:

¿Estás bueno?

TEODORO:

Bueno estoy.

DIANA:

¿Y no dirás

“A tu servicio”?

TEODORO:

No puedo

estar mucho en tu servicio,

siendo tal el tratamiento.

El perro del hortelano

109

DIANA:

¡Qué poco sabes!

TEODORO:

Tan poco

que te siento y no te entiendo,

pues no entiendo tus palabras,

y tus bofetones siento.

Si no te quiero te enfadas,

y enójaste si te quiero;

escribesme si me olvido,

y si me acuerdo te ofendo;

pretendes que yo te entienda,

y si te entiendo soy necio.

Mátame o dame la vida;

da un medio a tantos extremos.

DIANA:

¿Hícete sangre?

TEODORO:

Pues, ¿no?

DIANA:

¿Adónde tienes el lienzo?

TEODORO:

Aquí.

DIANA:

Muestra.

TEODORO:

¿Para qué?

DIANA:

¿Para qué? Esta sangre quiero.

Habla a Otavio, a quien agora

mandé que te diese luego

El perro del hortelano

110

dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO:

¿Para qué?

DIANA:

Para hacer lienzos.

Vase

TEODORO:

¡Hay disparates iguales!

TRISTÁN:

¿Qué encantamientos son éstos?

TEODORO:

Dos mil escudos me ha dado.

TRISTÁN:

Bien puedes tomar al precio

otros cuatro bofetones.

TEODORO:

Dice que son para lienzos,

y llevó el mío con sangre.

TRISTÁN:

Pagó la sangre, y te ha hecho

doncella por las narices.

TEODORO:

No anda mal agora el perro,

pues después que muerde, halaga.

TRISTÁN:

Todos aquestos extremos

han de parar en el ama

del doctor.

El perro del hortelano

111

TEODORO:

¡Quiéralo el cielo!

Acto tercero

Salen FEDERICO, RICARDO y CELIO

RICARDO:

¿Esto vistes?

FEDERICO:

Esto vi.

RICARDO:

¿Y que le dio bofetones?

FEDERICO:

El servir tiene ocasiones,
mas no lo son para mí;
que al poner una mujer
de aquellas prendas la mano
al rostro de un hombre, es llano
que otra ocasión puede haber.

Y bien veis que lo acredita
el andar tan mejorado.

RICARDO:

Ella es mujer y él criado.

FEDERICO:

Su perdición solicita.

La fábula que pintó

el filósofo moral

El perro del hortelano

112

de las dos ollas, ¡qué igual
hoy a los dos la vistió!

Era de barro la una,
la otra de cobre o hierro,
que un río a los pies de un cerro
llevó con varia fortuna.

Desvióse la de barro
de la de cobre, temiendo
que la quebrase: y yo entiendo
pensamiento tan bizarro
del hombre y de la mujer
hierro y barro, y no me espanto,
pues acercándose tanto,
por fuerza se han de romper.

RICARDO:

La altivez y bizarría
de Dïana me admiró,
y bien puede ser que yo
viese y no viese aquel día;
mas ver caballos y pajes

en Teodoro, y tantas galas,
¿qué son sino nuevas alas?
Pues criados, oro y trajes
no los tuviera Teodoro
sin ocasión tan notable.

FEDERICO:

Antes que desto se hable
en Nápoles, y el decoro
de vuestra sangre se ofenda,
sea o no sea verdad,
ha de morir.

RICARDO:

Y es piedad
matarle, aunque ella lo entienda.

El perro del hortelano
113

FEDERICO:

¿Podrá ser?

RICARDO:

Bien puede ser;
que hay en Nápoles quien vive
de eso y en oro recibe
lo que en sangre ha de volver.
No hay más de buscar un bravo,
y que le despache luego.

FEDERICO:

Por la brevedad os ruego.

RICARDO:

Hoy tendrá su justo pago
semejante atrevimiento.
Viendo venir a TRISTÁN y otros tres

FEDERICO:

¿Son bravos éstos?

RICARDO:

Sin duda.

FEDERICO:

El cielo ofendido ayuda
vuestro justo pensamiento.
Salen TRISTÁN, vestido de nuevo, FURIO, ANTONELLO y LIRANO

FURIO:

Pagar tenéis el vino en alboroque
del famoso vestido que os han dado.

El perro del hortelano

114

ANTONELO:

Eso bien sabe el buen Tristán que es justo.

TRISTÁN:

Digo, señores, que de hacerlo gusto.

LIRANO:

Bravo salió el vestido.

TRISTÁN:

Todo aquesto

es cosa de chacota y zarandajas,
respeto del lugar que tendré presto.

Si no muda los bolos la Fortuna,
secretario he de ser del secretario.

LIRANO:

Mucha merced le hace la condesa
a vuestro amo, Tristán.

TRISTÁN:

Es su privanza,
es su mano derecha, y es la puerta
por donde se entra a su favor. Dejemos
favores y fortunas, y bebamos.

FURIO:

En este tabernáculo sospecho
que hay lágrima famosa y malvasía.

TRISTÁN:

Probemos vino greco ; que deseo
hablar en griego, y con beberlo basta.

[RICARDO habla] aparte a FEDERICO

RICARDO:

(Aquel moreno, del color quebrado,
El perro del hortelano

115

me parece el más bravo, pues que todos
le estiman, hablan y hacen cortesía.)

Celio...

CELIO:

¿Señor...

RICARDO:

De aquellos gentileshombres
llama al descolorido.

A TRISTÁN

CELIO:

¡Ah caballero!

Antes que se entre en esa santa ermita,
el marqués, mi señor, hablarle quiere.

A sus amigos

TRISTÁN:

Camaradas, allí me llama un príncipe:
no puedo rehusar el ver qué manda.

Entren, y tomen siete u ocho azumbres,
y aperciban dos dedos de formache,

en tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO:

Pues despachad a prisa.

TRISTÁN:

Iré volando.

Vanse FURIO, ANTONILO y LIRANO

¿Qué es lo que manda vuestra señoría?

RICARDO:

El veros entre tanta valentía

El perro del hortelano

116

nos ha obligado al conde Federico

y a mí, para saber si seréis hombre

para matar un hombre.

TRISTÁN:

(¡Vive el cielo, Aparte

que son los pretendientes de mi ama,

y que hay algún enredo! Fingir quiero.)

FEDERICO:

¿No respondéis?

TRISTÁN:

Estaba imaginando

si vuestra señoría está burlando

de nuestro modo de vivir; pues vive

el que reparte fuerzas a los hombres,

que no hay en toda Nápoles espada

que no tiemble de sólo el nombre mío.

¿No conocéis a Héctor? Pues no hay

Héctor

adonde está mi furibundo brazo;

que si él lo fue de Troya, yo de Italia.

FEDERICO:

Éste es, marqués, el hombre que buscamos.

Por vida de los dos, que no burlamos;

sino que si tenéis conforme al nombre

el ánimo, y queréis matar a un hombre,

que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN:

Con doscientos escudos me contento,

y sea el diablo.

RICARDO:

Yo os daré trescientos,

y despachadle aquesta noche.

El perro del hortelano

117

TRISTÁN:

El nombre

del hombre espero y parte del dinero.

RICARDO:

¿Conocéis a Diana, la condesa
de Belflor?

TRISTÁN:

Y en su casa tengo amigos.

RICARDO:

¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTÁN:

Mataré los criados y criadas
y los mismos frisones de su coche.

RICARDO:

Pues a Teodoro habéis de dar la muerte.

TRISTÁN:

Eso ha de ser, señores, de otra suerte,
porque Teodoro, como yo he sabido,
no sale ya de noche, temeroso
por ventura de haberos ofendido;
que le sirva estos días me ha pedido.
dejádmele servir, y yo os ofrezco
de darle alguna noche dos mojadas,
con que el pobrete “in pace requiescat”,
y yo quede seguro y sin sospecha.

¿Es algo lo que digo?

FEDERICO:

No pudiera

hallarse en toda Nápoles un hombre
que tan seguramente le matara.

Servilde, pues, y así al descuido un día
pegalde, y acudid a nuestra casa.

El perro del hortelano

118

TRISTÁN:

Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO:

Cincuenta tengo en esta bolsa; luego
que yo os vea en su casa de Diana,
os ofrezco los ciento, y muchos cientos.

TRISTÁN:

Eso de muchos cientos no me agrada.
Vayan vuseñorías en buen hora;
que me aguardan Mastranzo, Rompemuros,
Mano de Hierro, Arfuz y Espantadiablos;
y no quiero que acaso piensen algo.

RICARDO:

Decís muy bien: adiós.

FEDERICO:

¡Qué gran ventura!

RICARDO:

A Teodoro contalde por difunto.

FEDERICO:

El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

Vanse FEDERICO, RICARDO y CELIO

TRISTÁN:

Avisar a Teodoro me conviene.

Perdone el vino greco y los amigos.

A casa voy; que está de aquí muy lejos.

Mas éste me parece que es Teodoro.

Sale TEODORO

El perro del hortelano

119

TRISTÁN:

Señor, ¿adónde vas?

TEODORO:

Lo mismo ignoro;

porque de suerte estoy, Tristán amigo,
que no sé adónde voy ni quién me lleva.

Solo y sin alma, el pensamiento sigo,
que al sol me dice que la vista atreva.

¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?

Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva,
que apenas jurarás que me conoce,
porque Marcela de mi mal se goce.

TRISTÁN:

Vuelve hacia casa; que a los dos importa
que no nos vean juntos.

TEODORO:

¿De qué suerte?

TRISTÁN:

Por el camino te diré quién corta
los pasos dirigidos a tu muerte.

TEODORO:

¡Mi muerte! Pues, ¿por qué?

TRISTÁN:

La voz reporta,
y la ocasión de tu remedio advierte.
Ricardo y Federico me han hablado,
y que te dé la muerte concertado.

TEODORO:

¿Ellos a mí?

TRISTÁN:

Por ciertos bofetones
El perro del hortelano

120

el amor de tu dueño conjeturan,
y pensando que soy de los leones
que a tales homicidios se aventuran,
tu vida me han trocado a cien doblones,
y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedía
que te sirviese, y que hoy te serviría,
donde más fácilmente te matase,
a efecto de guardarte desta suerte.

TEODORO:

¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase
la vida, y me sacase desta muerte!

TRISTÁN:

¿Tan loco estás?

TEODORO:

¿No quieres que me abrase
por tan dulce ocasión? Tristán, advierte
que si Dïana algùn camino hallara
de disculpa, conmigo se casara.
Teme su honor, y cuando más se abrasa,
se hiela y me desprecia.

TRISTÁN:

Si te diese
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO:

Que a ti se pasa
de Ulises el espíritu.

TRISTÁN:

Si fuese
tan ingenioso, que a tu misma casa
un generoso padre te trajese,
con que fueses igual a la condesa,
¿no saldrías, señor, con esta empresa?

El perro del hortelano

121

TEODORO:

Eso es sin duda.

TRISTÁN:

El conde Ludovico
caballero ya viejo, habrá veinte años
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre,
que era sobrino de su gran maestro.

Cautiváronle moros de Biserta,
y nunca supo dél, muerto ni vivo.

Éste ha de ser tu padre, y tú su hijo,
y yo lo he de trazar.

TEODORO:

Tristán, advierte
que puedes levantar alguna cosa
que nos cueste a los dos la honra y vida.

TRISTÁN:

A casa hemos llegado. A Dios te queda;
que tú serás marido de Dïana
antes que den las doce de mañana.

Vase

TEODORO:

Bien al contrario pienso yo dar medio
a tanto mal, pues el Amor bien sabe
que no tiene enemigo que le acabe
con más facilidad que tierra en medio.
Tierra quiero poner, pues que remedio,
con ausentarme, Amor, rigor tan grave,
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.
Todos los que llegaron a este punto,
poniendo tierra en medio te olvidaron;
que en tierra al fin le resolvieron junto.
Y la razón que de olvidar hallaron
El perro del hortelano

122

es que amor se confiesa por difunto,
pues que con tierra en medio te enterraron.

Sale DIANA

DIANA:

¿Estás ya mejorado
de tus tristezas, Teodoro?

TEODORO:

Si en mis tristezas adoro,
sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar
de la enfermedad que tengo,
pues sólo a estar triste vengo
cuando imagino sanar.
¡Bien hayan males que son
tan dulces para sufrir
que se ve un hombre morir
y estima su perdición!
Sólo me pesa que ya
esté mi mal en estado,
que he de alejar mi cuidado
de donde su dueño está.

DIANA:

¡Ausentarte! Pues, ¿por qué?

TEODORO:

Quiérenme matar.

DIANA:

Sí, harán.

TEODORO:

Envidia a mi mal tendrán
que bien al principio fue.

El perro del hortelano

123

Con esta ocasión, te pido
licencia para irme a España.

DIANA:

Será generosa hazaña
de un hombre tan entendido;
que con esto quitarás
la ocasión de tus enojos,
y aunque des agua a mi ojos,
honra a mi casa darás.

que desde aquel bofetón
Federico me ha tratado
como celoso, y me ha dado
para dejarte ocasión.

Vete a España; que yo haré
que te den seis mil escudos.

TEODORO:

Haré tus contrarios mudos
con mi ausencia. Dame el pie.

DIANA:

Anda, Teodoro. No más.

Déjame; que soy mujer.

TEODORO:

(Llora; mas, ¿qué puedo hacer?) Aparte

DIANA:

En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO:

Sí, señora.

DIANA:

Espera... Vete...

Oye.

El perro del hortelano

124

TEODORO:

¿Qué mandas?

DIANA:

No, nada;

vete.

TEODORO:

Voyme.

DIANA:

(Estoy turbada. Aparte
¿Hay tormento que inquiete
como una pasión de amor?)
¿No eres ido?

TEODORO:

Ya, señora.

Me voy.

Vase

DIANA:

¡Buena quedo agora!
¡Maldígate Dios, honor!
Temeraria invención fuiste,
tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Mas fue justo,
pues que tu freno resiste
tantas cosas tan mal hechas.

Vuelve TEODORO

TEODORO:

Vuelvo a saber si hoy podré
partirme.

El perro del hortelano

125

DIANA:

Ni yo lo sé,
ni tú, Teodoro, sospechas
que me pesa de mirarte,
pues que te vuelves aquí.

TEODORO:

Señora, vuelvo por mí,
que no estoy en otra parte;
y como me he de llevar,
vengo para que me des
a mí mismo.

DIANA:

Si después
te has de volver a buscar,
no me pidas que te dé.
Pero vete; que el amor
lucha con mi noble honor,
y vienes tú a ser traspíe.
Vete, Teodoro, de aquí;
no te pidas, aunque puedas;
que yo sé que si te quedas,
allá me llevas a mí.

TEODORO:

Quede vuestra señoría

con Dios.

Vase

DIANA:

¡Maldita ella sea,
pues me quita que yo sea
de quien el alma quería!
¡Buena quedo yo, sin quien
era luz de aquestos ojos!
Pero sientan sus enojos:
quien mira mal, llore bien;
El perro del hortelano

126

ojos, pues os habéis puesto
en cosa tan desigual,
pagad el mirar tan mal;
que no soy la culpa desto;
mas no lloren; que también
tiempla el mal llorar los ojos;
pero sientan sus enojos.
Quien mira mal, llore bien;
aunque tendrán ya pensada
la disculpa para todo;
que el sol los pone en el lodo,
y no se le pega nada.

Luego bien es que no den
en llorar. Cesas, mis ojos.

Pero sientan sus enojos.

Quien mira mal, llore bien.

Sale MARCELA

MARCELA:

Si puede la confianza
de los años de servirte
humildemente pedirte
lo que justamente alcanza,
a la mano te ha venido
la ocasión de mi remedio,
y poniendo tierra en medio,
no verme si te he ofendido.

DIANA:

¿De tu remedio, Marcela?

¿Cuál ocasión? Que aquí estoy.

MARCELA:

Dicen que se parte hoy,
por peligros que recela,
Teodoro a España, y con él
El perro del hortelano

127

puedes, casada, enviarme,
pues no verme es remediarme.

DIANA:

¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA:

Pues, ¿pidiérate yo a ti
sin tener satisfacción,
remedio en esta ocasión?

DIANA:

¿Hasle hablado?

MARCELA:

Y él a mí,
pidiéndome lo que digo.

DIANA:

(¡Qué a propósito me viene
Aparte
esta desdicha!)

MARCELA:

Ya tiene
tratado aquesto conmigo,
y el modo con que podemos
ir con más comodidad.

DIANA:

(¡Ay necio honor!, perdonad; Aparte
que amor quiere hacer extremos.
Pero no será razón
pues que podéis remediar
fácilmente este pesar.)

MARCELA:

¿No tomas resolución?

El perro del hortelano

128

DIANA:

No podré vivir sin ti,
Marcela, y haces agravio
a mi amor, y aun al de Fabio,
que sé yo que adora en ti.
Yo te casaré con él;
deja partir a Teodoro.

MARCELA:

A Fabio aborrezco; adoro
a Teodoro.

DIANA:

(¡Qué crüel
Aparte
ocasión de declararme!
Mas teneos, loco amor.)

Fabio te estará mejor.

MARCELA:

Señora...

DIANA:

No hay replicarme.

Vase

MARCELA:

¿Qué intentan imposibles mis sentidos,
contra tanto poder determinados?

Que celos poderosos declarados
harán un desatino, resistidos.

Volved, volved atrás, pasos perdidos,
que corréis a mi fin precipitados;
árboles son amores desdichados,
a quien el hielo marchitó floridos.

Alegraron el alma las colores
que el tirano poder cubrió de luto;
que hiela ajeno amor muchos amores.

El perro del hortelano

129

Y cuando de esperar daba tributo,
¿qué importa la hermosura de las flores,
si se perdieron esperando el fruto?

Vase. Sale el conde LUDOVICO y CAMILO

CAMILO:

Para tener sucesión,
no te queda otro remedio.

LUDOVICO:

Hay muchos años en medio,
que mi enemigos son,
y aunque tiene esa disculpa
el casarse en la vejez,
quiere el temor ser jüez,
y ha de averiguar la culpa.

Y podría suceder
que sucesión no alcanzase,
y casado me quedase;
y en un viejo una mujer
es en un olmo una hiedra,
que aunque con tan varios lazos
la cubre de sus abrazos,
él se seca y ella medra.

Y tratarme casamientos
es traerme a la memoria,
Camilo, mi antigua historia
y renovar mis tormentos.

Esperando cada día

con engaños a Teodoro
veinte años ha que le lloro.

Sale un PAJE

El perro del hortelano

130

PAJE:

Aquí a vuestra señoría
busca un griego mercader.

LUDOVICO:

Dí que entre.

Avisa el PAJE y salen TRISTÁN y FURIO con traje griego

TRISTÁN:

Dadme esas manos
y los cielos soberanos,
con su divino poder,
os den el mayor consuelo
que esperáis.

LUDOVICO:

Bien seáis venido.

Mas, ¿qué causa os ha traído
por este remoto suelo?

TRISTÁN:

De Constantinopla vine
a Chipre, y della a Venecia
con una nave cargada
de ricas telas de Persia.
Acordéme de una historia
que algunos pasos me cuesta;
y con deseos de ver
a Nápoles, ciudad bella,
mientras allá mis criados
van despachando las telas,
vine, como veis, aquí,
donde mis ojos confiesan
su grandeza y hermosura.

El perro del hortelano

131

LUDOVICO:

Tiene hermosura y grandeza
Nápoles.

TRISTÁN:

Así es verdad.

Mi padre, señor, en Grecia
fue mercader, y en su trato,
el de más ganancia era
comprar y vender esclavos;
y así en la feria de Azteclias

compró un niño, el más hermoso
que vio la naturaleza,
por testigo del poder
que le dio el cielo en la tierra.
Vendíanle algunos turcos,
entre otra gente bien puesta,
a una galera de Malta
que las de un bajá turquescas
prendieron en Chafalonia.

LUDOVICO:

Camilo, el alma me altera.

TRISTÁN:

Aficionado al rapaz,
compróle y llevóle a Armenia
donde se crió conmigo
y una hermana.

LUDOVICO:

Amigo, espera,
espera; que me traspasas
las entrañas.

TRISTÁN:

(¡Qué bien entra!)

Aparte

El perro del hortelano

132

LUDOVICO:

¿Dijo cómo se llamaba?

TRISTÁN:

Teodoro.

LUDOVICO:

¡Ay cielo! ¡Qué fuerza
tiene la verdad de oírte!
Lágrimas mis canas riegan.

TRISTÁN:

Serpaltonia, mi hermana,
y este mozo—¡nunca fuera
tan bello!—con la ocasión
de la crianza, que engendra
el amor que todos saben,
se amaron desde la tierna
edad; y a dieciséis años,
de mi padre en cierta ausencia,
ejecutaron su amor,
y creció de suerte en ella,
que se le echaba de ver,
con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y para parir

a Serpalitonia deja.
Catiborrato, mi padre,
no sintió tanto la ofensa
como el dejarle Teodoro.
Murió en efeto de pena,
y bautizamos su hijo;
que aquella parte de Armenia
tiene vuestra misma ley,
aunque es diferente iglesia.
Llamamos al bello niño
Terimaconio, que queda
un bello rapaz agora
en la ciudad de Tepecas.
Andando en Nápoles yo
El perro del hortelano
133

mirando cosas diversas,
saqué un papel en que traje
deste Teodoro las señas,
y preguntando por él
me dijo una esclava griega
que en mi posada servía:
“¿Cosa que ese mozo sea
el del conde Ludovico?”
Dióme el alma una luz nueva,
y doy en que os he de hablar;
y por entrar en la vuestra,
entro, según me dijeron,
en casa de la condesa
de Belflor, y al primer hombre
que pregunto...

LUDOVICO:

Ya me tiembla
el alma.

TRISTÁN:

...veo a Teodoro.

LUDOVICO:

¡A Teodoro!

TRISTÁN:

Si bien quisiera
hüirse; pero no pudo;
dudé un poco, y era fuerza,
porque el estar ya barbado
tiene alguna diferencia.
Fui tras él, asíle en fin,
hablóme, aunque con vergüenza,
y dijo que no dijese

a nadie en casa quién era,
porque el haber sido esclavo
no diese alguna sospecha.

Díjeme: “Si yo he sabido
El perro del hortelano

134

que eres hijo en esta tierra
de un título, ¿por qué tienes
la esclavitud por bajeza?”

Hizo gran burla de mí;
y yo, por ver si concuerda
tu historia con la que digo,
vine a verte, y a que tengas,
si es verdad que éste es tu hijo,
con tu nieto alguna cuenta;
o permitas que mi hermana
con él a Nápoles venga,
no para tratar casarse,
aunque le sobra nobleza;
mas porque Terimaconio
tan ilustre abuelo vea.

LUDOVICO:

Dame mil veces tus brazos:
que el alma con sus potencias
que es verdadera tu historia
en su regocijo muestran.

¡Ay, hijo del alma mía
tras tantos años de ausencia
hallado para mi bien!

Camilo, ¿qué me aconsejas?
¿Iré a verle y conocerle?

CAMILO:

¿Eso dudas? Parte, vuela,
y añade vida en tus brazos
a los años de tus penas.

LUDOVICO:

Amigo, si quieres ir
conmigo, será más cierta
mi dicha; si descansar,
aquí aguardando te queda;
y dente por tanto bien
toda mi casa y hacienda;
El perro del hortelano

135

que no puedo detenerme.

TRISTÁN:

Yo dejé, puesto que cerca,

ciertos diamantes que traigo,
y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí, Mercaponios.

FURIO:

Vamos, señor.

TRISTÁN:

Bien se entrecas
el engaño.

FURIO:

Muy bonis.

TRISTÁN:

Andemis.

Vanse TRISTÁN y FURIO

CAMILO:

¡Extraña lengua!

LUDOVICO:

Vente, Camilo, tras mí.

Vanse. Sale TRISTÁN, en el portal de uno casa, cuya puerta está cerrada;

FURIO está delante de la puerta

TRISTÁN:

¿Trasponen?

FURIO:

El viejo vuela,

El perro del hortelano

136

sin aguardar coche o gente.

TRISTÁN:

¿Cosa que esto verdad sea,
y que éste fuese Teodoro?

FURIO:

¿Mas si en mentira como ésta
hubiese alguna verdad?

TRISTÁN:

Estas almalafas lleva;
que me importa desnudarme,
porque ninguno me vea
de los que aquí me conocen.

FURIO:

Desnuda presto.

TRISTÁN:

¡Que pueda
esto el amor de los hijos!

FURIO:

¿Adónde te aguardo?

TRISTÁN:

Espera,

Furio, en la choza del olmo.

FURIO:

Adiós.

Vase

TRISTÁN:

¡Qué tesoro llega
al ingenio! Aquí debajo
traigo la capa revuelta,
El perro del hortelano
137

que como medio sotana
me la puse, porque hubiera
más lugar en el peligro
de dejar en una puerta,
con el armenio turbante,
las hopalandas gregüescas.

Salen RICARDO y FEDERICO

FEDERICO:

Digo que es éste el matador valiente
que a Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO:

¡Ah hidalgo!, ¿ansí se cumple entre la gente
que honor profesa y que opinión procura,
lo que se prometió tan fácilmente?

TRISTÁN:

Señor...

FEDERICO:

¿Somos nosotros por ventura
de los iguales vuestros?

TRISTÁN:

Sin oírme,
no es justo que mi culpa se confirme.
Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,
que ha de morir por esta mano airada;
pero puede ofender vuestro decoro
públicamente ensangrentar mi espada.
Es la prudencia un celestial tesoro,
y fue de los antiguos celebrada
por única virtud. Estén muy ciertos
que le pueden contar entre los muertos.
Estáse melancólico de día,
El perro del hortelano

138

y de noche cerrado en su aposento;
que alguna cuidadosa fantasía
le debe de ocupar el pensamiento.
Déjenme a mí; que una mojada fría
pondrá silencio a su vital aliento;

y no se precipiten desafortunada suerte;
que yo sé cuándo le he de dar la muerte.

FEDERICO:

Paréceme, marqués, que el hombre acierta.
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.

No dudéis, matarále.

RICARDO:

Cosa es cierta.

Por muerto le contad.

FEDERICO:

Hablemos paso.

TRISTÁN:

En tanto que esta muerte se concierta,
vuseñorías, ¿no tendrán acaso
cincuenta escudos? Que comprar querría
un rocín, que volase el mismo día.

RICARDO:

Aquí los tengo yo. Tomad, seguro
de que, en saliendo con aquesta empresa,
lo menos es pagaros.

TRISTÁN:

Yo aventuro

la vida, que servir buenos profesas.

Con esto, adiós; que no me vean, procuro,
hablar desde el balcón de la condesa
con vuestras señorías.

El perro del hortelano

139

FEDERICO:

Sois discreto.

TRISTÁN:

Ya lo verán al tiempo del efeto.

Vase

FEDERICO:

Bravo es el hombre.

RICARDO:

Astuto y ingenioso

FEDERICO:

¡Qué bien le ha de matar!

RICARDO:

Notablemente.

Sale CELIO

CELIO:

¿Hay caso más extraño y fabuloso?

FEDERICO:

¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas?

Detente.

CELIO:

Un suceso notable y riguroso
para los dos. ¿No veis aquella gente
que entra en casa del conde Ludovico?

RICARDO:

¿Es muerto?
El perro del hortelano
140

CELIO:

Que me escuches te suplico.
A darle van el parabién contentos
de haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO:

Pues, ¿qué puede ofender nuestros intentos,
que le haya esa ventura sucedido?

CELIO:

¿No importa a los secretos pensamientos
que con Dïana habéis los dos tenido,
que sea aquel Teodoro, su criado,
hijo del conde?

FEDERICO:

El alma me has turbado.

RICARDO:

¿Hijo del conde? Pues, ¿de qué manera
se ha venido a saber?

CELIO:

Es larga historia,
y cuéntanla tan varia, que no hubiera
para tomarla tiempo ni memoria.

FEDERICO:

¡A quién mayor desdicha sucediera!

RICARDO:

Trocóse en pena mi esperada gloria.

FEDERICO:

Yo quiero ver lo que es.

RICARDO:

Yo, conde, os sigo.
El perro del hortelano
141

CELIO:

Presto veréis que la verdad os digo.
Vanse. Salen TEODORO, de camino y MARCELA

MARCELA:

En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO:

Tú eres causa desta ausencia;
que en desigual competencia

no resulta bien jamás.

MARCELA:

Disculpas tan falsas das
como tu engaño lo ha sido;
porque haberme aborrecido
y haber amado a Diana
lleva tu esperanza vana
sólo a procurar su olvido.

TEODORO:

¿Yo a Diana?

MARCELA:

Niegas tarde,
Teodoro, el loco deseo
con que perdido te veo
de atrevido y de cobarde:
cobarde en que ella se guarde
el respeto que se debe;
y atrevido, pues se atreve
tu bajeza a su valor;
que entre el honor y el amor
hay muchos montes de nieve.

Vengada quedo de ti,
aunque quedo enamorada,
El perro del hortelano

142

porque olvidaré vengada;
que el amor olvida así.
Si te acordares de mí
imagina que te olvido
porque me quieras; que ha sido
siempre error que suele hacer
que vuelva un hombre a querer,
pensar que es aborrecido.

TEODORO:

¡Qué de quimeras tan locas,
para casarte con Fabio!

MARCELA:

Tú me casas; que al agravio
de tu desdén me provocas.

Sale FABIO

FABIO:

Siendo las horas tan pocas
que aquí Teodoro ha de estar,
bien haces, Marcela, en dar
ese descanso a tus ojos.

TEODORO:

No te den celos enojos

que han de pasar tanto mar.

FABIO:

En fin, ¿te vas?

TEODORO:

¿No lo ves?

FABIO:

Mi señora viene a verte.

El perro del hortelano

143

Salen DIANA, DOROTEA y ANARDA

DIANA:

¿Ya, Teodoro, desta suerte?

TEODORO:

Alas quisiera en los pies,
cuanto más, señora, espuelas.

DIANA:

¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

ANARDA:

Todo está aprestado y junto.

[FABIO y MARCELA hablan aparte]

FABIO:

(En fin, ¿se va?

MARCELA:

¿Y tú me celas!)

[DIANA habla] a TEODORO

DIANA:

Oye aquí aparte.

TEODORO:

Aquí estoy
a tu servicio.

DIANA:

Teodoro,

tú te partes, yo te adoro.

El perro del hortelano

144

TEODORO:

Por tus crueldades me voy.

DIANA:

Soy quien sabes; ¿qué he de hacer?

TEODORO:

¿Lloras?

DIANA:

No; que me ha caído
algo en los ojos.

TEODORO:

¿Si ha sido
amor?

DIANA:

Sí debe de ser;
pero mucho antes cayó,
y agora salir querría.

TEODORO:

Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.
Sin ella tengo de ir;
no hago al serviros falta,
porque hermosura tan alta
con almas se ha de servir.
¿Qué me mandáis? Porque yo
soy vuestro.

DIANA:

¡Qué triste día!

TEODORO:

Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.
El perro del hortelano
145

DIANA:

¿Lloras?

TEODORO:

No; que me ha caído
algo, como a ti, en los ojos.

DIANA:

Deben de ser mis enojos.

TEODORO:

Eso debe de haber sido.

DIANA:

Mil niñerías te he dado,
que en un baúl hallarás;
perdona, no pude más.
Si le abrieres, ten cuidado
de decir, como a despojos
de vitoria tan tirana,
“Aquéstos puso Diana
con lágrimas de sus ojos.”

[Hablan aparte ANARDA y DOROTEA]

ANARDA:

(Perdidos los dos están.

DOROTEA:

¡Qué mal se encubre el amor!

ANARDA:

Quedarse fuera mejor.
Manos y prendas se dan.

DOROTEA:

Diana ha venido a ser
el perro del hortelano.
El perro del hortelano
146

ANARDA:

Tarde le toma la mano.

DOROTEA:

O coma o deje comer.)

Salen LUDOVICO y CAMILO

LUDOVICO:

Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, a un hombre de mis años
para entrar desta suerte a visitaros.

DIANA:

Señor conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO:

Pues, ¿vos sola

no sabéis lo que sabe toda Nápoles?

Que en un instante que llegó la nueva,
apenas me han dejado por las calles,
ni he podido llegar a ver mi hijo.

DIANA:

¿Qué hijo? Que no te entiendo el regocijo.

LUDOVICO:

¿Nunca vuseñoría de mi historia
ha tenido noticia, y que ha veinte años
que enviaba un niño a Malta con su tío,
y que le cautivaron las galeras
de Alí Bajá?

DIANA:

Sospecho que me han dicho
ese suceso vuestro.

El perro del hortelano

147

LUDOVICO:

Pues el cielo

me ha dado a conocer el hijo mío
después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA:

Con justa causa, conde, me habéis dado
tan buena nueva.

LUDOVICO:

Vos, señora mía,

me habéis de dar, en cambio de la nueva,
el hijo mío, que sirviéndoos vive,

bien descuidado de que soy su padre.

¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA:

¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO:

No, señora, no es Fabio, que es Teodoro.

DIANA:

¡Teodoro!

LUDOVICO:

Sí, señora.

TEODORO:

¿Cómo es esto?

DIANA:

Habla, Teodoro, si es tu padre el conde.

LUDOVICO:

Luego, ¿es aquéste?

TEODORO:

Señor conde, advierta

El perro del hortelano

148

vuseñoría...

LUDOVICO:

No hay qué advertir, hijo,

hijo de mis entrañas, sino sólo

el morir en tus brazos.

DIANA:

¡Caso extraño!

ANARDA:

¡Ay señora! ¿Teodoro es caballero

tan principal y de tan alto estado?

TEODORO:

Señor, yo estoy sin alma, de turbado.

¿Hijo soy vuestro?

LUDOVICO:

Cuando no tuviera

tanta seguridad, el verte fuera

de todas la mayor. ¡Qué parecido

a cuando mozo fui!

TEODORO:

Los pies te pido,

y te suplico...

LUDOVICO:

No me digas nada;

que estoy fuera de mí. ¡Qué

gallardía!

Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!

¡Qué bien que te escribió naturaleza

en la cara, Teodoro, la nobleza!

Vamos de aquí; ven luego, luego toma

posesión de mi casa y de mi hacienda;
ven a ver esas puertas coronadas
de las armas más nobles deste reino.

El perro del hortelano

149

TEODORO:

Señor, yo estaba de partida a España,
y así me importa.

LUDOVICO:

¿Cómo a España?

¡Bueno!

España son mis brazos.

DIANA:

Yo os suplico,
señor conde, dejéis aquí a Teodoro
hasta que se reporte, y en buen hábito
vaya a reconocer como hijo;
que no quiero que salga de mi casa
con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO:

Habláis como quien sois tan cuerdamente.
Dejarle sienta por un breve instante;
mas porque más rumor no se levante,
me iré, rogando a vuestra señoría
que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA:

Palabra os doy.

LUDOVICO:

Adiós, Teodoro mío.

TEODORO:

Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO:

Camilo,
venga la muerte agora.

El perro del hortelano

150

CAMILO:

¡Qué gallardo
mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO:

Pensar poco
quiero este bien, por no volverme loco.
Vanse LUDOVICO y CAMILO

DOROTEA:

Danos a todos las manos.

ANARDA:

Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA:

Hacernos debes favor.

MARCELA:

Los señores que son llanos
conquistan las voluntades.

Los brazos nos puedes dar.

DIANA:

Apartaos, dadme lugar;
no le digáis necedades.

Déme vuestra señoría
las manos, señor Teodoro.

TEODORO:

Agora esos pies adoro,
y sois más señora mía.

DIANA:

Salíos todos allá;
dejadme con él un poco.

[MARCELA habla aparte a FABIO]

El perro del hortelano

151

MARCELA:

(¿Qué dices, Fabio?

FABIO:

Estoy loco.)

[DOROTEA habla] aparte a ANARDA

DOROTEA:

(¿Qué te parece?

ANARDA:

Que ya

mi ama no querrá ser
el perro del hortelano.

DOROTEA:

¿Comerá ya?

ANARDA:

Pues, ¿no es llano?

DOROTEA:

Pues reviente de comer.)

Vanse MARCELA, FABIO, DOROTEA y ANARDA

DIANA:

¿No te vas a España?

TEODORO:

¿Yo?

DIANA:

¿No dice vuseñoría,
“Yo me voy, señora mía,

El perro del hortelano

152

yo me voy, el alma no” ?

TEODORO:

¿Burlas de ver los favores
de la Fortuna?

DIANA:

Haz extremos.

TEODORO:

Con igualdad nos tratemos,
como suelen los señores,
pues todos lo somos ya.

DIANA:

Otro me pareces.

TEODORO:

Creo

que estás con menos deseo:
pena el ser tu igual te da.
Quisiérasme tu criado,
porque es costumbre de amor
querer que sea inferior
lo amado.

DIANA:

Estás engañado;
porque agora serás mío,
y esta noche he de casarme
contigo.

TEODORO:

No hay más que darme:
Fortuna, tente.

DIANA:

Confío
que no ha de haber en el mundo
El perro del hortelano
153

tan venturosa mujer.

Vete a vestir.

TEODORO:

Iré a ver
el mayorazgo que hoy fundo,
y este padre que me hallé
sin saber cómo o por dónde.

DIANA:

Pues adiós mi señor conde.

TEODORO:

Adiós, condesa.

DIANA:

Oye.

¿Qué?

DIANA:

¡Qué! Pues, ¿cómo? ¿A su
señora
así responde un criado?

TEODORO:

Está ya el juego trocado,
y soy yo el señor agora.

DIANA:

Sepa que no me ha de dar
más celitos con Marcela,
aunque este golpe le duela.

TEODORO:

No nos solemos bajar
los señores a querer
las criadas.

El perro del hortelano

154

DIANA:

Tenga cuenta
con lo que dice.

TEODORO:

Es afrenta.

DIANA:

Pues, ¿quién soy yo?

TEODORO:

Mi mujer.

Vase

DIANA:

No hay más que desear; tente, Fortuna,
como dijo Teodoro, tente, tente.

Salen FEDERICO y RICARDO

RICARDO:

En tantos regocijos y alborotos,
¿no se da parte a los amigos?

DIANA:

Tanta
cuanta vuseñorías me pidieren.

FEDERICO:

De ser tan gran señor vuestro criado
os las pedimos.

DIANA:

Yo pensé, señores,
que las pedís con que licencia os pido,
de ser Teodoro conde y mi marido.

El perro del hortelano

155

Vase

RICARDO:

¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO:

Estoy sin seso.

RICARDO:

¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!

FEDERICO:

Veisle, aquí viene.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN:

(Todo está en su punto.

Aparte

¡Brava cosa! ¡Que pueda un lacaífero ingenio alborotar a toda Nápoles!)

RICARDO:

Tente, Tristán, o como te apellidas.

TRISTÁN:

Mi nombre natural es “Quita-vidas”.

FEDERICO:

¡Bien se ha echado de ver!

TRISTÁN:

Hecho estuviera,

a no ser conde de hoy acá este muerto.

El perro del hortelano

156

RICARDO:

Pues, ¿eso importa?

TRISTÁN:

Al tiempo que el concierto

hice por los treientos solamente,

era para matar, como fue llano,

un Teodoro criado, mas no conde.

Teodoro conde es cosa diferente,

y es menester que el galardón se aumente;

que más costa tendrá matar un conde

que cuatro o seis criados, que están muertos,

unos de hambre y otros de esperanzas,

y no pocos de envidia.

FEDERICO:

¿Cuánto quieres?

¡Y mátales esta noche!

TRISTÁN:

Mil escudos.

RICARDO:

Yo los prometo.

TRISTÁN:

Alguna señal quiero.

RICARDO:

Esta cadena.

TRISTÁN:

Cuenten el dinero.

FEDERICO:

Yo voy a prevenirlo.

TRISTÁN:

Yo a matalle.

El perro del hortelano

157

¿Oyen?

RICARDO:

¿Qué? ¿Quieres más?

TRISTÁN:

Todo hombre calle.

Vanse RICARDO y FEDERICO. Sale TEODORO

TEODORO:

Desde aquí te he visto hablar

con aquellos matadores.

TRISTÁN:

Los dos necios son mayores

que tiene tan gran lugar.

Esta cadena me han dado,

mil escudos prometido

porque hoy te mate.

TEODORO:

¿Qué ha sido

esto que tienes trazado?

Que estoy temblando, Tristán.

TRISTÁN:

Si me vieras hablar griego,

me dieras, Teodoro, luego

más que estos locos me dan.

¡Por vida mía, que es cosa

fácil el greguecizar!

Ello en fin no es más de hablar;

mas era cosa donosa

los nombres que les decía:

Azteclias, Catiborratos,

Serpaltonia, Xipatos,

Atecas, Filimoclía....

Que esto debe de ser griego,

El perro del hortelano

158

como ninguno lo entiende,

y en fin, por griego se vende.

TEODORO:

A mil pensamientos llego
que me causan gran tristeza,
pues si se sabe este engaño,
no hay que esperar menos daño
que cortarme la cabeza.

TRISTÁN:

¿Agora sales con eso?

TEODORO:

Demonio debes de ser.

TRISTÁN:

Deja la suerte correr,
y espera el fin del suceso.

TEODORO:

La condesa viene aquí.

TRISTÁN:

Yo me escondo; no me vea.

Ocúltase. Sale DIANA

DIANA:

¿No eres ido a ver tu padre,
Teodoro?

TEODORO:

Una grave pena
me detiene; y finalmente
vuelvo a pedirte licencia
para proseguir mi intento
El perro del hortelano
159

de ir a España.

DIANA:

Si Marcela
te ha vuelto a tocar el alma,
muy justa disculpa es ésa.

TEODORO:

¿Yo Marcela?

DIANA:

Pues, ¿qué tienes?

TEODORO:

No es cosa para ponerla
desde mi boca a tu oído.

DIANA:

Habla, Teodoro, aunque sea
mil veces contra mi honor.

TEODORO:

Tristán, a quien hoy pudiera
hacer el Engaño estatuas,
la Industria versos, y Creta
rendir laberintos, viendo

mi amor, mi eterna tristeza,
sabiendo que Ludovico
perdió un hijo, esta quimera
ha levantado conmigo,
que soy hijo de la tierra
y no he conocido padre
más que mi ingenio, mis letras
y mi pluma. El conde cree
que lo soy; y aunque pudiera
ser tu marido, y tener
tanta dicha y tal grandeza,
mi nobleza natural
que te engañe no me deja,
El perro del hortelano
160

porque soy naturalmente
hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir a España
vuelvo a pedirte licencia;
que no quiero yo engañar
tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA:

Discreto y necio has andado:
discreto en que tu nobleza
me has mostrado en declararte;
necio en pensar que lo sea
en dejarme de casar,
pues he hallado a tu bajeza
el color que yo quería;
que el gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.

Yo me he de casar contigo;
y porque Tristán no pueda
decir aqueste secreto,
hoy haré que cuando duerma,
en ese pozo de casa
le sepulten.

Saliendo [TRISTÁN]

TRISTÁN:

Guarda afuera.

DIANA:

¿Quién habla aquí?

TRISTÁN:

¿Quién? Tristán,
que justamente se queja
de la ingratitud mayor

El perro del hortelano

161

que de mujeres se cuenta.

Pues, ¡siendo yo vuestro gozo,

aunque nunca yo lo fuera,

en el pozo me arrojáis!

DIANA:

¡Qué!, ¿lo has oído?

TRISTÁN:

No creas

que me pescarás el cuerpo.

DIANA:

Vuelve.

TRISTÁN:

¿Que vuelva?

DIANA:

Que vuelvas.

Por el donaire te doy

palabra de que no tengas

mayor amiga en el mundo;

pero has de tener secreta

esta invención, pues es tuya.

TRISTÁN:

Si me importa que lo sea,

¿no quieres que calle?

TEODORO:

Escucha.

¿Qué gente y qué grita es ésta?

Salen LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, CAMILO, FABIO,

MARCELA, ANARDA y DOROTEA

El perro del hortelano

162

RICARDO:

Queremos acompañar

a vuestro hijo.

FEDERICO:

La bella

Nápoles está esperando

que salga, junto a la puerta.

LUDOVICO:

Con licencia de Diana,

una carroza te espera,

Teodoro, y junta, a caballo,

de Nápoles la nobleza.

Ven, hijo, a tu propia casa

tras tantos años de ausencia;

verás adonde naciste.

DIANA:

Antes que salga y la vea,
quiero, conde, que sepáis
que soy su mujer.

LUDOVICO:

Detenga
la Fortuna, en tanto bien,
con clavo de oro la rueda.
Dos hijos saco de aquí,
si vine por uno.

FEDERICO:

Llega,
Ricardo, y da el parabién.

RICARDO:

Darle, señores, pudiera
de la vida de Teodoro;
que celos de la condesa
me hicieron que a este cobarde
El perro del hortelano
163

diera, sin esta cadena,
por matarle mil escudos.
Haced que luego le prendan,
que es encubierto ladrón.

TEODORO:

Eso no; que no profesa
ser ladrón quien a su amo
defiende.

RICARDO:

¿No? Pues, ¿quién era
este valiente fingido?

TEODORO:

Mi criado; y porque tenga
premio el defender mi vida,
sin otras secretas deudas,
con licencia de Diana,
le caso con Dorotea,
pues que ya su señoría
casó con Fabio a Marcela.

RICARDO:

Yo doto a Marcela.

FEDERICO:

Y yo
a Dorotea.

LUDOVICO:

Bien queda
para mí, con hijo y casa,

el dote de la condesa.

TEODORO:

Con esto, senado noble,
que a nadie digáis se os ruega

el secreto de Teodoro,

El perro del hortelano

164

dando, con licencia vuestra,

del Perro del Hortelano

fin la famosa comedia.

Felix Lope de Vega y Carpio

El vellocino de oro

Figuras de la comedia

HELENIA.
FINEO.
SOLDADOS.
FRISO.
MEDEA.
FENISA.
DORICLEA.
JASÓN.
EL REY DE COLCOS.
MARTE.
TESEO.
NINFAS Y MÚSICA.

Loa famosa

Tocando un clarín primero, salga una dama a caballo en el Pegaso, que ha de traer unas alas a los lados, y ella un tocado de plumas altas, y un manto de velo de plata, bordado de ojos y lenguas, preso en los hombros.

Yo llego a buena ocasión,
si no me engaña el deseo;
los mismos que dijo son
hoy en su templo Febeo,
el gran padre de Faetón.
Aquí dijo que hallaría,
en las siestas de este día,
el Sol y Luna de España:
¡qué gloria los campos baña!
¡Qué resplandor! ¡Qué alegría!
Diome el caballo Pegaso,

de varias plumas vestido,
que estampa en el aire el paso,
cuyas alas me han traído
de las cumbres del Parnaso.

Puesto que la tierra y cielo
puedo penetrar de un vuelo,
porque toda plumas soy,
ciega de mirar estoy
tantos cielos en el suelo.

Con haberme fabricado
¡oh, tú que el cielo gobiernas,
alto Júpiter sagrado!
Toda de lenguas eternas,
aquí todas me han faltado.

Pues para ver sin enojos
tan soberanos despojos,
pocas las estrellas son
del esmaltado pavón
a quien Argos dio los ojos.

Ya mi propósito muda
el resplandor de su llama:
de hablar he quedado en duda;
¿quién dijera que la Fama
jamás estuviera muda?

Pero podré disculparme,
aunque el callar es mudarme
en otra naturaleza;
que sólo vuestra grandeza
pudo a silencio obligarme.

Yo vi a Alejandro, y hablé
de Alejandro, aunque señor
de toda la tierra fue,
y a César, cuyo valor
sobre Roma puso el pie.

Pero aunque tantas parecen
mis lenguas, hoy enmudecen
viendo con tanto valor
un Alejandro mayor,
pues dos mundos le obedecen.

Yo vi reinas, cuya historia
osé escribir, y dejar
para siempre a la memoria;
y aquí me viene a faltar
pluma para tanta gloria.

Pero ¡qué desconfianza
hace de quien soy, mudanza!
Hablar quiero; que pues soy

la Fama, obligada estoy
a vuestra eterna alabanza.

Sale por otra parte, tocándose chirimías, otra dama a caballo, con un tocado de palmas de oro enlazadas, y un manto de plata en los hombros, bordado de palmas.

DAMA 2

El sitio lo manifiesta:
él es, que a la vista ofrece
tan esmaltada floresta:
no he tardado, pues parece
que dan principio a la fiesta.

Todo lo alcanza el deseo;
retratos del cielo veo
con tan altas majestades,
que pienso que en sus deidades
la turbada vista empleo.

Y como su perfección
apenas la diferencio,
y de igual belleza son,
la lengua han puesto en silencio,
la vista en admiración.

Luego que el sonoro fin
del animado clarín
de la Fama hirió mi oído,
vine a este jardín, que ha sido
ya cielo, que no jardín.

Lejos de las señas voy:
errar el sitio podía,
¡oh, qué venturosa soy!
pues a este jardín venía.
y dentro del cielo estoy.

Presumo, deidades bellas,
que estoy en él, pues por ellas
es fácil de conocer
que tierra no puede ser
donde hay sol, luna y estrellas.

Aquí se turbara Apeles
viendo sus luces mayores,
y dejara los pinceles,
aunque le dieran colores
los jazmines y claveles.

Aquí Virgilio dejara
la pluma, en el mundo rara,
pues para miraros sólo,
todos sus rayos Apolo

en medio del cielo para.

No es alabaros mi intento;
que si tanta perfección
fiara a mi entendimiento,
cayera, como Faetón,
al mar de mi atrevimiento.

Por eso, claras estrellas,
angélicas luces bellas,
daré al silencio mis faltas;
que ofende las cosas altas
quien no sabe encarecellas.

Quisiera tener lugar
desde donde ver pudiera
la fiesta; quiero mirar
el sitio. ¿Quién me pudiera
mejor de todo informar,
que aquella dama que llama
a su vista mi deseo?
¿Quién sois, generosa dama?
Aunque las señas que veo
me dicen que sois la Fama.

DAMA 1

La Fama soy.

DAMA 2

Este día

llevaréis bien qué contar.

DAMA 1

Lo que no acierto a mirar,
acertar después querría
a encarecer y pintar.

Vos, ¿quién sois?

ENVIDIA

La Envidia soy.

DAMA 1

¿La Envidia? Pues ¿tan gallarda?
No la pintaron así
tantas edades pasadas:
poetas e historiadores.
de manera la retratan,
que no hay furia, no hay arpía
con quien tenga semejanza;

vos disfrazada venís.

DAMA 2

El nombre, Fama, os engaña;
que yo no soy esa Envidia
que las historias infaman.
Soy aquella Envidia noble,
que es virtud heroica y santa;
no la que es vicio, que aquí,
como hay tanto sol, no entrara.
¿No veis lleno mi vestido
de laureles y de palmas?
Pues por envidia las tengo
en las letras y en las armas.
Lloró Alejandro de envidia
que su padre no dejaba
más tierra que conquistase,
que fue de excederle causa.
Con envidia de Platón
estudió cosas tan raras
Aristóteles, que pudo
merecer más nombre y fama.
Aquesta Envidia soy yo;
porque si yo no animara
los ingenios de los hombres,
las plumas y las espadas,
ni hubiera libros famosos
de tantas ciencias, ni hallaras,
Fama, a quién dar tus laureles.

DAMA 1

Altamente desengañas
la que tu nombre promete;
pero ¿a qué vienes, qué aguardas
de esta fiesta?

DAMA 2

Quien la emprende,
a que pretenda me llama,
con envidia de otra fiesta,
puesto que ninguna basta
animar a lo imposible
las fuerzas de su esperanza.
Yo le dije que advirtiese
que era la empresa tan alta,
que a la misma Envidia noble,
con ser tan noble, desmaya,

y que habiendo precedido
tan rara invención, que basta
a ocupar eternamente
fama por naciones varias,
todo el bronce de tus lenguas,
todo el vuelo de tus alas,
no hallaba camino alguno,
porque la desconfianza
es ya mayor que la Envidia.

DAMA 1

¿Tú, por quien tantas hazañas
se han hecho en el mundo, dices
ahora tales palabras?
¿Qué invención pretende hacer?

DAMA 2

Aquella historia que canta
Ovidio, de donde tuvo
principio el Tusón de España.

DAMA 1

¿Es la de Frixo y Helenia?

DAMA 2

Esos trujeron al Asia
el vellocino de oro,
a quien Marte puso en guarda,
con dos toros, un dragón,
por cuya empresa las aguas
vieron la primera nave
abrir sus campos de plata.

DAMA 1

¿Quién le conquistó?

DAMA 2

Jasón,
dando favor a sus armas
los encantos de Medea.

DAMA 1

¿Quién viene?

DAMA 2

Volando baja.

Venga por lo alto, en una invención, la Poesía, vestida de dama, con un laurel en las manos y en la cabeza.

POESÍA

Envidia noble, prosigue:
no tengas temor, que ya
la Fama oyéndole está,
y tus pensamientos sigue:
aunque la desconfianza
buenos sucesos prometa,
siempre fue cosa discreta
desconfiar con templanza.

DAMA 2

Tu opinión quiero seguir:
¿quién eres?

POESÍA

Soy la Poesía,
que a los Reyes este día
vengo a alabar y servir.

DAMA 2

Vienes a buena ocasión;
diles lo que yo no puedo.

POESÍA

A mi pluma tengo miedo:
tan altas deidades son;
pero llamaré a mi hermana.

DAMA 2

¿Quién?

POESÍA

La Música.

DAMA 2

Pues di
que los alabe por ti,
y que lo escriba la Fama.

Váyanse la Envidia y la Fama. y diga la Poesía:

POESÍA

¿Oyes Música?

Responda una voz de adentro cantando.

MÚSICA

¿Quién es?

POESÍA

Tu hermana: soy la Poesía.

MÚSICA

¿Qué quieres?

POESÍA

Loar querría
las dos estrellas que ves.

MÚSICA

Vete a tu fiesta, y verás
cómo celebran las Musas
su valor, pues tú te excusas.

POESÍA

Música, no puedo más.

Vuélvase a subir, y cante la Música este villancico.

MÚSICA

Ya son mundos las almas,
de gloria llenas;
que Isabel y Felipe
reinan en ellas.
en los reinos reinan
todos los reyes,
en las almas sólo
quien los merece;
pero amor les tienen.

Salen por el mar Helenia y Frixo, sentados un carnero de oro, diciendo así:

FRIXO

¡Favor, Neptuno divino,
si te obliga la inocencia!

HELENIA

¿Quién ha de hacer resistencia
al furor de su destino?

FRIXO

A tu centro cristalino

lleguen, deidad soberana.
las lágrimas de mi hermana;
pero dejásla llorar
porque enriquezca tu mar
la mayor riqueza humana.

Alza los ojos al cielo,
hermosa Helenia, si está
el mar tan airado ya,
que se ha convertido en hielo:
obliga el piadoso celo
de las supremas deidades;
que si no las persuades
con ver llorar dos estrellas,
temo por sus perlas bellas
mayores adversidades.

HELENIA

Este dorado animal
debéis haber codiciado,
ninfas de Neptuno airado,
por el precioso metal:
por los campos de cristal
no sabrá pacer corales
entre ramas desiguales;
dejalde, que ya le espera
coronada la ribera
de jacintos orientales.

FRIXO

Mientras más, Helenia, lloras,
más enriqueces el mar,
que en conchas, sale a buscar
tus dos divinas auroras:
guarda el valor que atesoras,
hermana querida, en ellas,
que pues con perlas tan bellas
permiten que las respondas,
codiciosas son las ondas
y envidiosas las estrellas.

HELENIA

Loca de verse pisar
por donde más se dilata.
encrespa lazos de plata
la superficie del mar;
¡ondas, dejadnos pasar!

FRIXO

¡Ondas, tened compasión!

HELENIA

¡Ninfas, piedad, si es razón!

FRIXO

El mar sus montes allana;
que aquellos bultos, hermana,
celajes de tierra son.

HELENIA

Las nubes celajes nombras,
pero en el temor consiste;
que siempre engañan a un triste
las esperanzas con sombras.

FRIXO

¡Ay, Dios! Con razón asombras
de la aspereza del mar,
si nos salen a matar
sus ninfas.

HELENIA

No puede ser,
porque con tanto placer
a nadie se dio pesar.

Ábrase un peñasco y salga de él Doriclea, ninfa, sentada en un delfín de plata.

DORICLEA

En los palacios, sobre blanda arena,
de perlas y corales fabricados,
al Rey que el proceloso mar enfrena.
¡oh, hermanos, cuanto hermosos, desdichados!
Envidiosa propuso una sirena,
y a los marinos dioses convocados,
que os diese el agua eterna sepultura;
así trata la envidia a la hermosura.

Ese animal dorado pretendía
que fuese a su deidad sacrificado
sobre fuego del ámbar que el mar cría,
por atrevido a su cristal sagrado:
no se calificó por osadía,
sino desdicha, haber su campo arado;
que puesto que hay desdichas atrevidas,
las perdona el peligro de las vidas.

Varios fueron los votos; mas venciendo

las ninfas, que a piedad habéis movido,
tres veces el Tridente reprimiendo
las voces del Consejo dividido,
manda que os guíe a la ribera, haciendo
camino este delfín al atrevido
bello animal, que de su gran tesoro
bordó las aguas con guedejas de oro;
y que ninguna ninfa osada sea
a hurtar sutil de su dorada lana,
hasta que en tierra algunas hebras vea,
en que ensarte su aljófar la mañana:
Friso, yo soy la ninfa Doriclea,
sigue mis pasos con tu bella hermana;
que ya, como a marítimas deidades,
en la orilla os reciben las náyades.

Salen la Música y las ninfas que puedan, coronadas de corales y perlas, con velos de plata sobre vestidos azules, y ramos de coral y perlas en las manos, y Friso y Helenia desciendan del carnero de oro.

MÚSICA

A quien el mar perdona.
recíbale la tierra;
así piadoso el cielo
defiende la inocencia.
Náyades de las fuentes,
y de la mar sirenas,
rendid vuestras envidias
a la Idéal belleza.
Cantemos dulces coros,
sembrando por la arena
en ramos de corales
los racimos de perlas,
pues lo quieren los dioses,
¡vivan Friso y Helenia!
hermanos perseguidos
de su madrastra fiera.
Y a quien el mar perdona
recíbela la tierra;
así piadoso el cielo
defiende la inocencia.

FRIXO

Sagradas ninfas del mar,
tú, hermosa Doriclea,

parto de las claras ondas,
gloria y honor de las selvas;
tú, como Venus, nacida
de las espumas que besan,
de las peinadas orillas
la blanca y lustrosa arena,
oíd la historia que pudo
ser por desdichas tragedia,
si faltara la piedad,
atributo a la nobleza:
adonde la blanca aurora
compone la cuna tierna,
Fénix de su misma luz,
al sol que renace en ella,
sabio, aunque no venturoso,
el rey Atamante reina,
depuesta la blanca espada
de mil gloriosas empresas.
Casóse en sus tiernos años
con la bellísima Celia,
de quien los dos somos hijos
con desdichadas estrellas.
Mi nombre, ninfas, es Frixo,
mi hermana se llama Helenia,
gran sujeto a la Fortuna
para ejercitar sus fuerzas.
Los dos nos criamos juntos
hasta que la primavera
de nuestra edad dividió
la vida por la sospecha.
Atamante, con los años,
que todas las cosas truecan,
puso el dolor en olvido,
sombra de memorias muertas.
juntó consejeros sabios,
todos pienso que lo eran,
mas la voluntad de un rey
fue siempre la ley primera.
Dijo que quería casarse,
todos convienen que acierta;
que pretensiones y aumentos
abonan cuanto se yerra.
Casóse con Erifile,
más hermosa que discreta,
aunque era bien entendida,
pero con poca prudencia.
Quísola con pocos años;

que la edad que a muchos llega,
ama con mayor lealtad
y agradece que le quieran.
Ganóle el alma Erifile
que no es mucho que esto pueda
el artificio en los brazos
cuando nieva en las cabezas.
Comenzó a olvidar sus hijos,
¿quién pensara que pudiera?
Pero ¿quién no lo pensara
entrando la envidia en ella?
Yo, en la caza divertido,
le presentaba las fieras,
pero nunca con ninguna
pude aplacar su fiereza.
Como vi que la cansaba,
seguí animoso la guerra,
o para que me matasen,
o agradarla con mi ausencia.
Dábame el cielo victorias
como si yo las pidiera;
pero rasgábanle el alma
las cajas y las trompetas.
Cuando vía tremolando
las victoriosas banderas
entrar al son de las cajas.
se desmayaba en las rejas.
Mi hermana, por otra parte,
procuraba entretenerla,
ya con labores que hacía,
ya con inventarle fiestas.
Llegó a su extremo la envidia,
creció con lo que otros menguan,
porque, al revés de otros vicios,
con buenas obras se aumenta.
En fin, supo hacer de modo
que, de mi padre en la ausencia,
nos mandó echar en el mar
en un arca sin cubierta.
Al retirarse las ondas
de las opuestas riberas,
obedientes al imperio
que puso la luna en ellas,
vimos el golfo cantando
tan lastimosas endechas,
que gimieron los delfines
y lloraron las sirenas.

Mil veces vimos el arca
de las estrellas tan cerca,
que a poderse desclavar,
alcanzáramos estrellas;
y mil veces al abismo
descender con tal violencia,
que nos pareció que ya
pasaba de las arenas,
cual suelen de los pintados
arcos, para que descieran
con la violencia que suelen,
los indios tirar las flechas.
En medio de estas desdichas,
sobre las ondas se muestra,
en un sepulcro de espumas,
sombra nuestra madre Celia.
«Hijos, nos dice llorando,
¿adónde a morir os lleva
la envidia de una madrastra?»
Lloramos juntos con ella,
y ella, a Júpiter moviendo,
de quien tuvo descendencia
su sangre, miró piadosa
las márgenes de la tierra,
de donde aqueste animal
rompe las ondas soberbias,
y para fe del milagro
doradas las rubias hebras.
Subimos en él los dos,
y aunque a costa de perderlas,
por altas montañas de agua
hallamos sendas estrechas.
Pero como por envidia
salimos de nuestra tierra,
también quiso airada el agua
que muriéramos en ella;
hasta que con tu favor,
bellísima Doriclea,
pisamos los verdes campos
destas enramadas selvas.
Contra quien ayuda Dios,
cánsase la envidia necia;
que cuando hubiera fortuna,
Dios gobernará su rueda.

DORICLEA

¿A quién, con vuestros cuidados,

príncipes, no les daréis,
si inocentes padecéis,
y hermosos sois envidiados?
Pero vivid confiados
de que saldréis con victoria;
que el cielo tiene memoria
de que estáis en tierra ajena,
y que ha de ser vuestra pena
para más descanso y gloria.

Donde la vista termina
deste horizonte la cumbre,
su dorada pesadumbre,
que con las nubes confina,
consagrado a la divina
deidad de Marte, levanta
un templo, por cuya planta
los délficos diferencio,
donde en respeto y silencio
veneran su imagen santa.

Aquí nereidas hermosas,
conduciréis a los dos,
porque el armígero dios,
en sus aras belicosas,
lleno de purpúreas rosas,
ofrezcan este animal,
preciosa víctima igual
a su divino decoro,
pues al estrellado Toro
vence la luz celestial;
que yo vuelvo en mi delfín
a los centros del Nereo,
porque ya el vario Proteo
toca el sonoro clarín:
tendrán vuestros males fin
con este holocausto santo;
y luego que en negro manto
suba el humo al quinto cielo,
bajará vuestro consuelo,
y cesará vuestro llanto.

Mientras van las ninfas guiando al carnero de oro, que irá sobre sus ruedas, vuelva a cantar la Música:

Apacibles prados,
creced las hierbas;
que ganado de oro

pasa por ellas.

Aquí suenan trompetas y cajas, tiros, arcabuces y fuegos. y se abra el templo del dios Marte, donde, sobre otras tantas columnas, se vean nueve retratos de los nueve de la Fama, y en la décima el emperador Carlos V, a caballo, entre diversas armas y despojos, que por todo el templo estén pendientes de velos de plata y lazos de colores; Marte en medio, armado, con plumas, lanza y rodela.

FRIXO

Sacro armipotente Marte,
Dios de las batallas fuerte,
que de no temer la muerte
sangriento enseñas el arte;
si tuve en tus glorias parte
por tantas victorias claras,
recibe, pues siempre amparas
a los que tu amor merecen,
los que esta víctima ofrecen
a los jaspes de tus aras.

Dos desterrados hermanos,
de ajena ofensa inocentes,
tienes a tus pies presentes,
favor pidiendo a tus manos;
así los brazos humanos
veas de tu blanca diosa
en tu esfera luminosa,
sin que el sol, que en medio vive,
de tanta gloria te prive,
lleno de envidia celosa;

y así Vulcano, jamás
forme red, del cielo risa,
a quien de tu amor avisa
por los celos que le das;
y así no te cuente más
de Adonis, Venus, la historia,
ni despierte la memoria
el lirio azul de su amor;
pues dar a un triste favor,
aun es en los hombres, gloria.

MARTE

Hijos del noble Rey del claro Oriente
felicísima sangre de Atamante,
a quien la envidia trujo el mal presente
y envidia de mujer siempre arrogante;

el cielo os mira ya piadosamente;
ningún temor vuestra inocencia espante,
que presto volveréis al patrio suelo;
así lo dice ya présago el cielo.

El templo adonde estáis os asegura
de todo cuanto la Fortuna intenta;
así la ofrenda recibir procura
quien la estrellada máquina sustenta;
la Fama, que al igual del tiempo dura,
de los preceptos del olvido exenta,
aquí tiene su centro, aquí reside,
aquí favor para las letras pide.

Aquél de la celada que remata
un sol entre suspensos paralelos,
al valeroso Josué retrata,
que le detuvo, y admiró los cielos:
aquél del peto de luciente plata,
que el manto cubre de listados velos,
es el pastor que derribó el Gigante
a los cercos del cáñamo tronante;

 aquél de la casaca azul celeste,
es el gran defensor de los hebreos,
a quien la Fama eternos siglos preste
bronce inmortal, elogios y trofeos;
éste de la encarnada sobreveste,
que con presteza igual a sus deseos
bebió de polo a polo el mar profundo,
es Alejandro, vencedor del mundo;

 Héctor, aquél del morrión dorado,
invicto, aunque en el griego desafío,
entre la roja púrpura bañado,
aró la arena del troyano río;
éstos que no han nacido, aunque han llegado
por el valor futuro al templo mío
Júpiter manda que su imagen sea
copiada aquí de su divina idea;

 aquél, es César, ínclito romano,
que ha de obrar y escribir tantas historias;
éste es Carlos, francés, llamado el Mano
coronado de palmas y victorias;
aquél, Arturo, el ínclito britano,
y éste Bernardo, que a mayores glorias
llegara si le viera edad alguna
con menos sangre o con mejor fortuna.

Décimo destes que la Fama nombra,
manda poner sobre esta basa y plinto,
con la ferocidad que al Cita asombra,

al Marte de la tierra, a Carlos quinto;
la reina de las aves hará sombra
de suerte a España en término sucinto,
que dando envidia a las demás naciones
penetren los dos polos sus pendones.

El vellocino que hoy me sacrificas,
de tanto honor le haré que ilustre el pecho
de los reyes de España, entre las ricas
piedras que el fuego esmaltarán deshecho;
mira a qué cielo su valor aplicas,
después de estar de treinta estrellas hecho,
cuando le bañe el sol en su alta esfera,
al paso de la verde primavera.

La venturosa edad que está esperando
dorado el siglo de mayor tesoro,
de tres Filipo le verá adornando
el católico pecho entre aspas de oro:
yo, en tanto, a un árbol le pondré, formando
para custodia de mayor decoro,
dos toros y un dragón, lince de fuego,
a cuyas armas su riqueza entrego.

Y ojalá que llegara a la dichosa
del gran Felipe cuarto el vellocino;
que destos animales la espantosa
furia domara su valor divino;
que del bridón rigiendo la espumosa
boca, y vibrando el temple diamantino,
los deshiciera con valor profundo,
que en años diez y siete asombra el mundo.

No me permite Júpiter que cuente
los grandes hechos deste gran Monarca
mas que le ponga en el lugar decente
que libra del olvido y de la parca.
Tú, Frixo, en tanto, de tu patria ausente,
con tosca piel y con grosera abarca,
vive estos montes con tu hermana bella;
que aun tiene rayos tu enemiga estrella.

Ciérrese el templo, y salga, después de haberse tocado las trompetas, el príncipe Fineo en hábito de caza, con un venablo.

FINEO

Monte que al cielo subes,
cuyos ásperos riscos
apenas retratar el mar se atreve,

penetrando las nubes
tus altos obeliscos,
ya vestidos de hierba, ya de nieve,
por donde el paso mueve,
la fiera más hermosa
que a vuestros valles pasa,
la nieve que me abrasa,
la hermosa imagen de jazmín y rosa,
la bella ninfa altiva,
más que vuestros arroyos fugitiva.

Sale Medea en hábito de caza por otra parte, con arco y flechas.

MEDEA

Montes que en aspereza
de peñas elevadas,
silvestres fieras, bárbaros pastores,
excedéis la fiereza
y selvas encantadas
de Arcadia, faltos de aves y de flores,
por no escuchar amores,
por no entender suspiros,
a vuestras soledades
ofrezco libertades,
al viento voces y a las fieras tiros;
que quien de amor se ofende,
huyendo de quien ama se defiende.

FINEO

Amor, duro castigo
de nuestros pensamientos,
que a tantas humildades nos obligas;
pacífico enemigo,
que los entendimientos
dulce enloqueces, y áspero fatigas;
así jamás persigas
a quien no te merece,
pues tu poder ignora
quien mata a quien le adora,
que me digas, amor, ¿cómo padece
tus penas sin mudanza
quien no supo jamás qué es esperanza?

MEDEA

Desdén que me defiendes
de los atrevimientos
en que suelen caer las voluntades,

y victorioso emprendes
con altos pensamientos
castigar las ajenas libertades;
pues tú me persuades
que amor es todo engaños,
prosigue en tus extremos;
juntos los dos pasemos
la verde primavera de mis años;
que es insufrible pena
querer vivir por voluntad ajena.

FINEO

Bellísima homicida
del alma que desdeñas,
dulce cuidado generoso mío,
que me cuestas la vida,
¿en cuál de aquestas peñas
tu retrato verá mi desvarío?
Pues vengarme confía
en los piadosos cielos
de tu cruel belleza;
que por ser tu aspereza
sujeta un hora, aunque me maten celos,
quiero pedir que quieras,
y morirme de amor porque tú mueras.

MEDEA

Aborrecido amante,
que conquistas en vano
el hielo de mi pecho, ¿cómo emprendes
deshacer un diamante,
pues ya como tirano
la dulce libertad del alma ofendes?
Imposibles pretendes,
los rayos del sol miras,
siembras en el arena,
pues mientras con más pena
loco de amor por mi desdén suspiras,
con más libre deseo
mi libertad en tu desprecio empleo.

FINEO

¡Ay, dulce imaginación,
poderosa a hacer efeto!
¡Ay, imposible sujeto
de mi loca pretensión!
¡Ay, sombra del pensamiento!

Mas, pues no puede abrasar
la sombra, os haré pensar
que es verdad mi atrevimiento.

Llegad, corazón turbado,
y tanta dicha gozad;
que alguna vez es verdad
lo que piensa un desdichado.

Si pudieran esconderme
de tu luz tantos enojos,
te conocieran mis ojos
en que te pesa de verme.

Yo sé que no me ha engañado,
prima, el pensamiento mío,
pues que me muestras desvío
aun antes de haberme hablado.

Excusas palabras breves
por mostrar largos enojos,
pues remites a los ojos
la respuesta que me debes.

Tú no vas a matar fieras,
porque, si fueras, sospecho
que a la crueldad de tu pecho
volver el arco pudieras.

Irás a matarme a mí:
¡ojalá lo fuera yo,
no para matarme, no,
para no esperarte, sí!

Yo espero; tira, procura
mi muerte, si ya la esperas,
porque solamente fieras
huyeran de tu hermosura.

Que puesto que me aborreces,
podré tener por favor
matarme amor, que al amar
en arco y flechas pareces.

MEDEA

Gallardo primo Fineo,
pésame de verte triste,
si tu tristeza consiste
en tu amoroso deseo.

Tanta desesperación
es indigna de hombre sabio,
ni querer formar agravio
que no se funde en razón.

No sé yo que esté obligada
a amar una dama a quien

dice que la quiere bien;
porque no ha de amar forzada.

Voluntad que no responde
a quien muestra voluntad,
a mayor dificultad
que la de amor corresponde.

Es definición de amor
correspondencia de estrellas;
que donde no quieren ellas,
pierden servicios valor.

Fuera destos, en cortesía
te estima mi voluntad.

FINEO

Agradezco tu piedad,
ingrata enemiga mía;
porque es tenerla de mí
el darte prisa a matarme;
que deberte el engañarme.
fuera más crueldad en ti.

El Rey, tu padre, Medea,
desde la muerte de Albano,
mi amado padre y su hermano,
mi aumento y vida desea.

Él me ha criado: ¡ay de mí!
que de criarme contigo
nació este amor, mi enemigo,
pues que nunca nace en ti.

¡Caso extraño que se aumente
amor sin amor! Pues mira
no llegue de amor la ira
a que la venganza intente.

Que podrá ser que algún día
te arrepientas de mis daños
vencida de otros engaños,
ya que no de mi porfía.

Falten las luces serenas
de tus estrellas crueles,
para tu boca claveles,
para tu frente azucenas.

Eclipse la nieve pura
su divino resplandor.
porque el tiempo es el mayor
contrario de la hermosura.

Y entonces, amor lo quiera,
que no te aborrezca, no,
pero que me vengue yo

de tu hermosura siquiera.

MEDEA

Fineo, yo escucho mal
a quien habla en querer bien.

FINEO

Detente, hermoso desdén.
para mí muerte inmortal;
 que aunque el respeto perdone,
amor licencia me da.

MEDEA

Mira, Fineo, que ya
parece que el sol se pone.
 ¿No lo ves en su arrebol?

FINEO

Detén las plantas crueles
porque no haya dos laureles,
pues no hay más de un solo sol.

 Ama un hombre que te adora
a ejemplo de cuanto vive,
que vida de amor recibe,
y por vivir se enamora.

 No viene la primavera
con verdes pasos al prado,
cuando de amor esmaltado,
de sus flores fruto espera.

 Apenas las libres aves
ven la risa de la aurora,
cuando amor las enamora
y enseña amores suaves,
 las palomas se requiebran
y las tórtolas se casan:
hasta las aguas que pasan,
en las pizarras se quiebran;
 que amor junta hasta las piedras,
y en los árboles de Alcides
suben las fértiles vides,
y por los muros las yedras.

 Deja un león el rigor,
brama por su amada ausente;
no hay sirena en mar, ni en fuente
ninfa, que no tenga amor.

 No hay pez en el mar profundo
que no tenga sentimiento:

amor es un elemento
en que se conserva el mundo.

Pues ¿sola no ha de querer
obedecer tu belleza
la ley de naturaleza?
¿Eres montaña o mujer?

MEDEA

Mientras más me persuades.
más me enojas; primo, adiós;
que de estar solos los dos
murmuran las soledades.

En palacio me dirás
lo que no te escucho aquí.

FINEO

¿Oírásme en palacio?

MEDEA

Sí.

FINEO

Falsa esperanza me das.

MEDEA

En fin, ¿esperanza es ya?

FINEO

Ni dice el alma que es mucha,
porque quien sola no escucha,
acompañada ¿qué hará?

Dame un favor.

MEDEA

¿Qué favor?

FINEO

Una flor; que si la alcanza,
será en mi alma esperanza
lo que en tu cabello es flor.

MEDEA

Hartas, primo, tiene el prado;
cógelas, y adiós, que suena
gente.

Vase.

FINEO

Detente, sirena
del mar de mi amor turbado.
Detente; tenedla, cielos;
creced en forma de ríos,
agua os dan los ojos míos;
poneos delante, arroyuelos.

Zarzas, en besar dichosas
sus pies, detened sus pies;
pero si es Venus, después
volveréis a tener rosas.

Detened su ligereza,
peñas; pero no querréis,
por lo que della tenéis,
que aunque no es sangre, es dureza.

¡Ay de mi corta ventura,
que de mis méritos no;
que el cielo nos igualó
en lo que no es hermosura!

¿Cómo es posible culparme
de ser tan indigno? Hoy muero;
en vuestros cristales quiero
¡oh, puras fuentes! mirarme.

No soy el loco Narciso;
pero ¿cómo me aborrece
Medea, si aquí parece
que naturaleza quiso

favorecerme en no ser
tan desigual a Medea?
¡Cielos, mi muerte desea!
Amar es obedecer.

Yo me quiero dar la muerte;
vengaréme de mi amor,
y della, si su rigor
de tanta crueldad le advierte.

Vuelve, Medea, a mirarme
morir, no a verme querer,
pues no quisiste volver
a darme vida y matarme.

Mas echarme quiero en ti;
ondas, abrid vuestro centro:
voces oigo; si son dentro,
deben de salir por mí.

Dentro digan Jasón y Teseo:

JASÓN

Tierra, y tierra deseada.

TESEO

Llega a tierra.

TODOS

Tierra, tierra!

FINEO

Parece gente de guerra:
pero la vista, engañada,
no conoce que en el mar
es imposible haber gente,
porque el húmedo Tridente
no se ha dejado pisar.

Gente viene. ¡Hola, pastor,
que habitas estas cabañas,
que de neas y espadañas
compone tosca labor!

¿Sabes de qué se ha causado
en la mar este rüido?

Sale Frixo en traje de pastor.

FRIXO

Señor, yo estaba dormido
en las sombras deste prado,
cuando el confuso alboroto
del agua me despertó,
y vi que el ganado huyó
desde su ribera al soto.

Dila silbos, rasgué el viento
con la honda, y a la fe,
que ignorante le llamé
de tan extraño portento;
que volviendo, al mar los ojos,
vi por sus campañas rasas
unas portátiles casas
llenas de varios despojos,
con más cuerdas que se mira
un instrumento ordenado,
y asiento un lienzo pintado
decir: «Bota, amaina y vira»,
gente que dentro se esconde:

en fin, el furor del viento
con seguro movimiento
templadamente responde;
que cortando las espumas
que forma el azul cristal,
entre los campos de sal
parece flecha con plumas.

Al principio imaginé
que fuese ballena o foca,
isla movediza o roca;
pero engañado quedé,
que dejando la mar fiera,
de la alta casa trasladan,
en tablas que asidas nadan,
a la mojada ribera
cajas, armas, gente fuerte,
galas, espadas y lanzas.

FINEO

Tened paciencia, esperanzas,
que hay mayor mal que la muerte.

Guerra es ésta; no es razón
que no ayudéis a Medea,
puesto que ingrata desea
vuestra injusta perdición.

Pastor, si galán pastor
lo puede ser deste valle,
de tu discreción y talle
me prometo igual valor.

Vente a la corte conmigo.

FRIXO

Señor, tengo aquí una hermana,
y no es para cortesana.

FINEO

¿Por qué si viene contigo?

Que yo, no puedo creer
que digna de estar no sea
con la divina Medea,
ángel, peñasco y mujer;
pues es forzoso que a ti
se parezca.

FRIXO

Pues allá,
si ella con la Reina está,

¿qué pensáis hacer de mí?

FINEO

¿Tú no serás jardinero
del Rey mi tío?

FRIXO

Sí, a fe,
porque es oficio que sé.

FINEO

Llevarte a la corte quiero.

FRIXO

Estoy diestro en saber bien
lo que las flores requieren,
unas que poca agua quieren.
y otras que mucha también.

Los claveles, azucenas,
clavellinas, carmesíes,
anémonas, alelíos,
lirios de moradas venas;
rosas, mayas, valerianas,
manutistas y mosquetas,
tornasoles y violetas,
narcisos y mejicanas;
de artemisas y jacintos,
campanillas, cidronelas,
junquillos y pimpinelas
entre verdes laberintos,
haré un jardín tan perfeto,
que pueda envidiarle Apolo.

FINEO

Si te llevo, es porque sólo
has de saber un secreto.

FRIXO

¿Es de negocios de amor?

FINEO

¿Tan presto lo has conocido?

FRIXO

Sí, señor, que enfermo he sido,
y os conozco en la color.

FINEO

Cajas vuelven a sonar:
¿cómo te llamas?

FRIXO

Lisardo.

FINEO

Aquí lo que fuere aguardo.

FRIXO

Mi hermana voy a llamar:

griegos son: no hay que me asombre,
pues tengo el nombre mudado;
que de quien muda el estado,
aun apenas queda el nombre.

Salen cajas, banderas y soldados, Jasón y Teseo

JASÓN

Aquí hay un hombre, Teseo.

TESEO

Llega de paz, que la guerra
por donde habemos venido
no es posible que la teman.

JASÓN

Caballero, si lo sois
como el semblante lo muestra
que naturaleza escribe
en la frente la nobleza,
¿podemos llegar de paz?

FINEO

Capitanes, vuestra lengua
dice quien sois, y esta hazaña
digna de las armas griegas.
Soy el príncipe Fineo,
sobrino del rey Oeta,
rey de Colcos, padre ilustre
de la divina Medea;
Medea, cuya hermosura
es de aqueste reino Elena,
no para incendios de Troya,
ni para infamias de Grecia,
hoy anda en aqueste monte
cazando silvestres fieras,

seguro que diese el mar
a vuestras armas licencia.
y por quien sois os suplico,
que con el milagro sepa
la intención con que venís.

JASÓN

Tu cortesía y nobleza
obligan, Príncipe ilustre,
a que Jasón te agradezca
el alma con que le escuchas,
la voluntad que le muestras.
Y, pues ya te he dicho el nombre,
sabrás que reinaba en Grecia
Pelias con Esón, mi padre:
murió Esón, y quedó Pelias;
No teniendo sucesión,
dábale notable pena
el ver que yo le heredase;
que está la envidia más cerca
que la amistad y la sangre;
aquella víbora fiera,
a quien mata el bien ajeno,
y el mal del amigo alegra,
y con no haber heredero
que en el reino le suceda,
trató mi muerte conmigo,
o por lo menos mi ausencia.
Díjome Pelias un día:
«Hijo, si en la primavera
de tus años no ejercitas
las armas, ¿qué honor profesas?
Entra por el ocio amor,
tirano de las potencias,
y muere un hombre sin fama,
vida de memorias muertas.
Tú tienes alto valor,
que de nuestra sangre heredas,
raro ingenio, salud firme,
pocos años, muchas fuerzas.
Adquiere nombre que a todos
nos dé honor, y harás que sea
nuestra sangre tu corona,
y tu victoria la nuestra.
Hércules tiene vencidas
las difíciles empresas
del mundo, en Europa y Asia;

como la sierpe Lernea,
el fiero león de Arcadia,
y la calidonia fiera.
Mató al gigante Aqueloo;
y así, no queda que emprendas
sino el vellocino de oro,
que Marte puso en la huerta,
pendiente de un lauro verde,
del Rey de Colcos, Oeta.
Si éste conquistas, Jasón,
heroica fama te espera,
bronces y jaspes te aguardan
con epigramas eternas.»
Y puesto que vi su envidia,
no quise que conociera,
ni en mi valor cobardía,
ni en sus intentos bajeza.
Hablé al gallardo Teseo,
honor y gloria de Tebas,
y porque pasar a Colcos
por alta mar era fuerza,
pensamos los dos un día
la mayor cosa y más nueva
que imaginaron los hombres;
porque estando en una selva,
se cayó un nido de un árbol
de manera en la ribera
del mar, que con padres e hijos,
las mimbres y pajas secas
conducidas de las ondas,
que como ves salen y entran,
fueron caminando al golfo
sin que el agua las ofenda.
Atravesóse una pluma
entre dos pajas y en ella
daba el viento, que movía
el nido con blanda fuerza.
Luego fabriqué una nave
y puse en un árbol velas,
a imitación de la pluma,
para moverlas por ellas.
Diéronme pinos las faldas
del Pegaso, y por hacerla
de su monte su apellido,
fue la nave Pegasea,
aunque otros la llaman Argos,
porque ejecutó mi idea

un griego de aqueste nombre,
que al diestro Dédalo afrenta.
Echéla al mar, adornada
de blandas jarcias y cuerdas,
con que he tocado el abismo
y espantado las estrellas.
Los peligros que he pasado
no es razón que los refiera,
por acercarse la noche
cubierta de sombras negras.
Yo vengo de paz a Colcos,
y así es razón que precedas
mi embajada, dando al Rey
de mi pensamiento cuenta.
Que si tiene por casar,
como yo pienso, a Medea,
y en esta empresa me ayuda,
yo me casaré con ella.

FINEO

¡Notable hazaña la tuya!
No me admira lo que intentas,
mas la de pasar el mar
a pesar de su soberbia...,
yo te quiero conducir
al Rey, pero no pretendas
casamiento con su hija,
por ciertas cosas secretas
que yo te diré después.

JASÓN

No quiera Dios que le ofenda,
que sólo servirle quiero.

FINEO

Sígueme, para que veas
al Rey de mayor valor,
y a la más hermosa Reina.

Aquí se divide la comedia, para que descansen, con alguna música, y salgan Jasón, Teseo y Fineo, el Rey de Colcos, Medea, su hija, con galas de palacio, y Fenisa, dama.

JASÓN

Tan alta empresa conquisto.

REY

Joven valeroso y fuerte,
tanto me alegro de verte
cuanto siento haberte visto.

Conozco que la alta empresa
es digna de tu valor;
mas como obligas a amor,
de que la emprendas me pesa.

Y del rey Pelias me espanto,
generoso caballero,
pues no teniendo heredero,
te puso en peligro tanto.

¿Sabes lo que has de vencer
por el vellocino de oro?

JASÓN

Señor la fama que adoro
no la puedo merecer
 teniendo la espada ociosa,
mis reinos, y no ellos solos,
mas pienso que los dos polos
saben mi empresa famosa.

REY

De un verde laurel pendiente
dicen que está, cuyo pie
se conserva libre en fe
de un dragón resplandeciente,
 cuyas alas, de cambiantes
colores y tornasoles,
a las nubes y arreboles
del poniente semejantes,
 cubren las escamas duras
de que tiene el cuerpo armado,
de un verde jaspe esmaltado
de oro entre líneas oscuras.

Los ojos son dos topacios
con aquella luz flamante
que, estando cristal delante,
expira por sus espacios.

La boca de rayos llena,
y los pies de cocodrilo
que en las márgenes del Nilo
tiembla su estampa la arena.

Dos toros están con él,
cuyas frentes importunas
coronan menguantes lunas
de aspecto horrible y cruel.

Por ojos, boca y narices
vierten humo y fuego a veces,
con que manchan sus dobleces
las arrugadas cervices.

Como de erizos cubiertas
tienen las pieles tostadas,
las uñas de bronce armadas,
no, como suelen, abiertas:
mira, Jasón valeroso,
lo que vas a conquistar.

FENISA

Basta; que das en mirar,
Medea, este griego hermoso.

MEDEA

¿No te parece disculpa
su extremada gentileza?

FENISA

Tu condición y aspereza
tan nuevos efectos culpa.

MEDEA

Entróme por compasión
al alma la voluntad;
no es amor, sino piedad,
o entrambos efectos son;
que los merece también
su gentileza briosa.

FENISA

Si ya le miras piadosa,
vindrás a quererle bien,
y sería novedad
en tu rigor.

MEDEA

Suele amor
tomar, para entrar mejor,
la capa de la piedad.
¡Por Júpiter, que es gallardo
y que no acierto a dejalle!
Mas muérome por miralle,
y de verle me acobardo.
Querríame despedir,
Fenisa, del Rey y dél,
y no sé qué he visto en él

que no me deja partir.

FENISA

De cualquier suerte conmigo.
Medea, estás disculpada,
y yo, también, si me agrada
aquel capitán su amigo.

Bizarros los griegos son:
¿no es muy gallardo Teseo?

MEDEA

La envidia de mi deseo
te dio, Fenisa, ocasión.

En fin, ¿te parece bien?

FENISA

Estoy por decir que sí.

MEDEA

Dilo, Fenisa, que a mí
me agrada Jasón también.

FENISA

Pues no se concierta mal;
que ellos nos están mirando.

MEDEA

Y Fineo murmurando
celos de mudanza igual.

JASÓN

¿Has reparado, Teseo,
en la divina Medea?

TESEO

Tú en ella la vista emplea,
por no, decir el deseo;
que yo, desde que miré
a Fenisa, no he quitado
ni la vista ni el cuidado
de sus ojos.

JASÓN

Dicha fue
no encontrar las aficiones;
que te aseguro que ya
Medea en el alma está,
donde tú a Fenisa pones.

TESEO

Si Marte, amigo Jasón,
nos saca en paz desta empresa,
y a algún celoso no pesa
que ya nos mira a tración,
 pienso que a Grecia volvemos
casados.

JASÓN

 No podrá ser,
porque ya comienzo a ver
en este Príncipe extremos.

TESEO

 Es su primo.

JASÓN

 Cuando amor
sobre la sangre se aplica,
el parentesco duplica
la fuerza de su rigor.
 Celoso y triste le veo;
no lo estará sin razón.

TESEO

¿En qué lo has visto, Jasón?

JASÓN

En que ya lo estoy, Teseo.

FINEO

 ¡Cielos, que habéis conducido
un extranjero a mi tierra,
de paz para darme guerra,
piedad de mí; muerte os pido!

 Que el alma que en luces viene
a los ojos de Medea,
dice que a Jasón desea.,
y los dé, que amor la tiene.

 Porque los gustos o enojos,
como no saben mentir,
no los pueden encubrir,
por más que finjan, los ojos.

 Pero ¿qué me estoy matando,
si los toros y el dragón,
ya de la loca pasión
de los dos me están vengando?

Fieras que guardáis el verde
laurel donde está colgado
el vellocino dorado
con quien el sol rayos pierde;
 si amor, si celos tuvistes,
pues sabéis que es mal tan fiero,
de algún novillo extranjero
cuando en las selvas vivistes,
 haced a Jasón pedazos;
que si no bastaren juntas
vuestras encantadas puntas,
yo os quiero prestar mis brazos

REY

Jasón, nuestro huésped eres;
vamos a hacer sacrificio
a Marte, piadoso oficio,
para que victoria esperes;
 que en habiendo descansado
trataremos de la empresa.

JASÓN

Señor, el descanso cesa
donde comienza el cuidado.
 El sacrificio es muy justo,
que el mejor principio es Dios;
mas pues son los toros dos,
hacérsele dellos gusto
 sirviendo el arena de ara
adonde pienso verter
su sangre.

REY

 Bien puede ser;
pero será hazaña rara.

JASÓN

 No temo encantados fuegos
de otros ni de dragones.

FINEO

¡Qué necios y fanfarrones
son estos cobardes griegos!

Váyanse, y queden Medea y Fenisa.

MEDEA

Nuevo pensamiento mío,
fuego en mi hielo engendrado,
¿dónde vais desatinado
a tan dulce desvarío?
¿Qué es de la esperanza y brío
con que jamás la pasión
de amor venció la razón
que agora rendida os culpa?
Pero daréis por disculpa
el no haber visto a Jasón.

¡Ay, Fenisa, con qué prisa
entré a ser de amor esclava
cuando más segura estaba
de sus engaños, Fenisa!
Amor aparece a la risa
del alba, que en llanto pára;
pero ¿quién no imaginara
que, viniendo a matar fieras,
la muerte, Jasón, me dieras
para que amor se vengara?

Mas ¿cómo sin resistir
un extranjero valor,
me dejo vencer de amor
y me condeno a morir?
Ya no me quiero rendir;
que es necia facilidad,
mas fuera de ser crueldad,
pongo a peligro la vida,
porque en siendo resistida,
se aumenta la voluntad.

Si desde mis tiernos años
he estudiado encantamentos
si la tierra, el mar, los vientos
obedecen mis engaños,
y resultan tantos daños
de no ayudar a Jasón
que seré su perdición.
¿ha de morir su belleza
a manos de la fiereza
de aquel fogoso dragón?

No quiera Júpiter santo
que yo le deje morir,
pues que lo puedo impedir
si con yerbas los encanto;
que si yo le obligo tanto,
él se casará conmigo,
y llevándome consigo

reinaré con él en Grecia:
loca estoy sobre estar necia,
pues cuanto imagino digo.

FENISA

Espantada estoy, señora,
de ver tan nueva mudanza.

MEDEA

¡Qué justa desconfianza
me ha dado, Fenisa, agora!
¡Si finge que se enamora
Jasón, y quiere en su tierra
otra mujer! Mucho yerra
quien tiene a un extraño amor;
toma las llaves, honor,
y al amor el alma cierra.

FENISA

¡En extraña confusión
te ha puesto tu pensamiento!

MEDEA

Sólo el no ayudarle siento,
porque ha de morir Jasón:
¡Qué lástima! ¡Qué ocasión
tan triste! ¿Por qué me atrevo
a consentir, si le debo
amor, Fenisa, y no engaños,
que en lo mejor de sus años
muera tan galán mancebo?

Ahora bien, esto es amor;
no le resistamos más.

FENISA

Resuelta a su amor estás.

MEDEA

Con licencia de mi honor,
lo estoy a darle favor;
llama a Silvia, hablarla quiero.

FENISA

¿Es Silvia del jardinero
la hermana?

MEDEA

La misma es;

que aunque rústica la ves,
fue cortesana primero;
della me quiero fiar
para hablalle en el jardín.

FENISA
La pared de este jazmín
hoy la he visto aderezar.

MEDEA
Allí está cogiendo azahar.
Dale una voz.

FENISA
 !Silvia!

Sale Helenia, en hábito de serrana, con patenas, corales, sombrero de villana, sayuelo y manteo.

HELENIA
 ¿Quién
me llama?

FENISA
 Quién de tu bien
no tiene poco cuidado.

HELENIA
Si supiera hablar el prado,
él lo dijera también.
No debe a la primavera
más flores que a vuestros pies;
y ¿qué mucho, de quien es
la primavera primera?
Salir el cristal quisiera
desta fuente a hurtar mis labios.

MEDEA
Álzate, que son agravios
las lisonjas a discretos.

HELENIA
Siendo de la causa efetos,
nunca se agravian los sabios.
 ¿En qué os sirvo?

MEDEA

Estoy turbada.

HELENIA

Basta; vos tenéis amor,
porque del rostro el color
subió la sangre alterada:
pues no reparéis en nada;
mujer soy, y también quiero
un gallardo caballero
desde que en palacio estoy:
mirad cómo cuenta os doy
de mis desdichas primero.

MEDEA

¿Cosa que celos me des?

HELENIA

Que de vos los tengo yo
es lo más cierto.

MEDEA

Eso no,
que es muy principal.

HELENIA

¿Quién es?
Que no le querré después
que sepa que vos le amáis.

FENISA

Silvia, si acaso os burláis,
aunque nacida en aldea,
daréis enojo a Medea.

HELENIA

Fenisa, engañada estáis;
que si os quisiese decir
quién soy, bien puedo querer
lo que pueda merecer
a quien hoy me veis servir.

MEDEA

Deja, Silvia de fingir
donaires de tu deseo.

HELENIA

Quiero a tu primo Fineo.

MEDEA

Pues quiérole, que es razón,
porque yo, Silvia, en Jasón
mis pensamientos empleo.

Pero mira que es locura
tu amor.

HELENIA

Yo sé que le puedo
querer.

MEDEA

¿De qué tienes miedo?

HELENIA

¡Aun aquí no estoy segura!

MEDEA

Hablar a Jasón procura,
y dile que quiero hablalle
en el jardín.

HELENIA

Iré a dalle
tan buenas nuevas, señora:
por lo menos te enamora
discreto y con lindo talle.
Bien haya la dama, y bien
le suceda; que en disculpa
puede ofrecer de su culpa
que quiere a un discreto bien.

MEDEA

Añade el talle también,
Silvia, y el donaire y brío,
y quédate, adiós.

HELENIA

Confío
en su piedad que algún día
cese la desdicha mía,
y sepáis el valor mío.

Vanse, y quede sola Helenia.

HELENIA

Hiedras que, destos álamos esposas,
a un hielo frío enseñaréis amores,
y viendo a vuestros pies crecer las flores,
con más amor los abrazáis celosas.

¿Qué sienten vuestras almas amorosas
cuando las viste abril de sus colores,
pues llegan a tener competidores,
por celos hiedras, por amores rosas?

Yo, viendo que les dais tantos abrazos
mis locas esperanzas aventuro,
porque no hay posesión sin firmes brazos

Vuestros amores imitar procuro,
porque quien tiene el bien con menos lazos
¿cómo puede pensar que está seguro?

Sale Jasón.

JASÓN

Aunque Lucrecia sea
menos urbana, ¡qué razón sería,
serrana, a quien desea
servir agradecida el alma mía,
pisar sendas agora,
que en ellas estampó su pie el aurora!

No he podido excusarme,
porque vengo a poner la boca en ellas,
de hablarte y de preciarme,
que vi por atrevido las estrellas,
si verlas en el suelo
es ser Faetón del sol y caer del cielo.

Aquí estuvo Medea,
aquí Venus, aquí el Amor vendado,
que merece que sea
de los dioses temido y estimado,
y aquí, con tu licencia,
quiero adorar la sombra de su ausencia.

HELENIA

A la fe, generoso
Jasón, hijo de Marte, que merezco,
si estáis tan amoroso,
albricias con las nuevas que os ofrezco.
Medea quiere hablaros;
yo vi perlas cubrir sus ojos claros:
si sois favorecido
de sus famosas artes, haced cuenta,
Jasón, que habéis vencido;

que si retroceder la luna intenta,
lo hará tan fácilmente
que ni las plantas ni la mar aumente.

Divina, encantadora,
para vuestro favor era Medea;
ya el sol las nubes dora
del occidente a que llegar desea:
y la noche tirana,
huyendo viene de la aurora indiana.

Aquí esperad; que creo
que presto la traerá su amor rendida.

JASÓN

¿Es posible que veo
tan cerca mi esperanza conducida
al puerto? Desconfío,
que no puede ser cierto por ser mío.

Este anillo, serrana,
aunque es diamante, amor le da más precio.

HELENIA

Tened: no soy villana:
precio el amor, y el interés desprecio;
el amor es tesoro,
y no es favor sin voluntad el oro.

Si os veis, Jasón, por dicha
en Grecia rey con la real Medea,
doleos de mi desdicha,
porque Lisardo lo que ha sido sea,
Lisardo, aquel mi hermano.

JASÓN

En fe de que lo haré te doy mi mano.

HELENIA

Pues voyme, que parece
que siento en el jardín manso rüido;
todo cuadro florece,
y el viento, entre los árboles dormido,
parece que despierta.

JASÓN

No me engaños amor; mi gloria es cierta.

Vase Helenia y sale Medea.

MEDEA

Claras, cristalinas fuentes,
que con dulce voz sonora,
de amor, de celos, de ausencia,
parece que estáis quejosas;
altos árboles en quien
duermen, sosiegan, reposan
mil pintados pajarillos
que esperan la blanca aurora;
narcisos enamorados
que estáis cubriendo de aljófara,
para templar vuestro fuego
las tersas cándidas hojas;
violetas, color de amor,
que entre clavellinas rojas
moráis, que no hay esperanza
segura de ser dichosa,
¿si habrá llegado Jasón?
Hablad, encarnadas rosa!
si no enmudecéis de envidia
del carmesí de su boca.
Mas ¡ay Dios!, ¿qué sombra es ésta?

JASÓN

¡Qué bien me llamaste sombra;
que a un cuerpo que está sin alma
sólo este nombre le toca!
No os alteréis; Jasón soy,
a quien Silvia dijo agora
que hablarme queréis; si es cierto,
amor a esos pies me arroja;
si es mentira, habrá consuelo
en morir; que al fin, señora,
hay muerte para los tristes,
y para mí muerte honrosa;
porque quien muere por vos,
califica su persona
de discreta en la elección
y en la firmeza dichosa.

MEDEA

Jasón, grande atrevimiento
fue el vuestro; no se perdonan
menos tales osadías
que con muertes afrentosas.
Salid luego del jardín;
que si os hallan a estas horas
los Argos del Rey mi padre,

será vuestra vida poca.

JASÓN

Engañóme el amor mío,
que de vuestro amor me informa,
no la necia confianza
que a los que lo son provoca:
perdonadme, y estad cierta
de quien tan loco os adora,
que os sabré vengar de mí
con más rigor que vos propia;
porque al rígido dragón,
sin armas que me socorran,
me echaré desesperado.

MEDEA

Esperad.

JASÓN

Voy a que ponga
mi muerte en ejecución.

MEDEA

¿Y si vuestra vida importa
a la que yo he de vivir?

JASÓN

Vida que vuestra se nombra,
guardalda para serviros.

MEDEA

Me la guardo.

JASÓN

¿Vos?

MEDEA

Yo sola.

Que si Pelias os envía
a empresas dificultosas,
y si celoso mi padre
a que os volváis os exhorta;
si trata de perseguiros,
con toda el alma celosa,
mi primo y galán Fineo;
si Marte, que por custodia
de su vellocino ha puesto

dragón que vierte ponzoña,
y toros que aspiran fuego;
si el mar, de temor que os cobra,
porque no volváis, Jasón,
a pisar sus libres ondas,
brama, y le permite el cielo
que el freno el arena rompa;
si la tierra, por extraño
que la inquieta y alborota
con banderas y trompetas,
temiendo que la deshonra
suceda a Colcos que a Grecia,
siendo yo Elena, y él Troya,
claro está que sola soy
la que merezco la gloria
de haberos favorecido.

JASÓN

Alta, celestial corona
de los dioses, que inmortales
hizo la divina ambrosia,
dadme palabra: mal dije;
que debo pedir os obras
que paguen tales favores,
que son las humanas cortas:
dadme mil veces los pies.

MEDEA

Ya no es tiempo de lisonjas;
yo estoy ciega, tú eres hombre;
que no hay duda que no rompan
por cualquiera novedad
que les venga a la memoria.
Jura a los supremos dioses
que seré, Jasón, tu esposa,
y me llevarás a Grecia;
porque, si me dejas sola,
todos me darán la muerte
si por mí del árbol robas
el vellocino dorado.

JASÓN

Juro a las deidades todas
cuantas el supremo cielo
resplandecientes adornan,
y prometo al dios de amor,
y a la soberana diosa

que engendró del mar la espuma,
que si salen vencedoras
estas manos de la empresa,
jamás se rindan a otra,
aunque me diesen con ella
cuanto la tierra atesora,
cuanto los dos polos miden,
desde donde el sol se postra
adonde el Oriente encrespa
sus guedejas luminosas.

MEDEA

Pues siendo así, fuerte griego,
cierta tienes la victoria;
yo te daré mi favor.

JASÓN

Beso tus manos hermosas.

MEDEA

Aunque no era menester
para las tuyas heroicas;
pero mira que no sean
tus palabras engañosas;
porque si otra dama quieres,
cuando ingrato correspondas
a tanto amor, yo sabré
crecer de la mar las olas
y darte sepulcro en ellas.

JASÓN

¡Plega a Dios, dulce señora,
que si en mi vida he sabido
que es amor...

MEDEA

 No jures, sobra
ese noble sentimiento.

JASÓN

Digo que la mar esconda
mis naves y mis soldados,
alterada y procelosa,
si otra dama quiero bien,
si otra mujer me aficiona,
si he dado alguna palabra,
ni dicho amores a otra;
porque sola tu hermosura,

que cuanto mira enamora,
de toda mi libertad
el supremo imperio goza.

Sale Fineo.

FINEO

¡Juntos Medea y Jasón!
No en vano amor me avisaba
que cuidadosa miraba
su gentil disposición.

¡Qué presto que el alma avisa
de los pesares y enojos,
con la lengua de los ojos,
que baña el amor en risa!

No me engañó la sospecha,
no fueron celos, que son
una amorosa ilusión
de imaginaciones hecha.

¡Oh, griego, apenas te vi,
cuando dije: hoy ha llegado
para Medea cuidado,
y desdicha para mí!

Pero ¿cómo un extranjero
ha de tener libertad
para tanta deslealtad?
¿Qué aguardo? ¡Matarle quiero!

JASÓN

¡Ay, Medea! En el jardín
está tu primo Fineo.

FINEO

Principios de su deseo
serán de su vida el fin.

MEDEA

No temas; que yo sabré
hacer que a ninguno vea.

FINEO

¿Por dónde se fue Medea?
Jasón, ¿por dónde se fue?
¿No estaban agora aquí?
¿No los vi? ¿Qué es esto, cielos?
¿Si me engañaron mis celos?
Pero no, que yo los vi.
¿Cómo pudieran mis ojos

engañarme? ¿Aquí no estaban?
¿Yo no los vi que se hablaban?
Celos miran con antojos,
cuyo engaño hace mayores
las cosas de lo que son.

MEDEA

¿No ves, querido Jasón,
que tienta ramas y flores?

JASÓN

Quien sabe hacer invisibles,
bien sabrá darme favor.

MEDEA

Aunque sobra tu valor
a mayores imposibles,
tú verás el que te doy;
vete, y hablaré a Fineo
para engañar su deseo.

JASÓN

Con mil cuidados me voy.

MEDEA

¿De qué, Jasón?

JASÓN

¡Ay, Medea,
celos tengo!

MEDEA

¿De mí o dél?

JASÓN

De que, si has de hablar con él,
harás que yo no te vea.

Vase Jasón.

MEDEA

Fineo, ¿qué haces aquí?

FINEO

¿Tú estabas aquí, señora?

MEDEA

No estaba; que llego agora.

FINEO
Y ¿sola llegaste?

MEDEA
Sí.

FINEO
¡Ay, que tus engaños son!
Yo sé que estaba contigo
Jasón.

MEDEA
¿Quién?

FINEO
Pero ¿qué digo?
¿Que tú estabas con Jasón?
Ya, Medea desleal,
he visto tu pensamiento,
porque fue tu atrevimiento,
para mis celos, cristal.
¿Eres tú la que tenía
tal aspereza y rigor?
¿A un extranjero traidor,
tanto amor, tanta osadía?
Tus melindres, tus desdenes,
¿han tenido aqueste fin?
¿Tú sola en este jardín?

MEDEA
¡Qué libre y qué necio vienes!
Y aunque a un celoso y a un loco
se ha de hacer igual desprecio,
no ha de perdonarse un necio,
aunque es de tenerse en poco.
Hablar este caballero,
huésped de mi padre, ¿es ya
quererle bien?

FINEO
Claro está.

MEDEA
Y tú, furioso y grosero,
siéntelo como quisieras,
y advierte que los celosos

a mil yerros amorosos
obligaron las mujeres.

Porque como sus desvelos
las despiertan del temor,
el primer paso de amor
dan en pidiéndoles celos.

Vase.

FINEO

¿A qué puede llegar mi desventura,
pues no me queda sombra de esperanza?
Pero si no lo fue, ¿de qué mudanza
puedo quejarme a quien mi mal procura?

La muerte, por lo menos, me asegura
que sola el fin de mi desdicha alcanza;
mas tener en la muerte confianza,
afrenta la piedad y la hermosura.

No despiertan mis celos tu osadía;
que ya te daba amor dulces desvelos,
tirana ingrata de la vida mía.

Mas quien quiere al temor correr los velos,
y amar con libertad lo que temía,
da por disculpa que le piden celos.

Sale Helenium

HELENIA

Aquí está mi nuevo amante;
triste está, ¿qué puede ser?

FINEO

¿Qué tengo ya que perder?
¿Qué mal habrá que me espante?

Ya sólo te debo amor,
en mis desdichas tal dicha,
que no ha quedado desdicha
para que tenga temor.

HELENIA

Guarde Júpiter, Fineo,
ese talle y gallardía.

FINEO

¿Para qué, serrana mía?
Hoy hizo fin mi deseo,

hoy enterré mi esperanza.

HELENIA

¿Adónde?

FINEO

En este jardín.

HELENIA

¡Vos la esperanza! ¿A qué fin?

FINEO

A que fin tan triste alcanza.

HELENIA

Viéndoos quejar por aquí,
mil veces he deseado
saber si amor os ha dado
la causa.

FINEO

Serrana, sí;
la causa el amor me dio
tan hermosa y tan cruel.
que cuando me quejo dél,
con mirarla me pagó.

HELENIA

Yo apostaré que Medea
os ha puesto en tal rigor.

FINEO

A Medea tengo amor.

HELENIA

¡Qué mal vuestro amor se emplea!

FINEO

Ya sé que quiere a Jasón.

HELENIA

Olvidad; que yo os daré
a quien queráis.

FINEO

No podré,
porque me dan ocasión.

HELENIA

Pues ¿con ella no olvidáis?

FINEO

Obliga mucho un desprecio.

HELENIA

En los necios.

FINEO

Yo soy necio.

HELENIA

No mentís, pues porfiáis;
pero si os diese una dama
que no la iguala Medea,
¿la olvidaréis?

FINEO

Quien desea
desamar quien le desama,
no habrá cosa que no intente:
¿dónde está?

HELENIA

No seáis ingrato;
mirad aqúeste retrato,
que podrá ser que os contente.

FINEO

Aquí dice Helenia, y más,
hija del rey Atamante.

HELENIA

La misma tenéis delante.

FINEO

¿Eres tú?

HELENIA

Sí.

FINEO

¿Cómo estás
en este traje?

HELENIA

Mi hermano
Frixo, y no Lisardo, huyendo

nuestra madrastra, y rompiendo
las ondas del Océano.

Sobre aquel carnero de oro,
hoy vellocino de Marte,
a quien de Medea el arte,
contra su honor y decoro,
quiere entregar a Jasón,
llegamos a aquesta tierra.

FINEO

Yo pienso que el griego yerra
en buscar su perdición.

HELENIA

¿Por qué, si le favorece?

FINEO

Porque le sabré matar,

HELENIA

¿Ya no te quieres vengar?

FINEO

¿De quién?

HELENIA

De quien te aborrece.

FINEO

Yo quisiera, mas no puedo.

HELENIA

Pues vuélveme mi retrato.

FINEO

Perdona si soy ingrato...

HELENIA

Tan necia y burlada quedo
como ya tu amor lo queda;
pero guárdame el secreto
como noble.

FINEO

Eso prometo,
y de amarte cuando pueda.

HELENIA

¡Cuando puedas! Podrá ser,

Fineo, aunque agora no,
que te haya olvidado yo
y no te podré querer.

Sale Frixo.

FRIXO

Generoso Fineo, ¿cómo agora
tan descuidado estás entre jardines,
mirando cómo Abril esmalta a Flora
de claveles, mosquetas y jazmines?
¿No has oído romper desde la aurora
las cajas, parches, bronces, los clarines,
porque salen Jasón, Teseo y Lidoro
a conquistar el vellocino de oro?

¿No te mueve el belígero aparato,
los soldados, las armas y la gente,
que a ver del Macedón tan gran retrato,
discurre por los campos diligente?

FINEO

Los sentidos parece que desato
de un sueño en que los tuve, y que ya siente
de otra suerte mi honor agravios tales.

FRIXO

Admira el ver que con el Rey no sales.

FINEO

Sin duda que me tiene con encanto
Medea en el jardín suspenso agora,
y que me ha detenido tiempo tanto,
los días que juzgué menos de un hora;
del dulce sueño en que dormí me espanto
Pero ¿qué no podrás, encantadora?
Yo voy a ver mi muerte; que bien creo
que le ha de dar tan inmortal trofeo.

Mil sombras se me ponen a los ojos:
¿qué es esto, desleal?

FRIXO

Señor, camina.

HELENIA

¡Qué lástima me causan sus enojos!

FRIXO

Con encantos le ciega y desatina.

FINEO

Deben de ser de mi furor antojos,
pues, Medea, mi honor se determina
a quitarle la vida.

FRIXO

Ya no acierta
ni a salir del jardín, ni a hallar la puerta.

*Vanse, y con música de cajas, y soldados delante sale Teseo, y Jasón detrás, armado, con
una maza al hombro.*

TESEO

Éste es, Jasón, el lugar
donde está el verde laurel.

JASÓN

Hoy me pretendo con él
victorioso coronar.

TESEO

El ánimo te ha de dar
más valor del heredado.

JASÓN

Yo voy en él confiado,
pero más en quien adoro,
mayor vellocino de oro
si le llevo conquistado.

Y advierte, amigo Teseo,
que estén a punto las naves,
que con embates suaves
surquen el golfo a Nereo,
porque éste es menor trofeo
que llevar robada a Grecia
la prenda que el alma precia
como más alto blasón,
por quien mi loca afición
hasta la vida desprecia.

TESEO

Yo haré que estén aprestadas,
Jasón, de jarcias y velas,
y de las aferravelas,

blancas flámulas colgadas;
con las áncoras levadas
esperándote estarán.

JASÓN

Júpiter, Teseo galán,
permita un céfiro solo
que venga manso del polo
donde las flores están.

TESEO

¿Dónde dijo que esperaba,
Jasón, la hermosa Medea?

JASÓN

Cuando la lumbre febea
su luciente curso acaba,
saldrá por el ancha cava
del fuerte al campo, a las señas
que haremos desde las peñas.

TESEO

¿No ha de llevar a Fenisa?

JASÓN

De que la lleva me avisa
con otras damas y dueñas.

Abriéndose una nube, se vea al dios Marte.

MARTE

Puesto que decretó, Jasón valiente,
la voluntad del cielo soberano,
por ser de mi poder bellipotente,
que no fuese esta empresa de hombre humano;
pues a solos los hijos se consiente
en lo que reservó poner la mano;
verte con tal valor fuerte y discreto,
pudo mudar el celestial decreto.

Tiene aqueste poder la virtud santa,
que los decretos celestiales muda,
y castigando al que su ley quebranta,
al que tiene valor, piadoso ayuda:
si se puede decir que al cielo espanta,
y que tu ser mortal le puso en duda,
por ti será, Jasón, pues tu grandeza
fue indigna de inmortal naturaleza.

A ti sólo se debe, a ti se guarda
la empresa del dorado vellocino;
a ti, por quien el mar humilde aguarda
que rompa su soberbia lienzo y pino;
así le agrada la facción gallarda
con que esparciste del pintado lino
las flámulas al viento, que las flores
dejó por ocuparse en sus colores.

La invención de la nave Pegasea
Júpiter te agradece, y ha mandado
que con cuarenta y cinco estrellas sea
imagen en el círculo dorado,
y que de la bellísima Medea
tengas favor contra el dragón alado
y los toros de fuego, pues al hielo
de su desdén te dio favor el cielo.

La empresa esfuerza tu Rëal decoro,
pues llevas dos tan ricos vellocinos,
que ciegan del artífice del oro
humano resplandor, rayos divinos:
lugar primero que al fenicio toro,
darán al Aries los celestes sinos,
el sol principio al año, a abril favores,
perlas al alba, esmaltes a las flores.

Envolviéndose Marte en aquella nube, dirá Teseo:

Ya se descubre el laurel
con el vellocino de oro;
ya el dragón, ya el fiero toro,
en guarda se ponen dél.

JASÓN

Medea, si eres fiel
a la palabra jurada,
de su violencia encantada
libra tu amado Jasón.

TESEO

Ya sale el fiero dragón:
prueben la maza y la espada.

Aquí se descubre un laurel, y en él el vellocino de oro; a sus pies dos toros echando fuego y el dragón acometa a Jasón, a quien venza primero, tocando cajas y trompetas.

JASÓN

Del fiero dragón la guerra

vencí ya, griegos valientes;
quiero quitarle los dientes
y sembrarlos por la tierra;
pero ¿qué secreto encierra
salir de la tierra armados
cuatro valientes soldados
que entre sí mismos pelean?

TESEO

Unos con otros desean
vencerse y matarse airados:

Salen cuatro personas armadas de petos y celadas, con muchas plumas, coseletes de un color y espadas cortas ceñidas, las lanzas plateadas, dancen el torneo al son de varios instrumentos y acabado, salgan los toros a Jasón, y él los acometa.

JASÓN

¡Fieras, aquí moriréis,
que me da favor y esfuerzo
la nueva Elena, que a Grecia,
no a Troya, en mis naves llevo!
¿Qué resistís su poder,
si yo con alma no puedo?
pero ¿quién la tuviera
fuera rebelde a su cielo?
Cayeron, Teseo amigo:
¡victoria, victoria, griegos!
Quito el vellocino de oro:
¡oh prenda, oh joya, oh trofeo,
que estimo después que sé
que has de coronar los cuellos
de los monarcas de España,
cuando esté mayor su imperio!
Y entre ellos el gran Felipe,
cuarto en nombre, aunque primero
en soberano valor
y en divino entendimiento.
¡Oh! ¡Si quisieran los hados
que aquellos felices tiempos
viera yo, cuando enlazara
con felice casamiento
la flor de lis de Borbón
de Felipe cuarto el pecho!

TESEO

Mira, Jasón, el peligro
en que estás.

JASÓN

Ya, mi Teseo,
veo que el Rey se va airado
de mi ilustre vencimiento;
éste querrá consultar
las envidias de sus deudos,
y que, abrasando las naves,
a traición quedemos muertos.
La noche baja, ¡ay de mí!,
cubre de nublados negros,
luna, tu luciente rostro;
y vos, diamantes eternos,
cubrid el azul engaste;
que me parece que siento,
si no me ha engañado el alma,
la ventura que deseo.

*Salen con sombreros y capotillos de camino Medea y Fenisa, y las damas que puedan
acompañándolas.*

MEDEA

¿Es mi Jasón?

JASÓN

Soy, señora
del alma, un esclavo vuestro.

MEDEA

¿Dónde está la nave?

JASÓN

Aprisa,
acosta el barco, Teseo.

TESEO

La nave, con la creciente,
llega a la orilla.

JASÓN

Pues presto
subid, señora, en la nave,
antes que advierta Fineo
mi ventura y su desdicha.

TESEO

Mucho, Fenisa, agradezco,
que vengáis con este gusto.

FENISA

¿Cómo pudiera ser menos,
Teseo gallardo y noble,
si a ser vuestra esposa vengo?

Descúbrase la nave con muchas velas y música; pongan en ella las damas, y al hacer las velas, salga Fineo con una lanza.

FINEO

¡Aguardad, griegos infames;
aguardad, cobardes griegos;
y tú, que el alma me llevas,
aguarda, vil extranjero!
¿Tú eres noble? ¡Mientes, mientes
mil veces, pues, en desprecio
de los dioses, a tu huésped
eres traidor cuando menos!
Su hija llevas al Rey
por tantos regalos hechos,
que te pudiera haber dado
la muerte en profundo sueño.
¿Tú eres el hijo de Esón?
¿Tú te precias, hechicero,
de la sangre de Alejandro?
¿Dicen tan bajos concetos,
anales de Macedonia,
de aquel de la guerra espejo?
¡Vive Júpiter, infame,
que si no te ayuda el viento,
tengo de arrojarme al mar,
asirte de los cabellos
y traerte preso a Colcos!
Pero ¡ay de mí, que vas lejos!
Toma esta lanza en señal
de que en tierra y mar te reto
de traidor, y desafío
todos tus cobardes griegos.
¡Tened la nave, cielos! Mas ¡ay, cielos
que yo con mis suspiros la doy viento
Hermosa y cruel Medea,

nacida para portento
de las desdichas de Colcos,
¿quién cegó tu entendimiento?
¿Dónde caminas perdida,
dejando tu padre y deudos
en eterna confusión,
muerto a mí, que por ti muero?
¡Maldito seas, amor,
ingrato a buenos deseos,
que menguas con los servicios
y creces con los desprecios.
¿Cómo trazaste el engaño
con que este griego, tan presto
lleva el vellocino, y lleva
la luz de mis pensamientos?
¡Tened la nave, cielos! Mas ¡ay, cielos,
que yo con mis suspiros la doy viento!

Salen Helenia y Frixo, el Rey y gente.

FRIXO
Por aquí dicen que va.

REY
Sobrino mío, ¿qué es esto?

FINEO
Que a Medea y a Fenisa
llevan Jasón y Teseo.
No queda dama en tu casa:
lleva a Felismena, Celio,
a Lucinda, Liriodoro,
y a Felisarda, Androgeo;
a Diana lleva Ergasto,
y a Filida lleva Ardenio,
a Rosimunda, Alejandro,
y a Lisida, Doricleo.
Mira en el golfo la nave,
montos de espuma rompiendo,
porque las alas de amor
hacen a las velas viento.
Perdidos somos: aquí
tienes, señor, los que fueron
testigos desta desdicha.

HELENIA
Engañado te han los celos,

que yo y mi hermano, señor,
ninguna cosa sabemos.

REY

¡Armas, vasallos, al arma!
Vamos por tierra tras ellos;
que bien sabemos adónde
tomarán sus naves puerto.
toca trompetas y caja,
formen escuadrones luego:
¡vamos contra Grecia, amigos!

FRIXO

Señor, aunque el traje nuestro
es de villanos, advierte
que fue nuestro nacimiento
más alto que el de Jasón;
yo haré de mi propio ingenio
naves que a la Grecia pases,
porque retratadas tengo
las de Jasón pieza a pieza,
cuerda a cuerda, lienzo a lienzo.
Todo lo he visto y notado;
pero si pasas, te quiero
suplicar que de Atamante
me restaures en el reino,
que mi madrastra me usurpa
porque me dicen que es muerto.

REY

Si tú las naves fabricas,
presto la venganza espero.

FINEO

Si con lo que intentas sales,
palabra te doy que luego
será mi mujer tu hermana.

FRIXO

La voluntad te agradezco.

Aquí se descubra con música de chirimías y trompetas la nave, y por lo alto, abriéndose un cielo que baje en una nube, el dios del Amor con dos coronas de rosas, y puesto encima de la gavia del árbol mayor, diga así:

Heroico griego, Jasón,

por cuyo valiente esfuerzo,
con aplauso de los dioses
en los balcones del cielo,
y con envidia y disculpa
de los hombres semideos,
se ha dado glorioso fin
a tan alto vencimiento;
y tú, divina Medea,
a quien mis flechas hicieron,
para su favor, lugar
en el desdén de su pecho:
amor os corona, y quiere
mi madre, la hermosa Venus,
que por amantes dichosos
tengáis lugar en su templo;
y asistir a vuestras bodas
con Lucina e Himeneo,
para daros sucesión
que dure siglos eternos.

JASÓN

Gracias te doy, dulce Amor.

MEDEA

Y yo, dulce Amor, te ofrezco
un alma siempre rendida.

AMOR

Con esto, Jasón, me vuelvo
al tercer cielo, en que vivo.

JASÓN

Hagan las velas, Teseo,
para que con dulce fin
a Grecia nos lleve el viento.

Dando vuelta a la nave se dé fin a la comedia

El verdadero amante

Lope de Vega



INDICE

Primera comedia de Lope de Vega Carpio dirigida a Lope de Vega, su
hijo

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Primera comedia de Lope de Vega Carpio dirigida a Lope de Vega, su hijo

Mirando un día el retrato de vuestro hermano Carlos Félix, que, de edad de cuatro años, está en mi estudio, me preguntastes qué significaba una celada que, puesta sobre un libro en un mesa, tenía por alma del cuerpo esta empresa: Fata sciunt; y no os respondí entonces porque me pareció que no érades capaz de la respuesta. Ya que tenéis edad, y comenzáis a entender los principios de la lengua latina, sabed que tienen los hombres para vivir en el mundo, cuando no pueden heredar a sus padres, más que un limitado descanso, dos inclinaciones: una a las armas, y otra a las letras, que son las que aquella celada y libro significan con la letra, que en aquellos tiernos años dice que el cielo sabe cuál de aquellas dos inclinaciones tuviera Carlos si no le hubiera, como salteador, la muerte arrebatado a mis brazos y robado a mis ojos, puesto que a mejor vida, dolorosamente, por las partes que concurrían en él de hermosura y entendimiento con esperanzas de que había que mejorar mi memoria sobreviviendo a mis años, por la razón de, curso de la naturaleza, orden sujeta a los accidentes de la vida. Vos quedastes en su lugar, no sé con cuál genio, cuya definición os darán Pausanias y Plutarco cuando sepáis entenderlos; el uno en los Acaicos, y el otro en la Vida de Bruto. Ni aun conozco la calidad de vuestro ingenio; que San Agustín tuvo por felicísimo al que nació con él, como en el libro cuarto de la Ciudad de Dios lo siente el Santo; y fue opinión de Cicerón y de Aristóteles la ventaja que hace al arte la naturaleza, a quien afrenta Plinio pensando que la cultura de las artes se debe a la avaricia; bien que casi siempre es verdad cuando no las estudia el gran señor y príncipe, y aun entonces puede ser vanidad, y no virtud, como se ha visto en muchos. Mas ¿para qué os persuado con autores, cuando aun estáis en los primeros rudimentos de la lengua latina? Cosa que no podéis excusar, aunque si hubiera quien os enseñara bien la castellana, me contentara más de que la supiérades; porque he visto muchos que, ignorando su lengua, se precian, soberbios, de la latina, y todo lo que está en la vulgar desprecian, sin acordarse que lo griegos no escribieron en latín, ni los

latinos en griego; y os confieso que me causa risa ver algunos hombres preciarse de poetas latinos, y en escribiendo en su lengua parecer bárbaros; de donde conoceréis que no nacieron poetas, porque el verdadero, de quien se dice que ha de tener uno cada siglo, en su lengua escribe y en ella es excelente, como el Petrarca en Italia, el Ronsardo en Francia y Garcilaso en España, a quien también deben sus patrias esta honra; y lo sintió el celestial ingenio de Fr. Luis de León, que pretendió siempre honrarla, escribiendo en ella, como también le sucedió a Fr. Luis de Granada, después de muchos sermones que hay suyos en la lengua latina; y en ella escribieron Fr. Fernando del Castillo, Fr. Agustín de Avila, el P. Ribadeneira, el Dr. Mariana y otras excelentes ingenios, sus historias. No os desanimo para que con menos cuidado estudiéis esta reina de las lenguas, tercera en orden a las del mundo, aunque más común que todas; procuralda, saber, y por ningún caso os acontezca aprender la griega, porque, desvanecido, no digáis lo que algunos que saben poco della y de otras, por vendernos a gran precio la arrogancia de que la entienden; y porque no sepáis lengua tan engendradora de soberbios, y que tan pocos pueden saber que la sabéis, que un catedrático de griego, natural de Guipúzcoa, hallándose en su escuela de Alcalá asaltado de improviso de muchos señores de la corte, oró en vizcaíno delante dellos y fue tenido por hombre insigne, hasta que un secretario de un príncipe, que era de la misma patria, deshizo el atrevido engaño, diciendo que le había entendido. En una de aquellas famosas librerías de Sevilla pidió el P. Fr. Luis de León una Biblia, si acaso la tenían, hebrea. Dióselo el dueño, admirado de que la pidiese, y mucho más de vérsela leer en alta voz; pero llevando consigo un sobrino suyo, ingenio singular y del mismo hábito, pidió otro cualquiera libro, si acaso le tenían, en la lengua hebrea; dióle el librero los salmos de David, de maravillosos caracteres e impresión del excelente Plantino; y comenzando a leer disparates, porque ignoraba la lengua entonces, volvió Fr. Luis a reprenderle airado; a quien el sobrino dijo: «Déjeme vuesa paternidad, que para el señor librero tan hebreo es esto como esotro.» Vos me habéis entendido; y en razón de la inclinación, que fue el principio de esta carta, no tengo más que os advertir; si no os inclináredes a las letras humanas, de que tengáis pocos libros, y esos selectos, y que les saquéis las sentencias, sin dejar pasar cosa que leáis notable sin línea, o margen; y si por vuestra desdicha vuestra sangre os inclinare a hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os puede distraer de lo importante, y no os dará provecho. Tened en esto templanza; no sepáis versos de memoria, ni los digáis a nadie; que mientras menos tuviéredes desto, tendréis más de opinión y de juicio; y en esta materia, y lo que os importa seguir vuestros estudios sin esta rémora, no busquéis, Lope, ejemplo más que el mío, pues aunque viváis

muchos años no llegaréis a hacer a los señores de vuestra patria tantos servicios como yo, para pedir más premio; y tengo, como sabéis, pobre casa, igual cama y mesa y un huertecillo cuyas llores me divierten cuidados y me dan conceptos. Libraréis con esto de que os conozcan; que por la opinión de muchos es gran desdicha y así tenía por jeroglífico un hombre docto deste tiempo un espejo en un árbol, a quien unos muchachos tiraban piedras, con esta letra: Periculosus splendor. Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sujetos, prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios sujetos, que no llegará jamás lo impreso a lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprensiones y cuidados; perdido el tiempo preciosísimo, y llegada la non intellecta senectus, que dijo Ausonio, sin dejaros más que estos inútiles consejos. Esta comedia, llamada El verdadero amante, quise dedicaros, por haberla escrito de los años que vos tenéis; que aunque entonces se celebraba, conoceréis por ella mis rudos principios; con pacto y condición que no la toméis por ejemplar, para que no os veáis escuchado de muchos y estimado de pocos. -Dios os guarde.

VUESTRO PADRE.

FIGURAS DE LA COMEDIA

JACINTO.

DANTEO.

MENALCA.

CORIDÓN.

EURISTO.

PELORO.

ERGASTO.

DORINDO.

AMARANTA.

EREUSA.

DÓRIDA.

FELICIO.

GLICERIO.

ALCALDES LABRADORES.

UN SACERDOTE DE LA DIOSA JUNO.

PASTORES.

MÚSICOS.

Acto primero

Salen Jacinto, músicos y pastores con baile y fiesta, y un sacerdote.

SACERDOTE No suene rumor alguno
hasta que a avisaros vuelva
en tiempo más oportuno,
pues Regamos a la selva
sagrada, a la diosa Juno,
cuyas manos vengativas
tanto las nuestras altivas
castigan cuando se atreven,
que hasta los vientos no mueven
las hojas destas olivas.

UN PASTOR En nada os disgustaremos,
ni la gran diosa permita
que su selva despreciemos.
¡Hola! Cese el baile y grita.

OTRO Pues lo mandais, cesaremos.

SACERDOTE Todos hincad la rodilla,
y con voluntad sencilla
mostrad que es nuestra intención
ofrecerle el corazón,
que por víctima se humilla.

Descubren la diosa Juno en un templo.

¡Oh santa Juno, que fuiste
del alto Júpiter prenda!
Tú que, más bella, venciste

a Palas en la contienda
y a Venus obscureciste,
asiste a nuestro deseo
por el despojo y trofeo
que se te ofrece este día,
y venga en tu compañía
el sacro dios Himeneo.
Doristo con Amaranta
quieren tu yugo amoroso;
asiste, pues, Juno santa,
y el lazo dificultoso
de la coyunda levanta;
y en tanto que se levante,
cualquier agüero se espante
de tu poderosa diestra:
ni la corneja siniestra
ni el buho nocturno cante.
Ya vuestras bodas pronuncia.
Aquella blanca paloma,
Doristo, tu bien anuncia.

A la novia.

La mano a tu esposo toma
y tu libertad renuncia.
No hay que temer fin prolijo.
DORISTO A la aldea nos volvamos.
¡Qué grande bien nos predijo!
SACERDOTE Pastores, de aquí partamos.
PASTORES Cese el baile y regocijo.
Vanse todos; queda Jacinto solo.
JACINTO ¿Permitirás levantarme,

falso amor, de aqueste suelo,
donde he venido a humillarme?

Pero si caí del cielo,
¿dónde puedo asegurarme?

¡Ay, pregunta sin provecho!

Pues en el aire, sospecho,
por donde amor me subió,

mis esperanzas y yo

nos hemos pedazos hecho.

¿Que te casaste, Amaranta?

¡Muerto soy!

Sale Danteo.

DANTEO (*Sin ver a Jacinto.*)

¡Oh! Atalanta,

préstame tus pies veloces.

Así tu Hipómenes goces,

que en verte agora se espanta.

Déjame dar esta nueva

a aquel verdadero amigo:

Eco, mis acentos lleva;

detente, viento enemigo:

no la estorbes, que ya prueba.

Dile a Jacinto, el dichoso,

que el rapacillo envidioso

en este punto le ha dado

el más venturoso estado

que tuvo pecho amoroso.

Dile que se abraze y arda,

que pene, padezca y muera,

pues que le adora Belarda,

de toda nuestra ribera
la pastora más gallarda.
No es este amor, que provoca
a un alma a volverse loca,
malicia que imaginé;
que de su boca lo sé
y lo sabrá de mi boca.
Basta que me ha preguntado
quién es y en qué punto precia
el ser de zagal honrado,
y si el ganado desprecia
o guarda ajeno ganado;
y he hecho lo que he podido
en decirle que ha tenido
elección de mujer cuerda,
y que a mi cuenta se pierda
por un ganado perdido.
Santo Apolo, ¿velo o sueño?
¡Ah, Jacinto! ¿Desta suerte
sirves a tu nuevo dueño?
¡Oh dura imagen del sueño,
sombra y color de la muerte!
¿Estás en ti?
JACINTO ¡Mi Danteo!
¿Es posible que te veo?
DANTEO ¿Qué has tenido? ¿No estás bueno?
JACINTO Sí estoy, aunque bien ajeno
del mayor bien que deseo.
DANTEO Anímate. ¿Qué has tenido?
¿Estás dormido o despierto?

JACINTO Estoy despierto y dormido,
estoy sano, estoy herido,
estoy vivo y estoy muerto:
tal me tiene mi dolor.

DANTEO Pues duerme y vela, pastor,
y cúrate y no te cura,
y muere y vivir procura;
quizá te hallarás mejor.

¿Estás burlando del tiempo?

JACINTO El se ha burlado de mí,
pues que ya ha llegado el tiempo
que del tiempo que perdí
estoy llorando sin tiempo.

DANTEO No más, que tu queja entiendo.
Todo tu mal comprehendo:
a Belarda a amar te inclinas.

JACINTO Ni aun la ceniza adivinas
del fuego en que estoy ardiendo.

DANTEO No disimules conmigo.

JACINTO ¡Por Dios, Danteo, que ignoras
mi mal!

DANTEO Antes soy testigo,
y de su boca te digo
que sé que a Belarda adoras,
y porque mejor me creas,
hoy me ha dado el cargo a mí
para que la hables y veas:
y aun de su pecho entendí
que gusta que la poseas.
¡Brava ventura tuviste!

JACINTO Quiérome disimular

(*Aparte.*)

callando el suceso triste.

¿Dónde la Pudiste hablar?

¿Adónde vella pudiste?

¡Que soy amado me cuentas!

DANTEO Tanto, que alegre te asientas

en el trono del amor.

JACINTO Poco sientes mi dolor

y gusto que no lo sientas.

¡Ay, falsa! ¿Que te casaste?

DANTEO ¿Qué dices?

JACINTO Que te engañaste

en pensar que esa pastora

me quiera bien.

DANTEO Y te adora.

JACINTO ¿Es cierto?

DANTEO Es muy cierto.

JACINTO Baste.

Sin falta, por mano ajena,

la suerte mi vida guarda,

y que se resuelva ordena,

con la gloria de Belarda,

de mi Amaranta la pena.

Irémosla luego a ver.

DANTEO Así quedó concertado.

JACINTO Galán me quiero poner;

que me ha tenido enlutado

de un desposorio el placer.

Y pues que tantos lo van,

bien es que vaya galán.

¡Euristo!

Sale Euristo.

EURISTO ¿Qué mandas?

JACINTO Presto

trae volando a este puesto

pellico, banda y gabán.

Vase Euristo.

DANTEO ¿Desposorio te enlutó?

JACINTO Sí, porque envidia me alcanza

de ver que allí se cumplió

de dos almas la esperanza

que para mí no llegó.

DANTEO Nuevo es eso para mí,

que he estado fuera de aquí.

Hoy vine a aquesta ribera.

JACINTO Para mí también lo fuera,

a no estar fuera de mí.

Sale Euristo.

EURISTO Aquí hay recaudo; bien puedes
vestirte.

JACINTO Muestra el pellico.

Aquesto quiero que heredes,

y de dueño no muy rico

no esperes grandes mercedes.

EURISTO ¿Qué dices?

JACINTO Si aquesto viera

Belarda, ¡qué burla hiciera

de ver un pobre pastor

con hazañas de señor!

DANTEO Harto bien le pareciera,
pues lo que el ser no te ofrece
has por virtud alcanzado;
que tan bien el sol parece
si en un árbol resplandece
como en un techo dorado.

JACINTO Ya estoy bien. Vamos de aquí.

EURISTO ¿Mandas que vaya tras ti?

JACINTO Ya bien te puedes quedar.

EURISTO Pues ¿no te he de acompañar?

JACINTO No, mientras ande sin mí.

Vanse Jacinto y Danteo.

EURISTO ¿Qué novedad es aquesta,

Jacinto? ¿Qué nueva llama

así tu pecho molesta,

que cuando entierras tu dama

sales vestido de fiesta?

¿Es este acaso el tributo

del tierno llanto y del luto?

¿Son estas colores verdes

de la esperanza que pierdes

el mal sazonado fruto?

¿Si acaso el dolor espanta?

Mira, señor, si te mueres:

nunca la causa fue tanta,

pues se ha casado Amaranta,

la prenda que tanto quieres.

Mírala en brazos ajenos,

y que de su gloria llenos...

Mas conviéneme que calle,

que suena gente en el valle
y es Menalca cuando menos.

Vase.

Salen Menalca y Coridón.

MENALCA ¿Conoces, dime, Coridón, alguno
que en todo, el Tajo, y en el mundo todo,
posea tanto bien como poseo?

Y no quiero decir pastor ninguno,
que fuera cortedad tan a mi modo
medir con la ventura mi deseo.

¿Viste algún rey, ufano del trofeo
de haber ganado un reino, por ventura,
en paz santa y segura
gozar su alegre estado?

Pues deste fuera yo tan envidiado,
que trocara del reino lo más rico
por un solo jirón deste pellico.

No la púrpura sacra y la corona
que ciñe al claro príncipe las sienes,
más llenas de soberbia que de gusto;
no la parlera fama, que pregona
pequeños males como grandes bienes
en la boca del vulgo, torpe, injusto,
diciendo a voces: «Príncipe tan justo
excede en guerra y paz con igual mano
a Numa y a Trajano»;

ni el ver su nombre eterno
se iguala a que yo pase el duro invierno
y los calores del ardiente estío

contento con el bien pequeño mío.

CORIDÓN ¡Qué tal te tiene amor!

MENALCA ¿Qué tal me tiene?

Tal me tiene, gozando el bien que gozo,
que vivo como rey sin desearlo.

CORIDÓN Furor debe de ser que te entretiene.

Vuelve en tu seso, descuidado mozo.

MENALCA Coridón, por demás será buscarlo.

Dichosamente supe aventurarlo.

CORIDÓN ¿Rey te juzgas queriendo? ¡Gran locura!

MENALCA Pues dime, ¿que ventura

tan próspera me aguarda

como gozar el alma de Belarda?

¿Qué reino puede haber como sus ojos,

de quien tengo y tendré ricos despojos?

CORIDÓN ¿De manera que ya, Menalca loco,
te habemos de llamar rey?

MENALCA De contento.

CORIDÓN ¿Y el título ha de ser rey de Belarda?

MENALCA A título tan alto un rey es poco.

No cabe en un pastor merecimiento,

que pobremente sus ovejas guarda;

un dios podrá reinar; que en Dios no hay pena.

CORIDÓN Júpiter, como hizo en Alcumena,
podrá reinar dejándola preñada.

Pasión desenfrenada

te rige el pensamiento.

MENALCA Y a ti de libertad ocioso intento.

CORIDÓN Vuelve en tu seso: cobra tu sentido.

MENALCA Ganado está muy bien cuando perdido.

CORIDÓN Pues quieres que así sea, dime, cuerdo,
¿cómo podrás gozar mientras que vives
tu Belarda gentil?

MENALCA Viviendo en ella.

CORIDÓN ¡Cabrás dentro muy bien!

MENALCA Cabré en su acuerdo.

CORIDÓN En fin, a todo engaño te apercibes.

Bien ves que no, podrás casar con ella,
porque es humilde el nacimiento della
para tu generoso nacimiento.

MENALCA ¡Oh, sumo atrevimiento!

Dime, ¿nació en la tierra?

CORIDÓN En una choza, junto a aquella sierra.

MENALCA Y yo ¿dónde nació?

CORIDÓN Muy diferente;
que eres de dioses y de ilustre gente.

MENALCA La nobleza mayor, la mayor palma,
no para en el pellico: llega al alma.

Salen Belarda y Ergasto.

BELARDA (A Ergasto.)

Vuélvete, Ergasto, a la fuente,
que al pie del verde laurel
que da sombra a su corriente,
he perdido y puse en él
una cinta de la frente.

Corre.

ERGASTO ¿Has miedo que se huya?

BELARDA Búscala, por vida tuya.

ERGASTO Ya tarde parecerá,

que el sol la habrá hurtado ya
para ceñirse la suya.

CORIDÓN Tu Belarda es ésta, a fe.

MENALCA Y cuyos son los despojos
del alma que la entregué.

¿Cómo no pongo los ojos
adonde estampa su pie?

BELARDA ¡Al sol le llaman ladrón!

(A Ergasto.)

¿Es esa buena razón?

ERGASTO Como sus rayos dorados
de la luna son hurtados,
de los tuyos son...

BELARDA ¿Qué son?

ERGASTO Hurto los del sol.

BELARDA ¿Mis rayos?

ERGASTO Tus rayos.

BELARDA Pues ¿resplandezco?

ERGASTO Tal, que si a verte me ofrezco,
trueco la vista en desmayos,
y desmayado fallezco.

BELARDA Basta, que sabes hablar.

ERGASTO Ahora bien, voyla a buscar.

BELARDA ¡Oh, cuánto el rústico tarda!

(Aparte.)

ERGASTO Haz una cosa, Belarda,
para que la pueda hallar.

BELARDA Acaba con tus enojos.

ERGASTO Quiero, para que me alumbre,
llevar, en lugar de antojos,

un resplandor de la lumbre
de aquesos divinos ojos.

BELARDA ¡Qué necia filosofía!

Vete, que luz tiene el día
con que la puedas hallar.

ERGASTO Voyme por no te enojar,
parte de la vida mía.

Vase.

BELARDA Mas ¡de qué suerte me tienes,
(Aparte.)

que paso de enojo a rabia!
¡Oh, Menalca! A tiempo vienes.

MENALCA Siempre al tiempo que te agravia
fuerza de ajenos desdenes,
para que mal me recibas.

BELARDA En falsa esperanza estribas,
y siendo tú mi esperanza...

MENALCA O merezco tu privanza,
o de tu gloria me privas.

¿Tanto a todos me adelanto?

Sin falta de mí te burlas.

BELARDA No puedo decirte cuánto.
(Aparte.)

Pues ¿llamas pesadas burlas
verdades que pesan tanto?

MENALCA No más; que sin falta creo
que de tu alma poseo
la rendida voluntad.

BELARDA Así parece verdad,
(Aparte.)

aunque te engaña el deseo.

MENALCA ¡Oh. Belarda, y cuán notable
se halla en ti la virtud!

No hay vicio más detestable
que la injusta ingratitude.

No porque en mis cosas hable;
que no quiero persuadirte
que para tanto rendirte
han sido mis obras parte;
que si valgo para amarte,
no valgo para servirte.

Que para tanto valor,
un príncipe ser quisiera,
y no tan pobre pastor.

BELARDA En ese estado, pudiera
(*Aparte.*)

aborrecerte mejor.

MENALCA ¿Qué respondes?

BELARDA Que tu estado
es el mejor que han honrado
hoy las riberas jamás,
pues hoy el más rico estás
de cuantos guardan ganado;
y si quieres como muestras,
el más rico de contento.

MENALCA Excede el alma a las muestras,
porque a lo menos que siento
me faltan palabras diestras.

Pero toda esta riqueza
ofrecida a tu belleza

es un humilde caudal.

BELARDA (*Aparte.*)

Y para quererte mal
no es muy pequeña pobreza.

¡Si supieses de qué suerte
te aborrezco, aunque te engaño!...

MENALCA Coridón, agora advierte
si acierto a buscar mi daño
y en procurarme la muerte.

Mírame tan bien pagado,
y tan del alma adorado
de aquella que de las almas
tiene más triunfos y palmas
que el propio niño vendado.

CORIDÓN Digo que razón te sobra.

Ama, pues tanto mereces,
y pon tu intento por obra;
que si mucha paga ofreces,
por una a ciento se cobra;
que puesto que merecieras
prendas que igualar pudieras,
lo que falta en igualarte,
le sobra en lo que fue parte
para que tanto la quieras.

MENALCA Bien me has dicho, bien me enseñas
de mi empleo la ventura.

BELARDA Pues haz cuenta que lo sueñas,
(*Aparte.*)

porque en balde te asegura
con palabras halagüeñas.

Salen Danteo y Jacinto.

DANTEO ¡Buen encuentro, a no se hallar

(Aparte a Jacinto.)

aquéste, que, a mi pesar,
cada vez aquí le encuentro!

JACINTO No tengo por buen encuentro
el que comienza en azar.

DANTEO Pues a fe que aquesta vez
que ha de ser azar de cedro,
pues tienes padre jüez.

JACINTO Si en tales azares medro,
más negro voy que la pez.

MENALCA Al fin, ¿dices que eres mía?

BELARDA Y que en mi postrero día
tu nombre repetiré.

MENALCA ¡Oh. Belarda! A tanta fe
otro premio se debía;

que poco valen palabras
donde apenas obras pueden,
y más de un pastor de cabras;
pero pues ellas no exceden,
gusto que el pecho me abras.

Mira tu retrato en él,
porque amor es pintor fiel;
sólo te diferenció
en que allí blanda te vió,
y aquí te pinta cruel.

BELARDA Muestra. ¿Qué es eso que veo?
abre el pecho.

MENALCA No es ingrato:

daréte cuanto poseo,
si ya no has visto el deseo,
que es el cerco del retrato.
Mas éste no lo verás,
porque no te obligue más
a cumplille.

BELARDA A todo sales.

Buenos son estos corales.

MENALCA Por estar donde tú estás.

Espera; que ya los quito
porque los goce ese cuello.

BELARDA Será si yo lo permito.

MENALCA No hay que replicar en ello.

DANTEO ¿Has leído el sobrescrito?

(Aparte a Jacinto.)

JACINTO Por cierto, ¡a muy buen lugar
me has traído a despeñar!

¿Quién te dijo mi suceso?

MENALCA ¡Qué bien te están!

BELARDA ¡Bueno es eso!

Bien los sabes alabar.

Ya sé que tienen valor.

MENALCA Desde que ya tuyos fueron,

le tendrán mucho mayor,
pues parece que escogieron
de tus labios el color.

Aunque les haces agravio,
porque tan cerca del labio
perderán la color suya;
mas hurtaránte la tuya.

JACINTO A fe que el pastor es sabio.

(Aparte.)

BELARDA No sé qué te diese en pago
de este don, te certifico.

MENALCA Con poco me satisfago.

BELARDA Pero tú das como rico,
y yo como pobre pago.

JACINTO Bien lo sabe agradecer.

(Aparte.)

BELARDA Espera: iréme a coger
flores que traiga en la falda,
para hacerte una guirnalda.

MENALCA Aquí la puedes hacer.

No quiero que te fatigues;

Coridón irá por ellas.

BELARDA No quiero que así me obligues;

que veo mis dos estrellas

que con tu sombra persigues.

DANTEO Por ti lo dice, Jacinto,

(Aparte a él)

que te ha visto.

CORIDÓN Voyme, y pinto

en tus faldas un abril.

Vase.

DANTEO a fe que es harto gentil.

JACINTO Y gentil el laberinto.

(Aparte.)

¡Oh amor! ¿Faltábate más?

Hoy me casas mi pastora;

y ésta que agora me das,

para que la olvide agora,

¡cerca de casalla estás!

DANTEO Sentir nos tienen por ti.

(Aparte a Jacinto.)

BELARDA ¿Cómo le echaré de aquí?

Que he visto mi nueva gloria.

MENALCA Siendo tuya la victoria,

¿me das la guirnalda a mí?

(Aparte.)

Mira que no es la corona

para la frente vencida;

que el vencedor se corona.

BELARDA Aquesta vez tu homicida,

Menalca, te galardona.

¡Ay, Dios! ¡Qué león tan fiero,

arrimado a aquel sendero,

por aquel repecho entró!

Mataráme.

MENALCA Mi bien, no,

que yo moriré primero.

Pero, ¿dónde fue? ¿Qué es dél?

Espera, que tras él voy.

BELARDA ¡Ay Dios! No vayas tras él;

que te matará.

MENALCA No soy

menos animoso que él.

Vase.

BELARDA ¡Buena industria! Ya se fue.

¡Hola, pastor; hola, ce!

DANTEO ¿Llámasme a mí?

BELARDA Y a los dos.

JACINTO Guárdeos el cielo.

BELARDA Y a vos,
parte de mi vida os dé.

JACINTO No, sino a vos de la mía;
y no digo parte della,

que toda es vuestra, y podría,
si os preciáis de poseella,
serlo el alma que os daría

Por relación he sabido
que me habéis engrandecido
en darme nombre de vuestro.

BELARDA Holgara veros tan diestro
en el ser agradecido;

mas si de mí conocéis,
como yo de vos confío,
lo que a mi alma debéis,
en darme lo que es tan mío,
¿quién duda que lo seréis?

JACINTO Pues me abona ese valor,
vos seréis mi fiador,
y firmará la escritura
el tiempo, que ya procura
darme otra deuda mayor.

BELARDA Yo pienso que la tendréis,
y que debiéndoos yo a vos,
también vos me deberéis.

DANTEO Si tanto os debéis los dos,
con no pagar pagaréis.

Cumplido se ha mi deseo,
pues tan conformes os veo,
de ausentes enamorados.

JACINTO Trujo el fin de mis cuidados
el nuevo bien que poseo.

Hoy sale, aunque a su pesar,
Amaranta de mi alma,
y Belarda en su lugar
entra llevando la palma,
pues perdí para ganar.

Hoy, Danteo, en nueva forma
amor en mí se transforma;
no sé si el amor ordena
que esté suspensa la pena,
cosa que al vivir conforma.

BELARDA Coridón viene. ¡Ay de mí!
Allí os podréis esconder.

JACINTO Siempre, Belarda, temí
que había más que temer.

BELARDA Mi suerte lo quiere así.

Escóndense los dos.

Sale Coridón con un ramo de laurel en la mano.

CORIDÓN Belarda, de aquesta rama,
que agora laurel se llama,
y un tiempo Dafnes esquivas,
corona la frente altiva
del vencedor que te ama.

Toma, enemiga cruel;
y mira si he sido fiel,
y lo que puedes conmigo,

pues para que mi enemigo,
corones, traigo el laurel.
Toma, y ¡plega a Dios, si alcanza
en mi daño la venganza,
que el laurel que le previenes
se le marchite, en las sienas,
como lo está mí esperanza,
o que en fuego se resuelva,
o cuando al que te idolatra
la suerte humana revuelva,
en los áspides se vuelva
que mataron a Cleopatra!
Mas pues tan poco restauro,
arda en su cabeza el lauro
como Hércules ardió
en la camisa que dio
a Deyanira el Centauro.
No traigo rosa ni flor,
que no serán necesarias;
que la corona de amor
no ha de ser de flores varias
para el constante amador.
Y pues Menalca se jta
de la firmeza que trata,
toma; que bien sé, cruel,
que se la das de laurel
porque te la dé de plata.
BELARDA Basta, Coridón, no más;
no me trates desa suerte.
CORIDÓN Pues di, ¿qué excusas darás

de haberme dado la muerte?

BELARDA Vivo estás.

CORIDÓN Muerto dirás.

BELARDA ¿Parécete que es razón
que te quiera?

CORIDÓN Y sinrazón
no lo hacer.

BELARDA Pues ¿por qué, di,
cuando Menalca está aquí
no me dices tu pasión?

CORIDÓN Porque te quiere, y me excede
en riquezas; que ese es rey,
a quien Dios se las concede,
y porque es del mundo ley
que muera el que poco puede.

Téngole, te certifico,
aquel respeto que al rico
tiene el pobre, cuando acierta
a tener nobleza muerta
debajo de su pellico.

Sé yo que te quiere bien:
¿tengo con mi mayoral
de ponerme ten con ten,
siendo un humilde zagal
que apenas se sabe quién?

BELARDA Al fin, ¿confiesas que es noble?

CORIDÓN En lo exterior, al doble,
que en lo interior, decir puedo
que tanto, cruel, le excedo,
cuanto la alta palma al roble.

BELARDA Al fin tú, como menor,
¿le respetas?

CORIDÓN Sí respeto.

BELARDA Pues ¿por qué no tendré amor
a quien tú, como a mejor,
le guardas tanto respeto?

Anda, vete; que estás ciego.

CORIDÓN Eso, Belarda, no niego,
porque tu vista me mata.

¡Oh más que la palma ingrata,
libre del cuchillo y fuego!

BELARDA ¿Ingrata llamado has
a la palma?

CORIDÓN Y creo yo
que tal como ella serás,
pues no dio fruto jamás
al dueño que la plantó.

Yo fui en amarte el primero,
y del fruto desespero,
pues me niegas el tributo,
y vienes a dar el fruto
al pretendiente postrero.

BELARDA Ven acá. Si le desamas,
¿por qué siempre estás con él?

CORIDÓN Porque como tú le amas,
de ti gozaré por él
estas veces que le llamas.

Lo que a ti te enamoró,
amor amar me forzó;
quiere bien hasta que mueras,

que basta que tú le quieras
para que le adore yo.
¡Oh, ingrata Belarda! Ponte
a querer un monte fiero,
y a darle el alma disponte;
que pues por un monte muero,
bien puedo querer a un monte.
Pon en un monte tu amor,
tan inmoble a mi dolor,
y harás que le adore y quiera,
y ¡ojalá que un monte fuera,
y que no fuera un pastor!
Mas dime, ¿dónde se fue?
¿Aquí no quedó contigo?
BELARDA Partióse, ¡ay triste!, y quedé
llorando, sin él, conmigo.
CORIDÓN Sin fe te sobra la fe.
Dime, ¿por qué se partió?
BELARDA Porque aquí me defendió
de un león, y fue tras él.
CORIDÓN ¡León!
BELARDA Furioso y cruel,
que deste monte bajo.
¡Ay, Dios! ¿Si le ha de matar?
CORIDÓN Ten, Belarda: no me mates
con oírte lastimar;
que sangre te puedo dar
con que la suya rescates.
Yo voy a hacer de manera
que viva, aunque si él muriera,

viviera yo; mas no es justo
que yo viva a tu disgusto,
y que tu gusto se muera.
Sea de mi cuerpo triste
sepultura este león,
no de aquel a quien le diste
por vivo en el corazón,
después que muerto le viste.
El goce de tus abrazos,
y a mí me haga pedazos,
que no es decente que muera
en los brazos de una fiera
el que mereció tus brazos.
Vase.

BELARDA ¡Qué bien se traza el engaño!
¡Hola, Jacinto!

Salen Jacinto y Danteo.

JACINTO No puedo
dejar de sentir mi daño,
porque fue tan cierto el miedo
cuanto fue tu desengaño.

¿Qué te quiere este pastor?

BELARDA Quiere crecer tus amores.

JACINTO ¿Qué importa que crezca amor,
si tengo para un favor
cuarenta competidores?

¿Enójante mis recelos?

BELARDA Y aún me regalan en parte.

JACINTO Si me los das, pedirélos:
celos pido antes de amarte.

BELARDA ¿Son hijos de amor los celos?

JACINTO Sus hijos dicen que son.

BELARDA Pues ¿cómo nacen sin padre?

JACINTO No falta mucha afición,
que los cría como madre
al pecho de la razón.

BELARDA ¡Bien a fe! Toma, Danteo,
tuerce esta guirnalda, en tanto
que hablamos de mi deseo;
teje a queste laurel santo,
por quien suspiró Peneo,
y con esta cinta le ata.

DANTEO Que me place.

JACINTO Y ¿para quién?

BELARDA Para el pastor que me mata.

JACINTO No, no sus hojas le den
a quien las vuelve de plata.

Soy tan pobre, que permito
que la goce, y me la quito;
porque un pobre tanto pierde,
que este laurel, siempre verde,
ya le volverá marchito.

Mal conservamos el bien;
que es nuestra ventura tal,
que cuando mucho nos den,
le convertimos en mal.

DANTEO A Menalca siento.

JACINTO ¿A quién?

DANTEO A Menalca.

JACINTO Pues ¡sus! vamos.

BELARDA ¿Y el verte?

JACINTO Luego podrás,
que en el desposorio estamos.

BELARDA Mil hermosuras verás.

JACINTO La tuya sólo esperamos.

Vanse Jacinto y Danteo.

Sale Menalca.

MENALCA ¡Qué buena burla me has hecho!

Que en todo aqueste repecho
no hay león, ni sombra vi.

BELARDA Ahora se fue de aquí,
y casi me lleva el pecho.

¿Vístele?

MENALCA No, por mi fe.

BELARDA Pues aunque está en otro cabo,
en el pecho le guardé.

Ya sé que se me hace bravo;
pero yo le amansaré.

MENALCA Basta, que burlas conmigo.

BELARDA Si burlo, será por él.

MENALCA Qué ¿vino?

BELARDA Vino, te digo,
y aun otro león con él,
que debe de ser su amigo.

MENALCA No más burlas, mi Belarda.

Ponme el laurel, que me aguarda

Doristo a su fiesta y boda;
y ven conmigo, que en toda
otra mayor se te aguarda.

BELARDA Toma, y mira qué te pones;

que a fe que te la tejió
uno de aquellos leones.

MENALCA Pues también lo seré yo
después que tú me coronas.

Vanse.

*Suena grita y baile de pastores, y salen Doristo y Amaranta, novios;
Peloro, padrino;*

Ereusa madrina; Dórida, pastora; Ergasto, pastor.

EREUSA Mejor están en lo bajo,
y ordénese alguna fiesta,
que ya, si el baile os molesta,
descansaréis del trabajo,
y pasaremos la siesta.

Doristo, ¿estás bien sentado?

DORISTO Júzgalo, pues tengo al lado
a mi dulce y cara esposa...

AMARANTA En merecerte dichosa.

Salen Jacinto y Danteo.

JACINTO Ya llevo el color trocado.

(Aparte a Danteo.)

¿Cómo he de poder hablar?

Danteo, da el parabién.

DANTEO Muy enhorabuena estén
la prez de nuestro lugar
y la hermosura también.

DORISTO ¡Oh, mi Danteo! En buen hora
vengas. Cabe mí te asienta.

JACINTO Años que pierdan la cuenta
goces del bien que te adora.

A Amaranta.

Y tú te logres contenta.

AMARANTA ¡Ah, traidor! ¿Que aquí te vienes?

(Aparte.)

DORISTO Ea, deja los parabienes,
y siéntate cabe mí.

JACINTO ¡Ay! Que adonde estás me vi,

(Aparte.)

y en el lugar que me tienes.

DORISTO Ergasto, dale tu lado.

JACINTO Bien estoy aquí.

ERGASTO Bien puedes

JACINTO A ver mi muerte he llegado.

(Aparte.)

¡Oh, Ergasto, tantas mercedes!

(Aparte.)

¡Ay, falsa, que te has casado!

Salen Coridón y Menalca.

CORIDÓN Huélgome que fue mentira,
y de hallarte aquí.

MENALCA ¡Oh, señores!

el cielo os dé mil favores.

ERGASTO Doristo, a Menalca mira.

DORISTO ¡Oh Menalca, oh mayorall!

Aquí sentaros podréis,
aunque al humilde igualéis
vuestra valor sin igual.

Sale Belarda.

BELARDA No os quisiera perturbar
tan buena conversación;
mas la mucha obligación,

por fuerza me obliga a entrar.

Gócense por muchos años.

AMARANTA ¡Oh mi señora Belarda!

Este lugar os aguarda.

Perdonad los ricos paños,

que es de campo el aparato.

BELARDA Y vos palacio lo hacéis.

AMARANTA No cual vos lo merecéis,

que tenéis de reina el trato.

PADRINO Cesen ya de cumplimientos.

Siéntate, niña, y callad.

¿No veis que la soledad
hace iguales los asientos?

Siéntate.

BELARDA Ya estoy sentida...

Sentada quise decir.

JACINTO Si has de hablar como sentir,
errarás toda la vida.

PADRINO ¡Buenos estamos, por Dios,
para jugar algún juego!

DORISTO Bien dices: juéguese luego.

MENALCA Alto: inventaldo los dos.

Mas no ha de ser levantado;
por eso mirad cuál sea.

DANTEO Yo os diré. Demos librea,
como se suele, al soldado.

CORIDÓN Bien dice.

DANTEO Es de mucha ciencia.

ERGASTO Sí, pero, tiene primor;
y en errando la color,

que pague su penitencia.

MADRINA A fe que es de regocijo;

bien le podemos jugar.

PADRINO Y no hay más que comenzar,

pues que mi mujer lo dijo.

CORIDÓN Danteo tome la mano,

que suele ser el maestro.

DANTEO Acudís al menos diestro.

ERGASTO Siempre te excusas en vano.

Comienza; que es tarde: acaba.

DANTEO ¡Ea, pues! Este cayado

es, señores, el soldado,

que de vestirle excusaba.

Coridón diga primero

su color.

CORIDÓN Pues yo le visto

de lo que nunca me visto.

DANTEO Que te declares espero.

CORIDÓN ¿Ya no sabes que es de verde

la esperanza que perdí,

que nunca me la vestí?

DÓRIDA Que se pierde, que se pierde.

DANTEO Calla, Dórida.

DÓRIDA A fe mía.

MENALCA Bien es que todos calléis,

que tarde le vestiréis

hablando en filosofía.

O es verdad o es juego.

DANTEO Basta.

Ereusa, ¿de qué le vistes?

EREUSA De negro, color de tristes.

DANTEO ¿Tú, Dórida?

DÓRIDA Color casta.

DANTEO ¿Tú, Doristo?

DORISTO Colorado,
que es señal de mi alegría.

DANTEO ¿Tú, Amaranta?

AMARANTA De la mía.

DANTEO ¿Cuál es la tuya?

AMARANTA Leonado.

DANTEO ¿Tú, Jacinto?

JACINTO Aunque mi vida
camina a puerto seguro,
le visto de verde oscuro,
que es esperanza perdida.

DANTEO ¿Tú, Ergasto?

ERGASTO La deslealtad,
por quien yo tan firme he sido,
turquesado le ha vestido,
color de mi lealtad.

DANTEO ¿Y tú, Peloro?

PELORO De oro,
que es la color que me agrada.

DANTEO ¿Y tú, Menalca?

MENALCA Encarnada,
de aquella cruel que adoro.

DANTEO Eso es sangrarte en salud.

¿De qué lo vistes, Belarda?

BELARDA Yo le visto color parda.

DANTEO Es color de la virtud.

Bien está así: comencemos.
¡Oh qué bien está vestido
este soldado polido!
¡Bravos colores tenemos!
A fe que ha de ir muy galán
a la guerra que se ofrece.
¡Oh qué gallardo parece!
Todos mirándole van.
Buena es la pluma leonada.
AMARANTA Leonada.
DANTEO Y el borceguí
no es malo, porque es turquí,
y tiene vuelta doblada.
ERGASTO Turquí.
DANTEO Tardóse.
ERGASTO No hice.
DANTEO Adelante. El buen soldado
lleva jubón encarnado,
porque lo negro desdice.
Está Menalca embebido mirando a Belarda.
EREUSA Negro.
DANTEO Ya dije encarnado:
pague Menalca.
JACINTO Es ansí.
DANTEO ¡Hola, Menalca está aquí!
¡Hola, hola, embelesado!
Tírale del brazo.
PADRINO ¡Hola!
MENALCA ¿Qué es eso? Encarnado.
DANTEO ¡Bien!

BELARDA Su penitencia le den.
DANTEO Y tú la mereces sola.
MENALCA Pues ¿ya no dije encarnado?
DANTEO Anda, loco, embebecido.
MENALCA Alto: penitencia pido.
PADRINO Dénsela, que ha confesado.
DANTEO Yo mando que aquel laurel
ponga a Jacinto, y que diga
que es más digna su fatiga
de coronarse con él.
MENALCA No mandes eso.
DANTEO Perdona
y obedece.
MENALCA No es razón,
que es un laurel de un león,
que me puso una leona.
PADRINO Si ha de ser, ¿qué te detienes?
MENALCA Porque dél indigno soy,
Jacinto, el laurel te doy:
corona tus dignas sienes.
JACINTO Prosigue el juego adelante.
MENALCA Caro me cuesta la fiesta;
dura penitencia es ésta.
BELARDA Y a tu pecado importante.
MENALCA ¿Pecado llamas mirar?
BELARDA Sí, porque engendra deseo.
ERGASTO Prosigue el juego, Danteo;
que es esto nunca acabar.
DANTEO ¡Pardiez, que él parte brioso
con el capotillo verde,

claro oscuro...

CORIDÓN Verde, verde.

DANTEO Y que el sombrero es vistoso
con la pluma colorada...

DORISTO Colorada.

DANTEO Es alegría.

Y la blanca...

DÓRIDA Blanca.

DANTEO Es mía,
porque lo negro me agrada.

MADRINA Negro.

DANTEO Y la cinta de oro
es buena con la roseta.

ERGASTO No ha sido mala la treta.

Pague Peloro. ¡Ah, Peloro!

PADRINO ¿Pues?...

MADRINA Pague el señor padrino.

PADRINO ¡Pardiez que me descuidé,
con los mozos que envié
por la harina al molino!

DANTEO Esa disculpa no abona.

Mando, con su parecer,
que Ereusa, su mujer...

PADRINO ¿Qué?

DANTEO Le haga una mamona.

PADRINO Obedezco, aunque es mi daño.

DANTEO ¿Quién la sella?

CORIDÓN ¡Por Dios, yo!

PADRINO ¡Qué papirote me dio!

(Aparte.)

¡Oh hi de puta, picaño!

DANTEO Adelante. Así que, digo
que el soldado lleva espada
con la guarnición dorada.

PADRINO ¡Ofrézcole al enemigo!
Dorada, sesenta veces.

DANTEO Y que va con tanto brío
a entrar en un desafío,
que se admiran los jüeces.

Mueve la planta gallarda
con la caja al son gallardo,
con banda y gregüesco pardo...

¡Hola! ¿Qué digo, Belarda?

¡Aho! Tenemos otro bobo.

BELARDA ¿Llámanme a mí?

MENALCA ¡Bueno es eso!

¡Cielos, he perdido el seso!

(Aparte.)

Cogido os han con el robo.

(Aparte.)

¿Qué es esto? A Jacinto mira.

BELARDA Digo, señor, que perdí.

MENALCA ¿Que no mirándome a mí,

(Aparte.)

tan largo espacio se admira?

DANTEO Yo le doy en penitencia
que a Jacinto, aquel pastor,
bese la mano.

MENALCA ¡Oh rigor

de inadvertida sentencia!

BELARDA ¿No ves que eso no es decente?

PADRINO En el juego sí. Callad.

BELARDA Alto, pues: si es libertad,
a vuestra cuenta se asiente.

JACINTO Toma mi rústica mano,
baja tu cielo a mi suelo,
o mi suelo suba al cielo
de tu cielo soberano.

En dándole la mano, se pone Amaranta el lienzo en los ojos.

¡Ay, Dios! No me abrases tanto.

(Aparte.)

Hasme muerto, hasme encendido,
pues cual Icaro atrevido,
caigo en el mar de mi llanto.

Cuando mi cuerpo mortal
se vuelva en ceniza poca,
este lugar de tu boca
quedará siempre inmortal;
que del tiempo los agravios
no pueden hacerle guerra,
pues no ha de volverse tierra
lo que fue cielo en tus labios.

MENALCA ¿Qué es esto, cielo cruel?

(Aparte.)

¿Qué es esto, cielo inhumano?

¡Belarda besa su mano,
y yo le doy mi laurel!

Ya no lo puedo sufrir.

Adiós, señores, que tengo
mucho que hacer; luego vengo,

luego.

(Aparte.)

Si vuelvo a vivir.

Vase.

PADRINO ¿Por qué Menalca se va?

BELARDA Debe de tener qué hacer.

DANTEO ¿Al juego no hay que volver?

DÓRIDA No vuelvas, que cansas ya.

Amaranta, ¿por qué lloras?

AMARANTA No lloro.

DÓRIDA Pues ¿qué es aquesto?

¿Como ese lienzo te has puesto
para eclipsar mis auroras?

Pase de presto el ñublado;
salga el sol, muéstrese el día.

AMARANTA Ciega estoy.

DÓRIDA Bien quedaría,
de vuestra luz eclipsado.

¿Quién os pudo dar enojos?

AMARANTA Belarda, cuando pasó,
con su ropa me cegó.

BELARDA Cegaran antes mis ojos.

¿Fue cuando pedí la mano?

AMARANTA Cuando la mano pediste.

bien al descuido lo hiciste;
pero matéme su mano.

Y sólo os puedo decir,
que del dolor es lo menos;
que el tener mis ojos buenos
estuvo en no la pedir.

DANTEO Jacinto, ¿entiendes los celos?

(Aparte a él.)

BELARDA ¡Que no hay fiesta sin azar!

DÓRIDA *A Amaranta.*

¿Que te han venido a cegar

de pura envidia los cielos?

¿Que así tus ojos maltratan?

¿Que así tus ojos ofenden?

Prenda amor, pues ya no prenden;

mate amor, pues ya no matan.

MADRINA ¡Qué! Presto se pasará

ese dolor que la escuece.

DÓRIDA ¿Y tan presto te parece

para quien se muere ya?

Suena grito que viene un toro; vanse las pastoras, y juegan los pastores con él, y derriba

al padrino, que ha de estar vestido de botarga.

MADRINA ¡Ay, triste! ¡Y qué gran ruido!

¿Si es el toro?

CORIDÓN El mismo es.

PADRINO Guárdenle para después

si está cansado y corrido.

CORIDÓN Ya es tarde; él viene.

DÓRIDA Amaranta,

huye por esa emboscada.

AMARANTA ¡Ay, pobre!

MADRINA ¡Ay, triste!

DÓRIDA ¡Ay, cuitada!

Vaya en tus pies, Atalanta.

Sale el toro.

CORIDÓN Avive, señor Peloro.
PADRINO ¡Ah, hosquillo, vente a mí!
ERGASTO Venga acá, súbase aquí.
PADRINO ¡Vente a mí, torejo, toro!
CORIDÓN ¿Mas que coge al viejecito?
ERGASTO Ya le cogió.
PADRINO ¡Que me muero!
¡Ay, que me rompe el braguero!
No me le rompas, torito.

Acto segundo

Salen Menalca y Coridón.

CORIDÓN ¿Por eso, Menalca, sólo
te fatigas y entristeces,
si tú sólo en nuestro polo
tan divino resplandesces
como en los suyos Apolo?
¿Un villano te maltrata?
¿Un pastorcillo te mata?
¿Celos las prendas te dan,
cuya vida te darán
por lo que pesa de plata?
Cobra el amor que te quita
del temor que te acobarda:
¿es bien que se le permita

tal liviandad a Belarda,
si a Jacinto solicita?
Yo sé que por él padece;
yo sé bien que te aborrece.
MENALCA Calla en mal hora, pastor;
que la enfermedad de amor
con el desengaño crece.
Yo vengo desengañado
desde aquel maldito juego,
donde jugué de picado
tanto resto de mi fuego,
que estoy, de perdido, helado.
Quiso amor que me picase
y mis prendas empeñase;
comencé por mi laurel...
¡Mal fuego se prenda en él,
que las entrañas le abraze!
Su frente fingida y doble
coroné del ramo noble
que fue digno de la mía,
la que apenas merecía
enebro, acebuche o roble.
¡Ay, triste! Que el seso pierdo
cuando de aquel sueño vano
para la muerte recuerdo,
y cuando de aquella mano,
de aquella mano me acuerdo.
Por la mano le gané;
pues que primero la amé;
mas, ¡triste!, ¿qué me sirvió?

Que la mano me ganó
borrando el punto a mi fe.
¿Viste que le dio la mano,
y que ella le dio su boca?
Luego, según esto, es llano
que él ganó el bien que le toca,
y que yo la adoro en vano.
¡Oh, condición de mujer,
tan enseñada a jugar!
Fortuna te has de llamar,
pues gana el que ha de perder,
y pierde el que ha de ganar.
¡Ay, Dios! ¡Qué mal te aconsejas,
si ya de mi bien te alejas,
olvidada de mis obras!
¿No ves el dueño que cobras
por el esclavo que dejas?
CORIDÓN Calla, mayoral. ¿Qué es esto?
¿Ansí desmayar te agrada?
¡Venganza, venganza presto!
MENALCA A mi pasión obstinada,
cualquier consejo es molesto.
CORIDÓN Pues ¿cómo tendrás paciencia
para ver en tu presencia
que un hombre tan desigual
trate tus cosas tan mal
como si fuera en ausencia?
¿Qué aguardas desta liviana,
movida de un loco antojo?
Si sufres de buena gana

que hoy te haga aqueste enojo,
¿qué esperas que hará mañana?
Si hoy, inadvertida y loca,
con su hermosa boca toca
la mano de aquel villano,
mañana hará que su mano
o su pie pise su boca.
Mira que pierdes honor
consintiendo tal bajeza.
MENALCA Aquel tiene mucho amor
que no sale de nobleza
cuando le tienta el rigor.
Si a Jacinto doy la muerte,
¿qué negocio desta suerte,
pues lo que adora le quito?
CORIDÓN Considerar te permito,
mas no con rigor tan fuerte.
Mira: por cien cosas puedes
animarte a esta hazaña
para que contento quedas;
y si atención me concedes,
verás que el amor te engaña.
Muerto Jacinto, es muy cierto
que ha de ser aborrecido,
porque si un vivo está incierto
de que es presente querido,
¿qué puede esperar un muerto?
MENALCA Verdad, mas el sentimiento
dura mucho.
CORIDÓN Ni un momento;

que el bien que se pierde junto,
sólo dura hasta aquel punto
que es cierto su perdimiento.
Y esto es fácil de entender
mirando el fácil sujeto
del pecho de una mujer,
que es pocas veces perfeto,
y nunca en el buen querer.
Y fuera desto, es mejor
para que entienda tu amor;
pues si a matarle te animas,
verá lo mucho que estimas
su desdén y tu favor.
Y al fin no puedes dejar
de matarle en tiempo alguno;
y baste, para acabar,
que no ha de gozar ninguno
lo que no puedes gozar.
MENALCA Basta. No sé, te prometo,
qué furia, si no es Aleto,
se me reviste en el pecho.
Yo estoy de ti satisfecho;
sólo te encargo el secreto.
Aquí te puedes quedar;
que hoy le tengo de acabar.
Hoy no se ha de ver con vida:
tanto puede la homicida
que me ha enseñado a matar.
Voy a buscar ocasión
para ejecutar mi intento.

Vase.

CORIDÓN Sus alas te ponga el viento
a los pies, y al corazón
su fuego el cuarto elemento.
Ya desde hoy más, en el mío
salga el fuego al hielo frío
que en lágrimas se resuelve,
pues hoy tan aprisa vuelve
atrás su corriente el río.

Fortuna, hoy vuelves atrás,
pues en la mano me das
el bien que mi alma quiere;
si aqueste Jacinto muere,
no puedo pedirte más.

Que si Menalca le mata,
mientras el perdón se trata,
por fuerza se ha de ausentar;
y yo me vengo a quedar
solo con aquesta ingrata.

Sale Ergasto.

ERGASTO Fatigado me ha la cuesta;
pero ya he llegado al valle:
plega a Júpiter que halle
de todo buena respuesta.

¿Es Coridón? Es sin duda.

CORIDÓN ¡Oh, Ergasto! Seas bien venido.

¿Donde?...

ERGASTO Donde me ha traído
aquel que todo lo muda.

CORIDÓN ¿Por qué has dejado tu aldea?

¿Cómo quedan los casados?

ERGASTO ¡Ah, Coridón! Mal logrados
no hay bien que seguro sea.

Ya sabes cómo Doristo
llevó a vivir a su hacienda
su esposa, su amada prenda.

CORIDÓN Toda la mudanza he visto,
y supe cómo te fuiste
con el padre de Amaranta.

ERGASTO Oye, que desdicha tanta
jamás de tus ojos viste.

Murió el pastor de improviso.

CORIDÓN ¿Doristo es muerto?

ERGASTO Sí, muerto.

CORIDÓN ¿Es cierto, Ergasto?

ERGASTO Muy cierto.

Llegó su punto preciso.

CORIDÓN Voyme, Ergasto.

ERGASTO ¿Adónde vas?

CORIDÓN Allá lo voy a decir.

ERGASTO Albricias podrás pedir
de las nuevas que les das.

¿Quién se huelga de su muerte?

CORIDÓN No te importa; queda adiós.

Vase.

ERGASTO ¿Quién os las pidiera a vos
si se trocara la suerte?

Algún pretendiente amigo
habrá que albricias le dé.

¡Oh falsa, fingida fe.

digna de eterno castigo!
Con razón llamo fingida
el alma de engaños llena,
que pone en la muerte ajena
la esperanza de su vida.

Salen Belarda y Jacinto.

BELARDA ¿Qué tan de veras me quieres?

JACINTO Que tan de veras te quiero,
que en ti vivo y por ti muero.

BELARDA ¿Que por mí vives y mueres?

Pues yo... Mas oye, que veo
gente.

JACINTO ¡Hola, Ergasto!

ERGASTO ¿Quién es?

Guárdeos el cielo, y después.
remedie vuestro deseo,
aunque mejor acabado
que el de Doristo.

JACINTO ¿Mejor?

Nunca me ponga el amor
en más venturoso estado
con las prendas que más quiera.

ERGASTO Mejor tengáis la ventura,
pues que ya en la sepultura
reposa.

BELARDA ¿De qué manera?

ERGASTO Murió Doristo otro día
de su boda desdichada.

BELARDA ¿Es burla?

ERGASTO Fuera pesada.

Murió en la presencia mía;
en estos brazos pagó
lo que a la muerte se debe.

JACINTO ¿De qué enfermedad tan breve?

ERGASTO De un desmayo que le dio.

BELARDA ¡Brava desgracia, por cierto,
que me llega al corazón!

ERGASTO El mío con más razón
tiene rasgado y abierto;
que amaba a mi mayoral.

JACINTO De suspenso, apenas puedo
decir que sin alma quedo
con el temor de su mal.

¿Siéntelo mucho Amaranta?

BELARDA ¿Impórtate el sentimiento?

JACINTO Será justo su tormento,
pues es su desdicha tanta.

ERGASTO No lo siente como debe,
porque casó a su disgusto;
pero hace lo que es justo
y lo que a su honra debe:
de su pena soy testigo.

JACINTO Siempre se debe a la muerte
el llanto de cualquier suerte,
aunque muera un enemigo;
porque allí nos acordamos
que nos falta aquella pena,
y llorando por la ajena,
por nuestra muerte lloramos.

BELARDA Bien sabes disimular.

Dime, Ergasto, ¿qué ha de hacer la viuda?

ERGASTO Quiere volver, Belarda, a nuestro lugar; que no quiere estar allí donde su esposo murió; y a la casa que dejó, me envía su padre a mí, porque ya con ella viene, y quiere que la prevenga.

Voyme, pues, antes que venga, a ver el orden que tiene; que habrá menester miralla.

JACINTO Ve con Dios.

ERGASTO Con los dos quede.

Vase.

JACINTO Por Dios, Belarda, que puede con su marido enterralla.

¿Qué piensa el padre hacer della?

BELARDA ¿Qué la entierre?

JACINTO Así lo digo.

BELARDA No; mas casarla contigo, para enterrarte con ella.

JACINTO Antes en tierra extranjera tenga incierta sepultura, y a manos de mi locura en vuestra desgracia muera, sin que aun en tiempos después mi cuerpo entierre la tierra

que tanta ventura encierra,
pisándola vuestros pies.
¿Estáis burlando conmigo,
o merezco vuestros celos?
BELARDA Saben, Jacinto, los cielos
si estoy burlando contigo.
¡Oh, traidor! ¿Piensas que ignoro
que has adorado a Amaranta
con fe tan injusta y tanta
como yo la tuya adoro,
y que por verla casada
viniste a quererme a mí,
para que tu alma así
se entretuviese engañada?
Bien a costa de mi fama
diré que de ti lo he sido:
¿tan buena te he parecido
para falta de tu dama?
Eres hombres, haces tu oficio;
y el bien que perdiste allí,
quisieras ganallo en mí;
que es su ordinario ejercicio.
Al fin me engañaste, injusto;
que eres tan diestro en el arte,
que me has obligado a amarte
más de lo que fuera justo.
Cantabas como sirena,
y estabas deshecho en llanto;
¿cómo, si penabas tanto,
disimulabas tu pena?

A fe que finges muy bien;
que grande amor me has mostrado;
mas estabas enseñado:
pocas gracias se te den.

Anda, búrlate de mí.

Vete y cástate con ella;
que para vengarme della,
basta conocerte a ti.

JACINTO ¿Adónde vas? Ten la planta.

¿Qué resolución es ésta?

BELARDA Anda, ve por la respuesta
a tu mujer Amaranta.

¿Quires que a voces me queje?

Déjame.

JACINTO No he de dejarte,
que ni la muerte no es parte
para que el alma te deje.

¡Ah, gloria mía!

BELARDA ¿Qué dices?

¿Yo tu gloria?

JACINTO Y tú mi pena.

BELARDA No más, fingida sirena;
advierete que te desdices,
vuelve a tu centro, camina.

JACINTO Pues ¿cómo, si tú te vas?

BELARDA ¿Piensas acaso que estás
con tu Amaranta divina?

¡Oh, falso! Dios te haga mal.

Déjame; que te aborrezco.

JACINTO ¿Es posible que merezco

que puedas decirme tal?

BELARDA Mira, imagina en el viento
los animales más graves,
y dentro en el mar las aves,
y helado el cuarto elemento,
primero que verme un punto
asistir a tu presencia.

JACINTO Ese que tenga de ausencia,
basta a dejarme difunto.

Tuvo soy, muero por ti.

¿Dónde vas, señora mía?

BELARDA No me voy, que no podría;
cruel, si te llevo en mí.

¿Posible es que has de dejarme?

¿Posible es que has de casarte?

¿Posible es que has de trocarte?

¿Posible es que has de olvidarme?

Jacinto, vesme a tus pies.

Mátame, será mejor;

No aguardes, falso traidor,
que yo me mate después.

¿Por qué quieres que te vea
de ajeno dueño en los brazos?

JACINTO Antes los haga pedazos
quien la muerte me desea.

Alza, señora, del suelo,

y no des causa a la tierra
que mueva a Júpiter guerra
viendo tan humilde al cielo.

Si es verdad que pude amar,

aunque no te lo confieso,
como no fue amor de peso,
púdolo el viento llevar.

Era de un árbol mi amor;

Amaranta para sí
cortó una imagen de mí,
tosca y de poco primor.

Llegué a tu mano divina,
y artífice sin igual,
perfeccionas, de metal,
en mi labor peregrina.

Sola te adoro, Belarda;
la mano en prendas te doy
para ser tuyo.

BELARDA Yo soy...

Gente viene: un poco aguarda.

Salen Glicerio y Amaranta, y un criado suyo.

GLICERIO Alabo mucho que de aquesta suerte
llevés con discreción, hija Amaranta,
de tu marido la temprana muerte.

Aquí podrás, pues tu desdicha es tanta,
pasar mejor la pena que te aguarda,
de verle sin razón cortada planta.

AMARANTA Para todo me aflige y me acobarda
mi enemiga fortuna; en todo muero.

JACINTO Salgámosle al encuentro, mi Belarda.

(Aparte a Belarda.)

BELARDA Mejor es que te escondas, que no quiero.
Que aquí nos hallen juntos.

JACINTO Pues tú llega;

que yo me escondo.

BELARDA Escóndete primero.

Escóndese Jacinto.

Puesto, Glicerio, que el dolor me niega
poderte dar el pésame debido,

el alma diga lo que al alma llega.

Seas después de aquesto bien venido
con mi pastora mal lograda.

AMARANTA ¡Oh, amiga!

¡Cuánto mejor no verte hubiera sido!

GLICERIO ¡Oh, Belarda gentil! Siempre bendiga
tus verdes años el piadoso cielo.

BELARDA Y en parte alivie tu mortal fatiga.

GLICERIO De su parte me viene tu consuelo.

Huélgome que mi hija te haya visto,
que no tiene sin ti prenda en el suelo.

Ya tú sabes la muerte de Doristo;

pero porque mi hija te la cuenta.

y yo tan mal sus lágrimas resisto,

a ver me voy en tanto si mi gente

mi casa me adereza.

BELARDA Ve en buen hora.

Siéntate aquí.

Vase Glicerio.

AMARANTA No mandes que me asiente.

BELARDA Sí, por tu vida.

JACINTO ¡Oh, sabia engañadora!

(Aparte, escondido.)

¡De qué manera quiere verle el alma,

por ver si está en la suya la que adora!

Nueva imaginación me pone en calma.
Juntos agora están mis dos sujetos:
¿a cuál de entrambos le daré la palma?
Mas ¿quién podrá juzgarlos más perfetos
que yo, en mi propio pecho conociendo
la causa que es mejor, por los efetos,
pues el que amaba estoy aborreciendo,
y adoro aquel que cuando a mi memoria
llegó, aunque tarde, me dejó muriendo?
Luego del vencedor es la victoria.

Entretanto que Jacinto está diciendo esto, están hablando solas quedo.

BELARDA ¿Que desa suerte murió?

AMARANTA Murió, amiga, desta suerte.

BELARDA Tan poco sientes su muerte,
que harto más la siento yo,
pues a llorar me provoco
y tú estás de pasatiempo.

AMARANTA Conocíle poco tiempo,
y ansí el sentimiento es poco.

Igualo al tiempo el dolor,
y esto no es de pecho ingrato;
que a nosotras sólo el trato
nos obliga a mucho amor.

BELARDA También queremos sin él,
mas no es esa la ocasión,
que tenemos condición
más piadosa que cruel.

Y si tú, amiga, no amaras,
como sospecho, otro dueño,
no como burlas de sueño

su muerte cruel pasaras.

Di la verdad: ¿quieres bien?

AMARANTA La verdad te he decir:

quiero bien hasta morir.

BELARDA Pues confiesas, dime a quién.

AMARANTA ¿A quién, preguntas? No sé,

Belarda, si te lo diga.

Pero al fin eres mi amiga:

a Jacinto di mi fe.

BELARDA ¡Ay, desdichada de mí!

(Aparte.)

AMARANTA ¿Qué tienes?

BELARDA ¡Oh, mi pastora!

He echado menos agora

una prenda que perdí.

Mas di adelante tu cuento,

y dime: ¿querida fuiste?

AMARANTA Fuílo un tiempo; más ¡ay, triste,

que su fe se llevó el viento!

BELARDA Ya la prenda pareció.

AMARANTA ¿Qué era, Belarda?

BELARDA ¡Este anillo!

De hallarle me maravillo,

y entre las dos se perdió.

JACINTO No ha estado malo el engaño.

(Aparte.)

BELARDA Al fin, ¿qué piensas hacer?

AMARANTA Porfiar siempre, hasta ver
del todo mi desengaño.

JACINTO ¿Mas que se pierde otra prenda?

(Aparte.)

BELARDA Y aun querrás con él casarte.

AMARANTA Sólo eso es, Belarda, parte
a que yo deje mi hacienda.

Y si la verdad te digo,
vengo a tratarlo con él.

BELARDA ¡Ay, qué dolor tan cruel!

Yo muero; tenme contigo.

AMARANTA ¡Ay, Dios! ¿Qué nueva ocasión...
¡Qué color tan amarillo!

JACINTO ¿Mas que tengo yo el anillo

(Aparte.)

del dedo del corazón?

AMARANTA ¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?

JACINTO Ahora bien, quiero llegar,

(Aparte.)

que no sufre el alma estar
adonde la pueda ver.

¿Qué es esto, hermosa pastora?

¿Soy yo menester también?

AMARANTA ¡Oh, mi Jacinto! ¡Oh, mi bien!

JACINTO No me faltaba otra cosa.

(Aparte.)

Dejemos eso, y tratemos
de saber desta pastora...

AMARANTA ¿Qué ven mis ojos agora,
día en que libres nos vemos?

JACINTO ¿No te digo que me digas
qué mal es éste que veo?

AMARANTA Ya te digo mi deseo,

que es el mal de mis fatigas.

¡Traidor! ¿Ansí me recibes?

JACINTO ¡Hola, Belarda! ¡Ah, mi gloria!

¡Digo, digo! ¿Sin memoria?

AMARANTA Tarde, cruel, te apercibes.

Declarada es tu pasión,

y mi muerte declarada.

JACINTO Estarás desengañada

que los sueños sueños son.

¿Cómo le daré remedio?

AMARANTA Parte a esa fuente, traidor,
por agua.

JACINTO Busca mejor
o más conveniente medio.

AMARANTA ¿Agua no podrás traella?

JACINTO Deso de traer no trates:
porque en tanto no la mates,
tiemblo de apartarme della.

AMARANTA ¿Tal maldad decir osaste?

JACINTO Agua no la he de traer;

si con agua ha de volver,
yo lloraré la que baste.

Aunque tú le has dado enojos,

veré en aquesta ocasión

si se cura el corazón

con lágrimas de los ojos.

AMARANTA ¿Cómo, estando yo delante,
pasa tan grande maldad?

¿Cuál hombre trata verdad?

¿Cuál es verdadero amante?

¿Qué ejemplo de ingratitud
como éste ha visto mujer?

Aprended a bien querer,
que os importa la salud.

JACINTO Ah, mi señora; ah, mi prenda;
ah, mi dulce bien! Recuerda.

AMARANTA El seso quiere que pierda,
(*Aparte.*)

y que la venganza emprenda.
¡Ah, falso!

BELARDA Gran mal me dio,
cierto que he estado sin mí.

AMARANTA Y aun alguno que está aquí.

JACINTO Ese, sin falta, soy yo,
que me precio de adoraros.

BELARDA ¡Oh, Jacinto! ¿Aquí estuviste?

JACINTO Y tal, que mi llanto triste
fue parte a resucitaros.

BELARDA Dios te lo pague.

JACINTO ¿Dó vas?

BELARDA A mi casa, que voy muerta.

JACINTO Iré contigo.

BELARDA Estoy cierta
que mejor te quedarás.

Excusemos cumplimientos.

JACINTO Iré, sin falta, contigo.

BELARDA No irás, si puedo, conmigo.

JACINTO Aunque vayas por los vientos.

Belarda, qué, ¿huyes de mí?

Vanse los dos.

AMARANTA ¿Hay mal que como éste sea?

¿Hay piedra que sufra y vea

tanto mal como yo vi?

¡Ay, desdichada! ¿Qué haré?

Celos y rabia mortal,

¿Daré voces con mi mal,

o con mi mal callaré?

¡Ay, fe de viento, en arena

firmada, y con agua escrita!

¡Pecho que el alma me quita,

por dar lugar a la ajena!

Sale Ergasto.

AMARANTA ¿Adónde vas?

ERGASTO Por ti vengo.

AMARANTA ¿Adónde vas? Di, traidor.

ERGASTO ¡Yo traidor!

AMARANTA Téngote amor:

qué, ¿te vas porque te tengo?

ERGASTO ¡Qué extremos hace de loca!

(Aparte.)

¿Qué diablo tiene?

AMARANTA ¡Oh, qué bien!

¿Acá bienes tú también?

Pues mira, calla la boca,

y no digas que me voy,

a mi padre, cuando venga.

ERGASTO Tendréte... El diablo te tenga.

AMARANTA ¿Sabes quién soy?

ERGASTO ¿Quién?

AMARANTA ¿Quién soy?

Soy el elemento quinto:
por eso a mi padre di
que hasta los cielos me fui
a casarme con Jacinto.

Vase.

ERGASTO ¡Oh, pesia a quien me vistió!
Por aquí han andado celos,
que deben de ser los pelos
del perro que la mordió.
Ella va tras sus cuidados,
y detenella quisiera,
pero temí que me diera
cuatro palos muy bien dados.

Bien estuviera casada
con Jacinto, aunque no es tarde.

Salen Glicerio y Felicio, padre de Jacinto.

FELICIO Venid, ansí Dios os guarde,
Glicerio, a nuestra posada;
que para todos habrá.

GLICERIO Téngolo a gran beneficio.

A la mía iré, Felicio,
que desocupada está.

¿Qué haces tú solo aquí?

¿Dónde está Amaranta? ¿Dónde?

¿Por qué te encoges? Responde.

ERGASTO Agora se fue... ¡Ay de mí,
que no sé cómo te diga
de la manera que fue!

GLICERIO ¿Cómo que se fue?

ERGASTO No sé...

Tanto el dolor me fatiga...

Que hay grande mal encubierto,

y si licencia me das,

el principio y fin sabrás.

GLICERIO Dilo; que me tienes muerto.

ERGASTO Criáronse en este valle

Amaranta con Jacinto,

vuestros hijos regalados,

desde pequeñuelos niños.

Fue el amor con la ignorancia

mezclando su fuego vivo;

quisiéronse largo tiempo

de amor casto y primitivo,

casó Glicerio a Amaranta,

como sabéis, con Doristo,

tan a su disgusto della,

que aun muerto piensa que es vivo.

Ahora, que libre está,

debe de amar a Jacinto,

y sospecho que de celos

lleva perdido el jüicio,

porque va dando mil voces

por esos ásperos riscos.

Poned, señor el remedio,

que está en manos de Felicio:

sosegaréis su furor

si se le dais por marido;

que es mujer y tiene celos,

y hará cualquier desatino.

GLICERIO ¡Oh, cielos poderosos! ¿Qué es aquesto?

¿Tan gran castigo me tenéis guardado?

¡Oh, mala hija! Adiós, señor Felicio,
que me parto a buscarla, y os prometo
de no volver sin su cabeza infame.

FELICIO Teneos, ¿Adónde vais? Paso, Glicerio,
que siendo ese traidor el instrumento,
me importa refrenaros, como padre,
cuando no me bastara el ser amigo.

¿No veis que vos también habéis pasado
por esta edad, y que pasamos todos?

¿De qué os maravilláis? Mejor sería
poner al caso el conveniente medio,
que no aguardar a publicar el caso.

GLICERIO ¿Qué remedio queréis? ¡Oh, viejo triste!

¡Oh, mala hija, afrenta de mis canas!

FELICIO Dejadme vos coger el rapacito,
que yo le haré que pueda ser ejemplo.

No más. Vamos, Glicerio, a lo que importa.

GLICERIO ¿Qué me puede importar sino casallos?

FELICIO Pues ¿para qué tenéis la boca llena?

¿Quisiérades que yo me convidara?

Porque tan rico sois y yo tan pobre...

GLICERIO No, amigo, que conozco la nobleza
y el valor de ese pecho. Al fin te pido
me des tu hijo.

FELICIO Yo te lo concedo,
y a fe que has de llevarle castigado.

GLICERIO Pues vámosle a buscar.

FELICIO Vamos, y Ergasto
se quede por aquí, por si vinieren.

Vanse.

ERGASTO ¡Buena va la vejez con tanta flema
tras la sangre colérica encendida,
que corre ardiendo por los verdes años!
De ayer viuda, tratan de casarla.
Pero querrán tratarlo solamente.
Quiero disimular, que viene gente.

Salen Menalca y Coridón.

CORIDÓN ¿Que no te ha sido posible
hallar, Menalca, ocasión?

MENALCA Tales mis desdichas son,
y su remedio imposible.

Mas dame tú que le vea
en parte un poco segura,
que no ha de haber desventura
que como la suya sea.

Aunque ver muerto a Doristo
me ha dado claro a entender
que a Amaranta ha de volver.

CORIDÓN Poco de su pecho has visto;
que la tiene aborrecida.

MENALCA ¡Ah, buen Ergasto! ¿Aquí estabas?

ERGASTO ¡Oh, Menalca!

MENALCA ¿Qué buscabas?

ERGASTO Una celosa perdida,
que se va tras sus antojos.

MENALCA ¿Es Amaranta?

ERGASTO Ella es,
que lleva en ajenos pies
la misma luz de sus ojos.

MENALCA ¿A quién sigue?

ERGASTO A quien la deja.

CORIDÓN ¿Quién es?

ERGASTO Jacinto.

CORIDÓN *A Menalca.*

¿No entiendes

lo que dice?

MENALCA Su fe ofendes;

antes Jacinto se queja,

o a lo menos se quejó,

de que se hubiese casado.

ERGASTO Vives, Menalca, engañado;

puedo asegurarte yo

que en este punto Felicio

y Glicerio pretendían

casarlos, porque temían

que ella perdiese el juicio.

CORIDÓN En nuevo engaño te fundas.

¡Apenas Doristo es muerto,

cuando ya tienes por cierto

que tratan bodas segundas!

ERGASTO Esto es, sin falta: yo voy

con nuevas de la victoria.

Vase.

MENALCA Ve con Dios. Ya trueca en gloria

amor la pena en que estoy.

Coridón, ¿qué dices desto?

CORIDÓN Que tu celoso tormento

asegura el casamiento

entre los viejos propuesto.

Casado Jacinto, quedas
en la antigua posesión.

MENALCA Haz cuenta en esa ocasión
que toda mi hacienda heredas,
Coridón. Si me confieras
que son ciertas estas bodas,
pazcan tus ovejas todas
la yerba de mis dehesas.

Colma de mis limpias eras
tus trojes del rojo trigo,
y tenme por tan amigo,
que para todo me quieras.

Toma, toma a manos llenas
el fruto de mis ganados,
la fruta de mis cercados
y la miel de mis colmenas,
que a mí, Belarda me sobra.

CORIDÓN Y a mí, mejor que tu hacienda,
(*Aparte.*)

porque es del alma una prenda
que por ninguna se cobra.

¡Qué poco amor te enloquece!

Porque el enfermo amador
conoce el ajeno amor
por el mismo que padece.

Sale Jacinto huyendo, y Felicio tras él con un cayado.

FELICIO ¿Ansí, traidor, infamia de los hombres,
tal libertad me respondéis tan presto?

JACINTO Padre y señor...

FELICIO No quiero que me nombres.

MENALCA Paso, señor Felicio. ¿Qué es aquesto?

¡Con vuestro hijo tan injusto enojo!

FELICIO ¿Injusto le llamáis? Santo y honesto.

¿Pensáis que porque tengo sólo un ojo,
que no sabré sacarle si me ofende?

JACINTO Y yo también, si con razón me enojo.

FELICIO ¿Es posible que el mundo te defiende?

¿Que te consiente el cielo?

MENALCA Poco a poco.

¿Queréis herille?

JACINTO Y aun matarme entiende

CORIDÓN ¿Por qué le maltratáis?

FELICIO Porque es un loco,
desvanecido, inobediente, y tiene
mi mandamiento paternal en poco.
Sabe el falso, traidor que me conviene
callase a mi contento, y descansado
ver que la muerte a mis espaldas viene;
y con saber que estaba lastimado
por la propia mujer que quiero dalle,
que fue de aquel Doristo mal logrado,
responde que no tiene aqueste valle
pastora que aborrezca en tanto extremo,
y pone falta en su gallardo talle.

JACINTO Gallardo dice... Respondelle temo,
que yo le hiciera conocer su engaño.

FELICIO Calla, intratable bárbaro, blasfemo,
que yo te hiciera conocer tu daño
a no valerte la acogida tanto.

MENALCA Por Dios, Jacinto, que te juzgo extraño,

y que de tu propósito me espanto:
que si por tu Amaranta tantas veces
movió las selvas tu piadoso llanto,
no sé por qué razones la aborreces,
cuando a tus esperanzas el efeto
más deseado con el alma ofreces.

Juzguéte siempre por pastor discreto,
y pues lo eres, dime ¿en qué te fundas?

JACINTO En otras esperanzas, te prometo.

MENALCA Pues cuando con razones me confundas,
confesaré tu ingenio y mi ignorancia.

JACINTO Muchas dijera; pero son profundas.

No quiero presumir con arrogancia
de argumentar contigo; mas advierte
lo que es en mis negocios de importancia.

¿Puede llamarse con razón la muerte
más fiera suerte que la vida larga
del que en casarse tuvo mala suerte?

¿Iguala del infierno pena amarga,
ni de los varios elementos guerra,
del mal casado a la penosa carga?

¡Si no lo niegas, mira cuánto yerra
quien me quiero casar con mi enemigo!

CORIDÓN ¡Ved las mudanzas que el amor encierra!

Agora para siempre, agora digo
que es mudable el humano pensamiento.

MENALCA De que la has adorado soy testigo.

FELICIO Pues mira, con solemne juramento,
por la sagrada Juno, te prometo
que si enaquesto no me das contento,

que no has de estar en público o secreto
un punto más en nuestro valle; mira
que a tal estado te verás sujeto.

JACINTO Pasaránse las furias de tu ira,
y tú verás que no es razón casarme,
y que lo que te dicen es mentira;
verás que no es razón acompañarme,
siendo tan pobre, con quien no es muy rica.

MENALCA Ahora será bien aventurarme.

(Aparte.)

Jacinto, si eso temes, hoy te aplica
justo remedio tu fortuna diestra.

FELICIO Espántome de ver que no replica.

¿De qué manera la ventura nuestra
se puede mejorar?

MENALCA Escucha, advierte,
verás de mi nobleza alguna muestra.

Condolido de ver la pobre suerte
desta pastora triste y mal lograda,
y de vuestra amistad el nudo fuerte,

yo te daré una cédula firmada
de darte mil cabezas de ganado
el día que contigo esté casada.

FELICIO Pastor, el más gallardo que el dorado
río divino que sus campos riega
tuvo jamás en su ribera o prado,
aquesos pies, aquesos pies me entrega,
besarélos mil veces.

MENALCA Padre, tente.

FELICIO Hijo, llega también, conmigo llega.

JACINTO Yo quedaré, Menalca, eternamente
agradecido a tu valor divino;
mas ya mi desventura no consiente
que vuelva atrás del áspero camino,
por quien amor me lleva a dar el alma
a quien hacer mi dueño determino.
Primero se verá del cielo en calma
el movimiento, y que el humilde olivo
venza en altura a la ensalzada palma,
que yo me muestre desleal y esquivo
a las obligaciones infinitas
que debo a aquella por quien muero y vivo.

¿Posible puede ser, estando escritas
en medio de la frente, no se lean?

FELICIO ¡Traidor, traidor! Tu muerte solicitas.
Yo pienso hacer que hoy borradas sean
con sangre tuya. Aguarda, aguarda, aguarda.

JACINTO Nunca tus ojos tal venganza vean.
Vanse los dos.

CORIDÓN El ánimo suspenso me acobarda,
Menalca, la extrañeza del suceso.

¡Mira si es adorado de Belarda!

MENALCA Calla, que estoy para perder el seso;
y así, en este punto determino
hacer un loco y temerario exceso.

¡Que no me hiciera mi cruel destino
de tan humildes padres, que igualara
desta Belarda el casamiento indino!
Sospecho que con ella me casara...
y aun sin *sospecho* casaré con ella.

CORIDÓN ¿Burlas?

MENALCA ¡Pluguiera a Dios que me burlara!

CORIDÓN ¿Ansí tan fácilmente se atropella
tanta nobleza?

MENALCA Todo se le debe
a la excelencia de una cosa bella.

Es amor un océano que bebe
todos los ríos sin guardar decoro:
tanto las almas a su fuerza mueve.

Los azadones y los cetros de oro
junta, como la muerte, en una liga;
condena el libre pecho a eterno lloro,
y aun a vivir en cuerpo ajeno obliga
Sale Amaranta.

AMARANTA Ya de su guerra mortal
(*Para sí.*)

mis celos en paz estén,
pues con las nuevas del bien
se va templando mi mal.

Pastores, ¿habéis, por dicha,
visto a Glicerio?

MENALCA ¡Oh, pastora,
a quien la fortuna ahora
puso en la mayor desdicha!

Hemos por lo menos visto
aquel tu ingrato pastor,
por quien te fuera mejor
que te viviera Doristo.

Ya tú sabrás el concierto
de tus padres.

AMARANTA Bien lo sé.

MENALCA Mas no sabrás de su fe
que está por Belarda muerto.

Aquí su padre trataba
su casamiento con él;
yo por mí, por ti y por él,
de mi hacienda te dotaba;
mas el traidor, que tan sólo
el bien de Belarda precia,
mejores prendas desprecia
que si fuera el dios Apolo.

El padre corre tras él,
pensando dalle la muerte:
esta es tu suerte y mi suerte,
más que hasta ahora cruel.
Sabes que a Belarda adoro,
y temo, si él te dejase,
que con Belarda se case,
causa de mi eterno lloro.

¡Mira en qué punto me tiene
la fortuna que me sigue!

AMARANTA ¿Tanto el cielo me persigue?

¿Cual Dios a matarme viene?

¡Pobre de mí! ¿Qué he de hacer
sin mi adorado enemigo?

Qué, ¿tan mal está conmigo?

CORIDÓN Tú lo podrás conocer.

Mas cuando adelante pase,
cree, si el traidor te deja,
que no será con la queja

de que con otra se case,
o con Belarda a lo menos;
que yo le haré mil pedazos,
y en sus brazos estos brazos
vendrán de su sangre llenos.

Yo daré fin a su suerte.

AMARANTA Detente, no hagas tal;

que no le quiero tan mal
que le desee la muerte.

Mas podéis amenazalle
con lo que dijere yo,
y a lo que nunca pensó,
con esta industria obligalle.

Mas temo que me faltéis.

MENALCA La vida falte primero.

¿Qué dudas?

AMARANTA Deciros quiero

el remedio que tenéis,
y lo que el mío ha de ser:
veréis en mi industria tal
lo que es agudo en el mal
el ingenio de mujer.

Sabréis, y sabe todo aqueste valle,
que fui querida del traidor Jacinto,
de quien agora soy aborrecida,
con el extremo que de Clicia Apolo.

Casáronme mis padres con Doristo
para mi muerte y a disgusto suyo.

En el segundo día de mis bodas,
sabéis que de improviso quedó muerto,

cosa que ha sido murmurada tanto.

Podéis los dos jurar que este Jacinto
comunicaba con los dos mil veces
darle un veneno por casar conmigo,
y yo de la traición daré querella.

Pues como todos saben que me amaba,
y ven mi esposo de improviso muerto,
¿quién duda que no den crédito al caso,
y preso le sentencien a la muerte?
Podré yo entonces, con piedad fingida,
como que aquello me ha inspirado el cielo,
decir que le perdono, si me ofrece
que por el muerto me dará su vida,
casándose conmigo, y esto antes
que de la cárcel libremente salga.

MENALCA ¿Qué dices desto, Coridón?

CORIDÓN ¿Qué digo?

Que Dios me libre de mujer airada,
y no de la ponzoña de mil víboras.

MENALCA Sólo pudiera de tu raro ingenio
ser esta industria; y desde aquí me ofrezco
si Coridón se anima a acompañarme,
ponerte preso al falso tu enemigo.

CORIDÓN ¿Si me ofrezco me dices? ¡Bueno es eso!

Impórtame seguirte en este caso,
y por ventura más de lo que piensas.

Vamos a darle parte a la justicia:
no sea que del valle se nos vaya
con el temor del enojado padre.

MENALCA Pues vamos, Amaranta, y está a punto

para que des querella en avisándote;
porque primero por el vulgo todo
conviene que el negocio publiquemos,
para después mejor mover a lástima.

AMARANTA Vamos, que en vuestras manos va mi vida.

MENALCA Y la mía en las manos de Belarda.

Vanse, y queda Coridón solo.

CORIDÓN ¡Qué bueno me lleváis, amor tirano!

¿Paréceos que he ganado en vuestras ferias?

¡Mirad qué de traiciones hago en esto!

Soy traidor a Jacinto porque muera;
soy traidor a Menalca, pues le vendo,
siendo en su pecho verdadero amigo;
soy traidor a Belarda, pues la adoro,
y la quito del alma lo que adora;
y sobre todo soy traidor al cielo.

Mas quien te conociere, amor tirano,
si sabe que es amor fuerza del alma,
verá que no es posible de otra suerte;
que, aunque eres niño, vences al más fuerte.

Acto tercero

Salen los pastores a prender a Jacinto, y dos Alcaldes villanos; entran por una puertay salen por otra, y Amaranta.

JACINTO Saben los cielos la verdad del caso,
y ellos, a quien ofende la malicia,
me librarán de vuestras manos fieras.

Vase.

ALCALDE 1.º ¡Que se nos fue el traidor!

MENALCA ¡Que se nos fuese,
entre cien hombres!

ALCALDE 1.º Juro al sol que es fuerte.
¡Hi de puta, rapaz, y cuán ligero
jugaba del bastón a todas partes!

ALCALDE 2.º No lo digas de burla, Bertolano,
que juro a non del sol que traigo un brazo,
de un palo que me dio, que en quince días
no será mucho no tomar la azada.

ALCALDE 1.º Alborotado vengo del caletre.
Por toda la semana me perdonen;
que no daré sentencia de provecho.

AMARANTA Señores, no os dé pena que él se vaya;
que el cielo propio le traerá al castigo.

MENALCA Movido tiene a ira a todo el pueblo,
viendo la muerte que el traidor ha dado
al buen Doristo, cuya muerte siento.

DANTEO Paso, paso, Menalca, que te mira
el enojado Júpiter; no digas
que le mató Jacinto, que bien sabes
que le habéis acusado de malicia.

MENALCA Hablas adonde es fuerza que te salgas
con lo que dices, rústico; mas cree
que no te alabarás.

ALCALDE 1.º Pues ¿qué es aquesto?
¡En las barbas de toda la justicia
osastes levantar escarapela!

ALCALDE 2.º Calla, Danteo, que hablas con enojo.
¿No ves que hay dos testigos con sus tiestos,

tan gordos como el puño cada uno?

ALCALDE 1.º ¡Verá la necedad! Está probado
con una resma de papel escrito,
y cómo y dónde se le dio el veneno,
¡y llámasle inocente! Más albérchigos.

CORIDÓN ¿Qué se cansan en esto? ¿Ya no saben
el amistad de aquéste y de Jacinto?
¿No saben que estos dos tienen un alma,
y en una voluntad viven sujetos?
Vamos en busca del traidor que huye;
que sólo en este caso nos importa
el jurar la verdad.

ALCALDE 2.º Pues alto: vamos,
andemos estas huertas y cabañas,
que si al traidor hallamos, ¡voto al soto,
que se ha de hacer un hecho que a alguien pese!

MENALCA Vamos, que la verdad hija es del tiempo;
con él se viene a descubrir.

ALCALDE 2.º Pues vamos.
Vanse, y queda solo Danteo.

DANTEO Si el tiempo de la verdad
es el padre y desengaño,
yo fío que por tu daño
se descubra la maldad.
¡Pobre de ti, desdichado
Jacinto, mozo afligido,
de enemigos perseguido
y de amigos envidiado.

Sale Belarda.

BELARDA ¿Cuándo las desdichas mías

han de acabarse, Danteo?
¿Si tendrá fin mi deseo,
o por lo menos mis días?
¿Qué embuste es este tan nuevo,
tan riguroso y cruel,
que urden al alma de aquel
que apenas nombrar me atrevo?
¿Adónde estás, mi Jacinto?
¡Desventurada de mí?
DANTEO No llores, Belarda, ansí,
aunque el natural distinto
obliga a los animales
a sentir las cosas tanto;
porque el remedio, y no el llanto,
previene el fin de los males.
¡Qué bien a sufrir te enseñas,
pues que ya por tu ocasión,
teñido en sangre el vellón
deja por zarzas y peñas!
Ayer, que la humildad suya
más a su extremo llegó,
verter sangre le vi yo,
sangre suya y sangre tuya;
que a su cruel padre vi
que recios golpes le daba,
y vi que el pastor se holgaba
de verter sangre por ti.
Echóle de su cabaña
su padre, fiero enemigo,
y él llora a su propio amigo

necesidad tan extraña.

No quieras más del estado
de sus cosas y las mías,
pues hoy me dijo: «Ha tres días
que no he comido bocado.»

Espera, que voy ahora
a buscar algún sustento.

BELARDA ¡Oh, padre ingrato, avariento
del bien que mi alma adora!

DANTEO Voyme.

BELARDA Espera, que conviene,
pues le ha faltado su padre,
que yo le sirva de madre
al que por mí no la tiene.

Iréme a casa, Danteo,
y buscaré qué le dar.

DANTEO ¿Dónde le piensas hallar?

BELARDA Que me lo diga deseo,
si sabes adónde está.

DANTEO En la cueva que está enfrente
del álamo de la fuente,
creo que me espera ya.

Vamos, haré que te espere.

BELARDA ¡Ah, cielos! Perdida soy.

Danteo, como yo voy,
no vaya quien mal me quiere.

Vase.

DANTEO Padres fieros, rigurosos,
no os acabáis de entender.

¡Buen medio queréis hacer

de dos extremos viciosos!

Sale Jacinto.

JACINTO ¡Qué cansado y muerto vengo!

Vengo del vivir cansado,
y muerto porque he dejado
la vida en quien yo la tengo.

Un hombre veo. ¡Ay de mí!

DANTEO No huyas, Danteo soy..

JACINTO ¡Cielos! ¿Que contigo estoy?

¿Estamos seguros?

DANTEO Sí,

que esta peña nos encubre.
y esta quiebra, que la parte,
del camino la más parte
hasta la senda descubre.

JACINTO ¡Ay, Danteo! ¿Y mi Belarda?

¿Cómo quedaba?

DANTEO Muy buena.

JACINTO ¿Siente mi pena?

DANTEO ¿Tu pena?

Ni tiene fe ni la guarda.

Vila, y no la hubiera visto,
que quizá fuera mejor.

Díjome: «Vaya el traidor
que dio la muerte a Doristo,
y cátese con su dama;
que para siempre conmigo
acabó.»

JACINTO No más, amigo,
que ya la muerte me llama.

De la hambre y del trabajo
casi estoy para expirar.
Adiós, que me voy a echar
de aqueste peñasco abajo.
DANTEO ¿Adónde vas, ignorante?

Que por quien la muerte pides
es la columna de Alcides.
es la firmeza de Atlante.

Es una roca batida,
es un acero perfeto,
es un varonil sujeto,
dispuesto a darte la vida.

Yo la vi, y tu mal la dije;
y no quieras saber más,
de que muy presto verás
la causa por quien te aflige.

Díjela que me aguardase
donde te suele esperar,
y así, la voy a buscar,
porque adelante no pase.

Escóndete.

JACINTO De la muerte
revivo en que muerto estaba:

esta vida me faltaba,
Danteo, que agradecerte.

Vé con Dios, y aquí la envía,
y dila que no se tarde;
que podrá venir tan tarde,
que llore la muerte mía.

DANTEO ¡De la hambre y del trabajo

no me puedo menear!

¡Adiós, que me voy a echar
de aqueste peñasco abajo!

JACINTO ¿Ahora de mí te burlas?

¡Oh amigo fiel, de buen celo!

Vase Danteo.

¡Qué de suertes de consuelo
me busca en veras y burlas!

¡Triste, que apenas, de hambre,
junto el uno al otro labio!

Muerte, ¿con tan vil agravio
cortas la vital estambre?

La vida a la muerte iguale;
que ésta es baja a quien la tuvo
tan alta, que dentro estuvo
del pecho que tanto vale.

Muerte, aguarda; muerte, aguarda;

no acabe mi vida ansí;

pues en Belarda viví,

muera yo cuando Belarda.

No puedo tenerme. ¡Ay, triste!

Quiero sentarme. Cuidados,
qué, ¿aun no descansáis sentados?

Qué, ¿ningún mal os resiste?

Pues no os acaba este mal
que suele acabar mil males,
en mí sois tan naturales
cual la hambre natural.

Yo muero, amor inhumano:

¡ah, Belarda! ¿Has de venir?

Qué, ¿me tengo de morir
sin que te bese una mano?

Sale Belarda.

BELARDA (*Al salir:*)

Iré cual dices, Danteo.

Pierde cuidado; que estoy
diestra en este monte, y voy
ahora con mi deseo,
que de la mano me lleva
y con su lumbre me guía.

JACINTO Suspiros del alma mía,
llevadle la triste nueva.

Decid que muero.

BELARDA ¡Ay de mí,

(Aparte.)

que mi Jacinto es aquél!

JACINTO No pensé, muerte cruel,
que tuvieras parte en mí.

Pero pues ya me has deshecho,
y el verte no me acobarda,
es gran señal que Belarda
me ha dejado de su pecho.

BELARDA ¿Dejado? Cuando tal sea,

(Aparte.)

yo dejaré de vivir.

JACINTO Qué, ¿me tengo de morir,
y primero que te vea?

BELARDA ¡Quién oyera con paciencia

(Aparte.)

las quejas que decir sabe!

Que en amor, lo más suave
son los regalos de ausencia.

Mas no lo puedo sufrir.

Llegar quiero. ¡Ah, pastor mío!

¡Ay, triste! ¡Qué helado y frío!

¡Si se me quiere morir!

¿No respondes?

JACINTO ¿Quién me llama?

BELARDA Una humilde esclava tuya.

JACINTO Mi vida se restituya
cual vela muerta en la llama.

Sopló la muerte, y matóme;
y aunque es verdad que mató,
en el humo que quedó,
llegó tu luz, y encendióme.

Vivo estoy, y ya deseo
vida; que si estuve aquí
muerto porque no te vi,
ya vivo porque te veo.

BELARDA ¡Oh, prenda tan justamente
de lo mejor de mi pecho!

¿Cómo estás? Dime, ¿qué has hecho
por tantos siglos de ausente?

Mas ¡ay, necia! ¿qué pregunto?

Toma, comienza a comer;
que causa debió de ser
de que te viese difunto.

JACINTO ¿Con aquestos embarazos
tan bellos brazos cargaste?

BELARDA Bien dices, bien me culpaste,

teniendo sangre en los brazos,
que era justo sacrificio
de mi amor y celo honesto;
pero cuando falte aquesto,
yo la ofrezco a tu servicio.

No temas perder tu padre
mientras te puedo valer.

JACINTO Quiero empezar a comer,
pues cobro tan buena madre.
Este pan está mojado.

BELARDA Viniendo, he mojado el pan;
quizá lágrimas serán
que habrán en la cesta entrado.

Cómelas, Jacinto.

JACINTO ¡Y cómo!
Negra, de buena, es la salsa
cuando no se guisa falsa,
porque entonces no la como.
Lágrimas es manjar tal,
que la ventaja le den:
verdaderas, saben bien;
pero fingidas, muy mal.

BELARDA Tú propio serás testigo.

Come, come a tu placer.

JACINTO No quiero, que por comer
me pierdo de hablar contigo.

BELARDA Basta, que contigo estoy.

Come, come.

JACINTO Aunque no quiera,
me obligas. ¡Oh, quién bebiera!...

pero ¡qué necio que soy!
Como es el manjar tan nuevo,
olvídome que me dan
en las lágrimas y el pan
agua y pan, que como y bebo.
A fe que es nuevo el misterio.
BELARDA Come, come.
JACINTO ¡Oh, mi Belarda,
por quien libertad aguarda
de mi alma el cautiverio!
¿Cuál es aquel ignorante
que no quiere conocer
el valor de una mujer,
cuando es mujer semejante?
Yo, a lo menos, mientras viva
conoceréme deudor,
y haré que mi tierno amor
tu nombre en el alma escriba.
Que de una mujer nací,
y este ser del suyo tengo,
y ahora, Belarda, vengo
de nuevo a vivir por ti.
Hablen los que las ofenden;
que yo diré a boca llena,
que de una mujer que es buena
mil cosas buenas se aprenden.
BELARDA Come, come.
JACINTO ¿No lo ves?
Bien me va de todo punto:
como, respondo y pregunto.

BELARDA Gente suena.

JACINTO Mi padre es.

¡Ay, desdichado de mí!

Adiós, adiós.

Vase.

Sale Felicio.

FELICIO ¡Ah, traidor!

¿Huyes?

BELARDA ¡Ah, tirano amor!

(Aparte.)

¡Esto te faltaba aquí!

FELICIO Huye, traidor, que algún día
a las manos me vendrás.

¡Cómo! ¿Cómo, que aquí estás?

¡Buena insolencia, a fe mía!

Pues, señora, ¿es bueno eso?

¿Paréceos bien lo que pasa?

¿Ya, como huésped de casa,
traéis de comer al preso?

Coged, coged lo que queda.

BELARDA Yo lo haré así, padre ingrato
del hijo del más buen trato
que hallarse en el mundo pueda.

FELICIO Coged, coged.

BELARDA A lo menos,
no es de lo que tú le has dado,
como lo tienen sobrado
los hijos de padres buenos.

FELICIO Coged, coged.

BELARDA Ya no hay más.

FELICIO Pues ya que lo habéis cogido,
advertid bien el oído.

BELARDA ¡Qué poco advertido estás!

FELICIO ¿Parécete ingratitud
de un hijo que tengo honrado,
procurar con gran cuidado
su honra, vida y quietud?

Y si el padre es bueno al fin,
¿parécete bien que cuadre
hacer obras de buen padre
al hijo perverso y ruin?

Mas yo, ¿para qué argumento
con una rapaza amante,
más ligera e inconstante
que la débil caña al viento?
Que si mal no me estuviera,
por los sagrados penates,
que si...

BELARDA Paso, no me trates,
Felicio, de esa manera.

Si respeto te he tenido,
no te lo debo, cruel;
respétote por aquel
que es y ha de ser mi marido.

FELICIO ¿Tu marido? Antes le veas
de un león hecho pedazos.

BELARDA Tú le verás en mis brazos
y no como tú deseas.

FELICIO ¿A mi hijo?

BELARDA ¿Qué dijiste?

¿Tu hijo? Mío dirás;
y no esperes verle más,
viejo codicioso y triste;
que a mí me cuesta, a lo menos,
el dolor, que no me pagas.
Vete con Dios, y no hagas
tuyos los hijos ajenos.

Vase.

FELICIO ¡Ay la loca, sienes de aire!
¿No veis qué notable exceso?
Por Dios, que perdiera el seso
a no lo echar en donaire.
Descuide la bachillera,
que antes de velle en sus brazos,
la fiera le hará pedazos,
y será mi mano fiera.

Sale Menalca.

MENALCA A fe que siento el cansarme.
Pues, Felicio, ¿qué hay de nuevo?
FELICIO A responderte me atrevo,
pues que te atreves a hablarme.
Di, mayoral, que bienquisto
solías ser, ¿qué te mueve
a decir que mi hijo debe
la muerte de aquel Doristo?
¿No sabes tú que es verdad,
y no fue engañoso intento;
que no hacer el casamiento
fue sobra de voluntad?
Cree, mas que no te cuadre,

a estas canas desdichadas,
a estas manos arrugadas,
que al fin son manos de padre.

Dame mi hijo.

MENALCA ¿Qué es esto?

¿Estás loco, por ventura?

FELICIO No; mas por la desventura
en que tu rigor me ha puesto.

Si a Belarda quieres bien,

y por ser pobre la dejas,

¿de qué, mayoral, te quejas?

¿Por qué te aflige el desdén?

El rico no ha menester
hacienda, sino su gusto;

el pobre, que busque es justo
hacienda con la mujer.

Si la tienes, ¿por qué dudas?

MENALCA ¡Oh, padre! Bien me aconsejas.

Vanas han sido mis quejas;
hoy mi propósito mudas.

Ea, pues, vélo a tratar;
que cansado de andar ciego,
procurando mi sosiego,

ya lo quiero efectuar.

Da por mi mano la tuya,
que ya estoy de verlo loco.

FELICIO Pues espérame aquí un poco;
que yo te traeré la suya.

Vase.

MENALCA Esto es hecho; no hay qué hacer.

Sale Coridón.

CORIDÓN ¡Oh, Menalca! ¿Dónde vas?

MENALCA Ya, Coridón, no podrás mudarme de parecer.

Sábetete que estoy casado.

CORIDÓN ¿Casado? Muy bueno es eso.

A fe que medras de seso.

¿Cómo o cuándo lo has soñado?

MENALCA Llegado a querer casarme,

¿hay pastora en este valle rica de hacienda y de talle,

poderosa a despreciarme, pues no hay pastor que sea tal?

CORIDÓN Tu malicia te engañó;

antes ninguno hallo yo

para tu nobleza igual,

y se tendrá por dichosa

la que llegue a merecerte.

MENALCA ¿Es eso, de aquesa suerte?

CORIDÓN Sí.

MENALCA Pues Belarda es mi esposa.

Vase.

CORIDÓN ¿Desa manera te vas?

Sin duda que es frenesí.

Yo me doliera de ti,

a no estar como tú estás.

Mas si acaso lo tratase,

y Menalca lo supiese,

no dudo que lo entendiese

cuando ya lo efectuase.

¡Que éste, por rico, ha alcanzado
lo que apenas ha podido.

Jacinto el triste, que ha sido
tan sin culpa condenado!

Sale Jacinto.

JACINTO ¡Oh, interés, que tanto puedes!

(Aparte.)

¿Si es ida o si aquí se está?

fortuna, cánsate ya;

que ya de lo justo excedes.

Este es mi fiero enemigo,
de quien me pienso vengar.

Solo está; quiérole hablar
en paz de fingido amigo,

que fío que no se atreva
solo a prenderme. ¡Ah, pastor!

¿Ha cesado ya el rigor
de aquella justicia nueva?

Solo estoy, no me defiendo;
llega, si quieres prenderme.

CORIDÓN ¿Justicia quieres hacerme?

Yo ni te busco ni prendo,
y más en esta ocasión,

que ya tan poco aprovecha.

JACINTO Dado me has nueva sospecha.

¿Hay novedad de traición?

¿Hase cerrado el proceso?

¿Deshízose la mentira?

CORIDÓN Mira lo que dices: mira
que son palabras de peso,

y lo que yo te aseguro
es que nadie te persigue.

JACINTO ¿Quieres tú que yo me obligue
a tenerte por seguro?

Tarde llegas.

CORIDÓN Sí llegué,
pues ya se casa Belarda.

JACINTO ¿Qué dices? Espera, aguarda.

¿Que se casa? ¿Cómo, qué?

¡Belarda casada!

CORIDÓN Sí,
o por lo menos se trata.

JACINTO ¿Con quién?

CORIDÓN Un hombre de plata
la compra a peso de sí.

JACINTO Conózcole por las señas.

CORIDÓN Gente suena.

JACINTO Allí me voy.

Llama en pasando, que estoy
detrás de aquellas dos peñas.

Escóndese

CORIDÓN Anda, vete.

Sale Felicio.

FELICIO Buena nueva,
Menalca.

CORIDÓN ¿No me conoces?

FELICIO No, Coridón, ansí goces
la prenda que amor te deba.

Loco de contento vengo,
y así no te conocí.

CORIDÓN ¿De qué Felicio?

JACINTO ¡Ay de mí,

(Aparte, escondido.)

que cierta sospecha tengo!

FELICIO Partí en este punto yo

por Menalca a hablar la madre

de Belarda, que su padre

ya tú sabes que murió.

En efecto, fui a tratar

que se la dé por mujer,

y diola mucho placer.

Haráse, no hay que dudar,

haráse ese casamiento,

y libraráme mi hijo.

CORIDÓN Padre, cuando esto te dijo,

¿daba en la veleta el viento?

Fíate que te ha engañado,

y dime: ¿qué parte es él

a que dé muerte cruel

libre a un hombre condenado?

FELICIO ¿Eso me dices, traidor?

Pues si eso no fuera parte,

yo, su padre, ¿había de hablarte

con tanta amistad y amor?

¡Muy bueno está! Yo he de hacer

que en este día le dé

la mano, palabra y fe

de que ha de ser su mujer.

Quédate para quien eres.

Vase.

Sale Jacinto.

CORIDÓN No hay que dudar del concierto,
Jacinto.

JACINTO ¿Es cierto?

CORIDÓN Muy cierto.

¿Qué mayor probanza quieres?

¿No te basta lo que has visto?

JACINTO Sí, Coridón, cierto es.

CORIDÓN Tu padre quiere después
darte en lugar de Doristo.

Bravamente lo rodea.

JACINTO El cielo me vengue dél,

y antes mi padre cruel
muerto en sus brazos me vea.

Y presto me verá muerto,
pues que Belarda se casa,
y el fuego que a mi alma abrasa
saldrá por el lado abierto.

¡Ay, falsa! ¿Que el sí le diste?

Murieras sin darle el sí.

Mas yo, que te adoro a ti,
moriré porque le diste.

Era de pecho mudado,
como al fin don de mujer,
el que me daba a comer
pan en lágrimas bañado.

Y ¡con qué gusto comí
las mentiras que fingiste!

Otro veneno me diste
que yo a Doristo le di.

¿Cómo ha de entrar en provecho
manjar que el gusto me estraga?

¡Ah! Mal provecho me haga
hasta que reviente el pecho.

La muerte quiero buscarme...

pero en balde me fatigo,

veneno llevo conmigo,

que basta para matarme.

Adiós, monte; adiós, sombrío

bosque, selvas, plantas, fuentes,

siempre a mi dolor presentes,

testigos del llanto mío.

Hoy acaban mis enojos:

tristes de hoy más quedaréis,

y sola esta vez veréis

las lágrimas de mis ojos.

Vase.

CORIDÓN ¡Qué lastimado me dejas!

¿Adónde te vas? No huyas;

que oyendo las quejas tuyas

no me acuerdo de mis quejas.

¡Pobre de ti, pues también

pierdes el bien que perdí!

Pero más pobre de mí

que siempre lo fui del bien.

¡Cómo! ¿Que he de consentir

que así Menalca se case?

Antes un rayo me abraze,

que tal haya de sufrir.

Irme quiero a la justicia

y decir que este traidor
al inocente pastor
ha acusado de malicia,
y que vine a consentillo
por su mucha diligencia,
y que mi propia conciencia
hoy me fuerza a descubrillo.
Y aunque a mí me den la muerte
porque también se la den,
pensaré que mayor bien
no puede hacerme la suerte.
El casamiento se impida:
Belarda ha de perdonar,
porque no se ha de casar
mientras yo tuviere vida.

Vase.

Salen los dos alcaldes y Menalca, Belarda, Glicerio, Felicio y Amaranta.

ALCALDE 1.º ¿De qué sirve que os mostréis,
señora Belarda, esquivas,
y que tanto os extrañéis
en cosa, que ansí yo viva,
que ganáis y no perdéis?
¡A Menalca despreciáis
y tan de veras juráis
que no seréis su mujer!

ALCALDE 2.º Aún no quiere responder,
¿para qué la importunáis?
FELICIO Hija, si agora viviera
vuestro muerto honrado padre,
y así tan rebelde os viera,

más fuerza que vuestra madre
en el negocio pusiera.

Que fuera de la riqueza,
tiene Menalca nobleza,
y por sólo emparentar,
la mano le habéis de dar.

ALCALDE 1.º U os quebrarán la cabeza.

¿Han mirado el zahareño
con que se está cabizbaja?

ALCALDE 2.º Compadre, mi fe os empeño,
que en balde el casco, trabaja
si el alma tiene otro dueño.

MENALCA ¿Es posible, ingrata fiera,
que una palabra siquiera
no me quiera responder?

GLICERIO Quizá lo debe de hacer
como es la ocasión primera.

Yo quiero llegarla a hablar.

Belarda, tu entendimiento
me obliga a no te cansar,
en dar palabras al viento,
que se las suele llevar.

Menalca es hombre perfeto,
es rico, es noble, es discreto,
y adora tu gentileza,
y con toda esta nobleza
será tu esclavo sujeto.

¿No respondes? Otro llegue
que sea más venturoso.

FELICIO Aunque el respeto me niegue,

yo llego más codicioso
de que la mano me entregue.

Hija, Menalca esta tarde,
como en tus amores arde,
mostrándome su tesoro,
me dijo: «Esta plata y oro,
para mi prenda se guarde;
que por su rara belleza,
valor y virtudes tantas,
discreción y gentileza,
sobre esta humilde riqueza
pondrá sus hermosas plantas.»

Dame esa mano, no huyas:
ata aquestas y las tuyas:
tu bello rostro levanta.

GLICERIO Llega tú, hija Amaranta:
quizá te dará las tuyas.

AMARANTA Pues ¿cómo, hermana, tan brava
contra Menalca te muestras?

Dale aquesa mano, acaba;
que bien sabes que yo estaba
presente a ocasiones vuestras:
yo sé que bien le has querido.

MENALCA Ya me tiene aborrecido;
tú se lo ruegas en vano.

AMARANTA Menalca, dame esa mano:
pierde esta vez de atrevido.

MENALCA Vesla aquí. Más oye, mira,
que no la enojés.

AMARANTA Aguarda:

ya templa el fin de su ira.

Dame esa mano, Belarda.

MENALCA Ves que se enfada y retira.

¡Oh! ¡Mal haya el corazón

adonde tan sin razón

ha vivido tigre hircana!

ALCALDE 1.º Por Dios, que me viene gana

de dalla un gran mojicón.

¿Diz que no ha de responder?

ALCALDE 2.º Esta es la primer mujer

que he visto hogaño sin lengua.

¡Voto al sol que tengo a mengua

que andemos a su querer!

Cuando hable, hablará tanto,

que nos quiebre la cabeza.

Sale Jacinto.

JACINTO Ya llega el fin de mi llanto;

ya de mi humilde bajeza

hasta el cielo me levanto.

Hoy el amador de Abido

se me confiesa rendido,

pues ya voluntariamente

vengo a la muerte presente

sin ser de nadie oprimido.

Yo soy aquel Jacinto desdichado

que a Doristo maté con el veneno;

vengo del alto Júpiter forzado

adonde justamente me condeno.

Rendido estoy: alzado el brazo airado.

MENALCA ¡Oh fiero monstruo, de maldades lleno!

Prendelde luego.

BELARDA ¡Oh bien de mi deseo!

¡Oh, cuántos años ha que no te veo!

ALCALDE 1.º ¡Milagro! ¡Hola! ¿No veis que tiene lengua?

MENALCA Y brazos para dar a mi enemigo.

FELICIO Hijo, ¿qué es esto?

ALCALDE 2.º ¡Cómo! ¡Que se venga

a nuestra misma casa el enemigo!

MENALCA No permitáis, señor, que así le tenga.

Suelte los brazos; dalde su castigo.

ALCALDE 1.º Sed preso.

JACINTO Ya lo soy; morir deseo.

BELARDA ¡Oh cuántos años ha que no te veo!

MENALCA Basta, que toman como burla el caso.

GLICERIO ¿Por qué lloráis, Felicio, desafortunado?

FELICIO Lloro en ver que el traidor tan paso a paso

a la prisión se venga y a la muerte.

MENALCA Tanta es la rabia que de verte paso,

tanta es la pena que recibo en verte...

Fuera, Belarda..., que yo propio quiero

ser de aqueste traidor cuchillo fiero.

¿Qué le miráis atentos? Vaya luego

a la cárcel.

ALCALDE 1.º Merece su delito

que acabe el falso en encendido fuego,

pues él confiesa cuanto veis escrito.

AMARANTA Paso: no le llevéis. Oíd os ruego.

Hablalle quiero.

ALCALDE 1.º Hablalle te permito,

AMARANTA Dime, Jacinto, ¿has muerto a mi marido?

JACINTO Yo le maté.

FELICIO Del todo soy perdido.

Hijo, ¿por qué confiesas dese modo?

¿Estás loco por dicha?

JACINTO Amor, que excede

los límites de amor, me obliga a todo.

MENALCA Pues que confiesa, condenar se puede.

AMARANTA Oíd; que a perdonarle me acomodo,

como en lugar de mi marido quede;

que si él me le quitó, no está obligado

de darme más de lo que me ha quitado.

ALCALDE 1.º ¡Viva mil años! Ea, que esto es hecho.

Jacinto, dale aquesa mano tuya.

JACINTO Primero me verán pedazos hecho

que aquese casamiento se concluya.

Híncase de rodillas su padre.

FELICIO ¿Tienes, por dicha de diamante el pecho?

¿A qué furia Permites que atribuya

esa rusticidad? Dime, ¿estás loco?

¿Verme a tus pies estimas en tan poco?

Hazlo, hijo, por todo lo que debes

a aquesta sangre que te dio la vida.

JACINTO Padre, puesto que el pecho a llanto mueves,

el alma persevera endurecida.

No lo he de hacer.

FELICIO ¡Que a tal maldad te atreves!

Mátenle luego.

MENALCA Pague el homicida.

BELARDA ¡Ay! No le lleven, esperad primero:

rogárselo yo, rogarle quiero.

Por todo lo que debes a mis ojos,
a quien tan tiernas lágrimas les cuestas,
te pido que te cases, pastor mío;
que menos mal lo pasará mi alma
viéndote vivo, aunque con otra vivas.

JACINTO ¡Oh, falsa! ¿Tal me ruegas? ¿Qué es aquesto?

Sólo un momento que de vida tengo,
¿hubo de darme al fin tal desengaño?
Debe de ser misterio de los dioses
que no pueda morir hombre ninguno
con engaño de que hay mujer constante.

¡A voces pido muerte, muerte pido!

¡Alto; de aquí me lleven!

Sale Coridón.

CORIDÓN ¡A buen tiempo!

¿Qué justicia es aquesta inadvertida?

Paso; no le llevéis, que el alto cielo
hoy mueve mi conciencia a que declare
la verdad deste caso.

MENALCA ¿Qué es aquesto?

(Aparte.)

CORIDÓN Amaranta, movida de su pena,
a Menalca y a mí nos ha pedido
que juremos que fue Doristo muerto
a manos de Jacinto con veneno,
pensando que con miedo de la muerte
la recibiera por su amada esposa.
Aquesta es la verdad; y aquí me mueve
el cielo justo, que justicia pide,
que no muera Jacinto.

ALCALDE 1.º ¡Extraño caso!

¿Enmudeces, Menalca? ¿No respondes?

FELICIO ¡Gracias te doy, oh Júpiter inmenso,
que descubriste la verdad del caso!

Pase Amaranta y los traidores pasen
por el castigo que a mi hijo daban.

GLICERIO Blanda la mano, buen Felicio; advierte
que fue de amor la culpa.

FELICIO ¿De amor dices?

Justicia pido al cielo y a la tierra.

ALCALDE 1.º No más: este negocio está encontrado,
y si pedís los unos y los otros,
habemos de gastar nuestras haciendas,
y más si de ciudad viene justicia.

Tomad mi parecer, señor Felicio,
y demos a Jacinto su Belarda,
y en pago de que son testigos falsos
casemos a Menalca y a Amaranta;
que a Coridón, porque esto se sosiegue,
yo le daré a mi hija con mi hacienda.

FELICIO Al senado le enfadan cumplimientos.

Ya nuestra historia declarada queda:
llévese cada cual su prenda amada,
que aquí se acaba la comedia nuestra,
a quien su autor, por el amor constante,
le dio por nombre *El verdadero amante*.

Lope de Vega
FUENTEOVEJUNA

Personas que hablan en ella:

La reina ISABEL de Castilla

El REY Fernando de Aragón

Rodrigo Téllez Girón, MAESTRE de la Orden de Calatrava

Fernán Gómez de Guzmán,

COMENDADOR Mayor de la Orden de Calatrava

Don Gómez MANRIQUE

Un JUEZ

Dos REGIDORES de Ciudad Real

ORTUÑO, criado del Comendador

FLORES, criado del Comendador

ESTEBAN, Alcaide de Fuenteovejuna

ALONSO, un regidor de Fuenteovejuna

Otro REGIDOR de Fuenteovejuna

LAURENCIA, labradora de Fuenteovejuna, hija de Esteban

JACINTA, labradora de Fuenteovejuna

PASCUALA, labradora de Fuenteovejuna

JUAN ROJO, labrador

FRONDOSO, labrador

MENGO, labrador gracioso

BARRILDO, labrador

LEONELO, Licenciado en derecho

CIMBRANO, soldado

Un MUCHACHO

LABRADORES y LABRADORAS

MÚSICOS

ACTO PRIMERO

**Salen el COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO,
criados**

COMENDADOR: ¿Sabe el maestre que estoy
en la villa?

FLORES: Ya lo sabe.

ORTUÑO: Está, con la edad, más grave.

COMENDADOR: Y ¿sabe también que soy
Fernán Gómez de Guzmán?

FLORES: Es muchacho, no te asombre.

COMENDADOR: Cuando no sepa mi nombre,
¿no le sobra el que me dan
de comendador mayor?

ORTUÑO: No falta quien le aconseje
que de ser cortés se aleje.

COMENDADOR: Conquistará poco amor.
Es llave la cortesía
para abrir la voluntad;
y para la enemistad
la necia descortesía.

ORTUÑO: Si supiese un descortés
cómo le aborrecen todos
--y querrían de mil modos
poner la boca a sus pies--,
antes que serlo ninguno,
se dejaría morir.

FLORES: ¡Qué cansado es de sufrir!
¡Qué áspero y qué importuno!
Llaman la descortesía
necedad en los iguales,
porque es entre desiguales
linaje de tiranía.

Aquí no te toca nada;
que un muchacho aún no ha llegado
a saber qué es ser amado.

COMENDADOR: La obligación de la espada
que se ciñó, el mismo día
que la cruz de Calatrava
le cubrió el pecho, bastaba
para aprender cortesía.

FLORES: Si te han puesto mal con él,
presto lo conocerás.

ORTUÑO: Vuélvete, si en duda estás.

COMENDADOR: Quiero ver lo que hay en él.

Sale el MAESTRE de Calatrava y acompañamiento

MAESTRE: Perdonad, por vida mía,
Fernán Gómez de Guzmán;
que agora nueva me dan
que en la villa estáis.

COMENDADOR: Tenía
muy justa queja de vos;
que el amor y la crianza
me daban más confianza,
por ser, cual somos los dos,

vos maestro en Calatrava,
yo vuestro comendador
y muy vuestro servidor.

MAESTRE: Seguro, Fernando, estaba
de vuestra buena venida.
Quiero volveros a dar
los brazos.

COMENDADOR: Debéisme honrar;
que he puesto por vos la vida
entre diferencias tantas,
hasta suplir vuestra edad
el pontífice.

MAESTRE: Es verdad.

Y por las señales santas
que a los dos cruzan el pecho,
que os lo pago en estimaros
y como a mi padre honraros.

COMENDADOR: De vos estoy satisfecho.

MAESTRE: ¿Qué hay de guerra por allá?

COMENDADOR: Estad atento, y sabréis
la obligación que tenéis.

MAESTRE: Decid que ya lo estoy, ya.

COMENDADOR: Gran maestro, don Rodrigo

Télez Girón, que a tan alto
lugar os trajo el valor
de aquel vuestro padre claro,
que, de ocho años, en vos
renunció su maestrazgo,
que después por más seguro
juraron y confirmaron
reyes y comendadores,
dando el pontífice santo
Pío segunda sus bulas
y después las suyas Paulo
para que don Juan Pacheco,
gran maestro de Santiago,
fuese vuestro coadjutor:
ya que es muerto, y que os han dado
el gobierno sólo a vos,
aunque de tan pocos años,
advertid que es honra vuestra
seguir en aqueste caso
la parte de vuestros deudos;
porque, muerto Enrique cuarto,
quieren que al rey don Alonso
de Portugal, que ha heredado,
por su mujer, a Castilla,

obedezcan sus vasallos;
que aunque pretende lo mismo
por Isabel don Fernando,
gran príncipe de Aragón,
no con derecho tan claro
a vuestros deudos, que, en fin,
no presumen que hay engaño
en la sucesión de Juana,
a quien vuestro primo hermano
tiene agora en su poder.
Y así, vengo a aconsejaros
que juntéis los caballeros
de Calatrava en Almagro,
y a Ciudad Real toméis,
que divide como paso
a Andalucía y Castilla,
para mirarlos a entrambos.
Poca gente es menester,
porque tienen por soldados
solamente sus vecinos
y algunos pocos hidalgos,
que defienden a Isabel
y llaman rey a Fernando.
Será bien que deis asombro,
Rodrigo, aunque niño, a cuantos
dicen que es grande esa cruz
para vuestros hombros flacos.
Mirad los condes de Urueña,
de quien venís, que mostrando
os están desde la fama
los laureles que ganaros;
los marqueses de Villena,
y otros capitanes, tantos,
que las alas de la fama
apenas pueden llevarlos.
Sacad esa blanca espada;
que habéis de hacer, peleando,

tan roja como la cruz;
porque no podré llamaros
maestre de la cruz roja
que tenéis al pecho, en tanto
que tenéis la blanca espada;
que una al pecho y otra al lado,
entrambas han de ser rojas;
y vos, Girón soberano,
capa del templo inmortal
de vuestros claros pasados.

MAESTRE: Fernán Gómez, estad cierto,
que en esta parcialidad,
porque veo que es verdad,
con mis deudos me concierto.

Y si importa, como paso
a Ciudad Real mi intento,
veréis que como violento
rayo sus muros abraso.

No porque es muerto mi tío
piensen de mis pocos años
los propios y los extraños
que murió con él mi brío.

Sacaré la blanca espada
para que quede su luz
de la color de la cruz,
de roja sangre bañada.

Vos, ¿adónde residís
tenéis algunos soldados?

COMENDADOR: Pocos, pero mis criados;
que si de ellos os servís,
pelearán como leones.
Ya veis que en Fuenteovejuna
hay gente humilde, y alguna
no enseñada en escuadrones,
sino en campos y labranzas.

MAESTRE: ¿Allí residís?

COMENDADOR: Allí
de mi encomienda escogí
casa entre aquestas mudanzas.
Vuestra gente se registre;
que no quedará vasallo.

MAESTRE: Hoy me veréis a caballo,
poner la lanza en el ristre.

Vanse. Salen PASCUALA y LAURENCIA

LAURENCIA: ¡Mas que nunca acá volviera!

PASCUALA: Pues a la hé que pensé
que cuando te lo conté
más pesadumbre te diera.

LAURENCIA: ¡Plega al cielo que jamás
le vea en Fuenteovejuna!

PASCUALA: Yo, Laurencia, he visto alguna
tan brava, y pienso que más;
y tenía el corazón
brando como una manteca.

LAURENCIA: Pues ¿hay encina tan seca
como ésta mi condición?

PASCUALA: Anda ya; que nadie diga:
"de esta agua no beberé."

LAURENCIA: ¡Voto al sol que lo diré,
aunque el mundo me desdiga!
¿A qué efecto fuera bueno
querer a Fernando yo?
¿Casaráme con él?

PASCUALA: No.

LAURENCIA: Luego la infamia condeno.
¡Cuántas mozas en la villa,
del comendador fiadas,
andan ya descalabradas!

PASCUALA: Tendré yo por maravilla
que te escapes de su mano.

LAURENCIA: Pues en vano es lo que ves,

porque ha que me sigue un mes,
y todo, Pascuala, en vano.

Aquel Flores, su alcahuete,
y Ortuño, aquel socarrón,
me mostraron un jubón,
una sarta y un copete.

Dijéronme tantas cosas
de Fernando, su señor,
que me pusieron temor;
mas no serán poderosas
para contrastar mi pecho.

PASCUALA: ¿Dónde te hablaron?

LAURENCIA: Allá
en el arroyo, y habrá
seis días.

PASCUALA: Y yo sospecho
que te han de engañar, Laurencia.

LAURENCIA: ¿A mí?

PASCUALA: Que no, sino al cura.

LAURENCIA: Soy, aunque polla, muy dura
yo para su reverencia.

Pardiez, más precio poner,
Pascuala, de madrugada,
un pedazo de lunada
al fuego para comer,
con tanto zalacotón
de una rosca que yo amaso,
y hurtar a mi madre un vaso
del pegado cangilón,
y más precio al mediodía
ver la vaca entre las coles
haciendo mil caracoles
con espumosa armonía;
y concertar, si el camino
me ha llegado a causar pena,
casar un berenjena

con otro tanto tocino;
y después un pasatarde,
mientras la cena se aliña,
de una cuerda de mi viña,
que Dios de pedrisco guarde;
y cenar un salpicón
con su aceite y su pimienta,
e irme a la cama contenta,
y al "inducas tentación"
rezalle mis devociones,
que cuantas raposerías,
con su amor y sus porfías,
tienen estos bellacones;
porque todo su cuidado,
después de darnos disgusto,
es anochecer con gusto
y amanecer con enfado.

PASCUALA: Tienes, Laurencia, razón;

que en dejando de querer,
más ingratos suelen ser
que al villano el gorrión.

En el invierno, que el frío
tiene los campos helados,
descienden de los tejados,
diciéndole: "tío, tío,"

hasta llegar a comer
las migajas de la mesa;
mas luego que el frío cesa,
y el campo ven florecer,
no bajan diciendo "tío,"
del beneficio olvidados,
mas saltando en los tejados
dicen: "judío, judío."

Pues tales los hombres son:
cuando nos han menester,
somos su vida, su ser,
su alma, su corazón;
pero pasadas las ascuas,

las tías somos judías,
y en vez de llamarnos tías,
anda el nombre de las pascuas.

LAURENCIA: No fiarse de ninguno.

PASCUALA: Lo mismo digo, Laurencia.

Salen MENGO, BARRILDO y FRONDOSO

FRONDOSO: En aquesta diferencia
andas, Barrildo, importuno.

BARRILDO: A lo menos aquí está
quien nos dirá lo más cierto.

MENGO: Pues hagamos un concierto
antes que lleguéis allá,
y es, que si juzgan por mí,
me dé cada cual la prenda,
precio de aquesta contienda.

BARRILDO: Desde aquí digo que sí.
Mas si pierdes, ¿qué darás?

MENGO: Daré mi rabel de boj,
que vale más que una troj,
porque yo le estimo en más.

BARRILDO: Soy contento.

FRONDOSO: Pues lleguemos.
Dios os guarde, hermosas damas.

LAURENCIA: ¿Damas, Frondoso, nos llamas?

FRONDOSO: Andar al uso queremos:
al bachiller, licenciado;
al ciego, tuerto; al bisojo,
bizco; resentido, al cojo;
y buen hombre, al descuidado.
Al ignorante, sesudo;
al mal galán, soldadesca;
a la boca grande, fresca;
y al ojo pequeño, agudo.
Al pleitista, diligente;

gracioso al entremetido;
al hablador, entendido;
y al insufrible, valiente.

Al cobarde, para poco;
al atrevido, bizarro;
compañero al que es un jarro;
y desenfadado, al loco.

Gravedad, al descontento;
a la calva, autoridad;
donaire, a la necesidad;
y al pie grande, buen cimienta.

Al buboso, resfriado;
comedido al arrogante;
al ingenioso, constante;
al corcovado, cargado.

Esto al llamaros imito,
damas, sin pasar de aquí;
porque fuera hablar así
proceder en infinito.

LAURENCIA: Allá en la ciudad, Frondoso,
llámase por cortesía
de esta suerte; y a fe mía,
que hay otro más riguroso
y peor vocabulario
en las lenguas descortesas.

FRONDOSO: Querría que lo dijese.

LAURENCIA: Es todo a esotro contrario:

al hombre grave, enfadoso;
venturoso al descompuesto;
melancólico al compuesto;
y al que reprehende, odioso.

Importuno al que aconseja;
al liberal, moscatel;
al justiciero, crúel;
y al que es piadoso, madeja.

Al que es constante, villano;
al que es cortés, lisonjero;
hipócrita al limosnero;

y pretendiente al cristiano.

Al justo mérito, dicha;

a la verdad, imprudencia;

cobardía a la paciencia;

y culpa a lo que es desdicha.

Necia a la mujer honesta;

mal hecha a la hermosa y casta;

y a la honrada... Pero basta;

que esto basta por respuesta.

MENGO: Digo que eres el dimuño.

LAURENCIA: ¡Soncas que lo dice mal!

MENGO: Apostaré que la sal

la echó el cura con el puño.

LAURENCIA: ¿Qué contienda os ha traído,

si no es que mal lo entendí?

FRONDOSO: Oye, por tu vida.

LAURENCIA: Di.

FRONDOSO: Préstame, Laurencia, oído.

LAURENCIA: Como prestado, y aun dado,

desde agora os doy el mío.

FRONDOSO: En tu discreción confío.

LAURENCIA: ¿Qué es lo que habéis apostado?

FRONDOSO: Yo y Barrildo contra Mengo.

LAURENCIA: ¿Qué dice Mengo?

BARRILDO: Una cosa

que, siendo cierta y forzosa,

la niega.

MENGO: A negarla vengo,

porque yo sé que es verdad.

LAURENCIA: ¿Qué dice?

BARRILDO: Que no hay amor.

LAURENCIA: Generalmente, es rigor.

BARRILDO: Es rigor y es necesidad.

Sin amor, no se pudiera

ni aun el mundo conservar.

MENGO: Yo no sé filosofar;

leer, ¡ojalá supiera!

Pero si los elementos
en discordia eterna viven,
y de los mismos reciben
nuestros cuerpos alimentos,
cólera y melancolía,
flema y sangre, claro está.

BARRILDO: El mundo de acá y de allá,

Mengo, todo es armonía.

Armonía es puro amor,
porque el amor es concierto.

MENGO: Del natural os advierto

que yo no niego el valor.

Amor hay, y el que entre sí
gobierna todas las cosas,
correspondencias forzosas
de cuanto se mira aquí;
y yo jamás he negado
que cada cual tiene amor,
correspondiente a su humor,
que le conserva en su estado.

Mi mano al golpe que viene
mi cara defenderá;
mi pie, huyendo, estorbará
el daño que el cuerpo tiene.

Cerraránse mis pestañas
si al ojo le viene mal,
porque es amor natural.

PASCUALA: Pues, ¿de qué nos desengañas?

MENGO: De que nadie tiene amor
más que a su misma persona.

PASCUALA: Tú mientes, Mengo, y perdona;

porque, ¿es materia el rigor
con que un hombre a una mujer
o un animal quiere y ama
su semejante?

MENGO: Eso llama
amor propio, y no querer.

¿Qué es amor?

LAURENCIA: Es un deseo
de hermosura.

MENGO: Esa hermosura,
¿por qué el amor la procura?

LAURENCIA: Para gozarla.

MENGO: Eso creo.
Pues ese gusto que intenta,
¿no es para él mismo?

LAURENCIA: Es así.

MENGO: Luego ¿por quererse a sí
busca el bien que le contenta?

LAURENCIA: Es verdad.

MENGO: Pues de ese modo
no hay amor sino el que digo,
que por mi gusto le sigo
y quiero dármelo en todo.

BARRILDO: Dijo el cura del lugar
cierto día en el sermón
que había cierto Platón
que nos enseñaba a amar;
que éste amaba el alma sola
y la virtud de lo amado.

PASCUALA: En materia habéis entrado
que, por ventura, acrisola
los caletres de los sabios
en sus cademias y escuelas.

LAURENCIA: Muy bien dice, y no te muelas
en persuadir sus agravios.

Da gracias, Mengo, a los cielos,
que te hicieron sin amor.

MENGO: ¿Amas tú?

LAURENCIA: Mi propio honor.

FRONDOSO: Dios te castigue con celos.

BARRILDO: ¿Quién gana?

PASCUALA: Con la cuestión
podéis ir al sacristán,

porque él o el cura os darán
bastante satisfacción.

Laurencia no quiere bien,
yo tengo poca experiencia.

¿Cómo daremos sentencia?

FRONDOSO: ¿Qué mayor que ese desdén?

Sale FLORES

FLORES: Dios guarde a la buena gente.

FRONDOSO: Éste es del comendador
criado.

LAURENCIA: ¡Gentil azor!
¿De adónde bueno, pariente?

FLORES: ¿No me veis a lo soldado?

LAURENCIA: ¿Viene don Fernando acá?

FLORES: La guerra se acaba ya,
puesto que nos ha costado
alguna sangre y amigos.

FRONDOSO: Contadnos cómo pasó.

FLORES: ¿Quién lo dirá como yo,
siendo mis ojos testigos?

Para emprender la jornada
de esta ciudad, que ya tiene
nombre de Ciudad Real,
juntó el gallardo maestre
dos mil lucidos infantes
de sus vasallos valientes,
y trescientos de a caballo
de seglares y de freiles;
porque la cruz roja obliga
cuantos al pecho la tienen,
aunque sean de orden sacro;
mas contra moros, se entiende.
Salió el muchacho bizarro
con una casaca verde,
bordada de cifras de oro,
que sólo los brazaletes

por las mangas descubrían,
que seis alamares prenden.

Un corpulento bridón,
Rucio rodado, que al Betis
bebió el agua, y en su orilla
despuntó la grama fértil;
el codón labrado en cintas
de ante, y el rizo copete
cogido en blancas lazadas,
que con las moscas de nieve
que bañan la blanca piel
iguales labores teje.

A su lado Fernán Gómez,
vuestro señor, en un fuerte
melado, de negros cabos,
puesto que con blanco bebe.

Sobre turca jacerina,
peto y espaldar luciente,
con naranjada orla saca,
que de oro y perlas guarnece.

El morrión, que coronado
con blancas plumas, parece
que del color naranjado
aquellos azahares vierte;
ceñida al brazo una liga
roja y blanca, con que mueve
un fresno entero por lanza
que hasta en Granada le temen.

La ciudad se puso en arma;
dicen que salir no quieren
de la corona real,
y el patrimonio defienden.

Entróla bien resistida,
y el maestro a los rebeldes
y a los que entonces trataron
su honor injuriosamente
mandó cortar las cabezas,
y a los de la baja plebe,

con mordazas en la boca,
azotar públicamente.
Queda en ella tan temido
y tan amado, que creen
que quien en tan pocos años
pelea, castiga y vence,
ha de ser en otra edad
rayo del África fértil,
que tantas lunas azules
a su roja cruz sujete.
Al comendador y a todos
ha hecho tantas mercedes,
que el saco de la ciudad
el de su hacienda parece.
Mas ya la música suena;
recíbidle alegremente,
que al triunfo las voluntades
son los mejores laureles.

***Salen el COMENDADOR y ORTUÑO, MÚSICOS,
JUAN ROJO y ESTEBAN, ALONSO, ALCAIDES. Cantan los MÚSICOS***

MUSICOS: "Sea bien venido
el comendadore
de rendir las tierras
y matar los hombres.
¡Vivan los Guzmanes!
¡Vivan los Girones!
Si en las paces blando,
dulce en las razones.
Venciendo moriscos,
fuertes como un roble,
de Ciudad Reale
viene vencedore;
que a Fuenteovejuna
trae los pendones.

¡Viva muchos años,
viva Fernán Gómez!"

COMENDADOR: Villa, yo os agradezco justamente
el amor que me habéis aquí mostrado.

ALONSO: Aun no muestra una parte del que siente.
Pero ¿qué mucho que seáis amado,
mereciéndolo vos?

ESTEBAN: Fuenteovejuna
y el regimiento que hoy habéis honrado,
que recibáis os ruega e importuna
un pequeño presente, que esos carros
traen, señor, no sin vergüenza alguna,
de voluntades y árboles bizarros,
más que de ricos dones. Lo primero
traen dos cestas de polidos barros;
de gansos viene un ganadillo entero,
que sacan por las redes las cabezas,
para cantar vuestro valor guerrero.
Diez cebones en sal, valientes piezas,
sin otras menudencias y cecinas,
y más que guantes de ámbar, sus cortezas.
Cien pares de capones y gallinas,
que han dejado viudos a sus gallos
en las aldeas que miráis vecinas.
Acá no tienen armas ni caballos,
no jaeces bordados de oro puro,
si no es oro el amor de los vasallos.
Y porque digo puro, os aseguro
que vienen doce cueros, que aun en cueros
por enero podéis guardar un muro,
si de ellos aforráis vuestros guerreros,
mejor que de las armas aceradas;
que el vino suele dar lindos aceros.
De quesos y otras cosas no excusadas
no quiero daros cuenta. Justo pecho
de voluntades que tenéis ganadas;
y a vos y a vuestra casa, buen provecho.

COMENDADOR: Estoy muy agradecido.

Id, regimiento, en buen hora.

ALONSO: Descansad, señor, agora,

y seáis muy bien venido;

que esta espadaña que veis

y juncia a vuestros umbrales

fueran perlas orientales,

y mucho más merecéis,

a ser posible a la villa.

COMENDADOR: Así lo creo, señores.

Id con Dios.

ESTEBAN: Ea, cantores,

vaya otra vez la letrilla.

Cantan

MÚSICOS: "Sea bien venido

el comendadore

de rendir las tierras

y matar los hombres."

Vanse los MÚSICOS y los ALCAIDES

COMENDADOR: Esperad vosotras dos.

LAURENCIA: ¿Qué manda su señoría?

COMENDADOR: ¡Desdenes el otro día,

pues, conmigo! ¡Bien, por Dios!

LAURENCIA: ¿Habla contigo, Pascuala?

PASCUALA: Conmigo no, tirtte ahuera.

COMENDADOR: Con vos hablo, hermosa fiera,

y con esotra zagala.

¿Mías no sois?

PASCUALA: Sí, señor;

mas no para casos tales.

COMENDADOR: Entrad, pasado los umbrales;

hombres hay, no hayáis temor.

LAURENCIA: Si los alcaldes entraran,
que de uno soy hija yo,
bien huera entrar; mas si no...

COMENDADOR: ¡Flores!

FLORES: ¿Señor?

COMENDADOR: ¡Que reparan
en no hacer lo que les digo!

FLORES: ¡Entrad, pues!

LAURENCIA: No nos agarre.

FLORES: Entrad; que sois necias.

PASCUALA: Arre;
que echaréis luego el postigo.

FLORES: Entrad; que os quiere enseñar
lo que trae de la guerra.

COMENDADOR: Si entraren, Ortuño, cierra.

Éntrase

LAURENCIA: Flores, dejadnos pasar.

ORTUÑO: ¿También venís presentadas
con lo demás?

PASCUALA: ¡Bien a fe!
Desvíese, no le dé...

FLORES: Basta; que son extremadas.

LAURENCIA: ¿No basta a vuestro señor
tanta carne presentada?

ORTUÑO: La vuestra es la que le agrada.

LAURENCIA: ¡Reviente de mal dolor!

Vanse LAURENCIA y PASCUALA

FLORES: ¡Muy buen recado llevamos!
No se ha de poder sufrir
lo que nos ha de decir
cuando sin ellas nos vamos.

ORTUÑO: Quien sirve se obliga a esto.
Si en algo desea medrar,

o con paciencia ha de estar,

o ha de despedirse presto.

***Vanse los dos. Salgan el REY don Fernando, la
reina doña ISABEL, MANRIQUE, y acompañamiento***

ISABEL: Digo, señor, que conviene
el no haber descuido en esto,
por ver a Alfonso en tal puesto,
y su ejército previene.

Y es bien ganar por la mano
antes que el daño veamos;
que si no lo remediamos,
el ser muy cierto está llano.

REY: De Navarra y de Aragón
está el socorro seguro,
y de Castilla procuro
hacer la reformatión
de modo que el buen suceso
con la prevención se vea.

ISABEL: Pues vuestra majestad crea
que el buen fin consiste en eso.

MANRIQUE: Aguardando tu licencia
dos regidores están
de Ciudad Real. ¿Entrarán?

REY: No les nieguen mi presencia.

Salen dos REGIDORES de Ciudad Real

REGIDOR 1: Católico rey Fernando,
a quien ha enviado el cielo
desde Aragón a Castilla
para bien y amparo nuestro:
en nombre de Ciudad Real,
a vuestro valor supremo
humildes nos presentamos,
el real amparo pidiendo.
A mucha dicha tuvimos

tener título de vuestros;
pero pudo derribarnos
de este honor el hado adverso.
El famoso don Rodrigo
Téllez Girón, cuyo esfuerzo
es en valor extremado,
aunque es en la edad tan tierno
maestre de Calatrava,
él, ensanchar pretendiendo
el honor de la encomienda,
nos puso apretado cerco.
Con valor nos prevenimos,
a su fuerza resistiendo,
tanto, que arroyos corrían
de la sangre de los muertos.
Tomó posesión, en fin;
pero no llegara a hacerlo,
a no le dar Fernán Gómez
orden, ayuda y consejo.
Él queda en la posesión,
y sus vasallos seremos,
suyos, a nuestro pesar,
a no remediarlo presto.

REY: ¿Dónde queda Fernán Gómez?

REGIDOR 1: En Fuenteovejuna creo,
por ser su villa, y tener
en ella casa y asiento.
Allí, con más libertad
de la que decir podemos,
tiene a los súbditos suyos
de todo contento ajenos.

REY: ¿Tenéis algún capitán?

REGIDOR 2: Señor, el no haberle es cierto,
pues no escapó ningún noble
de preso, herido o de muerto.

ISABEL: Ese caso no requiere
ser de espacio remediado;

que es dar al contrario osado
el mismo valor que adquiere;
y puede el de Portugal,
hallando puerta segura,
entrar por Extremadura
y causarnos mucho mal

REY: Don Manrique, partid luego,
llevando dos compañías;
remediad sus demasías
sin darles ningún sosiego.

El conde de Cabra ir puede
con vos; que es Córdoba osado,
a quien nombre de soldado
todo el mundo le concede;
que éste es el medio mejor
que la ocasión nos ofrece.

MANRIQUE: El acuerdo me parece
como de tan gran valor.

Pondré límite a su exceso,
si el vivir en mí no cesa.

ISABEL: Partiendo vos a la empresa,
seguro está el buen suceso.

Vanse todos. Salen LAURENCIA y FRONDOSO

LAURENCIA: A medio torcer los paños,
quise, atrevido Frondoso
para no dar qué decir,
desvíarme del arroyo;
decir a tus demasías
que murmura el pueblo todo,
que me miras y te miro,
y todos nos traen sobre ojo.
Y como tú eres zagal
de los que huellan, brioso,
y excediendo a los demás
vistes bizarro y costoso,

en todo lugar no hay moza,
o mozo en el prado o soto,
que no se afirme diciendo
que ya para en uno somos;
y esperan todos el día
que el sacristán Juan Chamorro
nos eche de la tribuna
en dejando los piporros.
Y mejor sus trojes vean
de rubio trigo en agosto
atestadas y colmadas,
y sus tinajas de mosto,
que tal imaginación
me ha llegado a dar enojo:
ni me desvela ni aflige
ni en ella el cuidado pongo.

FRONDOSO: Tal me tienen tus desdenes,
bella Laurencia, que tomo,
en el peligro de verte,
la vida, cuando te oigo.
Si sabes que es mi intención
el desear ser tu esposo,
mal premio das a mi fe.

LAURENCIA: Es que yo no sé dar otro.

FRONDOSO: ¿Posible es que no te duelas
de verme tan cuidadoso
y que imaginando en ti
ni bebo, duermo ni como?
¿Posible es tanto rigor
en ese angélico rostro?
¡Viven los cielos, que rabio!

LAURENCIA: Pues salúdate, Frondoso.

FRONDOSO Ya te pido yo salud,
y que ambos, como palomos,
estemos, juntos los picos,
con arrullos sonorosos,
después de darnos la iglesia...

LAURENCIA: Dilo a mi tío Juan Rojo;
que aunque no te quiero bien,
ya tengo algunos asomos.

FRONDOSO: ¡Ay de mí! El señor es éste.

LAURENCIA: Tirando viene a algún corzo.
Escóndete en esas ramas.

FRONDOSO: Y ¡con qué celos me escondo!

Sale el COMENDADOR

COMENDADOR: No es malo venir siguiendo
un corcillo temeroso,
y topar tan bella gama.

LAURENCIA: Aquí descansaba un poco
de haber lavado unos paños;
y así, al arroyo me torno,
si manda su señoría.

COMENDADOR: Aquesos desdenes toscos
afrentan, bella Laurencia,
las gracias que el poderoso
cielo te dio, de tal suerte,
que vienes a ser un monstruo.
Mas si otras veces pudiste
huir mi ruego amoroso,
ahora no quiere el campo,
amigo secreto y solo;
que tú sola no has de ser
tan soberbia, que tu rostro
huyas al señor que tienes,
teniéndome a mí en tan poco.
¿No se rindió Sebastiana,
mujer de Pedro Redondo,
con ser casadas entrambas,
y la de Martín del Pozo,
habiendo apenas pasado
dos días del desposorio?

LAURENCIA: Ésas, señor, ya tenían
de haber andado con otros
el camino de agradaros;

porque también muchos mozos
merecieron sus favores.
Id con Dios, tras vuestro corzo;
que a no veros con la cruz,
os tuviera por demonio,
pues tanto me perseguís.

COMENDADOR: ¡Qué estilo tan enfadoso!

Pongo la ballesta en tierra
[puesto que aquí estamos solos],
y a la práctica de manos
reduzco melindres.

LAURENCIA: ¿Cómo?
¿Eso hacéis? ¿Estáis en vos?

Sale FRONDOSO y toma la ballesta

COMENDADOR: No te defiendas.

FRONDOSO: Si tomo
la ballesta ¡vive el cielo
que no la ponga en el hombro!

COMENDADOR: Acaba, ríndete.

LAURENCIA: ¡Cielos,
ayúdame ahora!

COMENDADOR: Solos
estamos; no tengas miedo.

FRONDOSO: Comendador generoso,
dejad la moza, o creed
que de mi agravio y enojo
será blanco vuestro pecho,
aunque la cruz me da asombro.

COMENDADOR: ¡Perro, villano!...

FRONDOSO: No hay perro.
Huye, Laurencia.

LAURENCIA: Frondoso,
mira lo que haces.

FRONDOSO: Vete.

Vase LAURENCIA

COMENDADOR: ¡Oh, mal haya el hombre loco,
que se descifre la espada!
Que, de no espantar medroso
la caza, me la quité.

FRONDOSO: Pues, pardiez, señor, si toco
la nuez, que os he de apiolar.

COMENDADOR: Ya es ida. Infame, alevoso,
suelta la ballesta luego.
Suéltala, villano.

FRONDOSO: ¿Cómo?
Que me quitaréis la vida.
Y advertid que Amor es sordo,
y que no escucha palabras
el día que está en su trono.

COMENDADOR: Pues, ¿la espalda ha de volver
un hombre tan valeroso
a un villano? Tira, infame,
tira, y guárdate; que rompo
las leyes de caballero.

FRONDOSO: Eso, no. Yo me conformo
con mi estado, y, pues me es
guardar la vida forzoso,
con la ballesta me voy.

COMENDADOR: ¡Peligro extraño y notorio!
Mas yo tomaré venganza
del agravio y del estorbo.
¡Que no cerrara con él!
¡Vive el cielo, que me corro!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen ESTEBAN y otro REGIDOR

ESTEBAN: Así tenga salud, como parece,
que no se saque más agora el pósito.
El año apunta mal, y el tiempo crece,
y es mejor que el sustento esté en depósito,
aunque lo contradicen más de trece.

REGIDOR: Yo siempre he sido, al fin, de este propósito,
en gobernar en paz esta república.

ESTEBAN: Hagamos de ello a Fernán Gómez súplica.
No se puede sufrir que estos astrólogos,
en las cosas futuras ignorantes,
nos quieran persuadir con largos prólogos
los secretos a Dios sólo importantes.
¡Bueno es que, presumiendo de teólogos,
hagan un tiempo en el que después y ante!
Y pidiendo el presente lo importante,
al más sabio veréis más ignorante.
¿Tienen ellos las nubes en su casa
y el proceder de las celestes lumbres?
¿Por dónde ven los que en el cielo pasa,
para darnos con ella pesadumbres?
Ellos en el sembrar nos ponen tasa:
dacá el trigo, cebada y las legumbres,
calabazas, pepinos y mostazas...
Ellos son, a la fe, las calabazas.
Luego cuentan que muere una cabeza,
y después viene a ser en Transilvania;
que el vino será poco, y la cerveza
sobrará por las partes de Alemania;
que se helará en Gascuña la cereza,
y que habrá muchos tigres en Hircania.
Y al cabo, que se siembre o no se siembre,
el año se remata por diciembre.

Salen el licenciado LEONELO y BARRILDO

LEONELO: A fe que no ganéis la palmatoria,
porque ya está ocupado el mentidero.

BARRILDO: ¿Cómo os fue en Salamanca?

LEONELO: Es larga historia.

BARRILDO: Un Bártulo seréis.

LEONELO: Ni aun un barbero.

Es, como digo, cosa muy notoria
en esta facultad lo que os refiero.

BARRILDO: Sin duda que venís buen estudiante.

LEONELO: Saber he procurado lo importante.

BARRILDO: Después que vemos tanto libro impreso,
no hay nadie que de sabio no presuma.

LEONELO: Antes que ignoran más siento por eso,
por no se reducir a breve suma;
porque la confusión, con el exceso,
los intentos resuelve en vana espuma;
y aquel que de leer tiene más uso,
de ver letreros sólo está confuso.

No niego yo que de imprimir el arte
mil ingenios sacó de entre la jerga,
y que parece que en sagrada parte
sus obras guarda y contra el tiempo alberga;
éste las distribuye y las reparte.

Débese esta invención a Gutemberga,
un famoso tudesco de Maguncia,
en quien la fama su valor renuncia.

Mas muchos que opinión tuvieron grave
por imprimir sus obras la perdieron;
tras esto, con el nombre del que sabe
muchos sus ignorancias imprimieron.

Otros, en quien la baja envidia cabe,
sus locos desatinos escribieron,
y con nombre de aquél que aborrecían
impresos por el mundo los envían.

BARRILDO: No soy de esa opinión.

LEONELO: El ignorante
es justo que se vengue del letrado.

BARRILDO: Leoneo, la impresión es importante.

LEONELO: Sin ella muchos siglos se han pasado,
y no vemos que en éste se levante

[..... --ado]

un Jerónimo santo, un Agustino.

BARRILDO: Dejadlo y asentaos, que estáis mohino.

Salen JUAN ROJO y otro LABRADOR

JUAN ROJO: No hay en cuatro haciendas para un dote,
si es que las vistas han de ser al uso;
que el hombre que es curioso es bien que note
que en esto el barrio y vulgo anda confuso.

LABRADOR: ¿Qué hay del comendador? No os alborote.

JUAN ROJO: ¡Cuál a Laurencia en ese campo puso!

LABRADOR: ¿Quién fue cual él tan bárbaro y lascivo?

Colgado le vea yo de aquel olivo.

Salen el COMENDADOR, ORTUÑO y FLORES

COMENDADOR: Dios guarde la buena gente.

REGIDOR: ¡Oh, señor!

COMENDADOR: Por vida mía,
que se estén.

ESTEBAN: Vuseñoría
adonde suele se siente,
que en pie estaremos muy bien.

COMENDADOR: Digo que se han de sentar.

ESTEBAN: De los buenos es honrar,
que no es posible que den
honra los que no la tienen.

COMENDADOR: Siéntense; hablaremos algo.

ESTEBAN: ¿Vio vuseñoría el galgo?

COMENDADOR: Alcalde, espantados vienen
esos criados de ver
tan notable ligereza.

ESTEBAN: Es una extremada pieza.
Pardiez, que puede correr
al lado de un delincuente
o de un cobarde en cuestión.

COMENDADOR: Quisiera en esta ocasión
que le hiciérades pariente
a una liebre que por pies
por momentos se me va.

ESTEBAN: Sí haré, par Dios. ¿Dónde está?

COMENDADOR: Allá vuestra hija es.

ESTEBAN: ¡Mi hija!

COMENDADOR: Sí.

ESTEBAN: Pues, ¿es buena
para alcanzada de vos?

COMENDADOR: Reñidla, alcalde, por Dios.

ESTEBAN: ¿Cómo?

COMENDADOR: Ha dado en darme pena.
mujer hay, y principal,
de alguno que está en la plaza,
que dio, a la primera traza,
traza de verme.

ESTEBAN: Hizo mal;
y vos, señor, no andáis bien
en hablar tan libremente.

COMENDADOR: ¡Oh, qué villano elocuente!
¡Ah, Flores!, haz que le den
la Política, en que lea
de Aristóteles.

ESTEBAN: Señor,
debajo de vuestro honor
vivir el pueblo desea.
Mirad que en Fuenteovejuna
hay gente muy principal.

LEONELO: ¿Vióse desvergüenza igual?

COMENDADOR: Pues, ¿he dicho cosa alguna
de que os pese, regidor?

REGIDOR: Lo que decís es injusto;
no lo digáis, que no es justo
que nos quitéis el honor.

COMENDADOR: ¿Vosotros honor tenéis?
¡Qué freiles de Calatrava!

REGIDOR: Alguno acaso se alaba

de la cruz que le ponéis,

que no es de sangre tan limpia.

COMENDADOR: Y, ¿ensúciola yo juntando

la mía a la vuestra?

REGIDOR: Cuando

que el mal más tiñe que alimpia.

COMENDADOR: De cualquier suerte que sea,

vuestras mujeres se honran.

ESTEBAN: Esas palabras deshonran;

las obras no hay quien las crea.

COMENDADOR: ¡Qué cansado villanaje!

¡Ah! Bien hayan las ciudades,

que a hombres de calidades

no hay quien sus gustos ataje;

allá se precian casados

que visiten sus mujeres.

ESTEBAN: No harán; que con esto quieres

que vivamos descuidados.

En las ciudades hay Dios

y más presto quien castiga.

COMENDADOR: Levantaos de aquí.

ESTEBAN: ¿Qué diga

lo que escucháis por los dos?

COMENDADOR: Salid de la plaza luego;

no quede ninguno aquí.

ESTEBAN: Ya nos vamos.

COMENDADOR: Pues no así.

FLORES: Que te reportes te ruego.

COMENDADOR: Querrían hacer corrillo

los villanos en mi ausencia.

ORTUÑO: Ten un poco de paciencia.

COMENDADOR: De tanta me maravillo.

Cada uno de por sí

se vayan hasta sus casas.

LEONELO: ¡Cielo! ¿Qué por esto pasas?

ESTEBAN: Ya yo me voy por aquí.

Vanse los LABRADORES

COMENDADOR: ¿Qué os parece de esta gente?

ORTUÑO: No sabes disimular,
que no quieres escuchar
el disgusto que se siente.

COMENDADOR: Éstos ¿se igualan conmigo?

FLORES: Que no es aqueso igualarse.

COMENDADOR: Y el villano, ¿ha de quedarse
con ballesta y sin castigo?

FLORES: Anoche pensé que estaba
a la puerta de Laurencia,
y a otro, que su presencia
y su capilla imitaba,
de oreja a oreja le di
un beneficio famoso.

COMENDADOR: ¿Dónde estará aquel Frondoso?

FLORES: Dicen que anda por ahí.

COMENDADOR: ¡Por ahí se atreve a andar
hombre que matarme quiso!

FLORES: Como el ave sin aviso,
o como el pez, viene a dar
al reclamo o al anzuelo.

COMENDADOR: ¡Que a un capitán cuya espada
tiemblan Córdoba y Granada,
un labrador, un mozuelo
ponga una ballesta al pecho!
El mundo se acaba, Flores.

FLORES: Como eso pueden amores.

ORTUÑO: Y pues que vive, sospecho
que grande amistad le debes.

COMENDADOR: Yo he disimulado, Ortuño;
que si no, de punta a puño,
antes de dos horas breves,
pasara todo el lugar;
que hasta que llegue ocasión

al freno de la razón

hago la venganza estar.

¿Qué hay de Pascuala?

FLORES: Responde

que anda agora por casarse.

COMENDADOR: ¿Hasta allí quiere fiarse?

FLORES: En fin, te remite donde

te pagarán de contado.

COMENDADOR: ¿Qué hay de Olalla?

ORTUÑO: Una graciosa

respuesta.

COMENDADOR: Es moza brñosa.

¿Cómo?

ORTUÑO: Que su desposado

anda tras ella estos días

celoso de mis recados

y de que con tus criados

a visitarla venías;

pero que si se descuida

entrarás como primero.

COMENDADOR: ¡Bueno, a fe de caballero!

Pero el villanejo cuida...

ORTUÑO: Cuida, y anda por los aires.

COMENDADOR: ¿Qué hay de Inés?

FLORES: ¿Cuál?

COMENDADOR: La de Antón.

FLORES: Para cualquier ocasión

ya ha ofrecido sus donaires.

Habléla por el corral,

por donde has de entrar si quieres.

COMENDADOR: A las fáciles mujeres

quiero bien y pago mal.

Si éstas supiesen, ¡oh, Flores!,

estimarse en lo que valen...

FLORES: No hay disgustos que se igualen

a contrastar sus favores.

Rendirse presto desdice

de la esperanza del bien;
mas hay mujeres también,
porque el filósofo dice,
 que apetecen a los hombres
como la forma desea
la materia; y que esto sea
así, no hay de qué te asombres.

COMENDADOR: Un hombre de amores loco
 huélgase que a su accidente
 se le rindan fácilmente,
 mas después las tiene en poco,
 y el camino de olvidar,
 al hombre más obligado
 es haber poco costado
 lo que pudo desear.

Sale CIMBRANOS, soldado

CIMBRANOS: ¿Está aquí el comendador?

ORTUÑO: ¿No le ves en tu presencia?

CIMBRANO: ¡Oh, gallardo Fernán Gómez!

 Trueca la verde montera
 en el blanco morrión
 y el gabán en armas nuevas;
 que el maestro de Santiago
 y el conde de Cabra cercan
 a don Rodrigo Girón,
 por la castellana reina,
 en Ciudad Real; de suerte
 que no es mucho que se pierda
 lo que en Calatrava sabes
 que tanta sangre le cuesta.
 Ya divisan con las luces,
 desde las altas almenas
 los castillo y leones
 y barras aragonesas.
 Y aunque el rey de Portugal
 honrar a Girón quisiera,

no hará poco en que el maestre
a Almagro con vida vuelva.
Ponte a caballo, señor;
que sólo con que te vean
se volverán a Castilla.

COMENDADOR: No prosigas; tente, espera.

Haz, Ortuño, que en la plaza
toquen luego una trompeta.
¿Qué soldados tengo aquí?

ORTUÑO: Pienso que tienes cincuenta.

COMENDADOR: Pónganse a caballo todos.

CIMBRANOS: Si no caminas apriesa,
Ciudad Real es del rey.

COMENDADOR: No hayas miedo que lo sea.

***Vanse TODOS. Salen MENGO, LAURENCIA y PASCUALA,
huyendo***

PASCUALA: No te apartes de nosotras.

MENGO: Pues, ¿a qué tenéis temor?

LAURENCIA: Mengo, a la villa es mejor
que vamos unas con otras,
pues que no hay hombre ninguno,
porque no demos con él.

MENGO: ¡Que este demonio crúel
nos sea tan importuno!

LAURENCIA: No nos deja a sol ni a sombra.

MENGO: ¡Oh! Rayo del cielo baje
que sus locuras ataje.

LAURENCIA: Sangrienta fiera le nombra;
arsénico y pestilencia
del lugar.

MENGO: Hanme contado
que Frondoso, aquí en el prado,
para librarte, Laurencia,
le puso al pecho una jara.

LAURENCIA: Los hombres aborrecía,

Mengo; mas desde aquel día
los miro con otra cara.

¡Gran valor tuvo Frondoso!
Pienso que le ha de costar
la vida.

MENGO: Que del lugar
se vaya, será forzoso.

LAURENCIA: Aunque ya le quiero bien,
eso mismo le aconsejo;
mas recibe mi consejo
con ira, rabia y desdén;
y jura el comendador
que le ha de colgar de un pie.

PASCUALA: ¡Mal garrotillo le dé!

MENGO: Mala pedrada es mejor!
¡Voto al sol, si le tirara
con la que llevo al apero,
que al sonar el crujidero
al casco se la encajara!
No fue Sábalo, el romano,
tan vicioso por jamás.

LAURENCIA: Heliogábalo dirás,
más que una fiera inhumano.

MENGO: Pero Galván, o quien fue,
que yo no entiendo de historia;
mas su cativa memoria
vencida de éste se ve.
¿Hay hombre en naturaleza
como Fernán Gómez?

PASCUALA: No;
que parece que le dio
de una tigre la aspereza.

Sale JACINTA

JACINTA: Dadme socorro, por Dios,
si la amistad os obliga.

LAURENCIA: ¿Qué es esto, Jacinta amiga?

PASCUALA: Tuyas lo somos las dos.

JACINTA: Del comendador criados,
que van a Ciudad Real,
más de infamia natural
que de noble acero armados,
me quieren llevar a él.

LAURENCIA: Pues, Jacinta, Dios te libre;
que cuando contigo es libre,
conmigo será crüel.

Vase LAURENCIA

PASCUALA: Jacinta, yo no soy hombre
que te pueda defender.

Vase PASCUALA

MENGO: Yo sí lo tengo de ser,
porque tengo el ser y el nombre.
Llégate, Jacinta, a mí.

JACINTA: ¿Tienes armas?

MENGO: Las primeras
del mundo.

JACINTA: ¡Oh, si las tuvieras!

MENGO: Piedras hay, Jacinta, aquí.

Salen FLORES y ORTUÑO

FLORES: ¿Por los pies pensabas irte?

JACINTA: ¡Mengo, muerta soy!

MENGO: Señores...
¿A estos pobres labradores?...

ORTUÑO: Pues, ¿tú quieres persuadirte
a defender la mujer?

MENGO: Con los ruegos la defiendo;
que soy su deudo y pretendo
guardarla, si puede ser.

FLORES: Quitadle luego la vida.

MENGO: ¡Voto al sol, si me emberrincho,
 y el cáñamo me descincho,
 que la llevéis bien vendida!

Salen el COMENDADOR y CIMBRANOS

COMENDADOR: ¿Qué es eso? ¿A cosas tan viles
 me habéis de hacer apear?

FLORES: Gente de este vil lugar,
 que ya es razón que aniquiles,
 pues en nada te da gusto,
 a nuestras armas se atreve.

MENGO: Señor, si piedad os mueve
 de suceso tan injusto,
 castigad estos soldados,
 que con vuestro nombre agora
 roban una labradora
 a esposo y padres honrados;
 y dadme licencia a mí
 que se la pueda llevar.

COMENDADOR: Licencia les quiero dar...
 para vengarse de ti.
 Suelta la honda.

MENGO: Señor!

COMENDADOR: Flores, Ortuño, Cimbranos,
 con ella le atad las manos.

MENGO: ¿Así volvéis por su honor?

COMENDADOR: ¿Qué piensan Fuenteovejuna
 y sus villanos de mí?

MENGO: Señor, ¿en qué os ofendí,
 ni el pueblo en cosa ninguna?

FLORES: ¿Ha de morir?

COMENDADOR: No ensuciéis
 las armas, que habéis de honrar
 en otro mejor lugar.

ORTUÑO: ¿Qué mandas?

COMENDADOR: Que lo azotéis.
 Llevalde, y en ese roble

le atad y le desnudad,
y con las riendas...

MENGO: ¡Piedad!

¡Piedad, pues sois hombre noble!

COMENDADOR: Azotadle hasta que salten
los hierros de las correas.

MENGO: ¡Cielos! ¿A hazañas tan feas
queréis que castigos falten?

Vanse MENGO, FLORES y ORTUÑO

COMENDADOR: Tú, villana, ¿por qué huyes?

¿Es mejor un labrador
que un hombre de mi valor?

JACINTA: ¡Harto bien me restituyes
el honor que me han quitado
en llevarme para ti!

COMENDADOR: ¿En quererte llevar?

JACINTA: Sí;
porque tengo un padre honrado,
que si en alto nacimiento
no te iguala, en las costumbres
te vence.

COMENDADOR: Las pesadumbres
y el villano atrevimiento
no tiemplan bien un airado.
Tira por ahí.

JACINTA: ¿Con quién?

COMENDADOR: Conmigo.

JACINTA: Míralo bien.

COMENDADOR: Para tu mal lo he mirado.
Ya no mía, del bagaje
del ejército has de ser.

JACINTA: No tiene el mundo poder
para hacerme, viva, ultraje.

COMENDADOR: ¡Ea, villana, camina!

JACINTA: ¡Piedad, señor!

COMENDADOR: No hay piedad.

JACINTA: Apelo de tu crueldad
a la justicia divina.

**Llévanla y vanse. Salen LAURENCIA y
FRONDOSO**

LAURENCIA: ¿Cómo así a venir te atreves,
sin temer tu daño.

FRONDOSO: Ha sido
dar testimonio cumplido
de la afición que me debes.
Desde aquel recuesto vi
salir al comendador,
y fiado en tu valor
todo mi temor perdí.
Vaya donde no le vean
volver.

LAURENCIA: Tente en maldecir,
porque suele más vivir
al que la muerte desean.

FRONDOSO: Si es eso, viva mil años,
y así se hará todo bien
pues deseándole bien,
estarán ciertos sus daños.

Laurencia, deseo saber
si vive en ti mi cuidado,
y si mi lealtad ha hallado
el puerto de merecer.

Mira que toda la villa
ya para en uno nos tiene;
y de cómo a ser no viene
la villa se maravilla.

Los desdeñosos extremos
deja, y responde "no" o "sí."

LAURENCIA: Pues a la villa y a ti
respondo que lo seremos.

FRONDOSO: Deja que tus plantas bese
Por la merced recibida,

pues el cobrar nueva vida
por ella es bien que confiese.

LAURENCIA: De cumplimientos acorta;
y para que mejor cuadre,
habla, Frondoso, a mi padre,
pues es lo que más importa,
que allí viene con mi tío;
y fía que ha de tener
ser, Frondoso, tu mujer
buen suceso.

FRONDOSO: En Dios confío.

***Escóndese LAURENCIA. Salen ESTEBAN,
alcalde, y el REGIDOR***

ESTEBAN: Fue su término de modo,
que la plaza alborotó.
En efecto, procedió
muy descomedido en todo.
No hay a quien admiración
sus demasías no den;
la pobre Jacinta es quien
pierde por su sinrazón.

REGIDOR: Ya a los católicos reyes,
que este nombre les dan ya,
presto España les dará
la obediencia de sus leyes.
Ya sobre Ciudad Real,
contra el Girón que la tiene,
Santiago a caballo viene
por capitán general.
Pésame; que era Jacinta
doncella de buena pro.

ESTEBAN: Luego a Mengo le azotó.

REGIDOR: No hay negra bayeta o tinta
como sus carnes están.

ESTEBAN: Callad; que me siento arder
viendo su mal proceder

y el mal nombre que le dan.

Yo, ¿para qué traigo aquí
este palo sin provecho?

REGIDOR: Si sus criados lo han hecho
¿de qué os afligís así?

ESTEBAN: ¿Queréis más? Que me contaron
que a la de Pedro Redondo
un día, que en lo más hondo
de este valle la encontraron,
después de sus insolencias,
a sus criados la dio.

REGIDOR: Aquí hay gente. ¿Quién es?

FRONDOSO: Yo,
que espero vuestras licencias.

ESTEBAN: Para mi casa, Frondoso,
licencia no es menester;
debes a tu padre el ser
y a mí otro ser amoroso.
Hete criado, y te quiero
como a hijo.

FRONDOSO: Pues señor,
fiado en aquese amor,
de ti una merced espero.
Ya sabes de quién soy hijo.

ESTEBAN: ¿Hate agraviado ese loco
de Fernán Gómez?

FRONDOSO: No poco.

ESTEBAN: El corazón me lo dijo.

FRONDOSO: Pues señor, con el seguro
del amor que habéis mostrado,
de Laurencia enamorado,
el ser su esposo procuro.
Perdona si en el pedir
mi lengua se ha adelantado;
que he sido en decirlo osado,
como otro lo ha de decir.

ESTEBAN: Vienes, Frondoso, a ocasión
que me alargarás la vida,

por la cosa más temida
que siente mi corazón.

Agradezco, hijo, al cielo
que así vuelvas por mi honor
y agradézcole a tu amor
la limpieza de tu celo.

Mas como es justo, es razón
dar cuenta a tu padre de esto,
sólo digo que estoy presto,
en sabiendo su intención;
que yo dichoso me hallo
en que aqueso llegue a ser.

REGIDOR: De la moza el parecer
tomad antes de acetallo.

ESTEBAN: No tengáis de eso cuidado,
que ya el caso está dispuesto.

Antes de venir a esto,
entre ellos se ha concertado.

En el dote, si advertís,
se puede agora tratar;
que por bien os pienso dar
algunos maravedís.

FRONDOSO: Yo dote no he menester;
de eso no hay que entristeceros.

REGIDOR: Pues que no la pide en cueros
lo podéis agradecer.

ESTEBAN: Tomaré el parecer de ella;
si os parece, será bien.

FRONDOSO: Justo es; que no hace bien
quien los gustos atropella.

ESTEBAN: ¡Hija! ¡Laurencia!...

LAURENCIA: ¿Señor?

ESTEBAN: Mirad si digo bien yo.
¡Ved qué presto respondió!
Hija Laurencia, mi amor
a preguntarte ha venido
--apártate aquí-- si es bien

que a Gila, tu amiga, den
a Frondoso por marido,
que es un honrado zagal,
si le hay en Fuenteovejuna...

LAURENCIA: ¿Gila se casa?

ESTEBAN: Y si alguna
le merece y es su igual...

LAURENCIA: Yo digo, señor, que sí.

ESTEBAN: Sí; mas yo digo que es fea
y que harto mejor se emplea
Frondoso, Laurencia en ti.

LAURENCIA: ¿Aún no se te han olvidado
los donaires con la edad?

ESTEBAN: ¿Quiéresle tú?

LAURENCIA: Voluntad
le he tenido y le he cobrado;
pero por lo que tú sabes...

ESTEBAN: ¿Quieres tú que diga sí?

LAURENCIA: Dilo tú, señor, por mí.

ESTEBAN: ¿Yo? Pues tengo yo las llaves.
Hecho está. Ven, buscaremos
a mi compadre en la plaza.

REGIDOR: Vamos.

ESTEBAN: Hijo, y en la traza
del dote, ¿qué le diremos?
Que yo bien te puedo dar
cuatro mil maravedís.

FRONDOSO: Señor, ¿eso me decís?
Mi honor queréis agraviar.

ESTEBAN: Anda, hijo; que eso es
cosa que pasa en un día;
que si no hay dote, a fe mía,
que se echa menos después.

Vanse, y quedan FRONDOSO y LAURENCIA

LAURENCIA: Di, Frondoso. ¿Estás contento?

FRONDOSO: ¡Cómo si lo estoy! ¡Es poco,
pues que no me vuelvo loco
de gozo, del bien que siento!
Risa vierte el corazón
por los ojos de alegría
viéndote, Laurencia mía,
en tan dulce posesión.

Vanse. Salen el MAESTRE, el COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO

COMENDADOR: Huye, señor, que no hay otro remedio.

MAESTRE: La flaqueza del muro lo ha causado,
y el poderoso ejército enemigo.

COMENDADOR: Sangre les cuesta e infinitas vidas.

MAESTRE: Y no se alabarán que en sus despojos
pondrán nuestro pendón de Calatrava,
que a honrar su empresa y los demás bastaba.

COMENDADOR: Tus designios, Girón, quedan perdidos.

MAESTRE: ¿Qué puedo hacer, si la fortuna ciega
a quien hoy levantó, mañana humilla?

Dentro

VOCES: ¡Victoria por los reyes de Castilla!

MAESTRE: Ya coronan de luces las almenas,
y las ventanas de las torres altas
entoldan con pendones victoriosos.

COMENDADOR: Bien pudieran, de sangre que les cuesta.
A fe que es más tragedia que no fiesta.

MAESTRE: Yo vuelvo a Calatrava, Fernán Gómez.

COMENDADOR: Y yo a Fuenteovejuna, mientras tratas
o seguir esta parte de tus deudos,
o reducir la tuya al rey católico.

MAESTRE: Yo te diré por cartas lo que intento.

COMENDADOR: El tiempo ha de enseñarte.

MAESTRE: Ah, pocos años,
sujetos al rigor de sus engaños!

***Vanse. Sale la boda, MÚSICOS, MENGO,
FRONDOSO, LAURENCIA, PASCUALA, BARRILDO, ESTEBAN y alcalde JUAN
ROJO. Cantan***

MUSICOS: "¡Vivan muchos años
los desposados!
¡Vivan muchos años!"

MENGO: A fe que no os ha costado
mucho trabajo el cantar.

BARRILDO: Supiéraslo tú trovar
mejor que él está trovado.

FRONDOSO: Mejor entiende de azotes
Mengo que de versos ya.

MENGO: Alguno en el valle está,
para que no te alborotes,
a quien el Comendador...

BARRILDO: No lo digas, por tu vida;
que este bárbaro homicida
a todos quita el honor.

MENGO: Que me azotasen a mí
cien soldados aquel día...
sola una honda tenía
[y así una copla escribí:]
pero que le hayan echado
una melecina a un hombre,
que aunque no diré su nombre
todos saben que es honrado,
llena de tinta y de chinas
¿cómo se puede sufrir?

BARRILDO: Haríalo por reír.

MENGO: No hay risa con melecinas;
que aunque es cosa saludable...
yo me quiero morir luego.

FRONDOSO: Vaya la copla, te ruego,
si es la copla razonable.

MENGO: "Vivan muchos años juntos

los novios, ruego a los cielos,
y por envidia ni celos
ni riñan ni anden en puntos.
Llevan a entrambos difuntos,
de puro vivir cansados.
¡Vivan muchos años!"

FRONDOSO: ¡Maldiga el cielo el poeta,
que tal coplón arrojó!

BARRILDO: Fue muy presto.

MENGO: Pienso yo

una cosa de esta seta.

¿No habéis visto un buñolero
en el aceite abrasando
pedazos de masa echando
hasta llenarse el caldero?

¿Que unos le salen hinchados,
otros tuertos y mal hechos,
ya zurdos y ya derechos,
ya fritos y ya quemados?

Pues así imagino yo
un poeta componiendo,
la materia previniendo,
que es quien la masa le dio.

Va arrojando verso aprisa
al caldero del papel,
confiado en que la miel
cubrirá la burla y risa.

Mas poniéndolo en el pecho,
apenas hay quien los tome;
tanto que sólo los come
el mismo que los ha hecho.

BARRILDO: Déjate ya de locuras;
deja los novios hablar.

LAURENCIA: Las manos nos da a besar.

JUAN ROJO: Hija, ¿mi mano procuras?
Pídela a tu padre luego

para ti y para Frondoso.

ESTEBAN: Rojo, a ella y a su esposo

que se la dé el cielo ruego,

con su larga bendición.

FRONDOSO: Los dos a los dos la echad.

JUAN ROJO: Ea, tañed y cantad,

pues que para en uno son.

Cantan

MUSICOS: "Al val de Fuenteovejuna

la niña en cabellos baja;

el caballero la sigue

de la cruz de Calatrava.

Entre las ramas se esconde,

de vergonzosa y turbada;

fingiendo que no le ha visto,

pone delante las ramas.

--¿Para qué te escondes,

niña gallarda?

Que mis linces deseos

paredes pasan.--

Acercóse el caballero,

y ella, confusa y turbada,

hacer quiso celosías

de las intrincadas ramas;

mas como quien tiene amor

los mares y las montañas

atraviesa fácilmente,

la dice tales palabras:

--¿Para qué te escondes,

niña gallarda?

Que mis linces deseos

paredes pasan--."

Sale el COMENDADOR, FLORES, ORTUÑO y

CIMBRANOS

COMENDADOR: Estése la boda queda
y no se alborote nadie.

JUAN ROJO: No es juego aqueste, señor,
y basta que tú lo mandes.

¿Quieres lugar? ¿Cómo vienes
con tu belicoso alarde?

¿Venciste? Mas, ¿qué pregunto?

FRONDOSO: ¡Muerto soy! ¡Cielos, libradme!

LAURENCIA: Huye por aquí, Frondoso.

COMENDADOR: Eso no; prendedle, atadle.

JUAN ROJO: Date, muchacho, a prisión.

FRONDOSO: Pues ¿quieres tú que me maten?

JUAN ROJO: ¿Por qué?

COMENDADOR: No soy hombre yo

que mato sin culpa a nadie;

que si lo fuera, le hubieran

pasado de parte a parte

esos soldados que traigo.

Llevarlo mando a la cárcel,

donde la culpa que tiene

sentencie su mismo padre.

PASCUALA: Señor, mirad que se casa.

COMENDADOR: ¿Qué me obliga que se case?

¿No hay otra gente en el pueblo?

PASCUALA: Si os ofendió, perdonadle,

por ser vos quien sois.

COMENDADOR: No es cosa,

Pascuala, en que yo soy parte.

Es esto contra el maestro

Téllez Girón, que Dios guarde;

es contra toda su orden,

es su honor, y es importante

para el ejemplo, el castigo;

que habrá otro día quien trate

de alzar pendón contra él,

pues ya sabéis que una tarde

al comendador mayor,

--¡qué vasallos tan leales!--

puso una ballesta al pecho.

ESTEBAN: Supuesto que el disculparle
ya puede tocar a un suegro,
no es mucho que en causas tales
se descomponga con vos
un hombre, en efecto, amante;
porque si vos pretendéis
su propia mujer quitarle,
¿qué mucho que la defienda?

COMENDADOR: Majadero sois, alcalde.

ESTEBAN: Por vuestra virtud, señor,...

COMENDADOR: Nunca yo quise quitarle
su mujer, pues no lo era.

ESTEBAN: Sí quisistes... Y esto baste;
que reyes hay en Castilla,
que nuevas órdenes hacen,
con que desórdenes quitan.
Y harán mal, cuando descansen
de las guerras, en sufrir
en sus villas y lugares
a hombres tan poderosos
por traer cruces tan grandes;
póngasela el rey al pecho,
que para pechos reales
es esa insignia y no más.

COMENDADOR: ¡Hola!, la vara quitadle.

ESTEBAN: Tomad, señor, norabuena.

COMENDADOR: Pues con ella quiero darle
como a caballo bríofo.

ESTEBAN: Por señor os sufro. Dadme.

PASCUALA: ¿A un viejo de palos das?

LAURENCIA: Si le das porque es mi padre,
¿qué vengas en él de mí?

COMENDADOR: Llevadla, y haced que guarden
su persona diez soldados.

Vase el COMENDADOR y los suyos

ESTEBAN: Justicia del cielo baje.

Vase

PASCUALA: Volvióse en luto la boda.

Vase

BARRILDO: ¿No hay aquí un hombre que hable?

MENGO: Yo tengo ya mis azotes,
que aún se ven los cardenales
sin que un hombre vaya a Roma.
Prueben otros a enojarle.

JUAN ROJO: hablemos todos.

MENGO: Señores,
aquí todo el mundo calle.
Como ruedas de salmón
me puso los atabales.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen ESTEBAN, ALONSO y BARRILDO

ESTEBAN: ¿No han venido a la junta?

BARRILDO: No han venido.

ESTEBAN: Pues más a priesa nuestro daño corre.

BARRILDO: Ya está lo más del pueblo prevenido.

ESTEBAN: Frondoso con prisiones en la torre,
y mi hija Laurencia en tanto aprieto,
si la piedad de Dios no los socorre...

Salen JUAN ROJO y el REGIDOR

JUAN ROJO: ¿De qué dais voces, cuando importa tanto
a nuestro bien, Esteban, el secreto?

ESTEBAN: Que doy tan pocas es mayor espanto.

Sale MENGO

MENGO: También vengo yo a hallarme en esta junta.

ESTEBAN: Un hombre cuyas canas baña el llanto,
labradores honrados, os pregunta,
¿qué obsequias debe hacer toda esa gente
a su patria sin honra, ya perdida?
Y si se llaman honras justamente,
¿cómo se harán, si no hay entre nosotros
hombre a quien este bárbaro no afrente?
Respondedme: ¿Hay alguno de vosotros
que no esté lastimado en honra y vida?
¿No os lamentáis los unos de los otros?
Pues si ya la tenéis todos perdida,
¿a qué aguardáis? ¿Qué desventura es ésta?

JUAN ROJO: La mayor que en el mundo fue sufrida.

Mas pues ya se publica y manifiesta
que en paz tienen los reyes a Castilla
y su venida a Córdoba se apresta,
vayan dos regidores a la villa
y echándose a sus pies pidan remedio.

BARRILDO: En tanto que Fernando, aquél que humilla

a tantos enemigos, otro medio
será mejor, pues no podrá, ocupado
hacemos bien, con tanta guerra en medio.

REGIDOR: Si mi voto de vos fuera escuchado,

desamparar la villa doy por voto.

JUAN ROJO: ¿Cómo es posible en tiempo limitado?

MENGO: A la fe, que si entiende el alboroto,

que ha de costar la junta alguna vida.

REGIDOR: Ya, todo el árbol de paciencia roto,

corre la nave de temor perdida.

La hija quitan con tan gran fiereza
a un hombre honrado, de quien es regida
la patria en que vivís, y en la cabeza
la vara quiebran tan injustamente.

¿Qué esclavo se trató con más bajeza?

JUAN ROJO: ¿Qué es lo que quieres tú que el pueblo intente?

REGIDOR: Morir, o dar la muerte a los tiranos,

pues somos muchos, y ellos poca gente.

BARRILDO: ¡Contra el señor las armas en las manos!

ESTEBAN: El rey sólo es señor después del cielo,

y no bárbaros hombres inhumanos.

Si Dios ayuda nuestro justo celo,

¿qué nos ha de costar?

MENGO: Mirad, señores,

que vais en estas cosas con recelo.

Puesto que por los simples labradores

estoy aquí que más injurias pasan,

más cuerdo represento sus temores.

JUAN ROJO: Si nuestras desventuras se compasan,

para perder las vidas, ¿qué aguardamos?

Las casas y las viñas nos abrasan,
¡tiranos son! ¡A la venganza vamos!

Sale LAURENCIA, desmelenada

LAURENCIA: Dejádme entrar, que bien puedo,
en consejo de los hombres;
que bien puede una mujer,
si no a dar voto, a dar voces.
¿Conocéisme?

ESTEBAN: ¡Santo cielo!
¿No es mi hija?

JUAN ROJO: ¿No conoces
a Laurencia?

LAURENCIA: Vengo tal,
que mi diferencia os pone
en contingencia quién soy.

ESTEBAN: ¡Hija mía!

LAURENCIA: No me nombres
tu hija.

ESTEBAN: ¿Por qué, mis ojos?
¿Por qué?

LAURENCIA: Por muchas razones,
y sean las principales:
porque dejas que me roben
tiranos sin que me vengues,
traidores sin que me cobres.
Aún no era yo de Frondoso,
para que digas que tome,
como marido, venganza;
que aquí por tu cuenta corre;
que en tanto que de las bodas
no haya llegado la noche,
del padre, y no del marido,
la obligación presupone;
que en tanto que no me entregan
una joya, aunque la compren,

no ha de correr por mi cuenta
las guardas ni los ladrones.
Llevóme de vuestros ojos
a su casa Fernán Gómez;
la oveja al lobo dejáis
como cobardes pastores.
¿Qué dagas no vi en mi pecho?
¿Qué desatinos enormes,
qué palabras, qué amenazas,
y qué delitos atroces,
por rendir mi castidad
a sus apetitos torpes?
Mis cabellos ¿no lo dicen?
¿No se ven aquí los golpes
de la sangre y las señales?
¿Vosotros sois hombres nobles?
¿Vosotros padres y deudos?
¿Vosotros, que no se os rompen
las entrañas de dolor,
de verme en tantos dolores?
Ovejas sois, bien lo dice
de Fuenteovejuna el hombre.
Dadme unas armas a mí
pues sois piedras, pues sois tigres...
--Tigres no, porque feroces
siguen quien roba sus hijos,
matando los cazadores
antes que entren por el mar
y pos sus ondas se arrojen.
Liebres cobardes nacistes;
bárbaros sois, no españoles.
Gallinas, ¡vuestras mujeres
sufrís que otros hombres gocen!
Poneos rucas en la cinta.
¿Para qué os ceñís estoques?
¡Vive Dios, que he de trazar
que solas mujeres cobren
la honra de estos tiranos,

la sangre de estos traidores,
y que os han de tirar piedras,
hilanderas, maricones,
amujerados, cobardes,
y que mañana os adornen
nuestras tocas y basquiñas,
solimanes y colores!
A Frondoso quiere ya,
sin sentencia, sin pregones,
colgar el comendador
del almena de una torre;
de todos hará lo mismo;
y yo me huelgo, medio-hombres,
por que quede sin mujeres
esta villa honrada, y torne
aquel siglo de amazonas,
eterno espanto del orbe.

ESTEBAN: Yo, hija, no soy de aquellos
que permiten que los nombres
con esos títulos viles.
Iré solo, si se pone
todo el mundo contra mí.

JUAN ROJO: Y yo, por más que me asombre
la grandeza del contrario.

REGIDOR: ¡Muramos todos!

BARRILDO: Descoge
un lienzo al viento en un palo,
y mueran estos enormes.

JUAN ROJO: ¿Qué orden pensáis tener?

MENGO: Ir a matarle sin orden.
Juntad el pueblo a una voz;
que todos están conformes
en que los tiranos mueran.

ESTEBAN: Tomad espadas, lanzones,
ballestas, chuzos y palos.

MENGO: ¡Los reyes nuestros señores
vivan!

TODOS: ¡Vivan muchos años!

MENGO: ¡Mueran tiranos traidores!

TODOS: ¡Tiranos traidores, mueran!

Vanse todos

LAURENCIA: Caminad, que el cielo os oye.

¡Ah, mujeres de la villa!

¡Acudid, por que se cobre

vuestro honor, acudid, todas!

Salen PASCUALA, JACINTA y otras mujeres

PASCUALA: ¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

LAURENCIA: ¿No veis cómo todos van

a matar a Fernán Gómez,

y nombres, mozos y muchachos

furiosos al hecho corren?

¿Será bien que solos ellos

de esta hazaña el honor gocen?

Pues no son de las mujeres

sus agravios los menores.

JACINTA: Di, pues, ¿qué es lo que pretendes?

LAURENCIA: Que puestas todas en orden,

acometamos a un hecho

que dé espanto a todo el orbe.

Jacinta, tu grande agravio,

que sea cabo; responde

de una escuadra de mujeres.

JACINTA: No son los tuyos menores.

LAURENCIA: Pascuala, alférez serás.

PASCUALA: Pues déjame que enarbole

en un asta la bandera.

Verás si merezco el nombre.

LAURENCIA: No hay espacio para eso,

pues la dicha nos socorre.

Bien nos basta que llevemos

nuestras tocas por pendones.

PASCUALA: Nombremos un capitán.

LAURENCIA: Eso no.

PASCUALA: ¿Por qué?

LAURENCIA: Que adonde
asiste mi gran valor
no hay Cides ni Rodamontes.

***Vanse todas. Sale FRONDOSO, atadas las manos,
FLORES, ORTUÑO, CIMBRANOS y el COMENDADOR***

COMENDADOR: De ese cordel que de las manos sobra
quiero que le colguéis, por mayor pena.

FRONDOSO: ¡Qué nombre, gran señor, tu sangre cobra!

COMENDADOR: Colgadle luego en la primera almena.

FRONDOSO: Nunca fue mi intención poner por obra
tu muerte entonces.

FLORES: Grande ruido suena.

Ruido suene dentro

COMENDADOR: ¿Ruido?

FLORES: Y de manera que interrompen
tu justicia, señor.

ORTUÑO: Las puertas rompen.

Ruido

COMENDADOR: ¡La puerta de mi casa, y siendo casa
de la encomienda!

FLORES: El pueblo junto viene.

Dentro

JUAN ROJO: ¡Rompe, derriba, hunde, quema, abrasa!

ORTUNO: Un popular motín mal se detiene.

COMENDADOR: ¿El pueblo contra mí?

FLORES: La furia: pasa
tan adelante, que las puertas tiene

echadas por la tierra.

COMENDADOR: Desatalde.

Templa, Frondoso, ese villano alcalde.

FRONDOSO: Yo voy, señor; que amor les ha movido.

Vase FRONDOSO. Dentro

MENGO: ¡Vivan Fernando e Isabel, y mueran
los traidores!

FLORES: Señor, por Dios te pido
que no te hallen aquí.

COMENDADOR: Se perseveran,
este aposento es fuerte y defendido.
Ellos se volverán.

FLORES: Cuando se alteran
los pueblos agraviados, y resuelven,
nunca sin sangre o sin venganza vuelven.

COMENDADOR: En esta puerta, así como rastrillo
su furor con las armas defendamos.

Dentro

FRONDOSO: ¡Viva Fuenteovejuna!

COMENDADOR: ¡Qué caudillo!
Estoy por que a su furia acometamos.

FLORES: De la tuya, señor, me maravillo.

ESTEBAN: Ya el tirano y los cómplices miramos.
¡Fuenteovejuna, y los tiranos mueran!

Salen todos

COMENDADOR: Pueblo, esperad.

TODOS: Agravios nunca esperan.

COMENDADOR: Decídmelos a mí, que iré pagando
a fe de caballero esos errores.

TODOS: ¡Fuenteovejuna! ¡Viva el rey Fernando!
¡Mueran malos cristianos y traidores!

COMENDADOR: ¿No me queréis oír? Yo estoy hablando,

yo soy vuestro señor.

TODOS: Nuestros señores

son los reyes católicos.

COMENDADOR: Espera.

TODOS: ¡Fuenteovejuna, y Fernán Gómez muera!

Vanse y salen las mujeres armadas

LAURENCIA: Parad en este puesto de esperanzas,
soldados atrevidos, no mujeres.

PASCUALA: ¿Los que mujeres son en las venganzas,
en él beban su sangre, es bien que esperes?

JACINTA: Su cuerpo recojamos en las lanzas.

PASCUALA: Todas son de esos mismos pareceres.

Dentro

ESTEBAN: ¡Muere, traidor comendador!

Dentro

COMENDADOR: Ya muero.
¡Piedad, Señor, que en tu clemencia espero!

Dentro

BARRILDO: Aquí está Flores.

Dentro

MENGO: Dale a ese bellaco;
que ése fue el que me dio dos mil azotes.

Dentro

FRONDOSO: No me vengo si el alma no le saco.

LAURENCIA: No excusamos entrar.

PASCUALA: No te alborotes.

Bien es guardar la puerta.

Dentro

BARRILDO: No me aplaco.

¿Con lágrimas agora, marquesotes?

LAURENCIA: Pascuala, yo entro dentro; que la espada
no ha de estar tan sujeta ni envainada.

Vase LAURENCIA. Dentro

BARRILDO: Aquí está Ortuño.

Dentro

FRONDOSO: Córtales la cara.

Sale FLORES huyendo, y MENGO tras él

FLORES: ¡Mengo, piedad, que no soy yo el culpado!

MENGO: Cuando ser alcahuete no bastara,
bastaba haberme el pícaro azotado.

PASCUALA: Dánoslo a las mujeres, Mengo, para...
Acaba, por tu vida.

MENGO: Ya está dado;
que no le quiero yo mayor castigo.

PASCUALA: Vengaré tus azotes.

MENGO: Eso digo.

JACINTA: ¡Ea, muera el traidor!

FLORES: ¿Entre mujeres?

JACINTA: ¿No le viene muy ancho?

PASCUALA: ¿Aqueso lloras?

JACINTA: Muere, concertador de sus placeres.

LAURENCIA: ¡Ea, muera el traidor!

FLORES: ¡Piedad, señoras!

Sale ORTUÑO huyendo de LAURENCIA

ORTUÑO: Mira que no soy yo...

LAURENCIA: Ya sé quién eres.

Entrad, teñid las armas vencedoras
en estos viles.

PASCUALA: Moriré matando.

TODAS: ¡Fuenteovejuna, y viva el rey Fernando!

Vanse. Salen el REY don Fernando y la reina

ISABEL, y don MANRIQUE, maestre

MANRIQUE: De modo la prevención

fue, que el efeto esperado
llegamos a ver logrado
con poca contradicción.

Hubo poca resistencia;
y supuesto que la hubiera
sin duda ninguna fuera
de poca o ninguna esencia.

Queda el de Cabra ocupado
en conservación del puesto,
por si volviere dispuesto
a él el contrario osado.

REY: Discreto el acuerdo fue,
y que asista en conveniente,
y reformando la gente,
el paso tomado esté.

Que con eso se asegura
no poder hacernos mal
Alfonso, que en Portugal
tomar la fuerza procura.

Y si de Cabra es bien que esté
en ese sitio asistente,

y como tan diligente
muestras de su valor dé;
porque con esto asegura
el daño que nos recela,
y como fiel centinela
el bien del reino procura.

Sale FLORES, herido

FLORES: Católico rey Fernando,
a quien el cielo concede
la corona de Castilla,
como a varón excelente:

oye la mayor crueldad
que se ha visto entre las gentes
desde donde nace el sol
hasta donde se oscurece.

REY: Repórtate.

FLORES: Rey supremo,
mis heridas no consienten
dilatar el triste caso,
por ser mi vida tan breve.
De Fuenteovejuna vengo,
donde, con pecho inclemente,
los vecinos de la villa
a su señor dieron muerte,
Muerto Fernán Gómez queda
por sus súbditos alevés;
que vasallos indignados
con leve cause se atreven.
En título de tirano
le acumula todo el plebe,
y a la fuerza de esta voz
el hecho fiero acometen;
y quebrantando su casa,
no atendiendo a que se ofrece
por la fe de caballero
a que pagará a quien debe,

no sólo no le escucharon,
pero con furia impaciente
rompen el cruzado pecho
con mil heridas crüeles,
y por las altas ventanas
le hacen que al suelo vuele,
adonde en picas y espadas
le recogen las mujeres.
Llévanle a una casa muerto
y a porfía, quien más puede
mesa su barba u cabello
y apriesa su rostro hieren.
En efecto fue la furia
tan grande que en ellos crece,
que las mayores tajadas
las orejas a ser vienen.
Sus armas borran con picas
y a voces dicen que quieren
tus reales armas fijar,
porque aquéllas le ofenden.
Saqueáronle la casa,
cual si de enemigos fuese,
y gozosos entre todos
han repartido sus bienes.
Lo dicho he visto escondido,
porque mi infelice suerte
en tal trance no permite
que mi vida se perdiese;
y así estuve todo el día
hasta que la noche viene,
y salir pude escondido
para que cuenta te diese.
Haz, señor, pues eres justo
que la justa pena lleven
de tan riguroso caso
los bárbaros delincuentes;
mira que su sangre a voces

pide que tu rigor prueben.

REY: Estar puedes confiado
que sin castigo no queden.

El triste suceso ha sido
tal, que admirado me tiene,
y que vaya luego un juez
que lo averigüe conviene
y castigue los culpados
para ejemplo de las gentes.
Vaya un capitán con él
por que seguridad lleve;
que tan grande atrevimiento
castigo ejemplar requiere;
y curad a ese soldado
de las heridas que tiene.

***Vanse todos. Salen los labradores y las labradoras
con la cabeza de FERNÁN GÓMEZ en una lanza.***

Cantan

MUSICOS: "¡Muchos años vivan
Isabel y Fernando,
y mueran los tiranos!"

BARRILDO: Diga su copla Frondoso.

FRONDOSO: Ya va mi copla, a la fe;
si le faltare algún pie,
enmiéndelos el más curioso.

"¡Vivan la bella Isabel,
y Fernando de Aragón,
pues que para en uno son,
él con ella, ella con él!
A los cielos San Miguel
lleve a los dos de las manos.
¡Vivan muchos años,

y mueran los tiranos!"

LAURENCIA: Diga Barrildo.

BARRILDO: Ya va;
que a fe que la he pensado.

PASCUALA: Si la dices con cuidado,
buena y rebuena será.

BARRILDO: "¡Vivan los reyes famosos
muchos años, pues que tienen
la victoria, y a ser vienen
nuestros dueños venturosos!
Salgan siempre victoriosos
de gigantes y de enanos
y ¡mueran los tiranos!"

Cantan

MUSICOS: "Muchos años vivan
Isabel y Fernando,
y mueran los tiranos!"

LAURENCIA: Diga Mengo.

FRONDOSO: Mengo diga.

MENGO: Yo soy poeta donado.

PASCUALA: Mejor dirás lastimado
el envés de la barriga.

MENGO: "Una mañana en domingo
me mandó azotar aquél,
de manera que el rabel
daba espantoso respingo;
pero agora que los pringo
¡vivan los reyes cristiánigos,
y mueran los tiránigos!"

MUSICOS: "¡Vivan muchos años!

Isabel y Fernando,
y mueran los tiranos!"

ESTEBAN: Quita la cabeza allá.

MENGO: Cara tiene de ahorcado.

Saca un escudo JUAN ROJO con las armas reales

REGIDOR: Ya las armas han llegado

ESTEBAN: Mostrad las armas acá.

JUAN ROJO: ¿Adónde se han de poner?

REGIDOR: Aquí, en el ayuntamiento.

ESTEBAN: ¡Bravo escudo!

BARRILDO: ¡Qué contento!

FRONDOSO: Ya comienza a amanecer,
con este sol, nuestro día.

ESTEBAN: ¡Vivan Castilla y León,

y las barras de Aragón,

y muera la tiranía!

Advertid, Fuenteovejuna,

a las palabras de un viejo;

que el admitir su consejo

no ha dañado vez ninguna.

Los reyes han de querer

averiguar este caso,

y más tan cerca del paso

y jornada que han de hacer.

Concertaos todos a una

en lo que habéis de decir.

FRONDOSO: ¿Qué es tu consejo?

ESTEBAN: Morir

diciendo "Fuenteovejuna,"

y a nadie saquen de aquí.

FRONDOSO: Es el camino derecho.

Fuenteovejuna lo ha hecho.

ESTEBAN: ¿Queréis responder así?

TODOS: Sí.

ESTEBAN: Agora pues, yo quiero ser
 agora el pesquisidor,
 para ensayarnos mejor
 en lo que habemos de hacer.
 Sea Mengo el que esté puesto
 en el tormento.

MENGO: ¿No hallaste
 otro más flaco?

ESTEBAN: ¿Pensaste
 que era de veras?

MENGO: Di presto.

ESTEBAN: ¿Quién mató al comendador?

MENGO: Fuenteovejuna lo hizo.

ESTEBAN: Perro, ¿si te martirizo?

MENGO: Aunque me matéis, señor.

ESTEBAN: Confiesa, ladrón.

MENGO: Confieso.

ESTEBAN: Pues, ¿quién fue?

MENGO: Fuenteovejuna.

ESTEBAN: Dadle otra vuelta.

MENGO: ¡Es ninguna!

ESTEBAN: ¡Cagajón para el proceso!

Sale el REGIDOR

REGIDOR: ¿Qué hacéis de esta suerte aquí?

FRONDOSO: ¿Qué ha sucedido, Cuadrado?

REGIDOR Pesquisidor ha llegado.

ESTEBAN: Echad todos por ahí.

REGIDOR: Con él viene un capitán.

ESTEBAN: ¡Venga el diablo! Ya sabéis
 lo que responder tenéis.

REGIDOR: El pueblo prendiendo van,
 sin dejar alma ninguna.

ESTEBAN: Que no hay que tener temor.
 ¿Quién mató al comendador,
 Mengo?

MENGO: ¿Quién? Fuenteovejuna.

Vanse. Salen el MAESTRE y un SOLDADO

MAESTRE: ¡Que tal caso ha sucedido!

Infelice fue su suerte.

Estoy por darte la muerte

por la nueva que has traído.

SOLDADO: Yo, señor, soy mensajero,

y enojarte no es mi intento.

MAESTRE: ¡Que a tal tuvo atrevimiento

un pueblo enojado y fiero!

Iré con quinientos hombres

y la villa he de asolar;

en ella no ha de quedar

ni aun memoria de los nombres.

SOLDADO: Señor, tu enojo reporta;

porque ellos al rey se han dado,

y no tener enojado

al rey es lo que te importa.

MAESTRE: ¿Cómo al rey se pueden dar,

si de la encomienda son?

SOLDADO: Con él, sobre esa razón,

podrás luego pleitear.

MAESTRE: Por pleito, ¿cuándo salió

lo que él le entregó en sus manos?

Son señores soberanos,

y tal reconozco yo.

Por saber que al rey se han dado

se reportará mi enojo,

y ver su presencia escojo

por lo más bien acertado;

que puesto que tenga culpa

en casos de gravedad,

en todo mi poca edad

viene a ser quien me disculpa.

Con vergüenza voy; mas es

honor quien puede obligarme,

e importa no descuidarme

en tan honrado interés.

Vanse. Sale LAURENCIA sola

LAURENCIA: Amando, recelar daño en lo amado

nueva pena de amor se considera;
que quien en lo que ama daño espera
aumenta en el temor nuevo cuidado.

El firme pensamiento desvelado,
si le aflige el temor, fácil se altera;
que no es a firme fe pena ligera
ver llevar el temor el bien robado.

Mi esposo adoro; la ocasión que veo
al temor de su daño me condena,
si no le ayuda la felice suerte.

Al bien suyo se inclina mi deseo:
si está presenta, está cierta mi pena;
si está en ausencia, está cierta mi muerte.

Sale FRONDOSO

FRONDOSO: ¡Mi Laurencia!

LAURENCIA: ¡Esposo amado!

¿Cómo a estar aquí te atreves?

FRONDOSO: Esas resistencias debes

a mi amoroso cuidado.

LAURENCIA: Mi bien, procura guardarte,

porque tu daño recelo.

FRONDOSO: No quiera, Laurencia, el cielo

que tal llegue a disgustarte.

LAURENCIA: ¿No temes ver el rigor

que por los demás sucede,

y el furor con que procede

aqueste pesquisidor?

Procura guardar la vida.

Huye, tu daño no esperes.

FRONDOSO: ¿Cómo que procure quieres

cosa tan mal recibida?
¿Es bien que los demás deje
en el peligro presente
y de tu vista me ausente?
No me mandes que me aleje;
porque no es puesto en razón
que por evitar mi daño
sea con mi sangre extraño
en tan terrible ocasión.

Voces dentro

Voces parece que he oído,
y son, si yo mal no siento,
de alguno que dan tormento.
Oye con atento oído.

Dice dentro el JUEZ y responden

JUEZ: Decid la verdad, buen viejo.
FRONDOSO: Un viejo, Laurencia mía,
atormentan.
LAURENCIA: ¡Qué porfía!
ESTEBAN: Déjenme un poco.
JUEZ: Ya os dejo.
Decid: ¿quién mató a Fernando?
ESTEBAN: Fuenteovejuna lo hizo.
LAURENCIA: Tu nombre, padre, eternizo;
[a todos vas animando].
FRONDOSO: ¡Bravo caso!
JUEZ: Ese muchacho
aprieta. Perro, yo sé
que lo sabes. Di quién fue.
¿Callas? Aprieta, borracho.
NIÑO: Fuenteovejuna, señor.
JUEZ: ¡Por vida del rey, villanos,
que os ahorque con mis manos!
¿Quién mató al comendador?

FRONDOSO: ¡Que a un niño le den tormento
y niegue de aquesta suerte!

LAURENCIA: ¡Bravo pueblo!

FRONDOSO: Bravo y fuerte.

JUEZ: Esa mujer al momento
en ese potro tened.

Dale esa mancuera luego.

LAURENCIA: Ya está de cólera ciego.

JUEZ: Que os he de matar, creed,
en este potro, villanos.

¿Quién mató al comendador?

PASCUALA: Fuenteovejuna, señor.

JUEZ: ¡Dale!

FRONDOSO: Pensamientos vanos.

LAURENCIA: Pascuala niega, Frondoso.

FRONDOSO: Niegan niños. ¿Qué te espanta?

JUEZ: Parece que los encantas.

¡Aprieta!

PASCUALA: ¡Ay, cielo piadoso!

JUEZ: ¡Aprieta, infame! ¿Estás sordo?

PASCUALA: Fuenteovejuna lo hizo.

JUEZ: Traedme aquel más rollizo,
ese desnudo, ese gordo.

LAURENCIA: ¡Pobre Mengo! Él es, sin duda.

FRONDOSO: Temo que ha de confesar.

MENGO: ¡Ay, ay!

JUEZ: Comenza a apretar.

MENGO: ¡Ay!

JUEZ: ¿Es menester ayuda?

MENGO: ¡Ay, ay!

JUEZ: ¿Quién mató, villano,
al señor comendador?

MENGO: ¡Ay, yo lo diré, señor!

JUEZ: Afloja un poco la mano.

FRONDOSO: Él confiesa.

JUEZ: Al palo aplica
la espalda.

MENGO: Quedo; que yo

lo diré.

JUEZ: ¿Quién lo mató?

MENGO: Señor, ¡Fuenteovejuna!

JUEZ: ¿Hay tan gran bellaquería?

Del dolor se están burlando.

En quien estaba esperando,

niego con mayor porfía.

Dejadlos; que estoy cansado.

FRONDOSO: ¡Oh, Mengo, bien te haga Dios!

Temor que tuve de dos,

el tuyo me le ha quitado.

Salen con MENGO, BARRILDO y el REGIDOR

BARRILDO: ¡Víctor, Mengo!

REGIDOR: ¡Y con razón!

BARRILDO: ¡Mengo, Víctor!

FRONDOSO: Eso digo.

MENGO: ¡Ay, ay!

BARRILDO: Toma, bebe, amigo.

Come.

MENGO: ¡Ay, ay! ¿Qué es?

BARRILDO: Diacrón.

MENGO: ¡Ay, ay!

FRONDOSO: Echa de beber.

BARRILDO: [Es lo mejor que hay]. ¡Ya va!

FRONDOSO: Bien lo cielo. Bueno está.

LAURENCIA: Dale otra vez de comer.

MENGO: ¡Ay, ay!

BARRILDO: Ésta va por mí.

LAURENCIA: Solemnemente lo embebe.

FRONDOSO: El que bien niega, bien bebe.

REGIDOR: ¿Quieres otra?

MENGO: ¡Ay, ay!! ¡Sí, sí!

FRONDOSO: Bebe; que bien lo mereces.

LAURENCIA: ¡A vez por vuelta las cuela!

FRONDOSO: Arrópale, que se hiela.

BARRILDO: ¿Quieres más?

MENGO: Sí, otras tres veces.

¡Ay, ay!

FRONDOSO: Si hay vino pregunta.

BARRILDO: Sí, hay. Bebe a tu placer;

que quien niega ha de beber.

¿Qué tiene?

MENGO: Una cierta punta.

Vamos; que me aromadizo.

FRONDOSO: Que beba, que éste es mejor.

¿Quién mató al comendador?

MENGO: Fuenteovejuna lo hizo.

Vanse MENGO, BARRILDO, y el REGIDOR

FRONDOSO: Justo es que honores le den.

Pero decidme, mi amor,

¿quién mató al comendador?

LAURENCIA: Fuenteovejuna, mi bien.

FRONDOSO: ¿Quién le mató?

LAURENCIA: Darme espanto.

Pues, Fuenteovejuna fue.

FRONDOSO: Y yo, ¿con qué te maté?

LAURENCIA: ¿Con qué? Con quererte tanto.

Vanse. Salen el REY y la reina ISABEL y luego

MANRIQUE

ISABEL: No entendí, señor, hallaros

aquí, y es buena mi suerte.

REY: En nueva gloria convierte

mi vista el bien de miraros.

Iba a Portugal de paso

y llegar aquí fue fuerza.

ISABEL: Vuestra majestad le tuerza,

siendo conveniente el caso.

REY: ¿Cómo dejáis a Castilla?

ISABEL: En paz queda, quieta y llana.

REY: Siendo vos la que la allana,

no lo tengo a maravilla.

Sale don MANRIQUE

MANRIQUE: Para ver vuestra presencia
el maestre de Calatrava,
que aquí de llegar acaba,
pide que le deis licencia.

ISABEL: Verle tenía deseado.

MANRIQUE: Mi fe, señora, os empeño,
que aunque es en edad pequeño,
es valeroso soldado.

Vase, y sale el MAESTRE

MAESTRE: Rodrigo Téllez Girón,
que de loaros no acaba,
maestre de Calatrava,
os pide humilde perdón.
Confieso que fui engañado,
y que excedí de lo justo
en cosas de vuestro gusto,
como mal aconsejado.
El consejo de Fernando
y el interés me engañó,
injusto fiel; y así, yo
perdón humilde os demando.
Y si recibir merezco
esta merced que suplico
desde aquí me certifico
en que a serviros me ofrezco,
y que en aquesta jornada
de Granada, adonde vais,
os prometo que veáis
el valor que hay en mi espada;
donde sacándola apenas,
dándoles fieras congojas,
plantaré mis cruces rojas
sobre sus altas almenas;

Y más, quinientos soldados
en serviros emplearé,
junto con la firme y fe
de en mi vida disgustaros.

REY: Alzad, maestro, del suelo;
que siempre que hayáis venido,
seréis muy bien recibido.

MAESTRE: Sois de afligidos consuelo.

ISABEL: Vos con valor peregrino
sabéis bien decir y hacer.

MAESTRE: Vos sois una bella Ester
y vos un Xerxes divino.

Sale MANRIQUE

MANRIQUE: Señor, el pesquisidor
que a Fuenteovejuna ha ido
con el despacho ha venido
a verse ante tu valor.

REY: Sed juez de estos agresores.

MAESTRE: Si a vos, señor, no mirara,
sin duda les enseñara
a matar comendadores.

REY: Eso ya no os toca a vos.

ISABEL: Yo confieso que he de ver
el cargo en vuestro poder,
si me lo concede Dios.

Sale el JUEZ

JUEZ: A Fuenteovejuna fui
de la suerte que has mandado
y con especial cuidado
y diligencia asistí.

Haciendo averiguación
del cometido delito,
una hoja no se ha escrito
que sea en comprobación;
porque conformes a una,

con un valeroso pecho,
en pidiendo quién lo ha hecho,
responden: "Fuenteovejuna."

Trescientos he atormentado
con no pequeño rigor,
y te prometo, señor,
que más que esto no he sacado.

Hasta niños de diez años
al potro arrimé, y no ha sido
posible haberlo inquirido
ni por halagos ni engaños.

Y pues tan mal se acomoda
el poderlo averiguar,
o los has de perdonar,
o matar la villa toda.

Todos vienen ante ti
para más certificarte;
de ellos podrás informarte.

REY: Que entren pues viene, les di.

Salen los dos alcaldes, FRONDOSO, las mujeres y los villanos que quisieren

LAURENCIA: ¿Aquestos los reyes son?

FRONDOSO: Y en Castilla poderosos.

LAURENCIA: Por mi fe, que son hermosos;

¡bendígalos San Antón!

ISABEL: ¿Los agresores son éstos?

ESTEBAN: Fuenteovejuna, señora,

que humildes llegan agora
para serviros dispuestos.

La sobrada tiranía
y el insufrible rigor
del muerto comendador,
que mil insultos hacía
fue el autor de tanto daño.

Las haciendas nos robaba
y las doncellas forzaba,

siendo de piedad extraño.

FRONDOSO: Tanto, que aquesta Zagala,

que el cielo me ha concedido,
en que tan dichoso he sido
que nadie en dicha me iguala,
cuando conmigo casó,
aquella noche primera,
mejor que si suya fuera,
a su casa la llevó;
y a no saberse guardar
ella, que en virtud florece,
ya manifiesto parece
lo que pudiera pasar.

MENGO: ¿No es ya tiempo que hable yo?

Si me dais licencia, entiendo
que os admiraréis, sabiendo
del modo que me trató.

Porque quise defender
una moza de su gente,
que con término insolente
fuerza la querían hacer,
aquel perverso Nerón
de manera me ha tratado
que el reverso me ha dejado
como rueda de salmón.

Tocaron mis atabales
tres hombres con tan porfía,
que aun pienso que todavía
me duran los cardenales.

Gasté en este mal prolijo,
por que el cuero se me curta,
polvos de arrayán y murta
más que vale mi cortijo.

ESTEBAN: Señor, tuyos ser queremos.

Rey nuestro eres natural,
y con título de tal
ya tus armas puesto habemos.

Esperamos tu clemencia
y que veas esperamos
que en este caso te damos
por abono la inocencia.

REY: Pues no puede averiguarse
el suceso por escrito,
aunque fue grave el delito,
por fuerza ha de perdonarse.

Y la villa es bien se quede
en mí, pues de mí se vale,
hasta ver si acaso sale
comendador que la herede.

FRONDOSO: Su majestad habla, en fin,
como quien tanto ha acertado.
Y aquí, discreto senado,
Fuenteovejuna da fin.

FIN DE LA COMEDIA

Lope de Vega
La bella Aurora

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

CÉFALO.
FLORIS.
FABIO.
ELISA.
EL PRÍNCIPE DORISTEO.
PERSEO.
AURORA.
BELISA.
JULIO.
ANTEO, villanos.
UN GIGANTE.
FELICIO.

Acto Primero

Salen Céfalo, de camino, y Floris.

CÉFALO Señora, fálteme Dios
si hallo cosa en esta ausencia
que pueda hacer resistencia
al mal de faltarme vos.
Y es para el alma tan fuerte,
que su consideración
no tiene comparación
con el rigor de la muerte.
Crece la tristeza mía
con tanta violencia, amor,
que en el temor y el dolor
mil veces muero en un día.
Yo llevo, en fin, de los dos
mayor soledad agora,
que no estáis sola, señora,
acompañada de vos;
que para comparación
de que en dolor me igualáis,
pues que vos con vos estáis,
mayores mis males son.
Dad ventaja a mi memoria
de las penas que sentís,
porque donde vos vivís,
¿qué puede haber sino, gloria?
Cesar la eterna armonía
de las esferas del cielo,
alma del sol, que en el suelo
cuanto vive engendra y cría:
Hacer eterna amistad
los elementos, parece
decir que haceros merece
mi presencia soledad.
No lo creáis, pensamiento;
máteme cuerdo el pesar,
y no sin seso el pensar
tan altos merecimientos.
FLORIS Si es cumplir la obligación
que a los discretos les dan
el ser marido y galán,
Céfalo, en esta ocasión,
como ya propia mujer,
viéndoos burlar y partir,

pondré el cuidado, en sentir,
no le pondré en responder:
y no diré el sentimiento,
si no es que celos me den
para responder también
vuestro mismo entendimiento.
Que dicen que suelen ser,
con la fuerza del sentir,
tan discretos en decir
como necios en hacer.
Sé que os vais, y que no es justo
que me obligue lo que os culpa,
porque no tiene disculpa
quien se parte por su gusto.
Y así, no quiero admitir
lo que vos me podéis dar;
que quien lo pudo excusar,
¿cómo lo puede sentir?
Y aunque galán presumáis
quererme satisfacer,
basta ser propia mujer
para que no lo sintáis.
CÉFALO Vos habéis, mi bien, caído
en yerro en que muchas dan,
que no puede amar galán
el que posee marido;
porque la seguridad
no quita fuerza al amor,
que antes, en todo rigor,
aumenta la voluntad;
ni sé qué pueda tener
de discreto ni de grave
el marido que no sabe
ser galán de su mujer.
Que adonde hay entendimiento
y discurso de razón,
una justa posesión
no quita el merecimiento.
Que me parto por mi gusto
niego, pues voy tan forzado
cuanto sé que causa he dado,
mi bien, a vuestro disgusto.
No presumáis tan cruel
que mi amor en celos anda,
pues el Príncipe me manda
ir a esta caza con él.
¿Qué excusa pudiera dar

que me pudiera valer?
Que de la propia mujer
nunca se admite el pesar.
Porque, fuera de perdelle,
quedáramos mal los dos
si dijera que por vos
dejaba de obedecelle.
FLORIS La disculpa no os faltara
si el gusto y la novedad
para dejar la ciudad,
a mis brazos no os forzara:
mas no quiero daros pena,
que me voy pasando a dama,
cosa que la buena fama
en mujer propia condena.
Y aunque al honor fuera impropia,
¡ay Dios, quién supiera hacer
que se pudiera perder
esto de ser mujer propia!
CÉFALO ¡Oh, qué donaire tan grande!
¡Oh, qué imposible tan nuevo!
Salen Fabio y Elisa, criados.
FABIO Yo cumplo con lo que debo,
si no es que quedar me mande.
ELISA Bien te supieras quedar
si me tuvieras amor.
FABIO No hay amor donde hay señor,
ni quedar donde hay mandar.
ELISA ¿Otros criados no había?
FABIO No seas, Elisa, loca;
que hay criados de la boca,
que la sirven todo el día,
que en dando todo señor
en llamar siempre un criado,
aquél es de su cuidado
inmortal ejecutor.
CÉFALO ¿Es Fabio?
FABIO ¿Qué es lo que quieres?
CÉFALO ¿Qué hay de partida?
FABIO Que ya
todo apercebido está.
FLORIS Fabio, cuidadoso eres.
FABIO Lo primero los rocines,
aunque boca abajo están,
relinchos por gracias dan
que al campo los encamines;
el tuyo el bocado muerde

bañando el oro en espuma,
ya papagayo sin pluma
todo vestido de verde;
porque sin las guarniciones,
verdes por partes distintas,
en crin y cola, mil cintas
sirven de plumas y alones;
yo llevo aquel bayo a quien
cubre el enmaderamiento,
un pellejo macilento
por quien las tripas se ven.
Si ves el rocín, señor,
pensarás que han puesto allí
un viejo guadamací
a un banco de un herrador.
¡Por Dios, que pienso que voy
sobre la envidia a esta caza!
CÉFALO; No vas con gusto?
FABIO Mi plaza
a quien la quisiere doy.
CÉFALO El correrá.
FABIO Poco o nada;
presto tus ojos lo vean,
sino es que los ciervos sean
hechos de paja y cebada.
De perros nos va mejor,
galgos, sabuesos y bracos,
grandes, chicos, gordos, flacos,
que atados forman, señor,
una capilla perruna
en esa puerta, que es cosa
insufrible.
CÉFALO Dulce esposa,
yo voy corriendo fortuna
en el mar de vuestros ojos;
no me aneguéis de esa suerte,
ni el sol que de ellos se vierte
eclipse nubes de enojos.
Venid a verme partir
pues tan presto he de volver.
FLORISTemo que os he de perder,
porque me suele decir
el alma muchas verdades.
CÉFALO; Perder por ir a cazar
a un monte? ¡Qué incierto mar
para apartar voluntades!
Venid, que el Príncipe espera.

FLORIS No me puedo consolar.
FABIO Y ella no puede llorar.
ELISA Llorar ¡oh Fabio! quisiera;
pero tengo el corazón
encontrado con los ojos.
FABIO Pues pescados sin remojos
secos, incomedibles son;
no llores si hay fe tan poca;
que llorar y no sentir,
es por los ojos mentir,
que suele ser por la boca.

Salen el Príncipe de Tebas, DORISTEO, de caza, y PERSEO, privado
suyo.

DORISTEO Si sabes qué es amor, sabrás, Perseo,
que es siempre industria todo.
PERSEO No sé de amor el modo,
mas sé que amor es hijo del deseo,
y que para gozar lo que desea,
no hay imposible que difícil sea.
DORISTEO Adoro la divina prenda hermosa
de Céfalo dichoso,
imposible forzoso,
por ser, como lo es ya, su casta esposa:
hoy al campo le llevo
sin estimar lo que a mí mismo debo.
No a quitarle la vida, porque fuera
quitársela a su esposa:
una industria amorosa
me enseña a que le deje en la ribera
del mar, o entre las selvas divertido,
para que vuelva a pretender su olvido;
favor pido al amor, Céfalo ausente,
que ausencias suelen darle:
no con dejar de amarle,
con menos quiero yo que me contente:
hábleme sólo a mí, sólo merezca
mi amor, que sin amarme le agradezca.
Dos ojos tiene el cielo: el verdadero
se llama el sol dorado;
con resplandor prestado
sale la luna; pues lo mismo quiero.
Quiera a Céfalo bien, ¡qué desvarío!
Y resplandor prestado será el mío.
PERSEO Si no supiera yo lo que es amarte,
divina Floris mía,

fuera vana porfía
sus experiencias presumir el arte;
el Príncipe te adora, y yo en secreto,
pero con esperanza a un mismo efeto.
Mas ¿quién tan atrevida y locamente
al poder amoroso
querrá oponer celoso
su loco amor, si el Príncipe le siente?
Porque no sólo la lealtad debida,
que igual peligro correrá la vida.
DORISTEO ¿Murmuras de mi loco pensamiento,
o por ventura piensas
que igualará defensas
Floris a su amoroso atrevimiento?
Pues ten por cierto (aunque parezca loco)
que, a ser posible, le tuviera en poco.
Armese Floris de desdén conmigo,
cubra el hermoso cielo
de cristalino hielo,
y los dioses me dan mayor castigo
que a quien hurtó su llama, que no puedo,
tener menos amor ni mayor miedo.
PERSEO Conmigo estás, señor, tan disculpado,
que de este pensamiento
a tu merecimiento,
si no te conociera, hubiera dado
aquel lugar que la naturaleza
puso en tu sangre por mayor grandeza.
Ama a Floris divina, al campo lleva
a su engañado esposo;
que amor es poderoso,
y no es la industria en sus intentos nueva:
de los dioses que adoras en su templo,
los engaños de amor toman ejemplo.
Coronados de flores, blanco Toro,
pasó la mar a Europa,
sin vela, o viento en popa,
Júpiter, que otra vez en lluvia de oro
transformado, gozó de Danae bella.
DORISTEO Valed, engaños, mi amorosa estrella.

Salen CÉFALO y FABIO.

CÉFALO Déme, señor, Vuestra Alteza
los pies.

DORISTEO ¡Oh, Céfalo amigo!
¡Ay celos, de amor castigo!

¡Ay, soberana belleza!

¡Oh, qué gran favor me has hecho
en quererme acompañar!

CÉFALO Esto es servirte, y mostrar
que amor me debe tu pecho.

DORISTEO El ser tan recién casado,
bien claro muestra que ha sido
haberme favorecido
y para siempre obligado.

Quedará Floris muy triste.

CÉFALO Es discreta, y vió que es justo
servirte, porque en tu gusto
todo el de los dos consiste;
pero al fin, como mujer,
en lágrimas...

DORISTEO ¡Qué rigor!

¡Quién las mereciera ver!

Pero lágrimas lloradas
por otro amor fuego fueran,
por más hermosas que hicieran
tus estrellas enojadas.

Ahora bien, Céfalo, vamos;
que ya nos llaman ausentes,
las sombras entre las fuentes,
y la caza entre los ramos:
que yo también dejo a quien
no siente mi ausencia menos;
volveremos de amor llenos,
y de despojos también.

Tú para dar a tu esposa,
y yo a cierto desdén mío;
que mucha venganza fío
para la vuelta amorosa
de esta ausencia, aunque ha de ser
más breve de lo que piensas.

CÉFALO No hay para mi amor ofensas
como no darte a entender
que aventurara por ti
mayor bien, si mayor fuera,
aunque mi esposa perdiera,
que es el mayor que hay en mí.

A los montes que me llevas
y adonde Alcides bajó,
iré por servirte yo;
sólo quiero que me debas
este amor, este deseo.

DORISTEO ¿Quién viene contigo?

CÉFALO Fabio;
que en dejarle hiciera agravio
a su amor.
DORISTEO Así lo creo.
FABIO Déme tu Alteza los pies.
DORISTEO ¿Traes, Fabio, aquestos días
aquel humor que solías?
que ha mucho que no me ves.
FABIO Señor, las cosas están
de forma, o fueron mejores,
que gastarán los humores,
y aun la vida gastarán.
Perece el mundo, y no espero
que ha de haber otro segundo.
DORISTEO ¿Cómo así?
FABIO Falta del mundo,
el alma, que es el dinero.
No sé cómo pueda darte
de esta sentencia el sentido;
lo que estaba repartido,
está todo en una parte.
No tiene la mocedad
las costumbres que solía;
la vejez niega y porfía
las señales, y la edad:
esto no entra bien aquí;
de damas, el interés
se ha vuelto amor.
DORISTEO Si así es,
bien andará para mí
el mundo con sus mudanzas,
pues podré, Floris, con oro,
atrevido a tu decoro,
esforzar mis esperanzas.
En fin es el interés
muy poderoso.
FABIO Es de modo,
que es dueño y señor de todo.
DORISTEO Muy justamente lo es;
y a su ejemplo, esta cadena
te has de poner.
FABIO Ya tenía
otra mayor, que es la mía,
de tus beneficios llena.
DORISTEO Fabio, Fabio, los criados
todos sois murmuración,
si por cualquiera ocasión

nos veis de dar descuidados.

¡Ay de los señores, Fabio!

Porque, en dejando de dar.

cosa no sabéis hablar

sin nuestra ofensa y agravio.

FABIO Si con aquesta pensión

esta cadena me dabas,

más intereses cobrabas

que sus principales son:

lo que yo decir quería

no lo interpretaste bien,

porque el interés también

más altamente porfía:

bien sé que dais, y que honráis,

y sé, pero no te enojés

que dais como los relojes,

que no sabéis lo que dais;

dad a un cuerdo, a un noble, a un sabio

y daréis bien.

DORISTEO (Ahora bien, Aparte.

yo quiero darte también

por esas tres cosas, Fabio;)

venme a hablar sin que te vea

Céfalo.

FABIO Tu esclavo soy.

¿Qué es esto? Confuso estoy.

Algo el Príncipe desea.

Vanse.

Salen la ninfa AURORA, y BELISA, con arcos, velos y baqueros.

BELISA Amor menospreciado,

venganzas apercibe.

AURORA De quien segura vive,

no se verá vengado;

que él deseos tira,

que no con arco y flechas, que es mentira

pues esos reportados

con cuidados que velan,

cuando más se revelan,

¿cómo serán cuidados?

si el amor es deseo,

haced que el alma ignore lo que veo.

BELISA Pues cuando ven los ojos

lo que es digno de amarse,

¿Puede el alma ocultarse

para no darle enojos?

Mas ignoras con arte
que el alma está del todo en toda parte.
Desengáñate, Aurora,
que el alma es la primera,
que lo que considera,
por los ojos adora;
sin consultarla, o casta, o amorosa.
AURORA Belisa, yo te digo
que, si ella se resiste,
que nunca la conquiste
pensamiento enemigo:
donde ella no consiente,
ni el gusto obliga, ni el sentido siente.
La dulce compañía
de la casta Diana,
desde que la mañana
abre, la puerta al día,
hasta que se la cierra
la oscura hija de la helada tierra,
es gloria, es alegría
de un casto y libre pecho,
que no ha pagado pecho
a humana compañía;
allá, por las ciudades
hay mujeres que entienden voluntades.
Aquí, seguir las fieras
por selvas enramadas,
a veces avisadas
de las aves parleras,
es el mayor contento
que puede presumir el pensamiento.
Ver bañar una siesta
a la bella Diana,
adonde planta humana
ni llega, ni molesta;
tan blanca y transparente,
que parece figura de la fuente;
y de ninfas cercada,
como luna de estrellas,
celebra las más bellas,
después de ser de todas envidiada.
¡Qué diversa escultura
descubre sin el velo la hermosura!
Es vida más contenta
por estas soledades,
que cuantas las ciudades
que el loco vulgo aumenta

dan al entendimiento;
que amor, ¿cuándo no fue pena y tormento?

Salen dos villanos: JULIO y ANTEO.

JULIO Todo queda apercebido;
no falta sino que venga.
ANTEO Feliz monte cuando tenga
rey tan amado y querido,
que le quiere de manera,
sin haber visto su cara,
que para que me matara,
quisiera volverme fiera.
Dos veces esta mañana
salí a ver si viene ya.

JULIO Quedo, que están por acá
dos Nínfolas de Diana.

ANTEO ¿Mirarélas?

JULIO No sé, a fe;
dicen que vuelven cochinos
los hombres.

ANTEO ¡Qué desatinos!
No hacen mal, Julio.

JULIO Pues ¿qué?

ANTEO Si las van a ver desnudas,
vuelven los hombres venados,
que por eso en nuestros prados
hay tantas seguras mudas;
mas si los hombres no son
bachilleres y atrevidos,
los dejan con sus sentidos,
sin hacer transformación.

AURORA ¡Labradores!

ANTEO ¡Santo cielo!

AURORA ¿De qué andáis alborotados?

ANTEO Nínfolas que en estos prados
habitáis en mortal velo,
sabed que viene a cazar
hoy el Príncipe de Tebas.

AURORA Pues, ¡tomad por esas nuevas!

JULIO ¡Ay, que nos quieren tirar!

ANTEO ¡Huye, Julio!

JULIO ¡Corre, Anteo!

ANTEO ¡Ah, borrachas!

BELISA ¡Cuáles van!

AURORA ¡Qué poco de verme dan
estos tebanos deseo!

BELISA El Príncipe es alabado
de hermoso.

AURORA No hay igualdad
con la hermosa libertad
de un corazón descuidado.

BELISA Luego ¿no, le piensas ver?

AURORA ¿Yo ver hombres en mi vida?

BELISA Desde aquí, Aurora, escondida,
¿en qué se puede ofender
nuestra señora. Diana?

Mira que en este rüido
se conoce que han venido.

AURORA A lo que tengo de humana
piden los ojos su parte.

Dentro.

¡To, to! Por acá, Melampo.

BELISA De gritos se vuelve el campo
sabrosa imagen de Marte.

Salen CÉFALO y FABIO con venablos.

CÉFALO ¡Qué notables espesuras!

FABIO Nunca mayores las vi.

BELISA Escondámonos aquí
para mirarlos seguros.

CÉFALO No ha tocado el sol más claro
sus arenas plateadas.

AURORA Estas zarzas intrincadas
nos servirán de reparo.

Escóndense.

CÉFALO ¿Dónde el Príncipe quedó?

FABIO Siguiendo va por la selva
un jabalí que al de Adonis
imitaba en la fiereza.

Yo, en viéndole los colmillos,
hice broquel de una peña;
que todo animal que muerde,
es como veneno en flecha.

También hay en la ciudad
jabalíes que penetran
honras con dientes de envidia,
de los cuales no aprovecha
guardarse el más recatado;

mas como de aquésta pueda,
es necesidad arrogante.

CÉFALOSon las domésticas fieras
las que dan más ocasión
a que los hombres las teman.

Las de esta selva son muchas:
temo que el Príncipe quiera
salir tan presto de aquí.

FABIOTen, señor, por cosa cierta
que saldrá presto si ama.

CÉFALOSi él amara, no viniera
a los montes, en que olvidan
los que aborrecer desean.

FABIO¿Qué sabes tú si hay agravio
que obligarle a olvidar pueda?

Pero no se aplican bien
a la caza estas materias.

Mira dónde has de pasar
el sol de esta ardiente siesta:

¿qué ladra el perro del cielo
a las vecinas estrellas?

CÉFALOEsta fuente, Fabio amigo,
donde encajara un poeta
esto de planta sonora,
cristal vivo, voz de perlas,
a quien hacen verde toldo
los alisos que la cercan:
como laurel de su margen
y sombra de sus arenas,
con dulcísima armonía
es cítara de estas selvas,
adonde a versos las aves
historias de amor alternan;
ello nos llama; no es bien,
cansados, buscar por ellas
más frescura que sus aguas,
más alfombra que su hierba:
ríndete aquí.

FABIO ¡Por Apolo,
que presumo que durmiera,
no digo al son desta fuente,
que parece que se queja,
pero en un trillo por cama,
y por algodón sus piedras.

Aquí mi venablo arrimo.

CÉFALO Aura, mis ojos refresca.

FABIO¿Quién es Aura?

CÉFALO El viento manso
que por estas hojas suena.

En echándose, salgan AURORA y BELISA.

BELISA; ¿Qué te parece?

AURORA No he visto,

Belisa, mayor belleza:

¿es posible que son tales
todos los hombres de Tebas?

BELISA Si del primero que has visto
te agradas desta manera,

¿para qué, de amor burlando,
mostrabas tanta aspereza?

AURORA; ¿No has visto hablar de la mar
los que no han entrado en ella?

¿No has visto la valentía
de quien nunca vio la guerra?

Pues así yo blasonaba
de las hondas y armas fieras,

hasta que vi sus peligros
y conocí sus tormentas:

por cierto, el hombre es gallardo;
presumo que si le viera

la misma casta Diana...

BELISA Tente, Aurora, no lo sepa.

AURORA Ahora bien, voyme de aquí
antes que el hombre nos sienta;

pero no, vuelve; ¿qué importa
cuando nos hable y nos vea?

Pero ¿soy yo la que digo,

Belisa, cosas como éstas?

BELISA Déjame mirar a mí

el que, con menos nobleza,
acompaña al que tú miras.

AURORA Mírale presto, y no seas
causa que despierte acaso.

BELISA; ¡Buena traza!

AURORA Pues si es buena,
para él será lo mejor.

¡Huye!

BELISA Vamos.

AURORA Pero espera;

que, aunque es gran diosa Diana,

dicen que es más fuerte que ella

Venus, y que le ha mandado

que sus secretos no entienda

Júpiter, porque el amor
todas las cosas aumenta,
y no quiere que los dioses
puedan impedir que crezcan.

Volvamos a ver el hombre.

BELISA Como pájaro, te enreda.
mientras más piensas que huyes,
la liga de su belleza.

AURORA ¿Cómo le podré yo hablar?

BELISA No podrás si no despierta.

AURORA Pues ¿cómo haremos ruido?

BELISA Finjamos algunas quejas.

AURORA ¡Ay, qué terrible león!

¡Valedme Venus, Minerva,
Palas!

BELISA ¡No hay quién nos socorra!

CÉFALO Fabio, ¿qué voces son éstas?

FABIO Toma, señor, tu venablo.

AURORA ¡Por Marte que nos defiendas,
mancebo, en tus fuertes brazos
de la furia de esta fiera!

CÉFALO ¿Por dónde va?

AURORA ¿Qué virtud
tienes, señor, contra ellas,
que en viéndote huyó?

FABIO Las ramas
por aquella parte suenan.

AURORA ¡Yo me desmayo!

CÉFALO ¡Hola, Fabio!

¡Agua!

FABIO De allí se despeña
una ninfa de cristal.

CÉFALO Señora, ¿tanta flaqueza,
siendo de estas selvas ninfa,
siendo cielo de esta tierra?

AURORA Ya estoy en mí.

FABIO Pues el agua
algún ninfa se la beba;
que en las selvas es el vino
elemento de más fuerza.

CÉFALO Vos os desmayáis de ver
las fieras; mayor flaqueza
es el desmayarse un hombre
mirando las rosas bellas.

AURORA ¿Quién sois, señor?

CÉFALO He venido
con el Príncipe de Tebas

a estos bosques a cazar;
perdíme esta ardiente siesta
de los demás caballeros.
AURORA Vuestro disgusto me pesa;
pero porque este favor
(aunque para tanta deuda,
si bien con gran voluntad,
será la paga pequeña)
agradecer pueda en algo,
venid donde daros pueda
en que podáis descansar.
CÉFALO Transformándome en estrella,
fuera a gozar de ese cielo;
mas, ¿cómo tanta bajeza
ocupará tal lugar?
AURORA Esa humildad fuera buena
en otros merecimientos,
mas no en la nobleza vuestra,
que bien se ve en vuestro rostro.
Detrás de aquesta arboleda,
adonde están más casados
los álamos y las yedras,
yace un palacio en que vive,
a cuya vistosa puerta
forman linteles y jambas
las enramadas cabezas
de ciervos de aquestos montes,
y las forcejadas testas
de jabalíes y osos;
porque sirve su fiereza
de rústica arquitectura.
Vamos; estaréis en ella
hasta que decline el sol
y el Occidente se vea
vestido de azules nubes.
CÉFALO Ya es fuerza que os obedezca,
porque, como a las deidades
que estas montañas respetan,
os tengo en veneración.
AURORA Yo agradezco la obediencia.
¿El nombre?
CÉFALO Céfalo es;
¿y el vuestro?
AURORA No tengan
más bella aurora mis ojos
siempre que el cielo amanezca.
FABIO ¿Y yo tengo de ir allá?

BELISA Pues ¿no ve que si se queda
le harán aquí mil pedazos
de aqueste monte las fieras,
y que hay en estos sagrados
bosques figuras diversas
de sátiros y de faunos?

FABIO ¡Por Dios, mala gente es esa!

BELISA ¿Cómo es su nombre?

FABIO Mi nombre
por una parte comienza
de la música.

BELISA ¿Es el ut?

FABIO No es el ut.

BELISA ¿El re?

FABIO No acierta.

BELISA Apostaré que es el mi.

FABIO Pase adelante dos letras.

BELISA ¿Es el fa?

FABIO Fabio me llamo.

BELISA Humor gastas.

FABIO Bien quisiera:

¿cómo se llama?

BELISA Belisa

porque no se desvanezca.

FABIO ¿Belisa de golpe?

BELISA Sí.

Y sígame, por que tenga
menos calor, hasta tanto
que el sol antípoda sea.

FABIO Pienso que vamos vendidos;
que nunca los hombres llevan
más peligro que tratando
con mujeres bachilleras.

Salen el príncipe DORISTEO y PERSEO, de noche.

DORISTEO Noche de amor, amparo, norte y guía,
secretaria de todos sus secretos,
muda enemiga del parlero día,
madre de pensamientos y concetos;
de celos y de honor secreta espía,
indiferente a necios y a discretos;
en fin, noche que callas cuando mira
el cielo con más ojos tu mentira.
Mientras que la verdad de la mañana
descubre engaños, y en el campo flores,
y en estrados de raso azul y grana

sale a juzgar el sol causas mayores,
 permite que en otra alba soberana
 sin celos amanezcan mis amores;
 pues no le faltará blando rocío,
 quinta esencia de amor, al fuego mío.
 Dejo los montes, y dejando en ellos
 también mis celos, vengo a ver tus puertas,
 hermosa Floris, que a tus ojos bellos
 traigo una vida entre esperanzas muertas
 recoge, si salieres, tus cabellos,
 si tanto amor los mereciere abiertos;
 que si piensa la noche que es el día,
 en Tebas se sabrá la pasión mía.

PERSEO Si tuviera tu amor, y si tuviera,
 Príncipe, tu poder, yo me arrojara
 donde la fuerza más lugar mediera,
 y de penas injustas me excusara;
 Júpiter por ejemplo me sirviera,
 y en lluvia de oro por la torre entrara;
 que por su gusto un Príncipe mancebo,
 ¿por qué no puede ser Júpiter nuevo?
 Ven con armas aquí, rompe, derriba,
 pues ya en el campo su marido ausente,
 ninguna cosa de gozar te priva
 la hermosura de Floris.

DORISTEO Necio, tente,
 y nunca amor permita que se escriba
 de un hombre como yo que fui insolente;
 porque los altos poderosos dueños,
 el espejo han de ser de los pequeños:
 pues ¿cuál entendimiento enamorado
 brazos buscó sin ser correspondido?
 ¿A quién pudo mover un rostro airado,
 de forzadas colores encendido?
 Quieren gustos de amor un mismo agrado,
 un mismo sentimiento consentido;
 porque en disgustos pretender contentos,
 es tañer, sin templar, dos instrumentos:
 llama, Perseo, y déjame que intente
 el olvido primero de su esposo.

PERSEO Ya he llamado, y responden tibiamente.
 DORISTEO Llama con voces de mi amor celoso.

ELISA en alto.

ELISA ¿Quién llama a tales horas?

DORISTEO

Ya el Oriente

abrió la puerta a Febo luminoso;
di, Elisa, que es el Príncipe de Tebas,
bien triste de traer tan tristes nuevas.

FLORIS en alto.

FLORIS ¿Qué es esto, gran señor?

DORISTEO Mandad, señora,
que abran la puerta.

FLORIS No será posible

Céfalo ausente.

DORISTEO Bien podéis agora;

yo soy quien soy.

FLORIS Yo soy un imposible.

DORISTEO La cortesía que valor desdora,

¿dónde vive el honor tan invencible?

FLORIS ¿Qué me podéis querer mi dueño ausente?

DORISTEO ¿Téngolo de decir públicamente?

FLORIS Pues cosa que no puede ser tan clara
yo no la escucharé.

DORISTEO ¡Brava aspereza!

¿Pensáis que os tengo amor?

FLORIS ¿Quién tal pensara?

DORISTEO Bien pudiera por vos tanta belleza.

FLORIS Los criados no es gente que repara
en la seguridad ni en la nobleza;

los que saben que son siempre testigos,

los llaman los primeros enemigos;

pero ¿que puede ser que no se pueda
decir menos que abriendo a tales horas?

DORISTEO Quisiera yo, pues a mi cuenta queda,
darte consuelos de dolor que ignoras:

tu gran lealtad mañana me conceda,

si aquesta noche tu marido lloras,

que te venga a decir de qué manera

murió en el monte a manos de una fiera.

FLORIS ¡Ay! mísera de mí, no me engañaba
el alma en tanto mal!

PERSEO Quitóse, o creo
que cayó de la reja donde estaba;

pero ¿qué es lo que intenta tu deseo?

DORISTEO Que le olvide no más.

PERSEO ¿Y si no acaba
de olvidarle jamás?

DORISTEO Mira, Perseo:

si un vivo ausente lo que ves padece,

el que no ha de volver, ¿qué se merece?

PERSEO Pues, ¿él no volverá?

DORISTEO No, que yo tengo
ordenado a Tancredo y a Lidoro
que le detenga, sin decir que vengo
a la ciudad y a ver el sol que adoro.
iré y vendré, si a Céfalo entretengo,
guardando a su nobleza igual decoro.

PERSEOTerribles voces dan.

DORISTEO Ven, no me espanto;
la nueva es falsa y verdadero el llanto.

Salen FABIO y BELISA.

FABIO Si algún amor me has debido,
que más es que algún amor,
di, ¿qué laberinto ha sido
este de tanto rigor,
Belisa, en que estoy metido?
¿En qué palacio encantado.
si bien es tan regalado,
mi señor y yo vivimos,
si por una hora venimos
y un siglo habemos estado?

BELISA ¿Un siglo te ha parecido?

FABIOCon las cosas que aquí veo
estoy tan desvanecido,
que he pensado, y aun lo creo,
que há mil que habemos venido.
Todo es salas y aposentos,
dorados los pavimentos,
y los techos de cristal,
con pintura celestial
en paredes y cimientos;
todo es camas de labores
extrañas, ricos estrados,
donde parecen, con flores
varias, pedazos de prados
las alfombras de colores:
todo es jardines y fuentes,
cuyas sonoras corrientes
caminan sendas de arena,
con larga espaciosa vena,
por mil cuadros diferentes.
Y componen sus labores
flores de tales colores
y con tanta actividad,
que parece que es verdad

que hay elemento de flores,
tanta flor, tanta violeta,
cristales y oro verás,
plata y perla tan perfeta,
que no es posible haber más
en la frente de un poeta.

¿Qué es esto, Belisa?

BELISA

Fabio,

el tebano, tu señor,
es gallardo, es fuerte, es sabio;
los que merecen amor,
también merecen agravio.

Nunca verás hombre feo,
necio e indigno, querido;
el ser tal movió el deseo
de Aurora; la Aurora ha sido
digna de su hermoso empleo.

El palacio es del Aurora,
ninfa que el sol enamora
y que, amándola, porfía
a seguirla cada día,

y con sus rayos la dora
Ella, aunque cada mañana
lo espera en camas de grana,
de diamantes y zafiros,
da por Céfalo suspiros,
aunque es hermosura humana.

¿Ves las perlas y el cristal
que llueve el cielo al Aurora?

Pues es, con ser desigual,
que por su Céfalo llora
y que a su sol quiere mal.

Ella le tiene encantado
y de la caza olvidado,
dándole favor Diana.

FABIOSi Diana fue liviana,
el mundo vive engañado;
casta por nombre tenía,
aunque cierto tropezón
me dicen que tuvo un día
con aquel Endimión
que en sus menguantes dormía.

¡Oh, cuántas, con ser tan diosas,
tienen flaquezas humanas!

BELISAFabio, en todas estas cosas
calla; que las lenguas vanas
nunca fueron provechosas.

Mira que es santo el callar
y que, en llegando a contar
a tu dueño lo que digo.
te ha de venir el castigo
en este mismo lugar.

FABIO Temblando estoy; no he topado,
Belisa mía, en los días
que en este palacio he estado,
sino sátiras y arpías
que en su lengua me han hablado.

No sé por dónde me trujo
a este monte mi fortuna;
que si a tratar me redujo,

Belisa, gente cabruna,
yo he de salir mono o brujo.

BELISA Calla; mira que el hablar
llaman veneno los sabios,
que a muchos suele matar.

FABIO Yo me coseré los labios;
pero déjame quejar.

Salen CÉFALO y AURORA.

AURORA No me puedo detener,
Diana a llamar me envía.

CÉFALO No es posible que me quieras,
pues ausentarte porfías.

Ya que de mi propio ser,
hermosa Aurora, me olvidas,
no me dejes; que de celos,
la vida, el gusto me quitas.

¿Antes que el cielo amanezca
de mi lado te desvías?

¿Dónde, Aurora, te levantas?

¿Cómo, señora, no miras
que el mayor gusto de un hombre
que adora mujer o amiga,
es, en abriendo los ojos,

decirle: «Amor, buenos días»;

mirar cómo abre los suyos,

y le mira, vuelta en risa

la bella boca, y le dice:

«Buenos los tengas, mi vida»

Tú, con irte de mis brazos,

de tan alto bien me privas;

¿dónde vas tantas mañanas
destocada y mal vestida?

Vuelvo a verte, y no te hallo;
lloro de amor y de envidia
del dichoso que te lleva.
AURORA; Que engañada celosía!
¿No ves que, si me estuviese
entre tus brazos dormida,
siendo el Aurora, que el sol
a la tierra no saldría?
Yo voy por él, y a correr
de su cama las cortinas,
para que el mundo amanezca,
que ¡por tu vida y la mía!
que las perlas, que las flores,
beben cuando ya se libran
de la prisión de la noche,
en que estuvieron marchitas;
son lágrimas que me debes.
FABIO; Qué mal hace quien camina!
pobre sol, que con ser sol,
sólo porque cada día
anda en estas ocasiones,
cervales rayos le crían.
AURORA Déjame, mi bien, pues sabes
la verdad; que con más prisa
que voy volveré a tus brazos.
CÉFALO Parte, y déjame sin vida.
AURORA Ven, Belisa, que ha media hora
que la noche fugitiva
se atreve al sol por mi causa.
BELISA Siguiéndote voy.
AURORA Camina.
CÉFALO ¿Qué es esto, Fabio?
FABIO Ay, señor!
Desdichas tuyas y mías;
aquí estamos encantados.
CÉFALO ¿Qué dices?
FABIO Pues ¿no imaginas
que te han quitado el amor
de tu esposa y tu familia?
CÉFALO De qué lo sabes?
FABIO Aquí
me lo ha contado Belisa.
CÉFALO Encantado estoy.
FABIO Señor,
advierte que Aurora es ninfa
de Diana, y le ha pedido
favor.

CÉFALO Todo eso es mentira,
porque la casta Diana
no trae en su compañía
ninfas que con hombres duerman.

FABIO Si a Diana llaman trina,
será casta cuando es luna;
la luna es húmeda y cría,
mas en la tierra es Diana,
y en el centro Proserpina:
tales vemos las mujeres,
que por la nobleza altivas,
en la condición son flacas.
CÉFALO Pues déjame que la siga,
pues he de ver si el sol sale
como ella dice.

Vase Céfalo.

FABIO No pidas
desengaños a los celos,
que ejecutan más que fían;
él va mirando las nubes,
que es natural fantasía
de hombre que ama. ¿Qué es aquesto?
Abrió la tierra una mina;
parece que pare un hombre.

Toquen una caja.

Con los dolores suspira:
¡muerto soy! ¡Qué gran gigante!

Salga un gigante por un hueco del teatro.

GIGANTE Hombre que en Tebas habitas,
¿sabes dónde estás?

FABIO Señor,
no ha mucho que lo, sabía;
ya he perdido la memoria.

GIGANTE Cuando a un parlero le avisan
de que no diga un secreto
y la palabra le obliga,
¿qué espera el tal hablador,
y más cuando es la ofendida
persona tan principal?

FABIO Señor, si en toda mi vida
dijere cosa que vea,

aun de personas indignas,
que me entierren donde estás;
súbase la tiranía
adonde le diere gusto;
ande el poder homicida
quitando vidas sin causa;
las letras desnudas vivan;
pida por Dios el ingenio,
y la necedad se vista
telas de Persia, y esconda
el oro de las dos Indias;
haya estrellas en la arena,
y cardos en donde habitan
los dioses; el más cobarde
se asiente en la esfera quinta,
y el más valiente a sus pies;
hable la lisonja y sirva;
den palos a la verdad
y premios a la mentira;
pueda el que tiene dineros,
y el que no, pueda desdichas;
que no hablaré más palabra.
GIGANTE Jura en el cetro que miras
del gran dios Demogorgón.
FABIO Señor Gorgón, si en mi vida
dijere cosa que vea,
hagan los dioses salchichas
de este cuerpo desdichado.
GIGANTE Tú verás si te castigan.

Métase por donde salió.

FABIO; Lo que ha menester saber
un hombre para que viva!
Finalmente, no hay que hablar
si se cae el cielo encima:
el que es discreto, silencio,
y ande lo de abajo arriba;
que si muere en pie el conejo,
es no más de porque chilla.

Acto Segundo

Salen el príncipe DORISTEO y PERSEO.

DORISTEO Notables cosas hace la fortuna,
si a la fortuna se ha de dar la causa.

PERSEOLa nueva fue fingida, y vez alguna
pronostica verdad.

DORISTEO¿De qué se causa?

PERSEOSi el alma con avisos importuna,
y no le ponen accidentes pausa,
por lo que participa de divina,
a pretender remedio el dueño inclina.

DORISTEO Dije a la bella Floris que quedaba
su esposo muerto a manos de una fiera
cuando con más salud solicitaba
la caza por el monte y la ribera;
y aunque mi amor (fingiendo) la engañaba,
la mentira salió tan verdadera
que ha un año y más que Céfalo, perdido,
pasó las aguas del eterno olvido.

Mas otro tanto tiempo mi esperanza
padece su crueldad, sin ser posible
entrar en su firmeza la mudanza.
¡Oh, gran lealtad, mas condición terrible!
¡Qué falsa fue, Perseo, mi esperanza!
Porque dura montaña inaccesible,
del peñasco de Sísifo cargado,
llevo en los hombros mi mortal cuidado.

Sale la noche y cubre los mortales
de sueño y de temor, y yo despierto
a idolatrar de Floris los umbrales,
y parezco dormido en estar muerto.
Sale de los palacios orientales
la fresca Aurora, envuelta en velo incierto,
y hallándome a su puerta, al sol avisa
que para ver mi amor se dé más prisa.
Sale el dorado sol; no sale a verme,
sino para que venga a retirarme
de acción tan loca; en tanto Floris duerme
descuidada de verme y remediarme.

¿De qué esperanzas puedo yo valerme,
o qué mayor crueldad desengañarme?

Yo, en tanta confusión, morir me veo
si no muere primero mi deseo.

PERSEO Tratemos, si a tu Alteza le parece,
casar a Floris.

DORISTEO Si a un marido muerto

guarda la fe que a su memoria ofrece,
con el vivo su amor será más cierto.
PERSEOSi el marido, señor, su fe merece,
será sin duda pensamiento incierto;
pero siendo el marido de tu mano,
no podrá ser tu pensamiento vano.
DORISTEO Luego ¿ha de ser fingido el casamiento?
PERSEOY de manera que la noche propia
ocupes su lugar.
DORISTEO Sabrá mi intento,
y para mi opinión es cosa impropia.
PERSEOYo quiero, pues te he dado el pensamiento
de alguna historia verdadera copia,
ser su fingido esposo.
DORISTEO Agora veo
tu fe, tu amor y tu lealtad, Perseo.
Ejecuta la industria más discreta
que ha visto el ciego amor, y reina luego;
que no hay otra esperanza que prometa
fin a mis penas y a mi amor sosiego.
PERSEO¿Llamo?
DORISTEO Bien puedes.
PERSEO Si la boda aceta
la bella Floris, en amor tan ciego
no espere Doristeo de este engaño
hallar provecho, porque soy su daño.

Salen FLORIS y ELISA.

ELISA A mucho, Floris, te atreves.
FLORISNo puedo ser descortés.
DORISTEOYa mueve en los blancos pies
dos cristales y dos nieves.
PERSEO Siempre los que amáis pensáis
desatinos semejantes.
DORISTEOEn estrellas de diamantes
de a cinco rayos andáis.
PERSEO ¡Que esto no entienda mi amor,
enfermo del mismo mal!
DORISTEOHermosura celestial,
de hablaros tengo temor.
FLORIS No le tenga Vuestra Alteza
de quien a sus pies está.
DORISTEOQuedo, que se correrá
la misma naturaleza;
no os hizo a vos, para ser
humilde a ninguna cosa,

mortal; antes como a diosa
os tengo de obedecer.
Días ha que no salís,
días ha que nadie os ve;
ya, Floris, pasó, ya fue
lo que lloráis y sentís.
Tiempo es ya de descansar
de penas que no agradecen
los muertos, ni las merecen,
pues no las han de pagar.
Diréis que aboga por mí
mi amoroso pensamiento;
ya, Floris, es otro intento
con el que he venido aquí.
Que, viendo vuestra firmeza,
mudé amor por no querer
contra violencia vencer
tan desdeñosa belleza;
y ya sólo vive en mí
la opinión de vuestro honor;
que si la ofendió mi amor,
no se ha de quedar así.
¡Vive Júpiter sagrado
que os he de restituir
cuanto se puede mentir
de un poderoso cuidado!
Yo os he casado; mirad
si deseo vuestro honor;
Perseo os tenía amor
por gusto de mi amistad:
bien os empleáis en él;
yo quiero ser el padrino.
FLORIS Por cierto que os imagino
cruel conmigo y con él:
conmigo, pues intentáis
quitarme tan justa pena;
y con él, pues de amor llena
el alma, a otro amor me dais.
Porque si habéis intentado
quitarme a un amigo esposo,
¿qué habéis de hacer, poderoso,
sino quitarme a un criado?
¿Es éste acaso el intento
con que habéis venido aquí?
¿Concertáis los dos así
este injusto casamiento?
Pues cuando fuérades vos,

que no digo yo Perseo,
os igualara el deseo,
y el mismo amor de los dos.
Yo fui de Céfalo; yo
soy de Céfalo, y seré
de Céfalo, que esta fe
no murió cuando él murió.
Ella vive, y vive en mí
Céfalo, ni ha de tener
otro dueño a quien querer
alma que una vez rendí.
No soy yo de las mujeres
que piensan más de una vez,
y vos mismo sois jüez
en amorosos placeres.
Aquella que allí pasó,
pasa en la memoria en mí;
si a Céfalo dije sí,
diré a todo el mundo no.
DORISTEO Floris, no es esto lealtad,
mas causa engendra este efeto;
¡por mi vida, que hay secreto
que engaña con la verdad!
Y perdonad que, cansado
de tan necia resistencia,
no remito a vuestra ausencia
lo que de vos he pensado.
Aquí hay oculta persona
que en secreto os entretiene;
yo sabré por dónde viene,
quién le ayuda y quién le abona,
aunque, si acaso es criado,
tendrá más dificultad.
FLORIS Respetar la majestad
a escucharos me ha obligado;
pero ¡quién pensar pudiera
que, contra mi honestidad,
tan injusta libertad
en vuestro valor cupiera!
En viendo que una mujer
se conserva sola y casta,
y que el interés no basta
para poderla vencer,
luego decís que hay secreto
de criado o de galán,
o que por ventura están
con miedo de algún defeto.

Decís que por encubrir
faltas secretas son buenas,
por ver si con estas penas
se quisiesen descubrir.
Cansadas tretas, ¡por Dios!,
para probar la firmeza,
e indignas de la nobleza
de un Príncipe como vos.
Y para no proceder
adelante en enojaros,
porque quiero perdonaros
y no me quiero ofender,
dadme licencia...

DORISTEO Esperad.

FLORIS No puedo escuchar agravios;
demás que los reyes sabios
siempre honraron la verdad.

Vase.

DORISTEO Oye, Elisa.

ELISA Yo, ¿qué puedo?

DORISTEO Dile a esa cruel que soy
el Príncipe, y di que estoy
tal que a mí me tengo miedo.

ELISA Vos haréis como señor,
estimando la lealtad
de esta mujer.

Vase.

DORISTEO Perdonad,
obligaciones de honor,
que voy a hacer desatinos.

PERSEO ¡Terrible crueldad!

DORISTEO De suerte
que solicita mi muerte
su honor con rayos divinos;
mas yo he de hacer, o perderme,
que antes que ella pueda hacer
que me canse de querer,
se canse de aborrecerme.

Salen CÉFALO y FABIO.

CÉFALO ¿Qué dices, Fabio? ¿Es posible
que ha un año que estoy aquí?

FABIO Digo mil veces que sí.

CÉFALO Fabio, parece imposible.

FABIO Dos veces en el Carnero
que pinta la astrología
he visto el sol desde el día
que aquí llegamos.

CÉFALO ¿Qué espero,
sino que eterna prisión
sepulte, Fabio, mis años?

FABIO La causa de estos engaños
amores y hechizos son.

CÉFALO ¿Aurora hechicera?

FABIO Sí.

CÉFALO Pues tan hermosa, ¿se vale
de otras cosas?

FABIO No te sale
del alma el amor a ti.

Y cuando alguna mujer
que pagan su amor no alcanza,
o por gusto, o por venganza,
de esto se suele valer;
si suspiras, si estás triste,
¿qué te espanta?

CÉFALO ¿Cómo puedo
dejar de sentir, si quedo
sin el cielo en que me viste?

FABIO No me atrevo muchas veces,
Céfalo, a desengañarte;
que tengo para avisarte
muchos ojos por jüeces.

La noche que te advertí
de cosas que no sabías,
y falté más de seis días,
¿adónde piensas que fui?

CÉFALO ¿Dónde estuviste?

FABIO No sé
si era monte o si era prado;
que en jumento transformado,
de hierbas me sustenté.

No sabía la ocasión,
y un día una fuente clara
me mostró la indigna cara
de un animal de razón.

Y aunque me vi, ni por sueños
del agua me enamoré,
puesto, Céfalo, que sé
que hay Narcisos borriqueños.

Acordéme de que había
algunos hombres ansí,
que enamorados de sí,
se miraban cada día.
Cuando vi las dos orejas
y aquella nariz bestial,
el hocico desigual,
hundidos ojos y cejas,
saqué del alma dos graves
suspiros; mas tales fueron,
que como de un trueno huyeron
de todo el bosque las aves.
En fin, con el negro hocico
la clara fuente enturbié,
pues causa de verme fue
en figura de borrico.
Y fui diciendo entre mí:
«Quien se ve de esta manera,
¿cómo es posible que quiera
enamorarse de sí?»

Entran BELISA y AURORA.

AURORA Con este disgusto vivo.
BELISA ¿Tan triste Céfalo está?
AURORA Tanto, Belisa, que ya
de mi propio amor me privo.
BELISA ¿De qué nace su tristeza?
AURORA De algún amor que ha dejado.
BELISA ¿En un año no ha borrado
cualquier amor tu belleza?
¡Hombre firme!
AURORA En esta fuente
dos rayas quisiera hacer:
una, de que haya mujer
que quiera tan neciamente.
Y otra, de que al fin de un año,
con una mujer hermosa,
se le acuerde de otra cosa
a un hombre firme en su engaño.
CÉFALO ¿Cómo nos podremos ir
sin que lo supiese Aurora?
FABIO Es tan gran madrugadora,
que nos ha de ver huir.
Temo estas selvas, que están
llenas de sombras y miedos,
de laberintos y enredos,

y de respuestas que dan.
Allí asoma un elefante,
allí una mona, allí un oso.
salta un sátiro peloso,
y un fauno medio gigante.
No sé qué habemos de hacer.
AURORACéfalo mío, ¿qué es esto?
CÉFALO¡Oh bella Aurora! ¡Oh mi bien!
Cortina hermosa del cielo,
primero estrado del sol,
arco de su luz primero,
peine de marfil, con quien
compone el rubio cabello.
No en vano los verdes prados
de improviso florecieron,
perlas bordaron las aguas
de estos limpios arroyuelos.
No en vano las libres aves
iban alternando versos
de sauce en sauce, de flor
en flor, con tan dulces ecos.
¿Cómo te has tardado tanto
con el sol? ¡Muero de celos!
¿Qué te ha dicho de los hombres
a nuestras plantas opuestos?
Ya me mataba de verte
aquel ardiente deseo
con que te adoró mi vida.
AURORAPon a tu lengua silencio,
tebano infame, y advierte
que las deidades sabemos,
no sólo vuestros engaños,
vuestros mismos pensamientos.
¿Qué mujer en hombre fía
si sé que te vas huyendo,
si ese día que lo intentas
me dices falsos requiebros?
Dime toda la verdad;
que por fuerza no te quiero
si fueras el mismo Apolo.
CÉFALOAurora, tu ofensa temo;
no te espantes que los hombres
aquellas prendas amemos
que nos dieron igualmente
en matrimonio los cielos.
Señora, yo soy casado
en Tebas, y te prometo

que es digna Floris, mi esposa,
del grande amor que la tengo;
junto los dos nos criamos,
y amor de suerte en dos pechos,
que vino a ser una el alma
y uno mismo el pensamiento.
Era yo recién casado,
y de los brazos el tiempo
tan poco, que aún no llegamos
a perdernos el respeto.
Dábale a Júpiter gracias
de ver, en amaneciendo,
a mi lado abrir los ojos
ángel tan hermoso y bello,
una imagen de marfil,
una tan perfecta Venus,
que me mataba la envidia,
si supiera mis secretos,
cuando el Príncipe de Tebas,
cuando el galán Doristeo,
me manda que le acompañe
a esta caza, en que durmiendo
me viste, divina Aurora,
y donde ha un año que duermo;
que no puede tanto olvido
ser menos que eterno sueño.
Dióme de mi loco engaño
aviso Fabio.

FABIO ¿Qué has hecho,
qué has dicho?

CÉFALOY fui poco a poco
mi desdicha conociendo.

FABIOHoy me matan, hoy me chupan
brujos, jimios y camellos;
ya no saldremos de aquí.

CÉFALOCon esto, Aurora, muriendo
de celos de la hermosura
de Floris, no estoy contento
con tus regalos y gustos;
que si hay honor de por medio,
no creas que hay hombre alegre
con cuanto bien tiene el suelo.
Es sola, es moza, es hermosa:
tiene gallardos mancebos
Tebas, y tan atrevidos,
que a nadie guardan respeto.
Pero aunque me mate aquí

mi celoso pensamiento,
la obligación de mi honor,
y el ansia de mis deseos,
no saldré de aquesta selva
ni de tu obediencia, haciendo,
de servirte y adorarte,
de nuevo mil juramentos;
porque viendo...

AURORA No prosigas.

CÉFALO Señora...

AURORA Basta, no quiero
tus palabras ni tus obras.

Ya, Céfalo, te aborrezco;
porque no hay mujer tan vil,
ni de tan bajo sujeto,
que quiera un hombre forzado.

Vete de mis ojos luego;
que a fe que te ha de pesar.

CÉFALO Aurora, si te merezco
por un año de tus brazos
que me escuches, oye.

AURORA Necio,
vete, pues vas por tu mal.

Váyase AURORA.

FABIO Belisa, ¿qué culpa tengo
del desamor de mi amo?

BELISA ¡Cómo no, si tus consejos
han sido causa de todo!

FABIO ¡Plega a Júpiter inmenso,
que si yo...

BELISA ¡Ya es tarde, infame!
Presto verás...

FABIO ¿Qué tan presto?

BELISA Que te han de sacar los ojos
mil mochuelos.

FABIO ¡Mil mochuelos!

Váyase BELISA.

CÉFALO ¿Que haré ¡triste de mí! que dice Aurora
que por mi mal veré mi esposa amada
si fue a mi honor y a su valor traidora?

FABIO No digas tal, que Aurora habló enojada.

CÉFALO Ya parte a verla el alma que la adora,
mas con vergüenza y con razón turbada

de ver que la ofendí.

FABIO No la ofendiste,
pues que forzado y engañado fuiste.

CÉFALO Un año habrá que faltó, y de manera
estoy trocado que fingirme quiero
un hombre extraño.

FABIO ¡Bárbara quimera!

CÉFALO Probaré con amor y con dinero
a conquistar su fe.

FABIO Cuando te quiera,
¿que discreción será?

CÉFALO Saber espero,
por lo que hará conmigo, lo que ha hecho
conociendo su falso o firme pecho.

FABIO No lo aconsejo.

CÉFALO Celos, dicen, Fabio,
y la ocasión que dió mi larga ausencia,
con lo que Aurora dice que a mi agravio
ni amor ni honor han hecho resistencia:
a ver mi muerte voy.

FABIO No hay hombre sabio
como ha probado en tantos la experiencia,
que haya probado ni mujer ni espada,
que a bien librar ha de quedar probada.

Salen.

Salen FLORIS, ELISA y FINEO.

FINEO Tu padre tiene este gusto,
y estas memorias me dió.

FLORIS Si al Príncipe respondió
mi lealtad con tal disgusto,
y queriendo que Perseo,
su más privado, y amigo,
se desposase conmigo,
¿qué me persigues, Fineo?

FINEO ¿Piensas en tan verde edad
conservarte de esta suerte?

¿No has de salir, no han de verte?

¿Todo ha de ser soledad?

¿No estará mejor guardado
tu honor de un mancebo hermoso,
que no sujeto al ocioso
vulgo, siempre desbocado?

¿Qué podrá decir de ti,
si hermosura y soledad
nunca hicieron amistad?

FLORIS Soledad, sola, ¡ay de mí!
Mas no digas que te envía
mi padre, porque sospecho
que el Príncipe...

FINEO Mal has hecho
en dudar de la fe mía;
si hablé al Príncipe jamás,
Júpiter permita...

FLORIS Tente;
muestra los papeles.

FINEO Tente
vida los cielos.

FLORIS ¿Hay más?

Lea:

«Alexandro, natural de Corinto, caballero ilustre, es de diez y ocho años, hermoso y rico.»

FINEO ¿Son buenas partes?

FLORIS Famosas;
pero son diez y ocho años,
para marido, muy pocos;
porque, como no han gozado,
del mundo, quieren saber
qué otros gustos, qué otros brazos
tienen diversas mujeres;
y así, tengo por gran daño
que el marido sea tan mozo.

Con tu licencia, le rasgo.

FINEO Lee aquéste, que sospecho
que te agrade.

FLORIS Si me agrado,
te doy palabra de ser
suya.

FINEO, A los méritos salgo.

FLORIS

Lea:

«Lisardo, mancebo noble, de talle y costumbres, rizado de cabello, y cuidadoso de sus galas, de lindas manos y...»

Aquí me quedo, en la y,
¿éste me alababas tanto?

FINEO Pues ¿fue más bello Narciso?

FLORIS Talle y costumbres alabo;
lo rizado del cabello
no me agrada, que es mal caso
que nos estemos los dos

por la mañana rizando;
porque, si entran a saber
qué mandamos los criados,
no sabrán quién de los dos...
Mas basta, no lo digamos.
FINEO¿Cómo ha de ser un mancebo?
FLORISUn mancebo sin cuidado.
FINEO¿Sucio acaso y mal vestido?
FLORISNo, sino muy bien; y ¿acaso
la limpieza y el aseo
no está en un hombre afectado,
que está más tiempo al espejo
que pide un cuello? Veamos
el que se sigue.
FINEO Será
Darte más novios cansancio.
FLORIS

Lea:

«Cesarino, alto y barbinegro, de edad de cuarenta años.»

FINEOREparas; luego ¿te agrada?
FLORISEn los cuarenta reparo;
que como mujeres y hombres
siempre los años negamos,
añado diez a cuarenta,
y así tendrá cincuenta años.
FINEOPues ¿cómo, si es barbinegro?
FLORIS¿Y eso juzgas por milagro?
Y de ochenta puede serlo
con un poco de cuidado.
¿Llamaron?
FINEO Si.
FLORIS Vete y vuelve.
FINEOVoyme, el volver excusando;
que quien se quiere casar,
no mira en tantos ni en cuántos.

Váyase FINEO.

FLORIS Vé, Elisa, y mira quién llama;
que yo no pienso querer
hombre en mi vida, ni ser
contraria a mi honesta fama.
ELISA Voy, señora.
FLORISLa que nace
como nací, se obligó

a la fe que guardo yo;
que puesto que muerto yace
mi esposo, está vivo en mí.
ELISAA la puerta un mercader,
dice que te quiere ver.
FLORIS¿Mercader, Elisa, a mí?
Despídele; que no quiero
ver sedas, oro, ni galas;
que es dar más ojos, más alas
al pensamiento ligero.
ELISA Parece que estás más triste
que el día que aquesta nueva
que a tantas penas te lleva
del trágico nuncio oíste.
Déjale entrar; que no sé
lo que te quiere.
FLORIS No quiero.
ELISAAdvierte que es extranjero,
como en el traje se ve,
y que no aventuras nada;
por ventura, es en provecho
tuyo.
FLORIS Necia estás; sospecho
que darme pena te agrada.
Di que entre.
ELISA Entrad, caballero.

Salen, en hábito de mercaderes, CÉFALO y FABIO con una caja.

CÉFALOJúpiter, señora, os guarde.
FLORIS¿Buena persona!
CÉFALO Cobarde,
Fabio, etsoy; pero ¿qué espero?
FLORIS Vos seáis muy bien venido.
¿De dónde sois?
CÉFALO Soy de Atenas.
Helada tengo en las venas
la sangre.
FABIOY yo estoy perdido.
FLORIS ¿Para qué me habéis buscado?
¿Qué es lo que os dicen de mí?
CÉFALOHoy en el palacio oí
que os casáis o habéis casado;
tengo joyas extremadas
de todas piedras; querría
que os agradasen.
FLORIS Tendría

de nuevas tan excusadas
la culpa algún cortesano
ocioso.

CÉFALO Pues ¿no es verdad?

FLORISAquí vive la lealtad
de un muerto.

CÉFALO Es lealtad en vano;
que también decir oí
que era vuestro esposo muerto
de una fiera en un desierto.

FLORISEs verdad.

CÉFALO Pues siendo ansí,
¿por qué no os queréis casar?

FLORISPorque muerta adoro en él.

CÉFALONo sois discreta, pues ¿dél
ya qué podéis esperar?

Yo entré a venderos el oro
y piedras que traigo aquí,
y después, Floris, que os vi,
con toda el alma os adoro.
Soy, como veis extranjero,
con quien no podéis perder;
y aunque me veis mercader,
disfrazado caballero.

Porque me dejéis serviros
os quiero esta noche dar
una cintura y collar
de diamantes y zafiros
(que vale diez mil ducados.) Aparte.

FLORIS¿A quién no hicieron pensar,
y pensando dar lugar a efectos menos honrados?

Yo, Elisa, no he respondido
por dudar el interés,
mas por ver lo mucho que es
a Céfalo parecido.

¿Has visto error, si este nombre
se debe a naturaleza,
como en la igual gentileza
de Céfalo y de este hombre?

Confieso que ha despertado
la memoria algún deseo.

ELISACon inclinación te veo.

FABIODudosa está.

CÉFALO Si ha dudado
Floris, me ha sido traidora.

FABIOHabla bajo, no te entienda.

FLORISNo porque interés pretenda

de cuanto el indio atesora,
os respondo, caballero,
con alguna voluntad:
cuando os vais de la ciudad,
hablaros despacio quiero.

Quítese la capa CÉFALO, y diga sacando la espada:

CÉFALO ¡Ah, infame! ¡Viven los cielos,
que has de morir a mis manos!
¡No eran mis recelos vanos,
verdades eran mis celos!
¡Yo soy Céfalo, tu esposo:
vivo estoy!
FLORIS ¡Cielos, valedme!
¡Montes, selvas, socorredme!

Váyanse los dos.

FABIO ¡Tente, señor!

CÉFALO ¡Soy celoso!

FABIO ¿Y tú, Elisa, hasme ofendido?

ELISA ¿Yo, Fabio? Pues ¿qué me has dado,
o cuando me has obligado
con el nombre de marido?

FABIO Tienes, Elisa, razón;

y aunque tu marido fuera.

y de tu amor no tuviera

ni mi honor satisfacción,

no te probará jamás,

porque a la mujer más casta

sólo un antojo le basta,

que es golpe en vidrio, y no hay más.

DIANA y AURORA. DIANA en hábito de diosa, con arco.

DIANA Esto me dicen de ti.

AURORA Si verdad, señora, fuera,

o el hombre visto se hubiera,

o se conociera en mí;

si satisfacción te di

de mi castidad, Diana;

si es de Apolo la mañana,

y las tardes tuyas son,

con siniestra información

te quiere engañar Silvana.

DIANA No Silvana solamente;

Dórida, Filis, Dantea,
dicen lo mismo.

AURORA Aunque sea
su envidia tan vil que intente
que tu gran deidad me afrente,
no debes luego creer
cosas dichas por tener
de mi privanza recelos;
porque es con envidia y celos,
áspid la mejor mujer.

DIANA Bien sé yo que las mañanas,
Aurora, estás con el sol,
y que al primer arrebol
de sus luces soberanas,
en blancas telas y granas
le envuelves, y das al suelo;
de las tardes no recelo:
vas conmigo a las florestas;
pero ¿no hay noches, no hay siestas?

AURORA ¿Qué cosa se encubre al cielo?
Haz mejor información,
y de tus baños me arroja
si mi término te enoja.

DIANA En fin, ¿testimonio son?

AURORA Como a ti de Endimión,
pues, en fin, te han levantado,
Diana, que le has amado.

DIANA ¿Qué cosa en el sentenciar
la ira puede templar
como hallarse el jugo culpado?

FLORIS huyendo.

FLORIS A tu soberano amparo
una tebana mujer
su vida quiere ofrecer,
falta de humano reparo.
No es, señora, el sol más claro
que mi inocencia.

DIANA ¿Quién viene
siguiendo?

FLORIS Quien no tiene
piedad.

DIANA Sosiega segura.

FLORIS Matarme un traidor procura
que mi deshonra previene.

DIANA No osará llegar aquí,

o en mármol le volveré;
mil vidas le quitaré
si él sólo un cabello a ti.
Todo el suceso me di
porque la verdad me obligue
que te guarde y le castigue.
FLORIS Oye, señora, mi historia,
si me basta la memoria
para tanto mal.

DIANA Prosigue.

FLORIS Divina Diana,
gloria de las selvas,
luna en las celestes
regiones etéreas:
de las ninfas castas
ilustre defensa,
a quien los lascivos
sátiros respetan:
hija soy, señora,
de Ericteo y Celia;
mi primera patria,
la famosa Tebas.
En mis años tiernos,
porque apenas eran
convenientes años
para tener penas,
amé, siendo amada
de quien bien pudiera
ser amor, por niño,
de mejores flechas.
Aumentóle el tiempo;
que el amor se aumenta
con las privaciones
cuando dos desean.
Céfalo era el nombre
de mi dulce prenda,
pintura admirable
de naturaleza.
Ibamos al campo,
dándonos licencia,
a coger las flores
de la primavera.
El me coronaba
la frente con ellas;
yo, con mis collares,
la suya de perlas.
Daba el tiempo a amor

atrevidas fuerzas;
vieron nuestros padres
peligrosas muestras.
Encerrada estuve,
pero no se encierran
las almas que salen
en escritas letras.
Al fin nos casaron,
porque no vinieran
a mayores daños
privaciones necias.
Apenas un mes,
locamente ciega,
gocé de mi esposo
las caricias tiernas,
cuando Doristeo,
príncipe de Tebas,
necio amante mío,
causa de mis penas,
por aquestos montes
a caza le lleva,
y para engañarme
perdido le deja.
Díceme que es muerto;
mentirosas nuevas,
por ver si podía
vencerme con ellas;
pero a él y a muchos
hizo resistencia
limpia castidad
y casta limpieza.
No quise casarme,
puesto que pudiera
con grandes señores.
¡Qué injusta firmeza!
Pues después de un año,
con la voz diversa,
el rostro y el traje,
y diciendo que era
mercader corintio,
Céfalo me prueba
con diversas joyas
de preciosas piedras.
Yo, no porque fuese
codiciosa de ellas,
mas porque el retrato,
el rostro y presencia

de mi esposo vía,
alguna flaqueza
repartí a los ojos,
permití a la lengua;
él, sacando entonces
la espada sangrienta
de fieras del campo.
quiso hacerme fiera,
diciendo: «¡Ah, traidora!
¿Esta fe profesas?
¿Este amor me guardas?
¿Este honor respetas?»
Yo, triste, turbada,
sin hallar respuesta,
sin tener disculpa,
sin saber enmienda,
porque nunca aguardan
en desdichas ciertas
espadas desnudas,
razones compuestas,
salí de mi casa,
dándome una huerta
paso para el campo
entre unas acequias.
Viéneme siguiendo,
y entre aquellas peñas
oigo decir: «¡Floris!
«¡Adúltera, espera!»
Nunca yo he sido;
él sí que me deja
por otra mujer
en tan larga ausencia;
mas para los hombres
no se hicieron quejas;
suyas son las culpas,
nuestras son las penas.
DIANA Lástima me ha dado oírte;
pero ya has llegado a parte
que no podrá molestarte
aunque se canse en seguirte;
que no será poderoso
si mil engaños apresta.
AURORA ¡Ay, triste! Floris, es ésta
por quien me deja su esposo,
pero ya con más consuelo
de su desdén y aspereza,
pues nunca mayor belleza

salió del pincel del cielo.

FLORIS Estoy, señora, segura
de tu grandeza y piedad.

DIANA Tu inocencia y mi deidad
de su traición te asegura;
ven, y estarás en mis baños.

AURORA Por mi mal quieren los cielos
que tengan tan fieros celos
tan hermosos desengaños.

Salen el PRÍNCIPE, PERSEO y cazadores.

DORISTEO Dos veces el dorado vellocino,
que a Colcos dió jardín y nombre eterno,
dorado Febo, infatigable vino,
enjugando los ojos al invierno,
desde que en este monte peregrino,
amor sin esperanza y sin gobierno,
con Céfalo a seguir las fieras y aves
me trujo sólo entre cuidados graves.

Aquí, si tienes bien en la memoria,
Perseo, este lugar, quedó engañado,
y yo volví solícito a mí gloria,
que tanta pena y confusión me ha dado.

¡Dichoso ausente, cuya nueva historia
a la fama dará mayor cuidado
que pudo de Penélope la tela!

Siendo verdad aquí, y allá cautela,
¿de cuál mujer se cuenta tal hazaña?

¿Qué difunto gozó de tal firmeza?

PERSEO O fue sepulcro suyo esta montaña,
o peña se volvió de su aspereza;
ninguna cosa a Floris desengaña
para que dé lugar a su belleza:

¡notable amor!

DORISTEO Merece bronce eterno
tan duro corazón, pecho tan tierno.

Entrense y salga FABIO.

CÉFALO Inmensos montes, que a mis tristes quejas
de peñas me prestáis duros oídos;
hiedras del claro Apolo, verdes rejas
que dais a tantos álamos vestidos;
mar que en escollos bárbaros te quejas,
triste de ver tus campos oprimidos
de un monte vuelto en pájaro ligero,

decidle a Floris que sin ella muero.
Arboles que escaláis las intrincadas
nubes, con verdes almas arrogantes,
por quien segunda vez miran turbadas
la guerra que intentaron los gigantes;
sonoras fuentes que corréis templadas,
salpicando las hierbas de diamantes,
formando ese arroyuelo lisonjero,
decid a Floris que sin ella muero.
DORISTEO ¿Céfalo no es aquéste? ¡Caso extraño!
PERSEOParécelo, ¡por Júpiter!
DORISTEO ¡Ay, cielos!
Aunque en los ojos puede haber engaño,
éstas verdades son, no son recelos:
Céfalo, ¿dónde vas? ¿Quién a tal daño
redujo tu valor?
CÉFALO Celos.
DORISTEO ¿Qué celos?
CÉFALOCelos de Floris, Floris fugitiva,
que no quiere que ya con ella viva.
DORISTEO ¿El seso le han quitado?
PERSEO Así parece.
DORISTEOPues ¿dónde está tu Floris?
CÉFALO Este monte
la esconde en su aspereza, y me enloquece
por todo aqueste bárbaro horizonte.
Si piadosa por dicha se os ofrece
antes que como sol se me transmonte,
pasando el mar, a mis suspiros fiero,
decid a Floris que sin ella muero.
Después de un año que viví escondido
en este monte con extrañas pruebas
de mi fortuna, y de un amor fingido,
fui disfrazado a ver mi esposa a Tebas.
Engañáronme celos, y atrevido
propuse a su virtud infamias nuevas:
saqué la espada. ¡Qué rigor, ¡ay, cielos!
de lo que puede un desengaño en celos!
Huyó, seguíla, y en aquesta selva
la voy buscando, sin saber por dónde;
mas no es posible que a escucharme vuelva,
que por mas que la llamo no responde.
DORISTEOPues, Céfalo, por más que se revuelva,
si no es que el centro de este mar la esconde,
penetraré las selvas con mi gente
antes que vuelva el sol al Occidente.
Ea, Perseo, no ha de quedar rama.

Que no vamos contando una por una.
PERSEO Hoy a nueva esperanza amor te llama.
DORISTEO Favorecerme quiere la fortuna.

Entre CÉFALO.

FABIO Por este arroyo que el cristal derrama
de aquella fuente en quejas importuna,
unos pastores dicen que le vieron:
aquél parece; él es, no me mintieron.
¿Dónde vas, señor mío, de esta suerte?
CÉFALO ¡Eh. Floris de mi vida!
FABIO ¿Yo tu vida?
CÉFALO ¡Oh, dulce causa de mi amarga muerte!
Vuelve a mis brazos, ¿dónde vas perdida?
FABIO Que no soy Floris, sino Fabio; advierte
que estás sin seso.

CÉFALO El alma, divertida,
a la imaginación la representa.
FABIO Pues dile al alma tú que no te mienta.
CÉFALO Fabio, busquemos a mi amada esposa,
pidámosle perdón de aquel agravio.

FABIO Busquémosla, señor, que es justa cosa.
CÉFALO Rompe la voz en esos montes, Fabio.

FABIO ¡Floris! ¡Ah, Floris!
CÉFALO Dile, Fabio, ¡hermosa!

Quizá responderá
FABIO Concepto sabio,
que a hermosa no hay mujer, puesto que fea
que no responda y que es su nombre crea.
¡Floris hermosa, Floris más hermosa
que al prevenir el sol la blanca aurora!

AURORA entre.

AURORA ¿Quién llama a Aurora?
CÉFALO ¡Oh, Floris amorosa!

Céfalo, aquel que tu hermosura adora.
AURORA Vengada estoy de ti; no soy tu esposa,
tu enemiga, villano, soy agora.

CÉFALO ¿Sabes, Aurora, de mi Floris nuevas?
AURORA Sé que la goza el Príncipe de Tebas.

CÉFALO Espera, aguarda. ¡Ay de mí!
FABIO ¿No ves que es venganza?

CÉFALO Espera.

FABIO Por entre las ramas corre.

CÉFALO Daréle voces que

vuelva.

Dentro:

¡Aurora, Aurora!

Diga desde adentro, y siempre más lejos:

AURORA ¿Qué quieres?

CÉFALO Dime, Aurora, así amanezcas
clara, cristalina y limpia,
¿hablas de veras?

AURORA De veras.

CÉFALO¿El príncipe Doristeo
a mi Floris lleva?

AURORA Lleva.

FABIO Mira, señor, que es el eco
que en aquellos valles suena.

CÉFALO Déjame, Fabio, que ya
fueron ciertas mis sospechas.

¿No es verdad, hermosa Aurora,
y que ya son ciertas?

AURORA Ciertas.

CÉFALO¿No se va con Doristeo
Floris a Tebas?

AURORA A Tebas.

FABIO No porfíes, no la llames;
y porque mejor lo creas,
déjame que la pregunte:

Aurora, ¿eres necia?

AURORA Necia.

FABIO¿Eres traidora?

AURORA Traidora.

FABIO¿Eres vieja y fea?

AURORA Fea.

FABIO Que era fea confesó,
pero calló que era vieja,
que hasta el eco en las mujeres
la edad y los años niega.

CÉFALO¿Qué haré, Fabio?

FABIO No creer

esta celosa hechicera,
sino buscar a tu esposa.

CÉFALO Prados, montes, fuentes selvas,
¿dónde está mi bella Floris?

FLORIS entre con ELISA.

FLORIS Que la lleve al baño, ordena
Diana, estas blancas tocas.
ELISAY a mí estas flores y hierbas.
FLORIS ¿No es buena esta vida, Elisa?
¿No te hallas bien con ella?
ELISANo volviera a la ciudad
por los tesoros de Grecia.
FLORIS ¿Qué hará mi enemigo esposo?
ELISA Querrá dar a tu inocencia
la muerte, y por galardón
de tu lealtad y firmeza,
la infamia de que le has hecho
la no imaginada ofensa.
CÉFALO Fabio, Fabio, vuelve el rostro,
¿no es Floris, mi esposa, aquélla?
FABIO Sí, señor, y aquélla, Elisa.
CÉFALO Floris, mi vida, no temas;
yo soy Céfalo, tu esposo,
quien te adora y te desea.
FLORIS ¡Socorro, hermosa Diana!
CÉFALO No huyas, aguarda, espera.
FABIO Aguarda, detente, Elisa.

Las dos, huyendo, se pongan en dos tramoyas que estarán en dos partes del lienzo del vestuario, y, dando la vuelta, al abrazarlas se hallarán con dos sátiros muy feos en los brazos.

CÉFALO ¡Ay, soberana belleza!
FABIO ¡Ay, cielos! ¿Qué es lo que veo?
CÉFALO ¡Ay, cielos! ¿Qué bestia es ésta?
FABIO Suéltame, por Dios, los brazos,
Belisa en demonio enjerta.

Vuelvan a dar la vuelta. y queden solos.

CÉFALO ¿Piensas que tendré temor
aunque en mil formas te vuelvas?
Seguirte tengo.
FABIO ¡Ay de Mí!
Pero esto no es cosa nueva,
que mil vestidas mujeres,
a los que a gozarlas llegan,
si la cáscara les quitan,
se vuelven cosas más feas.

Acto Tercero

Salen FLORIS y CÉFALO.

CÉFALO Escúchame desde aquí.

FLORIS ¿Qué tengo ya de escucharte?

CÉFALO Los dioses, dura Anaxarte,
te vuelvan piedra por mí.

FLORIS Ya te espero.

CÉFALO Escucha.

FLORIS Di.

CÉFALO Sin armas, señora, estoy;
palabra a tus ojos doy,
esposa, de no ofenderte:
no voy a buscar tu muerte,
a buscar mi vida voy.

FLORIS ¿Tengo yo tu vida?

CÉFALO Sí;
que está sólo en escucharme.

FLORIS Pues ¿cómo quieres matarme
estando tu vida en mí?

CÉFALO Si celoso te ofendí,
te adoro desengañado;
pero aunque sé que has estado
como en la mar firme roca,
quiero oírlo de tu boca
para quedar descansado.

Nunca más el alma enciende
amor porque nunca olvide,
que cuando un celoso pide
disculpas a quien le ofende.

Bien tu hermosura me entiende;
mira qué amor pudo hallar
en el alma más lugar,
ni en el honor más disculpa
que, siendo yo quien te culpa,
enseñarte a disculpar.

Discúlpate con mi amor,
jüez, abogado y parte,
porque sólo en disculparte
consiste, Floris, mi honor.
Ama el jüez tu valor;

el deseo que en mí ves
abogado tuyo es;
parte, amor, tras tanta ausencia;
mira, Floris, qué sentencia
darán contra ti los tres.
FLORIS Engañada, esposo mío,
por tu muerte, aunque fingida,
llegué hasta perder la vida
con piadoso desvarío
los dioses, de quien confío
que te han de decir quién fui
y en qué soledad viví,
no quisieron que muriese,
para que mi honor pudiese
volver agora por mí.
Pregúntale a Doristeo
mi resistencia y valor,
y las fuerzas de mi honor
contra su loco deseo;
también pregunta a Perseo
si sus bodas desprecié;
qué casamientos dejé
pregunta a Tebas, y luego
el elemento del fuego
verás ardiendo en mi fe.
Pues entre mil despreciados,
¿porqué había de querer
un extraño mercader
y unos celos disfrazados?
Despertaste mis cuidados,
que casi fueron antojos,
viendo a Céfalo en tus ojos.
Si tú te ofendiste a ti,
no digas que te ofendí,
ni me des sin causa enojos.
Que cuando te hubiera amado
no quedaras ofendido,
porque siendo tú el querido,
no fueras el agraviado.
Fuera de eso, disculpado
pudiera quedar mi error,
pues eras muerto, señor,
y con testigos tan ciertos,
pues se entierra con los muertos
el respeto del honor.
Los maridos, pues lo eres
de aquella fiera homicida,

no vuelven de la otra vida
a castigar sus mujeres.
Memorias castigar quieres
de tu mismo amor celoso,
ni fue error, pues fue amoroso;
que si quererte quería,
era que el alma decía
que eras tú mi dulce esposo.
Fue error de la fantasía
adonde te estaba viendo,
como quien dice durmiendo
las cosas que hace de día.
Por esta causa sería,
que como en lo que te quiero
he pensado un año entero,
de costumbre que he tenido
en abrazarte fingido,
te abrazaba verdadero.
CÉFALO Ya, ¿de qué puedo agraviarme?
que, aunque ofendido me hubieras,
disculpa, Floris, tuvieras
en la gracia de culparme.
Llega, permite abrazarme;
bien dices: ya estaba muerto.
Ya estoy de mi engaño cierto.
FLORIS ¿Querrás hacerme pedazos?
Pero si muero en tus brazos,
yo sé que en morir acierto.

Abrácense.

CÉFALO ¡Ay, mi bien! ¡Qué gran consuelo!
¡Ay, no te apartes de mí!
¡Ay, quién se quedará así,
como el Géminis del cielo!
FLORIS ¿Ya no me matas?
CÉFALO Estoy
muerto en tus brazos.
FLORIS Espera:
Diana es ésta.
CÉFALO Quisiera
hablarla, ¡qué necio soy!
que dicen que ningún hombre
la puede hablar.
FLORIS Es verdad;
no quieras que su deidad,
o te castigue, o te asombre:

escóndete, esposo, allí.

CÉFALO ¿Iráste con ella?

FLORIS No,

que no te he abrazado yo
para apartarme de ti.

DIANA y AURORA, y DIANA con un dardo dorado.

AURORA Un hombre me parecía.

DIANA Será pastor de esta selva.

AURORA Huyó en viéndote.

DIANA No vuelva

Floris a mi compañía.

¿Qué es esto, enemiga? ¿así
has despreciado mi amparo?

FLORIS Si el engaño te declaro,
tú misma hablarás por mí:

Céfalo, mi dulce esposo,
con tal llanto ha satisfecho
mi temor, que habemos hecho

paces; ya no está celoso,

ya conoce mi lealtad,

ya mi firmeza agradece;

y así, razón me parece,

Diana, que tu deidad

me dé licencia, que quiero

volverme a Tebas con él.

DIANA Mira, no te fíes de él,

prueba su verdad primero,

que puede ser que por mí

te respete en esta selva,

y que cuando a Tebas vuelva

se quiera vengar de ti.

AURORA Es muy justo advertimiento:

viva algún tiempo contigo

donde, temiendo el castigo,

excuse el atrevimiento;

que después que algunos días

vuelva en tus brazos amor

a ser el mismo, o mayor,

del que entonces conocías,

volverás a la ciudad.

FLORIS Parece buen consejo.

AURORA Aquí tiene un pastor viejo

una famosa heredad,

con una casa extremada,

y yo haré que os tenga en ella.

FLORIS Tú serás, Aurora bella,
mi amparo.

DIANA Floris amada,
quisiera tener qué darte,
ya que de mi compañía
te partes.

FLORIS Señora mía,
no el alma, el cuerpo se parte.

DIANA Sólo este dardo te doy,
prenda que en mucho estimé
desde que a Tebas bajé,
en cuyas selvas estoy.

No le tirará persona
sin matar a quien tirare;
no hay fiera que en monte pare,
por cuantos el sol corona;
no hay un ligero animal
que no alcance.

FLORIS Por mi esposo,
de tu brazo generoso
aceto el don celestial;
que es notable cazador
y lo estimará en extremo.

DIANA Que dilato, Floris, temo
las paces de vuestro amor.
Tú, Aurora, busca esa casa,
y quedaos los dos con Dios.

Váyase.

AURORA Bien podéis hablar los dos,
pues ya de las selvas pasa.

FLORIS Yo voy, con licencia tuya,
a hablar mi Céfalo amado.

Váyase.

AURORA Amor, el daño pasado
en más bien te restituya.
¡Ay de mis pensamientos mal logrados!
¡Ay de mis esperanzas mal nacidas,
un año vanamente entretenidas
en contentos de amor siempre engañados!
Arrojé de mis brazos despreciados
un hombre que me cuesta tantas vidas,
y vuelven a dar sangre las heridas
viendo mi amor los celos declarados.

Mientras quien llora agravios no procura
ver la ocasión, en duda se defiende
y del bien que merece se asegura;
pero si el alma ve que quien la ofende
goza de mayor gracia y hermosura,
hiélase el gusto y el amor se enciende.
Salen Felicio y Anteo, villanos.

FELICIO Un año habrá por agora
que vino el Príncipe aquí.

ANTEO Junto a la fuente le vi.

AURORA Pues ¡Felicio!

FELICIO ¡Hermosa Aurora!

AURORA ¿No sabes como te quiero
dar dos huéspedes famosos?

FELICIO Cortesanos enojosos,
si son de Tebas, espero.

AURORA No son sino dos casados
que han dejado la ciudad,
para hacer de su amistad
testigos montes y prados.

FELICIO Pensé que era de la gente
que paga en lisonjas vanas,
que habla tardes y mañanas,
y sabe más quien más miente.

Pensé que era quien no da
y de todo se aprovecha,
gente que nada sospecha
en lo que interés le va;
pero pues casados son
y de allá vienen huyendo,
sólo servidos pretendo,
no quiero más galardón.

AURORA Voy por ellos.

FELICIO Mi Belisa
sabe ya lo que ha de hacer.

AURORA De que me habéis de perder,
celos, el amor me avisa.

Váyase.

Entra Fabio.

FABIO ¿En qué tengo de parar
al fin de tanto camino?

¿Yo por selvas peregrino,
sin hallar villa o lugar?

¿Yo sin comer y dormir
por seguir a una mujer?

Conviértete en alcacer,
Dafne, y déjame vivir.
Aquí en la hierba se envuelve,
allí se torna gazapo,
aquí de un tigre me escapo,
allí en sátiro se vuelve.
Yo ¡triste!, de rama en rama,
como tras pájaro nuevo,
sus ojos llevo por cebo,
y voy donde amor me llama.
Aquí están dos labradores.
FELICIO Este es algún cazador.
FABIO ¿Si sabrán de mi señor?
¿Han visto un loco de amores
que va por aquí perdido?
FELICIO En esta selva no posa
sino la más casta diosa,
no la madre de Cupido.
Mirad, señor cortesano,
que la piséis con respeto.

Váyanse.

FABIO Oye.

ANTEO ¿Qué manda?

FABIO En efeto,

¿no hay poblado hasta lo llano,

ni qué comer ni beber?

ANTEO Fuentes hay y fruta alguna.

FABIO Fruta y agua en panza ayuna,

¿quién la podrá detener?

FELICIO Pues advertid, caballero,

que no de todas se bebe,

donde más limpio se mueve

claro cristal lisonjero;

porque hay fuente que en bebiendo

quita el seso.

FABIO ¡Santo Dios!

FELICIO Que hacen necios más de dos.

FABIO ¿Necios? Ya lo estoy temiendo.

FELICIO Muchos hay en mi lugar

que de esta fuente han bebido;

bien haya el vino, que ha sido

discreto en callar y hablar.

Hay fuente que hace los hombres

miserables, gruñidores,

falsos, ingratos, traidores.

FABIONo digas más, no las nombres.

ANTEO Árbol de fruta hay aquí,
que, en tirando de una pera,
sale del árbol afuera,
ligero como un neblí,
un sátiro por detrás,
y sacude un pescozón.

FABIOMontes de los diablos son;
no los vuelvo a ver jamás.

FELICIOAquí hay manzano que quita
la generación a quien
come su fruta.

FABIO Está bien:
no en balde en montes habita;
pero espántome que, luego
que se supo en este valle,
las pastoras de buen talle
no los hayan dado al fuego.

ANTEO Hay unos árboles bellos
que hacen luego encanecer.

FABIOGanaría de comer
hombre que tratase en ellos.

ANTEO Si con su fruta topáis,
vos saldréis viejo.

FABIO No quiero
comer en mi vida.

FELICIO Espero
que luego los conozcáis.

ANTEO Si alguna ninfa saliere
de estas ramas en que andáis,
guardaos que no comáis
ninguna cosa que os diere;
y quedaos con Dios.

Váyanse.

FABIO El cielo
os guarde; yo estoy sin mí:
¿adónde voy por aquí?
que el temor me ha vuelto en hielo.

Entre AURORA con BELISA, y traigan dos fuentes de plata con flores,
y debajo, en la una de ellas, harina, y en la otra humo.

BELISA Ya quedan aposentados
por darte gusto, señora.
AURORANo les amanezca aurora

con rayos del sol dorados.

Celos me matan, Belisa;

pero, vamos, que Diana,

toda esta alegre mañana,

fatigada el monte pisa,

y ya querrá descansar.

FABIO Allí dos pastoras veo:

comer y beber deseo;

mas no me atrevo a llegar.

Pero ¿qué dudo? Que Aurora

y Belisa son.

AURORA ¿Qué es esto?

¿Hombre en tan secreto puesto?

FABIO ¿No me conoces, señora?

AURORA ¿Es Fabio?

FABIO El mismo.

AURORA Pues ¿dónde

vas de esta suerte perdido?

FABIO A mí señor, ofendido,

tu selva sagrada esconde.

Que en busca de su mujer

va loco de valle en valle.

¿Tenéis, mientras no le halle,

algo que pueda comer?

¿Qué es lo que lleváis ahí?

BELISA Llega el rostro y comerás.

FABIO ¿Dentro?

BELISA Sí.

AURORA Llégate más.

FABIO No he topado nada aquí.

Levante el rostro del plato de la harina todo blanco.

BELISA ¡Oh, qué hermoso que has quedado!

FABIO Sí, pero nada topé.

AURORA Prueba de éste.

FABIO Probaré.

Las flores solas me has dado.

Alce la cara llena de humo.

BELISA Agora que estás hermoso,

cuanto quisieres tendrás.

Váyanse las dos.

FABIO Qué comer quisiera más.

BELISA; Adiós, mi Fabio amoroso!
FABIO Tras ellasirme quisiera,
pero temo un mal suceso.

DORISTEO y PERSEO y su gente.

DORISTEO Gran trabajo me ha costado
hallar a Floris, Perseo.

PERSEOEEn fin, sabe Vuestra Alteza
que aquí tienen aposento.

DORISTEOY que están los dos en paz
para matarme de celos.

PERSEOAcaba ya con su esposo,
pues que no hay otro remedio;

que esta tierra da ocasión,

con mil animales fieros,

para ponerles la culpa,

y será cierto el suceso.

DORISTEOToda esta selva sagrada

llena está de semideos,

silvanos, sátiros, faunos,

centauros y anfesibenos;

hanle de ver porque están

todos los árboles llenos,

y publicarlo de suerte

que pierda el honor que tengo.

FABIOCazadores son, y aquél
debe de ser Doristeo.

¿Qué temo de hacerte señas?

¡A la ho, ah caballeros!

DORISTEO; Júpiter santo me valga,

y qué sátiro tan feo!

PERSEOFauno es, sin duda.

FABIO¿Yo fauno?

DORISTEOTírale y mátale, Ardenio

FABIO; Tírale y mátale! Pies,

en vos está mi remedio.

Húyese.

CAZADORES; Guarda el fauno! ¡Hola, pastores!

PERSEO; Guarda el fauno!

FABIO ¡Yo soy muerto!

FELICIO y villanos con chuzos.

FELICIO¿Qué es de él, por dónde va?

DORISTEO Ya sube el monte, midiendo
con las plantas los peñascos,
y con los brazos el viento.

JULIO ¡Que no llegáramos antes!

DORISTEO Mal los queréis.

JULIO Hannos hecho
grandes males.

DORISTEO ¿Cómo así?

ANTEO ¿Qué cabrito, fruta y queso,
no nos comen cada día?

JULIO La comida es lo de menos.

¡Ay de la moza que agarran!

DORISTEO Pues ¿llevanla?

JULIO Sin remedio.

DORISTEO ¿Dónde?

JULIO Allá se la zambullen
por esos bosques espesos.

No ha un mes que la pobre Silvia,
de nuestro zagal Riselo,
parió dos medios cabritos,
uno blanco y otro negro.

DORISTEO Id, pastores, a seguirle;
y vos aguardad, buen viejo,
que el Príncipe os quiere hablar.

FELICIO Los pies mil veces os beso:
seguid el fauno, pastores.

ANTEO ¡Voto al sol, que le derriengo
si con la tranca le alcanzo!

FELICIO Si soy del servicio vuestro,
mandadme, Príncipe ilustre.

DORISTEO Fiarte, Felicio, quiero,
conociendo tu valor,
un pensamiento secreto.

FELICIO ¿Es acaso amor de Floris?

DORISTEO ¡Ay, padre, por Floris muero!

Tu Rey soy, mas si me ayudas,
hacerte mi Rey prometo.

FELICIO Si es para daros entrada,
no puedo decir que puedo,
porque es la mujer más casta
que ha visto en su edad el tiempo;
si para sacarla adonde

la podáis hablar, sospecho

que lo que el ingenio falte,
me diga el amor que os tengo.

DORISTEO Eso te pido no más;
y a no estar, como lo vemos,

tan cerca mis cazadores,
hiciera un notable exceso:
besara tus pies, Felicio.

FELICIO; Señor, yo soy el que debo
ser la tierra de esos pies!

DORISTEO; ¿Cómo podrás?

FELICIO Oye atento:

lo que más a las mujeres
las saca de sí, son celos;
ella lo está de su esposo;
decirle que quiere quiero
una ninfa de este valle;
con esto le irá siguiendo,
y tú, escondido, podrás
hallar a tu mal remedio.

DORISTEO; ¿Haráslo así?

FELICIO Luego al punto.

DORISTEO Ellos vienen, yo te dejo.

¡Hola. seguidme!

PERSEO Mi amor

se cansó de dar al viento
esperanzas lisonjeras;
y es el del Príncipe eterno.

Salen FLORIS y CÉFALO

CÉFALO ¿Estás asegurada
del amor que te tengo, Floris mía?

FLORIS Estoy bien empleada,
pues te gozo, mi bien, como solía;
que en lo demás, la muerte
ya no lo puede ser después de verte.

CÉFALO Después que me has contado
que el Príncipe te amaba, estoy celoso,
no porque te he culpado,
pero porque un amante poderoso,
si quiere con violencia,
ni basta honestidad, ni resistencia.

FLORIS Pésame de tu pena:
amando, somos necias las mujeres;
mas de esta selva amena
en mi vida saldré si tú no quieres.
El viva las ciudades,
y yo contigo aquí las soledades.

Asegura mis celos
del tiempo que has faltado de mis brazos.
Así te den los cielos,

después de larga vida, largos plazos
para que a vivir vuelvas.

CÉFALO De mi amor son testigos estas selvas:

si Júpiter formara de su idea
una belleza tal, una hermosura,
que la del sol, tan celestial criatura,
con sus divinos ojos fuera fea;
si cuanto abril en flores hermosea
tuviera su color, su nieve pura,
y para su riqueza la ventura
le entregara la copia de Amaltea;
si fuera amor de su valor despojos,
y de su perfección jamás oída,
la misma castidad tuviera antojos;
si como el fénix única nacida,
no te olvidara, Floris de mis ojos,
porque eres alma de mi propia vida.

FLORIS Pues si, de su poder por muestra rara,

hermoso un hombre Júpiter hiciera,
de suerte que la envidia no pudiera
poner falta en su cuerpo ni en su cara;
si de Apolo la cítara igualara,
y en la voz a las Musas excediera,
y si al planeta de la quinta esfera
la fama de las armas le quitara;
si de sabio, discreto y entendido
todos los sabios le rindieran palma,
y el más antiguo rey de bien nacido;
si su valor tuviera el mundo en calma,
no te olvidara, Céfalo querido,
porque eres cielo en que descansa el alma.

CÉFALO Siendo verdades ciertas
las que me dices, Floris de mis ojos,
¿qué importan las inciertas
sospechas de mis celos?

FLORIS Darme enojos
con celos ya no es justo.

CÉFALO Amor sólo con celos da disgusto,
mas no sabe excusarlos;
huélgome de vivir en esta selva
para poder dejarlos.

FLORIS Si tú no quieres que en mi vida vuelva
a la ciudad, mi vida,
de cuando no eres tú mi amor se olvida.

CÉFALO La caza es mi ejercicio;
aquí viviré yo con más contento:
mi regalado oficio

es seguir por el campo, o por el viento,
las aves o las fieras,
o pescar de Anfitrite en las riberas.
Aquí, cuando la aurora
hurte cabello al sol para el tocado
de la frente de Flora,
saldré con tu licencia al verde prado,
a la caza que pare,
y a néctar te sabrá lo que matare;
no saldré por la tarde
por que no falte noche a tu deseo,
ni cuando Febo arde
en las guedejas del León nemeo,
pondré a la luna redes,
porque no quiero yo que sola quedes.

Dentro:

JULIO;Guarda el fauno, guarda el fauno!
FLORIS¿Qué es esto?
FELICIO No os cause pena;
que no se atreven de día
los faunos a las aldeas;
éste es un sátiro necio
que habrá topado en las eras
la bota de algún pastor,
y busca dónde la duerma.

Entre huyendo FABIO, tizado.

FABIO;Socorro, amparo, señores!
CÉFALO;Pues ¿aquí te atreves, bestia?
FABIO;Céfalo, detén la espada.
Fabio soy.
CÉFALO ¿Tú Fabio? Espera.
FABIO;Sí, señor; ¿no me conoces?
CÉFALO;Pues ¿cómo desta manera
andas por aqueste monte?
FABIO;¿Qué tengo?
CÉFALO ¿Qué? La más fea
figura y rostro que han visto
los pastores de esta selva.
FABIO;Sin duda me han trastornado.
CÉFALO;Vente conmigo.
FABIO;No creas
que mientras aquí vivieres
serás lo que de antes eras.

CÉFALO En esta fuente te quiero lavar.

FABIO Vamos, y si llega algún pastor a matarme, te ruego que me defiendas.

Váyanse.

FLORIS Dime, huésped, ¿de esta suerte tratan los hombres aquí?

FELICIO Los que no se guardan, sí.

FLORIS De sus engaños me advierte.

FELICIO ¿Qué mayor que el de tu esposo?

FLORIS ¿A mi esposo han engañado?

FELICIO Infas se han enamorado

de su talle y rostro hermoso, y aun él lo ha estado de alguna.

FLORIS ¡Ay de mí!

FELICIO No lo sé bien,

ni a ti es razón que te den

celos de la misma Luna:

disimula, que podrás

callando saber quién es.

FLORIS Tú, si alguna cosa ves,

huésped, ¿no me avisarás?

FELICIO Como viere tu prudencia.

FLORIS Palabra te doy de ser

para los celos mujer,

mas no para la paciencia.

FELICIO Pues yo me voy a informar

de pastores deste valle;

que como tu lengua calle,

bien lo podrás remediar;

pero si hablas aquí,

transformarán a tu esposo.

FLORIS Vete.

FELICIO Júpiter piadoso

se duela de él y de ti.

Váyase.

FLORIS ¡Oh mal que el cielo dió para castigo de quien vivir con libertad pretende!

No digo amor, que amor a nadie ofende;

celos iba a decir, agravios digo.

Pero si celos son con un testigo,

¿qué amor de la sospecha se defiende?

pues una sola vida y alma enciende
a quejarme de ti, dulce enemigo.
Dice mi amor que deje los desvelos,
con que a engañarme la sospecha viene
entre seguridades y recelos.
Y como en esta duda se entretiene,
voy a quererte, y tiénneme los celos;
voy a olvidarte, y el amor me tiene.

Entren CÉFALO y FABIO.

CÉFALO Aun agora pareces
hombre como los otros, Fabio amigo.
FABIO Dame tus pies mil veces,
si puedo ya, señora, hablar contigo.
FLORIS Fabio, de aquestas selvas
será milagro que a la patria vuelvas.
FABIO Dios nos defienda a todos.
CÉFALO Mi bien, antes que el sol su rostro encienda,
por los más tiernos modos
de amor, te pido, dulce hermosa prenda,
licencia para darte
despojos de una fiera en cierta parte:
dióme un pastor aviso;
déjamela matar por vida tuya;
que al Príncipe no quiso
darle este lance en una selva suya,
y por eso querría
que fuese empresa solamente mía;
no te enojés, mis ojos;
que por sus luces amorosas juro
de no te dar enojos,
pues con jurar por ellos te aseguro
de volver esta siesta,
y aguardarásme tú la mesa puesta.
Ea, ¿qué dices?, ¿puedo?
Di que sí por tu vida.
FLORIS Ya lo digo.
CÉFALO Con pena quedas.
FLORIS Quedo
triste de no saber que voy contigo.
CÉFALO Y dentro de mi pecho,
de amores tuyos y regalos hecho.
FLORIS No me digas amores;
que quien los dice al tiempo que se parte,
gustos tiene traidores.
CÉFALO Pues ¿hay causa mayor?

FLORIS Quiero avisarte,
mi bien, que han de decirse
para quedarse, y no para partirse.
Este dardo Diana
me dió para las fieras, tan dichoso
que no hace suerte vana
en tigre, en pardo, en sierpe, en león, en oso
que cobardes venados
de verle se le rindan por los prados.
Este te doy, mis ojos,
porque te acuestes en aquesta ausencia.
CÉFALO ¿Ausencia? Darme enojos.
Siempre, mi vida, estás en mi presencia:
aceto y beso el dardo
que basta a hacerme cazador gallardo.
De hoy más tembladme, fieras,
que de vosotras soy fatal estrago
por montes y riberas;
adiós, mi bien.

FLORIS Aún no me satisfago
de mi temor celoso,
que es cobarde el temor si está dudoso.
CÉFALO Vente, Fabio, conmigo.
FABIO ¿Allá tengo de ir?
CÉFALO No tengas miedo.
FABIO ¿Qué es miedo? Voy contigo,
ya Marte en el valor.

FLORIS Muriendo quedo:
los cielos te acompañen;
ni las fieras, mi bien, ni el sol, te dañen.
FABIO No voy con mucho gusto,
que desde que por fauno me tuvieron,
traigo mortal disgusto.
FLORIS ¡Ay, cielos! Mis deseos se cumplieron,
si este nombre merecen
celos que a ver si son verdad se ofrecen:
seguir quiero a mi esposo;
sin duda alguna ninfa que le tuvo
con encanto amoroso,
y un año en este bosque le detuvo,
le ha dicho que le aguarda:
¡celos, volad, que amor es ave y tarda!

BELISA entre.

BELISA ¿Dónde vas, Floris hermosa?
FLORIS No me detengas, Belisa,

pues que mi inquietud te avisa
que debo de estar celosa.

BELISA Ya que has vuelto a ser esposa
de Céfalo, sin temor
vive, que el pasado amor
de quien aquí le quería,
se templó desde aquel día
que conoció tu valor.

FLORIS ¿Quiéresme decir quién es?

BELISA No, pues que ya no te ofende.

FLORIS Belisa, el amor se enciende
con las dudas, ya lo ves.

BELISA Si te ha de pesar después,
mejor encubierto está.

FLORIS ¿Ni una letra me dirá
tu rigor de esta mujer?

BELISA Una, ¿qué te puede hacer?

FLORIS ¡Di, por Dios!

BELISA Comienza en A.

FLORIS Di la segunda siquiera:
que bien me lo debes tú.

BELISA ¡Extraña estás!

FLORIS Dila.

BELISA Es U.

FLORIS ¿Burlas, Belisa?

BELISA Quisiera.

FLORIS Dime la letra tercera.

BELISA La tercera letra es R.

FLORIS Haz que esa letra se cierre.

BELISA Perdona; que estás cansada.

FLORIS Soy celosa desdichada,
o habrá cosa en que no yerre.

Váyase FLORIS.

BELISA ¡Necia estás!

Entre Aurora.

AURORA ¿Qué es lo que agora
dijiste a Floris de mí?

BELISA Tres letras le dije aquí
de tu nombre, hermosa Aurora;
que como su esposo adora,
el dueño saber procura
de sus celos.

AURORA No es cordura,
porque se aumenta el amor
con la envidia y el temor

que da la ajena hermosura.
Cuando yo a Floris no vía,
menos sentía el desdén,
Belisa amiga, de quien
por ella me aborrecía;
mas desde aquel triste día,
por Céfalos estoy muriendo;
de Floris lo mismo entiendo
si supiese que soy yo
por quien un año olvidó
lo que envidiosa pretendo.

BELISA Hablando hemos bajado
a la fuente de Diana.

AURORA Lo fresco de la mañana
ilustró su verde prado.

BELISA Las verdes ramas han dado
señal de que gente viene.

AURORA Ya ni guardarme conviene,
ni ser más que una mujer
que mira en otro poder
toda la vida que tiene.

Salen CÉFALO, con el dardo, y FABIO.

FABIO Aquí puedes descansar.

CÉFALO Y más, que las linfas puras
se adornan de dos figuras.

FABIO Y es mármol que sabe andar.

CÉFALO Cansado vengo de dar
pasos sin provecho al viento.

AURORA ¿Eres tú, monstruo sediento?

¿Vienes a dar a la fuente
veneno, con que la gente
muera de cristal violento?

¿Eres tú quien me dejó
cuando más alma le di,
y quien luego trujo aquí
la causa que me mató?

¡Ingrato! ¿En qué te ofendió
mi amor? Fuérase con ella,
gozárasla; mas traella
donde la vieses mis ojos,
¿fue para aumentarme enojos,
o para darlos a ella?

¿Qué puede Floris hacer
si sabe que yo te quiero?

Y yo, ¿qué he de hacer, si muero

de que la has de querer?
Las dos habemos de ser
desdichadas pues te agrada,
por bizarría excusada,
que perdamos alma y vida;
ella, celosa querida,
y yo, celosa olvidada.

Váyase.

CÉFALO ¡Aurora, Aurora!

BELISA No es bien

que vuelva a satisfacciones
mujer que a morir la pones
con tan ingrato desdén.

FABIOY tú, ¿quéjaste también
de que soy ingrato yo?

BELISA¿Tú no eres hombre?

FABIO Yo, no,

BELISA¿Eres fauno? ¿Bestia eres?

Váyase BELISA.

FABIO¿Tales dejáis las mujeres
a quien vida y alma os dió?

Tú me debes de engañar;
que yo debo de tener
otra cara desde ayer.

CÉFALOAllí te puedes mirar,
mas déjame descansar
al rüido de esta fuente;
que amor, cuando ya no siente,
es mármol a toda queja,
y si vuelve a lo que deja,
todo cuanto dice mente.

Siéntase CÉFALO.

FABIO En amores acabados,
siempre fui de parecer
que ni el hombre, o la mujer,
vuelven bien reconciliados.

Aquellos gustos pasados
todos parecen fealdades;
las finezas, necedades;
las locuras, fantasías;
los papeles, boberías;

y los amores frialdades;
descansa, y goza tu esposa.

Sale FLORIS.

FLORIS Por aquí pienso que van:
pero ¿qué digo? Allí están;
selva, esconde una celosa.

CÉFALO ¡Ven, Aurora mía amorosa!
¡Ven, Aura mía suave!

FLORIS ¡Ay cielos, todo se sabe!
¿A Aura llama? ¡Sí, Aura espera!

¡Viva mi honor, mi amor muera
como mi vida se acabe!

CÉFALO ¡Aura, venme a refrescar:
que tengo de aquesta siesta
gran deseo de tus brazos!

FLORIS ¡Ay Dios, sus brazos desea!
Aura llama; ya, ¿qué dudo?

Las letras dicen que es ella;
verdad me dijo Belisa.

ellas son las mismas letras:
la primera letra es A;

U, la segunda; tercera,
es R.

CÉFALO ¡Ven, Aura hermosa!

FABIO Ya por estas hojas suena.

FLORIS No querría que de mí
le advirtiesen estas quejas;
aquí me quiero esconder
para aguardar a que venga.

Traidores hombres, ¿de quién
puede fiarse una ausencia?

Loca está mujer que os ama.

Entrese.

CÉFALO Ya el viento, Fabio, refresca.

FABIO No tengo por buena vida
la del cazador.

CÉFALO No seas
enemigo de la caza,
que es imagen de la guerra.

FABIO Es notable su trabajo;
ya por montes, ya por sierras,
ya le derriban los troncos,
ya el caballo le despeña;

oféndele el sol, el aire;
come mal, duerme en la hierba,
y aún se envejece más presto:
dichoso un hombre que juega;
lindo vicio estar sentado
en una silla a una mesa,
hecho tejedor de naipes.
Unos salen, otros entran;
si gana, dice donaires;
toda la chusma celebra
las necedades que dice
por los baratos que espera.
Nunca le faltan dineros,
todos le dan y le prestan,
no le despeña el caballo
estáse la silla queda,
y nunca es tan desdichado,
por más que jugando pierda,
que no le falten amigos
y dineros.

CÉFALO Bien te quejas,
y conforman a tu honor
tus deseos.

FABIO Yo quisiera
ejercicios descansados.

CÉFALO¿Qué es lo que en las ramas suena?

FABIONo sé, por Dios.

CÉFALO ¿Si es acaso,
Fabio amigo, aquella fiera
que nos dijo aquel pastor?

FABIONo creas, señor, que es ella.

CÉFALO¿Cómo no? Tirarla quiero.

FABIONo la tires.

CÉFALO Fuera!

FABIO Espera.

CÉFALOHaz esta famosa suerte,
dardo de Diana bella.

Dentro:

FLORIS¡Ay, esposo, que me has muerto!

CÉFALO¿Es voz?

FABIO El alma me tiembla:
que me has muerto, esposo, dijo.

CÉFALO¿Esposo? Apártate.

FABIO Llega.

Salga FLORIS con otro dardo atravesado, que le habrán puesto entretanto que estaba escondida, de la misma manera, terciado de azul y oro.

FLORIS; Ay, Céfalos de mi vida,
aunque ya la tengo apenas!

CÉFALO; ¿Eres tú, señora mía?

FLORIS; ¿Quién quieres, mi bien, que sea?

CÉFALO; ¿Yo te he muerto?

FLORIS Tú me has muerto.

CÉFALO; Desdichada fue mi estrella!

¿Qué haré, Fabio?

FABIO Estoy sin alma.

CÉFALO Mataréme antes que muera.

FLORIS; Esposo, esposo!

CÉFALO ¡Mi vida!

FLORIS; Ay Dios, qué mal te aconsejas

en matarte, pues me matas

dos veces de esa manera!

Llégate a mí, señor mío;

oye, así más dichas tengas

que tu desdichada esposa,

pues ha de ser la postrera,

una palabra no más;

mira que ya por la puerta

de la herida sale el alma.

CÉFALO Aquí estoy, para que creas

que no sé cuál es mayor,

o la vergüenza, o la pena.

FLORIS Sólo un bien quiero pedirte

que en la muerte me concedas,

y hasme de dar la palabra

de cumplir lo que prometas;

que lo que pide el que muere,

obliga con mucha fuerza.

CÉFALO; ¿Qué me puedes tú pedir

que dificultoso sea,

no pidiéndome que viva

después que te viere muerta?

FLORIS Que no te cases con Aura,

Aura que tanto deseas,

Aura que tanto llamabas,

pues que me has muerto por ella:

por ella vine celosa;

mi amor, mi bien, te merezca

que no le des este gusto.

CÉFALO; ¿Hay desdicha como aquésta?

¿Celos de Aura te han traído
siguiéndome por la selva?
Aura, amores, no es mujer,
ni yo la llamé por verla;
Aura es un viento, mis ojos,
que blandamente refresca.
¿Hay tal engaño?

FABIO ¡Por Dios,

que con razón te lamentas
de tu estrella desdichada!

CÉFALOY ¡qué desdichada estrella!
¡Pastores de aquestos montes,
ninfas, aves, flores, fieras,
venid a matarme todos;
yo os maté la primavera
yo he muerto al sol!

El príncipe DORISTEO, PERSEO, AURORA, BELISA, FELICIO y todos.

DORISTEO ¿Qué es aquesto?

Céfalo, ¿de qué te quejas?

CÉFALO¡Ay, príncipe Doristeo!

¿Qué mal puede haber que sea
como el mío? ¡He muerto a Floris!

DORISTEO¿Tú mismo?

CÉFALO Entre estas adelfas,

celosa estaba escuchando
las palabras lisonjeras
que al Aura dije, abrasado
del sol en su ardiente siesta.

Pensé que era fiera, ¡ay triste!

Tiréle este dardo, que era

prenda de la infame diosa
que estas riberas afrenta.

¡Dejadme quitar la vida!

DORISTEODeja la espada: no quieras
más espada que el dolor.

AURORA¡Floris! ¡Ah, Floris!

BELISA ¡Ah, bella

Floris!

FABIO Ya el alma partió.

CÉFALO¡Ah, señora! ¿Al fin me dejas?

¿Por qué me estorbáis matarme?

¡Vive Dios, Luna sangrienta,
que de envidia diste el dardo
a mi esposa, que a tu esfera
suban mis brazos gigantes,

con más olimpos y Flegras!
Echaréte de los cielos,
porque los cielos no tengan
envidiosas del valor
de la virtud de la tierra;
ya saben que no eres casta,
aunque de casta te precias;
pregúntale a Endimión
qué dice de tus flaquezas.
FABIO; Ah, señor, vuelve en tu acuerdo!
DORISTEO El alma tengo suspensa.
AURORAY yo, en lugar de venganza,
le ofrezco lágrimas tiernas.
DORISTEO Floris, yo fui desdichado
en amarte; si mi pena
es tan grande aborrecido,
¿cuál será la que le queda
a quien fue de ti adorado?
Dadle, ninfas de estas selvas,
sepultura en oro y jaspe,
y acabe aquí la tragedia
de la mujer que ha tenido
más desdicha y más firmeza.

La bella malmaridada
Lope de Vega

La bella malmaridada



Lope de Vega

TEODORO.
LEONARDO.
CIPIÓN, *conde*.
Músicos.
LISBELLA.
Su PADRE.
FABIA, *criada*.
CASANDRA.
LUCINDO.
LEANDRO.
UN ALGUACIL.
Unos jugadores.
MAURICIO.
TANCREDO.
BELARDO.
FABRICIO.
CLAVELIO.
MARCELA.

Jornada I

Salen TEODORO y LEONARDO, solos.

TEODORO	Amor loco, amor loco, yo por vós, y vós por otro.	
LEONARDO	Algo vienes divertido.	
TEODORO	Bien dijo Montemayor esta canción.	
LEONARDO	Galaor se te ha en el alma infundido; ya quieres, y ya no quiero.	5
TEODORO	De tanto buscar placer casi he venido a tener el amor de las mujeres.	10
LEONARDO	Los que en Dios ponen su amor, dioses la escritura llama, y al que los pecados ama, llama el mundo pecador. Y así he venido a entender, aunque esto te cause espanto, que el que a mujer ama tanto, por fuerza ha de ser mujer.	15
TEODORO	Cuando te vi comenzar por eso de la escritura, creí de tu compostura que querías predicar. ¿Mas dónde hallaste camino tan satírico y villano, que para llamarme humano comiences por lo divino? Mas volviendo a tu argumento, de que el amante es lo mismo que amar, a tu silogismo responderé, estame atento.	20 25 30

LEONARDO	¿Para qué es el atención?	
TEODORO	Para...	
LEONARDO	¿Qué quiés responder?, ¿piensas que podrás poner tus locuras en razón?	
TEODORO	Si yo quiero a cuantas veo, ¿cómo seré una mujer, si el transformarse ha de ser un cuerpo, un alma, un deseo? Con tan varios pareceres, ¿una sola podré ser?	35 40
LEONARDO	No serás una mujer, sino infinitas mujeres.	
TEODORO	Agora a lo cierto acudes, y si cual lo dices soy, en mí tendré juntos hoy los vicios y las virtudes. Daré mil glorias y penas, pondré al bien y al mal las alas, seré muchas cosas malas y seré infinitas buenas Seré gloria y paraíso; seré gloria, seré infierno; llanto con tormento eterno, seré discreción y aviso. Y entre Júpiter y Juno también podré ser juez, que compitiendo una vez no hallaron juez ninguno.	45 50 55
LEONARDO	¿Y sobre qué vino a ser?	
TEODORO	Sobre cuál era más casto; y para juez yo basto, que al fin soy hombre y mujer. Mas todo aquesto atribuyo a que no hay hombre tan bueno que no vea el daño ajeno y no reconozca el suyo. ¿Que puedes decirme a mí, que en ti no se pueda hallar?	60 65

LEONARDO	¡Ya me querrás achacar que soy casado!	
TEODORO	Es así.	70
	Y pues con una doncella te casaste, a quien la fama en todo Madrid la llama, por excelencia, la bella, y con ser en tanto extremo,	75
	buscas algún pan prestado; ¿yo, que no he sido casado, por qué tus sermones temo? ¿qué puede un mozo temer, querido en Madrid de todos,	80
	que digas tú por mil modos que ando tras una mujer? Vuelve la tuya cansada de lo [que] sufriendo está, que hay mil que la llaman ya	85
	la bella malmaridada. ¿Por qué has de andar desvelado, inquietando tus amigos, que dicen falsos testigos que vives ya mal casado?	90
	Teniendo mujer hermosa, andarte tú libre así deja entenderse de ti que ha de andar ella celosa. Da gracias, Leonardo, al cielo	95
	que fue Lisbella la que es, que puede estar a sus pies toda la envidia del suelo; que si no, tu andar al torno harta ocasión le había dado	100
	para haberte levantado hasta el mismo Capricornio.	
LEONARDO	Teodoro, no la amistad te haga descomedido, que lo que callado ha sido no busca tu enemistad.	105
	El amistad es de iguales, y si va a decir verdad, siempre la desigualdad	

	hace cosas desiguales.	110
	Deja estar a mi mujer, que el que es hombre y es casado, antes desto está obligado a saber lo que ha de hacer.	
	Y no te pido consejo para que me le des tanto, ni eres agora tan santo ni en tus consejos tan viejo	115
TEODORO	Jamás yo llegué a entender que tú me dijeras esto.	120
LEONARDO	¡Qué prolijo y qué molesto! ¡Qué necio y qué bachiller!	
TEODORO	Quien estando con su amigo, dice aquesto en su presencia es bien claro que en su ausencia se dará por su enemigo. Quédate Leonardo, a Dios, y no esperes verme más.	125
LEONARDO	Vuelve Teodoro; ¿do vas?, ¿pues siendo un alma los dos, pues así te piensas ir y dejar muerto un amigo?	130
TEODORO	Dísteme mucho castigo.	
LEONARDO	Sabes que te he de servir. De otras podemos tratar, que hay en Madrid como un oro, pero la propia, Teodoro, esa estese en un altar.	135
TEODORO	¿La bella fue a ofender a tu mujer?	
LEONARDO	Al marido, siempre sospechoso ha sido alabarle a su mujer. Y aun mira que más te digo: si eres de havello capaz, que aun a meterlos en paz no ha de acudir el amigo.	140
		145
TEODORO	Escríbeme un arancel	

	de aquello que está obligado, con el amigo casado, el que anduviere con él.	150
LEONARDO	El discreto ya lo sabe, mas yo te le escribiré.	
TEODORO	Pues, ¡sus!, yo le estudiaré.	
LEONARDO	Deja, Teodoro, lo grave y vamos a lo burlesco.	155
TEODORO	Hasme enseñado a callar y no he de saber hablar.	
LEONARDO	Aquí corre lindo fresco, y vendrán mil a escuchar los músicos de su alteza.	160
TEODORO	¿Pues cómo en esta aspereza pueden sentarse y cantar?	
LEONARDO	Las espaldas de palacio sobre aqueste parque dan, y aquí sentados están, cantando y tomando espacio; y muchos vendrán también que a cantar suelen venir, mas es cosa de reír que no cantarán tan bien,	165
	que es un milagro, Teodoro, ver su concierto estremado, parecen copia y traslado del alto y supremo coro.	170
	Cantan y dan dulce guerra, llevando el cielo en compás a los tonos de Juan Blas, que es un ángel en la tierra.	175
TEODORO	Con eso habrá ya cesado, como otras veces solía, la más gente que acudía a la frescura del prado. ¿Y que aquí su alteza escucha?	180
LEONARDO	Dios le guarde, que ha de ser tan gran rey que ha de exceder	185

esta grandeza, aunque es mucha.
Ha de hacer temblar el suelo,
ya en la paz, y ya en la guerra.

TEODORO Tal padre tiene en la tierra,
y tal abuelo en el cielo. 190

(Cantan dentro, en cuya ribera Albano.)

¿Cantan?

LEONARDO Las voces conozco.

TEODORO ¿Quién son en esta ocasión?

LEONARDO Son de un conde Scipión,
la tercera desconozco.

TEODORO ¿Es deudo del otro a caso? 195

LEONARDO Todo, Teodor, puede ser.

(Salen los músicos y el CONDE SCIPIÓN.)

CONDE Decir podéis la de ayer.

MÚSICO ¿Cuál fue?

CONDE La de Garcí Laso,
que tiene ingenio divino.

MÚSICO Es vieja ya, y está impresa. 200

CONDE ¿De que está impresa te pesa?
Lo más viejo es lo más fino.
¿Quién en ingenio le iguala?

MÚSICO Un Lupercio aragonés,
y un Camoes portugués¹. 205

CONDE Templá.

MÚSICO ¡Qué prima!

CONDE No es mala.

(Sale LISBELLA con manto.)

TEODORO	Una mujer ha venido.	
LISBELLA	¡Ayudadme, santos cielos, que vienen a ver mis celos los pasos de mi marido! ¡Cubridme con una nube, que encubra mi atrevimiento, pues fue el primer movimiento que en toda mi vida tuve!	210
TEODORO	Quiérome llegar a ella, que parece de buen talle que pasealla por la calle.	215
LEONARDO	Para ti bastaba vella.	
TEODORO	Sin duda dicen por mí lo del asno con la toca; toda mujer me provoca, lo que no quise, no vi; tantas quiero cuantas veo; en mi vida tuve envidia, sino al Turco.	220
LEONARDO	¿No fastidia ese enfado a tu deseo?	225
TEODORO	Qué necedades arrojas, pues sabes que tu mujer todas mueren por la ver, y tú de verla te enojas.	230
LEONARDO	¿Ya no te tengo rogado que dejes a mi mujer?	
TEODORO	Arancel he menester, o no ver hombre casado. Vive Dios por no escucharte que he de sentarme a este lado, el achaque es estremado.	235
LEONARDO	Yo me siento a estotra parte.	

(Siéntanse ambos a los dos lados de LISBELLA.)

CONDE	Vive Dios que se asentaron y que lo quería yo hacer. Cogido me han la mujer.	240
MÚSICO	La bendición te ganaron.	
LISBELLA	Este falso es mi marido. ¡En qué pasos mi honor mete! Y el otro el falso alcahuete con quien anda distraído	245
TEODORO	Yo, señora, soy un hombre moreno y desenfadado, Teodoro, en Madrid, llamado y Galaor, por mal nombre.	250
	Yo no sé de amancebarme: donde yo entro, entren todos; procuren por varios modos lo que tuviere quitarme.	
	No doy pesadumbre en nada, ni por fuerza la tomé, porque dos cosas juré cuando me ceñí la espada;	255
	son, si acaso las codicia vuestro deseo saber:	260
	no reñir sobre mujer, ni acuchillar la justicia. Soy pícaro y retozón, soy mancebo y soy bellaco,	
	y si me enojan, me aplaco con cualquier satisfacción.	265
	No hice verso en mi vida, no dije mal de mujer; sólo aquesto de querer de veras nadie lo pida.	270
	Y aunque fortuna me dio méritos tan desiguales, ¡vive Dios, que mis cien reales nadie los da como yo!	
LISBELLA	¡Bien os habéis retratado!	275
TEODORO	Mirándome en vuestro espejo, y lo que me falta dejo a vuestro ingenio estremado.	

LISBELLA	Grandes cosas os promete vuestro modo de vivir, porque dejáis de decir que sois.	280
TEODORO	Decidlo.	
LISBELLA	Alcahuete.	
TEODORO	¿Alcahuete yo?, ¿de quién?	
LISBELLA	De un caballero casado.	
TEODORO	Esto, Leonardo, he medrado de andar con vós.	285
LISBELLA	Yo también.	
LEONARDO	¡Ah, pobres de los casados, sujetos a tal rigor! ¡Oh martirio, oh fuego, oh amor, oh cruz y brazos quebrados!	290
LISBELLA	¡Oh pobres de las mujeres sujetas a un vil verdugo!, ¡oh lazo pesado, oh yugo, oh cruz, si cruz y horca eres!	
LEONARDO	Más deben a tus amigos los que su amistad profesan.	295

(Sale CASANDRA, con manto cubierta, y LUCINDO y LEANDRO.)

CASANDRA	Déjenme, que se embelesan, que no he menester testigos.	
LUCINDO	Celosa debéis de ir. ¿Está por aquí el galán?	300
TEODORO	Ya nuevos aires me dan. Dama, no os puedo servir, que otra que ha llegado al puesto me ha robado el corazón.	
LISBELLA	Estremada inclinación.	305
CONDE	Cantad algo, decid presto.	

(Cantan.)

LISBELLA	Quedo, no juguéis de mano, que soy casada y honrada.	
LEONARDO	Pues no estéis tanto tapada.	
LISBELLA.	Sed más noble y cortesano.	310
LEONARDO	¿Que casada sois?	
LISBELLA	Y tengo a mi dueño junto a mí.	
LEONARDO	¿Conoceisme?	
LISBELLA	Señor, sí, y aun a conoceros vengo.	
LEONARDO	¿A conocerme, por qué? ¿sabémonos ya los nombres?	315
LISBELLA	Sí, por ver que hay en los hombres tan poca verdad y fee. ¿Sois vós casado?	
LEONARDO	Y cansado.	
LISBELLA	¿Tenéis buena mujer?	
LEONARDO	Buena.	320
LISBELLA	¿Qué os da pena?	
LEONARDO	El darme pena.	
LISBELLA	¿De qué?	
LEONARDO	De lo que ha durado.	
LISBELLA	¿No os trata bien?	
LEONARDO	Bien me quiere.	
LISBELLA	¿Pues qué tiene?	
LEONARDO	Que es celosa, y el ser propia, que no hay cosa que tanto me desespere.	325

LISBELLA	No os debe de regalar.	
LEONARDO	Sí hace, pero tener mujer a hora de comer, mujer después, al cenar, mujer después, en la cama, y a todas horas mujer, y aquel cuidado tener de la familia y la fama, ¿a quién no espanta? ¡Ah, si Dios el casarse permitiera que un año a prueba se diera y que se acabara en dos!	330 335
LISBELLA	Celoso debéis de estar, sin duda que ella os disfama.	340
LEONARDO	Es un águila en su fama, no hay de aqueso que tratar. Ella me tiene a mí amor, yo soy el que no la pago, pues cien mil maldades hago, y ella vela por mi honor. Es arca de la virtud, y agora estará velando, o con sus horas rezando porque yo tenga quietud. ¿Sois vós casada?	345 350
LISBELLA	Sí soy.	
LEONARDO	¿Tenéis mal marido?	
LISBELLA	Malo.	
LEONARDO	¿No os regala?	
LISBELLA	¿Qué regalo?	
LEONARDO	¿Trátaos bien?	
LISBELLA	Con él estoy.	
LEONARDO	Mal paga vuestro deseo.	355
LISBELLA	Hablad y tened la mano.	
TEODORO	Como digo, soy indiano.	
CASANDRA	De la color yo lo creo.	

TEODORO	En la color y el sabor todo soy como pimienta.	360
CASANDRA	Bien en la cara le asienta de aquesa tinta el color, que hasta el mostacho es borrón de la del grifo estremado.	
TEODORO	Esta es mujer.	
CASANDRA	¿Que le agrado?	365
TEODORO	Sí.	
CASANDRA	Y él a mí, socarrón.	
TEODORO	Lo que durare esta luna os querré, y un hora más, y si anda el reloj atrás, quizá no os querré ninguna.	370
	En este me podéis vós disponer de mi obispado, proveyendo a vuestro agrado prebendas de dos en dos.	
	Simple, ninguna hallaréis, porque yo soy bellacón, tan del alma socarrón como en la cara lo veis.	375
CASANDRA	¿Pues para qué un hora ha sido después de amarme y amaros todo un mes?	380
TEODORO	Para olvidaros del tiempo que os he querido	
CASANDRA	Digo que yo soy contenta, que si mi amor os rindiere, aquel que un mes me quisiere, alargará más la cuenta.	385
TEODORO	Pues hágase la escritura por un mes de arrendamiento.	
CASANDRA	Respondo que la consiento.	
TEODORO	Ven, ventura.	
CASANDRA	Ven y dura.	390

TEODORO	¿Qué condición?	
CASANDRA	Pecatriz.	
TEODORO	¿Qué casa?	
CASANDRA	A lo cortesano.	
TEODORO	¿Hay almirez?	
CASANDRA	Con su mano.	
TEODORO	¿Qué plato?	
CASANDRA	Lomo y perdiz.	
TEODORO	¿Treinta días?	
CASANDRA	No cuente aquí. ¿Qué cuenta?	395
TEODORO	El gasto.	
CASANDRA	Ya enfada, vámonos, no cuente nada.	
TEODORO	¿Qué, por el camino?	
CASANDRA	Sí, en efeto eres criollo.	
TEODORO	Como esas maldades crío.	400
CASANDRA	¿Luego no es indio?	
TEODORO	Bien mío, del rostro, sí.	
CASANDRA	Vaya al rollo.	
TEODORO	Indiano soy, por tu vida, de aquí de Caramanchel.	
CASANDRA	Tan negra soy como él.	405
TEODORO	He aquí la señal perdida. ¿Y al fin se va?	
CASANDRA	¿No lo vee?	
TEODORO	¿Y ha me de dejar llorar?	
CASANDRA	¡Oh, bellaco singular!,	

	bien te quiero.	
TEODORO	¿A fee?	
CASANDRA	Sí, a fee, porque para desgarrado no eres malo para un mes. Ven conmigo.	410
TEODORO	Soy tus pies.	
(Vanse los dos.)		
LEONARDO	Teodoro va acomodado. Perdonad, señora mía, que le quiero ir a buscar.	415
LISBELLA	¿Cuándo os iréis acostar?	
LEONARDO	Todo es de noche hasta el día. (Vase LEONARDO.)	
CONDE	Ya la mujer han dejado.	
MAURICIO	Agora quiero llegar.	420
LISBELLA	Traidor, irete a buscar o callaré mi cuidado. Por ser propia me desprecias, ¿Hay más confuso dolor, desdichado del amor que vino a manos tan necias? Con otra mujer reposas, y me dejas sola a mí; iré llorando tras ti.	425
CONDE	¡Oh, qué quejas tan hermosas!, ¡oh, qué lágrimas vertidas!, ¡dichoso por quien las viertes!, ¡penosas, para tan fuertes!, ¡dichosas, para sentidas! Ella está mal empleada; espérate, llegaré.	430 435
LISBELLA	Traidor, yo te buscaré.	

CONDE	Señora...	
LISBELLA	Y bien desdichada.	
CONDE	¿Qué buscáis?	
LISBELLA	A mi marido.	
CONDE	¿Cuál es?	
LISBELLA	El que va de aquí.	440
CONDE	Yo os le trairé muerto aquí.	
LISBELLA	No está tan aborrecido, que aunque el traidor me ha dejado, es más justo a mi dolor que sufra celos mi amor, que no velle mal logrado.	445
	Adórole y él me deja, búscole y huye de aquí, vase y déjame, ¡ay de mí!, mirad si es harta mi queja.	450
CONDE	Quisiérala consolar, mas tan bien llora, y bien siente, que a no crecer mi accidente, gustara verla llorar. Hermosísima mujer de ingratisimo marido, vuestra música en mi oído sirena debe de ser. Canta el cisne con su muerte, llora la sirena en vida, y si es aquí mi partida, para morir vine a verte. Que si para mal casada tan hermosa os hizo Dios, sin duda dirán por vós la bella malmaridada. El alma y vida os rendí, el corazón y la fee, que sois del cabello al pie de las más lindas que vi. Vuestro marido os maltrata, regalo habéis menester, en mí le podréis tener	455 460 465 470

	con un hombre de oro y plata.	
	Soy bueno entre los mejores,	475
	famoso entre los más claros,	
	en quien podéis emplearos	
	si habéis de tomar amores.	
	Yo no os aconsejo aquí	
	que quien sois dejes de ser,	480
	pero si habéis de querer,	
	no dejéis por otro a mí.	
MAURICIO	Señora, el conde Scipión	
	es caballero romano,	
	deudo del otro Africano,	485
	y tiene el mismo blasón.	
	En vuestros ojos adora,	
	de vós tiene el ser que tiene,	
	con vuestro amor se conviene,	
	y en su pecho os atesora.	490
	Daros ha tras cada paso	
	la vida, cual dueño dél.	
LISBELLA	Dáseme de ti, ni de él	
	lo que piso o lo que paso.	
	Si él es romano, yo estraña;	495
	precio honor, si él honor precia.	
	Si es Tarquino, yo Lucrecia;	
	si él es Scipión, yo de España.	
	A España va a conquistar,	
	si a mí conquistarme piensa;	500
	soy torre con fuerza inmensa,	
	soy roca en medio del mar.	
MAURICIO	Tente.	
LISBELLA	No me digas nada.	
MAURICIO	Espera.	
LISBELLA	Quítate, infame.	
CONDE	Esto obliga a que se ame.	505
MAURICIO	Fuese.	

(Vase LISBELLA.)

CONDE	Mujer fuerte, honrada.	
MAURICIO	Déjala señor.	
CONDE	¡Necio! Pues respon[de: ¿de] qué cosa la puede hacer más hermosa, que no tener su honor precio?	510
	La mujer que está guardada, y guardare bien su honor, para siempre en más amor vive, y vive más honrada.	
	La que se deja llevar y vencerse cual mujer, esa no se ha de querer, ni nadie la ha de estimar.	515
	La mujer es noble y fuerte; la vida me ha de costar, o la tengo de gozar; mira tú el modo o la suerte.	520
MAURICIO	Eso tienes de romano, que emprendes cosas famosas y las más dificultosas suelen venirse a la mano. No tengas, mi señor, miedo, que esta se vendrá a allanar,	525
CONDE	Y en tanto, de mi penar moriré yo, bueno quedo. Ni sé su nombre, ni casa; guiadme, claros reflejos.	530
MAURICIO	Síguela, que no va lejos.	
CONDE	No va lejos, pues me abrasa. Echa por la puente nueva al juego de la pelota.	535
MÚSICO	El negocio va de rota.	
MAURICIO	Poca ventaja nos lleva.	

(**Vanse, y sale LUCINDO y LEANDRO.**)

LUCINDO	El diablo me hizo entrar para perder mi dinero.	540
LEANDRO	Yo sé deso que me infiero, y lo mejor es callar.	
LUCINDO	Mejor fuera estar oyendo la música en la Priora.	
LEANDRO	Váyase Artandro en buenhora, y créame que lo entiendo. Vaya con esos valientes, haciéndose un Amadís.	545
LUCINDO	Leandro, ¿qué me decís? ¿Qué estáis hablando entre dientes? ¿Hanse burlado de mí? Allí dónde se jugó, ¿no jugaban bien?	550
LEANDRO	No.	
LUCINDO	¿No? ¿Hanme mal ganado?	
LEANDRO	Sí.	
LUCINDO	¿Sí?	
LEANDRO	No viva yo sola una hora si Artandro no juega mal.	555
LUCINDO	No perderé solo un real de todo el dinero agora. ¡Por vida de quien sabéis! ¡Bonito soy para eso!	560
LEANDRO	Que lo he pensado, os confieso. Más crédito no me deis, que es juicio temerario.	
LUCINDO	¿Que es temerario? Yo soy el temerario y quien hoy le he de ser mayor contrario. A quitárselo me ofrezco.	565
LEANDRO	Quedo, que es Artandro honrado.	
LUCINDO	¿Mi dinero es afrentado, o yo, que estarlo merezco?	570

Ya no hay mayor honra, hermano,
que en los que tienen dinero.
El dinero es caballero,
quien no lo tiene es villano.
Por tu Rey y por tu ley,
y por tu dinero luego.

575

LEANDRO Eso ha de ir con más sosiego.

(Entra un ALGUACIL.)

ALGUACIL² ¡Ténganse al Rey!

LUCINDO ¿A qué Rey?
Porque uno que me entró ahora,
ese me quitó el dinero.

580

ALGUACIL ¿Jugábase?

LUCINDO Sí.

ALGUACIL Eso quiero.
¿Adónde?

LEANDRO Aquí.

(Vase el ALGUACIL.)

TEODORO ¿Es aquí, señora?

LISBELLA Ésta es. ¿Teodoro en mi casa?
Aquí me podéis hablar

585

ALGUACIL ¿Quién es?

LEANDRO Déjalos pasar.
que una mujer es que pasa.

(Vanse los tres, entra CASANDRA y TEODORO y LEONARDO.)

TEODORO Aquesta es mujer, Leonardo,

	para decir y hacer.	
LEONARDO	Hoy me tengo de perder. Por verla en su amor, me ardo. Ya estoy, Teodoro, celoso solo de que la has mirado.	590
TEODORO	¡Por Dios que eres estremado! ¿De mí vives envidioso?	595
LEONARDO	Perdido por ella estoy.	
TEODORO	Yo te daré, si ella quiere, un cuarto a como saliere, como en el rastro le doy, y no te estará muy mal el comer carne sin pena, pues te la dan gorda y buena, sin pagar pimienta y sal.	600
LEONARDO	Fériame aquesta mujer; así Dios te de, Teodoro, una moza como un oro.	605
TEODORO	Digo que no puede ser. Ven mañana, que estaré un poco más enfadado; quizá por no verla al lado, de balde te la daré.	610
(Vanse y sale LISBELLA.)		
LISBELLA	Aquí dejé a mi marido, y aquí lo vuelvo a buscar para ver si puedo hallar tan mal ganado un perdido. Aquí vive la mujer que tan perdido le tiene.	615
LUCINDO	Leandro, una mujer viene.	
LEANDRO	¿Qué puede aquesta querer, sino el que se levantó a buscar algunas muelas?	620
LUCINDO	Mujer que a tal hora velas,	

¿qué hecho te desveló?
Vive Dios que huele bien.

LEANDRO No cruje mal el vestido, 625
romero y espliego ha habido.

LUCINDO Y a mí me nombra también.

LEANDRO Quedo, no nos des del codo.

LUCINDO Pues hablad, mas desde aparte.

LEANDRO Yo me acomodo a esta parte. 630

LUCINDO Yo a estotra me acomodo.

(Sale el ALGUACIL y tres jugadores.)

ALGUACIL Alto, pasen adelante.

[JUGADOR] 1.º Que todo se ha de hacer bien.

ALGUACIL En esa razón no estén, 635
que alguno habrá que se espante
por hablar tan desenvueltos.

[JUGADOR] 2.º ¿Que enfadaos la cortesía?

ALGUACIL ¿Que había, por vida mía,
algo de parar y vueltos?
Deténganse al Rey. 640

LUCINDO Ya, otra vez
a vós nos hemos tenido.

LEONARDO Dentro, en el fuego he caído,
no hay delito sin juez.

ALGUACIL Sin dama no los dejé, 645
¿cómo los hallo con dama?

LISBELLA Señor...

LEANDRO Allegad, que os llama.

ALGUACIL Descubierta os hablaré.

LISBELLA No lo habéis de permitir,

que soy casada y honrada; 650
llevadme hasta mi portada,
que yo os sabré servir

(Vanse el ALGUACIL y LISBELLA.)

LEANDRO Basta, que se la llevó.

LUCINDO Fue por ponernos en paz.

[JUGADOR] 1.º ¿Quién fue la del antifaz? 655

LEANDRO Nadie, pues nadie la vio.
¿Qué hizo el que tanto allana?

[JUGADOR] 1.º Nuestros nombres escribió
y a las ocho nos mandó
nos presentemos mañana. 660

LUCINDO ¿Artandro quédase allá?

[JUGADOR] 1.º ¿Ya no lo veis?

LEANDRO Buena pieza.

[JUGADOR] 3.º ¡Bien lo juega!

[JUGADOR] 2.º ¡De cabeza!

LEANDRO ¡Y aun de manos!

LUCINDO Pues caírá.

[JUGADOR] 2.º Como eso Madrid encubre. 665

[JUGADOR] 1.º No digáis mal de Madrid.

[JUGADOR] 3.º ¡Bello lugar!

LEANDRO Advertid
que cualquier vida descubre.

LUCINDO Yo he perdido mi dinero,
y esto sé.

[JUGADOR] 2.º Gentil locura. 670
Eso consiste en ventura.

LEANDRO Y aun en manos.

[JUGADOR] 1.º	Buen agüero.	
[JUGADOR] 3.º	Artandro es hombre de bien, trae amigos a su lado, anda bien acompañado, y es buen amigo también. Ninguno diga mal dél, que lo tomaré a mi cargo, y a defendello me encargo.	675
LUCINDO	Ninguno vuelva por él, porque otro como él será de sus pasos y sus tratos.	680
[JUGADOR] 3.º	Son honrados.	
LEANDRO	Y aun ingratos.	
[JUGADOR] 3.º	Con la espada lo dirá.	
[JUGADOR] 1.º	Ea, sed todos amigos, o hemos todos de reñir.	685
LUCINDO	Yo puedo hacer y decir.	
[JUGADOR] 3.º	Hablémonos sin testigos, que también aquí sabremos traer broquel en la pretina.	690
[JUGADOR] 1.º	Ea, cese la mohína.	
LUCINDO	Pues mirad adónde iremos.	
[JUGADOR] 1.º	Vamos a besar las manos a un reverendo figón.	
[JUGADOR] 2.º	Tú le has dite la razón.	695
LEANDRO	¿Sois amigos?	
[JUGADOR] 3.º	Como hermanos.	
LEANDRO	¿Quién lleva dineros?	
[JUGADOR] 1.º	Yo.	
LEANDRO	¿Habrá vino?	
[JUGADOR] 3.º	Y cantimplora, con quien el invierno llora lo que el verano cantó.	700

LUCINDO Pues sus daos priesa a andar.

[JUGADOR] 1.º Aquí vive, llamad presto.

LEANDRO ¡Presto!, entrémonos del puesto,
que así me he de despicar.

[JUGADOR] 1.º Creo que estará acostado. 705

[JUGADOR] 2.º Ya estará el figón durmiendo.

LEANDRO Llamad y, en no respondiéndolo,
haya piedra y pan tostado,
y coplita de repente.

[JUGADOR] 1.º Démosle una cantaleta. 710

[JUGADOR] 3.º ¡Quién fuera agora poeta!

[JUGADOR] 2.º Abre, amigo; abre, pariente.

[JUGADOR] 1.º Ya ha respondido.

(Dentro, FIGÓN.)

¿Qui vati?

[JUGADOR] 2.º ¿Habrá, amigo, colación,
y qué cenar?

FIGÓN Tanti son. 715

[JUGADOR] 2.º Entren todos.

FIGÓN No li falti.

(Vanse todos, sale LISBELLA y el ALGUACIL.)

ALGUACIL El lugar he rodeado
y por mil calles venido,
y hasta aquí me habéis traído,
y imagino que engañado. 720
Decís que buscáis un hombre
y no me decís quién es.

LISBELLA En eso solo veréis,
que es bien mi mal los asombre.

Por mil calles he venido, 725
y os he traído a este puesto.
Soy cazador, vuelvo al puesto
a ver si el ave ha caído.
Hoy, aquí, un hombre perdí
en casa desta mujer, 730
y perdida vuelvo a ver
si le puedo hallar aquí.
Vi a mi marido cenar
tan poco, tan sin sosiego,
hacerme regalos luego, 735
decirme amores, jugar;
que esto es lo que ha aprendido,
porque en este falso trato,
es como dar de barato
del gusto que se ha tenido. 740
Pidió sombrero con plumas,
zapato blanco pidió,
casado que así salió,
que no fue en blanco, presumas.
Salime tras dél, por ver 745
adónde me iba a afrentar,
acechele, vile entrar
en casa desta mujer.
Si no queréis permitir
que muera en vuestra presencia 750
de aquesta fiera dolencia
que hasta aquí me hizo venir,
hacelde señor bajar,
quitalde de entre sus brazos,
no goce los dulces lazos 755
do él a mí me hace penar.
Llamalde.

ALGUACIL No podrá ser,
si no es casa conocida.

LISBELLA Aquí he de perder la vida.

ALGUACIL Lo que por vós podré hacer, 760
con una buena razón,
juntaros, que a los casados
ver que están más obligados
los que en nuestro oficio son.
Callad, que es una ramera, 765

llamalde, bajalde, salga.
Hoy vuestro favor me valga,
si no queréis que aquí muera.

CONDE Digo que le llamaré.
¡Ha de casa!

(LEONARDO dentro.)

[LEONARDO]	¿Quién va allá?	770
ALGUACIL	¿Está aquí Leonardo?	
LEONARDO	Está.	
ALGUACIL	Baje.	
LEONARDO	¿Quién me busca? Bajaré.	
ALGUACIL	Esta dama os busca a vos. Bajad la espada, llevalda, servilda, querelda, amalda, y adiós, que no es más.	775
LEONARDO	Adiós.	

(Vase el ALGUACIL.)

TEODORO	¿Mujer que te busca a ti?	
LEONARDO	¿Buscaisme a mí?	
LISBELLA	Sí, señor.	
LEONARDO	¿Quién sois?	
LISBELLA	Yo soy.	
LEONARDO	¿Quién?	
LISBELLA	Leonor.	
LEONARDO	¿Qué Leonor?	
LISBELLA	No sé, ¡ay de mí! Ya la voz se me acobarda.	780

¿Ya me habéis desconocido?

LEONARDO Tate, ya os he conocido:
¿no sois de en cas de Ricarda?

LISBELLA Sí señor, y envía a deciros
que os lleguéis allá. 785

(Entra el CONDE, y MAURICIO y TANCREDO.)

CONDE En tal trance
casada, el alma os alcance,
o el fuego de mis suspiros.
Di Mauricio, ¿no era aquella
que viste?

MAURICIO Buena es tu flema, 790
diste al fin en esa tema,
y hácesme correr tras ella.
Y después que a vella vas,
en la más sucia calleja
hallas una buena vieja 795
de sesenta años, y más.

CONDE ¿Vieja era, Mauricio? Di.

MAURICIO Y viéndose en este aprieto,
me dijo: ¿que buscáis nieto?
Que aun de serlo, me corrí. 800

CONDE ¡Ay, bellísima casada!,
¿dónde podré ir tras ti?
Mauricio, ¿no es esta?

MAURICIO Sí.

CONDE De aquestos está ocupada.
No puede ser que sea ella, 805
mas con todo he de esperar
a ver si la puedo hablar.

LEONARDO ¡Qué mujer, Teodoro!

TEODORO ¿Es bella?

LEONARDO Es un retrato del cielo.

TEODORO	¿Podrela, Leonardo, ver?	810
LEONARDO	Teodoro, no puede ser.	
TEODORO	¿Por qué?	
LEONARDO	No es cosa del suelo.	
TEODORO	Pues para verla.	
LEONARDO	Teodoro, no es del mundo aquesta pieza, es copia de la belleza del alto y supremo coro.	815
TEODORO	Truécame aquesta mujer, pues por ella estás perdido, por Casandra.	
LEONARDO	Ya has oído que aquesto no puede ser.	820
TEODORO	Has deprendido mi estilo.	
LEONARDO	Yo te daré, si ella quiere, un cuarto, a como saliere.	
TEODORO	Hieres por el propio filo. Ahora bien, déjame aquí y súbete tú allá arriba, buena moza, así yo viva.	825
LEONARDO	No habléis, Teodoro, así. ¡Ah, señora!, entretened por vida vuestra a este loco, mientras voy arriba un poco.	830
LISBELLA	Por él os haré merced.	
LEONARDO	Pues tomad esta sortija, que luego bajo.	
LISBELLA	Id con Dios.	
LEONARDO	Ya quedáis solos los dos.	835
LISBELLA	Aquí es justo que me aflija.	

(Vase LEONARDO.)

TEODORO	¿Por qué cubrís tanto el rostro?	
LISBELLA	No es, mi señor, para ver.	
TEODORO	Estremada es la mujer. ¿Tan fea sois?	
LISBELLA	Soy un monstruo. No seáis descomedido.	840
TEODORO	Pues un ojo me mostrad.	
LISBELLA	Está muy sin claridad.	
TEODORO	¡Vive Dios, que estoy perdido!, podré haber por algún modo una mano de alabastro.	845
LISBELLA	¿Cómo así?	
TEODORO	A uso del rastro, que se da con vientre y todo.	
LISBELLA	Cualquier cosa haré por él, si me llama una criada que queda atrás.	850
TEODORO	Ya es llamada: ¡Lucía, Juana, Isabel, Francisca, Antonia, Mencía, Petronila, Inés, Luisa!	
LISBELLA	Menos voces y más prisa, que importa a la fama mía.	855

(Vase TEODORO.)

CONDE	Ya el hombre se ha escapado. Agora quiero llegar, Mauricio, no hay que dudar.	
MAURICIO	¿No ves su sol eclipsado? Ella misma es.	860
CONDE	Venturosa la hora que me he tardado,	

	pues tanto bien he ganado.	
LISBELLA	Déjame, que estoy furiosa, que el dolor que me traspasa me tiene fuera de mí.	865
CONDE	¿Vivís, mi señora, aquí?	
LISBELLA	Sí señor, esta es mi casa.	
CONDE	¿Aquí vivís?	
LISBELLA	Aquí muero, con un dolor excesivo.	870
CONDE	Pues yo, señora, aquí vivo con un amor verdadero, y pues tan dichoso fui que hallé el tesoro perdido que desprecia tu marido, merezca gozarle aquí Déjame, mi bien, que afrente al que te tiene y desprecia, no seas casta Lucrecia, con quien de honra no siente.	875
	Quien no te tiene en sus brazos casada, dadas las doce, no es bien que al alba te goce, ni al sol que desparte abrazos. Yo solo te merecí, y no el traidor que te deja, casada, hermosa, con queja.	885
LISBELLA	No vivo yo aquí, ¡ay de mí!, pero vive en esta casa una mujer hechicera, por quien ordena que muera este fuego que me abrasa. Ésta goza en dulces lazos, llegad señor y llamalde, y si no, subí y quitalde no me ahogue entre sus brazos.	890
		895
CONDE	¿Que no es vuestra casa aquesta?, pues id mi bien a la mía, goce yo de una alegría, que ya tan cara me cuesta.	900

	No os goce quien no os merece, sino aquel que por vós muere.	
LISBELLA	No hagáis que me desespere con la pena que me crece. Déjame, que daré voces con el furioso accidente.	905
CONDE	¡Qué bien llora y qué bien siente casada!	
LISBELLA	¿No me conoces? Casada y perdida estoy.	
CONDE	Hónrate, honrada, conmigo, no aguardes a ese enemigo por quien yo sin vida estoy. No quieras a tu marido.	910
(Entra TEODORO.)		
	La pescada me han pescado. Por Dios, muy buen lance he echado; quiero reñir, ya he reñido. Mas no, que no puede ser el juramento quebrar ni a justicia acuchillar, ni reñir sobre mujer.	915
	Ahora bien quiérome entrar. ¡Ah, señores caballeros!, ¿pasaré? ¡Qué tres tan fieros!	920
LISBELLA	Hacelde un poco esperar.	
CONDE	¿Esperar?, ¿qué le queréis?	925
LISBELLA	Cualquier cosa haré por vós, si entre los tres, o los dos, ese hombre matar podéis, o dalle una cuchillada que cruce de parte a parte.	930
CONDE	Pues haceos a esotra parte, ¡ha, hidalgo, prevén la espada!	
TEODORO	¿Ah, hidalgo? ¿A las doce, hidalgo? Tres son. Borasca comienza.	

	Si no fuera por vergüenza, yo corriera como un galgo.	935
CONDE	¿No responde? ¿Que se enfada, pues que le vengo a rogar? O que se deje matar, o sufra una cuchillada.	940
TEODORO	¡Razonable es el partido! Menester habré un letrado.	
[CONDE]	Estará agora acostado.	
TEODORO	Yo le tomara dormido. Si es negocio de la capa, nunca yo la niego a tres. Si es por algún interés, requies y tierra del Papa.	945
CONDE	Esta dama lo dirá.	
LISBELLA	Por distraedor de casados y alcahuete.	950
TEODORO	¡Alto, soldados! Corrida la espada está. Hombre soy. ¡Matalde, muera!	

(Vanse todos acuchillando.)

LISBELLA	Sola estoy. Bien lo he trazado. ¡Ojalá aqueste adorado, mi enemigo entre ellos fuera! Agora tengo de entrar, pues no lo estorba ninguno. aqueste es tiempo oportuno para poderme vengar. Llamar quiero.	955 960
----------	--	--------------------------------

(Sale LUCINDO y LEANDRO, y los demás jugadores.)

LEANDRO	Bueno estaba aquel capón, aunque duro algún poquillo.	
---------	--	--

LUCINDO	Todo lo cubre el caldillo, en efeto, afeites son.	965
[JUGADOR] 1.º	Buena era la ginebrada.	
[JUGADOR] 2.º	¿Adónde iremos?	
[JUGADOR] 3.º	Al Prado.	
[JUGADOR] 1.º	¿Y no en cas de algún pescado?	
[JUGADOR] 2.º	Ya estará con su empanada.	
LEANDRO	Casandrilla vive aquí.	970
LUCINDO	Llamad.	
LEANDRO	Ya estará acostada.	
LUCINDO	Pues haya grita y pedrada.	
[JUGADOR] 2.º	Ya no quedará por mí.	
LISBELLA	Quiero volverme a mi casa; pues tan desgraciada he sido, quede empezado el partido deste fuego que me abrasa. Callar y sufrir me quiero celos furiosos a Dios.	975
	De uno me escapé, y de dos no sé si podré al tercero. (Vase.)	980
LEANDRO	No le deis grita, que es cosa de un amigo.	
LUCINDO	Un hombre sale.	
(Sale LEONARDO.)		
LEONARDO	No hay miedo que se le iguale. Decirlo es cosa forzosa: ¿Podré, señores, pasar?	985
LEANDRO	Pase.	
LEONARDO	Pues Teodoro tarda. Voyme, aquí, en cas de Ricarda	

sin duda debe de estar.
 Bien ternemos que reír; 990
 voy donde contarle pueda.
 (Vase LEONARDO.)

LEANDRO Sola queda.

LUCINDO Sola queda.

LEANDRO De golpe, haber de subir.

LUCINDO Quedo, que se espantarán.
 Id delante, Feliciano, 995
 Decilde que soy indiano.

LEANDRO Llamadme todos don Juan.

(Éntranse todos y sale LISBELLA en su casa, y FABIA, criada.)

LISBELLA Dame aquesas horas, Fabia,
 y ponme aquí un almohada.

FABIA ¿Vienes ya desengañada 1000
 de la mujer que te agravia?

LISBELLA Después aqueso sabrás.

FABIA Dilo, si sabello puedo.

LISBELLA Ha habido allá un largo enredo.

FABIA No quiero apurarte más, 1005
 pues tu gusto se concierta
 en querer disimular.

LISBELLA Déjame agora rezar.

FABIA Mi señor llama a la puerta.

LISBELLA Ten secreto en lo pasado. 1010

FABIA ¿Tú dudas en mi lealtad?
 ¿No sabes mi voluntad
 tan sujeta a tu mandado?

LISBELLA Pues dile que abra un criado.
 ¿Sabes que es tu señor cierto? 1015

FABIA Ya el criado tiene abierto;
reza aprisa, con cuidado,
que entra ya en el aposento.

LISBELLA Disimula y calla ya.

(Entra LEONARDO.)

LEONARDO ¿Que sin acostarse está? 1020
¡Oh, mi bien! ¡Oh, mi contento!
¿A tal hora estás vestida?

LISBELLA Rezando estaba por vós.

LEONARDO Si tal ángel ruega a Dios, 1025
segura estará mi vida.
Toma esta capa y espada.

LISBELLA ¿Venís, mi señor, cansado?

LEONARDO Ha habido, amiga, en el prado 1030
una música estremada.
Nunca quieres ir allá,
que hay mil regalos y coches.

LISBELLA Para dormir son las noches.
Bien estoy, señor, acá.
Descalza aquí a tu señor.
¿Queréis que entre algún criado? 1035

LEONARDO No me siento muy cansado,
empero traigo calor.

LISBELLA ¡Con qué corazón fingido
regalos me viene a hacer!
¡Desdichada la mujer 1040
que así goza su marido!

Jornada II

Sale el CONDE SCIPIÓN, TANCREDO y MAURICIO.

MAURICIO	Milagro fue conocella.	
CONDE	Estoy, amigos, tan loco, que a estarlo a todos provocho. Yo he conocido la bella.	
TANCREDO	¡Entre tantas, no fue poco!	5
CONDE	Necio, sí fue porque hacía la luz que della salía ventaja clara y notoria, con mil reflejos de gloria, dentro acá del alma mía.	10
MAURICIO	¿Qué tenemos por reflejos?	
CONDE	Lo que se causa, Mauricio, en los cristales y espejos, haciendo en ellos solsticio. Pues si la vieras, Tancredo, tan devota oyendo misa...	15
TANCREDO	Ser noble dello te avisa.	
CONDE	¿No viste, al decir el Credo aquella boca de risa?	
TANCREDO	¿Pues rióse el sacristán?	20
CONDE	Este necio hace su oficio. Tú solo me habla, Mauricio.	
MAURICIO	Bien hiciste del galán.	
CONDE	Daba de mi amor indicio. Mas dime: ¿A quién no venciera su honestidad, si la viera?	25
MAURICIO	Así dicen que ha de ser la que es principal mujer.	
CONDE	¿Cómo?	
TANCREDO	De aquesta manera: Será dama en la ventana, y en el estrado señora, en el aldea, aldeana y en el campo labradora, y en la mesa cortesana; en la calle, mucho amor, en la iglesia, cuanto pueda	30
		35

	devoción con el Señor. En la cama... Esto se queda para el discreto letor.	
CONDE	Harto bien lo has retratado, aunque es viva pintura de su divino traslado, que de su mucha hermosura ella sola es el dechado. Y así, tan honesta estaba ésta, mi casada bella, que al cielo mismo espantaba; pero más rezaba, que ella que a Dios por los dos rogaba.	40 45
MAURICIO	¿Y qué rogabas a Dios?	50
CONDE	Que la ablandase Mauricio, con mi tierno sacrificio, la dureza que a los dos y a mí me quita el juicio.	
MAURICIO	A Dios no se ha de pedir más de lo que fuere justo, que antes aparta lo injusto.	55
CONDE	De verme el cielo morir, ¿posible es que tenga gusto?	
TANCREDO	Que eres hereje. ¡Ay de ti!	60
MAURICIO	En la gentil Teología de Júpiter se decía que, en siendo uno amante, sí.	
CONDE	Pues al llegar a la pila, ¡oh amigos!, ¡oh hermanos!, vila meter una mano en ella, ¡que diera el alma por ella!	65
TANCREDO	Las lágrimas que destila. ¡Qué apurado tras el seso, agudo te ha hecho amor! Pero pregunto, señor: ¿por qué no fuiste travieso?	70
CONDE	Tuve, Tancredo, temor; que no dudes que pusiera, hecha lágrimas el alma,	75

	<p>porque en ella conociera mi dolor, mi pena y calma, cuando la mano metiera. ¿Pero no es esta que ves? Sin duda que vive aquí.</p>	80
MAURICIO	<p>Que oro, plata, interés no tendrá quien viene así en las plantas de sus pies.</p>	
<p>(Sale LISBELLA con manto, y un escudero.)</p>		
CONDE	<p>Pasar por delante quiero; oídme, buen escudero: desta dama, el nombre aguardo.</p>	85
BELARDO	<p>Es la mujer de Leonardo.</p>	
CONDE	<p>¿Quién, señor?</p>	
BELARDO	<p>Un caballero.</p>	
CONDE	<p>¿Y el nombre della?</p>	
BELARDO	<p>Es Lisbella.</p>	
CONDE	<p>¿Es la que llaman la bella?</p>	90
BELARDO	<p>La misma.</p>	
CONDE	<p>Deciros quiero...</p>	
BELARDO	<p>¿Qué?</p>	
CONDE	<p>Decidme, noble escudero: ¿podría yo hablalla y vella?</p>	
BELARDO	<p>¿Para qué?</p>	
CONDE	<p>Para servilla; que si esto hiciédeses vós...</p>	95
BELARDO	<p>¡Qué gentil necio, por Dios! Come a costa de la villa, hermano, y anda con Dios. Qué donoso majadero.</p>	100
CONDE	<p>Yo, amigo, soy caballero, y soy el conde Scipión, que para cierta razón, quise esto saber primero.</p>	
BELARDO	<p>Perdone, vueseñoría,</p>	105

	si a mi lengua le ha faltado la debida cortesía, que como no conocía, he andado tan demasiado.	
CONDE	Vós habéis andado bien, no os dé pena ese temor, que no conociendo a quién, eso no es faltar valor, tratar uno con desdén. Sabed que yo me he hallado en la iglesia esta cadena, y dicen que le ha faltado a esta dama, y por ser buena la guardo con tal cuidado. Querría que la llevéis, y de mi parte diréis que yo la hallé y se la envió, que de vuestra lengua fío que decírselo sabréis, que parecéis hombre honrado.	110 115 120 125
MAURICIO	¿En qué aqieste loco está creciendo su pena al doble?	
TANCREDO	Una cadena le da.	
MAURICIO	¿Qué habrá que el oro no doble?	
CONDE	Y si es algo menester, buscadme, que a San Luis vivo, adonde me podréis ver.	130
BELARDO	A serviros me apercibo.	
CONDE	Y yo a daros mi poder.	
(Vase BELARDO.)		
	Amigos, hoy es el día que amanece en mi alegría. Hoy me da favor mi estrella.	135
MAURICIO	¿Cómo?, ¿quírete la bella?	
CONDE	No, mas hoy ha de ser mía.	
MAURICIO	¿Cómo?, ¿qué es lo que ha pasado?	140
CONDE	Al escudero le ha dado	

	<p>una cadena que lleve para que mi amor apruebe a lo que estoy obligado. Hala llevado a la bella. Hoy se abona mi partido, si llega a su poder della.</p>	145
MAURICIO	<p>¿Y es el hombre conocido, o ha dado fianzas della?</p>	
CONDE	<p>¿No ves que parte engañado, diciendo que la he hallado? El hombre se la dará y ella que es mía sabrá, que es lo que yo he deseado. Vamos, amigos, que quiero mudar de gala y vestido, por el nuevo bien que adquiere, pues ya está el bien admitido, de donde yo el bien espero. Ve tú a aderezalla.</p>	150
MAURICIO	<p>Iré.</p>	155
CONDE	<p>Hazme ensillar un caballo; rompa estas piedras su pie.</p>	
MAURICIO	<p>Más despacio has de tomallo.</p>	
CONDE	<p>Más de prisa moriré. Ventana, balcón y pieza donde vive el dueño mío; aquí estoy y no me desvío.</p>	160
MAURICIO	<p>Haz que alquile la cabeza, que es aposento vacío.</p>	
(Vanse, sale LEONARDO y TEODORO.)		
LEONARDO	<p>¿A dónde te has detenido, que no te he podido hablar, por más que he dado en buscar? ¿Qué es lo que te ha sucedido, que ha dos horas que te aguardo?</p>	165
TEODORO	<p>¡Ah!, nunca pluguiera a Dios que saliéramos los dos aquella noche, Leonardo.</p>	170

	Que tanto peligro vi, cuando allí te dije, amigo, que estoy hablando contigo y creo que no es así.	180
[LEONARDO]	¿Tanto de mi bien te pesa, que así mi gusto me quitas? Tanto mis bienes limitas, que oyéndote mi bien cesa. ¿Buscar un hombre su gusto es una pena tan clara?	185
TEODORO	Si era justo me obligara, pero aquese es caso injusto. Que te amancebes me pesa, que es hacer el corazón cuchillo de bodegón, atado siempre a la mesa. No quiero dama ni dame, libertad a toda ley, porque si me han hecho buey, el buey suelto, bien se lame. No de hipócrita lo digo, ni porque dello te alteres, porque todo el mal que hicieres, lo ha de haber hecho tu amigo.	190 195 200
LEONARDO	Así te goces, Teodoro, que no por holgarse un hombre baja nada de su nombre, ni pierde de su decoro; ni por tratar un amigo, ni ir en casa de una dama, pierde nada de su fama, ni le pueden dar castigo.	205
TEODORO	Ni puede en conversación tomar un poco contento, y es menos del casamiento la prolija obligación. Es tan público y notorio, que dicen quieres tener esa amiga por mujer, y esotra por accesorio. ¡Vive Dios!, así mandó	210 215

	tu mujer, suegro y cuñado matarme aquel embozado que entonces me acuchilló. Como hablando estoy contigo, que soy tu amigo, y soy mozo, y si te echas en un pozo, lo ha de haber hecho tu amigo.	220 225
LEONARDO	Teodoro, Si yo entendiera que mi mujer tal mandó, ya estuviera viudo yo, y ella en la tierra estuviera. Si mi cuñado o mi suegro tal maldad imaginara, ¡vive Dios!, que los matara o tratara como un negro. También tienes enemigos que tus glorias envidiaron, pero pues no te mataron, sin duda fueron amigos. Por matarte, hacían alardes fingidos. Al fin huyeron.	230 235
TEODORO	Si amigos, muy necios fueron, y si enemigos, cobardes. ¿Qué piensa, el muy necio amigo, cuando en alguna ocasión, con gran disimulación quiere probar a tu amigo. No quisieron esperar, quizá de amigos lo hicieron, o porque en mi espada vieron ganas y aceros mostrar. Yo saco la espada tarde, mas, ¡vive Dios!, que después que ha menester buenos pies el que dos tajos me aguarde. Gustará verte apartar desta Casandra hechicera, que te trae desta manera, y con tu Lisbella estar. En tu casa recogido y no con tal vil mujer, que te hace el viento beber, y por bobo te ha cogido.	240 245 250 255 260

	Tras pescarte el buen dinero con tan fingidas respuestas, porque así lo hacen aquestas cuando ven un majadero que se ande boquiabierto tras ellas, cual tú.	265
LEONARDO	No entiendas que son tan pocas las prendas que tema ese desconcierto. Siempre de día la trato, solo a comer y dormir dejo, amigo, de acudir.	270
TEODORO	¿Y entretanto, mentecato?	
LEONARDO	Yo tengo puestas espías.	
TEODORO	¿Sobornallas no sabrán? ¡Por Dios, que hay algún rufián que come lo que tú envías!	275
LEONARDO	No soy tan necio, o tan feo, que no la obligue mi amor.	
TEODORO	¡Ah!, ¡que eres un pecador, que te engaña tu deseo; que a ninguno quiere bien, aunque pienses que te quiera. Guárdate, que es hechicera.	280
LEONARDO	¿Que es hechicera?	
TEODORO	También. ¿Cuál destas no lo ejercita, mide la mano y el brazo, las habas echa y cedazo y enciende su candelita? Tú estás con Casandra mal, pues con tan poca ocasión, descubres esa pasión y te dejas decir tal.	285
[LEONARDO]	Siempre me ha amado y querido. Mal tu pecho se declara.	290
TEODORO	¡Ah, que le miras la cara, y no el corazón fingido! Que lo hace por pescarte, como vee la bolsa franca,	295

	que cuando no tengas blanca, no ha de oírte ni mirarte. Y porque tan ciego estás, yo quiero que a verla vamos, y que los dos le digamos que aquesta noche te vas.	300 305
LEONARDO	Porque quedes satisfecho, quiero dejarme engañar, y a su casa he de llegar, a ver este engaño hecho.	310
TEODORO	Pues ya que a tu puerta estás, llama.	
LEONARDO	Creo que me ha sentido. Tú verás si me ha querido y si me quiere ahora más.	315
TEODORO	Tú verás tus desconciertos.	
LEONARDO	Gana me das de reír. Ya me sale a recibir con ambos brazos abiertos. ¡Qué gallarda pisa el suelo! ¿Que hiciera más un pavón?	320
TEODORO	Mejor dirás un frisón, ya con gualdrapa, o ya en pelo.	325
CASANDRA	Con estos brazos te espera tu esclava.	
LEONARDO	Yo los adoro.	
CASANDRA	¿Acá está también Teodoro?	
LEONARDO	Es mi media alma, y tú entera.	
TEODORO	De invierno y verano son. Bien es que dos almas lleve: tú serás alma de nieve, yo seré la de carbón. Perdonad, Casandra, a fe, que no os había saludado.	330 335
CASANDRA	¡Ah, pícaro desgarrado!	

TEODORO En todo me hacéis mercé.
 -¿Estáis buena? -Ya lo veis.
 -¿Y vós? -A vuestro servicio.
 -Sentaos. -No es ése mi oficio,
 pero harelo, baste pues. 340

LEONARDO Tú preguntas y respondes.

TEODORO Por ahorrar de cumplimento,
 yo me respondo y me asiento.

LEONARDO Al que tú eres correspondes,
 que esa tu crianza es. 345

TEODORO ¿No habrá mujer que entretenga?

CASANDRA No faltará.

TEODORO Pues ¡sus!, venga.

CASANDRA Llamaranla.

TEODORO Venga, pues.

CASANDRA Es fea como una bruja. 350

TEODORO ¿Quiérola yo para casta?
 ¿No es mujer?

CASANDRA ¿Pues no?

TEODORO Pues basta.
 Ojo tiene como aguja;
 no hay primer encuentro malo;
 tocas tenga y sea una mona;
 si es lejos, a la fregona
 de casa le haré un regalo. 355

LEONARDO Basta, bueno está Teodoro,
 razón será que ya impida
 este gusto mi partida. 360

TEODORO ¿Cuándo te vas?

LEONARDO Hoy.

CASANDRA Pues lloro.
 ¿Tú te vas?

LEONARDO Por quince días
 de tus ojos me destierro.

TEODORO Sí, tú te vas como perro.

CASANDRA Hoy se acabarán mis días. 365
 Muerta soy.

LEONARDO	¿Ves?, desmayada cayó. ¡Mal haya tal fe!	
TEODORO	¡Que así esta bellaca esté!, ¡oh, bellacona taimada! Advierta vuestra merced que no me ha engañado a mí.	370
LEONARDO	¿Para qué la hablas así? Criadas, agua traed. ¡Ah, mal haya tanto amor, y el haber venido aquí!	375
TEODORO	¡Mal haya!, el fingir le di y maldírasla mejor.	
LEONARDO	¿Para qué hablas así?	
TEODORO	¿Qué importa que esto le diga?	
LEONARDO	¡Ah, mi buena, dulce amiga!	380
TEODORO	¡Que esté esta bellaca así! Unas palabras sé yo con que luego en sí volviera si desmayada estuviera.	
LEONARDO	¿Que no lo está?	
TEODORO	Creo que no.	385
LEONARDO	Díselas.	
TEODORO	Están en griego.	
LEONARDO	No importa.	
TEODORO	Ya se las digo. Treinta escudos trae el amigo; llega y péscaselos luego. (Vuelve en sí.)	
CASANDRA	¡Jesús, y qué turbación!	390
TEODORO	¡Mira si han aprovechado!	
LEONARDO	Dile más.	
TEODORO	Halos prestado para cierta ejecución.	
LEONARDO	Tornado se ha a desmayar.	
TEODORO	Faltó a la palabra fuerza.	395
LEONARDO	Con otras, Teodor, la esfuerza.	

TEODORO	Aquí los trae.	
CASANDRA	¡Qué pesar!	
LEONARDO	Acabad ya, vida mía, que me tenéis de un cabello.	
CASANDRA	¿Que te vas?	
LEONARDO	Habré de hacello, por fuerza.	400
CASANDRA	¿Cuándo?	
LEONARDO	Este día.	
CASANDRA	¿Y qué he de hacer entretanto?	
LEONARDO	Regalarte, que aquí va dinero que basta.	
TEODORO	Ya está deshecho el encanto. Ya se ha pasado el desmayo.	405
CASANDRA	Al fin me dejas sin ti, muerta me has de hallar aquí.	
TEODORO	No finge mal; ¡rico ensayo!, sino que es a lo moderno.	410
LEONARDO	¿No tendrás de mí memoria?	
CASANDRA	¿Cómo esperaré tu gloria en mi pena, que es infierno?	
TEODORO	En él, plega a Dios, estés, si no mientes, magancesa.	415
LEONARDO	Harto el dejaros me pesa; beso a Casandra los pies.	
CASANDRA	A eso solo venías; muerta me hallaréis los dos. ¿Vase Teodoro con vós?	420
TEODORO	Soy el perro de Tobías, que no le puedo dejar; juntos vamos y vendremos. Bien finge lindos extremos.	
CASANDRA	Muerta me tienes de hallar.	425
TEODORO	Buena queda; tú verás si la hemos de hallar muerta.	

CASANDRA	Cierra, Drusila, esa puerta; ciérrala, no la abras más.	
TEODORO	Escúchala desde aquí.	430
CASANDRA	Cierra también la ventana, no haya luz tan de mañana, pues se va mi bien de aquí. Sea el limbo mi aposento. Hoy no me den de cenar; quírome entrar a acostar. ¡Jesús, qué mala me siento!	435
LEONARDO	Muerta queda de temor. De sí tengo de tornar; y si ella me ve tardar, ha de morir de dolor. Conocerás tu intención, ser pertinaz y perdida; por mí ha de acabar su vida.	440
TEODORO	Calla, que eres bobarrón. No hemos pasado la calle, que en pasando, ¡vive Dios, que le han de ver más de dos sobre el faldellín el talle! No hemos pasado la puente, que en saliendo es cosa llana que ha de ser el aduana donde combata la gente.	445
LEONARDO	De modo me persuades, que casi estoy por creer que todo eso puede ser, y que me dices verdades. Tú has de ver en sus entrañas que ha de ser su fin muy presto.	450
TEODORO	Apartémonos del puesto, y tú verás sus marañas. Verás si sabe vivir cuando la oprima tu ausencia, y verás si en tu presencia sabe llorar y fingir.	455
LEONARDO	Todo aqueso puede ser, mas cree de mí una cosa: que si aquesta es mentirosa,	460

que no creeré más mujer.
Quiero a mi casa llegar 470
y vestirme de camino,
si fuere mal adivino,
yo me condeno a azotar.

(Vanse y sale LISBELLA y BELARDO, con la cadena.)

BELARDO Esta cadena me dio,
y, que tú la habías perdido, 475
el hombre me declaró.

LISBELLA En todo engañado ha sido;
o el nombre o la casa erró.
Nunca tal joya perdí.

BELARDO ¿Tienesme por hombre a mí,
que la cadena trujera 480
si aquesto no me dijera?,
¿o no te confías de mí?
¿O es que pones en olvido
lo que en tu servicio he hecho? 485

LISBELLA No tienes que estar corrido,
que muy bien sabe mi pecho
que eres hombre bien nacido.
Pero púdote engañar
y engañote, no hay dudar. 490

BELARDO Aqueso he sentido más;
déjame ir allá y verás
si sé por tu honor tornar.

LISBELLA Eso es, Belardo, peor.
Mejor será remediallo, 495
antes que encienda el amor
fuego que, para apagallo,
sea menester el honor.

BELARDO ¿Qué es lo que quieres hacer?

LISBELLA Yo le quiero responder
de mi mano en un papel. 500
¿Hay recado para él?

BELARDO Presto se podrá traer.

LISBELLA Este extranjero, Belardo,
es el que hoy estaba en misa. 505

BELARDO	A escribirle te da prisa.	
LISBELLA	No imagines que me tardo: aquí mi mano le avisa que se reporte y entienda que tengo dueño y hacienda, que se esté quedo en su casa, porque, si por la mía pasa, habrá en ella quien le ofenda.	510
BELARDO	Que le añadieses, querría, que si acaso va creciendo su inexpugnable porfía, le harás matar.	515
LISBELLA	Voy diciendo eso con más cortesía, porque a un hombre principal no se puede escribir mal, ni perderle así el respeto. Con esto acabo, en efeto; gente suena en el portal.	520
(Entra LEONARDO, hablando.)		
LEONARDO	No hay nadie en esta casa, ¿qué es aquesto?	
BELARDO	Mi señor viene.	
LISBELLA	¿Pues no habías cerrado?	525
BELARDO	Esconde ese papel.	
LISBELLA	Conviene presto.	
LEONARDO	¿De qué estáis vos turbada, y él turbado? ¿Cómo no respondéis los dos tan presto? ¿Os ocupa el temor de lo pasado? ¿Qué hacía aquí el papel y escribanía?	530
LISBELLA	A mi padre, una carta enviar quería.	
LEONARDO	¿A vuestro padre? ¿A vos, por dicha, os falta algo en mi casa?	
LISBELLA	No es por falta alguna que tenga en vuestra casa, o baja o alta, pues vos sabéis que no falta ninguna. El alma se me aflige y sobresalta con el temor de mi crüel fortuna.	535

	No hay que dudar; yo tengo en vuestra casa lo que a mi calidad excede y pasa.	
LEONARDO	No más fingir, que ya he dado en el blanco. ¿De qué sirve fingir?; ¿que es otra cosa de que te pones colorado y blanco?	540
LISBELLA	Hoy es mi muerte, sin razón, forzosa.	
LEONARDO	¿A tu señor, agradecido y franco, a quien mostrabas risa vergonzosa, no respondes? Decidle qué ha pasado, que estoy, en fuego de mi honor, asado.	545
LISBELLA	¡Jesús, Señor!, ¿vós empuñáis la daga? ¿Tenéis, a caso, de mi honor recelo?	
LEONARDO	No os espantéis, Lisbella, que esto haga.	550
LISBELLA	¡Viva me trague, si os ofendo, el suelo!, mas, porque el corazón no se deshaga en el pecho, pensando este recelo, oídmme un poco; contaréoslo todo.	
LEONARDO	¿Con esa dilación pensáis el modo?	555
LISBELLA	Después que tratáis mujeres rüines, habéis tenido ruines pensamientos; viniéndoos a acostar a los Maitines, con mil livianos entretenimientos.	
LEONARDO	Haceisos todos unos serafines, en viendo descubiertos los intentos de vuestro mal vivir, y luego ha sido culpa el marido, que anda destraído.	560
LISBELLA	Paso, señor, que soy mujer honrada, y no lo agradecéis.	
LEONARDO	Gentil respuesta. No estáis, Lisbella, vós misma obligada, a vós propia, por vós, a ser honesta.	565
LISBELLA	En tales tiempos, que no está guardada la honra, sino a mil peligros puesta, tener honor guardado en casa es mucho.	570
LEONARDO	Qué grandes disparates os escucho. Muy bueno es que una mujer casada quiera que su marido la agradezca el vivir recogida y recatada, y esto dificultoso le parezca,	575

	y porque al otro le negó la entrada, entonada se empine y engrandezca, pidiendo galardón por lo que es pena. Si vós sois buena, para vós sois buena. Hízose el matrimonio, por ventura para que la mujer no le guardase, o para que encerrada en su clausura, por su marido y por su honor mirase.	580
LISBELLA	¿Y diósele al marido más anchura para que desvelado, desvelase a su casa y mujer con tal exceso?	585
LEONARDO	Callad, que me hacéis cargo sin proceso.	
LISBELLA	Si vós, Leonardo, fuérades tan bueno, no había que agradecer que yo lo fuera; mas andaisos de noche, y al sereno, bebiendo el viento de una vil ramera, y atrévese a la vuestra un hombre ajeno, que por dicha, quizá, no se atreviera si os viera en casa honesto y recogido, haciendo propias obras de marido. Sabén cómo andáis vós amancebado y que a mí me tenéis moza y ociosa, y atrévese algún hombre a vuestro lado, como a cama desierta y deseosa. Estos días, un hombre me ha mirado, a quien he resistido vergonzosa, y hoy me ha solicitado, estando en misa, y sabe Dios si yo lo he echado en risa. Dióle al fin a Belardo esta cadena para que me trujese hoy.	590
		595
		600
LEONARDO	¡Oh, villano!	605
BELARDO	Inocente de culpa y no de pena estoy. Por Dios, señor, detén la mano.	
LISBELLA	Viéndome, pues, de aquesta culpa ajena, porque se refriase este liviano, la cadena, volverle ahora quería, y desta suerte mi papel decía.	610
LEONARDO	Mostrad luego el papel.	
BELARDO	Esta es la prenda.	
LISBELLA	Mi bien, discreto sois.	

LEONARDO Soy desdichado.

LISBELLA ¿Queréis que este suceso el mundo entienda?

[LEONARDO] En vós misma se esté depositada. 615
Si tienes culpa, ¡al cielo te encomienda!
Entraos en ese aposento.

LISBELLA Con cuidado
me digas de tu vida.

LEONARDO En ti la empeño.

LISBELLA Que al fin, aunque eres malo, eres mi dueño.

LEONARDO Partamos luego. ¿Tú por dicha sabes 620
dónde vive este hombre?

BELARDO A San Luis decía.
Creo que es conde.

LEONARDO Esconde cosas graves
en su villana y loca fantasía.
Abre esa puerta y toma tú las llaves,
que si en algo padece la honra mía, 625
no ha de quedar en casa deste hombre
hoy cosa que de vida tenga nombre.

(Vanse. Sale el CONDE, TANCREDO y MAURICIO.)

CONDE Si ella me responde airada,
tenme, Mauricio, por muerto.

MAURICIO Que responderá es muy cierto. 630

CONDE ¿Cómo?

MAURICIO Está poco obligada.

CONDE ¿Pues qué le tengo de hacer?

MAURICIO Porfiar y porfiar,
que a una mujer el amar
la ha de venir a vencer. 635

CONDE Yo soy Mauricio, el vencido,
y el que había de morir hoy,
si en la pena con que estoy
no socorro mi sentido.
Bella casada, no huyo 640
de querer lo que tú quieres,
pues por ser lo que tú eres,

	a tu amor me restituyo. No te has de morir tan presto, pues la empezaste a ver hoy. Si de hoy a la muerte estoy, el vivir acaba en esto. Bella casada, no huyas de darme un nuevo favor, que moriré de temor, aunque mil miedos me arguyas. A ti sola me consagro, y cuando me des la vida, a ti te estará ofrecida, como a dueño del milagro. Cree Lisbella de mí, que a ti mismo cree mi dueño. A tu amor propio me empeño, pues la libertad te di.	645
MAURICIO	Sosiegate, no estés loco.	660
CONDE	Pierdo, Mauricio, el sentido de que guarde fee al marido, que a la mujer tiene en poco.	
MAURICIO	¿En poco, de qué manera?	
CONDE	Agraviándola el marido, pues que la tiene en olvido.	665
MAURICIO	El marido, si lo fuera, acá se usaba en España matar la hembra al varón.	
CONDE	Pues esa misma razón por igual a los dos daña. Los que se juntan en uno, siendo por mano de Dios, el daño será en los dos, igual lo fuera en el uno. Siempre el hombre es preferido en esto y en lo demás. ¿Qué razón para eso das?	670
MAURICIO	No más que ser el marido.	
CONDE	¿Luego la ley de la tierra difiere de la del cielo?	675
MAURICIO	Como dese cielo al suelo.	680

CONDE	¿Pues yerro en todo?	
MAURICIO	Sí, yerra, mas ven acá: ¿Dios no manda que al que me de un bofetón que le sufra otro?	685
CONDE	Es razón de Dios; en sus leyes anda.	
MAURICIO	Pues el mundo es de otra suerte, que me manda que le mate, y como desto no trate, quedo infame hasta la muerte.	690
CONDE	Yo querría disculpar a la bella, y tú no quieres. Yo disculpo a las mujeres, que muchos suelen culpar.	695
MAURICIO	Dime tú: si acaso un hombre con otro a su mujer viese y a los dos presos tuviese, con aqueste infame nombre, recibiría por descargo la justicia del marido que había andado distraído?	700
CONDE	¿Haces a Lisbella cargo? Di qué puede una mujer, si el marido la aborrece, amar a quien la apetece; dilo y dame este placer, que ojalá pluguiera a Dios que en eso el daño estuviera, antes que me aborreciera.	705 710

(Entra TANCREDO.)

TANCREDO	Dos hombres te buscan.
CONDE	¿Dos?
TANCREDO	Dos, y creo que de parte de Lisbella.
CONDE	¿Estás en ti? ¿Qué dices?

TANCREDO Así lo oí.
CONDE Este anillo quiero darte, 715
 y diles que entren.
TANCREDO Entrad.

(Entra LEONARDO y BELARDO.)

BELARDO ¿Conoceisme?
CONDE Aunque te vi
 donde el sentido perdí,
 conozco tu claridad. 720
 Que de aquel sol que has mirado,
 tanta parte te ha cabido,
 que vienes de luz vestido.
BELARDO En todo estás engañado.
 ¿Acuérdaste que me diste,
 con pecho falso y fingido 725
 esta joya que perdido
 mi señora había, dijiste?
CONDE Sí, me acuerdo.
BELARDO Yo, al momento,
 partí desde aquí a llevalla 730
 donde pudiera compralla,
 con mi loco atrevimiento.
 Que como partí engañado,
 la dí, y hizo tal efeto,
 que me puso en el aprieto 735
 que si yo fuera el culpado.
 Mi señora que la vio,
 dándome a mí solo el cargo,
 sin advertirme descargo,
 a su gente me entregó, 740
 donde si un ruego no hiciera
 el descargo en mi disculpa,
 yo, como autor de la culpa,
 por tu causa padeciera.
 Para saber la verdad,
 viene conmigo un criado, 745
 de su casa el más honrado
 y el de mayor calidad.

LEONARDO Yo soy quien vengo con él,
aunque no con poca pena,
y os traigo aquesta cadena 750
y con ella este papel;
y me espanto de que deis,
siendo noble y caballero
y tan nuevo y extranjero,
en servir a esa que veis; 755
que, aunque es verdad que el amor
a todos puede igualar,
puede esa mujer prestar
a muchas honra y valor.
Engañastes al criado, 760
dándole aquesa cadena,
para el tercero, aun no buena,
y vil para el amo honrado.
Tenéis mala información
de Leonardo y de Lisbella, 765
y no hacéis, Scipión, con ella
lo que en Capua Scipión.
Y si pensáis, por dinero,
conquistar su honra y honor,
muy honrado es mi señor, 770
muy rico y muy caballero,
y hallaréis, cuando él nos llame,
como yo muchos criados,
que ciñen a hidalgos lados
limpio acero y oro infama. 775
Lo que me respondéis, ved
porque me vaya.

CONDE No creo
que es mi delito tan feo.
Oíd, por me hacer merced:
Confieso que la miré, 780
y de su rostro, pagado,
engañé aqueso criado,
y esa cadena envié.
Y a aqueso me he atrevido,
no porque no fuese honrada, 785
sino porque mal casada
dicen que es con su marido;
que diz que es amancebado,

	y es justo que a una mujer que tantos pueden querer, no la deje de su lado. Aunque quien tales criados, a guardar su propia honra previene, muy justa disculpa tiene de olvidar esos cuidados.	790
	Pero podeisle advertir la guarde como a su vida, que fuerza muy combatida suele venirse a rendir. Que la quiera y que la ame, que aunque se finja más fuerte, nadie es bueno hasta la muerte, ni hasta el fin, bueno se llame. Y de mi parte, prometo no pasar su calle más.	795 800 805
LEONARDO	Con esto, que importa más, pido, señor, el secreto.	
CONDE	Yo os lo juro, y alumbrad, que creo que ha anochecido.	
LEONARDO	La luz que quise he tenido; mi señor, a Dios quedad.	810

(Vanse BELARDO y LEONARDO, y el CONDE se queda.)

CONDE	¿Hay suceso semejante? Perdido quedo, por Dios.	
TANCREDO	¡Qué criados, estos dos!	
CONDE	Amante soy de un diamante; que estas dos puntas, son guarda de su fuerza inexpugnable; ella es fuerza incontrastable del temor que me acobarda. ¿Hay suceso más crüel que el que a mí me ha sucedido? Mas oíd, que al fin he sido dichoso en este papel. Que al fin, de su mano fiel el cielo me ha socorrido.	815 820 825

MAURICIO	Dice aquí que te ha querido.	
CONDE	Oye y mira solo a él; y en qué palabras me fundo: «Cansome el estalle oyendo», ¿no dice aquí?	
MAURICIO	Así lo entiendo.	830
CONDE	Y que no escriba el segundo, pues quien me envía a avisar, bien me debe de querer. Mucho sabe esta mujer, y es fuerza que se ha de amar.	835
MAURICIO	Yo te daré una mujer que en corriendo la cortina, es la misma Celestina en el comprar y el vender. Escríbele con aquesta, que si eso has imaginado, hoy mejoras de cuidado, porque es cierta su respuesta; que Adhano se fio de aquel que llevó el pasado, y aqueste engaño ha buscado, y con esto te avisó.	840 845
CONDE	Mauricio, sin duda es cierto; búscame aquesa mujer. Amanezca en mi placer, pues llegó mi bien al puerto. Ya no temo a mi contrario; y vamos, porque querría pasar por la platería a comprar un relicario.	850 855
MAURICIO	¿Para qué?	
CONDE	Para poner aqueste papel bendito.	
MAURICIO	¡Qué hueso de san Benito! Mas quizá lo vendrá a ser.	

(Vanse y sale TEODORO y FABRICIO.)

TEODORO	¿Al fin la banda te dio?	860
FABRICIO	Luego que vio tu papel, dío lo que pides por él.	
TEODORO	¿Y el corte no?	
FABRICIO	El corte no; pero diome raso bueno, de lo fino valenciano, que no se quiebra en la mano, ni cruje de goma lleno. Diome ligas.	865
TEODORO	¿Qué color?	
FABRICIO	De encarnado tafetán.	
TEODORO	¿Y oro?	
FABRICIO	De lo de Milán, que es más delgado y mejor.	870
TEODORO	¿Compraste los zapatillos?	
FABRICIO	Con caireles de oro y seda.	
TEODORO	Yo gasto linda moneda.	
FABRICIO	De los blancos y amarillos.	875
TEODORO	La cuenta te estoy pidiendo, que si fuera para mí. Llévalos, Fabricio, y di que iré en ganando o perdiendo, que aquí, desde aquí a las diez, me quiero entrar a jugar.	880
FABRICIO	Dime qué te ha hecho dar tantas cosas de una vez, tú que en las casas entrabas y a mujeres les comías cuanto en alacenas vías, y hasta espejos les hurtabas. ¿De ver esta sevillana, te has mostrado tan rendido?	885
TEODORO	¡Qué poco me has entendido!	890
FABRICIO	Calla, que es una gitana y te pelará las barbas, si das tanto en humillarte.	
TEODORO	Como ésas tengo, a una parte,	

	tripuladas como parvas.	895
FABRICIO	Otra mozuela sé yo que es más nueva en el oficio.	
TEODORO	¿Mozuela, dónde Fabricio?	
FABRICIO	Aquesta tarde llegó. Ello todo es alquilado, cuanto en su casa se aliña, hasta la ropa y basquiña, mas es de limpio tramado.	900
TEODORO	¿Hay garabato?, ¿hay limpieza?	
FABRICIO	Plata, nieve y lo demás.	905
TEODORO	Pues eso le llevarás.	
FABRICIO	¡Oh, qué pies! ¡Oh, qué cabeza!	
TEODORO	Déjame, que estoy perdido. ¡Ah, muchacha de los cielos!	
FABRICIO	¡Qué cascos!	
TEODORO	Ya tengo celos del malo que la ha traído.	910
FABRICIO	¿Que la tienes tanto amor? Gente viene.	
TEODORO	Hazte a esa parte. ¿Pues qué hay, señor Durandarte?	
(Entra LEONARDO.)		
LEONARDO	Ya ve, señor Galaor, pues bien. ¿Cómo va, Teodoro? ¿Dónde bueno se despacha?	915
TEODORO	¡Oh, Leonardo, qué muchacha!	
LEONARDO	¿Es hermosa?	
TEODORO	Como un oro.	
LEONARDO	¿Cuándo la viste?	
TEODORO	Fabricio me lo ha dicho; llévale eso, que pierdo por ella el seso.	920
FABRICIO	Voy a hacer, señor, mi oficio.	

LEONARDO	¿Viste a Casandra, Teodoro?	
TEODORO	Vamos, Leonardo, de aquí.	925
LEONARDO	No pienso pasar de aquí. Solo a mi Lisbella adoro.	
TEODORO	¿Búrlaste, Leonardo?	
LEONARDO	¿Cómo?	
TEODORO	¿Estás conmigo fingiendo?	
LEONARDO	La verdad te estoy diciendo; aquesto de veras tomo. Ya todo se me ha olvidado, ya dejo esos disparates.	930
TEODORO	Pues como ya de eso trates, en mí tendrás un criado. ¿Has visto a Casandra más?	935
LEONARDO	¿Cómo la he de ver sin ti, pues desde ayer no te vi?	
TEODORO	¿Pues qué es aquesto en que das, que te lleva a tu Lisbella, que de Casandra te aparta?	940
LEONARDO	La ocasión, amigo, es harta. Quiero adoralla y querella. Ya he visto lo que hay que ver. ¡No más burlas, santo honor!	945
TEODORO	De ti no quiero, en rigor, lo que no quieras saber. Gusto no vería tras quien te diera algún bebedizo, envuelto en algún hechizo.	950
LEONARDO	Déjalo, Teodoro. Ven, que he de ver si me olvidó, pues estoy junto a su casa.	
TEODORO	Ven y verás lo que pasa.	
LEONARDO	Todo, Teodoro, pasó.	955
(Vanse, sale CASANDRA, JULIO y LUCINDO.)		
CASANDRA	¿Cómo no veniste, amigo, que hasta agora te esperé?	

JULIO	No pude venir; a fe, cree de mí lo que te digo.	
CASANDRA	Sentémonos, pues estamos seguros de aqueste ausente.	960
LUCINDO	Vuesa merced no lo miente, si no quiere que nos vamos.	
CASANDRA	Pon en mi regazo, amigo, la cabeza; espulgarela.	965

(Entra ALEJANDRO y ARTANDRO.)

LUCINDO	Dormireme.	
ALEJANDRO	Bien se vela. Aguardadle.	
JULIO	Aqueso digo.	
ARTANDRO	Llamen a Leonora y Fabia. Tendremos conversación.	
CASANDRA	Tienen cierta ocupación.	970
ARTANDRO	Esa ocupación me agravia.	
LUCINDO	¿Hay rifa?	
CASANDRA	No faltará. Estas manillas en veinte escudos.	
JULIO	Vaya pariente...	
ALEJANDRO	Echada la suerte está.	975
CASANDRA	Los naipes están aquí.	
JULIO	¿Casandra no ha de rifar?	
ALEJANDRO	De aqueso no hay que dudar.	
ARTANDRO	¿Alzo por la mano?	
LUCINDO	Sí.	
JULIO	Esto es que el mejor la gane y la pague el más ruin.	980
ALEJANDRO	Aqueso es decir, al fin, que uno hiera y otro sane.	
ARTANDRO	Sentado estoy.	

LUCINDO Yo también.

(**Entra TEODORO y LEONARDO.**)

TEODORO	Leonardo, ¿direlo yo?	985
LEONARDO	Es la que se desmayó.	
TEODORO	Y la que es maya también. Echarelos por ahí, así como están sentados.	
LEONARDO	Estemos más sosegados.	990
TEODORO	Vaya por amor de ti.	
LUCINDO	Veinte tengo.	
ARTANDRO	Bueno estás. Quédome yo en la posada.	
JULIO	¡Naípe! Dame aquí una espada, sola esta vez y no más.	995
LEONARDO	¡Quién te la pasara a ti, bellaco, desvergonzado!	
TEODORO	Leonardo, más sosegado está, si has de estar aquí.	
JULIO	¡Naípe! Esta vez y no más. ¿Quién sopla?	1000
CASANDRA	Yo.	
TEODORO	¡Ah, socarrona! ¡Tan presto diste en soplona, estando tu bien detrás! Digo, tu galán ausente.	
LEONARDO	¿Que no me queréis dejar? Que eche Teodoro a rodar por aquí toda esa gente.	1005
JULIO	Espadas es, ¡vive Dios!	
CASANDRA	El soplillo te lo diga.	
JULIO	Sírvete dellas, amiga.	1010
TEODORO	No se soplan mal los dos.	
ARTANDRO	¿Qué hacéis vós?	

ALEJANDRO	Muerdo esta sota.	
LUCINDO	La misma me ha entrado a mí.	
ARTANDRO	¿Bailarase?	
ALEJANDRO	Sí.	
JULIO	Eso sí.	
LUCINDO	Siempre el ganar alborota.	1015
TEODORO	Llega, que está encarnizada.	
JULIO	Ya vino el de los favores.	
LEONARDO	No cese por mí, señores, la música comenzada.	
ALEJANDRO	¡Ojo!, el del alma ha venido.	1020
LUCINDO	Y aun el del cuerpo también.	
ARTANDRO	Yo me voy.	
ALEJANDRO	Y yo también.	
JULIO	Y yo.	
LUCINDO	Contadme, por ido.	
CASANDRA	¡Jesús!, ¿tan presto has venido?	
LEONARDO	¿Por qué, Casandra, se van?	1025
TEODORO	Porque eres tú su galán.	
LEONARDO	¡A qué tiempo me has cogido! ¿Eres tú la desmayada, y que se moría por mí?	
CASANDRA	Consolarme pretendí, que estaba desconsolada. Dame, mi bien, esos brazos. Acabemos, no haya más.	1030
LEONARDO	No esperes verme jamás, que antes los haré pedazos.	1035
TEODORO	«¿A eso solo venías? Muerta me has de hallar, a fe.» ¿Qué te parece?	
LEONARDO	Que fue lo mismo que tú decías. Vamos, Teodoro, no más.	1040
CASANDRA	Este traidor lo concierta.	

TEODORO	Cierra, Drusila, la puerta; ciérrala, no la abras más.	
CASANDRA	Voyme, si me hablas así.	
TEODORO	«Cierra también la ventana, no haya luz tarde y mañana, pues se va mi bien de aquí. Sea el Limbo mi aposento. Hoy no me den de cenar, quírome luego acostar. ¡Jesús, qué mala me siento!»	1045 1050
CASANDRA	Si me tratas desa suerte, presto me verás morir.	
TEODORO	Gana me da de reír. Tenla, que se dará muerte. ¿Estás ya desengañado? ¿Podrémonos ya volver?	1055
LEONARDO	Voy, Teodoro, a mi mujer, que adoro en ver su traslado. ¿Y tú dónde irás agora?	1060
TEODORO	¿Ya no conoces mi tacha? A ver aquella muchacha, que la adoro habrá media hora.	
LEONARDO	¿Es hermosa?	
TEODORO	No la he visto, pero paréceme a mí que es bonita.	1065
LEONARDO	Voy tras ti.	
TEODORO	En balde tu honor resisto.	

Jornada III

Sale LEONARDO y LISBELLA, con una cadena asidos.

LEONARDO	Soltad, Lisbella. No deis lugar a algún disparate.	
LISBELLA	No he de hacello, aunque me mate vuestra mano.	
LEONARDO	¿Qué queréis, dar lugar a que me enoje, con resistir la cadena? Daisme a entender que es ajena con eso.	5
LISBELLA	Que así se arroje vuestra lengua para hablar cosas contra vuestro honor. Soltadla, por Dios, señor, que sí la quiero guardar. No fue por daros pasión, ni porque a mí se me diera nada de que se perdiera; mas téngole yo afición, que quien nos daba sin pena sortijas, manillas, broches, estas tres o cuatro noches, diera también la cadena; que si yo la he resistido fue por ser la primera cosa que hizo fe de vuestra esposa cuando fuistes mi marido. Y así quise guardar esta, por tener el fundamento que hizo fe de un casamiento que ya tan caro me cuesta.	10 15 20 25
LEONARDO	Soltadla, que ya sé yo por qué tanto la guardáis.	30
LISBELLA	¡Cómo!, ¿pues no os acordáis que vós me la distes?	
LEONARDO	No.	

LISBELLA	<p>¿No, decís?, ¿pues no sabéis que vós propio la trujistes y al cuello me la pusistes?, ¿ya olvidado lo tenéis? Y cáusalo la pasión desas indomables iras. ¡Ay, Dios!, que en el cielo miras la propia imaginación. Mira mi honor afrentado.</p>	35 40
LEONARDO	<p>No digo que no sois buena. Dadme agora la cadena, Lisbella, que estoy picado.</p>	
LISBELLA	<p>Ya os digo por qué la guardo, que no es por el valor della.</p>	45
LEONARDO	<p>Acabad, quedaos con ella, que yo os prometo...</p>	
LISBELLA	<p>Leonardo, a un hombre de tanto peso, es justo que así le ciegue un vicio vil, y que juegue su hacienda con tal exceso. ¿No veis vuestros hijos dos?, ¿y no veis vuestra mujer, que lo habrá bien menester?</p>	50 55
LEONARDO	<p>Andad, mal os haga Dios, que cuando me entretenía de noche con un amigo, pongo al cielo por testigo, que sufriros no podía. Que si en una casa entraba, dábades voces al cielo y venganza a todo el suelo diciendo que os afrentaba; y yo entraba honradamente, y vuestra rabia y furor me hizo con vuestro rigor mal casado con la gente.</p>	60 65
LISBELLA	<p>¿Yo, señor?, ¿pues qué os hacía? ¿En mi casa no me estaba? ¿A mis solas no lloraba? ¿Quitábaos vuestra alegría?</p>	70

LEONARDO	Sí, y perdíades el juicio diciendo que yo os dejaba.	
LISBELLA	Luego, si un vicio se acaba, comenzáis por otro vicio. ¿No puede un hombre casado tener su gusto y favor, sino siendo jugador y dando en amancebado?	75 80
	Pues de aquí, Leonardo, os ruego que si algún vicio ha de haber, deis el alma a una mujer, y no se la deis al juego; que a los ratos oportunos de gozar vuestros favores, de tanto decirle amores, quizá me diréis algunos. Que cuando allá fuera andaba vuestro gusto entretenido, o por ser vós mi marido, o porque yo me quejaba, entre mil requiebros bellos, vuestros brazos tuve asidos, y aunque para mí fingidos, yo me engañaba con ellos. Y aunque por esto engañada, gozaba de vuestro lado, y con nombre regalado, era de vós regalada.	85 90 95 100
	Y agora que estáis conmigo, como el sueño no es pesado, más espaldas me habéis dado que un cobarde a su enemigo. Dormís con poco sosiego, coméis poco alborotado, andáis desasosegado, y abrasaisme en puro fuego. Y agora, si os digo «muero, mi bien», luego se alborota vuestra alma, y dice «una sota me quitó todo el dinero». No quiero competidor tan grande, que una mujer otra la podrá vencer	105 110 115

	con industria, o por amor; mas contra un naípe no sé treta que pueda valerme.	
LEONARDO	Todo eso es entretenerme. La cadena se me dé, Lisbella, que ya sabéis lo que es un hombre picado.	120
LISBELLA	Basta lo que habéis jugado y lo que holgado os habéis. Mirad que os está muy mal, señor, que de vós se diga que ayer dejastes la amiga y hoy jugáis vuestro caudal. Que el que es, cual vós, caballero, Leonardo, debe atender a lo que ha de padecer su honra entre el vulgo fiero.	125 130
LEONARDO	Lisbella, el aconsejarme solo tiene de servir de enojarme y de reñir, y sobre todo, picarme; que oyendo vuestros consejos, y viendo lo que queréis, y que con ellos ponéis estos remedios tan lejos, he perdido en quince días más de cuatro mil ducados.	135 140
LISBELLA	Están, señor, bien jugados, pero no las joyas mías.	
LEONARDO	¡Acabad, soltadla ya!	145
LISBELLA	La vida podéis quitarme.	
LEONARDO	Vós pretendéis enojarme. ¡Soltadla!	
LISBELLA	Tarde será.	
LEONARDO	¡Oh pese a tal con la loca!	
LISBELLA	Vós ponéis en mi mano, padre, señor, primo, hermano.	150
LEONARDO	No más. Cerrá aquesa boca.	
LISBELLA	Por mujer, nunca me diste,	

	y ahora por el juego sí.	
LEONARDO	No más (Vase LEONARDO.)	
FABIA	¿Cómo estás así, señora, con penas tristes? ¿Cómo estás así?	155
LISBELLA	Mi Fabia, muero de un dolor temprano.	
FABIA	Mira que sale tu hermano.	
LISBELLA	Pues disimula, cual sabia.	160
(Entra CLAVELIO.)		
CLAVELIO	Leonardo, descolorido, y no hablarme cuando entré... Y vós en el suelo... ¡A fe, hermana, que habéis reñido! Vós estáis desta manera, ¡vive Dios!, si tal pensara, en la puerta lo clavara antes que della saliera.	165
LISBELLA	Hermano, en toda mi vida nunca más contenta estuve que agora.	170
FABIA	Una mujer sube.	
CLAVELIO	¿Qué fue, Lisbella querida, la causa deste interés?	
LISBELLA	Quería, hermano querido, darme Leonardo un vestido, que tú lo verás después. Y faltándole dinero, lleno de cólera y pena, tomó, hermano, una cadena que yo, como un hijo, quiero. Yo, como le vide airado, a tomársela corrí, caí y un pie me torcí, y de aquesto iba enojado.	175 180
CLAVELIO	¡Por tu vida!, ¿aqueso fue?	185

	Huélgome de haber venido y que tan poco haya sido.	
FABIA	No es poco torcerse un pie.	
LISBELLA	Dame tú, Fabia, la mano. ¡Ay, qué dolor he sentido! El chapín se me ha torcido; otro me den. ¡Ay, hermano, y qué gran dolor me dio!	190
CLAVELIO	No, Lisbella, ya lo entiendo, y que estás de mí encubriendo lo que entre los dos pasó. No me contenta, Lisbella, la envidia de vós vengada, creo que malmaridada quiere añadir a la bella.	195 200
LISBELLA	Hermano, no hay que dudar que lo que he dicho ha pasado, y no hay que tomar cuidado dello.	
(Entra MARCELA.)		
MARCELA	Hija, ¿podré entrar?	
LISBELLA	¿Quién es?	
FABIA	Aquella mujer que suele traer las tocas.	205
MARCELA	Ya las más, hija, a pocas, como no te dejas ver. Linda estás, guárdete Dios. ¡Qué deseo que tenía de verte ya!	210
LISBELLA	¡Madre mía!	
CLAVELIO	Dadle una higa.	
MARCELA	Y aun dos.	
LISBELLA	Muestra a ver. ¡Qué pobres son! ¡Qué viejos y sin donaire! Aqueste tiene algún aire, mas es vieja la invención.	215
CLAVELIO	¿Qué quiés, Lisbella, comprar?,	

	que todo pagarlo quiero.	
LISBELLA	Tente, no saques dinero.	
CLAVELIO	Todo lo quiero pagar.	220
LISBELLA	Para mayor ocasión quiero tus cosas, hermano.	
CLAVELIO	Como hermano y cortesano quiero pagar.	
MARCELA	No es razón.	
CLAVELIO	¿De que yo te pague huyes? No traes gana de vender.	225
MARCELA	Antes me echas a perder, y mis intentos destruyes	
CLAVELIO	¿No quiés vender?	
LISBELLA	Los tocados son de labor enfadosa. ¿No traes, Marcela, otra cosa?	230
MARCELA	Sí.	
LISBELLA	¿Qué?	
MARCELA	Guantes estremados.	
LISBELLA	No ibas a decir eso. ¿Qué cosa es? Dilo llano.	
MARCELA	¿No ves que está aquí tu hermano?	235
CLAVELIO	Nunca lo dejes por eso.	
MARCELA	Las cosas de las mujeres no se tratan con los hombres.	
CLAVELIO	Ya yo sé todos sus nombres, del peine a los alfileres.	240
LISBELLA	Vete, hermano, por tu vida.	
MARCELA	Vete y volverás después. Al fin, cualquiera me agrada. Bien dijo el otro: «por Dios, solo le enfadaban dos».	245
JULIO	¿Cuál?	
TEODORO	La monja y la pintada.	

(Cantan dentro.)

LEANDRO	¿Cantan?	
JULIO	Bien es que repares.	
TEODORO	Si es música, quiero oílla, que es de Lope la letrilla y el tono de Palomares.	250
ARTANDRO	¿No murió?	
TEODORO	Sí, ya murió.	
JULIO	El fue músico excelente.	
TEODORO	Poco su falta se siente, adonde Juan Blas quedó.	
JULIO	Gente viene, al parecer.	255

(Entra LEONARDO.)

LEONARDO	¿Es Teodoro?	
TEODORO	Sí, yo soy.	
LEONARDO	Leonardo soy.	
TEODORO	Aquí estoy. ¿Soy en algo menester? Mas pues a tiempo has venido. Siéntate, que luego iremos, que quieren cantar y oiremos.	260
LEONARDO	¡A qué tiempo me has cogido! Anda acá, vente conmigo, que vengo para espirar.	
TEODORO	Señores, dadme lugar para servir a un amigo.	265
JULIO	¿Somos menester allá?	
TEODORO	No, señores, quedá a Dios, solos nos vamos los dos, luego soy de vuelta acá.	270

(Vanse TEODORO y LEONARDO.)

LEONARDO	¿Royó el cabestro Teodoro?
----------	----------------------------

JULIO Un amigo le llamó.

ARTANDRO En efecto las tomo,
no tiene más ley que un moro.

JULIO Acabemos de oír cantar. 275

ARTANDRO Vamos, y grita les demos.

LEANDRO Belardo dijo: «escuchemos».

JULIO Que aun no se quiere olvidar.

ARTANDRO Será vieja la canción,
que eso está muy olvidado. 280

JULIO ¿Hay nuevo gusto?

ARTANDRO Estremado.

JULIO Si es Fabia, tiene razón.

(Vanse todos. Sale TEODORO y LEONARDO.)

LEONARDO Pasa como te lo digo.

TEODORO Más que lo sientes lo siento.

LEONARDO Hago aquí a tu entendimiento 285
y a tu gran valor testigo,
que mi alma está turbada.

TEODORO Confuso, Leonardo, quedo,
mas solo creer no puedo
que esté Lisbella culpada. 290
Y esto me hace entender
verla siempre tan honrada,
y en su honra recatada.

LEONARDO ¡Ah, Teodoro, que es mujer!
Pero, al fin, queda de suerte 295
que si es que culpada está,
esta mancha sacará
a mi honra con su muerte.
Porque ella queda encerrada,
y previne la invención. 300

TEODORO Estremada discreción,
y la invención estremada.
¿Tú has hablado a aqueste hombre?

LEONARDO Sí, ¿ya no te lo he contado?

TEODORO	Lo que me tiene espantado es que hombre de tanto nombre, de aquesa manera trate conquistar una mujer.	305
LEONARDO	A donde entra el buen querer, el pensar es disparate.	310
TEODORO	En efeto, esta es su casa.	
LEONARDO	Pues preguntemos por él, que ya por verme con él el corazón se me abrasa.	
TEODORO	¿Sabe que yo estoy aquí? Que aunque sea gente romana, echaré por la ventana a cuantos viven allí.	315
LEONARDO	Teodoro, nuestra amistad pide todas esas veras.	320
TEODORO	Cuando no me conocieras, fuera eso.	
LEONARDO	Dices verdad; que con llevarte a mi lado cree que estoy tan satisfecho que se sosiega mi pecho, cual si estuviera vengado.	325
TEODORO	El conde viene de fuera. ¿Habemos de hablarle aquí?	
LEONARDO	Sí, que mejor es así, y si lo negare muera.	330

(Sale el CONDE, MAURICIO y TANCREDO.)

CONDE	¿Partió Marcela, Mauricio?	
MAURICIO	Luego que vio tu embajada partió muy determinada de morir en tu se[rvicio]. Y no dudes, señor, de ella, de que saldrá con la empresa.	335
CONDE	Si aquesta tormenta cesa en el mar de mi querella, prometo dar un tesoro	

	al templo del dios de amor, de inestimable valor.	340
LEONARDO	Llega y háblale, Teodoro.	
TEODORO	Tú puedes llegar, Leonardo, que en efeto te conoce, y si ahora te desconoce, yo llegaré, que aquí aguardo.	345
LEONARDO	Dame, señor, esas manos.	
CONDE	Los brazos, dirás mejor.	
LEONARDO	Ya remedian tu dolor hoy los cielos soberanos; ya, la que se ha resistido a tu valor tantos días, hoy, con cien mil alegrías, a tu valor se ha rendido.	350
CONDE	Amigo, ¿tal es posible que la rindió mi porfía?	355
LEONARDO	Y a mí, por ella, te envía a llamarte.	
CONDE	Es increíble. Toma, amigo, mi tesoro, dello manda, veda y gasta, que a mí Lisbella me basta.	360
LEONARDO	Bueno va aquesto, Teodoro.	
CONDE	Aquesta joya recibe, que será señal de paga, hasta que otra mejor haga.	365
LEONARDO	Para venir te apercibe, y déjate deso aquí, que no es parte el interés a servirte.	
TEODORO	Que sí es. Tómala y dámela a mí.	370
CONDE	¿Quién es quien viene contigo?	
LEONARDO	El que te ha de abrir la puerta.	
CONDE	¡Oh, tú, de mi gloria cierta portero, llave y amigo!	

	<p>¡Abre mi alma con ella, pues por ella libre soy; aquí vivís desde hoy, y yo vivo con Lisbella! ¿Iremos a verla luego?</p>	375
TEODORO	<p>Cuando quisieres podrás, que mientras te tardas más, ella pena en mayor fuego. Mas ¿cuándo la habéis hablado, que tanto habéis merecido, pues tan presto habéis venido a mitigar el cuidado?</p>	380 385
CONDE	<p>Yo, amigos, nunca la hablé, que, aunque pené y padecí, nunca tal bien merecí, ni aun a mirarla alcancé. Siempre viví despreciado de su infinito valor; nunca mereció mi amor este lugar levantado. Siempre a mí me aborreció, y lo que he, por mí, perdido, he por los dos merecido.</p>	390 395
LEONARDO	<p>¿Que vós no la hablastes?</p>	
CONDE	<p>No. Que hoy, amigos, le envié a hablar con una mujer, y fue de tanto poder, que este favor alcancé. Que es, amigos, muy famosa en materia de un hechizo, y ésta con un papel hizo entrada a su vista hermosa. No os pese que haya empezado hoy aquesto que acabé: entrada a su pecho hallé cuando vivía descuidado.</p>	400 405 410
LEONARDO	<p>Hoy he ganado mi bien, dando a mis temores fin: que te ofendí, serafín, con tanta fuerza y desdén. Arrepentido, Teodoro,</p>	415

estoy de mi falso exceso.

TEODORO Leonardo, no digas eso.

LEONARDO ¡Oh, mi celestial tesoro!

MAURICIO Mira bien, que podrá ser
que te vengan a engañar, 420
que veo a estos dos hablar
y no los puedo entender.
Asegura bien tu pecho
con el negocio que intentas,
para que no te arrepientas 425
cuando ya esté el daño hecho.

CONDE ¡Ya, cobarde, sé lo que es!

MAURICIO Yo, señor, iré contigo.

CONDE ¿No irá un criado conmigo?

TEODORO Y bien puedes llevar tres. 430

CONDE ¿Veslo cómo está seguro?

MAURICIO Yo, por tu bien lo decía.

CONDE No perturbes mi alegría.

MAURICIO ¡De morir contigo juro!

CONDE ¿Podemos ir luego?

TEODORO Ven. 435

CONDE Venme, amigo, a acompañar.
¿Podemos armas llevar?

TEODORO Y un pistolete también.

(Vanse todos, y sale CLAVELIO, y su PADRE, y BELARDO.)

PADRE ¿Que los hijos le ha quitado?

BELARDO Ya te digo
adónde los dejé, aunque él me decía 440
que los llevase en cas de don Rodrigo.

PADRE Bien, hija, te bastó ser prenda mía,
que, por darte a Leonardo mi enemigo,
te di, en dote, la hacienda que tenía,
y más dote te di, que no de oro. 445
Tu pena siento y mi desgracia lloro.

CLAVELIO ¿Qué lloras porque tienes un mal yerno,

si tienes una hija tan honrada
 y un hijo, que la espada que gobierno
 espera de su sangre ver manchada? 450
 Sabía yo, desde el pasado invierno,
 cómo era del infame regalada,
 que, después de las doce, o casi al día,
 a ver sus hijos y mujer venía.
 Dejó de amancebarse, y dio en aqueso, 455
 que es más vicio jugar que amancebado,
 y perdiendo la hacienda, y aun el seso,
 se juega ya el honor que le ha quedado.

PADRE ¿Quién duda que la ha muerto o queda en eso?
 ¿Qué dice que es la causa?

BELARDO Haberla hallado 460
 en la manga un papel de cierto Conde.

PADRE ¡Bien todo a mi desgracia corresponde!
 ¿Pues qué dice Lisbella?

BELARDO Dice que era
 cierto papel de resplandor dorado,
 que aquesta tarde la solimanera 465
 le dio.

PADRE No está Leonardo tan culpado,
 porque si ello pasó desa manera,
 Leonardo por sí vuelve, como honrado.
 Lleva a los niños luego algún regalo,
 que a fe que no es Leonardo solo el malo. 470

BELARDO Voy a servirte.

PADRE Ve, y los dos iremos.

CLAVELIO ¿Quieres que vaya, padre, a la posada,
 para que gente con los dos llevemos?

PADRE No, porque si Lisbella está culpada,
 un padre y un hermano la tendremos, 475
 para que pase entre los dos la espada;
 que si ella nos ofende, ¿qué más honra,
 que quede entre nosotros la deshonra?

(Vanse, y sale TEODORO y MARCELA.)

MARCELA ¡Jesús, Teodoro! ¿A aquesta hora

	me buscas? Gran temor tengo.	480
TEODORO	Marcela, a esta hora vengo, porque me conviene agora.	
MARCELA	Si yo no te conociera, pudiérasme perdonar, que ya yo me iba a acostar. El jarro a la cabecera, que éste es mi reloj, Teodoro, y éste es todo mi regalo.	485
TEODORO	¿Y no será de lo malo?	
MARCELA	¿Malo? ¡Que vale un tesoro!	490
TEODORO	¿Pues tan presto te acostabas?	
MARCELA	¿Qué quiés, Teodoro? Ya ves: soy vieja, torpe de pies, y descanso. Tú llamabas cuando ya estaba en manteo, con mi jarrico de vino de lo bueno.	495
TEODORO	Y, al fin, vino a estorbarlo mi deseo. ¿No tienes calentador?	
MARCELA	Este, amigo, me calienta; este a mi mesa se sienta, a éste sólo tengo amor. A éste quiero lo que puedo, con él me voy a acostar, luego comienzo a rezar, hasta que dormida quedo. Si me despierta el humor, el olor que me provoca me lleva a besar su boca, que tiene un divino olor.	500 505 510
	Doyle un beso, y dos, y tres; vuelvo otro poco a rezar; si no puedo sosegar, vuelvo a calentar los pies.	
TEODORO	Mejor dirás la cabeza.	515
MARCELA	Todo lo caliente junto.	

TEODORO	Marcela, en aqueste punto te he menester.	
MARCELA	¡Buena pieza eres tú, Teodoro amigo, para que contigo vaya!	520
TEODORO	Ponte, Marcela, la saya, y escucha lo que te digo. Ya sabes que tengo humor alegre, soberbio y bravo.	
MARCELA	¡Ya estoy de tu humor al cabo! ¡Di adelante, pecador!	525
TEODORO	Tengo un amigo en el lazo, y habremos de apercebir una moza de servir, porque es esta noche el plazo.	530
MARCELA	Al cabo estoy de tu intento: tú me pides una moza, que sea de toda broza, metida en un aposento.	
TEODORO	Antes no me has entendido.	535
MARCELA	Pues, Teodoro, ¿qué deseas?	
TEODORO	Quiero que tú misma seas.	
MARCELA	Teodoro, ¿estás sin sentido? ¿Pues con mi edad he de hacer eso? ¿Qué es lo que pretendes?	540
TEODORO	¡Marcela, que no lo entiendes!, que esto a oscuras ha de ser; yo tengo de estar allí. No tengas ningún temor.	
MARCELA	Yo iré a servirte, Teodor. Mas...	545
TEODORO	¿Que no te fías de mí? ¿No ves que éste es un morlaco, y quiero burlarme dél?	
MARCELA	Ponme, Teodoro, con él, y verás lo que le saco. ¿Hay moha?	550
TEODORO	Lindo doblón.	

MARCELA	Pues ponme en el aposento, que yo le pescaré ciento y haré después la razón.	
TEODORO	Pues aquí es donde has de entrar. Entra presto.	555
MARCELA	Tus locuras son éstas. ¿Déjame a oscuras?	
TEODORO	Sí.	
MARCELA	¿Y quiéresme encerrar?	
TEODORO	Aquí quedo yo a la puerta. ¡Bien va de aquesta manera! Ya está dentro la hechicera: ¡la caza tenemos cierta! ¡Oh, si viniese Leonardo! Mas, ya viene. ¿Quién va ahí?	560
(Entra LEONARDO, el CONDE y los criados.)		
LEONARDO	¡Yo soy!	
TEODORO	¿Quién? ¿Leonardo?	
LEONARDO	Sí.	565
TEODORO	Dos horas ha que te aguardo. ¡Quedo, no hagas rüido! Entra en aquease aposento, donde espera tu contento.	
CONDE	Cielo, ¿tan dichoso he sido que aquí dentro está Lisbella?	570
TEODORO	Aquí está, señor, cerrada.	
CONDE	¿Que gozo de tí, casada, sin temor?	
TEODORO	¡Ya está con ella! Mueran estos dos que ves cuando estén más descuidados, que después, a los criados,	575
	yo te los pondré a tus pies. ¡Para eso son los amigos: para saber socorrer	580

al que los ha menester!

(Entra CLAVELIO y su PADRE.)

TEODORO	¿Quién va allá?	
PADRE	Dos enemigos.	
TEODORO	Tu suegro son y cuñado. ¡Vive Dios, que lo han sentido!	
LEONARDO	Teodoro, yo estoy perdido.	585
TEODORO	Y yo no estoy muy ganado.	
PADRE	Leonardo, ¿dó está Lisbella?	
LEONARDO	Aquí está, en este aposento.	
PADRE	Llámalas luego, al momento.	
LEONARDO	¡Lisbella!	
PADRE	¡Traidor! ¡Sin ella, me dirás qué es el papel que en la manga le has hallado!	590
LEONARDO	Si en algo estuve engañado, de hoy más confieso ser fiel. Yo la sospecha formé, pensando que era culpada; mas Lisbella es más honrada agora que nunca fue.	595
PADRE	Llama a todos tus criados.	

(Sale LISBELLA y BELARDO.)

LEONARDO	Ya están con Lisbella aquí.	600
CLAVELIO	Hermana, abrazadme a mí, que de brazos tan honrados todos se pueden preciar.	
LISBELLA	¿Es mi padre?	
PADRE	¡Sí, yo soy, que miro tus cosas hoy desde más alto lugar! Hoy mereces mis regalos, pues te hallo honrada aquí.	605

TEODORO	Pues yo solo el mal os vi; que todos fuesen tan malos, quiero contar lo que ha sido, como quien está informado: Leonardo estaba engañado, desengañoso, y corrido, de poner culpa en Lisbella, a la hechicera y al Conde tiene encerrados adonde han de morir él y ella.	610 615
PADRE	¿Dó están?	
TEODORO	En este aposento.	
PADRE	¡Salgan, que los quiero ver!	620
LEONARDO	Muertos.	
PADRE	¿Qué quieres hacer? ¡Sáquenlos luego al momento, que quiero apaciguar yo el fuego que está encendido, pues tan bien ha sucedido!	625
MAURICIO	¿Tú entiendes aquesto?	
TANCREDO	No.	
LEONARDO	Hoy gozan por tus regalos vida, que es gran maravilla.	
MAURICIO	Ello ha de haber linda astilla.	
TANCREDO	Yo me contento con palos.	630

(Salen el CONDE y MARCELA juntos.)

PADRE	¿Sabéis adónde estáis?	
CONDE	No.	
PADRE	¿Quién es quien os trujo aquí?	
CONDE	A quien yo crédito di, y ahora sé que me engañó.	
PADRE	Agradeced que quedéis con vida haber yo venido.	635
CLAVELIO	Igual dama habéis tenido de la que vós merecéis.	

[PADRE]	¡Este es Leonardo, mi yerno, y ésta, Lisbella!	
CONDE	¡Señor...!	640
PADRE	¡No más!	
CONDE	¡Perdonad mi error!	
	¡Merezco un castigo eterno! Esta mujer me engañó.	
TEODORO	¡Eso mismo dijo Adán!	
PADRE	Esta vez no pagarán ninguno lo que pecó. ¡Andad con Dios!	645
CONDE	Y obligado a serviros cada instante.	
PADRE	Acordaos, de aquí adelante, de aquesto que aquí ha pasado. ¡Andad con Dios!	650
CONDE	Ven, Tancredo.	
PADRE	¿Quién son éstos?	
CONDE	Mis criados, caballeros tan honrados como yo; deciros puedo. Que aquesto sabrán servir.	655
LEONARDO	¡Y cuando no lo hagan ellos, me sabré matar con ellos!	
PADRE	No hay de aqueso qué decir. ¡Andad en paz!	
CONDE	Y quedad.	
(Vanse LEONARDO y criados.)		
PADRE	Solos quedamos agora. ¿Y pareceos bien, señora, que hagáis tan grande maldad?	660
MARCELA	Engañome la codicia y el decírmelo Teodoro.	
PADRE	Hoy, por guardar mi decoro,	665

	no pagáis vuestra malicia.	
CLAVELIO	¿Cómo no? ¿Aquesta hechicera ha de vivir?	
PADRE	¡Déjala! ¡Váyase, Clavelio, ya, viva!	
CLAVELIO	¡Mejor es que muera!	670
MARCELA	Tú me has traído a este punto.	
TEODORO	Otro pensó que llegara a escapar de aquí sin cara. Por el Conde te pregunto.	
MARCELA	Gozome, ¿qué quieres más? Buena burla se ha pasado. (Vase MARCELA.)	675
TEODORO	¡Donoso chiste!	
PADRE	¡Estremado! ¡Ea, Lisbella! ¿En qué estás? Abraza allí a tu marido; trae mis nietos: cenaremos.	680
LEONARDO	Nuestra amistad confirmemos.	
LISBELLA	¡Vuestra soy, seré y he sido!	
LEONARDO	Quede con esto acabada la amistad que había empezado.	
TEODORO	Y aquí se acaba, senado, <i>La bella malmaridada.</i>	685

Lope de Vega
**La buena guarda o encomienda
bien guardada**

Dirigida a D. Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla Habiendo leído este prodigioso caso en un libro de devoción de una señora destos reinos, me mandó que escribiese una comedia, dilatándole con lo verosímil a sus tres actos; representóla Riquelme, y después de algunos años llegó a mis manos, y he querido darla a luz, para que sea más común a todos tan raro ejemplo. Las virtudes de vuesamerced me obligaron a dedicársela; cosa a que tenía tan hecha la mano, que luego me llevó tras la imaginación la pluma. A sombra de su valor tuvo vida mi Angélica, resucitó mi Dragontea y se leyeron mis Rimas; y si vuesamerced, por modestia, no me hubiera mandado que no pasara adelante en esta resolución tan justa, mi Jerusalén tuviera el mismo dueño; y así le di a nuestro gran Monarca, Rey de dos mundos; porque, en mi opinión, desde la excelencia de los ingenios sólo se puede pasar a la majestad de los príncipes, y aun esto por seguir la opinión del Filósofo en sus Éticas: «que el arte del gobernar tiene el principado en todos los demás artes.» Amo a vuesamerced tan aficionadamente, y tienen desta verdad tanta satisfacción los que han leído mis escritos, que, o sería decir lo dicho tratar aquí sus alabanzas, o gastar vanamente las palabras, como los que aconsejan a los que están persuadidos; que, aunque sea bueno lo que tratan, como casa sin efecto, no se escucha: sólo esto diré con Platón, que la dificultad que puso en hallar «un hombre varonil, ingenioso y humilde» (así lo refiere en el Diálogo de ciencia, hablando Teateto con Sócrates), no se lo pareciera si hubiera conocido las partes que admiran cuantos conocen su raro ingenio, magnánimo corazón y profunda mansedumbre; antes creo que le hubiera dado el lugar que en el mismo diálogo a Teodoro Tarsio o Euclides. Vuesamerced no admita esta memoria con lo que el nombre suena; sino con la definición de Aristóteles; que si ella lo es de las cosas pasadas, la opinión es fe de las porvenir, donde aun espero que vuesamerced me conozca más agradecido, y siempre firme en aquella primera verdad con que supe estimalle, y estimé conocelle. Dios guarde a vuesamerced.

Capellán y aficionadísimo servidor, LOPE DE VEGA CARPIO.

Acto primero

PERSONAS DEL PRIMER ACTO LEONARDA.Catalina.

DOÑA LUISA.Vivar.

UN ESCUDERO.Mariana.

DON JUAN.Luis.

DON LUIS.España.

EL HERMANO CARRIZO, sacristán.Basurto.

FÉLIX, mayordomo.Olmedo.

DOÑA CLARA.María de Argüello.

DOÑA ELENA.Catalina.

DON PEDRO, su padre.Quiñones.

RICARDO, viejo.España.

DON CARLOS.Benito.

LOS MÚSICOS.

Entren dos damas, con mantos, y sus escuderos.

LEONARDA Tarde pienso que venimos.

DOÑA LUISASin misa nos quedaremos.

ESCUDEROLa intención ofreceremos.

LEONARDACulpa de tardar tuvimos; aunque yo, por aguardaros, la tengo mucho mayor.

Dos galanes entren por la otra parte.

DON JUANayer me dijo Leonor que esto viniese a avisaros; y pienso que recibís justamente estos favores, pues tan honestos amores a casaros dirigís; que yo culpo grandemente los mancebos atrevidos, no sólo que divertidos están mirando la gente, mas que quiten del altar por un instante los ojos.

DON LUISDesta guerra los despojos a su templo se han de dar.

En sus gradas nos veremos yo y Leonarda, si Dios quiere; y pues es bien que espere, no es mucho que a verla entremos.

El matrimonio, don Juan, es sacramento; ese intento, y a fin deste sacramento, licencia a los ojos dan.

Miro una honesta mujer, que la miro para mía.

DON JUANTraigan los cielos el día en que ya lo venga a ser.

DON LUIS ¿Podré en el agua bendita, donde la mano metió, ponerla yo?

DON JUAN Nunca yo supe más de que nos quita pecados y tentaciones, porque es arma que defiende contra el demonio, que emprende encender nuestras pasiones.

Para templar las de amor no fuera mal instrumento, si fuera bueno el intento.

Entre el hermano Carrizo, sacristán, con su sobrepelliz.

CARRIZO;Alabado sea el Señor!

DOÑA LUISA Dígame, hermano Carrizo, ¿habrá misa?

CARRIZO Misá habrá, aunque por milagro ya, que un extranjero le hizo; que si agora no viniera de camino, como digo, no había con Ciudad-Rodrigo quien decírsela pudiera.

¿Por qué se levantan tarde?

¡Que las valga Dios, amén!

Digan, hermanas, ¿es bien que la misa las aguarde?

Lo primero que el cristiano, luego que el alba le avisa, ha de hacer, es oír misa, por pedirle a Dios temprano que los pasos de aquel día en su servicio se den, y por librarse también de aquel traidor que porfía, como sangriento león, devorar nuestra inocencia.

LEONARDA;Qué santidad!

DOÑA LUISA ¡Qué advertencia tan digna de estimación!

CARRIZO Si ellas salen a las nueve con un manteo bordado de entre el cambay delicado, como unos copos de nieve; y puestos en sus chapines los pies, aun no se persinan, que como grullas caminan al estrado y los cojines; y sentadas en damasco, piden con grande medida el cofre de la hermosura, que abierto puede dar asco a un enfermero de sala de cámaras, ni hay pintor que tan diverso color ponga en la tabla o la pala, porque puede en este almario, de ver por varias recetas tantos botes y cajetas, confundirse un boticario; y la primera oración es consultar el espejo, con notable sobrecejo de ver su misma visión; y luego, abriendo la boca, hacer tres o cuatro gestos más locos y descompuestos que una mona cuando coca; y con un paño de dientes acicalar las espadas que el sueño tuvo envainadas, en manjares diferentes; dalle con polvos al hueso y con la sangre de drago o aceite de azufre, en pago de algún hurtado suceso; y si tras esto limpiáis la cera y la palomina que hizo el labio clavellina, mientras vos os engañáis; y si luego hay lavatorio, y la redoma enjuagáis para que aljófar hagáis lo que Dios hizo abalorio; y tras esto, echáis encima dos capas de solimán, que los ciegos las verán, aunque os preciéis de más prima; si luego (y no es maravilla), como veis que es carne falsa, porque se coma con salsa, calentáis la salserilla, y os ponéis, con más primor que una gata que se afeita, ese color que deleita, aunque fingido color; y en tierra como ceniza sembráis claveles, y luego sacáis cabellos que el fuego o el cordel quiebra y enriza, hebras por fuerza doradas, de que es el sol buen juez, y que pueden ser tal vez canas mal disimuladas; y gastáis en la cabeza otras dos horas, tejiendo lazos en que va cayendo la ignorancia y la simpleza; y por uno y otro lado andáis tomando consejo tan prolizas, que el espejo da bostezos de cansado; si luego viene el vestido, y encima os ponéis el dote, aunque el pueblo se alborote y no se alegre el marido; si luego hacéis con el oro vuestro pecho aparador, y luego el quemado olor os inciensa el bajo coro, y salís que parecéis el pabellón de Holofernes, y como el domingo, el viernes en esto os entretenéis, ¿qué misa a buscar venís a las dos, pues no a mirar salís el divino altar; que a ser miradas salís?

Y aunque tanta pepitoria os cuesta cuidado eterno, considerad que hay infierno, muerte y vida, pena y gloria.

LEONARDA Basta, hermano, que se ha hecho satírico.

DOÑA LUISA No creyera que contra mujeres era de tan riguroso pecho.

¡Jesús! ¡Qué cosas nos dice!

CARRIZO Menos he dicho que sienta.

No tardé en el monumento que el año pasado hice, lo que ellas hoy se han tardado en componer para ser vistas.

LEONARDA Ya de bachiller se nos hace licenciado.

CARRIZO ¿Ésta es licencia?

DOÑA LUISA ¡Pues no!

CARRIZO Y si ellas vienen así, esos ¿miraránme a mí?

DOÑA LUISA ¿No sabré cubrirme yo?

CARRIZO ¿Qué importa, si con el manto están haciendo caireles y mostrando por cancelos eso que encarecen tanto?

El paño que el mercader pone, y que la tienda cubre, es el manto con que encubre sus defectos la mujer; que hay mil que en el día claro demonios parecerían.

¡Ay de los que en ellas fían!

DOÑA LUISA Pare, que es necio.

CARRIZO Y reparo.

Pues ¡mira el otro babera, cómo se la está mirando, el manto brujuleando, para ver si hace primera!
¡Entrense a misa, en mal hora!

DON JUANYa nos vamos.

CARRIZO Vayan ellas.

LEONARDAYa vamos.

CARRIZO ¡Lindas doncellas!

¿Piensan que, porque es agora carnestolendas, no hay más?

DOÑA LUISASufre, que es santo, Leonarda.

DON JUANAcá en la puerta la aguarda, y hablarla, don Luis, podrás; que éste hará grande misterio de cualquier cosa que impida.

DON LUISNo he de venir en mi vida a misa a este monasterio.

CARRIZO Vayan, y estén apartados y con mucha devoción.

Entranse en la iglesia los galanes y damas, quedando solo Carrizo.

Siempre de ignorantes son los sacristanes culpados, y no ven sus ignorancias los que respeto no tienen.

Toquen dentro.

Son es éste... Danzas vienen.

¿En qué Italias, en qué Francias se celebra el Carnaval con mayor solicitud?

Perdone Dios la inquietud.

¿Hay tal son? ¿Hay son igual?

Todos andan de alboroto.

Quedito, bravas cosquillas, porque no podré sufrillas, y andará todo a lo roto.

Ellos tornan a tocar.

Quedo, pies. Mas ¿qué se pierde de oír cantar, si no es verde lo que empiezan a cantar?

Canten dentro:

Si decís de la aldeana que con sayuelo de grana excede a la cortesana en limpieza y en blancura, ara, ven y dura, aunque se alborote el cura.

CARRIZO Todo me estoy deshaciendo, como torrezno en sartén.

¡Lindo son! ¡Y cantan bien!

¿Qué es esto, pies? No os entiendo.

Haremos una floreta siquiera, y la sotanilla levantando a la rodilla, sonaremos castañeta.

¡Tened, por amor de Dios, que me pico! ¡Pies, teneos!

¡Ay, Jesús! ¡Qué bamboleos!

No más, pies; oigámonos.

Canten:

Si decís de la barbera que parece por defuera vajilla de Talavera.

En el lustre y la blancura, ara, ven y dura, que amor es todo ventura.

CARRIZO ¿Qué es lo que dijo de amor y de la barbera? ¡Ay, cielo!

¿Soy yo de bronce? ¿Soy hielo?

En la puerta estoy mejor:

desde aquí los quiero ver.

Ya pasan. Ya vuelve el son, pues Carnestolendas son; sotana, no hay que temer.

Los músicos y cuatro o seis máscaras de hombres y mujeres, bailando.

Canten:

Si decís de la del sastre, que tiene por gran desastre que falte a su nave lastre en la mejor coyuntura, ara, ven y dura, aunque se alborote el cura.

Si decís de la mujer del letrado, puede ser que dé mejor parecer en los pleitos que procura ara, ven y dura, que el amor todo es ventura.

Éntrense con mucho regocijo.

CARRIZO ¡Que hube yo de ser agora destas monjas sacristán!

Enloquecido me han.

Pues ¡es que el son empeora!

¡Alzaos, señora sotana!

Tras ellos la calle tomo...

Mas éste es el mayordomo.

¡Qué breve es la gloria humana!

Félix entre.

FÉLIX Doña Clara me ha mandado, Carrizo hermano..., esté atento..., que dé a hacer el monumento que ayer dejamos tratado.

Quiere que nuevo se haga y que se pinte y se dore..., esté atento..., y se mejore, y el pasado se deshaga, para que se eche de ver en toda Ciudad Rodrigo que es abadesa...

CARRIZO Eso digo, y es muy principal mujer.

¡Qué lindo ara, ven y dura!

Aún se me bullen los pies.

FÉLIX¿Qué es eso que dice?

CARRIZO Que es notable la arquitectura, y que el papel me agradó.

Mas esto de monumento en Carnestolendas, siento que no es tiempo.

FÉLIX ¿Por qué no?

Si no se toma temprano, ¿cómo se hará la pintura?

CARRIZOHará... Ara, ven y dura.

FÉLIX¿Qué es eso, Carrizo hermano?

CARRIZO Esto del cantar me altera:
ensayo lamentaciones.

FÉLIXEsté atento a estas razones.

CARRIZOSi decís de la barbera...

FÉLIX ¿Qué es eso?

CARRIZO Ya ¿no lo ve?

El tiempecillo, por Dios.

FÉLIXVenga esta tarde a las dos:

lo que ha de hacer le diré, que aquí por la portería quiero hablar a mi señora doña Clara.

CARRIZO No ha media hora que ni sentido tenía.

Si decís de la del sastre...

Si decís...

Éntrese.

FÉLIX ¡Extraña cosa!

Pero vos, nave amorosa, ¿dónde camináis sin lastre?

¿Dónde vais, loca de vos, en tan peligroso mar, que me habéis de sepultar si no me remedia Dios?

¡Nunca a esta casa viniera!

¡Nunca este oficio tomara!

¡Nunca hablara a doña Clara!

¡Nunca su hermosura viera!

Diérame algún accidente primero, y fuera mortal, que no hay mal que tenga igual a amar imposiblemente.

¡Ay de mí, que no me he visto jamás en dolor tan fiero, y más cuando considero que es Clara esposa de Cristo!

Pues ¿qué intento? ¿Qué pretendo?

Que si ofendo tal Esposo, pensamiento peligroso, advertir a quién ofendo.
Mas ¿cómo podré vivir?

Porque llega ya mi fuego a tanto desasosiego, que se lo pienso decir.

Ya vengo determinado:

pasos, no volváis atrás, porque imagino que es más matarme desesperado.

Deo gratias. ¡Oh, qué mal digo, que no es dar gracias a Dios, sino ofenderle! Mas vos templad,
Señor, el castigo.

Deo gratias. A mi señora la Abadesa, sórora Juana.

Dentro:

Aquí está Félix.

DOÑA CLARA Mañana dirás que vuelva Teodora.

Entre doña Clara, monja, en el hábito que parezca más a propósito.

DOÑA CLARA Félix, ¿qué hay de nuevo allá?

¿Vino el trigo? ¿Hízose cuenta con Esteban? ¿Qué hay? ¿Qué intenta?

¿Cuándo vendrá por acá?

¿Advertiste lo que os dije del monumento? ¿Qué es esto?

¿No habláis? ¿De qué estáis compuesto?

Pues ¿qué tenéis? ¿Qué os aflige?

¿No estáis buenos? ¿Qué os ha dado?

Algo estáis descolorido.

FÉLIX Enfermo estoy.

DOÑA CLARA Pues ¿qué ha sido?

FÉLIX Cuidado.

DOÑA CLARA Y ¿qué es el cuidado?

¿Puédese acá remediar?

FÉLIX Bien remediarse pudiera, por más que imposible fuera; mas no lo pienso intentar.

DOÑA CLARA ¿Fáltaos dinero? ¿Han hurtado alguna cosa?

FÉLIX Sí han; mas no me la volverán, que de voluntad la he dado.

Y pues que Dios os crió tan discreta como hermosa, oíd, señora, una cosa.

DOÑA CLARA Hablad: muy vuestra soy yo.

No hay en casa quien os ame con tan grande voluntad; yo os haré tanta amistad, que casi exceso se llame.

No soy pobre; bien podéis con seguridad hablar.

FÉLIX Todo está en el comenzar.

DOÑA CLARA Ya aguardo que comencéis.

FÉLIX Hanme dado unas tristezas y ansias en el corazón, que a tal desesperación han traído mis
flaquezas, que hoy he querido tomar un lazo y echarle al cuello:

ahogarme puede un cabello.

DOÑA CLARA ¡Un hombre llega a llorar!

¿Qué tenéis, por vida mía?

¡Jesús! ¡Ahorcaros! ¿Por qué?

FÉLIX Sólo porque en vos se ve más claridad que en el día.

Por santa, en tan verdes años, deste convento os han hecho Abadesa.

DOÑA CLARA No sospecho que en eso estén vuestros daños; que si es falta que le hacéis
al convento, hoy me prefiero a pagar con mi dinero:

no os ahorquéis ni lloreis.

FÉLIX Dicen mil cosas aquí de vuestra gran santidad.

DOÑA CLARA Cuando eso fuera verdad, más podéis fiar de mí.

FÉLIX Señora, yo quiero bien; que no es falta de dinero mi mal, sino que no espero que algún remedio me den.

Ya os he dicho mi dolor.

DOÑA CLARA ¡Jesús! ¿Por eso lloráis?

Si alguna doncella amáis, casaos, que de aqueso amor quedará servido el cielo.

FÉLIX No puede ser, que es casada, que deso tengo anegada el alma entre fuego y hielo.

DOÑA CLARA ¡Casada!

FÉLIX Señora, sí, y es tan alto su Marido, que tiemblo verle ofendido de mi pensamiento aquí.

Tiene notable poder; mas también es piadoso.

DOÑA CLARA Habrá de ser riguroso si vos amáis su mujer.

Mas yo haré hacer oración, con disciplina y ayuno, por vos.

FÉLIX No sé yo que alguno mueva mi loca intención.

DOÑA CLARA No veáis esa mujer.

FÉLIX ¿Qué importa, si ya la vi?

DOÑA CLARA Rogaldo a Dios, fiad de mí; que lo mismo pienso hacer.

FÉLIX De otra manera sé yo que me podréis remediar.

DOÑA CLARA Aunque la pudiera hablar, líbreme Dios; eso no.

¿Cosa que el demonio acaso os haga amar religiosa?

FÉLIX Religiosa, y tan hermosa, que por sus ojos me abraso.

DOÑA CLARA ¡Jesús! ¿Quién es?

FÉLIX Vos, mi bien.

Temblando estoy. Perdonad.

DOÑA CLARA Aunque con riguridad responderos fuera bien, no quiero descomponerme, que basta por testimonio de que os incita el demonio, que es astuto y nunca duerme, ver la desesperación con que os obliga a mataros.

Mas yo quiero consolaros con irme a hacer oración y alguna más penitencia, por afean la hermosura que os obliga a tal locura.

FÉLIX ¿Qué humildad y qué paciencia!

Dadme, señora, perdón.

No os ofenderé en mi vida.

DOÑA CLARA Flaca será, resistida, la más fuerte tentación.

FÉLIX No sea con vos malquisto.

DOÑA CLARA Si el demonio os tienta hoy, acordaos, Félix, que soy esposa de Jesucristo.

Váyase.

FÉLIX No más, desatinado pensamiento:

Clara me ha dado luz más que el sol clara, porque los claros rayos de su cara me enseñaron mi loco atrevimiento.

Ya tengo diferente sentimiento; con justa causa mi temor repara.

Detén, Señor, la rigurosa vara; no me mandes prender, ya me presento.

Todo eres manos y ojos; no hay valerse, de tu esposa el adúltero en fiarse que podrá del secreto socorrerse; que cuando pueda en el abismo entrarse, no puede de tus ojos esconderse, ni puede de tus manos escaparse.

Váyase, y entren don Pedro y Ricardo, viejos.

DON PEDRO Conozco bien ese mancebo ilustre, y sé las partes tuyas, que bastara tu autoridad y estar yo satisfecho; que lo que cuadra con el gusto tuyo, bien puede ser satisfacción del mío.

RICARDO Es don Carlos un hombre de aquel talle, y tiene condición tan generosa (fuera de ser mancebo virtuoso), que por ella pudiera ser bienquisto, no sólo entre sus deudos, entre bárbaros. Yo tengo para mí que doña Elena no puede hallar su igual; y aunque sois padre, creo que en desear su bien y aumento, don Pedro, os aventaja el amor mío.

DON PEDRO ¿No venía con vos?

RICARDO Aquí venía, y aguardó en el portal.

DON PEDRO Desde la reja me pareció...

RICARDO Verdad, no he de negarlo; y pues venís en ello con tal gusto, béseos las manos.

DON PEDRO Será bien que agora...

RICARDO Yo no os dijera cosa que no fuera muy conforme al honor de vuestra casa.

Hablalde y velde; que si fuera padre, primero me casara con mis yernos, que darlos a mis hijas.

DON PEDRO Y aun es justo, primero contentar del padre el gusto.

RICARDO ¡Hola! Llama a ese noble caballero que me aguarda a la puerta.

DON PEDRO Yo le estaba aficionado ya de sólo verle; mas bien será que vamos con espacio, que esto de casamientos, dijo un hombre que era como la tecla de los órganos, que en todas era bien poner los dedos.

RICARDO Tocad en su nobleza, en sus costumbres, en sus inclinaciones, en su trato, en sus amigos, en sus deudos; todo lo hallaréis de una misma consonancia.

Don Carlos entre.

DON CARLOS Bésoos los pies mil veces.

DON PEDRO No es mi casa, señor don Carlos, tan extraña.

DON CARLOS Ha sido encogimiento más que otro respeto; que bien sé la merced que siempre hiciste a mis padres.

DON PEDRO Yo fui servidor suyo, y vuestro lo seré si se ofreciere ocasión de serviros.

RICARDO ¿De qué sirven los vanos cumplimientos? Yo he tratado vuestra intención, don Carlos, libremente con el señor don Pedro, y él responde que holgará de teneros por su hijo.

DON CARLOS Agora con más veras por el suelo os besaré los pies.

DON PEDRO Señor don Carlos, no, ¡por mi vida!, ni esto aquí se trate, que podrán entenderlo los criados, y publicarse en la ciudad sin tiempo; que un casamiento es pretensión de un hábito, donde suelen hablar los enemigos.

Ya sabéis que yo tengo a doña Elena, después que Clara religión profesa, casi por mi heredera; porque creo que ha de dar don Bernardo en esto mismo.

Es la luz de mis ojos, y merece serlo por su virtud. No puedo daros otro dote mayor que lo que digo.

DON CARLOS En llegando a tratar de dote alguno, pierde, señor, valor mi pensamiento.

Suplícoos que dejéis esas bajezas para quien piensa que consiste en oro del casamiento el singular decoro.

Yo quiero a doña Elena por sí misma y porque es hija vuestra: aquesto basta.

DON PEDRO Añadiréis amor y obligaciones, Carlos, con eso, y vos seréis el dueño de la hacienda que tengo. Hacedme gusto de iros a la iglesia y esperarme.

A Dios este suceso encomendemos, y en el claustro los tres le trataremos.

DON CARLOS Voyme alegre, señor, y confiado de que soy vuestro hijo.

DON PEDRO Yo me honro, don Carlos, de que vos me llaméis padre.

RICARDO Huélgome de que Carlos os contente.

DON PEDRO La modestia en el mozo siempre agrada, porque es la libertad necia y cansada.
Váyanse don Carlos y Ricardo.

Elena.

DON PEDRO ¡Elena!

ELENA ¿Qué me mandas?

DON PEDRO ¡Qué de presto me respondiste! ¿Estabas escuchando?

ELENA ¿Yo, señor? Pues ¿yo entiendo en tus negocios, o tengo de pensar que me murmuras?
Los que escuchan es gente sospechosa, y que tiene por qué.

DON PEDRO ¿No has entendido que te quiero casar?

ELENA Ni imaginado; que tengo más envidia a doña Clara por vivir religiosa, y de tal suerte, que por su santidad, en verdes años, gobierna a las demás, que si tuviera ceptro del mundo y su señora fuera.

El hermano Carrizo, con un tabaque, y su herreruelo, y sombrero.

CARRIZO Deo gratias. ¿Quién está acá?

DON PEDRO ¿Es el hermano Carrizo?

CARRIZO Tan grande como me hizo quien deshacerme podrá.

El Niño Jesús los guarde.

¿Están buenos?

DON PEDRO ¿No lo ve?

Y él, ¿tiene salud?

CARRIZO No sé.

Bueno me siento esta tarde; Dios sabe quién ha de estar vivo mañana.

DON PEDRO Es así.

CARRIZO Y ella, ¿está buena?

ELENA Yo sí.

¿Ya no me llega a abrazar?

CARRIZO Como vengo embarazado...

ELENA Llegue, porque algo me pegue.

CARRIZO ¿De qué?

ELENA Y mire que le ruegue a Dios con mucho cuidado que me haga buena.

CARRIZO Sí haré en mis pobres oraciones, y allá con los canelones algo desto le diré.

Su hermana y nuestra abadesa, que Dios guarde, acá le envía esta fruta; y a fe mía que de no poder me pesa probarla, porque hoy ayuno.

ELENA ¡Qué santidad!

DON PEDRO Es ejemplo desta ciudad.

ELENA Aquel templo no produce árbol ninguno que de tal fruto no sea.

DON PEDRO Hermano, un negocio emprendo que será remedio, entiendo, de mi hija. Si desea su bien, encomiende a Dios su buen suceso.

CARRIZO Sí haré, aunque pecador. A fe que es casamiento.

ELENA Los dos tratábamos desto agora.

Ruéguelo a Dios por allá.

DON PEDRO Clara, hermano, ¿cómo está?

CARRIZO Muy buena está mi señora; aunque con ayunos tales, disciplinas y abstinencias y espantosas penitencias, salen al rostro señales de lo que en el cuerpo pasa.

DON PEDRO De escuchallo me enterezo.

CARRIZO A dar probado me ofrezco, con las más santas de casa, que es ángel en velo humano.

DON PEDRO; Gracias a Dios! Mira, Elena, que seas tan santa y buena, con tal ejemplo en la mano. Ven; que le quiero enviar un regalo.

ELENA Y yo también.

CARRIZO Dígame, hermana, ¿con quién, con quién se quiere casar?

ELENA Con don Carlos... ¿No conoce a don Carlos?

CARRIZO ¡Pesia tal!

Es hombre muy principal:

Cuatro mil años le goce.

En verdad que he de venir a la boda.

ELENA Ruegue a Dios que nos casemos los dos...

CARRIZO Diga lo que iba a decir.

ELENA Que yo le mando de paño de Segovia un herreruelo y una sotanilla.

CARRIZO El cielo le dé un hijo al primer año...

ELENA Hoy se han de hacer los contratos.

CARRIZO Y tantos le dé después, que no conozca en un mes las calzas ni los zapatos.

Váyanse y Félix entre.

FÉLIX Extraño pensamiento, quimera a lo divino, infierno de mis locas esperanzas, esperanza en el viento, que con tal desatino presumes que del sol el rayo alcanzas, ¿qué vanas confianzas de un morir atrevido llevan tu mariposa a la luz amorosa del mismo fuego que arde tu sentido?

¿Adónde vas? ¿Qué quieres?

Más es un ángel que cien mil mujeres.

Advierte lo que emprendes, advierte lo que sigues.

¿Desto han servido tantas oraciones?

¿Cómo de nuevo enciendes, sin que átomo mitigues de mis locas y bárbaras pasiones, mis ciegas pretensiones?

¿Ya no estaba acabado?

¿Ya no me arrepentía?

¿Ya templar no quería con la virtud de Clara mi cuidado?

¿Qué puede haber que esperes?

Más es un ángel que cien mil mujeres.

No es mujer la que adoras.

Detente, pensamiento; ángel es Clara, el nombre lo declara.

Su honestidad desdoras, con loco atrevimiento, que en un abismo de tinieblas para.

Pensé que descansara cuando vi la paciencia con que sufrió el camino que abrió mi desatino contra su honestidad y su inocencia.

¡Que de nuevo me alteres!

Más es un ángel que cien mil mujeres.

¡Oh, cielo riguroso!

Ya no como ni duermo, perdido estoy de llanto y de tristeza; parezco, sin reposo, un abrasado enfermo que no hay donde descansa la cabeza.

Fuentes de su belleza se me están acordando:

los cristales que veo con ardiente deseo, dulce muerte me están pronosticando.

¡Oh, amor! Infierno eres.

Más es un ángel que cien mil mujeres.

Yo no desesperara si cien mil pretendiera, aunque fueran más altas que la luna; pero si doña Clara es ángel, ¿quién creyera que la emprendiera confianza alguna?

El amor me importuna, el miedo me detiene, a hablarla no me atrevo, porque es volver de nuevo a despertar su ira... Mas ya viene.

¡Oh, amor! ¡Que perseveres!

Más es un ángel que cien mil mujeres.

Doña Clara.

DOÑA CLARA Dijéronme que llamabas.

FÉLIX Vino aquel recaudador por quien ayer preguntabas.

DOÑA CLARA ¿Qué dice?

FÉLIX Que es ciego amor.

DOÑA CLARA ¿Cómo o qué? ¿Con quién hablabas?

FÉLIX No sé lo que te decía, si va a decir la verdad.

Llego a tal temeridad, que he de matarme este día.

DOÑA CLARA Pues ¿qué te ha dado?

FÉLIX No sé; sé que he rezado, ayunado, y sé que me quebranté a azotes, y no ha bastado.

DOÑA CLARA ¿Qué dices, hombre sin fe?

Si tú a Dios te encomendaras, y orando perseveraras, Dios te ayudara. ¿Qué dudas?

Mas tú sus auxilios mudas, porque en deleites reparas.

Si no llevas intención y casto y limpio deseo, ¿de qué sirve la oración?

FÉLIX Pues ¿qué he de hacer, si te veo con tal gracia y perfección?

Dios ¿no te hizo?

DOÑA CLARA Es ansí.

FÉLIX Yo quiero lo que Dios hizo.

¿De qué te quejas de mí, si el cielo se satisfizo del valor que puso en ti?

DOÑA CLARA ¡Quedo, loco! ¿Qué es aquesto?

¿Tú hablas tan descompuesto, que hasta a los cielos se atreve tu lengua?

FÉLIX Ponme esa nieve sobre aquestos labios presto; ponla presto, que me abraso.

DOÑA CLARA Algún demonio te incita.

FÉLIX ¡Esto por un ángel paso!

DOÑA CLARA Nunca mi Esposo permita tan feo y enorme caso; porque si la vez primera, necio, te hablé con blandura, fue pensando que no fuera adelante la locura, que en su rigor persevera.

Hoy te he de hacer despedir, y que esta mayordomía otro la venga a servir.

FÉLIX Detente, señora mía; perdón te quiero pedir.

Mira que perdona Dios a los que a sus pies se humillan.

Roguémoselo los dos.

DOÑA CLARA Mucho, Señor, maravillan las grandezas que hay en vos.

Dos veces he derribado este enemigo atrevido.

Félix, ya estás perdonado, porque el verte arrepentido y llorando, me ha obligado.

El tiempo es santo: repara en que Dios murió por ti.

Haz penitencia y declara tus culpas.

FÉLIX Harélo ansí, y tú se lo ruega, Clara.

DOÑA CLARA Esa palabra te doy; desde aquí a encerrarme voy.

Confíésate.

FÉLIX Tú verás que no he de inquietarte más.

DOÑA CLARA ¡Ay, Señor, la culpa soy!

Váyase.

FÉLIX ¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado, y cuántas con vergüenza he respondido, desnudo como Adán, aunque vestido de las hojas del árbol del pecado!

Seguí mil veces vuestro pie sagrado, fácil de asir, en una cruz asido, y atrás volví otras tantas, atrevido, al mismo precio en que me habéis comprado.

Besos de paz os di para venderos; pero si fugitivos de su dueño, hierran cuando los hallan los esclavos.

Hoy que vuelvo con lágrimas a veros, clavadme vos a vos en vuestro leño, y tendréisme seguro con tres clavos.

Váyase, y entren don Carlos y Carrizo.

DON CARLOS Sé que vos entráis allá.

CARRIZOYo no le digo que no, que allá voy mil veces yo para saber cómo está.

Mas cierto que me he espantado, y la causa no sospecho, de que un negocio tan hecho se hubiese desconcertado.

DON CARLOS Hay siempre, hermano Carrizo, malos terceros en todo.

CARRIZO¡Ah! ¡Que se pongan del lodo!

DON CARLOSYa sé yo quién lo deshizo; pero acabara de dar en tierra mi pretensión, si yo en aquesta ocasión me pretendiese vengar.

CARRIZOY en cualquiera tiempo es malo, señor don Carlos, vengarse; eso a Dios ha de dejarse, que tiene Dios por regalo satisfacer los agravios de quien se los deja a él.

DON CARLOSEllo fue cosa cruel:

yo tengo el alma en los labios:

muelo por la bella Elena.

CARRIZONo diga tal, que es pecado.

DON CARLOSSi es voluntad de casado, para santo fin se ordena; ya don Pedro me la daba, y cierto competidor no trató bien de mi honor.

CARRIZOMucho la prudencia alaba el agravio en el discreto; tórnelo a tratar.

DON CARLOS Sí haré; pero entretanto no sé que con hombre más secreto pueda animar a quererme a mi Elena, que con él.

¿No la llevará un papel?

¿No querrá este bien hacerme?

Que en casándome, le juro...

CARRIZO¡Abernuncio, Satanás!

¿Yo papel? Es por demás.

DON CARLOSPues si casarme procuro, ¿no ve que se sirve Dios?

Tome esos cuatro doblones.

CARRIZOPara santas ocasiones, y siendo santos los dos, y tan santo el pensamiento desta santa pretensión, aún parece que es razón ayudar su casamiento.

¿Oye? Váyase con Dios, que hoy la señora Abadesa, que de envialle no cesa recados de dos en dos, allá me enviará, y dará este papel a su Elena.

Pero mire que se ordena para que con ella esté en servicio del Señor.

DON CARLOSEso es sin duda. Adiós quede.

Váyase don Carlos.

CARRIZO¡Oh, cuánto el dinero puede!

Más puede que el mismo amor.

Quiero esconder el papel para hablar con doña Clara, que en sólo verme la cara, me dirá cuanto hay en él.

Entraré en la portería, que está hablando con fray Juan; los dobloncillos me dan una intrínseca alegría, que estoy cosquilloso todo; no puedo disimular.

Doña Clara.

DOÑA CLARA Allá lo pueden dejar concertado de ese modo, y las joyas de la palia entréguenmelas a mí.

CARRIZO Ya huele a santos aquí; que no hay tal ámbar ni algalia.

DOÑA CLARA Deo gratias.

CARRIZO Por siempre.

DOÑA CLARA ¿Dio a mi hermana aquel recado?

CARRIZO Dado está, y aun olvidado.

DOÑA CLARA ¿respondió?

CARRIZO Respondió.

DOÑA CLARA Muestre el papel, y en un vuelo vaya a doña Elvira, y diga lo que la palabra obliga, que darla en esto es al cielo; diga que le dé las joyas.

CARRIZO Voy.

DOÑA CLARA Leer quiero este papel.

Váyase Carrizo.

Lea.

«Señora, si estás cruel, puedes abrasar mil Troyas.» ¿Cómo es esto? «Mas si miras blandamente mi pasión...» Letra y razones no son de Elena. «Cuanto te admiras, trocarás en lastimarte.» ¿Papel de amores a mí?

¡Carrizo se atreve así!...

«Pues verás en cualquier parte las señales de mi pena.» Este sacristán, ¿es santo?

¿Éste han estimado en tanto?

Mas si fue yerro de Elena...

Entre Félix.

FÉLIX Digo que me mataré, ya no hay de qué porfiarme; déjame ya, pensamiento, que yo quiero contentarte; yo echaré en estas paredes un lazo, para que acabes de perseguir un rendido.

DOÑA CLARA ¿Qué es esto?

FÉLIX Vengo a matarme.

DOÑA CLARA ¿Por qué?

FÉLIX Por sólo quererte; pues no es posible que basten diligencias ni temores.

DOÑA CLARA Tente, Félix, no te mates.

FÉLIX ¿Cómo que no?

DOÑA CLARA Escucha un poco; escucha, así Dios te guarde, verás la mayor desdicha que en nuestra flaqueza cabe:

el día que me dijiste amores o disparates, no pude dormir, pensando los efectos que amor hace; y de pensar los efectos, me nació el determinarme a quererte; más callé porque tú perseverases.

La segunda vez, ¡oh, Félix!

Hice mucho en despreciarte, porque ya entonces temía que de temor me olvidases.

Muchas diligencias hice; pero no fueron bastantes a contrastar la memoria de lo que allí me contaste; que mientras más resistía, más sentía desatarme las venas en vivo fuego, si hay fuego que tanto abraze; que se imprimieron en mí las lágrimas que lloraste, de suerte, que se mezclaron en el alma con mi sangre.

Alterado el corazón, daba golpes desiguales, como que puerta pedía para salir o matarme.

No he comido ni dormido, buscando para mirarte las rejas y celosías, o en la iglesia o en la calle.

Ayer me determiné que si volvías a hablarme, de aquí contigo saldría, para que tú me llevaras donde tu gusto quisiese; y así, vengo a suplicarte con lágrimas de mis ojos, que me lleves o me mates.

FÉLIX No llores, señora mía; mi bien, no llores, que haces ofensa a los claros soles que desos orientes salen.

Detén el cristal corriente que de las entrañas nace, que yo imaginaba peñas, y ya son tiernos cristales.

Yo soy un esclavo tuyo:
como a tal puedes mandarme.

¿Cuándo me mandas, señora, que desta casa te saque?

Abrevia, que estoy muriendo.

DOÑA CLARA Mañana podrás llevarme, cuando la confusa noche a la mitad se levante del cielo, y sepulte en sueño hombres, animales y aves; busca un vestido seglar.

FÉLIX ¿de, quién podré fiarme para servir? Que es forzoso.

DOÑA CLARA Este Carrizo es bastante; háblale de parte mía.

FÉLIX ¿A un santo dices que hable?

DOÑA CLARA Yo sé bien que no lo es:

contigo puedes llevarle; yo sé que sabe traer un papel, aunque sea un ángel de los que tiene la tierra la persona a quien le trae.

FÉLIX Yo lo haré, pues que lo dices, y no hay más de que me aguardes.

DOÑA CLARA Aguardaré como tuya.

FÉLIX Quien amare, se declare; porque, como perseverare, no es posible que no alcance.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

HABLAN EN EL SEGUNDO ACTO FÉLIX. Olmedo.

CARRIZO. Bisurto.

DOÑA CLARA. María de Argüello.

UN ÁNGEL. Mariana.

UNA VOZ. Catalina Valcacer.

DON CARLOS. Benito.

GINÉS. Coronel.

CARRIZO, fingido. Vivar.

UN PASTOR. Riquelme.

UN HUÉSPED. Callenueva.

PORTERA.

Félix y el hermano Garrizo.

CARRIZO Sin sentido me has dejado.

FÉLIX Yo te he dicho la verdad.

CARRIZO ¿Que sufras, Suma Bondad, tan espantoso pecado!

Mira, Félix, que del cielo bajarán rayos de furia si haces tan grave injuria a su castísimo velo.

FÉLIX Deja aparte hipocresías, loco, que ella me ha contado que tú la has solicitado con papeles estos días de un caballero de aquí.

CARRIZO ¿Yo?

FÉLIX Tú.

CARRIZO Serán de su hermana.

FÉLIX Pues que contigo se allana, ella le conoce a ti; y abreviemos. O esta daga te ha de pasar ese pecho (pues si te quedas, sospecho que mayor daño me haga), o conmigo has de venir.

CARRIZO Ten la daga, que te juro que con el alma procuro a ti y a Clara servir.
No es mi miedo ni cumplimiento, sino que mi propio humor me lleva a cosas de amor el alma y el pensamiento.

Soy retozón de mi gusto, tierno de mi natural:
un chapín, un delantal, me causan notable susto.

No hay cofia o cabello suelto que no me lleve tras sí; que vive un pimientito en mí, en esta sotana envuelto.

En oyendo yo un cheriba, me desato en pura miel, porque soy tan moscatel, que de sentido me priva.

Cuanto aquí me has visto hacer, todo ha sido fingimiento; que no hay centro en lo violento, y es mi centro una mujer.

Pueden con mi corazón, en oyéndolas hablar, como con manteca, dar lardo a un asado capón.

No hay almíbar que me iguale en tratándome de amor, porque el placer y el color al rostro y ojos me sale.

Vaya fuera la sotana, no haya más hipocresía; humana condición mía, declarad que sois humana.

Venga espada y vengan plumas, rompan el mundo estos pies.

FÉLIX Huelgo que por tu interés a servirme te resumas.

Clara vistiéndose está para el camino un vestido:

lindas joyas ha cogido:

a punto las tiene ya; yo las mulas a la puerta de la ciudad, que un villano guarda.

CARRIZO ¿Quién?

FÉLIX El hortelano desamó mi heredad o huerta:

no hay más de hacer una seña.

CARRIZO Y yo, ¿no me he de mudar?

FÉLIX Sí; mas fuera del lugar.

CARRIZO Aun pienso que Félix sueña.

Félix, ¿es esto de veras?

¡Clara tan loca por ti, que quiere salir de aquí!

¡A un ángel tan santo esperas!

¡A una mujer que por santa la dieron este gobierno!

FÉLIX Un amor lloroso y tierno, Carrizo, un mármol quebranta.

Mi trabajo me ha costado; tres veces la combatí...

mas no tratemos aquí lo padecido y pasado, pues dello surtió el efecto que ves. Yo he vencido; basta.

CARRIZO ¿Qué mujer habrá tan casta, donde no quepa un defecto, si este enemigo porfía, y el principio no remedia?

FÉLIX Temí que fuera tragedia, Carrizo hermano, la mía, y hase convertido en boda.

Doy un silbo... Mira bien si hay alguien.

CARRIZO Agora, ¿quién?

Porque está la ciudad toda envuelta en tiniebla y sueño.

Silbe Félix, y salga doña Clara, de seglar, muy gallarda.

DOÑA CLARA ¿Eres tú?

FÉLIX ¿Quién puede ser?

Dame esos brazos, mujer, esposa y eterno dueño.

DOÑA CLARA ¡Ay, día de mi esperanza, hoy en tus brazos cumplido!

¡Jesús! ¿Con quién has venido?

CARRIZO ¿No me ves?

DOÑA CLARA ¡Qué buena lanza!

CARRIZO Lanza o lanzón, cuando aquí sales a casarte, Clara, Carrizo sólo repara en que se pierde por ti.

La sacristía me dan desta casa, e imagina que si la imagen camina, no se queda el sacristán.

La manga voy a llevar en aquesta procesión.

DOÑA CLARA Yeros por amores son, a quien dio el alma lugar.

Retiraos los dos allí, que un poco tengo que hacer.

FÉLIX Presto, que deben de ser las doce.

DOÑA CLARA ¿Las doce?

FÉLIX Sí.

Retírense los dos, y ella diga:

DOÑA CLARA ¡Virgen, que estáis sobre esta puerta santa, por donde salgo a tanta desventura, engañada de amor con fuerza tanta, que no repara el alma en mi locura; vara de Araón, divina, fértil planta, que distes al Criador, siendo criatura, por cuyo fruto os echan bendiciones las más fieras y bárbaras naciones; hermosa Virgen, cándida cortina de aquel Sol de justicia soberano; Raquel del gran Jacob, Ester divina, salud eterna del linaje humano, preciosa piedra imán, que al Norte inclina, que nos enseña siempre vuestra mano, yo rompo la palabra que había dado a vuestro Hijo y a mi Esposo amado!

Con lágrimas lo digo, Virgen bella:

adúltera soy ya; yo soy perdida; que un ciego amor me arroja y atropella, y una pasión en vano resistida.

¡Qué vergüenza que tengo, clara estrella, divina fuente de la eterna vida, de alzar mis feos ojos a miraros, siendo los vuestros más que el cielo claros!

Mas ya el demonio, envuelto en mi flaqueza, a desesperación tan grande incita mi loca y femenil naturaleza, que a matarme o salir me solicita.

Por vuestra intacta virginal pureza, entre todas santísima y bendita, María celestial, Madre piadosa, os pido hagáis por mí sola una cosa.

No sé cómo me atrevo, cuando intento tan gran maldad; pero por ser tan justo lo que os suplico, tengo atrevimiento, que no lo hiciera yo si fuera injusto; y es que, pues yo, con loco pensamiento, llevada de la infamia de mi gusto, voy a perderme en tanto vituperio, quedéis en guarda deste monasterio.

Aquí tuve el gobierno, y voy perdida; guardad estas ovejas, Virgen santa, pues su pastora, con infame huida, las deja al lobo, que el ganado espanta.

No se pierda ninguna, aborrecida de mi maldad, ni caiga en la garganta del hambriento león, a ejemplo mío.

¡Guardaldas, Virgen; que de vos las fío!

CARRIZO Paréceme que llora.

FÉLIX No lo entiendo.

¿Si se arrepiente ya?

DOÑA CLARA ¡Virgen hermosa, y vos, Esposo mío, aunque os ofendo, y el hombre pierdo aquí de vuestra esposa, guardad estas ovejas!

FÉLIX ¿Si temiendo la justicia del cielo rigurosa, no se atreve a partir?

CARRIZO Eso sospecho.

Llega, y esfuerza su medroso pecho.

FÉLIX ¿Qué es esto, Clara? ¿Quieres que amanezca, y nos hallen aquí? ¿Qué estás llorando?

DOÑA CLARA Despedirme de aquí; no te parezca mucho sentirlo, el daño imaginando.

FÉLIX No hay cosa que el temor, Clara, te ofrezca, que no la venza el amor. ¿Qué estás dudando?

DOÑA CLARA Vamos.

FÉLIX ¿Agora el miedo te acobarda?

DOÑA CLARA ¡Virgen, en vos les dejo Buena Guarda!

Vanse.

Una voz, dentro. diga así:

VOZ Ángel, escucha.

Un ángel salga.

ÁNGEL ¡Oh, Reina de la vida!

¿Qué me mandáis?

VOZ Al punto te transforma en esta miserable, que, perdida, a su Esposo desprecia desta forma.

De su rostro y sus hábitos vestida, sirve su oficio, y las demás informa de consejos divinos.

ÁNGEL Obediente haré su oficio mientras vive ausente.

¡Oh, poderoso Señor, que los hombres tanto estimas!

¡Que tu justicia reprimas y detengas tu furor!

¡Que quieras que los sirvamos y que en su lugar quedemos, que a los buenos los honremos y a los malos defendamos!

Das en el desierto a Agar en tal desdicha consuelo, bajando un ángel del cielo; tres haces también bajar en el valle de Mambré, que Abraham a adorar viene, y otro el cuchillo detiene por tanta obediencia y fe.

Cuando bendición le dan, Jacob los vio por la escala, que el cielo y la tierra iguala, y al partirse de Labán.

Ya en la zarza que no ardía, ya en la columna de fuego, ya prometiéndole luego el ángel que a Moisés guía; ya puesto contra Balán, ya en favor de Josué, y ya Gedeón le ve al huir de Madián; ya dándole pan a Elías y a los asirios agravios, ya purificando labios, poniendo fuego a Isaías; ya en el horno a Misael, dándole a Dios bendiciones, ya enfrenando los leones, sustentando a Daniel; y ya en Betulia guardando a Judit, casta y valiente, ya con Tobías ausente, su camino acompañando; ya a Josef santo durmiendo, y cuando a Egipto camina, ya moviendo la piscina, ya las cárceles abriendo; ya en el monte Sinaí, ya a Felipe y Pedro santo; pero no es mucho, que tanto les diese favor allí, si viene a comparación con aquesta miserable que a su Esposo venerable ha hecho tan vil traición.

Maitines tocan; yo quiero ir a estar en su lugar, pues me le manda ocupar aquel celestial lucero.

¡Cuán mejor gobierno aguarda su casa del que tenía!

Que después de Dios, María fue siempre la Buena Guarda.

Váyase, y entren don Carlos y Ginés, lacayo.

DON CARLOS Yo lo tengo averiguado; no hay que replicar en esto.

GINÉS ¿Don Juan?

DON CARLOS Don Juan.

GINÉS ¿Quién te ha puesto con don Juan en tal cuidado, que siempre te ha sido amigo?

DON CARLOS No hay amigos cuando es sobre este vil interés, y este ejemplo es buen testigo.

Dame que llegue ocasión que pique la voluntad; que la mayor amistad viene a parar en traición.

Hay hombre que por su gusto, en materia de mujer, a su padre sabrá hacer cualquiera engaño y disgusto.

Si saber, por dicha, quieres quién es tu amigo, y su intento, pruébale con mucho tiento en dineros y mujeres, que allí se pierden los más.

GINÉS Mejor será no proballos, que no quiero ocasionarlos para perdellos jamás.

DON CARLOS Yo sé que me ha hecho tiro en esta ocasión don Juan, porque, de Elena galán, le cuesta más de un suspiro.

Con siniestra información a don Pedro ha persuadido, por quien a Elena he perdido, mi honor y reputación, que pienso que en sangre mía ha puesto falta; y si en ella la dejo, vendrá a tenella toda manchada algún día; que de engaños de este modo tantos peligros resultan, que un hábito dificultan, y se pierde el honor todo.

¡Cuántos, por mala opinión que han puesto los enemigos, son, Ginés, falsos testigos en más de una información!

¡Cuántas honras hay quitadas, cuántas noblezas perdidas por pasiones no entendidas, de enemistades pasadas!

Dios te libre de quedar una opinión asentada, que no puede ser lavada con toda el agua del mar.

No ha de sucederme ansí, porque jurara mañana alguna gente liviana que esto se dijo de mí.

Hoy ha de morir don Juan, y venga lo que viniere.

GINÉS Si quitarle el honor quiere, aquí estos brazos están, que a sesenta mil como él desharán y harán pedazos.

DON CARLOS Esos brazos o estos brazos tomarán venganza dél.

¿Quién es éste?

GINÉS Éste es Carrizo, el sacristán desta casa, hombre que por santo pasa, o trae el nombre postizo.

Otro Carrizo entre con el traje que traía el que se fue con Félix y Clara.

Éste se entra en los zaguanes a reñir a los que juegan, y si los naipes le niegan, finge dos mil ademanes.

Y para mí, por la pinta, conoce mejor la suerte que un tahir.

DON CARLOS Calla y Advierte.

GINÉS Algunas flores despinta.

CARRIZO FINGIDO Deo gracias, señor don Carlos.

DON CARLOS ¡Oh, hermano!

CARRIZO FINGIDO Por siempre, diga.

DON CARLOS Por siempre.

CARRIZO FINGIDO Dios le bendiga.

A los dos quiero abrazarlos, y déles el Sumo Bien de sus bienes celestiales.

GINÉS No tiene aquellas señales que en el hermano se ven.

Es el mismo y no es el mismo; más modesto y más compuesto trae el hábito y el gesto.

DON CARLOS Calla, que es todo un abismo de pureza y santidad.

CARRIZO FINGIDO Mi señora la Abadesa, que, como sabe, profesa tanta virtud y humildad, le suplica que se llegue un rato a la portería.

DON CARLOS ¿A la noche o por el día?

CARRIZO FINGIDO No es justo que se lo niegue, que le ha mucho menester.

DON CARLOS ¡Jesús! Hermano, aquí estoy.

Indigno de verla soy:

novedad debe de haber.

GINÉS Doña Clara, ¿no es hermana de Elena?

DON CARLOS ¿Agora lo sabes?

GINÉS Estos negocios tan graves, siempre un santo los allana.

Ella debe de querer conformaros.

DON CARLOS ¡Quiera Dios!

GINÉS Hablad primero los dos, que este mal vayas a hacer.

DON CARLOS Hermano, ¿hay lugar agora?

CARRIZO FINGIDO; Pues no! Véngase conmigo.

GINÉS Sepa que le soy amigo.

CARRIZO FINGIDO Diga, ¿con don Carlos Mora?

GINÉS Sí, hermano.

CARRIZO FINGIDO ¿Qué oficio tiene?

GINÉS Lacayo dicen que soy; pero yo delante voy, que mi amo detrás viene.

CARRIZO FINGIDO Si sirve a Dios muy de veras, y promete desde luego dejar mujeres y juego, juramentos y quimeras, seremos grandes amigos.

GINÉS Ruégueselo a Dios.

CARRIZO FINGIDO Sí haré.

GINÉS; Juego y mujeres!... No sé...

CARRIZO FINGIDO Son terribles enemigos.

Vayanse, y entren doña Clara y Félix.

FÉLIX En este verde prado, donde compiten tan hermosas fuentes, que su cristal helado, dividido por lazos diferentes, la hierba lisonjea, porque jüez apasionado sea; aquí, donde las flores parece que se esfuerzan diligentes a vencer tus colores, aunque las desengañan las corrientes, espejos de sus hojas, contigo menos blancas, menos rojas, puedes, hermosa Clara, pasar aquesta siesta calurosa, si no es que el sol se para a verte entre estas flores, más hermosa que Dafne y que Jacinto, rompiendo aqueste verde laberinto.

Mira las dulces aves, cantándote motetes acordados con los picos süaves; mira por los vivares los pintados conejuelos medrosos, del esparcido plomo sospechosos; mira en la verde cama la liebre temerosa, y por la selva la presurosa gama, que está esperando que su esposo vuelva, y por aquesta orilla, gimiendo en soledad, la tortolilla; mira cuán abrazados están aquestos chopos destas vides, y que, como casados, se enredan en los árboles de Alcides.

Mas, pues papel me ofrecen, libros serán del bien, que me enloquecen.

DOÑA CLARA Pues ¿qué intentas en ellos, dulce esposo del alma que te adora?

FÉLIX Fiar mi gloria dellos, porque me vino a la memoria agora lo que escribió Medoro cuando gozó de Angélica el tesoro.

DOÑA CLARA Detente, no lo escribas, que no es Orlando el que leerlo puede, de quien seguro vivas con el anillo que a la vista excede, sino quien todo es ojos, y se podrá vengar de sus enojos. No donde se escondía Angélica en la India, de su furia segura viviría, si quisiese vengar su injusta injuria, porque hasta el mismo infierno abre su centro a su Jüez eterno.

Escribe, Félix mío, tus glorias en tu pecho, que dél solo estos secretos fío.

FÉLIX No pienso que del uno al otro polo hay hombre tan dichoso.

¿Eres mi esposa?

DOÑA CLARA Y tú mi amor.

FÉLIX Tu esposo.

Aquí te sienta un poco; dormiré en tu regazo.

Siéntese.

DOÑA CLARA Aquí te acuesta.

FÉLIX; Que no se vuelva loco quien goza un bien une tanto mal le cuesta!

DOÑA CLARA Para mayor descanso, ya con las hojas juega el viento manso.

Un pastor.

PASTOR ¿Hay tal desdicha mía, si yo puedo llamarme desdichado?

Pensaba que tenía seguro de los lobos mi ganado, y llevóme la oveja de más hermosa y cándida pelleja.

Daré silbos mortales, daré gritos, que atruene monte y selva por entre estos jarales:
tanto deseo que a su pasto vuelva.

¡Hola, pastores míos!

¿Habéis visto mi oveja entre estos ríos?

Montes altos, cubiertos de antiguos robles y robustas hayas, de mis ovejas puertos cuando se escapan de mis blancas playas, ¿habéis visto una oveja, que, por ir con el lobo, el pastor deja?

¿Qué digo? ¡Hola, vaqueros!

¡Hala! ¡Aho! Montañeses cabrerizos, celosos ganaderos, cubiertos con espinas, como erizos,
¿habéis mi oveja visto?

DOÑA CLARA Parece que el pastor imita a Cristo.

Despertaré mi esposo...

Mas él duerme cansado, no es bien hecho.

¡Hola! Pastor celoso, que por tu oveja se te abrasa el pecho, parece que tu queja se imprime en mí,
con no ser yo tu oveja.

¿Qué buscas afligido?

PASTOR Una ovejuela pobre desmandada, que ha poco que se ha ido, de la voz de los lobos
engañada.

¿Habéisla acaso visto?

DOÑA CLARA ¡Tiemblo como si viera al mismo Cristo!

PASTOR Lindas señas tenía:

toda era blanca, aunque en la frente sola una mancha tenía; mas no hay lirio en el prado ni amapola
en trigo, ni aun estrella, que se pudiese comparar con ella.

Yo le puse una esquila en un collar de más valor que el oro; silbé, llaméla y dila sal en mis manos
por mayor decoro; que aun por ella entre espinas andar juzgan mis pies por clavellinas.

Hice yo mi cabaña de tres palos, por ella, en ese monte para que a la montaña no se vaya perdida, y
se remonte de mi sabroso pasto, en compañía de un cordero casto.

Mas no sirvió de nada ni amalla ni querella ni servilla; que cuando más guardaba, se me fue con los
lobos de la villa, Dios sabe cómo vengo, la sed, el ansia y el calor que tengo.

DOÑA CLARA Pastor, que tan celoso vienes buscando tu querida oveja, mira ese soto umbroso;
que si la sed con la calor la aqueja, al agua vendrá luego.

PASTOR No hará, porque ya tiene muerto el fuego.

DOÑA CLARA Yo, pastor, a lo menos no la he visto pasar por este prado.

PASTOR Teniendo vos tan llenos los ojos del marido regalado que tenéis en los brazos, haciendo al
cuello suyo tantos lazos, no lo habréis advertido.

Quedad con Dios.

Váyase.

DOÑA CLARA ¡Qué hermoso y lindo talle!

¡Con qué galán vestido andan los ganaderos deste valle!

Despierte Félix.

FÉLIX Clara, ¿con quién hablabas?

DOÑA CLARA Con un pastor, mientras durmiendo estabas.

FÉLIX ¿Qué buscaba?

DOÑA CLARA Una oveja; que te moviera a lástima la suya, pues que por ella deja
todo el ganado, sólo porque arguya el amor que la tiene.

FÉLIX Quien tiene amor, con tales ansias viene.

DOÑA CLARA Sudaba, de cansado, por un rostro que a un rey honor le diera.

Echado en el cayado miraba selvas, montes y riberas, a ver si parecía, y a silbos la campaña estremecía.

Una honda de seda de tres lazos, que en uno remataban, porque llamarla pueda, se pendía del cinto, que adornaban un pasador y hebilla labrados por extraña maravilla.

Las abarcas de pieles, asidas con lazadas encarnadas, a guisa de claveles entre azucenas blancas deshojadas, puestas me parecieron en los pies, que este prado florecieron.

FÉLIX Sin duda que soñabas.

DOÑA CLARA Yo así lo creo, y todo ha sido un sueño.

FÉLIX Como acaso pensabas en los amores de tu nuevo dueño, soñabas hermosura, y el alma fue el pincel de la pintura.

Carrizo entre de soldadete, con espada y plumas.

CARRIZO ¿Habemos hoy de acabar de dormir y de partir?

FÉLIX Si al partir daña el dormir, ya le comienza a dejar.

¿Has dado bien de comer a esas bestias?

CARRIZO A esas bestias, que sufren nuestras molestias, les di a comer y a beber. He comprado dos capones, que pueden servir a pavos los remates de los cabos, con un par de perdigones.

Éstos van en el arzón.

FÉLIX Dios te haga bien.

CARRIZO Cada día la bucólica me fía, y tú verás que no son las de Virgilio tan buenas, aunque por lisonja estén con aquellos versos bien Galo, Títilo y Mecenas.

Pero falta lo mejor.

DOÑA CLARA ¿Cómo?

CARRIZO Todo es cosa vil adonde falta un pernil; que escribe cierto doctor que, tomado por jarabe cada mañana, es la cosa más cordial y más sabrosa que de Hipócrates se sabe.

Yo estoy muy bien con él por una cosa.

FÉLIX ¿Y será?

CARRIZO La diferencia que va del agua, Félix, a él.

El agua, para ser buena, ni color, sabor ni olor ha de tener. ¡Qué rigor!

Sólo nombrarla da pena.

Y el tocino, en competencia, tiene, para ser mejor, buen color, sabor y olor.

¿Cuál es mejor diferencia?

Color, lo magro que exceda la grana, sabor que llame al vino, olor que derrame ámbar que vencerle pueda.

Todas estas condiciones confortan y recuperan la vida, más que pudieran boticas ni confecciones.

Tome un poeta al aurora dos tragos sanmartiniegos, con dos bocados manchegos desto que Mahoma ignora (Belcebú le lleve presto a Argel o a Constantinopla), y podrá de copla en copla henchir de versos un cesto.

Beba agua, aunque sea endibia, con azúcar o rosado o blanco; y, el día pasado, hará una copla tan tibia, que parezca que ha salido por boca de cantimplora.

DOÑA CLARA Notable vienes agora.

CARRIZO Alegre traigo el sentido.

FÉLIX ¿Adónde habemos de ir?

CARRIZO Vamos a la gran Toledo; que en nombrándola, no puedo ni tengo más que decir.

Gente noble, entendimientos raros, damas siempre hermosas.

DOÑA CLARA ¿Qué cosas tan enfadosas!

CARRIZO ¿Celos?

DOÑA CLARA No.
CARRIZO ¿Qué?

DOÑA CLARA Pensamientos.

CARRIZO Digo que no vamos ya; y si buscas gente fea, pasémonos a Guinea, que no habrá celos allá, porque en Mandinga y en Zape nunca han entrado los celos, si no es que quieran los cielos que dellos nadie se escape.

¡Pardiez, vamos a Sevilla!

FÉLIX;Oh, qué famosa ciudad!

CARRIZOY de mayor libertad que las que tiene Castilla, porque la gran confusión de grandeza y forasteros, de naves y de extranjeros, causa de tenerla son.

Es bellísima en extremo.

DOÑA CLARAapresta, y vamos allá, aunque en toda España habrá el mismo temor que temo.

CARRIZO A Valencia puedes ir, que es un Jardín en la tierra.

FÉLIXNotable grandeza encierra; mas no podremos vivir sin que quién somos se entienda.

CARRIZOPues vamos a Barcelona, ciudad que la mar corona por su mas querida prenda; y podéis por Vinarrós pasar a Italia, o por ella.

DOÑA CLARATodo el amor lo atropella:
muramos juntos los dos.

Vamos a cualquier lugar.

FÉLIXHacia Toledo camina...

o Valencia, si imagina Clara que la han de buscar.

CARRIZO Las mulas están a punto y la cena.

FÉLIX Pues ¿qué esperas?

CARRIZOQue partas, y que tú quieras.

DOÑA CLARAPor el lugar te pregunto.

CARRIZO Habrá dos leguas no más.

DOÑA CLARAPues pica.

CARRIZO ¡Lindo camino, adonde pernil y vino no pueden faltar jamás!

FÉLIX ¿No vas contenta, mi amor?

DOÑA CLARA¿Pues no?

CARRIZO Caminemos presto.

DOÑA CLARAAlgún cuidado me ha puesto lo que me dijo el pastor.

Váyanse.

Entren el ángel, ya en figura de doña Clara y don Carlos.

ÁNGEL Yo os prometo hacer mi diligencia y persuadir mi padre a vuestro gusto; mas la palabra habéis de darme luego de no poner las manos ni la espada en ese caballero.

DON CARLOS ¿Quién o cómo os ha dicho, señora, que quería castigar a don Juan de aqueste agravio?

ÁNGELBasta que yo lo sepa.

DON CARLOS Mal he dicho en preguntaros cómo lo supistes; que vuestra santidad es tan notoria en toda la ciudad, que sólo un hombre tan malo como yo fuera ignorante y peregrino de virtud tan rara, y cómo lo sabéis os preguntara.

ÁNGELCarlos, no, quiere Dios que los agravios venguen los agraviados; y así, dice que no busquéis venganza, en el Levítico, ni os acordéis de la pasada injuria:

suya la llama en el Deuteronomio.

Judit dice que esperen los humildes; David le ruega a Dios que se levante, y que le vengue de sus enemigos.

Que no se olvida, dicen los Proverbios, y que es Dios de venganza, en quien es justo que espere el hombre libertad y honra.

El que pidiera a Dios de quien le ofende satisfacción, nos dice el Eclesiástico que la hallará sin duda, y a Idumea promete Dios por Israel castigo, por quererse vengar de su enemigo.

Tres veces llama a Dios Nahum, profeta, vengador, y aun el mismo Señor dice, por San Mateo, que volváis el rostro a quien os diere en él, y a los romanos y hebreos Pablo escribe estos consejos.

Diego y Pedro nos muestran esto mismo, y de las almas de los justos dice Juan en su Apocalipsi que pidiendo están a Dios venganza de su sangre.

Pedilda, pues, a Dios, señor don Carlos, y a mí dejadme el cargo de abonaros, si hoy me viere mi padre, como pienso, aunque siempre me ve mi Padre inmenso.

DON CARLOS Clara, más clara y pura que el sol claro; Clara, que las estrellas obscureces, no sólo con oírte y con mirarte, piedad infundes en mi duro pecho, pero me obligas que a tus pies echado, pida perdón de mi pasado intento a Dios y a ti, por quien sus voces siento.

Verdad es que matar a don Juan quise; mas ya, si quieres que perdón le pida, haré lo mismo que contigo hago.

ÁNGEL No, que será advertirle, pues no sabe la ofensa que intentabas a su vida.

Yo te prometo de cobrar tu honra, aunque ninguna en esto aventuraste, y de pedirle que te vuelva a Elena, como al principio fue su pensamiento, para que llegue a efecto el casamiento.

DON CARLOS Señora, con mirarte estoy de suerte, que ya no sólo quiero que le pidas me vuelva lo que tanto he deseado; pero si quieres que de aquí me vaya a Salamanca, y que con un pobre hábito me ponga en un recluso monasterio, lo haré sin detenerme: tales rayos me da sólo mirarte.

ÁNGEL Cuando fuera de Dios la vocación, yo me alegrara.

Agora trata de tomar estado, que mi hermana te quiere, a lo que pienso, y en fin es sacramento el matrimonio, en que podéis vivir como Tobías vivió con Sara tan alegres días.

Guárdate, si se hiciere este concierto, de llegar, como aquellos desdichados y lascivos mancebos que a las manos murieron del demonio; sino ofrece a Dios humilde tu oración, y pide que sea aquella junta sólo a efecto de su servicio.

DON CARLOS Si por ángel, Clara, te llevo en el camino de mi intento, ¡oh, qué honesto será mi pensamiento!

Sé tú mi Rafael, ve tú conmigo.

ÁNGEL Vete con Dios, que Dios irá contigo.

Váyase don Carlos.

¡Oh, soberana piedad, qué de cosas que te deben los hombres, y no los mueven a agradecida humildad!

¡Cuánto sufre, cuánto aguarda, pues por quien le despreció, hace que su Madre y yo sirvamos de buena guarda!

¡Cuán altos son tus secretos, sin que se entienda a qué fin!

¿Qué abrasado serafín penetrará tus conceptos?

La portera.

PORTERA Haga vuestra caridad que llamen al Mayordomo.

ÁNGEL También su defensa tomo.

No está agora en la ciudad, que es ido a cierta cobranza.

Mejor diré perdición.

PORTERA Pues he pensado que son dineros de una libranza.

ÁNGEL ¿Libranza? Yo los daré.

¡Ay, Dios! ¡Si la suya fuera, y Félix libre se viera del pecado en que se ve!

PORTERA Cien ducados se han de dar también para la madera del cuarto nuevo.

ÁNGEL ¡Ah, sí! Espera, que no les han de faltar.

PORTERA ¿Para qué en esta ocasión el Mayordomo enviaste, que no hay leña que se gaste, y se ha acabado el carbón?

ÁNGEL Todo se ha de proveer; Félix ocupado está; si hay alguna falta acá, decid lo que es menester.

PORTERA Hay una y muchas.

ÁNGEL Pues yo acudiré a todas luego.

PORTERA Que hables al hombre, te ruego, que el monumento pintó.

ÁNGEL Pues ¿cómo no le han pagado?

PORTERA Por faltar Félix de aquí.

ÁNGEL Ahora bien, pídanme a mí, pues Félix anda ocupado.

A Vísperas han tañido.

PORTERA Después dellas es costumbre, si no te da pesadumbre (que para ti no lo ha sido), barrer tal día como hoy el coro y claustro de afuera, la abadesa la primera.

ÁNGEL La menor de todas soy; apercíbeme una escoba.

PORTERA ¡Qué humildad! ¡Qué perfección!

Por cierto que el corazón, a cuantos la tratan, roba.

ÁNGEL Pues ténmela apercibida.

PORTERA Yo lo haré. ¡Qué alegre parte!

de unos días a esta parte está en ángel convertida.

Váyanse, y entren Félix y Carrizo.

FÉLIX ¿duerme Clara?

CARRIZO Vestida, sobre la cama está echada.

¿De qué suspiras? ¿Qué tienes?

Responde. ¿Enmudeces? Habla.

FÉLIX No sé qué tengo, Carrizo; vete, no me digas nada, que no quieren mis tristezas que nadie sepa la causa.

CARRIZO ¡Tú secreto para mí!

FÉLIX Si he de decir verdad clara, Clara me ofende, Carrizo; Clara me enfada y me cansa.

CARRIZO ¡Clara, más bella que el día!

FÉLIX Pues en las cosas humanas, ¿piensas tú que están los bienes seguros de sus mudanzas?

Con la furia que la amé, ha caído en mi desgracia, y ella lo va conociendo; que ya se lo dice el alma.

CARRIZO ¿Por qué?

FÉLIX Yo te lo diré.

CARRIZO En lo público no hay falta; si las tiene en lo secreto...

FÉLIX Oye, que es otra la causa:

desnudándose una noche, le vi encima de la faja un habitillo pequeño.

Preguntéle por qué andaba con esas reliquias ya, y díjome: «¿Qué te espanta?

Que como el primero Esposo, me dio, Félix, estas armas, y nunca el amor primero de todo punto se acaba, así estimo aquestas prendas, porque éstas son las del alma, como las tuyas del cuerpo.» En diciendo estas palabras, temblé como si estuviera donde el azogue se saca.

Dormí mal aquella noche, imaginando la espada de Cristo sobre mi cuello, del adulterio en venganza.

Fuíme a la iglesia otro día, que aun no era bien de mañana, y quitándole el sombrero a un crucifijo que estaba sobre los arcos del claustro, le vi volver las espaldas, de suerte que los dos clavos que tenía por las palmas, quedaron por lo de encima las dos cabezas sacadas.

Miré abajo, y vi hacia mí de los pies vueltas las plantas, donde los clavos también las cabezas remataban.

Erízase el cabello de imaginar tales ansias como entonces recibí.

Yo pienso que si tomaran cada cabello, pudieran pasar con él una tapia.

No me atreví a hablar, Carrizo, ni a oír misa.

CARRIZO ¡Cosa extraña!

Muriéndome estoy de miedo.

FÉLIXA Clara he escrito, esta carta, aunque breve de razones, de pesadumbres bien larga.

CARRIZOPues ¿dónde te quieres ir?

FÉLIXPienso dar la vuelta a Italia con el dinero que queda.

Llama, amigo, al huésped, llama.

CARRIZOEél viene, no te apasiones.

Un huésped.

FÉLIXHuésped, yo traía hurtada esa señora, que ahora mi esposa y mujer llamaba.

El temor de la justicia, de su presencia me aparta con este mozo también, que fue cómplice en sacarla.

Decilde que adiós se quede, y daréisle aquesta carta, que no hay derecho en la fuerza, ni en las desdichas palabra.

HUÉSPEDMucho me pesa, señor, que de esa suerte se vaya; háblela, por Dios, primero.

FÉLIXNo hay que tratar, esto basta; no me puedo detener.

Ven, Carrizo.

CARRIZO ¿A dónde?

FÉLIX A Italia.

CARRIZOVamos a romper el mundo, ya segura la garganta; que esto de sacar la lengua y andar por sogas tan altas, es burla de volatines:

ellos esas vueltas hagan.

Váyanse Félix y Carrizo.

HUÉSPED¡Ah, señora! ¡Ah, mi señora!

Doña Clara.

DOÑA CLARA¡Jesús! ¿Qué es esto? ¿Quién llama?

HUÉSPEDEl huésped.

DOÑA CLARA ¿Qué quiere el huésped?

HUÉSPEDQue recibáis esta carta.

HUÉSPED De aquel gentilhomme que ayer os trujo a mi casa; y porque es de poco gusto, y lágrimas no me agradan donde no he de ser remedio, sola os quedad a llorarlas.

Váyase el huésped.

DOÑA CLARAAbra y lee.

«Clara, yo sé que nos siguen y que ya toma venganza tu Esposo, del adulterio que hemos hecho en su casa.

Yo te dejo, y voy tan triste...» No más, letras desdichadas.

¿Ésta es la fe de los hombres?

¡En viento y palabras pagan!

DOÑA CLARA¿De quién?

¡Ay, miserable de mí, perdida y en tierra extraña, sola, sin Félix!... ¿Qué digo?

Sin Félix no fuera nada; mejor dijera sin Dios, a quien he vuelto la cara, y sin mi querido Esposo, a quien rompí la palabra.

¿Qué menos me prometían tan malas obras, que paran siempre en tan míseros fines?

Cansóse, que todo cansa.

¡Oh, gustos del mundo loco, flores hermosas al alba, marchitas al mediodía, y a la noche derribadas!

Gigantes, imaginados, son los deleites, que pasan como sueño, y quien los goza, muy diferentes los halla.

Recelos desto tenía.

Engañóme la esperanza:

púsela en un hombre vil, baja sangre, obscura casta; pero quitéla de Dios:

¿A dónde en el mundo hallara en quien segura estuviera?

¿Qué haré? Toda estoy turbada.

Ya tiemblo mi airado Esposo, y no sé por dónde vaya a buscarle, aunque jamás cerró sus puertas al alma que le llamase contrita.

Mas ¿cómo alzaré la cara que le negó tan vilmente?

Afuera desconfianza, que yo no ofendí marido de la tierra, que se baña espada y mano en la sangre de quien la fe le quebranta.

A Dios ofendí. Pues, Dios, si a nadie cierras tus llagas, a ti voy; piadoso eres, yo sé, Esposo, que me aguardas.

¿Esposo dije? ¡Ay de mí!

Adúltera soy. Desata, corazón, estas dos fuentes, y a la Reina de la gracia toma por madrina, y dile...

Pero no le digas nada hasta confesar tus culpas, pues conoces que son tantas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

HABLAN EN EL TERCER ACTO CARRIZO.Basurto.

FÉLIX.Olmedo.

TRES BANDOLEROS.Coronel, España, Callenueva.

LISENO y COSME, villanos.Argüello, Luis.

DOÑA CLARA.María de Argüello.

DOS DAMAS.Catalina, Jerónima.

DOS GALANES.España, Luis.

DOS MÚSICOS.Vivar.

DOS NADADORES.Callenueva.

DON CARLOS.Benito.

UN PASTOR.Riquelme.

UN ÁNGEL.Mariana.

DON PEDRO.Quiñones.

GINÉS.Coronel.

LA HORTELANA.Jerónima.

LA PORTERA.Catalina.

CARRIZO, fingido.Vivar.

UN PLATERO.Callenueva.

Carrizo y Félix.

CARRIZO Mil veces oí en Castilla que en el Coll de Balaguer había bien que temer, ya porque es del mar la orilla, y moros de Argel, piratas, entre calas y recodos, donde después salen todos, tienen ocultas fragatas; ya porque en él, por pasiones, nunca faltan bandoleros.

FÉLIX Quien lleva pocos dineros, cantar suele entre ladrones, como lo dijo un poeta.

¿Qué tenemos que temer, pues que nos faltaba ayer?

CARRIZOY el moro, ¿no te inquieta, que hace los cuerpos dinero, cuando en Biserta los vende, o en Trípoli?

FÉLIX Nunca me ofende el moro ni el bandolero tanto como yo a mí mismo, imaginando que estoy en España.

CARRIZO Triste voy, que soy alma de tu abismo.

FÉLIX Años ha, Carrizo hermano, que de España a Italia fuimos, donde hasta agora estuvimos sirviendo y viviendo en vano, pues no merecemos vida, aunque con seguridad, pues que por nuestra maldad fue la muerte merecida.

La patria o la perdición nos lleva a Ciudad-Rodrigo, y yo pienso que al castigo.

CARRIZO Secretos del cielo son.

Mil veces el delincuente, sin entender quién le lleva, quiere que vaya y se atreva a poner entre la gente donde comete el delito.

Tal puede ser que los dos vamos, queriéndolo Dios.

FÉLIXA su piedad lo remito.

Si un largo arrepentimiento, si una tierna contrición hallan la puerta al perdón, luz de mi remedio siento.

La penitencia no ha sido tal como debiera ser.

CARRIZO¿Tanto ha habido que comer?

¿Tan bien habemos dormido?

¿Qué regalo en tantos años por nuestros cuerpos pasó?

FÉLIXHarto trabajo nos dio el tiempo en reinos extraños; que si se ofreciera a Dios, de satisfacción sirviera, aunque pequeña, y corriera por la cuenta de los dos.

CARRIZO¿Válame Dios! ¿Qué habrá sido de doña Clara?

FÉLIX No sé:

no poco tormento fue su memoria en mi sentido.

Mil veces me vi de suerte, que quise volver por ella, aunque de volver a vella me resultara la muerte.

Fácil cosa fue dejalla; vivir sin ella no fue tan fácil, porque pensé morir volviendo a buscalla.

Poco tuvo de nobleza el dejalla, en lo exterior, pues la engañé con amor y la dejé con bajeza.

Pero como yo temí al Esposo que ofendía, busqué su vida y la mía, y al fin huyendo vencí.

Errar es de hombre mortal, y más en esto que ves; pero de demonio es perseverar en el mal.

CARRIZO Al fin volvimos a España, como ya desconocidos en rostro, barba y vestidos, si el tiempo no nos engaña.

Ya salimos de la mar y entramos en Barcelona, donde no hallamos persona que nos pudiese juzgar menos que por extranjeros:

lo mismo será en Madrid, Toledo y Valladolid.

Cuatro bandoleros con sus pistolas y capas, de la montaña.

BANDOLERO 1.ºPongan luego los dineros sobre esa piedra, soldados.

FÉLIX¿Mal encuentro!

CARRIZO Dile azar si ellos no le quieren dar, serán hidalgos honrados, porque no llevamos niente.

BANDOLERO 2.ºLos vestidos se desnuden antes que de ahí se muden, o disparo.

FÉLIX Espera.

CARRIZO Tente.

Váyanse desnudando.

Ofrezco al diablo artificio, que con apretar la mano, derriba al hombre más sano hasta el día del juicio.

FÉLIX Trabajos me han sucedido, mas nunca en éste me vi.

BANDOLERO 3.º ¿No acaban ya?

FÉLIX Señor, sí.

CARRIZO Parece que dio el vestido, según le manda quitar; pues no le cosía el sastre pensando en este desastre, que él diera prisa a hilvanar.

Tomen, y vayan con Dios.

BANDOLERO 1.º ¿De dónde son?

CARRIZO ¡Lindo aviso!

¿No lo ve? Del Paraíso, aunque no estamos los dos en estado de inocencia.

BANDOLERO 2.º Y ¿adónde van?

CARRIZO A acostar, porque tras el desnudar, no queda otra diligencia.

BANDOLERO 2.º Por parecer gente honrada...

CARRIZO Honrada su vida sea.

BANDOLERO 2.º De cierta vieja librea, de unos pobres desechada, si quieren, los vestiremos.

CARRIZO Eso es dar ropa y oficio, que hay mil que piden de vicio, y de vicio pediremos.

BANDOLERO 2.º Caminen.

FÉLIX ¡Qué triste vida!

CARRIZO Mas te debes alegrar, que ya no puede faltar, por lo menos la comida.

Váyanse, y entre Liseno, viejo villano y Cosme, su hijo.

LISENO El tiempo de engerir, Cosme, a propósito, ha de ser en creciente de la luna, día sereno y claro; mas la rama ten cuenta que sea nueva; por lo menos que no pase de un año. En tierras cálidas, por mayo es la sazón; pero en las frías, por junio y julio.

COSME Estoy tan inquieto, que le escucho sin gusto y por respeto.

LISENO Cuando vieres que suda la corteza y despide la yema, pon el ramo al pecho o sobre la rodilla, y corta, haciendo dos rayitas, como escudo, que por eso se llama de escudete.

Ve por un lado alzando la corteza, y entre el dedo pulgar y el otro cógela, y sácala el meollo y aderézala, y en tanto que previenes otro corte, ponla en la boca.

COSME Poco estoy atento.

La huerta me perdone y los enjertos, que no se engieren bien vivos y muertos.

LISENO Donde la has de asentar no tenga raja, que despide mejor estando lisa.

Corta luego al través cuanto es la yema, y vela desviando por la parte de arriba, hasta quedar el corte justo.

COSME Padre, yo escucho con bellaco gusto.

Dejaos de enjertos de escudete agora, de mesa, pie de cabra o cañutillo, coronilla, barreno o calabaza, y tratad de engerirme en casamiento, porque solo no puedo llevar fruto.

Poned en esto el pensamiento, padre; que la huerta ya tiene plantas y árboles.

Las plantas duran tres y cuatro años, los árboles a treinta y a sesenta, y árboles hay que pasan de cien años, llevando, como veis, sabroso fruto.

A no ser vos enjerto con mi madre, Cosme no fuera fruto vuestro, padre.

LISENO ¡Maldito seas, que aún apenas tienes treinta años, y ya tratas de casarte!

Y tú, ¿serás, por dicha, para eso?

COSME Aún hay en el lugar algún testigo; demás, que no será el peligro vuestro.

LISENO Muchas aldeas tiene y caserías la ribera del Tajo; en ellas viven labradoras hermosas; yo te ofrezco poner los ojos en alguna a intento de engerirte con ella en casamiento.

COSME No, padre, no; que ya sé yo la moza que el ánima me pudre y me retoza.

LISENO ¿Quién, Cosme?

COSME Juana, aquesta moza nuestra.

LISENO;Pues! ¡Juana! ¿Una mujer que habrá tres años que aquí vino perdida? ¿Estabas loco cuando te dio tan deshonesto intento?

COSME;Pardiez, padre! Vos sois un mentecato si infamáis la limpieza de su trato.

Vive como una santa, recogida en oración perpetua y en ayunos; métese en esas peñas, que coronan las márgenes del Tajo, y dase en ellas tantos azotes, que sus carnes bellas las hacen jaspes con la sangre viva; y ¡llamáisla perdida y fugitiva!

LISENO Pues cuando sea tal como tú dices, ¿estarás a propósito que tengas una mujer tan penitente en casa?

COSME;Qué mal sabéis el fuego que me abrasa!

No sé lo que me traigo, que al oído me andan diciendo, cuando está en el campo, que la fuerce, la ruegue y solicite, la penitencia y la oración la quite.

LISENO Ella es hermosa, y no eres, Cosme, solo el que pretende desviar a Juana de aquellos recogidos pensamientos; que el señor de la huerta por momentos la viene a ver y a molestarla tanto, que crece su dolor y aumenta el llanto.

Mas pues que Juana, Cosme, es a tu gusto, y tiene las costumbres que tú sabes, ¿qué mejor dote? Yo la haré mi hija.

COSMEEl cielo aumente, padre, vuestros años.

LISENOSufre hasta el fin los amorosos daños.

Váyase Liseno.

COSME Esto que traigo en el pecho no es posible que es amor, porque parece un ardor de muchos infiernos hecho:

A mí me incita y me mueve tan vivo desasosiego, que es nieve, y me abrasa en fuego, y es fuego, y me hiela en nieve.

Si como, me está llevando, ¡oh, Juana!, tu perfección toda la imaginación, y estoy comiendo y pensando.

Si duermo, despierto luego con tu nombre, de tal modo, que me parece que todo es un infierno de fuego.

Ésta es la orilla del río; en él quisiera arrojarme, si pensara que templarme pudiera el tormento mío. ¡Oh! Hela allí. Corazón, no tembléis de un ángel ya.

Clara, de labradora.

DOÑA CLARA¿Cuándo, Señor, llegará de mi pecado el perdón?

¿Cuándo, Jesús de mi vida, me dirá vuestra piedad, pues le costó mi maldad toda la sangre y la vida:

«Mujer, perdonada estás»?

Pero ¿cómo podrá ser que esto pueda merecer la que no os sirvió jamás, la que siempre os ofendió, la adúltera del Esposo más honrado y más hermoso que el cielo a la tierra dio?

Pero tengo confianza en esa sangre, Señor, que aunque es roja en el color, es verde por la esperanza.

¡Jesús mío, yo pequé!

¡Terrible fue mi pecado!

Vos sabéis lo que he llorado en esta esperanza y fe.

Díceme aquel enemigo que no me ha de aprovechar, y que vos me habéis de dar, como a adúltera, castigo; mas yo le digo, Señor, que nunca vos despreciáis corazón en quien halláis este contrito dolor.

¡Ay, piadosa Virgen bella!

¿Qué fuera de mí sin vos?

¿Por dónde llegara a Dios, por tal mar, sin tal estrella?

¡Ay, cielos! ¿Quién está aquí?

COSME Cosme soy; ¿de qué te alteras?

No son mis manos tan fieras, que te defiendas de mí.

¿Cuál oso viste bajar de los montes de Toledo, que te ha causado tal miedo?

Pero debes de pensar que vengo a hurtar la colmena de la miel de tu hermosura.

DOÑA CLARA Así Dios te dé ventura, y a mí, Cosme, me haga buena, que me hagas un placer.

COSME Mándame, Juana, y verás que en mandarlo tardas más que yo lo tardo en hacer.

DOÑA CLARA Que vuelvas a nuestra quinta por un libro que olvidé.

COSME Si voy, ¿dónde te hallaré?

DOÑA CLARA En esta alfombra que pinta de tantas flores el Tajo.

COSME ¿Está en tu aposento?

DOÑA CLARA Sí.

COSME Pues yo vuelvo luego aquí, porque vuelo, y sé el atajo.

No te vayas, desdén mío.

Váyase Cosme.

DOÑA CLARA Divino vencedor, de amor vencido, con túnica de sangre y con diadema, donde escribió la Majestad suprema el nombre que vos solo habéis leído; Cordero asado en cruz, el pecho herido, para que exhale el fuego en que se quema, en cuya herida amor con hostia y nema firmó la carta al hombre redimido; ¡quién se alistara, capitán benigno, debajo desa cruz, bandera santa, imperio que en sus hombros se enarbola!

Cordero de Sión, si fuera digno mi pecho de ofreceros la garganta, yo os siguiera con palma y con estola.

Grita de música y baile, damas y galanes, y un mozo con un tabaqué de medienda.

MÚSICOS Lavaréme en el Tajo, muerta de risa, que el arena en los dedos me hace cosquillas.

DAMA 1.^a Pon la merienda en el prado, que él nos servirá de mesa.

DOÑA CLARA ¡Lo que el demonio atraviesa por despertar mi pecado!

GALÁN 1.^o ¡Hermosa estás como un oro!

DAMA 2.^o Y tú, galán como un sol.

GALÁN 1.^o ¿Hay tan dichoso español?

DOÑA CLARA Alma, mientras cantan, lloro.

MÚSICOS Que no quiero bonetes, que soy muy boba, y en andando con picos, me pico toda.

DOÑA CLARA Todas invenciones son del demonio, que despierta mis deleites.

DAMA 1.^a ¿No es la huerta de mayor recreación?

GALÁN 2. Yo me quiero desnudar.

GALÁN 1.^o Y yo, que hace gran calor.

GALÁN 2.^o En aquel chopo es mejor.

DAMA 1.^a ¿Huélgaste de ver nadar?

DAMA 2.^a ¿Eso dudas?

DAMA 1.^a Pues allí podréis pasar la merienda.

GALÁN 1.^o Mil primores, dulce prenda, haré en el agua por ti.

MÚSICOS Si te echares al agua, bien de mis ojos, llévame en tus brazos; nademos todos.

Entrense todos.

DOÑA CLARA ¡Qué de cosas representa, para ponerme en cuidado, a mi deleite pasado quien mi perdición intenta!

Pues, cuerpo, ya conocéis los castigos que lleváis.

Dos gentileshombres entren.

GENTILHOMBRE 1.^o Mirad, Guzmán, que sudáis, y que a peligro os ponéis.

Enjugaos, que tiempo habrá.

GENTILHOMBRE 2.º ¡Oh, qué graciosa aldeana con veinte ovejas?

GENTILHOMBRE 1.º Serrana, ¿dónde menos hondo está?

DOÑA CLARA No nadéis si no sabéis.

GENTILHOMBRE 2.º En verdad que yo nadara adonde mejor templara...

DOÑA CLARA De espacio, no os acerquéis.

Id en buen hora a nadar.

GENTILHOMBRE 1.º ¡Lindo brazo!

GENTILHOMBRE 2.º Y ¡qué rollizo!

DOÑA CLARA Esto el demonio lo hizo, que no me quiere dejar.

GENTILHOMBRE 2.º Daréle para corales, si a los labios me los trueca.

GENTILHOMBRE 1.º Oiga, no sea tan seca.

DOÑA CLARA Si son hombres principales, ¿no ven que es mucha bajeza tratar mal una mujer?

GENTILHOMBRE 2.º Peñasco debes de ser, aunque un ángel en belleza.

Pues guárdanos los vestidos entre tanto que nadamos, porque desnudos pensamos despertarte los sentidos.

DOÑA CLARA Esas palabras no son de gente desta ciudad.

GENTILHOMBRE 2.º ¡Qué notable honestidad!

GENTILHOMBRE 1.º ¡Quedo, que tiene razón!

Dejalda, que aún tengo miedo de una mujer virtuosa.

GENTILHOMBRE 2.º No la he visto más hermosa en la Sagra de Toledo.

Váyanse los dos.

DOÑA CLARA No pienses, fiero enemigo, volverme al mundo jamás; que esto que a mis ojos das, te pienso dar en castigo.

Así el alma se desagua cuando va de culpas llena.

Dentro, como que nadan.

GALÁN 1.º ¡San Juan y la Magdalena!

Un baño parece el agua.

DOÑA CLARA Ojos, ya no hay qué mirar; mirad solamente al cielo, que en aquel hermoso velo hay mucho que contemplar.

Dejad las cosas, mis ojos, del mundo, pues tales son, que han sido mi perdición y el blanco de mis enojos.

Pensad en lo que perdí cuando mi Esposo dejé.

¡Ay, Señor! ¿Cuándo osaré volver mis ojos a ti?

Dulcísima vida mía, ¿cómo dejé tus regalos?

¿Cómo por otros tan malos olvidé tu compañía?

¿Cómo te quebré la fe?

¿Cómo el anillo rompí que me diste y que te di cuando tu mano toqué?

¡Llorad, ojos, no os canséis!

Y ¡ojalá pluguiera a Dios fuérades mil como dos, porque dos poco podréis!

¿Dónde estás, Esposo mío?

¡Oh, qué enojado estarás!

¡Ay, Dios! ¿Si recibirás los suspiros que te envío?

Señor, que en piedad excedes mis culpas, dame tu luz; clavado estás en la cruz; no te me irás, que no puedes.

El pastor.

PASTOR Verdes riberas amenas, frescos y floridos valles, aguas puras, cristalinas, altos montes, de quien nacen, guíadme por vuestras sendas y permitidme que halle esta prenda que perdí y me cuesta amor tan grande.

Ya de pisar las espinas llevo teñidas en sangre las abarcas, y las manos rotas de apartar jarales.

De dormir sobre el arena de aquella desierta margen, traigo enhebrado el cabello; y cuando el aurora sale, mojado con el rocío que por mi cabeza esparcen las nubes que del sol huyen, humedeciendo los aires.

¡Ay, Dios, qué cansado estoy!

¿Qué cayado habrá que baste para sufrir este peso?

DOÑA CLARA Cielo santo, declaradme si es este pastor aquel que vi en el Tormes, la tarde que en mi regazo dormía Félix al pie de unos sauces.

¡Ah, pastor! ¡Ah, ganadero, que Dios muchos años guarde!

Paréceme que otra vez te he visto yo en otros valles, porque es tanta tu hermosura, que años y trabajos tales no han borrado en mi memoria esas más que humanas partes.

¿Vives agora estos montes?

¿Guardas ganado? ¿Qué haces en las orillas del Tajo?

PASTOR Serrana, lo mismo que antes.

¿No te acuerdas que buscaba por prados, por arenales, por sierras, por altos montes una oveja aquella tarde?

Pues la misma busco agora; que tan perdido me trae, que no volveré sin ella a los ojos de mi Padre; aunque siempre estoy en ellos por la merced que me hace, por el amor que me tiene, y porque somos iguales.

DOÑA CLARA Pastor gallardo y hermoso, ¿por qué te cansas en balde?

Que tanto amor no merece cosa que tan poco vale.

¿Para qué perdido vienes, pues aunque peñas ablandes con silbos, no la enterneces?

Que son bien claras señales que vino a manos del lobo.

PASTOR Sí vino; que el lobo infame persigue ovejas que estimo, porque presume vengarse de un golpe que cierta vez le di en un monte una tarde, aunque por darle con fuerza no me costó poca sangre.

Mordióla, no la comió.

DOÑA CLARA ¿Es posible que la llames tanto tiempo, y que no venga?

PASTOR No se atreve, aunque bien sabe que estoy los brazos abiertos siempre que ella me buscare; porque yo no soy pastor como algunos arrogantes que vengan los adulterios que las ovejas les hacen.

Si ellas lloran y les pesa (que no ay cosa más süave para mí, que ver llorar, porque el corazón me parten), luego les doy sal, y algunas con esta sal tales salen, que no hay carne más sabrosa en la mesa de mi Padre.

Váyase.

DOÑA CLARA No te vayas. Oye, espera.

¿Sueño o velo? ¿Si me hacen estas burlas mis deseos?

Mas ¡ay, burlas celestiales!

Ora pasen a mis ojos, ora en mis sentidos, pasen, avisos me ha dado el cielo para que su gracia alcance.

Ir quiero animosamente, en este villano traje, desde aquí a Ciudad-Rodrigo.

Quizá este pastor es ángel, y me anima a dar la vuelta donde penitente acabe esta miserable vida.

Ángel, si lo sois, guíadme.

Váyase, y entren el ángel, en el hábito de doña Clara, y don Pedro.

DON PEDRO Por ti casé mi hija con don Carlos, porque a no ser por ti, no se la diera, a mis deudos cansado de escucharlos.

No digo que es tu hermana la primera ¡oh, Clara! que ha vivido mal casada; pero que yo su bien y paz quisiera.

Ni digo yo de ti que estás culpada:

yo sé cuán bueno en esto fue tu intento; pero sé que es Elena desdichada.

ÁNGEL Pues ¿qué tiene don Carlos?

DON PEDRO Descontento; que no quieras más mal para un casado, aunque no sabes tú de casamiento.

ÁNGEL Yo vivo con mi Esposo regalado en otro matrimonio diferente.

DON PEDRO ¡Dichosa quien escoge tal estado!

Dos años ha que vive como ausente, que mujeres y juego le distraen: tras esto, celos bien injustos siente.

ÁNGEL Cosas son que los años verdes traen.

Querrá Dios que don Carlos caiga en ello; que muchos se levantan aunque caen.

Envíamele acá.

DON PEDRO Si puedo hacello, que teme tu virtud, porque los malos huyen la luz.

ÁNGEL La vida es un cabello.

Yo no sé quién estima sus regalos, si de tan débil cosa está pendiente.

DON PEDRO Rinde la mocedad el fruto a palos.

Yo voy a hacer que venga.

Váyase don Pedro.

ÁNGEL ¡Oh, Clara, ausente de tu casa legítima y tu Esposo!

Aunque es verdad que tengo a Dios presente, y ejercito un oficio tan honroso, deseo tu remedio y que ya vengas; que puesto que en la tierra estoy glorioso, mi gloria aumentaré cuando la tengas.

Entre un platero.

PLATERO Como licencia me diste, en la portería entré.

ÁNGEL Hoy a llamarte envié, que en cuidado me pusiste.

La custodia... ¿está acabada?

PLATERO Y con el mayor decoro de primor que alcanza el oro..., digo, la plata dorada.

ÁNGEL Bien has hecho, que ha de ser casa del Señor del cielo, que en el compás de aquel velo se quiere en cifra poner.

Aunque tan grande, está allí como en la cruz y en el cielo.

PLATERO Aunque te agradó el modelo, con el arte le vencí.

ÁNGEL ¡Dichoso tú, que fabricas casa a Dios!

DON PEDRO Tú más dichosa, que tan santa y virtuosa le alabas y glorificas.

¡Dichosa tú, que mereces lo que al indigno se priva, pues eres custodia viva del mismo Dios tantas veces!

ÁNGEL Dios sabe, amigo, quién soy:

deja a Dios toda alabanza.

PLATERO Dame dinero o libranza que pueda cobrarse hoy; que me matan oficiales.

ÁNGEL Hoy tendrás todo el dinero.

Don Carlos entre, y Ginés.

DON CARLOS Digo que esperar no quiero, y que entraré, pues no sales.

ÁNGEL ¿Qué es esto?

DON CARLOS En el oratorio te esperaba, y me cansé.

ÁNGEL Reñirte quiero.

DON CARLOS ¿Por qué?

ÁNGEL Porque es tan claro y notorio cómo tratas a mi hermana, y porque dice enojado mi padre, que causa he dado a cosa tan inhumana.

Tú, Carlos, ¿eres aquel que tan humilde decías que a doña Elena serías humilde, honesto y fiel?

¿Tú quien juraba sacar mentiroso a tu enemigo, y no hay en Ciudad-Rodrigo quien no te venga a culpar de ingrato a tanta hermosura, y de atrevido a tu honor?

DON CARLOSEl divino resplandor, llama de la lumbre pura que sale de aquesa cara, Clara, me obliga a respeto; que si no, yo te prometo que no le tuviera, Clara.

Elena, celosa, ha dado causa a hablar mal de mi honor.

ÁNGEL Yo lo sé todo mejor, y en lo que andas ocupado, qué papeles escribiste a quien sabes, y qué cosas, con palabras amorosas, en su reja le dijiste.

Sé lo que habéis concertado, y sé...

DON CARLOS Detente, por Dios, que lo que pasa entre dos, Dios te lo habrá revelado.

¡Oh, Clara, cuya virtud me avergüenza! En esos pies pido perdón.

ÁNGEL Esto es, Carlos, buscar tu quietud.

No des a Elena ocasión, ni a mi padre estos enojos.

DON CARLOSTendrédela sobre mis ojos y la pediré perdón.

La hortelana entre.

HORTELANA Acude presto, sórora Clara, que sórora Magdalena en este punto, paseando la margen del estanque, cayó en sus aguas y se ha hundido en ellas.

ÁNGEL Dame licencia, Carlos.

DON CARLOS ¡Qué desdicha!

HORTELANA Presto, señora, que se está anegando.

ÁNGEL La Buena Guarda la estará guardando.

Váyanse los dos.

DON CARLOS ¿Qué sientes desta santa?

GINÉS Que la tiene en gran veneración la ciudad toda, y que se cuentan della cosas raras.

DON CARLOS ¿No ves cómo entendió mi pensamiento?

¿No ves cómo ha sabido los amores que trataba en secreto con doña Ana?

GINÉS Ella es un serafín en forma humana.

DON CARLOS Yo pienso desde hoy más tenerla miedo, y enmendar mis locuras.

GINÉS Todo es burla, sino dormir, segura la conciencia.

DON CARLOS ¿Quién no envidia, Ginés, un hombre justo, sabiendo que es la vida tan incierta, y que es la muerte tan forzosa y cierta?

La hortelana entre.

HORTELANA Para que no te vayas sin que sepas un milagro tan raro, y seas testigo, así como llegó Clara al estanque, entró por él, y sin mojarse el hábito, asió de un brazo a sórora Magdalena, y la sacó a la orilla viva y sana:

dilo a su padre y a su amada hermana.

Váyase.

DON CARLOS ¿Qué te parece?

GINÉS Sin sentido quedo.

DON CARLOS Y yo confuso entre esperanza y miedo.

Doña Clara entre en hábito de labradora.

DOÑA CLARA Si tan grande atrevimiento ha sido de Dios guiado, debe de ser mi pecado que quiere dar escarmiento, y anda a buscar su castigo; pues no solamente entré en este traje, y a pie y

sola en Ciudad-Rodrigo, pero hasta la misma puerta de la casa que dejé cuando a mi alma cerré la que vio del cielo abierta.

Gente hay en la portería.

¡Ay, mi casa regalada!

¡Ay, soberana posada, donde mi Esposo tenía!

¡Ay, Virgen divina, a quien encomendé aquel ganado que dejé por mi pecado!

¿Habéisle guardado bien?

¿Quién lo duda, si de Dios cuanto queréis alcanzáis?

GINÉS Pues, hermana, ¿a quién buscáis?

DOÑA CLARA No os busco, señor, a vos.

GINÉS ¡Qué bonita labradora!

DON CARLOS ¡Hermosa, por vida mía!

DOÑA CLARA Saber, señores, querría quien es abadesa agora deste santo monasterio, porque la quisiera hablar.

¡Ay, Dios! ¿Quien ha de contar tal deshonor y vituperio?

DON CARLOS La que es abadesa aquí es doña Clara de Lara.

DOÑA CLARA ¡Doña Clara!

DON CARLOS Sí, y más clara que el sol.

DOÑA CLARA ¿Burláisos de mí?

Pues ¿no ha tres años que es muerta?

DON CARLOS ¡Muerta! Debéis de estar loca.

DOÑA CLARA ¿Si éste me conoce, y toca algo de mi historia incierta?

DON CARLOS Doña Clara es una santa; vive en este santo templo, dando a todo el mundo ejemplo, que sus alabanzas canta.

Agora acaba de hacer un milagro.

DOÑA CLARA ¿Qué es aquesto?

GINÉS Vamos a decirlo presto.

Váyanse don Carlos y Ginés.

DOÑA CLARA ¿Quién será aquesta mujer?

Yo, ¿no soy Clara? ¡Ay de mí!

Pues ¿cómo aquí vive Clara?

Y más que dijo de Lara, que también me llamo así.

Temblando estoy. ¿Qué será?

El ángel entre.

ÁNGEL Clara, no te turbes; mira que de tu Esposo la ira se viene templando ya.

DOÑA CLARA ¿Sois, señora, la Abadesa?

que tengo mucho que hablaros, y solamente en miraros, parece que el miedo cesa.

Dícenme que os llamáis Clara; y aunque Clara en luz tan pura, oíd una Clara oscura, que a vuestra luz se declara.

Yo soy...

ÁNGEL No me digas más:

ya sé quién eres.

DOÑA CLARA Ya sé que eres santa; escuchame.

ÁNGEL Clara, en tu convento estás.

Entra, y en tu celda propia, el hábito que dejaste cuando a tu Esposo negaste (de tu voto hazaña impropia), toma del mismo lugar; que en el tuyo quedé yo cuando Félix te engañó.

DOÑA CLARA Los pies te quiero besar.

¿Quién eres, señor?

ÁNGEL No digas a nadie lo que ha pasado, sino en confesión. Yo he estado sufriendo tantas fatigas como me ha dado el servir el gobierno tantos años: recupera aquellos daños de tu pasado vivir con debida penitencia, porque te vuelva tu Esposo a su pecho generoso, después desta larga ausencia.

DOÑA CLARA Di, ¿quién eres? Oye, aguarda.

ÁNGEL Basta que sepas agora que sirvo a cierta señora.

DOÑA CLARA Dime el nombre.

ÁNGEL Buena Guarda.

DOÑA CLARA Animosa quiero entrar, siguiéndole.

ÁNGEL Venir puedes.

DOÑA CLARA Esposo, ¡tantas mercedes!...

ÁNGEL Ya se lo puedes llamar.

Entranse.

Carrizo y Félix, de pobres.

CARRIZO ¿Que nadie nos conoce? ¡Extraña cosa!

FÉLIX No venimos nosotros para menos.

CARRIZO Todo sucede mal a quien ingrato corresponde a tan altos beneficios como de Dios recibe.

FÉLIX Éste es el templo adonde yo fui indigno mayordomo.

CARRIZO ¡Qué miedo, Félix, de mirarle temo!

FÉLIX Yo pienso que los cielos me han traído para que agora pague mi pecado.

CARRIZO Y yo, ¿mondaré nísperos? Mas, dime, ¿cómo podrás cobrar, sin declararte, la hacienda por que vienes? Que es, sin duda, que tú y Clara, faltando un mismo día, han de pensar que tú su París fuiste, y pienso que los dos seremos Troya; que nos han de abrasar en vivo fuego, si viene algún jüez que estudie en griego.

Entre el fingido Carrizo.

FÉLIX Éste es, sin duda, el sacristán que agora tienen aquestas monjas: llega y háblale.

CARRIZO Deo gracias. ¡Qué temor me sobreviene!

CARRIZO FINGIDO Por siempre. ¿Para qué a esta puerta viene?

Vaya a la de la iglesia.

CARRIZO Diga, hermano, ¿quién es el sacristán que agora sirve este convento?

CARRIZO FINGIDO Yo, ¿no me conoce?

Pero debe de ser extraño.

CARRIZO Extraño de todo bien, y propio de mi daño.

CARRIZO FINGIDO Seis años ha que en esta casa vivo.

CARRIZO ¿Seis años? Mire, hermano, que se engaña, que agora tres estaba aquí Carrizo.

CARRIZO FINGIDO Pues Carrizo es el mismo que está agora.

CARRIZO ¡Carrizo!

CARRIZO FINGIDO Sí, que ese es mi propio nombre.

CARRIZO ¿Él se llama Carrizo?

CARRIZO FINGIDO Así me llamo.

CARRIZO ¿Oyes aquésto?

FÉLIX Atento estoy a todo.

CARRIZO ¿Que él es Carrizo? ¿Cómo de qué modo?

CARRIZO FINGIDO Porque Juan de Carrizo fue mi padre, y mi madre Lúisa de Montalbo, cristianos viejos.

CARRIZO Esos lo eran míos.

CARRIZO FINGIDO Tuve una hermana murió pequeña, y otra casada en Salamanca.

CARRIZO ¡Cielos, que perderé el juicio!

FÉLIX Aguarda un poco, que hay más secreto en esto o estoy loco.

Diga, señor, ¿quién es el mayordomo destas señoras?

CARRIZO FINGIDO Es Esteban Félix.

FÉLIX ¡Esteban Félix!

CARRIZO FINGIDO Sí, muy buen hidalgo, y no de poca hacienda.

FÉLIX ¡Santo cielo!

Pues ¿no ha tres años ya que es muerto ese hombre?

CARRIZO FINGIDO ¡Muerto! Agora le vi con la Abadesa.

FÉLIX ¿quién es la Abadesa?

CARRIZO FINGIDO Doña Clara.

FÉLIX ¿Doña Clara de Lara?

CARRIZO FINGIDO Sí, la propia.

FÉLIX Carrizo, o es espíritu diabólico este mancebo, o celestial y angélico, porque hombre de la tierra es imposible.

CARRIZO FINGIDO Digan, señores, ¿mandanme otra cosa?

FÉLIX Que os guarde Dios.

Retírase el CARRIZO FINGIDO.

CARRIZO ¿Si somos los que fuimos?

FÉLIX ¿Si me he mudado yo?

CARRIZO Tórnome loco.

FÉLIX Procuremos hablar a la Abadesa, y sabremos qué es esto.

CARRIZO Mi pecado, en otro el ser que soy ha transformado.

Éntrense, y salga doña Clara, ya en su primer hábito, y don Pedro, su padre.

DON PEDRO Bien tengo que agradecerte, Clara. ¡Venturoso el día que para la vejez mía fabriqué muro tan fuerte!

Carlos me pidió perdón.

DOÑA CLARA Pues ¿quién señor padre, es Carlos?

A todos tiemblo de hablaros, porque no sé la ocasión.

DON PEDRO Como estás tan embebida en Dios, aún de tu cuñado, que a tu hermana has restaurado, por momentos se te olvida.

DOÑA CLARA ¡Ah, sí! Carlos, el marido de...

DON PEDRO De tu hermana.

DOÑA CLARA Es así.

DON PEDRO Casástele tú, y a mí me sacaste de sentido, y al cabo ya de tres años, ¿preguntas de quién lo es?

En fin, se puso a mis pies y confesó sus engaños.

DOÑA CLARA Sin duda que éste es marido de Elena, y reñido habrán.

Ellos amigos se harán, todo se pondrá en olvido.

DON PEDRO Don Carlos así lo dice; y yo, Clara, que es razón, te debo su conversión.

DOÑA CLARA Señor, lo que pude hice:

Éste debía de ser mozo travieso sin duda.

La portera y el platero.

PLATERO Dice que a firmarla acuda, que agora lo puede hacer.

PORTERA Firme vuestra caridad esta cédula a Lamberto.

DOÑA CLARA ¿Cómo?

PORTERA Que vive, es lo cierto, Clara, en otra claridad.

¿No le conoces?

DOÑA CLARA ¿Quién es?

PORTERA El platero.

DOÑA CLARA Pues ¿qué quiere?

PORTERA La firma, porque no espere.

DOÑA CLARA ¿La firma? Vuelva después.

PLATERO Si la custodia he traído, y prometiste el dinero, ¿qué he de hacer?

DOÑA CLARA A este platero, este dinero han debido por la custodia que ha hecho.

Mostrad, que quiero firmar.

DON PEDRO Todo, amigos, es pensar en cosas de más provecho.

PORTERA Que escribas al Almirante te ha pedido doña Inés.

DOÑA CLARA ¿Sobre qué?

PORTERA ¡Harto bueno es en caso tan importante, y estando tu primo preso!

DOÑA CLARA ¿A dónde?

PORTERA En Madrid lo está.

DOÑA CLARA ¡Ah, sí! Bien me acuerdo ya, aunque no bien, del suceso.

PORTERA La muerte de don Lúis.

DOÑA CLARA Sí, sí.

DON PEDRO Toda está en el cielo.

PORTERA Pues vámonos, que recelo que a fuerte ocasión venís.

Váyanse todos.

DOÑA CLARA En extraña confusión el alma tengo ocupada; que mal los puede entender quien ha tres años que falta.

Esos ¡ay, cielo! ha tenido tan buena guarda esta casa, que para mi confusión todas son buenas y santas.

¡Qué diferente gobierno es el que agora se halla!

¡Qué olor del cielo que tienen cuantas me miran y hablan!

Y aunque no sé responder a las cosas de que tratan, ellas me dan la disculpa: dicen que estoy elevada.

Pues yo haré, mi dulce Esposo, por estarlo en vos, con ansias tan amorosas y dulces, que allá se me quede el alma.

Félix y Carrizo.

FÉLIX Temblando llego, y es justo.

CARRIZO Parece que es doña Clara.

FÉLIX Transformada está en el cielo.

CARRIZO Pienso que el alma le falta.

FÉLIX Mírala bien.

CARRIZO Ella es; que desta manera estaba cuando salimos de aquí.

Mas ¿si fue alguna fantasma la que llevaste a Toledo?

FÉLIX Sí, porque dicen que es santa y hace milagros; y aquí, ¿cómo o por adónde entrara si la hubiéramos llevado?

CARRIZO Ya vuelve en sí.

FÉLIX ;Cosa extraña!

DOÑA CLARA;¿Quién está aquí?

FÉLIX ;No conoces a Félix? ¿De qué te espantas?

DOÑA CLARA;¿No quieres que en verte tiemble, de mis desventuras causa?

CARRIZOY ¿a Carrizo no conoce?

FÉLIXSeñora, ¿cómo te hallas en tu hábito, en tu honor, en tu virtud y en tu casa?

DOÑA CLARACuando salí del convento, y me viste que lloraba, dije con tiernos suspiros a aquella imagen sagrada que, ya que yo me perdía, sirviera de buena guarda a las que dejaba aquí; y la Reina soberana, en mi lugar y en el vuestro, las puso tal, que bastaban para gobernar mil mundos. Éstas, supliendo la falta que los tres habemos hecho, han vuelto por nuestra fama.

Dejásteme, y yo, perdida, aunque para Dios ganada, hice dura penitencia, mas pequeña a culpas tantas.

Vine, y con la guarda hablé, que en la confesión me manda sólo decir el suceso, y a las partes que le tratan, que sois los dos, a quien ruego por las piadosas entrañas de Dios, que hagáis penitencia.

FÉLIXDame aquesas manos santas, y tu bendición con ellas, que sin entrar en mi casa, iré a confesar mis culpas, y a que en una jerga parda se envuelva este triste cuerpo.

CARRIZOQuien para mal te acompaña, para el bien lo hará mejor.

FÉLIXAquí, para ejemplo, acaba, como verdadera historia, Senado, La Buena Guarda.

Si quid dictum adversus fidem et bonos mores, tamquam non dictum, et omnia sub correctione S. M. E.

En Madrid, a 16 de abril de 1610.

LOPE DE VEGA CARPIO.

LOADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO En la mismo hoja, a la vuelta:

Examine esta comedia, cantares y entremeses della, el secretario Thomás Gracián de Antisco, y dé su censura. En Madrid, a 27 de abril de 1610 años.-Una rúbrica.

Esta comedia, intitulada La Encomienda bien guardada, habiéndola visto también representar el señor licenciado Tejada, del Consejo de Su Majestad, etc. y otros señores, se puede representar. Madrid, a 16 de junio de 1610.-THOMÁS GRACIÁN DANTISCO.

Podráse representar esta comedia de La Encomienda bien guardada, atento que yo la he visto representar y otros señores. En Madrid, a 16 de junio de 1610.-Rúbrica (la de Tejada, probablemente).

Vista y examinada esta comedia por el licenciado Melchior Mirante y el licenciado (lo que sigue está ya escrito en la hoja siguiente) Benito de Gálvez, fiscal del reverendísimo arzobispado de Sevilla, hallamos no tener cosa contra la Santa Fe Católica; y así, se puede representar. Fecho en Sevilla, a veinte y nueve de mayo de 1611.-EL LICENCIADO BENITO GÁLVEZ.-EL LICENCIADO MELCHOR DE ALMIRANTE. -Gratis.

Por mandado del señor Vicario he visto la comedia intitulada La Buena Guarda, y no tiene cosa contra la Santa Fe ni costumbres; y así, se le podrá dar licencia para representalla al autor. En Madrid, a tres días de noviembre de 1614.-EL LICENCIADO LUIS TREVIÑO.

El licenciado Alonso de Illescas, teniente de vicario general de Madrid, por la presente doy licencia para que se represente esta comedia, que se intitula La Buena Guarda, atento que nos consta, por el examen que de ella se ha hecho, que no tiene cosa contra la Fe ni buenas costumbres.

En Madrid, a tres de noviembre de mil y seiscientos y catorce años.

-EL LICENCIADO ALONSO DE ILLESCAS.

Personas que hablan en ella:

LISEO, caballero galán
TURÍN, lacayo
LEANDRO, estudiante
OCTAVIO, viejo
MISENO, su amigo
DUARDO, caballero
FENISO, caballero
LAURENCIO, caballero galán
RUFINO, maestro
NISE, dama
FINEA, su hermana
CELIA, criada
CLARA, criada
PEDRO, lacayo
MÚSICOS

Acto primero

Salen LISEO, caballero, y TURÍN, lacayo, los dos de camino

LISEO:
¡Qué lindas posadas!

TURÍN:
¡Frescas!

LISEO:
¿No hay calor?

TURÍN:
Chinches y ropa
tienen fama en toda Europa.

LISEO:
¡Famoso lugar en Illescas!
No hay en todos los que miras
quien le iguale.

TURÍN:
Aun si supieses
la causa...

LISEO:
¿Cuál es?

TURÍN:
Dos meses
de guindas y de mentiras.

LISEO:
Como aquí, Turín, se juntan
de la corte y de Sevilla,
Andalucía y Castilla,

unos a otros preguntan:
unos de las Indias cuentan,
y otros, con discursos largos
de provisiones y cargos,
cosas que al vulgo alimentan.
¿No tomaste las medidas?

TURÍN:
Una docena tomé.

LISEO:
¿E imágenes?

TURÍN:
Con la fe
que son de España admitidas
por milagrosas en todo
cuanto en cualquiera ocasión
les pide la devoción
y el nombre.

LISEO:
Pues, de ese modo,
lleguen las postas, y vamos.

TURÍN:
¿No has de comer?

LISEO:
Aguardar
a que se guise es pensar
que a media noche llegamos;
y un desposado, Turín,
ha de llegar cuando pueda
lucir.

TURÍN:
Muy atrás se queda
con el repuesto Marín;

pero yo traigo que comas.

LISEO:
¿Qué traes?

TURÍN:
Ya lo verás.

LISEO:
Dilo.

TURÍN:
Guarda.

LISEO:
Necio estás.

TURÍN:
¿De esto, pesadumbre tomas?

LISEO:
Pues ¿para decir lo que es...?

TURÍN:
Hay a quien pesa de oír
su nombre. Basta decir
que tú lo sabrás después.

LISEO:
¿Entretiénesse la hambre
con saber qué ha de comer?

TURÍN:
Pues sábetete que ha de ser...

LISEO:
¡Presto!

TURÍN:

Tocino fiambre.

LISEO:

Pues ¿a quién puede pesar
de oír nombre tan hidalgo?
Turín, si me has de dar algo,
¿qué cosa me puedes dar
que tenga igual a ese nombre?

TURÍN:

Esto y una hermosa caja.

LISEO:

Dame de queso una raja;
que nunca el dulce es muy hombre.

TURÍN:

Esas liciones no son
de galán, ni desposado.

LISEO:

Aún agora no he llegado.

TURÍN:

Las damas de corte son
todas un fino cristal;
transparentes y divinas.

LISEO:

Turín, las más cristalinas
comerán.

TURÍN:

¡Es natural!
Pero esta hermosa Finea
con quien a casarte vas
comerá...

LISEO:

Dilo.

TURÍN:

No más
de azúcar, maná y jalea.
Pasaráse una semana
con dos puntos en el aire
de azúcar.

LISEO:

¡Gentil donaire!

TURÍN:

¿Qué piensas dar a su hermana?

LISEO:

A Nise, su hermana bella,
una rosa de diamantes,
que así tengan los amantes
tales firmezas con ella;
y una cadena también,
que compite con la rosa.

TURÍN:

Dicen que es también hermosa.

LISEO:

Mi esposa parece bien;
si doy crédito a la fama.
De su hermana poco sé;
pero basta que me dé
lo que más se estima y ama.

TURÍN:

¡Bello golpe de dinero!

LISEO:

Son cuarenta mil ducados.

TURÍN:

¡Bravo dote!

LISEO:

Si contados
los llevo a ver, como espero.

TURÍN:

De un macho con guarniciones
verdes y estribos de palo,
se apea un hidalgo.

LISEO:

¡Malo,
si la merienda me pones!

Sale LEANDRO, estudiante, de camino

LEANDRO:

Huésped, ¿habrá qué comer?

LISEO:

Seáis, señor, bien llegado.

LEANDRO:

Y vos en la misma hallado.

LISEO:

¿A Madrid...?

LEANDRO:

Dejéle ayer,
cansado de no salir
con pretensiones cansadas.

LISEO:

Esas van adjetivadas
con esperar y sufrir.
Holgara, por ir con vos
lleváramos un camino...

LEANDRO:

Si vais a lo que imagino,
nunca lo permita Dios.

LISEO:

No llevo qué pretender;
a negocios hechos voy.
¿Sois de ese lugar?

LEANDRO:

Sí, soy.

LISEO:

Luego podéis conocer
la persona que os nombrare.

LEANDRO:

Es Madrid una talega
de piezas, donde se anega
cuanto su máquina pare.
Los reyes, roques y arfiles
conocidas casas tienen;
los demás que van y vienen
son como peones viles;
todo es allí confusión.

LISEO:

No es Octavio pieza vil,.

LEANDRO:

Si es quien yo pienso, es arfil,
y pieza de estimación.

LISEO:

Quien yo digo es padre noble
de dos hijas.

LEANDRO:

Ya sé quién;
pero dijérades bien
que de una palma y de un roble.

LISEO:

¿Cómo?

LEANDRO:

Que entrambas lo son;
pues Nise bella es la palma;
Finea, un roble sin alma
y discurso de razón.
Nise es mujer tan discreta,
sabia, gallarda, entendida,
cuanto Finea encogida,
boba, indigna e imperfeta.
Y aun pienso que oí tratar
que la casaban...

Habla LISEO a TURÍN

LISEO:

¿No escuchas?

LEANDRO:

Verdad es que no habrá muchas
que la puedan igualar
en el riquísimo dote;
mas ¡ay de aquel desdichado
que espera una bestia al lado!
Pues más de algún marquesote
a codicia del dinero,
pretende la bobería
de esta dama, y a porfía

hacen su calle terrero.

A TURÍN

LISEO:

Yo llevo lindo concierto.

¡A gentiles vistas voy!

TURÍN:

Disimula.

LISEO:

Tal estoy

que apenas a hablar acierto.

En fin, señor, ¿Nise es bella
y discreta?...

LEANDRO:

Es celebrada

por única, y deseada

por las partes que hay en ella
de gente muy principal.

LISEO:

¿Tan necia es Finea?

LEANDRO:

Mucho sentís que lo sea.

LISEO:

Contemplo, de sangre igual,
dos cosas tan desiguales...

Mas ¿cómo en dote lo son:

Que, hermanas, fuera razón
que los tuvieran iguales.

LEANDRO:

Oigo decir que un hermano
de su padre la dejó

esta hacienda, porque vio
que sin ella fuera en vano
casarla con hombre igual
a su noble nacimiento,
supliendo el entendimiento
con el oro.

LISEO:
Él hizo mal.

LEANDRO:
¡Antes bien!, porque con esto
tan discreta vendrá a ser
como Nise.

TURÍN:
¿Has de comer?

LISEO:
Ponme lo que dices, presto.
Aunque ya puedo excusallo.

LEANDRO:
¿Mandáis, señor, otra cosa?

LISEO:
Serviros. (¡Qué linda esposa!) Aparte

Vase LEANDRO

TURÍN:
¿Qué haremos?

LISEO:
Ponte a caballo
que ya no quiero comer.

TURÍN:
No te aflijas, pues no es hecho.

LISEO:

Que me ha de matar, sospecho,
si es necia y propia mujer.

TURÍN:

Como tú no digas “sí,”
¿quién te puede cautivar?

LISEO:

Verla ¿no me ha de matar;
aunque es basilisco en mí?

TURÍN:

No, señor.

LISEO:

También advierte
que, siendo tan entendida
Nise, me dará la vida,
si ella me diere la muerte.

Vanse los dos

Salen OCTAVIO y MISENO

OCTAVIO:

¿Ésa fue la intención que tuvo Fabio?

MISENO:

Parece que os quejéis.

OCTAVIO:

¡Bien mal emplea
mi hermano tanta hacienda! No fue sabio.
Bien es que Fabio, y que no sabio sea.

MISENO:

Si en dejaros hacienda os hizo agravio,
vos propio lo juzgad.

OCTAVIO:

Dejó a Finea,
a título de simple, tan gran renta
que a todos, hasta agora, nos sustenta.

MISENO:

Dejóla a la que más le parecía,
de sus sobrinas.

OCTAVIO:

Vos andáis discreto,
pues a quien heredó su bobería
dejó su hacienda para el mismo efeto.

MISENO:

De Nise la divina gallardía,
las altas esperanzas y el conceto
os deben de tener apasionado.
¿Quién duda que le sois más inclinado?

OCTAVIO:

Mis hijas son entrambas; mas yo os juro
que me enfadan y cansan, cada una
por su camino. Cuando más procuro
mostrar amor e inclinación a alguna,
si ser Finea simple es caso duro,
ya lo suplen los bienes de fortuna
y algunos que le dio Naturaleza,
siempre más liberal, de la belleza;
pero ver tan discreta y arrogante
a Nise, más me pudre y martiriza,
y que, de bien hablada y elegante,
el vulgazo la aprueba y soleniza.
Si me casara agora —y no te espante
esta opinión, que alguno lo autoriza—,

de dos extremos; boba o bachillera,
de la boba elección, sin duda, hiciera.

MISENO:

¡No digáis tal, por Dios!, que están sujetas
a no acertar en nada.

OCTAVIO:

Eso es engaño;
que yo no trato aquí de las discretas;
sólo a las bachilleras desengaño.
De una casada son partes perfetas
virtud y honestidad.

MISENO:

Parir cada año,
no dijérades mal, si es argumento
de que vos no queréis entendimiento.

OCTAVIO:

Está la discreción de una casada
en amar y servir a su marido;
en vivir recogida y recatada,
honesta en el hablar y en el vestido;
en ser de la familia respetada,
en retirar la vista y el oído,
en enseñar los hijos, cuidadosa;
preciada más de limpia que de hermosa.
¿Para qué quiero yo que, bachillera,
la que es propia mujer concetos diga?
Esto de Nise por casar me altera;
lo más, como los menos, me fatiga;
resuélvome en dos cosas que quisiera;
pues la virtud es bien que el medio siga
que Finea supiera más que sabe,
y Nise menos.

MISENO:

Habláis cuerdo y grave.

OCTAVIO:

Si todos los extremos tienen vicio,
yo estoy, con justa causa, descontento.

MISENO:

¿Y qué hay de vuestro yerno?

OCTAVIO:

Aquí el oficio
de padre y dueño alarga el pensamiento.
Caso a Finea; que es notable indicio
de las leyes del mundo, al oro atento.
Nise, tan sabia, docta y entendida,
apenas halla un hombre que la pida;
y por Finea, simple, por instantes
me solicitan tantos pretendientes,
del oro, más que del ingenio, amantes,
que me cansan amigos y parientes.

MISENO:

Razones hay, al parecer, bastantes.

OCTAVIO:

Una hallo yo, sin muchas aparentes,
y es el buscar un hombre en todo estado,
lo que le falta más, con más cuidado.

MISENO:

Eso no entiendo bien.

OCTAVIO:

Estadme atento.
Ningún hombre nacido a pensar viene
que le falta, Miseno, entendimiento,
y con esto no busca lo que tiene;
ve que el oro le falta y el sustento,
y piensa que buscallo le conviene,
pues como ser la falta el oro entienda,

deja el entendimiento y busca hacienda.

MISENO:

¡Piedad del cielo! Que ningún nacido
se queje de faltarle entendimiento.

OCTAVIO:

Pues a muchos que nunca lo han creído,
les falta, y son sus obras argumento.

MISENO:

Nise es aquésta.

OCTAVIO:

Quítame el sentido
su desvanecimiento.

MISENO:

Un casamiento
os traigo yo.

OCTAVIO:

Casémosla; que temo
alguna necesidad, de tanto extremo.

Vanse los dos. Salen NISE y CELIA, criada

NISE:

¿Dióte el libro?

CELIA:

¡Y tal que obliga
a no abrille ni tocalle!

NISE:

Pues, ¿por qué?

CELIA:

Por no ensucialle,
si quieres que te lo diga.
En cándido pergamino
vienen muchas flores de oro.

NISE:

Bien lo merece Heliodoro,
griego poeta divino.

CELIA:

¿Poeta? Pues parecióme
prosa.

NISE:

También hay poesía
en prosa.

CELIA:

No lo sabía.
Miré el principio y cansóme.

NISE:

Es que no se da a entender,
con el artificio griego,
hasta el quinto libro, y luego
todo se viene a saber;
cuanto precede a los cuatro.

CELIA:

En fin, ¿es poeta en prosa?

NISE:

Y de una historia amorosa,
digna de aplauso y teatro.
Hay dos prosas diferentes;
poética e historial;
la historial, lisa y leal,
cuenta verdades patentes,

con frase y términos claros;
la poética es hermosa,
varia, culta, licenciosa,
y oscura aun a ingenios raros.
Tiene mil exornaciones
y retóricas figuras.

CELIA:
Pues, ¿de cosas tan oscuras
juzgan tantos?

NISE:
No le pones,
Celia, pequeña objeción;
pero así corre el engaño
del mundo.

Salen FINEA, dama con unas cartillas, y RUFINO, maestro

FINEA:
¡Ni en todo el año
saldré con esa lección!

CELIA:
Tu hermana con su maestro.

NISE:
¿Conoce las letras ya?

CELIA:
En los principios está.

RUFINO:
¡Paciencia, y no letras, maestro!
¿Qué es ésta?

FINEA:
Letra será.

RUFINO:
¿Letra?

FINEA:
Pues, ¿es otra cosa?

RUFINO:
No, sino el Alba. ¡Qué hermosa Aparte
bestia!)

FINEA:
Bien, bien. Sí, ya, ya;
el alba debe de ser,
cuando andaba entre las coles.

RUFINO:
Ésta es “k”. Los españoles
no la solemos poner
en nuestra lengua jamás.
Úsanla mucho alemanes
y flamencos.

FINEA:
¡Qué galanes
van todos éstos detrás!

RUFINO:
Éstas son letras también.

FINEA:
¿Tantas hay?

RUFINO:
Veintitrés son.

FINEA:
Ahora vaya de lición;
que yo la diré muy bien.

RUFINO:
¿Qué es ésta?

FINEA:
Aquésta no sé.

RUFINO:
¿Y ésta?

FINEA:
No sé qué responda.

RUFINO:
¿Y ésta?

FINEA:
¿Cuál? ¿Ésta, redonda?
¡Letra!

RUFINO:
¡Bien!

FINEA:
¿Luego, acerté?

RUFINO:
¡Linda bestia!

FINEA:
¡Así, así!
Bestia, ¡por Dios!, se llamaba;
pero no se me acordaba.

RUFINO:
Ésta es erre, y ésta es i.

FINEA:

Pues, ¿si tú lo traes errado...?

NISE:

(¡Con qué pesadumbre están!) Aparte>

RUFINO:

Di aquí:

b, a, n;

ban.

FINEA:

¿Dónde vas?

RUFINO:

¡Gentil cuidado!

FINEA:

¿Que se van, no me decías?

RUFINO:

Letras son. ¡Míralas bien!

FINEA:

Ya miro.

RUFINO:

B, e, n;

ven.

FINEA:

¿Adónde?

RUFINO:

¡Adónde en mis días
no te vuelva más a ver!

FINEA:

¿Ven, no dices? Pues ya voy.

RUFINO:

¡Perdiendo el juicio estoy!

¡Es imposible aprender!

¡Vive Dios, que te he de dar
una palmeta!

Saca una palmeta

FINEA:

¿Tú, a mí?

350

RUFINO:

¡Muestra la mano!

FINEA:

Hela aquí.

RUFINO:

¡Aprende a deletrear!

FINEA:

¡Ay, perro! ¿Aquesto es palmeta?

RUFINO:

Pues, ¿qué pensabas?

FINEA:

¡Aguarda!...

NISE:

¡Ella le mata!

CELIA:

Ya tarda

tu favor, Nise discreta.

RUFINO:

¡Ay, que me mata!

NISE:

¿Qué es esto?

¿A tu maestro...?

FINEA:

Hame dado
causa.

NISE:

¿Cómo?

FINEA:

Hame engañado.

RUFINO:

¿Yo, engañado?

NISE:

¡Dila presto!

FINEA:

Estaba aprendiendo aquí
la letra bestia y la k...

NISE:

La primera sabes ya.

FINEA:

Es verdad, ya la aprendí.
Sacó un zoquete de palo
y al cabo una media bola;
pidióme la mano sola
—¡mira que lindo regalo!—,
y apenas me la tomó,
cuando, ¡zas! la bola asienta,

que pica como pimienta,
y la mano me quebró.

NISE:
Cuando el discípulo ignora,
tiene el maestro licencia
de castigar.

FINEA:
¡Linda ciencia!

RUFINO:
Aunque me diese, señora,
vuestro padre cuanto tiene,
no he de darle otra lección.

Vase RUFINO

CELIA:
¡Fuése!

NISE:
No tienes razón.
Sufrir y aprender conviene.

FINEA:
Pues, ¿las letras que allí están,
yo no las aprendo bien?
Vengo cuando dicen ven,
y voy cuando dicen van.
¿Qué quiere, Nise, el maestro,
quebrándome la cabeza
con ban, bin, bon?

CELIA:
(¡Ella es pieza Aparte
de rey!)

NISE:
Quiere el padre nuestro
que aprendamos.

FINEA:
Yo ya sé
el Padrenuestro.

NISE:
No digo
sino el maestro; y el castigo
por darte memoria fue.

FINEA:
Póngame un hilo en el dedo
y no aquel palo en la palma.

CELIA:
Mas que se te sale el alma,
si lo sabe.

FINEA:
¡Muerta quedo!
¡Oh, Celia! No se lo digas,
y verás qué te daré.

Sale CLARA, criada

CLARA:
¡Topé contigo, a la fe!

NISE:
Ya, Celia, las dos amigas
se han juntado.

CELIA:
A nadie quiere

más, en todas las criadas.

CLARA:
¡Dadme albricias, tan bien dadas
como el suceso requiere!

FINEA:
Pues, ¿de qué son?

CLARA:
Ya parió
nuestra gata la Romana.

FINEA:
¿Cierto, cierto?

CLARA:
Esta mañana.

FINEA:
¿Parió en el tejado?

CLARA:
No.

FINEA:
¿Pues dónde?

CLARA:
En el aposento.
¡Qué cierto se echó de ver
su entendimiento!

FINEA:
¡Es mujer
notable!

CLARA:
Escucha un momento:

Salía, por donde suele,
el sol muy galán y rico,
con la librea del rey
colorado y amarillo;
andaban los carretones
quitándole el romadizo
que da la noche a Madrid;
aunque no sé quién me dijo
que era la calle Mayor
el soldado más antiguo,
pues nunca el mayor de Flandes
presentó tantos servicios;
pregonaban aguardiente,
agua biznieta del vino,
los hombres Carnestolendas,
todos naranjas y gritos;
dormían las rentas grandes,
despertaban los oficios,
tocaban los boticarios
sus almireces a pino,
cuando la gata de casa
comenzó, con mil suspiros,
a decir: “¡Ay, ay, ay, ay!
Que quiero parir, marido.”
Levantóse Hociquimocho,
y fue corriendo a decirlo
a sus parientes y deudos;
que deben de ser moriscos,
porque el lenguaje que hablaban,
en tiple de monacillo,
si no es jerigonza entre ellos,
no es español ni latino.
Vino una gata viuda,
con blanco y negro vestido
—sospecho que era su agüela—
gorda y compuesta de hocico;
y si lo que arrastra honra,
como dicen los antiguos,
tan honrada es por la cola

como otros por sus oficios.
Trújole cierta manteca,
desayunóse y previno
en qué recibir el parto.
Hubo temerarios gritos.
No es burla. Parió seis gatos
tan remendados y lindos,
que pudieran, a ser pías,
llevar el coche más rico.
Regocijados, bajaron
de los tejados vecinos
caballetes y terrados,
todos lo deudos y amigos:
Lamicola, Arañizaldo,
Marfuz, Marramao, Micilo,
Tumbahollín, Mico, Miturrio,
Rabicorto, Zapaquildo,
unos vestidos de pardo,
otros de blanco vestidos,
y otros con forros de martas,
en cueras y capotillos.
De negro vino a la fiesta
el gallardo Golosino;
luto que mostraba entonces
de su padre el gaticidio.
Cuál la morcilla presenta;
cuál el pez, cuál el cabrito,
cuál el gorrión astuto,
cuál el simple palomino.
Trazando quedan agora,
para mayor regocijo
en el gatesco senado,
correr gansos cinco a cinco.
Ven presto, que si los oyes,
dirás que parecen niños,
y darás a la parida
el parabién de los hijos.

FINEA:
¡No pudieras contar
cosa, para el gusto mío,
de mayor contentamiento!

CLARA:
Camina.

FINEA:
Tras ti camino.

Vanse FINEA y CLARA

NISE:
¿Hay locura semejante?

CELIA:
Y Clara es boba también.

NISE:
Por eso la quiere bien.

CELIA:
La semejanza es bastante;
aunque yo pienso que Clara
es más bellaca que boba.

NISE:
Con esto la engaña y roba.

Salen DUARDO, FENISO, y LAURENCIO, caballeros

DUARDO:
Aquí, como estrella clara,
a su hermosura nos guía.

FENISO:

Y aun es del sol su luz pura.

LAURENCIO:

¡Oh, reina de la hermosura!

DUARDO:

¡Oh, Nise!

FENISO:

¡Oh, señora mía!

NISE:

¡Caballeros!

LAURENCIO:

Esta vez,
por vuestro ingenio gallardo,
de un soneto de Eduardo
os hemos de hacer jüez.

NISE:

¿A mí, que doy de Finea
hermana y sangre?

LAURENCIO:

A vos sola,
que sois sibila española,
no cumana ni eritrea;
a vos, por quien ya las gracias
son cuatro, y las musas diez,
es justo haceros jüez.

NISE:

Si ignorancias, si desgracias
trujérades a juzgar,
era justa la elección.

FENISO:

Vuestra rara discreción,
imposible de alabar,
fue justamente elegida.
Oíd, señora, a Eduardo.

NISE:

¡Vaya el soneto! Ya aguardo,
aunque de indigna, corrida.

DUARDO:

La calidad elemental resiste
mi amor, que a la virtud celeste aspira
y en las mentes angélicas se mira,
donde la idea del calor consiste.
No ya como elemento el fuego viste
el alma, cuyo vuelo al sol admira;
que de inferiores mundos se retira
adonde el serafín ardiendo asiste.
No puede elemental fuego abrasarme.
La virtud celestial que vivifica
envidia al verme a la suprema alzarme;
que donde el fuego angélico me aplica,
¿cómo podrá mortal poder tocarme;
que eterno y fin, contradicción implica?

NISE:

Ni una palabra entendí.

DUARDO:

Pues en parte se leyera
que más de alguno dijera
por arrogancia:
“Yo sí”.
La intención o el argumento
es pintar a quien ya llega,
libre del amor que ciega,
con luz del entendimiento
a la alta contemplación

de aquel puro amor sin fin,
donde es fuego el serafín.

NISE:
Argumento e intención
queda entendido.

LAURENCIO:
¡Profundos
conceptos!

NISE:
¡Mucho le esconden!

DUARDO:
Tres fuegos, que corresponden,
hermosa Nise, a tres mundos,
dan fundamento a los otros.

NISE:
¡Bien los podéis declarar!

DUARDO:
Calidad elemental
es el calor en nosotros;
la celestial, es virtud
que calienta y que recrea,
y la angélica es la idea
del calor.

NISE:
Con inquietud
escucho lo que no entiendo.

DUARDO:
El elemento en nosotros
es fuego.

NISE:

¿Entendéis vosotros?

DUARDO:

El puro sol que estáis viendo,
en el cielo fuego es;
y fuego el entendimiento
seráfico; pero siento
que así difieren los tres:
que el que elementar se llama,
abrsa cuando se aplica;
el celeste, vivifica,
y el sobreceste, ama.

NISE:

No discurras, por tu vida;
vete a escuelas.

DUARDO:

Dónde estás
lo son.

NISE:

¡Yo no escucho más,
de no entenderte, corrida!
¡Escribe fácil!

DUARDO:

Platón,
a lo que en cosas divinas
escribió, puso cortinas
que, tales como éstas, son
matemáticas figuras
y enigmas.

NISE:

¡Oye, Laurencio!

FENISO:
Ella os ha puesto silencio.

DUARDO:
Temió las cosas oscuras.

FENISO:
¡Es mujer!
DUARDO:
La claridad
a todos es agradable,
que se escriba o que se hable.

Hablan aparte NISE y LAURENCIO

NISE:
¿Cómo va de voluntad?

LAURENCIO:
Como quien la tiene en ti.

NISE:
Yo te la pago muy bien.
No traigas contigo a quien
me eclipse el hablarte así.

LAURENCIO:
Yo, señora, no me atrevo
por mi humildad, a tus ojos;
que, dando en viles despojos
se afrenta el rayo de Febo;
pero si quieres pasar
al alma, hallarás la rica
de la fe que amor publica.

NISE:
Un papel te quiero dar;
pero, ¿cómo podrá ser
que de estos visto no sea?

LAURENCIO:

Si en lo que el alma desea
me quieres favorecer
mano y papel podré aquí
asir juntos, atrevido
como finjas que has caído.

Cae

NISE:

¡Jesús!

LAURENCIO:

¿Qué es eso?

NISE:

¡Caí!

LAURENCIO:

Con las obras respondiste.

NISE:

Ésas responden mejor;
que no hay sin obras amor.

LAURENCIO:

Amor en obras consiste.

NISE:

Laurencio mío, adiós queda.
Duardo y Feniso, adiós.

DUARDO:

Que tanta ventura a vos
como hermosura os conceda.

Vanse NISE y CELIA

DUARDO:
¿Qué os ha dicho del soneto
Nise?

LAURENCIO:
Que es muy extremado.

DUARDO:
Habréis los dos murmurado;
que hacéis versos, en efeto.

LAURENCIO:
Ya no es menester hacellos
para saber murmurалlos;
que se atreve a censurallos
quien no se atreve a entendedellos.

FENISO:
Los dos tenemos qué hacer.
Licencia nos podéis dar.

DUARDO:
Las leyes de no estorbar
queremos obedecer.

LAURENCIO:
¡Malicia es ésa!

FENISO:
¡No es tal!
La divina Nise es vuestra,
o, por lo menos, lo muestra.

LAURENCIO:
Pudiera tener igual.

Despídanse, y quede solo LAURENCIO

LAURENCIO:

Hermoso sois, sin duda, pensamiento;
y, aunque honesto, también, con ser hermoso,
si es calidad del bien ser provechoso,
una parte de tres que os falta siento.
Nise, con un divino entendimiento,
os enriquece de un amor dichoso;
mas sois de sueño pobre, y es forzoso
que en la necesidad falte el contento.
Si el oro es blanco y centro de descanso,
y el descanso del gusto, yo os prometo
que tarda el navegar con viento manso.
Pensamiento, mudemos de sujeto;
si voy necio tras vos, y en ir me canso,
cuando vengáis tras mí seréis discreto.

Sale PEDRO, lacayo de LAURENCIO

PEDRO:

¡Qué necio andaba en buscarte
fuera de aqueste lugar!

LAURENCIO: Bien me pudieras hallar
con el alma en otra parte.

PEDRO:

¿Luego estás sin ella aquí?

LAURENCIO:

Ha podido un pensamiento
reducir su movimiento
desde mí fuera de mí.
¿No has visto que la saeta
del reloj, en un lugar
firme siempre suele estar
aunque nunca está quieta,
y tal vez está en la una

y luego en las dos está?
Pues así mi alma ya,
sin hacer mudanza alguna,
de la casa en que me ves,
desde Nise, que ha querido,
a las doce se ha subido;
que en número de interés.

PEDRO:

Pues, ¿cómo es esa mudanza?

LAURENCIO:

Como la saeta soy,
que desde la una voy
por lo que el círculo alcanza.
¿Señalaba a Nise?

PEDRO:

Sí.

LAURENCIO:

Pues ya señalo a Finea.

PEDRO:

¿Eso quieres que te crea?

LAURENCIO:

¿Por qué no, si hay causa?

PEDRO:

Di.

LAURENCIO:

Nise es una sola hermosa;
Finea las doce son;
hora de más bendición,
más descansada y copiosa.
En las doce el oficial
descansa, y bástale ser

hora entonces de comer,
tan precisa y natural.
Quiero decir que Finea
hora de sustento es,
cuyo descanso ya ves
cuánto el hombre le desea.
Denme, pues, las doce a mí,
que soy pobre, con mujer;
que dándome de comer
es la mejor para mí.
Nise es hora infortunada,
donde mi planeta airado,
de sextil y de cuadrado
me mira con frente armada.
Finea es hora dichosa,
donde Júpiter, benigno,
me está mirando de trino
con aspecto y faz hermosa.
Doyme a entender que poniendo
en Finea mis cuidados,
a cuarenta mil ducados
las manos voy previniendo.
Ésta, Pedro, desde hoy
ha de ser empresa mía.

PEDRO:

Para probar tu osadía
en una sospecha estoy.

LAURENCIO:

¿Cuál?

PEDRO:

Que te has de arrepentir,
por ser simple esta mujer.

LAURENCIO:

¿Quién has visto de comer,
de descansar y vestir,

arrepentido jamás?
Pues esto viene con ella.

PEDRO:
A Nise, discreta y bella,
Laurencio, ¿dejar podrás
por una boba ignorante?

LAURENCIO:
¡Qué ignorante majadero!
¿No ves que el sol del dinero
va del ingenio adelante?
Él que es pobre, ése es tenido
por simple; el rico, por sabio.
No hay en el nacer agravio,
por notable que haya sido,
que el dinero no lo encubra,
ni hay falta en naturaleza
que con la mucha pobreza
no se aumente y se descubra.
Desde hoy quiero enamorar
a Finea.

PEDRO:
He sospechado
que a un ingenio tan cerrado
no hay puerta por donde entrar.

LAURENCIO:
Yo sé cuál.

PEDRO:
¡Yo no, por Dios!

LAURENCIO:
Clara, su boba criada.

PEDRO:
Sospecho que es más taimada

que boba.

LAURENCIO:
Demos los dos
en enamorarlas.

PEDRO:
Creo
que Clara será tercera
más fácil.

LAURENCIO:
De esa manera
seguro va mi deseo.

PEDRO:
Ellas vienen; disimula.

LAURENCIO:
Si puede ser en mi mano.

PEDRO:
¡Qué ha de poder un cristiano
enamorar una mula!

LAURENCIO:
Linda cara y talle tiene.

PEDRO:
¡Así fuera el alma!

Salen FINEA y CLARA

LAURENCIO:
Agora
conozco, hermosa señora,

que no solamente viene
el sol de las orientales
partes, pues de vuestros ojos
sale, con rayos más rojos
y luces piramidales;
pero si cuando salís
tan grande fuerza traéis,
al mediodía, ¿qué haréis?

FINEA:
Comer, como vos decís;
no pirámides ni peros,
sino cosas provechosas.

LAURENCIO:
Esas estrellas hermosas,
esos nocturnos luceros,
me tienen fuera de mí.

FINEA:
Si vos andáis con estrellas,
¿qué mucho que os traigan ellas
arromadizado así?
Acostaos siempre temprano,
y dormid con tocador.

LAURENCIO:
¿No entendéis que os tengo amor,
puro, honesto, limpio y llano?

FINEA:
¿Qué es amor?

LAURENCIO:
¿Amor? Deseo.

FINEA:
¿De qué?

LAURENCIO:

De una cosa hermosa.

FINEA:

¿Es oro, es diamante, es cosas
de éstas que muy lindas veo?

LAURENCIO:

No; sino de la hermosura
de una mujer como vos,
que, como lo ordena Dios,
para buen fin se procura;
y ésta, que vos la tenéis,
engendra deseo en mí.

FINEA:

Y yo, ¿qué he de hacer aquí,
si sé que vos me queréis?

LAURENCIO:

Quererme. ¿No habéis oído
que amor con amor se paga?

FINEA:

No sé yo cómo se haga,
porque nunca yo he querido,
ni en la cartilla lo vi,
ni me lo enseñó mi madre.
Preguntarélo a mi padre.

LAURENCIO:

¡Esperaos, que no es así!

FINEA:

Pues, ¿cómo?

LAURENCIO:

De estos mis ojos
saldrán unos rayos vivos

como espíritus visivos,
de sangre y de fuego rojos
que se entrarán por los vuestros.

FINEA:

No, señor; arriedro vaya
cosa en que espíritus haya.

LAURENCIO:

Son los espíritus nuestros,
que juntos se han de encender
y causar un dulce fuego
con que se pierde el sosiego,
hasta que se viene a ver
el alma en la posesión
que es el fin del casamiento;
que, con este santo intento,
justos los amores son,
porque el alma que yo tengo
a vuestro pecho se pasa.

FINEA:

¿Tanto pasa quien se casa?

PEDRO habla con CLARA

PEDRO:

Con él, como os digo, vengo
tan muerto por vuestro amor,
que aquesta ocasión busqué.

CLARA:

¿Qué es amor, que no lo sé?

PEDRO:

¿Amor? ¡Locura, furor!

CLARA:

Pues ¿loca tengo de estar?

PEDRO:

Es una dulce locura
por quien la mayor cordura
suelen los hombres trocar.

CLARA:

Yo, lo que mi ama hiciere
eso haré.

PEDRO:

Ciencia es amor,
que el más rudo labrador
a pocos cursos la adquiere.
En comenzando a querer,
enferma lo voluntad
de una dulce enfermedad.

CLARA:

No me le mandes tener;
que no he tenido en mi vida
sino solos sabañones.

FINEA:

¡Agrádanme las liciones!

LAURENCIO:

Tú verás, de mí querida,
cómo has de quererme aquí;
que es luz del entendimiento
amor.

FINEA:

Lo del casamiento
me cuadra.

LAURENCIO:

Y me importa a mí.

FINEA:

¿Pues, llevaráme a su casa
y tendráme allá también?

LAURENCIO:

Sí, señora.

FINEA:

¿Y eso es bien?

LAURENCIO:

Y muy justo en quien se casa.
Vuestro padre y vuestra madre
casados fueron ansí.
De eso nacistes.

FINEA:

¿Yo?

LAURENCIO:

Sí.

FINEA:

Cuando se casó mi padre,
¿no estaba yo allí tampoco?

LAURENCIO:

(¿Hay semejante ignorancia? Aparte
Sospecho que esta ganancia
camina a volverme loco).

FINEA:

Mi padre pienso que viene.

LAURENCIO:

Pues voyme. Acordaos de mí.

FINEA:

¡Que me place!

Vase LAURENCIO

CLARA:

¿Fuése?

PEDRO:

Sí;

y seguirle me conviene.

Tenedme en vuestra memoria.

Vase PEDRO

CLARA:

Si os vais, ¿cómo?

FINEA:

¿Has visto, Clara,
lo que es amor? ¿Quién pensara
tal cosa?

CLARA:

No hay pepitoria
que tenga más menudencias
de manos, tripas y pies.

FINEA:

Mi padre, como lo ves,
anda en mil impertinencias.
Tratado me ha de casar
con un caballero indiano,
sevillano o toledano.
Dos veces me vino a hablar,
y esta postrera sacó
de una carta un naipecito
muy repulido y bonito,
y luego que le miró,
me dijo:
“Toma, Finea,

ése es tu marido,” y fuése.
Yo, como, en fin, no supiese
este de casar qué sea,
tomé el negro del marido,
que no tiene más que cara,
cuera y ropilla; mas, Clara,
¿qué importa que sea pulido
este marido o quién es,
si todo el cuerpo no pasa
de la pretina? Que en casa
ninguno sin piernas ves.

CLARA:
¡Pardiez, que tienes razón!
¿Tienesle ahí?

FINEA:
Veisle aquí.

Saca un retrato

CLARA:
¡Buena cara y cuerpo!

FINEA:
Sí;
mas no pasa del jubón.

CLARA:
Luego éste no podrá andar.
¡Ay, los ojitos que tiene!

FINEA:
Señor, con Nise...

CLARA:
¿Si viene
a casarte...?

FINEA:

No hay casar;
que éste, que se va de aquí
tiene piernas, tiene traza.

CLARA:

Y más, que con perro caza;
que el mozo me muerde a mí.

Salen OCTAVIO y NISE

OCTAVIO:

Por la calle de Toledo
dicen que entró por la posta.

NISE:

Pues, ¿cómo no llega ya?

OCTAVIO:

Algo, por dicha, acomoda.
¡Temblando estoy de Finea!

NISE:

Aquí está, señor, la novia.

OCTAVIO:

Hija, ¿no sabes?

NISE:

No sabe;
que ésa es su dicha toda.

OCTAVIO:

Ya está en Madrid tu marido.

FINEA:

Siempre tu memoria es poca.

¿No me lo diste en un naipe?

OCTAVIO:

Ésa es la figura sola,
que estaba en él retratada;
que lo vivo viene agora.

Sale CELIA

CELIA:

Aquí está el señor Liseo,
apeado de unas postas.

OCTAVIO:

Mira, Finea, que estés
muy prudente y muy señora.
Llegad sillas y almohadas.

Salen LISEO, TURÍN, y CRIADOS

LISEO:

Esta licencia se toma
quien viene a ser hijo vuestro.

OCTAVIO:

Y quien viene a darnos honra.

LISEO:

Agora, señor, decidme;
¿quién de las dos es mi esposa?

FINEA:

¡Yo! ¿No lo ve?

LISEO:

Bien merezco
los brazos.

FINEA:

¿Luego no importa?

OCTAVIO:

Bien le puedes abrazar.

FINEA:

¡Clara!

CLARA:

¿Señora?

FINEA:

¡Aún agora
viene con piernas y pies!

CLARA:

¿Esto es burla, o jerigonza?

FINEA:

El verle de medio arriba
me daba mayor congoja.

OCTAVIO:

Abrazad vuestra cuñada.

LISEO:

No fue la fama engañosa,
que hablaba en vuestra hermosura.

NISE:

Soy muy vuestra servidora.

LISEO:

¡Lo que es el entendimiento!

A toda España alborota.
La divina Nise os llaman;
sois discreta como hermosa,
y hermosa con mucho extremo.

FINEA:
Pues ¿cómo requiebra a esotra,
si viene a ser mi marido?
¿No es más necio?

OCTAVIO:
¡Calla, loca!
Sentaos, hijas, por mi vida.

LISEO:
¡Turín!

TURÍN:
¿Señor?

LISEO:
(¡Linda tonta!) Aparte

OCTAVIO:
¿Cómo venís del camino?
935

LISEO:
Con los deseos enoja;
que siempre le hacen más largo.

FINEA:
Ese macho de la noria
pudierais haber pedido,
que anda como una persona.

NISE:
Calla, hermana.

FINEA:
Callad vos.

NISE:
Aunque hermosa y virtuosa,
es Finea de este humor.

LISEO:
Turín, ¿trujiste las joyas?

TURÍN:
No ha llegado nuestra gente.

LISEO:
¡Qué de olvidos se perdonan
en un camino a criados!

FINEA:
¿Joyas traéis?

TURÍN:
Y le sobra
de las joyas el principio.
(¡Tanto el jó se le acomoda!) Aparte

OCTAVIO:
Calor traéis; ¿queréis algo?
¿Qué os aflige, qué os congoja?

LISEO:
Agua quisiera pedir.

OCTAVIO:
Haráos mal el agua sola.
Traigan una caja.

FINEA:
A fe
que sí, como viene agora,

fuera el sábado pasado,
que hicimos yo y esa moza
un menudo...

OCTAVIO:
¡Calla necia!

FINEA:
Mucha especia, ¡linda cosa!

Salen CRIADOS con agua, toalla, salva y una caja

CELIA:
El agua está aquí.

OCTAVIO:
Comed.

LISEO:
El verla, señor, provoca;
porque con su risa dice
que la beba y que no coma.

Beba

FINEA:
Él bebe como una mula.

TURÍN:
(¡Buen requiebro!) Aparte

OCTAVIO:
¡Qué enfadosa
que estás hoy! ¡Calla, si quieres!

FINEA:
¡Aun no habéis dejado gota!

Esperad; os limpiaré.

OCTAVIO:
Pero ¿tú le limpias?

FINEA:
¿Qué importa?

LISEO:
(¡Media barba me ha quitado! Aparte
¡Lindamente me enamora!)

OCTAVIO:
Que descanséis es razón.
(Quiero, pues no se reporta, Aparte
llevarle de aquí a Finea).

LISEO:
(Tarde el descanso se cobra
que en tal desdicha se pierde). Aparte

OCTAVIO:
Ahora bien; entrad vosotras
y aderezad su aposento.

FINEA:
Mi cama pienso que sobra
para los dos.

NISE:
¿Tú no ves
que no están hechas las bodas?

FINEA:
¿Pues qué importa?

NISE:
Ven conmigo.

FINEA:

¿Allá dentro?

NISE:

Sí.

FINEA:

Adiós, ¡hola!

LISEO:

(Las del mar de mi desdicha Aparte
me anegan entre sus ondas).

OCTAVIO:

Yo también, hijo, me voy
para prevenir las cosas,
que, para que os desposéis
con más aplauso, me tocan.
Dios os guarde.

Todos se van. Queden LISEO y TURÍN

LISEO:

No sé yo
de qué manera disponga
mi desventura. ¡Ay de mí!

TURÍN:

¿Quieres quitarte las botas?

LISEO:

No, Turín, sino la vida.
¿Hay boba tan espantosa?

TURÍN:

Lástima me ha dado a mí,
considerando que ponga
en un cuerpo tan hermoso
el cielo un lama tan loca.

LISEO:

Aunque estuviera casado
por poder, en causa propia
me pudiera descasar;
la ley es llana y notoria;
pues concertando mujer
con sentido, me desposan
con una bestia del campo,
con una villana tosca.

TURÍN:

¿Luego no te casarás?

LISEO:

Mal haya la hacienda toda
que con tal pensión se adquiere
y con tal censo se toma;
demás que aquesta mujer,
si bien es hermosa y moza,
¿qué puede parir de mí
sino tigres, leones y onzas?

TURÍN:

Eso es engaño, que vemos
por experiencias e historias,
mil hijos de padres sabios,
que de necios, los deshonran.

LISEO:

Verdad es que Cicerón
tuvo a Marco Tulio en Roma,
que era un caballo, un camello.

TURÍN:

De la misma suerte, consta
que de necios padres suele
salir una fénix sola.

LISEO:

Turín, por lo general,
y es consecuencia forzosa,
lo semejante se engendra.
Hoy la palabra se rompa;
rásguense cartas y firmas;
que ningún tesoro compra
la libertad. ¡Aún si fuera
Nise...!

TURÍN:

¡Oh, qué bien te reportas!
Dicen que si a un hombre airado,
que colérico se arroja
le pusiesen un espejo,
en mirando en él la sombra
que representa su cara,
se tiembla y desapasiona;
así tu, como tu gusto
miraste en su hermana hermosa,
que el gusto es cara del alma.
pues su libertad se nombra,
luego templaste la tuya.

LISEO:

Bien dices, porque ella sola
el enojo de su padre,
que, como ves, me alborota,
me puede quitar, Turín.

TURÍN:

¿Qué, no hay que tratar de esotra?

LISEO:

Pues ¿he de dejar la vida
por la muerte temerosa,
y por la noche enlutada

el sol que los cielos dora;
por los áspides las aves,
por las espinas las rosas
y por un demonio un ángel?

TURÍN:
Digo que razón te sobra;
que no está el gusto en el oro;
que son el oro y las horas
muy diversas.

LISEO:
Desde aquí
renuncio la dama boba.

Acto segundo

Salen DUARDO, LAURENCIO y FENISO

FENISO:
En fin, ha pasado un mes
y no se casa Liseo.

DUARDO:
No siempre mueve el deseo
el codicioso interés.

LAURENCIO:
¿De Nise la enfermedad
ha sido causa bastante?

FENISO:
Ver a Finea ignorante
templará su voluntad.

LAURENCIO:

Menos lo está que solía.
Temo que amor ha de ser
artificial a encender
piedra tan helada y fría.

DUARDO:

¡Tales milagros ha hecho
en gente rústica Amor!

FENISO:

No se tendrá por menor
dar alma a su rudo pecho.

LAURENCIO:

Amor, señores, ha sido
aquel ingenio profundo
que llaman alma del mundo,
y es el doctor que ha tenido
la cátedra de las ciencias;
porque sólo con amor
aprende el hombre mejor
sus divinas diferencias.
Así lo sintió Platón;
esto Aristóteles dijo;
que como del cielo es hijo,
es todo contemplación;
de ella nació el admirarse,
y de admirarse nació
el filosofar, que dio
luz, con que pudo fundarse
toda ciencia artificial,
y a amor se ha de agradecer
que el deseo de saber
es al hombre natural.
Amor, con fuerza süave,
dio al hombre el saber sentir;

dio leyes para vivir
político, honesto y grave.
Amor repúblicas hizo;
que la concordia nació
de amor, con que a ser volvió
lo que la guerra deshizo
Amor dio lengua a las aves,
vistió la tierra de frutos,
y como prados enjutos
rompió el mar con fuertes naves.
Amor enseñó a escribir
altos y dulces concetos,
como de su causa efetos
Amor enseñó a vestir
al más rudo, al más grosero
de la elegancia fue Amor
el maestro; el inventor
fue de los versos primero;
la música se le debe
y la pintura. Pues ¿quién
dejará de saber bien
como sus efetos pruebe?
No dudo de que a Finea,
como ella comience a amar,
la deje Amor de enseñar,
por imposible que sea.

FENISO:

Está bien pensado ansí.
¿Y su padre lleva intento,
por dicha, en el casamiento,
que ame y sepa?

DUARDO:

Y yo de aquí
infamando amores locos,
en limpio vengo a sacar
que pocos deben de amar
en lugar que saben pocos.

FENISO:
¡Linda malicia!

LAURENCIO:
¡Extremada!

FENISO:
¡Difícil cosa es saber!

LAURENCIO:
Sí, pero fácil creer
que sabe, el que poco o nada.

FENISO:
¡Qué divino entendimiento
tiene Nise!

DUARDO:
¡Celestial!

FENISO:
¿Cómo, siendo necio el mal,
ha tenido atrevimiento
para hacerle estos agravios,
de tal ingenio desprecios?

LAURENCIO:
Porque de sufrir a necios
suelen enfermar los sabios.

DUARDO:
¡Ella viene!

Salen NISE y CELIA

FENISO:

Y con razón
se alegra cuanto la mira.

NISE:

Mucho la historia me admira.

CELIA:

Amores pienso que son
fundados en el dinero,

NISE:

Nunca fundó su valor
sobre dineros Amor;
que busca el alma primero.

DUARDO:

Señora, a vuestra salud,
hoy cuantas cosas os ven
dan alegre parabién
y tienen vida y quietud;
que como vuestra virtud
era el sol que se la dio,
mientras el mal la eclipsó
también lo estuvieron ellas;
que hasta ver vuestras estrellas
Fortuna el tiempo corrió.
Mas como la primavera
sale con pies de marfil
y el vario velo sutil
tiende en la verde ribera,
corre el agua lisonjera
y están riñendo las flores,
sobre tomar las colores;
así vos salís trocando
el triste tiempo y sembrando
en campos de almas amores.

FENISO:

Ya se ríen estas fuentes,
y son perlas las que fueron
lágrimas, con que sintieron
esas estrellas ausentes;
ya las aves sus corrientes
hacen instrumentos claros,
con que quieren celebraros.
Todo se anticipa a veros,
y todo intenta ofreceros
con lo que puede alegraros.
Pues si con veros hacéis
tales efetos agora
donde no hay alma, señora,
más de la que vos ponéis,
en mí ¿qué muestras haréis,
qué señales de alegría,
este venturoso día,
después de tantos enojos,
siendo vos sol de mis ojos,
siendo vos alma en la mía?

LAURENCIO:

A estar sin vida llegué
el tiempo que no os serví;
que fue lo que más sentí,
aunque sin mi culpa fue.
Yo vuestros males pasé,
como cuerpo que animáis;
vos movimiento de dais;
yo soy instrumento vuestro,
que en mi vida y salud nuestro
todo lo que vos pasáis.
Parabién me den a mí
de la salud que hay en vos,
pues que pasamos los dos
el mismo mal en que os vi.
Solamente os ofendí,
aunque la disculpa os nuestro,

en que este mal que fue nuestro,
sólo tenerle debía,
no vos, que sois alma mía,
yo sí, que soy cuerpo vuestro.

NISE:
Pienso que de oposición
me dais los tres parabién.

LAURENCIO:
Y es bien, pues lo sois por quien
viven los que vuestros son.

NISE:
Divertíos, por mi vida,
cortándome algunas flores
los dos, pues con sus colores
la diferencia os convida
de este jardín, porque quiero
hablar a Laurencio un poco.

DUARDO:
Quien ama y sufre, o es loco
o necio.

FENISO:
Tal premio espero.

DUARDO:
No son vanos mis recelos.

FENISO:
Ella le quiere.

DUARDO:
Yo haré
un ramillete de fe,
pero sembrado de celos.

Vanse DUARDO y FENISO

LAURENCIO:

Ya se han ido. ¿Podré yo,
Nise, con mis brazos darte
parabién de tu salud?

NISE:

¡Desvía, fingido, fácil,
lisonjero, engañador,
loco, inconstante, mudable;
hombre que en un mes de ausencia
—que bien merece llamarse
ausencia la enfermedad—
el pensamiento mudaste!
Pero mal dije en un mes,
porque puedes disculparte
con que creíste mi muerte,
y si mi muerte pensaste,
con gracioso sentimiento,
pagaste el amor que sabes,
mudando el tuyo en Finea.

LAURENCIO:

¿Qué dices?

NISE:

Pero bien haces;
tú eres pobre, tú, discreto;
ella rica e ignorante;
buscaste lo que no tienes,
y lo que tienes dejaste.
Discreción tienes, y en mí
la que celebradas antes
dejas con mucha razón;
que dos ingenios iguales
no conocen superior;
y ¿por dicha imaginaste

que quisiera yo el imperio
que a los hombres debe darse?
El oro que no tenías,
tenerle solicitaste
enamorando a Finea.

LAURENCIO:
Escucha...

NISE:
¿Qué he de escucharte?

LAURENCIO:
¿Quién te ha dicho que yo he sido
en un mes, tan inconstante?

NISE:
¿Parécete poco un mes?
Yo te disculpo, no hables;
que la luna está en el cielo,
sin intereses mortales,
y en un mes, y aun algo menos,
está creciente y menguante.
Tú en la tierra, y de Madrid,
donde hay tantos vendavales
de intereses en los hombres,
no fue milagro mudarte.
Dile, Celia, lo que has visto.

CELIA:
Ya, Laurencio, no te espantes
de que Nise, mi señora,
de esta manera te trate;
yo sé que has dicho a Finea
requiebros...

LAURENCIO:
¡Que me levantes.
Celia, tales testimonios!...

CELIA:

Tú sabes que son verdades;
y no sólo tú a mi dueño
ingratamente pagaste,
pero tu Pedro, el que tiene
de tus secretos las llaves,
ama a Clara tiernamente.
¿Quieres que más te declare?

LAURENCIO:

Tus celos han sido, Celia,
y quieres que yo los pague.
¿Pedro a Clara, aquella boba?

NISE:

Laurencio, si le enseñaste,
¿por qué te afrentas de aquello
en que de ciego no caes?
Astrólogo me pareces,
que siempre de ajenos males,
sin reparar en los suyos,
largos pronósticos hacen.
¡Qué bien empleas tu ingenio!
“De Nise confieso el talle
mas no es sólo el exterior
el que obliga a los que saben.”
¡Oh, quién os oyera juntos!...
Debéis de hablar en romances,
porque un discreto y un necio
no pueden ser consonantes.
¡Ay, Laurencio, qué buen pago
de fe y amor tan notable!
Bien dicen que a los amigos
prueba la cama y la cárcel.
Yo enfermé de mis tristezas
y de no verte ni hablarte
sangraronme muchas veces;
¡bien me alegraste la sangre!

Por regalos tuyos tuve
mudanzas, traiciones, fraudes;
pero, pues tan duros fueron,
di que me diste diamantes.
Ahora bien. ¡Esto cesó!

LAURENCIO:
¡Oye, aguarda!...

NISE:
¿Que te aguarde?
Pretende tu rica boba,
aunque yo haré que se case
más presto que tú lo piensas.

LAURENCIO:
¡Señora!...

Sale LISEO y asga LAURENCIO a NISE

LISEO:
(Esperaba tarde Aparte
los desengaños; mas ya
no quiere Amor que me engañe).

NISE:
¡Suelta!

LAURENCIO:
¡No quiero!

LISEO:
¿Qué es esto?

NISE:
Dice Laurencio que rasgue
unos versos que me dio,

de cierta dama ignorante,
y yo digo que no quiero.

LAURENCIO:
Tú podrá ser que lo alcances
de Nise; ruégalo tú.

LISEO:
Si algo tengo que rogarte,
haz algo por mis memorias
y rasga lo que tú sabes.

NISE:
¡Dejadme los dos!

Vanse NISE y CELIA

LAURENCIO:
¡Qué airada!

LISEO:
Yo me espanto que te trate
con estos rigores Nise.

LAURENCIO:
Pues, Liseo, no te espantes
que es defeto en los discretos,
tal vez, el no ser afables.

LISEO:
¿Tienes qué hacer?

LAURENCIO:
Poco o nada.

LISEO:
Pues vámonos esta tarde
por el Prado arriba.

LAURENCIO:
Vamos,
dondequiera que tú mandes.

LISEO:
Detrás de los Recoletos
quiero hablarte.

LAURENCIO:
Si hablarme
no es con las lenguas que dicen
sino con las lenguas que hacen,
aunque me espanto que sea,
dejaré caballo y pajes.

LISEO:
Bien puedes.

Vase LISEO

LAURENCIO:
Yo voy tras ti.
¡Qué celoso y qué arrogante!
Finea es boba y, sin duda,
de haberle contado nace,
mis amores y papeles.
Ya para consejo es tarde;
que deudas y desafíos
a que los honrados salen,
para trampas se dilatan,
y no es bien que se dilaten.

Vase LAURENCIO. Salen un MAESTRO de danzar y FINEA

MAESTRO:
¿Tan presto se cansa?

FINEA:

Sí.

Y no quiero danzar más.

MAESTRO:

Como no danza a compás,
hase enfadado de sí.

FINEA:

¡Por poco diera de hocicos,
saltando! Enfadada vengo.
¿Soy yo urraca, que andar tengo
por casa, dando salticos?
Un paso, otro contrapaso,
floretas, otra floreta...
¡Qué locura!

MAESTRO:

(¡Qué imperfeta Aparte
cosa, en un hermoso vaso
poner la Naturaleza
licor de un alma tan ruda!
Con que yo salgo de duda
que no es alma la belleza).

FINEA:

Maestro...

MAESTRO:

¿Señora mía?...

FINEA:

Trae mañana un tamboril.

MAESTRO:

Ése es instrumento vil,
aunque de mucha alegría.

FINEA:

Que soy más aficionada
al cascabel os confieso.

MAESTRO:

Es muy de caballos eso.

FINEA:

Haced vos lo que me agrada;
que no es mucha rustiqueza
el traellos en los pies.
Harto peor pienso que es
traellos en la cabeza.

MAESTRO:

(Quiero seguille el humor). Aparte
Yo haré lo que me mandáis.

FINEA:

Id danzando cuando os vais.

MAESTRO:

Yo agradezco el favor,
pero llevaré tras mí
muchoa gente.

FINEA:

Un pastelero,
un sastre y un zapatero
¿llevan la gente tras sí?

MAESTRO:

No; pero tampoco ellos
por la calle haciendo va
sus oficios.

FINEA:

¿No podrán,
si quieren?

MAESTRO:
Podrán hacellos;
y yo no quiero danzar.

FINEA:
Pues no entréis aquí.

MAESTRO:
No haré.

FINEA:
Ni quiero andar en un pie,
ni dar vueltas, ni saltar.

MAESTRO:
Ni yo enseñar las que sueñan
disparates atrevidos.

FINEA:
No importa; que los maridos
son los que mejor enseñan.

MAESTRO:
¿Han visto la mentecata?...

FINEA:
¿Qué es mentecata, villano?

MAESTRO:
¡Señora, tened la mano!
Es una dama que trata
con gravedad y rigor
a quien la sirve.

FINEA:
¿Ésa es?

MAESTRO:

Puesto que vuelve después
con más blandura y amor.

FINEA:

¿Es eso cierto?

MAESTRO:

¿Pues no?

FINEA:

Yo os juro, aunque nunca ingrata,
que no hay mayor mentecata
en todo el mundo que yo.

MAESTRO:

El creer es cortesía;
adiós, que soy muy cortés.

Vase el MAESTRO y sale CLARA

CLARA:

¿Danzaste?

FINEA:

¿Ya no lo ves?
Persígueme todo el día
con leer, con escribir,
con danzar, ¡y todo es nada!...
Sólo Laurencio me agrada.

CLARA:

¿Cómo te podré decir
una desgracia notable?

FINEA:

Hablando; porque no hay cosa
de decir dificultosa,
a mujer que viva y hable.

CLARA:

Dormir en día de fiesta,
¿es malo?

FINEA:

Pienso que no;
aunque si Adán se durmió,
buena costilla le cuesta.

CLARA:

Pues si nació la mujer
de una dormida costilla,
que duerma no es maravilla.

FINEA:

Agora vengo a entender
sólo con esa advertencia,
por qué se andan tras nosotras
los hombres, y en unas y otras
hacen tanta diligencia;
que, si aquesto no es asilla
deben de andar a buscar
su costilla, y no hay parar
hasta topar su costilla.

CLARA:

Luego, si para el que amó
un año, y dos, hartó bien,
¿le dirán los que le ven
que su costilla topó?

FINEA:

A lo menos, los casados.

CLARA:

¡Sabia estás!

FINEA:

Aprendo ya;
que me enseña Amor, quizá,
con lecciones de cuidados.

CLARA:

Volviendo al cuento: Laurencio
me dio un papel para ti;
púseme a hilar —¡ay de mía,
cuánto provoca el silencio!—,
metí en el copo el papel,
y como hilaba al candil
y es la estopa tan sutil,
aprendióse el copo en él.
Cabezas hay disculpadas,
cuando duermen sin cojines
y sueños como rocines
que vienen con cabezadas.
Apenas el copo ardió,
cuando, puesta en él de pies,
me chamusqué, ya lo ves...

FINEA:

¿Y el papel?

CLARA:

Libre quedó,
como el Santo de Pajares.
Sobraron estos renglones
en que hallarás más razones
que en mi cabeza aladares.

FINEA:

¿Y no se podrán leer?

CLARA:
Toma y lee.

FINEA:
Yo sé poco.

CLARA:
¡Dios libre de un fuego loco
la estopa de la mujer!

Sale OCTAVIO y habla aparte

OCTAVIO:
(Yo pienso que me canso en enseñarla,
porque es querer labrar con vidrio un pórfido;
ni el danzar ni el leer aprender puede,
aunque está menos ruda que solía).

FINEA:
¡Oh, padre mentecato y generoso!
¡Bien seas venido!

OCTAVIO:
¿Cómo mentecato?

FINEA:
Aquí el maestro de danzar me dijo
que era yo mentecata, y enojéme;
mas él me respondió que este vocablo
significaba una mujer que riñe
y luego vuelve con amar notable;
y como vienes tú riñendo agora,
y has de mostrarme amor en breve rato,
quise también llamarte mentecato.

OCTAVIO:
Pues, hija, no creáis a todas gentes,

ni digáis ese nombre, que no es justo.

FINEA:

No lo haré más. Mas diga, ¿señor padre sabe leer?

OCTAVIO:

Pues ¿eso me preguntas?

FINEA:

Tome, ¡por vida tuya, y éste lea.

OCTAVIO:

¿Este papel?

FINEA:

Sí, padre.

OCTAVIO:

Oye, Finea:

Lee

“Agradezco mucho la merced que me has hecho, aunque toda esta noche la he pasado con poco sosiego, pensando en tu hermosura...”

FINEA:

¿No hay más?

OCTAVIO:

No hay más; que está muy justamente, quemado lo demás. ¿Quién te le ha dado?

FINEA:

Laurencio, aquel discreto caballero de la academia de mi hermana Nise, que dice que me quiere con extremo.

OCTAVIO:

(De tu ignorancia, mi desdicha temo.
Esto trujo a mi casa el ser discreta
Nise, el galán, el músico, el poeta,
el lindo, el que se precia de oloroso,
el afeitado, el loco y el ocioso).
¿Hate pasado más con éste, acaso?

FINEA:

Ayer, en la escalera, al primer paso,
me dio un abrazo.

OCTAVIO:

(¡En buenos pasos anda Aparte
mi pobre honor, por una y otra banda!
La discreta, con necios en concetos,
y la boba, en amores con discretos.
A ésta no hay que llevarla por castigo,
y más que lo podrá entender su esposo).
Hija, sabed que estoy muy enojado.
No os dejéis abrazar. ¿Entendéis, hija?

FINEA:

Sí, señor padre; y cierto que me pesa
aunque me pareció muy bien entonces.

OCTAVIO:

Sólo vuestro marido ha de ser digno
de esos abrazos.

Sale TURÍN

TURIN:

En tu busca vengo.

OCTAVIO:

¿De qué es la prisa tanta?

TURIN:

De que al campo
van a matarse mi señor Liseo
y Laurencio, ese hidalgo marquesote
que desvanece a Nise con sonetos.

OCTAVIO:

(¿Qué importa que los padres sean discretos,
si les falta a los hijos la obediencia?
Liseo habrá entendido la imprudencia
de este Laurencio, atrevidillo y loco,
y que sirve a su esposa). ¡Caso extraño!
¿Por dónde fueron?

TURIN:

Van, si no me engaño,
hacia los Recoletos Agustinos.

OCTAVIO:

Pues ven tras mí. ¡Qué extraños
desatinos!

Vanse OCTAVIO y TURÍN

CLARA:

Parece que se ha enojado
tu padre.

FINEA:

¿Qué puedo hacer?

CLARA:

¿Por qué le diste a leer
el papel?

FINEA:

Ya me ha pesado.

CLARA:

Ya no puedes proseguir
la voluntad de Laurencio.

FINEA:

Clara, no la diferencio
con el dejar de vivir.
Yo no entiendo cómo ha sido,
desde que el hombre me habló;
porque, si es que siento yo,
él me ha llevado el sentido.
Si duermo, sueño con él;
si como, le estoy pensando,
y si bebo, estoy mirando
en agua la imagen de él.
¿No has visto de qué manera
muestra el espejo, a quien mira,
su rostro, que una mentira
le hace forma verdadera?
Pues lo mismo en vidrio miro
que el cristal me representa.

CLARA:

A tus palabras atenta,
de tus mudanzas me admiro.
Parece que te transformas
en otra.

FINEA:

En otro dirás.

CLARA:

Es maestro con quien más
para aprender te conformas.

FINEA:

Con todo eso, seré
obediente al padre mío;
fuera de que es desvarío

quebrar la palabra y fe.

CLARA:
Yo haré lo mismo.

FINEA:
No impidas
el camino que llevabas.

CLARA:
¿No ves que amé porque amabas,
y olvidaré porque olvidas?

FINEA:
Harto me pesa de amalle;
pero a ver mi daño vengo,
aunque sospecho que tengo
de olvidarme de olvidalle.

Vanse las dos. Salen LISEO y LAURENCIO

LAURENCIO:
Antes, Liseo, de sacar la espada,
quiero saber la causa que os obliga.

LISEO:
Pues bien será que la razón os diga.

LAURENCIO:
Liseo, si son celos de Finea,
mientras no sé que vuestra esposa sea,
bien puedo pretender, pues fui primero.

LISEO:
Disimuláis, a fe de caballero,
pues tan lejos lleváis el pensamiento
de amar a una mujer tan ignorante.

LAURENCIO:

Antes, de que la quiera no os espante;
que soy tan pobre como bien nacido,
y quiero sustentarme con el dote.
Y que lo diga así no os alborote,
pues que vos, dilatando el casamiento,
habéis dado más fuerzas a mi intento,
y porque cuando llegan, obligadas,
a desnudarse en campo las espadas,
se han de tratar verdades llanamente;
que es hombre vil quien en el campo miente.

LISEO:

¿Luego, no queréis bien a Nise?

LAURENCIO:

A Nise
yo no puedo negar que no la quise;
mas su dote serán diez mil ducados,
y de cuarenta a diez, ya veis, van treinta,
y pasé de los diez a los cuarenta.

LISEO:

Siendo eso así, como de vos lo creo,
estad seguro que jamás Liseo
os quite la esperanza de Finea;
que aunque no es la ventura de la fea,
será de la ignorante la ventura;
que así Dios me la dé que no la quiero,
pues desde que la vi, por Nise muero.

LAURENCIO:

¿Por Nise?

LISEO:

¡Sí, por Dios!

LAURENCIO:

Pues vuestra es Nise,

y con la antigüedad que yo la quise,
yo os doy sus esperanzas y favores;
mis deseos os doy y mis amores,
mis ansias, mis serenos, mis desvelos,
mis versos, mis sospechas y mis celos.
Entrad con esta runfla y dalde pique;
que no hará mucho en que de vos se pique.

LISEO:

Aunque con cartas tripuladas juegue,
acepto la merced, señor Laurencio;
que yo soy rico, y compraré mi gusto.
Nise es discreta, yo no quiero el oro;
hacienda tengo, su belleza adoro.

LAURENCIO:

Hacéis muy bien; que yo, que soy tan pobre,
el oro solicito que me sobre;
que aunque de entendimiento lo es Finea,
yo quiero que en mi casa alhaja sea.
¿No están las escrituras de una renta
en un cajón de un escritorio, y rinden
aquello que se come todo el año?
¿No está una casa principal tan firme,
como de piedra, al fin, yeso y ladrillo,
y renta mil ducados a su dueño?
Pues yo haré cuenta que es Finea una casa,
una escritura, un censo y una viña,
y seráme una renta con basquiña;
demás que, si me quiere a mí, me basta;
que no hay mayor ingenio que ser casta.

LISEO:

Yo os doy palabra de ayudaros tanto,
que venga a ser tan vuestra como creo.

LAURENCIO:

Y yo con Nise haré, por Dios, Liseo,
lo que veréis.

LISEO:

Pues démonos las manos
de amigos, no fingidos cortesanos,
sino como si fuéramos de Grecia,
adonde tanto el amistad se precia.

LAURENCIO:

Yo seré vuestro Pílates.

LISEO:

Yo, Orestes.

Salen OCTAVIO y TURÍN

OCTAVIO:

¿Son éstos?

TURÍN:

Ellos son.

OCTAVIO:

¿Y esto es pendencia?

TURÍN:

Conocieron de lejos tu presencia...

OCTAVIO:

¡Caballeros!

LISEO:

Señor, seáis bien venido.

OCTAVIO:

¿Qué hacéis aquí?

LISEO:

Como Laurencio ha sido
tan grande amigo mío, desde el día
que vine a vuestra casa, o a la mía,
venimos a ver el campo solos,
tratando nuestras cosas igualmente.

OCTAVIO:

De esa amistad me huelgo extrañamente.
Aquí vine a un jardín de un grande amigo,
y me holgaré de que volváis conmigo.

LISEO:

Será para los dos merced notable.

LAURENCIO:

Vamos a acompañaros y serviros.

OCTAVIO:

(Turín, ¿por qué razón me has
engañado?)

TURIN:

Porque deben de haber disimulado,
y porque, en fin, las más de las pendencias
mueren por madurar; que a no ser esto,
no hubiera mundo ya.

OCTAVIO:

Pues, di, ¿tan presto
se pudo remediar?

TURIN:

¿Qué más remedio
de no reñir que estar la vida en medio?

Vanse los cuatro. Salen NISE y FINEA

NISE:

De suerte te has engreído,
que te voy desconociendo.

FINEA:

De que eso digas, me ofendo.
Yo soy la que siempre he sido.

NISE:

Yo te vi menos discreta.

FINEA:

Y yo más segura a ti.

NISE:

¿Quién te va trocando así?
¿Quién te da lección secreta?
Otra memoria es la tuya.
¿Tomaste la anacardina?

FINEA:

Ni de Ana, ni Catalina,
he tomado lección suya.
Aquello que ser solía,
soy; porque sólo he mudado
un poco de más cuidado.

NISE:

¿No sabes que es prenda mía
Laurencio?

FINEA:

¿Quién te empeñó
a Laurencio?

NISE:

Amor.

FINEA:

¿A fe?

Pues yo le desempeñé,
y el mismo Amor me le dio.

NISE:

¡Quitaréte dos mil vidas,
boba dichosa!

FINEA:

No creas
que si a Laurencio deseas,
de Laurencio me divides.
En mi vida supe más
de lo que él me ha dicho a mí;
eso sé y eso aprendí.

NISE:

Muy aprovechada estás;
mas de hoy más no ha de pasarte
por el pensamiento.

FINEA:

¿Quién?

NISE:

Laurencio.

FINEA:

Dices muy bien.
No volverás a quejarte.

NISE:

Si los ojos puso en ti,
quítelos luego.

FINEA:

Que sea
como tú quieres.

NISE:

Finea,
déjame a Laurencio a mí.
Marido tienes.

FINEA:

Yo creo
que no riñamos las dos.

NISE:

Quédate con Dios.

FINEA:

Adiós.

Vase NISE y sale LAURENCIO

¡En qué confusión me veo!
¿Hay mujer más desdichada?
Todos dan en perseguirme...

LAURENCIO:

(Detente en un punto firme, Aparte
Fortuna veloz y airada,
que ya parece que quieres
ayudar mi pretensión.
¡Oh, qué gallarda ocasión!)
¿Eres tú, mi bien?

FINEA:

No esperes,
Laurencio, verme jamás.
Todos me riñen por ti.

LAURENCIO:

Pues ¿qué te han dicho de mí?

FINEA:

Eso agora lo sabrás.

¿Dónde está mi pensamiento?

LAURENCIO:

¿Tu pensamiento?

FINEA:

Sí.

LAURENCIO:

En ti;

porque si estuviera en mí,

ya estuviera más contento.

FINEA:

¿Vesle tú?

LAURENCIO:

Yo no, jamás.

FINEA:

Mi hermana me dijo aquí

que no has de pasarme a mí

por el pensamiento más;

por eso allá te desvía,

y no me pases por él.

LAURENCIO:

Piensa que yo estoy en él,

y echarme fuera querría.

FINEA:

Tras esto dice que en mí

pusiste los ojos.

LAURENCIO:

Dice

verdad; no lo contradice

el alma que vive en ti.

FINEA:
Pues tú me has de quitar luego
los ojos que me pusiste.

LAURENCIO:
¿Cómo si en Amor consiste?

FINEA:
Que me los quites te ruego,
con ese lienzo, de aquí,
si yo los tengo en mis ojos.

LAURENCIO:
No más; cesen los enojos.

FINEA:
¿No están en mis ojos?

LAURENCIO:
Sí.

FINEA:
Pues limpia y quita los tuyos
que no han de estar en los míos.

LAURENCIO:
¡Qué graciosos desvaríos!

FINEA:
Ponlos a Nise en los suyos.

LAURENCIO:
Ya te limpio con el lienzo.

FINEA:
¿Quitástelos?

LAURENCIO:

¿No lo ves?

FINEA:

Laurencio, no se los des,
que a sentir penas comienzo.
Pues más hay; que el padre mío
bravamente se ha enojado
del abrazo que me has dado.

LAURENCIO:

(¿Mas que hay otro desvarío?) Aparte

FINEA:

También me le has de quitar;
no ha de reñirme por esto.

LAURENCIO:

¿Cómo ha de ser?

FINEA:

Siendo presto.
¿No sabes desabrazar?

LAURENCIO:

El brazo derecho alcé;
tienes razón, ya me acuerdo,
y agora alzaré el izquierdo,
y el abrazo desharé.

FINEA:

¿Estoy ya desabrazada?

LAURENCIO:

¿No lo ves?

Sale NISE

NISE:
¡Y yo también!

FINEA:
Huélgome, Nise, tan bien;
que ya no me dirás nada.
Ya Laurencio no me pasa
por el pensamiento a mí;
ya los ojos le volví,
pues que contigo se casa.
En el lienzo los llevó;
y ya me ha desabrazado.

LAURENCIO:
Tú sabrás lo que ha pasado,
con harta risa.

NISE:
Aquí no.
Vamos los dos al jardín,
que tengo bien que riñamos.

LAURENCIO:
Donde tú quisieres, vamos.

Vanse LAURENCIO y NISE

FINEA:
Ella se le lleva en fin.
¿Qué es esto, que me da pena
de que se vaya con él?
Estoy por irme tras él...
¿Qué es esto que me enajena
de mi propia libertad?
No me hallo sin Laurencio...
Mi padre es éste; silencio.
Callad, lengua; ojos hablad.

Sale OCTAVIO

OCTAVIO:
¿Adónde está tu esposo?

FINEA:
Yo pensaba
que lo primero, en viéndome, que hicieras
fuera saber de mí si te obedezco.

OCTAVIO:
Pues eso, ¿a qué propósito?

FINEA:
¿Enojado,
no me dijiste aquí que era mal hecho
abrazar a Laurencio? ¿Pues ahora
que me desabrazase le he rogado,
y el abrazo pasado me ha quitado.

OCTAVIO:
¿Hay cosa semejante? ¡Pues di, bestia!,
¿otra vez le abrazaste?

FINEA:
Que no es eso;
fue la primera vez alzado el brazo
derecho de Laurencio, aquel abrazo,
y ahora levantó, que bien me acuerdo,
porque fuese al revés, el brazo izquierdo.
Luego desabrazada estoy agora.

OCTAVIO:
(Cuando pienso que sabe, más ignora; Aparte
ello es querer hacer lo que no quiso
Naturaleza).

FINEA:

Diga, señor padre,
¿cómo llaman aquella que se siente
cuando se va con otro lo que se ama?

OCTAVIO:

Ese agravio de amor, “celos” se llama.

FINEA:

¿Celos?

OCTAVIO:

¿Pues no lo ves, que son sus hijos?

FINEA:

El padre puede dar mil regocijos;
y es muy hombre de bien, mas desdichado
en que tan malos hijos ha criado.

OCTAVIO:

(Luz va teniendo ya. Pienso y bien pienso
que si Amor la enseñase, aprendería).

FINEA:

¿Con qué se quita el mal de celosía?

OCTAVIO:

Con desenamorarse, si hay agravio,
que es el remedio más prudente y sabio;
que mientras hay amor ha de haber celos,
pensión que dieron a este bien los cielos.
¿Adónde Nise está?

FINEA:

Junto a la fuente,
con Laurencio se fue.

OCTAVIO:

¡Cansada cosa!

Aprende noramala a hablar su prosa,
déjese de sonetos y canciones;
allá voy, a romperle las razones.

Vase OCTAVIO

FINEA:

¿Por quién, en el mundo, pasa
esto que pasa por mí?
¿Qué vi denantes, qué vi,
que así me enciende y me abrasa?
Celos dice el padre mío
que son. ¡Brava enfermedad!

Sale LAURENCIO

LAURENCIO:

(Huyendo su autoridad, Aparte
de enojarle me desvíó;
aunque, en parte, le agradezco
que estorbases los enojos
de Nise. Aquí están los ojos
a cuyos rayos me ofrezco).
¿Señora?

FINEA:

Estoy por no hablarte.
¿Cómo te fuiste con Nise?

LAURENCIO:

No me fui porque yo quise.

FINEA:

Pues ¿por qué?

LAURENCIO:

Por no enojarte.

FINEA:

Pésame si no te veo,
y en viéndote ya querría
que te fueses, y a porfía
anda el temor y el deseo.
Yo estoy celosa de ti;
que ya sé lo que son celos;
que su duro nombre, ¡ay cielos!,
me dijo mi padre aquí;
mas también me dio el remedio.

LAURENCIO:

¿Cuál es?

FINEA:

Desenamorarne;
porque podré sosegarme
quitando el amor de en medio.

LAURENCIO:

Pues eso, ¿cómo ha de ser?

FINEA:

El que me puso el amor
me lo quitaré mejor.

LAURENCIO:

Un remedio suele haber.

FINEA:

¿Cuál?

LAURENCIO:

Los que vienen aquí
al remedio ayudarán.

Salen PEDRO, DUARDO y FENISO

PEDRO:
Finea y Laurencio están
juntos.

FENISO:
Y él fuera de sí.

LAURENCIO:
Seáis los tres bien venidos
a la ocasión más gallarda
que se me pudo ofrecer;
y pues de los dos el alma
a sola Nise discreta
inclina las esperanzas,
oíd lo que con Finea
para mi remedio pasa.

DUARDO:
En esta casa parece,
según por los aires andas,
que te ha dado hechizos Circe.
Nunca sales de esta casa.

LAURENCIO:
Yo voy con mi pensamiento
haciendo una rica traza
para hacer oro de alquimia.

PEDRO:
La salud y el tiempo gastas.
Igual sería, señor,
cansarte, pues todo cansa,
de pretender imposibles.

LAURENCIO:
¡Calla, necio!

PEDRO:

El nombre basta
para no callar jamás;
que nunca los necios callan.

LAURENCIO:

Aguardadme mientras hablo
a Finea.

DUARDO:

Parte.

LAURENCIO:

Hablaba,
Finea hermosa, a los tres
para el remedio que aguardas.

FINEA:

¡Quítame presto el amor;
que con sus celos me mata!

LAURENCIO:

Si dices delante de éstos
como me das la palabra
de ser mi esposa y mujer,
todos los celos se acaban.

FINEA:

¿Eso no más? Yo lo haré.

LAURENCIO:

Pues tú misma a los tres llama.

FINEA:

¡Feniso, Duardo, Pedro!

TODOS:

¡Señora!

FINEA:

Yo doy palabra
de ser esposa y mujer
de Laurencio.

DUARDO:

¡Cosa extraña!

LAURENCIO:

¿Sois testigos de esto?

TODOS:

Sí.

LAURENCIO:

Pues haz cuenta que estás sana
del amor y de los celos,
que tanta pena te daban.

FINEA:

¡Dios te lo pague, Laurencio!

LAURENCIO:

Venid los tres a mi casa;
que tengo un notario allí.

FENISO:

Pues ¿con Finea te casa?

LAURENCIO:

Sí, Feniso.

FENISO:

¿Y Nise bella?

LAURENCIO:

¡Troqué discreción por plata!

Vanse los cuatro hombres. Salen NISE y OCTAVIO

NISE:

Hablando estaba con él
cosas de poca importancia.

OCTAVIO:

Mira, hija, que estas cosas
más deshonor que honor causan.

NISE:

Es un honesto mancebo
que de buenas letras trata,
y téngole por maestro.

OCTAVIO:

No era tan blanco en Granada
Juan Latino, que la hija
de un Veinticuatro enseñaba;
y siendo negro y esclavo,
porque fue su madre esclava
del claro Duque de Sessa,
honor de España y de Italia,
se vino a casar con ella;
que gramática estudiaba,
y la enseñó a conjugar
en llegando al amo, amas;
que así llama el matrimonio
el latín.

NISE:

De eso me guarda
ser tu hija.

FINEA:

¿Murmuráis

de mis cosas?

OCTAVIO:
¿Aquí estaba
esta loca?

FINEA:
Ya no es tiempo
de reñirme.

OCTAVIO:
¿Quién te habla?
¿Quién te riñe?

FINEA:
Nise y tú.
Pues sepan que agora acaba
de quitarme el amor todo
Laurencio, como la palma.

OCTAVIO:
(¿Hay alguna bobería?) Aparte

FINEA:
Díjome que se quitaba
el amor con que le diese
de su mujer la palabra;
y delante de testigos
se la he dado, y estoy sana
del amor y de los celos.

OCTAVIO:
¡Esto es cosa temeraria!
Ésta, Nise, ha de quitarme
la vida.

NISE:
¿Palabra dabas
de mujer a ningún hombre?

¿No sabes que estás casada?

FINEA:

¿Para quitarme el amor,
qué importa?

OCTAVIO:

No entre en mi casa
Laurencio más.

NISE:

Es error;
porque Laurencio la engaña;
que él y Liseo lo dicen
no más que para enseñarla.

OCTAVIO:

De esa manera, yo callo.

FINEA:

¡Oh!, pues ¿con eso nos tapa
la boca?

OCTAVIO:

Vente conmigo.

FINEA:

¿Adónde?

OCTAVIO:

Donde te aguarda
un notario.

FINEA:

Vamos.

OCTAVIO:

Ven.

(¡Qué descanso de mis canas!) Aparte

Vanse OCTAVIO y FINEA

NISE:

Hame contado Laurencio
que han tomado aquesta traza
Liseo y él para ver
si aquella rudeza labran,
y no me parece mal.

Sale LISEO

LISEO:

¿Hate contado mis ansias
Laurencio, discreta Nise?

NISE:

¿Qué me dices? ¿Sueñas o hablas?

LISEO:

Palabra me dio Laurencio
de ayudar mis esperanzas,
viendo que las pongo en ti.

NISE:

Pienso que de hablar te cansas
con tu esposa, o que se embota
en la dureza que labras
el cuchillo de tu gusto,
y, para volver a hablarla,
quieres darle un filo en mí.

LISEO:

Verdades son las que trata
contigo mi amor, no burlas.

NISE:

¿Estás loco?

LISEO:

Quien pensaba
casarse con quien lo era,
de pensarlo ha dado causa.
Yo he mudado pensamiento.,

NISE:

¡Qué necesidad, qué inconstancia,
qué locura, error, traición
a mi padre y a mi hermana!
¡Id en buena hora, Liseo!

LISEO:

¿De esa manera me pagas
tan desatinado amor?

NISE:

Pues, si es desatino, ¡basta!

Sale LAURENCIO

LAURENCIO:

(Hablando están los dos solos. Aparte
Si Liseo se declara,
Nise ha de saber también
que mis lisonjas la engañan.
Creo que me ha visto ya.

NISE dice, como que habla con LISEO

NISE:

¡Oh, gloria de mi esperanza!

LISEO:

¿Yo vuestra gloria, señora?

NISE:

Aunque dicen que me tratas
con traición, yo no lo creo;
que no lo consiente el alma.

LISEO:

¿Traición, Nise? ¡Si en mi vida
mostrara amor a tu hermana,
me mate un rayo del cielo!

LAURENCIO:

(Es conmigo con quien habla Aparte
Nise, y presume Liseo
que le requiebra y regala).

NISE:

Quiérome quitar de aquí;
que con tal fuerza me engaña
Amor, que diré locuras.

LISEO:

No os vais, ¡oh, Nise gallarda!,
que después de los favores
quedará sin vida el alma.

NISE:

¡Dejadme pasar!

Vase NISE

LISEO:

¿Aquí
estabas a mis espaldas?

LAURENCIO:

Agora entré.

LISEO:

¿Luego a ti

te hablaba y te requebraba,
aunque me miraba a mí
aquella discreta ingrata?

LAURENCIO:

No tengas pena; las piedras
ablanda el curso del agua.
Yo sabré hacer que esta noche
puedas, en mi nombre, hablarla.
Ésta es discreta, Liseo.
No podrás, si no la engañas,
quitalla del pensamiento
el imposible que aguarda;
porque yo soy de Finea.

LISEO:

Si mi remedio no trazas,
cuéntame loco de amor.

LAURENCIO:

Déjame el remedio, y calla;
porque burlar un discreto
es la victoria más alta.

Vanse los dos

Acto tercero

Sale FINEA

FINEA:

¡Amor, divina invención
de conservar la belleza
de nuestra naturaleza,

o accidente o elección!
Extraños efectos son
los que de tu ciencia nacen,
pues las tinieblas deshacen,
pues hacen hablar los mudos;
pues los ingenios más rudos
sabios y discretos hacen.
No ha dos meses que vivía
a las bestias tan igual,
que aun el alma racional
parece que no tenía.
Con el animal sentía
y crecía con la planta;
la razón divina y santa
estaba eclipsada en mí,
hasta que en tus rayos vi,
a cuyo sol se levanta.
Tú desataste y rompiste
la escuridad de mi ingenio;
tú fuiste el divino genio
que me enseñaste y me diste
la luz con que me pusiste
el nuevo ser en que estoy.
Mil gracias, Amor, te doy,
pues me enseñaste tan bien,
que dicen cuantos me ven
que tan diferente soy.
A pura imaginación
de la fuerza de un deseo,
en los palacios me veo
de la divina razón.
¡Tanto la contemplación
de un bien pudo levantarme!
Ya puedes del grado honrarme,
dándome a Laurencio, Amor,
con quien pudiste mejor,
enamorada, enseñarme.

Sale CLARA

CLARA:

En grande conversación
están de tu entendimiento.

FINEA:

Huélgome que esté contento
mi padre en esta ocasión.

CLARA:

Hablando está con Miseno
de cómo lees, escribes
y danzas; dice que vives
con otra alma en cuerpo ajeno.
Atribúyete al amor
de Liseo este milagro.

FINEA:

En otras aras consagro
mis votos, Clara, mejor;
Laurencio ha sido el maestro.

CLARA:

Como Pedro lo fue mío.

FINEA:

De verlos hablar me río
en este milagro nuestro.
¡Gran fuerza tiene el Amor,
catedrático divino!

Salen MISENO y OCTAVIO

MISENO:

Yo pienso que es el camino

de su remedio mejor.
Y ya, pues habéis llegado
a ver con entendimiento
a Finea, que es contento
nunca de vos esperado,
a Nise podéis casar
con este mozo gallardo.

OCTAVIO:

Vos solamente a Düardo
pudiérades abonar.
Mozuelo me parecía
de estos que se desvanecen,
a quien agora enloquecen
la arrogancia y la poesía.
No son gracias de marido
sonetos. Nise es tentada
de académica endiosada,
que a casa los ha traído.
¿Quién le mete a una mujer
con Petrarca y Garcilaso,
siendo su Virgilio y Taso
hilar, labrar y coser?
Ayer sus librillos vi,
papeles y escritos varios;
pensé que devocionarios,
y de esta suerte leí:
Historia de dos amantes,
sacada de lengua griega;
Rimas, de Lope de Vega;
Galatea, de Cervantes;
el Camoes de Lisboa,
Los pastores de Belén,
comedias de don Guillén
de Castro, liras de Ochoa;
canción que Luis Vélez dijo
en la academia del duque
de Pastrana; obras de Luque;
cartas de don Juan de Arguijo;

cien sonetos de Liñán,
obras de Herrera el divino,
el libro del Peregrino,
y El pícaro, de Alemán.
Mas ¿qué os canso? Por mi vida,
que se los quise quemar.

MISENO:
Casalda y veréisla estar
ocupada y divertida
en el parir y el criar.

OCTAVIO:
¡Qué gentiles devociones!
Si Düardo hace canciones,
bien los podemos casar.

MISENO:
Es poeta caballero;
no temáis. Hará por gusto
versos.

OCTAVIO:
Con mucho disgusto
los de Nise considero.
Temo, y en razón lo fundo,
si en esto da, que ha de haber
un Don Quijote mujer
que dé que reír al mundo.

Hablan OCTAVIO y MISENO a un lado

LISEO:
Trátasme con tal desdén,
que pienso que he de apelar
adonde sepan tratar
mis obligaciones bien;
pues advierte, Nise bella,
que Finea ya es sagrado;

que un amor tan desdeñado
puede hallar remedio en ella.
Tu desdén, que imaginé
que pudiera ser menor,
crece al paso de mi amor,
medra al lado de mi fe;
y su corto entendimiento
ha llegado a tal mudanza,
que puede dar esperanza
a mi loco pensamiento.
Pues, Nise, trátame bien;
o de Finea el favor
será sala en que mi amor
apele de tu desdén.

NISE:

Liseo, el hacerme fieros
fuera bien considerado
cuando yo te hubiera amado.

LISEO:

Los nobles y caballeros,
como yo, se han de estimar,
no lo indigno de querer.

NISE:

El amor se ha de tener
adonde se puede hallar;
que como no es elección,
sino sólo un accidente,
tiénese donde se siente,
no donde fuera razón.
El amor no es calidad,
sino estrellas que conciertan
las voluntades que aciertan
a ser una voluntad.

LISEO:

Eso, señora, no es justo;

y no lo digo con celos,
que pongáis culpa a los cielos
de la bajeza del gusto.
A lo que se hace mal,
no es bien decir:
“Fue mi estrella.”

NISE:
Yo no pongo culpa en ella
ni en el curso celestial;
porque Laurencio es un hombre
tan hidalgo y caballero
que pude honrar...

LISEO:
¡Paso!

NISE:
Quiero
que reverenciéis su nombre.

LISEO:
A no estar tan cerca Octavio...

OCTAVIO:
¡Oh, Liseo!

LISEO:
¿Oh, mi señor!

NISE:
(¡Que se ha de tener amor Aparte
por fuerza. ¡Notable agravio!)

Sale CELIA

CELIA:

El maestro de danzar
a las dos llama a lección.

OCTAVIO:

Él viene a buena ocasión.
Vaya un criado a llamar
los músicos, porque vea
Miseno a lo que ha llegado
Finea.

LISEO:

(Amor, engañado, Aparte
hoy volverás a Finea;
que muchas veces Amor,
disfrazado en la venganza,
hace una justa mudanza
desde un desdén a un favor).

CELIA:

Los músicos y él venían.

Salen los MÚSICOS

OCTAVIO:

¡Muy bien venidos seáis!

LISEO:

(¡Hoy, pensamientos, vengáis Aparte
los agravios que os hacían!)

OCTAVIO:

Nise y Finea...

NISE:

¿Señor?

OCTAVIO:

Vaya aquí, por vida mía,
el baile del otro día.

LISEO:

¡Todo es mudanzas Amor!) Aparte

OCTAVIO, MISENO y LISEO se sienten; los MÚSICOS canten, y NISE y FINEA bailen así

MÚSICOS:

“Amor, cansado de ver
tanto interés, en las damas,
y que, por desnudo y pobre,
ninguna favor le daba.
Pasóse a las Indias,
vendió el aljaba,
que más quiere doblones
que vidas y almas.
Trató en las Indias Amor,
no en joyas, seda y holandas,
sino en ser sutil tercero
de billetes y de cartas.
Volvió de las Indias
con oro y plata;
que el Amor bien vestido
rinde las damas.
Paseó la corte Amor
con mil cadenas y bandas;
las damas, como le veían,
de esta manera le hablan:
¿De dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá.
¿De dó viene el caballero?
Viene de Panamá.
Trancelín en el sombrero.
Viene de Panamá.

Cadenita de oro al cuello.
Viene de Panamá.
En los brazos el gregüesco.
Viene de Panamá.
Las ligas con rapacejos.
Viene de Panamá.
Zapatos al uso nuevo.
Viene de Panamá.
Sotanilla a lo turquesco.
Viene de Panamá.
¿De dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá.
¿De dó viene el hijodalgo?
Viene de Panamá.
Corto cuello y puños largos.
Viene de Panamá.
La daga, en banda, colgando.
Viene de Panamá.
Guante de ámbar adobado.
Viene de Panamá.
Gran jugador del vocablo.
Viene de Panamá.
No da dinero y da manos.
Viene de Panamá.
Enfadoso y mal criado.
Viene de Panamá.
Es Amor; llámase indiano.
Viene de Panamá.
Es chapetón castellano.
Viene de Panamá.
En criollo disfrazado.
Viene de Panamá.
¿Do dó viene, de dó viene?
Viene de Panamá.
¡Oh, qué bien parece Amor
con las cadenas y galas;
que sólo el dar enamora,
porque es cifra de las gracias!
Niñas, doncellas y viejas

van a buscarle a su casa,
más importunas que moscas
en viendo que hay mil de plata.
Sobre cuál le ha de querer,
de vivos celos se abrasan,
y alrededor de su puerta
unas tras otras le cantan:
¡Dejas las avellanicas, moro,
que yo me las varearé!
El Amor se ha vuelto godo.
Que yo me las varearé.
Puños largos, cuello corto.
Que yo me las varearé.
Sotanilla y liga de oro.
Que yo me las varearé.
Sombrero y zapato romo.
Que yo me las varearé.
Manga ancha, calzón angosto.
Que yo me las varearé.
El habla mucho y da poco.
Que yo me las varearé.
Es viejo, y dice que es mozo.
Que yo me las varearé.
Es cobarde, y matamoros.
Que yo me las varearé.
Ya se descubrió los ojos.
Que yo me las varearé.
¡Amor loco y amor loco!
Que yo me las varearé.
¡Yo por vos, y vos por otro!
Que yo me las varearé.
¡Deja las avellanicas, moro,
que yo me las varearé!”

MISENO:

Gallardamente, por cierto.
Dad gracias al cielo, Octavio,
que os satisfizo el agravio.

OCTAVIO:

Hagamos este concierto
de Düardo y de Finea.
Hijas, yo tengo que hablaros.

FINEA:

Yo nací para agradaros.

OCTAVIO:

¿Quién hay que mi dicha crea?

Vanse todos. Queden allí LISEO y TURÍN

LISEO:

Oye, Turín.

TURÍN:

¿Qué me quieres?

LISEO:

Quiérote comunicar
un nuevo gusto.

TURÍN:

Si es dar
sobre tu amor pareceres,
busca un letrado de amor.

LISEO:

Yo he mudado parecer.

TURÍN:

A ser dejar de querer
a Nise, fuera el mejor.

LISEO:

El mismo; porque Finea
me ha de vengar de su agravio.

TURÍN:

No te tengo por tan sabio
que tal discreción te crea.

LISEO:

De nuevo quiero tratar
mi casamiento. Allá voy.

TURÍN:

De tu parecer estoy.

LISEO:

Hoy me tengo de vengar.

TURÍN:

Nunca ha de ser el casarse
por vengarse de un desdén;
que nunca se casó bien
quien se casó por vengarse.
Porque es gallarda Finea
y porque el seso cobró
—pues de Nise no sé yo
que tan entendida sea—,
será bien casarte luego.

LISEO:

Miseno ha venido aquí.
Algo tratan contra mí.

TURIN:

Que lo mires bien te ruego.

LISEO:

¡No hay más! ¡A pedirla voy!

Vase LISEO

TURÍN:

El cielo tus pasos guíe

y del error te desvíe,
en que yo por Celia estoy.
¡Que enamore Amor un hombre
como yo! ¡Amor desatina!
¡Que una ninfa de cocina,
para blasón de su nombre,
ponga “Aquí murió Turín
entre sartenes y cazos!”

Salen LAURENCIO y PEDRO

LAURENCIO:
Todo es poner embarazos
para que no llegue al fin.

PEDRO:
¡Habla bajo, que hay escuchas!

LAURENCIO:
¡Oh, Turín!

TURÍN:
¡Señor Laurencio!

LAURENCIO:
¿Tanta quietud y silencio?

TURÍN:
Hay obligaciones muchas
para callar un discreto,
y yo muy discreto soy.

LAURENCIO:
¿Qué hay de Liseo?

TURÍN:
A eso voy.

Fuése a casar.

PEDRO:
¡Buen secreto!

TURÍN:
Está tan enamorado
de la señora Finea,
si no es que venganza sea
de Nise, que me ha jurado
que luego se ha de casar,
y es ido a pedirla a Octavio.

LAURENCIO:
¿Podré yo llamarme a agravio?

TURÍN:
¿Pues él os puede agraviar?

LAURENCIO:
Las palabras ¿suelen darse
para no cumplirlas?

TURÍN:
No.

LAURENCIO:
De no casarse la dio.

TURÍN:
Él no la quiebra en casarse.

LAURENCIO:
¿Cómo?

TURÍN:
Porque no se casa
con la que solía ser,
sino con otra mujer.

LAURENCIO:
¿Cómo es otra?

TURÍN:
Porque pasa
del no saber al saber,
y con saber le obligó.
¿Mandáis otra cosa?

LAURENCIO:
No.

TURÍN:
Pues adiós.

Vase TURÍN

LAURENCIO:
¿Qué puedo hacer?
Lo mismo que presumí
y tenía sospechado
del ingenio que ha mostrado,
Finea se cumpla aquí.
Como la ha visto Liseo
tan discreta, la afición
ha puesto en la discreción.

PEDRO:
Y en el oro, algún deseo.
Cansólo la bobería;
la discreción le animó.

Sale FINEA

FINEA:
Clara, Laurencio, me dio

nuevas de tanta alegría.
Luego a mi padre dejé,
y aunque ella me lo callara,
yo tengo quien me avisara,
que es el alma que te ve
por mil vidrios y cristales,
por donde quiera que vas
porque en mis ojos estás
con memorias inmortales.
Todo este grande lugar
tiene colgado de espejos
mi amor, juntos y parejos
para poderte mirar.
Si vuelvo el rostro, allí veo
tu imagen; si a estotra parte,
también; y ansí viene a darte
nombre de sol mi deseo;
que en cuantos espejos mira
y fuentes de pura plata,
su bello rostro retrata
y su luz divina espira.

LAURENCIO:
¡Ay, Finea! A Dios pluguiera
que nunca tu entendimiento
llegara, como ha llegado
a la mudanza que veo,
Necio, me tuve seguro,
y sospechoso discreto;
porque yo no te quería
para pedirte consejo.
¿Qué libro esperaba yo
de tus manos? ¿En qué pleito
habías jamás de hacerme
información en derecho?
Inocente te quería,
porque una mujer cordero
es tusón de su marido,
que puede traerla al pecho.

Todos habéis lo que basta
para casada, a lo menos;
no hay mujer necia en el mundo,
porque el no hablar no es defeto.
Hable la dama en la reja,
escriba, diga concetos
en el coche, en el estrado,
de amor, de engaños, de celos;
pero la casada sepa
de su familia el gobierno;
porque el más discreto hablar
no es santo como el silencio.
Mira el daño que me vino
de transformarse tu ingenio,
pues va a pedirte, ¡ay de mí!,
para su mujer, Liseo.
¡Ya deja a Nise, tu hermana!
¡Él se casa! ¡Yo soy muerto!
¡Nunca, plega a Dios, hablaras!

FINEA:

¿De qué me culpas, Laurencio?
A pura imaginación
del alto merecimiento
de tus prendas, aprendí
el que tú dices que tengo.
Por hablarte supe hablar,
vencida de tus requiebros;
por leer en tus papeles
libros difíciles leo;
para responderte, escribo;
no he tenido otro maestro
que Amor; Amor me ha enseñado.
Tú eres la ciencia que aprendo.
¿De qué te quejas de mí?

LAURENCIO:

De mi desdicha me quejo;
pero, pues ya sabes tanto,

dame, señora, un remedio.

FINEA:

El remedio es fácil.

LAURENCIO:

¿Cómo?

FINEA:

Si, porque mi rudo ingenio,
que todos aborrecían,
se ha transformado en discreto,
Liseo me quiere bien,
con volver a ser tan necio
como primero le tuve,
me aborrecerá Liseo.

LAURENCIO:

Pues, ¿sabrás fingirte boba?

FINEA:

Sí; que lo fui mucho tiempo,
y el lugar donde se nace
saben andarle los ciegos.
Demás de esto, las mujeres
naturaleza tenemos
tan pronta para fingir
o con amor o con miedo,
que, antes de nacer, fingimos.

LAURENCIO:

¿Antes de nacer?

FINEA:

Yo pienso
que en tu vida lo has oído.
Escucha.

LAURENCIO:

Ya escucho atento.

FINEA:

Cuando estamos en el vientre
de nuestras madres, hacemos
entender a nuestros padres,
para engañar sus deseos,
que somos hijos varones;
y así verás que, contentos,
acuden a sus antojos
con amores, con requiebros,
y esperando el mayorazgo,
tras tantos regalos hechos,
sale una hembra, que corta
la esperanza del suceso.
Según esto, si pensaron
que era varón, y hembra vieron,
antes de nacer fingimos.

LAURENCIO:

Es evidente argumento;
pero yo veré si sabes
hacer, Finea, tan presto
mudanza de extremos tales.

FINEA:

Paso, que viene Liseo.

LAURENCIO:

Allí me voy a esconder.

FINEA:

Ve presto.

LAURENCIO:

Sígueme, Pedro.

PEDRO:

En muchos peligros andas.

LAURENCIO:

Tal estoy, que no los siento.

Escóndense LAURENCIO y PEDRO. Salen LISEO y TURÍN

LISEO:

En fin, queda concertado.

TURÍN:

En fin, estaba del cielo
que fuese tu esposa.

LISEO:

(Aquí Aparte
está mi primero dueño).
¿No sabéis, señora mía,
cómo ha tratado Miseno
casar a Dúardo y Nise,
y cómo yo también quiero
que se hagan nuestras bodas
con las tuyas?

FINEA:

No lo creo;
que Nise me ha dicho a mí
que está casada en secreto
con vos.

LISEO:

¿Conmigo?

FINEA:

No sé
si érades vos u Oliveros.

¿Quién sois vos?

LISEO:

¿Hay tal mudanza?

FINEA:

¿Quién decís?, que no me acuerdo.

Y si mudanza os parece,

¿cómo no veis que en el cielo

cada mes hay nuevas lunas?

LISEO:

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

TURÍN:

¡Si le vuelve el mal pasado!

FINEA:

Pues, decidme; si tenemos

luna nueva cada mes,

¿adónde están? ¿Qué se han hecho

las viejas de tantos años?

¿Daisos por vencido?

LISEO:

(Temo Aparte

que era locura su mal).

FINEA:

Guárdanlas para remiendo

de las que salen menguadas.

¿Veis ahí que sois un necio?

LISEO:

Señora, mucho me admiro

de que ayer tan alto ingenio

mostrásedes.

FINEA:

Pues, señor,
ahora ha llegado al vuestro;
que la mayor discreción
es acomodarse al tiempo.

LISEO:

Eso dijo el mayor sabio.

PEDRO:

(Y esto escucha el mayor necio). Aparte

LISEO:

Quitado me habéis el gusto.

FINEA:

No he tocado a vos, por cierto.
Mirad, que se habrá caído.

LISEO:

(¡Linda ventura tenemos! Aparte
Pídole a Octavio a Finea,
y cuando a decirle vengo
el casamiento tratado,
hallo que a su ser se ha vuelto).
Volved, mi señora, en vos,
considerando que os quiero
por mi dueño para siempre.

FINEA:

¿Por mi dueña? ¡Majadero!

LISEO:

¿Así tratáis un esclavo
que os da el alma?

FINEA:

¿Cómo es eso?

LISEO:
Que os doy el alma.

FINEA:
¿Qué es alma?

LISEO:
¿Alma? El gobierno del cuerpo.

FINEA:
¿Cómo es un alma?

LISEO:
Señora,
como filósofo, puedo
definirla, no pintarla.

FINEA:
¿No es alma la que en el peso
le pintan a San Miguel?

LISEO:
También a un ángel ponemos
alas y cuerpo, y, en fin,
es un espíritu bello.

FINEA:
¿Hablan las almas?

LISEO:
Las almas
obran por los instrumentos,
por los sentidos y partes
de que se organiza el cuerpo.

FINEA:
¿Longaniza come el alma?

TURÍN:
¿En qué te cansas?

LISEO:
No puedo
pensar sino que es locura.

TURÍN:
Pocas veces de los necios
se hacen los locos, señor.

LISEO:
Pues, ¿de quién?

TURÍN:
De los discretos;
porque de diversas causas
nacen efectos diversos.

LISEO:
¡Ay, Turín! Vuélvome a Nise.
Más quiero el entendimiento
que toda la voluntad.
Señora, pues mi deseo,
que era de daros el alma,
no pudo tener efecto,
quedad con Dios.

FINEA:
Soy medrosa
de las almas, porque temo
que de tres que andan pintadas,
puede ser la del infierno.
La noche de los difuntos
no saco, de puro miedo,
la cabeza de la ropa.

TURIN:
Ella es loca sobre necio,

que es la peor guarnición.

LISEO:

Decirlo a su padre quiero.

Vanse LISEO y TURÍN. Salen LAURENCIO y PEDRO

LAURENCIO:

¿Puedo salir?

FINEA:

¿Qué te dice?

LAURENCIO:

Que ha sido el mejor remedio
que pudiera imaginarse.

FINEA:

Sí; pero siento en extremo
volverme a boba, aun fingida,
y pues fingida los siento,
los que son bobos de veras,
¿cómo viven?

LAURENCIO:

No sintiendo.

PEDRO:

Pues si un tonto ver pudiera
su entendimiento a una espejo,
¿no fuera huyendo de sí?
La razón de estar contentos
es aquella confianza
de tenerse por discretos.

FINEA:

Háblame, Laurencio mío,

sutilmente, porque quiero
desquitarme de ser boba.

Salen NISE y CELIA

NISE:
¡Siempre Finea y Laurencio
juntos! Sin duda se tienen
amor. No es posible menos.

CELIA:
Yo sospecho que te engañan.

NISE:
Desde aquí los escuchemos.

LAURENCIO:
¿Qué puede, hermosa Finea,
decirte el alma, aunque sale
de sí misma, que se iguale
a lo que mi amor desea?
Allá mis sentidos tienes;
escoge de lo sutil,
presumiendo que en abril
por amenos prados vienes.
Corta las diversas flores;
porque, en mi imaginación,
tales los deseos son.

NISE:
Éstos, Celia, ¿son amores
o regalos de cuñado?

CELIA:
Regalos deben de ser;
pero no quisiera ver
cuñado tan regalado.

FINEA:

¡Ay Dios; si llegase día
en que viese mi esperanza
su posesión.

LAURENCIO:

¿Qué no alcanza
una amorosa porfía?

PEDRO:

Tu hermana, escuchando.

LAURENCIO:

¡Ay, cielos!

FINEA:

Vuélvome a boba.

LAURENCIO:

Eso importa.

FINEA:

Vete.

NISE:

Espérate, reporta
los pasos.

LAURENCIO:

¿Vendrás con celos?

NISE:

Celos son para sospechas;
traiciones son las verdades.

LAURENCIO:

¡Qué presto te persuades

y de engaños te aprovechas!
¿Querrás buscar ocasión
para querer a Liseo,
a quien ya tan cerca veo
de tu boda y posesión?
Bien haces, Nise; haces bien.
Levántame un testimonio,
porque de este matrimonio
a mí la culpa me den.
Y si te quieres casar,
déjame a mí.

Vase LAURENCIO

NISE:
¡Bien me dejas!
¡Vengo a quejarme, y te quejas!
¿Aun no me dejas hablar?

PEDRO:
Tiene razón mi señor.
Cásate y acaba ya.

Vase PEDRO

NISE:
¿Qué es aquesto?

CELIA:
Que se va
Pedro con el mismo humor;
y aquí viene bien que Pedro
es tan ruín como su amo.

NISE:
Ya le aborrezco y desamo.
¡Qué bien con las quejas medro!
Pero fue linda invención
anticiparse a reñir.

CELIA:

Y el Pedro, ¿quién le vio ir
tan bellaco y socarrón?

NISE:

Y tú, que disimulando
estás la traición que has hecho,
lleno de engaños el pecho,
con que me estás abrasando,
pues, como sirena, fuiste
medio pez, medio mujer,
pues, de animal, a saber
para mi daño veniste,
¿piensas que le has de gozar?

FINEA:

¿Tú me has dado pez a mí,
ni sirena, ni yo fui
jamás contigo a la mar?
¡Anda Nise, que estás loca!

NISE:

¿Qué es esto?

CELIA:

A tonta se vuelve.

NISE:

¡A una cosa te resuelve!
Tanto el furor me provoca,
que el alma te he de sacar.

FINEA:

¿Tienes cuenta de perdón?

NISE:

Téngola de tu traición;
pero no de perdonar.

El alma piensas quitarme
en quien el alma tenía.
Dame el alma que solía,
traidora hermana, animarme.
Mucho debes de saber,
pues del alma me desalmas.

FINEA:
Todos me piden sus almas;
almario debo de ser.
Toda soy hurtos y robos;
montes hay donde no hay gente.
Yo me iré a meter serpiente;
que ya no es tiempo de bobos.

NISE:
¡Dame el alma!

Salen OCTAVIO, FENISO y DUARDO

OCTAVIO:
¿Qué es aquesto?

FINEA:
Almas me piden a mí;
¿soy yo Purgatorio?

NISE:
¡Sí!

FINEA:
Pues procura salir presto.

OCTAVIO:
¿No sabremos la ocasión
de vuestro enojo?

FINEA:

Querer

Nise, a fuerza de saber,
pedir lo que no es razón.

Alma, sirenas y peces
dice que me ha dado a mí

OCTAVIO:

¿Hase vuelto a boba?

NISE:

Sí.

OCTAVIO:

Tú, pienso que la embobeces.

FINEA:

Ella me ha dado ocasión;
que me quita lo que es mío.

OCTAVIO:

Se ha vuelto a su desvarío,
¡muerto soy!

FENISO:

Desdichas son.

DUARDO:

¿No decían que ya estaba
con mucho seso?

OCTAVIO:

¡Ay de mí!

NISE:

Yo quiero hablar claro.

OCTAVIO:

Di.

NISE:

Todo tu daño se acaba
con mandar resueltamente
—pues, como padre, podrás,
y, aunque en todo, en esto más,
pues tu honor no lo consiente—
que Laurencio no entre aquí.

OCTAVIO:

¿Por qué?

NISE:

Porque él ha causado
que ésta no se haya casado
y que yo te enoje a ti.

OCTAVIO:

¡Pues eso es muy fácil cosa!

NISE:

Pues tu casa en paz tendrás.

Salen LAURENCIO y PEDRO

PEDRO:

¡Contento, en efeto, estás!

LAURENCIO:

¡Invención maravillosa!

CELIA:

Ya Laurencio viene aquí.

OCTAVIO:

Laurencio, cuando labré

esta casa, no pensé
que academia instituí;
ni cuando a Nise criaba
pensé que para poeta,
sino que a mujer perfeta,
con las letras la enseñaba.
Siempre alabé la opinión
de que a la mujer prudente,
con saber medianamente,
le sobra la discreción.
No quiero más poesías;
los sonetos se acabaron,
y las músicas cesaron;
que son ya breves mis días.
Por allá los podréis dar,
si os faltan telas y rasos;
que no hay tales Garcilasos
como dinero y callar.
Éste venden por dos reales,
y tiene tantos sonetos,
elegantes y discretos,
que vos no lo haréis tales;
ya no habéis de entrar aquí
con este achaque. Id con Dios.

LAURENCIO:

Es muy justo, como vos
me deis a mi esposa a mí;
que vos hacéis vuestro gusto
en vuestra casa, y es bien
que en la mía yo también
haga lo que fuere justo.

OCTAVIO:

¿Qué mujer os tengo yo?

LAURENCIO:

Finea.

OCTAVIO:
¿Estáis loco?

LAURENCIO:
Aquí
hay tres testigos del “sí”
que ha más de un mes me dio.

OCTAVIO:
¿Quién son?

LAURENCIO:
Düardo, Feniso
y Pedro.

OCTAVIO:
¿Es esto verdad?

FENISO:
Ella de su voluntad
Octavio, dársele quiso.

DUARDO:
Así es verdad.

PEDRO:
¿No bastaba
que mi señor lo dijese?

OCTAVIO:
Que, como simple, le diese
a un hombre que la engañaba,
no ha de valer. Di, Finea;
¿no eres simple?

FINEA:
Cuando quiero.

OCTAVIO:
¿Y cuando no?...

FINEA:
No.

OCTAVIO:
¿Qué espero?
Mas, cuando simple no sea,
con Liseo está casada.
A la justicia me voy.

Vase OCTAVIO

NISE:
Ven, Celia, tras él; que estoy
celosa y desesperada.

Vanse NISE y CELIA

LAURENCIO:
¡Id, por Dios, tras él los dos!
No me suceda un disgusto.

FENISO:
Por vuestra amistad es justo.

DUARDO:
¡Mal hecho ha sido, por Dios!

FENISO:
¿Ya habláis como desposado
de Nise?

DUARDO:
Piénsolo ser.

Vanse DUARDO y FENISO

LAURENCIO:

Todo se ha echado a perder;
Nise mi amor le ha contado.
¿Qué remedio puede haber
si a verte no puedo entrar?

FINEA:

No salir.

LAURENCIO:

¿Dónde he de estar?

FINEA:

¿Yo no te sabré esconder?

LAURENCIO:

¿Dónde?

FINEA:

En casa hay un desván
famoso para esconderte.
¡Clara!

Sale CLARA

CLARA:

¿Mi señora?

FINEA:

Advierte
que mis desdichas están
en tu mano. Con secreto
lleva a Laurencio al desván.

CLARA:

¿Y a Pedro?

FINEA:
También.

CLARA:
Galán,
camine.

LAURENCIO:
Yo te prometo
que voy temblando.

FINEA:
¿De qué?

PEDRO:
Clara, en llegando la hora
de muquir, di a tu señora
que algún sustento nos dé.

CLARA:
Otro comerá peor
que tú.

PEDRO:
¿Yo al desván? ¿Soy gato?

Vanse LAURENCIO, PEDRO y CLARA

FINEA:
¿Porque de imposibles trato,
esté público mi amor?
En llegándose a saber
una voluntad, no hay cosa
más triste y escandalosa
por una honrada mujer.
Lo que tiene de secreto
eso tiene Amor de gusto.

Sale OCTAVIO

OCTAVIO:
(Harélo, aunque fuera justo
poner mi enojo, en efeto.

FINEA:
¿Vienes ya desenojado?

OCTAVIO:
Por los que me lo han pedido.

FINEA:
Perdón mil veces te pido.

OCTAVIO:
¿Y Laurencio?

FINEA:
Aquí ha jurado
no entrar en la corte más.

OCTAVIO:
¿Adónde se fue?

FINEA:
A Toledo.

OCTAVIO:
¡Bien hizo!

FINEA:
No tengas miedo
que vuelva a Madrid jamás.

OCTAVIO:
Hija, pues simple naciste,
y, por milagro de Amor,

dejaste el pasado error,
¿cómo el ingenio perdiste?

FINEA:
¿Qué quieres, padre? ¡A la fe!
De bobos no hay que fiar.

OCTAVIO:
Yo lo pienso remediar.

FINEA:
¿Cómo si el otro se fue?

OCTAVIO:
Pues te engañan fácilmente
los hombres, en viendo alguno,
te has de esconder, que ninguno
te ha de ver eternamente.

FINEA:
¿Pues dónde?

OCTAVIO:
En parte secreta.

FINEA:
¿Será bien en un desván,
donde los gatos están?
¿Quieres tú que allí me meta?

OCTAVIO:
Adonde te diere gusto,
como ninguno te vea.

FINEA:
Pues, ¡alto! En el desván sea;
tú lo mandas, será justo.
Y advierte que lo has mandado.

OCTAVIO:
¡Una y mil veces!

Salen LISEO y TURÍN

LISEO:
Si quise
con tantas veras a Nise,
mal puedo haberla olvidado.

FINEA:
Hombres vienen. Al desván,
padre, yo voy a esconderme.

OCTAVIO:
Hija, Liseo no importa.

FINEA:
Al desván, padre; hombres vienen.

OCTAVIO:
Pues ¿no ves que son de casa?

FINEA:
No yerra quien obedece.
No me ha de ver hombre más,
sino quien mi esposo fuere.

Vase FINEA

LISEO:
Tus disgustos he sabido.

OCTAVIO:
Soy padre...

LISEO:
Remedio puedes
poner en aquestas cosas.

OCTAVIO:
Ya le he puesto, con que dejen
mi casa los que la inquietan.

LISEO:
Pues, ¿de qué manera?

OCTAVIO:
Fuése
Laurencio a Toledo ya.

LISEO:
¡Qué bien has hecho!

OCTAVIO:
¿Y tú crees
vivir aquí, sin casarte?
Porque el mismo inconveniente
se sigue de que aquí estés.
Hoy hace, Liseo, dos meses
que me traes en palabras...

LISEO:
¡Bien mi término agradeces!
Vengo a casar con Finea,
forzado de mis parientes,
y hallo una simple mujer.
¿Que la quiera, Octavio, quieres?

OCTAVIO:
Tienes razón. ¡Acabóse!
Pero es limpia, hermosa y tiene
tanto doblón que podría
doblar el mármol más fuerte.
¿Querías cuarenta mil

ducados con una Fénix?
¿Es coja, o manca, Finea?
¿Es ciega? Y cuando lo fuese,
¿hay falta, en Naturaleza
que con oro no se afeite?

LISEO:
Dame a Nise.

OCTAVIO:
No ha dos horas
que Miseno la promete
a Düardo, en nombre mío;
y pues hablo claramente,
hasta mañana a estas horas
te doy para que lo pienses;
porque, de no te casar,
para que en tu vida entres
por las puertas de mi casa,
que tan enfadada tienes
haz cuenta que eres poeta.

Vase OCTAVIO

LISEO:
¿Qué te dice?

TURÍN:
Que te aprestes
y con Finea te cases;
porque si veinte mereces,
porque sufras una boba
te añaden los otros veinte.
Si te dejas de casar,
te han de decir más de siete:
“¡Miren la bobada!”

LISEO:
Vamos;

que mi temor se resuelve
de no se casar a bobas.

TURÍN:

Que se casa, me parece,
a bobas, quien sin dineros
en tanta costa se mete.

Vanse los dos. Salen FINEA y CLARA

FINEA:

Hasta agora, bien nos va.

CLARA:

No hayas miedo que se entienda.

FINEA:

¡Oh, cuánto a mi amada prenda
deben mis sentidos ya!

CLARA:

¡Con la humildad que se pone
en el desván...!

FINEA:

No te espantes;
que es propia casa de amantes,
aunque Laurencio perdone.

CLARA:

¡Y quién no vive en desván,
de cuanto hoy han nacido...!

FINEA:

Algún humilde que ha sido
de los que en lo bajo están.

CLARA:

¡En el desván vive el hombre
que se tiene por más sabio
que Platón!

FINEA:

Hácele agravio;
que fue divino su nombre.

CLARA:

¡En el desván, el que anima
a grandezas su desprecio!
¡En el desván más de un necio
que por discreto se estima...!

FINEA:

¿Quieres que te diga yo
cómo es falta natural
de necios, no pensar mal
de sí mismos?

CLARA:

¿Cómo no?

FINEA:

La confianza secreta
tanto el sentido les roba,
que, cuando era yo muy boba,
me tuve por muy discreta;
y como es tan semejante
el saber con la humildad,
ya que tengo habilidad,
me tengo por ignorante.

CLARA:

¡En el desván vive bien
un matador criminal,
cuya muerte natural
ninguno o pocos la ven!

¡En el desván, de mil modos,
y sujeto a mil desgracias,
aquél que, diciendo gracias,
es desgraciado con todos!
¡En el desván, una dama
que, creyendo a quien la inquieta,
por una hora de discreta
pierde mil años de fama!
¡En el desván, unpreciado
de lindo, y es un caimán,
pero tiénele el desván,
como el espejo, engañado!
¡En el desván, el que canta
con voz de carro de bueyes,
y el que viene de Muleyes
y a los godos se levanta!
¡En el desván, el que escribe
versos legos y donados,
y el que, por vanos cuidados,
sujeto a peligros vive!
Finalmente...

FINEA:
Espera un poco;
que viene mi padre aquí.

Salen OCTAVIO, MISENO, DUARDO, y FENISO

MISENO:
¿Eso le dijiste?

OCTAVIO:
Sí,
que a tal favor me provoco.
No ha de quedar, ¡vive el cielo!,
en mi casa quien me enoje.

FENISO:

Y es justo que se despoje
de tanto necio mozuelo.

OCTAVIO:

Pidióme, graciosamente,
que con Nise le casase;
díjele que no pensase
en tal cosa eternamente,
y así estoy determinado.

MISENO:

Oíd, que está aquí Finea.

OCTAVIO:

Hija, escucha...

FINEA:

Cuando vea,
como me lo habéis mandado,
que estáis solo.

OCTAVIO:

Espera un poco;
que te he casado.

FINEA:

¡Que nombres
casamiento, donde hay hombres...!

OCTAVIO:

¿Luego, tiénesme por loco?

FINEA:

No, padre; mas hay aquí
hombres, y voyme al desván.

OCTAVIO:

Aquí, por tu bien, están.

FENISO:

Vengo a que os serváis de mí.

FINEA:

¡Jesús, señor! ¿No sabéis
lo que mi padre ha mandado?

MISENO:

Oye; que hemos concertado
que os caséis.

FINEA:

¡Gracia tenéis!
No ha de haber hija obediente
como yo. Voyme al desván.

MISENO:

Pues ¿no es Feniso galán?

FINEA:

¡Al desván, señor pariente!

Vase FINEA

DUARDO:

¿Cómo vos le habéis mandado
que de los hombres se esconda?

OCTAVIO:

No sé, ¡por Dios!, qué os responda.
Con ella estoy enojado,
o con mi contraria estrella.

MISENO:

Ya viene Liseo aquí.
Determinaos.

OCTAVIO:

Yo, por mí,
¿qué puedo decir sin ella?

Salen LISEO, NISE y TURÍN

LISEO:

Ya que me parto de ti,
sólo quiero que conozcas
lo que pierdo por quererte.

NISE:

Conozco que tu persona
merece ser estimada;
y como mi padre agora
venga bien en que seas mío,
yo me doy por tuya toda;
que en los agravios de amor
es la venganza gloriosa.

LISEO:

¡Ay, Nise! ¡Nunca te vieran
mis ojos, pues fuiste sola
de mayor incendio en mí
que fue Elena para Troya!
Vine a casar con tu hermana,
y en viéndote, Nise hermosa,
mi libertad salteaste,
del alma preciosa joya.
Nunca más el oro pudo,
con su fuerza poderosa,
que ha derribado montañas
de costumbres generosas,
humillar mis pensamientos
a la bajeza que doran
los resplandores, que a veces
ciegan tan altas personas.

Nise, ¡duélete de mí,
ya que me voy!

TURÍN:
Tiempla agora,
bella Nise, tus desdenes;
que se va Amor por la posta
a la casa del agravio.

NISE:
Turín, las lágrimas solas
de un hombre han sido en el mundo
veneno para nosotras.
No han muerto tantas mujeres
de fuego, hierro y ponzoña
como de lágrimas vuestras.

TURÍN:
Pues mira un hombre que llora.
¿Eres tú bárbara tigre?
¿Eres pantera? ¿Eres onza?
¿Eres duende? ¿Eres lechuza?
¿Eres Circe? ¿Eres Pandorga?
¿Cuál de aquestas cosas eres,
que no estoy bien en historias?

NISE:
¿No basta decir que estoy
rendida?

Sale CELIA

CELIA:
Escucha, señora...

NISE:
¿eres Celia?

CELIA:

Sí.

NISE:

¿Qué quieres;
que ya todos se alborotan
de verte venir turbada?

OCTAVIO:

Hija, ¿qué es esto?

CELIA:

Una cosa
que os ha de poner cuidado.

OCTAVIO:

¿Cuidado?

CELIA:

Yo vi que agora
llevaba Clara un tabaque
con dos perdices, dos lonjas,
dos gazapos, pan, toallas,
cuchillo, salero y bota.
Seguile, y vi que al desván
caminaba...

OCTAVIO:

Celia loca,
para la boba sería.

FENISO:

¡Qué bien que comen las bobas!

OCTAVIO:

Ha dado en irse al desván,
porque hoy le dije a la tonta
que, para que no la engañen,

en viendo un hombre, se esconda.

CELIA:

Eso fuera, a no haber sido,
para saberlo, curiosa.
Subí tras ella, y cerró
la puerta...

MISENO:

Pues bien; ¿qué importa?

CELIA:

¿No importa, si en aquel suelo,
como si fuera una alfombra
de las que la primavera
en prados fértiles borda,
tendió unos blancos manteles,
a quien hicieron corona
dos hombres, ella y Finea?

OCTAVIO:

¿Hombres? ¡Buena va mi honra!
¿Conocístelos?

CELIA:

No pude.

FENISO:

Mira bien si se te antoja,
Celia...

OCTAVIO:

No será Laurencio,
que está en Toledo.

DUARDO:

Reporta
el enojo. Yo y Feniso

subiremos...

OCTAVIO:
¡Reconozcan
la casa que han afrentado!

Vase OCTAVIO

FENISO:
No suceda alguna cosa...

NISE:
No hará; que es cuerdo mi padre.

DUARDO:
Cierto, que es divina joya
el entendimiento.

FENISO:
Siempre
yerra, Düardo, el que ignora.
De esto os podéis alabar,
Nise, pues en toda Europa
no tiene igual vuestro ingenio.

LISEO:
Con su hermosura conforma.

Sale con la espada desnuda OCTAVIO, siguiendo a LAURENCIO,
FINEA, CLARA y PEDRO

OCTAVIO:
¡Mil vidas he de quitar
a quien el honor me roba!

LAURENCIO:

¡Detened la espada, Octavio!
Yo soy, que estoy con mi esposa.

FENISO:

¿Es Laurencio?

LAURENCIO:

¿No lo veis?

OCTAVIO:

¿Quién pudiera ser agora,
sino Laurencio, mi infamia?

FINEA:

Pues, padre, ¿de qué se enoja?

OCTAVIO:

¡Oh, infame! ¿No me dijiste
que el dueño de mi deshonra
estaba en Toledo?

FINEA:

Padre,
si aqueste desván se nombra
“Toledo,” verdad le dije.
Alto está, pero no importa;
que más lo estaba el Alcázar
y la Puente de Segovia
y hubo Juanelos que a él
subieron agua sin sogas.
¿El no me mandó esconder?
Pues suya es la culpa toda.
Sola en un desván, ¡mal año!
Ya sabe que soy medrosa...

OCTAVIO:

¡Cortaréle aquella lengua!
¡Rasgaréle aquella boca!

MISENO:

Esto es caso sin remedio.

NISE:

¡Y la Clara socarrona,
que llevaba los gazapos!...

CLARA:

Mandómelo mi señora...

MISENO:

Octavio, vos sois discreto;
ya sabéis que tanto monta
cortar como desatar.

OCTAVIO:

¿Cuál me aconsejéis que escoja?

MISENO:

Desatar.

OCTAVIO:

Señor Feniso,
si la voluntad es obra,
recibid la voluntad.
Y vos, Düardo, la propia;
que Finea se ha casado,
y Nise, en fin, se conforma
con Liseo, que me ha dicho
que la quiere y que la adora.

FENISO:

Si fue, señor, su ventura,
¡paciencia! Que el premio gozan
de sus justas esperanzas.

LAURENCIO:

Todo corre viento en popa.

¿Daré a Finea la mano?

OCTAVIO:
Dádsela, boba ingeniosa.

LISEO:
¿Y yo a Nise?

OCTAVIO:
Vos también.

LAURENCIO:
Bien merezco esta victoria,
pues le he dado entendimiento,
si ella me da la memoria
de cuarenta mil ducados.

PEDRO:
¿Y Pedro no es bien que coma
algún güeso, como perro,
de la mesa de estas bodas?

FINEA:
Clara es tuya.

TURIN:
¿Y yo nací
donde a los que nacen lloran,
y ríen a los que mueren?

NISE:
Celia, que fue devota,
será tu esposa, Turín.

TURÍN:
Mi bota será y mi novia.

FENISO:
Vos y yo sólo faltamos;

dad acá esa mano hermosa.

DUARDO:

Al senado la pedid,
si nuestras faltas perdona;
que aquí, para los discretos,
da fin la comedia boba.

LA DISCRETA ENAMORADA,

de Lope de Vega

Personas que hablan en ella:

BELISA. viuda
FENISA, su hija
El CAPITÁN Bernardo
LUCINDO, su hijo
HERNANDO, criado
DORISTEO, gentilhombre
FINARDO, gentilhombre
GERARDA, dama cortesana
LEONARDO, criado
FULMINATO, criado
LISEO, músico
FABIO, músico
BEATRIZ, criada muda
CRIADOS

ACTO PRIMERO

Salen BELISA y FENISA, tapadas

BELISA: Baja los ojos al suelo,
porque sólo has de mirar
la tierra que has de pisar.

FENISA: ¡Qué! ¿No he de mirar al cielo?

BELISA: No repliques bachillera.

FENISA: Pues ¿no quieres que me asombre?

Crío Dios derecho al hombre
porque el cielo ver pudiera;
y de su poder sagrado
fue advertencia singular,
para que viese el lugar
para donde fue criado.

Los animales, que el cielo
para la tierra crió,
miren el suelo; mas yo
¿por qué he de mirar al suelo?

BELISA: Mirar al cielo podrás
con sólo el entendimiento;
que un honesto pensamiento
mira la tierra no más.

La vergüenza en la doncella
es un tesoro divino.

Con ella a mil bienes vino,
y a dos mil males sin ella.

Cuando quieras contemplar
en el cielo, en tu aposento
con mucho recogimiento,
tendrás, Fenisa, lugar.

Desde allí contemplarás
de su grandeza el proceso.

FENISA: No soy monja, ni profeso
las lecciones que me das,
y si para atormentarme
me trujiste al jubileo,
más cumplirías tu deseo
pudiendo en casa encerrarme,
dejárasme con diez llaves.

BELISA: ¿Extremos haces ahora?

FENISA: Pues ¿no he de sentir, señora,

que por momentos me acabes?

¡Con mis ojos vas riñendo!

¿En qué te dan ocasión?

BELISA: Por ser santa la estación,
voy tus ojos componiendo.

Y no recibas enojo;
que doncellas y hermosuras
son como las criaturas,
que suelen morir de ojo.

Hay mancebete en Madrid,
que si te mira al soslayo,
hará el efecto del rayo.

FENISA: El efecto me decid.

BELISA: Abrasarte el corazón,
dejando sano el vestido.

FENISA: Ya sabes tú que no he sido
de tan tierna condición.

BELISA: Decía tu abuela honrada
que una doncella altanera
era en la calle una fiera
de cazadores cercada.

Piérdese cuando la alaban,
ríndese cuando suspiran;
que cuantos ojos la miran,
con tantas flechas la clavan.

FENISA: Pues ¿cuándo se ha de casar
una mujer nunca vista?

BELISA: Eso no ha de ser conquista;
que es imposible acertar.

FENISA: Pues ¿qué ha de ser?

BELISA: Buena fama
de virtud y de nobleza.

FENISA: Donde falta la riqueza
mucho la hermosura llama;
que ya no quieren los hombres
sola virtud.

BELISA: Pues ¿qué?

FENISA: Hacienda.

Salen LUCINDO, GERARDA y HERNANDO que se quedan a un lado de la

calle, distantes de BELISA y FENISA

GERARDA: ¿Que soy tu querida prenda?

LUCINDO: Así es razón que te nombres.

GERARDA: Galán de palabras vienes.

LUCINDO: Ando al uso.

FENISA: (Éste es Lucindo). **Aparte**

GERARDA: Luego ¿préciaste de lindo?

LUCINDO: ¿De lindo? Donaire tienes.

Préciome de hombre.

FENISA: (¡Ay de mí! **Aparte**

Locamente imaginé

poner en hombre la fe,

que con el alma le di,

no habiendo nacido de él

la pretensión de mi amor).

GERARDA: Para un amante hablador

soy en las tretas crüel;

que conmigo no hay chacota,

por vista del gusto mío.

LUCINDO: De tus locuras me río.

GERARDA: ¡Qué gato de algalia azota!

Por su vida, que no saque

con arrobos de rigor,

un adarme de mi amor.

LUCINDO: Tu rigor mi amor aplaque;

que alabarte una mujer

que pasaba junto a ti,

no habiendo malicia en mí,

¿qué delito puede ser?

Y ya te dije que tú

eras mi querida prenda.

GERARDA: Vaya a poner esa tienda

a las Indias del Perú.

Todas esas niñerías

de cuentas y de espejuelos

para bobas son anzuelos;

no conmigo argenterías.

Oro macizo de amor

me han de dar, no plomo, a mí.

FENISA: (¿Que a quien no sabe de mí
amase con tal rigor?

¿Que no me conozca este hombre,
y que me muera por él?)

*Salen DORISTEO y FINARDO. BELISA y FENISA a un lado; LUCINDO,
GERARDA y HERNANDO al otro*

FINARDO: Por aquí la vi con él.

DORISTEO: Y ¿es galán?

FINARDO: Es gentilhombre.

DORISTEO: ¿Si son éstos?

FINARDO: Éstos son.

GERARDA: ¿Ve aquel mancebo que viene?

LUCINDO: Sí veo.

GERARDA: Pues aquél tiene

de mis veras posesión.

Cuánto te dije es fingido;
cuánto te quise es burlando.

Voyme; que me está aguardando.

Pásase GERARDA a DORISTEO

LUCINDO: ¿Qué haré?

HERNANDO: Mosquetazo ha sido.

LUCINDO: ¿Quitaréle la mujer?

¿Acuchillaréle, Hernando?

HERNANDO: ¿Quiéresla?

LUCINDO: Estoyme abrasando.

HERNANDO: Agua será menester.

¡Que nadie merezca amor
sino en las libres mujeres!

GERARDA: Digo que mis ojos eres.

DORISTEO: Templando vas mi rigor.

Como acompañarte vi
este galán majadero,
preciado de caballero,

notable enojo sentí;
mas en ver que le has dejado,
brazos y gracias te doy
[¡Qué me mandas hacer hoy?]

GERARDA: Ven conmigo.

DORISTEO: ¿Adónde?

GERARDA: Al Prado.

Vanse GERARDA, DORISTEO, y FINARDO

LUCINDO: ¿Fuéronse?

HERNANDO: Con mucha prisa.

No te aflijas, que es martelo,.

LUCINDO: ¿Quién es aquélla?

HERNANDO: Recelo

que es la vecina Fenisa.

Pero tiene una giganta
por madre; que es emprender
a Irlanda.

FENISA: (Nunca mujer **Aparte**
se puso a locura tanta.

¡A un hombre que no me ha visto,
ni se acuerda si nací,
quiero bien!)

LUCINDO: Nunca la vi.

FENISA: (¡Qué mal mi inquietud resisto!

Cómo le daré ocasión
para que el rostro me vea:
Amor mis cosas rodea...
Todas sin remedio son).

HERNANDO: Si vieses esta doncella,
te doy palabra, señor,

que olvides tu loco amor,
porque es sabia, honesta y bella.

Aunque no sé qué he pensado
de tu padre...

LUCINDO: ¿De mi padre?

HERNANDO: Pero quizá con su madre
casarse tiene pensado,

y aun es más puesto en razón.

LUCINDO: ¿Casarse mi padre agora?

HERNANDO: Habla y mira a esta señora,
que es de rara perfección.

LUCINDO: Llevóme el alma Gerarda,
celos me tienen sin mí.

¿Qué quieres que mire aquí?

HERNANDO: Esta hermosura gallarda.

LUCINDO: No hay vista en hombre celoso;
todo le parece mal.

FENISA: (Ya he pensado traza igual
a mi designio amoroso.

Pasaré junto a Lucindo,
dejaré el lienzo caer,
y al dármele, podrá ser
mire el alma que le rindo;
que si a los ojos me mira,
verá toda el alma en ellos).

HERNANDO: Mira aquellos ojos bellos,
donde amor de amor suspira.

BELISA: Vámonos, hija: que es hora
de recogernos a casa.

HERNANDO: Ya junto a nosotros pasa;
mira su belleza agora.

Pasan BELISA y FENISA y ésta deja caer el lienzo

LUCINDO: Un ángel me ha parecido.

HERNANDO: El lienzo se le cayó.

LUCINDO: ¡Quedo! Darésele yo.

Alza el lienzo y se dirige a las damas

Que volváis el rostro os pido.

FENISA: ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

LUCINDO: El lienzo se os cayó.

FENISA: ¿A mí? Sospecho que no.
Pero esperad.

Desenfáldase toda y descúbrese

LUCINDO: ¿Qué buscáis?

FENISA: Si tengo en la manga el mío.

BELISA: ¿Qué es eso?

FENISA: En ésta no está.

BELISA: ¿Qué es eso?

FENISA: El lienzo me da.

BELISA: Pues ¿es tuyo?

LUCINDO: (Gentil brío). **Aparte**

FENISA: Eso es lo que ando mirando.

En ésta no está tampoco.

HERNANDO: (Volver puede un hombre loco **Aparte**

aquél mirar suave y blando).

FENISA: Miraré las faldriqueras.

BELISA: ¡Acaba!

FENISA: Ya me doy prisa.

No está aquí.

BELISA: Vamos, Fenisa.

FENISA: Ni en estotra está.

BELISA: ¿Qué esperas?

FENISA: ¿Tiene unas randas?

LUCINDO: Sí, tiene.

FENISA: ¿Y encaje?

LUCINDO: ¿No lo miráis?

BELISA: Despacio en la calle estáis,
donde todo el mundo viene.

FENISA: Pues ¿quiere vuesamerced
que lleve lo que no es mío?

LUCINDO: Señora, de vos le fío.

FENISA: Hacéisme mucha merced.

¿Tiene un poco descosido
de una randa?

LUCINDO: Sí, sospecho.

FENISA: ¿A qué lado?

BELISA: Es sin provecho.

LUCINDO: De vos sospecho que ha sido.

BELISA: Señor, dejadnos pasar.

Poned el lienzo en la pila
del agua bendita.

FENISA: (Afila **Aparte**
Amor, tu flecha al tirar).

BELISA: Vamos.

FENISA: Ya voy.

Hace que se va y luego vuelve

HERNANDO: ¿No es hermosa?

LUCINDO: Celos, ¿por qué me cegáis?

FENISA: ¡Ah, señor!

LUCINDO: ¿Qué me mandáis?

FENISA: Advertiros de una cosa.

Si de aqueste lienzo acaso
parece más cierto dueño;
que mi palabra os empeño
(Iba a decir que me abraso). **Aparte**
que no sé cierto si es mío;
diréis que vivo en la calle
de los Jardines...

HERNANDO: (¡Qué talle! **Aparte**
¡Qué gracia! ¡Qué rico brío!)

FENISA: ...enfrente del capitán
Bernardo Lucindo.

LUCINDO: El mismo
es mi padre.

FENISA: (¡Ay dulce abismo **Aparte**
donde abrasándome están!)

BELISA: ¿Estás loca?

FENISA: Ya me voy;
que aqueste hidalgo decía
que es mi vecino.

BELISA: ¡Porfía!
Vamos.

FENISA: (¡Qué pérdida estoy!) **Aparte**

Vanse las dos

HERNANDO: ¿Qué te parece?

LUCINDO: Que es bella,
cortés, discreta y gallarda;
mas quiero bien a Gerarda,
y vase el alma tras ella.

Celos es suelo traidor,
resbaladizo, de suerte
que hará caer al más fuerte
en los lodos del amor.

Terrible cosa es mirar
una mujer desdeñosa
hablar otro hombre celosa,
cuando se quiere vengar.

Aunque mi amor fuera poco,
que poco debe de ser,
ver tan libre una mujer
bastaba a volverme loco.

HERNANDO: Mujeres libres, señor,
son siempre las más queridas,
y aún iba a decir perdidas,
pues han perdido el honor.

Llora la mujer honrada
el siempre injusto desdén
del hombre que quiere bien;
y a él no se la da nada,
porque sabe que ha de estar
pudriéndose en su aposento;
pero cuando el pensamiento
se pone aquí, no hay burlar;
que apenas con los enojos
sacarás de casa el pie,
cuando consolada esté
con mil hombres a tus ojos.

LUCINDO: Por eso el amor no dura
en libres, sino en honradas.

HERNANDO: Cuelgan de celos y espadas
hombres de poca cordura,
quiero decir poca edad.
Ya espero verte algún día

lejos de aquesta porfía
y cerca de esta verdad.

LUCINDO: Hartas causas me retiran.

HERNANDO: Una mujer libre y loca
es como mona, que coca
a los niños que la miran;
pero cuando llega el hombre
que tiene gobierno y palo
espúlgale con regalo,
y no hay voz que no le asombre.

A los mozos sin consejo
las mujeres hacen cocos,
porque son niños y locos;
no al hombre madura y viejo.

Ya te ha visto en los anzuelos;
y aunque no puede sacarte,
alarga cuerda, con darte
celos, celos y más celos.

LUCINDO: ¿Qué he de hacer?

HERNANDO: Buscar, señor,
una bella contracifra.

LUCINDO: ¿Luego el amor se descifra?

HERNANDO: Sí.

LUCINDO: ¿Con qué?

HERNANDO: Con otro amor.

LUCINDO: No tratemos de eso agora;
vamos a ver en qué para.

HERNANDO: ¿Ves como es cosa muy clara
que con celos te enamora?

¡Qué bien, Lucindo, un discreto
cañas de pescar los llama!
Pescan honra, hacienda y fama,
aunque cañas en efeto.

¿No te afrentas que una cosa
que a todo viento blanda,
para derribarte sea
enemiga poderosa?

A tu hacienda pone cebo,
de celos hace sedal;
pues ¿cabe que en hilo igual

cuelgue un discreto mancebo?

Lo que aquel sabio decía
por las leyes, muy mejor
por la mujer y el amor
ahora decir podía.

Son como telas de araña,
pescan moscas, débil gente;
mas no el animal valiente,
que las rompe y desmaraña.

¿Afréntate de que yo
te enseñe el vivir?

LUCINDO: No seas
pesado. Mientras me veas
donde el amor me enlazó,
de aquella tela de araña
soy mosca.

HERNANDO: (¡Y qué mosca...tel!) **Aparte**

LUCINDO: Ya soy pez simple y fiel
del cebo de aquella caña.
Vamos, volveréla a ver;
que me ha picado en el dedo
del corazón.

HERNANDO: Tengo miedo
que algo te ha de suceder.

LUCINDO: A ver vuelvo mis enojos.

HERNANDO: ¡Jesús, qué necios desvelos!

LUCINDO: Diome pimienta de celos;
voy a beber por los ojos.

Vanse

Salen BELISA y FENISA

BELISA: ¿Haste quitado tu manto?

FENISA: Quitado, señora, está.

BELISA: Pues toma ese manto allá.

FENISA: De tu cólera me espanto.

¡Válgame Dios! ¿Qué te hago?

Con cualquier cosa te ofendo.

BELISA: ¿Tú piensas que no te entiendo?

Yo tengo mi justo pago.

Si yo te cerrase en casa,
pocas veces me darías
estos disgustos.

FENISA: Los días
que esto por milagro pasa,
que al fin son de un jubileo,
tan caros me han de costar,
que te tengo de rogar
que me encierres.

BELISA: No lo creo.

FENISA: ¿De qué te quejas de mí,
que siempre me andas riñendo?

BELISA: De tu libertad me ofendo.

FENISA: ¿Libertad?

BELISA: Yo, ¿no lo vi?

FENISA: ¿Qué mancebo me pasea
de estos que van dando el talle?
¿Qué guijas desde la calle
me arroja, por que le vea?
¿Qué seña me has visto hacer
en la iglesia? ¿Quién me sigue,
que a estar celosa te obligue?
¿Qué vieja me vino a ver?
¿Qué billetes me has hallado
con palabras deshonestas?
¿Qué pluma para respuestas,
qué tintero me has quebrado?
¿Qué cinta, que no sea tuya
o comprada por tu mano?
¿Qué chapín, qué toca?

BELISA: En vano
quieres que mi honor te arguya.
No quejo de que sea
verdadera la ocasión.

FENISA: Pues ¿qué es esto?

BELISA: Prevención.
Mi honor el tuyo desea.
Querría que te guardases
de eso mismo que me adviertes,

y que a esas puertas más fuertes
nuevos candados echases.

FENISA: (Tanto me podrás guardar...) **Aparte**

BELISA: ¿Qué dices?

FENISA: Que haré tu gusto,
pero cáusame disgusto
tanto gruñir y encerrar.
¿Fuiste santa, por tu vida,
en tu tierna edad?

BELISA: Fui ejemplo
en casa, en calle y en templo,
de una mujer recogida.
Los ojos tuve con llave.

FENISA: ¿Cómo te casaste?

BELISA: El cielo
vio mi virtud y mi celo;
que el cielo todo lo sabe.

FENISA: Mi tía me dijo a mí
que hacías mil oraciones,
y andabas por estaciones.

BELISA: ¿Yo para casarme?

FENISA: Sí;
y mil viernes ayunabas,
a un padre del yermo igual;
y haciendo esto, es señal
que casarte deseabas.

BELISA: Nunca tal imaginé.
Miente, por tu vida y mía;
que antes monja ser quería,
y sin gusto me casé.

FENISA: Pues ¿cómo fuiste celosa
de mi padre, que Dios haya?

BELISA: Porque no había joya o saya,
plata en casa, ni otra cosa,
que no diese a cierta dama,
hacía aquel sentimiento
por vosotras.

FENISA: Golpes siento.

BELISA: Mira, Fenisa, quién llama.

Liégase FENISA a mirar por la reja

FENISA: Por entre la reja vi
el capitán tu vecino.

BELISA: Ya lo que quiere adivino.

FENISA: ¿Ya lo sabes? ¿Cómo así?

BELISA: Ha días que da en mirarme.
Creo que me quiere bien;
yo le he mostrado desdén,
y querrá en bodas hablarme.
Y por tu vida, Fenisa,
que no me estuviese mal;
que es un hombre principal.

FENISA: Perdona, madre, esta risa.

BELISA: ¿De qué te ríes?

FENISA: De ver
la santidad que tendrías
cuando más moza sería,
que ejemplo debió de ser
en casa, en calle y en templo.
De llamar el capitán,
¿eso barruntos te dan?
Tomar quiero el buen ejemplo.

BELISA: Loca, es un hombre muy rico,
y esta casa está sin hombre;
seráte padre en el nombre.

FENISA: Que me escuches te suplico,
¿es para guardarme a mí?

BELISA: No es otra mi prevención
que ver en casa un varón
que te guarde y honre a ti.

FENISA: Pues, cásame a mí primero,
y guárdeme mi marido.

BELISA: Cuando se hubiera ofrecido,
lo hiciera, y hacerlo espero.

FENISA: Yo en los términos te arguyo.

BELISA: Éste guardará tu honor.

FENISA: ¿No me guardara mejor
mi marido que no el tuyo?

BELISA: Hijo tiene, y ser podría
concertar esto también.

FENISA: (¡Ay, mi Lucindo y mi bien! **Aparte**
¡Quién viese tan dulce día!)

*Sale el CAPITÁN Bernardo, muy galán, con su gorra de plumas,
espada y daga; como capitán a lo antiguo; FULMINATO y otro
criado*

CAPITAN: Como en salirse tardaban,
la licencia no aguardé;
porque en eso imaginé,
señoras, que me la daban,
fuera de que el ser vecino
desde que vine de Flandes,
me alienta a cosas más grandes.

BELISA: (Lo que me quiere imagino). **Aparte**
Agravo se nos hiciera,
si vuestra merced no entrara,
y en esta casa mandara
como si en la suya fuera.
Llega esas sillas, Fenisa.

Siéntase el CAPITÁN

CAPITAN: Vosotros, salíos allá.

Vanse los criados

BELISA: Pena, Fenisa, me da
que me cogiese de prisa.
¿Está bien puesta esta toca?

FENISA: Nunca mejor te la vi.

BELISA: ¿Tengo alegre el rostro?

FENISA: Sí.

BELISA: ¿Parécete que provoca...?

FENISA: Sí, madre.

BELISA: ¿A qué?
FENISA: A devoción.
BELISA: ¡Maldita seas, amén!
 Nunca me has querido bien.
FENISA: (¡Oh, santas de privación! **Aparte**
 Cuando no pueden comer
 les pesa de ver con dientes
 a las otras. ¿Qué esto intentes?
 No me espanto; eres mujer).
BELISA: Hoy me descuidé en ponerme
 un poquito de salud.
FENISA: No tengas tanta inquietud.
BELISA: ¿Cómo?
FENISA: Tu galán se duerme.
BELISA: Ahora bien, voy a sentarme.
FENISA: (La vergüenza de su amor **Aparte**
 te dará, madre, color).

Siéntase BELISA

BELISA: Ya, señor, podéis hablarme.

CAPITAN: Belisa, el ser vecino--que en efeto,
 me obliga a reparar en vuestra casa--
 de su virtud me ha dado buen conceto.
 Veo tarde y mañana cuanto pasa;
 tras esto sé de coro su nobleza,
 como suele informarse quien se casa;
 y como la virtud y la belleza
 sean despertadores del sentido,
 aunque duerme la edad con más pereza,
 yo me he animado a daros un marido
 tal como yo, que tengo menos años
 de los que habréis, de verme, conocido;
 sino que esto de andar reinos extraños
 con las armas, dormir en la campaña,
 caminos, velas, militares daños,
 correr la posta a Flandes desde España,
 consumen la robusta gallardía

que los floridos años acompaña.

Dios haya a Carlos Quinto, que decía
que la posta y la mar le envejecieron,
cuando apenas cuarenta y seis cumplía.

Yo nací el año de sesenta, y fueron
el duque y la duquesa mis padrinos,
cuyas Albas tal luz a España dieron.

Héme hallado en jornadas y caminos,
que si fuera de bronce me acabarían.
En fin, señoras, somos hoy vecinos.

Mucho los viejos una casa amparan;
los mozos son polilla de la hacienda,
que unos a andar comienzan y otros paran.

Mi edad no es bien vuestra virtud ofenda;
que estoy muy ágil, fuerte, como y duermo,
y sé a un caballo gobernar la rienda.

Yo pienso que en mi vida he estado enfermo;
sólo mano enemiga me ha sangrado,
y un desafío público en Palermo.

Ese hijuelo que tengo es bien criado,
mañana le darán una bandera,
y un hábito le tengo negociado.

No dará pesadumbre.

FENISA: (¡A Dios plugiera
que ya estuviera en casa!)

CAPITAN: Finalmente,
se irá Lucindo por momentos fuera.

Suplícoos, pues, Belisa, humildemente,
que me deis a Fenisa, vuestra hija;
que yo pienso dotarla honestamente,
para que ella gobierne, mande y rija
la poca hacienda que ganó mi espada,
si no es que mi cansada edad la aflija;
que muy presto verá que no es cansada.

BELISA: ¡A mi hija, capitán,
me pide vuestra merced!

CAPITAN: Y tendré a mucha merced,
si esas manos me la dan.

FENISA: (¡Triste de mí! ¿Qué es aquesto?)

Pensé que a mi madre amaba,
y que ya Lucindo estaba
a mi remedio dispuesto.

Sueño fue mi fantasía
en una ocasión tan alta,
pues la gloria que me falta,
soñaba yo que tenía).

BELISA: Pensé que vuestro deseo
a quererme se inclinaba.

CAPITAN: No, Belisa.

BELISA: Alegre estaba...
Y lo estoy de lo que veo.
Hija, ya ves su intención.

FENISA: (La fe que tuve en mi bien **Aparte**
me hizo tener también
alegre mi corazón.

Mas como era fe engañada
del sueño que imaginé,
fe falsa y fingida fue,
fe traidora y fe burlada,
fe de un sueño que dormía;
y si soñada ha de ser,
yo juro de no creer
más a la fe). Madre mía.
pensé que fuérades vos
la novia del capitán.

BELISA: Lejos sus intentos van,
y estoy corrida, por Dios.

FENISA: (¡Ay, sueño de mi afición!
¡Qué bien, pues que me engañé
por vuestras burlas, diré
que los sueños sueños son!)

BELISA: Fenisa, aunque estoy corrida
de haber pensado casarme,
no lo estoy de imaginarme
de tu verde edad vencida.

Discreta eres; procura
persuadirte a lo que ves.

FENISA: Si a tu edad vence interés,
a mi edad vence hermosura.

Los viejos, que habéis gozado
vuestros años, atendéis
a lo que gozar podéis
con avariento cuidado.

Queréis regalo, dinero,
descanso y ociosidad,
y envidiando nuestra edad,
esto pretendéis primero.

Desobedecerte fuera
cosa indigna a mi virtud;
pero faltame salud,
El término considera,
y pídele por un mes,
mientras se concierta todo.

BELISA: Yo lo sabré hacer de modo,
que muchas gracias me des.

Llégase BELISA a hablar al CAPITÁN

FENISA: (Discreta he sido en decir **Aparte**
que este casamiento aceto,
pues de mi amor el efeto
puedo por él conseguir,
que si luego le negara
y con disgusto se fuera,
tarde a mi Lucindo viera,
tarde a mi Lucindo hablara.

Con entrar su padre aquí,
habrá comunicación).

CAPITAN: Todas esas cosas son
de gran gusto para mí.

El término acepto, y digo
que un mes la quiero esperar.
Pero déjamela hablar.

FENISA: (¡Qué notable intento sigo!) **Aparte**

CAPITAN: Nunca de esa discreción
en Madrid tan celebrada,
salió, mi Fenisa amada,
más cuerda resolución.

Tu virtud he confirmado;
que no apetecer tu edad
muestra bien la calidad
de ese pensamiento honrado.

Seré de hoy más, pues me honra
tanto el saber que te igualo,
un padre de tu regalo
y un alcaide de tu honra.

Y dándome Dios salud,
esta misma barba anciana
servirá de barbacana
al fuerte de tu virtud.

Y si esta nieve no trata
bien el juvenil decoro,
juntado a tus hebras de oro
estos cabellos de plata,
supliré en regalo y galas
los defectos de la edad.

FENISA: Con tu honor y calidad,
señor, mis años igualas.

Deja la humildad aquí,
pues ya soy tuya.

CAPITAN: ¿"Soy tuya"
dijiste?

FENISA: Sí. ¿Ya no es suya
quien se ha de llamar de ti?

CAPITAN: ¡Otro favor! ¡Pesia tal!
¡No fuera en Flandes aquesto
para que se echara el resto
con un festín general!

Torneo había de haber,
por vida del capitán;
y si licencia me dan,
en Madrid le pienso hacer.

FENISA: Suplícoos, por vida mía,
la corte no alborotéis.

CAPITAN: Haré lo que me mandéis,
dulce esposa y prenda mía;
mas si no fuera por vos...

FENISA: Un poco tengo que hablaros.

CAPITAN: Yo mucho que regalaros.

FENISA: Mil años os guarde Dios.

Yo no sabía que era vuestro hijo
Lucindo, un caballero que solía
entrar en vuestra casa algunas veces.
Mi madre me lo dijo cuando entrábades;
y pues es vuestro hijo y vos mi esposo,
que lo seréis si Dios fuere servido
y me diere salud para gozaros...

CAPITAN: ¡Qué palabras tan dulces! ¡Por Dios vivo!

Que el sol de aquella boca de claveles
la nieve de las canas me derrite.

FENISA: Digo, señor, que importará atajarle
la loca pretensión con que me sirve.

CAPITAN: ¿Mi hijo os sirve?

FENISA: Si el servirme fuera
con la cordura y cortesía lícita
a una mujer de mis iguales prendas,
no me quejara con melindres vanos;
que nunca me precié de gusto hipócrita.

CAPITAN: Pues ¿cómo os sirve?

FENISA: Con papeles locos,
por manos de terceros, que a mi casa
vienen con mil achaques e invenciones,
echando mis amigas por terceras;
y en todo aquesto, ni por pensamiento
se le acuerda tratar de casamiento.

CAPITAN: Es loco el mozo; perdonadle, os ruego;
que yo saldré fiador que no os enoje
de aquí adelante.

FENISA: Pues que ya es mi hijo,
os suplico, señor, que cuerdamente
le digáis que me quejo de este agravio,
y fíolo de vos, pues sois tan sabio.

CAPITAN: Dejadme ese cuidado. El cielo os guarde.

Belisa, yo le he dicho a mi Fenisa
que pienso regalarla, y que no quiero
vida por otra cosa. A Dios te queda;
que yo volveré a verte; pero advierte

que me has de dar licencia para verte.

BELISA: Guárdate el cielo.

Vase el CAPITÁN

BELISA: Gran ventura ha sido,
Fenisa, la que el cielo nos ha dado.

FENISA: ¿Estás contenta?

BELISA: ¿No lo ves?

FENISA: Sospecho
que disimulas el pesar que tienes.

BELISA: ¿Cómo?

FENISA: Porque quisieras tú casarte.

BELISA: Malicia tuya. Ven.

FENISA: (¡Ay mi Lucindo! **Aparte**
Si no me entiendes con aqueste enredo,
no eres discreto ni en Madrid nacido;
mas si me entiendes, y a buscarme vienes,
tú naciste en Madrid, discreción tienes.

Vanse BELISA y FENISA. Salen LUCINDO y HERNANDO

LUCINDO: Aún no sale aquel galán.

HERNANDO: ¿Qué es salir? Está despacio.

LUCINDO: Mis celos no me le dan.

HERNANDO: Es esta casa un palacio;
mostrándosele estarán.

En sólo ver niñerías
hay dos semanas enteras.
Andarán las galerías...
Mejor esté yo en galeras,
que la sirviera dos días.

LUCINDO: Si en galeras de Gerarda
anda al remo este dichoso,
que agora en salir se tarda,
no sé yo cuál envidioso
a la ribera le aguarda.
¡Ay de mí, Hernando, que quiero

una mujer diestra, astuta,
de amor vano y lisonjero,
despejada y resoluta,
y con una alma de acero!

HERNANDO: Que el amor cause afición
está muy puesto en razón;
pero que el ser muy querido
descuido engendre y olvido,
efectos bastardos son.

LUCINDO: Él sale, y ella se ha puesto
a la ventana.

HERNANDO: Querrá
verle galán y dispuesto.

*Salen DORISTEO y FINARDO de casa de GERARDA,
la cual se asoma a su ventana*

GERARDA: (Lucindo en la calle está). **Aparte**

LUCINDO: ¡Tantas desdichas! ¿Qué es esto?

DORISTEO: ¿No es gallarda?

FINARDO: Es extremada.
¡Qué discreta y qué cortés!

DORISTEO: Todo en su talle me agrada.

FINARDO: ¿Si es éste Lucindo?

DORISTEO: Sí, es.

FINARDO: ¿Si viene a sacar la espada?

DORISTEO: Venga a lo que más quisiere;
yo sé que es aborrecido.

GERARDA: (Celoso está; desespere; **Aparte**

que por desdenes y olvido
yo sé lo que un hombre quiere.

Mas para picarle más,
quiero hablar con Doristeo,
a quien no quise jamás;
que por abreviar rodeo,
y por saltar vuelvo atrás).

¡Ah, caballero!

LUCINDO: ¿Es a mí?

GERARDA: No os llamo, señor, a vos.

DORISTEO: ¿Y a mí, señora?
GERARDA: A vos, sí.
LUCINDO: ¿No ves aquello?
HERNANDO: Por Dios,
que es infamia estar aquí.
LUCINDO: Buscaremos invención
para que entienda que vengo
aquí con otra ocasión.
GERARDA: Salir esta noche tengo;
acompañarme es razón.
DORISTEO: ¿Dónde iréis?
GERARDA: Pienso que al Prado.
Venid por mí.
DORISTEO: Yo vendré.
LUCINDO: Ir al Prado han concertado.
HERNANDO: Tú fueras mejor, a fe.
Tus mismos celos te han dado.
DORISTEO: ¿Qué me mandáis más?
GERARDA: Serviros.
DORISTEO: Adiós.
FINARDO: ¿No nos quiere nada?
DORISTEO: ¿Puedo irme?
FINARDO: Podéis iros.

Vanse DORISTEO y FINARDO

LUCINDO: ¿Que no he sacado la espada,
haciéndome tantos tiros?
Pues ¡vive Dios, que he de darle
celos, por ver si con celos
puedo a quererme obligarle,
ya que no quieren los cielos
que pueda amando obligarle!
HERNANDO: ¿Cómo se los piensas dar?
LUCINDO: Quiero esta noche llevar
al Prado alguna mujer,
adonde me pueda ver
hablar, requebrar y amar.
HERNANDO: Y ¿quién ha de ser?

LUCINDO: No sé.

HERNANDO: Hallarla será imposible.

LUCINDO: No importa. Yo te pondré
un manto.

HERNANDO: Doña Terrible
me podrás llamar.

LUCINDO: Sí, haré.

HERNANDO: ¡Estás loco!

LUCINDO: Pues, ¿qué importa?

HERNANDO: ¿No importa, si topo acaso
gente de palabras corta?

LUCINDO: Saldré yo muy presto al paso.
Hernando, la voz reporta.
Llega, y habla esa mujer.
Pregunta si vio unas damas.

HERNANDO: Bien dices, déjame hacer.
Pues no agradas, porque amas,
celos serán menester.
¡Ah, mi señora Gerarda!

GERARDA: ¿Eres tú, Hernando?

HERNANDO: Yo soy.

GERARDA: Tengo qué hacer.

HERNANDO: Oye, aguarda.

GERARDA: ¡Por ti en la ventana estoy!

HERNANDO: Eres discreta y gallarda...

GERARDA: ¿Qué quieres?

HERNANDO: Saber querría
en qué casas de éstas vive
cierta doña Estefanía,
porque un loco no me prive
de la ración de este día;
que me la mandó seguir,
y la perdí por mirarte.

GERARDA: ¡Oh, qué gracioso fingir!
Dígale a su Durandarte
que me suelo yo reír
de tretillas tan groseras.
¡Ah, mi señor Beltenebros!
¿Para qué son las quimeras?
Trueque celos en requiebros;

lléguese, hablemos de veras.
¿De qué se finge valiente,
si está, de verme, temblando?
Muestre el pulso. ¿A ver la frente?
¡Jesús, que se está abrasando!
¡Qué temerario accidente!
¡Hola!, lleva a aquel celoso
dos tragos de agua de azahar.

HERNANDO: (¡Macacao!) **Aparte**

GERARDA: ¡Cuento donoso!
¿Él me viene a amartelar?

LUCINDO: Corrido estoy.

HERNANDO: Yo furioso.
¿Conoces algún poeta?

LUCINDO: ¿Para qué?

HERNANDO: Para enviar
una sátira en receta
a esta bruja, o hazle dar
una hermosa cantaleta.
Haya pandorga esta noche;
yo compraré los cencerros,
aunque hasta el alba trasnoche.
Haya sábanas y entierros,
campanillos, hacha y coche.
¡Vive Dios!...

LUCINDO: Calla, ignorante.
¡Ah, mi bien, ah, mi Gerarda!

GERARDA: ¿Llamas?

Vase GERARDA

LUCINDO: ¿Quitaste delante?
¿Adónde te vas? Aguarda.
Oye la voz de tu amante.
¿Para qué es matarme así?

HERNANDO: ¿Vive Estefanía aquí?

LUCINDO: ¿Quieres callar, bestia?

HERNANDO: No.
Por aquí pienso que entró.

LUCINDO: ¡Mi bien, duélete de mí!

HERNANDO: ¡Tu padre!

LUCINDO: ¡Válgame el cielo!

Sale el CAPITÁN Bernardo

CAPITAN: Todo hoy ando en busca tuya.

LUCINDO: Lo que me quieres recelo;
que no es mucho que lo arguya
de mi inquietud y desvelo.

Pero advierte, padre mío,
que querer una mujer
no es en mi edad desvarío,
antes señal de tener
generoso talle y brío.

Si es porque no es muy honrada...

CAPITAN: ¿Cómo que honrada no es?

Lengua en escorpión bañada,
¿mereces besar sus pies,
ni aun tierra de ellos pisada?

LUCINDO: Estoy con enojo agora
de mil celos que me ha dado,
con un hombre o dos que adora.

CAPITAN: ¿Qué dices de hombre adorado,
y tan principal señora?

Pero diráslo por mí,
a quien debe de adorar.

LUCINDO: ¿Que también te quiere a ti?

CAPITAN: ¿No la merezco agradar?

LUCINDO: Sí, señor.

CAPITAN: ¿Mascas el sí?

LUCINDO: Pésame que hables con ella;
que es mujer que a veinte trata.

CAPITAN: ¡Tu lengua pones en ella,
porque de celos te mata,
siendo tan noble doncella!

¡Vive Dios, que si no fuera
por no dejar de casarme,
que una estocada te diera!

LUCINDO: ¿Casarte? Eso sí es matarme.

Padre, señor, considera...

CAPITAN: ¿Qué debo considerar?

LUCINDO: Que es una mujer de amores.

CAPITAN: (Dado me ha qué sospechar...

Pero póneme temores
por estorbarme el casar.

Como el que con los espejos
puestos al sol da en los ojos
al que viene desde lejos,
quiere el necio darme enojos
con estos vanos consejos.

Mas quiero volverla a hablar,
y decirla esta respuesta;
que me ha dado qué pensar.

Vase el CAPITÁN

HERNANDO: ¿Qué te parece?

LUCINDO: Por esta
mujer hoy me he de matar.

Rompe esas puertas.

HERNANDO: Aguarda.

LUCINDO: Sal aquí, infame Gerarda.

HERNANDO: Con más tiento; espera un poco.

Sale GERARDA

GERARDA: ¿Golpes en mi casa, loco?

LUCINDO: ¿Qué respeto me acobarda,
que no te quito la vida?

GERARDA: ¿Daguita? ¡Oh, qué lindo cuento!

LUCINDO: ¿Tú con mi padre fingida,
has tratado casamiento?

GERARDA: La tracilla es escogida.

Si para volver acá
buscas embustes, Lucindo,
ése ¿en qué razón está?

LUCINDO: ¿Por qué en mirarte me rindo?

¿Por qué no te mato ya?

¿No viste a mi padre aquí?

Pues él me ha dicho, crüel,

que para matarme a mí,

quieres casarte con él.

GERARDA: ¿Yo, que en mi vida le vi?

¿Dióte la industria este necio

para tener ocasión

de hablarme?

HERNANDO: Menos desprecio;

que no es aquesto invención,

sino verdad.

GERARDA: ¡No hablar recio!

HERNANDO: ¿Por qué no? Con la verdad

hable bajo la mentira,

la verdad con libertad.

GERARDA: Tu desvergüenza me admira.

LUCINDO: Y a mí tu temeridad.

¿Cuándo viste al padre mío?

¿Dónde te habló?

GERARDA: ¿Qué es aquesto?

¿Hay más loco desvarío?

LUCINDO: ¿Posible es que has descompuesto

sus canas con ese brío?

Demonios sois las mujeres.

GERARDA: ¡Muy ángeles son los hombres!

Lucindo, ¿para qué quieres

disfrazar con estos nombres,

que por mis desdenes mueres?

¿Qué padre es éste? ¿No adviertes

que entiendo tus invenciones?

LUCINDO: ¡Plegue a Dios tal mal aciertes

en casarte, ya que pones

mi vida entre tantas muertes;

que te viva dos mil años

el viejo por quien me dejas

en tantas penas y daños,

y a quien por ojos y orejas

le has dado hechizos y engaños!

¡Plegue a Dios!... Mas ¿qué inhumanas
maldiciones puedo hacer
más que verte las mañanas,
como sierra, amanecer
con la nieve de sus canas?

¿Qué más que ver un anciano
a tu lado hermoso y tierno,
de tu belleza tirano?

¡Qué gentil hielo en invierno,
qué espantajo en verano!

Adiós, madrastra crüel;
que presto, estando con él,
te pesará el ver en vano
que te bese yo la mano,
y que tú la boca a él.

¡Jesús, qué mala elección!

GERARDA: Hernando, ¿es esto de veras,
o vuestras quimeras son?

HERNANDO: ¡Ojalá fueran quimeras!

GERARDA: Ya entiendo vuestra intención.

Oístemme concertar
ir al Prado aquesta noche,
y queréismelo estorbar.
Pues por Dios que ha de haber coche,
y quien nos venga a cantar.

Piquen por hacerme gusto
en casa de Estefanía.

LUCINDO: Mataréte.

GERARDA: ¡Ay Dios, qué susto!

Vase GERARDA

HERNANDO: Entróse.

LUCINDO: ¿Cerraste, arpía?

¡Mal haya amor tan injusto!
Abre esta puerta, mi bien.
Acecha por esta llave
si sus criadas se ven.

HERNANDO: ¡Qué bien engañarte sabel!

LUCINDO: Matarme sabe también.

HERNANDO: Al viejo ha desvanecido
para darte más enojos.

LUCINDO: Liviano en extremo ha sido;
mas ¿qué no podrán tus ojos,
dulce Argel de mi sentido?

Sale el CAPITÁN

CAPITAN: ¿Estáste aquí todavía?

LUCINDO: Pues ¿eso, señor, te espanta?

Si con la mujer que adoro,
en esos años te casas,
¿es mucho que me despida
de estas puertas y ventanas,
si mañana han de ser tuyas,
y hoy su dueño me llamaban?

CAPITAN: Pienso que te has vuelto loco.

Dijísteme mil infamias
de aquel ángel de Fenisa,
hija de Belisa honrada;
voylas a hablar, y por poco
saliera, traidor, sin cara;
que caída de vergüenza,
no era menester cortarla.
Yo tengo mujer más noble
que tu madre.

LUCINDO: ¿De quién hablas?

CAPITAN: De Fenisa.

LUCINDO: Pues, señor,
Fenisa es doncella, y basta;
que la que yo te decía,
es Gerarda, cortesana,
que vive en este balcón.

CAPITAN: ¿Qué tiene que ver Gerarda
con Fenisa?

LUCINDO: Yo, señor,
en aquesta calle estaba
cuando me reprehendiste

de que amaba aquella dama.

CAPITAN: Otro enredo habrás pensado
con aquella buena cara
de tu criado.

HERNANDO: Yo enredo?
Siempre piensas que te engañan;
propia condición de viejos.

CAPITAN: Niega, Lucindo, que amas
a Fenisa.

LUCINDO: ¿Yo, señor?

CAPITAN: ¿Luego tampoco la cansas
con papeles y alcahuetas?
Pues en esto punto acaba
de decirme que anteanoche,
por aquella reja baja,
enfrente de tu aposento,
muy tierno llegaste a hablarla.

LUCINDO: ¿Yo papeles? ¿Yo alcahuetas?
¿Yo por reja ni ventanas?
Hernando,...

CAPITAN: ¡Qué buen testigo!
Falso ojos, lengua falsa,
falsa la cara y la boca,
falso el pecho y falsa el alma.
Pues mira lo que te aviso;
¡vive el cielo, que si pasas
por su puerta, ni la miras,
ni por la reja la llamas,
que para siempre jamás
has de salir de mi casa!

LUCINDO: Escúchame.

CAPITAN: ¿Para qué?

LUCINDO: Escúchame una palabra.

CAPITAN: ¿Qué palabra?

LUCINDO: Que le digas
que si ha de ser mi madrastra,
no comience antes de serlo,
pues aun agora lo tratas,
a hacerme tan malas obras.

CAPITAN: Quita, necio.

LUCINDO: Advierte.

CAPITAN: ¡Guarda!

Vase el CAPITÁN

LUCINDO: ¿Qué es esto, triste de mí?

 ¿Testimonios me levanta
 antes que su rostro vea?

HERNANDO: ¿No es aquésta aquella dama

 que te miró tiernamente
 cuando el lienzo de las randas?

LUCINDO: La misma.

HERNANDO: Pues que me maten

 si no es enredo que traza,
 enamorada de ti.

LUCINDO: ¿Qué me cuentas?

HERNANDO: Lo que pasa.

 Yo leí cuatro renglones
 en sus ojos, de una carta,
 que al darte el lienzo escribió
 a tu ausente pecho y alma.
 Dejóle caer adrede,
 si la vista no me engaña,
 y lo que a tu padre dice
 de que la escribes y cansas,
 es decirte que la escribas,
 y que por las rejas bajas
 vengas a hablarla de noche.

LUCINDO: Cosas me dices extrañas.

HERNANDO: ¿Qué se pierde en que las pruebes?

LUCINDO: No se pierde, Hernando, nada;

 que esa doncella podría,
 con su bellísima cara,
 con su rico entendimiento,
 con su voluntad esclava,
 desamartelarme el pecho,
 despicarme de Gerarda.
 Vámosla a hablar esta noche;
 que si es verdad que me llama

con esta industria que dices,
es la cosa más gallarda
que ha sucedido en el mundo.

HERNANDO: Mucho importa enamoralla,
así por dejar del todo
esta fementida ingrata,
como porque nos perdemos
si el viejo otra vez se casa.
Y si se quiere casar,
¿qué cosa mas acertada
que con Belisa, su madre
de esta bellísima dama?

LUCINDO: Si me quiere, Hernando mío,
te mando ropilla y calzas.

HERNANDO: Bien puedes dármelas luego.

LUCINDO: Pues con discreción tan alta
supo engañar a dos viejos
de edad y experiencia tanta,
y enamorada de quien
apenas le vio la cara,
ha dicho su entendimiento,
y se le ha entendido el alma,
bien la podemos llamar
la discreta enamorada.

Vanse

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen DORISTEO y FINARDO, en hábito de noche, GERARDA con
rebocíño y sombrero, LICIO y FABIO, músicos*

DORISTEO: Notable frescura.
FINARDO: Extraña.
GERARDA: Mucho de sus fuentes gusto.
DORISTEO: No hay sitio de tanto gusto,
Gerarda bella, en España.
GERARDA: ¡Qué lindas tazas!
DORISTEO: Famosas.
GERARDA: Con perlas brindando están.
DORISTEO: ¡Qué liberales que dan
sus aguas claras y hermosas!
¿Haste holgado de venir?
GERARDA: Basta venir a tu lado.
DORISTEO: Sentémonos.
FINARDO: Todo es Prado.
DORISTEO: Así se suele decir.
¿Templaron vuestas mercedes?
LISEO: La prima se me bajó.
GERARDA: Subirla.
DORISTEO: Eso digo yo.
FABIO: ¿Comienzo?
DORISTEO: Empezar puedes.
FABIO: ¿Qué diremos?
DORISTEO: La de Lope,
por vida del buen Liseo.
LISEO: ¿La del suspiro y deseo?
FINARDO: A fe, que hay bien donde tope.

Tocan y cantan los MÚSICOS

MUSICOS: "Cuando tan hermosa os miro,
de amor suspiro,
y cuando no os veo,
suspira por mí el deseo.
Cuando mis ojos os ven,
van a gozar tanto bien;
mas como por su desdén
de los vuestros me retiro,
de amor suspiro;

y cuando no os veo
suspira por mí el deseo."

Salen LUCINDO y HERNANDO

LUCINDO: Dijeron que llevarían
quien cantase.

HERNANDO: Ellos serán,
pues aquí cantando están.

LUCINDO: Ni cantan mal ni porfían.

HERNANDO: Cesaron, como las aves
luego que alguno se acerca.

LUCINDO: Llega y míralos más cerca.

HERNANDO: ¡Plegue a Dios, señor, que acabes
de ser necio!

LUCINDO: Si no es hora
para hablar con mi Fenisa,
¿que importa, pues todo es risa?

HERNANDO: Celos ríen, y amor llora.
Yo paso a lo caballero
por delante; espera aquí.

LUCINDO: Yo aguardo.

*Pasa HERNANDO embozado por delante de los sentados, y vuélvese
adonde quedó su amo*

FINARDO: ¿Qué mira así
este necio majadero?

DORISTEO: Algo debe de buscar
que de casa se le fue.

GERARDA: Canta solo.

LISEO: Cantaré.

GERARDA: Sí, pero no has de templar.

HERNANDO: En la voz la conocí.

LUCINDO: Luego ¿es Gerarda?

HERNANDO: Sin duda.

LUCINDO: ¡Ay!

HERNANDO: ¿Es menester ayuda?

LUCINDO: Y el otro ¿es su galán?

HERNANDO: Sí.

LUCINDO: ¡Triste de mí!

HERNANDO: ¿Qué tenemos?

¿Date por ventura el parto?

LUCINDO: Mientras más de ti me aparto,
más me acerco.

HERNANDO: Sin extremos;
que te podrá conocer.

LUCINDO: ¿Está en su regazo?

HERNANDO: ¡Y cómo!

LUCINDO: Celos por los ojos tomo,
y el alma comienza a arder,
¡oh, veneno, que desalmas
la vida con tus enojos,
siendo la copa los ojos
donde le beben las almas!
¡Nunca yo viniera acá!

HERNANDO: Vámonos de aquí, señor,
¿no es aquel ángel mejor,
que esperándonos está?

LUCINDO: ¿Cuál ángel?

HERNANDO: Fenisa bella.

LUCINDO: No estoy para hablar agora
con ángeles.

HERNANDO: Si te adora,
¿no será justo querella?

LUCINDO: Ésa peligro no corre;
que como es amor primero,
estará como otra Hero,
aguardándome en la torre;
pero ésta que está en los brazos
de este venturoso amante,
si me descuido un instante,
haráme el alma pedazos.
¿Traes el manto?

HERNANDO: ¿Pues no?

LUCINDO: Póntele.

HERNANDO: Gran mal recelo.

LUCINDO: Haz saya del herreruelo.

HERNANDO: ¡Yo mujer! ¡Tu dama yo!

LUCINDO: A esos árboles te ve,
y de mujer te disfraza.

HERNANDO: Voy; mas temo que esta traza...
Ve, majadero.

HERNANDO: Yo iré;
mas defenderme te toca,
y si hacerlo no quisieres,
no te espantes si me vieres
con la barriga a la boca.

Vase HERNANDO

LUCINDO: ¡Qué mal se cura amor con invenciones!

¡Qué vano error sobresanar la herida,
si en las muertas cenizas escondida,
la viva lumbre el corazón le pones!

Celos, desdenes, iras, sinrazones
tienen el alma alguna vez dormida;
mas ¿qué letargo habrá que no despida
la fuerza de celosas prevenciones?

¡Oh celos!, con razón os han llamado
mosquitos del amor, de amor desvelos.
El humo de su fuego os ha engendrado.

¿Qué importa que se duerma en hombre--¡Oh cielos!--
de pesadumbres del amor cansado,
si con sus voces le despiertan celos?

Sale HERNANDO con un manto puesto y la capa por saya

HERNANDO: ¿Vengo bien?

LUCINDO: Vienes tan bien,
que espero que bien me vaya.

HERNANDO: ¿Qué te parece la saya?

LUCINDO: Muy bien.

HERNANDO: ¿Y el manto?

LUCINDO: También.

HERNANDO: ¿No voy muy apetecible?

LUCINDO: Vamos.

HERNANDO: ¿Llevo malos bajos?

LUCINDO: Llega.

HERNANDO: En notables trabajos
me pone tu amor terrible.

Acércanse a los otros cinco

DORISTEO: Un galán con cierta dama
hacia donde estamos viene.

GERARDA: ¡Gentil brío y arte tiene!
A fe que es ropa de fama.

DORISTEO: ¿Cómo?

GERARDA: Díome el buen olor.

DORISTEO: Tomó pastilla al salir.

FINARDO: Pastilla y Prado es decir
que es dama...

DORISTEO: ¿De qué?

FINARDO: De amor.

DORISTEO: A tu lado toma asiento.

GERARDA: ¡Qué de golpe se ha asentado!

FINARDO: Debe de tener pesado
lo que es el quinto elemento.

LUCINDO: Bella doña Estefanía,
¿qué os parece esta frescura?

Habla con voz de mujer HERNANDO

HERNANDO: Fue mucha descompostura
venir aquí sin mi tía;
pero el mucho amor que os tengo
a más me puede obligar.

LUCINDO: Señores, ¿quieren cantar?

HERNANDO: ¿Déjanlo porque yo vengo?

GERARDA: (Lucindo es éste. ¡Ay de mí! **Aparte**
Verdad sin duda sería
que aquella dama quería
por quien preguntar le vi.

Celos que pensé fingidos
me han salido verdaderos.
¡Ay, amores lisonjeros,
de engaño y traición vestidos!
Entendido me ha la letra,
herido me ha por el filo,
vengóse del mismo estilo.)

HERNANDO: Ya se altera e inquieta.

¿Qué te parece el jarabe?

LUCINDO: Que hace su operación.

GERARDA: (¡Qué bien sabe dar pasión! **Aparte**

¡Qué mal el tomarla sabe!)

Por vida de Doristeo,
que un poco de agua traigáis.

DORISTEO: Y traeré con qué bebáis;

que regalaros deseo.

Entreteneos aquí
mientras voy por colación.

GERARDA: Que vais solo no es razón.

FINARDO: ¿Acompañaréle?

GERARDA: Sí;

que aquí quedan los amigos.

FINARDO: Pues vamos.

DORISTEO: Venid.

FINARDO: Adiós.

Vanse DORISTEO y FINARDO

GERARDA: (Muérome porque las dos **Aparte**
quedásemos sin testigos).

LISEO: ¿Queréis que cantemos?

GERARDA: No.

Antes merced recibiera
en quedar sola.

FABIO: Algo espera.

LISEO: Lindamente nos echó.

FABIO: Pues no estorbemos, Liseo.

LISEO: Fabio, venid por aquí.

Vanse los MÚSICOS

GERARDA: ¡Ah, mi señora!

HERNANDO: ¿Es a mí?

GERARDA: Veros y hablaros deseo.

HERNANDO: ¡Verme y hablarme! ¿Por qué?

GERARDA: Porque soy vuestra vecina.

HERNANDO: ¡Jesús, qué extraña mohina!

GERARDA: ¿De esto sólo os enfadó?

HERNANDO: Hace notable calor;

vamos, Lucindo, de aquí.

LUCINDO: Mi bien, enfaldarse así

parece mucho rigor.

Descubríos a esa dama,
pues Dios os dio tal belleza,
y esa hermosa gentileza
tiene en la corte fama.

Descubrid los ojos bellos;
den envidia y den amor.

HERNANDO: No estoy agora de humor,

ni está enjuto el llanto en ellos;

que los traéis hechos mar
de celos de esa Gerarda,
que me dicen que es gallarda.

LUCINDO: ¿Gerarda os lo puede dar?

No sé de qué los tenéis.

¡Plegue a Dios que si la quiero,
que para el mal de que muero
nunca remedio me deis!

¡Plegue a Dios que si la estimo,
nunca merezca estos brazos,
ni a mis amorosos lazos
den vuestros muros arrimo!

¡Plegue a Dios que si la amare,
nunca mi ventura poca
goce de esa dulce boca,
ni por mi bien se declare!

¡Plegue a Dios que si la viere,
jamás me vea con vos,

ni nos casemos los dos!

GERARDA: (¿Que esto sufra? ¿Que esto espere?) **Aparte**

HERNANDO: ¡Ay Dios!, ¡qué de maldiciones!

GERARDA: (Todas vengan sobre mí, **Aparte**
si más te sufriere aquí,
traidor, tantas sinrazones).

HERNANDO: Dícenme que vais allá,
y estoy muy descolorida.

LUCINDO: Pues tomad color, mi vida;
que a vos os adoro ya.

GERARDA: No será, infame, en mis días.

Embiste GERARDA a HERNANDO

LUCINDO: ¿Cómo así te has descompuesto?

HERNANDO: ¡A Estefanía! ¿Qué es esto?

GERARDA: Y a cuarenta Estefanías.

LUCINDO: Déjala, Gerarda.

HERNANDO: ¡Ay, cielo!
¡A una mujer como yo!

GERARDA: Matarla tengo.

LUCINDO: Eso no.
Huye.

HERNANDO: Mi muerte recelo.

Vase HERNANDO huyendo

GERARDA: ¿Qué mujer es ésta, perro?

LUCINDO: Una mujer que me adora,
y eso que tú has hecho agora
ha sido un notable yerro;
que es señora principal,
y te ha de costar la vida.

GERARDA: ¿Puede ser ya más perdida,
que viéndome en tanto mal?
Déjame pasar.

LUCINDO: Detente;
que a quien me aborrece a mí,

nunca licencia le di
de hablarme tan libremente.

GERARDA: ¿Yo te aborrezco, mi bien?

LUCINDO: ¿Tu bien soy?

GERARDA: ¡Ay, prenda mía!

Cuanto te dije fingía,
y cuanto hablaba también.

Aborezco a Doristeo;
sólo te adoro, Lucindo;
de nuevo el alma te rindo.

LUCINDO: ¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?

GERARDA: En prenda de que tú eres
mi verdad, vente conmigo.

LUCINDO: Mucho os alienta el castigo;
como bestias sois, mujeres.

Ahora bien, ya se acabó,
yo adoro a Estefanía.

GERARDA: ¿Por qué me dejas, luz mía?

LUCINDO: Porque tu noche llegó.

GERARDA: Ven conmigo hasta mi casa.

LUCINDO: No hay remedio.

GERARDA: ¡Que esto veo!

LUCINDO: Presto vendrá Doristeo,
que es el que agora te abrasa.

GERARDA: De rodillas, mi señor,
que vayas quiero pedirte,
porque allá quiero decirte
las causa de este rigor.

Celos, por tu vida, han sido.
No seas tirano, ven;
ven, Lucindo; ven mi bien.

LUCINDO: En efeto, ¿me has querido?

GERARDA: Siempre te quise, mis ojos.

Saca LUCINDO la daga

LUCINDO: Yo haré que sangre te cueste.

Sale HERNANDO, ya en su traje

HERNANDO: ¿Qué sacrificio es aquéste?

LUCINDO: El haberme dado enojos.

HERNANDO: (Si Lucindo quiere hacer **Aparte**

una venganza gallarda,
y Gerarda el golpe aguarda,
el ángel vengo yo a ser).

¿Qué es esto, señor?

LUCINDO: ¡Oh, Hernando!

Seas mil veces bien venido.

HERNANDO: Dos horas ando perdido,
todo este Prado buscando;
que en casa han echado menos
a esta dama.

LUCINDO: Otra sería.

HERNANDO: ¿Luego no es Estefanía?

LUCINDO: Ha habido rayos y truenos.

HERNANDO: ¿Es Gerarda?

LUCINDO: ¿No lo ves?

HERNANDO: Déjala, ¡triste de mí!

Que te ponen culpa a ti.

LUCINDO: Gerarda, hablemos después.

GERARDA: Oye.

LUCINDO: No hay remedio.

GERARDA; Aguarda.

HERNANDO: Grande valor has tenido.

LUCINDO: El saber que soy querido
me ha despicado, Gerarda.

Vanse LUCINDO y HERNANDO. Salen DORISTEO y FINARDO

DORISTEO: Desgracia ha sido, por Dios,
el no haber ya tienda abierta.

FINARDO: Quebrada queda una puerta.

GERARDA: Cansado os habéis los dos.

DORISTEO: ¿Sola estabas?

GERARDA: Sola estaba.

DORISTEO: ¿Los músicos...?

GERARDA: Libres son.

FINARDO: ¡Que no hubiese colación!

¡Y en el verano se alaba
Madrid, para quien trasnoche
sin cotas ni sin broqueles,
que tiene nieve y pasteles,
vino y dulce a medianoche!

GERARDA: Tarde llegará el favor;
que no estoy buena.

DORISTEO: Sospecho
que este fresco mal te ha hecho.

GERARDA: Más me ha dañado el calor.

DORISTEO: ¿Entiendes de estrellas?

FINARDO: Sé
que el Carro ha de estar allí
para amanecer.

DORISTEO: ¡Ah! Sí.
Pues ya muy alto se ve.
Vamos, y descansarás.
¿Qué amigos!

FINARDO: Pocos hay buenos.

GERARDA: (Cuando tú me quieras menos, **Aparte**
Lucindo, te quiero más).

Vanse todos. Salen LUCINDO y HERNANDO

HERNANDO: Tan consolado vienes, que presumo
que no te acuerdas ya de aquella loca.

LUCINDO: No lo digas de burlas.

HERNANDO: ¿Quién ha hecho
milagro tan notable en tu sentido?

LUCINDO: La confianza de que soy querido.
¡Bendiga el cielo la invención, la traza,
la hora, el movimiento, el manto, el Prado,
los celos, los disgustos!

HERNANDO: ¿Y no dices
que bendiga también a Estefanía?
Pues en verdad, que aún traigo las señales
de algunos mojicones de Gerarda.

LUCINDO: La ventana han abierto; espera, aguarda.

Sale FENISA a la ventana

FENISA: ¡Ah, caballero!

LUCINDO: ¿Quién llama?

FENISA: Llegad quedo. Una mujer.

HERNANDO: Fenisa debe de ser,
que habrá dejado la cama.

FENISA: Vuestro nombre me decid,
antes que os empiece a hablar.

LUCINDO: Mira no echemos azar.

HERNANDO: Todos duermen en Madrid,
hasta el viejo Arias Gonzalo.

LUCINDO: Lucindo, señora soy,
que de vos quejoso estoy,
si esta queja no es regalo.
¿Sabéis que del capitán
Bernardo soy hijo?

FENISA: Sí.

LUCINDO: ¿Sabéis que en mi vida os vi?

¿Cómo soy vuestro galán?

¿Yo, Fenisa, os solicito?

¿Yo os escribo mil papeles?

¿Yo a estas rejas y vergeles
la casta defensa os quito?

¿Yo os desvelo con paseos
y terceras os envío?

FENISA: No os enfaden, señor mío,
mis amorosos rodeos.

Ni me habéis solicitado,
ni habéis cansado mis rejas,
ni son verdades mis quejas,
supuesto que me he quejado.

Jamás escrito me habéis,
ni por vos nadie me habló;
en lo que esto se fundó,
pues venís, vos lo entendéis.

No halló mi recogimiento
cómo decir mi pasión;
amor me dio la invención,

y vos el atrevimiento.

Vuestro padre me ha pedido;
mas yo nací para vos,
si algún día quiere Dios
que os merezca por marido.

Y el hacerle mi tercero
no os parezca desatino;
que es cuerdo, viejo y vecino,
y os quiero como yo os quiero.

Este camino busqué
para que sepáis mi amor;
sólo os suplico, señor,
que agradezcáis tanta fe.

Y si mi hacienda y mi talle,
puesto que más merecéis,
os obligaren...

LUCINDO: No echéis
más favores en la calle.

Sembrarla de almas quisiera
en esta buena fortuna,
porque palabra ninguna
menos que en alma cayera.

A mi ventura agradezco
saber, mi bien, que os agrado;
que bien sé que no he llegado
a pensar que lo merezco.

El día, mi bien, que os vi
de aquel santo jubileo,
despertasteis el deseo;
nunca más con él dormí.

Mi poco merecimiento
que entendiese me impedía
lo que mi padre decía,
y era justo pensamiento;
mas viéndole porfiar,
vine a ver lo que ya veo.

FENISA: Conocéis mi buen deseo.

LUCINDO: El conocerle es pagar;
que tras el conocimiento
de una deuda, pagar sobra.

Pero si se pone en obra
de mi padre el casamiento,
¿qué tal vendré yo a quedar?

FENISA: No creáis que ellos lo puedan;
que los dos que los heredan
son los que se han de casar.

Mal conocéis lo sutil
de una rendida mujer.

LUCINDO: Discreta debéis de ser
y de ánimo varonil.

Bien se ha visto en la invención.

FENISA: Pues hasta agora no es nada.

LUCINDO: La discreta enamorada
llamaros será razón.

FENISA: Perdóneme vuestro padre;
que de él me pienso valer,
para daros a entender
lo que no quiere mi madre.

Cuánto deciros quisiere,
será quejarme de vos,
y verémonos los dos
por donde posible fuere.

Cuando os riña, estad atento;
que son recaudos que os doy.

LUCINDO: Digo, señora que estoy
en el mismo pensamiento.

FENISA: Así sabréis lo que pasa
de esta puerta adentro vos,
casándonos a los dos
cuando él piensa que se casa;
que ya estaremos casados
el día que se descubra.

LUCINDO: Quiera el amor que se encubra
el fin de nuestros cuidados.

Y dad orden como os vea,
pues no os falta discreción.

FENISA: He pensado otra invención
para que el remedio sea;
y es que diré a vuestro padre
que os envíe a que toméis

mi bendición, y vendréis
sin que se enoje mi madre.

Pero tratadme verdad
o desengañadme aquí.

LUCINDO: El alma, señora, os di
por fe de mi voluntad.

Preguntadle allá si os quiero.

HERNANDO: Señor, advertid que al alba
hacen las calandrias salva,
y está muy alto el lucero.

En cas de este mercader
una codorniz cantó,
con que a tu amor avisó
de que quiere amanecer.

FENISA: Vete, mi amor, que amanece;
no me eche menos mi madre.

LUCINDO: Pide licencia a mi padre
para verte.

HERNANDO: La luz crece.

LUCINDO: Dame alguna prenda tuya
con que me vaya a acostar.

FENISA: A mí me quisiera dar.

HERNANDO: Dile, señor, que concluye.

FENISA le echa un listón

FENISA: Truécame esa cinta.

LUCINDO: ¿A qué?

FENISA: A deseos.

HERNANDO: ¡Bueno está!

LUCINDO: Todos los tienes allá.

FENISA: Adiós.

Vase FENISA

LUCINDO: ¿Fuése?

HERNANDO: Ya se fue.

LUCINDO: ¡Gran ventura!

HERNANDO: Di que estás
enamorado.

LUCINDO: ¿Pues no?

HERNANDO: ¿Y Gerarda?

LUCINDO: Ya pasó.

HERNANDO: ¿Cómo?

LUCINDO: Lo que oyendo estás.
Es bella, es noble, es gallarda.

HERNANDO: ¡Brava cólera española!

LUCINDO: Más precio esta cinta sola
que mil almas de Gerarda.

Vanse LUCINDO y HERNANDO. Salen DORISTEO y GERARDA

DORISTEO: ¿Para qué es tanto desdén,
sino decirme verdad?

Hombre soy, y hombre de bien.

Háblame con libertad.

¿Quieres a Lucindo bien?

GERARDA: Pensé que no le quería,
y anoche...

DORISTEO: Pasa adelante.

GERARDA: Quiso la desdicha mía
que fuese un desdén bastante
a encender nieve tan fría.

¿No viste aquella mujer
que se sentó junto a mí?

DORISTEO: Lucindo debió de ser
el que la trujo.

GERARDA: Es así.

DORISTEO: Eso me basta saber.
¡Ay, Gerarda, cuánto pueden
unos celos!

GERARDA: Muerta estoy.
En fuerza al amor exceden;
no hay desdén, mi fe te doy,
de que triunfando no queden.
Estudiado parecía
lo que Lucindo decía,

y lo que ella preguntaba;
supe al fin que se llamaba
esta dama Estefanía,
y que es mujer principal;
que un criado, a un rayo igual,
vino a decir que en su casa
la echaron menos.

DORISTEO: ¡Que pasa
por mí una desdicha igual!
Pero es dicha. ¿Cómo dices
que esa dama se llamaba?

GERARDA: ¿Hay de qué te escandalices?

DORISTEO: Pensando en el nombre estaba
de esa mujer que maldices.

GERARDA: Estefanía decía.

DORISTEO: ¿Estefanía?

GERARDA: Esto pasa.

DORISTEO: ¡Buena venganza sería
si porque he entrado en tu casa,
diese Lucindo en la mía!

GERARDA: ¿Cómo?

DORISTEO: Una hermana que tengo
Estefanía se llama.

GERARDA: ¡Ella es!

DORISTEO: ¿Cómo detengo
la defensa de mi fama,
y del traidor no me vengo?

GERARDA: Él la sirve, porque un día
dijo que se vengaría
de este agravio.

DORISTEO: Y lo cumplió;
porque anoche me contó
que fue al Prado Estefanía.
Alto, mi honor es perdido.
Vete en buen hora, Gerarda...

GERARDA: Más que quisiera he sabido.

DORISTEO: Que si mi deshonra aguarda,
hoy ha de ser su marido.

GERARDA: ¡Su marido! Mayor daño
es el que me viene agora.

DORISTEO: Pues ¿hay otro desengaño?

GERARDA: ¡Bien vivirá quien le adora,
si le casas!

DORISTEO: (¡Caso extraño!) **Aparte**
Pues ¿puede ser de otra suerte?

GERARDA: Dame primero la muerte.

DORISTEO: Vete de aquí.

GERARDA: ¡Nunca hablara!

Vase GERARDA

DORISTEO: ¡Con mi hermana! ¿Quién pensara
una venganza tan fuerte?

Buscar a Finardo quiero,
para que a Lucindo saque
donde, pues es caballero,
o saquemos el acero,
o casándose me aplaque.

Hoy muere si no se casa.
¡Oh vil hermana! ¿Esto pasa?
Mas, justa ley me condena;
que no anda bien en la ajena
quien ha de guardar su casa.

*Vase DORISTEO. Salen BELISA, el CAPITÁN,
FENISA, y FULMINATO*

FENISA: Haced aqueste placer,
para mayor regocijo;
que vea yo vuestro hijo,
pues su madre vengo a ser.

CAPITAN: Digo que tenéis razón.

FENISA: Pues todo queda tan llano,
venga a besarme la mano
y a tomar mi bendición.

BELISA: Ya sois dueño de esta casa;
venga vuestro hijo acá.

CAPITAN: Digo que a veros vendrá;

que ya sabe lo que pasa.

¡Fulminato!

FULMINATO: ¿Señor?

CAPITAN: Corre,
llama al alférez, mi hijo.

FULMINATO: ¡Voy!

Vase FULMINATO

FENISA: (Que le llamasen dijo. **Aparte**

todo el cielo me socorre.

Hoy te verán estos ojos
en esta casa, mi bien).

CAPITAN: (Aunque le muestre desdén, **Aparte**

me ha dado el llamarle enojos.

Es galán, mozo y discreto,
y dirá acaso entre sí
que no le caso, y que a mí
me caso, viejo en efeto.

¿Quién duda que le parezca
mejor, y que le dé pena
ver que a mi edad se condena
donde sin gusto padezca?

Fuera de eso, es mal consejo
que venir aquí le mande;
que a vista de un hijo grande
parece un hombre más viejo.

Ya comienzo a estar celoso;
no entrará otra vez acá).

Salen LUCINDO y FULMINATO

FULMINATO: Aquí el alférez está.

LUCINDO: (¡Cielos, que fui tan dichoso! **Aparte**

Aquí mis ojos están).

¿Señor?

CAPITAN: (De enojo estoy lleno). **Aparte**

Para danzar eras bueno.

LUCINDO: ¿Cómo?
CAPITAN: Eres cierto y galán.
LUCINDO: ¿No me mandaste venir?
CAPITAN: Besa la mano a tu madre.
LUCINDO: Yo voy.
CAPITAN: ¡Qué presto!...
LUCINDO: Mi padre...
FENISA: (Ya me comienzo a reír). **Aparte**
LUCINDO: ...como a madre, que sois mía,
me manda, ¡oh bien soberano!,
que os bese esa hermosa mano.
CAPITAN: ¡Qué superflua cortesía!
La mano basta decir;
¿para que es decir hermosa?
LUCINDO: Quiere mi boca dichosa
este epíteto añadir.
FENISA: Hablan así los discretos.
BELISA: ¿De eso recibís disgusto?
CAPITAN: Levántate; que no gusto
que beses con epítetos.
BELISA: Dejadle, no seáis extraño;
bese la mano a su madre.
LUCINDO: Señor, siendo vos mi padre,
no resulta en vuestro daño.
CAPITAN: No me llames padre aquí.
LUCINDO: Llamo madre a una señora
tan moza, y ¡a vos agora
os pesa que os llame así?
CAPITAN: Adonde la edad no sobre,
padre, dulces letras son.
Mas a un viejo, no es razón,
no siendo ermitaño o pobre.
Acaba, besa la mano.
FENISA: (¡Que me veo en tanto bien!) **Aparte**
LUCINDO: Dadme esa mano, por quien
de mano esta suerte gano.

Dice LUCINDO aparte a ella

Ten, mi vida, este papel.

Métele un papel en la mano

FENISA: Ya le tengo.

LUCINDO: Y dadme aquí
vuestra bendición; que en mí
tendréis un hijo fiel.

CAPITAN: ¡Hijo fiel! Mas ¿qué quiere?
¿Comprar algún regimiento?

LUCINDO: (¡Qué gloria en los labios siento!) **Aparte**

FENISA: Dios te bendiga y prospere.

Dios te dé mujer que sea
tal como la has menester;
en efeto, venga a ser
como tu madre desea.

Dios te dé lo que a este punto
tienes en el corazón;
quien te da su bendición,
todo el bien te diera junto.

Dios te haga, y sí serás,
tan obediente a mi gusto,
que jamás me des disgusto,
y que a nadie quieras más.

Dios te haga tan modesto,
que queriendo estos envites,
a tu señor padre quites
esta pesadumbre presto.

Y te dé tanto sentido
en querer y obedecer,
que te pueda yo tener,
como en lugar de marido.

CAPITAN: ¿Qué libro matrimonial
te enseñó estas bendiciones?
Acaba, abrevia razones.

FENISA: (Celos tiene). **Aparte**

LUCINDO: (¿Hay cosa igual?) **Aparte**

FENISA: Una palabra, madre de mis ojos.

Hablan aparte FENISA con BELISA, y el CAPITÁN con LUCINDO

BELISA: ¿Qué quieres?

FENISA: ¿Ves este papel?

BELISA: Sí, veo.

FENISA: Pues es memoria de vestidos míos,
que el capitán me ha dado; yo querría
leerle, y no quisiera que él lo viese,
porque no me tuviese por tan loca
que pensase que estimo en más las galas
que no el marido; por tu vida, madre
que le entretengas.

BELISA: Que me place.

FENISA: (¡Ay cielo!) **Aparte**
¡Qué industria hallé para leer agora
el papel que me dio Lucindo, al tiempo
que me besó la mano, por si es cosa
que importa darle luego la respuesta!

Habla BELISA al CAPITÁN

BELISA: Escuchadme a esta parte dos palabras.

Lee FENISA

FENISA: "Mi bien, mi padre tiene concertado,
de celos de que has dicho que te quiero,
enviarme a Portugal; remedia, amores,
esta locura, o cuéntame por muerto;
esto escribí, sabiendo que venía
a besarte la mano; a Dios te queda
y quiera Él mismo que gozarte pueda."

(¿Hay desdicha semejante? **Aparte**
¿Hay celos con tal locura?
Así Dios me dé ventura,
que he de hablarle aquí delante).
Lucindo, el papel leí.

No me haga el cielo este mal,
que vayas a Portugal,
ni que una hora estés sin mí;
y si dicen que mejor
vive en él su desvarío,
vive en mí, Lucindo mío,
que soy Portugal de amor.

LUCINDO: ¡Ay Dios! ¡Quién pudiera hablarte!
¡Quién abrazarte pudiera!

FENISA: Yo sabré hacer de manera
que me abrases.

LUCINDO: ¿En qué parte?

FENISA: Fingir quiero que caí;
tú me irás a levantar,
y me podrás abrazar.

LUCINDO: Tropieza.

FENISA: Caigo. ¡Ay de mí!

Cae FENISA; LUCINDO la abraza para levantarla

CAPITAN: ¿Qué es aquesto?

LUCINDO: Tropezó
mi señora madre aquí,
y yo levántola así.

CAPITAN: Y levántola así yo.
Salte de aquí noramala.

LUCINDO: Pues cayendo, ¿es cortesía?...

BELISA: ¿Haste hecho mal hija mía?

CAPITAN; Despeja luego la sala.

LUCINDO: Yo me iré.

CAPITAN: Vete al momento.

LUCINDO: ¿Así me arrojas?

CAPITAN: ¡Camina!

LUCINDO: (¡Ay mi Fenisa divina! **Aparte**
¡Ay divino entendimiento!
¡Ay discreción extremada!
Por vos se puede entender
lo que puede una mujer
discreta y enamorada).

Vase LUCINDO

FENISA: No tengo mal ninguno, por tu vida.

CAPITAN: ¡Así lo creo yo!

FENISA: ¿Fuése mi hijo?

CAPITAN: Tu hijo se fue ya.

FENISA: Mil males tengo.

BELISA: ¿Quieres verle? Beatriz, ¡hola, ven presto!

FENISA: No quiero, por tu vida.

CAPITAN: Aquel grosero

debió de daros causa a la caída.

No ha de estar en mi casa un punto solo,

ni entrar en ésta mientras tengo vida.

BELISA: ¡Qué poco amor tenéis a vuestro hijo!

Que os prometo que es gentil mancebo,

y que lo miro yo con tales ojos,

que si en mis mocedades me cogiera,

holgara de tenerle por marido.

FENISA: (Asíte la Ocasión por el copete). **Aparte**

CAPITAN: ¿Este loco os agrada?

FENISA: Escucha madre.

BELISA: Como sois capitan, la casa es guerra.

¡Todo es escucha!

CAPITAN: Tal me la dan celos.

Habla FENISA aparte a su madre

FENISA: El papel que te dije, no es vestidos,
ni me le dio Bernardo.

BELISA: ¿Qué me cuentas?

FENISA: Lucindo me le dio.

BELISA: Pues ¿qué te escribe?

FENISA: Una cosa que a risa ha de moverte.

BELISA: No me tengas suspensa.

FENISA: Al fin, me dice

que se quiere casar.

BELISA: ¿Con quién?

FENISA: Contigo.

BELISA: ¡Conmigo! ¿Qué me cuentas?

FENISA: Lo que pasa.

Dice que le pareces en extremo,
y que esa gravedad, esa cordura
le agrada más que yo a su padre agrado.

Dice más que con este casamiento
se juntan las haciendas, de manera
que los hijos de entrambos quedan ricos.

Si supieras leer, mil cosas vieras;
mas dice que le pidas que no trate
enviarlo a Portugal, que antes le mate.

BELISA: ¿Qué es ir a Portugal? Hija, las hijas
cuerdas y honradas, todo el gusto suyo
ponen en sólo dársele a sus padres;
ya sabes que soy moza, y que en efeto
estaré más honrada con marido,
y marido que así te logres hija,
que me lleva los ojos en mirándole.

¡Qué cortés,! ¡Qué galán! ¡Qué lindo talle!

FENISA: Si esto pasa, ¿qué hará quien mandar puede?

BELISA: ¿Qué dices?

FENISA: Que le estorbes la partida.

BELISA: ¡Partida! ¿Qué partida? Haz que esta noche
me venga a hablar Lucindo de secreto.

FENISA: Vete, y déjame hablar con mi marido.

BELISA: (¡Que me cogió a descuido! Mas no importa;
ponerme quiero menos largas tocas;
consultaré el espejo. ¡Ay mi Lucindo!
Si tú me quieres, cuánto soy te rindo).

Vase BELISA

CAPITAN: Milagro, Fenisa fue
dejarnos solos Belisa;
y pues que nadie nos ve,
dame, gallarda Fenisa,
tus manos.

FENISA: ¡Bien por mi fe!

Mucho os preciáis de galán.
CAPITAN: Si celos enojos dan,
dame la mano de amigos.
FENISA: No me atrevo sin testigos.
CAPITAN: Presentes, señora, están
Celos, Amor y Deseo.
FENISA: Con justos celos, señor,
de vuestro Lucindo os veo.
CAPITAN: ¿Prosigue en tenerte amor?
FENISA: Y aun me cansa.
CAPITAN: Yo lo creo.
FENISA: Anoche sentí rüido
a la reja, y dióme un miedo,
que me privó de sentido.
Levántome como puedo,
sin luz no acierto el vestido,
topo el manteo en efeto,
salgo a la reja, y en ella...
¿De qué estás tan inquieto?
CAPITAN: Es cólera, esposa bella,
de ese rapaz indiscreto.
FENISA: Y entre la reja y ventana
hallo en lo hueco un papel.
CAPITAN: Eso ya es cosa inhumana.
Hoy seré un león con él.
FENISA: Ser padre os dará quartana.
Sosegaos.
CAPITAN: No puede ser.
Yo le tengo de buscar.

Vase el CAPITÁN

FENISA: ¡Qué bien le he dado a entender
dónde el papel ha de hallar!
Que le quiero responder,
para que quede advertido
que con mi madre he trazado
que diga que es su marido,
para que quede estorbado

el camino prevenido.

Que mi madre hará por él
que se impida la tormenta
de esta partida crüel;
porque si mi bien se ausenta,
todo se pierde con él.

Vase FENISA. Salen LUCINDO y HERNANDO

HERNANDO: ¿Que todo eso ha pasado?

LUCINDO: Si me vieras
de rodillas, Hernando, a mi Fenisa,
que era imagen bellísima dijeras.

HERNANDO: No lo dudes, muriérame de risa.

LUCINDO: Si a Tántalo en el agua consideras,
verás que ya le tengo por divisa;
porque si aquél ni fruta ni agua toca,
yo vi su boca y no llegué a su boca.

HERNANDO: ¿No te bastó la mano?

LUCINDO: Templó el fuego
arrimando la nieve de su mano,
porque salió a la boca el alma luego,
hecha un volcán de amor, por agua en vano.
¿Qué me dirás cuando a la boca llego?

HERNANDO: ¿Mordístela?

LUCINDO: No sé; ¿mármol indiano,
cristal de roca, quieres que mordiese?
¿No basta, si es imagen, que la bese?

..... [--ones]

..... [--ase]

..... [--ones].

HERNANDO: ¡Tu padre!

LUCINDO: Calla, y déjale que pase.

Sale el CAPITÁN

CAPITAN: ¡Qué cabizbajo en viéndome te pones!

¡Como si no me vieses!

LUCINDO: Si pensase
que contigo ese crédito tenía,
no a Portugal, hasta el Japón me iría.

CAPITAN: Pues no te admires; que peor le tienes.
¿No te avisé que es mi mujer Fenisa?

LUCINDO: ¿No me mandaste tú que le besase
la mano como a madre? ¿Es por ventura
porque llamé su blanca mano hermosa?

CAPITAN: ¡Hermosa entonces, y ahora hermosa y blanca!
¡Qué lindo bellacón te vas haciendo!

LUCINDO: Cosas te enfadan de tan poco tomo,
¡que es ponerte a la sombra de un cabello!
¡Válgame Dios! ¿En qué te ofendo tanto?

CAPITAN: ¿No es nada, si Fenisa me ha contado
que anoche hiciste en su ventana rüido,
y que entre el suelo de ella y de la reja
le pusiste un papel?

LUCINDO: ¿Yo?

CAPITAN: Tú, villano.

LUCINDO: Pues di que te le dé; que si mi letra
tuviere ese papel...

CAPITAN: Detente un poco;
que si es ajena, mayor mal sería.

[LUCINDO habla aparte a HERNANDO]

LUCINDO: Hernando.

HERNANDO: ¿Señor?

LUCINDO: ¿Oyes?

HERNANDO: Ya lo entiendo.

Sin duda que papel quiere escribirte,
y que te avisa que a buscarle vayas
entre la reja y la ventana.

CAPITAN: Escucha,
que pasa alguna gente, y no querría
se dijese en Madrid mi casamiento.

Hablan bajo. Salen DORISTEO y FINARDO

DORISTEO: Hablando está con su padre.

FINARDO: Pues apártale, que importa.

Habla DORISTEO a LUCINDO

DORISTEO: Una palabra os quisiera.

LUCINDO: Estoy con mi padre agora;
pero sepamos lo que es
buscarme con tanta cólera.

Habla LUCINDO a su padre y apártase a hablar con ellos

que después habrá lugar
de responderos a solas.

CAPITAN: ¿Qué quieren éstos, Hernando?

HERNANDO: Amigos son.

CAPITAN: ¿Serán cosas
del juego?

HERNANDO: Así lo sospecho.

CAPITAN: Nunca de él resultan pocas.

DORISTEO: Sin tener obligación,
ni conoceros --que sobra
para no guardar la cara
que un hidalgo no os conozca--
puse en Gerarda los ojos.

LUCINDO: Si es ésa la queja sola,
yo os doy desde aquí a Gerarda.

DORISTEO: No es ésa.

LUCINDO: Pues ¿cómo? ¿Hay otra?

DORISTEO: Otra tan grande, que creo
que sólo el ver me reporta
aquí vuestro anciano padre.

LUCINDO: Engaños son de esa loca.

DORISTEO: Vos, de picado de ver
que a vuestro amor me anteponga,
habéis pensado vengaros

quitánodme a mí la honra.
Servido habéis a mi hermana;
y ella, mal sabia y bien moza,
fue anoche con vos al Prado.

LUCINDO: ¡Extraña invención de historia!

Ni conozco a vuestra hermana,
ni trato vuestra deshonra,
ni sé, por Dios, vuestra casa.

FINARDO: La tercera es sospechosa.

¡Vive Dios, que os ha engañado!

DORISTEO: ¿Cómo engañado, si nombra
a Estefanía, mi hermana,
de un indiano muerto esposa?

LUCINDO: Ya entiendo todo el engaño.

La dama, señor, fue otra,
con quien me pienso casar;
que porque aquesta celosa
por el nombre no supiese
quién era ante de las bodas,
la puse el nombre primero
que me vino a la memoria;
que lo mismo fuera Inés,
Francisca, Juana o Antonia.
Esto es la verdad, por Dios.

DORISTEO: Pues siendo verdad notoria,
para satisfacción mía,
aunque decirlo vos sobra,
holgaré que me digáis
el nombre de esa señora.

LUCINDO: Porque habéis de ver muy presto
que conmigo se desposa,
Fenisa, señor, se llama.
Ésta quiero, ella me adora;
la calle de los Jardines
es la esfera donde posa,
y yo soy vecino suyo.
Recelo mi padre toma,
y yo querría dejarle;
dadme licencia.

DORISTEO: Estas cosas

hace el honor. Perdonad.
Mil años gocéis la novia.

Vase LUCINDO

CAPITAN: ¿Dónde va aquél?

HERNANDO: No sé.

CAPITAN: ¿Si es desafío?

HERNANDO: Habla a esos hombres.

CAPITAN: ¡Ah, señores! Creo,
si no me engaña de mi sangre el brío,
que de reñir los dos tenéis deseo.
Sabed que aquel hidalgo es hijo mío;
y pues va solo, y dos con armas veo,
yo iré con él, y dos a dos podremos
probar los corazones que tenemos.

Soldados fuimos ya los dos en Flandes;
fui capitán, y él fue mi alférez. Vamos.

FINARDO: Los dos irán a que servir los mandes;
que es bien que de soldados te sirvamos.
De hoy más serán, señor, amigos grandes;
que aunque por unos celos le buscamos,
él nos aseguró que no servía
la dama que este hidalgo presumía.

Ya sabemos quién es a quien pasea
y Fenisa nos dijo que se llama.

CAPITAN: ¿Cómo? ¡Fenisa!

FINARDO: En fin, cómo desea
casarse, y que a ésta sola adora y ama.

CAPITAN: (Antes su muerte a vuestras plantas vea). **Aparte**

DORISTEO: ¿Mandáisnos otra cosa?

CAPITAN: Que esa dama
tengáis por mujer mía; que no suya.

DORISTEO: El cobarde mintió.

FINARDO: La culpa es tuya.

DORISTEO: ¡Vive el cielo, que sirve a Estefanía!

FINARDO: Disimula y busquémosle.

DORISTEO: El soldado
se fue de aquí de pura cobardía.

FINARDO: ¡Qué éste es hijo de un padre tan honrado!

Vanse DORISTEO y FINARDO

CAPITAN: ¡Que sirva este traidor la esposa mía,
con quien casarme tengo concertado,
y que se alabe que ha de ser sus esposa!

HERNANDO: ¿Posible es que lo dijo? ¡Extraña cosa!

CAPITAN: Alto; ponle su ropa en la maleta.
No ha de quedar aquí ni sólo un día;
camine a Portugal.

HERNANDO: (No fue discreta **Aparte**
la industria de Lucindo).

CAPITAN: ¿Hay tal porfía?
De noche por las rejas la inquieta;
besó su mano, y dijo: "madre mía,"
y quizá dijo "esposa" entre los labios.
No se pueden sufrir tantos agravios.
Notifícale luego la partida,
cálzate botas.

HERNANDO: ¿Cásaste primero?

CAPITAN: No quiero dar lugar a que lo impida;
que sirva al rey, y no a Fenisa, quiero.
No ha de entrar en Madrid más en mi vida.

HERNANDO: Que templarás aqueese enojo espero.

CAPITAN: Daréte, vive Dios, con la de Juanes.
¡Oh, qué lindo soy yo para truhanes!

Vanse los dos

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen LUCINDO, con capa con oro, y plumas, y HERNANDO

LUCINDO: ¿Que mi padre les contó
que era su esposa y no mía?

HERNANDO: ¿Que siendo yo Estefanía,
ande con estos cuentos yo?

LUCINDO: El nombre ha dado a entender
que es su hermana a Doristeo.

HERNANDO: Tan ciego a tu padre veo,
que te ha de echar a perder.

Pienso que van a buscarte;
que de Fenisa el amor,
dirán que ha sido temor
y término de escaparte.

¿Para qué se lo decías?

LUCINDO: Para asegurar un hombre,
no entendiendo que aquel nombre
se le acordara en sus días.

HERNANDO: ¿Piensas ir a Portugal?

LUCINDO: ¿Cómo, si mi bien me avisa
de que su madre, Belisa,
ha de remediar mi mal?

HERNANDO: ¿Fuiste a la reja?

LUCINDO: ¿Pues no?

HERNANDO: Y ¿hallaste el papel?

LUCINDO: Estaba
donde a mi padre avisaba,
cuando a mi padre engañó.
Halléle al fin en la reja,
leíle, y dice que luego
me finja de amores ciego
de su madre.

HERNANDO: ¿De la vieja?

LUCINDO: De la misma.

HERNANDO: ¡Extraño caso!

LUCINDO: Pues más me ha mandado hacer.

HERNANDO: ¿Y es?

LUCINDO: Pedirla por mujer.

HERNANDO: ¿Por mujer?

LUCINDO: Habla más paso;
que ya ha de salir al balcón,
y acaso te puede oír.

HERNANDO: Sólo pudiera impedir
tu partida esta invención.
¡Discreta mujer!

LUCINDO: Notable.

HERNANDO: ¿Y piensas con ella hablar?

LUCINDO: Tú has de estar en mi lugar,
para que contigo hable.
Fíngete Lucindo, y yo,
mientras hablas a Belisa,
estaré con mi Fenisa;
que así el papel me avisó.

HERNANDO: ¿Qué hablaré?

LUCINDO: Cosas de amor.

HERNANDO: Mucho sabe esta doncella;
mil veces pienso si es ella...

LUCINDO: ¿Quién?

HERNANDO: La doncella Teodor.

LUCINDO: Hoy quiero probar tu seso.
Veamos cómo requiebras
esta vieja.

HERNANDO: Hoy me celebras
por único.

LUCINDO: Yo confieso
que por inferior me nombre
a tu ingenio, si la engañas.

HERNANDO: Mis telas son telarañas.
¿Qué importa ser gentilhomme
si faltan galas?

LUCINDO: Pues bien...

HERNANDO: Dame esa capa con oro.

LUCINDO: Dírate, Hernando, un tesoro.
Toma el sombrero también.

HERNANDO: Tú podrás ponerte el mío.

Cambian de capa y sombrero

LUCINDO: A fe que quedo galán.
HERNANDO: ¡Ah, Lucindo, cómo dan
los vestidos talle y brío!
LUCINDO: Quedo; al balcón han salido.

Salen FENISA y BELISA a una reja alta

BELISA: Dame, Fenisa, lugar;
que quiero a Lucindo hablar.
FENISA: ¿De qué sabes que ha venido?
BELISA: Veo dos hombres parados
mirando nuestro balcón.
FENISA: Bien conoces, ellos son;
que hacen señas embozados.
Voyme, y Dios te dé ventura...
Mas dame licencia un poco
de hablar a Hernando.
BELISA; Es un loco.
FENISA: Agrádame su locura,
y téngole que decir
un recado al capitán.
BELISA: Ve a esotra reja.

Vase FENISA

HERNANDO: Ya están
donde nos pueden oír.
LUCINDO: Fenisa se fue de allí.
HERNANDO: Su madre la despidió.
BELISA: ¿Sois Lucindo?
HERNANDO: No soy yo,
después que vivís en mí;
pero soy el que os adora
con el alma que le dais,
pues mi humildad levantáis
a vuestro valor, señora.

A LUCINDO

¿No va bueno?

LUCINDO: ¡Pesía tal,
que hablas con gran discreción!

HERNANDO: Estoy hecho un Cicerón.

BELISA: Puesto que parece mal,
Lucindo, que una mujer,
que en fin de Fenisa es madre,
la case con vuestro padre
y a vos os venga a querer,
que en efeto sois su hijo;
llegado a que me queráis,
yo confieso que me dais
un juvenil regocijo.

¿Es posible que os agrado
y que os parezco tan bien?

Sale FENISA a otra reja

FENISA: ¡Ce, Lucindo!

LUCINDO: ¿Quién es?

FENISA: Quien
el alma y vida te ha dado.
Llega, mientras entretiene
a la loca de mi madre
tu criado.

HERNANDO: Si mi padre,
como viejo, a querer viene
la tierna edad de Fenisa,
yo, como mozo, os adoro
por ese grave decoro.

FENISA: Muriéndome estoy de risa.

HERNANDO: Esas tocas reverendas,
ese estupendo monjil,
ese pecho varonil,
testigo de tantas prendas;
ese chapín enlutado,

que del pie los puntos sabe,
que pisa el suelo, más grave
que un frisón recién herrado,
 esa bien compuesta voz,
ese olor, de amor espuela,
que es azúcar y canela
de aquestas tocas de arroz;
 esos antojos al lado,
para encubrir los de enfrente;
ese manto, en que consiente
ser el amor manteado;
 esa encarnada nariz,
donde Amor destila y saca
ámbar, mirra y tacamaca
más que el Arabia feliz;
 en fin, tocas, pies, frisón,
nariz, monjil, manto, antojos,
voz, chapín, son a mis ojos
"selvas de varia lición."

LUCINDO: ¿Escuchástelo?

FENISA: Sospecho
 que ha de entender el engaño.

LUCINDO: En que yerre está mi daño,
y en que acierte mi provecho.

 Pero dime, prenda mía,
¿qué ha de ser de nuestro amor,
si de ti con tal rigor
este padre me desvía?

 No te descuides, mi bien;
 que apresura mi partida.

FENISA: No tengas pena, mi vida.

 Ni esos miedos te la den;
 que mi madre, loca y vana
 está por tu amor de modo
 que pondrá remedio en todo.

LUCINDO: Sí; mas la boda cercana
 me amenaza, como ves;
y si él se llega a casar
 ¿cómo podrás remediar
mi ausencia, y muerte después?

A la fe, que aunque es tan cierto
que eres discreta y sutil,
que no halles modo entre mil
para dar la vida a un muerto.

FENISA: Si soy tuya, si nací
para ti sola, y si estoy
cierta que como yo soy
tuya, tú lo eres de mí.

Hacienda tienes y amigos.
Da traza como salgamos
de estos padres enemigos.
Adonde quisieres vamos.

Discreta y enamorada
me sueles, Lucindo, hacer;
mas ya sólo quiero ser
mujer y determinada

LUCINDO: Si tienes resolución
de que te saque de aquí,
ánimo me sobra a mí
para igual ejecución.

Esta noche, gloria mía,
joyas y vestidos coge,
y aunque tu madre se enoje,
te sacaré a mediodía;
que no temo de mi padre
el mal que me pueda hacer.

FENISA: Si voy a ser tu mujer,
mátame después mi madre.

BELISA: ¿Que tiene determinado
enviarte a Portugal?

HERNANDO: No he visto locura igual
como en la que el viejo ha dado.

Dice que adoro a Fenisa,
que la sirvo y solícito,
que el sueño y quietud le quito,
y sigo en saliendo a misa;
y de celos me destierra.

BELISA: Mi bien, y ¿queréis la vos?

HERNANDO: ¡Yo a Fenisa! ¡Plegue a Dios
que aquí me trague la tierra,

que me maten seis villanos
en su heredad o su aldea,
porque no hay muerte que sea
más infame que a sus manos;
plegue a Dios que un arcabuz
probándole me traspase,
o que una espada me pase
desde la punta a la cruz,
si en mi vida tuve intento
de amalla ni pretendella,
ni jamás hablé con ella
de amor ni de casamiento!

LUCINDO: Muy bien lo puede jurar.

BELISA: Satisfecha estoy, mi bien.

HERNANDO: Dejando aquesto también,

¿tienes algo que me dar?

Porque en dándome un enojo,
o en jurando alguna cosa,
me da una hambre espantosa;
soy preñada con antojo.

BELISA: ¿Gana tienes de comer?

HERNANDO: Rabio, por Dios.

BELISA: Todo es malo
cuanto hay en casa; un regalo
mañana te quiero hacer.

¿Qué conserva comes bien?
Que soy en dulces notable;
de guindas es razonable,
y de perada también.

Duraznos es extremada.
¿Qué conserva haré?

HERNANDO: Un menudo
con su perejil; que dudo
que la haya tal, bien lavada.

BELISA: ¿De eso gustas? Pues hallaste
la limpieza, la sazón
y el buen gusto.

HERNANDO: Cosas son
en que el tuyo conformaste.
Envíamele mañana.

LUCINDO; ¿Hay villano tan grosero?

BELISA: ¡Qué menudo hacerte espero?

HERNANDO: No será peor la gana.

BELISA: ¿Menudo comes?

HERNANDO: (No pudo **Aparte**
ponerse ese gusto en duda,
porque quien sirve a viuda,
se obliga a comer menudo).

LUCINDO: Gente pasa. ¡Cé!

BELISA: ¿Quién llama?

HERNANDO: Hernandillo, mi criado,
que allá con Fenisa ha hablado.

BELISA: ¡Lindo pícaro!

HERNANDO: De fama.
Díceme que pasa gente.
Adiós.

BELISA: Él, mi bien, os guarde.

Vase BELISA

LUCINDO: Pues pasa gente y es tarde,
Adiós.

FENISA: ¡Ay mi gloria ausente!

Habla FENISA a HERNANDO y vase

¡Qué bien que la has divertido!

HERNANDO: ¡Famosamente la hablé!

LUCINDO: Ven tras mí. Pero ¿qué fue
aquello que le has pedido?

HERNANDO: Un menudo.

LUCINDO: ¿Y eso pudo
pedir tu lengua, grosero?

HERNANDO: Tú negocias por entero,
yo negocio por menudo.

Vanse. Salen DORISTEO y GERARDA

GERARDA: Sosiega el pecho celoso;
que yo sabré si es verdad.

DORISTEO: Sospecho que temeroso
de alguna temeridad,
a que obliga un caso honroso,
dijo que el nombre fingía,
y fue a tienta Estefanía,
porque su padre en mi daño
me dijo por desengaño
cómo a Fenisa servía.

GERARDA: El padre acaso pensó
que a Fenisa amabas...

DORISTEO: ¿Yo?

GERARDA: Y para en paz os poner,
dijo que era su mujer.

DORISTEO: No lo entiendo.

GERARDA: ¿Cómo no?

Si pensó que la cuestión
era por Fenisa allí,
¿no fue sutil invención
hacerla su mujer?

DORISTEO: Sí,
tienes, Gerarda razón;
pero mi celoso honor
aún quiere de esto más prueba.

GERARDA: También la pide mi amor.

DORISTEO: Esta sospecha me lleva
de un temor a otro mayor.

GERARDA: ¿Quieres que los dos sepamos
si es verdad que ama a Fenisa?

DORISTEO: Sí quiero.

GERARDA: A su casa vamos.

DORISTEO: ¿Cuál ignorancia te avisa
que si le quiere digamos?

GERARDA: ¿Digo yo que sea así?

DORISTEO: Pues ¿cómo?

GERARDA: Yo entraré huyendo
[del que me viene siguiendo].

DORISTEO: ¿De quién has de huír?

GERARDA: De ti
que eras mi esposo, diciendo.
Sacarás la daga...

DORISTEO: ¡Bien!

GERARDA: Pondrán en paz su gente;
quedaré allí también,
donde a Fenisa le cuente
que quiero a Lucindo bien,
y que por él me matabas;
que te llame, y en secreto
te diga lo que dudabas.

DORISTEO: ¡Gentil industria! En efeto,
de mujer.

GERARDA: ¿Su ingenio alabas!

DORISTEO: ¡Oh mujeres!

GERARDA: ¡Y españolas!...

DORISTEO: Camina.

GERARDA: Si estamos solas,
ella dirá la verdad.

DORISTEO: Mujeres con voluntad
son como la mar con olas.

Vanse GERARDA y DORISTEO
Salen el CAPITÁN, FENISA, y BELISA

CAPITAN: Si supiera vuestro intento,
no le echara de mi casa.

BELISA: Yo os he dicho lo que pasa.

CAPITAN: Huélgome del casamiento;
daros quiero el parabién.

BELISA: Si mi bien camino va.
el paramal me dará
quien me ha dado el parabién.

CAPITAN: Si yo estuviera avisado
de que Lucindo os quería
--que en opinión le tenía
de hombre menos asentado--,
yo propio tratara aquí,
Belisa, del casamiento;

que es dar a mi bien aumento
que nos troquemos ansí.

Casado con quien es madre
de mi bien, como confío
de vos misma, el hijo mío
vengo yo a tener por padre;
y Fenisa, mi mujer
y vuestra hija, tendrá
padre en Lucindo; y dará
a todo el mundo placer
la discreción del trocar
las edades por los gustos.

BELISA: Dado me habéis mil disgustos
en pretenderle ausentar;
y no os descuidéis en ir
donde el camino estorbéis.

FENISA; Gran rigor usado habéis.

CAPITAN: No me supe resistir.

FENISA: ¿Fue celos, por vida mía,
del destierro la ocasión?

CAPITAN; Celos de su vida son;
que una cierta Estefanía
le trae de manera ciego,
que le han querido matar
dos hombres de este lugar,
y le matan si no llego.

BELISA: Pues ¿quiere a alguna mujer?

FENISA: (¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí!)

CAPITAN: Así entonces lo entendí;
mentira debe de ser.
No me acordé que le amáis.
Perdonad; que por él voy.

Vase el CAPITÁN

BELISA: Confusa, Fenisa, estoy.

FENISA: Mi pensamiento imitáis.

BELISA: Si tiene alguna mujer,
¡buen lance habemos echado!

FENISA: (A ti poco te ha burlado, **Aparte**
si burla te quiso hacer,
pero a mí, que me engañó
fingiéndome de veras...)

BELISA: ¿Qué dices?

FENISA: Que no creyeras
lo que este viejo contó;
que con los celos que tiene
finge dos mil desatinos.

BELISA: ¡Por qué notables caminos
a darnos enojo viene!
Gente se nos entra acá.

FENISA; Dejóse abierta la puerta.

BELISA: ¡Bien hará lo que concierta,
si otra mujer tiene ya!

Sale GERARDA, huyendo de DORISTEO, la daga desnuda

GERARDA: ¡Favor, señores! Socorredme presto;
que me mata este bárbaro tirano.

DORISTEO: ¿Quién te ha de dar favor, infame adúltera?

BELISA: Tened, señor. No la matéis os ruego.

FENISA: Paso, señor. ¿Por qué le dais la muerte?

GERARDA: ¡Yo adúltera, señor!

BELISA: Tened la mano,
respetad esas tocas norabuena.

DORISTEO: Si no mirara esa presencia noble,
de vuestra calidad notorio indicio,
el corazón le hubiera atravesado.

GERARDA: Y matarás en él; que en él te tengo.

DORISTEO: ¡Agora amores, falsa, vil perjura!
¡Agora hechicerías! ¡Vive el cielo!...

FENISA: Acabad, si queréis; que venís loco,
y algún demonio revestido en celos
os debe de mover la lengua y manos.

BELISA: No habéis de estar aquí, por vida mía.
Venid; que os quiero hablar en mi aposento;
descansaréis de vuestro mal conmigo.

DORISTEO: Yo os quiero obedecer, y referirle,

aunque traiga mi infamia a la memoria.

BELISA: Pues con mi hija quedará esta dama.

¿Qué nombre tiene?

DORISTEO: Estefanía se llama.

Vanse BELISA y DORISTEO

FENISA: De gran peligro os ha librado el cielo.

GERARDA: ¡Ay, señora!, que estoy temblando toda.

¿Dónde me podré ir?

FENISA: No tengáis miedo.

Contadme vuestro mal.

GERARDA: Sí haré, si puedo.

Yo soy, gallarda señora,
una mujer desdichada;
aunque esto ya lo sabéis,
pues lo veis en mi desgracia.
Nací en Burgos, ciudad noble,
y mis padres, que Dios haya,
me trajeron a la corte
niña en los brazos del ama.
Criáronme con regalo,
y de mi talle o mis galas
rendido el hombre que veis,
me pide con grandes ansias.
Casáronme a mi disgusto;
en fin, sobre estar casada
de la manera que digo,
carga el peso de esta infamia.
Vime, sin gusto con él,
mil veces determinada
para quitarme la vida.

FENISA: No digáis tal.

GERARDA: Esto pasa.

FENISA: Pues, por desdicha ninguna

¿dice una mujer cristiana

que se ha de quitar la vida?

GERARDA: Señora, experiencia os falta.

No sabéis lo que es tener
en la mesa y en la cama
un enemigo de día,
y de noche una fantasma.
Mas mi desesperación
fue en esto medio templada
con la vista de un mancebo,
soldado y sol dado al alma.
Era un alférez galán,
por quien por puntos les daba
a las niñas de mis ojos
alferecía sin causa;
que en la mala compañía
del marido que me daban,
pensé que con un alférez
pudiera sufrir las faltas.
Pagóme la voluntad,
y con obras y palabras
marchamos diez y seis meses,
llevándose Amor las armas.
Mas como en marchando Amor
toca la Envidia las cajas,
oyó el bando mi marido
y los tiros a su fama.
Comenzó a tener sospechas;
puso un espantajo en casa,
para que el pájaro huyese
que al hortelano burlaba.
Busqué medios por vecinos,
hubo puertas y ventanas,
porque cuando quieren dos,
fácilmente se baraja.
Mas para abreviar, señora,
con mi amor y mi esperanza,
no ha faltado quien me ha dicho
que el ver mi marido en arma
hizo a Lucindo mudar
--que así el alférez se llama--
el alma y el pensamiento
adonde agora se casa

con una Fenisa, dicen,
a quien de discreta alaban;
que quien la alaba de hermosa,
dicen que a su rostro agravia.
He perdido tanto el seso,
que he salido de mi casa,
y buscado de tal suerte
este ingrato que me agravia,
que hoy, como veis, mi marido
me ha topado disfrazada;
que pensaba hallarle aquí;
que aquí vive quien me mata.
¿Conocéis en esta calle
esta dama, hermosa dama?
¿Sabéis quién es por ventura
la que mis desdichas causa?
Que ya que de mi marido
tomé puerto en vuestra casa,
tras el remedio del cuerpo,
de vos espero el del alma.

FENISA: ¿Que Lucindo os quiere bien?

GERARDA: ¿Conocéisle?

FENISA: ¡A Dios pluguiera
que ni yo le conociera,
ni él a mí!

GERARDA: ¡Ni vos también!
¡Cosa que a tienta haya dado
con la causa de mi mal!

FENISA: El vuestro no ha sido igual
al mal que me habéis causado.

Yo soy Fenisa, ¡ay de mí!,
engañada de ese ingrato,
que no sabiendo su trato,
mucho del alma le di.

Yo soy con quien de secreto
su casamiento trató,
porque no pensaba yo
tanto mal en tal sujeto.

Pero pues a tiempo estoy,

y mi honor salvo, creed
que agradezco la merced,
y que de mano le doy.

Hoy con su padre me caso,
por sólo hacerle pesar;
que le tengo de abrazar
con el fuego en que me abraso.

Y pues que vos le queréis,
gozadle por largos años.

GERARDA: ¿Que vos me hacéis tantos daños,
y que vos muerto me habéis?

¿Que vos os llamáis Fenisa?

FENISA: Estad segura que ya
Lucindo vuestro será.

GERARDA: Mi desengaño os avisa.

Es el hombre más traidor,
más mudable y lisonjero
que ha visto el mundo.

FENISA: No quiero
más desengaños, Amor.
Adiós, gustos atrevidos.
¿Vuestro nombre?

GERARDA: Estefanía.

FENISA: Bien su pade me decía.

No eran sus celos fingidos.
Ya sabía vuestro nombre,
ya sé todo lo que pasa.

GERARDA: No admitáis en vuestra casa,
pues que sois cuerda, tal hombre;
mirad que os ha de quitar
el honor.

FENISA: Perded el miedo.

GERARDA: Ya, señora, que me puedo
de mi marido librar,
dadme licencia; que quiero
irme en casa de una hermana.

FENISA: ¿Querréis verme?

GERARDA: Cosa es llana.

Ser muy vuestra amiga espero.
¿Hay puerta falsa?

he tenido atrevimiento
de llegar a tu aposento,
y dejo un coche en la calle,
que de ese gallardo talle
viene a ser alojamiento.

Ven, sin poner dilación,
al coche, fénix divina;
porque en aquesta ocasión
te quiero hacer Proserpina
de este abrasado Plutón.

¿Qué te suspendes? ¿Qué miras?

FENISA: ¿No quieres que me suspenda?

¿Qué dices? ¿Burlas? ¿Deliras?

¿Con quién hablas?

LUCINDO: Dulce prenda
del alma, ¿a qué blanco tiras?

¿Hay alguien con quien cumplir?

¿No es hora ya de salir,
como anoche concerté?

FENISA: ¿Con quién el concierto fue?

Eso me vuelve a decir.

LUCINDO: ¿No me hablaste anoche?

FENISA: Sí.

LUCINDO: Lo que concertamos di.

FENISA: Que te cases con mi madre,
pues yo lo estoy con tu padre.

LUCINDO: ¿Con tu madre? Eso fingí.

FENISA: Ya no puede ser fingido.

Testigos hay que has tratado
ser de mi madre marido.

LUCINDO: ¿Luego tú me has engañado?

El engaño tuyo ha sido.

De mí no hay que pretender;
que soy mujer de tu padre.
y mi madre es tu mujer.

LUCINDO: ¿Cómo mi mujer tu madre?

Demonio debes de ser.

¿No te acuerdas que tú fuiste
la que primero me quiso?
Tercero a mi padre hiciste,

mi padre me dio el aviso
y te hablé donde quisiste.

En orden a nuestro intento
fingimos el casamiento
¿qué me dices de tu madre?

FENISA: Yo soy mujer de tu padre,
esto es verdad y esto siento.

Si mi madre no te agrada,
más señora, más honrada
que tu dama Estefanía,
vete a buscarla, y porfía;
que es dulce la fruta hurtada.

Mas guarda; que su marido
te busca.

LUCINDO: En lo que has hablado,
celosa te he conocido.

Sin duda te han engañado
con ese nombre fingido.

Mi lacayo Hernando fue
una noche Estefanía;
que así al Prado le llevé.
No dilates, fénix mía,
el galardón de mi fe;

que se he visto a Estefanía,
la vida me quite el cielo,
fálteme el sol, falte el día,
sepúlteme vivo el suelo,
y pierda tu luz, luz mía.

Mira que te han engañado,
porque Hernando disfrazado
ha sido la Estefanía.

FENISA: Conozco tu alevosía;
tarde, Lucindo, has llegado,
y no me hagas perder
el respeto; que has de ser
antes de un hora mi padre;
que al marido de mi madre
debo por padre tener.

LUCINDO: ¿Qué dices?

FENISA: Lo que has oído.

LUCINDO; ¿Tienes seso?

FENISA: El que te falta.

LUCINDO: O tú o yo le hemos perdido.

FENISA: Eso sí, da voces, salta;
que ya vendrá mi marido.

LUCINDO: ¡Válgame Dios!

FENISA; Valga, pues.

LUCINDO: ¡Mataréme!

FENISA: ¡Necedad!

LUCINDO: Pues ¿qué haré?

FENISA: Casarte.

LUCINDO: ¿Ves

cómo fue mi amor verdad,
y tu liviandad los es?

¿Ves cómo vine por ti,
y que como hombre cumplí
lo que anoche concerté?
¿Ves cómo mujer te hallé,
y no mujer para mí?

¿Ves cómo es bien empleado
todo cuanto mal decimos
de vosotras? ¿Ves que he estado,
conforme el concierto hicimos,
prevenido y confiado?

Pues ¡plegue a Dios que te veas,
y tan presto, arrepentida,
que tú mi venganza seas!
Que en lo que toca a mi vida,
será lo que tú desees.

Goza a mi padre, que es padre,
y es mejor que yo en efeto,
puesto que menos te cuadre;
que yo seré tan discreto,
que la mujer trueque en madre;
que pues mi padre me envía
a Portugal, porque tal
delito en quererte hacía,
me pasará a Portugal
por la libertad, que es mía.

Vase LUCINDO

FENISA: ¡Ay, Dios!, detente señor...

--pero no, que es cauteloso.

..... [--or]

..... [--oso]

Vaya esta vez el traidor.

Sale HERNANDO

..... [--eñas]

..... [--ón].

HERNANDO: Oye, escucha.

FENISA: ¿Qué haces señas?

HERNANDO: ¡Tan tibia en esta ocasión!

¿Cómo ese rigor me enseñas?

¿No vio Lucindo aquí,
según me dijo, por ti?

FENISA: Ya estamos desconcertados.

HERNANDO: ¿Cómo?

FENISA: Hay amores casados;
no era bueno para mí.

¿Quién es una Estefanía?
a quien Lucindo quería?

HERNANDO: ¿Hasta acá llega el enredo?

FENISA: ¿Qué enredo?

HERNANDO: Decirte puedo
que fui yo esa dama un día.

FENISA: ¿Tú esa dama?

HERNANDO; Disfrazado
con un manto, estuve al lado
de cierta dama. En efeto
di celos, y esto secreto,
no sepa que lo he contado.

Que mi señor la quería
antes que os viese; y después
os juro, señora mía,
que un tigre a sus ojos es,
aunque se cansa y porfía;
que anda perdida y celosa.

FENISA: Sin duda me han engañado.

HERNANDO: Yo sé que no hay otra cosa
que le dé en Madrid cuidado
sino vos, Fenisa hermosa.

Mas ¿qué le diré?

FENISA: No sé;
que viene mi madre aquí.
Huye.

HERNANDO: Por allí me iré.

Vase HERNANDO. Sale BELISA

BELISA: Ya, Fenisa, despedí
aquel hombre.

FENISA: ¿Y cómo fue?

BELISA: No sé si podré, de risa,
contarte lo que ha pasado.

FENISA: De todo, madre, me avisa.

BELISA: De verte se ha enamorado.

FENISA: ¿Tan presto?

BELISA: Escucha, Fenisa;
que te quiere por mujer.

FENISA: ¿Siendo casado?

BELISA: Es enredo
que esta mujer quiso hacer.

FENISA: Que son celos tengo miedo.

BELISA: Celos debieron de ser.
Contóme que concertaron
que se hiciese su marido,
porque los dos sospecharon,
él que su hermana ha servido,
y ella que aquí le engañaron...

FENISA: ¿A quién?

BELISA: A Lucindo.

FENISA: ¡Bien!
¿Que de Lucindo son celos?

BELISA: Y a mí me los dan también.

FENISA: Pusieron en paz los celos
su verdad y mi desdén.

(Perdí gallarda ocasión **Aparte**
de gozarle a mi contento;
mas no faltará invención.
Hoy será mi casamiento
en casa y con bendición).

Madre, no estés divertida.
Después que esta cautelosa
mujer, falsa y atrevida,
vino sin vida, celosa,
para quitarnos la vida,
ha estado Lucindo aquí
y me ha dicho que te adora.

BELISA: ¿Es cierto?

FENISA: Esto pasa así.

Pero dícame, señora,
que hablando a su padre en ti
le halla muy desabrido
en que sea tu marido,
y que es forzoso en efeto
el casaros de secreto.

BELISA: Siempre lo tuve entendido.

No quisiera el capitán
que su hijo se casara,
porque murmurar podrán
que el viejo goza esa cara,
y que a Lucindo me dan.

Pues mi marido ha de ser.

FENISA: Él dice que en tu aposento
te quiere esta noche ver.

BELISA: ¿Qué sientes de eso?

FENISA: ¿Qué siento?

¡Que allí serás su mujer!

BELISA: Trázalo, pues anochece.

FENISA: Vete a prevenir, y calla.

BELISA: Mi ventura me enloquece;
por no darte que envidialla,
no digo lo que me ofrece.

Voy a perfumarlo todo
y que esté con grande aseo.

FENISA: Hazlo, madre, de ese modo.

Vase BELISA

¡Qué bien mis bodas rodeo,
y el nuevo engaño acomodo!

Sale el CAPITÁN

CAPITAN: ¿Es mi Fenisa?

FENISA: Soy quien te desea.

¿Adónde está Lucindo? Que mi madre
ya quiere efectuar el casamiento.

CAPITAN: ¿Qué casamiento?

FENISA: El suyo con el mío.

CAPITAN: Bien dice, y no aguardemos a más términos;
que ya los dos tenemos corta vida.

FENISA: Yo estoy, señor, también desengañada
de que no era Lucindo el que venía
de noche a mi ventana.

CAPITAN: ¿Qué me cuentas?

FENISA: Hoy supe que era un cierto amigo suyo;
y así, quiero que vayas a buscarle,
y le diga que ronde aquesta noche
la puerta de esta casa con Hernando;
porque anoche a las diez, por la ventana
del huerto entró el amigo que te digo,
y a la puerta llamó de mi aposento.
Levánteme, pensando que mi madre
venía a visitarme, y si no cierro,
no dudes que sucede una desgracia.

CAPITAN: ¡Hay maldad semejante! ¡Vive el cielo,
que he de ser yo quien ronde!

FENISA: No, mis ojos;
que en ese tiempo habéis de estar conmigo.

CAPITAN: ¿Adónde?

FENISA: En mi aposento, de secreto.

CAPITAN: Dadme esas manos.

FENISA: Advertid que quiero

que vengáis muy galán y rebozado,
y que os hagáis la barba; que no gusto
de verla de esa hechura; que en efecto
pareceréis mejor más atusado.

CAPITAN: Quien para tanta gloria se previene,
no dudéis que vendrá galán del todo.
La barba haré cortar a vuestro gusto,
pues hacerse la barba es muy de novios;
y yo lo he de ser vuestro.

FENISA: Ya es muy tarde,
hablad a vuestro hijo.

CAPITAN: El cielo os guarde.

Vanse FENISA y el CAPITÁN. Salen LUCINDO y HERNANDO

LUCINDO: Arrepintióse.

HERNANDO: ¿Qué dices?

LUCINDO: Lo que oyes.

HERNANDO: No lo creas.

LUCINDO: Ni tú mudanza que veas.

HERNANDO: Son retóricos matices
para encarecerme el bien.

¿Hasla por dicha gozado?

Que te veo muy mirlado.

LUCINDO: Y aun muerto me ves también.

HERNANDO: ¿Hablas de veras?

LUCINDO: Llegué
para sacalla de allí,
y de manera la vi,
que dando voces bajé.

Volví el coche, y los amigos
se volvieron a su casa.

HERNANDO: Pues ella toda se abrasa,
y estos ojos son testigos...

LUCINDO: ¿Cómo?

HERNANDO: De celos crüeles.

LUCINDO: Pues ¿de quién?

HERNANDO: De Estefanía.

LUCINDO: ¡Que esto dure todavía!

No me aflijas, como sueles;
que todo nace de amor.

HERNANDO: ¡Tu padre!

LUCINDO: No importa nada.

Sale el CAPITÁN

CAPITAN: Bien aprestas la jornada.

LUCINDO: Mañana me voy, señor.

CAPITAN: ¡Bueno es eso! ¡Estás casado
con Belisa, y vaste luego!

LUCINDO: Eso ha sido burla y juego.

CAPITAN: Yo sé que tomas estado;
pero que sea o no sea,
ya te quedarás aquí.

LUCINDO: ¿Por qué?

CAPITAN: Porque ya entendí
quién a Fenisa desea,
y aún es grande amigo tuyo.

LUCINDO: También te habrán engañado.

CAPITAN: Ya Fenisa me ha contado
que fue todo engaño suyo.
Dice que anoche pasó
por la pared de la huerta
cierta persona incierta,
y a su aposento llegó;
llamó, salió a abrir, y viendo
el engaño, cerró.

LUCINDO: Extraño
hubiera sido el engaño.

CAPITAN: Dio voces, y fué huyendo.
Hame dicho que te diga
rondes esta noche allí.
¿Haráslo así?

LUCINDO: Señor, sí;
mandármelo tú me obliga.

CAPITAN: Pues yo vengo muy de prisa.
Ármate, y guárdete Dios.

Vase el CAPITÁN

LUCINDO: Hoy nos casamos los dos.

HERNANDO: ¿Cómo?

LUCINDO: Ya entiendo a Fenisa.

Quiere que entre a su aposento
por el huerto.

HERNANDO: Dices bien;

y que ella estará también
allí con el mismo intento.

Mas los celos la han picado;
hoy se cumplen tus deseos.

LUCINDO: ¡Por qué notables rodeos
a mi remedio he llegado!

Vente a armar, porque has de entrar
al huerto y guardar la puerta.

HERNANDO: (Beatriz es dama encubierta; **Aparte**
pero allá la pienso hallar).

Vanse los dos. Salen DORISTEO y FINARDO

FINARDO: Yo no sé si le llame desengaño
el que de vuestra hermana habéis tenido,
pues veo que resulta en vuestro daño
viniendo de Fenisa tan rendido.

DORISTEO: Hizo Gerarda aquel enredo extraño.

Entré fingiendo que era su marido;
pero en viendo a Fenisa, quedé luego
ciego del rayo de su ardiente fuego.

Estuve con su madre en su aposento;
y si verdad os digo, dije el caso,
y pedíle a Fenisa en casamiento.

FINARDO: Éstas son sus ventanas; hablad paso.

DORISTEO: ¡Ay divino y dichoso alojamiento
de la décima musa del Parnaso,
de la mujer más bella, y fénix solo
que en su giro veloz ha visto Apolo!

FINARDO: Y ¡qué!, ¿os pensáis casar?

DORISTEO: Si ella me quiere.

FINARDO: ¿Es gente principal?

DORISTEO: De virtud tanta,
que la doncella a las demás prefiere,
y la madre, Finardo, es una santa.

FINARDO: ¿Qué hacienda tiene?

DORISTEO: Sea la que fuere,
virtud en dote a todos se adelanta.
De su recogimiento y virtud quiero
hacer, Finardo, el dote verdadero.

*Sale el CAPITÁN, con barba diferente, muy hecha, en
hábito de noche, y FULMINATO*

CAPITAN: Ya puedes volverte a casa.

FINARDO: Gente pasa.

DORISTEO: Y encubierta.

FINARDO: Creo que para a la puerta;
que de la puerta no pasa.

FULMINATO: ¿Mandas que te aguarde aquí,
o que llame otros criados?

CAPITAN: No; que aquellos embozados
vienen a guardarme a mí.
Entro; vuelve.

FULMINATO: ¿Quiénes son?

CAPITAN: Lucindo y Hernando.

Vase el CAPITÁN

FULMINATO: Quiero
hablarles.

FINARDO: ¡Entró!

DORISTEO: ¿Qué espero?

FINARDO: ¡Gran virtud! ¡Gran religión!

FULMINATO: ¿Es menester compañía?

FINARDO: Pase adelante, galán.

FULMINATO: Perdonen...

DORISTEO: Perdón le dan.

FULMINATO:...que por otros los tenía.

Vase FULMINATO

DORISTEO: ¡Corrido estoy, vive Dios!

FINARDO: ¡Qué gran dote es la virtud!

DORISTEO: Tal les dé Dios la salud.

FINARDO: Pues quedo.

DORISTEO: ¿Cómo?

FINARDO: ¡Otros dos!

Salen LUCINDO y HERNANDO

LUCINDO: Pies, en mi amor os tened.

[por la esacala se llegará].

DORISTEO: ¿Echó escala?

FINARDO: ¡Y suben ya

[traspasando la pared!]

DORISTEO: ¿Qué casa es ésta?

FINARDO: No sé.

Que es fuerza es lo más seguro,
pues por la puerta y el muro
tanto enemigo se ve.

DORISTEO: ¿Suben los dos?

FINARDO: Así pasa.

DORISTEO: Muchas mujeres habrá.

FINARDO: Pues más gente viene ya;

que aún no está llena la casa.

Sale GERARDA, en hábito de hombre

GERARDA: (Por ver si aquel mi enemigo **Aparte**

viene a rondar por aquí,
salgo de mi casa así,
con mi amor y sin testigo.

No creo que me he engañado;
él y su Hernando serán

los que en esta esquina están.
¡A qué buen tiempo he llegado!)
¿Eres tú, crüel?

DORISTEO: ¿Quién va?

GERARDA: Yo soy, Lucindo.

DORISTEO: ¿Quién?

GERARDA: Yo.

DORISTEO: ¿Mi Gerarda?

GERARDA: Tuya, no;
de Doristeo soy ya.

DORISTEO: Yo soy ese Doristeo.

GERARDA: ¡Tú! Pues ¿qué buscas aquí?

DORISTEO: A ti te busco.

GERARDA: ¡Tú a mí!

FINARDO: Con un mismo intento os veo.
Tú por Fenisa venías,
y tú por Lucindo vienes.

DORISTEO: Es sin duda.

GERARDA: Razón tienes.

DORISTEO: Hoy habemos sido espías.
Mas mira ¡qué cosa aquésta!

Tres hombres tienen allá.

GERARDA: ¿Tres hombres?

FINARDO: Y aun treinta habrá.

GERARDA: ¡A fe que es Fenisa honesta!
Llama con una invención,
para que quién son sepamos.

FINARDO; Fuego, que hay fuego digamos.

DORISTEO: Y no con poca razón.

FINARDO: ¡Fuego, fuego!

DORISTEO: ¡Fuego!

GERARDA: ¡Fuego!

Salen BELISA, y luego, FENISA y LUCINDO

BELISA: ¡Fuego en mi casa! ¡Ah, criados!

DORISTEO: ¡Fuego!

BELISA: ¡Ah, vecinos honrados!
¡Fenisa, levanta luego!

FENISA: ¡Fuego, madre!
DORISTEO: Que se abrasa
la casa.
LUCINDO: Luces de presto.

Sale el CAPITÁN, HERNANDO, con hacha encendida y los demás

CAPITAN: ¿Fuego en la casa?
BELISA: ¿Qué es esto?
LUCINDO: ¿Fuego en casa?
FENISA: ¿Fuego en casa?
HERNANDO: ¿Dónde, señor, está el fuego?
GERARDA: Entre vosotros está;
pero nadie lo verá,
estando el honor tan ciego.
¿Dentro de una casa honrada
de una mujer como vos,
hay dos hombres?
DORISTEO: ¿Cómo dos?
Y aun tres.
HERNANDO: ¡Hermosa empanada!
BELISA: Yo con mi marido estoy.
CAPITAN: Y yo estoy con mi mujer.
BELISA: Otro pensé yo tener.
CAPITAN; De otra que aborrezco soy.
BELISA: ¿Cómo es aquesto, Fenisa?
FENISA: Con Lucindo me he casado.
BELISA: Pues ¿cómo me has engañado?
Mas ya lo dice tu risa.

CAPITAN: Di, Lucindo, ¿a un padre noble
los buenos hijos engañan?
LUCINDO: Señor, yo adoro a Fenisa,
y ella, como ves, me paga.
Cuanto contigo trató
son enredos que buscaba
para casarse conmigo.
Los que presentes se hallan
aunque mis contrarios sean,

juzguen, señor, nuestra causa.
¿No es mejor que el padre mío,
con esta señora honrada,
que es madre de mi mujer,
se case, pues que se igualan
en méritos y en edad,
y que como nuestras almas,
los dos juntemos los pechos?
Habla, y perdona Gerarda.

GERARDA: Aunque celosa venía,
la razón, Lucindo, es tanta,
que con los dos asesores
que a este pleito me acompañan,
digo que tu padre sea
de Belisa, y que esta dama
te goce, amén, muchos años.

DORISTEO: La sentencia está bien dada,
y yo la confirmo.

FINARDO: Y yo.

LUCINDO: Dame esa mano.

FENISA: Y el alma.

CAPITAN: Dadme vos también la vuestra.

BELISA: Dais honra y remedio a entrambas.

HERNANDO: (Para tan viejo rocín **Aparte**
cualquier silla le basta).

GERARDA: Los dos me acompañaréis.

DORISTEO: Llevarémoste a tu casa.

CAPITAN: Hernando, avisa en la mía
que allá cenan estas damas.

HERNANDO: Para en uno sois, por Dios.

LUCINDO: Si es para muchos la farsa,
mi amor lo diga, y dé fin
la discreta enamorada.

FIN DE LA COMEDIA

Lope de Vega
La fianza satisfecha

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

LEONIDO, galán.
TIZÓN, gracioso.
DIONISIO, caballero.
GERARDO, viejo.
REY MORO.
MARCELA, dama.
ZULEMA, moro.
ZARRABULLÍ, moro.
LIDORA, moro.
CRISTO, pastor.

Jornada primera

Salen Leonido y Tizón.

TIZÓN Yo no sigo tu viaje.
LEONIDO La puerta me has de guardar;
y la tengo de gozar
por afrentar mi linaje.
TIZÓN ¡Considera que es tu hermana!
LEONIDO Acaba, llama, Tizón;
porque esa misma razón
hace su infamia más llana:
Eso me da mayor brío
para poderla gozar.
¿No gozó Amón a Thamar,
siendo hermanos?
TIZÓN Desvarío

el tuyo es. ¿No sabes, pues,
cuán bien lo, pagó?

LEONIDO Es así.

¡Que lo pague Dios por mí,
y pídamelo después!

Dios ha de ser mi fiador,
porque si en verdad me fundo,
ni le ha habido, ni en el mundo
no, le puede haber mejor;
y si es la paga en dinero,
ninguno más rico hallo.

TIZÓN Sin freno está este caballo:
él dará en despeñadero.

LEONIDO ¿No llamas?

TIZÓN No, que esperaba
por ver si el divertimento
te mudaba el pensamiento.

LEONIDO No te canses, llama, acaba:
llama, o quítate de ahí;
que este furor me desvela.

TIZÓN En el patio está Marcela.

LEONIDO Pues entro: quédate aquí:

y porque mi inclinación
sepas, te quiero avisar
que no la quiero gozar
porque la tengo afición;
que ni su amor me maltrata,
ni su talle me aficiona,
ni me agrada su persona,
ni su aire me arrebató;
ni su gracia me contenta,
ni de su lengua yo gusto:
sí sólo porque es mi gusto
dar a mi sangre esta afrenta:
espérame, volveré.

TIZÓN ¿sabes si volverás?

LEONIDO ¡Gracioso, Tizón, estás!

Pues claro está que lo sé;
que a mi soberbio querer
ninguno le pone rienda;
aunque el infierno pretenda
estorbarlo, he de volver;
que no temo el embarazo
de todo el infierno junto,
porque a su infernal trasunto
sabrás rendir este brazo;
y si el cielo pretendiere

lo mismo, tampoco temo.
TIZÓN; Dios ten convertida, blasfemo!
LEONIDO El haga lo que quisiere;
y a quien mi acción atrevida
en honra o hacienda estrague,
pida a Dios que se lo pague
y que después me lo pida;
que hombre soy yo que sabré
satisfacer cualquier mengua.
TIZÓN; Maldiga Dios tan vil lengua!
Entra, que yo esperaré,
rogando al cielo le ampare
de tal afrenta y ultraje.
LEONIDO; Voto a Dios, que mi linaje
abraces si lo estorbare!

Vase.

TIZÓN El entra ya sin gobierno.
¡Ah, desdichado Tizón!
Si sigues tu inclinación,
serás tizón del infierno.
No hay pecado en todos siete
que él no haya ejecutado,
ni hubo ocasión de pecado
sin asirla del copete.
Sin mostrar rastro de pena
viendo ultrajada su fama,
esta mañana a una dama
quitó una rica cadena;
y porque con lengua honrada
tan gran maldad reprendió,
a un sacerdote le dió
una cruel bofetada.
Yo no sé en qué ha de parar;
que tan enorme vivir,
o en un palo ha de morir,
o el diablo lo ha de llevar,
porque no he visto furor
semejante; y el infiel,
luego dice que por él
pague el Divino Hacedor.
La fianza buena es,
y puede pagarlo bien;
mas es cierto que también
querrá cobrarlo después.

Dentro Marcela.

MARCELA ¡Cielo santo! ¿No hay justicia?

TIZÓN ¡Qué es aquesto! ¿En eso estamos?

Declarada es su malicia.

MARCELA ¡Mi Dios, venirme a ayudar!

TIZÓN ¡El oiga tu gran gemido,

porque yo temo a Leonido,

y allá no me atrevo a entrar.

Dentro Dionisio.

DIONISIO ¡Traidor! ¿Esto imaginaste?

¡Matadle!

Dentro Leonido.

LEONIDO ¡Menos rigor!

TIZÓN Este es Leonido. ¡Ah. Señor,

y qué presto te arrojaste!

Hoy darás tu vida amarga

en manos de tu cuñado;

que ya el diablo se ha cansado

de llevar tan grande carga.

Sale Leonido con la espada sangrienta en la mano.

LEONIDO Esto es hecho.

TIZÓN Y no bien hecho.

LEONIDO Bien o mal, ya lo intenté,

y a quien gusto no le dé,

pídalo a mi fiero pecho.

TIZÓN Algún puto desalmado (Aparte.)

que te lo llegue a pedir.

Y ahora, ¿dónde hemos de ir?

LEONIDO A pasear al Mercado.

TIZÓN ¡Cuerpo de Dios! Con tu flema

hasle quitado a tu hermana

la honra, y ¿con esa gana

verás la plaza de Elema?

Vas de suerte, que imagino

que eres ministro de Herodes

¿y es posible que acomodes;

a seguir ese camino?

Yo, señor, no voy contigo;

que en delitos tan atroces,

la culpa está dando voces

para que llegue el castigo.

Pues si le cogen, a fe

que el pueblo busque su traza

para que des en la plaza

la bendición con el pie.

LEONIDO Deja, gallina, el temor.

TIZÓN Déjolo, y te desamparo;

que pretendo mear claro,

y diez higas al doctor.

Que has muerto a tu hermana avisa

la fiera espada sangrienta,

y, ¿no quieres que lo sienta?

LEONIDO Calle, que es cosa de risa.

Tizón, ¿en eso reparas?

luego ¿piensas que murió?

TIZÓN Pues ¿no la mataste?

LEONIDO No.

TIZÓN Pues ¿qué la hiciste?

LEONIDO Dos caras.

TIZÓN Agradézcanle ¡por Dios!

la merced, que es oportuna;

que Dios no le dio más que una,

y él dice que la hizo dos.

Señor, yo me quedo acá;

que mañana tu rigor,

por hacerme gran favor,

con dos caras me honrará.

Tú escápate por los pies,

pues has de pagarlo.

LEONIDO ¿Así?

Que lo pague Dios por mí,

y me lo pida después.

TIZÓN Eso sí, páguelo Dios,

que lo puede bien pagar,

pero a fe que ha de llegar

tiempo que lo paguéis vos.

Vanse.

Córrese una cortina, y aparece Gerardo, viejo, en una silla, durmiendo, y al lado una caña.

GERARDO ¡Detente, detente! ¡Aguarda,
espera, mozo atrevido!

Despierta.

¡Jesús, qué pesado sueño!

¿Qué es esto, cielo divino?

Sale Dionisio alborotado.

DIONISIO; Despierta del sueño torpe
que te tiene los sentidos,
noble Gerardo, ocupados,
y escucha de un afligido
las lastimosas razones!
¡Escucha los fieros silbos
de una serpiente pisada,
y de un fiero basilisco,
y un toro herido en el coso!
¡Oye, señor, los bramidos
y voces de una leona
que le han robado sus hijos!
¡Oye de un hombre afrentado
las quejas; que Dios no quiso
dar lugar a la venganza,
como se la dio al delito!
Tu hijo, noble Gerardo,
ese que de su principio
es en maldades Nerón,
y Heliogábalo en los vicios;
ese a quien jamás la rienda
del corazón ha rendido,
antes, cual fiero caballo,
corre tras de su apetito;
ese Luzbel en soberbia,
ese hidrópico, de vicios,
pues no, le sacian pecados
aunque cometa infinitos;
ese, pues, entró en mi casa.
(Mas ¡cielos! ¿cómo lo digo?
que no es bien diga su afrenta
quien vengarla no ha podido.)
Pero aunque a ti te lo cuento,
se queda en mi pecho mismo,
porque siendo uno los dos,
es decirlo yo a mí mismo.
Entró, señor, en mi casa
con pensamientos lascivos,
siendo mi mujer su hermana,
y entrambos a dos tus hijos,
imaginé que segura
gestaba de sus designios
mi honra; pero engañéme,
como sus obras lo han dicho.

Tú, señor, tienes la culpa,
porque si en otros delitos
su soberbia no ampararas,
ni tanto hubieras sufrido;
si cuando de ricas joyas
tus más secretos archivos,
para los juegos dejaba,
por darte pesar, vacíos,
hubieras, señor, dejado
que ejecutara su oficio
la justicia, y no ampararas
al que de un palo era digno,
ahora no hubiera dado
causa a tan justos suspiros,
ni en mi cara, como ves,
su maldad hubiera escrito.
Al fin, señor, de Marcela,
tu hijo, el tálamo limpio
quiso manchar, y quitarle
la honra que tanto estimo.
Mas ella, que tiene sangre
tuya y mía, con los bríos
que recibe de los dos,
dio a su defensa principio,
y no teniendo otras armas,
los dedos navajas hizo,
con que defendió animosa,
sin manchar tu honor, el mío,
cuando el traidor, indignado
como fiero basilisco,
sacando su infame espada,
la dio, en su rostro dos filos.
Ella, que herida se siente,
a voces defender quiso
lo que, por faltalle fuerzas,
tuvo ya por ofendido.
Apenas sus tristes voces
tocaron en mis oídos,
cuando, por librar mi oveja,
corrí tras de sus balidos.
Llego, y al entrar encuentro
al lobo, que, convencido
de las voces, se salía,
mostrando fingido riso;
sacó la espada, y sin darme
lugar a defensa, hizo
en mi rostro lo que ves,

y de la ciudad se ha ido.
Nada le turba ni altera,
porque hasta el mismo delito,
que a otros sirve de freno,
a él de espuelas ha servido.
Quise seguirle...

Sale Leonido.

LEONIDO Detente;
que no has menester seguirme,
porque no he querido irme
hasta ver si eras valiente.
Yo, padre, yo mismo he sido
el que pretendió, atrevido,
quitar la honra a mi hermana,
no por ser ella liviana,
sí porque tal he nacido;
que en viva rabia deshecho,
hallo por mi buena cuenta,
que, para estar satisfecho,
por dar a mi sangre afrenta,
me la sacara del pecho.
Y de tal suerte la aborrezco
que pienso que con la diestra
a sacar la infame vuestra
desde este punto me ofrezco.
Y sin temor ni amenaza
de vuestra vejez cansada,
con aquella infame traza,

Yo lo hice, yo; yo he sido
el que pretendió, atrevido,
afrentaros; y tal vengo,
que el mayor pesar que tengo
es no haberlo conseguido.
Ya sabéis lo que ha pasado,
porque cuenta os vino a dar
ese que está a vuestro lado,
que no fue para vengar
el honor que le habéis dado.
Si lo tuvo por afrenta,
eso a mí más me contenta,
y de suerte me alborozo,
que es tanto mayor mi gozo,
cuanto él el agravio sienta.
GERARDO ¡Hijo cruel! ¿Cuándo viste

en los años de tu padre
cosa que a tu ejemplo cuadre
para los males que hiciste?
¿Cuándo, soberbio, aprendiste
de mis costumbres ancianas
la lección de tus livianas
mocedades, que has seguido,
y te hacen, atrevido,
que menosprecies mis canas?
¿Qué acciones, di, notaste
en mi tierna mocedad,
que te diesen libertad
para lo que aquí intentaste?
¿Cuándo en mí, Leonido, hallaste
ni señal que te indujera
a tu intento desbocado,
ni indicios de haberte hallado
en tan infame quimera?
¿Qué Nerón que tú más fiero?
¿Qué más saeta cruel?
¿Qué más soberbio Luzbel?
¿Qué lobo más carnicero?
De tus maldades infiero
que, siguiendo ese gobierno,
el Soberano y Eterno
castigará tu insolencia,
por su infinita clemencia,
en las penas del infierno.
Y aun es de suerte tu vida,
que el fiero rigor que digo
será pequeño castigo
a culpa tan conocida;
porque ¡infame fratricida!
De una tan notoria afrenta
tomará Dios a su cuenta
el castigo, de tal modo,
que de una vez pagues todo;
y ¡plegue a Dios que yo mienta!
LEONIDO Que mientas o no, ¿qué importa?
Ya el delito cometí;
que lo pague Dios por mí,
y tus razones acorta.
Pero si quieres, exhorta
a tu yerno, que promete
vengar lo que en su retrete
pasó, que tiene ocasión,
y no ponga dilación

en asirla del copete,
puesto que se ve afrentado.
DIONISIO ¡Infame, saca la espada,
que no es bien esté envainada
cuando tan mal has hablado!
LEONIDO Préciaste de muy honrado;
si no lo fueras, lo hiciera,
porque afrentado te viera;
y no me está bien a mí,
porque hago el caso de ti
que de una mujer hiciera.
Aquí dar voces le cuadra
al honor que en ti se pierde,
porque pocas veces muerde
el perro que mucho ladra.
Muy bien sabes que en tu cuadra
te faltó la valentía,
y así verás este día
cómo el corazón te engaña,
pues con aquesta vil caña
castigaré tu osadía.

Dale de palos.

GERARDO ¡Tente, Leonido arrogante,
alma de razón exenta!
DIONISIO La venganza está a mi cuenta.
LEONIDO Quitaos, viejo, de delante,
castigaré a este arrogante.
GERARDO ¡Nombre de viejo me ofreces
cuando el de padre obscureces,
y es la causa, que tu loca
vida es tal, que aun en la boca
a tu padre no mereces!
LEONIDO Tu caduco intento sigue
defender a mi enemigo,
y así, lleva tú el castigo,
pues no quieres le castigue:
¡torna, porque se mitigue
mi cólera!

Da un bofetón a su padre.

GERARDO ¡Santo cielo,
justicia!
DIONISIO Mi noble celo,
padre, te intenta vengar.

LEONIDO Si yo te diera lugar,
que lo intentarás recelo.

DIONISIO ¿Quién hizo tan vil delito?

LEONIDO Yo, porque más no presumas;
siendo mis dedos las plumas,
le dejo en tu cara escrito,
porque como solícito
que mil afrentas te haga,
sólo mi furia me paga
con hacer su sangre fiel
tinta, tu pecho papel,
y fiera pluma esta daga.
Voyme, que verle no quiero;
si tú lo intentas vengar,
en la ribera del mar,
hasta puesto, el sol, espero.

Vase.

GERARDO; Plegue a Dios, ingrato, fiero,
que el cielo tome venganza,
pues mi vejez no la alcanza!
Sin que te guarde decoro,
permita que un brazo moro
te pase con una lanza.

Y pues que te vas burlando
de mí, permita por ello
que, con una soga al cuello,
en Túnez te entren arrastrando.

Esto con causa demando,
y que para cumplimiento
de tan grande atrevimiento,
infame Sardanápalo,
acabes puesto en un palo,
donde sirvas de escarmiento.

DIONISIO Las maldiciones, que lanzan
tus iras, señor, afloja,
porque las que un padre arroja,
casi de continuo alcanzan:
tus palabras se abalanzan;
sosiega, padre y señor;
que en tan acerbo rigor,
para alivio de tu mal,
te queda un yerno leal,
si se va un hijo traidor.
Deja el pasado intervalo:
que si el traidor está ausente,

en mí un hijo obediente
tendrás para tu regalo,
que en amar tu pecho igualo;
y porque mejor lo veas,
si ir a descansar deseas,
llevarte en mis hombros fundo,
y mostraremos al mundo
ser tú Aquiles y yo Eneas;
mira que no son engaños.
GERARDO Tu obediente pecho estimo,
y en tus dos hombros arrimo
la carga de tantos años;
que esos nobles desengaños
son puntales do se encierra
en cualquier caduca guerra,
cuando con pena forceja,
esta casa, que de vieja
quiere ya dar en la tierra.
Vamos a ver a mi hija
y a tu esposa; que me da
pena tu pena.

DIONISIO Tendrá
gusto en verte; no te aflija
tu vejez, sino corrija
la tristeza que te ofrece.
GERARDO Hoy mi yerno me obedece,
y mi hijo me fue traidor;
¡Tenga la paga, Señor,
cada cual como merece!

Vase.
Salen Leonido y Tizón.

TIZÓN No es mi intención ofenderte,
sino el haberme mandado
te buscarse con cuidado.
LEONIDO Pues, Tizón, puedes volverte,
y a quien eso te mandó,
podrás decir que no ha sido
posible hallarme.
TIZÓN Leonido,
¿qué demonio te cegó
para intentar en la sala
lo que te echa de tu tierra?
LEONIDO Mi descanso es en la guerra;
¡vete, Tizón, noramala!
TIZÓN No quiero nada, señor;

a quien la quiera, la da.

Hace que se va.

LEONIDO Oye, escucha, ven acá;
vé, y di a aquel hablador
de Dionisio, que le aguardo,
pues dice que no es cobarde,
hasta mañana en la tarde
en este puesto.

TIZÓN Gallardo
mensajero has escogido!
Seré viento en el volver:
y ¿qué armas ha de traer?

LEONIDO Las que con menos rüido
pudieras.

TIZÓN Pues yo me parto.

LEONIDO ¡Dios te guarde!

TIZÓN Bien sería:
yo muero si en todo el día
de tu presencia me aparto;
que una dama me mandó
te siga, para notar
tus intentos, y he de estar
donde pueda verlos yo.
Parece que el puesto place;
¡plegue a Dios que no me venza
el sueño; que ya comienza
Baco a surtir! Calor hace;
y pues aun es tan temprano,
y el sueño me desafía,
no he de mostrar cobardía;
yo he de ir a probar mi mano.

Vase.

LEONIDO El cuerpo siento cansado.
¿Cómo a tal extremo llego?
¿Yo he de cansarme? Reniego
del traidor que el ser me ha dado.
Árboles, si osáis menear
vuestras hojas mientras duermo,
soy el Diablo de Palermo,
y las tengo de abrasar.
Sed Argos en mi defensa,
y honraré vuestros despojos
si las hojas hacéis ojos

para que, estorben mi ofensa.
Por vos nacen mis rigores:
guardadme y perded recelo;
que abrasaré al mismo cielo
si negáis vuestros favores.

Duérnase, y salen el rey Berlerbeyo, Zulema y Zarrabullí.

REY ¡Gracias, Alá, que pisamos
las sicilianas arenas!

ZULEMA Mira, señor, lo que ordenas;
que junto a Alicata estamos.

ZARRABULLÍ Tú coger muchos cristianos,
y rico a Túnez volver.

REY Yo ya los quisiera ver
para probar estas manos;
que hasta tanto que a Lidora
haya servido, no acierto
a dar paso.

ZULEMA Ya en el puerto
de Alicata estás, y ahora
mira que has de prevenir
que esta ribera es del Saso,
a donde suelen acaso
algunas veces venir
cristianos a entretener
el tiempo.

ZARRABULLÍ Tened cuidado;
que ser cristiano es forzado,
y dar a todos que hacer.

REY ¿Ya temes, perro?

ZARRABULLÍ No: creo
que hombre apercebido
vale más.

ZULEMA Allí dormido
parece que un hombre veo.

REY Pues quedo, y sin vocería,
le quitad luego la espada.

ZULEMA Ya yo la tengo ganada.

Quítale la espada a Leonido.

REY Despertad; que ya es de día.

LEONIDO ¡Contra mí tan vil intento!

¿Las armas osáis sacar,
sabiendo os puedo abrasar,
infames, con el aliento?

Decidme, ¿canalla perra!
¿Cómo el verme no os espanta,
pues en moviendo la planta,
hago que tiemble la tierra?

Y si me hacéis enojar,
sólo con un puntapié,
¡perros! os arrojaré
a esotra parte del mar.

REY No temo fieros cristianos
de gallinas como él,
y así, con este cordel
le pretendo atar las manos.

LEONIDO ¿A mí atar, cuando mi fama
tiene a Sicilia alterada?

Pues me quitaron la espada,
árbol, prestadme una rama;
que aquí, sin más intervalos,
ni dejarlo que sosiegue,
porque a morder no me llegue,
mataré este perro a palos:
aquí veréis lo que valgo.

Riñe.

REY ¡Muera, Zulema!

LEONIDO Llegad
moros, y el palo probad.

ZULEMA ¡Muera el perro!

LEONIDO ¡Muera el galgo!

Entralos a palos Leonido, y sale Tizón, y lleva una bota, y en un lienzo un poco de tocino.

TIZÓN ¡Válgame Santa María,
San Gil, San Blas, San Antón!

Y ¿quién te ha hecho, Tizón,
entre los turcos espía?

¡Oh, mal haya Belcebú!

¡Ya no, me puedo valer!

¡Hoy me llevan a comer
la cabra con alcuzcú!

Pero aquí quiero esconderme
por si pudiera escaparme.

Escóndese, y sale Zarrabullí, moro.

ZARRABULLÍ ¡Santo Mahoma, ayudadme;
que no poder defenderme!

¡Válgate el diablo! El cristiano,
¡oh, qué valiente que ser!

Ya no poder defender,
sino quedar en su mano.
Aquí me esconder callando,
sin osar hacer roído.

Escóndese donde está Tizón, y préndele.

TIZÓN ¡Oh! Sea muy bien venido;
que ya lo estaba esperando.

ZARRABULLÍ ¿Quién diablos, cristiano, estar
aquí agora?

TIZÓN Sí que estoy,
y ya verás lo que soy;
que lo tengo de pringar.

ZARRABULLÍ ¡Oh, que nacer desdichado!

Sale Leonido con las armas de los moros, y ellos delante.

REYA tus fuerzas me rendí,
porque en mi vida no vi
tan gran valor de soldado.
Hoy puedes decir que has sido
más que Marte, porque Marte
no fuera a vencerme parte,
y tu brazo me ha vencido.
Confíésome por tu esclavo;
y aunque el serlo a pena arguyo,
estimo tanto el ser tuyo,
que ya de serlo me alabe.

Y pues con aqueste leño
me venciste, no te asombre
te pida tu patria y nombre,
porque conozca mi dueño.

LEONIDO Oye, si tu gusto es ese,
y sabrás quién te venció.

ZARRABULLÍ Qué, ¿no beber vino yo?

TIZÓN Beba, galgo, aunque le pese.

Dale a beber.

LEONIDO Sabrás, esforzado moro,
a quien llaman Berlerbeyo,
que, sin conocerte, dice
quién eres tu propio esfuerzo,
como nací en Alicata,
a quien el Saso, da riego,
que en los montes de Petralia

sale de el terreno suelo.
Fue mi nacimiento asombro
a todos los de mi pueblo,
por las estupendas cosas
que, como oirás, sucedieron.
Nací una lóbrega noche,
y tan lóbrega, que el cielo
mostró cubrirse la cara
por no ver mi nacimiento.
Fue tan horrible a los hombres,
que, con ser casi en invierno,
dieron sus truenos, espanto,
y sus relámpagos miedo.
Pensó asolarse la isla
viendo, tan airado el cielo.
que envueltos en duras piedras
arrojó rayos y fuego.
El Etna salió de madre,
despidiendo de su pecho
mil encendidos volcanes,
que iban abrasando el suelo.
Bramaba el mar. Y las rocas
bramaban con tanto exceso,
que, oyéndolas en Sicilia,
su fin tuvo por muy cierto.
Nací, en fin, en esta noche,
y se dice que, en naciendo,
di una voz que causó espanto,
por salir de tal sujeto.
Fueme criando mi madre,
y decía que, los pechos
mil veces la ensangrentaba,
en señal de aborrecerlos,
y que mostraba más gusto,
cormo voraz sanguijuelo,
de beber de aquella sangre,
más que por el alimento.
En fin, moro, con los años
fue la malicia creciendo
de suerte, que me temían
los muchachos de mi tiempo.
Y fue el temor en tal grado,
que para ponerles miedo,
«¡Guarda, que viene Leonido!»,
decían sus padres mismos.
No, para sólo en muchachos;
que los varones perfectos,

sólo con oír mi nombre,
eran de hielo sus pechos.
Llegó mi maldad a tanto,
que el mayor blasón que tengo
es pensar que no se encierra
mayor diablo en el infierno.
Jamás di la muerte a nadie;
pero a infinitos afrento;
que gusto verlos sin honra,
por ver que lo sienten ellos.
En esto todas mis fuerzas
fundo, porque sé de cierto
que estar sin honra un honrado,
es vivir estando muerto.
Quise afrentar a mi madre
con lascivos pensamientos,
y porque se resistió,
mil heridas di en su pecho.
A un sacerdote le di
un bofetón en el templo,
y sólo tengo pesar
de no haberle dado ciento.
En mi vida estuve en misa,
porque has de saber que tengo
por perdido, y mal perdido,
el tiempo me gasto en eso.
Más son de treinta doncellas
las que en esta vida puedo
decir que dejé sin honra:
¡mira que heroicos sucesos!
Intenté a mi propia hermana
deshonrar; no quiso el cielo,
mas ¿qué digo? Yo no quise
que Dios no bastaba a hacerlo,
porque es corto su poder
si yo las cosas comprendo;
ni el infierno tiene fuerzas;
que tiembla de mí el infierno.
Dila, al fin, dos puñaladas;
y porque un infame viejo,
el cual dicen es mi padre,
quiso reprenderme de ello,
con un bofetón le puse
bajo mis pies, y sospecho
que es la cosa que en el mundo
me ha dado mayor contento.
Este soy, soberbio moro,

y no pienses que me tengo
por más, porque te he vencido;
que eso para mí es lo menos.

Y ¡voto a Dios! que me holgara
que trajeras el infierno
contigo, porque los diablos
echaran de ver mi esfuerzo.

REYNoble y valiente Leonido,
por aquel sagrado templo
a donde está de Mahoma
el santo, y divino cuerpo,
que aunque siento el ser cautivo,
por serlo tuyo me alegre,
y estimo más conocerte,
que ser de un reino heredero.

Yo salí sólo a dar gusto
a una mora, por quien peno,
y ella me pidió un cristiano
de Sicilia; que aunque tengo
infinitos que la sirven,
son las mujeres extremos,
y apetecen novedades,
como es de flacos sujetos.

Holguéme verte en la orilla;
que como estabas durmiendo,
tuve por cierto cine fueras
la causa de mi remedio.

Pero sucedió al revés;
y no siento lo que pierdo,
aunque fuera más, pues gano
a tan gran varón por dueño.

ZARRABULLÍ yo también estimar
a vos, y tener respeto.

TIZÓNMas no lo tengas, que un palo
dirá cómo has de tenerlo,
porque con él cada día
te enseñaré.

ZARRABULLÍ No quererlo.

REYParta Zulema, si gustas,
y diga en Túnez, que preso
quedo en tu poder, Leonido.

ZULEMAEn el volver seré viento.

ZARRABULLÍNo, señor, que yo ir mejor.

TIZÓN Sabe, galgo, que no quiero.

LEONIDO Luego ¿tú tienes cautivo?

TIZÓN Pues ¿no lo, ves si le tengo?

Y se me piensa escapar.

ZARRABULLÍ No querer escapar, cierto,
sino decir a Lidora
que ser preso Berlerbeyo.

TIZÓN No me está bien eso a mí,
y más ahora, que intento
darle un poco de tocino
que dentro este lienzo tengo.

ZARRABULLÍ No comer tocino yo.

TIZÓN Acabe, cómalo, ¡perro!
porque le aguarda la bota.

ZARRABULLÍ ¡Ah, señor, jamás beberlo;
que castigará Mahoma
este grande atrevimiento!

TIZÓN Aunque no quiera Mahoma,
yo lo quiero.

Hace que beba.

LEONIDO Yo pretendo,
dando otra afrenta a mi sangre,
aumentar el amor nuestro.
Toma, príncipe, tus armas,
vosotros haced lo mismo,
y dame acá un capellar
y turbante.

TIZÓN ¡Santo cielo!

Señor, ¿qué quieres hacer?

LEONIDO Lo que yo quiero, o no quiero,
ahora lo verás, Tizón.

ZARRABULLÍ Yo desnudarme pretendo
por vestirme; que no es mucho
me desnude por mi dueño.

LEONIDO ¿Qué te parece, Tizón?

¿Estoy galán?

TIZÓN Estas hecho
un Gran Turco en el vestido,
y un Solimán en el pecho.

LEONIDO Pues vete y dile a mi padre
que de su sangre reniego,
de su Dios y de su ley,
del Bautismo y Sacramentos,
de su Pasión su muerte,
y sigo a Mahoma.

TIZÓN ¡Ah, perro!

Aparte.

¡Dios te castigue! Señor,
esa nueva no me atrevo
a llevar de ti.

LEONIDO Pues ven,
y serás cautivo.

TIZÓN Menos;
más quiero llevar la nueva.

REY Goces el hábito nuevo
eternos años, Leonido.

LEONIDO Y tú los vivas eternos;
vamos a ver a Lidora,
por tu gusto.

REY Tal le tengo,
que aquí y allá, mientras viva,
soy tu esclavo.

LEONIDO Por mi dueño
te pienso siempre tener,
mientras me dure el aliento.

TIZÓN Partamos; y esta anguaría,
junto con este sombrero,
llevaré para testigo;
mas mira, señor, que el cielo
ha de cobrar.

LEONIDO Ya lo sé,
mas buena fianza tengo;
pague Dios una por una;
que después ya nos veremos.

Jornada segunda

Salen Leonido, de moro, y Lidora, mora.

LIDORA Detente.

LEONIDO No hay detener.

LIDORA Vuelve la cara.

LEONIDO No quiero.

LIDORA Eres cruel.

LEONIDO Soy acero.

LIDORA ¡Cruel hombre!

LEONIDO ¡Necia mujer!

LIDORA Mira que te quiero.

LEONIDO ¿A mí?

LIDORA A ti.

LEONIDO Pues que no me quieras.

LIDORA ¡He de morir!

LEONIDO Aunque mueras.

LIDORA Y ¿por causa tuya?

LEONIDO Sí.

LIDORA ¡Ah, gran Argolán!

LEONIDO ¡Lidora!

LIDORA Qué, ¿no, me querrás?

LEONIDO ¡Jamás!

LIDORA ¡Eres cruel!

LEONIDO ¡Necia estás!

LIDORA ¡Oye, mi bien!

LEONIDO Quita, mora.

LIDORA ¿No te obliga mi hermosura?

LEONIDO No, porque la voluntad

no se inclina a tu beldad,

y el intentarlo es locura.

Si cruel te he parecido

en estas respuestas darte,

no puedo, Lidora, amarte,

aunque a otras he querido.

Lascivo en extremo he sido,

señora, y en tanto grado,

que he bellos rostros gozado,

y al tuyo le he aborrecido.

Yo confieso que eres bella;

de serlo puedes preciarte;

pero yo, Lidora, amarte,

no lo permite mi estrella.

Confieso, conozco y sé

las gracias que tú atesoras,

y aunque me cansan las moras,

te estimo, y no, sé por qué.

Ese tu gallardo brío,

el donaire, la belleza,

el garbo, la gentileza,

me llevan el albedrío.

Ese cuello de marfil,

que la misma nieve afrenta;

esos ojos, en que ostenta

amor rayos mil a mil;

ese tu saber profundo,

de quien es bien que se asombre

el mundo, no puede un hombre,
sino que te adore el mundo.
Y aunque sé que no merezco
los favores que me has hecho,
no sé que miro, en tu pecho,
que de verdad te aborrezco.
LIDORA Aunque me ves que soy mora,
a los moros aborrezco,
y a questo amor que te ofrezco,
grandes bienes atesora.
¡Quiéreme, Argolán!

Sale el Rey.

REY ¿Así
se guarda la ley a un rey?
LIDORA ¿Cuándo yo falté a tu ley?
REY ¿Cómo cuándo, si yo vi
que le estabas persuadiendo
al noble y fuerte Argolán
te sirviese de galán?
LIDORA Y en eso, di, ¿qué te ofendo?
REY ¿Qué me ofendes? ¿No me diste
palabra de que sería
mío tu amor, si traía
un cristiano?
LIDORA Bien dijiste;
pero yo no te he agraviado;
que si bien lo consideras,
aunque eso fuera de veras,
el cristiano no me has dado.
REY Ya sé con quién te recreas,
y a quien con tu amor persuades.
LIDORA ¿Es muy bueno que te enfades
cuando burlarme deseas?
REY ¿Yo burlarte?
LIDORA Sí, señor,
pues un cristiano ofreciste,
y, como ves, me trajiste
un moro, a quien tengo amor.
Y es tan grande la afición
que le tengo, que le diera,
sólo porque me quisiera,
la sangre del corazón.
¿Qué digo querer? Por sólo
que algún amor me mostrara,
y a la cara me mirara,

aunque con fingido dolo,
le hiciera, a estar en mi mano,
según le tengo el amor,
de todo el mundo señor,
y con poder soberano;
y si más mi amor me prueba
a mostrar que soy mujer,
puedes, Berlerbeyo, creer
que es por el traje que lleva;
que a no traer traje moro,
y no haber su ley negado,
patente hubiera mostrado
lo que en el alma le adoro.

LEONIDO Y correspondencia hallaras;
mas mi mala inclinación
me fuerza a que tu afición
menosprecie.

REY ¿En qué reparas?

Ya, Argolán, patente has visto
lo que esa mujer te adora.

Tú, ¿qué dices?

LEONIDO Que Lidora

se cansa, que yo resisto
a su gusto, y que primero
le faltará luz al día,
a mi brazo valentía
para regir este acero;
primero verás bajarse
de los cielos las estrellas,
y en este suelo con ellas
duras piedras barajarse;
y antes dejará de ser
Mahoma santo Profeta,
que yo en tus cosas me meta
ni estime aquesta mujer.

REY Estos brazos, Argolán,
por el favor que me has hecho,
del gran amor de mi pecho
patentes muestras darán.

Rige, traza, manda, ordena
en Túnez, cual dueño suyo;
que todo mi reino es tuyo.

LEONIDO No quiero yo cosa ajena.

REY Ponte mi corona real.

LEONIDO No reino yo en compañía,
porque la soberbia mía
no tiene en el mundo igual.

Algún día podrá ser
(y esto en mi valor lo fundo)
que sacándote del mundo,
me la pueda yo poner.

REY ¿Estás loco, por ventura?

Mas sí lo debes de estar;
y así le habré yo de dar
el castigo a tu locura;
que eres villano grosero,
y fuera bien que advirtiera
tu soberbia, que estás fuera
de tu propio gallinero.

LEONIDO Con mostrar las obras callo,
con que he de ponerte freno;
que en el suyo y el ajeno
canta, cuando es bueno, el gallo.

Llama todo tu Gobierno,
a tu ciudad y a Mahoma;
que haré que mi rabia os coma
y os vomite en el infierno:
desnuda, moro, el acero.

REY ¡Ah de mi guarda! ¡Lidora!

Sale Lidora.

LIDORA ¿Quién mi cuarto altera ahora?

LEONIDO Yo, Lidora, yo le altero;
yo, que afrento vuestra ley;
yo, que asuelo la ciudad;
yo, que rompo la amistad,
yo, que mato vuestro Rey;
yo, que jamás me acobardo;
y para mostrar mi modo,
saca, Rey, tu reino todo;
que en la ribera te aguardo.

Salid, que allí mostrará
este brazo varonil,
que a ti, a ciento y a cien mil,
y a Mahoma abrasará.

Vase.

REY ¡Espera, perro!

LIDORA Detente,
noble Berlerbeyo, aguarda;
deja sosegar tu guarda
y aquesse brazo valiente.

REY ¿Qué dices?

LIDORA Digo que cese
ese enojo, y que tu brío,
esta vez, por amor mío,
le ha de perdonar.

REY Si ese
es tu gusto, me detengo;
y haz cuenta que un encendido
rayo en el aire has tenido,
de lo cual a inferir vengo,
Lidora, que sola fueras,
cuando tan furioso estoy,
a la venganza que voy,
quien detenerme pudieras;
y a mi pecho, de ira lleno,
que tras la venganza vuela,
siéndole el agravio espuela,
sólo tu amor es el freno;
porque con verte presente,
el enojo se me olvida:
yo le concedo la vida.
LIDORAMahoma la tuya aumente.

Sale Zarrabullí.

ZARRABULLÍ Dar a mí albricias, Lidora.

REYDe alguna graciosa tema.

LIDORADinos de qué.

ZARRABULLÍ Que Zulema
a palacio llega ahora,
y traer muchos cristianos
presos para que servirte.

LIDORASi es verdad, gusto de oírte.

ZARRABULLÍDecir que son sicilianos.

LIDORA Dile que entre.

ZARRABULLÍ Ser Pompeyo.

REYValiente soldado, es.

Salen Zulema, Gerardo, Tizón y Marcela, cautivos.

ZULEMAPasad y besad los pies,
cristianos, a Belerbeyo.
Y tú, señora, las plantas
en sus bocas y en la mía
pon con gusto.

LIDORA Alegre día,
pues que tanto te adelantas.

ZARRABULLÍ En darle gusto no tardo.
LIDORA Cuéntame, Zulema fuerte,
tu jornada.

ZULEMA Tuve suerte;
ya prosigo.

LIDORA Ya te aguardo.

ZULEMA Al punto, Lidora hermosa,
que cogió su manto oscuro
la enemiga de los hombres
y encubridora de insultos;
cuando el soberbio Boreas
a sus caballos les puso
en los acicates alas
para que huyesen del mundo;
cuando el hijo de Hiperión,
vistiendo de negro luto
los antípodas, nos muestra
gozoso su aspecto rubio,
a cuya vista las aves,
con los piquillos agudos,
siendo los sauces atriles,
forman al sol contrapuntos,
salí de Túnez alegre
(sólo por buscar tu gusto;
que es mi brazo, bella mora,
a tus placeres conducto).
Con cien africanos moros
las anchas playas ocupo
donde sus palacios tiene
el hidrónico Neptuno;
apenas pisé las aguas,
cuando al paso se me opuso
una nave que el piloto,
sin dormir fue Palinuros,
porque aunque estando despierto
pretendió su fiero orgullo
que llevar, ver y vencer,
como el César, fuera junto;
y en esta ocasión salieron
vanos los intentos suyos,
porque apenas embestimos,
cuando se bajó al profundo.
Era la gente cruzada
de aquel Profeta desnudo
que ellos dicen que a su Dios
mostrar con el dedo supo;
pero ni su cruz, ni ellos,

ni su Dios, hicieron fruto,
antes forzados bajaron
a besar el pie a Neptuno;
porque yendo yo a servirte,
noble Lidora, presumo
le faltara al cielo fuerza
contra mi brazo robusto.
Al fin, adelante paso,
y seguro el agua surco;
y aunque en Malta lo supieron,
no salieron de sus muros.
Y al tiempo que el rojo Febo,
cansado de dar al mundo
tan gran vuelta, en el ocaso
escondió su veloz curso
por entre pardos celajes,
aunque a la vista confusos,
de la famosa Sicilia
descubrí sus altos muros;
tomé puerto en sus arenas
como cazador astuto,
buscando a tienta la caza,
y de improviso la escucho.
Dividí luego en cuadrillas,
entre unos árboles mudos,
la gente, donde las aves
sonaban tantos arrullos,
y yo, de ellos apartado
medio tiro de trabuco,
dándoles la seña cierta,
de verdes hojas me cubro.
Allí estuve sin dormir,
que como la caza busco,
me fueron los ojos hojas,
aunque al fin ojos nocturnos.
Apenas sonaba el aire,
cuando tengo por seguro
ser cristianos; que la noche
hace de las sombras bultos.
De esta suerte lo pasamos
todo el tiempo que tributo
pagó el mar a las tinieblas,
por estar Febo difunto.
Hasta que saliendo el alba,
al Supremo Alá le plugo
que una mujer con tres hombres
dieran materia a mi triunfo.

No les juzgué bien apenas,
cuando el alfanje desnudo,
y emprendiendo a todos cuatro,
mostré no tener segundo.
Murió el uno y traigo tres,
y de lo que más presumo,
es porque son sicilianos,
cosa tanto de tu gusto.
Y yo, por mostrar, señora,
en lo que a servirte acudo,
lo que más has de estimar,
a tus plantas lo reduzco
con mi boca, a quien suplico
no mire el presente rudo,
sino la gran voluntad
con que en servirte me ocupo.
LIDORA Hasme dado tal contento,
Zulema, con tu victoria,
que me dice el pensamiento
sean mis brazos la gloria
del gallardo vencimiento.
ZULEMA Tu discreción has mostrado,
y a nuevas obligaciones
quedo, señora, obligado,
pues en tan breves razones
toda mi historia has pagado.
No has mostrado ser mujer
en eso poco que hablaste,
dardo bien a conocer
que mejor tú lo pagaste
que yo lo supe vencer.
LIDORA A quien eres corresponde,
gran Zulema, tu opinión.
REY ¡Mahoma divino! ¿Adónde
llegará la discreción
que en esta mujer se esconde?
Como veis que cara cuesta,
toda la carta ofrecéis
a quien el premio os apuesta.
ZULEMA Yo pienso que la tendréis,
gran señor, por muy bien puesta;
mas si algún caso siniestro
contra vos en ofrecella
hice, como poco diestro,
quede Lidora con ella,
y yo por esclavo vuestro.
Y que así tratéis es justo

a quien no debe ignorar,
como yo, vuestro disgusto;
que antes en darla a Lidora,
entendí que os daba gusto.

REY Ella está bien empleada,
como es justo que lo esté
una tan buena jornada,
y yo su esclavo seré
si mi servicio le agrada;
que tan buena servidumbre
(supuesto que la trajeras)
era de tu cara lumbre,
y en no dársela, me dieras
extremada pesadumbre;
que quien por su cuenta toma
servir con bríos, lozanos
mi valor, que el mundo doma,
merece, no que cristianos,
mas que la sirva Mahoma.

LIDORA El favor, que no merezco,
dentro el corazón imprimo.

REY Yo el presente os agradezco.
y en señal de lo que estimo,
Zulema, este anillo ofrezco;
recíbelo, no por paga,
sino en señal de afición.

ZULEMA El será ocasión que haga
mi brazo en otra acción
presa que más satisfaga.
Que a toda la cristiandad
los dos juntos me obligáis
rinda a vuestra voluntad,
pues vos con premios me honráis,
y vos con tanta amistad.

LIDORA Id a descansar, señor;
que cansado habréis venido.

ZULEMA Agradezco ese favor,
pero el haberos servido
es mi descanso mayor.

TIZÓN ¿Qué habemos de encarecer
la jornada, y el camino,
y dejarnos perecer
sin dar un trago de vino
a quien rabia por beber?
Que yo no busco regalo
en esta mísera vida,
sino vino bueno o malo;

que ya sé que la comida
ha de ser con algún palo.
Que si en cualquiera ocasión
los duelos con pan son menos,
yo soy de otra complexión;
que no menos, sino buenos
mis duelos con vino son.

Mas paciencia; ya me aplaco
entre esta perra canalla,
y mis flacas fuerzas saco;
pero ¿qué paciencia se halla
do no conocen a Baco?

LIDORA Si me das, señor, licencia,
enviaré por Argolán.

REY Sí, pero no en mi presencia.

ZULEMA Pues qué, ¿reñidos están?

LIDORA Tuvieron cierta pendencia;
mas el enojo destierra,
y vuelva a casa Argolán.

REY Todo en tu gusto se encierra.

ZULEMA Vengan, y conocerán
los cautivos de su tierra.

REY Váyanle luego a buscar.

ZULEMA Yo propio merezco ir.

LIDORA Más me quieres obligar.

ZULEMA Sólo os procuro servir.

Vase.

LIDORA Y yo os lo sabré pagar.

REY Porque puedas fácilmente
mejor, Lidora, informarte
de quién es aquesta gente,
quiero con ella dejarte.

Vase.

LIDORA El cielo tu vida -aumente.

¿Qué tenéis? ¿De qué lloráis?

Mirad que no conocéis
en cuyo poder estáis;
que aunque cautivos os veis,
me pena que os aflijáis:
mostrad esa bella cara.

MARCELA ¡Ay, noble y hermosa mora!

Mi desdicha no repara
en ser yo cautiva ahora,

sino en que fortuna avara
con aquel honrado viejo
haya sido tan cruel;
que es tal su aspecto y consejo,
que puede mirarse en él
el mundo como en espejo.
Que te sirva yo no importa;
que bien lo sabré sufrir
si tu enojo se reporta;
pero ¿en qué te ha de servir
quien tiene vida tan corta?
¿Cómo, señora, podrá
servir a tus pies rendido;
ni qué gusto te dará
aquel que de ser servido
tan necesitado está?
Si algún disgusto te diere
(que el darlo será muy cierto
con la mucha edad que tiene),
venga en mí su desconcierto
al doble que mereciere.
No ejecutes tu desdén
aunque mi padre te aflija;
hazme, señora, este bien;
pague, señora, su hija,
que lo llevará más bien.
LIDORA Deja los tristes enojos,
pon a la tristeza calma,
enjuga los tristes ojos;
que se me llevan el alma
aquellos blancos despojos.
¿Cómo te llamas?
MARCELA Marcela.
LIDORA Pues Marcela, no te aflija,
ni el ver cautivo te duela
a tu padre, que otra hija
ha ya cobrado.
MARCELA Consuela
tu lengua mi corazón.
LIDORA Dame, buen viejo, los brazos.
GERARDO Que me deis será razón,
vos los pies.
LIDORA Estos abrazos
confirman nuestra afición:
apretad los brazos más;
que el corazón me consuela
este abrazo que me das:

ruégaselo tú, Marcela,
pues que más con él podrás;
y en este punto diré,
aunque todo Túnez ladre,
que con mi padre encontré:
¿gustaréis de ser mi padre?

GERARDOY vuestro esclavo seré.

LIDORA Pues enjugad esas canas,
y en presencia de los moros
disimulad.

MARCELA Mucho allanas
con tu valor.

LIDORA Cesen lloros;
que somos, Marcela, hermanas.

TIZÓN Y a mí, ¿qué papel me dan
para cuando estemos solos?

MARCELA Calla, Tizón.

TIZÓN Callarán,
pues nos va bien con los bolos.

Sale Zulema.

ZULEMAA la puerta está Argolán.

LIDORA Pues dile que entre al momento:
¡cielos santos, qué incentivo,
dentro de mi pecho siento:
que en ver a aquestos cautivos
todo el corazón reviento!

Sale Leonido.

LEONIDO Aunque de enojo rabiando
contra este Rey arrojado,
en oyendo tu mandado
vine al punto.

LIDORA Voy buscando,
valiente Argolán, tu gusto.

TIZÓN Escucha, Marcela, aquí:
¿No es éste tu hermano?

MARCELA Sí.

LEONIDO Agradecértelo es justo.

MARCELA ¿Qué es esto, cielo supremo,
que tan desgraciada he sido
que a tu poder he venido?

TIZÓN Alguna desdicha temo:
disimula.

LIDORA En esta hora

estos cautivos me dan,
y he de mostrar, Argolán,
lo que mi pecho te adora.

Todos me sirven a mí,
y porque veas mi cielo,
ellos y yo, sin recelo,
hemos de servirte a ti.

LEONIDO ¿Qué es esto, santo Profeta?

GERARDO Dad las plantas a este viejo,
que por faltarle consejo,
a besarlas se sujeta.

LIDORA ¡Plegue a Alá que no se inquiete!

LEONIDO Buena ocasión se me ofrece.

LIDORA ¿Qué mucho, si lo merece,
que a besarlas se sujete?

LEONIDO De muy poco os espantáis,
y porque no os ofendáis,
yo os pondré do merecéis;
que a mis pies honrado estáis.

Conoceréis que mi cielo
mucho al vuestro se aventaja.
porque cuanto el cielo os baja,
tanto a mí me sube el cielo.

¿Vos a mis pies, viejo ingrato?

A cólera me provoca;
no merece vuestra boca
ni llegar a mi zapato.
Levantad; que habéis mostrado,
viejo, ser muy atrevido,
pues valor habéis tenido
de llegar do habéis llegado.

Ya que a mis pies os pusisteis,
debajo dellos es justo
que os veáis hoy por mi gusto,
pues tan atrevido fuisteis.

Hoy vuestra arrogancia loca,
viejo vil, castigaré,
poniendo mi altivo pie
sobre vuestra infame boca.

Pónele el pie en la boca.

Y con esto se concluya
vuestra muy grande insolencia,
que quien no tiene vergüenza,
dice que la tierra es suya.

Levantad.

Dale con el pie.

GERARDO ¡Divino cielo!

TIZÓN;El puto que se arrodille!
GERARDO;Que así un buen padre se humille
a un mal hijo!

LIDORA De ese suelo
levantad, padre, al instante,
y en vuestras manos protesto
que me pesa haberos puesto
en las de aqueste arrogante.

GERARDO ¡Oh, mal hijo!

LEONIDO ¡Razón loca!
¿Yo tu hijo? ¡Linda traza!
Haré echarle una mordaza
si hijo me nombra su boca.

ZARRABULLÍ ¿Qué digo? Señor Tizón,
acá estamos. ¿Con quién hablo?

TIZÓN;Cuerpo de Dios, con el diablo,
¡miren qué linda razón!

ZARRABULLÍ Mirar muy bien lo que habrá,
que ha de comer alcuzcú.

TIZÓN;Que le coma Belcebú!
Comiera aunque fuera cabra.

Aparte.

ZARRABULLÍ Venir conmigo, e yo hacer
lo que ver vos.

TIZÓN Allá voy,
porque tan hambriento estoy,
que al moro me he de comer.

Vase.

LIDORA Del enojo que te he dado
perdona; que más me aflijo,
de ver que, siendo tu hijo,
tan vilmente te ha tratado.

LEONIDO ¿Conócesme tú?

MARCELA Quisiera,
infame, no conocerte,
y antes de venir a verte,
que a mí la muerte me diera.

¿Tú en este traje, villano?

LEONIDO;Sí, porque con este traje
doy afrenta a mi linaje
y a todo nombre cristiano;
y aquesse caduco viejo,
a quien mi lengua solía

llamarle padre algún día
(de quien ahora me quejo),
en este traje que ves
y con tu lengua profanas,
pondré las infames canas
mil veces bajo mis pies;
que se echa claro de ver
que ya de vosotros toma
justa venganza Mahoma,
pues os pone en mi poder.
Y tú, que tan atrevida
allá mostraste disgusto,
aquí seguirás mi gusto,
o pondré fin a tu vida.
Aquí no tendrás amparos,
pues tu fortuna te humilla.
LIDORA Sentaos, padre, en esta silla;
que me enternece miraros.
MARCELA Moro, deja esa intención,
porque no me has de vencer.
LEONIDO; Quién te pudiera poner
en medio del corazón!
Marcela, yo he gozar
de tus brazos.
MARCELA Serán lazos
para ahogarte.
LIDORA En estos brazos
puedes, señor, descansar.
GERARDO Dame a besar esos pies.
LIDORA Haz treguas, cese el regar
con llanto, las blancas canas.
GERARDO Todo mi disgusto allanas.

Siéntase en la silla.

LEONIDO No tienes que porfiar;
que dueño llevo a ser hoy
de tu hermosura, Marcela,
porque me sirve de espuela
el afrenta que te doy.
MARCELA Mira que te mira Dios,
y que tu padre te mira.
LEONIDO Podrá, Marcela, mi ira
satisfacer a los dos:
a Dios, porque le ofendí,
me lo pida junto todo;
y a mi padre, de este modo.

Saca la daga.

MARCELA ¡Tente, soberbio! ¡Ay de mí!

LEONIDO Viejo, mi gusto estorbáis
tan sólo porque lo veis,
y porque no lo estorbéis,
haré que no lo veáis.
Esta daga vuestros ojos
punzará.

Dale con la daga en los ojos, y llevará Gerardo un lienzo con sangre.

MARCELA Tenle, Lidora.

LEONIDO Pues no lo verás; ahora
podrán cesar mis enojos.

LIDORA ¿En qué Libia te has criado,
Hircano tigre, o qué fiera
te dió la leche primera?

LEONIDO Aún no estoy desagraviado;
que no puede mi rigor
sufrir tanto desdén junto;
ahora ha llegado el punto
de conocerlo mejor.

Humillad, viejo labrador,
a mi alfanje la cerviz,
que tenéis suerte infeliz,
pues hoy con fiero rigor
la muerte os he de dar yo,
pues vuestra hija atrevida
quiere que os quite la vida
con el rigor que mostró.

Marcela, alto: a consentir
en mi gusto, o ver la muerte
de este viejo.

MARCELA ¡Acerba suerte!

¿Qué mal me puede venir
mayor? ¿Puedese sufrir
que me deshonne un infame,
y que la sangre derrame
del padre que me engendró?

GERARDO Mejor es que muera yo,
que no su amiga te llame.

Cierra los ojos al vicio,
y este caso no te tuerza;
déjale que su vil fuerza
ejecute el sacrificio;
que será mejor servicio
al cielo, que está presente,

que padezca un inocente
esta muerte apresurada,
que no verte a ti manchada
con acción tan insolente.

LEONIDO ¿Qué respondes?

MARCELA Que le des.

LEONIDO Pues ya le doy.

MARCELA ¡Tente, aguarda!

GERARDO Ea, hija, ¿qué te acobarda?

LEONIDO ¡Ha de morir!

MARCELA Muera, pues;
mas no muera.

LEONIDO Descortés
eres, infame, a mi gusto.

MARCELA Que muera y no muera gusto.

LEONIDO Eso no tiene lugar.

MARCELA Pues si muerte le has de dar,
que yo no lo vea es justo;
los ojos cubrirme quiero.

Cúbrese.

LEONIDO Ya le doy.

MARCELA ¿Que ya le das?

LEONIDO Sí, pues tan cruel estás.

MARCELA Dale, lobo carnicero,
de güella el manso cordero,
que en tus acciones registro,
y tu gusto no administro
por ser de vil interés,
un sacrificio al revés
en la causa y el ministro.

LEONIDO Acaba de resumir
lo que has de hacer.

GERARDO ¡Oh, Marcela!

¿Qué cuidado te desvela,
hija, de verme morir?
No lo quieras diferir:
declara tu voluntad:
no te ciegue la lealtad
que es justo tenerme a mí;
que en no decir luego sí,
pones duda en tu verdad.

MARCELA Pues no quiero, que haya duda,
sino que, patente el mundo,
entienda que no hay segundo
a mi valor. ¿De qué duda

tu infame pecho? Sacuda
el golpe sin embarazo.
LEONIDO Pues ya se ha llegado el plazo;
ejecuto mi rigor.
MARCELA ¡Favor, Supremo Hacedor!
LIDORA ¡Detén, Argolán, el brazo!

Detiene Lidora a Argolán.

LEONIDO ¡A detenerme has venido,
perra! Por el Alcorán,
que ha de abrasar Argolán
a ti y al viejo atrevido
y aun el infernal bramido
has de temblar de mi furia,
pues tu presencia me injuria,
cuando con soberbio bando
venga a Túnez abrasando
por vengarme de esta injuria.

Vase.

LIDORA ¡Favor, moros! ¿No hay alguno
que venga a favorecerme?

Sale Zulema.

ZULEMA Al mundo pienso oponerme
por ti, aunque soy sólo uno.

Salen el Rey y Tizón.

REY ¿Quién, Lidora, fue importuno
a tu gusto? ¿Quién te dio
disgusto? ¿Quién se atrevió
de los que en el mundo están?
LIDORA El infame de Argolán
con guerra me amenazó:
dijo que bien se me acuerde,
que a componer va una escuadra.
REY Calla, que perro que ladra.
Lidora, muy poco muerde.
TIZÓN De esta vez mi amo se pierde.
REY Poco tiene que perder,
según su vil proceder.
TIZÓN En este punto le dan,
al que prendiera a Argolán,

a Lidora por mujer.

Vase.

REY Desde hoy por mí se te ofrece,
pues lo merece mi fe.

Vase.

ZULEMA De Lidora gozaré,
pues mi valor lo merece.

Vase.

LIDORA Buena ocasión se me ofrece,
pues que la gente se fue:
venid, padre, y vos, hermana,
que pues el cielo os guardó,
he de regalaros yo.

GERARDO Contigo mi bien se allana.

LIDORA De mi condición extraña
podéis fiar.

GERARDO Bien mostraste
lo mucho que me estimaste,
pues con tu vista gallarda,
siendo el Ángel de la Guarda,
hoy a guardarme llegaste.

Vanse.

Salen Tizón, y Zarrabullí con alforjas, y ha de llevar un saquillo con higos, otro con pasas, otro con arroz, y un poco de carne.

ZARRABULLÍ Si tú hacer lo que me ofreces,
yo traer muy bien qué comer.

TIZÓN Si quieres a Mahoma ver,
te lo mostraré mil veces.

La Gramática, en mi tierra,
catorce años estudié,
y muy bien a musa sé,
porque sólo aquesto encierra
hoy su ciencia mi capricho,
y haré que lo puedas ver.

ZARRABULLÍ Pues yo buscar qué comer.

TIZÓN Zarrabullí, ya te he dicho
que comer es desatino

higos sin pan.

ZARRABULLÍ Ya traerán.

TIZÓN Venga abundancia de pan,
supuesto que falta vino.
ZARRABULLÍ Yo voy por pan, pues te agrada.

Vase.

TIZÓN Y ¿a quién no puede agradar?
¡Vive Dios, que le he de dar
al perro burla extremada!
Veré lo que trae aquí
en esta alforja el cuitado:
con un saquillo he encontrado;
higos son. ¿Higos a mí?
Me dan enfado, ¡por Dios!
Y aquí, para la memoria,
pasas: mala pepitoria.
Y ¿qué habrá en estotro? Arroz:
algún Lucifer lo abra.
Otro envoltorio está acá:
veamos lo que será:
¡Por Dios, que es carne de cabra!
Y ¿asada está? Mal agüero;
¿carne asada he de comer?
Pero ¿qué tengo de hacer,
supuesto que no hay carnero?
Mal en mi estómago forja
cabra asada. ¿Qué haré?
Que si me destemplo, a fe
que ha de ser dentro la alforja:
disimulemos, que viene.

Sale Zarrabullí con pan.

ZARRABULLÍ ¿En qué diablo haber pensado
que todo lo haber sacado?
TIZÓN Moro honrado, así conviene;
y ahora, mientras yo como,
para que me des contento,
has de decir al momento
quién era tu madre, y cómo
en este mundo te echó;
que si mi ciencia no yerra,
sospecho que alguna perra
la primer leche te dió.
ZARRABULLÍ Yo, Tizón, ser africano,
y ser nacido en Tripol.
TIZÓN Bueno vas.

ZARRABULLÍ Adorar sol,
como señor soberano;
tener mi padre Argolante
con mi madre, que ser mora,
a quien belleza atesora
con gran extremo.

TIZÓN Adelante.

ZARRABULLÍ Después que estar ya casada,
puedes, cristiano, creer
que, como al fin ser mujer,
hacerse luego preñada.
Venir a servir al Rey
mi padre, que te prometo
ser hombre de buen respeto
y moro de buena ley;
pero tener mala suerte,
que con ser hombre de hazañas,
un día, jugando a cañas,
un caballero dar muerte.

De la alteración murió
mi madre, y el mismo día,
con una grande agonía,
a mí en el mundo me echó.

Morir ella, al fin, de parto,
y perra que criar perrico,
dar leche a mí cuando chico.

TIZÓN fe que me esfuerzo harto
por darle fin al panote.

ZARRABULLÍ Morir mi madre Pompeya,
y quedar yo con plebeya
gente, desnudo y pobrete,
aquí en servicio del Rey:
ya no saber decir más.

TIZÓN Basta: a Mahoma verás,
porque eres moro de ley;
verás, valiente corsario:
los relieves que han quedado
he de poner en recado
por si fuera necesario.

Tú te has de poner aquí,
con los dos brazos cruzados
y con los ojos cerrados,
y estarás diciendo así:
«Ardúa, Mahoma, ardúa,
más que agua tiene el Po,
que ardúa quisiera yo,
y para tú moscardúa.»

Diciendo esto, arriba mira,
y luego a Mahoma verás:
Zarrabullí, ¿quieres más?
ZARRABULLÍ Sólo que no ser mentira.
TIZÓN ¿Mentira yo? Parto listo;
que el negocio es harto grave.
Andando yo en una nave,
hacer esta burla he visto.

Vase.

ZARRABULLÍ ¡Qué contento ser, señor,
si a Mahoma santo ver!
Nunca pensar merecer
tan soberano favor.
Ardúa, santo Mahoma,
tanto como el río Po:
¿Sí responde? Pero no,
que no parece ni asoma.
Ardúa: aquí se derriba
todo el palacio de Meca,
y aquí siciliano peca
sin ver a Mahoma arriba.

Pone Tizón un cuero hinchado, y dice arriba:

TIZÓN Ya estoy puesto en alta proa;
alza los ojos y mira.
ZARRABULLÍ Que castigar siciliano;
hacer el Rey que encerrado
estar continua mazmorra.
TIZÓN Pues ¿de qué te alteras, zorra?
que la verdad te he contado:
¿No advierte que es majadero,
pues tan a pecho lo toma?
Porque en su tiempo, Mahoma
de sólo vino fue arriero.

Arrójasele.

ZARRABULLÍ Yo os haré bien castigar
porque ser tan atrevido.
TIZÓN La burla pesada ha sido,
mas yo la habré de pagar.

Jornada tercera

Salen el Rey y Zulema.

REY Aquí, arrojado del viento,
en una barquilla pobre
dicen que aportó.

ZULEMA Contento
tengo, que pesar le sobre
a quien le falta el talento:
¡Bárbaro vil, que pudiera
ser regalado y servido!

Sale Leonido muy furioso, y Cristo responde a los ecos.

LEONIDO Ingrato cielo, ¿qué muralla?

CRISTO Halla.

LEONIDO Ni qué defensa un desdichado.

CRISTO Echado.

LEONIDO Cuyo deleite hoy consagrado.

CRISTO Agrado.

LEONIDO ¿Una cruel sin afrentalla?

CRISTO Halla.

LEONIDO Y pretendiendo deshonralla.

CRISTO Honralla.

LEONIDO Y aunque del mar tan afanado.

CRISTO A nado.

LEONIDO He de volver al regalado.

CRISTO Ado.

LEONIDO Por defender a quien me acalla.

CRISTO Calla.

LEONIDO ¿Quién tal me diga? ¿El mundo tiene?

CRISTO Tiene.

¿Alguna lengua desfrenada?

CRISTO Nada.

LEONIDO Sal, que mi rabia desespera.

CRISTO Espera.

LEONIDO ¡Qué, por el cielo santo!

que si viniese aquí, sea quien fuera,

con una bofetada

he de obligarle que a mis plantas muera.

Sale Cristo de pastor, descalzo, ensangrentados los pies. con un zurrón que llevará lo que se dice adelante.

CRISTO En busca de una oveja
vengo, que sin mirar cuánto me debe,
de mi aprisco se aleja.
Amor es grande que mi pecho mueve;
que me costó la vida,
y dame gran dolor verla perdida.
¡Ingratos hombres! ¿Cómo
así dejáis mi ley por vuestro gusto?
Pues a mi cuenta tomo
premiaros siempre más de lo que es justo,
y veis que mi contento
le tengo siempre en dar por uno ciento:
Decid, inadvertidos,
¿por qué atendéis tan poco a lo que importa?
Pues veis que los sentidos,
la hacienda y el vivir, todo lo acorta,
y la mayor fortuna,
que al viento va, la tumba de la Luna.
Tened, tened la rienda;
que en el juego del mundo hay mil azares,
y es justo que se entienda
que paga leves gustos con pesares;
y el Cielo, a breves penas
da siempre gloria eterna a manos llenas.
Venid, ovejas mías,
mirad vuestro pastor, que al sol y al frío
las noches y los días,
con la cabeza llena de rocío,
os busca y os convida
con paz eterna y con eterna vida.
Sacad del duro pecho
algún balido, que en el mismo instante,
en firme amor deshecho,
el favor hallaréis en mí bastante;
que el darlo es ordinario,
pues soy propio pastor, no mercenario.
LEONIDO ¿Eres, villano, a suerte,
aquel que respondió cuando yo hablaba?
CRISTO Yo soy el que a la muerte
me igualo en fuerzas.
LEONIDO Pues responde, acaba,
¿dónde vas tan llagado,
de la planta al cabello ensangrentado?
CRISTO En busca de una oveja

vengo, como me ves, pisando abrojos;
que la triste se aleja
de mi aprisco, por sólo darme enojos;
y es tal su daño horrendo,
que yo la busco, y ella me va huyendo.

LEONIDO Pues ¿una oveja tanto
te importa a ti, pastor? Deja que muera.

CRISTO ¡Que tal digas me espanto!
Si me costó la vida, bueno fuera
dejarla de esa suerte

donde un lobo voraz le diera muerte.

LEONIDO Por dicha, ¿la has llamado?

CRISTO Mil veces han tocado a sus orejas
las voces que le he dado.

LEONIDO Y ¿no responde?

CRISTO Aquesas son mis quejas.

LEONIDO Dejádla por perdida.

CRISTO ¡Ay, que me cuesta mucha sangre y vida!

Por los daños que ha hecho,
merece que un dragón fiero la trague,
y su lascivo pecho

a mí los dejo todos que los pague;

y mi amor se revuelve,

que muera si a mi aprisco no se vuelve.

LEONIDO Eres tú un ignorante;

que si esa oveja que pintaste, fuera

con vida semejante,

y por desgracia mía la tuviera,

luego que la encontrara,

en manos de mil fieras la entregara.

CRISTO ¡Ay, hombre, qué engañado

vives; mira por ti, que esa sentencia

que en mi presencia has dado,

será al fin quien te tome residencia;

y pues a Dios no quieres

volverte, morirás!

Hace como que se va.

LEONIDO Tente; ¿quién eres,
que muestras tal ultraje

de mí? ¿Quién eres, que me enoja el verte?

CRISTO El que tomó este traje

para satisfacer lo que se arroja

tu condición dañada:

débesme mucho y no me pagas nada.

LEONIDO A furia me provocho

de sólo haberte oído que te debo;
mas déjote por loco,
y a sufrir tus locuras me conmuevo.
¡Mirad qué Marco Craso,
para poder debelle hacienda acaso,
siendo un descalzo triste,
de andar entre las zarzas lastimado!
CRISTOPues en eso consiste
lo que me debes, y por ti he pagado
que la vida me debes
y me la has de pagar.

LEONIDO Necio, no pruebes
mi furia e impaciencia:
vete, villano, porque yo me espanto
que mi corta paciencia
haya podido ya sufrirte tanto.

CRISTOHarto más he sufrido
yo por tu amor, y mal agradecido.

LEONIDO Vete, loco inocente,
y no me enojés más, que si me enojas,
te pesará.

CRISTO Detente;
y pues de aquí con tal desdén me arrojas,
y me tienes en poco,
aquí me has de pagar.

LEONIDO ¡Gracioso loco!

CRISTO En este zurrón pobre
está lo que me debes; considera
si es justo que lo cobre,
pues lo pagué por ti.

LEONIDO Verélo, espera;
pero de paso advierte
que si me burlas te daré la muerte;
mas porque no te ausentes
mientras en ver lo que es yo me embarazo,
y burlarme no intentes,
te quiero ata, pastor.

Hace como que le ata.

CRISTO Con otro lazo
mayor estoy atado.

LEONIDOMuestra el pobre zurrón: ¡oh, qué pesado!

CRISTO Si de sólo tocarlo
pesa tanto a quien hoy por ti lo lleva.
¿qué, pesará?

Vase.

LEONIDO Mirarlo
quiero, pastor, y hacer luego la prueba
si es lo, que dices llano,
y si mientes, tu muerte está en mi mano.

Éntrase Cristo, y Leonido saca lo que hay en el zurrón.

LEONIDO Algún tesoro escondido
sin duda debe llevar
en este zurrón metido,
y él se me quiere escapar
con aquel modo fingido;
Pero en breve hará mi mano
aquí el tesoro muy llano;
que todo lo pienso ver,
si ya no viniera a ser
otro caballo Troyano.
Pero que no lo seréis,
Zurrón, de ninguna suerte,
está cierto, aunque encerréis
traición; que es muralla fuerte
esta que encontrada habéis;
y así, vuestras invenciones,
trazas embustes, traiciones.
por inútiles condeno,
aunque traigáis en el seno
metidos diez mil doblones.
Buena es la suerte primera,
pues he hallado una corona,
y a muy buen tiempo viniera
para adornar mi persona,
si de todo el mundo fuera.
Pero aunque fuera del mundo,
ya su estimación no fundo;
que era hacer un desatino,
siendo premio tan indino
a mi valor sin segundo.
Y estos viles aparatos,
como de burlas resisto,
siendo indignos de mis tratos:
vaya, los estime Cristo
allá en casa de Pilatos,
que tuvo por grande hazaña
ver que la judaica saña
honrase sus sienas dinas

con la corona de espinas
y con el cetro de caña.
Mas pasemos adelante,
puesto que mi furia aplaco
por este pequeño instante,
para vaciar este saco
de aquel pobrete ignorante,
¡Linda joya, por mi fe,
pues una túnica hallé,
y tras ella unos azotes:
parece que me da motes!
¿Azotes yo? ¿Para qué?
¿A mí túnica? ¿Soy loco,
o por dicha galeote,
pues me estiman en tan poco,
que me muestran el azote?
A cólera me provoco.
Veamos qué queda acá:
una sogá, bueno está:
esta obligación os debo;
vos la pagaréis, mancebo,
como luego se verá.
Todo lo que hay he sacado,
y no hallo relación
de lo que me habéis cargado,
porque estos vestidos son
de un hombre crucificado.
Miremos si algo se queda:
una cruz, para que pueda
decir con fiero rigor
que burló de mi valor
un manso en esta arboleda.
¿Así burlar mis intentos
vuestra malicia quería
con tan varios instrumentos?
Allá, al Hijo de María,
que sabe de estos tormentos;
que a mí no se me ha de dar
burla de tanto pesar.
Y para que no os burléis
otra vez, lo pagaréis
en este mismo lugar.
¡Infame! ¿De esta -manera
pensasteis burlarme vos?
Veréis mi venganza fiera;
que aunque fuera el mismo Dios,
sin castigo no se fuera,

que le diera mi semblante
mil muertes.

Descúbrese un crucifijo, y dice, puesto a las espaldas, Cristo:

CRISTO Tente, arrogante.

LEONIDO¿Qué es esto, divino Alá?

CRISTONo te espantes.

LEONIDO ¿Quién será
el que ahora no se espante?

Cae en tierra Leonido.

CRISTO Levanta y oye, Leonido,

si ya tu vida malvada

no te limita las fuerzas;

que suele el vicio agotarlas.

Ya, Leonido, llegó el tiempo

en que al justo satisfagas

lo mucho que has mal llevado,

haciéndome tu fianza,

considera que has usado

mal de mis mercedes santas,

porque a mercedes de Dios,

pecados no es buena paga.

Mira mi cuerpo, y verás

sí he pagado por tu causa

las maldades que mil veces

me dijiste que pagara.

A un sacerdote le diste

un bofetón, y en mi cara

sonó el golpe; que son Cristos,

como la Iglesia lo canta.

Son mis espejos, y tú,

con mano descomulgada,

romper quisiste el espejo

a donde Dios se miraba.

Muchas doncellas ilustres,

nobles, prudentes y sabias,

por ti dejaron de serlo;

mira qué pesada carga.

A muchos has deshonrado,

que de honrados se preciaban,

sólo por echar mi honra,

como la echaste, en las plazas.

Mira a Gerardo, tu padre,

las injurias, las infamias

que usaste, fiero y cruel,
con aquellas nobles cañas.
Mira estas manos, Leonido,
con dos clavos taladradas,
y mira luego las tuyas
de tu buen padre en la cara.
Mira mi pecho también,
pasado con una lanza,
y mira el tuyo ocupado
en deshonorar a tu hermana.
Dime ¿qué aguardas, Leonido?
Dime, Leonido, ¿qué aguardas?
Y ¿con qué piensas pagar
lo que mis, deudas te alcanzan?
Hoy, Leonido, he de cobrar
las honras, las bofetadas,
las afrentas, los insultos
que cargaste en mis espaldas.
Todas las pagué por ti;
mas hoy pretendo cobrarlas;
que es ya tiempo que se vea
satisfecha la fianza.
LEONIDO Confieso, divino Dios,
que son mis maldades tantas,
que será imposible cosa
que al justo las satisfaga.
Confiésoos por Dios eterno,
cuya bondad soberana,
si bien en personas trina,
es una esencia sagrada.
Confiésoos sacramentado,
y que me pesa en el alma,
por ser quien sois sin mirar
otro castigo ni paga.
Propongo de no pecar
y apartar con eficacia,
Señor, de vuestras ofensas,
las ocasionen que dañan.
De confesarme propongo
si hay con quién, y si no, valga
esta confesión que hago
humillado a vuestras plantas.
Vos sois sumo sacerdote,
y así, mis culpas aguardan
absolución, pues la lengua
todos mis vicios declara.
A mis contrarios perdono,

y mi vida, aunque tan mala,
en satisfacción ofrezco,
si es satisfacción que basta.

Como os lo pido, Señor,
confío que esas entrañas
me otorgarán el perdón,
a quien se sigue la gracia,
porque muriendo con ella,
merezca, Señor, mi alma
gozar de vuestra presencia
en las celestiales salas.

CRISTO Aun tienes buena ocasión,
Leonido; el vicio despide,
porque jamás a quien pide
supe negar el perdón.

Procura de refrenar
el desbocado caballo
del vicio; que en refrenallo
está tu gusto o pesar,
si gusto has de conseguir,
pon rienda de modo al gozo,
que no te engañe el ser mozo,
porque es incierto el vivir.

Aquí estoy; el mundo entienda
que en la cruz se ven mis brazos
para dar de padre abrazos
al pecador que se enmienda:
mira lo que por ti hago:
vida y sangre derramé.

LEONIDO La vida y sangre daré
si con vida y sangre pago:
yo ofrezco desde este día
verterla toda por vos;
pero la sangre de Dios
no se paga con la mía.

De verterla tengo gusto
para empezar a pagaros,
pero no podré dejaros
satisfecho todo al justo,
porque en paga por Dios hecha,
por mucho que me despeje,
es imposible que deje
la fianza satisfecha.

Pero, soberano Dios,
para tal obligación,
haced en mí ejecución,
que todo me entrego a vos.

Y aunque mi inicua conciencia
merece castigo fiero,
de vuestro aspecto severo,
apelo a vuestra clemencia.

CRISTO Si lo cumplieres así,
mi auxilio no faltará;
ea, Leonido, basta ya;
quédate, y mira por ti.

Córrese la cortina.

LEONIDO ¿Quédate, y mira por ti?

Con tal extremo será,

Señor, que el mundo podrá

Tomar ejemplo de mí.

Vaya fuera el alfanje que he ceñido,

la manga y capellar vayan afuera;

el turbante también; que me ha tenido

el sentido burlado en la carrera

del inmenso Señor que me ha sufrido

lo que, a no ser un Dios, jamás sufriera;

que es justo conocer que está a mi cargo

larga cuenta que dar de tiempo largo.

¿Qué cuenta podrá dar quien tan sin cuenta

ha vivido muriendo tiempo tanto,

llevando por blasón hacer afrenta

al que es entre los santos el más santo,

sin mirar que las culpas siempre cuenta

el Rey que reina en el eterno llanto?

Y, en fin, ha de llegar el peligroso

tránsito breve y término forzoso.

Venid, túnica; vos seréis marlota

y defensa del cuerpo más enorme

que el mundo todo vio, cuya derrota

a la divina ley fue desconforme;

servidme, pues, desde hoy de fuerte cota,

para que así mi vida se reforme;

que espero, sin tener algún descargo,

terrible tribunal y juicio largo.

Y vos, corona, traspasad mis sienes,

trayendo a la memoria mis maldades,

por cuya causa los celestes bienes

de mí se ausentan; y en mis mocedades

dadme valor, que expíe los vaivenes

de mi torpe vivir y ceguedades;

y el tiempo del juicio es temeroso,

aun a los mismos santos espantoso.

Pues si a los santos, que con vida santa,
al que vida les dio siempre han servido,
y el pensar en la cuenta les espanta
de tal modo, que pierden el sentido,
a quien así en maldades se adelanta,
quien tanto y tan sin orden ha vivido,
¿dónde vendrá a parar, siendo en su cargo
muchas las culpas, débil el descargo?
Salid aprisa, lágrimas, del pecho;
que ya los ojos prestan franca puerta,
hasta tanto salid que esté deshecho,
y su dureza en cera se convierta.
Salid, que es el salir de gran provecho;
no aguardéis a salir, que es cosa cierta,
en el trance final, aunque es piadoso,
recto el Juez, y entonces riguroso.
Salga el infierno todo y sus secuaces,
y así de sogas me prevengo luego.
Vos, sogas, me honraréis; que estos disfraces
le causan a Luzbel desasosiego, por ver que con mi Dios quiero hacer palces
lo que hasta conseguirlo, no sosiego, y no esperar con un regalo tierno
punto en que va a gozar de Dios eterno.
Y vos, divina cruz, en quien la vida
perdió la vida por el hombre humano,
a mi pecho iréis continuo unida,
porque con vos el paso tengo llano.
Si me servís de escudo, la subida
del cielo tengo cierta; que en mi mano
me deja Dios el gozo sempiterno,
o penar para siempre en el infierno.

Salen el Rey y Zulema.

ZULEMA Detén el paso; que si mal no escucho,
ya la voz de Argolán he conocido,
y con mil dudas temeroso lucho,
según de las que he entendido.

REY No tienes que dudar, porque no es mucho
que haya vuelto a su ley el fermentido,
pues sabes, gran Zulema, y es muy llano,
que nunca fue buen moro el mal cristiano.
Si mientras de su Dios la ley seguía,
jamás, como era justo, la guardaba;
¿de qué te espantas, di, que en este día
el engaño le lleve en que pensaba,
busque el pesar y deje la alegría
con que en Túnez el tiempo le gustaba;

que el que ofender su Dios a cargo toma,
también querrá ofender al gran Mahoma.

ZULEMA Sin duda que es verdad nuestra sospecha,
que arrodillado allí, si mal no veo,
está; pero ya sabes, no aprovecha
contra su furia riguroso empleo.

REY Muestra al llegar valor, y con deshecha,
cógele de las sogas.

ZULEMA El trofeo
mayor que hombre ganó tengo en mi mano,
si con ellas hoy prendo a este cristiano.

LEONIDO Llegad, llegad, ministros del infierno;
llegad, feroces lobos, a esta oveja,
que por haber vivido sin gobierno,
a voces de mí mismo formo queja.

Llegad, pues que lo quiere el sempiterno,
que en mis manos mi gloria o pena deja,
y os hace en mi mudanza ser registros,
siendo de su furia los ministros.

Llegad, y no temáis; que ya Leonido
no es aquel que otro tiempo en este puesto
aniquiló, furioso y atrevido,
de vuestra fuerte escuadra todo el resto.

Llegad, moros, llegad, porque vencido,
y a no volver furioso está dispuesto;
que aquel león que visteis tan severo,
hoy le tenéis aquí manso cordero.

ZULEMA ¿Si podremos llegar, o si éste ordena
contra nuestro valor fieras traiciones,
y siendo de este mar cruel sirena,
nos quiere atraer así los corazones?

¿Si es por dicha en la voz feroz hiena,
y con estas astutas invenciones,
que lleguemos procura, y en llegando,
su furia ejercerá como otro Orlando?

LEONIDO No temas, gran Zulema: llega, toma
la sogas que en mi cuello ves pendiente;
que si servir pretendes a Mahoma,
así le sirves tú, y yo al inocente
cordero que nació de la paloma
limpia a quien ofendí.

REY Zulema, tente;
que mostrar mi valor y esfuerzo quiero,
prendiendo a este furioso carnicero.
Ya le tengo.

Cógele de la sogas.

ZULEMA Buen lance hemos echado.

REYA Túnez le llevemos.

LEONIDO Eso estimo:

con vuestra cruz, mi Cristo, voy cargado
a imitar vuestros pasos hoy me animo;
atinque mis culpas son en tanto grado,
que de sólo pensarlo desanimo,
y llevarlas no puedo; mas yo creo
que seréis en mi ayuda Cirineo.

Vanse.

Salen Lidora y Tizón, y llevan un Niño Jesús.

LIDORA Prosígueme la lición

de ayer tarde, porque quiero,

pues solos ahora estamos,

aprovecharme del tiempo.

TIZÓN Ya los Artículos sabes,

el Padre nuestro y el Credo,

también el Ave María.

LIDORA Todo eso lo sé, y lo creo.

TIZÓN Pues oye, escucha, señora;

te enseñaré los preceptos

que, para gozar su vista,

nos manda Dios que guardemos.

LIDORA ¿Cuántos son?

TIZÓN No más de diez.

LIDORA Qué, ¿en solos diez Mandamientos,

consiste la salvación

de un cristiano?

TIZÓN En solos esos.

LIDORA Pues di presto cuáles son;

pero escúchame primero.

Vuélveme a decir el cómo

murió, siendo Dios inmenso,

porque así se contradice,

que no puede en un sujeto

haber mortal e inmortal,

haber temporal y eterno.

TIZÓN Dices muy bien; pero mira:

por el pecado primero

que contra Dios cometió

Adán, la fruta comiendo,

quedamos sus descendientes

condenados al infierno,

sin esperanzas que el mundo,

pudiera darnos remedio;
porque como era el delito
hecho contra Dios inmenso,
otro inmenso solamente
bastaba a satisfacerlo.
Esto acá no era posible;
y así el sacrosanto Verbo,
de amor del hombre movido,
quiso pagar estos yerros.
Y como al fin siendo Dios
tan poderoso y eterno,
tan inmortal y tan sabio
(como lo es su Padre mesmo),
no era posible el morir,
vistióse del traje nuestro,
naciendo de una doncella,
la mejor de tierra y cielo.
Esta es la Virgen María,
de perseguidos consuelo,
de pecadores amparo
y de afligidos remedio.
Désta, en un pobre portal,
nació niño, humilde y tierno,
y al fin después padeció
lo que has oído en el Credo.

LIDORAY dime, Tizón, ¿podré
ver yo a Dios?

TIZÓN No puedes verlo
estando en carne mortal;
que nadie lo ve en el suelo.

LIDORASiquiera un retrato suyo.

TIZÓNRetrato, yo te le ofrezco:
uno tengo yo, señora,
de aquel tan felice tiempo
de cuando Dios era niño.

LIDORADámelo; que a un niño tierno
mejor le caerán amores,
y es el que tengo en exceso.

TIZÓN Este es, Lidora, el espejo
en quien el cielo se mira.

LIDORADe gozo el alma suspira
con mirarle.

TIZÓN En él te dejo
cifrado todo el consuelo,
el contento, la alegría,
poder y sabiduría
de todo el empíreo cielo.

Vase.

LIDORA Tizón, la sala despeja,
y pues siempre fuiste fiel,
guarda la puerta, y con él
un poco a solas me deja.
Solos habemos quedado,
Eterno Niño, los dos,
para que mi oscura noche
alumbréis con vuestro sol.
Decid, Cordero divino,
¿quién tanta dicha me dio,
que siendo como soy perra,
os tenga en mi mano yo?
¿Cómo os deja vuestra Madre
en mi poder? Mas no erró;
que si a mí perra me llaman,
vos sois gigante y león.
Volvedme el rostro, bien mío,
a mirar un corazón
que por los ojos se sale
todo por veros a vos.
Pero no queréis mirarle,
por nacer como nació
en tierra que sólo os nombra
por ignominia o baldón.
Sé que soy vuestra enemiga,
porque el agua me faltó
del bautismo verdadero;
pero, divino Señor,
permitid me la concedan,
y porque no falte yo,
daré tanta de mis ojos,
que baste a lavar mi error.
Niño hermoso de las niñas
de mis ojos, sabéis vos
que, a poder sacarlo, al punto
os diera mi corazón.
Dicen que no negáis cosa
a quien pide con fervor;
piedad, mi Niño y Señor,
no me tratéis con rigor,
que si lágrimas os mueven,
lágrimas vertiendo estoy.

Llora, y salen Gerardo, Dionisio, Marcela y Tizón.

MARCELAA tus pies, Lidora hermosa,
mi querido esposo llega,
porque es justo te los bese
como a su señora y reina.

DIONISIO Tus plantas me da.

LIDORA Levanta;
que no es bien que esté en la tierra
un marido de mi hermana.

¿Cómo estás?

DIONISIO Como el que llega
al puerto donde descansa,
después de largas tormentas.

LIDORA ¿A qué vienes?

DIONISIO Si me escuchas,
dirélo en breve.

LIDORA Esa prenda.

Dale el Niño.

Guarda, Marcela, entretanto.

MARCELABasta mandarlo tu Alteza
para que la guarde yo,
aunque diferente fuera.

DIONISIO Un día, Lidora hermosa,

que las escuadras soberbias
de la gran Túnez llegaron
a Alicata a tomar tierra,
quiso mi desgracia, o quiso
Dios, porque a verte viniera,
que mi esposa con su padre,
un criado y yo, la fresca
estuviéramos tomando
en la apacible ribera
del mar, sirviendo de alfombra
a los cuatro sus arenas;
cuando estando descuidado,
Dios, que las cosas ordena
(del modo que más conviene,
conforme su Providencia),
permitió que nos hallaran
los moros; pero yo, apenas
lo sentí, cuando desnudo
el acero en mi defensa.

Un rato me resistí,
mas al fin, como ellos eran
muchos, de dos estocadas

me hicieron medir la tierra.
Dejáronme, al fin, por muerto
en la apacible ribera,
donde con mi sangre propia
daba esmalte a sus arenas.
Y viéndome de esta suerte,
me privó su fortaleza
de las cosas que en el mundo
de mayor consuelo me eran;
y a mi esposa me robaron
y este viejo, cuyas hebras
blancas en barba y cabello,
toda Alicata respeta.
Quiso el cielo, noble mora,
que mis heridas tuvieran
buen suceso, y así en breve,
sano y libre me vi de ellas.
Así que yo me sentí
con alivio de las penas,
cuando intenté mi jornada,
aunque con pequeñas fuerzas.
Pretendí, Lidora, hablar
(si bien cautivas mis prendas,
pero con salud); mas veo
aquellas dos luces muertas,
sus dos soles eclipsados,
de cuyos rayos pudieran,
si al sol le faltara luz,
participar las estrellas.
Veo sin vista a mi padre,
y a mi esposa casi ciega
de las lágrimas que vierte
por quién es justo las vierta.
Veo que un traidor, señora,
de esta noble casa vieja
las ventanas ha cerrado,
porque nadie habite en ellas.
Las lunas de aquel espejo,
en quien la honra reverbera,
rompió, porque sus maldades
no se notasen en ellas.
Consideró que a la luz
de su padre era bajeza
hacer las obras que hace,
y así le puso en tinieblas.
A él le quitó la vista,
y a mí, que le hallo sin rienda,

me ha quitado el corazón.

LIDORA Basta, Dionisio, sosiega:

da lugar al tierno llanto;

que quiere Dios que no vea

Gerardo lo que hace su hijo,

que si lo viera, muriera.

¿Tú vienes a rescatarlos?

DIONISIO La más parte de mi hacienda

en plata he vuelto, por dar

lo que por ellos pidieran.

LIDORA Si en mi mano su rescate,

Dionisio noble, estuviera,

sin dinero los librara,

aunque aumentara mis penas;

pero no puedo yo darlos;

que aunque es verdad soy su dueña,

y me sirven, pero tengo

al Príncipe dependencia,

y no puedo.

GERARDO Sabe Dios,

hijo, que yo no quisiera,

aunque muriera, dejar

de Lidora la presencia,

que como a Marcela estimo,

por ver que tiene Marcela

en ella una noble hermana,

y yo una hija tengo en ella.

DIONISIO Yo no basto a dar las gracias

de ver que mis caras prendas

con tanto respeto tratas;

y el cielo premio te ofrezca.

Sale Zarrabullí.

ZARRABULLÍ ¡Albricias, señora, albricias!

LIDORA Darélas según las nuevas.

ZARRABULLÍ Que traen preso a Argolán,

el Rey y el fuerte Zulema.

Vase.

MARCELA El cielo nos junta a todos:

Dionisio, muestra prudencia;

que jamás he visto a este hombre

sin causarme mucha pena.

Salen el Rey y Zulema, y éste lleva una carta, y Zarrabullí saca de la soga a Leonido.

ZARRABULLÍ ¡Ande el esclavo!

LEONIDO Si soy

siervo y en cadena vengo,
infinitas gracias doy
a Dios, pues tal dicha tengo,
que a satisfacerla voy.

REY Ya, Lidora, se ha cumplido,
lo que mandaste, al instante,
pues en cadena he traído,
como ves, al arrogante
que dices que te ha ofendido:
darte gusto he procurado,
y aunque a muerte condenado,
le traigo hoy a tu presencia;
puedes la justa sentencia
revocar.

LIDORA Hasme obligado,
príncipe invicto, de suerte,
con tu término cortés,
que aunque me esfuerce a vencerte
con las cortesías, es
muy imposible que acierte;
así, conociendo voy
en el estado que estoy,
por mil diversos motivos,
que son tuyos los cautivos,
y yo también tuya soy.

LEONIDO A vuestras plantas tenéis,
padre, aquel que no merece
nombre de hijo: bien podéis
pisarme; que el cielo ofrece
ocasión en que os venguéis.
Ya, padre, el cielo ofendido,
a vuestros pies me ha traído;
que es justo, pues mi altivez
poneros quiso a mis pies,
que esté a los vuestros rendido.
Antes que vaya a morir,
padre, os quiero suplicar
(si me quisierais oír)
que seáis padre en perdonar,
pues fuisteis padre en sufrir.
A vuestras plantas estoy:
mirad que vuestro hijo soy,
y aunque tanto os he agraviado,
es bien vaya perdonado,

pues que ya a la muerte voy.
Ya voy a pagar a Dios
las ofensas; a vos, padre,
también; perdonad los dos,
que di la muerte a mi madre,
y esto no lo sabéis vos.

Al campo, estando preñada,
la saqué, y vióse acosada,
cuando una niña parió,
la que una osa se llevó
en la boca atravesada.

Quise seguirla y no pude;
que mi madre voceaba,
diciendo que intento mude,
porque el parto le duraba,
y así, que a su pena ayude.

Dejé la osa perseguida,
volví a la mujer, y hallé
lo que tanto me consuela,
otra hija, que es Marcela,
en tierra, recién nacida.

GERARDO Hijo, basta; que aceleras
mi muerte con tal tormento:
edad cansada, ¿qué esperas,
pues que sirve de sustento
mi misma sangre a las fieras?

LEONIDO El darme perdón os cuadre
deste descontento, padre,
porque tal mi enojo fue,
que con la daga saqué
luego del mundo a mi madre.

Esto es, padre, lo que pasa;
todo el mal os viene junto,
y aunque la razón me abrasa,
ella murió, y luego al punto
a Marcela llevé a casa.

Esta muerte di a entender
que del parto sobrevino,
y así no vino a creer
que tan fiero desatino
sólo yo lo pude hacer.

Estas mis maldades son,
de todas pido perdón,
porque la muerte me espera;
vuestro valor no difiera
de darme la absolución.

REY Zarrabullí, lleva luego

donde te dije, a Argolán.
LEONIDO Que me perdonéis os ruego,
porque aguardándome están
madero, cuchillo y fuego.

GERARDO Pues tu vida se desvía
de cualquiera perdición,
y para la gloria guía,
dete Dios su bendición,
hijo, junto con la mía.

LEONIDO No lloréis, padre y señor,
que me causáis gran dolor,
y llorar Dor mí es en vano;
dadme a besar esa mano
en señal de paz y amor.

Adiós, Marcela; esos brazos
me da; mi Dionisio, adiós,
que se han llegado mis plazos;
y perdonadme los dos.

MARCELA El perdón y mil abrazos
te daremos.

LEONIDO Gran Lidora,
ya se ha llegado la hora;
esas prendas te encomiendo.

LIDORA Tú vas a morir, y entiendo
que mi pecho sangre llora.

ZARRABULLÍ ¡Venga el perro!

Vanse.

REY Ya se ha ido;
dónde va, sabrás después;
y pues vivo le he traído,
será razón que me des
la mano como a marido.
Tu palabra diste.

LIDORA ¿Pues?

REY Que me la cumplas te pido.

LIDORA En todo andas cortesano,
y pues en ello yo gano,
puesto que lo trabajaste,
ya que mi mano ganaste,
digo que te doy la mano
Con mucho gusto.

ZULEMA Detente,

Va a darle la mano y se detiene.

valeroso Belerbeyo,
y antes que le des la mano,
escucha lo que refiero.
Tu padre el Rey, que ha diez años
que, como sabes, su cuerpo
ocupa, por mucha edad,
una cama estando enfermo;
que aunque no tiene otros males,
solamente bastan éstos,
pues nunca tiene salud
un hombre en llegando a viejo
sabiendo que pretendías
tomar estado, y sabiendo
dabas la mano a Lidora,
tan digna de merecerlo,
me manda que al tiempo mismo
que quisieses tratar de ello,
tomando resolución,
te diese, señor, un pliego,
el cual de su propia mano
escribió el anciano viejo;
que no fiarlo de otro
es sin duda un gran secreto.
Esta es la carta, señor;
yo cumplo su mandamiento,
pues que te la di en el punto
que te casas.

REY ¡Bueno es eso!
Pues ¿qué pretende mi padre?
ZULEMA Eso no puedo saberlo;
cerrada me dio la carta,
y cerrada te la entrego.
REY Léela tú.

Abre la carta Zulema.

LIDORA ¿Oyes, Marcela?
Si permitiesen los cielos
que no llegase a tener
este casamiento efecto...
ZULEMA Toda es, señor, de su mano.
REY Léela, acaba; que ya veo
que es letra suya.
ZULEMA Así dice:
Estáme, señor, atento.

Lee la carta Zulema.

«Hijo, por haber entendido, que quieres dar a Lidora la mano de esposo, os aviso como no era vuestra igual, porque habrá diez y seis años que yendo a caza de cristianos, en la ribera del Alicata, heredad famosa de la isla de Sicilia, se la quité a una osa de la boca, que con feroz violencia la llevaba. Ella descende de cristianos, y así no os conviene por no ser vuestra igual, ni con mi gusto haréis semejante casamiento. Y advertid que, de hacer lo contrario, os podría resultar alguna gran desgracia, por la indignación que pudiera tomar nuestro gran profeta Mahoma. Alá os guarde. Vuestro padre, AMETE, SULTÁN.»

REY; ¿Qué es esto, divino Alá?

TIZÓN; ¿Qué llegó el impedimento a la primer monición.

GERARDO; ¿Qué esto, divino cielo?

TIZÓN; Desgracia grande, a fe mía: si hay Papa en Túnez, pedirle dispensación.

GERARDO Calla, necio:

tú mi hija eres, Lidora,
porque si mal no me acuerdo,
las razones de Leonido
conforman con este pliego.

LIDORA; Vuestra hija soy, ¡oh Gerardo!

Y gusto tanto de serlo,
que estimo la filiación
más que de Túnez el reino:

Marcela, dame los brazos,
pues tal hermana granjeo,
MARCELA; Brazos, pecho y corazón,
con el alma te prevengo.

REY; Vive el cielo, ingrato padre,
que por el aviso vuestro
quisiera daros mil muertes!

TIZÓN; Otra pendencia tenemos:
bueno fuera haber marchado
y no estar aquí; que creo
que hemos de majar esparto
por el porte de aquel pliego.

REY; ¿No me dejarás gozar
de Lidora por lo menos
cuatro días, y después...

TIZÓN Después que la papen duelos:
él te aborrece, Lidora.

LIDORA Permita, Tizón, el cielo,
que me desprecie Argolán.

TIZÓN Sí hará; que está bien lo hecho.

REY Al fin, ya soy rey de Túnez,
y esta vez, como rey, quiero
mostrar mi heroico valor.

Parte, Tizón, al momento,
y si no han muerto a Leonido,
di que venga aquí; que intento
dar a todos libertad

y os vayáis a vuestro reino.

LIDORA Muestras, señor, ser quien eres.

REY Lo que importa es que al momento
que Leonido venga, os vayáis
antes que me maten celos.

Sale Zarrabullí alborotado.

ZARRABULLÍ Si quieres ver a Argolán,
invicto rey Belerbeyo,
alza los ojos y mira.

Descúbrese una aparición donde está Leonido crucificado, ensangrentado y con corona de espinas.

REY ¿Qué es esto? ¿Argolán ha muerto?

LEONIDO Ya, padre, ha llegado el plazo
de satisfacer al cielo

las ofensas, las maldades,
las injurias que le he hecho.

Ya, padre, permite Dios
que los muchos vituperios
de que yo le hice fianza,
los pague en este madero.

Ya te agradezco y estimo,
famoso rey Belerbeyo,
que me pagues como rey,
pues me das un reino eterno.

MARCELA Hermano, ruega por mí
cuando estés gozando el cielo,

y por tu hermana Lidora,
porque ya se ha descubierto
ser la misma que dijiste
que se llevó la osa huyendo.

LIDORA Ya soy tu hermana, Leonido.

LEONIDO Ahora muero contento,

pues tal ventura he tenido:
Lidora, los altos cielos
te den su gracia.

GERARDO Y a mí,

hijo del alma, consuelo
de esta cansada vejez,
dame los brazo; que quiero
bañar mi rostro en la sangre
que viertes por Dios eterno.

LEONIDO Tu celo es muy justo, padre.

GERARDO Légame, Dionisio, al cuerpo
de mi querido Leonido.

Dame los pies; mas ¿qué veo?

Hijos, la vista he cobrado;
que si de mi hijo el acero
con sangre me la quitó,
hoy su sangre me la ha vuelto:
hijo del alma querido,

lo que te suplico y ruego
es que te acuerdes de mí
cuando estés allá en los cielos,
puesto, que soy yo tu padre.

LEONIDO Digo que lo haré.

LIDORA Y mi pecho

merezca, hermano Leonido,
le alcances en breve tiempo
me limpie el agua divina
del bautismo verdadero.

LEONIDO Por todos, aunque soy malo,
prometo hacer como bueno,
porque los buenos alcancen
perdón de mis graves yerros.

Adiós, padre; adiós, hermanos;
adiós, noble Belerbeyo;

que te debo más a ti
que no a todo, el universo,
Más te debo que a mi padre,
Porque él me puso en el suelo,
pero tú al cielo me envías
con el favor que me has hecho:
el llanto dejad, señor.

Y a ti, soberano e inmenso
Dios, humildemente pido
que te des por satisfecho:
misericordia, mi Dios;
yo pequé, Dios sempiterno;
pequé, Señor; en tus manos

mi espíritu os encomiendo.
REY Ya del cuerpo salió el alma.
GERARDO Muriendo pagó la ofensa
que contra Dios cometió.
LIDORA Señor, si nos das licencia,
este cuerpo llevaremos.
REY Sabe Alá lo que me pesa
que seas su hermana tú,
puesto que, si no lo fueras,
hoy alcanzaras a ser
de todos mis reinos reina.
LIDORA Ya, señor, no puede ser;
Su Majestad me conceda
la merced que le he pedido.
REY Lidora, ya mi grandeza
te la tiene concedida,
porque el alma conociera
que el amor que te he tenido
me obliga a hacer tal fineza.
Dame los brazos, y Alá
suerte feliz te conceda
como yo se lo suplico.
Ya todos tenéis licencia
para partir a Sicilia.
TIZÓN Dios plegue que yo pueda
pagar al Rey esta muerte.
ZARRABULLÍ ¿En qué?
TIZÓN En la misma moneda;
y al mismo también suplico
que puedas ver cuando quieras
a tu querido Mahoma.
ZARRABULLÍ Yo, suplico que así sea.
TIZÓN Y yo, que nos perdonéis
las faltas, para que tenga
con ello dichoso fin
La Fianza satisfecha.

FIN

Lope Félix De Vega Carpio

La Gatomaquia



**De doña Teresa Verecundia ¹ al Licenciado
Tomé de Burguillo**

SONETO

Con dulce voz y pluma diligente
y no vestida de confusos caos, ²
cantáis, Tomé, las bodas, los saraos³
de Zapaquilda y Micifuf ⁴ valientes.

Si a Homero coronó la ilustre frente
cantar las armas de las griegas naos,⁵
a vos de los insignes marramaos⁶
guerras de amor por súbito accidente.

Bien merecéis un gato de doblones⁷,
aunque ni Lope celebréis ni el Taso⁸,
Ricardos o Gofredos de Bullones⁹

Pues que por vos, segundo Gatilaso¹⁰,
quedarán para siempre de ratones
libres las bibliotecas del Parnaso¹¹

¹ Era costumbre inveterada de la época colocar al frente de las obras composiciones laudatorias de ellas. De esta costumbre se burló Cervantes, al frente del Quijote, y se burla aquí Lope con su grandilocuente soneto. Apellidó Verecundia (vergüenza) a la sonetista imaginaria: ¿quiso decir que se la daba el ocuparse de tan frívolo asunto?

² Alusión al culteranismo.

³ Sarao o serano, palabra galaico portuguesa que significa reunión.

⁴ De *zape*, voz con que espantamos al gato, inventa Zapaquilda; y de marramao o *marramiau* onomatopéyica, Marramaquiz y lo mismo, de *miz o mizo*, con que llamamos al minino, Micifuf.

⁵ Palabra catalano-valenciana y nombre poético de *nave o barco*. Alude a las que acudieron al cerco de Troya.

⁶ Vos onomatopéyica del *maullido* del gato.

⁷ Bolsa. Llámase así porque se hacían de pieles de gato y conejo. Otra acepción muy corriente es la de ladrón. También se llamaba gato al hierro con que se cierra y asegura la madera. Dice Quevedo en su letrilla «Poderoso caballero— es don Dinero»: *por importar en los tratos y dar tan buenos consejos, en las casas de los viejos gatos le guardan de gatos*". Aquí están las dos acepciones, la de hierro para cerrar y ladrón. En *El anzuelo de Fenisa*, acto II, escena XXVI, dice Tristán, el criado, un soneto al gato de doblones que Fenisa pescó con su anzuelo:

*"Adiós, Sicilia; adiós, enredo isleño; adiós, Palermo, puerto y franca puerta
a las naciones de este mundo abierta, en quien tanta codicia rompe el sueño.
Adiós, famoso gato, aunque pequeño. Vivo os quedáis, nuestra esperanza es muerta.
Pues no volvéis a España, cosa es cierta
que no se muda el gato con el dueño. Adiós, Fenisa; adiós, gato del gato;
adiós, cabo de Gata, cuyo espejo puede servir de ejemplo y de recato.
Pero permita Dios que tu pellejo antes de un mes, por tu bellaco trato,
sirva de gato a un avariento viejo".*

⁸ Ciertamente que la vanidad era un positivo defecto de Lope, pero con ella y sin ella podía hombrearse con el Tasso.

⁹ Refiérese a Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, y a Godofredo de Bouillon, héroes ambos de las Cruzadas. Godofredo, caudillo de la Primera, es el descendiente de El Caballero del Cisne, cuya historia se cuenta en nuestra *Gran conquista de Ultramar* (época de Sancho IV) y es igualmente el héroe de la *Jerusalem libertada* del Tasso.

¹⁰ Por analogía del nombre Garcilaso, compone Lope el nombre Gatilaso, poeta de gatos.



LA GATOMAQUIA

A don Lope Félix del Carpió, soldado en la Armada
de su Majestad ¹

SILVA PRIMERA

Yo, aquel que en los pasados
tiempos canté las selvas y los prados²,
éstos vestidos de árboles mayores
y aquéllas de ganados y de flores³,
las armas y las leyes,
que conservan los reinos y los reyes,
agora⁴, en instrumento menos grave,
canto de amor suave
las iras y desdenes,
los males y los bienes,
no del todo olvidado
del fiero taratántara ⁵, templado
con el silbo del pícaro sonoro.
Vosotras, musas del castalio coro ⁶,
dadme favor, en tanto
que, con el genio que me distes, canto
la guerra, los amores y accidentes
de dos gatos valientes;
que como otros están dados a perros⁷,
o por ajenos o por propios yerros,
también hay hombres que se dan a gatos,
por olvidos de príncipes ingratos,
o porque los persigue la fortuna
desde el columpio de tierna cuna.

¹ Monte mitológico en el que Apolo tiene su residencia, y su corte, en la que forman las nuevas musas, inspiradoras de los humanos, y hasta los artistas y poetas que merecen la distinción de ser allí admitidos.

¹ Lope Félix del Carpió, soldado de la Armada de Su Majestad, era hijo de Lope y de Micaela de Lujan, lo mismo que Marcela, la monjita trinitaria. Había nacido en 1607, y mientras su padre le dedicaba *La Gatomaquia*, iba al encuentro de la muerte, ocurrida en un naufragio, el año 1634.

² Imitación del comienzo (dedicatoria) de la *Eneida* de Virgilio.

³ Parece que debiera ser al revés: los árboles mayores, en la selva, y los ganados y flores, en el prado.

⁴ Adverbio anticuado: hac hora, uno de los pocos adverbios derivados de un compuesto de sustantivo y adjetivo pronominal.

⁵ Taratántara parece referirse al toque de trompeta; pero hay también testimonios literarios de que se refiere al tambor, y Covarrubias dice, refiriéndose a los pífaros: «instrumento músico de boca que se tañe juntamente con el atambor de guerra». El pífaro, o pífano, es el flautín de las bandas militares. Por ser de tono muy agudo, está bien llamarle silbo, y tampoco está fuera de lugar decir que templa lo ronco de las trompetas.

⁶ La ninfa Castalia, convertida por Apolo en fuente, se consagró a las musas, de donde les vino a éstas la denominación de «coro castalio».

⁷ Expresión casticísima del que está incomodado.

Tú, don Lope, si acaso
 te deja divertir por el Parnaso
 el holandés pirata,
 gato de nuestra plata⁸,
 que infesta las marinas
 por donde con la armada peregrinas,
 suspende un rato aquel valiente acero,
 con que al asalto llegas el primero,
 y escucha mi famosa *Gatomaquia*,
 así desde las Indias a Valaquia⁹
 corra tu nombre y fama,
 que ya por nuestra patria se derrama,
 desde que viste la morisca puerta
 de Túnez y Biserta¹⁰,
 armado y niño, en forma de Cupido¹¹,
 con el marqués famoso
 del mejor apellido¹²
 como su padre por la mar dichoso.

No siempre has de atender a Marte¹³ airado,
 desde tu tierna edad ejercitado,
 vestido de diamante,
 coronado de plumas¹⁴, arrogante;
 que alguna vez el ocio
 es de las armas cordial socrocio¹⁵,
 y Venus¹⁶, en la paz, como Santelmo¹⁷

⁸ Los holandeses, junto con los ingleses, se repartían el pingüe negocio de desvalijar nuestros galeones, encargados de transportar el oro de indias.

⁹ Región rumana cuya capital, Bucarest, es también capital de la nación.

¹⁰ Túnez y Biserta, plazas tomadas por don Juan de Austria después de la batalla de Lepanto, eran puertas de África. Perdiéronse luego. Don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, era el jefe de la expedición en que Lope hijo vio el África por ves primera.

¹¹ Cupido, hijo de Venus y dios del amor, lleva armas: flechas. Lopito fue a la guerra por ves primera casi niño, por lo cual su padre le compara con el dios del amor.

¹² Como los ilustres marinos, padre e hijo, Bazán de apellido, eran Márquez de Santa Cruz, ¿qué mejor apellido que éste: Cruz?

¹³ Marte, Ares entre los griegos, hijo de Júpiter y de Juno, dios de guerra, cuya inseparable compañera es Belona, el símbolo de la destrucción acompaña a toda guerra.

¹⁴ Era indumento propio del soldado la brillante armadura y el penacho de plumas.

¹⁵ Medicamento casero a base de azafrán, que se aplica en forma de emplasto. Quiere decir que el ocio es para las armas alivio y madurativo.

¹⁶ Diosa de la belleza, nacida de las espumas del mar, cuyas compañeras son las Gracias.

¹⁷ Santelmo es el descanso para los navegantes. Llámase fuego de San Telmo a la claridad entre ígnea y cerúlea que aparece en la arboladura de los buques y es signo de la proximidad del puerto. Dice Fray Pedro de Jesús Espinosa, en su famoso soneto en alejandrinos:

«Como el triste piloto que por el mar incierto
 se ve con turbios ojos sujeto de la pena,
 sobre las corvas olas, que vomitando arena
 lo tienen de la espuma salpicado y cubierto;
 cuando sin esperanza, de espanto medio muerto,
 ve el fuego de Santelmo lucir sobre la antena,
 y adorando su lumbre, de gozo el alma llena,
 halla su nao cascada surgida en dulce puerto...»

San Pedro González Telmo era de Palencia y no se arriesgó en otro mar que el proceloso piélagos mundano, en el que habría naufragado de no ser por la tempestad de navegantes piloto,

con manos de marfil le quita el yelmo¹⁸.
 Estaba sobre un alto caballete¹⁹
 de un tejado sentada
 la bella Zapaquilda al fresco viento,
 lamiéndose la cola y el copete²⁰,
 tan fruncida y mirlada²¹
 como si fuera gata de convento.
 Su mismo pensamiento

de espejo le servía,
 puesto que un roto casco²² le traía
 cierta urraca burlona²³
 que no dejaba toca ni valona²⁴
 que no escondía²⁵ por aquel tejado,
 confín del corredor de un licenciado.
 Ya que lavada estuvo,
 y con las manos que lamidas tuvo,
 de su ropa de martas aliñada²⁶,
 cantó un soneto en voz medio formada
 en la arteria vocal²⁷ con tanta gracia
 como pudiera el músico de Tracia²⁸;
 de suerte que cualquiera que la oyera,
 que era solfa gatuna conociera,
 con algunos cromáticos disones²⁹,
 que se daban al diablo los ratones.

Asomábase ya la Primavera

líbranos de terremoto
 y defiéndenos de males.»
 Hizose dominico y en Galicia se le rinde especialmente culto por patrón de los *mareantes*. Los pescadores lo invocan con este cantarcillo:
 «Señor San Pedro González, carcajadas que desencadenó el verle caer en el lodo, por un resbalón de su caballo.
¹ ⁸ Especie de casco destinado a proteger cabeza y cara. Puede llevar penacho de plumas.
¹ ⁹ Parte horizontal y más elevada de un tejado.
² ⁰ Mechones levantados sobre la frente.
² ¹ Entonada, afectada y grave.
² ² Pedazo.
² ³ La urraca remeda cómicamente los sonidos. Atráenla los objetos brillantes que roba con frecuencia.
² ⁴ Toca es una especie de pañuelo semicircular, con que las mujeres cubrían su cabeza. A partir del siglo XV fue un gorrito, blanco en las viudas, y que usan aún las monjas. En cuanto a la valona, es otra prenda, más grande que el cuello y más pequeña que la capa corta. Su nombre viene del lugar, entre el Escalda y el Lys, cuyos habitantes influyeron mucho en las modas y en la literatura españolas:
 «Por un sevillano rufo a lo valón
 tengo socarrado todo el corazón.»
 Así canta la Escalanda en el *Rinconete*.
² ⁵ Uso del pretérito imperfecto de indicativo por el de subjuntivo. Hoy diríamos escondiera o escondiese.
² ⁶ La piel de la gata era fina, como la de martas, especie de garduñas.
² ⁷ Puede llamarse así al canal vocal, porque arteria es conducto, aunque no se emplee tal denominación, dentro del cuerpo humano, sino para designar los grandes vasos por los que circula la sangre.
² ⁸ Orfeo, poeta y músico mitológico, símbolo del poder de la poesía.
² ⁹ Solfa es el nombre humorístico de la mala música; cromática es la escala de semitonos, que Zapaquilda hacía disones, o desacordes, con lo cual es fácil imaginar las graciosas escalas de maullidos que Lope sugiere en dos palabras.

por un balcón de rosas y alhelíes,
y Flora³⁰, con dorados borceguíes³¹,
alegraba risueña la ribera;
tiestos de Talavera



...y a caballo en la mona parecía
(Verso 129)

³⁰ Diosa de la primavera, esposa de Céfito (hijo de Eolo y de Aurora), viento ave y apacible que arrastra el polen de las flores y contribuye a su lozanía y fecundidad.

³¹ Calzado que se ajusta con cordones y llega hasta poco más arriba del tobillo.

prevenía el verano,
 cuando Marramaquiz, gato romano³²,
 aviso tuvo cierto de Maulero,
 un gato de la Mancha, su escudero,
 que al sol salía Zapaquilda hermosa,
 cual suele amanecer purpúrea rosa
 entre las hojas de la verde cama³³,
 rubí tan vivo, que parece llama,
 y que con una dulce cantilena³⁴
 en el arte mayor de Juan de Mena³⁵,
 enamoraba el viento.
 Marramaquiz, atento
 a las nuevas del paje,
 que la fama enamora desde lejos,
 que fuera de las naguas de pellejos³⁶
 del campanudo traje³⁷,
 introducción de sastres y roperos,
 doctos maestros de sacar dineros,
 alababa su gracia y hermosura,
 con tanta melindrífera medida³⁸,
 pidió caballo, y luego fue traída
 una mona vestida
 al uso de su tierra,
 cautiva en una guerra
 que tuvieron las monas y los gatos;
 púsose borcegués y zapatos
 de dos dediles de segar abiertos,

 que con pena calzó por estar tuertos³⁹;
 una cuchara⁴⁰ de plata por espada;
 la capa colorada,
 a la francesa⁴¹, de una calza⁴² vieja,

³ ² Dicese del gato gris, el más bello y parecido al tigre.

³ ³ Los sépalos sirven de botón y cama a la corola.

³ ⁴ Poesía cantable.

³ ⁵ Las coplas del *Laberinto* de Juan de Mena son dodecasílabos, o sea, arte mayor.

³ ⁶ El paje alaba la gracia y hermosura de Zapaquilda de enaguas afuera, aunque la de Zapaquilda eran de pellejo, puesto que el «campanudo traje» es invención de sastres y roperos, doctos maestros de sacar dineros». El sujeto está separado del resto de su oración por varias incidentales; y, a su vez, el sujeto de la oración de relativo también está separado de su verbo y término directo, en igual forma.

³ ⁷ Campanudo resultaba entre el verdugado y guardainfante, el traje de la época.

³ ⁸ Adjetivo inventado por Lope sobre melindre, afectación de delicadeza.

³ ⁹ Tuerto o torcido, acaso por la violenta posición de la mano, ya que los segadores usan estos dediles para protegérsela, se los calzó con pena, con trabajo.

⁴ ⁰ Apócope necesario para la buena medida del verso.

⁴ ¹ Llamábase así a la capa corta, frente a la española, que fue siempre larga, en cuanto al colorido, los1 trajes españoles, tanto femenino como masculino, eran severamente negros, y en los de ellas, las emballenadas cotillas borrraban toda morbidez de formas, y las amplias gorgueras hacían brotar de pronto las cabezas. La moda en los colores y descotes vino de Francia.

⁴ ² Prenda masculina que iba desde el pie hasta el muslo. Si no llegaba más que a la rodilla, se llamaba media calza, que es el origen de las medias actuales, cuyo nombre es el adjetivo substantivado por supresión del sustantivo al que acompaña. Las calzas eran prenda de caballeros, dentro de la cual se hallaban incómodos los rústicos. Véase *El vergonzoso en palacio* y *Don Gil de las calzas verdes*, de Tirso. Esta moda hizo

tan igual, tan lucida y tan pareja⁴³,
 que no será lisonja
 decir que Adonis en limpieza y gala⁴⁴,
 aunque perdone Venus, no le iguala:
 por gorra de Milán⁴⁵, media toronja⁴⁶,
 con un penacho rojo, verde y bayo⁴⁷,
 de un muerto por sus uñas papagayo,
 que diciendo : ¿ Quién pasa ? cierto día,
 pensó que el rey venía⁴⁸,
 y era Marramaquiz, que andaba a caza,
 y halló para romper la jaula traza;
 por cuera⁴⁹, dos mitades que de un guante
 le ataron por detrás y por delante,
 y un puño de una niña por valona⁵⁰.
 Era el gatazo de gentil persona⁵¹
 y no menos galán que enamorado;

bigote blanco y rostro despejado,
 ojos alegres, niñas mesuradas,
 de color de esmeraldas diamantadas,
 y a caballo en la mona parecía
 el paladín Orlando⁵², que venía
 a visitar a Angélica la bella.

La recatada ninfa⁵³, la doncella,
 en viendo al gato se mirló de forma⁵⁴
 que en una grave dama se transforma,
 lamiéndose, a manera de manteca,
 la superficie de los labios seca,
 y con temor de alguna carambola⁵⁵,
 tapó las indecencias con la cola,
 y bajando los ojos hasta el suelo,
 su mirlo propio le sirvió de velo⁵⁶;

caer a algunos en extremos ridículos, como rellenarlas de paja, estopa, etc., si hemos de creer al entremesista Quiñones de Benavente.

⁴³ Igual, lisa, llana.

⁴⁴ Uno de los amantes de Venus.

⁴⁵ La que se hacía de tela con vuelo y pluma. A Montesinos, en el *Quijote* (cap. XXIII), de Cervantes, «cubríales la cabeza una gorra milanese negra».

⁴⁶ Cidra redonda.

⁴⁷ Blanco amarillento con vetas rojizas.

⁴⁸ Tras del gracioso hipébaton, la muletilla que se les enseñaba a los papagayos: «¿Quién pasa, quién pasa? El rey, que va a caza».

⁴⁹ Jaquetilla, ropilla y sayete, que se llevaba encima de jubón, y más corta que la jaqueta, que era suelta y con mangas.

⁵⁰ El cuello del gato estaba hecho del puno de una niña.

⁵¹ Apersonado o de gentil presencia.

⁵² Rolando o Roldan, sobrino de Carlomagno, personaje de leyenda y canción de gesta. Aquí se compara con él a Marramaquiz por la traición de Angélica, análoga a la de Zapaquilda. Orlando, Angélica y Medoro son los protagonistas de la épica renacentista de Boyardo y Ariosto.

⁵³ Diocesillas de menor cuantía, habitantes de los árboles, que tenían no chico trabajo en defenderse de los sátiros.

⁵⁴ Recatóse o afectó grave rostro.

⁵⁵ Caso fortuito, lance impensado o indirecto.

que ha de ser la doncella virtuosa
 más recatada mientras más hermosa.

Marramaquiz entonces, con ligeras
 plantas batiendo el tetuán caballo⁵⁷,
 que no era pie de hierro o pie de gallo⁵⁸
 le dio cuatro carreras,
 con otras gentilezas y escarceos⁵⁹,
 alta demostración de sus deseos;
 y, la gorra en la mano,
 acercóse galán y cortesano
 donde le dijo amores.
 Ella, con las colores⁶⁰

que imprime la vergüenza,
 le dio de sus guedejas⁶¹ una trenza;
 y al tiempo que los dos marramizaban⁶²
 y con tiernos singultos⁶³ relamidos
 alternaban sentidos,
 desde unas claraboyas que adornaban
 la azutea de un clérigo vecino,
 un bodocazo⁶⁴ vino,
 disparado de súbita ballesta⁶⁵
 más que la vista de los ojos presta,
 que, dándole a la mona en la almohada⁶⁶,
 por de dentro morada,
 por de fuera pelosa⁶⁷,
 dejó caer la carga, y presurosa
 corrió por los tejados,
 sin poder los lacayos y criados
 detener el furor con que corría.
 No de otra suerte que en sereno día
 balas de nieve escupe, y de los senos
 de las nubes, relámpagos y truenos
 súbita tempestad en monte o prado,
 obligando que el tímido ganado

⁵ ⁶ Su compostura la cubría, como con velo.

⁵ ⁷ Como la mona era africana, como si fuera caballo tetuaní.

⁵ ⁸ Nombres propios de caballos. Además, el pie de hierro indica un soporte arquitectónico, y el pie de gallo, un lance del juego de damas.

⁵ ⁹ Caracoleos y vueltas.

⁶ ⁰ Los neutros ambiguos eran muchos más entonces que ahora, porque existía la tendencia a hacer del género femenino todos los substantivos en *or*, *como* en trances y provenzal.

⁶ ¹ Mechones de pelo.

⁶ ² De marramao, el grito del gato en celo, marramizar.

⁶ ³ Sollozos.

⁶ ⁴ Golpe de bodoque, bola de barro endurecido para tirarlo con ballesta.

⁶ ⁵ Arma antigua para tirar piedras y otros objetos arrojados.

⁶ ⁶ Colchoncillo para sentarse. Con lo cual ya sabemos dónde le dio a la mona el bodoque.

⁶ ⁷ Por de fuera y por de dentro son expresiones tan castizas como olvidadas–hoy. «El mundo por de dentro», decía Que vedo. La peladura de la mona es cosa muy traída y llevada por la literatura y anda en refranes.

atónito se esparza,
ya dejando en la zarza
de sus pungentes⁶⁸ laberintos, vana
la blanca o negra lana,
que alguna vez la lana ha de ser negra,
y hasta que el sol en arco verde⁶⁹ alegra

los campos que reduce a sus colores,
no vuelven a los prados ni a las flores,
así los gatos iban alterados
por corredores, puertas y terrados⁷⁰,
con trágicos maulllos,
no dando, como tórtolas, arrullos,
y la mona, la mano en la almohada,
la parte occidental descalabrada,⁷¹
y los húmidos polos circunstantes
bañados de medio ámbar, como guantes⁷²

En tanto que pasaban estas cosas,
y el gato en sus amores discurría
con ansias amorosas
porque no hay alma tan helada y fría
que Amor no agarre, prenda y engarrafe⁷³,
y el más alto tejado enternece,
aunque fuesen las tejas de Getafe⁷⁴,
y ella, con ñifi ñafe⁷⁵,
se defendía con semblante airado,
aquel de cielo y tierra monstruo alado,
que, vestido de lenguas y de ojos⁷⁶
ya decrépito viejo con antojos⁷⁷,
ya lince penetrante⁷⁸,
por los tres elementos se pasea⁷⁹
sin que nadie le vea,
con la forma elegante
de Zapaquilda discurrió ligero

⁶ ⁸ Punzantes o hirientes. Laberintos llama a los enlazados de la zarza; y vana o hueca a la lana.

⁶ ⁹ El arco iris, cuyo color verde es uno de los más visibles. En efecto, parece reducir el campo todo a sus colores, puesto que a través de ellos se ve el campo mientras el arco dura.

⁷ ⁰ Sinónimo de azotea, parte alta y descubierta de una casa.

⁷ ¹ La parte occidental del vientre, se le llama aún a eso, en broma.

⁷ ² Por efecto del miedo, la mona se había humedecido, como los guantes cuando se bañaban en la sustancia con olor ³ almizcle, que se extrae del ámbar.

⁷ ³ Agarre fuertemente.

⁷ ⁴ Provincia de Madrid. En este pueblo pudo haber tejares o pudo no haberlos y ser una exigencia del consonante.

⁷ ⁵ Onomatopeya que vale por tiquis miquis.

⁷ ⁶ Llama monstruo, por monstruo, a la Fama, mensajera de Júpiter, toda lenguas y ojos, para ver y pregonarlo todo.

⁷ ⁷ Lentas. Podía presentarse como un viejo con lentes, la fama, porque de anciano tiene la experiencia.

⁷ ⁸ Lince es un mamífero parecido al gato. Suponían que con la vista penetraba incluso las paredes.

⁷ ⁹ Tierra, agua y aire. El fuego es el único por donde no puede pasarse.

uno y otro hemisfero⁸⁰,
 aunque con las verdades lisonjera⁸¹,
 y en cuanto baña en la terrestre esfera,
 sin excepción de promontorio alguno,
 el cerúleo⁸² Neptuno⁸³,
 plasmante⁸⁴ universal de toda fuente,
 desde Bootes⁸⁵ a la Austral Corona⁸⁶
 y de la zona frígida a la ardiente⁸⁷

Esto dijo la Fama⁸⁸, que pregona
 el bien y el mal; y en viendo su retrato,
 se erizó todo gato⁸⁹
 y dispuso venir, con esperanza
 de galardón que un firme amor alcanza.
 Los que vinieron por la tierra en postas⁹⁰
 trajeron, por llegar a la ligera,
 sólo plumas y banda, calza y cuera;
 los que habitaban de la mar las costas,
 tanto pueden de amor dulces empresas,
 vinieron en artesas⁹¹,
 mas no por eso menos
 hasta la cola de riquezas llenos;
 y otros, por bizarría,

 para mostrar después la gallardía,
 en cofres y baúles,
 sulcando las azules
 montañas de Anfitrite⁹²;
 y alguno que a disfraces se remite,

⁸⁰ Lope, por supuesto, lo escribe sin h, a la italiana.

⁸¹ Lisonjera no parece concordar con nada, puesto que está en masculino todo lo anterior; pero hay concordancia de sentido, puesto que se refiere a Fama.

⁸² Azul.

⁸³ Poseidón entre los griegos. Hermano de Júpiter y de Plutón, con quienes se repartió el dominio del mundo. Le correspondieron las aguas, que gobierna con su tridente y recorre en carro de espumas tirado por albos corceles.

⁸⁴ El que plasma, hace o forma alguna cosa. Neptuno, dios de las aguas, es el hacedor de toda fuente.

⁸⁵ Constelación boreal denominada el Boyero. Su estrella principal es Arturo. Esteban Manuel de Villegas lo menciona en una de sus anacreónticas: «...el gran Bootes, – que nunca trae ociosas, – sus cuatro vacas de agujón y azotes».

⁸⁶ Constelación austral, bajo Sagitario.

⁸⁷ Parecen faltar versos, puesto que dice «Esto dijo la Fama» y la Fama no ha dicho nada.

⁸⁸ La fama de Zapaquilda corrió por todo el mundo.

⁸⁹ Los gatos se erizan de placer. Supónese que Zapaquilda lo merecía.

⁹⁰ Reponiendo los caballos en los lugares donde estaban apostados les de refresco. Llamóse posta a la venta u hostel donde se facilitaban caballos de repuesto, ir por la posta era llegar ligero, y así lo manifiestan varios pasajes de *La dama boba*, en que el galán manda llegar las postas; dicen que acaba de apearse de la posta, etc.

⁹¹ Los gatos llegaban en artesas, recipiente de madera que sirve para lavar o amasar.

⁹² Surcando las montañas de Anfitrite, el mar suave que rodea las costas, mitológicamente esposa de Neptuno.

por no ser conocido,
 en una caja de orinal metido.
 Con esto, en muchos siglos no fue vista,
 como en esta conquista,
 tanta de gatos multitud famosa,
 por Zapaquilda hermosa.
 Apenas hubo teja o chimenea
 sin gato enamorado,
 de bodoque tal vez precipitado,
 como Calisto fue por Melibea⁹³;
 ni ratón parecía,
 ni el balbuciente hocico permitía
 que del nido saliese,
 ni queso ni papel se agujeraba⁹⁴,
 por costumbre o por hambre que tuviese,
 ni poeta por todo el universo
 se lamentó que le royesen verso⁹⁵,
 ni gorrión saltaba,
 ni verde lagartija
 salía de la cóncava rendija.
 Por otra parte el daño compensaba
 que de tanto gatazo resultaba,
 pues no estaba segura
 en sábado morcilla ni asadura⁹⁶,
 ni panza⁹⁷ ni cuajar⁹⁸, ni aun en lo sumo
 de la alta chimenea

la longaniza al humo,
 por imposible que alcanzarla sea,
 exento⁹⁹ a la porfía en la esperanza,
 que tanto cuanto mira, tanto alcanza.

Entre esta generosa¹⁰⁰ ilustre gente
 vino un gato valiente,
 de hocico agudo y de narices romo¹⁰¹,
 blanco de pecho y pies, negro de lomo,
 que Micifuf tenía
 por nombre, en gala, cola y gallardía
 célebre en toda parte
 por un Zapinarciso y Gatimarte¹⁰².

⁹ ³ Alude al despeñamiento o caída del protagonista de *La Celestina*, que, bajando con precipitación por una escala, cayó, matándose.

⁹ ⁴ Forma registrada en el Diccionario de Autoridades.

⁹ ⁵ Omite la preposición de, cosa corriente en el habla vulgar.

⁹ ⁶ No eran Judíos los gatos que en sábado comían mondongo y desperdicios de cerdo.

⁹ ⁷ Barriga, supónese que tripas y demás menudos de casquería.

⁹ ⁸ Parte del estómago de los rumiantes.

⁹ ⁹ Libre de la porfía de los gatos. Un fuerte hipérbaton viene a separar los elementos de la oración.

¹ ⁰⁰ Generosa vale aquí por noble y de alta alcurnia.

¹ ⁰¹ Chato, de nariz corta y sin punta.

Este, luego que vio la bella gata,
 más reluciente que fregada plata,
 tan perdido quedó, que noche y día
 paseaba el tejado en que vivía,
 con pajes y lacayos de librea,
 que nunca sirve mal quien bien desea.
 Y sucedióle bien, pues luego quiso
 ¡oh gata ingrata! a Micifuf Narciso¹⁰³,
 dando a Marramaquiz celos y enojos.
 No sé por cual razón puso los ojos
 en Micifuf, quitándole al primero,
 con súbita mudanza,
 el antiguo favor y la esperanza.
 ¡Oh cuánto puede un gato forastero,
 y más siendo galán y bien hablado,
 de pelo rizo¹⁰⁴ y garbo¹⁰⁵ ensortijado.
 Siempre las novedades son gustosas;

no hay que fiar de gatas melindrosas.
 ¿Quién pensara que fuera tan mudable
 Zapaquilda, cruel y inexorable,
 y que al galán Marramaquiz dejara
 por un gato que vio de buena cara,
 después de haberle dado
 un pie de puerco hurtado¹⁰⁶,
 pedazos de tocino y de salchichas?
 ¡Oh cuan poco en las dichas
 está firme el amor y la fortuna!
 ¿En qué mujer habrá firmeza alguna?
 ¿Quién tendrá confianza,
 si quien dijo mujer dijo mudanza?¹⁰⁷

Marramaquiz, con ansias y desvelos,
 vino a enfermar de celos,
 porque ninguna cosa le alegraba.
 Finalmente Merlín¹⁰⁸ que le curaba,

¹ ⁰² Graciosos adjetivos de invención lopesca: lindo como Narciso; valiente como Marte.

¹ ⁰³ Tan bello era Narciso, que al contemplar su imagen en un lago, por tenderle los brazos, creyéndola una náyade, perdió el equilibrio y se ahogó. Micifuf era un Narciso.

¹ ⁰⁴ Participio contracto de rizar; verbo que *tiene* participio doble: rizado y rizo, como confesado y confeso, freído y frito, etc.

¹ ⁰⁵ Gallardía.

¹ ⁰⁶ Robado. «De mi sastre en el hurtar – la mano es tan singular – que si cae la tela en ella, – cuando la empieza a doblar – bien pueden doblar por ella», – dice Góngora.

¹ ⁰⁷ Volubilidad. Es donosísima la identificación de las mujeres con las gatas.

¹ ⁰⁸ Hay un legendario personaje de este nombre, al que recuerda el gato citado. Se le cita en los romances del ciclo carolingio. Parece ser que hubo un sabio escocés, en el siglo V, de este nombre, y por tener fama de hechicero, como nuestro Villana, pasó a romances y narraciones caballerescas. Cítase a Merlín en el Quijote, cap. XXIII: «Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo». Ruiz de Atareen también le cita en *La prueba de las promesas*: «Esta es la nigromancia, – en que sé que sois tan diestro, – que teneros por maestro – el mismo Merlín podría». El gato Merlín había de ser sabio y expediente

gato de cuyas canas, nombre y ciencia
era notoria a todos la experiencia,
mandó que se sangrase¹⁰⁹;
y como no bastase,
vino a verle su dama,
aunque tenía en un desván la cama¹¹⁰,
a donde la carroza no podía
subir, por alta y por la estrecha vía;

pero, en fin, apeada,
entró de su escudero¹¹¹ acompañada.
Mirándose los dos severamente,
después de sosegado el accidente,
él con maullo habló y ella con mirlo,
que fuera harto mejor pegarla un chirlo;¹¹²
pero por alegrarle la sangría¹¹³
le trujo su criada Bufalía¹¹⁴
una pata de ganso y dos ostiones¹¹⁵.
El se quejó con tímidas razones
en su lenguaje mizo¹¹⁶,
a que ella con vergüenza satisfizo;
quejas que, traducidas del y della,
así decían: –Zapaquilda bella,
¿por qué me dejas tan injustamente?
¿Es Micifuf más sabio? ¿Es más valiente?
¿Tiene más ligereza? ¿Mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
entre cuantas se precian de mirladas,
de bien vestidas y de bien tocadas?¹¹⁷
¿Esto merece que un invierno helado,
de tejado en tejado

como su homónimo.

¹ ⁰⁹ Purgas, ayudas y sangrías, medicina de la época.

¹ ¹⁰ Desván, cuartucho bajo el tejado.

¹ ¹¹ Las damas principales salían acompañadas de dueña y escudero. La dueña, mujer de edad, viuda o doncella, es blanco de las sátiras de todo el mundo en la edad de oro. Dice Quevedo en *Las zahúrdas* de Plutón: «Y a poco que anduve topé una laguna muy grande como el mar, y más sucia, adonde era tanto el ruido, que se me desvaneció la cabeza. Pregunté lo que era aquello y dijeronme que allí penaban las mujeres que en el mundo *se* volvieron dueñas. Así supe cómo las dueñas de acá son ranas del infierno, que eternamente como ranas están hablando... y son propiamente ranas infernales. Porque las dueñas ni son carne ni pescado, como ellas». En cuanto al escudero, era hombre anciano, que llevaba de la mano a su señora, por lo que se le llamaba también rodrigón, a causa de la similitud con el soporte que le ponen a las vides para que se mantengan en alto, y que así se llama.

¹ ¹² El chulillo que hubo siempre en el fondo de Lope hace esta reflexión: Zapaquilda merecía que le cortasen la cara, por sus veleidades disimuladas con fingido recato.

¹ ¹³ Era tanta la costumbre de regalar al que se sangraba, que se llamó sangría al regalo mismo. La mayoría de los autores que de ello se ocupan, como Gracián (Crisis V, III parte del *Criticón*), denuncian la inmoralidad que encubría esto, pues era una forma de soborno a los ministros y autoridades.

¹ ¹⁴ Otro nombre pintoresco: de bufar, Bufalía.

¹ ¹⁵ Ostras grandes y nada finas.

¹ ¹⁶ Mizo o micho, denominación familiar de gato.

¹ ¹⁷ Peinadas y adornadas de cabello. «Antes me beséis – *que* me destoqueís, – que me tocó mi tía» (Anónimo).

me hallaba el alba al madrugar el día

con espada, broquel¹¹⁸ y bizarría¹¹⁹,
 más cubierto de escarcha
 que soldado español que en Flandes marcha
 con arcabuz¹²⁰ y frascos¹²¹?
 Si no te he dado telas y damascos¹²²
 es porque tú no quieres vestir galas
 sobre las naturales martingalas¹²³,
 por no ofender ingrata a tu belleza,
 las naguas¹²⁴ que te dio naturaleza;
 pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
 más cuidadoso, como tú lo sabes,
 en cuanto en las cocinas, atrevido,
 pude garrafiñar¹²⁵ de peces y aves?
 ¿Qué pastel no te truje¹²⁶, qué salchicha?
 ¡Oh terrible desdicha!
 ¡Pues no soy yo tan feo!
 Que ayer me vi, mas no como me veo¹²⁷,
 en un caldero de agua que de un pozo
 sacó para regar mi casa un mozo,
 y dije: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
 ¡Oh celos! ¡Oh piedad! ¡Oh amor! Reñilda¹²⁸

No suele desmayarse al sol ardiente
 la flor del mismo nombre¹²⁹ y la arrogante
 cerviz bajar humilde, que la gente,
 por la loca altitud, llamó gigante,
 ni queda el tierno infante
 más cansado, después de haber llorado,

de su madre en el pecho regalado,
 que el amante quedó sin alma. ¡Oh cielos,
 qué dulce cosa amor, qué amarga celos!
 Ella, como le vio que ya exhalaba
 blandamente el espíritu en suspiros,

¹ dentro. ¹⁸ Pequeño escudo, ligeramente cóncavo, para que se pueda embragar la argelia o correa que lleva dentro.

¹ ¹⁹ Gallardía.

¹ ²⁰ Arma de fuego, especie de escopeta antigua.

¹ ²¹ Vasos de cuerno para la pólvora con que el areabus se cargaba.

¹ ²² Rico tejido de seda o lana, con dibujos, que toma nombre del lugar de procedencia.

¹ ²³ Así llamaban a las calñas; pero aquí vale por los naturales encantos.

¹ ²⁴ Aféresis por enaguas.

¹ ²⁵ Quitar o robar una cosa agarrándola.

¹ ²⁶ Pretérito fuerte anticuado, por trajo. «Cualque mijo, – orujo, allí le trujo» (Soto de Rojas).

¹ ²⁷ Una cosa es verse (mirarse) en el espejo, y otra verse (encontrarse) en tan mal estado moral como Marramaquiz.

¹ ²⁸ Metátesis frecuentísima en los imperativos.

¹ ²⁹ Girasol. Gigante por su altura. La cabeza se le inclina por el mucho peso.

y que piramizaba¹³⁰
entre dulces de amor fingidos tiros,
porque no se le rompa vena o fibra,
el mosqueador de las ausencias vibra¹³¹,
pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí, que aquel favor bastara
para libralle de la muerte dura,
y luego con melífera¹³² blandura
le dijo en lengua culta:
–Si tu amor dificulta¹³³
el que me debes, en tu agravio piensas
tan injustas ofensas:
que aunque es verdad que Micifuf me quiere,
y dice a todos que por mí se muere,
yo te guardo la fe como tu esposa–.
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,
sellando honesta las dos rosas bellas¹³⁴;
que siempre hablaron poco las doncellas,
que, como las viudas y casadas,
no están en el amor ejercitadas.

Bajaba ya la noche,

y las ruedas del coche,
tachonadas de estrellas¹³⁵
bailadores diamantes y centellas,

detrás de las montañas resonaban.
Los pájaros callaban
dejando el campo yermo,¹³⁶
cuando los pajes del galán enfermo
en el alto desván hachas metían,¹³⁷
que alumbrar la carroza prevenían.
Entonces los amantes,
que son los cumplimientos importantes,
ella por irse, y él quedarse a solas,
se hicieron reverencias con las colas¹³⁸.

¹ ³⁰ Que se moría como Píramo, personaje mitológico o legendario, que se mató creyendo muerta a su amada, Tisbe, y ella puso fin a su vida al encontrarlo muerto. Góngora puso en solfa esta leyenda varias veces: «Pues amor es tan cruel, – que de Píramo y su amada – hace tálamo una espada – do se juntan ella y él, – sea *mi* Tisbe un pastel, – y la espada sea mi diente, – y ríase la gente».

¹ ³¹ Mosqueador es el abanico para ahuyentar las moscas. Aquí se refiere al pañuelo.

¹ ³² De miel.

¹ ³³ «Sí tu amor (propio) dificulta – el que (a mí) me debes».

¹ ³⁴ Los labios.

¹ ³⁵ El carro de Latona (la noche) está tachonado de estrellas.

¹ ³⁶ Desierto, sin vegetación.

¹ ³⁷ Hachas, velas de cera, grandes y gruesas.

¹ ³⁸ Ridícula escena, parodia del falso aparato que gastaban entonces, en todas sus cosas, los grandes señores.



SILVA II

Convaleciente ya de las heridas
 de los crueles celos
 de Micifuf, Marramaquiz valiente
 (aquellos que han costado tantas vidas¹,
 y que en los mismos cielos
 a Júpiter², señor del rayo ardiente,
 con disfraz indecente³,
 fugitivo de Juno,
 su rigor importuno
 tantas veces mostraron;
 que en fuego, en cisne, en buey le transformaron
 por Europa⁴, por Leda⁵ y por Egina,
 con pálida color, y banda verde⁶,
 para que la sangría se le acuerde,
 que amor enfermo a condoler se inclina⁷,
 paseaba el tejado y la buharda⁸
 de aquella ingrata cuanto hermosa fiera.
 Quien ama fieras, ¿qué firmeza espera?

¿Qué fin, que premio aguarda?
 Zapaquilda gallarda
 estaba en su balcón, que no atendía

¹ Lope abre un paréntesis, entre el sujeto y el resto de la oración; pero no para referirse a aquél, sino a celos.

² Para considerarle padre de los dioses y de los hombres hubo que suponer a Júpiter innúmeras infidelidades conyugales. Simboliza la tormenta y lleva un haz de rayos en la mano porque puede desencadenar cuando quiere la furia de los elementos.

³ Júpiter recurrió, para burlar los celos de Juno, su esposa, a ingenuos disfraces: en toro, para la princesa Europa; en cisne, para Leda; en fuego, para Egína; en lluvia de oro, para Danae; y para Alemana, madre de Hércules, se convirtió en el propio marido de ésta.

⁴ Europa, en honor de quien Júpiter tomó la forma de blanco toro, y sentada a su grupa llegó Europa a dar nombre a la parte del mundo en que vivimos.

⁵ Leda, madre de Castor, Palux y Helena, ésta la causante de la guerra de Troya y todos ellos constelaciones.

⁶ Llevaba el brazo en cabestrillo.

⁷ Así dice la edición original, aunque parece más lógico que fuera *condolerse* (de él).

⁸ Bohardilla.

más de a saber si Micifuf venía,
 cuando Garraf, su paje,
 si bien de su linaje⁹,
 llegó con un papel y una bandeja.
 Ella la cola y el confín despeja¹⁰
 y la bandeja toma,
 sobre negro color labrada de oro
 por el Indio oriental¹¹, y con decoro
 mira si hay algo que primero coma,
 ofensa del cristal de la belleza¹²,
 propia naturaleza
 de gatas ser golosas,
 aunque al tomar se finjan melindrosas;
 y antes de oír al paje,
 ve las alhajas que el galán envía;
 qué joyas, qué invención, qué nuevo traje.
 En fin, vio que traía
 un pedazo de queso
 de razonable peso,
 y un relleno de huevos y tocino;

Atis¹³, en fruta que produce el pino,
 entre menuda rama,
 en la falda del alto Guadarrama,
 por donde van al bosque de Segovia;
 y luego, en fe deque ha de ser su novia,
 dos cintas que le sirvan de arracadas¹⁴
 gala¹⁵ que sólo a gatas regaladas,
 cuando pequeñas, las mujeres ponen,

⁹ Los pajes solían ser muchachos criados en casa de parientes ricos o poderosos o de nobles cuya protección se buscaba de este modo.

¹⁰ Separó con la cola cuando tenía cerca.

¹¹ Indio auténtico y no americano.

¹² Todas las damas afectaban no comer, lo cual era ofensa del cristal de la belleza. Así lo dice también en *La dama boba*:

Turín. Las damas de corte son
todas un fino cristal,
transparentes y divinas.

Liseo. Turín, las más cristalinas
comerán.

Turín. Es natural;
pero esa hermosa Finea
con quien a casarte ras,
comerá...

Liseo. Dilo
Turín. No más
de azúcar, maná y jalea.

Golosinas, pues, eran lo que comía una melindrosa.

¹³ Atís en fruta, los piñones del Guadarrama. Atís fue un pastor frigio, a quien Cibeles convirtió en pino.

¹⁴ Pendientes o aretes. La única diferencia de la arracada es que tiene colgantes.

¹⁵ Adorno. A las gatitas las componían con lazos.

que de rosas de nácar las componen¹⁶.

Tomó luego el papel, y con sereno
rostro, apartando el queso y el relleno,
vio que el papel decía:

«Dulce señora, dulce prenda mía,
sabrosa, aunque perdone Garcilaso
si el consonante mismo sale al paso,

más que la fruta del cercado ajeno¹⁷;
ese queso, mi bien, ese relleno
y esas cintas de nácar os envió¹⁸,
señas de la verdad del amor mío».

Aquí llegaba Zapaquilda, cuando

Marramaquiz, celoso, que mirando
estaba desde un alto caballete
tan gran traición, colérico arremete,
y echa veloz, de ardiente furia lleno,
una mano al papel y otra al relleno.

Garraf se pasma y queda sin sentido,
como el que oyó del arcabuz el trueno
estando divertido,
a quien el ofendido
tiró una manotada con las fieras
uña¹⁹, de suerte, que formando esferas²⁰
por la región del aire vagaroso²¹
le arrojó tan furioso,
que en el claro cristal de sus espejos
pudo cazar vencejos²²
menos apasionado y más ocioso.
No de otra suerte el jugador ligero
le vuelve la pelota al que la saca²³,
herida de la pala resonante;
quéjase el aire²⁴, que del golpe fiero

¹ ⁶ Quiere decir que les hacían a las gatas las arracadas con cintas color rosa. El nacarado era un color muy en boga, entonces. En *El desdén con el desdén*, escena del baile, dice Carlos:

De los colores que quedan
pido el color nacarado.

¿Quién le tiene?

Diana.

Yo soy vuestra,
que tengo el nácar. Tomad.

¹ ⁷ Alusión al verso de Garcilaso: Flérída, para mí dulce y sabrosa más que la fruta del cercado ajeno.

¹ ⁸ Elipsis, por «de color de nácar».

¹ ⁹ Marramaquiz tiraba, según esto, manotazos a tres manos.

² ⁰ Dando volteretas.

² ¹ Lo vagaroso es lo que se mueve, y el aire lo hace.

² ² Como animal que anida en los aleros de los tejados, Marramaquiz podía disparar sobre él las chispas de sus ojos, de haber estado menos apasionado y más ocioso.

² ³ A tirar la pelota se llama *saque*. La pala suena o resuena, al golpe.

² ⁴ Llama queja al sonido del aire cuando la pelota lo cruza. Curiosa descripción del juego de pelota,

tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
 y chaza²⁵ el que interviene, el pie delante.
 El gatazo arrogante, sin soltar el relleno despedaza
 el papel, que en los dientes
 con la espuma celosa vuelve estraza²⁶,
 y a Zapaquilda atónita²⁷ amenaza.
 Como se suele ver en las corrientes
 de los undosos ríos²⁸ quien se ahoga,
 que asiéndose de rama, yerba o sogá,
 la tiene firme, de sentido ajeno,
 así Marramaquiz tiene el relleno;
 que ahogándose en congojas y desvelos,
 no soltaba la causa de los celos.
 ¡Oh cuánto amor un alma desespera,

pues cuando ya se ve sin esperanza,
 en un relleno tomará venganza!
 Mas, ¿quién imaginara que pudiera
 dar celos el amor, en ocasiones,
 con rellenos de huevos y piñones?
 Mas ¡ay de quien le había
 hecho para la cena de aquel día!

Huyóse al fin la gata, y con el miedo

en aquella época, nos ofrece Juan Ruiz de Alarcón, en *Las paredes oyen*, donde por boca de Beltrán dice:

¡Que haya juicio
 que del cansancio haga vicio
 y tras un hinchado cuero,
 que el mundo llama pelota,
 corra ansioso y afanado!
 ¿Cuánto mejor es sentado
 buscar los pies a una sota
 que moler piernas y brazos?
 Si el cuero fuera de vino,
 aun no fuera desatino
 sacarle el alma a porrazos.
 Pero perder el aliento
 con una y otra mudanza,
 y alcanzar, cuando se alcanza,
 un cuero lleno de viento;
 y cuando una pierna rota
 brama un pobre jugador.
 ver al compás del dolor
 ir brincando la pelota!
 El brazo queda gustoso
 si bien la pelota dio.

Don Juan.

Beltrán.

Séneca la comparó
 al vano presuntuoso,
 y esa semejanza ha dado
 sin duda, al juego sabor,
 porque no hay gusto mayor
 que apalea un hinchado.

² ⁵ Vuelve contrarrestada la pelota y la paran antes de llegar al saque. El que chaza avanza, para hacerlo, por lo cual dice «el pie delante» o con el pie adelante o avanzando el pie.

² ⁶ Papel o tela muy basta.

² ⁷ Pasmada o espantada.

² ⁸ Que tiene ondas o que se mueve haciendo ondas.

tocó las tejas con el pie tan quedo²⁹,
 que la amazona³⁰ bella parecía
 que por los trigos pálidos corría
 sin doblar las espigas de las cañas;
 que de tierras extrañas
 tales gazapas³¹ las historias cuentan.
 Los miedos que a la gata desalientan

la hicieron prometer, si la libraba,
 al niño Amor un arco y una aljaba³²,
 de aquel famoso Rodamonte fiero³³
 hasta pasar las furias del enero;
 el cual juró olvidarla, y en su vida,
 desnuda ni vestida,
 volver a verla, ni tener memoria
 de la pasada historia,
 y buscar algún sabio³⁴
 para satisfacción de tanto agravio.
 Pero fueron en vano sus desvelos,
 que amor no cumple lo que juran celos,
 y tanto puede una mujer que llora³⁵,
 que vienen a reñirla, y enamora,
 creyendo el que ama, en sus celosas iras,
 por una lagrimilla mil mentiras.
 Y como Ovidio escribe en su Epistolio³⁶,
 que no me acuerdo el folio,
 estas heridas del amor protervas³⁷
 no se curan con yerbas³⁸;
 que no hay, para olvidar amor, remedio,
 como otro nuevo amor o tierra enmedio³⁹.

Garraf, en tanto que esto se trataba,
 estropeado a Micifuf llegaba,

² ⁹ Leve, sin ruido.

³ ⁰ No sabemos si se trata de Atalanta, veloz en la carrera, a quien acaso Mame amazona por lo aficionada que fue a la caza.

³ ¹ Mentira».

³ ² Armas con que pintan al Amor.

³ ³ Arrogante héroe del *Orlando furioso*, donde le da Ariosto el nombre de Rodomonte, porque el de Rodamonte se lo había dado Bojardo en el *Orlando enamorado*.

³ ⁴ Consejero o hechicero.

³ ⁵ Lope se cita a sí mismo, porque con esta frase termina el soneto a Camila Lucinda: «Daba sustento a un pajarillo, un día».

³ ⁶ Epistolario. Se refiere a las *Heroidas*, fingidas cartas de los amantes de la antigüedad.

³ ⁷ Perversas. Lope bromea con Ovidio y con su propia experiencia.

³ ⁸ Así lo afirma Ovidio en sus *Remedia amoris*. En tiempos de Lope bien se recurría a tan pintorescos procedimientos como curar con «yerbas» o «bebe dizos», jaropes preparados por la hechicería para curar mal de ojo, de celo», da amores, para inclinar en favor de alguien a una persona. Dice Cervantes en *El Licenciado Vidriera*, para explicar la locura de éste: «aconsejada de una me naca, en un membrillo toledano dio a Tomás uno destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla, como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío».

³ ⁹ Fórmula predilecta de Lope: para olvidar a una mujer no hay nada como «tomar la posta en otra».

mayando tristemente
 en acento hipocóndrico y doliente⁴⁰,
 como suelen andar los galloferos⁴¹
 para sacar dineros,
 manqueando de un brazo⁴²
 colgado de un retazo⁴³,
 y débiles las piernas,
 una cerrando de las dos linternas⁴⁴,
 por mirar a lo bizco.

Luego en el corazón le dio un pellizco⁴⁵

la mala nueva, que adelanta el daño,
 haciendo el aposento al desengaño⁴⁶,
 y díjole: –¿Qué tienes,
 Garraf amigo, que tan triste vienes?
 Entonces él, moviendo tremolante⁴⁷
 blanda cola detrás, lengua delante,
 le refirió el suceso,
 y que Marramaquiz papel y queso
 y relleno también le había tomado,
 como celoso airado,
 como agraviado necio,
 con infame desprecio,
 con descortés porfía,
 y que de tan extraña gatería
 Zapaquilda admirada,
 huyó por el desván, la saya alzada⁴⁸;

que lo que en las mujeres son las naguas
 de raso, tela o chamelote⁴⁹ de aguas,
 es en las gatas la flexible cola,
 que ad libitum⁵⁰ se enrosca o se enarbola⁵¹.
 Contóle que de aquella manotada,
 con su cuerpo afligido,
 de miedo helado y de licor teñido⁵²,

⁴ ⁰ Hipocóndrico, lo relativo a la hipocondría. Con acento triste, sensible.

⁴ ¹ Vagabundos holgazanes, que, a veces, piden limosna.

⁴ ² Mostrando su manquedad.

⁴ ³ Trozo de trapo con el que los tales se sujetan el brazo.

⁴ ⁴ Cerrando uno de los ojos, a lo bizco.

⁴ ⁵ Un vuelco, tina corazonada.

⁴ ⁶ Hacer lugar o preparar habitación.

⁴ ⁷ Que tiembla.

⁴ ⁸ Saya, en vez de falda, aún se dice en lenguaje popular: «–Mariquita, ¡a saya; –Mariquita, meneas el bolero».

⁴ ⁹ Tejido de pelo de camello, de cabra o de lana, prensado y lustroso, para que haga aguas.

⁵ ⁰ A capricho.

⁵ ¹ Endereza.

⁵ ² Teñido de sudor o de algún otro licor no bien oliente, como la mona de marras.

descalabró los aires⁵³,
 y con otros agravios y desaires,
 que prometió vengarse por la espada
 de haberle enamorado a Zapaquilla
 y hablarla en el tejado de Casilda,
 una tendera que en la esquina estaba;
 y dijo que pensaba,
 en desprecio y afrenta de sus dones,
 hacer de los listones⁵⁴
 cintas a sus zapatos.
 ¡Oh celos! si entre gatos,
 de burlas y de veras,
 formáis tales quimeras⁵⁵,
 ¿qué haréis entre los hombres,
 de hidalgo proceder y honrados nombres?
 No estuvo más airado
 Agamenón en Troya⁵⁶,
 al tiempo que metiendo la tramoya⁵⁷

del gran Paladión⁵⁸, de armas preñado⁵⁹,
 echaron fuego a la ciudad de Eneas⁶⁰
 de ardientes hachas y encendidas teas⁶¹,
 causa fatal del miserable estrago
 de Dido y de Cartago⁶²,
 por quien dijo Virgilio⁶³
 que llorando decía,
 destituida de mortal auxilio⁶⁴

⁵ ³ Elegante metáfora. La vulgar es hendir los aires; pero estos gatos los descalabraban.

⁵ ⁴ Las cintas que le había enviado. Zapatitos con listones, llevaba Belisa en *El acero de Madrid*, cuando salía al Prado.

⁵ ⁵ Pendencias.

⁵ ⁶ Generalísimo del ejército griego que sitió Ilion o Troya, capital de la Troade, en el Asia Menor.

⁵ ⁷ Enredo, máquina.

⁵ ⁸ Se refiere a la estatua en madera, de Palas, que los troyanos creían unía al destino de su ciudad, por haber caído del cielo cuando esta se fundaba, junto a la tienda de Ilos. Por precaución, Dárdano mandó fabricar una copia, y aunque Ulises y Diómeda creyeron robar la autentica, parece ser que no fue así, a pesar de que la ciudad se perdió. Eneas la llevó consigo a Italia, pero en tiempo de Cicerón, al saquear Troya los romanos, se dijo que el Paladión estaba intacto en las ruinas del templo de Atenea. Argos, Atenas, Sirís, Lavinium, y, por supuesto, Roma, se alababan de poseer el Paladión verdadero. El de Roma estaba escondido en el templo de Vesta. Por extensión se llama así a cualquier cosa sagrada cuya conservación es de importancia capital. Lope se refiere no a la estatua de Palas, sino al caballo de madera que, al cabo de diez años, sirvió a los griegos para entrar en Troya.

⁵ ⁹ Llama al caballo, como hemos dicho, Paladión, y por eso dice «de armas preñado», por los guerreros que iban dentro.

⁶ ⁰ La ciudad de Eneas era Troya, y el príncipe troyano Eneas, hijo de Anquises y de Afrodita.

⁶ ¹ Hachas eran teas resinosas, que *no* se apagan con el viento.

⁶ ² Dido, reina de Cartago, colonia fenicia en el Norte de África, se enamoró de Eneas, fugitivo de Troya, y quiso hacerle su esposo; pero él la abandonó.

⁶ ³ Virgilio es el poeta latino que cuenta, en la *Eneida*, la historia de Dido y Eneas.

⁶ ⁴ «Dido, destituida de mortal auxilio, decía llorando» sería el orden lógico. En la edición príncipe está trocado el orden de los versos:

«por quien dijo Virgilio,
 destituida de mortal auxilio,
 que llorando decía:»

Mortal auxilio quiere decir auxilio humano, auxilio de los mortales. El verso siguiente es una

¡ay dulces prendas cuando Dios quería!
 Ni Barbarroja en Túnez⁶⁵,
 ni el fuerte Pirro⁶⁶, ni Simón Antúnez⁶⁷
 éste bravo español y griego el otro,
 que Micifuf como si fuera potro
 relinchando de cólera, en oyendo
 el fiero y estupendo

furor de su enemigo;
 mas, prometiendo darle igual castigo,
 se fue a trazar el modo
 de vengarse de todo;
 que a un pecho noble,
 a un ínclito sujeto⁶⁸
 mayor obligación, más celo alcanza
 de poner en efeto⁶⁹
 desempeñar su honor con la venganza⁷⁰.

Marramaquiz, en tanto,
 desesperado por las selvas iba
 para buscar el sabio Garfiñanto,
 al tiempo que la Aurora fugitiva⁷¹
 de su cansado esposo,
 arrojaba la luz a los mortales,
 y el sol infante⁷² en líquidos pañales
 de celajes azules⁷³.

paráfrasis del soneto de Garcilaso:

«¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!»

⁶ ⁵ El célebre corsario Barbarroja, que al servicio de Solimán se apoderó de Túnez, recuperada luego por Carlos V.

⁶ ⁶ Hijo de Aquiles, rey del Epiro, reino fundado por él. Casó con su cautiva Andrómaca, viuda de Héctor. También fue muy valiente otro Pirro, descendiente suyo, vencedor de los romanos, que murió en la torre de Argos.

⁶ ⁷ Ignoramos quien sea el bravo español de este hombre.

⁶ ⁸ Ilustre sujeto. Dice Bartolomé Leonardo de Argensola, en un soneto: «Aunque de godos ínclitos descienidas».

⁶ ⁹ Síncopa muy frecuente. La necesidad impuesta por la rima obliga a ella muchas veces:

Riselo. Teodora tiene secretos
 que me despiquen de ti,
 Marcela. Y Florencio, para mí,
 ¿no sabrá algunos concetos?

(*El acero de Madrid*, Acto II, Escena XVIII).

⁷ ⁰ El bien nacido había de vengar su honra, aunque se lo vedase la conciencia:

Rey. La honra solamente a Dios se debe;
 con ofensa de Dios no hay honra, Conde.
 Enrique. También le manda Dios al que recibe
 un bofetón *que* ponga el otro lado,
 y en el mundo es deshonor, y es la honra
 vengarse, siendo siempre la venganza
 odiosa a Dios cuanto apacible al hombre.

(*La fuerza lastimosa*. Acto II. Escena XI).

⁷ ¹ Aurora, mensajera del sol, a quien abre las puertas del oriente todas las mañanas, pidió la inmortalidad para su esposo y se olvidó de pedir la eterna juventud, que debe acompañarla, por lo cual está casada con una especie de viejo niño muy enfadoso a quien tiene que fajar como a un bebé. Titón es su nombre.

⁷ ² Considera al sol naciente como niño entre líquidos pañales, porque húmedo es el rocío y los leves celajes de la mañana.

mandaba recoger en sus baúles,
para poder abrir los de oro y rosa,
el manto de la noche tenebrosa,
aunque era todo el manto de diamantes,

en el zafiro nítidos brillantes⁷⁴
ojos del sueño, el hurto y el espanto.
Este gatazo y sabio Garfiñanto,
cano de barba⁷⁵ y de mostachos yerto⁷⁶,
de un ojo remellado⁷⁷ y de otro tuerto,
bien que de ilustre cola venerable,
y que sabía con rigor notable
natural y moral filosofía⁷⁸,
por los montes vivía
en una cueva oculta,
cuya entrada a las fieras dificulta,
como el de Polifemo, un alto risco⁷⁹.
No se le daba un prisco⁸⁰
de riquezas del mundo; que estimaba
sólo el sol, que Alejandro le quitaba
a aquel que, de los hombres puesto en fuga⁸¹
metido en un tonel, era tortuga⁸².
¡Bien haya quien desprecia
esta fábula necia
de honores, pretensiones y lugares,
por estudios o acciones militares!

Sabía Garfiñanto astrología⁸³,
mas no pronosticaba⁸⁴;

⁷ ³ Nubes tenues, policromas; en este caso, azules.

⁷ ⁴ Mandaba el sol recoger en los baúles el manto de la noche. Los diamante, carbono cristalizado, se llamaban brillantes cuando tienen labor por el haz y el envés. Zafiro es una piedra preciosa, del color azul intenso de la noche estrellada. Los diamantes del manto de la noche eran ojos del sueño, el hurto y el espanto. ¡Atrevida y originalísima metáfora! No menos que los baúles de oro y donde el sol abría.

⁷ ⁵ Lleno de canas, anciano.

⁷ ⁶ Mostacho, galicismo, por bigote. En cuanto a *yerto es* tieso; y, no obstante, parece querer decir lo contrario, porque si el gato era viejo tendría el o los bigotes lacios.

⁷ ⁷ Resmellado, falto de un ojo; y del otro tuerto o torcido.

⁷ ⁸ Entendía de toda clase de filosofía.

⁷ ⁹ Hijo de Neptuno, el cíclope Polifemo; el enamorado de Calatea, tenía su ignorada en tenebrosa cueva. Ulises le saltó su único ojo para poder huir, con sus compañeros. Risco, peñasco alto y escarpado. Góngora describe en su *Fábula de Polifemo y Galatea* el tremendo peñasco que cerraba la cueva.

⁸ ⁰ Albérchigo o albaricoque.

⁸ ¹ Alusión a la leyenda de Diógenes, a quien Alejandro quiso conocer y a quien preguntó si deseaba alguna cosa, obteniendo la respuesta del cínico de que se quitase de delante: «Sí; que no me quite a el sol». Campoamor refiere esta leyenda en una de sus poesías: «Uno altivo, otro sin ley».

⁸ ² Diógenes, como la tortuga, tenía de caparazón el tonel.

⁸ ³ Ciencia que le gustaba mucho a Lope. Inventáronla los caldeos, sirvió de punto de partida a la astronomía, ciencia verdadera sí la otra falsa, y parte de la creencia en el influjo de los astros sobre el temperamento y las acciones humanas.

⁸ ⁴ Garfiñanto no hacía pronósticos porque creía en Dios, virtud que mueve cielo y tierra y gobierna todas las cosas, que le están sujetas.

que decía que el cielo gobernaba
 una sola virtud que le movía,
 a cuya voluntad está sujeto
 cuanto crió, que todo fue perfeto.
 No sacaba almanaques⁸⁵,
 ni decía que en Troya y los Alfaques⁸⁶
 verían abundancia
 de pepinos y brevas,
 muchas lentejas en París y en Tebas,
 y que cierta cabeza de importancia,
 sin decirnos adonde, faltaría;
 que por mujeres Venus prometía
 pendencias y disgustos⁸⁷,
 como si por sus celos o sus gustos
 fuese en el mundo nuevo.
 Pero volviendo a nuestro sabio Febo⁸⁸
 después de consultado,
 dijo a Marramaquiz, que su cuidado
 en vano a Zapaquilda pretendía,
 y que sólo sería
 remedio que pusiese en otra parte,
 vengándose con arte,

los ojos, divirtiendo el pensamiento⁸⁹;
 que amar era cruel desabrimiento,
 más que traer un áspid en las palmas⁹⁰,
 en no reciprocándose las almas;
 que Amor se corresponde con Anteros⁹¹

⁸⁵ En los almanaques se hacían pronósticos, no sólo con respecto al bueno o mal tiempo, sino a otras muchas cosas que nada tenían que ver con esto. Análogo era el que publicó en Salamanca Torres Villarroel, en el siglo XVIII, y en el que pronosticó la Revolución Francesa, con la muerte del Rey y del Delfín.

⁸⁶ Cerca de San Carlos de la Rápita, en la provincia de Tarragona y en el delta del Ebro está el puerto de los Alfaques. Se llama así porque alfaque es el banco de arena, en la desembocadura de un río o en la boca de un puerto.

⁸⁷ El planeta Venus.

⁸⁸ Llama Febo (dios del sol, de la luz, de la poesía y demás bellas artes) a Garfiñanto, porque era sabio como Apolo, y como él vaticinaba, adivinando el futuro, tal cual hacía Febo en su oráculo de Delfos.

⁸⁹ Poner los ojos se llama a enamorarse. Así en *La dama boba*

Finea. También ha dicho que en mi
pusiste los ojos.

Laurencio. Dice
verdad: no lo contradice
el alma, que vive en ti.

⁹⁰ Víbora muy venenosa. También se da este nombre a una serpiente egipcia parda y pequeña, igualmente venenosa.

⁹¹ Anteros es hermano de Cupido, hijo igualmente de Venus y Marte. Simboliza la correspondencia amorosa, pues, según el mito, Cupido no medraba, no crecía, y Venus preocupada consultó a Themis, la cual dijo que con su hermano crecería. Así lo explica el propio Lope varias veces, entre ellas en *La rosa blanca*:

«Nació de entrambos el muchacho Anteros,
 y en llegando a los años de Cupido,
 los dos crecieron juntos, verdaderos
 efectos de un amor correspondido;
 bien se puede engendrar de los luceros,

y más si no negocian los dineros.

Destituído el gato

ya de mortal socorro,
se fue, calando el morro⁹²,
y dióle una salchicha,
por no mostrarse a Garfiñanto ingrato;
que no pagar la ciencia
es cargo de conciencia,
mas dicen que de sabios es desdicha.
Pensando en quien pusiese, finalmente,
de toda la gatesca bizarría,
la dulce enamorada fantasía
para verse de amor convaleciente,
se le acordó que enfrente
de su casa vivía un boticario,
de cuyo cocinante vestuario⁹³
una gata salía,
que la bella Micilda se decía,
y, sentada tal vez en su tejado,
miraba, como dama en el estrado,
los nidos de los sabios gorriones⁹⁴,
dejando pulular los embriones⁹⁵,
y, en viendo abiertos los maternos huevos,
comerse algunos de los ya mancebos.
Admitiendo este nuevo pensamiento,
más que su voluntad, su entendimiento,
que amor en las venganzas se resfría,
emprende mucho y ejecuta poco,
por entonces templó la fantasía;
que aquello es cuerdo lo que duerme un loco⁹⁶.

Estaba el sol ardiente

una siesta de mayo calurosa,
aunque amorosamente
plegando el nácar de la fresca rosa⁹⁷,
que producen los niños abrazados
huevos del cisne y huevos estrellados⁹⁸,

mas no sin otro amor haber crecido;
que hay de amar sin amor gran diferencia
hasta que llega a ser correspondencia».

Reciprocarse es hacer que dos cosas se correspondan.

⁹ ² Calar tiene aquí la significación exacta, latina: bajar. Se fue bajando el morro, o sea, cabizbajo.

⁹ ³ Vestuario es aquí el lugar donde se visten y disfrazan las cosas, y *cocinante* no el que cocina, sino donde se cocina, guisa o aliña algo.

⁹ ⁴ Los llama sabios porque son astutos, única defensa de su debilidad.

⁹ ⁵ Pulular es abundar, empezar a brotar; y embriones, gérmenes o principios.

⁹ ⁶ Y lo que duerme un loco es poquísimos.

⁹ ⁷ El sol plegaba el nácar de la rosa, porque hacía calor, era primavera, cuando el sol entra en Géminis.

⁹ ⁸ Se refiere a Castor y Pólux, hijos de Leda, convertidos en astros y colocados en el Zodíaco: signo de Géminis.

pues que los hizo estrellas,
 cuando Micilda con las manos bellas
 la cara se lavaba y componía,
 no lejos del tejado en que vivía
 Marramaquiz, que ya con más cuidado
 la miraba y servía,
 en fe del Garfiñanto consultado⁹⁹,
 cuando al mismo tejado
 Zapaquilda llegó, por accidente¹⁰⁰.
 El gato, viendo la ocasión presente
 para que su deseo

la diese celos con el nuevo empleo¹⁰¹
 llegándose más tierno y relamido
 a Micilda, que ya, de vergonzosa,
 estaba más hermosa,
 y equívoco fingiendo
 falso desprecio, descuidado olvido,
 en su venganza misma padeciendo
 amorosos deseos
 (tales son del amor los devaneos)¹⁰²
 requebraba a Micilda¹⁰³, a quien pensaba
 ofrecer los despojos
 de aquella guerra, paz de sus enojos¹⁰⁴
 y a Zapaquilda a lo traidor miraba
 en las intercadencias de los ojos¹⁰⁵;
 tan extraño sentido,
 que es menos entendido
 mientras que más parece que se entiende,
 pues siempre con engaños se defiende,
 que si las luces de los ojos miras,
 basta ser niñas para ser mentiras¹⁰⁶.
 Micilda, a quien tocaba en lo más vivo
 el amor primitivo¹⁰⁷
 porque, como doncella, fácilmente
 a lo que entonces siente
 la tierna edad, se rinden y avasallan¹⁰⁸

⁹ Dando fe o por dar fe a Garfiñanto, que se lo había aconsejado.

¹ ⁰⁰ Por casualidad.

¹ ⁰¹ Nuevo amor. Tenía la voluntad empleada en otra parte.

¹ ⁰² Desatinos o delirios.

¹ ⁰³ Lope toma y deja el poema, muchas veces, con *lo* cual se le olvida dónde va y hace concordancias de sentido y emplea los tiempos verbales, en ocasiones arbitrariamente. Aquí dice *requebrando*, pero el tiempo verbal que corresponde emplear frente al *miraba* es *requebraba*.

¹ ⁰⁴ La guerra de celos emprendida contra Zapaquilda sería paz; de sus enojos, porque con ella tranquilizaba su ira.

¹ ⁰⁵ De vez en cuando; y a lo traidor, mirar de lado.

¹ ⁰⁶ No alude a que sean infantiles, sino a su género femenino. Las miradas mentían.

¹ ⁰⁷ Primero, primerizo o más antiguo.

hablando con los ojos cuando callan,
de buena gana dio fácil oído
a los requiebros del galán fingido,

con que¹⁰⁹ ya andaban de los dos las colas
más turbulentas que del mar las olas.

Zapaquilda sentida¹¹⁰

de aquella libertad (que es propio efeto
de la que fue querida

sentir desprecio donde vio respeto),

murmurando entre dientes,

amenazaba casos indecentes¹¹¹

entre personas tales,

en calidad y en nacimiento iguales.

Como se ve gruñir perro de casa

mirando al que se entró de fuera, enfrente¹¹²

estando en medio de los dos el hueso,

que ninguno por él, de miedo, pasa,

parando finalmente

las iras del canículo¹¹³ suceso

en que ninguno de los dos le come,

obligando a que tome

un palo algún criado,

que los desparte¹¹⁴ airado

y deja divididos,

quedando el hueso en paz y ellos mordidos,

así feroz gruñía

Zapaquilda envidiosa,

afetos de celosa¹¹⁵,

aunque al gallardo Micifuf quería;

que hay mujeres de modo,

que aunque no han de querer, lo quieren todo¹¹⁶

porque otras no lo quieran,

y luego que rindieron lo que esperan,

vuelven a estar más tibias y olvidadas.

Finalmente, las gatas encontradas,

siendo Marramaquiz el hueso en medio

¹ ⁰⁸ Aquí tenemos otra vez lo que decíamos antes: los verbos conciertan *en* plural con un sujeto singular.

¹ ⁰⁹ Por «con lo que» o «con lo cual».

¹ ¹⁰ La edición primitiva dice *sentada*; pero es clara la errata.

¹ ¹¹ Amenazando con sucesos indignos de personas tales.

¹ ¹² Mirando al perro de fuera frente a sí.

¹ ¹³ Canículo, relativo al perro. Las iras del suceso perruno.

¹ ¹⁴ Separa.

¹ ¹⁵ Impresiones o sentimientos de celosa.

¹ ¹⁶ Modo, por condición. Vuelve a olvidarse, voluntariamente o no, de que son gatas, y no mujeres

(tal suele ser de celos el remedio),
 a pocos lances de mirarse airadas¹¹⁷,
 vinieron a las manos, dando al viento
 los cabellos y faldas;
 y en tanto arañamiento,
 turbadas de color las esmeraldas,
 maullando en tiple y el gatazo en bajo¹¹⁸,
 cayeron juntas del tejado abajo,
 con ligereza tanta,
 aunque decirlo espanta,
 por ser,— como era, el salto,
 cinco suelos en alto¹¹⁹
 hasta el alero del tejado fines¹²⁰,
 que no perdió ninguna los chapines¹²¹;
 quedando el negro amante¹²²,
 después de tan extraños desconsuelos,
 muerto de risa en acto semejante;
 ¡tan dulce es la venganza de los celos!



¹ ¹⁷ Airadas, iracundas; y con los ojos turbios.

¹ ¹⁸ Tiple es la voz más aguda; bajo es la más grave.

¹ ¹⁹ De altura de cinco pisos. Recuérdese, en la Alhambra, «Siete suelos».

¹ ²⁰ Fines vale aquí término o remate.

¹ ²¹ El calzado con suela de corcho, del que dice Govarrubias que para parecer más altas y apuestas se ponían trece corchos por docena. Como se salen de los pies fácilmente, caer sin perderlos es maravilla.

¹ ²² No le llama negro porque lo fuese, sino por infeliz, triste o infausto. Cuando Finea, en *La dama boba*, enseña el retrato de su prometido, pensando que no es de carne, sino aquello que está allí pintado, dice: «Tomé el negro del marido— que no tiene más de cara».



SILVA III

Distaba de los polos igualmente
 la máscara del sol, y Cinosura¹
 primera cuadrilátera figura²,
 con la estrella luciente
 que mira el navegante³,
 bordaba la celeste arquitectura⁴;
 velaba todo amante
 por el silencio de la noche oscura,
 y en el indiano clima el sol ardía,
 en dos mitades dividido el día⁵;
 cuando, gallardo, Micifuf valiente
 paseaba el tejado de su dama,
 que sangrada en la cama
 la tuvo el accidente
 dos días, que faltó sol al tejado
 y estuvo la cocina sin cuidado,
 no por la altura de los siete suelos⁶,
 mas por el sobresalto de los celos.
 Iba, galán y bravo⁷,
 un cucharón sin cabo,
 destos de hierro, de sacar buñuelos,
 por casco en la cabeza,

que en ella tienen la mayor flaqueza,
 pues no suelen morir de siete heridas,
 por quien dicen que tienen siete vidas⁸,
 y un golpe en la cabeza los atonta;
 así la tienen a desmayos pronta.

¹ «Distaba de los polos» o extremos del eje de la tierra «igualmente la máscara del sol» (porque siendo de noche, el sol se ocultaba como bajo una máscara) y Cinosura, que es la Osa Menor (a quienes los griegos dieron este nombre suponiéndola una ninfa del monte Ida que cuidó de Júpiter en su niñez) Bordaba en el cielo. Elegante manera de afirmar que era de noche.

² Figura de cuatro lados, porque, en efecto, las Osas tienen forma de carro, y por eso se les da también este nombre.

³ Se refiere a la Polar, que está en el extremo de la lanza del carro u Osa Menor.

⁴ Las estrellas puede decirse que bordan el cielo porque son adornos suyos. Celeste arquitectura es, en efecto, la bóveda del cielo.

⁵ Quiere decir que era mediodía en nuestros antípodas.

⁶ Antes dijo que eran cinco; pero le domina la idea de las «siete vidas gato».

⁷ Apócope de galano, airoso. «¡Qué galán entró Vergel!», decía Villamediana de aquel alguacil a quien Lope dedicó *El mejor mozo de España*. Y «¿Que me decís, señora, no ando bravo?», decía Hurtado de Mendoza en su soneto «Pedís, Reina, un soneto; ya le hago».

⁸ Quien con significación y concordancia plural y además significando «lo que». *Las siete vidas del gato*, además del título de una obra de Jardiel Poncela, es un lugar común en casi todas las lenguas del mundo. Entre nosotros también abundan los refranes del mismo sentido: «Gatos y mujeres siete vidas tienen».

Broquel⁹ de cobertera;
 espada de a caballo, que antes era

 cuchillo viejo de limpiar zapatos¹⁰,
 que él solía llamar *timebunt gatos*¹¹;
 y por las manchas de los pies y el anca
 natural media blanca,
 y capa de un bonete colorado¹²
 abierto por un lado;
 plumas de un pardo gorrión, cogido
 por ligereza, pero no por arte.
 Así rondaba el nuevo Durandarte¹³,

galán favorecido,
 porque son los favores de la dama
 guarnición de las galas de quien ama¹⁴.
 Dos músicos traían instrumentos,
 a cuyo son y acentos¹⁵
 cantaban dulcemente;
 y así, llegando del balcón enfrente
 de Zapaquilda bella,
 cantaron un romance¹⁶ que por ella
 compuso Micifuf, poeta al uso¹⁷

⁹ Por broquel llevaba una tapadera.

¹⁰ El barro de las enfangadas calles del setecientos se quitaba con un cuchillo embotado de filo.

¹¹ Nombre que se le dio a la espada: *timebunt gentes*, con aplicación humorística e irreverente del Salmo CI (Et timebunt gentes nomen tuum»). También se la llamaba «la de Juanes», porque eran célebres las espadas de Juan de la Orta, espadero sevillano.

¹² Como el bonete es un gorro de cuatro picos, al abrirle por un lado queda en forma de abanico.

¹³ Personaje del ciclo carolingio. Murió en Roncesvalles y pidió a Montesino, en su último momento, que le sacase el corazón y lo enviara a su amada Belerma (que había tenido, en sueños, revelación de su muerte):

«¡Oh, mi primo Montesino!
 Lo primero que os rogaba,
 que cuando yo fuere muerto
 y mí ánima arrancada,
 que llevéis mi corazón
 adonde Belerma estaba».

Este romance está citado en el *Quijote*. Muy bello es el que dice;

«Muerto yace Durandarte
 debajo una verde haya,
 con él está Montesinos
 que en la su muerte se hallara;
 la fuesa le está haciendo
 con una pequeña daga.
 Desenlásale el arnés;
 el pecho le desarmaba;
 por el siniestro costado
 el corazón le sacaba».

A Durandarte y a uno de sus romances los cita también Lope en *El honrador de su padre*.

¹⁴ Adorno. Dice Liseo, en *La dama boba*: «Ella es loca sobre necio, que es la peor guarnición: decirlo a su padre quiero». En cuanto a galas son trajes, joyas, adornos de lujo; «Que de noche lo mataron – al caballero – la gala de la corte, la flor de Olmedo».

¹⁵ Acento es aquí modulación.

¹⁶ Eso de componer romances en honor de su dama se lo sabía Lope de memoria, que tantos había escrito, sobre todo para Elena Osorio.

que él tampoco entendió lo que compuso.
 Mas, puesta a la ventana
 con serenero de su propia lana¹⁸,
 hasta que Bufalía
 le trujo un rocadero¹⁹
 que por más gravedad y fantasía
 sirvió de capirote²⁰ y serenero,
 y en medio de lo grave
 del romance suave
 les dijo con despejo²¹,
 pareciéndole versos a lo viejo,
 que jácara²² cantasen picaresca²³
 y así, cantaron la más nueva y fresca,
 que, para que lo heroico y grave olviden.

hasta las gatas jácaras les piden²⁴,
 ¡Tanto el mundo de crépito delira
 Aquí se resolvió la dulce lira,
 y en dos lascivos ayes²⁵,
 andolas, guirigayes²⁶
 y otras tales bajezas,
 cantaron, pues, las bárbaras proezas
 y hazañas de rufianes,
 que estos son los valientes capitanes
 que celebran poetas
 de aquellos que, en extremas
 necesidades, viven arrojados
 al vulgo, como perros a leones²⁷;
 que la virtud y estudios mal premiados
 mueren por hospitales y mesones²⁸;
 ¡verdes laureles de Virgilio y Enio²⁹,

¹ ⁷ Poeta al uso quiere decir que era culterano, por lo cual no entendía él mismo sus propios poemas.

¹ ⁸ A la toca para preservarse del sereno o humedad de la noche le llamaban serenero. Sereno, según Covarrubias, es el «aire alterado de la prima noche con algún vapor que se ha levantado de la tierra».

¹ ⁹ Rocadoero le llamaban a una capucha que cubría cabeza y cuello. También se le llama así a la corola o gorro de papel.

² ⁰ Le llama capirote porque era en punta.

² ¹ Soltura, desembarazo.

² ² Romance festivo, con frecuencia desvergonzado y picante.

² ³ Picaresca, porque en esas jácaras se cantaban hazañas de picaros y bandidos, o al menos de bravucones. Su aire picante y desenvuelto agradaba al vulgo, que las pedía mucho, en los corrales de comedias.

² ⁴ Hasta las gatas pedían jácaras, Lope hubo de escribirlas, para el teatro; y Quevedo también escribió muchas.

² ⁵ Por empezar uno de los bailes que acompañaban a las jácaras con un ¡ay, ay, ay!, dice esto Lope, que se refiere sucesivamente a los bailes que solían acompañar tales canciones.

² ⁶ Andolas y guirigayes, otros dos bailes de época, a cuyos sonos se cantaban estos romances vulgares cuyos protagonistas eran mujerzuelas y rufianes.

² ⁷ Los que la necesidad arrastra a complacer al vulgo, sea como sea.

² ⁸ Alusión a que los artistas suelen morir en la mayor pobreza.

² ⁹ Virgilio, alto poeta latino, épico y didáctico, tan imitado y seguido en España como Horacio. Enío, poeta satírico, romano también. Con laurel se corona al poeta, por *ser* árbol consagrado a Apolo; pero la

perecer la virtud y los ingenios!
 Mas, ¿quién le mete a un nombre licenciado
 más que en hablar de sólo su tejado?³⁰
 Que no le dio la escuela más licencia;
 que es todo lo demás impertinencia.
 Cuando aquesto pasaba,
 Marramaquiz estaba
 inquieto y acostado,
 treguas pidiendo a su mortal cuidado³¹;
 pero como el amor le desvelaba.
 díó, de sentido falto,

desde la cama un salto,
 compuesta de pellejos,
 otro tiempo conejos
 que en el Pardo vivían
 y en la cola sus cédulas traían³²
 para seguridad de sus personas;
 mas, ¡ay, muerte cruel! ¿a quién perdonas?
 Saltó, en efecto, como el Conde Claros³³;
 y armándose de ofensas y reparos,
 vino de ronda³⁴ al puesto por la posta³⁵
 por ver si había moros en la costa³⁶,
 y no siendo ilusión el pensamiento
 (que del alma el primero movimiento
 pocas veces engaña),
 no suele débil caña
 en las espadas verdes esparcidas³⁷,
 del aire sacudidas,
 hacer manso ruido
 con más veloz sonido,
 como rugió los dientes³⁸,
 ni entre los accidentes

virtud y el ingenio parecen, a menudo, sin más laurel que la muerte.

³ ⁰ Como si dijera: ¿quién me mete a hablar de esto?

³ ¹ Tregua es descanso en la guerra o en cualquier lucha.

³ ² Siendo el Pardo un coto vedado, la caza en él llevaba cédula, para seguridad de las piezas, lo cual no las libraba de «gatos» (pseudo cazadores con trampa o saco que se llevaban las piezas del vedado).

³ ³ Personaje de romance:

«Media noche era por filo,
 los gallos querían cantar,
 Conde Claros por amores
 no podía reposar...
 salto diera de la cama
 que parece un gavián».

³ ⁴ A pasear o hacer la ronda, por la noche, arreado de todas armas: ofensivas y defensivas.

³ ⁵ Equivale a toda prisa.

³ ⁶ Aunque el diccionario parece asignar a esta frase y precaución», realmente se *dice* «hay moros en la costas, cuando hay galanes.

³ ⁷ Entre las espadañas, plantas con cuyas hojas se hacen esteras y asientos.

³ ⁸ Rechinó los dientes velozmente.

del erizado frío³⁹
 al enfermo sucede

aquel ardor contrario,
 como de ver tan loco desvarío,
 que apenas le concede,
 entre uno y otro pensamiento vario,
 respiración y aliento,
 de la vida instrumento,
 helado y abrasado
 entre ardores y hielos,
 que al frío de los celos
 frígido fuego sucedió mezclado⁴⁰
 que con distinto efeto,
 en un mismo sujeto
 viven, siendo contrarios;
 la causa es una y los efectos, varios.
 Miraba a Zapaquilda en la ventana
 hablando con su amante,
 sin miedo de la luz de la mañana,
 que coronaba el último diamante⁴¹
 del manto de la noche, que iba huyendo,
 y cantando y tañendo⁴²
 los músicos, con tanto desenfado
 como si fuera su tejado el Prado⁴³
 que nunca los amantes
 previnieron peligros semejantes;
 así los embeleca⁴⁴
 Amor, de Ceca en Meca⁴⁵,
 como, olvidado Antonio con Cleopatra⁴⁶,

la gitana de Manfis, que idolatra⁴⁷,

³ ⁹ Frío erizado, el que levanta el vello. En el enfermo el frío es precursor de la calentura. Marramaquiz, como enfermo, se helaba de celos y se abrasaba de coraje. Las paradojas de este tipo son muy comunes en los poetas enamorados.

⁴ ⁰ Frígido fuego es una paradoja del orden de vivo muriendo.

⁴ ¹ Alusión al llamado lucero de la mañana, el último en ocultarse, que entonces se creía que era siempre Venus.

⁴ ² Tocando instrumentos músicos: «Tángovos yo, el mi pandero tángovos yo y pienso en al» (villancico anónimo).

⁴ ³ Había dos: Prado de Atocha y Prado de San Jerónimo. Se refiere a este último, donde los galanes daban música a sus damas que paseaban, a pie o en coche. Era punto de cita, lugar propio para el esparcimiento, pero también para el galanteo. Luego empezó a estilarse prolongar el paseo por el prado de Recoletos hasta la fuente Castellana.

⁴ ⁴ Los engaña con falsas apariencias y artificios.

⁴ ⁵ Del berberísno *azzecaa*, casa; y Meca. Quiere decir de un lado a otro.

⁴ ⁶ Antonio el triunviro olvidó sus deberes por Cleopatra, última representante de la dinastía Ptolomeo.

⁴ ⁷ La llama gitana o egipciana, porque de Egipto se suponía llegados a los gitanos.

«Aunque de godos ínclitos descaldas
 y cuelgues de pirámides gitanas tus armas,

que ciego de su gusto, no temía
 el César, que siguiéndole venía⁴⁸;
 porque si fue romano Octaviano,
 también Marramaquiz era romano⁴⁹;
 y si valiente César y prudente,
 no menos fue prudente que valiente;
 que, en su tanto los méritos mirados,
 César pudiera ser de los tejados.

Como, detrás del árbol escondido,
 mira y advierte con atento oído
 el cazador de pájaros el ramo⁵⁰,
 donde tiene la liga y el reclamo,
 para en viendo caer al inocente
 jilguero, que los dulces silbos siente⁵¹
 del amigo traidor, que le convida
 a dura cárcel con la voz fingida,
 y apenas ve las plumas revolando⁵²
 entre la liga, cuando
 arremete y le quita, no piadoso⁵³,
 sino fiero y cruel; así el celoso

Marramaquiz, atento⁵⁴
 esperaba el primero movimiento
 del venturoso amante, que decía
 con dulce mirlamiento:
 –Dulce señora mía,
 ¿cuándo será de nuestra boda el día?
 ¿Cuándo querrá mi suerte, que yo pueda
 llamaros dulce esposa,
 que entonces para mí será dichosa?
 ¡Ay, tanto bien el cielo me conceda!
 Mas, fue nuestra fortuna⁵⁵

con las águilas romanas
 y despojos de bárbaras contiendas...»

Lope denomina a Cleopatra «la gitana de Menfis» por ironía, pues era engañadora, como las gitanas, y soberana de Menfis, la antigua capital del Egipto.

⁴ ⁸ Una vez más omite Lope la preposición con el acusativo de persona. Trátase del futuro Emperador Augusto, mejor dicho: Octavio, puesto que las denominaciones de César, Imperator y Augusto se refieren a su dignidad. Julio César y Octavio fueron los primeros agraciados con estos títulos, de los cuales César significa Emperador; imperator, general; y Augusto, divino.

⁴ ⁹ Ya dijo en la silva I que Marramaquiz era gato romano. La comparación con Cesar es completa, porque «en su tanto» quiere decir en su número o cuantía de méritos.

⁵ ⁰ Rama que sale de la rama madre, donde ponen los cazadores la materia viscosa que se obtiene" del muérdago y que se llama liga. Para atraer el pajarillo a la liga se coloca el reclamo, otro pájaro amaestrado, que con su canto lo hace acudir, arteramente.

⁵ ¹ El agudo canto del pájaro Teclamo.

⁵ ² Que revuelan o revolotean. La edición príncipe dice *de*, y no *ve*; pero esto no puede menos de ser errata.

⁵ ³ Arremeter, acometer con furia. Y no misericordioso.

⁵ ⁴ En tensión. En cuanto a la falta de apócope en primero es menos ce Tríente el apócope en aquellos tiempos que en nuestros días.

que Júpiter jamás por ninfa alguna,
 aunque se transformaba
 en buey, que el mar pasaba,
 en sátiro y en águila y en pato⁵⁶,
 nunca le vieron transformarse en gato;
 porque si alguna vez gaticuiera⁵⁷,
 de los amantes gatos se doliera.
 Con voz enamorada,
 doliente y desmayada,
 la gata respondía:
 –Mañana fuera el día
 de nuestra alegre boda;
 pero todo mi bien desacomoda⁵⁸
 aquel infame gato fementido⁵⁹,
 Marramaquiz, celoso de mi olvido,
 que en llegando a saber mi casamiento
 hubiera temerario arañamiento,
 y estimar vuestra vida
 me tiene temerosa y encogida;

que es robusto y valiente
 y, en materia de celos, impaciente.
 Mejor será matadle con veneno.
 Aquí, de furia lleno
 respondió Micifuf: –¿Por un villano
 pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
 ¿El, señora, lo estoba?
 ¿Es, por ventura, más que yo valiente?
 ¿Tiene la uña corva
 más dura que la mía⁶⁰,
 o más agudo y penetrante el diente?
 Entre la mostachosa artillería⁶¹,
 ¿qué hueso de la pierna o espinazo
 se me resiste a mí? ¿Qué fuerte brazo?
 ¿Yo no soy Micifuf? ¿Yo no descendo⁶²
 por línea recta, que probar pretendo,

⁵ Aquí fortuna no es buena suerte, sino mala.

⁶ Dice buey por broma, sin duda, y se refiere una vez más al robador de Europa. Las otras transformaciones: pato, por cisne, para Leda; sátiro, para Calixto; águila, para arrebatar por los aires al bello Ganímedes, que juntamente con Hebe sirve a la mesa de los dioses.

⁷ Delicioso compuesto fabricado por Lope. Significa querer a lo gato.

⁸ Quitar la comodidad o empleo.

⁹ Falto de fe o de palabra. La redomada Zapaquilda llama fementido a Marramaquiz, cuando la fementida era ella.

⁰ Las extremidades delanteras de los gatos son de uñas corvas y muy duras.

¹ Llama a los gatos mostachosa artillería porque todos tienen mostachos, es decir: bigotes.

² Graciosa alabanza de los antecesores de Micifuf, parodia de las genealogías que en lardos romances suelen hacer los fanfarrones, en las comedias de la época. Micifuf era descendiente del gato de Noé.

de Zapirón, el gato blanco y rubio
 que después de las aguas del diluvio
 fue padre universal de todo gato?
 Pues, ¿cómo ahora, con desdén ingrato
 tenéis temor de un maullador⁶³ gallina⁶⁴,
 valiente en la cocina,
 cobarde en la campaña⁶⁵,

y referir⁶⁶ por invencible hazaña⁶⁷
 dar a Garraf, un gato mi escudero,
 que, fuera de ser gato forastero
 es agora tan *mozo*,
 que apenas tiene bozo,

una guantada con las uñas cinco,
 si de repente dio sobre él un brinco?
 ¡Qué Cipión del africano estrago!⁶⁸
 ¡Qué Aníbal de Cártago!
 ¡Qué fuerte Pero Vázquez Escamilla⁶⁹
 el bravo de Sevilla!
 Por esos ojos que a la verde falda
 de las selvas hurtaron la esmeralda,
 que si entonces me hallara en el tejado⁷⁰
 que no llevara, como se ha llevado,
 el queso y el relleno.
 Y ¿queréis que le mate con veneno?
 Esa es muerte de príncipes y reyes⁷¹,
 con quien no valen las humanas leyes,
 no para un gato bárbaro, cobarde,
 cuyas orejas os traeré esta tarde⁷²,
 y de cuyo pellejo,

⁶ ³ Que maulla.

⁶ ⁴ Gallina, cuando es adjetivo, cambia de sexo, y toma el masculino. Al revés de lo que quiere significar.

⁶ ⁵ Campo o palestra.

⁶ ⁶ Debe querer decir *referís*, que es la forma verbal que ofrece sentido perfecto.

⁶ ⁷ Hecho heroico. No lo era, según Micifuf, arremeter contra un gato joven, sin sombra de bigote (bozo)

⁶ ⁸ El jarameño, de media luna armado (porque esta forma tienen sus cuernos), arremete contra el caparazón o cubierta de las caballerías, que en las fiestas era bordado y muy lujoso.

⁶ ⁹ Uno de los bravos o jaques sevillanos, que, en unión de su camarada, el poeta Alonso Álvarez de Soria, murió en la horca, pero muy estimado y reverenciado de todos cuantos pertenecieron por entonces a lo que pudiera llamarse su cofradía.

⁷ ⁰ El gato jura por los bellos ojos de Zapaquilda, aunque en la expresión o fórmula del juramento falte el verbo.

⁷ ¹ Menudean en los historiadores las acusaciones de envenenamiento: a propósito del príncipe de Viana; de su hermana doña Blanca; de Blanca de Borbón, la esposa de Pedro I, el Cruel; de los hijos de Catalina de Médicis. Rara es la muerte repentina o dolorosa que no se achaque a veneno, durante la Edad Media y el principio de la Moderna, y hubo familias, como los Médicis y los Borjas, particularmente inculpadas por este motivo.

⁷ ² Esto de ofrecer las orejas de infieles y rivales es muy corriente en las obras de la época. Véase El *valiente Céspedes*, del mismo Lope.

si no me huye con mejor consejo⁷³,
haré, para comer con más gobierno,
una ropa de martas este invierno⁷⁴

Aquí Marramaquiz, desatinado,
cual suele arremeter el jarameño⁷⁵
toro feroz, de media luna armado,
al caballero, con airado ceño
(andaluz o extremeño,
que la patria jamás pregunta el toro),
y por la franja del bordado de oro
caparazón⁷⁶, meterle en la barriga
dos palmos de madera de tinteros⁷⁷,
acudiendo al socorro caballeros
a quien la sangre o la razón obliga,
al caballo inocente, que pensaba
cuando le vio venir, que se burlaba.
–¡Gallina Micifuf!– dijo furioso,
el hocico limpiándose espumoso.
Blasonar en ausencia⁷⁸
no tiene de mujeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz; yo, noble al doble
de todo gato de ascendiente noble⁷⁹.
Si tú de Cipión, yo de Malandro,
gato del macedón Magno Alejandro⁸⁰
desciendo, como tengo en pergamino⁸¹,
pintado de colores y oro fino,
por armas un morcón⁸² y un pie de puerco,
de Zamora ganados en el cerco,
todo en campo de golas⁸³,
sangriento más que rojas amapolas,
con un cuartel de quesos asaderos⁸⁴,
róeles⁸⁵ en Castilla los primeros.

⁷ ³ Parecer, dictamen.

⁷ ⁴ De abrigo.

⁷ ⁵ Toro que se cría en las orillas del Jarama.

⁷ ⁶ El jarameño, de media luna armado (porque esta forma tienen sus cuernos), arremete contra el caparazón o cubierta de las caballerías, que en las fiestas era bordado y muy lujoso.

⁷ ⁷ De cuerno se hacían los tinteros entonces. Y además estaña feo nombrar los cuernos, y se decía, como de otras frases poco decentes, «con perdón», o se les nombraba con eufemismo: «madera de tinteros». Los caballeros acudían al socorro del caballo por la obligación o parentesco que tenían con el dueño.

⁷ ⁸ Hacer ostentación de alguna cualidad.

⁷ ⁹ Recuérdense los ampulosos desafíos de la *Ilíada*.

⁸ ⁰ Hijo de Filipo y tercero de su nombre en el trono macedón, extendió su imperio hasta la India. Es el protagonista de nuestro *Poema de Alexandre*.

⁸ ¹ Piel adobada y estirada. Porque en ellas se escribían las ejecutorias de hidalguía, se dice pergamino a éstas. Las ejecutorias suelen llevar miniaturas en colores y oro, tal como dice Marramaquiz.

⁸ ² Por armas, o por escudos de armas, un morcón: morcilla muy gorda, hecha del intestino ciego del puerco.

⁸ ³ Lope decía habitualmente *golas*, en vez de *gules*, que en heráldica es el color rojo.

⁸ ⁴ Cuarteles son las divisiones del escudo. En una de ellas tenía Marraquiz quesos asaderos.

⁸ ⁵ A los quesos asaderos llama róeles, pieza redonda del blasón, muy parecida a un queso,

No fueron en cocinas mis hazañas,
 sino en galeras⁸⁶, naves⁸⁷ y campañas⁸⁸;
 no con Garraf, tu paje:
 con gatos moros, las mejores lanzas;
 que yo maté en Granada a Tragapanzas,
 gatazo abencerraje,
 y cuerpo a cuerpo, en Córdoba, a Murcifo,
 gato que fue del regidor Rengifo⁸⁹,
 y de dos ñaradas
 deshice a Golosillo las quijadas,
 por gusto de una miza, mi respeto⁹⁰,
 y le quité una oreja a Boquineto,
 gato de un albañil de Salobreña⁹¹;
 la cola en Fuentidueña⁹²
 quité de un estirón a Lameplatos,
 mesonero de gatos⁹³,
 sin otras cuchilladas que he tenido,
 y la que di a Garrido,
 que del Corral de los Naranjos era⁹⁴,
 por la espada primera
 único gaticida⁹⁵.
 Pero es hablar en cosa tar sabida
 decir que el tiempo vuela y no se para,
 que no hay cara más fea que la cara
 de la necesidad, y la más bella
 aquella del nacer con buena estrella,

 que alumbra el sol y que la nieve enfría,
 que es obscura la noche y claro el día⁹⁶.
 Esa gata cruel, que me ha dejado
 por tu poco valor, verá muy presto⁹⁷,
 siendo aqueste tejado

efectivamente.

⁸ ⁶ Embarcación de vela y remo en la *que* servían los delincuentes y prisioneros árabes y turcos. Véase el romance de Góngora «Amarrado al duro banco».

⁸ ⁷ Barcos, también vela.

⁸ ⁸ Servicios militares, en el campo.

⁸ ⁹ Todo esto es una graciosísima imitación de las vanaglorias que solían ensartar los valentones de la época. *Dios* haberse peleado con gatazos abencerrajes (de noble linaje moro), por alusión a los célebres conjurados de este nombre muertos en Granada; con el gato de un Regidor o miembro del Concejo.

⁹ ⁰ Es voz de germanía y designa a la mujer no digna de respeto precisamente.

⁹ ¹ Villa de la provincia de Granada, en la costa.

⁹ ² No sabemos si es Fuentidueña de Segovia o Fuentidueña de Tajo, provincia de Madrid, en la carretera de la capital a Castellón de la Plana.

⁹ ³ Dueño de un mesón para gatos.

⁹ ⁴ Puede referirse al célebre patio de la Mezquita cordobesa, aunque también se llama así al de la Catedral sevillana. Lope debía de conocer mejor este último.

⁹ ⁵ Por ser la primera espada o el primer espada, era único matagatos.

⁹ ⁶ Colección de epítetos perogrullescos, para demostrar Marcáis que él dice es tan evidente como todo eso.

⁹ ⁷ Pronto, al instante.

el teatro funesto⁹⁸,
 cómo te doy la muerte que mereces
 porque mi vida a Zapaquilda ofreces,
 llevando tu cabeza presentada⁹⁹
 a Micilda, que es ya mi prenda amada;
 Micilda, que es más bella,
 que al vespertino sol cándida estrella¹⁰⁰,
 Venus, que rutilante¹⁰¹
 es de su anillo espléndido diamante.

Esta sí que merece la fe mía¹⁰²,
 mi constancia, mi amor, mi bizarría;
 que no gatas mudables¹⁰³,
 que si por su hermosura son amables¹⁰⁴,
 son por su condición aborrecibles,
 amigas de mudanzas e imposibles.
 Aquí sacó la espada ruginosa¹⁰⁵
 de la vaina mohosa,
 y a los golpes primeros
 se llamaron fulleros¹⁰⁶,

si bien no hay deshonor desenvainada¹⁰⁷
 y Zapaquilda, huyendo,
 del súbito temor la sangre helada,
 dejóse el serenero en el tejado.
 Los músicos, en viendo
 el belicoso duelo comenzado¹⁰⁸,
 huyeron, como suelen,
 que no hay garzas que vuelen¹⁰⁹
 tan altas por los vientos,
 dicen que por guardar los instrumentos,

⁹⁸ Teatro vale aquí lugar donde ocurre alguna cosa.

⁹⁹ Ofrecida como un presente.

¹⁰⁰ Al sol del véspero, al crepúsculo de la tarde.

¹⁰¹ El lucero de la tarde no siempre es Venus, aunque así lo creyera Lope. De todos modos, la imagen es muy bella; como aparece cuando aún no han muerto los rayos del sol, de su anillo viene a ser espléndido diamante.

¹⁰² Mi crédito o que yo le dé crédito.

¹⁰³ 103 Tornadizas, volubles.

LEONOR. Perdonad,
 que ya perdió de alcanzarme
 la ocasión vuestro cuidado.

D. GARCÍA. ¿Cómo, cruel, te has mudado tan presto?

LEONOR. Por mejorarme. (Alarcón.)

¹⁰⁴ Dignas de ser amadas.

¹⁰⁵ Mohosa o con orín.

¹⁰⁶ Fullero es el que hace trampas en el juego; pero como empieza con fu, parece insulto propio de gatos.

¹⁰⁷ Quiere decir que una vez desenvainadas las espadas en el campo, no hay deshonor en los insultos, según la pintoresca ley del duelo.

¹⁰⁸ Belicoso, guerrero.

¹⁰⁹ Ave zancuda muy común en España.

y mil razones tienen,
 pues que sólo a cantar en ellos vienen;
 que mal cantara un hombre si supiera
 que había luego de sacar la espada,
 que tanto el pecho altera,
 ni pudiera formar la voz, turbada;
 que hay mucha diferencia, si se mira,
 en dar en los broqueles, o en las cuerdas,
 pasar la espada el pecho, o por la lira
 el arco, hiriendo las pegadas cerdas¹⁰.

Andaba entonces Guruguz de ronda¹¹

con una escuadra vil de sus esbirros¹²,
 cuyo abuelo, nacido en Trapisonda¹³,
 curaba hipocondríacos y cirros¹⁴,
 y viéndolos andar a la redonda¹⁵

como si fueran Césares o Pirros¹⁶
 los dos valientes gatos,
 con fuerte anhelo descansando a ratos,
 llegaron a ponerse de por medio,
 que fue difícil, pero fue remedio.
 Mas, como respetar a la justicia
 de gente principal respeto sea,
 y lo contrario bárbara malicia,
 luego Marramaquiz rindió la espada¹⁷;
 ¿quién habrá que lo crea?
 Mas, viendo Guruguz que no quería
 que el amistad quedase confirmada¹⁸,
 sino permanecer en su porfía¹⁹,
 llevólos a la cárcel, enojado²⁰,
 cuando Febo dorado

¹⁰ En efecto: no es lo mismo pasar la espada el pecho, que el arco las cuerdas. Refiérese a una lira que se tocaba con un arquillo, según Covarrubias, y no a la lira primitiva, tocada con la mano. El llamarla pegadas a las cerdas, por otra parte, debe de obedecer a que el arco se pasa por un pedazo de pez rubia o resina amarilla llamada colofonia.

¹¹ Aquí no se emplea rondar en el sentido de pasear al sereno, como anteriormente, sino de estar de guardia, paseando y vigilando.

¹² Soldados mandados por un cabo, que en este caso era un grupo de gatos alguaciles. Esbirro es el alguacil, cuyo oficio es prender.

¹³ Sustantivo común convertido en propio. Trapisonda es enredo, y decir que había nacido en Trapisonda equivale a decir que era un lioso.

¹⁴ Hipocondríaco, el que padece hipocondría, tristeza habitual; y cirro, del latino scirro, tumor duro, indolente y de naturaleza particular, el cual se forma en diferentes partes del cuerpo.

¹⁵ Los que pelean con espadas o florete suelen ir desplazándose lateralmente, hasta dar vueltas a la redonda, como aquí dice.

¹⁶ Cual si fuesen emperadores romanos o monarcas griegos. Pirro citado anteriormente.

¹⁷ Entregó la espada.

¹⁸ Más lógico que en el uso actual es este artículo masculino, que usa Lope, ante amistad. Por empezar con a, así debe usarse, como hoy continua haciéndose con alma, hacha, etc.

¹⁹ Disputa, riña.

²⁰ Enfadado, incomodado. «Detente, enojado, no me azotes mas», cantan en el patio de Monipodio.

asomaba la frente
por las ventanas del rosado Oriente,
como si azúcar fuera¹²¹, y de colores
en campo verde iluminó las flores.



¹ ²¹ Entonces el azucarillo podía ser rosado, hecho con agua de esencia de rosas. Por otra parte, lo que dice de Febo es que *dorado* asomaba la frente *como si azúcar fuera*, y, en efecto, Febo podía ser entonces dorado como azúcar, porque no se conocía otro que el de caña, de coloración amarillo tostado.



SILVA IV

Quien dice que el amor no puede tanto,
 que nuestro entendimiento
 no puede sujetarle, es imposible
 que sepa qué es amor, que reina en cuanto
 compone alguna parte de elemento¹
 en el mundo visible.
 ¡Oh fuerza natural incomprensible!,
 que en todo cuanto tiene
 una de las tres almas,
 a ser el alma de sus almas viene²
 ¿Quién no se admira de mirar las palmas
 en la región del África desnuda,
 cuando su fruto en oro el color muda,
 con solo aquel ardor vegetativo
 amarse dulcemente?³
 Que en lo demás que siente⁴,
 no es mucho que de amor el fuego vivo
 imprima sentimiento
 y natural deseo
 con lazos de pacífico himeneo⁵.
 La fiera, el ave, el pez en su elemento,
 todos aman y quieren
 por la razón de bien, lo que es amable,
 pues ama lo que es sólo vegetable⁶.

Si de ningún sentido, el bien infieren,
 entre las cosas que por él adquieren
 algún conocimiento⁷
 (perdonen cuantas aves y animales
 de su distinto gozan elemento)⁸,

¹ Aquí no se refiere Lope al principio físico-químico que entra en la composición de los cuerpos, sino a los cuatro elementos conocidos de los antiguos: tierra, aire, agua y fuego. Quiso significar que el amor reina en los componentes de estos cuatro elementos.

² Las tres almas de la filosofía antigua eran: sensitiva, vegetativa y racional. Esta teoría parte de Aristóteles en su tratado *De ánima*.

³ Con poética ternura hizo esta misma referencia Federico Balart: «Esas pobres palmeras, que separadas –se miran silenciosas y enamoradas». Ardor vegetativo vale aquí por apasionamiento de los vegetales.

⁴ En las demás cosas que sienten. El valor de colectivo del artículo neutro, se manifiesta aquí claramente.

⁵ Himeneo, unión, casamiento. Llámase así porque el dios Himeneo, hijo de Baco y Venus, lo presidía con su luciente antorcha.

⁶ Todos los entes dotados de sentimiento aman lo que es amable, porque les está bien, y ama hasta lo que es sólo vegetable, que no vive propiamente, sino que vegeta.

⁷ No comprenden el bien las aves y animales, aunque por el amor adquieran algún conocimiento.

⁸ No quiere esto decir que gocen de distinto elemento del suyo propio; aquí distinto está en la

ningunas son iguales
 en amor a los gatos,
 exceptando las monas,
 que hasta en esto se precian de personas,
 y ya que no en esencia, en ser retratos⁹;
 porque acontece con el hijo al pecho
 abrazalle con lazo tan estrecho,
 que le hacen exhalar la sensitiva
 alma vital¹⁰. Así el amor les priva¹¹,
 que fue en la estimativa conocido
 del natural sentido¹²;
 y si por opinión crítico alguno
 tiene que amor tan loco
 no puede haber en animal ninguno,
 váyase poco a poco
 al africano Tetuán¹³, adonde
 verá cómo, a los árboles trepando
 está del hombre semejanza propia,
 de que hay allí gran copia¹⁴,

ya sale con el hijo ya se esconde.
 y a los que van y vienen caminando,
 con risa de monesco regocijo¹⁵,
 muestra el peloso hijo¹⁶.

acepción de claro, inteligible.

⁹ Remedos.

¹ ⁰ Quiere decir que lo ahogan.

¹ ¹ Debiera decir las; pero acaso la explicación está en la nota siguiente.

¹ ² Siendo estimativa la facultad anímica de jugar el aprecio que merecen las cosas, o sea, el instinto, hay que interpretar: Así el amor les priva el natural sentido, que fue por instinto conocido.

¹ ³ Varias veces cita Lope en esta obra la ciudad de Tetuán, por donde debió pasar en sus breves campañas guerreras.

¹ ⁴ Gran abundancia. Es curioso que este párrafo tenga correspondencia con el de una obra bien moderna: *Vinieron las lluvias*, de Luis Bromfield, Primera Parte, cap. X: «Debían ser unos treinta o cuarenta, hembras todos, excepto el gran mono que, sentado solemne mente en lo alto de la pared, parecía montar guardia por si se presentaba algún peligro. Había asimismo una docena de monos jóvenes de todas las edades, desde los llegados ya a cierto grado de desarrollo, hasta los que se agarraban aún a los cuellos de sus madres. A uno de ellos, que podía tener de cinco a seis días, le enseñaban a andar. La madre estaba sentada sobre sus ancas, mientras que otra mona, seguramente una tía, permanecía en cuclillas a un metro de él, tendiéndole los brazos. De pronto, la madre se deshizo del pequeño, que estaba agarrado a su cuello, con un ligero empujón. El mono volvió a ella inmediatamente, pero la mona madre le dio un segundo empujón, al que siguió un nuevo movimiento hacia ella. Irritada la madre le dio por fin una sonora bofetada. El pequeño empegó a chillar y se las compuso como pudo para dar algunos pasos; volvió ella a zurrarle y de nuevo intentó él dar dos pasos más; ahora se encontraba más cerca de su tía que de su madre. Inmóvil y perplejo, el pequeño miraba ora a la una ora a la otra, con una expresión de cómico aforamiento en su minúscula cara; hasta que, en el primer instante de decisión de su vida pudo apreciar que la que estaba más cerca era su tía y caminó con pasos inseguros hacía ella. Se le permitió descansar unos momentos en el regazo de la tía, tras los cuales ésta, con firmeza, lo puso de nuevo en pé, lo empujó una vez más, y al volverse él hacia ella, le dio una zurra, por lo que se vio obligado a correr hacia su madre, que le recibió en sus brazos, le estuvo acariciando y le consoló con un hermoso párrafo en lenguaje simiesco». Aunque escrito con menos realismo, esto era lo que había observado Lope; claro está que si hubiese aducido tantos detalles, los críticos de su época le habrían llamado embustero, y porque él así lo presume les dice que se vayan a África poco a poco.

¹ ⁵ Alegría de monos. Son animales muy vocingleros y alborotadores, por lo cual dan la sensación de estar casi siempre de regocijo.

¹ ⁶ El hijo de la mona es naturalmente peludo, como ella. Lope prefiere el derivado peloso, que tiene

Mas, fuera disparate,
 si no es que en ellas trate¹⁷,
 ir, por ver una mona,
 hasta el África un hombre;
 que si de Tito Lívio llevó el nombre
 muchos hombres a Roma, fue corona
 de los historiadores¹⁸;
 que sólo aquellas cosas superiores.
 dignas por fama de admirable espanto¹⁹
 es bien que cuesten tanto,
 como ver a Venecia...

perche qui non la vede non la precia²⁰;
 que al cielo desde el agua se avecina²¹,
 y en góndolas por coches se camina²²,

Los gatos, en efeto,
 son del amor un índice perfeto²³,
 que a los demás prefiere²⁴,
 y quien no lo creyere,
 asómese a un tejado
 con frías noches de un invierno helado,
 cuando miren las hélices nocturnas²⁵
 las estrelladas urnas²⁶
 del frígido Acuario²⁷;
 verá de gatos el concurso vario²⁸,

pelos (como garboso, el que tiene garbo), quizá con precisión meticulosa, pues el más empleado hoy, que es peludo, indica el que tiene pelo con exceso (como cabezudo, el que tiene mucha cabeza) y el mono no es sobrado de pelo, aunque lo tenga.

¹ A menos que trate en monas, que con ellas comercie.

⁸ Tito Lívio, historiador romano de la época de Augusto, quería en sus anales, también llamados Décadas, levantar un monumento a las virtudes romanas, escribiendo la historia de su pueblo desde los orígenes hasta Augusto. Parece ser que el visitante de Tito Livio fue uno sólo: un español, según Plinio el Joven, en una de sus epístolas.

⁹ Dignas de admiración. Es acepción poco corriente en la actualidad; pero no era rara en la edad de oro.

² No vale la pena enmendarle la plana a Lope poniendo el reirán en correcto italiano (perche chi non a vede non a prezzia). Se entiende perfectamente y es una graciosa cita en alabanza de la entonces tan traída y llevada república veneciana, ardiente enemiga nuestra.

¹ Se aproxima al cielo desde el agua. Venecia, a la orilla de su golfo está formada por islas, unidas entre sí por medio de puentes y surca canales.

² La góndola, embarcación estrecha, de un solo remo, es típica de los canales venecianos. Un tiempo fueron multicolores; pero después negras, flotantes ataúdes.

³ Señal o indicio.

⁴ Da la preferencia; pero aquí vale por excede o aventaja.

⁵ Hélice, además de su acepción de espiral, indica la curva que en la superficie de un cilindro recto, formando ángulos iguales con todas las generatrices. Aquí se trata de los ejes planetarios que miran al signo correspondiente del zodiaco. Probablemente se trata de las Osas Mayor y Menor, que giran en torno del Polo Norte.

⁶ Vaso o caja de cristal.

⁷ Constelación zodiacal. Del latino Aquarius, signo undécimo del Zodiaco. La Tierra entra bajo el signo de Acuario hacia el 21 de enero y permanece hasta el 19 de febrero. Es época de noches despejadas, estrelladísimas, por lo cual bien puede llamarse al cielo, en esas noches, rutilante urna de estrellas. Como además es el período más crudo del año, le denomina frígido Acuario. Finalmente, es el tiempo que están en celo los gatos, y cuando mejor puede observarse lo que el Fénix dice, con tanto gracejo como poético lujo de metáforas.

⁸ Reunión variada.

por los melindres de la amada gata²⁹,
 que sobre tejas de escarchada plata³⁰
 su estrado³¹ tiene puesto,
 y con mirlado gesto
 responde a los maulllos amorosos
 de los competidores,
 no de otra suerte, oyendo sus amores,
 que Angélica la bella³²
 de Ferragut y Orlando³³,
 amantes belicosos,
 cuando andaban por ella
 sin comer y dormir acuchillando
 franceses y españoles,
 de que no se le dio dos caracoles³⁴
 ¿Qué cosa puede haber con que se iguale
 la paciencia de un gato enamorado,
 en la canal³⁵ metido de un tejado,
 hasta que el alba sale,
 que en vez de rayos coronó el oriente
 de carámbanos fríos la frente?
 Pues sin gabán, abrigo ni sombrero
 Febo oriental le mirará primero
 que él deje de obligar con tristes quejas
 las de su gata rígidas orejas³⁶
 por más que el cielo llueva

mariposas de plata cuando nieva?³⁷

Mas, dejando cansadas digresiones

que el Retórico tiene por viciosas³⁸,

² ⁹ Delicadeza afectada. *Los melindres de Belisa* tituló el Fénix una de sus obras. Dice en ella Belisa: «Flora, aquellas celosías – los ojos me han afrentado» Flora: «¿Cómo?» Belisa: «En las niñas me han dado – de palos.» Flora: «¡que niñerías!» En una letrilla anónima, festiva, dice así: «Miren en qué he dado, que es cosa donosa, – que ando enamorado – de una melindrosa. – Es mi niña amada – de tal condición, – que estuvo oleada – de ver un ratón, – y un año ha durado – andar temerosa; – y ando enamorado – de una melindrosa.»

³ ⁰ La helada cubre de escarcha las tejas, haciéndolas semejantes a la plata.

³ ¹ Sala en que las mujeres recibían las visitas y también tarima con almohadones o asientos, donde las damas hacían labor y charlaban. De Casilda, la mujer de Peribáñez, dice Lujan, en el acto II, que hacía «labor en un limpio estrado, – no de seda ni brocado, – aunque pudiera tenerlo, – más de azul guadamecí».

³ ² Angélica la bella, princesa africana inventada por Bojardo, para suponer enamorado de ella a Orlando, el grave personaje del ciclo carolingio, sobrino de Carlomagno y uno de los doce pares. Cantaron la hermosura de Angélica, en España, Quevedo, Barahona y Góngora, entre otros.

³ ³ Ferraut o Ferrau peleó, efectivamente, con Orlando, en el Canto III del Poema de Bojardo. Por eso les llama «belicosos».

³ ⁴ De que por de lo cual. Que a Angélica no le importó nada.

³ ⁵ Conducto para el agua, en los tejados. El tiempo en que los gatos enamoran es tan frío, que con razón alega el poeta, en honor de la paciencia de estos felinos, que al alba no se corona de rayos el Oriente, sino de carámbanos, pedazos de hielo largos y puntiagudos como estalactitas.

³ ⁶ La edición príncipe dice *gatarizadas*, como si fuese palabra inventada para llamar a la gata matador de gatos, puesto que la palabra recuerda homicida. No obstante, por respeto a una mayor autoridad, hemos adoptado la lectura de Quintana.

³ ⁷ Llamar mariposas de plata a los copos de nieve, es una atrevida cuanto elegantísima metáfora. La imaginación del Fénix campea victoriosa en esta obra – como en ninguna, pues libre del patrón obligado de la comedia, encuentra ancho campo y toma vuelos insospechados.

aunque en breves paréntesis gustosas,
 presos los dos gatíferos campeones³⁹,
 por no querer hacer las amistades
 y responder soberbias libertades⁴⁰,
 dicen que Zapaquilda
 y la bella Micilda
 tapadas de medio ojo⁴¹,
 con sus mantos de humo⁴²,

que es llegar a lo sumo⁴³
 de un amoroso antojo⁴⁴,
 fueron a ver sus presos;
 que en tanta autoridad tales excesos⁴⁵
 parecen desatino.
 En fin, Micilda enamorada vino,
 con que toda objección amor responde;
 así la infanta doña Sancha⁴⁶ al conde

³ ⁸ El Retórico por antonomasia es Quintiliano, que, en efecto, condena las disgresiones en el Libro II de sus *Instituciones oratorias*; pero lo mismo hace Horacio en su *Epístola ad Pisones*. Me inclino a creer que Lope pensaba en este último.

³ ⁹ Campeones de gatos, héroes, jefes o caudillos.

⁴ ⁰ Altiveces, malas contestaciones. Dice Matos Fragoso, en *El galán de su mujer*: «Apartad, que es mucha esa libertad.» Don Juan: «Más es vuestro sufrimiento.»

⁴ ¹ Con un solo ojo descubierto. Lope, en *Más pueden celos que amor*, dice el acto I):
 «Verdad es que hay unos mantos
 que, dejando descubierta
 sólo una ceja y un ojo,
 no hay tan armada escopeta
 que tantas almas derribe.»

⁴ ² Era el manto un extenso pedazo de tela rectangular, oval, alargado o de otras varias formas, pero siempre muy amplio, que llevaban las mujeres sobre los vestidos y cubría de pies a cabeza. Es de procedencia oriental y aún lo llevan las mujeres indias con suprema distinción, y, a juzgar por relieves arquitectónicos y decoraciones cerámicas, usábanlo griegas y romanas con no menor gracia. En España aparecen los mantos, en la literatura, durante la edad de oro, sin que falten alusiones esporádicas anteriores, como la del romance de Rico Franco: «Cortaré fitas al manto – que no son para traer». Indica esto que en la época del romance los mantos llevaban cintas, a la manera francesa del siglo XIII. En la edad de oro, los mantos servían para encubrir la personalidad de las damas, hasta el punto de hacer Moreto que un hermano (*No puede ser...* especie de proverbio dramático) acompañe a una tapada, que es su hermana, a casa del galán con quien ella quiere casarse, sin reconocerla. Como el manto se prestaba a contusiones en las que tanto padecía la moral, una premática regia impuso a las mujeres de mal vivir el manto pardo. Las damas lo llevaban de humo, confeccionado en seda negra, transparente; de soplillo, aún más costoso y rico; de tafetán bordado, que por clarearse bastante se usó más por lujo y gala que por honestidad y disimulo. Francisco de Leiva Ramírez de Arellano escribe, en la decadencia de nuestro teatro, *El socorro de los mantos*, pieza en la que, con agobiadora confusión, se hace pasar a unas damas por otras, a favor del anónimo del manto. Nuestros clásicos satirizaron contra él tanto como contra el guarda-infante. Que el manto era prenda de distinción lo prueba *El cuerdo en su casa*, de Lope, donde el protagonista se niega a que lo use su mujer, porque es labradora. Baltasar del Alcázar alude al manto en una de sus sátiras más picantes: «sí te trae del mercadillo – saya y manto de soplillo...»

⁴ ³ Extremo, punto más elevado.

⁴ ⁴ Capricho.

⁴ ⁵ También en *El socorro de los mantos* dice la criada, cuando se dispone a hacerse pasar por su señora: «Aunque de prestado es, – me envaino en autoridad – infúndame gravedad – la hinchazón de un portugués.»

⁴ ⁶ Debe de haber una confusión: aunque el conde Garcí Fernández, casada con la francesa doña Argentina, que le abandonó huyendo con un compatriota, estuvo en Francia, donde mató a los adúlteros, y se casó nuevamente con una doña Sancha, hija del muerto, que a la postre no resultó mejor que su madrastra, no creemos que se refiera a esto Lope, sino a la leyenda de Fernán González, que es a quien su mujer, otra doña Sancha, libertó de la prisión por el procedimiento de cambiar con él de traje. Pudo, citando de memoria,

Garcí Fernández, preso, visitaba,
 en la oscura prisión⁴⁷ del rey su padre,
 dicen que con deseos de ser madre,
 que había días que sin él estaba.
 Cada cual de las dos imaginaba
 que la otra venía
 por el que ella quería,
 y con este engañado pensamiento,
 que nunca tienen mucho fundamento
 los celos, comenzaron a mirarse
 en manifestación de sus enojos,
 tirándose relámpagos los ojos.
 ¡Oh quién las viera entonces levantarse
 sobre los pies derechas⁴⁸,
 a ver si eran verdades las sospechas,
 y de ser descubiertas recatarse⁴⁹;
 condición de los celos, esconderse,

quererse declarar, y no atreverse!
 Que como son desprecio del paciente⁵⁰,
 huye de que se entienda lo que siente,
 que amor siempre se tuvo por nobleza,
 y los celos por acto de bajeza,
 como si amor pudiese estar sin celos,
 que más pueden estar sin sol los cielos;
 testigo Juno⁵¹ y Procris⁵² a quien llora
 Céfalo por los celos de la Aurora.
 En fin, después de sufrimiento tanto,
 quitó Micilda de la cara el manto
 a la siempre celosa Zapaquilda,
 y ella, echando las uñas a Micilda,
 con el rebozo, el moño⁵³.

confundir relatos de la Crónica General.

⁴ ⁷ Oscura por oscura, frecuente vulgarismo, usado aún.

⁴ ⁸ Graciosa observación sobre la manera de acometerse los gatos, que, alzándose sobre las patas traseras, bufan y se fulminan con la mirada, sin llegar a atacarse.

⁴ ⁹ En el sentido de esconderse o no darse a conocer, se emplea en el ya citado *Socorro de los mantos*, escena fina): Don Diego: «—¿Leonor es? Sí; que no en balde – se recataba de mí.»

⁵ ⁰ El que sufre. Eso de que los celos avergüenzan a quien los padece es casi lugar común en la literatura.

⁵ ¹ La esposa de Júpiter es modelo de mujeres celosas; pero sus celos nunca fueron sin fundamento. Con frecuencia tomó venganza de sus rivales (como lo hizo con Io, enviando contra ella un tábano) e intentó destruir el fruto de esos amores (enviando unas serpientes contra Hércules, cuando aún estaba en la cuna) y hasta se vengó de los terceros e intermediarios (por ejemplo, dejando muda a Eco).

⁵ ² Procris, esposa de Céfalo. Céfalo, rey de Tesalia, hijo de Mercurio, a quien raptó Aurora. Este mito parece personificar el momento en que la estrella de la mañana desaparece, cual si la hubiera raptado la Aurora. Procris, celosa de Aurora, espiaba a Céfalo, y éste, al notar que se movía la enramada donde estaba escondida, creyendo habérselas con una fiera, disparó una flecha y mató a Procris. Dio su nombre a la isla de Cefalónica y fue ascendiente de Alertes y de Ulises.

No suele por los fines del otoño
 quedar la vid ñudosa en los sarmientos
 de los marchitos pámpanos robada⁵⁴,
 sin resistencia a los primeros vientos
 que con nevado soplo y boca helada
 Cierzo dejó cadáver, con la fiera⁵⁵

mano que floreció la primavera,
 como las dos quedaron en la rifa⁵⁶;
 ni Fátima y Jarifa
 por el abencerraje Abindarráez⁵⁷,
 ni por Martín Peláez⁵⁸,
 que del Cid heredó la valentía,
 doña Urraca⁵⁹ y María de Meneses⁶⁰,
 aquella a quien pedía
 con palabras corteses
 las nueces su galán, si no bailaba,
 así celoso amor las provocaba.
 En fin, a puros tajos y reveses
 de las rapantes uñas aguileñas⁶¹,
 desmoñadas las greñas⁶²
 y el solimán raído⁶³,
 quedaron desmayadas sin sentido,
 haciendo cada cual la gata – morta⁶⁴.
 No fue con esto la prisión más corta;
 pero salieron della finalmente;
 que el tiempo, con los bienes o los males,

⁵ ³ Micilda quitó a Zapaquilda de la cara el manto; y ésta quitó a Micilda, con el rebozo, el moño. Rebozo se le dice al manto cuando cubre la cara, cuando es corto, y también rebociño, que es algo análogo a la mantilla española actual. El rebozo o rebociño se hacía de telas ricas, con cantos de terciopelo o de terciopelo todo él; la gente modesta lo llevaba de grana, dándole el nombre de mantellina, usada aún en muchos pueblos de Aragón y del Norte de España. En *El cuerdo en su casa*, de Lope, hay alusiones a ambas cosas. Mondragón presenta a la labradora Antona un rebociño, con que la obsequia su vecina, y el marido de Antona lo rechaza porque ya le están haciendo una mantellina.

⁵ ⁴ Nudosa, palatalización inicial muy corriente. Robada, por despojada de los marchitos pámpanos.

⁵ ⁵ Cierzo, viento Norte, con su fiera mano dejó cadáver la vid. En la edición príncipe, cierto.

⁵ ⁶ Contiende, riña.

⁵ ⁷ Personajes de la novela *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*, excepto Fátima, que quizá figure en alguna de las variantes de esta novelita.

⁵ ⁸ Personaje del Romancero; sobrino del Cid, a lo que parece.

⁵ ⁹ La infanta doña Urraca parece haber tenido corazón frágil; quien la supone enamorada del Cid, como Guillen de Castro; quien del sobrino del Cid, como aquí Lope; sin contar otras más complejas debilidades que apuntan los historiadores.

⁶ ⁰ María de Meneses es el nombre de un baile, en el que figuraba como estribillo o cosa análoga el «echad acá mis nueces», según el propio Lope dice en la parte II de *Los Tello de Meneses*: «Primeramente a mí hermana, – ni en público ni en secreto – la habéis de llamar infanta, – sino Elvira de Meneses. Mendo: «Baile, señora, te han hecho; – sólo echad acá mis nueces – faltaba en ese decreto.»

⁶ ¹ Rapantes, de rapar, que rapan; y aguileñas, corvas, como de águila.

⁶ ² Sin moños las greñas o mechones de cabello.

⁶ ³ Afeites muy antiguos, el solimán y el albayakle, para estirar y blanquear el cuero, respectivamente.

El doctor Laguna habla de estos afeites reprobatoriamente, porque eran nocivos.

⁶ ⁴ Según Covarrubias, es afectar santidad y humildad.

dejando siempre atrás todo accidente,
que fue final acción de los mortales,
vuela sin detenerse,

dejándose llegar para perderse⁶⁵.
Así pasó la gloria de Numancia⁶⁶
y la brava arrogancia

de la fuerte Sagunto⁶⁷,
porque la tierra toda es solo un punto
de la circunferencia de los cielos⁶⁸.
¿Pero qué desatino de las musas
me lleva a tan extrañas garatusas?⁶⁹

Las iras del amor y de los celos⁷⁰
pasaron adelante
en uno y otro amante;
pero Marramaquiz, aconsejado
de sus amigos, remitió el cuidado
al amor de Micilda⁷¹;
mas, como el que tenía a Zapaquilda
era del alma verdadero efeto,
aunque disimulada a lo discreto,
andaba triste y de congojas lleno⁷².

¡Mísero del que vive en cuerpo ajeno
y por un amoroso desvarío
pierde la libertad del albedrío⁷³,
que no la compra el oro,
porque es de todos el mayor tesoro!
Tenía las mandíbulas de suerte,
que era un retrato de la muerte fiera,
aunque es yerro pintarle calavera,

⁶ ⁵ Raras veces el Fénix deja escapar estas manifestaciones de melancolía–Subconscientemente seguro de la inmortalidad, Lope es el ruiseñor con quien él mismo se compara: canta hoy con la alegre confianza de ayer y de mañana. El «tiempo dejándose llegar para perderse» es una bella imagen que marca la época, ya madura en experiencias dolorosas, en que Lope compuso esta chispeante y fresca epopeya.

⁶ ⁶ La ciudad expugnada por Escipión Emiliano, cuyas ruinas se levantan aún, en el cerro de Garay, próximo a Soria. Fue objeto de la tragedia cervantina Numancia y prototipo de patriótico amor a la libertad.

⁶ ⁷ Como Numancia, Sagunto es otro monumento representativo de nuestra nueva condición de independientes, pues no quiso abrir sus puertas a Aníbal, que al principio de la segunda guerra púnica la sitió, por ser aliada de Roma. Sus habitantes, como los numantinos, prefirieron morir entre los escombros de su ciudad. La literatura también ha inmortalizado a Sagunto en la novela de Blasco Ibañez Sónica, *la cortesana*. Sagunto pertenece a la provincia de Valencia.

⁶ ⁸ En la celeste esfera, la Tierra es un punto. La melancólica consideración sigue todavía un momento: nada somos en la inmensidad de la que formamos Parte. Es el mismo empequeñecimiento que le lleva a decir: «Adonde quiera que su luz aplican, – hallan, Señor, mis ojos tu grandeza».

⁶ ⁹ Tretas, halagos.

⁷ ⁰ Aquí ira es pasión.

⁷ ¹ Dejó el cuidado al amor de Micilda.

⁷ ² Desmayo, angustia. «Una congoja al empezar me viene», dice Campoamor en la dolora ¡Quién supiera escribir!

⁷ ³ La potestad de obrar, la voluntad.

porque aquella es el muerto y no la muerte⁷⁴
 La Muerte ha de pintarse una figura
 robusta, de cruel semblante airado,
 los fuertes pies en una piedra dura⁷⁵,
 si no sepulcro en pórvido labrado,
 con reyes y monarcas,
 hasta el que calza rústicas abarcas⁷⁶;
 damas que sujetaron capitanes
 y en ásperas naciones⁷⁷,

por bárbaras regiones⁷⁸
 de fieros mamelucos y soldanes⁷⁹,
 y pintadas al uno y otro lado
 la enfermedad, la guerra y la desgracia,
 parcas⁸⁰ que tantas muertes han causado
 por tantos deconciertos,
 que huesos ya no es muerte, sino muertos.

No aprovechaba la hermosura y gracia
 de Micilda a quitar al pobre amante
 la memoria tenaz, que Amor escribe
 con la flecha cruel en el diamante

del alma donde vive,
 y compitiendo con el tiempo quiere
 que viva en ella cuando el cuerpo muere.
 En estos medios⁸¹ Micifuf intenta,
 a su competidor viendo remoto,
 por medio de Garullo, su compadre⁸²,
 que había sido gato en una venta,
 pedirla por mujer a Ferramoto,
 de Zapaquilda padre.
 Propúsole Garullo
 con prudente maullo
 las partes de su amigo⁸³,
 como dellas testigo,
 sin otras consecuencias

⁷ ⁴ La calavera representa, efectivamente, a los muertos, pero no a la muerte.

⁷ ⁵ Originalísima y muy atinada concepción de la muerte.

⁷ ⁶ Calzado de piel que cubre la planta del pie y los dedos y se sujeta con correas al tobillo.

⁷ ⁷ Desapacibles.

⁷ ⁸ Regiones extranjeras.

⁷ ⁹ Soldados de una milicia privilegiada de los soldanes o sultanes de Egipto. Por haber formado parte los mamelucos de las milicias napoleónicas que invadieron España, entre nosotros la palabra tiene significación despectiva de «bruto» o «necio».

⁸ ⁰ Parca se llama a la muerte. Según la mitología griega, las Parcas son tres hermanas: Cloto, Laquesís y Átropos, que hilan, devanan y cortan el hilo de la vida, respectivamente.

⁸ ¹ En estos «intermedios», en el «entretanto».

⁸ ² Amigo, conocido. No parece ser compadre propiamente dicho, a menos que Micifuf le hubiese apadrinado a Garullo algún hijo.

⁸ ³ Prendas y dotes de una persona.

que atajaban celosas diferencias.
 Ferramoto era un gato
 de buen entendimiento y de buen trato,
 cano de barba y negro de pellejo;
 persona que en la verde primavera
 de sus años, jamás en la ribera
 de Manzanares se le fue conejo,
 porque sirvió de galgo⁸⁴
 a cierto pobre y miserable hidalgo⁸⁵,
 que con él se alumbraba⁸⁶,
 y de suerte de noche relumbraba,
 que pensando una moza que eran lumbre
 las niñas de sus ojos, que brillantes
 en la ceniza estaban relumbrantes,
 yendo al hogar, como era su costumbre,
 sin pensar darle enojos,
 le metió la pajueta⁸⁷ por los ojos.

Nunca, sin esto, gato marquesote⁸⁸
 oposición le hizo.
 Oyó de buena gana lo propuesto
 y del novio galán se satisfizo;
 aunque llegando a concertar el dote⁸⁹
 de seca mimbre un cesto
 dijo que le daría,
 que de cama de campo le servía;
 seis sábanas de lienzo de narices,
 con algunos fragmentos por tapices
 de viejos reposteros⁹⁰;
 cuatro quesos añejos casi enteros,
 y una mona cautiva que tenía,
 que hablaba en lengua culta y la entendía⁹¹,
 sin otras menudencias.
 Con estas conveniencias
 las capitulaciones se firmaron⁹²,
 y el día de la boda concertaron.

⁸ ⁴ Perro ligero, de hocico puntiagudo, cuerpo delgado, cuello, orejas y cola

⁸ ⁵ Hidalgo o hijo d'algo, individuo de ascendencia noble.

⁸ ⁶ Se remediaba. El gato le alumbraba los conejos, a los cuales hacía salir madriguera, y los cazaba, en beneficio de su amo.

⁸ ⁷ Paja cubierta de azufre, que arde con llama.

⁸ ⁸ Despectivo que indica soberbia, orgullo y pobreza, a un tiempo mismo, en quien se moteja *de tal*: «Pues más de algún marquesote – pretende la bobería – desta dama», dice el Estudiante en el acto I de *La dama boba*.

⁸ ⁹ Caudal que aporta la mujer al matrimonio.

⁹ ⁰ Paño con las armas, que se cuelga en las antecámaras, balcones, etc.

⁹ ¹ Chistosa ironía contra los culteranos. Los anticulteranos pensaban, como Quevedo: «Quien habla lo que otro no entiende, primero confiesa que no entiende lo que habla». El darle una esclava a la novia era costumbre de la buena *sociedad*, diríamos.

⁹ ² Concierto entre los futuros esposos, acompañado de escritura, en que se consigna.

Marramaquiz estaba

en ocasión tan triste,
como por burla y chiste
jugando a la pelota
con un ratón a quien pescó de paso,
que de un baúl de versos del Parnaso
a una maleta rota,
aunque llena de pleitos y escrituras⁹³,
pasaba haciendo gestos y figuras⁹⁴.

Tal suele acontecer un triste caso
en medio de la vida;
que no hay seguridad en cosa humana.
Ya con veloz corrida
daba esperanza vana
al mísero animal, ya le volvía,
ya le arrojaba en alto,
mojado de temor, de aliento falto,
y en medio del camino le cogía,
como quien tira al vuelo,
diciendo: «Tente», como al agua el hielo⁹⁵
ya con las manos mizas
le daba por los lados
algunos bofetones regalados⁹⁶,
cuando llegó Tomizas;
Tomizas, su escudero, y sin aliento
le dijo el casamiento concertado
de Micifuf y Zapaquilda ingrata;
y sintiendo perder su dulce gata,
dejó el pobre animal, que, desmayado,
apenas acertaba con la vida;
mas, puesto en fuga, la libró perdida⁹⁷:
que quien no ha de morir, si la fortuna
revoca la sentencia,
nunca le falta diversión alguna⁹⁸,
En aquella dichosa intercadencia
a Tomizas, en fin, la diligencia,
valió una manotada con la zurda,

⁹³ ³ Pleitos, litigios judiciales; aquí, los escritos que los contienen y escrituras, los documentos autorizados por notario.

⁹⁴ ⁴ Que pasaba el ratón, entonado y grave, como dándose importancia, por haber roído tan importantes papeles.

⁹⁵ ⁵ Bella y original imagen: el hielo le dice al agua: «¡Tente!» Y, en efecto, la detiene, puesto que la solidifica.

⁹⁶ ⁶ Aguda y completa descripción de la cruel caza a que se dedicaba Marramaquiz.

⁹⁷ ⁷ La libró cuando ya la daba por perdida.

⁹⁸ ⁸ Revocar la sentencia, anularla; fortuna, suerte; diversión, ocasión en que se divierte quien procura su muerte.

que cuando no le aturda,
no es poco para zurda manotada,
que le dejó la cara desgatada⁹⁹.

Esto gana traer del mal albricias¹⁰⁰.
¡Oh cuanto, Amor, de la razón desquicias¹⁰¹
un noble caballero!
Por eso ningún paje ni escudero¹⁰²
se fié en la privanza¹⁰³,
que es fácil en señores la mudanza,
y el sol es gran señor, y nunca para.
En rueda más mudable, a la Fortuna¹⁰⁴
se parece la dama doña Luna,
que nunca vemos de una misma cara¹⁰⁵.

Dejando la pelota, el triste amante,
de celos y de amor perdido y loco,
que la vida y la honra tiene en poco,
vino a su casa con tristeza tanta,
que se metió debajo de una manta;
y luego, provocado a mayor furia,
de una carrera se subió al tejado.
Así desnudo Orlando¹⁰⁶, provocado
de no menor injuria,
cuando leyó los rótulos del moro,
que decían: «Amor, que sin decoro
en la buena fortuna te gobiernas,
aquí gozó de Angélica, Medoro»,
en el papel de las cortezas tiernas
de aquellos olmos, de su bien testigos¹⁰⁷,
para el francés Orlando cabrahigos¹⁰⁸.

Bajó Marramaquiz desesperado,
y entrando en la cocina,
sin respeto de Paula ni Marina,
esclavas del ausente licenciado¹⁰⁹,
como laureles y álamos los mira,

⁹⁹ Desgatada, que no parecía de gato.
¹⁰⁰ Quiere decir: esto gana el que trae. Albricias es regalo o petición de regalo por una buena noticia que se trae.

¹⁰¹ Sacas de quicio, descompones.

¹⁰² Paje, criado joven; escudero, paje que en tiempos llevaba el escudo de su señor; y, por extensión, el que sirve a señor hidalgo. También se llama así al criado anciano que acompaña a una dama.

¹⁰³ El tener el primer lugar en la confianza o amistad de un príncipe o señor.

¹⁰⁴ Suerte o deidad que nos distribuye bienes y males. Píntanla sobre una rueda alada, para indicar lo inestable, y con el cuerno de la abundancia en la mano.

¹⁰⁵ La cara de la luna varía según los cuartos.

¹⁰⁶ Alusión al poema de Ariosto, *Orlando furioso*, y a las locuras del héroe, enfurecido de celos.

¹⁰⁷ Este pasaje del *Orlando* sirvió también a Góngora para el romance *En un pastoral albergue*.

¹⁰⁸ Higuera silvestre o cornicabras (alusión humorística poco respetuosa para Orlando).

¹⁰⁹ Licenciado es el que ha obtenido el grado para ejercer alguna facultad.

donde Climene¹¹⁰ por Faetón suspira,
 los pucheros y cántaros quebraba,
 vertió la olla en la sazón que hervía,
 y llamando a Borbón, borbor decía¹¹¹;
 y a tanto mal llegó su desatino,
 que sacó media libra de tocino
 que andaba como nave en las espumas,
 y si no se lo quitan, se lo mama;
 ¡tanto pueden los celos de quien ama!
 Una perdiz con plumas
 quiso tragarse, y no dejaba cosa
 que no la deshiciese,
 por alta que estuviese;
 trepaba la lustrosa
 reluciente espetera,
 derribando sartenes y asadores,
 y con estas demencias y furores
 en una de fregar cayó caldera¹¹²
 (transposición se llama esta figura),
 de agua acabada de sacar del fuego,
 de que salió pelado.
 Pero viniendo luego
 el señor licenciado,
 dijo que era veneno que tendría
 algún vecino, que matar querría
 ratones de su casa,
 hecha de rejalgar¹¹³ traidora masa,

 y a su servicio ingrato¹¹⁴,
 por matar los ratones, mató el gato.
 Y dijo bien, según los aforismos
 de Nicandro¹¹⁵, que son los celos mismos
 un veneno tan súbito, que apenas
 toca la lengua, cuando ya las venas
 y el corazón abrasan;
 tan presto al centro de la vida pasan,
 que no hay frías cicutas¹¹⁶ ni anapelos¹¹⁷
 como sólo un escrúpulo¹¹⁸ de celos.

¹ ¹⁰ Esposa de Apolo o el Sol y madre de Faetón.

¹ ¹¹ La olla, al hervir, borboteaba, con lo cual borbor decía y a *Borbón* llamaba.

¹ ¹² Chistoso hipérbaton, que constituye una donosa burla del estilo culterano.

¹ ¹³ Combinación muy venenosa, de arsénico y azufre; es un mineral de color rojizo.

¹ ¹⁴ Ingrato a los servicios que el gato prestaba.

¹ ¹⁵ Sentencias breves del médico griego de este nombre sobre la triaca.

¹ ¹⁶ Planta venenosa, con cuya infusión se suicidaban los griegos, como lo hizo Sócrates al ser condenado a muerte.

¹ ¹⁷ Anapelo o acónito, planta venenosa, medicinal, como la cicuta.

¹ ¹⁸ Duda o recelo, aunque, como está hablando de cosas de farmacia, también puede ser el peso

En fin, de ver el gato lastimado,
que le había criado,
envió por triaca¹¹⁹,
que todo venenoso ardor aplaca,
de la magna que hacen en Valencia¹²⁰,
de que tenía una redoma sola¹²¹
cierto farmacopola¹²²
El gato, con paciencia,
respeto de su dueño¹²³,
tornó dos onzas¹²⁴ y rindióse al sueño.

antiguo, equivalente a 24 gramos y 798 miligramos.

¹ ¹⁹ Confección farmacéutica, cuyo principal ingrediente es el opio. Aquí vale por contraveneno.

¹ ²⁰ Esta triaca magna está citada por el doctor Laguna, entre otros.

¹ ²¹ Vasija o botella de vidrio, estrecha de cuello y ancha de fondo, muy citada en la *Visita de los chistes*, de Quevedo, y en *El diablo cojudo*, de Veles.

¹ ²² Farmacéutico.

¹ ²³ Por respeto de su dueño.

¹ ²⁴ Peso equivalente a 287 decigramos. Del latino *uncía*.



SILVA V

¡ Oh tú, don Lope! si por dicha² ahora
 por los mares antárticos navegas³,
 o surto⁴ en tierra, cuando al puerto llegas,
 preguntas a la aurora
 qué nuevas trae de la bella España,
 donde tus prendas amorosas dejas,
 y por regiones bárbaras te alejas;
 o miras en los golfos
 de la naval campaña,
 por donde vino Júpiter a Europa⁵,
 encima de la popa⁶,
 sin velas de Mauricio⁷ ni Rodolfo⁸,
 más traidores que fue Vellido de Olfos⁹,
 sereno el rostro en la dormida Tetis¹⁰
 de la airada Anfitrite¹¹,

más que en Sevilla corre humilde el Betis¹²,
 cuando a la mar permite

² Dicha o a dicha, modo adverbial. Significa acaso, suerte.

³ Del hemisferio Sur.

⁴ Participio de surgir. Dar fondo la nave.

⁵ Los golfos de la naval campaña, Lepanto; por donde vino Júpiter a Europa, el Helesponto, el estrecho de los Dardanelos.

⁶ Parte posterior de las naves, donde se coloca el timón y están las cámaras.

⁷ Alusión a Mauricio de Nassau, que en 1600 nos venció en la batalla de las Dunas de Niewport.

⁸ Rodolfo II de Alemania (1576 1611), otro de nuestros enemigos.

⁹ El zamorano que asesinó a Sancho II de Castilla, según el romance viejo: «Rey don Sancho, rey don Sancho –no digas que no te aviso».

¹⁰ Diosa del mar, esposa de Peleo, en cuyas bodas surgió el incidente de la mangana, por no haber invitado los contrayentes a la Discordia, que se vengó arrojando la manzana de oro con el letrero turbador: «Para la más hermosa». Si no hubiese habido manzana ni juicio subsiguiente, al mancebito Paris no le hubiera prometido Venus, en recompensa de su elección, la mujer más hermosa; y sin perspectiva tan halagadora no habría el príncipe troyano emprendido la conquista de Elena, causa original de la guerra de Troya.

¹¹ Esposa de Neptuno, que personifica el mar suave que rodea las costas.

¹² Nombre antiguo y poético del Guadalquivir, Con este nombre fue cantado innúmeras veces, y de una manera especial y exclusiva en el soneto de Argüijjo: Al Betis *en une avenida*:

Tú, a quien ofrece el apartado polo
 hasta donde tu nombre se dilata,
 preciosos dones y luciente plata,
 que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
 para cuya corona, como a solo
 rey de los ríos, entreteje y ata
 Palas, su oliva con la rama ingrata
 que contempla en tus márgenes
 Apolo; claro Guadalquivir, *si* impetuoso
 con prestas ondas y mayor corriente
 cubrieres nuestros campos mal seguros,
 de la mejor cuido, por quien famoso
 alzas igual al mar la altiva frente,
 respeta humilde los antiguos muros.

la luna barquerola¹³,
 no por las nubes de color de Angola¹⁴,
 una punta a la tierra y otra al cielo¹⁵
 de pocas luces salpicando el velo,
 escucha en voz más clara que confusa
 mi gatífera musa¹⁶,
 y no permitas, Lope, que te espante
 que tal sujeto un licenciado cante
 de mi opinión y nombre,
 pudiendo celebrar mi lira¹⁷ un hombre
 de los que honraron el valor hispano,

para que al resonar la trompa¹⁸ asombre
*Arma virumque cano*¹⁹,
 que, como no se usa
 el premio, se acobarda toda musa;
 porque si premio hubiera,
 del Tajo la ribera
 oyera en trompa bélica sonora
 divinos versos hijos de²⁰ aurora.
 Por eso quiere²¹ más que ver ingratos,
 cantar batallas de amorosos gatos,
 fuera de que escribieron muchos sabios
 de los que dice Persio²² que los labios
 pusieron en la fuente Cabalina²³,
 en materias humildes grandes versos.
 Mira si de Virgilio²⁴ fueron tersos²⁵,

¹³ Canción marinera. La palabra es italiana, como tantas otras que al arte poética se refieren.

¹⁴ Si dijese Angora resultaría clara la alusión a los vellones de lana fina que recuerdan las nubes. De esta capital de Turquía procede la raza de cabras, conejos y gatos que poseen este hermoso pelaje. Pero dice Angola. ¿Serán nubes negras y alusión a la raza de esclavos, cuya trata estaba entonces, en todo su apogeo?

¹⁵ Este pasaje, no tan claro como el Fénix blasona, refieres" a las campañas navales del soldado Lope Félix del Carpió, a quien supone su padre mirando a la diosa del mar costero, Anfitrite (la airada, cuando rebota en acantilados y peñascos), ya sereno el rostro en la dormida Tetis (el mar profundo y no el turbulento de la superficie). En una palabra: Anfitrite airada se serena en Tetis Dormida, a la cual se compara luego con el tranquilo Betis rodeando Sevilla. Y adviértenos de la hora melancólica y nocturna de esa contemplación: «cuando a la mar permite –la luna barcarola (la luna marinera) –no por las nubes de color de Angola (no sirviéndole de enlace vellones de nubes) –una punta a la tierra y otra al cielo (próximo a la tierra es lógico que se vea el mar con una pinta en ella y otra en el cielo) –de pocas luces salpicando el velo (cuando hay luna no hay estrellas)».

¹⁶ Musa de gatos.

¹⁷ Por cantarse la lírica griega, generalmente, con acompañamiento de lira, pasó a denominarse lira del poeta su inspiración, sus versos mismos. «Sí de mí baja lira» decía Garcilaso, por estro, inspiración.

¹⁸ La trompa de la fama, pregonera.

¹⁹ Primer verso de la Eneida, del latino Virgilio: *Arma virumque cano, Troiae qui primus ab oris.*

²⁰ Contracción de la preposición de y el artículo masculino, el cual usa siempre Lope ante palabra femenina que empiece por *a*.

²¹ Por esto quiere (su lira o su musa).

²² Poeta satírico latino de la época decadente, siglo I de la Era Cristiana. En el prólogo de sus sátiras hace, en efecto, esta afirmación.

²³ Se llama Cabalina o Hipocrene por alusión al caballo Pegaso, que la hizo surgir de una coza al pie del monte Helicón. Está consagrada a Apolo y a las Musas.

²⁴ Virgilio, el mantuano, gran poeta latino, cantó en sus Geórgicas la vida del campo: en el primer libro trató de la agricultura; en el segundo, de arboricultura; en el tercero, de apicultura; y en el cuarto, de ganadería. Por eso al hablar de quienes habían tratado humildes asuntos podía Lope citar a Virgilio, como

cuya princesa pluma fue divina
 cuando escribió el Moreto²⁶ que en la lengua
 de Castilla decimos Almodrote²⁷,
 sin que por él le resultase mengua²⁸,
 ni por pintar el picador Mosquito.

Y ¿quién habrá que note²⁹,
 aunque fuese satírico Aristarco³⁰,
 de Ulises el³¹ dialogo a Plutarco³²?
 La calva en versos alabó Sinesio³³,
 gran defecto Tartesio³⁴,
 quiere decir que hay calvos en España
 en grande cantidad, que es cosa extraña,
 o porque nacen de cerebro ardiente³⁵.
 Y también escribió del transparente
 camaleón³⁶ Demócrito³⁷;
 y las cabañas rústicas Teócrito³⁸;
 y tanta filosófica fatiga
 Diocles³⁹ puso en alabar el nabo,
 materia apenas para un vil esclavo;

ilustre precedente.

²⁵ Limpios, puros, cual son efectivamente los muy pulidos de las *Geórgicas*.

²⁶ El Moreto y El Mosquito son dos poemitas impresos en la colección de obras completas de Virgilio.

²⁷ Salsa de ajos, aceite, queso, etc., para sazonar las berenjenas.

²⁸ Descredito, deshonor. En *El vergonzoso en palacio*, Acto II, dice en su monólogo doña Magdalena: «¿Qué novedades son éstas, – altanero pensamiento? – ¿Qué torres sin fundamento – tenéis en el aire puestas? – ¿Cómo andáis tan descompuestas, – imaginaciones locas? – Siendo las causas tan pocas, – ¿queréis exponer mis menguas – al juicio de las lenguas – y a la opinión de las bocas?»

²⁹ Aquí notar es poner reparos, juzgar o criticar. En *El vergonzoso*, de Tirso, escena antepenúltima del Acto II, en uno de los tronos que doña Serafina finge representar, dice: «Mi bien, seamos amigos; – basta, no haya más enojos, – pues yo propio me castigo, – vuelvan a jugar conmigo – las dos niñas desos ojos; – quitad el ceño, no os note – *mi* amor, niñas soberanas, – que dirá que sois villanas – viéndoos andar con capote». Y en la misma obra, Acto III, dice doña Serafina: «¡Ay, querida doña Juana! – Nota de *mi* fama doy».

³⁰ Crítico y Gramático griego del período *decadente*. De su nombre reciben todos los críticos el de Aristarcos. Así en el soneto de Medrano: «No siempre fiero el mar zahonda el barco, – ni acosa el galgo a la medrosa liebre; – ni, sin que o ella afloje o él se quiebre, – la cuerda siempre trae violento el arco. – Lo que es rastrojos hoy, ayer fue charco; – frío dos horas antes, lo que es fiebre; – tal vez al yugo el buey, tal va al pesebre; – y no siempre severo está Aristarco».

³¹ Ulises u Odiseo, el prudente, es el protagonista de la epopeya homérica *Odisea*, donde se pintan los trabajos que hubo de pasar, después del sitio de Troya, hasta volver a su *patria*, Itaca, donde le aguardaban Penélope y Telémaco.

³² Moralista y biógrafo griego del período romano. Se le recuerda especialmente por su colección de biografías *Vidas paralelas*.

³³ Orador, poeta y filósofo griego (entre el 370 y el 413), obispo de Tolemais. Su obra es considerable, pues escribió *Himnos*, *Cartas*, *Discursos*, *Poesías*, *Relatos egipcios*, etc. Entre otras cosas, el *Elogio de la calvicie*.

³⁴ Nombre antiguo de Andalucía es Tartésida, quizá tomado de Tartesso, Guadalquivir. El Tartesio es el natural de Tartésida. Aquí es extensivo a toda España.

³⁵ Disimilación bastante vulgar, por cerebro. Achacar la calvicie al cerebro ardiente lo hacen muchos autores.

³⁶ Reptil saurio, que al hincharse se transparenta y parece que cambia de color.

³⁷ Filósofo griego del siglo V (a. C), que se burlaba de la condición humana.

³⁸ Poeta siracusano del período alejandrino de las letras griegas, que inaugura la *poesía* pastoril, en la que le imitó Virgilio, y a través de él, todos los que trataron de esta poesía.

³⁹ No creemos que sea el poeta griego del siglo V a. de C., sino Diocles de Cariatia, famoso médico griego del siglo III (a. de C).

el rábano Marción⁴⁰; Fancias⁴¹, la ortiga;
 y la pulga don Diego de Mendoza⁴²,
 que tanta fama justamente goza.
 Y si el divino Hornero⁴³
 cantó con plectro⁴⁴ a nadie lisonjero
 la Batracomiomaquia⁴⁵,
 ¿por qué no cantaré la Gatomaquia?
 Fuera de que Virgilio conocía
 que a cada cual su genio le movía⁴⁶.

Ya todo prevenido

para el tálamo estaba⁴⁷,
 y el día estatuido⁴⁸,
 la posesión llamaba⁴⁹
 a la esperanza de los dos amantes;
 mas, muchas veces con peligro toca
 el vidrio lleno de licor la boca⁵⁰;
 alegres los vecinos circunstantes,
 convidados los deudos⁵¹ y parientes,
 y escrito a los ausentes;
 que en tales ocasiones, más atentos
 están, que a la verdad, los cumplimientos⁵²
 Sólo Marramaquiz, gato furioso,

lamentaba celoso
 sus penas y cuidados
 por altos caballetes de tejados,
 en que su voz resuena,
 cual suele por las selvas filomena⁵³

⁴⁰ Heresiarca del siglo II, que sostuvo la existencia de dos espíritus, uno bueno y otro malo, el último creador del mundo.

⁴¹ Fancias, filósofo griego del siglo IV, discípulo de Aristóteles y compañero de Teofrasto.

⁴² Diego Hurtado de Mendosa. Atribúyesele, en efecto, una composición de este asunto, que algunos, no obstante, creen de Gutiérrez de Cetina.

⁴³ A quien se deben los poemas *Ilíada* y *Odisea*. Debió pertenecer a la remotísima civilización y quizá fue contemporáneo, o poco menos, de los hechos que narra.

⁴⁴ Púa con que se tocan algunos instrumentos de cuerda.

⁴⁵ Guerra de las ranas y los ratones, poema atribuido a Homero, de carácter satírico y paródico. La edición príncipe dice Batrodionomachia.

⁴⁶ Genio es la facultad de crear llevada al más alto grado de su poder.

⁴⁷ Para la celebración de las bodas.

⁴⁸ Establecido, ordenado.

⁴⁹ La posesión llamaba a la esperanza, o sea, para la esperanza había llegado el día de la posesión.

⁵⁰ Al llevar el vaso a los labios sobreviene el accidente que lo impide. Como quien dice ocurrir el naufragio a la vista del puerto.

⁵¹ Parientes. En la escena final del Acto III de *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, se lee: «Marsilla. ¡Maldecido – mí nombre sea, si la sangre odiosa – de mi rival no vierto! – Martín. Es poderoso... – Marsilla. Marsilla soy, – Martín. Mil deudos le acompañan. – Marsilla. Mi furia a mí».

⁵² Aquí atentos vale por urbanos o cortesanos y significa el autor que esa urbanidad y cortesía es cumplimiento, y no verdadero sentir.

⁵³ El ruiseñor. «Busque muy enhorabuena – el mercader nuevos soles; – yo, conchas y caracoles, – entre la menuda arena, – escuchando a Filomena – sobre el chopo de la fuente, – y ríase la gente» (Góngora). Llámase Filomena o Filomela al ruiseñor, como Progne a la golondrina, a causa de un relato mitológico, también llevado a la poesía épica por Lope, en *La Filomena*. Se trata de una metamorfosis provocada por la indecente conducta de Tereo, que abusó de su cuñada; las princesas, puestas de acuerdo,

que ha perdido su dulce compañía,
 con triste melodía,
 esparcir los acentos de su pena,
 trinando⁵⁴ la dulcísima garganta,
 que a un tiempo llora y canta;
 o como perro braco⁵⁵
 que ha perdido su dueño,
 o flamenco o polaco,
 que ni se rinde al sueño
 ni el natural sustento solicita,
 aunque en cantar no imita
 el ruiseñor suave,
 que una cosa es el perro y otra el ave,
 y a cada cual su propio oficio cuadra,
 porque si canta el ave, el perro ladra.
 Tenía ya Ferrato
 en un zaquizamí⁵⁶ curiosamente
 la sala aderezada⁵⁷
 de uno y otro retrato
 de belicosa⁵⁸ cuanto ilustre gente;
 que las efigies⁵⁹, son, de los mayores,
 el más heroico ejemplo,

 de la perpetuidad glorioso templo⁶⁰,
 como se ve del Tarbolán⁶¹ y Eneas⁶²
 y en Calvo⁶³ el de las fuerzas gigantas,
 en Juan de Espera en Dios⁶⁴ y el Transilvano⁶⁵,
 en Pirro⁶⁶ griego y Scévola romano⁶⁷

vengáronse de Tereo, dándole a comer su propio hijo. Todo el mito es repugnante.

⁵⁴ Haciendo trinos o gorjeos.

⁵⁵ Perro de caza, que olfatea y sigue bien la pieza.

⁵⁶ Desván o sobrado.

⁵⁷ Dispuesta o preparada.

⁵⁸ Guerrera.

⁵⁹ Retratos, imágenes.

⁶⁰ Hay hipébaton: las efigies de los mayores son glorioso templo de la perpetuidad. Es decir, sirven para perpetuar la memoria y el heroico ejemplo de nuestros mayores.

⁶¹ Taborlán, por Tamorláu o Tamerlán, conquistador tártaro, que hizo prisionero a Bayaceto y murió cuando se disponía a marchar contra China.

⁶² Príncipe troyano, hijo de Anquises y de Afrodita, que, fugitivo de Troya, de la que resultó uno de los pocos supervivientes, fue a parar a Cartago, donde la reina Dido quiso casarse con él; pero Eneas, fiel cumplidor de su destino, la abandonó, pasando inmediatamente a la península itálica, donde: después de haber defendido al rey del Lacio, venciendo a Turmo, rey de los rútilos, fundó Roma, según cuenta Virgilio en la *La Eneida*, escrita para complacer al Emperador Augusto, en su deseo de que los romanos fuesen descendientes de Venus.

⁶³ Debe ser el Hércules castellano a quien canta en el soneto *A La muerte de Soto el de las grandes fuerzas*.

⁶⁴ Esperaíndeo. Ocúpase de él Correas, en su *Vocabulario*, y es el propio Judío Errante o Ahasvenís.

⁶⁵ Ignoramos a quién se refiere Lope con esta alusión a un indígena de Transilvania, región de Rumania, cuyos hijos pueden haber merecido esta denominación antonomástica sin que nosotros sepamos a quién se la dedica el Fénix.

⁶⁶ Pirro, ya citado anteriormente.

⁶⁷ Scévola fue aquel patriota romano que, por haberse equivocado al intentar dar muerte a Porsena, quemó su mano derecha ante su enemigo.

Allí estaba Gafurio,
que ganó la batalla de las monas,
de grave gesto y de nación ligurio⁶⁸,
y otros gatos, con cívicas coronas⁶⁹
navales y murales,

y al laurel de los cesares iguales⁷⁰.
No faltaban el Túrnire y el Mocho,
ni con él, descolado⁷¹, Hociquimocho⁷²,
que asistía en las casas del cabildo⁷³,
y, el armado, Muñido,
más de valor que acero⁷⁴,

ni Garavillos, gato perulero⁷⁵.
Estaba el rico estrado
de dos pedazos de una vieja estera
hecha la barandilla⁷⁶,
de ricas almohadas adornado
en tarimas de corcho, y por de fuera
el grave adorno de una y otra silla,
con tanta maravilla,
que si un culto⁷⁷ le viera,
es cierto que dijera,
por únicos retóricos pleonasmos⁷⁸
pestañeando asombros, guiñó pasmos⁷⁹.

Ya las sombras, cayendo
de los mayores montes
a los humildes valles,
enlutaban los claros horizontes⁸⁰,

⁶⁸ Natural de Liguria, comarca del Norte de Italia, que comprende hoy las provincias de Génova, Imperia, Savona y Spezia.

⁶⁹ Cívico tiene, a veces, la acepción de patriótico. Coronas cívicas, navales y murales son las concedidas por hechos notables en acciones marítimas, o expugnando muros de fortalezas.

⁷⁰ Coronas iguales al laurel de los cesares en lo nobles e inmarcesibles.

⁷¹ Sin cola, con la cola cortada.

⁷² Sin *h* en la edición príncipe. En la edición de Rivadeneyra dice Moco y Ociquimoco.

⁷³ Quiere decir que estaba empleado en la casa Ayuntamiento.

⁷⁴ Hay hipérbaton. Mufildo estaba armado más de valor que de acero.

⁷⁵ Perulero, por peruano: natural del Perú. Perulero entraña la idea de hombre rico, inmigrante, quizá Garavillo le recordaba a Lope su incidente con Granvela.

⁷⁶ La barandilla que separa el estrado del resto de la habitación. El estrado estaba más alto, sobre tarima, y en él se colocaban almohadas con borlas en las cuatro puntas, para que tomasen asiento las damas, según la más rancia costumbre española.

⁷⁷ Culto o culterano, el que seguía la afectación puesta en moda por Góngora y su escuela. «Aguja de navegar cultos» titula Quevedo una de sus obras.

⁷⁸ Pleonasmos, redundancias; retóricos vale adornados, embellecidos. Pestañear asombros y guiñar pasmos es un retórico pleonismo, en efecto, porque es redundancia artificiosa, recargamiento.

⁷⁹ Cuando algo causa asombro no es raro pestañear al mirarlo; y para ver mejor las cosas es típico (en los miopes sobre todo) guiñar los ojos en busca de una acomodación necesaria para distinguir bien lo que nos pasma. La frase es de cuño gongorino.

⁸⁰ Sugestiva imagen que pinta la noche como una sucesión de sombras, que caen al valle, y oscurecen, cual crespones de luto, el horizonte. Al mismo tiempo, en las vulgares calles (no son poéticas, como los campos) cesa el estruendo. En todo esto no deja de haber su poco de «pitorreo». Lope no sentía por completo el campo; hablaba de él porque es un tópico. No se nos alegue, como dato en contra, aquello de

y el mecánico estuendo
 en las vulgares calles
 cesaba; a los oficios,
 tráfgos y bullicios
 encerraba el silencio en mudos pasos⁸¹,
 y a diferentes casos

la ronda⁸² y los amantes prevenían
 las armas que tenían⁸³,
 cuando a la luz huyendo la tiniebla,
 de alegres deudos el salón se puebla.
 Vino Clavillo, de fustán⁸⁴ vestido,
 de patas de conejos guarnecido⁸⁵,
 grigüesco⁸⁶ y saltambarca⁸⁷,
 más amante Laura que el Petrarca⁸⁸,
 por una gata de este nombre propio,
 aunque parezca en gatos nombre impropio;
 pero si llaman a una perra Linda,
 Diana, Rosa, Fátima y Celinda,
 bien se puede llamar Laura una gata
 de pie bruñida⁸⁹ como tersa plata.

cuidar el jardincito casero, porque eso confirma nuestra humilde opinión: las plantas en tiesto, como los pájaros en jaula, son la negación de la naturaleza.

⁸¹ El silencio encerraba en mudos pasos los oficios, tráfgos y bullicios.

⁸² Grupo de alguaciles que paseaba las calles en evitación de robos, duelos y otros desmanes: por esto prevenían las armas, al llegar la noche.

⁸³ Siendo también propio de los amantes el rondar de noche, también ellos prevenían armas, para cualquier contingencia. Que el rondar fuese muy corriente finesa, en los amantes, lo prueba la pretensión de Leonor, *Don Domingo de don Blas*, de Alarcóti: «...pero quiero que advirtáis, – si en mi afición proseguís, – que tan difícil conquista – en mi esquivela emprendéis, – que apenas alcanzaréis – una palabra, una vista, – sin que para merecerlos, – más veces el alba os halle – dando quejas en mi calle, – que contéis al cielo estrellas». Parécenos muy cuerda la respuesta de Don Blas, aunque contra todo uso de la época, por lo visto: «Cuando paguéis mi cuidado – tras de tanto trasnochar, – ¿qué fruto podéis sacar – de amante tan serenado?» *No hay mal que por bien no venga*. Alta II, escena III).

⁸⁴ Tela gruesa de algodón con pelo por una cara. Aún se dice hoy pelafustán al desgraciado que pela el vestido que lleva, de tanto usarlo.

⁸⁵ Adornado. Era frecuente en los trajes de la época la guarnición (cantos y adornos y aun forros) de pieles: marta, chamelote, conejo, etc.).

⁸⁶ Por gregüesco, calzones muy anchos. Siendo gregüesco palabra griega, el gregüesco debía ser el calzón a la griega, como le vemos en el traje regional, de calzón parecido al de los árabes actuales. Son frecuentes las alusiones literarias al gregüesco: «Un valentón de espátula y gregüesco», dice el soneto de Cervantes.

⁸⁷ Saltaembarca, especie de ropilla que se vestía por la cabeza.

⁸⁸ Alusión al platónico amor del Petrarca por Laura, la misteriosa dama a quien cantó en sus *Trionfi* y cuya personalidad no ha sido aún descubierta por la crítica. Francisco Petrarca tuvo una positiva influencia en los poetas renacentistas españoles y aun antes. Esta influencia determinó una escuela de imaginativos: A usías March, Herrera, Cetina, cantores, en verso, de amores intelectuales, en los que nunca el arrebatado pasional empaña el discurso, antes al contrario, el amor adelgaza y sutaliza el ingenio, se discurre y razona sobre el amor, se unía, en una palabra, con aristocrática melancolía y afectación de un deseo de lo imposible. Suponer a un gato Petrarca de una gata Laura es el colmo del buen humor, puesto que nada tienen de platónicos los gatos. Claro está que Lope, que tampoco tuvo nada de petrarquista, se reía de ésta como de otras muchas cosas.

⁸⁹ Bruñida es reluciente, tersa, limpia. El texto de la edición príncipe dice de «pie bruñida», y en la fe de erratas del mismo, enmienda «pice», pero «pice bruñida» quiere, en resumen, decir lo mismo, «bruñida con pez o colofonia», como la plata.

Maús, de bocaci⁹⁰, trajo grigüesco,
 cuera de cordobán⁹¹, gorrón tudesco⁹²,
 y de negro con mucha bizzaría,
 Zurrón, gato mirlado,
 de medias y de estómago colchado⁹³
 Ranillos, que bajó de Andalucía
 de conejo en conejo,
 por la Sierra Morena
 a ver del Tajo la ribera amena,
 con el cano Alcubil, su padre viejo;
 Gruñillos y Cacharro,
 la nata y flor del escuadrón bizarro⁹⁴;
 Marrullos y Malvillo,
 uno de raso azul y otro amarillo;
 Garrón, Cerote y Burro⁹⁵,
 gatos de un zapatero.
 Mas, ¿para qué discurro
 con verso torpe y proceder grosero,
 cuando lo menos de lo más refiero,
 si me aguardan las damas, que aquel día
 mostraron cuidadosa bizzaría ?
 Vino Miturria bella,
 Motrilla y Palomilla,
 la flor de la canela y de la villa,
 y cada cual en la opinión doncella,
 cosa dificultosa,

por eso es bien que la mujer hermosa,
 cuando honesta se llama,
 tenga por obras el perder la fama⁹⁶.
 Y entre todas fue rara la hermosura
 de la bella y discreta Gatifura,

⁹⁰ Tela de hilo menos fina que la holandesa.

⁹¹ Cuera, ya analizada. Cordobán, piel de cabra. «El encubrir la mañana – los cabellos con afán, – y dar tez de cordobán – a lo que de sí es badana, – y el ponerse a la ventana – siendo mejor encerrarse, – *no puede trugarse*» (D. Diego Hurtado de Mendoza. *Obras Poéticas*).

⁹² Capote alemán. Tudescos son los alemanes de la Sajonia inferior. «A una bota de Peralta – un cofrade de la cepa, – con lengua roma le dijo – desta manera: – Tú me has enseñado a hablar – todo género de lenguas, – pero la que hablo mejor – es la Tudasca» (Anónimo).

⁹³ Que se le caían las inedia, como el estómago. El vulgo dice al ver unas medias caídas: «dolor de estómago».

⁹⁴ Una parte de un regimiento de caballería. Aquí no es un escuadrón propiamente, sino el conjunto más granado de los gatos, de quienes habla. La burla manifiesta de las reuniones sociales de la época no puede ser más dura: con manos mizas, Lope les da de bofetones a aquellos nobles tan huecos, como acicalados, de la Corte, durante los últimos Austrias.

⁹⁵ El cerote es una mezcla de pez y cera, con que los zapateros enceran el hilo; y burro es el soporte sobre el cual machacan. Convirtiendo estos sustantivos comunes en propios, resultan dos bravos nombres para gatos de zapatero.

⁹⁶ Andar en opinión una mujer es andar en lenguas; andar en opinión o en fenguas es dudar el vulgo de su virtud. Por eso dice que la mujer, «cuando honesta se llama, sí pierde la virtud por *fama* es como si la hubiese perdido por *obras*.

y vestida de nácar Zarandilla,
 la gata más golosa de Castilla.
 Ocupadas las sillas y el estrado,
 salió Trebejos, gato remendado⁹⁷,
 y sacando a la bella Gatiparda,
 comenzaron los dos una gallarda⁹⁸,
 como en París pudiera Melisendra⁹⁹;
 y luego, con dos cáscaras de almendra
 atadas en los dedos, resonando
 el eco dulce y blando,
 bailaron la chacona¹⁰⁰
 Trapillos y Maimona,

cogiendo el delantal con las dos manos,
 si bien murmuración de gatos canos.

Mas, ya musas, es justo,
 que me deis vuestro aliento y vuestro gusto
 canoro¹⁰¹, si, mas claro,

que parezca de un nuevo Sanazaro¹⁰²;
 denme vuestros cristales en los labios¹⁰³.
 que de ignorantes me los vuelvan sabios,
 que Zapaquilda de la mano sale
 de doña Golosilla, su madrina.
 saya entera¹⁰⁴ de tela columbina¹⁰⁵
 de perlas arracadas,
 en listones de nácar enlazadas;
 la cabeza, de rosas primavera,
 más estrellada que se ve la esfera¹⁰⁶;

⁹⁷ Que tiene la piel a manchas como recortadas.

⁹⁸ Danza muy española y entonada. Según Covarrubias, su nombre procede del cantarillo: «Dama gallarda – mata colón – mucho te quiere – el Emperador».

⁹⁹ La esposa de don Gaiferos, tan traída y llevada en el ciclo carolingio y en el *Quijote* (recuérdese el retablo de Maese Pedro).

¹⁰⁰ Popularísimo y muy criticado baile, cuya boga duró a través de los siglos XVI y XVII. Las letras para la chacona son abundantísimas: «El baile de la chacona – encierra a vita bona». «Agora que la guitarra – me sirve de voz sonora, – y de lengua con que pueda – cantaros aquesta historia; – antes que os de cuenta larga, – sumada en palabras pocas, – de la tierra que pisáis, – de la gente y de sus cosas, – sabed que los de esta isla – no podemos decir cosa – sin la guitarra, cantando, – a este son y desta forma: – Esta tierra, amigos míos, – es la isla de Chacona, – por otro nombre Cucaña, que entrambos nombres se nombra». Esta isla no es otra que una primitiva Jauja. La chacona rivalizaba, en el favor público, con la zarabanda, y ambas se bailaban al final y entre acto y acto de las comedias. Parece haber sido danza de negros y mulatos, muy lasciva.

¹⁰¹ Melodioso y grato.

¹⁰² Poeta napolitano, de abolengo español, cuya novela pastoril, *Arcadia*; fue modelo obligado de la pastoril europea. Lope no hace esdrújulo el apellido.

¹⁰³ Los cristales de la fuente Castalia o fuente de las musas, a la que ya hizo anteriormente alusión.

¹⁰⁴ La saya entera parece haber sido obligada en el traje de novia, a juzgar por las constantes acotaciones de las comedias. «La Condesa y don Juan de novios, él con capa y gorra y ella con un vestido entero» (*Las Flores de don Juan*, Acto III, Esc. XVII). Y en otra escena de bodas de *Dama no haga fieros* (Acto III, Esc. XVI: «Lisardo y Fíneo acompañando a doña Ana y doña Juana con vestidos enteras».

¹⁰⁵ Color amarotado de algunos granates, también extensivo a las telas. Algunas coplas populares demuestran que en determinados sitios las novias vestían de rojo. Por otra parte, el luto había sido blanco y aún quedaba como reminiscencia la blanca toca de las viudas.

el blanco pelo, rubio a pura gualda¹⁰⁷,
 y un alma en cada niña de esmeralda,
 de cuyos garabatos¹⁰⁸
 colgar pudieran las de muchos gatos;
 chapines¹⁰⁹ de tabí¹¹⁰, con sus virillas¹¹¹,



de ver de acero y de furor armado
 (verso 1799)

Teodora. – Yo la que pisas te digo. Belisa. – La que piso va cubierta – de la saya y los chapines».
¹¹¹ Virillas, lo que hoy llamamos cerquillo, en los sarjatos, que era de plata entonces.

con

si de
 otras
 veo
 ama

mos
 cena
 sólo
 quel
 rra?

entre una y otra descubriendo espacios,

de la roja color de los topacios¹¹²,
 de nuestra edad y siglo maravillas,
 que lo que ser solía
 un medio celemín¹¹³ con ataujía¹¹⁴,
 un pirámide es hoy de tela de oro¹¹⁵,
 y cuesten sus adornos un tesoro,
 que ponen miedo de casarse a un hombre,
 subiendo el dote a un número sin nombre
 si piensa sustentar traje tan rico¹¹⁶.
 Sentóse al fin, mirándose de hocico,
 y prosiguió la fiesta de la danza,
 contra la posesión de la esperanza.¹¹⁷
 mas, ¡quién dijera que saliera incierta!
 Marramaquiz, entrando por la puerta,
 vencido de un frenético erotismo¹¹⁸,
 enfermedad de amor o el amor mismo.
 Suspenso¹¹⁹ y como atónito¹²⁰ el senado¹²¹

de ver de acero y de furor armado
 un gato en una boda,

¹¹² El topacio es piedra fina amarilla; pero hay topacios azafranados, o anaranjados, o rojizos.

¹¹³ Medida de áridos.

¹¹⁴ Embutido de metales. Quiere decir que lo que antes era de razonable proporción, aunque adornado de metales, es hoy pirámide de tela de oro, «cuestan sus adornos un tesoro». Con frecuencia vemos, en el clasicismo español, dotar en uno o varios trajes, lo cual prueba que eran muy costosos, y en *La ilustre fregona* se alaba el huésped, de que su criado salió de la casa con muy buenos trajes. Era corriente dar en albricias, a los criados, ropilla y jubón, y otras prendas. Los adornos de pasamanos, randas y pedrería avaloraban las ricas sedas y terciopelos de Milán. «Esos cortes de Milán – que el señor don Juan añade (que a esto me persuade – verle tan cortés galán), – y de pasamanos – cuarenta varas» (*Las flores de don Juan*, acto III, escena III). Con frecuencia la seda se embutía de otras telas: «Tello el Viejo. – La seda no me molesta – nieto, que lo que me enfada, – es la seda acuchillada, – que esta antes rota, que puesta» (*Los Tello de Metises*, II parte, acto I, escena X).

¹¹⁵ Pirámide era masculino, en el uso de entonces.

¹¹⁶ A veces la novia no lleva dote, sino qué es el novio quien la dota. En este caso, habiendo de costear el traje, sube la dote a un «número sin nombre».

¹¹⁷ Alargándose de este modo el momento de convertir la esperanza en posesión. El juego del vocablo, con la posesión y la esperanza, es constante en Lope. Apenas hay obra en que no aparezca, y en la Gatomaquia varias veces. «Celauro. Vame en aquesto la vida. – Leonela. Pues ¿qué resulta en tu bien? – Celauro. Que la posesión me den – de una esperanza perdida.» (*Los embustes de Celauro*, acto I, escena XVI.)

¹¹⁸ Pasión de amor.

¹¹⁹ Participio contracto de *suspender*, que tiene dos: *suspendido* y *suspenso*; como confesar: confesado y confeso, etc.

¹²⁰ Pasmado, espantado.

¹²¹ Asamblea, reunión de personas. El senado es también el público: «Duardo.–Vos y yo solos quedamos; – dadme acá esa mano hermosa, – Feniso.–Al senado la pedid, – si nuestras faltas perdonan, – que aquí para los discretos – da fin la *Comedia boba* (*La dama boba*, acto III, escena XVIII). «Batín.–Aquí acaba – Senado, aquella tragedia – del Castigo *sin venganza*, – que siendo en Italia asombro, – hoy es ejemplo en España». Casi todas las comedias terminan pidiendo perdón al senado.

donde es propia la gala y no el acero,
alborotóse todo;
y Zapaquilda, viéndole tan fiero,

humedeció el estrado, y con mesura¹²²
comunicó su miedo a Catafura,
si bien consideraba
que entonces Micifuf ausente estaba,
porque sólo esperaban que viniese,
y que la mano práctica¹²³ le diese,
de que ya la teórica sabía,
que confirmase tan alegre día.
En esta suspensión, todos turbados,
Marramaquiz abrió los encendidos
ojos, vertiendo de furor centellas¹²⁴;
los dejó temerosos y admirados,
y imprimiendo esta voz en sus oídos
al aliento feroz de sus querellas¹²⁵:
«Villanos¹²⁶, descortesés,
más falsos y traidores
que moros y holandeses¹²⁷,
porque siendo fautores¹²⁸,
no sois en las maldades inferiores;

escuadrón de gallinas¹²⁹,
junta de gatos viles¹³⁰,
que no de bien nacidos;
bajos habitadores de cocinas,
entre asadores, ollas y candiles,
donde, como a cobardes y abatidos,
la más humilde esclava os apalea¹³¹,

¹²² Mesura, compostura, comedimiento.

¹²³ Prácticamente, puesto que teóricamente ya estaba la boda concertada.

¹²⁴ Rayos o chispas.

¹²⁵ Imprimir es aquí fijar en el ánimo de los oyentes; y aliento, vigor. Marramaquiz con la fuerza de sus querellas, lamentaciones o quejas, fijó en los oídos del gatuno senado estos sonidos: «Villanos, descortesés, etc.

¹²⁶ Aunque villano etimológicamente es el vecino de la villa, más veces se emplea, en literatura, como despectivo, sinónimo de rústico y hasta de indigno y mal nacido. «Villanos mátenle, Alfonso, – villanos, que non fidalgos», dice el romance juglaresco sobre Alfonso VI. Y en *El vergonzoso en palacio*, de Tirso, acto I, escena V: «que todos paran en ser – contra mis intentos vanos, – progenitores villanos – los que me dieron el ser», dice Mireno.

¹²⁷ En todo su apogeo la lucha, en los Países Bajos, es natural que Lope considere a los holandeses, junto con los moros, nuestros enemigos ancestrales, falsos y traidores.

¹²⁸ Fautor es el que favorece y ayuda a otro. Los gatos presentes eran, claro está fautores de las bodas odiadas por Marramaquiz.

¹²⁹ Siendo escuadrón parte de un regimiento de caballería, con escuadrón de gallinas les motejaba el gato de conjunto o reata de cobardes.

¹³⁰ Vil, bajo o despreciable.

¹³¹ Aunque no abundantes, la gente rica sustentaba algunos esclavos; pero no son frecuentes las alusiones a ellos, en la literatura. Algo se vislumbra en *La esclava de su galán* y en *Los melindres de Belisa*, donde nos enteramos de que podía errárseles en el rostro, o sea, ponerles clavos; castigarles a llevar virote, que era una argolla de hierro soldada al cuello; y esposas en las manos y grillos en los pies. Pero en ambas

no trocando jamás la chimenea
 por la guerra marcial y sus rebatos¹³²;
 lamiendo lo que sobra de los platos,
 y durmiendo el invierno, cuando eriza¹³³
 los cabellos el hielo,
 revueltos en la cálida¹³⁴ ceniza,
 hasta que ardiente el sol corona el cielo:
 yo soy Marramaquiz; yo soy, villanos,
 el asombro del orbe¹³⁵,
 que come vidas y amenazas sorbe;
 aquel de cuyos garfios inhumanos,
 león en el valor, tigre en las manos,
 hoy tiemblan justamente

las repúblicas todas¹³⁶
 que desde el Norte al Sur por varios mares
 mira de Febo la dorada frente,
 y el que ha de hacer que tan infames bodas
 y con tantos azares¹³⁷,
 sean las de Hipodamia¹³⁸,
 está en vosotros resultando infamia».

¡Oh musas! Este gato había leído
 a Ovidio¹³⁹, y por ventura,
 de la fábula de Hércules¹⁴⁰ quería
 el ejemplo tomar, pues atrevido
 Hércules se figura,
 y los gatos centauros¹⁴¹, que aquel día

obras, consideran inhumanas tales medidas, lo cual prueba que no eran comunes. En *El acero de Madrid*, la carta de Belisa prueba que ésta tenía una esclava: «Mientras duerme la envidia de esta tía – y la esclavina, si despierta, vela». Y el derecho sobre la vida de estas pobres criaturas lo vemos en *La estrella de Sevilla*, cuando Bustos Tabera ahorca a la esclava de los hierros del Palacio Real.

¹³² Alarmas. Como los gatos son muy frioleros, acúsales Marramaquiz de estar siempre en la chimenea.

¹³³ Poner tieso el pelo.

¹³⁴ El gato tiende a dormir al sol, por el día; y al calor del rescoldo durante la noche.

¹³⁵ Esfera terrestre. Estas expresiones grandilocuentes y altisonantes son propios de la epopeya y del inmodesto orgullo con que los españoles del siglo XVII se juzgaban a sí mismos. Es constante, en el teatro de la Edad de Oro, la auto-alabanza: las damas hablan de su propia belleza con naturalidad que hoy nos suena a vanidoso descaro; y los caballeros ponderan su valor con no menor prolijidad fanfarrona. Marramaquiz *figue* en esto, como en todo, a los que es graciosa contrafigura. Llama garfios a las uñas, por las que viene ser tigre y se apellida «león en el valor».

¹³⁶ República no es aquí una forma determinada de gobierno, sino que mantiene el significado de su etimología, que es sinónimo de nación: de Marramaquiz temblaban todas las naciones, cuantas mira Febo, del Norte al Sur. Hiperbólica alabanza de sí mismo.

¹³⁷ Casualidades o desgracias.

¹³⁸ Hipodamia, la novia del conflicto entre Lapítas y Centauros. Esposa de Piritoo, héroe tesalio, amigo de Teseo y rey de los Lapítas, a quienes fueron a incomodar los centauros (también habitantes de Tesalia) en las bodas de sus reyes.

¹³⁹ El más joven de los elegiacos latinos, cuyas *Metamorfosis* cuentan gran número de mitos y cuyo *Arte de amar* se sabían al dedillo nuestros clásicos. Gracia inimitable es la de Lope al afirmar que el gato había leído a Ovidio.

¹⁴⁰ Hijo de Júpiter y de Alemana, de fuerza prodigiosa, que le llevó a emprender la serie de hazañas que se conocen con el nombre de «trabajos de Hércules», bien que estos trabajos no fueron capricho de Hércules, sino imposición de la malevolencia de Juno. También Hércules luchó contra los centauros.

¹⁴¹ Personajes mitológicos, mitad hombres, mitad caballos.

murieron a sus manos;
 porque no fueron pensamientos vanos
 los de sus celos locos,
 pues de sus manos se escaparon pocos,
 llamándolos traidores Mauregatos¹⁴²,
 que levantando una cuchara de hierro,
 a eterno condenándolos destierro,
 fue Taborlán de gatos¹⁴³,
 haciendo más estragos su arrogancia,
 que en Cartago y Numancia

el romano famoso¹⁴⁴.
 A un gato que llamaban el Raposo,
 más que por el color, por el oficio¹⁴⁵,
 la cara, que no tuvo reparada¹⁴⁶,
 quitó de una valiente cuchillada,
 imposible quedando al beneficio¹⁴⁷;
 y de un revés que sacudió a Garrullo,
 dio el último maullo;
 cortó una pierna al mísero Trebejos,
 gran cazador de gansos y conejos;
 desbarató el estrado,
 que pensaron guardar gatos bisónos¹⁴⁸,
 con cucharas de palo por espadas,
 que de galas quedó todo sembrado,
 naguas, jaulillas¹⁴⁹, guantes, ligas, moños,
 rosetas¹⁵⁰, gargantillas¹⁵¹ y arracadas,
 chapines, orejeras¹⁵² y zarcillos¹⁵³;
 y porque defendió llegar Malvillos¹⁵⁴
 a robar a la novia, dio dos cabe¹⁵⁵,

¹⁴² Mauregato, rey de Asturias. Es uno de los reyes a quienes se atribuye el ominoso tributo de las cien doncellas. Por hacerse eco de esta leyenda es por lo que Marramaquiz insulta a los demás gatos dándoles ese nombre, además del juego del vocablo: Mauregatos.

¹⁴³ De este sucesor de Gengiscan he hecho ya referencia.

¹⁴⁴ Hizo referencia a Numancia y a su conquistador anteriormente. Escipión africano fue también el vencedor en Sama, batalla decisiva para la ruina de Cártago.

¹⁴⁵ Siendo el zorro o raposo animal aficionado al robo, bien puede apodarse así a quien tenga el robo por oficio.

¹⁴⁶ Debe referirse a la espantada que hace el caballo asustadizo, que es una de las acepciones de la palabra. Como Raposo no retiró la cara a tiempo, acuchillósele Marramaquiz.

¹⁴⁷ Benéfico, en sentido de utilidad. Con la cuchillada le dejó el rostro imposible o incapaz de utilidad. También puede ser incapaz de beneficio eclesiástico, puesto que no lo tienen en la Iglesia los contrahechos o deformes.

¹⁴⁸ Soldado novel, y, en general, todo el que es nuevo o inexperto en algo.

¹⁴⁹ Jaulilla, adorno de cabeza, a manera de red.

¹⁵⁰ Alfiler o aguja de pecho en forma de rosa. «Turín.—¿Qué piensas dar a su hermana? Liseo.—A Nise, su hermana bella, — ¡una rosa de diamantes!» (acto I, escena I de *La dama boba*).

¹⁵¹ Gargantilla o sarta, collar, adorno de garganta.

¹⁵² Pendientes en forma de rodajas.

¹⁵³ Pendientes, adornos femeninos para las orejas. En algún tiempo lo usa—ron también los hombres, al menos en una oreja sola, como vemos en el retrato de Shakespeare.

¹⁵⁴ Defender tiene aquí sentido de impedir.

¹⁵⁵ Dar un cabe, causar un perjuicio o menoscabo. Aquí equivale a dio una arremetida.

como Hércules a Licas¹⁵⁶,

y quebrantó con él a dos boticas,
 desde una claraboya¹⁵⁷,
 cuanto componen purgas y jarabes.
 Ni a vista de sus naves
 fue más furioso Aquiles¹⁵⁸ cuando en Troya
 le dijeron la muerte de Patroclo¹⁵⁹,
 ni con mazo y escoplo¹⁶⁰
 tantas astillas quita el carpintero
 como vidas quitó celoso y fiero;
 ni más sangriento Nero¹⁶¹
 la mísera plebeya
 gente miró quemar desde Tarpeya¹⁶².
 En fin, llegando donde ya tenía
 Zapaquilda la vida por segura,
 le dijo: «Tente, ¿dónde vas, perjura?»
 Ella temblando, respondió turbada:
 «Huyendo el filo de tu injusta espada,
 que se quiere vengar de mi inocencia
 con tan fiera insolencia,
 quitándome mi esposo;
 pero yo me sabré quitar la vida,

Polifemo¹⁶³ de gatos».
 «—Ojos hermosos siempre y siempre ingratos
 (le respondió furioso),
 ¿desa manera habláis en mi presencia?
 ¡Oh gata, la más loca y atrevida!

¹⁵⁶ Licas, compañero de Hércules, llevó a éste la túnica envenenada que el centauro Neso había hecho creer a Deyanira, esposa de Hércules, que serviría para reanimar el amor del héroe. Lo que se proponía Neso era matar a Hércules, pues la túnica se incendió sobre su cuerpo haciéndole morir abrasado. Hércules cogió a Licas y lo arrojó al mar.

¹⁵⁷ Especie de techo encristalado o ventana encristalada en lo alto de un techo, Marramaquiz al tirar a Malvillos por la claraboya quebró purgas y jarabes a dos boticas. Debe ser errata el *quebrando* de la edición príncipe.

¹⁵⁸ Aquiles, cuya cólera cantó Homero, en la *Iliada*, fue uno de los conspicuos griegos que tomaron parte en la guerra de Troya. Por haberle arrebatado Agamenón la esclava Briseída se negó a tomar parte en la lucha, sin que los descalabros sufridos por los griegos, al principio, fuesen capaces de conmovérle. Llegaron los troyanos a quemar las naves de los sitiadores, y Aquiles permitió. Su íntimo amigo, Patroclo, que interviniere en la pelea, regalándole, para ello, sus propias armas.

¹⁵⁹ Muerto Patroclo a manos de Héctor, Aquiles creyó a ver su espectro de doliente y quejoso. Aquello le decidió a intervenir, y rogando a Tetis, su madre, que le procurara nuevas armas (las cuales fabricó Vulcano), no tardó en dar muerte a Héctor. Con los funerales de éste termina la *Iliada*. Pero Aquiles no le sobrevivió demasiado, pues antes de ser tomada la ciudad, herido en un talón, única parte vulnerable de su persona, pereció igualmente.

¹⁶⁰ Herramienta de carpintero, consistente en un hierro en forma de bisel y mango de madera.

¹⁶¹ Nero, Nerón. De su cruel hazaña mandando incendiar Roma se ocupa una copla citada en la *Tragicomedia* de Calisto y Melibea: «Mira Nero, de Tarpeya, a Roma cómo se ardía: gritos dan niños y viejos y él de nada se dolía».

¹⁶² La roca Tarpeya desde la cual veía Nerón el incendio, para recrearse en él.

¹⁶³ Polifemo, porque ella le desdeñaba, como Galatea, y quería a otro.

Yo sólo soy tu esposo, fementida¹⁶⁴;
 y al villano que piensa que a sacarte,
 con este casamiento, será parte,
 destas enamoradas uñas mías,
 que vencen las arpías¹⁶⁵,
 verás, si no me huye,
 y el bien que me quitó me restituye,
 cómo le mato, y desollando el cuero

le vendo para gato de dinero»¹⁶⁶.
 «-Si tú (le respondió) mi dulce esposo
 me matares tirano,
 yo con mi propia mano
 me quitaré la vida».
 Furioso entonces, sobre estar celoso,
 de donde estaba, ¡ay mísera!, escondida,
 trasladóla a sus brazos, inhumano,
 cual suele hiedra, a los del olmo asida,
 trepar lasciva a la pomposa copa¹⁶⁷,
 vistiendo el tronco de su verde ropa,
 de tiernos lazos y corimbos¹⁶⁸ llena.
 Así París robó la bella Elena¹⁶⁹,
 las naves aguardando, en la marina;

y así fiero Plutón a Proserpina¹⁷⁰
 Ella entonces llamaba
 a Micifuf a voces,
 que no la oía, porque ausente estaba.
 Al fin, tirando coces,
 se le cayó un zapato;
 mas, ni por eso se dolió el ingrato,
 viendo correr las lágrimas por ella;
 y él, corriendo con ella,
 que ni deudo ni amigo la socorre,

¹⁶⁴ Falta de fe y palabra.

¹⁶⁵ Ave de rapiña con rostro de mujer, personaje mitológico.

¹⁶⁶ Ya se hizo referencia en la Silva I al «gato de dinero».

¹⁶⁷ La hiedra bien puede llamarse lasciva, por la rapidez con que crece, se multiplica y lo envuelve todo.

¹⁶⁸ Grupos de flores que nacen en distintas partes del tallo y alcanzan una misma altura. Las enredaderas suelen tener las flores en esta forma: de vez en cuando una o varias, que se elevan uniformemente, sobre su tallo.

¹⁶⁹ Mientras las naves aguardaban en la marina, París, el príncipe troyano, un tiempo pastorcillo en el Ida, con el auxilio de Venus, que así cumplía su promesa de entonces, raptó a Helena, esposa del rey griego Menelao. París quebrantaba, con esta conducta, los deberes que la hospitalidad, tan generosamente otorgada, le imponía. Desencadenada por su culpa la guerra de Troya, después de muerto su hermano Héctor, París mató a Aquiles y pereció a su vez a manos de Pirro.

¹⁷⁰ Plutón, hermano de Júpiter y Neptuno a quien correspondió en el reparto del universo los espacios ultraterreno infernales, no encontrando esposa con quien compartir sus dominios hubo de raptar Proserpina, hija de Ceres.

la puso de su casa en una torre,
como tuvo Galván a Moriana¹⁷¹
Tal es del mundo la esperanza vana,
porque quien más en los principios fía
no sabe donde ha de acabar el día.



¹⁷¹ Personaje del romance. El moro Galván robó a Moriana de la huerta de su padre y la encerró en un castillo.



SILVA VI

Cuando el soberbio bárbaro gallardo
 llamado Rodamonte,
 porque rodó de un monte¹
 supo que le llevaba Mandricardo²
 la bella Doralice,
 como Ariosto dice,
 a diez y seis de agosto,
 que fue muy puntual el Ariosto³
 cuenta que dijo cosas tan extrañas,
 que movieran de un bronce las entrañas.
 prometiéndole arrogante
 no ver toros jamás ni jugar cañas⁴,
 aunque se lo mandasen Agramante⁵
 Rugero y Sacripante;
 ni comer a manteles,
 ni correr sin pretal⁶ de cascabeles,

 ni pagar ni escuchar a quien debiese,
 porque más el enojo encareciese,
 ni dar a censo⁷ ni tomar mohatra⁸
 ni pintar con el áspid a Cleopatra⁹.
 Y lo mismo decía, cuando el rapto
 de Elena fementida,

¹ Lope, una vez más, juega del vocablo con el nombre de este personaje de Ariosto, ya citado. Rodó de una escala en el sitio de París; pero entonces ya se llamaba Rodomonte.

² Personaje del *Orlando furioso*. Mandricardo era un tártaro. Apoderóse de la hija del rey de Granada, Doralicia, prometida de Rodomonte, y la bella granadina cambió de esposo sin pena. Un enano fue el encargado de contárselo todo a Rodomonte.

³ Graciosa burla a costa del épico italiano. Trátase de uno de los menos realistas y más imaginativos autores de poemas pseudo clásicos, por lo cual resulta delicada ironía llamarle puntual, aunque afecta serlo.

⁴ Sigue la burla. Es frecuente en los romances y relatos medievales tropezarse con estas extrañas promesas de «no comer a manteles» «ni con la reina folgar», de las cuales se apoderaron las novelas de caballerías, convirtiéndolas en hiperbólicas galanterías. Rodomonte no pensó ver toros jamás, por ser fiesta españolísima y Rodomonte un bárbaro, como el mismo ha dicho; aunque sarraceno, y quizá por eso no desconocedor del toreo. En cuanto a jugar cañas, era ejercicio ecuestre propio de caballeros, que se las arrojaban como si fuesen lanzas.

⁵ Todos son personajes del poema de Ariosto. Agramante es el Jefe de los sarracenos sitiadores de París; Rugero es otro caudillo a quien se supone, junto con su amada Bradamante, tronco de la casa ducal de Este; y Sacripante es otro de los enamorados de Angélica, que los tenía por docenas.

⁶ Por *penal*, correa que ciñe el cuello de la cabalgadura, y puede ir adornado de cascabeles. Imaginar cascabeles en un corcel de tan fiero paladín es burlarse de él exageradamente.

⁷ Cesión de bienes mediante un canon anual. Vuelve a deslizarse Lope a la sátira de costumbres. Aquellos nobles tan infatuados y soberbios descendían al fraude y a la estafa por conservar la apariencia de su grandeza. A esto se refiere al censo y la mohatra. En cuanto a pagar deudas, no escuchaban a sus acreedores, como Lope muy bien dice.

⁸ Venta simulada y usuaria y también fraude o engaño.

⁹ Cosa obligada parece pintar a Cleopatra (ya citada anteriormente como «la gitana de Menfis») con el áspid que le dio muerte y del cual se valió para librarse del ominoso cautiverio en que la habría puesto Octavio, a quien tendió, en vano, la red de sus encantos.

el griego rey Atrida¹⁰
 contra el pastor para traiciones apto¹¹,
 que dio en el monte Ida¹²

en favor de Acidalia la sentencia¹³;
 que hay muchas de la Vera de Plasencia¹⁴,
 que vienen más tempranas,
 si las hacen los ojos¹⁵
 de juveniles bárbaros, antojos;
 que aun no repara en canas
 esto que todos llaman apetito,
 y más donde no tienen por delito
 que la santa verdad corrompa el premio¹⁶
 Mas, todo este prohemio¹⁷
 quiere decir, en suma,
 aunque era campo de extender la pluma,

lo que el valiente Micifuf, oyendo
 el suceso estupendo
 del robo de su esposa,
 Elena de las gatas,
 dijo con voz furiosa,
 cuando galán venía a desposarse,
 tan imposible ya de remediarse.
 De las tremantes¹⁸ ratas
 fugitivo escuadrón con pies ligeros
 temeroso ocupó los agujeros,
 y arrojando la gorra,
 que fue de un ministril¹⁹ de Calahorra,
 hizo temblar la tierra,
 a fuego y sangre prometiendo guerra.
 Ferrato, ya perdida la esperanza,
 mesándose²⁰ las barbas y cabellos

¹⁰ Menelao, esposo de Helena y rey de los Atridas.

¹¹ Refiérese a París.

¹² Monte célebre por el juicio de la manzana y por el robo de Ganimedes.

¹³ Otro nombre de. Afroditá o Venus. Hace referencia al juicio de la manzana, fallado por el príncipe pastorcillo, París, hijo de Príamo, en el monte Ida.

¹⁴ Vuelve a irse Lope por las ramas arremetiéndolo, con su acostumbrada gracia, contra las que, por experiencia, tanto conocía. Dice un romance de serrana: «Allá en Garganta la Olla – a la Vera de Plasencia». Las serranas de la Vera debían de tener fama de garridas y hermosas, cuando tanto se las celebra en la literatura.

¹⁵ Si los ojos de juveniles bárbaros las hacen antojos. «Hacer del ojo», expresión corriente, en la edad clásica, como vemos en Castillejo: «Madre, un caballero – que estaba en este corro, – a cada vuelta hacíame del ojo; – yo, como soy bonita, – teníaselo en poco.»

¹⁶ Viene a decirnos con esto, socarronamente, que ni en las canas ni en la juventud repara el apetito, y más donde nada les importa la corrupción, sino el premio.

¹⁷ Prólogo.

¹⁸ De *tremulare*, *temblar*. Las ratas lo hicieron huyendo de la cólera de Micifuf.

¹⁹ Ministro ínfimo de justicia.

²⁰ Arrancándose. Cuando era otro el que mesaba las barbas, incurría en atroz delito, sólo pagable con sangre.

blancos, que nunca blancos fueron bellos,
culpaba su tardanza,
porque las dilaciones²¹
pierden las ocasiones,
porque en la calva tienen un copete²²

que sólo se le coge el que acomete,
porque aguardar a que la espalda vuelva,
es seguir un venado²³ por la selva²⁴,
que alcanzarle no fuera maravilla
quien le fuera siguiendo por la villa.
Micifuf la tardanza disculpaba
con que lejos vivía
el zapatero que esperando estaba

(¡oh cuántos males causa un zapatero!)
y que después calzarle no podía,
aunque los dientes remitiese al cuero²⁵,
las botas justas, que con calza larga²⁶
era la gala entonces, que por fresco
dicen autores que mató al grigüesco²⁷
por quitar la opresión de tanta carga.
¡Oh quién para olvidar melancolías
de las que no se acaban con los días,
un gato entonces viera
con bota y calza entera!
Pero ¿dónde me llevan niñerías,
que en Italia se llaman bagatelas²⁸,
ingiriendo novelas²⁹
en tan funestos casos,
más dignos de Marinos y de Tasos³⁰

²¹ Dilaciones, por retardamientos.

²² Sujeto de tienen, las ocasiones. Son calvas y no hay por donde asirlas; por el copete, según Lope; por un solo cabello, según otros. «Por eso, mozelas locas, – antes que la edad avara, – el rubio cabello de oro – convierta en luciente plata, – quered cuando sois queridas; – amad cuando sois amadas; – mirad–bobas, que detrás – se pinta la ocasión calva» (Góngora).

²³ Ciervo, caza mayor.

²⁴ Terreno extenso, inculto y muy poblado.

²⁵ No podía calzarse la bota ni aun tirando del cuero con los dientes. Ya hemos hablado de esto en el estudio preliminar.

²⁶ Las calzas, ya citadas, eran enteras o medias calzas. En el momento en que Micifuf se casaba usábanse calzas largas.

²⁷ Como el gregüesco (insistimos en que debe ser gregüesco, tal como lo escriben los clásicos, especialmente Lope y Cervantes) era abundante en tela, por fuerza sena carga y enojoso calor, en verano. Las modas masculinas también representaban, exageración condenable, tal cual vemos en la segunda parte de *El guardainfante*, de Quiñones, en que Juan Rana no podía entrar por la puerta, sino por el tejado, a causa de lo voluminoso del sombrero; del pelo postizo tenemos, en el mismo sainete, el episodio de las guedejas, que Juan le había quitado a una dama, que *se* estaba tocando, para ponérselas él; y, finalmente, de los rellenos de las pantorrillas nos informa la vieja, que no podía hilar porque la lana estaba en las piernas del alcalde.

²⁸ Bagatela es, en efecto, cosa fútil.

²⁹ Sigue el italianismo. No se trata de épica moderna, ni aun de mentiras, Que también tiene esta acepción la palabra *novela*, sino de nuevas o novedades.

³⁰ Juan Bautista Marini (1569 1629), suma y compendio de la literatura italiana de su época, que de

que de Helicon³¹ son solos y solos,
 que de mis versos rudos españoles?
 Lloraba Micifuf, lloraba fuego,
 que fuego lloran siempre los amantes,
 arrojando los guantes,
 a quien los cultos llaman quirotecas³²
 (¡oh bien hayan Illescas y Vallecas!)³³,

sin admitir un punto de sosiego,
 como en París el moro, en Troya el griego³⁴.
 No suele de otra suerte pasearse
 quien tiene algún extraño desconcierto,
 sin que pueda apartarse
 del negocio que trata,
 pálido el rostro, de sudor cubierto,
 como ya por su honor, ya por su gata,
 inquieto Micifuf se condolía
 por dilatar de la venganza el día³⁵.
 En tanto, pues, que amigos y parientes
 consultaban el modo
 cómo acabar del todo
 agravios tan infames y insolentes³⁶,
 Marramaquiz estaba
 solicitando el pecho
 de Zapaquilda, de diamantes hecho,
 que en la dura prisión perlas lloraba,
 a guisa de la aurora,
 que parece más bella cuando llora;
 que la mujer hermosa,
 cuando baña la rosa
 de las mejillas con el tierno llanto,
 aumenta la hermosura,
 si no da voces y en el llanto dura.
 Marramaquiz, en tanto,
 produciendo concetos³⁷
 de su locura efetos,
 ya en prosa ya en poesía,

su nombre tomó el de marinismo. Autor del poema Adonis. En cuanto a Tasso, ya se le ha citado varias veces.

³ ¹ Monte beocio consagrado a las Musas; lugar de inspiración para los poetas y donde brillan como soles únicos Marini y Tasso.

³ ² Los llamaban en griego simplemente.

³ ³ En Illescas y Vallecas no hay afectaciones de cultismo.

³ ⁴ Alusión a los dos personajes citados: Rodomonte y Menelao el Atrida.

³ ⁵ Por tener que dilatar el día de la venganza.

³ ⁶ Ofensa en la honra o en la fama. «Si en servirla os hice agravio – por parte de ser pobre – (que en las demás os igualo)». (*El acero de Madrid*, acto III, escena final. Lope.)

³ ⁷ Agudezas, razonamientos. «Riselo: Teodora tiene secretos – que me despiquen de ti. Marcela: ¿Y Florencio para mí – no sabrá algunos concetos?» (*El Acero de Madrid*, acto II, escena XVIII.)

desvelado la noche y triste el día,
se alambicaba³⁸ el mísero cerebro.
No dejaba requiebro

que no imitase tierno a los orates³⁹,
que el mundo amantes llama,
y de la tierna dama
amores y cariños,
hasta los disparates
que les dicen las amas a los niños
cuando les dan el pecho las mañanas,
con intrínseco⁴⁰ amor diciendo ufanas:
«mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo,
mi Gonzalo», mas esto solamente
si se llama Gonzalo,
porque fuera requiebro⁴¹ impertinente
si se llamara Pedro, Juan o Hernando;
que convienen las flores con los frutos,
y a las cosas también sus atributos.
Estaba el sol apenas matizando
las plumas de las alas de los vientos⁴²,
dando a los dos primeros elementos⁴³
esmeraldas al uno, al otro plata,
cuando salía por su amada gata
al soto de Luzón⁴⁴, el triste amante,
sin respetar el arcabuz tonante,
a buscar el gazapo⁴⁵ entre las venas
de la tierra, que apenas
salir al campo osaba,
y de una manotada le pescaba.
No había pez ni pieza

de vaca en la cocina,
que en volviendo Marina
a buscar otra cosa la cabeza,

³ ⁸ Sutilizaba cuanto podía.

³ ⁹ Locos.

⁴ ⁰ Interior o íntimo.

⁴ ¹ Lisonja o adulación. Ni las amas dan el pecho a los niños solamente por las mañanas; ni emplean con ellos estas amorosas letanías sólo en ese momento; ni el nombre de Gonzalo viene a cuento. Todo ello es exigencia del consonante y desenfado de Lope. Por otra parte, no hay inconveniente en admitir la opinión de don Francisco Rodríguez Marín, según la cual es un tópico llamarle don Gonzalo al gato, Martín al tordo, Ramiro al carnero, etc. *dama boba*, escena final.)

⁴ ² Conejo nuevo. «¿Y la Clara socarrona – que llevaba los grazapos?» *La Manzanares*, y, aunque parezca mentira, había un molino y todo.

⁴ ³ Soto de Luzón, cerca del Puente de Toledo, lugar por donde pasaba el de esmeralda y plata, respectivamente tierra, agua, aire, fuego. El sol reverberando sobre la tierra y el agua los matiza

⁴ ⁴ Loa antiguos llamaban elementos o principios elementales a estos cuatro: y fatigar la selva», de las que quizá pretende burlarse Lope con éstas.

⁴ ⁵ Atrevidas metáforas sólo comparables a aquellas gongorinas: «peinar el viento»

no caminase ya por los tejados
 para el dueño cruel de sus cuidados;
 tan ligero –y veloz, tan atrevido,
 que no paraba, sin hacer ruido,
 hasta sacar la carne de la olla,
 del asador la polla,
 aunque sacase, por estar ardiendo,
 O pelada la mano o con ampolla,
 fufú, fufú diciendo.
 ¡Oh amor! ¡Oh cuantas veces
 de la misma sartén sacó los peces,
 sin cucharas⁴⁶ de hierro ni de plata!
 Y la cruel, a más amor, más gata⁴⁷.
 –«¿Es posible (decía
 con lastimosas quejas),
 ¡oh más dura que mármol a mis quejas!
 (porque el gato las églogas⁴⁸ sabía),
 y al amoroso fuego que me enciende
 más helada que nieve, Galatea?,
 ¿que de mi fuego el hielo te defiende
 dése pecho cruel, que me desea
 la muerte, que antes sea
 la de tu Adonis⁴⁹ Micifuf cobarde,
 que gozarás, cruel, o nunca o tarde;
 que no te duelen tantas penas mías,
 ni el verte tantos días
 cautiva en esta torre,
 que ni te viene a ver ni te socorre,

que para aborrecerle te bastaba?
 Micilda me buscaba,
 Micilda me quería;
 por ti la aborrecía,
 siendo gata de bien, siendo estimada
 por honesta doncella y retirada
 de amigas, de papeles y paseos,
 que clandestinos⁵⁰ trazan himeneos.
 ¿Qué no dejé por ti, que te has casado
 con un gato afrentado? Que si fuera

⁴ ⁶ Cuchara, de *cocleara*; en plural en *es* manifestase como característico del bable o asturiano, que dice habitualmente *muyeres*, *ñeñes*, *ducharas*, *plumes*. Nótese que es el plural femenino. Siendo el bable una forma petrificada del castellano antiguo, nada nos choca ver que Lope la emplee.

⁴ ⁷ En sentido de esquivar o huraña. Los gatos suelen serlo, y en cuanto a su comodidad afecta, incluso con las personas que les miman.

⁴ ⁸ Las *Églogas* de Garcilaso; de la primera, comienzo de la lamentación de Nemoroso, son los dos versos que Lope transcribe: «¡Oh, más dura que mármol a oír quejas!, – más helada que nieve, Galatea».

⁴ ⁹ Adonis, muy amado de Venus. Su nombre es sinónimo de *lindo*.

⁵ ⁰ Secretos.

afrenta entre los hombres el ser gato,
que la costumbre toda ley altera,
sólo éste fuera gato, por ingrato».
—«No te canses (la gata respondía

con ojos zurdos de Nerón romano)⁵¹,
Marramaquiz tirano,
que siendo, como es, justa mi porfía,
ni he de temer tus daños
ni me podrás vencer con tus engaños».
—«¿Qué obstinación, qué furia
te obliga, Zapaquilda, a tanta injuria?
Mira que la nobleza
de tu celoso amante,
siendo tan arrogante,
a su misma cruel naturaleza⁵²
se rebela, teniéndote respeto,
añadiendo al ser noble el ser discreto».
Este apostrofe⁵³ ha sido
justamente advertido
a la gata cruel, desamorada,
por lo que a los retóricos agrada,
que adornan la oración con voces puras,

y sacan un retablo de figuras⁵⁴
que cuanto a mí, jamás me atravesara
con gente de uñas y de mala cara.

Ya Micifuf en casa de Ferrato

juntaba deudos, procuraba amigos,
de su dolor testigos,
acusando el cruel, bárbaro trato
del común enemigo, que este nombre
como al turco le daba⁵⁵,
y porque más de su maldad se asombre,
el robo de su esposa exageraba;
que cada cual en su dolor y pena
hasta una gata puede hacer Elena.

⁵¹ Parece ser que Nerón era miope y padecía estrabismo. La gata le miraba de través, a su desdeñado.

⁵² Alegaba Marramaquiz que su nobleza y arrogancia estaban en contraposición con su cruel naturaleza, pues por ésta debería sentirse inclinado a la violencia; mas, por nobleza y discreción, el tenía respeto a la gata, a pesar de sus injurias y desdenes.

⁵³ Figura retórica que consiste en dirigir con vehemencia y directamente la palabra a quienes se reconviene o interpela, sea persona o cosa.

⁵⁴ Retórico es aquí el literato alambicado que adorna la frase con todo un retablo de figuras. Hay juego del vocablo, equívoco, entre figuras de «retablo—y figuras «retóricas». Todo esto es alusión al recargamento culterano, que llenaba de retorcidas figuras toda pieza literaria.

⁵⁵ Los turcos eran el común enemigo de la cristiandad. Aunque muy quebrantados después de la batalla de Lepanto, aún seguían siendo preocupación y peligro, al menos en Austria y Sur de Rusia.

Estando, pues, sentados en secreto,
 en el zaquizamí⁵⁶ de su posada,
 dijo a la noble junta lastimada
 con triste voz, de su desdicha efeto:
 –«Aquel justo conceto
 que de vuestro valor tengo formado
 me excusa de retóricos ambajes⁵⁷;
 amigos y parientes,
 si estuvistes presentes
 a la dura ocasión de mi cuidado,
 de que tan tarde me avisaron pajes;
 que siempre llegan tarde los avisos
 a los que son para su bien remisos⁵⁸.
 ¿Con qué podré moveros?⁵⁹
 ¿Con qué podré obligaros?
 O ¿qué podré deciros,
 que pueda enterneceros,
 que pueda provocaros,

si no son los suspiros,
 medias voces del alma,
 cuando con el dolor la lengua calma?⁶⁰
 Este, que aquí no explico,
 está diciendo el pálido semblante
 lo que con muda lengua significo,
 pues cuando más la encumbre y adelante,
 más corto he de quedar; que los enojos
 remiten la retórica a los ojos;
 que la muda tristeza muchas veces
 el Démostenos⁶¹ fue de la elocuencia,
 y más donde son sabios los jueces,
 que excusan de captar⁶² benevolencia,
 pues no pudiera en Grecia, en su Liceo⁶³,
 ver más doctrina que en vosotros veo.
 Todos Platones sois; todos Catones⁶⁴;
 más podrá la razón que las razones.
 Yo vine, provocado de la fama,
 a ver de Zapaquilda la hermosura,

⁵ Desván, sobrado.

⁵ ⁷ Ambages, rodeos de palabras.

⁵ ⁸ Flojos o poco activos.

⁵ ⁹ Agitaros, conmoveros.

⁶ ⁰ Suple se o *está en*.

⁶ ¹ Padre de la elocuencia, rival de Esquines, contemporáneo de Filipo de Macedonia, a cuyos planes políticos se opuso.

⁶ ² Atraer, lograr.

⁶ ³ Gimnasio de Atenas, donde enseñó Aristóteles, y también escuela arista tética.

⁶ ⁴ Platón, el filósofo discípulo de Sócrates, autor de los Diálogos; y Catón, llamado el Censor, severo romano.

por alta mar, del hado conducido⁶⁵,
 donde mis ojos encendió su llama,
 fuego de fénix⁶⁶, que a los siglos dura,
 opuestos a la muerte y al olvido.
 Si fui favorecido.
 si agradeció mi amor y pensamiento,
 bien lo dice el tratado casamiento,

pues que nos veis con la ocasión perdida,
 ella sin libertad y yo sin vida.
 Cortés la quise, sin violencia alguna,
 que nunca fue violenta la fortuna.
 Cuando pagó mi amor, yo no sabía
 como quien era gato forastero.
 que este tirano a Zapaquilda amaba;
 con esto la primera luz del día,
 y con ella su cándido lucero,
 en mis ojos brillaba
 primero que en las flores,
 a su ventana repitiendo amores.
 Allí también en su primera estrella
 la noche me buscaba divertido⁶⁷,
 adorando las tejas
 de sus balcones rejas⁶⁸,
 y dulce elevación de mi sentido,
 hasta que hablar con ella,
 envidioso, traidor y fementido,
 me vio, en su celosía⁶⁹,
 donde probó mi amor, su valentía.
 Resultó la prisión, y es tan villano,
 que ha, engañado a Micilda,
 y dándole su fe, palabra y mano
 de que será su esposo,
 siendo cumplirla el acto más honroso,
 cuando me vio casar con Zapaquilda,
 en afrenta de todos sus parientes

⁶⁵ El hado de los griegos es el sino de los románticos, diferentes nombres con que se designa la fatalidad.

⁶⁶ Ave fabulosa, que renacía de sus cenizas, según pensaban los antiguos. No siempre es Lope tan sencillo como parece: *su llama* debe ser la hermosura de Zapaquilda, que abrasaba como llama; *encendió mis ojos* indica que los ojos de Micifuf se encendieron con la llama de Zapaquilda. Lo demás ya no está tan claro: fuego de *fénix* parece aposición de *llama* (aunque los que se queman y renacen son los ojos); que *a los siglos dura* nos figuramos que es el fuego; y opuestos a *la muerte y al olvido* nos figuramos que son los siglos. ¡Era mucho *cálamo cúrrente* el de Lope!

⁶⁷ Aquí vale por entretenido, embebido.

⁶⁸ Evidente que las tejas son las rejas de los balcones de los gatos.

⁶⁹ Enrejado para ver sin previsto, Aunque hoy es corriente sólo en los conventos, en tiempos de Lope cualquier casa las tenía, y aún las tienen muchas casas andaluzas. Las alusiones literarias son frecuentes: «Flora: Las celosías impiden – que no veas bien la calle, – pues dices que el del overo – no era galán caballero, – bizarro y de lindo talle» (*Los melindres de Belisa*, acto I, escena II).

y amigos, que presentes
estuvieron atónitos al caso,
echando los más graves por la tierra,
como estaban de boda y no de guerra,

padeciendo mi sol tan triste ocaso⁷⁰,
se la llevó con atrevido paso,
celoso el corazón, la vista airada,
hiriendo a quien delante se le puso;
tanto, que con Garraf de una patada⁷¹
los botes y redomas⁷² descompuso
de un boticario que vivía enfrente;
y como de repente
en un perol cayese desde un banco,
todo le revistió de unguento blanco⁷³;
vertió una melecina⁷⁴;
y paró medio muerto en la cocina
en ocasión tan dura,
en ocasión tan triste,
que es mármol quien las lágrimas resiste.
Mas, quiero epitomar mi desventura⁷⁵:
mi esposa me han robado;
sin honra estoy». Aquí, si no fue mengua,
fue el silencio la voz, los ojos lengua,
porque la grave pena,
cortando la razón, dejóle mudo⁷⁶

Enternecióse el ínclito⁷⁷ senado,
haciendo propia la desdicha ajena,

luego que vio que proseguir no pudo,
y respondió Panzudo,
un gato venerable⁷⁸ de persona,

⁷ ⁰ Siendo Zapaquilda un sol de hermosura, la prisión en que Marramaquiz la tenía era el ocaso de este sol.

⁷ ¹ Confunde aquí Lope a Garraf, el paje de Micifuf, que él fue el primero en sufrir los efectos de la cólera de Marramaquiz, con Malvillos, el gato a quien tiró por la claraboya. El nombre de Malvillos descomponía la buena medida y acentuación del verso. En cuanto a la expresión «una gatada», tiene el mismo valor de «puñada»: golpe de gato aquélla, como ésta golpe de puño.

⁷ ² Vasija ancha de fondo y estrecha de boca. No suele darse tal nombre sino a frascos de boticario o alquimista, como aquel donde estaba encerrado el Diablo Gojuelo, o como la «redoma encantada» que utilizó Hartzzenbusch para su obra.

⁷ ³ Ungüente, forma anticuada y popular, usada por nuestros clásicos, frente a unguento, actual. Ungüento blanco llevaba Sancho en las alforjas para curar heridas. La medicina de entonces registraba unguentos de varios colores: amarillo, cetrino, etc.

⁷ ⁴ Melecina, forma vulgar, por medicina. Usase modernamente como expresión del habla inculta; tal hizo Pereda, donde para remedar la tosca lengua de viejos mareantes pone estas palabras en boca de Sídora, la mujer del tío Michelín: «¡Bendito sea Dios, que pone la melecina tan cerca de la Haga!» Por antonomasia llamábase *melecina*, en tiempos de Lope, a las lavativas.

⁷ ⁵ Reducir a epítome; y epítome, resumen de una obra extensa.

⁷ ⁶ Elegante manera de decir que no pudo Micifuf seguir hablando porque las lágrimas cortaron su ver.

⁷ ⁷ Ilustre, esclarecido.

aunque pelado de cabeza estaba,
 cosa que a muchos buenos acontece;
 si bien esto no fue lo que parece
 cuando a un amante viene la pelona⁷⁹
 mas, golpe que le dio cierta fregona⁸⁰,
 que de un menudo que lavar pensaba,
 cuando menos atenta le miraba,
 asido del principio de una tripa,
 que a la vista las manos anticipa⁸¹,
 la fue desenvolviendo hasta el tejado,
 como cordel de un cabo y otro atado,
 del ovillo de sebo el laberinto;
 y cada cual de todos⁸² participa
 deste dolor, como si propio fuera;
 dijo, con el semblante mesurado,
 en prudentes palabras desatado:
 –«Con justa causa Micifuf espera
 verse favorecido.
 y vengado también del atrevido
 que le robó su esposa:
 fatal desdicha de mujer hermosa».
 Y respondió Tomillo,
 propia razón de gato mozalvillo⁸³:
 «–Por mí ya lo estuviera,
 porque con estas uñas se le diera».
 Pero Zurrón, que le miraba enfrente,
 le dijo: –«Con un gato el más valiente
 que han visto los tejados de la villa,
 mejor es, a la usanza de Castilla,

escribirle un papel de desafío.
 –«No es éste el voto mío
 (Garrullo replicó) ni que se intente
 venganza de victoria contingente⁸⁴;
 que siempre ha estado en varias opiniones
 si ha de haber desafío en las traiciones⁸⁵.
 Soy de voto que tome el agraviado

⁷ ⁸ Respetable por su edad.

⁷ ⁹ Mal francés. «Pues el pago de mi fe, – Juana, es verme cual estoy, – al Rey de Francia me voy; – no me preguntes a qué» (Baltasar del Alcázar).

⁸ ⁰ Criada que friega.

⁸ ¹ Para asir la tripa se anticiparon las manos a la vista.

⁸ ² Emplea el distributivo *cada* para dejar bien sentado que *todos* en colectividad y cada cual individualmente participaban del dolor de Micifuf.

⁸ ³ Como mozalbete, diminutivo de mozo; pero sin el valor despectivo del que termina en etc.

⁸ ⁴ Venganza susceptible de convertirse en victoria para el enemigo. Contingente es lo que puede suceder o no.

⁸ ⁵ El código del honor no permite desafiarse con un traidor. Y, por otra parte, no es admisible que Marramaquiz lo fuese.

un arcabuz, y aguarde
 al gato más valiente o más cobarde,
 castigo del que vive descuidado
 sin miedo del que agravia,
 y propio efecto de la noche oscura».

–«Si se pudiera ejecutar segura
 fuera venganza sabia
 (dijo Chapuz valiente,
 gato de buenas partes)
 mas, son tantas las artes
 dése Marramaquiz, gato insolente,
 que no dará ocasión que se ejecute,
 por mucho que la noche el rostro enlute⁸⁶,
 y de mi parecer, mejor sería
 querellarse del robo y castigalle
 por términos jurídicos y dalle
 muerte que corresponda a la osadía».

–«Dirán que es cobardía
 (Trebejos replicó), ni esa querella
 está bien al honor de una doncella,
 que es poner su defensa en opiniones⁸⁷
 que se averigua mal con las razones
 aquello que la causa pone en duda,
 que no hay para mujeres lengua muda;
 que ha dado el mundo en bárbaras querellas,

 no pudiendo excusar el nacer dellas⁸⁸.
 Pleitos aun no son buenos para gatos,
 porque es gastar la vida y la paciencia;
 no hay que tratar de tratos ni contratos,
 ni andar en pruebas ni esperar sentencia.
 Si aquesta injuria⁸⁹ ha de quedar vengada,
 remítase a la pólvora o la espada.
 –«Bien dice (respondió Raposo, haciendo
 debido acatamiento al gran senado)⁹⁰
 Trebejos, y no es justo,
 aunque se pruebe lo que estáis diciendo

⁸ ⁶ Por más que la noche sea oscura.

⁸ ⁷ Exponer su fama o reputación. En el monólogo de doña Magdalena *El vergonzoso*, de Tirso, ya citado, dice: «Siendo las causas tan pocas, exponer mis menguas – al juicio de las lenguas – y a la opinión de las bocas, (acto II, escena primera).

⁸ ⁸ No pudiendo excusar el nacer de las mujeres, el mundo ha dado en bárbaras querellas y no hay lengua que contra las mujeres sea muda. Manifiéstase, pues. Trebejos, hostil a la intervención jurídica, en casos de honor.

⁸ ⁹ Aquesta, demostrativo compuesto, anticuado. Eccum–ista o adeccum–ista, aquesta. Hubo: otros, aquese, esotros, etc.

⁹ ⁰ Graciosa imitación de la asamblea de los Aquivos, al principio de la *litada*.. Los gatos notables, nuevos Agamenones y Aquiles, discuten como éstos otro tiempo, por materia tan fútil los unos como los otros, pues si los gatos discutían una ofensa gatuna, los Aquivos se peleaban por una bella esclava.

y quede a vuestro gusto sentenciado,
 que deis al pueblo gusto,
 al teatro sacando neciamente
 un gato, con capuz y caperuza⁹¹;
 y no menor locura que se intente,
 no siendo Micifuf el moro Muza⁹²,
 tratar de desafíos,
 con quien sabéis que tiene tantos bríos⁹³.
 Perdóneme Zurrón; Chapuz perdone;
 y aunque la edad le abone
 me perdone Panzudo,
 si de su parecer mi intento mudo;
 que el mío es juntar gente
 para tan grave empresa conveniente,
 y formando escuadrones
 de caballos y armada infantería,

de toda la parienta gatería,
 hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
 y asestándole⁹⁴ tiros y cañones,
 batirle⁹⁵ la muralla noche y día,
 hasta saber qué gente le socorre;
 porque si el campo Micifuf le corre⁹⁶,
 y el sustento le quita,
 y que deje la plaza necesita,
 o en forma de batalla asalta la muralla,
 él se dará a partido,
 o le castigaréis siendo vencido.
 Sacad banderas, pues; toquéense cajas⁹⁷,
 haciendo las baquetas⁹⁸
 los pergaminos rajas⁹⁹;
 terciad las picas¹⁰⁰ disparad cometas

⁹¹ Capa con capucha y cola es el capuz; y bonete rematado en punta, la caperuza. Refiérese al traje que vestían los condenados por el Santo Oficio, parecido al de los penitentes de nuestras cofradías religiosas. Si al gato se le juzgaba por justicia, era sacarle al teatro del mundo con capuz y caperuza, ponerle a la vergüenza, con que daba al pueblo gusto; pero denigraba a los gatos.

⁹² Famoso personaje de romance, muy valiente y resuelto. Murió a manos de Ponce de León, no menos traído y llevado en los romances.

⁹³ Valor, pujanza.

⁹⁴ Asestar, dirigir un arma hacia o descargar un golpe.

⁹⁵ Golpearle o derribarle.

⁹⁶ Recorrer en son de guerra el campo enemigo.

⁹⁷ Tambores, En algunos autores clásicos es muy característico el «tocar cajas»; así en Cervantes, que para todo acontecimiento alegre hay, en su teatro, acotación de que «tocan cajas», y para todo acontecimiento triste tocan chirimías.

⁹⁸ Las baquetas no *son* aquí las varas para atacar las armas de fuego, sino los palillos con que se tocan el tambor, según demuestra lo que sigue, porque las baquetas eran para hacer rajas les pergaminos.

⁹⁹ Los pergaminos o parches son la piel del tambor, y, a veces, con ellos se designa, metafóricamente, el tambor mismo.

¹⁰⁰ De la raíz *pie*, *punta*. Lanza antigua. Terciar la pica es ponerla atravesada, en disposición de acometer.

que así cobró su esposa, en Troya, el griego,
publicando la guerra a sangre y fuego¹⁰¹.
Calló Raposo, y luego, del senado
el voto conferido¹⁰²
en la guerra quedó determinado,
por ser de todos el mejor partido,
más justo y más honroso
y dando Micifuf, como era justo,
los brazos y las gracias a Raposo,
brotando humor adusto¹⁰³,
a hacer la leva¹⁰⁴ de la gente parte.
Perdona, Amor, que aquí comienza Marte¹⁰⁵,
y sale Tisifonte¹⁰⁶
a salpicar de fuego el horizonte;
suspende entre las armas los concetos:
pues das la causa, escucha los efetos.



¹ ⁰¹ Cometa vale saeta en lengua de germanía.

¹ ⁰² Concedido. Quiere decir que el senado votó por la guerra.

¹ ⁰³ Severo. Humor adusto vale por humor grave o mal humor.

¹ ⁰⁴ Recluta de gente. Más comúnmente se dice, al menos en los tiempos modernos, de la marinería; pero se llama a cualquier recluta de soldados para el servicio de la nación.

¹ ⁰⁵ Marte, dios de la guerra, ya citado. Si basta aquí habló de amores gatunos, de ahora en adelante sólo se ocupará de guerra.

¹ ⁰⁶ Tisifonte o Tisifone, una de las furias. Tisifone personifica la venganza del homicidio y castigaba a los condenados que entraban en el infierno. Las Furias, llamadas así por los romanos, son las mismas Euménides que persiguieron a Orestes, divinidades infernales, hijas de la Tierra, diosas de la venganza y personificación de los remordimientos.



SILVA VII

Al-arma toca el campo micigriego¹
 contra Marramaquiz, gato troyano²;
 violento sube, aunque oprimido en vano,
 a la región elemental el fuego³;
 inquietan de los aires el sosiego,
 con firme agarro de la uñosa mano,
 banderas⁴, que con una y otra lista
 trémulas se defienden a la vista,
 no permitiendo, pues no dejan verse,
 que las colores puedan conocerse⁵,
 respondiéndose a coros
 las cajas y los pífanos sonoros,
 y al paso que se alternan
 siguiendo el son marcial los que gobiernan.
 Y luego los soldados,
 de acero y de ante⁶ y de valor armados,
 agujas del cabello por espadas⁷,
 y sólo descubriendo las celadas
 por delante mostachos
 y por detrás plumíferos penachos,
 marchando con tal orden, que la planta

 donde el que va delante la levanta,
 estampa el que le sigue,
 sin que el bastón del capitán le obligue,
 y al son de las trompetas resonantes,
 las picas a los hombros los infantes,
 en quien la variedad y los colores
 formaban un jardín de varias flores,
 a la manera que el abril le pinta
 en cultivada quinta;

¹ De la voz y grito con que se ponía en guardia a la tropa para que estuviese dispuesta a combatir viene el compuesto *alarma, rehato*, y también susto e inquietud. Decir que «toca el campo» es cometer sinécdoque, tomando el conjunto de soldados, que forman el ejército, por la parte, los tambores de él, que son los que tocan. En cuanto a micigriego, es una voz inventada por Lope, compuesta de *miz* o mizo y griego: los gatos que iban a combatir como los Aquivos en Troya.

² Marramaquiz representa aquí a París, el troyano, raptor de Helena.

³ El fuego, uno de los cuatro elementos, aunque oprimido en vano (en las armas) violento sube (al dispararse éstas) a la otra región elemental del aire.

⁴ Las banderas, asida por mano guarnecida de fuertes uñas, inquietan de los aires el sosiego, porque ondean al viento dejando ver, a medias, las franjas de que están formadas.

⁵ No cabe más encantadora y precisa descripción de como ondea una bandera, trémula, como si escondiese sus colores. Hasta en lo nimio pone Lope el sello de su genio.

⁶ De piel de ante, cuadrúpedo rumiante parecido al ciervo y tan corpulento como el caballo.

⁷ Agujas de sujetar moños, grandes y largas, como después lo fueron las de sujetar sombreros.

las picas de los bravos marquesotes⁸
 de varas de medir y de virotos⁹,
 y ya de los plebeyos¹⁰,
 baquetas de Babiecas y Apuleyos¹¹,
 sin escuadras gallardas,
 que llevaban en forma de alabardas¹²
 aquellos cucharones
 con que suelen sacar alcaparrones¹³,
 y con las palas, como medias lunas,
 las sabrosas de Córdoba aceitunas;
 Córdoba, donde nacen andaluces
 Góngoras y Lucanos¹⁴;
 y encendidas las cuerdas en las manos¹⁵,
 no de Milán dorados arcabuces
 llevaba la lucida infantería,
 mas de huesos de piernas de carnero,

que gatos de uno y otro pastelero
 trajeron de porfía,
 que no fueron de gato de ventero,
 sospechosos en tales ocasiones¹⁶
 y de huesos de vaca los cañones
 para batir la torre.

Con esto Micifuf el campo corre
 y pone cerco al muro,
 armado de un arnés cóncavo y duro¹⁷
 de un galápago fuerte,
 que sin salir de sí le halló la muerte;

⁸ Entiéndase aquí por marquesotes los nobles del ejército. Marquesote es una palabra ya analizada.

⁹ Las picas de los gatos estaban hechas de varas de medir y de virotos, saetas guarnecidas con un casquillo,

¹⁰ Los que no eran nobles, como los marquesotes.

¹¹ Varas de atacar las armas de fuego hechas de varas de arrear Babiecas (caballos, porque Babieca era el caballo del Cid) y Apuleyos (asnos, porque el romano Apuleyo fue convertido en asno por una mujer, cosa que él mismo cuenta en *El asno de oro*)

¹² Arma ofensiva, que consta de un asta de madera y de una moharra con cuchilla transversal, aguda por un lado y de figura de media luna por otro.

¹³ Baya parecida a un higo pequeño, fruto de la alcaparra. Suele servirse, como las aceitunas, conservada al natural o aliñada en vinagre.

¹⁴ Lucano, el poeta hispano latino autor de la *Farsalia*. antecesor de Góngora en su intento (en el cual coinciden ambos con Juan de Mena) de emplear un lenguaje noble y culto para la poesía, que no resulte asequible a los ignaros.

¹⁵ Como para servir las piezas de infantería era preciso, en aquel entonces, prender la «mecha», a ello se refieren las «encendidas cuerdas» que lo« gatos empuñaban en las manos.

¹⁶ De haber sido huesos de ventero, habrían sido sospechosos de ser de gato precisamente. Sobre la falta de conciencia en el proceder de los venteros, tratándose de comidas, nada como los capítulos III y IV del *Guzmán de Atalache*, de Mateo Alemán. Episodio repugnante y nada gracioso. En *El buscón*, capítulo XI, hay algo aún más terrible: «Parecieron en la mesa cinco pasteles de a cuatro; y tomando un hisopo, después de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con su *réquiem acternium*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío: «Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre». Vínoseme a la memoria: ellos comieron, pero yo pasé con los suelos solos, y quedeme con la costumbre; y así, siempre que como pasteles rezó un Avemaría por el que Dios haya». Aquí la comida no era de una venta, sino de un bodegón; pero el parrafito hace honor a las conciencias de los dueños de tales establecimientos.

¹⁷ Armadura.

la cabeza adornada
de un sombrero, la falda levantada¹⁸,
de un trencellín ceñido¹⁹,
el pasador y hebilla guarnecido²⁰,
con pluma verde obscura,
señales de esperanza con tristeza,
aunque la justa causa le asegura;
con tanta gentileza
al caballo arrimaba

la estrella de la espuela²¹,
y con la negra rienda le animaba
a la obediencia del dorado freno,
de espuma y sangre lleno,
que sin tocar los céspedes, volaba.
Ni es nuevo el ver que vuela,
pues que pintan con alas al Pegaso²²,
volando por las cumbres del Parnaso;
que vemos en Orlando²³ el hipogrifo²⁴,
monstruo compuesto de caballo y grifo.
Mas, si dudare alguno de que hubiese
caballos tan pequeños,
pareciéndole sueños,
y a la naturaleza le quisiese
quitar de milagrosa el atributo,
aunque sea sin fruto
la tácita objeción, quedará llana
con irse de aquí a Tracia una mañana
que esté desocupado
de los negocios de mayor cuidado²⁵,

¹ ⁸ Falda del sombrero es el ala. Quiñones de Benevente, en la segunda parte, cubriendo la tierra – con la falda, no entra el sol, – y los lodos no se secan. Josefa: ¿Qué copa? Alguacil: Como una nueva. Josefa: ¿Qué falda? Alguacil: Como dos ruedas». Del sombrero al uso se queja *Don Domingo* de *don Blas*; «¿Que me ponga queréis vos, – debiendo ser el sombrero, – para no cansar, ligero, – uno Que pese por dos?»

¹ ⁹ Cintillo que se solía poner en los sombreros.

² ⁰ Como vemos en retratos y cuadros de la época, el sombrero llevaba un cintillo que remataba, delante, en un pasador (lo que hoy llamamos imperdible) con su hebilla. La hebilla guarnecía, a veces, con labrados y piedras preciosas, y el pasador servía también para sujetar plumas de colorea, aquellas airosa» plumas que barrían el suelo cuando llegaba el caso de una ceremoniosa reverencia.

² ¹ Espuela, espiga de metal terminada en una ruedecita con puntas que se ajusta al calcañar, para picar a la cabalgadura. Golpeábale con la rienda para que obedeciese al dorado freno.

² ² De la sangre de Medusa brotó el caballo alado, Pegaso. Júpiter, enamorado de la princesa Danae, transformóse en lluvia de oro, para llegar a ella, y de esta unión nació el héroe griego Perseo. Perseo, entre otras cosas notables, salvo a la princesa Andrómeda, expuesta a la voracidad de cierto monstruo marino, a quien mató; emprendió igualmente la arriesgada empresa de vencer a la Medusa, la única de las tres Gorgonas que era mortal y cuyos cabellos, magnífica aureola de serpientes, dejaban petrificados de terror a quienes intentaban tal empresa.

² ³ El sobrino de Carlomagno, también llamado Roldan, héroe de la epopeya francesa y de los poemas pseudo clásicos de Bojardo y Ariosto.

² ⁴ Son frecuentes las alusiones mitológicas al hipogrifo: recuérdese, el comienzo de *La vida es sueño*, que dice Rosaura: «Hipogrifo violento, – que cerriste pareja con el viento». El grifo, por su parte, también es animal fabuloso, mezcla de águila y león. Dante, en el Paraíso, ve uno que se le aparece, al comiendo de este tercer canto.

y verá los pigmeos²⁶,
 que en la región de trogloditas²⁷ feos
 también los pone Plinio²⁸,
 que hizo de estos monstruos escrutinio²⁹,
 y en las lagunas del egipcio Nilo,
 otros autores, por el mismo estilo,
 que escriben, que trayendo de Etiopía³⁰,
 donde hay bastante copia³¹,
 dos pigmeos a Roma (gente grave),
 se murieron de cólera en la nave³².
 Homero les da patria al mediodía³³,
 con su intérprete Eustacio³⁴;
 Mela³⁵, de Arabia en el ardiente espacio,
 que el sol fénix mayores monstruos cría³⁶,
 puesto que, aunque confiese tales nombres,
 Aristóteles niega que son hombres³⁷.
 Ni en su *Ciudad de Dios* pasó en olvido
 el divino africano los pigmeos³⁸;
 y Juvenal³⁹ umbrípidas los llama,
 sin otros que han negado y defendido
 esta opinión, que divulgó la fama.
 Pero, pues pintan monstruos semideos⁴⁰,

² ⁵ Con irónica *gracia* socarrona invita al lector, Lope, para que vaya a Tracia, antigua región que se extendió aproximadamente en el lugar que hoy ocupa Bulgaria, y verifique si hay caballos enanos o no.

² ⁶ Cierta pueblo fabuloso cuyos individuos no medían más de un codo de alto.

² ⁷ Habitantes de las cavernas.

² ⁸ Plinio es, efectivamente, el autor de estas fantasías, en su *Historiac Mundi* (libro VII, cap. II), no sabemos si de buena fe, extraviado por alguna observación personal, o con ganas de broma. De: todos modos, el inventor de los pigmeos fue Homero, en el canto III de la *Iliada*.

² ⁹ Examen, averiguación.

³ ⁰ Región tan conocida hoy, desde la guerra ítalo-abisina, como imprecisa y vaga en los tiempos a que alude el Fénix. La mitología explica la existencia de los negros etíopes, en el mito de Faetonte, que por no saber guiar el carro del sol abrasó la tierra.

³ ¹ Abundancia.

³ ² Enfermedad grave caracterizada por vómitos, diarreas, calambres y frialdad en las extremidades. El período agudo de esta enfermedad, por ser de extremo frío, se llama *algido*. Semejante palabra, empleada hoy en cualquier otra enfermedad, es impropia, porque la fiebre caracteriza los períodos agudos de ellas.

³ ³ En el Sur. Y tenía razón Homero. Hay pigmeos congoleños que justifican el mito clásico: algunos miden unos ochenta y cinco centímetros, y viven en la selva, entre el Congo y el lago. Alberto, en aldeas formadas por chozas, en forma de colmenas. Son excelentes arqueros, en lo cual también coinciden con la narración de Plinio, y viven de la caza.

³ ⁴ Obispo de Tesalónica en el siglo XII. Fue compilador de todos los comentarios sobre Homero, y, algo pedantuelo, pretendía enseñar a intercalar frases de Homero en la conversación.

³ ⁵ El hispano-romano Pomponio Mela, de la época de Claudio, que en su *Geografía* buscó la amenidad, admitiendo relatos antiguos y haciendo agresiones culturales notables.

³ ⁶ Consideramos aquí Fénix adjetivo calificativo de *sol*.

³ ⁷ En efecto: en su *Historia de los animales*, Aristóteles admite la existencia de los pigmeos (libro VIII, cap. XII), aunque sin seguridad en lo que les concierne.

³ ⁸ Llámase así, por antonomasia, a San Agustín.

³ ⁹ El poeta satírico latino Juvenal trata de los pigmeos en su sátira XIII.

⁴ ⁰ Semideos o semidiosas, como los grifas e hipogrifos, centauros, sirenas, etc. La fecunda imaginación griega nos ofrece gran copia de estos animales mitológicos, divinizados y convertidos en constelaciones, cuyos nombres conservan éstas hoy día.

que por los montes van de rama en rama,
 las poéticas trullas⁴¹,
 diciendo que batallan con las grullas⁴²,
 no será mucho que haya semihombres.
 Estos, con cierta patria y ciertos nombres,
 en la misma región caballos tienen,
 de donde nuestros gatos se previenen;
 que hacer de sólo un codo
 hombres naturaleza,
 como pintor que muestra la destreza,
 a un naípe⁴³ todo un cuerpo reducido,
 y los caballos no del propio modo,
 mayor monstrosidad hubiera sido
 de su instrumento ilustre y poderoso;
 que mal pudiera andar hombre muñeca
 en el lomo espacioso
 de un gigante Babieca⁴⁴;
 así que la objeción no es de provecho,
 pues queda el argumento satisfecho;
 demás de que el lector puede, si quiere,
 creer lo que mejor le pareciere:
 porque si se perdiese la mentira,
 se hallaría en poéticos papeles⁴⁵,

como se ve en Homero, describiendo
 a la casta Penélope, que admira
 por los amantes necios y crueles,
 tejiendo y destejiendo,
 sin dejarla dormir, de puro casta⁴⁶.
 Y lo contraria para ejemplo basta,
 haciendo deshonesta
 Virgilio a Dido Elisa, por Eneas⁴⁷,

⁴ ¹ Del latino Turbula, alboroto. Bulla, ruido de gente, tropel.

⁴ ² Ave zancuda de gran tamaño, que suele mantenerse sobre un pie cuando está en tierra. Como grulla y grullada significan mentira, Lope está siempre de zumba, empleando doble sentido: las grullas son las aves tracias, con las que, según las graves autoridades aducidas, pelearon los pigmeos, y también son las mentiras que todo esto encierra, y de que él va a servirse inmediatamente para decirnos que también tiene que haber caballos pigmeos.

⁴ ³ Retrato. En *La dama boba* (acto I, escena XIV) dice Finea: «Mi padre, como lo ves, – anda en mil impertinencias. – Hame querido casar – con un caballero indiano, – toledano o sevillano. – Tres veces me vino a hablar, – y esta postrera sacó – de la caja un naípecito, – muy repolido y bonito, – y luego que le miró, – me dijo: Toma, Finea, – éste es tu marido; y fuese.»

⁴ ⁴ El caballo del Cid, ya citado.

⁴ ⁵ En el lugar que les es propio o que más les gusta, como quien *dice* vulgarmente: «Si me pierdo, que me busquen en tal o cual sitio».

⁴ ⁶ Lope se burlaba de la épica; la juzgaba mentira, y quizá pretendió hacer con ella lo que Cervantes con la novela de caballerías en el *Quijote*. La burla de que hace objeto a Penélope, que no dormía de puro casta, no puede ser más justa (cantos II, XIX, XXIV, etc., de la *Odisea*). Una nueva y más realista versión de este asunto nos da el dramaturgo Buero Vallejo en *La tejedora, de sueños*.

⁴ ⁷ Dido acarició la idea de desposarse con Eneas; pero los destinos del héroe troyano estaban fijados, y cumpliéndolos se alejó Eneas de sus brazos, camino del Lacio.

como le riñe Ausonio⁴⁸,
 aunque logró tan falso testimonio,
 menos las aguas que pasó leteas⁴⁹,
 donde escribió Merlín, con cuales iras
 castigan al poeta las mentiras⁵⁰.

Mas vuelve, ¡oh Musa!, tú, para que pueda
 ayudarme el favor de tu gimnasio⁵¹,
 que para lo que queda,
 aunque parece poco,
 al señor Anastasio
 Pantaleón de la Parrilla invoco⁵²,
 porque de su tabaco
 me de siquiera cuanto cubra un taco⁵³.

Marramaquiz, aunque lo supo tarde,
 había hecho alarde⁵⁴
 de sus gatos amigos,
 y halló que para tantos enemigos
 era su gente poca;
 mas, como la defensa le provoca⁵⁵,
 las armas al asalto prevenía⁵⁶,
 supuesto que tenía
 poco sustento para cerco largo;
 y cuidadoso de su nuevo cargo,
 más triste y desabrido⁵⁷
 que poeta afligido,
 que ha parecido mal comedia suya,
 o bien la de su cómico enemigo,
 andaba por la torre,
 y viendo que su esposo la socorre,
 Zapaquilda, más llena de aleluya⁵⁸,

⁴ ⁸ Amonio, en su epigrama CXVIII, contradice a Virgilio, inventor del mito de Dido, cuya pasión por Eneas es cronológicamente imposible. También nuestro Ercilla defendió a Dido, introduciendo en su *Araucana* el episodio de los amores de la reina de Cartago y pintándola ultrajada por el poeta latino.

⁴ ⁹ Aguas leteas son las del río Leteo, uno de los cuatro ríos del Infierno, cuyas aguas hacían olvidar el pasado, al beberías. Quiere esto decir que Virgilio levantó a Dido un falso testimonio, pues es pura invención lo narrado en la *Eneida*.

⁵ ⁰ No en aguas leteas, sino en el Infierno castigan las mentiras, y si Merlín, el sabio encantador, escribió sobre ello, lo ignoramos.

⁵ ¹ Siendo gimnasio lugar de enseñanza pública, llama a la musa para que, con su ciencia, le ayude. No alude propiamente al lugar, sino a la enseñanza.

⁵ ² Parece que Lope andaba pendiente de la ración del tabaco. Desde luego, lo que él tomaba era rapé. Que este individuo a quien cita sea una persona real, no lo dudamos, y es de notar el parecido de este nombre propio con el del poeta Anastasio Pantaleón de Ribera.

⁵ ³ Cuanto cubra un taco debe referirse a lo que puede cubrir un taco de escopeta, lo cual prueba que pedía tabaco en polvo.

⁵ ⁴ Formación militar en la que se hace reseña de los soldados y de sus armas.

⁵ ⁵ Incita. Aquí significa urgencia, necesidad inminente, que Marramaquiz tenía de defenderse.

⁵ ⁶ Asalto es aquí arremetida impetuosa: la que se veía obligado a hacer para no tener víveres para soportar cerco largo.

⁵ ⁷ Áspero en el trato.

⁵ ⁸ Voz que usa la Iglesia en señal de júbilo. Zapaquilda estaba llena de gozo viendo próxima su liberación.

más alegre, contenta y más quieta
 que aquel mismo poeta,
 si ha parecido mal, siendo él testigo,
 la del mayor amigo.
 Prevenido en efeto
 de toda defensión y parapeto⁵⁹,
 sacó sus gatos, animoso, al muro,
 por todas las almenas y troneras⁶⁰,
 vestido de banderas,
 que en alto y de diversos tornasoles,

eran entre las nubes arreboles⁶¹;
 y coronado de diversos tiros⁶²
 soldados de valor y archimargiros⁶³,
 opuestos a la furia del contrario
 como se mira altivo campanario
 de aldea, donde hay viñas,
 para bajar después a las campiñas,
 cubierto, por el tiempo de las uvas,
 del escuadrón de tordos⁶⁴,
 que en aquella sazón están más gordos.
 cuando los labradores
 limpian lagares y aperciben cubas,
 así la negra cúpula tenía⁶⁵
 de soldados, de tiros y a tambores⁶⁶
 no menos valerosa gatería⁶⁷
 Quien viera el pie que el escuadrón ceñía⁶⁸
 de Micifuf, y el chapitel armado⁶⁹
 de uno y otro gatífero soldado,
 dijera que tal vista no fue vista
 de Darío ni de Jerjes⁷⁰,

⁵ Terraplén corto, formado sobre el principal, hacia la campaña.

⁶ ⁰ Sigue empleando términos militares de fortificación: el muro de Marramaquiz estaba coronado de almenas (prismas que coronan los muros de las antiguas fortalezas), y a ellas y a las troneras (estrechas aberturas practicadas en el parapeto, que servían para disparar desde ellas) sacó sus gatos.

⁶ ¹ El muro era el que estaba coronado o vestido de banderas. Las banderas eran de diversos cambiantes o reflejos; pero debía de dominar el rojo, cuando entre las nubes parecían arreboles.

⁶ ² El muro estaba también coronado de piezas de artillería, que es lo que aquí significa *tiros*.

⁶ ³ Archimargiros puede ser la voz latina *archimagirus'i*, el jefe de cocina o cocinero principal. Como, por otra parte, *magiriscuumii* es el galopín de cocina, galopines de cocina son los gatos.

⁶ ⁴ El tordo, muy vulgar entre nosotros, se alimenta de insectos y de frutos, especialmente aceitunas. Por medio de una ingeniosa imagen, evoca Lope el campanario de aldea cubierto de tordos, como el muro de Marramaquiz lo estaba de gatos.

⁶ ⁵ Quizá la torre o desván en que Marramaquiz tenía presa a Zapaquilda remataba en forma de cúpula, o Lope empleó esta denominación en el sentido en que lo hace la marinería, de torrecilla.

⁶ ⁶ Atambores, por tambores, prótesis muy frecuente en aquella época.

⁶ ⁷ Gatería, concurrencia de gatos; como gritería conjunto de gritos. Lope maneja el tema de los gatos (quizá le interesaban por lo muy estético de su aspecto y el tópico femenino de su psicología) magistralmente.

⁶ ⁸ El pie del muro, ceñido por el escuadrón de Micifuf.

⁶ ⁹ Remate de la torre en figura piramidal, es el chapitel, lo cual indica que ha empleado la palabra cúpula en sentido de torrecilla.

⁷ ⁰ Por exigencia del verso o por costumbre de la época, escribe Darío con retrotracción del acento.

ni tanto perdigón haciendo asperges⁷¹

en ninguna conquista,
ni la vio Escipión ni el rey Ordoño⁷²,
como en Cártago aquél, éste en Logroño,
y aunque entre la de Ostende⁷³,
pero sin *nobis dómine*, se entiende.

Ver tanto gato negro, blanco y pardo
en concurso gallardo
de dos colores y de mil remiendos⁷⁴,
dando juntos maullos estupendos,
¿a quién no diera gusto,
por triste que estuviera,
aunque perdido injustamente hubiera
un pleito, que es disgusto
después de muchos pasos y dineros,
para leones fieros?
Prevenidos, en fin, para el asalto,
mueven a sobresalto
los ánimos valientes
las retumbantes cajas⁷⁵,
previenen uñas y acicalan dientes⁷⁶
calando juntas las celadas bajas⁷⁷,
que en las frentes bisoñas
más eran de sartén que de Borgoñas⁷⁸,

pero en silencio los clarines roncoss⁷⁹
que sonaban a modo de zamponas⁸⁰,
puesto a la margen⁸¹ de unos verdes troncos,

Refiérese a los reyes medo persas que llevaron la dirección de las llamadas guerras; Médicas, sostenidas por éstos contra los griegos.

⁷¹ Rociando. Indica con esto que los perdigones llovían, rociando a unos y a otro.

⁷² Este Ordoño puede ser perfectamente Ordoño I, cuyas campañas en la Rioja, contra Muza de Zaragoza, dieron por resultado la toma de Albelda y la victoria de Clavijo (860).

⁷³ Ostende, ciudad de Bélgica, en Flandes occidental. El sitio de esta ciudad en 1601 resultó famoso por su duración y encarnizamiento. Rindióse la ciudad a Spínola en 1604. Lope se divierte comparando el sitio de esta ciudad con el de Marramaquiz en su desván. Juega luego del vocablo estableciendo el equívoco entre *Ostende* (ciudad) y ostende, palabra del salmo 84: *Ostende nobis Dómine*.

⁷⁴ Manchas en la piel.

⁷⁵ Tambores.

⁷⁶ Aunque acicalar se emplea casi siempre por adornar, también significa, como aquí, aguzar.

⁷⁷ De *caelata*, cincelada. Significa yelmo, parte de la armadura que cubre la cabeza. La celada baja era movable, levantábase para descubrir el rostro y calábase para acometer. A ésta se refiere aquí.

⁷⁸ Bisoiño, palabra de origen italiano que indica al soldado nuevo, y por extensión, como aquí, a todo el que es inexperto en aquello que emprende. Los gatos bisoiños llevaban sartenes por celadas a la borgoñota. Esta celada a la borgoñota o borgoñona era la que dejaba al descubierto el rostro. Las celadas que upaban aquellos gatos, más eran de sartén que de borgoñas.

⁷⁹ Nótese el contraste entre los «claros clarines» de Rubén y los «clarines roncoss» de Lope. El poeta moderno describe, y nos parece oírlos, los clarines de la caballería, argentinos y agudos; mientras el poeta clásico nos describe clarines de gatos, en los cuales dominaba, por lo visto, esa primera y destemplada nota que se arranca al clarín y que parece el carraspeo de sus gargantas de plata, antes de lanzar las notas agudas.

⁸⁰ La zampona es flauta pastoril, por lo cual podemos juzgar lo rústico y destemplado de aquellos clarines gatunos.

⁸¹ Extremidad y orilla.

que no importa saber de lo que fueron,
 de pies en uno Micifuf bizarro,
 cuando del sol el carro
 que Etontes y Flegón⁸² amanecieron,
 atrás iban dejando el mediodía,
 dijo a su belicosa infantería,
 que atenta le escuchaba,
 que aunque era gato, Cicerón hablaba⁸³:
 «–Generosos amigos
 de mis afrentas y dolor testigos:
 la honra, que los ánimos produce,
 a tan ilustre empresa me conduce;
 ésta sola me anima;
 quien no sabe qué es honra, no la estima.
 Miente el que dijo, y miente el que lo estampa⁸⁴
 que «un bel fugir tutta la vita escampa»⁸⁵;
 pues mejor viene agora,
 que «un bel morir tutta la vita honora».
 Es la virtud del hombre
 la que le inclina a los ilustres hechos;
 digna es la fama de valientes pechos.
 Hoy habéis de ganar glorioso nombre;
 ninguna fuerza ni amenaza asombre

el que tenéis de gatos bien nacidos,
 que estos viles alardes⁸⁶
 (porque en siendo traidores son cobardes)
 ya están medio vencidos
 con sólo haber llegado a sus oídos
 que yo soy quien os guía.
 A Aníbal preguntó Scipión un día
 que cuál era del mundo el más valiente,
 y él respondió feroz, con torva⁸⁷ frente:
 –Alejandro el primero⁸⁸,
 el segundo fue Pirro⁸⁹ y yo el tercero⁹⁰.
 Si entonces yo viviera,

⁸ ² Etontes y Flegón son los nombres de los caballos que tiran del carro del sol. Era el carro del sol el que iba dejando el mediodía; pero, distraído quizá, el poeta hace concertar el verbo iban con Etontes y Flegón, los que le dirigían, en concordancia de sentido.

⁸ ³ Hablaba como un Cicerón.

⁸ ⁴ El que lo escribe o imprime.

⁸ ⁵ Parodia de la frase que viene después: «un bel morir tuta la vita onora». Esta última es el postrer verso de la Estancia V de la Canción XVI del Petrarca.

⁸ ⁶ Ninguna fuerza (violencia) ni amenaza asombre (acobarde o asuste) el que tenéis (el nombre) de gatos bien nacidos; que estos viles alardes (ostentaciones)... ya están medio vencidos.

⁸ ⁷ Fiera, airada. Como la frente se carga y llena de arrugas al expresar indignación la mirada, le llama torva a aquélla y no a ésta, como es corriente.

⁸ ⁸ Alejandro Magno fue uno de los grandes capitanes de todos los tiempos.

⁸ ⁹ Hijo de Aquilea, ya citado.

⁹ ⁰ La frase, atribuí da a Aníbal, pinta su orgullo de guerrero.

cuarto lugar me diera.
 Al arma acometed: yo voy delante:
 y el no tener escalas⁹¹ no os espante,
 que no son necesarias las escalas
 si en vuestra ligereza tenéis alas.
 Dijo, y vibrando un fresno en la ñudosa
 mano, al muro arremete,
 y con él mata siete,
 Maús, Zurrón, Maufrido, Garrafosa,
 Ociquimocho, Zambo y Colituerto,
 gatazo que, de roja piel cubierto,
 crió la mondonguifera Garrida,
 aunque toda su vida
 más enseñado a manos y cuajares⁹²
 que a nobles ejercicios militares.

Mas, son tan eficaces las razones
 formadas de los ínclitos varones⁹³,
 como Alciato⁹⁴ escribe, cuando asidos
 llevaba de una cuerda de los labios
 el anfitriónfades Alcides⁹⁵,
 cuantos hombres prestaban los oídos
 a la elocuencia de los hombres sabios.
 Pero ya los agravios
 de Micifuf la guerra comenzaban⁹⁶,
 ya los gatos trepaban
 la torre por escalas de sus uñas,
 más fuertes garabatos
 que los de tundidores⁹⁷ y garduñas⁹⁸;
 ya por la piedra, entre la cal metidas,
 sin estimar las vidas,
 subían gatos y bajaban gatos,
 los unos como bueyes agarrados,

⁹¹ Escalera de cuerda, generalmente, es lo que se entiende por escala. Para atacar los muros de ciudades y fortalezas se usaban escaleras de mano, que es a las que se refiere. Subiendo por una de ellas el poeta Garcilaso de la Vega, al llegar al último peldaño, una gran piedra le hizo caer de espaldas, en el foso de la torre de Muey, que se trataba de expugnar. Como se ve, el uso de la escala era corriente, en la época.

⁹² Manos de cerdo o de cordero, que se venden en la casquería, lo mismo que cuajares, tripas, etc., ya citadas y que tanto gustan a los gatos.

⁹³ Ilustres. Así en el soneto de Bartolomé Leonardo: «Aunque de godos ínclitos descendas». Y en Rubén: «ínclitas razas, ubérrima sangre de Hispania fecunda».

⁹⁴ El italiano Alciato (1492–1550) fue autor de unos *Emblemas*, en uno de los cuales pinta a Hércules arrastrando, con unas cuerdas que le salían de la boca, a sus oyentes.

⁹⁵ Sobrenombre de Hércules. Se le llama Anfitriónfades porque su madre, Alemena, fue mujer de Anfitrión; y Alcides, porque se llamaba Alcío el padre de Anfitrión, su abuelo putativo.

⁹⁶ No eran los agravios de Micifuf los que empezaban la guerra, pero a causa de los agravios de Micifuf se comenzaba.

⁹⁷ Los que rapan e igualan el pelo de los paños.

⁹⁸ Puede referirse en sentido directo a la garduña mamífero-carnicero muy rapaz; y al ratero, llamado también garduña, en sentido figurado.

que clavan en las cuestas las pezuñas;
 los otros, como bajan despeñados,
 fragmentos de edificio que derriban,
 que de su mismo asiento se derrumba.
 A cual sirven de tumba,
 después que del vital aliento privan,
 las losas que le arrojan;
 a cual de vida y alma le despojan
 en medio del camino.
 No despide en obscuro remolino
 más balas tempestad de puro hielo.

que bajan plomos de la torre al suelo⁹⁹.
 Allí murió Galván, allí Trebejos,
 que le acertó la muerte desde lejos,
 dándole con un cántaro en los cascos,
 y otros con ollas, búcaros y frascos¹⁰⁰.
 Así suelen correr por varias partes,
 en casa que se quema, los vecinos
 confusos, sin saber a donde acudan.
 No valen los remedios ni las artes;
 arden las tablas, y los fuertes pinos
 de la tea interior el humor sudan¹⁰¹
 los bienes muebles mudan
 en medio de las llamas;
 estos llevan las arcas y las camas
 y aquellos con el agua los encuentran;
 estos salen del fuego, aquellos entran;
 crece la confusión, y más si el viento
 favorece al flamífero elemento¹⁰².
 como el alto Júpiter mirase
 desde su Olimpo y estrellado asiento
 la batalla cruel, de sangre llena,
 temiendo que quedase
 en competencia tan feroz y airada
 la máquina terrestre desgatada,
 justo remedio a tanto mal ordena.
 «Dioses, no es justo (dijo), que la espada
 sangrienta de la guerra
 se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
 aunque es la misma de la griega hermosa¹⁰³,

⁹⁹ Plomos por balas, cuya granizada caía cual piedra en «tempestad de puro hielo».

¹⁰⁰ Quiere decir que a otros les alcanzó la muerte con ollas, búcaros (vasijas de arcilla olorosa) y frascos.

¹⁰¹ El humor de la tea, a resina.

¹⁰² Flamífero, que arroja llamas.

¹⁰³ La espada sangrienta de la guerra es la misma de Elena, o sea, una guerra desencadenada por idéntico motivo.

y que muertos los gatos, esta tierra
se coma de ratones,
porque se volverán tan arrogantes,

que ya considerándose gigantes,
no teniendo enemigos de quien huyan
y el número infinito disminuyan,
serán nuevos Titanes¹⁰⁴,
y querrán habitar nuestros desvanes». Con esto luego envía
de obscuras nieblas una selva espesa,
y la batalla cesa,
revuelto en sombras de la noche el día;
y desde aquel, con inmortal porfía,
los unos y los otros prosiguieron,
aquellos en la ofensa¹⁰⁵,
y estos en la defensa;
pero durando el cerco, no tuvieron
remedio ni sustento los cercados¹⁰⁶;
tanto, que a Zapaquilda desfigura
la hambre la hermosura,
vueltas las rosas nieve;
por onzas come, por adarmes bebe¹⁰⁷.
Marramaquiz, que ya morir la vía¹⁰⁸,
con amante osadía,
pero sin que le viesen los soldados,
salió por un resquicio a los tejados
de una tronera que en la torre había,
para coger algunos pajarillos.
Iba con él Malvillos,
que a este solo fió su atrevimiento,
y por partir la caza del sustento;
y estando ¡oh dura suerte!
acechando a la punta de un alero
un tordo que cantaba,

la inexorable muerte,
flechando el arco fiero,
traidora le acechaba.
¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
resistirán la fuerza de los hados?¹⁰⁹

¹ ⁰⁴ Gigantes que quisieron tomar el ciclo por asalto y a los que venció Júpiter. Harto cómico es, en boca del padre de los dioses, este discurso, admitiendo que los ratones pudieran llegar a ser titanes.

¹ ⁰⁵ Unos en atacar y otros en defenderse.

¹ ⁰⁶ No tuvieron quien les diese remedio y procurase víveres.

¹ ⁰⁷ La onza es equivalente a 16 adarmes, que representan 287 decigramos; y el adarme equivale a 179 centigramos. En realidad lo que quiere indicar es la poquedad de lo ingerido por Zapaquilda.

¹ ⁰⁸ Síncopa por reía, bastante corriente en lenguaje poético.

Un príncipe que andaba
 tirando a los vencejos¹¹⁰
 (nunca hubieran nacido
 ni el aire tales aves sostenido)
 le dio un arcabuzazo¹¹¹ desde lejos.
 Cayó para las guerras y consejos;
 cayó súbitamente
 el gato más discreto y más valiente,
 quedando aquel feroz aspecto y bulto¹¹²
 entre las duras tejas insepulto;
 pero muerto también, como era justo,
 a las manos de un cesar siempre augusto.
 Llevó Malvillos, pálido, la nueva,
 que de su fe y amor llorando¹¹³ en prueba,
 se mesaban las barbas a porfía,
 como tudescos¹¹⁴, muerto el que los guía;
 mas, deseando verse satisfechos
 del sustento forzoso,
 rindieron las almenas y los pechos
 al héroe sin victoria victorioso;
 y Micifuf, con todos amoroso,
 porque le prometieron vasallaje¹¹⁵,
 hizo luego traer de su bagaje¹¹⁶
 con mano liberal, peces y queso¹¹⁷.

Alegre Zapaquilda del suceso,
 mudó el pálido luto en rico traje,
 y para celebrar el casamiento
 llamaron un autor de los famosos,
 que estando todos en debido asiento,
 en versos numerosos¹¹⁸
 con esta acción dispuso el argumento¹¹⁹,
 dejando alegre en el postrero acento
 los ministriles¹²⁰, y de cuatro
 en cuatro adornado de luces el teatro.

¹ ⁰⁹ La fuerza superior que nos gobierna y determina nuestro destino.

¹ ¹⁰ Pájaro semejante a la golondrina, que anida en los aleros del tejado. Príncipe llamaban también entonces al noble y al grande del reino.

¹ ¹¹ Disparo de arcabuz, ya analizado.

¹ ¹² El cadáver.

¹ ¹³ Llorado dice la edición príncipe, lo cual tiene que ser errata.

¹ ¹⁴ Quizá debiera decir como germanos, y no como tudescos o alemanes, porque los germanos eran quienes manifestaban su adhesión a los jefes, de este modo, bien que todos los guerreros suelen ser amigos de tales demostraciones.

¹ ¹⁵ Vínculo de dependencia y fidelidad que una persona tenía respecto de otra.

¹ ¹⁶ Equipaje militar de las tropas en marcha.

¹ ¹⁷ Lo que más gusta a los gatos.

¹ ¹⁸ Llenos de armonía.

¹ ¹⁹ Dispuso el argumento de su comedia con esta misma acción que se relata.

¹ ²⁰ Los músicos, que como en la zarzuela, intervenían en la representación.

LA MAYOR HAZAÑA DE ALEJANDRO MAGNO
comedia atribuida a
Lope Félix de Vega Carpio

PERSONAS:

ALEJANDRO Magno
EFESTIÓN, almirante
PARMENIÓN, condestable
CLITO, camarero
CAMPASPE, dama
PIRENE, criada de Campaspe
EPAMINONDAS, tebano
TIMOCLEA, tebana
DARÍO, rey de Persia
EPITRIDATES, su jersey
HÉRCULES, tebano
EMBAJADOR 1 de Grecia
EMBAJADOR 2
APELES, pintor
BUFO, lacayo

JORNADA PRIMERA

Salen ALEJANDRO, PARMENIÓN, EFESTIÓN y CLITO, y aparece ALEJANDRO en un trono y CLITO con una corona en una fuente

EFESTIÓN:	Macedonia, señor, su rey te llama.	[octavas]
5	Ciñe la invicta y generosa frente, porque se sepa tu gloriosa fama del negro ocaso hasta el dorado Oriente; pues eres de tal tronco feliz rama, como él serás en gobernar tu gente, yo por rey te obedezco, y ruego al cielo que por tal te obedezca todo el suelo.	
10	CLITO: Yo también beso tu valiente mano, que terror ha de ser en mar y en tierra, de mar y tierra, que aunque soy anciano, te prometo servir en paz y en guerra como al rey, mi señor, que algún villano	

15 en un sepulcro su valor encierra.
 ¡Tu padre era, señor, nada te impide!
 ¡Venga tu sangre, que venganza pide!
 ALEJANDRO: Ya, queridos vasallos, que sujeto
 sólo me miro a mí, ya que mi mano
 20 el cetro regio goza, yo os prometo
 de mostrarme con todos tan humano
 que todos me tengáis por vuestro objeto.
 Premio al bueno daré, fin al tirano,
 y en todo cuanto pueda, siendo justo,
 haré, vasallos, sólo vuestro gusto.
 25 Y agora, porque, en fin, de mi grandeza
 todos participéis, haceros quiero
 merced. Efestión, de la grandeza
 de almirante gozad, que así os prefiero
 por viejo.
 EFESTIÓN: Guarde Dios a vuestra alteza.
 30 ALEJANDRO: Y vos, Clito, seréis mi camarero.
 CLITO: Beso tus pies, señor, que de tu mano
 pudo venirme don tan soberano.
 ALEJANDRO: Todo el mundo tener sólo quisiera
 35 para daros a todos, y aun sospecho
 que para daros yo pequeño fuera,
 porque es mayor mi generoso pecho.
 Si pudiera, vasallos, os hiciera,
 pues para todos era el mundo estrecho,
 a cada uno rey de todo el mundo,
 40 y aun corto premio a vuestros hechos fundo.
 CLITO: Dueño te espero ver de aquéste entero,
 por fuerte Marte, por discreto Apolo
 y por el rayo de tu fuerte acero.
 Desde este polo al contrapuesto polo
 45 que han de te[m]er tu invicta diestra espero,
 y que has de ser, como mereces, solo,
 si no lo estorba la atrevida Parca,
 de todo el orbe el imperial monarca.
 EFESTIÓN: Yo, señor, como viejo, os aconsejo.
 50 Quien mató a vuestro padre, cosa es cierta
 que os querrá deshacer como a su espejo.
 No dejéis puerta a vuestro mal abierta;
 tomad, pues mozo sois, este consejo.
 A quien fuere leal abrid la puerta
 55 del vuestro sacro amor; mas a traidores,
 la del castigo justo y los rigores.
 Empiece ya a temer vuestra braveza

tu astro contrario, fiero y arrogante;
no acredite segura su cabeza;
60 sepa que es Alejandro el sumo Atlante
de toda Macedonia y su grandeza
[e]sculpa el tiempo en tablas de diamante,
rindiendo persas, allanando montes
y descubriendo varios horizontes.

65 ALEJANDRO: Llegad, Efestión, dadme los brazos,
que me infunde valor aquese brío.
Fírmese mi amistad con estos lazos.
Yo haré que tema mi valor Darío,
o haré su gente y su valor pedazos.
70 Ya me parece el mar pequeño río
para que en él navegue mi pujanza,
que a ser deidad divina se abalanza.

75 Perdone Marte, Júpiter perdone,
que, en vistiendo la cota relumbrante,
pienso que Marte soy; mi ser me abone
si me imagino Júpiter tonante.

EFESTIÓN: La heroica fama tu valor pregone,
tebano Alcides, aunque más pujante;
nunca se atreva a tu poder la muerte;
80 iguale a tu valor tu buena suerte.

Salen APELES y BUFO

APELES: Tu majestad, señor, me dé sus plantas.
ALEJANDRO: Álzate, Apeles; pídemela mano.
APELES: Con ella al alto cielo me levantas.
ALEJANDRO: Tu pincel precio, Apeles soberano.
85 APELES: ¿Quién podrá agradecer mercedes tantas?
ALEJANDRO: Con tan fuertes vasallos, caso es llano
que ha de ser inmortal mi buena suerte
aunque le pesa a la atrevida muerte.

90 No habré yo menester que mi renombre
escriba el tiempo en siglos dilatados
para que al mundo mi valor asombre,
pues han querido mis felices hados
que tenga, Apeles, como vos un hombre
que mis hechos escriba señalados,
95 y otro con que a mil reyes me anticipo,
que los esculpa en bronce, que es Lisipo.

Sale PARMENIÓN

PARMENIÓN: Dame tus pies, señor...
ALEJANDRO: Alzad del suelo,
condestable.
PARMENIÓN: Señor, beso tu mano.
ALEJANDRO: ¿Qué hay de Tebas?
PARMENIÓN: Su triste fin recelo,
100 que tiene en todo proceder villano.
ALEJANDRO: ¿Qué es lo que dices?
PARMENIÓN: Que se opone al cielo
de tu poder altivo y más que humano.
ALEJANDRO: Temo que Tebas enojarme intente.
PARMENIÓN: Escúchame, señor, atentamente.
105 Yo a Tebas parte le di [romance]
de la fúnebre tragedia
del rey tu padre Felipe,
y le avisé que viniera
a obedecerte por rey
110 con la circular diadema
que coronase tu frente,
cetro que honrase tu diestra.
En lugar de lutos tristes
se vistió aceradas grevas.
115 Todo es armas, todo es fuego,
todo confusión y guerra.
Hizo tocar una caja
Epaminondas, soberbia,
con que juntó, para hablarlos,
120 todos los grandes de Tebas.
“Bravos tebanos --les dice--,
defensa de vuestra tierra,
ya no es razón que sufráis
una tan prolija afrenta,
125 como es que tan fiero rey
mande y rija vuestras fuerzas.
Tebas, valientes soldados,
tiene bastante defensa
para contrastar a Marte,
130 si sujetarla quisiera.
¡Libertad! ¡Viva la patria!
Si a Macedonia le pesa,
que no es razón que su rey
por sus vasallos nos tenga,
135 cuando hay en Tebas quien ser

rey de Macedonia pueda.
Filipo murió, en efeto;
Alejandro, es cosa cierta
que le sucede al imperio;
140 reine, por cierto, en su tierra.
Mostrad esos fuertes pechos,
regid vosotros la vuestra;
iguales en valor somos.
¡Tema Macedonia, tema,
145 que yo os juro defender,
que basto para defensa,
no de Tebas, mas del mundo”.
¡Oh, qué arrogante soberbia!
Promulgó, en fin, su traición
150 y acabó de hablar apenas,
cuando todos, por su rey,
le veneran y respetan
y prometen ayudalle
con armas, vidas y haciendas,
155 aunque Júpiter airado
vibre lanzas, rayos llueva,
escriben para este efeto
también Atenas y Grecia,
y las dos contra tu nombre
160 conjuradas se revelan.
Yo, que lo supe, inflamado
el pecho con las centellas
que me exhalaba un volcán
de amor y [lealtad] sincera,
165 de cólera ciego y loco
solté al caballo las riendas
y, terrible como airado,
fui a reprender su insolencia.
Díjeles que eran traidores
170 y que tu furia temieran,
pues era fuerza que, airado,
castigaras la bajeza,
y que, cuando tú por ti
castigarlos no quisieras,
175 bastaba yo para darles
de esas infamias la pena.
Ellos quisieron matarme,
mas yo, con honrada fuerza,
herí algunos; defendíme,
180 y he venido a tu presencia.

EFESTIÓN: ¿Hay tan extraña maldad?
 CLITO: ¿Hay más infame bajeza?
 Yo, señor, aunque el menor,
 si me concedéis licencia,
 iré a vengar vuestra injuria.
 185 PARMENIÓN: Yo les daré aquella pena
 que sus delitos merecen
 si vuestra divina alteza...
 ALEJANDRO: Basta, vasallos, no más;
 190 conozco vuestra nobleza;
 yo el primero he de salir
 a campaña en cualquier guerra
 y Bucéfalo el primero
 tiene de animar mi empresa.
 195 En desnudando la espada
 Tebas tema, el mundo tema,
 mas primero he de valerme,
 vasallos, de mi clemencia;
 vaya Efestión al punto
 200 y hable de mi parte a Tebas.
 EFESTIÓN: Iré a obedecer tu gusto,
 que en ir tu grandeza muestras,
 como hijo del gran Filipo,
 a quien los Elíseos tengan.
 205 ALEJANDRO: Y, entre tanto, Parmenión,
 quiero ejercitar la diestra
 con el venablo, matando
 en aqueste monte fieras.
 Apercíbese la gente.
 210 PARMENIÓN: Haráse como lo ordenas.
 ALEJANDRO: ¡Triste de ti si me mueves
 a que te castigue, Tebas!
 Apeles, vente conmigo.
 215 APELES: Gran señor, aunque tu alteza
 me honra por el arte vida,
 también este pecho encierra
 valor para ser soldado
 y defender tus fronteras.
 ALEJANDRO: Capitán os hago, Apeles.
 220 APELES: Tu fama he de hacer eterna.

Vanse todos y queda BUFO solo

BUFO: Que haya hombres en el mundo
 --¡pierdo el juicio!—que se huelgan

de ir a la guerra, pudiendo
en la paz tranquila y quieta
225 vivir y beber, no sangre,
mas cosa que lo parezca.
¿Hay cosa como la paz,
apacible, santa y bella,
venerable más que humana
230 y por extremo discreta?
No está temiendo que toque
el contrario la trompeta
y que de una cuchillada
le deje sin una pierna;
235 que le hase de sentido
una penetrante flecha;
Marte, por quien es, me libre
mientras yo me libro de ella.

Vase, y sale CAMPASPE de cazadora, con arco y flecha en la mano, y PIRENE, su criada

CAMPASPE: En este bosque umbroso [canción]
240 paso, Pirene, el día,
de Macedonia ausente y olvidada,
después que el riguroso
hado y desdicha mía
huérfana me dejaron sin mi amada
245 madre, porque ya nada
me diera algún consuelo,
fuera de aquestas aves
que con picos süaves
siguen este arroyuelo
250 que, viendo que no imita
su voz, corrido ya se precipita.
Dióme el cielo belleza
y nobleza tan grande
que no pudiera ser mayor, Pirene,
255 mas no me dio riqueza
y, como aquésta mande
todo el poder que la nobleza tiene,
quiere alcanzar con ella,
aunque el hado inhumano
260 le haga rico villano,
la más subida estrella
y, después de alcanzada,
Pirene amiga, no se encubre nada;

265 aquí de aquesta suerte
 pienso pasar la vida
 hasta que quiera Júpiter sagrado
 que la acabe la muerte.
PIRENE: Yo, señora querida,
270 espero en él que te ha de dar estado
 tan digno y levantado
 como merece sólo
 aquese rostro bello
 y ese hermoso cabello
275 que enamorara Apolo
 si en laurel no temiera
 celoso Jove que lo convirtiera.
CAMPASPE: ¡Qué espantoso jabalí
 que viene hacia acá, Pirene!
280 PIRENE: Alas en las plantas tiene
 y más parece neblí.
 ¡Huye, señora, que llega!
CAMPASPE: Esconderme quiero aquí.

[redondillas]

Escóndese CAMPASPE. Sale ALEJANDRO, arriba

ALEJANDRO: Herido va el jabalí.

Sale CAMPASPE, sin reparar en ALEJANDRO, ni él en ella

285 CAMPASPE: Ya pasó; yo estaba ciega.
 Quiero, en aqueste cristal,
 pie de esta encumbrada roca,
 prestar aliento a mi boca.
ALEJANDRO: El era bravo animal.
290 CAMPASPE: Casi a salir no me atrevo.—
 ¡Válgame Febo divino!
 En este orbe cristalino
 se ve un hermoso mancebo.
 ¡Que bizarro! Clara fuente,
295 ¿quién en tus ondas pintó
 este Narciso? Mas no,
 comparación no consiente.
 Ya me espanto, que temor
 no tengo con lo que veo;
300 mas se me ha quitado, creo,
 el temor con el amor.
ALEJANDRO: Mal el venablo tiré,
 pues que le pude acertar

340 ALEJANDRO: ¡Válgame Júpiter santo!
Blasona, pues que me espanto,
suprema mujer, de verte.
 ¿Eres Venus que te cría
otra vez aquesta fuente
para matarme? Detente.
345 Yo me rindo, fuente fría.
 De entre el hielo salió fuego
para abrasarme de amor.
CAMPASPE: Digo que oigo hablar, honor.
ALEJANDRO: Ya de amores estoy ciego.
350 No es bien, fuente, que me espante,
pues tanto mi amor la apoya,
que esté tan divina joya
engastada en un diamante.
 En el alma te engastara,
355 mujer, si viva te viera,
y aun no digno engaste fuera
para joya que es tan rara.
CAMPASPE: Quiero a mi quinta volverme.

CAMPASPE se retira de lo alto de la peña

360 ALEJANDRO: Aguarda, que ya te fuiste,
pues donde tú te perdiste
no será mucho perderme.
 Escucha, señora mía.
No me espanto, yo estoy ciego,
que no te abraze mi fuego
365 si estás en el agua fría.
 Mas el fuego que se ofrece
para matarme inhumano
es de alquitrán, y está llano
que más con el agua crece.
370 Yo he de estar de aquesta suerte.

Baja CAMPASPE adonde está ALEJANDRO

CAMPASPE: ¡Qué galán! ¡Qué gentil hombre!
ALEJANDRO: No te espantes que me asombre,
oh nueva Dafnis, de verte.
 Fieras viniendo a matar
375 aqueste brazo sujetas;
esos ojos o saetas
me mataron con mirar.

		<p> Quién eres, señora, di, para que esté satisfecho que ha sido valiente el pecho a quien mi valor rendí. </p>	
380			
	CAMPASPE:	<p> Cazador gallardo, que ser merecéis, como de mi alma, de los hombres rey, soy de Macedonia. El hado crüel me llevó a mis padres y sola quedé, doncella y hermosa, y pobre también. ¡Mirad qué tres cosas en una mujer! Juzgándome sola mi patria dejé, y a este altivo monte me vine a tener hospedaje pobre en aquel que veis sitio deleitoso, aunque corto es. Con una criada vivo, sin temer que dé con mi honor un hombre al través. De esta aguda flecha no hiciera que esté segura ¡ay de mí!, que va en parecer. Yo vivo tan libre en este vergel --mal dije-- vivía, que ya sujeté a tu gentileza mi libre poder. De mis nobles padres tan sólo heredé la mayor nobleza que ha tenido rey. Mas como sujeta vive al interés, temo que igualarme </p>	[romancillo (hexasílabos) en -é]
385			
390			
395			
400			
405			
410			
415			
420			

425	quiera su poder con quien no merezca estar a mis pies. Llámome Campaspe. Pues quién [soy] sabéis, sepa yo quién sois, aunque ya lo sé.	["sois" en la ed. RAE]
430	ALEJANDRO: Yo soy, cazadora, milagro del suelo, mereciendo ser deidad de los cielos, el magno Alejandro que, por un suceso desdichado, goza macedonio reino. Envidioso el día que nace, su templo convirtió en cenizas ¡oh trato fiero! que su diosa estuvo, dicen los efesios, presente en el parto de mi madre. Luego consultó mi padre sacros agoreros, que de mí contaron extraños portentos. Nací con insignias de león soberbio, y aleonado ves el rico cabello. Un fuerte caballo a mi padre dieron, rozagante y bravo, hijo de los vientos. Corpulento talle, extraño pellejo, flamígeros ojos, espacioso pecho; trepado de lomos, corta oreja y cuello, populosas clines que peinaba el viento; pequeña cabeza, encendido aliento,	[romancillo en -e-o]
435		
440		
445		
450		
455		
460		
465		

el pisar lozano
y el mirar soberbio.
470 En medio tenía
el copete bello,
fuertes, como extraños,
dos hermosos cuernos.
475 Por rey de animales,
en el muslo izquierdo
tiene una corona
por hermoso yerro.
Si la planta asienta,
480 la alza tan ligero
que casi desdeña
que la bese el suelo.
Este, pues, feroz,
arrogante y fiero,
485 jamás consintió
el jinete diestro.
Viendo que no sufre
espuela ni freno,
le desprecian todos,
yo sólo le aprecio.
490 Consultó el oráculo
mi padre de Delfos,
y de la respuesta
quedó más suspenso.
Díjole, “Filipo,
495 sabrás que el primero
que aqúeste caballo
tuviese sujeto,
gozará del mundo
propagado imperio,
500 venciendo sus armas
enemigos reinos.”
Cumplí a la sazón
diez años; entiendo
por agora veinte
505 no cabales tengo.
Supe la respuesta
y, de valor lleno,
dije, “Si yo fuera
este caballero...”
510 Cierta alegre día
para mí, salieron
mi padre y sus grandes

al valle de Venus,
que era donde estaba
515 el Pegaso nuevo,
digo en ligereza
y en airoso cuerpo.
Juzgué que trataban
520 echar el protervo
caballo a las fieras.
Escuchélo y llego,
de él compadecido,
altivo diciendo,
525 “¡Qué caballo pierden,
gran señor, aquéstos,
porque, en fin, no saben
sujetar sus fieros,
que causan temor
530 y que yo no temo!”
Díjome mi padre,
“Vuestros años tiernos,
Alejandro, son,
duros vuestros pechos.”
535 Yo, entonces, corrido
y de valor ciego,
de las bellas clines
furioso le tengo.
Vi que se espantaba
540 de su sombra él mismo,
y al rayo del sol
le pongo dispuesto.
Y apenas le vi
no, en fin, tan inquieto,
545 cuando salto en él
igualando al viento.
Turbóse, corrió
por un largo trecho.
Terciéme la capa,
550 caléme el sombrero
y paré, en su curso,
un rayo del cielo.
Vuelvo donde estaba
mi padre perplejo,
555 con la misma furia
airoso corriendo.
Tiré de las clines,
túvele sujeto

como si le hubiera
de alabastro vuelto.
560 Deténgole, pára,
pico, corro, vuelvo,
entro en Macedonia,
y todos, suspensos,
565 en mis años miran
un Marte sangriento,
que alcanzo, tan mozo,
tan grande trofeo.
Entré por palacio,
salté de él al suelo,
570 llegué donde estaba
mi padre, contento
echóme, llorando,
los brazos al cuello.
Díjome, “Alejandro,
575 para ti es estrecho
sitio Macedonia;
conquista hemisferios.
Ya el mando te espera
para ser su dueño,
580 pues será tu espada
de los hombres miedo,
invidia de Marte,
de Júpiter celos.”
Mas ¿cómo podré,
585 rendido y sujeto
a esa gallardía
y ese rostro bello[,]
ser lo que los hados
de mí previnieron?
590 Mas ¿qué mayor gloria
que este vencimiento?
A mí me he alabado,
que es triunfo viendo
del gusto vencido
595 alabar al preso,
que para alabaros,
señora, sospecho
que el callar es justo
para no ofenderos.
600 Pues que vi en el agua
la causa en que peno,
dadme aquestos brazos;

templaréis mi fuego.

Dentro con cajas y mucho ruido

605 VOCES: ¡Arma y guerra! Guerra!
ALEJANDRO: ¡Válgame los cielos!
CAMPASPE: ¿Qué es aquesto? ¡Ay, triste!
ALEJANDRO: No temas, pues tengo
este acero al lado
y a ti te defendiendo.
610 CAMPASPE: Yo voy, gran señor,
a saber qué es esto.

Vase

VOCES ¡Arma! ¡Guerra, guerra!
ALEJANDRO: ¡Qué feroz estruendo!

Descúbrese HÉRCULES, tebano, vestido de pieles, con una maza en la mano y una camisa, sangrienta a puñaladas, en otra

615 HÉRCULES: ¡Oh, valiente sucesor [romance (octosilábico)]
de mi belicoso origen,
a quien ya, como a mí, tiemblan
del orbe y mar los confines!
Cuando apenas la cabeza
620 del laurel altivo ciñes
y aprieta la fuerte mano
el cetro que el mundo rige,
en vez de vengar tu padre,
que justa venganza pide,
625 ¿a unos hermosos ojuelos
toda tu grandeza rindes?
Mira tu valor; advierte
que has de ser segundo Alcides,
y aun sin segundo, si intentas
630 subir al cielo tu timbre.
Mira esta sangrienta veste
del valeroso Filipo;
advierte que Tebas, Grecia,
y todo el mundo compite
635 en quién primero el laurel
de la cabeza te quite.
Con este brazo valiente,
con esta clava terrible

640 he sembrado el mar y tierra
de granates y rubíes,
que cada gota de sangre,
como con razón se quite,
ha de tener este precio,
y aún es, Alejandro, humilde.
645 Como yo tienes de ser
si quieres serlo invencible,
como a mí te han de temer
si tu valor lo permite.
Deja los tiernos abrazos,
650 el lustroso acero viste,
no pienses que han de valerte
de tu clemencia apacible
y de tu sacra nobleza
aguesos vasallos viles.
655 Con la espada podrás sólo
a su traición poner límite,
y hacer que te tema Grecia,
que ya libertad repite.
Queda en paz. Procura ser
660 lo que has de ser, por que envidie
tu valor Marte y el mismo
Júpiter te sea accesible.

Desaparece con ruido

ALEJANDRO: Como el tuyo será, Hércules, fuerte [tercetos]
ese valor si quieres que lo sea.
665 Vivo otra vez quisiera, Alcides, verte;
pero el cielo querrá que el mundo vea
que aqueste acero es rayo fulminante
que tu valor consuma, y que desea,
aunque valiente, ser tan arrogante.
670 Teme, traidora Tebas, mi pujanza;
mi voz te admire, mi mirar te espante.
Yo tomaré de ti tanta venganza
que al mundo asombre, admire al cielo santo,
para que inmortal quede mi alabanza.
675 Airado causaré tan grande espanto
como suelo, apacible, dar contento,
y dejaré anegado en triste llanto
tu atrevido y traidor atrevimiento,
que a Júpiter enoja refulgente
y a mí, que Marte soy, fiero sangriento.

680 Marche mi fuerte y belicosa gente.
¡Al arma, capitanes! ¡Cierra, cierra!,
que hoy he de ver mi sol resplandeciente.

Vuelve a salir CAMPASPE

CAMPASPE: Algún cuidado tu valor encierra.
685 Todo el monte está quieto y sosegado,
gran señor, sin haber señal de guerra.

No tenga vuestra alteza más cuidado,
que fue imaginación sin duda alguna.
ALEJANDRO: A un tiempo estoy feroz y enamorado.

690 Oscurece tus rayos, blanca luna,
por que pueda vengar mi agravio justo
a que la infame Tebas me importuna.

CAMPASPE: Cese ya, gran señor, vuestro disgusto.
ALEJANDRO: ¡Que un tebano traidor tan solamente
695 se opone a mi braveza y nombre augusto,
y de aqueste valor a la corriente!

¡Al arma, capitanes! ¡Muera Atenas!
CAMPASPE: Advierte, rey supremo...

ALEJANDRO: ¡Que consiente
mi eminente valor tan viles penas!
700 ¡Capitanes, al arma! ¡Muera, muera!

CAMPASPE: ¡Amor, a qué rigores me condenas!
¡Alejandro!

ALEJANDRO: ¡Oh, conquista dura y fiera!

[.....-arte]

[.....-era]

705 Aquí me llama Amor, y en esta parte,
blandiendo el fuerte y arrogante acero,
me mira airado el furibundo Marte.

Pero bien podré yo tener, si quiero,
valor y amor, pues es capaz mi pecho
para aquesta grandeza y todo entero
710 el mundo para mí me viene estrecho.

Amor he de tener y valor tanto,
como estoy de mí mismo satisfecho,
que al dios Cupido admire sacrosanto
y al enemigo más valiente espante.

715 Mitigarás mis penas entre tanto
que no visto la cota relumbrante,
y aun en la guerra contra el enemigo
me servirás de flecha penetrante,
pues le daré con más rigor castigo

720 por haberme privado de tus ojos,
que, como a los de Febo, adoro y sigo.
CAMPASPE: Con aquesto mitigas mis enojos.

Sale APELES

APELES: ¡Oh, gran señor!
ALEJANDRO: ¡Apeles!
APELES: ¿De qué cielo
725 tu majestad bajó tales despojos
que esta estatua parece de su velo?
ALEJANDRO: Otro mayor cuidado tengo agora,
aunque éste es grande, que me da desvelo.
Lleva a palacio aquesta bella aurora
mientras, rigiendo mi poder la muerte,
730 la infame Tebas su delito llora.

Vase

APELES: Dueño de ella y del mundo pienso verte.
Si echo, señora, de ver [redondillas]
que a quien rige el orbe entero
le tenéis por prisionero
735 y me quisisteis vencer,
viendo mis nuevos cuidados,
bien puede decir mi suerte
que os parecéis a la muerte
en el igualar estados.
740 Muerte y amor en rigor
se parecen de tal suerte
que a veces amor es muerte
y a veces la muerte, amor.
Átropos jamás perdona
745 pobre sayal ni laurel,
ni tampoco Amor crüel
ni al sayal ni a la corona.
Una diferencia halló
un sabio que la interpreta,
750 y es que ella al cielo respeta
y el amor ardiente, no.
Si me habéis muerto de amor,
decir que vuestra beldad
me rindió no es deslealtad
755 contra mi altivo señor;
que, supuesto que aun al cielo

no le guarda ley Amor,
no será trato traidor
no guardarla a un rey del suelo.
760 CAMPASPE: Yo hallé bastante sujeto
para emplear mi belleza,
y con razón a su alteza
le quiero bien y respeto.

765 Haced lo propio, y mirad
que es tarde.

APELES: Yo iré a serviros.

CAMPASPE: Y también quiero advertiros
que es amarme necesidad.

Vase

APELES: ¡Qué presto que se ciega el más prudente [soneto]
770 viendo una bella y celestial pintura!
¡Qué bien le llaman al Amor locura,
instantáneo furor, fuerte accidente.

Cogióme una belleza de repente,
no pude discurrir en mi cordura.
775 Mas ¿qué mucho --¡ay de mí!-- si una hermosura
a Júpiter sujeta omnipotente?

Miré, ceguéme, en fin, quedé vencido.
Tengo un rey por contrario altivo y fuerte.
A eternos celos quedo condenado,
780 pues jamás he de ser sino vencido,
ni podrá desear mi triste suerte
mayor ventura que no haber mirado.

Vase. Salen EPAMINONDAS, EFESTIÓN y gente

EFESTIÓN: Esto mand[ó] mi rey que te dijera. [octava]
EPAMINONDAS: Lo que tengo de hacer he respondido.
EFESTIÓN: Que mejor lo pensárades quisiera.
785 EPAMINONDAS: Ya lo tengo pensado y advertido.
EFESTIÓN: La espada saca ya Alejandro fiera.
EPAMINONDAS: A nadie teme mi valor temido.
EFESTIÓN: En el campo verás su valentía.

Vase

EPAMINONDAS: En el campo verás también la mía.

Sale TIMÓCLEA

- 790 TIMÓCLEA: Epaminondas valiente, [romance]
lustre y honor de tu casa,
que mereces que de bronce
te alce templos la fama;
tú, por quien aun las mujeres
795 desnudan fuertes espadas
animadas de tu voz
para defender su patria;
yo, Timóclea valerosa
más que la tebana clava,
800 esta alabanza en mujer
no puede ser arrogancia,
junté, para defenderte,
trescientos soldados de armas
tan valientes que ya temen,
805 con ser fuertes, su pujanza.
Marchando vienen al son
de las sonoras cajas
que, como ven su valor,
ya de animarlos se cansan.
810 Con éstos y los que tienen
tus belígeras escuadras,
¿quién podrá?
VOCES (dentro): ¡Al arma, que llega
Alejandro a las murallas!
ALEJANDRO (dent.): ¡Al arma, soldados fuertes!
815 ¡Muera Tebas! ¡Arma, arma!
TIMOCLEA: Ve presto; anime tu voz
y tus valientes hazañas
tus valerosos soldados.
EPAMINONDAS: ¡Viva Tebas! ¡Cierra! ¡Al arma!

Vase

- 820 TIMÓCLEA: Ya los fieros escuadrones
furiosamente se traban;
animosos y soberbios
rasgan petos, quiebran lanzas.
825 Unos dicen, “¡Viva Tebas!”;
otros “¡Alejandro!” claman;
unos, animosos, hieren;
otros, ofendidos, matan.
¡Qué valeroso Alejandro

830 discurre por la campaña
en un caballo feroz
que por viento alienta llamas!
Un rayo ardiente parece
su acero, que fuego saca
835 de los lucientes arneses
y entre su fuego se abrasan.
Todo el ejército, fiero,
rompe, destroza y maltrata;
ya no hay jinete que quiera
840 oponerse a sus hazañas.
¡Socorro, Júpiter santo,
que este rayo, que en pujanza
a los de tu esfera vence,
todo lo destruye y tala!
Mas un fuerte caballero,
845 que con las voces levanta
los ánimos de los suyos,
le presenta la batalla.
Todos a Alejandro cercan.
Milagro será si escapa
850 con la vida en tal aprieto.
¡Oh, Epaminondas, la fama
haga eterno tu renombre!
¡Qué valiente cuchillada
dio en el yelmo de Alejandro!
855 Mal su destreza le ampara,
que mal podrá defenderse
la cabeza sin celada.
¡Qué portentoso caballo!
Con dos rígidas guadañas
860 que lleva en la dura frente,
los paveses despedaza
y, defendiendo a su dueño,
con los bufidos espanta.
No queda soldado a vida.
865 ¡Oh, brazo que no te cansas!
Sólo queda Epaminondas
con Alejandro en campaña.
¡Qué diestramente pelean!
¡Oh, Apolo! ¿Hay ventura tanta?
870 Cayó Alejandro en el suelo.
El caballo se levanta,
y con el de Epaminondas
más arrogante se traba.

875 Cayó. Matóle el caballo.
¡Oh, qué notable desgracia!
¡Amparadnos, santos cielos,
que ya la vitoria cantan!

Vase. Salen peleando ALEJANDRO y EPAMINONDAS

EPAMINONDAS: Alejandro, detén la fuerte espada. [octavas]
ALEJANDRO: ¡Muere, traidor!
EPAMINONDAS: ¡Socorro [al] cielo pido! [“del” en la ed. RAE]

Cae muerto. Salen CLITO, EFESTIÓN, y PARMENIÓN

880 EFESTIÓN: Ya la vil Tebas queda castigada.
Ya ese valor al bárbaro ha rendido,
que se opuso a tu frente coronada,
que de la quinta esfera envidia ha sido.
A nacer vuelvan otra vez gigantes
885 para que, como Jove, los espantes.
ALEJANDRO: Acometió Bucéfalo tan fuerte
al son, vasallos, de la presta trompa
que con sólo mirar daba la muerte.
No hay armas que no hienda, raje y rompa.
890 Mas ¿cómo se alborotan de esta suerte?

Salen SOLDADO 1 y otros con TIMÓCLEA, presa

SOLDADO 1: Perdona, bravo rey, que te interrompa.
Esta mujer mató nuestro caudillo.
ALEJANDRO: Y ¿por qué?
TIMÓCLEA: Ya, señor, quiero decillo.
895 Yo soy la infeliz Timóclea, [romance]
hermana del gran Teágenes,
que por la griega corona
muriendo vertió su sangre.
Nací en Tebas, ¡ay de mí!,
con mil infaustas señales,
900 que cuando hay grande hermosura
ha de haber desdicha grande.
Acometió tu furor
nuestros muros de diamante,
mas es ese fiero acero
905 contra el diamante Anajarte,
que a los primeros encuentros
los tebanos, arrogantes,

fueron perdiendo en un punto
de su valor los quilates.
910 Yo, desde el alto palacio,
desde una ventana, grave,
te vi, gran señor, vencer
nuestros soldados cobardes;
915 pero mal dije, valientes,
que basta que tales mates
por que ha menester, señor,
si tienen de contrastarte,
producir naturaleza
920 por enemigos gigantes,
que de otro modo no es bien
que el sacro Júpiter se arme
y que saque de la vaina
el acero penetrante.
Viendo, en fin, que la victoria
925 iba aclamando tu parte,
y que ya nuestro escuadrón
comenzaba a retirarse,
fui donde estaban mis hijos
por guardarlos como madre.
930 Entré en mi casa, señor;
eché a la puerta la llave,
y vi al airado tropel
de tu gente apoderarse,
como vencedor, en fin,
935 de nuestros antiguos lares.
“¡A las doncellas hermosas,
que las fuercen o las maten!”
dijo un capitán, que fue
el que maté por vengarme.
940 Este, pues, entró en mi casa
tan impío y tan infame
que, sin temer a los dioses
ni respetar sus altares,
empezó con mil lucidas
945 palabras a maltratarme,
pidiendo que diese puerta
a mi honor inexorable.
Fui de roca en las palabras;
mas no es defensa bastante,
950 que por eso las mujeres
son humildes y cobardes.
Remitió, en fin, a las fuerzas

el borrar la bella imagen
de mi honor. En fin, cumplió
955 su gusto con mis pesares.
Pidióme después mis joyas.
¡Mira qué afrenta tan grande,
pedirme joyas después
que me hurtó la que más vale!
960 Llévele a un jardín florido,
adonde una fuente amable,
un pozo lleno, profundo
de divididos cristales.
Díjale que allí escondí
965 mis ajorcas y collares
y toda mi hacienda, viendo
nuestra desdicha notable.
Él entonces asomóse;
mas yo, vengando mi ultraje,
970 asiéndole por los pies,
le dejé precipitarse.
Quiso nadar y, tirando
piedras, loca de pesares,
vengué, señor, con su muerte
975 la injuria de mi linaje.
A tus pies estoy postrada,
para defenderme inhábil.
Aquí estoy. Corta mi cuello
si merezco que me mates.
980 ALEJANDRO: Por Apolo, que dijera
que tú me diste mi ser
¡oh valerosa mujer!,
si Olimpas no me le diera.
Que cupo en tu hermoso pecho
985 tan extremado valor
que aquesa esfera de amor
le quitó a Marte tal hecho.
Que ese divino traslado
de Venus bella . . .

TIMÓCLEA: Repara
990 que a ti también te matara
si me hubieras afrentado.

Ruido dentro. Salen APELES, y BUFO con un paño en la cabeza, como que está herido

APELES: Ya de la traidora Tebas
la máquina levantada,

[redon

995 queda en el suelo postrada
de tu justo agravio en pruebas.
Sólo de Hércules el templo
y de Píndaro la casa
por ti, señor, no se abrasa,
porque den honroso ejemplo.

1000 ALEJANDRO: ¿Qué tienes, Bufo? ¿Te hirió
el enemigo?

BUFO: Señor,
no, porque, en fin, su furor,
aunque quiso, no me halló.
Una teja de un tejado
1005 me pudo descalabrar
porque me quise pagar
sin que hubiera trabajado.
Que aun las piedras de la calle
no consienten, ¡ay de mí!, . . .

1010 APELES: (Calla, que está el rey aquí.)
BUFO: (Dile a la herida que calle.)
ALEJANDRO: Pena me da, Tebas, verte,
y aun lágrimas; mas es justo
que delito tan injusto
1015 se castigue de esta suerte.
A ti, señora, te doy,
porque vengaste tu afrenta,
seis mil talentos de renta.
Rendida a tus pies estoy.

1020 TIMÓCLEA:
ALEJANDRO: Y aún no es grande galardón
de tan varonil hazaña.
TIMÓCLEA: ¡Qué grandeza tan extraña!
¡Que divina perfección!

CLITO: Témate el mundo, señor.

1025 ALEJANDRO: Con las armas, Clito, haré
que me tiemble, y aun ser[é] [“será” en la edición RAE]
quien le rinda.

PARMENIÓN: De temor
hoy Macedonia se priva,
pues que victoriosos vamos.

1030 ALEJANDRO: Marchad.
CLITO: Y todos digamos,
“¡Alejandro viva!”
TODOS: ¡Viva!

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

LA MAYOR HAZAÑA DE ALEJANDRO MAGNO
comedia atribuida a
Lope Félix de Vega Carpio

JORNADA SEGUNDA

PIRENE: ¿Qué tienes, señora mía? [redondillas]
CAMPASPE: Tristeza y amor.
PIRENE: ¿Por qué?
1035 Cuando se paga una fe
 causa amor más alegría.
 De otro secreto dolor
 nacerá tanto pesar,
 que al amor le llaman mar.
CAMPASPE: Cuidados son de mi honor.
1040 ¿Quién duda, amada Pirene,
 que, aunque el dueño de mi ser
 tiene tan grande poder
 y tanta nobleza tiene,
1045 viéndome, en fin, no casada
 en tanta desigualdad,
 digan que mi honestidad
 está perdida y manchada?
PIRENE: Antes, señora, sospecho
1050 que de Apeles el amor
 ha templado tu rigor
 y ha sujetado tu pecho,
 y también . . .
CAMPASPE: Tente, Pirene,
1055 que sin recibir pesar
 no puede aqueso escuchar
 quien honra y nobleza tiene.
 Decir que quisiera ser
 que, en fin, el honor me llama,
 más que de Alejandro dama,
1060 de un noble pintor mujer,
 no fue ofender a mi dueño
 mas solamente temer
 que el rey podrá aborrecer
 el firme amor que le enseño.
1065 Que como es tan inconstante
 el tiempo, hoy solemos ver
 al que no amaba querer,
 y sin amor al amante.

1070 Y por eso no he querido
a Apeles desengañar,
que el rey me puede olvidar
y él puede ser mi marido.
PIRENE: Perdona si te ofendí,
que Alejandro viene a hablarte
y quiero sola dejarte.

Vase

1075 CAMPASPE: Si es firme, dichosa fui.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: Campaspe del alma mía,
¿cómo estás?
CAMPASPE: Buena, señor.
ALEJANDRO: Verte me da más amor
como el sol más luz al día.
1080 Si ausente estoy de tus ojos,
fuera de la guerra, todo
me da tristeza, de modo
que padezco mil enojos.
1085 Siéntate a mi lado aquí;
dame una mano que, bella,
cayó del cielo esta estrella
hecha rayo para mí.
Triste parece que estás.
CAMPASPE: ¿Yo, señor?
ALEJANDRO: Darme disgusto,
1090 que si tú no tienes gusto,
no le tendré yo jamás.
Yo confieso que estoy loco
por tu divina belleza,
1095 y que es premio mi grandeza
para tu hermosura poco.
Sola el alma que te he dado
que en pago recibas quiero,
que éste es, mi bien, el primero
del cielo de mi cuidado.
1100 Di la causa de tu pena.
CAMPASPE: Toda nace del amor
que tengo al vuestro, señor.
Estoy de favores llena.
1105 Es vuestra alteza el amante
y yo una humilde mujer

1110 ALEJANDRO: para tan alto poder.
Y el tiempo, siempre inconstante,
el amor grande que os tengo,
mezclado con el temor,
suele darme algún dolor.
Con llanto mi enojo vengo.

Llora

1115 CAMPASPE: ¡Ay, Dios, señor! ¿Qué? ¿Lloraste?
ALEJANDRO: Con aqueso que dijiste
toda el alma me afligiste
y mis penas recordaste.

1120 Gran mal es que el tiempo fiero
y la muerte de repente
han de atajar la corriente
de este amor y de este acero.

1125 ¡Oh, fiera Parca atrevida!
¿Que es posible --¡gran rigor!—
que ha de sobrarme el valor
y ha de faltarme la vida?

CAMPASPE: Señor, la Parca que dio
1125 al gran Alcides la muerte
le quitó la vida fuerte
pero las hazañas no,

1130 ALEJANDRO: porque quedó su valor
en los cielos esculpido.
Sí; mas dime dónde ha habido
como Homero historiador.

1135 Si yo tuviera tal pluma,
fuera mi bien sin igual,
mi valor fuera inmortal
de mis hazañas la suma...

Sale APELES

APELES: Alejandro venturoso...
(Solamente en poseer
esta celestial mujer
yo estoy muriendo celoso.)

1140 ALEJANDRO: Dame los brazos...
APELES: (¿Qué veo?)

ALEJANDRO: ...por que mi pena mejores.

APELES: Señor, dos embajadores...

ALEJANDRO: ¿Qué dices, Apeles?

APELES: (Creo

1145 que me tienen de acabar.)
...dos embajadores griegos
[.....egos?]
te quieren, señor, hablar.

ALEJANDRO: Vete, Campaspe, que aquí
le doy de mano al amor,
1150 aunque agora tu valor
queda, como siempre, en mí.

CAMPASPE: El mandarlo vuestra alteza
a obedecerle me allana.

APELES: (¡Ay, belleza soberana!)

1155 ALEJANDRO: (¡Qué soberana belleza!)

Salen PARMENIÓN, EFESTIÓN, GRIEGO 1 y GRIEGO 2

GRIEGO 1: Supuesto que aventaje **[canción alirada]**
a nuestro yerro tu real clemencia
y que del cielo baje
1160 aquesta sacrosanta preminencia,
que ésta, señor, te pida,
no te espante, la Grecia arrepentida.

GRIEGO 2: Tebas la causa fiera
fue, con su infame y desleal bajeza,
que Atenas se atreviera
1165 a tu más que divina fortaleza.
Ya quedó castigada.

ALEJANDRO: Detén, señor, tu vengativa espada.
No os diera yo castigo
1170 hasta rogaros con la paz primero.
A perdonar me obligo
antes que a castigar con el acero,
que a Tebas de esa suerte
la avisé, pero luego la di muerte.

1175 Alzaos, que yo contento
os perdono, olvidando mis enojos;
mas por que de escarmiento
de mi furor os sirvan los despojos,
quiero un retrato daros,
si no mi original, para miraros.

1180 EFESTIÓN: Dicen, señor, que intenta
borrar tu fama con valor Darío,
y que más acrecienta
su loco, fiero y arrogante brío
el ver tu fuerte espada
1185 de sus vanas soberbias olvidada.

Pues es gran desatino

dudar que está en tu mano la victoria.
 Lleve el mar cristalino
 hasta sus reinos tu suprema gloria,
 1190 y juzguen sus intentos
 que castigas los propios pensamientos.
 ALEJANDRO: Apercíbbase el parche
 y mi gente se ordene tan valiente
 que espante cuando marche
 1195 como cuando acomete de repente.
 Porque, como en el cielo,
 no han de alumbrar dos soles en el suelo.—
 No os vais, embajadores,
 hasta mañana, porque daros quiero
 1200 lo que os dije.
 GRIEGO 1: Tus loores
 la eternidad pregone al mundo entero.
 GRIEGO 2: Seas Héacles solo
 desde este polo al contrapuesto polo.

Vanse. Salen DARÍO, EPITRIDATES y gente

EPITRIDATES: Junto tiene Rosaces un ejército **[endecasílabos sueltos]**
 1205 de tan grande valor que, si quisiera
 contrastar en su esfera al mismo Marte,
 no la juzgara el mundo por quimera
 como la de los bélicos gigantes
 que vengarse de Júpiter quisieron.
 1210 DARÍO: Antes, Epitridates, por bajeza
 tiene tal prevención mi fortaleza.
 Para un loco atrevido, ¿aqueste brazo
 ha menester aquesas prevenciones?
 ¿Para un cordero solo mil leones?
 1215 EPITRIDATES: Aunque es poca su edad, dice su fama
 que admira su valor y su grandeza.
 Dicen, señor, que en Tebas el ejército
 por todas partes le cercó de suerte
 que no daba lugar a su defensa.
 1220 Y que en aqueste punto Epaminondas,
 de una segura y fuerte cuchillada,
 le dejó la cabeza sin celada.
 Y que, viéndose así, con espantosa
 destreza en tales años y tal pecho,
 1225 se defendió de todos y, venciendo,
 cesó, con su victoria, el fiero estruendo.
 ¿Que rostro tiene?
 DARÍO:
 EPITRIDATES: Si por dicha quieres

1230 verle, podrás en un retrato bello
que Apeles, un pintor famoso suyo,
con diestra mano y con sutil estilo
sacó tiniendo al mismo por estampa.

DARÍO: Muéstrale a ver. ¿Que aquéste es tan valiente?
Miente la fama, y aun el mundo miente.
Bajeza es de mi propio pensamiento
1235 pensar que éste se opone a mi braveza.

EPITRIDATES: Dicen que es de la tierra fiero azote.
DARÍO: ¡Por Apolo divino! ¿Que le azote
este rostro consiente la celada?
1240 ¿Estas manos, que siempre en blando guante,
adobadas como él, se han defendido
al parecer del aura delicada,
apretarán la espada con el guante,
uno de acero y otro de diamante?

EPITRIDATES: Con todo, gran señor, es justa cosa
1245 que vaya la defensa prevenida,
que tiene capitanes Alejandro,
cuando él por sí no tenga tanta fuerza,
como era necesario a tu pujanza,
que cuando dicen que a la fuerte Italia
1250 venció Eneas, también dice su gente
que sin ella vencerla no pudiera.

DARÍO: Tienes razón, Epitridates. Luego
se prevenga mi gente, por que vea
Macedonia mi furia a pesar suyo.
1255 Pero mejor, si no me engaño, fuera
que fueras de mi parte y que le dieras
un embajada para ver si quiere
paces conmigo y ser mi tributario,
que, como acetar quiera este partido,
1260 por hijo le tendré, y haré que teman
su valor por el mío.

EPITRIDATES: En esto aciertas,
porque él, viendo tu valor altivo,
te tiene de agradar.

DARÍO: Parte al instante.

EPITRIDATES: A obedecerte voy.

DARÍO: Si no, le advierte
1265 que le he de dar inominiosa muerte.

Vase EPITRIDATES

¡Qué buen talle de mancebo
que tiene Alejandro! A fe

[redondillas]

1270 que, aunque mi contrario fue,
su gran gentileza apruebo.
Para un Adonis amante
tiene traza; pero no
para hacer lo que intentó
y para ser arrogante.

Sale FELICIA

1275 FELICIA: (Un retrato está mirando
suspense. ¡De celos rabio!)
DARÍO: El será mi prisionero. [redondilla defectuosa]
FELICIA: (¡Ay de mí!)
DARÍO: ¿Qué estoy dudando?
En sabiendo que mi nombre
tiembla el mundo y que mi fama
1280 “el invencible” me llama,
imagino que se asombre.
Y también Epitridates,
que es valiente, le dirá
quién soy y descubrirá
1285 de mi valor los quilates.
Con esto me temerá
y será mi tributario.
FELICIA: ¡Ah, traidor! ¡Ah, infame Dario!
DARÍO: ¿Aquí tu belleza está? [Nótese la vacilación entre
“Darío” y “Dario”]
1290 Felicia mía, mi bien,
¿qué tienes? Vuelve a mirarme.
¿Quieres por dicha enojarme?
¿Conmigo tanto desdén?
1295 ¿De qué nacen los desvelos?
Que por Febo luminoso
que me tienes cuidadoso.
FELICIA: (Presentarélo a mis celos.)
Si te miro en mi presencia
1300 con un retrato de quien
perturba todo mi bien,
¿cómo he de tener paciencia?
¿Qué me dijeras a mí
si con él a mí me vieras?
1305 ¿Qué dijeras y qué hicieras?
Júzgate también a ti.
No me esperes ver contenta,
pues me tratas de esta suerte
y tu rigor darme muerte
tan fiera y crüel intenta.

1310 ¿Yo soy, ingrato, tu esposa?
Miente quien lo dice, miente,
porque no hicieras...

DARÍO: Deténte.
¿Qué es tan fiera?

FELICIA: Estoy celosa.

1315 DARÍO: Si no supiera que Amor
te hace necia, me enojara.
En que te adoro repara
y conoce mi valor.

 No es retrato de mujer,
que es de Alejandro.

1320 FELICIA: (Su fama
tiene encendida una llama
adonde me siento arder.

 ¡Quién le viera!) Yo sospecho
que me engañas.

DARÍO: Verdad digo.

1325 Será el retrato castigo
porque conozcas mi pecho.

 Vesle aquí.

FELICIA: (¡Válgame Febo!

¡Qué notable gentileza!

¡El sujetó mi belleza!)

Dicen que es Alcides nuevo.

1330 DARÍO: Poco entendimiento tienes,
eso oyéndote decir;
eso no te quiero oír.
Voyme.

Vase

1335 FELICIA: ¿Qué mayores bienes,
ni qué más rico tesoro
nunca me pudieras dar,
pues que me dejas lugar
para hablar a quien adoro?

1340 Divina tabla, celestial pintura [soneto]
de aquel original del alma mía;
de tal valor, de tanta gallardía,
¿qué mujer ha de haber libre y segura?

1345 Como en la marcial libre y segura [¿error de copista?]
vences la más robusta valentía
que en los hombres su ser altivo cría,
vences en las mujeres la hermosura.

 ¿Quién, como aquel que al mármol adoraba,

fuera dichosa cuando a amarte vengo?
¿Quién en original te convirtiera,
1350 tabla de aquel que tanto deseaba?
¿Quién pudiera infundirte ésta que tengo,
 porque a los dos un alma nos rigiera?

Vase. Salen EFESTIÓN y PARMENIÓN

PARMENIÓN: Ya quisiera, almirante, que su alteza [octavas]
 diera velas al viento y sujetara
 del soberbio Darío la fiereza
1355 con su poder altivo y fuerza rara.
 Por cierto, gran valor, grande nobleza
 encierra su magnánima y preclara
 condición y aun admira en años veinte
 verle tan gentil hombre y tan valiente.
1360 EFESTIÓN: Y lo que es justa cosa que me espante
 es ver para la guerra su cuidado,
 siempre tan firme, siempre tan constante,
 con estar de Campaspe enamorado.
 Que, cuando fue de Venus Marte amante,
1365 le aprisionó Vulcano descuidado.
 Que siempre el dios Cupido debilita,
 Sansón testigo, a quien las fuerzas quita.

Tocan dentro alarma

PARMENIÓN: ¿Cajas entre tapices y doseles
 en palacio? ¿Qué es esto?
EFESTIÓN: La prudencia
1370 de nuestro rey, de quien retrata Apeles
 armada la flamígera presencia,
 al compás de la caja los pinceles
 consagran en la tabla la presencia,
 no de un Marte sangriento, fiero, airado,
1375 sino de un Alejandro desatado.
 Los dos embajadores a los lados,
 las rodillas en tierra, no se atreven
 casi a mirar sus ojos enojados,
 que contra su delito rayos mueven,
1380 por no quedar o muertos o asombrados.
 Alejandro los habla porque aprueben
 ellos mismos su fuerza peregrina.
PARMENIÓN: Corramos para oírle esta cortina.

Corren la cortina y descúbrese APELES retratando a ALEJANDRO, que estará armado y con la espada en la mano, feroz, y a sus lados GRIEGO 1 y GRIEGO 2

1385 ALEJANDRO: Yo soy Alejandro Magno, [romance]
si no en la edad, en los hechos,
que por ellos mis contrarios
aqueste nombre me dieron.
1390 No soy hijo de Filipo,
sino de Jove supremo,
que él solo pudo infundirme
este valeroso aliento.
De diez años sujeté
un fiero animal soberbio,
1395 Bucéfalo, que el de Alcides
no fue monstruo tan horrendo.
Con estas armas brillantes,
con este luciente acero,
me temerán mis contrarios
cuando yo a ninguno temo,
1400 o --;vive Júpiter santo,
a quien por padre respeto!—
de contrastar cuantos haya
fuera de su sacro reino.
¿Quién ha de aguardarme a mí,
1405 armado en el campo, viendo
que son dos rayos mis manos
y que son mis voces truenos?
Pues ¿cómo vosotros, viles...?
1410 GRIEGO 2: Señor, detente, que creo
que si prosigues, nos des
la muerte que merecemos.
ALEJANDRO: Tenéis razón. Mi retrato
1415 es aquéste, que os entrego
porque a Grecia le llevéis;
y si anhelaseis intentos
otra vez de rebelaros,
esta tabla os ponga freno,
contemplándome furioso,
como aquí lo represento.
1420 Idos en paz y temedme
enojado.
GRIEGO 1: El santo cielo
te guarde infinitos años,
señor, para amparo nuestro.

Vanse GRIEGO 1 y GRIEGO 2

ALEJANDRO: ¡Vasallos míos!
EFESTIÓN: Estamos
1425 admirados, señor, viendo
tu severidad notable
y la prudencia advirtiéndome
con que a éstos has castigado,
que de verte van suspensos.
1430 ALEJANDRO: Retrata también, Apeles,
a mi valiente Bucéfalo.
APELES: Haré tu gusto, señor.
ALEJANDRO: Bien armado me parezco;
1435 si permitido me fuera,
siempre con la gola y peto
aduviera, despreciando
los vestidos de más precio.
APELES: (¡Ay, Amor! ¿Por qué me matas?
¡Terrible contrario tengo!)

Sale CLITO

1440 CLITO: Aquí, gran señor, está
del fuerte persiano imperio
un embajador que quiere
hablarte.
ALEJANDRO: Pues entre luego.

Sale EPITRIDATES

EPITRIDATES: Guárdete el sagrado Apolo.
1445 ALEJANDRO: Toma, embajador, asiento.
EPITRIDATES: (¡Armado me ha recibido!
¿Qué es aquesto, santos cielos?)
ALEJANDRO: Prosigue y di tu embajada.
EPITRIDATES: (¡Por el sol, que pone miedo!
1450 Mas Epitridates soy;
hablarle quiero resuelto.)
El invencible Darío,
de todo el persiano reino
absoluto rey, temido
1455 por sus intrépidos hechos,
tiniendo ya apercebido
en sus reinos un ejército
para castigar crüel
tus atrevidos intentos,

1460 que son contra su corona,
según allá le dijeron,
si también en vuest[r]as fuerzas
contra las tuyas soberbios;
habiendo visto un retrato
1465 de tu generoso aspecto
que Apeles, un pintor tuyo,
hizo sentir, siendo lienzo,
y habiendo advertido en él
tu gentileza, tu cuerpo,
1470 tu inusitada experiencia
y que eran tus años menos,
me mandó que te avisase
que te dejará en tu reino
y que hará que por el suyo
1475 tengan a tu nombre miedo,
y perdonará la injuria
con que, atrevido y mancebo,
intentaste profanar
la braveza de su pecho,
1480 si con parias le veneras,
a su voluntad sujeto,
y dejas el comenzado,
atrevido y loco intento,
y que, si no, te apercibas,
1485 porque...
ALEJANDRO: Basta ya. ¿Qué es esto?
EPITRIDATES: Esto manda que te diga.
(¡Temblé, por Apolo inmenso!)
ALEJANDRO: Si como eres uno solo,
1490 fueras todo aqueste ejército
que has pintado, embajador,
te hubiera pedazos hecho.
Como a un hombre te perdono,
aunque has sido tan soberbio
que has parecido no solo,
1495 sino Darío con su reino.
Vete y dile que me aguarde
pisar sus playas tan presto
que respete, acelerado,
destos brazos el esfuerzo.
1500 Y no me juzgue en los años,
que, aunque en ellos soy mancebo,
soy en las fuerzas gigante,
soy Atlante, soy infierno.
Que a ti no te doy la muerte

1505 por que le digas aquesto,
que la mereciste hablando,
viéndome armado, soberbio.
Vete al momento; no aguardes,
que estoy airado y sospecho
1510 que vengaré en ti mi enojo.
EPITRIDATES: Voyme, señor.
ALEJANDRO: Vete luego.

Vanse todos. Salen CAMPASPE y PIRENE

CAMPASPE: El rey a Persia se va. [redondillas]
PIRENE: ¿Tan presto?
CAMPASPE: Pirene, sí.
Y quedo, sin él, sin mí.
1515 PIRENE: Pues ¿tanto lo sientes ya?
CAMPASPE: Tanto que, si ser pudiera,
pues quedo sin él en calma
y le sigo con el alma,
con el cuerpo le siguiera,
1520 arriesgándome por él
contra el enemigo osado,
sin que temiera a su lado
el peligro más crüel.
PIRENE: ¿Sabes qué veo?
CAMPASPE: ¿Qué ves?
1525 PIRENE: Que cada día le vas
queriendo, señora, más.
CAMPASPE: ¡Ay, Pirene, verdad es!
Que, aunque siempre fue mi intento
que no venciese a mi honor,
1530 aunque es tanto su valor,
sin mediar el casamiento,
su trato, su gentileza,
su valiente corazón,
su rostro, su discreción,
1535 sus palabras, su llaneza,
rendida, en fin, me han tenido
a quererle, sin tener
el bien de ser su mujer
y que fuera mi marido.
1540 Soberbia fue pretender
tanta grandeza mi amor;
mas como es sujetador
del más antiguo poder,
pude tener esperanza

1545 de verme en tanta grandeza.
PIRENE: Fiábaste en tu belleza,
que imposibles alcanza.
CAMPASPE: Que quisiera, no te espante,
como he dicho, y no me olvido,
1550 más a Apeles por marido
que a Alejandro por amante.
Porque ha estimado a mi honor
de suerte mi pensamiento
que no me ha dado contento
sin mezcla de algún dolor.
1555 PIRENE: Alejandro viene ya
a despedirse de ti.
CAMPASPE: El alma me deja a mí,
aunque él, Pirene, se va.

Vase PIRENE y sale ALEJANDRO

1560 ALEJANDRO: ¿Campaspe?
CAMPASPE: ¿Señor?
ALEJANDRO: Aquí
tienes asiento a mi lado.
Ya veo que este cuidado
tendrás, que me mata a mí.
Ya ves que no puede ser
1565 menos, mi bien, que la fama
en aquese mar me llama
para matar y vencer.
¡Por Apolo, que gustara
de andar delante de ti
1570 de rodillas, porque en mí
es deidad tu beldad rara.
Que si en templos de oro y jaspe
a Venus, por bella diosa,
la reverencian hermosa,
1575 más que Venus es Campaspe.
Un rey te trairé cautivo
por alfombra de tus pies,
pues yo de aqueste interés
con adorarte me privo.
1580 No llores.
CAMPASPE: Señor, no puedo.
ALEJANDRO: Que me enterneces advierte.
CAMPASPE: Quedo sujeta a la muerte,
pues de vos ausente quedo.
Suele estar un verde prado

1585 bello, alegre, con el sol
y, en faltando su arrebol,
queda triste y deslumbrado.
Yo lo he sido hasta que agora
me dejáis, siendo mi Febo.
1590 ALEJANDRO: No es, Campaspe, caso nuevo
que lllore al sol el aurora.
Dame esos brazos que adoro,
que es sinrazón no coger
esas perlas y perder
1595 tan extremado tesoro.

Abrázanse y sale EFESTIÓN como de general y con un bastón en la mano

EFESTIÓN: Pues, señor, ¿de aquesa suerte [romance]
está vuestra majestad
cuando, airado con los aires,
le da mil voces al mar?
1600 ¿Cuando ha de llevar por alma
un rígido pedernal,
a mujeriles ternezas
le da espacioso lugar?
Bella, por cierto, es Campaspe;
1605 mas la fama universal
es más hermosa, y más bello
un ejército marcial.
No los amores alcanzan
la suprema dignidad
1610 de las hazañas de un rey,
sino sólo el pelear.
¡Gentiles armas, por Dios,
de un sangriento capitán:
una boca de rubí
1615 y unas manos de cristal!
¡Ea, señor! Vuestra alteza
deje a Cupido rapaz;
a Marte siga en su esfera
y a Neptuno por el mar,
1620 que aunque de la guerra ardiente
vuestra majestad jamás
perdió el bélico cuidado,
aunque enamorado está,
en el conservar las cosas
1625 está la dificultad;
que, al fin, se canta la gloria
y lo ha de ser inmortal.

1630 Que espero que vuestra alteza
tanta tiene de dejar
que no la borre el olvido,
aunque lo intentase más.
ALEJANDRO: Noble Efestión, valiente
milagro de mi amistad,
no me culpéis, que, en efeto,
1635 bien sabréis lo que es amar.—
Mientras me voy a la guerra,
queda, mi Campaspe, en paz.
CAMPASPE: Allá me lleváis el alma.
ALEJANDRO: Toca a embarcar y a zarpar.

Vanse EFESTIÓN y ALEJANDRO, y tocan dentro cajas, y salen BUFO y APELES

1640 BUFO: En fin, ¿acá nos quedamos?
APELES: Sí, Bufo.
BUFO: No has hecho mal.
APELES: Por sólo ver si podré
en esta ausencia ablandar
esta esfinge.
BUFO: Yo me huelgo
1645 por una cosa no más.
APELES: ¿Por qué?
BUFO: Por sólo no verme
sobre los brazos del mar.
Que si él quisiere, me suelte
y no me levante más.
1650 APELES: Aquí está mi bien.
BUFO: ¡Qué triste!
APELES: ¡Quién duda que sentirá
que se fuese quien me mata!—
De celos, señora, igual
quisiera ver con mi amor,
1655 el que nunca me mostráis.
CAMPASPE: ¿No os habéis ido a la guerra?
BUFO: Mejor estamos en paz.
APELES: Otra tienen mis sentidos,
que me inquieta mucho más,
1660 y en paz ha de convertirla
vuestra divina beldad.
CAMPASPE: Agora estoy indispuesta
y algo triste. Perdonad.

Vase

APELES: Esto es buscar imposibles.
 1665 ¿De qué me sirve cansar,
 pues no saco de su vista
 sino mi muerte fatal?
 Ve al punto, apréstame un barco,
 porque en él quiero alcanzar
 1670 a las naves. ¡Ay, ingrata!
 BUFO: ¡Ay, qué grande necesidad!
 APELES: Pues aquí no alcanzo nada,
 quiero en la guerra alcanzar
 fama a mi casa y mi nombre.
 1675 BUFO: ¡Lindo frenesí te da!
 APELES: Haz lo que digo al momento,
 que ya enojándome estás.
 BUFO: ¿No ves que las naves vuelan
 1680 llevadas de un huracán
 y caminan con tormenta
 por medio del ancho mar?
 APELES: ¡Vive el sol, que he de seguir las,
 en un barco, en un blandal,
 en un leño, en una tabla!
 1685 BUFO: Si te quieres anegar,
 no tengo yo por agora
 tal pensamiento; demás,
 ¿qué damos a tus deseos?
 ¿Ha sido tan pertinaz
 1690 Campaspe en el despreciarlos
 para que te quejes ya?
 Mil esperanzas te ha dado,
 y es dura cosa intentar
 alcanzarlo todo junto.
 1695 Guarda --¡cuerpo de tal!--
 que poco a poco hila el copo
 la vieja.
 APELES: Dices verdad.
 BUFO: Pues si la digo, ¿por qué
 contra lo que digo vas?
 1700 APELES: Quiero aguardar hasta ver
 qué fin mi muerte tendrá.

Vanse, y salen DARÍO, EPITRIDATES y FELICIA

DARÍO: ¡Por el sol, que estoy corrido [quintillas]
 de pensar su atrevimiento!
 Que, aunque el pago merecido
 1705 tengo de darle a su intento,

es valor ser atrevido
 y, aunque muera, ha de quedar
 con este honor que ha quitado
 a mi valor esforzado.
 1710 Mas si yo lo he de matar,
 morirá, por fuerza, honrado.
 ¡Que se atreviera a venir
 contra Persia! ¡Pierdo el seso!
 FELICIA: ¿Eso te dejas decir?
 1715 ¿Para qué haces caso de eso,
 si le tienes de rendir?
 EPITRIDATES: No están seis millas del puerto,
 y es la más valiente armada
 que en sus hombros levantada
 1720 vido el mar.
 DARÍO: Cairáse muerto
 en mirando aquesta espada;
 que esto no lo dudo yo.
 Mas jamás imaginó
 mi furor que a él se atreviera
 1725 nadie, aunque un Alcides fuera,
 y este loco se atrevió.
 FELICIA: Pues ¿qué quisieras hacer?
 DARÍO: Ir yo a su reino a buscallo,
 y entre el fiero acometer,
 1730 entre su mismo poder,
 vengar mi enojo y matallo.
 Que poco me puede honrar,
 aunque yo mi honor vengase
 y al cielo le levantase,
 1735 si él me ha venido a buscar
 para que yo le matase.
 Demás que, aunque es gran locura,
 suelen, Felicia, afirmar
 que en cualquier batalla dura
 1740 está la gloria en osar
 y en el vencer la ventura.
 Esto siento.
 FELICIA: Pues advierte,
 Dario, que es razón a[r?]marte
 y aguardar aqueste Marte,
 1745 si para ti menos fuerte,
 para que puedas vengarte.
 (Que ruego al cielo que sea
 al revés, por que yo vea
 vencedor de mi ciudad,

1750 como de mi voluntad,
a quien el alma desea.)

EPITRIDATES: Algunas velas, señor,
se van descubriendo ya.

DARÍO: Jamás temió mi valor.

1755 EPITRIDATES: Y el mar turbándose va,
por ventura, de temor.

DARÍO: ¿Cómo tan presto ha venido?

EPITRIDATES: Porque así como le di
tu embajada, al punto vi
1760 su ejército prevenido
para venir contra ti.

Y aun armado la escuchó.
Y aunque no soy el soldado
que menos ha peleado
1765 y tu reino defendió,
temí mirándole armado.

Esto digo por que vayas
a detener la corriente
de este mancebo valiente
1770 antes de que en esas playas
anegue en sangre tu gente,
que ya viene tan cargado
de despojos que ha ganado,
gran señor, con pelear,
1775 que no le puede llevar
el arrogante salado.

DARÍO: ¡Por Febo claro y divino,
que jamás osar pudiera,
ni aun lo pensar imagino,
1780 que a hacer tan gran desatino
ningún hombre se atreviera!

¡Cercar a Persia! ¡Reniego
del mismo Júpiter!

FELICIA: Tente.

DARÍO: ¡Ya me abraso en vivo fuego!

1785 ¡Miren qué Alcides valiente,
sino un Alejandro ciego!

FELICIA: Los Gigantes se atrevieron
al cielo, y aun le quisieron
desbaratar, arrogantes;
1790 mas dos rayos fulminantes
su soberbia deshicieron.

Y agora sólo atribuye
a arrogancia su furor
todo el mundo, gran señor.

1795 EPITRIDATES: Quien acomete y luego huye
poco tiene de valor.

DARÍO: ¿Qué importa quedar rendido,
si mi valor le venció,
vencedor jamás vencido

1800 si acometiendo borró
la infamia de haber huído?

Mas prevéngase mi gente,
que no ha de volver soldado,
si no es muerto, al mar salado;

1805 que yo he de ser el valiente,
aunque él ha sido el osado.

Tocad con pechos atroces
las cajas, de valor llenos,
porque sus parches feroces
nos animen con sus voces,
los espanten con sus truenos.

1810

EPITRIDATES: Ya se acercan.

DARÍO: Pues tocad
al arma para vencer
esos viles y cerrad
las puertas de la ciudad,
aunque no era menester.

1815

EPITRIDATES: Ya echan áncoras en tierra
y el mar de sí los destierra
en los bateles cargados.

1820 DARÍO: ¡Ea, valientes soldados,
tocá al arma! ¡Guerra, guerra!

Vanse, y queda FELICIA

FELICIA: ¡Ay, Amor! ¡Así jamás
resista tu flecha ardiente
el corazón más valiente,
que ya que a Alejandro das
valor, le des a su gente!

1825 ¡Venza Alejandro, Fortuna!
¡Estrellas, sol, clara luna,
dalde victoria a mi amante!

1830 No habrá dicha semejante
para mi pecho ninguna!

Pero, si en mi mano está
dársela, ¿qué me acobardo?
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?

1835 El remedio pienso ya,
y ya sospecho que tardo.

1840 Un papel le escribiré
diciéndole la flaqueza
de la ciudad, porque dé
el asalto, que en mi fe
puede tanto tu belleza,
y a más de aquesto, la puerta
le abriré de la ciudad;
1845 tendrá la victoria cierta,
pues que ya su majestad
tiene la del alma abierta.

*Vase. Salen ALEJANDRO, EFESTIÓN, como cojeando, que trae gota, PARMENIÓN,
CLITO, después de haber dicho dentro*

	CLITO:	¡Echa el áncora al mar!	
	PARMENIÓN:	¡Aferra, aferra!	[octavas]
	CLITO:	¡Dobla el cabo y la vela!	
	SOLDADO 1:	¡Cía, vía!	
	SOLDADO 2:	¡Da la banda al batel!	
	PARMENIÓN:	¡Tomemos tierra!	
1850	ALEJANDRO:	¡Oh, para mí dichoso y claro día, aunque me espera temeraria guerra, que no teme mi pecho y mi osadía. ¿Salió ya Efestión?	
	EFESTIÓN:	Ya, señor, vengo donde todo mi bien y amparo tengo.	
1855	ALEJANDRO:	Ya es tiempo, capitanes valerosos, que mostréis el valor de vuestro pecho. Ya del mar en los brazos espumosos mil valientes hazañas habéis hecho. [.....-osos] [.....-echo]	
1860		Ya intentamos vencer aquesta tierra con fieras armas y insufrible guerra.	
		Hoy es razón que entienda el mundo entero que no hay para nosotros defendida parte ninguna, porque aqueste acero la ha de tener a su poder rendida. Hoy el soberbio y arrogante fiero Dario su Persia humilde y abatida ha de ver a mis plantas su grandeza humillada a mi suma fortaleza.	
1865			
1870		Envidiad del gran Hércules la fama, de quien el docto Homero ha celebrado de aquel valor la siempre ardiente llama, de quien los enemigos han temblado.	

1875 A ser valiente su valor me llama,
y así...

EFESTIÓN: Señor, el tiempo ha llegado
en que la espada saques atrevida.
Tienes mi condición bien conocida.

1880 De honrada envidia se me abrasa el pecho
cuando advierto el valor de Hércules fuerte,
y quisiera al momento, a mi despecho,
a veces alcanzar tan rica suerte.
Imaginaba el muro ya deshecho
y a mí dando crüel y justa muerte

1885 a los persas, rindiendo, derribando,
y a su rey arrogante sujetando.

PARMENIÓN: Paréceme, señor, que vuestra alteza
podrá ya acometer.

ALEJANDRO: Pues, ¿qué os parece,
amigo Efestión?

EFESTIÓN: La fortaleza

1890 de la ciudad es grande; mas se ofrece
mi espada a sujetarla a esa grandeza.

ALEJANDRO: Más el amor que os tengo siempre crece.
[.....]
[.....]

1895 ¿Cómo estáis de la gota?

EFESTIÓN: Algo indispuesto;
mas, aunque los pies tengo de esta suerte,
tengo los brazos sanos, que con esto
estoy para la guerra firme y fuerte,
así no podré huir, pues en un puesto
habré siempre de estar.

1900 ALEJANDRO: Daros la muerte
pudieran de esa suerte, y yo la estimo
más que la propia mía.

EFESTIÓN: Más me animo.

ALEJANDRO: ¿Qué ruido es éste entre la gente mía?

Salen SOLDADO 1, SOLDADO 2 y un ESPÍA preso

SOLDADO 1: Han prendido, señor, aqueste espía. [Estos dos versos sobran
a la octava.]

1905 ESPÍA: En este papel verás, [romance]

ALEJANDRO: Muéstrale a ver de quién es.

ESPÍA: El te lo dirá más claro.

ALEJANDRO: Lee, Clito.

CLITO: De mujer

1910 es la letra.
ALEJANDRO: Ya te aguardo.

Lee CLITO

“El amor que tengo a vuestra real majestad, causado de su ilustre y gloriosa fama, que ya no sólo en Persia, mas en las partes más remotas del mundo se conoce, me obligan [sic] a desear ver mi patria rendida por quien me tiene de la misma suerte. A la parte siniestra del muro está un baluarte al parecer fuerte, que es el más flaco y menos defendido que tiene la ciudad. Por él podrá vuestra majestad dar el asalto, que también mandaré abrir un portillo, por donde con más facilidad la entre solo a fin de que pague esta afición. –FELICIA, reina de Persia.”

ALEJANDRO: ¡Notable efeto de amor!
Cierto que estoy espantado.
EFESTIÓN: Todo, señor, lo mereces.
El sol te guarde mil años.
1915 PARMENIÓN: Ya está a tus plantas valientes
todo el imperio persiano.
ALEJANDRO: ¿Efestión?
EFESTIÓN: ¿Gran señor?
ALEJANDRO: Mientras que doy el asalto,
os podéis aquí quedar
en conserva.
1920 EFESTIÓN: El cielo santo
sabe, señor, que me pesa
de faltar de vuestro lado;
mas aquesta enfermedad
me aflige.
ALEJANDRO: Pues entre tanto
1925 me habéis de ver pelear.
CLITO: Señor, por aqueste lado
se tiene de acometer,
que es el más débil y flaco.
ALEJANDRO: Ni las armas me dan miedo,
1930 ni de traiciones me valgo;
en sacando yo la espada
es lo más fuerte más vano.
Arrimad por esa parte
escalas.
CLITO: ¡Señor!
ALEJANDRO: Vasallos,
1935 lo que yo digo ha de ser[;]
para mi fama trabajo.

1940 No quiero que diga el mundo
que le gané Persia a Dario
por traiciones, cuando puedo
ganársela peleando.
¿Qué receláis, cuando viene
la ventura de Alejandro
con vosotros? ¿Qué teméis
cuando rijo aqueste brazo?

1945 ESPÍA:
ALEJANDRO: Es lo más fuerte esa torre.
No importa, que en breve rato,
aunque os parezca de bronce,
la veréis hecha pedazos.
Y al que por aquesa parte
me diere el feroz asalto,
le colgaré de una entena
¡por Apolo sacrosanto!
¡Esto es lo que importa, amigos!
¡Aquesto importa, vasallos!
Seguidme.

1950

1955 CLITO: Todos te siguen.
ALEJANDRO: ¡Ea, valientes soldados!

Entranse todos con las espadas desnudas y queda EFESTIÓN solo

EFESTIÓN: ¡Oh, valeroso mancebo,
de quien el mundo ha contado
hazaña tan peregrina,
[aun] entre Alcides tebano. [En el texto base, “aunque”]

1960 Ya acomete valeroso;
ya va la escala trepando;
ya la entrada le defienden
los pertinaces contrarios.

1965 ¡Qué advertido se defiende
y cómo ofende gallardo!
¡Qué de enemigos derriba
con los reveses y tajos!

1970 ¡Por Apolo, que de verle
en vivo fuego me abraso.
¡Ah, pies, que no me dejáis!
Ya a la muralla ha llegado;
mas no le dejan subir,
que son muchos los contrarios.

1975 En grande peligro está.
Cayó de la escala abajo.
Todos se arrojan sobre él.
Voy a defenderle.

2015
 VOCES (dentro): y el olvidar los agravios
 es propio de heroicos pechos!
 ALEJANDRO: ¡Victoria! ¡Viva Alejandro!
 Dame las armas.
 DARÍO: Aquí
 las rindo a tus pies. ¡Ay, hados
 rigurosos, y qué poco
 2020
 amparáis a un desdichado!
 ALEJANDRO: Mi gente es la victoriosa
 y por eso te he dejado
 con la vida, y me contento
 en llevarte por esclavo.
 2025
 Álzate.

Salen CLITO, PARMENIÓN y EFESTIÓN, y FELICIA presa, y todos los que pudieren

PARMENIÓN: Señor, ya queda
 por tuya Persia.
 ALEJANDRO: ¡Oh, vasallos!
 CLITO: Y ésta es Felicia, su reina.
 ALEJANDRO: (Es hermosa.)
 FELICIA: (¡Qué bizarro!)
 ALEJANDRO: Si quieres la libertad,
 2030
 yo te la doy.
 FELICIA: Poco pago
 es ése de mi afición ...
 ALEJANDRO: ¿Cómo?
 FELICIA: ...si estás procurando
 que me aleje de tus ojos.
 DARÍO: ¿Esto más? ¡Ah, dioses falsos!
 2035
 ¿Presa mi esposa?
 ALEJANDRO: A embarcar,
 que el alma se va abrasando
 por ir a ver a Campaspe.
 EFESTIÓN: Toca a embarcar.
 ALEJANDRO: Toca y vamos.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

LA MAYOR HAZAÑA DE ALEJANDRO MAGNO
comedia atribuida a
Lope Félix de Vega Carpio

JORNADA TERCERA

Salen APELES y BUFO

2040 APELES: ¡Ay, Bufo! Cuando pensé [redondillas]
que Campaspe, estando ausente
el que me mata, presente
galardonase mi fe;
 cuando aguardé que cesara
2045 mi locura, y que ella, en fin,
diera a mis desdichas fin
y mi voluntad pagara;
 hallo que más me desprecia
y me muestra más rigor.
2050 BUFO: ¿Qué quieres? Ella, señor,
al gran Alejandro precia.
 Harto te lo he aconsejado
que dejaras de querer
a esta Anajarte mujer.
2055 No hay remedio; estás picado,
y no quieres acabar
de conocerte y de ser
necio; siempre has de querer
cantar mal y porfiar.
2060 APELES: En Macedonia quedé
por un loco pensamiento;
salióme vano mi intento;
de ir a la guerra dejé
 por aquesta endurecida.
2065 BUFO: ¡Ah, qué mal hice ya, honor!
No has hecho cosa mejor
en los días de tu vida.
 ¿A la guerra y luego ir
2070 por mar? Mire qué dos cosas
tan lindas y apetitosas
para quien quiere vivir.
APELES: Sólo amor pudiera hacer
tan grande afrenta a mi honor.
BUFO: Ruego que tengas amor

2075 siempre que hubiese de ser,
porque no vamos allá.
APELES: Eres villano, en efeto.
BUFO: Soy, en efeto, discreto.
Cualquier lo juzgará.
APELES: Eres cobarde.
BUFO: Es engaño.
2080 Nombre que le suelen dar
de valiente al que guardar
sabe su vida del daño.
Pues a quien más justamente
2085 le da este nombre la tierra
guardóla de mar y guerra;
luego yo soy el valiente,
pues que peligro también
el mar para hombres humanos,
que cuando llega las manos
2090 no hay sino ponerlas bien.
Fuera de él me ha parecido
que está más cierto el vivir.

Salen PIRENE y CAMPASPE

CAMPASPE: ¡Ay, Pirene! Ha de venir
si por ventura ha vencido.
2095 PIRENE: No lo dudes.
CAMPASPE: ¡Ah, señor!
APELES: ¿De qué ha servido matarme,
entretenerme y dejarme
agora con tal rigor?
2100 ¿No valiera más decir
desde el principio que no
y, desengañado yo,
acabara de morir?
¿De qué ha servido mostrarme
2105 amor, suspenso tenerme
y, en efeto, entretenerme
hasta aquí para matarme?
CAMPASPE: ¿Por qué quieres que desdén
jamás te mostrase yo?
Que ¿a qué mujer la pesó,
2110 di, que la quisiesen bien?
Cuanto y más que ser pudiera
que Alejandro se cansara
de quererme y me olvidara,
pues la fortuna es ligera;

2115 y entonces pudiera ser
que, viéndome despreciada
del rey y de ti adorada,
quisiera ser tu mujer.

2120 Veo que me tiene amor,
aunque tú me quieres bien;
pues si he de escoger, también
es Alejandro mejor,
que, a más de ser gentilhombre,
galán, valiente, discreto,
2125 es rey, a nadie sujeto,
que basta [a] serlo este nombre.

APELES: Pues por lo que te he querido,
una mano me has de dar,
con que empieces a pagar
2130 todo este tiempo perdido.

CAMPASPE: Tente; mira...
BUFO (a PIRENE): ¿Y la taimada?
Deme aquesa mano presto,
o derribaréla el cesto.

PIRENE: Daréle una bofetada.

2135 APELES: Templá con aquesa nieve
este fuego que me abrasa.
Tenme lástima.

CAMPASPE: Ya pasa
de traidor el que se atreve
de aquesa suerte a su rey.

2140 APELES: ¡Vive el sol, que me has de dar
una, y no has de hallar
en hombre celoso ley!

CAMPASPE: ¡Detén la mano, traidor!
PIRENE: Vaya el picarón despacio,
que le pegaré.

2145 BUFO: [.....-or]
En palacio suenan cajas. [El verso sobra a la redondilla.]

PIRENE: Señora, su alteza viene.
CAMPASPE: (¡Turbada estoy!)

APELES: (¡Muerto soy!)

PIRENE: Vente, señora.

CAMPASPE: Ya voy.

2150 Cierra esa cuadra, Pirene.

Vanse todos, menos BUFO

BUFO: ¡Aguarda! Cerró. ¡Ay de mí!
¡Qué bien aviado quedo!

¡Muriéndome estoy de miedo!
Esconderme quiero aquí.

*Escóndese detrás de un tapiz, y van saliendo ALEJANDRO, EFESTIÓN, DARÍO, FELICIA,
CLITO y PARMENIÓN*

- 2155 ALEJANDRO: Gracias se den a Apolo sacrosanto, [tercetos]
que venció a Persia nuestra fuerte armada,
del mar defensa, de la tierra espanto.
- EFESTIÓN: Adonde va tu valerosa espada,
señor invicto, la victoria honrosa
2160 viene desde el principio declarada.
No hay cosa para ti dificultosa.
Tiémblate el persa, el cita, el garamanto
que ha de rendir tu mano poderosa.
- ALEJANDRO: Todos mostrasteis bien, vasallos, cuánto
2165 puede cuando os anima aqueste acero,
como la tierra en el profundo Janto.
- BUFO: (No puedo, en fin, aunque escaparme quiero.
¡Quién fuera hormiga! ¡Quién mosquito fuera!)
- ALEJANDRO: Avisad a Campaspe que ya muero
2170 por ver su gran beldad.
- BUFO: (¡Ah, suerte fiera!
Ellos me han de sentir, que estoy sentido.
Una pastilla aquí tener quisiera.)
- PARMENIÓN: ¿Quién está aquí?
- BUFO: (¡Por Dios, que me han olido!)
- ALEJANDRO: ¿Qué es eso?
- BUFO: (Agora sí que he de dar prueba
2175 quien soy. ¿Quién en esto me ha metido?)

Sale de su escondite BUFO

- Vine a darle el alegre y dulce nueva
a Campaspe, señor, de tu venida.
(¡Qué bien que me escapé!)
- ALEJANDRO: Pues mal se prueba
lo que me dices.
- BUFO: (Ya cobré la vida.)
- 2180 ALEJANDRO: Pues di, ¿por qué te andabas ocultando?
BUFO: (Agarróme otra vez. Ya está perdida.)
Sirvo a Apeles, señor; y como ando
detrás de ser pintor, para pintalla
andaba aquella mona dibujando
2185 que tiene aquel tapiz.
- ALEJANDRO: Pues ve a sacalla.

[.....-ero]
[.....-alla]
DARÍO: (¡Ay, hado infame, endurecido y fiero!
¿Yo cautivo y con vida?)

2190 FELICIA: (Grande ha sido
mi dicha, pues estoy adonde espero
vencer un capitán jamás vencido,
un Júpiter, un Marte enamorado,
que hermosura y mujer ¿qué no han podido?)

Sale CAMPASPE

2195 CAMPASPE: Sea vuestra majestad muy bien llegado.
ALEJANDRO: Tú, Campaspe querida, bien hallada.
DARÍO: (¿No hay muerte para un hombre desdichado?)
FELICIA: (Yo he sido por extremo desdichada.
Nunca hubiera venido donde veo
tan gran competidor[a]. Suerte airada, [en el texto: “competidor. Ya...”]
2200 ya desfallece todo mi deseo
y de celos me abraso.)

ALEJANDRO: Ya a tus plantas,
aunque es indigno de tan alto empleo,
les traigo un rey.

CAMPASPE: ¿A mí mercedes tantas?
Mas, pues vos me estimáis, no es bien me espante.
2205 ALEJANDRO: Llégate, Dario.
DARÍO: Al cielo me levantas.
EFESTIÓN: (De mala gana llega el arrogante.)
DARÍO: (¡Rabiando estoy, por Júpiter divino!
¿No hay para un triste un rayo fulminante?)

ALEJANDRO: Llevalde a una prisión.
DARÍO: A ti me inclino,
2210 pues he venido a ser tan desdichado.

ALEJANDRO: Así castigaré su desatino.--
(a Felicia) No sientas ver tu esposo en ese estado,
pues tendrás mi palacio por el tuyo
y a mí en lugar de esposo.

2215 FELICIA: Pues me has dado
tal favor, mi placer me restituyo.
Adoro el cautiverio y las prisiones.

CAMPASPE: Dar puede vuestra alteza lo que es suyo;
mas lo que no, no son justas razones.

ALEJANDRO: Estos son cumplimientos solamente.
2220 FELICIA: (¡Ay, enemigo Amor, en qué me pones!)
ALEJANDRO: Tú sola eres corona de mi frente.
CAMPASPE: Esclava soy, señor, de vuestra alteza,

que no es bien que otro bien mayor intente.

2225 ALEJANDRO: Eres todo mi bien y mi riqueza.—
(a Bufo) Y dime, amigo, ¿dónde queda Apeles?
BUFO: No ha sabido que vino tu grandeza
y que los persas sujetó crüeles;
mas porque sepa una valiente hazaña
2230 o un milagro, señor, de sus pinceles,
tu majestad, pintó con fuerza extraña
a Bucéfalo fuerte, con delgado
pincel, entre la espuma que le baña,
que de aquésta se cubre todo cuando
acomete al ejército turbado.
2235 Acabado, señor, quedó mirando
Bucéfalo el retrato y, más furioso, [Faltan versos, pues se altera
acometió con él, imaginando la rima.]
que la aguardaba fiero y belicoso
y que era verdadero.

2240 ALEJANDRO: ¡Acción extraña!
BUFO: Desbaratólo, en fin.
ALEJANDRO: ¡Caso espantoso!

Sale APELES

APELES: Deme los pies vuestra alteza. [redondillas]

ALEJANDRO: Pídeme, Apeles, los brazos.
[APELES:] Estoy entre tales lazos
en la más alta grandeza.

2245 ALEJANDRO: Bufo agora me contó
de Bucéfalo una hazaña
notable.

APELES: Fue cosa extraña.
BUFO: Y aun a su dueño imitó.
ALEJANDRO: ¿Cómo?
BUFO: Vio que vuestra alteza
2250 iba a Dario a castigar
por no dejarle lugar
de soberbia a su grandeza,
y que dijo que en el suelo
dos no habían de reinar,
2255 como no puede alumbrar
sino un sol en el cielo,
y así no quiso que hubiera
Bucefalito también
otro pintado de quien
2260 tu majestad se sirviera.

ALEJANDRO: Que él te lo dijo parece.

BUFO: Yo lo pude conocer,
 porque así llego a saber
 cada vez que se me ofrece,
 2265 o me mandan que lo haga,
 la edad que un caballo tiene,
 cuando bostece o le enfrene
 para que me satisfaga.
 Demás que puede advertir,
 2270 señor, vuestra majestad,
 que la soberbia y verdad
 no se pueden encubrir.

ALEJANDRO: Tienes razón, despejado
 caballero. [rima defectuosa]

FELICIA: (¡Ay de mí!
 2275 ¡Qué desdichada que fui!
 ¡Ah, enemiga voluntad!)
 ¿Efestión?
 ¿Gran señor?
 ALEJANDRO: ¿Cómo os sentís? ¿Cómo estáis?
 EFESTIÓN: Bueno, pues que me mostráis,
 2280 por sanarme, tanto amor.
 ALEJANDRO: Pues idos a descansar,
 que vendréis cansado.
 EFESTIÓN: Voy
 luego a obedeceros.

Vase

CAMPASPE: Hoy
 cesó todo mi pesar.

2285 ALEJANDRO: Tú retrata a mi Campaspe.
 CAMPASPE: ¿Tanto me quieres honrar?
 ALEJANDRO: No en tabla; pero fijar
 te quisiera en bronce o jaspe.
 FELICIA: (De celos estoy rabiando.)
 2290 APELES (a Bufo): (¿Hasta cuándo he de morir?)
 BUFO: (Tú has de olvidar o sufrir.)
 ALEJANDRO: Felicia me está mirando.
 Id, pues, los dos.

CAMPASPE: Yo, señor,
 no quisiera.

2295 ALEJANDRO: Calla, necia;
 ¿sabes lo que a ti te precia
 y hallas dudas en mi amor?
 CAMPASPE: Como es tan grande tu pecho...
 ALEJANDRO: Aunque es tanta su grandeza,

2300 es tan grande tu belleza,
mi bien, que te viene estrecho.
No cabrá nadie contigo.
CAMPASPE: Las dos, por los menos, no.
ALEJANDRO: Sólo a ti te quiero yo,
que eres mi luz.
CAMPASPE: Eso digo.

Vanse APELES, CAMPASPE y BUFO

2305 ALEJANDRO: ¿Qué tienes, Felicia bella?
FELICIA: Tristeza y amor.
ALEJANDRO: Pues bien,
¿quién la causa?
FELICIA: Tu desdén,
que mi afición atropella.
ALEJANDRO: Si es porque tu esposo está
2310 en prisión, consuelaté.
FELICIA: Una mal pagada fe
estos pesares me da.
De Persia reina nací,
2315 y, en fin, señor, por quererte
--y que no me pesa advierte—
dejo de ser lo que fui.
Siendo esclava tu beldad,
más que a mí misma la quiero;
2320 también te adoré primero,
pues te daba mi ciudad;
porque en mi pecho arguya
quien el alma te rindió,
que no quise tener yo
cosa que no fuese tuya.
2325 No siento, no, que dejé
mi patria; sólo pesar
me da, señor, no mirar
galardonada mi fe.
ALEJANDRO: Pues ¿qué pretendes de mí?
2330 FELICIA: Que pague mi voluntad,
gran señor, tu majestad,
pues el alma le rendí.
ALEJANDRO: ¿Y Dario?
FELICIA: Darle la muerte.
ALEJANDRO: No es justo.
FELICIA: Fuéte infiel.
2335 ALEJANDRO: Soy piadoso.
FELICIA: Antes crüel.

2340 No te excuses de esa suerte
para no pagar mi fe,
que sí es, señor, olvidarte
imposible, por gozarte
lo que quisieres haré.

ALEJANDRO: ¡Loca estás!

FELICIA: Enamorada
de tal suerte, gran señor,
que, por pensión de mi amor,
estoy loca y despreciada.

2345 ALEJANDRO: Felicia, a más de querer
a Campaspe más que a mí,
también no te quiero a ti,
porque el mundo ha de tener
2350 que escribir aquesta hazaña
de mi encumbrado valor;
que es resistirse al amor
la más difícil y extraña.

2355 No te quiero porque quiero
que el mundo diga de mí
que a mí propio me vencí
cuando le vencí primero.

2360 Y porque huir es razón
en trances de aqueste modo,
hoy sólo a huir me acomodo;
será el más alto blasón.

Pues que después de vencer
a mis fuertes enemigos,
de mis hazañas testigos,
he huído de una mujer.

Vase

2365 FELICIA: ¡Escucha, señor! ¡Ay, cielos,
que no basta despreciarme,
sino también abrasarme
con vivas llamas de celos!

*Descúbrese una cortina donde estará APELES retratando a CAMPASPE en un naipe o otra
cosa semejante*

2370 CAMPASPE: Vuelve al pincel. Ten cordura.
APELES: Aun no distingo el color,
que me ciega el resplandor
de tu divina hermosura.

FELICIA: (Aquí retratando está
Apeles a mi enemiga.)

2375 CAMPASPE: Tu mirada me fatiga.
APELES: Ella la vida me da.
Por merecer bien la palma,
en mí te quiero mirar,
que te quisiera pintar
2380 como te tengo en el alma.
Que si en aqueste nivel
retratara tu belleza,
rindiera naturaleza
los suyos a mi pincel.

2385 FELICIA: (De amores trata con ella.
Estos celos te agradezco.
Padezca por quien padezco.)
APELES: Jamás te he visto tan bella.
De flecha sirve el pincel
2390 que, arbolado con mi amor,
le tiro a tu resplandor
y a mí se vuelve crüel.

FELICIA: (Lugar tengo de vengarme.
¡Por el sol, que he de llamar
2395 al rey y me he de vengar.)
CAMPASPE: ¿Quieres, por dicha, enojarme?
FELICIA: (¿Qué lo dudo? De esta suerte,
pues me dio celos a mí
y tan desdichada fui,
2400 le tengo de dar la muerte.
Vengaréme de Campaspe,
pues ella la causa ha sido
que a Alejandro ha convertido
en las entrañas de un jaspe.

2405 De Apeles, porque pintó
de aqueste feroz ingrato
un animado retrato
que sin alma me dejó.
De mí, pues he de enojar
2410 a Alejandro, que está en mí;
que así se ha de vengar de sí
el que se quiere vengar. [¿9 sílabas?]

A todos daré castigo
2415 con mis celos temerarios,
que por matar dos contrarios
puede matarse un amigo.

Vase

CAMPASPE: ¿Estás en ti?
APELES: No lo sé,
 que cuando te miro a ti
 no estoy, mi Campaspe, en mí.
2420 CAMPASPE: A Alejandro le diré
 tu locura y disparate.
APELES: Yo diré que mi locura
 nació de aquesa hermosura.
 Podrá ser que no me mate.

Sale ALEJANDRO [y se queda al paño]

2425 ALEJANDRO: (Que viniese a la oficina
 donde tiene sus pinceles
 el diestro pintor Apeles
 dijo Felicia. Divina
 está Campaspe. ¡Qué atento
2430 color Apeles ofrece
 a su rostro, que parece
 que la pinta el pensamiento!
 Clavados, por más grandeza,
 tiene, de sus resplandores
2435 el pincel en los colores,
 los ojos en su belleza.)
APELES: Mírame, porque mejor...
CAMPASPE : Ya te miro.
APELES: Y más me admiras.
 Si esos dos rayos me tiras,
2440 ¿no has de abrasarme en amor?
 ¿Qué es esto? ¡De celos muero!
ALEJANDRO: Como adagio suele ser
APELES: el pintar como querer;
 te pinto como te quiero.
2445 Vesle aquí.

APELES le da el retrato a CAMPASPE

CAMPASPE: Teme tu muerte.
APELES: No la temo.
ALEJANDRO: (No le mato.)
CAMPASPE: Premio merece el retrato.
APELES: Dos mil hiciera por verte.
ALEJANDRO: (Mas aún no ve mi valor
2450 causa para darle muerte.

Que ella le desprecia, advierte,
y que él me tiene temor.
Mas ¡vive el sol! que la fuerza
para que le quiera bien.

2455 [.....-én]
[.....-erza]

2460 Quiero imitar al león,
pues estos celos resisto,
que huye de quien no le ha visto
por valiente inclinación.)

APELES: Págame con una mano
este retrato, mi bien.
CAMPASPE: Y te haré matar también;
detén la mano, villano.

Vase CAMPASPE. Sale BUFO; ALEJANDRO se queda en parte que no le puedan ver

2465 ALEJANDRO: (¡Bien ha pagado mi amor
Campaspe! ¡Qué justamente
de mi poder eminente
su belleza hago señor!

2470 Como sin vida ha quedado
mi Apeles. Dársela quiero.
Mas ¡ay de mí! que ya muero
sólo de haberlo pensado.)

BUFO: Señor, ¿qué tienes? ¿No hablas? [romance]
¿Cómo estás de aquesa suerte?

2475 ALEJANDRO: (Quiero escuchar lo que dice,
pues esta ocasión se ofrece.)

APELES (a Bufo): Perdone tu majestad,
que yo no quise ofenderte,
y si por dicha lo está,
2480 aquí estoy; deme la muerte.

BUFO: ¡Por Apolo, que ya sueña!
¡Qué lindo miedo le tiene!

APELES: ¡Perdóname, gran señor!

2485 BUFO: Bufo soy. Aguarda. Tente.
APELES: ¡Bufo! Pues dime, traidor,
¿cómo a mi Campaspe quieres?
BUFO: ¡Cosa que, por disculparte,
algún artificio intentes!
¿Yo a Campaspe?

APELES: Yo diré
2490 al rey que por ella mueres.

BUFO: ¡Ay, señores! ¿Yo por ella?
¡Mejor el diablo la lleve!

2495 Mal por mal, antes quisiera
 ser el rey, y concederte
 el perdón que me pedías
 que amante [.....-ese]
 APELES: ¡Ay, Bufo! Yo estoy sin seso,
 loco estoy. Quiero que cese
 hoy mi amor, locura y vida,
 2500 pues de todo es al fin la muerte. [¿9 sílabas?]
 A Alejandro he de decille
 que así Campaspe me tiene
 que la adoro y que me mate.
 BUFO: Aun eso, señor, parece
 2505 que se puede tolerar;
 mas no el intentar hacerme,
 a costa de mis costillas,
 su amante tan de repente.
 APELES: Hoy, sorda esfinge de mármol,
 2510 advierte lo que me debes.
 Quiero morir por tu amor,
 aunque he de sentir perderte
 más que la muerte crüel
 que mi desdicha merece.

Vanse APELES y BUFO, y queda ALEJANDRO

2515 ALEJANDRO: Puesto entre amor y entre honor,
 mil pensamientos me advierten,
 luchando mi entendimiento
 con sus razones ardientes.
 Dice Amor, “¿Cómo es posible
 2520 que dar a un pintor intentes
 el cetro de aquesas manos,
 la corona de esas sienas,
 cuando sabes que es Campaspe
 el imperio que más quieres,
 2525 y que es, de todas tus glorias,
 triunfos, coronas, laureles,
 el templo donde se rinden,
 la víctima a quien se ofrecen;
 cuando sabes que te adora
 2530 más que a las aguas los peces,
 más que al cielo las estrellas,
 que si él se mueve, se mueven
 con tan inmóvil firmeza
 que a la suya se parecen?
 2535 ¿Quieres darla ajeno dueño,

y le permites que trueque
triunfos, cetros y coronas
por colores y pinceles?
¿Y consentirás que baje
2540 desde el palacio eminente
de un rey, de un pobre pincel
al mísero y triste albergue?”
Tiene razón el Amor.
¿En qué pecho caber puede
2545 que le dé yo tantos males
a quien me dio tantos bienes?
“No es justo, señor; escucha”,
dice el honor, “no te ciegues;
que aquestas glorias del mundo
2550 son aparentes y breves.
Si estás promulgando y dices
que inmortal fama pretendes
y que no procuras gustos
sino aquésta solamente,
2555 ¿qué importa que hayas vencido
los contrarios más valientes,
cuando agora, bravo rayo,
a ti propio no te vences?
Esta es la mayor victoria
2560 de quien alcanzar pretende
fama que el tiempo no borre,
que la envidia no entorpece.
Si no quieres ser famoso,
no te aconsejo que intentes
2565 dar a un pintor a quien amas,
y más a quien es la fénix
de discreción y belleza.
Mas mira, piensa y advierte
que, si estos fines deseas,
2570 con aquesta hazaña puedes
tenerlos, que la mayor
es a sí mismo vencerse”.
¿Tiene justicia el honor?
“Señor, escucha; no tiene.
2575 ¿Tú has de sufrir que mere[zca]
ajeno dueño ponerse
al lado de quien le da
la gloria de tantos bienes
como tiene de alcanzar
2580 al compás que tú los pierdes?
¿Tú has de consentir que dé

2585 en un vaso de claveles,
esmaltado con jazmines,
Campaspe a un pintor que quiere
el néctar de amor sabroso
que aspira su aliento leve?
¿Tú has de sufrir que le ciña
2590 con dos columnas de nieve,
que el templo de su ventura
por largos años sustenten,
que una mujer ofendida
la nieve diamante vuelve?
¿Tú has de sufrir...?” Basta ya,
2595 Amor, no me mates; tente,
que me tienes sin sentido.
¡Júpiter santa, valedme!

Sale EFESTIÓN

EFESTIÓN: (¡Qué triste está!) Gran señor, [décimas]
¿qué tiene tu sacra alteza?
2600 ¿Poder tiene la tristeza
contra tu altivo valor?
Grande ha de ser el dolor
que sujeta tu poder,
porque acabar de vencer
y estar triste de esa suerte,
2605 como mi esperanza advierte,
por mucha causa ha de ser.
La suerte de un capitán,
el contento, lauro y gloria
consiste en una victoria,
2610 que allí sus dichas están.
Pues cuando adelante van...
ALEJANDRO: ¡Ay, Efestión! Yo te pido
que me escuches, que he tenido
2615 guerras de Marte y Amor;
en aquéllas vencedor,
y en ésta soy el vencido.
EFESTIÓN: Pues eso ¿le da cuidado,
gran señor, a vuestra alteza?
2620 ¿Eso tan grande tristeza?
¿A ese valor, que ha inundado
el mundo, ha de haber estado
de mujer que su albedrío
no rinda alto señorío,
a ese talle, a ese valor?

2625 ALEJANDRO: Luchan mi amor y mi honor
para más tormento mío.
Mas, porque no estéis así,
quiero deciros mi mal,
que es, amigo, sin igual;
2630 es un fuego, un frenesí.
Yo he querido más que a mí
a Campaspe, y ya mi suerte
me condena a eterna muerte,
pues que la vengo a perder
2635 a pesar de mi poder,
que es honor contrario fuerte.
Que la quiere Apeles sé
con fuerza de amor extraña,
y como con esa hazaña
2640 acreditar me podré,
quise dársela; mas fue
tanto el poder de mi amor
que impidió que mi valor
dejase eterno mi nombre,
2645 porque vencerse a sí un hombre
es la victoria mayor.

EFESTIÓN: Si esta hazaña milagrosa,
que acreditar te pudiera,
en otro pecho cayera,
2650 fuera más dificultosa,
porque la más ardua cosa
es vencerse un hombre a sí;
pero como siempre en mí
la lealtad firme ha vivido,
2655 no es nada lo que has vencido
si no te vences a ti.
Tebas tuvo gran valor;
Persia fue ciudad valiente;
pero tu acero luciente
2660 de ellas vino vencedor.
Luego, en efeto, señor,
tú el más valeroso fuiste,
pues cuando hacer más quisiste
¿no harás más, pregunto yo,
2665 en vencer al que venció
todo lo que tú venciste?
Sepa vuestra majestad
que en cualquier hecho hazañoso
es el más dificultoso
2670 sujetar la voluntad.

Digno de inmortalidad
será si queda vencido
ese contrario atrevido.
Aqueste es mi parecer;
que no es bien que a una mujer
esté Alejandro rendido.

2675 ALEJANDRO: Dices bien, Efestión.
Parte y dila que la quiero
casar con Apeles. (¡Muero
de tristeza y aflicción!)

2680 EFESTIÓN: Hacer tu gusto es razón.
ALEJANDRO: Escucha, espera.
EFESTIÓN: ¿Señor?
ALEJANDRO: Ha de acabarme el dolor.
EFESTIÓN: ¿Tu majestad de esta suerte
2685 ha de estar?
EFESTIÓN: Amor es fuerte.
EFESTIÓN: Más fuerte ha de ser honor.
Yo, señor, nunca creyera
--¿qué es creyera?—ni aun pensara
que honor vencer no pudiera [décima defectuosa
2690 ALEJANDRO: Ve y dile --¡ay fortuna avara!--
a Campaspe que no espere
verme, pues mi suerte quiere...
en cuanto a la rima]
EFESTIÓN: Oye. ¿Así te contradices?
2695 ALEJANDRO: La matas si se lo dices,
y me matas si ella muere.
EFESTIÓN: Yo se lo voy a decir.
ALEJANDRO: Espera.
EFESTIÓN: No hay que esperar.

Vase. Sale FELICIA

2700 FELICIA: (Agora le puedo dar
mis desdichas a sentir.)
ALEJANDRO: (¡Hoy me condeno a morir!)
FELICIA: ¿Señor?
ALEJANDRO: ¿Qué quieres? (¡Ay, cielos!
¡Ay, Campaspe!)

FELICIA: (¡Ay, fieros celos!)
ALEJANDRO: ¿Qué quieres?
FELICIA: Nada, señor;
2705 que ¿dónde cabrá mi amor,
si estás lleno de desvelos?
ALEJANDRO: ¿Con eso vienes ahora? [redondillas]

[A la redondilla anterior le faltan versos.]

Deja esa loca porfía
y vete.

FELICIA: Señor, escucha.

2710 ALEJANDRO: (¡Ay, sol, mi desdicha es mucha!)

FELICIA: (¡Ay, sol, mayor es la mía!)

ALEJANDRO: (¿Cómo puedo yo --¡ay de mí!--
dar el alma con que vivo?
Si de tanto bien me privo,
2715 la vida también perdí.
Sin alma, ¿podré tener
vida? ¿Claro está que no.
Pues ¿he de matarme yo
y tan crüel he de ser
2720 que quiera darle la muerte
a quien me ha dado la vida?
¿A mi Campaspe querida
he de tratar de esta suerte?
Mataré a Apeles.)

FELICIA: (¿Quién vio
2725 tormento como el que tengo?)

ALEJANDRO: (Ya yo con su muerte vengo;
con la de Campaspe, no.)

FELICIA: (No sé de qué nacerá
su tristeza.) ¿Gran señor?

2730 ALEJANDRO: (¡Ay, qué insufrible dolor!)
Llégate, Felicia, acá.
¿Es razón que yo le dé
a un pintor lo que más quiero?
Dilo tú.

FELICIA: (¡De celos muero!
2735 ¡Ay, triste! ¿Qué le diré?)
Yo, señor, te tengo amor.

ALEJANDRO: Dirás que es injusta ley
que quiera morir un rey
por dar la vida a un pintor.
2740 No hay duda; tienes razón.
Mas muera mi amor, Felicia,
y viva honor, pues codicia
éste solo mi opinión.
¡Alejandro muera, y muera
2745 Campaspe! Mas ella no.

Sale CAMPASPE

CAMPASPE: Quien aquesto a ver llegó
¿qué más desdichas espera?

FELICIA: (Allí mi enemiga viene.
¡Deme el cielo sufrimiento!)

2750 ALEJANDRO: (A renovar mi tormento
venga quien sin mí me tiene.)

CAMPASPE: Luego que vi, por mi mal, [romance]
en tu palacio a Felicia,
me pronostiqué mis males
2755 y mis fúnebres desdichas.
Dices que por alcanzar
inmortal nombre me olvidas
y me entregas a un pintor.
¿Qué mayor desdicha mía?
2760 No digas sino que vino
para quitarme la vida
quien en tus celos me enciende
y quien en mi amor te enfría.
Esto has de decir, señor,
2765 que basta para que digan
que te venciste a ti propio,
que es la victoria más rica.
No digas que me adorabas
y que de mi amor te privas
2770 por alcanzar fama ilustre
en edades infinitas.
¿En qué te ofendí, señor,
que así la vida me quitas?
No adulteres de esa suerte
2775 el amor que me tenías.
Mire vuestra majestad
que antes llamarle solía
esposo, que le he querido
más que al sol el claro día,
2780 que sin él todo será
para mí noche sombría,
que está mi alma en su pecho,
que la suya algunos días
la he tenido yo en el mío
2785 sin temor de esta desdicha.
Y advierta también tu alteza
que no es razón que se diga
que, después de haber gozado
de mil gustos el almíbar
2790 Campaspe con vuestra alteza,
de un pintor está cautiva,
que no hay mayor cautiverio
que una amarga compañía.

2795 O confiese, por lo menos,
que es más felice Felicia.
FELICIA: (¡Pluguiera a Dios que lo fuera!)

ALEJANDRO: ¿Quién ha de haber que resista
--¡ay, Campaspe de mis ojos!—
las lágrimas que destilan
2800 los tuyos? Son jaras fieras
que el corazón me lastiman.
¿Qué bronce, qué duro mármol
ha de haber que no se rinda?
Dame esos brazos, que en ellos
2805 está cifrada mi dicha.
No quiero más gloria ya
que tu hermosura divina.
CAMPASPE: En ellos cesó mi pena.
FELICIA: (¿Qué ha de hacer quien esto mira?)

2810 CAMPASPE: ¿He de tener más mudanza?
ALEJANDRO: (No sé.) No, prenda querida,
mientras viva seré tuyo.
CAMPASPE: Y yo tuya mientras viva.

Vanse ALEJANDRO y CAMPASPE

FELICIA:
2815 ¿Que con aquestos agravios
no aborrezco? ¡Ah, suerte esquiva!
Lléveme el centro entre sus densas iras,
que es menos mal que amar aborrecida.

Salen APELES y BUFO

APELES:
2820 Dame, amigo, aquesos brazos;
pídeme el alma y la vida,
que para nuevas como éstas
aun son pequeñas albricias.
BUFO: No como con almas yo.
¡Qué linda mercadería!

APELES:
2825 ¿Es posible que Alejandro
se dolió de mis fatigas
y que a Campaspe me da
y de la muerte me priva?
¿Que es posible que he de verme
gozando de sus caricias?

2830 ¡Ah! ¿Quién te lo dijo?

BUFO: Señor,

[¿9 sílabas?]

Efestión lo decía
a Campaspe.

*Vase. Salen ALEJANDRO, CAMPASPE, PIRENE, DARÍO, EFESTIÓN, PARMENIÓN
y CLITO*

- 2870 ALEJANDRO: Hoy, vasallos, quiero hacer [redondillas]
mercedes con franca mano.
- CLITO: Todo el orbe, soberano
tu nombre tiene de ver.
- 2875 ALEJANDRO: Sólo quise sujetar
a Dario para pagaros,
todas mis riquezas daros
y mis larguezas mostrar.
- 2880 No quiero del mundo más
que fama; aquésta procuro.
Por ésta no está seguro
de mi braveza jamás;
que, como el tiempo es ligero
en que tengo de reinar,
quiero en aquéste dejar
2885 hazañas al venidero.
- Bien podéis ya comenzar
a pedir lo que queréis;
pero no me pediréis
tanto como os quiero dar.
- 2890 EFESTIÓN: ¡Ah, mi amigo Efestión!
No quiero, señor, riqueza
ninguna cuando tu alteza
me muestra tanta afición.
- 2895 ALEJANDRO: De renta diez mil talentos
os doy.
- EFESTIÓN: ¡Detente, señor!
- ALEJANDRO: No detengas mi valor,
que haré de los dieces cientos.
- CLITO: ¡Bravo dar!
- PARMENIÓN: ¡Rico tesoro!
- 2900 CLITO: No tiene hacienda su intento
para dar.
- PARMENIÓN: Cada talento
son diez escudos de oro.
- ALEJANDRO: A Parmenión otro tanto;
lo mismo a Clito.
- CLITO: Señor,
admiro tu gran valor.
- 2905 PARMENIÓN: De tu largueza me espanto.
- ALEJANDRO: A ti, Felicia, te doy
--por lo bien que me has querido—
con libertad tu marido.

2910 DARÍO: A tus pies postrado estoy,
y lo estaré hasta que dé
la Parca fin de mi vida,
y tu fama esclarecida
desde hoy más pregonaré.
Y tendrás en cuanto intente
2915 tu pecho en toda ocasión
otro amigo Efestión
y otro Alejandro valiente.

FELICIA (a ALEJ.): (Yo, señor, aún padezca
la muerte que estoy temiendo.
2920 Cuando estoy de amor muriendo,
¿es bien que te lo agradezca?)

ALEJANDRO: Reconóceme con parias,
Dario, y vuélvete a regir
tu reino.

DARÍO: Sólo a decir
2925 estas larguezas cesarias.

ALEJANDRO: A ti, Campaspe, te doy...
--pero ya el alma te di,
que es lo mejor que hay en mí--,
d[a]ré todo lo que soy.

Salen BUFO y APELES

2930 BUFO: ¡Détente, señor! ¡Espera! [romance]
¡Mira dónde vas! ¡Aguarda!
APELES: ¡No me detengas!
ALEJANDRO: ¿Qué es eso?
BUFO: ¡Qué fineza tan extraña!
2935 APELES: Yo, señor, vengo a decirte,
aquí, postrado a tus plantas,
que soy traidor; que desnudes
siempre tus temidas armas;
que me quites esta vida
que inmortal muerte me causa;
2940 que vivir como yo vivo
es la muerte más airada.
No he de decir la traición
que os pide justa venganza,
y más que el morir sintiera,
2945 gran señor, el declararla;
que, aunque es verdad que disculpan
mi delito muchas causas,
por ser contra vuestra alteza,
cualquiera disculpa es vana,

2950 que ya me hubiera a mí mismo
quitado, señor, el alma,
si no temiera que, airado,
Júpiter me castigara,
y que entre horribles tormentos
2955 y en sus penetrantes llamas
a padecer de Aqueronte
me arrebatara la barca.
Respetando de tu alteza
a las soberanas aras,
2960 estando siempre muriendo
por no denotar mis ansias.
Pero ya que no hay remedio,
pues con la muerte se acaban
todas las desdichas, vengo
2965 de mi traición por la paga.
Una vez vengo a morir,
para que no muera tantas;
piedad será darme muerte;
aquí mis yerros la aguardan.
2970 No excuse tu majestad
este don, que por las sacras
deidades del cielo santo,
del sol, la luna y las claras
estrellas, y por los dioses
2975 Venus, Palas y Dïana,
que merezco aquesta muerte,
que tengo tan deseada,
porque te intenté quitar
una prenda que no iguala
2980 a su valor la mejor
que tu majestad alcanza.
Quísete quitar la vida,
el ser, la riqueza, el alma,
el imperio, que de todo
2985 es una cifra gallarda.
Acabe ya vuestra alteza;
saque la tajante espada
y divida mi infeliz
cabeza de mi garganta.
2990 ALEJANDRO: ¡Ay, Apeles! Tus razones
me dicen bien declaradas
que ésta ha de ser de Alejandro
la más celebrada hazaña.
Bien la muerte merecías,
2995 pues, en efeto, me pagas

la afición que te he tenido
 con ingratitudes tantas.
 En mi vida te ofendí;
 tú, con ofensa tan clara,
 3000 me quitas todo el poder
 que mi majestad alcanza.
 Bien sé que el delito es grande
 que has hecho, aunque tú le callas,
 3005 que esta hazaña a que me obligas
 ya la tengo bien dudada.
 Yo te doy a mi Campaspe,
 que es como arrancarme el alma.
 Y daréla dando fin
 a todas mis esperanzas.
 3010 Yo te la doy por esposa,
 que, en dando esta prenda, nada
 tiene mi poder que dar;
 todo con ella se acaba.
 Vencí a Tebas, sujetaron
 3015 a la gran Persia mis armas,
 a Grecia y a Atenas hice
 que temieran mi pujanza.
 El enemigo más fuerte
 me ha temido en la campaña.
 3020 Restitúfle su reino
 a Dario con mano franca,
 y otras hazañas notables
 que merecen lauro y palma.
 Pero como ésta ninguna.—
 3025 ¿Campaspe?
 CAMPASPE: ¿Señor?
 ALEJANDRO: ¿Qué aguardas?
 Dale la mano.
 CAMPASPE: ¡Señor!
 ALEJANDRO: No repliques.
 CAMPASPE: Oye.
 ALEJANDRO: ¡Calla!
 Dale la mano al momento.
 ¡Grande es mi dicha!
 APELES: Que haga
 3030 CAMPASPE: tu gusto es bien.
 ALEJANDRO: Mi disgusto
 dirás mejor. ¿Hay desgracia
 más notable que la mía?
 De renta doy a tu casa
 diez mil talentos, Apeles.

3035 APELES: Tu grandeza el mundo canta.
BUFO: ¿No te acordarás de Bufo?
ALEJANDRO: ¿Qué me pides?
BUFO: Que me hagas
blando cúyo de Pirene.
ALEJANDRO: Yo te la doy... ¿A qué aguardas?
3040 BUFO: Mujer sin dote, señor,
es como pan sin vianda;
que en el tiempo de más hambre,
ya que por ella no enfada,
al engullir se atraviesa,
como si fuera coraza.
3045 ALEJANDRO: Tres mil talentos te doy.
BUFO: Tómolos, y aquí se acaba
del invencible Alejandro
la más valerosa hazaña.

FIN DE LA COMEDIA

LAS BIZARRÍAS DE BELISA

de Lope de Vega

Personas que hablan en ella:

- **BELISA**, dama
 - **FINEA**, su criada
 - **CELIA**, dama
 - **LUCINDA**, dama
 - **FABIA**, criada
 - **Don JUAN** de Cardona
 - **TELLO**, su criado
 - **OCTAVIO**, galán
 - **JULIO**
 - **El CONDE** Enrique
 - **FERNANDO**, criado del conde
 - **CRIADOS**,
 - **MÚSICOS**
 - **DOS HOMBRES**
-

ACTO PRIMERO

Salen BELISA con vestido entero de luto galán, flores negras en el cabello, guantes de seda negra y valona, Y FINEA

FINEA: ¿Así rasgas el papel?

BELISA: Cánsame el conde, Finea.

FINEA: ¡Qué ingratitud!

BELISA: Que lo sea
 me manda Amor.

FINEA: Fuego en él,
 que pienso que no es tan vario
 en sus mudanzas el viento.

BELISA: Navega mi pensamiento
 por otro rumbo contrario.
 Castigó mi voluntad
 el cielo.

FINEA: No sé si diga
 que justamente castiga,
 señora, tu libertad.
 Tanto despreciar amantes,
 tanto desechar maridos,
 tanto hacer de los oídos

arracadas de diamantes,
claro está, que habían de dar
[esa] ocasión al Amor
para vengar tu rigor.

BELISA: Bien se ha sabido vengar.

FINEA: ¡Oh qué bien los has vengado

con querer agora bien
a quien, ni aun sabes a quién,
ni él tampoco tu cuidado!

Tus desdenes con razón
agora diciendo están;
"Qué se hizo del rey don Juan?

Los infantes de Aragón,

¿qué se hicieron?

BELISA: No presumas

que de esta mudanza estoy
arrepentida, aunque doy
agua al mar, al viento plumas;

porque tengo la memoria
de este necio amor tan llena,
que juzgo poco la pena
para tan inmensa gloria.

¿Llaman?

FINEA: Sí.

BELISA: Pues quiero hablarte

con más espacio después;

mira quién es.

FINEA: Celia es,
que ha venido a visitarte.

Vase. [Sale CELIA]

CELIA: Prospere tu vida el cielo.

BELISA: No sé, Celia, si querrá
tener ese gusto ya.

CELIA: Ya la novedad recelo;
 dijéronme que te habían
visto con luto en la Calle
Mayor aunque gala y talle
la causa contradecían.
 Y hallo que todo es verdad
pero tanta bazarria
no es tristeza.

BELISA: Celia mía,
murió.

CELIA: ¿Quién?

BELISA: Mi libertad.

CELIA: Es imposible que en ti
haya faltado el desdén.

BELISA: ¿No es faltarme querer bien?

CELIA: ¿Tú quieres bien?

BELISA: Yo.

CELIA: ¿Tú?

BELISA: Si.

Ya cesaron mis rigores.

CELIA: Veré primero sembrado
de estrellas del cielo el prado,
y el cielo de hierba y flores,
y trocado el natural
efeto veré también
a la envidia decir bien,
y a la virtud hablar mal;
veré la ciencia premiada
y a la ignorancia abatida
que es la verdad bien oída
y que la lisonja enfada,
y el imposible mayor
dar honra al que está sin ella,
que crea, Belisa bella,
que puedes tener amor.

BELISA: Una tarde, cuando el sol
dicen que en el mar se esconde
y se le ponen delante
las cabezas de los montes
cuando por aquella raya
que con varios tornasoles

divide el cielo y la tierra
y los días y las noches
nubes de púrpura y oro
van usurpando colores
a la plumas de los aires
y a las ramas de los bosques,
iba sola con Finea,
amiga Celia, en mi coche,
tan sol de mi libertad
cuanto luego fui Faetonte;
que nunca verán tan altas
las soberbias presunciones
que no las fulminen rayos
como a las soberbias torres.
Era en la parte del Prado
que igualmente corresponde
a esa Fuente Castellana
por la claridad del nombre;
que también hay fuentes cultas
que, aunque oscuras, al fin corren
como versos y abanillos,
¡quiera el cielo que se logren!
Ibas Finea cantando
en gracia de mis blasones
finezas del conde Enrique,
que ya conoces al conde

y a sus papeles escritos
para que, cuando me toque
como papel de alfileres
tenga papeles de amores,
y a mis locas bizzarrías
desprecios y disfavores
como si hubiera nacido
de las entrañas de un roble,
cuando veo un caballero
con el semblante conforme
al suceso que esperaba.
Volvió la cara y paróse
a escuchar quién le seguía;
pero con pocas razones
desnudando las espadas
los ferreruelos descogen.
El que digo, el pie delante,
con el contrario afirmóse,
gala y valor que en mi vida
vi hombre tan gentilhombre.
No era el otro menos diestro.
No te parezca desorden
que siendo mujer te cuente
lo que es bien que ellas ignoren;
que, aunque aguja y almohadilla
son nuestras mallas y estoques,

mujeres celebra el mundo
que han gobernado escuadrones.
Semíramis y Cleopatra,
poetas e historiadores
celebran, y fue Tomiris
famosa por todo el orbe.
¿No has visto cuando dos juegan
que sin conocerse escoge
uno de los dos quien mira,
sin que el provecho le importe,
y quiere que el otro pierda
sin saber que esto se obre
por conformidad de estrellas
que infunden inclinaciones?
Pues de esa suerte mi alma
súbitamente se pone
al lado del que juzgaba
por más galán y más noble.
Alzó el contrario de tajo
a quien mi ahijado embebióle
una punta con que dio
en tierra mas levantóse
presto porque después supe
que traía un peto doble
de Milán, labrado a prueba
del plomo, que muros rompe.

Acudieron a este punto,
tirándole varios golpes
tres hombres a mi galán,
cosa indigna de españoles.

Pero dicen entre amigos
que el enemigo perdona,
que sólo es vil el que huye,
y valiente el que socorre.

Con razón o sin razón
salto de mi coche entonces,
quito la espada al cochero
que arrimado a los frisonos
miraba a pie la pendencia,
todo tabaco y bigotes
como si estuviera el necio
de la plaza en los balcones
y el conde de Cantillana
acuchillando leones;
y partiendo al caballero
me pongo de Rodamonte
a su lado. ¡Cosa extraña!
En fin, hombres de la corte,
pues se volvieron humildes
los que llegaron feroces.
Agradecido el galán
de dos tan nuevas acciones

comenzó a hablarme y no pudo
porque de lejos dan voces
que la justicia venía;
que no hay Santelmo en el tope
después de la tempestad
que como una vara asome.
Díjeme, En mi coche entrad
que si los caballos corren,
porque éstos no son de aquellos
que repiten para cofres,
presto estaremos en salvo."
Entró el galán y sentóse
en la proa y yo en la popa
como campos frente a frente.
Viendo que nadie venía
templó el cocheró el galope
y en la Fuente Castellana
para descansar paróse.
Yo siempre que voy al Prado
llevo un búcaro. Tomóle
el cocheró y díonos agua.
Díeme yo una alcorza y díome
las gracias en un requiebro
que la mano agradecióle.
Con esto le persuadí
a que dejando favores

me contase la ocasión
de la pendencia; que sobre
cosas de amor sospechaba
que hay profetas corazones,
pues antes que le dijese
celos me daban temores;
que el que ha de matarla sabe
la garza entre mil halcones.
En fin, dijo de esta suerte,
--Agora a escucharme ponte,
para que como él a mí,
de mi desdicha te informe--
"Yo soy don Juan de Cardona,
hijo del señor don Jorge
de Cardona, aragonés,
y doña Juana de Aponte.
Nací segundo en mi casa
y así mi padre envióme
a Flandes donde he servido
desde los años catorce
hasta la edad en que estoy.
Volieron informaciones
de mis servicios y cartas
de aquel ángel que coronen
los cielos, Infanta de Austria
de divinos resplandores,

tía del rey que Dios guarde.
Pretendí luego en la corte
a guisa de otros soldados;
pero entre otras pretensiones
de un hábito, vi una tarde
con otro de chamelote,
un serafín de marfil
con toda el alma de bronce.
Quedé sin ella, seguía,
servíla, y agradeciíme
la voluntad, retirando
todo lo que no es amores.
Gasté, empobrecí. Mi padre,
enojado, descuidóse
de mi socorro, y Lucinda,
que éste es de esta dama el hombre,
desdeñosa, a puros celos
me mata viéndome pobre;
que no hay finezas que obliguen
ni lágrimas que enamoren."
Cuando esto dijo, quisiera
sacar los ojos traidores
que por otra habían llorado.
¡Mirad qué envidia tan torpe!
Prosiguió que la pendencia
fue por ser competidores

él y el galán, porque teme
que si la obliga, la goce.
Finalmente paró el caso
en tantas lamentaciones
que sin saber por qué causa
quise arrojarle del coche.
él llorando y yo sin alma
llegamos casi a las once
a mi posada. Roguéle
que me viese, y respondiome
que sería esclavo mío
con mil tiernas sumisiones
y, despedido e ingrato,
a ver su dama partióse.
Quedé tan necia que apenas
sé por qué, cómo ni dónde
amo, envidia, y con los celos
temo que loca me torne
porque pienso que es castigo
de aquellos tiranos dioses
Venus y Amor, de quien hice
burla y los llamé embaidores.
Troqué las galas en luto,
la libertad en prisiones,
la bizarría en descuidos,
y en humildad los rigores.

Ni voy al Prado ni al río.
No hay cosa que no me enoje;
a la música soy áspid,
veneno a fuentes y flores.
Soy, no soy, vivo y no vivo,
y entre tantas confusiones
ni sé dónde he puesto el alma
ni ella misma me conoce.

CELIA: Es suceso tan extraño
que, a no ser tuyo, no fuera
posible que le creyera.
Pagas justamente el daño
que has hecho a tantos, ingrata.
Locura debe de ser
querer quien otra mujer
deja, aborrece y maltrata;
pero de tu entendimiento
la mayor locura ha sido,
Belisa, no haber querido
divertir el pensamiento.
¿Ya no vas, como solías,
al Prado ni al Soto?

BELISA: No,
que más me entretengo yo,
Celia, en las tristezas mías,

que en el lugar más remoto
con mayor descanso estamos.

CELIA: Así vivas, que salgamos
estas mañanas al Soto.

BELISA: Si va a decir la verdad,
que encubrirla no es razón
ni a mi justa obligación
ni a tu segura amistad,
con la ocasión de este mes,
de tantas damas paseo,
salgo al campo a ver si veo
quién me ha de matar después;
mas si en Sotos ni en Retiros
le he visto, ni él vuelve a verme.

CELIA: Como en otros brazos duerme,
no despierta a tus suspiros;
pero salgamos mañana,
que en mi buena dicha espero
hallar ese caballero;
que tengo por cosa llana
que, si le vuelves a ver
y más despacio mirar,
no sólo no le has de amar
pero le has de aborrecer;
que muchas cosas agradan
miradas súbitamente,

mas pasa aquel accidente
y vistas de espacio enfadan.

BELISA: Ay, Celia, yo quiero darte
crédito y seguir tu voto.
Disfrazada voy al Soto.

CELIA: Y yo quiero acompañarte.

BELISA: No ha de salir el Aurora
cuando estés aquí.

CELIA: Sí haré.

BELISA: Dar a tus consejos fe
mis esperanzas mejora
 porque de la luna el velo,
mirado con atención,
descubre manchas que son
indignas de tanto cielo.

*Vanse. Salen don JUAN de Cardona y TELLO,
 criado*

JUAN: Tello, el amor no gusta de consejos
y más del inferior.

TELLO: ¿Qué mayor prueba
de que el Amor es loco
sin los consejos, de la vida espejos?

JUAN: Y para el ciego Amor, ¿es cosa nueva
tener la vida y aun el alma en poco?

TELLO: Quien tiene vista al que le falta guía;

que si entrambos son ciegos, van perdidos.

Cuando tu amor Lucinda agradecía
estaban disculpados tus sentidos;
pero agora que quiere bien a Octavio
es infamia de Amor sufrir su agravio
si no buscar remedio.

JUAN: ¿Qué remedio?

TELLO: Poner otros amores de por medio;
que así se curan cuantos han querido
porque otro amor es el más breve olvido.

JUAN: ¿Con qué dinero, necio?

TELLO: No todos los amores tienen precio.

Méritos tienes, ama.

¿Ha de faltar una mostrenca dama
que te quiera por gusto?

JUAN: ¡Majadero!

¿Amores en la corte sin dinero,
y más agora que tan caro es todo?

TELLO: Pues yo no sé otro modo,
ni hay médico en el mundo que, tomando
el pulso a un amador aborrecido,
no le recete otra mujer.

JUAN: Si cuando
voy a buscar de tanto amor olvido
se me pone delante la hermosura
de Lucinda, ¿podré yo por ventura

decir amores a otra cara?

TELLO: Bueno,
una purga es veneno
y por tener salud la toma un hombre.

JUAN: Tello, ya no hay mujer que no me asombre.

TELLO: Alejandro lloraba porque había
un mundo solo; que con uno solo
dijo que no podía
con tanta tierra y mar de polo a polo
satisfacer su pecho.
Tú lo contrario has hecho;
que sola una mujer en Madrid quieres,
habiendo treinta mundos de mujeres;
morenas, pelirrubias, gordas, flacas,
una mudas de lengua, otras urracas,
discretas, mentecatas, bachilleras,
airosas en la burlas y en las veras;
hay enanas, hay largas como trampa,
unas con pie de apóstol, consoladas
del ponleví que imprime poca estampa,
y otras, que en vez pudieran de arracadas
traer las zapatillas;
hay lázaros mujeres de amarillas,
que salen del sepulcro de las camas,
y otras, que de clavel parecen ramas;
hay romas, hay píoquintas,

unas que se contentan con dos cintas,
y otras como tarascas de dineros,
que engullen mayorazgos por sombreros;
unas piadosas y otras socarronas,
tales severas, tales juguetonas;
unas mudables por andar más frescas
y otras firmes de amor, como tudescas;
pero en siendo mujeres, sean morenas,
sean blancas o no, todas son buenas.

JUAN: ¡Qué pintura tan necia!

TELLO: Pues yo, señor, ¿qué he dicho de Lucrecia
la casta y en camisa,
de Porcia y Artemisa,
una, avestruz de hierros encendidos,
y otra, sepultura de maridos?

JUAN: ¡Ay puerta! ¡Ay dulce rejas!
A Lucinda llevad mis tristes quejas.

TELLO: Pues ya que llegas, llama.

JUAN: Aun llegar a llamar teme quien ama.

Llama. [Sale FABIA, criada]

FABIA: ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

JUAN: Dile, Fabia, a tu señora
que estoy aquí.

FABIA: No es agora
tiempo de llamar así.

JUAN: ¿Por qué razón?

FABIA: Porque está
desnudándose.

JUAN: ¿Tan presto?

FABIA: No fuera término honesto
abrir la puerta ya.
Id con Dios, don Juan, que habemos
de madrugar para ir
al Soto.

JUAN: ¡Que vengo a oír
tal crueldad!

TELLO: No hagas extremos.
Mira que en la calle estás.

JUAN: Fabia, Fabia, espera.

FABIA: Espero.
¿Qué queréis?

JUAN: Di que la quiero
una palabra no más.

FABIA: Bueno, en comenzando a hablar
tanto vendrás a empeñarte
que venga el sol a rogarte
que la dejes acostar.

JUAN: Abre, Fabia.

FABIA: ¡Qué locura!

Sale LUCINDA [a la reja]

LUCINDA: ¿Con quién hablas?

FABIA: Con don Juan
 de Cardona.

LUCINDA: ¿Y qué dirán
 de tanta descompostura
 en la peor vecindad
 que tiene calle en Madrid?

JUAN: Lucinda hermosa, advertid,
 que es linaje de crueldad
 indigno de un caballero
 como yo tratarme así.

LUCINDA: Lo que Fabia os dijo aquí
 daros por disculpa quiero,
 porque habiendo de salir
 del alba al primer albor,
 no será razón, señor,
 que no me dejéis dormir.
 El afeite natural
 en el buen sueño reposa;
 que no se levanta hermosa
 mujer que ha dormido mal.
 Id con Dios y presumid

que os amo y tengo respeto.

JUAN: Que yo me fuera os prometo,
señora, pero advertid
 que ver a Fabia turbada
tan necios celos me ha dado
que pienso que lo ha causado
el estar vos ocupada.

 Abrid, que con sólo entrar
luego me vuelvo a salir.

LUCINDA: ésta no es hora de abrir
ni de dar que murmurar;
 que hay vecina tan liviana
que para escuchar despierta
apenas oye la puerta
cuando ocupa la ventana.

 Hacedme esta cortesía
de que os vais.

JUAN: Es imposible
sin entrar.

LUCINDA: ¡Ya estáis terrible!

JUAN: Amor, Lucinda, porfia
 que le lleve a vuestra sala
sólo a dejar estos celos.

LUCINDA: Ponerme en tantos desvelos
ni es cortesía ni es gala.

 Id con Dios, que puede ser

que os resulte algún pesar.

JUAN: Pues vive Dios que he de entrar
y que lo tengo de ver.

[Intenta forzar la puerta]

LUCINDA: ¿Golpe a mi puerta?

JUAN: Y coces
hasta ponerla en el suelo.

Salen OCTAVIO y JULIO con broqueles y espadas

OCTAVIO: A tanta descortesía
y a tan loco atrevimiento
saldrá el honor de esta casa
a castigar vuestros celos.
La puerta está abierta. Entrad.

JUAN: No era sin causa el tenerlos.
Vuestas mercedes me digan
si son hermanos o deudos
de esta dama, o son galanes.

OCTAVIO: Pues que no quiere entrar dentro,
donde supiera quién somos,
afuera se lo diremos.

JUAN: Salgan, y sabrán también,
con los celos o sin ellos,
que soy don Juan de Cardona.

TELLO: Y yo Tello su escudero.

LUCINDA: Ay, Fabia, ¿qué haré?

FABIA: Acostarte,
y dense.

LUCINDA: Sin alma quedo.

JUAN: Aquí, Tello.

TELLO: Vengan otros
que éstos ya huelen a muertos.

Vanse. Salen el CONDE Enrique y FERNANDO, criado

CONDE: ¡Bravo mayo!

FERNANDO: No permite
distancia sin flor al suelo.

CONDE: Con las estrellas del cielo
en el número compite.

FERNANDO: Crecido va Manzanares.

CONDE: Imita al que ruin nació,
que cuando crecer se vio
despreció los patrios lares,
que al humilde nacimiento
sucede como a este río

que descubre en el estío
su arenoso fundamento.

¡Oh, bien haya aquel discreto
que cuando se mejoró
de fortuna, se quedó
con aquel mismo sujeto.

No disminuye el valor,
antes muestra en parte alguna
quien desprecia la fortuna
que la merece mayor.

Muchos conozco yo aquí
tan discretos en su estado
que todo lo que han mudado
es lo que hay fuera de sí.

Pero esto aparte dejando,
y viniendo al desatino,
con que aquel desdén divino
me quiere matar, Fernando,

¿cómo no ha venido a ser
de aquestos campos aurora,
que ya dice el sol que es hora
de salir y amanecer?

FERNANDO: Estaráse componiendo
de galas y bizarrías,
con que estos festivos días
sale de aurora riyendo.

y en este verde teatro
hace la madre de amor.

CONDE: Yo, que adoro su rigor
y su desdén idolatro,
conjuraré su donaire
para que venga.

FERNANDO: Ya espero
que te obedezca ligero
su espíritu por el aire.

CONDE: Ponte el sombrero, Belisa,
pluma blanca y randas negras
aunque no ha menester plumas
quien en tales pies las lleva.
Ponte al espejo, y retrata
en su cristal tu belleza,
para que tengas envidia
de que nadie te parezca.
Que tú sola de ti misma
puedes trasladar las señas
formando tú y el cristal
otra mentira tan bella.
Mira que te aguarda el Soto
y que en su verde alameda
aún no han cantado las aves
por esperar que amanezcas.

Péinate el pelo a lo llano
y no lo rices en trenzas
que, si te ven la jaulilla,
harás que las aves teman.
Mira que rosas y lirios,
para salir a la selva,
no rompen la verde cárcel
hasta que les des licencia.
Sarta de cuentas de vidrio
banda de tu cuello sea,
porque cuando te la quites
quede convertida en perlas.
Con las flordelises de oro
ponte la verde pollera,
pues que son pueblos en Francia
mi esperanza y tus defensas.
Para que la cuesta bajas
a tus chinelas acuerda
que hay muchos ojos que suben
cuando se bajan las cuestas.
Ponte en la cabeza rosas
y en los zapatos rosetas,
de manera que en los pies
y en la cabeza se vean.
Aunque yo tengo más celos
del pie que de la cabeza

que, aunque toda vas florida,
no a lo menos toda honesta.
Ven a matar de mañana,
aunque el amor forme quejas,
que esté durmiendo el aurora
y tú, Belisa, despierta.
Si alguno te dice amores
de estos que de hablar se precian,
di que no vas a mirar
sino sólo a que te vean.
Así, discreta Belisa,
segura del Soto vuelvas;
que no te engañen los ojos
esto que llaman guedejas.
Ponte el manto sevillano,
no saques más de una estrella;
que no has menester más armas
ni el amor gastar sus flechas.
Más airosa vas tapada
y al fin con menos sospecha,
que matando cuanto miras,
te conozcan y te prendan.
Bien puedes salir, que ya
los ruseñores comienzan
a ser campanas del alba
para que la tuya venga.

FERNANDO: Quedo, no conjures más.

CONDE: ¿Por qué?

FERNANDO: Porque ya se acerca.

CONDE: ¡Oh, conjuros amorosos,
divina tenéis la fuerza!

*Salen BELISA con la mayor gala de color que pueda,
manto y sombrero de plumas, y FINEA de la misma suerte. [BELISA
habla sin ver al CONDE]*

BELISA: ¿Adónde Celia quedó?

FINEA: Con unas amigas queda
sentada orilla del río.

BELISA: Como no tiene mis penas,
cansóse de verme andar
buscando la causa de ellas.
Mucho es que aquestas mañanas
don Juan al Soto no venga.

FINEA: Tendrále preso Lucinda.

BELISA: ¿Cómo? ¡Si don Juan se queja
de sus desdenes y engaños!

FINEA: ¡Qué bien tus celos consuelas!

Aparte a FINEA

BELISA: ¡Ay, Finea! ¡El conde!

FINEA: Amor

hoy quiere que coger puedas
en el Soto de Madrid
los azahares de Valencia.

CONDE: Ya es tarde, Belisa, ingrata,

para encubriros de mí,
que dentro del alma os vi
en cuyo espejo os retrata.
Ya que los campos de plata
la dorada aurora pisa,
no envidien su dulce risa
las aves, fuentes y flores
cuando con más resplandores
sale a los nuestros Belisa.

Y aunque con sola una estrella
podéis dar luz, no es razón
que esconda el manto a traición
la que ha venido con ella.
Descubrid, Belisa bella,
la que venís ocultando;
mátenme entrambas, que cuando
es tan cierta la vitoria,
bien es que partan la gloria
de haberme muerto mirando.

La mayor honestidad
que fue de la villa espejo
le debe al campo el despejo
de su verde soledad.
Descubrid, mirad, matad;
que es crüel razón de estado
mostrar, con el desenfado
de que amor se maravilla,
bizarrias en la villa
y desdenes en el Prado.

BELISA: No por veros me encubrí,
cuando me alegré de veros.

CONDE: Gracias al amor y al campo
en que más humana os veo.
¿Queréis escucharme?

BELISA: Si,
que tan cortés caballero
no dirá cosa en mi agravio.

CONDE: Oíd:

*Hablan bajo BELISA y el CONDE. Salen don JUAN y
TELLO [sin verlos]*

JUAN: No descubro, Tello,
en todo el Soto a Lucinda,
y en su casa nos dijeron
que había salido al campo.

TELLO: Que nos engañaron temo;
que esto de enviar al Soto

siempre ha sido mal agüero.

JUAN: No estará, Tello, Lucinda
con Octavio por lo menos.

TELLO: Bravo revés le pegaste.

JUAN: Como le sentí en el pecho
defensa, tiré por alto.

TELLO: Si no llega gente, creo
que en enero vuelvo a Julio.
Tiréle un tajo, y abriendo
el broquel subió tan alto
por esos aires el medio
que, apartadas las estrellas,
pienso que no estuvo un dedo
de descalabrar la luna.

JUAN: Vengué con sangre mis celos,
mas mira, por Dios, si ves
a Lucinda.

TELLO: Preguntemos
por ella.

JUAN: ¿a quién?

TELLO: A este Soto,
ejército de conejos.
Diga, señor Manzanares,
sacamanchas de secretos,
a quien debe su limpieza
la información de los cuerpos,

el que lava en el verano
lo que se pecó en invierno,
cuya espuma es de jabón,
cuyas orillas de linzo,
¿ha visto vuesa merced
una mujer de buen gesto,
muy enemiga de amores,
muy amiga de dineros,
que desde pobres acá
la perdió don Juan por serlo,
y con ella una criada,
centella de aqueste fuego
que le hurta los borradores,
como los poetas versos?
Habla el río--"Esa mujer
que habéis perdido, escudero,
está en casa con Octavio
almorzando unos torreznos
con sus duelos y quebrantos.
¡Tal me vinieran los duelos!"
¿De qué lo sabéis buen río?
"De que estoy en su aposento
en un cántaro, que al rostro
le doy el primer bosquejo."
¿Oyes lo que dice el río?

JUAN: Oigo que vienes muy necio.

FINEA: Señora, señora, escucha.

BELISA: ¿Qué quieres?

FINEA: Don Juan y Tello
están junto a aquellos olmos.

BELISA: Señor Conde, yo me atrevo
en fe de vuestro valor
que me aguardéis un momento
junto a aquel coche, entretanto
que con aquel caballero
hablo dos palabras solas.

CONDE: Si siendo celoso puedo
ser cortés, iré forzando
mi paciencia a obedeceros;
pero sufrir que un galán,
Belisa, os diga requiebros,
más viene a ser bajo estilo
que amoroso sufrimiento.

BELISA: No es galán, aunque lo es,
y así no hay de qué ofenderos,
pues el nombre de marido
siempre mereció respeto.
De Aragón viene a casarse
conmigo; que os vais os ruego
que no es de cobarde amante
en público ni en secreto,
para no perder la dama,

dejar el campo a su dueño.

CONDE: ¿Que estáis casada?

BELISA: No sé.

Esto han tratado mis deudos.

CONDE: ¡Por cierto que él es galán!

BELISA: ¿No os parece que me empleo
justamente en él.

CONDE: Después
os responderán mis celos.

Vanse el CONDE y FERNANDO

BELISA: Señor don Juan, los soldados
y caballeros, ¿tan presto
olvidan obligaciones?

JUAN: Señora mía, no pienso
que os ha ofendido mi olvido,
falta sí de atrevimiento.
Dos mil veces he querido,
obligado a lo que os debo,
ir a besaros la mano
y a resolverme no acierto.
¡Qué buena ventura mía,
pues la he tenido de veros,
que esta mañana me trujo

donde tan hermosa os veo!
¡Qué bizarra! ¡Qué gallarda!
¡Qué talle! ¡Qué lindo aseo!
¿Qué jardín se debe a mayo?
¿Cuándo abril se fue lloviendo
tantas rosas, tantas flores?
¡Qué airosamente el sombrero
coronel de vuestros ojos,
timbre de vuestros cabellos,
os hace Marte del Soto,
belicosamente Venus
para matar y dar vida
a los mismos que habéis muerto!

BELISA: ¿Lisonjas después de olvidos?
¿Después de agravios requiebros?
Guardadlos para Lucinda.
¿Después de ingrato, discreto?
¡No, señor don Juan! ¿Vos sois
Cardona? ¿Vos caballero
de Aragón? ¿No hay más disculpa
que decir "quiero y no tengo"
de perdido por Lucinda?
¿Cómo os va con ella? ¿Hay celos?
¿Hay desdenes? ¿Hay galanes?
Ya se deben de haber hecho
las amistades, hablad.

¡Qué bien pintado novillo!

¡Qué amanecer! ¡Qué concepto!

¿Sois poeta?

JUAN: ¿Quién, señora,
no ha hecho malos o buenos
versos amando, que Amor
fue el inventor de los versos?

BELISA: En lo tierno se os conoce
¿Queréis hacerme un soneto
a una mujer, que castiga
la Fortuna, Amor, y el Tiempo?
La Fortuna, por soberbia,
por venganza el Amor ciego,
y el Tiempo con derribar
sus bizarras pensamientos;
tan necia que quiere a un hombre,
después de tantos desprecios,
que está abrasado por otra.

JUAN: De componerle os prometo,
pero advertid que no soy
culto, que mi corto ingenio
en darse a entender estudia.

Hablan bajo BELISA y don JUAN

TELLO: Ninfa del sombrero al sesgo,
 ¿quiere veinte y dos palabras?

FINEA: Quite veinte y diga presto.

TELLO: No sois vos de mala casta.

 Yo soy un mozo moreno,
 natural de Calahorra.

 Ya he dicho las dos, si tengo
 de hablar más, prorrogue el pacto.

FINEA: Por no estorbar nuestros dueños,
 llegue cerca, y diga.

TELLO: Digo.

*Hablan bajo TELLO y FINEA. Salen LUCINDA, con
 sombrero de plumas, y FABIA*

LUCINDA: Ya te he dicho lo que siento.

FABIA: ¿Pues cómo, si quieres bien
 a don Juan, le estás haciendo
 tiros con Octavio? ¿A un hombre
 que te adora?

LUCINDA: Porque espero
 a puros celos rendirle
 de manera que troquemos
 la esperanza en posesión
 y al amor en casamiento.

FABIA: ¿Por mal le quieres llevar?

LUCINDA: Reducido a tal extremo,
él se casará conmigo.

FABIA: ¿Por bien no es mejor consejo?

LUCINDA: ¡Ay, Fabia, aquí está don Juan!

FABIA: Y no está ocioso a lo menos.

LUCINDA: ¡Gentil mujer! ¡Bravo talle!

FABIA: Hasta el socarrón de Tello
tiene su poco de dama.

A BELISA

JUAN: Si habéis tenido deseo
de conocer a Lucinda
agora veréis si tengo
buen gusto.

BELISA: ¿Es ésta?

JUAN: ¿No veis
en la mudanza que han hecho
mis ojos, que quiere el alma
salir a verla por ellos?

BELISA: Vos estáis bien empleado;
con tanto, con ella os deajo.

JUAN: Antes no, que quiero yo
probar también a dar celos.

BELISA: ¿De eso tengo de servir?

JUAN: Ya que por mi amparo os tengo,
suplicoos, pues no os importa,
que entre los dos la matemos.

BELISA: Ahora bien, va de matar.
(¿Qué es esto que intento? ¡Ay cielos! Aparte
¿Estoy loca? ¿Soy quien fui?
¿Quién en tanto mal me ha puesto?)

LUCINDA: Suplico a vuesa merced,
mi reina, la del sombrero
blanco, que por otra tal
me preste ese caballero,
que si le ha menester mucho
y ha sido galán al vuelo,
para hablalle dos palabras;
que le volveré tan luego
que apenas sienta su falta.

BELISA: Ninfa del sombrero negro,
y los guantes de achiote,
no entra bien con el pie izquierdo
si viene a tomar la espada,
porque es terminillo nuevo
pedir el galán prestado;
pero que sea, le advierto,
que soy como amigo ruin
que ni convido ni presto.

Aparte a don JUAN

(¿Voy bien?

JUAN: ¡Extremadamente!

Decidle más.)

BELISA: ¡El despejo
con que me pide el galán
que es alma de aqueste pecho!

Aparte a don JUAN

(¿Queréis más?

JUAN: ¡Matadla, muera!

Aparte a FABIA

LUCINDA: (¡Ay, Fabia, que estoy muriendo!)

BELISA: ¿Pero sobre qué le pide?

Quizá nos concertaremos
a manera de mohatra,
con prendas, ribete, y tiempo,
porque no hay diamantes chinos,
oro en Tibar, ni en el Cerro

de Potosí plata, ni ámbar

en la Florida, por...

LUCINDA: Quedo,

no pase de "por."

BELISA: ¿Por qué?

LUCINDA: Porque si es amor mohatrero,

no tengo más prendas yo

que palabras, juramentos,

papeles, firmas, engaños.

BELISA: No hacemos nada con eso.

Vuesa merced se ha engañado

que este galán me le llevo

como mi marido acaso.

LUCINDA: ¿Marido?

BELISA: Lo que le cuento.

LUCINDA: ¡Jesús!

BELISA: Si ha de desmayarse

del susto de este suceso,

acérquese más al río,

dama, porque caiga dentro.

A don JUAN

Dadme la mano, mis ojos.

JUAN: Y el alma es poco.

LUCINDA: No quiero
verlos ir, vámonos, Fabia.
(¿Esto llaman amor? ¡Fuego!) Aparte

Vanse LUCINDA y FABIA

JUAN: ¡Oh, qué bien me habéis vengado!
BELISA: (¡Ay, cielos! De mí me vengo.) Aparte
JUAN: Muriendo voy por Lucinda.
BELISA: (Y yo abrasada de celos.) Aparte

Vanse BELISA y don JUAN

TELLO: Dame tú también la mano.
FINEA: ¿Tiénesla lavada?
TELLO: Pienso
que ayer hizo tres semanas.
¿Tu nombre?
FINEA: Finea.
TELLO: Bueno,
Fineza te he de llamar.
FINEA: ¿Y el tuyo?
TELLO: Tello.
FINEA: Si es Tello

de Meneses, comerás
muchas tortillas de huevos.

TELLO: Mejor estas manecitas,
como yo fritas en ellos.

FINEA: ¡Ay qué Tello!

TELLO: ¡Ay qué Finea!
¡Ay qué niña de los cielos!

FINEA: ¡Ay qué socarrón!

TELLO: ¿De quién?

FINEA: ¿De quién dices? Del infierno.

TELLO: Dame un favor.

FINEA: Tuya soy.

TELLO: ¡Qué barbita!

FINEA: ¡Qué moreno!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Sale BELISA con diferente vestido del que
llevó al campo*

BELISA: Temerario pensamiento,
que teniendo el mundo en poco,
junto a la luna a ser loco
sobre las alas del viento
colocastes vuestro asiento,
¿qué desdicha, qué cuidado
hoy os ha puesto en estado
que habéis tan hermosas plumas
entre las blancas espumas
del mar de amor sepultado?
 Sale vestida la nave
de jarcias y de banderas
con las velas tan ligeras
que el viento piensa que es ave;
mas el de popa süave
vuelve con fácil mudanza
en huracán la bonanza,
porque no pueda ninguna
del rigor de la Fortuna
asegurar la esperanza.

 Florece un árbol temprano

cuando el ruiseñor suspira,
la primavera le mira
llena de flores la mano;
mas llega el hielo tirano
y con intensos rigores
los pimpollos y colores
cubre de tristeza y luto
porque hasta tener el fruto
no están seguras las flores.

Por más que en el nido esconda
el ave sus pajarillos
como los fuertes castillos
con su cava, muro y ronda,
dispara el pastor la honda
y con violencia importuna,
sin dejar pluma ninguna
le arroja piedra villana,
que no hay resistencia humana
al golpe de la Fortuna.

Nave en el mar parecía
mi libertad en amor;
árbol vestido de flor
mi locura y bazarria;
nido que el ave tejía
era mi seguro olvido;
mas vino Amor atrevido

y con el galán Cardona
puso al pie de su corona
la nave, el árbol, y el nido.

Vencedor de estos despojos
me mata sin ser culpado,
que no sabe mi cuidado
aunque le dicen mis ojos
con amorosos enojosos;
soy mariposa en llegarme
a la llama y retirarme,
y tanto Amor me desvela
que doy tornos a la vela
y no acabo de quemarme.

Sale FINEA

FINEA: Sin quitarme el manto vengo
por darte presto el recado.

BELISA: De prisa, será desdicha
que nunca viene despacio.

FINEA: Hallé la casa--que fue
en Madrid nuevo milagro,
que no sabe del segundo
quien vive e[n] primero cuarto--
dile el papel, abrazóme,

diome este doblón de a cuatro.

BELISA: ¿Oro tiene?

FINEA: ¿Por qué no?

BELISA: Que no se le dio me espanto
a la señora Lucinda.

Muestra.

FINEA: Toma.

BELISA: Yo le guardo
por ser la primera prenda
que tengo suya.

FINEA: Es cuidado
que te perdonara yo;
y prenda que él no te ha dado
no merece estimación.

BELISA: Por él, Finea, te mando
un hábito de picote.

FINEA: No, sino el tuyo de raso.

BELISA: Soy contenta. Dime agora
qué respondió.

FINEA: En tono bajo
leyó y dijo, "¡Linda letra!"

BELISA: ¿No dijo nada a la mano?

FINEA: No, a fe.

BELISA: No era de Lucinda.

FINEA: Llamó a Tello y el picaño
a tres ¡holas! respondió,

que estaba hablando en el patio;
pidió la capa y la espada,
y dijome, "Luego parto
a ver qué manda aquel ángel."

BELISA: ¿ángel dijo? ése es engaño.

FINEA: Es verdad que lo añadí
por aquello de la mano;
que la lisonja es la fruta
que más se sirve en palacio,
y en ti un ángel más o menos
no es lisonja, habiendo tantos.

BELISA: ¿En cuerpo estaba en efeto?

FINEA: Un gabancillo leonado
tenía untado con oro.

BELISA: ¿Con gabán? Es cierto caso
que tendría bigotera.

FINEA: No la nombres, que me espanto
de ver los hombres con ella,
y hay muchos tan confiados
que a la ventana se ponen,
que es como asomarse un macho.
Mientras tiene bigotera
un hombre ha de estar cerrado
en un sótano.

BELISA: Si es de ámbar
con cairel de oro, no es malo,

y quitada importa poco.

FINEA: Siempre pienso que, asomando
la boca por entre el cuero,
me coca algún mono zambo.

BELISA: ¿Hubo montera?

FINEA: El cabello
sirve a los mozos este año
de montera y papahigo.

BELISA: Bien parecen aseados.
Ahora bien, va de aposento.
¿Hay gran pobreza?

FINEA: Un soldado,
¿qué ha de tener? Las paredes
vestían cuatro retratos:
uno del Rey, que Dios guarde,
y otro de Lucinda al lado.

BELISA: ¿Y no tuvo celos?

FINEA: ¿Cómo?

BELISA: ¿No ves, necia, que hace caso
la imaginación, y celos
son hombres imaginados?
¿Y de quién eran los otros?

FINEA: El uno de don Gonzalo
de Córdoba, su pariente,
que en los países y estados
de Flandes, me dijo Tello

que anduvo con él.

BELISA: Aguardo

el vestido de la noche.

FINEA: ¿La cama dices? De raso

de la China un pabellón

--lo limpio no sé pintarlo,

que un tafetán lo cubría--

lo demás, baúles, trastos

de casa, ajuar de mozos,

libros, guitarra, ante, casco,

y un broquel en un rincón.

BELISA: Sin duda viene, habla paso.

FINEA: ¿En qué lo ves?

BELISA: En el alma,

que me lo ha dicho temblando.

Salen don JUAN [y] TELLO, [hablan aparte los dos]

JUAN: ¿Puedo yo penetrar su entendimiento?

¿No ves que fuera necia diligencia?

TELLO: ¡Sí, pero en su presencia

estar como novicio de convento,

que no ve tierra más de lo que pisa!

JUAN: Tello, yo bien presumo que Belisa

me tiene voluntad, pero en efeto,

y los celos del Soto.

JUAN: Es desvarío.

Contaros todo lo que pasa quiero;
diré verdad a fe de caballero
aragonés, y Córdoba y Cardona,
y si mintiere, y esto no me abona,
no vuelva yo a los ojos de mi padre.

BELISA: Decid también, "De mi señora madre."

JUAN: Después, Belisa hermosa, que le distes
con tal gracia a Lucinda tales celos
en aquel Soto, donde sol salistes,
más claro que el que adoran Delfo y Delos,
escribíome un papel con ansias tristes
hasta en la letra, --¡oh vengadores cielos!--
que en lágrimas envueltas y borrones
apenas se entendían las razones.

Fui a verla, como allí me lo rogaba
y halléla con la mano en la mejilla,
que el cuerpo en el estrado reclinaba;
saludéla, llegué, tomé una silla.
Lucinda, que la puerta me negaba,
--¡Oh, castigo de amor! ¡Oh maravilla!--
me dio su estrado; que en llegando a estado
tan bajo amor, poco hay de estado a estrado.

Tomándome las manos y bañando

las de los dos con lágrimas, decía
que me adoraba tiernamente, cuando
por obligarle amor, desdén fingía.

Apenas, oh Belisa, vi llorando
la que ser piedra para mí solía,
cuando quedé como en la luz infusa
Atlante del espejo de Medusa.

Declaróme secretos pensamientos
de una razón de estado bachillera,
materias de obligar a casamientos,
que yo escuché como si piedra fuera.
Salí después de tantos sentimientos
tan desenamorado, que pudiera
vender olvido a la mayor constancia.
¡Gran cosa levantarse con ganancia!

Cual suele labrador en noche oscura
dormir en la campaña a cielo abierto,
y ver la luz del alba hermosa y pura,
o todo el sol de súbito despierto,
así salí de confusión tan dura
súbitamente y desde el golfo al puerto,
que, despicado, en viéndome querido
su llanto risa fue, su amor olvido.

Ni la vi más, ni la veré en mi vida.
Como, duermo, paseo y tiempo tengo
para mí pretensión, que, de perdida,

con verme libre, a restaurarla vengo.
No lágrimas, no más traición fingida;
a nuevo amor el corazón prevengo.
aunque quien resuscita, nadie crea
que en volverse a morir discreta sea.

BELISA: ¡Notable historia!

JUAN: Yo os digo
la verdad.

BELISA: ¿Cierto?

JUAN: Tan cierto
que en mí fue sueño despierto
lo que en Lucinda castigo.
No más Lucinda, ya es hecho.
A vuestros ojos lo juro:
algún divino conjuro
me la ha sacado del pecho.

BELISA: Tello, ¿es esto así?

TELLO: No sé
que puede no ser así
porque esto pasa ante mí,
señora, de que doy fe.
Ta cesó la devoción
de aquel su pasado arrobo
porque como como un lobo
y duerme como un lirón;

quitósele la celera
y el amor.

BELISA: Gracias a Dios.

TELLO: Pero enamóradle vos
a lo divino tercera;
 dad sujeto a este galán
de vuestra mano.

BELISA: Sí, hiciera,
si alguna dama supiera
como la quiera don Juan.

TELLO: Una así como vos...

BELISA: ¿Yo,
Tello?

TELLO: Así, toda florida,
despejada, bien prendida.

BELISA: Necia y lindísima, ¿no?

TELLO: Más quiero engaños, rigores,
iras y celosas tretas
de las divinas discretas
que de las necias favores.

JUAN: Deja, Tello, a su elección
la dama que quiere darme.

BELISA: Quiero para asegurarme,
que estéis en aprobación;
 que hay amante que, enojado,
sirve otro sujeto un mes,

y vuelve a echarse a sus pies

más tierno y enamorado.

Y aun busca satisfacción

a su misma pesadumbre

porque la mala costumbre

puede más que la razón.

JUAN: Si yo volviera a querer
a Lucinda, plega a Dios...

BELISA: No juréis.

JUAN: Pues dadme vos
por vuestro gusto mujer
que pueda amar estimar,
y veréis lo que me obliga.

BELISA: Yo conozco cierta amiga
que de vos me suele hablar.
Pero no, que me parece
que os volveréis luego allá.

TELLO: Apostaré que te da
según la dama encarece,
alguna doña Terrible.

BELISA: Pues eso si la burláis,
que a Zaragoza volváis,
lo tengo por imposible.

JUAN: Estando vos de por medio,
aunque sin mi gusto fuera,
con mil almas la quisiera.

BELISA: Yo intento vuestro remedio,
y quiero que la veáis;
mas primero que se rinda,
cuantas prendas de Lucinda
tenéis, guardáis y adoráis,
mayormente su retrato,
me habéis de dar.

JUAN: Yo haré
que las traiga Tello, en fe
de que ya le soy ingrato.

BELISA: ¿Y será cierto?

JUAN: ¿Pues no?

BELISA: ¿Cumpliréislo todo así?

JUAN: Digo mil veces que sí.

Mas, ¿quién es la dama?

BELISA: Yo.

*Vase [BELISA]. [TELLO habla aparte a
FINEA]*

TELLO: ¿Y tú no me quieres dar
una ninfa a quien querer?

FINEA: ¿Qué tiene que me volver
de Fabia, después de estar
un año en aprobación?

TELLO: Toda alhaja fregonil
rendiré a tu pie gentil.

FINEA: ¿Hay retrato?

TELLO: Un San Antón
para tener le pedi
en mi aposento.

FINEA: ¿Y que no
verás más a Fabia?

TELLO: ¿Yo?
¿Mas quién es la ninfa?

FINEA: Mí.

Vase [FINEA]

TELLO: ¿Qué sientes de esto?

JUAN: Estoy loco.

TELLO: Ama, quiere aquí, porfia.

JUAN: A tal gracia y bizarría
darle mil almas es poco.

¡Con qué gusto dijo--"Yo!"

TELLO: Y la picarilla--"¡Mí!"

¿Vas enamorado?

JUAN: Sí.

TELLO: ¿No ha de haber Lucinda?

JUAN: No.

Vanse. Salen el CONDE, FERNANDO, y MÚSICOS

CONDE: Ninguna cosa, Fernando,
me entretiene, estoy perdido.

FERNANDO: ¿Cómo has de hallar el olvido,
si estás siempre imaginando?

CONDE: Como la imaginación
es madre de los concetos,
olvidan mal los discretos
que celos concetos son.

De aquí nace que poetas
son los más enamorados,
imaginando, engañados,
a sus damas tan perfetas.

FERNANDO: ¿En tantas definiciones
de amor nunca van hallando
la verdad?

CONDE: No hay más, Fernando,

que ser imaginaciones.

¿Belisa, en fin, se ha casado?

FERNANDO: El Cardona aragonés
es gentilhombre.

CONDE: Sí, es,
con que más celos me ha dado.

FERNANDO: él entra en su casa ya
con libertad de marido.

CONDE: Bastante defensa ha sido,
segura Belisa está,
que a no ser marido, es cierto
que no sufriera galán,
y menos al tal don Juan.
Cantad algo, que estoy muerto.

Siéntese en una silla y canten los MÚSICOS

MÚSICOS: "Antes que amanezca
sale Belisa,
cuando llegue al Soto
será de día."

CONDE: Cuando ese estribo escribí,
qué bizarra la miré.
Cantad la copla, y haré

una endecha para mí.

Cantan

MÚSICOS: "Mañanica de mayo

salen las damas,
con achaques de acero
las vidas matan,
no ha salido el alba,
y sale Belisa,
Cuando llegue al Soto
será de día.

Salen LUCINDA y FABIA. [FABIA habla aparte a LUCINDA]

FABIA: Formaron tu pensamiento

los celos, que no el agravio.

LUCINDA: Por estar herido Octavio

nuevos engaños intento.

FABIA: Aquí está el conde.

LUCINDA: Y qué triste

está escuchando cantar.

A FERNANDO

¿Puede una mujer entrar?

FERNANDO: Nadie la entrada resiste
a tal gracia y hermosura.

¿Señor, duermes?

CONDE: ¿Qué me quieres?

FERNANDO: Que te buscan dos mujeres.

CONDE: ¿Es Belisa, por ventura?

LUCINDA: No soy sino la mayor
enemiga de esa dama.

Lucinda soy.

CONDE: Por la fama
conozco vuestro valor.

LUCINDA: En fe del vuestro he venido
a suplicaros.

CONDE: Primero
tomad una silla.

LUCINDA: Hoy quiero
satisfacer al oído
de la verdad, que en ausencia,
tanto ha escuchado de vos.

CONDE: Satisfaremos los dos
la fama con la presencia.

Siéntanse. [Retírense los MÚSICOS]

LUCINDA: Esta natural pasión,
generoso conde Enrique,
que, contraria de la ira
en nuestros pecho reside,
siempre la he juzgado igual;
y si decirse permite,
ira y amor son lo mismo
porque, como es imposible
que haya amor sin celos y ellos
venganza de agravios piden,
es fuerza que entre la ira
adonde el amor la admite,
como se ve por ejemplos
de esposos y amantes firmes,
que mataron lo que amaban
por celos, de que se sigue
que la ira y el amor
no son diferentes fines
aunque, en principios, contrarios.
Todo este prólogo sirve
de que el amor y la ira
me traen a que os suplique
que a mi remedio el valor
de vuestra sangre os incline,

por la ofensa que también

de mis agravios recibe.

Vino don Juan de Cardona

--yo sé que una vez le vistes--

de Zaragoza a la corte,

caballero de la insigne

casa que en sus armas pone

plumas de pavón por timbre.

Un día que nuestro rey

corrió lanzas, nuevo Aquiles,

descuidada y no de galas

a ver y ser vista vine;

mirando pues con el brío

que la espuela en sangre tiñe

del bridón, que con las alas

del viento las plantas mide,

cuando a la sortija atento

el que a dos mundos asiste

con sólo un centro, la lanza

pasa de la cuja al ristre,

y airosamente la lleva,

veo que el don Juan que os dije

atento a las de mis ojos

era de sus niñas lince.

La fiesta hizo fin, y amor

principio, que por oírle

halló lugar y esperanza
de quererme y de seguirme.
Desde aquel día hasta agora
en pretenderme prosigue
don Juan; mas yo, deseando
a mejor fin reducirle,
dile celos y desdenes
--falso arbitrio--, con que hice
que, mudando pensamiento,
otra dama solicite.
ésta, a quien tan bien lo sabe
no es razón que yo la pinte,
si bien en sus bizarrías
cuanto celebran consiste.
Dejáronla mucha hacienda
sus padres; luce y repite
con bostezos de señora
a escuderos y telices.
ésta, pues, que de don Juan
fue la encantadora Circe,
como aquella que entretuvo
sin entendimiento a Ulises,
no sólo ha podido hacer
que me aborrezca y olvide,
sin que en el verde Soto
que de puro cristal ciñe

Manzanares, y este mes
de verdes álamos viste,
le llamó marido. ¡Ay, cielos!
¿Cómo pude resistirme?
Desde aquel día me matan
celos y congojas tristes.
Llaméle y díjele amores,
pero apenas quiso oírme,
que ensoberbece a los hombres
ver las mujeres humildes.
A los dos, Enrique ilustre,
una misma ofensa aflige,
y así es justo que a los dos
la misma venganza obligue.
Yo haré de mi parte cuanto
fuere a una mujer posible,
que las más tiernas amando,
con celos se vuelven tigres;
vos de la vuestra, y los dos
para los dos, que si rinden
celos, les daremos celos.
¡Al arma, mueran, suspiren!
¡No se han de casar, que a vos
os toca! O quedemos libres
o vengados, que aunque es fuerte,
no es el amor invencible.

CONDE: Ya de vuestra relación

alguna parte sabía,
porque la enemiga mía
me dio a saber la ocasión.

La soberbia y presunción
de Belisa se ha rendido
al título de marido,
y con ser así mi amor
se agravia de su rigor,
pues no me permite olvido.

Por vos y por mí hacer quiero,
en lo que posible fuere,
lo que no contradijere
a la ley de caballero;
que nos vengamos espero,
vos con celos de tan necio
galán, y yo, que me precio
de que estimen mis cuidados,
que es venganza de olvidados
hacer del rigor desprecio.

Fuera de que puede ser
--perdone vuestro valor--
que, de fingir este amor,
viniésemos a querer;
porque suele suceder

que cosas de amor tratando
dos libres, y no pensando,
que pueden ser verdaderas,
venir a acabar en veras
lo que se empieza burlando.

Yo me rindo al talle y brío
del galán aragonés,
pero no tanto, después
que Belisa ofende el mío;
entremos a desafío,
dos a dos, adonde espere
vitoria el que más pudiere
en el campo de los dos;
y ayude amor, pues es dios,
al que más razón tuviere.

LUCINDA: Cierta será la victoria,
Enrique, si me ayudáis.

CONDE: Mirad cómo la trazáis
que resulte en vuestra gloria.

LUCINDA: En toda amorosa historia
no es bien que el fin se presuma.
Mujer soy, y será en suma,
con que disculpada quedo,
mío de amor el entredo
y vuestra será la pluma.

CONDE: Amor la imprima.

[FABIA habla aparte a LUCINDA]

FABIA: ¿Qué has hecho?

LUCINDA: Vengarme de quien me agravia.

FABIA: Loca estás.

LUCINDA: Y es cierto, Fabia,
 con tanto amor en el pecho.

Vanse las dos

CONDE: Gran parte del mal desecho
 con la venganza trazada.

FERNANDO: ¿Qué habéis tratado?

CONDE: No es nada.

FERNANDO: ésta, dama es de don Juan.

CONDE: Toma, Fernando, el gabán,
 y dame capa y espada.

Vanse. Salen BELISA y TELLO

BELISA: ¿Joyas a mí?

TELLO: ¿Por qué no,
 si eres la reina de Troya?

BELISA: ¿Cuando está pobre don Juan,
 finezas tan amorosas?
 ¿A mí fénix de diamantes?

TELLO: Con el verso y con la prosa

que le enviaste, está loco.
BELISA: Pena me ha dado la joya.
¿Que se empeñó? ¿Cómo es esto?

TELLO: No ha sido empeño, señora,
sino el paternal dinero
que vino de Zaragoza;
que así como vio el soneto,
dijo con voz amatoria,
rompiendo medio bufete
de una puñada, Cardona--
"¿Hay tan alta bizzaría?
¡Que una señora componga
tales versos! ¡Malos años
para cuantos a Helicon
van por agua y alcacer!"
Y luego del baúl toma
la bolsa zaragocí
y dijo--"Tendrás agora
el mejor dueño del mundo."
Pero respondió la bolsa
en tiple de los escudos--
"Mejor soy para la olla."
Fuimos a la insigne puerta
que 'guarda la cara' nombran,
sepulcro de oro y de seda,
de tantos cofres langosta
y para el fénix Belisa,
fénix de diamantes compra,
porque el día de San Marcos,
que del trapo llaman zorras,
salgas a matar guedejas
y dar envida a valonas.
Pero dime si es posible
reducir a la memoria
el soneto que escribiste.

BELISA: Como yo, de amores loca
no me osaba declarar,
dije así:

TELLO: Las musas oigan.

BELISA: Canta con dulce voz en verde rama

Filomena dulcísima al aurora,
y en viendo el ruiñeñor que le enamora,
con recíproco amor el nido enrama.

Su tierno amante por la selva llama
cándida tortolilla arrulladora,
que si el galán el ser amado ignora,

no tiene acción contra su amor la dama,
No de otra suerte al dueño de mis penas
llamé con dulce voz en las floridas
selvas de amor, que oyendo el canto apenas,
se vino a mí, las alas extendidas,
porque también hay voces filomenas
que rinden almas y enamoran vidas.

TELLO: Por Dios, que es soneto digno

de que en sus obras le ponga
la marquesa de Pescara
que Italia celebra y honra.
O, pues también lo merecen,
en las canciones sonoras
de la Isabela Andreína,
representanta famosa,
pues hoy estiman sus versos
París, Nápoles y Roma.
¡Qué sonoridad, qué luces!
¿Y aquello de *arrulladora*?
¡Mal año para los cultos!
¡Qué claridad estudiosa!
¡Qué cultura! Dará envidias,
aunque laurel les corona
al príncipe de Esquilache
y al rétor de Villahermosa.

BELISA: ¿Eres poeta por dicha?

TELLO: Y por desdicha notoria.

BELISA: Porque ese lenguaje, Tello,
a presumir me ocasiona
que haces versos.

TELLO: ¡Oh, qué lindo!

Oye una silva a una mona,
a quien requebró un galán
en peso de la noche toda:

Quedóse en un balcón donde solía,
desde las doce de la noche al día,
hablar cierto galán a una casada
por cerrar la ventana su criada,
el animal que más imita al hombre,
aunque él sabe también tomar su nombre;
la mona con el frío, en la cabeza,
púsose un paño que tendido estaba,
con que la dicha moza se tocaba.
Vino el galán, y atento a su belleza,
tirábale al balcón de cuando en cuando
chinas, con que la mona, despertando,
salió ligera y, en lo alto puesta,
le daba algunos cocos por respuesta.
Pensó que hablaba así por su marido,
y la reja trepó, del hierro asido;

mas queriendo besarla, de tal modo
le asió de las narices que, temiendo
que pudiera sacárselas del todo,
se estuvo lamentando y padeciendo,
hasta que el alba hermosa
vestida de jazmín con pies de rosa,
de ver los dos amaneció riyendo;
ella, del monicidio temerosa,
al pobre amante, en vez de los amores,
de arriba abajo le sembró de flores.

Sale FINEA

FINEA: Doña Lucinda de Armenta
y doña Fabia su moza
te quieren hablar.

BELISA: Di que entren.

TELLO: ¿Eso dices?

BELISA: Pues, ¿qué importa?

TELLO: Voyme por esotra puerta.

Vase. Salen LUCINDA y FABIA

FINEA: ¿Qué aguardan? Entren, señoras.

LUCINDA: Si vuesa merced se acuerda
de que en la florida alfombra
de Manzanares, un día,
compitiendo con la aurora
amaneció perla en nácar,
o rosa que baña aljófar,
siendo el pimpollo el sombrero,
y vuesa merced la rosa,
yo soy aquella mujer
que engañada de mi sombra,
le pedí el galán prestado
sobre prendas de lisonja;
como le asió de la mano,
y subiendo en su carroza...

BELISA: No es carroza, sin coche,
o vuesa merced, me honra
como llamar licenciado
por la presbítera toga
al que es de prima tonsura.

FABIA: Pienso que se finge boba.

BELISA: Soy cándida.

FABIA: Así parece.

BELISA: Finalmente, ¿en qué se apoya
esta celosa visita?

LUCINDA: En que su merced recoja
de noche al señor marido,

porque no es justo que corra
con ella Sotos y Prados
en carroza, coche o posta,
y que, en llegando la noche,
mi puerta y ventanas rompa,
ya con el pomo las unas,
ya con las piedras las otras.
Entró una de ellas por fuerza
y esta cadena me arroja
diciendo que le escuchase.
Escuchéle temerosa,
lloró en fin...

BELISA: ¿Y con bigotes?

¡Válgate Dios por Cardona!

LUCINDA: Dióle después en mi estrado

tal desmayo, tal congoja,
que fue menester volverle
con agua de azahar y alcorzas.

BELISA: ¡Qué ventura tener agua!

Si no la tenéis, señora,
él se queda a buenas noches.
¡Válgate Dios por Cardona!

LUCINDA: Dijome de vos mil males:

que de día y noche le rondan
la puerta criadas vuestras,
que os vio aquella tarde sola

y que le andáis persiguiendo.

BELISA: ¿Soy una perseguidora?

¿Que yo le persigo dice?

¡Válgate Dios por Cardona!

Ahora bien, por el aviso,

la sirvo con esta joya

que hoy me ha enviado con Tello,

su famoso guardarropa

porque el día de San Marcos

en la cadena la ponga,

y vea vuesa merced

si ha menester otra cosa

de esta casa, que aquí queda

para su servicio toda.

LUCINDA: Porque sé las bizzarrias

de esa mano poderosa,

tomo la joya y os beso

la mano ilustre.

[FINEA habla aparte a BELISA]

FINEA: Perdona,

que no vi cosa más necia

que la que has hecho.

BELISA: ¿Qué importa?

FABIA: Y vos, señora Finea,
 decid a Tello que escoja
 otra dama, que después
 que a Lucinda mi señora
 sirve el conde don Enrique,
 también de mí se apasiona
 Fernando, su secretario,
 y yo le quiero.

FINEA: Mejora
 vuesa merced de galán.

LUCINDA: él y don Juan se dispongan
 a no aborotar mi casa
 que, si otra vez la alborotan,
 castigaré su locura
 el conde, porque me adora.
 Y a vuestra puerta en la calle
 aguarda con su carroza
 para que vamos al Prado.

Vanse las dos, [LUCINDA y FABIA]

FINEA: ¡Extraña historia!

BELISA: Es hisotira
 que me ha de costar la vida.
 A la ventana te asoma.

Mira si es el conde Enrique.

FINEA: Mejor es que tú lo oigas,
que desde el estribo llama.

BELISA: ¡Qué libertad! Estoy loca.

Dentro del CONDE

CONDE: ¡Al Prado, cochero, al Prado
da la vuelta!

Dentro

LUCINDA: A la Victoria,
Magallanes de los coches.

FINEA: ¡Qué propia voz de celosa!

BELISA: A tanta desdicha mía,
¡ay de mí!, ¿qué puedo hacer?
¡Oh, mal haya la mujer
que del mejor hombre fia!
Que don Juan de amor de un día
se volviese a lo que amaba
primero, en razón estaba;
¡pero no, querer yo bien,

y declarárselo a quien
por otra mujer lloraba!

Halla un pájaro rompida
la jaula, y volando al viento,
cuando goza en su elemento
de la libertad perdida,
se acuerda de la comida,
y vuelve a ver si está abierta,
con ser su cárcel tan cierta.

Así los amantes son,
que con saber que es prisión,
vuelven a la misma puerta.

Volvióse la voluntad,
aragonés caballero,
sin querer gozar el fuero
de su misma libertad.

Fi[ó] de su falsedad
mi enamorada afición.

¡Oh, qué necia condición
de una voluntad sencilla,
fiar alma de Castilla
a los fueros de Aragón!

No me pesa, porque fui
necia, en que don Juan me rinda;
pésame de que Lucinda
se haya vengado de mí.

Lo que no tuve perdí.
Menos a enojo me incita,
que una mujer más se irrita,
y más con tanto ademán,
que no el quitarle el galán
la burla de quien le quita.

Lucinda, desdenes tales
han hecho que os quiera bien,
que hay muchos hombres, que a quien
los trata mal, son leales.

¡Oh, Amor, cómo son iguales
en esto buenos y malos!
No vienen con los regalos
y en los celos se resuelven,
que hay hombre perros que vuelven
a donde les dan de palos.

¡Qué mal se supo entender
mi ignorante bizarría,
cuando dije que querría
a un hombre de otra mujer!
La disculpa habrá de ser
no de Porcias y Lucrecias,
que, a no haber Amor, si precias
que de ti se libren pocos,
ni se hallaran hombres locos,
ni hubiera mujeres necias.

Salen don JUAN y TELLO [hablando aparte]

JUAN: Más de treinta mil ducados
de dote, sin esta casa,
tiene Belisa.

TELLO: Y las joyas,
ricos vestidos y alhajas,
¿son barro? Dichoso eres,
y advierte, que, si te casas,
me des también a Finea.

JUAN: Yo te la doy.

TELLO: ¿Aquí estaban?

JUAN: Señora mía y mi bien,
ya el alma se me quejaba
de vivir en vuestra ausencia,
si ausente vivo con alma.

BELISA: (¡Confusa estoy! Lo mejor Aparte
es volverle las espaldas.

Vase [BELISA]

JUAN: ¿Fuése?

TELLO: ¿No lo ves?

JUAN: Finea,
escucha.

TELLO: Tampoco habla.

Vase FINEA

JUAN: Tras ella iré.

TELLO: ¿Para qué?
La puerta cierra a la sala.

JUAN: Pues, ¿qué novedad es ésta
sin que sepamos la causa?

TELLO: Habelle dado la joya.

JUAN: Tello, en esas puertas llama.

TELLO: No he visto amante más pobre.
Siempre parece que andas
de puerta en puerta.

Sale FINEA a una ventana

JUAN: ¿Es Finea
la que en la ventana aguarda?

TELLO: La misma.

JUAN: Finea, ¿qué es esto?
¿Este término esperaban

de la señoa Belisa

mi deseo y mi esperanza?

FINEA: Dice mi señora...

JUAN: ¿Qué?

FINEA: Que se vayan noramala.

[Cierra la ventana]

JUAN: Acabóse.

TELLO: Aquí entra bien,
"Para vos traigo una carta."

JUAN: ¿Qué habemos de hacer?

TELLO: No sé.

JUAN: Ven, que yo lo sé.

TELLO: ¿éstas llaman

bizarrias de Belisa:

cerrar puertas y ventanas

en agarrando la joya?

JUAN: Sígueme, que voy sin alma.

TELLO: El fénix se ha vuelto cisne
que, cuando se muere, canta.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen el CONDE y FERNANDO en hábito de noche

FERNANDO: No hay desdén que no se rinda
con servir y porfiar.

CONDE: Cansado estoy de ayudar
desaliños de Lucinda.

FERNANDO: Si Belisa ha conocido
con el ingenio mayor
del mundo que ha sido amor
el de Lucinda fingido,
no es prudencia darle celos
con ella; mejor sería
conquistar su valentía
con proseguir tus desvelos.

Lucinda, toma venganza
de don Juan con sus mentiras;
si la ayudas, ¿qué te admiras
de vivir sin esperanza?

CONDE: Tienes razón. Ya no quiero
celos. Servirla es mejor
con amor y más amor,
con dinero y más dinero.

Dar celos suele importar,
esto después de quererme
para despertar quien duerme,
pero no para obligar.

No hay armas para vencer
una mujer desdeñosa
como otra mujer, ni hay cosa
que tenga tanto poder
como aquella información
de una amiga con su amiga;
esto las rinde y obliga.

Como de un género son.
Sabén, para herir, tentar
la flaqueza de la espada.

¿No has visto a Eva pintada
y que la viene a engañar
con el rostro de mujer
que la culebra tomó?

Pues este ejemplar les dio
para engañar y vencer
a mujeres con mujeres.

FERNANDO: Celia con Belisa vive;
estos días apercibe
si obligar a Celia quieres,
aquel gran conquistador
de voluntades, que llaman
oro, y verás si te aman.

CONDE: Ya sabe Celia mi amor,
y me ha prometido hacer
cuanto pudiera por mí.

FERNANDO: Dos hombres vienen aquí.

CONDE: Galanes deben de ser
de Lucinda, que le rondan

la puerta. Tarde han llegado,
pues dos veces he llamado
y no hay orden que respondan.

*Salen BELISA y FINEA de hombre, con sombreros de plumas y
ferreruelos con oro, y dos pistolas*

FINEA: Pienso que has perdido el seso,
y no debo de engañarme.

BELISA: Todo lo que no es matarme
no lo tengas por exceso;
y así con tanta violencia
amor mi cuerpo desalma
que no hay potencia en el alma
que viva su misma esencia.

FINEA: ¿Tú a la puerta de Lucinda
con estos necios disfraces?
Considera lo que haces
por más que el amor te rinda,
que si nos hallan así,
nos habemos de perder.

BELISA: En viendo que soy mujer,
¿qué podrán pensar de mí?
Porque si agora me dan
mil muertes o mil enojos,
tengo de ver con los ojos
lo que me niega don Juan;
y es justo que ver intenten

lo que temen y desean,
porque, como ello lo vean,
no dirá el alma que mienten.

FINEA: Cuantas has hecho hasta aquí
bien pueden ser bazarías;
éstas no, porque porfias
contra tu honor.

BELISA: ¡Ay de mí!

[FERNANDO habla aparte al CONDE]

FERNANDO: Paréceme que has tomado,
señor, el medio mejor.

CONDE: Celia, dinero y amor
remediarán mi cuidado.

FERNANDO: Da lugar a estos galanes,
que no llegan a la puerta
por nosotros.

CONDE: Verla abierta
merecen los ademanes
con que miran de Lucinda
las rejas.

FERNANDO: Vidas perdonan,
valientes son, que pregonan
lo que se precia de linda.

Vanse los dos

FINEA: Si con ella está don Juan,
y te escribió aquel papel
de que se casa con él,
o por ventura lo están,
¿habemos de estar aquí
hasta que nos halle el alba?

BELISA: Ese papel fue la salva
del veneno que bebí;
que no hay veneno más fuerte
que las letras de un papel,
pues tantas veces en él
bebe la vida la muerte.
Díceme que se desposa
mañana, y que no hay lugar
para poderla acabar
una gala, por costosa,
de soberbia guarnición,
que yo le preste un vestido;
bachillería que ha sido
mi locura y perdición.
¿Hay tal modo de pudrir?
¡Que con mis galas se quiera

casar!

FINEA: Gente viene, espera.

BELISA: ¿Qué, sino sólo morir?

Salen don JUAN y TELLO [sin ver a BELISA y FINEA]

TELLO: Yerras, por Dios, en intentar hablalla.

JUAN: Pues, Tello, ¿qué he de hacer cuando imagino
que h[e] hecho algún celoso desatino,
aunque Belisa calla,
por donde la he perdido, y me ha tratado
con rigor tan crüel, que me ha cerrado
las puertas y ventanas de tal suerte
que piensa retirada, y hecha fuerte,
que puede entrar mi amor a ver su olvido,
en átomo del aire convertido?

TELLO: Como la sirve el conde, ser podría
que se enojase, y nunca el que es prudente
hizo pesar al hombre poderoso
por no dar en sus manos algún día;
que el desigual lo que es posible intente
tengo por aforismo provechoso.

JUAN: ¡Oh, qué necio Catón! ¡Oh, qué grosero
Séneca! Yo no quiero
quitar su gusto al conde

sin hablar a Lucinda.

TELLO: Si responde
como mujer celosa y agraviada,
vendrá a parar en "fuése y no hubo nada."

[BELISA habla aparte a FINEA]

BELISA: Finez, ¿no conoces
estos galanes?

FINEA: Quedo, no des voces.

BLEISA: ¡No me engañaba yo! ¡Pierdo el sentido!

[Don JUAN] llama en casa de LUCINDA

FINEA: Parece que no llama de marido,
que si marido fuera,
la puerta con la aldaba deshiciera.

BELISA: No habrá tomado posesión; agora
llamará de galán.

FINEA: Mira, señora,
que no es bien que te vea.

BELISA: Yo callaré, mas no podré, Finea.

*Salen OCTAVIO y JULIO con otros dos hombres.
[Hablan aparte]*

OCTAVIO: Julio, hasta agora me duró la herida;
curéla en fin, mas no curé el agravio.

JULIO: Esperando ocasión se venga el sabio.

OCTAVIO: éste es don Juan. Llamando está a la puerta
de Lucinda. ¡Pues no ha de verla abierta!
Yo no vengo a reñir, a matar vengo.

[Don JUAN y TELLO hablan aparte]

TELLO: El conde es éste. Gran sospecha tengo
que te viene a matar con sus criados.

JUAN: Tello, no hay más--morir como soldados.

TELLO: Cuatro son, dos me caben. No hayas miedo
que me divida de tu lado un dedo.

JUAN: Pues, Tello, aquí veré si eres valiente.

[BELISA y FINEA hablan aparte]

BELISA: A matar a don Juan viene esta gente.
A su lado me pongo.

FINEA: Y yo te sigo.

BELISA: Finea, defender al enemigo

fue siempre gran fineza y bizarría.

OCTAVIO: ¡Ah, caballeros! Es puerta es mía.

JUAN: Pues pase, si pudiere.

[Desenvainan las espadas don JUAN y TELLO. BELISA y FINEA apuntan sus armas de fuego a OCTAVIO y compañeros]

JULIO: ¡Octavio, tente!

Cuatro y los dos con escopetas.

OCTAVIO: Creo

que burlan mis desdichas mi deseo.

JULIO: Vuélvete y no acometas.

OCTAVIO: ¿En Madrid escopetas?

¡Caso, por Dios, terrible!

JULIO: A quien quiere matar todo es posible.

Vanse JULIO y OCTAVIO [y los dos compañeros]

TELLO: Todos se han ido con temor del plomo.

JUAN: La vida debo a aquestos caballeros.

TELLO: Huyeron los villanos escuderos;
de que el conde no fue, sospechas tomo.

JUAN: Señores, si es posible conoceros,
sepa a quién debo defender mi vida
de tantos enemigos perseguida.

Vanse las dos [mujeres]

TELLO: Volvieron las espaldas sin hablarte,
ni quitar los embozos.

JUAN: ¿Por qué parte
llegaron estos hombres? ¿Si han bajado
del cielo en mi favor?

TELLO: Mas del tejado,
porque si ángeles fueran,
sin escopetas pienso que vinieran,
que no las hay allá.

JUAN: Necia porfia,
truenos y rayos son artillería.

TELLO: Verdad, por Dios, y que mostrarse quiso
el ángel, que guardaba el paraíso
con espada de fuego.

JUAN: ¡Qué necio estuvo y ciego!
¡Tal me tiene Belisa!

TELLO: Fueron con tanta prisa
que con razón te han dado
ocasión al milagro imaginado,
que, si en forma de espíritus bajaran,
las alas de penachos coronaran,
pero no los sombreros.

JUAN: Ángeles son tan nobles caballeros.

Esta puerta me avisa

del peligro que tengo.

Mejor es ir a ver las de Belisa.

Así la noche paso y entretengo.

TELLO: Bien fuera, si te abriera.

JUAN: Ella me las abriera si me oyera.

TELLO: Una tapia muy baja el jardín tiene

que no es para subir dificultosa.

JUAN: ¿Podré yo entrar por ella?

TELLO: Ser podría.

JUAN: Pues vamos antes que lo estorbe el día

que se traslada de zafir en rosa.

TELLO: Mejor fuera salir de tanto empeño

con trasladarle de la cena al sueño.

Vanse. Salen BELISA, CELIA y FINEA

BELISA: ¿Guardaste las escopetas?

CELIA: Ya, Belisa, están guardadas.

BELISA: ¡Sin alma vengo!

CELIA: No es mucho,

pues también fuiste sin alma

y me has tenido sin ella

porque de locura tanta,

¿qué pudiera prometerme
que no fuera tu desgracia?
¿Estaba don Juan, por dicha,
a la puerta de esa dama?
Aunque dentro es lo más cierto
pues que mañana se casan.

BELISA: Apenas, Celia, a la puerta
de la dicha dama estaba
--que dicha le viene bien
pues que ninguna le falta--
cuando a su casa venía,
cercado de gente y armas,
cierto agraviado enemigo.
Si yo no llego, le matan;
temieron las escopetas
y, volviendo las espaldas,
desistieron de la empresa.

CELIA: Heroica y dichosa hazaña,
que fue, mirándolo bien,
una locura bizarra.

BELISA: Reñísteme con lisonja
de lo que fui temeraria.

CELIA: Acuéstate, que se ríe
de tus cosas la mañana
cuyos celajes azules
embisten rayos de plata.

BELISA: No es tan tarde como piensa
tu sueño.

CELIA: Estoy desvelada.

BELISA: Harto más lo vengo yo
de tanta celosa rabia.
Responder quiero a Lucinda
la que mañana se casa,
la discreta, la dichosa,
la linda, la bien tocada,
que me ha pedido un vestido
mientras sus galas le acaban,
para que de su vitorias
sean despojos mis galas;
que tal linaje de burla
sólo pienso que se usara
conmigo, de quien Amor,
con razón toma venganza.

CELIA: ¿Pues no hay mañana lugar?

BELISA: ¿No has visto que cuando tratan
dos hacer un desafío,
el agraviado no aguarda
que salga primero el otro?
Déjame tomar la espada
y matar esta mujer...

CELIA: Finea, avisa que tañan.

BELISA: ¡Conmigo doña Lucrecia,

por necia, que no por casta!

FINEA: ¿Escribir quieres agora?

BELISA: Pon, Finea, en esa cuadra

una bujía y papel,

tinta y pluma.

FINEA: Pienso que anda

por esos aires tu seso.

BELISA: ¡Corre esta cortina! ¡Acaba!

*Corriendo una cortina se desubre un aposento bien
entapizado, un bufetillo de plata, y otro con escritorios, una
bujía y el CONDE a un lado*

BELISA: ¡Jesús! ¿Qué hay aquí?

FINEA: ¡Ay, señora,

un hombre!

CONDE: Quedo, no hagas,

Belisa, extremos. Yo soy.

BELISA: ¿Vueseñoría en mi casa

a tales horas? ¡Ay, Celia!

¡Buen cuidado, gentil guarda!

¿Tú pones en mi aposento

al conde y junto a mi cama?

¿Dónde se vio tal traición?

CELIA: Si yo salgo a ver quién llama,

y en abriendo se entra dentro,

y, poderoso, amenaza
mi vida, ¿qué puedo hacer?

BELISA: Decírmelo cuando entrara
y volviérame a salir
donde esta noche pasara
en casa de alguna amiga.

CONDE: No estéis, señora, turbada
que, si Amor me puso aquí,
en viendo vuestra desgracia,
él me mostrará también
la puerta por donde salga.
De noche entré, sin pensar
que tanto el sol se tardara
de amanecer a mis ojos.
Detuviéronme mis ansias,
hablando con Celia, en vos
y, como las horas pasan
tan apriesa por el gusto
sin que las sienta quien ama,
cuando ya me quise ir,
llamastes vos, y esperaba
a salir sin que me viesen.

BELISA: A tan corteses palabras
rindo todos mis enojos.

*Salen don JUAN y TELLO [y hablan
aparte]*

JUAN: Entra quedito, que hablan
en la cuadra de Belisa.
TELLO: Por Dios, que no era muy baja
la tapia del dicho huerto.
JUAN: Dificil era la tapia,
si Amor no me diera el pie
o me subiera en sus alas.
TELLO: Como no me ayudó a mí,
por Dios que traigo quebrada
la ausencia de la barriga.
JUAN: Hombre habla. ¡Cosa extraña!
TELLO: ¿Hombre aquí? ¿Y a tales horas?
JUAN: Tello, ¿quién lo imaginara?
TELLO: Ah, señor, ¿cuántas de aquéstras
que nos hacen gazapas
con los ojitos de miz,
tienen el zape en el alma?
Las más ricas del honor
quiebran tal vez y se pasan
como mal papel, que deja
en cada letra una mancha.
JUAN: Loco estoy. Escucha atento,
pues este cancel nos tapa.
TELLO: Nadie se fie en cancel
si hablare mal en la sala.

AI CONDE

BELISA: Yo creo a vueseñoría,

mas pues Lucinda le agrada,

¿para qué me busca a mí?

CONDE: Para escucharos, ingrata.

BELISA: ¿Después de tantos paseos,

Prado y Fuente Castellana,

viene a darme este disgusto?

Mas debe de ser la causa

que le ha dejado por otro

su condición, o se engaña.

[Hablan don JUAN y TELLO aparte]

TELLO: ¡Por la tribuna de Dios,
 que es el conde, y que se abrasa
 Belisa de celos!

JUAN: ¡Cielos!
 No me dejaba sin causa
 Belisa. El conde la goza.
 Hoy hizo fin mi esperanza.

TELLO: Vámonos de aquí, señor,
 que si esto adelante pasa,
 te han de sentir y vendréis
 los dos a sacarla espada.

JUAN: ¿Hay más que matarle?

TELLO: ¿Cómo?
 ¿Matar? ¡Eso que no es nada!
 Y después a caballito
 huyendo por las Italias,
 o por dicha, tú en teatro
 lutífero, yo en la hamaca
 que llaman *finibus terrae*
 cantando, con media cara
 al sol, el remifasol
 con dos pasos de garganta.

CONDE: Belisa, yo no he querido

a Lucinda, porque fue
su enredo contra mi fe,
sus celos contra mi olvido;
y porque veáis que he sido
tan galán como señor,
desde aquí dejo el amor,
sin admitirle jamás,
que no es bien que pueda más
mi gusto que mi valor.

Y, aunque sea a mi despecho,
si vos pretendéis casaros
como decís, estorbaros,
siendo quien soy, no es bien hecho.

Hoy haré salir del pecho
mi esperanza, sin que espere
más que el bien que vuestro fuere;
porque no quiere, ni es justo,
el que quiere más su gusto
que el honor de lo que quiere.

Hoy viene al suelo la torre
de mi necio y loco amor;
que contra vuestro rigor
el ser quien soy me socorre.
Que también Amor se corre

de ser mal agradecido
viendo, señora, que he sido,
sobre necio y porfiado,
para galán desdichado
y grande para marido.

Palabra os doy de ayudaros
con el que lo fuere vuestro,
con que presumo que os muestro
tanto amor como en dejaros;
con esto pienso obligaros
sin volveros a cansar,
que un hombre que con amar
nunca pudo merecer,
cuanto cansa con querer,
obliga con olvidar.

Vase

BELISA: Alumbra a su señoría,
Finea.

CELIA: ¡Valor notable!

CONDE: ¿Quién está aquí? Alumbra.

A FINEA

tenga hombres a horas tales,
escondidos en canceles.
Y así para no empeñarme
en más de lo que es razón,
porque no es justo que os mate
por delito de marido;
y guardaos de que os halle
por casar, que ¡vive Dios,
que todo el mundo no baste
a defenderos la vida!

JUAN: Pues, señor, sin escucharme...

CONDE: Es presto para paciencias
y para disculpas tarde.

Vase y CELIA con él

JUAN: ¿Es ésta, ingrata Belisa,
la causa para matarme?
Justamente enmudecías
cuando yo llegaba a hablarte.
Justamente me cerrabas
las puertas; pero sin llaves
supo entrar Amor a ver
los agravios que me haces.
Paredes abren los celos

cuando ven que no le abren;
que, como los llaman linceos,
no hay cosa que no traspasen.

Jurisdicción son de Amor
todos los verdes lugares.

Al jardín debo el que tuve;
tanto un desengaño vale.

A las cuatro de la noche,
si es bien que noche se llame,
cuando ya llama el aurora
a las puertas orientales.

¿Un señor en quien concurren
tan notables calidades
en tu aposento? ¿A estas horas
de tu casa el conde sale?

Si en tu calle no haya vecino
que ahora esté por levantarse
y echas en la calle un hombre,
¿cómo quiere tú que calle?

En la calle no hay secreto;
que en llegando a despejarse
tanto el honor, no presumas
que guarden secreto a nadie.

Si amabas a don Enrique,
di, ¿para qué me engañaste?

Que nunca fue valentía

ser las mujeres mudables.

Dejárame con Lucinda.

¡Mal por mal! Nunca tan tarde

hombre en su casa hallé

de quien pudiese quejarme.

Desde tu casa me voy

a Aragón para olvidarte.

¡Dios me libre de Castilla!

Para conocerla baste

que el ejemplo de tu amor

me castigue y desengañe.

Si volviere a verla, ¡cielos!,

traidora espada me mate,

o el más amigo me venda,

y el más olbigado pague

con malas mis buenas obras,

y a mi enemigo se pase.

Perdone el hábito el rey

que ya, con tantos pesares,

me han dado Santiago celos,

y es mejor morir en Flandes.

BELISA: ¿Acaba vuesa merced

su plática lamentable?

¿Tiene esa larga oración

epílogo que la ensarte?

¿Ha de haber "no has visto" y esto

con que acaban los romances
para vulgar chacota
que llaman versos finales:
"cuánto apacible severo,
cuánto tierno inexorable,
cuánto rendido tirano,
y cuánto humilde arrogante?"
Prosiga vuesa merced.

JUAN: ¿Burlas en veras tan grandes?
 ¿Cuando agravios, niñerías
 y cuando rabias, donaires?

BELISA: Gentilhombre aragonés,
 el de la ley del encaje,
 Juan por la gracia de Dios,
 Cardona por lo picante;
 si habemos de hablar de veras,
 si se han de tratar verdades,
 si descubrirse los pechos,
 si las almas declararse,
 diga, rey, si vino aquí
 su ninfa, que Dios le guarde,
 aquella a quien sólo faltan
 las alas para ser ángel;
 aquella que escribe en culto
 por aquel griego lenguaje
 que no le supo Castilla

ni se le enseñó su madre;
aquélla, en fin, cuyos ojos
llaman a tantos galanes,
que es el búho de la corte
--quiera Dios que se los saquen--
y me dijo que le rompe
las puertas con ansias tales,
y con ruegos tan humildes
que de lástima le abre;
que se desmaya en su estrado
--no es mucho que se desmaye
pues llora con bigotera
y hace pucheros infantiles--.
¿Cómo quiere el buen Cardona
y con la boda que añade
en este papel su ninfa,
que sufra yo que se case,
porque mañana ha de ser,
y me pide la ignorante
vestidos para la boda
mientras los suyos se acaben?
Váyase vuesa merced,
que ya es de día, a acostarse
porque para desposado
sin ojeras se levante,
y para hacerse la barba,

que es capítulo inviolable
para ser más mozo el novio,
y la señora enrizarse.
Y sepa que he sido ejemplo
entre mujeres leales,
porque la que sale firme
es roca al mar, palma al aire.
No truje al conde a mi casa,
que, ausente yo, pudo entrarse
en ella; si culpa tuvo
Celia, entre los dos la saben.
La prueba de estar ausente
es haber ido a buscarle
y deberme ya dos vidas,
que porque no le matasen,
la mía puse a peligro
con cuatro espadas delante,
con las armas que temieron
los que quisieron matarle.
¿Es esto, como presume,
echar en la calle amantes?
¿Es esto mudar de fe?
¿Es esto ser inconstante?
¿Es esto tener yo culpa
de ausentarse y de casarse?
¿Por mí se vuelve a Aragón,

y desde Aragón a Flandes?

La joya le di a Lucinda

de aquel fénix de diamantes;

que para mí mueren fénix,

y para Lucinda nacen.

¿No respondes?

JUAN: ¡Apenas puedo!

A FINEA

TELLO: ¿Y tú, no tienes que darme
alguna disculpa?

FINEA: Tello,
pellejo de zorra traes.
Con la barbada mesura
con el cansado desaire,
que, habiendo sido de Fabia
pretensor fregonizante,
¿me pides que dé disculpa?

TELLO: ¿De Fabia yo?

FINEA: ¿Pues negarme
quieres la verdad?

TELLO: ¿Yo?

FINEA: Sí.

TELLO: Plega a Dios que me desgarre

un oso las pantorillas,
o que mi dinero en parte
le ponga que esté dudoso,
pues hay cofres que le guarden;
o que, sacando un vestido,
me pida después el sastre
más seda y más guarnición;
o que, por diciembre pase
en un rocín sin espuelas
por la calle de Getafe,
y que de lerdo y mohino
en cada mesón me pare;
o que tenga un pleito en quien
paciencia y dineros gaste;
que es maldición en que todas
cuantas tiene el mundo caben.

JUAN: Oh, Belisa, ¿qué habra que no se intente
con celos? Yo estoy ya desengañado,
si tú lo estás. Su necia envidia aumente
Amor, que tantas penas te ha costado.
La vida, que le debo justamente,
mientras viviere me tendrá obligado.
Tú, mira cómo quieres y en qué parte
pueda, satisfaciéndote, vengarte;
que como agora sale el claro día
por la boca del sol y va rompiendo
la oscura sombra de la noche fría
abriendo flores y cristal luciendo,
a tus ojos saldrá la verdad mía
la noche de Lucinda descubriendo;
y entonces los regalos, los amores,
unos serán cristales y otros flores.
¿Puedo hacer más? ¿Qué pueda tu deseo
hacer de mí?

BELISA: Yo quedo satisfecha,
y que es enredo de Lucinda creo;

mas todo sin vengarme, ¿qué aprovecha?
Que en el estado que mis cosas veo
y para deshacer toda sospecha,
tú has de ser dueño en fe de mi esperanza,
de la satisfacción, y la venganza.

Yo te diré el engaño que he pensado
para salir de todo con vitoria.

JUAN: A obedecerte estoy determinado
en celos, en amor, en pena, en gloria.
BELISA: Pues vete y vuelve, y ten de mí cuidado.
JUAN: ¿Cómo podrá faltar de mi memoria?
BELISA: ¡Adiós, don Juan!
JUAN: Muriendo me desvíó.
TELLO: ¡Adiós, zampona!
FINEA: ¡Adiós, tabaco mío!

Vanse. Salen el CONDE, LUCINDA y FABIA

LUCINDA: ¡Notable resolución!

CONDE: Si me sucedieran bien.

Mas fue mayor se desdén
que su atrevida afición.

LUCINDA: El oro en toda ocasión
es el primer movimiento.

CONDE: Celia, en su mismo aposento

me dio bastante lugar,
pero no supe igualar
mi dicha a mi atrevimiento.

Pero, ¿quién pudiera creer
que fuera de casa estaba
Belisa, cuando llegaba
la noche a dejar de ser?

No tuvo qué defender

de mis locos desatinos;
que nací, cuando mis sinos
fueron encontrados bandos,
donde enloquecen Orlandos,
donde no fuerzan Tarquinos.

Cual suele un desafiado
que a su contrario esperó
que hasta que venir le vio,
blasonaba confiado
y, en viéndole, de turbado
mudarse descolorido;
pues así mi amor ha sido
hasta que a Belisa vi;
que en viéndola me rendí
antes de haberme rendido.

Salí muy necio, en efeto,
y es porque entré confiado
aunque un hombre despreciado,
¿cómo puede ser discreto?

Hallé, escuchando en secreto
al salir, vuestro don Juan.

Disculpa los dos me dan
si de este nombre se llama
tener en casa la dama
a media noche el galán.

Enojéme con razón;

mas llegando a conocer
que se pudiera ofender
su crédito y opinión,
no puse en ejecución
con entrambos mi pesar;
que ni a él le dejé hablar
ni a ella después mentir
porque no queda qué oír
en no habiendo qué esperar.

LUCINDA: Yo me canso injustamente.

él la adora, ¿qué porfio?

CONDE: ¡Ay, del pensamiento mío

que mayor agravio siente!

FABIA: Si no parece que miente

sombra de imagen incierta,

tu don Juan está a la puerta.

LUCINDA: ¿Qué don Juan?

FABIA: El de Cardona.

LUCINDA: ¿él mismo?

FABIA: El mismo en persona.

LUCINDA: Esté mil veces abierta.

Salen don JUAN y TELLO

JUAN: Huélgome de hallar aquí,

señor, a vueseñoría,
no para disculpa mía
si es que anoche le ofendí,
sino porque de Belisa
traigo a los dos un recado.

LUCINDA: Buen mensajero ha buscado.

CONDE: ¿Qué me manda?

LUCINDA: ¿Qué me avisa?

JUAN: Díjome que en un papel
que Lucinda le escribió
que por eso me llamó
para darme parte de él,
la escribe, que hoy se desposa,
que a tanta ventura tengo,
que yo propio a daros vengo
las gracias, Lucinda hermosa,
y que en razón del vestido
que le honréis tiene a favor
sus galas, con el mejor
y que nunca le ha servido.
Y os envía a suplicar
que, de su mano tocada,
salgáis a ser envidiada
y a no tener qué envidiar;
y que si también queréis
--tanto desea obligaros--

en su casa desposaros,
de ser madrina la honréis.

LUCINDA: Para deciros verdad,
picarla fue mi deseo,
pero ya después que veo
la vuestra y su voluntad,
hallo que lo que ha de ser,
por de burlas que se intente,
viene a ser por accidente.

CONDE: Y yo acabo de entender
que Belisa no tenía
a don Juan amor perfeto,
porque todo ha sido efeto
de sus misma bizarría;
que su extraña condición
la obligaba a darle celos
a Lucinda.

JUAN: De los cielos
era justa obligación
favorecer mi verdad.

LUCINDA: Por obligaros ha sido
fingir mi amor tanto olvido
y desdén tanta lealtad.
¡Oh, cuánto en amor alcanza
la porfia y la razón,
pues convierte en posesión

la más perdida esperanza!

Iré en casa de Belisa
pues, de hacerme tal favor
con tan buen embajador,
por más crédito, me avisa.

Y suplico al señor conde
que se halle a honrarme también.

CONDE: Con daros el parabién
mi obligación corresponde.

Juntos nos podemos ir.

LUCINDA: Dadme la mano, don Juan.

TELLO: Novio y padrino se van.

¿Tienes algo que decir?

FABIA: Que envidio los desposados,
Tello, por quererte bien.

TELLO: Dame la mano también.

Dios nos haga bien casados.

[Vanse.] Salen BELISA, muy bizarra, y CELIA

CELIA: No te espante que pregunte
para qué es tan nueva gala
y vestirse a tales horas.

BELISA: Celia, mis locuras andan
por acabar de una vez

con esta necia esperanza.
Nací con inclinación
a todo amor tan contraria
que no pensé que en mi vida
a querer la sujetara
discreción y gentileza;
pero no hay soberbia humana
sin contradicción divina.
Fundé mi loca arrogancia
en que no hubiese mujer
que no rindiese las armas
a mi libre entendimiento;
y estoy tan desengañada
que no sólo Amor castiga
con tantas celosas ansias
mi libertad, pero ha hecho
que su burle la ignorancia
de mi altiva presunción
de suerte que no me agravia
tanto en quitarme a don Juan
como en que piense muy vana
que rinde mi entendimiento;
y si agora no me falta,
de los dos agravios pienso
hacer a un tiempo venganza.

CELIA: No sé si aciertas.

BELISA: Yo sí.

CELIA: Ya te dije la mañana
que fuimos las dos al Soto
que el Amor te castigaba
tanto desdén y desprecio.

BELISA: Coche a nuestra puerta para.
Si la desposada viene,
ninguna ventura iguala
a sacar burla de burla
y venganza de venganza.

Sale FINEA

FINEA: Una galera de tierra,
con clavos de oro por jarcias,
cortinas por altas velas
de tela riza de nácar,
y por remos que le mueven
cuatro cisnes de Alemania,
con la señora Lucinda
en tu portal desembarca.

BELISA: ¿Viene muy hermosa?

FINEA: Viene
contenta.

BELISA: Bien dices. Basta.

No hay mujer alegre fea
ni triste hermosa.

FINEA: Ya amainan.

*Salen LUCINDA, FABIA, el CONDE, don JUAN, TELLO, y
criados acompañando*

BELISA: Vuesa merced, mi señora,
honre aquesta humilde casa
mil veces en hora buena.

LUCINDA: Vuesa merced otras tantas
favorezca mi humildad.

BELISA: Tan bien vestida y tocada
ya no querrá que la sirve
con cuidado ni con galas.

LUCINDA: No ha sido por no tener
del favor desconfianza
mas por excusaros pena.

CONDE: Todo cumplimiento cansa.
Resta, señora Belisa,
pues aquí nos acompañan
tantos criados, que sean
testigos de que se casan
Lucinda y don Juan.

BELISA: ¿Quién? ¿Cómo?

CONDE: Lucinda y don Juan.

BELISA: ¡Extraña
novedad! ¿Quién os lo dijo?

LUCINDA: ¿Cómo quién? Agora acaba
de decírnoslo don Juan.

BELISA: Don Juan, o el sentido os falta,
o no me entendistes bien;
que yo a decir enviaba
que viniese a ser madrina
quien viene a ser desposada.

LUCINDA: ¿Madrina? ¿De quién?

BELISA: De mí.

Y que al conde suplicaba
me honrase y favoreciese
como me dio la palabra.
¿Dijeos esto?

JUAN: Así es verdad,
mas mi turbación fue tanta
que erré el recado, mas tengo
disculpa si me la pasan
por la necedad primera.

LUCINDA: Ha sido necia venganza,
pero yo la tomaré
de los dos. Sólo me espanta
que esto sufra el conde.

CONDE: Yo
tengo, Lucinda, empeñada

la palabra. Deteneos,
y pues que también me agravian,
consolaos conmigo y dalde
por mí, pues ya los aguarda,
el parabién con los brazos.

LUCINDA: Más vale volver burlada
que corrida. Yo los doy.

BELISA: Yo a vos también con el alma.
Quedemos las dos amigas;
y el señor don Juan, que calle,
me dará la mano a mí
pues que con tan buena gracia
erró el recado.

JUAN: Yo hice
lo que mi dueño me manda.

TELLO: Y yo me agarro a Finea.
Perdone, señora Fabia,
que he menester esta alcorza.

A FINEA

Con esta mano te llama
mi amor, ¿qué aguardas?

FINEA: ¡Ay, Tello!
¿ésa es mano o es patata?

BELISA: Senado ilustre, el poeta,
que ya las musas dejaba,
con deseo de serviros
volvió esta vez a llamarlas,
para que no le olvidéis,
y aquí la comedia acaba.

FIN DE LA COMEDIA

Lope de Vega
Las cortes de la muerte

Loa para el auto de Las cortes de la muerte

Sale el que hace la figura del TIEMPO, con el mismo vestido que ha de salir al auto, y representa:

Por las cumbres de los montes,
derramando blanco aljófara,
viene el alba dando nuevas
que sale el sol de las ondas.
Ya se descubren los campos:
montes son los que antes sombras;
donde ellas no aparecían
ya se ven cavernas hondas.
Ya cantan los pajarillos
saliendo de entre las hojas;
las aguas que susurraban,
al parecer ya son sordas.
Cuál y cuál estrella queda,
vanse escondiendo las otras,
y sin luz, aunque están cerca
los rayos de quien la toman.
A los montes del Poniente
las puntas más altas dora
quien por los montes frondosos
poco a poco alegre asoma.
Ya de los húmidos troncos
se distinguen las personas;
que pastores, mal despiertos,
saliendo van de las chozas.
Vanse a las hierbas las vacas
ya sus cuevas las leonas;
ahora descansan éstas,
aquéllas pasan agora.
Dejan los húmidos peces
sus cavernas peñascosas;
cortan el agua, buscando
sustento, abiertas las bocas.
Dejan los hombres sus lechos;
cuál trabaja, cuál negocia,
cuál con cuidadosas ansias
y cuál con ansias devotas.

Va midiendo el sol los cielos
con carrera presurosa,
mientras más sube, más quema,
sombras crecen y se acortan.
Vase acabando la tarde;
vanse acabando las horas;
el día acaba, que el Tiempo
acaba todas las cosas.

.....

El gran tesoro de Creso,
de Alejandro las victorias,
la gran armada de Jerjes,
larga en gente, en dicha corta;
las invenciones de Ulises,
de Nerón las fuerzas locas,
las liviandades de Numa,
de Julio César la pompa,
los Tolomeos de Egipto,
Filipo de Macedonia.
los romanos Escipiones,
las invictas Amazonas,
el sepulcro de Artemisa.
los huertos de Babilonia,
las imágenes de Frigia,
el rico templo de Jonia,
las pirámides de Egipto,
el gran coloso de Rodas,
el obelisco de Armenia,
el Faro, torre copiosa;
la grandeza de Cartago,
los alcázares de Troya,
las murallas de Sagunto,
el anfiteatro de Roma,
los triunfos y ovaciones,
los carros, lauros y honras,
ya se acabaron; que el Tiempo
acaba todas las cosas.

Allega la Poesía
en aquesta edad agora
a tal punto, que ni un punto
puede crecer de las otras.
Todos gustan de conceptos:
ya no hay vulgo, nadie ignora,
todos quieren en la farsa
buenos versos, trazas propias.
De los muchos que allí vienen,
unos celebran las coplas,
otros alaban la traza,
otros gustan de la loa.
Cuál la música engrandece,
cuál dice bien de las ropas,
cuál de las burlas se ríe,
cuál de un tierno paso llora.
En este senado ilustre
oídnos, si os place una hora,
y si es mucho, ved que el Tiempo

acaba todas las cosas.

Las cortes de la muerte
Auto sacramental

PERSONAS

LA MUERTE, vestida de esqueleto, con guadaña en la mano.
EL PECADO, vestido de reina, coronada, mascarilla negra, que encubra media cara.
LA LOCURA, vestida de botarga, moharracho.
EL TIEMPO, vestido de caballero, de punta en blanco, y espada y sombrero con pluma.
EL HOMBRE, vestido de emperador, con manto, corona y cetro.
EL NIÑO Dios, vestido de pastorcico.
EL ÁNGEL DE LA GUARDA, con grandes y pintadas alas.
EL DIABLO, vestido de fuego, cuernos en la cabeza y gran rabo.
LA ENVIDIA, vestida de villano rústico.
EL DIOS QUE LLAMAN CUPIDO, vestido de punto color de carne, sin venda en los ojos, con su arco, carcaj y saetas.

Salen con sus trajes referidos el TIEMPO, el PECADO, el dios CUPIDO y la MUERTE.

PECADO. Por aquí pienso que van.
MUERTE. Cuanto en el mundo camina,
Pecado, a mí ya se inclina.
TIEMPO. Y cuantos viviendo están
pasan por mí, y yo por todo.
MUERTE. Tiempo, que corriendo vas,
detente, mas no podrás
hallar de pararte el modo.
PECADO. ¿Pues sosiega la inquietud?
TIEMPO. ¿Adónde el Hombre quedó?
MUERTE. En la locura paró
del mundo su juventud.
TIEMPO. Muerte, que estás dividida
en lo temporal y eterna.
y desde la infancia tierna
vas acechando la vida;
mientras que llega a pasar
el Hombre por este valle
de lágrimas, y ahora hablalle
nos da la ocasión lugar,
referiros será bien
los pasos en que me fundo,
y doy como Tiempo al mundo
y sus historias también.
PECADO. Aquí tienes dos testigos
de lo que por él pasó

desde que Dios le crió.

MUERTE. Y tu, mayores amigos.

PECADO. Yo primero que la Muerte
vi el mundo en el Paraíso,
cuando ser como Dios quiso
el Hombre.

MUERTE. Pecado, advierte
que yo por la Envidia entré
en el mundo, en que no había
Muerte; que mi monarquía
después de los años fue
del justo Abel y Caín;
que las vidas no eran más
entonces, y aquellos días
tuve principio en su fin.

TIEMPO. Pues oídme a mí, que soy
desde el edificio hermoso
del mundo, y con presuroso
vuelo por los años voy.

En seis naturales días
crió el mundo el Rey del cielo,
por cuyo número algunos
dan seis mil años al tiempo.

Entre cuatro ilustres ríos,
de aquel oscuro silencio
sacó un jardín, cuyas flores,
estrellas terrestres fueron.

Crió a Adán, fabricó a Eva
del mismo, y los dos vivieron
por mano de Dios casados,
venturoso amor sin celos

De los dos primeros padres
del mundo ¡oh, Muerte! nacieron
Caín y Abel, que a las manos
de la fiera Envidia muerto,

en voz convirtió la sangre,
dando en el cielo los ecos
(¡tan antiguo es en el mundo
ser envidiados los buenos!).

Descendió de Seth, Enoch,
de Noé los tres que dieron
principio, Cham, Sem, Japhet,
al renovado universo.

Castigó Dios a los hombres
por pecados deshonestos,
con inundaciones de agua
que los montes excedieron;

que en menos agua no pudo
cesar tan infame fuego.

Nemroth, biznieto de Cham,
hizo dividir soberbio
las lenguas y las naciones.

Comenzó el asirio remo:
hizo el idólatra Nino

estatua a su padre Belo;
fue del trigo autor Osiris,

como Noé del sarmiento.
Pasaron hasta Abraham
desde el diluvio trescientos
y sesenta y siete años,
aunque del día primero
del mundo dos mil y veinte:
cuando su Artífice eterno
prometió la bendición
de las gentes, procediendo
la generación humana
de su santísimo Verbo,
de Isaac, figura de Cristo,
naciendo en la tierra en tiempo
de una soberana Virgen,
como sin tiempo en el cielo.
Engendró Jacob doce hijos,
pasó a Egipto, y de él salieron
seiscientos mil y más hombres,
prodigioso y raro aumento,
de sesenta que Jacob
llevó a Egipto, hijos y nietos.
Éstos por la seca arena
pasaron el mar Bermejo;
que las procelosas ondas
muros de cristal se hicieron:
y entre Elim y Siná
cuarenta años anduvieron,
suspirando por Egipto;
¡tal puede el trato en los necios!
Fue el maná divino enigma
del que ha de bajar del cielo;
que Pan Angélico llama
el Rey Profeta en sus versos.
Curólos siempre Moisés;
adoraron el becerro,
con otras graves ofensas,
por donde no merecieron
ver la tierra prometida:
que sólo de todos ellos
el capitán Josué
pasó el Jordán, Moisés muerto.
Sucedieron los jueces
desde Othoniel primero
a Sansón, Elí y Samuel,
y a petición de su pueblo
reinó Saúl, y David
cuarenta años tuvo el cetro;
ésos mismos Salomón,
aquél del famoso templo,
depositó del maná...
PECADO. Párate si puedes, Tiempo;
que viene el Hombre a quien hoy
robar y prender tenemos.
TIEMPO. En este tiempo está el mundo,
pero siempre voy corriendo.

Salen ahora el HOMBRE y el ÁNGEL.

HOMBRE. ¡Gran desengaño!

ÁNGEL. Notable.

HOMBRE. ¿Qué podía dar el viento
sino lo mismo?

ÁNGEL. Es verdad.

HOMBRE. ¡Oh, qué arrepentido vengo!

ÁNGEL. Pues, Hombre, si fuiste loco,
no seas necio; como un necio
es terrible de sufrir.

HOMBRE. Bien dices, del mal lo menos.

Ya la locura del mundo
me ha cansado y la aborrezco,
porque me entregó al olvido,
y no hay peligro más cierto
que el olvidarse de Dios.

ÁNGEL. No te serán mal ejemplo
las lágrimas deste valle.

HOMBRE. ¡Qué solitario, qué espeso
de cuidados y dolores!

Llegan ahora los cuatro, encarándose con el HOMBRE.

MUERTE. Téngase todo hombre.

HOMBRE. ¡Ay cielos!

ÁNGEL. Como aquél de Jericó,
en ladrones dado habemos.

HOMBRE. ¿Pues a un pobre peregrino?...

TIEMPO. Ea, desnúdese luego.

HOMBRE. Señores, ya me quitaron,
quebrando el primer precepto,
de la inocencia el vestido;
pobre y desterrado vengo.
Perdí la justicia y gracia,
pues yo, ¿qué dinero llevo,
aventurero en el mundo?

ÁNGEL. Señores, ya que salieron
a robar a un peregrino,
con piedad pueden hacerlo:
¿quién son?

PECADO. Yo soy el Pecado

ÁNGEL. Bien se le ha visto en lo negro
de la cara; negra sea
su vida y sus pensamientos.

PECADO. Así queda negra una alma
que pierde a Dios.

ÁNGEL. Yo lo creo;
que luego toma el color
el que es carbón del infierno;

¿y él quién es?

TIEMPO. El Tiempo soy.

ÁNGEL. Con eso hace tan mal tiempo.

Señor Tiempo, así mejore
de salud y de sucesos
que se vaya poco a poco;

que se quejan mil mancebos
que ayer se acostaron niños
y hoy se levantaron viejos.
TIEMPO.No tengo la culpa yo.
ÁNGEL.¿Cómo que no, pues quién?

TIEMPO.Ellos,
que la mitad de la vida
duermen, y yo nunca duermo.
También me abrevian a mí
más de lo que soy, pues veo
que todos se quitan años,
pues el más cuerdo y modesto
niega los que yo le doy.

ÁNGEL.Mirándole estoy atento
cómo trae de oro el rostro
cuando hay tan poco dinero.
Mas ya lo entiendo, que como
siempre el retablo de duelos,
aunque encima está dorado,
es madera por de dentro.

¿Y él quién es?

MUERTE.Yo soy la Muerte.

HOMBRE.Nunca se logren sus huesos:

¿por qué viene de repente?

Dirá que se lo debemos
por ahorrar de pesadumbres,
de quejas, dolor, enfermos,
de médicos y boticas.

MUERTE.No, sino por ejemplo
para los que quedan vivos;
mas son tan locos y necios,
que lo que sucede en otros
juzgan imposible en ellos.

ÁNGEL.En verdad, señora Muerte,
que andáis muy discreta en eso,
y preguntádselo a Job:
veréis que la vida es sueño,
y tela que el dueño corta,
cuando quiere, por el medio.

¿Y ese desnudo quién es?

CUPIDO.Yo soy el Amor.

PECADO.Amor es todo invención.

CUPIDO.No hay en el mundo cuidado
que mate como el Amor.

PECADO.Hasta agora no lo sé.

CUPIDO.Pues yo, reina, te diré
las señas de su rigor.
Es Amor un accidente
sobre lo más natural,
porque amar lo que es igual
se sigue naturalmente.
Es una pena agradable
y es un gustoso dolor,
un apacible rigor

y un veneno saludable.

Es una dulce pasión,

de los sentidos empleo,
donde es tirano el deseo
y es esclava la razón.
Es un campo de batalla
que no puede resistirse,
pues viendo al alma rendirse,
el entendimiento calla.
Es un excesivo exceso
hidrópico de hermosura,
y una engañada locura
que piensa que tiene seso.
Es un desvanecimiento
de la dulce fantasía,
de la esperanza porfía
y engaño del sufrimiento,
Es un perezoso modo
de no mudar voluntad,
y una loca ceguedad
que piensa que lo ve todo.
Es un ser que no es en sí,
y de otro recibe acción,
y es una imaginación
que se sustenta de sí.
Es un desmayo que fuerza,
y es una flaqueza fuerte;
es fuerte como la muerte,
y es una muerte sin fuerza.
Finalmente, Amor es Dios,
que sus absolutas leyes
saben abatir monarcas,
e igualar con las abarcas
las coronas de los reyes.
Por eso, a Amor, los primeros
pintan desnudo en la fama,
pues por regalar su dama
se quedan todos en cueros.
PECADO.¿Eso es amor?
CUPIDO.Esto es,
pintado en cifra, el Amor.

Vanse todos. Mutación del teatro en un salón, en el que aparece la MUERTE, Sentada en su trono. Van entrando Y tomando asiento, el PECADO, la LOCURA, el TIEMPO, el HOMBRE, el ÁNGEL, el DIABLO, la ENVIDIA y CUPIDO, levantándose cada uno al hablar.

ÁNGEL. ¡Oh Pecado! ¡Oh Tiempo! ¡Oh Muerte!
¿Qué nuevas Cortes son éstas?
MUERTE. Ahora veréis manifiestas
las causas y triste suerte
que al mundo y al Hombre afligen.
Ea, el programa publiquen,
que abierta está la asamblea:
comience la perorata
y hable agora la Locura.
LOCURA. Soy la Locura del mundo,
hija de Nemroth me nombro,
que quiso escalar el cielo

de su riqueza ambicioso.
Como en un cristal cifrado,
en mí podéis verlo todo;
aquí hallaréis un ruido
que vuelve los aires sordos,
porque todo mi palacio
es una casa de locos,
donde en ciego laberinto
de confusión, veréis cómo
aquéllos son locos destos
y éstos lo son de los otros.
Ninguno está en su lugar
contento, que ni tesoros,
oficios, ni dignidades
le hacen rico ni dichoso.
El casado envidia al libre,
y éste juzga dulce adorno
de la vida, la mujer,
los hijos feos o hermosos.
El soldado al labrador,
cuando da la tierra a logro
el trigo, que ha de volverle
con réditos al Agosto.
El labrador, malcontento,
envidia al que perezoso
hace de la noche día,
come en plata y bebe en oro.
Hay aquí mil pretendientes
que van siguiendo quejosos,
los Ministros, y ellos más
de papeles y negocios.
Aquí hallaréis ignorantes,
soberbios, vanagloriosos,
filósofos con el vulgo,
mudos con los hombres doctos.
Gastos en haciendas cortas,
en largas, dueños tan cortos,
que guardan para la muerte,
comen aire y viven rotos.
Mándales Dios que sustenten
al pobre, y vuélvenle el rostro;
que Avaricia y Caridad
han hecho eterno divorcio.
Veréis mozos como viejos,
veréis, como viejos, mozos,
las esperanzas de viento,
y los sucesos de plomo.
Pero no quiero cansaros:
la Locura soy, e ignoro
cómo los hombres no caen
en que son ceniza y polvo.
Les di aposento en mi casa
y de regalo y posada,
el cuarto de los engaños
Vanidad, mi mayordomo,
y Ostentación, mi criado,

les adornan sus vestidos;
la Gula, mi cocinero,
les guisa olvidos y lothos:
eché de casa el Sosiego
por viejo y escrupuloso.
La memoria de la Muerte
mandé se fuese a los yermos
de la Tebaida, y llamé
al Sueño, bufón gracioso.
La novedad, la mentira
y las nuevas estén prontos
para entretenerle siempre
al hombre que sea loco,
pues quien entre locos anda,
es fuerza que salga loco.
Todo es lisonja y engaño,
todo es locura y soberbia:
a Dios le llaman de vos,
al hombre llaman Alteza,
cortesana a la mujer
que vive con desvergüenza;
mocedades a los vicios,
a los hurtos diligencia,
a la pobreza deshonra,
y honra al fausto y la riqueza;
valiente al que es temerario,
discreción a la cautela,
alegre al que es un borracho,
morena a la mujer negra;
los oficios llaman artes,
todos los nombres se truecan,
sólo a la Muerte no mudan
porque iguala cuanto encuentra.
Loco es y será el señor
que por haberse empeñado
viste y come de prestado,
pues propio fuera mejor.
Loco el príncipe que da
y no paga lo que debe;
loco el que a mandar se atreve
cuando en otra casa está.
Loco es el que ha consumido
su caudal sin fundamento;
loco el que hace testamento
cuando no tiene sentido.
Loco el que su hacienda emplea
donde se puede perder;
loco el que tiene mujer
hermosa, y busca la fea.
Loco el que tiene dinero
sobrado, y lo pasa mal;
loco el hijo de oficial
que se mete a caballero.
Loco el que suele perder
al juego todo el caudal;
loco aquél que dice mal

de quien se le puede hacer.
Loco aquél con quien pretenden
largas esperanzas vanas,
y loco el que ha por sanas
las mujeres que se venden.
Andan ya tantos bellacos
en el mundo entretenidos,
unos de seda embutidos
y otros metidos en sacos,
que no es fácil conocer
el hombre cuál es virtud,
pues siempre está en inquietud.

.....
Han hecho ya granjería,
según ya nos lo refieren,
para alcanzar lo que quieren
los hombres, la hipocresía.
MUERTE. Ya que ha hablado la Locura,
hable si quiere ahora el Malo.
DIABLO. Todo el mundo me idolatra
y por rey y señor jura,
quemando inciensos sabeos
en aras de plata pura.
De las víctimas los fuegos
la región del aire alumbran,
y al rojo señor de Delos
los humos la cara ofuscan.
Sólo en el pueblo hebreo
algunos justos se excusan
de rendirme vasallaje
con esperanzas confusas
del Mesías prometido
que los profetas anuncian,
pero aquéstos son tan pocos,
que mi cuidado descuidan
de que en este triste tiempo
sus vaticinios se cumplan,
porque está el orbe más ciego
que se ha imaginado nunca.
Los diez divinos preceptos
escritos en piedra dura,
no tan sólo no los guarda,
mas culpas nuevas estudia.
El santo amor desfallece,
el apetito se encumbra,
la Verdad anda arrastrada,
la Mentira rema y triunfa;
la lisonja en la privanza
a la Fe crédito usurpa,
la maldad camina en coche,
la bondad sola y desnuda.
La Justicia sin balanzas,
con más vela que una grulla,
pesca con vara y anzuelo
en lagunas de agua turbia.
La Templanza anda sin freno,

la Fortaleza procura,
en vez de mármoles puros,
romper de plata columnas.
La Prudencia sin espejo
por no ver blancas las rubias
hebras, y en vez de culebra
en la mano, ave nocturna.
La tiranía gobierna,
manda y veda la Lujuria,
la Avaricia es adorada,
idolatrada la Gula,
la Soberbia es el monarca
que gobierna aquesta chusma,
hidra de siete cabezas
y con juicio ninguna.
MUERTE. Puesto que el Malo ha acabado
de hablar, hable el Pecado.
PECADO. No hay en el mundo contento
ninguno, pues todo cuanto
miro y toco, hallo un encanto,
un prodigio y un portento.
Todo es sombras y apariencias,
todo sueños y visiones,
todo antojos e ilusiones,
todo horrores y violencias.
Dicen que la variedad
de aqueste mundo abreviado,
que así es razón que se nombre,
puede divertir al hombre
más triste y desconsolado:
pues fuera de las grandezas
que en su esfera se contienen,
de gustos que van y vienen,
de tesoros y riquezas,
jardines, plantas y flores,
fuentes, animales, aves,
coches, carrozas y naves,
vicios, deleites y olores,
verás que baja esperanzas
y que otras sube a la luna,
porque al son de la fortuna
por puntos hace mudanzas.
Verás que en sus altas cumbres
hay muchas cosas molestas
y que a veces hace fiestas
de las mismas pesadumbres.
Verás cómo van siguiendo
sólo a los que pueden más,
y cómo dejan atrás
a los que vienen cayendo.
Verás engordar los ricos
con sangre de los menores,
y que los peces mayores
quieren comerse a los chicos.
Verás los necios premiados,
sin premio los entendidos,

los menguados aplaudidos
y los doctos retirados.
Verás vecinos que, apenas,
aunque su casa se abrasa,
ven lo que pasa en su casa
y murmuran las ajenas.
Verás a los usureros
dar mohatras a porfía
y confesar cada día
sin dejar de ser mohatrerros.
Verás casadas muy bellas,
pero siempre entre compadres,
y doncellas que son madres
y se casan por doncellas.
Verás mentiras, patrañas,
ignorancias, falsedades,
traiciones, enemistades,
rencillas, odios, cizañas,
cuentos, chismes, disensiones,
cautelos, provechos, daños,
logros, mohatras, engaños,
juramentos, maldiciones;
bandos, encuentros, pependencias,
injusticias, desafueros,
penas, azares, agüeros,
y en fin, tantas diferencias
en el uno y otro estado,
según lo que persuaden,
que por lo vario te agraden
ya que no por lo ajustado.
MUERTE. Ahora hable el Ángel.
ÁNGEL. Las cuatro postrimerías
son aquellas que llamamos
Muerte, Juicio, Infierno y Gloria
(ten, cristiano, en tu memoria),
desde que al mundo llegamos.
En todas nuestras acciones
nos dice por esto el sabio
que dellas nos acordemos
y en la mente proponamos
las cuatro postrimerías.
La primera causa espanto:
y así el Filósofo dice
que en lo terrible y amargo
no hay cosa como la Muerte.
Y aunque siempre está amagando,
porque tiene para herir
siempre levantando el brazo,
cuando vecina se mira
sin apelación, y cuando
quiere desatarse el alma
deste edificio de barro;
cuando está pálido el rostro,
sin fuerza y flacas las manos,
desbaratados los pulsos,
el cabello enmarañado,

hundidos ojos y sienes,
seca la lengua y los labios,
débil la respiración,
vigor y aliento postrados,
perdido el conocimiento
y los dientes traspillados;
y entre mortales congojas
se esfuerza y anima en vano
el corazón que primero
tuvo idea, y como amparo
del cuerpo, muere postrero,
y cuando el horror es tanto
de este tránsito forzoso
que aun a Dios no ha perdonado,
porque él lo quiso temer;
no ha consuelo, no hay regalo
como la dulce memoria
de aquel divino holocausto,
el Sacramento bendito
de Pan divino y humano,
y el haberlo recibido
con devoción y con llanto.
Llega el alma al tribunal
de quien Job, que fue dechado
de virtud y de paciencia,
estaba siempre temblando,
y quisiera estar primero
en el Infierno, con tanto
que, pasado aquel juicio,
viese a Dios desenojado;
tribunal que a nadie exceptúa,
como lo dice San Pablo.
Segunda postrimería
en quien los buenos y malos,
trémulos, se consideran
como las hojas del árbol
a los enojos del cierzo
y a los alientos del austro.
Si omnipotente y severo
es el Juez, ¿qué gusano,
qué hormiga, qué polvo, o nada,
tendrá valimiento osado
para replicar entonces
a las culpas y a los cargos,
siendo el Juez riguroso
y siendo suyo el agravio?
Aquí en confusión se vieron
los ángeles y los santos;
¿qué hará el hombre de vil tierra,
si el cielo se vio manchado?
Aquí de un gran patriarca
oigo la voz preguntando:
¡Ah, Señor! Si es flor el hombre
producida de los rayos
del sol, y queda marchita
cuando espira en el Ocaso,

si es una sombra su vida
que jamás en un estado
permanece, ¿por qué causa
vuestra poderosa mano
entra con él en juicio?
Aquí, pues, donde esperando
está el Alma la sentencia
que por lustros y por años,
por siglos y eternidades,
lo que fuere decretado
se ha de ejecutar, aquí
hallé que el mayor descargo
es el haber recibido
este manjar sacrosanto,
donde con Dios nos unimos
en el modo y ser más alto
de las uniones divinas,
la hipostática exceptuando,
porque Dios no era decente
de este novísimo caso.
Al tercero, donde (¡ay triste!)
mis sentidos se turbaron,
llegué al centro de la tierra,
llegué al abismo profano,
llegué al seno de Moloc,
llegué al remo del espanto,
llegué al Infierno, en que Dios,
después de cogido el grano,
como lo dice Mateo,
que mal apaga desmayos,
da al corazón la memoria
(horror da sólo el pensarlo,
con ser cuanto se imagina
un borrón, un punto, un rasgo)
aquí abrasa y no consume
el fuego que está elevado,
porque atormente y aflija
de un modo extraordinario.
A un intensísimo frío
se pasa dél a un letargo
en que duerme la esperanza
y en que está despierto el daño.
A ocho se reducen todas
sus penas: frío, gusanos,
tinieblas, azotes, fuego,
confusión, demonios, llantos.
Pero los que aquí padecen
aun más que los mismos diablos
son apóstatas, herejes,
que llaman sacramentarios,
simoniacos, nicolaítas,
nósticos, nestorianos,
maniqueos, triteítas,
adamitas, arrianos,
taboritas, saduceos,
artemios, apolinarios,

marcelinos, angelinos,
socráticos, puritanos,
avicenses, rocacenses,
y otro seno estaba en blanco
para husitas, calvinistas,
hugonotes, luteranos:
todos, porque en este Pan
eterna vida negaron.

Los que este maná no comen
ni de éste no han gustado,
hambre y sed aquí padecen.

¡Oh, qué confusión! ¡Qué caos!
¡Qué gemidos! ¡Qué blasfemias!
¡Qué suspiros tan amargos!

Donde el tormento mayor
es carecer del descanso
de ver a Dios, mientras Dios
vive eternidades de años
en fábrica de zafir
con lunares de topacios;
ese alcázar donde a Dios
dicen siempre: ¡Santo, Santo!

Los tronos y potestades;
ese divino palacio

que Dios labró para sí,
donde bienaventurados
espíritus, ya gloriosos,
están viendo, están amando
aquella Esencia indivisa,
donde los gozos son tantos,
que en cada atributo suyo
glorias inmensas hallaron.

MUERTE. La Envidia le toca hablar.

ENVIDIA. Yo tengo vanos antojos
y todos son importunos,
pues para sacar a otro uno,
me suelo quebrar los ojos.

Y es mi gusto tan extraño,
que a truco de dar pesar,
sin que me pueda importar
siempre antepongo mi daño.

ÁNGEL. En ese infernal veneno
no sé qué gustos estén.

ENVIDIA. Que a mí, más que el propio bien,
me deleita el mal ajeno.

ÁNGEL. Condición, según la cara,
de carcomida langosta.

ENVIDIA. El trabajo más se agosta,
que nunca en mudar repara.

ÁNGEL. El que tienes es eterno,
mas déj, ¿qué premio has sacado?

ENVIDIA. No más de haberme vengado,
que es bastante.

ÁNGEL. En el infierno
no hay tormento más robusto
que el que a ti mismo te das.

ENVIDIA. En ver padecer no más
consiste todo mi gusto.

ÁNGEL. ¿Y adónde con pecho ruin
los veloces pasos mudas?

¿Llevas el cordel a Judas,
o la quijada a Caín?

Aunque tu mayor blasón
y más valerosa prueba,
fue dar la manzana a Eva
y a su marido azadón.

LOCURA. Dejemos bachillerías,
puesto que en Cortes hablamos
de la Muerte, en que ahora estamos,
que adornan hidras y arpías.

Así ¡oh, señores! que si os place,
haré una fiesta que en el Corpus se hace.
Yo la he de hacer, usando de mis chanzas,
los carros, los gigantes y las danzas.

MUERTE. ¿Tú solo?

LOCURA. Yo solo. Ea, escuchad, que empiezo.

Vaya de carros y de representantes,
mientras otro apercibe los gigantes.

¡Ah, hermano! Apartad aquese carro:

¿Con quién hablo? Apartad. ¡Hola, portero!

A la plaza llevad ese primero:

llegad esotro. Apártate, muchacho.

¡Ay, que le vuelvas! Tente, ¿estás borracho?

Apartad esa gente. Yo no puedo:

llegad más de ese lado: quedo, quedo;
señores, los sombreros, que me ahogan:

bájate, moza, no veré persona;

estuviérase en casa la fregona.

No ha de subir. ¿Por qué? Porque no paga.

Soy soldado. Donosa soldadesca:

¿Quién la bebe, galanes? ¡Oh, qué fresca!

Empiecen. ¿A qué aguardan? De aquí a un rato,

sale Roque muy rubio y mojigato,

diciendo con su flema y melodía;

mas de que se despeje Vueseoría,

que representaremos con trabajo.

Ea, fuera de aquí, apartad, abajo,

no ha de quedar un alma. Espere un poco,

que soy criado. Aunque lo sea, baje.

¿Conóceme usted? Ya sé que es paje:

baje, o arrojaréle. No rempuje,

que ya le bajan. ¡Ay, que me machacas!

Ya salen a cantar, ojos urracas,

Saca la LOCURA una guitarrilla, y canta:

¿Por qué el Alma solicitas,

diablo mecánico y vil?

Porque es como el perejil,

que se come sin pepitas.

Se colocala LOCURA una tunicela por la cabeza, con cuernos para denotar es el DIABLO, y sigue representando.

Los músicos se van, y sale airado
un diablo por debajo del tablado.
Yo soy aquél chamuscado
que jugando a salta tú
quedé hecho Belcebú
en el suelo derrengado,
y obstinado
de que el Alma vuelva y saque,
quiero darla un triquitraque.
Alma, Alma, tras mí vente
que fácil se alcanza mente
del infierno el badulaque.
Ahora se aparece una gran nube,
y bajando hasta el suelo rechinando,
sale el Alma, y responde renegando.

Quítase ahora la tunicela de demonio y pónese otra blanca y una cabellera rubia, y representa:

Cierto, señor Barrabás,
que yo no entiendo su ahínco,
ya sé que cincuenta y cinco
es un seis, siete y un as.
Y si Caifás
juzgando se condenó,
¿qué culpa le tengo yo?
Y aquí da fin, auditorio,
el Alma del Purgatorio
que del Diablo se escapó.
ENVIDIA. ¡Linda fiesta!
ÁNGEL. Yo quedo satisfecho.
ENVIDIA. Tal tenga la salud el que lo ha hecho.
LOCURA. Éstos han sido versos de repente;
que si escribo y estudio con cuidado,
mucho peor los hago de pensado.
Mas ¿qué ruido es éste? ¡Ah, son los gigantes!
Vedlos, que ya a la puerta los arriman,
y quieren los que sustentan la maraña
dar a alguna taberna un ¡cierra España!
Donde echando un polvillo y otro todos,
de aquellos polvos vengan estos lodos.
Salgámoslos a ver. Vamos aprisa;
de solo imaginarlo me da risa.

Vase la LOCURA y sale luego en cuclillas haciendo la gigantilla, y canta la música:

Ésta sí que es fiesta de gusto,
ésta sí que es fiesta de amor.
Desarrimen los gigantes
y con tiento cárguenlos,
porque traen los que los cargan
diferente cargazón.
Dancen en orden iguales,
vueltas dando alrededor,
y los músicos alegres
canten este dulce son.

Ésta sí que es fiesta de gusto,
esta sí que es fiesta de amor.
MUERTE. ¡Ah, Locura! No hagas más,
y ahora el Hombre hable si quiere
a su saber y sabor.
HOMBRE. Lo haré así como pudiere
(aunque con grande dolor)
si me prestáis atención.
Por la puerta de la culpa
entró la Muerte en la tierra,
que no viéramos su cara
si ella no abriera la puerta.
Era la vida hijadalgo,
pero perdió su nobleza,
que la empadronó la culpa
y ha quedado por pechera.
Es la Muerte ejecutor
que a nuestra naturaleza
cita al nacer, y al morir
por remates saca prendas.
Las edades son los plazos
de la ejecutada deuda,
cuyos días son contados,
pues el mayor llega a ochenta.
Traba, pues, la ejecución
sobre bienes que lo sean,
porque el término es forzoso
algún tanto se suspenda.
Es la Muerte un mirador
de donde claro se ojea
lo profundo de la culpa
y lo largo de la pena.
Es noche que sigue al día,
puesto que muchos entiendan
ser Josué deste sol
salud, contento y riqueza.
Para un poco, claro día,
detente tú, noche negra,
que en lo largo y en lo corto
os juzgo por nave incierta.
Es Muerte piedra de toque
en cuyas rayas nos muestra
el vicio su falsedad
y la virtud su firmeza.
Es un estrecho de mar
donde la vida se anega,
la cual nada propiamente,
pues nada más nada que ella.
Arrojalda a buena parte,
olas de congojas llenas;
que ya se que es cuerpo muerto
y le habéis de echar a tierra.
Es la Muerte un claro sol
que descubre a la conciencia
los átomos de la culpa
por muy sutiles que sean.

Tente, sombra de la vida,
hasta pasar esta siesta;
que los pasos de la Muerte
al paso que alumbran, queman.
Es el sepulcro del hombre
casa propia solariega,
que tan solo es de alquiler
la que goza por herencia.
Casero y no morador
es, si bien lo consideras,
pues cesa el arrendamiento
al punto que el dueño llega.
Es la Muerte para el rico
campana que toca a queda,
y en dándole, quitarán
las armas de su moneda.
Su escudo y armas reales
hasta aquí pueden traerlas
que aunque ellas digan Plus Ultra,
sepan que miente la letra.
Es Muerte reloj de sol,
cuyas sombras nos enseñan
las horas que van pasando
y las pocas que nos quedan.
Es acíbar su memoria
que pone al pecho la Iglesia
para destetar un alma
de sus gustos y ternezas.
Es una espada desnuda
que está sobre la cabeza,
sin más fiador que un cabello
ni más lejos que cabe ella.
Alza los ojos, memoria,
pues ves que de un hilo cuelga,
y es tan laso el de la vida,
que por momentos se quiebra.
Es la Muerte un artillero
que a todas edades llega;
que están cuna y ataúd
en igual distancia della.
Batiendo está las murallas,
y como no son de piedra,
hace en ellas grande estrago
cualquier bala de dolencia.
Ponte, Tiempo, de por medio,
sé deste mundo defensa,
que peto a prueba de muerte
no hay monarca que le tenga.
¡Oh, corta y cansada vida,
qué de males te rodean,
qué de enemigos te siguen
y qué de tiros te asestan!
La Muerte viene a tu alcance,
mas ten al miedo la rienda,
que ya tienes nueva vida
si tú sabes usar della.

Ya la Muerte espera muerte,
nadie sin culpa la tenga;
que a manos de aquesta vida
sabemos que quedó muerta.
Por la puerta de la gracia
entró la vida en la tierra;
porque no hay vida sin gracia
ni muerte sin culpa fea.
Alhóndiga y armería
es la militante Iglesia,
donde hay Pan que te sustente
y armas con que te defiendas.
Es este Pan celestial,
para lo que toca a guerra,
peto a prueba de la muerte
por ser él la vida misma.
Es espada que te adorne,
mas será, si bien no llegas,
espada en mano de loco
con que a ti mismo te hieras.
En lo que toca a manjar
es Maná, que si le pruebas
a todas las cosas sabe
porque en Dios todo se encierra.
Es ración que tiene el alma,
y es tan rica su prebenda,
que a darla menos que a Dios
no fuera ración entera.
Es un alto mirador
desde donde la Fe ojea
lo distante y lo profundo
de la eternidad excelsa,
es pináculo divino
donde el mismo Dios te lleva
a mostrar lo que dará
al que adore su presencia.
Es sol entre pardas nubes,
y aunque sus rayos no veas,
en sus efectos divinos
verás que alumbra y calienta.
Es Océano del Padre,
y tanto en Cáliz se estrecha,
que te puede en un instante
pasar a la vida eterna.
Es una piedra de toque
adonde ser Judas muestra
falso doblón de a dos caras,
y Tomé tomé de cuenta.
Son sus blancos accidentes
sepulcro donde se encierra
el cuerpo de Cristo vivo
porque le coma la tierra.
Es leche dulce y suave
que tiene al pecho la Iglesia
para sustentar un alma
que se crió para rema.

Es reloj que da la una.
y son las dos si se cuenta;
que la persona de Cristo
tiene dos naturalezas.
Es quinta esencia de bienes,
pero no es sino primera,
que aunque Dios es Uno y Trino,
es solamente una esencia.
Es vida de nuestra vida
y es alma del alma nuestra,
porque vivir sin comer
repugna a naturaleza.
Comed y no moriréis,
dijo la antigua Culebra,
y a decirlo deste pan,
fuera infalible sentencia.
Y pues es vida el manjar,
llámese quien no le prueba
homicida de sí mismo,
pues le tiene y le desprecia.
Ésta es la vida y la muerte,
y con ser cosas opuestas
las he querido probar
con unas razones mismas.
En fe que la muerte es vida
para un alma justa y buena,
y la vida amarga muerte
para un ingrato que peca.

Ábrese ahora una apariencia y se ve al Niño Dios, vestido de pastorcico, en un trono en manera de juicio, y al lado derecho los corderos blancos, y al otro los cabritos negros.

NIÑO. Corderos blancos y puros,
los de mi mano derecha,
los benditos de mi Padre,
venid a la gloria eterna,
desde el principio del mundo
fabricada para vuestra:
porque cuando tuve hambre
me disteis en vuestra mesa
de comer, y cuando sed
de beber, y cuando era
huésped, cama, y me cubristeis
cuando llegué a vuestra puerta
desnudo, y estando enfermo
fue vuestra visita llena
de piedad, y porque os vi
preso en la cárcel con ella.

Los corderos blancos se levantan en alto, figurando suben a la gloria; y vuelve a los cabritos negros y dice:

Apartad de mí, malditos,
los de mi mano siniestra,
al fuego eterno, a las llamas,
a la apercibida pena
para el ángel pertinaz

a quien sigue su soberbia.
Con hambre, nunca me disteis
de comer en vuestra mesa,
ni a beber teniendo sed,
ni me disteis en la vuestra
posada, cuando pasaba
peregrinando por ella.
No me cubristeis desnudo
y no me visteis siquiera
una vez, preso y enfermo,
y así, mi justicia eterna
en el monte de mi cielo
a eterno fuego os sentencia.

Los cabritos negros se hunden en el tablado, saliendo llamas de fuego con ruido de truenos. Desaparecen todos, quedando solos el NIÑO Dios, el ÁNGEL y el HOMBRE. Y canta la música:

Vela, vela, pecador,
mira que el mundo te engaña,
que anda el lobo en la campaña,
huye y teme su rigor.
Mira que llega a la puerta
y con deleites convida,
la lámpara esté encendida,
no la halle el Esposo muerta.
Entra con muestras de amor
y siembra entre ellas cizaña,
que anda el lobo en la campaña:
huye y teme su rigor.

Cesa la música: pónese el HOMBRE de rodillas delante del NIÑO Dios, y dice:

HOMBRE. Ahora conozco mi engaño
y os suplico arrepentido
me oigáis, Señor, condolido
de mi culpa y grave daño.
Si lo puedo decir, a mi malicia
debéis la gloria que tendréis triunfando,
pues perdonando, más que castigando.
satisfacéis, Señor, vuestra justicia.
Si fue morir vuestra mayor delicia,
más consigue su afecto perdonando,
y así me vuelvo a Vos, considerando
vuestra piedad a mi perdón propicia.
Si a tanto padecer para valerme
no podéis igualar con castigarme,
perdonarme debéis, agradecerme.
Perdonadme, Señor, para ganarme;
que perderéis la gloria con perderme
que os ha de resultar de perdonarme.

Canta la música:

No quiere, no, el Redentor
la muerte del pecador,
sí que muera arrepentido,

pues perdonar al vencido
es gloria del vencedor.

ÁNGEL. Esta parábola enseña
lo que el Hombre debe a Dios;
y que es locura que pierda
gloria eterna, por no hacer
por Él cosas tan pequeñas,
pues haciéndolas tendrá
el Cielo, donde le espera
premio, que es el mismo Dios
con su bendición eterna.

HOMBRE. Y aquí da fin ¡no os asombre!
el auto (de aquesta suerte)
de Las Cortes de la Muerte,
con las miserias del Hombre.

Lope de Vega
Las famosas asturianas
Comedia

Índice

Las famosas asturianas
Comedia
Acto primero
Acto segundo
Acto tercero

Dedicada a don Juan de Castro y Castilla
Gentilhombre de la boca de Su Majestad, Corregidor de Madrid

De la antigua casa y nobleza de vuestra merced propuse a las musas la historia en acto cómico; y no habiéndome dado lugar el tiempo, con pleitos, materia casi, adversa a la quietud de su sagrado monte, dejé a más ocio disponer este deseo a la voluntad, y su efeto a la obligación; porque no es justo que cosas tan grandes no tengan el lugar que merecen, para ser tratadas con diferencia y respeto; y así, entre tanto, quise ofrecer a vuestra merced esta historia, que escribí en lenguaje antiguo para dar mayor propiedad a la verdad del suceso, y no con pequeño estudio, por imitarla en su natural idioma. Tuve en esta imaginación presente

aquella puerta insigne de la gran ciudad de Burgos, a quien vuestra merced ha honrado tanto, que, como Roma dió la imagen a Scévola, por único, parece que ha puesto en manos de vuestra merced su antigua calidad y grandeza, jamás ofendida del tiempo, que deshace las grandes casas, pero no los blasones de sus dueños. Vuestra merced la reciba en feudo de mi rendimiento y obligación a tantas mercedes recibidas, y déle el cielo el lugar que su gran entendimiento, y cristiano celo tienen tan merecido y yo deseo.

Capellán de vuestra merced, LOPE DE VEGA CARPIO.

PERSONAS

EL REY ALFONSO EL CASTO.AMIR, moro.
NUÑO OSORIO.CELÍN, moro.
DON GARCÍA, viejo.TELLO.
DOÑA SANCHA.PASCUAL, villano.
LAÍN DE LARA.TORIBIO, villano.
SOL.LEONOR.
FISNANDO.TOMÉ.
ALARICO.VELA, soldado.
FORTUNO.ANZURES, soldado.
TEUDO.Soldados cristianos.
MELEDÓN.Soldados moros.
FROILÁN.Doncellas.
TENORIO.Músicos.
SUERO.Acompañamiento.
AUDALLA, moro.Gente.

La escena es en León y en otros puntos. [314]

Acto primero

Escena I

Plaza de León, con puerta de un monasterio.

(EL REY DON ALFONSO, retirándose; FISNANDO, ALARICO, FORTUNO y GENTE amotinada, tras él.)

REY ALFONSO Al vuesto rey facer tamaño tuerto,
non es de buenos nin de fijosdalgo.

FISNANDO O muera, o le prended.

REY ALFONSO Será más cierto
morir, traidores.

ALARICO Non cuidéis en algo.

REY ALFONSO Ya estoy, villanos, en sagrado puerto.

De las aras de Dios me agarro y valgo.

(Éntrase en el monasterio, y cierran.)

FISNANDO Alfonso, hoy finará tu corto imperio.

ALARICO Los monjes han cerrado el monasterio.

FISNANDO ¡Por la crisma bendita que posada
traigo en la frente, que non deje el puesto,

nin de camisa he de cubrir la espada,

fasta que todo yaga descompuesto!

ALARICO La puerta es fuerte, en fierros aforrada:

non se podrá desquicionar tan presto;

y si los monjes puyan a la torre,

nuestra vida, a la fe, peligro corre.

FISNANDO Pues ¿qué pueden facer los capilludos?

ALARICO Tirar de en somo bien fornidos lanchos,

y asaz que son de gruesos y membrudos,

y en se guarir los parapetos anchos.
FISNANDONon fuimos en matarle bien sesudos;
mas cuiden los Alfonsos y los Sanchos
que non han de reinar, nin sus injurias
sofrir los homes de León y Asturias.

Escena II

NUÑO OSORIO, EL CAPITÁN TEUDO, FROILÁN, TENORIO, FISNANDO, ALARICO, FORTUNO, GENTE.

TEUDO¿Non llevaremos gente?

NUÑO OSORIO Non me basto

a sofrenar, en viendo tan notorio
el daño a mi rey, Alfonso el Casto.

ALARICOÉste es el montañés don Nuño Osorio.

NUÑO OSORIOSiempre mi sangre en su servicio gasto.

¡Aquí, Teudo, Froilán; aquí, Tenorio!

¡Mueran estos traidores, y el rey viva!

(Pelean; los amotinados huyen.)

TEUDO¿Verá cuál va la gente fugitiva!

NUÑO OSORIOPor la casuella santa de Ildfonso,
que non ha de quedar vivo ninguno.

TEUDOPues a Fisnando cántenle un responso.

NUÑO OSORIOY a Alarico no menos, y a Fortunio.

TEUDOYa sale de la igreja el nueso Alfonso.

NUÑO OSORIO¿Oh fidalgos! Non quede de vos uno
que non yaga a los pies de Alfonso el Bueno,
de tanta gloria y bienandanza lleno.

Escena III

EL REY, NUÑO, TEUDO, FROILÁN, TENORIO.

REY ALFONSONon vos humilledes tanto,
amigos, pues que por vos,
del querer del cielo en pos,
a tanto bien me levanto.

Los vuestos brazos me dad;
que miembros de tal firmeza
farán bien con la cabeza
junta y unida igualdad.

NUÑO OSORIORey nueso, cuanto nos honras,
tanto a ti mismo levantas: [315]

deja besar esas plantas;
que harto de asaz faces honras.

aqueellos homes traidores
de abolengo de otros tales,
¿cómo pueden ser leales,
no lo siendo sus mayores?

Todos los que ves aquí
son de aquellos asturianos,
cuyos abuelos cristianos

molares facen allí,
por la pérdida de España;
éstos, ganando a León
con el valiente escuadrón
que salió de la montaña,
ficeron rey a Pelayo,
a quien socedió Favila,
primero Alfonso, y Froíla,
de los africanos rayo,
aunque por los suyos muerto,
por vengar a Vimarano;
que el ser Caín de su hermano
non era al cielo encubierto.
Reinaron Aurelio y Silo,
y aunque a Dosinda pesó,
Mauregato socedió,
bastardo y de tal estilo
(¡mala su memoria sea!),
que atal tributo dejó
de cien doncellas, que yo
non quiera Dios que lo vea.
La merindad de Pravía
le sopoltó que debiera
fincar en mala foguera,
polvos al aire aquel día.
Bermudo en pos del que digo,
por estar vos desterrado
en Navarra, fue llamado
al reino entonces conmigo;
mas él, que craro sabía
que érades vos heredero
legítimo y verdadero,
que por padre vos venía,
en Safagún se vistió
la cogulla de Benito,
y renunció por escrito
el reino, que vos, donó.
Según esto, si sos vos
fijo del rey don Froíla,
¿qué vos cansa y aniquila
ése, que mal faga Dios?
A vos, Alfonso, os ataño:
quien vos lo niega es traidor.
REY ALFONSO Con tan noble defensor
non hay traición que me dañe.
Págevoslo Dios, amén,
buen alcaide de León.
NUÑO OSORIO Yo vos beso por el don
la mano, y el pie también.
Fágavos Dios, rey sesudo,
tan temido y acatado,
que tenga el vueso reinado
al más envidioso mudo.
Seáis de Dios temeroso
y celador de su ley;
que non puede ser buen rey

sin ser de Dios pavoroso.
Veáis las vuestas banderas
sobre las aguas del Tajo,
aunque vos cueste trabajo
el conquistar sus fronteras.
y si vos socede bien,
lleguen a Guadalquivir,
y aun al mar oso decir,
que puedan nadar también.
Crezca vuesa renta al año
treinta mil maravedís.

REY ALFONSO Todo el bien que me decís
non será por vuesto daño;
que vos juro, el buen Osorio,
que vos amo asaz y quiero
por antiguo caballero,
de Solar y hecho notorio,
y por vuestra gran lealtad,
y porque aquí me habéis dado
la vida, y aventurado
la vuesa a mi libertad;
que si no fuera por vos,
rompieran el monasterio,
de nuestro honor vituperio
y poco pavor de Dios.
Y tórnovos a endonar,
por lo que me bendecís,
quinientos maravedís
de renta al vuesto yantar.

NUÑO OSORIO Y yo a besaros los pies

REY ALFONSO A Teudo, mi capitán,
doble sueldo le darán.

NUÑO OSORIO Leal y fidalgo es

TEUDO El cielo os dé larga vida.

NUÑO OSORIO Vamos; que os quiero facer
fiestas.

TEUDO Hoy os ha de ver
con la corona somida
hasta los ojos León,
porque mostréis en la faz
que vos ha ofendido asaz
la mengua de su traición.

NUÑO OSORIO Como al cuerpo los sentidos,
son al gobierno los nervios,
el castigar los soberbios
y el perdonar los rendidos.

Tomemos muesos caballos,
y la fiesta se aperciba.

¡Viva Alfonso el Casto! [316]

LOS OTROS ¡Viva!

REY ALFONSO Guárdevos Dios, mis vasallos.

(Vanse.)

Escena IV

Monte.

DOÑA SANCHA, sola, con montera de caza, vaquero y venablo.

DOÑA SANCHA; Cuidaste que temía,
oso feroz, peludo,
tu catadura fiera doña Sancha?
¿Cuidaste que fuía,
pues non facerlo pudo
el africano, que su campo ensancha?
La verde yerba mancha
tu fiero humor sangriento,
faciéndote de grana
la parda y roja lana,
indicio de mi brazo y ardimiento;
que destas bizarrías
están colmadas las fazañas mías.
Non será tu cabeza
la primera que entolde
el dintel de la puerta de mi casa,
puesto que tu fiereza
vendrá como de molde
al arco que de reja a reja pasa.
Calor del sol me abrasa,
sin el del ejercicio:
faced, árboles, sombra,
y vos, yerbas, alfombra;
que non hay en las cortes edificio
como le facen juntas
de los trabados álamos las puntas.
¡Oh cristalinas fuentes,
donde suelo tocarme,
por haceros espejos de mi cara,
con cercos relocientes
de yerba, en que sentarme,
y tanta flor en que la vista para!
Cuida Laín de Lara,
que en estrado le atiendo
en cuadras de mi casa,
porque con él me casa
mi padre; y yo, que aun de le ver me ofendo,
ando por estas flores
cazando fieras y olvidando amores.
Non ál que el verme libre
piensa mi pensamiento;
lo ál arrojó de mi alma lueñe.
El dardo el brazo vibre,
y al oso corpulento
en tierra el cuento la cuchilla enseñe.
Laín de Lara sueñe
sus fingidos placeres;
que yo por bosques quiero
teñir el blanco acero:
que non se amañan todas las mujeres
a desfilar vainillas,
que facen a los homes lechuguillas.

Escena V

LAÍN DE LARA, con una ballesta; DOÑA SANCHA.

LAÍN DE LARA (Sin ver a D.^a SANCHA.)

Con armas cazadoras
de fieras alimañas,
¿quién vió jamás venir a caza fembras?
Las viras matadoras
en ásperas montañas
osos matan, amor, si bien te miembras;
mas tú, cruel, que siembras
ya por tan luengos días
al viento mi esperanza,
sin que fagas mudanza
de tu rigor y las tristezas mías,
sabes que non hay fiera
como mujer que olvida y persevera.
Non ando yo mezquino
por las calles mirando
las puertas de mi Sancha, non las rejas;
non voy a hallar camino
amando y sospirando
entre los hierros, de colar mis quejas.
Nin ve por las semejas
de mi rostro difunto
desde las almofadas
mis cuitas abrasadas,
nin sentado en la silla le pregunto
cortesés cumplimientos,
non digo enamorados pensamientos.
En la sierra fangosa
la busco entre las fieras,
en los bosques de bojés y de tejós.
Ya con la red nudosa
prendiendo aves ligeras;
ya matando las liebres y conejos;
ya, sirviendo de espejos
los cristales corrientes,
mirándose la cara,
ya de sí misma avara,
huyendo de mirársela en las fuentes,
las hebras por donaire
con más ondas que el mar dorando el aire,
sólo se diferencia
de las fieras crueles, [317]
en que ellas, a mi llanto enternecidas,
non fuyen mi presencia;
que entre aquestos laureles
oyen mi voz, de mi dolor vencidas;
yella de las feridas
que en mis entrañas face,
fuye y me deja solo,
desde que muere Apolo

al largo tormento mío,
y non me remedies tarde.
El tu padre y mi señor
mi esposa quiere facerte:
non es cordura esconderte,
Sancha, y despreciar mi amor.
Tú has de ser mía.

DOÑA SANCHA Detén,

Laín, la lengua y la mano.
LAÍN DE LARAEI ser yo tan cortesano
faz que no me trates bien.
Pues en el campo non quiero
ser con tanta esquividad
humilde; que mi humildad
face tu rigor tan fiero.

Esa mano me has de dar.
DOÑA SANCHA; Ay, el home lo que diz!

pues por la sobrepelliz
que lleva el crego al altar,
y aun por el santo varraco
de San Antón, vos prometo
que si el chuzo vos espeto,
que vos faga un buen foraco.
Non debes de pensar
el valor de doña Sancha.

LAÍN DE LARATengo yo el alma, atán ancha,
que non lo es tanto la mar.

Non me la alteran tormentas
nin me la menguan tormentos.
Faz tú, Sancha, sentimientos;
que aun me regalo en que sientas.

Y advierte que estos desdenes
me pagarás algún día;
que por fuerza serás mía,
y faré entonces que penes.

DOÑA SANCHA; Yo tuya?

LAÍN DE LARA Ya está tratado,
fiera, rebelde, enemiga
de ti misma.

DOÑA SANCHA Aunque él lo diga,
non pienso tomar estado.

LAÍN DE LARA; Ay, que ha dicho contra el santo
mandamiento de honrarás
tu padre y madre!

DOÑA SANCHA Aunque más

astuto y artero tanto,
me levantes testimonios,
non me farás que te quiera; [318]
que, como víbora fiera,
aborrezco matrimuños.

LAÍN DE LARAY ¿dejarásme morir?

Dª SANCHANon fagas del zorro, no;
que he leído en copras yo
que saben homes fingir.

Escena VI

SOL, DICHOS.

SOLEn tu búsqueda venía,
trotando todo ese valle.

DOÑA SANCHANon hay, Sol, quien no me falle
somo desta fuente fría.

¿Qué hay en casa? ¿Es ya venido
el mío señor a yantar?

LAÍN DE LARA(Aparte.) Aquí me quiero posar,
entre esta yerba escondido.

SOLAntes vino de León

Lireno, que le ha contado

que al Rey de nuevo han jurado

los que más fidalgos son,

después de aquella presura

que entre los monjes sufrió;

porque ya Osorio venció

toda esa banda perjura;

el cual con los asturianos

tales fiestas enordena,

que está la ciudad más llena

que una granada de granos.

¡Ay Dios, si fueras allá!...

Mas no tienes condición.

Dª SANCHALas cosas de Osorio son

tales, que me obligan ya

a ver de qué catadura

es home de tanta pro,

aunque nunca se me oyó

atamaña desmesura.

Mas ¿siempre tengo de ser

piedra, nieve, sierra, monte?

Pues, Sol, de camino ponte,

faz en un carro poner

el paño de las feguras,

y en las tablas un tapete.

SOLHoy el cielo te promete

mil linajes de venturas.

DOÑA SANCHADesdichas lo contradicen.

SOLEs tu desdén muy notorio.

DOÑA SANCHAVamos a ver si este Osorio

es tan galán como dicen.

(Vanse las dos.)

Escena VII

LAÍN, solo.

LAÍN DE LARANon queda más helado y pavoroso,

zambulléndose el sol, el pajarillo,

que de uno y otro pálido ramillo

fabricaba su nido artificioso,

que yo sin ti, dulce desdén hermoso,
tanto, que de vivir me maravillo,
posándome por horas el cochillo,
desesperanzas de mi bien dudoso.
¿Vaste a León? Bien faces; que ese nome
conviene a tu cruel naturaleza;
diamante que no hay sangre que te dome,
deja para las fieras la dureza;
que Dios fizo la fembra para el home,
y non para ti misma tu belleza.

(Vase.)

Escena VIII

AUDALLA, MOROS, con bandera y caja; AMIR.

AUDALLAMi parecer, Amir, es que la gente
no se acerque a León; que estos cristianos
suelen mudar diversos pareceres,
y cuantas son entre ellos las cabezas,
tantos son los acuerdos y consejos.
AMIRBien dices, negociemos desde lejos;
y tú puedes partir, famosa Audalla,
a hablar al rey Alfonso por el nuestro
y dalle la embajada de su parte;
que no podrá ofendernos ni agraviarte.
AUDALLAPues quédese la gente en este monte,
en tanto que las parias nos concede;
que somos pocos para estar más cerca,
y cada día crecen los cristianos
en número, en valor y atrevimiento,
y bajan de esas sierras ciento a ciento.
AMIRSu aspereza notable fué la causa
que no las conquistase el fuerte Muza,
y que ellos por sus altas asperezas
pudiesen esconderse de su furia
sin recibir de su poder injuria.
AUDALLAAgradescan los godos a Pelayo [319]
la batalla feroz de Covadonga,
en que perdimos el gobierno todo,
el absoluto imperio y monarquía
de la infeliz y conquistada España,
que de margen a margen fuera nuestra.
AMIREn sus reliquias su valor se muestra.

Escena IX

CELÍN, PASCUAL, TORIBIO, DICHOS.

PASCUALSeñor, ¿dónde nos llevas desta suerte?
CELÍNPastores, no temáis prisión ni muerte.
AUDALLA¿Qué es eso?
CELÍN Dos villanos que he traído

destos ganados para que te informes.

AUDALLA Amigos, no temáis; de paz venimos,
no venimos de guerra.

TORIBIO No se espante
que dos pobres pastores deste monte
hayamos tal pavor de sus figuras,
acosados de tantas desventuras.

PASCUAL Estamos admirados que tan cerca
de la insigne León llegue un ejército
tan pequeño de moros.

AUDALLA ¿Ya no os digo
que no vengo de guerra? Aunque mi gente
armada viene para su defensa;
que entre enemigos puede haber ofensa.

TORIBIO Pues ¿dónde va con cajas y trompetas,
atronando ese monte y sus solares,
y con más de doscientos caballeros,
sin más de otros trescientos infanzones?

¿No sabe que en León viven leones?

AUDALLA Voy a cobrar las parias que sus reyes
pagan al rey de Córdoba, mi dueño,
de quien soy capitán.

TORIBIO ¿Las cien doncellas?

AUDALLA Por las doncellas voy.

TORIBIO ¡Coitadas dellas!

AUDALLA ¿Qué sabéis de León?

TORIBIO Que, descoidado
de tanta desventura, en grandes fiestas
ocupa el tiempo que debiera en armas.

AUDALLA ¡Fiestas León!

PASCUAL Han hecho unos traidores
un gran desaguisado al rey Alfonso.

Quisiéronle matar, y en el sagrado
de un monasterio se zampó fuyendo.

Tomó las armas el valiente Osorio,
y venciendo a Físnando y Alarico,
libró su rey, que apareció otro día
debajo de un dosel de tela de oro,
coronada de rayos la cabeza,
Osorio al lado con desnuda espada,
y todo el pueblo con laurel y oliva,
diciendo a voces: «¡Viva Alfonso, viva!»

Esto fué al lado de la santa iglesia,
por cuyos muros, azotando el viento,
colgaban los pendones de Pelayo,
de Favila, Fruela y de Bermudo,
con los de Alfonso; Alfonso, que bien faya
y que ganó renombre de Católico.

Por otra parte, con sus cregos todos
estaba el santo Obispo, revestido
del camión labrado y la casuella.

Chiflaron más de un hora sobre un libro
las flautas, que era gloria de escuchallas,
y cantaron de Alfonso las batallas.

TORIBIO Tras esto ha de haber justas y torneos...

-mas digo mal; que cesarán las fiestas

con la venida vuesa, y los praceres
se trocarán en llantos de mujeres-
AUDALLA¿En eso entiende el rey?
TORIBIO En eso entiende
Alfonso valeroso, cuya mano
hagan los cielos tan valiente y fuerte
como la de Pelayo.
AUDALLA No prosigas.
Camine, Amir, la gente a mejor puesto
por lo que sucediere; que bastamos
Celín y yo para decir a Alfonso
la embajada del rey.
AMIR Marche la gente.
TORIBIO¿Bravo africano!
PASCUAL ¡Bárbaro valiente!
TORIBIOOjo al ganado.
PASCUAL Perros tiene el hato.
TORIBIO¿Maldiga Dios, Pascual, a Mauregato!
PASCUALCoitadas las doncellas que llevaren.
TORIBIOMás desdichadas son las que las paren. [320]
PASCUALSi yo fuera mujer, aunque muy bella,
guardárame, a la fe, de ser doncella.

(Vanse.)

Escena X

DOÑA SANCHA, SOL.

SOL¿Qué te parece la fiesta?
DOÑA SANCHATan mal, que asaz voy cansada.
SOLFiesta que a todos agrada
¿te ha semejado molesta?
DOÑA SANCHANO sé qué darte en respuesta,
más de que en ella sentí
que aquello mejor que vi
fué para mí lo peor;
porque comienzos de amor
son desdichas para mí.
SOL¿Tú de amor?
DOÑA SANCHA Es atán nuevo,
Sol, para mi condición,
que se corre el corazón
de que a nombralle me atrevo.
Cuanto a resistirme pruebo,
tanto más me acucia y mata.
SOL¿Cosa que haber sido ingrata
quiera el cielo castigarte!
DOÑA SANCHACuido que por esa parte
mis libertanzas maltrata.
¡Oh! ¡Qué mal hobiese el día
que salimos del solar!
¡Qué bien dicen que el pesar
es sombra de la alegría!
SOL¿Qué te fizo, Sancha mía,

la fiesta? Que esos cordojos
deben de nacer de antojos.
DOÑA SANCHAAntojos fueron, y atales,
que anda el alma en los umbrales
de las puertas de los ojos.

SOLTodos aquellos pendones
que en la santa iglesia vi,
me entretuvieron a mí,
y sus broslados leones,
los cregos y crerigones,
los calóndrigos, y el canto
de tanto chifle, y de tanto
cantor que el alma penietra,
y el obispo con su mietra,
que tiene la faz de santo.

Desta guisa me embebí,
que ni otra cosa caté.

DOÑA SANCHAYo por lo seglar eché,
y aun con eso me perdí.

A los homes atendí,
que andaban en sus caballos,
que me impuyaba a mirallos
mi condición belicosa,
y del rey la vista hermosa
trascolóse a sus vasallos.

¿A quién te diré que vieron
mis ojos?

SOL ¿Mas que conjuño
a quién viste? Viste a Nuño.

DOÑA SANCHAA Nuño Osorio metieron
los ojos, hasta que dieron
con él en el alma propia;
y dejáronme la copia
tan estampada en su centro,
que le sirve de alma dentro,
aunque dos es cosa impropia.

SOL¿Que Osorio, Sancha, ha triunfado
de tu esquiva libertanza?

DOÑA SANCHAY con tal desesperanza
de verme en seguro estado,
que en llegando al desdichado
solar en que me retira
mi padre, con tanta ira
pienso mi vida tratar,
que si le ves abrasar,
le digas: «Sancha suspira.»

SOL¿A la fe que te ha pegado
buena arponada el rapaz!

DOÑA SANCHAAllá me estoviera en paz
en los silencios del prado:

la Corte pone cuidado.

SOLTiene peligros y enojos.

DOÑA SANCHAqué tenga de Nuño antojos
fembra que yo, ¿no es vergüeña?

Magüer que ya fuera dueña,
debiera reñir mis ojos.

de chuzo, dardo y ballesta,
non llegarán, de pavor.
SOL, ¿Y los amorosos lloros?
DOÑA SANCHA En oyendo nombrar moros,
non se me miembra de amor.

(Vanse.)

Escena XII

Alcázar de León.

EL REY, con corona en la cabeza y cetro en la mano; TEUDO, con un pendón; NUÑO OSORIO, con una espada desnuda al hombro; MELEDÓN, ACOMPAÑAMIENTO.

TEUDO Póstate, gran Alfonso, en la tu silla,
y toma posesión del tu palacio.
Vuestra lealtad me honora y maravilla.
NUÑO OSORIO Toma aqueste pendón, divina rama
del tronco de Pelayo generoso,
con que ganó ciudad de tanta fama.
REY ALFONSO Donándomele vos, el buen don Nuño,
non puede ser que yo non le levante
con la cochilla que a mi lado empuño.
Fago voto solene a las relicas
y a la casuella santa de Iñefonso,
con todas las demás santas y ricas,
de procurar ponerle en riba el Tajo,
porque espante los moros andaluces,
sin perdonar cansancio nin trabajo.
Este león salió de la montaña,
magüer que non se crien en Asturias;
y así, sospira por salir de España.
En Africa los hay; allá sospecho
que volverá, no digo que vencido,
mas a triunfar con vitorioso pecho.

Escena XIII

SUERO, DICHOS; después, AUDALLA.

SUERO Un moro cordobés, llamado Audalla,
embajador del Almanzor, te pide
le des licencia.
REY ALFONSO Bien podemos dalla;
que oír al enemigo nunca impide.

(Vase SUERO y vuelve con AUDALLA.)

AUDALLA Dame tus reales pies.
REY ALFONSO Levanta, Audalla, del suelo;
que tu fama y tu embajada
te dan a mi lado asiento.
AUDALLA Por tal merced y favor

otra vez los pies te beso.

REY ALFONSO¿Cómo queda nuestro amigo
Almanzor?

AUDALLA No queda bueno.

REY ALFONSO¿Viéneslo tú?

AUDALLA A tu servicio;

y por Alá, que me huelgo
de verte, Alfonso, en estado
de tan dichosos sucesos.

REY ALFONSO Mercedes a mis vasallos;

que, después de Dios, les debo
este lugar en que estoy,
y esta paz en que me veo.

¿Qué es lo que manda tu rey?

AUDALLA Alfonso, en breve te quiero
dar cuenta de mi venida.

Ya sabes que aqieste reino
posees con justas parias [322]

y con reconocimiento
debido al rey mi señor

REY ALFONSO No por mi culpa, a lo menos,
sino de algún home indigno
que tuvo a traición el cetro.

AUDALLA Culpa de quien fuere, en fin,

Alfonso el Casto, yo vengo
por las cien doncellas; traigo

de resguardo para esto
quinientos hombres no más,
que con trabajo sustento,
por ser áspera Castilla,

y porque traigo decreto
que ahorque al hombre que hiciere
mal a hidalgo ni a pechero.

Desto podrás colegir
que traigo justo deseo
de que luego me despaches;
que quiero volverme luego.

REY ALFONSO Confieso que en este punto

quisiera más por los cerros
de las Asturias heladas,
con abarcas de pellejos,
guardar diez pobres ovejas,
y romper terrones secos
con la reja del arado,
que la corona que tengo.

Tomalda allá; que no es justo
que cubra indignos cabellos
de rey que por esto pasa.

Non es, el mi Alfonso, tiempo
de facer esas mofinas.

REY ALFONSO Pues ¿cuándo más tiempo, Teudo?

NUÑO OSORIO (Aparte al REY.)

Non te apasionas así
delante del mandadero
de Alimanzor, sino dile
que espere afuera, que cedo

Non es de responder soberbia alguna;
que non semejan bien los soberbios
de fracas fuerzas y menor fortuna,
opuestas a los homes poderosos.
No apruebo, no, negarle vez ninguna;
que fuera fecho de homes aviltosos;
mas sea cuando estemos bien seguros
de defender las vidas y los muros.
NUÑO OSORIO No sé, Teudo valiente, cómo puedes
fablar en que se rindan parias tales.
¡Tú pasas por tal cosa! ¡Tú concedes
que estas fembras padezcan tantos males!
Non tienes tú de quien quejoso quedas,
pues de la paz con deshonor te vales.
Nonijas, non hermanas; que a tenellas, [323]
cuidaras de negar las cien doncellas
¿Morir non es mejor ganando fama
que non perder la que mancharte quieres?
TEUDO Osorio, esto razón de Estado llama
que en lo demás en nada me prefieres.
NUÑO OSORIO Cien mujeres ¿es bien para la cama
de un moro vil?
TEUDO ¿Qué importan cien mujeres,
si por negallas mueren cien mil homes?
Eso es soberbia, que es razón que domes.
NUÑO OSORIO ¿Cien mujeres no importan?
TEUDO Si en la casa
de cualquier vecino ves, Osorio,
nacer más fembras que varones, pasa
por este daño, pues es bien notorio
hartas mujeres quedan. Ésas casa;
que non farás tan presto desposorio,
cuando paran después otras mujeres,
que parirán después cuantas quisieres.
Si el moro desde Córdoba camina,
robando las ciudades y lugares
y ésta nos pone en mísera ruina;
por ciento ¿es bien que tantas desampares?
El valor de los homes imagina,
y en el de las mujeres non repares.
NUÑO OSORIO Antes por una sola non cuidara
que cien homes el moro cautivara.
Digan tantas fazañas en historias
el valor de las fembras en el mundo.
MELEDÓN Y ¿non bastan, Osorio, las memorias
de aquella Cava, o cueva del profundo?
Alabo tu valor, y tus vitorias
lo dicen; pero en más josticia fundo
que por esta vegada den las parias,
pues non hay las defensas necesarias.
REY ALFONSO Calla Nuño, por mi vida,
pues todos están de acuerdo
que por esta vez se den.
NUÑO OSORIO Saldréme yo del consejo.
REY ALFONSO No harás, por vida de Alfonso;
antes endonarte quiero

al cargo de que las lleves.

NUÑO OSORIO;Eso más?

REY ALFONSO Non me consuelo

si me pasa por tu mano.

NUÑO OSORIOEn vez de favor, me has fecho
un castigo asaz cruel.

REY ALFONSOFéchense las suertes luego
de las cincuenta fidalgas.

NUÑO OSORIODe puro pesar reviento.

MELEDÓNQuinientas fidalgas hay,
por lista que fizo Suero.

REY ALFONSO Pues traeldas, Meledón,

y saque cincuenta un niño,

para que Osorio las traiga,

y dé a sus padres consuelo;

que bien será menester

todo su valor y esfuerzo.

¡Hola, Vos llamad el moro.

(Van a avisar.)

Escena XV

AUDALLA, los de antes.

AUDALLAA ver lo que acuerdas vengo.

REY ALFONSO Vergüenza, moro, me oprime;

que non me cato denuedo

para decirte que estoy

atenido a malos fechos.

Sabe aquel Señor que pisa

los serafines más bellos,

y que cielo y tierra tiene

con tres soberanos dedos,

que quisiera que la muerte

collar ficiera a mi cuello

del filo de su guadaña,

antes que dar a tu dueño

cien ángeles inocentes,

que en el su trono pidiendo

estén josticia de mí.

Lo demás, que yo non puedo,

te dirán esos fidalgos. (Vase.)

AUDALLA Pues, hidalgos, ¿qué tenemos?

NUÑO OSORIO;Mírasme a mí?

AUDALLA Pues ¿a quién?

NUÑO OSORIO;Pluguiera a Dios, mandadero,

que ficiéramos los dos,

sin arrogancias ni retos,

un desaffo en campaña,

y que consistiera en esto

el dar las parias o non!

AUDALLA;Pluguiera a Dios, caballero!

Que non soy de los que allá

tienen mi nación en menos.

Pero ¿quién eres?

NUÑO OSORIO

Yo soy

Nuño Osorio.

AUDALLA

Basta.

NUÑO OSORIO

Tengo

poco nombre por allá.

AUDALLA Antes, de verte mancebo

me estoy admirando aquí

que eras viejo me dijeron. [324]

NUÑO OSORIO Siempre los homes famosos

parecen más presto viejos.

AUDALLA Yo soy Audalla Almelique.

NUÑO OSORIO Alguna noticia pienso

que tengo del nome tuyo.

AUDALLA ¿no de mis obras?

NUÑO OSORIO

Luego

te puedes partir, Audalla,

a tu escuadrón, que muy cedo

te llevaré cien doncellas;

que el rey quiere (¡ah santo cielo!)

que sea yo el que las lleve.

AUDALLA Pues, Osorio, allá te espero;

y guárdete Alá.

NUÑO OSORIO

Non sé

cómo la espada detengo;

que este moro soberbio

es la cabeza de aquellos

que han de llevar las doncellas,

y cuido que fuera bueno

darle cuatro cochelladas

por aquellos pestorejós,

con que hasta Córdoba fuera

rodando por esos suelos.

Acto segundo

Escena I

Sala en casa de DON GARCÍA.

DON GARCÍA, SOL.

DON GARCÍA ¿Dónde la mi fija está?

SOL ¿Ya non sabes dónde fué?

DON GARCÍA A peligro va.

SOL ¿Por qué?

DON GARCÍA Porque por el monte va;

y lo que yo le pedí
era defender la casa
en tanto que el moro pasa;
que diz que se aloja aquí.
SOLTú, mí señor don García,
tienes culpa de sus mañas,
pues haciendo en las montañas
matanza en la morería,
a doña Sancha engendraste
tan fija de tu valor,
que luego que del rumor
de los moros la avisaste,
vino al solar de León,
y sobiendo en una yegua,
por más de una grande legua
que tienes joridición,
escorriendo con la lanza
y el acerado pavés,
por todo el monte que ves
va haciendo seguridad.
DON GARCÍA¿Quién fué con ella?
SOL Allá fueron
armados los labradores,
de su ganado pastores.
Dos ballestas me pidieron
y dos buenos capacetes,
que saqué de tu armería.
DON GARCÍA Ya, Sol, non la nombres mía,
nin la mi edad inquietes.
Pasó el tiempo en que cobuerto
de mallas fasta los pies,
o con el dorado arnés
por somo del brazo abierto,
con solo asir el arzón,
si alguna memoria tienes,
me posara en los borrenes
de la silla del trotón;
y que ¡ay de la escuadra mora
por donde colara el fierro,
(si en alabarme non yerro,
ende más caduco en sora)!
Que todos gritaban lugo:
«¡Cata, que va don García!»
Mas llegó la vejez mía
cuando al tiempo veloz plugo,
y está en las venas heladas
de tal guisa aquel calor,
y tan opreso el valor
de mis fazañas pasadas,
que aunque agora me ciñera
la espada, y non la colgara,
non cuido que la sacara
de la vaina, aunque quisiera.
pues a la fe, que solía
dar tan buenas cochilladas,
que un home hasta las quijadas

por el cerebro partía.

Escena II

DOÑA SANCHA, con un peto o jaco de malla y una lanza, y una banda colorada; TORIBIO y PASCUAL, con ballestas y morriones; dichos.

DOÑA SANCHA¿Por mí, pregunta el mío padre?

DON GARCÍA¿Es mi fija? [325]

SOL ¿Non la ves?

D GARCÍA Non hay gusto que me des

ni que con mis años cuadre,

como verte con valor,

ya que non fui venturoso

que fueras fijo famoso,

y non fembra de labor.

Aunque non te niego el miedo

con que de tu daño estoy.

DOÑA SANCHA Segura en tu sangre voy,

que ser ferida non puedo.

DON GARCÍA¿Qué has fecho?

DOÑA SANCHA Una vista di

a la escuadra de ese moro,

sin que aviltase el decoro

con que tu fija nació.

Ende más, que non salieron

ni a mí ni a los tres criados;

que, del ganado arredrados,

tienda en el valle ficieron.

DON GARCÍA Yo tengo un poco que quiero

a solas hablar contigo.

DOÑA SANCHA Si non ha de haber testigo...

¡Hola!, tomad este acero,

y colgadle en la armería,

y en el lancero posad

este fresno, y aguardad

en fuera, por vida mía.

(Vanse SOL y los criados.)

Escena II

DON GARCÍA, DOÑA SANCHA.

DON GARCÍA Fija, yo tengo ya bastantes años

para cuidar en la vecina muerte;

que, como con el tiempo el edificio

se va desmoronando, y es indicio

de que amenaza ya total ruina,

así en la edad la muerte se avecina.

Cuando destas paredes, de humo llenas,

se van cayendo a tierra las almenas,

non me permitas, non, morir sin gusto;

que cuido que en la muerte haberle puede,

cada que un padre muere consolado
de que deja sus fijos en estado.
Téngote sola a tí; luego tú sola
eres mi pensamiento.

DOÑA SANCHA Nunca he sido

desobediente, ¡oh padre!, a tus quererés.
¿Qué estado al tu pracer donarme quierés?

DON GARCÍA El de casada, fija de míos ojos,
para que el abolengo de mi casa,
ya que non se dilate por varones
del apellido de León, leones,
se destiendan por fembra tan leona,
que más face honoranza que baldona.

Es Laín un fidalgo bien sesudo,
home de pro para la paz y guerra,
y que tiene solar en muesa tierra.
Los Laras son famosos caballeros,
y este mancebo escurre de su alcurnia
atán derechamente como debe.

Yo traté su buen padre, Sancho Lara,
y fuimos a la guerra de Galicia
habrá cuarenta y nueve o cincuenta años,
y aun aquella vegada francamente
me dió la su cochilla, que estimaba,
con unos talabartes carmesés.

DOÑA SANCHANon te alueñes agora del sogeto,
que si te miembras de tus mocedades,
non finarás la fabla en todo el día.

DON GARCÍA Pues digo que Laín es noble y rico,
tan bien acostumbrado y vergonzoso,
que me ha jurado, fija, en su conciencia,
que non ha conocido fembra alguna,
y pasa de treinta años, que no es poco,
según está la edad, pues ya los homes
de veinte y cinco o veinte y seis se alaban
de que tienen amores con las fembras;
que es lástima de ver cuál está el mundo.

DOÑA SANCHALaín tiene las partes y virtudes
de que tú le acompañas; yo non quiero
responder como fembra libertada.

Dale, bien que tasadas, esperanzas;
que yo diré, señor, de aquí a seis meses
mi voluntad; que non es largo plazo.

DON GARCÍA Respóndate mi gozo y este abrazo.
Voy contento en extremo; pero advierte
que non te enfades si viniere a verte.

(Vase.) [326]

DOÑA SANCHATamaña desventura
por fembra non socedió.
¡Sol! ¡Hola, Sol!

Escena IV

que pongas en él tu mano.
Nueces y avellanas nuevas
en sus cárceres, tan brandas,
que si partir se las mandas,
aunque a tus perlas te atrevas,
se las puedes confiar
sin pavor de que las dañen;
y éstas quise que acompañen
las piñas del mi pinar,
toda la cáscara enjuta,
y de tal guisa, que luego
que las arrimes al fuego,
te darán su blanca fruta.
Viene más un lindo escriño
de pechiabiertas granadas,
de jazmines coronadas
para más fermoso aliño;
que si non te fago agravios,
semejan (no te amofines)
los granos y los jazmines
a tus dientes y a tus labios.
Viene un cabrito manchado
de tal guisa pieza a pieza,
que sola Naturaleza
le pudiera haber pintado;
y para que no me tache
nadie de vil amador,
en un cincho de color
un Santiago de azabache.
Mas todo es poco, a la fe,
para tu gran señorío,
y más si pierde por mío:
que nunca yo te agradé.
D^a SANCHALaín, a mi padre amado
debo yo ser obediente,
non cuando forzarme intente
a tomar sin gusto estado.
Estoy lejos de pensar
en matrimuños agora.

(Vase retirando.)

LAÍN DE LARA
Pues ¿por qué te vas, señora,
y non me quieres hablar?
Aguarda, percata un poco
la fiera cuita en que yago;
ca non de tamaño estrago
guariré menos que loco.

(Vase D.^a SANCHA.)

Escena VI

LAÍN, SOL; TORIBIO, retirado.

LAÍN DE LARA ¿Has visto, Sol, qué rigor
y qué enemiga me tiene? [327]
Fembra palaciana viene
a ser villana en amor.
¿Dígola yo caloñeros
los mis amores a Sancha?
SOLA la fe, Sancha se ensancha
de ver que son verdaderos.
Y tú asaz tienes comprido
el castigo que mereces:
faces presentes de nueces,
que non es ál que roído.
Ma Dios, que si yo toviera
zarafuelles de varón,
que yo buscara ocasión
en que no me la debiera.
Mientras plañes se te engríe,
dalle donas la empeora;
que nunca la fembra llora
sinon cuando el home ríe.
Muda en otra el tu querer,
y verás si finge o no.
LAÍN DE LARAY ¿adónde fallaré yo
a tan polida moller?
SOL ¿Seméjote muy grosera?
¿Non te parecen mis bríos,
si non pierden por ser míos,
para que les des celera?
LAÍN DE LARASi tú quieres, mi Sol bella,
yo la faré desperar.
SOLDigo que te quiero arriar,
emporque te vengues della.
LAÍN DE LARAD'hoj más soy el tu galán.
SOLY yo soy la tu galana
ven a fablarme mañana:
¡Verás qué celos le dan!
LAÍN DE LARAVoy contento, porque cuido
que le habemos de dar pena.
SOLDios te dé ventura buena.

(Vase LAÍN.)

Escena VII

TORIBIO, SOL.

TORIBIONon me despraz el descuido.

SOLToribio, ¿aquí estabas?

TORIBIO Sí,

y el tu concierto escoché.

¿Quieres a Laín? Bien sé

que te denuestas de mí.

Pues fidalgo soy asaz,

si bien pobre labrador

SOLQue tú non sabes de amor.

faciendas faz.
TORIBIO; Non sé de amor?
Non se cata
amor de gente grosera.
Voy a cuidar mi espetera;
que ha de estar como una prata
enantes de anochecer. (Vase.)

Escena VIII

TORIBIO, solo.

TORIBIO; Prega a Dios, ya que me pones
en tales obrigaciones
cual nunca pensé tener,
pues te llevo a maldigar
siendo de mí tan amada,
que el agua que está posada
en las llares del fogar,
tan herviente caiga en ti,
que las manos te chamusques;
y que si la frida busques,
non parezca por allí!
¡Quiebres catorce escodillas
y seis pratos gallineros,
y a poder de moros fieros
vayas con las cien doncellas.

Escena IX

DOÑA SANCHA, TORIBIO.

DOÑA SANCHA; Fuése ya el cansancio mío?
TORIBIO; Ya tu cansancio se fué,
aunque ya non hay por qué
facelle atanto desvío;
que Sol, la tu grande amiga,
le quiere, y delante mí
le enseñó a tenerte a ti
homecillo y enemiga.
D^a SANCHA; Sol?
TORIBIO La miesma; que ferida
de amoricos de Laín,
fa zorroclocos a fin
de ser de Laín querida.
¡Ma Dios, que si non me fuera
por vergüenza de señor,
que non fuera labrador,
y a ser soldado me fuera!
Que a quien tanto sol le ha dado
bien se le puede llamar,
y sueldo del rey tirar
atañe a fidalgo honrado.
Y aun quizá no me verán

en el solar esta noche,
porque cuando el sol se abroche,
tendré señor capitán.
A pedir licencia voy [328]
a señor para la guerra;
non quiero estar en la sierra,
pues a dos soles estoy. (Vase.)

Escena X

DOÑA SANCHA, sola.

DOÑA SANCHA En libertanzas de soltera vida
pasé lo joven de mis verdes años,
enojos fice al tiempo, a amor regaños;
que non me tuvo por jamás rendida.
Cuidaba yo que era pasión fingida
cuando sentía encaramar sus daños.
¡Coitada! ¿Qué faré?, que mis engaños
me llevan a la muerte de corrida.
Fabla de amor quien su rigor non sabe,
y con el sabio el ignorante arguye;
mas guarde el corazón que non le trabe.
Pero si al tiempo el tiempo restituye,
¿de qué sirve fuir?, que amor es ave,
y alcanza con las alas a quien fuye.

Escena XI

TELLO, DOÑA SANCHA.

TELLO Perdonad si me colé,
dueña, sin vuesa licencia;
que en la tan linda presencia,
serlo del solar se os ve.
Fágovos ende mesura;
y si tengo perdonanza
(que de buenos bien se alcanza),
pescudo a vuesa hermosura
si está acaso en el solar
don García de León.
DOÑA SANCHANon ha sido yerro, non,
si venides a buscar
el mío señor, escodero.
Mas de qué parte decid.
TELLO De aquel tan famoso, ardid
y montañés caballero,
don Nuño Osorio.
DOÑA SANCHA ¿De quién?
TELLO De don Nuño.
DOÑA SANCHA ¡Santo Dios!
¿Servís a don Nuño vos?
TELLO Y los míos padres también
a los suyos les sirvieron.

DOÑA SANCHA Escodero, que bien fayas,
y de bien en mejor vayas
cual siempre los buenos fueron,
escocha una puridad.
TELLO Yo vos, señora, prometo
de tenérvosla secreto.
Non hayáis temor, fablad.
DOÑA SANCHA Ese tu Osorio galán,
¿qué dueña sirve en León
de las muchas que afición
a su medida tendrán?
Que asaz es home polido,
y a pie y a caballo airoso.
TELLO Dama, que hayades reposo
con bien andante marido,
yo sé todos sus secretos,
y nunca le vi querer
nin amoricos facer,
ni otros quillotros y efetos;
que la guerra non le ha dado
tanto vagar, que pudiese
amar quien le mereciese,
de muchas que le han amado.
DOÑA SANCHA Doyte esté anillo.
TELLO ¿Por qué?
DOÑA SANCHA Porque el fidalgo guerrero
non ha de ser amorero;
que pierde mucho, a la fe.
Y porque soy inclinada
a las armas, me dió gusto
saber que un home robusto
non semeje fembra en nada.
TELLO Por la Cruz vera, señora,
que, como acá me he tardado,
él se ha cansado y se ha entrado.
Dª SANCHA Bien fizo, y venga en buen hora.

Escena XII

NUÑO, DICHOS.

NUÑO OSORIO Tello, que Dios faga mal,
¿parécete buen servir
dejarme afuera gañir
en los poyos del portal,
y estarte en conversación?
TELLO Cuando veas con quién fué,
desculparásme, a la fe.
NUÑO OSORIO Cato que tienes razón,
y aun afirmo que te suebra.
Perdonad, señora mía,
si mi corta cortesía
la vuesa práctica quiebra;
que a saber que departiendo
con Tello estábades vos, [329]

non vos ficiera a los dos
con la mi venida estruendo.
Bien cuido que sois la fija
de don García; que es craro,
porque non querrá tan raro
valor que otra alma le rija.
Tenedme por Servidor,
y dadme las vuestas manos.
DOÑA SANCHA Efetos tan palacianos
son fijos de tal valor.

Soy quien cuidáis, y muy vuesa
por vuesa buena opinión,
de que dais satisfaci6n
como el talante lo muesa.
De hoy más aqueste solar,
de vuesa persona honrado,
tendrá el nome confirmado
con que le suelen nombrar.
Es su apellido León,
de godos que vienen dél;
y hoy, que vos estáis en él,
le donáis confirmaci6n.

Mucho folgará el buen viejo
de mi padre, don García,
de veros; que fué alg6n día
en paz y guerra parejo,
y vos tiene voluntad.

¿Íbades a caza acaso?
Porque non es este paso
camino de la ciudad.

Como quiera que haya sido,
habéis de dormir aquí;
que si non por él, por mí
lo faréis, pues yo lo pido;
que por fembra non seré
mal baldonada de vos.

NUÑO OSORIO (Aparte.) Non sé qué diga, ma Dios:

pues ¿qué diré, si non sé?

¿Es posible que ésta era
doña Sancha de León?

Alterado el corazón,
puya por salir enfuera.
qué gallarda fidalga,
y rica fembra además!

TELLO (Aparte a NUÑO.)

¿Qué tienes que tal estás?

NUÑO OSORIO Non lo sé, ¡que Dios me valga!

Cata, ¡qué facciones bellas!

TELLO Mirada y mirando admira;
que parece que si mira

face en el alma cosquiellas.

NUÑO OSORIO ¡Mal faga Dios al morico

que por las parias llegó!

Non el rey que me envi6;

que viva a Dios le soplico.

Pero non tuvo raz6n

de darme este cargo a mí.
Pero, pues leal nací,
ánimo, buen corazón.
Non cuidéis en esto más;
faced lo que os manda el rey,
pues que los vuestros su ley
non la entortaron jamás.
Aunque me muriera, Tello,
por esta fembra atán linda,
que no hay alma que non rinda
desde la planta al cabello,
non ficiera cosa indina
de home Osorio, como so.
TELLO Cipión, Nuño, dejó
fama en el mundo devina,
sólo por ser continente
con la dueña de Cartago.

Escena XIII

DON GARCÍA, DICHOS.

DON GARCÍA Si a los vuestos pies non yago,
non hay ál que me contente.
NUÑO OSORIO Manténgavos Dios, amén;
que la vuesa senetud
a la mía joventud
non debe acoller tan bien.
Tenedos en pie, García;
non vos finquéis de finojos.
D GARCÍA Non cuidaba que míos ojos
vieran tan alegre día.
¡Nuño Osorio en la mi casa!
¿Tanto bien en mi solar?
NUÑO OSORIO (Aparte a TELLO.)
Creciendo va mi pesar,
la causa adelante pasa.
Non sé cómo reprimir
las lágrimas, viendo al viejo,
pues vengo a quebrar su espejo.
TELLO Non se lo cuides decir
fasta la noche pasada.
Salga el sol, y a la partida
con tan fiera despedida
le pagarás la posada,
NUÑO OSORIO García, por ser ya tarde,
non vos digo a lo que vengo:
mañana partirme tengo;
que non hay tiempo que aguarde.
Madrugad, y fablaremos
en la hacienda mayor
que ha tenido el nueso honor
empós que a España tenemos.
DON GARCÍA Cada que vos me queráis,
me fallaréis, el mi Nuño;
que agora non vos repuño

en cosa que me mandáis. [330]

Aunque quisiera saber
qué negocio vos traía.

NUÑO OSORIO De vuesa fija, García;
que non vos quiero tener
toda la noche sospenso.

DON GARCÍA Ahora bien, a cenar vamos;
que después a tiempo estamos.

NUÑO OSORIO Mandad que fechen un pienso
a los caballos no más;
que non yantaré bocado,
porque vengo mal guisado
y fatigoso además.

DOÑA SANCHANon fagáis al padre mío
ese tuerto, en no yantar.

NUÑO OSORIONon es justo calañar
mi desgana por desvío.

Mataráme cena alguna.

DOÑA SANCHAUna conserva no más.

NUÑO OSORIONon acostumbro jamás
el yantar cosa ninguna
cuando me siento cual veis.

Non me fagáis que me dañe.

DON GARCÍA Pues, fija, a vos os atañe
que el lecho a Nuño poséis.

Entrad, y en la cuadra mía
le faced al caballero,
y en la sala al escodero.

DOÑA SANCHAYo voy. ¡Qué grande alegría!

Toda voy regocijada

¡Sol, Leonor, Elvira, Inés!

NUÑO OSORIO Descansaré; que después
vos diré la mi jornada.

DON GARCÍA ¿Cómo está el rey, que Dios guarde,
y en su servicio mantenga?

NUÑO OSORIO Bueno en su real hacienda,
faciendo en vistoso alarde
de grandezas y virtudes,
iglesias y monasterios.

DON GARCÍA Déle, Dios tantos imperios,
tantas honras y saludes

como hay en un campo aristas
a las que el trigo sazona,
y a su guarnida persona
felicísimas conquistas.

A su buen padre alcancé,

en las sus guerras serví,
sus hermanos conocí,

y en sus discordias me hallé.

¡Gracias a Dios, que Bermudo

la cogulla se posó

y el Evangelio cantó!

bien fizo, reinar non pudo.

Yo testigo de la misa

del obispo de León.

NUÑO OSORIO Cuando tan noble blasón

padres de tan alta guisa
non vos hobieran donado,
vuestras fazañas atales
las conquirieran iguales.

Escena XIV

LEONOR, DICHOS.

LEONOR El lecho está ya posado,
y otro tal al escodero.

DON GARCÍA Entrad, Nuño, a descansar.

NUÑO OSORIO Licencia me podéis dar:
zomirme en el lecho quiero,
porque vengo muy cansado.

DON GARCÍA Fágavos Dios venturoso.

TELLO (Aparte.)

Cuanto hay en casa es fermoso.

La nieña me pone agrado.

(Vanse NUÑO y TELLO.)

Escena XV

DON GARCÍA, LEONOR.

DON GARCÍA ¿Qué posaron en el lecho
de Nuño?

LEONOR Atán linda ropa,

que non hay lavada copa
que así lluzga fasta el techo.

Las coberturas de red,
ya las sabes cuáles son,
que el miesmo rey de León
las toviera por merced.

De almaizares de moricas
posaron el rodapié,
las almofadas non sé
que puedan ser atán ricas.

Labradas todas están
de pinos de oro y seda:
non es más linda la rueda
que face el pavón galán.

Hay dos frazadas de lana
con seis listas de colores,
que en ellas cuidando flores
puede salir la mañana.

El cobertor, a la fe,
es tan luengo, que pudiera
vestir tu casa, aunque fuera
como la del rey se ve.

Las sábanas bien serán
buenas, en casa filadas,
ende más, tan perfumadas

con mil yerbas de San Juan.
DON GARCÍA Fágate Dios bien andante.
Vete a servir.
LEONOR Guárdeos Dios. (Vase.) [331]

Escena XVI

DOÑA SANCHA, DON GARCÍA

DOÑA SANCHAYa se zomieron los dos.
La luz les quité delante,
aunque asaz se dormirán;
que el cansancio los acucia.

DON GARCÍASancha, yo tengo fiucia
que grande bien nos traerán.

DOÑA SANCHASi fuera merced del rey,
que asaz es de mercendero,
non cobriera el mandadero
la nueva, nin fuera ley.

Otra cosa, padre mío,
se me ha puesto en el caletre,
ni es mucho que la penetre
de sus razones y brío.

DON GARCÍA Estoy en tu pensamiento.

Mas ¿que se viene a casar?

DOÑA SANCHAY¿Quién lo pudo caletrear
mejor que tu entendimiento?

La vergüeña, las colores,
la dilación en hablar,
todas daban a cuidar
que eran quillotros de amores.

¿No le viste atán turbado?

DON GARCÍA Extiéndese por León
de tu virtud la opinión.

DOÑA SANCHAE n las fiestas padre amado,
me debió de ver Osorio:

y como soy belicosa,
y la su espada famosa
la faz al mundo notorio,
fuera de ser tu valor
de todo el mayor testigo,
querrá emparentar contigo.

DON GARCÍA Yo he conocido el su amor,
y aun he conocido el tuyo,

y quizá con este fin
non puedes ver a Laín.

DOÑA SANCHADE Laín de Lara fuyo,
porque non me causa agrado.

Fazme atamaño pracer,
que des, a Nuño a entender
que entendiste su cuidado;
que él quizá con la vergüeña
non se atreve a declarar,

Y si se vuelve al logar
sin dar de su intento seña,

perderemos la ocasión.
DON GARCÍA Más que tú le estimo y quiero.
D^a SANCHÁ; Éste sí que es caballero
heredar tu blasón!
Pon el famoso cuartel
de sus aspas y sus lobos
pon tu león, farán robos
en el pagano cruel.
DON GARCÍA Tú, departiendo en tu amor,
non miras, fembra liviana,
que se viene la mañana.
DOÑA SANCHÁ Pues entra a dormir, señor,
y al salir del sol acude.
DON GARCÍA No hay fembra que no apetezca...
D^a SANCHÁ; Oh, prega a Dios que amanezca
aun antes que me desnude! (Vanse.)

Escena XVII

Vista exterior de la casa de DON GARCÍA.

LAÍN, de noche; TOMÉ, MÚSICOS.

LAÍN DE LARA Non acordéis los estromentos ahora,
fasta que requiramos sí por dicha
están en poso todos los criados.
TOMÉ Si non salen a arar a los barbechos,
dormirán como peñas a estas horas,
porque de la salud el sueño es éste.
LAÍN DE LARA Yo temo que la noche se me acueste.
TOMÉ Non cuido que atán cedo salga el alba.
LAÍN DE LARA Tardé en venir desde el casar.
TOMÉ Es lejos.
LAÍN DE LARA Asomos dan allí de sus reflejos.
TOMÉ Engaña te el locero cuyos rayos
facen aquella espléndida crarura.
Si non me miembro mal; mirando el Carro,
non puede escracer en harto tiempo,
porque está la Bocina asaz homilde.
LAÍN DE LARA Cantad, a ver si la cruel se asoma,
que tan aviesos mis pesares toma.
MÚSICOS Parióme mi madre
una noche oscura,
cubrióme de luto,
faltóme ventura.
Quando yo nací,
hora, fué menguada;
ni perro se oía
ni gallo cantaba;
ni gallo cantaba,
ni perro se oía,
sino mi ventura,
que me maldecía. [332]
LAÍN DE LARA; Oh, qué tristura tamaña!
El esprito se me roba.

¿Quién hizo tan mala trova?
UN MÚSICO Un home de la montaña,
que es asaz endechador
y palaciano además.
LAÍN DE LARA Non me la cantedes más;
cantadme trovas de amor.

Escena XVIII

CELÍN, AMIR, MOROS, DICHOS.

AMIR En aqueste casar habrá ganado.
CELÍN Pues llegad con secreto, no nos sientan;
que si se quejan al famoso Audalla
los labradores que estas casas viven,
y nos manda colgar de aquestos pinos,
seremos para siempre sus vecinos.

AMIR Pues si nos tiene Audalla en este monte
alojados tan mal, mientras se llegan
las parias (que no es mucho que se tarden,
pues por lo menos buscan cien doncellas),
¿qué quiere que comamos sus soldados?

CELÍN Aquí cerca hay corrales de ganados.

LAÍN DE LARA (Aparte a un criado.)

Por el caldero santo de que saca,
Tomé, las hisopadas nueso preste,
con que el agua bendita nos arroja,
que anda gente puyando las paredes.

TOMÉ ¿Por las paredes puyan?

LAÍN DE LARA ¿Non lo catas?

TOMÉ El fierro saco, vive Dios.

LAÍN DE LARA (Alto.) ¿Qué gente?

AMIR (Aparte.) Perdidos somos; estos son soldados.

CELÍN (Aparte.) Cristianos son que guardan sus ganados.

LAÍN DE LARA ¿Non fablan?

TOMÉ ¿Qué es hablar, si son pantasma?

¿Non veis los camisones?

LAÍN DE LARA Sea quien fuere.

TOMÉ Mueran, magüer que fuesen los dimuños.

AMIR (Aparte.) Huir es lo mejor.

LAÍN DE LARA Ya van fuyendo.

TOMÉ Dimuños son.

LAÍN DE LARA Pues lleven este tajo.

TOMÉ ¿Non ves los pies de gallo por debajo?

(Acuchillan a los moros, y vanse tras ellos.)

Escena XIX

TORIBIO y PASCUAL, con lanzones; después, NUÑO y TELLO.

TORIBIO; Aquí, señor, aquí; que andan ladrones!

PASCUAL Si está ya levantado Nuño Osorio,
a fe que non se alaben de sus furtos.

(Vanse TELLO, PASCUAL y TORIBIO.)

Escena XXI

DON GARCÍA, NUÑO.

DON GARCÍA Osorio, la vergüena que has tenido
anoche al allegar a mi posada,
me ha fecho a mí tan libre y atrevido,
por la licencia de la edad pasada.
Mi fija y yo pensamos que has venido
porque el valor de mi solar te agrada,
y como estás mancebo, aun ser podría
juntases tu hacienda con la mía.
Yo, Nuño, lo tendré por bien andanza,
y te daré las doblas más fermosas
que ha visto el sol, ni avara mano alcanza,
y ganadas con armas fazañosas.
Trigo non me las dió, mas pura lanza.
años ha ya que están guardosas;
mas non las cubre moho; que soy viejo,
y en contallas asaz lucias las deajo.
De Sancha de León, mi fija amada,
non te quiero decir virtud ninguna.
soy padre, y tengo el alma apasionada;
que un madre le faltó desde la cuna.
Es fembra que se pone la celada,
y el mujeril tocado la importuna;
non es tan laboriosa de vainillas
como de ver facer un fresno astillas.
Es propia para ti, valiente Nuño;
que la podrás llevar como amazona,
con esta misma que desnuda empuño,
para la defensión de tu persona.
Non te fará, por esta cruz, rasguño
moro o cristiano en pos de la corona
del rey o el crego, que non faga enmienda,
demás de que te adama por su prenda.
NUÑO OSORIONobre viejo don García,
a quien por padre respetan
todos los homes de pro
que ser fidalgos profesan:
más que para responderos
mi helada y turbada lengua,
hora estaban los mis ojos
para plañir sus endechas.
Non me basta el corazón
para que vos dé respuesta,
habiéndole yo tenido
fuerte con homes y fieras.
Mas siendo, como es, forzoso,
sacaré de mi fraqueza
una lengua de dolor
que vos pase las orejas.

Estando el mío rey Alfonso
firmando en la santa igreja
por rey de León y Asturias,
con tantas alegres fiestas
(que non estaba jurado
por las traiciones y guerras
que le echaron a Navarra
empués de muerto Fruela),
vino de Córdoba un moro...
-¡Triste la su vida sea,
mohoso dardo le mate,
que non dorada jineta!-
Vino como mandadero
del africano que reina
en la más parte de España
y en la más florida tierra.
¡Haya mal poso la Cava!,
que si ella doncella fuera,
non tributáramos nos
al África cien doncellas.
Por éstas vino, y el rey
fizo consejo en que hobiera
mayor mal si non templara
mi condición su prudencia.
Fueron Meledón Fernández,
Suero Díaz, Teudo Vela,
de parecer que se diesen,
y endespués también lo acuerdan [334]
Nuño Velasco Velázquez,
Pero Ruiz, Sancho de Dueñas,
Amaro de Santibáñez,
y Ordoño Juárez de Albelda.
Dicen que non era justo
que estando León sin fuerzas,
destruya la tierra el moro,
viendo que el feudo le niegan.
Non pudieron facer más;
pero el rey facer pudiera
que non trujera yo el cargo
que tanto dolor me cuesta.
Las suertes sacó un rapaz,
que non de diez años era;
tocó a vuesa fija Sancha
ser una de las cincuenta
que se sacan, como veis,
de la asturiana nobreza.
Si me pesa, Dios lo sabe:
y más agora me pesa,
que me la dais por esposa,
y que he visto que es tan bella.
DON GARCÍA; Yaga mi cuerpo triste en sepultura
enantes que de aquí mueva las plantas,
acompañen las fieras mi tristura
y escurezcan el sol las luces santas,
plañan la mi tamaña desventura
los homes que han tenido fijas tantas,

pues una sola, que en el alma adoro,
la doy a Osorio, y él la lleva al moro!
Non debiera nacer home que nace
para bañar a la vejez sus canas
del agua que aún no tiene y que deshace
de la nieve que ya las hizo ufanas.
Conozco que mi muerte al cielo praxe:
tal fincan a la fin glorias humanas,
pues una fija, que era mi tesoro,
la doy a Osorio, y él la lleva al moro.

Escena XXII

DOÑA SANCHA, DICHOS.

DOÑA SANCHA¿Qué es esto, el mi señor? ¿Qué cuita es ésta?

DON GARCÍA Mi fija, entradvos dentro; que non quiero
miraros a la cara atán apuesta,
si non es darme imagen, pues ya muero.

DOÑA SANCHA Gran mal vuesto dolor me manifiesta.

¿Qué vos ha dicho aqueste caballero?

DON GARCÍA Él no me ha dicho nada; mas yo lloro
que os doy a Osorio y que él os lleva al moro.

NUÑO OSORIO Sancha, anoche non cené,
de dolor de mi embajada

La suerte vos ha caído
de las doncellas cristianas

Valor tenéis, si el valor
a tales desdichas basta.

Lo demás fablen mis ojos
con el llanto que los baña;
que non me ha cabido a mí
menos parte en la desgracia,
pues os pierdo y pues os llevo.

Ojos, fablad; lengua, calla.

DOÑA SANCHA ¿Tiene alguna fembra el mundo
con desventurra tamaña?

En mal que plañen dos homes,

¿qué faré, fembra coitada?,

que parezco, puesta en medio

de sus lágrimas amargas,
fuente de mármol, de quien

procede a los dos el agua.

Romperé con tristes voces

la tela del cielo santa,

enterneceré sus luces.

¿Qué faré?

DON GARCÍA Non fagas nada
mientras me voy a morir;

que non te han de ver mis canas
entre los brazos del moro.

NUÑO OSORIO Si vuesa desesperanza

me acorre de aquesta guisa,

¡bien se fará mi jornada,

bien saldré con el decreto

DON GARCÍA Ni en fechos de mis mayores,
ni en armas del mío blasón,
ni en mis alcornias, que son
en Asturias las mejores,
he conocido, Toribio,
ser mis valores atales,
como en ver que a tantos males
tenga la mi vida alivio.
Mas he oído decir
que los pechos que están llenos
de diferentes venenos
suelen por eso vivir;
que en competencia reñida
sobre la joridición,
non tocan al corazón,
que es principio de la vida.
TORIBIO Suele en el acometer
ser de más violencia el mal;
que en después non es atal
que non se pueda sofrer.
Mucho has fecho, y más farás
en esta despedidura;
si aquí la vida te dura,
non hay que decirte más.
Yo, como non he tenido
corazón tan fuerte, en sora
para ir con mi señora
de sueldado me he vestido.
Por lo menos la veré
fasta que al moro la entreguen.
Endespués mis ojos cieguen.
DON GARCÍA Y yo agora cegaré,
porque si la luz se va
que de mis ojos lo es,
¿cómo tendré vista empués
que tan eclipsada está?

Escena II

DOÑA SANCHA, de luto; DICHOS.

DOÑA SANCHANon sé cómo comience
para pediros, el mío padre amado
(tanto dolor me vence),
la bendición, habiendo ya llegado
la mi triste partida.
DON GARCÍAMEjor dirás el fin de aquesta vida.
Non tratemos agora
de nuesa desventura, que tratada,
la pena acuciadora
de la muerte cruel resta aumentada.
Pósate de finojos,
y anegaránse en lágrimas mis ojos.
DOÑA SANCHAVédesme a vuesas prantas,

famoso don García: ¡a Dios pruguiera,
y a las ánimas santas
que llevó San Miguel de su foguera,
aburadas en fuego,
que me matara ese cochillo luego!
¡Oh, cuánto mejor fuera
que me pasara el cuello, y no que un moro
al suyo me posiera,
y que, contra mi ley y mi decoro,
vaya tal astoriana
a ser su denostada barragana!
DON GARCÍA Fija, non vos conviene
el tollerós la vida el vueso padre. [336]
Lo que del cielo viene,
pensad que non hay ál que más os cuadre.
¡Oh muerte!, el arco quiebra;
que un gran dolor para cochillo suebra.
Vos vais donde ha querido
aquel cobarde y fiero Mauregato,
que a nuesa sangre ha sido
atán dañoso vendedor ingrato,
y endespués los leoneses,
que ya facen de fembras sus paveses.
Atended, fija mía,
los míos consejos.
DOÑA SANCHAYa vos oigo atenta.
DON GARCÍA Allá en la Morería
saben quien sois, non vos farán afrenta.
Casaros han con moro
igual a vuestras prendas y decoro.
En toda ley las leyes
del matrimonio vos podéis guardallas.
Moros hay muchos reyes:
sabidas vuestas partes, por honrallas,
reina seréis por dicha...
-Mal dije: reina, sí; mas por desdicha-.
Faced al moro noble
que vos copiere en suerte, fija amada,
que de su ley se doble
con caricias de amor; que si agrada
de vusco, non hay cosa
que non faga por vos, que sois fermosa.
Y el non le placiere,
la ley de Cristo sepan por lo menos
los fijos que toviere.
Que por la vuesa parte son tan buenos.
La ley santa enseñaldos,
y cada que nacieren chapuzaldos.
Mosaldes la dotrina,
con lo que vuesa madre os enseñaba.
Mi vida ya camina
encia la muerte, que el dolor bastaba;
pero si ascanzo alguno,
luego que dos tengáis, enviadme el uno.
Decilde, fija, al moro
que non perderá nada con su abuelo;

y el alto Dios que adoro
vos feche bendición desde su cielo,
tornando la mi mano:
magüer que non soy crego, soy cristiano.
DOÑA SANCHALos vuestos pies os beso
por los consejos santos.
DON GARCÍA Fija amada,
lo que es razón os mueso.
Erguíos, non estéis afinojada,
si non queréis ser pila
desta fuente, que lágrimas estila.

Escena III

NUÑO, VELA, ANZURES, SOLDADOS CRISTIANOS, DICHOS.

NUÑO OSORIONon entré, con el pavor
que la vuesa despedida
me daba, nobre señor.
DON GARCÍA Nuño Osorio, en la partida
crece el llanto y el dolor.
Non sé qué vos diga ya,
tal la mi ánima está.
La vida lleváis con vusco,
la muerte resta con nusco,
que el arco frechando va.
Yo non tengo qué os decir
sobre lo que hemos fablado,
nin de nuevo maldecir
al leonés deshonorado
que atal pudo consentir.
Sólo pienso que sería
non sin valor advertencia,
al donar la fija mía
a la morisca violencia
este miserable día,
contalle su calidad
al capitán cordobés,
y decir que en su ciudad,
pues atán comprida es
de príncipes de su edad,
le den marido de quien
algún nieto la rescate,
y el mío solar también;
que pienso que faz remate
en lo que míos ojos ven.
¡Cuán al revés pensé yo
que Osorio le prolongara,
cuando a mi casa llegó,
y que sus lobos juntara
al león que ya finó!
Pero ya sus lobos son
de tan fiera condición,
que a ensangrentar su pelleja
llevan al moro mi oveja,

sin defensalla el león.
Las parias en prata y oro,
en caballos y en halcones
paga el cristiano y el moro;
mas dar fembras los varones
non es varonil decoro.
Quando desta infame prueba
volváis, decildes por nueva
que quedo espantado acá,
non de Alfonso que las da,
mas de Osorio que las lleva. [337]
NUÑO OSORIOAguardad, oíd, García;
non sin respondida os vais.

(Vase DON GARCÍA.)

VELAFuése; que el dolor le guía.

Escena IV

DOÑA SANCHA, NUÑO, VELA, TORIBIO, ANZURES, SOLDADOS CRISTIANOS.

DOÑA SANCHA Osorio, non lo tengáis
de un padre a descortesía;
endemás que un gran dolor
tiene de poder fablar
licencia de embajador,
NUÑO OSORIO Ya es hora de caminar
y de esforzar el dolor.
Yo non vos miro a la cara
por no tomar sentimiento.
DOÑA SANCHA Aquí, Toribio, repara,
mientras puyo en el jumento,
ya sin espuela y sin vara;
que fasta aquí solía ser
en los mis fechos varón,
y al caballo las poner;
mas ya que tan fracas son,
voy como fraca mujer.
Al mío padre le dirás
que a la Virgine del Monte
diga diez miesas o más,
y luego a caballo ponte;
que cedo me alcanzarás.
TORIBIO Yo faré lo que me ordenas.
DOÑA SANCHA Ven, Osorio.
NUÑO OSORIO (Aparte.) Su valor
la sangre hiela en mis venas.
DOÑA SANCHA Homes, non hayáis pavor,
que a cobardes matan penas.

(Vanse, todos, menos TORIBIO.)

Escena V

TORIBIO, solo.

TORIBIO la fe, que si esto fuera
por armas de dos a dos,
y con Sancha las hobiera,
magüer que mojer, ma Dios,
el moro non la collera.
¿non le copiera a Leonor
esta suerte de donciellas?

Escena VI

LAÍN, con la espada desnuda y una rodela; TORIBIO.

LAÍN DE LARA(Para sí. Pienso que es cierto el rumor;
que han ferido las estrellas
voces de tierno dolor.

Aquí está un home, y soldado
del fidalgote venido
por mal año del solar,
y aun de todos sus vecinos.)

Te mate el primer morico,
¿qué es lo que dicen de Sancha?

TORIBIO Presto me has desconocido.

Non soy sueldado, señor,
ni con Osorio he venido.

Toribio soy; ¿non me ves?

LAÍN DE LARA ¿Qué es esto, amigo Toribio?

TORIBIO Vino ese Nuño, o dimuño

(que como dimuño ha sido,
pues se lleva los cristianos
donde non se sirve a Cristo),
y la mi señora lleva,

por enriba desos pinos,
adonde está el moro Audalla.

LAÍN DE LARA ¿Que la suerte le ha cabido
de las cincuenta fidalgas?

TORIBIO Todo es vero quanto digo,
¡Pruguiera a Dios non lo fuera!

LAÍN DE LARA Yo soy muerto.

TORIBIO Y yo morido.

LAÍN DE LARA ¿Nuño Osorio se llamaba
ese capitán que vino
a facer cosa tan vil?

¿En home de su apellido,
en home de su opinión
cupo tan mal fecho?

TORIBIO Quiso

el rey que un home de pro,
porque fuese obedecido,
viniese por los solares
con cien homes que ha traído,
todos con buenas corazas,
bien apuestos y guarnidos.

LAÍN DE LARA ¿Cien homes?

TORIBIO Yo los conté

por en somo del ejido:
cincuenta son de a caballo,
con lanzas como unos pinos.

LAÍN DE LARA;Y los otros?

TORIBIO También vienen
a caballo.

LAÍN DE LARA Desvaríos
de home inorante. [338]

TORIBIO A la fe,
con el dolor amarrido.

LAÍN DE LARA;Non tuviera diez fidalgos,
o mis parientes o amigos!

TORIBIO;Con diez a ciento!

LAÍN DE LARA Y estoy
por ir solo.

TORIBIO ¿Estás perdido?

¿Es home Osorio de burlas?

LAÍN DE LARAPara morir sin joicio,

¿qué importan ciento ni mil?

TORIBIO;Tente y cobra tu sentido.

LAÍN DE LARALa muerte al cielo pido,
pues, se me va la vida y no la sigo.

¡Ay Sancha de los míos ojos,

Sancha de los ojos lindos,

Sancha del tranzado largo,

de oro crespo, rubio y rizo:

Sancha de la crencha bella,

atada en coifa de pinos!

Ma Dios, que sobre el cabello

la vi sentar un domingo.

Con no escuchar de su boca

sino desdenes y olvidos,

perlas eran sus palabras,

sus labios corales lisos.

La muerte al cielo pido,

pues se me va la vida y no la sigo.

Mas ¿qué fago? ¡Sandio yo,

caballero mal nacido!

¿Yo soy Lara? ¿Yo diciendo

de aquel goda Atanagildo?

Doña Sancha de León,

el mi amor, el mi principio,

que antes ni en pos non amé

otra fembra, por Dios vivo,

ha de gozar un Zulema,

un Almanzor, un Celindo?

TORIBIO;Hola! ¿Non catas que fablas

sandeces de home sin tino?

¡Por Dios vivo juras tú!

¿Non temes que por castigo

te zampuce so la tierra

un rayo del cielo?

LAÍN DE LARA Amigo,

non caté lo que decía:

en aquel Señor confío

perdonará la mi culpa;
en demás que mi delito
es de home que está sin seso,
y faré buenos testigos
en ir a morir agora.

TORIBIO Detente.

LAÍN DE LARA Guardad mis filos,
fidalgos los de León,
que os vendéis vosotros mismos
por no morir de una vez.

TORIBIO ¿Dónde vas?

LAÍN DE LARA A resistillos;
que un home sin joicio
por mil espadas colará atrevido.

(Vanse.)

Escena VII

Campo.

AUDALLA, AMIR, CELÍN, MOROS.

AUDALLA no decirme el rey que era contento
de rendirme las parias, no esperara.

AMIR ¿Qué puede ser tan gran detenimiento?

CELÍN Ya por ventura en dártelas repara.

AUDALLA Si han hecho nuevo acuerdo, sentimiento
pienso mostrar, que viéndome la cara
diga una cosa, y otra estando ausente.

CELÍN Serán consejos de su altiva gente.

AMIR Son atrevidos estos asturianos,
y van creciendo en número y en fuerzas.

AUDALLA ¿Qué pueden ya los míseros cristianos,
por más que con tus miedos los esfuerzas?

Escena VIII

TELLO, DICHOS.

TELLO ¿Adónde está, gallardos africanos,
el capitán?

CELÍN (Aparte a AUDALLA.)

Correos hay, no tuerzas
de las parias un átomo.

AUDALLA Ni puedo;
que tengo al rey y a sus enojos miedo.
Yo soy el capitán.

TELLO Y yo he venido,
valiente Audalla, a darte aviso agora
que estés con la tu gente apercebido
a recibir las parias.

AUDALLA No atesora
mi rey, en cuantas joyas le han traído

de los dorados reinos del aurora,
 cosa que estime en más.
 TELLO Sal a ese prado
 con tu escuadrón. [339]
 AUDALLA ¿Quién viene?
 TELLO Un gran soldado;
 Nuño Osorio se llama.
 AUDALLA Ya su fama
 y su persona he visto: es caballero
 de gran valor y generosa rama,
 de tronco entre cristianos el primero;
 y aunque por esto mismo me desama,
 por sus hazañas y opinión le quiero.
 Darte quiero un presente que le lleves.
 TELLO Por el que te ha de dar, bien se le debes.
 AUDALLA ¿Hay mujeres hermosas?
 TELLO Tan fermosas
 que las de antaño exceden; mas entre ellas
 como a las hojas las bermejas rosas
 excede Sancha de León las bellas.
 Non hay entre cristianas generosas,
 atanto de casadas cual doncellas,
 fembra de más valor nin fermosura.
 AUDALLA Por mía la acoto.
 TELLO Habrás buena ventura.
 AUDALLA Pónganse en ala mis quinientos hombres,
 que coronen el prado con más varias
 colores que sus plantas de mil nombres,
 para que puedan recibir las parias.
 AMIR Veráslos tan gallardos, que te asombres.
 TELLO Quien parias dió, a la ley de Dios contrarias,
 en el infierno yaga con Pilatos.
 CELÍN ¿Qué dices?
 TELLO Que de un ángel son retratos.

Escena IX

NUÑO, TORIBIO, ANZURES, DICHOS.

NUÑO OSORIO ¿Que por todo el camino viene Sancha
 los brazos y las piernas descubiertas?
 ANZURESEs cosa que nos lleva sin sentido,
 y que cuidamos que le habrá perdido.
 NUÑO OSORIO Non puede, amigos, ser de otra manera,
 porque con seso non se descubriera.
 TORIBIO Non puedo contener, capitán fuerte,
 las lágrimas de ver la mía señora
 venida en tanto mal.
 NUÑO OSORIO Con causa llora.
 TORIBIO Los blancos brazos y los tiernos pechos,
 que non se descubrieron en su casa
 a Sol, su prima, ni a Leonor, su amiga,
 los trae descubiertos por el campo.
 NUÑO OSORIO Que Sancha de León, entre cien homes,
 siendo fembra tan cuerda y bien nacida,

camine con los brazos y las piernas
descobiertas a todos craramente,
non puede ser fazaña deshonesta.
A la fe, Anzures, que ha perdido el
seso, y que esta sinrazón se le ha tollido.
ANZURES Pues ¿cuidas lo ficiera en su sentido?
NUÑO OSORIONon lo ficiera fembra tan constante,
tan colmada de honor y de crianza.
ANZURES La pena, Nuño, de cuidar que un moro
ha de pisar su virginal decoro
¿qué non podrá?
NUÑO OSORIO Podrá lo que ha podido,
que es quitarle el honar con el sentido.
Confiésovos, soldados valerosos,
que cuando la miré venir desnuda,
con ser atán fermosa, branca y linda,
que llevaba las hojas de los árboles,
cuanti más que los ojos de los homes,
quité los míos por vergüeña, y dije:
«No el seso, que el dolor, a Sancha rige.»
ANZURES Non hay soldado (con ser libres homes,
y solteros los más y mancebicos)
que se atreva a mirarla; y si la mira,
non de codicia del su amor sospira,
mas llora de dolor, viendo tal dama
que de pesar su honestidad infama.

Escena X

TELLO, DICHOS.

TELLO Ya di, señor, a Audalla tu recado,
y corona de moros este prado,
aguardando las parias que le llevas,
con dulzainas, tambores y jabetas. [340]
Dióme un presente, Osorio, que te diese,
atán rico, que es digno de ti mismo:
cuatro caballos nobles, andaluces,
un rosillo, dos bayos, cabos negros,
y un blanco escrito a ruedas, que parece
que le han pintado adrede, y cada uno
con un alfanje damasquino, atado
por el arzón con una cuerda de oro,
nielado el pomo, la contera y brazos,
que Alfonso se pudiera honrar con ello.
NUÑO OSORIONo me lo digas, no; déjame, Tello.
TELLO Pues ¿qué dirás, si ya, señor, sopieses
cómo tiene el morazo, que mal haya,
escollida por fembra a doña Sancha?
NUÑO OSORIO Buen pro le hará, que sandia se ha tornado.
TELLO ¿Sandia, señor?
NUÑO OSORIO ¿Non basta que lo diga?
Loca y sandia la tiene su fatiga.
Las piernas y los brazos descobiertos,
camina entre nosotros.

TELLO

¡Triste caso!

Escena XI

VELA, DICHOS.

VELA Ya están, señor, enfrente de los moros
las cien doncellas.

NUÑO OSORIO Bien lo vi en sus lloros.

VELA Apenas, gran señor, los descubrieron,
cuando mil gritos y alaridos dieron,
non maldigando sólo a Mauregato,
sinon a Alfonso, de cobarde, ingrato,
y a ti también, señor, que las entregas.

Veráslas todas que, de llanto ciegas,
el campo siembran de oro del cabello.

NUÑO OSORIO Su duelo escucho y non memaraviello.

Mas ¿qué hay de doña, Sancha?

VELA Un caso extraño:

que así como, desnuda, vió los moros,
las piernas y los brazos se ha cubierto,
y vestida y honesta y vergonzosa,
cerróse toda como rubia rosa
que en ausencia del sol las hojas junta,
marchita, triste, pálida y difunta.

NUÑO OSORIO ¿Que se ha vestido?

VELA Sí que se ha vestido.

NUÑO OSORIO Traedla aquí.

TORIBIO Yo voy, señor, por ella.

(Vase.)

NUÑO OSORIO Saber quiero la causa que ha tenido.

VELA De ti, señor, se ofende y se querella.

NUÑO OSORIO Non tengo culpa yo; del rey ha sido.

ANZURES Mal fecho fué; ¡tan principal doncella!...

NUÑO OSORIO En las suertes non hay culpa ninguna;
culpar debiera Sancha su fortuna.

TORIBIO Aquí viene doña Sancha.

Escena XII

DOÑA SANCHA, TORIBIO, NUÑO, TELLO, VELA, ANZURES, SOLDADOS CRISTIANOS.

NUÑO OSORIO Pues ¿cómo vestida vienes,
tú, que desnuda venías?

DOÑA SANCHA Osorio, ¿que non lo entiendes?

NUÑO OSORIO ¿Cómo lo puedo entender,
pues facen esas sandeces
los que no tienen juicio,
y tú vemos que le tienes?

DOÑA SANCHA Atiende, Osorio cobarde,
afrenta de homes, atiende,
porque entiendas la razón,

si non entenderla quieres.
Las mujeres non tenemos
vergüenza de las mujeres:
quien camina entre vosotros
muy bien desnudarse puede,
porque sois como nosotras,
cobardes, fracas y endebres,
fembras, mujeres y damas;
y así, no hay por qué non deje
de desnudarme ante vos,
como a fembras acontece.
Pero quando vi los moros,
que son homes, y homes fuertes,
vestíme; que non es bien
que las mis carnes me viesen.
¿Qué honestidad he perdido,
quando venzo entre mujeres?
Ninguna, pues que lo sois
tan cobardes y tan leves;
pero no quando los moros,
que son homes.

NUÑO OSORIO

Sancha, tente; [341]

tente Sancha; que me matas,
me enfurias y me ensandeces.
¡Por el alcázar divino,
por las deidades celestes,
por la sangre de mis padres,
que en blancos mármoles duermen
en San Salvador de Oviedo,
que non el mundo me afrente
con el nome de mujer,
quando mil vidas perdiese!
¡Porque somos fembras viles
las tus carnes non defiendes,
y a los moros las cobijas
porque son homes valientes!
¡Hola, soldados! Alfonso,
sus consejeros, sus leyes,
sus paces y sus conciertos
en este punto perecen.
Quinientos moros están
armados, cual veis, enfrente:
ciento somos; toca el arma;
que asaz ha fecho quien muere.
¿Yo mujer? ¡Ante mis ojos
se desnudan! Si la hueste
fuera del mismo Alejandro,
Darío, César, Pirro o Jerjes,
non dejara de morir
por lo menos, y tenerme
por tan home como soy.
ANZURESNon has dicho eternamente
palabra tan bien fablada.
VELA¡Nosotros somos mujeres,
Osorio, y los moros homes!
TELLOSeñor, si agora consientes

esta afrenta, ¿qué dirán
los que en pos de nos vinieren?
NUÑO OSORIO Que non hay que rehortir;
esto faré cada siempre
que el cielo me diese vida.
La vida presto se pierde;
la fama por siempre dura,
y vuela de gente en gente
fasta los fines del mundo.
DOÑA SANCHA; Oh Nuño gallardo y fuerte!
¡Oh gloria de los Osorios!
Conténtate que me cuestas
el haberme descubierto,
que en mi prez valor non tiene.
Acomete esos quinientos;
que yo pondré a mis mujeres
las armas que vos sobraren;
que con el dolor que vienen
farán más que dos mil homes.
Y si se quejare el reye
o el reino de lo que faces,
¿qué importa que nos degüelle?
Ende más que Dios fará
y el su Apóstol, que defiende
este rincón, donde yace,
que Alfonso la furia temple.
NUÑO OSORIO; Oh valerosa asturiana!
Si vida el cielo me ofrece,
yo te pagaré el valor
Santiago!
DOÑA SANCHA Osorio, acomete. (Vase.)
TODOS; Santiago!

(Éntranse todos, y principia dentro la batalla.)

Escena XIII

AUDALLA, NUÑO, AMIR, SOLDADOS MOROS, SOLDADOS CRISTIANOS, todos dentro.

AUDALLA; ¿Qué es esto? ¿Desta suerte pagan parias
los cristianos al rey de España?

NUÑO OSORIO ¡Oh perro!

Ésas que le han pagado son contrarias
al cielo y al valor de aqueste fierro.

AUDALLA Yo te haré deshacer en partes varias,
y a las aves poner en ese cerro.

NUÑO OSORIO Mira por ti, villano; a ver si toma
tu defensión el pérfido Mahoma.

(Salen todos peleando.)

AMIR; Mueran, valiente Audalla, los cristianos!

Quinientos somos.

NUÑO OSORIO ¡Linda fama adquieres,
cuando ciento muramos a tus manos!

Escena XIV

DOÑA SANCHA, con un gran número de DONCELLAS armadas de espadas y rodela, que se ponen al lado de OSORIO; DICHOS.

DOÑA SANCHALlevad de aquesta guisa las mujeres.

NUÑO OSORIOEstimo, Sancha, tus valientes manos.

DOÑA SANCHATú eres quien me da valor.

NUÑO OSORIO Tú eres

por quien he de facer del moro estrago.

AUDALLA¡Aquí Mahoma, aquí!

NUÑO OSORIO ¡Y aquí Santiago!

(Vanse.) [342]

Escena XV

Sala en el alcázar de León.

EL REY, TEUDO, SUERO, MELEDÓN.

REY ALFONSOLas joyas que voy juntando,

mis fidalgos, son a efeto,

si a la avaricia sojeto

me vades imaginando,

de facer una cruz de oro

de inestimable valor,

que dar a San Salvador

por prenda de la que adoro.

Non vos cale en esta guisa

dar caloña a lo que fago;

que non de cosas me pago

que la ley cristiana pisa.

Los diamantes y amatises,

los rubíes y balajes,

girasoles de linajes

que atán diferentes vistes,

las zafiras y esmeraldas,

crisólitos y topacios,

han de ocupar los espacios

de la faz y las espaldas.

Esto fué juntar tesoro,

non a la fe por codicia.

TEUDO¿Cuidas tú que fué malicia

cuidar que juntabas oro?

Non, señor, sí soldemente

que alguna guerra esperabas,

con que defensar pensabas

de los moricos tu gente;

que asaz, buen Alfonso, basta

el nombre y santa opinión

de Casto, aunque es compasión

que de ti non dejes casta.

SUERO¿Con quién, invito señor,
piensas facer esa cruz,
que dará a tus obras luz
y devino resplandor?

¿Dónde fallarás platero
de tan alta platería?

REY ALFONSOEscorrid la tierra mía
vos, Meledón, y vos, Suero,
fasta que topéis un home
asaz soficiente deso,
que vos guise de maeso,
ya por obras, ya por nome;
que non ha de haberse visto
cruz de tamaño valor,

MELEDÓNSepa tu merced, señor,
que la adoración que a Cristo,
a la Cruz debe el cristiano;
y así, es bien facerla atal.

REY ALFONSODaré de mi amor señal,
en aprecio soberano,
de aquel Señor que se puso
en ella por mis pecados.

TEUDOPIes y brazos acabados,
¿non farás algo de yuso?

REY ALFONSOUN pie sobre que se pose.

TEUDO¿E non farás los iodíos
que le ficieron desvíos?

REY ALFONSOMejor en gracia repose
y en fuesa de mis pasados,
que ningún jodío faga;
que aun pintados non me paga
de mirallos fegurados,
cuanti más facerlos de oro.

TEUDOPues muy de jodíos es
tener oro fasta en pies.

REY ALFONSONon será en la Cruz; que adoro.

Escena XVI

AMIR, DICHOS.

AMIR¿Está el rey aquí?

REY ALFONSO ¿Quién es?

SUEROUn morico mal ferido.

REY ALFONSOHome, ¿de dónde has venido?

AMIREscucha.

REY ALFONSO Prosigue, pues.

AMIRDe Córdoba soy, Alfonso;
aquí vine con Audalla,
señor de Úbeda y Baeza,
de Montilla y Guadalcázar,
alguacil mayor del rey
que tiene el cetro en España,
a quien, porque en paz os deje,
pagáis los de Asturias parias.

Él os habló de su parte
y dió real embajada
en razón de lo que digo,
que no con violencia de armas;
pudiérades responder
que no os agrada el pagarlas,
y a Córdoba se volviera,
adonde el rey las cobrara;
mas respondistes, el rey
(si reyes los vuestros llaman
a los que, haciendo traición,
rompen, su firma y palabra),
que esperase a pocas leguas
de León, mientras se daba
orden de juntar la gente,
que estaba en diversas casas.
Esperó; llegó un soldado
un martes por la mañana,
que dijo que Nuño Osorio
ya con las parias llegaba.
Dímosle todos albricias, [343]
codiciosos de cristianas;
que no pienso que tendréis
por mal gusto el estimarlas.
Apareció sobre un monte
con cien doncellas que al alba
daban por cien soles luz,
y cien hombres de armas blancas.
puso Audalla sus quinientos,
como el que las esperaba,
en forma de luna abierta...
Digo, al menguar de su cara.
Mas, movida entre ellos mismos,
por dicha, de no entregarlas
nueva plática y acuerdo,
mandaron tocar las cajas.
Embisten el escuadrón
con ballestas y con lanzas,
de suerte que las mujeres
con piedras y con espadas
hicieron tan altos hechos,
tan espantosas hazañas,
que de quinientos que fuimos
apenas los ciento escapan.
Murió Audalla, porque Nuño
le deshizo a cuchilladas,
con ser el hombre más bravo
que de África vino a España.
Huyeron por esas sierras
los que la vida estimaban;
yo solo a avisarte vengo
para decirte en la cara
que no es de reyes mentir
ni faltar a su palabra;
y que si no lo has sabido,
hagas en Nuño venganza,

REY ALFONSO Por vos, fembra, escocharé,
que parecéis mesurada.

DOÑA SANCHASoy de buen padre engendada.

REY ALFONSO¿Quién el vuesto padre fué?

DOÑA SANCHADon García de León.

REY ALFONSO Ma, Dios, que aun es mi pariente.

DOÑA SANCHAFablad, Osorio valiente;

que el rey vos dará atención.

NUÑO OSORIO Yo llevé las cien doncellas,

las pecheras y fidalgas,

famoso rey de León,

de Asturias y las montañas,

para entregar a los moros

a su capitán Audalla,

como lo dirá el presente,

que estuences me vió llevarlas.

Del solar de don García

saqué, reye, a doña Sancha,

mujer asaz belicosa

y digna de eterna fama. [344]

Ella por todo el camino,

quitada su saboyana,

iba los brazos y piernas

descubiertos a luz crara.

Nos tuvimoslo a sandez,

y non quisimos miralla;

que aun hay en homes mesura

a tiempo que en fembras falta.

Cuando Sancha vió los moros,

vistióse cedo, y miraba

si alguno dellos la vía,

vergüenosa y recatada.

Como la vimos vestir,

pescudámosle la causa,

y dijo que entre nosotros

de ir desnuda non coidaba,

por ser, como ella, mujeres

viles, endebres y fracas;

pero que en viendo los moros,

homes fuertes, homes de armas,

se recató, como fembra

que del home se recata.

Apenas lo oí, señor,

cuando, a tener luenga barba,

pedazos me la ficiera;

mas pagólo la mi cara.

Juré por Dios, que non pude

a tan gran jura quebrarla,

de non entregar las donas,

de non dar las viles parias;

socedió lo que ya sabes.

Así los cielos te fagan

el más dichoso, buen rey,

en todas las tus andanzas,

que juzgues lo que ficieras

si en aquel prado te hallaras,

viéndote llamar mujer,
fidalgo y de ley cristiana,
y llamar home valiente
a un moro de ley contraria.
Córtame, rey, la cabeza,
aquí tengo la garganta;
home moriré, non fembra,
como los que dan las parias.
REY ALFONSOQuedo, Osorio; todos somos
homes, de Dios por la gracia.
Non soy yo fembra; ma, Dios,
magüer que Casto me llaman,
que el Casto fué por virtud,
non porque el brío me falta;
que una cosa es non querer,
y otra la fraqueza humana.
SUERONuño Osorio, yo soy Suero;
lo que el rey ha dicho basta
para que de hoy en delante
non digan fembras ni damas
que los homes somos fembras.
MELEDÓN Si dije que se pagaran,
non cuidé yo que vallan
las mujeres a las armas.
Non se paguen más al moro.
REY ALFONSOVete, moro, enhoramala.
Di al tu rey que cien doncellas
son cien chuzos y cien lanzas.
Que venga como quijere;
que las fembras solaz bastan
a defenderse a sí miesmas.
AMIRPresto veréis la venganza
que hace mi rey de vosotros.
NUÑO OSORIOAun bien que las tus adargas
saben ya los muesos golpes.
DOÑA SANCHAA bocados, a puñadas,
los desfaremos las fembras.
NUÑO OSORIODad algo a Laín de Lara,
rey, que en aquesta ocasión
fizo notable matanza
en los cordobeses moros.
LAÍN DE LARAEl premio desta batalla
vos pido que Sancha sea.
NUÑO OSORIOEso no; que doña Sancha
ha de ser mujer de Osorio,
y seldo vos de mi hermana,
que es la fembra más fermosa
que hay en todas las montañas.
LAÍN DE LARADigo que, pues Sancha os quiere,
buena pro, Nuño, vos faga.
REY ALFONSOYo seré a los dos padrino.
TORIBIOY yo a dar nuevas tan altas
voy al sol de aquel buen viejo.
REY ALFONSOA Osorio le doy por armas
al rededor de los lobos
diez y seis famosas aspas;

a Laín fago desde hoy
el capitán de mi guarda.

NUÑO OSORIO Aquí, senado, hacen fin
de don Nuño las fazañas.

DOÑA SANCHAEso non.

NUÑO OSORIO Pues ¿quién, señora?

DOÑA SANCHALas famosas asturianas.

FIN DE «LAS FAMOSAS ASTURIANAS»

LOS GUANCHES DE TENERIFE
O
LA CONQUISTA DE CANARIAS

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

LOS GUANCHES DE TENERIFE

O

LA CONQUISTA DE CANARIAS

COMEDIA EN TRES ACTOS,
DIVIDIDOS EN DOCE CUADROS,

original de

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

Versión libre de

CLAUDIO DE LA TORRE

*A San Miguel de los Baños con
una fuente abogada de
Miguel de la Torre*

Sept. 1913.

EDICIONES

ALFIL

PREMIO NACIONAL DE TEATRO

Nº Copia 777777

COLECCION
TEATRO

*

© 1963, by ESCÉLICER, S. A.—Héroes del Diez de Agosto, 6.—
Madrid.—Reservados todos los derechos.—Los representantes de la
Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados
de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

N.º de Registro: 3.388-63. Depósito legal: M. 8.968-1963

TALLERES GRÁFICOS ESCÉLICER, S. A.—CANARIAS, 38, MADRID.

La versión de esta comedia fue estrenada en el Teatre Guimerá, de Santa Cruz de Tenerife, el 15 de diciembre de 1962, por la Compañía Lope de Vega, bajo la dirección de José TAMAYO, con el siguiente

REPARTO

(Por orden de aparición.)

LOS ESPAÑOLES

DON ALONSO DE LUGO	<i>Salvador Soler Mari.</i>
DON LOPE FERNÁNDEZ	<i>Rafael Calvo.</i>
EL CAPITÁN CASTILLO	<i>Carlos Ballesteros.</i>
EL CAPITÁN TRUJILLO	<i>Roberto Sampsó.</i>
EL TENIENTE VALCÁZAR	<i>José Luis Sanjuán.</i>

LOS GUANCHES

TINGUARO	<i>Anastasio Campoy.</i>
EL REY BENCOMO	<i>José Sepúlveda.</i>
SILENO, <i>el agorero</i>	<i>Juan Amézaga.</i>
LA INFANTA DÁCIL	<i>Irene Daina.</i>
SILEY	<i>Luis Galdós.</i>
MANIL	<i>Antonio Soto.</i>
FIRÁN	<i>Francisco Carrasco.</i>
PALMIRA	<i>Rosita Palomar.</i>
ERBASIA	<i>Angelines Nuevo.</i>
EL ARCÁNGEL SAN MIGUEL	<i>Miguel Rubio.</i>

Ilustraciones musicales: GUSTAVO PITTALUGA.

Decorados y figurines: EMILIO BURGOS.

La danza típica "El Canario", interpretada por el Grupo de Coros y Danzas de la S. F., y montada por HÉCTOR ZARASPE.

Ayudante de dirección: ANTONIO AMENGUAL.

Supervisión escénica: CLAUDIO DE LA TORRE.

A MANERA DE PROLOGO

Tuve siempre una especial predilección por el poema de Antonio de Viana, sobre todo en los años de mi juventud, cuando en el grupo de la "joven literatura" nos deslumbraba el hallazgo de una imagen nueva, como si se tratara del rostro real de una mujer. Recuerdo el retrato de Dácil:

Hermoso rostro de color de nieve
con fuego y sangre misturado a partes,
y como al cielo claro, lo estrellaban
algunas pecas como flores de oro.

Aún me conmueve la imagen con su fresca originalidad. Imaginaba al estudiante tinerfeño por las calles de Sevilla, a un siglo apenas de distancia de la conquista de su isla, soñando con el mundo fabuloso del archipiélago, que era ya de España. El poema de Viana, bastante extenso, se publicó en Sevilla en 1604, con el título de Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria. Conquista de Tenerife y apareamiento de la Imagen de Candelaria. Entre los sonetos laudatorios que se leen en el libro, hay uno de Lope de Vega.

A Lope debió sorprenderle el poema. Era algo nuevo para su fantasía: unas costumbres, unas vidas, un paisaje distinto ante sus ojos; una naturaleza y unos seres, no utilizados en la escena española, que tenían forzosamente que tentar su inspiración de poeta y dramaturgo. Así, siguiendo fielmente el poema, Lope escribió Los guanches de Tenerife.

Sabemos que en la segunda lista de El peregrino se da una obra de Lope de Vega con el título de Conquista de Tenerife, y que, en 1606, el actor Alonso de Riquelme compra a Lope, en Toledo, una comedia titulada El cerco de Canarias. Probablemente se trata de la misma obra. Para nuestra versión hemos utilizado el texto que la Real Academia Española publicó en 1900, con el título de Los guanches de Tenerife y conquista de Canarias, texto que tenemos por definitivo, junto a la edición comentada y anotada por la profesora María Rosa Alonso.

Tuve siempre la impresión al leer esta comedia —y Dios sabe los escrúpulos con que la expongo— que, cautivado nuestro Fénix por la belleza del mundo que le descubría el poema de Viana, se dejó llevar de tal modo por la inspiración que compuso una exquisita obra poética, en la que incluso brilla con luz de milagro una de las escenas pastoriles más bellas de nuestro repertorio clásico, pero descuidó, en cambio, los valores teatrales en la construcción general de la comedia.

Como siempre he pensado que el mejor homenaje a nuestros clásicos consiste en acercarlos a nosotros, me he permitido alterar el orden de algunas escenas, construir la obra de otra forma, aclarar los versos a veces laberínticos de Lope, suprimir aquellas divagaciones tan características de la época, que me han parecido hoy innecesarias y acortar algunas escenas. Por eso he creído conveniente advertir que se trata de una versión libre.

Hice esta versión hace unos años, pero la suerte que guía a ciertas comedias quiso que se estrenara en Tenerife, que es el verdadero lugar de la acción. Que yo sepa, es, además, la única obra de nuestro teatro clásico que tiene como tema central la conquista de Canarias, lo que bastaría para colocarla en lo más alto de nuestra estimación.

Modestamente, he querido también sumarme al homenaje que debemos los canarios al primero de nuestros autores, por habernos recordado tan oportunamente en su época, en el momento más glorioso del teatro español.

CLAUDIO DE LA TORRE

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La nave de los conquistadores. DON ALONSO DE LUGO habla a su gente, reunida en cubierta.

DON ALONSO. Tercera vez animosos
a Tenerife volvéis,
a probar los belicosos
brazos que ya conocéis
de sus guerreros famosos.
Tercera vez este mar
de nuevo vuelvo a pasar,
pues desde la Gran Canaria,
por tanta fortuna varía,
nos dan sus puertas lugar.
Aquel Arcángel divino
en quien tengo devoción,
y que en nuestra guarda vino,
nos dará en esta ocasión
luz, puerto, amparo y camino.

DON LOPE. El nos sirve de fanal
y su espada celestial
pondrá a estos bárbaros yugo.

C. CASTILLO. Gran don Alonso de Lugo,
nuestro invicto general:

sola Tenerife queda
de estas islas de Canaria
que resistírsenos pueda,
y, así, es cosa necesaria,
por si es que en valor exceda
a los guerreros pasados,
o conquistarla o morir
como españoles soldados;
que esta empresa no es seguir
las fortunas ni los hados.

DON ALONSO. Castillo, vuestro valor,
no estas islas, todo el mundo
lo reconoce.

C. CASTILLO. Señor,
en vuestro valor lo fundo,
como del mundo el mayor.

C. TRUJILLO. ¿Es tierra, por dicha, aquélla?

DON LOPE. Parécelo en los celajes.

C. CASTILLO. ¡Tierra, tierra! ¡Oh, quién en ella
pusiera el pie!

DON LOPE. Los paisajes
descubren lo lejos de ella.

DON ALONSO. ¡Ea, españoles valientes,
que salten los corazones
por ver los guanches presentes!

C. CASTILLO. Si he pretendido blasones
con enemigos ausentes,
aquí los haré verdad.

DON ALONSO. ¡Ondas, el puerto acercad!

DON LOPE. ¡Favor, Arcángel Miguel!

C. TRUJILLO. ¡Puerto es ése!

C. CASTILLO. ¡Echadme en él!

DON ALONSO. Frena tu temeridad.

C. CASTILLO. Yo procuro vuestra gloria
más que mi honor y memoria.

DON LOPE. Toma ejemplo de Trujillo.

C. CASTILLO. ¡Salte en la tierra Castillo,
que él os dará la victoria!

(Desaparece la nave con los conquistadores, mientras se oye como un canto de sirenas, alejándose. Al extinguirse el canto, entran en escena DON ALONSO DE LUGO y su séquito.)

DON ALONSO. Este sitio me parece
que hemos de fortificar.
Esta peña lo guarnece
y de esta parte la mar
segura defensa ofrece.

DON LOPE. A las espaldas, las naves
es lo mejor.

DON ALONSO. Ya lo sabes.

(Se sientan en las rocas.)

Generosos caballeros:
en razón de esta conquista
ved lo que puedo ofreceros.
La tierra otras veces vista
anime vuestros aceros.
Seréis de ella señores
y como conquistadores
la repartiréis, ganada
por los filos de la espada,
tantas veces vencedores.
Yo, aunque soy el general,
seré en partirla el menor
y con un soldado igual,
lo que tengo por mejor
y juzgo por principal.
No penséis en oro, plata
ni seda. Estos guanches son
gente que en ganados trata,
lejos de toda ambición.
Sí lo que estos montes crían
es honra, victoria y fama
que desde España nos llama
y que sus reyes nos fían,
hemos sólo de tratar
del interés de la guerra.

- C. CASTILLO. La isla se ha de ganar.
Ya, sin ganar esta tierra,
no hay que volver a la mar.
- C. TRUJILLO. Trátese cómo ha de ser
la conquista, en qué concierto.
- C. CASTILLO. Si me pedís parecer,
desde que tomamos puerto
debí ir yo a reconocer.
Quiero probar mi fortuna.
- C. TRUJILLO. Si ha de ir persona alguna
a reconocer, haced
a Trujillo esta merced,
que no quiero otra ninguna.
- C. CASTILLO. ¿Y no merece Castillo
esta empresa como vos,
señor capitán Trujillo?
- DON ALONSO. De la ambición de los dos
me quejo y me maravillo.
No tengamos pesadumbres
al principio de la guerra.
- DON LOPE. Son ya sus viejas costumbres.
- C. CASTILLO. Yo sé un poco de esta tierra.
- C. TRUJILLO. Y yo he pisado sus cumbres.
- C. CASTILLO. ¿Y ha de faltar ocasión
para que ganéis después
premio, gloria o galardón?
- C. TRUJILLO. Buena ocasión ésta es,
puesto que todas lo son.
- DON ALONSO. ¡Caballeros, bien está!
Lo más prudente será
echar suertes.
- DON LOPE. Eso es justo.
- C. TRUJILLO. Diga Castillo su gusto.
- C. CASTILLO. Creo haberlo dicho ya.
- DON ALONSO. Venid, Lope. Aquel que acierte...
- DON LOPE. ¿Cómo han de hacer?
- DON ALONSO. De esta suerte:
Sacad, como yo, la daga.
- DON LOPE. ¿Qué queréis que diga o haga?

- DON ALONSO. Demos las dos a escoger
a los dos de esta manera.
Aquel que mi daga quiera
se parta a reconocer.
- DON LOPE. Tomad, que así hemos de hacer
la elección.
- DON ALONSO. Va la primera.
¿Cuál de estas dagas te agrada?
- C. CASTILLO. La dorada.
- DON ALONSO. ¿A ti, Trujillo?
- C. TRUJILLO. La misma.
- DON LOPE. No hicimos nada,
porque Trujillo y Castillo
ven que es tuya la dorada.
- DON ALONSO. Acércate, ven aquí
¿Qué haré?
- DON LOPE. Dos ciudades di,
o dos capitanes fuertes.
- DON ALONSO. César y Alejandro.
- DON LOPE. En suertes,
César fuera para mí.
- DON ALONSO. Capitanes, aquí están
César y Alejandro. ¿A quién
escogéis?
- C. CASTILLO. Otros dirán
a Alejandro, y dirán bien,
que fue el mejor capitán.
Pero yo a César me inclino
porque supo lo que obró.
- C. TRUJILLO. Yo, al griego, que fue divino.
- DON ALONSO. Quien dijo César, ganó.
- C. CASTILLO. Por aquí tomo el camino.

*(Sale el CAPITÁN CASTILLO. Oscuro. Empieza a
oírse el canto de los agoreros, sin palabras.)*

CUADRO SEGUNDO

(Termina el canto. Entran los agoreros, precedidos de TINGUARO. Se inclinan ante el REY BENCOMO.)

TINGUARO.

Aquí llega Sileno, tu agorero,
para saber, señor, como has mandado,
si a tu famosa isla, Tenerife,
volverán otra vez los españoles.

BENCOMO.

Mis recelos habéis adivinado.
Di, Sileno, ¿qué piensas?

SILENO.

Rey invicto
de esta famosa isla, que ya sola
queda en la sangre antigua de los guanches,
que tantos siglos se llamaron dueños
de las Canarias: yo he mirado atento
todas las cosas que al servicio tuyo
han sido convenientes estos días,
y he hallado en la observancia de los árboles
en las ondas del mar, en las estrellas,
en el salir del sol y en el ponerse,
en los nocturnos cantos de las aves,
en las entrañas de las muertas fieras
y en otras cosas mil, que a Tenerife
vuelven tercera vez con alas blancas
aquellos negros pájaros de España
que, como ya sabéis, llaman navíos.
La determinación con que ya llegan
es de morir o conquistar la isla.

BENCOMO.

Mas, ¿voy yo acaso a conquistar a España?
¿Tengo pájaros yo que allá me lleven?
¿Codicio las mujeres de su tierra,
las galas que se visten y las cosas
de que adornaron sus dichosos reinos?
¿Qué es lo que quieren, por qué se me persigue?
¿Qué tengo yo que de su gusto sea?
¿Qué riquezas me ven, qué plata y oro?

TINGUARO. No te entristezcas, gran señor, ni al cielo
te quejes de las cosas, que es más justo
rendirle gracias que enviarle quejas.
¡Vengan los españoles, vengan; traigan
riquezas que nos dejen de sus tierras
y cosas peregrinas que nos honren,
como otras veces de experiencia sabes.
Vasallos tienes que sabrán quitárselas
y resistir su turía. ¿Por qué temes
la fuerza de unos hombres que, traidores,
fingen al fuego, truenos y relámpagos,
pues no saben luchar, correr, dar saltos,
jugar un árbol, esgrimir un pino,
tirar un arco, derribar un toro
asido por los cuernos diestramente?

SILENO. Dice Tinguaro bien, y es cosa indigna
de tu valor temer los españoles,
que sólo con engaños nos combaten.
¡Quién supiera como ellos hacer aves
de madera labrada, lienzo y cuerdas,
con que volar encima de las aguas!
¡Quién armas de metal resplandeciente
con que resisten nuestras duras flechas!
¡Quién vestidos tan ricos de colores!
¡Quién aquellos cañones, rellenos
de voces, de centellas y de balas,
que vienen por los aires resonando!
Si ellos fueran valientes, cuerpo a cuerpo
probaran nuestras fuerzas, o esgrimiendo,
como dice Tinguaro, un fresno, un pino.

BENCOMO. Conozco, amigos, que esa gente astuta
lo que le falta en fuerzas tiene en ánimo.
Pero debo estimar el alto ingenio
con que saben hacer cosas tan raras.
Bien sé que tengo yo vasallos fieles
que sabrán defenderme y atacarles,
pero puedo quejarme de mi suerte,
tirana para mí, pues no ofendiéndoles,
ni teniendo riquezas que codicien,

vienen en son de guerra hasta estos montes,
sólo de árboles llenos y de peñas.

(Queda el REY pensativo. Se retira el cortejo con TINGUARO y vuelve a oírse el canto de los agoreros. Entra DÁCIL, la hija del REY. Hay una pausa mientras se alejan las voces.)

BENCOMO: ¿Qué es lo que quieres de mí,
que tan humilde te veo?

DÁCIL. Que me cumplas un deseo,
pues de tu sangre nació.

BENCOMO. ¿Qué puedes tú desear,
hija, que yo no lo quiera?

DÁCIL. En esa verde ribera,
cuya selva pisa el mar,
hay una fresca laguna
que vierte una fuente bella.
Quisiera bañarme en ella,
pues más bella no hay ninguna.
Míranse en su claridad
tantos árboles frondosos,
que se enloquecen de hermosos
al ver tanta novedad.
Las copas que en torno están,
cuando las sacude el viento,
¿qué cuerdas en instrumento
más suave acento dan?
Tal copia de ánades llueve
y tanto en sus aguas medran
que parece las empiedran
de copos de blanca nieve.
En los árboles ya secos
dentro del agua, hacen nidos
mil pájaros, escondidos
entre los ramillos huecos.
Porque entretejen, señor,
de lo que traen en los picos,
unos edificios ricos
de nunca vista labor.

Alrededor, todo el suelo
 de tantas flores se tiñe,
 que diríase que ciñe
 el agua al arco del cielo.
 Y si a laguna tan bella
 no ser muerta le conviene,
 puedes jurar que alma tiene
 cuando el sol se mira en ella.
 Porque de su cuerpo fragua
 un recogido arrebol,
 y así el retrato del sol
 le sirve de alma en el agua.
 Hija, de suerte has pintado
 esa laguna, esa fuente,
 que, de ser más diligente,
 me viera en ella a tu lado.
 No quiero estorbar tu gusto,
 pero advierte que tememos
 los españoles, que ya hemos
 probado bien su disgusto.
 Dos veces se han atrevido
 a esta isla con su armada,
 y dos veces de su espada
 las dos hemos resistido.
 Tenemos la vez tercera
 por la gente que nos falta,
 cuya sangre roja esmalta
 toda esta blanca ribera.
 Hoy hemos de consultar
 a nuestro dios sobre el caso.
 El más peligroso paso
 es de esa laguna al mar.
 Irán cincuenta soldados
 en guarda tuya, y la harán
 bañándote, aunque estarán
 lejos del agua alojados.
 De otra suerte, no es razón.
 Digo, señor, que es muy justo,
 y que a mi quietud y gusto
 de mucha importancia son.

BENCOMO.

DACIL.

Con ellos y tu licencia
parto a la fuente.

BENCOMO. ¡Siley!

Mira que el honor del Rey
consiste en tu diligencia.

SILEY. Dame tu cuidado a mí
y vive sin él, señor,
Aleja todo temor.

BENCOMO. Aleja a todos de allí.

(Sale DÁCIL, seguida de SILEY. Oscuro. Música de fondo.)

CUADRO TERCERO

(Vuelve la luz poco a poco, hasta iluminar toda la laguna. Al cesar la música entran DÁCIL y sus guardianes.)

DÁCIL. Retiráos todos allá,
donde ninguno me vea.

SILEY. Aquí la espadaña y nea
bien alta y crecida está.
Ninguno te puede ver.

MANIL. ¡Qué de melindres y extremos!

FIRÁN. Oye, ¿quieres que acechemos?

MANIL. No, porque no debe ser.
Por ver si tanta hermosura
y peregrina belleza
igualó Naturaleza
a la exterior compostura,
mira que esos son rodeos
de que resultan enojos,
pues si das gloria a los ojos
das infierno a los deseos.

(Salen todos menos DÁCIL, que empieza a prepararse para el baño.)

DÁCIL.

Agua suave y ligera
que, mansamente corriendo,
parece que vas haciendo
camino a la primavera.
Siendo día riguroso
del más ardiente verano,
extiende tu blanca mano
por este cristal hermoso.
Prepárame un blando lecho
en las ondas de esta fuente
porque a su fácil corriente
ponga el abrasado pecho.
Tú, hierba, esconde en tus flores
arco, flechas y vestido.
Quede así todo escondido
entre tus varios colores.
Esta rama quede aquí.
¡Aves, en ella posad!
Cantaréis la libertad
con que sin amor nací.
Todos dicen que es amor
una pasión que conquista
la libertad por la vista
con apacible dolor.
Pero yo no la he perdido,
que de mil cosas que veo
ninguna he dado al deseo,
ni el alma por el oído.

(Se dispone a entrar en el agua.)

¡Válgame el sol! ¿Qué es aquello?
¿Es gigante aquel tan alto
que con uno y otro salto
viene levantando el cuello?
Hombre parece, y vestido.
Pero, ¿cómo, si lo es,
camina con cuatro pies?
¡Ay, triste!, ¿si me habrá oído?

Dos caras tiene, mas no,
 que ya en dos se va partiendo.
 Uno es chico; no lo entiendo,
 si es persona como yo.
 El otro ha dejado al pie
 de un árbol. El viene acá.
 ¡Ay, Dios, si me matará!
 Yo soy muerta si me ve.
 Pero pronto he de subir
 a cualquier álamo de estos
 que, sobre la fuente puestos,
 miran las aguas reir.
 En él estaré segura,
 porque llamar a mi gente,
 alejada de esta fuente,
 sería vana locura.

(Se sube a un árbol. Entra el CAPITÁN CASTILLO.)

C. CASTILLO. ¡Qué hermosa y fresca laguna!
 Parece un luciente espejo.
 ¡Qué fuente mansa y sonora!
 ¡Juega perlas con el viento!
 Beber quiero, que ella misma
 parece que está diciendo:
 “¡Bebed, capitán Castillo,
 en esta copa de hielo!”

(Bebe.)

¡Bendígate Dios, amén!

(Se sienta junto al agua.)

Bien será que descansemos
 en esta margen florida,
 en cuya alfombra me siento.
 Mas, ¡qué de imaginaciones,
 qué de varios pensamientos
 acuden a un hombre solo,
 estando en el campo al menos!

Aquí pensara un poeta
escribir en dulces versos
la fábula de Narciso,
el príncipe de los necios
que se enamoran de sí.

(Se mira en el agua.)

Pero, ¿qué es esto que veo?
¿Cómo puede ser que haga
dos sombras mi propio cuerpo
como se ven en las aguas
de este cristalino espejo?
Cuando en el vino las viera
no fuera el milagro nuevo,
pero verlas en el agua
no carece de misterio.
Alzo la vista a los álamos
que en las ondas están viendo
sus verdes ramas. ¡Ay, Dios,
no en vano dos sombras fueron
las que retrataba el agua!
¡Qué bello es ese mancebo,
a no ser que sea mujer
como lo muestra el cabello!
Mas, ¿si es ave de estas islas,
que los que del Mundo Nuevo
vuelven a España, nos cuentan
mil embrujos como estos?
¡No, no! ¡No es ave, por Dios!
Si es fruta, no tiene precio.
¡Bien haya el árbol que cría
fruto de tanto sustento!
Aunque un filósofo dijo,
viendo a la mujer de un griego
en una alta higuera ahorcada
por cierta cuestión de celos,
que si todas las higueras
criaran higos de aquellos,

fuera el árbol más hermoso
de cuantos sustenta el cielo.
Mas, ¿si es ángel, por ventura?
En muchas historias leo
que a capitanes cristianos
en guerra se aparecieron.
Quiero hincarme de rodillas.

(Se hinca ante el árbol.)

¡Ángel, nunca fui tan bueno
que vengas a visitarme!
Ya ves las faltas que tengo:
soy el capitán Castillo,
enamoro, juro, juego,
aunque lucho de verdad,
pues por tu Señor peleo.
Muchas heridas sufrí
por la fe. ¿Callas? Sospecho
que buscas a don Alonso,
santo y devotó en extremo
del Arcángel San Miguel.
Pero, ¿por qué ese silencio?
Si eres alguna invención
de estos salvajes isleños,
que adoran, tratan y hablan
con los diablos del infierno...
asirte quiero de un pie.

(Coge a DÁCIL por un pie.)

DÁCIL.

¡Tente, español!

C. CASTILLO.

¡Santos cielos!

DÁCIL.

¡Tente, español!

C. CASTILLO.

Ángel, baja,

y pues tienes lengua, hablemos.

DÁCIL.

Ya bajo

C. CASTILLO.

¿Qué es lo que dices?

DÁCIL.

Que bajo.

C. CASTILLO.

Poco te entiendo.

Hará poco que eres ángel,
 porque de serlo más tiempo
 hablar español supieras.
 ¡No he visto rostro tan bello!
 Dime tu nombre. ¿Quién eres?

DÁCIL.

Una mujer que, temiendo
 tu furia, allí me subí.

C. CASTILLO.

A mi fortuna lo debo;
 y de mayores venturas
 téngolo por buen agüero
 que seas el primer rostro
 que en estas montañas veo.
 Tres días ha que camino
 por lagunas y por cerros
 en busca de algún indígena
 que llevar a los que de
 aguardándome en la playa.
 ¿Me entiendes?

DÁCIL.

Poco te entiendo.
 Y a no haber de otras batallas
 tres o cuatro compañeros
 tuyos quedado en la isla
 por cautivos de su dueño,
 no te entendiera palabra;
 que por mi contento aprendo
 algo de vuestro español.
 ¿Quién eres?

C. CASTILLO.

DÁCIL.

Esto.

C. CASTILLO.

¿Qué es esto?

DÁCIL.

Lo que ves.

C. CASTILLO.

¿No tienes nombre?

DÁCIL.

Dácil me llamo, y ya puedo
 llamarme cautiva tuya.

C. CASTILLO.

Dácil, no temas.

DÁCIL.

No temo.

C. CASTILLO.

Soy un soldado español.

DÁCIL.

¡Lindo español!

C. CASTILLO.

Aquí vengo.
 entre los conquistadores.

DÁCIL.

¡Lindo español!

C. CASTILLO.

Hoy me han hecho
reconocer esta isla.
Perdóname si te llevo
conmigo para que cuentes
la disposición del reino
y lo que importa saber
antes que por él entremos.

DÁCIL.

¡Lindo español!

C. CASTILLO.

No soy lindo.

Trigueño, sí; barbinegro,
aunque ningún boquirrubio
me gana en ponerme tierno.
Que aunque en la guerra me tienen
por atrevido y soberbio,
delante de una mujer
soy un tímido conejo.

¿Me ves aquí? Pues te digo
que me acontece riñendo
matar dos y herir catorce,
de suerte alentado y diestro,
y en volviendo a ver mi dama
llorar dos horas de celos,
le sufro mil bofetones,
araños, voces y enredos.

DÁCIL.

¿Entiendes esto que digo?
¿Dices que vienes dispuesto
matar muchos de nosotros,
y a mí, que también soy de ellos,
darme muchos bofetones
y tirarme los cabellos?

C. CASTILLO.

Veo que no has entendido.
Pero no perdamos tiempo
y alejémonos de aquí.

DÁCIL.

¡Lindo español! Yo te alejo

*(Sale DÁCIL, guiando al CAPITÁN. Entran SILEY
y los indios.)*

SILEY.

En el estado me tiene su tardanza.

MANIL. Tienes mucha razón, y ser podría
que pensando en el agua hallar templanza,
la sepultare ya su arena fría.

FIRÁN. Yo la llamé cuanto la voz alcanza,
pero no respondió.

SILEY. (Llamando.) ¡Señora mía!
¡Hermosa infantil!

(Responde el eco.)

Sólo me responde
el eco que en los árboles se esconde.

MANIL. ¡Dácil! ¡Ah, Dácil!

FIRÁN. Es tiempo ya perdido.
Sin duda se ahogó, ¡triste!

MANIL. Mas, ¿qué haremos?

SILEY. No, Firán, que estuviera aquí el vestido.

MANIL. Con cuidado las huellas observemos.

SILEY. Algún extraño mal le ha sucedido.
Por esta senda misma caminemos,
que señas ha dejado, a la costumbre
nuestra, de su desdicha y pesadumbre.
La sarta que de blancos caracoles
llevaba al cuello, de ambar guarnecidos,
en señal que la llevan españoles
rompió, y dejó en las sendas esparcidos.

MANIL. Bastará que unas ramas enarboles,
o dos cendales de ese fresno asidos,
para que los cincuenta nos juntemos.

FIRÁN. Por estos caracoles la hallaremos.

SILEY. Ved aquí uno.

FIRÁN. Y este otro. Vamos.
siguiendo este camino.

MANIL. Dos son éstos.

¡Qué ventura será si los hallamos!

SILEY. Ved aquí tres sobre esta hierba puestos.

FIRÁN. ¿No es gente aquélla?

MANIL. Mejor nos escondamos.

SILEY. Aquí aguardad. Para morir, dispuestos,
cincuenta somos. ¿Qué teméis?

MANIL. Espera,
que es sólo un hombre. ¿Morirá?

SILEY. No muera.

*(Se ocultan los tres. Vuelve a entrar DÁCIL,
guiando siempre al CAPITÁN.)*

C. CASTILLO. Parece que no me guías
hacia la mar, y a la tierra
me vuelves.

DÁCIL. Tu miedo yerra
si en ese engaño porfías;
que no voy tan descontenta,
como imaginas, contigo.

C. CASTILLO. Bien puedes venir conmigo,
que va tu honor a mi cuenta.
Mi nombre es Castillo, y vas
como dentro de un castillo.

DÁCIL. De tu honor me maravillo.

C. CASTILLO. Tus prendas merecen más.

DÁCIL. Por lo que en tu trato advierto,
o tú eres el más honrado
del mundo, o yo no te agrado,
que debe de ser lo cierto.

C. CASTILLO. En lo último te engañas,
mas contigo me sucede
lo que a un hombre que ver puede
frutas de tierras extrañas;
que viéndolas tan hermosas
bien las desea comer,
mas teme que puedan ser
por desdicha venenosas.
Confíesote que no sé
comer, Dácil, tu hermosura;
que temo que en tu blandura
mi muerte y veneno esté.

DÁCIL. Nos tenéis por hechiceras
a las mujeres canarias,
los españoles.

C. CASTILLO. Las varias
naciones, siendo extranjeras,
de los peligros se guardan.

*(Irrumpen en la escena guardianes y guerreros,
rodeando la laguna.)*

SILEY. ¡Matadle, matadle ahora!
C. CASTILLO. ¿Ves cómo es verdad, señora?
Pero nunca se acobardan
los Castillos como yo.

DÁCIL. ¡No le matéis!
C. CASTILLO. No podrán.

DÁCIL. Yo lo mando, capitán:
¡no le matéis!

SILEY. ¿Por qué no?

C. CASTILLO. Déjalos, si quieres ver
lo que vale un español.
SILEY. ¡Más vale un hijo del Sol!
DÁCIL. ¿No me vais a obedecer?
El español ha venido
con la armada de Canaria,
que tantas veces contraria
para Tenerife ha sido.
Entrando a reconocer
me halló, y, tan bien me ha tratado,
que a lo que veis me ha obligado.

SILEY. Acatarte es mi deber,
pero el Rey se ha de enojar.

DÁCIL. Escucha, Manil.

MANIL. Señora...

DÁCIL. A este capitán, ahora,
has de guiar hasta el mar,
que él te tratará muy bien.

MANIL. Yo haré tu gusto, que es justo.

DÁCIL. Lo que te digo es mi gusto.

MANIL. Español, conmigo ven.

DÁCIL.

Parte, capitán; si ~~así~~
allá te acuerdas de mí...

C. CASTILLO.

Que me acordaré de ti
no lo dudes.

DÁCIL.

No querría.

Toma en prenda este cordón,
en señal de que me pesa
el no ir contigo presa,
quedando en mayor prisión.

C. CASTILLO.

Pues yo, ¿qué te puedo dar?
Sólo estas plumas te doy,
porque si ya tuyo soy,
¿para qué quiero volar?

DÁCIL.

Vaya el sol contigo.

C. CASTILLO.

¿Cómo,

si en ti se me pone el sol?

DÁCIL.

El te acompañe, español.

C. CASTILLO.

Tu luz y tus rayos tomo.

(Salen CASTILLO y MANIL.)

SILEY.

Eres la hija del Rey.
¡Buena ocasión me perdí!
¿Qué puedo hacer?

DÁCIL.

Por aquí,
ahora vámonos, Siley.

SILEY.

A fe, que se ha de enojar
tu padre por lo que has hecho.

DÁCIL.

Me hace más feliz, sospecho,
dejarle que vuelva al mar
que verle contigo ir.

SILEY.

¿Por qué?

DÁCIL.

Porque ese por qué
yo lo siento, yo lo sé,
y no lo quiero decir.

*(Salen. Oscuro. Se oyen, acompañados, unos
redobles graves de tambor.)*

CUADRO CUARTO

(Al hacerse de nuevo la luz se descubre un túmulo funerario. Cesan los redobles.)

- DON LOPE. Todos, en fin, de parecer han sido que no es posible que quedase preso el capitán, pues el caballo, herido, se vino al mar desde aquel monte espeso. Por muerto se ha llorado y se ha tenido culpando todos su atrevido exceso, y el general, piadoso, a honrarle viene con el postrer honor que un muerto tiene.
- C. TRUJILLO. Mal agüero, ¡por Dios!, de la victoria hacer hoy las exequias de Castillo, aunque así las merezca su memoria.
- DON LOPE. Del general son órdenes, Trujillo.

(Vuelve a oírse el redoblar del tambor. Entra DON ALONSO DE LUGO, seguido de un alférez, que arrastra una bandera, al frente de unos soldados en formación. Cesa el redoble.)

- DON ALONSO. Téngale Dios, soldados, en su gloria.
- DON LOPE. Aquí ha llegado el capitán Trujillo.
- DON ALONSO. Honraréis, capitán, a un gran soldado.
- C. TRUJILLO. Y al amigo que tuve más honrado.
- DON ALONSO. Salió de aquí con el valor que viste, y trájonos las nuevas de su muerte su caballo perdido. Así, más triste me dejó el recordar su ánimo fuerte.
- C. TRUJILLO. Si a todos los difuntos luto vistes, bien ganarás la isla de esta suerte, no porque de su honor, señor me pesa, sino por lo que alargas nuestra empresa.

(Entran, sin ser vistos, el CAPITÁN CASTILLO y MANIL.)

C. CASTILLO. Entra, que ya no es razón
que te vuelvas sin que hables
al general de la Armada.

MANIL. Agravio, español, me haces;
que yo no vengo cautivo,
pues me mandaron guiarte.

DON LOPE. Señor, ¿no es aquél, Castillo?

DON ALONSO. ¡Válgame Dios!

C. CASTILLO. Capitanes,
¿qué nueva capilla es ésta?
¿Ha muerto Lope Fernández
o el general don Alonso?

DON ALONSO. Por ti las honras se hacen,
que todos estamos vivos.

C. CASTILLO. Mil años el cielo os guarde.

DON ALONSO. Tu caballo, malherido,
que por esos arenales
vino sin ti, nos ha puesto
en cuidados semejantes.

C. CASTILLO. Os lo agradezco, señores,
mas mucho os anticipásteis,
que ganas no tengo ahora
de morirme ni enterrarme.
Días estuve perdido
en esas lagunas grandes,
hasta que en una encontré
una prosa inolvidable, | e
porque era del rey Bencomo
la hija, la infante Dácil,
que se bañaba en las aguas,
confiada, aquella tarde.
La quise traer conmigo,
pero dándonos alcance
cincuenta bárbaros, ella
no consintió que me maten.
Y para que más seguro
hasta la mar me guiase,
de su servicio me dio,
como lo veis, este guanche.

- DON ALONSO. ¡Prodigiosa historia!
- C. TRUJILLO. ¡Extraña!
- DON LOPE. ¡Es peregrina y notable!
¿Entiendes algo?
- MANIL. Sí, entiendo,
que aunque salvajes nos llaman
allá, vuestros españoles,
no somos tan ignorantes.
Las veces que habéis venido
por maestros nos dejásteis
algunos cautivos vuestros.
Si no hablo bien, perdonadme.
- DON ALONSO. ¿Sabe tu Rey mi venida?
- MANIL. De un agorero lá sabe.
- DON ALONSO. ¿Tiene gente?
- MANIL. Mucha gente.
- DON ALONSO. ¿Gente bastante?
- MANIL. Bastante.
Porque aunque fuéramos pocos,
uno de los nuestros vale
por doscientos de vosotros,
que, a juzgar por vuestros trajes,
no sois de mucho valor.
- DON ALONSO. Bien puede ser que te engañes,
porque aun en trajes lucidos
cabén corazones grandes.
- MANIL. ¿Cómo podéis tener fuerzas
que a nuestras fuerzas se igualen,
abrochados y ceñidos
por el cuerpo en todas partes?
Los brazos, en esas mangas.
¡Y los pies, para que andes,
en zapatos tan estrechos!
Las piernas, ¿de dónde salen,
atadas con esas ligas?
¡Ni es posible que se ensanche
con tan estrechas ropillas
el corazón por las carnes!
Aquí sí que, en traje libre,

hallaréis hombres gigantes
que se comerán un toro
y se beberán dos mares,
y machacarán de un golpe
con un buen tronco de sauce
diez o doce de vosotros.

C. TRUJILLO. Bueno está, isleño, no hables.
Y si os preciáis de valientes,
retirémonos aparte
y luchemos. Va de apuesta.

MANIL. ¡Si fuera seis años antes
tú me vieras victorioso!
Porque, ahora, ciertos males
han marchitado mis bríos.

DON ALONSO. No le enojemos, dejadle.
Mas ya que viniste aquí,
dime: ¿es tu Rey hombre grave?
¿Castiga, premia, en qué entiende?
¿Tenís leyes? ¿Hay ciudades?
¿Cómo os gobernáis aquí?

MANIL. Raro que no preguntases
si tenemos plata y oro.

DON ALONSO. No los busco.

MANIL. Ni te canses.

Pobres cabañas tenemos;
leyes, no hay quien las quebrante;
aquí no hay nadie que mienta,
ni a su Rey se atreve nadie.
Lo que él manda se obedece,
lo que él quiere, eso se hace.

DON ALONSO. ¿Cómo te llamas?

MANIL. Manil.

DON ALONSO. Pues lleva al Rey, que Dios guarde,
de cuanto aquí ven tus ojos,
un presente de mi parte.

MANIL. ¿Qué le llevaré?

C. CASTILLO. Tú, escoge.

- MANIL. Dame un cuello.
C. CASTILLO. El que te agrade.
Si quieres llevarle el mío...
MANIL. El tuyo quiero llevarle.
C. CASTILLO. Toma.
MANIL. Ya parto contento,
que espero el Rey me lo pague.
C. CASTILLO. ¿Por qué?
MANIL. Porque éste es el molde
de los cuellos arrogantes,
y así tomará medida
para que los corte y mate.

(Sale corriendo. Ríen todos.)

TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

(Canto y baile de "El Canario".)

- CORO.** Españoles bríos,
mirar y matar.
¡Volveréis vencidos!
¡Fan, falalán!
- VOZ PRIMERA.** Vino a las Canarias
por el rey Don Juan,
con lucida armada,
un gran capitán.
- VOZ SEGUNDA.** Puso gente en tierra,
salió de la mar,
tomó cuatro islas.
Por el Rey están
Lanzarote, el Hierro,
y luego se da
la Fuerte Ventura,
en el nombre más.
- CORO.** Españoles bríos,
mirar y matar.
¡Volveréis vencidos!
¡Fan, falalán!
- VOZ PRIMERA.** Católicos Reyes
que en Castilla estáis:
Fernando, a quien ciñe

laurel militar;
 Isabel gloriosa
 que ahora enviáis
 con fuertes soldados
 nuevo general,
 nuestra Tenerife
 no penséis que está
 tan desnuda de armas
 como allá pensáis.

VOZ SEGUNDA. Los rayos de fuego,
 plomo y alquitrán,
 no espantan los guanches
 de nuestro lugar.

VOZ PRIMERA. Los pájaros negros
 con que el mar pasáis
 dejarán las alas
 o aquí morirán.

CORO. Españoles bríos,
 mirar y matar.
 ¡Volveréis vencidos!
 ¡Fan, falalán!

(Salen todos al terminar el baile. Por distintos lugares de la escena entran, cautelosos, el CAPITÁN TRUJILLO y PALMIRA. Luego, VALCÁZAR y ERBASIA.)

PALMIRA. Si por ese monte abajo
 quieres llegar a las cuevas,
 entre esas palmeras nuevas
 hallarás pronto un atajo.
 Luego, una fuente pequeña
 que forma en el prado un charco,
 y apenas a un tiro de arco,
 enfrente, una blanca peña.
 Allí, señor capitán,
 hay una amplia habitación
 en la que hacen reunión
 cuantos a la guerra van:
 los jefes más importantes,

los más valientes y diestros
de los nobles guanches nuestros,
en los que hay muchos gigantes.
Ayer fue mi padre allá,
que por eso estás aquí
y el compañero que ahí
con mi amiga Erbasia está.
Dicha habéis los dos tenido
que celebren su consejo,
que, aunque ya mi padre es viejo,
es valiente y mal sufrido.

Al principio llevé mal
dar esta noche posada,
en mi cueva mal labrada,
a español tan principal.
Mas después que conocí
la blandura de tu trato,
perdí el natural recato
y la libertad perdí.

Y me pesa que te vayas,
mas quiera Dios que tengáis
la tierra que deseáis
en estas desiertas playas,
y que no os maten aquí,
como otras veces, los nuestros.

C. TRUJILLO. Pues a esos hermanos vuestros,
si me das crédito a mí,
hemos pronto de tener
como hermanos, pues queremos
darles la fe que tenemos.

PALMIRA. Por lo que puedo entender
de vuestra lengua, español,
sé que engañados están.

Pero, ¿cómo dejarán
por tu Cristo a nuestro Sol?

VALCÁZAR. A reconocer la tierra
salimos Trujillo y yo.
¿Me entiendes bien?

ERBASIA. Muy bien, no.

VALCÁZAR. Esto es costumbre en la guerra.

Llegamos anoche aquí,
tú y esa tu amiga fuisteis
tan corteses, que nos disteis
cena y posada.

ERBASIA.

Fue así.

VALCÁZAR.

Pues, ¿quién se puede olvidar
de tan justa obligación?

ERBASIA.

En prenda de tu afición,
¿qué me das?

VALCÁZAR.

Te quiero dar
el alma.

ERBASIA.

¿Cuándo ha de ser?

VALCÁZAR.

Ya te la he dado.

ERBASIA.

¿Tú a mí?

VALCÁZAR.

Sí.

ERBASIA.

¿Cuándo?

VALCÁZAR.

Esta noche.

ERBASIA.

Y di,

VALCÁZAR.

¿es que no la puedo ver?
Dentro de ti la hallarás
después que me haya partido.

PALMIRA.

Dime, español bien nacido,
si de mí te acordarás.

C. TRUJILLO.

En prenda de la memoria
que quiero guardar de ti,
Palmira, el alma te di,
de amor la mayor victoria.

PALMIRA.

¿El alma?

C. TRUJILLO.

¿Tu alma no ves?

PALMIRA.

Nunca la he visto, ¡por Dios!

C. TRUJILLO.

Pues juntas están las dos.

PALMIRA.

Yo la buscaré después.
Te estoy muy agradecida
que tu alma me hayas dado.

*(Suenan, lejanas, las caracolas marinas reuniendo
a los guerreros.)*

C. TRUJILLO.

Estoy con un gran cuidado.
Quédate con Dios, mi vida.

que, si Dios nos da victoria,
nos volveremos a ver.
PALMIRA. De tu alma has de tener,
aunque no quieras, memoria.

*(Salen TRUJILLO y VALCÁZAR. Oscuro. Vuelven
a oírse las caracoías, acercándose.)*

CUADRO SEGUNDO

(Entra el REY BENCOMO con su séquito.)

BENCOMO. Pero, ¿qué quieren de mí
esos españoles locos?
TINGUARO. Te repito que son pocos.
BENCOMO. ¿Estás bien seguro?
TINGUARO. Sí.
que Manil habló con ellos.
BENCOMO. ¿Quién es Manil?
TINGUARO. Un pastor.
de mi ganado.
SILEY. El valor
natural que alienta en ellos,
sin otro interés, los mueve.
BENCOMO. Pues si es deseo de gloria,
nada más, ¡pobre memoria
la fama a su nombre debe!
Yo soy un rey que, el primero,
salgo a guardar mi ganado,
y es mi palacio dorado
la cueva de un risco entero.
Sólo la Naturaleza
mis aposentos labró
y en ellos no encierro yo
la codiciada riqueza.
Sobre pieles de animales
duermo, hasta que sale el día,
desde que la noche fría
baña sus negros umbrales.

Es harina de cebada,
 en un gánigo molida,
 mi sustento y mi comida,
 sobre unas brasas tostada.
 Gusto la silvestre fruta,
 que a nuestros árboles debo,
 y agua con las manos bebo
 de cualquier vecina gruta.
 Con caracoles pequeños
 me adorno alguna mañana
 el cuello, en trenzas de lana,
 que son adornos isleños.
 Si, pues, toda mi riqueza
 es de humildes caracoles,
 ¿a qué venís, españoles,
 a conquistar mi pobreza?

TINGUARO.

Si las veces que han venido
 tantas vidas han dejado,
 ¿qué es lo que te da cuidado?
 Ver que despiertan mi olvido.

BENCOMO.

(*Entra MANIL.*)

MANIL.

Poderoso rey Bencomo:
 vengo al instante de ver
 del español, su poder.

TINGUARO.

¿Tú, Manil?

MANIL.

Sí, señor.

BENCOMO.

¿Cómo?

MANIL.

Serví a un capitán de guía,
 por mandato de la infanta.
 Su fuerza vi, que no es tanta
 como su loca osadía.
 Hablé con un general,
 y el de ti me preguntó.
 Le respondí, y creo yo
 que a propósito y no mal.
 Sus pájaros negros vi,
 y de lienzo son sus alas,

con palos, cuerdas y escalas,
 porque es que vuelan así.
 Díjome aquel su mayor
 que te escogiese un presente
 de lo mejor de su gente,
 y este te traigo, señor,
 porque veas de qué modo
 traen los cuellos armados
 ¡tan aguerridos soldados!
 Muestra a ver.

BENCOMO.

MANIL.

Míralo todo.

(Le da el cuello de CASTILLO.)

BENCOMO.

Esto, cosa blanda es.
 Si así defienden sus cuellos,
 bien podréis cortar en ellos.

MANIL.

Lo que desde lejos ves,
 de cerca todo es así.
 Te repito que lo vi,
 y no lo olvidé después.
 No hay que temer, gran señor.

BENCOMO.

MANIL.

A mi hija este adorno lleva.
 Por gala española y nueva
 gozará de su favor,
 porque desde ayer está
 llena de mortal tristeza.

BENCOMO.

Del español la fiereza
 notable temor le da.
 Ya se imagina cautiva,
 y, así, soy de parecer,
 porque contento y placer
 en vez de temor reciba,
 que, pese a los españoles,
 haya fiestas, bailes, juegos,
 convites y grandes fuegos,
 Si ellos resisten tres soles
 sin que se vuelvan al mar,

SILEY.

tenme por hombre que miente.

BENCOMO.

Juntad, pues, toda la gente,
 no a partir, sino a esperar,

que en medio de esta montaña
les quiero hacer un engaño.
MÁS en tu bien que en tu daño
volverá esa gente a España.

TINGUARO.

(Sale el REY con su séquito. Queda solo MANIL.)

MANIL.

Aunque al español traté
poco tiempo y de camino,
a su valor peregrino
aficionado quedé.
No me enfada su nación,
aunque regresé a la mía,
y de hablarle me holgaría
en cualquier otra ocasión.
Preparemos el presente
de la infanta. ¡Lindo es!

(Entra DÁCIL.)

Dame, señora, tus pies.
¡Oh, Manil!

DÁCIL.

MANIL.

El cielo aumente,
gran señora, tu hermosura.

DÁCIL.

¿Cómo quedó el español?

MANIL.

Sano y salvo, vive el Sol,
y así él me dé ventura.

DÁCIL.

¿No es gallardo?

MANIL.

Yo no vi
hombre que se le igualase.

Dijo que te recordase
que está sin alma por ti.

DÁCIL.

Pues, ¿dónde se le cayó?

MANIL.

En ti dice que la tiene.

DÁCIL.

¿En mí?

MANIL.

Si a jurarlo viene,
no le creas, como yo.

DÁCIL.

Si es que el alma me la diera,
¿no iba yo a verla, Manil?

- MANIL. Será cosa tan sutil
que se entrara donde quiera.
- DÁCIL. No la siento, ¡por el Soll!
- MANIL. Pues, sin duda, está contigo.
- DÁCIL. Busquemos, Manil, amigo,
el alma de ese español.
- MANIL. Mira si está en el cabello.
- DÁCIL. ¿Cómo puedo separar
las hebras?
- MANIL. Púdose entrar
en tu pecho por el cuello.
- DÁCIL. Ya lo miro, y no está aquí.
- MANIL. Pues el español no miente,
que es esforzado y valiente
como ningún otro vi.
Desnúdate, y por ventura
la hallarás donde sospecho.
- DÁCIL. No sé qué tengo en el pecho
desde que vi su figura,
que no me deja dormir
ni en cosa tener placer.
- MANIL. El alma debe de ser,
que allí debe de vivir.
- DÁCIL. Mas, ¿por dónde se entraría?
- MANIL. Por los ojos, digo yo.
- DÁCIL. ¡Por ellos, sin duda, entró!
¿Hay mayor hechicería?
¡Triste de mí que, en mi apuro,
no podía ni dormir!
- MANIL. Que esos deben de venir
con hechizos, es seguro.
- DÁCIL. ¡Así estoy desde ayer tarde,
que me muero y no sosiego;
todo mi pecho es un fuego!
- MANIL. De alma ajena, Dios me guarde.
Este cuello me ha mandado
tu padre, el Rey, que te dé,
pues hoy tu tristeza ve.
- DÁCIL. ¿Quién te lo dio?

MANIL.

Aquel soldado.

DÁCIL.

¿Mi capitán?

MANIL.

Sí, señora.

DÁCIL.

Déjame darle mil besos,
que no son muchos excesos
de quien a su dueño adora.
¿Me podré el cuello poner?
¿Por qué no?

MANIL.

Ayuda.

DÁCIL.

Verás...

MANIL.

¿Me sienta bien?

DÁCIL.

Bella estás.

MANIL.

¡Oh, quién se pudiera ver!

DÁCIL.

Bien puedes mirarte en mí.

MANIL.

¡Si fueras quien pienso yo...!

DÁCIL.

Dame el alma que te dio

MANIL.

y el que piensas seré así.

DÁCIL.

En tu buen juicio no estás.

Vamos, ¿hay hombre hechicero?

Si ya con dos almas muero,

¿para qué otra alma me das?

(*Entran PALMIRA y ERBASIA.*)

PALMIRA.

Alégrate, que también
tenemos almas nosotras.

DÁCIL.

¿Os las han dado a vosotras
y lo tenéis por un bien,
sin llorar amargamente?

ERBASIA.

Antes nos hace alegrar.

MANIL.

Debióronselas de dar
con los cuerpos juntamente;
y como a ti no te han dado
sino el alma, no te espante
si a un olvido semejante
vive tu cuerpo obligado.

DÁCIL.

Mas, ¿no sentís no sé qué
de esas almas españolas,
allá, cuando estáis a solas?

PALMIRA.

Yo no.

ERBASIA.

Ni yo.

DÁCIL.

Dicha fue.

Sólo un consuelo me calma
la sed, en estas riberas:
ya no te irás aunque quieras,
español, que estás sin alma.

(Oscuro. Vuelven a sonar las caracolas lejanas.)

CUADRO TERCERO .

(Entran el CAPITÁN TRUJILLO y VALCÁZAR.)

C. TRUJILLO.

No pasé en toda mi vida
noche con mayor cuidado,
en una cueva encerrado.

VALCÁZAR.

Mas no fue noche perdida.

C. TRUJILLO.

Cayéndome estoy de sueño.

VALCÁZAR.

Yo, en llegando a este lugar,
donde puedo descansar,
de mis ojos no soy dueño.

C. TRUJILLO.

Esta peña me parece
segura para dormir.
No hay que al sueño resistir
porque, al resistirlo, crece.

VALCÁZAR.

La noche | hemos pasado, | *que*
temiendo siempre la muerte,
me ha dado un sueño tan fuerte
que en resistir no he pensado.

*(Quedan los dos dormidos. Entran sigilosamente
TINGUARO, FIRÁN y otros guerreros.)*

FIRÁN.

Digo que los vi bajar
del monte.

TINGUARO.

Si gente fuera
que en son de guerra viniera,
no se alejaría del mar.

FIRÁN.

Es que son muy atrevidos.

TINGUARO.

¡Silencio! ¡Tienes razón!
¿Son éstos?

FIRÁN.

Los mismos son,
que deben de estar dormidos.

TINGUARO.

¿Tan vuestra la tierra es,
españoles fanfarrones,
que en nuestras propias naciones
tan puestos tenéis los pies
que de esta suerte dormís?

FIRÁN.

¿Dejo la maza caer?

TINGUARO.

Bajeza no se ha de hacer
cuando conmigo venís.
El que duerme, muerto está.
No he de matar yo a los muertos.

FIRÁN.

Pues matémoslos despiertos.

TINGUARO.

Firán, su hora llegará.
El arma que trae ceñida
le quiero ahora quitar
sin que lo haga despertar.

FIRÁN.

Muestra a ver.

TINGUARO.

(*Mostrando la espada.*)

Está vestida.

FIRÁN.

Quítale la camisola.

TINGUARO.

No acierto.

FIRÁN.

Ponla en el suelo.

Tira.

TINGUARO.

Que es así recelo.

FIRÁN.

¡Ved la traición española!

¡Ay, lo que dentro tenía!

Tócala, a ver.

TINGUARO.

Estaos quedos.

FIRÁN.

¿Sueltas?

TINGUARO.

¡Me corté los dedos!

FIRÁN.

¡Qué traición!

TINGUARO.

¡Qué alevosía!

FIRÁN.

¿Por dónde se ha de tomar?

TINGUARO.

Alzala por la cabeza.

FIRÁN.

¡Arma extraña!

TINGUARO.

¡Hermosa pieza!

¡Quién la supiera jugar!

Pero veréis, ¡vive el Soll,
que los he de echar de aquí
con la misma.

FIRÁN.

Para mí

quiero la de esté español.

TINGUARO.

No se la quites.

FIRÁN.

¿Por qué?

TINGUARO.

Porque sólo he de cumplir
lo que he dicho, hasta morir,
aunque jugarla no sé.

o

(Salen. A poco despiertan TRUJILLO y VAL-
CÁZAR.)

VALCÁZAR.

¿Soñé, Trujillo?

C. TRUJILLO.

¿Qué hay?

VALCÁZAR.

¿Habéis oído algún ruido?

C. TRUJILLO.

Hablar en sueños he oído.

VALCÁZAR.

¿Serían los bárbaros?

C. TRUJILLO.

¡Ay!

VALCÁZAR.

¿Qué buscáis?

C. TRUJILLO.

La espada.

VALCÁZAR.

¿Aquí,

puesta en los tiros, se pierde?

C. TRUJILLO.

Alta está la hierba verde;
cubrirla puede.

VALCÁZAR.

Eso, sí.

C. TRUJILLO.

¡Vive Dios, que no parece!

VALCÁZAR.

¿Qué hemos de hacer?

C. TRUJILLO.

No lo sé.

VALCÁZAR.

Si acaso Palmira fue...

C. TRUJILLO.

Gente a la vista se ofrece.

Volvámonos a la mar,
que estoy mal de esta manera.

El escuadrón nos espera.

No demos que sospechar.

VALCÁZAR.

¿Era buena?

C. TRUJILLO.

¿Cómo puedo

lo que vale encarecer?

No la quisiera perder

por lo que vale Toledo.

(*Salen. Suenan cerca las caracolas. Entra el REY BENCOMO con su séquito.*)

- MANIL. Eso causa su tristeza.
Yo te digo la verdad.
- BENCOMO. ¿Y cabe mayor maldad
que emplear la gentileza?
- SILEY. Como han probado a vencerte
con armas, y no han podido,
los cobardes han querido
con las almas dar la muerte.
- MANIL. Alma le dio un español
a mi hermana. Alma le ha dado,
y así el seso le ha quitado.
- BENCOMO. ¡Brava maldad, por el Sol!
Pero, ¿cómo se la dio?
- MANIL. Ella, por los ojos cuenta.
- SILEY. Para no aumentar tu afrenta,
callaba mi afrenta yo.
Mi hermana, que desposada
con Sigoñe, el general
de tu campo, el más leal
y el más valiente soldado,
de otro español que la vio
tiene el alma, y anda triste.
- BENCOMO. ¿Es cierto que tú lo viste?
- SILEY. Ella misma lo contó.
- BENCOMO. Luego, ¿por esas montañas
dando almas andarán?
- SILEY. Estas, de su capitán
deben de ser las hazañas.
- BENCOMO. Parte, Siley, y dirás
al general de esa gente
que venga, como valiente,
a matar hombres no más;
que no engañe a las mujeres
con dar almas de soldados
a sus pechos descuidados.

SILEY. Lo haré así.
 BENCOMO. Discreto eres.

(Parte SILEY. Se oyen redobles de tambores.)

MANIL. Ya se deben de acercar.
 TINGUARO. ¿Qué mandas hacer, señor?
 BENCOMO. A mi capitán mayor
 mandé escoger y alojar
 a seis mil hombres gallardos,
 como en Tenerife viven,
 que en aquel monte aperciben
 sus mazas, arcos y dardos.
 Acometamos nosotros
 e irémonos retirando,
 y así al irnos alcanzando
 saldrán del monte los otros.
 ¿Dicen que son mil soldados?
 Pues catorce mil seremos,
 y así los montes veremos
 en roja sangre bañados.
 TINGUARO. ¡Vamos, señor, que hoy es día
 de ganar honor y gloria!
 BENCOMO. Vuestra será la victoria,
 que sólo la astucia es mía.

(Van a salir. Llega DÁCIL.)

DÁCIL. Si a luchar das ocasión
 yo moriré de tristeza.
 BENCOMO. Dácil, con mucha aspereza
 juzgas de mi obligación.
 He de alegrarme, que fueron
 a que el general cristiano
 ejecute con la mano
 el intento a que vinieron,
 y no con hechicerías.
 DÁCIL. Señor, yo no puedo más.
 Si él es muerto, ya verás
 el fin de mis pocos días.

BENCOMO.
DÁCIL.

Hija, ¿qué piensas hacer?
Ir a llorar mi desdicha,
porque consiste mi dicha
no en ganar, sino en perder.

(Oscuro. Suenan los clarines guerreros de los españoles.)

CUADRO CUARTO

DON ALONSO DE LUGO delibera con sus capitanes.

- VALCÁZAR. El bárbaro, señor, amedrentado,
estará por sus riscos escondido,
pues apenas se ve ningún soldado.
- DON LOPE. El no habernos la entrada defendido
muestra que su temor, que desconfía,
le hará sin vacilar pedir partido.
- C. TRUJILLO. Cuando por riscos ásperos venía
con Valcázar ayer, reconociendo
qué gente el Rey, qué ejército tenía,
oímos de armas belicoso estruendo,
como de gente a la defensa puesta
que así el ataque iba previniendo.
Esto pensamos: que a salir se apresta
o, por lo menos, resistir el paso.
- C. CASTILLO. Sería ese rumor de baile o fiesta,
o al invocar sus ídolos acaso.
- DON ALONSO. Estos no tienen ídolos, Castillo,
y son sus fiestas en el campo raso.
- C. TRUJILLO. Y de que tal penséis me maravillo,
que muy poco sé yo lo que es el miedo.
- C. CASTILLO. ¿Quién os lo niega, capitán Trujillo?
- C. TRUJILLO. Mayor prudencia aconsejaros puedo.
- DON ALONSO. No haya nueva discordia, es lo que quiero.
Cada cual a sus Reyes ha servido
y que los sirva en adelante espero.
Trujillo dice bien, que haber venido
sin resistencia a parte tan estrecha,
no sin sospecha de peligro ha sido;

y Castillo también, pues no sospecha que hay peligro mayor. No nos cansemos en lo que al Rey no sirve ni aprovecha. Para la santa causa que emprendemos todo recelo llevaré conmigo, ya que tan dentro de la tierra vamos que a combatir no sale el enemigo.

VALCÁZAR.

¡Un bárbaro del monte al llano baja! Seguirle en su carrera no consigo.

DON LOPE.

¡Para llegar aquí, la senda ataja!

DON ALONSO.

¡Dios querrá que se rindan a partido!

C. CASTILLO.

¡Hola! No suene más trompeta o caja. El llega valeroso y atrevido.

(Aparece SILEY.)

SILEY.

Oidme bien, españoles,
vosotros que las Canarias
ganasteis a vuestros Reyes,
trayendo por la mar casas
cargadas de hechicerías,
de rayos, truenos y espadas;
vosotros, que a Tenerife
venís con tanta arrogancia,
como si los guanches fueran
hijos de vuestras esclavas;
vosotros, que por dos veces
habéis vuelto las espaldas
y vuestros pájaros negros
tendido en el mar las alas;
Bencomo, Rey de esta isla,
y Rey sin oro y sin plata,
sin aparato y grandeza,
sin palacios y sin guardas;
hombre que, como nosotros,
por estas laderas guarda
cabras monteses y ovejas
silvestres, toros y vacas,
dice que, ya que venís
a conquistar desde España

un campo lleno de piedras,
 un monte cercado de agua,
 luchéis como caballeros
 y peleéis con las armas,
 a lo que nobleza obliga,
 ya que blasonáis de tanta.
 Porque valerse de enredos,
 de invenciones y marañas,
 desdice de aquel valor
 que os dio tan honrada patria,
 pues de algunos nos dijeron
 que nuestras montañas andan,
 a escondidas de los hombres,
 dando a las mujeres almas.
 ¿No os bastan las invenciones
 de relámpagos y espadas
 para que hechicéis los pechos,
 metiendo en los pechos almas?
 A esto, pues, mi Rey me envía:
 a deciros que os aguarda
 en la falda de aquel monte
 para daros la batalla;
 que no ha querido impedir
 de Tenerife la entrada
 para poder, con holgura,
 desnudaros en su casa.

C. CASTILLO. ¡Así Dios te dé victoria,
 déjame, por Dios, que yo haga
 lo que merece, en respuesta,
 ese guanche y esa infamia!

DON ALONSO. No, Castillo, no es razón.
 Débese a las embajadas
 el guardar su privilegio.

C. TRUJILLO. ¿Qué embajada o calabaza?
 Díerale yo un torniscón,
 así, la mano cerrada,
 con que le hiciera tortilla
 las narices en su cara,

y fuera a quejarse luego
de que Trujillo no guarda
al embajador las leyes.

DON ALONSO. ¡Guanche...!

SILEY. ¡Español...!

DON ALONSO. Oye.

SILEY. Habla.

DON ALONSO. Dile a Bencómo, tu Rey,
de quien no son tus palabras,
que yo no vengo a sus islas
ni por oro, ni por plata.
Vengo a obedecer no más
lo que mis Reyes me mandan,
que convertiros desean
a la ley de Cristo santa.
A Fernando y a Isabel,
que así mis Reyes se llaman,
no obliga humano interés,
obliga piedad cristiana,
puesto que no han menester
tierra, sobrándoles tanta
en Castilla y Aragón,
y sin contar la de Italia.
A obedecerle venimos, | s
sin enredos ni marañas.
Estas armas que traemos,
en todo el mundo son armas;
que dar álmás a mujeres
son amorosas palabras
que los bárbaros no entienden.
SILEY. ¡Basta, español, eso basta!
Eso le diré a mi Rey,
que donde digo os aguarda.

(Vase SILEY.)

C. CASTILLO. ¡Qué aguardáis?

DON ALONSO. ¡Ea, señores,
ya la ocasión es llegada!

Hoy es día de mostrar
el valor que os acompaña.

- C. TRUJILLO. ¡Acomete, que son pocos!
C. CASTILLO. ¡Y son tan pocos, que faltan
para Castillo otros tantos!
DON ALONSO. ¡San Miguel, y cierra Español

(*Salen todos. Oscuro.*)

CUADRO QUINTO

(*Danza guerrera del combate entre guanches y españoles. Los españoles acaban retirándose, acosados por los isleños. Cesa la música. Quedan como fondo de la escena, con intermitencias, algún cañonazo lejano y las descargas de los arcabuces. Entran DON ALONSO DE LUGO y LOPE FERNÁNDEZ.*)

- DON LOPE. ¡Retírate, señor!
DON ALONSO. ¡Y está bien hecho
que yo no muera aquí, lugar famoso,
viendo todo mi ejército deshecho?
DON LOPE. Sería, señor, un caso lastimoso.
Si de este monte por lo más estrecho
el rey Bencomo puso, belicoso,
más de siete mil hombres en celada,
¿qué harían el brío y la española espada?
Mil soldados no más, aunque gallardos,
a esos miles de guanches se opusieron.
Con tantas flechas y tostados dardos,
ni con fuegos ni aceros los vencieron.
DON ALONSO. Lope, en la resistencia fueron tardos
por nuestro mal.
DON LOPE. ¡Y qué animosos cortan
con las mismas espadas que trajimos
las vidas que tan caras les vendimos!

(*Entra VALCÁZAR.*)

VALCÁZAR. ¡Oh, valeroso general! ¡Qué haremos, si apenas de mil hombres hay cincuenta? Mira que al no salvarte nos perdemos, pues que tu muerte su victoria aumenta. Permite que en las naves embarquemos. Vuelva siquiera un hombre que dé cuenta de esta desdicha a nuestra madre España.

DON ALONSO. ¿Y no sería morir más justa hazaña?

DON LOPE. ¿Qué ganas en morir, si con la vida puedes aún recobrar lo que has perdido?

(*Entra el CAPITÁN TRUJILLO.*)

C. TRUJILLO. Cobré mi espada, aunque con tanta herida, que vengo poco menos que vencido.

DON ALONSO. ¡Trujillo!

C. TRUJILLO. ¡Don Alonso!

DON ALONSO. La pérdida
batalla, no el honor, que no lo ha sido,
pues que de mil soldados no hay cincuenta,
nos obliga a morir.

C. TRUJILLO. ¡Fuera eso afrenta!

Yo soy de parecer que a la ribera
del mar retires esta poca gente
que se libró de la batalla fiera,
escondida en la cueva de esa roca.

DON LOPE. Y yo, que aunque esta vez fue la tercera,
puesto que nueva sangre nos provoca
vengamos otra vez a Tenerife.

DON ALONSO. ¿Con qué? ¿Sin un soldado ni un esquite?

DON LOPE. Volved a Gran Canaria, que mi hacienda,
mis ingenios de azúcar y otras cosas,
haré que en plaza pública se venda.
Y armaremos dos naves valerosas,
y valerosa gente que así emprenda
en Tenerife hazañas generosas.

DON ALONSO. ¿Valdrá la hacienda...?

DON LOPE. Nueve mil ducados,
que bastan para naves y soldados.

- DON ALONSO. Sólo el volver a Tenerife anhelo.
¡Amigos, reunamos nuestra gente,
que no hay que obrar precipitado y ciego!
C. TRUJILLO. ¡Vamos al mar!
VALCÁZAR. ¡Hacia la mar!
DON ALONSO. ¡Detente!
DON LOPE. ¿Qué quieres?
DON ALONSO. ¿Y Castillo?
DON LOPE. No hay sosiego
con su temeridad. Indiferente
a los dardos y flechas, muerte halló.
DON ALONSO. ¡Dios recoja la vida que le dio!

(Salen. Se oye la música de "El canario". Entran BENCOMO, MANIL, SILEY, TINGUARO y otros guerreros.)

- BENCOMO. ¡Gracias al divino Sol
por la victoria ganada!
SILEY. ¿Y a esto le llaman espada?
BENCOMO. Es su nombre en español;
que de la espada sospecho
nombre el de España tomaron.
SILEY. ¿Luego ellos la inventaron?
TINGUARO. Mas no les fue de provecho.
MANIL. A esto llaman un sombrero,
y a esto, ropilla o jubón.
TINGUARO. Y esto, aquí, los rayos son.
Probar a soltarlos quiero.
MANIL. ¡Ten cuidado! ¡Quita allá!
TINGUARO. No salen.
BENCOMO. Pruébalo, a ver.
TINGUARO. No acierto.
MANIL. *(Mostrando una bota de vino.)*
¿Y qué puede ser
esto que aquí dentro está?
Un español lo trafa,
y huyendo por una roca

se lo ponía en la boca
y no sé qué le decía.
Quiero esconderlo, y después
veré lo que dentro tiene.
TINGUARO. ¡Qué triste la infanta viene!

(Entra DÁCIL. Cesa la música.)

BENCOMO.

¿Día de tristeza es
el de tan alta victoria?

DÁCIL.

No estoy yo triste, señor.

BENCOMO.

Merezco yo, gran favor,
que te alegres de mi gloria.
Mira tantos enemigos
por esas laderas muertos,
y de sus galas cubiertos
nuestros guerreros y amigos.
Las almas que os habían dado,
a morir con ellos fueron;
la riqueza que trajeron,
en esta tierra han dejado.
Lo hemos, pues, de celebrar.
¡Ea, mis gentes! ¿Qué hacemos?
¡Ni una prenda les dejemos!
TINGUARO. ¡Desnudos han de quedar!

SILEY.

TINGUARO.

(Salen todos, menos DÁCIL y MANIL.)

DÁCIL.

¡Ay, Manil, y cuántas veces
te dije que me buscaras
aquel español que adoro!

MANIL.

Le busqué, y el Sol lo sabe.
Pero había tantos muertos
que me fue imposible hallarle.
DÁCIL. ¿Luego es muerto?

DÁCIL.

MANIL.

No lo dudes.

DÁCIL.

Entonces he de matarme.

MANIL.

Sería gran necedad.

DÁCIL.

Dicen que las almas parten

al punto, cuando se mueren
los cuerpos, a un reino grande.
Si se ha muerto mi español,
luego, con que yo me mate,
iré al reino donde está.

MANIL. ¿Y has de ir tu sola a buscarle?

DÁCIL. ¿Quieres tú venir conmigo?

MANIL. ¡Bien quisiera acompañarte!

Mas, ¿cómo me mataré?

DÁCIL. Eso, Manil, es muy fácil.

MANIL. A mí no me lo parece.

DÁCIL. Puedes, como yo, arrojarte
de este risco.

MANIL.

Prueba tú
primero, para enseñarme.
Aunque, si verdad te digo,
entre las armas que traen
los españoles, yo hallé
ésta que ves, esta tarde.

(Le muestra una bota de vino.)

DÁCIL. ¿Qué es lo que tiene eso dentro?

MANIL. Algún veneno.

DÁCIL. ¡A ver, dame!

MANIL. Espera, probaré yo.

(Bebe.)

DÁCIL. ¿Qué te parece?

MANIL. Bien sabe.

DÁCIL. Pues dame a mí.

MANIL. Espera un poco.

DÁCIL. ¿Otra vez?

MANIL. ¡Quiero matarme
de prisa, por no sentirlo!

¡Oh, qué muerte san tuave!

DÁCIL. ¿Cuándo me he de matar yo?

MANIL. Espera, ¡así Dios te guardel,
que para morir me falta
un poco por esta parte.

(Bebe de nuevo.)

DÁCIL. ¿Estás ya muerto del todo?
MANIL. Temo que el veneno falte
por lo que tardo en morirme.

DÁCIL. Pues si dejas que se acabe,
¿con qué me he de matar yo
para que a la tierra baje?

MANIL. Yo me moriré por ti.

DÁCIL. ¡Dámelo ya, no me canses!

MANIL. Toma, y muérete un poquito.

(Bebe DÁCIL.)

DÁCIL. Ya he bebido.

MANIL. Pues no aguardes.

¿Hay más alegre camino
de cuantos el mundo sabe
como el irse al otro mundo
sin pagar el viaje a nadie?

DÁCIL. ¡Buena cosa es el morir!

Todo es risueño.

MANIL. ¡Adelante!

Pues que lo hemos decidido,
¡murámonos esta tarde!

*(Vuelve a beber. Entra el CAPITÁN CASTILLO,
herido.)*

C. CASTILLO. El que sale entre los muertos,
¿para qué entre vivos sale
que pronto le han de matar?
¡Bendito cielo, ayudadme!
¡Sostenedme, espada, un poco,
no para que en vos descanse,
sino porque en vuestra cruz
diga mis preces finales!

MANIL.

¿Estamos ya en otro mundo?

DÁCIL.

¡Ay, Dios, que muerte agradable:
veo a mi español querido!

C. CASTILLO.

¿Qué ven mis ojos delante?

¿Es Dácil?

DÁCIL.

Yo soy, mi bien.

C. CASTILLO.

Mal herido vengo, Dácil,
para morirme en tus brazos;
favor que el cielo me hace.

DÁCIL.

Luego, ¿no estás muerto?

C. CASTILLO.

No.

DÁCIL.

Pues yo acabo de matarme.

C. CASTILLO.

Por fortuna no es así.

DÁCIL.

Sí, mis ojos: por buscarte.
Con un arma de españoles,
que dentro veneno trae.

C. CASTILLO.

Deja ver...

DÁCIL.

Esta es, señor.

C. CASTILLO.

Pues con ella he de curarme
de las heridas que tengo,
que esto es un licor suave
que allá le llamamos vino.
Vamos, mi bien, a curarme,
¿No estoy muerta?

DÁCIL.

C. CASTILLO.

Sí. De sueño.

DÁCIL.

Pues ven, que quiero guardarte
de la furia de esta gente,
y con hierbas saludables,
que aquí conocemos muchas,
secretamente curarte.

C. CASTILLO.

Te daré el alma mil veces.

DÁCIL.

Mejor es que en ti la guardes
y no me des alma ahora
que me lleve por los aires.*(Salen.)*

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Un año después.

(Hablan DÁCIL y el CAPITÁN CASTILLO al pie de una gran roca. CASTILLO viste a la usanza de los guanches.)

- C. CASTILLO. ¿Qué es lo que piensas de mí?
DÁCIL. Que a otras costumbres te has hecho después que te cubre el pecho el mismo traje que a mí.
- C. CASTILLO. ¿Celos, Dácil? ¿Sí? ¿De qué?
DÁCIL. De estas mujeres hermosas, que de mi bien envidiosas te persiguen. Yo lo sé. Mira que hace un año ya que estás prisionero aquí; que la vida que te di...
- C. CASTILLO. En ti prisionera está. Piensa que soy bien nacido y que, allí donde hay nobleza, se tiene por gran bajeza el no ser agradecido. Me curates, y de la muerte me devolviste a la vida. Si está el alma agradecida, cosa es que pronto se advierte.

DÁCIL. ¿Y por qué no te decides
a ser mío, como soy
tuya?

C. CASTILLO. Porque siempre estoy
pensando, si razón pides,
que vengan los españoles
para que de aquí nos lleven.

DÁCIL. No hay temor de que lo prueben,
pues la última vez mostróles
mi padre notables bríos.
Mató ochocientos, y más.

C. CASTILLO. Pronto, señora, verás
los artillados navíos
de mi valiente nación,
cubiertos con los pendones
de castillos y leones
y las barras de Aragón.
Cuatro islas han ganado
con indomable valor
al señor de Betancor,
de Gran Canaria expulsado.
Que el capitán general,
llamado Alonso de Ocampo,
general es que en el campo
merece fama inmortal.
Con Lope Fernández Guerra,
natural de las Montañas,
hicieron grandes hazañas
por el mar y por la tierra.
Y Trujillo de la Coba,
de Jerez de la Frontera,
que por su ardor se dijera
que a Marte la espada roba.
Con don Alonso de Lugo
a Tenerife vinieron,
muchos que entonces murieron,
otros que sufren el yugo.

Pero no por eso creas
que dejarán de volver.

(*Suena, a distancia, el disparo de un arcabuz.*)

DÁCIL. ¡Ay, cielos! ¿Qué puede ser?
C. CASTILLO. Señal para que me creas.

¿Ves cómo mi gente es ésta?
Cuando de su fe que admiro
no estás cierta, quiso un tiro
que lo estés de su respuesta.
¡Cielos, por tanto favor
beso la tierra mil veces!

DÁCIL. Si su llegada encareces,
fingido ha sido tu amor.

C. CASTILLO. ¿No es natural que reciba
con su llegada placer?

DÁCIL. Sólo sé que he de temer
que amor de su bien me priva.
Te irás, español, ahora.
¡Triste de mí!

C. CASTILLO. No es razón
que creas esa traición
de un hombre que bien te adora.

DÁCIL. Bien lo veo en el contento
que muestras.

C. CASTILLO. Esta alegría
nace de la patria mía,
y es natural sentimiento.

DÁCIL. ¿Jura serás mi marido
ya que te precias de hidalgo?

C. CASTILLO. Te juro, por cuanto valgo,
ser como hasta ahora he sido.

DÁCIL. Nombraré un testigo.

C. CASTILLO. ¿A quién?

DÁCIL. A esa roca.

C. CASTILLO. ¿Todavía
tus creencias?

DÁCIL. Algún día
me puede importar, mi bien.

C. CASTILLO. Pues repito que te doy
en presencia de esa peña...
DÁCIL. ¡Espera; tu mano enseña!
C. CASTILLO. Repito, a fe de quien soy,
ser un día tu marido.

DÁCIL. *(A la roca.)*
¡Escucha bien lo que escuchas!

C. CASTILLO. He visto ignorancias muchas
y muchas cosas he oído
de estos isleños, después
que los trato, mas como ésta
ninguna.

DÁCIL. No me molesta
que ya con tu gente estés,
porque me has dado tu mano
y es esa roca testigo.

C. CASTILLO. Ya ves que a todo me obligo.

DÁCIL. Gracias, valiente cristiano.

(Salen los dos. Entran MANIL y FIRÁN.)

MANIL. Por aquí trae el ganado,
que ya es hora de ordeñar.

FIRÁN. ¿Por aquí? ¡Si esto hacia el mar
nos lleva, y no hacia el prado!

MANIL. Como ya libre nos da
el español su ribera,
puedes llevártelo fuera
del monte y prado en que está.

FIRÁN. ¡Nunca vuelvan, quiera el Sol,
a Tenerife esos locos!

MANIL. Valientes son, mas son pocos;
que una vida de español
ha costado mil isleños.

FIRÁN. Dicen que habrán de volver.

MANIL. No se deben de atrever,
o no los dejan sus dueños.
Sus dueños los Reyes son
de Castilla.

- FIRÁN. Aquí ha quedado
un español muy honrado,
capitán de su nación.
- MANIL. Yo le conozco, y aun sé
quién y cómo le curo,
y aun fui por las hierbas yo,
que en aquel monte busqué.
- FIRÁN. ¿Qué hacemos con el ganado?
- MANIL. Lo entraremos a esa cueva,
Firáñ, porque no se mueva
antes que salga ordeñado.
- FIRÁN. Quita esas ramas también,
que la puerta está cerrada.

(MANIL quita las ramas que ocultan la entrada de la cueva en la roca. Se ve en el interior una imagen de la Virgen de la Candelaria con el Niño Jesús.)

- MANIL. Gente hay aquí.
- FIRÁN. ¿Una celada
del español? Mira bien.
- MANIL. Una mujer me parece.
- FIRÁN. ¿Una mujer?
- MANIL. Por su traje
parece de otro linaje.
- FIRÁN. ¡Y cuánta hermosura ofrece!
¿Se la dejarían aquí
los españoles?
- MANIL. No sé.
Hace más de un año, a fe,
que aquí no vengo.
- FIRÁN. Es así.
Un Niño tiene en los brazos,
y el Niño un pájaro tiene.
- MANIL. Una candela sostiene.
Da al Niño tiernos abrazos.
- FIRÁN. Como está la cueva oscura
trajo acaso la candela.

- MANIL. Hemos de tener cautela.
 FIRÁN. ¿Cautela ante esta hermosura?
 MANIL. ¡Guarda de los españoles!
 Un cierto licor bebí
 una vez, y me dormí
 tres días con sus tres soles.
 Sin duda que se han dejado
 esta Mujer, que ha parido
 en esta cueva.
- FIRÁN El marido,
 vencido y desorientado,
 debió de huir hacia el mar,
 y en el monte la dejó.
- MANIL. Aquí, sin duda, parió.
 FIRÁN. Mas, ¿por qué en este lugar,
 que es un pesebre de ovejas?
- MANIL. Al Muchacho abrigaría
 en el pesebre aquel día
 para consolar sus quejas.
 Veamos. ¡Buena Mujer!
 ¡Eh, buena Mujer!
- FIRÁN. No habla.
 MANIL. Muda está como una tabla.
 FIRÁN. Pues no lo debe de ser.
 Porque mujer y no hablar
 no es posible. Si querría
 que la llamasas María,
 porque así suelen llamar
 los de España a sus mujeres...
- MANIL. ¡Eh, María! Oye. ¿No veis
 que esa casa que tenéis
 es nuestra?
- FIRÁN. ¡Qué blando eres!
 ¡Oye, María; oye, Madre
 de ese Niño! Habladme a mí.
- MANIL. ¿Era soldado su padre?
 ¿Murió en la batalla?
- MANIL. Creo,
 Firán, que nos tiene en poco.

FIRÁN. ¡O habla, o yo me vuelvo loco!
 MANIL. Que hable es también mi deseo.
 ¡Mujer, la de la candela,
 hablad y salid acá!

(Pausa.)

FIRÁN. ¡Como se estaba se está!
 Ningún peligro recela.
 MANIL. ¿Es bueno, pues, que os vengáis
 al pesebre de mis cabras,
 y ni paguéis con palabras?
 ¡Salid fuera! ¿Qué aguardáis?
 ¡Pardiez, que os he de tirar
 esta piedra! ¡Ay, ay de mí!
 ¿Qué tienes?

FIRÁN. Que el brazo, así
 MANIL. se me ha venido a quedar.
 Bájale.

FIRÁN. No puede ser.

MANIL. ¿Se ha secado?

MANIL. Está tan yerto
 como si estuviera muerto.
 FIRÁN. Te ha embrujado esa Mujer.
 Un cuchillo tengo aquí,
 que a un español le tomé.
 Esa mano os cortaré
 como castigo... ¡Ay de mí!
 ¡Ay, Manil, que me he cortado
 mi propia mano!

MANIL. ¿Quién eres,
 ¡oh, Reina de las mujeres!,
 que así nos has castigado?
 ¡Eh, pastores de la sierra!
 ¡Oíd, isleños: traición
 de la enemiga nación
 que nos diera tanta guerra!
 ¡Rey mío, venid aquí!

(*Entran el REY BENCOMO y sus guerreros.*)

BENCOMO.
MANIL.

¿Qué es esto? ¿Por qué das voces?
Otros peligros atroces
nos cercan.

BENCOMO.

¿Y cómo así?

MANIL.

¿No hace un año que la tierra
en paz y sosiego está?

BENCOMO.
MANIL.

Alguien dejaron acá
que esa oscura cueva encierra.

¿No veis allí una Mujer?

¿Una Mujer? ¿Dónde?

Allí.

Queriendo hablarle, ¡ay de mí!,
no me quiso responder.

Cogí una piedra del suelo,
la fui a tirar, y al tirar
me hubo el brazo de dejar
como convertido en hielo.

Firán, que el caso veía,
se fue a cortarle una mano.
Se cortó la suya.

BENCOMO.

En vano

la embrujadora porfía
por librarse de la muerte.

MANIL.

Pondré en el arco una flecha.
¡Tente, Rey, que no aprovecha
contra una Mujer tan fuerte!

BENCOMO.

¡No has de sujetarme, necio!

MANIL.

¡Señora, ayudadme ahora
para que os libre!

(Vuelve a mover el brazo.)

¡Ay, Señora,
qué gran valor, qué gran precio
debéis de tener en Vos,
que quien esto pudo hacer
o es Hija, o Madre, o Mujer
de algún poderoso Dios!
En Vos desde hoy más confío,
y por mi Rey os abrazo,
pues yendo a tener el brazo

suyo, me disteis el mío.
Sano estoy, gracias a Vos.

BENCOMO.

¿Que estás sano?

MANIL.

¿No lo veis?

BENCOMO.

¿Quién sois, Señora?

MANIL.

¡Si habéis

adorado al Sol por dios,
mirad cómo tiene aquí,
en los brazos, un Sol tal
que oscurece al celestial!

FIRÁN.

Ruégale, Manil, por mí.

(Entran PALMIRA y otras mujeres.)

PALMIRA.

¿Qué hacéis de esta manera descuidados,
isleños, con la paz, y en tanto olvido
de aquellos españoles castigados,
que una vez más, audaces, han venido?
Ya resplandecen en la playa, armados
de aquel su acero de oro guarnecido;
ya responden los aires a sus truenos,
de fuego vivo y negro polvo llenos.
Los pájaros navíos, cual de flores
un prado por abril cubrir pudieran,
se adornan con banderas de colores
por cuyas ondas las del mar se alferan.
Retumban los sonoros atambores,
y las blancas espadas reverberan
con tal luz, que al mirarla en las orillas
tomárais por estrellas las cuchillas.
Los varios gritos, voces e instrumentos
empujan el aliento a la venganza,
y así de la victoria los acentos
de tanto ruido, anuncian la esperanza.
El cielo, el mar, las ondas y los vientos
favorecen su justa confianza.
Si no salís al paso, rendíos luego,
que es gente que en el agua prende fuego.
Palmira, soy el Rey. Ya por dos veces
eché de Tenerife a esos guerreros,

BENCOMO.

y mil les echaré, que sois jueces
 todos de mi valor y de mis fueros.
 Soy el dios de la mar, si ellos son peces.
 Este pino que ven mis hombres fieros,
 dará a sus naves golpes que les hunda
 en los abismos de la mar profunda.
 Ya somos todos españoles; mira
 que al fin su lengua ya entendemos. Vengan
 armados de metal, de acero, de ira,
 y esos rayos horrisonos prevengan,
 que como entonces morirán, Palmira,
 aunque más plomo y negro polvo tengan.
 Ved cómo soy; soy como aquel gigante
 que a beberse la mar era bastante.
 ¡Por el Sol, que si tomo los navíos,
 a España los arrojo con la mano!
 ¡Seguidme todos, capitanes míos,
 a luchar otra vez contra el tirano!

*(Sale el REY BENCOMO seguido de sus guerreros
 y de las mujeres. Quedan solos MANIL y FIRÁN.)*

FIRÁN.

Detente un poco, Manil,
 y pues tu brazo cobraste,
 pídele a esa Señora
 que mi mano me restaure.
 No te vayas sin decirle
 mi dolor.

MANIL.

Señora Madre
 de ese Niño: así mil años
 le goce, abrace y regale;
 así le vea tan hombre
 que derribe a los gigantes.
 Cura la mano a Firán
 como a mí el brazo curaste.
 Señora de la Candela,
 que no sé qué nombre darte
 a no ser el de María,
 que es allá nombre de madre:
 dadle la mano, y creed

que cada mañana y tarde
vendremos los dos aquí
para que jamás os falte
el necesario sustento:
leche, miel y dulces dátiles.
Y a vos, Niño, si tenéis
gusto por pájaros tales,
os prometo traerlos vivos,
y así juguéis y ellos canten.
María de la Candela,
oíd mis ruegos, sanadle,
que daño no quiso hacer.

FIRÁN.

¡Ay, Señora, perdonadme,
que a vuestro Niño prometo
traer mañana un haz grande
de cañas de azúcar! ¡Ay!

MANIL.

¿Qué es eso?

FIRÁN.

¡Cosa admirable!

¡Sané!

MANIL.

¿Sanaste?

FIRÁN.

¡Sané!

MANIL.

Pues bésale los pies.

FIRÁN.

Dadme,

Señora, esos pies mil veces.

(Suenan, lejos, los tambores de los españoles.)

MANIL.

¡Cajas suenan!

FIRÁN.

El alarde

de los españoles es.

MANIL.

Lejos están, y ya esparcen
el vivo fuego a los pechos
y el polvo negro a los aires.

(Cesan los tambores.)

FIRÁN.

La isla se ha de perder.

(MANIL da unos pasos, mirando al cielo.)

MANIL.

Van por el aire sutil.

FIRÁN.
MANIL.

¿Qué estás hablando, Manil?
Quiero darle de comer,
antes de irme, a la Señora
de la Cándela, Firán.
Y esos pájaros que van
azotando el aire ahora,
no se quieren detener,
y al Niño le he prometido
coger alguno.

FIRÁN.
MANIL.
FIRÁN.

~~Esasí.~~ Entendido.
¡Pues no lo puedo coger!
El pájaro le darás
a nuestro Niño otro día.

MANIL.
FIRÁN.
MANIL.

Ahora dárselo querría.
Mas, ¿cómo lo cogerás?
La copa de aquel manzano
se cubre de ellos. ¿Qué haremos?

FIRÁN.
MANIL.

Vivo no lo cogemos.
Vivo ha de estar en su mano.
¡Ah, pajarillos canarios,
cuyos sabrosos piquillos
andan picando ramillos
por esos árboles varios!
¡Ah, jilguerillos pintados
más que vestido español,
que le dais música al Sol
luego que dora los prados!
¡Ah, calandrias, que cantáis
a la aurora en los barbechos!
Golondrinas que en los techos
de las cabañas moráis;
ruiseñores, tan corteses
y discretos en callar,
que sólo os oyen hablar
en todo el año tres meses;
aberramías, doranes,
que andáis por esos palmitos;
oropéndolas, mosquitos,
lechuzas y alcaravanes;
gorriones prevenidos,

que llaman zorras con alas;
 flautas llenas de más galas
 que los campos más floridos,
 bajad, bajad, que os lleve
 de vuestro asiento frondoso
 a este mi Niño amoroso,
 para su mano de nieve.
 ¡Hazlo, Señora divina
 de la candela en la mano!

*(El árbol, lleno de pájaros, se inclina ante
 MANIL.)*

FIRÁN. ¡Oh, milagro soberano!
 MANIL. ¡El árbol la copa inclina!
 FIRÁN. Coge el pájaro, Manil.
 MANIL. No cojo... por escoger.
 FIRÁN. Mira, este puedes coger:
 parece un florido abril.

(MANIL toma el pájaro.)

MANIL. ¡Ea, en su mano pequeña
 no todos pueden haber!

(El árbol se endereza.)

FIRÁN. Te oyó y pareció entender.
 MANIL. Otro prodigio que enseña
 que esta gran Señora es
 más diosa que el mismo Sol.
 FIRÁN. ¿Será Ella el Dios español?
 MANIL. No has de dudarlo. A tus pies,
 Señora de la Candela,
 estoy de nuevo rendido.
 FIRÁN. ¡La candela se ha encendido!
 MANIL. Y el pajarillo se vuela
 a la mano de su Niño.
 FIRÁN. Holgaos, mi Niño, con él.
 MANIL. No vi tan rojo clavel.
 FIRÁN. Ni yo más nevado armiño.

FIRÁN. Me pesa que les dé el sol.
 MANIL. No ha de pesarte, Firán,
 que yo iré, pues cerca están,
 por un sombrero español.

FIRÁN. Mas, ¿cómo te atreverás?

MANIL. Algo llevaré a vender,
 y por ello podrá ser
 que me lo den.

FIRÁN. ¡Loco estás!

No es justo que el español
 te dé nada.

MANIL. Bien lo sé.

Ni es justo que el sol les dé,
 pues son más bellos que el sol.

*(Oscuro. Se oye de nuevo el redoblar de los
 tambores, más cerca.)*

CUADRO SEGUNDO

*(Cesa el redoble. Entran DON ALONSO DE LUGO
 y un grupo de conquistadores, con escolta de sol-
 dados.)*

DON ALONSO. Con tanta prosperidad,
 ¿quién duda el fin de la empresa?

DON LOPE. ¡Tierra, traemos amistad,
 ya que la mar nunca cesa
 de negarnos su piedad!

VALCÁZAR. El Angel que siempre guía
 a don Alonso, parece
 que viene en su compañía.

C. TRUJILLO. Lope Fernández merece
 por su ejemplar hidalguía,
 como fue el vender su hacienda
 y así de nuevo se emprenda
 el intento comenzado,
 fama donde el sol dorado
 sus rojos rayos extienda.

DON ALONSO. Con la hacienda que ha vendido,
fama ha comprado inmortal,
aunque siempre la ha tenido.

DON LOPE. Me basta, mi general,
que os haya en algo servido.

*(Se oye una voz que canta, dentro, mientras
pasa por los cielos una procesión de candelas.)*

VOZ. *(Cantando.)*
Aquel que todo lo supo,
que es Dios, que todo lo sabe,
Virgen, te alabe;
pues en tus entrañas cupo
y en cielo y tierra no cabe.

C. TRUJILLO. ¡Bella música!

DON ALONSO. ¿Es aquí?

DON LOPE. Es de tierra adentro.

VALCÁZAR. Sí.

DON ALONSO. Mas, ¿música concertada
en estas tierras?

C. TRUJILLO. En nada
orden ni concierto vi
cuando trataba con ellos.

DON ALONSO. Mirad, ¿no veis coronados
de aquel monte los cabellos
de más orbes estrellados
que el cielo que está sobre ellos?

DON LOPE. Las luces que desde el mar
vimos en tierra, son éstas.

DON ALONSO. Ya no tenéis que dudar,
pues la tierra os hace fiestas
porque la habéis de ganar.

C. TRUJILLO. Bien desde el mar os decía
que el resplandor que veía
era en Tenerife.

VALCÁZAR. ¡Extraño
prodigio!

DON LOPE. Aquel primer año
que con tan nueva osadía

a Tenerife vinimos,
por esos montes pusimos
cruces, cuyo verde suelo
corona de luz el cielo.

C. TRUJILLO. Yo me acuerdo que trajimos
Castillo —Dios le perdone—
y yo una grande a aquel risco.

DON ALONSO. Bien puede ser que corone
el cielo aquel obelisco,
volcán donde el sol se pone.
Pero pienso que es lo cierto
que estos bárbaros, que entienden
que ya llegamos a puerto,
fuegos juntándose encienden.

C. TRUJILLO. Si a Trujillo le permites
desamparar tus banderas,
iré a ver si esas hogueras
son de sus fiestas convites.

DON ALONSO. Por lo que pudiera ser,
marchar juntos es mejor,
pues ya sé vuestro valor
y no lo quiero perder;
que en el monte hay luces varias,
y sé que son luminarias
de la victoria que, en él,
a Fernando y a Isabel
dan hoy las islas Canarias.

*(Salen todos con gran algazara. Entra MANIL.
Suenan toques de trompeta.)*

MANIL. En mala ocasión llegué,
pues asombrando a estas peñas
las trompetas hacen señas
que la batalla se dé.
Vine por un guardasol,
y no querría llevar
una bala, que del mar
arroja el fiero español.

(Recoge del suelo una bota de vino.)

¡Oh, españoles, qué prudentes
os hizo vuestro señor!
Si bebéis este licor,
¿qué mucho que seais valientes?

(Se oyen disparos de arcabuces y cañonazos lejanos.)

Crece el tirar, ¡ay de mí,
que no me dejan probarte!
Pero si puedo llevarte,
¿a qué me detengo aquí?

(Sale rápidamente, llevándose la bota. Empieza de nuevo la danza guerrera de españoles y guanches. Ahora son éstos los que, al final del combate, retroceden, acosados por los españoles. Termina la danza guerrera. Oscuro. Queda la música, alejándose, como fondo del comienzo del cuadro siguiente.)

CUADRO TERCERO

(Aparece DÁCIL en lo alto de la roca.)

DÁCIL. ¡Ah, españoles, que parece
que traéis nuevo valor,
pues vencéis al vencedor
que vuestro laurel merecél
Ya la suerte se ha trocado.

(Desciende de la roca. Entra el CAPITÁN TRUJILLO.)

C. TRUJILLO. ¡Tente, mujer!
DÁCIL. Aquí estoy.
Si la muerte en busca voy,
¿qué puedo temer, soldado?
C. TRUJILLO. No he visto cosa que aquí
más codicia me despierte.
DÁCIL, Español, dame la muerte.

- C. TRUJILLO. Escúchame antes así:
aunque yo a matar viniera
mujeres, te reservara
por lo que obliga esa cara.
- DÁCIL. ¿Qué es lo que tu brazo espera?
- C. TRUJILLO. ¿Eres mujer principal?

(*Entra el CAPITÁN CASTILLO.*)

- C. CASTILLO. ¡Hola, capitán valiente!
¿Cuándo la española gente
suele proceder tan mal?
Sabe que a Dácil perdí;
por eso es cautiva ya.
Justo fue, pues la rogué
esconderse, y aquí está.
Mas no se ganan los nombres
—si lo que pareces eres—
cautivando las mujeres,
sino matando los hombres.
Suelta la presa, y camina.
La vida, español, te doy.
- C. TRUJILLO. ¿Sabes, osado, quién soy
y que esta hermosura inclina
a detenerse los ojos?
- C. CASTILLO. Sé que no estás muerto ya
porque ella contigo está.
- C. TRUJILLO. Ella será mis despojos
mientras quedarás tú aquí,
muerto a mis manos.
- C. CASTILLO. ¿Quién? ¿Yo?
Mal sabes que el ser me dio
la misma patria que a tí.
Aunque hoy nos habéis vencido,
yo no lo estoy, y la gloria
sin mí de vuestra victoria
tan fácil no hubiese sido.
- C. TRUJILLO. ¡Me asombras, tan arrogante!
Pues, ¿qué puedes tú importar,
ni gloria alguna quitar

en victoria semejante?
 ¿Quién eres? ¿Eres el rey
 de esta isla?

C. CASTILLO. Un hombre soy
 que en estas tierras estoy,
 pero no soy de su ley.

C. TRUJILLO. ¡Lo quiso el cielo!

C. CASTILLO. Eso creo.

C. TRUJILLO. ¿Sois el capitán Castillo?

C. CASTILLO. Soy Castillo, y vos, Trujillo.

C. TRUJILLO. ¡Cumplió el cielo mi deseo!
 Pero, ¿vivís?

C. CASTILLO. ¿No lo veis?
 Herido y muerto me vi.
 Por esta mujer viví,
 que ya por vuestra tenéis.

C. TRUJILLO. Su esclavo seré, y le ruego
 que me perdone.

DÁCIL. Señor,
 yo lo soy de su valor.

C. TRUJILLO. Pues perdonadme, que luego
 a Castillo os traeré,
 porque no tendréis a mal
 que lo lleve al general.

C. CASTILLO. Señora, pronto vendré;
 que ahora es justo que me vean
 los amigos.

DÁCIL. Si allá vais
 no volveréis.

C. CASTILLO. No temáis,
 ni vuestros recelos crean
 que me olvidaré de vos.

C. TRUJILLO. ¡Ea, Castillo, no tardéis!

C. CASTILLO. Así os ruego que esperéis,
 pues volveremos los dos.

C. TRUJILLO. Palabra os doy de traeros
 vuestra prenda.

DÁCIL. En vos confío,
capitán, todo el bien mío.

(Se aleja de los dos.)

C. TRUJILLO. ¿Y vivir habéis podido
entre gente extraña?

C. CASTILLO. Sí,
que viviendo Amor en mí,
puse la patria en olvido.

(Salen los dos. DÁCIL queda sola. Suena un fondo musical de arpas.)

DÁCIL. Ya me espantaba yo que la fortuna,
la mayor enemiga que Amor tiene,
no mudase mi bien al mal que viene,
pues no sabe tener firmeza alguna.
¡Qué presto a los contentos importuna
los pesares solícita previene!
¡Qué poco en un estado se detiene,
pues no ha parado próspera ninguna!
Mas aunque más mudable y fácil eres,
seré más firme mientras más me asombres,
por vencer la opinión de las mujeres.
De fáciles nos dan mudables nombres,
y todos nuestros varios pareceres
los hemos aprendido de los hombres.

(Cesa la música. Entra el REY BENCOMO.)

BENCOMO. Ya, por lo menos, enemiga suerte,
no tengo que temer, que es el consuelo
de los que vienen a un estado triste.
Vencieron esta vez los españoles
mis arrogantes fuerzas con sus artes.
No hallé defensa a sus veloces rayos
en mis arcos y flechas venenosas,
¿Quién está aquí?

DÁCIL. Quien llora tus desdichas.

BENCOMO. No es desdichado, hija, el que te ha visto.
Es la desconfianza que me ha dado
día de tanto mal para nosotros;
y si tu cautiverio solamente
puede ser para mí muerte y desdicha,
ruégote que te escondas, mientras pasa
la furia de estos hombres y reúno
la gente que me queda y la que espero
para probar una vez más mi suerte.
DÁCIL. Aunque te deje, voy a obedecerte.

(Sale DÁCIL. Ahora se oye un fondo musical, muy tenue, de trompetas. En lo alto de la roca aparecè la figura del Arcángel San Miguel con una espada de fuego en la mano.)

ARCÁNGEL. ¡Rey de Tenerife, escucha!

BENCOMO. ¡Ay, cielos! ¿Eres el Sol?

Para ser rayo español
esa claridad es mucha.

ARCÁNGEL. Rey, yo soy el Capitán
de las milicias del cielo,
a quien también las del suelo
hoy los españoles dan.

Yo hè sido su protección,
las siete islas conquisto,
y el Evangelio de Cristo
quiere tomar posesión,
Dale piadosa acogida,
que, si no te rindes luego,
con ésta espada de fuego
vendré a quitarte la vida.

(Desaparece la visión. Cesa la música.)

BENCOMO. ¡Qué bien has hecho, oh Capitan famoso,
en irte de mis ojos brevemente;
que helado el corazón, y temeroso,
lugar apenas en el pecho siente!

(Huye el REY. Entra DON ALONSO DE LUGO con su séquito.)

- DON ALONSO. No pienso que fuera un sueño.
- DON LOPE. Ni lo parece, señor.
- DON ALONSO. Aunque el ver vuestro valor,
casi de estas islas dueño,
me pudiera sosegar,
no vivo tan sosegado
que no desvele el cuidado
mis ojos en tierra y mar.
Cierto que al Angel veía
con siete ninfas hermosas
que, coronadas de rosas,
al rey Fernando ofrecía.
Le pregunté, entre mil varias
luces, músicas y fiestas:
"Dime, Arcángel, ¿qué son éstas?"
y respondió: "Las Canarias.
Que ya todas siete son
de Fernando e Isabel,
que por Castilla y por él
hoy tomaréis posesión".
Y díjome que buscase
en este monte un tesoro.
- VALCÁZAR. Sin duda que hay plata y oro.
- DON ALONSO. ¡Ah, si alguna mina hallase!

(Entran los CAPITANES TRUJILLO y CASTILLO.)

- C. TRUJILLO. Porque sé que os ha de dar
este presente contento,
lo traje y os lo presento.
- DON ALONSO. No tengo con qué pagar
hasta que hallamos ganado
la isla. ¿Es el general?
Porque personaje igual
no será humilde soldado.
- C. CASTILLO. Esclavo soy de Trujillo,
pues él me presenta a vos.
- C. TRUJILLO. Yo lo soy suyo. ¡Por Dios,
si es el capitán Castillo!
- DON ALONSO. ¿Castille dices?

C. CASTILLO.

Herido,

don Alonso, aquí quedé.

DON ALONSO.

¡Hoy nuestra victoria fue!

¡Hoy, al fin, hemos vencido!

Dadme esos brazos

C. CASTILLO.

¡Señor,

con esperanza de veros

he vivido, para haceros

demostración de mi amor!

DON LOPE.

¡Dadnos parte de Castillo!

VALCÁZAR.

Y a todos, señor, también.

DON ALONSO.

Vístanle, que no está bien

su traje.

DON LOPE.

Me maravillo.

de teneros ante mí.

C. CASTILLO.

Toda mi historia sabréis.

DON ALONSO.

Señores, pues ya sabéis

que está sano y salvo aquí,

recordad lo del tesoro,

que lo primero es pensar

dónde lo hemos de buscar;

que si en Tenerife hay oro,

¿qué otras Indias hay como ella?

DON LOPE.

Señalad el monte vos.

DON ALONSO.

Pues vamos, que espero en Dios

que siendo el Angel la estrella,

hoy tendrá España un tesoro.

VALCÁZAR.

Yo el primero he de cavar.

C. CASTILLO.

¿Qué es lo que pensáis hallar?

VALCÁZAR.

Lo menos, un monte de oro.

(Salen todos. Entra MANIL.)

MANIL.

Este sombrero que hallé,

o que tomé con cautela,

Señora de la Candela,

porque menos sol os dé

traigo con este contento

que de serviros recibo,

pues por vos pienso que aún vivo
 y es muy justo pensamiento.
 Me pesa que no encontré
 otro chiquito que diera
 a vuestro Hijo, pues quisiera
 que el sol tampoco le dé.
 Pues como está tan dormido
 con la leche que le dais,
 si del sol no le guardáis
 os va a quedar dolorido.
 Aunque, si mejor pensara,
 yo diría de los dos
 que el mucho sol que os da a Vos
 a El le sale de la cara.
 Abrir quiero.

*(Quita las ramas de la gruta y se ve el interior,
 vacío.)*

¡Ay, ay de mí;
 que no están aquí! ¿Qué haré?
 Señora, ¿adónde se fue?
 ¿Por qué me ha dejado así?
 ¡Ay de mí, Señora mía,
 Señora de la Candela!
 ¿Dónde está, que no consuela
 mis penas en este día?
 No soy bárbaro guerrero.
 ¿Dónde se fue? ¿Dónde está?

(Entran BENCOMO, DÁCIL, guerreros y mujeres.)

SILEY.
 BENCOMO.
 DÁCIL.

Por aquí regresan ya.
 Rendirme y hablarles quiero.
 No soy yo de parecer
 que a una gente tan ingrata
 te rindas, ni a Tenerife,
 nuestra antigua y noble patria,
 sujetes còbaramente
 al loco imperio de España.

- BENCOMO. ¡Calla, hija, que no es justo,
si el cielo nos amenaza,
querer resistir al cielo!
- SILEY. Señor, los cristianos bajan.
- PALMIRA. ¡Ay, si viniese Trujillo!
- ERBASIA. ¡Ay, si viniese Valcázar!

(Entran DON ALONSO DE LUGO y todos los españoles. CASTILLO viste de nuevo el uniforme de capitán.)

- DON ALONSO. Por aquí habéis de cavar;
que las candelas que estaban
por corona de este monte,
que está aquí, el oro señalan.
- BENCOMO. Si buscáis, cristianos fuertes,
oro, perlas, piedras, plata,
los hallaréis escondidos
sólo en nuestras propias almas,
con las cuales nos rendimos
como el cielo nos lo manda
por un capitán que hoy
con una temible espada
me amenazó!
- DON ALONSO. ¡Tente, Rey!
Alza del suelo, que basta
el nombre a cuyo valor
respeto justo se guarda.
Si el cielo os manda rendiros
a los que ahora os abrazan,
manda que con gran amor
celebrems esta hazaña.
- TODOS. Sea.
- DON ALONSO. Para que yo crea,
señor, si es que esto no os cansa,
que lo que dicen las lenguas
es lo que sienten las almas,
¿en qué parte de este monte
hay minas de oro o de plata?

- BENCOMO. Ya os dije nuestra pobreza;
que si aquí el cielo las guarda
no lo sabemos nosotros,
si bien en estas montañas
hemos visto muchas luces.
- DÁCIL. Aunque amistades hoy hagan,
españoles más dichosos
que valientes, con España
estos nuestros viles hombres,
las mujeres, que se agravian,
no pasan por estas paces.
- DON ALONSO. Pues, ¿por qué razón no pasan?
- DÁCIL. Porque sois unos traidores;
y yo, que he sido engañada
de ese soldado que ya
tenéis tan lleno de galas,
afirmaré que lo sois
y seguiré la campaña.
- C. CASTILLO. No disgustes a tu padre
ni a tus isleños, infanta;
que no es traidor el que debe
amor, si en lo mismo paga.
- DÁCIL. ¿Y en qué me pagas a mí,
si me has dado tu palabra
de ser mi esposo y te vas
con tus soldados? ¡Aguarda!
Peña, ¿no fuiste testigo?
¿No me la dio?
- C. CASTILLO. ¿Piensas que hablan
las rocas?
- DÁCIL. Cuando Dios quiere.

(Aparece sobre el risco la imagen de la Virgen de la Candelaria.)

- DON ALONSO. ¡Oh, qué maravilla extraña!
El tesoro estaba aquí,
que es la Virgen Candelaria.
- C. CASTILLO. Señora, testigo seas
de que cumplo mi palabra.

- MANIL. Españoles, si sabéis
quién es esa hermosa dama,
decidlo a un hombre que ha días
que de su pobre labranza
trae a su Niño y a Ella
leche, miel y frutas varias.
- DON ALONSO. Esta es la Madre de Dios,
la que en sus entrañas santas
le trajo y parió, quedando
virgen.
- BENCOMO. ¡Hermosura rara!
Por ella todos queremos
de vuestro bautismo el agua.
- C. CASTILLO. Y yo casarme con Dácil,
en siendo Dácil cristiana.
- C. TRUJILLO. Yo, señores, con Palmira.
- VALCÁZAR. Y yo con la bella Erbasia.
- DON ALONSO. Por lo menos, comenzamos
la población con tres casas
y con tan sagrado templo
de la Virgen Candelaria,
que ha de ser nuestra Patrona.
- DÁCIL. Y aquí la comedia acaba,
porque acabó en Tenerife
la conquista de Canarias.

T E L O N

Noche de San Juan

Lope de Vega

Acto I

versos 1-370

versos 371-758

versos 759-1182

Acto II

versos 1183-1462

versos 1463-1798

versos 1799-2193

Acto III

versos 2194-2364

versos 2365-2626

versos 2627-3035

NOCHE DE SAN JUAN

Personas que hablan en ella:

- **Don JUAN**
- **Don LUIS**
- **Don PEDRO**
- **Don BERNARDO**
- **TELLO, gracioso**
- **OCTAVIO**
- **MENDOZA**
- **CELIO**
- **FABIO**
- **LEANDRO**
- **RODRIGO**
- **LEONARDO**
- **Don ALONSO**
- **Don FÉLIX**
- **Don TORIBIO**
- **ALGUACILES**
- **Doña LEONOR**
- **Doña BLANCA**
- **INÉS, criada**
- **FENISA**
- **ANTONIA, criada**
- **LUCRECIA**

ACTO PRIMERO

*Salen Doña LEONOR, dama, e INÉS,
criada*

LEONOR: No sé si podrás oír
lo que no puedo callar.

INÉS: Lo que tú supiste errar,
¿no lo sabré yo sufrir?

LEONOR: Perdona el no haberte hablado,
Inés, queriéndote bien.

INÉS: Ya es favor de aquel desdén
pesarte de haber callado.

LEONOR: No me podrás dar alcance
sin un romance hasta el fin.

INÉS: Con achaques de latín,
hablan muchos en romance.

LEONOR: Las destemplanzas de amor
no requieren consonancias.

INÉS: Si sabes mis ignorancias,
lo más claro es lo mejor.

LEONOR: ¿Tengo de decir, Inés,
aquello de escucha?

INÉS: No,
porque si te escucho yo,
necio advertimiento es.

LEONOR: Vive un caballero indiano
enfrente de nuestra casa,
en aquellas rejas verdes,
cuando está en ellas, doradas.
Hombre airoso, limpio y cuerdo,
don Juan Hurtado se llama;
dijera mejor, pues hurta,
don Juan Ladrón, sin Guevara.
Éste, que mirando en ellas,
las tardes y las mañanas,
no curioso de pintura
los retratos de mi sala,
sino mi persona viva,
como papagayo en jaula
siempre estaba en el balcón
diciendo a todos: "¿Quién pasa?"
Debió de pasar amor,
que como el rey que va a caza
a las águilas se atreve,
cuanto y más a humildes garzas.
Parándose alguna vez,
preguntóle cómo estaba;
respondió: "Como cautivo,"
y miraba mis ventanas.
De sus ojos y su voz
a mi labor apelaba;
mas pocas veces defienden
las almohadillas las almas.
Muchas, te confieso, amiga,
que los ojos levantaba
por ver si estaba a la reja,

que no por querer mirarla.
Di en cansarme si le vía,
¡oh, qué necia confianza!
que pesándome de verle,
de no verle me pesaba.
Dicen los que saben desto,
Inés, que el amor se causa
de unos espíritus vivos
que los ojos de quien ama
a los opuestos envían,
y como veneno abrasan
de aquellas sutiles venas
la sangre más delicada.
Por esta razón, los niños,
en los brazos de sus amas,
enferman de quien los mira,
aunque es la causa contraria;
que allí mira el niño amor,
pero aquí padece el alma,
que las niñas de los ojos
las de las almas retratan.
En la Vitoria una fiesta,
que en guerra de amor no falta
la vitoria a quien porfía
y más si está la esperanza
tan cerca del Buen Suceso
el tal indiano esperaba
que yo llegase a la pila;
llegué, y al tomar el agua,
como que hacía lo mismo
me echó un papel en la manga.
¿No te dije yo al principio
cómo Hurtado se llamaba?
¿Pues qué mayor sutileza
viniendo entre gente tanta?
Tomaba con una mano
el agua y con otra echaba
el papel, en que fué cierto
lo que dicen del que anda
entre la cruz y la pila.
Pasaron dos horas largas
mientras en la iglesia estuve,
donde, por más que rezaba
más al papel atendía
que a las imágenes santas.
Quise romperle mil veces,
y cuando ya le sacaba
parece que me decía:
"Señora, ¿por qué me rasgas?
¿Qué perderás en saber
cómo escriben a sus damas
los amantes?" Pero yo,
aunque con mudas palabras,
"No, traidor," le respondía,
"aquí morirás, que llamas
para papeles de amores
suelen ser manos honradas".
Entre si le rasgo, o no
¡oh, cuánto yerra quien halla
luz para atajar principios
y los remedios dilata!

Comencé a rasgarle, y luego
detuvo el amor la espada,
porque es ángel que defiende
papeles cuando honras mata.
Volvió, en fin, por las razones,
y la razón desampara,
afeándome la muerte
de un pobre papel sin armas.
El vino conmigo, en fin,
y en mi aposento, sentada
en mi cama, vi el papel,
cortés, como quien engaña,
y breve, como discreto,
y aquella máscara santa
del matrimonio, en los hombres
treta que ha perdido a tantas.
Anduve desde este día
triste y alegre, cansada
de sufrir mis pensamientos,
que resistidos desmayan.
Don Juan, como pescador
que al pez el sedal alarga,
cuando ya le tiene asido
y va mudando la caña,
envióme una mujer
destas que cuentan por habas
los sucesos por venir;
negro monjil, tocas blancas,
cuentas de no dar ninguna,
que cruz y muerte rematan,
cruz de matrimonios que hacen
y muertes de honras que acaban.
Yo no sé, por no cansarte,
con qué hechizos o palabras
trocó mi honesto deseo,
que a dos visitas estaba
como don Juan me quería,
claro está, que enamorada.
Respondí al papel, y a muchos,
por esta fingida santa,
a quien mi casa venera
y a quien mi hermano regala.
En fin, dando yo lugar,
todas las noches me habla
por esas rejas don Juan;
porque, después de acostada,
vuelvo a vestirme y salir;
porque cuando el amor danza,
no hay Conde Claros, Inés,
que así salte de la cama.
Hablamos hasta que el sol
nos envía, con el alba,
a decir que ya es de día,
porque los ojos no bastan.
Así pasamos las noches,
y te prometo que es tanta
la blandura y discreción
de don Juan, y que me trata
con tan honesto respeto,
que, perdida y obligada,
pienso advertir a mi hermano

de que mi vida se pasa
sin que de mi estado trate;
que, divertido en sus damas,
como caballero mozo,
ni se casa, ni me casa;
porque somos las mujeres
fruta que con flor agrada,
y del tiempo en que se coge
siempre es mejor la mañana.
Esta, Inés, la historia ha sido,
y, cuanto amorosa, casta,
no le di mano sin ser
sobre lágrimas prestadas.
A quien no lo pareciere,
pruebe a ser un año amada,
que oír y no responder
sólo es bueno para estatuas.
Yo defendí mi valor;
pero donde el cielo es causa
y dos almas se conforman,
ninguna prudencia basta.

INÉS: Aunque has pensado que yo
no entendía tu inquietud
y estimaba la virtud
de quien el papel te dio,
sabe que todo lo sé
y de Tello, su criado,
que alguna vez me ha fiado
tus pensamientos, en fe
de un poco de voluntad.

LEONOR: ¿Quiéresle bien?

INÉS: Es discreto.

LEONOR: Bueno andaba mi secreto.

INÉS: ¿Parécete novedad
que donde mira el señor
siga su ejemplo el criado.

LEONOR: Mi hermano, Inés, ha llamado.
¡Ay, Dios!

INÉS: ¿De qué es el temor?

LEONOR: De venir con él don Juan,
a quien él jamás habló.

INÉS: ¿Don Juan?

LEONOR: Ya le he visto yo,
y mil sospechas me dan.

Salen Don JUAN, Don LUIS y TELLO

LUIS: Creed, señor don Juan, que estoy corrido
si bien no culpa, encogimiento ha sido
no haberos visitado.

JUAN: Confieso que en lo mismo estoy culpado,
siendo mi obligación.

LUIS: Antes la mía,
que ofreceros debía,
mi casa y mi amistad, por caballero,
vecino y forastero.

JUAN: Mostráis lo cortesano y lo discreto
en honrarme, don Luis, y yo os prometo
que el amor me debéis con que os hacía

mil visitas el alma cuando os vía,
con mil ansias de ser amigo vuestro.
LUIS: Estrellas tuvo el pensamiento nuestro,
ellas nos concertaron, pues ha sido
igual amor el que nos ha vencido;
servíos desta casa llanamente.
JUAN: Esclavo seré suyo eternamente.
¿Es vuestra hermana esta señora?
LUIS: Hoy quiero
que conozcáis mi hermana. El caballero,
Leonor, que miras es don Juan Hurtado,
ya sé que tu retiro recatado
aun no sabrá que fué nuestro vecino
desde que a España de las Indias vino.
JUAN: (¡Cielos, qué dicha es ésta!) **Aparte**
Señora, a tantas honras, la respuesta
es el silencio mudo,
que es la lengua mejor de quien no pudo
satisfacer su obligación hablando.
LEONOR: Y yo, señor don Juan, quiero, imitando,
si no el ejemplo, el pensamiento vuestro,
decir callando del contento nuestro
alguna parte breve
por mi hermano y por mí.
LUIS: Todo se debe
al valor de don Juan.
JUAN: Embarazado
de tantas honras, casi estoy turbado;
aunque no lo supiera,
por hermanos, señores, os tuviera,
viendo tan parecida cortesía.
LUIS: Retírate, Leonor, que hablar querría
a solas con don Juan.
LEONOR: Como quisieres,
aunque la condición de las mujeres
lleva mal los secretos.

Aparte a TELLO

JUAN: (Tello, ¿que es esto?
TELLO: Del amor efetos;
que se pega también, y es cosa llana
que a don Luis se le pegó su hermana.
JUAN: Si hacemos amistad, ¡ay, Leonor mía!,
aquí veré tu sol sin celosía.)

[Aparte las dos]

LEONOR: (Inés, detrás desta cortina quiero
escuchar a mi hermano, que me muero
de varios pensamientos combatida.
INÉS: ¿No ves que es amistad?
LEONOR: ¿Y si es fingida?)

Escóndense las dos

LUIS: Señor don Juan, ya que habemos

nuestras almas declarado,
fuera engaño haber callado
lo que en su centro tenemos;
sin prólogos, sin extremos,
ya sois dueño de la mía.

LEONOR: ¡Ay, qué desdicha sería,
 Inés, que se declarase!

INÉS: Mas aguardo que te case.

TELLO: (No hay secreto sin espía:
 las dos escuchando están;
que mujeres, por saber,
y más cuando hay que temer,
ventanas en bronce harán.)

LUIS: Yo quiero, señor don Juan,
 al más hermoso sujeto
deste lugar, y aunque a efeto
de casarme, como es justo,
no corresponde a mi gusto,
ni en público ni en secreto.
 Creer que es honestidad
a mi amor, está muy bien;
que en un público desdén
hay secreta voluntad.
Tenéis vos tanta amistad
con el dueño desta dama,
que no fué mayor la fama
de Pólux y de Castor;
por donde piensa mi amor
que la fortuna me llama.
 Pero ya ¿qué tiempo aguardo,
cuando tan bien me entendéis,
pues dice que lo sabéis
la amistad de don Bernardo?
Que este mi desdén gallardo
trujo de Sevilla aquí,
como su hermano, y yo fui
dichoso en que van despacio
sus negocios en palacio,
pero muy aprisa en mí.
 Blanca me mata, en efeto;
yo me querría casar;
nadie lo puede tratar
como un amigo discreto;
vos lo sois, y yo sujeto
a cuanto vos concertéis.
En dote no reparéis,
que bien sabréis cuál me veo
si en posesión o en deseo
alguna prenda tenéis.

JUAN: Si no tuviera por cierto
el fin de tan justo amor,
sabiendo vuestro valor,
no me obligara al concierto;
será de Bernardo acierto,
de Blanca será ventura;
en vuestro valor segura,
bien os empleáis los dos,
vos en ella y ella en vos;
a tal fe, tal hermosura.
 Y así, desde ahora os doy
parabién, que lo que es justo

Aparte

lleva de su parte el gusto;
conque a decírselo voy.
De Blanca seguro estoy,
que si os trató con desdén,
no fué desprecio; que quien
sabe que se ha de casar
todo lo quiere guardar
para cuando le esté bien.

Allá en Sevilla tenía
ciertos pensamientos yo,
que la ausencia dividió,
y de experiencia sabía
que una amorosa porfía
quiere presta ejecución;
yo os traeré resolución
tan presta, si me la dan,
que hoy, víspera de San Juan,
juréis de la posesión.

LUIS: Echaréme a vuestros pies.

JUAN: Dejad cumplimientos vanos.

LUIS: Dadme siquiera las manos.

JUAN: Guardaldas para después.
Vamos, Tello.

TELLO: Mira a Inés
con la divina Leonor.

JUAN: ¿Acecharon?

TELLO: Sí, señor.

JUAN: Tello, si don Luis se casa,
yo soy dueño desta casa.

TELLO: San Juan nos dé su favor.

Vanse los dos

LUIS: Echando al mayor mundo todo el velo
asombra la celeste artillería
y entre pedazos de tiniebla fría
por donde daba luz escupe hielo.

Mas tomando con lástima del suelo
el hacha eterna el que los años guía
huye el horror y resucita el día
en el alcázar del sereno cielo.

Así, con puros rayos celestiales
en tanta tempestad, tu sol previenes,
hermosa Blanca, y a mis ojos tales.

Oh bien haya el rigor de tus desdenes;
por que si no se hubieran hecho males
era imposible conocer los bienes.

Salen Doña LEONOR e INÉS

LEONOR: Vengo a reñirte, enojada;
paciencia puedes tener.

LUIS: ¿Tú, Leonor? Debe de ser
porque estás hermosa, airada.

LEONOR: Todo lo que has dicho oí
al indiano caballero,
que de tus bodas tercero
agora se va de aquí.

¿Es justo que tome estado

un hombre de tu valor
antes que yo? ¡Qué rigor!
Pues es fuerza que, casado,
 esclava venga yo a ser
de una muy necia cuñada
que a la suegra más cansada
sostituye por poder.

 ¡Qué buen cuidado de hermano!
De tales obligaciones
en buen estado me pones;
quiero besarte la mano.

 ¡Qué buen marido me das
sirviendo toda mi vida
a una ninfa bien prendida!
Ya la imagino detrás
 y la doncella delante,
y decirme, muy tirana:
"Deja, Leonor, la ventana,"
no queriendo que levante
 los ojos a ver pasar
caballo, coche o carroza.
Como si una mujer moza
se pudiese consolar

 de no ver lo que otros ven,
habiéndose hecho los ojos
si para llorar enojos
para ver la luz también.

 ¿Es bien que esté en mi labor,
y que ella todo lo mire;
y en tanto que yo suspire,
decir muy a lo señor:

 "Qué bien a caballo va
Sástago con sus soldados;
lució en los toros pasados;
bien visto en la corte está;
 bravos tudescos sacó."
Y yo en la sala, a lo fresco,
que labre y mire en tudesco
mientras el otro pasó.

 Gallardos, de mar a mar,
pasan el Duque y Marqués,
la silla, el coche. ¿No ves
que a pausas me ha de sangrar
 darme tentaciones tales?
¿Sin ser mi padre me das
madrastra? Mas no podrás;
que hoy quiero que me señales
 monasterio y alimentos.

LUIS: Tienes, Leonor, mil razones;
que olvidan obligaciones
amorosos pensamientos.

 Estoy corrido de ver
que me intentase casar;
palabra te quiero dar
de que no tendré mujer
 antes que tengas marido,
hallando sujeto igual.

LEONOR: Siendo rica y principal,
¿tan desdichada he nacido,
 tan sin méritos estoy
que de nadie soy mirada?

LUIS: Leonor, si alguno te agrada
y es tu igual, licencia doy
a que me digas quién es
y la tengas de casarte.

LEONOR: No sé cómo acierte a hablarte.

LUIS: Si lo he de saber después,
¿no es mejor saberlo agora?
No te turbes. ¿Qué claveles
son éstos, que tú no sueles
tener conmigo?

INÉS: Señora,
habla, que es linda ocasión.

LEONOR: Si te hablo claro, hermano,
este caballero indiano
me mira con afición,
y criados de su casa
a los nuestros han contado
que ya un hábito le han dado,
que a esto ha venido y que pasa
su hacienda de nueve mil
pesos de renta, que yo
no le había visto.

LUIS: ¿No?

LEONOR: No,
que aunque el amor es sutil,
no pudo desde su reja
penetrar mi celosía.

LUIS: Yo no quiero, hermana mía,
que de mi amor tengas queja;
fuera de que la afición
que tengo a este caballero,
ya de mis bodas tercero
que no es poca obligación,
concertará fácilmente
las vuestras con gusto mío,
que del tuyo bien confío
que el concierto te contente.
Porque quien la celosía
dijo que no penetraba,
claro está que le miraba
si vio que el otro le vía.
Huyeron de una pendencia
dos, y el uno se alabó
de que el otro se escondió,
juzgando por diferencia
el huír y el esconder,
siendo todo cobardía;
y así tú cuando él te vía
también le pudiste ver.
Pero no lo examinemos;
él vendrá y yo le querré
por cuñado; en cuya fe
los cuatro nos casaremos.
De suerte que, si cansada
es la cuñada, Leonor,
quedarás, si no es mejor,
con el cuñado vengada.

LEONOR: Fío de tu entendimiento
que lo sabrás disponer.
De golpe tanto placer,

Aparte a INÉS

(¡Ay, Inés!, temo el contento,
que también suele matar.
INÉS: ¿Y Tello no tendrá aquí
su papel?
LEONOR: Dile. . .
INÉS: ¿Qué?
LEONOR: Di
que le comience a estudiar.
Dame pluma y tinta luego;
a don Juan escribiré
lo que ha de decir. No sé
cómo mi poco sosiego
no dió enojo a don Luis.
¡Oh bienes, aunque dichosos,
siempre venís sospechosos
cuando de prisa venís!)

Salen Don JUAN y Don BERNARDO

BERNARDO: Conozco la obligación.
JUAN: A mi fortuna agradezco
quitaros a vos cuidados
y dar a Blanca remedio.
BERNARDO: Sois mi amigo en que se cifra
cuanto encareceros puedo;
que una hermana a un hombre mozo
es un insufrible peso;
no habré tenido en mi vida
mejor San Juan.
JUAN: Y yo pienso
que hoy está de gracia toda
la luz del zafir eterno;
alguna conjunción magna
de benévolos aspectos
influye fiestas, Bernardo,
paces, gustos, casamientos.
Tengo por feliz auspicio
tratar el de Blanca en tiempo
que la fortuna mayor
mira bien al Sol y a Venus;
de que procede también
que siendo en el cielo inmenso
Júpiter, señor del año,
propicio a reyes y a imperios,
ganados, trigos y frutos,
paz y prósperos sucesos,
el Júpiter español,
también con igual contento,
se muestre alegre esta noche;
y como del Rey sabemos
que tiene Dios en sus manos
el corazón, por lo mesmo
el buen Rey tiene en las suyas
los corazones del reino.
No es noble, ni hombre de bien,
quien no se alegra, pues vemos
que del Sol viene la luz,

como del entendimiento
a las acciones del hombre
la razón; y, fuera desto,
dijo un ángel a los padres
de San Juan, que el nacimiento
de su hijo había de ser
alegre al mundo universo.
Luego alegrarse esta noche
es justo, como decreto
de Dios por boca de un ángel.
Yo entré con un caballero
a ver el sitio, Bernardo,
donde esta noche veremos
tres soles en una aurora,
que son, sin Edipos griegos,
Rey, Reina y Infantes; mira
todo el problema deshecho.
Del Conde de Monterrey
el jardín, por los extremos
que tiene al prado ventanas,
dispuso el Marqués Crescencio,
por orden del Conde Duque,
desta suerte: un teatro en medio
con más de trescientas luces,
que han de competir ardiendo
entre faroles de vidrio
con duplicados reflejos
a veinte y cuatro blandones,
y, juntas ellas con ellos,
a cuantas luces se asomen
a las ventanas del cielo
que como es fiesta, Bernardo,
que le ha de tener por techo
bordarále de diamantes,
porque no parezca negro.
Aquí, el primero en la dicha,
representará Vallejo
una comedia, en que ha escrito
don Francisco de Quevedo
los dos actos, que serán
el primero y el tercero,
porque el segundo, que abraza
los dos, dicen que ha compuesto
don Antonio de Mendoza.
Pintarte estos dos ingenios
era atrevimiento en mí
y no fuera gloria en ellos;
porque son tan conocidos,
que sólo decirte puedo
que, por partir el laurel,
dividieron el Imperio.
Veránla Sus Majestades
dentro de un verde aposento
que forman arcos de flores;
porque fué discreto acuerdo
que todo fuese jardín
adonde todo era cielo.
De cortinas carmesíes
los arcos se cubren dentro;
que para tales retratos
estrellas quisieron serlo.

Tendrán su lugar los Condes
y las damas, previniendo
añadir cuadro al jardín
con diferente pretexto.
Porque en vez de ayudar todo
con tanta fiesta deshecho,
que del jardín, con más flores
que hay en los campos Hibleos
hoy en la Casa del Campo
han visto los jardineros
seis fuentes más, y es la causa
que, con justo sentimiento,
lloró de envidia del Prado,
que aun hay en jardines celos,
diciendo que le bastaba
ser en verano e invierno
ciudad portátil de coches
con inmortales paseos.
Y, afligido, Manzanares,
que le pareció desprecio,
juró que habían de verle
en julio y agosto seco.
Hay para damas tapadas
dos teatros, al de en medio
casi iguales, en que habrá
disfraces de pensamientos.
Por lo alto, como almenas,
del jardín en cinco puestos
previenen músicos voces,
eco el aire, amor, silencio,
porque parezcan en alto,
de verdes olmos cubiertos,
ruiseñores al aurora
que alternan voces y versos.
Hecha la primer comedia,
harán colación, y luego
la comodidad querrá
pedir licencia y consejo
a la autoridad cansada,
y volverán a sus puestos
los Reyes y los Infantes,
con capas de color, ellos,
y la Reina, con valona,
quitándole al sol el cerco,
que es mejor que el de abaninos,
el de diamantes tan bellos.
Las damas lo mismo harán;
aunque, por falta de espejos,
se miren unas en otras,
cristales para de presto.
Traerán valonas y tocas,
mantos de humo y sombreros;
que los humos, de ser soles,
aun allí querrán tenellos.
Dicen que a todos darán
abanillos, y con ellos
búcaros de olor, en quien
vaya por agua amor ciego
al llanto de los galanes,
que han de mirar encubiertos
la fiesta, y por ver si amor

descubre también deseos.
Sentados, hará Avendaño
una comedia, que creo
es retrato desta noche,
en cuyo confuso lienzo
tomó Lope la invención,
y se ha estudiado y compuesto
todo junto en cinco días.
Mas ¿para qué me detengo,
sí, alegremente engañado,
de tanta fiesta, no veo
que dejo un amante noble,
como esperando, temiendo
la respuesta que de vos
también en su nombre espero,
que, sin presunción de engaño,
favorable os aconsejo?
Porque no puede hallar Blanca
más honrado caballero;
vos cuñado, amigo yo,
si mañana amanecemos
ella casada, vos libre
de este peso, yo contento
de que servir a los tres
es obligación y es premio.

BERNARDO:

A la mucha noticia que tenía,
don Juan, dese gallardo caballero
añade vuestro abono y cortesía
cuanto gozar en la experiencia espero;
daréle a Blanca, que es la prenda mía
de más valor, y, agradecido, quiero
emplear su hermosura en su nobleza,
que la virtud es la mayor riqueza.

Y bien se echa de ver su entendimiento
en no querer más dote que su gusto.

JUAN:

Pues yo casar a doña Blanca intento,
fiado estoy en que le viene al justo,
lo menos dije de lo más que siento.

BERNARDO:

Fuera en tanta amistad término injusto
no ser don Luis como le habéis pintado.

JUAN:

De sus partes estoy bien informado.

BERNARDO:

Ya que el caballero la ocasión me ofrece,
de cierta condición quiero advertiros,
con que tendrá don Luis lo que merece
y yo, Don Juan, el gusto de serviros.

JUAN:

Decid cuanto sentís, cuanto os parece
de mi proposición.

BERNARDO:

Para deciros
con llaneza y verdad mi pensamiento,
como a tan grande amigo, estadme atento.

Muchas fiestas, don Juan, a la Vitoria
he visto entrar el cielo de una dama,
descubriendo su sol manto de gloria
y en nubes de humo la celeste llama;
tanta inquietud ha puesto en mi memoria,
que los amantes de la antigua fama,
aunque fuesen Leandros, aunque Apolos,
sombra no son de mis suspiros solos.

Tal gracia, tal donaire y bizarría,
de tanta honestidad acompañada,

parece que en cuidado puesto había
a la Naturaleza descuidada,
que como tantas cosas juntas cría,
que no se advierte que repara en nada,
aquí tomó de espacio los pinceles,
con puntas de jazmines y claveles.

Cayósele una vez, don Juan, un guante;
alcéle, y con turbada diligencia
volví al marfil el velo, que un diamante
rompió por no sufrir la diferencia;
tomóle agradecida de semblante.

¿Quién ha visto matar con reverencia?
Pues cuando me acerqué y ella la hizo,
en el sol de sus ojos me deshizo.

Este día, atrevido y confiado,
en que mi amor había conocido,
seguí su coche y pregunté a un criado
su calidad, su casa y su apellido;
al nombre de Leonor Solís y Prado,
que respondió, dejándole florido,
le repliqué con eso, cuando pasa
el sol por el León el mundo abrasa.

Llegué a su calle, y supe que era hermana
de ese don Luis; y así, don Juan, querría
que en estas ferias, que el amor allana,
me dé su hermana y le daré la mía;
con esto queda, en lengua castellana,
hecho el concierto en justa cortesía,
pues en el dote vengo a conformarme,
siendo el que yo le doy el que ha de darme.

JUAN:

(¿A quién jamás sucedió
desdicha como la mía,
que yo mismo persuadía
lo mismo que me mató?

¿Que busqué el veneno yo?
¿Que yo mi homicida fui?
[.....]

¿que yo vine a concertar
en cuánto me ha de matar?
¿Y que las armas les di?

Esto no fue culpa mía,
sino de mi mala estrella;
perdí a Leonor cuando en ella
más esperanza tenía;
fui como aquel que bebía
en fuente donde mortal
ponzoña dejó animal;
que, como estaba sereno,
no pude ver el veneno
en fe de beber cristal.

Fui como rudo villano
que, del nido codicioso
del ruiseñor amoroso,
puso en el áspid la mano;
fui tahir, fui diestro en vano,
que aunque juegue y acometa,
puntas tire, naipes meta,
el que jugaba con él,
menos sabio y más cruel,
le dio con la misma treta.

Aparte

¿Qué haré? Pues decir no puedo
a Don Bernardo que adoro
a Leonor, por su decoro
y por tener justo miedo
de su hermano, si bien quedo
sin esperanza; morir
es fuerza, pues a decir
voy que a Bernardo la dé,
si hasta decirlo podré
después de muerto vivir.)

A él

Bernardo, pensando estuve,
después que oí vuestro amor,
si hablar a Blanca es mejor,
que por eso me detuve;
tal respeto siempre tuve
al gusto de las mujeres.
(¡Oh, pobre esperanza, hoy mueres!) **Aparte**

BERNARDO: Don Juan, gente de valor
para materias de honor
no admite sus pareceres;
que aunque es bueno su consejo,
cuando la ciega pasión
más con la misma razón
que con ellas me aconsejo:
ella es el mejor espejo
a cuyas verdades paso
el parecer deste caso,
y Blanca no ha menester
darme a mí su parecer,
basta saber que la caso.

JUAN: No más, con eso me voy;
mas bien será que la habléis.

BERNARDO: Luego que os vais.

JUAN: Bien haréis.
(¡Ay, cielos, muriendo estoy!) **Aparte**
Con vos a la tarde soy,
aunque es noche de San Juan;
vos, como amante y galán,
tendréis que hacer.

BERNARDO: No tendré;
sólo esperando estaré
si el bien que pido me dan.

**Vase don JUAN. Salen Doña BLANCA, dama y
ANTONIA, criada**

BLANCA: Pues, hermano, ¿qué quería
don Juan, que se fue tan presto?

BERNARDO: Dame, Blanca, albricias.

BLANCA: ¿Yo?

BERNARDO: ¿De qué?

BERNARDO: De dos casamientos.

BLANCA: ¿Dos por lo menos? ¿De quién?
Que tan inquieto te veo
que pienso que te has casado.

BERNARDO: Sí, por eso estoy inquieto;

tú lo estarás por lo mismo;
trocado hermanas habemos
don Luis de Solís y yo;
don Juan ha sido el tercero,
que le debo esta amistad
y este cuidado le debo.
Tú serás de don Luis
y yo de Leonor; no puedo
detenerme, porque voy
a prevenir dos plateros
para darle ricas joyas;
porque, en firmando el concierto,
no me gane por la mano
don Luis, que es gran caballero,
y querrá, con regalarte,
vencer, galán, mi deseo.

Vase

BLANCA: ¿Hase visto igual locura?
Sin duda ha perdido el seso
mi hermano.

ANTONIA: Terrible nueva
ha de ser para don Pedro
el saber que te has casado.

BLANCA: ¿Cómo casado? Primero
perderé, Antonia, mil vidas.

Sale don PEDRO

PEDRO: Estando a tu reja atento
vi que salía tu hermano,
y a pedirte albricias vengo
de que hoy han tenido fin
mis pleitos en el Consejo;
que este gusto, hermosa Blanca,
animó mi atrevimiento
para verte donde sólo
con el pensamiento llego.
Agora sí que pedirte,
Blanca, a don Bernardo puedo,
y, casados, a Navarra,
gustando tú, nos iremos;
que yo sé que ha de agradarte
la hermosura de aquel reino.
Verás a Pamplona, adonde
mi hacienda y mi regimiento
te harán de aquella ciudad,
y por tus méritos, dueño.
¿Qué tristeza es ésta?

BLANCA: Ha sido,
don Pedro, contrario el cielo
a los pleitos de mi amor
cuando propicio a tus pleitos;
hoy mi hermano me ha casado.

PEDRO: Tan presto, Blanca, me has muerto
que parece que traías
el arcabuz en el pecho
y que apuntándome al mío

diste con la lengua fuego.
¿Casada? ¿Con quién?

BLANCA: No sé.
Aquí andaba un caballero
sirviéndome, máspreciado
de amante que de discreto.
Tiene una hermana que adora
Bernardo, y han hecho trueco
de damas, como si entrambos
jugaran al mismo juego.
Yo, quiere que a don Luis
(que por extremo aborrezco)
pase, y Leonor a Bernardo.

PEDRO: De esa manera yo pierdo,
y no menos que la vida.

BLANCA: No perderás, si yo puedo.

PEDRO: ¿Pues habrá remedio alguno?

BLANCA: Los jueces son remedio:
que de iguales voluntades
confirman los casamientos.

PEDRO: ¿Cumplirás tú lo que dices?

BLANCA: Ruido siento, y sospecho
que si no es el desposado,
debe de ser el tercero.
Vete, y fía de mi amor,
que no he de tener más dueño
que don Pedro, mientras viva.

PEDRO: Mira que dicen que el viento
lleva palabras y plumas.

BLANCA: Plumas y palabras quiero
que firmen y que confirmen
que ser tu mujer prometo.
Esta es noche de San Juan;
si voy al Prado, está cierto
que los dos iremos juntos
donde quien pudiere hacerlo
nos dé las manos en forma
de promesa y juramento.
No te detengas aquí.

PEDRO: Quisiera...

BLANCA: Vete, don Pedro,
que a mi determinación
no quiero agradecimiento,
que te han de faltar palabras;
y basta, que yo le creo.

PEDRO: Bien dices, y pues mi alma
tienes, señora, en tu pecho,
pregúntale allá de espacio
lo que callo y lo que siento.

**Vanse. Salen LEONOR, INÉS, y
TELLO**

LEONOR: Aun no me cabe en el pecho,
tanto bien me ha de matar.

TELLO: También el mar, con ser mar,
es alguna vez estrecho.

LEONOR: ¡Jesús! ¡don Juan mi marido!
¿y con gusto de mi hermano?
Poco estimo el bien que gano,

pues que no pierdo el sentido.

Debe de ser la ocasión.
que como don Juan le tiene,
corre el que de allí me viene
por cuenta de su razón.

INÉS: Y sa mesté, señor Tello,
¿qué es lo que piensa de mí?

TELLO: Que soy tuisimo, y fui
bella Inés, del pie al cabello.

Para servicio de Dios
en casándose don Juan,
y a las Indias, si ellos van,
iremos también los dos.

Verás a Lima, el mejor
fruto de española empresa;
lima, que al rey en la mesa
no se la ponen mejor.

Lima dulce de Filipos,
que no lima de Valencias,
que no le hacen competencias
Nápoles y Pausilipos.

Verás el Cerro, en grandeza
ilustre, aunque dulce y agro,
el gran Potosí, el milagro
mayor de naturaleza.

Cuyas entrañas y centro
son una imagen de plata,
piadosa fuera, e ingrata
a los que la rezan dentro.

Es, por las Indias, el Rey
envidiado de los reyes,
que entre sus bárbaras leyes
conserva de Dios la ley.

En esta tierra tan nueva,
cuyo Dios [es] el oro y plata,
que del mundo en cuanto trata
fueron el Adán y Eva.

Allí las piedras se ven
de tantas minas sacar,
y las perlas en el mar,
blancas y pardas también,
como dicen los poetas,
que son quien las ve nacer.

INÉS: ¿Cierto?

TELLO: Puédeslo creer.

INÉS: ¡Qué mentiras tan discretas!

TELLO: Espántome yo de quien
no sabe que la poesía
es moral filosofía
y que se adorna también,
como de sentencias graves,
de fábulas, cuales son
el Fénix, oposición
del Sol, en drogas suaves.

Dime: ¿quién oyó cantar
al cisne? Pues desa suerte
nacer al alba se advierte
la perla en conchas del mar.

¿Quién sabe que si primero
mira al Basilisco el hombre,
le mata, trocando el nombre?

¿Quién, cuando corre ligero
por el mar un galeón,
la rémora, le detiene?
Pues esto misterio tiene,
hermosura e invención.

INÉS: Calla, que viene don Juan.

Sale don JUAN

LEONOR: Señor mío, yo esperaba
vuestra venida, que estaba
como las perlas están
esperando su rocío;
mas mirad que amanecéis
oscuro, y que así pondréis
como el vuestro el color mío.

JUAN: ¡Ay de mí!

LEONOR: ¿Cómo ay de mí?
¡Ay de entrambos, si por dicha
nació de alguna desdicha
que vos suspiréis así!

JUAN: Leonor mía, yo os perdí.

LEONOR: ¿Eso cómo puede ser
siendo yo vuestra mujer?

JUAN: Porque jamás vi pesar
que no viniese a pisar
los pasos que da el placer.
Sale el bien, y el mal detrás
va sus estampas siguiendo.

LEONOR: No os entiendo.

JUAN: Ni yo entiendo
que pueda decirte más.
¡Oh contento!, ¿dónde estás?

TELLO: Sin duda algún triste caso
le obliga.

LEONOR: Mil muertes paso.

JUAN: Si el mal te alcanza, ¿a qué vienes
bien? Pero siempre los bienes
fueron muy cortos de paso.

LEONOR: Mil veces queréis matarme
con tan declarada muerte.

JUAN: Es tan oscura mi suerte,
que no acierto a declararme.

LEONOR: Mi hermano quiere casarme
con vos. ¿Qué podéis temer?
Vuestra mujer he de ser.

JUAN: ¿Qué importa, Leonor hermosa,
si, para ser envidiosa,
es la fortuna mujer?

LEONOR: Ya no puedo yo sufrirlo.

JUAN: Ni yo tan grave tormento,
pues no digo lo que siento
y me muero por decillo.

LEONOR: Ya, don Juan, me maravillo
desos respetos cansados;
decidme vuestros cuidados,
que si son bienes perdidos,
más que mataron sentidos
suelen matar esperados.

JUAN: No sé por dónde, mi bien,
pueda mi mal comenzar.
LEONOR: Por donde suele acabar,
que es saberse mal o bien.
JUAN: Bien dices; pero también
es cosa fuerte, por Dios.
LEONOR: ¿Por qué, sintiéndola vos?
¿Es más que la muerte fuerte?
JUAN: Es más fuerte que la muerte.
LEONOR: Pues matémonos los dos.
JUAN: Yo, sí, con tanto pesar.
TELLO: ¡Inés!
INÉS: ¿Qué quieres decir?
TELLO: Que pienso que han de pedir
el recado de matar.
LEONOR: Mi hermano. . .
JUAN: Aquí es fuerza hablar,
y sabrás males que, iguales,
no lo son los más mortales.
LEONOR: Cruel avariento eres.
¿Qué harás del bien, si aun no quieres
partir conmigo los males?

Sale Don LUIS

LUIS: Don Juan, ¿ha venido ya?
JUAN: Aquí os estaba esperando.
LUIS: Mucho os debo.
JUAN: No, es muy poco.
LUIS: ¿Qué responde don Bernardo?
JUAN: Una cosa bien notable.
LUIS: ¿Cómo?
JUAN: Que está enamorado
de la señora Leonor,
y que así podréis trocaros,
ahorrando el dote, si sois
a un mismo tiempo cuñados.
LUIS: Eso me viene de perlas.
JUAN: Perlas significan llanto.
LUIS: Porque siendo doña Blanca
buena para mí, su hermano
es bueno para Leonor.
JUAN: Y es el argumento claro;
no hay sino trocar hermanas.

A INÉS

TELLO: (No he visto tan mal cruzado
en cuantos bailes se han hecho;
porque le yerran entrambos;
que Leonor quiere a don Juan,
y si en esto no me engaño,
Blanca no quiere a don Luis;
luego no es baile acertado.
INÉS: Muchas melindrosas vemos,
y después todos los años,
paren como unas conejas.
TELLO: Es buen año de gazapos.
INÉS: Lástima tengo a mi ama.

TELLO: Y yo mayor a mi amo,
pues dices que ha de parir
y él ha de morir de parto;
pues partiéndose a Sevilla,
morirá cuando partamos.

INÉS: ¿Cuál hombre murió de amor?

TELLO: De amor, no; mas de hambre tantos
que aun no los mata la muerte,
que ellos se mueren de flacos;
este año no habrá gallinas.

INÉS: ¿Cómo?

TELLO: Porque los salvados
que habían de comer comemos.
Ya llueve el cielo milagros.

INÉS: En fin, ¿quedastes en esto?

LUIS: En esto, don Luis, quedamos,
y hoy se harán escrituras.

JUAN: En esto, don Luis, quedamos,
y hoy se harán escrituras.

LUIS: Vuestra tristeza he notado
en que no me habláis con gusto.
¿Qué es la causa? ¿Fáltaos algo?
Mi casa y mi vida es poco
para serviros.

JUAN: Estando
alegre de vuestras bodas,
un pliego, don Luis, me han dado
que me obliga a que me parta
a Sevilla a cierto caso
de importancia, y aun de pena;
sin esto dejo un cuidado
que en este lugar tenía;
que ya como amigo os hablo.

LUIS: Pésame, pues este día
en que os conozco y os trato
os pierdo.

JUAN: No perderéis,
que, a tanto amor obligado,
toda vuestra casa llevo
en el alma.

LUIS: Mucho tardo
en pedirte el parabién.

LEONOR: ¿Qué parabién, si has quebrado
la palabra que me diste
de no casarte hasta tanto
que me casases a mí?

LUIS: Sí la cumplo. ¿En qué te engaño?
A don Bernardo te doy,
con don Bernardo te caso,
don Bernardo es caballero,
don Bernardo es mi cuñado.
¿De qué te quejas, Leonor?

LEONOR: Deja tantos don Bernardos,
que no le querré en mi vida,
si como fue Veinticuatro,
don Bernardo, de Sevilla,
fuera Bernardo del Carpio.

LUIS: ¿Por qué?

LEONOR: Porque no es mi gusto.

LUIS: ¿No es tu gusto? Leonor, paso.

LEONOR: Pues descártate de novio,
y pasemos entrambos
a otra mano nuestros gustos.

LUIS: Tu padre soy.
LEONOR: Ni aun mi hermano.
LUIS: Mira que está aquí don Juan.
LEONOR: Por él lo que siento callo.
LUIS: Presto quedaremos solos,
que andas muy libre.
LEONOR: Yo ando
como debo a quien yo soy.

**Vase. Al salir Don JUAN, ásele Doña
LEONOR**

LUIS: Venid, don Juan.
LEONOR: Oye, ingrato.
JUAN: ¿Ingrato yo?
LEONOR: Sí.
JUAN: ¿Por qué,
si te casas?
LEONOR: ¿Yo me caso?
JUAN: ¿Pues eso quieres negar?
LEONOR: ¿Y puedo yo confesarlo?
JUAN: Mira que se va don Luis
y vuelve de cuando en cuando
la cabeza a ver si voy.
LEONOR: ¿Qué importa?
JUAN: ¿Estás loca?
LEONOR: Y tanto,
que le diré que por ti,
si te vas.
JUAN: No hay desengaño
para consolar mi amor.
Ya vuelve, suéltame.
LEONOR: Aguardo
a que me mate.
JUAN: Yo juro
de no irme.
LEONOR: ¡Ay, hombres falsos!
TELLO: Inés, adiós.
INÉS: ¿Lloras?
TELLO: No.
INÉS: ¿Pues que?
TELLO: Tomaba tabaco.

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen Doña BLANCA y ANTONIA

BLANCA: Largo día.
ANTONIA: Temerario.
BLANCA: Nunca le he visto mayor.
ANTONIA: Es, en secretos de amor,
la luz el mayor contrario.
BLANCA: ¡Ay, noche, que siempre en ti
libra amor sus esperanzas,
corre, que si no le alcanzas
no queda remedio en mí!
Apresura el negro coche
donde las mías están,
ya que fuiste de San Juan,
que es la más pública noche.
De Europa, en el mar te baña
sobre el amoroso toro,
y ven con máscara de oro
desde las Indias a España.
Si, coronada de rosas,
esperan otros amantes
la aurora, yo los diamantes
de tus alas perezosas.
Despierta, noche, que estoy
sin vida por ti. ¿Qué aguardas?
Pero tanto más te tardas
cuanto más voces te doy.
ANTONIA: Haste aliñado tan presto,
que has hecho mayor el día.
BLANCA: Previene amor la osadía,
y él me ha vestido y compuesto;
que ya mi hermano ha sabido
que quiero salir al Prado,
porque con esto, engañado,
no repare en el vestido.
¿Has avisado al cochero?
ANTONIA: ¿A las cuatro de la tarde
le he de avisar?
BLANCA: ¡Qué cobarde
me entretiene el bien que espero!
Todo pienso que ha de ser
estorbo a mi pretensión.
ANTONIA: La misma imaginación
no te deja entretener.
Suspende sólo un momento
al pensamiento el cuidado.
BLANCA: Ya pienso, y lo que he pensado
es el mismo pensamiento.
¿Aguardaré desta suerte
a don Pedro?
ANTONIA: Tal estás,
que, con ser mujer, me das
mis ansias de hablarte y verte.
BLANCA: ¿Tendrá mi propio cuidado

don Pedro?

ANTONIA: En la calle está.

BLANCA: ¿Podrá verme?

ANTONIA: Bien podrá;
pero no será acertado.

BLANCA: ¿Si vio hacer las escrituras?

ANTONIA: Todo pienso que lo vio.

BLANCA: ¿Y quieres que tenga yo
mis esperanzas seguras?
Yo muero, y la noche duerme,
¡ay de mí!

ANTONIA: Sosiega un poco.

BLANCA: Mejor podrá mi amor loco
matarme que entretenerme.

ANTONIA: Toma un libro que hay aquí
de comedias.

BLANCA: ¿Para qué?
Pues si es de amores, yo sé
que él puede buscarla en mí.
¿No has visto aquellos afectos
tan vivos de dos amantes?
Pues di a los representantes
que vengan a hurtarme afectos.

ANTONIA: A lo menos tú pudieras
imitar sus relaciones
con que tus locas pasiones,
amorosa, entretuvieras.

BLANCA: Bien dices, y tú serás
la criada de la dama.

ANTONIA: Di, que ya el vulgo te aclama,
si acción a los versos das.
porque en muchas ocasiones
que prevenirle pretende,
celebra lo que no entiende
no más de por las acciones.

BLANCA: Una mañana de abril,
cuando nueva sangre cobra
cuanto en tierra, en aire, en agua
o corre, o vuela, o se moja;
cuando por los secos ramos
nuevo humor pimpollos brota,
en cuyas pequeñas cunas
están los frutos sin forma;
cuando filomenas dulces
cantan, y piensan que lloran,
haciendo músicos libros
de los álamos las copas
con achaques del color
(invención de gente moza,
que contra el recogimiento
tal vez por remedio toma)
bajé a la Casa del Campo,
cuando la celeste concha,
abierto el dorado nácar
flores bañaba en aljófar.
Llevaba por compañía
esas dos esclavas solas,
que por el color pudieran
servir para el sol de sombra.
Tuve licencia de entrar,

y entre los cuadros que a Flora
viste de tomillo el arte
lazos de sus verdes orlas,
anduve mirando fuentes
que despeñadas se arrojan
de la altura en que se crían
a lo llano, en que se postran.
Las nuevas rosas cogía
de las ramas espinosas
tan doncellas, que aun guardaban
la clausura de las hojas.
Las que mostraban color
abríalas con la boca,
trocando aliento con ellas
por quedarme con la copia.
Miraba otra vez atenta
aquella estatua famosa
del nieto de Carlos Quinto,
que ya los cielos coronan;
padre de nuestro divino
monarca y señor, que adoran
dos mundos, por quien España
tantas esperanzas logra,
y aquel valiente caballo,
que renueva la memoria
del que llevaron los griegos
fatal engaño de Troya,
tan vivo, que imaginaba
que escuchara temerosa
los relinchos por Atlante
de tanta grandeza heroica.
Un obelisco de mármol
no lejos, por unas diosas
y sátiros vierte plata
sobre las inquietas ondas.
Hay unos olmos enfrente,
que de yedras trepadoras
han hecho eternos vestidos,
galas de su verde pompa.
Allí me senté cansada,
cuando por la senda propia
vino don Pedro a matarme,
que yo no pienso otra cosa.
Mira tú si son estrellas
las que las almas provocan;
pues se me turbó la mía
con unas nuevas congojas.
Aquí puedes tú pensar
qué palabras, qué lisonjas
me diría, cuando a un hombre
la soledad ocasiona.
Allí entró por las esclavas,
esto del sol y la sombra,
y que tras la noche negra
venía la blanca aurora.
Que era yo la primavera,
y que presidiendo a todas
las flores, las repartía
colores blancas y rojas.
Oíle, y vi ser verdad,
que no importa que la honra

sea diamante, cuando hay cera
por donde ternezas oiga.
Como si le hubiera visto
y concertado las horas
que había de estar allí,
hace que a los pies me pongan
una toalla, dos cajas,
ésta azahar, aquélla alcorzas.
Y muy hallado conmigo,
suena la música ronca
en un cubo que traía
su poco de cantimplora
(y de plata, por lo menos).
Y quitándole a una bota,
de aquello que a un hombre afrenta
una torneada gorra,
enjuaga un criado aprisa
una cristalina copa
y me brinda el tal galán,
como si fuera su novia.
Para este brindis había
una colorada lonja,
por quien Garrobillas hace
que gasten tantas arrobas.
Yo atónita del suceso
y del hombre estaba absorta,
y comiendo por los ojos,
aun no acertaba a la boca.
Acabóse aquesta fiesta
y comenzamos por otra,
que fue pedirme una mano.
(Tengo por cosa notoria
que compañeros de mesa
luego apelan a las bodas.)
Allí le dije quién era,
y él, la cara vergonzosa,
retira la mano al pecho
y el pensamiento reporta.
Pidióme perdón, humilde,
y perdonéle, amorosa;
que quien ofensas desea,
a pocos ruegos perdona.
Y en tanto que los criados
(hallados ya con las moras,
que, al ejemplo de los dueños,
fácilmente se conforman)
de segunda mesa estaban
atentos a lo que sobra,
presumiendo que tenían
para su señor señora.
Con notable cortesía,
me contó de su persona
y casa, bien cuerdamente,
una bien trazada historia.
Allí supe de sus pleitos,
que no era jornada ociosa
supe su nombre, y su patria
que era, en Navarra, Pamplona.
Con esto se iba encendiendo
del sol la dorada antorcha;
con que me volví a la villa,

y él de mi casa se informa,
donde papeles, deseos
y terceras amorosas
de mi voluntad le dieron
la merecida victoria.
Tú sabes ya lo demás.
Este fué el principio, Antonia,
de este suceso, a quien ya
sólo para ser su esposa
me falta que aquesta noche
sus estrellas me socorran.
Y no más, porque mi hermano
de ver su cuñado torna.
Amor, si eres dios, ¿qué esperas?
Así olorosos aromas
te sacrifiquen amantes
que favorezcas ahora
mi pretensión, pues es justa,
para que yo reconozca
que remuneras las penas
con las merecidas glorias.

Sale don BERNARDO

BERNARDO: En el hábito en que estás
y en la corta bizarría
echo de ver, Blanca mía,
que esta noche al campo vas.

¿Quieres hacerme un placer,
pues que yo te deajo ir?

BLANCA: ¿En qué te puedo servir?

BERNARDO: Merced me puedes hacer.

Vete en cas de mi Leonor,
pues que ya somos hermanos,
y besarásle las manos;
paga, que es justo su amor;
y las dos os podréis ir
juntas esta noche al Prado.

BLANCA: Tú verás con el cuidado
que yo la voy a servir.

BERNARDO: Yo te daré que la lledes,
como que es tuya, una joya.

BLANCA: ¡Bravo amor!

BERNARDO: ¡Ardese Troya!
muestra el amor que me debes.

BLANCA: ¿Dónde está la joya?

BERNARDO: Ven
y escoge de las que traigo.
BLANCA: ¿Tú liberal? Mas ya caigo,
Bernardo, en que quieres bien.

(Los cielos me dan favor
contra el mayor enemigo.

Aparte

BERNARDO: ¡Qué murmuras, Blanca?

BLANCA: Digo
que es muy hermosa Leonor.

BERNARDO: Dila mil cosas de mí,
que quiero que la enamores.

BLANCA: Toda esta noche es de amores.
¡Oh, si amaneciese así!

**Vanse. Salen Doña LEONOR e
INÉS**

LEONOR: No trates de consolarme,
que es consolarme ofenderme.
INÉS: ¿Adónde vas?
LEONOR: A perderme.
INÉS: ¿Qué piensas hacer?
LEONOR: Matarme;
que no puede remediarme
sino la muerte en tan fuerte
desdicha.
INÉS: Señora, advierte. . .
LEONOR: No tienes que me advertir,
que el más penoso morir
es dilatando la muerte.
¡Ausentarse nos bastaba
don Juan, que es luz de mis ojos,
sin añadir los enojos
de una violencia tan brava!
Si mi hermano se casaba,
¿por qué me casaba a mí?
Pero si a don Juan perdí,
saldrá don Luis con matarme,
mas no saldrá con casarme,
puesto que haya dado el sí.
Cánsese en locos intentos,
más que el mar deshace espumas,
que dagas no son las plumas
que firman los casamientos;
antes son los fundamentos,
cuando no los junta amor,
para apartarlos mejor;
y esto de daga de hermano
es tempestad de verano:
poco rayo y gran temor.
INÉS: ¿De qué te espantas que huya
de verte casar don Juan,
puesto que tan cerca están
de que todo se concluya?
LEONOR: A ser firmeza la suya,
él viera que no podía
vencer la muerte a la mía;
mas como no la hay en él,
por no matarme cruel,
inconstante se desvía.

Sale TELLO, de camino

INÉS: ¿Quién viene aquí?
TELLO: ¿No lo ves?
INÉS: ¿Es Tello?
TELLO: Linda razón,
Echame la bendición
y dame, Leonor, los pies.
LEONOR: ¿Qué es esto?
TELLO: Partir, Señora.
LEONOR: ¿Partir? ¿Con tal brevedad?
No tiene de sí piedad,

Tello, quien se aparte agora,
pues víspera de San Juan.
TELLO: Somos de Mantua marqueses,
que por los ríos franceses
la caza buscando van.
Los tiempos son calurosos;
pienso que Sierra Morena
nos ha de dar mala cena,
aunque hay conejos famosos;
si bien no tienen igual
con el Parque de Madrid.
LEONOR: Partid, ingratos, partid,
para qué dejéis mortal
una mujer que engañastes.
TELLO: ¿Yo, señora?
LEONOR: Sí, los dos;
que habéis de dar cuenta a Dios
del daño que me causastes.
TELLO: De Inés vaya, mas ¿de ti?
LEONOR: Tú, traidor, fuiste el primero
pintándome caballero
a un ladrón.
TELLO: ¿Ladrón?
LEONOR: Sí.
TELLO: ¿Sí?
Antes hasta el nombre tiene
hurtado.
LEONOR: Eso digo yo;
que quien hasta el nombre hurtó
este nombre le conviene.
TELLO: Pues yo tengo imaginado
que fuera, Leonor discreta,
mejor para ser poeta,
porque fuera todo hurtado.
Mas sé, que si visto hubieras
lo que este pobre ha pasado,
que restituyó lo hurtado,
y aun lo por hurtar, dijeras.
Ha hecho cosas crueles
consigo, y tanto lloró,
que pienso que jabonó
con lágrimas tus papeles.
No ha comido ni he podido
hacer que tome un bizcocho;
que hoy, Leonor, desde las ocho
ayuna al partir Cupido.
Allá, con razones tibias,
dice que muere en tu fe,
por más que le prediqué
en un púlpito de Esquivias.
Cuando vió traer las mulas,
campanillas de un ausente
(no sé cómo este accidente
sin lágrimas disimulas),
la manga desabotona
del jubón y rompe aprisa
la trenza de la camisa.
No de romana matrona,
sino de Scévola brazo,
toma un cuchillo; yo corro
al socorro, y el socorro

se me volvió puntillazo,
con que dando en un baúl
en esta pierna, al contrario,
un hábito trinitario
traigo entre rojo y azul.
Luego, por huir, topé
con la esquina de un bufete,
que es bufón que se entremete,
o golpe o estorbo fué,
y metióme en la barriga
la esquina de tal manera,
que dando pasos afuera
anduve de viga en viga,
hasta que di sobre un arca,
adonde sin ser yo mona,
haciéndome de corona
vine a quedar por monarca.
LEONOR: Y el cuchillo, ¿en qué paró?
TELLO: Que, sin mandarlo Avicena,
del corazón en la vena
con la punta se picó.
Mojó en la sangre una pluma,
y apercibiendo papel,
escribió con ella en él
de sus desdichas la suma.
Pelícano, en fin, Leonor,
si no cernícalo, ha sido,
que estoy, por mal prevenido,
baldado de cazador.
LEONOR: Muestra, aquí dice: "Estas son
hoy de mí fe las postreras
reliquias." Alma, ¿qué esperas?
Voy a echarme del balcón.
INÉS: ¿Señora?
TELLO: ¡Señora!
INÉS: Tente.
TELLO: Detente.
INÉS: ¿Estás loca?
LEONOR: Sí.
Mataréme desde aquí
luego que don Juan se ausente.
Por eso dile que venga
a verme, o que muerta soy.
TELLO: Espera, yo iré, ya voy.
LEONOR: Pues venga, y no se detenga,
que si en la mula le veo,
me arrojaré del balcón.
TELLO: Caerás en el pozo airón.
LEONOR: ¿Qué infierno como un deseo?
TELLO: ¡Oh, Hero, de gran valor!
¡Oh Leandro, que nadando
vas en una mula, cuando
navegas el mar de amor! (Vase.)
INÉS: Impertinente has estado
en este necio coloquio.
LEONOR: Pues escucha un soliloquio,
de mis desdichas traslado.
INÉS: No, por Dios, que son efetos
de menos satisfacción
y quitarás de invención
lo que gastes de concetos.

Poco más o menos, sé
cuanto me puedes decir.

Salen Don JUAN, de camino, y TELLO

JUAN: ¿Que no me puedo partir?
TELLO: Ya no es posible.
JUAN: ¿Por qué?

LEONOR: ¡Jesús! ¿don Juan de camino?
INÉS: Desmayóse.
TELLO: Llega presto.
JUAN: Buenas andan mis desdichas,
buenos van mis pensamientos.
¡Leonor!, ¡ah, Leonor!

TELLO: Murióse.
JUAN: ¿Cómo murióse? En los cielos
(si hay soplo que a tanto baste)
se morirá el sol primero.
Aquí, estrellas, que se eclipsa
la luna deste hemisferio.
Si soy la tierra, ¡ay de mí!,
que vine a ponerme en medio.
Aquí, celestiales luces,
hermoso planeta Venus,
que no habrá amor en el mundo
y será su fin más presto.
Aquí, polos, que tenéis
de los cielos el gobierno,
diamantes desenclavados
de aquellos dorados techos.
Primavera, que se mueren
las rosas, acudid presto.
Campos, mirad que os espera
un luto de eterno invierno.
Excelsos montes de nieve
ésta falta en vuestros puertos,
¡adónde iréis por blancura
que encubra vuestros defetos?
Dadme esas manos, mi bien,
¡es posible, hermoso hielo,
que no te despierta Fénix,
el sol de mi ardiente fuego?
¡Ay, elementos, haced
llanto! El aire, por su aliento
aromático; las aguas,
por el cristal de su pecho;
la tierra, por tantas flores,
y por tanta luz, el fuego.
Ea, ¿qué aguardáis? Venid,
sol, estrellas, luna, Venus,
polos, montes, nieves, campos,
agua, fuego tierra y vientos.
Pues esto sufrís, cielos,
ya el mundo se acabó, su sol se ha muerto.

TELLO: Nunca te he visto ensartar,
con relámpagos y truenos,
tantos desatinos juntos.

JUAN: Pues ¿qué quieres, si no veo
señal de cielo en sus ojos,

señal de azahar en su aliento?
Oh, nunca pasara el mar,
o al través diera mi leño
en la canal de Bahama;
fuérase a pique hasta el centro
el navío en que venimos
sepultara el mar mi cuerpo.

TELLO: ¿Y qué hicieran a Leonor
los demás que estaban dentro,
viniendo a lograr a España
sus trabajos y sus pesos?
¡Por Dios, que había de pedir
prestada para aquel tiempo
su ballena al buen Madrid
para meterme en su pecho!

JUAN: Quéjate, España, de mí,
que a Colón he sido opuesto;
que él trujo a España las Indias
y yo sin Indias la dejo.
Aquí la plata y el oro,
para siempre se perdieron,
las piedras y los diamantes.

TELLO: Ea, di que marineros
y maestros y pilotos
aprendan oficios nuevos;
que buenas quedan las Indias,
si quedan, por tus enredos,
sin Cerro de Potosí,
que vale infinitos pesos.

JUAN: Tello, yo no quiero vida;
yo no quiero vida, Tello.

TELLO: Pues, ¿quién te ruega con ello?

JUAN: Ya no me queda remedio.
Pues esto sufrís, cielos,
ya el mundo se acabó, su sol se ha muerto.

LEONOR vuelve en sí

LEONOR: ¿Qué es esto, Inés? ¿Quién da voces?
INÉS: Albricias, señor, que ha vuelto
del desmayo.

JUAN: ¡Leonor mía!

LEONOR: ¿Quién me llama?

JUAN: Ya volvieron
el sol, la aurora, y el día,
cielos, a su ser primero.

LEONOR: Atenta, cruel don Juan,
a tus engaños, que han hecho
sirenas del mar de amor
mis desdichas y tu ingenio;
no te quise interrumpir,
por ver si en tantos enredos
hallaba alguna verdad,
de tu sentimiento ejemplo.
Pero si alguna lo ha sido,
¿qué furia, qué movimiento
de tu condición mudable
te lleva a matarme, haciendo
culpa la firmeza en mí
con que te adoro y respeto?

Que quien los respetos culpa,
no quiere estimar los yerros,
porque temerá que se hagan
quien se ha de obligar con ellos.
No es culpa la que procede
de la fuerza, ni yo tengo
más ley que tu voluntad,
más fe que tu pensamiento.
Dime tú, pues que de mí
te dió el cielo el mero imperio:
"Leonor, en esta desdicha
este remedio tenemos";
que si fuere atropellar
vida, honor, hermanos, deudos,
patria, y aun alma, aquí estoy.
¿Es eso cierto?

JUAN:

LEONOR:

Y tan cierto

que no hay a la ejecución
un átomo solo en medio.
Pues dame esa mano, y vamos
donde firme juramento
para siempre nos obligue,
que ya con su manto negro
nos viene a cubrir la noche,
y sin ser vistos podremos
salir, llegar y jurar;
que depositada luego,
en voluntades conformes,
¿qué importan fuerzas ni pleitos?

LEONOR:

Inés, toma tú mis joyas,
y cuando aquí vuelva Tello
venid entrambos adonde
él te enseñe y yo te espero.
¿Es amor esta locura?

¿Es lealtad este deseo?

¿Es verdad esta fineza?

JUAN:

Tú, como del alma dueño,
te responde. Tello, vamos,
que esta noche por lo menos
sí se alabare del hurto,
no del prestado silencio,
que entre tanta gente y voces
seguros, señora, iremos,
que lo que suele estorbar,
sirve agora de remedio.
Si dejar por su marido
casa y padre es ley del cielo,
¿a quién ofendo en dejarlo,
pues hoy al cielo obedezco?

Vanse los dos

TELLO:

Plegue a Dios que no tengamos
mal San Juan.

INÉS:

¡Ay, Tello, temo
la condición de su hermano;
que ser don Juan caballero
de tanto valor, no importa,
pues con este casamiento
el de Blanca queda en blanco;

fuera de no ser bien hecho
sacarle su hermana así.
TELLO: No quiso hablar mi escarmiento;
que si por lo del cuchillo
me vi entre sus manos muerto,
con esta ocasión ¿qué hiciera?
¡Oh, amantes!: ¿Qué atrevimiento
perdona vuestra locura?
Voy a seguirlos, que pienso
que habrá menester las manos.
INÉS: Yo, Tello, entretanto, quiero
sacar joyas y vestidos.
TELLO: Yo vendré por ti y por ellos.

**Vase TELLO. Sale Don LUIS dirigiéndose a
alguien dentro**

LUIS: Di, Fernando, a Marcial que saque el coche
porque es breve la noche,
y la puedan gozar en Soto o Prado.
INÉS: (Don Luis es éste; toda me ha turbado.) **Aparte**
LUIS: Inés, ¿adónde está Leonor, mi hermana?
Que querría que fuese por mi esposa
para que juntas esta noche hermosa
(pues hace competencia al mejor día)
comenzasen tan dulce compañía
en músicas, en álamos y en fuentes.
INÉS: No habéis estado en eso diferentes,
que ya, señor, tu pensamiento hurtado
por ella fué para llevarla al Prado.
LUIS: ¡Oh qué placer me ha hecho, al fin discreta!
¿Qué paz puedo esperar que no prometa
anticiparse a visitar a Blanca?
Hoy le pienso añadir, con mano franca,
dos mil escudos más.
INÉS: Eres gallardo.
LUIS: Dile, si aquí viniere don Bernardo,
que ella y Leonor al Prado juntas fueron,
pues tengo por sin duda que se vieron.

**Vanse, y salen don JUAN, TELLO y LEONOR, ella con
capotillo, sombrero y enaguas**

JUAN: No fue Paris más contento
a embarcarse para Troya
con aquella griega joya
que yo contigo me siento,
ni de aquel robo violento
de Briseida y Hesión,
Aquiles y Telamón,
ni Saturno con Filira,
ni Neso con Deyanira,
ni con Medea Jasón.
Que aunque la gloria de verte
en mi poder es tan alta,
que solamente le falta,
bella Leonor, merecerte,
pudiera, a no ser tan fuerte
de tu afición el valor,

que se atreviera al honor;
mas llegar una mujer
a no tener que temer,
pasa a cuanto puede amor.

Sólo me ha causado pena
la confusión de la gente
atrevida e insolente,
que por todas partes suena.
La plaza de luces llena,
¿cómo estará sin testigo
donde lo es el más amigo?
No sé qué calle seguir;
que mal me puedo encubrir
llevando mi sol conmigo.

LEONOR: Aunque pretende el temor
vencer la dulce osadía
de mi amor, con más porfía
vuelve a la batalla amor.
Ya no temo su rigor,
porque llegar a temer
era dejar de querer,
y no quiero yo dejar
de quererte por hallar
disculpa de ser mujer.

Toda nuestra cobardía
hasta los peligros es,
teme el ser; pero después
se convierte en valentía
en la primer osadía
de una mujer que hoy lloramos,
culpadas todas estamos
mas cuantas después nacimos,
aquel daño que os hicimos
con estos yerros pagamos.

El que yo contigo espero
como castigo me alcanza,
que nos queréis por venganza
de aquel engaño primero;
pero yo, don Juan, te quiero
(con ánimo de perder
la vida) tanto, que el ser
en hombre viene a mudarse,
porque hasta determinarse
es una mujer mujer.

TELLO: En vano el tiempo gastáis
donde el peligro os avisa
que en el espacio a la prisa
vuestro remedio libráis;
ya que en la estacada estáis,
vencer importa el morir.

JUAN: Cuanto me puedes decir,
Leonor, de tus obras creo.

TELLO: Por esta calle es rodeo,
por ésta podemos ir.

JUAN: Yo pienso que favorece
la confusión nuestro engaño.

LEONOR: Sólo el conocerme es daño,
que en tanto bien me entristece.

JUAN: Tanto el alboroto crece,
que ya parece locura.

TELLO: Por eso mismo procura

tanta dama, tanto coche,
hacer que tenga esta noche
por variedad hermosura.

**Tres mozos con capas de color, broqueles y espadas:
OCTAVIO, MENDOZA, y CELIO**

OCTAVIO: ¡Bravo altar!
MENDOZA: Es muy Bautista
 aquella dama, aunque pasa
 no por desierto su casa,
 según cierto coronista.
CELIO: La oración, desamano,
 no será para casarse.
OCTAVIO: ¿No es linda?
MENDOZA: Con enmoñarse,
 siendo otoño es primavera.
CELIO: El vestido mucho ayuda.
MENDOZA: ¿Nunca se ha de desnudar?
 ¿Ha la de andar a buscar
 el galán si se desnuda?
OCTAVIO: Notable pontifical
 en esta edad viene a ser
 un vestido de mujer.
CELIO: No hay en el mundo caudal
 para chapines y randas,
 pero todo lo merecen.
MENDOZA: Brava guerra nos ofrecen
 con las celadas y bandas.
OCTAVIO: Allí va cierto gazmonio
 con su servicio.
CELIO: ¿De quién?
OCTAVIO: Del diablo.
CELIO: Tratalde bien,
 que puede ser matrimonio.

MENDOZA: ¿Ah, señor, el de la ninfa?
 ¿es de Esgueva o Manzanares?
JUAN: Calla, Tello, y no respondas.
TELLO: No tendrá paciencia un ángel.
CELIO: ¿Es alquilada o es propia?
OCTAVIO: ¿Dónde la lleva el bergante?
MENDOZA: ¿Cómo no lleva tendidos
 los cabellos virginales?
 Que crecen mucho esta noche,
 según los viejos romances.
OCTAVIO: No es de mal monte la leña,
 pues entre dos se reparte.
CELIO: ¿Cómo calla el socarrón!
MENDOZA: ¿Qué os espantáis de que calle,
 si está enseñado a callar?
TELLO: ¿Esto quieres tú que pase?
JUAN: Calla, Tello.
TELLO: Ya no puedo.
 Pícaros, si ya vinagres
 salís de alguna despensa,
 cueros vivos, hombres zaques,
 oliendo a tabaco el alma
 y las narices a parches,
 ¡por vida del rey de espadas,

que si saco la de Juanes
que ese quedará con vida,
que huya y que no le alcance!
OCTAVIO: ¡Oh, qué gracioso mandicho
es el que la lleva y trae!
JUAN: Tello, ¿estás loco?
TELLO: ¿Esto sufres?
¡Afuera!
JUAN: Voy a ayudarle.
LEONOR: Detente, don Juan, detente.
JUAN: Déjame, por Dios. ¡Cobardes,
haced como habláis!
OCTAVIO: Justicia
viene.
JUAN: ¿Ya buscáis achaques?
LEONOR: Triste de mí, qué he de hacer?
¿Hay desdicha más notable?
Si me conocen, soy muerta;
quiero en esta casa entrarme.

Salen ALGUACILES y gente

ALGUACIL: ¡Téngase al rey!
JUAN: Los que huyen
se tengan, que es gente infame;
que yo soy un caballero
que estoy a negocios graves
en la corte, y me quisieron,
con palabras arrogantes,
afrentar sin darles causa.
ALGUACIL: Y él, ¿quién es?
TELLO: Soy platicante
de caballero, que ha poco
que navega en estos mares,
¿Salté manda en qué le sirva?
ALGUACIL: Vengan los dos a la cárcel.
TELLO: ¿Cómo a la cárcel?
JUAN: (No veo **Aparte**
a Leonor.)
TELLO: ¿Salté no sabe
que es aquesta noche libre?
ALGUACIL: Allí va el señor Alcalde;
vengan y hablarán con él.
JUAN: Vamos, que yo quiero hablarle,
y sabrán vuestas mercedes
la mucha que a mí me hace.
ALGUACIL: Vengan por aquí.
JUAN: (¡Ay, Leonor! **Aparte**
Luego volveré a buscarte,
si no es tanta mi desdicha
que me detenga o me mate.)

**Quando los van llevando sale Don PEDRO y dice a uno
dellos**

PEDRO: ¡Ah, caballero, qué es esto?
ESCRIBANO: Cuchilladas, disparates
de esta noche.
PEDRO: ¡Era a mi puerta!

ESCRIBANO: ¿Mandáis más?
PEDRO: Que Dios os guarde.

Cansado de esperarte,
hermosa Blanca, de tu calle vengo,
y no pudiendo hallarte,
apenas alma ni esperanza tengo.
¡Ay Dios! si te ha forzado
tu hermano al casamiento concertado?

Es este pensamiento,
forzado soy a despedir la vida,
que si del casamiento
cumpliste la escritura prometida
y a la mía faltaste,
al umbral de la muerte me dejaste.

Música y grita suena;
todos se alegran, todos son dichosos;
yo, sólo, en tanta pena,
no puedo alzar los ojos envidiosos;
que no hay mayor desdicha
que no tener entre dichosos dicha.

***Salen con guitarras y sonajas y canten
así:***

MUSICA: "Salen de Sanlúcar,
rompiendo el agua,
a la Torre del Oro
barcos de plata.
Verdes tienes los ojos,
niña, los jueves,
que si fueran azules,
no fueran verdes.
Salen de Valencia,
noche de San Juan,
dos pescadas saladas
al fresco del mar."

***Éntrense en grito y regocijo, y diga Don
PEDRO***

PEDRO: Envidio el contento y gusto
con que estos cantando van.
¿Que en la noche de San Juan
sólo yo tenga disgusto?
Yo sólo, amor, siempre injusto,
por tus mudanzas indigno
de tener nombre divino,
dudoso entre el bien y el mal,
del contento general
soy en Madrid peregrino.
Ya no tengo qué esperar,
que en esta nueva mudanza
aun no quiere la esperanza
acompañar mi pesar.
Ya quiere el alba llorar,
pues ¿qué quieren mis desvelos?
Ya sus cristalinos hielos
ensartan perlas en flores,

o los fingen mis temores,
que vuelven los cielos celos.
Quiero en mi posada entrar,
aunque sé que no a dormir;
que no haré poco en vivir
si Blanca se ha de casar.
Aquí siento suspirar;
parece en la voz mujer.
¿Si ella vino? Puede ser
que me aguarde con temor.
La honra te vuelvo, amor,
y conozco tu poder.

¿Eres tú, mi bien? Pues calla,
no debe de ser. ¿Quién va?
Una mujer.

LEONOR:

PEDRO:

Ella es.

¿Ha mucho, mi bien, que estás
esperándome? Perdona,
que con amor pude errar
en ir a buscarte. Dame
los brazos, y entre, que ya
mi casa te espera, dueño.

LEONOR:

Y yo estaba, de esperar,
sin vida, Teneos, ¡ay, Dios!,
que ni soy la que esperáis
ni vos sois lo que yo espero.

PEDRO:

Decís muy bien: perdonad.
¿Pero cómo estáis aquí?
Que he venido a recelar
que alguna traición me han hecho.

LEONOR:

Advertid que os engañáis.
Bien podéis estar seguro
que una airada tempestad
de desdichas me ha traído.
No puedo deciros más.

PEDRO:

LEONOR:

¿Quién está con vos?
Si digo,
señor, quién conmigo está,
no es mucho que imaginéis
el peligro que ignoráis;
porque son tantos mis males,
que por ventura podrán
invisibles basiliscos,
sólo mirando matar.
Huid de verme y de hablarme,
que son veneno mortal
los males que fueron bienes.

PEDRO:

LEONOR:

Dejad los ojos, y hablad.
Quieren divertir mi pena
con hablar y con llorar,
cual a gusano de seda
en truenos de tempestad,
hacen al alma ruido
porque no sienta mi mal.
Con un caballero, a quien
debo honesta voluntad,
iba de la mano. ¡Ay, triste,
cómo es imposible hallar
a contradicción divina
humana seguridad!

¡Qué fiesta habrá sin desdicha!
¡Qué contento sin azar!
¡Qué gusto sin su enemigo!
¡Qué bien sin dificultad!
Criado y señor parecen,
juntos siempre, el bien y el mal.
Nunca el bien delante viene
sin venir el mal detrás.
Acuchilláronle aquí,
pienso que muerto le habrán
unos hombres que tenían
por alma su necedad.
Es privilegio del vulgo,
en estando junto, hablar
con libertad, e imposible
castigar su libertad.
Aquí me entré de temor,
y cansada de esperar
lloré perderle y perderme,
porque todo ha sido igual.
Pues en el talle y el traje
ser caballero mostráis,
amparad una mujer,
ya por ser este lugar
donde la halláis vuestra casa,
ya porque obligado estáis
a vuestro respeto mismo,
que no le podéis negar,
a título de ser noble,
la obligación natural.
Extraña desdicha ha sido
la vuestra; mas puede os dar
consuelo que no es la mía
a la vuestra desigual.
A nuestros perdidos dueños
podemos los dos llorar,
el mío, porque no viene,
y el vuestro, porque se va.
Yo vi llevar unos hombres
presos; pienso que serán
los que decís; buenos iban,
bien os podéis sosegar.
Sólo de vos saber quiero
el consejo que tomáis
para que pueda serviros,
que vuestro término da,
traje y discreción, indicios
de ser mujer principal.
Mirad si os está mejor
que a vuestra casa volváis,
o queréis que venga el día
si tenéis peligro allá;
pues no es posible que tarde,
que ya parece que dan
de la risa del aurora
aquellas nubes señal.
Y parece que los montes
lo verde argentando están
por la espalda de la noche
líneas de plata oriental.
Aquí tendréis aposento,

PEDRO:

criadas honradas hay;
mozo soy, no soy casado,
no habrá celos, no temáis;
aun no he vendido lo libre,
si bien lo quise emplear
en este bien que me falta.
Dios sabe si volverá.
Yo iré a la cárcel mañana
a saber de ese galán,
tan dichoso como yo,
si perdió lo que lloráis;
que por la misma fortuna
bien nos podemos juntar,
pues caminos y desdichas
siempre hicieron amistad.

LEONOR: Aquí será bien quedarme,
si vos licencia me dais,
hasta que sepáis mañana
si fué mi temor verdad.
Que cuando sepáis quién soy,
mi nombre y mi calidad
(que agora es fuerza encubriros),
yo sé que no os pesará
de haberme dado favor

PEDRO: Bastantes indicios dais.
Caballero soy, segura
vuestro honor podéis fiar
de mi nobleza y mi celo.

LEONOR: Conozco la voluntad
con que ayudáis mi fortuna
y mi temor animáis.

PEDRO: Extrañas cosas suceden
una noche de San Juan.

LEONOR: (¡Ay, don Juan!)

PEDRO: (¡Ay, Blanca! ¡Ay, cielos! **Aparte**
¿Cómo es posible esperar
que amanezca con más bien
quien anochece tan mal?)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

**Salen Don JUAN y TELLO con las espadas en las
manos**

JUAN: ¿Qué no podrá el dinero?
TELLO: Gran fuerza tiene el oro.
JUAN: Es caballero.
TELLO: Y hijo de buen padre,
pues que le engendra el sol; que humilde madre
nunca fué de importancia.
JUAN: Toda aquella arrogancia
templaron veinte escudos.
TELLO: Buenos amigos son, negocian mudos.
JUAN: Qué mal San Juan tuviera estando preso
y de Leonor temiendo un mal suceso.
TELLO: Aun no sabes lo que es en una estufa
pulgas de por San Juan; no hay catalufa
como ponen un cuerpo desdichado
todo de tomadillos perfilado;
pues chinches, gente sorda,
que a nubarrones la pespunta y borda.
JUAN: Aquí quedó Leonor.
TELLO: No hay puerta abierta,
que aun el alba bosteza y no despierta.
JUAN: Entra en ese portal.
TELLO: No hay más.
JUAN: ¿Qué aguardas?
TELLO: Cuatro mil escopetas y alabardas
son menester para un portal de noche;
deja que pase este cantante coche.
JUAN: Música lleva al Prado.
TELLO: Los tres parecen gatos en tejado.
JUAN: Conozco aquel romance y quien le hizo.
TELLO: El tiplazo es lechón con romadizo.
JUAN: Serenos de Madrid causan catarro.
TELLO: El bajo ha sido jarro
y agora tiene muermo,
la tercera cruel canta de enfermo.
JUAN: Vuelve a mirar, que ya pasaron; mira
si habla, si suspira,
que estoy perdiendo el seso.
TELLO: Si Leonor presumió que estabas preso,
sola se volvería.
JUAN: ¡Ay, dulce prenda mía!
¿Qué le habrá sucedido?
Si a su casa volvió, yo soy perdido.
TELLO: En todo esto no veo
sino sombras, señor, de tu deseo.
JUAN: ¡Ay, infeliz de mí! Que el bien tenía,
y como quien dormía
y soñaba tesoro,
que las manos bañó de plata y oro,
siendo fingidas sombras los diamantes,
que al aurora volaron inconstantes,
y despertó al ruido

o el propio nombre le tocó el oído;
así me siento, y solo y triste veo
la burla de mi amor y mi deseo;
que dicha en desdichado
es sueño que nació de bien pasado,
que lo que vió de día
de noche le pintó la fantasía.
TELLO: Ya, ¿qué piensas hacer?
JUAN: Morirme, Tello.
TELLO: Eso es muy bueno para dicho; hacello
es muy dificultoso.
JUAN: ¿Qué gente es ésta?
TELLO: Estruendo bullicioso
de gente que no ayuna
del gran Profeta a la bendita cuna;
pues como hablaba, mudo, Zacarías,
todos quieren hablar en tales días.

***Salgan por una puerta FABIO, LEANDRO, y FENISA, de
noche de San Juan, y por otra LEONARDO y RODRIGO, guarnecidos los
sombremos y ferreruelos de fajas de papel, y LUCRECIA,
dama***

LUCRECIA: Las vayas han de ser sin pesadumbre.
FENISA: Este día, señores, es costumbre
alegrarse no más y no enojarse.
LEANDRO: Para reñir, mejor es acostarse.
LEONARDO: No te enojés, que es uso de la Corte;
si no te han dicho cosa que te importe.
LUCRECIA: ¿Qué había de decirme aquella dama,
si sabe que sé yo cómo se llama?
FABIO: Buena invención la de la plata.
LEANDRO: Buena,
con el papel, que más que plata suena;
que ya vale el papel como la plata;
tanto gastan procesos y poetas,
que libranzas, por Dios, que andan secretas.
FABIO: Uno conocí yo, y era tan franco,
que trocaba lo escrito por lo blanco;
pero no pudo hallar quién lo trocase.
FENISA: ¿Que noche de San Juan se empapelase
y viniese, atrevido,
de ciruela de Génova vestido
un hombre con sus barbas y bigotes!
TELLO: Al Prado van los dichos matalotes.
RODRIGO: Oyen, señores míos, poco a poco,
que me voy enojando, y pico en loco.
FABIO: Pues conmigo te metes
figura guarnecida de cohetes.
RODRIGO: Pues lacayo que jura de cochero
y consultado está de despensero,
dos cosas más corrientes estos días
que testimonios y mentiras frías,
caballero te finges, disfrazado?
LEANDRO: ¡Oh qué lindo borrego trasquilado!
JUAN: Llega, Tello. ¿Qué aguardas?
TELLO: Caballeros,
¿han visto cierta dama, cuyas señas
son capotillo y plumas y buen aire,
que dejaron aquí sus escuderos

JUAN: que allí la habemos de hallar.
¿Quién podrá, Tello, esperar
los años de su deseo?
TELLO: Un hombre sale, señor,
de aquella casa de enfrente.
JUAN: No habrá cosa que no intente
por templar mi loco amor.

Sale don PEDRO

PEDRO: Sueño que fuiste como dulce empeño,
de los cuidados que tu sombra asiste,
¿Cómo para cuidados, sueño fuiste,
si nunca diste a los cuidados sueño?
Tú, que de cuanto vive, fácil dueño,
las mayores tristezas suspendiste,
¿por qué me dejas desvelar de triste
sin ver mis ojos tu sabroso ceño?
¡Oh muerte mentirosa en perezosos
y muerte verdadera en desvelados!;
bien podemos llamarte los quejosos
amigo falso que huye en los cuidados,
pues te vas a dormir con los dichosos
y dejas desvelar los desdichados.

JUAN: Déjame que le hable yo,
que tu poca dicha tienes,
que puede ser que haya visto
a Leonor.

TELLO: ¡Qué yerro emprendes!

PEDRO: Dos hombres he visto allí;
gente segura parece;
si requiebran en la calle,
saber por ventura pueden
si Blanca ha llegado aquí.
¡Ah, caballeros! no tienten
vuestas mercedes la espada;
de paz soy, seguros lleguen.

JUAN: Antes hablaros quería
por vecino, cortésmente,
desta calle.

PEDRO: Y yo, señor,
por si acaso os entretiene
alguna destas ventanas,
cuyos dueños lo merecen.
Aguardo desde las diez
cierta dama, y como duerme
tan mal amor, me he vestido;
como si el aire pudiese
templar imaginaciones,
aunque se templase en nieve.
Suplícoos que me digáis
si la habéis visto, que suelen
volverse cuando hay testigos,
porque la busque y no espere,
y por despejar la calle
si os hago estorbo.

JUAN: (¡Que encuentre
un mismo amor dos cuidados!
Fábula, por Dios, parece.)

Aparte

A preguntaros lo mismo
una desgracia me atreve,
que acuchillando unos hombres
perdí una dama, en que pierden
tanto mi vida y mi honor
que uno acaba y otro muere.
No he visto lo que esperáis,
de que es justo que me pese;
si lo que espero habéis visto,
oíd las señas que tiene.

PEDRO: No hay para qué las digáis.
(Hermano o marido es éste; **Aparte**
la mujer peligro corre;
discreción será que niegue.)
Caballero, yo quisiera
que en esta ocasión presente
fuéramos los dos dichosos
y que con palabras breves
diéramos el uno al otro
de lo que buscando viene
las nuevas y las albricias.

JUAN: Dios os guarde y os consuele.
PEDRO: Dios os consuele y os guarde.
JUAN: Vamos, Tello, que mi muerte
es imposible excusarse.

TELLO: Cuando, solícito, quieres
saber, señor, de tu dama,
bella Leonor, ángel, fénix,
este socarrón amante,
muy necio e impertinente,
te pregunta por la suya;
mala noche de mujeres;
menester es pregonallas.

JUAN: Pues diga amor, quién supiere
de Leonor, de la hermosura,
del sol, del ave celeste,
de la discreción más rara,
del gusto más excelente,
del mejor despejo y brío
que hoy en la corte se prende.
Con cuyo pie de tres puntos
cuantas han nacido mienten
vuélvala luego a su dueño,
que si a su dueño la vuelve
le darán de albricias almas.

TELLO: Buenas nuevas si las creen;
pero sólo te suplico,
porque las señas no yerren,
que a los tres puntos del pie
añadas siquiera siete.

JUAN: ¿Agora donaires, Tello?
TELLO: Perdona.
JUAN: ¡Cielos, tenedme!;
que en hallarla o no la hallar
están mi vida o mi muerte.

Vanse don JUAN y TELLO

PEDRO: Qué yerro pudiera ser
si éste, como he sospechado,

no tenéis que decir.
FÉLIX: Sí, pero el aire,
la gala y bizarría
con que el mayor señor danzar podía
y los pies de gibaos,
y alemanas y brandos en saraos,
¿por qué se han de dejar de todo punto?
ALONSO: Hermano, porque todo el mundo junto
se vuelve ya, como el vestido, viejo;
lo de atrás adelante.
FÉLIX: Mal consejo.
ALONSO: La novedad, don Félix, siempre agrada,
sea en razón o en sinrazón fundada.
Mirad que aun la poesía
no habla ya la lengua que solía.
¿No habéis visto la máquina estrellada
cuando la noche muda y enlutada,
natural de Chinchón y de pulgares,
teñidos con hollín los aladares
saca medio dormida el negro coche?
No habéis visto en las manos de la noche
el nuevo infante día
nacer dando alegría
a las aguas y flores?
¿No habéis visto después cantar amores
los dulces pajarillos
al esconderse los armados grillos
entre los alcaceres?
¿No habéis visto con naguas las mujeres
sin anchos verdugados y abaninos
y los chapines de bordados finos,
que fueron en sus madres de badana?
¿No habéis visto espumosa la mar cana
sorberse naves como huevos frescos?
¿No habéis visto en jubones y grigüescos
tanto algodón que aun el andar reporta?
Pues si no lo habéis visto, poco importa.
¿Qué notable frialdad!
FÉLIX: Usase ahora.
ALONSO: ¿No véis que allí suspira cierta mora?
FÉLIX: Sin duda es Melisendra, caballeros,
TORIBIO: que aguarda a don Gaíferos.
ALONSO: ¡Oh tú, doncellidama,
si sales a saber cómo se llama
el que ha de ser tu esposo
y la oración has hecho al glorioso
Bautista, santo de profeta palma,
sábeta que ha de ser Juan de buen alma,
y que por lo agarrado
primero que Mendoza será Hurtado?

Échele una cadena

LEONOR: Pues tome por la nueva esa cadena.
ALONSO: Hola, don Félix; ¡vive Dios! que es buena,
que pesa y huele al oro y no (es) azófar.
TORIBIO: ¡Peregrino suceso!
FÉLIX: Mostrad. ¡Buena, por Dios!, dícelo el peso.
ALONSO: Métase el alba y lllore allá su aljófar,
que se deshace en flores y azucenas.

FÉLIX: ;Oh, aurora, lloradora de cadenas!
 Si acaso no eres duende
 y es mañana carbón cuando la vende.
LEONOR: No hará, que me ha tocado
 en lo vivo del alma, aquello Hurtado.
ALONSO: ¿Y el Juan también?
LEONOR: No sé; váyase ahora,
 que hay peligro en la calle.
ALONSO: Adiós, señora.
TORIBIO: El médico de Cádiz no dijera
 con su firme pronóstico que fuera
 más verdadero que éste.
ALONSO: Vuesa merced se acueste
 en sábanas de Holanda,
 que yo me voy a hacer la zarabanda.
 Y tantos eslabones como tiene
 esta cadena el buen Hurtado pene
 años en que la sirva y la requiebre.
TORIBIO: Mas que nos ha de dar gato por liebre.
ALONSO: Así se le volvieran, y tan buenas,
 a la cárcel de corte las cadenas.

***Vanse. Salgan Doña BLANCA, Don PEDRO y
ANTONIA***

PEDRO: Detente, señora mía.
BLANCA: ¿Que me detenga? Ya es tarde.
 ¿Para tales sinrazones,
 vil caballero, me traes
 con tanto engaño a tu casa?
PEDRO: Plega al cielo que me mate
 un rayo si tengo culpa.
LEONOR: Aquel caballero sale **Aparte**
 con una dama riñendo;
 atenta quiero escucharle;
 por dicha tengo la culpa.
BLANCA: Persuadirme, ingrato, es darme
 más pena de la que tengo.
 ¿Era yo mujer infame,
 que teniendo en casa amiga,
 con engaños semejantes,
 con lágrimas, con papeles,
 con finezas, con jurarme
 que era de tu pecho el alma
 y de tus venas la sangre,
 me obligas a que tan loca
 hermano tan noble trate
 con término tan indigno
 de mujeres principales?
 No importa, que al fin, ingrato,
 no tienes de qué alabarte,
 que el honor que no ha caído
 es fácil de levantarse.
 Sola una mano me debes
 sobre juramentos graves,
 y yo tengo quien me vengue
 si no tuve quien me guarde.
PEDRO: ¿Tú caballero? ¿Tú noble?
 Señora, mientras no amaines
 las lágrimas y las voces,
 ¿cómo puedo asegurarte

de que no he faltado un punto
a obligaciones tan grandes?
Oye, por Dios, advirtiéndome
que no pudiera un alarbe
hacer la maldad que dices.
BLANCA: ¿Pues yo no sentí quejarse
y llorar una mujer
otro aposento adelante
de donde la cama tienes?
¿Pueden ser quejas iguales
sino de tales traiciones?
Que no es justo que se llamen
celos tan viles desprecios,
que celos, aunque mortales,
son de lo que se imagina,
que no de lo que se sabe.
Demás de que ya me ha visto;
pero porque no la mates,
por los suspiros me escribe
su desdicha y tus maldades.
Y plegue a Dios que no sea
mujer propia que te canse,
si puede haber en el mundo
tiranos que así las traten.
PEDRO: Señora, negar no puedo
que como yo te esperase,
siglos haciendo las horas,
años los breves instantes,
esta mujer escondida
hallé, saliendo a buscarte,
en lo oscuro desta puerta;
pidióme, que la amparase;
es mujer, soy hombre, pudo
lastimarme y obligarme.
Yo no sé si es la ocasión
marido, galán o padre;
ella nos dirá el suceso
y podrá desengañarte.
Que mal pudiera ser yo
villano e inexorable
a lágrimas de mujer,
y más si de causa nacen
como la que miro en ti,
fuera de ser como un ángel,
que si llorando una fea
no hay lástima que no cause,
¿qué hará una mujer hermosa,
que parece que se caen
de dos estrellas del cielo
sobre claveles, cristales?
BLANCA: ¡Oh qué extremada pintura!
¿No pudiera retratarse
esta mujer sin claveles?
Parece que versos haces.
¿Un ángel a tales horas
quieres, don Pedro, que hable?
Para tales jerarquías
es muy humilde mi traje;
iréme a mi casa agora
y mañana por la tarde
vendré a hacerle una visita.

PEDRO: Debes de querer matarme.
BLANCA: Tú entretanto será justo
que consueles y regales
ángel de tales claveles.
PEDRO: Mátame bien, no te canses.
BLANCA: Muy santo debes de ser,
reliquias pueden cortarte,
pues ángeles te visitan.
PEDRO: Ahora bien, entra y no aguardes
a que siendo ya de día
alguna persona pase
que te conozca.
BLANCA: ¿Estas loco?
¿Yo entrar, yo verte, yo hablarte?
PEDRO: Mira que yerras en esto.
Pues primero que te cases
me pides injustos celos,
conque puedo imaginarte
de condición insufrible.
BLANCA: No hayas miedo que te enfade.
Queda con Dios.
PEDRO: No seas necia.
BLANCA: Voy a que alguno me ampare,
aunque sin ser ángel lllore
sobre claveles cristales.
LEONOR: ¡Ah, dama, señora,; ah, reina!
BLANCA: ¿Quién es?
LEONOR: Quien no es bien que cause
injustamente estos celos
entre tan firmes amantes.
Hacedme merced de entrar,
porque no por ampararme
es bien que ese caballero
os pierda; entrad y escuchadme.
BLANCA: Desde ese balcón podréis
decir quién y qué os trae
a tal hora y en tal noche.
LEONOR: Obligaréisme a que baje,
porque no son mis desdichas
para echadas en la calle.
Entrad y sabréis quién soy.
BLANCA: Vuestro término es bastante
a vencerme; voy a oíros.
PEDRO: Quieran los cielos que baste;
porque en dando una mujer
en celosos disparates,
hará verdades mentiras
y hará mentiras verdades.

**Vanse. Salen don LUIS, don BERNARDO y
criados**

LUIS: No hay sitio, no hay señal, prado ni río
que déllas tenga ni señal ni nueva.
BERNARDO: Buscarlas me parece desvarío.
LUIS: ¡Que a darme tal pesar Leonor se atreva!
Corrido voy del pensamiento mío,
que de uno en otro a tal rigor me lleva,
que os dije la sospecha que tenía.
BERNARDO: No estoy muy lejos de decir la mía.

- LUIS: Como yo vi que de camino andaba
el indiano don Juan, dióme cuidado,
creyendo que Leonor se le inclinaba;
engaño de mis celos fabricado
que, como vistas, en su casa estaba
de mi ofendido honor tan descuidado,
que apenas le llamé cuando me abrieron.
- BERNARDO: Sospechas de don Juan injustas fueron.
Yo soy su amigo, y si a Leonor quisiera,
cuando le dije yo que la quería
lo mismo en confianza me dijera
y desistiera yo de mi porfía;
como la vuestra mi sospecha fuera;
pero presumo que es verdad la mía.
Pues vos ¿qué sospecháis?
- LUIS: Un pensamiento
BERNARDO: que a Blanca pudo dar atrevimiento.
Hay en este lugar un caballero,
que ha venido a negocios de Navarra
entendido, galán y lisonjero;
persona, en fin, para querer, bizarra.
No ya libre navío del mar fiero
de Sanlúcar pasó la estrecha barra
con más banderas, que le sirven de alas,
que él por mi calle con diversas galas.
Halléle hablando con mi hermana un día
y díjome, turbado, que informado
de que presto a Sevilla me volvía,
estaba de mi casa aficionado.
Pienso, don Luis, que la verdad decía;
pero dándome celos su cuidado,
me informé de su casa, por si acaso
tantos paseos no mudaban paso.
Esta que veis, don Luis, es su posada.
- LUIS: Sí; pero ¿de qué sirve haber creído
esa imaginación sólo fundada
en verle en vuestra calle divertido?
- BERNARDO: ¿Vos no buscastes a don Juan, la espada
celosa del agravio y prevenido
el ánimo a matarle? Pues yo quiero
buscar este navarro caballero.
Que como imaginastes que podía
a Sevilla llevarse vuestra hermana,
a Pamplona podrá llevar la mía,
si no me sale la esperanza vana.
Pues qué, ¿pensáisle hablar?
- LUIS: Eso querría.
BERNARDO: ¿En qué ocasión?
- LUIS: Con que se va mañana
BERNARDO: y que estoy desta casa aficionado.
LUIS: Pensémoslo mejor.
BERNARDO: Ya lo he pensado.

***Pónense a hablar los dos, y entran don JUAN
y TELLO***

- JUAN: Desde que don Luis me habló
con don Bernardo en mi casa,
Tello, los vengo siguiendo
y que viniesen me espanta

TELLO: adonde perdí a Leonor.
 ¿Cómo ya saben que falta,
 pues a su casa no ha vuelto,
 ni menos salió con Blanca?
 Alguien que lo vio lo ha dicho.

JUAN: Vive Dios, que más extraña
 confusión no ha sucedido
 a hombre, y que se me acaba
 la paciencia imaginando
 que puedan desdichas tantas
 caber en sola una noche.

TELLO: Si estuvieran acabadas,
 menos mal hubiera sido.

JUAN: No cuenta cosas tan varias
 de Clariquea, Heliodoro.
 Las de Teágenes pasan
 en años, pero las mías
 en una noche.

TELLO: No hagas
 exclamaciones, que pueden
 oírte.

LUIS: ¡Oh leyes humanas
 e inhumanas! Que a los hombres
 nos toque, por muchas causas,
 el servir a las mujeres,
 el acudir a las galas
 (que es lo que ellas más estiman),
 el sustentarlas, el darlas
 hasta la sangre y la vida
 y algunas veces el alma,
 está bien; dellas nacimos,
 que ya con esto se paga;
 pero ¡que el mundo haya puesto
 nuestra honra, nuestra fama
 y autoridad en sus manos...!

BERNARDO: Como por las calles anda
 tanta gente, ¿en ciertos hombres
 que nos siguen, no reparas?

LUIS: Bien dices. ¡Ah, caballeros!
 ¿Quiérennos algo? ¡No hablan?

JUAN: Don Juan soy.

BERNARDO: ¿Vos nos seguís?

JUAN: Desde que me habló en mi casa,
 don Luis, sospeché que andáis
 de pesadumbre, y la espada
 es en los hombres de bien
 para defender la causa,
 después de la fe y del rey,
 del amigo y de la patria.
 No quiero saber lo que es,
 sino que a serviros salga;
 que no sufre la que es noble
 estar ociosa en la vaina.

BERNARDO: Sois bien nacido en efeto;
 merecéis que el rey os haga
 la merced que le pedís,
 y si fuere de importancia
 nos la haréis, como habéis dicho.
 Yo llamo en aquesta casa,
 donde pienso que ha de estar
 cierta prenda que me falta.

JUAN: Tello, don Bernardo busca
a Leonor; gran mal me aguarda;
mala noche de San Juan.
TELLO: Peor será la mañana.

Sale Don PEDRO

PEDRO: No he visto venir el día
con tantas voces. ¿Quién llama?
Justicia es ésta. ¿Quién es?
El amparar esta dama
me ha de costar pesadumbre
si ha de resultar en Blanca.
LUIS: Dejádmele hablar a mí.
Caballero, dos palabras.
PEDRO: ¿Qué me mandáis en que os sirva?
LUIS: Esta noche, de una casa
principal, falta a su dueño,
no digo su honor, su hermana,
y se sabe que está aquí.
Toda esta gente embozada
es justicia; vos podéis
seguro manifestarla
de que no os harán agravio;
donde no . . .
PEDRO: Señores, basta;
así es verdad que la tengo,
que aquí llegó lastimada,
como mujer a quien suelen
suceder tales desgracias.
Dila el favor que era justo.
Yo voy por ella.

Vase

LUIS: Obligada
dejaréis su casa y deudos
por defensor de su fama.
Aquí está Blanca, Bernardo.
JUAN: ¿Luego buscaban a Blanca?
TELLO: ¿No lo ves? Menos desdicha,
pues que no podrán casarla
con don Bernardo a Leonor.
BERNARDO: Pensando estoy con qué traza
salga yo de aquí con honra.
LUIS: No lo penséis sin hablarla,
porque su lengua ha de ser
o el remedio o la venganza.

Salen Don PEDRO y LEONOR

PEDRO: Señora, salir es fuerza;
que si pudiera excusarla,
yo os sirviera; mas no puedo.
LEONOR: Si no es quien pienso, me aguarda
la muerte; pero ¿qué importa,
si mis desdichas se acaban?
PEDRO: La dama es ésta, señores.

BERNARDO: Esta no es Blanca, mi hermana.
LUIS: ¿Pues quién?
BERNARDO: La vuestra.
LUIS: ¡Leonor!
BERNARDO: La misma.
LUIS: ¿Pues cómo estabas
en esta casa?
LEONOR: Salimos
yo y Blanca con otras damas
al Prado, y como estas noches
tantos desatinos pasan,
unos hombres descorteses,
con poco honestas palabras
nos daban grita, a quien otros
hicieron con las espadas
callar bien a costa suya.
Yo y Blanca entonces, turbadas,
a este hidalgo le pedimos
nos escondiese en su casa,
porque a las demás del coche
presas pienso que llevaba
la justicia.
BERNARDO: Desafortunadamente,
¿aquí también está Blanca?
LEONOR: Sí, señor.
LUIS: Notable dicha.
Señor, decídale que salga,
porque esa dama es mi esposa.
PEDRO: Si ella lo dice, eso basta,
que ya sale, y yo a su gusto
no replicaré palabra.

Doña BLANCA y ANTONIA salen

BLANCA: Pues ya Leonor os ha dicho,
señores, nuestra jornada,
yo no tengo que añadir
sino sólo que deis gracias
a este noble caballero.
JUAN: Tello, de la lengua al alma
anda mi amor dando voces,
aunque parece que calla.
TELLO: Como la gloria en el fin
siempre dicen que se canta,
aquí se llora el peligro.
LUIS: Sólo falta que casadas
queden las dos, ya que el cielo
favoreció nuestra causa;
no aguardemos otra noche
de San Juan, que la pasada
nos podrá servir de ejemplo.
BERNARDO: Dad vos la mano a mi hermana,
que yo la daré a la vuestra.
LEONOR: Las mujeres no se casan
dos veces, vivos sus dueños,
aunque suelen tener causa,
si no es aquellas que quieren
ser dos veces desdichadas.
LUIS: Leonor, ¿qué dices?
TELLO: Don Juan,

¿qué estás mirando? ¿Qué aguardas?
Mira que dan a Leonor;
di que es tuya, llega y habla.
¿Quieres tú que te la metan
con una cuchar de plata
dentro de la boca?

JUAN: Amor,
señores, cuya tirana
fuerza. . .

TELLO: Qué entrada tan necia.
Tiembla el mundo y llora España.

JUAN: Comunicando diez meses
con doña Leonor gallarda
por las ventanas los ojos,
por los papeles las almas,
me dio de su voluntad
(cuando más rendido estaba)
victoria; con que os he dicho
que está conmigo casada.
Ya sabéis los dos quién soy.

BERNARDO: Don Juan, mi amistad se agravia,
no de querer a Leonor,
mas de no decir que estaban
en estado vuestros pechos,
que la pretensión dejara
desistiendo de la empresa,
aunque con menos ventaja,
pues hoy doy la posesión
y allí os diera la esperanza;
dalde la mano, y así
con don Luis se casa Blanca,
que aunque se rompa el concierto,
mejor estará empleada
en vos que en mí.

LUIS: Yo agradezco,
don Bernardo, por tres causas
esas razones: por mí,
por don Juan y por mi hermana;
pero pues vos no os casáis,
y en esto el concierto falta,
ni yo es justo que me case,
sino que halle en esta casa
Blanca en don Pedro marido,
que la relación pasada
que me hicistes de los celos
y el hallarla aquí me mandan
que se la dé con mi gusto.

PEDRO: Con la misma confianza
estuve siempre.

JUAN: Yo soy
de Leonor.

PEDRO: Yo soy de Blanca.

TELLO: ¿Y yo de quién soy?

PEDRO: De Antonia.
Aquí la comedia acaba
de la noche de San Juan,
que si el arte se dilata
a darle por sus preceptos
al poeta, de distancia,
por favor, veinticuatro horas,
ésta en menos de diez pasa.

FIN DE LA COMEDIA

casi inmortales seréis.
5 CASILDA: Por el de serviros, creo
que merezco que me honréis.
CURA: Aunque no parecen mal,
son excusadas razones
para cumplimiento igual,
10 ni puede haber bendiciones
que igualen con el misal.
Hartas os dije; no queda
cosa que deciros pueda
el más deudo, el más amigo.
15 INÉS: Señor doctor, yo no digo
más de que bien les suceda.
CURA: Espérolo en Dios, que ayuda
a la gente virtüosa.
Mi sobrina es muy sesuda.
20 PERIBÁÑEZ: Sólo con no ser celosa
saca este pleito de duda
CASILDA: No me deis vos ocasión,
que en mi vida tendré celos.
PERIBÁÑEZ: Por mí no sabréis qué son.
INÉS: Dicen que al amor los cielos
25 le dieron esta pensión.
CURA: Sentaos, y alegrad el día
en que sois uno los dos.
PERIBÁÑEZ: Yo tengo harta alegría
en ver que me ha dado Dios
30 tan hermosa compañía.
CURA: Bien es que a Dios se atribuya,
que en el reino de Toledo
no hay cara como la suya.
CASILDA: Si con amor pagar puedo,
35 esposo, la afición tuya,
de lo que debiendo quedas
me estás en obligación.
PERIBÁÑEZ: Casilda, mientras no puedas
excederme en afición,
40 no con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña
poner quisiera a tus pies,
y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués,
45 entrando en el mar de España.
El olivar más cargado
de aceitunas me parece
menos hermoso, y el prado

50 que por el mayo florece,
sólo del alba pisado.
No hay camuesa que se afeite
que no te rinda ventaja,
ni rubio y dorado aceite
55 conservado en la tinaja
que me cause más deleite.
Ni el vino blanco imagino
de cuarenta años tan fino
como tu boca olorosa,
60 que como al señor la rosa
le güele al villano el vino.
Cepas que en diciembre arranco
y en octubre dulce mosto,
ni mayo de lluvias franco,
65 ni por los fines de agosto
la parva de trigo blanco,
igualan a ver presente
en mi casa un bien, que ha sido
prevención más excelente
70 para el invierno aterido
y para el verano ardiente.
Contigo, Casilda, tengo
cuanto puedo dese
y sólo el pecho prevengo;
75 en él te he dado lugar,
ya que a merecerte vengo.
Vive en él; que si un villano
por la paz del alma es rey,
que tú eres reina está llano,
80 ya porque es divina ley,
y ya por derecho humano.
Reina, pues, que tan dichosa
te hará el cielo, dulce esposa,
que te diga quien te vea:
85 la ventura de la fea
pasóse a Casilda hermosa.
CASILDA: Pues yo ¿cómo te diré
lo menos que miro en
que lo más del alma fue?
Jamás en el baile oí
90 son que me bullese el pie,
que tal placer me causase
cuando el tamboril sonase,
por más que el tamborilero
chillase con el guarguero

95 y con el palo tocase.
 En mañana de San Juan
 nunca más placer me hicieron
 la verbena y arrayán,
 ni los relinchos me dieron
 100 el que tus voces me dan.
 ¿Cuál adufe bien templado,
 cuál salterio te ha igualado?
 ¿Cuál pendón de procesión,
 con sus borlas y cordón,
 105 a tu sombrero chapado?
 No hay pies con zapatos nuevos
 como agradan tus amores;
 eres entre mil mancebos
 hornazo en Pascua de Flores
 110 con sus picos y sus huevos.
 Pareces en verde prado
 toro bravo y rojo echado;
 pareces camisa nueva,
 que entre jazmines se lleva
 115 en azafate dorado.
 Pareces cirio pascual
 y mazapán de bautismo,
 con capillo de cendal,
 y parécete a ti mismo,
 120 porque no tienes igual.

CURA: Ea, bastan los amores,
 que quieren estos mancebos
 bailar y ofrecer.

PERIBÁÑEZ: Señores,
 pues no sois en amor nuevos,
 125 perdón.

MÚSICO: Ama hasta que adores.

Canten y danzan

«Dente parabienes
 el mayo garrido,
 los alegres campos,
 las fuentes y ríos.
 130 Alcen las cabezas
 los verdes alisos,
 y con frutos nuevos
 almendros floridos.
 Echen las mañanas,
 135 después del rocío,

CURA: ¿Mas que el novillo han traído?
 BARTOLO: ¿Cómo un novillo? Y aun tres.
 170 Pero el tizado que agora
 traen del campo, ¡voto al sol,
 que tiene brío español!
 No se ha encintado en una hora.
 175 Dos vueltas ha dado a Bras,
 que ningún italiano
 se ha vido andar tan liviano
 por la maroma jamás.
 180 A la yegua de Antón Gil,
 del verde recién sacada,
 por la panza desgarrada
 se le mira el perejil.
 No es de burlas, que a Tomás,
 quitándole los calzones,
 185 no ha quedado en opiniones,
 aunque no barbe jamás.
 El nueso Comendador,
 señor de Ocaña y su tierra,
 bizarro a picarle cierra,
 190 más gallardo que un azor.
 ¡Juro a mí, si no tuviera
 cintero el novillo!
 CURA: ¿Aquí
 no podrá entrar?
 BARTOLO: Antes sí.
 CURA: Pues, Pedro, de esa manera,
 allá me subo al terrado.
 195 COSTANZA: Dígale alguna oración,
 que ya ve que no es razón
 irse, señor licenciado.
 CURA: Pues oración ¿a qué fin?
 COSTANZA: ¿A qué fin? De resistillo.
 200 CURA: Engañaste, que hay novillo
 que no entiende bien latín.

Éntrese

COSTANZA: Al terrado va sin duda.
 La grita creciendo va.

Voces

INÉS: Todas iremos allá,

205 BARTOLO: que, atado, al fin, no se muda.
Es verdad, que no es posible
que más que la sogá alcance.

Vanse, se quedan PERIBÁÑEZ y CASILDA

PERIBÁÑEZ: ¿Tú quieres que intente un lance?
CASILDA: ¡Ay no, mi bien, que es terrible!

210 PERIBÁÑEZ: Aunque más terrible sea,
de los cuernos le asiré,
y en tierra con él daré,
por que mi valor se vea.

CASILDA: No conviene a tu decoro
215 el día que te has casado,
ni que un recién desposado
se ponga en cuernos de un toro.

PERIBÁÑEZ: Si refranes considero,
220 dos me dan gran pesadumbre;
que a la cárcel, ni aun por lumbre,
y de cuernos, ni aun tintero.
Quiero obedecer.

Ruido dentro

CASILDA: ¡Ay Dios!
¿Qué es esto?

Dentro

CASILDA: ¡Que gran desdicha!
225 PERIBÁÑEZ: Algún mal hizo por dicha.
¿Cómo, estando aquí los dos?

BARTOLO vuelve

BARTOLO: ¡Oh, que nunca le trujeran,
230 pluguiera al cielo, del soto!
A la fe, que no se alaben
de aquesta fiesta los mozos.
¡Oh, mal hayas, el novillo!
¡Nunca en el abril llovioso
halles yerba en verde prado,
más que si fuera en agosto;
siempre te venza el contrario
235 cuando estuvieres celoso,
y por los bosques bramando,

halles secos los arroyos;
 mueras en manos del vulgo,
 a pura garrocha, en coso
 240 no te mate caballero
 con lanza o cuchillo de oro;
 mal lacayo por detrás,
 con el acero mohoso,
 te haga sentar por fuerza,
 245 y manchar en sangre el polvo!
 PERIBÁÑEZ: Repórtate ya, si quieres,
 y dínos lo que es, Bartolo;
 que no maldijera más
 Zamora a Bellido Dolfos.
 250 BARTOLO: El Comendador de Ocaña,
 mueso señor generoso,
 en un bayo que cubrían
 moscas negras pecho y lomo,
 255 mostrando por un bozal
 de plata el rostro fogoso,
 y lavando en blanca espuma
 un tafetán verde y rojo,
 pasaba la calle acaso,
 y viendo correr el toro,
 260 caló la gorra y sacó
 de la capa el brazo airoso.
 Vibró la vara, y las piernas
 puso al bayo, que era un corzo
 y al batir los acicates,
 265 revolviendo el vulgo loco,
 trabó la soga al caballo
 y cayó en medio de todos.
 Tan grande fue la caída,
 que es el peligro forzoso.
 270 Pero ¿qué os cuento, si aquí
 le trae la gente en hombros?

*Sale el COMENDADOR entre algunos labradores; dos lacayos de librea, MARÍN y LUJÁN,
en borceguíes, capa y gorra*

SANCHO: Aquí estaba el licenciado
 y lo podrán absolver.
 INÉS: Pienso que se fue a esconder.
 275 PERIBÁÑEZ: Sube, Bartolo, al terrado.
 BARTOLO: Voy a buscarle.

Vase

PERIBÁÑEZ: Camina.

LUJÁN: Por silla vamos los dos
en que llevarle, si Dios
llevarsele determina.

280 MARÍN: Vamos, Luján, que sospecho
que es muerto el Comendador.

LUJÁN: El corazón de temor
me va saltando en el pecho.

Vanse

285 CASILDA: Id vos, porque me parece,
Pedro, que algo vuelve en sí,
y traed agua.

PERIBÁÑEZ: Si aquí
el Comendador muriese,
no vivo más en Ocaña.
¡Maldita la fiesta sea!

*Vanse todos. Queden CASILDA y el COMENDADOR en una silla, y ella tomándole las
manos*

290 CASILDA: ¡Oh qué mal el mal se emplea
en quien es la flor de España!

¡Ah gallardo caballero!

¡Ah valiente lidiador!

295 ¿Sois vos quien daba temor
con ese desnudo acero

a los moros de Granada?

¿Sois vos quien tantos mató?

¡Una sogá derribó

a quien no pudo su espada!

300 Con sogá os hiere la muerte;
mas será por ser ladrón
de la gloria y opinión
de tanto capitán fuerte.

¡Ah señor Comendador!

305 COMENDADOR: ¿Quién llama? ¿Quién está aquí?

CASILDA: ¡Albricias, que habló!

COMENDADOR: ¡Ay de mí!

¿Quién eres?

CASILDA: Yo soy, señor.

310 No os aflijáis, que no estáis
donde no os desean más bien
que vos mismo, aunque también

quejas, mi señor, tengáis
de haber corrido aquel toro.
Haced cuenta que esta casa
aunque pobre es vuestra hoy...

COMENDADOR: ¡Pasa
315 todo el humano tesoro!

Estuve muerto en el suelo,
y como ya lo creí,
cuando los ojos abrí,
pensé que estaba en el cielo.

320 Desengañadme, por Dios,
que es justo pensar que sea
cielo donde un hombre vea
que hay ángeles como vos.

CASILDA: Antes por vuestras razones
325 podría yo presumir
que estáis cerca de morir.

COMENDADOR: ¿Cómo?

CASILDA: Porque veis visiones.

330 Y advierta vueseñoría
que, si es agradecimiento
de hallarse en el aposento
de esta humilde casa mía,
de hoy solamente lo es.

COMENDADOR: ¿Sois la novia, por ventura?

335 CASILDA: No por ventura, si dura
y crece este mal después,
venido por mi ocasión.

COMENDADOR: ¿Que vos estáis ya casada?

CASILDA: Casada y bien empleada.

COMENDADOR: Pocas hermosas lo son.

340 CASILDA: Pues por eso he yo tenido
la ventura de la fea.

COMENDADOR: (¡Que un tosco villano sea
de esta hermosura marido!) *Aparte*
¿Vuestro nombre?

345 CASILDA: Con perdón,
Casilda, señor, me nombro.

COMENDADOR: (De ver su traje me asombro
Aparte
y su rara perfección:
diamante en plomo engastado.)

350 ¡Dichoso el hombre mil veces
a quien tu hermosura ofreces!

CASILDA: No es él el bien empleado;
yo lo soy, Comendador;
créalo su señoría.

355 COMENDADOR: Aun para ser mujer mía
tenéis, Casilda, valor.
Dame licencia que pueda
regalarte.

Sale PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ: No parece
el licenciado. Si crece
el accidente...

360 CASILDA: Ahí te queda,
porque ya tiene salud
don Fadrique, mi señor.

PERIBÁÑEZ: Albricias te da mi amor.

COMENDADOR: Tal ha sido la virtud
de esta piedra celestial.

Salen MARÍN y LUJÁN, lacayos

365 MARÍN: Ya dicen que ha vuelto en sí.
LUJÁN: Señor, la silla está aquí.
COMENDADOR: Pues no pase del portal,
que no he menester ponerme
en ella.

370 LUJÁN: ¡Gracias a Dios!
COMENDADOR: Esto que os debo a los dos,
si con salud vengo a verme,
satisfaré de manera
que conozcáis lo que siento
vuestro buen acogimiento.

375 PERIBÁÑEZ: Si a vuestra salud pudiera,
señor, ofrecer la mía,
no lo dudéis.

COMENDADOR: Yo lo creo.

LUJÁN: ¿Qué sientes?

COMENDADOR: Un gran deseo
que cuando entré no tenía.

380 LUJÁN: No lo entiendo.

COMENDADOR: Importa poco.

LUJÁN: Yo hablo de tu caída.

COMENDADOR: En peligro está mi vida
por un pensamiento loco.

Vanse; queden CASILDA y PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ: Parece que va mejor.

385 CASILDA: Lástima, Pedro, me ha dado.
 PERIBÁÑEZ: Por mal agüero he tomado
 que caiga el Comendador.
 ¡Mal haya la fiesta, amén,
 el novillo y quien le ató!
 390 CASILDA: No es nada, luego me habló.
 Antes lo tengo por bien,
 por que nos haga favor
 si ocasión se nos ofrece.
 PERIBÁÑEZ: Casilda, mi amor merece
 395 satisfacción de mi amor.
 Ya estamos en nuestra casa,
 su dueño y mío has de ser;
 ya sabes que la mujer
 para obedecer se casa,
 400 que así se lo dijo Dios
 en el principio del mundo;
 que en eso estriba, me fundo,
 la paz y el bien de los dos.
 Espero amores de ti
 405 que has de hacer gloria mi pena.
 CASILDA: ¿Qué ha de tener para buena
 una mujer?
 PERIBÁÑEZ: Oye.
 CASILDA: Di.
 PERIBÁÑEZ: Amar y honrar su marido
 es letra de este abecé,
 410 siendo buena por la B,
 que es todo el bien que te pido.
 Haráte cuerda la C,
 la D dulce, y entendida
 la E, y la F en la vida
 415 firme, fuerte y de gran fe.
 La G grave, y para honrada
 la H, que con la I
 te hará ilustre, si de ti
 queda mi casa ilustrada.
 420 Limpia serás por la L,
 y por la M maestra
 de tus hijos, cual lo muestra
 quien de sus vicios se duele.
 La N te enseña un no
 425 a solicitudes locas,
 que éste no, que aprenden pocas,
 está en la N y la O.
 La P te hará pensativa,

430 la Q bien quista, la R
con tal razón que destierre
toda locura excesiva.
Solicita te ha de hacer
de mi regalo la S,
435 la T tal que no pudiese
hallarse mejor mujer.
La V te hará verdadera,
la X buena cristiana,
letra que en la vida humana
has de aprender la primera.
440 Por la Z has de guardarte
de ser zelosa, que es cosa
que nuestra paz amorosa
puede, Casilda, quitarte.
445 Aprende este canto llano,
que con aquesta cartilla,
tú serás flor de la villa,
y yo el mas noble villano.
CASILDA: Estudiaré, por servirte,
450 las letras de ese abecé;
pero dime si podré
otro, mi Pedro, decirte,
si no es acaso licencia.
PERIBÁÑEZ: Antes yo me huelgo. Di,
que quiero aprender de ti.
455 CASILDA: Pues escucha, y ten paciencia.
La primera letra es A,
que altanero no has de ser;
por la B no me has de hacer
burla para siempre ya.
460 La C te hará compañero
en mis trabajos; la D
dadivoso, por la fe
con que regalarte espero.
La F de fácil trato,
465 la G galán para mi,
la H honesto, y la I
sin pensamiento de ingrato.
Por la L liberal,
y por la M el mejor
470 marido que tuvo amor,
porque es el mayor caudal.
Por la N no serás
necio, que es fuerte castigo;
por la O sólo conmigo

475 todas las horas tendrás.
Por la P me has de hacer obras
de padre; porque quererme
por la Q, será ponerme
en la obligación que cobras.
480 Por la R regalarme,
y por la S servirme,
por la T tenerte firme,
por la V verdad tratarme,
por la X con abiertos
485 brazos imitarla así,

Abrázale

y como estamos aquí
estemos después de muertos.
PERIBÁÑEZ: Yo me ofrezco, prenda mía,
a saber este abecé.
490 ¿Quieres más?
CASILDA: Mi bien no sé
si me atreva el primer día
a pedirte un gran favor.
PERIBÁÑEZ: Mi amor se agravia de ti.
CASILDA: ¿Cierto?
PERIBÁÑEZ: Sí.
CASILDA: Pues oye .
PERIBÁÑEZ: Di
495 cuánto se obliga mi amor.
CASILDA: El día de la Asunción
se acerca; tengo deseo
de ir a Toledo, y creo
que no es gusto, es devoción
500 de ver la imagen también
del Sagrario, que aquel día
sale en procesión.
PERIBÁÑEZ: La mía
es tu voluntad, mi bien.
Tratemos de la partida.
505 CASILDA: Ya por la G me pareces
galán; tus manos mil veces
beso.
PERIBÁÑEZ: A tus primas convida,
y vaya un famoso carro.
CASILDA: ¿Tanto me quieres honrar?
510 PERIBÁÑEZ: Allá te pienso comprar...
CASILDA: Dilo.

PERIBÁÑEZ: ...un vestido bizarro.

Vanse. Salen el COMENDADOR y LEONARDO, criado

COMENDADOR: Llámame, Leonardo, presto
a Luján.

LEONARDO: Ya le avisé,
pero estaba descompuesto.

515 COMENDADOR: Vuelve a llamarle.

LEONARDO: Yo iré .

COMENDADOR: Parte.

LEONARDO: (¿En qué ha de parar esto? *Aparte*
Cuando se siente mejor,
tiene más melancolía,
y se queja sin dolor.
520 Sospiros al aire envía:
¡mátenme si no es amor!)

Vase

COMENDADOR: Hermosa labradora,
más bella, más lucida
que ya del sol vestida
la colorada aurora;
525 sierra de blanca nieve
que los rayos de amor vencer se atreve:

parece que cogiste
con esas blancas manos

530 en los campos lozanos
que el mayo adorna y viste
cuantas flores agora

Céfiro engendra en el regazo a Flora.

535 Yo vi los verdes prados
llamar tus plantas bellas
por florecer con ellas,
de su nieve pisados,
y vi de tu labranza
nacer al corazón verde esperanza.

540 ¡Venturoso el villano
que tal agosto ha hecho
del trigo de tu pecho
con atrevida mano,
y que con blanca barba
verá en sus eras de tus hijos parva!

545 Para tan gran tesoro
de fruto sazonado

550 el mismo sol dorado
te preste el carro de oro,
o el que forman estrellas,
pues las del norte no serán tan bellas.

555 Por su azadón trocara
mi dorada cuchilla,
a Ocaña tu casilla,
casa en que el sol repara.
¡Dichoso tú, que tienes
en la troj de tu lecho tantos bienes!

Sale LUJÁN

LUJÁN: Perdone, que estaba el bayo
necesitado de mí.

560 COMENDADOR: Muerto estoy, matóme un rayo;
aún dura, Luján, en mí
la fuerza de aquel desmayo.

LUJÁN: ¿Todavía persevera,
y aquella pasión te dura?

565 COMENDADOR: Como va el fuego a su esfera,
el alma a tanta hermosura
sube cobarde y ligera.

570 Si quiero, Luján, hacerme
amigo de este villano,
donde el honor menos duerme
que en el sutil cortesano,
¿qué medio puede valerme?

575 ¿Será bien decir que trato
de no parecer ingrato
al deseo que mostró,
hacerle algún bien?

LUJÁN: Si yo
quisiera bien, con recato,
quiero decir, advertido
de un peligro conocido,
580 primero que a la mujer,
solicitar tener
la gracia de su marido.

585 Éste, aunque es hombre de bien
y honrado entre sus iguales,
se descuidará también
si le haces obras tales,
como por otros se ven.

Que hay marido que, obligado,
procede más descuidado

590 en la guarda de su honor:
que la obligación, señor,
descuida el mayor cuidado.

COMENDADOR: ¿Qué le daré por primeras
señales?

LUJÁN: Si consideras
lo que un labrador adulas,
595 será darle un par de mulas
más que si a Ocaña le dieras.

Éste es el mayor tesoro
de un labrador. Y a su esposa,
600 unas arracadas de oro;
que con Angélica hermosa
esto escriben de Medoro:

Reinaldo fuerte en roja sangre bana
por Angélica el campo de Agramante;
605 Roldán valiente, gran señor de Anglante,
cubre de cuerpos la marcial campana;
la furia Malgesí del cetro engaña;
sangriento corre el fiero Sacripante;
cuanto le pone la ocasión delante,
610 derriba al suelo Ferragut de España.

Mas, mientras los gallardos paladines
armados tiran tajos y reveses,
presentóle Medoro unos chapines,
y entre unos verdes olmos y cipreses
615 gozó de amor los regalados fines,
y la tuvo por suya trece meses.

COMENDADOR: No pintó mal el poeta
lo que puede el interés.

LUJÁN: Ten por opinión discreta
la del dar, porque al fin es
620 la más breve y más secreta.

Los servicios personales
son vistos públicamente
y dan del amor señales.
El interés diligente
625 que negocia por metales,
dicen que lleva los pies
todos envueltos en lana.

COMENDADOR: ¡Pues alto, venza interés!

LUJÁN: Mares y montañas allana
y tú lo verás después.

630 COMENDADOR: Desde que fuiste conmigo,
Luján, al Andalucía,

635 y fui en la guerra testigo
de tu honra y valentía,
huelgo de tratar contigo
todas las cosas que son
de gusto y secreto, a efeto
de saber tu condición;
640 que un hombre de bien discreto
es digno de estimación
en cualquier parte o lugar
que le ponga su fortuna;
y yo te pienso mudar
de este oficio.

645 LUJÁN: Si en alguna
cosa te puedo agradar,
mándame, y verás mi amor,
que yo no puedo, señor,
ofrecerte otras grandezas.

650 COMENDADOR: Sácame de estas tristezas.
LUJÁN: Éste es el medio mejor.

COMENDADOR: Pues vamos, y buscarás
el par de mulas más bello
que él haya visto jamás.
655 LUJÁN: Ponles ese yugo al cuello,
que antes de un hora verás
arar en su pecho fiero
surcos de afición, tributo
de que tu cosecha espero;
660 que en trigo de amor, no hay fruto
si no se siembra dinero.

Vanse. Salen INÉS, COSTANZA Y CASILDA

CASILDA: No es tarde para partir
INÉS: El tiempo es bueno y es llano
todo el camino.
COSTANZA: En verano
665 suelen muchas veces ir
en diez horas, y aun en menos.
¿Qué galas llevas, Inés?
INÉS: Pobres y el talle que ves.
COSTANZA: Yo llevo unos cuerpos llenos
de pasamanos de plata.
670 INÉS: Desabrochado el sayuelo,
salen bien.
CASILDA: De terciopelo

sobre encarnada escarlata
los pienso llevar, que son
galas de mujer casada.
675 COSTANZA: Una basquiña prestada
me daba Inés, la de Antón.
Era palmilla gentil
de Cuenca, si allá se teje,
680 y obligame a que la deje
Menga, la de Blasco Gil,
porque dice que el color
no dice bien con mi cara.
INÉS: Bien sé yo quién te prestara
una faldilla mejor.
685 COSTANZA: ¿Quién?
INÉS: Casilda.
CASILDA: Si tú quieres,
la de grana blanca es buena,
o la verde, que está llena
de vivos.
COSTANZA: Liberal eres
y bien acondicionada;
690 mas si Pedro ha de reñir,
no te la quiero pedir,
y guárdete Dios, casada.
CASILDA: No es Peribáñez, Costanza,
tan mal acondicionado.
695 INÉS: ¿Quiérete bien tu velado?
CASILDA: ¿Tan presto temes mudanza?
No hay en esta villa toda
novios de placer tan ricos;
pero aún comemos los picos
700 de las roscas de la boda.
INÉS: ¿Dícete muchos amores?
CASILDA: No sé yo cuáles son pocos;
sé que mis sentidos locos
lo están de tantos favores.
705 Cuando se muestra el lucero,
viene del campo mi esposo
de su cena deseoso;
siéntele el alma primero,
y salgo a abrirle la puerta,
710 arrojando el almohadilla,
que siempre tengo en la villa
quien mis labores concierta.
Él de la mula se arroja,
y yo me arrojo en sus brazos;

715 tal vez de nuestros abrazos
la bestia hambrienta se enoja
y, sintiéndola gruñir,
dice: «En dándole la cena
720 al ganado, cara buena,
volverá Pedro a salir.»

Mientras él paja les echa,
ir por cebada me manda;
yo la traigo, el la zaranda
y deja la que aprovecha.

725 Revuélvela en el pesebre,
y allí me vuelve a abrazar,
que no hay tan bajo lugar
que el amor no le celebre.

Salimos donde ya está
730 dándonos voces la olla,
porque el ajo y la cebolla,
fuera del olor que da

por toda nuestra cocina,
tocan a la cobertera
735 el villano de manera
que a bailarles nos inclina.

Sácola en limpios manteles,
no en plata, aunque yo quisiera;
740 platos son de Talavera,
que están vertiendo claveles.

Aváhole su escodilla
de sopas con tal primor,
que no la come mejor
745 el señor de muesa villa;

y él lo paga, porque a fe,
que apenas bocado toma,
de que, como a su paloma,
lo que es mejor no me dé.

750 Bebe y deja la mitad,
bébole las fuerzas yo,
traigo olivas, y si no,
es postre la voluntad.

Acabada la comida,
755 puestas las manos los dos,
dámosle gracias a Dios
por la merced recibida,

y vámonos a acostar,
donde le pesa al aurora
760 cuando se llega la hora
de venirnos a llamar.

LUJÁN: Llamándole a tu casa, y previniéndole
de que estás a su amor agradecido.
Pero cáusame risa en ver que hagas
tu secretario en cosas de tu gusto
un hombre de mis prendas.

800 COMENDADOR: No te espantes;
que sirviendo mujer de humildes prendas,
es fuerza que lo trate con las tuyas.
Si sirviera una dama, hubiera dado
parte a mi secretario o mayordomo,
805 o a algunos gentilhombres de mi casa.
Éstos hicieran joyas y buscaran
cadenas de diamantes, brincos, perlas,
telas, rasos, damascos, terciopelos,
y otras cosas extrañas y exquisitas,
810 hasta en Arabia procurar la fénix;
pero la calidad de lo que quiero
me obliga a darte parte de mis cosas,
Luján, aunque eres mi lacayo; mira
que para comprar mulas eres propio,
815 de suerte que yo trato el amor mío
de la manera misma que él me trata.

LUJÁN: Ya que no fue tu amor, señor, discreto,
el modo de tratarle lo parece.

Sale LEONARDO

LEONARDO: Aquí está Peribáñez.

820 COMENDADOR: ¿Quién, Leonardo?
LEONARDO: Peribáñez, señor.
COMENDADOR: ¿Qué es lo que dices?
LEONARDO: Digo que me pregunta Peribáñez
por ti, y yo pienso bien que le conoces.
Es Peribáñez, labrador de Ocaña,
825 cristiano viejo y rico, hombre tenido
en gran veneración de sus iguales,
y que, si se quisiese alzar agora
en esta villa, seguirán su nombre
cuantos salen al campo con su arado,
porque es, aunque villano, muy honrado.

830 LUJÁN: ¿De qué has perdido el color?
COMENDADOR: ¡Ay cielos!
¡Que de sólo venir el que es esposo
de una mujer que quiero bien, me sienta
descolorir, helar y temblar todo!

835 LUJÁN: Luego ¿no ternás ánimo de verle?
COMENDADOR: Di que entre, que del modo que a quien ama,
la calle, las ventanas y las rejas

840 agradables le son, y en las criadas
parece que ve el rostro de su dueño,
así pienso mirar en su marido
la hermosura por quien estoy perdido.

Sale PERIBÁÑEZ con capa

PERIBÁÑEZ: Dame tus generosos pies.

COMENDADOR: ¡Oh Pedro!
Seas mil veces bien venido. Dame
otras tantas tus brazos.

845 PERIBÁÑEZ: ¡Señor mío!
¡Tanta merced a un rústico villano
de los menores que en Ocaña tienes!
¡Tanta merced a un labrador!

COMENDADOR: No eres
850 indigno, Peribáñez, de mis brazos,
que, fuera de ser hombre bien nacido,
y por tu entendimiento y tus costumbres
honra de los vasallos de mi tierra,
te debo estar agradecido, y tanto,
cuanto ha sido por ti tener la vida,
que pienso que sin ti fuera perdida.
¿Qué quieres de esta casa?

855 PERIBÁÑEZ: Señor mío,
yo soy, ya lo sabrás, recién casado.
Los hombres, y de bien, cual lo profeso,
hacemos, aunque pobres, el oficio
que hicieron los galanes de palacio.
860 Mi mujer me ha pedido que la lleve
a la fiesta de agosto, que en Toledo
es, como sabes, de su santa iglesia
celebrada de suerte que convoca
a todo el reino. Van también sus primas.
865 Yo, señor, tengo en casa pobres sargas,
no franceses tapices de oro y seda,
no reposteros con doradas armas,
ni coronados de blasón y plumas
los timbres generosos; y así, vengo
870 a que se digne vuestra señoría
de prestarme una alfombra y repostero
para adornar el carro, y le suplico
que mi ignorancia su grandeza abone,
y como enamorado me perdone.

COMENDADOR: ¿Estás contento, Peribáñez?

PERIBÁÑEZ: Tanto

875 que no trocara a este sayal grosero
la encomienda mayor que el pecho cruza
de vuestra señoría, porque tengo
mujer honrada, y no de mala cara,
buena cristiana, humilde, y que me quiere
880 no sé si tanto como yo la quiero,
pero con más amor que mujer tuvo.

COMENDADOR: Tenéis razón de amar a quien os ama,
por ley divina y por humanas leyes;
que a vos eso os agrada como vuestro.

885 ¡Hola! Dadle el alfombra mequinesa
con ocho reposteros de mis armas,
y pues hay ocasión para pagarle
el buen acogimiento de su casa,
adonde hallé la vida, las dos mulas
890 que compré para el coche de camino,
y a su esposa llevad las arracadas,
si el platero las tiene ya acabadas.

PERIBÁÑEZ: Aunque bese la tierra, señor mío,
en tu nombre mil veces, no te pago
895 una mínima parte de las muchas
que debo a las mercedes que me haces.
Mi esposa y yo, hasta aquí vasallos tuyos,
desde hoy somos esclavos de tu casa.

COMENDADOR: Ve, Leonardo, con él.

LEONARDO: Vente conmigo.

Vanse

900 COMENDADOR: Luján, ¿qué te parece?

LUJÁN: Que se viene
la ventura a tu casa.

COMENDADOR: Escucha aparte:

el alazán al punto me adereza,
que quiero ir a Toledo rebozado,
porque me lleva el alma esta villana.

905 LUJÁN: ¿Seguirla quieres?

COMENDADOR: Sí, pues me persigue,
por que este ardor con verla se mitigue.

Vanse. Salen con acompañamiento el rey ENRIQUE y el CONDESTABLE

CONDESTABLE: Alegre está la ciudad,

y a servirte apercebida,
con la dichosa venida

910 de tu sacra majestad.

Auméntales el placer
ser víspera de tal día.
ENRIQUE: El deseo que tenía
me pueden agradecer.
915 Soy de su rara hermosura
el mayor apasionado.
CONDESTABLE: Ella, en amor y en cuidado,
notablemente procura
mostrar agradecimiento.
920 ENRIQUE: Es octava maravilla,
es corona de Castilla,
es su lustre y ornamento;
es cabeza, Condestable,
925 de quien los miembros reciben
vida, con que alegres viven;
es a la vista admirable.
Como Roma, está sentada
sobre un monte que ha vencido
los siete por quien ha sido
930 tantos siglos celebrada.
Salgo de su santa iglesia
con admiración y amor.
CONDESTABLE: Este milagro, señor,
vence al antiguo de Efesia.
935 ¿Piensas hallarte mañana
en la procesión?
ENRIQUE: Iré,
para ejemplo de mi fe,
con la imagen soberana,
que la querría obligar
940 a que rogase por mí
en esta jornada.

Sale un PAJE

PAJE: Aquí
tus pies vienen a besar
dos regidores, de parte
de su noble ayuntamiento.
945 ENRIQUE: Di que lleguen.

Salen dos REGIDORES

REGIDOR: Esos pies
besa, gran señor, Toledo

950 y dice que, para darte
 respuesta con breve acuerdo
 a lo que pides, y es justo,
 de la gente y el dinero,
 junto sus nobles, y todos,
 de común consentimiento,
 para la jornada ofrecen
 mil hombres de todo el reino
 955 y cuarenta mil ducados.
 ENRIQUE: Mucho a Toledo agradezco
 el servicio que me hace;
 pero es Toledo en efeto.
 ¿Sois caballeros los dos?
 960 REGIDOR: Los dos somos caballeros .
 ENRIQUE: Pues hablad al Condestable
 mañana, por que Toledo
 vea que en vosotros pago
 la que a su nobleza debo.

Salen INÉS y COSTANZA y CASILDA con sombreros de borlas y vestidos de labradoras a uso de la Sagra y PERIBÁÑEZ y el COMENDADOR, de camino, detrás

965 INÉS: Pardiez, que tengo de verle,
 pues hemos venido a tiempo
 que está el Rey en la ciudad.
 COSTANZA: ¡Oh qué gallardo mancebo!
 INÉS: Éste llaman don Enrique
 970 Tercero.
 CASILDA: ¡Qué buen tercero!
 PERIBÁÑEZ: Es hijo del Rey don Juan
 el Primero, y así, es nieto
 del Segundo don Enrique,
 el que mató al Rey don Pedro,
 975 que fue Guzmán por la madre,
 y valiente caballero;
 aunque más lo fue el hermano,
 pero, cayendo en el suelo,
 valióse de la Fortuna,
 980 y de los brazos asiendo,
 a Enrique le dio la daga,
 que agora se ha vuelto cetro.
 INÉS: ¿Quién es aquél tan erguido
 que habla con él?
 PERIBÁÑEZ: Cuando menos
 985 el Condestable.
 CASILDA: ¿Que son

COSTANZA: los reyes de carne y hueso?
CASILDA: Pues ¿de qué pensabas tú?
COSTANZA: De damasco o terciopelo.
990 COMENDADOR: ¡Si que eres boba en verdad!
(Como sombra voy siguiendo *Aparte*
el sol de aquesta villana,
y con tanto atrevimiento,
que de la gente del Rey
el ser conocido temo.
995 Pero ya se va al alcázar.)

Vanse el REY y su gente

INÉS: ¡Hola! El Rey se va.
COSTANZA: Tan presto,
que aún no he podido saber
si es barbirrubio o taheño.
1000 INÉS: Los reyes son a la vista,
Costanza, por el respeto,
imágenes de milagros,
porque siempre que los vemos,
de otra color nos parecen.

Sale LUJÁN con Un PINTOR

LUJÁN: Aquí está.
PINTOR: ¿Cuál de ellos?
1005 LUJÁN: ¡Quedo!
Señor, aquí está el pintor.
COMENDADOR: ¡Oh amigo!
PINTOR: A servirte vengo.
COMENDADOR: ¿Traes el naípe y colores?
PINTOR: Sabiendo tu pensamiento,
colores y naípe traigo.
1010 COMENDADOR: Pues con notable secreto,
de aquellas tres labradoras
me retrata la de en medio,
luego que en cualquier lugar
tomen con espacio asiento.
1015 PINTOR: Que será dificultoso
temo, pero yo me atrevo
a que se parezca mucho.
COMENDADOR: Pues advierte lo que quiero.
1020 Si se parece en el naípe,
de este retrato pequeño
quiero que hagas uno grande

con más espacio en un lienzo.
 PINTOR: ¿Quiéresle entero?
 COMENDADOR: No tanto;
 1025 basta que de medio cuerpo,
 mas con las mismas patenas,
 sartas, camisa y sayuelo.
 LUJÁN: Allí se sientan a ver
 la gente.
 PINTOR: Ocasión tenemos.
 Yo haré el retrato.
 PERIBÁÑEZ: Casilda,
 1030 tomemos aqueste asiento
 para ver las luminarias.
 INÉS: Dicen que al ayuntamiento
 traerán bueyes esta noche.
 CASILDA: Vamos, que aquí los veremos
 1035 sin peligro y sin estorbo.
 COMENDADOR: Retrata, pintor, al cielo
 todo bordado de nubes,
 y retrata un prado ameno
 todo cubierto de flores.
 1040 PINTOR: Cierto que es bella en extremo.
 LUJÁN: Tan bella que está mi amo
 todo cubierto de vello,
 de convertido en salvaje.
 PINTOR: La luz faltará muy presto.
 1045 COMENDADOR: No lo temas, que otro sol
 tiene en sus ojos serenos,
 siendo estrellas para ti,
 para mi rayos de fuego.

ACTO SEGUNDO

Salen cuatro labradores: BLAS, GIL, ANTÓN, y BENITO

BENITO: Yo soy de este parecer.
 1050 GIL: Pues asentaos y escribildo.
 ANTÓN: Mal hacemos en hacer
 entre tan pocos cabildo.
 BENITO: Ya se llamó desde ayer.
 BLAS: Mil faltas se han conocido
 1055 en esta fiesta pasada.
 GIL: Puesto, señores, que ha sido
 la procesión tan honrada
 y el santo tan bien servido,
 debemos considerar

1060 que parece mal faltar
en tan noble cofradía
lo que agora se podría
fácilmente remediar.
Y cierto que, pues que toca
1065 a todos un mal que daña
generalmente, que es poca
devoción de toda Ocaña,
y a toda Espana provoca,
de nuestro santo patrón,
1070 Roque, vemos cada día
aumentar la devoción
una y otra cofradía,
una y otra procesión
en el reino de Toledo.
1075 Pues ¿por qué tenemos miedo
a ningún gasto?
BENITO: No ha sido
sino descuido y olvido.

Sale PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ: Si en algo serviros puedo,
veisme aquí, si ya no es tarde.
1080 BLAS: Peribáñez, Dios os guarde,
gran falta nos habéis hecho.
PERIBÁÑEZ: El no seros de provecho
me tiene siempre cobarde.
BENITO: Toma asiento junto a mí.
1085 GIL: ¿Dónde has estado?
PERIBÁÑEZ: En Toledo,
que a ver con mi esposa fui
la fiesta.
ANTÓN: ¿Gran cosa?
PERIBÁÑEZ: Puedo
decir, señores, que vi
1090 un cielo en ver en el suelo
su santa iglesia, y la imagen
que ser más bella recelo,
si no es que a pintarla bajen
los escultores del cielo;
porque, quien la verdadera
1095 no haya visto en la alta esfera
del trono en que está sentada,
no podrá igualar en nada
lo que Toledo venera.

1145 Y por servir a San Roque,
la mayordomía aceto
para que más me provoque
a su servicio.

ANTÓN: En efeto,
haréis mejor lo que toque.

1150 PERIBÁÑEZ: ¿Qué es lo que falta de hacer?
BENITO: Yo quisiera proponer
que otro San Roque se hiciese
más grande, por que tuviese
más vista.

PERIBÁÑEZ: Buen parecer.
¿Qué dice Gil?

1155 GIL: Que es razón,
que es viejo y chico el que tiene
la cofradía.

PERIBÁÑEZ: ¿Y Antón?
ANTÓN: Que hacerle grande conviene,
y que ponga devoción.
1160 Está todo desollado
el perro, y el panecillo
más de la mitad quitado,
y el ángel, quiero decillo,
todo abierto por un lado.

1165 Y a los dos dedos, que son
con que da la bendición,
falta más de la mitad.

PERIBÁÑEZ: Blas, ¿qué diz?
BLAS: Que a la ciudad
vayan hoy Pedro y Antón,
1170 y hagan aderezar
el viejo a algún buen pintor,
porque no es justo gastar
ni hacerlo agora mayor,
pudiéndole renovar.

PERIBÁÑEZ: Blas dice bien, pues está
1175 tan pobre la cofradía;
mas ¿cómo se llevará?

ANTÓN: En vuesa pollina o mía
sin daño y golpes irá
de una sábana cubierto.

1180 PERIBÁÑEZ: Pues esto baste por hoy,
si he de ir a Toledo.

BLAS: Advierto
que este parecer que doy
no lleva engaño encubierto;

1185 que, si se ofrece gastar,
cuando Roque se volviera
San Cristóbal, sabré dar
mi parte.

GIL: Cuando eso fuera,
¿quién se pudiera excusar?

1190 PERIBÁÑEZ: Pues vamos, Antón, que quiero
despedirme de mi esposa.

ANTÓN: Yo con la imagen te espero.

PERIBÁÑEZ: Llamará Casilda hermosa
éste mi amor lisonjero;

1195 que, aunque disculpado quedo
con que el cabildo me ruega,
pienso que enojarla puedo,
pues en tiempo de la siega
me voy de Ocaña a Toledo.

Vanse. Salen el COMENDADOR y LEONARDO

1200 COMENDADOR: Cuéntame el suceso todo.
LEONARDO: Si de algún provecho es
haber conquistado a Inés,
pasa, señor, de este modo.

1205 Vino de Toledo a Ocaña
Inés con tu labradora,
como de su sol aurora,
más blanda y menos extraña.

1210 Pasé sus calles las veces
que pude, aunque con recato,
porque en gente de aquel trato
hay maliciosos jüeces.

1215 A baile salió una fiesta,
ocasión de hablarla hallé;
habléla de amor y fue
la vergüenza la respuesta.

1220 Pero saliendo otro día
a las eras, pude hablarla,
y en el camino contarla
la fingida pena mía.

1225 Ya entonces más libremente
mis palabras escuchó,
y pagarme prometió
mi afición honestamente,

1225 porque yo le di a entender
que ser mi esposa podría,
aunque ella mucho temía

lo que era razón temer.

Pero asegúrela yo
que tú, si era tu contento,
harías el casamiento,
y de otra manera no.

1230

Con esto está de manera
que si a Casilda ha de haber
puerta, por aquí ha de ser,
que es prima y es bachillera.

1235 COMENDADOR:

¡Ay Leonardo! ¡Si mi suerte
al imposible inhumano
de aqueste desdén villano,
roca del mar siempre fuerte,
hallase fácil camino!

1240 LEONARDO:

¿Tan ingrata te responde?

COMENDADOR:

Seguía, ya sabes dónde,
sombra de su sol divino,
y, en viendo que me quitaba
el rebozo, era de suerte
que, como de ver la muerte,
de mi rostro se espantaba.

1245

Ya le salían colores
al rostro, ya se teñía
de blanca nieve y hacía
su furia y desdén mayores.

1250

Con efetos desiguales
yo, con los humildes ojos,
mostraba que sus enojos
me daban golpes mortales.

1255

En todo me parecía
que aumentaba su hermosura,
y atrevióse mi locura,
Leonardo, a llamar un día
un pintor, que retrató
en un naipe su desdén.

1260

LEONARDO:

Y ¿parecióse?

COMENDADOR:

Tan bien,
que después me le pasó
a un lienzo grande, que quiero
tener donde siempre esté
a mis ojos, y me dé
más favor que el verdadero.

1265

Pienso que estará acabado,
tú irás por él a Toledo;
pues con el vivo no puedo,
viviré con el pintado.

1270

LEONARDO: Iré a servirte, aunque siento
que te aflijas por mujer
que la tardas en vencer
lo que ella en saber tu intento.
1275 Déjame hablar con Inés,
que verás lo que sucede.
COMENDADOR: Si ella lo que dices puede,
no tiene el mundo interés...

Sale LUJÁN entre como segador

LUJÁN: ¿Estás solo?
COMENDADOR: ¡Oh buen Luján!
1280 Sólo está Leonardo aquí.
LUJÁN: ¡Albricias, señor!
COMENDADOR: Si a ti
deseos no te las dan
¿Qué hacienda tengo en Ocaña?
LUJÁN: En forma de segador,
1285 a Peribáñez, señor
—tanto el apariencia engaña—
pedí jornal en su trigo,
y, desconocido, estoy
en su casa desde hoy.
1290 COMENDADOR: ¡Quién fuera, Luján, contigo!
LUJÁN: Mañana, al salir la aurora,
hemos de ir los segadores
al campo; mas tus amores
1295 tienen gran remedio agora
que Peribáñez es ido
a Toledo, y te ha dejado
esta noche a mi cuidado;
porque, en estando dormido
1300 el escuadrón de la siega
alrededor del portal,
en sintiendo que al umbral
tu seña o tu planta llega,
abra la puerta, y te adiestre
por donde vayas a ver
1305 esta invencible mujer.
COMENDADOR: ¿Cómo quieres que te muestre
debido agradecimiento
Luján, de tanto favor?
LUJÁN: Es el tesoro mayor
1310 del alma el entendimiento.
COMENDADOR: Por qué camino tan llano

has dado a mi mal remedio!
 Pues no estando de por medio
 aquel celoso villano,
 1315 y abriendome tú la puerta
 al dormir los segadores,
 queda en mis locos amores
 la de mi esperanza abierta.
 1320 ¡Brava ventura he tenido
 no sólo en que se partiese,
 pero de que no te hubiese
 por el disfraz conocido!
 1325 ¿Has mirado bien la casa?
 LUJÁN: Y, ¡cómo si la miré!
 Hasta el aposento entré
 del sol que tu pecho abrasa.
 COMENDADOR: ¿Que has entrado a su aposento?
 1330 ¿Que de tan divino sol
 fuiste Faetón español?
 ¡Espantoso atrevimiento!
 1335 ¿Qué hacía aquel ángel bello?
 LUJÁN: Labor en un limpio estrado,
 no de seda ni brocado,
 aunque pudiera tenello,
 1340 mas de azul guadamecí
 con unos vivos dorados
 que, en vez de borlas, cortados
 por las cuatro esquinas vi.
 Y como en toda Castilla
 dicen del agosto ya
 que el frío en el rostro da,
 y ha llovido en nuestra villa,
 1345 o por verse caballeros
 antes del invierno frío,
 sus paredes, señor mío,
 sustentan tus reposteros.
 Tanto, que dije entre mí,
 viendo tus armas honradas:
 Rendidas, que no colgadas,
 1350 pues amor lo quiere así.
 COMENDADOR: Antes ellas te advirtieron
 de que en aquella ocasión
 tomaban la posesión
 de la conquista que hicieron;
 1355 porque, donde están colgadas,
 lejos están de rendidas.
 Pero, cuando fueran vidas,

las doy por bien empleadas.
1360 Vuelve, no te vean aquí,
que, mientras me voy a armar,
querrá la noche llegar
para dolerse de mí.
LUJÁN: ¿Ha de ir Leonardo contigo?
COMENDADOR: Paréceme discreción,
1365 porque en cualquiera ocasión
es bueno al lado un amigo.

Vanse. Salen CASILDA e INÉS

CASILDA: Conmigo te has de quedar
esta noche, por tu vida.
1370 INÉS: Licencia es razón que pida.
De esto no te has de agraviar,
que son padres en efeto.
CASILDA: Enviaréles un recaudo,
por que no estén con cuidado,
que ya es tarde, te prometo.
1375 INÉS: Trázalo como te dé
más gusto, prima querida.
CASILDA: No me habrás hecho en tu vida
mayor placer, a la fe.
1380 INÉS: Esto debes a mi amor.
Estás, Casilda, enseñada
a dormir acompañada;
no hay duda, tendrás temor.
Y yo mal podré suplir
1385 la falta de tu velado,
que es mozo, a la fe, chapado
y para hacer y decir.
Yo, si viese algún rüido,
cuéntame por desmayada.
1390 Tiemblo una espada envainada;
desnuda, pierdo el sentido.
CASILDA: No hay en casa qué temer,
que duermen en el portal
los segadores.
INÉS: Tu mal
1395 soledad debe de ser,
y temes que estos desvelos
te quiten el sueño.
CASILDA: Aciertas,
que los desvelos son puertas
para que pasen los celos

1400 desde el amor al temor
y en comenzando a temer,
no hay más dormir que poner
con celos remedio a amor.
INÉS: Pues ¿qué ocasión puede darte
en Toledo?
CASILDA: ¿Tú no ves
1405 que celos es aire, Inés,
que vienen de cualquier parte?
[INÉS:] Que de Medina venía
oí yo siempre cantar.
CASILDA: ¿Y Toledo no es lugar
1410 de adonde venir podría?
INÉS: Grandes hermosuras tiene.
CASILDA: Ahora bien, vente a cenar.

Salen LLORENTE y MENDO, segadores

LLORENTE: A quien ha de madrugar
dormir luego le conviene.
1415 MENDO: Digo que muy justo es.
Los ranchos pueden hacerse.
CASILDA: Ya vienen a recogerse
los segadores, Inés.
INÉS: Pues vamos, y a Sancho avisa
1420 el cuidado de la huerta.

Vanse

LLORENTE: Muesama acude a la puerta.
Andará dándonos prisa
por no estar aquí su dueño.

Salen BARTOLO y CHAPARRO, segadores

BARTOLO: A alba he de haber segado
1425 todo el repecho del prado.
CHAPARRO: Si diere licencia el sueño.
Buenas noches os dé Dios,
Mendo y Llorente.
MENDO: El sosiego
1430 no será mucho si luego
habemos de andar los dos
con las hoces a destajo,
aquí manada, aquí corte.

CHAPARRO: Pardiez, Mendo, cuando importe,
bien luce el justo trabajo.
1435 Sentaos y, antes de dormir,
o cantemos o contemos
algo de nuevo y podremos
en esto nos divertir.
BARTOLO: ¿Tan dormido estáis, Llorente?
1440 LLORENTE: Pardiez, Bartol, que quisiera
que en un año amaneciera
cuatro veces solamente.

Salen HELIPE y LUJÁN, segadores

HELIPE: ¿Hay para todos lugar?
MENDO: ¡Oh Helipe! Bien venido.
1445 LUJÁN: Y yo, si lugar os pido,
¿podréle por dicha hallar?
CHAPARRO: No faltará para vos.
Aconchaos junto la puerta.
BARTOLO: Cantar algo se concierto.
1450 CHAPARRO: Y aun contar algo, por Dios.
LUJÁN: Quien supiere un lindo cuento,
póngale luego en el corro.
CHAPARRO: De mi capote me ahorro
y para escuchar me asiento.
1455 LUJÁN: Va primero de canción,
y luego diré una historia
que me viene a la memoria.
MENDO: Cantad.
LLORENTE: Ya comienzo el son.

Canten con las guitarras

1460 «Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada,
que a su esposo quiere bien;
de la doncella también,
entre paredes guardada,
que, fácilmente engañada,
sigue su primero amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la soltera,
que tantos amores muda;
1470 trébole de la viuda,

*que otra vez casarse espera,
tocas blancas por defuera
y el faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!»*

1475

LUJÁN: Parecen que se han dormido.
No tenéis ya que cantar.

1480 LLORENTE: Yo me quiero recostar,
aunque no en trébol florido.

LUJÁN: ¿Qué me detengo? Ya están
los segadores durmiendo.
Noche, este amor te encomiendo.
Prisa los silbos me dan.

1485 La puerta le quiero abrir.
¿Eres tú, señor?

Salen el COMENDADOR y LEONARDO

COMENDADOR: Yo soy.

LUJÁN: Entra presto.

COMENDADOR: Dentro estoy.

1490 LUIÁN: Ya comienzan a dormir.
Seguro por ellos pasa,
que un carro puede pasar
sin que puedan despertar.

COMENDADOR: Luján, yo no sé la casa.

Al aposento me guía.

1495 LUJÁN: Quédese Leonardo aquí.

LEONARDO: Que me place.

LUJÁN: Ven tras mí.

COMENDADOR: ¡Oh amor! ¡Oh fortuna mía!
¡Dame próspero suceso!

Vanse

LLORENTE: Hola, Mendo!

MENDO: ¿Qué hay, Llorente?

LLORENTE: En casa anda gente.

1500 MENDO: ¿Gente?
Que lo temí te confieso.

¿Así se guarda el decoro
a Peribáñez?

LLORENTE: No sé.

Sé que no es gente de a pie.

MENDO: ¿Cómo?

1505 LLORENTE: Trae capa con oro.
MENDO: ¿Con oro? Mátenme aquí
si no es el Comendador.
LLORENTE: Demos voces.
MENDO: ¿No es mejor
callar?
LLORENTE: Sospecho que sí.
1510 Pero ¿de qué sabes que es
el Comendador?
MENDO: No hubiera
en Ocaña quien pusiera
tan atrevidos los pies,
ni aun el pensamiento, aquí.
LLORENTE: Esto es casar con mujer
hermosa.
1515 MENDO: ¿No puede ser
que ella esté sin culpa?
LLORENTE: Sí.
Ya vuelven. Hazte dormido.

[Salen el COMENDADOR y LUJÁN]

COMENDADOR: ¡Ce! ¡Leonardo!
LEONARDO: ¿Qué hay, señor?
1520 COMENDADOR: Perdí la ocasión mejor
que pudiera haber tenido.
LEONARDO: ¿Cómo?
COMENDADOR: Ha cerrado y muy bien
el aposento esta fiera.
LEONARDO: Llama.
COMENDADOR: ¡Si gente no hubiera...!
Mas despertarán también.
1525 LEONARDO: No harán, que son segadores,
y el vino y cansancio son
candados de la razón
y sentidos exteriores.
1530 Pero escucha, que han abierto
la ventana del portal.
COMENDADOR: Todo me sucede mal.
LEONARDO: ¿Si es ella?
COMENDADOR: Tenlo por cierto.

Sale a la ventana con un rebozo, CASILDA

CASILDA: ¿Es hora de madrugar,
amigos?

1580 no vendrá en carro de estacas
de los campos a las viñas.
Dirále en cartas discretas
requiebros a maravilla,
no labradores desdenes
envueltos en señorías.

1585 Olerále a guantes de ámbar,
a perfumes y pastillas,
no a tomillo ni cantueso,
poleo y zarzas floridas.
Y cuando el Comendador

1590 me amase como a su vida,
y se diesen virtud y honra
por amorosas mentiras,
más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla

1595 que al Comendador de Ocaña
con la suya guarnecida.
Más precio verle venir
en su yegua la tordilla,
la barba llena de escarcha

1600 y de nieve la camisa,
la ballesta atravesada,
y del arzón de la silla
dos perdices conejos,
y el podenco de traílla,

1605 que ver al Comendador
con gorra de seda rica,
y cubiertos de diamantes
los brahones y capilla;
que más devoción me causa

1610 la cruz de piedra en la ermita,
que la roja de Santiago
en su bordada ropilla.
Vete, pues, el segador,
mala fuese la tu dicha,

1615 que si Peribáñez viene
no verás la luz del día.

COMENDADOR: Quedo, señora. ¡Señora!
Casilda, amores, Casilda,
yo soy el Comendador;
abridme, por vuestra vida.

1620 Mirad que tengo que daros
dos sartas de perlas finas
y una cadena esmaltada
de más peso que la mía.

1625 CASILDA: Segadores de mi casa,
no durmáis, que con su risa
os está llamando el alba.
Ea, relinchos y grita,
1630 que al que a la tarde viniere
con más manadas cogidas,
le mando el sombrero grande
con que va Pedro a las viñas.

Quítase de la ventana

MENDO: Llorente, muesa ama llama.
LUJÁN: Huye, señor, huye aprisa,
1635 que te ha de ver esta gente.
COMENDADOR: ¡Ah, crüel sierpe de Libia!
Pues aunque gaste mi hacienda,
mi honor, mi sangre y mi vida,
1640 he de rendir tus desdenes,
tengo de vencer tus iras.

Vanse el COMENDADOR, [LUJÁN y LEONARDO]

BARTOLO: Yérquete cedo, Chaparro,
que viene a gran prisa el día.
CHAPARRO: Ea, Helipe, que es muy tarde.
HELIFE: 1645 Pardiez, Bartol, que se miran
todos los montes bañados
de blanca luz por encima.
LLORENTE: Seguidme todos, amigos,
porque muesama no diga
que porque muesamo falta
1650 andan las hoces baldías.

Vanse todos relinchando. Salen PERIBÁÑEZ, y el PINTOR y ANTÓN

PERIBÁÑEZ: Entre las tablas que vi
de devoción o retratos,
adonde menos ingratos
los pinceles conocí,
1655 una he visto que me agrada
o porque tiene primor,
o porque soy labrador
y lo es también la pintada.
Y pues ya se concertó
1660 el aderezo del santo,
reciba yo favor tanto

que vuelva a mirarla yo.
PINTOR: Vos tenéis mucha razón,
que es bella la labradora.
1665 PERIBÁÑEZ: Quitadla del clavo ahora,
que quiero enseñarla a Antón.
ANTÓN: Ya la vi, mas, si queréis,
también holgaré de vella.
PERIBÁÑEZ: Id, por mi vida, por ella.
1670 PINTOR: Yo voy.

Vase

PERIBÁÑEZ: Un ángel veréis.
ANTÓN: Bien sé yo por qué miráis
la villana con cuidado.
PERIBÁÑEZ: Sólo el traje me le ha dado,
que en el gusto os engañáis.
1675 ANTÓN: Pienso que os ha parecido
que parece a vuestra esposa.
PERIBÁÑEZ: ¿Es Casilda tan hermosa?
ANTÓN: Pedro, vos sois su marido,
a vos os está más bien
1680 alabarla que no a mí.

Sale el PINTOR con el retrato de CASILDA, grande

PINTOR: La labradora está aquí.
PERIBÁÑEZ: (Y mi deshonra también.) *Aparte*
PINTOR: ¿Qué os parece?
PERIBÁÑEZ: Que es notable.
ANTÓN: ¿No os agrada, Antón?
1685 Es cosa
a vuestros ojos hermosa
y a los del mundo admirable.
PERIBÁÑEZ: Id, Antón, a la posada
y ensillad mientras que voy.
ANTÓN: (Puesto que ignorante soy, *Aparte*
1690 Casilda es la retratada,
y el pobre de Pedro está
abrasándose de celos.)
Adiós.

Vase ANTÓN

PERIBÁÑEZ: No han hecho los cielos
cosa, señor, como ésta.

PINTOR: Como fuéredes servido.
Adiós.

Vase el PINTOR

PERIBÁÑEZ: ¿Qué he visto y oído
1740 cielo airado, tiempo ingrato?
Mas si de este falso trato
no es cómplice mi mujer,
¿cómo doy a conocer
mi pensamiento ofendido?
1745 Porque celos de marido
no se han de dar a entender.
 Basta que el Comendador
a mi mujer solicita,
basta que el honor me quita,
1750 debiéndome dar honor.
Soy vasallo, es mi señor,
vivo en su amparo y defensa;
si en quitarme el honor piensa,
quitarélo yo la vida.
1755 que la ofensa acometida
ya tiene fuerza de ofensa.
 Erré en casarme, pensado
que era una hermosa mujer
toda la vida un placer
1760 que estaba el alma pasando;
pues no imaginé que, cuando
la riqueza poderosa
me la mirara envidiosa,
la codiciara también.
1765 ¡Mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!
 Don Fadrique me retrata
a mi mujer, luego ya
haciendo dibujo está
1770 contra el honor que me mata.
Si pintada me maltrata
la honra, es cosa forzosa
que venga a estar peligrosa
la verdadera también.
1775 ¡Mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!
 Mal lo miró mi humildad
en buscar tanta hermosura,
mas la virtud asegura

1780 la mayor dificultad.
Retirarme a mi heredad
es dar puerta vergonzosa
a quien cuanto escucha glosa
y trueca en mal todo el bien.
1785 ¡Mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!
Pues, también salir de Ocaña
es el mismo inconveniente,
mi hacienda no consiente
que viva por tierra extraña.
1790 ¡Cuánto me ayuda me daña!
Pero hablaré con mi esposa,
aunque es ocasión odiosa
pedirle celos también.
1795 ¡Mal haya el humilde, amén,
que busca mujer hermosa!

Vase. Salen LEONARDO y el COMENDADOR

COMENDADOR: Por esta carta, como digo, manda
su majestad, Leonardo que le envíe
de Ocaña y de su tierra alguna gente.
LEONARDO: ¡Y qué piensas hacer?
COMENDADOR: Que se echen bandos
1800 y que se alistén de valientes mozos
hasta doscientos hombres, repartidos
en dos lucida compañías, ciento
de gente labradora y ciento hidalgos.
LEONARDO: ¿Y no será mejor hidalgos todos?
1805 COMENDADOR: No caminas al paso de mi intento,
y así vas lejos de mi pensamiento.
De estos cien labradores hacer quiero
cabeza y capitán a Peribáñez,
y con esta invención tenerle ausente.
1810 LEONARDO: ¡Extrañas cosas piensan los amantes!
COMENDADOR: Amor es guerra y cuanto piensa, ardides.
¿Si habrá venido ya?
LEONARDO: Luján me dijo
que a comer le esperaban y que estaba
1815 Casilda llena de congoja y miedo.
Supe después de Inés que no diría
cosa de lo pasado aquella noche
y que, de acuerdo de las dos, pensaba
disimular, por no causarle pena;
a que, viéndola triste y afligida,

1820 no se atreviese a declarar su pecho,
lo que después para servirte haría.

COMENDADOR: ¡Rigurosa mujer! ¡Maldiga el cielo
el punto en que caí, pues no he podido
desde entonces, Leonardo, levantarme
de los umbrales de su puerta!

1825 LEONARDO: Calla,
que más fuerte era Troya y la conquista
derribó sus murallas por el suelo.
Son estas labradoras encogidas
y, por hallarse indignas, las más veces
niegan, señor, lo mismo que desean.

1830 Ausenta a su marido honradamente,
que tú verás el fin de tu deseo.

COMENDADOR: Quiéralo mi ventura, que te juro
que, habiendo sido en tantas ocasiones
tan animoso como sabe el mundo,
en ésta voy con un temor notable.

1835 LEONARDO: Bueno será saber si Pedro viene.

COMENDADOR: Parte, Leonardo, y de tu Inés te informa,
sin que pases la calle ni levantes
los ojos a ventana o puerta suya.

1840 LEONARDO: Exceso es ya tan gran desconfianza,
porque ninguno amó sin esperanza.

Vase LEONARDO

COMENDADOR: Cuentan de un rey que a un árbol adoraba,
y que un mancebo a un mármol asistía,
a quien, sin dividirse noche y día,
sin amores y quejas le contaba.

1845 Pero el que un tronco y una piedra amaba,
más esperanza de su bien tenía,
pues, en fin, acercársele podía,
y a hurto de la gente le abrazaba.

1850 ¡Mísero yo, que adoro en otro muro
colgada aquella ingrata y verde hiedra,
cuya dureza enternecer procuro!

Tal es el fin que mi esperanza medra;
mas, pues que de morir estoy seguro,
¡plega al amor que te convierta en piedra!

1855

Vase. Salen PERIBÁÑEZ y ANTÓN

PERIBÁÑEZ: Vos os podéis ir, Antón,
a vuestra casa, que es justo.

1860 ANTÓN:
PERIBÁÑEZ: Y vos, ¿no fuera razón?
Ver mis segadores gusto,
pues llego a buena ocasión.
que la haza cae aquí.

ANTÓN:
¿Y no fuera mejor haza
vuestra Casilda?

1865 PERIBÁÑEZ: Es ansí,
pero quiero darles traza
de lo que han de hacer, por mí.

1870 Id a ver vuesa mujer,
y a la mía así de paso
decid que me quedo a ver
nuestra hacienda.

ANTÓN: (¡Extraño caso!
No quiero darle a entender
que entiendo su pensamiento.)
Quedad con Dios.

Aparte

Vase ANTÓN

1875 PERIBÁÑEZ: Él os guarde.
Tanta es la afrenta que siento,
que sólo por entrar tarde
hice aqueste fingimiento.

1880 ¡Triste yo! Si no es culpada
Casilda, ¿por qué rehúyo
el verla? ¡Ay mi prenda amada!
Para tu gracia atribuyo
mi fortuna desgraciada.

1885 Si tan hermosa no fueras,
claro está que no le dieras
al señor Comendador
causa de tan loco amor.
Éstos son mi trigo y eras.

1890 ¡Con qué diversa alegría,
oh campos, pensé miraros
cuando contento vivía!
Porque viniendo a sembraros,
otra esperanza tenía.

1895 Con alegre corazón
pensé de vuestras espigas
henchir mis trojes, que son
agora eternas fatigas
de mi perdida opinión.

Se oyen voces

1900 Mas quiero disimular,
que ya sus relinchos siento.
Oírlos quiero cantar,
porque en ajeno instrumento
comienza el alma a llorar.

Dentro grita como que siegan

MENDO: Date más priesa, Bartol,
mira que la noche baja,
y se va a poner el sol.
1905 BARTOLO: Bien cena quien bien trabaja,
dice el refrán español.
LLORENTE: Échote una pulla, Andrés:
que te bebas media azumbre.
CHAPARRO: Échame otras dos, Ginés.
1910 PERIBÁÑEZ: Todo me da pesadumbre,
todo mi desdicha es.
MENDO: Canta, Llorente, el cantar
de la mujer de muesamo.
1915 PERIBÁÑEZ: ¿Qué tengo más que esperar?
La vida, cielos, desamo.
¿Quién me la quiere quitar?

Canta un SEGADOR

1920 SEGADOR: *«La mujer de Peribáñez
hermosa es a maravilla;
el Comendador de Ocaña
de amores la requería.
La mujer es virtuosa
cuanto hermosa y cuanto linda;
mientras Pedro está en Toledo
de esta suerte respondía:
1925 Más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla,
que no a vos, Comendador,
con la vuesa guarnecida.»*
1930 PERIBÁÑEZ: Notable aliento he cobrado
con oír esta canción,
porque lo que ésta ha cantado
las mismas verdades son
que en mi ausencia habrán pasado.
¡Oh cuánto le debe al cielo

1975 CASILDA: todo mi remedio impides.
¿Ves, Inés, cómo te engañas,
pues por que me digas eso
quiere fingir que te ama?
INÉS: Hablar bien no quita honor,
que yo no digo que salgas
1980 a recibirle a la puerta
ni a verle por la ventana.
CASILDA: Si te importara la vida,
no le mirara la cara.
Y advierte que no le nombres,
1985 o no entres más en mi casa,
que del ver viene el oír,
y de las locas palabras
vienen las infames obras.

Sale PERIBÁÑEZ con una alforjas en las manos

PERIBÁÑEZ: ¡Esposa!
CASILDA: ¡Luz de mi alma!
1990 PERIBÁÑEZ: ¿Estás buena?
CASILDA: Estoy sin ti.
¿Vienes bueno?
PERIBÁÑEZ: El verte basta
para que salud me sobre.
¡Prima!
INÉS: ¡Primo!
PERIBÁÑEZ: ¿Qué me falta,
si juntas os veo?
CASILDA: Estoy
1995 a nuestra Inés obligada,
que me ha hecho compañía
lo que has faltado de Ocaña.
PERIBÁÑEZ: A su casamiento rompas
2000 dos chinelas argentadas,
y yo los zapatos nuevos
que siempre en bodas se calzan.
CASILDA: ¿Qué me traes de Toledo?
PERIBÁÑEZ: Deseos, que por ser carga
2005 tan pesada, no he podido
traerte joyas ni galas.
Con todo, te traigo aquí
para esos pies, que bien hayan,
unas chinelas abiertas
que abrochan cintas de nácar.
2010 Traigo más: seis tocas rizas,

y para prender las sayas
 dos cintas de vara y media
 con sus herretes de plata.
 2015 CASILDA: Mil años te guarde el cielo.
 PERIBÁÑEZ: Sucedióme una desgracia,
 que a la fe que fue milagro
 llegar con vida a mi casa.
 CASILDA: ¡Ay, Jesús! Toda me turbas.
 2020 PERIBÁÑEZ: Caí de unas cuestras altas
 sobre una piedras.
 CASILDA: ¿Qué dices?
 PERIBÁÑEZ: Que si no me encomendara
 al santo en cuyo servicio
 caí de la yegua baya,
 a estas horas estoy muerto.
 2025 CASILDA: Toda me tienes helada.
 PERIBÁÑEZ: Prometíle la mejor
 prenda que hubiese en mi casa
 para honor de su capilla,
 2030 y así quiero que mañana
 quiten estos reposteros
 nos harán poca falta,
 y cuelguen en las paredes
 de aquella su ermita santa
 en justo agradecimiento.
 2035 CASILDA: Si fueran paños de Francia,
 de oro, seda, perlas, piedras,
 no replicara palabra.
 PERIBÁÑEZ: Pienso que nos está bien
 que no están en nuestra casa
 2040 paños con armas ajenas;
 no murmuren en Ocaña
 que un villano labrador
 cerca su inocente cama
 de paños comendadores
 2045 llenos de blasones y armas.
 Timbre y plumas no están bien
 entre el arado y la pala,
 bieldo, trillo y azadón,
 que en nuestras parece blancas
 2050 no han de estar cruces de seda,
 sino de espigas y pajas
 con algunas amapolas,
 manzanillas y retamas.
 2055 Yo, ¿qué moros he vencido
 para castillos y bandas?

2060 Fuera de que sólo quiero
que haya imágenes pintadas:
la Anunciación, la Asunción,
San Francisco con sus llagas,
San Pedro mártir, San Blas
contra el mal de la garganta,
San Sebastián y San Roque,
y otras pinturas sagradas,
que retratos es tener
2065 en las pareces fantasmas.
Uno vi yo, que quisiera...
Pero no quisiera nada.
Vamos a cenar, Casilda,
y apercíbanme la cama.
2070 CASILDA: ¿No estás bueno?
PERIBÁÑEZ: Bueno estoy.

Sale LUJÁN

LUJÁN: Aquí un criado te aguarda
del Comendador.
PERIBÁÑEZ: ¿De quién?
LUJÁN: Del Comendador de Ocaña.
PERIBÁÑEZ: Pues, ¿qué me quiere a estas horas?
2075 LUJÁN: Eso sabrás si le hablas.
PERIBÁÑEZ: ¡Eres tú aquel segador
que anteayer entró en mi casa?
LUJÁN: ¿Tan presto me desconoces?
2080 PERIBÁÑEZ: Donde tantos hombres andan,
no te espantes.
LUJÁN: (Malo es esto.) *Aparte*
INÉS: (Con muchos sentidos habla.) *Aparte*
PERIBÁÑEZ: (¿El Comendador a mí?) *Aparte*
¡Ay, honra, al cuidado ingrata!
Si eres vidrio, al mejor vidrio
2085 cualquiera golpe le basta.)

Vanse

ACTO TERCERO

Salen el COMENDADOR y LEONARDO

COMENDADOR: Cuéntame, Leonardo, breve
lo que ha pasado en Toledo.
LEONARDO: Lo que referirte puedo,

2090 puesto que a ceñirlo pruebe
 en las más breves razones,
 quiere más paciencia.

COMENDADOR: Advierte
 que soy un sano a la muerte,
 y qué remedios me pones.

2095 LEONARDO: El rey Enrique el Tercero,
 que hoy Justiciero llaman,
 porque Catón y Aristides
 en la equidad no le igualan,
 el año de cuatrocientos
2100 y seis sobre mil estaba
 en la villa de Madrid,
 donde le vinieron cartas,
 que, quebrándole las treguas
 el rey moro de Granada,
 no queriéndole volver
2105 por promesas y amenazas
 el castillo de Ayamonte,
 ni menos pagarle parias,
 determinó hacerle guerra;
 y para que la jornada
2110 fuese como convenía
 a un rey el mayor de España,
 y le ayudasen sus deudos
 de Aragón y de Navarra,
 juntó cortes en Toledo,
2115 donde al presente se hallan
 prelados y caballeros,
 villas y ciudades varias.
 Digo sus procuradores,
 donde en su real alcázar
2120 la disposición de todo
 con justos acuerdos tratan
 el obispo de Sigüenza,
 que la insigne iglesia santa
 rige de Toledo agora,
2125 porque está su silla vaca
 por la muerte de don Pedro
 Tenorio, varón de fama;
 el obispo de Palencia,
 don Sancho de Rojas, clara
2130 imagen de sus pasados,
 y que el de Toledo aguarda;
 don Pablo el de Cartagena,

2135 a quien ya a Burgos señalan;
el gallardo don Fadrique,
hoy conde de Trastamara,
aunque ya duque de Arjona
toda la corte le llama,
y don Enrique Manuel,
2140 primos del rey, que bastaban,
no de Granada, de Troya
ser incendio sus espadas;
Ruy López de Ávalos, grande
por la dicha y por las armas,
2145 Condestable de Castilla,
alta gloria de su casa,
el Camarero mayor
del Rey, por sangre heredada
y virtud propia, aunque tiene
también de quién heredarla,
2150 por Juan de Velasco digo,
digno de toda alabanza;
don Diego López de Estúñiga,
que Justicia mayor llaman;
y el mayor Adelantado
2155 de Castilla, de quien basta
decir que es Gómez Manrique,
de cuyas historias largas
tienen Granada y Castilla
cosas tan raras y extrañas;
2160 los oidores del Audiencia
del Rey y que el reino amparan:
Pero Sánchez del Castillo,
Rodríguez de Salamanca,
Periáñez...

COMENDADOR: Detente.
2165 ¿Qué Periáñez? Aguarda,
que la sangre se me hiela
con ese nombre.

LEONARDO: ¡Oh qué gracia!
Háblote de los odores
2170 del Rey y del que se llama
Peribáñez, imaginas
que es el labrador de Ocaña.

COMENDADOR: Si hasta agora te pedía
la relación y la causa
2175 la jornada del Rey,
ya no me atrevo a escucharla.
Eso ¿todo se resuelve

2180 en que el Rey hace jornada
con lo mejor de Castilla
a las fronteras que guardan,
con favor del granadino,
los que le niegan las parias?
LEONARDO: Eso es todo.
COMENDADOR: Pues advierte
—no lo que me es de importancia—
2185 que mientras fuiste a Toledo
tuvo ejecución la traza.
Con Peribáñez hablé,
y le dije que gustaba
de nombrarle capitán
de cien hombres de labranza,
2190 y que se pusiese a punto.
Parecióle que le honraba,
como es verdad, a no ser
honra aforrada en infamia.
Quiso ganarla en efeto,
2195 gastó su hacendilla en galas,
y sacó su compañía
ayer, Leonardo, a la plaza,
hoy, según Luján me ha dicho,
con ella a Toledo marcha.
2200 LEONARDO: ¡Buena te deja a Casilda,
tan villana y tan ingrata
como siempre!
COMENDADOR: Sí, mas mira
que amor en ausencia larga
2205 hará el efeto que suele
en piedra el curso del agua.

Tocan cajas

LEONARDO: Pero ¿qué cajas son éstas?
COMENDADOR: No dudes que son sus cajas.
2210 Tu alférez trae los hidalgos.
Toma, Leonardo, tus armas,
por que mejor le engañemos,
para que a la vista salgas
también con tu compañía.
LEONARDO: Ya llegan. Aquí me aguarda.

*Vase Leonardo. Sale una compañía de labradores, armados graciosamente, y detrás
PERIBÁÑEZ con espada y daga*

2215 PERIBÁÑEZ: No me quise despedir
 sin ver a su señoría.
 COMENDADOR: Estimo la cortesía.
 PERIBÁÑEZ: Yo os voy, señor, a servir.
 COMENDADOR: Decid al Rey mi señor.
 PERIBÁÑEZ: Al Rey y a vos...
 COMENDADOR: Está bien.
 2220 PERIBÁÑEZ: ...que al Rey es justo, y también
 a vos, por quien tengo honor;
 que yo, ¿cuándo mereciera
 ver mi azadón y gabán
 con nombre de capitán,
 2225 con jineta y con bandera
 del Rey, a cuyos oídos
 mi nombre llegar no puede
 porque su estatura excede
 todos mis cinco sentidos?
 2230 Guárdeos muchos años Dios.
 COMENDADOR: Y os traiga, Pedro, con bien.
 PERIBÁÑEZ: ¿Vengo bien vestido?
 COMENDADOR: Bien.
 No hay diferencia en los dos.
 2235 PERIBÁÑEZ: Sola una cosa querría.
 No sé si a vos os agrada.
 COMENDADOR: Decid, a ver.
 PERIBÁÑEZ: Que la espada
 me ciña su señoría,
 para que así vaya honrado.
 2240 COMENDADOR: Mostrad, haréos caballero,
 que de esos bríos espero,
 Pedro, un valiente soldado.
 PERIBÁÑEZ: ¡Pardiez, señor, hela aquí!
 Ciñamela su mercé.
 2245 COMENDADOR: Esperad, os la pondré,
 por que la llevéis por mí.
 BELARDO: Híncate, Blas, de rodillas;
 que le quieren her hidalgo.
 BLAS: Pues ¿quedará faltar en algo?
 BELARDO: En mucho, si no te humillas.
 2250 BLAS: Belardo, vos, que sois viejo,
 ¿hanle de dar con la espada?
 BELARDO: Yo de mi burra manchada,
 de su albarda y aparejo
 entiendo más que de armar
 2255 caballeros de Castilla.
 COMENDADOR: Ya os he puesto la cuchilla.

PERIBÁÑEZ: ¿Qué falta agora?

COMENDADOR: Jurar

que a Dios, supremo Señor,
y al Rey serviréis con ella.

2260 PERIBÁÑEZ: Eso juro, y de traella
en defensa de mi honor,
del cual, pues voy a la guerra,
adonde vos me mandáis,
ya por defensa quedáis,
2265 como señor de esta tierra.

Mi casa y mujer, que dejo
por vos, recién desposado,
remito a vuestro cuidado
cuando de los dos me alejo.

2270 Esto os fío, porque es más
que la vida con quien voy;
que, aunque tan seguro estoy
que no la ofendan jamás,

2275 gusto que vos la guardéis,
y corra por vos, a efeto
de que, como tan discreto,
lo que es el honor sabéis;

2280 que con él no se permite
que hacienda y vida se iguale,
y quien sabe lo que vale,
no es posible que le quite.

2285 Vos me ceñistes espada,
con que ya entiendo de honor,
que antes yo pienso, señor,
que entendiera poco o nada.

Y pues iguales los dos
con este honor me dejáis,
mirad cómo le guardáis,
o quejaréme de vos.

2290 COMENDADOR: Yo os doy licencia, si hiciere
en guardarle deslealtad,
que de mí os quejéis.

PERIBÁÑEZ: Marchad,
y venga lo que viniere.

Vanse, marchando detrás con graciosa arrogancia

2295 COMENDADOR: Algo confuso me deja
el estilo con que habla,
porque parece que entabla
o la venganza o la queja.

2300 Pero es que, como he tenido
el pensamiento culpado,
con mi malicia he juzgado
lo que su inocencia ha sido.

2305 Y cuando pudiera ser
malicia lo que entendí,
¿dónde ha de haber contra mí
en un villano poder?

Esta noche has de ser mía,
villana rebelde, ingrata,
por que muera quien me mata
antes que amanezca el día.

Vanse. Salen en lo alto COSTANZA, CASILDA e INÉS

2310 COSTANZA: En fin ¿se ausenta tu esposo?
CASILDA: Pedro a la guerra se va,
que en la que me deja acá
pudiera ser más famoso.

2315 INÉS: Casilda, no te enterezcas,
que el nombre de capitán
no comoquiera le dan.

CASILDA: ¡Nunca estos nombres merezcas!
COSTANZA: A fe que tiene razón
2320 Inés, que entre tus iguales
nunca he visto cargos tales,
porque muy de hidalgos son.

Demás que tengo entendido
que a Toledo solamente
ha de llegar con la gente.

2325 CASILDA: Pues si eso no hubiera sido,
¿quedárame vida a mí?

INÉS: La caja suena. ¿Si es él?

COSTANZA: De los que se van con él
ten lástima, y no de ti.

La caja y salen PERIBÁÑEZ, con bandera, y los soldados

2330 BELARDO: Véislas allí en el balcón,
que me remozo de vellas;
mas ya no soy para ellas,
ni ellas para mí lo son.

2335 PERIBÁÑEZ: ¿Tan viejo estáis ya, Belardo?

BELARDO: El gusto se acabó ya.

PERIBÁÑEZ: Algo de él os quedará
bajo del capote pardo.

BELARDO: ¡Pardiez, señor capitán,
 2340 tiempo hue que al sol y al aire
 solía hacerme donaire,
 ya pastor, ya sacristán!
 Cayó un año mucha nieve,
 y como lo rucio vi,
 a la Iglesia me acogí.
 2345 PERIBÁÑEZ: ¿Tendréis tres dieces y un nueve?
 BELARDO: Esos y otros tres decía
 un aya que me criaba,
 mas pienso que se olvidaba.
 ¡Poca memoria tenía!
 2350 Cuando la Cava nació
 me salió la primer muela.
 PERIBÁÑEZ: ¿Ya íbades a la escuela?
 BELARDO: Pudiera juraros yo
 de lo que entonces sabía,
 2355 pero mil dan a entender
 que apenas supe leer,
 y es lo más cierto, a fe mía;
 que como en gracia se lleva
 danzar, cantar o tañer,
 2360 yo sé escribir sin leer,
 que a fe que es gracia bien nueva.

CASILDA: ¡Ah gallardo capitán
 de mis tristes pensamientos!
 2365 PERIBÁÑEZ: ¡Ah dama la del balcón,
 por quien la bandera tengo!
 CASILDA: ¿Vaisos de Ocaña, señor?
 PERIBÁÑEZ: Señora, voy a Toledo
 a llevar estos soldados
 que dicen que son mis celos.
 2370 CASILDA: Si soldados los lleváis,
 ya no ternéis pena de ellos,
 que nunca el honor quebró
 en soldándose los celos.
 2375 PERIBÁÑEZ: No los llevo tan soldados
 que no tenga mucho miedo,
 no de vos, mas de la causa
 por quien sabéis que los llevo.
 Que si celos fueran tales
 que yo los llamara vuestros,
 2380 ni ellos fueran donde van,
 ni yo, señora, con ellos.
 La seguridad, que es paz

2385 de la guerra en que me veo,
 me lleva a Toledo, y fuera
 del mundo al último extremo.
 A despedirme de vos
 vengo y a decir que os dejo
 a vos de vos misma en guarda,
 2390 porque en vos y con vos quedo,
 y que me deis el favor
 que a los capitanes nuevos
 suelen las damas que esperan
 de su guerra los trofeos.
 2395 ¿No parece que ya os hablo
 a lo grave y caballero?
 ¡Quién dijera que un villano
 que ayer al rastrojo seco
 dientes menudos ponía
 2400 de la hoz corva de acero,
 pies en las tintas uvas,
 rebosando el mosto negro
 por encima del lagar,
 la tosca mano al hierro
 2405 del arado, hoy os hablara
 en lenguaje soldadesco,
 con plumas de presunción
 espada de atrevimiento!
 Pues sabed que soy hidalgo
 y que decir y hacer puedo,
 2410 que el Comendador, Casilda,
 me la ciñó, cuando menos.
 Pero esté menos, si el cuando
 viene a ser cuando sospecho,
 por ventura será más,
 2415 que yo no menos bueno.
 CASILDA: Muchas cosas me decís
 en lengua que ya no entiendo;
 el favor sí, que yo sé
 que es bien debido a los vuestros.
 2420 Mas ¿qué podrá una villana
 dar a un capitán?
 PERIBÁÑEZ: No quiero
 que os tratéis así.
 CASILDA: Tomad,
 mi Pedro, este listón negro.
 PERIBÁÑEZ: ¿Negro me lo dais, esposa?
 2425 CASILDA: Pues ¿hay en la guerra agüeros?
 PERIBÁÑEZ: Es favor desesperado;

promete luto o destierro.
 BLAS: Y vos, señora Costanza,
 2430 ¿no dais por tantos requiebros
 alguna prenda a un soldado?
 COSTANZA: Bras, esa cinta de perro,
 aunque tú vas donde hay tantos,
 que las podrás hacer de ellos.
 BLAS: ¡Plega a Dios que los moriscos
 2435 las hagan de mi pellejo
 si no dejaré matados
 cuantos me fueren huyendo!
 INÉS: ¿No pides favor, Belardo?
 2440 BELARDO: Inés, por soldado viejo,
 ya que no por nuevo amante,
 de tus manos le merezco.
 INÉS: Tomad aqueste chapín.
 BELARDO: No, señora, detenedlo,
 2445 que favor de chapinazo,
 desde tan alto, no es bueno.
 INÉS: Traedme un moro, Belardo.
 BELARDO: Días ha que ando tras ellos.
 Mas, si no viniere en prosa,
 desde aquí le ofrezco en verso.

Sale LEONARDO, capitán, caja y bandera y compañía de hidalgos

2450 LEONARDO: Vayan marchando, soldados,
 con el orden que decía.
 INÉS: ¿Qué es esto?
 COSTANZA: La compañía
 de los hidalgos cansados.
 INÉS: Más lucidos han salido
 2455 nuestros fuertes labradores.
 COSTANZA: Si son las galas mejores,
 los ánimos no lo han sido.
 PERIBÁÑEZ: ¡Hola! Todo hombre esté en vela
 y muestre gallardos bríos.
 2460 BELARDO: ¡Que piensen estos judíos
 que nos mean la pajueta!
 Déles un gentil barzón
 muesa gente por delante.
 PERIBÁÑEZ: ¡Hola! Nadie se adelante,
 2465 siga a ballesta lanzón.

Va una compañía al derredor de la otra, mirándose

BLAS: Agora es tiempo, Belardo,
de mostrar brío.
BELARDO: Callad,
que a la más caduca edad
suple un ánimo gallardo.
2470 LEONARDO: ¡Basta que los labradores
compiten con los hidalgos!
BELARDO: Éstos huirán como galgos.
BLAS: No habrá ciervos corredores
como éstos, en viendo un moro,
2475 y aún basta oírlo decir.
BELARDO: Ya los vi a todos huír
cuando corrimos el toro.

Vanse los labradores

LEONARDO: Ya se han traspuesto. ¡Ce! ¡Inés!
INÉS: ¿Eres tú, mi capitán?
2480 LEONARDO: ¿Por qué tus primas se van?
INÉS: ¿No sabes ya por lo que es?
Casilda es como una roca.
Esta noche hay mal humor.
LEONARDO: ¿No podrá el Comendador
2485 verla un rato?
INÉS: Punto en boca,
que yo le daré lugar
cuando imagine que llega
Pedro a alojarse.
LEONARDO: Pues ciega,
2490 si me quieres obligar,
los ojos de esta mujer,
que tanto mira su honor,
porque está el Comendador
para morir desde ayer.
INÉS: Dile que venga a la calle.
2495 LEONARDO: ¿Qué señas?
INÉS: Quien cante bien.
LEONARDO: Pues adiós.
INÉS: ¿Vendrás también?
LEONARDO: Al alférez pienso dalle
estos bravos españoles,
y yo volverme al lugar.
2500 INÉS: Adiós.
LEONARDO: Tocad a marchar,
que ya se han puesto dos soles.

Vanse. Sale el COMENDADOR, en casa con ropa, y LUJÁN, lacayo

COMENDADOR: En fin, ¿le viste partir?
LUJÁN: Y en una yegua marchar,
2505 notable para alcanzar
y famosa para huír.
Si vieras cómo regía
Peribáñez sus soldados,
te quitara mil cuidados.
COMENDADOR: Es muy gentil compañía,
2510 pero a la de su mujer
tengo más envidia yo.
LUJÁN: Quien no siguió, no alcanzó.
COMENDADOR: Luján, mañana a comer
en la ciudad estarán.
2515 LUJÁN: Como esta noche alojaren.
COMENDADOR: Yo te digo que no paren
soldados ni capitán.
LUJÁN: Como es gente de labor,
2520 y es pequeña la jornada,
y va la danza engañada
con el son del atambor,
no dudo que sin parar
vayan a Granada así.
COMENDADOR: ¿Cómo pasará por mí
2525 el tiempo que ha de tardar
desde aquí hasta las diez?
LUJÁN: Son
casi las nueve. No seas
tan triste, que cuando veas
el cabello a la Ocasión,
2530 pierdas el gusto esperando;
que la esperanza entretiene.
COMENDADOR: Es, cuando el bien se detiene,
esperar desesperando.
LUJÁN: Y Leonardo, ¿ha de venir?
2535 COMENDADOR: ¿No ves que el concierto es
que se case con Inés,
que es quien la puerta ha de abrir?
LUJÁN: ¿Qué señas ha de llevar?
COMENDADOR: Unos músicos que canten.
2540 LUJÁN: ¿Cosa que la caza espanten?
COMENDADOR: Antes nos darán lugar
para que con el rüido
nadie sienta lo que pasa
de abrir ni cerrar la casa.

2545 LUJÁN: Todo está bien prevenido.
 Mas dicen que en un lugar
 una parentela toda
 se juntó para una boda,
 ya a comer y ya a bailar.

2550 Vino el cura y desposado,
 la madrina y el padrino,
 y el tamboril también vino
 con un salterio extremado.

2555 Mas dicen que no tenían
 de la desposada el sí,
 porque decía que allí
 sin su gusto la traían.

2560 Junta pues la gente toda,
 el cura le preguntó,
 dijo tres veces que no,
 y deshízose la boda.

COMENDADOR: ¿Quieres decir que nos falta
 entre tantas prevenciones
 el sí de Casilda?

2565 LUJÁN: Pones
 el hombro a empresa muy alta
 de parte de su dureza
 y era menester el sí.

COMENDADOR: No va mal trazado así;
 que su villana aspereza
 no se ha de rendir por ruegos;
 por engaños ha de ser.

2570 LUJÁN: Bien puede bien suceder,
 mas pienso que vamos ciegos.

Salen un CRIADO y los MÚSICOS

2575 PAJE: Los músicos han venido.
 MUSICO 1º: Aquí, señor, hasta el día,
 tiene vuesa señoría
 a Lisardo y a Leonido.

COMENDADOR: ¡Oh amigos! Agradeced
 que este pensamiento os fio,
 que es de honor y, en fin, es mío.

2580 MUSICO 2º: Siempre nos haces merced.
 COMENDADOR: ¿Dan las once?
 LUJÁN: Una, dos, tres...
 No dio más.

MÚSICO 2º: Contaste mal.
 Ocho eran dadas.

2585 COMENDADOR: ¿Hay tal?
¡Que aun de mala gana des
las que da el reloj de buena!

LUJÁN: Si esperas que sea más tarde,
las tres cuento.

COMENDADOR: No hay qué aguarde.

2590 LUJÁN: Sosiégate un poco, y cena.
COMENDADOR: ¡Mala Pascua te dé Dios!
¿Que cene dices?

LUJÁN: Pues bebe
siquiera.

COMENDADOR: ¿Hay nieve?
PAJE: No hay nieve.

COMENDADOR: Repartidla entre los dos.

PAJE: La capa tienes aquí.

2595 COMENDADOR: Muestra. ¿Qué es esto?
PAJE: Bayeta.

COMENDADOR: Cuanto miro me inquieta.
Todos se burlan de mí.
¿Bestias! ¿De luto? ¿A qué efeto?

PAJE: ¿Quieres capa de color?

2600 LUJÁN: Nunca a las cosas de amor
va de color el discreto.
Por el color se dan señas
de un hombre en un tribunal.

COMENDADOR: Muestra color, animal.
¿Sois criados o sois dueñas?

2605 PAJE: Ves aquí color.

COMENDADOR: Yo voy,
Amor, donde tú me guías.
Da una noche a tantos días
como en tu servicio estoy.

2610 LUJÁN: ¿Iré yo contigo?
COMENDADOR: Sí,
pues que Leonardo no viene.
Templad, para ver si tiene
templanza este fuego en mí.

Vanse. Sale PERIBÁÑEZ

2615 PERIBÁÑEZ: ¡Bien haya el que tiene bestia
de estas de huír y alcanzar,
con que puede caminar
sin pesadumbre y molestia!
Alojé mi compañía,
y con ligereza extraña

2620 he dado la vuelta a Ocaña.
Oh, cuán bien decir podría:
¡Oh caña, la del honor!
Pues que no hay tan débil caña
2625 como el honor a quien daña
de cualquier viento el rigor.
¡Caña de honor quebradiza,
caña hueca y sin sustancia,
de hojas de poca importancia
con que su tronco entapiza!
2630 ¡Oh caña, toda aparato,
caña fantástica y vil,
para quebrada sutil,
y verde tan breve rato!
Caña compuesta de nudos,
2635 y honor al fin de ellos lleno,
sólo para sordos bueno
y para vecinos mudos.
Aquí naciste en Ocaña
conmigo al viento ligero;
2640 yo te cortaré primero
que te quiebres, débil caña.
No acabo de agradecerme
el haberte sustentado,
yegua, que con tal cuidado
2645 supiste a Ocaña traerme.
¡Oh, bien haya la cebada
que tantas veces te di!
Nunca de ti me serví
en ocasión más honrada.
2650 Agora el provecho toco,
contento y agradecido.
Otras veces me has traído,
pero fue pesando poco,
que la honra mucho alienta;
2655 y que te agradezca es bien
que hayas corrido tan bien
con la carga de mi afrenta.
Préciese de buena espada
y de buena cota un hombre,
2660 del amigo de buen nombre
y de opinión siempre honrada,
de un buen fieltro de camino
y de otras cosas así,
que una bestia es para mí
2665 un socorro peregrino.

¡Oh yegua! ¡En menos de un hora
tres leguas! Al viento igualas,
que si le pintan con alas,
tú las tendrás desde agora.

2670

Ésta es la casa de Antón,
cuyas paredes confinan
con las mías, que ya inclinan
su peso a mi perdición.

2675

Llamar quiero, que he pensado
que será bien menester.
¡Ah de la casa!

Dentro ANTÓN

ANTÓN: ¡Hola mujer!
¿No os parece que han llamado?

PERIBÁÑEZ: ¡Peribáñez!

ANTÓN: ¿Quién golpea
a tales horas?

2680

PERIBÁÑEZ: Yo soy,
Antón.

ANTÓN: Por la voz ya voy,
aunque lo que fuere sea.

[Sale ANTÓN]

PERIBÁÑEZ: ¿Quién es?
Quedo, Antón, amigo;
Peribáñez soy.

ANTÓN: ¿Quién?

2685

PERIBÁÑEZ: Yo,
a quien hoy el cielo dio
tan grave y crüel castigo.

ANTÓN: Vestido me eché a dormir
porque pensé madrugar;
ya me agradezco el no estar
desnudo. ¿Puedoos servir?

2690

PERIBÁÑEZ: Por vuesa casa, mi Antón,
tengo de entrar en la mía,
que ciertas cosas de día
sombras por la noche son.

2695

ANTÓN: Ya sospecho que en Toledo
algo entendiste de mí.
Aunque callé, lo entendí.
Pero aseguraros puedo
que Casilda...

PERIBÁÑEZ: No hay que hablar.
 Por ángel tengo a Casilda.
 2700 ANTÓN: Pues regaladla y servilda.
 PERIBÁÑEZ: Hermano, dejadme estar.
 ANTÓN: Entrad, que si puerta os doy
 es por lo que de ella sé.
 2705 PERIBÁÑEZ: Como yo seguro esté,
 suyo para siempre soy.
 ANTÓN: ¿Dónde dejáis los soldados?
 PERIBÁÑEZ: Mi alférez con ellos va,
 que yo no he traído acá
 sino sólo mis cuidados.
 2710 Y no hizo la yegua poco
 en traernos a los dos,
 porque hay cuidado, por Dios,
 que basta a volverme loco.

Vanse. Sale el COMENDADOR y LUJÁN con broqueles, y los MÚSICOS

2715 COMENDADOR: Aquí podéis comenzar
 para que os ayude el viento.
 MÚSICO 2º: Va de letra.
 COMENDADOR: ¡Oh cuánto siento
 esto que llaman templar!

Los MÚSICOS canten

2720 «Cogíme a tu puerta el toro,
 linda casada;
 no dijiste: Dios te valga.
 El novillo de tu boda
 a tu puerta me cogió;
 de la vuelta que me dio
 se rió la villa toda;
 2725 y tú, grave y burladora,
 linda casada,
 no dijiste: Dios te valga.»

Sale INÉS a la puerta

INÉS: ¡Cese, señor don Fadrique!
 COMENDADOR: ¿Es Inés?
 INÉS: La misma soy.
 2730 COMENDADOR: En pena a las once estoy.
 Tu cuenta el perdón me aplique
 para que salga de pena.

INÉS: ¿Viene Leonardo?
 COMENDADOR: Asegura
 2735 a Peribáñez. Procura,
 Inés, mi entrada, y ordena
 que vea esa piedra hermosa,
 que ya Leonardo vendrá.
 INÉS: ¿Tardará mucho?
 COMENDADOR: No hará,
 2740 pero fue cosa forzosa
 asegurar un marido
 tan malicioso.
 INÉS: Yo creo
 que a estas horas el deseo
 de que le vean vestido
 de capitán en Toledo,
 2745 le tendrá cerca de allá.
 COMENDADOR: Durmiendo acaso estará.
 ¿Puedo entrar? Dime si puedo.
 INÉS: Entra, que te detenía
 por si Leonardo llegaba.
 2750 LUJÁN: (Luján ha de entrar.) *Aparte*
 COMENDADOR: Acaba,
 Lisardo. Adiós, hasta el día.

Vanse. Quedan los MÚSICOS

MÚSICO 1º: El cielo os dé buen suceso.
 MÚSICO 2º: ¿Dónde iremos?
 MÚSICO 1º: A acostar.
 MÚSICO 2º: ¡Bella moza!
 MÚSICO 1º: Eso... callar.
 2755 MÚSICO 2º: Que tengo envidia confieso.

Vanse. Sale PERIBÁÑEZ, solo en su casa

PERIBÁÑEZ: Por las tapias de la huerta
 de Antón en mi casa entré,
 y de este portal hallé
 2760 la de mi corral abierta.
 En el gallinero quise
 estar oculto, mas hallo
 que puede ser que algún gallo
 mi cuidado los avise.
 2765 Con la luz de las esquinas
 le quise ver y advertir,
 y vile en medio dormir

de veinte o treinta gallinas.

2770 Que duermas, dije, me espantas,
en tan dudosa fortuna;
no puedo yo guardar una,
y quieres tú guardar tantas.

2775 No duermo yo, que sospecho
y me da mortal congoja
un gallo de cresta roja,
porque la tiene en el pecho.

2780 Salí al fin y, cual ladrón
de casa, hasta aquí me entré.
Con las palomas topé,
que de amor ejemplo son;
y como las vi arrullar,
y con requiebros tan ricos
a los pechos por los picos
las almas comunicar,

2785 dije: ¡Oh, maldígale Dios,
aunque grave y altanero,
al palomino extranjero
que os alborota a los dos!

2790 Los gansos han despertado,
gruñe el lechón, y los bueyes
braman; que de honor las leyes
hasta el jumentillo atado

2795 al pesebre con la soga
desasosiegan por mí,
que soy su dueño, y aquí
ven que ya el cordel me ahoga.

2800 Gana me da de llorar.
Lástima tengo de verme
en tanto mal. Mas ¿si duerme
Casilda? Aquí siento hablar.

En esta saca de harina
me podré encubrir mejor,
que si es el Comendador,
lejos de aquí me imagina.

Escóndese. Salen INÉS y CASILDA

2805 CASILDA: Gente digo que he sentido.
INÉS: Digo que te has engañado.
CASILDA: Tú con un hombre has hablado.
INÉS: ¿Yo?
CASILDA: Tú, pues.
INÉS: Tú, ¿lo has oído?

CASILDA: Pues si no hay malicia aquí,
mira que serán ladrones.
2810 INÉS: ¡Ladrones! Miedo me pones.
CASILDA: Da voces.
INÉS: Yo no.
CASILDA: Yo sí.
INÉS: Mira que es alborotar
la vecindad sin razón.

Salen el COMENDADOR Y LUJÁN

COMENDADOR: Ya no puede mi afición
2815 sufrir, temer ni callar.
 Yo soy el Comendador,
yo soy tu señor.
CASILDA: No tengo
señor más que a Pedro.
COMENDADOR: Vengo
2820 esclavo, aunque soy señor.
 Duélete de mí, o diré
que te hallé con el lacayo
que miras.
CASILDA: Temiendo el rayo,
del trueno no me espanté.
 Pues, prima, ¡tú me has vendido!
2825 INÉS: Anda, que es locura agora,
siendo pobre labradora,
y un villano tu marido,
 dejar morir de dolor
2830 a un príncipe; que más va
en su vida, ya que está
en casa, que no en tu honor.
 Peribáñez fue a Toledo.
CASILDA: ¡Oh prima crüel y fiera,
vuelta de prima, tercera!
2835 COMENDADOR: Dejadme, a ver lo que puedo.

A INÉS

LUJÁN: Dejémoslos, que es mejor.
A solas se entenderán.

Vanse

CASILDA: Mujer soy de un capitán,
si vos sois comendador.

2840 Y no os acerquéis a mí,
porque a bocados y a coces
os haré...

COMENDADOR: Paso, y sin voces.
PERIBÁÑEZ: (¡Ay honra! ¿Qué aguardo aquí? *Aparte*
Mas soy pobre labrador
2845 bien será llegar y hablarle
pero mejor es matarle.)
Perdonad, Comendador,
que la honra es encomienda
de mayor autoridad.

Hiere al COMENDADOR

2850 COMENDADOR: ¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Piedad!
PERIBÁÑEZ: No temas, querida prenda,
mas sígueme por aquí.
CASILDA: No te hablo de turbada.

Vanse. Siéntese el COMENDADOR en una silla

2855 COMENDADOR: Señor, tu sangre sagrada
se duela agora de mí,
pues me ha dejado la herida
pedir perdón a un vasallo.

Sale LEONARDO

2860 LEONARDO: Todo en confusión lo hallo.
Ah, Inés! ¿Estás escondida?
¡Inés!
COMENDADOR: Voces oigo aquí.
¿Quién llama?
LEONARDO: Yo soy, Inés.
COMENDADOR: ¡Ay Leonardo! ¿No me ves?
LEONARDO: ¿Mi señor?
COMENDADOR: Leonardo, sí.
LEONARDO: ¿Qué te ha dado? Que parece
2865 que muy desmayado estás.
COMENDADOR: Díome la muerte no más.
Más el que ofende merece.
LEONARDO: ¡Herido! ¿De quién?
COMENDADOR: No quiero
2870 voces ni venganzas ya.
Mi vida en peligro está,
sola la del alma espero.

2875 No busques ni hagas extremos,
 pues me han muerto con razón.
 Llévame a dar confesión
 y las venganzas dejemos.
 LEONARDO: A Peribáñez perdono.
 ¿Que un villano te mató
 y que no lo vengo yo?
 Esto siento.

2880 COMENDADOR: Yo le abono.
 No es villano, es caballero;
 que pues le ceñí la espada
 con la guarnición dorada,
 no ha empleado mal su acero.

2885 LEONARDO: Vamos, llamaré a la puerta
 del Remedio.
 COMENDADOR: Sólo es Dios.
Vanse. Salen LUJÁN, enharinado; INÉS, PERIBÁÑEZ, y CASILDA

PERIBÁÑEZ: Aquí moriréis los dos.
 INÉS: Ya estoy, sin heridas, muerta.
 LUJÁN: Desventurado Luján,
 ¿dónde podrás esconderte?

2890 PERIBÁÑEZ: Ya no se excusa tu muerte.
 LUJÁN: ¿Por qué, señor capitán?
 PERIBÁÑEZ: Por fingido segador.
 INÉS: Y a mí, ¿por qué?
 PERIBÁÑEZ: Por traidora.

Huye LUJÁN, herido, y luego INÉS

LUJÁN: ¡Muerto soy!
 INÉS: ¡Prima y señora!

2895 CASILDA: No hay sangre donde hay honor.
 PERIBÁÑEZ: Cayeron en el portal.
 CASILDA: Muy justo ha sido el castigo.
 PERIBÁÑEZ: ¿No irás, Casilda, conmigo?
 CASILDA: Tuya soy al bien o al mal.

2900 PERIBÁÑEZ: A las ancas de esa yegua
 amanecerás conmigo
 en Toledo.
 CASILDA: Y a pie, digo.
 PERIBÁÑEZ: Tierra en medio es buena tregua
 en todo acontecimiento,
 y no aguardar al rigor.

2905 CASILDA: Dios haya al Comendador.
 Matóle su atrevimiento.

Vanse. Salen el REY Enrique y el CONDESTABLE

REY: Alégame de ver con qué alegría
Castilla toda a la jornada viene.

2910 CONDESTABLE: Aborrecen, señor, la monarquía
que en nuestra España el africano tiene.

REY: Libre pienso dejar la Andalucía,
si el ejército nuestro se previene,
antes que el duro invierno con su hielo
2915 cubra los campos y enternezca el suelo.

Iréis, Juan de Velasco, previniendo,
pues que la Vega da lugar bastante,
el alarde famoso que pretendo,
por que la fama del concurso espante
2920 por ese Tajo aurífero, y subiendo
al muro por escalas de diamante,
mire de pabellones y de tiendas
otro Toledo por las verdes sendas.

Tiemble en Granada el atrevido moro
2925 de las rojas banderas y pendones.
Convierta su alegría en triste lloro.

CONDESTABLE: Hoy me verás formar los escuadrones.

REY: La Reina viene, su presencia adoro.
No ayuda mal en estas ocasiones.

Salen la REINA y acompañamiento

2930 REINA: Si es de importancia, volveréme luego.

REY: Cuando lo sea, que no os vais os ruego.
¿Qué puedo yo tratar de paz, señora,
en que vos no podáis darme consejo?
Y si es de guerra lo que trato agora,
2935 ¿cuándo con vos, mi bien, no me aconsejo?
¿Cómo queda don Juan?

REINA: Por veros llora.

REY: Guárdele Dios, que es un divino espejo
donde se ven agora retratados,
mejor que los presentes, los pasados.

2940 REINA: El príncipe don Juan es hijo vuestro;
con esto sólo encarecido queda.

REY: Mas con decir que es vuestro, siendo nuestro,
él mismo dice la virtud que hereda.

REINA: Hágale el cielo en imitaros diestro,
2945 que con esto no más que le conceda,
le ha dado todo el bien que le deseo.

REY: De vuestro generoso amor lo creo.
REINA: Como tiene dos años, le quisiera
2950 de edad que esta jornada acompañara
vuestras banderas.
REY: ¡Ojalá pudiera,
y a ensalzar la de Cristo comenzara!

Sale GÓMEZ Manrique

[REY:] ¿Qué caja es esa?
GÓMEZ: Gente de la Vera
y Extremadura.
CONDESTABLE: De Guadalajara
y Atienza pasa gente.
REY: ¿Y la de Ocaña?
2955 GÓMEZ: Quédase atrás por una triste hazaña.
REY: ¿Cómo?
GÓMEZ: Dice la gente que ha llegado
que a don Fadrique un labrador ha muerto.
REY: ¿A don Fadrique y al mejor soldado
que trujo roja cruz?
REINA: ¿Cierto?
GÓMEZ: Y muy cierto.
2960 REY: En el alma, señora, me ha pesado.
¿Cómo fue tan notable desconcierto?
GÓMEZ: Por celos.
REY: ¿Fueron justos?
GÓMEZ: Fueron locos.
REINA: Celos, señor, y cuerdos, habrá pocos.
REY: ¿Está preso el villano?
GÓMEZ: Huyóse luego
2965 con su mujer.
REY: ¡Qué desvergüenza extraña!
¿Con estas nuevas a Toledo llego?
¿Así de mi justicia tiembla España?
Dad un pregón en la ciudad, os ruego,
Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña.
2970 que a quien los diere presos, o sean muertos,
tendrán de renta mil escudos ciertos.
Id luego y que ninguno los encubra
ni pueda dar sustento ni otra cosa,
so pena de la vida.
GÓMEZ: Voy.

Vase

REY: ¡Que cubra
2975 el cielo aquella mano rigurosa!

REINA: Confiad que tan presto se descubra,
cuanto llega la fama codiciosa
del oro prometido.

Sale un PAJE

PAJE: Aquí está Arceo,
acabado el guión.

REY: Verle deseo.

Sale un SECRETARIO con un pendón rojo, y en él las armas de Castilla con una mano arriba que tiene una espada, y en la otra banda un Cristo crucificado

2980 SECRETARIO: Éste es, señor, el guión.

REY: Mostrad. Paréceme bien,
que este capitán también
lo fue de mi redención.

REINA: ¿Qué dicen las letras?

REY: Dicen:

2985 «Juzga tu causa, Señor.»

REINA: Palabras son de temor.

REY: Y es razón que atemoricen.

REINA: De esotra parte ¿qué está?

REY: El castillo y el león,
2990 y esta mano por blasón,
que va castigando ya.

REINA: ¿La letra?

REY: Sólo mi nombre.

REINA: ¿Cómo?

REY: «Enrique Justiciero,»
2995 que ya, en lugar del Tercero,
quiero que este nombre asombre.

Sale GÓMEZ

GÓMEZ: Ya se van dando pregones,
con llanto de la ciudad.

REINA: Las piedras mueve a piedad.

REY: ¡Basta que los azadones
3000 a las cruces de Santiago
se igualan! ¿Cómo o por dónde?

REINA: ¡Triste de él si no se esconde!

REY: Voto y juramento hago
de hacer en él un castigo

3005 que ponga al mundo temor.

Sale un PAJE

PAJE: Aquí dice un labrador
que le importa hablar contigo.

Sale PERIBÁÑEZ, todo de labrador, con capa larga y su mujer, CASILDA

REY: Señora, tomemos sillas.

CONDESTABLE: Éste algún aviso es.

3010 PERIBÁÑEZ: Dame, gran señor, tus pies.

REY: Habla, y no estés de rodillas.

PERIBÁÑEZ: ¿Cómo, señor, puedo hablar,
si me ha faltado la habla
y turbados los sentidos
3015 después que miré tu cara?
Pero, siéndome forzoso,
con la justa confianza
que tengo de tu justicia,
comienzo tales palabras.

3020 Yo soy Peribáñez

REY: ¿Quién?

PERIBÁÑEZ: Peribáñez, el de Ocaña.

REY: ¡Matadle, guardas, matadle!

REINA: No en mis ojos. Tenéos, guardas.

REY: Tened respeto a la Reina.

3025 PERIBÁÑEZ: Pues ya que matarme mandas,
¿no me oirás siquiera, Enrique,
pues Justiciero te llaman?

REINA: Bien dice. Oíde, señor.

3030 REY: Bien decís; no me acordaba
que las partes se han de oír,
y más cuando son tan flacas.
Prosigue.

PERIBÁÑEZ: Yo soy un hombre,
aunque de villana casta,
limpio de sangre, y jamás
3035 de hebrea o mora manchada.
Fui el mejor de mis iguales,
y en cuantas cosas trataban
me dieron primero voto,
y truje seis años vara.

3040 Caséme con la que ves,
también limpia, aunque villana,

virtuosa, si la ha visto
la envidia asida a la fama.
El Comendador Fadrique,
3045 de vuesa villa de Ocaña,
señor y Comendador,
dio, como mozo, en amarla.
Fingiendo que por servicios,
3050 honró mis humildes casas
de unos reposteros, que eran
cubiertos de tales cargas.
Dióme un par de mulas buenas,
mas no tan buenas que sacan
3055 este carro de mi honra
de los lodos de mi infamia.
Con esto intentó una noche,
que ausente de Ocaña estaba,
forzar mi mujer, mas fuese
3060 con la esperanza burlada.
Vine yo, súpelo todo,
y de las paredes bajas
quité las armas que al toro
pudieran servir de capa.
3065 Advertí mejor su intento,
mas llamóme una mañana
y díjome que tenía
de Vuestras Altezas cartas
para que con gente alguna
3070 le sirviese esta jornada.
En fin, de cien labradores
me dio la valiente escuadra.
Con nombre de capitán
salí con ellos de Ocaña;
3075 y como vi que de noche
era mi deshonra clara,
en una yegua a las diez
de vuelta en mi casa estaba;
que oí decir a un hidalgo
3080 que era bienaventuranza
tener en las ocasiones
dos yeguas buenas en casa.
Hallé mis puertas rompidas
y mi mujer destocada,
como corderilla simple
3085 que está del lobo en las garras.
Dio voces, llegué, saqué
la misma daga y espada

3090 que ceñí para servirte,
 no para tan triste hazaña;
 paséle el pecho, y entonces
 dejó la cordera blanca,
 porque yo, como pastor,
 supe del lobo quitarla.

3095 Vine a Toledo y hallé
 que por mi cabeza daban
 mil escudos, y así quise
 que mi Casilda me traiga.
 Hazle esta merced, señor,
 que es quien agora la gana,
 3100 porque viuda de mí,
 no pierda prenda tan alta.

REY: ¿Qué os parece?
 REINA: Que he llorado,
 que es la respuesta que basta
 para ver que no es delito,
 3105 sino valor.

REY: ¡Cosa extraña!
 ¡Que un labrador tan humilde
 estime tanto su fama!
 ¡Vive Dios que no es razón
 3110 matarle! Yo le hago gracia
 de la vida. Mas ¿qué digo?
 Esto justicia se llama.
 Y a un hombre de este valor
 le quiero en esta jornada
 por capitán de la gente
 3115 misma que sacó de Ocaña.
 Den a su mujer la renta,
 y cúmplase mi palabra;
 después de esta ocasión,
 para la defensa y guarda
 3120 de su persona, le doy
 licencia de traer armas
 defensivas y ofensivas.

PERIBÁÑEZ: Con razón todos te llaman
 don Enrique el Justiciero.

3125 REINA: A vos, labradora honrada,
 os mando de mis vestidos
 cuatro, por que andéis con galas,
 siendo mujer de soldado.

3130 PERIBÁÑEZ: Senado, con esto acaba
 la tragicomedia insigne
 del Comendador de Ocaña.

FIN DE LA COMEDIA

P-061-7

COMEDIA EN TRES ACTOS.

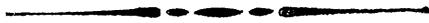
POR LA PUENTE JUANA.

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

REPRESENTADA

POR LA COMPAÑÍA DE LA CRUZ

EN EL AÑO DE 1803.



MADRID CON LICENCIA:

IMPRESA DE DON ANTONIO MARTINEZ. AÑO DE 1825.

Se hallará en la librería de la viuda de Quiroga calle de Carretas; en la de Romeral calle de Jacometrezo y en su puesto calle de la Montera frente la angosta de San Bernardo; en la de Gonzalez frente á la casa de los Gremios, y en la de Cuesta frente á las gradas de San Felipe el Real.

164-1642
Nº 164-1659

ACTORES.

DON DIEGO, *Galan.*
EL MARQUÉS DE VILLENA.
DON FERNANDO.
BENITO, *Labrador.*
ESTÉBAN, *Gracioso.*
EL REGIDOR.
JUANA.
DOÑA ANTONIA, *Dama.*
INÉS, *Criada.*
CRIADOS.
Y LOS MÚSICOS.

ACTO PRIMERO.

Ben. **T**emplad, Señora el dolor,
que no estais en tierra estraña.

Ju. Ay huesped! que no hay montaña
como una ausencia de amor,
donde el claro resplandor
del sol nunca ha hecho espejos
la plata de sus reflexos,
ó donde la arena abrasa
á la soledad que pasa
estar el alma tan léjos.
Triste de mí, que el criado
que fué á buscar el ausente,
que os he dicho tiernamente,
que es dueño de mi cuidado,
cobarde, desesperado
no ha vuelto; y aunque temer
no pude venirme á ver
en mas desdichas que estoy,
soy muger, y sola estoy,
que basta decir muger.
De esta forzosa partida
no me puedo arrepentir;
porque fué forzoso huir
para no perder la vida:
pero sola y afligida,
léjos de mi patria amada,
qué podré hacer, desdichada,
que nunca muger ninguna
venció su adversa fortuna
de lo que quiso apartada?
Seguí a un noble caballero,
con quien me pensé casar,
fuéme forzoso dejar
la patria, que ahora espero;
fieme de un escudero
de mi casa, y no volvió
el que amaba, y se partió:
no sabé que estoy aquí;
mirad qué será de mí,
él huyendo, ausente yo.
Como dió el Emperador
al Rey Frances libertad,
partirse en paz y amistad

de Madrid con tanto amor,
me ha dado huesped temor,
que no se fuése tras él
á Francia, aunque pienso que él
mejor con Cárlos se iria,
donde esperan cada dia
la Portuguesa Isabel.

Ben. Dicen que á Sevilla viene,
adonde se ha de casar,
si allá le vais á esperar
muchoa paciencia os conviene;
mi casa Leonarda tiene,
gracias á Dios, donde esteis,
mejor es que aquí espereis,
que pasando cada dia,
gente de la Andalucía,
nuevas de Don Juan tendreis.
No os vais á perder así;
porque jamás la hermosura
pudo caminar segura,
que lleva peligro en sí:
conmigo estareis aquí,
y con mi hija, que os ama,
buena mesa, y limpia cama
no os falta, tened paciencia.

Juan. Sino hay tan secreta ausencia
que no la sepa la fama
temo con justa razon,
que en tan público lugar
me pueda la gente hallar,
que ha salido de Leon.

Ben. Para qué, señora son
los ejemplos que han dejado
muchos que se han disfrazado
en hábitos diferentes,
que en mayores accidentes,
vidas y honor han gozado?

Juan. Vamos donde el tiempo bajo
mi flaqueza y mi locura,
por ver si mudo ventura
con la mudanza del traje;
qué no hay mas cruel linage
del mal que abatirse en él,
pues en mi suerte cruel,

pienso que siendo Leonarda
su muger, no me acobarda,
y soy la misma Isabel *Vase.*
Salen Doña Antonia y Don Diego.

Dieg. Esto, mi señora, os ruego,
no tengo mas que advertiros.

Ant. Que se ofrezca en que serviros
estimo, señor Don Diego.

Dieg. Pero sin que os cause pena.

Ant. Pues de qué tenerla puedo?

Dieg. Hoy me dicen que á Toledo,
llega el Marques de Villena;
porque ya en Sevilla queda
casado el Emperador:
hacedme aqueste favor,
de que yo servirle pueda;
que quiero servir aquí
inclinado á esta ciudad,
despues que la libertad,
pátria y amistad perdí.

Ant. Es Toledo la mejor,
y el ser mi pátria me engaña,
que bien sé yo que en España
hay otras de igual valor;
y de no poder vivir
en la propia que dejastes,
mucho en venir acertastes
en donde os podrán servir.
Que sabe honrar calidades,
estimar merecimientos,
conocer enterdimientos,
y agradecer voluntades.
El Marques es señor mio;
y mi hermano Don Fernando
le sirve, un mezo, que cuando
conozcáis su talle y brio,
le cobrareis aficion.

Dieg. Es mozo el Marques tambien?

Ant. Mozo, galan, y de quien
se tiene satisfaccion
pata la paz y la guerra.

Dieg. El apellido me ha dado
inclinacion y cuidado,
despues que dejé mi tierra.

A. Sois Pañeco? *D.* Y deudo suyo,
aunque nacido en Leon.

Ant. Desdichas del tiempo son;
de vuestra persona arguyo

toda virtud y valor.

Dieg. Siempre la fortuna es ciega.

Ant. Desde que os hablé en la Vega
os cobré notable amor.

Dieg. Mil veces los pies os beso.

Ant. Vos merecéis aficion.

Dieg. Hareísme decir que son
mis buenas dichas, exceso
de las malas que he pasado.

Ant. Qué rumor es ese, Inés?

Sale Inés.

In. Ay mi Señora! el Marques
á visitarte ha llegado.

Ant. Salid á ese corredor:

porque cuando pase os vea.

Dieg. Temor llevo de que sea
ausencia muerte de amor. *Vase.*

*Sale el Marques, Don Fernando, y
Estéban, criados.*

Ant. De Príncipes tan humanos
es esta grandeza igual.

Marq. La hermosura celestial
rindió Césares Romanos:
llegaos, Fernando, abrazad
á vuestra hermana. *Fer.* Señor,
con el vuestro no hay amor,
que es de mayor calidad.

Ant. Viene vuestra Señoría
con salud?

Marq. Quien llega á veros,
muy mal podrá responderos,
porque es la vuestra la mia.

Ant. No hablais Estéban? *Est.* No tengo
prosa de ausencia estudiada,
y os hallo á vos bien tocada,
con que muy contento vengo:
que á la muger aquel dia,
que no hay disgusto ó desden
se lleve en tocarse bien
la salve y el alegría:
cuando no está el frontispicio
de una muger adornado,
el moño bien asentado,
y cada cosa en su quicio:
cuando es jaspé de culcra,
á las diez de la mañana,
ó arda el diablo en cantillana,
ó la semana se quiebra.

Marq. No le ha quitado el humor
la jornada de Sevilla.

Est. Quien vió del Bétis la orilla,
y á Cárlos Emperador,
casarse con Isabel,
qué contento no traerá?

Marq. No preguntais como está
Fernando? *Ant.* Yo sabré de él
mas despacio la jornada,
la vuestra quiero saber,
si lo puedo merecer,
por ausente y desvelada.

Marq. Ya sabes, hermosa Antonia,
como fué preso el de Francia
en Pavia, y remitido
á Madrid, Corte de España,
el egército imperial,
terror por estas batallas
de los confines del mundo,
glorioso yace en Italia:
yo, que venir á Toledo,
adonde tengo mi casa,
deseaba, como quien
ha dias que de ella falta,
despues que en su santa Iglesia
rendí las debidas gracias,
vine á verte, hermosa Antonia,
á quien en ausencia larga
debes oirme, así vivas
estas amorosas ansias:
en Palacio largos dias,
tristes noches en la cama,
y en cuidados siempre tristes
imaginaciones varias,
poco gusto con amigos,
ninguno en fiestas ni galas,
desconfianzas de ausencias;
y temores de mudanza,
faltas del bien que tenía,
que toda la ausencia es faltas,
pensamientos de tu olvido,
y memorias de tus gracias.
Con esto pretendo, Antonia,
supuesto que no me pagas,
que conozcas que me debes,
que para mis penas basta;
porque á quien el bien desea,
cualquiera breve esperanza,

mientras dura, le da vida,
y mientras vive le engaña.

Ant. En cuantas cosas como estas
dice vuestra Señoría,
ninguna como este dia
mentiras tan bien dispuestas.
Ansias, fatigas, temores,
memorias y soledades,
como son nuevas verdades,
quieren parecer amores.
Mas yo los conoceré,
en que le quiero pedir
una merced, por decir
que les di crédito y fé.
Un caballero Leonés
me pide que le reciba
en su servicio. *Marq.* Así viva,
que puede ser él Marques
y yo su criado el dia
que sois vos quien lo ha mandado
entre yo á ser su criado.

Sale Don Diego.

Dieg. Don Diego Pacheco está,
gran señor, á vuestros pies.

Marq. Si es Pacheco, y es Marques,
yo puedo servirle ya:
alzado del suelo, no á mí,
pedid las manos á Antonia.

Ant. Jesus! esa ceremonia
no ha de permitirse aquí:
volved al mar, que es Don Diego.

Dieg. Deme vuestra Señoría
las manos.

Marq. Desde este dia,
que me recibais os ruego,
Don Diego, en vuestro servicio.

*Est.*Cuál anda el pobre criado,
vergonzoso y bazucado,
querrán que pierda el juicio.

Marq. Ahora bien, ya que es forzoso,
mi camarero sereis.

Dieg. En mí un esclavo tendreis.

Fern. Buen camarero.

Est. Famoso.

Marq. Aunque es volverme á partir,
me voy con vuestra licencia.

Ant. Vengada estoy de mi ausencia;
mas quiero veros salir.

*Vanse el Marques, Antonia
y Fernando.*

Est. Oye, señor camarero ?

Dieg. Mandais algo ?

Est. Dar indicio

de ofrecer á su servicio
cuanto soy, y quanto espero.
Vuesa merced ha venido
á una casa de las grandes
de España, no habrá mas Flandes,
de como será servido.

Dieg. Quién duda, que será gente
de grande ingenio y valor ?

Est. Es mayordomo mayor
un hidalgo impertinente.
Guarda su hacienda al Marqués,
y no se pierde la suya,
ni dé, ni tome, ni arguya
con él, antes ni despues.
El hermano de esta dama,
que aquí la salva le hizo,
sirve de caballero,
buen hijo, y de buena fama.
Y aunque ella es la discrecion,
y al marqués de amor abrasa,
me juran que por su casa
nunca pasó Salomon.
Caballo tiene el Marqués
que me ha dicho en puridad,
que sabe mas, y es verdad;
pero es gallardo y cortés.
De lo que es el Secretario,
no sé que pueda decir,
de este le conviene huir.

Dieg. Porque es discreto ordinario,
que es ordinario y discreto.

Est. La gente mas enfadosa
del mundo, y mas peligrosa,
que de uno y otro concepto
son mártires todo el dia
de su mismo entendimiento,
sin discrepar un momento
de aquella filatería.
Huya de estos, que es crueldad
sufrir su conversacion,
que matan con discrecion,
como otros con necedad.

Aunque para otros efectos
le hable, y le tenga en pie,
quando mas seguro esté
le dirá treinta sonetos.

Sabe un poco de latin,
que de pensarlo me angustio,
con que dice, que Salustio
fué sastrero y Julio rocin.
Peca en peregrinidad,
propio ingenio de español,
sabiendo que se honra el sol
de ser todo claridad.

Muriose en esta jornada
el camarero á quien hoy
sucede, y palabra doy
que era en menear la espada
la misma destreza el hombre.
Los demas oficios son,
buena gente, y de opinion,
que no es bien que aquí los nombre.
Los pages si á luz los saco,
el mejor de veintidos
yo soy, y soy vive Dios
un grandísimo bellaco.

Dieg. Señor Estéban, yo quedo
contento y agradecido,
de que me haya recibido
el de Villena en Toledo,
sabré con la informacion,
que solo he de ser amigo
de Don Fernando.

Est. Testigo soy
de su buena intencion,
antiguamente hubo un Dios
de la amistad.

Dieg. Qué discretos pages!

Est. Y este sus preceptos
redujo tambien á dos.

Dieg. Cuáles son? porque de hoy mas
esos dos preceptos sigo.

Est. Defender siempre al amigo,
y no ofenderle jamas.

Dieg. Ahora bien, desde hoy os quiero
por maestro, á ver la casa
voy. *Est.* Por sus cimientos pasa,
Tajo humilde prisionero
de la casa de Villena,
del gran Pacheco y Giron,

de lo que es conversacion,
 no tengais Don Diego pena ;
 que yo soy lindo fistol,
 y os enseñaré en Toledo
 gustos, que goceis sin miedo,
 claros como el mismo sol.
 No doncellas, que despues
 dan burlas, y piden veras,
 que habiendo zurcideras
 engañarán á un frances.
 No casadas, de sus brazos
 para siempre me despido,
 donde á un puntapie el marido
 hace la puerta pedazos.
 Viudazas, viudazas, sí,
 que debajo del decoro
 mongil, hay diamantes y oro,
 que no está el difunto allí.
 Verdad es, que aquesta Inés
 de Doña Antonia me trae

Salen Juana de Labrador y Benito.

Ben. Esta es, señora, la imperial Toledo,
 que el Tajo de cristal á sus pies viene,
 y parece que en sombras se detiene.

Juan. No sé cómo este monte no se espanta
 de sí mismo, y mirar grandeza tanta
 en esa luna liquida que tiene
 por grillos de sus pies. *Ben.* De Cuenca viene
 Tajo á prenderle con cadenas de oro,
 nunca su nombre ilustre mudó el Moro,
 es su iglesia mayor imágen viva
 del cielo, que al gobierno sucesiva
 de Pedro reconoce solamente.

Juan. Sus damas, caballeros, y su gente
 me han obligado el gusto de manera,
 que en tan noble ciudad vivir quisiera,
 aunque fuera sirviendo en este trage,
 que ya no puede haber cosa que baje
 mi fortuna á lugar mas abatido,
 temo que un hombre bárbaro ofendido
 me busque y halle, y si escordida quedo,
 Benito, en este trage, y en Toledo,
 muy ajustado viene con mi intento,
 teniendo con quietud gusto y contento.

Ben. El Regidor que en nuestra aldea tiene
 hacienda, me parece que os conviene ;
 su hija Doña Antonia es la mas bella
 dama de este lugar ; si estais con ella,

sin seso, pero no cae
 con el debido interés.
 Y aunque el Marqués mi Señor
 gusta de mis desatinos
 el gastar por los caminos,
 ha menester mas favor :
 juega el hombre cuando hay juego,
 qué hacienda no se aventura ?

Dieg. Aquí la tiene segura,
 siendo amigo de Don Diego.

Est. Soy su esclavo.

Dieg. Pues conmigo
 venga, y verá lo que pasa.

Est. No habeis menester en casa
 mas que á Estéban para amigo,
 soy el alma del Marqués.

Dieg. Pues temo que se condene.

Est. No hará, que Villena tiene,
 llena el alma de quien es.

Vánse.

no os hará falta discrecion alguna:
con esto burlareis vuestra fortuna,
y vereis un ingenio soberano.

Juan. No hubiera para mí remedio humano,
como vivir donde decis agora,
y mas si es tan discreta esa señora:
vamos, sabré, señor, adonde vive;
que dichosa seré si me recibe.

Ben. Eso es muy fácil, porque me ha pedido
que le busque una moza labradora;
mas no podreis, porque me acuerdo agora
que habia de lavar y amasar. *Juan.* Digo,
que á lavar y amasar tambien me obligo,
si me agrada esa Antonia. *Ben.* Hay otro enredo,
que un mozo de los bravos de Toledo
es su hermano tambien; mas no os dé pena,
que pienso que está ausente el de Villena,
y es su caballero. *Juan.* Que esté ausente
ó presente que importa: cuando intente
algún atrevimiento, soy yo boba,
no le sabré pegar con una escoba,
y si jugar quisiere de otra pieza,
rompelle con un plato la cabeza?

Ben. Y cómo has de llamarte? *Juan.* Cómo? *Juana.*
Tu el arca, huésped, me traerás mañana;
y al Regidor dirás que soy de Olias.

Ben. Por el secreto que á mi pecho fias
te ofrezco eterno amor. *Juan.* Vamos, que creo
que voy abriendo puerta á mi deseo,
y cuando llego á ver en tal bajeza
mi valor, mi persona y mi nobleza,
pienso que no le dejo cosa alguna,
que me pueda vengar de mi fortuna. *Vánse.*

Salen Antonia y Don Diego.

Ant. No entráis con malos alientos,
de servir y de medrar.

Dieg. Señor que llega á fíar
amorosos pensamientos,
ya dice, que sus intentos
muestran indicios de amor,
de hacer merced y favor.

Ant. Vos lo teneis merecido:
pero para mí no ha sido
sino desprecio y rigor.

Dieg. Señora, yo entré á servir
á un Príncipe, que en grandeza
igualaba su nobleza;
no tengo mas que decir:

siéndome forzoso huir
de mi pátria, hallé mi amparo
en vos, que fué mi reparo,
y era justo, Antonia bella,
que la luz de tal estrella
me guiasse á sol tan claro.
Desde que en la Vega os ví,
y atrevido llegué á hablaros,
propuso el alma adoraros,
y puso su centro allí:
que de mi pátria salí,
como quien ya se destierra
para servir en la guerra
á Carlos; pero ya estoy,
donde asegurando voy

las desdichas de mi tierra.
 Y luego aquel mismo dia,
 que el Marques me recibió,
 al momento me habló
 en el amor que os tenia,
 con que así como decia
 su pensamiento, iba el mio
 desechando el mucho brio
 con que os amaba y queria:
 venció el amor, y el temor,
 y di la esperanza al viento;
 vive Dios, que en esto miento. *Ap.*
 Que nunca la tuve amor,
 y del que tengo en rigor
 me está matando en ausencia:
 ¡ay mi Isabel! qué paciencia
 podré pedir á los cielos,
 que con amor siempre hay celos,
 y con celos no hay paciencia.
 Díome las joyas que os dí,
 tabies y primaveras,
 que os trujese, y tan de veras
 en su amor le conoci,
 que de su casa salió
 prometiendo la mudanza,
 que desde la confianza
 que hizo de mi valor,
 salió dueño mi temor,
 y despidió la esperanza.

Ant. Don Diego, desde aquel dia
 que el Marques me quiso bien,
 no le traté con desden,
 y su amor entretenia;
 pero como presumia
 de mi amor lo que es razon,
 temblaba de mi opinion:
 y así del mundo me guardo,
 y á un Príncipe tan gallardo
 no le he mostrado aficion.
 Si vos me queréis, yo haré
 que el Marques no se disguste
 de que os quiera, y antes guste
 de que yo la mano os dé:
 que de su grandeza sé
 que ha de volver por mi honor,
 siempre fué casto su amor,
 pues son donde no se alcanza
 principios de la esperanza,

pensamientos de señor.
Dieg. Vos lo decís harto bien;
 pero yo lo haría muy mal
 si á dueño tan principal
 le fuera traidor tambien;
 y aunque no lo diga bien,
 tengo Antonia por muy cierto
 que tendrá el odio encubierto:
 y señores con enojos,
 mas despiden con los ojos
 que con rigor descubierto.
 Hacer que el Marque; lo quiera
 no tengo por imposible,
 si él se promete posible
 lo que por su boca espera:
 Quereldo, pues, persevera
 en amaros, que es rigor
 casarle, si os tiene amor,
 que no estará bien casado,
 marido que fué criado
 donde hubo galan señor. *Vase.*

Salen el Regidor y Juana.

Reg. Pienso que te ha de agradar,
 que yo lo estoy por estremo,
 la criada que ha traído
 Antonio nuestro casero.
 Llegad, no esteis temerosa,
 conoced á vuestro dueño.

Juan. Dadme señora las manos.

Ant. Qué linda persona! cierto
 que te agrada con razon.

Ben. En toda la Sagra creo
 que no hay moza de su talle,
 brio, limpieza y aseo.

Ant. Cómo os llamis?

Juan. Yo, señora?

Ant. Vos pues.

Juan. A servicio vuestro,
 Juana. *Ben.* Si señora Juana,
 que era mi padre su abuelo,
 murió, y huérfana quedó,
 á fe que viene de buenos.
 Crióla el cura su tío;
 está grande, y los mancebos
 del lugar son con las mozas
 como los tordos, que en viendo
 colorear mal maduras,
 las guindas, andan en zelo,

hasta que las dan picadas,
si se descuidan los dueños,
Por eso la traigo acá.

Ant. Eliciréis como discreto,
que Juana es gallarda moza,
dispuesta, y de lindo cuerpo:
y el sobrenombre? *Ju.* De Illescas.

Ben. Si señora, que su abuelo
se llamó Pedro de Illescas,
y Juan de Illescas el viejo
fue tío de Alonso Aguado:
qué señora el parentesco
de los Illescas no es
la alcuña de mi abolengo?

Sale la nave próspera y bizarra
de Flandes con iniquitas banderolas,
y sin temor de caminar á solas
las áncoras del puerto desamarra.

Entra en el golfo, deja atrás la barra;
el mar se altera, y en dos horas solas
se deja el viento entre las pardas olas,
como granizo helado ó verde parra.

Mas siendo entonces su furor ensayos,
viendo que sale el sol, y hay mas bonanza,
en ánimo se truecan sus desmayos.

Así viendo del cielo la mudanza,
adoro los celajes de sus rayos,
viendo el temor, alivio la esperanza.

Sale Ines.

In. Sois vos la recién venida?

Juan. Y vos quien sirve esta casa!

In. Soy quien se huelga de veros
tan compuesta y alifada.

Que la que se fue tenia
el traje como la cara:
vos seais muy bien venida.

Juan. Vos seais muy bien hallada.

In. Vos habeis tenido dicha
y elección muy acertada;
á casa venis, que creó

que os hallareis bien pagada
del trabajo y del servicio.

Juan. Es de condicion muy brava
la señora Doña Antonia?

In. Es un ángel, una santa,
á nadie en toda su vida
dijo una mala palabra;
casa en fin donde no hay

Ant. Qué hacienda sabes hacer?

Juan. Las que por allá sabemos,
lavar, masar y hacer red.

Ant. Del buen talle me contento:
regalar quiero á Benito.

Reg. Y yo tambien darle quiero
un vestido que se ponga
las fiestas. *Ben.* Los pies os beso.

Váanse Antonia y el Regidor.

Juan. Oye tío? traiga el arca.

Ben. Al otro mercado vuelvo.

Juan. Si allá viniere mi primo,
diga que estás en Toledo.

Váse Benito.

señora mayor, que basta
para que puedan vivir
con libertad las criadas.

Juan. Cierto que lo tengo á dicha,
ya que salgo de mi casa.

Sale Don Fernando.

Fer. Ines? *In.* Señor. *Fern.* Esa ropa
viene de larga jornada.

In. Gracias á Dios, que ya tengo
quien me ayude á jabonarla.

Fer. Quién? *In.* Juana recién venida.

Fer. Por Dios que es tan buena Juana,
que puede lavar al Rey.

Juan. Quién es este? *In.* Hijo de casa.

Juan. De casa, ó del Regidor?

In. Del Regidor: qué ignorancia!

Juan. Como yo vengo de Ollas,
no sé de Toledo nada:
señor, aquí ya lo veis,
vengo á servir. *In.* Perdonadla,

que no sabe mas ahora.

Juan. La ropa mande sacarla,
que quien allá lava angeo
tendrá por guantes la holanda.

Fern. Si las almas se vistieran
camisas, bella aldeana,
lavar tus manos pudieran
las camisas de las almas.

Juan. Ay lo que ha dicho señor!
ola, Ines, usase en Francia
traer las almas camisas?

In. Dícelo porque le agradas,
que son encarecimientos
de verte las manos blancas.

Juan. Como yo vengo de Ollas,
no sé de Toledo nada.

Fern. A ver Juana esas patenas:
bravos corales y sartas.

Juan. Hágase allá, ya lo entiendo:
piensa qué soy ignoranta?

Fern. Que diese naturaleza,
á tal hermosura y gracia,
tan rústico entendimiento!
oye, espera, tente, para.

Juan. Estése quedo, señor.

Fern. Qué arisca que es la villana!

Juan. Yo morisca? malos años,
cristiana vieja, y muy rancia.

Fern. Que no digo sino arisca.

Juan. Pregunte en toda la Sagra
qué gente son los Illescas.

In. No sé quien ha entrado en casa.

Sale Estéb. Está Don Fernando aquí?

F. Qué hay Estéban? *Est.* Que te llama
el Marqués mi señor. *F.* Voy. *Vase.*

Est. Mira que en el patio aguarda,
pues Ines no hay mas hablar?
toda la lealtad se acaba
en habiendo ausencia. *In.* Yo

no hablo á quien no me habla

Est. Hablar y abrazar Ines.

In. Qué me trae de la jornada?

Est. Es poco traerme á mí?

In. Es de la jornada nada.

Juan. Por donde quiera que voy
hallo amor: brava abundancia;
no pienso que hay en el mundo
otra cosa mas usada:

los retirados y graves
de qué se admiran y espantan?
si ignoran cómo nacieron,
es temeraria ignorancia;
así se conserva el mundo.

Est. Quién es aquesta villana
de tan lindo talle y brio?

In. Salga fuera noramala,
y no sea bachiller,
que es recién venida á casa.

Est. Labradora de sentidos,
pespuntadora de entrañas,
ojos de brillante espejo,
que mirándote retratas
lindo del cabello al pie,
honra ilustre de la Sagra,
por el delantal famosa,
y por el sayuelo hidalga;
labras vidas ó heredades?
que pienso que tus pestañas
son agujas de tus ojos,
pues que con sus niñas labras:
vuelve esa cara, ay qué linda!
vive Dios, que tiene estampas
de coger almas con queso,
como eres toda de natas.

In. Esto sufro! *Juan.* Diga Ines,
es tambien hijo de casa
este señor barbipollo?

Est. Esto le parece falta?
es mejor cuatro vigotes,
en cuyas espesas ramas
haya soto de conejos?
porque yo no sé que valgan
mas que para ser escobas,
barrer y regar la cara.

Juan. Como yo vengo de Ollas,
no sé de Toledo nada.

In. Señor viene... *Juan.* A la cocina.

In. Sube esa escalera, Juana.

Est. Juana me ha muerto, señores,
refí con ella sin armas;
qué latigazo me ha dado. *Vase.*

In. Ah traidor, así me pagas
tanto amor, tanta amistad?
Juana es esta buena entrada?

Juan. No temas, Ines, que soy
un cuerpo que anda sin alma,

una cifra no entendida,
 una escritura borrada,
 una sombra que anda en pena,
 y una pena en sombras tantas,
 que solo un sol que está ausente
 puede con su lumbre clara

descifrarle y darle vida,
 gloria, gusto y esperanza.
In. No te entiendo. *J.* Ni es posible.
In. Loca me pareces, Juana.
Juan. Como yo vengo de Ollas,
 no sé de Toledo nada.

ACTO SEGUNDO.

Salen Don Diego y el Marqués.

Dieg. Las fábulas de Ovidio á pensar llevo
 en lo que vienes refiriendo ahora.

Marq. Desde ese corredor miré, Don Diego,
 á Vénus transformada en labradora;
 parece el agua entre sus manos fuego,
 baña al Tajo cristal, y ella le dora;
 que si á sus manos cándidas se atreve,
 las doradas arenas vuelve nieve.
 Muchas veces, Don Diego, entretenido,
 mirando el Tajo que mi casa baña,
 he visto damas, músicos he oído,
 que es en Toledo la mejor de España;
 pero en el instrumento referido
 la labradora, que Sirena engaña,
 con voz tan celestial cantó de suerte,
 que estatua de sus manos me convierte.

Dieg. Mujer de tales prendas y tal brio
 lava de la manera que refieres?
 con instrumento tan helado y frío?
 me obliga á que presuma que la quieres.

Marq. El talle, el aire, el gusto, el modo, el brio
 dan sangre y calidad á las mugeres;
 no hay en el gusto mas razon que el gusto,
 que aquello es justo con que yo me ajusto:
 conviene la igualdad al casamiento,
 á los estados, no á los accidentes.

Dieg. Amor es un primero movimiento,
 que nace de igualar inconvenientes,
 bien pueden confirmar el casamiento
 dos personas de estados diferentes,
 mas qué quieres hacer, que si te agrada,
 mejor es pobre y fácil que endiosada.

Marq. Estebanillo, Estéban?

Sale Estéban. Señor. *Marq.* Dáme.
 un arcabuz, salir al Tajo quiero.

Est. Quieres, señor, que alguna gente llame?

Dieg. El desengaño con la vista espero.

Vase Estéban.

Marq. Cuando viendo la cerca me desame,
mas contento tendré que considero.

Dieg. Las distancias desmienten á los ojos,
no son de tu valor claros despojos.

Sale Estéban. Aquí está 'el arcabuz. *Marq.* Toma Don Diego
ese arcabuz. *Dieg.* Dos bandas de palomas
andan por esas peñas, aunque luego
del verde monte suben á esas lomas.

Marq. Vamos á ver si en tal desasosiego
se templará la llama de mi fuego.

Vánse.

Salen Juana, Ines y los músicos.

In. Pon la ropa en ese suelo,
que aquí habemos de bailar.

Juan. No me mandes alegrar,
que mas cuidado recelo.

In. Deja ahora tus tristezas,
que los músicos se irán.

Juan. Otro dia volverán.

In. Qué cansada estás si empiezas!
no te entiendo, una vez eres
entendida y cortesana,
y otra rústica villana.

Juan. Soy de tornasol, qué quieres?

In. Que mudes de tornasol.

Juan. No ha de tener mi tristeza
en ningun color firmeza,
hasta que torne mi sol.

In. Qué sol, ni qué disparate?
pónte aquesas castañuelas.

*Salen el Marques, Don Diego
y Estéban.*

Est. Quita al alcon la pigüelas,
será del viento acicate,
que dé palomas fregonas
he visto una banda allí.

Marq. Quieren bailar? *Dieg.* Señor, sí.

Juan. Mira que hay muchas personas,
ola Inés, dime quien es
el de la banda y cadena.

In. Es el Marques de Villena.

Juan. Válgame Dios, el Marques?
toquen, y vaya de joya.

Marq. Ya no lleva aqueste rio
nieve pura y cristal frio,
sino reliquias de Troya.

Los músicos cantan y bailan.

Por el rio de mis ojos
nadando quiero pasar,

y las olas de mi ojos
dicen que me han de anegar.

Cuando el ausencia porfia
quién vencerá su aspereza?

nadando va mi tristeza
por llegar á su alegría,
y nunca puedo alcanzar
mis deseados despojos,
y las olas de mis enojos
dicen que me ha de anegar.

Marq. Ay tal nadar, y tal rio!
tales olas, tal donaire!

Est. Si esto nada por el aire
con tales brazos y brio,
qué nadará por la tierra?

Marq. Quedaos vosotros aquí.

Juan. Ola, viene el Marques. *In.* Sí?

Est. Si él la tira, no la yerra.

Marq. Por el alto corredor
de donde veo este rio,
ví, labradora, ese brio
que en dama fuera mejor;
cuanto me agradaste allí
lo confirmé aquí de suerte,
que si seso vengo á verte.

Juan. Ines burlandose está.

In. Claro es eso. *Marq.* Vete Ines
con mis criados un poco.

In. Si haré, que he visto aquel loco,
Jua a entretan al Marques.

Marq. Juana en efecto os llamais?

Juan. Para lo que le cumpliere.

Marq. Del nombre Juana se infiere
la gracia con que matais;
porque al revolver la luz
de esos ojos, no hay despojos
que no maten vuestros ojos.

Juan. Aténgome al alcabuz.

Marq. Y de adonde sois? *Juan.* No sé si se lo diga. *Marq.* Decid.

Juan. Al gigante de David quite vuestasté la G.

Marq. De Olías sois? *Juan.* Acertó: han visto quien se lo dijo?

Marq. Amor, que en tus ojos fijo luz de tu patria me dió; puede ser que la belleza supla un rudo entendimiento: de que me agrada me afrento, que es en noble baja.

Juan. Quedo, quedo, que no es tanta la ignorancia. *Marq.* De qué modo?

Juan. Bien, señor, lo alcanzo todo, y la corte á nadie espanta; yo no volviera por mí como vuestra ofensa fuera del entendimiento á fuera; por mi entendimiento sí.

El exterior aposento se afrenta quien le desalma; y así es volver por el alma defender mi entendimiento.

Marq. Cómo hablaste rudamente, y agora con discrecion, pues ya tus palabras son en estilo diferente?

Juan. Soy de un lugar rudo parto; pero para juegos breves tengo::: *Marq.* Qué?

Juan. Dos treinta y nueve, y el que yo quiero descarto.

Marq. No es mala la fullería, de suerte, que el juego entablas en dos lenguas, y en dos hablas.

Juan. Como me sucede al día que en cierto mal importuno, aunque no es para villanas, tengo el gusto con cuartanas, huelgo dos, y callo uno.

Marq. No sé si puedo entender de tu estilo, y tu presencia, que es segura tu inocencia.

Juan. Pues en qué lo echais de ver?

Marq. Ahora bien espera aquí.

Juan. Esto me faltaba agora.

Marq. Don Diego, esta labradora

me tiene fuera de mí: háblala, y dí que me vea que quiero mudarla trage: tú Ines vete, y ese page vientos de sus pasos sea: esto sin réplica. *In.* A Dios.

Marq. No le digas á tu ama palabra. *In.* Qué mala fama tenemos. *M.* Hablad los dos. *Vase.*

Dieg. Discreta y bella serrana, el Marqués manda que os hable.

Juan. El Marqués á mí? por qué? idos con Dios, y dejadme.

Dieg. Cielos qué es esto que veo!

Juan. Ojos sufrís que me engañe la imaginación: qué es esto

D. Juan? *Dieg.* Tú en aqueste trage?

Juan. Siguiéndote, señor mio.

Dieg. Habla, pues, no te recates, no nos vean abrazar, que demostraciones tales arguyen conocimientos, dicen amistades grandes.

Juan. Con el nombre de Leonarda peregriné los umbrales que hay desde Leon á Olías; allí paré, y á buscarte envié á Leonardo, y viendo que en diluvios de pesares fué cuervo, salí yo misma.

Dieg. Bien dices, la oliva traes en esa amorosa boca: dame, reina de las aves, en el arco hermoso de los divinos celajes, que en tus ojos amanece, que yo por lo que tú sabes iba por servir á Carlos, que en Italia, Francia y Flandes tiene guerra de envidiosos de sus blasones esmalte: serví con nombre fingido á un Príncipe que en la sangre y valor no reconoce al macedonio Alejandro: Don Diego Pacheco soy, aunque soy Don Juan del Valle, como tú Leonarda ahora

Doña Isabel de Navares:
 mas ay de mí, que no hay dicha
 segura por todas partes,
 que para comprar placeres,
 es la moneda pesares:
 quiere el Marqués, mi señor,
 que en sus amores te hable,
 que su voluntad te diga,
 que su tercero me llame,
 señora de mi señor
 quiere que pueda llamarte,
 que como el sol, aunque tenga
 obscuras nubes delante,
 por entre pardos resquicios,
 con rayos dorados sale;
 así el sol de tu nobleza
 por entre toscos celajes
 descubren los rayos bellos
 de tu generosa sangre;
 no sé que habemos de hacer.

Juan. Agravio Don Juan me haces
 en no confiar de mí
 lo que las mugeres valen
 en las adversas fortunas,
 que son diamantes amantes:
 las entrañas de los montes
 no crían tan duros jaspes
 que bronce como su pecho
 corresponde incontrastable
 á los golpes de la luna,
 que ferocidad tan grande,
 como una muger que quiere:
 vete, y dile que no trate
 de vencer con intereses.
 Leñas firmes, nobles Dafnes,
 que pues le sirves, y puedes
 entrar á verme y hablarme,
 no quiero que aquí nos vean,
 aunque el dejarte me mate:
 á Dios mi sola verdad.

Dieg. A Dios de estas venas sangre,
 alma de este firme pecho
 vive en sus brazos constante.

Vase Don Diego.

Sale Estéban.

Est. Fuese Don Diego?

Juan. Ya es ido.

Est. No le he contado al Marqués

que te habia conocido,
 Juana, temiendo después
 tu desengaño y mi olvido,
 entre los puros cristales
 que de arenas de oro al Tajo
 cubren peñas desiguales,
 con rostro sereno y bajo
 lavaba el amor pañales.
 Ya riendo, ya llorando,
 ya torciendo, ya contando
 á Ines sus pasados cuentos,
 camisas y pensamientos
 vide á Juana estar lavando.
 Con mas belleza y traicion
 que pasando el mar á Europa,
 entre cancion y cancion
 acepillaba la ropa
 con el dichoso jabon.

Las manos de blancas natas
 de lavar y ser ingratas
 no se quejaban á Ines,
 viendo que estaban los pies
 en el rio y sin zapatas.
 El agua en cercos y enredos
 se los lava, y se los besa;
 y como se estaban quedos,
 quién fuera arca traviesa
 que le anduviera en los dedos?
 Juana el rostro levantando
 miróme, y fuime acercando,
 de suerte que mi intencion
 dije con el corazon,
 y dejéla suspirando.

Tú, pues, que mi muerte tratas,
 con tus ojos homicidas,
 con que el alma me arrbatas;
 dí, Juana, por qué me olvidas?
 dí, Juana, por qué me matas?

Juan. Estéban yo soy amiga
 de Ines, y no es bien se diga
 que le he sido descal:
 mira que le pagas mal
 lo que te quiere, y te obliga.
 Vete á servir á tu dueño,
 que de no hacerla traicion
 mi palabra y fe te empeño,
 y fuera de esta ocasion
 otro amor me quita el sueño:

cojo la ropa, y á Dios.

Vase Juana.

Est. Juana, Juana, mala tos
te la quite, fuentes, rios
ayudad mis desvarios,
que quiero quejarme en vos.
Ea ninfas de Elicona
hoy teneis nueva corona
de laurel, que en vuestro polo
muere amando un page Apolo,
por una Dafne fregona.

Vase.

Salen Antonia y Don Fernando.

Ant. De esta manera lo dices?
tú eres hombre de valor.

Fern. Prueba Antonia que es amor,
porque no te escandalices.

Ant. Si; pero un hombre, Fernando,
de tu obligacion, es justo
què ponga en sujeto el gusto
digno de sus ojos. *Fern.* Cuando
viene amor por accidente
no se le da á la eleccion
voto, como en la razon,
que es calidad diferente;
y Antonia yo no me resuelvo
en que me muero por Juana.

Ant. Tienes alma tan tirana,
que las espaldas te vuelvo. *Vase.*

Fern. No digas tal, que es locura,
aunque ya á tan necia vienes,
que puedo pensar que tienes
envidia de tu hermosura.

Sale Don Diego.

Dieg. En vuestra busca Fernando
vengo con grande contento.

Fern. Pedidme albricias á mí,
pues que mi gusto es el vuestro.

Dieg. Era un hermoso diamante,
sortija de un casamiento
que podrá ser algun dia.

Fern. Enseñadmele. *Dieg.* No puedo,
que le he dejado á guardar;
mas enseñarle prometo:
qué haciais? *Fern.* Aquí estaba,
dando esperanzas al viento,
y riñendo con mi hermana.

Dieg. Son diferentes efectos.

Fern. Quiero enseñaros la causa:
Juana?

Sale Juana.

Juan. Señor. *Fern.* Dadme luego
un jarro de agua, las manos
manché de tinta escribiendo.

Juan. Voy por fuente, agua y tohalla.

Vase.

Fern. Qué os dicen mis pensamientos?
ríñeme bien Doña Antonia?
hareis burla de mí y de ellos.

Dieg. Burla, por qué si no he visto
mas airosa talle y cuerpo
que el de aquesta labradora,
aunque perdone Toledo?

Fern. Para que me deis disculpa
os la enseño, que no quiero
que la alabeis. *Dieg.* Bien seguro
podeis estar de mis zelos.

*Sale Juana con agua, tohalla
y fuente.*

Juan. Bien puede vuesa merced
lavarse que viene fresco
Tajo bañado de plata,
desde el aljibe riendo.

Aparte.

Dieg. Mal podré tener paciencia,
pues á cuantas partes llevo
hallo quien quiere á Isabel:
si en Leon airados cielos,
por dama airosa y gallarda,
por labradora sirviendo,
á cuál hombre dió el amor
tanta manera de zelos?

Fern. Echa nieve de esas manos
para que temple mi fuego.

Juan. Nieve soy yo? Guadarrama
soy, nube ó helado cierzo.

Fern. Parécete que un desden
no tiene fuerza de yelo?

Juan. Yo no entiendo aquezas cosas.

Fern. Yo sí Juana, que me muero
por esas niñas hermosas;
echa mas agua. *Juan.* Estaos quedo,
pues que ya os habeis lavado;
tomad la tohalla luego,
que me aguarda á quien le pesa.

Dieg. Y de suerte, que sospecho

que estoy rogando á mis ojos
no crean lo que estan viendo.

Sale Ines.

In. Con que espacio Juana estás,
déjame á mí? *Juan.* Qué te dejó?

In. Cuánto hay que hacer hoy en casa.

Juan. Piensas Ines que me huelgo
de estar aqui? *Fern.* Deja, Ines,
que la conozca Don Diego,
que le he dicho sus donaires.

Juan. Las ignorancias que tengo
llama donaires, señor?

In. Con ese entretenimiento
se hará muy bien la comida,
vendrá, señor, y tendremos
pesadumbre por tu gusto. *Vase.*

Juan. Ya, señor Don Diego, quedo
para que os burleis de mí,
que ha dado á mi costa en esto
Don Fernando, mi señor.

Dieg. Burlas, Juana, no lo creo:
de veras habla Fernando,
y que tú respondes pienso
con las mismas á su amor.

Juan. Qué es amor?

Dieg. Amor es fuego.

Juan. Fuego de Dios en amor,
eso quiere un hombre cuerdo,
que tenga muger ninguna?

Dieg. Luego tampoco, sospecho,
sabrás qué es zelos? *Juan.* Yo no.

Vánse, y queda Juana.

Juan. Cuando el sugeto que se quiere y ama
Muestra tibieza, y vive sin cuidado,
Es darle zelos la razon de estado,
De amor que mas provoca, incita y llama.
Canta con zelos en la verde rama
Del olmo el ruiseñor, que vió en el prado
A quien sigue su prenda enamorado,
Y mas cuando ella finge que desama.
Contenta estoy con poca diligencia
En ver que despertaron mis desvelos,
Al dueño de mi amor por competencia:
Muera á cuidados, mátenle recelos,
Porque cuando hay tibieza por ausencia,
El remedio mejor es darle zelos.

Sale Antonia.

Ant. Huélgome de hallarte aqui,

Dieg. Zelos son bastardo efecto
de amor: zelos es locura
en que da mi entendimiento,
zelos es desamor propio,
zelos es vivir temiendo
que aquello que un hombre adora
quiere ó mira á otro sugeto,
por ausencia ó por mudable
condicion. *Juan.* Zelos es eso?
pues Don Diego en vuestra vida
los tengáis, que son de necios:
tened amor, y no mas;
que vuestros merecimientos
son tales, que por mi voto
no teneis de que tenellos.

Dieg. Con esas seguridades
nos engañan por momentos
las mugeres. *Juan.* Qué mugeres?
por qué en eso hay mas y menos?

Fer. Cese Don Diego por Dios
la plática, que sospecho
que os debeis enamorar.

Dieg. Que ya lo estoy os confieso:
quiéeros mucho? *F.* Qué es querer,
tiene de diamante el pecho,
tiene de mármol el alma,
tiene el corazón de acero.

Dieg. Pues yo pensé que os queria.

Fer. Vamos, yo os iré diciendo
los lances que me han pasado.

Dieg. Muriéndome voy de zelos.

que á solas hablar deseo
contigo. *In.* Que tienes creo

la satisfaccion de mí,
que siempre te merecí.

Ant. La satisfaccion me obliga
á que mi pasion te diga:
escúchame Juana. *Juan.* Escucho.

Ant. El amor me obliga á mucho.

Juan. Tu criada soy, y amiga.

Ant. Quiero un secreto pedirte.

Juan. Aquí á tu servicio estoy.

Ant. Tengo un mal Juana, en que doy
difícil de persuadirte,
que es un infierno de fuego:
conoces este Don Diego,
amigo de Don Fernando?

Juan. Agora estaban hablando
los dos, y se fueron luego.

Ant. Ese de cuanto hay en mí
es dueño que adoro y quiero.

Juan. Ah zelos, que mal agüero
fue alabarme de que os dí?

Ant. Ahora has de hacer por mí.
sabes su casa? *Juan.* No es
en la casa del Marques;
ay ingrato dueño mio? *Aparte.*
que es la que cae hácia el río,
adonde me lleva Ines?

Ant. En casa tan conocida,
que no la puedes errar,
un papel les has de llevar,
Juana, que le va la vida
á mi esperanza perdida.

Juan. A quién, señora?

Ant. A Don Diego.

Juan. Pensé que al Marques.

Ant. Y luego
de mi parte le dirás.

Juan. Basta, no me digas mas.

Ant. Esto, mi Juana, te ruego.

Juan. Eso mi ama hará yo,
aunque de muy mala gana. *ap.*

Ant. Pues entra, y daréte, Juana,
el papel. *Váse.*

Juan. Qué presto halló
castigo quien se burló,
paciencia para sufriros,
amor, ay tristes suspiros!
zelos, no costeis tan caros!
que cuanto me agrada el daros,

que entristece el recibiros. *Vase.*

Salen el Marques y Don Diego.

Marq. Buena respuesta has traído.

Dieg. No he visto tal condicion.

Marq. Siempre esta resolucion
gente rústica ha tenido.

Dieg. Con sus iguales se entienden,
que indignas de prendas tales
de los hombres principales
bravamente se defienden;
tus razones la cansaron,
tus promesas la ofendieron,
tus dádivas no rindieron,
ni tus dichas alcanzaron;
finalmente he sospechado
que vencer esta muger
mas difícil ha de ser
que romper un monte helado.

Marq. Mira Don Diego, quien ama
no se ha de cansar tan presto.

Dieg. Antes bien, á un pecho honesto
obliga cuando desama.

Marq. Si aquesta muger me amara,
al instante que me viera,
por mucho que la quisiera,
por muger vil la dejara;
vuelve á hablarla, que rogando
y prometiendo ha de ser
conquistar una muger;
que no haciendo, y despreciando,
háblala de parte mia,
y no te canses de hablar;
que no se ha de conquistar
una muger en un dia. *Vase.*

Dieg. Por qué de partes me alalta
la fortuna! qué paciencia
ha de tener mi prudencia,
ó que desdicha me falta?
Sino es dejando esta tierra,
cómo he de poder vivir?
pienso que he de proseguir
de Cárlos Quinto la guerra.
Pasarme á Italia es mejor,
pues tan mal nos va en España,
no podré si me acompaña
en cualquiera parte amor.
Pero cansado y ausente
quien me lo puede estorbar?

Sale Juana.

Juan. Dicha he tenido en hallar
á mi enemigo presente.

Que esté solo, y en tal puesto!
mas burlóse amor conmigo:
qué tarde se halla un amigo,
y un enemigo qué presto!

Dieg. Quién es? *J.* La que ya no es.

Dieg. Qué gracia. *Juan.* Es mucha?

Dieg. Es tanta,
que por muger no me espanta:
en fin buscas al Marques?

Juan. Qué Marques?

Dieg. El que está aquí,
y despreciábase allá.

Juan. Este papel te dirá
si vengo á buscarte á tí.

Dieg. Papel para mí? de quién?

Juan. De tu dama. *Dieg.* Tú lo eras
antes que á buscar vinieras
á quien te obliga tan bien.

Juan. Dejémonos de porfias,
toma el papel. *Dieg.* Tienes seso?

Juan. Toma, y responde?

Dieg. Confieso las obligaciones mias.

Pero en poniendo los pies
adonde estás, se acabaron,
pues en efecto buscaron
livianamente al Marques.
Que puesto que te mudaste,
yo debia hacerlo así,
pues para venir aquí
á Doña Antonia burlaste.

Yo aseguro que dirias
que traerias el papel,
para negociar con él
lo que para tí querrias.
Y aun le harias escribir
lo que ella no imaginaba,
porque si al Marques amaba
pudiera tu amor decir,
que á un tiempo engañaba á tres,
y aun á cuatro, pues amando,
tú engañabas á Fernando,
á mí, á Antonia, y al Marques.

Juan. Ha dicho vuesamerced?

Dieg. Poco para tal traicion.

Juan. Pues oiga por caridad,

pues callé mientras habló.

Dieg. Yo qué tengo que escuchar?

Juan. Qué malas señales son
el meter el pleito á voces!
calle, pues callaba yo.

Doña Antonia, mi señora,
me ha contado la aficion,
que vuesamerced la olvida
por el Marques, su señor.
Como la quiso en llegando
á Toledo, y que los dos
se hablaron algunas veces
en dulce conversacion.

Pero que despues sirviendo,
el respeto le guardó
que debe un buen escudero,
que non sabe mentir non.
Si es vuesamerced el Marques,
pues por él le dejé yo,
este Marques he buscado,
este fue á quien tuve amor,
y este es á quien ya no quiero:
y asi con gran devocion
le hago una reverencia,
dejo el papel, y me voy:
si le he dado pesadumbre,
diga, dándome perdon:
mensagero sois amigo,
non merecis culpa non.

D. Tente, escucha. *J.* Que me tenga?
démeme ir, que por Dios
es poca el agua del Tajo
para que lave su error.

Dieg. Oye Isabel. *Juan.* Qué Isabel?

Dieg. La que adoro. *Juan.* Juana soy:
suélteme. *D.* Tente. *J.* El vestido
que mi desdicha me dió.

Sale el Marques.

Marq. Qué es esto?

Dieg. Que no hay remedio
que te quiera esta muger,
demonio debe de ser.

Juan. A no estar vos de por medio
nos matábamos aqui
como cochinos pardiez

M. Tú en mi casa? *J.* Alguna vez
este corredor subí,

Y no he tenido advertencia.

de entrar acá, hasta que agora
 el mandallo mi señora
 me dió ocasion y licencia.
 Vengo á buscar á Fernando,
 que le queremos cortar
 unas camisas, y al dar
 el primer paso, temblando
 sale estotro escuderon,
 y dice que yo de ser
 vuestra muger: qué muger?
 las de mi patria no son
 mugeres para Girones,
 ni Villenas, ni Pachecos,
 son de Illescas y Mazuecos,
 Toribios, Sanchos y Antones.
 Quédese, señor, con Dios,
 que el escudero algun dia
 me pagará la porfia
 que hemos tenido los dos:
 yo le cogeré en mi casa.

Dieg. Pues yo qué ofensa te he hecho?
 bien sabes, Juana, mi pecho.

Juan. Ya sé todo lo que pasa.

Marq. Juana, yo estimo tu honor,
 si Don Diego te habló en mí,
 la culpa tuve, que fuí
 quien le declaró mi amor.

Entra, que quiero mostrarte
 mi casa, y darte un regalo.

Juan. A fe que no fuera malo
 dar zelos á Durandarte:
 pero soy muger de bien,
 y por esto me voy luego.

Marq. Tente; deténla Don Diego.

D. Tente, escucha. *J.* Vos tambien?
 pues por vos me voy mejor.

Dieg. Oye una palabra, Juana.

Juan. Vos á mí? *M.* Fuerte villana,
 ya estima lo que fue amor.

Vanse.

Salen Antonia y Esteban.

Ant. Tanto olvido en el Marques?
 no debe de ser sin causa.

Est. Con esta joya me envia:
 asi todos me olvidaran.

Ant. Memoria quiero y no joyas.

Est. De esa manera se llaman;
 el que regala se acuerda,

el que olvida no regala.

Ant. No ver ni hablar es regalo?

Est. Como á mí me regalaran,
 mas que nunca me quisieran.

Ant. Pedir al galan la dama
 algo de su gusto, es cosa
 que obliga á servirla y darla.

Est. Sí, que una dama á un galan
 que truchas le presentaba
 le pidió un trucho una vez,
 diciendo que le cansaban
 las truchas hembras: y el triste
 anduvo cuatro semanas
 buscando un trucho varon.

Ant. Y hallóle? *E.* Dos trujo en agua:
 y dijo que los guardasen,
 porque despues en la casta
 el macho conoceria
 viendo la trucha preñada.
 Pero qué me quieres dar
 y contaréte la causa
 del descuido del Marques?

Ant. Una cadena mañana.

Est. Mañana? *Ant.* Pues es muy tarde.

Est. No, Antonia, mas pues aguardas
 á mañana, yo tambien
 quiero aguardar á mañana.

Vase.

Ant. Lindo bellacon te has hecho.
 Ines, Ines?

In. Qué me mandas?

Ant. Vino Juana? *In.* Ya ha venido.

Ant. Qué hay de mis sucesos, Juana?

Sale Juan. Malas nuevas.

Ant. Cómo asi?

Juan. Hallé aquel hombre en la sala,
 dí el papel, tomó el papel,
 y á las primeras palabras
 cruzó la cara á las letras.

Ant. Cómo? á las letras la cara?

Juan. Rasgándole en mil pedazos,
 y diciendo: si vuestra ama
 porfia, iréme á la guerra,
 que favor y merced tanta
 como me hace el Marques
 con traiciones no se pagan.
 Hoy me ha dado mil escudos
 y un caballo, que envidiaran

los del sol, á no ser de oro;
que vale á peso de plata.
Con esto me despedí;
pero diciéndole airada,
cuando los hombres no quieren
notables achaques hallan.

Ant. No te escucho mas. *J.* Espera.

Ant. No quiero escucharte nada,
que no escucha libertades
quien tiene sangre en el alma.

Vase.

Juan. Qué dices de aquesto, Ines?

In. Qué quieres que digá, Juana?

Juan. Dichoso es este Don Diego,
todas le quieren. *In.* Bien, basta
por egemplo Doña Antonia.

Juan. Ay quién de tí se fiara!

In. Tienes tú, Juana, tambien
tu poco de amor? *Juan.* Estaba
segura, y diéronme zelos.

In. Que mala pedrada. *Juan.* Mala.

Yo tengo, Ines de mis ojos,
dos vestidos en el arca,
y quiero que lo saquemos,
porque me dicen que bajan

estas tardes á la vega
muchos galanes y damas.
Alli quiero ver mis zelos,
y tú sabrás quien los causa:
sabrás tú mi pensamiento,
y yo sabré quien me mata.
Pero esto con gran secreto.

In. En razon de secretaria
soy dinero de avariento,
soy noche, bosque y montaña,
soy pobre humilde que asiste
adonde señores hablan;
soy libro que no se vende,
que es la cosa que mas calla;
y para decirlo en breve,
soy necesidad honrada.

Juan. Pues tomaremos dos mantos
con ricas ropas y sayas
que quiero ver un secreto,
si el que dices me acompaña.

In. Está segura de mí.

Juan. Quiero ver si un hombre habla
con una muger que temo.

In. Sacarle el alma?

Juan. Sacarle el alma.

ACTO TERCERO.

Salen Ines y Juana con mantos.

Ines. Esta es la vega de Toledo, Juana,
que Doña Juana fuera bien llamarte:
no acabo de mirarte, y de admirarte,
qué lindo talle, y que persona tienes.

Juan. Cuando me muerdo yo de burlas vienes?

Ay Ines, eso hacen galas y oro!
no hay cosa que les dé mayor decoro
que vestir ricamente á las mugeres;
cuando estas graves y damazas vieres
atribuye á las galas la hermosura.

In. Si ellas no tienen la primer ventura,
que es el nacer hermosas, no lo creas
por mas diamantes que en su cuello veas:
es posible que tu villana fuiste?

Juan. Tú misma agora, Ines, te respondiste:
pues yo te he parecido gran señora
con las galas, naciendo labradora?

In. Mi ama es esta, cúbrete. *Juana.* No acierto

que es de mis celos la ocasion advierto.

Salen Doña Antonia y una criada.

Ant. Aqui quiero sentarme, que esta tarde
hace la vega su vistoso alarde
de la hermosura y galas de Toledo.

Juan. Ines, que nos conozcan tengo miedo.

In. Pues no le tengas, porque estás de suerte
que yo me admiro cuando llego á verte.

Criad. Bellas damas! parecen forasteras.

Ant. Ah, señoras hermosas? *In.* Qué te alteras?

Ant. Quieren nos dar de tanto sol un rayo?

Juan. Vuesamerced lo pida al mes de mayo.

Ant. Son de Toledo? *Juan.* Para qué le importa?

Ant. Qué bravos filos! bravamente corta.

Juan. Pues advierta que somos sevillanas.

Ant. Quite dos letras, y serán villanas.

Juan. Si nos han conocido! *In.* Calla necia.

Juan. Y ella que tanto de valor se precia
enséñenos la cara por su vida,
porque viene muy larga y mal prendida.

Ant. Esa culpa será de las criadas.

Juan. Criadas tiene? *Ant.* Muchas, tan honradas
que pueden ser sus amas, *Juan.* No lo crea,
y mire ese galan que la pasea.

Sale D. Dieg. Al campo saco las tristezas mias
por ver si las venciese en desafio.

Juan. Ines, este es aquel ingrato mio.

In. Luego Don Diego fue quien te dió celos?

Ant. Ah Don Diego! llegad. *Dieg.* Inmensa dicha!
vos en la vega? *Juan.* Qué mayor desdicha?

In. Pues tú de mi señora estás zelosa?

Juan. Dí en esta necesidad. *Ant.* Menos dichosa
me prometí la tarde; pues os veo
no tengo que pedir á mi deseo,
aunque correspondeis ingratamente.

Dieg. Cómo quereis que sin temor intente
serviros, si el Marques os quiere tanto?

Juan. Estoy Ines por descubrir el manto,
y hacer un desatino. *In.* Espera un poco.

Juan. No hay celos cuerdos, si el amor es loco.

Salen el Marques y Esteban.

M. Es aquel Don Diego? *Est.* El es;
y no está mal ocupado.

In. Juana, el Marques ha llegado.

Juan. Qué habemos de hacer Ines?

In. Que si has visto lo que quieres,
nos vamos á casa luego.

Marq. Quién hablará con Don Diego?

Est. No sé; pero dos mugeres
bizarras estan alli.

Ant. Venid Don Diego hasta el rio;
por ingrato os desafio,
ya que á la vega sali.

Dieg. Qué mayor satisfaccion
os puedo dar, que el Marques?

Ant. No hay satisfaccion despues

que me habeis muerto á traicion,
ni es el reñir escusado.

Dieg. Si es desafio español,
quién ha de partir el sol,
si llevo al sol enojado?

Vanse los dos.

Marq. Dé vuesamerced lugar,
señora tapada, á ver
si tan bizarra muger
tiene mas con que matar,
que con tal donaire y brio.

Juan. Esto es bueno para mí;
llevándome el alma allí
aquel enemigo mio.

Est. Suplico á vuesamerced
se quite la sobrevaina,
y no dé heridas con vaina.

In. Allá page entretened
con mugeres enfaldadas
vuestra cansada persona.

Est. Y no puede ser fregona
alguna de las tapadas?

Marq. Merezca, no por quien soy
sino solo en cortesía
ver amanecer el dia.

Juan. Con tanta desgracia estoy
que no puedo responderos.

Marq. La quietud habeis perdido,
decid, quién os ha ofendido;
si en algo puedo valeros
os podeis valer de mí.

Juan. Podeis hacerme merced
de dejarme.

Hace que se va.

Marq. Detened
el paso, que habeis de oír,
pues matais. *Juan.* Tan de repente?
parezcoos bien? *M.* Y muy bien.

Juan. Que cuánto los hombres ven
quieran bien tan fácilmente?

Marq. Yo á nadie quiero.

Juan. Mirad
que condicion es la vuestra,
si bien poneis en la nuestra
antojos de liviandad,
pues hoy en sola una casa
queréis bien á dos mugeres.

Marq. Muger notable, quién eres?

dos mugeres? *Juan.* Esto pasa,
y tan desiguales son,
que son señora y criada.

Marq. Por Dios que estais engañada.

Juan. Pero teneis condicion
de señor, que harto, y cansado
de la perdiz, apetece
la vaca: y asi parece
que os da Doña Antonia enfado,
y Juana os regala el gusto.

Marq. Vive Dios que he de saber
quién eres? *Juan.* Una muger:
hacerme fuerza no es justo.

Est. Oye, señora tapada,
menos desdenes. *In.* Ataje
la manopla, señor page,
ó habrá coz y bofetada.

Est. Eres haca, que no creo
que eres muger; pero advierte,
que soy page de alta suerte,
y que en señoras me empleo:
no tuve sarna en mi vida,
ni he tomado punto á media.

In. Bien la condicion remedia
que desde Adan procedida
tienen sarna original.

Est. Vive Dios que te he de ver.

In. Mire que hay una muger,
que no la he querido mal,
y no quiero que me arañe.

Est. Qué importa si la aborrezco?

Descúbrese Ines.

In. Pues yo soy, y quien merezco,
perro, que tu amor me engañe.

Est. Vive el cielo que es Ines,
hay tal cosa? teme, para.

In. No pienso dejarte cara.

Marq. Qué es eso Esteban? quién es?

Est. Ines, señor, disfrazada.

Marq. Y tú quién eres muger?

Juan. Si Ines se ha dejado ver,
de que sirve estar tapada?
Juana soy, cáteme aqui.

Marq. Qué dices? ay caso igual?
ay donaire celestial,
á matar sales aqui?

tú eres labradora? *Juan.* Pues,
anda acá Ines, no nos riñan.

Marq. De esta manera se alían villanas? *Juan.* Anda acá *Ines.*
Marq. Espera; en mi coche irás.
Juan. Qué coche, ni qué cochino? quereis torcer el camino, ya me entendeis lo demas, y zamparme en vuestra casa?
In. Vamos Juana. *Juan.* *Ines* camina.
Vanse Juana y Ines.

Marq. Labradora peregrina, si tosco sayal me abrasa, qué sirven armas de seda? has visto Esteban muger mas bella? *Est.* No puede ser, que ser mas hermosa pueda.
Marq. Ay tan notable invencion de enamorar y matar?
Est. Que no puedas conquistar tan villana condicion.
Marq. Si enamorarme pretende de esta suerte, qué he de hacer? algo hay en esta muger, que se mira, y no se entiende.

Vanse.

Salen Antonia y Don Diego.

Ant. Del haberme acompañado estoy muy agradecida, de mi esperanza perdida por el engaño pasado.
Dieg. No hay amor desengañado que quiera mas sino alcanza á entretener la esperanza, con que me obliga á creer, que no hay distancia en muger del amor á la mudanza. Pues para no ser ingrato á la merced que me haceis, pedid licencia al Marques, y vereis que no dilato el casarme, siendo ingrato al favor que me otorgais, que sin licencia alcanzais, al mismo punto vereis, que la posesion teneis, sin que esperanza tengais.

Vase.

Ant. Perdida esperanza mia, albricias, que ya os hallé.

Sale Juana.

Juan. Cuando Don Diego se fue quedas con tanta alegría? Qué habeis tratado los dos?
Ant. Ay Juana! mi casamiento.
Juan. Muy justo fue tu contento: yo se lo pediré á Dios.
Ant. Yo te prometo casar con un oficial honrado.
Juan. En fin queda concertado?
Ant. No falta mas de tratar mi dicha con el Marques: yo le voy á hablar, que es justo que esto sea con su gusto; lo demas sabrás despues. *Vase.*
Juan. Aqui se acabó mi vida, aqui dió fin mi tragedia, aqui en sombra mi esperanza con triste luto y sangrienta dió fin al acto postrero; no hay que aguardar, pues ya quedá todo abrasado el teatro, y la campaña desierta. Aqui fue Troya, aqui mi suerte ordena, que tenga vida yo para mas pena. O cuántas veces, amor, te dije yo que tuvieras mas respeto á la razon; mas tú qué razon respetas? Quién dijera que Don Juan pagar ingrato pudiera tan grandes obligaciones, tanto amor, tantas finezas? Ah! nunca yo te amara, ni te viera, alma de mármol, corazón de piedra. Qué habemos de hacer? morir; y no aguardar á que vean mis ojos lo que ya saben: pues sea mi muerte ausencia; volveremos á la patria? no, que hay venganzas en ella, de quien traté con desprecio por amar quien me desprecia. Ah cielos! quién podrá tener paciencia? que en infinito amor no hay resistencia.

Sale Ines.

In. De qué das voces, Juana?

Juan. De desdichas.

Ines, á Dios te queda;
que puesto que villana
cubre tosco sayal alma de seda,
yo voy por mis vestidos;
por dicha los que ves fueron fingidos.

In. Adonde vas? detente.

Juan. Por la puente de Alcántara á esas peñas
desesperadamente.

In. Tu tristeza conozco por las señas;
mas que pareces eres.

Juan. Hay hombres deshonor de las mugeres,
pues cuál no fuera buena
si no nos encantarán el oído?

In. Díme por Dios tu pena.

Juan. No quieras mas de que mi historia ha sido
confusa Babilonia:

Don Diego se ha casado con Antonia.

In. Casado?

Juan. Allá en el rio
debieron de tratarlo aquesta tarde:
voime, voime; no fio
de mis ojos paciencia tan cobarde:
qué aguardo? fuego, fuego,
Antonia se ha casado con Don Diego.

Vase.

In. Fuese desesperada.

Sale Antonia.

Ant. Qué es esto, dime Ines?

In. Agora creo

que la villana honrada
zelosa espía fue de su deseo.

Ant. Cómo zelosa? *In.* Juana
está sin seso desde ayer mañana.

Sin duda no es grosera
con el traje que trae de labradora,
que tener no pudiera
tales vestidos á no ser señora,
de que iba ayer cargada,
y anduvo por la vega disfrazada.
Zelos son de Don Diego,
porque hoy en la vega le has hablado.

Ant. Agora si que llego
á creer el respeto mal guardado,
mil sospechas tenia,
tal vez me hablaba bien, y tal fingia

que no la detuvieras.

In. Agora sale, siganla, qué esperas?

Ant. Qué haré? *In.* Que consideres...

Ant. Qué cobardes nacimos las mugeres!
si se van con Don Diego?

In. Pues qué dudas?

Ant. Siempre el amor es ciego,
solo para engañarme
trató de casamiento, solo ha sido
con palabras burlarme.

Sale Don Fernando.

Fer. Qué es esto Doña Antonia?

Ant. Que se ha ido
la infame labradora,
y mis vestidos se ha llevado agora.

Fer. Juana con malas manos,
teniéndolas tan bellas? *In.* Linda fíema.

Fer. Pensamientos villanos,
que diera yo para vencer su tema
mas joyas que he llevado,
solo porque escuchase mi cuidado,
pienso que solamente
pudiera ser bastante esta bajeza,
para que el fuego ardiente,
que ha encendido en mi pecho su belleza,
sus rigores templara
tan lindas manos con tan linda cara.

Ant. Mientras que das al viento
exclamaciones vanas y amorosas
seguirla quiero. *Fer.* Intento
que se ajuste á mis penas tan forzosas,
que pienso que la lleva
un falso amigo que no sale á prueba.

Ant. Yo quiero acompañarte.

In. Sin duda que los dos pasan la puente.

Ant. Daré á mi padre parte.

Fer. De ninguna manera; brevemente
saquen el coche, hermana.

Ant. Ay ingrato Don Diego!

Fer. Ay bella Juana!

*Salen el Marques, D. Diego, Esteban
y los músicos.*

Marq. Llegue la barca á la orilla.

Dieg. Ya va llegando la barca.

Marq. A la isla pasar quiero,
que el Tajo aprisiona en plata;
los músicos.

Dieg. Ya han venido,
gran gente la puente pasa:
todos son de Andalucía,
la barca toca á la playa.

M. Entren todos, buena viene. *Vase.*
*Vese una barca muy compuesta
y enramada.*

Como en Sevilla la enraman:

mas no de naranjos verdes
para pasar á Triana,
tantas damas y galanes,
Viernes de entre Pascua y Pascua;
quédate Esteban aquí,
porque si Don Pedro baja,
digas que pase á la isla,
y vendrá por él la barca:
cantad por el río vosotros,
que hace linda consonancia
el viento por esos olmos,
por esas peñas el agua,
movéd á espacio los remos:
aquella no es Juana? Juana,
donde vas?

Sale Juana.

Juan. Cielos, que es esto?

dentro de una barca pasan
Don Juan y el Marques el río.

Marq. Acosta, acosta, no vayas
tan á prisa, dad la vuelta:
Juana? Juana? ¿Quién me llama?

Marq. Vive Dios que es ocasion,
Don Diego, para llevarla
donde no la valgan brios,
ni condiciones villanas:
el Marques soy, llega, llega.

Dieg. Ay Dios, si podré avisarla!
con qué ocasion le diré
el peligro que la aguarda?

Juan. Esta es famosa ocasion
para que tome venganza
de Don Diego: á seor Marques
quiere llevarme?

Marq. Entra, salta.

Dieg. Señores músicos, saben
la letra que ahora se canta?
Por la puente, Juana,
que no por el agua.

Music. Si sabemos.

Dieg. Sepan que es
al propósito extremada.

Juan. Muy bien entiendo á Don Diego:
mas soy muger y agraviada,
hoj me vengo de sus celos,
entro. *Marq.* Pues movéd las palas,
y vosotros id cantando

eso de la puente Juana.

Cantan.

Por la Puente, Juana,
que no por el agua.

Vanse, y queda Esteban.

Est. Partieron, no hay blanco cisne
que con las cándidas alas
rompa el cristal como el barco,
cerco de brigida plara,
donde no hay agua, no hay fiesta,
como vuelan, y se apartan
unas olas de otras olas,
fiestas aquellas se llaman,
con todo, me ha dado pena
que Juana con ellos vaya,
casta ha partido, mas creo
que no volverá tan casta:
Don Fernando, y Doña Antonia
son los que del coche bajan;
adonde bueno, señores.

Salen Fernando y Antonia.

Fer. O Esteban! viene mi hermana
á buscar por esta puente
donde las mugeres lavan,
aquella Juana fingida,
que con sus rudas palabras,
era ladrona famosa?

Est. Ladrona, mucho te engañas,
si por dicha no lo dices,
porque lo fué de las almas.

Ant. Si me lleva mis vestidos,
sera por ventura honrada?

Est. No sé; pero si ella hurta,
sus ojos son llaves falsas,
con el Marques pasa el río,
como otra Elena robada,
que como en Marques hay mar,
en mar de Marques se embarca,
aquel barco con Elena
tiene al toro semejanza,
si no lo es Don Diego. *Ant.* Quien?
Est. El que á los dos acompaña.
Ant. Pues va allí Don Diego? *Est.* Sí;
y porque vuelve la barca
por Don Pedro, y no ha venido,
dadme licencia que vaya

á ver estos desposorios
Ant. No se harán , si la villana
 no me vuelve mis vestidos.

Est. Entrad si quereis hallarla.

A. Quieres Fernando? *F.* Pues no,
 á costa que de una falsa

amistad tengo una queja,
 y pienso así averiguarla.

Est. Entren y verán la isla
 mejor del Tajo, y á Juana,
 que pudiendo por la puente,
 quiso pasar por el agua.

Vanse.

Salen Don Diego y el Marques.

Marq. No desembarca Juana?
 cómo ha venido con tan gran tristeza?

Dieg. Volvió nieve la grana,
 que esmalta de su rostro la belleza;
 luego que tus amores
 turbaron con el miedo sus colores.

Marq. Pues de qué tiene miedo?

Dieg. De haberse puesto en tal peligro. *Marq.* Y fuera
 mas justo que en Toledo
 de la manera que la ví sirviera?
 no ha sido mas dichosa?

Dieg. Está de verse indigna temerosa.

Marq. Mira Don Diego, el dia
 que un hombre á una muger la dice amores,
 cesó la cortesía
 y el respeto debido á los señores;
 porque sujeto queda
 á que tratarle mal si quiere pueda.
 Juana será estimada
 de tí, y de mí, y de todos mis criados
 servida y regalada:
 la primavera de estos verdes prados,
 de flores guarnecidos,
 envidiarán la tela á sus vestidos.
 Sus joyas serán tales,
 que se conozca en ella mi deseo,
 no ha de traer corales
 mas que en su rostro.

Dieg. De tan alto empleo,
 que menos su belleza
 pudo esperar, señor, de tu grandeza?

Marq. Entreten esa gente
 mientras que voy, Don Diego, á persuadilla,
 que ver cuan tristemente
 sale del barco á la arenosa orilla,
 vergonzosa y cobarde,
 muéstra que se arrepiente, mas ya es tarde.

Dieg. Desdichas que habeis llegado
 á tal extremo conmigo;
 que vengo hasta ser testigo

de mi deshonra forzado,
 á cual hombre en tal estado
 habeis puesto como á mí;

Vase.

pues pudiendo hablar aqui,
 por el honor que me tocca,
 me cierra él mismo la boca,
 ingrata Isabel, por tí?
 Si agora al Marqués hablara,
 y quién era le dijera,
 claro está que quien es fuera,
 y su nobleza mostrara,
 claro está que la dejara:
 pero si yo la advertí
 cuando en la puente la ví,
 y ella á mi pesar entró,
 bien se ve que le estimó,
 y que me aborrece á mí.
 Cuando porque me entendieses,
 desentendida tirana,
 dije, por la puente Juana,
 para que el peligro vieses
 por el agua á darme enojos?
 fuertes fueron tus antojos,
 que los hombres advertidos
 pueden disculpar oídos,
 mas no lo que ven los ojos.
 Perdiendo el juicio estoy,
 no de verme despreciado,
 sino de llegar á estado
 que deje de ser quien soy;
 cómo mil quejas no doy
 de tanto agravio á los ciclos?
 qué buen pago á mis desvelos
 hasta cerrarme los labios!
 mas bien es que sufra agravios
 quien tuvo paciencia en zelos.
 Ya le tomará las manos,
 ya le dirá amores tiernos:
 qué de manera de infernos!
 qué de agravios inhumanos!
 cuando inventaron tiranos
 tormentos de mas rigores
 que ver que tú la enamores,
 y él te diga amores ya?
 amores dije, ojalá,
 que fuera decir la amores.
 Pensamientos me han venido
 de echarme desesperado,
 Tajo, en ese espejo helado,

de abrasado y de corrido;
 defiende agravio el sentido,
 que como amor es furor
 no sabe tener valor;
 advierte que un hombre honrado
 despues de estar agraviado
 no es justo que tenga amor.

*Salen Don Fernando, Antonia
 y Estéban.*

Est. Aqui está solo D. Diego.
Ant. Pues solo en esta ocasion?
Est. Que le habléis con discrecion
 y no con enojo os ruego,
 que estará cerca el Marques.
Fer. Don Diego qué soledad
 es esta? *Dieg.* Si la amistad
 para tales tiempos es,
 dejad á un hombre afigido,
 en lugar de acompañarme,
 que estoy cerca de matarme
 de una muger ofendido.
Fer. Muger, aqui no sois vos
 el dueño de quien decís?
Dieg. Pues á vengaros venís
 de mis agravios los dos?
 Escondeos conmigo aquí,
 que viene huyendo de un hombre,
 que el respeto de su nombre
 me obliga á tratarla así.
Est. Eien será que no nos vea,
 y puesto que es el Marques,
 que tiempo tendrá despues
 Doña Antonia, si desea
 vengar sus zelos. *Ant.* Aqui
 hay árboles mas espesos.
Dieg. Presto vereis mis sucesos:
 qué agravios pasan por mí!
*Escóndense, y salen el Marques
 y Juana.*
Juan. No tiene el mundo poder;
 advierta vueseñoría
 que es injusta su porfía.
M. No eres muger? *J.* Soy muger.
Marq. Eres labradora? *Juan.* No.
Marq. Pues quién:::?
Juan. No quiero decillo.
Marq. Pues qué intentas?

Juan. Encubriello.
Marq. Hasta cuando?
Juan. Qué sé yo?
Marq. Sabes donde estás?
Juan. Muy bien.
Marq. Quién te ha de valer?
Juan. Mi honor.
Marq. Es necesidad.
Juan. Es valor.
Marq. Soy quien soy.
Juan. Y yo tambien.
Marq. Amor me obliga.
Juan. Y á mí.
Marq. De quién?
Juan. De quien me burló.
Marq. Es hombre rústico? *Juan.* No.
Marq. Pues es caballero? *Juan.* Sí.
Marq. Tiene calidad?
Juan. Y mucha.
Marq. Es mi igual?
Juan. No es vuestro igual.
Marq. Es principal?
Juan. Principal.
Marq. Declárate mas.
Juan. Escucha.

Señor Marques de Villena,
 invictísima corona
 de Girones y Pachecos,
 cuyas hazañas heroicas
 escribe en papel la fama,
 que no hay tiempo que las borra,
 que son diamantes las letras,
 y bronce eterno las hojas.
 Yo soy de Leon de España,
 que justamente se honra
 de aquellos primeros Reyes
 que de la nobleza Goda
 quedaron para castigo
 de los bárbaros que agora
 solo sirven por reliquias
 de las pasadas historias:
 neutrales están mis deudos,
 que quiera á D. Juan me estorban,
 habia llegado el mes,
 que prados y campos borda,
 aquellos viste de nieve,
 estos de flores y rosas,

bajaban los arroyuelos
 á guarnecer con las olas,
 de pasamanos de plata,
 las márgenes arenosas:
 yo con ocasion injusta
 de enfermedades que toman,
 mas la ocasion que el acero,
 tal vez voluntades mozas,
 á hablar á Don Juan salia
 para excusar mi deshonra,
 que quiere amor que el deseo
 á la razon se anteponga:
 supo Don Sancho estos dias,
 y una mañana lluviosa,
 que para que no saliera
 parece que el alba llora,
 llegó mas presto, ay de mí!
 que aun me matan sus congojas,
 que zelos madrugan mucho,
 porque duermen pocas horas;
 salió de unos verdes ramos,
 y asiéndome de la ropa,
 que no del alma, á escucharle
 mis pies turbados reporta:
 oigo amorosas razones,
 si puede ser que las oiga,
 quien mirando á quien le habla,
 está pensando otra cosa:
 pero cuando ya atrevido,
 mas intenta que razona,
 puse mi rostro en defensa
 con palabras afrentosas,
 que los hombres atrevidos
 cuando á su gusto se arrojan,
 para entrar á sus deseos
 tienen por puertas la boca;
 en este tiempo Don Juan
 con espacio libre asoma,
 que quien anda de ganancia
 no le despiertan congojas;
 luego que mira el suceso,
 como es razon se alborota;
 pierden el color entrambos;
 yo entonces el alma toda,
 así toros de Jarama
 alzan las frentes zelosas,
 vierten por la boca espuma,

fuego por los ojos brotan,
 así en la arena escarban,
 brio enamorado cobran,
 y los llama al desafío,
 la palestra polvorosa,
 como sacan las espadas
 Don Juan y Don Sancho, y doblan
 las capas, que al brazo envuelven,
 mi presencia los provoca,
 por estar favorecido
 (que pienso que en esto importa)
 dió mas ve. tura á D. Juan,
 que olvidados tienen poca;
 íbale mal á Don Sancho,
 yo como algunas personas
 que estan viendo á los que juegan,
 que del uno se aficionan,
 deseaba que ganase
 Don Juan, esperando, ay loca!
 mas desdichas de barato
 que estos olmos tienen hojas:
 cayó Don Sancho, y Don Juan
 luego la mano me toma,
 y á un pueblo suyo me lleva;
 no hay secreto que se esconda:
 huye á la justicia un dia,
 sigole yo triste y sola
 luego con un escudero,
 que en Ollas me despoja
 de joyas y de consuelos,
 y con engaños me roba:
 mudo el traje, y en Toledo
 sirvo humilde labradora,
 donde me veis y decis
 que mi talle os aficiona;
 decis que me hable Don Diego,
 á quien Doña Antonia adora;
 esta dama toledana,
 que era entonces mi señora,
 este Don Diego es Don Juan,
 que de este nombre se adorna
 por servirlos, y encubrirse:
 tanto el peligro le exorta
 de zelos desatinados,
 para vengarse á mi costa:
 entré en la barca esta tarde,
 confianza peligrosa,

pero justa en la nobleza
 de vuestra persona heróica,
 que no ha de degenerar
 de sus magnánimas obras,
 sino ayudarme á cobrar,
 como quien es honra y gloria
 de Villenas y Girones,
 mi ser, mi vida y mi honra,
 por título, por señor,
 por grande, por hombre sobra,
 pues soy muger, y muger
 que os ha contado su historia.

Marq. Cuando no fuerais muger
 de tan notoria nobleza,
 por el talle y la belleza
 mi favor debeis tener:
 yo os he de favorecer,
 que os debo; y es cosa llana
 el volver por tan liviana
 causa en mi noble opinion,
 como tener aficion
 á una rústica villana.
 Bien el alma me decia,
 pues se ha visto en el efecto
 que habia mayor concepto
 donde la vuestra vivia:
 tendreis este mismo dia
 á Don Juan: ola, criados,
 gente. *Juan.* Estarán descuidados.

Marq. Ola, Estéban.

Sale Estéb. Aqui estoy.

Marq. Llama á Don Diego.

Sale Don Diego.

Dieg. Yo soy
 dueño de tantos cuidados.

Marq. Estabadeis escondidos?

Est. Si señor, porque obligaba
 la desdicha de Don Juan.

Dieg. Confiado en la palabra
 que has dado á Doña Isabel
 llego á tus pies.

Marq. No te engañas.

Dieg. Cómo me puedo engañar,
 cuando ya me desengañas
 con tu divino valor

Marq. Estéban testigos llama
 de la palabra, y la fe

que por mas fuerza jurada
quiero que quede á Isabel.

Salen Don Fernanda y Antonia.

Fer. Aquí estamos yo y mi hermana,
que con otro pensamiento,
que nos dió bastante causa
pasamos sin su licencia.

Ant. Señor, cuanto amor engaña,
tu misma disculpa tiene,
que para mayores basta.

Marq. Pues si sabeis ya los dos
las historias y desgracias,

que os habrá movido el pecho
de Don Juan y de esta dama,
hasta acabarlas del todo
tendrán amparo en mi casa,
y con veinte mil ducados
de dote quiero pagarla
la confianza que tuvo.

Juan. Fue muy justa confianza
en tan divino valor.

Dieg. Y aquí por la puente Juana
da fin en servicio vuestro,
dadnos perdon de las faltas.

En las mismas librerías y puestos donde se vende esta comedia se hallarán las siguientes.

El Príncipe perseguido.
El Perro del hortelano.
El Imposible mas fácil.
El Médico á palos.
El Mayordomo feliz.
El Pastor mas perseguido.
El rencor mas inhumano.
El Sordo en la posada.
El Sabio en su retiro.
El Señorito mimado.
Triunfo de amor y lealtad.
Jenwal y Faustina.
El Tejedor de Segovia.
El Triunfo del Ave María.
Los Aspides de Cleopatra.

La Andrómaca.
La buena Criada.
La buena Madrastra.
La Bandolera de Italia.
Las Vísperas Sicilianas.
La buena Esposa.
Le Viuda generosa.
Las Víctimas del amor.
Lo cierto por lo dudoso.
Sancho Ortiz.
Las Cárceles de Lamberg.
Los dos mas finos Esposos.
La Escuela de la amistad.
La Escuela de los maridos.
La Inocencia triunfante.